

A
8

1999

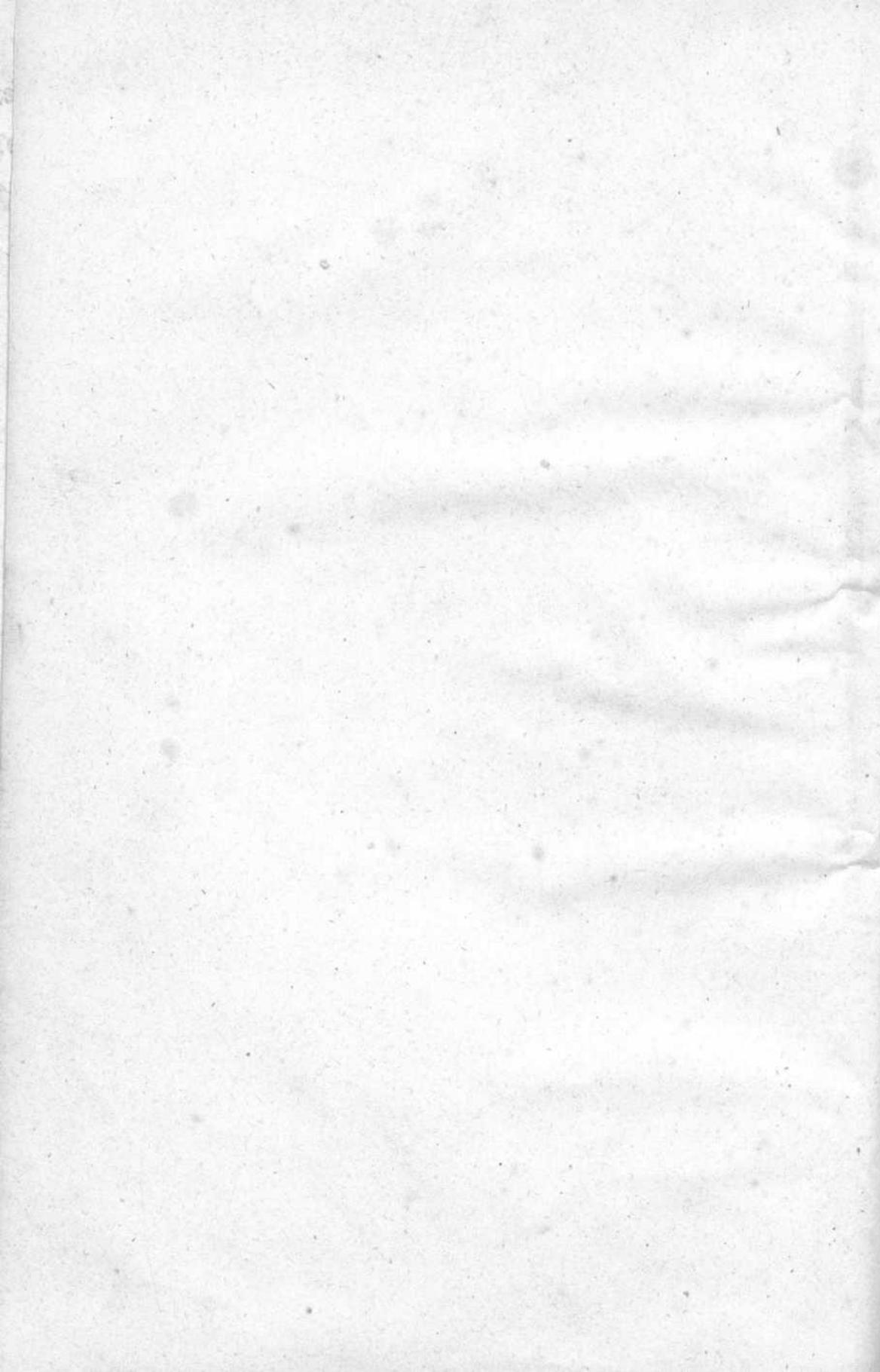
2. 8
E 2
1999

T. 1370538
C. 72014677

Est. _____
Tab. _____
Num. _____

LEYENDA DE ORG.

TOMO PRIMERO



LA

LEYENDA DE ORO

PARA CADA DIA DEL AÑO

DE TODOS LOS SANTOS QUE SE VENERAN EN ESPAÑA

LA

LEYENDA DE ORO.

DEL SEÑOR D. DOMINGO COSTA Y ARRAS

TOMO PRIMERO.

TOMO PRIMERO

BARCELONA

LIBRERIA ESPAÑOLA, CALLE PRINCIPAL, 10

LA
LEYENDA DE ORO.

TOMO PRIMERO.

INDULGENCIAS CONCEDIDAS A ESTA OBRA

LEYENDA DE ORO

PARA CADA DIA DEL AÑO.

VIDAS DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA.

obra que contiene

TODO EL RIBADENEIRA, MEJORADO, LAS NOTICIAS DEL CROISSET, BUTLER, GODESCART, ETC.
QUE FALTAN EN AQUÉL: LAS VIDAS DE MILLARES DE SANTOS DE QUE NO HABLAN DICHO AUTORES Y QUE ESTÁN COMPRENDIDOS
EN EL MARTIROLOGIO ROMANO, QUE SE INSERTA ÍNTEGRO, CON SUS ADICIONES MAS RECIENTES;
Y UN VOCABULARIO GENERAL ALFABÉTICO DE TODOS LOS SANTOS CON REMISION
AL DIA DEL AÑO EN QUE SE ENCUENTRA SU VIDA.

OBRA NECESARIA

PARA EL PASTO ESPIRITUAL DE LOS FIELES QUE ANHELAN SABER LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA Y VIRTUDES DE SUS PATRONOS
Y PARA LOS SEÑORES CURAS PÁRROCOS Á FIN DE SABER LOS NOMBRES QUE PUEDEN ADMITIR EN LAS PILAS BAPTISMALES.

LA REVISÁ

el Rdo. D. José Sayol y Echevarría.

SE PUBLICA CON LA APROBACION Y BAJO LOS AUSPICIOS DEL

EXMO. É ILMO. SEÑOR D. DOMINGO COSTA Y BORRÁS
OBISPO DE BARCELONA,

y han concedido indulgencias á los fieles que la leyeren ó oyeren leer

LOS EXMOS. É ILMOS. SEÑOR PATRIARCA DE LAS INDIAS, SEÑOR ARZOBISPO DE SELEUCIA,
Y EL SEÑOR OBISPO DE TERUEL.

TOMO PRIMERO.

MADRID

LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE RELATORES,

NÚM. 14.

BARCELONA

LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE ANCHA.

NÚM. 26.

1855

INDULGENCIAS CONCEDIDAS Á ESTA OBRA.

Nos Don Tomás Iglesias y Bárceos, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica patriarca de las Indias, procapellan y limosnero mayor de la reina Doña Isabel segunda, vicario general de los ejércitos de mar y tierra, gran canceller y caballero, gran cruz de la Real y distinguida orden española de Carlos tercero y de la americana de Isabel la Católica, vice-presidente de sus supremas asambleas, y de la suprema cámara eclesiástica, del consejo de S. M. etc., etc.

Deseando promover en cuanto podamos la devocion cristiana y alentarla con espirituales gracias, usando libremente de las facultades que nos competen, concedemos por las presentes OCHENTA dias de indulgencia á todos los fieles que devotamente, y con los santos fines que la Iglesia se propone, leyeren la obra titulada LEYENDA DE ORO que sale á luz por tercera edicion en Barcelona. Dadas en Madrid á doce de noviembre de mil ochocientos cincuenta y dos.—Tomás, Patriarca.—Lugar del Sello.—Pedro Arenas, secretario.

Nos Don Juan Brunelli, Romano, patricio narniense, caballero gran cruz de la Real y distinguida orden española de Carlos tercero, comendador de la de San Mauricio y Lázaro, por la gracia de Dios y de la Santa Sede arzobispo de Tesalónica, prelado doméstico de N. S. Pío papa IX, asistente al solio pontificio, y de la misma Santa Sede cerca de S. M. C. nuncio apostólico, con facultad de legado a latere, etc., etc., etc.

Deseando promover en cuanto podemos la devocion cristiana, y alentarla con gracias espirituales, y usando de las facultades de que estamos revestidos por la benignidad de la Santa Sede concedemos OCHENTA dias de indulgencia, que podrán ganar todos los fieles que atenta y devotamente leyeren ó oyeren leer algun notable trozo de la obra intitulada LA LEYENDA DE ORO ó sea vidas de todos los Santos que venera la Iglesia, la cual va ahora á reimprimirse por tercera vez; pidiendo á Dios por la exaltacion de nuestra santa fé católica, extirpacion de herejias, paz y concordia entre los príncipes cristianos, y conversion de pecadores. Dadas en Madrid en la Nunciatura apostólica á dos de noviembre de mil ochocientos cincuenta y dos.—Juan, arzobispo de Tesalónica nuncio apostólico.—Lugar del Sello.

Nos Don Nicolás Luis de Lezo y Garro, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica arzobispo de Seleucia, abad de la Real é insigne iglesia colegial parroquial de la Santísima Trinidad del Real sitio de San Ildefonso y su territorio, VERE NULLIUS, confesor de S. M. la reina madre Doña María Cristina de Borbon, procapellan mayor honorario, capellan de honor y predicador de S. M., caballero gran cruz de la Real orden de Isabel la Católica, caballero comendador de número de la Real y distinguida de Carlos tercero, condecorado con la de Santa Isabel, propia de los capellanes de honor, del consejo de S. M., etc., etc., etc.

Deseando promover el mas fervoroso celo de los cristianos católicos, y dando liberal y graciosamente lo que en la misma forma nos ha dispensado la divina Providencia, sin algun mérito nuestro, concedemos OCHENTA dias de indulgencia á los fieles de uno y otro sexo que devotamente leyeren ó hicieren leer el libro titulado LA LEYENDA DE ORO para cada dia del año, vidas de todos los Santos que la Iglesia venera, que se publica por tercera vez en Barcelona, en casa de los Sres. Llorens hermanos, y pidieren á Dios nuestro Señor por la exaltacion de la santa fé católica, extirpacion de las herejias, paz entre los príncipes cristianos, y demás piadosos fines de nuestra santa madre la Iglesia. Dadas en Madrid firmadas de nuestra mano, selladas con nuestras armas y refrendadas por nuestro infrascrito secretario de cámara á diez y seis de noviembre de mil ochocientos cincuenta y dos.—Nicolás Luis, arzobispo de Seleucia, abad de San Ildefonso.—Lugar del Sello.—Por mandado de S. E. I. el arzobispo abad mi señor.—Licenciado, D. Andrés Gomez de Somorrostro, secretario.

El Ilmo. Sr. obispo de Osma y preconizado en Ávila, concede cuarenta dias en los mismos términos, pues así me lo ha manifestado.—Nicolás Luis.

Nos el Doctor Don Francisco Landeira y Sevilla, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, obispo de Teruel, etc.

Deseando promover en cuanto podemos la devocion cristiana, y alentarla con espirituales gracias, usando liberalmente de las facultades que nos competen, concedemos por las presentes CUARENTA dias de indulgencia á todos los fieles por cada vez que devotamente leyeren la vida de algun santo de los que comprende la obra titulada LA LEYENDA DE ORO que se publica en Barcelona por los Sres. Llorens hermanos, pidiendo á Dios por la exaltacion de nuestra santa fé católica, extirpacion de las herejias, paz y concordia entre los príncipes cristianos, y demás necesidades de la Iglesia. Dadas en Madrid á cuatro de noviembre de mil ochocientos cincuenta y dos.—Francisco, obispo de Teruel.—Lugar del Sello.—Por mandado de S. S. I. el obispo mi señor.—Valentin Leon de Soria, vice-secretario.

tas dignas y respetables, consiste, primero, en reimprimir el Ribadeneira, autor clásico del siglo de oro de nuestra literatura, obra traducida en todos los idiomas arreglando á ella, conforme así debe ser, las vidas de santos que erróneamente están colocadas en unos días debiendo estar continuadas en otros, ó cuya colocación ha sido trasladada. Segundo: en sacar del Butler, Croisset, Guibourt y demás autores de nota, las noticias que traen éstos y que faltan en aquél. Tercero: en aumentar la obra con noticias de santos y santas de que no hablan unos ni otros, y que sin embargo se encuentran en el Martirologio y son reconocidos por la Iglesia católica, apostólica, romana. Cuarto: en enriquecer la obra con un vocabulario de todos los santos que vengn en la Iglesia, remitiendo al día del año que se encuentran su vida, por cuyo medio será fácil hallar la biografía que se busque.

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Pedro Martínez de Samartín, obispo de Barcelona en aquella fecha, halló que el plan era hermoso é inmejorable, y por este lo aprobó y dióle toda la protección que hoy le dispensan igualmente los Señores cuyos nombres anteceden persuadidos como aquellos del bien que resulta de esta publicación.

LOS EDITORES.

LA LEYENDA DE ORO publicada en un país católico donde las creencias religiosas están arraigadas en lo íntimo del alma, es obra que no necesita prospecto, pues por sí sola se recomienda; es necesaria para los párracos, para los predicadores, para cuantos ejercen cura de almas, y en general para todos los fieles que tiempo há están clamando por un guia espiritual completo que les señale los senderos de la santidad y del mas puro amor divino en medio de las tinieblas, del terrible escollo de las pasiones y de los innumerables peligros que rodean á la virtud acá en la tierra.

Esta obra, de la que se han agotado dos ediciones numerosísimas sumamente lujosas á la par que económicas, y que ha costado hasta ahora doscientos ochenta y ocho reales cada ejemplar, no hemos titubeado en reimprimirla, viendo que de hacer una tercera edicion, insiguiendo nuestro nuevo método, podria salir á la mitad del precio.

El haberse agotado estas dos ediciones prueba hasta la evidencia lo inmejorable de su redaccion, y por esto al hacer esta tercera nos proponemos no solo copiar exactamente sin alterarla en nada, sí que tambien mejorarla añadiendo la vida de los ilustres varones que desde aquella fecha hayan sido beatificados ó santificados. El plan adoptado para esta obra y que ha merecido el aplauso y el elogio de perso-

nas dignas y respetables, consiste, primero: en reimprimir el Ribadeneira, autor clásico del siglo de oro de nuestra literatura, obra traducida en todos los idiomas, arreglando á ella, conforme así debe ser, las vidas de santos que erróneamente están colocadas en unos dias debiendo estar continuadas en otros, ó cuya conmemoracion ha sido trasladada. Segundo: en sacar del Butler, Croisset, Godescard y demás autores de nota, las noticias que traen éstos y que faltan en aquél. Tercero: en aumentar la obra con noticias de santos y santas de que no hablan unos ni otros, y que sin embargo se encuentran en el Martirologio y son venerados por la Iglesia católica, apostólica, romana. Cuarto: en enriquecer la obra con un vocabulario de todos los santos que venera la Iglesia, remitiendo al dia del año que se encuentra su vida, por cuyo medio será fácil hallar la biografía que se busque.

El Exmo. é Ilmo. Sr. D. Pedro Martínez de Sanmartin, obispo de Barcelona en aquella fecha, halló que el plan era hermoso é inmejorable, y por esto lo aprobó y dióle toda la proteccion que hoy le dispensan igualmente los Señores cuyos nombres anteceden persuadidos como aquellos del bien que resulta de esta publicacion.

LOS EDITORES.

Las obras de oro publicadas en un país católico donde las creencias religiosas están arraigadas en lo íntimo del alma, es obra que no necesita prospecto, pues por sí sola se recomienda; es necesaria para los párrocos, para los predicadores, para cuantos ejercen cura de almas, y en general para todos los fieles que desean estar en el camino de la virtud y del mas puro amor divino en medio de las tinieblas del terrenal mundo, de las pasiones y de los innumerables peligros que rodean á la virtud en la tierra.

Esta obra, de la que se han agotado dos ediciones numerosisimas sumamente útiles á la paz de las economías, y que ha costado hasta ahora doscientos ochenta y ocho reales cada ejemplar, no hemos titubado en reimprimirla, viendo que de hacer una tercera edición, insignificando nuestro nuevo método, podria salir á la luz del precio.

El haberse agotado estas dos ediciones prueba hasta la evidencia lo importante de su redaccion, y por esto al hacer esta tercera nos proponemos no solo copiar exactamente sin alterarla en nada, si que tambien mejorarla añadiendo la vida de los santos varones que desde aquella fecha hayan sido beatificados ó santificados. El plan adoptado para esta obra y que ha merecido el aplauso y elogio de perso-

PRÓLOGO DEL PADRE RIBADENEIRA.

Con gran razón dijo el real Profeta, que Dios es maravilloso en sus santos; porque verdaderamente, aunque el Señor es admirable en toda la tierra, y en todas las cosas que son obras de sus manos, como lo canta el mismo real Profeta: pero muy más aventajadamente resplandece su omnipotencia, su sabiduría, providencia y bondad en las almas y virtudes de los santos. En un mosquito, en una abeja, en el gusano de la seda, y en otras criaturas rastreras y viles, es Dios admirable; y en las cosas minimas se muestra grande sobremanera, y artifice soberano; pero mucho mas descubre sus infinitos tesoros en toda esta máquina del mundo, compuesta con maravillosa y singular armonía, y disposicion de tantas y tan varias cosas, tan raras, tan exquisitas, que cada una (si se considera sola por sí) suspende, y arrebatá cualquiera alto entendimiento, y todas juntas le sacan de sí, para que absorto con una debida admiracion, encoja sus alas, se rinda y humille en el acatamiento de aquel Señor, que tal obra pudo, supo y quiso hacer, para despertar nuestros corazones por estas cosas visibles á la contemplacion de las invisibles, y de sus infinitas perfecciones. Mas sin duda que en ninguna cosa destas visibles, ni en todas juntas se vea de ver tanto la grandeza de la gracia, y bondad de Dios, como en una sola alma de un santo. No solamente porque ninguna obra de la naturaleza puede igualar á las obras de gracia y sobrenaturales, sino tambien porque todas las obras son como un rastro y huella de Dios, y el santo es su imágen y semejanza, templo suyo, amigo é hijo suyo, con quien se deleita y regala. Y tambien porque la santidad que tienen, no la tienen de sí, sino por la sangre de Cristo, que se vertió en la cruz para hacerle santo. Por donde, ni la tierra con toda su fertilidad, y abundancia de tanta variedad de flores, frutas y animales; ni la inmensidad del mar Océano, con tanta copia de pescados y monstruos; ni el aire con la diversidad de aves; ni el fuego con sus truenos, rayos y relámpagos; ni el mismo cielo, que con la claridad y curso del sol y de la luna, y de las estrellas, causa tan maravillosos efectos en estas cosas inferiores, nos predicán tanto la grandeza y gloria de Dios, como el alma de un santo; en la cual él mora como en su casa, y reposa como en su tálamo, y con ella se abraza como con su dulce esposa. No hay lengua de hombre que pueda explicar, ni aun entendimiento de ángel que pueda comprender el amor que el Señor tiene á una alma casta y pura, que transformada en él, con el cuerpo vive en la tierra, y con el corazón en el cielo. Esta alma le honra y glorifica más, que todas las criaturas corporales. Está recibiendo los tesoros de su gracia. Esta es retrato de Dios; espejo de su bondad, traslado de sus perfecciones, y consorte y particionera de su divina naturaleza. Pues si en cada uno de los santos es tan admirable el Señor, ¿cuán admirable será en todos los santos juntos? ¿Qué gloria resultará á su santo nombre de un número innumerable de santos, que desde el principio del mundo, hasta ahora, han florecido en su Iglesia? ¿Qué alabanza tendrá el Santo de los santos, Jesucristo, Dios y Hombre, nuestro Redentor? ¿De la Reina de los ángeles, su benditísima Madre? ¿De san Juan Bautista, su precursor? ¿De aquel colegio de los doce pescadores de su Evangelio, que conquistaron el mundo? ¿De aquel ejército copiosísimo y fortísimo de mártires? ¿De aquella escuela de tantos y tan ilustres y sapientísimos doctores? ¿De una muchedumbre de confesores humildes y solitarios, que parecían ángeles

en carne mortal? ¿De un coro de vírgenes purísimas, que por no amancillar su limpieza, ofrecieron sus vidas al cuchillo? ¿De la compañía de las casadas, y personas de cualquiera condición y estado, que tomaron por regla la ley de Dios, y nivelaron sus vidas y costumbres con su voluntad? ¿Los cuales santos han sido tantos en número, que no se pueden contar, mas que las estrellas del cielo, ó las gotas de la lluvia, ó las arenas del mar. Estós son la familia deste gran Padre de familias; el rebaño deste sumo Pastor; el reino deste Rey y Príncipe soberano. Son escuadron invencible contra las puertas del infierno, escuela de verdadera y divina sabiduría, ornamento del cielo, gloria de la tierra, esfuerzo de los justos, ejemplo y reprehension de los pecadores. De manera, que así como el sol con su luz oscurece la claridad de las estrellas, y en saliendo él ellas se esconden, así toda la belleza y compostura de todas las criaturas corporales, es como desaparece y se deshace, si se coteja con la hermosura, resplandor y gracia de los santos, en los cuales es mas admirable, que en todas ellas, mas honrado y mas glorificado el Señor.

Por esta causa principalmente se deben escribir las vidas de los santos, y por la gloria que de ellos redunda en el que los hizo santos, y los adornó y enriqueció de tantos y tan singulares dones y gracias. Y tambien por los grandes bienes que desto se siguen á toda la Iglesia triunfante y militante. Porque primeramente es cosa muy debida, que honremos y sirvamos nosotros á los que tan bien supieron honrar y servir al Señor, y que acrecentemos la gloria accidental de los que tuvieron puesta la mira en propagar la gloria de Dios. Que pues el mismo Dios honra á los que le honran (como lo dijo el Salvador), muy justo es que los hombres honren á quien honra á Dios. Mirada esta deuda tan debida, dijo el real Profeta: *Mihi autem nimis honorificati sunt amici tui, Deus*: Señor, mi alma y mi corazón honró sobremanera á vuestros amigos. Y en otro salmo nos exhorta, que loemos al Señor en los santos. Tambien es muy justo y provechoso pedir favor, y socorro á nuestros hermanos, ya victoriosos y seguros, para que mediante sus ruegos é intercession, lleguemos al puerto tranquilo donde ellos llegaron, y seamos partíciperos de sus coronas y triunfos. Es asimismo de grandísima gloria para toda la Iglesia católica, saberse los innumerables y esclarecidos hijos que ha tenido; porque si un hijo honrado basta para honrar todo un linaje, ¿qué harán tantos y tan señalados hijos con su Madre? Demás de esto, es un fuerte escudo y defensa contra los infieles que la contrastan; y un martillo y cuchillo contra los herejes, cuyos errores y desatinos, con ninguna cosa se convencen mejor que con los ejemplos de los santos; porque es mas excelente modo de enseñar con obras que con palabras, y las obras de los santos son santas, y contrarias en todo y por todo á los disparates y desvarios de los herejes. Y así para convencerles, é interpretar las cosas dudosas y lugares difíciles de las divinas Letras es gran luz la vida y ejemplos de los santos; que por esto dijo san Gerónimo: *Vita sanctorum interpretatio est Scripturarum*: Que la vida de los santos es declaracion cierta de las sagradas Escrituras. Y san Agustin dice, que las sagradas Escrituras no solo tratan de los mandamientos de Dios, sino tambien de las vidas y costumbres de los santos; para que si dudáremos cómo se ha de entender lo que se manda, por lo que hicieron los santos lo entendamos. Pues para nosotros, ¿qué son las vidas de los santos, sino un dechado y un espejo que debemos tener siempre delante de nuestros ojos, para mirar en él nuestras fealdades y vicios, y enmendarlos, y las heroicas virtudes de ellos, para despertar nuestra tibieza, é imitarlos?

Por todos estos respetos la santa Iglesia celebra las memorias de los santos con tanto cuidado y piedad, y procuró siempre que se escribiesen las vidas y muertes de los mártires. Esto consta por los siete notarios, que instituyó san Clemente, papa y mártir, discípulo del apóstol san Pedro, para recoger los hechos de los mártires. O por los siete diáconos y siete subdiáconos, que san Fabian, tambien papa y mártir, añadió á los siete notarios, para que se hiciese con mayor acierto y autoridad, y de todo lo que escribian, se daba parte al sumo pontífice, para que él lo examinase y aprobase, y se guardasen en los archivos de la Iglesia romana, como leemos que lo hacia san Antero, asimismo papa y mártir. Pero no solamente la Iglesia romana, que es la cabeza y muestra de las demás, tuvo este cuidado; sino tambien otras la imitaron, como la de Esmirna, y las de Leon y Viena de Francia, que escribieron diligentemente los martirios de los santos que en sus ciudades dieron la vida por Cristo. Y en las epístolas de san Cipriano, y en alguna de san Dionisio Alejandrino, que refiere Eusebio Cesariense en su historia, hallamos rastros de esta santa y loable costumbre. Por esta misma causa los martirios, bien y gravemente escritos de algunos mártires, se solian leer en algunas Iglesias el día de su preciosa muerte, como lo notó el cardenal Baronio, y se saca del concilio Cartaginense, capítulo trece, y de una epístola de Adriano papa

á Carlo Magno, y de lo que escribe Gregorio Turonense en el libro de la gloria de los mártires. Y si bien miramos, hallaremos que los mas santos y mas sabios doctores, y los que fueron luz de la Iglesia católica, la han ilustrado y enriquecido con las vidas de los santos que escribieron, como fueron entre los griegos san Atanasio, san Basilio, san Gregorio Niceno, su hermano, y san Gregorio Nazianzeno, su intimo compañero y cordial amigo; san Crisóstomo, Damasceno Teodoro y Metafraste. Y entre los latinos, los santos Ambrosio, Gerónimo, Agustino, Gregorio Magno, Paulino, Severo Sulpicio, Gregorio Turonense, Beda, Bernardo, Buenaventura, por no referir los demás, que son innumerables.

Siempre se ha tenido en la Iglesia católica por ocupacion de mucha loa y estima, el escribir vidas de santos, así por las grandes utilidades, que de la leccion de ellas se derivan en todos los que las leen con deseo de aprovecharse, como por las muchas y grandes dificultades que se ofrecen á cualquiera que las pretenda bien escribir. Porque en las historias de los santos hay muchas cosas oscuras y enmarañadas, que se han de desmarañar y esclarecer; muchas dudosas, que se deben averiguar; algunas contrarias, que (si es posible) se deben concordar; otras por una parte apócrifas, y por otra tan recibidas y asentadas en la común opinion, que ni se pueden aprobar sin notable perjuicio de la verdad, ni desechar sin grave ofension de la gente vulgar y comun. Y no es maravilla, que en algunas cosas muy antiguas, y con las persecuciones espantosas de los tiranos, que tuvo la Iglesia puestas en olvido, no hallasen despues los escritores la luz de la verdad tan clara y pura. Especialmente, que muchos herejes procuraron sembrar sus falsedades en las vidas de los santos; y tambien algunos católicos ó por sus intereses, ó por su zelo indiscreto, fingieron y mezclaron otras, indignas de la piedad cristiana, como se ve en la censura que hizo Gelasio papa, en el concilio Romano. Pues ¿que diré de la eleccion y disposicion de las cosas? ¿Qué de la brevedad y propiedad de las palabras? ¿Qué de la sinceridad, devocion y espíritu con que las vidas de los santos se deben escribir, para que peguen devocion y espíritu á los que las oyeren, y atravesen sus corazones, y los truequen y enciendan en amor de Dios, y en imitacion de hazañas tan gloriosas y dignas de ser imitadas? Demás de esto, algunas vidas de santos son muy largas, y si se refieren como están, causan prolijidad, y por decirlo todo, cansan al lector; y si se quieren acortar, muchas veces se escoge mas lo que admira que lo que edifica, y mas los milagros que las virtudes. Otras, hay peligro, que por excusar trabajo, se escriban sin orden y distincion, traduciéndolas como se hallan escritas por cualquier autor, sin mas diligencia y estudio. Otras, que mezclemos en ellas nuestra paja con el grano, y con los ejemplos maravillosos de los santos, nuestros discursos: y aunque propongamos al pueblo un largo sermón, lleno de delicados conceptos, pero muy ajenos de la vida del santo que tratamos. Y si el Señor con la lumbré y fuego de espíritu, no alumbrá e inflama el corazon, y rige la mano del escritor, todas sus palabras son secas y frias; y despues de haberlas leído, queda tan seco y frio el lector, y tan sin jugo y fruto, como si no hubiera leído la vida de un santo, sino la de un emperador ó filósofo gentil, y no se consigue el fin principal que se debe tener en escribir las vidas de los santos. Por donde se ve las grandes dificultades que hay en escribirlas acertadamente y á provecho y utilidad; y el agradecimiento que debemos tener á los que tomaron este trabajo, por el beneficio que hicieron á la república, y que se les debe perdonar, si en alguna cosa (como hombres) fallaron y no pudieron llegar al término que deseaban. Y que no hay porque maravillarnos, que un negocio tan importante, y perplejo y dificultoso como este, no esté tan en su punto y perfeccion, que no se pueda cada dia mejorar, y abriccamino y dar materia á otros escritores, para ejercitar en él loablemente sus ingenios é industrias.

Entre los otros que se han encargado de esto, aunque yo soy el menor y ménos suficiente de todos, he tomado trabajo de escribir de nuevo este *Flos Sanctorum*, que aquí ofrezco; nó por creer de mí, que podré llegar donde los demás no llegaron, y hacer cosa mas acabada y perfecta que ellos (que por la gracia del Señor, no estoy tan ciego del amor propio, que tal presuma de mí); sino por las razones que aquí diré: cuando yo acabé de imprimir el libro del *Principe Cristiano*, contra la falsa razon de estado de los políticos de nuestro tiempo, el cual dediqué, siendo príncipe, al rey don Felipe III, nuestro señor; hallándome ya muy viejo y cansado, quise dejar la pluma, y retirarme para aparejarme á morir, y dar cuenta de mi vida á aquel Juez que con tanta justicia nos ha de juzgar. Pero como soy religioso (aunque indigno) y no soy señor de mí, sino esclavo de mi religion, sujetéme á mis superiores, que me dijeron, que el Señor se serviria mas que me ocupase en escribir alguna cosa útil para los prójimos, y en efecto me mandaron, que escribiese en nuestra lengua castellana las vidas de los santos. Y por mas que yo pretendí excusarme, alegando

mi mucha edad, y trabajos pasados (que en sesenta años de religion, y de los principios de nuestra Compañía, no han de faltar), y la poca salud y fuerzas presentes para llevar carga tan pesada, no aceptaron excusa alguna; y así fué necesario bajar la cabeza y obedecer. Esta obediencia de Dios (que por tal la tengo) me ha alentado, y esforzado mucho para sacar fuerzas de flaqueza, y para tomarla como por prendas de las que espero me dará su divina Majestad, pues él por sus ministros ha echado sobre mis flacos hombros carga, que (á mi pobre juicio) tanto excede las mias. Y asimismo me ha animado la voz y deseo universal de la gente devota, que me pide con grande instancia este trabajo (no sé por qué), y muchas personas graves, religiosas y seglares, me dan priesa é importunan que le acabe, esperando quizá sacar de él algun fruto y consuelo para sus almas. Pero no ha sido el menor motivo para llevar adelante esta empresa, el acordarme, que nuestro bienaventurado padre san Ignacio, padre y fundador de nuestra mínima Compañía de Jesus (á cuyos pechos, por particular misericordia del Señor, yo me crié), siendo soldado y sumido en la vanidad del mundo, abrió los ojos del alma y se convirtió á Dios, por leer las vidas de los santos, aunque al principio las leia mas por entretenimiento que por devocion. Y el saber, que leer la vida de san Antonio Abad, escrita por san Atanasio, fué causa que en Roma muchos caballeros y señoras nobilísimas diesen de mano á todo regalo de la carne y pompas del siglo, y tomando hábito religioso, se crucificasen con Cristo, como lo escribe san Gerónimo, alabando á santa Marcela viuda, por haber sido la primera que con su ejemplo movió á las demás. Y que san Juan Columbino, caballero senés, por leer la vida de santa María Egipcíaca, se entregó con tan grande fervor al servicio del Señor, que vino á fundar la religion de los que llaman Jesuatas en Italia, donde florece y tiene muchos monasterios. El saber esto ha sido grande estímulo para mi flojedad, y alivio para mi poca salud: porque espero que alguna alma descaminada leyendo lo que yo escribiere, y tocada con la mano del Señor, entrará en camino, y le tomará por su guia y por su luz: y á lo ménos, que será provechoso para mi, el obedecer á la voz de Dios, y tomar este trabajo por solo zelo de su gloria y honra de los santos, ornamento de la Iglesia católica, y utilidad de los fieles, y confusion de los herejes, para edificar mi alma con leer y escribir vidas tan preciosas y admirables: y que si viniere la muerte, me tomará en buena ocupacion, y los mismos santos me alcanzarán perdon de mis pecados, por este pequeño servicio que yo les pretendo hacer. Y así debajo de la sombra y proteccion de ellos, y confiando en la divina misericordia, é invocando el espíritu y favor del Señor, tendamos las velas y entremos en esta navegacion, con esperanza de llegar al puerto deseado.

Los autores que han seguido en escribir estas vidas, son los mas graves y de mas autoridad que hay, y conocidos y recibidos por tales de toda la Iglesia católica, y los Martirologios romanos de Beda, Usuardo y Adon. Tambien me he ayudado de los piadosos trabajos de Luis Lipomano, obispo de Verona, y del P. Fr. Lorenzo Surio, monge cartujo, varones en vida, doctrina y zelo de la honra de los santos, dignos de perpetua alabanza y recordacion. Y no ménos me he aprovechado de los Anales y de las anotaciones sobre el Martirologio romano del ilustrísimo cardenal Baronio, el cual escogió el Señor en estos tiempos tan calamitosos, para que, con estudio infatigable é increíble diligencia, emplease la mayor y mejor parte de su vida en la leccion de las vidas y libros de los santos, y con maduro y acertado juicio resucitase algunas cosas que estaban sepultadas; observase y recogiese otras esparcidas; averiguase las dudosas; diese luz á las obscuras, é ilustrase la historia eclesiástica, con singular beneficio de la república cristiana; lustre de la Iglesia romana, loa suya y acrecentamiento de la gloria de los santos. Al cual comunmente yo seguiré, principalmente en lo que toca á los años y tiempo en que cada santo vivió y murió; porque me parece que ha puesto mas cuidado y diligencia que otros en averiguar la cronología de los tiempos. Y el alegar sus obras y citar los lugares, será segun la impresion romana en folio de la tipografía ó imprenta vaticana. Y porque no es mi intento principal en esta historia, abrazar ni referir todo lo que está escrito de los santos, sino escoger y entresacar las cosas ciertas y averiguadas, y las que mas nos pueden mover á la imitacion de los mismos santos cuyas vidas escribimos; dejaré algunas cosas, que, aunque estén muy recibidas entre la gente comun, no me parece que están tan bien fundadas ni con tanta autoridad, que las pueda afirmar. Ni tampoco juzgo que las debo disputar, y examinar las razones que por una parte y por otra se pueden traer; porque esto mas es para escuelas, y corta el hilo de la narracion, y embaraza al lector devoto, y le quita el gusto que tiene, y aun le entibia el ardor y deseo de imitar á los santos, que comunmente se enciende en el que lee sus vidas con la atencion y fin que debe: y para este fin no son de momento las cosas que yo dejaré.

PREFACIO DEL P. RIBADENEIRA

SOBRE LOS TORMENTOS DE LOS MÁRTIRES.

Uno de los mayores argumentos que tenemos los cristianos para confirmacion de nuestra santa religion, es el de los bienaventurados y fortisimos mártires que por ella dieron sus vidas. Porque fueron innumerables hombres y mujeres de todos estados, condiciones, edades y naciones, y murieron con tan extraña y admirable constancia, que asombraron y vencieron al mundo, habiendo ántes sido atormentados con todos los géneros de atrocisimos y exquisitos suplicios, que el demonio y los tiranos sus ministros pudieron inventar, y estos gloriosos caballeros de Cristo los sufrieron con mas que humana paciencia, fortaleza y alegría. Mas porque contando sus martirios, necesariamente habemos de hacer mencion de los tormentos que les daban, y de los instrumentos con que se los daban, me ha parecido (para que mejor de una vez se entiendan los unos y los otros) ponerlos aquí, porque darán luz á los martirios, de que en esta escritura necesariamente habemos de tratar.

Usaban los tiranos poner á los santos mártires en cruz, y esto no siempre de una misma manera, porque algunas veces los crucificaban con los piés clavados hácia abajo y las cabezas levantadas al cielo: otras al contrario, con las cabezas al suelo y levantados los piés. Y la misma cruz no siempre era de una misma figura sino de diversas; y algunas veces los crucificaban en los árboles y en otros palos de varias hechuras. Colgábanlos de algun palo, ó columna, ó árbol, para poderlos mas fácilmente atormentar á su gusto. Y algunas veces los colgaban de los dos piés, y otras de un solo pié, encendiendo debajo fuego de alguna materia sucia y asquerosa, para que el humo y el mal olor los alligiese y ahogase. Otras veces los colgaban de un brazo, ó de los dos, ó de los dedos pulgares, y los tenían así colgados mucho tiempo. Y para descoyuntarlos y desencajar los huesos de sus lugares, cargaban sobre los piés, y aun sobre la cabeza y espaldas, pesas grandisimas de piedra, de plomo ó de hierro, para que con el peso se estirasen los miembros, y no quedase parte sana en todo el cuerpo del santo mártir. Otras veces los prensaban y estrujaban, como se estruja la uva y aceite en el lagar. Otras los estiraban y extendían atados los piés y manos, con unas ruedas, que llamaban trocleas, más ó ménos como querían. Otras los ponían en una rueda, y los dejaban en ella sin comer, hasta que morían, ó atados á ella los despeñaban, y aun algunas veces sembraban la misma rueda de puntas de hierro muy agudas, y los revolvan sobre abrojos de acero, con puntas que cortaban como navajas. Era cosa muy ordinaria el tormento del ecúleo, el cual era un instrumento de madera, á manera de carballeto, con sus ruedas á los cabos, para estirar y descoyuntar al mártir. Otras veces los atormentaban en la que llamaban catasta, que era un tablado armado sobre algun lugar alto y eminente, donde pudiese ser visto del pueblo el que era atormentado, para que aquellos tormentos

tan horribles y penosos causasen grima y espanto á los circunstantes. Allí los azotaban cruelisimamente, algudas veces con látigos durísimos, otras con nervios de bueyes, y otras con varas, otras con palos y bastones ñudosos, otras con una manera de zarza ó vara espinosa y ñudosa, y que llamaban escorpion: otras con varas de hierro ó de plomo, ó con plomadas, que era un género de azote hecho de cordeles ó de cuero, que tenia en los cabos de él enjertas unas pelotas de plomo. Y con estos instrumentos los sayones y verdugos molian, quebrantaban y despedazaban los cuerpos de los santos mártires, con tanta perseverancia y bárbara crueldad, que muchas veces quedaban ellos mas cansados de herirlos, que los mismos mártires de ser heridos y atormentados: por el deseo grande que estos tenian de padecer por Cristo, y por el esfuerzo y gozo que el mismo Señor les daba. Tambien los atormentaban dándoles palmadas, bofetadas, puñadas y coces, y no pocas veces quebrándoles los dientes y las mejillas con piedras: otras los apedreaban, ó echando sobre sus cuerpos, téndidos en el suelo, alguna rueda de molino, ú otra piedra muy pesada, los desnudaban y consumian.

Tenian otrosí los tiranos muchos instrumentos para rasgar y despedazar las carnes; como eran, uñas de hierro aceradas, que era una manera de tenazas, armadas por una parte y por otra de unas puntas ó uñas de hierro, con que asian y sulcaban la carne, y sacaban pedazos de ella, y hoy dia se muestra en San Pedro de Roma uno de estos instrumentos; que en solo verle pone espanto. Usaban tambien peines de hierro, con los cuales peinaban y raian las carnes de los santos; y de unos garfios, asimismo de hierro, para asirlos, traerlos, rasgarlos, ó despues de muertos arrastrarlos y echarlos en el rio, ó en algun albañal, y lugar inmundo é infame. Y no ménos con pedazos de tejas agudas roian y refregaban todo el cuerpo ya llagado, y desollaban y despojaban de la piel que le cubria. Usaban de planchas de hierro, de hachas, y de otras que llamaban lámparas encendidas, para abrasar los costados de los santos mártires en la catasta y en el ecúleo: y despues que los bajaban de él, algunas veces los ataban en algun brete, y los estiraban cruzadas las piernas, hasta que llegasen los piés á ciertos agujeros desmedidos: otras les echaban sobre sus cuerpos cal viva y aceite hirviendo, ó desnudos los revolviañ sobre de tejas agudas, para que no quedase miembro, ni parte del cuerpo, ya despedazado, que no sintiese su nueva pena y dolor.

Demás de estos tan atroces y horribles tormentos, inventó Satanás otros muchos mas crudos y atroces, para quemar á los gloriosos caballeros de Cristo; porque unas veces los echaban y encerraban en un toro de metal ardiendo, otras en una olla grande y capaz, asimismo de metal, llena de aceite y pez, y plomo derretido, para que allí se cociesen; otras los freian en sartenes; otras los asaban con fuego lento, tendidos en unas como parrillas ó lecho de hierro, ó sentados en una silla, tambien de hierro encendido, los abrasaban, y las cabezas, con una celada ó casco hecho fuego, ó se las traspasaban con clavos agudos y encendidos. Otras veces vestian sus bienaventurados cuerpos de una túnica de hierro ardiendo, ó de otra que llamaban túnica molesta, empapada en pez, resina, aceite y otras materias semejantes, y pegándole fuego los consumian. Asimismo atormentaban los piés con zapatos de hierro ardiendo, sembrado de clavos, ó descalzos los mandaban andar sobre las brasas, ó echábanles plomo derretido en la boca; arrojábanlos en las hogueras, hornos, calderas, en hoyas llenas de fuego, ó en alguna nave cargada de estopa y pez, para que en la mar fuesen quemados, y pasando por agua y fuego, llegasen al refrigerio y corona del Señor. A las honestísimas doncellas, y mas puras que el sol, colgaban desnudas por los cabellos, cercenábanles los pechos, y las llevaban á las casas públicas de las malas mujeres (que era el mayor y mas afrentoso tormento que ellas podian sufrir). Finalmente cortaban las lenguas á los santos mártires: arrancábanles los dientes, sacábanles los ojos, destroncábanles los piés, quebrantábanles las piernas, desollábanlos vivos, despeñábanlos, metíanles entre las uñas y la carne cañas agudas, hacíanlos pedazos, arrastrábanles por lugares fragosos y pedregosos, desmembrábanlos atados á cuatro ferocísimos caballos, ó á ramas de palmas, encorvadas por fuerza, soltadas, para que con su impetu les despedazasen: echábanlos á los leones y bestias fieras, y aun algunas veces atados y desnudos los hacían comer á los ratones; ó untados con miel á las moscas y tábanos, ó abriéndoles el vientre, le llenaban de cebada, para que en él comiesen los caballos, ó los enterraban vivos, ó ahogaban en el rio ó en el mar. E inventaron tan exquisitos géneros de tormentos para cada miembro, y tantas maneras de muertes afrentosísimas, que no se pueden contar, ni aun pensar con atención lo que estos fortísimos guerreros padecieron por Cristo; el valor, esfuerzo y constancia con que lo padecieron, sin alabaral Señor que se la dió, y honrarlos á ellos, que la tuvieron, y á la santa Iglesia que está

LA

LEYENDA DE ORO

TOMO PRIMERO.

VIDA

DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

Y SU PASION Y MUERTE

Y ESPLICACION DE LAS CINCO FIESTAS MOVIBLES

QUE SE PONEN AQUÍ POR NO TENER DIA FIJO.

SI GUSTE TAMBIEN

LA VIDA DE LA VIRGEN MARIA.

A sí como Cristo nuestro Redentor es fuente y raíz de toda santidad, y aquel Sol de justicia, que con los rayos de luces, es causa de toda la claridad que hay en su Iglesia; así su vida, pasión y muerte benditísima son el medio, por el cual nos comunica é influye esta misma santidad. Hizose Dios hombre, y vivió vestido de nuestra carne entre los hombres, para enseñarnos á vivir vida no humana, sino divina, no de la tierra, sino del cielo; padeció tantos dolores y muerte tan afrentosa, para cautivar mas nuestro corazon, y echarnos mas fuertes cadenas de amor. De manera, que la vida de Cristo es dechado y modelo de la vida del cristiano, y su sacratísima pasión es nuestra riqueza y el tesoro de nuestros merecimientos; es nuestra luz, nuestra salud, nuestra vida, nuestra gloria y bienaventuranza. Y por esto ninguna cosa debemos tener mas presente de día y de noche, ni meditar, ni rumiarse, mas á menudo, que la vida y muerte de nuestro Salvador, para imitar sus virtudes y enderezar nuestros caminos torcidos con la regla y nivel de su rectitud. Porque, como dice san Gregorio, todas las acciones de Cristo son introduccion y enseñanza de lo que nosotros debemos hacer, y aquel es el mas

santo y perfecto, que mejor sabe imitar los ejemplos y virtudes de Cristo, porque bebe mas copiosamente, y participa mas de la virtud y humor de la raíz, y del influjo de su cabeza, y está mas vestido y resplandeciente con la luz de aquel Sol, que, como dijimos, es causa, de toda la justicia y claridad. Y por esto san Pablo nos exhorta, que le imitemos á él, y da la razon, porque él imitaba á Cristo. Y por esta misma causa muchos santos y varones perfectos tomaron por materia de su oracion y meditacion la vida y pasión del Señor; porque en ella hallaban pasto para sus almas, medicina para sus llagas, esfuerzo para su flaqueza, incentivos de amor para su tibieza, perdon para sus pecados, y remedio para todas sus necesidades. Y aun algunos grandes siervos de Dios en el trance y agonía de la muerte se hacian leer literalmente la pasión del Salvador, para representarla al Padre Eterno, y alentarse con la memoria de lo que él por nosotros padeció; y espantar y confundir al demonio, que por medio de ella fué vencido, y en aquella hora, mas que en otra, procura que nosotros perdamos el fruto de la sangre preciosa del Señor. Esta es la causa, benigno lector, que me ha movido á poner

aquí en el principio de las vidas de los santos, la vida del Santo de los santos, y causadora de toda la santidad que hay en todos los santos en el cielo y en la tierra. Y porque hay escrito mucho de la vida de Cristo nuestro Salvador y de sus sagrados misterios, aunque por mucho que se diga, todo es poco, algunos autores los han dilatado con consideraciones piadosas y enriquecido e ilustrado con su estilo y elocuencia, para dar ocasion á los que los leyeren, de meditarlos con mayor provecho y utilidad: yo no he querido hacer largos discursos, sino referir algunas de las cosas que me han parecido mas notables de la vida y pasion del Señor, contándoias llana y sencillamente, para que el lector sepa la verdad de la historia, y sobre ella funde sus conceptos, y forme santas consideraciones, y edifique su alma con ellas. Porque para la gente simple y sin letras, esta manera de escribir es mas fácil y provechosa, así porque no es capaz de tantas y tan delicadas sentencias, y con la muchedumbre de ellas se le ofusca y ahoga el entendimiento, como porque gusta mas y se le pega mas al alma cualquiera cosa que ella halla, y Dios le comunique en la oracion acerca de estos divinos misterios de su vida y pasion, que lo que lee en otros autores, por alto y excelente que sea. Verdad es, que para que el lector mejor lo pueda hacer, y no vaya la historia tan desnuda en algunos pasos, le abrimos camino, y le damos motivos para la meditacion de los mismos misterios, como espaciando en esta misma historia, llana y sencilla la semilla, que sembrada y regada en su corazon, con oracion, estudio y diligencia, le dará á su tiempo fruto copioso y colmado con la gracia del Señor. De esto me ha parecido darte aviso, cristiano lector, porque sepas la causa que me ha movido á poner aquí la vida de Cristo nuestro Señor, y á escribirla de la manera que va escrita. El por su misericordia nos dé gracia, para que de tal manera le imitemos, que merezamos gozar del fruto inestimable de su cruz y santísima pasion. Amen.

Cuando llegó aquella dichosa y bienaventurada hora, y se cumplió, como dice el apóstol san Pablo, la plenitud del tiempo, en que Dios habia determinado vestirse de nuestra carne, y hacerse hombre, uniéndose á la humana naturaleza por union hipostática y personal, por pagar los pecados del hombre; y habiéndole ántes dado todas las cosas, que crió, darle á sí mismo, y unirse consigo tan estrechamente y con vínculo tan apretado é indisoluble, que Dios fuese hombre y el hombre Dios; escogió para un misterio tan alto é incomprensible, á una doncella, llamada María hija de Joaquin y Ana, hebrea de nacion, y de la tribu de Judá, para que concibiendo por virtud del Espiritu santo al Verbo eterno en sus entrañas, le pariese, quedando virgen, y fuese su verdadera madre, y él su verdadero hijo. A esta doncella escogió Dios entre todas las mujeres como á la mas pura y santa, que jamás hubo ni habrá, y la adornó de todas las virtudes y excelencias, que debia tener, la que habia de ser digna madre de Dios. Quiso que fuese de la familia del rey David, y de la descendencia del patriarca Abraham; porque á estos dos habia prometido, que de su linaje naceria el Mesías y verdadero Salvador del mundo: y ordenó, que viniese esta bienaventurada Señora de sangre ilustrisima de patriarcas, reyes, príncipes, jueces y gobernadores del pueblo de Israel, y que en ella

se juntase la sangre real y la sacerdotal; porque habia de ser madre del sumo Sacerdote y del Rey del cielo y de la tierra. Quiso asimismo, que al tiempo que le concibió, fuese desposada con un santo varon de su misma tribu, llamado José, para que tuviese quien la sirviese, é hiciese compañía, y no pudiese haber sospecha, viéndola preñada y no desposada, en su honestidad y pureza, ni ocasion para que los judíos desechasen al hijo, como á concebido en pecado, teniendo mas cuenta con la honra de su madre, que con la suya propia; pues habiendo sido concebido por virtud del Espiritu santo, porque la honra de su bendita madre no padeciese, quiso ser tenido por hijo de José. Pero, porque venia á enseñarnos la humildad y menoscipio del mundo, y á manifestarnos, cuánto mas se estima en el cielo la pobreza y mengua de las cosas temporales, que las riquezas, y sobra dellas; quiso, que su verdadera madre María, y José, su padre putativo, fuesen pobres, para que ninguno se corra de serlo, y alija, si lo fuere. Y para mostrar que venia á salvar pecadores, y enseñarnos la poca cuenta, que el cristiano debe hacer de la carne y sangre, tambien quiso, que en su linaje hubiese algunas mujeres flacas y pecadoras. Pues para acabar obra tan grande, envió Dios á la Virgen al arcángel san Gabriel, que le declarase este misterio, y la asegurase, que se cumpliria en ella, sin menoscabarse ni marchitarse la flor de su virginidad; y para sacar su consentimiento, como se dirá en la fiesta de su Anunciacion.

Habiendo la purísima Virgen dado el Sí, y concebido en sus entrañas al Hijo de Dios, por virtud del Espiritu santo, que le hizo sombra, como el ángel se lo habia prometido, para que pudiese sufrir los rayos del Sol de justicia y el fuego divino, que venia á abrasar el mundo; y habiéndole tenido nueve meses en su sagrado vientre, y visitado en este tiempo á su prima santa Isabel, y santificado, por medio de la salutacion que le hizo, á su hijo san Juan Bautista; sucedió, que el emperador Octaviano Augusto publicó un edicto y mandó empadronar á todos los hombres de su imperio, y para hacerlo mas puntualmente, que cada uno fuese á su pueblo ó ciudad: y como José, esposo de la Virgen, fuese natural de Belen, hubo de ir de Nazareth, en donde vivia, con su esposa á Belen, para cumplir el mandato del emperador: porque el buen Jesus, que venia para reparar al hombre perdido por desobediencia, aun estando en las entrañas de su madre, comenzó á obedecer, y quiso que sus padres obedeciesen á los príncipes de la tierra. Era Belen una aldea y pueblo pequeño, cerca de Jerusalem, noble por haber nacido en ella el rey David, que fué figura de Cristo, y mucho mas por haber sido ilustrada con el nacimiento del mismo Cristo: el cual por cumplir la profecía de Micheas, y para darnos en todo ejemplo de humildad y menoscipio de la vanidad de los hijos de Adán, quiso nacer en Belen, lugar tan pobre y abatido, y morir ignominiosamente en Jerusalem, ciudad real y tan ilustre y populosa.

Escogió asimismo este Señor, como Señor de los tiempos, el tiempo mas oportuno, para venir al mundo, despues de tantos siglos y millares de años, que habian pasado desde el pecado de nuestros primeros padres, para que en tan largo discurso de tiempo se conociesen mas la enfermedad y la necesidad que tenían los hom-

bres del remedio, y que las fuerzas de la naturaleza no se le podían dar, y deseasen y pidiesen á Dios este médico celestial: y para que habiendo sido tanto ántes prometido á los patriarcas, y anunciado por los profetas, y representado en tantas sombras y figuras á los padres antiguos, y deseado de todas las gentes, fuese mejor recibido, y abrazado de todos. Y porque venia á hacer paces entre Dios y el hombre, como rey pacífico y mediano entre los dos; tambien dispuso las cosas de manera, que al tiempo que hubo de nacer, hubiese suma paz en el mundo, y que el imperio romano, que era tan extendido, estuviese en manos de un solo principe, que fué Octaviano; y que él habiendo vencido y sujetado á todos sus enemigos, gozase de gran paz y quietud, y cerrase el templo de Jano, que entre los romanos era señal, que no habia guerras, ni ruido de armas en todo el imperio. Y no ménos ordenó esto el Señor, para que con esta union y quietud se abriese despues camino á la predicacion del santo Evangelio, y su santa palabra pudiese mas fácilmente correr por todas las regiones y provincias del mundo universo, sin estorbo ni embarazo.

Y porque habiendo de venir á la tierra, y padecer entre los hombre el Criador del cielo y de la tierra, era conveniente que las criaturas testificasen la excelencia y grandeza de su Señor, y que en prodigios y cosas maravillosas diesen á entender la majestad soberana de aquel Rey que venia, obró el Señor muchas cosas admirables y fuera del comun curso de la naturaleza, poco ántes que naciese, que refieren los historiadores eclesiásticos y profanos: las cuales, aunque los gentiles, como idólatras y ciegos, las interpretaban diferentemente, y las atribuian á la felicidad de los principes, no eran sino señales y prodigios, que significaban la venida de nuestro Dios y Señor, que las obraba, y con ellas queria despertar la consideracion y admiracion de los hombres, disponiendo por este medio sus corazones á creer en él y recibirle, al tiempo que por boca de los predicadores evangélicos les fuese anunciado y manifestado; porque dejando á parte los oráculos de las Sibilas tan sabidos, que fueron como profetisas de los gentiles, y que tanto ántes de la venida de Cristo, tan altamente hablaron de su nacimiento, vida, muerte y pasion, y los gentiles con gran estudio y cuidado leian y reverenciaban, sin entender lo que contenian; y no hablando de los demás prodigios, que podríamos decir, por no ser largos; en aquel tiempo el oráculo del dios Apolo, celebrísimo por todo el mundo, por el cual solia el demonio engañar y traer embaucados los hombres, ya habia cesado y no respondia á los que le preguntaban, como ántes; porque el Señor le habia mandado callar, y solamente le dió licencia, para que una vez respondiese á Augusto, que le habia sacrificado, y edificado un solemne templo: que no podia responderle, porque un niño hebreo, que era Dios, le mandaba callar, y volver al infierno. Y no solamente Apolo quedó mudo con la venida del Salvador; pero tambien callaron los otros demonios, que hablaban por boca de los ídolos, que la gentilidad ciega tenia por verdaderos dioses, y acudia á ellos y los consultaba, tomando sus respuestas por oráculos. Y Plutarco, filósofo, escribió un libro, en que pregunta la causa ¿porqué los oráculos de los dioses habian faltado? Porque como gentil, no sabia ni podia atinar la causa. Y el mismo Augusto,

con ser principe y emperador de tan gran parte del mundo, no quiso que le llamasen señor, no tanto por modestia, como porque Dios le movia; para que se entendiese, que en la presencia de la claridad del sol, se habia de obscurecer la de las estrellas; y toda la potencia y señorio de los hombres rendirse á la majestad soberana de Dios: y que ninguno se puede llamar rey, ni señor delante de aquél, que trae escrito en el muslo «Rey de los reyes y señor de los señores.» Y por esto volviendo Augusto á Roma, escriben Nicéforo, Suidas y Baronio, que levantó un altar en el Capitolio con unas letras que decian: *Ara primogeniti Dei*: Altar del Hijo de Dios, donde despues (á lo que se entiende) Constantino Magno edificó un templo suntuoso á la Madre de Dios, que hoy día se llama *Ara cali*; y es convento de los frailes menores de la observancia de san Francisco.

En tiempo, pues, de tanta paz y de tantas maravillas y prodigios vino el Salvador del mundo; y porque venia como maestro del cielo, para enseñarnos á dar de mano á los gustos y deleites de la tierra, y abrazarnos con la aspereza y mortificación de la carne; escogió, para nacer, un tiempo frio y riguroso: porque aunque las criaturas que están en las entrañas de sus madres, no pueden salir á luz cuando quieren, ni está á su mano escoger el tiempo y la hora en que han de nacer, pero estaba en la de Jesucristo, como señor de los tiempos, y como el que, desde el punto que fué concebido, tuvo la misma sabiduría y poder, que ahora tiene en el cielo; escogió el mes de diciembre, tiempo áspero, desabrido y frio, en el cual, habiendo llegado la sacratísima Virgen con su dulce esposo á Belen con la incomodidad que en tal tiempo, y en tan largo y trabajoso camino, hecho con tanta pobreza, se puede pensar; no halló albergue, ni quien la acogiese, ni meson donde estar: porque como el pueblo era pequeño y la gente mucha, que venia para cumplir con el edicto del emperador, todas las posadas estaban tomadas; y así fué forzada á retirarse en un establo fuera de Belen, aunque pegado con su arrabal, y cerca: porque Belen estaba edificada en una costanera de un collado, y al fin dél, hácia la parte de oriente, estaba una espelunca ó cueva, donde comunmente los pobres peregrinos y pastores se acogian en tiempo de necesidad. En este palacio entró la Reina de los ángeles: este humilde y vil lugar, propio de bestias, escogió para nacer, el que tiene toda la máquina del mundo colgada de tres dedos, y por su inmensidad no puede ser comprendido del cielo ni de la tierra; para que el hombre se humille y acabe de entender, que es peregrino y desterrado en este valle de lágrimas, y que lo mas lucido, y hermoso y estimado que hay en él, no es sino establo de bestias, si se compara con aquellos palacios del cielo, y con aquellas moradas eternas, para las cuales fué criado. Era ya media noche, y estando todas las cosas en un quieto silencio, y los cielos destilando miel y dulzura, y todo el mundo esperando al deseado de las gentes, conoció la Virgen purísima que se acercaba la hora de su sagrado parto; y puesta en una altísima contemplacion de aquel sagrado misterio, y encendida de un amoroso y dulcísimo afecto de ver á su benditísimo Hijo, comenzó con entrañable deseo y profunda humildad á suplicar al Padre Eterno, que pues se habia dignado de hacerla madre de su precioso Hijo, le diese gracia para parirle y mostrarle

al mundo: y estando absorta en esta contemplacion y deseo, sin tener necesidad de partera, sin dolor, sin pesadumbre, sin corrupcion y mengua de su pureza virginal, vió delante de sí, mas limpio y mas claro que el mismo sol, salido de sus entrañas, á su unigénito Hijo, y al bien y remedio del mundo, Niño tierno, y Dios eterno, tiritando de frio, que comenzaba ya con sus lágrimas á hacer oficio de Redentor, y pagar con sus penas nuestras culpas. No se puede con palabras explicar, ni con entendimiento humano comprender, el gozo inefable que en aquel punto tuvo la sagrada Virgen, y la admiracion y estapor, que le causó, ver al que sabia que era verdadero Dios, tan abatido y humillado. Luego le adoró como á Dios, y le reverenció como á su Señor, y le besó como á su Hijo; y abrazándole, y aplicándole á sus virginales pechos, le envolvió en aquellos pañales pobres, limpios y ascados que traia aparejados. Y porque en aquella larga y helada noche del invierno, el frio era grande y riguroso, puso el santo infante así empañado en el pesebre; porque no halló en aquel establo otro lugar mas cómodo y decente: para que con alguna paja ó heno, que allí habria, y con el huelgo del buey y del jumento que allí estaban; se mitigase algun tanto la fuerza de aquel frio y rigor, y juntamente se cumpliese lo que el Profeta ántes habia anunciado: que el buey conoceria á su poseedor, y el asno el pesebre de su Señor; y el hombre se corra de no conocer y servir, al que reconocen y sirven los animales. Nació el Señor, segun la cuenta del Martirologio romano, á los cinco mil ciento y noventa y nueve años despues de la creacion del mundo; á los dos mil novecientos y cincuenta y siete despues del diluvio; á los dos mil y quince del nacimiento de Abraham; á los mil quinientos y diez de la salida del pueblo de Israel á Egipto; á los mil y treinta y dos despues que David fué unguido rey; en las sesenta y cinco semanas, segun la profecia de Daniel; en la Olimpiada ciento y noventa y cuatro; á los setecientos y cincuenta y dos años despues que se edificó Roma; y á los cuarenta y dos del imperio de Octaviano. En aquella misma hora bienaventurada, en que nació el Señor, se hizo fiesta en el cielo, y todos los ángeles vinieron á adorarle y reconocerle por su Príncipe y Señor, y reparador de sus sillas, y de las quiebras que los malos ángeles habian hecho con su caída: y luego uno de ellos apareció á los pastores, que estaban velando sobre su grey, cabe una torre, que se llama Heder, donde Jacob habia apacentado sus ovejas, como una milla de Belen hácia el oriente, y les dió la regocijada nueva de la venida del Salvador del mundo, del lugar en que habia nacido, y dónde lo hallarian, y las señas para conocerle. Ellos fuéron al pesebre con gran presteza y alegría: le hallaron y adoraron, y contaron á los otros sus compañeros lo que habian hallado y visto. Tambien al mismo punto nació una estrella en las partes de oriente, que significaba haber nacido la estrella de Jacob, profetizada por Balaan; para que los reyes magos, por la vista de una, se moviesen á buscar la otra, que estaba encubierta en el portal de Belen, como adelante se dirá; y para que á los judios y á los gentiles, á los pastores y á los reyes, á los pobres y á los ricos, á los que estaban cerca y á los que estaban léjos, fuese manifestado el que nacia para todos, y se juntasen en la misma piedra angular las dos paredes que estaban tan apartadas

y tan divisas. No falta quien contemple que otro ángel fué al limbo á anunciar á los santos padres, que en él estaban, el nacimiento del Señor; aunque esto no lo dice el sagrado Evangelio; pero sí dice, que con aquel ángel, que dió la nueva á los pastores, se juntaron otros innumerales ángeles cantando por los aires himnos y alabanzas al rey nacido, y diciendo aquellas palabras tan llenas de misterio: «Gloria sea á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad;» para darnos á entender la gloria que se habia de seguir á Dios por haberse tanto abatido y humillado, y la paz que habian de conseguir y tener los hombres que de corazon y de agrado se abrazasen con el pacificador del mundo, y debajo de su imperial bandera hiciesen guerra á su carne, al pecado y al demonio. Desta manera celebró el cielo y la tierra la sacrosanta natividad del Señor; porque era muy justo que todas las criaturas se regocijasen en la venida de su Criador; puesto que tanto por ella las habia ennoblecido: y asimismo para que el hombre conociese, que aquel niño, que parecia tan chiquito, tan tierno y tan flaco á los ojos de la carne, era Dios verdadero y rey eterno: y por lo uno sacase la humildad y caridad del Señor, y se le agradeciese ó imitase; y por lo otro, su soberana majestad y omnipotencia, y le temiese y se admirase, viendo que habia sabido juntar en uno dos extremos tan distantes, como son Dios y Hombre, Virgen y Madre, eternidad y tiempo, cielo y tierra, muerte y vida; y asimismo la fé de tan incomprensibles misterios en corazon humano; porque habiendo Dios de nacer, desta manera habia de nacer: para que por una parte se descubriese su alteza, y por otra nuestra bajeza tuviese remedio y ejemplo.

En qué dia de la semana nació Cristo nuestro Redentor, no lo explica el Evangelio, y entre los doctores hay varias opiniones: pero lo mas cierto es, que nació el dia del domingo, como lo afirma la sexta sínodo, capitulo octavo; y la hora fué despues de la media noche, comenzado ya el dia natural de los veinte y cinco de diciembre, que se cuenta de media noche á media noche, y ántes que comenzase el dia artificial, que es de sol á sol: y esto es conforme á la tradicion de la Iglesia, y al uso de decir misa aquella noche, y lo significan las palabras del Evangelio. En aquel portatico de Belen, escribe Beda, que nació de repente en aquella sagrada noche una fuente de agua para la Virgen recién parida y del infante: la cual, dice, que duraba hasta su tiempo sin haberse agotado en tantos años. Aquel vil establo y mas precioso que todos los palacios de los reyes, fué tenido en suma veneracion de los cristianos, y en él se edificó una iglesia muy suntuosa, y toda aquella cueva se vistió de ricas piedras de mármol, y el pesebre que era de madera, fué llevado á Roma y colocado en una capilla del templo de Santa Maria la Mayor, donde hoy dia está debajo del altar, y es reverenciado de todo el pueblo cristiano con gran devocion.

No se contentó el Señor con habernos dado un ejemplo de pobreza y humildad tan espantoso en su nacimiento; mas viendo, que nuestra soberbia y vanidad, que él venia á derribar, era tan grande, quiso darnos otro mayor en su dolorosa circuncision, ocho dias despues de haber nacido: porque en el nacimiento tomó

figura de hombre pobre y vil; y en la circuncision, de pecador: pues la circuncision se habia instituido para remedio de pecados, y el que tomaba aquella medicina daba á entender que estaba enfermo. Mas como el Señor venia para pagar por nuestras culpas, y lavar con su sangre las manchas de nuestros pecados, fué inestimable su caridad, y el deseo que tuvo de nuestro bien, que no le sufrió el corazon aguardar el tiempo en que se habia de sacrificar por nosotros en la cruz, porque le parecia que tardaba mucho; ántes quiso luego con la sangre que derramó en su circuncision, darnos prenda de su amor y señal de la paga, que por entero habia de hacer en el fin de su vida. Quiso tambien ser circuncidado para mostrar que era hombre y del linaje de Abraham, y que la circuncision de la carne hasta aquel tiempo habia sido buena y ordenada de Dios, y librarnos de ella, y enseñarnos otra mas alta y espiritual, significada por la corporal circuncision, como lo diremos en su dia. Hizose esta circuncision, como se cree, en el mismo portal de Belen, donde habia nacido, y allí se muestra al lugar donde se hizo; porque no estaba señalado templo, ni lugar particular por ley alguna, donde la circuncision se hubiese de hacer.

Mas para que entendamos, quién es este niño, que es circuncidado y toma traje de pecador, dice el santo Evangelio; que le pusieron nombre, y le llamaron Jesus, que quiere decir *Salvador*, y que este nombre no se le dieron los hombres, sino el Padre Eterno, y que el ángel le trajo del cielo, y le anunció, aun ántes que fuese concebido en las entrañas de su madre; y fué, cuando saludándola el ángel, le dijo, que concebiria en su vientre, y pariria un hijo, que le llamase Jesus: y lo mismo dijo á san José, añadiendo la causa de este nombre: *porque él habia de salvar de los pecados á su pueblo*; para que por aquí entendamos, que no tenia pecado el Salvador de pecadores: que el ser Jesus lo tenia de suyo; y que el ser circuncidado y el tomar hábito de pecador de nuestra culpa y miseria, era porque venia á remediarla.

Pasados otros cinco dias despues de la circuncision, y trece despues del nacimiento del Señor, llegaron á Belen los reyes magos, que venian á buscarle desde oriente, movidos de la estrella, que dijimos, haber aparecido en aquella region, al mismo tiempo que nuestro Redentor nació; porque movidos los magos de la vista de aquella nueva estrella y admirados de su grandeza y claridad, y alumbrados interiormente con otra luz superior y divina, entendieron que en las partes de Judea habia nacido un nuevo Rey y Salvador del mundo; y con el impulso del Espiritu santo, dejando sus estados, comodidades y regalos, se pusieron en camino, y le vinieron á buscar, guiados por la misma estrella: y habiéndoseles escondido, entraron en Jerusalem, y publicaron lo que habian visto, preguntando dónde estaba el que habia nacido rey de los judíos: con las cuales nuevas se turbó Herodes y toda la ciudad de Jerusalem, y despues de haber consultado aquel negocio con los escribas y sabios de la ley, y entendido que el lugar señalado por los profetas, para el nacimiento de este gran rey, era el pequeño pueblo de Belen, examinando á los magos muy particularmente el rey Herodes, de todo lo que pertenecia á aquella jornada, les avisó con engaño, que hallado el niño, volviesen á él, porque él tambien le fué á adorar: y con esto se

partieron los magos de Jerusalem y prosiguieron su camino, llevando la misma estrella por guía, que se les tornó á aparecer y fué delante de ellos hasta que llegaron á aquella pobre choza donde estaba Dios humanado: y no escandalizándose, ni turbándose con la pobreza que hallaron, ni con la vileza del establo, y abatimiento del pesebre, conociendo con la lumbre de la fe, que aquel niño era Dios, se le postraron, le adoraron, y ofrecieron ricos dones de oro, incienso y mirra, de que abundaba su patria; para significarnos los otros dones mayores que ellos ofrecian al Señor, y los misterios que reconocian en él significados por el oro, incienso y mirra, que le ofrecian: y despidiéndose de aquel santo doncel y doncella, y dejando sus corazones en aquel pesebre, se volvieron á su patria por otro camino diferente, como el ángel les habia revelado que lo hiciesen.

En la misma pobre casilla ó cueva estuvo el Señor del mundo cuarenta dias despues de nacido; porque la ley obligaba á las paridas, que no saliesen de casa hasta purificarse, é ir al templo, que en las que parian hijo, era cuarenta dias, y en las que hija, ochenta; y la Virgen sacratísima, aunque no estaba obligada, guardó perfectísimamente esta ley, y á los cuarenta llevó á su benditísimo Hijo y le presentó en el templo como á primogénito, para cumplir con otra ley que mandaba, que todos los primogénitos fuesen presentados y ofrecidos al Señor, y que los que no eran de la tribu sacerdotal de Levi, fuesen rescatados con cinco ciclos (moneda de aquel tiempo), para que con esto se acordasen los hebreos de aquel gran beneficio que habian recibido de Dios en la salida de Egipto, cuando él con tan fuerte y poderosa mano mató á todos los hijos primogénitos, así de los hombres como de las bestias de aquel reino: porque puesto caso que Cristo, como legislador y señor de la ley, no estaba sujeto á esta ley, pero, por darnos en todo ejemplo de obediencia, se sujetó á ella, y quiso que su purísima Madre le acompañase y obedeciese á la ley de la purificacion de las paridas, que tampoco le obligaba, curando nuestra desobediencia con su obediencia, y comenzando ya con esta ocasion á manifestarse mas, y consolar al santo viejo Simeon y aquella piadosa viuda y devota Ana, que de dia y de noche no se ocupaba sino en hacer oracion en el templo; para que con lo que en él se hizo y se dijo, se fuese poco á poco extendiendo la noticia y fama del Salvador, y los hombres se fuesen acostumbrando á ver aquella luz, que por ser tan soberana é inmensa, sus ojos tan flacos no pudieron ver repentinamente.

Acabado el misterio de la presentacion de Cristo, y de la purificacion de la Virgen en el templo, dice el evangelista san Lucas, que volvieron á Galilea y á su ciudad de Nazareth, en donde no se sabe los meses ó dias que estuvieron; porque como Herodes se vió burlado de los magos, y entendiendo el rumor, que habia habido en Jerusalem con la presentacion del niño en el templo, y con lo que los santos viejos Simeon y Ana, de él habian dicho y publicado; por asegurar su reino, determinó matar al que temia que se le habia de quitar: y porque no sabia donde estaba, ni se pudiese escapar aquel niño, que él buscaba, se resolvió pasar á cuchillo á todos los niños inocentes, que en aquel tiempo habian nacido, como lo hizo con bárbara fiera y crueldad. Pero el Señor, que no queria morir, sino al tiempo que él mismo habia determinado, ni hacer milagros en su niñez, ni usar de

la potestad divina, sino de la flaqueza y dispensacion humana; reveló por medio de un ángel á san José aquel peligro, mandándole que huyese á Egipto y estuviese allí, hasta que otra cosa le ordenasen: aunque no faltan santos y gravísimos doctores, que dicen, que esta revelacion se hizo á san José, luego que se partieron los magos. Obedió prontísimamente el santo patriarca al mandato divino, y se levantó de noche, sin escandalizarse, ni turbarse por aquella novedad y huida apresurada; y con el hijo y la madre, tomó el camino para Egipto, huyendo Dios del hombre, y el verdadero Rey y Señor del mundo, del tirano y usurpador del reino ajeno, por dar ejemplo á sus siervos, que á sus tiempos huyan y se escondan, y no se espanten si son perseguidos de los malos. Tambien dice el santo Evangelista, que ordenó Dios esta ida de su benditísimo Hijo á Egipto, para que se cumpliese lo que habia dicho el profeta Oseas: «de Egipto llamé á mi hijo: lo cual, aunque á la letra se entiende del pueblo de Israel; tambien declara el Evangelista que se debe entender de Cristo. En este camino, cuentan Sozomeno, y Nicéforo, que llegando Cristo nuestro Señor con la santísima Virgen á Hermopoli, ciudad de Tebaida, hallaron á la puerta de la misma ciudad un árbol grandísimo, llamado Persis, en el cual adoraban los gentiles al demonio, y que luego abajó sus altas ramas hasta el suelo, como adorando al Señor; y que le quedó tanta virtud, que con sus hojas, fruto y corteza sanaba despues cualquiera enfermedad: y Burcardo añade, que entre las ciudades de Heliópoli y Babilonia habia un huerto de bálsamo, que se solia regar de una pequeña fuente, en la cual era fama, que nuestra Señora muchas veces habia lavado á su precioso Hijo y sus paños, y una piedra en que los extendia y enjugaba; y que no solamente el agua de aquella fuente tenia maravillosa virtud, sino tambien otras aguas, que se mezclaban con ella, y que hasta los mismos sarracenos tenian en grande veneracion aquel lugar: y para conservar la memoria de haber estado Jesucristo nuestro Redentor allí, pusieron una lámpara, que en él ardiese perpetuamente. A la entrada del niño Jesus en Egipto, todos los demonios, que de aquella provincia estaban apoderados, temblaron, entendiendo que habia venido el que los habia de destruir y quitar el señorío y trono, que tenían tan asentado en los corazones de los egipcios, que eran aun mas ciegos y supersticiosos que los otros gentiles, y adoraban á los demonios en las serpientes y en otras sabandijas y cosas vilísimas: así lo dice Eusebio Cesariense, Atanasio y Orígenes; y aun otros graves autores refieren, que no solamente los demonios invisiblemente se turbaron, pero que simulacros y estatuas en algunas partes cayeron en la presencia del Salvador: y Paladio refiere, que en la ciudad de Hermópoli habia un templo, en el cual, á la entrada del Salvador, todos los simulacros de los demonios cayeron y se desmenuzaron é hicieron pedazos: y san Epifanio en la vida de Jeremías dice, que este profeta avisó á los sacerdotes de Egipto, que todos los idolos caerian y se harian pedazos, al tiempo que una doncella madre de Dios, con el hijo que habia parido, entrase en Egipto: y lo mismo escribe Doroteo, obispo de Tiro: que los egipcios por este oráculo solian adorar el Niño recostado en el pesebre, y á la Virgen en una cama: y es cosa certísima, que de tal manera fueron desterrados los demonios de aquella tierra,

que siendo ántes tan estéril, desierta y espinosa, y llena de abominables vicios é idolatrias, despues se convirtió en un paraíso de deleites, y en un jardín de flores y plantas suavísimas de cristianos, monjes y varones perfectísimos, por la predicacion de san Marcos, y por la instruccion de san Antonio y de otros santísimos anacoretas, que la cultivaron y habitaron; y esto en virtud de Cristo y de su benditísima Madre, que con su presencia la ilustraron y la echaron su bendicion.

Estuvo el Señor en Egipto, todo el tiempo que vivió Herodes; que aunque no se puede saber de cierto cuanto fué, la mas probable y comun opinion es, que fueron como siete años: al cabo de los cuales, siendo ya muerto el rey Herodes, el ángel apareció á san José y le mandó, que volviese á Judea con el Hijo y con la Madre; y él lo hizo? y sabiendo, que Archelao reinaba en ella en lugar de su padre, á quien habia sucedido, avisado en sueños, desvió su camino hácia la provincia de Galilea, y volvió á Nazareth, y allí hizo su morada: y la santa Iglesia hace memoria de esta vuelta del Señor de Egipto á Judea, y la celebra á los siete de enero, como se ve en los martirologios, Romano, de Beda, y Usuardo.

De Nazareth venia el Señor cada año con sus padres á Jerusalem; porque aunque reinaba Archelao, como dijimos, y se podia temer alguna violencia: pero el ser pobres y desconocidos, y venir entre tanta gente, para solo visitar el santo templo, sin detenerse en Jerusalem, les daba seguridad, y mucho mas el moverlos el Señor, sin cuya voluntad no podia suceder cosa al Hijo que diese cuidado á sus padres: los cuales le tenian grandísimo de guardar los mandamientos y ceremonias de Dios, posponiendo cualquiera otro temor y trabajo, al cumplimiento de su divina ley. Pero siendo ya de doce años, y queriendo dar alguna muestra de sí, y comenzar á esparcir los rayos de su divina luz y sabiduria; habiendo venido, como acostumbra, con ellos á Jerusalem, y visitado el santo templo, al tiempo que se partian sus padres, se quedó él, y despues de haberle buscado con muchos suspiros, gemidos y lágrimas, entre sus conocidos y amigos, dentro y fuera de la ciudad; finalmente le hallaron, pasados tres dias, en el mismo templo entre los doctores, oyendo lo que decian, y preguntándoles y respondiendo á sus dudas, con admiracion y espanto de todos, que no sabian como en tan pocos años resplandecia tanto peso, madurez y sabiduria. Y habiendo la santísima Virgen y Madre, quejándose amorosamente con su Hijo de la pena que les habia dado, y dichole aquellas dulces y tiernas palabras: «Hijo, ¿porqué lo habeis hecho así con nosotros? que vuestro padre y yo os habemos buscado con dolor;» él le respondió, que lo habia hecho, por acudir y ocuparse como debia en las cosas de su Padre: y aunque no entendieron estas palabras los otros, la Virgen las conservó en su corazón, rumiándolas y considerando los profundos misterios que en ellas se encerraban. De aquí, dice san Lucas, que volvió el Señor á Nazareth, y que estaba sujeto á sus padres.

Vivió en la casa de su bendita Madre en la cual fué concebido; y por haber habitado en Nazareth, fué llamado Nazareno, y mucho mas por lo que este nombre significa en hebreo, que quiere decir, *Florido, Santo, y Apartado*, porque él era la flor que nació de la vara de

Jesé, que nunca se seca ni marchita, y el Santo de los santos, ajeno y apartado de todo pecado. Y puesto caso, que por escarnio se puso este nombre en el título de la cruz, y que los gentiles hacían burla de él; pero los ángeles y los santos apóstoles le tuvieron en suma veneración, y los fieles se preciaron de llamarse nazarenos en la primitiva Iglesia, hasta que despues tomaron el nombre de cristianos, y la misma Iglesia y religión cristiana fué llamada secta de nazarenos. Pero lo que pone espanto en las palabras del Evangelista, es decir, que Cristo estaba súbdito y sujeto á sus padres, no solamente á la Virgen, que ya era su verdadera Madre, sino por amor de la Virgen, también á José, que aunque no lo era, era tenido por padre suyo; dándonos en todo ejemplo de humildad, y de lo que debemos hacer con nuestros mayores, y la obediencia que deben los hijos á sus padres; pues como bien pondera san Bernardo, el rey del cielo se sujetó al polvo de la tierra, y á su criatura el Criador. También nos quiso enseñar, que los superiores, por serlo, se deben tener por mejores que los súbditos; pues Cristo fué súbdito á María y á José. Era san José un pobre carpintero, y los santos, que tratan de la vida de Cristo, contemplan como ayudaba en su trabajo á san José, y servía á sus padres en las cosas necesarias de su casa; y se regalan, considerando el encogimiento y confusión, que tendrían los que le mandaban, y la prontitud y alegría con que el Señor obedecía; y aun añaden algunos, que despues que murió san José, que debió ser en el tiempo de esta sujeción y silencio de diez y ocho años, del cual no hablan palabra los evangelistas; el Señor ejerció por sí aquel mismo oficio de carpintero; porque no solo fué llamado hijo de carpintero, sino también carpintero, como dice san Marcos; para que admitamos de la oculta dispensación del Hijo de Dios en nuestra carne, é imitemos y le agradezcamos el abatimiento y silencio de tantos años, que por nosotros guardó; pues siendo la sabiduría y Verbo eterno del Padre, no quiso hablar ni manifestar con pública predicación, quién era, hasta que tuvo treinta años de edad, y pasando la vida en suma pobreza, disimulación y silencio.

Pero á los treinta años, siendo ya llegada la hora determinada de Dios, y el tiempo en que el juicio del hombre suele estar mas maduro, vino el Señor de Galilea al río Jordan, para ser bautizado de san Juan Bautista, poniéndose en el número de los pecadores, para darnos otro ejemplo de humildad, y como él mismo dijo á san Juan, que por verle, estaba atónito para cumplir enteramente la justicia evangélica, que en esta humildad resplandecía; y no ménos para santificar y enriquecer con nuevos dones á san Juan, y autorizar con su presencia aquel bautismo que disponía para el suyo; y para que no pareciese grave al siervo venir al bautismo de su Señor, pues el Señor había venido al bautismo de su siervo; y para consagrar con el tocamiento de su carne purísima las aguas que habían de servir para regeneración de los fieles; y para hacerlos hijos de Dios, y enseñar á los predicadores evangélicos, que ántes de subir al púlpito y emprender el ministerio de la predicación, procuren purificarse y estar limpios de toda mancha de pecado; y finalmente, para que con la ocasión del bautismo se abriese, como se abrió, el cielo, y bajase el Espíritu santo en figura de paloma sobre el Señor, y el Padre Eterno con aquella voz

magnífica y sonora, diciendo: «Este es mi hijo querido, en el cual me he agradado, y por quién me aplaco y reconcilio con el hombre.» diese testimonio, que era su natural, verdadero y consubstancial hijo; y con la autoridad de toda la santísima Trinidad quedase, como graduado y señalado por maestro y doctor, y preceptor del mundo. Quedó con el bautismo del Señor santificado el río Jordan, y por esto y por la virtud de sanar milagrosamente los enfermos que despues en él se lavaban, ilustrado y celebrado con gran veneración de todos los fieles, y algunos santos por respeto tuvieron devoción de bautizarse en el río Jordan, como san Basilio y otros; y Gregorio Turonense afirma, que en cierta parte de él, donde Cristo nuestro Señor se bautizó, lavándose los leprosos, quedaban limpios y sanos.

Mas aunque Cristo nuestro Redentor con el testimonio de la santísima Trinidad estaba ya declarado por maestro del mundo, como dijimos, no quiso comenzar á ejercitar tan alto ejemplo; para enseñarnos mas con obras que con palabras. Retiróse al desierto, movido de su mismo espíritu, para desafiar al príncipe de los demonios, y entrar en campo y pelear con él y vencerle: para que por aquí entendamos, que el hombre en el bautismo es armado para la guerra, y que los mayores dones que recibe de Dios, son vísperas de mayores batallas; y que no hay nadie, que se escape de tentaciones, por santo que sea, ni desmaye, ni se ahogue por ser tentado, pues fué tentado el Señor, y venció al tentador, y le rindió y le desarmó de tal manera, que si nosotros no queremos, no podamos ser vencidos; pues tenemos tal ayudador, y padrino, que nos mostró con su ejemplo, como hemos de pelear, y con su espíritu nos da armas con que peleemos y venzamos.

Este desierto, donde ayunó el Salvador, escriben, que está entre Jerusalem y Jericó, y los cristianos le llaman Cuarentena, por los cuarenta días que allí estuvo; y á dos millas de allí está el monte, de donde el demonio mostró al Señor los reinos del mundo, y le prometió dárselos si le adoraba, y llámanle *el Monte del Diablo*.

Ayunó, pues, el Señor, cuarenta días con sus noches, sin comer bocado, como lo había hecho Moisés y Elias, y santificó con su ayuno la sagrada cuarentena, que despues los cristianos habíamos de ayunar; y al cabo de los cuarenta días tuvo hambre, para manifestar que era hombre, y dar ocasión al tentador, que le acometiese y tentase, como lo hizo, proponiéndole primero, que convirtiese las piedras en pan; despues, que se echase del pináculo del templo abajo, para que la gente, viéndole volar por el aire, conociese que era Hijo de Dios; y finalmente ofreciéndole todos los reinos del mundo si se echaba á sus pies y le adoraba. Pero todas tres veces salieron en vano sus acometimientos; y huyendo el demonio, el Señor quedó vencedor y triunfador, y los ángeles del cielo, que estaban á la mira, vinieron á servirle, y le trajeron de comer.

Deste desierto salió el Señor victorioso, habiendo ya rendido á nuestro enemigo, para que nosotros le venciésemos; y luego comenzó á ejercitar la obra que su Padre Eterno le había encomendado, y á llamar discípulos que le sirviesen en ella, y habiendo aprendido de tal maestro la doctrina del cielo, la derramasen por el mundo, al cual él venía á alumbrar y á librar de las hor-

ribles y lastimosas tinieblas, en que estaba sepultado, y atar aquel armado, fuerte y poderoso, que se habia encastillado en el mundo, y le tiranizaba con una posesion tan segura, que se tenia por su principe, y como tal se llamaba. Entre los otros discípulos escogió doce, á los cuales llamó apóstoles; y fueron Pedro y Andrés, hermanos, Jacobo y Juan, hijos del Zebedeo, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo el menor, hijo de Alfeo, Simon Cananeo ó Zelotes, Judas Tadeo, y Judas Iscariote; y para escogerlos se retiró primero á un monte, como una legua de la ciudad de Cafarnaüm, á hacer oracion, y encomendar aquel negocio tan importante al Padre Eterno: y por esta eleccion, que allí se hizo, y porque se acogia el Señor muchas veces allí á hacer oracion, y haber enseñado en aquel sublime y altísimo sermón del monte (que es una suma de toda la doctrina y perfeccion de la vida cristiana), se llama *el Monte de Cristo*. Las armas que tomó nuestro David para pelear y derribar á este fiero y espantoso gigante, fueron su santísima y purísima vida, con que resplandeció entre los hombres: la doctrina celestial y divina, que les enseñó, y los milagros innumerables que obró.

La vida del Señor fué tan santa, como habia de ser la vida del Santo de los santos y fuente de toda la santidad: fué vida de hombre Dios, que aunque tomó la naturaleza de Adán, no tomó la culpa de Adán, ni las fealdades y manchas con que quedó nuestra naturaleza por el pecado. Mas porque venia, como médico, á curar nuestras dolencias, y convenia que conversase con los enfermos que venia á curar, y se acomodase á su flaqueza y miseria; tomó un género de vida comun, honesto y moderado, comiendo carne, y bebiendo vino, y vistiendo lana y lino, aunque pobremente, para que la aspereza y rigor extremo, no espantasen á los que habian de tratar y aprovecharse de su doctrina: porque como el Señor no tenia necesidad de penitencia y de austeridad, para satisfacer por las culpas que no tenia, ni para reprimir los apetitos de la carne, que en nosotros son tan desordenados y rebeldes, y en él estaban tan concertados y ajustados con la razon y con su voluntad divina, y venia para ejemplo y dechado de todos; quiso tomar un género de vida, por una parte tan sublime y tan adornado de todas las gracias, de caridad, de humildad, de paciencia, de mansedumbre, de menosprecio del mundo y aprecio del cielo, y tan lleno de todas las otras virtudes, en que consiste la perfeccion evangélica, que no se le pudiese añadir ni imaginar cosa mas subida ni mas perfecta; y por otra parte, en lo exterior tan comun y familiar, que se pudiese imitar: pues el rigor, y penitencia corporal, no es el fin y suma de la perfeccion cristiana, sino medio conveniente para alcanzarla. Mas porque nosotros tenemos necesidad deste medio, por la flaqueza y rebeldia de nuestra carne, en aquella vida comun, que para nuestro ejemplo tomó el Señor, usó de grande y extremada aspereza, como adelante se verá.

Con esta vida inculpable, con que el Señor resplandeció en el mundo, se juntó la doctrina celestial y purísima, que como Maestro venido del cielo predicaba; porque Cristo era doctor del mundo, y maestro universal de todos los hombres, y muy aventajado sobre todos los profetas, patriarcas y doctores de la ley, porque todos ellos fueron sus discípulos, y no podian bien enseñar, sino lo que dél habian aprendido, y oído: y así dijo por

Isaias: *Ego ipse, qui loquebar, ecce adsum*: Antes hablaba por medio de mis profetas; ahora veisme aquí, que por mí mismo os enseño. Las partes del buen maestro son buena vida, excelente doctrina, y buen modo de proponerla y explicarla. La buena vida; para que no se desdore la doctrina, no haciéndose lo que se dice, ó no con tanta perfeccion como se dice: Cristo fué dechado de toda santidad; porque hizo, y dijo, y pudo decir con verdad: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» Y añadir: «Si os digo la verdad, ¿porqué no me creéis?» Porque su vida inocentísima daba peso á su doctrina, y la hacia creible, é inescusables á los que no la creian, pues la misma doctrina, que enseñaba, era como de tal Maestro; porque la sabiduría de Cristo, en cuanto Dios, era divina, infalible, y por via de entendimiento engendradora de Dios; y en cuanto hombre tenia perfectísima ciencia, por razon de la union al Verbo; al fin, como de alma, que estaba viendo claramente á Dios; y así dijo san Juan Bautista: «El que viene del cielo, es sobre todos, y da testimonio de lo que vió y oyó.» Desta fuente perenne manaba, como rio, aquella doctrina tan excelente, tan entera y provechosa: aquella ley evangélica, soberana y divina, que Cristo enseñó de palabra, é imprimió con su espíritu en los corazones de los hombres, quitando las imperfecciones de la antigua ley, y apurándola de la escoria y cosas, que por la dureza y rudeza de aquel pueblo se les permitian, y dándonos no solamente los preceptos y mandamientos necesarios para alcanzar la salud eterna; sino tambien los consejos mas subidos y perfectos, á los cuales anhelan las ánimas santas, heridas de Dios, deseando con la guarda dellos asegurar la guarda de los mandamientos. ¿Quién podrá dignamente explicar la excelencia de la doctrina de Cristo? ¿Aquella tan rica pobreza voluntaria, que nos enseñó, para cortar de un golpe la raiz de todos los pecados y cuidados, trabajos y negocios del mundo, que es la codicia? ¿Aquella mansedumbre de corderos, que excusa todos los odios, iras y rencillas de los hombres? ¿Aquellas piadosas lágrimas, con que la ánima es regada y como bautizada, para que dé fruto de vida eterna? ¿Aquella hambre y sed de justicia, que son las primicias de la gracia, y flores, que preceden al fruto de las virtudes? ¿Aquella misericordia, que proveyendo las necesidades ajenas, remedia las suyas? ¿Aquella limpieza de corazon, donde resplandecen los rayos de la divina luz, como en un espejo muy claro? ¿Aquella paz y concordia con todos, que hace al hombre hijo de Dios? ¿Aquella paciencia y alegría en las tribulaciones y persecuciones, por grandes que sean, la cual levanta al hombre sobre las estrellas del cielo, y le constituye en aquella region de paz y tranquilidad, adonde no llegan las peregrinas impresiones y nublados deste siglo tempestuoso, y de donde ve, como debajo de sus pies, todos los nublados y torbellinos del mundo? Pues, ¿qué diré de los otros admirables consejos del Salvador que están esparcidos por todo el Evangelio? ¿El consejo de la castidad, que es imitadora de la pureza de los ángeles? ¿El consejo de no pleitear, y perder ántes la capa, que la caridad con el prójimo y la paz de conciencia? ¿El consejo de no resistir á los que nos persiguen, y estar aparejados para dar el un carrillo á quien nos hiere en el otro? ¿El consejo de hacer bien á los que nos hacen mal, y rogar por ellos, que es un traslado é imitacion de la infinita bondad y largueza de Dios?

¿Y los demás consejos que el Señor, como consiliario y ángel del gran consejo, nos dió, y están esmaltados en su divina y admirable doctrina?

Pues la manera de proponer y explicar lo que enseñaba, no fué ménos excelente y maravillosa, que la misma doctrina, juntandó por una parte mucha llaneza y claridad, para que los ignorantes y pequeños hallasen pasto proporcionado á su capacidad; y por otra grandísima profundidad, para que los entendimientos ativos de los sabios se rindiesen y humillasen: y usando ya de ejemplos, ya de semejanzas y parábolas, así por cumplir lo que el Profeta del había profetizado, como por ser esta manera de enseñar muy usada de los sabios, y mas fácil y acomodada para que la gente simple la entienda y se acuerde della, y se mueva á obrar lo que oyó, y tambien para cubrir con aquel velo y semejanza, los misterios divinos, que en su doctrina se encerraban, y no arrojar las piedras preciosas á los puercos. Mas entre todas las excelencias que tuvo Cristo, como maestro y doctor, una fué singular; porque los demás doctores pueden proponer la verdad, y enseñar por defuera; mas no pueden interiormente alumbrar el entendimiento, ni mover la voluntad, ni dar fuerzas para obrar lo que se oye; más Cristo nuestro redentor, como era Dios, obraba interiormente en las almas, ilustrando é inflamando la voluntad, y escribiendo en el corazon la misma doctrina que enseñaba; y así le dijo san Pedro: «Señor, ¿adónde iremos, que vuestras palabras son palabras de vida eterna?» Y por esto dice san Marcos, que enseñaba como quien tenia potestad y dominio sobre todos, y era señor de los corazones; y de aquí es, que á una sola palabra ó llamamiento suyo, los apóstoles le seguian, dejando sus redes, haciendas y negocios. Finalmente, la doctrina de Cristo es el meollo de todos los profetas, y una suma de toda la sagrada Escritura: es llave para abrir los misterios inefables de nuestra redencion: sol, que con su claridad ilustra la obscuridad y sombras de la ley vieja: mar océano de la inmensa sabiduría de Dios: tesoro riquísimo de la Iglesia: pan del cielo: fuente de aguas vivas: luz, medicina, sustento, salud y vida de las almas, que della se dejan enseñar.

Y puesto caso, que esta doctrina del Señor, por su pureza, alteza, excelencia y majestad, merecia por sí sola ser oida, y abrazada de todo el mundo; pero para mayor autoridad y confirmacion della, quiso que fuese acompañada de innumerables, provechosos y gravísimos milagros, para que ninguno se pudiese con razón excusar, viendo que Dios era el maestro y el aprobador de aquella doctrina, y que eran tantas, tan averiguadas las probanzas y testigos de abono, que la confirmaban, cuantos eran los milagros que el Señor obraba: los cuales fueron tantos, y tan notorios y admirables, en el cielo y en la tierra, en el agua y en el aire, en los demonios, mandándoles con potestad salir de los cuerpos, y en los hombres vivos y muertos, sanos y cargados de cualquier género de enfermedad, que no hay lengua que los pueda contar, ni ingenio humano que los pueda comprender. Y estos milagros hacia el Señor en presencia de muchos y de pocos, de sabios y de ignorantes, y de amigos y de enemigos: hacíalos en todo tiempo, de día y de noche, en el día de fiesta y en el día de trabajo; hacíalos en todo lugar, en el templo y fuera dél, en la ciudad y en el campo, en el valle, en la tierra y en el mar; hacíalos algunas ve-

ces con sola su palabra é imperio, otras, con tacto é imposición de sus manos, y otras, haciendo oracion y mirando al cielo: unas, usando de cosas provechosas; y otras, de cosas al parecer dañosas, como del lodo para alumbrar al ciego; hacíalos, nó por honra vana, ni gloria, ni aire popular, ni por interés temporal, ni por curiosidad vana; sino por la gloria de su Padre Eterno, para el bien de los hombres, para consuelo de los afligidos, para oír los piadosos ruegos de los que le suplicaban, y mas amenudo, en beneficio de los pobres, que de los ricos; porque tenian mas necesidad: hacíalos para confirmar, como dijimos, su doctrina, y alumbrar con ella los corazones de los que oian, y despertarios, para que mas amasen á Dios, y probar que él lo era, y que lo que enseñaba no era filosofía humana, baja y ratera, sino sabiduría del cielo, altísima, soberana y digna de un maestro, que era hombre y Dios.

El primero destos milagros que obró el Señor fué en Caná de Galilea, donde habiendo sido convidado á ciertas bodas con su bendita Madre y con sus discípulos, la sacratísima Virgen avisó á su Hijo de la falta de vino que habia, para que la supliese, porque no cayesen en vergüenza los novios, que debian ser pobres, y parientes ó conocidos de la Virgen. Y aunque el Señor en la apariencia le correspondió, no sin gran misterio, con alguna sequedad; pero bien entendió la Madre la intencion y voluntad de su Hijo, y ordenó á los que servian, que hiciesen todo lo que él les mandase. El Señor les mandó henchir seis tinajas que allí estaban, de agua, la cual se convirtió en delicadísimo vino; y se publicó el milagro con grande admiracion de la gente; y sus mismos discípulos creyeron en él y le siguieron con mas voluntad y alegría que ántes, confirmados con el nuevo milagro que habian visto: el cual quiso el Señor obrar por la intercesion de su Madre; para que por aquí entendamos, que ella es la medianera entre nosotros y su Hijo, la que procura que las aguas de nuestras tribulaciones y afanes se conviertan en vino suavísimo de consolacion y dulzura, y que si, sin ser rogada, acude á nuestras necesidades, como aquí lo hizo, mucho mejor acudirá al remedio dellas, siendo rogada y suplicada con nuestras oraciones. Vino el Señor á las bodas, para honrar el matrimonio, que él mismo habia instituido, para cerrar las bocas á los herejes, que despues le habian de vituperar. Aunque no faltan graves autores, que dicen, en aquellas bodas haber sido el novio san Juan Evangelista, y que el Señor le llamó de ellas al apostolado, para manifestarnos, que puesto caso que el matrimonio es bueno y loable, pero que la virginidad y continencia es mejor y mas agradable á Dios, yo mas creo, que las bodas fueron de otro; pues san Juan Evangelista ya ántes habia sido llamado de Cristo, y que estuvo en ellas como discípulo suyo, y nó como desposado; porque esto parece mas conforme al contesto y órden del Evangelio. Tras este milagro se siguieron todos los otros, que cuentan los sagrados evangelistas, que fueron tantos y tan varios, que el amado discípulo concluye su Evangelio con decir, que Jesucristo habia hecho otras muchas obras, las cuales, si se escribiesen una á una, serian tantos los libros, que no cabrian en el mundo; por esta causa nosotros no los referimos aquí particularmente, por evitar prolijidad: baste decir, que la fama dellos se derramó por toda aquella tierra, y se extendió por toda la provincia de Siria, como lo dice san Mateo, y llegó á la ciudad de Edesa, donde era rey y

señor Abgaró : el cual movido de lo que oía decir de los milagros que Cristo nuestro redentor hacia , y de la salud que daba á todos los enfermos de cualquiera enfermedad , que venian á él , le envió un mensajero con una carta , en que le suplicaba , que le viniese á ver y sanar de una dolencia , que mucho le fatigaba. El tenor de la carta era el que sigue :

«Abgaro, rey de Edesa , á Jesus Salvador benigno, que en la region de Jerusalem apareció en carne , envía salud. Dicho me han las maravillas y curas milagrosas que habeis hecho , sanando sin medicina ni yerba á los enfermos : y es fama que alumbráis á los ciegos y haceis andar á los lisiados y cojos , limpiais á los leprosos , lanzais los demonios y espiritus malignos , dais salud á los que tienen largas y prolijas enfermedades , y vida á los muertos. En oyendo esto de Vos , pensé ser una de dos cosas : ó que Vos sois Dios , que habeis bajado del cielo ; ó que sois á lo ménos hijo de Dios , que obráis estas cosas tan estupendas y milagrosas. Por tanto me ha parecido escribiros esta carta , y suplicaros afectuosamente , que tomeis trabajo de venirme á ver y de curarme de esta dolencia , que tanto me fatiga. Y tambien he sabido que los judíos están mal con Vos , y murmuran de vuestras obras y procuran haceros algun grave daño : aquí tengo una ciudad , que aunque es pequeña , es cómoda y noble , y bastará para todo lo que hubiéremos menester los dos.» A esta de Abgaró respondió Cristo nuestro Salvador en esta forma : «Bienaventurado eres , ó Abgaro , porque sin haberme visto , has creído en mí : que eso está escrito de mí , que los que me vieren , no creerán en mí ; y los que no me vieren , creerán y alcanzarán la salud. En lo que me escribes , que deseas que te vea , hágote saber , que todas las cosas para que fui enviado , se han de cumplir en esta tierra donde vivo , y en cumpliéndolas , tengo de volver al que me envió. Despues que yo fuere partido , te enviaré alguno de mis discípulos , para que te libre de esa dolencia congojosa , y te dé vida á tí y á los que tienes contigo.»

Estas epístolas trae Eusebio Cesariense en su historia , las cuales , dice , que halló en los archivos públicos de la ciudad de Edesa , en la cual reinó el dichoso Abgaró , con la historia de sus hechos , y que estaba en lengua siríaca , de la cual él las trasladó en griego. Verdad es , que porque estas epístolas no han sido escritas por ninguno de los evangelistas , ni tener autoridad canónica , y Gelasio papa las da por apócrifas ; pero no por esto las repueba como falsas , y en san Agustín se hace mencion de ellas , y san Efren , diácono de la misma ciudad de Edesa , autor tan antiguo y santo , en su testamento ; y Teodoro Estudita en una epístola , que escribe al papa Pascual , habla dellas honoríficamente ; y Cedreno asimismo escribe en el Compendio de sus Historias , que en tiempo de Miguel Padlagonio , emperador que comenzó á imperar el año de nuestra salud de mil y treinta y cinco , se hallaba entera la epístola que el Señor escribió á Abgaro , y era tenida en gran reverencia , como lo nota en sus Anales el cardinal Baronio ; el cual , tomándolo de otros muchos y graves autores , añade , que Cristo nuestro Señor envió á Abgaro un retrato é imagen suya , hecha nó por manos de hombres , sino milagrosamente , y que por ella obró Dios muchos milagros y dió grandes victorias á los cristianos contra los infieles sus enemigos. En cumplimiento de lo que el Señor prometió á Abgaro en su epístola , es-

cribe Eusebio , que despues de subido al cielo envió á uno de sus setenta discípulos , llamado Tadeo , á Edesa , para curar al rey y á todos los otros enfermos de aquella ciudad , y alumbrarla con la luz del Evangelio , y convertirla á su fé , como lo hizo. Todo esto se ha dicho por ocasion , de lo que escribe san Mateo , que los milagros del Señor fueron tantos y tan admirables , que se divulgaron por toda la Siria.

Pero cuanto mas crecía la fama de Cristo , tanto mas se encendia y acrecentaba la envidia y odio de los sacerdotes , escribas y fariseos contra él , porque como la vida del Señor era tan santa y tan contraria á las costumbres de ellos , y con su doctrina deshacia las tinieblas y falsedades , que ellos habian introducido en aquella república , y tan severamente reprehendia la ambicion , la codicia y los otros vicios abominables , que reinaban en sus corazones ; como frenéticos volviábase contra el médico que los curaba , y los ojos legañosos y enfermos , no podían sufrir tan gran resplandor : y como todo el pueblo , admirado de la santidad del Señor , enamorado de sus palabras y movido de los beneficios que con sus milagros recibia , le magnificábase y tuviese en grande veneracion , y el crédito y reputacion é interés de los escribas y fariseos se menoscabábase ; era increíble el aborrecimiento que le tenían y lo que deseaban quitársele de delante , para asegurar sus engaños y maldades. Procuraron primero tacharle é infamarle con el pueblo en la vida , diciendo : que era pecador y amigo de pecadores , y de publicanos y de gente ruin y de mal trato : que no guardaba el sábado y quebrantaba la ley de Moisés : que era hombre regalado , que habia vino y que no ayunaban sus discípulos ; y finalmente , que era samaritano , hereje y excomulgado , y poseido del demonio. Reprendian su doctrina como contraria á la doctrina de Dios , y á lo que Moisés y los antiguos sabios de la ley les habian enseñado. Y puesto caso que los milagros del Señor fuesen tan grandes , tan provechosos , tan claros y patentes , que no se podian negar , todavia ellos los calumniaban , pidiéndole otros milagros mayores del cielo , ó diciendo que los hacia en virtud de Beelcebú y que tenia pacto con el demonio. Quisieron tambien cogerle en palabras , para tener ocasion de acusarle como sedicioso y turbador de la república , y que aconsejaba , que no se pagase el tributo al emperador romano ; y para esto le hicieron aquella pregunta tan maliciosa : ¿ Si era lícito pagar el censo á César , ó nó ? Otra vez llevaron consigo soldados y ministros de Herodes , estando predicando el Señor , para oír del alguna palabra á su propósito , y echarle mano y prenderle. Para este mismo efecto le tentaron , presentándole á una pobre mujer , que habia sido hallada en adulterio , y le preguntaron , lo que le parecia se habia de hacer della ; para que si respondiese el Señor , que la apedreasen , como lo mandaba la ley , le tuviesen por cruel ; y si dijese que la absolviesen y perdonasen , por enemigo de la misma ley , y saliesen con su intento. Pero como ninguna de sus astucias y mañanas les sucediese bien , y todas sus máquinas les saliesen en vano , determinaron matarle y quitarle la vida : para lo cual incitó mucho y echó , como aceite en el fuego , el milagro tan famoso , que el Señor obró resucitando á Lázaro cuadrando de la sepultura , con tanto imperio y divina potestad ; y por haber sido este milagro tan nuevo , tan espantoso , y hecho en persona tan ilustre y tan conocida , y

delante de tantos testigos, y en un lugar tan cerca de Jerusalem, con tantas otras circunstancias, que no se podían negar, y muchos por él se convertían y creían en Cristo; hicieron los pontífices, sacerdotes, escribas y fariseos su concilio, en el cual por la boca del sumo pontífice, concluyeron: que para que todos no pereciesen, era necesario que uno muriese: verdad es, que ellos mismos no entendieron, lo que el Espíritu santo, que habló por el sumo pontífice, pretendía, y que Dios había decretado, que nuestro Salvador, hijo suyo bendísimos, muriese en cruz, para que todo el linaje humano por ella viviese. No pudiera malicia, ni fuerza, ni artificio humano quitar la vida al Señor, si él no quisiera, ni ser parte para abreviarla, ni para anticipar un momento el tiempo y la hora, que él, como señor de los tiempos, había señalado por término de su peregrinación; mas siendo ya llegado el que él mismo tenía determinado, sirvióse de la mala voluntad de aquellos desventurados, que con tanto odio le perseguían, para ejecutar por su mano, lo que su divina Majestad quería; y así, después de haber gastado tres años predicando y esparciendo, como verdadero Sol de justicia y luz del mundo, los rayos de su celestial doctrina, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, y de villa en villa, ya en Judea, ya en Galilea, ya en Samaria, buscando como buen pastor, por montes y valles la oveja perdida, y padeciendo inmensos trabajos, pobreza, frío, calor, cansancio, persecuciones, contradicciones y calumnias, enseñando de día y orando de noche, y tratando siempre negocios de nuestra salud, como verdadero Padre, Mediador y Salvador nuestro; para acabar y dar cumplimiento y perfección á lo que tanto deseaba, y el Padre Eterno tanto le había encomendado, él mismo por su voluntad se entregó en manos de los pecadores. Para esto vino al lugar donde él se quería sacrificar: que era la ciudad de Jerusalem, para que su pasión fuese tanto mas ignominiosa, cuanto el lugar era mas público y el dia mas solemne. Pero quiso esta vez entrar á caballo en una asna y un pollino, y ser recibido con gran fiesta y solemnidad, con ramos de olivos y de palmas, y con tender muchos sus vestiduras por tierra, y clamar todos á una voz: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: sálvanos en las alturas:» para mostrar por una parte su humildad; pues entraba en una pobre cabalgadura, y por otra la alegría de su corazón, por ver que ya se llegaba la hora de nuestra redención, y de aquel suavísimo sacrificio, que en el altar de la cruz él había de ofrecer por obediencia y honra de su Padre; y no menos para declararnos la mutabilidad y grande inconstancia del hombre, y que no hay que fiar en el mundo; pues tan fácilmente se muda y pide, que sea crucificado y pospuesto á Barabás, el que cinco días antes recibió como á hijo de David y Santo de los santos. Y aun el mismo día que el Salvador fué recibido en Jerusalem, con tan grande pompa y regocijo, revolviéndose toda la ciudad; después entrando y estando en el templo hasta la tarde, como significa san Marcos y lo notó la Glosa, no hubo persona que le convidase á comer; y así le fué necesario irse ayuno á Betania á la casa de Marta y Magdalena, sus devotas huéspedes, y de allí luego la siguiente mañana volvió á Jerusalem, por la sed y encendido deseo que tenía de su bien.

Llegado pues el día en que se comía el cordero pascual,

quiso cumplir con aquella ceremonia de la ley, y dar fin á las sombras y figuras, y ser sacrificado como verdadero cordero, que quita los pecados del mundo, en el lugar y tiempo, que se sacrificaba el cordero místico; y después de haber cumplido con la cena legal, instituyó la otra misteriosa é inflexible de su cuerpo y sangre. Pero antes, dice el evangelista san Juan, que hecha la cena, sabiendo él, que todas las cosas había puesto el Padre en sus manos, y que había venido de Dios y volvía á Dios, se levantó de la cena y quitó sus vestiduras, y tomando un lienzo, se ciñó con él y echó agua en una bacia, y comenzó á lavar los pies de sus discípulos, y limpiarlos con el lienzo que estaba ceñido; porque á su despedida quiso este Señor darnos mayores muestras de su inmensa caridad y suavidad, y con su ejemplo encomendarnos mas la humildad; que es el fundamento de todas las virtudes, y propia de la perfección y excelencia cristiana. Para eso con aquellas mismas manos, con que había criado el cielo y la tierra, en cuyo poder el Padre había puesto todas las cosas, como olvidado de su majestad, se arrodilló á los pies de unos pobres pescadores, y comenzó á lavarlos; y no se desdenó de hacer este vil oficio con aquel que le tenía vendido por tan bajo precio, para rendirle, si pudiese, con esta inestimable caridad y humildad. Acabado el lavatorio de los pies, y de exhortar á sus discípulos á hacer unos con otros, lo que habían visto que él había hecho con ellos, ordenó el santísimo y admirable sacramento del altar, echando de sí rayos y llamas de amor; porque como el Señor ama la Iglesia su esposa con un amor tan entrañable, y tan encendido é inmenso, que no hay lengua criada que lo pueda declarar; habiéndose de partir della, el mismo amor le hizo hallar una invención tal, que partiéndose de esta vida, quedase con ella para nuestra compañía, para nuestro regalo, mantenimiento y vida espiritual, y para un perpetuo memorial de lo que había hecho y padecido por nosotros, como mas largamente lo tratamos en la festividad del Santísimo Sacramento. Pero lo que se debe mucho advertir, es, que en la misma noche de su pasión, cuando al Señor le estaban aparejando los mayores trabajos y dolores del mundo; él nos aparejó este suavísimo y divino bocado; porque la presencia de la muerte, y de tantos trabajos, como le estaban aguardando, no ocupó ni turbó su corazón, de tal manera, que los tormentos que él quería padecer con su caridad, fuesen parte para disminuir ó entibiar aquella misma caridad, con que los había de padecer.

Después de la institución de la sacrosanta cena, y de un largo y profundo sermón, que hizo el Señor á sus discípulos; habiendo dado gracias al Padre Eterno, vino con ellos al huerto, que se llamaba Getsemani, y dejando á los demás, tomó consigo á san Pedro, á Santiago y á san Juan, como mas familiares suyos, y comenzó á temer y entristecerse, y díjoles: «Triste está mi alma hasta la muerte: esperadme aquí y velad conmigo;» dándoles á entender como amigos la profunda y vehemente congoja en que estaba su alma, la cual el mismo Señor tomaba por su voluntad, dejando padecer á su humanidad todo aquello que padeciera, si no estuviera unida con su divinidad. Y para darnos ejemplo, que en todos nuestros trabajos acudamos á la oración, y nos pongamos en las manos de Dios; adelantándose como un tiro de piedra de los tres discípulos, se prostró en tierra, y caído sobre su rostro, oró y dijo:

«Padre mio, si es posible, pase este cáliz de mi; mas no se haga como yo quiero, sino como tú:» para enseñarnos que puesto caso que nuestra naturaleza flaca y miserable sienta sus penas, y desee salir de ellas; pero que esforzada y alentada con el favor de Dios, se ha de poner en sus benditas manos, y no querer mas de lo que él quiere; pues cualquiera cosa que nos viniere de tan amoroso y celestial Padre, esa será la que mas conviene para su gloria y nuestro bien.

Hecha esta oracion tres veces, á la tercera vez fue puesto en tan grande agonía, que comenzó á sudar gotas de sangre, que corrian por todo su sacratísimo cuerpo hilo á hilo hasta caer en tierra: que es argumento evidente de la inmensidad de los dolores de Cristo, y de la terribilidad de los tormentos que padeció por nosotros; pues sola la representacion de ellos hizo un efecto tan nuevo y tan extraño en aquel Señor, que es la virtud y fortaleza de Dios. Mas como su caridad era tan grande, y el deseaba la gloria de Dios y el remedio del hombre con sumo deseo; viendo que cuantos mayores dolores padecía por nuestros pecados, tanto mas enteramente satisfacía á la honra de Dios ofendido, y mas copiosamente redimia al hombre culpado, quiso que sus dolores fuesen nuestra redencion. Por esta causa cerró todas las puertas, por donde le pudiese entrar algun rayo de alivio, y se entregó á la corriente de todos los tormentos y dolores. Congojábanle todos los pecados de todo el género humano, y de cada uno de los hombres, y desde el principio del mundo hasta el fin, que tenia delante de sus ojos, y eran tantos como las arenas del mar, y tan enormes y abominables: alligale la ingratitud y desconocimiento de aquel pueblo hebreo, que tan mal le pagaba los beneficios que dél habia recibido, y su ruina y perdicion; lastimábale el saber que la mayor parte del mundo no se aprovecharia del precio de su sangre, y quedaria obligado por su culpa á tanto mayores y mas graves penas, cuanto el beneficio de su pasion habia sido mas inestimable, y digno de perpetuo servicio y agradecimiento. Pues la tristeza y desconsuelo de su benditísima Madre, la dureza y obstinacion y eterna condenacion de Judas, la flaqueza y caída de Pedro, el desamparo, pusilanimidad y huida de todos los discípulos, no poco angustiaban el amorosísimo y benignísimo corazón del Señor: el cual, por la delicadeza y complexion de su cuerpo, que así como habia sido formado por virtud del Espíritu santo, así fué el mas perfecto y mas bien complexionado de todos los cuerpos, y mas sensible y delicado, se affigia mas que los otros hombres con el horror de la muerte que tenia presente: el cual es tan natural en el hombre, cuanto lo es el amor de la vida, y mas de tal vida como era la del Salvador, que merecia ser amada mas que todas las vidas criadas: y como con esto se juntase el género de la muerte, que era de cruz, penosísima y afrentosísima, y concurriendo en ella tantas maneras de injurias y tormentos, no es maravilla que en aquella hora diese el Salvador lugar, por su voluntad, para que la imaginacion y representacion viva de ellos, en cierta manera, como oscureciese aquel sol de justicia y mudase la figura de su sagrado rostro, que su ánima fuese tan angustiada y su carne delicadísima tan oprimida del dolor, y sus sentidos tan turbados: que todo su cuerpo se destemplase y se abriese por todas partes, y que su sangre con tanta abundancia corriese hasta la tierra. Todos sus miembros comenzaron á sentir el tor-

mento particular que cada uno de ellos habia de sufrir; porque allí se le representó, que la cabeza habia de ser coronada con espinas, los ojos oscurecidos con lágrimas, los oídos atormentados con injurias, las mejillas heridas con hofetadas, el rostro con salivas, la lengua jaropecada con hiel y vinagre, los cabellos y la barba mesada, las manos traspasadas, el costado abierto con una lanza, las espaldas molidas con azotes, los pies atravesados con duros hierros, los miembros descoyuntados, y finalmente todo el cuerpo afeado, ensangrentado y estirado en la cruz, y todo esto se le representó con tanta viveza y vehemencia, como si entónces todo lo padeciera; y con una divina y milagrosa dispensacion, gozando su santísima alma de la perfecta vision de Dios, y siendo bienaventurada, quiso él, que gustase tragos de tanta amargura, para mas copiosa redencion y paga de nuestros pecados, y para mostrar que era verdadero hombre, y que tomaba la flaqueza de nuestra naturaleza, para vestirnos de la fortaleza de su divinidad; y que aquel caimiento que mostraba en tan riguroso trance, y aquella congoja y ansia que tanto apretaba su corazón, era nuestra; y la fortaleza y constancia que habian de tener los mártires en sus tormentos, no era suya dellos, sino de este Señor.

No fué oído el Hijo querido del Padre en esta peticion, segun la voluntad de la parte inferior, que rehusaba el padecer; aunque fué oído segun la porcion superior, que queria, que se cumpliese en todo su santa voluntad; para que por aquí entendamos, que muchas veces es mayor gracia el negarnos Dios lo que le pedimos, segun nuestra flaca y desordenada naturaleza, que el concederlo; y que todas nuestras peticiones se han de referir á él, y limitarse con el beneplácito de su divina voluntad. Mas aunque el Padre Eterno no libró á su Hijo benditísimo de aquel afan y agonía, envió un ángel del cielo, que san Buenaventura dice que fué san Miguel, para que le confortase y esforzase, y le propusiese el decreto de su divina voluntad, la gloria que á Dios resultaria, el beneficio que haria á todo el linaje humano por medio de su pasion, la victoria y triunfo que alcanzaria del demonio, de la muerte y del pecado; y que por aquel abatimiento y tormento de la cruz, su nombre seria ensalzado y adorado de toda criatura, para que en este paso no ménos nos admiremos de la humildad deste benignísimo Salvador nuestro, el cual, siendo rey de todos los ángeles, como si estuviera olvidado de su soberana majestad, quiso ser confortado de uno de sus criados, y siendo fortaleza del Padre, y el que con su poder rige y sustenta el mundo, recibir alivio y consuelo de un ángel; porque cuanto á la naturaleza humana se habia hecho inferior á los ángeles; y juntamente aprendamos, que siempre la oracion, cuando se hace como se debe, tiene su efecto; porque ó Dios nos libra de la tribulacion, cuando se lo suplicamos, ó nos da fuerzas para sufrirla y llevarla con paciencia y alegría, que, como dice san Gregorio, es otra mayor gracia, que si nos otorgase lo que pedimos y nos librase de la tribulacion.

Pues como el Salvador, sabida la voluntad determinada del Padre Eterno, acabase su prolija y afectuosa oracion, levantóse del suelo, donde despues se edificó un templo, como dice san Gerónimo, dejando en una piedra que allí estaba, impresas las señales de sus rodillas, vino á sus discípulos y dijoles: «Dormid ya y descansad: veis aquí llegada la hora, y el Hijo del hombre será entregado en

manos de pecadores.» Y estando aun hablando con ellos, vino Judas acompañado de mucha gente de armas, para entregarle en sus manos. Adelantóse el Señor como buen pastor, para guardar á sus discípulos, y fué al encuentro de sus enemigos y preguntóles á quién buscaban: y como respondiesen que á Jesus Nazareno; él les dijo: «Yo soy:» y en oyendo esta palabra, volvieron atrás y cayeron de espaldas, y no se levantaron si el mismo Señor, que con una sola palabra los habia derribado, no les diera licencia para levantarse. Pero así como en lo uno mostró su poder, así en lo otro manifestó su piedad, y que voluntariamente queria padecer: porque despues que se levantaron tornó otra vez á preguntarles á quién buscaban; y como ellos le diesen la misma respuesta, les mandó que no tocasen á ninguno de los suyos: y Judas, llegándose al Salvador, le dijo: «Dios te salve, Maestro,» y dióle paz en el rostro; y el dulcísimo Jesus, considerando que Judas le servia de copero, y le daba el cáliz que el Padre le habia aparejado, aunque sus entrañas y sus obras eran de enemigo, con increíble mansedumbre le dijo: «Amigo, ¿á qué veniste?» San Pedro, que habia estado mientras el Señor oraba, lleno de sueño y dormido; luego que vió la mucha gente armada que venia á prender á su maestro, desenvainó una espada que traía, é hirió á un criado del pontífice, llamado Malco, y cortóle la oreja derecha. Dijo entonces Jesús á Pedro: «Mete la espada en su vaina: ¿el cáliz que me dió mi Padre, no quieres que beba?» Con estas palabras y con otras que le dijo, mostrando que el padecer era voluntad suya, y no flaqueza, y que si quisiese tendria ejércitos de ángeles para su defensa; le reprimió el Señor, y tocando la oreja de Malco, le sanó: y volviéndose á los príncipes de los sacerdotes y del templo, y á los ancianos, que habian venido á él, les dijo: «Como á ladron salisteis á mí con espadas y lanzas; mas esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas:» porque en aquella hora fué entregado aquel mansísimo é inocentísimo cordero á los lobos carnívoros y á los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus siervos y ministros ejecutasen en él todos los tormentos y crueldades que quisiesen, nó con excepcion de la vida, como fué entregado el santo Job en poder de Satanás; mas para que sin limitacion alguna de vida ni de muerte, empleasen su rabia contra aquella santa humanidad. Comenzaron luego á ejecutarla, echando mano del Señor de todo lo criado, y atando fuertemente sus benditísimas manos con unos lazos corredizos, hasta desollarle los cueros de los brazos, y hacerle reventar la sangre; y así le llevaban atado por las calles públicas con grande ignominia y gritería. Llevábanle avergonzado y desautorizado, medio andando, medio arrastrando, desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, el color mudado, el rostro encendido; mas con gran mesura y gravedad en sus ojos, y con un semblante divino, que en medio de tantas descortesias y afrentas nunca pudo ser oscurecido.

Preso, pues, el Salvador, como hemos dicho, con grande estruendo y vocería fué llevado de los ministros de Satanás á casa de Anás, que era suegro de Caifás, pontífice de aquel año; y preguntado por sus discípulos y doctrina, respondió: «Yo públicamente he hablado al mundo, y siempre enseñé en públicos ayuntamientos y en el

templo; donde todos los judios se juntan: en secreto no he hablado nada; ¿qué me preguntas á mi? Preguntá á los que lo han oído, que ellos saben lo que yo he dicho.» Y apénas el Señor hubo respondido esto, uno de los ministros que asistian al pontífice, le dió una recia bofetada, diciendo: «¿Así respondes al pontífice?» Respondió Jesus: «Si mal hablé, muéstrame en qué: y si bien, ¿porqué me hieres?» ¡Ó ánimo cruel! ¡Ó malaventurada mano, que hirió y señaló aquel divino rostro en quien se miran los ángeles! ¡Mansedumbre y lengua suavísima de mi Señor, que tal respuesta dió! Y si fuera menester para nuestra salud, volveria la otra mejilla sin turbacion ni amargura de su humilde corazon.

Despues de esta gravísima injuria y afrenta, que recibió el Salvador, congregados los letrados de la ley y los ancianos, no perdonaban medio para hallar algun falso testimonio contra el Señor para condenarle á muerte; pero no concordando los testimonios, al cabo el príncipe de los sacerdotes le conjuró de parte de Dios, que dijese quien era: y como el Salvador respondiese á esta pregunta la verdad, y lo que convenia á su persona; ellos, ciegos con su pasion y con el resplandor de tan grande luz, dijeron, que habia blasfemado, y que era merecedor de muerte, y le escupieron en su rostro y le dieron de pescozones; y otros le daban de bofetadas en la cara, y decian: «Profetizanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?» No se puede facilmente, ni sin lágrimas, decir los trabajos que pasó el Señor en esta noche dolorosa; porque fueron tantos, que el bienaventurado san Gerónimo dice, que hasta el dia del juicio no se sabrán. Los soldados que le guardaban, escarnecian y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche, entreterense, jugando y haciendo burla del Rey de la gloria. Allí todos á porfia descargaban en él bofetadas y pescozones: escupian con sus infernales bocas en aquel divino rostro: cubrianle los ojos con un paño; y dándole de palmadas en la cara, decíanle: «Adivina, quién te dió;» sufriendolo todo el Señor con una paciencia invencible, y con una mansedumbre inestimable, y con un corazon amorosísimo, que tenia mas lástima de la culpa de los que le atormentaban, que de la pena que él padecia.

Pero lo que en esta noche mas atravesó el alma del Señor, fué el pecado de Pedro, el cual, habiendo huido con los demás discípulos, volviendo en sí y queriendo ver en qué paraba aquel negocio, y qué fin tenia la prision de su Maestro, le siguió, y por medio de san Juan Evangelista, que era conocido en la casa del pontífice, entró en ella, y tres veces negó, jurando y perjurando que no lo conocia; y aquel tan querido apóstol, y tan favorecido del Señor; aquel, que era cabeza de todos y que alumbrado con la luz del cielo, habia conocido y confesado, que Jesucristo era Hijo de Dios vivo; el que braveando y confiado de sí, habia prometido morir por él y no escandalizarse, aunque todos los otros se escandalizasen, y le desamparasen en su pasion; ahora preguntado de una mozueta, si era discípulo de Cristo, se empacha, teme, tiembla y lo niega, y echa maldiciones sobre sí: para que por esta flaqueza de Pedro entendamos, cuán cerca está de caer el que mucho confia de sí; y que no hay otra valentía ni virtud, sino la que por el conocimiento humilde de sí mismo estriba en la bondad y misericordia del Señor, el cual no pudo dejar de sentir la culpa y perdicion de aquella oveja, que él queria hacer pastor de su ganado: y así, volviendo los

ojos á Pedro y mirándole con una vista callada y amorosa, le despertó é hizo entrar dentro de sí : y lo que la voz del gallo no había hecho, las voces de aquella habla secreta y suavísima del Señor, lo acabaron con él, le trocaron el corazón, y le compungieron, trayéndole á la memoria lo que él le había dicho : que ántes que cantase el gallo le negaría tres veces. Alumbraudo, pues, el Señor y penetrando con su sonido y virtud aquella alma herida y llagada, para que arrepintiéndose de su pecado, le llorase amargamente; Pedro comenzó luego á hacerlo, y para satisfacerlo con la penitencia mejor por él, se salió de aquella casa donde tan mal le había ido : porque las cortes y palacios de los príncipes mas son para cometer pecados, que para hacer penitencia dellos; de manera, que no manaron tanto las lágrimas que derramó Pedro de los ojos dél, como de los de Cristo; porque sus ojos, mirándonos, abren los nuestros y despiertan á los dormidos y resucitan á los muertos.

Pasada aquella lastimosa y triste noche, luego por la mañana presentaron al Señor delante de Pilato, que por el emperador romano era adelantado, gobernador de aquella provincia. Comenzáronle á acusar de hombre embaucador y revoltoso, y que con nuevas y falsas doctrinas pervertía al pueblo, y decía, que no se había de pagar el tributo al César, y que él era el rey Mesías. Pilato, no haciendo caso de la primera acusacion, que tocaba á su doctrina, porque no se le daba nada de lo que Cristo enseñaba acerca de sus ceremonias y de su ley : ni de la segunda, porque sabia que era mentira, y que siendo preguntado el Salvador sobre aquel artículo, había respondido, que se diese á César lo que era de César : solamente echó mano del tercer punto, y le preguntó : ¿ si era rey de los judíos? Y él le respondió : « Tú lo dices. » Y estando los judíos acusándole con grandes clamores, y alegando contra él mil falsedades y mentiras, siempre estuvo con grandísima serenidad y mesura, sin decir ni hablar palabra para su defensa, en tan grande manera, que el mismo juez quedó maravillado de tanta gravedad y silencio, y le dijo : « ¿ No oyes, cuántos testimonios dicen contra tí? » El Señor calló como un mudo, sin responder palabra alguna, porque era tan vehemente el deseo que tenia de morir por nuestra salud, que no quiso con sus palabras dilatar un punto su muerte; y juntamente para enseñarnos, que en medio de los torbellinos, persecuciones y rabias de nuestros enemigos, la mas fuerte arma, que para resistirnos podemos tener, es la confianza en Dios, y que teniendo á nuestro lado, no hay porqué desmayar ni porqué temer.

Mas como Pilato entendió que el Salvador era natural de Galilea, y de la jurisdiccion de Herodes, que en aquellos dias estaba en Jerusalem, enviósele, para que fuese juez de aquella causa, queriéndose descargar della y hacerse amigo de Herodes, que ántes no lo era. Herodes, viendo al Salvador, alegróse sobremanera; porque había oido decir grandes cosas de las maravillas que obraba, y con vana curiosidad deseaba que hiciese delante dél algun milagro : mas el Señor, que todo lo que hace lo endereza para su salud y bien de las almas, no quiso acudir á la curiosa liviandad de Herodes, ni que sus obras fuesen entretenimiento de gente, que toma por juego y burla las cosas de Dios. Como Herodes vió que le salía en vano su deseo, menospreció al Señor, y por mayor escarnio le mandó vestir de una vestidura blanca, como á loco, y volverle á Pi-

lato : de manera, que el Señor del mundo no se contentó de haber sido tenido por malhechor y revolvedor del pueblo, por nigromántico y endemoniado, por comedor, gloton, por hombre de malos tratos y compañías, por hereje y blasfemo (que todos estos títulos y nombres le dieron en vida sus enemigos); pero quiso tambien ser tenido y tratado como loco, para ejemplo de nuestra paciencia, y para que no hagamos caso de los vanos juicios del mundo loco.

Entendiendo Pilato, que Cristo nuestro Señor no tenia culpa, y que era acusado por envidia, pretendió librarle; y para poderlo mejor hacer, y mitigar aquellos ánimos tan furiosos y encarnizados de los judíos; teniendo costumbre de soltar en la solemnidad de la Pascua un preso, cual ellos le pidiesen, les propuso si querian que les soltase á Barrabás, ó á Jesus que se llamaba Cristo. Era Barrabás hombre muy facineroso, ladrón, homicida, sedicioso, y revolvedor de la república, y conocido por tal, y odiado de todo el pueblo, el cual por delitos á la sazón estaba preso. Pareció al presidente, que por ser tan aborrecido no habria ninguno, que no quisiese mas, que se diese la vida al que tantos beneficios les había hecho, que al que estaba tan cargado de maldades, y tantas muertes merecia. Mas aquel pueblo ciego é ingrato, engañado de los escribas y fariseos, pidió que fuese soltado el matador de los hombres, y crucificado el autor de la vida. ¿ De qué te congojas, ó hambrecillo, cuando otro á tí es preferido, viendo á Dios pospuesto á Barrabás?

Como el presidente viese que aquella traza no le había salido, y que todo el pueblo estaba tan alterado, y que con grandes voces y alaridos pedía la muerte del Señor, tomó otro consejo para aplacarlos, inhumano y cruelísimo : mandó azotar al Salvador, creyendo que por grande que fuese su rabia, se amansarian con aquel riguroso castigo. Toman, pues, al Señor de los cielos, al Criador del mundo, á la gloria de los ángeles, á la sabiduría, y poder y gloria de Dios vivo, aquellos sayones y viles carniceros, con grande ímpetu; desnudándole sus vestiduras con bárbara inhumanidad : descubren aquel cuerpo formado del Espíritu santo en las entrañas de la Virgen, mas blanco que la nieve ni que el alabastro, aunque ya denegrido y afeado con los golpes : átanle á una columna para poder herirle mas á su placer; y con grandísima crueldad comienzan á descargar sus látigos sobre aquellas carnes delicadísimas, y añadir azotes sobre azotes, llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas, hasta que aquel sacratísimo cuerpo, ceñido de cardenales, rasgados los cueros, reventando la sangre, y corriendo hilo á hilo por todas partes, quedó tan desfigurado, que su misma madre apenas le conociera; porque los azotes, escriben algunos santos contemplativos, que fueron mas de cinco mil : y advierten algunos autores, que no azotaron al Señor con varas, que era castigo de la gente noble, sino con azotes de cuero crudo y duro, que era tormento mucho mas doloroso y afrentoso, y propio de esclavos y de hombres de vil y baja condicion. Otros doctores sienten, que fué azotado dos veces, una para aplacar á los judíos, y otra dada la sentencia de muerte : la cual no ejecutaban los romanos sin azotar primero al condenado : y aun no falta quien diga, que le azotaron con varas espinosas, despues con cordeles que tenían en los cabos puntas de hierro, y á la postre con cadenas, asimismo de hierro : y de la crueldad de aquellos fieros carniceros todo se puede creer; aunque no lo

Escriben los sagrados evangelistas : pero considerando por una parte la malicia del demonio, y el odio y crueldad con que perseguía al Señor, é instigaba á sus miembros y ministros, para que le afligiesen; y por otra, que era Dios el que padecía, y la caridad, y paciencia de Dios, con que padecía todos los ensayos é invenciones de tantos y tan nuevos tormentos, que concurren en la santísima pasión del Señor; se deben creer, por mas que parezcan horribles y fuera del curso de toda humana naturaleza. En este espectáculo tan estupendo, en que los mismos ángeles estaban atónitos, asombrados y como fuera de sí, estaba el dulcísimo Jesus con un corazón tan manso, con un rostro tan amable, tan compuesto, tan benigno y suave, que bastaba para ablandar aquellos fieros verdugos, si miraran á la dulzura de sus ojos, y abrieran la puerta de su corazón á los rayos de su amor. Pues viendo á Dios azotado por nuestros pecados, ¡hay hombre que se queje de sus agravios!

Después de haberle azotado tan crudamente, «los soldados del presidente convocaron toda la gente de guerra, y le desnudaron de sus vestiduras, y le cubrieron con una ropa colorada, y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha, é hincadas las rodillas burlaban de él, diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos; y escupiendo en él, tomaban la caña que tenía en la mano, y heríanle con ella en la cabeza, y dábanle de bofetadas.» Todo esto dice el texto sagrado. Quisieron tratar al Rey y Señor de la gloria, como á rey fingido, y para escarnecerle y hacerle befas, como si fuera juego de gusto y de entretenimiento, juntáronse todos los soldados, para mayor fiesta y regocijo, y en medio de mucha gente desalmada y perdida, lo desnudaron de sus vestiduras, que por estar pegadas con la sangre de tantos y tan crueles azotes, no se las pudieron quitar sin gran dolor y sin gran vergüenza de aquel purísimo manco y señor de tan alta majestad. Vistiéronle de una clámide ó ropa colorada y de púrpura, que era vestido de reyes; para dar á entender que siendo persona baja y vil, se hacia rey; y por la misma causa le pusieron la corona de espinas ó juncos marinos agudos, duros y fuertes, y la hincaron en su sagrada cabeza, para que no fuese menor el tormento que la afrenta, y diéronle una caña en la mano por cetro, y arrodillados delante de él le adoraban, haciendo burla y diciendo por donaire: «Dios te salve Rey de los judíos:» escupieronle en la cara, y cada cual á porfía le hería y daba de bofetadas: y renovaban las llagas de la cabeza que habian hecho las espinas, hincándolas mas con los golpes que le daban en ella con la caña. Y estando el Señor tan lastimado, tan afligido, tan escarnecido y hecho un retablo de dolores, no perdió su paciencia ni su mansedumbre; ántes con un corazón blando y abrasado en llamas de amor, ofrecía al Padre aquellos tormentos y oprobios, por los mismos que se los daban.

Estaba nuestro buen Jesus tan desfigurado y afeado, que el presidente creyó, que si aquellos corazones mas que de fieras le viesen en aquella figura, de pura compasión se tendrían por satisfechos y no tratarían mas de darle muerte. Para esto salió otra vez fuera y dijoles: «Veis aquí que os le traigo, para que conozcáis que no hallo en él causa para ajusticiarle;» y mostrándoles al Señor como estaba, puesta la corona de espinas en la cabeza y vestida la ropa de púrpura, dijo Pilato: *Eecce homo:*

Veis aquí el hombre; como si dijera: ¿Á este hombre tenéis envidia? ¿De este hombre teméis que se haga rey? Véisle aquí azotado, afrentado, desfigurado, atado, en vuestras manos y con tal figura que apenas parece hombre, y está mas para tenerle lástima que envidia. No bastó tampoco aquella representacion tan dolorosa é ignominiosa, para ablandar los corazones de tan crueles enemigos: ántes alzando las voces comenzaron á aclamar: «Crucificalo, crucificalo.» Pero si no bastó aquel espectáculo tan lastimoso para amansar los corazones rabiosos de los hombres, bastó por cierto para aplacar el corazón enojado del Eterno Padre, el cual mirando á su Hijo benditísimo tan maltratado por su obediencia y nuestro amor, perdona los pecados á todos los que con dolor dellos miran aquella dolorosa imágen, y con devocion y confianza se la representan y le dicen: *Eecce homo:* Señor, veis aquí al hombre que nos disteis, al varon de vuestra diestra, á aquel tan humilde, tan obediente, tan manso, tan amoroso y tan celoso de vuestra honra, que para volver por ella se sumió en el abismo de todos los dolores é injurias: miradle y miradnos por él, y dadnos gracia para que con limpios y claros ojos nosotros le miremos é imitemos. Mas como Pilato oyese las voces del pueblo que clamaba, «crucificalo, crucificalo,» dijoles: «tomadle vosotros y crucificalo; porque yo no hallo causa para crucificarle.» Respondieron los judíos: «Nosotros tenemos ley, y según esta ley, ha de morir; porque se hizo hijo de Dios.» Oyendo estas palabras Pilato, temió mas; y entrando otra vez en la audiencia, dijo á Jesus: «¿De dónde eres tú?» Y Jesus no le respondió. Dice Pilato: «¿Á mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y poder para salvarte?» Á todas estas injurias calló el mansísimo Cordero, y no respondió á las preguntas del presidente; mas como vió, que se desvanecía con la vara de justicia que tenía, y no la reconocía en su Padre Eterno que se la habia dado, y aquel poder para castigar y para absolver á los delincuentes; volvió por la honra de su Padre, enseñando al mal juez, que todo el poder de la tierra mana como de su fuente, del cielo, y que habia de dar cuenta al que se lo habia dado si no usaba bien de él conforme á la voluntad de Dios; y por esto le respondió: «No tendrías poder ninguno sobre mí si no te fuera dado de arriba:» que para las tribulaciones, y para los agravios que padecemos de los hombres, es grandísimo consuelo; pues ninguno tiene poder para hacernos mal sino cuando Dios lo permite. Desde entónces procuraba Pilato soltarle; pero fueron tan grandes los clamores y alaridos de los judíos, pidiendo que fuese crucificado, y tantos los espantos que le pusieron, diciéndole, que si no le condenaba se mostraria enemigo del César; que como hombre flaco y pusilánime, y mal juez, se dejó vencer de la obstinacion y porfía de ellos, y se determinó á dar la sentencia contra el inocente por no caer en la desgracia de su príncipe. Y puesto caso que la mujer de Pilato avisó á su marido que mirase lo que hacia y no condenase al Señor; porque era justo y sin culpa, y que ella en sueños habia padecido aquella noche grandes visiones y molestias por esta causa, (las cuales es de creer que Dios le envió, para mas justificar su muerte, y para que todo género de personas diesen testimonio de su inocencia); estaba ya tan amedrentado y cobarde Pilato, que la mujer no fué parte para estorbar, que sentado en su tribunal y lavándose las manos (como usaban los

judíos) para mostrar, que en aquella muerte no tenía culpa, no condescendiéndose con su petición, y entregase al Señor á la voluntad de ellos y librase á Barrabás. Sentado, pues, el presidente en su tribunal, dió final sentencia en aquella causa; y luego cargaron sobre las espaldas del Salvador, molidas y despedazadas con azotes, el madero de la cruz (como solian hacerlo con los otros condenados á aquel suplicio), en el cual iban todos los pecados del mundo, y el Señor con suma obediencia y amor, le abrazó y comenzó á caminar con él, como otro verdadero Isac con la leña en los hombros al lugar del sacrificio. El Hijo llevaba la leña y el cuerpo que había de ser crucificado: y el Padre llevaba el fuego del amor y el cuchillo de la divina justicia con que lo había de sacrificar. Iba el Señor de todo lo criado con aquel pesado madero acuestas, que eran las insignias reales de su principado; y como por su gran flaqueza, ó hubiese caído ó no pudiese andar tan aprisa como aquellos crueles carniceros querían, le dieron á un hombre que toparon, llamado Simon Cirineo, para que se lo ayudase á llevar, nó por aliviarle, sino por apresurarle la muerte. Seguiale mucha gente y muchas piadosas mujeres, que con lágrimas salidas de un afecto y compasion natural, le acompañaban, á las cuales se volvió el benignísimo Señor y las amonestó que no llorasen tanto por él como por sus pecados, y los castigos que por ellos habian de venir á aquella ingrata ciudad. Entre estas devotas mujeres, había una que se llamaba Berence ó Verónica, la cual dió el velo ó toca que traía sobre su cabeza al Señor, para que enjugase el sudor y sangre de su rostro; y él lo hizo dejando en el velo impresa la figura del mismo rostro, el cual por el nombre de la mujer se llama Verónica, y en Roma el Bulto santo; se muestra en la iglesia de San Pedro con gran veneracion, y entre los lugares de la Tierra Santa se muestra la casa de esta mujer Verónica.

Mas como la sacratísima Virgen nuestra Señora, hubiese sabido que su amantísimo Hijo era llevado con tanta prisa y ruido de armas á la muerte, atravesada de dolor, y cubiertos todos sus virginales miembros con un sudor mortal, caminó en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor quitaba: y siguiendo las gotas y el rastro de la sangre, y el tropel de la gente, y clamor de los pregones con que le iban pregonando; finalmente llegó á donde estaba, y viéndole tan trocado y desfigurado, no pudiendo hablarle con la lengua, hablaba con el corazon lastimado al corazon del Hijo, y le heria con su pena, y con su dolor acrecentaba mas su dolor. Este nuevo tormento tuvo el Señor con la vista de su bendita Madre en este trabajoso camino, hasta llegar al monte Calvario, donde se habia de hacer el sacrificio que distaba del palacio de Pilato hasta el lugar donde se levantó la cruz, mil y veinte y un pasos, y tres mil y trescientos y tres piés segun la cuenta de algunos.

Llegado á aquel sagrado lugar, en el cual muchos santos doctores dicen que Abraham quiso sacrificar á su hijo Isac, y que fué sepultado nuestro primer padre Adán; despues de haberle dado á beber vino mezclado con hiel, y habiéndole gustado, no queriéndole beber, desnudaron al segundo Adán y espiritual Padre nuestro de sus vestiduras, hasta la túnica interior, para que fuese mas vergonzosa su muerte: y como la túnica estaba pegada á la sangre helada de los azotes, al tiempo que se la desnu-

daron al redopelo y con gran fuerza, le desollaron y renovaron las llagas del cuerpo, que quedó abierto y como descortezado; no abriendo aquel inocentísimo cordero su boca, ni hablando palabra contra los que de tal manera le desollaban. Algunos autores contemplativos dicen, que para desnudar al Señor esta túnica, le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenia en la cabeza, y despues se la hincaron otra vez haciendo nuevas aberturas. Allí enclavaron las manos y los piés del Señor con duros, gruesos y agudos clavos en la cruz, que era el mas afrentoso suplicio de todos, y el que se daba á los ladrones, y así como á ladrón le crucificaron, y como á cabeza y caudillo de ladrones le colocaron en medio de los dos que por sus delitos crucificaron á sus lados. Despues de haberle enclavado, levantaron en alto la cruz (que algunos escriben haber sido de quince piés en largo, y de ocho en ancho), para meterla en un hoyo que para esto tenian hecho; y al tiempo de asentarla la dejaron caer de golpe, con el cual se rasgaron mas sus llagas y crecieron mas sus dolores. En la cruz pusieron por mandado de Pilato un título entallado en una tabla, con letras hebreas, griegas y latinas con estas palabras: «Jesús Nazareno rey de los judíos;» para que todas las naciones que había en Jerusalem, en estas tres lenguas (que eran las mas principales del mundo), leyesen y supiesen quién era aquel que allí estaba crucificado. Y aunque los judíos lo procuraron estorbar, juzgando que era afrenta de su pueblo el decirse que aquel era su rey, y pidieron á Pilato que mudase aquel título; él estuvo fuerte en lo que había escrito; porque Dios quiso que con la ignominia de la muerte de cruz se juntase la majestad de aquel glorioso título, y que nosotros entendiésemos, que aquel Señor que moria en la cruz, era verdadero y soberano rey, no solo de los judíos, sino de todas las gentes, y de todos los siglos, de los ángeles y de los hombres, del cielo, de la tierra y del infierno, y su imperio se habia de extender por toda la redondez de la tierra, y todos los reyes sujetarse á su centro y corona: y que los religiosos, sábios y poderosos, significados por los hebreos, griegos y latinos, le reconocieran y adorarían por su verdadero Dios y Señor. Guárdase y muéstrase hoy día en Roma este glorioso título en la iglesia de Santa Cruz en Jerusalem, donde por divina dispensacion fué hallado el año de mil cuatrocientos noventa y dos.

Estaba el Salvador del mundo colgado en la cruz, desnudo, expuesto al aire y frio, despedazado y lleno de llagas abiertas por todo su santo cuerpo: corría aquella sangre real hilo á hilo por la cabeza, por los cabellos y por la barba, y de las manos y de los piés salían tambien arroyos de sangre, que regaban la tierra; no tenia donde reclinar su sagrada cabeza coronada de espinas, sino en aquel duro madero: todo el cuerpo estaba pendiente en el aire, sostenido de unos garfios de hierro, de manera, que cuando cargaba el peso de él sobre los piés, se desgarraban los mismos piés con los clavos, que tenían atravesados; y lo mismo hacían las manos, cuando el peso del cuerpo cargaba hácia aquella parte: y estando en esta agonía, los soldados jugaban sus vestiduras, y especialmente la inconsutil, que era tejida y no se podia partir, ni descoser: la cual ahora se dice está en la ciudad de Tréveris en Alemania; y como escribe Isidoro Pelusiota, era vestido de pobres, y por ventura habia sido tejida por mano

de la sacratísima Virgen nuestra Señora. Los enemigos le daban grita: los que pasaban por áquel camino le blasfemaban; y meneando las cabezas le decian, que si era hijo de Dios descendiese de la cruz: los príncipes de los sacerdotes, los letrados y los ancianos, haciendo burla, decian: «A otros hizo salvos, á si no puede salvar:» y hasta uno de los ladrones, que allí estaba crucificado con él, le daba en cara con aquellas mismas palabras: de suerte, que parecia, que el Padre Eterno habia desamparado á su benditísimo Hijo, y que lo habian por todas partes cercado los dolores de muerte, y que estaba sumido en un mar de tormentos, sin hallar en qué hacer pié ni en qué estribar.

Pero no por eso se dejó ahogar, ni las furiosas ondas y muchas aguas de sus dolores pudieron apagar aquel fuego inmenso de su caridad, y amoroso corazón, el cual arrojó luego sus llamas, suplicando al Padre Eterno que perdonase á los que así le trataban, porque no sabian lo que hacian, y ántes de consolar á su madre y de proveer á sus amigos, y ántes de encomendar al padre su espíritu, pide perdon al Padre por los mismos que le estaban atormentando y en el mismo tiempo que le atormentaban; porque tenia mas compasion de la perdicion de sus almas, que dolor de sus propias injurias: y no aguardó que ellos se reconociesen para hacer oracion por ellos; ántes rogó á su Eterno Padre, les diese gracia para que volviesen en sí y alcanzasen perdon, y con la lengua que sola está libre aunque abealeada, hace oracion por quien le hacia tanto mal, y alega razones para excusarlos y disminuir su culpa.

Pero no paró aquí este fuego tan abrazado de amor; ántes arrojó otra centella y rayo de luz en el corazón de uno de los dos ladrones, el cual, despues que vió la paciencia y mansedumbre con que el Señor sufría aquel afrentoso y doloroso suplicio de la cruz, y fué alumbrado con aquella lumbré divina, conoció que era Dios, y que las heridas que padecía no eran de Cristo, sino suyas y causadas de sus pecados, y le confesó por Rey del cielo, y con gran conocimiento y dolor de sus culpas, y no menor confianza de su infinita bondad, humildemente le suplicó, que se acordase de él cuando estuviese en su reino: para declararnos, quanto puede un hombre aunque sea ladrón, con la gracia divina, y cuán poco puede, aunque sea apóstol, sin ella; pues Judas le vendió, Pedro le negó, los otros apóstoles le desampararon y huyeron; y este ladrón viendo al Señor, no hacer milagros, sino padecer tormentos, le adora y llama rey, diciendo: «Acuérdate de mí, Señor, cuando estuvieres en tu reino.» Vele condenado y reconócele por Dios; tiénele por compañero en el suplicio; y pídele el reino de los cielos. La fé y conocimiento de este ladrón fué gracia singular y misericordia del Señor para gloria de aquel día de su pasion, en el cual, cuando con tanta largueza vertía su sangre, y derramaba todos los tesoros de su gracia, quiso usar de este privilegio con él; y así le dijo: «En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso.» Tú me pides que yo en mi reino me acuerde de tí; y yo te prometo el reino de los cielos: y no lo dilataré; porque hoy te le daré para que seamos compañeros en la gloria; pues estando en un mismo tormento, me conoces y confiesas por Dios, y no me pides que te libre de él, sino que te libre del juicio advinero.

Estaba presente á este espectáculo en pié la sacratísima

Virgen, junto á la cruz con maravillosa constancia de ánimo: porque aunque su corazón estaba hecho un mar de amargura, no pudo aquella tan espantosa tormenta turbarla ni apartarla un punto de la voluntad de Dios: miraba al Hijo con un dolor increíble, porque era increíble su amor; y todos los tormentos de la carne del Hijo traspasaban el corazón de la Madre: las heridas del Hijo eran heridas suyas: la cruz de Cristo era cruz de María; y la muerte de uno era muerte de la otra: que por esto fué mártir y mas que mártir; pues sintió tanto mayor pena en el sacrificio y muerte de su bendito Hijo, que si ella misma muriera y se sacrificara por él en la cruz, cuánto mas amaba al Hijo que á sí misma: ántes parece que dispuso el Señor las cosas de manera, que en aquel último trance y contienda de la muerte se hallase su Madre al pié de la cruz, para que viendo allí con sus ojos sangrientos, le acrecentase sus tormentos, y sintiese mas los dolores del corazón de ella, que los propios de su cuerpo. Pero porque en aquella partida del mundo se quiso despedir de su madre (que si no hablara doblara sus penas), díjole: «Mujer, hé ahí á tu hijo» y volviéndose á san Juan Evangelista, tambien le dijo: «He ahí á tu Madre.» No la llamó *Madre*, por no enternecerla y afligirla mas con aquel dulce nombre de Madre, sino *Mujer*: porque era aquella mujer fuerte que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente: aquella mujer venida de los últimos fines de la tierra: y como el mismo Señor por su humildad se llamó Hijo del hombre; así llamó á su Madre mujer, como gloria y ornamento de todas las mujeres, y nueva Eva y madre de todos los vivientes.

Despues de haber cumplido el Señor con su bendita Madre, con el buen ladrón y con sus enemigos y atormentadores; viéndose tan desamparado, no solamente de sus amigos y discípulos, sino tambien de su Padre Eterno, se volvió á él y le dijo: «Dios mio, Dios mio, ¿cómo me habeis desamparado?» Porque como el Señor, para redimir al mundo y satisfacer al Padre por nuestras culpas mas cumplidamente, quisiese padecer los mayores y mas atroces tormentos que jamás se padecieron en la tierra; cerró todas las puertas al consuelo (como se dijo arriba), y entregóse á la corriente de todos los dolores y penas sin que hubiese cosa que las pudiese aliviar y mitigar; y esta privacion de refrigerio y consuelo, llama aquí desamparo del Padre, del cual le habia de venir todo el esfuerzo y alivio, como le tuvieron en sus tormentos los mártires, y con él pudieron sufrir con tan extremado gozo y alegría los tormentos y muertes que sufrieron.

Estando ya el Salvador todo exhausto, y por la mucha sangre que habia derramado, secas las entrañas y agotadas todas las fuentes de las venas, tuvo naturalmente grandísima sed, y dijo: *Sitio*: Sed tengo; y aquellos enemigos rabiosos, para refrescar los labios cardenos y secos, y refrijerar los ardores de aquella sed tan cruel, pusieron en una caña una esponja (que hoy día se guarda en la iglesia de San Juan de Letran en Roma), envuelta en la yerba del hisopo y empapada en vinagre, y con ella le dieron á beber; de suerte que hasta un jarro de agua faltó al Señor de todo lo criado en tan gran sed á la hora de su muerte: aunque no fatigaba tanto aquella sed corporal al Señor, quanto otra interior y el deseo de nuestra salud y de nuestro remedio; y esta sed con solas nuestras lágrimas, conversion y penitencia se pue-

de apagar. Mas como el Salvador hubiese ya acabado todas las cosas y cumplido el mandato de su Eterno Padre; estando ya para espirar, dijo: *Consumatum est*: Acabado es; y luego clamando con una voz grande y sonora, añadió la postrera palabra y dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; y teniendo las espaldas hacia Jerusalem, é inclinando la cabeza con grau misterio hacia poniente (como algunos doctores escriben), dió su espíritu al Padre: la cual voz tan recia y clara, con que el Señor espiró, fué milagrosa, y señal que era Señor de la vida y de la muerte, y del deseo y afecto tan entrañable y cordial, con que voluntariamente moria por nuestros pecados. Despues que espiró el Salvador, viniendo los soldados á quebrar las piernas de los crucificados, para que muriesen mas presto, y sus cuerpos se descargasen y no estuviesen pendientes en la cruz en el dia solemnisimo de la Pascua, como le vieron ya muerto, no hicieron en el lo que en los ladrones, que aun vivian: mas un soldado hirió su sacratísimo cuerpo con una lanza en un lado, y abrió el corazon del Señor, del cual salió luego sangre y agua; sirviéndose la divina bondad de la crueldad de aquel soldado, para significarnos los grandes misterios que en aquella abertura se encierran: porque aunque ya con su muerte habia obrado nuestra redencion, todavia no le pareció que estaba perfectamente acabada, mientras le quedaba gota de sangre en el cuerpo por derramar: y por esto quiso ser herido en el corazon, para que del con un nuevo milagro saliese, como de fuente de la vida, la sangre mas delicada y pura que habia en ella, y con otro milagro saliese tambien agua para lavarnos con la una Iglesia y santificarnos con la otra, y sacar como otra Eva del costado del segundo Adán dormido, abrimos su corazon, y con él la puerta del cielo; para que sepamos que siempre está abierto, para que en todas nuestras adversidades y cruces recurramos á él como á ciudad de refugio, y como á guarida, morada, paraíso y puerto segurísimo de nuestra salud. No sintió el cuerpo muerto del Salvador aquella lanzada; mas sintióla la ánima de la madre, viendo que aun despues de muerto perseguian á su Hijo, y recogió como pudo aquella agua y sangre, que habia salido de la preciosa llaga del costado, como dice Simeon Metafraste.

Esta es una breve y sencilla suma de la pasion del unigénito Hijo de Dios, la cual debemos tener siempre metida y esculpida en lo mas intimo de nuestro corazon y meditarla continuamente de día y de noche con amargura, considerando que nuestros pecados fueron causa de ella, y tener entrañable compasion, al que tantos y tan desmedidos y crudos dolores y afrentas por nosotros pasó, é imitar los admirables ejemplos y todas las virtudes que en ella resplandecen; especialmente aquella profundísima humildad con que el Rey de toda la gloria tanto se abatió, y aquella paciencia y mansedumbre espantosa que sufrió tantos y tan atroces géneros de penas, y la caridad tan encendida, que abrasaba su divinal pecho con un incendio tan vehemente, que todo lo que padeció no llegó á lo que deseó padecer por nosotros, y fué mucho mayor el martirio de su alma que el de su cuerpo; para que estimando por aquí su inestimable amor, no seamos nuestros, sino esclavos de aquel Señor, que con tan grande y rico precio nos compró; y para enseñarnos quanto aborrece la fealdad del pecado, la borró con

su sangre, y cerró de su parte las puertas del infierno; y nos abrió las del cielo, para que por su cruz y su muerte, entendiésemos la grandeza de la gloria que con ella nos mereció, y cuán terribles son las penas de los condenados; pues para librarnos de ellas Dios murió en una cruz. Esta cruz y pasion del Salvador debe ser nuestro pan cotidiano, medicina de nuestras llagas, consuelo en nuestras penas, alivio en nuestros trabajos, áncora firme y estable en las tormentas y amarguras de esta vida, y prenda cierta de la que esperamos. Sintamos nosotros lo que sintieron todas las criaturas: porque por la muerte del Salvador comenzó á temblar la tierra, quebrarse las piedras y turbarse el aire, oscurecerse el sol, apagarse las estrellas y vestirse de luto el mundo, porque moria su Señor.

Y no solamente estos prodigios y señales se vieron en Judea, donde padeció el Salvador; sino en toda la tierra segun la mas probable y comun opinion, se obscureció el sol, y retrajo los rayos de su luz, y se eclipsó milagrosamente con la interposicion de la luna, contra todo el órden natural, como lo notó san Dionisio Areopagita estando en Hierapoli, ciudad de Egipto: el cual viendo una cosa tan nueva, tan peregrina y prodigiosa, dijo aquellas palabras: «O el Dios autor de la naturaleza padece, ó la máquina del mundo se trastórna y deshace.» El temblor de la tierra asimismo fué terribilísimo, y el mismo monte Calvario, siendo de peña viva, al lado izquierdo del Señor, debajo de la cruz del mal ladrón, se partió con una profundísima abertura, y tan ancha como un cuerpo de un hombre; y Luciano, presbítero antioqueno, dando razon de la religion cristiana, trae por testigo esta abertura del monte Calvario. Pero tambien este terremoto se sintió en algunas partes de Asia, y con él cayeron muchos edificios, y se asolaron algunas ciudades; y en la de Gaeta, en el reino de Nápoles, hay un monte, y otro (que es el de Albernia) en la provincia de Toscana, los cuales se abrieron (á lo que se dice, y comunmente es recibido) por el terremoto que sucedió al tiempo de la pasion del Señor, que así como lo era de todas las criaturas, quiso que todas ellas diesen testimonio de la majestad soberana y divina, que en aquella ignominia de la cruz y abatimiento de su pasion estaba escondida; y que viendo el mundo aquellos prodigios y señales milagrosas, se dispusiese á recibir la luz del Evangelio, y á creer que aquel hombre crucificado ó muerto en un madero, que despues predicaron los apóstoles, era juntamente verdadero Dios, como en su muerte todos los elementos y cielos lo habian testificado. Pues si las cosas insensibles sienten tanto la muerte del Señor, ¿cuánto ha de sentir y agradecer el hombre, para cuyo beneficio se obró? Y si no la siente, ¿cómo se llama hombre, pues no tiene corazon de hombre, sino de tigre, y es mas duro que el hierro, que el acero y que las mismas piedras, que en su muerte se quebraron? Tambien se rasgó el velo del templo de alto abajo, como lo escriben los sagrados evangelistas (aunque como los velos del templo eran dos, uno interior y otro exterior, algunos autores dicen que se rasgó el uno, y otros que el otro); para declarar que la ley vieja habia cesado, y los sacrificios de los animales, con la muerte del inocente Cordero, que se habia ofrecido en perpetuo y suavísimo sacrificio, habian perdido su fuerza, y que quitado el velo de la cor-

teza y letra del viejo Testamento, se habían descubiertos los sacramentos misteriosos que en ellos se contenían, y que la puerta del cielo quedaba ya abierta y sin impedimento de cosa que nos pudiese quitar la entrada en él: y añade san Eiren, contemporáneo de san Basilio (cuya autoridad en lo que escribe san Gerónimo, que fué muy grande), que cuando se rasgó el velo del templo, juntamente salió del mismo templo una paloma, para significarnos que ya el espíritu del Señor había dejado aquel templo, en el cual solo tantos años había sido adorado y servido, y que presto sería arruinado y destruido, y hecho oprobio de las gentes: y aun para confirmacion de esto, san Gerónimo añade, que en el Evangelio de los Nazarenos, que el mismo tradujo en latín, se dice que al mismo tiempo y con el mismo temblor de la tierra, cayó el superliminar, que es el lintel y piedra superior de la puerta del templo; y que los ángeles que presidían en él, fueron oídos decir: «Vámonos de esta casa y de esta morada:» lo cual tambien escribe Eusebio haber accedido en el tiempo de la pasion del Señor. Las sepulturas asimismo se abrieron, y muchos resucitaron y aparecieron á muchos en Jerusalem; aunque esto fué despues de la resurreccion del Señor, como se dirá en su festividad.

Venida la tarde de aquel dia triste y doloroso, José de Arimatea y Nicodémus, hombres principales, y discípulos del Señor, con licencia de Pilato, bajaron su cuerpo de la cruz, y le entregaron á su benditísima Madre, que estaba allí como tres pasos de la misma cruz: la cual viéndole ya difunto, con la cabeza traspasada de espinas, con los ojos sangrientos, la boca aheleada, con el rostro escupido, y lleno de cardenales, el cuerpo abierto, y todo llagado, con los pies y manos horadadas de los duros clavos, y el corazon atravesado de la lanza; no se puede creer el cuchillo de dolor, que traspasó su alma, que fué tan agudo y recio, que si Dios milagrosamente no le diera fuerzas, con aquella vista lastimosa allí acabara: mas con el esfuerzo que el amor le daba, con aquel rendimiento y conformidad, que tenia con la divina voluntad, se confortó y se abrazó la Madre con el cuerpo despedazado de su único Hijo, y el Señor nuestro: apriétalo fuertemente con sus pechos: mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza: junta su rostro con el rostro del Hijo: tiñe la cara con la sangre del Hijo: y riega la del Hijo con sus lágrimas. Finalmente, porque ya venia la noche, y se había de cumplir antes el oficio de la sepultura, por razon de la solemnidad de la Pascua, quitaron el cuerpo del Hijo de los brazos de la Madre, y con grande abundancia de lágrimas, que derramaban san Juan Evangelista, Maria Magdalena, y las otras Marias, y piadosas mujeres que allí estaban, con buena cantidad de una mixtura de mirra y de otras especies aromáticas, le ungieron (segun la costumbre que tenían los judíos de enterrar sus muertos), y envolvieron el sacrosantísimo cuerpo del Señor en una sábana limpia, la cual hoy dia tiene el duque de Saboya, y se guarda y muestra en la iglesia de Turin con grande reverencia, con la imágen impresa del Señor, que fué envuelto en ella, cuando estuvo en el sepulcro. Carribrion con un sudario su rostro, que la Virgen, como escribe Metafraste, dió á José, el cual milagrosamente despues se libró de un incendio, como escribe Beda; y le pusieron en un sepulcro de piedra nuevo, en el cual ningun-

no había sido enterrado, y José había edificado para sí; porque el hombre nuevo en nuevo sepulcro se había de poner, y no convenia que otro se hubiese enterrado en él, para que resucitando el Señor, no se pudiese sospechar, ni decir, que otro, y no él, hubiese resucitado. Este sepulcro estaba allí cerca del monte Calvario en una cueva de un huerto; para que la pasion del Salvador comenzase en el huerto, y se acabase en el huerto, y se pagase el hurto que nuestro primer padre cometió en el huerto del paraíso terreno: y por ella finalmente nos llevase á aquel verjel y huerto del cielo, donde no se marchitan las flores, ni seca la fruta, y siempre hay una perpetua y eterna primavera. Murió el Señor, segun la mas probable opinion, á los treinta y tres años y tres meses de su edad, y á los veinte y cinco dias del mes de marzo, en viérnes, á la hora de nona, que es á las tres de la tarde despues de medio dia; aunque otros autores sienten, que no vivió sino treinta y dos años cumplidos, y que murió á los treinta y tres comenzados de su edad.

Luego que espiró el Señor, dejando el cuerpo muerto en la cruz, unido con la divinidad, bajó su bendita alma al limbo, donde estaban las ánimas de los santos Padres, unida con la misma divinidad: la cual divinidad nunca se apartó de la ánima ni del cuerpo de Cristo, despues que por la union hipostática se juntó con la sagrada humanidad, aunque el alma se apartó del cuerpo: y por esto decimos que Cristo murió, como en la verdad estuvo muerto aquellos tres dias, que su alma estuvo en el limbo y su cuerpo en el sepulcro. Mas pasados los tres dias, el alma se volvió á unir con el cuerpo ya glorioso, y el Señor resucitó como vencedor de la muerte y del pecado, y triunfador del demonio y del infierno. Apareció primeramente á su dulcísima madre, despues á Maria Magdalena, y á las otras devotas mujeres, y á los apóstoles muchas veces por espacio de cuarenta dias, y al cabo de ellos subió á los cielos, á vista de su santa Madre, y de sus discípulos y de otra santa compañía, y fué recibido de todos los ángeles con increíble gozo, júbilo y alegría, y colocado á la diestra del Padre, sobre todas las criaturas, en el trono debido á su real Majestad. De allí á diez dias envió al Espíritu santo consolador sobre sus discípulos, como se les había prometido, para que alumbrados é inflamados con aquel fuego de amor divino, predicasen su Evangelio por el mundo, y desterrasen de él las tinieblas, la ignorancia y la ceguera de la idolatria, y encendiesen los corazones helados de los hombres, con las llamas de aquel mismo amor que ardia en sus pechos, como mas largamente lo tratamos en sus propios lugares, y por esto no lo repetimos aquí.

Ahora el buen Jesus, cabeza nuestra, y todo nuestro bien, está en el cielo sentado, como dije, á la diestra del Padre, haciendo oficio de abogado, é intercediendo por nosotros, mostrando al Padre las señales de las llagas de los pies y de las manos, y del sagrado costado, que por nosotros recibió en la cruz, y para mostrárselas, las guardó despues de la resurreccion. Desde el cielo rije y gobierna su Iglesia, y está con ella y estará hasta el fin del mundo, como él lo prometió, y le influye sus gracias y merecimientos, hasta que llegado ya el tiempo, que el mismo Señor ha señalado, para dar fin á los tiempos, lleno de majestad venga á juzgar á los vivos y á los muertos, y dé á cada uno el galardón ó castigo que merecen sus

obras; y los malos que no imitaron su vida ni agradecieron su muerte, echados con su maldición de su faz, padezcan con los demonios tormentos eternos; y los justos que se aprovecharon de su sangre, sean recibidos en aquellas moradas de alegría y paz, y gocen de aquella bienaventurada vista de Dios, en los siglos de los siglos. El mismo Señor por la sangre, que con tan inestimable caridad derramó por nosotros en la cruz, nos dé gracia para que conozcamos y agradezcamos este incomparable beneficio, y tengamos su santísima vida, muerte y pasión por espejo y dechado, por regla y nivel, por luz y guía de todos nuestros pensamientos, palabras y obras; para que así le imitemos y seamos partícipes de su gracia y de su gloria. Amen.

LA RESURRECCION.

En el alegrísimo y gloriosísimo misterio de la resurrección del Señor, tres cosas debemos considerar: la primera, las causas y conveniencias que hubo para que Cristo nuestro Redentor resucitase al tercero día: la segunda, el modo con que resucitó, y lo que la santa Iglesia nos enseña de este artículo de fé y sagrado misterio, y la tercera lo que debemos aprender é imitar en esta resurrección del Señor, para gozar de la alegría de ella y del fruto de su bendísimas pasión.

Cuanto á lo primero, convenientísima cosa fué que el Señor resucitase ántes de la general resurrección, porque aunque no habia repugnancia alguna de parte de la misma cosa, que Cristo dilatase su resurrección hasta el fin del mundo, y que entretanto su alma apartada del cuerpo, se fuera al cielo; pero mirando al decreto divino, y á las profecías, y á lo que se debía á este Señor y lo que estaba bien á nosotros, muy conveniente fué que resucitase luego el tercero día: lo uno, porque la vida de Cristo, por ser vida de Dios y hombre valía mas que todo lo criado; y así dar una vida de valor infinito por la salud de los hombres, que es cosa finita, aunque fuese para volverla luego á tomar con mayor gloria y resplandor, fué dádiva de infinito valor y que no se puede estimar del hombre ni debidamente agradecer: y por esto, como dice san Leon, fué muy conveniente que la carne muerta, sin corrupción, del Señor, que estaba en el sepulcro, tornase tan presto á ser unida con su alma bendísimas y á tener vida, que mas pareciese aquella muerte semejanza del sueño, que no de muerte; porque por razon de la union al Verbo, era debida la reparacion pronta y acelerada de aquella vida de tan alta dignidad: de manera que el haber muerto, fué por dispensacion divina, para nuestra salud; mas habiéndola ya obrado y acabado con su muerte, luego al punto se debía á aquel cuerpo la resurrección; y si se dilató tres días, fué para que nosotros nos certificásemos de la verdad de su muerte, y no quedase rastro de duda de ella, y se cumpliesen los dichos de los profetas y del mismo Cristo nuestro Señor, que así lo habia pronunciado. Y si cada cosa quiere estar en su lugar y fuera del está violentada, y por esto el fuego en las minas, y el aire en las cavernas y entrañas de la tierra, por estar detenidos contra su naturaleza, hacen efectos tan espantosos y extraños, bien se echa de ver, que del cuerpo de Cristo, que estaba unido con la divinidad, no era propio ni decente lugar la

tierra, ni la losa fria, ni habia de ser comida de gusanos, ni vuelto en podredumbre, corrupción y ceniza, que son efecto del pecado, aquel sacratísimo cuerpo que fué formado por virtud del Espíritu santo, y salió de las entrañas limpiísimas de la Virgen, mas resplandeciente que el sol, y tan apartado de cualquiera mancha y sombra de pecado. Demás de esto, se debía la gloria de la resurrección á la humildad de Cristo; porque habiéndose el Señor abatido y humillado por la gracia y obediencia del Padre Eterno, hasta lo mas profundo y extremo que se puede imaginar, muriendo una muerte tan afrentosa y dolorosa, convenia á la justicia divina que levantase y honrase á este Señor, tanto, quanto él por su amor se habia humillado, y que le diese el premio que tan bien tenía merecido, glorificando el mismo cuerpo que tanto habia padecido, y no dejándole desamparado en la tierra, sino resucitándole y vistiéndole de dotes de gloria, y colocándole á su diestra: pues esto es lo que dijo san Pablo, escribiendo á los filipenses: «Fué obediente, dice, Cristo hasta la muerte, y muerte de cruz: por esto le ensalzó Dios y le dió un nombre superior á todo hombre:» y el mismo Señor apuntó la razon á los discípulos, que iban á Emaús, cuando les dijo: «¿Por ventura no convino, que Cristo padeciese y que así entrase en su gloria?» Dando á entender, que por sus trabajos y sangre habia ganado y merecido la gloria de su cuerpo. Tambien fué necesaria la resurrección de Cristo, para probar su divinidad; porque como para nuestra salud no basta creer que Cristo nuestro Señor es verdadero hombre, sino que tambien habemos de confesar que es Dios verdadero, con ningun argumento mas eficaz se podia esto probar, que con su resurrección: y así dijo el apóstol San Pablo, que Cristo habia sido declarado por Hijo de Dios por los milagros que obró, y por el espíritu santificador que dió á los fieles, y por haber con su propia virtud resucitado de muerte á vida no solamente á otros sino, lo que es mas, á sí mismo: lo cual es propio de aquel Señor, que dió ser al hombre cuando no lo tenia, y con su brazo poderoso, del abismo de la nada le pudo sacar á luz y dar aires de vida: y este solo pudo volver á dar calor á un cuerpo helado y muerto, y restituir á las cenizas frias el vigor y la lozania que ántes tenian, y á los huesos molidos su antigua firmeza y gallardia. Por eso David, tratando de la resurrección del Señor, y pintándole caballero sobre la muerte, como quien resucitado de los muertos, habia triunfado de ella, da por razon: *Dominus nomen illi*; que su nombre es Señor: de suerte que la resurrección de Cristo fué como un sello real que da fuerza á las provisiones reales, y hace que se tengan y obedezcan por provisiones del rey: y así resucitando Cristo, mostró que sus obras eran de Dios; porque solo Dios pudo resucitar. Por eso, cuando los judíos pedian señales á Cristo, de quién era, siempre daba, como mas poderosa, la señal de su resurrección, como cuando dijo: «Deshaced este templo y yo lo reedificaré al tercero día:» y advierte san Juan que habla del templo de su cuerpo. Otra vez les dió la señal de Jonás profeta, que era figura de su resurrección: porque como Jonás estuvo tres dias en el vientre de la ballena sin recibir daño ni lesion, así Cristo estuvo tres dias y tres noches en las entrañas de la tierra, sin que le dañase ni empeciese.

Para nosotros asimismo fué necesaria la resurrección

de Cristo; porque es el fundamento en que estriba la fé y nuestra esperanza. Todas las obras de Cristo, y todo lo que hizo y padeció, se enderezó á este fin, y todas nuestras obras se encaminan á este mismo blanco; porque si con haber el Señor juntado la gloria y majestad de su resurreccion, con el abatimiento é ignominia de la cruz, hay tantos infieles y gentiles, que no tienen á Cristo por Dios, juzgando ser cosa indigna de Dios el morir; ¿qué dijeran estos, si se les predicara, que Cristo habia muerto y no resucitado? Ciertó es, que estuvieran mas pertinaces y obstinados, y tuvieran algun color de su error, y excusa de su engaño; porque el morir es del hombre y el resucitar es de Dios; y así no fuera tanta maravilla, que le tuviesen por solo hombre, y negasen que era Dios; y así dice san Agustín: «Nos es gran cosa, que Cristo murió: pues que los paganos y judíos y todos los malos lo creen; mas la fé del cristiano es la resurreccion de Cristo.» Esta es nuestra loa, este es nuestro blason, creer, que Cristo resucitó. Pues ¿que diré de nuestra esperanza? San Pablo dice: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra esperanza: necia nuestra fé: locos y sin fruto nuestros sudores:» porque si Cristo no resucitó, ninguno de nosotros puede tener esperanza de resucitar; pues toda nuestra esperanza estriba y se apoya en haber resucitado Cristo, y perdida esta esperanza, se pierde todo el vigor y firmeza de nuestra fé. No habria quien se entregase á la virtud y diese de mano á los gustos de esta vida, ni pudiese los ojos en la eterna, y los mas santos serian mas desdichados y miserables, como dice san Pablo, porque carecieran de los regalos y deleites temporales que tienen los malos, y del fruto y gloria sempiterna que por sus trabajos esperan los buenos. ¿Quién, sabiendo que no ha de resucitar, ni tener parte en aquella bienaventurada vida y fin, que esperamos, castigaria su cuerpo con ayunos, con disciplinas, con cilicios, y con otras asperezas y penitencias, y moriria muchas veces en vida, si creyese que con ella se acaban los contentos y holganzas? ¿Qué doncella noble, rica, moza y hermosa, daria libelo de repudio á los gustos y entretenimientos del matrimonio, y se encerraria entre cuatro paredes, y se amortajaria en vida, si no fuese por la firme esperanza que tiene, que su cuerpo atenuado, consumido y afligido por Cristo, ha de resucitar resplandeciente y glorioso con Cristo? Porque habiendo él resucitado, tambien nosotros habremos de resucitar. Pues, ¿qué diré de los fortísimos mártires, que con tan grande fortaleza y constancia, ofrecieron sus cuerpos á la hambre y sed, al fuego y al hielo, al potro y á los peines de hierro, á la horea y al cuchillo, y á todos los géneros de tormentos y muertes que se pueden imaginar? ¿Como pudieran padecer, lo que padecieron, sino animados con la cierta esperanza de que aquellos cuerpos atormentados, despedazados y consumidos, habian de resucitar enteros, perfectos y llenos de gloria y resplandor? La cual esperanza no pudieran tener, si Cristo no hubiera resucitado. Mas porque el Señor resucitó, nosotros sabemos cierto que tambien resucitarémos; porque lo que fué de nuestra cabeza, será de nuestros miembros: donde va el capitán, van los soldados: donde está el rey, están los criados de su casa y corte; y toda la parentela sigue al pariente mayor: y puesto que Cristo es nuestro Señor, es nuestra carne y nuestra sangre, y

el mayorazgo de todo el linaje humano, y el primogénito de los muertos, porque fué el primero que por su virtud resucitó á la vida mortal; si él resucitó, tambien nosotros resucitaremos y estaremos donde él está. Por esto el pacientísimo Job, en haciendo mencion de la resurreccion de Cristo, luego de ella saca esperanza de su resurreccion; y así dice: «Yo sé de cierto que mi Redentor vive:» quiere decir, como explica santo Tomás: Yo sé, que Cristo resucitó de muerte á vida. ¿Pues qué sacas de eso, santo Job? Saco, que habiendo resucitado Cristo, yo tambien en el postrero dia resucitaré de la tierra, y otra vez me vestiré de mi piel y de mi carne; y esta esperanza la tengo guardada aqui en mi pecho: y san Leon papa: «El principio, dice, de nuestra resurreccion comenzó en Cristo; porque en aquel Señor, que murió por todos nosotros, está el modelo y la seguridad de nuestra esperanza. No dudamos por la desconfianza, ni estamos suspensos é inciertos, si será ó no será; ántes habiendo recibido en Cristo el principio de sus promesas, con los ojos de la fé ya vemos lo que esperamos, y tenemos lo que creamos:» y san Cirilo, arzobispo de Jerusalem, hablando de la resurreccion del Señor, dice estas palabras: «La raiz de toda buena obra es la esperanza de la resurreccion; porque la esperanza del galardón despierta, aviva el ánimo al trabajo, y todos los hombres se animan á trabajar, cuando saben que se les ha de seguir premio: el cual faltando, el corazón desmaya, y el cuerpo se quebranta y desfallece. El soldado, que aguarda el galardón, va á la guerra con alegría y brío; ninguno querrá morir, ni pelear por el rey, que no se le da nada de los peligros de sus soldados: de la misma manera, el que espera la resurreccion, tiene cuenta con su conciencia; y el que no la cree, suelta riendas á todos sus apetitos, y se despeña en su ruina y perdicion. El que cree que su cuerpo ha de resucitar, mirale como una vestidura de su alma, y procura conservarla limpia, y sin manilla; y el que no lo cree, usa mal de su cuerpo, como si no fuese suyo, y mancha con sus vicios y pecados la ropa que Dios le dió.» Hasta aqui sus palabras de san Cirilo. Y no solamente la fé, y la esperanza del cristiano se anima, y crece con la resurreccion del Señor; pero la caridad se enciende, y todas las otras virtudes se aumentan con la consideracion de este divino misterio: y esta es la causa, porque Cristo nuestro Redentor probó en tantas y tan diferentes maneras que habia resucitado, y se mostró á tantos testigos, y los apóstoles san Pedro y san Pablo hacen tanta fuerza, para persuadirnos esta resurreccion, y la santa Iglesia nos la predica y apoya, y los santos doctores con varios argumentos y semejanzas la explican y prueban: porque demás de ser cosa sobre toda razon humana, y que los filósofos y los herejes la contradijeron; es el fundamento, como dijimos, de nuestra fé, y el aliento y espíritu, que da vida á todas nuestras buenas obras; para que sabiendo, que habemos de resucitar, ó que nos queda una eternidad descansada y descanso eterno para gozar, y que el mismo cuerpo, que ahora trabaja y se fatiga, ha de ser glorificado, no desfallezcamos ni desmayemos entre tantas tempestades y miserias de esta vida.

El modo, con que Cristo nuestro Señor resucitó, y lo que nuestra santa fé nos enseña de este artículo de la

resurrección, que es la segunda cosa que propusimos, en suma es, que acabada ya la batalla de la pasión, cuando aquel dragon infernal pensó que había alcanzado victoria del Cordero, comenzó á resplandecer en su alma la potencia de su divinidad, con la cual nuestro leon fortísimo, dejando el cuerpo en la cruz, unido con la misma divinidad, descendió á los infiernos; y vencido y preso aquel fuerte armado, le despojó de la rica presa que allí tenía cautiva: porque para dar cabo al negocio de nuestra salvacion, no paró el Señor hasta llegar al mas bajo lugar del mundo, que es el infierno, á sacar de allí al demonio y triunfar de nuestro adversario, y visitar y sacar á los suyos que allí estaban, y darles nueva vida y no cesar hasta llevarlos consigo al cielo, y puesto caso que no descendió allá como pecador, sino como triunfador; todavía fué obra de inestimable humildad, querer descender en su propia ánima á lugar tan feo á dar nuevas por sí mismo de su rescate á las almas de los santos Padres, que allí estaban: para enseñarnos, que los negocios que Dios nos encomienda, por bajos que sean, los habemos de llevar al cabo y no los habemos de encomendar ni hacer por manos de terceros y vicarios, sino ejecutarlos por nosotros mismos. Entró, pues, el alma benditísima de Cristo en aquellas oscuras y tenebrosas cuevas del limbo, é ilustrólas con el resplandor de su gloria, y trocólas en paraíso, con increíble gozo y alegría de aquellas almas santas, que aguardaban aquella bienaventurada hora, en que su glorioso Libertador y Señor, las había de rescatar de aquel lastimoso cautiverio; y algunas de ellas habrían estado dos mil y cuatro mil años, suspirando por aquel incomparable beneficio: y del deseo tan ansioso y vehemente, y tan largo y prolijo, y de la excelencia de la cosa, que deseaban, podemos conjeturar la grandeza de aquel gozo, que era igual á las ansias de su deseo: porque si un río de agua por pequeño que sea, se detiene por muchos dias, y cuando despues suelta la represa sale con muy grande impetu, ¿qué harian los deseos de tantas almas, represados y detenidos por tantos mil años? Especialmente, viendo convertido el infierno en paraíso, y en él todos cuantos bienes puede desear la voluntad humana; porque luego en aquel lugar les fué mostrada en su misma hermosura la vision clara de la esencia divina: porque así como no hay en la tierra ni en el cielo bien que iguale á Dios, así no hay gozo que se iguale al poseer y ver á Dios, que es el puerto y fin de todos nuestros deseos. Y si aquellas almas santísimas tuvieron un gozo tan inestimable, ¿cuál sería el que tuvo Cristo nuestro Redentor, viéndose vencedor de la muerte, triunfador del infierno, glorificador de aquellos mismos santos, y el fruto que ya comenzaba á coger de su sangre y pasión? Eso tanto, que no hay lengua que lo pueda explicar, ni entendimiento de ángel que lo pueda comprender. En todo aquel lugar había claridad, alegría, fiesta y regocijo con la presencia del Señor, solos los demonios y las ánimas de los condenados, en sus moradas lóbregas y tenebrosas del infierno, ahullaban y daban gemidos y bramidos: los demonios por verse burlados y despojados por la cruz de Cristo del señorío é imperio que tenían en el mundo contra los pecadores, por haberle querido extender contra el justo é inocente; como acaece alguna vez, que habiendo comido algun manjar que no abraza bien el estómago, por serle contrario, lo true-

ca y echa de sí, y con él los otros manjares de buenos mantenimientos que estaban en el estómago: las ánimas de los condenados tambien tuvieron nuevo y accidental tormento, viendo que por su culpa no gozaban del beneficio de la redencion, que á las ánimas de los santos padres se comunicaba. Estuvo la ánima de Cristo en el limbo desde la hora, en que el viérnes á las tres de la tarde espiró en la cruz, hasta el alba del domingo, en la cual hora, segun la mas comun opinion de los doctores cual ánima santísima, acompañada de aquel lucido ejército de los santos Padres, innumerables ángeles, vino al sepulcro, donde estaba el cuerpo afeado, desfigurado y envuelto en su mortaja, y el rostro cubierto con el sudario; y entrando en él, le vistió de inmensa claridad; y le paró mas hermoso que todas las cosas hermosas; á la manera que hace el sol, cuando se pone, y embiste y hiere alguna nube espesa y oscura que tiene delante, y la esclarece con sus rayos, y la pone tan arbolada y dorada que parece el mismo sol. Salió el Señor del sepulcro ¡ya inmortal, resplandeciente y glorioso con aquellos cuatro dotes de claridad, impassibilidad, agilidad y sutileza, y salió sin quitar la piedra del sepulcro, como había salido de las entrañas de la Virgen sin daño de su integridad; aunque despues de haber salido tembló la tierra, y se abrió el sepulcro, y aparecieron los ángeles, y dieron nuevas de que había resucitado, como testigos de su resurrección. Salió el Señor del sepulcro como otro José de la cárcel, vestido con ropa de inmortalidad, no para ser Salvador de Egipto, sino de todo el mundo. Salió como otro Mardoqueo triunfando de la muerte, dejando Aman su enemigo colgado en el mismo madero que él le tenía aparejado. Salió como otro Jonás del vientre de la ballena sin haber recibido daño de los dientes de aquella bestia carnicera, ni de las espantosas ondas del mar. Salió como otro Daniel del lago de los leones hambrientos, los cuales no hicieron presa en el santo profeta, y despedazaron á los que le habían echado en él. Salió como otro Sanson, el cual levantándose á media noche, quebrantó las puertas y cerraduras de la ciudad de Gaza, dejando burlados los propósitos y consejos de sus adversarios. Salió como otro Moisés, que fué sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, para destruir despues todo el poder y carros de Faraon.

Luego se fué el piadosísimo Señor á visitar su piadosísima Madre, y á serenar aquel cielo oscurecido y descubrir aquella luna eclipsada, y enjugar las lágrimas de aquellos virginales ojos, que tanto habían llorado en su pasión, porqué si los compañeros de las penas de Cristo, como dice el apóstol, tambien lo han de ser en la gloria, ¿quién había de ser la primera y más aventajada en la alegría de la resurrección del Señor, sino la que había sido la primera en los tormentos, la que mas había sentido los dolores y afrontas de su cruz? Estaría en aquella hora la santa Virgen recogida en su oratorio, esperando esta nueva luz, y con clamores y gemidos de su bendita alma, suplicando á su precioso Hijo que resucitase y la consolase; cuando súbitamente se ofreció á los ojos de la Madre el Hijo resucitado y glorioso, con una cara llena de gracias: y como un espejo sin mancha de la gloria divina. ¿Que lengua podrá declarar, ó que entendimiento comprender, hasta dónde llegó este gozo de la Virgen, cuando vió el cuerpo

de su dulcísimo Hijo tan hermoso, tan glorioso, tan resplandeciente, y aquellas aberturas de las llagas, que ántes habían traspasado su corazón, hechas fuentes de amor? ¿Cuándo le vió, no entre ladrones, sino rodeado de ángeles y santos? ¿No encomendándola desde la cruz al amado discípulo, sino dándole el mismo ósculo de paz en su rostro? fué tan grande, y tan excesiva esta alegría de la Virgen, que no pudiera su corazón sufrir la fuerza de ella, si no fuera para ello confortada por especial milagro de Dios. Tenia á su benditísimo Hijo sin poderle dejar: abrazábalé, y pediale que no se le fuése: y ocupada de aquel inmenso gozo, estaba como muda y no podía hablar. ¿Qué pluma podrá escribir, lo que aquí pasaría entre tal Madre y tal Hijo, y los abrazos, deleites, gustos y sentimientos de aquellos bienaventurados corazones? Esto mas es para meditar en un quieto y profundo silencio, y edificar nuestras almas con la consideracion de lo que allí pasó, que para hablarse y escribirse.

Mas porque era cosa muy conveniente que la resurreccion de Cristo que habia sido tan secreta, se manifestase, y que hubiese muchos que como testigos de vista la publicasen (entre los cuales no debia ser la madre, por ser madre); aquel mismo dia del domingo, el Señor se apareció primero á María Magdalena sola, que con tan abundantes lágrimas y sollozos perseveraba junto al sepulcro, y despues á ella y á las otras Marias y mujeres piadosas, que con tanta devocion y solicitud le buscaban: y despues en habito de peregrino á los discípulos, que iban á Emaús, enseñándolos y alumbrándolos, y encendiendo sus corazones, y finalmente descubriéndoles quién era, partiendo el pan y dándoles su sacratísimo cuerpo. Tambien el mismo dia apareció á san Pedro, como á penitente que lloraba su culpa, y estaba de dolor mas muerto que vivo por haberle negado. Y últimamente entró en el cenáculo, cerradas las puertas, donde estaban juntos los apóstoles, y se puso en medio de ellos, y los habló y confortó, y mostró la gloria de su resurreccion. Demás de estas apariciones y otras que hizo el Señor en espacio de cuarenta dias que estuvo en la tierra, despues de haber resucitado, quiso que hubiese otros testigos venidos del cielo, que fueron los ángeles y muchos de los santos del limbo, los cuales despues de él resucitaron, y entraron en Jerusalem y aparecieron á muchos, descubriéndoles las victorias de Cristo en el limbo, y la gloria de su resurreccion.

Pero en lo que mas debemos velar, es en imitar la resurreccion del Señor: porque así como él murió para matar nuestra muerte; así resucitó, para que nosotros resucitásemos; primero en el alma y despues en el cuerpo, y para que cada uno entienda, que la vida que vive no es suya sino de Dios, y procure con su gracia emplearla en su servicio. San Pablo escribe, que los cristianos debiamos vivir; *tanquam ex mortuis viventis*: como hombres, que murieron y resucitaron: de suerte, que así como leemos de algunos, que murieron, y despues volvieron milagrosamente á la vida y vivieron algun tiempo entre los hombres con un género de vida extraña, y mas como hombres de la otra vida, que de esta; así quiere el apóstol, que nosotros vivamos como hombres resucitados. Y en otro lugar, declarando esto mas, dice: que si habemos resucitado con Cristo, busquemos las cosas de arriba y sepamos las cosas del cielo, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre; dándonos á entender,

que nos debemos tratar como personas, no de este mundo, sino del otro, y subir á lo mas alto del cielo sobre los arcángeles, querubines y serafines; y finalmente hasta el trono de Cristo, que está sentado á la diestra de Dios Padre: para lo cual no solamente el Señor nos convida con su ejemplo, resucitando y subiendo á los cielos; pero tambien nos dá alientos y fuerzas para que lo podamos hacer, que está es la gracia del Evangelio y la gloria de la resurreccion de Cristo. Y en otro lugar dice el mismo apóstol san Pablo: que así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria de su padre, así nosotros caminemos en la nueva vida, para que siendo semejantes á Cristo en su muerte, tambien lo seamos en su resurreccion. Por estos pasos caminaban los santos; y san Gregorio Nacianzeno, hablando de sí: *Heri (dice) cum Christo in crucem angebar; hodie simul glorificor: heri conmoriarbar; hodie simul vivificor: heri consepeliebatur; hodie simul resurgo*: Ayer, dice este santo, me crucificaba con Cristo; hoy con él me glorifico: ayer moria con Cristo; hoy con Cristo soy vivificado: ayer me enterraron con él, y hoy con él resucito; y san Paulino dice:

Moror, abi: discede, pavor: fuge, culpa; ruit mors;

Vita resurrexit: Christus in astra vocat:

Morte mea functus, mihi mortuus et mihi victor;

Et mors peccati sit mihi vita Dei.

Quiere decir: despídase de mí la tristeza: apártese el temor: huya la culpa, porque la muerte ha caído y perdido su fuerza, y la vida ha resucitado: Cristo llama para el cielo: el cual, habiendo tomado mi muerte, murió por mí y fué vencedor para mí; para que la vida de Dios sea muerte de mi pecado. Esto es de san Paulino, obispo de Nola: ó bienaventurado, el que muere con Cristo, y resucita y vive con Cristo! Dichoso el que en un dia tan alegre, tan regocijado y tan glorioso, como el de la resurreccion del Señor, en el cual el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres; el Hijo y la Madre, el maestro y discípulos, los vivos y los muertos tanto se alegraron; y solos los demonios se entristecieron y turbaron; y el infierno quedó despojado, y la muerte vencida; goza de esta fiesta y alegría: y si es justo crece en la justicia, y desasido de todas las cosas de la tierra, traslada su corazón al cielo, y allí vive donde Cristo está sentado á la diestra del Padre: y si es pecador y muerto á Dios, le pide su gracia, la cual él no niega á los que se la piden, y con su favor resucita de muerte á vida; y libre ya de los accidentes y fealdades de la muerte, y de las congojas y tormentos de la mala conciencia, goza de la suavidad, gracia y gloria de la resurreccion del Señor. Él nos la concede á todos por su misericordia. Amen.

LA ASCENSION.

Despues que resucitó el Salvador del mundo ya impasible y glorioso, estuvo acá en la tierra cuarenta dias, subió á los cielos y volvió al lugar, de donde habia bajado; para dar fin y cumplimiento á la obra, que el Padre Eterno le habia encomendado. San Lucas evangelista, en el libro de los hechos apostólicos dice, que despues de la pasion se mostró á los apóstoles por espacio de cuarenta dias, probando que verdaderamente habia resucitado por muchos medios y señales, apareciéndoles

y hablándoles del reino de Dios. No estaba el Señor en este tiempo siempre con sus discípulos; ni siempre se les aparecía, sino de cuando en cuando; para que por una parte se confirmasen en la fé de la resurreccion, viéndole vivo y que hablaba, comía y trataba con ellos; y por otra, para que poco á poco se acostumbrasen á carecer de su presencia corporal, y sintiesen ménos la ausencia que, subiendo á los cielos, habia de hacer el día de su maravillosa ascension. Tomó cuarenta dias para conversar con los suyos; porque como habia estado cuarenta horas muerto, le viesen cuarenta dias vivo, y por aquí viésemos, cuanto mas liberal es Dios en los consuelos, que en las penas, y en los gozos que en los trabajos; pues las penas se miden por horas, y los gozos y consuelos por dias. Dice mas san Lucas, que en este tiempo hablaba el Señor con sus discípulos del reino de Dios; porque aunque todas las palabras que habló Cristo nuestro Redentor en su vida, fueron enderezadas para enseñarnos en qué consiste el reino de Dios, y porqué camino habemos de ir á él, todavía despues de su santa resurreccion hablaria mas claramente de la grandeza y excelencia del reino de los cielos, así porque él ya dejaba sus discípulos corporalmente y se iba á él, como porque los mismos discípulos estaban mas hábiles para entender aquella doctrina, que les enseñaba, de cosa tan alta y que tanto excede nuestra capacidad: y asimismo les hablaba del reino de Dios, porque les declaraba el gobierno de su Iglesia, que es su reino, y sus vasallos son los fieles, los cuales el mismo Señor, como rey soberano, gobierna por sus ministros exteriormente, é interiormente por los dones y gracias que infunde en las almas, justificándolas y guiándolas á la bienaventuranza. De este reino de Dios es de creer, que habló Cristo á los sagrados apóstoles, enseñándoles muchas cosas de la armonía y jerarquía de la Iglesia, y de los grados de las órdenes eclesiásticas, y del sumo pontífice, que como cabeza y pastor supremo preside á todos, y que dél aprendieron el número, las formas y materias necesarias de los sacramentos, y las ceremonias y ritos, con que para mayor ornato de la Iglesia se habian de administrar, y especialmente del modo de celebrar el sacrosanto misterio de la misa, y ofrecerle por los vivos y por los muertos; de la intercesion de los sante, y del afecto y devocion con que habemos de procurar su favor; de los preceptos que nos dá la Iglesia, para que con ellos mas fácilmente guardemos los preceptos de Dios; del ayuno, del celebrar las fiestas, y honrar á los santos y adorar sus imágenes y reliquias; y de otras cosas como estas: porque habiéndolas guardado todas la santa Iglesia desde sus principios, con tanta piedad, religion y constancia, de creer es, que todas nacieron de Cristo, como de su fuente, y que en aquellos cuarenta dias, que habló con sus apóstoles del reino de Dios, y del gobierno de su Iglesia, él se las declararia.

Habiendo, pues, nuestro celestial Maestro, enseñado á sus apóstoles las maravillas del reino de Dios, y confirmándolos en la fé de su resurreccion, determinó subir á los cielos en cuerpo y en alma, y como nobilísimo triunfador, entrar triunfando en aquella imperial ciudad, acompañado de aquel innumerable ejército de cautivos, que con su sangre habia rescatado, porque así convenia á su gloria y nuestro provecho. A su gloria convenia, porque habiendo

resucitado de una vida pasible y mortal á otra impasible é inmortal, no era decente, que su cuerpo glorioso estuviese en la tierra, que es lugar de generacion y corrupcion, sino en el cielo, que es incorruptible, lugar propio de los cuerpos glorificados. Convenia á la grandeza del Señor, que se habia humillado y abatido tanto por nosotros, que él mismo dijo así: «Yo soy un gusano y no hombre, oprobio de los hombres y deshecho y menosprecio de la gente,» que fuese glorificado y ensalzado, no solamente sobre todos los hombres, pero sobre todos los coros de los ángeles, y colocado á la diestra del Padre. Convenia á su bondad que nos declarase, que su reino no era de la tierra, como los judíos esperaban y los apóstoles al principio pensaban, sino del cielo; y que no consiste en los bienes caducos y frágiles de esta vida, que por mucho que duren, con ella se acaban, sino en los espirituales y eternos; y que no tiene mas parte en el reino de Cristo el mas noble, ni el mas honrado y mas rico y abundante de los bienes temporales, sino el que con mas ansia sube con Cristo al cielo, y anhela á la buena venturanza. Convenia asimismo, que con esta subida á los cielos nos enseñase, que no es este mundo nuestra patria, sino cárcel y destierro, y que las almas cristianas y puras, aunque el cuerpo esté en la tierra, deben morar por deseo, donde está todo su bien: y este tambien es nuestro provecho; porque de tal manera hizo el Señor sus obras, que en ellas siempre juntó su gloria y nuestro bien, como se vé en esta ascension del Señor, de la cual se derivan á nosotros muchas y muy grandes utilidades: porque primeramente aprovechó esta gloriosa subida del Señor para mayor perfeccion de nuestra fé; porque á la condicion de la fé pertenece, que no se vean las cosas que cree: para lo cual fué conveniente, que este Señor, que fué el objeto principal de nuestra fé, se ausentase de nuestra vista, para que así fuese nuestra fé de otra condicion que la de santo Tomás, á quien dijo el Señor: «Porque me viste, Tomás, creiste; bienaventurados los que no vieren:» de suerte, que nuestra fé, que no consiste en ver con los ojos corporales y tocar con las manos, sino en no ver y creer, con la subida del Señor al cielo se hizo mas robusta; y así dijo san Leon papa: «Este vigor y esta virtud es propia de razones grandes y una lumbré de almas verdaderamente fieles, creer sin alguna duda lo que con los ojos corporales no se ve, y llegar con el deseo á donde no puede llegar la vista.» Demás de esto, fué nos provechoso la ascension del Señor, porque con ella se aviva y asegura nuestra esperanza; porque él mismo dijo, que iba á aparejarnos el lugar, como lo hizo, subiendo al cielo, porque no subió solamente para sí, sino para todos nosotros, y como cabeza nuestra tomó la posesion de aquella gloria para sus miembros. Rompió los cerrojos, con que habian sido cerradas las puertas del cielo por el pecado de Adán: abriónos el camino, para que nosotros pudiésemos llegar á aquella celestial bienaventuranza; y para que tuviésemos mas ciertas prendas y seguras de este tan gran bien, llevó consigo las almas de aquellos santos Padres que habia librado del limbo: y así dijo al Señor hablando con el Padre Eterno ántes de su pasion: «Padre, yo quiero, que los que Vos me habeis dado estén conmigo donde yo estoy.» Por esto dijo san Leon papa: «La ascension de Cristo es nuestro aprovechamiento; porque donde precedió la gloria de la cabeza, allí tiene el cuerpo esperanza de llegar: y no solamente habemos entrado

en la posesion del paraíso, mas en Cristo habemos penetrado hasta lo mas alto del cielo.» Esto es de san Leon papa. Porque aunque en su pascion nos mereció Cristo este reino y nos adquirió el derecho que tenemos á él, mas en la ascension de hecho nos abrió el camino, y nos mostró que ya el cielo está conquistado, y la posesion está tomada en nuestro nombre. Pues la caridad, ¿cómo se inflama con esta subida del Señor? Porque si donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón, todo nuestro tesoro es Cristo; ¿dónde es razon que esté nuestro corazón, sino donde está Cristo? ¿Y que estando nuestro tesoro en el cielo, no esté nuestro corazón en la tierra? En el cielo ha de estar nuestro amor, nuestra esperanza, nuestra alegría, y nuestros pensamientos y nuestros deleites. Allí está todo nuestro bien, y mucho mas debemos estar colgados de él, que este mundo inferior lo está de las influencias del cielo. Para esto nos es de gran motivo la ascension del Señor, como lo fué á los apóstoles, á los cuales él mismo dijo, que no recibirían al Espíritu santo, si él primero no subiese á los cielos; porque con su presencia corporal estaban entretenidos y recreados, y miraban aquella sagrada humanidad con ojos de carne, y no subían á la consideracion de la majestad inmensa de la divinidad, como lo hicieron despues que el Salvador subió á los cielos. Tambien por otra razon fué de grandísimo provecho para nosotros esta subida del Señor: porque así como en la tierra hizo oficio de Redentor; así ahora en el cielo hace oficio de nuestro abogado, como lo dice el amado discípulo por estas palabras: «Hijos míos, esto os escribo, para que no pequeis; pero si alguno pecara, abogado tenemos para con el Padre á Jesucristo su Hijo, el cual es Propiciacion por nuestros pecados.» Y no solo es abogado; mas tambien es gobernador, proveedor y defensor de su Iglesia; con la cual está y estará como él lo prometió hasta el fin del mundo, no solamente en la sacrosanta Eucaristía, en la cual, partiéndose de nosotros, se nos dejó para nuestro remedio y consuelo, sino asistiéndola y gobernándola con su admirable é inefable providencia: porque todos los dones y todas las gracias que continuamente se reparten del cielo á toda la Iglesia y á cada uno de los fieles, se reparten por medio de este Señor, que es la fuente de gracia, y así dice san Pablo, que á cada uno se da la gracia, segun la medida con que Cristo la da y reparte. Así que la ascension del Señor fué muy gloriosa para él y muy provechosa para nosotros, como se ve por lo que hasta aquí habemos dicho.

Veamos ahora como se obró este soberano misterio, y la dulzura y ternura que causó esta partida del Señor en la Virgen sacratísima, y en los discípulos que le vieron subir, y la solemnidad y triunfo con que fué recibido de todas aquellas jerarquías celestiales, y asentado en el trono á la diestra del Padre, sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra. El evangelista san Marcos, en el último capítulo de su evangelio escribe, que estando á la mesa comiendo los once apóstoles en Jerusalem, les apareció la postrera vez el Señor, y que les reprendió por la dureza que habian tenido al principio en no creer á los que decian que era resucitado y que ellos le habian visto. Dióles esta reprehension, para que quedasen mas firmes en su memoria las postreras palabras que les decia, y conociesen que tenian culpa en no haber creído la gloria de su resurreccion, la cual el mundo habia de creer por la

predicacion de ellos; y despues les dijo: «Vosotros, discípulos míos, recibireis en vuestras almas la virtud del Espíritu santo, que vendrá sobre vosotros, y esforzados con ella, sereis testigos míos en Jerusalem, Judea y en Samaria, y en toda la tierra:» como si dijera (dice el P. Fr. Luis de Granada): Vosotros, hijos míos y ovejas de mi manada, fuisteis testigos de toda mi vida; visteis la doctrina que yo he predicado, los ejemplos que os he dado, las obras que he hecho, las contradicciones que he sufrido, los tormentos é injurias y la muerte que por el remedio del mundo he padecido, visteis mi resurreccion, y vereis ahora mi ascension, despues de la cual recibireis el Espíritu santo, para que eternamente more con vosotros y con todos los que por vosotros creyeren. Pues id con la bendicion de mi Padre por todo el mundo, predicad mi Evangelio á toda criatura, predicad estas buenas nuevas al mundo: que yo siendo natural hijo de Dios, me hice hombre, para hacer á los hombres dioses: que morí, para matar su muerte; que resucité, para aparejar su gloria. Yo os envío de la manera que me envié mi Padre: desengañad á los hombres: perdonad los pecados; y hacedlos participantes de mis merecimientos y trabajos; decidles, que no amen la vanidad, las riquezas caducas, los bienes perecederos, que teman á Dios; que se les acuerde que hay juicio; que hay otra vida; que hay paraíso é infierno para buenos y malos, y que es Dios testigo y juez de las obras humanas.

Dichas estas palabras, salió el Señor con sola aquella dichosa y bienaventurada compañía hácia Betania, y paró en el monte Olivete, que estaba en el camino. Allí se despidió de su dulcísima Madre, con unos afectos tan tiernos y amorosos entre la Madre y el Hijo, que mas son para reverenciarlos con un humilde y casto silencio, que para quererlos con nuestro rudo ingenio y tosca lengua comprender y explicar. Y puesto caso que la Madre deseaba acompañar á su Hijo, y el apartarse de él le causaba gran pena y sentimiento; todavia se consolaba, por ver que á la gloria del hijo convenia la partida, y al bien de la Iglesia su querida, y que esta era la voluntad de su mismo Hijo, á la cual ella siempre estuvo rendida y sujeta. Los apóstoles tambien sentian la huerfanidad de tal padre, la soledad de tal maestro, de tal pastor y tal capitán, especialmente viéndose entre tantos y tan crueles enemigos, y aun no armados con la virtud y fortaleza del cielo: mas el Señor los consoló, prometiéndoles la venida y favor del Espíritu santo, y su perpetua asistencia y providencia, que jamás les faltaria. Entre estas y otras palabras, llegándose ya la hora de la subida, comenzaron los ángeles á decir aquellas palabras del profeta: «Levantaos, Señor, para ir al lugar de vuestro descanso. Vos y el arca de vuestra santificacion:» esta arca, de donde se pagó la deuda de todo el mundo; esta arca en la cual están todos los tesoros de Dios escondidos; esta arca de vuestra humanidad, que es arca de santificacion y de amistad, por la cual fueron los hombres santificados y reconciliados con Dios.

Levántase, pues, esta arca, y por virtud de la divinidad, y movido del alma, y con su propia agilidad, comienza á subir aquel cuerpo glorioso á los cielos. El iba subiendo, y la sacratísima Virgen viendo levantar el fruto de su vientre, no se puede creer la alegría que recibió; y como quedaron los apóstoles suspensos y atónitos, y llenos

de incomparable admiración, y no pudiendo seguir con los cuerpos al Señor, le seguían con los ojos y con los corazones. ¡Qué vista! ¡Qué atención! ¡Qué impresión de ojos en ojos, de corazón en corazones! Subid, Señor; subid, amor, luz, vida y descanso de las almas limpias y todo nuestro bien: subid, no al monte Calvario, para ser crucificado entre dos ladrones en un madero; sino del monte de las Olivas, para ser glorificado entre los coros de los ángeles y de las almas santas, que invisiblemente os acompañan; no para ser enclavado y condenado, no para padecer y morir; sino para triunfar de la muerte y del pecado; subid, Señor, para que con vuestra presencia honreis á vuestro Eterno Padre; para que enviéis á vuestra Iglesia el Espíritu consolador; para que toméis la posesión del cielo para todos vuestros hijos; para que os asenteis en la silla debida á vuestra humildad y grandeza; para que alegreis toda la corte celestial con vuestra vista; para que llenéis las sillas vacías, que perdieron los malos ángeles, y las plebes de estas almas santas, que lleváis libres y cautivas, y deis á cada una su lugar, conforme á sus merecimientos: subid, Señor, para que vuestra santísima Madre, viéndoos subir á vuestra casa, se olvide de todos los trabajos y dolores, que padeció en vuestros tormentos y penas, y para que vuestros discípulos, admirados con estas prendas de esperanza tan seguras, se animen y no teman los peligros y tempestades, que han de pasar en la predicación de vuestro Evangelio: subid, Señor, para que, subiendo á lo alto, y llevando por cautivos vuestros á los que antes lo eran del príncipe de las tinieblas, reportéis magníficamente vuestros dones á los hombres como lo dijo vuestro real profeta: *Ascendens Christus in altum, captivam duxit captivitatem; dedit dona hominibus*: desde el cielo repartió su espíritu á toda su Iglesia, la caridad á los apóstoles, la fortaleza á los mártires, la sabiduría á los doctores, la castidad á las vírgenes, la humilde penitencia á los confesores, la luz y prudencia á los superiores y la obediencia y sujeción á los inferiores, y todos los estados enriqueció con su divina y larga mano; finalmente, subid, Señor, para que lleveis con Vos nuestros corazones, desnudos y descarnados de todo amor y escoria de la tierra; y estando Vos, que sois nuestro tesoro, en el cielo, allí estén ellos, y moren con Vos. Subia, pues, el Señor, rodeado de todos aquellos cautivos y prisioneros que había sacado del limbo, y de innumerables ángeles, que habían bajado del cielo para acompañarle; pero antes de subir, como padre amorosísimo, que se partía, levantó las manos y echó su bendición á sus hijos, que quedaban en la tierra, ahora fuese cruzando los brazos, como cuando Jacob bendijo á sus nietos, ahora, como algunos contemplan, haciendo la señal de la cruz: con la cual bendición quedó la Madre purísima consoladísima, y los discípulos riquísimos y llenos de espirituales dones y gracias. Y ya que estaba tan alto, que casi se les iba de vista, para que se cumpliese aquello del real profeta: *Qui ponis nubem ascensum tuum*, apareció una nube debajo de sus pies, que se puso entre el cuerpo del Salvador y los ojos que le miraban, y así no le pudieran mas ver, pero no por eso dejaron de seguir con los ojos al que seguían los corazones. ¿Quién podrá comprender la fiesta, la alegría y el triunfo, con que el Señor fué recibido en el cielo? ¿Cómo aquellas puertas, basta entón cerradas, se abrieron de par en par? ¿Có-

mo toda aquella corte celestial salió á recibir á su rey, que venía victorioso de la guerra, y teñido de sangre, dejando postrados al pecado, muerte, demonio é infierno? ¿Cómo se preguntaban aquellos cortesanos unos á otros lo que escribe Isaías: «¿Quién es éste, que viene de Edom, con las vestiduras teñidas de Bosra? ¿Este, hermoso con la estola de su humanidad, que camina en la muchedumbre de su virtud?» ¡Qué cantos! ¡Qué músicas! ¡Qué recibimientos! ¡Qué sería oír las voces de los ángeles, los instrumentos, la armonía y consonancia de todos aquellos espíritus bienaventurados! Vió esta fiesta de lejos aquel cantor celestial tan vivamente, como si la tuviera presente, y dijo: «Ascendió Dios con júbilo, y el Señor con la música de trompetas,» y en el mismo salmo convidó á todas las gentes, que se regocijen y celebren esta fiesta, diciendo: «Todas las gentes se alegren y den palmadas con las manos, y alcen la voz con júbilo y regocijo:» y en otro salmo dijo: «O reinos de la tierra, cantad á Dios: decid alabanzas al Señor: load á Dios que ha subido sobre el cielo del cielo hácia oriente;» y dice el mismo profeta David: que cuando llegaron á las puertas del cielo, los ángeles que iban delante del Señor, dieron voces á los otros ángeles, sus compañeros que estaban dentro, y eran como guardas y porteros del cielo, y les dijeron: «O príncipes, abrid vuestras puertas: ábranse estas puertas eternas; por las cuales ninguno ha entrado eternamente hasta ahora: ábranse de par en par, y entrará el Rey de la gloria;» y que los de dentro respondieron: «¿Quién es este rey de la gloria?» Y como si tuvieran un coloquio entre sí, los de fuera dijeron: «El Señor fuerte y poderoso, y vencedor en la batalla, él es el Rey de la gloria.» Con esta gloria y triunfo entró el Rey de la gloria y fué colocado en el mas alto y sublime trono del cielo, á la diestra de su Eterno Padre: de manera, que aquella naturaleza á quien fué dicho: «Polvo eres, y en polvo te volverás;» ahora es levantada del polvo de la tierra, y subida sobre todos los cielos: y á quien se cerraron las puertas del paraíso y se defendían con la espada del querubín; ahora sube sobre todos los querubines y vuela sobre las plumas de los vientos: en lo cual se vé lo que bajó el hombre por el pecado, y lo que ha sido ensalzado por la gracia del Señor.

Mas porque todavía la sacratísima Virgen María, y toda la otra santa compañía que había quedado en el monte Olivete, tenían fijos los ojos en el cielo, para ver si podían descubrir su bien y su tesoro, y no parece que se podían partir de aquel lugar de tanta veneración, donde estaban como presos y encadenados de amor; proveyó el Señor que dos ángeles vestidos de blanco, y mas resplandecientes que el sol, bajasen á ellos y les dijese: «Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando hácia el cielo? Este Jesús y Señor, que de vosotros ha subido al cielo, de esta misma manera vendrá á juzgar los vivos y los muertos, como ahora le habeis visto ir al cielo:» y con este aviso se volvieron á Jerusalem á orar y esperar la venida del Espíritu santo, que el Señor les había prometido. Pues contemplando este glorioso misterio, «alegrémonos, hermanos carísimos, con un gozo espiritual,» dice san Leon papa. «Y con un hacimiento de gracias, digno de Dios, regocijémonos y levantemos los ojos de nuestro corazón limpio y desmarañado, á aquella alteza en la cual está Cristo. No abatan los deseos terrenales aquellos corazones

que Dios ha levantado y llamado para el cielo: no ocupen los bienes perecederos, á los que están acogidos para los eternos; ni los deleites engañosos de esta vida detengan á los que han entrado por el camino de la verdad: de tal suerte todos los fieles traten las cosas temporales, como hombres que conocen que son peregrinos en este valle de lágrimas, en el cual aunque hay algunas cosas, que con su apariencia falsa nos quieren engañar, no debemos abrazarlas viciosamente, sino menospreciarlas con fortaleza. » Esto es de san Leon papa.

Ilustró é hizo glorioso el Señor con algunos milagros aquel lugar del monte Olivete, donde se levantó para subir á los cielos, y quiso que quedase y durase en él la memoria de un tan soberano misterio, para admiración, consolacion y edificacion de los fieles; porque en la misma piedra que pisó últimamente, y de donde comenzó á levantarse y subir al cielo, quedaron impresas las señales de sus sagrados piés; de manera que hasta ahora duran, y con raer los fieles por su devocion aquella piedra, y coger de ella los polvos con gran solicitud y cuidado, siempre se quedan las señales tan enteras, como si estuvieran esculpidas en ella. Esto escribe san Gerónimo, que vivió en aquellos santos lugares; y Optato Milevitano, y san Paulino, obispo de Nola, y Severo Sulpicio: el cual y san Paulino añaden, que queriendo los fieles, para memoria de tan gran milagro, adornar de mármoles y piedras riquísimas aquel lugar, nunca lo pudieron hacer; porque en llegando á querer juntar las piedras, el mismo lugar impreso con los piés del Señor las arrojaba y despedía de sí con gran violencia.

Otro milagro obró el Señor, y es; que haciéndose en aquel mismo lugar un templo suntuoso, que era de bóveda; en aquella parte de él, por donde subió el Señor, nunca se pudo cerrar y juntar la bóveda, sino que quedó siempre patente y abierta, de manera que por ella desde la tierra se pudiese ver el cielo, como lo testifica san Gerónimo de su tiempo y el venerable Beda del suyo; el cual dice mas, que cada año el día de la Ascension, acalada la misa, solía venir un recio y vehemente viento de lo alto, y derribar en el suelo á todos los que estaban en la iglesia, y que toda aquella noche se veían arder lumbrés con tan grande claridad y resplandor, que parecia que todo aquel monte y los lugares, que estaban debajo de él, ardian como fuego. Y ha sido el Señor servido, que aquel sagrado lugar, para perpetua memoria de un misterio tan glorioso para Dios y provechoso para nosotros, hoy dia está en pié, y se ven en él las señales de las plantas benditísimas de nuestro Salvador; lo cual, á mi ver, es otro nuevo milagro, por estar aquellos santos lugares por nuestros pecados en manos de enemigos de nuestra santa fé: y por lo que escribe Josef, autor grave, y en esto digno de fé, que cuando Tito puso el cerco á Jerusalem, asentó sus reales para combatiría en el monte Olivete, y en él dispuso su ejército; que (habiéndolo sido tan grande, de gente tan belicosa y que tanto estrago y destruccion hizo en la ciudad, que no dejó en ella piedra sobre piedra) es gran maravilla, que no alosase y arruinase todo aquel monte, y las memorias que habia en él, sin que quedase rastro de ellas: mas el Señor las guardó entónces, y las libró de manos de los romanos, y ahora las guarda de las de los infieles, para que reconozcamos su infinito poder, y que aunque subió

á los cielos, no desampara su Iglesia, que está en la tierra; ántes siempre la asiste, y con su providencia la riges y defiende, y lleva á sus escogidos al puerto de la bienaventuranza, donde él está.

PASCUA DE PENTECOSTÉS.

A los diez dias despues de la subida del Salvador á los cielos y los cincuenta de su gloriosa resurreccion, cuando los judíos celebraban la pascua de Pentecostés, en memoria de la ley que Dios les habia dado en el monte Sinai, bajó el Espíritu santo al monte Sion sobre el colegio de los sagrados apóstoles, para escribir en sus corazones la ley evangélica y de amor. Subió el hombre al cielo, y bajó Dios á la tierra. De este dia dice el elocuentísimo Crisóstomo estas palabras: «Hoy la tierra se nos ha hecho cielo, nó por haber bajado las estrellas del cielo á la tierra, sino por haber los apóstoles subido de la tierra al cielo: porque la gracia copiosa del Espíritu santo hoy se ha derramado por el mundo y se ha convertido en paraíso, nó trocando la naturaleza, pero enmendando y enderezando las voluntades. Halló el Espíritu santo al publicano, é hizole evangelista; halló al perseguidor, é hizole apóstol; halló al ladron y levóle al paraíso; halló la pecadora, é hizola igual á las vírgenes; halló magos encantadores, y convirtióles en evangelistas; desarraigó la maldad y plantó la bondad; desterró la servidumbre y trajo libertad; perdonó la deuda y diónos la gracia, y por esto digo, que hoy la tierra se ha hecho cielo.» Esto es de san Juan Crisóstomo. Mas para hablar de la excelencia y grandeza de este dia, conviene considerar, quién es este Señor que bajó hoy del cielo á la tierra y cómo bajó, y qué efectos hizo con su venida y como nos habemos nosotros de disponer, para que venga á nuestros corazones y los alumbré é inflame con su gracia.

El que vino hoy sobre los apóstoles es el Espíritu santo, la tercera persona de la santísima Trinidad, el cual procede, como de un mismo principio, del Padre y del Hijo, y les es consubstancial, coeterno y en todo igual y Dios verdadero, como lo es el Padre, y lo es el Hijo; porque amándose eternamente el Padre y el Hijo con un amor perfectísimo é infinito, procede de ellos y es espirado este amor divino, el cual necesariamente ha de ser Dios; porque todo lo que hay en Dios, es el mismo Dios. Este amor eterno y caridad infinita é inefable dileccion, atadura indisoluble y como nudo y abrazo suavísimo é inexplicable del Padre Eterno y del Verbo, se llama Espíritu y santo: nó porque el Padre no sea espíritu y tambien no sea santo, y el Hijo asimismo no sea espíritu y santo, que sí lo son; sino porque lo que es comun á las tres personas, por una cierta apropiacion se atribuye á la tercera persona de la Trinidad, para distinguirla de la primera y de la segunda persona: la razon de esto es; porque no podemos explicar las cosas divinas, sino con palabras humanas; y todo lo que atribuimos á Dios, lo tomamos como prestado de las criaturas: y como en ellas no hallamos otra manera de comunicar una cosa á otra su naturaleza y esencia, sino por via de generacion; de aquí es, que tenemos vocablo propio para declarar el modo con que Dios se comunica por via de entendimiento, que llamamos genera-

cion, y á la persona, que por esta via procede, llamamos hijo; y no le tenemos para declarar la manera, con que Dios se comunica por esta otra via de amor y voluntad; por eso lo llamamos espiracion, y á la tercera persona, que de esta manera procede, le damos el vocablo comun, como propio, y le llamamos Espíritu santo: y tambien para que entendamos, que él es el autor y fuente de toda la santidad, espíritu y vida espiritual que hay en la Iglesia, sin cuya luz y favor ninguna cosa se puede obrar, que sea digna de la vida eterna; porque dado que la santísima Trinidad obró la obra de nuestra redencion, y que particularmente se atribuye al Hijo, porque él fué el que se vistió de nuestra carne y con sus penas pagó nuestras culpas, y fué ejecutor del acuerdo y consejo divino, y nuestro sacrificio y causa meritoria de nuestro perdon: mas porque la fé y verdadero conocimiento de todos los misterios, que obró el Hijo de Dios hecho hombre en este mundo, y el amor á su doctrina y la limpieza de vida exceden nuestras fuerzas y no se pueden cumplir sin la gracia y favor del cielo, y este nos comunica Dios por su bondad y por el amor que nos tiene, y este amor y bondad se atribuye al Espíritu santo; decimos, que todos los efectos, que en nosotros hace este amor del Señor, nacen del Espíritu santo, como de autor de nuestra santificación; porque así como Dios es principio y fuente de todas las cosas; así quiso, que en todas hubiese en cada género una que fuese como fuente y principio de todas las demás de aquel género: como de todas las cosas claras y resplandecientes el sol; de las calientes el fuego, y de los hombres Adán padre de todos: de esta manera en todos los dones de Dios el Espíritu santo, que por excelencia se llama don de Dios y don de dones, es raiz y fuente original de todos los otros dones; pues el amor que Dios nos tiene, es causa de todos los otros bienes que nos hace.

Este santo Espíritu es, como dijimos, Dios tan verdadero y substancialmente, como lo es el Padre, y lo es el Hijo, en todo igual, en todo omnipotente y eterno, y de infinita perfección, bondad y sabiduría, de la misma naturaleza y esencia; y este es artículo de fé, y se significa en aquellas palabras que decimos en el Credo: *Credo in Spiritum Sanctum*: porque aquella proposicion *in*, solamente se usa en la persona del Padre, y en la del Hijo, y del Espíritu santo, y denota, que cada una de las tres personas es Dios verdadero: y por esto el real profeta David suplicaba á nuestro Señor, que no le quitase el Espíritu santo: y Salomon, su hijo, dijo: «Señor, ¿quién hay que pueda saber vuestros secretos, si Vos no le dáis vuestra sabiduría, y de allá del cielo le enviáis á vuestro Espíritu santo?» Pero mas claramente en el sagrado Evangelio se explica esta verdad; pues de él sabemos, que la sacratísima Virgen Maria concibió en sus entrañas al Verbo eterno por virtud del Espíritu santo; y Cristo mandó á los apóstoles, que bautizasen en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo: y el amado discípulo dice: «Tres son los que dan testimonio en el cielo; el Padre, y el Verbo, y el Espíritu santo; y estos tres son una misma cosa» y para testificar la santa Iglesia esta verdad, acaba los salmos cuando reza, con el *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*: y por esta misma causa hallamos que todas las cosas, que son propias de Dios, las sagradas Letras las atribuyen al Espíritu santo; como son santificar, vivificar, penetrar los consejos profundos de Dios, y

hablar por los profetas, y estar en todo lugar y otras semejantes, para que por aquí entendamos ser Dios, el que tiene las propiedades de Dios. Contesta con esta verdad el Apóstol, cuando dijo: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios, y la comunicacion del Espíritu santo sea con todos vosotros, Amen:» en las cuales palabras, no solamente declara que el Espíritu santo es Dios, como lo es el Padre, y lo es el Hijo, sino tambien que es persona distinta del Padre y del Hijo. Pues este Espíritu del Señor, este Espíritu consolador es el que hoy baja del cielo á la tierra, para que los corazones terrenales se hagan celestiales. De donde se ve la excelencia y dignidad de este día, y cuanto nos debemos alegrar y regocijar espiritualmente en él: y no menos se ve en la disposicion y aparejo, que fué necesario precediese, para que el mundo pudiese recibir este tan señalado beneficio del Señor: porque si bien miramos, todo lo que Cristo obró y padeció en su vida sacratísima, sirvió para disponer nuestras almas, para que fuesen digno templo y morada del Espíritu santo. La encarnacion, el nacimiento, la circuncision, los trabajos y sudores de toda la vida del Salvador, y los tormentos de su cruz y muerte santísima; ¿á qué otra cosa se enderezaban, sino á encender el fuego del Espíritu santo en nuestros corazones? Y por esto dijo el mismo Señor: «Venido hé á poner fuego en la tierra; y ¿qué quiero, sino que se encienda y arda?» Y hablando ántes de su pasion con sus discípulos, les dijo: «Si yo no me partiere, no vendrá á vosotros el Espíritu consolador; mas si me partiere, yo os lo enviaré.» No solamente la vida y muerte de Cristo sirvió para esto, sino tambien fué necesario que resucitase y subiese á los cielos, para que de allá nos enviase este fuego divino, y nuestros corazones estuviesen dispuestos para recibir las llamas de su amor: y así dice san Juan: «Aun no habia sido dado el Espíritu santo; porque Jesus aun no habia sido glorificado.»

Pues cuan grande será el don que hoy se recibe; pues para que se nos diese, fué necesario que Cristo viniese primero al mundo, y muriese, y resucitase, y triunfando subiese á los cielos: y no es maravilla, porque sin este don divino todos los otros dones y gracias y merecimientos de Cristo, aunque en sí sean inestimables, para nosotros no nos fueran de provecho: porque claro está, que si una persona emplease todo su caudal en comprar una medicina, que le puede dar salud, y despues de comprada, no la tomase, ni aprovechase de ella, sino que la pusiese aparte en un rincón; por mucho que le hubiese costado no le daria salud: pues de la misma manera la medicina de la sangre de Cristo y de su preciosísima pasion, aunque sea tan eficaz, tan saludable y tan poderosa para dar salud y vida á todo el mundo, no tiene eficacia en el enfermo que no la recibe, y para que la reciba, se requiere la gracia y favor del Espíritu santo. ¿Cómo pudiera el mundo creer en Cristo, y sujetarse á la verdad del Evangelio, y dar de mano á los vicios detestables en que estaba sumergido, si no oyera la predicacion y sonido de los apóstoles, que fueronregoneros, y trompetas de esta verdad? ¿Y cómo pudieran ellos predicar misterios tan altos, y contrastar la sabiduría de los filósofos: y el poder y furor de los tiranos, las pasiones tan bestiales y tan arraigadas de los hombres carnales si no estuvieran armados, como con armas impenetrables, del favor y gracia del Espíritu santo, á cuya virtud ninguna cosa puede resistir? Pues para armarlos y vestirlos de su espíritu, vino hoy el Espíritu santo.

La historia de este misterio cuenta san Lucas, diciendo: que despidiéndose el Salvador de sus discípulos, para subir al cielo, al tiempo de la partida les mandó que estuviesen en Jerusalem, hasta que fuesen vestidos y fortalecidos con la virtud y poder del Espíritu santo. Con este mandato se volvieron los discípulos del monte Olivete al cenáculo de Jerusalem, donde se recogieron ciento y veinte personas; y de todos ellos dice el evangelista, que perseveraban en oracion con María, madre de Jesus, y con otras santas mujeres, que habian seguido á este Señor. Estaban todos con un mismo corazon en oracion continua, ardiente y fervorosa (que es el modo con que se alcanza la gracia del Espíritu santo), y con gemidos y entrañables deseos pedian al Señor, que les enviase al Espíritu consolador, y segundo maestro, que les habia prometido, y que no dilatase esta misericordia; pues veía su gran flaqueza, su peligro, su desamparo y su desabrigo. Sobre todos los otros, la santísima Virgen, como gobernadora y presidente de aquel sagrado colegio en ausencia de su Hijo, alentaba y encendia mas con sus llamas los corazones de todos, disponiéndoles para recibir dignamente aquel soberano don de Dios. Estando, pues, los discípulos ocupados en esta oracion, diez dias despues que el Salvador habia subido al cielo, descendió el Espíritu santo en forma de un grande viento, y en figura de lenguas de fuego, y asentóse sobre las cabezas de los discípulos. Fué tan grande la caridad y el amor, y la suavidad y conocimiento que allí recibieron de Dios, que no se pudieron contener sin salir en publico, y decir á grandes voces en todas lenguas las grandezas y maravillas de él, como el mismo Espíritu santo se les enseñaba.

Peró paremos un poco en este misterio, y pesemos con cristiana ponderacion las circunstancias que en él intervinieron, sacadas de las palabras llanas de san Lucas. Dice el sagrado evangelista, que á los cincuenta dias, cuando se cumplía la fiesta de Pentecostés (que era fiesta solemnisima entre los judios, y fiesta de jubileo y remision), estaban todos los apóstoles juntos en un mismo lugar, tan conformes y unánimes, como si todos tuvieran una sola alma y un solo corazon; porque esta union de amor y caridad es la que mas convida al Espíritu santo, que esencialmente es amor eterno é infinito, á venir á nosotros y enriquecernos con sus dones; y estando en esto, dice, que repentinamente y de improvviso vino un sonido recio del cielo, á manera de un aire vehemente é impetuoso, sobre la casa en que estaban, que la hacia estremecer y temblar, nó con pavor y espanto, como cuando se levanta algun torbellino y tempestad, sino con suavidad y blandura, y con un santo y fiel temor de los que habian de recibir aquel don del Señor. Vino repentinamente, porque los apóstoles entendiesen que no se les daba por sus merecimientos aquel tan grande favor, sino que era dádiva de la mano liberalísima de Dios, el cual obraba con tanta presteza y tan sin pensar en sus almas; porque, como dice san Ambrosio: «El Espíritu santo no suele obrar con pereza y tardanza.» Fué aquel sonido fuerte y vehemente, para hacer atentos á los que allí estaban, y decirles: Estad alerta y considerad la presencia de la magestad que viene: así como, cuando se dió la ley, todo el monte Sinai estaba lleno de truenos y relámpagos, y parecia que ardia, para denotar la presencia de Dios que allí estaba, y les daba la ley; y tambien para disponer á los apóstoles primero con este

suave temor y reverencia, que suele ser admirable disposicion para recibir á Dios, como él lo dijo por el profeta Isaias por estas palabras: «¿En quién pondré mis ojos, sino en el pobrecito y contrito de espíritu, y que tiembla de mis palabras?» Y no menos para que la gente, oyendo aquel ruido, y como voz del cielo, acudiesen á la casa en que estaban los apóstoles, y los oyesen hablar, y se enterasen de lo que habia sucedido, y se convirtiesen, viendo tan grandes prodigios y maravillas.

Demás de esto, como el Espíritu santo constituyó hoy á los apóstoles sus capitanes generales, para hacer guerra al mundo, pecado é infierno, parece que con aquel sonido impetuoso y vehemente quiso espantar á sus enemigos, como se hace cuando ántes de la batalla se dispara la artillería. Y vino el Señor en figura de aire ó viento, para darnos á entender, que así como el hombre no puede vivir esta vida natural sin resuello y respiracion, así tampoco puede vivir sin este Espíritu divino la vida sobrenatural y divina; porque este Espíritu es para el alma y vida espiritual, lo que fué para la vida corporal aquel *Spiraculum vitæ*, aquel soplo que Dios inspiró en el cuerpo de Adán formado de barro, para que viviese, sin el cual no tuviera vida: porque así como el alma es la vida del cuerpo, así Dios es la vida espiritual de la misma alma. Dice mas san Lucas, que aparecieron á los apóstoles unas lenguas como de fuego, y que se asentaron sobre la cabeza de cada uno. Lenguas fueron, y lenguas de fuego. Descendió el Espíritu santo en forma de lengua; porque la lengua es de la misma naturaleza que los otros miembros del cuerpo, y dada de Dios para explicar los conceptos interiores y pensamientos de nuestra alma: y el Espíritu santo es de la misma substancia con el Hijo, y viene del cielo para declararnos los secretos de Dios, y lo que el Verbo eterno no nos habia manifestado, dejándolo para que el Espíritu santo, como maestro, lengua é intérprete celestial, nos lo enseñase; y así dijo san Pablo: *Nemo potest dicere, Dominus Jesus, nisi in Spiritu Sancto*. Está tan conjunto el Espíritu santo con el Hijo, y esta lengua divina con el Verbo, que ninguno puede decir provechosamente: «Señor Jesus;» sino con la gracia y favor del Espíritu santo. La lengua discierne los sabores, y distingue lo dulce de lo amargo, y lo suave de lo desabrido; y el Espíritu del Señor es el que nos hace conocer las diferencias que hay entre las cosas caducas y frágiles, y las eternas y divinas; para que desechemos las unas, y apetezcamos y gustemos las otras: lo cual no se puede hacer sin este divino Espíritu, que por esto dijo san Pablo, que el hombre animal y carnal no percibe las cosas de Dios; porque no tiene gusto, ni lengua para ello; y al contrario, dice el amado discípulo: «Ellos son de este mundo, y á esta causa hablan de las cosas del mundo, y el mundo las oye y recibe sus palabras.» La lengua ayuda mucho á la digestion; porque es como una mano que da á los dientes lo que han de cortar, partir y moler, para que la vianda se cueza mejor en el estómago; y la lengua del Espíritu santo hace que se mediten y rumien, y como con los dientes se desmenucen los misterios y beneficios de Dios, que son el mantenimiento de la alma, y con el calor que el mismo Espíritu santo da en esta meditacion, se digieran é incorporen en nosotros, y nos recreen y sustenten. De la lengua dice el sabio, que la muerte y la vida está en su mano; y Santiago dice, que ningun hombre

puede domar y refrenar su lengua, porque es un mal inquieto y lleno de mortífero veneno, como cada día lo vemos y experimentamos. Pues para que sepamos que el varón espiritual y deseoso de recibir y tener en sí al Espíritu santo, ha de procurar ser señor de su lengua viene el Espíritu santo en forma de lenguas; porque sin duda parecen dos cosas opuestas y muy contrarias entre sí, hombre espiritual y hombre parlero y hablador: y esta es una de las señales, que el mismo Espíritu santo nos da por Salomon: «Al hombre, dice, pertenece aparejar el corazón y al Señor gobernar la lengua.» A cargo del hombre está aparejarse con el favor de Dios, para que él entre en su ánima, y entrando Dios, él gobernará la lengua, y echarse ha de ver en el recato, silencio y moderación de su hablar: como sucedió á los apóstoles, que estando con un casto y profundo silencio en oración, aguardando la visitación del Señor, vino el Espíritu santo sobre ellos, y les hizo hablar, como convenia á varones espirituales, y como dice el mismo texto: *prout Spiritus sanctus dabat eloqui illis*: como el Espíritu santo les enseñaba: que la vida espiritual consiste en obrar mucho, con fervor y amor de Dios; y hablar poco, con discreción y recato. Finalmente, vino el Espíritu santo en lenguas, y lenguas de fuego; para que las lenguas de los apóstoles fuesen como unas hachas encendidas para abrasar á todo el mundo, y estando purificadas y limpias, como los labios de Isaías con el ascua, predicasen á los hombres terrenales las verdades del cielo, y los alumbrasen é inflamasen, y transformasen de tal manera, que de lobos se hiciesen ovejas, de cuervos palomas, de leones corderos, y de unos brutos y monstruos, ángeles é hijos de Dios. Esta lengua de fuego hizo á los discípulos, de mudos, elocuentes: de pescadores, apóstoles; de idiotas, sapientísimos; de unos vasos de barro, vasos escogidos de Dios, para llevar por toda la redondez de la tierra su santo nombre: porque si el romano orador sabiamente dijo: *Ardeat orator, si iudicem velit incendere*: que para que el orador encienda, mueva y persuada al juez, es necesario que él mismo esté encendido y movido, pues por mas dispuesta y mas seca que esté la leña, no se enciende ni se convierte en fuego sin fuego; ¿con cuánta mas razón fué necesario, que tuviesen lenguas de fuego, y ardesen en vivas llamas de amor divino, los que eran enviados á pegar fuego, y abrasar y ablandar los corazones empedernidos y frios de los hombres, con un incendio tan grande, tan extraño y de tan grande admiración? Por esto dice el texto sagrado, que aquellas lenguas de fuego se sentaron sobre las cabezas de cada uno de los apóstoles: para que se entienda, que aquella gracia, que se les daba, figurada por ellas, era gracia de asiento y perpetua, y que jamás la perderían: porque hoy fueron confirmados en gracia con tanta abundancia de divinos dones, que después de Jesucristo y su bendita Madre, ninguno fué tan enriquecido como ellos; y fué esta gracia tan copiosa, que no se pudieron contener, que no saliesen á las plazas á pregonar la grandeza é inmensidad de la bondad de Dios, que por tales medios habia salvado al mundo en Cristo. Comenzaron á hablar en varias y diversas lenguas: porque habiendo de predicar á tantas y tan diferentes naciones, para ser entendidos, era muy conveniente que tuviesen este don, y supiesen las lenguas de todas: aunque tambien es posible, que algunas

veces predicando en sola una lengua á personas de diferentes lenguas, fueron entendidos de todos, como si predicaran á cada uno en su lengua, como se lee haber acontecido á algunos santos, que no eran apóstoles, cuando predicaban: de manera, que la soberbia de los que quisieron edificar la torre de Babel, fué causa de la confusión de las lenguas; y la humildad de los discípulos mereció la noticia y uso de muchas lenguas: allí de una se hicieron muchas; y aquí todas se unieron para servir á los que habian de ser intérpretes de Dios. Estaban á la sazón en Jerusalem muchos judíos, que de varias naciones de todo el mundo habian venido á la solemnidad de aquella fiesta; y oyendo hablar cosas tan altas á los apóstoles, cada uno en su lengua, quedaron atónitos y como fuera de sí, sabiendo que eran galileos y unos pobres pescadores sin letras: y algunos, echando á la peor parte, como el mundo suele las cosas de Dios, comenzaron á decir, que estaban beodos y llenos de mosto; y aunque no decían verdad en el sentido, que ellos lo entendían; verdad era, que estaban embriagados y tomados de vino y tan llenos de aquel mosto del nuevo Espíritu, que hervía en sus pechos, que si no dieran las voces que daban, reventaran y se hicieran pedazos, como las tinajas nuevas, cuando hierven con el nuevo mosto. Mas san Pedro, como cabeza de todos, volvió por sí y por sus compañeros, y declaró al pueblo, que aquella era visitación de Dios; el cual por Joel profeta mucho ántes se les habia prometido, diciendo: «En los postreros días yo derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros mozos tendrán visiones, y vuestros viejos revelaciones en sueños: y yo sin falta derramaré de mi Espíritu sobre mis siervos y siervas, y profetizarán:» y habiéndoles hecho un razonamiento á este propósito, por buen principio convirtió tres mil de los oyentes á la fé de Cristo, entre los cuales sin duda habria algunos, de los que le procuraron y dieron la muerte: para que se vea la misericordia del Señor, y la virtud y fuerza de su sangre, que es poderosa para perdonar aun á los mismos que la derramaron. Esta es la corteza de esta historia; pero veamos que obró hoy, y que efectos hizo en los apóstoles la venida del Espíritu santo.

Primeramente dióles súbitamente una nueva luz, un resplandor divino y un perfecto conocimiento de la infinita bondad y hermosura de Dios. Infundióles una celestial sabiduría, para que entendiesen y comprendiesen los misterios altísimos, que habian de predicar. En un momento los enseñó: *¡O quam velox est sermo Sapientia!* dice san Leon Magno, serm. 1 de Pentecost., *et ubi Deus Magister est, ¡quam cito discitur, quod docetur!* *¡O* qué lijera es la doctrina de la sabiduría; y cuán presto se aprende lo que se enseña, cuando Dios es maestro! Escribió en sus entrañas con su dedo la ley de gracia y evangélica, muy diferentemente de lo que la ley de servidumbre y de temor habia sido escrita en el monte Sinai, en las tablas de piedra; porque aquella ley mandaba, vedaba y no ayudaba ni daba fuerzas para que se guardase; y así desmayaron los que la recibieron, porque no veían poder en sí para cumplir con la obligación de la ley: mas esta otra ley el Espíritu santo la imprimió y estampó en los corazones, inclinándolos á obrar lo que la ley mandaba, y

alentándolos y dándoles vigor y fuerza para ello: de suerte que aunque no hubiera ley escrita, por la que ellos tenían esculpida en sus almas, la guardarán perfectísimamente; fueran castos, aunque no se les mandara la castidad; fueran sufridos, aunque no se les mandara la paciencia; fueran humildes, mansos, benignos, misericordiosos y llenos de todas las virtudes, aunque no hubiera ley que les diera preceptos de ellas: porque, como gravemente dice san Leon papa, «La ley vieja fué sombra de la nueva, y la ley nueva cumplimiento de la vieja: la ley fué preparacion para la gracia, y la gracia perfeccion de la ley.» Pero lo que principalmente obró el Espíritu santo, fué abrasarlos con un amor tan encendido, tan ardiente y fervoroso, que si tuvieran mil vidas, con grandísima alegría las ofrecieran por él: y de este amor nacia un tan entrañable deseo de la gloria de Dios, y de que los hombres conociesen y estimasen la inmensa bondad suya, que cada uno de ellos tomara por partido ser anatema de Cristo por la salvacion de sus hermanos, como el apóstol san Pablo lo deseaba. Este fuego de amor divino les abrasaba y derretia, y limpiaba sus corazones, y los fortificaba, para que saliesen al encuentro á todo el poder del mundo y del infierno; y los que ántes al tiempo de la pasion habian huido y desamparado á su maestro, y estaban en el cenáculo, cerradas las puertas, con pavor y espanto; luego que recibieron la fortaleza del cielo, abrieron las puertas y de tropel salieron, dando voces por las calles: y Pedro, que á la voz de una mozueta habia negado tres veces y con juramento á su Señor, despues que fué vestido de este divino Espíritu, se opuso al furor de los escribas y fariseos y de todo el pueblo: y preso y azotado con sus compañeros y amenazado, no hace caso de todos sus fieros y espantos, y se goza en los azotes el que ántes temblaba de las palabras: iban todos llenos de gozo y júbilo, por ser maltratados por Cristo.

Y para decir en pocas palabras lo que no se puede decir en muchas; si queremos saber bien lo que obró el Espíritu santo en esta su venida, no es menester sino considerar la conversion del mundo, que resultó de ella por la predicacion de los sagrados apóstoles; los cuales, no siendo mas que doce pobres, viles y despreciados pescadores, sin elocuencia ni sabiduria humana, sin favores ni amistades de príncipes, rindieron á los mas sabios filósofos, á los mas poderosos y crueles tiranos del mundo; y muriendo, triunfaron de los tormentos y muertes, y derribaron á Satanás de su silla, y le quitaron el cetro y la corona que habia usurpado tiránicamente, haciéndose adorar como dios: y finalmente, trocaron los corazones de las gentes, para que creyesen que un hombre crucificado era Dios verdadero, y como á tal le abrazasen y amasen, y se sujetasen al suave yugo de su santa ley, y dejando los abominables vicios y brutales costumbres, que ántes tenían, viviesen como hombres criados para el cielo, y rescatados con la sangre del divino cordero: y toda esta mudanza y la conversion del mundo fué efecto del Espíritu santo, que hoy vino sobre los apóstoles, y los armó con sus dones, de tal manera, que el mundo no pudo resistir á la virtud del mismo Espíritu, que obraba en ellos y con ellos.

Pero no piense nadie, que el Espíritu santo bajó so-

lamente sobre los apóstoles, y que con la vida de ellos se acabaron los efectos de su venida; porque no es así: antes siempre ha estado y está en su esposa la santa Iglesia, que es escuela de aquellos maestros del cielo, que el mismo Espíritu envió hoy para enseñar: y así dijo Cristo nuestro Salvador: «Yo rogaré al Padre, y él os dará consolador y Espíritu de verdad, que morre con vosotros eternamente.» En esta Iglesia está, como el alma en el cuerpo, dándole vida y á todos sus miembros: porque así como el alma es causa de que el ojo vea, el oido oiga, las narices huelen, la lengua guste, las manos toquen y obren, los piés anden, y cada miembro del cuerpo haga su oficio; así este Espíritu divino, como alma espiritual de toda la Iglesia, rige, mueve y gobierna y ejercita varios oficios, como por varios y diferentes miembros, pero necesarios y muy convenientes para la conservacion y armonia del cuerpo místico de Jesucristo. Demás de esto, cada dia viene á nuestras almas y las santifica y mora en ellas: porque si bien miramos, dos venidas hizo hoy el Espíritu santo, una visible y otra invisible: la visible fué con el viento vehemente, con las lenguas de fuego, con aquellos prodigios y milagros, que habemos referido, los cuales no fueron tan necesarios para los apóstoles, como para nosotros, que por su predicacion habiamos de creer: y así dice el bienaventurado san Bernardo: «¿Para qué dió Dios á los apóstoles las lenguas de las gentes, sino para conversion de las gentes?» La otra venida fué invisible, aumentando sus dones y gracias en ellos, é imprimiendo en sus corazones las virtudes, de que habemos hablado arriba: porque aunque ántes habian recibido al Espíritu santo, cuando el Salvador les dijo aquellas palabras: *Accipite Spiritum Sanctum*, recibid al Espíritu santo; no habia sido con tan grande abundancia y plenitud, ni para los efectos que ahora se les dió. La primera venida se hizo aquella vez con tanta abundancia de prodigios y señales: y cesó ya; porque plantada la Iglesia, no es mas menester: la invisible siempre dura, y es mas perfecta y mas provechosa que la otra exterior, que se hace por las gracias, que llaman *gratis datas* (de las cuales provee Dios á su Iglesia siempre que son necesarias); y así se debe mas estimar, y de esta dice el Señor: «Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y á él vendremos, y en él haremos nuestra morada:» y es cierto, que adonde el Padre y el Hijo vienen, tambien viene el Espíritu santo, no solamente enriqueciendo aquella alma, á que viene, con sus dones, sino tambien con su real presencia, con la cual, entrando en tal alma, la hace templo y morada suya; y para esto él mismo la limpia y santifica, y adorna con sus dones, para que sea digna morada de tal huésped.

En el alma del justo está este divino Espíritu, como un sol en el mundo, alumbrándola; como un rey en su propio reino, rigiéndola; como padre de familias en su casa, gobernándola; como maestro en su escuela, enseñándola; y como hortelano en su huerta, cultivándola. Este beatísimo Espíritu es luz del entendimiento, ardor de la voluntad, despertador de la memoria, áncora de nuestras esperanzas, freno de nuestros temores, sal del gusto espiritual, medicina de nuestras pa-

siones, gobierno de nuestra navegacion, puerto y cumplimiento de nuestros buenos deseos. Este es el que nos pone acibar en los pechos del mundo, el que trueca y sana nuestro gusto estragado, y nos hace amar lo que ántes aborreciamos, y aborrecer lo que ántes amábamos; él endereza nuestras intenciones, refrena nuestros sentidos, mortifica nuestros apetitos, y compone y ajusta nuestras potencias. El Espíritu santo, como dice san Juan Crisóstomo, es reformation de nuestra imagen, perfeccion de nuestra mente, y reparacion de nuestra alma. El Espíritu santo es autor de nuestra fé, sol espiritual de nuestros ojos; lumbré de nuestro hombre interior, lucero de la mañana, que amanece en nuestros corazones. El Espíritu santo es la riqueza de los hijos de Dios, y tesoro infinito de bienes divinos, prenda de la bienaventuranza y primicias de la vida eterna. Con el Espíritu santo son alumbrados los profetas, los idiotas levantados á altísima sabiduría, ungidos los reyes, ordenados los sacerdotes, graduados los doctores, las iglesias santificadas, los altares consagrados, las aguas purificadas, lanzados los demonios y curadas todas las enfermedades. Esta es sentencia del elocuentísimo Crisóstomo. A este santísimo Espíritu hoy la Iglesia en la misa, invocándole, llama padre de los pobres, repartidor de los dones, lumbré de los corazones, consolador suavísimo, y dulcísimo huésped, refrigerio del alma, descanso en el trabajo, aire templado y fresco en el estío, y consuelo en el llanto. Sin este divino Espíritu el hombre está desnudo, desarmado y entregado en manos de sus enemigos: está ciego y no vé sobre sí á Dios airado; debajo de sí al infierno abierto para tragarle; á la diestra la prosperidad engañosa; á la siniestra la adversidad congajosa; delante de sí al demonio que le tira; detrás de sí la muerte que le va á los alcances; fuera de sí al mundo que le trastorna; dentro de sí la carne que le ablanda: todo esto no ve; porque le falta la luz del Espíritu santo, sin la cual no hay sino tinieblas, noche y obscuridad.

Y al contrario, teniendo el hombre esta luz, este arriño y amparo, está tan proveído, tan abastado, tan fuerte y poderoso, que las puertas del infierno no pueden contra él. Y siendo así, en ninguna cosa nos debemos desvelar mas que en invocar al Espíritu santo, y suplicarle de lo mas íntimo de nuestras almas, que venga á ellas y more en ellas, y las enriquezca y adorne con sus divinos dones.

Mas para que él venga, nos debemos disponer como se dispusieron los apóstoles para recibirle en este día, con una continua y abrasada oracion, con unos deseos encendidos de su paciencia y amor; porque el Espíritu santo de muy buena gana viene á los que mucho le desean, y con suspiros y gemidos le llaman con una profunda humildad y conocimiento, por una parte de nuestra flaqueza y miseria, y por otra, con gran confianza, fundada en la bondad del mismo Señor, y en aquel amor infinito con que mas desea comunicársenos, que nosotros mismos que se nos communique; con aquella union, que tenían los apóstoles entre sí, y aquella caridad y celo de la gloria de Dios, que los disponia, para que como leña seca recibiesen al Espíritu santo en forma de fuego, y secando nuestros afectos de todas las humedades de nuestros deleites, gustos y apetitos desordenados. Acabemos, pues, este discurso con

invocar con entrañable afecto la gracia del Espíritu santo, y suplicarle humildísimamente, que descienda y more en nosotros, y nos consagre en templo suyo, para que gocemos de la solemnidad y alegría de tan grande fiesta y beneficio incomparable, que con su venida sobre los apóstoles todo el mundo hoy recibió; y para que acerremos á invocarle, usemos de las palabras con que el sapientísimo doctor de la Iglesia san Agustín le invoca, diciendo: Venid, ya, venid, benignísimo consolador de la ánima afligida, y defensor y ayudador cierto y oportuno en la tribulacion: venid, santificador de los pecadores, médico de los enfermos, fortaleza de los flacos, esfuerzo de los caidos, maestro de los humildes, espanto de los soberbios, padre piadoso de los huérfanos, juez justo de las viudas, remedio de los pobres, alivio de los cansados. Venid, norte de los que navegan, y puerto seguro de los que han dado al través. Venid, Señor, venid á mi ánima; porque vos sois única esperanza de todos los que viven, y verdadera vida de todos los que mueren. Venid, santísimo Espíritu; venid y apiadaos de mí: conformad mi espíritu con vuestro Espíritu; y mi pequeñez con vuestra grandeza: sustentad mi flaqueza con vuestro brazo poderoso, para que yo os sirva y os agrade, por Jesucristo mi Salvador, el cual vive y reina en vuestra unidad con el Padre, en los siglos de los siglos. Amen.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Entre las muchas y maravillosas excelencias de la religion cristiana, una es y muy grande, sujetar el entendimiento del hombre con la lumbré de la fé, para que crea lo que no ve, ni con sentido corporal, ni razon humana puede comprender. Son tan altos los misterios de nuestra santa religion, y tan soberanas y divinas las cosas que creemos, que se pierden de vista, y sobrepujan á la razon de todo entendimiento criado, que con sus fuerzas no puede alcanzarlos, así por la altísima majestad de Dios, como por la bajeza y poca capacidad de la criatura, entre la cual y el Criador hay infinita distancia. Por esto dijo David, que Dios habia cercado de tinieblas el tabernáculo donde moraba: y aquellos dos serafines, que vió Isaías estar al lado de Dios, predicando sus alabanzas, cubrian el rostro y los piés de Dios, para dar á entender, que no podian comprender aquella inmensidad, que ni tiene principio ni fin. Por esto mismo dijo san Agustín, hablando con el Señor: « Vos solo en las santísimas y divinas Letras sois llamado Dios todopoderoso, sobre todo loor y sobre toda gloria sobreensalzado, y altísimo sobre toda excelencia inteligible, intelectual y sensible, sobre todo lo que hay en el cielo y en la tierra; y esto, de una manera incomprendible é inenarrable: porque con vuestra divinidad oculta y sobreesencial, y sobre toda razon, entendimiento y esencia, habitais en Vos mismo, como una luz inaccesible, y una lumbré incomprendible, á la cual ninguna lumbré puede llegar, porque ni se puede contemplar esta luz, ni ver, ni entender, ni comprender, ni llegarse á ella, ni mudarse, ni comunicarse, sino que sobrepuja la mas aguda vista, no solamente de los hombres sino tambien de los ángeles. » Estas son palabras de san Agustín. Y no es maravilla que el hombre, que no se entiende á sí mismo, ni en la esencia de su ánima, ni como infor-

ma, y da vida y hermosura á su cuerpo, ni aun las otras cosas mas rateras y viles, que tiene entre las manos, ni puede dar razon de cómo el gusano de sus babas cria la seda, y la abeja fabrica los panales de miel, ni de la providencia de la hormiga, ni de la compostura admirable de un mosquito, ni de otras infinitas cosas que vemos en las criaturas, ni pueda comprender aquel ser infinito, inmenso é incomprensible, y tan distante de nuestra naturaleza y de todo lo criado. Es cosa muy conforme á toda razon, que sintamos altísimamente del que es Altísimo, y le atribuyamos el mas alto y mejor ser, de cuantos nuestro entendimiento puede alcanzar, y cuando hubiéramos alcanzado de Dios cosas muy altas, creamos que hay otras infinitas, que no podemos entender; porque Dios no fuera Dios ni lo pudiera ser, si con nuestro flaco entendimiento le pudiéramos abarcar y comprender: y así, el no entender nosotros la profundidad de los misterios de nuestra santa fé, es señal que son cosas de Dios; pues por ser él infinito, necesariamente ha de ser incomprensible. Pero puesto caso que muchos de los misterios que creemos y confesamos sean altísimos y sobre toda razon humana, entre todos el misterio de la santísima Trinidad es mas inefable; es un mar océano inmenso, un piélago in-navegable, un abismo sin suelo, donde el entendimiento del hombre se sume y anega, y no hay lengua que le pueda explicar. Por esto dijo san Agustín: «Vos sola, ó santa Trinidad, os conocéis que sois Trinidad santa, admirable, totalmente inefable, invisible, incomprensible, ininteligible y sobreesencial, y excedeis todo sentido, y razon, y entendimiento, é inteligencia, y esencia de los espíritus celestiales: la cual no es posible conocerse, ni pensarse, ni decirse, aun de los mismos ángeles.» Y así, dicen, aconteció al mismo padre san Agustín, escribiendo los libros de la santísima Trinidad; que un día, para meditar lo que habia de escribir, se fué muy pensativo á la ribera del mar, donde halló un niño que habiendo hecho un pequeño hoyo andaba muy ocupado en henchirlo de agua del mar: y como el santo reparase en aquella ocupacion tan inútil de aquel niño, preguntóle qué pretendia hacer; y como el niño respondiese, que agotar el mar y traspasar toda su agua á aquel hoyo; sonriéndose el santo le dijo: «¿Pues no ves que eso no se puede hacer, por ser inmensas las aguas del mar, y ese hoyo tan pequeño?» El niño dijo: «Mas fácil cosa es hacer lo que yo pretendo, que comprender con tu entendimiento lo que vas pensando.» Con esto desapareció; y el santo entendió cuán corto es el entendimiento del hombre, y frágil para navegar por un mar tan profundo, y que sin el norte de la fé no puede dejar de naufragar y dar al través cualquiera que le quisiere pasar.

Bien se puede probar por razones naturales, que hay Dios, y que este Dios es uno solo, y que no puede haber muchos dioses: y algunos filósofos con la sola lumbre de la razon natural lo han conocido y probado: mas que Dios sea uno en la esencia, y trino en las personas, y que haya Padre, é Hijo, y Espíritu santo en una naturaleza y substancia, y que estas tres personas sean un solo Dios, de la manera que nuestra fé lo enseña, es secreto á todos los sabios escondido, que con su luz inaccesible é infinito resplandor ciega á los que miran en él, como el sol á los que de hito en hito miran su rueda; porque con sola la revelacion de Dios se puede entender el misterio de la

santísima Trinidad. Por esto dijo Jesucristo nuestro redentor: que ninguno conocia al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo, y á quien el Hijo lo quisiese revelar: y san Juan evangelista dijo: que ninguno habia visto á Dios; mas que el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, nos lo habia revelado.

Este misterio tan alto y tan profundo celebra la santa Iglesia el día de la festividad de la santísima Trinidad, que por institucion del papa Juan XXII cerca de los años del Señor de mil trescientos y veinte se celebra por todo el mundo en el día octavo de la pascua de Pentecostés, y es fiesta de grandísima veneracion, sobre todas las otras que celebra la Iglesia: porque aunque todas las fiestas del año son en honra de Dios, y van á parar á él, como á primer principio y último fin de todas las cosas; porque, ó son fiestas de santos, que se celebran porque fueron siervos de Dios y fieles criados suyos; ó son fiestas de alguna persona divina, en cuanto hizo alguna cosa para nuestro bien (como la Natividad, Circuncision, Manifestacion, Resurreccion y Ascension de Cristo, y la venida del Espíritu santo); y estas mas inmediatamente se enderezan á honrar á Dios; pero las unas y las otras topan en algo, que no es Dios: las primeras en los santos, que fueron hombres; y las segundas, en algun efecto ó beneficio nuestro, que en ellas se solemniza: mas la fiesta de la santísima Trinidad sola pasa de vuelo á todos los efectos criados, y subiendo sobre toda criatura pone los ojos de la fé inmediatamente en el mismo Dios, y esto por una manera admirable, nó considerándole, ó rastreándole por solos los efectos naturales, en cuanto Criador, ni solamente por los efectos sobrenaturales, en cuanto es dador de la gracia y obrador de cosas maravillosas, ni mirando solamente sus atributos, como su infinitad, su omnipotencia, su sabiduría, su bondad, su hermosura; sino reverenciándole en sí mismo; y sujetándole nuestros entendimientos, por ser un Dios en la esencia, y trino en las personas: lo cual, como dijimos, sin lumbre de fé no se puede comprender ni alcanzar.

Lo que nuestra fé nos enseña de este sagrado é inefable misterio, es lo que acabamos de decir: que de tal manera Dios es uno, que tambien es trino: uno en su naturaleza y esencia, y trino en las personas, que son Padre, Hijo y Espíritu santo: las cuales, aunque cada una es Dios, no son tres Dioses, sino un solo Dios vivo y verdadero. Enseña mas: que la primera persona que es el Padre, contemplándose y entendiéndose á sí perfectísimamente, *ab aeterno* produjo y engendró una noticia suya y concepto, nó accidental, sino substancial, que llamamos unigénito Hijo de Dios, y Verbo eterno, resplandor de su gloria y figura de su substancia, tan perfecta y acabada como el que la engendró: la cual es Dios, así como el Padre, que la engendró es Dios: y que estas dos divinas personas, Padre é Hijo, mirándose y complaciéndose el uno en el otro, con inenarrable contento y gozo, se aman infinitamente; de donde resulta un amor reciproco que tambien es substancia y nó accidente; y procede del Padre y del Hijo, como de un principio, al cual llamamos Espíritu santo, y es la tercera persona de la santísima Trinidad. Todas estas tres personas son iguales en todo; porque la perfeccion, que dice en el Padre el ser Padre, dice en el Hijo el ser Hijo, y en el Espíritu santo el ser Espíritu santo, y procedido de los dos. El Padre es principio del Hijo y no nace de otra persona; el

Hijo es engendrado de solo el Padre; y con el mismo Padre es principio del Espíritu santo.

Pero porque explicando este divino misterio, nombramos Padre, é Hijo, y generacion y los hombres somos materiales, y apenas entendemos cosa, sino es por los sentidos; conviene que el cristiano levante su corazón de todas las cosas corporales y caducas, y le traspase á las eternas y divinas, donde no hay ni puede haber generacion corporal: ántes ha de entender, que en aquella generacion eterna no hay lo que acaece en las generaciones temporales, que tienen fin y se acaban; porque aquella generacion eterna, con la cual el Padre engendró á su Hijo, no pasó ni se acabó, sino que ahora le engendra y para siempre le engendrará. Ni piense que porque acá en el mundo el padre es primero que el hijo, así lo es en este inefable misterio: porque siempre que fué el Padre fué el Hijo, ni en él hay primero ni postrero, como afirma san Atanasio en el símbolo; ni el Padre es mas viejo que el Hijo ni él es mas mozo que el Padre, sino que todas las tres personas son en todo iguales y consubstanciales y coeternas: Trinidad en Unidad, y Unidad en Trinidad, como dice san Agustín.

Esta es la suma de lo que de este misterio nos enseña nuestra santa fé: esta es la luz que nos trajo del cielo el verdadero maestro y sol de justicia, Cristo nuestro Señor, la cual aunque en las sagradas letras del viejo Testamento el Señor habia manifestado con algunas palabras, y sombras y figuras, y unas como vislumbres; habia tanta oscuridad en verlas y entenderlas, que solos algunos santos, y sabios, y profetas, y amigos de Dios entendian lo que aquellas palabras y figuras misteriosas significaban: porque como aquel pueblo de los hebreos era rudo, é inclinado á la idolatría, no fué conveniente que se les propusiese el misterio de la santísima Trinidad claramente y de manera, que por su flaqueza y por vivir entre idolatras, tomasen ocasion de creer que las tres personas de la Trinidad eran tres dioses distintos, y como á tales los adorasen é idolatrasen. Por esto siempre Dios por sus profetas les predicaba, que Dios era uno y solo, criador y gobernador de todas las cosas criadas, á quien debian adorar, servir y obedecer; reservando, como dije, para algunos sabios y mas santos y alumbrados con mayor luz del cielo, el entender la Trinidad de las personas, con una unidad de la esencia: de los cuales, y de las mismas Escrituras sagradas, que algunos gentiles leyeron, despues se derramó en Egipto, Persia y Caldea, aunque confusamente, algun rastro y noticia de este inexplicable misterio: y de esta fuente y origen, de alguna particular revelacion, es de creer que manó todo lo que se halla escrito en los libros de los antiguos filósofos, que parece que dice y frisa con lo que la Iglesia católica enseña de este misterio: como lo que vemos de Mercurio Trismegisto, y de Platon, y lo que escribe san Agustín haber leído en los libros de los filósofos platónicos, aunque nó con las mismas palabras, casi con las mismas sentencias, el principio del evangelio de san Juan: en el cual se dice, que en el principio era el Verbo, y que este Verbo estaba con Dios, y que era Dios. Y tambien está muy puesto en razon, que todo lo que las sibilas tanto ántes de la venida del Salvador pronunciaron, ó significaron de este misterio, haya sido con particular lumbre del cielo, para que los gentiles, que leian los libros de las sibilas, y los tenían por oráculos, estuviesen mas dispuestos

para recibir el Evangelio, y para mas fácilmente despues creer lo que los santos apóstoles les predicaban del misterio de la santísima Trinidad. Pero la explicacion clara, entera y perfecta, fué convenientísimo que el mismo Verbo eterno por sí mismo nos la diese; porque habiéndose hecho hombre, y siendo necesario para nuestra salud que lo conociésemos por hombre, y juntamente por Dios verdadero, no le podíamos conocer, sino sabiendo primero que era unigénito Hijo de Dios, y la segunda persona de la santísima Trinidad, que para nuestro remedio se habia vestido de este saco de nuestra carne: y así él en muchas partes del sagrado Evangelio hace mencion de las tres personas divinas; como cuando dijo: «Cuando viniere el Espíritu consolador, que enviará mi Padre en mi nombre:» y en otro lugar: «Cuando viniere el Espíritu Paracleto, que yo os enviaré de mi Padre:» porque una persona es el Padre, de quien envia, y otra el Hijo que le envia, y otra el Espíritu santo que es enviado; y san Pablo, conformándose con esta sentencia, dijo: «Dios ha enviado al Espíritu de su Hijo en nuestros corazones:» y á los romanos: «Si el Espíritu de aquel Señor que resucitó á Jesus, habita en vosotros:» pero mas clara y distintamente lo dice el Señor, cuando enviando á los apóstoles á predicar el Evangelio por todo el mundo, les mandó que bautizasen á todas las gentes «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo;» especificando y nombrando por sus nombres las tres personas divinas del Padre, del Hijo, y del Espíritu santo, y la unidad de la esencia; que esto quiere decir que los bauticen en el nombre, y nó en los nombres, del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo: porque aunque sean tres personas, no tienen sino un nombre, que quiere decir, una virtud, una substancia y naturaleza, una divinidad y una majestad: y san Juan evangelista en la primera de sus epístolas dice: «Tres son los que dan testimonio en el cielo, Padre, Verbo y Espíritu santo; y estos tres son una misma cosa:» y san Pablo escribiendo á los romanos: «Porque todas las cosas, dice, proceden de él mismo, y por él mismo son, y en él mismo se conservan, y á él sea la honra y gloria en todos los siglos de los siglos:» donde, como explica san Agustín, diciendo el apóstol que todas las cosas proceden «de él mismo,» significa al Padre; diciendo «por él mismo,» al Hijo; y «en él mismo» al Espíritu santo; y añadiendo: «á él sea la honra y la gloria;» claramente dá á entender que estas tres personas son un Dios solo, por tener la misma substancia. Y en algunos otros lugares del nuevo Testamento se hace particular mencion de la divinidad de Cristo, como en la primera epístola de san Juan: «Para que conozcamos, dice, al verdadero Dios, y seamos incorporados y unidos con Jesucristo, su verdadero Hijo, el cual es verdadero Dios, y vida eterna:» y san Pablo: «Aparecido ha, dice, la benignidad y humildad del Salvador nuestro Dios:» y en otro lugar: «El que teniendo la forma de Dios, no tuvo por género de hurto, ni de rapiña, mostrarse y tenerse por tal:» y escribiendo á los hebreos y magnificando la grandeza de Cristo sobre todos los ángeles, dice: «Porque ¿á quién de los ángeles dijo jamás Dios: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado?» Y mucho mas claramente el mismo Salvador dijo, que era una misma cosa con el Padre: y por esto dice el discípulo amado, que los judios querian matar á Cristo, no tanto por

que no guardaba el sábado, cuanto porque decía que Dios era su Padre, y se hacía igual á Dios. Pues de la divinidad del Espíritu santo, evidente es el testimonio de san Pedro, cuando reprendiendo á Ananías, por haberse quedado con parte del precio de la heredad que había vendido, le dijo: «¿Cómo Satanás ha engañado tu corazón, para que mintieses al Espíritu santo?» Y añade: «No has mentido á los hombres, sino á Dios:» como si dijera: Quien se toma con el Espíritu santo, con Dios se toma: y en la primera epístola, que el Apóstol escribió á los corintios, claramente lo testifica, enseñando que todos los dones nos vienen del mismo Espíritu y del mismo Señor y del mismo Dios.

Supuesta, pues, esta verdad, expresada en el nuevo Testamento, y alumbrado nuestro corazón con la lumbré de la fé que nos la enseña, y confirmado con saber que los sagrados apóstoles la predicaron, é innumerables mártires murieron por ella, y que los santísimos y sapientísimos doctores la explicaron, y la defendieron de los herejes que la pretendieron impugnar, y que nuestra madre y maestra, la santa Iglesia católica, apostólica y romana, cria á sus hijos con esta leche y doctrina; los que de veras lo son, cautivan su entendimiento á la fé, y sin argumentos y sutilezas de razones, con una sencillez y profunda humildad, creen lo que ella manda y enseña: despues teniendo ya asentada esta verdad en sus corazones, buscan razones, conveniencias y semejanzas, para explicar este inexplicable misterio, y casar la fé con la razon; nó porque ella sola baste, porque no basta, como dijimos; sino porque alumbrada la razon, y certificada con la mayor luz de la fé, halla lo que sin ella no hallaria: y así los santos y sabios doctores las han hallado en este misterio: porque si el engendrar en las criaturas es perfeccion, y mengua el ser estéril, ¿para qué hábemos de hacer á Dios estéril, y no darle en un grado infinitamente mas perfecto la perfeccion que tienen sus criaturas? Y así dijo el mismo Señor: «¿Por ventura yo, que doy facultad á los otros para engendrar, me quedaré estéril?» De esta manera engrandecemos la bondad de Dios, y excluimos la esterilidad y soledad: porque á no haber mas que ángeles y hombres, con las otras criaturas inferiores, tan solo se quedará Dios, como Adán con todas las bestias si no se criara á Eva, que era de su misma naturaleza; pues aun hay mayor distancia de los ángeles y hombres á Dios, que de las bestias á Adán. Y si el bien es comunicativo, y cuanto es mayor el bien, es mayor su comunicacion, siendo Dios infinitamente bueno, infinitamente se ha de comunicar: y esta comunicacion no puede ser dándonos Dios las criaturas del cielo y de la tierra, que nos ha dado; porque todas delante de él son como si no fuesen, y se reputan como nada, y de suyo son finitas (aunque el modo de producir las de parte de Dios es infinito); sino que se ha de comunicar á sí mismo, dando su infinita naturaleza y ser, que esta es perfectísima comunicacion.

Y si Dios de esta manera no se comunicó, ó fué porque no quiso, ó porque no pudo: si no quiso, fué, como dicen san Ambrosio y san Agustín, envidioso y avaro: y si no pudo, fué flaco; pues no pudo todo lo que quiso. Demás de esto, si Dios por su bondad infinita merece ser amado con caridad infinita, y esta no la hay sino en Dios; necesaria cosa es que haya personas en Dios que se amen infinitamente; porque sola la bondad de Dios no carezca del amor infinito que le es debido: y así como la

caridad de Dios, por ser infinita, no puede ser mayor; así no puede ser mas perfecta: y lo mas perfecto del amor es, cuando llega á aquel grado de perfeccion, que quiere que el amado sea tan amado como él; porque indicio es de gran flaqueza no consentir consorte en el amor, ni querer que otro sea tan amado como el amante: luego razon es, que el Padre y el Hijo tengan otra persona que juntamente sea amada con ellos, y esta es la persona del Espíritu santo, que es eterno, consubstancial del Padre y del Hijo, y procede de los dos, como de un principio: porque así como el Padre está siempre contemplando su infinita esencia y hermosura (porque, como aun Aristóteles dijo: «Ninguna cosa hay proporcionada y adecuada al entendimiento divino, sino la gloria de su divinidad y esencia»), y con esta vista siempre está produciendo al Verbo eterno: así amándose, y agradándose el Padre en el Hijo, y el Hijo en el Padre, espiran perpetuamente al Espíritu santo, que es amor eterno, infinito, y consubstancial al Padre y al Hijo, de los cuales emana como de un principio.

Pero dejemos ya las razones, que todas son cortas, y no llegan á declarar de mil partes este infefable misterio; el cual tambien como un rasguño, aunque muy imperfectamente, ha Dios como impreso en sus criaturas, especialmente en el hombre, que tiene tres potencias en una misma alma, memoria, entendimiento y voluntad, por las cuales se dice, que fué formado á imágen y semejanza de Dios: y en el sol, en el cual, como dice san Agustín, hay el cuerpo del sol, el rayo que procede del mismo sol, y el calor que nace del sol y del rayo: y en el árbol hay la raiz, que produce el ramo, el ramo y la raiz, que producen el fruto: en la creacion y generacion del hombre se ve lo mismo; pues hallamos que Adán, Eva y Abel, siendo hombres de la misma naturaleza, no tuvieron esa naturaleza de la misma manera; porque Adán no tuvo principio de otro hombre; Eva le tuvo de solo Adán, siendo formada de su costilla; y Abel de Adán y Eva por via de generacion: así las divinas personas tienen un mismo sér, el Padre de sí mismo, el Hijo del Padre por via de entendimiento, y el Espíritu santo del Padre y del Hijo por via de amor. Si tres hombres fueran inmortales, no vivieran mas todos tres que uno de ellos; y si igualmente fueran sabios, no supieran mas todos tres que uno solo; así las personas divinas, aunque sean distintas, en todo son iguales, por ser ellas la misma sabiduría, y la misma eternidad, y los demás atributos y perfecciones divinas, que son infinitas.

Pero si queremos considerar y desenvolver mas por menudo lo que Dios ha encerrado en sus criaturas, halláremos en todas ellas una como huella del misterio de la santísima Trinidad: todas parece que están selladas con este sello, marcadas con esta marca: en todas respaldea una señal y rastro de las tres personas divinas; pues en ellas se halla el número ternario, y todas fueron criadas en peso, número y medida. Porque primeramente toda esta máquina y universidad de las criaturas es una; mas está repartida en tres partes, en las criaturas puramente espirituales, como son los ángeles, y en las corporales, como son las demás fuera del hombre, y en el mismo hombre, que está compuesto de cuerpo y espíritu, y comunica con los ángeles con el espíritu, y con

las bestias con los sentidos del cuerpo. Pues los ángeles una misma cosa son cuanto á la naturaleza, y todos convienen en ser una substancia espiritual, apartada de toda materia; pero están repartidos en tres jerarquías, y cada jerarquía en tres coros, como enseñan los santos doctores. Antes en cada ángel resplandece la Trinidad; porque como dice san Dionisio Areopagita, en cada ángel hay la esencia, y la virtud ó potencia, y la operación; y estas tres cosas son un ángel. Las criaturas corporales tambien nos representan la Trinidad; porque se dividen en cielos, elementos y cosas compuestas de los elementos. Los cielos son incorruptibles, y en esto convienen todos, y son uno; pero son diferentes en el movimiento, que es en tres maneras; porque el cielo empíreo no es movido ni mueve; el primer mobile es movido y mueve; los otros son movidos y no mueven. ¿Qué diré de los cuatro elementos, que convienen todos en la materia corruptible? Pero el supremo, que es el fuego, es resplandeciente; el infimo, que es la tierra, obscuro; el agua y el aire, que están en medio, ni claros ni oscuros, sino diáfanos y transparentes. En el fuego hay la esencia, la luz y el calor: en el aire tres, que llaman regiones, suprema, media é infima: en el agua hay fuente, arroyo y estanque: en la tierra las tres partes principales del mundo. Pues viniendo á las cosas compuestas de los elementos, como dice san Hilario, cada cosa en sí es una y tiene su cierta forma, especie, y el fin al cual se endereza. Del hombre, que es el tercer miembro de la primera division, ya dijimos que no solamente nos representa la Trinidad con el rastro, señal y huella, como las criaturas corporales, sino como imagen y semejanza, por la memoria, entendimiento y voluntad, de que su ánima está adornada. Y lo que habemos dicho de las criaturas, podríamos probar en las artes y ciencias, que todas se perfeccionan con la naturaleza, arte ó uso. Pero dejemos ya menudencias, y las demás que se podrian traer aquí de varios autores, si para explicar el misterio de la santísima Trinidad fuesen necesarias ó convenientes: pero no lo son, y no hay imagen accidental que en todo parezca á su dechado, ni sombra que perfectamente represente el cuerpo, cuya sombra es, ni rastro de criatura alguna, por el cual subamos á conocer y comprender este misterio: y no hay otro camino para entenderlo, sino creerle, y sujetarnos á la lumbre de la fé, como dijimos, y humillarnos, conociendo nuestra bajeza é incapacidad, y la alteza y majestad de Dios: el cual para nuestro consuelo, y confirmar mas esta verdad, y confundir á los herejes, en varios tiempos y en varios lugares ha obrado grandísimos milagros, que traen los santos, y de ellos referiré yo aquí algunos para consolacion de los fieles.

A san Gregorio, obispo Neocesariense, que por los grandes y estupendos milagros que hizo, es llamado Gregorio Taumaturgo, estando en oracion se le apareció la Virgen nuestra Señora, y con ella san Juan evangelista, el cual por mandado de la Virgen le dió la fórmula de fé, que habia de tener y predicar, y en ella expresamente se contenia el misterio de la Trinidad, como escribe en su vida Gregorio Niseno, hermano de san Basilio.

San Atanasio escribe en la vida de san Antonio Abad, que poco antes que se levantase la herejía de Arrio, que

negaba ser Dios el Hijo de Dios, reveló el Señor á san Antonio la ruína y destruccion que aquella herejía habia de hacer en la Iglesia: por lo cual san Antonio aborrecia de tal manera á los arrianos, que no les permitia subir al monte donde él moraba, ni parecer delante de sí.

Beda y Adon, en sus marfirologios, dicen que apareció Cristo en la cárcel á san Pedro mártir, obispo de Alejandria, con una vestidura rasgada de alto á bajo: y preguntando el santo al Señor, ¿qué queria decir aquella vestidura así rasgada? le respondió: que era su Iglesia, la cual habia rasgado y hecho pedazos Arrio, que despues fue inventor de la herejía de su nombre contra la divinidad de Cristo: el cual Arrio, con otro no ménos maravilloso milagro, queriendo por fuerza entrar en la iglesia de Constantinopla (donde para defenderla san Alejandro arzobispo estaba puesto en oracion), con cierta necesidad que tuvo, echó las entrañas repentinamente, vengando Dios aquella injuria contra la Trinidad, como lo escriben Rufino, lib. x de su historia, cap. 13, y san Atanasio en la primera oracion contra los arrianos, y en una epístola á Serapion.

Habiendo sido desterrado san Hilario de su iglesia, porque confesaba el misterio de la Trinidad, libró por virtud de la misma Trinidad una isla de innumerables serpientes venenosas que la infestaban, con su sola presencia é imperio, y resucitó un muerto, como lo escribe Fortunato en su vida. En tiempo de san Basilio hubo entre los católicos y herejes arrianos una riña y contienda muy porfiada sobre una iglesia, que cada una de las partes queria para sí. San Basilio ofreció por partido á los herejes, que negaban la Trinidad, que cerrasen con cerrojos y cerraduras fuertemente la iglesia, y que ellos primero hiciesen oracion; y que si la iglesia de suyo, sin otra violencia ni fuerza se abriese, fuese suya; y si nó, fuese de los católicos, si ellos con sola su palabra y oraciones la abriesen. Hízose así; y las puertas de la iglesia estuvieron cerradas á las voces de los herejes, y se abrieron de par en par en oyendo las de los católicos, que en nombre de la santísima Trinidad se les mandaban, como si no fueran voces de hombres, sino truenos del cielo. Así lo escribe Anfiloquio en la vida de san Basilio.

Persiguiendo Justina emperatriz, madre del emperador Valentiniano el mozo, como hereje arriano que era, á san Ambrosio y á los otros católicos de la iglesia de Milan, para confusion y enfrenamiento de la mala emperatriz, en aquel mismo tiempo reveló Dios á san Ambrosio los cuerpos de Gervasio y Protasio, mártires, los cuales hicieron grandes milagros en confirmacion de la fé, que enseñaba san Ambrosio, como él mismo lo escribe en un sermón que hace de la invencion de los cuerpos de estos santos, y san Agustín, que á la sazón estaba en Milan, en el lib. ix de sus Confesiones, cap. 7.

Pues ¿qué diré de lo que sucedió en la persecucion vandálica? en la cual siendo los santos mártires atormentados por la confesion de la santísima Trinidad tan crudamente, que todas las entrañas y huesos de sus cuerpos se descubrian, luego al dia siguiente se hallaban tan sanos y robustos, como si nunca tal hubieran padecido; y habiendo cortado de raiz las lenguas á algunos de

ellos, hablaban tan sueltamente sin lengua, como si la tuvieran sana y muy entera.

Víctor Uticense, que escribió aquella persecucion, es autor de ello, en el primero y tercer libro: y san Gregorio Magno hace mencion del milagro de las lenguas, y dice que él habló con un obispo viejo, el cual habia oido hablar á uno de aquellos mártires sin lengua, como si la tuviera.

El mismo san Gregorio papa cuenta tres milagros que sucedieron en su mismo tiempo: el primero en la ciudad de Espoleto, donde queriendo los herejes arrianos tomar por fuerza una iglesia á los católicos; ellos para defenderla la cerraron, y mataron todas las lámparas. Vino el obispo hereje, acompañado de su gente armada, para romper las puertas, las cuales de suyo se abrieron, y las lámparas con la luz del cielo se encendieron, y el obispo quedó ciego, y todos los que le acompañaban, temblando de espanto y confusion. El segundo acaeció al mismo san Gregorio; porque consagrando en Roma, al uso católico, una iglesia de santa Águeda, que habia sido ántes de herejes arrianos, el demonio salió de ella visiblemente en figura de un cuerpo horrible y espantoso. El tercero es de las lumbres que se vieron resplandecer, y los cantares de ángeles que se oyeron sobre el cuerpo de san Hermenegildo, gloriosísimo príncipe de las Españas, cuando el impío Leovigildo, su padre, por la confesion de la santísima Trinidad le hizo matar.

Gregorio Turonense cuenta, que en el tiempo de la persecucion de los vándalos, san Eugenio y otros santos obispos católicos hacian muchos y muy grandes milagros en confirmacion de la fé de la santísima Trinidad, que ellos predicaban, y que un obispo hereje, llamado Cirola, movido de ambicion y envidia dió cincuenta ducados á un hombre de su secta y se concertó con él, que un dia, pasando el obispo por la plaza, cuando hubiese mas concurso de gente, se fingiese ciego y á grandes voces le suplicase, que para manifestar su gran santidad y la verdad de la fé que les enseñaba, le restituyese la vista, como habia hecho á otros muchos ciegos, y le hiciese á él particionero de la salud que habia dado á tantos otros enfermos. Hizolo así; y el que ántes veia quedó del todo ciego luego que el obispo puso sobre sus ojos las manos, y á grandes gritos descubrió la maldad del obispo; y alumbrado de Dios en el alma, se convirtió á la fé católica, y por ella recibió despues tambien la del cuerpo.

El mismo san Gregorio escribe, que á otro obispo, asimismo hereje arriano, sucedió lo mismo en España en presencia del rey Leovigildo, el cual por aquel milagro y por el arrepentimiento que tuvo de haber mandado matar á su hijo el príncipe Hermenegildo, comenzó á aflojar en la persecucion contra los católicos. Estando otro obispo arriano, llamado Olimpo, en un baño, y blasfemando de la santísima Trinidad, vinieron tres rayos del cielo visiblemente, y le quemaron é hicieron ceniza.

Y á otro obispo, por nombre Barbas, que bautizando á uno de su secta usó de otra forma y palabras de las que usa la santa Iglesia católica, luego desapareció el agua que habia traído para echar sobre la cabeza del que queria recibir el bautismo, el cual por este milagro

se convirtió á nuestra santa fé. Todos estos milagros y otros muchos escriben los autores que habemos citado, que son gravísimos y antiquísimos, dignos de todo crédito y veneracion. Obrólos el Señor para confirmacion y establecimiento de nuestra fé y del misterio de la santísima Trinidad; pero todos ellos y todos los demás, que el Señor ha obrado, no son para rendir el corazon humano, si primero no fuere esclarecido é ilustrado con la lumbre de la fé, la cual, como dijimos, en esta navegacion ha de ser nuestro norte y nuestra guia y carta de marcar, si queremos llegar al puerto de la bienaventuranza, y ver cara á cara lo que ahora creemos por fé: y así dice san Bernardo: «Preguntará alguno: ¿Cómo puede ser lo que la fé católica confiesa de este misterio? Á este tal bástale creer que es así, nó porque sea evidente á la razon ni dudoso á la opinion, sino porque la fé así lo enseña y persuade. Este sacramento es grande; pero mas para ser reverenciado que no para ser escudriñado. Cómo hay trinidad en unidad, y unidad en trinidad, escudriñarlo es temerario; creerlo, piadoso; conocerlo, vida y vida eterna y bienaventurada.» Estas son palabras de san Bernardo. El Señor por su misericordia nos haga particioneros de ella, para que veamos con claridad lo que ahora creemos y vemos por sombras y figuras. Amen.

SS. CORPUS CHRISTI.

Así como el santísimo Sacramento del altar es el mayor y mas alto y excelente de todos los sacramentos, que Cristo nuestro Salvador dejó á su Iglesia, como instrumentos de su gracia; así para que nos sea de provecho, es necesario que todos reconozcamos y agradezcamos este sumo é incomparable beneficio del Señor, y tratemos los divinos misterios, que en él se encierran, con mayor acatamiento, reverencia y devocion. En los otros sacramentos se da gracia á los que dignamente los reciben; en este está la fuente de la misma gracia, real y verdaderamente, y así se comunica con mayor copia y abundancia. Los otros son dones de Dios; y este es el mismo Dios y el autor de todos los sacramentos y de todo nuestro bien. Los otros son medios para llegar á Dios; mas este es fin de todos: porque toda la santidad, que causan los otros, es una disposicion para llegar con mas pureza á recibir la Eucaristía: y por esto el gran Dionisio Areopagita le llama «Sacramento perfectivo y consumativo;» porque es perfeccion y cumplimiento de los demás. Pues si cualquiera de los otros sacramentos nos pide agradecimiento, amor y reverencia; ¿cuánto mayor le pedirá este, que es Sacramento de los sacramentos, y la fuente de donde todos ellos manan? Celebra la Iglesia católica su festividad el primer jueves despues de la octava de la Pascua del Espíritu santo, porque aunque Cristo nuestro Señor le instituyó el jueves de la Cena, al tiempo que iba á morir, y derramar su preciosa sangre por el mundo perdido (para mostrar en el fin de la vida aquel amor tan excesivo con que nos amaba, y aquella inmensa y encendida caridad, que ardia y abrasaba su divinal pecho); mas porque la santa Iglesia aquellos dias está ocupada en celebrar y llorar la pasion del Señor, fué conveniente traspasar á otro tien-

po mas oportuno la conmemoracion del beneficio de esta divina institucion, para celebrarla con la debida solemnidad, regocijo y alegría; y para esto señaló el jueves que habemos dicho, despues de la venida del Espíritu santo, que fué el dia en que alumbró á los fieles y les declaró la alteza de este soberano misterio, y los inflamó para que cada dia comulgasen y le recibiesen. Mas para tratar de este misterio, y de la fiesta que hoy celebra la Iglesia, no sé donde debo comenzar, ni si debo hablar: porque por una parte el callar parece ingratitud, y poco conocimiento de un beneficio tan inestimable, y de aquella infinita bondad de Dios, que por él así se nos comunicó; y por otra veo que no hay lengua, no solo de hombres, sino de ángeles, que le pueda declarar, y la admiracion de él debería enmudecer nuestra lengua y robar nuestros sentidos y entendimientos, para que callando y reverenciándole con un casto silencio, hablemos mejor de él: pues por mucho que hablemos, no le podremos bastantemente explicar. Pero, pues la fiesta de hoy nos convida, y aun obliga á entrar en este golfo inmenso y sin suelo de la divina magnificencia y bondad, supliquemos al Señor que él nos guie en esta navegacion, y nos dé palabras con que podamos decir algo de este sacrosanto misterio, para gloria suya, y edificacion y provecho de los que lo leyeren.

Lo que la fé católica acerca de este misterio nos enseña, es, que por virtud de las palabras que cuando consagra dice el legitimo ministro de este sacramento (que es solo el sacerdote), y son las que dijo Cristo nuestro Señor en la última cena, cuando le instituyó; el pan (que ha de ser de trigo y no de otra materia) se convierte en el verdadero y real cuerpo de Cristo nuestro Redentor; y el vino (que asimismo ha de ser de uvas) se convierte en su preciosísima sangre. Y porque el cuerpo de Cristo es vivo, y tiene sangre y alma, está unido con su divinidad, y la sangre no está apartada; sino en su bendito cuerpo; todo Cristo, Dios y Hombre, está en la hostia, y todo está en el cáliz despues de la consagracion: de suerte, que el que recibe la hostia, recibe el cuerpo y la sangre; y el que toma el cáliz, recibe la sangre y cuerpo del Señor; porque todo entero y perfectamente está debajo de cualquiera de las dos especies sacramentales de pan y de vino. Y no recibe ménos el lego, cuando comulga con solo la hostia, que el sacerdote con la hostia y con el cáliz; porque en la hostia está el cuerpo y juntamente la sangre; y en el cáliz la sangre y el cuerpo del Señor; aunque para declararnos que la sangre de Cristo se vertió en la cruz y se apartó de su cuerpo, se ofrece en este santo sacrificio el cuerpo por sí, y la sangre por sí. Enséñanos mas la fé, que de tal manera se convierte la substancia del pan en la substancia del cuerpo, y la substancia del vino en la substancia de la sangre de Cristo, que no queda en la hostia parte alguna de la substancia de pan, ni en el cáliz parte alguna de la substancia de vino, despues de la consagracion; porque toda la substancia del pan y del vino se mudan y convierten en la substancia de la carne y sangre del Señor: y para significarnos esta total conversion, la llaman los santos doctores y concilios, «Transubstanciacion»; que quiere decir, mudanza de una substancia en otra substancia; porque toda una substancia se convierte en otra substancia, por virtud de aquel Señor que de

nada crió los cielos y la tierra, y todo lo eriado (que es mas que mudar una substancia en otra); y es, el que por virtud del calor natural en pocos dias convierte el pan y vino, que comemos y bebemos, en la substancia de nuestros cuerpos.

De esta transubstanciacion se sigue otra maravilla, que los accidentes del pan y del vino, que llaman especies sacramentales, como son, la cantidad, el color, el olor y el sabor, se quedan sin sugeto; y con ser accidentes, sustentan y hacen en los que los reciben los mismos efectos, que hiciera la substancia del pan y del vino antes de la consagracion, que son cosas milagrosas: y asimismo lo es, que todo Cristo esté en la hostia pequeña, no ménos que en la grande; porque está sacramentalmente y nó como en lugar: y que esté en cualquiera parte de la hostia todo entero, como está el alma racional toda en el cuerpo y en cualquiera parte de él: de manera que no recibe mas el que recibe mayor hostia, ni ménos el que la recibe menor; ni mas el que recibe toda la hostia, que el que recibe parte de ella: ni cuando se frange la hostia naturalmente, se aparta y divide el cuerpo de Cristo; porque está por modo indivisible en este Sacramento. Otro milagro es, que en el mismo punto de tiempo esté Cristo en el cielo, y sin partirse de él juntamente esté en tantos y tan diferentes lugares del mundo sacramentalmente, cuando se dice misa; y al mismo momento que acaba de pronunciar el sacerdote las palabras de la consagracion, se haga aquella divina conversion por virtud de ellas, como obradoras de lo que significan (que por esto san Ambrosio gravemente las llama, *Operatorium sermonem*: palabras obradoras), y suceda á la substancia del pan y del vino, y esté debajo de aquel velo sagrado de los accidentes, hasta que ellos se corrompen, no solamente en los altares, cuando se dice misa, y en el estómago del que le recibe, sino tambien en los sagrarios y custodias, donde se guarda por toda la cristiandad; porque así como Dios nuestro Señor de nada cria todas las almas de los hombres, y al punto que el cuerpecito de la criatura está organizado en las entrañas de su madre, y hábil para recibir el alma racional, Dios se la infunde en cualquiera provincia y rincón de todo el mundo, sin excepcion alguna; y para esto cria muchos millares de almas en un mismo dia y en un mismo punto; así está en todos los altares, donde se dice misa, y convierte real y verdaderamente el pan en su carne, y el vino en su sangre, al momento que el sacerdote acaba de decir aquellas misteriosas palabras, como queda declarado.

Pero dejados los otros efectos admirables y milagrosos de este divino misterio, el que habemos de notar, es, que siendo pan de vida; la da á los que, como deben, le reciben; y da la muerte á los que indignamente se llegan á él: porque como el sol alumbrá con su claridad, y recrea los ojos sanos; y ciega y ofende á los flacos y enfermos; y el estómago limpio y desembarazado cuece con su calor natural la vianda que el estómago lleno de humores no puede digerir, y una misma medicina á uno da salud y á otro se la quita; segun la varia disposicion del que la toma; así al que recibe este santísimo Sacramento con la debida disposicion, le da gracia, aliento y vida; y muerte y condenacion al que no hace diferencia de este manjar divino á los demás.

Mucho debemos rendir nuestro corto entendimiento á todas las obras de Dios, y mas á las sobrenaturales, y que exceden los términos de nuestra flaca razon y capacidad; y para hacer esto debemos procurar conocer nuestra bajeza y la grandeza del Señor, y reverenciar con humildad sus misterios, y no escudriñarlos con vana curiosidad; lo cual es aun mas necesario hacer en este altísimo Sacramento, que con mucha razon se llama misterio de la fé; porque ella es la lumbré del cielo que nos dice lo que hemos de creer de él, y nos hace creer y sujetar nuestro entendimiento á la verdad y servidumbre de la misma fé: la cual es un don señaladísimo de Dios, principio, raiz y fundamento de todas las virtudes del cristiano, y una luz del cielo para que en las tinieblas de nuestra ignorancia y en la noche de esta vida andemos con seguridad el camino de la otra eterna y bienaventurada; porque sin ella, como dice san Juan Crisóstomo, el hombre es como un ciego que está enredado en un laberinto, y no sabe ir adelante, ni volver atrás, ni puede atinar ni dar en el blanco de la razon, ni de su bienaventuranza; como se ve en los dispartes que dijeron los mas sabios filósofos del mundo, y mucho mas en los errores desbaratados de los herejes, que por faltarles esta luz del cielo tropiezan á cada paso y dan de ojos, y un mosquito les parece un elefante, y como un navio sin gobernarle, cada ola los lleva sin resistencia, y con el viento de su vanidad y soberbia dan al través en la roca de la herejía con tan grande liviandad é inconstancia. Esto se echa de ver especialmente en los herejes de nuestro tiempo, que han tratado de este venerable y altísimo Sacramento, nó como hombres sino como unos monstruos infernales y bestias sin sentidos y sin razon por faltarles esta lumbré de la fé, y querer medir y tasar las cosas de Dios con su corto, depravado y obscuro juicio: mas nosotros debemos conocernos, y entender que puede Dios hacer mayores cosas, que el hombre entender; porque de otra manera no sería Dios, cuya omnipotencia no es limitada como nuestro entendimiento, sino infinita, y el hombre de suyo es ciego y tan rudo, que aun las cosas mas bajas y mas rateras no las alcanza. Así como no sabes, dice el muy sabio Salomon, cuál sea el camino del aire, ni de qué manera se concertan los huesos en el vientre de la mujer preñada, ni cómo, segun dice san Gerónimo, de una misma materia y elementos, una parte se hace blanda en la carne, otra dura en los huesos, otra está como palpitando en las venas, y otra se aprieta en los nervios; así no podrás alcanzar las obras de Dios, que es el artífice de todas las cosas: y por esto dijo el mismo sabio: «Si con tanta dificultad alcanzamos las cosas de la tierra y las que tenemos delante de nuestros ojos; ¿quién podrá, Señor, comprender las cosas del cielo, y los consejos y obras de tu sabiduría?» Esto dice Salomon para enseñarnos que las cosas de Dios se deben reverenciar, y nó escudriñar vanamente; y que habiendo el hombre de emplearse todo en el servicio de Dios, no es justo que la mas noble parte del hombre, que es racional, quede exenta de este servicio, sino que todo su entendimiento se ocupe en él, sujetándose á la lumbré de la fé, creyendo lo que sin ella no se puede entender: la cual, como dijimos, es aun mas necesaria para tratar de este admirable Sacramento.

Los efectos principales, que obra en los que dignamente le reciben, son dos; el uno es dar gracia, que es efecto comun de todos los sacramentos de la ley de gracia, de la

cual gracia proceden todas las virtudes infusas, con las cuales el alma queda limpia, hermo세ada, fortalecida y habilitada para todo lo bueno; el otro efecto es propio de este Sacramento; con que se diferencia de los otros, al cual llaman los teólogos: «Refeccion espiritual;» porque es mantenimiento del alma, con el cual ella se rehace y renueva, y toma fuerzas para resistir á sus apetitos, y abrazarse con la virtud; y en efecto, como dice el concilio Florentino, obra este divino manjar en las almas todo lo que el manjar corporal obra en los cuerpos. Pero no solo el cuerpo y sangre del Señor es sacramento, y el mayor de todos los sacramentos, que por excelencia se llama «Santísimo Sacramento;» pero tambien es verdadero sacrificio propiciatorio por nuestros pecados, lo cual no compete á ninguno de los otros sacramentos; porque siendo Cristo nuestro Salvador sacerdote eterno, segun el órden de Melquisedech (como lo dice el real profeta), debia ofrecer sacrificio de pan y vino, como Melquisedech; y así lo hizo en la sagrada cena, cuando debajo de las especies de pan y vino instituyó el sacrificio de su cuerpo y sangre, y después se ofreció en la cruz mas cumplida y perfectamente, y por medio de aquel cruento y sangriento sacrificio amansó la ira del Padre, y borró la obligacion de nuestros pecados, y nos alcanzó perdon de ellos: mas porque es sacerdote eterno, y no habia de morir mas de una vez (pues aquella sola, y aun una gota de su preciosa sangre bastaba para redimir mil mundos), quiso hubiese perpetuo sacrificio en la Iglesia, y que este no fuese otro, sino el mismo que él habia ofrecido en la cruz, y por medio de los sacerdotes, que en la santa cena ordenó, ofrécese cada día de nuevo en la misa por una admirable é inefable manera, porque siendo el uno y el otro el mismo sacrificio, el modo es diverso. El sacrificio de la cruz fué con derramamiento de sangre, y este otro es sin él: aquel fué corporal y penoso, este otro es sacramental y sin pena: aquel fué paga entera por nuestras culpas, este otro es aplicacion de aquella paga, y de lo que él nos mereció, y una real y verdadera representacion de su muerte y pasion; pero de tal suerte es representacion y figura de lo que pasó, que juntamente es él mismo verdadero y real sacrificio; porque en el uno y en el otro el mismo Cristo es lo que se ofrece, y el sacerdote que lo ofrece, y Dios á quien se ofrece; y los hombres, por cuyos pecados se ofrece, son los mismos, aunque sea con diferente modo, como dijimos. Y no es inconveniente ni cosa repugnante, y que tenga en sí contradiccion alguna el ser una cosa figura y figurado; representacion de otra, y la misma cosa que representa; ni tampoco que el sacrificio inuento de la misa nos represente el sacrificio cruento de la cruz, y que juntamente sea lo mismo que representa. Pongamos un ejemplo. Tienen los enemigos cercada la ciudad: va el rey á socorrerla; dales la batalla, véncelos y desbarátalos; y libra la ciudad. Si para que quede memoria perpetua de aquella hazaña y gloriosa victoria, mandase el rey que un día cada año se hiciese conmemoracion de ella con fiestas y regocijos, esto se podria hacer en una de tres maneras: la primera refiriendo de palabra solamente la historia de lo que allí pasó: la segunda, representando al vivo el cerco de la ciudad, la pelea y el destrozo y vencimiento de los enemigos, y entrando los soldados y capitanes en esta representacion: la tercera manera sería, si el rey por su propia persona, para mayor regocijo y solemnidad de la

fiesta, quisiese entrar en ella y representar muchas veces por sí mismo la victoria que una vez alcanzó. En este caso, aunque es verdad que aquella representacion sería figura de la batalla pasada y de la victoria que el rey tuvo de sus enemigos; pero tambien es verdad que está allí en su propia persona, pues por sí mismo representa sus proezas y triunfos: y por ser representacion de lo pasado, será figura; y por ser, el que lo representa, el mismo que hizo lo que representa, será el figurado, y concurrirán en este ejemplo la figura de lo pasado y la verdad de lo presente, sin embarazarse ni contradecirse lo uno con lo otro. Pues de esta misma manera decimos, que Cristo nuestro Redentor triunfó con su muerte de Satanás, y libró al mundo que estaba cercado y oprimido de sus enemigos: y que para que quedase perpetua memoria en su Iglesia de este inestimable beneficio, ordenó que se representase cada dia en ella: y para que la representacion fuese más admirable y mas gloriosa para el mismo Señor que habia vencido, y mas provechosa para aquellos que tal victoria habia librado y redimido, instituyó el sacrificio de la misa, en el cual él mismo por su inmensa caridad y clemencia en su propia persona nos representa sus victorias, y con este inercuente, cotidiano y santo sacrificio, nos refresca y renueva la memoria de aquel soberano sacrificio, que abrasado de un amor indecible de nuestras almas, por virtud del Espiritu santo, ofreció una vez al Padre eterno en la cruz. Y así decimos, que el mismo Señor es el sacrificio que se ofrece, y el sacerdote que le ofrece; y que los sacerdotes que dicen la misa, no son sino ministros suyos, por cuya boca y ministerio él se ofrece: y por esta causa cuando el sacerdote en la misa llega á la consagracion, y dice aquellas misteriosas palabras, no las dice en su persona sino en la persona de Cristo; porque él es, como dijimos, el que obra todo lo que allí se hace, y el principal agente y sacerdote, que allí se ofrece, sirviéndose del sacerdote que celebra, como de ministro suyo. Este es aquel sacrificio y aquella ofrenda pura y limpia, de la cual hablando el Señor con los judíos por el profeta Malaquías, les dice: «Mi corazón está con vosotros, y no recibiré don de vuestra mano; porque de oriente á poniente mi nombre es grande entre las gentes, y en todo lugar se me ofrece una ofrenda limpia y pura.» En esta ofrenda sola están cifradas todas las ofrendas y sacrificios á que antiguamente se ofrecian á Dios en la ley vieja, que eran ofrendas por los beneficios recibidos, y sacrificios por los pecados cometidos; y otro género de sacrificios, que llamaban victima, para impetrar salud y remedio de todas sus necesidades. Todas estas tres cosas ofrecemos nosotros muy aventajadamente en el sacrosanto misterio de la misa; porque Cristo es la mas preciosa ofrenda que por sus beneficios podemos ofrecer al Padre eterno, y el mas acepto sacrificio para alcanzar perdon de nuestros pecados, y la mas pacífica y gloriosa victima para remedio de nuestras necesidades: y por razon de ser sacrificio, no solamente nos da la gracia, como nos la da por ser sacramento, sino tambien es satisfaccion y paga de las penas que por nuestras culpas debemos; y por esto se ofrece en la santa Iglesia por los vivos y por los difuntos, segun la tradicion apostólica. ¡Ó bondad inmensa! ¡Ó inestimable benignidad y largueza nunca oída, donde la dádiva es el mismo dador, y el sacerdote el sacrificio, y la victima el sumo pontífice que la ofrece, y el esclavo recibe

á su Señor, y el hombre come el pan de los ángeles, y el Criador se ofrece á su vil criatura en manjar de vida eterna!

Preguntará por ventura alguna alma devota las causas que tuvo el Señor para instituir este inefable sacrificio y divino Sacramento, y morar entre nosotros por una manera tan admirable. Á esta pregunta respondo: que á lo que podemos alcanzar con nuestro corto y flaco entendimiento, dos han sido las causas de esta divina institucion: la primera, y mas principal, es la gloria de Dios; la segunda, nuestro provecho y remedio; que á estas dos cosas se han de referir todas las obras del Señor, como á su blanco y fin; á la gloria de Dios primera y principalmente, y á nuestro provecho ménos principal y secundariamente; porque es Dios tan bueno, que con su gloria siempre junta nuestra utilidad, y tiene por cosa digna de su majestad todo lo que sirve para hacer bien á sus criaturas. Pues la gloria del Señor se manifiesta en esta obra; porque en ella se descubre aquella suma é infinita bondad tan comunicativa de sí misma, que no se contentó con haberse vestido del saco de nuestra carne, y dádosenos por ejemplo, por guia, por maestro, por rescate y precio de nuestras culpas, por santificador, reparador y glorificador de nuestras almas; sino que pareciéndole todo esto poco, quiso darse tambien por manjar y sustento de ella, con una invencion tan maravillosa y estupenda, que el que dignamente le recibe en la pureza y santidad de la vida, se haga semejante á Dios, y un espíritu y una cosa con él; conforme á aquellas palabras, que dijo el mismo Salvador: «Mi carne verdaderamente es manjar, y mi sangre verdaderamente es bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí, y yo en él.» De manera, que así como el manjar, por virtud del calor natural, se convierte en la substancia del que le come y se hace una misma cosa con él; así el que come este pan de los ángeles se une y junta, y hace una misma cosa con él; no convirtiéndose el mantenimiento en el mantenido, mas convirtiéndose y transformando en sí el que le toma, como el mismo Señor dijo á san Agustín. Por lo cual san Cirilo Jerosolimitano dice, que por este Sacramento nos hacemos concorpóreos y consanguíneos de Cristo; porque ninguna cosa desea y procura mas nuestro Dios y sumo bien, que hacer al hombre semejante á sí y partícipero de los tesoros y riquezas de su divinidad: y así quiso descubrirnos su amor excesivo y entrañable en la institucion de este inefable Sacramento, para provocar nuestro amor; porque es propio del amor unir los corazones en uno, y de muchas voluntades hacer una voluntad, y un mismo querer y no querer, y transportar al que ama, y traerle tan fuera de sí, que esté como muerto en su propio cuerpo, y viva en el ajeno, y su alma mas esté donde ama, como dicen, que donde anima y da vida á su carne. Este amor nos mostró el Señor, cuando se nos dejó en este divino Sacramento, para unirse con nuestras almas, y estar y morar en ellas: y porque el amor no sufre la ausencia del amado, y al Señor convenia partirse, y su esposa no le podia acompañar; halló un medio para de tal manera partirse, que se quedase con ella. Y no ménos descubrió su inefable dulzura y suavidad, como lo canta la santa Iglesia, cuando, hablando con el mismo Señor, le dice: «¡Ó cuán suave es, Señor, tu espíritu; pues para declarar la dulzura del amor que tienes á tus hijos, los proveíste de un suavísimo pan, venido del cielo, el cual hinche de bien á los ham-

brientos, y à los soberbios deja vacíos!» Y esta blandura y suavidad del Señor engendra en nosotros un familiar amor y confianza, y nos da ánimo, para tratar con él, nó como debe tratar una vilísima y bajísima criatura con su altísimo y perfectísimo Criador, sino como suele un amigo con otro amigo, y un hijo regalado con su dulcísimo padre. Todos estos son argumentos de la infinita bondad, amor y benignidad del Señor, de la cual él tanto se precia, y por ella quiere ser honrado; y no ménos de su omnipotencia, pues debajo de una especie de pan se pudo encerrar Dios y hombre todo junto, y partirse en tantas partes sin disminuirse. Y aunque el misterio de la encarnación es altísimo, por el cual en una persona se unieron la naturaleza divina y humana, y el Verbo eterno (estando en él escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios) apareció abreviado; pero todos estos tesoros é infinita divina, que parecia no poderse abreviar, ni estrechar mas, en este Sacramento están mas cifrados y abreviados; pues en una misma partícula de la hostia se encierran todos, y la misma humanidad, que en la encarnación se echaba de ver, aquí, como dice santo Tomás, está encubierta y escondida, de tal manera, que aun con mas razon podemos decir aquello que dijo Isaías: «Verdaderamente, Señor, que vos sois Dios escondido:» lo cual dice, porque Dios se habia hecho hombre. Tambien se descubre aquí su sabiduría; pues halló tan saludable medicina para curar nuestras dolencias, y una triaca eficacísima contra la ponzoña de aquella antigua serpiente, y con su carne purísima, concedida del Espíritu santo, purificar la carne inficionada de Adán, que corrompia las ánimas, que con ella se juntaban, y con este fruto de vida reparar los daños, que se nos siguieron por el otro bocado y fruto de muerte: de lo cual todo resulta la gloria y honra del Señor, mucho mas clara, y copiosamente, sin duda, que de la creación, disposición y armonía de los cielos, y de todo lo criado. No ménos pertenece à la honra de Dios el culto y sacrificio, con que es reverenciado: y como ya todos los sacramentos, y sacrificios de la ley vieja, que eran sombras y figuras, habian cesado, fué cosa muy conveniente, que en lugar de todos ellos sucediese en la santa Iglesia este soberano y altísimo sacrificio, para que no faltase en ella aquel culto, con que Dios es mas acatado: y que pues la ley, y el sacerdocio, siempre van à una, y à la ley vieja habia sucedido la nueva; así como habia nuevo sacerdocio, hubiese nuevo sacrificio, que es este: del cual dice el real Profeta: *Sacrificate sacrificium justitiae, et sperate in Domino*: ofreced sacrificio de justicia, y esperad en el Señor; porque no hay otro que se pueda llamar propia y enteramente sacrificio de justicia, sino Jesucristo, que se ofreció en la cruz al Padre Eterno en sacrificio, para pagar con todo rigor de justicia, lo que merecian nuestros pecados. Y porque no tuviésemos olvido de un tan inestimable beneficio, ordenó que cada dia se representase y de nuevo se ofreciese en la misa, para perpetua memoria de su benditísima pasión, como dijimos; y así instituyó este santísimo Sacramento, al tiempo que iba à padecer: y para declararnos, que nos le dejaba por memorial de su pasión, dijo: «Cada vez que esto hiciéredes, hacédlo en memoria

de mí:» quiere decir en memoria de mi muerte, como explica san Pablo, cuando dijo: *Mortem Domini annuntiabitis donec veniat*. Pues ¿qué diré del fruto que de esta fuente de vida mana en todos los que dignamente beben de ella? ¿Quién podrá referir los efectos que obra en las ánimas santas y puras, que son tantos y tan divinos, que ninguna lengua humana los puede explicar? Porque primeramente este celestial manjar hace espiritualmente en nuestras almas los mismos efectos, como dijimos, que hace en los cuerpos el mantenimiento corporal: de los cuales el primero es reparar lo que cada dia se va perdiendo de nuestra substancia, por la fuerza del calor natural de nuestros cuerpos, que siempre va consumiendo la substancia de ellos; y como para que la lumbre de la lámpara, que va gastando el aceite, no se apague, conviene irle cebando; así es necesario para el cuerpo su mantenimiento, para que se restaure por una parte lo que por otra se gasta: y mucha mas necesidad tienen nuestras almas de este reparo, que nuestros cuerpos; porque dentro de ellas está otro calor muy dañoso de nuestra concupiscencia, que siempre nos atiza é incita para el mal, y gasta y consume el fervor y fuerzas de las virtudes, y nos deja flacos y debilitados, si mediante la virtud de este santísimo Sacramento no se repara lo perdido. El segundo efecto del manjar corporal es deleitar, dar gusto y sabor al que come, y tanto mayor suele ser, cuanto el paladar está mas bien dispuesto y el manjar es mas delicado. Pues ¿quién podrá declarar la suavidad y dulzura de este divino manjar, que es Dios, infinitamente suave, y autor de toda suavidad, la cual toda se gusta en su misma fuente? Así como no hay comparacion de la excelencia del alma à la baja-za del cuerpo; así no la puede haber entre los deleites de la misma alma y los del cuerpo; porque aquellos son tanto mayores y mas perfectos que estos otros, cuanto el alma es mas noble que el cuerpo; y siendo Dios el manjar, que en este santo Sacramento comemos, no hay lengua de ángeles, que pueda explicar la dulzura que causa en un corazón limpio y purgado; porque cierto es, que no tiene Dios otra joya mas preciosa que darnos en el cielo ni en la tierra, que esta; pues es la misma, de que gozan en el cielo los bienaventurados, sino que ellos ven à Dios claramente, y sin velo, y nosotros encubierto debajo de aquellas cortinas y accidentes de vino y de pan; y la vista de los bienaventurados será eterna, y la nuestra se acabará con el tiempo; pues el uso de los sacramentos no durará mas de lo que durará la Iglesia militante; mas la cosa que se da aquí y en la gloria, es la misma, que es el mismo Dios, en el cual ni hay mas ni hay ménos. El tercero efecto del manjar es quitar el hambre y dar hartura, el cual efecto ninguna criatura puede obrar en el alma del hombre, sino el mismo Dios, para el cual fué criada: y hasta que llegue à él, siempre padecerá hambre, sin verse jamás harta ni abastada: solo Dios, que es el último fin de nuestra vida y el centro de nuestra felicidad, puede llenarla y hartarla de tal manera, que no le quede mas que desear: lo cual él hace, dando contentamiento, paz y tranquilidad à la misma alma, y un desengaño de todas las cosas visibles y caducas, y un encendido deseo de las celestiales, y un conocimiento verdadero de

que todas las cosas están en Dios, y sin Dios todas son nada: y esto suele el Señor obrar por medio de este divino manjar, cuando á menudo se recibe con el paladar bien dispuesto y sano; porque entonces tiene el alma compañía en su destierro, consuelo en sus trabajos, defensa en sus peligros, esfuerzo y aliento para todo lo bueno; y llena de santos propósitos y deseos, arde en amor y ansia las cosas del cielo, las vanas del mundo le causan hastío, é incorporada y unida con Cristo, se hace participante de los trabajos y méritos de su sagrada pasión, y tiene una prenda firmísima de la vida eterna. En este pan de los ángeles y maná del cielo, halla gusto suavísimo de todo lo que quiere y puede desear, mucho mejor que en el maná corporal hallaban los judíos el gusto y sabor de lo que querían. Si el hombre está tentado de apetitos sensuales, y abrasado del fuego de la concupiscencia, con este rocío del cielo se apagan las llamas de todos los torpes deleites. Si los trabajos y miserias de esta vida le fatigan y le hacen desmayar; aquí halla esfuerzo, sufrimiento y aliento: porque son tantas y tan pesadas las angustias, que por todas partes nos cercan, que sin este refrigerio no se podrían pasar: cuanto mas fatigado está el corazón, tanto mayor alivio siente, y mas gusta de la dulzura de este divino manjar, así por la excelencia de él, como porque está mas dispuesto con la tribulación para recibir las gracias, que allí le comunica. Pues si el viento de la vanagloria le trastorna y arrebatá; aquí con la humildad de Cristo se confunde, y conoce su bajeza y su propia nada. Si la codicia, la ambición y la vanidad engañosa de este mundo perecedero le acosan; aquí tiene armas con que se defender. Finalmente, aquí halla medicina para curar todas sus dolencias, confeccionada de la sangre y carne de Jesucristo, que es nuestra salud y vida, y remedio de todos nuestros males.

Por ser tantos los efectos, que obra en las almas este santísimo Sacramento, tiene varios y diferentes nombres; porque con un nombre solo no se podían significar. Llámase «Eucaristía,» que quiere decir buena gracia ó hacimiento de gracias; porque contiene á Jesucristo, fuente de gracia, y es prenda de la vida eterna, que es gracia perfecta y consumada; y es un hacimiento de gracias, que hacemos al Señor por los beneficios que de su mano recibimos. Llámase «Comunion,» ó «Comunicación;» porque nos junta con Cristo, y por él nos son comunicados y somos partícipes de sus merecimientos; y también une los fieles entre sí y los hace una alma y un corazón en Cristo: y por esta causa también se llama sacramento de paz y caridad. Llámase «Viático,» por ser el manjar, con que nos sustentamos en esta peregrinación; y porque nos acompaña y abre camino para el cielo. Llámase «Cena del Señor,» por haberse instituido en aquella última y sacrosanta cena. Llámase de los griegos «Misterio,» y de los latinos «Sacramento,» por los sacratísimos y profundos misterios que en él se encierran. Llámase «Pan de Dios, Pan del Cielo, Cuerpo de Cristo, Cuerpo del Señor;» y, como escribe san Agustín, los africanos le llamaban absolutamente «Vida.» Finalmente, se llama «Ofrenda, Sacrificio, Liturgia y Misa,» por ofrecerse por nuestros pecados. Callen, pues, todas las obras de naturaleza, dice el P. Fr. Luis de Granada y callen también las de gracia; porque esta obra es sobre todas las obras, esta es

gracia singular. ¡O maravilloso Sacramento! ¿Qué diré de tí? ¿Con qué palabras te alabaré? Tú eres vida de nuestras ánimas; medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el fuego del amor divino, medio para recibir la gracia, prenda de la bienaventuranza y tesoro de la vida cristiana. Con este divino manjar es unida el alma con su esposo: con éste se alumbrá el entendimiento, dispiértase la memoria, enamórase la voluntad, deleítase el gusto interior, acrecientase la devoción, derritense las entrañas, ábreñse las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, dispiértanse los buenos deseos, fortalécense nuestra flaqueza y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios.

Pero aquí se debe advertir la disposición, que ha de tener el que se llega al altar, para recibir este manjar divino, si quiere gustar de él y sentir los provechos que habemos dicho: porque así como el alma, que está en el cuerpo y le vivifica, no da vida al miembro que está cortado y apartado del cuerpo, sino al que está conjunto y unido con él; así este Espíritu divino, que es la vida de nuestras almas, para comunicársela, es necesario que estén unidas por caridad con él y que sean miembros vivos de la santa Iglesia: y como el sol, la lluvia y los aires sustentan y hacen crecer los árboles y las plantas vivas y bien arraigadas en la tierra, y á las que están ya muertas y arrancadas las secan, gastan y podrecen; así este santo Sacramento, á los que están arraigados y fijos en él, les da vida; y á los que no lo están, por su culpa, les es causa de daño y perdición. La medicina y el manjar corporal no aprovechan al cuerpo muerto y sin espíritu; ni este santo Sacramento, á los que están en pecado mortal y muertos en sus almas; porque es y se llama pan de vida, no solamente porque da vida y la sustenta y acrecienta con su gracia, sino porque requiere, que esté vivo el que le recibe.

Verdad es, que santo Tomás y otros muchos doctores ponen un caso, en que este Sacramento da vida al muerto; porque dicen, que si alguno se llegase á él con algún pecado mortal, sin acordarse de él, ni haberle confesado; con todo esto puede ser, que no esté en estado de gracia, y que por virtud de este sacramento resucite de muerte á vida, y de estado de condenación se ponga en estado de salvación. Y conforme á esta doctrina dijo san Agustín, que este Sacramento no solo mantiene y sustenta á los que halla vivos, sino también resucita muertos. Mas lo ordinario es, que el que lo recibe, haya de estar primero en gracia, para recibir el aumento de ella: porque este Sacramento es manjar, el cual no se da á los muertos, sino á los vivos, para sustentarlos y acrecentarles la vida que tienen: y para esto declaró el santo concilio de Trento, que cualquiera persona que quiere comulgar, si después de haber examinado diligentemente su conciencia, hallare en sí haber cometido algún pecado mortal, está obligado á confesarse sacramentalmente ántes de comulgar; porque de otra manera, si no lleva la vestidura nupcial, será echado de las bodas y arrojado en las tinieblas exteriores, para que en ellas pague eternamente su atrevimiento y desvergüenza. Y para que esto mejor se entienda, se ha de notar, que

en este vivífico Sacramento hay dos cosas: la una, el mismo cuerpo del Señor, que está debajo de aquellas especies visibles; y la otra, la virtud y abundancia de dones y gracias invisibles; que por él se comunican. Así hay tres maneras de personas, que comulgan: la primera es, de las que comulgan indignamente con conciencia de pecado mortal; y estas, aunque reciben el santísimo Sacramento, no reciben la virtud del Sacramento, sino la sentencia de su condenación: las segundas son, las que con debido aparejo, amor, temor y reverencia se llegan al altar y reciben al Señor en la hostia consagrada, y espiritualmente son recreadas y enriquecidas de sus divinos dones: las terceras son, las que no pudiendo recibirle sacramentalmente, le reciben espiritualmente en sus almas, y gozan del fruto y tesoro de su benditísima pasión.

En los principios de la primitiva Iglesia, cuando hervía la sangre de Cristo y los corazones de los fieles eran un corazón, todos comulgaban cada día; y apacentados y fortalecidos con esta mesa real, se ofrecían al martirio. Después se comenzó á entibiar este fervor y santa costumbre, la cual renovó en parte san Anacleto, papa y mártir, mandando, que después de la consagración, todos los presentes comulgasen, por ser esta costumbre, como él dice en un decreto, establecida por los santos apóstoles, y guardada de la Iglesia romana. Andando más el tiempo, se resfrió la devoción y caridad; y san Fabiano, asimismo papa y mártir, ordenó, que todos los fieles comulgasen á lo ménos tres veces cada año en las pascuas de Navidad, de Resurrección y de Pentecostés. Finalmente, se helaron los corazones de los fieles, acerca de la devoción y uso de este santísimo Sacramento, de tal manera, que para despertarlos y moverlos á comer este pan divino, y no perecer de hambre, fué necesario que Inocencio III, en el concilio general Lateranense, só graves penas mandase, que todos los fieles, en llegando á los años de discreción, confesasen todos sus pecados á su propio confesor, por lo ménos una vez cada año, y cumpliesen la penitencia con todo cuidado; y recibiesen en la pascua de Resurrección con gran reverencia el santísimo Sacramento del altar, que es señal de haberse casi extinguido la devoción y frecuencia de este Sacramento; pues tan severamente y só graves penas mandó el concilio, que comulgasen los fieles, á lo ménos en la pascua. Por donde no es maravilla, que faltando el sustento y esfuerzo de Dios, que se nos comunica por este pan de vida, hayan caído los cristianos en tan profundo abismo de vicios, miserias y calamidades, como vemos. Pero bendita sea la bondad y dulzura de este Señor, que en un siglo tan miserable y perdido, como el presente, ha alumbrado y despertado algunas almas devotas, para que á menudo comulguen, y esforzadas con la gracia y virtud de este misterioso bocado, resistan á sus gustos y apetitos, y se abracen con los ejercicios de oración y virtud, y anhelen para la vida eterna; aunque es grande lástima, que sean tan pocos, los que esto hacen respecto de los muchos que están ciegos y perdidos: porque si con tanto cuidado procuramos la limpieza del cuerpo; ¿cómo no procuramos la del alma, en que tanto más nos va? Si cada día damos dos veces su mantenimiento á la carne, que mañana ha de ser manjar de gusanos, y nos desvelamos en que no le falte nada de comodidad y regalo; ¿en qué se-

so cabe dar su mantenimiento al alma tan de tarde en tarde? Y si cuando el hombre está enfermo, desea que el médico le visite á menudo; ¿por qué estando nuestro espíritu doliente y cargado de tantas y tan graves enfermedades, no desearemos nosotros ser visitados muchas veces de aquel médico celestial, que juntamente es médico, medicina y entera salud de nuestras almas? Y si en tiempo de peste buscamos preservativos y defensivos, y cuando pasamos entre enemigos, vamos acompañados; ¿por qué en una infección tan contagiosa y en un peligro tan evidente y de tan crueles enemigos, no nos armamos con este Señor, y no le tomamos por contraveneno, escudo y remedio? Muy frio está nuestro corazón; y para encenderle en el amor de Dios, es necesario llegarse muchas veces á este divino fuego. Y si el mismo Señor es tan suave y tan amoroso para con el hombre, que el mismo dice, que sus delicias y regalos son entretenerse con los hijos de los hombres, y el gusto y regalo de Dios es venir á nuestra casa y morar en ella; ¿por qué somos tan desconocidos é ingratos, que no la aparejamos y no nos disponemos para recibirle á menudo con devoción y alegría? ¿Quién cierra la puerta al rey, que quiere entrar en su casa y hacerle muchas mercedes y pagarle magníficamente el hospedaje? O ¿qué pobre hay, que no acuda á la puerta del señor, donde se da la limosna? Pero de esta materia y del aparejo, con que se ha de recibir este santísimo Sacramento, hay mucho escrito y no es propio de este lugar: véalo el que quisiere en sus autores, especialmente en el P. Fr. Luis de Granada, que en varias partes de sus obras, con el espíritu y elocuencia que suele, trata de la excelencia y efectos de este Sacramento, y del modo y aparejo con que se debe recibir. Nosotros volvamos á la institución de la fiesta, que hoy se celebra por toda la Iglesia católica, la cual instituyó el papa Urbano IV de este nombre, el año del Señor de mil doscientos sesenta y tres; y despachó una bula sobre esto, la cual, aunque sea un poco larga, me ha parecido poner aquí, para edificación de los fieles, con las mismas palabras, que la pone en su historia de la orden de santo Domingo el P. M. Fr. Hernando del Castillo; porque está llena de grandes y graves sentencias en alabanza de santísimo Sacramento: y es mejor, que el mismo sumo pontífice diga con sus propias palabras las causas que lo movieron á mandar, que se celebrase esta fiesta, que nó que nosotros lo digamos con las nuestras. «Urbano, obispo, siervo de los siervos de Dios. A nuestros venerables hermanos, patriarcas, arzobispos, obispos y á los otros prelados de las Iglesias, etc. Habiendo nuestro Señor y Salvador Jesucristo de pasar de este mundo al Padre; ya que se acercaba la hora de su pasión, después que hubo cenado con sus discípulos, instituyó y ordenó en memoria de su muerte el sumo y magnífico Sacramento de su cuerpo y sangre, dándonos el cuerpo en manjar y la sangre en bebida: que así es, que todas las veces que comemos de este pan y bebemos de esta sangre, anunciamos la muerte de este soberano Señor; y así dijo él á sus discípulos, cuando lo instituyó: Haced esto en mi conmemoración: lo cual fué con intención, de que este tan alto y venerable Sacramento fuese un memorial muy señalado y particular del excesivo amor que nos tenía. Nómemo-rial así como quiera, sino memorial admirable, estupendo, deleitable, suave, segurísimo y precioso sobre todas las co-

sas, en el cual, se renovaron las señales, y se mudaron las maravillas. En él se halla todo deleite y toda suavidad de sabor; en él se gusta la misma dulzura del Señor; y en él finalmente alcanzamos ayuda y sufragio de vida y salud. Este es el memorial dulcísimo, memorial sacratísimo, y memorial que puede salvarnos, en el cual contamos la agradable memoria de nuestra redención, y por él nos refrenamos del mal, nos confortamos para el bien, y aprovechamos para el aumento de gracia y virtudes, y ciertamente vamos aprovechando con la corporal presencia del Salvador. Todas las otras cosas de que hacemos memoria, solamente las tratamos con el espíritu, y con el entendimiento; pero nó por eso tenemos su presencia real con nosotros; mas en esta sacramental conmemoracion de Cristo, él mismo está con nosotros en su propia substancia, aunque en forma diversa; y así lo dijo á sus discípulos, cuando se quiso subir al cielo: Con vosotros estoy hasta el fin del mundo; confortándolos con esta divina promesa, que quedaria y estaria con ellos aun con su presencia corporal. ¡O digna memoria, para nunca dejarla, en la cual nos tornamos á recordar de nuestra muerte muerta, y de que nuestro morir ya se ha muerto, y de que el árbol de la vida enclavado en la cruz nos ha traído fruto de salud! Esta es aquella saludable conmemoracion, que binche los corazones de los fieles de gozos saludables, y juntamente con la infusion de alegría les da lágrimas de devoción. Regocijémonos sin duda con el recuerdo de nuestra libertad, y trayendo á la memoria la pasión del Señor, que fué el medio para rescatarnos, no podemos detener las lágrimas. Así que en esta sacratísima conmemoracion tenemos juntamente gozo de suavidad y lágrimas; porque en ella nos gozamos de mancomún, llorando, y derramamos lágrimas devotamente, gozándonos, teniendo lágrimas alegres y alegría llorosa; porque el corazón bañado de grande gozo por los ojos destila gotas dulces. ¡O inmensidad del divino amor! ¡O superabundancia de la divina piedad! ¡O larguísima liberalidad de Dios! Habíamos el dado ya todas las cosas, y puesto todo debajo de nuestros piés: diónos dominio y principado sobre todas las criaturas de la tierra, y con los ministros celestiales, que son los ángeles, ennoblece y ensalza la dignidad humana; pues son nuestros criados, enviados para servir por respeto de los que han de recibir la herencia celestial; y con haber sido tan grande su franqueza con nosotros, queriendo aun mostrar con una señalada liberalidad el abundante amor y caridad, que nos tiene, diósenos á sí mismo; y pasando el punto de todas las otras liberalidades y excediendo toda suerte y manera de amor, se nos dió para que le comiésemos. ¡O singular y admirable franqueza, donde el que da, es el mismo don; y lo que se da y el que lo da, son una misma cosa! ¡Qué larga y pródiga largueza, cuando viene uno á darse á sí mismo! Diósenos, pues, para pasto, porque, pues el hombre habia caído por la muerte, por el manjar fuese levantado á la vida. Cayó el hombre por el manjar del árbol mortífero; levantóse por el manjar del árbol de la vida. En el otro árbol estuvo colgado el manjar de la muerte; y en este estuvo pendiente el alimento y manjar de la vida. La comida de aquél nos lisió, y probar de este otro nos da salud. El gusto nos llagó, y el gusto nos vino á sanar.

Mírad que de donde salió la llaga, de allí tambien salió la medicina; y que de donde vino la muerte, de allí vino la vida. Del otro manjar se dijo: En el día que comieres, morirás de muerte; de éste se dice: El que comiere este pan, vivirá para siempre. Este manjar es el que harta cumplidamente: el que sustenta de veras: el que engorda con soberanía, nó el cuerpo, sino el corazón, nó la carne, sino la mente. Al hombre, pues, que tenia necesidad de alimento espiritual, el mismo misericordioso Salvador le proyeyó del mas noble y mas poderoso manjar, de cuantos habia en el mundo. Fué tambien liberalidad muy decente, y obra conveniente á la divina piedad, que el Verbo eterno del Padre, que es manjar y refeccion de la criatura racional, despues de hecho carne, se diese en mantenimiento al cuerpo y carne, digo al hombre, que es criatura racional, como dice el salmo: El hombre comió el pan de los ángeles; y por eso dice el Salvador: Mi carne verdaderamente es manjar. Este es pan, que se toma, y no se consume: cómese, y no se trasmuda; y si dignamente se recibe, hace conforme á sí, al que le recibe. ¡O excelentísimo Sacramento! ¡O Sacramento digno de ser adorado, venerado, glorificado y honrado, digno de ser con singularísimas alabanzas ensalzado, y á publicos pregones engrandecido, con mucho estudio venerado, con devotos servicios levantado, con limpias entrañas recibido! ¡O memorial nobilísimo, digno de ser puesto en el interior del corazón, de ser firmemente atado al alma, de ser guardado con diligencia en las entrañas, y finalmente, digno de ser traído á la memoria con diligente y cuidadosa meditacion de su grandeza! De este memorial debemos hacer continua memoria, para que siempre la tengamos de aquél, cuyo memorial sabemos que es: pues que durará mas en nuestra memoria aquél cuyos dones y mercedes mas á menudo tuviéremos delante de los ojos. Y aunque es verdad que cada día en la solemnidad de la misa frecuentamos este memorial Sacramento; todavia nos parece cosa conveniente, que, á lo ménos una vez en el año, se haga de él una mas célebre y particular memoria, siquiera para confundir la perfidia y locura de los herejes: porque el día de la cena en el cual nuestro Señor Jesucristo le instituyó, la Iglesia universal está ocupada en reconciliar los penitentes, en consagrar el crisma, en el mandato y lavatorio de los piés, y en otras muchas cosas; y por eso no tiene lugar de festejar y solemnizar este santo y soberano Sacramento; y lo mismo guarda la santa Iglesia con los santos, que solemnizamos por todo el año, que aunque hacemos muy á menudo memoria de ellos en las letanias, y en las misas y en otras ocasiones, celebramos tambien sus muertes, particularmente en ciertos y señalados días de sus fiestas; y aun sobre todo eso, porque en las tales fiestas de los mismos santos, á las veces hay descuidos y se deja de hacer lo que se debe, ó por nuestra negligencia, ó por ocupaciones, que los hombres tienen en sus negocios, ó por fragilidad humana; señaló la misma madre la Iglesia un cierto día, en el cual se hiciese general memoria de todos los santos, para que en esta fiesta comun se restanrasen los descuidos, que en las particulares hubiese habido. Esto, pues, que hace con los santos, mucha mas razon hay para que se guarde con el vivífico Sacramento del cuerpo y sangre de nuestro Señor

Jesueristo, gloria y corona de todos los santos; y para que tenga solemnidad y celebracion particular, y para que con devota diligencia se suplan en ella los descuidos y negligencias, que habrá habido en las misas, y los fieles cristianos, cuando vieren que se acerca esta festividad, acordándose de lo pasado, enmienden lo que, ó por su negligencia, ó por otras ocupaciones, ó por flaqueza humana, faltaron en las misas de todo el año. Demás y allende, que ántes que viniésemos á la dignidad apostólica que tenemos, entendimos, que algunos santos varones tuvieron revelacion de que en tiempos venideros se habia de solemnizar generalmente en la Iglesia esta fiesta. Por lo cual, para exaltacion y corroboracion de la fé católica, nos pareció cosa digna y loable, ordenar y mandar, que de tan alto y loable Sacramento se celebre en la Iglesia una solemne y mas particular memoria cada año, á mas de la ordinaria de cada dia; señalando y determinando para ella el jueves primero despues de la octava del Espíritu santo, para que los fieles cristianos concurren aquel dia con devocion á las iglesias, y todos, así clérigos como légos, canten con gozo y regocijo cantares de loor, y entonces todos dén á Dios himnos de alegría saludable con el corazon, con la voluntad, con los labios y con la lengua. Entonces cante la fé, la esperanza salte de placer, y la caridad se regocije: alégrese la devocion; tenga júbilos el coro; la pureza se huelgue: entonces acuda cada cual con ánimo alegre y con pronta voluntad, poniendo en ejecucion sus buenos deseos, y solemnizando tan grande festividad. Y quiera Dios, que de tal manera los corazones de los fieles cristianos se inflamen para servirle, que con esta y con otras cosas aprovechen en aumento de merecimientos acerca de aquel Señor, el cual se dió por ellos en precio, en manjar y mantenimiento; y que despues de esta vida se les dé en premio. Por lo cual á todos vosotros amonestamos y avisamos, y en virtud de santa obediencia por estos escritos apostólicos estrechamente os mandamos, y en remision de vuestros pecados, que tan soberana y gloriosa fiesta la celebreis en dicho jueves cada año, solemne y devotamente, y la hagáis celebrar en todas las iglesias de vuestras ciudades y diócesis, avisando con mucho cuidado el domingo ántes de la fiesta á todos vuestros súbditos, y exhortándolos con saludables amonestaciones y pláticas por vuestras personas mismas, ó por otras en vuestro nombre, á que con limpia y verdadera confesion de sus pecados, con limosnas y oraciones, y otras obras de piedad y devocion, de tal manera procuren aparejarse, que merezcan aquel dia ser participantes de este santísimo Sacramento, y la puedan recibir con reverencia, y conseguir por su virtud aumento de gracia; porque Nos, queriendo animar á los fieles con dones espirituales para honrar y celebrar tan grande fiesta, concedemos á todos los verdaderamente penitentes, y confesados, que se hallaren en la iglesia á los maitines de la fiesta, cien dias de perdon, y otros tantos á los que se hallaren en la misa, y lo mismo, si en las primeras ó segundas vísperas: y tambien por cada una de las horas del dia, prima, tercia, sexta, nona y completas, cuarenta dias: y á los que se hallaren en cualquiera dia de las octavas á las horas canónicas, como dicho es, por cada dia otorgamos ciento de perdon, confiados en la misericordia de Dios, y en la autoridad de sus apóstoles san Pedro y san Pablo. » Hasta aquí son palabras de la bula de Urbano IV.

Despues Clemente V, en el concilio que celebró en la ciudad de Viena de Francia, confirmó esta misma bula de su predecesor Urbano IV, y mandó de nuevo, que se hiciese por toda la cristiandad la fiesta del santísimo Sacramento: y despues otros sumos pontífices, como Martín V y Eugenio IV, acrecentaron las indulgencias, que habia concedido Urbano IV, y dieron otras nuevas á los que hoy comulgaren, y acompañaren la procesion, y ayunaren en la vigilia de esta fiesta.

Entre las otras causas, que hubo para instituir esta fiesta, fué una, el haber Dios nuestro Señor por aquel mismo tiempo obrado algunos milagros en confirmacion de la verdad de su presencia en este divino Sacramento; como el de los corporales de Daroca, que sucedió en el reino de Valencia, año del Señor de 1239, en el cerco que don Berenguer de Entenza, general del rey don Jaime, puso sobre el castillo de Chio, que está en medio de Luchente y Pinete, no léjos de la ciudad de Játiva; que por ser historia tan sabida en España, no la quiero referir aquí: y el que el año de 1263, que fué el mismo, en que el papa Urbano despachó su bula, acaeció en Italia en un pueblo que se llama Volsena, como diez y ocho leguas mas acá de Roma, y seis de la ciudad de Orbitelo, donde á la sazón estaba el papa, y fué de esta manera. Diciendo un clérigo misa en la iglesia de santa Cristina, despues de la consagracion de la hostia comenzó á tener grandes tentaciones y dudas de la verdad del santísimo Sacramento, y luego la hostia comenzó á destilar sangre y á tener los corporales, y correr la misma sangre hasta la piedra de mármol de la peana; y hoy dia se ven las señales de la sangre en la misma piedra, y yo las he visto, y dicho misa en el mismo altar. Tuvo noticia el papa de este milagro, y mandó traer los corporales teñidos de sangre á Orbitelo, con gran pompa y procesion, y que todos los cardenales, arzobispos, y obispos, y clero, los saliesen á recibir, y que se pusiesen en la iglesia principal de aquella ciudad, donde despues por esta ocasion se edificó un templo muy suntuoso á nuestra Señora.

En Paris asimismo el año de 1258, diciendo un clérigo misa en una capilla junto á palacio, al tiempo que alzaba la hostia consagrada, apareció en sus manos un niño vivo de increíble hermosura, lo que vió mucha gente; y dándose aviso de ello á san Luis, rey de Francia, importunándole que saliese á verlo, nunca lo quiso hacer, diciendo: «Quien no creyere, que está allí Dios, vaya y véalo; que yo con la fé lo veo cada dia.» Por estos milagros se movió (entre otras cosas) el papa á instituir la fiesta del santísimo Sacramento: porque aunque los milagros no son necesarios ni bastantes, si Dios interiormente no alumbrá y mueve nuestro corazon para que creamos lo que nos propone y enseña la fé; todavia para despertarla y avivarla mas, y para consuelo y esfuerzo de los que sin ellos creen, suele el Señor algunas veces hacer milagros, como los ha hecho, para confirmacion y prueba de la verdad de este santísimo Sacramento, así en los siglos pasados como en los presentes; y apenas hay reino, ni provincia, ni nacion, donde Dios no haya obrado cosas maravillosas en testimonio y prueba de su real y verdadera presencia en el santísimo Sacramento del altar; y hoy dia hay y se guarda la memoria de ellas. En España hay el milagro, que dijimos; de los corporales de la ciudad de Daroca, el

de Fromesta, el de Santarem, el de Ávila, el de Segovia y otros: en Italia hay dos, en Roma en la iglesia de San Juan de Letran el uno, y el otro en la de Santa Potencia; y en Volsena, el que referimos arriba: en Francia hay uno en París, y otro en los estados de Flandes en la ciudad de Bruselas, donde con tanta solemnidad se celebra la memoria y fiesta del cuerpo milagroso de Cristo: en Alemania la Alta, en un pueblo que se llama Zephelt, que es en el condado de Tirol, como tres millas tudescas de Inspruch, camino de Augusta, hay otro muy notable y de grande admiración, que aconteció mas ha de doscientos y veinte años; y en otras partes habrá otros, los cuales quiero dejar, para decir con brevedad algunos pocos muy antiguos y auténticos, que leemos en las obras y vidas de los santos.

San Cipriano, gloriosísimo obispo y mártir, en el libro que escribió de *Lapsis*, cuenta muchos milagros, que en su tiempo hizo el Señor para castigo de los que habían faltado en la fé, é indignamente recibían, ó querían recibir su santísimo cuerpo, y de algunos él dice que fué testigo. Dos herejes donatistas echaron á los perros el cuerpo del Señor; y los perros en venganza del desacato y sacrilegio, se volvieron contra ellos, y los despedazaron, como lo escribe Optato Milevitano. En Constantinopla, siendo patriarca san Juan Crisóstomo, una mujer hereje, por dar contento á su marido, que era católico, le prometió de reducirse á la fé católica; y para cumplir con él comulgó primero de un sacerdote hereje, y dió á una criada suya lo que había recibido, para que se lo guardase; y despues tomando la hostia consagrada de mano del sacerdote católico, y fingiendo que se inclinaba para orar, la dió á la misma criada que estaba á su lado, y tomó de ella el pan que había recibido de los herejes, y poniéndole en la boca, luego aquel pan se convirtió en piedra, como lo dice Sozómeno, y nosotros lo escribimos en la vida de san Juan Crisóstomo, el cual muchas veces cuando decía misa, veía los ángeles al rededor del altar. San Gerónimo, papa, para vencer la infidelidad de una mujer, pidió y alcanzó de Dios, que las especies del pan consagrado se mudasen en carne: con lo cual ella se convirtió, y el pueblo se confirmó en la fé. San Basilio tuvo una admirable vision la primera vez que dijo misa en la nueva forma, que él mismo había instituido, como se lee en su vida. En el libro llamado Prado Espiritual, cap. 29, escribe Sofronio algunos milagros de este santísimo Sacramento, que trae el cardenal Baronio en el sexto tomo de sus anales: y en el séptimo tomo refiere de Evagrió, libro iv, cap. 33, lo que aconteció en Constantinopla á un hijo de un judío vidriero, de poca edad, el cual habiendo ido con otros muchachos cristianos sus compañeros á la iglesia, y viéndolos comulgar, también él comulgó, como si fuera cristiano: lo cual sabido por su padre, tomó tanto enojo, que echó á su hijo en un horno ardiendo, donde él solia cocer el vidrio, y pasados tres dias, su triste madre le halló en medio de las llamas sin lesion alguna; y la madre y el hijo se hicieron cristianos, y el padre, perseverando en su obstinacion y perfidia, fué ajusticiado por mandado del emperador Justiniano. En la vida de san Bernardo se dice, que sanó una endemoniada, poniéndole la hostia consagrada encima con la patena, y diciendo: «Aquí viene el Señor, que nació de Virgen y murió en la cruz, y resucitó, y subió á los cielos.» El mismo san Bernardo cuenta en la vida

de san Malaquías, que como un hombre pertinazmente negase la presencia de Cristo en el Sacramento; san Malaquías le dijo: «Dios te haga confesar la verdad, aunque sea por fuerza;» y que el otro respondió: «Amen;» y el mismo dia le dió una gravísima enfermedad, de la cual apretado volvió en sí y se reconcilió con la Iglesia, confesando la verdad; y espiró. Una mula hambrienta, y que no había comido en tres dias, mostrándole la cebada, la dejó y se arrodilló delante del santísimo Sacramento, por las oraciones que hizo san Antonio de Padua, para convencer á ciertos herejes, como se refiere en su vida. Estando san Buenaventura en oracion delante del altar, y dudando, si comulgaria ó nó, se dividió una partícula de la hostia, y se le vino á la boca: y lo mismo sucedió á santa Catalina de Sena, llegándose á comulgar, y diciendo misa Fr. Raimundo su confesor: la cual santa, recibiendo el santísimo Sacramento, y aun con solo mirarle ó ver algun sacerdote, y que aquel dia hubiese tocado el cuerpo del Señor, se le quitaba totalmente el apetito del manjar corporal. Pero dejemos ya estos milagros antiguos y acabemos lo que tenemos que decir de esta fiesta, con referir solos otros dos mas modernos. El uno escribe el P. M. Fr. Tomás Waldense, provincial de nuestra Señora del Cármen en Inglaterra, varon muy docto y grave, y digno de todo crédito, que floreció por los años del Señor de 1420, siendo sumo pontífice Martino V, el cual aprobó sus obras, y lo escribe como testigo de vista. Dice, pues, que en la ciudad de Londres, en la iglesia catedral de San Pablo, el arzobispo Cantuariense, primado de aquel reino, estando el mismo padre presente, preguntó algunas cosas á un zapatero hereje, que negaba la verdad del santísimo Sacramento, y estaba allí, para ser examinado y juzgado; y que mandándole que hiciese reverencia á la sagrada hostia, no quiso obedecer, ántes con su lengua blasfema respondió, que una araña era mas digna de reverencia, que aquella hostia. Apenas hubo dicho estas palabras, cuando súbitamente una araña disforme, negra y horrible, se descolgó de lo mas alto del techo, y bajó por su hilo derecha sobre la boca de aquel desventurado hereje; y queriéndole asir de ella, la gente que estaba presente apartó la araña, y se lo estorbó. Y como un prodigio tan extraño y tan nuevo aun no bastase para ablandar el duro y empedernido corazón de aquel desdichado hombre, fué condenado al fuego, y hecho ceniza.

El otro milagro es mas nuevo, y sucedido en Polonia el año de 1356; y fué así. En un pueblo llamado Schazetó, un judío importunó mucho á una criada suya cristiana, por nombre Dorotea, que recibiese, como solia, el cuerpo de Cristo, y que se le entregase; y al fin con las promesas que le hizo, lo alcanzó. Ella le dió el cuerpo del Señor, y el judío le tomó: y acompañado de otros tres judíos, amigos suyos, le llevó á su sinagoga, y allí le dieron muchas puñaladas y heridas. Luego salió de la sagrada hostia tan grande cantidad de sangre, que los mismos judíos la recogian con cucharas y la echaban en un vaso de vidrio. Procuraron mucho aquellos pérfidos y malvados enemigos de Jesucristo encubrir su maldad; mas no pudieron: porque el Señor la manifestó, y el rey de Polonia Sigismundo, cuando lo supo, los mandó castigar severamente; y así fueron quemados; y Luis Lipomano, obispo de Verona, y nuncio del papa, varon de vida ejemplar y de singular doctrina, que á la sazón se hallaba en Polonia,

hizo averiguacion del caso, y tomó informacion auténtica de todo lo que habia pasado, y la envió á la Santidad del papa Paulo IV, que entonces presidia en la Iglesia católica. Bendito, alabado y ensalzado sea el Señor, que tan maravilloso, liberal y dadivoso se muestra en este santísimo Sacramento, y por una parte nos manda, que creamos los misterios inefables é invisibles, que en él se encierran, y por otra obra tantos milagros para despertar nuestra fé y encender mas nuestros corazones en su divino amor, y en la devocion y reverencia de este admirable é inenarrable Sacramento. Reconozcámos todos este soberano beneficio:

agradezcámosle con profunda humildad de lo mas íntimo de nuestro corazon, aprovechémos de esta medicina de nuestras almas, comamos este pan de vida, embriaguémonos con este cáliz del Señor; tengamos perpetua memoria de su pasion y de su cruz, y acordémos que no somos nuestros, sino de aquél, que por solas las entrañas de su piedad nos compró con el precio de su purísima sangre, y tiene por regalo morar entre nosotros, para consuelo, sustento y amparo de esta nuestra miserable vida, y se nos da á sí mismo por prenda de la eterna, que esperamos. Amen.

VIDA DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

La sacratísima Virgen María nuestra Señora fué de Nazaret, ciudad de Galilea, é hija de padres nobles y ricos. Su padre se llamó Joaquin, natural de Nazaret: su madre Ana, de la ciudad de Belen. Eran los dos de la tribu de Judá, y del linaje real de David; Joaquin por via de Nathan, y Ana por via del rey Salomon, que ambos fueron hijos de David. Estos bienaventurados padres de la Virgen eran de vida santísima, como convenia que fuese el árbol que habia de producir tal fruto. Empleábanse en la guarda de la ley con gran cuidado, en ayunos, oraciones y limosnas: repartian sus rentas en tres partes: una gastaban en el culto divino y ministerios del templo; otra en los pobres, y la otra en el gasto de sus personas y familia. Habian vivido veinte años casados sin tener hijos, porque Ana era estéril, y por esta causa estaban tristes y afligidos, y como avergonzados y corridos; porque en aquel pueblo carnal se tenia la esterilidad por un género de oprobio y castigo de Dios: al cual estos santos casados suplicaban con grande instancia de dia y de noche, que les diese fruto de bendicion, prometiéndole de consagrar á su divina Majestad el hijo ó hija que les diese. Perseverando en esta oracion, un ángel apareció á Joaquin, que estaba en la majada de sus pastores, y le dijo que Dios habia oido sus ruegos, y que tendria una hija que se llamaria María, y seria madre del Salvador del mundo. La misma revelacion tuvo santa Ana en un huerto, en donde vivia apartada. Comunicáronlo entre sí, y hallaron que convenia muy bien lo que el ángel habia dicho al uno con lo que habia dicho al otro. Dieron muchas gracias al Señor por aquella tan señalada merced, y Ana concibió á la Virgen sacratísima á los ocho dias de diciembre, en que la santa Iglesia celebra la fiesta de su Concepcion. Fué concebida sin pecado original, previniéndola Dios con tanta abundancia de gracia, cuanta era razon que tuviese la que era destinada para madre suya, y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal. A los nueve meses cumplidos nació en Nazaret esta Niña benditísima, en una casa que tenian sus padres en el campo, entre los balidos de las ovejas y alegres cantares de los pastores. Nació á los ocho de setiembre; y nueve dias despues, que fué á los diez y siete

del mismo mes, segun la costumbre de los hebreos, le fué puesto el nombre de María. Dióle el Señor (á lo que algunos santos dicen, y piadosamente se puede creer) por ángel de guarda á san Gabriel, y á otros muchos ángeles en su compañía. Al cabo de ochenta dias fué santa Ana á Jerusalem á cumplir la ley de la purificacion, llevando la niña al templo en sus brazos como un tesoro precioso; y dada por ella la ofrenda acostumbrada de los primogénitos, se volvió con ella á su casa. Siendo ya de tres años, para cumplir el voto que habian hecho de ofrecerla al Señor, la llevaron sus padres á Jerusalem, y la ofrecieron en el templo á los veinte y uno de noviembre con las ceremonias que en semejantes ofrendas se usaban. Declararon al sacerdote el voto que habian hecho, encargándole que tuviese cuenta con su hija, como cosa dedicada ya á Dios, y que la pusiese entre las otras doncellas que le servian, junto al templo, en una casa edificada para este efecto, donde las virgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y apartadas del ruido y bullicio podian ocuparse en santos y loables ejercicios, y entrar fácilmente en el mismo templo á hacer oracion. Admiró á todos por extremo la belleza y gracia de la bienaventurada niña, y mas la prontitud y alegría con que se despedia de sus padres y se dedicaba al Señor; sacando por aquellos pequeños indicios las grandes y maravillosas obras que Dios habia de obrar en aquella, que de tan tierna edad habia escogido para su servicio.

Fué recibida la santa niña entre las otras virgenes con gran regocijo de las demás, y luego comenzó á resplandecer en aquella casa maternal de Dios; la que era verdadero y espiritual templo suyo. Allí aprendió muy perfectamente á hilar lana, lino, seda y holanda; coser, labrar los ornamentos sacerdotales, y todo lo que era menester para el culto del templo, y despues para servir y vestir á su precioso Hijo, y para hacerle la túnica inconsútil, como dice Eutimio. Aprendió asimismo las letras hebreas, y leía á menudo con mucho cuidado, y meditaba con grande dulzura las divinas Escrituras, las cuales con su alto y delicado ingenio, y con la luz soberana del cielo que el Señor le

infundia, entendía perfectamente. Nunca estaba ociosa: guardaba silencio: sus palabras eran pocas y graves, y cuando eran menester; su humildad profundísima, la modestia virginal, y todas las virtudes tan en su punto y perfección, que atraía á sí los ojos, y robaba los corazones de todos; porque mas parecía niña venida del cielo, que criada acá en la tierra. Ayunaba mucho, y con el recogimiento, soledad, silencio y quietud, se disponía á la contemplación y unión con Dios, en la cual fué eminentísima; y el Señor la visitaba y regalaba con sus resplandores y ardores divinos, como á esposa suya, y los ángeles á menudo se le mostraban, y conversaban con ella; y algunas veces le traían para comer manjares, no aparejados por mano de hombres, sino venidos del cielo. Vivió en esta manera de vida hasta los once años de su edad; en la cual murieron sus santos padres, muy viejos, casi de ochenta años, sin haber tenido otra hija ni hijo, sino ella. Estando aquí en el templo, con encendido deseo y amor de la virginidad, que el Espíritu santo le inspiraba, hizo voto de guardarla perpetuamente, y fué la primera que hizo esta manera de voto, y alzó la bandera de la virginidad, y con su ejemplo incitó á tantos y tan grandes escuadrones de purísimas doncellas, para que la abrazasen, y por no perderla, perdiesen sus vidas: y por esto se llama Virgen de las vírgenes, como maestra y capitana de todas ellas: porque aunque es verdad, que en el viejo Testamento algunos permanecieron castos toda su vida, como Josué, Melquisedech, Elías, Eliseo, Jeremías y los tres mozos del horno de Babilonia; pero cosa cierta y averiguada es, que ninguno con obligación de voto prometió á Dios virginidad, y que nuestra Señora fué la primera, que sin ejemplo á quien imitase, le hizo y se ofreció á Dios: porque esta gloria estaba reservada á esta Señora, que sola había de juntar la flor de virgen con el fruto de madre. Siendo ya de edad para casarse, pareció á los sacerdotes, que la Virgen tomase marido, como lo hacían las demás, que tenían edad para ello. Mas como ella entendiese, que trataban de casarla, respondió con humildad y modestia: que aquello no podía ser; porque sus padres la habían ofrecido á Dios, y ella había hecho voto de perpetua virginidad. Admiráronse todos de oír cosa tan nueva, y trataron, si sería bien casarla con algún sacerdote, en cuya compañía perseverase en el servicio del templo: mas esto no tenía lugar; porque por ser única de sus padres había heredado, y según la ley era forzoso casarse con hombre de su mismo linaje y familia. Acudieron al divino oráculo; y respondió el Señor, que todos los que al presente estaban en Jerusalén, del linaje de David, se juntasen; y á quien le cupiese la suerte, ese se casase con ella; y la Virgen tuvo revelación del Señor, que obedeciese á los sacerdotes y que no temiese; porque él la guardaría. Cupo la dichosa suerte á José, de la tribu de Judá, natural de Belén, de oficio carpintero, hombre de madura edad y santo, y que siempre había guardado castidad, y cual convenia que fuese el esposo de tal esposa. Desposáronse, siendo la sacratísima Virgen de trece años y tres meses, y fué entregada á su esposo, para guardar y mirar por ella.

Con esto nuestra Señora volvió á Nazaret y habitó en la casa de sus padres, que ella, como hija única, había heredado: y estando en Nazaret la Virgen purísima, y

llegada ya aquella hora bienaventurada, en que Dios había determinado vestirse de nuestra carne en sus entrañas, vino á ella el arcángel san Gabriel con aquella tan alta y tan soberana embajada; y hallándose sola, retirada y suspensa, en contemplación, con grande humildad y reverencia la saludó y le dijo: «Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo; y tú eres bendita entre todas las mujeres.» Turbóse la Virgen, no por ver el ángel (que no era cosa nueva para ella); sino por verle en figura de hombre, y por las alabanzas que le daba, de las cuales ella se tenía por indigna. Mas el ángel la animó y declaró el misterio á que venia, y la aseguró que varon no tendría parte en ella, ni su virginidad, de la cual ella estaba tan solícita, padecería detrimento; porque el Espíritu santo vendría sobre ella, por cuya virtud concebiría al Hijo del Altísimo; y le trajo el ejemplo de su prima Isabel, que siendo vieja y estéril, había concebido; porque para Dios ninguna cosa es imposible, y cuando él es servido, como pare la estéril, puede parir la virgen. Con esta seguridad, obedeciendo á la voluntad del Señor, y humillándose profundísimamente hasta el abismo de su nacimiento, dió el sí, y consintió en la embajada, diciendo aquellas dulcísimas palabras, que alegraron al cielo y santificaron la tierra: «He aquí la sierva del Señor: cúmplase en mí su voluntad, según tus palabras.» En aquel momento concibió al Verbo eterno en sus entrañas, y fué verdadera Madre de Dios y de su padre y criador, y constituida reina del cielo y de la tierra, y de todo lo criado.

Acabado este inefable misterio, la Virgen y ya madre, movida del mismo Espíritu, que con tanta copia y plenitud de gracias había sobrevenido en ella, se puso en camino para visitar á su prima Isabel, y ejercitar la caridad con ella; y con admirable ejemplo de humildad, ayudarla, servirla y darle el parabién de la merced que el Señor le había hecho en su vejez con el nuevo hijo, y santificar al mismo hijo con sus palabras. Anduvo aquel largo camino con presteza; porque el fervor de su gran caridad la alentaba y daba fuerzas, y mucho mas el tesoro que llevaba en su sagrado vientre, porque la preñez no le estorbaba. Entró en casa de Zacarías, saludó á Isabel, visitó la mayor á la menor, y saludóla primero, ántes que Isabel la saludase; para darnos en todo ejemplo de aquella singular humildad, con que tanto agradó al Señor. Penetrañon las palabras de la Virgen por los oídos de la madre y llegaron al santo niño Juan, que estaba en sus entrañas; el cual, recibiendo el Espíritu de la santificación y conociendo al Señor del mundo, que estaba encerrado en el sagrado tálamo de María, dió saltos de placer, significando con ellos, lo que no podía declarar con palabras. De este movimiento y nuevo regocijo, entendió Isabel el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, y alumbrada con el espíritu de profecía y luz del cielo, dijo á la Virgen santísima: «Bienaventurada eres tú entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde merecí yo, que la Madre de mi Señor venga á mí?» y las otras palabras, que siguen en alabanza de la Virgen: la cual, reconociendo todas las gracias del Señor, y no atribuyendo ninguna á sí, cantó aquel cántico del *Magnificat*, que está mas lleno de misterios, que de palabras. Y habiendo estado casi tres meses en aquella casa, santificándola con su presencia, se volvió á la suya en Nazaret.

Aquí pasó aquella grande tribulación con la sospecha, que de ella tuvo el santo José su esposo; porque viendo él que la sacratísima Virgen estaba preñada, y sabiendo cierto que él no tenía parte en aquel preñado, se halló muy turbado y confuso, no sabiendo lo que en un caso tan dudoso había de hacer para cumplir con la ley, y no infamar á una mujer de tan loables costumbres, y que por ventura no tenía culpa. Y la santa Esposa, aunque veía las olas y afectos varios del corazón de su dulce esposo, y tenía pena de su pena; pero por encubrir el sagrado misterio, que Dios había obrado en ella, con el velo de la humildad disimulaba, callaba, oraba y encomendaba su causa á Dios, para que él pusiese remedio. Oyóla el Señor, y envió un ángel del cielo á José, que le apareció en sueños, y le declaró el misterio, y mandó que tomase á la Virgen, para servirla y acompañarla, y tener cuidado del fruto benditísimo que de ella naciese, á quien llamarían Jesus. Con esta revelacion se deshicieron aquellos nublados, cesó la tempestad y se serenó el corazón de José, y comenzó con mayor acatamiento y reverencia á seguir aquella Virgen, que ántes tenía por santa, y ahora conocía por madre de Dios: á la cual, estando ya en los nueve meses y vecina al parto, se le ofreció otro trabajo de un largo camino, que en tiempo de invierno y frío, hubo de hacer con su esposo, de Nazaret á Belen, para cumplir con el edicto del emperador Octaviano, que había mandado que todos los sujetos á su imperio se empadronasen cada uno en la ciudad donde había nacido: y como José era natural de Belen, fué necesario ir allá para cumplir con este mandato. Pasaron los santos esposos en este camino mucha incomodidad y trabajo, á causa de ser el camino largo, el tiempo recio, su pobreza mucha, la Virgen santísima de poca edad, y delicada, y ya en días de parir: la cual llevaba con admirable sufrimiento y alegría todas aquellas molestias; porque tenía en sus entrañas la dulzura y regalo del mundo. Llegaron á Belen, y no hallaron quién los albergase. Recogieronse á una cueva, que estaba fuera y pegada á los muros del pueblo, donde se solían acoger las bestias y pobres caminantes; y en aquel vil y desabrigado establo parió la Virgen á Dios encarnado, y habiéndolo envuelto en los pañales, que para este efecto llevaba, le reclinó en el pesebrè adorándole como á Dios, y reverenciándole como á Señor, y besándole como á hijo. A los ocho días del nacimiento se hizo la circuncision en el mismo portal, donde estaba; y el ministro de ella, dice el bienaventurado san Bernardo, fué san José, y entonces se le puso el nombre de Jesús y Salvador, que el ángel había publicado y traído del cielo. Vinieron despues los reyes Magos, guiados de la nueva estrella, y adoraron al doncel y á la doncella, al Hijo y á la Madre, declarando con sus dones de oro, incienso y mirra, lo que de aquel niño tierno y Dios eterno creían. Cumplidos ya los cuarenta días del sagrado parto, vino la reina de los ángeles á Jerusalem, para obedecer á la ley que Dios había dado de las paridas, para presentar su Hijo primogénito al Señor en el templo, y rescatarle con cinco siclos, como lo mandaba otra ley de los primogénitos. Aquí tuvo nuevas causas de alegría y de tristeza, de consuelo y de dolor; porque por una parte vió que la gloria de su benditísimo Hijo comenzaba á manifestarse al mundo, y que aquel santo viejo Simeon le había tomado en sus brazos, adorándole y re-

conociéndole por luz de las gentes, y ornamento y gloria del pueblo de Israel; y aquella venerable y anciana profetisa Ana le había magnificado y hablado altamente de sus grandezas y maravillas: lo cual todo era materia de gozo y de alegría; mas por otra parte atravesó su corazón un cuchillo de dolor, cuando oyó decir al santo viejo Simeon aquellas palabras: «He aquí este niño, puesto como blanco, á quien el mundo ha de hacer contradiccion, y muchos han de caer y levantarse por él en Israel: y tu alma será traspasada de un cuchillo de dolor, para que se descubran los secretos de muchos corazones de los hombres:» con las cuales palabras se echó acibar en los placeres de este día, y todo aquel gozo se agrió con temor y sobresalto, el cual comenzó á crecer; porque acabada aquella ceremonia y solemnidad de la purificacion de la Virgen, fué necesario aprisa huir á Egipto, para escapar el niño de las manos del impío rey Herodes, el cual le procuraba matar. Mas el ángel apareció en sueños á José, y le mandó que luego se levantara, y tomase al Hijo y á la Madre y se fuése á Egipto, y que allí estuviese hasta que fuese avisado: y José lo hizo así, y por caminos apartados y desiertos, con gran trabajo é incomodidad, y solícito cuidado, hicieron aquella larga jornada, y llegaron á Egipto, y habitaron en un lugar, que ahora llaman Matarea, entre Heliópoli y Babilonia, tres leguas de Babilonia, y cuatro de Heliópoli. Aquí pasaron la vida con gran necesidad y pobreza, por ser extranjeros y no conocidos, y nó con menor pavor y sobresalto; porque aunque estaban muy confiados que el Señor guardaría aquel niño; todavía el amor era causa del temor y no les dejaba reposar. Pero lo que mas alligó á la Virgen, era ver la ceguedad de aquellos pueblos, en que vivían, los cuales dejando á Dios verdadero, adoraban por dioses á las obras de sus manos, y al cocodrilo, y á las serpientes y otras sabandijas, y en ellas á los demonios, que los traían engañados. Estuvieron en Egipto hasta la muerte de Herodes, y por mandado del mismo ángel, que ántes había aparecido á José, volvieron á su tierra, é hicieron su asiento y morada en la ciudad de Nazaret, de donde venían cada año á Jerusalem á visitar el santo templo del Señor.

Siendo ya el niño de doce años, y habiendo venido, como acostumbra, con sus padres al templo, se quedó en él, sin que ellos lo entendiesen: y buscándole tres días con grandes sollozos, suspiros y lágrimas, al cabo le hallaron en el templo entre los doctores y sabios, proponiéndoles dudas, y respondiéndole á las que ellos le proponían. Viéndole así la dulcísima Madre, dijo al niño benditísimo: «Hijo, ¿por qué lo habeis hecho así, sabiendo que vuestro padre y yo con grande dolor os buscábamos? Y el Señor respondió: «¿Para qué me buscábades? ¿No sabeis que me tengo de ocupar en las cosas que tocan al servicio de mi Padre?» Las cuales palabras, aunque los circunstantes no las entendieron, la Virgen las notó y guardó en su pecho para rumiárlas, y considerar los misterios profundísimos que estaban envueltos en ellas. Todo el resto del tiempo hasta los treinta de su vida estuvo el Señor con su bendita Madre, acompañándola, obediéndola y sirviéndola, como hijo obedientísimo á su verdadera y amantísima madre: y de esta sujecion y obediencia podemos sacar la humildad del Hijo y la excelencia de la Madre; porque

no puede haber humildad mas profunda, que sujetarse y obedecer Dios á su criatura; ni mayor grandeza y soberanía, que mandar la criatura á Dios: y ésta tuvo la Virgen sacratísima hasta la edad de los treinta años de su Hijo: el cual habiendo cumplido veinte y nueve años y trece días, se despidió de su Madre, y fué á Betabora á ser bautizado en el rio Jordan, de san Juan, y de allí entró en el desierto, y ayunó cuarenta días, y fué tentado y venció al enemigo, y salió como maestro del cielo á predicar, y juntó discípulos é hizo lo demás que referimos en su vida. Pero en este tiempo, aunque andaba de unas partes á otras predicando, la Virgen sacratísima le acompañaba, y se halló con él y con sus discípulos en las bodas de Caná de Galilea, y faltando el vino, no faltó la piedad de esta Señora, para rogar á su bendito Hijo que proveyese aquella falta, para que no cayesen en vergüenza los novios, y con ocasion de aquel milagro se manifestase mas su gloria: y así lo hizo Cristo nuestro Redentor, que ninguna cosa, que le pide, niega á su Madre; y este fué el primer milagro que obró, convirtiendo el agua en vino, y mostrándose señor absoluto de todas las criaturas. Otra vez asimismo leemos, que estando predicando Cristo nuestro Señor, vino su Madre, y los oyentes le dijeron: «Hé aquí que tu madre y tus hermanos te buscan;» llamando hermanos, segun uso de los hebreos, á los parientes cercanos de Cristo, por parte de su Madre, y aun de José, á quien tenían por padre suyo. Y otras muchas veces es de creer, que la Virgen santísima acompañaba á su benditísimo Hijo, é iba con él, y le seguía, para servirle en sus trabajos y gozar de su vida y doctrina, y magnificarle por las maravillas que obraba; y duró el hacer esto, todo el tiempo que predicó Cristo; hasta que acercándose ya la hora en que el mismo Señor había determinado de morir, y habiendo celebrado aquella última y misteriosa cena con sus doce apóstoles, se despidió de su dulcísima Madre, que en la misma casa con otras santas mujeres á parte también había celebrado la pascua, y se fué al huerto, donde había de ser preso, quedando la Virgen en la misma casa, suspensa y temerosa, aguardando el suceso de la pasión.

Cuando supo que su Hijo estaba preso y que le llevaban de un juez á otro, luego, sin detenerse, salió de casa, y le siguió con otras santas mujeres hasta el monte Calvario, donde no se puede con palabras explicar, ni el dolor que penetró su corazón, viendo á su Hijo tan maltratado y afeado, y como un cordero manso despedazado de aquellos lobos infernales; ni la constancia y fortaleza que tuvo, conformándose en todo con la voluntad del Señor, y queriendo la muerte de su Hijo para gloria suya y satisfaccion de nuestras culpas: porque el dolor fué á la medida de su amor, de donde él y las demás pasiones nacen; y el amor de la Virgen para con su Hijo fué el mayor que jamás tuvo ni tendrá para criatura: porque fué amor de madre para con su único Hijo, é Hijo todo suyo, sin compañía de padre; é Hijo que juntamente era hombre y Dios; y en cuanto á la naturaleza humana, el mas acabado y perfecto hombre, y mas lleno de gracias y dones, que puede ser. Pero este sentimiento y dolor, aunque fué tan excesivo, no turbó á la Virgen, ni la afligió, de ma-

nera que no estuviese en pié, como una firme columna, allí cerca de la cruz, mirando con los ojos llorosos aquel espectáculo lastimoso, y ofreciendo al Padre eterno en sacrificio á su mismo Hijo en olor de suavidad, y suplicándole que le aceptase, y se aplacase, y por él perdonase los pecados del mundo; porque ella se conformaba con su voluntad santísima, y queria lo que él queria, y que su Hijo muriese con una muerte tan dolorosa y afrentosa; pues que su divina Majestad así lo había ordenado. De esta manera acompañó la Madre al Hijo en sus dolores y afrentas, y entró á la parte de su pasión como verdadera madre: la cual piedad queriendo remunerar el Señor, le dijo aquellas lastimeras y amorosas palabras: «Mujer: vé ahí á tu Hijo;» y luego dijo al discípulo: «Vés ahí á tu Madre:» dándole por hijo adoptivo á san Juan, que desde aquella hora la tomó por madre, para servirla y mirar por ella como si lo fuera: quedando con este truco la castísima Virgen traspasada de un agudo cuchillo de dolor, por ver cuán diferente era el hijo que perdía del que le habían dado, y el amor entrañable que para consigo tenía aquel Hijo, que estando como estaba, tan atormentado en la cruz, no se olvidaba de ella. Cuando le vió espirar, ella juntamente diera su espíritu, si con fuerzas sobrenaturales el Señor no la esforzara; y la lanzada, que despues de muerto se dió al Hijo, no ménos traspasó el corazón vivo de la Madre, que el corazón muerto del Hijo. Despues se bajó el sagrado y desoyuntado cuerpo de la cruz, y la Virgen le tomó en sus brazos con tal sentimiento, que ni se puede con palabras explicar, ni con entendimiento humano comprender. Finalmente, habiendo sepultado al Señor, acompañada de san Juan y de algunas piadosas mujeres se volvió á la casa de Juan Marcos, donde se había hecho la cena, con increíble tristeza, para aguardar el alegre día de la gloriosa resurreccion del gloriosísimo Hijo.

En este llanto pasó la Virgen aquellos tres días, que la ánima de su benditísimo Hijo estuvo en el limbo, y el cuerpo en el sepulcro; hasta que venida la mañana del día del domingo, resucitó victorioso, y acompañado de innumerables almas de los santos Padres, que como despojos había sacado del limbo, le apareció primero que á nadie, como á madre carísima y que mas que nadie lo merecía: con cuya vista las lágrimas de tristeza se convirtieron en lágrimas de consuelo, y se serenó aquella Señora, que estaba como luna eclipsada por la ausencia del sol. No se puede decir ni entender el gozo que recibió la Virgen con ver á su Hijo vencedor, y triunfador de la muerte, y los abrazos que le dió, y las veces que besó las señales resplandecientes de las llagas, que habían quedado en sus piés y manos y sagrado costado. Pues ¿quién podrá explicar las gracias y alabanzas que le dieron todas aquellas almas santas, por haber sido medianera de su remedio, libertadora de su cautiverio, y madre de aquel Señor que con tanta gloria los había rescatado? Cuarenta días estuvo el Señor en el mundo despues de haber resucitado, en los cuales es de creer que muchas veces visitó á su bendita Madre, recreándola con su vista, y regalándola con sus dulcísimas palabras; y que los apóstoles y los demás fieles le darian el parabien de la gloria de su Hijo, y que ella les quitaría toda la duda y sospe-

cia, y los confirmaría en la fé de la resurreccion. Al cabo de los cuarenta dias apareció últimamente el Señor á su Madre y á sus discípulos, y los llevó al monte Olivete, y despidiéndose, les echó su bendicion, y con inefable gozo, gloria y majestad subió á los cielos, dejando á la Virgen mas alegre por su gloria, que triste por su ausencia. Volvieron todos al cenáculo, donde perseveraron en oracion, esperando la venida del Espíritu santo: al cual recibió la Virgen con tantos mayores y mas copiosos dones y gracias que todos los demás, cuanto su disposicion era mayor, y la dignidad de madre y de maestra de toda la Iglesia lo pedia.

Después de esto moró la santísima Virgen en Jerusalem, ocupándose parte en altísima contemplacion de Dios y de los misterios, que vestido de su carne habia obrado, y particularmente en recibir muy á menudo el inefable Sacramento de su cuerpo con los otros fieles; porque si ellos lo hacian, ¿con cuánta mas razon lo haria la que tanto mejor que todos entendia la dignidad de aquel Señor, y tanto mas aparejada estaba para recibirle, y con el uso de él tanto mas soberanos dones y gracias continuamente recibia? Parte se ocupaba en visitar y reverenciar aquellos santos lugares que su Hijo habia consagrado con sus pisadas y obras maravillosas, y parte en formar aquella nueva y primitiva Iglesia del Señor, que se comenzaba á plantar y extender en el mundo: porque ella era la que enseñaba á los apóstoles, y la que les manifestaba los misterios de la encarnacion, nacimiento, circuncision y niñez de Cristo: ella la que con sus oraciones y vida divina, y palabras celestiales, alentaba y daba vida á toda aquella santa compañia: ella la que con sola su vista serenaba los corazones alligidos, componia los afectos desordenados, reprimia y mitigaba los apetitos sensuales, esforzaba á los flacos, levantaba á los caidos, confirmaba á los fuertes, y convertia los pecadores. Su caridad para con todos era ardentísima, la humildad profundísima, la paciencia en los trabajos y persecuciones invencible, y de manera que solo el verla despedia cualquiera tristeza y vano temor. Finalmente, era un oráculo de toda la Iglesia, un sol que resplandecia en el mundo, un prodigio divino, una Virgen tan vestida y adornada de Dios, que en su mismo rostro y semblante representaba la inefable dignidad de madre suya, con tan grande majestad y gracia, que todos tenian deseo de verla, y muchos se pusieron en camino para Jerusalem, para gozar de la presencia de esta santísima Virgen: porque, como dice san Ignacio en una epístola, que escribió á san Juan Evangelista: «¿Qué cristiano fiel y amigo de nuestra santa fé y religion habrá, que no desee ver y hablar á aquella que mereció tener en sus entrañas y parir á Dios verdadero?» Entre éstos fué tambien aquel gran Dionisio Areopagita, discípulo del apóstol san Pablo, del cual se dice, que habiendo sido poco ántes convertido á Cristo en Atenas por la predicacion de san Pablo, vino á ver á esta Señora; y que en viéndola, le dió una admiracion de grande suavidad, y vió en ella una dignidad mas que de persona mortal, que le causó un estupor maravilloso, que la tuviera por Dios, y como á tal la adorara, si no supiera por la fé que no lo era: y añade Ubertino, que vió san Dionisio al rededor de la Virgen un ejército de innumerables ángeles. Tambien estuvo un poco de tiempo la santísima Virgen en la ciudad de Efeso, en la provincia

de Asia, juntamente con san Juan Evangelista, como se saca del concilio Efesino en una epístola al clero de Constantinopla, derramando en todas partes sus resplandores, y dando salud y vida espiritual á todos aquellos con quienes trataba.

Habiendo, pues, pasado con este tenor de vida muchos años, y guardádola Dios para consuelo y bien de toda su Iglesia; siendo ya de anciana edad, viendo extendida por el mundo la fé y el nombre de su Hijo, encendida de amor y derretida de deseo de verle, le suplicó afectuosamente que la librase de las miserias de esta vida, y la llevase á gozar de su bienaventurada presencia. Oyó los piadosos ruegos el Hijo de la Madre, á quien siempre oye, y envióle un ángel con la alegre nueva de su muerte, la cual ella recibió con gran júbilo de su espíritu, y lo descubrió á su querido hijo Evangelista. Él lo dijo á los fieles que estaban en Jerusalem, y luego se derramó por los otros cristianos que estaban en toda aquella comarca, y vinieron muchos á Jerusalem, y se juntaron en el monte santo de Sion, en la casa donde Cristo cenó con sus discípulos, é instituyó aquella mesa real de su sagrado cuerpo para sustento de toda su Iglesia, y el Espíritu santo habia venido en lenguas de fuego. Trajeron los fieles muchas velas, unguentos y especies aromáticas, como tenian de costumbre; y muchos himnos compuestos para cantar en su glorioso tránsito; y para mayor gozo de la Virgen y consuelo de los apóstoles, de varias partes y provincias del mundo, en que andaban predicando, todos los que vivian entonces fueron traídos milagrosamente á su presencia: halláronse tambien otros varones apostólicos, Hieroteo, Timoteo y Dionisio Areopagita, y otros muchos que con grande instancia habian pedido al Señor que los hiciese dignos de ver aquel dichoso espectáculo. Cuando la Virgen purísima vió aquella santa y bienaventurada compañia, se gozó con un gozo inefable, é hizo gracias á su bendito Hijo por aquel incomparable beneficio que le habia hecho, y con rostro grave y sereno les dijo: que los espíritus celestiales habian mucho deseado su partida de esta tierra, y que ella tambien lo habia suplicado á Dios, y él se lo habia otorgado, y que así presto se cumpliria. Recostóse en una humilde cama; y mirando á todos, que ya tenian candelas encendidas en las manos, con un aspecto mas divino que humano les mandó que se acercasen, para darles su bendicion, la cual les echó suplicando á su Hijo que la confirmase desde el cielo, y les diese aquellos bienes sempiternos que nunca desfallecen ni se acaban. Todos se deshacian en lágrimas por la ausencia de tal madre, y ella los consolaba y decia: «Quedaos con Dios, hijos míos muy amados: no lloreis porque os dejo; sino alegraos, porque voy á mi querido.» Luego encomendó á san Juan que repartiese dos túnicas ó ropas, que habia usado, á dos doncellas que allí estaban, y habian vivido mucho tiempo con ella. En este punto bajó del cielo, acompañado de innumerables ángeles, su Hijo dulcísimo, y en viéndole, con grandes júbilos y saltos de su corazon, dijo la Madre santísima: «Bendigote, Señor, dador de toda bendicion, y luz de toda luz, por haberte dignado tomar carne de mis entrañas. Bien cierta estoy, que se cumplirá en mí todo lo que tú dijiste.» En diciendo esto, se reclinó en la cama, y se compuso decentemente, y levantando las manos en alto, llena de increíble gozo por ver á su Hijo, que la llamaba y convidaba á la eterna

felicidad, le dijo: «Cúmplase en mí tu palabra:» y con esto, como quien se echa á dormir, sin dolor alguno ni pesadumbre, dió su alma á aquel Señor, á quien ella habia dado su carne, la noche ántes del día quince de agosto, cincuenta y siete años despues que parió á Cristo, y á los veinte y tres de su pasion, siendo de edad de setenta y dos ménos veinte y cuatro dias, según la mas probable y verdadera opinion: porque algunos no le dan sino cincuenta y nueve, y otros sesenta y dos, ó sesenta y tres; y otros ménos. Pero supuesta la verdad tan testificada de tantos y tan graves autores, que los sagrados apóstoles se hallaron á la muerte de la Virgen santísima, y que san Dionisio Areopagita, como él dice, estuvo presente á ella, necesariamente le habemos de dar mas larga edad; pues él no se convirtió á Cristo hasta que san Pablo vino á Aténas, que fué el año del Señor de cincuenta y dos, y á los sesenta y siete de la Virgen.

Llevó el bendito Hijo el alma purísima de su bendita Madre al cielo, donde fué recibida de toda aquella córte celestial y bienaventurados espíritus, con cantares de alabanzas y júbilo de fiestas y alegría, como convenia que fuese recibida la Reina de todos, y Madre de su Señor. Admiráronse de su belleza, gloria y majestad, y de verla tan rica y adornada de tantas virtudes y gracias soberanas, que con su resplandor oscurecia las de los otros santos, como el sol la claridad de las estrellas. Allí fué colocada sobre todos los coros de los ángeles en coro á parte y por sí, á la diestra de su Hijo. En la tierra, al mismo tiempo que espiró la Virgen, los mismos ángeles que acompañaron su alma, dieron música suavísima, y no ménos los que quedaron al rededor de su sagrado cuerpo, para celebrar las exequias: y esta música fué oída de los que allí estaban presentes. Mas los apóstoles y discípulos del Señor cuando vieron difunta á la Virgen se arrojaron en el suelo, besaron con gran ternura, devocion y afecto aquel santo cuerpo, cantando himnos y alabando al Señor, que habia tomado carne de aquella carne, y por medio de ella obrado tan grandes maravillas. Ungieron el cuerpo, como era de costumbre, con preciosos unguentos, y envolviéronle en una sábana limpia, esparciendo flores y suaves olores; pero ninguno llegaba á la fragancia que del santo cuerpo salia. Vinieron muchos enfermos con varias y graves dolencias, y todos quedaron sanos por virtud de aquella Señora, que nos dió la salud al mundo. En amaneciendo el día quince de agosto, los santos apóstoles tomaron sobre sus hombros las andas, en que iba el sagrado cuerpo, y lleváronle por medio de la ciudad á Jetsemaní, cantando ellos, y todos los fieles y los mismos ángeles, que acompañaban el entierro, loores á la Virgen. Atrevióse un judío pérfido y obstinado, del linaje sacerdotal, á echar mano de las andas para derribarlas en el suelo: mas las manos cortadas de sus brazos quedaron allí pegadas, en castigo de su loco atrevimiento. Conoció el ciego su culpa, alumbrado con la pena: lloróla; pidió perdon, y alcanzóle; porque mandando san Pedro juntar los brazos mancos con las manos, que colgaban, quedó el hombre sano en cuerpo y en alma; pues en día tan solemne y de tanto regocijo para la Virgen, no convenia que ninguno dejase de recibir mercedes por su mano. En llegando á Jetsemaní, al tiempo que el santo cuerpo se hubo de poner en el sepulcro, allí fué el renovarse el llanto, el besarle de nuevo y adorarle con gran reverencia,

sin poder desviar los ojos de donde tenian el corazón. Al fin se puso el cuerpo en el sepulcro, pero nó por eso se partieron los apóstoles; ántes estuvieron allí tres dias, oyendo la música de los ángeles, alabando juntamente con ellos á Dios. Llegó al tercer día santo Tomás apóstol, que no se habia hallado á la muerte de la Virgen, y deseando ver y reverenciar al santo cuerpo, pidió que se abriese el sepulcro, permitiendo el Señor que viniese tarde, para que con esta ocasion se manifestase lo que sucedió: porque abriendo el sepulcro, no se halló el sagrado cuerpo, sino solamente bien compuesta la sábana y los lienzos, en que habia sido envuelto, los cuales ellos besaron; y cerrando el sepulcro, del cual salia un olor suavísimo y mas del cielo que de la tierra, llenos de gozo y de incomparable alegría se volvieron á la ciudad, teniendo por cosa muy cierta y averiguada, que aquel cuerpo santísimo, unido ya con su ánima, y glorioso, habia resucitado y subido al cielo.

La estatura de la Virgen fué mediana, aunque algunos dicen, que fué algo mas que mediana. El color era trigueño, el cabello rubio y de color de oro, los ojos vivos y las niñetas de ellos un poco coloradas, las cejas arquedas, negras y graciosas, la nariz un poco larga, los labios hermosos y de mucha suavidad en el hablar, el rostro mas largo que redondo, las manos y dedos largos, su aspecto grave y modesto, sin ningun género de fausto, ni melindres, ni afectacion, sino sencillo y humilde. Los vestidos que traia no eran teñidos, sino de su color nativo. Era muy mansa, compuesta y recatada; nó iracunda, ni risueña, ni libre en el hablar. Pintó san Lucas Evangelista, viviendo la Virgen, algunas imágenes suyas: una de ellas está hoy día en Roma, en la iglesia de santa María la Mayor, en la cual se echan de ver las facciones de la Virgen, y cuánto se parecia la madre á su Hijo.

Esta es la vida de la sacratísima Virgen nuestra Señora, sacada de graves autores, referida breve y sencillamente, dejando los inefables misterios que en ella se encierran, para tratarlos mas copiosamente en los dias de sus festividades, en que la santa Iglesia los celebra, como en sus propios lugares se verá.

En el cielo está sin duda en cuerpo y alma nuestra madre, y allí está nuestra abogada y nuestra reina, alegrando con su vista todas aquellas jerarquías de los ángeles, y á todos los cortesanos y moradores del cielo, é intercediendo por nosotros, y como fiel depositaria y dispensadora universal de todos los tesoros y gracias de Dios, repartiendo de ellas á los fieles, y con mas larga mano á los que con mas cuidado la sirven, y con mas particular devocion se le encomiendan; porque ella es el cuello, por el cual nuestra cabeza, que es su benditísimo Hijo, influye en el cuerpo de su Iglesia todo el sentimiento y movimiento espiritual, con que ella vive y se conserva; es el caño y arcaduz por donde pasa toda el agua que de aquella fuente de vida se deriva á nuestras almas; es la tesorera general de todas las riquezas que Dios tiene en el cielo y en la tierra; y es la puerta por donde habemos de entrar, si queremos alcanzar perdon y misericordia en el acatamiento del Señor: es madre de la gracia, por ser madre de Jesucristo, que es autor y dador de la misma gracia, por quien han sido agradables á Dios todos los que lo han sido desde el principio del mundo, y lo serán hasta el fin de los siglos. Por donde se ve las obligaciones pre-

cisas que nos corren de ser devotísimos de esta Virgen sacratísima, no solamente por habernos dado á su Hijo preciosísimo, concebido de su sangre en sus entrañas (que es todo nuestro bien, y el cumplimiento y remate de todos nuestros deseos y de nuestra bienaventuranza); sino tambien porque no podemos gozar de este tesoro y sumo bien, si no somos ayudados y favorecidos de la misma reina, por cuya mano el Señor nos le comunicó con tan inestimable liberalidad. Tenemos necesidad, como dice san Bernardo, de esta medianera para con su Hijo, que es único medianero entre nosotros y el Padre eterno. Por esto, todos los santos, de todas las edades y naciones que ha habido en la Iglesia católica, han sido siempre devotos y fidelísimos siervos de esta Señora, y se han empleado en alabarla, magnificarla y servirla con sus pensamientos, meditando sus grandezas; con sus lenguas, predicando sus maravillas; con su estilo, escribiendo sus excelencias; con su vida, imitando la vida divina, de la que Dios puso por ejemplo del mundo: cuanto han sido mas santos, tanto han sido mas devotos capellanes de la gloriosa Virgen. Y los santos y graves autores dicen: que es singular gracia y favor de Dios, y unas como prendas de la salvacion, el tenerle particular devocion y acudir á ella con confianza, hacerle algun servicio, tomarla por abogada y patrona, é imitar sus virtudes, porque es madre de misericordia, y ninguno esperó en ella y quedó confuso: y á esta causa el meliflúo san Bernardo, y devotísimo de nuestra Señora, dice: «Calle vuestra misericordia, ó Virgen beatísima, si hay alguno que no halló vuestro favor, cuando os lo pidió en sus necesidades:» y en otro lugar nos exhorta á todos á tener con ella especial devocion, y acudir á ella en todas nuestras necesidades por estas palabras: «O tú, que entre las ondas de este siglo andas fluctuando, si no quieres perecer en la tormenta, no desvíes los ojos de este norte y de esta estrella. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si fueres á dar en la roca de las tribulaciones; mira á la estrella, y llama á María. Si te arrébatla la ola de la soberbia, de la ambicion, de la detraction ó envidia; mira á la estrella, y llama á María. Si la navecilla de tu alma zozobraré, y estuviere en peligro por la codicia ó algun apetito sensual; mira á María. Si te comienzas á ahogar por la gravedad de tus delitos y la fealdad de tu conciencia, y espantado del juicio divino te afliges y temes caer en el profundo abismo de la desesperacion; piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las caídas congojosas, piensa en María, llama á María. No se aparte de tu boca, no se aparte de tu corazon; y para que alcances el favor de su oracion, no dejes los ejemplos de su conversacion: porque siguiéndola, no vas fuera de camino; rogándola, no desesperas; pensando en ella, no yerras; teniéndote ella, no caes; defendiéndote, no temes; siendo tu guía, no te cansas; y siéndote ella propicia, llegas al deseado puerto de la eterna felicidad.» Todo esto es de san Bernardo. Y es cierto, que esta Virgen castísima y Madre benignísima toma debajo sus alas, y con especial amparo defiende, á los que con entrañable afecto se encomiendan á ella, y les hace particulares mercedes, favores y regalos. A san Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea, le apareció, y mandó á san Juan Evangelista que le enseñase lo que habia de creer y predicar acerca del misterio de la santísima Trinidad. Para atajar los daños, que Juliano Apóstata amenazaba á la Igle-

sia del Señor, á suplicacion de san Basilio, la Virgen mandó á san Mercurio, mártir, que matase al tirano; y así lo hizo. A san Martin le apareció, y le recreó, acompañada de un coro de vírgenes, que bajaron del cielo con ella. A san Cirilo Alejandrino, que por su servicio salió en campo contra Nestorio hereje y le venció, le socorrió á la hora de la muerte, y le alcanzó perdon de la culpa que habia tenido en creer mal de san Juan Crisóstomo. A san Juan Damasceno restituyó la mano derecha, que el rey bárbaro por falsa acusacion de los herejes le habia mandado cortar: y en testimonio de este milagro, quedó por señal como un hilo en la juntura donde la mano se pegó con su brazo. San Gregorio Magno con la imágen de la Virgen, que pintó san Lucas, y él mandó llevar en procesion, amansó la indignacion del Señor, y cesó aquella cruelísima pestilencia que arruinaba y consumía la ciudad de Roma; y por un preciosísimo don envió á san Leandro, arzobispo de Sevilla, íntimo amigo suyo, la imágen de nuestra Señora, que hoy día está en Guadalupe, y hace tantos y tan continuos milagros cada día, y por ellos es reverenciada, no solamente en toda España, sino en todo el mundo. San Ildelfonso, arzobispo de Toledo, por haber defendido con singular valor, celo y doctrina la pureza y perpétua virginidad de esta reina de los ángeles con ciertos herejes que la pretendian oscurecer, mereció verla y adorarla en su templo de Toledo, y recibir de su mano aquella vestidura celestial, con que quedó tan rico, favorecido y hecho en la tierra ciudadano del cielo. A Ruperto, abad Tuiciense, que por ser tardo de ingenio, desconfiaba poder entender y penetrar bien los misterios que están encerrados en las divinas Letras, impetró de la Virgen sacratísima tan grande luz de ciencia y doctrina, que fué uno de los sapientísimos varones de su tiempo, y esclarecido en vida y en muerte con muchos milagros: y el mismo beneficio recibió el beato Alberto Magno, fraile de la órden de Santo Domingo, y maestro del gran doctor de la Iglesia santo Tomás de Aquino, en el conocimiento de todas letras, y especialmente de las naturales y filosóficas, que él deseó y pidió á nuestra Señora, por verse de poca habilidad y rudo ingenio. Seria nunca acabar, si quisiésemos referir aqui todo lo que graves autores escriben de los favores que esta Señora nuestra ha hecho á los que con limpio y devoto corazon le han pedido remedio y le han hecho algun servicio. Però no es ménos admirable su misericordia para con los pecadores, que su liberalidad y magnificencia para con sus devotos siervos. ¿Quién no sabe como libró esta Madre y abogada de los pecadores á aquel arcediano ó mayordomo de Adama, ciudad de Cielia, llamado Teófilo? El cual por verse acusado falsamente, vencido de la impaciencia y dolor, ciego, negó á Cristo, y á su bendita Madre, y se entregó totalmente á Satanás, y le dió vasallaje, con una cédula escrita de su mano; la cual cédula despues recobró por la intercesion de la misma Señora, que habia ofendido, é impetró perdon de su gravísimo pecado. Pues, ¿qué diré de María la penitente, que llaman Agipefaea? La cual habiendo sido ántes un muladar abominable por su desonestidad, despues que en Jerusalem se encomendó á la Virgen de las vírgenes, y le prometió dar libelo de repudio á todas las blanduras de la carne, por su intercesion floreció como un paraíso de deleites, y fué espejo de penitentes. Y no es ménos de maravillar la gracia que hizo nuestra Señora á una mujer de Alemania, la cual el año

del Señor de 1094, no lejos de la ciudad de Laudum, habiendo muerto á un hombre, y siendo condenada á ser quemada viva por ello; al tiempo que la llevaron al suplicio, pidió con grande afecto favor á la Virgen: y ella se le dió tan cumplido, que echada dos veces en el fuego, no se quemó ni se chamuscó un solo hilo de su ropa. Y como estos hay otros innumerables milagros, que en todos los siglos pasados, y en todas las provincias y naciones del mundo, con todo género de estados, sexos y condiciones de personas, en paz y en guerra, en la prosperidad y en la adversidad, en vida y en muerte, con justos y con peca-

dores, ha obrado el unigénito y todo poderoso Hijo de María; para honra de su Madre santísima: y los que cada día obra en toda la redondez de la tierra, y especialmente en algunos señalados lugares y santuarios que él ha escogido, para que en ellos sea mas invocada y reverenciada aquella Señora (como son, la santa casa de Loreto en Italia, las de Monserrate y de Guadalupe en España, y las otras muchas que en ella y en toda la cristiandad son tenidas en grande veneracion), son tantos y tan notorios, que no tienen cuenta, y como cosa muy sabida es mejor dejarlos, pues por mucho que se diga, siempre quedará mas que decir.

VIDAS DE TODOS LOS SANTOS

QUE VENERA LA IGLESIA.

ENERO.

DIA 1.

LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR. — Entre las otras ceremonias y sacramentos legales, que instituyó Dios para el pueblo de los hebreos, el mas principal fué el sacramento de la Circuncision: el cual á parte, y por sí solo, mandó á Abraham que usase él y todos sus descendientes, cuatrocientos ó mas años ántes que diese la ley en el monte Sinai, y ordenase las otras ceremonias y sacrificios, con que queria ser servido y reverenciado de aquel pueblo. Sobre todos ellos en la Circuncision se borraba la mácula del pecado original, y se perdonaban los otros pecados actuales, y se conferia la gracia al que dignamente la recibia, nó por virtud y eficacia de la misma Circuncision, sino por la profesion de la fé que en ella hacia el que la recibia.

Instituyó Dios este sacramento de la Circuncision, y dióle á Abraham, para que fuese una señal de concierto y pacto que se habia hecho entre él y su pueblo y por una parte le trajese á la memoria aquellas magnificas promesas, que hizo á Abraham, de multiplicar su generacion como las estrellas del cielo, y darle el señorío y posesion de la tierra de Canaan, y que de su casta y sangre naciera el Mesias, y todas las gentes serian benditas por él; y por otra parte le representase aquella excelente fé de su padre Abraham, con la cual, obedeciendo á Dios, salió de su casa, y de su tierra, y de sus deudos, y creyó todo lo que le habia prometido, y con tan extremada y resoluta voluntad quiso ofrecerle á su único hijo Isaac sobre un altar en sacrificio, y le procurase imitar. Instituyó tambien la Circuncision el Señor para separar y distinguir el pueblo de Israel de las demás gentes y naciones con este señal exterior, y como divisa de su familia: y por esto, así como los griegos llamaban á los hombres de todas las naciones, como por desprecio, « Bárbaros; » así los judios por escarnio los llamaban « Incircuncisos, » como desechados del palacio

y córte real, que no traian la librea del rey del cielo, ni tenian este sacramento en que se limpiaba el pecado original, que se deriva del primer padre del linaje humano, y por la generacion se transfunde y pasa á todos sus hijos: de suerte, que en siendo el niño concebido en las entrañas de su madre, le mira Dios como á hijo de Adán, y de rebeldé, y de ira; y para lavarle de aquel pecado que cometió, nó por su voluntad, sino por ser hijo de tal padre, ordenó en la ley vieja la Circuncision; y en la nueva el sacramento del Bautismo, figurado por la misma Circuncision, que era como sombra de lo que Dios habia de obrar despues de la luz clara del Evangelio.

Porque así como la Circuncision era una protestacion de la fé y una señal de la justicia que por ella se alcanzaba, y el circuncidado se matriculaba y contaba en el número de los fieles, y era del pueblo de Dios, y capaz de los otros sacramentos y misterios divinos; así el Bautismo se llama y es sacramento de la fé y puerta de los otros sacramentos, por el cual se entra en la Iglesia, y el que le recibe es contado entre los hijos de ella: y como la Circuncision era la marca y divisa del viejo Testamento, en que se diferenciaba el pueblo fiel del infiel, y el circuncidado se sujetaba á la jurisdiccion y potestad de la sinagoga; así en el nuevo, el Bautismo aparta al cristiano del que no lo es, y le sujeta á la santa Iglesia.

Verdad es que el Bautismo es mucho mas excelente que la Circuncision, y le hace grandes ventajas; porque no es riguroso, ni doloroso y sangriento, como la Circuncision, ni es menester aguardar ocho dias para bautizarse, como lo era para circuncidarse, y es sacramento universal para los hombres y para las mujeres, y necesario para todas las naciones del mundo, presentes y por venir, hasta su consumacion: lo cual no era así de la Circuncision, que solamente obligaba á los varones y nó á las hembras, á los del pueblo de Israel y nó á los demás. Finalmente es mas eficaz y perfecto el Bautismo que la Circuncision, porque

imprime en el alma una señal indeleble y perpétua, que no se puede borrar, y la limpia de toda mancha de culpa, y la libra de la pena que por ella merece, ábrele la puerta del cielo, y hácela heredera de la bienaventuranza, no solo significando la gracia que por él se da al que dignamente le recibe, como lo hacia la Circuncision; sino obrando la misma gracia, como instrumento divino, del cual maravillosa y sobrenaturalmente se sirve Dios para estos efectos. Quedando, pues, declarado por qué Dios ordenó la Circuncision, y los efectos que hacia, y en qué se diferenciaba del sacramento de nuestro Bautismo; veamos ahora brevemente por qué Cristo nuestro Señor, no estando obligado, pues él era legislador y exento de su ley y sin pecado, y concebido por el Espíritu santo, quiso sujetarse á la ley de la Circuncision, que era tan rigurosa y dolorosa, que muchos niños por ella enfermaban y morían: y para su Majestad en cierta manera afrentosa; pues con ella el inocente se mostraba culpado y pecador.

No habemos de considerar el misterio sacratísimo de la Circuncision como obra de un niño de ocho dias, que no sabe lo que hace; porque aunque es verdad que el que era eterno se hizo temporal, y el que fué ante todos los siglos quiso hacerse niño, y que se le contasen los dias; pero este niño en el vientre de su madre era varon, era Dios; y de tanta sabiduría, como lo es ahora en el cielo: y así debemos con grande reverencia y devocion escudriñar las causas porqué el Señor hizo lo que hizo, para admirarnos mas de su bondad, agradecer mas sus beneficios é imitar mas perfectamente sus ejemplos. Sujetóse, pues, á la circuncision para manifestarnos que era hombre verdadero y tenia carne pasible y de nuestra naturaleza, y confundir al hereje maniqueo, que decia que el cuerpo de Cristo no era verdadero, sino aparente y fantástico; y á Apolinar, que enseñaba que era consubstancial con la divinidad; y á Valentin, que soñaba que habia venido del cielo: para cerrar las bocas de todos los perversos herejes, que pusieron dolencia en la humanidad de Jesucristo nuestro Redentor: y no ménos para quitar á los judios el color que tuvieran para desecharle y no recibirle por el Mesías; porque si no fuera circuncidado, dijeran, ó que no era judío, ni hijo de Abraham (de cuya casa habia de ser el ungido de Dios); ó á lo ménos que no era su amigo, pues no guardaba la Circuncision que Dios habia dado, y entre ellos era sacramento de tanta estima y veneracion. Quiso asimismo comenzar presto la obra de nuestra redencion, y darse prisa; porque no le sufría el corazon aguardar treinta y tres años, para dar su preciosa sangre por nosotros: y aunque la paga entera, y el finiquito de nuestro rescate se habia de dar en la cruz y vertersé toda su sangre; hoy dió, como caudaloso mercader, la señal de lo que entonces habia de pagar, y comenzó á derramar su purísima y benditísima sangre, para manifestarnos su grande amor y cautivarnos con tan dulces prendas, y hacernos sentir y decir con admiracion: «Si eres niño, y has amor; ¿qué harás cuando mayor?» Y no nos mostró este niño sacratísimo su amor solamente con darnos su carne y sangre para nuestro remedio, sino mucho mas con haber tomado hoy el sambenito y divisa de pecador: porque si la Circuncision, como dijimos; fué instituida para perdonar en ella el pecado original, el que se circuncidaba daba á entender que tenia el pecado, que con ella se habia de perdonar, y para que se perdonase ella habia sido insti-

tuida; y que estaba enfermo, pues tomaba la medicina que Dios le habia dado para remedio de la enfermedad. En su encarnacion se hizo Dios hombre; en su nacimiento hombre mendigo y pobrísimo; en la Circuncision se dejó herrar como esclavo, pues se vistió de hábito y divisa de pecador. Mucho espantan estos dos extremos, Dios y hombre, y mas Dios y azotes, Dios y muerte; pero sin comparacion excede todo encarecimiento y espanto, Dios y pecado; porque no repugna tanto la carne al espíritu, ni la muerte á la vida, como la culpa del pecado á la suma y eterna bondad: y habiéndose hallado modo para juntar con la fuente de la vida una muerte tan penosa y afrentosa, como el Hijo de Dios padeció en la cruz; no es posible hallarle, para que se junten Dios y pecado. Y puesto caso que hoy no hubo ni pudo haber pecado; hubo divisa, y apariencia de pecado; y el Cordero sin mancilla, que vino á quitar todos los pecados del mundo, tomó figura de pecador, para descubrirnos mas las llamas que ardan en su divinal pecho, y abrasarnos con su encendido amor, y confundir nuestra soberbia que quiere pecar, y no parecer que peca, y teniendo las obras de pecado, huye el nombre de pecador. Esta humildad nos enseñó hoy el humildísimo niño Jesus; pues, como dijimos, no está tan léjos de Dios el morir, como pecar; ni la deshonra de la cruz, como el traje y hábito de pecador. Con esta profundísima humildad juntó hoy el Señor el ejemplo de perfectísima obediencia, y cumplimiento de su ley; porque si él se sujetó por nuestro amor á la ley, que no le obligaba, ¿cómo nosotros dejaremos de obedecer á la ley, que por tantos títulos nos obliga? Y siendo Dios tan celoso de su honra y autoridad, y tan puntual en la obediencia que nos pide, y tan riguroso en castigar cualquiera desobediencia de sus mandamientos, de los cuales dice el real profeta, que mandó que se guardasen exactísimamente y con alguna demasia; si demasia puede haber en la observancia de lo que manda Dios: *Tu mandasti mandata tua custodiri nimis*; muy justo fué que nos enseñase esta obediencia con su ejemplo, y se mostrase contrario, no ménos con las obras que con las palabras, á los fariseos, á los cuales reprendió, porque imponian á los otros cargas pesadas; y ellos no las querian llevar, ni aun tocar con el dedo. No así nuestro buen maestro y Señor; él lleva la carga pesada de nuestras culpas, padeciendo por nosotros tantas penas, para darnos sus merecimientos y premios: él tomó sobre sí la Circuncision para librarnos de ella, y como ama piadosa y amorosa, que está sana, tomó la purga para curar al niño doliente que cria á sus pechos, y recibió el cauterio en su cabeza para sanar los miembros enfermos del cuerpo. Y con esto dió el Señor fin á la Circuncision de la carne, porque habiendo de manifestarse la luz del día resplandeciente del Evangelio, era conveniente que desapareciese la sombra y la noche oscura, y que habiendo de comenzar la verdad, cesase la figura. Pero porque aquella figura habia sido buena y ordenada de Dios para cierto tiempo, quiso que muriese en sus manos, para sepultarla con honra, y que cortando el cuchillo de dolor sus delicadas y tiernas carnes en la Circuncision, perdiese sus aceros y sus hilos para con nosotros, desobligándonos de su duro yugo, y obligándonos á otra mas suave y mas excelente circuncision. Murió en Cristo la circuncision de la carne, y comenzó la circuncision de espíritu: aquella era para los judios carnales; esta otra es para los cristianos y hombres

espirituales que son verdaderos hijos de Abraham en la fé, en la obediencia y perfecta imitación: y por esto dijo el apóstol san Pablo: «Nosotros somos la verdadera circuncisión, que servimos á Dios en espíritu, y nos gloriamos en Jesucristo, y no ponemos nuestra fiducia en la circuncisión de la carne:» y en otro lugar dice: «En Cristo sois circuncidados, nó con cuchillo material que corta parte de vuestra carne, sino con aquel cuchillo de piedra viva, que es el mismo Cristo, con el cual estais sepultados en el Bautismo.» Hoy fué circuncidado el Señor en su carne, para que nosotros lo seamos en el espíritu: porque todas sus acciones son para nuestra enseñanza y ejemplo, nó corporal, sino espiritual; y así lo debe ser su Circuncisión, imitándola espiritualmente y haciendo aquello que dijo Jeremías, hablando con el pueblo de Judea y con los moradores de Jerusalem: «Circuncidad, dice, cortad y quitad los prepucios y superfluidades de vuestros corazones.» Ofreced á Dios el corazón limpio, casto, puro, santo, desnudo de pensamientos vanos, de amores desordenados y de cuidados superfluos, de intenciones torcidas, de fines siniestros. Y pues el corazón es el primer miembro que vive en el hombre, y del cual se deriva la vida en los demás, viva vida espiritual, viva en Dios para que todas nuestras potencias y sentidos vivan en él, y especialmente los ojos, que son como una imagen y retrato del mismo corazón, desviándolos de la vista liviana, curiosa y poco recatada, y mucho mas de la deshonesta y lasciva: y la lengua circuncidando y cercenando los juramentos no necesarios, y las palabras ociosas, inútiles, mentirosas, perniciosas para nosotros, ó perjudiciales al prójimo: y los oídos, cerrándolos á la lisonja, á las murmuraciones, chismes, detracciones; y abriéndolos para oír las palabras del Señor, abrazándolas y recibíendolas en lo mas íntimo de nuestra alma; y finalmente ajustando nuestra vida con la de Jesucristo, y conformando, cuanto la flaqueza humana pudiere, nuestras costumbres con las suyas: y esta es la circuncisión que hoy nos pide el niño Jesus, y para enseñarnosla, quiso ser circuncidado, y la Iglesia celebra esta fiesta.

EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESUS.—Circuncidan al niño, y llamanle Jesus: para que no pensásemos que la circuncisión era remedio del pecado en el niño, dice el evangelista que le pusieron por nombre Jesus; y que este nombre vino del cielo, y que habia sido pronunciado por el ángel, aun antes que el niño fuese concebido en las entrañas de la madre. Maravillosa junta es la de la circuncisión y del nombre de Jesus, que quiere decir «Salvador;» para asegurarnos que no tiene pecado el que es Jesus y Salvador de pecados. La ignominia, que se podia seguir en los ojos de los ignorantes, por ver á Cristo nuestro Señor circuncidado y con divisa de pecador, el nombre de Jesus la borra y deshace con la gloria de su majestad, así como el oprobio y afrenta de la cruz se quitó con el título glorioso, que se puso sobre ella, en que estaba escrito: «Jesus Nazareno, rey de los judíos.» Y si bien atendemos, hallaremos que la divina sabiduría siempre juntó en los misterios de nuestra reparación lo alto con lo bajo, y con lo humano lo divino; porque si Cristo tuvo madre en la tierra, fué madre virgen; y si nació en un portal desabrigado y pobre, fué en él conocido de los pastores, adorado de los reyes, y alabado de los ángeles, y anunciado y predicado en el mundo; y por la misma causa hoy fué

circuncidado y se llama Jesus. Primero se circuncidaban los hebreos, y luego se les ponía el nombre; para que la señal divina precediese á la humana, y estando ya el niño consagrado á la majestad de Dios, comenzase á tener nombre entre los hombres: de manera, que así como ahora en el bautismo damos el nombre al que está ya reengendrado en Cristo; así se daba en el viejo Testamento á los que por la circuncisión eran ya del pueblo del Señor. Esta costumbre se tomó del patriarca Abraham, el cual el mismo día que se circuncidó, se mudó el nombre, y de Abram, que significa «Padre excelso,» se llamó Abraham, que quiere decir «Padre de muchas gentes y pueblos.»

Mas, dice el evangelista san Lucas, que este nombre de Jesus vino del cielo, y que el ángel san Gabriel le declaró antes que el niño fuese concebido; para darnos á entender que el Padre eterno dió este nombre á su benditísimo Hijo, y que él solo se le podia dar; porque solo sabia su grandeza, su excelencia y majestad, y comprendia su naturaleza, y el oficio y eficacia de Salvador que le habia dado. Los hombres ponemos los nombres, ó por el tiempo, llamando Pedro al que nació el día de san Pedro, ó por varias y diferentes causas, por conservar la memoria de nuestros padres y abuelos, ó por algun caso que sucede; y muchas veces nos engañamos, dando á las cosas nombres que no les cuadran; porque no conocemos y comprendemos bien la naturaleza y virtud de ellas, lo cual es menester para que el nombre perfectamente diga y convenga con lo que significa: y por esto Adán, como tan bien sabia las naturalezas y propiedades de las cosas, pudo darles el nombre que les convenia; y mucho mejor sin comparacion lo hace Dios, que conoce todas las cosas que crió, y llama á cada una de las estrellas por su nombre; y por esto á solo Dios propiamente toca dar el nombre á las cosas, porque él solo perfectamente las conoce como obra de sus manos. Pero si el dar nombre á las criaturas es propio del Criador, ¿cuánto mas estará reservado al Padre eterno el dar nombre á su unigénito Hijo? Porque él solo le engendra y le conoce, como á su verbo coeterno y substancial, y resplandor de su gloria y figura de su substancia: y por esto dijo el mismo Verbo eterno encarnado: «Ninguno conoce al Hijo, sino el Padre.» Y si es oficio del padre poner el nombre á su hijo, como lo mostró Zacarías, cuando dijo: *Joannes est nomen ejus*, Juan es su nombre; no teniendo Jesucristo nuestro Salvador padre en la tierra, sino en el cielo, de allá habia de venir este divino nombre y ser publicado por boca de ángel: el cual no puso nombre á Cristo, sino declaró el nombre que el Padre eterno en el cielo le habia dado. Llámase, pues, el niño «Jesus,» que quiere decir «Salvador;» porque como dijo el ángel á san José, habia de salvar á su pueblo de sus pecados. Muchos se han llamado Jesus y Salvadores; pero ninguno de ellos ha sido Jesus ni Salvador, de tal manera, que este nombre propiamente le arme, ni le hincha la entera significación del Salvador. Jesus se llamó Josué, capitán valeroso de Dios, que allanó con las armas la tierra de Promisión, y la repartió á los hijos de Israel: tambien se llamó Jesus Sirach, varón sepientísimo, el que escribió el libro del Eclesiástico; y Josedech gran sacerdote y de santísima vida: pero todos estos tres fueron sombra y figura de nuestro Jesus, el cual como capitán esforzado habia de vencer á todos nuestros enemigos y entregarnos

la verdadera tierra de promisión; y como sapientísimo doctor enseñarnos el camino del cielo, y como divino sacerdote ofrecerse en sacrificio al Padre eterno por nuestros pecados. Salvador se llamó José, Gedeon, Sanson y Jepté, y otros se llamaron Salvadores de los pueblos que defendían ó gobernaban; pero ¿qué tiene que ver aquella salud, que ellos daban, con la que de nuestro Jesus y verdadero Salvador habemos recibido? Aquellos salvaron sus pueblos de la opresión y cautiverio de los enemigos, y defendieron la tierra, las viñas, los campos, las casas y las haciendas de los que las venían á quemar y destruir, y con la muerte de sus contrarios dieron vida y descanso temporal á sus naturales y vecinos: pero nuestro buen Jesus es Salvador de pecados y de todos los hombres que ha habido, hay y habrá en todo el mundo; y Salvador que salva, nó derramando sangre ajena, sino la propia suya para dar salud á las almas de los redimidos.

Ninguno puede bien entender la excelencia de este dulcísimo nombre de Jesus, y lo que quiere decir Salvador de pecados, sino el que con la debida ponderación penetrare el estrago que un pecado mortal hace en el alma del que le comete. No hay calamidad ni miseria en esta vida tan para temer, como el pecado; no pobreza y desnudez; no hambre y sed; no deshonra ni afrenta; no guerra y pestilencia; no tormentos y muertes; ninguna cosa, de cuantas cosas pueden venir sobre un hombre desventurado y miserable, tiene que ver con la ruina y asolamiento que hace un solo pecado mortal. El mismo infierno con sus eternas llamas, y perpetuo crujir de dientes, y compañía de aquellos monstruos fieros y horribles, nó nos debería causar tanto espanto, como el pecado, que es como una espada de dos filos que divide nuestra alma de Dios, que es alma de nuestra alma y vida de nuestra vida; y desamparada de Dios, queda pobre, desnuda, fea, desarraigada de toda virtud, y como una viña vendimiada, ó casa tan robada de ladrones, que no queda en ella estaca en pared; flaca y rendida á sus apetitos, esclava de Satanás y obligada á pena eterna, y de tal suerte caída y postrada, que por sí sola no se puede levantar, ni jamás se levanta; si Dios no le da la mano, y la levanta por las entrañas de su misericordia: porque así como el que se echa por su voluntad en el pozo, no puede salir de él por su voluntad, sino que tiene necesidad de quien le dé la mano y saque; así el hombre puede caer por su libre albedrío en el abismo del pecado; mas no puede levantarse y salir de él sin la gracia del Señor, que se le comunica por los merecimientos de Jesus, como de benignísimo Salvador, sin cuya sangre no se curan las llagas de la culpa, ni el tiempo, que cura las pérdidas temporales, las puede curar; porque son llagas y pérdidas eternas, sobre las cuales no tiene fuerza ni autoridad el tiempo. Y con venir con el pecado sobre la cabeza del pecador un diluvio de desventuras y calamidades tan lastimeras y horribles, la mayor y mas para llorar es ofender aquella infinita y soberana Majestad, aquel sumo Ser, que es principio y fuente de todo ser, y aquella bondad inmensa que es raíz de toda bondad: el volver las espaldas al que con tres dedos sustenta toda esta maravillosa y hermosísima máquina del universo, y el rostro á las criaturas viles: y poniendo en una balanza al Señor de todo lo criado, y en otra un sucio y breve deleite, ó un interés despreciable, ó un puntillo de honra vana, abrázase con él, y menosprecia á Dios, sin

hacer caso de sus mandamientos y de aquella soberana voluntad que todas las criaturas miran con reverencia y obediencia: la cual injuria es tan grande, que no hay causal en la naturaleza humana, ni en la angélica, para satisfacer dignamente por ella; y fué necesario que el mismo Dios se hiciese hombre, y se llamase Jesus, para pagarla con poder de Dios, y con pena y dolor de hombre. Ninguna cosa hay en el cielo, ni en la tierra, ni en los infiernos, que así nos declare la gravedad y malicia del pecado, y el aborrecimiento que Dios tiene al pecador, ni que así nos manifieste lo que significa este nombre santísimo de Jesus, como ver morir á Dios en un madero por matar al pecado, y que este Salvador, para serlo, comenzó á derramar su sangre el mismo dia que le dieron el nombre de Salvador.

Diéronle el nombre, porque le dieron el oficio: y llamóse Salvador, porque su oficio fué de Salvador, y Salvador de pecados: los cuales, aunque sean innumerables, abominables y gravísimos, se lavan y limpian en las fuentes de este Salvador. Desde el principio hasta el fin del mundo, desde Adán hasta el postrero de los vivientes, no ha habido, ni habrá hombre, á quien se hayan perdonado pecados, que no deba la gracia de su justificación y santificación á Jesus y á este benignísimo Salvador, como á fuente de la gracia y de todos los dones de Dios; de manera, que así como toda la frescura y hermosura de todo el árbol, del tronco, de las ramas, de las hojas, de las flores y de los frutos, procede de la virtud de la raíz que está debajo de la tierra y por sus ocultas venas se comunica y extiende hasta las mas remotas y pequeñas partes del árbol; así toda la lindeza de la gracia y gloria, que hay en este grande é inmenso árbol de la Iglesia militante y triunfante, nace de la raíz viva y fecundísima de Cristo nuestro Redentor. La fé que tuvieron los profetas, la esperanza de los patriarcas, la caridad de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la humildad y devoción de los confesores, la pureza de las vírgenes, el adorno y atavío de virtudes con que resplandecieron todos los santos en esta vida, y la corona y gloria que ahora poseen en la otra bienaventurada y perdurable, todos son frutos de esta raíz, y efectos de este dulcísimo nombre de Jesus, que los salvó. Y puesto caso que la raíz parezca seca y fea, y sepultada debajo de la tierra, por los dolores, baldones y afrentas que padeció, como está regada con su sangre, da frutos de vida hermosísimos: porque aunque el niño derrame sangre, y sea circuncidado, y parezca feo con la imágen de pecador; en hecho de verdad es Jesus y Salvador de pecados, y causa y fuente original de toda la santidad de los hombres y de los ángeles; en la tierra y en el cielo: y así como es autor y obrador de las virtudes y merecimientos de todos los santos, así tambien es el premio y corona de todos ellos. Toda el agua de los rios mana de las fuentes; toda la luz del sol; todos los senos y brazos de mar son partes y como miembros del mar Océano; y todas las gracias en sus principios, medios y fines, se reducen á Jesus.

Él es el que lava las inmundicias de nuestros pecados; el que cura nuestras llagas; rompe nuestras cadenas; mitiga el furor de nuestras malas inclinaciones; libranos del yugo pesado de nuestros malos deseos y de la tiranía y servidumbre de Satanás; restitúyenos la verdadera libertad; hermosa nuestra alma, y hácela hija, esposa y tem-

plo de Dios; quieta la conciencia; aviva los sentidos interiores; alumbra nuestro entendimiento; despierta y enciende nuestra voluntad; esfuerza nuestra flaqueza; danos victoria de todos nuestros enemigos, y hácenos triunfar del pecado, de la muerte, del demonio y del infierno; porque es Salvador, y Salvador de pecados; y todo esto se comprende en este nombre santísimo de Jesús.

Ninguno, pues, diga que es áspero y fragoso el camino de la virtud, llevando por guía y compañero á Jesús. Nadie se queje de la pobreza, del trabajo, de la dificultad; que Jesús es nuestra riqueza y nuestro descanso, y él le dará alas para volar, porque es nuestro Salvador. Nadie desespere de ser casto, de ser humilde, de ser paciente, de salir vencedor en esta lucha y dura batalla; pues Jesús es nuestro capitán, y nos manda lo que tenemos de hacer, y nos da fuerza y espíritu para hacer lo que nos manda; porque es Salvador, y Salvador de pecados, y por serlo le llaman Jesús; y esta es la primera excelencia de este dulcísimo y amabilísimo nombre de Jesús, que es ser remedio de todos nuestros males, medicina de nuestras enfermedades, alivio de nuestras penas, consuelo de nuestras aflicciones, esfuerzo de nuestros temores, áncora firme y puerto seguro de esta peligrosa navegación.

Otra es, ser el propio y mas significativo nombre de todos los que se dan á Cristo en las divinas Letras; porque dejando á parte los nombres metafóricos, que se le dan, como «León, Oveja, Cordero, Pastor, Camino, Puerta, Luz,» y otros semejantes, y hablando de los que como propios se le atribuyen, en comparación de éste, todos se pueden tener por apelativos y como sobrenombres, y el mas propio de todos es Jesús, el cual comprende en sí todos los demás; porque todos los otros nombres de Cristo, ó significan á Dios en sí; como entre los hebreos, «Jehovah, Saddai, El,» y el que el mismo Señor dijo á Moisés: «Qui est, misit me ad vos:» El que es, me envió á vosotros; ó significan á Dios con algun respecto á las criaturas, como «Dios, Juez, Criador, Gobernador, Proveedor;» ó denotan algun efecto de la divina gracia que obró este Señor: como «Emanuel, Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre del siglo advenidero, Príncipe de la paz;» y aquellos otros: «Dáte prisa: Quita los despojos: Apresúrate en robar:» que son todos nombres que da Isaiás á Cristo nuestro Redentor; y el que le da Jeremías, llamándole «Nuestro Justo:» Zacarías, «Nuestro Oriente;» y Malaquías, «Ángel del Testamento,» y otros, si hay, como éstos, todos se comprenden en el nombre de Jesús, como todos los sabores en el maná, y en la confeccion de la triaca la virtud de muchos simples, de los cuales ella se compone; y todos los otros nombres significan el principio, ó el medio, ó el fin de nuestra salud; mas el nombre de Jesús significa á Dios hombre, á Dios como la misma salud, y al hombre como á vaso en que aquella salud nos viene del cielo. Por los nombres que significan á Dios en sí, apenas le conocemos; por los segundos, que tienen respecto á las criaturas, algo mas; por los terceros, que nos declaran los efectos que obran en nuestras almas con su gracia, mucho mas.

Pero ninguno nos roba mas el corazón, ni nos inflama tanto en su amor, cuanto este nombre de Jesús; porque éste mas que todos nos declara que es Salvador, y Salvador de pecados, que para salvarnos de ellos dió su sangre y murió en una cruz: y así cuando pronunciamos el dul-

císimo nombre de Jesús, no le habemos de pronunciar como un nombre desnudo, sino vestido y adornado con todos sus atavíos, y que nos representa, no solamente la salud que nos dió nuestro Salvador, sino tambien la manera con que nos la dió; porque sin duda el amor con que nos salvó es mas admirable y mas amable para nosotros, que la misma redención: pues no solamente nos dió salud, lo cual pudiera hacer sin que nada le costara; pero diónosla, tomando sobre sí nuestras enfermedades, sanando nuestras llagas con las suyas, y con sus penas pagando nuestras culpas, y librándonos de la muerte eterna con la suya; y por esto cuando decimos «Jesús,» decimos un Salvador que por nosotros fué reclinado en un pesebre y circuncidado, y lloró y se cansó, y tuvo hambre y sed; y finalmente fué escupido, abofeteado, escarnecido, azotado, espinado, aheleado, enclavado y atravesado con una lanza por nuestros pecados en la cruz. Todo esto nos representa este nombre de Jesús, que es nombre de tanto amor para los hombres, y de tanta reverencia para los ángeles, y tanto terror y espanto para los demonios; es nombre sobre todos los otros nombres, al cual se humillan las potestades del cielo, y se arrodillan las de la tierra, y tiemblan las del infierno; es nombre dado del Padre eterno á su benditísimo Hijo, pronunciado del ángel, declarado de los profetas, derramado por el mundo, abrazado y creído de todos los fieles, en cuya virtud se salvan todos los que se salvan. Este nombre esforzó á todos los mártires, y les hizo con gozo derramar su sangre por amor de este Salvador, que habia dado la suya por ellos: por este nombre fué apedreado Esteban, crucificado Pedro, descabezado Pablo, desollado Bartolomé, asado Lorenzo; y todos los apóstoles y mártires azotados, afrentados y muertos. Este nombre tuvo tan estampado el apóstol en su alma, que en todas sus epístolas le repite y predica innumerables veces; y su lengua, apartada ya la cabeza del cuerpo, tres veces le pronunció; y en lugar de sangre salió leche de sus cervices cortadas: este nombre tuvo tan impreso san Ignacio en su corazón, que partiéndole, como dicen santo Tomás y san Antonio, se halló en él el nombre de Jesús escrito con letras de oro. En virtud de este nombre muchísimos santos hicieron muchos y grandísimos milagros, y san Bernardino enseñó que debe ser reverenciado con la misma reverencia y latría que adoramos al mismo Salvador, nó por las letras con que se escribe, ni por la voz y sonido con que se pronuncia, sino por la persona divina que este nombre nos representa. ¡O nombre glorioso, nombre dulce, nombre suave! ¡Quién te trajese siempre escrito con letras de oro en medio del corazón! Nombre de inestimable virtud y reverencia, que vence los demonios, alumbra los ciegos, resucita los muertos, y á un hombre flaco, caído y miserable, le hace hijo y partícipero de Dios.

SAN FULGENCIO OBISPO Y CONFESOR.— La vida de san Fulgencio, obispo Ruspense en África, varón santísimo y sapientísimo, escribió un discípulo suyo, que le acompañó, á Feliciano obispo y sucesor suyo; y es de esta manera: Fué san Fulgencio africano de nacion, hijo de padres ilustres y cristianos: su abuelo se llamó Gordiano, el cual siendo senador de Cartago fué despojado de sus bienes cuando Genserico, rey de los vándalos, tomó aquella ciudad, y echó de ella á otros muchos senadores y gente principal: entre los cuales Gordiano salió de su patria, y navegó á

Italia, para que ya que habla perdido su hacienda, no perdiese su libertad. Volvieron despues de él muerto dos hijos suyos á África, y cobraron parte de su hacienda; y uno de ellos, que se llamaba Claudio, tuvo de su mujer Mariana, matrona honestísima, á san Fulgencio, el cual nació en la ciudad de Lepte. Murió el padre, dejando el niño de pocos años, y la madre le hizo criar con gran cuidado en todo género de virtud y letras, primero en las griegas, y despues en las latinas, en las cuales fué muy consumado. Despues comenzó siendo ya mozo á servir á su madre en la administracion de su hacienda y familia, con tan grande modestia, obediencia y diligencia, que era el descanso de la madre, consuelo de los criados, y ejemplo y dechado de las personas de fuera con quien trataba. Mas nuestro Señor que le queria para cosas grandes, comenzó á despertarle y abrirle los ojos, para que viese la vanidad del mundo, y la diferencia que hay entre los que abrazados con sus vicios se entregan á los gustos y apetitos de la carne, y los que dándole libelo de repudio y mortificándola en la santa religion, crucificados con Cristo, gozan de aquellos bienes que el mundo no puede dar: y poco á poco se comenzó á encender tanto en el amor del Señor, que determinó hacerse religioso; y para ensayarse en la vida austera y penitente, dar de mano á las conversaciones y amistades que tenia de otros caballeros mozos sus iguales, y ocuparse en el silencio, oracion, leccion, ayunos y penitencias, y buscar la quietud de su alma apartado del bullicio y tráfigo de la gente. Despues que se hubo ejercitado algun tiempo en esto, se fué á un santo obispo y monje que se llamaba Fausto, y con grande humildad é instancia le suplicó que le admitiese en su monasterio y le diese el hábito de su religion. El obispo, aunque al principio estuvo dudoso en admitirle, por ver que Fulgencio era mozo, noble, rico y delicado, y temer que no podria llevar aquella aspereza de vida; todavia condescendió con él y le recibió, considerando la ansia y fuerza con que se lo pedia, y las esperanzas de su perseverancia. Luego que se supo que Fulgencio habia tomado el hábito de monje, los buenos se holgaron, y los malos se confundieron, y muchos de sus amigos y familiares le imitaron. Mas la triste madre, cuando oyó que su hijo sin decirle nada se habia salido de su casa, y dejádola por Jesucristo, pensando que le habia perdido y sintiendo la falta que al presente le hacia, no se puede fácilmente creer los gritos y alaridos que dió, y las lágrimas que derramó, y la presteza y cólera con que fué al monasterio para hablar á Fulgencio, y sacarle de él, teniendo por cosa cierta, que como en todo lo demás le habia sido obediente y amoroso, tambien lo seria en esto. Mas el santo mozo no quiso hablar á su madre, ni verla, ni el obispo Fausto dar licencia para que le viese y hablase: y con esto se volvió desconsolada; porque no sabia los grandes bienes que á su casa por Fulgencio habian de venir, y que no le habia perdido, sino ganado; porque el santo mozo, luego que se vió monje y consagrado del todo á Dios, para ser de veras lo que con el hábito profesaba, se dió al estudio de todas las virtudes, y á una vida muy rigurosa y penitente. Comia tan poco, que no parece que se podia sustentar; y ninguna cosa de regalo comia, ni bebia vino. Finalmente, él afligió su cuerpo con tan continuos ayunos, que cayó en una grave enfermedad; mas no por eso alojó su rigor, juz-

gando, que no era causa de su dolencia la demasada abstinencia (que tambien los que comen manjares delicados y se regalan mucho caen enfermos, y en mas graves enfermedades que los abstinentes); sino que aquella enfermedad se la enviaba Dios para probarle, en quien confiaba que le sanaria, como le sanó. Renunció en su madre su legitima (porque de ella debia de tener necesidad), y no quiso darla á un hermano menor que tenia, llamado Claudio, porque no se desvaneciese, y para que estuviese mas sujeto á su madre, si nó por reverencia que como hijo le debia, á lo ménos por la herencia mayor que do ella esperaba. Levantóse una gran persecucion contra la fé católica en África, debajo de Trasimando, rey de los vándalos; y fué necesario que el santo obispo Fausto se partiese de aquel monasterio en que vivia Fulgencio, el cual se fué á otro monasterio no lejos de allí, donde era abad un monje que se llamaba Félix, que habia sido grande amigo suyo en el siglo. Aquí fué muy bien recibido, y por ruegos é importunacion del convento y del mismo abad fué forzado á aceptar el cargo de ayudante, y ser su compañero en el gobierno: lo cual hizo con grande humildad y modestia, y con no menor paz y concordia de los dos que gobernaban. Sobrevino una gran tempestad á aquella provincia por una muchedumbre armada de bárbaros que la infestó; y para salvar las vidas Fulgencio y Félix, acompañados de sus monjes, dejando aquel monasterio huyeron á otras tierras, en las cuales por no caer en manos de los bárbaros cayeron en las de los herejes arrianos, mas crueles que los mismos bárbaros. Estando pues en el territorio Sicense, en una heredad que se llama Barbadilla, un clérigo arriano que tambien se llamaba Félix, y era infelicitísimo en sus obras, porque inficionaba toda aquella tierra con su falsa y pestilente doctrina, y de nacion bárbaro, en las costumbres fiero, y de hacienda rico, y cruel perseguidor de los católicos, tuvo manera para prender al abad Félix y á Fulgencio, y atormentarlos crudamente por la fé católica. Hubo una santa porfia entre los dos compañeros; porque cada uno de ellos queria ser atormentado, por librar al otro. Despues de haberlos mandado azotar y atormentar, raídas las cabezas y desnudos los echó de su casa con grande ignominia y afrenta. Pareció tan mal este hecho del clérigo arriano, aun á los ministros herejes de su secta que conocian á Fulgencio y sabian su sangre, doctrina y loables costumbres, que el obispo de Cartago, con ser hereje, dijo que él castigaria aquel clérigo, si Fulgencio le quisiese acusar: pero el santo no quiso, por no parecer que pedia venganza de lo que él habia padecido por Cristo y tenia por suma gloria y triunfo: mas determinó volver hácia su provincia, y vivir ántes entre los bárbaros que entre los herejes. Despues pasó á Sicilia, y llegó á Zaragoza, y fué recibido, conocido y regalado de un santo obispo que se llamaba Eulalio, y de otro nombre Rufiniano, que huyendo la persecucion de África moraba en una isla allí cerca de Sicilia, al cual san Fulgencio fué á ver. Despues llegó á Roma para visitar y reverenciar aquellos santos lugares, y los cuerpos de los principes de los apóstoles san Pedro y san Pablo; y habiendo cumplido con su devocion, volvió por la isla de Cerdeña á África, con increíble alegría de sus monjes que estaban muy llorosos de su ausencia, y se regocijaban con su presencia. Aquí hizo otro monasterio en un lugar ameno y cómodo que le ofreció un caballero, llamado Silvestre,

gran cristiano, y principal en aquella provincia. Juntóse buen número de religiosos, y gobernábalos Fulgencio con extrema caridad y prudencia: mas como él era tan humilde y deseoso de obedecer, y nó de mandar, de guardar él la regla, y nó de hacerla guardar, secretamente se huyó de su monasterio y se fué á otro, para no ser conocido; y dejando el nombre y oficio de abad, vivía entre los otros monjes, como el menor de ellos. Pero cuando esto se supo, el obispo Fausto le mandó volver á su monasterio, y tornar á tomar el oficio de abad, y le ordenó de sacerdote, y despues le hicieron obispo de la ciudad de Ruspe, que era muy rica y populosa y de moradores ilustres, con grandísima repugnancia y contradiccion suya; mas fuéle necesario bajar la cabeza, para no resistir á la voluntad de Dios, ni faltar á los católicos de África que en aquel tiempo eran muy perseguidos y afligidos; los cuales tuvieron gran contento de esta eleccion, y los arrianos no menor tristeza y dolor.

Solo hubo un diácono católico, por nombre Félix, que con ambicion y malas artes pretendia aquella silla, y procuró estorbar la eleccion del santo pontífice; mas no pudo: y aunque despues que él se sentó en su cátedra, honró al diácono mucho, y le ordenó de sacerdote; nuestro Dios, que quiere que sus siervos sean acatados, y que las dignidades eclesiásticas no se busquen con ambicion, sino que se acepten, cuando él las da con humildad, castigó severamente á Félix quitándole la vida dentro de un año; y un hombre principal que le favorecia, y era muy rico y poderoso, perdida su hacienda vino á grande pobreza y angustia. Pero el resto del pueblo hizo muchas gracias á Dios nuestro Señor por haberle dado tan buen pastor, y en la primera misa pontifical que dijo recibió el santísimo Sacramento del altar de mano de su nuevo prelado: el cual no se engrió ni desvaneció con la nueva dignidad, ni mudó sus antiguas y santas costumbres, ni la mansedumbre y afabilidad con los súbditos, ni el rigor y aspereza para consigo, ni la piedad y devocion para con Dios. Usaba el mismo hábito de monje como ántes: comia con la misma templanza; solo añadió al manjar, siendo ya viejo, un poco de aceite, y cuando caxa malo echaba una gota de vino en el agua, que ni tenia olor ni sabor de vino. Levantábase de noche al estudio y á la oracion, recompensando con este cuidado lo que las ocasiones forzosas del dia habian estorbado. Y era tan grande el amor que tenia á la religion, que nunca quiso vivir sin tener monjes en su compañía; y para esto hizo un nuevo monasterio en un sitio muy acomodado que le dió un caballero muy principal en virtud y sangre, que se llamaba Postumiano. Mas cuando el santo obispo comenzaba á hacer oficio de verdadero pastor, y á curar y apacentar las ovejas que el Señor le habia encomendado, el rey Trasimundo arriano mandó desterrar á los obispos católicos de África; y de sola la provincia Bizacena salieron sesenta y mas, y de las otras partes de África fueron desterrados muchos mas, y hay autor que dice que fueron doscientos y veinte y cinco, todos desterrados á Cerdeña. Entre ellos fué uno nuestro Fulgencio, para consuelo y alivio de los demás; porque con su santa vida, paciencia y alegría los animó; y con excelente doctrina y elocuencia les sirvió de consejo y de ayuda para todas las cosas de importancia que se les ofrecian, así públicas como particulares. No habia persona atribulada y afligida que en él no hallase consuelo; ni

que desease oír la palabra de Dios, que no pudiese recrearse con las que oía de san Fulgencio. El era el que respondia á las dudas que le proponian de la sagrada Escritura, y á los casos de conciencia; él, el que ponía paz entre los pleitantes y enemigos; él, el que socorria á los pobres, daba la mano á los pecadores para que saliesen de pecado, y exhortaba á todos, que conociendo y menospreciando la vanidad del mundo, siguiesen los consejos de Jesucristo, y se recogiesen en el puerto de la religion; y así por su consejo y ejemplo lo hicieron muchos. Era á la sazón sumo pontífice en Roma san Simaco papa, el cual habiendo sabido la destruccion de las iglesias de África, y la calamidad que los obispos padecian en Cerdeña, los consoló, y siguiendo las pisadas de los otros santos pontífices, sus predecesores, los proveyó con grande liberalidad de todo lo que habian menester para su comida, y les escribió una carta, en la cual entre otras cosas les dice estas palabras: «A vosotros especialmente se dice, que no queráis temer grey pequeña; porque ha placido á vuestro Padre daros el reino. La espada de los pérfidos herejes ha venido para cortar los miembros podridos de la Iglesia y llevar al cielo los sanos. La batalla muestra quién es el soldado de Cristo, y en la guerra se conoce el que merece la corona y el triunfo. No temais por ver que os han quitado las insignias pontificales de vuestra dignidad, con vosotros está aquel sacerdote y hostia, que no se goza tanto con las honras como con los corazones. Mucho mayores son los premios que esperais, por confesar ahora á Cristo, que los que ántes teníades con el resplandor de vuestra dignidad; porque éstos muchas veces se alcanzan por favor humano; mas estótro no los puede dar, sino la gracia soberana del Señor: él es el que con vosotros ha peleado y vencido, y la fé es la que merece la gracia de padecer por él.» Estas y otras palabras escribió el santo pontífice á los santos obispos, y les envió las reliquias de los bienaventurados mártires Nazario y Romano para su alivio y consuelo.

Mas el rey Trasimundo no se contentó con haber desterrado los pastores, ántes para mejor derramar y destruir el rebaño del Señor, viendo que los católicos estaban aparejados á dar la vida por él, y que no eran poderosas sus promesas, espantos y temores, para reducirlos á su voluntad; tomó, siendo lobo carnicero, la astucia de vulpeja para poderlos mejor engañar: fingió que él no pretendia sino saber la verdad de la religion católica, y que para esto deseaba hallar alguno que le respondiese y satisficiese á sus dudas, creyendo que por temor de su potencia y ferocidad no hallaria ninguno que se la dijese, ni le hiciese resistencia; y habiendo propuesto algunas dudas á personas idiotas católicas que no sabian responder, se gloriaba y estaba muy ufano, jactándose que no habia ningun católico que supiese mas que él. Pero habiendo entendido que entre los otros obispos, desterrados por él en Cerdeña, estaba san Fulgencio que era varon sapientísimo, elocuentísimo y humildísimo, y que podria satisfacer á todas sus dudas, le mandó llamar, nó para saber de él la verdad, sino para cubrir y dar color á su mentira con la autoridad de Fulgencio. Vino el santo de Cerdeña á Cartago por mandado del rey, y en los dias que estuvo allí animó á los católicos, desengañó á muchos herejes, declarándoles como la fé católica en la unidad de la esen-

cia confiesa tres personas en la santísima Trinidad. Fue dada por parte del rey una escritura artificiosa y engañosa para que respondiese á ella, é hizolo el santo con tan grande agudeza de ingenio, gravedad de sentencias y elegancia de palabras, que el rey se quedó admirado, aunque siempre obstinado en su perfidia. Y para probar mas al santo, le hizo proponer otra escritura tan falsa y desatinada como la primera; mas con tal condicion que no se la dejasen en su poder, ni trasladar, sino que en oyéndola se la quitasen de las manos, para obligarle á responder de memoria lo que se le ofreciese. Hizolo así san Fulgencio, y escribió tres libros del misterio de la encarnacion de nuestro Salvador, que era la cuestion que proponia el rey, tan alta, clara y delicadamente, que el desventurado rey quedó confuso, y no se atrevió á tratar mas con él; ántes por inducimiento y consejo de algunos ministros del demonio y suyos, que veian que su falsa secta se iba perdiendo mucho por la presencia de san Fulgencio, y las tinieblas de sus errores se deshacian con el resplandor de su doctrina, le mandó de nuevo desterrar y volver á Cerdeña, ordenando que se embarcase de noche, para que no hubiese ruido ni alboroto en la ciudad. Mas la divina bondad no quiso que los fieles le dejasen de ver y consolarse con su santo padre; y estando ya embarcado, con vientos contrarios detuvo la nave, para que le visitasen y se despidiesen de él, como lo hicieron, llorando todos amargamente, porque perdian un tal pastor y doctor. Vino entre los demás un religioso que se llamaba Juliateo, y enterneciéndose mas que los otros, y derramando copiosas lágrimas de sentimiento, enterneció á san Fulgencio, de manera que para consolarle, lleno de un espíritu profético y alumbrado con la luz del cielo, le dijo: No te congojes, hijo, que presto cesará la persecucion y volveremos á vernos; mas yo te ruego que no digas esto á die; porque á tí te lo digo en secreto, movido de tu ternura y caridad.

Esto dijo el santo por su humildad; porque no buscaba honra en los hombres, sino el testimonio de su conciencia: y por esta misma causa nunca se inclinó á hacer milagros, y para encubrir algunos que hacia Dios por él, los solia atribuir mas á la fé de los otros que á su propia virtud; porque decia que los milagros no hacen al hombre santo, sino famoso en el mundo: y por esto, cuando le rogaban que hiciese oracion por algunos enfermos ó atribulados, solia orar de esta manera: «Vos, Señor, sabeis lo que conviene para la salud de nuestras almas: yo os suplico que socorrais á nuestras necesidades corporales, de suerte que no perdamos las espirituales.» Volvió á Cerdeña, quedando los católicos del África muy tristes por su partida, y los otros santos obispos de aquella isla, sus compañeros, muy alegres con su llegada. Llevó consigo esta vez un buen número de religiosos, y con licencia de Brumasio, obispo de Caller, fundó un monasterio fuera de la ciudad, junto á la iglesia de San Saturnino. En este monasterio estuvo, gobernándole con admirable santidad, prudencia y vigilancia, procurando que conservasen en su entereza y puridad la disciplina religiosa cincuenta monjes que vivian con él. Y para que ellos no tuviesen ocasion de ser propietarios y buscar sus comodidades, él les repartió con suma discrecion las cosas necesarias, conforme á las fuerzas ó flaqueza de cada

uno: mas queria que el que recibia mas por su flaqueza, fuese mas humilde y no pensase que era prerogativa ó privilegio el tener mayor necesidad. Enseñaba á todos sus religiosos, que aquellos solos merecian el nombre de monje, que teniendo su voluntad mortificada se inclinaban prontamente á no querer mas de lo que fuese voluntad de su superior. Tambien decia que los trabajos manuales de los religiosos son de poca estima, si no se acompañan con la devocion interior. A todos sus súbditos se mostraba dulce, afable y amoroso, sin muestra alguna de arrogancia ó desden: aunque cuando era menester, mezclaba lo amargo con lo dulce y usaba de su severidad. Con los simples, flacos é ignorantes era benignísimo, y les daba fácil entrada, y los oia con grandísima paciencia y mansedumbre, y respondia con maravillosa suavidad.

Estando san Fulgencio ocupado en su monasterio tan santamente, se cumplió la profecía que él á la partida de Cartago habia dicho, y murió el tirano Trasimundo, y le sucedió Hilderico, bien semejante á su predecesor; porque luego mandó restituir los obispos católicos á sus iglesias, los cuales volvieron de Cerdeña á Africa, y con ellos nuestro santo doctor: y así fueron recibidos de los pueblos africanos católicos con increíble fiesta y regocijo, especialmente san Fulgencio que era la corona y ornamento de todos. Cuando le vieron entre los demás, fué tan grande el aplauso y alegría de la gente, que alzó la voz, y con clamores y gritos de júbilo y contento le recibió, procurando cada uno ser el primero para echarse á sus piés, y besarle la ropa y tomar su santa bendiccion; y fué necesario que algunas personas principales y devotas le cercasen y tomasen en medio, para que la muchedumbre de la gente no le atropellase. Y habiendo, cuando llegó á Cartago, oscureciéndose el cielo y caido un gran golpe de agua, no hubo ninguno de los que le acompañaban que le dejase; ántes algunos se quitaban sus ropas y se las echaban encima para cubrirle: tanta era la devocion del pueblo y reverencia que tenia á la santidad y doctrina de Fulgencio. Volvió á su obispado, y juntamente á su monasterio; y dejando el gobierno del totalmente al abad Félix, él solamente se ocupaba en apacentar su rebaño, y reducir al aprisco las ovejas descarriadas, y consolar á las alligadas que eran muchas por causa de la persecucion pasada. Mas puesto caso que velaba sobre todos sus feligreses, especialmente atendia á reformar el clero; y á todos los que eran ministros de Dios y suyos. No queria que los clérigos usasen de vestido curioso y vano, ni que se ocupasen en negocios seculares y profanos, ni que faltasen del coro y oficios divinos; y para que mas fácilmente pudiesen asistir á ellos, los hacia habitar cerca de la iglesia, y les exhortaba que cuando les sobraba algun tiempo, no le perdiesen, sino que se ejercitasen en cantar salmos, ó en cultivar algun huertecillo, ó en otros ejercicios honestos; y que se acordasen que habian de vivir con tan grande ejemplo, que todos les pudiesen tener por dechado y espejo de virtud. Era tan grande la veneracion que comunmente todos tenian á san Fulgencio, que no solamente sus súbditos, sino tambien los extraños ponian en sus manos los pleitos y contiendas que tenian entre sí, para que las decidiese y compusiese; y así lo hacia. Pero no le faltaron al santo contradicciones y calumnias, las cuales él procuraba vencer con paciencia y mansedumbre,

poniéndose por su humildad debajo de los otros, á quienes era superior en santidad y merecimientos. Así lo hizo con un obispo, llamado Quodvultdeus, el cual estaba sentido porque en un concilio le habia sido preferido Fulgencio. Súpolo el santo, y procuró que en otro concilio se diese mejor lugar al obispo Quodvultdeus que no á él, con maravillosa modestia suya y admiración de todos los prelados y letrados que habia en él. Entre las otras excelencias que tuvo, fué una en predicar la palabra de Dios, lo cual hacia muchas veces con admirable gracia y espíritu, teniendo siempre por gracia la compunción y movimiento interior del pueblo, mas que la ostentación y aplauso vano de los que le oían. Con estar ocupado nuestro santo en tan altas y santas ocupaciones, y ser su vida una continua meditación de la muerte, entendiendo que se acercaba ya la suya, quiso como salirle al encuentro, y se retiró con algunos pocos monjes en un peñasco de cierta isla que estaba allí cerca, un año ántes que muriese, para darse á mayor penitencia. Mas por las lágrimas y ruegos de sus hijos volvió á su casa, donde le dió una enfermedad muy grave que le duró sesenta dias con dolores acerbísimos: en los cuales, mirando al cielo con grande sosiego y alegría, hablando con el Señor le decía: «Señor, dadme ahora paciencia, y despues perdon é indulgencia.» Finalmente, entendiendo que llegaba su hora, hizo llamar al clero y á los monjes, y humildemente les pidió perdon, si en alguna cosa les hubiese ofendido, y suplicó á nuestro Señor les proveyese de buen pastor: y para serlo él en todo hasta aquel punto, y fiel dispensador de las rentas eclesiásticas, nombró por sus nombres una por una, como quien tan bien las sabia, todas las personas miserables, viudas, huérfanos, peregrinos y otros pobres, así seglares como eclesiásticos que habia en su ciudad, y mandó lo que á cada uno de ellos se habia de dar, repartiendo lo que tenia hasta una blanca. Despues se puso en oración; y echando su bendición á los que venian por ella, con gran paz, sentido y entero juicio dió su espíritu á su Criador el primero día de enero del año de 529, siendo de edad de sesenta y cinco años, y á los veinte y cinco despues que le hicieron obispo. En este tiempo habiendo padecido aquella provincia grandes robos é incendios de los meros, la diócesis Ruspense tuvo mucha paz por los merecimientos de su santo obispo. Velaron su santo cuerpo toda aquella noche, cantando salmos é himnos conforme al uso de la Iglesia, y á la mañana con un concurso de innumerable gente fué enterrado en una iglesia llamada Segunda, en la cual él mismo habia colocado las sagradas reliquias de algunos apóstoles; y por reverencia de aquel lugar, ninguno hasta entónces habia sido enterrado en él. Escribió san Fulgencio muchas obras maravillosas, dignas de su grande ingenio, santidad, doctrina y elocuencia; de las cuales algunas se han perdido, y otras andan impresas. El autor de su vida hace mención de ellas, y san Isidoro y Tritemio en el libro de los escritores eclesiásticos, y el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el martirologio romano, y en el sexto tomo de sus anales: el cual dice que el libro que entre las obras de san Agustín anda impreso con el título de *Fide ad Petrum*, no es de san Agustín, sino de Fulgencio: del cual escriben los martirologios de Beda, Usuardo, Adon, san Isidoro y otros autores.

SAN ODILON ABAD Y CONFESOR.—El bienaventurado Pedro Damian, cardenal de la santa Iglesia romana y varón sapientísimo, escribió la vida de san Odilon, abad cluniacense á instancia de Hugo, abad del mismo monasterio, y la envió á todas las iglesias de Francia; y es de esta manera. Nació san Odilon en Avernia, de padres nobles, y siendo niño tuvo una enfermedad y dolores de todos sus miembros, tan rócía que en ninguna manera podia andar. Una vez la ama que le llevaba dejó el niño á la puerta de la iglesia de nuestra Señora, y fué léjos de allí. Así que el niño se vió solo, procuró como pudo arrastrando entrar en la iglesia, y llegado al altar, y abrazándole con las manos, se halló sano milagrosamente, y con su vista movió á los que lo vieron á hacer gracias á Dios que habia obrado tan gran maravilla. Creciendo en edad, quiso emplear la salud y fuerzas del cuerpo en servicio de aquel Señor, que con aquel milagro se las habia dado. Hizose clérigo en la iglesia de San Julian mártir, y despues tomó el hábito de monje en el monasterio cluniacense, que á la sazón florecia con grandísima opinión de santidad; y debajo de la disciplina del bienaventurado san Mayolo abad se entregó al estudio de la perfección, de tal manera, que siendo aun casi novicio, y cuatro años solo despues de haber tomado el hábito, su mismo abad le nombró por su vicario; y muriendo poco tiempo despues el abad, todo el convento le eligió por su abad y prelado. Luego comenzó el santo abad á resplandecer con rayos clarísimos de todas virtudes. Era el primero en el coro: domaba su cuerpo en continuos ayunos, disciplinas y cilicios: decía misa cada dia con extremada devoción: era muy misericordioso y tan liberal con los pobres, que algunos le llamaban pródigo, y mas derramador que desperdiciador de los bienes del convento. En una hambre grandísima que en la provincia de Aquitania hubo en su tiempo, gastada ya para remedio de los pobres la hacienda del convento, vendió los cálices y vasos sagrados de la iglesia, y todo lo precioso que habia en ella; y habiendo un dia hallado en el camino que hacia, dos muchachos muertos de hambre, se bajó de la cabalgadura en que iba, y quitándose la túnica de lana que llevaba, los envolvió en ella y les dió sepultura: tanta era su caridad. Era muy blando y compasivo para con sus súbditos, y mas parecía madre piadosa con ellos que padre severo: y como algunos de estos le reprendiesen, solia decirles, que mas queria dar cuenta á Dios de la misericordia, que de la severidad. Fué devotísimo de todos los santos, y mas de la santísima Virgen María nuestra Señora: y cuando estaba en el coro, y se cantaba el *Te Deum laudamus*; en llegando á aquel verso: *Tu ad liberandum susceptorus hominem, non horruisti Virginis uterum*, se arrojaba con profunda humildad en el suelo, para reverenciar el misterio de la encarnación de nuestro Salvador, y la dignidad soberana de su Madre purísima.

Así como san Odilon estaba adornado de tan excelentes virtudes, y florecia con grande fama y ejemplo de santidad; así nuestro Señor quiso honrarle con muchos y grandes milagros. Dió vista á un muchacho ciego de su nacimiento: sanó otro de lamparones que no podia casi hablar, y estaba en peligro de perder el oído; y á otro que padecía gota coral, dándole á beber un poco de agua bendita; y con la misma agua bendita dió salud á un pobre soldado, que andaba solo y desnudo por los campos, loco

y fuera de sí, dando gritos. Otro asimismo soldado que no podía hablar, y estaba mudo, tuvo revelacion que bebiendo el agua en que san Odilon se hubiese lavado las manos sanaria; y así bebiéndola, luego sanó. Muchas veces multiplicó nuestro Señor los peces que habían de comer, y el vino que habían de beber los huéspedes que venían á verle, ó los compañeros que llevaba consigo, ó los pobres necesitados que topaba en el camino: y una vez, queriendo el santo abad el miércoles de ceniza ayunar con mas rigor y comer solo un poco de pan con ceniza, mandó que le trajesen un vaso de agua; y gustándola, halló que sabia á vino: y entendiendo que el que se la habia traído se habia engañado, le ordenó de nuevo secretamente que le trajese un jarro de agua: trájosela la segunda vez, y halló que tambien era vino; y conociendo que aquel era regalo de Dios, le bebió haciéndole gracias por ello. Pasando por un rio caudaloso y muy crecido por las avenidas, el agua que daba á sus compañeros á la cinta no le llegaba á él á cubrir los piés, ni le mojó poco ni mucho. Otra vez, habiendo caído un caballo cargado de sus libros en un rio muy profundo, y andando buen rato en él, arrebatao de las ondas, despues de haber llegado á tierra, se halló que sus papeles y libros no habían sido mojados, habiéndolo sido las otras cosas que iban con ellos, y por mojarse no recibian daño. Otros muchos milagros obró el Señor por su siervo, los cuales él atribuia á la fé y devocion de los que recibian aquel beneficio, huyendo por su humildad las alabanzas de los hombres, y procurando que se creyese que por los merecimientos de ellos los obra el Señor. Mas entre otras cosas maravillosas que tuvo san Odilon, una fué la caridad para ayudar á las almas del purgatorio con las oraciones, limosnas, ayunos, sacrificios y obras penales suyas y de sus súbditos: porque á él se debe, como á su principio y origen, la conmemoracion de los finados que la santa Iglesia católica romana celebra cada año el segundo día del mes de noviembre; y la causa de esta institucion fué la que aquí diré.

Volviendo un religioso francés de la peregrinacion de Jerusalem, llegó por un fuerte temporal á una isla que está no muy lejos de Sicilia. Allí aguardando que abanzase el mar, y buen viento para navegar, se entretuvo algunos dias con un santo ermitaño que moraba en una cueva, y hacia áspera penitencia. Éste preguntó al religioso francés, si tenia noticia del monasterio cluniacense y de los monjes que habia en él; porque le hacia saber, que allí cerca de aquella isla habia visto muchas veces grandes incendios y llamas de fuego, donde entendia que las almas padecian grandes tormentos, y pagaban con aquel fuego los pecados que en esta vida habían cometido: y que habia oido muy lamentables ahullidos y lastimosas voces de los demonios, que se quejaban terriblemente porque aquellas almas salian de aquellas penas é iban al cielo por las oraciones, sacrificios y penitencias de los fieles, y especialmente de los monjes cluniacenses, que con mas instancia y fervor se ocupaban en esta obra de tanta caridad. Y habiendo sabido de aquel religioso, que su patria era cerca de aquel convento, le rogó el ermitaño que fuése al monasterio y hablase al abad (que era san Odilon), y que le contase lo que él le habia dicho, y que le rogase de su parte que él y todos

sus monjes insistiesen mas en la oracion, ayunos, misas y limosnas por las almas del purgatorio, para que siendo libres de los crueles tormentos que padecen, con su gloria acrecentasen el gozo de los bienaventurados que están en el cielo, y la tristeza de los demonios nuestros enemigos, que tienen por daño suyo todo nuestro bien.

Volvió el monje á Francia: fué á Cluni, habló con san Odilon abad; refirióle lo que pasaba; y el santo abad lo notificó á todos los monasterios de su orden á él sujetos, y que eran muchos: y demás de las buenas obras que por todo el año ordenó que en ellos se hiciesen, mandó que cada año el segundo día de noviembre, y el primero despues de la festividad de Todos los Santos, se hiciese conmemoracion de los finados: y lo que él particularmente ordenó para sus conventos, el sumo pontífice lo estableció y mandó que se hiciese en toda la Iglesia universal: y hay autor que escribe que el papa que instituyó esta conmemoracion fué Juan XVI de este nombre, y que lo hizo por consejo del mismo santo Odilon. Otra cosa sucedió tambien notable que declara igualmente la devocion de este santo abad con las almas del purgatorio. Habia el papa Benedicto VIII tenido mucho conocimiento en vida con san Odilon, y favorecídele y honrádele mucho en el tiempo que vino á Roma á visitar las reliquias de san Pedro y san Pablo, y proveídele de todo lo que habia menester. Pasados algunos dias despues que murió el papa, apareció una noche al obispo Portuense y á otras dos personas, y declaróles que estaba en tinieblas y en horribles tormentos, de los cuales habia Dios determinado librarle por las oraciones y merecimientos de Odilon abad; y les rogó que le enviasen un hombre de propio á toda diligencia para rogarle y encargarle mucho que en sus oraciones y sacrificios encomendase su alma á Dios, para que le librase de aquellas penas. Avisado san Odilon, hizo con gran devocion y cuidado por sí y por sus hijos lo que el papa Benedicto le pedia, y despues el alma del mismo papa apareció en cierta vision á un monje llamado Eldeberto, nó ya oscuro y lloroso, sino resplandeciente y glorioso, y acompañado de una gran muchedumbre de almas vestidas de luz; y entrando en el capitulo, donde estaba Odilon con sus frailes, se inclinó y le hizo reverencia, agradeciéndole el beneficio que le habia hecho, y el haberle Dios librado de las penas del purgatorio por sus oraciones y santos sacrificios. Fundó este santo padre muchos monasterios, reparó otros y proveyólos de ricos ornamentos para las iglesias, y de heredades y posesiones para sustento de sus religiosos; porque Dios era con él. Estando ya muy viejo tuvo una enfermedad gravísima que le duró cinco años; y deseando él morir en Roma á los piés de los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, fué á visitar sus sagrados cuerpos. Estuvo cuatro meses en Roma enfermo; y entendiendo que era la voluntad del Señor se volvió á su casa, y por espacio de un año se dió mas á la oracion y á la penitencia, en cuanto su flaqueza y enfermedad daban lugar para aparejarse á morir, aunque estaba tan bien aparejado. Y para no faltar un punto al oficio que tenia de pastor, quiso visitar los conventos que estaban á su cargo para exhortar y animar á sus monjes á la perfeccion: y claramente dijo que moriria la fiesta de la Circuncision; y

así sucedió en el convento llamado Silviniano, habiendo recibido todos los sacramentos, el año del Señor de 1048, de edad de ochenta y siete años, y á los cincuenta y seis despues que le hicieron abad. Aquella misma noche que dió su espíritu al Señor, apareció á un monje por nombre Gregorio, y le declaró que estaba en gloria y gozaba ya de la presencia de nuestro Señor; mas añadió que en la hora que le arrancaban el alma del cuerpo, había visto en tal lugar (señalándole con el dedo) una figura horrible y espantosa que procuró amedrantarle y estorbarle; mas que con la virtud de Cristo la venció. Y el mismo santo estando en agonía vió al demonio que estaba allí cerca, y con grande imperio le mandó y conjuró en el nombre del Señor que se partiese de aquel lugar. Si nuestro comun enemigo se atreve á los santos, ¿qué hará á los pecadores? Y si el que toda la vida gastó en aparejarse para morir tiene tan mal encuentro, ¿cómo estará seguro el que de tal suerte vive como si nunca hubiese de morir? ¡O hombres ciegos y locos que no piensan lo que ha de ser, sino lo presente! Mas los ojos, que cierra la culpa para que no vean la luz del cielo, la pena los abre á la hora de la muerte, para que vean al que los engañó, y sientan sus penas y noche oscura. Despues de la muerte de san Odilon, hizo nuestro Señor por él muchos y grandes milagros. Hacen mencion de él todos los martirologios, y san Bernardo, Sigisberto, Tritemio y el cardenal Baronio.

SANTA EUFROSINA, VIRGEN.—Siendo emperador del Oriente Teodosio el menor, nieto del gran Teodosio é hijo de Arcadio emperador, hubo en Alejandria de Egipto un caballero muy ilustre y principal, que se llamaba Pafnucio, el cual estaba casado con una nobilísima señora, y en todo igual suya. Eran estos caballeros nobles, ricos, poderosos y no ménos piadosos é inclinados á las obras de toda virtud. Vivian con gran paz y concordia; pero entre los gustos del matrimonio tenian mezclada la amargura y deseo de hijos, que nuestro Señor no se los habia dado, pareciéndoles que les faltaba el fruto del matrimonio, y un lazo y nudo del amor que los hijos suelen ser entre los casados, y quien heredase sus copiosas riquezas y fuese columna de su casa y báculo de su vejez. Determinaron, pues, los dos casados pedir á nuestro Señor con oraciones, ayunos y limosnas, fruto de bendicion. La mujer por su parte, imitando á Ana, madre de Samuel, le prometió, que si se le daba, le ofreceria á su servicio: y el marido por la suya se iba por los monasterios, rogando á los religiosos que vivian en ellos, que con sus oraciones le alcanzasen esta merced de Dios. Supo que en uno de estos monasterios habia un monje que tenia gran fama de santidad: fuése á él, echóse á sus piés, y suplicóle con lágrimas que tomase aquella causa por suya y la favoreciese delante del Señor, y que no dejase de importunarle hasta que le concediese lo que pedia. Y como los santos participan de las condiciones de Dios, son blandos, benignos y compasivos; el santo monje se enterneció con los ruegos y lágrimas de Pafnucio, y con sus oraciones alcanzó del Señor lo que le suplicaba; y la mujer concibió y parió una hija, que llamaron Eufrosina, que en griego quiere decir *alegría*, por la que sus padres con su nacimiento recibieron y con su vida pensaban tener.

Criáronla sus padres con gran cuidado, como un don

singular, dado de la mano de Dios. Era la niña amable y hermosa por extremo, y tan inclinada á las cosas del cielo, que mas parecia venida de allá que nacida en la tierra. Era extraño su recogimiento; su silencio, su modestia, su pureza y vergüenza virginal, y el deseo que en tan tiernos años tenia de abrazarse con solo Jesucristo y tomarle por su dulce esposo. Murió su buena madre, siendo la niña de doce años, y yendo creciendo no ménos en virtud que en edad. Cuando tuvo diez y ocho, muchos caballeros la pidieron por mujer, por concurrir en ella todas las partes que en una doncella se pueden desear. El padre, por tener sucesion en su casa, prometió de darla á un caballero que entre todos le pareció mas digno para marido de su hija; la cual estaba afligidísima cuando lo supo, porque eran muy diferentes sus intentos. Pareció á su padre cosa conveniente llevar á su hija, ántes que se efectuase el matrimonio, al monasterio donde estaba aquel santo monje, por cuyas oraciones él la habia alcanzado de nuestro Señor, para que le échase su bendicion, y el casamiento fuese tan dichoso como lo habia sido su nacimiento; y así la llevó, y la santa doncella con la vista de los religiosos se enamoró mas de nuestro Señor, teniendo por dichosos y bienaventurados á los que, alumbrados con su luz y encendidos con su amor, daban de mano á todos los gustos y entretenimientos de la carne, y se entregaban á los del espíritu, y vivian como en puerto seguro en aquella santa casa, apartados de las borrascas y tempestades de este mundo; y confirmóse mas en sus propósitos con la bendicion del santo viejo, y con las palabras que le dijo, leyéndole el corazon, y suplicando á nuestro Señor que guiasse aquella y la tuviese en su mano, para que le agradase y cumpliese en todo su santísima voluntad. Volvió Eufrosina á su casa con mas vivos y encendidos deseos de no tomar otro esposo sino á Jesucristo nuestro Señor, y comenzó á darse mas á los ayunos y penitencias, y dejar las galas, atavíos y joyas, y venderlas, para dar el precio á los pobres y vestirse un cilicio. Huía de las mugeres livianas y parleras: acompañábase con las recogidas y honestas, y con las tales era toda su conversacion: y cuando algun santo monje venia á casa de su padre, procuraba hablarle y descubrirle su pecho, para ser enseñada y enderezada de él, y crecer mas en santo temor Dios. Mas el padre, aunque veia en su hija grandes indicios de virtud, y entendia cuán fuera estaba de tomar marido, no dejaba la plática comenzada, y de aparejar lo que era menester para el casamiento de su hija: la cual viendo que se iba acercando el tiempo en que se habia de efectuar, y que el mayor contrario que tenia para sus intentos era su mismo padre, habiendo primero recibido secretamente el hábito de religiosa, con las bendiciones que suele la Iglesia, de un santo monje que habia venido á su casa, y aprovechándose de la ocasion que nuestro Señor le ofreció con la ausencia de su padre, inspirada, á lo que se puede creer, con especial instinto y espíritu del cielo, que sin él no fuera bueno hacer lo que hizo; determinó salirse de su casa y ponerse en salvo: y porque su padre, como dijimos, era hombre poderoso y principal, y sabia que la habia de buscar por mar y por tierra, y hacer tantas diligencias, que no se podria encubrir, se desnudó del vestido de mujer, y con él de la flaqueza mujeril, y se vistió de hombre, y

dejando sus casas, criados y riquezas, se partió una noche secretamente y se vino al mismo monasterio de monjes, en que vivía aquel santo viejo por cuyas oraciones nuestro Señor la había dado á sus padres: y para disimular mejor, tomó nombre de Esmaragdo y pidió al abad que la recibiese, porque estaba cansada del mundo y de sus engaños y deseaba servir á Dios, apartada del bullicio y tráfigo, en aquel sagrado convento, cuya fama por todas partes daba de sí grandísimo olor. Pidió esto la buena Eufrosina, ó ya Esmaragdo, con tan grande humildad, modestia y lágrimas, que el abad, movido del Señor, le admitió con mucho gozo suyo y de los otros monjes, y le vistió el hábito de su religion, y le dió por guía y maestro á un santo y perfectísimo monje que se llamaba Agapio, para que debajo de su obediencia aprendiese las cosas que son propias de la religion, y se amoldase al instituto que había de profesar. A este santo maestro se entregó Esmaragdo, como un poco de barro ó un poco de cera para que le formase de su mano, é imprimiese en él lo que fuese de su voluntad. Pero cuando Pafnucio volvió á su casa para casar á su hija, y no la halló, ni rastro ni señal de en donde se había escondido, no se puede fácilmente creer el sentimiento que tuvo, las lágrimas que derramó, los suspiros y gemidos y los extremos que hizo, especialmente cuando supo que no había ido, como sospechaba, á casa de su esposo que por la misma causa estaba tristísimo, y con su pena y dolor acrecentaba la aflicción y pena del pobre padre: el cual despues de haber dado órden que guardasen las puertas de la ciudad y los puestos, pasos y caminos por donde su hija podía pasar, atravesado de dolor y mas muerto que vivo se fué al monasterio donde estaba aquel santo viejo, con quien tenía mucha fé y devocion, para descubrirle la llaga de su corazon, y rogarle que con sus oraciones la sanase; teniendo por cierto que pues habían sido poderosas para que Dios le diese aquella hija, tambien lo serian para que la descubriese y la hallase. Hablóle, lloró con él, enterneciése, lamentó su desventura y el haber perdido la lumbré de sus ojos, el háculo de su vejez y el consuelo único y refugio que tenía en todos los trabajos de su persona, y á quien pensaba dejar sus grandes riquezas, sin quedarle otro heredero, arrimo ni consuelo. El santo viejo le oyó, y oró, y rogó á los demás monjes suplicasen al Señor que le revelase donde estaba aquella doncella. Pero como Dios la quería encubrir, como ella misma lo suplicaba, no fué servido de oír aquella vez las oraciones de aquellos santos religiosos, para mayor bien del padre y de la hija: y así el santo viejo consoló al triste padre, rogándole que se conformase con la voluntad de Dios, y asegurándole que su hija estaba en alguna buena parte en servicio de Dios; y que se la dejaría ver, si así conviniese, ántes que se muriese. Con esto volvió Pafnucio á su casa mas consolado, y Esmaragdo en su convento quedó mas seguro. Pero el demonio, como vió que una doncella tierna y flaca le hacia tan cruda guerra, y cada dia con ánimo varonil y celestial peleaba con él y le vencía, determinó de acometerla con mayores fuerzas, y si pudiese, derribarla. Poniale delante el llanto continuo de su padre, el amor tierno y entrañable de su esposo, la flaqueza de su carne, el regalo de su casa, la aspereza y penitencia de aquella vida, el servicio de sus criadas, la amistad de sus compa-

ñeras, y finalmente todo lo que la podia apartar ó entibiar del amor y contemplacion de Dios, y atraerla á los gustos y entretenimientos vanos del siglo. Mas como el Señor que la había escogido, le diese fuerzas para resistir y para triunfar del enemigo, viendo que por esta via no podia, quiso derribarla por medio de los otros monjes, tentándolos y procurando que se le aficionasen torpemente por su extremada hermosura, sin saber que era mujer.

Vino á noticia del abad la tentacion que padecian algunos monjes y el peligro que corrian; y para atajarle, como prudente y vigilante pastor, y quitar las ocasiones de turbacion y escándalo, mandó á Esmaragdo que se recogiese en una celda apartada, y no saliese de ella, ni tratase, ni comunicase con nadie, sino con Agapio su maestro, á quien ordenó que tuviese cuenta con Esmaragdo, y le proveyese con mucho cuidado de todo lo que hubiese menester para su alma y para su cuerpo. Mucho se holgó Esmaragdo de esta obediencia, por estar mas retirado para darse á Dios, y para padecer y estar mas seguro de no ser conocido. Acrecentó su oracion, sus vigiliás, ayunos y penitencias; y vivía, nó como mujer flaca y de carne, sino como espíritu venido del cielo: de manera, que Agapio su maestro, con ser varon perfectísimo, estaba admirado y todo el convento, por lo que él referia de la santidad y rara virtud de Esmaragdo. Fué esto de manera, que viniendo su padre muchas veces á aquel monasterio, y buscando para su alivio y consuelo á los religiosos que tenían mayor fama de santidad, oyó una vez de ellos, que había en aquella casa un monje mozo, el cual había dejado muchas riquezas y vestidose de la pobreza y desnudez de Cristo: el cual, aunque había pocos años que vivía en aquel monasterio, había caminado con tan grandes pasos y corrido con tan gran fervor en la virtud, que ninguno de los viejos apenas podia competir con él. Pafnucio, movido de tan buenas nuevas, deseó conocer y hablar á aquel santo varon. Llevóle Agapio; y entrando en la celda de Esmaragdo, luego conoció á su padre, aunque el padre no le conoció; porque con el hábito, abstinencia y aspereza de vida estaba tan trocado y desfigurado, que no le pudo conocer. Con esta vista la naturaleza hizo su oficio, y la hija se enterneció y lloró muchas lágrimas; pero reprimiólas y venciólas con el espíritu del cielo: y el padre creyó que aquellas lágrimas nacian de devocion y gusto interior del alma, y no cayó en que él podia ser causa de ellas; ántes maravillado de la compostura y modestia de aquel monje, y de las palabras, pocas, graves y espirituales que le había oido, se despidió de él encomendándose á sus oraciones, y haciendo gracias á Agapio, porque se le había dado á conocer.

Treinta y ocho años vivió en este encerramiento y manera de vida Esmaragdo, sin que ninguno pudiese entender que era Eufrosina. Revelóle el Señor que la quería librar de esta cárcel mortal y llevarla á gozar de sí; y con su divina providencia ordenó que á este mismo tiempo su padre estuviese en el mismo monasterio. Hizole llamar la hija, y rogóle que se estuviese en el monasterio tres dias, porque no sería tiempo perdido para él. Hizole el padre de buena gana, y al tercer dia lo llamó otra vez y en secreto le dijo: Quiero librarle, Pafnucio, de muchos cuidados, y declararte lo que sé de tu hija; pues tienes gran deseo de saber de ella. Yo, padre, soy tu hija Eufrosina, y este es el rostro de tu hija: Dios me ha encaminado,

y me ha inspirado que tomase este hábito de monje, y perseverase en él hasta esta hora; y me ha dado gracia, para que habiéndote visto muchas veces en esta casa, nunca me he arrepentido de haber venido á ella, ni tus lágrimas me hayan ablandado, ni movido á volver atrás. Dios te ha traído, para que entierres mi cuerpo. Y diciendo esto, dió su espíritu al Señor: ¿Quién podrá explicar lo que estas palabras y un caso tan repentino obraron en el corazón de Pafnucio, cuando vió delante de sí, en hábito de monje, difunta á su única hija que él con tantas lágrimas y suspiros tantos años había buscado, y tantas veces había hallado y no conocido? Cayó como muerto en el suelo, y cuando volvió en sí, empezó á lamentar su desdichada suerte, y con un corazón lastimoso y con unas voces y alaridos, que llegaban al cielo, á decir: « ¡ O hija mía dulcísima! ¿Cómo te me encubriste? ¿Cómo no me tomaste por compañero para esta gloriosa empresa? Tenía presente la que buscaba, hablaba y no la conocía. ¿Lloraré por haberla perdido, ó haré fiesta por haberla Cristo ganado? Mas justo es que yo me goce de su gozo, que no entristecerme por mi soledad. Yo, hija mía Eufrosina, te seguiré y seré heredero de tu celda; pues tú no lo quisiste ser de mis bienes. » Oyó Agapio las voces del padre; súpose luego en el monasterio lo que pasaba: concurrieron monjes á porfía á aquel espectáculo tan raro y nuevo, para abrazar y reverenciar aquel cuerpo santo; y entre los otros monjes vino un ciego de un ojo, el cual en tocándole, luego cobró la vista, testificando nuestro Señor con este milagro, que él había sido autor de la mudanza y vida de Eufrosina. Enterráronla con grande solemnidad, cantando himnos y alabanzas al Señor; y Pafnucio, su padre, habiendo repartido sus grandes riquezas á los pobres é iglesias, y parte á aquel monasterio, se encerró en la celda de su hija, y en ella vivió diez años, y murió santamente, mandando que pusiese su cuerpo junto al de su hija. Esta es la vida de santa Eufrosina, la cual escribió Simeon Metafraste, y el P. Fr. Lorenzo Surio la trae en su primer tomo, y el Martirologio romano hace mención de ella el primer día de enero. Pues ¿quién no se admirará leyendo esta vida, de la virtud, de la gracia y espíritu del Señor, que así esfuerza nuestra flaqueza, y de mujeres flacas y delicadas hace no solamente varones fuertes y robustos, sino ángeles en la tierra? Fué Eufrosina hija de oraciones y lágrimas, y ántes que naciese, dedicada á Dios, el cual la dió á sus padres, nó para lo que ellos pensaban, ni para que sustentase la memoria de su casa y echase raíces en la tierra, sino para que estendiese sus ramas hasta el cielo, y con su vida nos predicase el menosprecio de todas las cosas visibles y terrenas, y levantase nuestros corazones al amor de las invisibles y eternas, para que en la flaqueza de mujer triunfase de todo el poder del infierno, y con su ejemplo espantase y santificase al mundo, y trocase á su mismo padre, y dejase á toda la Iglesia de Cristo una suavísima fragancia de sus extremadas virtudes.

* SAN ALMACO, ó segun otros TELÉMACO, MARTIR.—En aquellos tiempos en los que la dominadora del universo, Roma, entretenía á su pueblo con los espectáculos de los gladiadores, fué decapitado Almaco de orden del prefecto de la ciudad, Alipio, por haber declamado contra tan sangrientos espectáculos, diciendo: « Hoy recordamos el octavo día del nacimiento del Señor; dejad las supersti-

ciones de los ídolos y tan contaminados sacrificios. »

LOS TREINTA SANTOS SOLDADOS.—Fueron martirizados también en Roma, en la via Apia, por los años 302, reinando el emperador Diocleciano.

SAN CONCORDIO, PRESBITERO Y MÁRTIR.—Había nacido en Roma en tiempo del emperador Antonino; y durante la persecucion de Marco Aurelio padeció por la fé de Jesucristo. Fué azotado, puesto en el potro y atormentado después bárbaramente dentro de la cárcel, en la cual mereció que un ángel le visitase, muriendo al fin degollado en Espoleto, el año 175. Su sagrado cuerpo se venera en la villa de Bañolas, en la provincia de Gerona, honrando frecuentemente el Señor su sepulcro con muchos milagros.

EL BEATO BUENIDO, UNO DE LOS SIETE FUNDADORES DEL ORDEN DE LOS SIERVOS DE MARIA.—Floreció en el siglo XIII con una vida santa, y murió en el monte Senario, á dos leguas de Florencia, donde se había edificado el primer convento de su orden.

SAN JUSTINO, OBISPO DE TEASTE.—Murió en la misma ciudad; pero se ignora cuándo.

SAN MAGNO.—Nada se sabe de él, mas que murió mártir en las calendas de enero.

SAN EUGENDO.—Fué abad del monasterio pireense en la diócesis de Lion; y después de una vida admirable en eminentes virtudes, descansó en el Señor á mediados del siglo XI.

LA DEPOSICION DE SAN BASILIO, OBISPO DE CESAREA EN CAPADOCIA.—Su fiesta principal se celebra el 14 de junio, en que fué ordenado obispo.

DIA 2.

SAN MACARIO, ABAD.—Dos varones santísimos, discípulos del gran padre san Antonio abad, tiene la santa Iglesia, llamados Macarios, los cuales fueron de vida tan celestial y perfecta, que quedó por ejemplo, regla y forma á todos los monjes que aspiran á la participación y comunicación de Dios. El uno se llama Macario el Egipcio, porque nació y vivió en Egipto; y el otro se dice Macario el Alejandrino, porque, aunque nació también en Egipto, fué presbítero de Alejandría, y le dan este nombre para diferenciarle del Egipcio. De estos dos Macarios hablan casi todos los historiadores de las cosas eclesiásticas, y de ellos sacaremos nosotros las cosas que brevemente referiremos aquí.

El primer Macario, y mas antiguo, fué discípulo, como dijimos, de san Antonio abad, y muy parecido á él en la oracion y en la contemplacion, en la humildad y menosprecio de sí, en la penitencia y aspereza de vida, y en el dominio é imperio que tuvo sobre los demonios, en las revelaciones é ilustraciones de Dios, y en los milagros que el Señor obró por él, que fueron muchos y muy grandes, de los cuales algunos diremos nosotros. Habiéndose hallado un hombre muerto, fué achacado de aquel homicidio otro hombre que no tenia culpa, y queriéndole prender se acogió á la celda de san Macario, como á puerto seguro. Siguiéronle los que le buscaban, pidiéronle al santo, diciéndole que se le entregase, porque no llevasen ellos la pena que aquel hombre merecía: y como el hombre con grandes juramentos y maldiciones afirmase, que no tenia culpa en aquella muerte; san Macario se

fué con aquella gente al sepulcro del hombre muerto, y hecha su oracion, le llamó en el nombre de Cristo por su nombre, y él luego respondió: y el santo le dijo: Yo te pido y mando en el nombre de Cristo, que digas si este hombre te mató; y el muerto con voz clara y que todos los circunstantes la pudieron entender, respondió que aquel hombre no le había muerto. Quedaron atónitos todos los que allí estaban, alabando á Dios que había librado al inocente; y echáronse á los pies de san Macario, suplicándole que pidiese al muerto, quién había sido el matador. Entonces respondió Macario: A mí me basta, que el que no tiene culpa no tenga pena; mas que sea castigado el culpado, no me toca.

Enamoróse de una mujer casada un hombre desatinadamente; y como era tan honesta como hermosa, con todo el artificio que usó, nunca pudo atraerla á su voluntad. Concertóse con un amigo y nigromántico, para que con sus maleficios y hechizos la rindiese, ó á lo ménos la apartase del amor de su marido. No pudo el mago ablandarla, para que consintiese en el pecado; pero pudo (permitiéndolo nuestro Señor) hacer, que aquella mujer no pareciese lo que era, sino yegua. Yegua parecía á los que la miraban, yegua á los criados de su casa, y yegua á su propio marido; aunque ella verdaderamente era mujer, y la mudanza no estaba en ella, sino en los ojos de los que la veían. El marido, despues de haber probado otros medios sin provecho, la llevó atada con un cabestro como una bestia á san Macario, á quien Dios nuestro Señor ya había revelado la verdad de aquel negocio. Echóse á los pies del santo el triste marido, y llorando y sollozando le suplicó que se compadeciese dél y de aquella desventurada mujer, y le volviese el sér y la figura humana; y el santo respondió: Esta no es yegua sino mujer; y vosotros engañados del comun enemigo, tenéis ojos de caballo. Echó sobre su cabeza agua bendita; y luego en los ojos de todos pareció lo que era, y perdió aquella forma aparente y fantástica de yegua. Exhortóla á frecuentar el santo Sacramento del altar, y díjole que aquella ilusion le había venido, porque cinco semanas había estado sin recibir el cuerpo de Cristo nuestro Señor, y porque entraba pocas veces en la iglesia; y contenta y consolada, la envió con su marido á su casa.

Otra vez vino á él un hereje que negaba la resurreccion de la carne, y se puso á disputar delante de otros muchos monjes sobre este artículo con san Macario: y como el santo padre con razones y argumentos no le pudiese convencer (porque era agudo disputador); entendiendo que algunos circunstantes estaban en peligro de creer lo que el hereje decia, y caer en aquel error; le propuso san Macario que se fué á algun sepulcro, y el que de los dos resucitase algun muerto, ese fuese tenido por predicador de la verdad. A todos pareció bien lo que san Macario propuso: fuéron al sepulcro; pero el disputador hereje no se atrevió á hacer aquel milagro, y Macario, postrado en el acatamiento del Señor, le suplicó que manifestase con la resurreccion de un muerto cuál de los dos tenia y enseñaba la fé verdadera y católica; y luego, llamando por su nombre á un hombre que poco ántes había sido sepultado, el muerto respondió y salió de la sepultura, con admiracion de todos los que allí estaban, para gloria del Señor y confirmacion de su santa fé, y confusion del mismo hereje, que echó á huir; pero no pudo

escaparse, ántes fué preso y desterrado de toda aquella tierra.

Tenia dos compañeros ó discípulos, y por espíritu divino entendió que uno de ellos, que se llamaba Juan, era muy inclinado á la codicia, y el dano, que si no se iba á la mano, de ella le había de venir. Díjole un día, que él conocia que el demonio le tentaba de avaricia, y que si le resistiese, Dios le favoreceria; pero que si se dejaba llevar de su mal deseo, tendria el fin que había tenido Giezi, y que le imitaria en la pena, pues lo imitaba en la culpa. Murió el santo; y Juan su discípulo se dejó engañar del demonio, y cayó en el lazo, usurpando y tomando para sí los bienes de los pobres. Pero, para que se cumpliese la profecía de san Macario, dióle una enfermedad de lepra, tan asquerosa y horrible, que todo el cuerpo era como una llaga, de manera que no había parte sana en él.

Trújole una pobre y afligida mujer á un hijo suyo mozo, atormentado del demonio con una hambre insaciable, y que despues de haber comido grande cantidad de panes, y bebido, lo tornaba á echar todo por la boca, y lo resolvía en aire. Sanóle el santo con su oracion, y mandóle dar cada día que trabajase solas tres libras de pan, que para lo que solia comer era muy poco.

Como eran tantos los que venian á san Macario por consuelo y remedio, y él se cansase, porque le estorbaban su contemplacion, hizo debajo de tierra una cueva secreta y escondida, adonde se recogia como á sagrado, huyendo de las ondas y alteraciones del mar. Vivió este santo varón noventa años, treinta en el siglo y sesenta en la soledad; á los diez primeros años se ejercitó con tanto ahinco y solicitud en todos los trabajos y asperezas de los monjes, que le dieron un nombre griego, que quiere decir «El mozo viejo»; porque teniendo poca edad, y siendo casi novicio, hacia ventaja á los muy viejos y ejercitados en aquella escuela de perfeccion; y así vino á un grado tan raro y divino de comunicacion con Dios, que de la continua contemplacion y trato con el Señor, casi siempre estaba en éxtasis. Demás de su santísima vida, con la cual edificó toda la Iglesia, tambien la ilustró con sus escritos, y en el segundo tomo de la Biblioteca de los santos Padres se hallan cincuenta homilias suyas, traducidas de griego en latin.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES, QUE SUFRIERON LA MUERTE POR NO QUERER ENTREGAR LOS ESCRITOS SAGRADOS.—En este dia celébrase tambien la Conmemoracion de muchos santos, que gustosos sufrieron la muerte ántes de entregar los escritos sagrados. El cardenal Baronio refiere este hecho del modo siguiente. Contaba Dicolectiano el año decimonono de su imperio, cuando en el mes de marzo publicó un edicto mandando demoler las iglesias en las que los cristianos celebraban los divinos misterios, como tambien que fuesen quemados sus libros, despojados de sus bienes, honores, y privados de poder ejercer profesion cualquiera. Comunicada esa orden á los prefectos de las provincias y ciudades, estos la hacian cumplir, valiéndose de los mas inauditos tormentos, renovando así el furor de las primeras persecuciones. Atemorizados algunos cristianos entregaban las santas escrituras á sus enemigos, y eran llamados *Traditores*; pero muchos, despreciando las amenazas, prefirieron entregar sus cuerpos al tormento ántes que depositar los sagrados libros en manos de sus enemigos; y este heroismo, que les valió la palma del

martirio, es el que celebra hoy día nuestra madre la Iglesia.

SAN ISIDORO, OBISPO Y MARTIR.—Fué natural de Sevilla, y después de haberse instruido en las ciencias sagradas y profanas, fué ascendido á la dignidad de magistrado. Elegido después arzobispo de Zaragoza, sucedió á Valerio II en aquella silla, y se mostró padre y pastor vigilante de sus ovejas. No contento su celo con trabajar dentro de su diócesis, salió á otras provincias á defender la fé, y se presentó en la ciudad de Orense, llamada entonces Anfloquia, cuya semejanza de denominación con la de Antioquia ha dado motivo á algunos á atribuir á esta ciudad de Asia este héroe español. En aquel tiempo predicó infatigablemente contra los arrianos, que le quitaron la vida en 2 de enero del año 466.

LOS TRES SANTOS HERMANOS ARGED, NARCISO Y MARCELINO.—Siendo de tierna edad, el último de ellos cayó soldado en las levas que mandó hacer el príncipe Licinio; y rehusando jurar y servir entre los enemigos del nombre cristiano, fué condenado á muerte, llevado á la cárcel y luego arrojado al mar, á cuya orilla salió después su cuerpo para ser enterrado con sus dos hermanos, que habían sido degollados el mismo día de la muerte de Marcelino, el día 2 de enero de 313.

SAN MARTINIANO, ó MATERNIANO, segun Bolandos, OBISPO DE MILAN.—Escribió una obra contra Nestorio, que dedicó á Teodorico el jóven, que la presentó al concilio general de Efezo, cuyos padres alabaron el libro de nuestro santo, sobre todo la intencion y el celo con que lo había escrito. Después de una vida fecunda en virtudes y favorecida de portentos, murió martirizado el año 431.

SAN ISIDORO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Egipto en 318, pasando sus primeros años en la soledad de la Tebaida y en el desierto de Nitria. San Anastasio le ordenó presbítero, y le encargó recibir á los pobres y extranjeros; ministerio que le hizo conocer por *Isidoro el Hospitalario*. Juntó á una vida austera un trabajo sin descanso, defendiendo siempre con celo la memoria y los escritos de san Anastasio contra los arrianos. Isidoro se malquistó en lo sucesivo con Teófilo de Alejandria, por no haber querido prestarse á sus intenciones contra Pedro, arcepreste de la misma iglesia; por cuyo motivo, resentido el patriarca, lo arrojó del desierto de Nitria con otros treinta solitarios, refugiándose en Constantinopla, donde fué muy bien recibido por san Juan Crisóstomo. La abierta proteccion que este santo concedió á Isidoro, le justifica plenamente de la acusacion de origenismo que se le había hecho. Teófilo se reconcilió al fin con nuestro santo, que murió en 403 á los ochenta y cinco años de su edad. San Gerónimo en su carta á Eustaquio hace de él honrosa mencion, diciendo entre otras cosas: «Que cuando visitaba las mansiones de los padres de Egipto, encontró al venerable confesor y obispo Isidoro con una multitud innumerable de monjes, muchos de los cuales había este sublimado á la dignidad de sacerdotes y de levitas.»

SAN SIRIDION ó SERAPION IX, PATRIARCA DE ANTIOQUIA.—Eusebio y san Gerónimo alaban la sabiduría de este prelado, y su celo por la defensa de la verdad. Escribió un libro contra la herejía de Montano, y otro para refutar el supuesto evangelio de san Pedro. Murió mártir el año primero del emperador Caracalla, en 211.

DIA 3.

SANTA GENOVEVA, VIRGEN.—La santa virgen Genoveva, defensora y patrona de la ciudad de París, cabeza del reino de Francia, nació en una aldea de allí cerca; su padre se llamó Severo, y su madre Gerónica. Desde niña resplandeció en ella la gracia del Señor en tanto grado, que san German Antisiodorensis, santísimo obispo y varon apostólico, yendo en compañía de san Lupo, obispo de Troya, á Inglaterra, queriendo arrancar de ella los errores y herejías que el malvado Pelagio había sembrado, y pasando por la tierra de Genoveva, saliendo todo el pueblo á recibir, honrar y reverenciar aquellos dos santísimos obispos, que eran en su tiempo dos lumbreras de la Iglesia católica, entre los otros que salieron, fueron los padres de Genoveva, y tras ellos iba su hija.

Vióla de lejos san German: luego puso los ojos en ella; y alumbrado de la luz del cielo, entendió que aquella niña era singularmente escogida de Dios, y que había de ser muy gran sierva suya. Quiso saber cómo se llamaba y quiénes eran sus padres; y habiéndolo sabido, les dijo que eran dichosos y bienaventurados por ser padres de tal hija, y que la criasen para Dios; y se la mandó llevar otro día á la posada donde estaba, y con blandas y dulces palabras exhortó á la niña á que se abrazase con Jesucristo, como con su esposo, y menospreciase todas las cosas de la tierra. Y entendiendo de ella que este mismo era su deseo y su intento, le dió en señal de que la consagraba á Dios, una cruz, para que la trajese al cuello como una preciosa joya, y diese de mano á todas las galas y atavíos de mujeres; y con esto el santo prelado, encomendando á sus padres la niña, se partió. Sucedió después, que un día de fiesta solemne, queriendo la madre ir á la iglesia, ordenó á su hija que se quedase en casa y reposase; mas la hija, como estaba encendida en el amor de Dios, y desease mas ir al templo que quedarse en casa, rogó á la madre que la llevase consigo; y como la madre no viniese en ello, y la hija la importunase con demasiada instancia, enojóse la madre y dióle un bofetón, y luego quedó ciega, y lo estuvo dos años, hasta que rogó á su misma hija que le trajese un poco de agua de un pozo, y que hiciese la señal de la cruz sobre ella; y lavándose los ojos con el agua cobró la vista; y este fué el principio de otros muchos milagros que nuestro Señor después obró por ella. Siendo ya de mas edad, fué con otras dos doncellas mayores que ella, para que el obispo las bendijese y consagrara al Señor; y el obispo lo hizo, comenzando por Genoveva, porque tenia ménos años, y por divina inspiración entendió los tesoros y gracias divinas que en su pecho se encerraban. Murieron sus padres, y ella fué á vivir á París; porque así se lo ordenó su superiora y espiritual madre. Aquí la visitó el Señor con una enfermedad de perlesía trabajosa y tan terrible, que parecia que se le despedazaban los miembros: pero después de haberla probado y ejercitado su humildad y paciencia, le dió entera salud; y por medio de la misma enfermedad la hizo conocer á la gente, y publicó mas las virtudes y santidad con que ella resplandecía.

Vino en este tiempo á Francia Atila, rey de los hunos, que se llamó azote de Dios: y realmente lo fué, por las provincias que destruyó y arruinó, y por la mucha san-

gre que derramó, y por la crueldad y fiereza con que ejecutó la saña y furor del Señor. Llegó cerca de la ciudad de París; y temiendo los naturales de ella que la destruyese y asolase como habia hecho con otras muchas ciudades, determinaron para salvar sus personas, mujeres, hijos y hacienda, desamparar la ciudad y retirarse á partes remotas y seguras. Súpolo Genoveva, y habló con algunas mujeres principales, y rogándolas que detuviesen á sus maridos y les persuadiesen que no se arredrasen ni temiesen tanto, sino que ellos y ellas acudiesen á Dios con oraciones, limosnas y ayunos, y esperasen de su misericordia que defendería la ciudad, y que aquella bestia fiera no la destruiría ni entraría en ella. Hizose así, y la santa virgen, con su continúa y fervorosa oracion y lágrimas, encomendaba á su dulce esposo la defensa de su patria, y daba esperanzas á todos que no recibirían daño. Mas para que se vea como Dios nuestro Señor quiere que los suyos, por hacer bien, padezcan mal de los mismos á quienes hacen beneficio, permitió que algunos de los ciudadanos de París, ó mas medrosos ó mas deseosos de salir de la ciudad, y por salir del peligro, viendo que santa Genoveva era de contrario parecer, y que la gente la seguía, se determinaron á matarla y quemarla viva, ó echarla en el rio, ó darle otra muerte cruel; y no se la dieron luego, por tratar del género de la muerte que le habian de dar: y habiendo venido un arcediano, enviado á París del santo obispo German, y entendido lo que aquellos hombres desalmados trataban, y la muerte que querían dar á la bienaventurada virgen, apenas pudo con las palabras y buenas razones aplacarlos y persuadirlos que dejasen aquel cruel é inhumano intento, y que le creyesen; pues Dios moraba en ella, y en los ojos de san German era tan gloriosa como podían ver, por los dones que el santo pontífice por su mano le enviaba. Fué Dios servido que por los merecimientos de santa Genoveva el ejército de Atila no llegase á París, y quedase exenta y libre del furor de tan cruel y bárbaro enemigo.

La vida de esta santa virgen fué admirable y llena de todas las virtudes, de castidad, caridad, prudencia, simplicidad, paciencia y mansedumbre; pero su abstinencia fué extremada, porque desde los quince años de su edad hasta los cincuenta solamente comía dos dias de la semana, que eran domingo y juéves; y entónces comía un poco de pan de cebada y una escudilla de habas. Pasados los cincuenta años, por mandárselo así los obispos, comenzó á comer un poco de leche y algunos pececillos. En todo el tiempo de su vida no bebió vino, ni cerveza, ni cosa de las que suelen emborrachar. Siempre que alzaba los ojos al cielo, se enternecía y lloraba muchas lágrimas. Tuvo gran devocion á san Dionisio Areopagita, y procuró que se le edificase un solemne templo en el lugar donde estaba sepultado, y aunque ella era pobre y hallaba dificultades para obra tan grande, el Señor las allanó, y proveyó de cal, que faltaba para el edificio, casi milagrosamente, y movió muchas personas piadosas para que con sus limosnas ayudasen, y á muchos oficiales que trabajasen en ella; y habiéndoles faltado qué beber, la santa les proveyó abundante y milagrosamente. Muchos, grandes y notorios fueron los milagros que el Señor obró con intercesion de su dulce esposa Genoveva. Estando una noche en oracion, á oscuras, se encendió de suyo una vela que allí estaba; y despues los pedazos de ella dieron salud á

muchos enfermos. Otra noche, yendo con sus compañeras á la iglesia, se les apagó una luz que llevaban; y en tomándola la santa virgen en la mano, luego tornó á arder. Hurto una mujer unos zapatos, y luego al punto quedó ciega; y conociendo su culpa, y pidiendo perdon, cobró la vista, haciendo oracion por ella santa Genoveva. Sanó á una doncella que nueve años habia estado tan fatigada de perlesía, que no podia usar de ninguno de sus miembros. Trajéronle una vez, estando en París, doce endemoniados, y con sus oraciones los libró. Resucitó á un niño muerto, que habia caído en un pozo, y aun no era bautizado; y á otro hombre manco le restituyó la mano. Solia la santa virgen, para estar mas recogida y darse mas á la penitencia y oraciones, encerrarse en su celda desde la fiesta de los Reyes hasta el juéves santo. Hubo una mujer que con vana curiosidad quiso acecharla para ver lo que hacia, y luego quedó ciega; y lo estuvo hasta que la santa salió de su encerramiento, y con sus oraciones le volvió la vista que habia perdido. Rogó una vez á un señor que perdonase á un criado suyo que le habia ofendido: hizose sordo el señor, y no quiso perdonarle; y la santa con grande confianza le dijo: Si tú no quieres oirme y hacer lo que te ruego, mi Señor Jesucristo me oirá; y luego volviendo el señor á su casa, le dió una mortal calentura, y conociendo su culpa se echó á los piés de santa Genoveva, suplicándole que le socorriese y se compadeciese de su trabajo; y ella lo hizo, y con su oracion alcanzó salud al enfermo y perdon al criado. No es desemejante á esto lo que le aconteció al rey de Francia Childerico, el cual, aunque no era bautizado, tenia gran devocion y respeto á la santa virgen; y una vez, habiendo mandado hacer justicia de algunos delincuentes, y temiendo que la santa le habia de pedir que los perdonase, y que él no se lo podría negar, se salió de la ciudad, y mandó que estuviesen cerradas las puertas, para que la santa no pudiese salir ni irle á buscar. Súpolo Genoveva: llegó á las puertas de la ciudad, las cuales de suyo se abrieron, quedando los guardas asombrados; y siguiendo su camino y llegando al rey, alcanzó de él la vida de los que ya estaban condenados y á las puertas de la muerte.

Otros muchos milagros hizo Dios por esta sierva suya, sanando á los enfermos de muchas dolencias; echando de los cuerpos á los demonios con sus oraciones; multiplicando en un vaso vacio el aceite bendito, con que los solia echar; suspendiendo las nubes para que no lloviesen en sus haces, estando ella segando y lloviendo en las demás, y penetrando los corazones y las vidas de algunos, que exteriormente parecían santos, é interiormente eran ruines y flacos; y otras cosas obró Dios por santa Genoveva, raras, admirables y divinas, las cuales mas largamente se cuentan en su vida. Solo quiero añadir, que estando la ciudad de París muy afligida por la falta de pan, y pereciendo los pobres de pura hambre, ella, compadeciéndose de tan grave calamidad, se determinó sin tener respeto á su persona de embarcarse con otra gente en el rio Sená, que pasa por París, á buscar trigo para socorrer aquella necesidad. Embarcóse, y navegando halló en la ribera del mismo rio un árbol grandísimo que con sus ramas abrazaba el rio, y embarazaba las naves que no pudiesen pasar: y tratando los que iban con la santa cómo podrían cortar aquel árbol y quitar aquel impedimento, ella se puso en oracion, y luego se arrancó el árbol, no su-

friendo la fuerza de la oracion de la santa virgen; y de dentro de él salieron dos serpientes de extremada grandeza y de malísima olor. En este mismo viaje, volviendo con las naves cargadas de trigo, tuvieron una borrasca peligrosa entre unas peñas, de la cual les libró el Señor por sus oraciones, y les volvió á la ciudad de París cargados de provision y bastimento para el sustento y gozo de toda la ciudad.

Finalmente, habiendo esta preciosa virgen vivido mas de ochenta años con rarísimo ejemplo de santidad, y siendo al mundo peregrina, al pueblo venerable y á Cristo gratisima, acabó el curso de su santísima vida á los 3 de enero, y fué enterrada en la ciudad de París con gran devocion de todo el pueblo, pompa y solemnidad, donde es reverenciada y tenida por especial patrona y amparo de toda aquella nobilísima y populosa ciudad; y el rey Clodoveo y la reina Clotilde, su mujer, despues le edificaron un suntuoso templo. De santa Geneveva hacen mencion los martirologios romano, de Beda, Usuardo y Adon. Pone su vida el P. Fr. Lorenzo Surio en su primer tomo sacado de los libros antiguos escritos de mano. Escriben tambien de santa Geneveva san Gregorio Turonense en el libro de la Gloria de los confesores, capítulo 91, y en su historia de Francia, libro IV, capítulo 1.º; y Sigisberto en su crónica, el año 457. Hácese mencion de ella en la vida de san German, obispo Antisiodorensis, la cual escribió Constantio. Floreció esta santa en tiempo del emperador Valeriano III, que comenzó á imperar el año 425, y llegó hasta el reinado de Clodoveo, que fué el primer rey de Francia que se bautizó, y comenzó á reinar el año 484, segun el cardinal Baronio.

Entre las alabanzas de esta virgen, una es, y nó la menor, que viviendo en su tiempo en las partes del Oriente el gran Simeon Estilita, que era un prodigio de santidad en el mundo, solia por los mercaderes y otras personas, que venian de aquellas partes á Francia, enviar á visitar á santa Geneveva, y rogarla afectuosamente que rogase á Dios por él: porque á la que no conocia de vista corporal, conocia en espíritu; y alumbrado con la lumbre del cielo entendia cuán regalada era del Señor, y cuán altos eran sus merecimientos, y que por ellos podia él alcanzar mayor gracia y perfeccion.

* SAN ANTERO, PAPA. — Poco tiempo gobernó la Iglesia este santo, que fué griego de nacimiento y sucesor de san Ponziano. El venerable Beda y tambien el Martirologio romano dicen que fué mártir, padeciendo en tiempo de Julio Maximino; pero no se sabe de cierto, pues no se encontraron las actas de su martirio. Su muerte acaeció el 3 de enero del año 236, habiendo ascendido al pontificado en 21 de noviembre del año 235. Fué sepultado en el cementerio de Calixto.

SAN PEDRO. — Llamábase Bálamo ántes de recibir el bautismo: nació en Eleuterópolis, ciudad de Palestina, y derramó su sangre por la fé en la Aulón, antigua ciudad de Samaria, el 3 de enero del año 291. Refiérense de varios modos las circunstancias de su muerte; pero las actas de su martirio, que ha recogido Bolandos, solo traen un cruel interrogatorio que sufrió por parte del prefecto Severo, al cual contestó con todo el valor y la dignidad de un mártir de Jesucristo, saliendo del tribunal para ser puesto en una cruz, en donde espiró.

LOS SANTOS CIRIACO, PRIMO Y TEOGENES. — De los dos pri-

meros no se sabe mas que lo que dice el Martirologio romano, esto es, que murieron en Helesponto; pero del tercero hay la vida escrita por un autor desconocido, y las actas de su martirio. Por ellas se sabe que Teógenes era soldado de la legion segunda Trajana, que estaba de guarnicion en la ciudad de Parecia en el Asia menor; y que habiendo confesado públicamente que era cristiano, fué bárbaramente apaleado por orden de Licinio, y puesto despues en la cárcel atado á un cepo, en cuya situacion se le abandonó para que muriese de hambre y del dolor de las heridas. Pero en vez de suceder como el tirano queria, pasados cuarenta dias encontraron á Teógenes en la cárcel lleno de alegría, y cantando salmos y alabanzas al Señor. Lo llevaron entónces á alta mar, para precipitarlo al fondo de las aguas, donde acabó sus dias coronado de gloria el dia 3 de enero del año 313. Los milagros que obró el cielo en su martirio convirtieron á los marineros y á casi todos los legionarios que lo presenciaron.

SAN GORDIO, CENTURION. — Hé aquí lo que dice san Basilio el Grande en el panegirico que hizo de Gordio el dia de su fiesta. «Fué de Cesarea en Capadocia, soldado distinguido y centurion ilustre, aventajando á sus compañeros en valor, como les excedia á todos en virtudes y en gracias. En la persecucion de Maximino, cuando se promulgó en Cesarea el edicto del emperador, prohibiendo que se adorase á Cristo, renunció Gordio los honores, la milicia, los amigos y la patria, y se desterró voluntariamente, viviendo escondido en las selvas, hasta que no pudiendo contener por mas tiempo su coraje, volvió en Cesarea en ocasion en que estaban ejecutando unos juegos equestres en honor de Marte, y saliendo en medio del circo proclamó á Jesucristo como el único y verdadero Dios. Fué al momento cogido, interrogado; y despues de ser alligido su cuerpo con una multitud de tormentos, fué decapitado el 3 de enero del año 312.

LOS SANTOS ZÓZIMO Y ATANASIO. — Zózimo era monje de Cilicia, y vivia en el desierto cuando fué preso por orden del prefecto Domiciano. Habiendo confesado la fé de Jesucristo, le quemaron las orejas con hierros candentes y le echaron dentro de una caldera de plomo derretido. Librado milagrosamente de todos los suplicios, fué condenado á las fieras, que respetaron su persona; á vista de cuyo prodigio se convirtió á la religion cristiana el escribano Atanasio, que presenciaba la ejecucion para dar fé de ella al prefecto. En seguida fueron ambos confundidos en los tormentos; y habiéndolos librado el Señor de todos ellos, marcharon los dos santos al desierto, donde Atanasio fué instruido y bautizado, y donde ambos murieron poco despues en la paz de Dios. El cardinal Baronio junta los dos santos que siguen con los dos de que hablamos, y dice que todos padecieron martirio en 284.

LOS SANTOS TEOPENTO Y TEONAS, DE CILICIA. — El primero, obispo, fué preso durante la persecucion de Diocleciano, y llevado á presencia del prefecto, reprendió á este severamente por la crueldad con que usaba con los cristianos. Fué arrojado á un horno ardiente, de donde salió ileso: despues le quitaron los ojos, y no le produjo efecto alguno un veneno muy activo que le hicieron beber, preparado por el mago Teonas, que abrazó la fé á vista de tal prodigio. Teopento fué atormentado con otros suplicios, muriendo en fin degollado; y á Teonas lo metieron vivo en un hoyo cavado en el suelo, pereciendo ahogado por la

tierra con que lo cubrieron. Los dos santos consumaron su martirio el día 3 de enero del año 284, según las actas recogidas por Bolandos.

SAN DANIEL, LEVITA Y MÁRTIR.—Era diácono de san Posdocimo, primer obispo de Padua, ordenado por el apóstol san Pedro. Nació Daniel de una familia hebrea. Y habiendo abrazado la fé de Jesucristo, y sido admitido en el número de los levitas, predicaba públicamente la nueva doctrina, cuando mandándole prender el prefecto de la ciudad durante la persecucion de Marco Aurelio, fué puesto en el tormento de las dos tablas, que quebrantando su cuerpo, hizo volar su alma al cielo, el día 3 de enero del año 168. Su muerte fué gloriosa en prodigios, y sus reliquias, despues de haber estado ocultas mucho tiempo, fueron milagrosamente descubiertas en 1604, por Ulderico obispo de Padua, y colocadas en la catedral de la misma ciudad.

SAN FLORENCIO, OBISPO DE VIENA EN FRANCIA.—Fué ilustre en ciencia y en virtudes: gobernó su rebaño desde 239 hasta el 256, en cuyo tiempo derramó su sangre por la fé, poco despues de haber sido desterrado por el emperador Galieno. Cuando Novato hizo el viaje á Roma para acusar á san Cipriano ante el papa Cornelio, y cuando Novaciano se hizo ordenar obispo de Roma, viviendo aun el mismo san Cornelio introduciendo así el primer cisma en la Iglesia romana, y el primer ejemplo de los antipapas; Florencio trabajó con un ardor infatigable en esplicar la verdadera doctrina y en escribir contra los nuevos errores, mereciendo una buena parte de la gloria que se debe á los padres de aquel siglo.

DIA 4.

SAN TITO OBISPO.—Entre las muchas conversiones que hizo el apóstol san Pablo, fué la de Tito, griego de nacion y de profesion gentil. Secretario é intérprete del santo apóstol, lo llevó consigo al concilio de Jerusalem, celebrado el año 51 del nacimiento del Señor; enviándolo despues á Corinto, á fin de calmar las disputas que se habian suscitado entre los cristianos de aquella iglesia, y que los tenian divididos. Fué tambien este santo portador de la segunda carta de san Pablo á los Corintos. El mismo apóstol le colocó en Creta de obispo, el año 63 de Jesucristo, dirigiéndoles un año despues desde Macedonia una muy célebre carta, manifestándole los deberes del obispado, para que pueda dignamente cumplir tan sagrado ministerio. Murió Tito en la misma isla de Creta, á los noventa y cuatro años de su edad, siendo su cuerpo sepultado en la misma iglesia, que con tanto celo habia gobernado.

LOS SANTOS MÁRTIRES PRISCO, PRESBITERO, PRISCILIANO, LEVITA, Y BENITA.—A esta última la llama *religiosa* el Martirologio romano, aunque algunos autores, entre ellos Natal y Usuardo, dicen *gloriosa*. Los tres santos murieron decapitados en Roma en tiempo del emperador Juliano, el día 4 de enero del año 362.

SANTA DAFROSA.—Despues de la muerte de su marido san Flaviano, mártir, fué desterrada: á la vuelta de su destierro, el prefecto Aproniano la hizo encarcelar con intencion de que muriese de hambre; y no habiéndolo logrado, la entregó á un pariente suyo llamado Fausto, para que la indujese á casarse con él y sacrificar á los dio-

sés. Fausto fué entretanto instruido por la santa en la fé, y bautizado por san Juan presbítero, muriendo mártir dentro de poco. Su cuerpo se expuso á los perros; pero Dafrosa lo recogió de noche y le dió sepultura; cuya accion, sabida por el prefecto, mandó prender á la santa y quitarle la vida. Su martirio se pone al 4 de enero del año 362, reinando Juliano. Antonio Quintana, historiador de los santos de Sevilla, dice, apoyándose en el testimonio de Pedro Juliano, que Dafrosa y Flaviano nacieron en Sevilla, donde vivian; y que habiendo marchado á Roma con sus dos hijas Demetria y Bibiana, los cuatro murieron mártires en la misma ciudad el año 362.

LOS SANTOS HERMETO, AGEY Y CAYO.—Murieron mártires el año 303 en Bolonia, donde actualmente se muestran unas cruces en las que, se dice, fueron suspendidos, y espiraron durante la persecucion de Maximiano.

SAN MÁVILLO MÁRTIR.—En la persecucion del emperador Severo, fué condenado á las fieras por el prefecto Scápula en Adrumeto, ciudad de Berberia en África, el año 203. Tertuliano en su libro *ad Scapulam*, capítulo 3.º, dice, que el martirio de Mávillo fué la *interpelacion de la sangre*, esto es, según Pamelio, el principio de la cruel persecucion que se levantó entónces contra el pueblo cristiano.

LOS SANTOS AQUILINO, GÉMINO, EUGENIO, MARCIANO QUINTO, TEODATO Y TRIFON, MÁRTIRES.—Murieron, según Natal, en África, en el siglo VI, durante la persecucion de los vándalos.

SAN GREGORIO, OBISPO.—Gregorio de Tours en las vidas de los padres, cap. 7.º, dice que este santo «era de una familia senatoria; que sirvió cuarenta años en la escolta del emperador, despues de los cuales; habiendo perdido á su esposa, se convirtió á Dios, y fué elegido obispo de Langres por el clero y el pueblo.» En su nuevo estado se distinguió particularmente por la abstinencia y la limosna, viviendo como un ermitaño en medio del mundo, favorecido por el cielo con el don de milagros, y muriendo en medio de su rebaño el 10 de enero del año 541: fué enterrado, como habia deseado, junto al sepulcro de san Benigno, apóstol de Borgoña.

SAN RIGOBERTO, ARZOBISPO DE REIMS EN FRANCIA.—Era monje benedictino cuando fué elegido y ordenado obispo en 696. Fué infatigable obrero en la casa del Señor; extirpó los abusos del santuario, y obligó al clero de su diócesis á vivir conforme á los sagrados cánones. Consagró á los reyes de Francia Dagoberto II y Childerico III, y sacó de pila á Carlos Martel, hijo de Pepino, que despues lo desterró poniendo en su lugar al abad Milon, que estaba usurpando ya la sede de Tréveris. Muerto Carlos Martel en 741, Milon fué arrojado de la silla de Reims por las censuras del papa Zacarias, y repuesto Rigoberto en su lugar: murió tranquila y santamente en Reims el día 4 de enero del año 749. (*Georg. Colvenerius ex cathologo Episcop. Rhemens.*)

DIA 5.

SAN TELESFORO, PAPA Y MÁRTIR.—Por la muerte de san Sixto, primero de este nombre, papa y mártir, sucedió en la silla de san Pedro san Telesforo, asimismo papa y mártir. Fué griego de nacion, y ántes habia sido anacoreta; y por su gran santidad y altos merecimientos, dos días

después de la muerte de san Sixto fué elegido con grande aplauso por sumo pontífice. Levantáronse en su tiempo muchos herejes, y falsos profetas, que turbaron la santa Iglesia del Señor, y con su mala y deshonesta vida desacreditaban la religion cristiana, porque como ellos vivian mal, y eran dados á la deshonestidad y á la torpeza, y se llamaban cristianos; los gentiles, creyendo que todos los cristianos eran semejantes á ellos, y que su religion les daba licencia para vivir de aquella manera, aborrecian á todos los que la profesaban, y perseguianlos, juzgando que eran indignos de la vida, y merecedores de cualquier tormento. Pero fué nuestro Señor servido que con la diligencia y vigilancia de san Telesforo, y de san Justino, filósofo y mártir, y de otros santísimos y doctísimos varones, que Dios levantó en su tiempo para amparo de su Iglesia, se descubrió la verdad, y los herejes y sus secuaces fueron conocidos por malos, y los católicos por buenos, como lo eran. Fué san Telesforo en su vida y conversacion muy semejante á los santos pontífices, sus predecesores, y tal, cual convenia que fuese, para tan alta dignidad. Ordenó que ántes de la Pascua se ayunasen siete semanas, y que los clérigos comenzasen á ayunar desde el domingo de la quincuagésima; y de aquí vinieron algunos á creer, que san Telesforo habia instituido el ayuno de la cuaresma: pero la verdad es, que es institucion de los apóstoles, y que ántes de este santo pontífice se usaba en la Iglesia del Señor, desde que ella comenzó, como se saca de san Ignacio y de otros santísimos y antiquísimos escritores. Tambien mandó se celebrase misa la noche de Navidad, y que se dijese en la misa el himno de los ángeles: *Gloria in excelsis Deo*. Hizo cuatro veces órdenes en el mes de diciembre, y ordenó en ellas doce presbíteros y ocho diáconos y trece obispos. Fué martirizado en tiempo del emperador Antonino Pio, el año del Señor de 154, y fué enterrado en el Vaticano cerca del cuerpo del príncipe de los apóstoles san Pedro, habiendo gobernado la Iglesia once años y nueve meses ménos tres días. Celebra la santa Iglesia su conmemoracion á 5 de enero, que fué el día de su martirio; y la santidad de Clemente VIII la mandó añadir en el Breviario reformado, que por su orden ha publicado este año pasado de 1602. De san Telesforo hace mencion el Martirologio romano, y los de Beda, Usuardo y Adon.

SAN SIMEON ESTILITA Ó DE LA COLUMNA, CONFESOR. — La vida prodigiosa y admirable de Simeon Estilita escribió el doctísimo Teodoreto, obispo Cirenense, que le conoció, y le trató, y fué testigo de vista. Comenzándola á escribir, dice estas palabras: « Todos los que están sujetos al imperio romano, los persas, indios, medos, y los pueblos de Etiopia, saben bien quién fué Simeon, varon ilustre en santidad, y grandísimo milagro de todo el mundo. Pero yo confieso á la verdad, que con tener tantos testigos de sus hazañas, temo mucho de contarlas; porque las cosas, que son sobre nuestra naturaleza, no se creen, ántes se tienen por fabulosas, y los hombres solemos medir á los otros con nuestra medida, y creer que otro hizo lo que nos parece que nosotros podemos hacer, y tenemos por falso y fingido lo que excede y pasa de esto, porque no podemos llegar á ello. Mas porque esto acontece á los hombres flacos, y nó á los que ponen los ojos en el poder y virtud de la gracia divina, por la cual los santos son santos, y obran cosas maravillosas y que sobrepujan nuestra capacidad,

quiere escribir aquí, sin recelo de no ser creído, todas las cosas que sé de este notable varon. » Esto es de Teodoreto.

Nació Simeon en los confines de Cilicia, en un pueblo que se llamaba Sisan: guardaba ganado, y era pastor; y como una vez por la mucha nieve, el ganado que guardaba se estuviere en la majada; él se fué con sus padres al templo, y allí oyó decir en el Evangelio que eran bienaventurados los que lloran, y desventurados los que rien. Preguntó á uno de los que estaban presentes, ¿ cómo se podía alcanzar aquel llanto y bienaventuranza? Y habiéndole respondido que dejando todas las cosas vanas de esta vida, y abrazándose con la perfeccion de monjes, se entró en un templo de santos mártires, que estaba allí cerca, y postado en el suelo comenzó á suplicar á nuestro Señor que le mostrase el camino, y le enderezase por las sendas de la perfeccion, y le enseñase en todo á hacer su santísima voluntad. Estando en esta oracion con grande afecto, y largo espacio de tiempo, se durmió y tuvo un sueño ó revelacion de esta manera. Parecióle que estaba cavando, y sacando un cimiento, y que oyó una voz que decía: « Mas es menester cavar; » y que él cavaba mas, y que cuando le parecia que habia cavado harto, oyó la misma voz tres ó cuatro veces, que le mandaba que tornase á cavar; y habiéndole obedecido y cavado, oyó la misma voz, que le dijo: « Si quieres hacer edificio que dure, conviene que trabajes sin cansarte; porque no se puede hacer cosa grande sin grande y continuo trabajo. » Despertó del sueño, y quedando lo que habia en él visto, impreso en su alma, se fué á un monasterio de monjes, cuyo abad era Heliodoro, varon perfecto, el cual tenia setenta y cinco años, y de ellos habia vivido los setenta y dos en el monasterio. A este santo abad se entregó Simeon, y estuvo en aquel monasterio diez años, sirviendo á nuestro Señor con tan gran fervor, que se aventajaba sobre todos sus compañeros; y con tan extraña abstinencia, que comiendo los otros una vez cada día, y algunos de dos en dos días, él se pasaba toda la semana sin comer bocado; y traía una sogá tejida de palmas á raíz de sus carnes, tan dura y tan apretada, que se le hizo una llaga, de la cual manaba mucha sangre, y por ella se vino á entender este secreto. Quitáronle la sogá: y porque no quiso dejarse curar la llaga, el abad le dijo que se fuése del monasterio, por aquella desobediencia, temiendo que otros flacos y de ménos fuerzas no le quisiesen imitar en aquel rigor: y así se fué Simeon; pero poco despues con parecer de los padres graves del convento, el abad le envió á buscar, y halláronle metido en una hoyá ó cisterna sin agua, donde se habia echado: y habiendo estado cinco días cantando alabanzas á nuestro Señor, con gran dificultad con sogas le sacaron de aquella hoyá, y le trajeron á su convento. Estuvo en él poco tiempo; porque deseando mas aspereza, de la que allí permitian, se fué á un monte, y hallando una pequeña casa ó ermita, se encerró y permaneció en ella tres años. Vinóle devocion de ayunar cuarenta días sin comer ni beber cosa, á imitacion de Cristo nuestro Señor, y de Moisés y Elías. Rogó á un presbítero, llamado Basso, que hiciese cerrar á piedra y lodo la puerta de aquella ermita, y que le dejasen los cuarenta días sin mantenimiento alguno; pero oyendo del que aquello era tentar á Dios y matarse, le pidió que le dejase diez panes y un cántaro de agua, para que sintiendo grave necesidad

él comiese de aquel pan y bebiese de aquella agua. Hizolo así Basso: puso allí los panes y el agua, tapiándole la puerta como se lo había rogado. Volvió á los cuarenta días, y entrando dentro, halló el pan y el agua de la misma manera que lo había dejado, pero Simeon estaba como muerto, mudo y sin movimiento alguno. Tomó una esponja, mojole los labios, y poco á poco hizo que los abriese y que comiese, y con esto Simeon cobró sus fuerzas. Y dice Teodoro, que desde aquel tiempo hasta el en que él escribió esto, habían pasado veinte y ocho años, en los cuales cada año había ayunado cuarenta días sin comer nada; pero que despues con el tiempo y con la flaqueza había moderado aquel rigor. Pasados los tres años que estuvo en esta ermita, se subió á lo alto del monte, donde habiendo hecho un cercado, tomando una cadena de veinte codos de largo, hizo que por una parte la aferrasen en una piedra, y á su pié derecho por la otra, para que aunque quisiese, no pudiese salir de aquel término sino en el mirar y contemplar el cielo, y aspirar con el corazón y con vivos deseos y ansias del Señor. Vinole á visitar Melecio obispo de Antioquia, varon santísimo; y hallándole atado de aquella manera con la cadena, le preguntó, ¿porqué estaba así encadenado? y como Simeon le respondiese que por hacerse fuerza y no tener libertad de salir de aquel cercado, el santo obispo le respondió: que las bestias fieras se domaban de aquella manera, pero que los hombres que participan de razon, la misma razon ha de servir de prisiones y cadenas; y así mandó venir un herrero para que le quitase la cadena, y quitándosela por la parte que la tenia asida á su pié, como estaviese sobre una piel de animal veloso (para que no mordiese la carne), vió el obispo Melecio como veinte chinchas que habían hecho su nido y asiento en aquella piel, nó sin grave tormento del santo que sufría sus mordeduras penosas, por ensayarse en estas cosas menudas para otras mayores.

La vida que aquí hizo Simeon fué extraña y prodigiosa: divulgóse por todas partes la fama de su santidad, y venia á él mucha gente, unos con enfermedades corporales para que los sanase, otros con espirituales buscando salud para sus almas; y todos hallaban en él lo que deseaban, y tornando á su casa, eranregoneros de las maravillas que Dios obraba por su siervo: y esto era causa que muchos de mas apartadas tierras y provincias, como españoles, franceses é ingleses, le buscasen; y en Italia fué tan celebrado el nombre de Simeon, que dice Teodoro que en Roma apenas había tienda ni casa que no tuviese á la puerta una pequeña imágen de san Simeon, para su seguridad y defensa. Pues cómo fuese tan extraordinario el concurso de gentes que de todas partes á él venian para tocarle y recibir de él su bendicion, por huir de esta honra y molestia, que en sus ojos era grande, imaginó una manera nueva de vivir sobre una columna, la cual al principio era de seis codos, despues de doce, de veinte, y finalmente de treinta y seis codos de alto: y dice Teodoro que le vió, y que fué esto por particular providencia de Dios, para despertar á penitencia á los tibios y á los flojos, y para que se avergonzasen viendo lo mucho que este santo hizo, y lo poco que ellos hacen: y no solamente para que los cristianos enmendasen sus vidas y se encendiesen mas en el temor y amor santo del Señor, y los que eran carnales viviesen castamente, los codiciosos y escasos alargasen la mano en sus limosnas, los ambiciosos y vanos

se compungiesen y volviesen á Dios, sino tambien para que los infieles, que estaban en la sombra de la muerte y no le conocian, recibiesen por su medio la luz del cielo, y conociesen á Jesucristo por su Señor y Redentor; y no menos para que con la grandísima autoridad que tenia, causada de aquella estupenda y nueva manera de vida, reprimiese á los herejes que en aquel tiempo en Oriente turbaban la Iglesia del Señor, y ella en él tuviese amparo y defensor, como adelante se dirá. No se puede fácilmente creer los enjambres y ejércitos de personas fieles é infieles, cristianos y paganos que venian á san Simeon por verle y oír sus palabras, y recibir su bendicion, y alcanzar de él otros beneficios para sus almas y cuerpos. A todos enseñaba, á todos predicaba, á todos daba salud y vida. Muchos gentiles se convertian y bautizaban; innumerables pecadores salian del cieno y profundidad de sus pecados, gran muchedumbre de enfermos sanaban de sus dolencias, y los que tenían pleitos los componian y concertaban por su parecer. Una vez vió una vara que amenazaba grandes males, y luego entendió que nuestro Señor queria significar por ella, que habría una gran sequedad, y tras ella una cruel hambre y pestilencia, que el Señor para castigo de los pecadores queria enviar al mundo; y así lo dijo, y como lo dijo sucedió. Otra vez dijo, que había de venir gran copia de langostas, pero que no serian tan dañosas como podian ser, porque la misma mano del Señor que las enviaba, por su benignidad las detendría. De allí á treinta días vino tan gran copia de ellas, que parecia una nube que oscurecia el sol, y consumió y arruinó todas las cebadas y el pasto de los animales, y no tocó á los trigos y manjar de los hombres. La reina de Persia le tuvo particular devocion, y estimó como tesoro preciosísimo un vaso de aceite bendito que le envió: y la reina de los ismaelitas, siendo primero estéril, tuvo un hijo por su oracion, con el cual fué á san Simeon para que á madre y á hijo los bendijese. Dice mas Teodoro, que lo que mas le admiraba en este santo era su paciencia y perseverancia. De día y de noche tenia oracion, ya en pié, ya postrado en la columna. Cuando oraba en pié hacia muchas inclinaciones. Una vez uno de los criados de Teodoro las quiso contar, y llegó á número de mil y doscientas y cuarenta y cuatro, y de cansado no contó mas. Cuando se inclinaba, llegaba con la frente á los piés: y con comer solamente muy poca cosa una vez en la semana, tenia fuerza para inclinarse como se ha dicho, y tantas veces. Padecia grave dolor y pena de una llaga que tenia en un pié, de la cual le manaba mucha podre; pero no hacia mas caso de ella que si no estuviera en su cuerpo, aunque le fué forzoso mostrarla con la ocasion que aquí diré. Vino un extranjero, hombre principal, á visitarle: llegó al monte donde estaba la columna, y considerando de la manera que allí vivia, en lugar alto, tan angosto y sin defensa para el sol, aire y frio, y entendiendo que no comia, ni bebia, ni dormia, le dijo: Dime por el Señor que por nosotros se hizo hombre, ¿eres hombre, ó alguna naturaleza y criatura que parece que tiene cuerpo humano y no le tiene, pues no estás sujeto á las miserias del cuerpo? Mandó entónces el santo que le pusiesen una escalera y que subiese á la columna, y despues de subido le dió lugar para que, entre el cilicio que tenia vestido y le cubria todo el cuerpo, con sus manos le tocase los piés. El hombre lo hizo; y tocándose los descubrió aquella llaga, y quedó mucho mas ad-

mirado y cierto en que era hombre, y mas cuando entendió que una vez cada semana tomaba algun mantenimiento. Las noches de las fiestas principales, desde que se ponía el sol hasta que amanecía el día siguiente, estaba en pié en la columna con las manos levantadas al cielo, no cansándose con postura de suyo tan penosa, ni venciéndole el sueño importuno. Pero lo que mas admiraba en este santo varon era, que con ser su vida tan demasidamente austera, era juntamente muy blando de condicion, afable y humanísimo. Respondia con gran blandura á todas las preguntas que le hacian, ahora fuesen los que le hablaban nobles, ahora plebeyos, sabios ó ignorantes. Era varon verdaderamente ilustrado con lumbre del cielo: predicaba dos veces cada día, con grandísimo gusto y provecho de innumerable gente que le venia á oír; y el blanco á que tiraban sus palabras, era persuadirles que menospreciasen las cosas de la tierra, y tuviesen puestos los corazones en las del cielo: que no mirasen solamente á las cosas presentes, sino que pensasen en las que habian de venir, y se acordasen de las promesas de nuestro Señor, y de sus premios y castigos. Tenia distribucion del tiempo, y señaladas las horas en que cada cosa habia de hacer. Al principio del día oraba; luego predicaba; despues recibia y despachaba peticiones de diversas personas, componia pleitos, y concordaba á los que estaban discordes. Tras esto hacia otra plática, y luego volvia á su oracion, y no por esto se olvidaba de los negocios de la Iglesia católica universal, así en suplicar á nuestro Señor que la gobernase y amparase, como en tomar los medios humanos que le parecia para su defensa. Avisaba á los reyes y á los prelados lo que habian de hacer: confundia á los idólatras con eficacisimas razones: convenia á los judios pertinaces con lugares de la divina Escritura: hacia callar á los herejes con argumentos y razones. Finalmente, para todos era sol, luz y maestro verdadero, ministro ó instrumento de la gloria del Señor. A los emperadores Teodosio el menor y Leon escribió cartas, amonestándoles lo que habian de hacer en su gobierno; y ellos le escribieron y rogaron, que con sus oraciones alcanzase paz á la Iglesia: y Teodosio, por su intercesion y lágrimas, alcanzó una esclarecida victoria de los persas, y Eudoxia emperatriz, su mujer, habiendo sido engañada de un falso monje, se redujo á la verdadera y católica doctrina, y se sujetó al parecer de san Simeon. Supo que el emperador Teodosio habia mandado por ley que se volviesen á los judios que vivian en Antioquia algunas sinagogas que los cristianos habian tomado, y escribióle una carta muy severa y grave, reprendiéndole lo que habia mandado, y exhortándole á revocarlo y hacer penitencia de ello; y así lo cumplió luego el emperador, y le escribió pidiéndole que rogase á Dios por él y por su imperio.

Mas aunque en todas las cosas san Simeon fué espejo de la perfeccion y dechado de toda virtud, en una cosa mostró mucho su santidad, y echó como el resto de su vida. Juntáronse los santos ermitaños que moraban por aquellos desiertos, y para hacer prueba del espíritu de Simeon y entender mejor si iba acertado ó errado, le enviaron algunos de ellos, que de su parte le dijiesen que estaban maravillados que él dejase los caminos trillados, ciertos y seguros, que los santos padres nos habian dejado, y echase por otro nuevo, extraño y no conocido jamás de hombres; y que así le mandaban que bajase de aquella co-

lumna y viviese como los demás. Esta embajada le enviaron, avisando á los que la llevaban, que si Simeon obedeciese luego y bajase de la columna, le dejasen estar en ella; porque era señal que Dios le gobernaba, y estaba con él, y era bueno y seguro el espíritu que le movia: pero que si no quisiese obedecer, y se hiciese fuerte en la columna, le sacasen de ella y le derribasen; porque allí no estaba Dios. Propusieron los monjes su embajada, y al punto Simeon dijo que él obedecería de muy buena gana, y pidió la escalera para bajar de la columna; y con esto dió á entender que el Señor estaba con él, y le habia inspirado aquella vida, y por medio de ella obraba tantas y tan grandes maravillas: y siguiendo la órden de los superiores, le dijeron que se quedase donde estaba, y permaneciese en su propósito y vida; pues que era tan buen hijo de obediencia.

El cardenal Baronio dice, que vivió mas de ochenta años en la columna, y prueba; porque subió en ella, siendo obispo de Antioquia Melecio, como dijimos, el cual murió el año de 381, y Simeon murió á los 5 de enero, al cuarto año de Leon I, emperador, que fué el de 460: y de esto se sigue, que Simeon vivió mas de ciento y tantos años, que es cosa que en vida tan austera pone admiracion. Llegó el día de su glorioso tránsito: acabó en la misma columna en que habia vivido, y quedó su cuerpo inmóvil, y de la manera que oraba cuando vivia. Estuvo el sagrado cuerpo en la columna algun tiempo, velándole y guardándole los pueblos y soldados, para que no se le hurtasen, como un preciosísimo tesoro. Despues fué llevado á la ciudad de Antioquia, haciendo Dios muchos milagros en todo el camino por su intercesion: y queriendo el emperador Leon trasladarle á otra parte, toda la ciudad de Antioquia le suplicó que no lo hiciese; porque su ciudad no tenia murallas, ni otra fortaleza para su defensa, sino el sagrado cuerpo de Simeon, con el cual se tenian por seguros de los enemigos; y así el emperador se lo concedió, por ser la peticion piadosa y justa. Edificóse un templo en el monte donde habia vivido en la columna, en el cual no dejaban entrar mujer ninguna; y el Señor solia mostrar con prodigios divinos la gloria de su gran siervo Simeon. Parte de su vida escribió, como dijimos, Teodoro, y Evagrio Escolástico la añadió, Nicéforo, Suidas, Cedreno, Glicias; y en las vidas de los santos Daniel Estilita, y de Teodosio Cenobiarca, se hace mencion de este santo: Gregorio Turonense escribe de él, y en el libro de las vidas de los santos padres se halla su vida, aunque no se halla quién es el autor: y Nicéforo dice, que tambien la escribió el Metafraste; pero debe de haberse perdido. Demás de estos autores hacen mencion de san Simeon Estilita los griegos en su Menologio, á los 24 de mayo; y los Martirologios latinos, el Romano á los cinco de enero, el de Beda, Usuardo, y Adon; y el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio, y en el quinto y sexto tomo de sus anales.

Pero hase de advertir, que ha habido dos Simeones (aunque algunos los confunden y de dos hacen uno): al primero llaman el viejo, que vivió en tiempo de Teodosio el menor, y llegó hasta el cuarto año del imperio de Leon; y este es, de quien aquí hemos hablado: el segundo se dice Simeon el mozo, que floreció en tiempo del emperador Justiniano hasta el imperio de Mauricio, de quien escribe Evagrio, que le conoció, en

el libro VI de su historia, capítulo 23; y de él hace mencion san Juan Damasceno, en la tercera oracion que escribió de las imágenes. El uno y el otro vivió en Siria. Otro Simeon tambien Estilita hubo en Cilicia, que murió de un rayo, del cual hace mencion Sofronio en el libro llamado Prado Espiritual, capítulo 57. Adviértase asimismo, que este Simeon el viejo, cuya vida queda aquí referida, dejó, como por su heredero en la aspereza y manera de vivir en la columna, á Daniel Estilita, del que hace mencion Baronio en el Martirologio romano á los 11 de diciembre, y fué varon insigne y santísimo, y como de tal escribió su vida Metafraste, y hacen mencion los griegos en su Menologio, y Nicéforo, libro XV, capítulo 32, y libro XVI, capítulo 6; Cedreno y los demás en la vida de Leon Magno: que parece que ordenó nuestro Señor, que no solamente tuviese uno sino muchos, y que con tan raro, extraño y admirable género de vida edificasen y abrasen al mundo: porque ¿quién no se espantará, leyendo esta vida, considerando que un hombre mortal, flaco y vestido de carne, y compuesto de barro como los demás, haya podido hacer lo que este santo en su vida hizo? ¿Que haya vivido mas de ochenta años en una columna, expuesto á los ardores del sol, y á los hielos del invierno, y á las furias de los vientos, sin comer casi, ni dormir, como si no tuviera cuerpo, orando y contemplando continuamente, de dia y de noche, y haciendo tantas y tan profundas inclinaciones, por adorar y reverenciar al Señor? Maravillámonos, y con razon, cuando leemos en las divinas Letras, que Moisés y Elias, por la comunicacion que tuvieron con el Señor en el monte, estuvieron sin comer cuarenta dias; porque el Señor, con quien conversaban, milagrosamente los sustentaba. Pues ¿cuánto mas nos debemos maravillar, que san Simeon haya hecho esto, no una vez como Elias, ni dos como Moisés, sino veinte y ocho veces, veinte y ocho años, cada año una vez, como lo afirma Teodoro? ¿Quién no se admirará que se pasasen por casi toda la vida las semanas enteras sin desayunarse? ¿Que siendo un hombre rústico, fuese tan alumbrado y vestido de la luz del cielo? ¿Y que de un pobre y vil pastor, Dios le haya levantado, y sublimado, y hecho predicador de su Evangelio, y defensor de su Iglesia, y maestro de tantas gentes como á él concurrían, y armádole de tal manera de su espíritu, que alumbrase al gentil, y confundiese al judío, y ríndiese al hereje, y enderezase y enseñase al cristiano? ¿Quién no alabará al Señor, pensando sus secretos juicios y los medios que toma, para manifestar lo que puede nuestra flaqueza, sustentada con su brazo poderoso? ¿Quién desmayará en el camino de la virtud, por áspero y fragoso que parezca, viendo lo que hizo en el suyo este santo varon? Porque aunque es verdad que su vida es mas admirable que imitable, porque excede el curso de nuestra naturaleza y el comun y ordinario uso de los hombres; pero quiso nuestro Señor ponerle en su Iglesia por un retrato de perfecta santidad, para que los que leyeren los ejemplos tan extraordinarios de su vida mas que humana, se admiren del poder de Dios, que le dió fuerzas para vivir como vivió, y no desmayen ni desconfíen tanto de su flaqueza, que vuelvan atrás y dejen el estudio de la virtud; antes animados con este ejemplo, y confirmados en el mismo Señor, esperen que sino falta por ellos, les dará el esfuerzo que habrán menester para pelear y vencer las dificultades de su propio estado

y despues les dará la corona y premio eterno, como lo hizo con este glorioso santo y admirable prodigio del mundo.

SAN EDUARDO, CONFESOR, REY DE INGLATERRA.—Fué hijo de Eitelredo, asimismo rey de Inglaterra, y de la reina Emma, que era hermana de Ricardo, segundo duque de Bretaña; y porque los dacos, que son los transilvanios, valacos y moldavos, hombres feroces y bárbaros, habian entrado en aquella sazón en Inglaterra, y la destruían y asolaban (otros autores llaman á los dacos, y dicen que son los pueblos de Dinamarca); la reina Emma, muerto el rey su marido, se acogió como á puerto seguro con Eduardo y Alfredo, hijos suyos, á la casa de Ricardo su hermano, donde se crió y estuvo Eduardo mientras que duró aquella tempestad. Desde niño mostró que Dios le habia escogido singularmente para amparo del reino de Inglaterra, y remediator de tantos males; porque era muy apacible, muy honesto, muy callado, devoto y amigo de frecuentar las iglesias, oír misas y conversar con los santos monjes, á los cuales tanto mas se aficionaba, cuanto entendia que eran mas siervos de Dios. En este mismo tiempo que él se criaba en Bretaña, los dacos ó danos, como dijimos, hacían guerra á fuego y sangre, y arruinaban el reino de Inglaterra con no ménos impiedad que crueldad; porque derribaban los templos, abrasaban los monasterios, perseguían y mataban á los sacerdotes y á los legos, sin perdonar á cosa sagrada ni profana. Todo el reino estaba en un continuo llanto, oprimido con aquella extremada calamidad y miseria. Pero estando un santo obispo wintoniense, llamado Brivaldo, haciendo oracion con muchas lágrimas al Señor, para que alzase su mano, y mirase con ojos benignos aquel triste y afligido reino; cansado ya de la larga oracion, y de las muchas lágrimas que habia derramado, se quedó dormido suavemente, y vió en sueños en un lugar alto y eminente al bienaventurado apóstol san Pedro, y delante de él con un rostro apacible, vestido de las insignias reales, á Eduardo, y que el mismo apóstol, habiéndole consagrado y ungido por rey, le estaba dando algunos saludables documentos, y entre ellos que guardase castidad, y juntamente le declaraba los años que habia de reinar. Quedó maravillado el santo obispo de esta vision, y preguntó al glorioso apóstol lo que significaba; y san Pedro volviéndose al obispo, blandamente le dijo: Los reinos son de Dios, y él reina en los hijos de los hombres; y por los pecados de ellos les quita los reinos, y muda los imperios, y hace que reine el hipócrita. Este tu pueblo ha pecado gravemente contra el Señor, y por eso él le ha entregado en manos de sus enemigos; pero él se aplacará, despues de haberlos castigado, porque ha eseguido á un varon segun su corazon, el cual con mi favor será rey de Inglaterra, y desterrará de ella el furor y braveza de los dacos: será acepto á Dios, agradable á los hombres, espantoso á los enemigos, amable á los súbditos y utilísimo á la Iglesia del Señor, y acabará su vida santamente. Mucho se consoló el santo obispo con estas palabras del apóstol san Pedro: y preguntóle mas, lo que despues de los dias de Eduardo habia de suceder en aquel reino; mas el glorioso apóstol á esta segunda pregunta no le respondió, sino que el reino de Inglaterra era de Dios, y despues de los dias de Eduardo él le proveería, como fuese servido. Esta revelacion tuvo el obispo, que fué un profeta de lo que habia de hacer Dios nuestro Se-

nor con aquel reino, tomando á Eduardo por instrumento y ejecutor de su voluntad. Pero demás de aquella horrible tormenta de los enemigos que asolaban á Inglaterra, se levantaron en ella otras borrascas y discordias civiles, que en cierta manera la atormentaban mas; porque estaba toda la isla llena de traidores, y el hermano no se podia fiar del hermano, ni el amigo podia descubrir al amigo su pecho sin recelo, ni creer en sus palabras: tanto era el fingimiento y doblez con que los unos trataban á los otros; y finalmente pasó tan adelante la bárbara crueldad de los enemigos, que mataron al rey Edmundo, hijo mayor del rey Eitelredo, de otra mujer; y á sus hijos, que estaban en la cuna; y á Alfredo, hermano de Eduardo de padre y madre, que habia ido de Bretaña á Inglaterra, tambien le dieron la muerte. Supo esto Eduardo, y volvióse al Señor, suplicándole que se apiadase de aquel lastimoso reino, y mirase por él, y que si de ello habia de ser servido, le librase de manos de sus enemigos, los cuales habiendo derramado tanta sangre de sus hermanos, deudos y amigos, pretendian derramar la suya y acabarlo, para que no quedando quien les resistiese, pudiesen mas fácilmente consumir el reino á su voluntad. Añadió mas, que si le daba el reino de su padre, él procuraria de servirle, y que todo el reino le sirviese, y tendria al principe de los apóstoles san Pedro por especial protector y singular patron, é iria á Roma á visitar las preciosas reliquias con el favor del mismo Señor, á quien esto suplicaba, y del apóstol san Pedro, por cuya intercesion se lo suplicaba.

Esta oracion hizo Eduardo en su destierro con muchas lágrimas y grande afecto. Oyóle el Señor; cesó la tempestad, serenóse el cielo, y abonanzó el mar; y los dacos, ó danos, muriendo el rey Canuto; fueron echados de Inglaterra, y el reino quedó libre de aquel pesado yugo que tenia sobre sí. Llamaron á Eduardo, declarándole por rey: consagraronle y ungiéronle con tan grande concordia, alegría y regocijo, que se veia ser obra propia de la diestra del muy Alto, que aunque mortifica, tambien vivifica, y despues de la noche envia el día, y tras el invierno la primavera. Luego comenzó Eduardo, como una nueva y clarísima luz, á desterrar las tinieblas espesas que habian oscurecido á aquel reino; porque como él era santo, con su ejemplo iba delante de sus súbditos, y les persuadió á todas las cosas de piedad y virtud. Era humilde con los sacerdotes, modesto con los criados, apacible con los vasallos, misericordioso con los miserables y liberal con los necesitados. Era padre de los huérfanos, y juez de las viudas, y justo con todos. Florecia en todo el reino la paz, concordia y religion; mas para que este tan gran bien echase raices, y no se acabase con la vida de Ednardo, todo el reino le suplicó que se casase, para que tuviese sucesion, y se perpetuase en su casa la corona. Aquí se halló Eduardo atajado y muy perplejo; porque en su corazon habia determinado guardar virginidad, y por una parte no queria descubrir este secreto, ni contristar á los de su reino, y por otra parte tenia quebrantar su propósito y perder la joya que tanto estimaba, si se ponía en ocasion de perderla. Pero al fin, despues de haberlo mirado y encomendado mucho á nuestro Señor, se determinó á casar con una hija de un gran caballero que se llamaba Goduvino, hombre astuto, inquieto y poderoso, del cual, como de

espina la rosa, habia nacido una purísima y hermosísima doncella, llamada Edita. Antes que se celebrasen las bodas, el santo rey hizo oracion al Señor, suplicándole, que pues habia guardado á los tres mozos de las llamas del horno de Babilonia, y librado al casto José de la importuna lascivia de su ama, y á la honesta Susana de las asechanzas de los viejos locos y desenfrenados, y á la santa Judit de la carnalidad de Holofernes, que tambien le guardase á él casto, entero y puro en aquel matrimonio, que para su gloria, y nó por gusto suyo, queria celebrar: hablando con Edita su esposa, le declaró su intento, y se concertó con ella de vivir perpetuamente en castidad, y sin que ninguna persona sino Dios supiese aquel secreto: y como Edita era muy honesta, y conforme al corazon del rey, fácilmente vino en ello, y los dos, rey y reina, guardaron perpetuamente castidad, tratándose en público como marido y mujer, y en secreto como hermano y hermana; que es ejemplo raro, y mucho para admirar y alabar á aquel Señor, que fué virgen y quiso nacer de madre virgen, y es tan poderoso, que en medio de las llamas de nuestra concupiscencia y de tantas ocasiones de caer, tiene de su mano á los que él escoge por suyos y se fian de él, y les hace triunfar de todo deleite y apéto sensual, como triunfaron estos dos reyes en la flor de su mocedad, y en la grandeza de su reino. Aunque los dacos, como ya dijimos, fueron echados de Inglaterra, nó por eso habian perdido las esperanzas de volver á ella á recobrarla; y así el rey de Dacia mandó juntar un gran ejército, y una poderosa armada, para acometer de nuevo á Inglaterra; pero estando aprestada y para hacerse á la vela, yendo él mismo á visitar su armada, y queriendo subir del esquifo á una nave, cayó en el mar y se ahogó; y con este suceso libró Dios á Inglaterra por los merecimientos del rey Eduardo: el cual, un día de la pascua del Espíritu santo, estando oyendo misa, al alzar la hostia, tuvo revelacion de ello, y se alegró, y sonrió, y despues de la misa declaró la revelacion que habia tenido; porque los que estaban presentes, viéndole con aquella nueva y extraordinaria alegría, le preguntaron la causa de ella. Notaron el tiempo y la hora, y despues supieron lo que habia sucedido, y se comprobó la verdad de lo que el santo rey habia dicho, y el reino tuvo, todo el tiempo que vivió el santo rey, grandísima paz y quietud.

Parecióle á san Eduardo, que con la paz y tranquilidad que nuestro Señor le habia dado, era bien cumplir su voto de ir á Roma, y visitar el cuerpo del principe de los apóstoles san Pedro, su patron. Llamó á los de su consejo, y á los prelados, y señores de su reino: declaróles el voto, que estando como desterrado habia hecho, y la necesidad y angustia en que se hallaba cuando le hizo, y el deceso que tenia de pagar á Dios lo que le debia, y hacerle aquel servicio de ir á Roma, en recompensa de tantos y tan grandes beneficios que él le habia hecho, dándole el cetro, y librando á todo su reino de la tiranía y dura servidumbre de los dacos, resucitándole como de muerte á vida. Todos á una voz clamaron y suplicaron al rey que no les dejase, y que por aquella su particular y propia devocion no pusiese en peligro á todo su reino. Hallóse confuso el rey: porque por una parte le parecia que era cosa dura é inhumana no condescender con los ruegos de todo su reino, y por otra, el voto que habia hecho y su devocion le incitaban á tener mas cuenta consigo

mismo que con los suyos, y mas con su propia obligacion que con la importunacion ajena; y despues de haberlo pensado y encomendado á nuestro Señor, se resolvió de proponer el caso al sumo pontífice (que debia ser Leon IX de este nombre, el cual comenzó á presidir en la Iglesia católica el año de 1019), y aguardar y seguir su respuesta. El papa le respondió que se quedase en su reino; porque esto era lo que mas convenia al servicio de Dios, y que él dispensaba en el voto de ir á Roma, y le absolvía de aquella obligacion, y le conmutaba en que diese de limosna lo que habia de gastar en el camino, y que á honra de san Pedro apóstol edificase de nuevo ó aumentase algun monasterio antiguo de monjes, en el cual perpétuamente Dios fuese alabado; confirmando con autoridad apostólica todo lo que el rey diese á aquel monasterio, y eximiéndole de la jurisdiccion de los ordinarios y de qualquiera otra potestad lega, si no fuese la del rey. Al mismo tiempo que venia esta respuesta de Roma, Dios nuestro Señor la confirmó con una revelacion que hizo á un santo varon que estaba, muchos años habia, encerrado en una cueva, haciendo penitencia. Aparecióle una noche, orando, san Pedro, y dijo que de su parte escribiese al rey Eduardo, que su voluntad era que cumpliese puntualmente todo lo que el papa le escribia, y que él con su autoridad le habia soltado la obligacion de aquel voto, y que luego pudiese mano á la obra, é hiciese reparar y ampliar en Lóndres un lugar, que el mismo santo apóstol habia escogido y ennoblecido con su presencia, y consagrado por sus propias manos, é ilustrado con sus milagros, para que hubiese en él un monasterio de santos monjes, de los cuales queria ser servido: y dicho esto desapareció aquella vision; y el santo varon escribió luego al rey lo que habia visto y oido; y llegó tan á tiempo al rey este aviso de la revelacion de Dios y de su sagrado apóstol, que casi á la misma hora llegó tambien la respuesta del papa, y el rey quedó muy contento y alegre de ver que del cielo y de la tierra le quitaban el escrúpulo de su voto, y le mandaban lo que habia de hacer: y entendiendo, que el lugar que el santo apóstol significaba haber escogido para ser honrado en él, y se habia consagrado con sus manos, y sublimado con sus milagros, era el que en Lóndres habia edificado el rey Seberto á honra de san Pedro, y hecho obispo de él á Melito, el cual estando para consagrarle, lo dejó de hacer, por haberle consagrado el mismo santo apóstol por su persona, nó sin evidentes milagros, mandó labrar un suntuoso templo y monasterio de monjes de san Benito, acrecentando el que ántes tenia, y dándole riquísimos dones, rentas, posesiones, singulares privilegios y exenciones: las cuales todas confirmó el papa, que ya era Nicolao, segundo de este nombre, encomendando al rey y á sus sucesores la proteccion y amparo de aquel lugar, y de todas las iglesias de Inglaterra, para que con la autoridad apostólica y consejo de los obispos y abades ordenasen todo lo que fuese justo y conveniente para servicio de Dios y bien de las mismas iglesias. Este monasterio es el que en Lóndres llaman Wemeste, que es muy insigne, y sepultura de los reyes, y está pegado con el palacio real.

De esta manera florecia el santo rey, y por él su reino, y en todas partes enviaba clarísimos rayos de sus excelentes virtudes, y resplandecia como un sol en el mundo: y aunque en todas las virtudes era admirable, especialmente lo fué en el menosprecio de las riquezas y bie-

nes temporales, y en la piedad y amor de sus vasallos, y en la misericordia y liberalidad con los pobres. Vió una vez, que un hombre criado suyo (aprovechándose de la ocasion) sacaba dineros de una area de su recámara, que habia quedado abierta: vióle, y calló una vez: vióle segunda vez, y tambien disimuló: pero el hombre regostado volvió la tercera vez, pensando que no le veía nadie: entónces el rey le dijo: Mirad que viene el camarero y no os halle. Vino el camarero, y hallándole en tan mal recado, turbóse y afligióse. Preguntó el rey la causa de su afliccion, como si no la supiera; y cuando se la dijo, el rey con muy buena gracia y mucha serenidad le respondió: No nos dé pena eso; que por ventura el que lo llevó tenia de ello mas necesidad que nosotros. Habia-se puesto un tributo en el reino para los gastos de guerra y defensa contra los dacos: este tributo mandó el santo rey quitar; porque vió que los demonios jugaban y saltaban sobre unos talegos de moneda, que de aquel tributo le habian traído.

Siendo el rey Eduardo tan santo y tan benigno para con sus súbditos, nó es maravilla que nuestro Señor en vida y en muerte le haya esclarecido con tantos y tan notables milagros, de los cuales algunos referiré aquí. Vino una vez un hombre, irlandés de nacion, tullido, y que en ninguna manera podia andar por tener los piés vueltos; y dijo al rey, que habiendo hecho seis veces oracion á san Pedro y visitado su iglesia, suplicándole que le sanase, el santo apóstol le habia respondido, que queria tener por compañero en aquel milagro al rey Eduardo su devoto; que le dijese de su parte, que le tomase á cuestras y le llevase sobre sus hombros desde su palacio hasta su iglesia, y que luego sanaria. Hizolo el rey con grande humildad, alegría y constancia, maravillándose unos y riéndose otros de los circunstancias: llevó á cuestras al pobre hasta la iglesia, y ofrecióle al glorioso apóstol san Pedro; y luego quedó del todo sano y tan fuerte, que se partió en peregrinacion á Roma á visitar el sagrado cuerpo del apóstol san Pedro, dándole el rey para el camino lo necesario.

Otra vez, oyendo misa, vió á Cristo nuestro Señor con los ojos corporales, que con la mano diestra le echaba su bendiccion, haciendo la señal de la cruz. Una mujer llena de lamparones, por mandado de Dios vino al rey para que la tocase; y en tocándola y haciendo la señal de la cruz sobre ella, y lavándola con un poco de agua, luego quedó sana. Lo mismo sucedió á un ciego, el cual cobró la vista bañándose los ojos con un poco de agua, en que el santo rey se habia lavado las manos; y lo mismo aconteció á otro ciudadano de Linconia; y otros muchos ciegos tocándoles el santo, ó lavándose los ojos con el agua en que el santo rey habia lavado sus manos, cobraron enteramente la vista.

El conde Goduvino, suegro del rey, era hombre poderoso, como dijimos; pero astuto, sagaz y amigo de mandar lo todo, y que no hubiese ninguno cabe el rey, que pudiese ni tuviese mano en nada sino él; y usando mal de la bondad del rey hacia muchas cosas contra Dios y contra la justicia en el reino, y habia procurado echar de él á todos los deudos y amigos y fieles criados que el rey tenia, para que no tomase consejo sino con él, y él pudiese hacerlo y deshacerlo todo á su voluntad. Estando, pues, el conde un dia comiendo con el rey, con cierta ocasion vino el rey á darle á entender, que el conde habia tenido mano en la muerte del infante Alfredo su hermano. Sin-

tió esto mucho Goduvino, y quedó como atónico, y dijo: Plegue á Dios, señor, que yo no pueda tragar este bocado de pan que tengo en la mano, si yo tengo culpa en la muerte de vuestro hermano, ó en cosa que hayan hecho contravos. El rey hizo la señal de la cruz sobre el pan que el conde tenia en la mano; y el conde lo metió en la boca, y se le atravesó en la garganta de manera, que allí espiró.

El día de la pascua de resurreccion, estando comiendo á la mesa, se elevó en espíritu, y entre tantos manjares regalados que habia en ella, como él estaba mas atento á apacentar con santas consideraciones su alma, el Señor le ilustró con una súbita revelacion, en la cual le manifestó lo que por espacio de setenta años habia de suceder en Oriente, y las guerras, miserias y calamidades que habian de padecer.

Después de san Pedro, que fué su especial abogado y patron, tuvo grandísima devocion á san Juan apóstol y evangelista, y ninguna cosa negaba que se le pidiese en su nombre. Vino una vez un peregrino, y pidió limosna al rey por san Juan evangelista, y pidiósele con grande afecto y puntualidad. No estaba allí á la sazón el limosnero del rey para darle limosna, y por no enviarle sin ella, ni hacerle aguardar, dióle el rey al pobre una sortija riquísima y de gran precio, porque no tenia otra cosa mas á mano que darle. Sucedió después de esto, que dos ingleses fuéron en romería á Jerusalem, para visitar aquellos santos lugares de la cruz y sepulcro del Señor, los cuales, yendo una noche oscura fuera de camino y perdidos, les apareció un venerable viejo, y los llevó á la ciudad, y hospedó y regaló con grande humildad: y la mañana siguiente, saliendo ya de la ciudad, les dijo que siguiesen con buen ánimo su camino, porque sin duda volverian á su patria prósperamente, y que él los ayudaria y seria su guía; porque les hacia saber, que era Juan evangelista y apóstol de Cristo, y que amaba á su rey Eduardo por su excelente castidad, y que le diesen aquella sortija que el mismo rey le habia dado, pidiéndole limosna en hábito de peregrino: y mas añadió, que de su parte le dicesen, que se acercaba el tiempo en que habia de partir de esta vida, y que de allí á seis meses él le visitaria y llevaria consigo, para que siguiese al Cordero sin mancha, y gozase de los merecimientos de su cruz y sangre bendita. Con esto desapareció el viejo que hablaba á los ingleses; y ellos volvieron á Inglaterra prósperamente, y dieron cuenta al rey de lo que habian oido, y en testimonio de ser verdad, el anillo que habian recibido del santo apóstol. Cayó malo el rey, y estando agravado de la enfermedad, tuvo un éxtasis que le duró dos dias, quedando como muerto. En él le reveló nuestro Señor los males que su divina Majestad queria enviar sobre el reino de Inglaterra, por los grandes pecados que eclesiásticos y seglares, príncipes, jueces y plebeyos cometian; y después, volviendo el rey en sí, declaró lo que Dios le habia revelado; y todo se cumplió al pié de la letra; porque el mismo rey, conociendo que llegaba la hora de dejar el reino temporal de la tierra, y de ir á gozar el del cielo, mandó que luego en muriendo se publicase su muerte por todas partes, para que los fieles y buenos vasallos le ayudasen con sus sufragios y oraciones; y llenó de dias y merecimientos, habiendo reinado veinte y tres años, seis meses y veinte y siete dias,

dió su espíritu al Señor á los 4 de enero del año 1066; y con él murió la libertad y cayó la felicidad de Inglaterra. Obró nuestro Señor muchos milagros por intercesion del santo rey, ya difunto: sanó muchos enfermos; alumbró ciegos; y castigó á una mujer que trabajaba el día de la fiesta del santo, con perlesia, de la cual quedó libre, reconociendo su culpa y pidiéndole perdon. Abrióse su sepulcro treinta y seis años después de muerto, y hallóse su cuerpo entero, tratable y sin corrupcion alguna, y con los vestidos tan nuevos como cuando fué sepultado. Canonizó el papa Alejandro III, y despachó la bula de su canonizacion en Añaya, á los 7 de febrero; é Inocencio IV, papa; mandó celebrar su fiesta: y el año de 1163, casi cien años después que murió el santo rey, un día de domingo, á los 3 de octubre, el rey Enrique II de Inglaterra, acompañado de los obispos, abades y prelados, condes y señores de su reino y Normandia, que fué el cuarto año del pontificado de Alejandro III, y en el nono del reinado del mismo rey, se hizo otra traslacion del mismo cuerpo, llevándole sobre sus hombros el mismo rey, y los grandes de su córte. La vida de san Eduardo rey escribió Riebello, inglés, monje y abad del Cister, que vivió por los años del Señor de 1174, del cual, y de la historia de Polidoro Virgilio, colector apostólico de Inglaterra, se sacó esta vida. Hace mencion de san Eduardo rey el Martirologio romano á los 5 de enero, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y Juan Molano en las que hizo al Martirologio de Usuardo: el cual alega otros autores que escribieron su vida y milagros: y el P. Fr. Lorenzo Surio en su primer tomo la pone, y su canonizacion, que hizo Alejandro III, sucesor de Adriano, cuarto de este nombre.

Pues ¿quién no alabará al Señor, por los dones tan excelentes con que adornó á este santo rey, por haberle escogido para tanta gloria suya, ántes que naciese, y por haber tanto ántes revelado los grandes bienes, que por su medio queria hacer al reino de Inglaterra? ¿Quién no se admirará y procurará imitar aquella castidad, que siendo rey tantos años, guardó con la reina su mujer en el santo matrimonio; y aquella profundísima humildad y menosprecio de sí, con que llevó sobre sus hombros al pobre tullido, para darle salud? ¿Quién no servirá afectuosamente al Señor, viendo como honra y glorifica á los santos, y como los ilustra con milagros, y les paga con tan larga mano sus servicios, y da paz, salud y felicidad á los reinos por su intercesion, y á ellos hace reyes inmortales y perpétuos cortesanos del cielo?

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS QUE, DURANTE LA PERSECUCION DE DIOCLECIANO, SUFRIERON EL MARTIRIO EN LA PROVINCIA DE LA TEBaida, EN EGIPTO. — Nuestra madre la Iglesia celebra tambien en este día la memoria de muchos santos, que sufrieron valerosamente el martirio en la provincia de la Tebaida, en Egipto, en tiempo del emperador Diocleciano.

SANTA SINGLEGIA. — Nació en Macedonia, de ilustre familia; fué solicitada por esposa; pero prefirió seguir el consejo del apóstol y consagrar su virginidad á Jesucristo. Vivió retirada del mundo, y escribió reglas para las vírgenes cristianas que se consagran al Señor. San Atanasio escribió su vida, que se conserva original en la biblioteca del real monasterio del Escorial, y se halla traducida por David Colvillo Scotto. Con este libro se proponia san Ata-

nasio el mismo objeto que con la vida de san Anton abad: ofrecer á las mujeres religiosas un digno ejemplar. Esta santa murió á los ochenta años, á fines del siglo IV.

SANTA EMILIANA, VIRGEN. — Fué tia de san Gregorio papa; y habiéndola llamado su hermana Tarsila, que ya habia ido ántes á gozar de Dios, en este mismo día la siguió, pasando de esta vida á la eterna, á fines del siglo VI.

SANTA APOLINARIA, VIRGEN. — Nació en Roma en el año 105, y fué hija de Autemio cónsul de la misma ciudad. Siendo aun muy jóven, y queriendo librarse de la corrupcion que la rodeaba, se vistió de hombre, se fué á Alejandria, y habiéndose ido á la soledad, tomó el nombre de Doroteo, y entró en el monasterio de San Macario el jóven, donde murió santamente á mediados del siglo V, sin haber sido conocido su sexo hasta despues de su muerte.

DIA 6.

LA EPIFANIA DEL SEÑOR, Ó ADORACION DE LOS REYES. —

En el sacrosanto misterio de la Epifanía celebra la santa Iglesia aquel dichoso y bienaventurado día, en que el Hijo de Dios vestido de nuestra carne se manifestó á los reyes Magos, como á primicias de la gentilidad; porque como este Señor era rey del mundo y venia para salvarle, luego en naciendo quiso ser conocido de los que estaban cerca, y de los que moraban léjos, de los naturales y de los extraños, de los pastores y de los reyes, de los simples y de los doctos, de los pobres y de los ricos, de los hebreos, de los paganos, de la sinagoga y de la gentilidad, y juntar en uno los que eran entre sí contrarios en el culto y religion, y en el conocimiento del mismo Dios. Todas las divinas letras nos predicán este misterio é incomparable beneficio del Señor, y nos declaran que habia de ser adorado de las gentes, y reconocido y servido de los reyes de la tierra. El profeta Balaan dijo: «Nacerá una estrella de Jacob y una vara de Israel, la cual sujetará á los capitanes de Moab, y destruirá á los hijos de Seth, y será señora y poseedora de Idumea;» dando á entender que todos estos pueblos que eran de gentiles, serian sujetos á la vara y cetro de Jesucristo; lo cual se cumplió en la conversion de la gentilidad: el real profeta David cantó: *Reges Tharsis et insula munera offerent: Reges Arabum et Saba dona adducent. Et adorabunt eum omnes Reges terrae: omnes gentes servient ei:* Que los reyes de Tharsis y de Arabia traerian dones á Cristo, y todos los reyes le adorarian, y todas las gentes le servirian: Isaias en muchos lugares profetizó esta venida de los reyes, y el vasallaje y presente con que le habian de reverenciar y adorar; y los otros profetas, alumbrados con la luz del cielo, tanto ántes nos avisaron de esta verdad como cosa tan importante, y en que los judíos habian de tropezar. Y á los mismos apóstoles se les hizo nueva, hasta que por aquella vision del lienzo lleno de serpientes y sabandijas, que vió san Pedro, entendió este soberano misterio. Pues así como en naciendo el Niño tierno y Dios eterno en el portal de Belen, envió el ángel para que avisase á los pastores que guardaban su ganado y velaban en aquella comarca, que habia nacido el Salvador del mundo, y les dió las señas para que le hallasen y conociesen, y ellos vinieron y le adoraron como primicias de la sinagoga; así tambien ordenó

el mismo Señor que naciese al mismo tiempo una estrella en oriente, y que alumbrase á los magos, y con su nuevo y extraordinario resplandor los moviese á seguirla, y los guiasse y trajese hasta Belen, para que hallándole en un establo y en un pesebre, le adorasen como á su rey y su verdadero Dios.

¿Pero quiénes son estos que vienen? Magos. ¿De dónde se parten? De oriente. ¿A quién siguen? A una estrella. ¿A dónde llegan? A Jerusalem. ¿Qué buscan? Al nuevo rey. ¿Dónde pararon? En el pesebre. ¿Qué hallaron? Un niño recién nacido. ¿Qué hicieron? Adoráronle. ¿Qué le dieron? Tesoros. ¿Qué recibieron? Luz, amor y salud para sus cuerpos y para sus almas. Magos son los que vienen, nó porque engañaron á Herodes no volviendo mas á él, como algunos quisieron decir, ni porque fuesen hechiceros y dados á las artes mágicas, como otros pensaron; mas porque eran varones sapientísimos: porque á los que los hebreos llaman escribas, los griegos filósofos, los latinos sapientes, los egipcios profetas, los indios gimnosofistas, los asirios caldeos, los galos druidas; los persas en la propiedad de la lengua llaman magos, y entre ellos eran los mas sabios y entendidos, especialmente en la contemplacion de los cielos, y del curso y movimiento de las estrellas; porque no se crea que los movió alguna liviandad á buscar el rey recién nacido: y juntamente eran reyes, como comunmente se tiene por tradicion de la Iglesia: y parece que lo significan las autoridades de las sagradas Letras, de que ella usa en esta solemnidad, y las pinturas antiguas y modernas lo manifiestan, y los santos doctores Cipriano, Ambrosio, Gerónimo, Agustino, Crisóstomo, Tertuliano y Teofilato, y otros lo dicen, y el uso de aquellos tiempos lo persuade, en que se daba el cetro y el mando á los mas sabios, y los reyes y principes eran sapientísimos. Y dado que el Evangelio no diga que fueron reyes, tampoco lo niega: y el callarlo tiene misterio, para que entendamos que delante de Jesucristo Rey de los reyes, ninguno se ha de llamar rey; y que para conocerle y adorarle, no importa tanto ser rey como ser sabio. Y aun se cree, que juntamente eran sacerdotes; porque así lo acostumbraban los persas, para que el que era rey fuese tambien intérprete de las cosas divinas; y ofreciese sacrificios y oraciones á Dios, y por ello fuese mas temido y reverenciado de sus súbditos; y en el viejo Testamento Melquisedech fué juntamente rey y sacerdote: Heli y Samuel sacerdotes y jueces del pueblo; y los Macabeos eran de linaje sacerdotal y gobernadores del reino de Judá. Comunmente se dice que estos santos varones fueron tres, y que se llamaban Gaspar, Baltasar y Melchor.

Vinieron de oriente, como ellos mismos dijeron: *Vidimus stellam ejus in oriente; et venimus,* etc. No vinieron del verdadero oriente, sino de la Arabia Feliz, ó de otra tierra allí cerca, que respecto de la Palestina era oriental, y de donde en trece dias de camino con buena diligencia, en los camellos y dromedarios, podian llegar á Belen: que de esta manera de hablar usa la sagrada Escritura, cuando dice que Abraham apartó á Ismael de Isaac y le puso en la region oriental, la cual estaba cerca de la tierra de Canaan, donde vivió Isaac: é Isaias dice, que los hebreos habian de despojar á los hijos de oriente; que quiere decir, á los pueblos comarcanos de la tierra de Promision, con los cuales pelearon los judíos y los sujetaron: y llámalos hijos de oriente, porque respecto de ellos

eran orientales. Siguiéron los magos á la estrella, que no era verdadera estrella, ni una de las del firmamento, sino un cuerpo mixto y perfecto; á manera de estrella, que resplandecía en el aire con una nueva y notable claridad, como solemos llamar á los cometas estrellas, y Cristo nuestro Señor dijo: que las estrellas caerían del cielo antes del juicio universal; porque caerán unas exhalaciones encendidas é inflamadas; y así la que apareció á los Magos era muy diferente de las estrellas del cielo: porque las del cielo fueron criadas por el Señor en el principio del mundo, en el cuarto día de su creación; esta fué criada en el mismo punto que nació el Salvador: las otras fueron criadas para distinguir el día de la noche, y para señalar los tiempos, días y años; esta fué criada para significarnos, que la luz y claridad eterna era ya venida al mundo: las otras son perpétuas como es el cielo; esta, en cumpliendo con su oficio, y mostrado que hubo el pesebre en que estaba el Hijo de Dios, desapareció, y se resolvió en la materia de que ántes había sido criada: las otras están en el firmamento y octavo cielo; esta estaba en medio del aire, y tan cerca de la tierra, que podía ser vista y seguida de los Magos: las otras tienen su movimiento y curso perpétuo, regular y uniforme; esta se movía cuando andaban los Magos, y se paraba cuando paraban: las otras con el movimiento del primer cielo se mueven de oriente á poniente, y con el suyo propio que llaman de trepidación, de norte á mediodía; esta, aunque de septentrión á mediodía, todavía seguía el camino de los Magos: las otras solamente se ven de noche; esta era de tan grande y escesa claridad, que también de día se dejaba ver: finalmente, las otras siempre aparecen con un mismo aspecto y de la misma manera; esta algunas veces se mostraba y otras se encubría.

Esta estrella, que pregonaba haber nacido el Rey de los judíos y Salvador del mundo, vinieron los Magos, y luego entendieron lo que les hablaba como lengua del cielo; porque como sucesores de Balaan, y discípulos que seguían su doctrina, entendieron, que esta estrella era la que él había profetizado, cuando dijo: «Nacerá la estrella de Jacob,» que es Cristo nuestro Redentor, que, como estrella resplandeciente del linaje de Jacob, salió al mundo para alumbrarle y traerle á sí con su conocimiento y amor. Por esta profecía, que estaba en práctica entre ellos ó por otras revelaciones que tuvieron, conocieron que había ya nacido la esperanza y bien del mundo; y alumbrados y movidos con otra luz espiritual y divina, y abrazados sus corazones con el fuego que el mismo Señor, que los llamaba, encendía en ellos, se determinaron á seguirla, y buscar, adorar y dar vasallaje al nuevo rey, que la estrella le mostraba: y así dejando su patria, sus deudos, amigos, conocidos y vasallos, y no haciendo caso de las comodidades, regalos y bienes que poseían; con tan grande devoción y encendido y ansioso deseo de hallarle, se pusieron en un camino largo, dificultoso y peligroso, y entraron en Jerusalem con grande ruido y aparato, preguntando: «¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos?» Vinieron á Jerusalem; porque el Señor que por la estrella los guiaba, quiso que se les desapareciese ántes de llegar á aquella ciudad, que por ser la cabeza del reino creyeron que en ella debería de ser nacido el nuevo rey, disponiendo Dios las cosas de manera, que con la venida de los Magos, por ser personas públicas y de tanta auto-

ridad, se diese un pregon por Jerusalem y por toda aquella tierra, que era ya nacido el verdadero Mesías y rey, que los había de librar de las miserias y cautiverio que padecían, y el tirano Herodes se turbase y consultase á los escribas y sabios de la ley, y con el testimonio del Espíritu santo se confirmase mas la verdad y los judíos no tuviesen excusa ninguna en no recibir á Cristo; pues veían que los gentiles, reyes y sabios, de lejos le buscaban: y sabían por cosa cierta, que era ya llegado aquel dichoso tiempo en que, según las divinas Letras, debía de nacer, por haber faltado el cetro de Judá y tenerle en aquella sazón Herodes Escalonita, que era extraño; y que había de nacer este Señor en Belen, conforme á la profecía de Miqueas, y á la interpretación que ellos mismos habían dado.

Llegaron pues á Jerusalem sin temor, sin recelo y sin espanto; y sabiendo que Herodes reinaba en ella, á veces preguntaban por el nuevo rey: porque aquella fe, devoción y amor grande que traían, no les dejaba pensar en su peligro; y como estaban heridos de Dios, juzgaban que todos lo estaban, y que no podían ignorar los naturales de Jerusalem y de Judea, lo que ellos, siendo extranjeros, sabían, ni dejar de alegrarse con tan regocijadas nuevas y con el bienaventurado nacimiento del nuevo rey. Turbóse Herodes, como tirano y hombre que, no siendo judío de nación sino idumeo, había usurpado el reino y administrádole con tanta crueldad, que había hecho matar á los que descendían del linaje de David y del de los Macabeos, por asegurarse en él. Turbóse, porque sabía, que los judíos deseaban tener rey natural y que esperaban al que Dios les había prometido, y temía que no fuese el que anunciaban los Magos y ser desposeído por él. Turbóse, porque delante de la majestad del rey soberano todo el poder y grandeza de los reyes teme, tiembla y se deshace como humo; y de tal manera se turbó, que con su ejemplo hizo que también toda la ciudad de Jerusalem se turbase: ó porque, cual es la cabeza y gobernador de la república, tales suelen ser los súbditos: ó porque los lisonjeros de los principes son muchos, y por agradarle, los toman por espejo, y se miran y transforman en él: ó porque temió el pueblo, que con la nueva que predicaban los Magos, se embravecería Herodes; y por no perder el reino, les quitaría á ellos las haciendas, la libertad y la vida. Pero disimuló Herodes: llamó á los escribas y sabios: y consultó con ellos el lugar donde Cristo había de nacer: y habiéndose informado con secreto, curiosidad y diligencia de los mismos Magos, de todo lo que le pareció que le convenia saber acerca de la estrella, y del tiempo en que les había aparecido; los envió á Belen, para que se enterasen de todo lo que había de aquel niño, que rey no le quiso llamar, y volviesen á él, dándole á entender, que él también después le iría á adorar. No quiso ir con ellos; porque no daba entero crédito á los Magos: y también, porque no pareciese liviandad, moverse un rey tan grande y poderoso y por una cosa tan nueva maravillosa, sin mas averiguación. No envió criados suyos con los Magos, para que los acompañasen y les mostrasen el camino, porque no se fiaba de los judíos, y porque con esta disimulación pensaba salir mejor con su intento; que era matar al niño recién nacido, para asegurar su reino y librarse de congoja y de temor. Mas el Señor con su inefable providencia lo ordenó todo, para

que Cristo no muriese á sus manos, ni tuviese necesidad de huir ántes de tiempo, ó hacer nuevos milagros, y para que los reyes Magos le hallasen y adorasen: los cuales, despues de haber oido lo que el tirano Herodes les dijo, salieron de Jerusalem, y vieron con increíble gozo la estrella que ántes les habia aparecido, la cual iba delante de ellos, guiándolos hasta que llegaron á Belen, y allí se puso sobre la pobre casilla, en que estaba el tesoro del mundo escondido. Allí se paró y se abajó, echando de sí mas esclarecidos rayos de luz y nuevos resplandores, como quien decia: Aquí está: este es el que buscáis y el que yo os vengo á manifestar; y con esto, de la manera que pudo, les mostró el Niño que con tanta ansia deseaban ver, y cumplió con el oficio para que Dios la habia criado.

Entraron los santos reyes en aquel pobre y desabrigoado portal, y hallaron en él un Niño de trece dias, en brazos de una pobre doncella, que era madre y virgen, y no se escandalizaron, ni turbaron, ni pensaron que habian sido engañados; pues aquel Niño no tenia aparato y majestad de rey, nó guardas á la puerta, nó copia de caballeros y señores, nó palacio real, nó colgaduras ricas de telas y brocados, nó cama blanda y suntuosa, nó entretenimientos y regalos, y finalmente ninguna cosa que representase majestad de rey; ántes una extrema pobreza, soledad y desabrigo, el aposento estrecho y de bestias, los pañales viles, la cama dura y de pesebre, y que todas las cosas les predicaban que aquel Niño no era rey; y con todo eso, mirándole con los ojos de la fé y con el testimonio que dentro de los corazones les daba el Espíritu santo, conocieron que era Rey de los reyes y príncipe del universo, y verdadero Dios y unigénito Hijo del Padre eterno, y postrándose en aquel suelo, como á tal le reconocieron y adoraron. No tuvieron asco, como dice el bienaventurado san Bernardo en el sermón tercero de esta fiesta, del establo: no se escandalizaron de los pobres pañales ni de verle tomando el pecho de su santísima Madre; ántes se echaron á sus piés, haciéndole reverencia como á su Señor.

Adoraron, como dice Rabano, en la carne al Verbo eterno, en la niñez á la sabiduría infinita, en la flaqueza á la fortaleza de Dios, en la baja de hombre la majestad y gloria divina. «¿Qué haceis, sabios?» dice san Bernardo en el mismo lugar: «¿qué haceis? ¿á un Niño adorais, aposentado en una choza y envuelto en viles pañales? ¿Es ése por ventura Dios? Dios está en un santo templo; ¿y vosotros le buscáis en un establo y le ofrecéis tesoros? Si este es rey, ¿dónde está el palacio real? ¿dónde la silla de rey? ¿dónde la compañía de los cortesanos? ¿Es por ventura palacio el establo, y la silla el pesebre, y la compañía de cortesanos José y Maria? ¿Como unos hombres tan sabios se han hecho tan ignorantes, que adoren por Dios á un Niño tan despreciado, así en la edad, como en la pobreza suya y de los suyos?» Hasta aquí son palabras de san Bernardo. Pero, ¡ó rayo de luz divina! ¡ó don inestimable! ¡ó fuerzas y eficacia de la fé, que así traslada los ánimos de la tierra al cielo, y cierras los ojos á todo lo que parece, y los abres á lo que no se ve! Como estaban alumbrados los entendimientos de estos santos reyes con otra estrella mas clara y resplandeciente, que la que sus ojos habian tenido por guía, y sus corazones estaban abrasados del amor de aquel

Niño benditísimo que los habia llamado y traído para sí de tan remotas tierras, no hicieron caso de lo que veian con los ojos exteriores, sino de lo que Dios les hablaba interiormente en sus almas: y por esto tanto mas se humillaron, cuanto mas humillado y abatido en figura de niño hallaron á Dios; entendiendo que en él la longura estaba abreviada, la alteza abajada, la luz oscurecida, el Eterno hecho niño, y el resplandor de la gloria del Padre envuelto en pañales.

Y porque sabian que eran deudores de todo lo que tenían, por ser todo de aquel infante y haberlo recibido de su mano; todo se lo quisieron ofrecer: el cuerpo, postrándose; el alma adorándole; y los bienes temporales, abriendo sus tesoros y presentándole oro, incienso y mirra, cosas de que su tierra abundaba; aunque nó sin gran misterio, para declarar por el oro, que era rey; por el incienso, que era Dios; y por la mirra, que era verdadero hombre. El oro, para proveer á su pobreza; el incienso para despedir el mal olor del establo; y la mirra para confortar los tiernos y delicados miembros. Mas otros mayores y mas preciosos dones recibieron estos santos varones para sus almas, que fueron los que ellos ofrecieron; porque recibieron el oro purísimo de una perfectísima caridad para amar á Dios y al prójimo: una devoción tierna, y ternura devota, con que sus almas se detrietan como incienso en la consideracion de aquel misterio sagrado que tenían delante de sí; y una mortificacion de todas sus pasiones y gustos y entretenimientos del mundo, significada por la mirra: y fueron insituidos del Señor predicadores de su sagrado Evangelio, y pregoneros de su gloria y magnificadores de su abatimiento y pobreza.

No explica san Mateo los afectos que estos santos reyes tuvieron allá dentro de sus almas, ni las palabras y razones que dijeron á aquel doncel, al infante Dios y á la Madre Virgen, ni la alegría que tuvo aquella purísima y beatísima Señora cuando vió que se comenzaba á extender y dilatar por el mundo la gloria de su Hijo, y que Dios la habia escogido para madre de tal hijo, y que ya se comenzaban á despedir las tinieblas de la gentilidad y resplandecer el rayo de la nueva luz, cosa que ella tanto deseaba; ni ménos lo que sentiria el mismo Niño, que habia bajado del cielo á la tierra por la salud de los hombres, cuando en las primicias de estos reyes vió que ya se comenzaba á cumplir la conversion del mundo, la gloria de Dios, la confusion del demonio, el triunfo del pecado, y las victorias de tantos y tan innumerables santos que le habian de seguir: de ninguna cosa de estas habla el Evangelista, así porque son cosas inefables y que no se pueden comprender con nuestro flaco entendimiento, ni explicar con nuestra lengua muda, y ser mejor reverenciarlas con un casto silencio y cubrir las con el velo de una santa y profunda admiracion; como para que cada uno edifique su alma con la meditacion y ponderacion de estos misterios divinos, y suplique al Señor que hable á su corazón lo que el santo escritor dejó por decir.

Despues de la adoracion y de aquellos secretos, amorosos y dulcísimos coloquios que tendrían los Magos con la Virgen, habiendo sido por divina revelacion avisados que no volviesen á Herodes, despidiéndose con devotas y dulces lágrimas del Hijo y de la Madre, del pesebre y de

la cuna, y dejando sus corazones y espíritus, como en un paraíso, en aquel portalico despreciado, se partieron para su patria por diferente camino del que habían traído, obedeciendo á la voz del ángel, que les había aparecido en sueños, tan puntualmente, que por apartarse mas de Herodes, y de sus ministros y soldados, no quisieron hospedarse en las posadas comunes y públicas; ántes se desviaban del camino, é iban por montes y despoblados, y se aposentaban en las cuevas y cavernas, como lo escribe Cirilo monje, en la vida de Teodosio cenobiarca: y guiándolos el mismo Señor que los había traído, llegaron á sus tierras, y dieron noticia á aquellas gentes de lo que habían visto y oído del Verbo de Dios, abreviado y vestido de carne: y dejando sus estados, riquezas y regalos, por imitar mejor la pobreza y menosprecio que habían visto en el Redentor y Salvador del mundo, se hicieron pobres, y comenzaron á predicar y alumbrar y encender con la luz, con que ellos resplandecían y ardían, aquellos pueblos ciegos que vivían en la sombra de la muerte; y finalmente murieron por Cristo, y alcanzaron la palma y corona del martirio, ofreciéndose á sí mismos en sacrificio suavísimo, y mas acepto al Señor que el oro, incienso y mirra que ántes le habían ofrecido; y sus cuerpos fueron traídos despues de aquellas regiones á Milan, en donde estuvieron algun tiempo; y cuando el emperador Federico, que llaman *Barbaroja*, destruyó aquella ciudad, fueron trasladados á la de Colonia, donde están al presente y son tenidos en grande veneración.

Fué tan ilustre y tan sonada esta venida de los reyes Magos, no solamente entre los cristianos, sino tambien entre los gentiles, que Calcidio, filósofo platónico, en los comentarios que escribió sobre el Timeo de Platon, dice estas palabras: «Otra historia, dice, tenemos mas santa y mas venerable, que cuenta el nacimiento de una estrella que no amenaza enfermedades y muertes, sino que significa la venida de la majestad de Dios para bien de los mortales y para conversar con ellos: la cual estrella, habiéndola visto de noche los sabios de Caldea, ejercitados en la contemplación de las cosas celestiales, se dice que buscaron el nuevo nacimiento de Dios; y habiendo hallado aquella majestad de niño, la reverenciaron y le ofrecieron las ofrendas y dones que convenían á tan gran Dios.» Todo esto dice este filósofo platónico.

Pero para que la venida de estos gloriosos Magos nos sea provechosa, no nos contentemos con saber su historia y lo que ellos hicieron, sino procuremos imitarlos y seguirlos; que para esto principalmente cada año nos representa la Iglesia este gloriosísimo misterio. Sigamos la estrella y la santa inspiración y movimiento interior, que el Señor nos envía, para que le conozcamos, busquemos y adoremos; y el hacerlo así, aunque sea dejando nuestra patria, gustos y regalos, y todo lo que el mundo nos puede ofrecer y nos puede dar, tengámoslo por suma ganancia y por un riquísimo é inestimable tesoro: y por mas peligros, trabajos é incomodidades que se hayan de pasar en esta jornada: por mas que el mundo ladre, Herodes se turbe, y nos murmuren, y con sus palabras y obras pretendan impedir nuestro camino, no les demos orejas, sino sigamos la luz del cielo que va delante: y si ella algunas veces se escondiere, no por eso desmayemos, como no desmayaron los Magos; porque ella volverá, nos guía-

rá, y mostrará como con el dedo aquel bien eterno y bienaventurado que buscamos.

No nos ofenda la pobreza de Cristo, ni la alteza de los misterios que nos predica, ni la aspereza de la vida que nos pide, ni cosa alguna de las que á los ojos de nuestra flaca carne parecen dificultosas y duras, sea parte para que no reconozcamos que este infante recién nacido es el centro de nuestros corazones, y el descanso de nuestros trabajos, y el puerto seguro de nuestros deseos, y nuestra vida, gloria, bienaventuranza y sumo bien, y como á tal postrados en el suelo le adoremos y le ofrezcamos nuestros cuerpos, almas y bienes temporales, conformándonos en todo con su santísima voluntad, y volviendo á nuestra patria por otro diferente camino del que habemos tenido hasta aquí, en ofensa y desagrado suyo; porque así imitemos á estos santos reyes en esta vida, y alcanzaremos con esto la otra eterna y felicísima, la cual por su misericordia é intercesión de los mismos reyes Magos nos otorgue Jesucristo, verdadero Rey y Señor.

EL BIENAVENTURADO SAN ANDRÉS, FRAILE DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN, OBISPO DE FIÉSOLI, CONFESOR.—El bienaventurado Fr. Andrés Corsino, de la orden de nuestra Señora del Cármén, nació en Florencia, de Nicolás y de Peregrina su mujer, que eran de la noble familia de los Corsinos, y mas ilustres por ser temerosos de Dios. Desearon estos devotos casados tener algun hijo, porque eran estériles, para ofrecerle á Dios; y así le prometieron que si se les daba, lo harían. Tomaron á la santísima Virgen por medianera, para alcanzarle del Señor. Nació Andrés, y diéronle este nombre por haber nacido el día del glorioso apóstol san Andrés, y determinaron de volverle á quien se les había dado, y consagrarle al servicio perpetuo del Señor, como se lo habían prometido: pero el día ántes que naciese, soñó Peregrina su madre que paría un lobo; y entrando en la iglesia, poco á poco se había convertido en cordero: y aunque no entendió lo que aquel sueño pronosticaba, siempre estuvo con recelo, y guardó el secreto hasta su tiempo. Luego comenzaron los piadosos padres á encaminar su hijo á la virtud y buenas letras, como á hijo de oraciones, y dedicado ya al servicio de la Reina de los ángeles: pero apenas había entrado Andrés en los años de discreción, cuando con su vida desbaratada mostró la flaqueza y miseria de nuestra naturaleza, y cuán deleznable y mal inclinada es al vicio, si Dios no la tiene de su mano; porque encendido en el fuego de la concupiscencia, estimulado del mal ángel, incitado de ruines compañías y engañado de la apariencia de las cosas sensibles, resbaló y entró en el camino ancho de la perdición, huyendo del estudio y de la virtud, dándose á deshonestos deleites, y juegos y entretenimientos dañosos, riñas, pendencias, y al desprecio de la hacienda de sus padres, y poniéndose cada día en peligro de perder el alma y el cuerpo. Todas estas cosas eran clavos y puñales que atravesaban con increíble dolor las entrañas de sus padres: y aunque ellos procuraban con blandura y con severidad, con regalos y con espantos, detener al pobre mozo para que no se despeñase en aquel abismo de maldades, ninguna cosa les aprovechaba; porque á guisa de un caballo feroz y desbocado, tascaba el freno, daba brincos, tiraba cóces, y cada día se hacia mas rebelde é incorregible. Mas no permitió la divina bondad que un pimpollo nacido de tan buen

tronco y santa raiz, para siempre pereciere: porque un día que habia estado muy descomedido é insolente con su madre, y díchole palabras desvergonzadas y atrevidas; ella, acordándose del sueño que el día ántes que le pariese habia tenido, le dijo: Verdaderamente que eres aquel lobo carnicero é infame, que yo soñé habia de parir. A estas palabras Andrés quedó atónito: y como quien disperta de un gran sueño, rogó á su madre que le declarase, qué monstruo, ó qué lobo y sueño era aquel que le decia; y ella le declaró distintamente el voto que ella y su padre habian hecho, de dedicar al primer hijo que tuviesen al servicio de Dios y de su purísima Madre; y como estando preñada de él, habia soñado que tenia en sus entrañas un lobo, el cual entrando en la iglesia y dejando su figura, tomaba la de cordero, y que por sus obras entendia que él era aquella fiera bestia; aunque no desesperaba que de allí adelante seria cordero, manso; pues habia nacido, nó para servir á sus padres, sino para dedicarse totalmente al servicio de la sacratísima Virgen. Fueron de tanta eficacia las palabras de la santa madre, que el hijo se compungió y le pidió perdon, y al día siguiente se fué al convento de nuestra Señora del Cármen á hacer oracion delante del altar de la misma Virgen, y alentado con su favor, pidió de rodillas el hábito de aquella sagrada órden al padre provincial, que se llamaba Gerónimo Migliorato; y él le recibió con grande gozo y júbilo de sus padres, que vinieron á verle dar el hábito y á cumplir su voto, ofreciéndole de nuevo al Señor y á su santísima Madre.

Bien se echó de ver que esta Señora le habia tomado debajo su sombra y proteccion, y que Andrés estaba ya tocado y herido de veras del amor de su benditísimo Hijo; porque luego comenzó á hacerse brava guerra y romper con el mundo, venciendo los apetitos de su carne, y hollando la soberbia y vana estima de sí mismo, y procurando sujetarse con humildad á los otros frailes: y para mas ayudarle en esta batalla, los superiores le ocuparon en los oficios mas bajos, en la cocina, en barrer, y fregar, y limpiar las inmundicias de la casa, y quebrantar el orgullo é hinchazon de la vanidad y propia excelencia que habia tenido en el siglo. Tenia un día, mientras que los otros comian, las llaves de la puerta; y sin pensarlo, llegó á ella un caballero pariente suyo, hombre astuto y sagaz, acompañado de mucha gente, para persuadirle que dejase aquel vil estado y aquella vida que él llamaba locura; y se fué con él á su casa, donde cuanto tenia seria suyo, y los dos un alma en dos cuerpos. Púsole delante la guerra que le haria la memoria de los regalos y de las esperanzas que habia dejado, y las congojas del arrepentimiento sin provecho, las fatigas, trabajos, persecuciones, enfermedades del cuerpo y amarguras del alma que padeceria; y que se acordase, que aunque habia huido del siglo, no se habia despojado de su carne, sino que la traia consigo, y los apetitos y estímulos de la misma carne, y las llamas que continuamente arden en los pechos de la gente moza, sin poderlas apagar; y que así vendria, ó á morir de tristeza, ó á vivir una vida triste y cargada de infinitas angustias, ó dejar aquel hábito y profesion con eterna ignominia, pudiéndolo hacer, mientras que era novicio, sin nota y con buena conciencia. Terrible fué el asalto que el demonio en figura de aquel su pariente, como muchos creyeron; ó el mismo pariente, como ministro de Satanás, le

dió. Pero el nuevo soldado en tan dura pelea se defendió, y estuvo fuerte como una roca, armado con la señal de la cruz, y con un profundo silencio; porque no quiso responder ni hablar palabra, de manera, que aquel caballero y tentador diabólico, confuso y corrido, le dejó y se partió de su presencia. Hizo su profesion, y de ella sacó nuestro Andrés nuevos propósitos, nuevo vigor y mayores fuerzas para ir adelante en la virtud, y juntamente para darse al estudio de las ciencias; mas de tal suerte, que por la especulacion demasiada no perdiere el fervoroso espíritu de la devocion. Procuraba una continua familiaridad con Dios por medio de la santa oracion; guardar el corazon, ejercitarse en la humildad y caridad, y domar la rebeldía de su cuerpo con ayunos, vigiliyas y asperezas. Traia á raiz de sus carnes un áspero cilicio; disciplinábase á menudo; guardaba á sus horas estrecho silencio; ayunaba tres veces cada semana á pan y agua, demás de cumplir con los otros ayunos de la órden; buscaba todas las ocasiones de obedecer y servir á cualquiera de los otros, aunque fuese el menor del convento; iba de buena gana á pedir limosna con su alforja por la ciudad, y entre sus deudos y conocidos con mas gusto, por ser de ellos menospreciado y escarnecido; y con estos ejercicios de humildad y penitencia, juntaba un deseo insaciable y un celo encendido del bien de las almas: y nuestro Señor le favorecia y le daba eficacia para ayudarlas, y sacarlas del pecado. Habia un caballero rico y deudo suyo, que se llamaba Juan Corsino, y padeció una enfermedad muy molesta, que llamaban lupa, que le iba comiendo y consumiendo poco á poco; y para algun alivio y remedio de su tristeza, se entretenia todo el día en pasatiempos y en juegos, de manera que su casa era una tablajeria pública. Hablóle fray Andrés, y prometiéndole que Dios le daria salud, si dejando aquellos entretenimientos y juegos perniciosos para su alma, ayunaba ocho dias, y se encomendaba con devocion á la Virgen María nuestra Señora. El enfermo, aunque le parecieron duras, aceptó las condiciones por el deseo vehemente que tenia de la vida y de la salud. Dió de mano á los juegos, ayunó, oró, y hallóse sano con admiracion de toda la ciudad y aprovechamiento de su alma, haciendo gracias á nuestra Señora, por haberle dado tan gran consejo como Fr. Andrés: el cual por obediencia de sus superiores, aunque con gran repugnancia suya, se ordenó de misa; y sabiendo que sus deudos querian hacer grandes gastos en fiestas, músicas y banquetes, como se suele hacer en aquella ciudad y en otras partes, cuando cantase su primera misa; temiendo el exceso, y el gasto y vanidad que suele haber en semejantes fiestas, con licencia de su prelado se retiró á un monasterio distante siete millas de Florencia, y allí sin ruido de gente, y con maravillosa consolacion de su espíritu, ofreció al Señor las primicias de su sacerdocio. Y para que se entendiese cuán grato le habia sido aquel sacrificio, la misma Reina del cielo, acompañada de innumerables ángeles, le apareció cuando le celebraba, y le dijo aquellas palabras de Isaias: «Tú eres mi siervo, y yo me gloriaré en tí.» y diciendo esto, desapareció aquella vision; y el santo varon quedó con ella mas humilde y mas confuso, procurando hacerse cada dia mas capaz de otros mayores favores y gracias del Señor.

Para disponerse mas y tener mas caudal de doctrina, fué enviado á la universidad de París, donde estudió las

Ciencias mayores, y acabados sus estudios volvió á Italia, pasando por Aviñon, en donde halló al cardenal Corsino, estrecho deudo suyo; y con él se entretuvo algunos dias, y alumbró á un ciego que á la puerta de la iglesia (como se suele) le habia pedido limosna. De Aviñon vino á Florencia, y sanó de hidropesta á un fraile de su orden, que se llamaba Ventura de Pisa. Con estos milagros iba Dios nuestro Señor descubriendo la santidad del bienaventurado Fr. Andrés, y no ménos con el don de la profecía con que le ilustró; porque habiéndole rogado encarecidamente un amigo suyo que bautizase á un niño que le habia nacido, y condescendido con su devocion, al tiempo que le sacaba de la pila, tuvo revelacion de Dios del desdichado y triste fin que habia de tener aquella criatura. Enterrecióse el santo varon, y lloró muchas lágrimas: y preguntado del padre del mismo niño de la causa de aquel llanto, respondió, aunque de mala gana: Lloro porque este niño ha nacido para ruina suya y destruccion de su casa: y así fué, porque siendo ya mozo se conjuró contra su patria, y murió á manos del verdugo, con infamia suya y daño de su casa.

Hicieronle prior del convento de Florencia, y aunque él procuró excusarse y huir todo lo que pudo de ser prelado, mas por no resistir á la obediencia y á la voluntad de los superiores, bajó la cabeza y tomó el cargo, y mostró en él gran santidad de vida y de espíritu, y gran gobierno; porque no dejó los ejercicios de virtud, oracion y penitencia que ántes tenia, ántes los acrecentó; y procuró con suma diligencia que los que estaban á su cargo libres y desembarazados de los cuidados temporales, vacasen á solo Dios; y para esto ganar los corazones de sus súbditos, no solamente oyéndolos benignamente, mas previniendo y proveyendo sus necesidades, y condescendiendo en lo que honestamente pedia con sus peticiones. Fué tanta la satisfacción que dió en su gobierno, que parece que el cielo y la tierra se concertaron para ensalzarla y sublimarla, con la ocasion que aquí diré. Murió el obispo de Fiésoli, ciudad á la sazón muy noble y rica, y al presente pequeña y casi arruinada, cerca de Florencia: juntándose los electores á dar sucesor al obispo difunto, todos nombraron al P. Fr. Andrés; el cual tuvo nueva de esta eleccion, y sabiendo bien cuán pesada carga era la que le querian dar, se huyó secretamente de su convento y se fué al de la Cartuja, que está no lejos de los muros de Florencia. Allí se escondió de manera, que los de Fiésoli no pudiéndole descubrir, ni en la ciudad de Florencia ni en su comarca, determinaron hacer nueva eleccion. Mas para que se entendiese que la divina Providencia habia escogido para obispo al que se escondia por no serlo, al tiempo que querian entrar en votos, un niño que estaba presente alzó la voz y dijo: El Señor ha escogido á Andrés por su sacerdote, y está orando en la Cartuja, y allí le hallareis. Con esta voz dejaron de hacer nueva eleccion, y enviaron sus mensajeros á la Cartuja, para rogarle que aceptase aquella dignidad que todos le daban con un corazon, con un sentimiento y voluntad, y Dios aprobaba del cielo; y el mismo santo tuvo revelacion que aquella era la voluntad de Dios, y que no temiese el peligro ni rehusase el trabajo. Con este mandato divino salió el bienaventurado padre del convento de la Cartuja, y en el camino topó á los de la ciudad de Fiésoli que le venian á buscar, y se fue con ellos á la ciudad, siendo ya de cincuenta y ocho años. Tomó la

posesion de su iglesia con extraordinaria alegría y regocijo de toda la ciudad, y nó con menor fruto y aprovechamiento de las almas. Tratábase mas ásperamente que ántes, porque no se contentaba con traer un cilicio á raiz de sus carnes, sino que añadía una cadena de hierro; dormia sobre unos sarmientos; huia de toda manera de pasatiempo y regalo; guardábase cuanto podia de hablar con mujeres; cerraba los oídos á los lisonjeros; hollaba la mala confianza ó estima de sí mismo; no alojaba punto en el estudio de la meditacion; andaba siempre en la presencia de Dios, reconociéndole con afecto amoroso en todas las criaturas; proveia con compasion á los angustiados y afligidos, y en oyendo sus trabajos, no podia detener las lágrimas; y siguiendo las pisadas de san Gregorio papa, tenia una lista de los pobres, y especialmente de los vergonzantes, á los cuales procuraba socorrer con todo secreto; y el Señor, que se agradaba tanto de la humildad y liberalidad de este su siervo, en una extremada y terrible hambre, habiendo dado todo el pan que tenia en casa á los pobres, y viniendo cada hora mas, le proveyó milagrosamente de grande cantidad de panes, para que tuviese qué repartir y dar de comer á los hambrientos. Solia á imitacion del Salvador y singular maestro de la humildad, lavar cada jueves los piés á algunos pobres, y de esto sentia particular gusto y consuelo. Vino una vez entre ellos un pobre que tenia las piernas podridas; y no queriendo el pobre que el santo prelado se las lavase, por las llagas tan asquerosas que en ellas tenia; el finalmente se las lavó, y apenas se las habia acabado de enjugar, cuando el pobre se halló totalmente sano de sus llagas. Si tenia tanto cuidado en curar y remediar los cuerpos, ¿qué pensamos que haria en sanar y apacantar las almas? En lo cual se aventajó mucho, y fué excelentísimo prelado, y especialmente se esmeró en hacer amistades, y atajar riñas y pendencias; y por esto el sumo pontífice Urbano V le envió por su nuncio á la ciudad de Bolonia, que ardia con un incendio de discordias y bandos; y él apagó aquel fuego y sosegó los ánimos, y unió la nobleza y la gente popular, y los ató con un nudo de perfecta paz y tranquilidad: y habiendo acabado una obra tan dificultosa y tan deseada, se volvió á su iglesia, donde á mas del cuidado que tuvo de proveer á las almas y á los cuerpos de sus ovejas, tambien reparó algunas iglesias, y entre ellas la catedral que estaba para caer. Finalmente habiendo llegado á los setenta y un años de su edad, estando la noche felicísima de Navidad diciendo misa solemne, le apareció de nuevo la Virgen y Madre de Dios, y le dió las buenas pascuas, avisándole que el dia de los Reyes siguiente, libre de la cárcel de nuestra mortalidad, entraria en la Jerusalem soberana á ver cara á cara aquel Bien eterno, el cual con tanta fidelidad y fervor tantos años habia servido. De esta manera recibió increíble gozo nuestro santo: y aunque siempre estaba aparejado, se aparejó mas; y habiendo dado orden á las cosas de su obispado y de su familia, el mismo dia de la fiesta de los Reyes, á 6 de enero del año del Señor de 1373, dió su espíritu al Señor. Vióse en su dichoso tránsito un gran resplandor que cercaba su cama, y su sagrado cuerpo echó de sí un olor suavísimo, y hubo algunas visiones y revelaciones de su gloria; y el Señor le ilustró con milagros y obras maravillosas que hizo por su intercesion; y entre ellos fué insigne el que sucedió el año de 1440, siendo Eugenio IV sumo

pontífice; y sesenta y siete años despues de su muerte. Hacia guerra á la Iglesia y á la república de Florencia Felipe María, duque de Milan; y su capitán general Nicolás Picino con un poderoso ejército habia tomado muchas ciudades y pueblos, y destruía toda la tierra, y se llegaba ya cerca de la ciudad de Florencia, la cual, viendo las pocas fuerzas que ella y el papa Eugenio, que estaba dentro, tenían para defenderse (por ser la gente de los enemigos mucha y valiente, y la suya poca y no ejercitada), temia su peligro, y comenzó á desconfiar. Estando todos en esta agonía y conflicto, y acudiendo con devoción por remedio á la iglesia de nuestra Señora del Carmen, donde está sepultado el cuerpo del bienaventurado prelado, él apareció á un mozo, y le mandó que dijese de su parte al magistrado, que no temiese á los enemigos, ni dudase darles la batalla á los 28 de junio; porque sin duda alcanzaria de ellos la victoria. La batalla se dió el mismo dia que señaló el santo, y el ejército del duque quedó desbaratado, y los muchos fueron vencidos de los pocos, y apenas hubo hombre de los enemigos que se escapase. Con este tan feliz suceso respiró el papa y la ciudad de Florencia, é hicieron grandes fiestas y regocijos por tan maravillosa victoria; y reconociéndola del Señor por la intercesion del bienaventurado Andrés, fué toda la ciudad en procesion desde la iglesia mayor hasta la de los carmelitas para honrar al santo obispo, y agradecerle aquel beneficio, tomándole por ayudador y protector de su república; y establecieron, con bendicion y beneplácito del papa, que cada año se guardase su fiesta, y el magistrado visitase su sepulcro; para que entendamos cuánto pueden los santos con Dios, y cuánto mas vale su patrocinio que las fuerzas flacas de los hombres.

La vida del bienaventurado Fr. Andrés, obispo, escrita elegantemente, trae en su primer tomo el P. Fr. Lorenzo Surio.

SANTA MACRÁ, VIRGEN.—Oriunda de las Galias, esta santa estaba envuelta en los errores del paganismo; mas convertida á la fé de Jesucristo, perseveró constante en ella, sin que la arredraran los tormentos con que queria intimidarla Riciovaro, gobernador de Reims; pues sabemos mandó echarla al fuego, cortarle los pechos, meterla en una oscura y hedionda cárcel; y no pudiendo vencer su constancia la revolcó por encima de carbones encendidos y pedazos de hierro muy agudos, en cuyo tormento entregó su alma al Criador. Acaeció su muerte el año 302, conservándose su sagrado cuerpo en la iglesia de San Martin de la ciudad de Reims.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES.—Fueron empalados y quemados en África durante la persecucion del emperador Severo.

SAN MELANIO, OBISPO DE RENNES EN FRANCIA.—Varon de eminentes virtudes y de un celo infatigable por la casa del Señor. Despues de una vida resplandeciente en milagros, voló glorioso al cielo por los años de 340.

SAN NILANMÓN.—Estuvo encerrado mucho tiempo en una celda cerca la ciudad de Alejandria; y habiendo muerto el obispo de Pelusia, el clero, el pueblo y el mismo patriarca quisieron elegirlo á él para aquella silla; pero habiéndole mandado que saliese de su celda, en el acto en que contra su voluntad le conducian á tomar posesion de su obispado, se puso en oracion, y entregó su espíritu al Criador. Floreció en tiempo de Teófilo, patriarca de Alejandria

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.—El bienaventurado san Raimundo de Peñafort, hijo del glorioso patriarca santo Domingo, padre y maestro general de su sagrada orden, nació en la ciudad de Barcelona, cabeza del principado de Cataluña, ó en Peñafort, solar conocido de su linaje y familia, no lejos de aquella ciudad. Sus padres fueron nobles y ricos; y Leandro Alberto y otros autores dicen, que descendia de los reyes de Aragon. Desde niño fué inclinado á todas las cosas de virtud y piedad, y en los pocos años mostraba mucho seso. Dióse á los estudios de las letras humanas; y aprovechó tanto en ellas, que siendo aun mozo, vino á leer la lógica y filosofia en Barcelona; aunque sin otro salario ni interés, que el de aprovechar á otros: lo cual hacia no ménos con su ejemplo, que con su doctrina. Parecióle despues á Raimundo pasar á otras ciencias mayores, é inclinóse á estudiar las del derecho civil y canónico; y para esto se partió para la ciudad de Bolonia en Lombardia, donde florecian y hasta hoy florecen grandes letrados que las profesan. Llegado á Bolonia, se dió tan buena maña, y estudió con tanta diligencia y cuidado sus derechos, que en breve tiempo se graduó de doctor y alcanzó la cátedra de prima de cánones, y la leyó algunos años con grande concurso, y satisfaccion y fruto de los oyentes: y con ser tan excelente su doctrina, la enseñaba graciosamente, y no tomaba el salario que se daba á los otros lectores. Advertieron esto los ciudadanos de Bolonia: y de suyo le señalaron un buen salario, así por pagarle su trabajo, como para obligarle mas á perseverar en aquella universidad, que tanto lustre de su grande ingenio y doctrina recibia. Raimundo le aceptó; pero del salario, y todo lo demás que adquiria, daba fiel y enteramente la décima parte al clero de su parroquia.

Estando el santo muy ocupado y contento con su cátedra, y con deseo de estar algunos años en Bolonia, pasó por allí donde Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, que de Roma, adonde habia ido por algunos negocios importantes, se volvía á su iglesia: y deseando enriquecerla con tal pieza, como era Raimundo, le rogó é importunó que se viniese con él á Barcelona, proponiéndole tales partidos y tales razones, que le rindió, y le hizo dejar su cátedra, con gran sentimiento y pesar de sus discípulos y de toda la universidad de Bolonia. Llegado el obispo á su iglesia con tan buena compañía, luego le dió un canonicato y una pabordia que entonces vacaban. El P. Fr. Hernando del Castillo dice, que fué canónico y arcediano de Barcelona. En este estado vivió con notable recogimiento, grande humildad, modestia y flaneza en su trato, acompañado de sus raras letras y prudencia; y como era devotísimo de nuestra Señora la Virgen María, procuró con el obispo, que se celebrase con mayor solemnidad la fiesta de la gloriosa Anunciacion, y dejó renta para esto. Pero aunque toda la ciudad de Barcelona estaba muy contenta con su ciudadano y canónico, por sus grandes partes, él no lo estaba, porque le parecia que para él era mucho mundo, y que Dios le llamaba para cosas mas altas que las de la tierra. Habia el Señor poco ántes enviado al mundo al padre santo Domingo, como á un sol para que le alumbrase; y sus benditos hijos derrama-

ban por todas partes una suavísima fragancia de su religion y virtud. Sintió esta fragancia Raimundo, y determinó correr en pos de ella, y hacer divorcio con todo lo que no es de Dios, para abrazarse con la cruz de Cristo. Demás de la inspiracion y luz del cielo que le movió, dicen que tambien fué parte para tomar aquella resolucion un escrúpulo que tuvo de haber impedido á un mancebo, sobrino suyo, que no entrase en la órden de santo Domingo; y que para satisfacer aquel daño, él mismo se condenó á entrar en la dicha órden, en lugar del que le habia quitado.

Tomó el hábito en Barcelona el viérnes santo del año de 1222, á lo que se entiende, siendo ya muerto el año ántes el bienaventurado santo Domingo en Bolonia; y muchas personas nobles en linaje y ricos, clérigos y seglares, siguieron el ejemplo de Raimundo, y entraron en aquella sagrada religion; y él la ilustró con su santa vida, letras y gobierno: porque olvidado de su gran doctrina, y de la grande opinion, que como doctor célebre, y que muchos años habia leido en Bolonia, habia alcanzado, se dió á todas las cosas humildes, y á la observancia de sus reglas, tan perfectamente como el menor novicio de todos: y el provincial Fr. Sugerio, que fué el primero de la órden de los predicadores en España, le mandó en remision de sus pecados, que escribiese una suma de casos de conciencia, por la cual los confesores de la órden se pudiesen gobernar; y el santo la compuso, y es la que de su nombre se llama: *La Suma de Raimundo*: y dicen que es la primera que de este argumento salió á luz. Poco despues de la muerte de Honorio III, sucedió en la silla de san Pedro, el año de 1227, Gregorio IX, que habia sido muy grande amigo de santo Domingo, y el que, siendo legado del papa, se habia hallado á su entierro. Envió, pues, el papa Gregorio, el año de 1229, á España al cardenal Sabino, para tratar negocios de grande importancia, y en particular para exhortar á los reyes, que prosiguiesen con mucho calor la guerra contra los moros, trayendo para este efecto una amplísima indulgencia de la cruzada. Llegado el cardenal á Barcelona, y teniendo noticia de la persona de san Raimundo, le tomó por su principal consultor y ayudador en aquella legacia, compeliéndole por obediencia, á que dejase su quietud y le acompañase. Hizo lo el santo, con extraña humildad y raro ejemplo; porque fué siempre á pie con su compañero, y comiendo lo que hubiere de comer en su refectorio, sin admitir otros regalos. Iba un dia ó dos ántes que el legado partiese de cada lugar: predicaba la indulgencia al pueblo: oia las confesiones; y disponia la gente con su santidad y prudencia, de manera, que cuando llegaba el legado, hallaba los ánimos de la gente tan bien dispuestos, que lograba lo que queria. De aqui quedó el cardenal Sabino muy aficionado á san Raimundo, y volviendo á Roma, le quiso llevar consigo; mas el santo con su humildad, y por ser amigo de quietud, se escusó, y pidió que le dejase en su convento de Barcelona; y así lo hizo: pero dió parte á la santidad del papa Gregorio, que le habia enviado, de los grandes talentos y excelencias de Raimundo, y de lo mucho que le habia ayudado para despachar bien los negocios que su beatitud le habia mandado. El papa, por la devocion que tenia á la órden de santo Domingo, y por el deseo de acertar en su gobierno, envió á llamar á Raimundo á Roma, y le hizo capellan y penitenciario y confesor suyo. Ejercitando el

santo varon el oficio de confesor, se escribe en un libro antiguo de su vida, que imponia y daba por penitencia al papa, que con misericordia y brevedad despachase los pobres que por diversos negocios venian á la córte, y muchas veces por su pobreza y necesidad no hallaban quién los oyese, ni quién los despachase: y que su santidad, movido de la caridad de su confesor, recibia con devocion esta penitencia, y le ordenaba que él mismo por sí sin dilacion los despachase; y que por esta causa, escribiéndole él mismo algunas veces, le llamaba padre de pobres. En otra cosa tambien gravísima se sirvió el papa de san Raimundo, y fué en recopilar el libro que llaman Decretales, y con la distincion de títulos y capítulos que hoy dia tiene, y de que usa la Iglesia, como el mismo papa Gregorio IX lo dice en el prólogo de este libro: y sin duda fué obra de mucho trabajo para san Raimundo, y utilísima para la república cristiana, para acertar en los pleitos y juicios de cosas eclesiásticas.

Estando san Raimundo en Roma, por muerte del arzobispo Espartago vacó el arzobispado de Tarragona, que entónces era el metropolitano de toda la corona de Aragon: luego se lo dió el papa al bienaventurado Raimundo, y mandóle que dentro de tantos dias lo aceptase. Aflijóse el santo sobremanera, y suplicó humilde é instantemente á su santidad, que no le echase carga que él no podia llevar, por ser sobre sus fuerzas, y entendiendo que el papa estaba fuerte y queria que lo aceptase, se congojó tanto, que le sobrevino una recia calentura, que le duró hasta que el pontífice compadeciéndose de él, y temiendo que no se muriese de pura pena, le libró de aquel cuidado; pero quiso que el mismo P. Fr. Raimundo (ya que él no lo queria ser) nombrase arzobispo de Tarragona; y el bendito varon nombró á don Guillermo de Mongruy, sacristan de la seo de Gerona; y fué eleccion muy acertada. Despues por los muchos y grandes trabajos de oracion, estudios y vigiliias, cayó el santo varon en una grave y peligrosa enfermedad, y por consejo de los médicos volvió á los aires naturales, con licencia y bendiccion de su santidad, que mas le queria tener ausente vivo, que presente muerto. Salió de Roma tal, cual en ella habia entrado: sin oficios, sin beneficios ni pensiones, y sin que el resplandor de la córte, ni la gracia tan grande del sumo pontífice, ni la amistad y favor de los cardenales, ni la ambicion y apetito de subir y valer, que es tan natural en los hombres, ni las dignidades que le habian ofrecido, fuesen partes para trocarle ni mudarle un pelo de su humildad religiosa y constante. Hizo su viaje por mar, y desembarcó en un lugar de Cataluña, llamado Tosa, que está en el obispado de Gerona, á dos leguas de Blanes, y diez de Barcelona. Venian en su compañía cuatro frailes: allí tuvo ocasion de ejercitar su caridad y dar muestras de su santidad; porque un hombre del mismo lugar, llamado Barceló de Faro, recogiendo sus mieses, cayó súbitamente en una tan grande enfermedad, que ni podia hablar ni moverse, y todos le tenian por muerto. Rogaron á san Raimundo que se compadeciese de aquel pobre hombre que se moria sin confesion; y él, porque no se perdiese aquella alma, se puso de rodillas en oracion, suplicando á nuestro Señor que le diese la vida para confesar sus pecados. Oyóle el Señor; porque el enfermo ya casi muerto abrió los ojos; y vuelto en sí se confesó con el mismo santo padre; y luego, sin hablar mas palabra, murió y dió su espíritu á su Criador.

Llegado á Barcelona y convalidado de su indisposicion, comenzó de nuevo, como si fuera novicio, á hacer una vida muy penitente y ejemplar: y como era tan grande su doctrina y santidad, de muchas partes concurrían á pedirle consejo en casos muy enmarañados y dificultosos, especialmente sabiendo que el papa le habia dado la misma potestad de penitenciario suyo que tenia en Roma: y aunque él recibia con gran benignidad y mansedumbre á todos lo que venían á él, y procuraba enviarlos consolados y aprovechados en sus almas; como no era amigo de que tanta gente le visitase, é interrumpiese sus santos ejercicios, renunció con mucha humildad la potestad de penitenciario del papa, reservándose solamente la que convenia para consuelo de los frailes de su orden y de la de los menores; que hasta en esto quiso dar muestras del amor con que abrazaba la sagrada orden de san Francisco, y enseñarnos que todos los religiosos debemos ser de un corazón; pues somos soldados de un mismo Señor. Entonces escribió san Raimundo, á instancia de algunos obispos, la forma que se debe guardar en visitar las iglesias, y dió tambien algunas reglas á los mercaderes para hacer sus tratos sin pecado, y saber en qué cosas están obligados á restitucion. Mas en lo que principalmente se empleaba, era en ser santo y perfecto, y con su ejemplo mover á todos al amor del Señor. En el tratamiento de su persona era rigurosísimo: todos los dias, fuera del domingo, comia una sola vez con mucha sobriedad y templanza: á las noches se disciplinaba rigurosamente: despues de completas y de maitines visitaba todos los altares de la iglesia, haciendo á cada uno de ellos particular inclinacion y reverencia: su oracion era muy continua, y acompañada con lágrimas: asistia á las horas canónicas en el coro con extraordinaria devocion; y en un libro antiguo de su vida se escribe que Dios nuestro Señor le habia dado un ángel tan familiar, que poco ántes que en el convento donde estaba se tocara la campana á maitines á la media noche, le despertaba, y le convidaba á orar; y el santo obedecia al ángel, y se levantaba y se iba al coro: despues de los maitines, y de su larga y fervorosa oracion, dormia un poco, y luego con mucho cuidado se disponia para decir misa, la cual decia cada dia confesándose primero, humilde y devotamente: y solia decir que el dia que no decia misa, por enfermedad, ó por otro legítimo impedimento, apenas podia estar alegre y tener el contento que en otros dias solia tener. Su conversacion era muy suave, y abundaba de palabras y ejemplos de edificacion: y ni él murmuraba, ni consintió que otros murmurasen delante de él; ántes los detenia con cortesía y buen término, y volvia por los ausentes.

Entre las otras cosas señaladas que este santo varón hizo, fué una el haber ayudado tanto á la institucion y fundacion de la orden de nuestra Señora de la Merced, la cual se fundó en tiempo del rey don Jaime el Conquistador, por cierta revelacion que el mismo rey y el bienaventurado padre san Raimundo y san Pedro Nolasco tuvieron una misma noche, apareciéndoles nuestra Señora y declarándoles cuán agradable servicio se haria á su Hijo, si se fundaba una orden para redimir cautivos; y confiriendo todos esta revelacion, y viniendo bien en ello el obispo de Barcelona don Berenguer de Palou, y los jurados de aquella ciudad que tienen nombre de censores; el dia de san Lorenzo, que fué el décimo despues de la revelacion, en la

iglesia mayor que se dice de Santa Cruz, con una devota procesion, estando el rey y toda la ciudad presentes, se dió principio á la orden, y el beato Fr. Raimundo predicó, y dió de su mano el hábito á san Pedro Nolasco, que fué el primer religioso de la nueva orden de nuestra Señora de la Merced de redencion de cautivos. Despues el papa Gregorio, en el octavo año de su pontificado, á 16 de enero estando en Perosa, la confirmó, que fué el año de 1233, y aun hay algunos que escriben que el mismo santo, por orden del rey don Jaime, fué á Perosa para alcanzar del papa la confirmacion, y que la impetró: y aun añaden, que el mismo santo fué protector de la dicha orden mientras que vivió, y que él la favoreció con mucho gusto, por entender cuántos y cuán grandes provechos habia de acarrear á la Iglesia del Señor: y no se engañó, como la experiencia lo ha manifestado; porque demás del gran número de cautivos que estaban en poder de los moros é infieles, y esta sagrada religion ha rescatado, ha habido en ella muchos santos y grandes siervos del Señor, mártires, confesores y prelados; los cuales con su ejemplo y doctrina y buen gobierno lo han ilustrado, y amplificado la Iglesia del Señor; y de todo esto tiene buena parte san Raimundo, como el que tambien la tuvo en su santa institucion.

Murió en esta sazón el P. Fr. Jordan, segundo maestro general de la orden de predicadores, que sucedió á su primer instituidor y padre santo Domingo: juntáronse los padres de su orden, para hacer eleccion de nuevo general, en la ciudad de Bolonia, en el año de 1238: entre los electores habia esclarecidos varones en santidad, letras y prudencia; especialmente resplandecian entre los demás Alberto Magno, que era vicario general de la orden y provincial de Alemania, y Hugo de San Teodorico, provincial de Francia, y otros maestros graves y muy señalados. Al principio del capitulo general hubo alguna division, y los votos se partieron y fueron iguales entre Alberto Magno y Hugo de San Teodorico: despues, casi milagrosamente, haciéndose mas oracion delante del altar del bienaventurado padre santo Domingo, suplicando á nuestro Señor que les diese luz para acertar, y para nombrar por su cabeza y pastor al que su divina Majestad habia ya escogido, y sabia que imitaria mejor á su padre santo Domingo, y conservaria su espíritu en la religion; todos de comun acuerdo eligieron al bienaventurado Fr. Raimundo, que se estaba en Barcelona muy descuidado de pensar que tal cosa podia suceder. Pero porque aquellos padres electores sabian la humildad del que habian elegido, y entendian no querria aceptar la eleccion, enviaron de Bolonia á Barcelona cinco padres de los mas graves de todo el capitulo, encargándoles que con todas sus fuerzas le apretasen y no admitiesen excusa, sino que en todo caso procurasen que abajase su cerviz, y tomase sobre sí aquel yugo. Los padres vinieron é hicieron su oficio, y san Raimundo se excusó, é hizo todo lo que pudo por no ser maestre general de su orden; mas al fin entendiendo que aquella era la voluntad de Dios, se rindió y sujetó al parecer de aquellos padres, y á la obediencia de su orden. Aceptó el cargo; pero no le tuvo mas de dos años: en los cuales ordenó algunas cosas de grande importancia para la religion. Puso mucho rigor en la obediencia regular, no solo en las cosas sustanciales, sino tambien en las menores y de ménos importancia, en comparacion de las otras: porque como él solia decir: «Quién en la virtud tiene en poco lo poco, no tendrá en

mucho lo mucho. » Puso en órden las constituciones de la religion, en la forma que ahora las tienen los frailes, con distinciones. Visitó por su persona á pié las provincias, con raro ejemplo de virtud y grandísima demostracion de penitencia y rigor; y hallándose ya viejo y cargado de enfermedades, renunció el generalato, el año de 1240, en el capitulo general que se tuvo en la misma ciudad de Bolognia: y con esto muy contento y alegre se volvió á sus ordinarios y religiosos ejercicios á su convento de Barcelona, que eran oracion, meditacion y áspera penitencia, y acudir á los negocios que los reyes de Aragon, por la notoria santidad de su vida y eminente doctrina, muchas veces le consultaban, pareciéndoles, y con razon, que siendo guiados por tan buen consejo no podian dejar de ser muy acertados. Y no solamente los reyes le ocupaban, sino los sumos pontífices le encomendaban muchos negocios tocantes á la sede apostólica, como elegir obispos y abades, examinar algunos prelados y deponer algunos de los examinados, absolver y excomulgar, y dispensar con irregulares y otras cosas semejantes: unas veces determinando lo que se habia de hacer; otras cometiéndose para que lo ejecutase, si le pareciese que se debia hacer, dejándolo todo á su juicio, por la grande opinion que tenian de su santidad, letras y miramiento en lo que hacia. Con esta mano que el santo tuvo con los papas, y con los reyes de Aragon, procuró que con autoridad apostólica se instituyese el oficio de la santa Inquisicion en aquellos reinos, como lo hizo; é Inocencio IV, papa, que sucedió á Gregorio IX, le cometió, en compania del provincial de la órden de santo Domingo en España, la provision de inquisidores en las tierras que el rey de Aragon tenia en la provincia Narbonense; y el mismo santo Fr. Raimundo era el que mas velaba en las cosas de la fé contra los herejes; porque fué gran celador de nuestra santa religion, y muy solícito perseguidor de sus enemigos y extirpador de todo género de error y herejía. Demás de esto, como el rey don Jaime el Conquistador le queria tanto, y le reverenciaba, llevóle consigo á las córtes de Monzon, túvole por padre y confesor suyo, y conocia cuán bien le iba con sus consejos, y envióle con otros embajadores al papa Urbano IV, para tratar un negocio arduo y de suma importancia.

Mas no es justo que dejemos de tratar muy de propósito lo que aconteció con el mismo rey don Jaime, el cual aunque amaba y respetaba tanto á san Raimundo, como se ha dicho, pero como hombre y como rey tan poderoso y que tenia tantas ocasiones para caer, llevando consigo á Mallorca á san Raimundo por guia y maestro, llevó tambien secretamente una mujer con quien tenia mala amistad. Llegado á Mallorca, supolo el santo: pidió y suplicó con grande instancia al rey que despidiese aquella mujer; y se la quitase de delante; porque de otra manera él no podría servirle. Y aunque el rey le prometió que lo haria, no lo hizo, vencido de su pasion: porque en vicios tan pegajosos es muy fácil el prometer, y dificultoso el cumplir. Entónces el santo dijo al rey con rostro algo severo, que él se queria volver á Barcelona; pues su alteza no cumplia lo que le habia prometido. Mucho sintió esto el rey, que Fr. Raimundo, persona tan conocida y estimada de todos, le dejase y se partiese de su servicio: porque en ninguna cosa tienen tanto que sentir los reyes, cuanto en que tales hombres les falten y los dejen: y así mandó á todos los patrones de los navios, so pena de la vida, que

ninguno de ellos le admitiese en su navio, ni le pasase á España. El santo, sin saber este mandato del rey, una noche despues de maitines, tomando la bendicion del prior de su convento, se fué al puerto de la ciudad de Mallorca, para embarcarse con su compañero en un navio que estaba aprestado para Barcelona: y como no le quisiesen admitir ni en él, ni en otros, por miedo del rey; se fué al puerto de Soller, distante tres leguas de la ciudad, donde halló tres barcos cargados de duraznos, que se hacian á la vela para Barcelona: rogó á los marineros que le llevasen, y no se atrevieron. Entónces, tomando de la capa á su compañero, se fué á unas rocas, que estaban mas adentro del mar, y le dijo: Ahora vereis como el Rey eterno nos proveerá de muy buen barco. Diciendo esto quitóse la capa, y echóla al agua muy tendida: y tomando el bordon en la mano y haciendo la señal de la cruz, entró y se puso sobre ella como si entrara en algun barco, y aun con mas seguridad y quietud. Hincó el bordon en medio, y llamó á su compañero, para que santiguándose entrase tambien. El compañero, atónito de lo que el santo hacia, no se atrevió; y así se quedó en tierra el santo levantó en alto la mitad de la capa á modo de vela, é hincándola en lo mas alto del bordon como en árbol de nave, luego sopló un aire delgado y suave y san Raimundo comenzó á navegar, mirándose unos á otros los que estaban presentes y como fuera de sí; y el mismo dia que partió de Mallorca, en espacio de seis horas llegó á Barcelona, que es viaje de ciento y sesenta millas, ó de cincuenta y tres leguas, y saltando de la capa en tierra como de un barco, la tomó y se la vistió tan enjuta, como si la sacara de alguna arca, y con su bordon en la mano se fué derecho á su convento, y hallándole cerrado, entró en él sin que nadie le abriese la puerta, añadiendo Dios un milagro á otro milagro. En entrando se fué humildemente al prior y tomó su bendicion, y sentóse con los otros á comer de la miseria que comian. Súpose este prodigio tan estupendo en la ciudad de Barcelona, porque mucha gente principal estaba presente cuando desembarcó el santo, y le acompañaron á su convento, y todos quedaron asombrados y alabaron al Señor, obrador de tantas maravillas. El mismo rey don Jaime, cuando supo como se habia embarcado en el puerto de Soller, vino á él, y vió el mismo lugar, y se arrepintió de su pecado y dejó aquella mujer, y de allí adelante vivió bien y comenzó á respetar mas al santo y mirarle como á hombre venido del cielo; y con los mismos ojos le miraban los demás. Por este milagro y por otros, que en vida hizo san Raimundo, fué tenido en suma veneracion y alcanzó mucha mayor autoridad con los papas y con los reyes de Aragon y con los mismos reinos, y como él era tan santo y tan encendido en el amor de Dios y celoso de su honra, no se aprovechaba de esta autoridad para alguna cosa suya temporal, sino para amplificar la gloria de Dios y el bien de las almas. Tuvo una revelacion de lo mucho que Dios nuestro Señor se queria servir de sus santos hermanos y compañeros de la órden de santo Domingo, para la conversion de los infieles moros y judios, que habia en aquella sazón en España y en África, é hizo hacer dos estudios de hebreo y arábigo, uno en Túnez y otro en Murcia, para que en ellos algunos religiosos de su órden, aprendiendo aquellas lenguas, pudiesen predicar á los judios y moros, como lo hicieron, y convirtieron mas de diez mil moros, y se divulgó la fé de

Cristo á los de aquella nación: y el papa Alejandro IV, el segundo año de su pontificado que fué el de 1236, por una bula suya mandó al provincial de España que enviase frailes á tierra de infieles, para predicarles el santo Evangelio, dando grandes poderes á los que fuésen á tan gloriosa empresa, de lo cual se siguió copiosísimo fruto; y muchos de los infieles, que estaban ciegos y vivían en la sombra de la muerte, alumbrados con la luz del cielo conocieron y abrazaron á Jesucristo por su Redentor y Señor: y el santo Raimundo tenía gran cuenta de recogerlos y ampararlos, y con las limosnas que le daban para esto los reyes y prelados, sustentarlos y confirmarlos en la santa fé católica que habían recibido: y para que más fácilmente los letrados de sus sectas se convirtiesen, rogó á santo Tomás de Aquino que escribiese un libro contra los errores de ellos, y el angélico doctor lo hizo y escribió el libro contra los gentiles, que es tan docto y tan admirable.

En estas y en semejantes cosas, todas encaminadas al servicio de Dios nuestro Señor, se ocupó san Raimundo treinta y tres años que vivió despues que dejó el cargo de maestro general de su orden; y toda su larga vida no fué sino aparejarse para bien morir.

Llegó á la edad decrepita, y siendo ya muy viejo le dió una enfermedad, en la cual los reyes de Castilla y de Aragon le visitaban con mucha ternura y reverencia, y agravándosele la enfermedad, á los 6 de enero del año 1275, el día de los Reyes cerca de las seis horas de la mañana, estando presentes y orando y llorando los religiosos de su convento, entregó su espíritu al Señor, que para tanta gloria suya y bien de su Iglesia le había criado. Halláronse presentes á su entierro el rey de Castilla don Alonso y su hermano don Fernando, su hijo don Sancho y dos infantes menores, y el rey don Jaime de Aragon y el infante don Jaime su hijo y los obispos de Cuenca, de Barcelona y de Huesca, y otros muchos prelados y señores, y toda la nobleza de aquella clarísima ciudad y de las cortes de los reyes. Murió de edad de casi cien años: porque nació el año de 1175, segun lo que se dice en el sumario de la relacion que se hizo para la canonizacion del santo en Roma, y esto es lo que comunmente se escribe. Verdad es que el P. Fray Francisco Diago, de la orden de santo Domingo, dice que nació el año de 1186, y murió de ochenta y nueve. Hizo nuestro Señor muchos milagros por san Raimundo, en vida y en muerte. En el proceso de su canonizacion ponen tres, que hizo en vida: el primero es de aquel hombre que en el puerto de Tosa estaba sin habla y sin sentido y como muerto, y por las oraciones del santo volvió en sí y se confesó con él, como arriba queda referido: el segundo es la navegacion que hizo sobre su capa por el mar, de Mallorca á Barcelona, con tanta brevedad y seguridad como se ha dicho: el tercero, de un fraile de su orden, el cual, siendo gravemente tentado y afligido de los estímulos de la carne, suplicó á nuestro Señor que por los merecimientos de Raimundo le librase; y diciendo el santo misa vió entre sus manos un Niño hermosísimo, y con esta vision quedó libre de aquellas tentaciones que tanto le apretaban.

Despues de muerto, en el sumario del proceso de su canonizacion se cuentan otros ocho milagros: de un caballero, criado del rey de Aragon, el cual estando lleno

de lepra, sanó: de una niña de edad de cuatro años, que muerta resucitó: de otra mujer, que estando con grandísimos dolores de parto tres días y tres noches, sin poder parir, parió un hijo por las oraciones del santo: otro mozo, estando para morir ó casi muerto, cobró la salud: otro apestado se encomendó al santo, y él le apareció y le tocó y quedó sano: de otra mujer se escribe, que habiendo echado gran copia de sangre por la boca, se la restañó y vivió, bebiendo un poco de agua con unos polvos del sepulcro de san Raimundo; y no es el menor de sus milagros, que del sepulcro, donde su sagrado cuerpo la primera vez fué depositado, manan continuamente unos polvos que, tomándolos con un poco de agua los enfermos, sanan calenturas y otras dolencias: el que sucedió el año 1396, á 4 de abril, que el arzobispo de Tarragona y los obispos de Barcelona y de Vich, comisarios apostólicos, abrieron su sepulcro del cual salió un olor suavísimo y celestial, el que muchos sintieron; y un hombre que por espacio de diez y ocho años habia perdido el olfato, con el olor del sagrado cuerpo le cobró. Estos milagros se refieren en el proceso de la canonizacion, como dijimos, pero otros muchos no ménos maravillosos escriben los autores de su vida, á los cuales remito al lector: y Fr. Lorenzo Alberto, de la orden de santo Domingo, dice haber leído que resucitó cuarenta muertos.

Por los milagros que el Señor obró por san Raimundo y por su santísima vida, en un concilio de obispos, que se hizo en la ciudad de Tarragona el año de 1279, se suplicó á Nicolao III, sumo pontífice, que le canonizase: y la misma instancia hicieron con Bonifacio VIII, papa, diez conventos de la orden de predicadores el año de 1298, intercediendo por la misma canonizacion: y los reyes y reinos de Aragon y el principado de Cataluña muchas veces pidieron lo mismo; y por varios impedimentos no tuvieron efecto sus ruegos, hasta que el papa Paulo III, á 3 de junio, el octavo año de su pontificado, que fué el del Señor de 1542, dió licencia para hacer cada año officio solemne y celebrar su fiesta á los 7 de enero, un día despues de su fallecimiento, en la provincia de Aragon de su orden, aprobando el officio que del santo se canta y compuso Fr. Jacobo Ferrante, de nacion turco y en religion hombre raro, que por sus buenas partes fué provincial de su orden en aquella provincia: y finalmente, el año pasado de 1601, la santidad de Clemente VIII, á los 29 de abril, día de san Pedro mártir, le canonizó y puso en el catálogo de los santos con grande aparato y solemnidad, suplicándosele el rey don Felipe el III, y la ciudad de Barcelona con el principado de Cataluña.

La vida de san Raimundo escribió Fr. Leandro Alberto de su orden, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surfó en su primer tomo y el P. M. Fr. Hernando del Castillo, en el seguido libro de la historia de su orden, capitulos 16, 17 y 18. Tambien la recopiló brevemente el doctor Francisco Peña, auditor de Rota, que intervino en su canonizacion; y mas copiosamente el P. Fr. Francisco Diago, de su misma orden, en la historia que escribió de la provincia de Aragon, de la orden de predicadores, año de 1599, en el libro II, capítulo 7.º, hasta el 28. Hazen asimismo mencion de san Raimundo Pedro Marcillo en su historia, y Gerónimo Zurita en el tercer libro de sus anales, capitulos 60 y 94.

LA VUELTA DEL NIÑO JESUS DE LA TIERRA DE EGIPTO. — Acacicio, según algunos antiguos escritores, el año sexto de su edad.

SAN LUCIANO. — Fué presbítero de la iglesia de Antioquía, y tan versado en las sagradas letras y en la oratoria sagrada, que refutó y venció varias veces á los sabelianos. Durante la persecucion de Galerio Maximiano, hallándose en Nicomedia y no queriendo aljurar la religion de Jesucristo, fué condenado á ser dividido en cuatro partes, cada una de las cuales fué luego atada á una enorme piedra y arrojada al mar. El Señor volvió por la gloria de su mártir, cuyo sagrado cuerpo salió entero sobre la orilla del mar, en las inmediaciones de Helenópolis de Bitinia, donde se le dió honrosa sepultura á principios del siglo IV. San Juan Crisóstomo habla de san Luciano como de un mártir esclarecido, y refiere que la víspera de su muerte celebró el santo sacrificio dentro de la cárcel, sirviéndole de altar su mismo pecho.

SAN CLERO, DIÁCONO DE ANTIOQUIA. — Fué por su generosa confesion de fé siete veces atormentado; estuvo preso por mucho tiempo, y últimamente, habiéndole degollado, consiguió la corona del martirio. Sus actas se han perdido, y por consiguiente ignórase la época de su muerte.

SAN FÉLIX Y SAN GENARO, MÁRTIRES. — Nada mas se sabe de ellos, sino que fueron naturales de Heraclea, antigua ciudad de España cerca de Cádiz, de la cual fué Félix obispo y Genaro presbítero.

SAN JULIAN, MÁRTIR. — Nació de padres ilustres en Toledo, de cuya ciudad fué uno de los primeros obispos. Trabajó incesantemente en la viña del Señor, y á la edad de noventa años mereció derramar su sangre por la fé de Jesucristo.

SAN CANUTO, REY Y MÁRTIR. — Su fiesta principal se celebra el dia 19 de enero.

SAN CRISPIN. — Nació en Pavia; fué canónigo de su catedral y por fin ascendió á la silla de la misma iglesia por muerte de san Ursicino. Empleó su celo en adornar la iglesia y la ciudad; promovió grandisimas mejoras en la poblacion; mandó edificar el puente Ticinio; fundó varios lugares de oracion, de refugio y de beneficencia, y fué el verdadero padre de su pueblo. Compuso las diferencias entre Padua y Pavia sobre la posesion de un campo, que despues se llamó campo de la Paz; y despues de un pontificado de treinta y cuatro años, lleno de merecimientos descansó santamente en el Señor por los años de 214.

SAN NICETO. — Fué obispo de los dacios, que ocupaban parte de los antiguos reinos de Hungría y Transilvania. En 897 fué á Roma á visitar el sepulcro de los santos apóstoles; y regresó á su diócesis, donde edificó con su piedad y raras virtudes á todo su rebaño. En 401 volvió á Roma para consultar al papa sobre los negocios de la Iglesia, y poco despues murió en medio de sus ovejas, que perdieron en él un padre y un verdadero pastor.

SAN TEODORO, MONJE EN EGIPTO. — Fué discípulo de san Antonio abad y floreció en tiempo de Constantino el Grande, mereciendo por sus eminentes circunstancias que san Atanasio lo propusiese á los religiosos como modelo de virtud y santidad.

DIA 8.

SANTA GUDULA, VIRGEN. — Fué santa Gudula hija de Wirgero, que era gran señor y conde, y de Amalberga, que era hija de una hermana de Pipino, mayordomo mayor del rey de Francia, y gobernador de todo el reino. Erán estos señores sus padres no ménos piadosos y temerosos de Dios, que ricos y poderosos; y la madre de santa Gudula, estando preñada de ella, tuvo revelacion de que la hija que pariría seria santa, y muy esclarecida á los ojos del Señor; y para el buen principio y cumplimiento de esta revelacion, cuando salió á luz la niña, santa Gertrudis, virgen admirable y parenta suya, fué su madrina y la sacó de la pila del bautismo, y despues la tomó á su cargo para criarla para Dios. Estuvo Gudula en el monasterio de Nivelá todo el tiempo que vivió santa Gertrudis, con maravilloso recogimiento é insigne santidad. Habiéndose ido su santa madre á mejor vida, se volvió á casa de sus padres, y nó para tener mas libertad, sino para aprovecharse y encenderse mas vivamente con sus ejemplos en el amor de nuestro Señor.

A dos millas de la casa de sus padres estaba una aldea llamada Morsela, donde habia un oratorio ó iglesia dedicada al Salvador: solia irse algunas noches con una sola criada la santa virgen á este oratorio, para darse mas quietamente á la oracion y contemplacion de su dulcísimo esposo. Iba una noche como solia; y el demonio mató la lumbre que llevaban, para que hallándose á oscuras y sin saber el camino, no pasasen adelante. Púsose en oracion santa Gudula, y luego la lumbre que llevaba se tornó á encender milagrosamente; y con este favor del cielo llegó al oratorio, y gastó toda aquella noche en hacer gracias y alabar al Señor; y á la mañana siguiente, despues de haber oido las misas y cumplido con su devocion, tornó á su casa muy gozosa y contenta: pero en el camino encontró con una pobre mujer muy afligida, que traia consigo á un niño de nueve años, tan lleno de enfermedades y miserias, que no era señor de sus miembros, ni podia alzar la cabeza para mirar al cielo, ni hablar, ni comer con sus manos: en fin, era un retablo de enfermedades y dolores. Vióla la santa virgen: compadeciéndose de él: oró al Señor: lloró muchas lágrimas, tomóle en los brazos, y súbitamente quedó del todo sano; maravillándose la misma santa de la bondad de Dios, que por su medio, siendo ella tan vil criatura, se habia dignado de restituir la salud á aquel muchacho; y gozándose la madre por ver á su hijo sano por intercesion de aquella santa doncella. Otra vez, estando sola orando en su celda, vino una mujer cargada y casi consumida de lepra, suplicándola que la curase: hizo oracion, y puso las manos sobre ella, y quedó luego limpia y sana. Otros muchos milagros hizo el Señor por esta santa en vida; pero los que obró despues que la llevó al cielo para darle la corona digna de sus merecimientos y victorias, fueron mucho mayores; porque luego que enterraron su sagrado cuerpo, un árbol que estaba allí cerca en medio del invierno floreció y se vistió de hojas y hermosura: y queriendo trasladar al monasterio de Nivelá sus reliquias, no las pudieron mover del lugar donde estaban, hasta que se determinaron de llevarlas al oratorio ó templo del Salvador, que estaba en la aldea de Morsela, donde la santa virgen solia derramar muchas lágrimas; y

orar con tanta devoción; porque en tomando esta resolución, pudieron mover la caja en que estaba el sagrado cuerpo, y llevarla á Morsela. Pero sucedió una cosa prodigiosa en esta traslación; porque aquel árbol que había florecido cerca de su sepulcro, por virtud divina se arrancó de suyo del lugar donde estaba, y se trasplantó y puso delante de la puerta de aquel templo, vestido de belleza y hermosura: por este milagro el emperador Carlomagno mandó edificar allí para honra de la santa un monasterio de vírgenes; y yendo una vez á caza, y siguiendo á un oso de notable grandeza, el oso, no pudiendo ya escapar de las manos de los cazadores, se entró en aquella iglesia, y bajando la cerviz comenzó á lamer los pies de las monjas que allí estaban, y no se quiso partir de aquel lugar por toda su vida, estando entre aquellas purísimas vírgenes, nó como oso bravo, sino como manso cordero.

Quando sepultaron á la santa vírgen, como sus padres eran señores esclarecidos y muy ricos, mandáronla enterrar con gran pompa y solemnidad, y aderezarla muy ricamente con ropas preciosas y joyas. Viólo un ladrón, y movido de su codicia al tercer día después de su muerte entró de noche en su sepulcro, y despojó el sagrado cuerpo de todas aquellas riquezas que tenía, y parte de ellas dió á una hija suya. Súpolo san Emeberto, obispo de Cambray, y hermano de santa Gudula, y excomulgó por aquel sacrilegio á los que le habían cometido; y Dios nuestro Señor confirmó del cielo la sentencia; porque todos los que nacieron de aquella familia fueron afligidos de varias enfermedades; y no hubo persona de ella que con alguna fealdad ó pena corporal no pagase la culpa de tan grande maldad.

Este milagro fué para castigo de los que habían robado el sepulcro de la santa vírgen: pero otro mayor obró Dios para honrar al mismo sepulcro, y por intercesion de santa Gudula, y alumbrar á los que estaban en la sombra de la muerte. De la otra parte del mar había un rey gentil que tenía una hija tullida, y que no se podía mover desde su nacimiento. Apareció una noche á esta doncella en sueños una mujer venerable y de lindo aspecto, y díjole que fué se al sepulcro de santa Gudula, porque allí cobraría salud; y con el deseo grande que tenía de alcanzarla, refirió luego á sus padres lo que había visto y oído; pero como ellos eran paganos y no tenían noticia de la santa, ni sabían donde estaba ni cómo la habían de buscar, no hicieron caso de ella; hasta que tres noches después le fué revelado á la misma doncella el lugar donde estaba la bendita santa, y donde la había de hallar. Con esta claridad mandó el rey su padre prestar un navio, y envió su hija en él, bien acompañada de criados y soldados á Flandes, donde llegó y fué á visitar el sagrado cuerpo de santa Gudula; y al cabo de tres días que estuvo en oración, impetró la salud del cuerpo que tanto deseaba, y la del alma que le importaba mas; porque dejando la ceguedad de la idolatría en que estaba, abrazó la fé de Jesucristo nuestro Salvador, que es luz verdadera que alumbrá á todos los que creen en él; y sus mismos padres, cuando entendieron el milagro y vieron á su hija sana, hicieron la misma jornada, y fueron á visitar el cuerpo de la santa vírgen; y despedidas las tinieblas de su ignorancia, se bautizaron é hicieron cristianos.

Resplandeciendo, pues, santa Gudula con estos y otros milagros, fué nuestro Señor servido de castigar los peca-

dos de los moradores de aquella tierra con azote grave y riguroso: permitió que entrase por ella gente cruel y bárbara y enemiga de nuestra santa religion, robándola, quemándola y destruyéndola, y que asolasen el mismo monasterio donde estaba sepultado su sagrado cuerpo; aunque por la bondad de Dios no le tocaron, por haberse antes traspasado á otro lugar mas apartado y seguro: mas después que cesó aquella borrasca y los bárbaros se retiraron, tomaron el sagrado cuerpo al monasterio; donde estuvo hasta que imperando Otón II, Carlos, hermano de Lotario rey de Francia, llevó con grande acompañamiento y honra el cuerpo de santa Gudula á Bruselas, y le colocó en el templo de San Gaugerio. Sucedió en esta traslación, que queriendo el mismo Carlos curiosamente ver con sus ojos el cuerpo de la santa vírgen, abrió la caja donde estaba, y subitamente sobrevino una niebla tan espesa y tenebrosa, que le quitó la vista, y á todos los que allí estaban causó espanto y confusión, y desfavoridos hicieron oracion tres días; suplicando á nuestro Señor que los perdonase; y sin querer ver mas lo que había en la caja, la cerraron y pusieron en su lugar; y el duque Carlos la selló con su sello, y ofreció á la vírgen ricos ornamentos para servicio de su altar, y le aplicó algunas posesiones y rentas. En este lugar estuvieron las sagradas reliquias de santa Gudula hasta el año de 1047, en el cual habiéndose edificado en Bruselas el templo de San Miguel, fueron trasladadas á él por el conde Vidriño, nieto del duque Carlos, con solemne procesion y acompañamiento del obispo, y de todo el clero y pueblo, donde al presente están, y son reverenciadas de toda aquella noble, rica y devota ciudad de Bruselas, que tiene á santa Gudula por singular patrona suya; y el templo que edificó á san Miguel y se llamaba de su nombre cuando á él se trasladaron las reliquias, ahora se llama de Santa Gudula, por la gran devocion que todo el pueblo le tiene.

La vida de santa Gudula, sacada de un libro muy antiguo escrito de mano, trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su primer tomo de las vidas de los santos. Hace mención de ella el doctor Juan Molano en las adiciones á Usuardo, y mas largamente en el indice de los santos de los estados de Flandes, donde dice que el día de su glorioso tránsito fué á los 8 de enero, y el de su traslación á los 6 de julio. Floreció esta santa por los años del Señor de 660, reinando en Francia el rey Sigiberto.

EL BIENAVENTURADO SAN LORENZO JUSTINIANO, PATRIARCA DE VENECIA Y CONFESOR. — La vida del bienaventurado san Lorenzo Justiniano, primer patriarca de Venecia, escribió Bernardo Justiniano su sobrino, que le trató mucho tiempo, y fué varón prudente y elocente; y es de esta manera. Fué san Lorenzo Justiniano de la familia Justiniana, que en la republica de Venecia es antigua y nobilísima; y se dice que descenden los de ella de algunos deudos del emperador Justiniano, los cuales, siendo desterrados de Constantinopla vinieron á Venecia, e hicieron su asiento en ella. En esta clarísima ciudad nació nuestro buen patriarca Lorenzo Justiniano. Su padre se llamó Bernardo y su madre Quirina. Tuvieron estos caballeros cinco hijos, y entre ellos á Marco y Leonardo, varones excelentes en virtud y ciencia, y que fueron grande ornamento de su ciudad; pero el que mas se esmeró y se aventajó sobre todos fué nuestro Lorenzo, el cual desde niño dió muestras de lo que había de ser en la edad madura y perfecta,

porque era muy amado, muy lindo y gracioso, y de tanto seso, que parecia viejo en la tierna edad. Siendo ya de diez y nueve años, escribe el mismo santo padre, que tuvo una revelacion de nuestro Señor, por estas palabras: «Yo, dice el santo, era semejante á vosotros, y con grande ansia y encendido deseo buscaba en las cosas exteriores la paz de mi alma y no la hallaba; y andando en esto me apareció una doncella, cuyo nombre yo no sabia, mas resplandeciente que el sol, la cual llegando cerca de mi con rostro blando y con unas palabras suaves, me dijo: O mancebo de mí muy amado, ¿porqué derramas tu corazón, y buscando la paz le distraes por la variedad de tantas cosas? En mí está lo que buscas; y yo te prometo de dártelo, si me tomas por esposa.» Y despues dice: que le declaró que era la Sabiduría de Dios, la cual por salud del género humano se habia vestido de nuestra carne, y que él le dió su consentimiento y la tomó por esposa; y con esto ella, dándole ósculo de paz, desapareció. Confirmado, pues, con esta vision y favor del cielo, entendiendo que su madre Quirina (que su padre ya era muerto mozo) le queria casar, determinó dar libelo de repudio á todas las cosas de la tierra, y seguir la pobreza religiosa y el estandarte de la cruz de Cristo. Para esto un dia se puso atentamente á pensar por una parte las comodidades y bienes del mundo que tenia ó podia tener: la nobleza, las riquezas, las honras, los deleites, los cargos de la república, la mujer, los hijos y el resplandor de su casa y familia, y todo lo demás que toca á esto; y por otra parte se puso delante la pobreza, la cruz de la religion, la hambre y sed, el calor y frio, la aspereza y penitencia, el quebrantamiento de la propia voluntad y todas las otras dificultades que en el nombre de religioso se encierran: y despues de haberlo todo considerado, así lo que dejaba, como lo que tomaba, se volvió á un crucifijo y le dijo: Señor, vos sois mi esperanza, á vos quiero seguir; y así se fué al monasterio que en Venecia llaman de San Jorge, en Alga, que es de canónigos reglares, donde estaba un tio suyo llamado Marino, y allí tomó el hábito de religion.

En viéndose religioso, procuró serlo de veras y mortificar todos sus apetitos y blanduras de la carne con ayunos, vigiliias, disciplinas, cilicios y otras penitencias corporales, tratando su cuerpo como si no fuera suyo, sino un capital enemigo; lo cual fué en él cosa de mayor admiracion, por ser flaco de complexion. En tiempo de invierno nunca se llegaba al fuego, y tocándole una vez las manos un padre de su órden, que le convidaba que se llegase al fuego, y hallándose las heladas le dijo: O hijo, grande es el fuego que arde en tu pecho; pues no sientes el rigor de tan grande frio. Para mas mortificarse, aun no iba, como suelen los otros religiosos, á la huerta. Asistia al coro con gran puntualidad y devocion, sin arrimarse á la silla. Apretándole mucho sus superiores, para que en el sueño, vestido y comida no fuese tan severo consigo mismo, porque así convenia á su salud; él respondió que él obedeceria, y haria lo que le mandasen; pero que el que quiere padecer por Cristo, nunca le faltan caminos para padecer. Habiendo caído en una grave enfermedad de lamparones, sufrió para curarlos graves tormentos de navaja y fuego con maravillosa paciencia y constancia, sin quejarse, ni dar suspiro ni gemido, ni otra voz, sino una vez el santísimo nombre de Jesus. Otra vez, siendo ya viejo, y siendo necesario cortarle cierta hinchazon que se le habia hecho en la gar-

ganta, y estando el cirujano temeroso; le dijo el santo padre: Cortad sin miedo, que vuestra navaja no llegará á los tormentos que padecieron los mártires por el Señor.

Esto toca al cuerpo; pero ¿quién podrá dignamente explicar las virtudes interiores de su bendita alma? fué humildísimo: no hablaba sino de sus pecados: deseaba ser menospreciado: trataba siempre de la humildad de Jesucristo nuestro Salvador y de su benditísima Madre la Virgen Maria. Ocupábase muy de buena gana en los oficios mas viles y bajos de casa, y cuando era superior de tal manera gobernaba á sus súbditos, como si fuera el menor de todos. Pedia de buena gana limosna de puerta en puerta, y de mejor gana en los lugares mas poblados y donde tenia mas conocidos, como verdadero amigo de la pobreza, y despreciador de los juicios de los hombres. Sufría con grandísima paciencia y mansedumbre cuando le reprendian y acusaban, sin tener el culpa, como algunas veces le sucedió, sin excusarse, buscando en todo la paz y quietud de su alma, y su mayor humillacion, y edificacion de sus hermanos. Despues que se hizo religioso, nunca quiso entrar en casa de su madre, sino fué para ayudarla á bien morir, y lo mismo hizo con sus hermanos, pareciéndole que habiéndoles dejado una vez por Cristo Señor nuestro, no habia de volver á ellos sino cuando la caridad del mismo Cristo le obligase.

Fué devotísimo, y en su oracion muy regalado del Señor. Una vez estando diciendo misa la noche de Navidad, despues de la consagracion del cuerpo y sangre de Cristo nuestro Redentor, quedó como elevado y absorto un gran rato; y como el ministro, que le servia, algunas veces le hiciese señal para que prosiguiese la misa, y él se estuviese sin moverse, y como muerto, tiróle fuertemente de la casulla, y entonces, como quien se despierta de un dulce sueño, se volvió á él y le dijo: Ya voy adelante con la misa, hermano, ¿pero qué haremos de este Niño tan hermoso? ¿Cómo le dejaremos solo y desnudo, tiritando de frio? Tuvo singular don en el hablar, y en persuadir lo que queria. Habia tenido en el siglo, siendo mozo, un grandísimo y estrechísimo amigo, el cual estaba en Levante al tiempo que el bienaventurado Lorenzo Justiniano se hizo religioso; pero cuando volvió á Venecia, y supo lo que Lorenzo habia hecho, tuvo gran sentimiento, y pensando poderlo sacar de la religion se fué al monasterio, acompañado de músicos de varios instrumentos, y tambien de hombres armados, para con los unos darle música y tentarle para que saliese, y con los otros hacerle fuerza, si no quisiese salir: mas quedó tan desengañado de su falsa esperanza, que pensando sacar á su compañero del monasterio, oyéndole hablar pocas palabras, se quedó en él para vivir y morir en compañía de tan dulce amigo y santísimo varon.

No ménos fué maravillosa la fuerza que el Señor le dió en conservar en la religion á algunos que estaban tentados de dejar su vocacion, que lo fué en traer á este caballero mozo á ella. Habia en su monasterio un religioso muy fatigado del demonio, y tentado para dejar los hábitos y volverse al siglo. Este habia descubierto su tentacion al bienaventurado Lorenzo Justiniano, rogándole que le ayudase con sus oraciones; y el santo padre con sus palabras y santos consejos le habia alentado y esforzado; pero una vez se halló tan acosado y apretado, y casi rendido de la tentacion, que se fué al bienaventurado Lorenzo Justiniano, y le dijo: Padre, si no me ayudais, yo me vuelvo

al siglo; y él le respondió: Hacedme placer, que hoy no vayais, y que guardéis hasta mañana. Gastó el santo la noche en oracion, y á la mañana el fraile tentado se halló tan trocado y fuerte, que no trató mas de salirse del monasterio; porque la oracion de san Lorenzo fué tan eficaz, que enfrenó al demonio para que no le osase acometer mas.

Otra vez, estando asimismo otro fraile en sumo peligro, y casi ahogado y para salirse, pidió al bienaventurado padre que le diese la mano, porque él se iba al fondo; y él tomó de un vaso un ramillo de laurel, que se habia cocido en agua, y dándoselo al fraile, le dijo: Toma este ramillo, y plántale en la huerta; y si vieres que prende y vive, está cierto y seguro de tu perseverancia. Tomóle el fraile: plantóle y revivió; y animado con aquel milagro perseveró en la religion hasta la muerte. Tambien fué esclarecido en el don de profecía. A un senador principal de Venecia, que se llamaba Fantino Dandolo, habiendo tomado la ceniza el primer día de cuaresma, le dijo el bienaventurado Lorenzo Justiniano, que el año siguiente no tomaria de mano alguna las palmas benditas el domingo de Ramos, sino que él las repartiria á los otros, como prelado. Maravillóse el senador; porque era seglar, y ya de cincuenta años, y trataba los negocios de aquella república; pero poco despues fué assumpto el sumo pontífice Eugenio IV, papa, que era veneciano, y la república envió entre otros á Fantino Dandolo para darle la obediencia; y el papa, despues de haberle recibido, le hizo cardenal, y le envió por su legado á Bolonia, donde el domingo de Ramos repartió las palmas y ramos benditos al pueblo, como se lo habia profetizado el bienaventurado Justiniano.

Resplandeciendo pues, en estas y otras excelentes virtudes, y siendo superior de su monasterio, el mismo papa Eugenio IV le nombró por obispo de Venecia. No se puede facilmente creer la congoja que el santo varon tuvo cuando supo la intencion del papa, y las diligencias que hizo por sí y por otros para huir de aquella dignidad, de la cual él se tenia por indigno; pero cuando supo la última resolucion del sumo pontífice, bajó como hijo de obediencia la cabeza, y siendo ya de cincuenta y un años tomó la posesion de su obispado, sin pompa ni acompañamiento, ni aun de sus propios hermanos, y tan sin ruido, que ántes se supo que habia venido el obispo, que se supiese habia de venir. La noche ántes estuvo sin dormir, velando en oracion, y suplicando á nuestro Señor que le tuviese de su mano, con muchas lágrimas; y con la luz y favor del cielo, que allí recibió, fué confortado. Tomó dos frailes de su convento, para tenerlos cabe sí, y otros cinco ministros, y decia que esta era grande familia para él, aunque tenia otra mayor, que le daba mas cuidado, entendiendo la multitud de los pobres, á quienes siempre miró como verdadero padre. Trajo siempre el hábito azul de su religion: nunca usó de coladuras, ni de vasos de plata, ni de cosa que ofiese á mundo: comia manjares groseros y ordinarios; y nunca pedia cosa particular, ni alababa ni decia mal de lo que le daban. Su cama era pobre, y de seis piés, y era un jergon de paja, y una bernia por manta; y no queria que ninguno de sus criados entrase en el aposento donde dormia, para poder mas libremente emplearse en su oracion y lágrimas.

Ordenadas las cosas que tocaban á su persona, casa y familia, luego que se sentó en la silla de obispo, comenzó á serlo no ménos en las obras que lo era en el nombre.

Trabajó mucho en que la iglesia catedral resplandeciese en el culto divino y en la majestad, como á iglesia de tanta dignidad convenia. Reformó los canónigos; instituyó cantores, y añadió otros prebendados para el servicio de aquella iglesia. Hizo estatutos y constituciones maravillosas para enmendar las vidas de aquellos clérigos, que vivian disolutamente. Procuraba que los monasterios de monjas fuesen bien proveidos de lo necesario, para que las religiosas, siendo mujeres y flacas, viviesen con mas recogimiento; y no solamente reformó los que balló cuando comenzó á ser obispo, que fueron veinte, sino tambien edificó de nuevo otros quince. No tenia en casa cosa suya; todo era de los pobres, que eran en gran número, desvelándose el santo prelado en atender bien á sus necesidades ocultas, y remediárlas, especialmente las de los pobres que de ricos habian caido en miserias. A estos acudia con mas larga mano, y de mejor gana daba á los pobres la comida y el vestido, ó la cama, que nó dineros para comprarlo; y aunque examinaba con cuidado la necesidad de cada uno, y tenia personas virtuosas y prudentes diputadas para ello; pero no queria que fuesen muy menudas y curiosas, sino que algunas veces se dejasen engañar, juzgando que es mucho mejor dar alguna vez al que no tiene necesidad, que dejar de dar al que la tiene. Una vez entre otras, muriéndose de frio los pobres, por la aspeza grande del invierno, hizo traer algunas naves cargadas de leña y las repartió á los pobres, que para ellos fué de grande abrigo, y para toda la ciudad de no menor edificacion. Pidióle un deudo suyo que le ayudase para casar honradamente una hija; y respondióle, que poco no lo habia menester, y que mucho no se lo podia dar sin hacer agravio á muchos pobres; especialmente, que los bienes de la Iglesia no se habian de gastar en vestidos ricos, ni en telas, ni bordados, sino en sustentar á los que se mueren de hambre, y en vestir á los que perecen de frio. Como en socorrer á los pobres gastase mucho mas de lo que tenia, y se adentase, preguntado en qué confianza lo hacia, respondió: En la de mi Señor Jesucristo, que fácilmente podrá pagar lo que debo. Y era mucho para alabar á nuestro Señor, ver la liberalidad con que su divina Majestad proveia á su siervo, y como movia los corazones de la gente rica y poderosa para que le diesen largas limosnas de su hacienda, para que él las repartiese á los pobres. Dióle Dios una lumbre sobrenatural para entender las ciencias, y decidir los pleitos y causas eclesiásticas tan acertadamente, que ninguna sentencia que él dió se revocó en Roma: y aunque era de suyo clemente y benigno en las penas, y mas inclinado á piedad; pero siempre la clemencia iba acompañada con la justicia con gran entereza, que ni lágrimas, ni ruegos, ni amenazas jamás fueron parte para que él la torciese, ni hiciese cosa que no debia. ¿Pues qué diré de su paciencia y mansedumbre, y de la igualdad de ánimo con que sufrió las injurias y persecuciones que aun siendo prelado se le hicieron? Pero háblele su divina Majestad hecho merced de vivir dentro de sí, y recoger su corazon siempre que queria, y en cualquiera lugar y tiempo tener los ojos del alma puestos en Dios; y así en ninguna cosa que veia, ó le acacia, se turbaba; porque vivia con el cuerpo en la tierra, y con el corazon en el cielo; y como varon celestial, y vestido de la divina luz, sabia muchas veces las cosas que habian de suceder, y las anunciaba ántes que

viniesen: lo cual se echó de ver en muchas cosas, particularmente en las enfermedades de sus dos hermanos, Marcos y Leonardo, los cuales estando muy agravados y para morir, en diferentes tiempos, rogaron al santo hermano que los fuese á ver y que se diese prisa si los quería ver vivos; y él se detuvo diciendo que aun no era hora, y que él iría á su tiempo; y así fué cuando ellos ménos le esperaban, y murieron en sus manos: porque como arriba se dijo, despues que se hizo religioso, nunca quiso entrar en casa de su madre ni de sus hermanos, sino fué en caso tan apretado y de tan extrema necesidad, como fué ayudarlos á bien morir. Otras veces estando algunas personas desahuciadas de los médicos, dijo que no morirían; y no murieron. Tambien tuvo el don que llaman discrecion de espíritu, y leía en los corazones de los próximos lo que tenían encerrado en sus pechos, sin descubrirselo ellos. Entre otras cosas, que á este propósito se cuentan de este santo varon, es una bien notable la que ahora diré. En un convento de monjas de la ciudad de Venecia habia una de gran perfeccion y santidad, que con ayunos, penitencias, oraciones, y todas las demás virtudes, resplandecía entre las otras. Esta, el día del santísimo Sacramento, deseó mucho comulgar; y no pudo: envió á suplicar al santo obispo, que ya que no merecia aquel día gozar de los abrazos y comunicacion de su dulce esposo, le suplicaba que en su misa se acordase de ella. Prometiéndose el bienaventurado Justiniano, y diciendo la misa del pueblo, habiendo levantado la hostia quedó enajenado y como fuera de sí; y el Espíritu del Señor le llevó á la celda de aquella virgen sagrada, que estaba puesta en una profunda contemplacion, y con encendido deseo de comulgar, y la comulgó, y no por esto el cuerpo se apartó del altar; pero volviendo en sí acabó su misa, y procuró el santo varon que mientras que él viviese, no se supiese lo que le habia acontecido. Crecia cada día mas la fama de su santidad; y el papa Eugenio IV, movido de ella y deseoso de tener cabe sí un varon tan eminente y tan grande amigo de Dios, procuró algunas veces que viniese á Roma: pero el santo como amigo de su paz y quietud, y enemigo de bullicio y tráfago de córte, suplicó á su santidad que le dejase, proponiéndole su edad y su poca salud. Pero aunque esto alcanzó de Eugenio IV, no pudo alcanzar de Nicolao V, que le sucedió en el pontificado, que no le hiciese patriarca de Venecia; y fué el primero de aquella república. Y aunque al principio los que la gobernaban no venian bien en ello, teniendo que seria ocasion de algunas discordias entre la señoría y la Iglesia; mas despues le abrazaron y reconocieron que habia sido negocio de la mano de Dios; porque además de ser el bienaventurado Justiniano varon tan ilustre en su república, y por sus virtudes tan admirable en el mundo, procedió en su nueva dignidad con tan raro ejemplo de santidad, humildad y prudencia, que rindió á todos los que habian tenido contrario parecer, y en todas las partes de la cristiandad se extendió tanto la opinion y fama del nuevo patriarca, que muchos de provincias remotas venian á Venecia solo por verle, y tomar su bendicion; y el aleman, español y francés, y los de otras naciones, llegados á la ciudad de Venecia donde hay tantas cosas que ver, la primera que buscaban era el santo patriarca Justiniano; porque todos le tenían por oráculo de sabiduría, y por espejo de toda santidad, y por hombre que con sus lágrimas y oraciones sustentaba aquella re-

pública: la cual en su tiempo estuvo muy afligida y apretada con guerras y trabajos, de manera que un santo ermitaño que habia vivido muchos años en gran aspereza y penitencia, cerca de la isla de Corfú, dijo á un gentilhomme veneciano, que Dios estaba muy enojado con su ciudad; pero que por los merecimientos y oraciones de su patriarca no los habia asolado.

Siendo pues de setenta y cuatro años, cargado de dias, de trabajos y de merecimientos, le vino un encendido deseo de morir, si así fuese la voluntad del Señor, el cual le envió una enfermedad peligrosa; y para curarle, nunca pudieron acabar con él que se echase en cama blanda y regalada, sino en la suya pobre y dura; y viendo él que le curaban con mucho cuidado, y sin perdonar gasto, se quejó y dijo: ¿Para qué tanto cuidado de este saco vil y cuerpo mortal? ¿Cuánto se gasta sin provecho para dar salud á quien tan poco la merece, estando tantos pobres pereciendo de hambre y de frio? Entendió el santo prelado que se llegaba el día descado de su partida de esta vida: y aunque como hombre verdaderamente humilde, y que se conocía por pecador, algunas veces mostró temerle, y que no se tenia por seguro; otras, no pudo reprimir el grande gozo y júbilo de su corazon, enseñándonos á temer con confianza y á confiar con temor. Hizo que le llevasen en brazos á la iglesia, para recibir en ella los santos sacramentos de la penitencia y comunión, y armado con la gracia y virtud de ellos, pelear mas animosamente con la muerte y con el infernal dragon: y despues que los hubo recibido, y el sacro óleo, hizo un suavísimo razonamiento con Dios nuestro Señor, suplicándole que le recibiese como oveja descarriada que volvía á su pastor, y que aunque era indigno de parecer delante de su acatamiento, y comer á su mesa con los ciudadanos del cielo, que se dignase de darle las migajas que caen de tal mesa, como á un perrillo. Despues exhortó á los circunstantes á la virtud y á conocer que toda carne es un poco de heno, y toda su gloria como una flor de heno. Encomendó á los gobernadores de la república la misericordia para con los pobres, y la justicia; y á los sacerdotes la honra de Dios, el culto de su iglesia y la caridad entre sí, y que tuviesen cuidado de encomendarle á Dios; y á cada uno de los otros acordaba lo que era propio de su estado y oficio, y á todos que atendiesen á guardar su santa ley; y echando su bendicion á todos sus hijos presentes y ausentes, y mandando que le enterrasen sin pompa en el monasterio de San Jorge de Alga entre sus frailes, dió su bendito espíritu al Señor que para tanta gloria suya le habia criado.

Cuando se supo en la ciudad la muerte de tan santo pastor y prelado, no se puede fácilmente creer el sentimiento que hubo en ella de tan gran pérdida, y la gente que acudió, del mayor hasta el menor, por verle, reverenciarle y asistir á su entierro. Vinieron á él las cofradías, nó vestidas de luto, sino de fiesta y regocijo, como se suele en las procesiones. Detuviéronle sin enterrarle algunos dias, por satisfacer á la muchedumbre del pueblo que deseaba ver y tocar aquel sagrado cuerpo; y estuvo sin ningun mal olor y corrupcion, ántes tratable y fresco, y con una fragancia del cielo. Habiendo nacido pleito entre la iglesia patriarcal de Venecia y el monasterio de los canónigos reglares de San Jorge, sobre quién se le habia de llevar á su iglesia, porque los unos decian que tocaba á ellos por haber sido su prelado, y los otros que se debia sepultar en

el convento, por haberlo él mismo así mandado en su testamento: creció tanto la devoción y con ella la porfía de una parte y de otra, que le detuvieron sesenta y siete días, desde los 8 de enero en que murió, hasta los 17 de marzo, en que finalmente le sepultaron en su iglesia patriarcal, estando su cuerpo siempre entero y sin corrupción ni mal olor.

Hizo Dios nuestro Señor muchos milagros por este santo patriarca en vida y en muerte. Estando para morir, llegándose á él un caballero noble y virtuoso, á quien el santo patriarca amaba tiernamente como á un hijo, y viéndole llorar amargamente, le dijo: No llores, hijo, porque me aparto; que presto me seguirás, y el Señor quiere que esta Pascua que viene nos tornemos á ver. Dióle á este caballero en el principio de la cuaresma una grave enfermedad, y á la Pascua se acabó; para que se verificase lo que el santo patriarca le había dicho. Al mismo tiempo de otro también hijo suyo en Cristo muy querido, que estaba muy al cabo, dijo que sanaría; y así se cumplió. Algunos religiosos de la Cartuja, que habían venido á su entierro, oyeron en él música del cielo, y gran consonancia de voces y armonía. Libró á una mujer muy atormentada del demonio, y poniéndole la mano sobre la cabeza, dijo al demonio: Di, maldito, ¿porqué veniste á afligir á esta pobrecita mujer? ¿Dónde está tu soberbia, por la cual caíste del cielo? ¿No te corres de pelear con una mujercilla? Dejala, que lo manda nuestro Señor Jesucristo: y con esto quedó libre y sana. Y como estos, se cuentan otros milagros, que el autor de su vida dice que fueron innumerables después de muerto. Escribió algunas obras maravillosas de este bienaventurado patriarca, llenas de doctrina y de un suavísimo espíritu del Señor; y bien se echa de ver que la profunda ciencia, de que están llenas, no es aprendida en las escuelas, sino derivada de aquella soberana fuente de luz, y sabiduría eterna, que se comunica á los humildes, y se esconde á los soberbios y á los que hinchados con la vanidad de sus letras presumen de sí. Y con haberse ocupado tanto este santo varón en leer y en escribir, fué tan pobre de espíritu que nunca quiso poseer ni tener libro propio. Bernardo Justiniano, su sobrino, que le trató mucho, y le asistió en su muerte, y como dijimos, escribe su vida añadiendo en ella algunas sentencias notables que el santo solía decir, de las cuales referiré yo aquí algunas. Decía: que el religioso y siervo de Dios no solamente se ha de guardar de los pecados graves (porque esto también lo ha de hacer el seglar), sino asimismo de los pequeños, porque no se entibie la caridad. Decía: que la humildad es semejante á un arroyo que en el verano lleva poca agua, y en invierno crece mucho; y que así la humildad en la prosperidad suele ser pequeña, y crecer en la adversidad: que ninguno sabe bien lo que es la humildad, sino el que por gracia de Dios es humilde; y que en ninguna cosa se engañan mas los hombres, que en no conocer la verdadera humildad: que se debe mirar mucho la vocación y propósito de los que vienen á la religión, porque el que no es para ella, no estrague con su ejemplo al que lo es; y que muchas veces por acrecentar el número de los que se reciben, se pierde el rigor de la disciplina religiosa; porque la perfección es de pocos. Una vez, habiendo venido un caballero mozo á su religión para tomar el hábito, entendiendo el santo padre que venia movido y persuadido de

otros religiosos, le envió á su padre que le hacía mucha instancia por él, diciéndole que tomase á su hijo; porque el propósito de la religión ha de venir del Espíritu santo, y nó de persuasión humana. Celebraba misa cada día, cuando no estaba malo; y decía que el que puede gozar de su Señor y no goza de él, da á entender que se le da poco de él. Decía: que el que piensa guardar la castidad, y juntamente se entretiene con regalos y blanduras de la carne, es semejante al que quiere apagar un gran fuego, y le va cebando con leña: que ninguno sabe cuán gran don es el de la pobreza voluntaria, sino el que cerrado en su celda se entrega á la oración y contemplación del Señor: que Dios ha encubierto á los hombres la gracia de la religión; porque si fuese conocida, no habria ninguno que no quisiese ser religioso: que la verdadera ciencia tiene dos partes; la una conocer que Dios es todas las cosas; y la segunda, que el hombre es nada; que el oficio de obispo es tanto mas dificultoso que el de capitán general, cuanto es mas dificultoso gobernar lo que no se ve, que lo que se ve. Estos son algunos de los dichos de este santo patriarca.

Fué alto y derecho de cuerpo, y delgado, el color blanco, el rostro hermoso y venerable, y de tan grave y suave aspecto que con su vista mostraba su gran santidad, y convidaba á todos á amarle y tenerle respeto. Su vida trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su primer tomo de las vidas de los santos.

* **SANTOS LUCIANO, MAXIMIANO Y JULIAN.**—Estos dos últimos fueron convertidos y bautizados por el primero, y perseverando firmes en las creencias religiosas derramaron por Cristo su sangre en tiempo del papa Juan Clemente. Luciano era presbítero y discípulo del apóstol san Pedro á quien acompañó á Roma desde Antioquia; pasó á las Galias á predicar el Evangelio como obispo de Beovaes, por mandato del mismo pontífice Juan Clemente. Asociado en el ministerio apostólico con san Dionisio, ambos sufrieron por la fé los tormentos, siendo Luciano degollado segun se cree del año 85 al 90.

SAN EUGENIANO, OBISPO DE ANGSTODENO EN LAS CALIAS.—Murió mártir por la fé de Jesucristo, durante los primeros siglos de la Iglesia.

LOS SANTOS TEÓFILO Y ELADIO.—Eran naturales de la Libia, y habiendo abrazado la religión cristiana, fueron presos y llevados al procónsul, quien los entregó á los verdugos. Primeramente fueron escarnificados, después heridos con agudísimos punzones por todo el cuerpo, y últimamente, habiéndoles echado en una hoguera, entregaron sus almas al Criador, durante la persecución de Diocleciano.

SAN APOLINAR, OBISPO DE APELO, CIUDAD DEL ASIA.—Floreó en ciencia y piedad, en tiempo del emperador Marco Antonio Vero.

SAN SEVERINO, OBISPO DE NÁPOLES.—Hermano de san Victorino, obispo de Poitiers, vivió y derramó su sangre por el nombre cristiano durante la persecución de Diocleciano.

SAN MAXIMO.—Fué obispo de Pavia después de san Crispin, y descansó tranquilamente en el Señor por los años 271. Estuvo dotado del don de milagros, trabajó con celo por los intereses de la religión, y dejó escrita una obra para alentar á los cristianos al martirio.

SAN PACIENTE, OBISPO DE METZ.—Fué discípulo de san Juan Evangelista, quien le dió un diente suyo en prueba de

amistad, el cual se conserva aun en la catedral de Metz. Fué Paciente uno de los primeros sabios de su tiempo, y estuvo dotado principalmente de una elocuencia irresistible. Todas sus grandes dotes las empleó en ganar almas para Jesucristo; y despues de una vida larga y laboriosa, murió santamente á principios del siglo II.

SAN SEVERINO.—Aunque oriundo de África, fué abad en Baviera, en cuyo pais plantó el Evangelio, mereciendo que le llamasen el apóstol de los bávaros. Estableció en Europa el órden de san Agustín: estuvo adornado con los dones de profecía y de milagros, y despues de una vida resplandeciente en todas las virtudes, murió santamente el año 481. Su cuerpo fué trasladado de Austria á Bracciano, junto á Nápoles, y despues al monasterio de San Severino.

DIA 9.

SAN JULIAN, SANTA BASILISA, SAN ANTONIO, SAN ATANASIO, SAN CELSO Y SANTA MARCONILA, MÁRTIRES.—San Julian, inclito mártir del Señor, nació en Antioquia, metrópoli de Siria y fué hijo único de sus padres, que fueron ilustres, ricos y cristianos temerosos de Dios. Criáronle en loables costumbres, y procuraron que fuese enseñado de todas buenas letras, las cuales él aprendió fácilmente por su grande habilidad é ingenio, y por la inclinacion que tenía á las ciencias. Habia en aquel tiempo muchos cristianos y santos en Antioquia, á los cuales visitaba el virtuoso mozo con grande devocion y ternura, con deseo de imitarlos y enriquecer su alma con el tesoro de todas las virtudes. Siendo ya de edad de diez y ocho años, sus padres le persuadian que se casase, trayéndole muchas razones para ello, fundadas en el temor de Dios y en el peligro que como mozo podia tener de caer, y en la sucesion y establecimiento de su casa. Los intentos de Julian eran muy diferentes; porque habia hecho voto de castidad y deseaba guardarla perfectamente: mas viendo la bateria que le daban sus padres, y encubriendo su deseo, les pidió siete dias de término para pensar en aquel negocio y encomendarle á Dios. Pasó este tiempo Julian en oracion, suplicando de dia y de noche á nuestro Señor, que le guiase de manera, que sin hacer contra la voluntad de sus padres, él guardase su virginidad y pureza, como se lo habia prometido. La noche del postrer dia de los siete, estando cansado el santo mozo de orar y de ayunar, se adormeció, y en sueños le apareció el Señor y le consoló y le mandó que obedeciese á sus padres y se casase, asegurándole que no por esto perderia la castidad, ántes por su ejemplo la mujer, que él le tenia aparejada, la guardaria y permaneceria virgen, y seria ocasion de que otros le imitasen y fuesen ciudadanos del cielo. Dijo le el Señor, y tocándole con la mano, añadió: «Pelea varonilmente, Julian, y esfuércese tu corazón.» Con esta vision quedó Julian consolado y animado, é hizo gracias á Dios por aquella tan señalada merced; y respondió á sus padres, que él haria lo que le mandasen: de lo cual ellos recibieron increíble alegría. Luego buscaron mujer que fuese igual á su hijo, y por ordenacion divina hallaron una doncella honesta, rica, hermosa, de grande linaje y única de sus padres, llamada Basilisa. Concertáronse los desposorios y vino el dia de la boda: concurrió mucha gente de aquella comarca y la nobleza

de aquella ciudad: hubo fiestas y regocijos, como es costumbre, segun la calidad de los novios, que eran tan principales. Julian, aunque exteriormente se mostraba alegre y risueño, interiormente estaba muy sobre sí; y con singular afecto y amor de la castidad, encomendaba al Señor que le guardase. Venida la noche y estando los desposados juntos en su tálamo, á deshora y fuera de tiempo, se sintió en el aposento un olor suavísimo de rosas y azucenas. Quedó maravillada Basilisa y preguntó á su esposo, qué olor era aquel que sentia, y de dónde venia; porque no era tiempo de flores y aquella mas parecia fragancia del cielo que de la tierra, y de tal manera le robaba el corazon, que le hacia olvidar que era su esposa y de los deleites conyugales. Respondió Julian: el olor suavísimo que sientes no es, ó Basilisa esposa mia, ocasionado del tiempo, sino de Cristo amador de la castidad; y á los que la guardan, los ama y regala mucho y les da la vida eterna; la cual yo de su parte te prometo, si consintieres conmigo, para que los dos, ofreciéndole nuestra virginidad, vivamos castos como hermano y hermana, y cumplamos sus mandamientos y seamos vasos dignos de su divina gracia. Oyendo estas razones Basilisa de su esposo Julian, le respondió que ella tenia muy bien entendido ser verdad lo que le decia, y que ninguna cosa le podria ser mas agradable que guardar la castidad con él, y sirviendo á Dios, alcanzar la corona que él tenia prometida á las vírgenes. Levantóse luego Julian de su cama, y postrado en el suelo hizo gracias á nuestro Señor por aquella merced que les habia hecho, suplicándole afectuosamente que le confirmase en sus buenos propósitos y deseos: lo mismo hizo Basilisa, poniéndose de rodillas junto á su esposo; y estando ambos en esto, comenzó á temblar el aposento, y resplandeció de repente una luz tan celestial y excesiva, que oscureció todas las lumbres que habia en él. Aparecieron allí en el aposento dos coros: el uno de gran multitud de santos, en que Cristo nuestro Redentor presidia; y el otro de innumerables vírgenes, que tenian en medio á la Virgen de las vírgenes y Madre de Dios nuestra Señora. El coro de los santos comenzó á cantar dulcemente: «Vencido has, Julian: vencido has;» el de las vírgenes continuaba la música con suavísima armonia, diciendo: «Bendita eres, Basilisa, que seguiste los santos consejos; y menospreciando los engañosos deleites del mundo, te hiciste digna de la eterna vida.» Vinieron luego por mandato del Salvador dos varones vestidos de blanco, ceñidos sus pechos con cintas de oro, que traian dos coronas en sus manos; y llegándose á Julian y Basilisa, les dijeron: «Levantaos como vencedores, y sereis escritos en nuestro número;» y tomando las manos á los dos santos, se las juntaron. Despues de esto vieron un libro resplandeciente mas que la plata acendrada, escrito con letras de oro, y fué mandado á Julian que leyese en él, y él leyó esta sentencia: «Cualquiera que descando servir á Dios menospreciare los vanos gustos del mundo como tú, Julian, has hecho, será escrito en el número de aquellos que no se amancillarou con mujeres: y Basilisa, por el ánimo que tiene de permanecer virgen, será puesta en el coro de las vírgenes, cuyo primer lugar tiene Maria Madre de Jesucristo.» Cerróse luego el libro y toda aquella multitud de santos dijo: «Amen;» y el anciano que le tenia: «En este libro, dijo, que veis, están escritos los hombres castos, templados;

verdaderos, misericordiosos, humildes y mansos: los que tuvieron caridad no fingida y paciencia en sus trabajos: los que dejaron por Cristo el padre y la madre, los hijos, hacienda y riquezas y los que dieron por Cristo sus vidas, como tú Julian, la darás.» Con esto desapareció aquella vision, y Julian y Basilisa quedaron regados del Señor, gastando toda aquella noche en oracion y en himnos y cánticos en su alabanza, haciéndole infinitas gracias por aquella incomparable merced que les había hecho. Amaneció el día siguiente, y los santos disimulando lo que habían visto y encubriendo la determinacion que tenían, cumplieron exteriormente con la fiesta del matrimonio, y con la mucha gente que á darles el parabien concurrían. Poco despues llevó nuestro Señor para sí á los padres de Julian y de Basilisa, con muerte natural, dejándolos á ellos herederos de sus haciendas, que eran riquísimas. Ellos comenzaron luego á gastarlas con larga mano en socorrer las necesidades de los pobres: y no contentándose con remediar las de los cuerpos, para ganar las almas y traerlas mas á Dios, se apartaron y se fuéron á vivir en dos casas distantes: á la de Julian acudían varones de todas condiciones y estados, y él las instruía con su ejemplo y dulces palabras, y les enseñaba que se abrazasen con Cristo y diesen libelo de repudio á todas las cosas del siglo; y muchos lo hacían y seguían los consejos evangélicos: y para poderlo mejor hacer fundaban monasterios y se encerraban en ellos, los cuales gobernaba san Julian: lo mismo hizo por su parte Basilisa, por cuya santa vida y celestiales amonestaciones muchas doncellas y mujeres hicieron divorcio con los deleites de la carne; y dejando sus padres, parientes, casas y haciendas, vivían en la vida religiosa, debajo de su obediencia y santa disciplina. La fama de Julian y Basilisa volaba por muchas partes, con gran gloria de Cristo y edificación de los fieles.

En este tiempo la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano estaba en su colmo, y la santa Iglesia en muy grande trabajo y peligro; y los santos Julian y Basilisa con gran cuidado y solicitud procuraban con ayunos y oraciones aplacar al Señor, y suplicábale que mirase con ojos blandos y amorosos á todos los fieles, y no permitiese que ninguno de los hombres, ni de las mujeres que estaban á su cargo y se empleaban en su servicio, faltase; sino que á todos les diese el don de la perseverancia, para derramar la sangre por él. Tuvo una revelacion santa Basilisa, en que Dios le declaró lo que de ella y de Julian, con todos los que estaban á su cargo en Antioquia, había de ser, asegurándola, que la castidad siempre vence y nunca es vencida: y que habiendo primero recogido para sí todas las mujeres que tenia consigo, ella seguiría, acabando naturalmente el curso de su vida, y que Julian pelearia y padeceria grandes fatigas por su amor: mas que venceria y triunfaria gloriosamente. Dió parte de toda su revelacion Basilisa á Julian, y como había visto á Jesucristo nuestro Señor resplandeciente mas que el sol cuando sale por la mañana. Despues juntó á sus monjas, é hizoles una plática exhortándolas á purificar sus almas, y á aparejarse para gozar en el cielo de los castísimos abrazos de su dulce esposo, y particularmente á no tener entre sí ira, ni enojo: porque la virginidad de la carne vale poco, cuando no hay paz y sosiego de corazón. Mientras la santa hablaba con sus hijas, el lugar donde esta-

ba tembló, y se vió en él una columna de fuego, en la cual estaban escritas con letras de oro estas palabras: «Todas las vírgenes, de las cuales tú eres capitana y maestra, me son gratísimas, y no hay cosa en ellas que me ofenda. Por tanto venid, vírgenes; y gozad del lugar que os tengo aparejado.» Oyendo esto todas aquellas santas doncellas, se recrearon sumamente en el Señor, y le alabaron por aquel favor que les hacia, y se aparejaron para morir, ó por mejor decir, para por medio de la muerte ir á gozar de la eterna vida. Todas murieron en espacio de seis meses, como Dios se lo había revelado á Basilisa; y ella despues, estando en oracion, siguió á sus hijas, y dió su espíritu á su esposo, y fué á gozar con ellas de su bienaventurada vista. Su cuerpo hizo enterrar Julian con gran ternura y devocion, y mucha honra, orando y velando algunos dias y noches sobre su sepultura. De esta manera libró Dios nuestro Señor á santa Basilisa, y á todas las otras doncellas de su santa compañía, de la furiosa tempestad que poco despues se levantó en Antioquia contra los cristianos, en la cual san Julian y los otros santos varones, que con él estaban, habían de padecer muchos y grandes tormentos por Jesucristo, y alcanzar gloriosas victorias como valerosos guerreros: lo cual sucedió de esta manera.

Vino á Antioquia por presidente y lugarteniente del emperador, Marciano, hombre cruel y fiero, celoso del culto de sus dioses, y tan encarnizado en la sangre de cristianos, como su amo. Mandó que ninguno pudiese comprar ni vender cosa alguna, si primero no adoraba á un idolo que tenia puesto en cada lugar de su gobierno; y los moradores de Antioquia eran forzados á tener cada uno en su casa un idolo. Supo el presidente que estaba allí san Julian, y la calidad y nobleza de su persona, la mucha gente que le seguía y la gran parte que tenia en aquella ciudad. Envió á su asesor para que le hablase blandamente, y le mostrase los mandatos del emperador, y le exhortase á obedecerlos. Fué el asesor, y hallóle con muchos sacerdotes, diáconos y ministros de la Iglesia, los cuales estaban algo temerosos, aguardando en qué había de parar aquel nublado tan terrible y tenebroso que amenazaba. Habló el santo, y animólos á morir por Cristo: y habiendo hecho oracion y la señal de la cruz en la frente, salió al juez que le buscaba; y despues de una larga plática que tuvo con él, se resolvió á que él y todos los que estaban con él no obedecerian al emperador ni adorarían á sus falsos dioses, sino á Jesucristo su único Salvador y Señor. Fué tanto lo que Marciano sintió esta respuesta, que loco, y ciego de rabia y furor, mandó poner fuego en aquella casa, y quemar toda aquella santa é ilustre compañía de san Julian, y á él solo prender y echar á la cárcel. Todos fueron quemados, é hicieron un suavisimo sacrificio y holocausto de sí, ofreciendo al Señor los cuerpos que de él habían recibido: y para que se viese cuán acepto le había sido este sacrificio, mucho tiempo duró una gran maravilla, que los que por allí pasaban á las horas del día, que en la Iglesia se suelen cantar los oficios divinos, oían una música celestial, y los que estaban enfermos, oyéndola quedaban sanos. Mandó el presidente traer á Julian á su presencia; y toda la ciudad por el mucho amor que le tenía concurrió á verle pelear con el demonio, que así llamaban al presidente: el cual, habiendo tentado con todas las artes que pudo el

pecho de san Julian, y dándole muchos asaltos con maña y con fuerza, con halagos y amenazas para rendirle á su voluntad, y hallándole siempre constante y fuerte, le mandó atormentar cruelmente con azotes y palos fúdosos. Mientras que le atormentaban, uno de los ministros del presidente perdió un ojo, en que se descargó un golpe de los que daban al santo: lo cual permitió el Señor para ilustrar mas su gloria, con lo que por esta ocasion despues sucedió; porque san Julian dijo á Marciano que mandase juntar todos los sacerdotes para que hiciesen sus plegarias y sacrificios á sus dioses, y los suplicasen que restituyesen el ojo á aquel hombre que le habia perdido; y que si ellos no pudiesen, y él no solamente le diese vida corporal, sino tambien alumbrase su alma, que entónces conociese y confesase el presidente la diferencia que hay entre las piedras que él adoraba, y tenia por dioses, y el Dios vivo y verdadero, y Señor de todo lo criado, que adoraban los cristianos. Hizose así: vinieron los sacerdotes de los idolos, é hicieron todas las diligencias con sus dioses: pero ¿qué ayuda le podian dar para que viese aquel hombre las piedras que no le veian ni sentian? Oyéronse lamentables voces de los demonios, que en los idolos clamaban: Dejados; porque estamos condenados á perpetuo fuego, y desde el punto que ha sido preso Julian, se han multiplicado nuestras penas: ¿cómo quereis que demos nosotros luz estando en tinieblas? Demás de esto, por la oracion de san Julian, mas de cincuenta estatuas de los falsos dioses, de oro y plata y de otros metales preciosos, que estaban en el templo, cayeron de repente y se desmenuzaron, y se hicieron polvo: y san Julian, haciendo la señal de la cruz é invocando el nombre del Señor, restituyó el ojo á aquel hombre tan perfectamente, como si nunca le hubiera perdido; y lo que es mas, esclarecidos los ojos de su alma con la lumbrera del cielo, comenzó á clamar y á decir á voces que Cristo era Dios, y solo digno de ser adorado y reverenciado: de lo cual Marciano recibió tan grande enojo, que alli luego le mandó matar, y voló al cielo bautizado en su sangre. Estaba el cruel tirano fuera de sí, y lo que Dios obraba por Julian atribuíalo á arte mágica, y por esto le mandó llevar por todas las calles de la ciudad cargado de prisiones y cadenas, y que en varias partes le fuesen atormentando, con un pregón que decía: «De esta manera han de ser tratados los rebeldes á los dioses, y menospreciadores de los príncipes.» Tenia Marciano un solo hijo llamado Celso, heredero de su casa, el cual era muchacho, y estaba en el estudio por donde habia de pasar san Julian al tiempo que le llevaban á la vergüenza: al tiempo pues que pasaba, salió el muchacho con los otros sus compañeros á ver al mártir: viole, y con el gran muchedumbre de ángeles vestidos de blanco y de inmensa claridad que hablaban con él, y algunos le ponian una corona de oro y de piedras de inestimable valor sobre la cabeza, tan resplandeciente, que oscurecia la luz del dia. Con esta vision (¡ó potencia del Crucificado!) el muchacho se trocó de tal manera, que arrojando los libros y desnudándose sus vestidos, sin poder ser detenido de sus maestros ni de sus compañeros, se fué corriendo tras el santo mártir, y hallando que le estaban atormentando, se echó á sus piés besándolos, y protestando que queria ser su compañero en los tormentos, para serlo en la gloria; porque hasta alli, engañado de sus padres y de los demonios, como ciego les habia adorado, y blasfemado á Jesu-

cristo, que era Dios verdadero, y su vida y salud, y de todos los que creen en él: ¡Qué mudanza es esta! ¡Qué nueva luz del cielo! ¿Quién enseñó á este muchacho? ¡Qué admiracion hubo en toda la ciudad! ¡Qué espanto en aquellos sayones! ¡Cómo se heló Marciano! cuando oyó decir lo que pasaba. Y ¡qué alegría y júbilo sintió san Julian viendo que los tiernos años triunfaban de los falsos dioses, y que el hijo vengaba á Cristo de las injurias que le hacia su padre! Quisieron apartar al muchacho Celso de san Julian; mas él estaba tan abrazado con el santo, que no pudieron: porque por voluntad de Dios, á los que querian echarle mano luego se les entorpecian los brazos, y las mismas manos se secaban, y así fué necesario llevar á los dos juntos delante de Marciano, el cual, rasgadas sus vestiduras y herido su rostro, despues de haber reprendido á san Julian por haber enloquecido con sus hechizos á Celso, y apartado al hijo de su padre, y quitado á los dioses al que con tanta piedad los adoraba, procuró reducir á su hijo á su voluntad: y lo mismo hizo Marcionila, que acompañada de muchas criadas y matronas vino á este espectáculo, haciéndose carne y dándose muchos golpes, y mostrando al hijo, para enternecerle, los pechos que habia mamado: mas el hijo Celso respondió, nó como niño, sino como varon sapientísimo, como mozo en los años y viejo en seso, y sobre todo como el que estaba ya vestido y adornado de la luz del cielo y de la virtud de Dios. «La rosa, dice, por nacer de las espinas, no pierde su olor suavísimo: ni las espinas por haber producido la rosa, dejan de punzar y lastimar. Haz, ó padre mio, tu oficio de lastimar como espina; que yo, como rosa procuraré dar buen olor de mí á los fieles. Los que temen perder la vida temporal te obedezcan; que yo, porque pretendo ganar la eterna, no te obedeceré. Por amor del Padre eterno, que es mi verdadero padre, no te conozco por padre. O Marciano, tú por amor de tus dioses puedes negarme por hijo, y atormentarme como enemigo. No te hago agravio: antepongo á tu amor la eterna bienaventuranza; y por ser cruel contra mí, no soy piadoso para contigo.» Salió de sí el desventurado padre; y mandó echar á san Julian y á su mismo hijo en un profundo calabozo, sucio, hediondo y tenebroso, lleno de muchos gusanos, y de un mal olor incomparable: mas el Señor le ilustró con inmensa luz, y convirtió el mal olor en una fragancia suavísima; lo cual fué ocasion para que veinte soldados que tenian de guarda se convirtiesen; y por voluntad del Señor vinieron á la cárcel, guiados de un ángel, siete caballeros cristianos hermanos, y con ellos un sacerdote, llamado Antonio: el cual bautizó á Celso el hijo de Marciano, y á los veinte soldados que siendo guardas se habian convertido. De todo fué avisado el presidente, y él dió noticia de ello á los emperadores, los cuales le mandaron que á san Julian y á todos los que en su compañía seguian la fé de Cristo los atormentase y matase, haciéndolos quemar en unas cubas empegadas, llenas de aceite, pez y resina, y otras cosas que son materia en que se ceba el fuego. Con esta respuesta de los emperadores mandó Marciano poner su tribunal en la plaza, y traer delante de sí á san Julian y á todos los otros sus santos compañeros: y estando dando y tomando en aquel negocio, sucedió que pasando por alli con un hombre muerto, que le llevaban á enterrar ciertos gentiles, el presidente los mandó parar, y para hacer burla de san Julian le rogó que le resucitase. San Julian lo hizo con

gran facilidad, no mirando á la intencion de Marciano, ni á lo que su incredulidad merecia, sino esperando que con aquel milagro la gloria de Cristo creceria, los gentiles quedarían confusos, y mas animados los cristianos. Quedó asombrado el presidente, cuando vió delante de sus ojos vivo al que era muerto, y mucho mas cuando le oyó hablar y decir á grandes voces, que los dioses que adoraban eran demonios, y Jesucristo solo Dios verdadero; y que llevándole ciertos negros y monstruos horribles al fuego eterno por haber sido gentil, Dios le habia mandado volver al cuerpo para que hiciese penitencia, por la oracion de san Julian, y para que despues de muerto confesase por Dios al que en vida habia negado. No bastó este otro testimonio del cielo tan grande y tan fuerte para ablandar el corazon de Marciano, mas duro que las piedras; ántes mandó prender al muerto resucitado, para que tornase á morir por Cristo con los santos mártires, que allí estaban: y porque no le sufría el corazon ver morir á su propio hijo, cometió la causa á su teniente, y él muy triste y lloroso se retiró á su casa. Dióse la sentencia cruel, y aparejándose treinta y una cubas llenas de resina y pez, desnudaron á los mártires, y echáronlos en ellas, y pegáronlos fuego delante de toda la ciudad de Antioquia, que habia concurrido á este espectáculo. Los ministros del tirano atizaban y encendian el fuego: el pueblo daba gritos y alaridos, y derramaba muchas lágrimas, viendo morir con un género de muerte tan penosa á san Julian, y al niño Celso, y á tantos inocentes. Los santos mártires, teniendo los ojos puestos en el cielo, con un humilde, manso y alegre corazon hacian gracias al Señor por aquella señalada merced que les hacia, y se le ofrecian, como holocausto, en olor de suavidad. Todos los ángeles estaban á la mira, maravillados de tan gran fortaleza y constancia; y el Señor de los ángeles, que se le estaba dando para ser mas glorificado en ellos, hizo que se apagase el fuego, y que de él saliesen los santos mas resplandecientes y puros que sale el oro del crisol, sin lesion alguna, y que en medio de las llamas oyesen voces de ángeles que les daban música. Quedó como muerto Marciano cuando oyó lo que Dios habia obrado con sus santos; aunque, creyendo siempre que eran artes de nigromancia y no virtud de Dios, no se enmendó, ántes preguntó á san Julian, ¿dónde, y cómo habia aprendido tanto de arte mágica, que tales cosas hacia? y pidióle por el Dios que adoraba que le dijese la verdad: y el santo le respondió que Dios era el autor de semejantes maravillas, y que el modo para hacerse, era trabajar en echar de sí como inútiles los cuidados de este siglo, y servir á Cristo, y no anteponer á su amor, padre, ni madre, mujer, ni hijos, ni otra cosa temporal y caduca de esta vida: porque el que tuviere, dice, cuidado de remediar las necesidades de los pobres: el que no se dejare sujetar de sus apetitos: el que venciere la impaciencia con la paciencia y las injurias con buenas obras: el que procurare mas ser santo que parecerlo: el que de veras fuere humilde, y menospreciador del mundo, y se abrazare con Cristo, y siguiere sus pisadas; ese será verdadero discípulo de Cristo, y hará las maravillas que nosotros los cristianos hacemos.

Todo lo que el santo decia al prefecto, era en vano; porque su corazon estaba empedernido y obstinado. Mandó encerrar de nuevo á los santos, y entre ellos á su hijo, y que su mujer Marcionila entrase á verle y estuviese tres

días con él; porque así se lo habia pedido su hijo, y la misma madre lo deseaba, pensando con blanduras y dulzuras de madre atraerle, para que obedeciese á su padre y no se perdiese. Entró la madre en la cárcel: pusieronse los santos en oracion, suplicando á nuestro Señor que la alumbrase: tembló la cárcel: vióse en ella un inmenso resplandor y oyéronse voces del cielo; y por las cosas que allí vió y oyó Marcionila, se convirtió al Señor y confesó la fe de Jesucristo, y fué bautizada del santo sacerdote Antonio, que allí estaba entre los otros mártires, y su mismo hijo Celso fué su padrino en el bautismo: lo cual todo fué de increíble alegría para los santos, y nueva cruz y tormento para Marciano: el cual ciego y loco, por la rabia y furor, mandó degollar á los veinte soldados que habian creído en Cristo, y quemar á los siete caballeros hermanos que de su voluntad habian venido á la cárcel con el sacerdote Antonio, y guardar al mismo san Antonio, y á san Julian, y al muerto resucitado, y á su propia mujer é hijo, para mirar mas de espacio lo que habia de hacer con ellos; porque todavia le tiraba el amor de la mujer y de su único hijo. Los soldados fueron degollados, y los siete hermanos quemados como lo mandó el presidente.

Habia en Antioquia un templo dedicado á los dioses sumtuosísimo; porque el pavimento y las paredes no eran de mármol ni de otras piedras ricas, sino cubiertas de tablas de oro purísimo, y las bóvedas adornadas de piedras preciosas. Abríase pocas veces este templo, por mayor reverencia. Ordenó Marciano á los sacerdotes, que aparejasen grandes ofrendas y sacrificios para ofrecer en aquel templo á los dioses inmortales; y con palabras blandas, viendo que las duras no aprovechaban, rogó á san Julian que se reconociese, y en aquel templo tan ilustre y magnífico hiciese reverencia á los dioses, gobernadores del mundo y protectores del imperio. Respondióle san Julian que hiciese juntar en el templo á todos sus sacerdotes, para que fuesen testigos del sacrificio que él ofrecía. Creyó Marciano que san Julian estaba ya trocado, y que con el deseo de la vida le queria dar contento por no morir; y con grande alegría mandó juntar á todos los sacerdotes, que eran casi mil, y quitar las prisiones á san Julian y á sus compañeros, y con gran fiesta y regocijo los llevó al templo, adonde innumerable gente habia concurrido. Hincó las rodillas san Julian; armó su frente con la señal de la cruz; y con grande afecto, ternura y confianza suplicó á nuestro Señor, que para gloria suya y confusion de la gentilidad ciega, y consuelo de los fieles, destruyese aquel templo y todo lo que habia en él. En acabando san Julian su oracion, y respondiendo los otros santos cuatro mártires: Amen; todos los ídolos que habia en el templo se deshicieron como humo, y el mismo templo se arruinó y asoló de tal manera, como si nunca tal templo hubiera habido. Murieron todos los sacerdotes y una gran muchedumbre de gente pagana: y Metafraste, que es el que escribió esta vida, dice que hasta á su tiempo salían de aquel lugar llamas de fuego. ¿Pues qué testimonio es este del poder infinito de nuestro gran Dios y Señor? ¿Cuántas muertes padeció Marciano ántes que diese la muerte á san Julian? No sabía el desventurado con quien se tomaba; ni lo que habia de hacer, ni donde estaba. Volvieron á la cárcel á los santos mártires; y estando ellos orando y cantando alaban al Señor, á la media noche les aparecieron por una parte los

veinte soldados y los siete caballeros hermanos, ya gloriosos y adornados con ropas de inmensa claridad, y en su compañía otros muchos sacerdotes é ilustres mártires: por otra, santa Basílisa con un coro de purísimas doncellas; y en la cárcel no se oía sino una voz suavísima, que decía: *Alleluya, Alleluya*. Santa Basílisa habló á san Julian, diciéndole que Dios la enviaba para avisarle que ya estaba en el fin de sus batallas, y el cielo abierto y la corona aparejada, y todos los santos aguardando la hora en que le habían de recibir á él y á sus santos compañeros. Despues de esto, otro día fueron sacados á juicio los santos; y Marciano les mandó atar los dedos de las manos y de los piés, y untar las ataduras con aceite y ponerles fuego; pero las ataduras se quemaron, y los santos quedaron sin lesion. Mandó desollar el cuerpo á san Julian y á Celso, su propio hijo, y al sacerdote Antonio, y á Anastasio (que así se llamaba el que habia resucitado), arrancar los ojos con garfios de hierro. A su mujer mandó atormentar en el ecúleo; mas nuestro Señor no lo permitió: porque los ministros que lo quisieron ejecutar, quedaron ciegos, y las manos y los brazos se les secaron; y los santos quedaron como si ninguna cosa hubieran padecido. Leváronlos al anfiteatro por orden del presidente, y soltaron todas las bestias fieras que tenían, para que los despedazasen; mas ellas, olvidadas de su natural fiereza, se echaron á los piés de los santos y los lamian. Mandó sacar Marciano á todos los presos de la cárcel, que estaban condenados á muerte, y que allí en el teatro los degollasen, y juntamente con ellos á san Julian y á los otros cuatro sus santos compañeros, para que muriesen como facinerosos, y no á título de religion; ni pareciese que de ellos quedaba vencido. Los santos fueron descabezados, y al mismo tiempo vino un temblor de tierra tan extraño, que derribó casi la tercera parte de la ciudad, y en todos los lugares en que habia ídolos cayeron muchos rayos y mataron gran número de gente de los gentiles, y el mismo prefecto Marciano quedó mas muerto que vivo, y apenas pudo escapar; y pocos dias despues, comido de gusanos, acabó su infelicitísima vida, para comenzar aquella muerte que nunca se acaba. Vinieron la noche siguiente los cristianos y sacerdotes para recoger los cuerpos de los santos mártires; y como estaban mezclados y confusos con los otros cuerpos de los hombres facinerosos que con ellos habian sido muertos, no los pudieron conocer, hasta que hincados de rodillas y hecho oracion al Señor, vieron las almas de los mismos mártires en figura de doncellas purísimas, y que cada una se sentaba sobre su cuerpo; y de esta manera los conocieron, y con gran devocion y reverencia los sepultaron. Otra maravilla tambien sucedió, que la sangre que salió de sus cuerpos se heló y se hizo como una masa de pan mas blanca que la nieve: de manera que no se empapó en la tierra, que estaba ya regada con la otra sangre de los malhechores. Y nuestro Señor al sepulcro de san Julian hizo muchos y grandísimos milagros, y no solamente donde estaba su cuerpo, sino en otras muchas partes de la cristiandad donde se edificaron iglesias en su nombre. El martirio de san Julian fué á los 9 de enero, el año del Señor de 309, imperando en Oriente Maximino, que continuó la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano. Su vida escribió Metafraste, y hacen mencion de él el Martirologio romano, el de Beda, Usuardo y Adon; y san Isidoro en el Breviario toledano, y san Eulogio en el libro que llamó Memo-

rial de los santos, ponen éstos bienaventurados mártires por ejemplo, exhortándonos á todos á morir por Cristo: y con mucha razon; porque si consideramos con atencion lo que aquí queda referido, hallaremos muchos y grandes motivos para alabar al Señor y admirarnos de sus secretos juicios, y reverenciar aquella providencia tan inescrutable con que á unos hace santos, y los regala, favorece y asiste para que peleen y venzan á todo el poder del infierno, y á otros por sus pecados desampara y castiga: porque, ¿qué mayor maravilla pudo ser que ver un caballero mozo, noble y rico, como fué san Julian, dar de mano á todos los regalos, apetitos y blanduras de la carne, y ofrecer á Dios su castidad? ¿Qué persuadir á su esposa Basílisa, que viviesen como hermanos y conservasen perpetuamente la flor de su virginidad? ¿Y que el Señor con tan claras y evidentes señales del cielo los confirmase en aquel santo propósito, y les diese gracia para perseverar en él, y para que con su ejemplo otros muchos le imitasen? ¿Y que acabando Basílisa en santa paz el curso de su peregrinacion, y llevando delante un número tan grande de honestísimas doncellas al cielo, quedase vivo Julian para la guerra y para glorificar mas con sus batallas y triunfos al Rey de los reyes y Señor de todo lo criado? ¿Cuántos y cuán ilustres milagros sucedieron en su martirio? ¿Cuán duros fueron los tormentos del tirano, y cuán suaves los regalos del Señor? El cual en san Julian quiso mostrar, que todas las criaturas reconocen y obedecen á su Criador; y que en la ignominia está la gloria, en la pena el deleite, en la muerte la vida, cuando el hombre con fé viva padece y muere por su Señor. Marciano tirano se acabó, y no se acabaron sus tormentos: murió san Julian, y vive para siempre. Los templos y las estatuas de los dioses cayeron, los gentiles fueron abrasados, y la gentilidad por el martirio de san Julian se menoscabó; y la santa Iglesia católica floreció, y la memoria de este glorioso mártir durará para siempre, y los trofeos de sus victorias permanecerán en los siglos de los siglos.

SANTA MARCIANA, VIRGEN.—Educada por unos padres idolatras en los errores del paganismo, no los siguió por mucho tiempo, pues permitió la divina Providencia que enamorada de la belleza y de la religion del Crucificado de tal modo la abrazara y perseverase en ella, que despues de haber sido presentada delante de una estatua de Diana, y derribarse y hacerse pedazos, sufrió constante el cruel tormento de ser despedazada por un leopardo, alcanzando así la palma del martirio el año 300.

LOS SANTOS VIDAL, REVOCATO Y FORTUNATO, MÁRTIRES.—Nada mas se sabe de estos santos, sino que el primero fué obispo y los otros dos diáconos de la iglesia de Esmirna, y que murieron en los primeros siglos del cristianismo.

LOS SANTOS EPICTETO, JUCUNDO, FÉLIX, SEGUNDO, VIDAL Y OTROS SIETE, TODOS MÁRTIRES.—Las actas de su martirio se han perdido, y solo se sabe que el primero fué obispo en África, al cual san Cipriano dirigió una carta que es la sesenta y cuatro de su coleccion, y que padeció martirio con sus compañeros durante la persecucion de Decio.

SAN PEDRO.—Nació en Sebaste y fué hermano de san Basilio, de san Gregorio Niceno y de santa Macrina. Su madre murió al darle á luz, y su padre espiró tambien el mismo dia de su nacimiento. Educóle en la piedad y en las primeras letras su hermana Macrina, y san Basilio lo ordenó sacerdote en 371. Por los años 381 fué elegido

obispo de Sebaste, en cuya ciudad brilló con el resplandor de todas las virtudes, muriendo despues de un pontificado de diez y siete años.

SAN MARCELINO, OBISPO DE ANCONA.—Estuvo muchos años impedido por la gota, y se hacia llevar en brazos de sus familiares adonde lo exigian las necesidades de su rebaño. Un dia, habiéndose manifestado un grande incendio en una parte de la ciudad, el cual amenazaba devorarla toda, el pueblo acudió á su santo obispo, que habiéndose hecho conducir al lugar de la catástrofe, y colocándose junto al fuego, lo apaciguó con sus oraciones, librando así á Ancona de una destruccion inminente. San Gregorio papa cuenta las particularidades de este incidente, y dice que Marcelino floreció en tiempo del emperador Juliano.

DIA 10.

SAN MARCIANO, SACERDOTE.—Fué san Marciano natural de Roma, hijo de padres muy nobles y ricos, los cuales se fueron á vivir á Constantinopla, corte entonces del imperio, y allí le enseñaron todas buenas letras y costumbres. Por sus virtudes y letras vino á ser tan conocido en la corte, que el patriarca tuvo á gran fortuna que quisiese ordenarse de sacerdote: lo cual hizo á instancia del mismo patriarca, si bien su humildad lo rechazaba. Con la dignidad del sacerdocio le dió la de mayordomo de su iglesia patriarcal. Muriósele por este tiempo los padres, y de la riquísima herencia que le dejaron fueron mas dueños que el los pobres de Jesucristo, con quienes todas sus riquezas repartía, de suerte que solos los pobres é iglesias pudieron blasonar de poseedores y dueños de tan rico patrimonio, como era el de Marciano, porque á aquellos sustentaba, vestía y proveía de todo lo necesario; y á estas reparaba, reedificaba y adornaba. Edificó asimismo de nuevo muchos templos; y entre ellos dos fueron santosísimos y muy célebres, el de Santa Anastasia y el de Santa Irene. Como era tan limosnero, salía de noche á buscar pobres para remediarlos, y una vez halló un muerto, y muy gozoso, cual si hubiera hallado una joya riquísima, le tomó, lavó, ungió y amortajó, y despues le levantó y decía: «¿Dime si eres con nosotros participante de la caridad que está en Jesucristo?» Y sucedió (ó bondad de Dios inmensa!), que en tanto que estas y otras cosas le decía, el difunto se estuvo en pié, como si fuera vivo; y le abrazaba, dándole á entender cuánto agradaba á Dios nuestro Señor aquella grande obra de caridad. El dia que se consagró el templo que hizo á santa Anastasia, le vistió el cielo á nuestro Marciano de una riquísima tela de oro y piedras preciosas, tal que el emperador que se halló presente podia envidiarla: y como quien le dió la gala, se la puso para que luciese, permitió la viesan infinitos: algunos de los cuales, envidiosos, dieron cuenta al patriarca. Llamólo, acabados los divinos oficios, y reprendiólo, porque traía tal vestido que mas pertenecía para un emperador que para un sacerdote: mas como el santo dijese no llevar tal vestido, el patriarca, por satisfacer y dejar confusos á los acusadores, le hizo desnudar, y vieron todos que solo traía su ordinario vestido, que era muy pobre y desechado; con que se hizo mas notorio el prodigio, y conocieron todos los méritos de su virtud y santidad, convirtiéndose muchos arrianos.

Hizo otros muchísimos milagros, y al fin dejando la

ciudad adornada de suntuosos templos, y de la fama de sus virtudes, lleno de años dejó esta vida, y se subió á los cielos á los 10 dias de enero. Escribieron su vida Metrafaste, Lipomano tom. 5.º, Surio tom. 1.º, Sanctoro, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones y en el tom. 1.º de sus Anales.

SAN NICANOR.—Fué uno de los siete primeros diáconos de la iglesia de Jerusalem, y compañero del protomártir san Esteban. Los apóstoles le enviaron á la isla de Chipre, á predicar el santo Evangelio, siendo innumerables las conversiones que hizo, y muchísimos los portentos que obró. Concedióle Dios la gracia de morir mártir el año 76.

SAN AGATON.—Nació en Sicilia, y se hizo recomendable principalmente por una profunda humildad, una admirable suavidad de carácter, y una inclinacion siempre pronta al bien. Estas virtudes y el modo con que desempeñó, por espacio de muchos años el cargo de tesorero de la Iglesia romana, le hicieron digno de suceder al papa Dámaso en 679. El año siguiente presidió por medio de sus legados el sexto concilio general, convocado en Constantinopla contra los monotelistas por los cuidados del emperador Constantino Pogonato. Le escribió á este una carta en que refutaba el monotelismo por la constante tradicion de la Iglesia romana: carta que remitida á los padres del concilio fué recibida con respeto, y declararon que «Pedro hablaba por boca de Agaton.» El santo padre procuró por el restablecimiento de san Wilfrido en la silla de York; abolió el tributo que los emperadores exigian de los papas al tiempo de su elevacion, y colmó de beneficios al clero y á las iglesias de Roma. Murió en 682, despues de dos años y medio de pontificado. Por el gran número de sus milagros mereció, segun Anastasio, el sobrenombre de *Taumaturgo*: y tanto los griegos como los latinos honran su memoria.

SAN GUILLERMO, ARZOBISPO DE BOURGES EN FRANCIA.—Floreció en el siglo X, y fué esclarecido en virtudes y milagros, y despues de una muerte santa, fué canonizado por Honorio III.

SAN JUAN EL BUENO, ARZOBISPO DE MILAN.—Fué prelado eminente en piedad y en doctrina. Escribió varios tratados contra los arrianos; asistió al concilio romano celebrado en tiempo de Martino I, y despues de un pontificado de diez años, descansó en el Señor.

SAN MARCIANO, PRESBITERO.—Fué natural de Roma y ecónomo de la iglesia de santa Sofia en Constantinopla, dignidad que era la primera en jerarquia despues del patriarca. Fué tan sumamente caritativo, que en cierta ocasion dió la única túnica que tenia á un pobre que le pedía limosna. Murió en el año 472, y fué colocado en el número de los santos.

SAN PEDRO URSEOLO.—Hijo de una de las familias que fundaron la republica de Venecia, se dedicó en sus primeros años al ejercicio de las armas, se distinguió noblemente en su carrera, y fué luego ascendido á la dignidad de dux de Venecia, la cual renunció para entrar en el monasterio de Consance, de la regla de san Benito, donde fué edificacion y estímulo de santidad. Su muerte, acaecida el 10 de enero del año 1009, fué señalada por el cielo con numerosas y visibles prodigios que confirmaron la justa reputacion de santidad que ya gozaba el ilustre difunto.

SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO.—Murió el dia 10 de enero, pero su fiesta se celebra el 15 del propio mes.

SAN GONZALO DE AMARANTE, CONFESOR. — Fué español de nacion, y natural de un lugar llamado Tagilde en Portugal, y de muy esclarecido linaje. Desde niño empezó á dar muestras de su futura santidad; pues todo su estudio y ejercicio consistía en emplearse en el servicio de Dios. Resplandeció en muchas virtudes, principalmente en la castidad y misericordia con los pobres. Fué á Roma en peregrinacion, visitó los sepulcros de los santos apóstoles, y despues pasó á Jerusalem á adorar los lugares santificados con la presencia del Salvador. Era muy devoto de la Virgen Maria, á quien pidió le mostrase el mas seguro camino de su vocacion; y la santísima Virgen se dignó contestarle, por medio de una milagrosa vision, que tomase el hábito de santo Domingo. Así lo hizo en efecto, con grande júbilo de su alma; y despues de hecha su profesion, alcanzó licencia de sus superiores para volverse á la ermita que tenia cerca de un lugar llamado Amarante, donde volvió solitario por muchos años, obrando muchos portentos en favor de los que allí le visitaban. Por fin, despues de una vida santísima y de grande ejemplo, lleno de virtudes y méritos descansó felizmente en el Señor á los 10 de enero del año 1260.

DIA 11.

SAN HIGINO, PAPA Y MÁRTIR. — El bienaventurado san Higinio, natural de Atenas, fué hijo de un filósofo, cuyo nombre el autor del libro de los romanos pontífices, que anda en nombre de Dámaso, dice que no pudo saber. Fué puesto en la silla de san Pedro por la muerte de san Telesforo papa, habiendo estado siete días la silla vacante, en tiempo de Antonino Pio emperador, en cuyo imperio hubo muchas y graves calamidades en el mundo. Y como los gentiles tenían á los cristianos por hechiceros, magos, sacerdotes y enemigos de sus dioses, pensaban que todos los males les venian por pecados de ellos, y porque sus dioses los aborrecian; y con esta falsa persuasion y odio les perseguian para aplacar á sus dioses, y vengarse de los enemigos de su religion. A esta causa padeció la Iglesia gran persecucion de los gentiles, siendo papa san Higinio, y no ménos de los herejes que en su tiempo vinieron á Roma, como Valentin y Cerdon, los cuales fueron herejias y maestros de herejias infernales; y para mejor engañar, fingieron al principio que eran católicos, y muy obedientes á la Iglesia: aunque no les aprovechó por la vigilancia de san Higinio, que se opuso á la maldad de ellos, animando y exhortando á los fieles que estuviesen constantes y firmes en la fé católica y romana que habia sido enseñada de los principes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y consagrada con su sangre. Para esto escribió algunas epístolas, de las cuales tenemos dos: la una para los fieles, en que les declara el misterio de la Encarnacion (tan mal entendido de los herejes); y la otra escrita á los atenienses, naturales de su patria, y en ella les exhorta á que se ejerciten en obras de virtud, y les da documentos para ello. Mandó muchas y muy provechosas cosas pertenecientes á la administracion de los sacramentos y culto divino. Ordenó el modo con que se habían de haber el ostiario, lector, exorcista, acólito, subdiácono y diácono en sus sagrados oficios: el respeto que se debe tener á cualquiera cosa de la Iglesia: las ceremonias con que se debe consagrar el crisma: que en los

bautismos hubiese un solo padrino y una madrina: como debe proceder el metropolitano contra algun obispo súbdito suyo; y otras cosas semejantes á estas, y todas santas, como consta por sus decretos, que se pueden ver en el primer tomo de los Concilios. Finalmente, despues de haber gobernado la Iglesia de Dios (segun el libro de los romanos pontífices) cuatro años, tres meses y cuatro dias, padeció martirio por Cristo, á 11 dias del mes de enero del año de 155 de nuestra salud, imperando el ya dicho Antonino Pio. Otros dan mas años de pontificado á san Higinio; y el cardenal Baronio dice, que vivió en él cuatro años ménos dos dias. Hizo tres veces órdenes, y en ellas ordenó quince presbíteros, cinco diáconos y seis obispos. Su cuerpo fué sepultado en el Vaticano, junto al cuerpo de san Pedro, y de los otros pontífices sus predecesores. Hace la Iglesia católica conmemoracion de este santo pontífice el mismo día de su martirio.

SAN TEODOSIO, CENOBIARCA Y CONFESOR. — El bienaventurado padre san Teodosio, llamado cenobiarca, que en griego quiere decir: «el principal, y como cabeza y principe de los monjes,» nació en una aldea de Capadocia, por nombre Magariaso. Su padre se llamó Proetesio, y su madre Eulogia, personas virtuosas y honradas. Dió muestras de que Dios le habia escogido para ministro grande de su gloria. Dióse á los estudios, y vino á declarar las divinas Letras al pueblo; y con aquella leccion y meditacion, á aficionarse á todas las obras de virtud y perfeccion. Partióse de su casa para ir á Jerusalem, y adorar aquellos sagrados lugares que Cristo nuestro Señor consagró con su vida y pasion: y llegado á Antioquia, fué á ver al insigne varon Simeon Estilita, que hacia vida milagrosa en una columna; y era como prodigio de santidad en el mundo, para tomar su bendicion, y animarse mas á la perfeccion con sus santos ejemplos. Cuando llegó cerca de la columna, oyó la voz de Simeon, que le llamaba y le decia: Teodosio, varon de Dios, seáis bien venido. Espantóse Teodosio oyendo esta voz; porque le llamaba por su nombre y porque le honraba con el titulo de varon de Dios, que él en sí no conocia. Subió á la columna por orden de san Simeon y echóse á sus piés; oyó sus consejos y todo lo que para adelante le habia de suceder. Tomada su bendicion, siguió su camino para Jerusalem; y visitados aquellos santos santuarios, queriendo comenzar de veras á servir al Señor, dudó al principio si seguiria la vida solitaria de los ermitaños ó la de los monjes que viven debajo de obediencia en comunidad: y despues de haberlo pensado y encomendado á Dios, le pareció que le estaria mejor y era mas seguro entregarse á la voluntad ajena de algun siervo de Dios, en algun monasterio, que vivir y regirse por la suya, apartado de la comunicacion de los hombres. Con esta resolucion, sabiendo que un santo viejo, llamado Longino, era varon perfecto y excelente maestro de la perfeccion, y moraba en cierta casilla de una torre, que llaman de David, le rogó é importunó que le admitiese en su compañía, y le amoldase y ajustase con su vida: y Longino lo hizo y le tuvo algun tiempo consigo, enseñándole todo lo que habia de hacer para alcanzar lo que tanto deseaba. De allí pasó por orden del mismo padre Longino á un templo, que una buena y piadosa mujer habia dedicado á nuestra Señora: de donde despues se mudó á un monte; porque por la fama de su santidad algunos monjes comenzaron á venir á él, para que como

maestro los enseñase é instruyese en toda virtud. Aquí se dió mucho al ayuno, á las vigalias, á la oracion y lágrimas y á la perfecta mortificacion de sus pasiones. Comia muy poco, y su comida eran algunos dátiles, ó algarrobas, ó yerbas silvestres, ó legumbres: cuando le faltaba este mantenimiento, solia remojar y ablandar los huesos de los dátiles y aquellos comia, y por espacio de treinta años no gustó pan; y esa aspereza y rigor de vida guardó hasta la vejez.

Teniendo pues algunos pocos compañeros, y queriéndolos encaminar al cielo y descarnarlos de todos las cosas de la tierra, les enseñó por primer principio y fundamento de la vida religiosa, que tuviesen siempre la memoria de la muerte presente: y para esto mandó hacer una sepultura, para que su vista les acordase que habian de morir y muriendo cada dia en la consideracion, no temiesen cuando viniese la muerte. Estando un dia con sus discipulos al rededor de su sepultura abierta, dijo con mucha gracia: La sepultura está abierta; ¿pero quien de vosotros la ha de estrenar? Entónces uno de los discipulos, que era sacerdote y se llamaba Basilio, se arrodilló y respondió: Dadme, padre, vuestra bendicion; que yo seré el primero que entraré en ella. Dióle la bendicion Teodosio, y mandó, que estando aun vivo el monje Basilio, le hiciesen todos los oficios que en diversos dias suele la santa Iglesia hacer á los difuntos, y al cabo de cuarenta dias, sin calentura, sin enfermedad ni dolor, como si tuviera un dulce sueño, dió su espíritu al Señor. Túvose por cosa milagrosa lo que habia sucedido. No lo fué ménos lo que sucedió por espacio de otros cuarenta dias, en los cuales el santo abad Teodosio oyó cantar á Basilio con los otros monjes en el coro y le veia; y ningun otro de los monjes le oia ni veia, sino uno solo que se llamaba Ecio, que oia su voz y no podia ver su rostro, hasta que Teodosio suplicó á nuestro Señor que abriese los ojos de Ecio para que viese á Basilio, y el Señor se los abrió y se le mostró; y cuando él le vió corrió á él para abrazarle, pero no pudo, porque luego desapareció, diciendo: Quedad con Dios, padres y hermanos.

Otra vez, llegándose ya la pascua de la gloriosa Resurreccion del Señor, el mismo sábado santo por la tarde no habia en el monasterio cosa que comer, ni aun hostia que consagrar el dia siguiente de pascua: supieron los monjes esta falta y entristeciéronse, y quejábanse y murmuraban de su maestro; pero él les dijo: Tengamos cuidado, hermanos, de lo que toca al altar y á la misa y coddacion de mañana; que de lo demás el Señor proveerá. Teodosio dijo esto; y luego al poner del sol llegaron á la puerta del convento dos acémilas cargadas de mucha provision para los monjes, y del pan necesario para la consagracion del cuerpo de Cristo nuestro Redentor.

Habia un hombre muy rico y piadoso, que solia repartir grandes limosnas á los pobres, y especialmente á los religiosos, que despreciando sus bienes se habian hecho pobres de espíritu por el Señor. Este envió una vez una gran cantidad para que se repartiese entre estos pobres; y ahora sea por olvido, ahora por otros respetos, ó lo que es mas cierto, por voluntad del Señor, no envió nada de aquella limosna á Teodosio y sus frailes, los cuales lo sintieron, y rogaron á su abad y le importunaron que declarase su necesidad á aquel que repartia la limosna, para que á ellos tambien les cupiese su parte, pues

era tan grande su necesidad. No vino en ello Teodosio, por parecerle que aquella diligencia era sobrada y que nacia de poca confianza en Dios; pero el Señor mostró que nunca desampara á los que confian en él, y que todas las diligencias humanas no llegan á la providencia paternal que él tiene de sus siervos. En este mismo tiempo iba un hombre con una cabalgadura cargada de varias cosas para repartir á los pobres, pero sin intento de llegar al monasterio de Teodosio: mas cuando estuvo allí cerca, la cabalgadura se paró y se hizo como inmóvil, sin poder el que la llevaba con patos y golpes hacer que pasase adelante. Como vió esto, entendió que no era acaso, sino que Dios queria que entrase en aquel monasterio; y guiando la cabalgadura para él, luego se movió, y entrando en aquella casa, y sabiendo la pobreza que pasaban, la descargó, y dió á san Teodosio mucha mayor parte de lo que llevaba, que le pudiera dar el otro repartidor; que por olvido ó descuido no les habia dado nada.

Con estos milagros, y con la experiencia de lo mucho que Dios favorecia á Teodosio, se comenzó á extender su fama y á venir muchos monjes á la escuela de tan excelente maestro, con deseo de ser enseñados é instruidos para el cielo por él. Mas Teodosio, viendo que crecia el número de sus religiosos, estuvo en gran duda de lo que habia de hacer: porque por una parte amaba la soledad y quietud, y por otra le tiraba el fruto y aprovechamiento de sus hermanos. Hizo oracion al Señor, suplicándole que le declarase su voluntad; y él le declaró milagrosamente y le movió á tener mas cuenta con el provecho de las almas, que Jesucristo habia comprado con su sangre, que no con su descanso y gusto interior; y con el nuevo fuego, que se encendió de suyo en un incensario que llevaba, le mostró el lugar donde queria que se edificase un monasterio grande y capaz para recibir á los monjes y á los pobres y peregrinos enfermos, y el santo abad Teodosio pudiese extender en él las velas de su caridad. Hizose el monasterio, en el cual se recibian todas estas suertes de personas que he dicho, y especialmente los enfermos, á los cuales el santo padre servia y regalaba con extremada devocion y piedad, consolándolos con sus palabras y proveyéndolos con sus limosnas, y sirviéndolos con la persona con tanta caridad, que lavaba la sangre y limpiaba las llagas con sus manos y con su boca las besaba; de tal manera, que ninguno, por pobre y asqueroso y menospreciado que fuese, era desechado de aquella casa; ántes tanto era de mejor gana recibido, cuanto mas miserable era su estado: y á todos les proveia abundantemente, aunque no habia en aquella casa qué darles porque todo lo proveia el Señor: y aconteció aparejarse en un mismo dia cien mesas para dar de comer á los que venian. Pero habiendo enviado Dios nuestro Señor una hambre sobre la tierra tan grande, que apenas habia hombre ni mujer, rico ni pobre, que se escapase de ella; comenzaron á venir tantos al monasterio para ser alimentados y no perecer de hambre, que los que tenian cargo de darles de comer cerraron las puertas del convento, por ver una multitud innumerable á quien no se podia dar lo que pedian, y determinaron de dar y repartir muy tasadamente lo que tenian entre aquella gente, para que ya que no podian dar á todos, alcanzase á muchos. Supo esto san Teodosio y mandó abrir las puertas y que todos entrasen y que se les diese á cada uno lo necesario: y el Señor le proveyó con tan

larga mano, que todos quedaron hartos y satisfechos, y las arcas llenas de pan. Y no fué sola esta vez la que el Señor proveyó al santo abad, conforme á su confianza, sino otras tambien, dando de comer á un sinnúmero de gente que habia concurrido á su casa á celebrar la fiesta de nuestra Señora, con tanta abundancia, que no solamente se hartaron los que comieron, sino que llevaron á sus casas lo que les sobró; renovando nuestro Señor los milagros de su omnipotencia, y dando de comer á los que venian al monasterio de Teodosio, como en el desierto habia multiplicado los cinco panes para sustentar los cinco mil hombres, y como cada dia hace crecer pocos granos de trigo y multiplicarse las espigas y mieses para sustento del mundo.

Con estos milagros y otros muchos que nuestro Señor obró por él, resplandecia el santo Teodosio, y mucho mas con los rayos de su celestial vida y excelentísimas virtudes: por las cuales creció tanto el número de sus discípulos é hijos espirituales, á los cuales él como amorosa madre parió, y como sabio maestro enseñó, y como vigilante pastor apacentó con los pastos saludables de su doctrina, y encaminó al aprisco del Señor: porque seiscientos y noventa y tres de sus discípulos, se escribe, que murieron, y el santo padre envió ánte de sí al cielo; y el abad que le sucedió, mas de otros cuatrocientos: y de aquella escuela salieron muchos obispos y pastores, y superiores de otros monasterios, y tuvieron otros cargos preeminentes en la Iglesia del Señor, á la cual algunos de ellos sirvieron muchos años. Venian á él muchos que habian sido soldados de los principes de la tierra, para serlo del Rey del cielo y seguir el estandarte de la cruz; otros hombres ricos, nobles y poderosos, los cuales, conociendo la vanidad y engaño del mundo, y entendiendo que todo lo que poseian no les podia dar contento y se deshacia como humo, buscaban en la ignominia de Cristo la gloria, y en la pobreza las riquezas, y en el menosprecio de sí mismos la bienaventuranza; y no faltaban otros sabios y prudentes, y estimados en el siglo, é hinchados con el aire popular, que abrazaban la sabiduría evangélica, que el mundo ciego llama locura, y se entregaban á este santo varon para aprender las primeras letras de la carta espiritual: y el santo lo hacia escogidamente; porque aunque no se habia ejercitado en Platon ni en Aristóteles, ni aprendido las ciencias humanas, ni dádose al estudio del bien hablar, pero habia sido enseñado del maestro celestial, y alumbrado con su luz; y así trataba las cosas divinas divinamente, y gobernaba las ánimas con aquel espíritu admirable que le habia comunicado el Señor. Tenia cuando hablaba tantas y tan vivas razones, y tanta copia de palabras, que ponía admiracion: en su gobierno se ajustaba á la condicion y estado de cada uno, midiendo la carga que echaba con las fuerzas, y cargando mas á los robustos y descargando á los flacos, para que los unos en el ocio no se hiciesen flojos, y los otros no fuesen oprimidos con el trabajo: no castigaba con la vara del rigor, sino con la palabra amorosa y cuerda, y que blandamente penetraba hasta lo mas íntimo del corazon, y era juntamente austero y suave, consuelo y espanto de sus súbditos, y él los gobernaba con tan grande paz y tranquilidad, como si estuviera solo en un desierto: y era siempre el mismo cuando estaba solo y cuando acompañado; porque siempre estaba con Dios.

Sucedió en tiempo de san Teodosio una herejía, de los que llaman acéfalos, que quiere decir *sin cabeza*, porque no la tenian ni seguian autor principal de su error, que era condenar al concilio Calcedonense, porque confesaba que habia dos naturalezas distintas en Cristo: á los cuales el emperador Anastasio favoreció extrañamente: y para poderlo hacer mejor, procuró ganar á muchos obispos y personas señaladas, y traerlos á su opinion para hacer guerra á la fé católica con la autoridad de tan insignes varones. Viendo que san Teodosio resplandecia entre todos, como el sol entre las estrellas, quiso ganarle y ablandar con dádivas, que quebrantan peñas: y por que sabia que el santo abad, como amador de la pobreza evangélica, no queria ni buscaba nada para sí, y lo que buscaba era para los pobres y menesterosos, envióle una buena cantidad de oro, diciéndole que se le enviaba para que la repartiese á los pobres. Bien entendió Teodosio el anzuelo que debajo de aquel cebo venia encubierto, y lo que pretendia el emperador; mas disimuló por entónces, por no defraudar á los pobres de aquella limosna, y aplacar á nuestro Señor, para que perdonase por ella al emperador, y se enmendase; y sino para que el mismo emperador que era avarisimo, tuviese mas pena viéndose burlado: y así aceptó aquel don con hacimiento de gracias, y repartió la limosna á los pobres y personas necesitadas. Envió despues el emperador sus mensajeros á Teodosio, rogándole que declarase lo que sentia en materia de los artículos de la fé que se trataban; y él hizo juntar á todos los monjes que estaban á su cargo, y les declaró que aquel era tiempo de pelear valerosamente los soldados de Cristo, y dar la vida por la fé católica, y con sus palabras encendidas y afectuosas los animó para que así lo hiciesen. Despues escribió una carta al emperador, en la cual le decia que supiese, que él y los suyos querian ántes morir por guardar lo que los santos padres les habian enseñado, que vivir consintiendo á los herejes, y que echarian y desterrarian de sí y excomulgarian á cualquiera que los siguiese, y al que no abrazase á los santos cuatro concilios, que la santa Iglesia reverencia y abraza. Turbóse el emperador cuando recibió esta carta, y de leon convirtiéndose en vulpeja, quiso otra vez con blandura tentar á Teodosio, y darle á entender que no nacia de él la turbacion que habia en la Iglesia, sino de los clérigos y monjes que por su ambicion la habian abortado; y escribióle una carta en esta razon: mas todo fué envano; porque Teodosio estuvo fuerte y constante, y no hizo caso de las palabras ni de las armas de sus soldados que le amenazaban, ni de las espías que le ponian para saber quien hablaba ó se desmandaba contra lo que él queria; ántes como esforzado y valeroso capitan del Señor, siendo ya de mucha edad, y muy atenuado y exhausto por los muchos ayunos, trabajos y penitencias, cobró nuevo vigor; y como si fuera mozo robusto, anduvo por todas aquellas ciudades predicando la verdad católica, convenciendo los herejes y confirmando á los fieles, levantando á los caidos y deteniendo á los que iban á caer. Y entrando una vez en el templo, subió al púlpito, y haciendo señal al pueblo para que callasen, alzó la voz y dijo: El que no recibiere los cuatro concilios generales, como los cuatro Evangelios, sea maldito y excomulgado; y con esto bajó del púlpito, dejando atónitos á los que estaban presentes. Mas el emperador Anastasio tuvo tan gran sentimiento de lo que le habia respondido y hecho Teodosio,

que le mandó desterrar; pero el destierro duró poco; porque el Señor quitó en breve la vida á Anastasio con un rayo que le mató, y Teodosio volvió de su destierro glorioso y triunfante.

Ilustróle el Señor con muchos y grandes milagros en vida y en muerte, los cuales más copiosamente se refieren en su vida, y nosotros brevemente algunos de ellos notaremos aquí. Una mujer, que estaba con un pecho cancerado de muchos años, despues de haber tomado todos los remedios humanos sin algun provecho, tocando su llaga con la cogulla de Teodosio, quedó sana.

Siendo huésped de Marciano, monje, y no habiendo pan en casa para comer, mandó Marciano á sus discípulos que diesén á Teodosio y á los que iban con el una escudilla de lentejas, excusándose que no le daban pan, porque no lo había. Entónces Teodosio puso los ojos en Marciano, y vió un grano de trigo en su barba; y tomándole con la mano, dijo: Hé aquí trigo: ¿cómo decís que no le hay en casa? Tomóle Marciano con devocion, y púsole en el granero, el cual el dia siguiente se halló tan lleno y colmado de trigo, que rebosaba por la puerta.

Cayó un niño en un pozo, hijo de una mujer rica y piadosa, y teniéndole todos por muerto, le hallaron sentado sobre el agua, vivo y sano, porque san Teodosio le había tenido con su mano para que no se ahogase.

Había una mujer casada, que había parido muchos hijos, però todos muertos, de manera que tenía los dolores del parto, y no gozaba del fruto de su dolor, ántes se le acrecentaba, viéndolos muertos á los que descaba vivos. Fue á san Teodosio; echóse á sus piés, suplicándole que se apiadase de ella, y que con sus oraciones y lágrimas la remediasse, y que le diese licencia para poner su nombre de Teodosio al hijo que pariese; porque con esto solo esperaba que tendria vida. Concediólo Teodosio, y ella llamó Teodosio al primer hijo que parió; y despues tuvo otros hijos, y vivieron.

Envió Dios una vez sobre la tierra una muchedumbre de langostas que la assolaban, y no dejaban cosa verde en el campo; y estando el santo muy debilitado, se hizo llevar en brazos de sus discípulos adonde estaban; y despues de haber hecho oracion con muchas lágrimas y ternura al Señor, habló con las langostas mansamente, como si le oyeran y tuvieran entendimiento, y despues les mandó en nombre de Dios que no arruinasen los trabajos de los pobres labradores ni consumiesen los frutos de la tierra. Ellas obedecieron, y no se fueron de donde estaban; pero allí roían las espinas, y no tocaban á las yerbas y frutos de la tierra. Otra vez, en otra ocasion semejante á esta, enviando un vaso de aceite bendito á un pueblo que era infestado de esta plaga, con él quedó libre y sin daño alguno. Una mujer noble y rica trató con ménos respeto al santo varon, y dijo que era un engañador y embustero; y luego pagó su culpa, y murió allí, á los ojos de los que allí lo habían oido. Pasó una vez cerca de un monasterio de herejes, los cuales hicieron burla de él; y el santo, movido del celo de Dios, dijo que en breve no quedaria piedra sobre piedra de aquel monasterio; y así él, sucedió, porque de repente los sarracenos dieron en y lo despojaron y quemaron, y llevaron cautivos á los monjes.

Un capitán del ejército romano, que se llamaba Cerico, habiendo de hacer guerra contra los persas, se fué primero á ver con san Teodosio para armarse con su bendi-

cion en aquella jornada; el santo le aconsejó que no pusiése la esperanza de la victoria en su arco ni espada ni en la multitud del ejército, sino en solo Dios, que es Dios de los ejércitos; y da la victoria á quien es servido. Pidióle el capitán por un riquísimo tesoro y peto fuerte, el cilicio que Teodosio traia, y él se le dió; y al tiempo de pelear se le vistió; y mientras que peleó, vió al santo que iba como delante de él, haciéndole señas con la mano, de cómo y con quién había de pelear, hasta que los enemigos volvieron las espaldas y huyeron. Y no solamente esta vez, sino otras muchas favoreció el santo abad á muchos, que así en el mar como en la tierra estaban en muy gran peligro, á los cuales algunas veces aparecía en sueños y otras velando; y siempre los libraba de aquel peligro y trabajo en que estaban.

Demás de esto tuvo espíritu de profecia: una vez mandó tañer la campana fuera de tiempo y llamar á sus frailes: los cuales no sabiendo la causa de aquella novedad, se la preguntaron; y él derramando muchas lágrimas les dijo: Tiempo es; ó padres, de orar; porque veo la ira del Señor contra Oriente. Notóse el dia y la hora; y despues se supo que en aquel mismo tiempo la ciudad de Antioquia, que era muy populosa, noble y rica, se había assolado con un temblor de tierra que le envió el Señor para su castigo.

Habiendo, pues, este bienaventurado y santo abad florecido en el mundo, é ilustrádole con su admirable vida y con la institucion de tantos monjes, y con tantos milagros, y estando cargado de años y de merecimientos, le envió Dios una enfermedad larga y molesta que le paró como una esclatua y como sombra del cuerpo humano, y él con increíble paciencia y fortaleza resistia á los dolores, y se regalaba con el Señor, porque él con su espíritu le daba el vigor y fuerzas que le negaba la naturaleza. Entreteníase con Dios en la oracion, y era tan continuo en este santo ejercicio, que le acontecia, cuando vencido de la flaqueza humana reposaba y estaba durmiendo, menear los labios de la misma manera que lo solia hacer cuando velaba y oraba. Juntó á sus monjes é hijos, que se deshacian en lágrimas porque perdian un tan santo y dulce padre, y exhortólos á la perseverancia, y á resistir con valor á las tentaciones del enemigo, y obedecer pronto y perfectamente á sus mayores; y dióles otros documentos dignos de su santa persona y doctrina. Despues, teniéndolo revelacion que de allí á tres dias había de ser desatado de este cuerpo mortal, hizo llamar á tres obispos, como quien queria tratar algun negocio grave con ellos; y alzando sus manos delante de ellos al Señor, y puesto en oracion, le encomendó su espíritu, y le entregó á los ángeles para que le llevasen al cielo. Murió de ciento y cinco años, con gran sentimiento de sus monjes y de toda aquella tierra, que tenía en Teodosio padre y maestro, amparo, pastor, refugio y puerto seguro de todas sus necesidades.

Luego que se publicó el tránsito de este santo padre, vino el patriarca de Jerusalem acompañado de otros obispos para enterrarle, y concurrió una gran multitud de monjes, de clérigos y de seglares por verle y tocarle, y llevar alguna cosa de sus sagradas reliquias: y fué tanto el número de gente, que no se pudo tan presto enterrar; y nuestro Señor manifestó la santidad de Teodosio, luego que murió, librando á un hombre atormentado del demonio por su intercesion.

La vida de san Teodosio escribió Metafraste, y la trae Surio en su primer tomo: hacen mencion de él el Martirologio romano á los 11 de enero, el Menologio griego, y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el sexto y séptimo tomo de sus anales.

SAN SALVIO, MÁRTIR. — Los sacrificios que hicieran los mártires en testimonio de la verdad de nuestra santa religion, nos los presenta la Iglesia para que los imitemos, pues vemos que así lo hizo S. Agustín presentando á la consideracion del pueblo de Cartago el sacrificio heroico que hizo este santo muriendo por la fé en África, en el siglo segundo.

LOS SANTOS PEDRO, SEVERO Y LEUCIO. — Segun el Martirologio romano fueron mártires, aunque Beda y los Bolandos los llaman solo confesores.

SAN ALEJANDRO. — Fué obispo de Fermo, ciudad de la Marca de Ancona. Nació de la ilustre familia de los Sinigardos, y murió perseguido por los enemigos de la fé católica cerca de la misma ciudad. Su cuerpo se conserva en la iglesia metropolitana; pero las actas de su vida y de su muerte perecieron en el incendio que sufrió Fermo, cuando la asedió el emperador Federico I.

SAN PALEMON, ABAD. — Nació en Italia en el siglo III, y abrazó la profesion de la milicia. Despues de la conversion de Constantino, en cuyo ejército iba, habiendo marchado á Egipto y entrado en una iglesia, se hizo catecúmeno, y fué luego bautizado. El mismo dia del bautismo tuvo por la noche una revelacion, que le indicaba la excelencia de la gracia que habia recibido; y encendiéndose entonces su alma en amor á Dios, se fué á los desiertos de la Tebaida, donde juntó un gran número de discípulos, que santificó con sus ejemplos y la santidad de su doctrina. Entre ellos tuvo la dicha de contar una porcion de santos ilustres y al grande san Pacomio. Murió Palemon, llorado de sus discípulos, á principios del siglo IV, y en lo sucesivo fué uno de los mejores modelos que se han propuesto siempre á los religiosos y solitarios.

SAN SALVIO, OBISPO DE AMIENS EN FRANCIA. — Fué mártir segun el Martirologio romano, cuya calidad parece que le niega el cardenal Baronio. Nació este santo de noble cuna, y desde su juventud fué varon religioso y sabio. En la flor de sus años, desengañado de los halagos y honores del mundo, fundó un monasterio bajo la invocacion de la santísima Virgen, del cual fué nombrado superior viviendo vida de ángel en compañía de algunos otros piadosos varones, que la fama de sus méritos habia atraído. Su caridad, su penitencia inexorable, su mortificacion y el amor con que llamaba á sí y socorria á toda clase de necesitados, lo hicieron el padre de todos, el consuelo de todas las desgracias, el ejemplar y el mas digno modelo de todas las virtudes. Su fama, volando por todas partes, llegó hasta la corte del rey, que lo llamó á su palacio, y tomó por mucho tiempo sus consejos en los mas arduos negocios del reino. Por muerte de Honorato, obispo de Amiens, fué nombrado para aquella silla, de la cual no se encargó sino con mandamiento expreso del rey y de la santa sede. En su nuevo puesto, fué distinguida lumbrera de la Iglesia, como habia sido brillante modelo de religiosos y solitarios. Su celo, su caridad, se multiplicaron entonces y encontraron nuevo campo donde ejercitarse. Finalmente, enriquecido de virtudes y de gracias, coronado ya de gloria en la tierra, voló al cielo el dia 11 de enero del año 615.

SAN LEUCIO OBISPO, Y CONFESOR. — En el reinado del emperador Teodosio el Grande vivia en Alejandria un hombre venerable llamado Eudocio; que tenia un hijo único por nombre Leucio. Al llegar este á la edad de doce años, murió su madre Eufrodisia, y el padre entró con su hijo en el monasterio de San Hermeto, para santificarse practicando las virtudes religiosas. Despues de algun tiempo, en el dia de la solemnidad de la Asuncion de Maria, yendo Leucio con otros á una iglesia no distante del monasterio, encontraron al arzobispo de Brindis con todo su clero, que se dirigian al mismo punto. Estando, pues, todos juntos congregados en el templo, tuvo el arzobispo revelacion de que pronto iban á acabarse sus dias, y que debia ser Leucio su sucesor en el ministerio pontifical. Publicado el aviso del cielo, y muerto el santo arzobispo, fué elegido al momento Leucio, á quien el Señor favoreció con el don de portentos, con la suavidad y la uncion de la palabra; dones que empleó constantemente para ganar almas á Jesucristo. Ignórase el año de su muerte.

SAN ANASTASIO, ABAD, Y LOS NUEVE MONJES SUS COMPAÑEROS. — Murieron todos juntos despues de una divina vision, en que se les mostraron las delicias celestiales, en el monasterio de Suppentonia, junto al monte Sorate. San Anastasio fué primer notario de la Iglesia romana, cuyo cargo renunció para entregarse mas enteramente á Dios; y despues de haber vivido ejemplar y santamente muchos años en vida monástica, acaeció su muerte el dia 11 de enero del año 560.

SANTA HONORATA, VIRGEN. — Fué esta santa hermana de san Epifanio, obispo de Pavia, la menor de una numerosa y distinguida familia. Desde muy niña entró en el monasterio de San Vicente de Pavia, su ciudad natal, cuyo asilo, habiendo sido violado por el rey Odoacro durante el sitio de la misma ciudad, Honorata fué hecha prisionera con sus hermanas. Rescatada despues por san Epifanio, vivió á su lado por muchos años, muriendo en la misma ciudad de Pavia el 11 de enero del año 500.

DÍA 12.

EL BIENAVENTURADO SAN NAZARIO, CONFESOR. — El bienaventurado san Nazario fué español de nacion. Siendo de edad competente, como echase de ver el engaño del mundo, determinó dejarlo; y en efecto lo hizo, tomando el hábito de religioso. No he podido averiguar de qué orden haya sido su profesion, por la negligencia grande de los antiguos; pero, á lo que se cree, fué monje benito, aunque por no tener certidumbre de esto, no le pongo entre los santos de aquella orden. Hecho monje, quiso acaudalar grandes tesoros y riquezas para el cielo; y para esto tomó un medio muy acertado, que fué ser muy misericordioso y caritativo. Dióse tanto á este celestial empleo, que hospedaba á los peregrinos, vestia á los desnudos, daba de comer á los hambrientos y socorria los necesitados cuanto le fué posible, cuyas obras fueron tan gratas á la majestad de Dios, y su vida tan accepta á él, que obró por su medio grandes milagros. Fué uno de ellos, que estando en su monasterio, y en él sirviendo al Señor muy de veras, mató con el hábito, de que iba vestido, el fuego de un horno ardiendo, quedando sin alguna lesion su mismo hábito.

Habiendo, pues, este gran siervo de Dios hecho vida santísima en aquel convento, llegando á la cumbre de la

santidad, murió de muerte natural, puesto en el suelo, para vivir siempre con Dios en el cielo. Rézase de él en el dicho monasterio con la fiesta doble á 12 de enero, y le nombran en las colectas, así de la misa como del oficio divino.

SANTA TACIANA MÁRTIR. — Alcanzó esta santa la palma del martirio después de haber sido probada su fé con los mas crueles tormentos; tales fueron ser escarnificada con garfios y peines de hierro, echada á las bestias, y haber sido arrojada á una hoguera de la que salió ilesta, hasta que por último fué degollada. Sucedió su muerte en Roma en el cuarto año del imperio de Alejandro.

SAN SÁTIRO, MÁRTIR. — Nació este santo en Arabia, y estando un día en Acaya, pasando por delante de un ídolo, sopló á su cara, y el ídolo cayó al momento hecho pedazos. Los adoradores de este, que vieron el desacato, llevaron preso al santo al gobernador, que mandó lo degollasen al momento.

SAN ARCADIO, MÁRTIR. — Fué de Mauritania, de cuna ilustre, pero mas ilustre por las gracias con que el cielo lo enriqueció. Su fé y sus milagros, llamaron la atención hasta de sus mismos enemigos, que veían en él un verdadero hombre de Dios. Pero al mismo tiempo, espantados por el admirable fruto que producía su palabra, lo prendieron, le hicieron sufrir varios y desconocidos tormentos, y al fin le quitaron la vida el día 12 de enero del año 260.

LOS SANTOS ZÓTICO, ROGATO, MODESTO, CÁSTULO Y OTROS CUARENTA COMPAÑEROS, TODOS MÁRTIRES. — Nada mas se sabe de estos santos, sino que eran soldados romanos de una legión acantonada en África.

LOS SANTOS TIGRIO, PRESBITERO, Y EUTROPIO, LECTOR. — Murieron mártires estos santos en Constantinopla á manos de los arrianos, durante el destierro de san Juan Crisóstomo, por negarse á comunicar con el intruso Arsacio. Su muerte acaeció á principios del siglo V.

SAN ZÓTICO, MÁRTIR, EN TIVOLI. — Nada se sabe de él, por haberse perdido las actas de su martirio.

EL MARTIRIO DE LOS CUARENTA Y DOS MONJES DE ÉFESO. — Después de ser cruelmente atormentados por defender el culto y veneración de las imágenes de los santos, consumaron el martirio en tiempo de Constantino Copronimo.

SAN JUAN. — Fué elegido arzobispo de Ravena en tiempo de san Leon el Grande. Por efecto de la calamidad de los tiempos, y de la irrupción de los bárbaros del norte, estaba á la sazón toda la Europa en gravísimo conflicto, y solo los pastores de la Iglesia podían algunas veces contener la ferocidad de aquellas hordas salvajes que todo lo devastaban. San Juan salvó á Ravena de los furios de Atila, saliéndole, como san Leon, al encuentro, y amansando su fureza. Con esta ocasion se asoció nuestro santo á los esfuerzos de las familias que querían establecer un estado en medio de las aguas, para salvar sus personas y bienes de la inundacion y rapacidad de los bárbaros, y de este modo llegó á ser uno de los principales fundadores de Venecia. Bueno, humano, compasivo, de una caridad sin límites, y de un corazón tan grande como su virtud, fué el verdadero padre de su pueblo, y promovedor constante del bien. Celoso de la gloria de Dios, é infatigable en las tareas de su ministerio, reformó la disciplina eclesiástica; arregló el clero de su diócesis, y á pesar de la calamidad de los tiempos, su rebaño experimentó pocos reverses, y se conservó fiel al depósito de la fé. Finalmente,

después de un pontificado de los mas laboriosos que se hayan visto, murió Juan en medio de sus ovejas, el día 12 de enero del año 430.

SAN PROBO. — Sexto obispo de Verona, ilustre en santidad y milagros, murió el día 12 de enero del año 236.

SAN BENITO, ARAZ Y CONFESOR. — Nació en el Nortumberland en Inglaterra, el año 628, de una familia distinguida; siguió el ejercicio de las armas, tomó después el hábito de san Benito, é hizo su noviciado en el célebre monasterio de Lerin en la Provenza. De vuelta á su patria, fué elegido abad de Cantorbery, y trabajó con celo en favor de los progresos de la religion. Introdujo en su abadía el canto gregoriano y todas las ceremonias romanas, persuadido de que la Iglesia madre debía servir de regla y de modelo á todas las otras. Murió Benito el año 703, habiendo hecho cuatro veces el viaje á Roma.

DIA 13.

SAN HILARIO, OBISPO DE POITIERS EN FRANCIA. — San Hilario, obispo de la ciudad de Poitiers en Francia, fué uno de los señalados prelados y doctores que ha tenido la Iglesia católica, un pozo de ciencia, luz de doctrina, fuente de elocuencia, defensor de la fé y martillo de los herejes, cuya vida y milagros escribió Fortunato, y muchos santísimos y gravísimos doctores dicen grandes alabanzas de san Hilario, con grande encarecimiento.

San Gerónimo estimó tanto la doctrina de san Hilario, que estando en la ciudad de Tréveris trasladó por su propia mano un largo libro suyo de *Sinodis*, y le llama en un lugar *Rio Ródano* (que es muy caudaloso y arrebatado de la latina elocuencia: en otro, *Trompeta contra los arrianos*; en otro dice, que fué el mas elocuente varon de su tiempo, y que por sus merecimientos y santa vida, y resplandor de su elocuencia, era nombrado famoso por todo el imperio romano; en otro, que todos sus libros se pueden leer sin tropiezo ni peligro. San Agustín unas veces le llama valerosísimo defensor de la fé contra los herejes, y digno de toda veneración: otras insigne doctor de la Iglesia, y con mucha razon; que fué luz y ornamento de la Iglesia católica; y el que se opuso contra innumerables enemigos y herejes arrianos que en su tiempo con maña y fuerza la pretendieron derribar. Nació san Hilario de padres nobles y ricos de la provincia de Aquitania, y fué criado de ellos con mucho cuidado. Dióse desde niño á los estudios, y mostró en ellos grande ingenio y acertado juicio. Casóse, siendo ya de edad, con una señora, y tuvo de ella una hija, que se llamó Abra. En lo que el mismo santo escribe de sí en el primer libro de *Trinitate*, parece que da á entender, que siendo ya hombre docto, y versado en todas letras humanas y filosóficas, se dió á estudiar las sagradas y divinas, y que por la leccion de ellas le alumbró nuestro Señor, y (siendo aun gentil) se convirtió á la fé; y san Gerónimo, escribiendo sobre Isaias, también lo apunta, y dice que Dios habia trasplantado del siglo á su Iglesia como dos cedros del monte Líbano, dos árboles grandes y muy hermosos, que eran san Cipriano, y san Hilario. Y fué cosa maravillosa, que habiendo tan tarde dádose á las letras sagradas, le infundiese el Señor en tan breve tiempo tanta luz y tanto conocimiento de los profundos misterios de nuestra santa religion, como quien le tomaba por defensor de ellos, y maestro de los fieles, y

cuchillo de los herejes: y así comenzó á mostrarlo, persiguiéndoles con su excelente doctrina, huyendo su conversacion, y enseñando á todos que la huyesen, y que no tuviesen qué dar ni tomar con ellos; pues eran enemigos declarados de Jesucristo y de su Iglesia; y esto hacia aun siendo lego, y en la vida conyugal, viviendo con tanta honestidad y recato, que podía ser ejemplo de los sacerdotes; y procurando amar al Señor con temor, y temerle con amor. El resplandor de sus virtudes luego se comenzó á derramar no solamente por aquella tierra y provincia, sino tambien por las otras mas apartadas y remotas: habiendo muerto el obispo de Poitiers, fué escogido con particular instinto de Dios por obispo de aquella ciudad con grande y universal consentimiento de todo el pueblo. Algunos dicen que cuando le eligieron por obispo, era ya muerta su mujer: otros (y es lo mas cierto), que todavía vivía, y que con voluntad de ella le consagraron obispo, como antiguamente se hizo con otros, viviendo despues de obispos en continencia y apartados de sus mujeres, porque aunque nunca fué licito ni usado en la Iglesia que el que era sacerdote se pudiese casar, pero en algun tiempo se concedió que el casado se pudiese ordenar, haciendo cuenta que de allí adelante no lo era, como de los concilios y santos manifestamente se colige.

Siendo, pues, san Hilario ya obispo, y viendo que los herejes arrianos derramaban la ponzoña de su perversa doctrina, é inficionaban las ánimas de los fieles, y que el emperador Constancio era arriano, y con su potencia y armas alligia á los católicos, y que muchos obispos engañaban á sus ovejas, y que toda la Iglesia católica estaba oprimida y como ahogada, desnudo de temor, vestido de fervor, y armado de celo de la fé, se determinó salir al encuentro á los enemigos, y perder la vida temporal porque otros no perdiesen la eterna. No se puede fácilmente creer la tempestad que padeció en tiempo de los herejes arrianos la nave de la santa Iglesia, y la furiosa crueldad de aquella persecucion: la cual Vincencio Lirinense pinta de esta manera: « En este peligroso tiempo bien se vió cuán grandes calamidades vienen al mundo con la introduccion de nuevas doctrinas, porque no solamente las cosas pequeñas sino tambien las grandes entónces padecieron. No solo el parentesco, el dudo, las amistades y las casas particulares; pero las ciudades, los pueblos, las provincias, las naciones, y finalmente todo el imperio romano se turbó y estremeció: porque como la profana novedad de los arrianos á guisa de una furia infernal hubiese ganado primero al emperador, luego riudió á los principales ministros de su palacio, y apoderada de él, comenzó á consumirle todo, y turbar las cosas particulares y públicas, las sagradas y profanas, y sin hacer diferencia de lo bueno ni de lo malo, de lo verdadero ni de lo falso, dar en las cabezas como en enemigos. En este tiempo las mujeres casadas eran afrontadas, las viudas despojadas, las vírgenes violadas, los monasterios derribados, los clérigos echados de su casa, heridos los diáconos, desterrados los sacerdotes, y las cárceles y calabozos estaban llenos de santos varones y siervos de Dios, y buena parte de ellos andaban afligidos peregrinando por los campos de dia y de noche, porque les era prohibido el entrar en los pueblos; y así eran forzados á guarecerse en los desiertos, espeluncas y cuevas, entre las fieras y peñas, consumidos de la hambre y desnudez, y casi muertos en vida, acabar sus amar-

gos y dichosos dias. » Hasta aquí son palabras de Vincencio Lirinense, autor gravísimo que ha mas de mil años que floreció. San Basilio confiesa, que fué tal esta persecucion, que pensó que era principio de la apostasia, de la cual habla san Pablo en la epístola á los tesalonicenses; y san Gerónimo en una epístola dice, que fuera de Atanasio y Paulina, todo el Oriente estaba inficionado de la herejia de Arrio. En este tiempo, pues, de tanto trabajo y de tanta y tan grave afliccion en que estaba toda la Iglesia católica, levantó Dios á san Hilario, y le armó de su espíritu y sabiduría para consuelo de los católicos afligidos, y freno y tormento de los herejes, y para triunfar sin armas de las armas y potencia de los emperadores, y dar á entender al mundo, que no hay poder contra Dios, ni fuerzas contra la verdad. La primera cosa que san Hilario hizo contra los herejes, fué escribir una declaracion de la fé católica y enviarla á un conciliábulo que Saturnino obispo de Arles, principal caudillo de los arrianos, mandó celebrar en la ciudad Biterrense, que es en la provincia de Languedoc en Francia; porque por no ser legitimo aquel concilio, san Hilario no quiso ir á él: mas escribió, como dice, un tratado muy docto y con muy vivas razones y lugares de la sagrada Escritura, declaró la verdad católica, y la igualdad del Verbo eterno con su Padre, y envióle á aquella junta, para que en ella se leyese, y supiese la verdad y la confesion de su fé. Los herejes procuraron hundir y enterrar este libro de san Hilario (como lo suelen hacer en todas las cosas que son contrarias á su perversa doctrina): y juzgando que el mayor enemigo que tenian en las partes del Occidente era san Hilario, y que derribado y vencido: el que como capitán esforzado y valeroso les hacia cruda guerra y sustentaba y animaba á los demás, alcanzarían la victoria, y quedarían señores del campo; procuraron con el emperador Constancio, que le desterrase de la Iglesia y se le quitase de delante; y así por mandado de Constancio fué desterrado el santo pontífice, y le enviaron á Frigia, provincia de Asia, y tambien fueron desterrados san Dionisio, obispo de Milan, y san Eusebio obispo de Verceli. Fué cosa maravillosa el gozo que recibió san Hilario cuando supo su condenacion: como ninguna cosa deseaba mas que padecer por Jesucristo, tuvo por muy gran merced y singular don suyo el ser desterrado de su patria y de sus conocidos y amigos, y alejarse de ellos por acercarse mas á Dios. Cuatro años estuvo el santo pontífice en aquel penoso y para él gustoso desierto (donde, como dice Adon, escribió los doce libros de la Trinidad, altísimos y profundísimos), hasta que á deshora y sin pensarlo, fué llamado al concilio que por mandado del emperador Constancio se juntaba en la ciudad de Seleucia de Isauria: y fué llamado sin voluntad del emperador; porque habiendo él dado una orden general á sus ministros que convocasen á todos los obispos para el concilio, ellos llamaron entre otros á san Hilario como obispo, sin tener cuenta que estaba desterrado y en desgracia del emperador. Mas fué particular providencia del Señor, como dice Severo Sulpicio, que no faltase en aquel concilio (en que se habian de tratar tan altas y tan dificultosas, y por los herejes tan combatidas verdades de fé) aquel que el mismo Señor habia escogido para luz y maestro y defensor de ella. Yendo al concilio san Hilario, le aconteció en el camino bautizar una doncella, por nombre Florencia, que era gentil, y á su padre que tambien se llamaba Flo-

rencia, y á todos los de su casa; porque la doncella, alumbrada de Dios, le conoció y le dió á conocer á los otros, y le suplicó que la bautizase, y despues le siguió hasta Francia, diciendo que habia de estimar mas al padre que la habia engendrado en Cristo por el bautismo; que al que la habia engendrado en la carne. Vino, pues, san Hilario al concilio de Seleucia, con gran contradiccion y repugnancia de los obispos arrianos, los cuales por el aborrecimiento y miedo que le tenian, procuraron ántes infamarle y que se le pidiese razon de su fé y de la de los otros obispos de Francia (que estas suelen ser las mahas y embustes de los herejes); mas despues que el santo dió razon de sí y de lo que le preguntaban, quedaron confusos; y con su autoridad, celo y sabiduria, se trataron en aquel concilio las cosas que pareció convenir para confirmacion y establecimiento de nuestra santa fé, con grande contradiccion é inquietud de los herejes; y el mismo santo escribió lo que habia pasado en aquel concilio de Seleucia, y dice que lo escribe como testigo de vista. Fueron enviados por el concilio algunos embajadores á Constantinopla, para dar razon de todo lo que se habia hecho al emperador; y san Hilario fué con ellos, temiendo que los herejes hallarian mas gratos oidos en él, y que le darián á entender una cosa por otra, como suelen. Llegado san Hilario á Constantinopla, suplicó al emperador, que para que mejor se conociese la verdad, quitadas las tinieblas con que sus adversarios la querian oscurecer, mandase que disputasen con él; porque de esta manera, ni el emperador resistiría á Dios, ni la mentira prevalecería contra la verdad, ni la herejía contra la fé católica. Inclinandose el emperador á otorgar la peticion tan justa de san Hilario, Valente y Ursacio, que eran los principales caudillos de los herejes, temiendo que si el emperador concedía á san Hilario lo que le suplicaba, y se venía á disputa, se conocería su ignorancia y maldad, y que no podrian responder á las razones de san Hilario, ni resistir á la fuerza de su espíritu, con grande astucia y artificio persuadieron al emperador que le mandase volver á su iglesia; porque con esto él volvería contento, y ellos quedarían sin cuidado. Hizolo así Constancio, y mandó al santo pontifice que se volviese á su iglesia: á la cual volvió con muchas lágrimas, y por no haber alcanzado el martirio que tanto deseaba, ni dejar sosegada y quieta la Iglesia en Oriente; y por tener por más destierro vivir con quietud en su misma patria, que en Frigia, donde habia tenido tanto que padecer por Jesucristo. Volviendo san Hilario de Oriente á Francia, el glorioso san Martín (que despues fué obispo de Tours), movido de la fama de su santidad, y conociendo á Cristo en el santo doctor (como lo habia conocido en el pobre cuando le dió la mitad de su capa), vino á buscarle, y le siguió hasta Francia, y fué de él ordenado exorcista, y con sus consejos y ejemplos llegó á tan alta cumbre de perfeccion, que fué tenido por espejo de santidad, y por un singular milagro en el mundo. En el camino, navegando san Hilario, aportó á una isla llamada Galaria, inhabitable por la grande copia de varias y venenosas serpientes; las cuales, en desembarcando el santo, se retiraron á sus cuevas huyendo de él, como si viniera á encantarlas en el nombre del Señor; y el santo fijó un palo en cierta parte de la isla, y le puso por límite, y mandó á las serpientes que no pasasen de allí, y ellas obedecieron; para que se vea cuanta fuerza tiene la voz y mandato de Dios, y que sus siervos

mandan á las serpientes y son obedecidos de ellas, no obediendo el hombre al mismo Dios.

No se puede creer la alegría y regocijo con que san Hilario fué recibido de todos los católicos, mirándole (como dice san Gerónimo) como á vencedor que venia de la guerra y de pelear las batallas del Señor; y el espanto y terror que cayó sobre los herejes, y el número de ellos que por la doctrina, celo é industria de san Hilario se convirtió. Las ovejas gozaban de su pastor, y la iglesia de Poitiers de su esposo y prelado: los huérfanos tenian en él padre, las viudas consuelo, los pobres remedio, los ignorantes maestro, los sacerdotes ejemplo, y todos un dechado perfectísimo de toda virtud; y para que mas se aprovechasen de las santas costumbres y admirable doctrina de san Hilario, le esclareció el Señor con muchos y grandes milagros, por los cuales se derramó mas la fama de su santidad por toda la tierra. Uno fué, que resucitó un niño, muerto sin bautismo: otro, y no menor, que estando en el destierro san Hilario, Dios nuestro Señor le reveló que su hija Abra, que se habia quedado en Francia, tenia voluntad de casarse, y que un caballero mozo y noble la pedía por mujer: y como el santo desease que su hija perseverase en su pureza virginal y tomase á Cristo por esposo, escribióle una carta como santo y como padre, en la cual le dice el gran deseo que tiene de su bien, y de darle un esposo que fuese aventajado entre todos los hombres de la tierra; y que habia hallado uno que en nobleza, hermosura, riqueza, condicion, grandeza y majestad sobrepunja á todos cuantos habia en el mundo, y que con él pensaba casarla; que la rogaba, que se entretuviese y no tomase otro marido hasta que él volviese á su casa, y se le diese de su mano. Recibida esta carta, fué grandísimo el contentamiento y alegría que tuvo Abra, pareciéndole cada día que tardaba mil años, para que su padre le diese tal esposo; y con esta esperanza se entretuvo hasta que san Hilario tornó á su casa. Llegado á ella, halló á su hija que le aguardaba con gran deseo, y de su mano el esposo que por su carta le habia prometido. Hablóla con gran ternura el santo como padre, y con grande eficacia y persuasión como excelente orador: y declaróle que el esposo, que le tenia aparejado, era inmortal, incorruptible, y sobre todas las cosas hermoso y divino; y rogóle que con él se abrazase, y á él se entregase, á él sirviese, y á él con todas sus fuerzas procurase agradar. Y habiéndoselo persuadido, teniendo revelacion que estaba en gracia de Dios, temiendo que como mujer floaca se podría trocar y arrepentir, suplicó á nuestro Señor que se le llevase luego de esta vida, pura y entera, en la flor de su virginidad: y el Señor se lo concedió, dando una muerte sin dolor ni enfermedad á la santa hija, y sepultura por manos de su mismo padre; que á mi ver, no es menor milagro que haber resucitado el niño muerto: pues en aquel milagro se dió vida al muerto, para que recibiese el bautismo; y en este otro se dió la muerte á la doncella viva, para que gozase del efecto del santo bautismo: en el uno el que resucitó pudo despues pecar; en este otro la que murió fué confirmada en gracia, y comenzó una vida que no tiene fin, en compañía del esposo que su santo padre le habia prometido; celebrando las bodas con el Cordero que es luz, alegría y bienaventuranza de todas las almas que le toman por esposo. Vivió despues el bienaventurado san Hilario algunos años con mucha paz y quie-

tud, apacentando sus ovejas, y escribiendo muchos y doctísimos libros, con los cuales ilustró la Iglesia; y de ellos hace mención san Gerónimo en el libro que escribió de los escritores eclesiásticos. Y llegándose ya el tiempo en que nuestro Señor había determinado darle el galardón de los muchos, grandes y fructuosos trabajos que había tomado por su amor, pasó de esta miserable vida á la eterna, con extraordinario sentimiento de su pueblo, que perdía tan buen pastor, y con gran gozo suyo y alegría del cielo, siendo como dice san Gerónimo, emperadores Valentiniano y Valente, y como dice el Breviario romano de Pio V, el año del Señor de 373, aunque san Gerónimo en el Cronicon pone su muerte el año 372, Tritemio el año de 371, Onufrio el 352, y el cardenal Baronio el de 369, y este postrero sigue el Breviario reformado de Clemente VIII. Falleció á los 13 de enero; mas la Iglesia celebra su fiesta á los 14, por celebrarse el día ántes la octava de la Epifanía. El cuerpo de san Hilario fué sepultado con gran sentimiento y devoción de los fieles; y andando el tiempo, siendo Tridelino abad del monasterio en que estaba san Hilario, le apareció y mandó que le trasladase á un templo nuevo que se había hecho, y los mismos ángeles sacaron el cuerpo del lugar donde estaba, y le traspasaron al que se había de nuevo aparejado, como lo refiere el cardenal Pedro Damian, autor santo y grave, en un sermón que hizo de su traslación; y dice que lo supo por relación de personas fidedignas. Escribieron de san Hilario san Gerónimo en el libro de *Script. Eccles.* y en la apología contra Rufino, y en las epístolas á Florencio y á Leta y al gran orador, y en el libro contra los luciferianos y en otros lugares: Severo Sulpicio en el segundo libro de su historia: Rufino en el segundo libro, capítulo 30 y 31: Sócrates en el libro III, capítulo 8: Sozomeno en el libro III, capítulo 13, y en el libro V, capítulo 12; y san Gregorio Turonense en el libro II de *Gloria Confess.* capítulo 2, donde cuenta algunos milagros que obró Dios por san Hilario después de muerto: y Fortunato escribe un libro de ellos, en el cual el que quisiere los podrá leer; solo quiero yo referir dos, por tener particular doctrina. El uno fué que estando dos mercaderes en la iglesia de san Hilario, y allí presente una figura de cera, dijo el uno al otro que era bien ofrecer aquella figura al santo á costa de ambos: el otro no gustó de ello, porque no quería gastar ni hacer aquella ofrenda; pero llegándose al altar los dos, y ofreciendo aquella figura, el uno con buena voluntad, y el otro de mala gana, la figura se partió en dos partes iguales de alto abajo, y quedándose con la una el santo, arrojó la otra, como quien no quería recibir lo que de mala gana se le ofrecía, tanto va, nó en lo que se ofrece, sino en el ánimo con que se ofrece al Señor. El otro es, que yendo el rey de Francia Clodoveo con su ejército á hacer guerra contra los herejes, vió á media noche una luz grande que salía de la iglesia de San Hilario y venía hácia él, y oyó una voz de la luz que le dijo: que se diese prisa, y haciendo primero oración en aquella iglesia, al día siguiente diese la batalla á sus enemigos, porque sin duda alcanzaria la victoria; y así lo hizo, y la alcanzó.

De donde se ve, que este glorioso santo no solamente en vida fué enemigo y perseguidor de los herejes; mas aun después de muerto los aborrecía: y esta es la primera cosa que en su vida debemos notar é imitar, el odio (digo)

y aborrecimiento que él tuvo á los herejes, el espanto con que habemos de huir de ellos, y el fervor y celo con que habemos de resistir á sus embustes, artificios y violencias, aunque sea menester padecer trabajos, peligros y tormentos, y poner el cuello al cuchillo; porque en esta virtud y en la constancia de la fé se esmeró mucho san Hilario, y tuvo tan grande libertad, que espanta á los que leen sus libros, y en ellos ven el espíritu, fervor y vehemencia con que trata á los herejes, y al mismo emperador Constancio con el cual, hablando en un libro que escribió, dice en el principio estas palabras: «Tiempo es ya de hablar; pues pasó el tiempo de callar. Guardemos á Cristo; pues que es venido el Anticristo. Den voces los pastores; porque los mercenarios han huido. Pongamos las almas por nuestras ovejas; porque los ladrones han entrado, y el león hambriento las rodea. Salgamos con estas voces al martirio.» Y mas abajo, hablando con el mismo emperador, dice: «Pluguiera á Dios que me hubiera hecho tanta merced que yo pudiera servirle y hacer esta confesion de mi fé en el tiempo que imperaba Neron ó Decio, que fueron tan crueles perseguidores de la Iglesia; mas ahora nosotros peleamos contra un perseguidor engañoso, contra un enemigo blando, rontra Constancio Anticristo, que no hiere las espaldas, sino trae la mano blanda por el cerro; no corta la cabeza con la espada, sino corrompe el ánimo con el oro; no nos amenaza con el fuego corporal, pero secretamente enciende el fuego del infierno; confiesa á Cristo para negarle, y edifica los techos de las iglesias para destruir la Iglesia.» Y mas abajo: «Oye, emperador, lo que es propio tuyo. Dices que eres cristiano, siendo nuevo enemigo de Cristo; representasnos ántes de tiempo al Anticristo, y haces lo que ha de hacer: haces fórmulas de la fé; y vives como si no tuvieses fé: eres maestro de los hombres profanos. y no oyes á los piadosos y fieles: das los obispados á tus criados, y truecas los malos por los buenos: encarcelas á los sacerdotes: espantas la Iglesia con tus soldados: mandas juntar concilios, para que los fieles caigan en impiedad; y teniendo los sacerdotes como presos en una ciudad, con amenazas los espantas, con hambre los enflaqueces, con el rigor del invierno los consumes, y con tu disimulacion los estragas y perviertes; de manera que vemos tu piel de oveja, siendo tú á la verdad lobo sangriento.» Y otras palabras va diciendo este santo de grande libertad y celo, por las cuales se ve en cuán poco tenia su vida, y la deben tener todos los obispos y prelados, cuando se trata de la entereza de la fé y defensa de nuestra santa religion. Y tanto pone mayor admiracion este espíritu tan vehemente de san Hilario, cuanto mas maravillosa fué su mansedumbre, de la cual particularmente es alabado de Rufino: pero el hombre ha de ser manso en sus injurias, y celoso y fuerte en las de Dios. Otra virtud debemos imitar en san Hilario, y es la estima y aprecio de la castidad: pues este glorioso santo la estimó tanto, que porque su hija no perdiese la rica é inestimable joya de su virginidad, rogó y alcanzó del Señor que le quitase la vida; y Dios se la quitó, como queda referido, para darle la eterna: la cual nos dé el Señor á todos por los merecimientos de este gloriosísimo doctor.

LOS SANTOS CUARENTA SOLDADOS, MÁRTIRES.— Merecieron recibir la corona del martirio, en Roma, por confesar la fé católica, siendo emperador Galieno.

SAN POTITO, MÁRTIR.—Habiendo padecido muchos tor-

mentos en tiempo del emperador Antonino y del gobernador Gelasio, últimamente consiguió la palma del martirio, siendo degollado en Cerdeña el día 13 de enero del año 166.

LOS SANTOS HERMILO Y ESTRATÓNICO.—Eran de Singidion en la Nisia superior; padecieron crueles tormentos por la fe, y últimamente fueron ahogados en el río Danubio durante el reinado del emperador Licinio por los años de 313.

LOS SANTOS GUMERSINDO Y SERVODEO.—El primero nació en Toledo á principios del siglo IX. Sus padres lo llevaron á Córdoba para que se instruyese en las ciencias sagradas y profanas, que aun despues de la entrada de los moros en España florecian en aquella ciudad; y con objeto de que se fuese ensayando en las funciones del ministerio sagrado á que se mostraba inclinado, lo dedicaron al servicio de la iglesia de los santos mártires Fausto, Genaro y Marcial, en la cual tenian los cristianos una escuela ó seminario para educacion de la juventud. Ordenado de sacerdote luego que tuvo la edad competente, se hizo tan recomendable por sus virtudes, que el obispo de Córdoba le nombró, sin que lo solicitase, para cura de un lugar inmediato á la ciudad. El ministerio parroquial era muy importante y delicado en aquellos tiempos de opresion, en que los cristianos estaban sujetos á la dominacion de los árabes; pero Gumersindo desempeñó muy dignamente todas sus obligaciones, y fué singularmente amado de sus feligreses por la suavidad de sus costumbres. Entónces trabó amistad estrecha con Servodeo, que fué su compañero inseparable en los tormentos y en la corona. Alentados ambos mutuamente por la divina gracia, se presentaron á uno de los magistrados árabes de Córdoba, é hicieron pública y solemne declaracion de que eran cristianos; de lo cual irritado el juez, mandó degollarlos al momento. Oyeron los dos santos la sentencia con inalterable firmeza, y dando gracias al Señor porque los hallaba dignos de padecer por su causa, entregaron sus cuellos al verdugo el día 13 de enero del año 852. Sus cuerpos fueron sepultados secretamente en el mismo sitio en que despues se edificó la pequeña ermita de san Julian; y su memoria fué desde luego tan célebre y venerada, que ya en la conquista de Toledo fueron invocados como santos por el rey don Alonso el sexto.

SAN LEONCIO, OBISPO DE CESAREA EN CAPADOCIA.—Fué centinela vigilante de la casa del Señor, y defendió constantemente la fé católica contra los infieles en tiempo del emperador Licinio, y contra los arrianos en el reinado de Constantino. Murió por los años 337.

SAN AGRICIO, OBISPO DE TRÉVERIS.—Fué varon de admirable santidad y singular doctrina. Era prelado de la iglesia de Antioquia, cuando á peticion de santa Elena fué enviado por el papa san Silvestre á trabajar en la conversion de la ciudad y region de Tréveris, que habian vuelto á caer en la idolatria. Su mision dió los mas brillantes resultados; y despues de coronado admirablemente su apostolado con las bendiciones del cielo, murió en Tréveris el día 13 de enero del año 335, habiendo sido el décimoséptimo obispo de aquella diócesis.

SAN VIVENCIO, CONFESOR.—Habia en Samaria un jóven llamado Vivencio, de nacimiento no comun, de entendimiento despejado y de gallarda presencia, que seguía los

errores del gentilismo y estaba muy versado en las letras paganas. Oyendo un dia predicar á san Jorge las verdades de la religion cristiana, y viendo los milagros que obraba por divina virtud, creyó en seguida en los misterios cristianos y fué bautizado. Creció tanto su fervor y el deseo de ser útil á la nueva doctrina, que poco despues se le ordenó de sacerdote, y empezó á predicar por todas partes á Jesucristo, haciendo innumerables conversiones, entre ellas la de sus padres y toda su familia. Fué un imitador exacto de todos los trabajos apostólicos: sus peregrinaciones, su celo en distribuir constantemente la santa palabra y los divinos misterios, su fe, su caridad resplandeciente siempre en todas las acciones de su vida, su infatigable constancia en aumentar con nuevas conquistas el aprisco del buen pastor, le hicieron ya en vida uno de los personajes mas recomendables de su siglo. No contento con esos laboriosos y prolongados merecimientos, no satisfecha aun su piedad con haber edificado al mundo con el espectáculo de tan grandes virtudes, quiso ántes de salir de la tierra santificar la soledad, y se retiró al monasterio de Vergy en las Galias, donde acudian á él todos los desgraciados á buscar alivio y consuelo; y todos se marchaban contentos y aligerados. Por fin, despues de una vida de las mas ilustres en trabajos, en gracias y portentos, acabó Vivencio sus dias en el citado monasterio, el día 13 de enero del año 400, el ciento y veinte de su edad.

SANTA GLAFIRA, VIRGEN.—Nació en Italia, y fué despues á Amasea, donde vivió santamente hasta su muerte, acaecida el día 13 de enero del año 324.

LA BEATA VERÓNICA.—Nació esta santa en Binasco, cerca de Milan, el año 1445: á la edad de veinte y dos años entró en el monasterio de Santa Marta en Milan, de la regla de san Agustín, donde adelantó tanto en los caminos de la virtud y en la perfeccion religiosa, que mereció desde luego ser mirada por sus hermanas como un ejemplar de vida religiosa, y favorecida por el cielo con extraordinarias y célebres visiones que ella misma escribió por órden de sus superiores. Acabó Verónica sus dias en el mismo convento el día 13 de enero del año 1497, y veinte despues fué declarada por Leon X en el número de los santos.

DIA 14.

SAN FÉLIX, PRESBITERO.—La vida de san Felix, presbitero de Nola, escribió en verso latino san Paulino obispo de la misma ciudad; y el venerable Beda la trasladó en prosa; y fué de esta manera. El padre de san Félix fué siro de nacion y se llamó Hermia. Vino á Italia para vivir en ella, y tomó casa en la ciudad de Nola que es en la provincia de Campania, como cinco leguas de la ciudad de Nápoles. Tuvo dos hijos: el uno se llamó Hermia, como su padre, y el otro Félix, que es el santo de quien hablamos. Muerto el padre, el hijo Hermia se dió á las armas, y siguió la guerra debajo el estandarte del emperador: mas Félix, por serlo de veras, como lo era de nombre, determinó seguir la bandera del sumo emperador y rey de los reyes Jesucristo, y menospreciadas todas las cosas de la tierra, buscar con grande ansia las del cielo. Para esto dió la mayor parte de su patrimonio á los pobres: aplicóse al servicio de la Iglesia, y en ella tuvo el

grado de lector y exorcista, con tanta virtud y espíritu que echaba los demonios de los cuerpos que atormentaban y poseían; y finalmente subió al grado de sacerdote, aprovechando á todo el pueblo, no ménos con su excelente doctrina que con el ejemplo de su santa vida. Levantóse en su tiempo una horrible y gravísima persecución contra la Iglesia de Jesucristo, movida de los gentiles que con fuerzas de atroces tormentos, y con esquisitos géneros de muertes la procuraban extinguir. Vinieron á la ciudad de Nola los ministros del emperador, y buscaron, como solian, las cabezas y guías de los cristianos, para hacer en ellos su presa y traerlos si pudiesen á su maldad, y sino atormentarlos y despedazarlos, para que los demás se rindiesen á la voluntad del emperador, viendo, ó rendidos á los que tenían por padres y maestros, ó muertos con tanta crudeza, que el temor acabase con ellos lo que el amor y blandura no hubiese podido acabar. Era en esta sazón obispo de Nola un santo varón, por nombre Máximo, anciano en la edad, santo en las costumbres, de aspecto venerable, celoso, prudente y de alto y cristiano espíritu: el cual, entendiendo el intento y rabia con que habían venido á Nola los ministros de Satanás, y que él había de ser el primero en quien aquellos lobos habían de embestir, para que herido y muerto el pastor, más fácilmente pudiesen hacer salto en el rebaño del Señor; comenzó á pensar lo que le convenia hacer, si se dejaría prender para morir como deseaba por Cristo, ó se guardaría para otra mejor ocasion, para que no peligrasen sus ovejas. Con esta duda, hablando consigo mismo decia: el vivir en tantos peligros, cierto no es vivir sino morir continuo y estar sujeto á mil muertes sin acabar de morir. Todo lo que pasa presto, es fácil de llevar por grave que parezca; si yo me presento á estos impíos ministros, una vez sola me despedazarán, y con la muerte me abrirán camino para verdadera vida; mas si me escondo, no acabarán jamás mis congojas y quebrantos; pues habré de vivir entre las fieras sin alivio ni descanso. El pelear es una muerte cierta, mas breve; el huir es un morir prolijo y dudoso: lo uno es de una vez y con un dolor acabar los afanes y miserias innumerables de esta vida; lo otro es padecer muchos golpes sin acabar con ellos: el padecer martirio es provechoso para mí; el ausentarme será provecho y por ventura necesario para mis ovejas. Pues ¿por qué quiero yo mas mirar á mi bien que al de mi ganado? El Señor dijo á los apóstoles, que cuando los persiguiesen en una ciudad huyesen á otra; según esto mi huida es lícita y segura, y á lo que puedo ver por el estado de las cosas presentes será útil para mi pueblo; y así dejando lo que á mí me toca sigamos el bien de los otros: y aunque deseemos morir por Cristo, vivamos ahora por amor de Cristo; que él nos dará otro tiempo para morir por él. Con esta resolucion, el santo obispo encomendó su ganado á Félix, y se retiró á los riscos de los montes y á los lugares más ásperos y seguros. Como los perseguidores no hallaron al obispo, dieron en san Félix, que era la segunda roca y pilar de aquella cristiandad. Préndenle y cárganle de prisiones y cadenas; y no habiéndole podido ablandar con dulces palabras y promesas, ni espantar con fieras amenazas, le echaron en una cárcel muy oscura, y para que no pudiese dormir ni reposar, sembraron el suelo de agudos pedazos de tejas. Entretanto que san Félix estaba preso en la cárcel, el santo obispo Máximo, estando libre de las prisiones, no lo estaba del

amor de sus ovejas, ni de otras penas que padecía; por que acordándose de su grey se consumía, pareciéndole que la cárcel, el fuego y la misma muerte no era tan duradera como el verse sin el pueblo que Dios le había encomendado: y puesto caso que confiaba mucho en la virtud y valor de Félix, siempre temia que las ovejas padecieran en ausencia del propio pastor. Por este respeto, y por el deseo encendido que tenia de poner la vida por Cristo, muchas veces trató de volverse á la ciudad; mas el Señor, que por otro camino queria ser en el santo obispo glorificado, le quitó aquel pensamiento. Añadióse á este otro tormento, que no hallaba ya qué comer ni con qué sustentarse; y como era viejo y el tiempo era de invierno y muy frio, y el cielo estaba cubierto de escarcha y hielo, helábase el santo pontifice y desfallecia. Estaban en un mismo tiempo los dos santos sobremenera afligidos; el uno viejo y el otro mozo, el uno obispo y el otro sacerdote, el uno libre y el otro preso; el santo obispo estaba atormentado de la hambre, y el sacerdote de sus prisiones y cadenas; ambos tenían necesidad del consuelo y favor divino; y el Señor, que es benigno y nunca desampara á los que confían en él, se lo dió de esta manera. Vinó á la cárcel donde estaba san Félix un ángel que le ilustró con su luz resplandeciente, la cual solo vió el santo, para quien solo se enviaba; y oyó una voz que le decia, que se levantase y saliese de la cárcel. Parecióle sueño, como á san Pedro cuando estuvo preso de Herodes; mas tornando el ángel á mandarle que se levantase y lo siguiese, hallóse desatado de sus prisiones y cadenas, y comenzó á seguir al ángel, abriéndosele las puertas de la cárcel que para los otros estaban cerradas. Iba el ángel delante y san Félix le seguía, hasta que llegaron al monte donde el santo obispo Máximo estaba tendido en el suelo, helado y consumido con el hambre, frío y mucha edad, y con un semblante que mas parecia muerto que vivo. Abrazóle san Félix, y como lo halló sin sentido y helado, comenzó con el huelgo á calentarle, procurando dar algun espíritu y vida al que al parecer estaba sin ella. Como vió que no le aprovechaba todo lo que hacia, volvióse á la oracion, que es remedio universal de todos los males, y suplicó á nuestro Señor que le socorriese en tan extrema necesidad; y luego vió colgado en una zarza un racimo de uvas, el cual tomó como enviado del cielo, le esprimió en la boca del santo viejo, y él con aquel licor volvió en sí, abrió los ojos, movió los labios y comenzó á alabar á Dios, y despues á quejarse de san Félix porque había tardado en venir, habiéndole nuestro Señor prometido que le vendría á socorrer y visitar. ¿Quién desconfiará en sus trabajos de tan gran Señor? ¿Quién, aunque esté en el vientre de la ballena como Jonás, desmayará sabiendo que Dios es poderoso para sacarle de él? ¿Y que aunque mortifica, tambien da vida, y despues de haber dejado llegar al hombre á lo mas profundo del abismo, le saca y levanta, consuela y anima? Libró el ángel á Félix de la cárcel, para que él como otro ángel, librase á Máximo de la muerte y de la afliccion extremada que tenia. Tuvieron los dos santos algunos razonamientos dulces y piadosos entre sí, y al cabo determinaron volver á la ciudad, para esfuerso y ayuda de los fieles; y como ni el santo viejo podia por su gran flaqueza, andar por sus piés, ni habia piés ajenos en que llevarle; la caridad, á la cual ninguna cosa le es imposible, dió fuerzas á san Félix, para que le llevase á

cuestas, movido del amor y de la esperanza del gran fruto que las almas de los fieles habian de recibir con la vista de su pastor.

Tomó, pues, sobre sus hombros el santo mozo al santo viejo, yendo mas ligero con su peso: llevóle secretamente á la ciudad; entrególe á una buena vieja que sola estaba en casa del obispo; y él se escondió hasta que cesó aquella borrasca, y despues los dos salieron en público y visitaron y consolaron á los fieles, los cuales por la persecucion pasada tenian necesidad de ayuda y consejo. Poco duró aquella bonanza y aquella paz que Dios nuestro Señor habia dado á la ciudad de Nola; porque luego se tornó á turbar el mar y á levantarse las olas hasta el cielo. Volvieron los ministros del emperador á la ciudad, y como sabian que san Félix era el capitan de todos los demás, la primera cosa que hicieron fué buscarle: halláronle en la plaza; mas no le conocieron. Preguntaron al mismo san Félix, si conocía á Félix presbítero; y él respondió que de cara no le conocía, como era verdad (pues que ninguno se conoce ni puede ver su rostro); y entendiendo que le buscaban se apartó de allí, y se fué á esconder en un lugar secreto que le pareció seguro, aunque no habia en él con que repararse, sino una pared vieja y caída. Los ministros, así que entendieron de otros, que aquél con quien habian hablado era el mismo que buscaban, dieron tras él, y entraron en el mismo lugar donde él estaba escondido; pero para que se vean los modos tan esquisitos y admirables que Dios toma por socorrer y defender á sus siervos cubrió repentinamente aquel rincon en que estaba san Félix de unas telas de arañas tan espesas y tan cerradas que no le pudieron descubrir ni ver: y teniéndose por engañados y no viendo al que buscaban, volvieron atrás muy despechados y confusos: para que entendamos, como dice san Paulino, que cuando tememos á Dios, las telarañas nos sirven de fuertes muros; y cuando nó, los muros son telarañas para nuestra defensa. ¿Pues quién no servirá á un Señor tan poderoso, tan cuidadoso de los suyos, y que con modos tan maravillosos los defiende? Partiéronse los perseguidores aquella tarde: y san Félix quedó cantando aquel verso del salmo: «Aunque esté en medio de la sombra de la muerte no temeré los males, porque vos estais conmigo:» y entróse mas adentro entre las ruinas de ciertos edificios donde estuvo seis meses, segun san Paulino, sin ser conocido ni visto. Y para que mas nos admiremos y alabemos la providencia que el Señor tuvo en sustentar á este su siervo en todo aquel tiempo, allí junto donde estaba san Felix, moraba una buena y devota mujer, la cual inspirada y movida del mismo Señor, cada dia, sin saber lo que hacia, ni para quién lo hacia, ponía pan y otros manjares, que habia guisado para los de su casa, en aquel escondrijo donde estaba san Félix, pensando que los ponía en su propia casa; y de esta manera le sustentó sin saber que le sustentaba, acordándose cada dia de poner allí la vianda, y nunca acordándose de haberla puesto, que es ejemplo raro y maravilloso. Y para que no le faltase qué beber, en un aljibe roto que allí estaba enviaba Dios tanta cantidad de rocío, que el santo con él se podia refrescar; y de esta suerte vivió los seis meses apartado de toda comunicacion y trato con los hombres, pero muy regalado de los ángeles y visitado del mismo Dios, hasta que habiendo cesado aquella tormenta, serenándose el cielo y sosegándose el mar, salió san Félix de su secreto

retraimiento, y comenzó á hacer lo que ántes él solia, que era predicar, exhortar á toda virtud al pueblo: el cual viéndole tan sin pensar, le honró y reverenció como si hubiera bajado del cielo. Murió en este tiempo el obispo Máximo, consumido con su larga edad y trabajos que por Cristo habia padecido: luego todos pusieron los ojos en san Félix para que fuese su pastor y obispo; mas como él era tan humilde, persuadióles con buenas razones que eligiesen por obispo á Quinto; que era un clérigo de santísima vida, el cual habia sido ordenado de misa siete dias ántes que él, alegando que esto se le debía así por mas antiguo sacerdote, como por sus raras partes; y tambien porque de esta manera gozaria el pueblo de sus trabajos y de los de Quinto, y por uno tendria dos que le ayudasen y sirviesen para la salvacion de sus almas; y así se hizo, tomando Quinto el gobierno de aquella iglesia, y continuando Félix la predicacion, y ayudando al nuevo obispo á llevar el peso de su dignidad.

Si fué grande la humildad de Félix, no lo fué ménos el amor entrañable que tuvo á la santa pobreza, el cual mostró bien cuando dió á los pobres la mayor parte de su patrimonio, viviendo con mucha templanza de la pequeña parte que guardó por sí, y repartiendo á los pobres todo lo que al cabo del año le sobraba: pero mucho mejor se vió en lo que despues de la persecucion hizo; porque como el tiempo que ella duró le hubiesen tomado y confiscado todos sus bienes y hecho almoneda de ellos, despues que se sosegó aquella tempestad, y comenzó la Iglesia á gozar de paz y quietud, aconsejaron á san Félix que pidiese sus bienes por justicia, como lo habian hecho otros que los habian pedido y cobrado; mas él respondió con espíritu de verdadero y perfecto santo: No quiera Dios que yo torne á poseer los bienes que una vez perdí por Jesucristo, ni que codicie aquellas riquezas de la tierra que una vez dejé por poseer mejor los tesoros del cielo. Y así se sustentaba de los frutos de una pequeña huerta, y de tres hanegadas de tierra que él mismo por sus manos cultivaba con ayuda de otro labrador; y si le sobraba alguna cossilla, tenía la por de los pobres, y nó por suya. Nunca tuvo mas de un vestido, y si le daban otro, luego le daba á quien de él tenia necesidad. Con esta santidad vivió san Félix muchos años, siendo no ménos feliz por sus grandes merecimientos, que lo era por su nombre. Finalmente, murió á los 14 de enero, ó por mejor decir, comenzó á vivir una vida bienaventurada y eterna, de la cual dieron manifiesto testimonio los muchos y grandes milagros que nuestro Señor obró por él; y fueron tantos y tan notorios y esclarecidos, que venian de muchas partes del mundo los fieles en romería á su sepulcro, para alcanzar del Señor mercedes y favores por su intercesion; y san Dámaso, papa, compuso versos haciéndole gracias por la salud que Dios le habia otorgado por su oracion. Entre los otros milagros que obraba Dios por este santo, era descubrir la verdad oculta y que por otra via no se podia averiguar; porque cuando habia indicios vehementes que alguno hubiese cometido algun grave delito, y el que era acusado lo negaba y no se podia probar, llevábane al sepulcro de san Félix para que allí jurase y dijese la verdad, y si no la decia era castigado visiblemente: de lo cual hace mencion san Agustin en la epístola 137, y añade, que él envió desde África á la ciudad de Nola un clérigo suyo, que siendo infamado de un delito grave le

negó, para que con su juramento, hecho sobre el sepulcro del santo, se manifestase la verdad y purgase la infamia. Por espacio de muchos años y siglos manó de su cuerpo un licor celestial y saludable, con el cual se curaban muchos enfermos y sanaban de sus dolencias.

En la vida de este santo (como hemos visto) hay muchas cosas admirables, por las cuales debemos alabar al Señor; como son haberle librado de la cárcel por el ángel, llevándole al monte donde su obispo estaba pereciendo: criado el racimo de uvas para su refrigerio: defendiéndole con telas de arañas de los que le buscaban para matarle, y sustentándole tantos meses por mano de aquella mujer milagrosamente; pero hay otras no ménos maravillosas de sus heroicas virtudes, que debemos procurar imitar; especialmente aquella caridad tan entrañable y favorosa, con la cual, olvidado de sí, llevó acuestas á su obispo, y la humildad con que despues de él muerto no lo quiso ser; y aquel alto y admirable espíritu de pobreza con que menospreció los bienes de la tierra por gozar del sumo bien, y tuvo por ganancia la pérdida de lo que acá tenia, por alcanzar y poseer al que es todo de todos, y perfecta bienaventuranza de los que le sirven y padecen por su amor.

Hacen mención de este santo san Paulino, que (como dijimos) compuso en verso su vida, y Beda la escribió en prosa: san Agustín en la epístola 137 y en el libro de *Cura pro mortuis*; y Gregorio Turonense en el libro de la gloria de los mártires, capítulo 104.

EL BEATO BERNARDO DE CORLEON. — El beato Bernardo de Corleon nació en la ciudad de este nombre, en la isla de Sicilia, á 6 de febrero del año de 1605. Su padre se llamó Leonardo Latini, y su madre Francisca Latini. Eran ambos de humilde linaje, pero muy pios y devotos: en el bautismo pusieron á nuestro beato el nombre de Felipe, que despues trocó en el de Bernardo cuando entró en la religión capuchina. Tuvieron los padres de nuestro Bernardo un particular cuidado de criarle en el santo temor de Dios, y de enseñarle desde sus primeros años el camino de la virtud y de la salvacion: se aprovechaba Bernardo de las santas instrucciones que recibia de sus padres, porque Dios le habia dotado de un genio admirable: era afable, cortés, cariñoso y muy modesto, recatado, pio y devoto, con lo que era amado de todos. Cuando tuvo la edad proporcionada le aplicaron sus padres al trabajo, haciéndole aprender el oficio de zapatero, para que con la labor de sus manos ganase con que poder sustentarse. En esta ocupacion continuó Bernardo la vida virtuosa que habia llevado en sus primeros años; pero habiendo fallecido poco despues su padre, viéndose árbitro de sus acciones y sin ninguna sujecion, la fogosidad de su espíritu le inclinó al ejercicio de las armas. Era Bernardo muy alto, corpulento y robusto: sus fuerzas eran asombrosas, y la destreza en jugar las armas muy singular; y como de otra parte era de un genio muy fuerte y colérico, empezó á trabar riñas y pendencias, y en empeñarse en desafíos; de suerte que dentro de poco tiempo fué reconocido por el mas famoso duelista de toda Sicilia. Fueron innumerables los encuentros que tuvo, pero Dios por su divina misericordia le sacó siempre libre de los peligros de perder la vida temporal y la eterna, á que tantas veces se arrojaba; de suerte que jamás salió herido de ningun desafío, y aunque él hirió y maltrató á muchos en estos lances, no

nos dice la historia que dejase muerto á ninguno. Como desafiaba ó por vanidad, ó por ímpetu de su natural fogoso, luego que veia rendidos y humillados á sus enemigos quedaba desarmado todo su furor, de modo que el mismo los socorria y ayudaba en lo que podia. Pero lo mas particular en nuestro Bernardo es, que llevando una vida tan estragada, nadie le oyó jamás jurar ni maldecir, ni decir palabras deshonestas; ni tampoco se sabe que cayese en ninguna impureza. Aun en este tiempo en que andaba tan metido en sus desafíos tenia sus devociones, frecuentaba las iglesias, singularmente la de San Andrés, donde se venera una milagrosa imagen de Jesucristo crucificado; delante de esta devota imagen estaba á veces muchas horas arrodillado, meditando en su santísima passion. A su costa mantenía continuamente en su capilla una lámpara encendida, y cada año le hacia celebrar una fiesta muy solemne, para cuyo gasto salia á pedir limosna por la ciudad; y edificados los ciudadanos de ver ocupado en tan santas obras á un jóven de genio tan terrible y ferroz, le socorrian con larga mano, de modo que recogia mucho mas de lo que necesitaba, todo lo cual distribuía fielmente á los pobres, sin reservarse cosa alguna para sí. Era tambien muy devoto de san Francisco, y manifestaba varias veces que queria ser religioso de su órden; pero todas estas devociones exteriores no tenian fuerza para hacerle vencer su loca passion á los desafíos, con los cuales cometía innumerables pecados, y vivia casi siempre implicado en los terribles anatemas que el sagrado concilio de Trento fulmina contra todos los que intiman y aceptan desafíos, por cualquiera causa que esto se haga; pues nunca la puede haber para cometer una cosa tan detestable. Mas Dios, que desde la eternidad le habia elegido para que ilustrase la Iglesia con sus heroicas virtudes, dispuso que los desafíos, que habian sido causa de su perdicion, le fuesen ocasion de reconocerse, arrepentirse de sus culpas, y de hacer de ellas una asperísima penitencia. Un cierto comisario le trató mal de palabras, y no contento de cubrirle de baldones, sacó aun contra él su espada: Bernardo, que no sabia sufrir cosa alguna, sacó al momento la suya, y tiró con ella tal estocada al comisario, que le dejó tendido en el suelo. Este lance le forzó á refugiarse á una iglesia por temor de la justicia; y mientras estuvo en ella retirado, empezó á abrir los ojos y á pensar en la facilidad con que podia quedar muerto en alguno de sus desafíos, y perder á un tiempo la vida temporal y la eterna, y á reflexionar seriamente cuán infeliz y malaventurada seria su suerte, si le cogiese la muerte de improviso, sin darle lugar para arrepentirse de sus culpas. ¡Oh, y qué desgracia será la mia (exclamaba penetrado del temor de la justicia divina), si pierdo á Dios para siempre y caigo en el infierno! ¿Quién me libertará de tan terribles penas como allí se padecen? ¿Qué valor habrá para sufrirlas? ¿Qué fuerzas bastarán para tolerar tan terribles incendios? ¡Oh engaño, ó espantosa ceguedad en que he vivido! Lleno de estos sentimientos se dispuso luego para hacer una confesion general de toda su vida; la cual hizo con muchas lágrimas, y con un entrañable dolor de sus pecados: y conociendo los lazos y peligros del mundo, y la vanidad de todo lo que él ofrece á sus seguidores, resolvió abandonarle enteramente, y entrar en la religión de los padres capuchinos, para hacer una asperísima penitencia de los desórdenes con que habia manchado su vida

precedente. A este fin solicitó y obtuvo fácilmente un amplio indulto del delito que le había hecho refugiarse á aquel asilo. Obtenido su indulto, pasó inmediatamente á la ciudad de Palermo, ocho leguas distante de Corleone, á encontrar el provincial de los capuchinos, y postrándose á sus piés le pidió con muchas lágrimas le admitiese en su religion. El provincial, que sabia las calidades del pretendiente por ser tan conocido y famoso en todo el reino, aunque le consoló con dulces palabras, le difirió la gracia á fin de asegurarse mas de su vocacion. Volvió Bernardo á Corleone, donde desnudándose de su natural fiera, y arrojando las armas, empezó á llevar una vida muy santa y penitente. No se sabia mover de la iglesia y convento de padres capuchinos: comunicaba con el padre guardian sus ardientes deseos de ser religioso; con lo que dentro de poco fué consolado, y el provincial le dió la obediencia para el convento de Caltanicerta, donde pasase el noviciado; como en efecto en el dia de santa Lucia, á 13 de diciembre de 1632, recibió el santo hábito, á los veinte y siete años de su edad.

Luego que fué vestido del santo hábito, compareció un perfecto modelo de todas las virtudes religiosas, aventajándose no solo á los demás novicios, sino tambien á los religiosos mas provectos; de modo que era la admiracion y asombro de todo el convento. Concluido el año de su noviciado, hizo la profesion con indecible consuelo de su alma; y desde este tiempo dió tales ejemplos de todas las virtudes, y de haber llegado á la mas elevada perfeccion, que declararon muchos con juramento en los procesos, que en la santidad y heroico ejercicio de las virtudes parecia igualar al mismo seráfico padre san Francisco. Cumplia con el mayor cuidado todas las leyes y ceremonias de la orden, por mínimas que fuesen: iba siempre con los ojos bajos; su trato era afable y devoto; y era tan rara su humildad y mansedumbre, que parecia no sabia indignarse, y que habia perdido de todo punto lo irascible: habia hecho la firmísima resolucion de no excusarse ni defenderse, aunque fuese reprendido sin culpa; y si alguna vez faltaba á esta resolucion, por poco que fuese, castigaba luego su lengua de varios modos. Vivía casi siempre absorto con Dios y como fuera de sí, de suerte que de solo verle unos quedaban admirados, otros compungidos, y no pocos tibios y flojos proponian enmendar su vida y entregarse de todo corazon al servicio de Dios nuestro Señor.

La penitencia y la mortificacion de su cuerpo eran asombrosas y muy superiores á las fuerzas humanas. Todas las siete cuaresmas que, ó por regla ó por costumbre, se hacen entre los padres capuchinos, las ayunaba á pan y agua; que tomaba solo una vez al dia, puesto de rodillas á la puerta del refectorio; en las vigiliass de nuestro Señor, de san Miguel, de san Francisco, en los viernes de la cuaresma, y en los tres últimos dias de la semana santa no tomaba cosa alguna, en los demás dias se abstenia de carne, y este rigor de vida observó desde el noviciado. En los dias en que ayunaba, no esperaba que el refitolero le pusiese el pan que se ponía á la comunidad, sino que él mismo iba á la cesta, y del pan que habia sobrado otras veces tomaba para comer los mendrugillos mas pequeños, negros y duros. Aborrecia de tal manera el vino, que á los religiosos que le aconsejaban que bebiese un poco de él, como medicina para su debilidad y achaques, respondia: ¿Qué es lo que me aconsejais? primero traga-

ria un carbon encendido que una sola gota de vino. En los últimos quince años de su vida, que estovo de familia en Palermo, no tomó otra cosa que una escasa racion de pan y agua; de veinte y cuatro en veinte y cuatro horas; y si tal vez le obligaba la obediencia á comer alguna escudilla de legumbres, la mezclaba con ceniza y agua para que perdiese todo el gusto y sabor. Muchas veces bebia el agua turbia y cenagosa, otras podrida y de mal olor, y aun tambien la que habia servido para fregar los platos. En el verano, en que son los calores en Sicilia tan fuertes, que no se puede allí vivir sino bebiendo frio, y refrescándose todo lo posible, el beato Bernardo bebia el agua casi hirviendo de la cocina, y en ella echaba ajenos ó romero, para duplicar la mortificacion. Manifestó Dios nuestro Señor con varias maravillas, que le eran muy gratos y aceptos los ayunos de Bernardo, porque yendo un dia monseñor Plata, presidente de la suprema inquisicion de Sicilia, al convento de capuchinos de Palermo, y entrando en el refectorio á tiempo que el siervo de Dios, segun su costumbre, estaba comiendo de rodillas pan y agua, reparó que le salian del rostro muchos rayos de luz, y conceptuando que Dios le haria entonces algun favor especial, luego que acabó su refeccion, le llamó aparte, y valiéndose de la autoridad que le daba su oficio, le mandó en virtud de santa obediencia le dijese con toda sinceridad, si habia recibido del cielo alguna gracia; y el siervo de Dios, compelido de este precepto, lleno de rubor le dijo: que Cristo se le habia aparecido, y tomando un pedacito de aquel pan, que tenia allí, se le habia aplicado á la llaga de su sacrosanto costado, y tiéndole en su preciosísima sangre, se le habia puesto en la boca, exhortándole á perseverar hasta el fin en aquella abstinencia; y que al gustar de aquel divino néctar, habia sentido que se le llenaba el alma de una celestial dulzura, que le sacaba fuera de sí. Favores semejantes recibió de la Reina del cielo, la cual le dió una redomita de leche para endulzar la amarga bebida que tomaba con ajenos y romero.

A estos ayunos juntaba Bernardo otras mortificaciones, que no eran de ménos peso, ni ménos asombrosas. Cada dia tomaba siete disciplinas con cadenas de hierro, y otros varios géneros de instrumentos. Todos los viernes, en memoria de la pasion de Jesucristo, se disciplinaba con unos nudos de acero emplomados, y algunas veces se disciplinaba con una pelotilla atada con un cordel, llena por todas partes de puntas agudas y penetrantes, con la cual se daba tan recios golpes, que su cuerpo quedaba todo hecho una sangrienta llaga, de la cual salía tal copia de sangre, que para no quedar desangrado se estancaba la sangre con sebo mezclado con sal, remedio que le causaria mas dolor que la misma llaga. A estas crueles disciplinas juntaba la aspereza de los cilicios: eran varios los que usaba; unos de alambre, otros de hoja de lata y otros de acero: unos de puntas, otros de espinas, mas todos eran crueles y sangrientos; pero los mas frecuentes eran dos, uno de acero en forma de cinto sembrado de muchas puntas, y otro tejido de cerdas de caballo cortadas por el medio. Pero el mas espantoso era el tercero, que usaba algunas veces; y consistía en una especie de túnica que le cubria casi todo el cuerpo, la cual habia ido tejiendo por dentro con agudas y penetrantes puntas de acero. Al ponerse de rodillas le causaba este cilicio dolores intensísimos, y muy mayores al recostarse, para descansar sobre su cama, que consistía

en una sola tabla de un palmo y medio de ancho, sobre la cual dormía solas tres horas en invierno, y dos en verano. Estas penitencias, superiores á las fuerzas humanas, que mas deben admirarse que imitarse, enflaquecieron de tal suerte el cuerpo de nuestro beato (en otro tiempo tan robusto), que no parecia sino un pálido esqueleto: no obstante, el Señor que le inspiraba aquellas extraordinarias mortificaciones, le conservaba la salud, y le daba fuerzas, para poder cumplir los oficios, que le encargaba la obediencia, aunque fuesen de los que piden mayores fuerzas; como es el de cocinero, que ejerció por espacio de veinte años continuos. Estás fuerzas se las comunicaba el Señor en la santa comunión, que recibía todos los dias; porque hallándose debil y sin fuerzas para los oficios corporales ántes de comulgar, luego que habia recibido el divino Sacramento se hallaba ya apto para todos los oficios que le encargaba la obediencia, recobrando con este celestial alimento las fuerzas y el espíritu. No se puede explicar aquella hambre sagrada y desco insaciable que tenia de recibir este divino manjar; y cuando le preguntaban los religiosos por qué comulgaba con tanta frecuencia, respondia: que lo hacia, porque le parecia que era imposible vivir sin este divino alimento, que le sustentaba, no solamente el alma sino tambien el cuerpo, fortaleciéndole para tolerar cualquier trabajo ó fatiga corporal. Disponiase para la comunión con una sangrienta disciplina, y con afectuosas y tiernas meditaciones, con las cuales se encendia todo en amor del Señor sacramentado. Despues de haber comulgado se derretia su alma en dulces deliquios de amor, y las mas veces se quedaba extático y abortivo y fuera de sí, gozando por largo espacio de inmensas dulzuras y consolaciones espirituales. Cuando estaba expuesto el santísimo Sacramento, no se apartaba jamás de su presencia, sino era compelido de la obediencia ó de sus obligaciones. Echaba flores y perfumes en la iglesia: hacia vistosos ramilletes de flores para adorno de los altares: encargaba mucho al sacristan la limpieza y curiosidad en en los altares, ornamentos y demás cosas pertenecientes al culto divino. En el dia del Corpus y su octava eran mayores los esmeros de nuestro Bernardo; y tal el júbilo y alegría de su alma, que estaba como fuera de sí. Estando de familia en el convento de Castronovo, fué Bernardo en el dia del Corpuscon los demás religiosos á la procesion solemne que se hace en la catedral, y luego que se puso ánte el altar mayor, donde estaba expuesto el santísimo Sacramento, fué arrebatado á tal altura, que sobrepujaba á las cabezas de todos los presentes. Estuvo en este admirable éxtasis á vista de todo el pueblo cerca de una hora, mirando al cielo y puestos los brazos en cruz. En otra ocasion, pasando junto al coro de la misma iglesia catedral, alzó los ojos, y vió que estaba expuesto el santísimo Sacramento, y de improviso se arrebató su alma en una altísima contemplacion de las perfecciones divinas; y siguiéndose á este vuelo de espíritu el del cuerpo, se levantó en el aire á vista de un numeroso concurso, causando á todos aquel pasmo y asombro que se deja discurrir. Era tambien muy tierna la devoción que tenia á la sagrada pasion de Jesucristo: siempre que fijaba en alguna imágen de Jesucristo sus ojos, sentia se le derretia el corazon de ternura y devoción. El objeto de sus discursos y meditaciones era la pasion y muerte de nuestro Redentor; parece que no sabia pensar en otra cosa; y á excepcion de

las festividades mas solemnes del Señor y de su santísima Madre, en que meditaba sobre el misterio que se solemnizaba en aquel dia, el objeto de su meditacion era la pasion del Señor. Un religioso confidente suyo le aconsejaba que aprendiese á leer, pues le facilitaria el ejercicio de la oracion. Bernardo estaba perplejo y no sabia qué hacerse: suplicaba al Señor le inspirase lo que fuese mas de su agrado; y estando un dia orando con mucho fervor delante de un crucifijo, oyó que el Señor con voz clara le decia: «Bernardo, no te es necesario buscar libros: te basta el de mis llagas; y en este aprenderás doctrina mas provechosa que en cualquiera otro.» Tenia grande devoción á la imágen de Jesucristo crucificado, que se venera en el convento de los padres capuchinos de la ciudad de Palermo, y pasaba muchas horas delante de ella, meditando en las sangrientas llagas de nuestro Redentor. Una noche, ántes de maitines, estando en fervorosa oracion, se arrebató en el aire hasta quedar perpendicularmente á la altura del crucifijo; entró en este tiempo en la iglesia fray Lorenzo de Catalnageta, sacristan que era del convento, á atizar las lámparas, y viendo al siervo de Dios tan elevado de la tierra, fué á dar aviso al padre guardian, el cual bajando en compañía de dicho Fr. Lorenzo, al ver á Bernardo tan elevado de la tierra, sintió gran emocion en su alma; y para probar si aquel éxtasis era verdaderamente de Dios, le mandó que desde luego sin dilacion bajase; y el siervo de Dios que estaba tan fuera de sus sentidos, que nada podía hacerle volver en sí, oyó y obedeció al momento la voz de su prelado, y bajó á tierra, aunque tan herido del amor, que no pudo volver en sí, y fué necesario llevarle á la celda suspirando y llorando. Estos y otros maravillosos éxtasis quedaron bien justificados en los procesos que se hicieron para su beatificacion y canonizacion.

Se disponia nuestro Bernardo para recibir tan soberanos favores de su divina Majestad, no solo con la asombrosa penitencia que se ha referido, sino tambien con el ejercicio de una continua y fervorosa oracion. Empleaba en este ejercicio todo el tiempo que le sobraba de sus precisas ocupaciones, y aun estando en ellas tenia tan recogido el espíritu, y puesto en Dios, que parecia mas ciudadano del cielo que morador de la tierra. Desde los primeros años que fué cocinero, formó un altarito en un sitio retirado de la cocina, en el cual colocó una dolorosa imágen de Jesucristo. Aquí se retiraba á hacer oracion aquellos ratillos que le sobraban: aun estando atareado en su oficio no se distraía de la oracion; porque cuando cargaba algun peso, consideraba la pesada cruz de Jesucristo: cuando se quemaba, se acordaba del ardor de las llamas del infierno; en la luz y claridad del fuego consideraba la claridad del divino sol de justicia; para no distraerse de este su interior recogimiento, guardaba un profundo silencio: no hablaba sino en caso de precisa necesidad, á cuyo fin solia traer en la boca una piedrecita: decia que el religioso no debe contentarse con aquellas horas que hay señaladas por la religion para este santo ejercicio, sino que ha de procurar continuarlo con fervor en todos los ministerios del dia, no perdiendo de vista aquellas máximas que se aprendieron entónces. La oracion, decia, es la que mantiene el alma, y da el ser á las virtudes. La oracion es el arma mas poderosa para vencer las huestes infernales: es el azote mas fiero y terrible para Lucifer. Los

ayunos, disciplinas, cilicios y demás austeridades sirven de muy poco, si no se acompañan con la oracion.

En los últimos años de su vida le exoneraron los preladados de los oficios de cocinero y limosnero, compadecidos de su debilidad; y le ordenaron que se emplease en servir á las misas en el convento de Palermo. Con este permiso jamás se apartaba de la iglesia, hasta que se acababan todas las misas, ayudando á ellas con tal mortificacion, compostura y gravedad que edificaba á todos, pareciéndoles que veian á un ángel bajado del cielo. Habiendo Dios favorecido al beato Bernardo con el don de una oracion tan elevada, no quiso que fuese desvirtuado de los dones de vaticinar las cosas venideras, de conocer los secretos del corazón, y del de obrar milagros: ántes concedió á Bernardo con muchísima largueza estos dones; de modo que fueron muchas las cosas que predijo, y despues se verificaron puntualmente como las habia anunciado; y muchos mas los milagros que obró, dando la salud á los enfermos, que de todas partes acudian á él, y restituyendo la vida á cuatro muertos, por lo que fué estimado y respetado por santo en todo el reino de Sicilia.

Llegó por fin el tiempo en que Dios queria librar á su siervo de las miserias de esta vida: se hallaba ya en la edad de sesenta y dos años no cumplidos, cuando en el dia 6 de enero de 1637 fué acometido de una ardiente calentura, que le obligó á retirarse á su celda. A la mañana siguiente, habiendo tomado la calentura mayor incremento, fué preciso pasar á la enfermería que está dentro de la ciudad, una milla distante del convento: despidióse con mucha ternura de los religiosos sus hermanos, y se fué á pié á la enfermería, donde llegó con mucha fatiga y dificultad; y agravándosele cada dia mas el mal, habiendo recibido con singular y extraordinaria devocion los sacramentos de la Iglesia, besando afectuosamente las llagas de los pies y del costado de un devoto crucifijo, y diciendo: ea, vamos, vamos, entregó plácidamente su espíritu en manos de su Criador, á las tres de la tarde del dia 12 de enero del año de 1637. Su sagrado cadáver fué llevado con indecible pompa en hombros de caballeros desde la enfermería á su convento, y el Señor obró entónces muchas maravillas; con las cuales creció siempre mas el concepto de santidad que todos habian formado del siervo de Dios. Clemente XIII á 13 de mayo de 1768 despachó el breve de su beatificacion, habiendo ántes á 6 de marzo del mismo año expedido un decreto con que aprobó los dos milagros siguientes, que Dios habia obrado por intercesion del beato Bernardo.

El primero sucedió con Dorotea Torres, de edad de treinta y un años: Se habian abierto á esta mujer dos llagas tan profundas en el muslo y en la pierna, que se le descubrian los huesos: demás de esto se le hicieron en otras partes del cuerpo hasta cincuenta llagas, unas mayores y otras menores; pero todas de pésima calidad, purgando por ellas un humor fétido que no se podia tolerar. Trece años habia que estaba padeciendo estos males, pero habiéndola por último acometido una calentura maligna con una inflamacion, se hallaba reducida al extremo de su vida. En esta ocasion, en el mes de marzo de 1681, la exhortó su marido á encomendarse al beato Bernardo: trájola un libro de su vida, y ella llena de fé le tomó en sus manos, y con la estampa que tenia al frente, se tocó las llagas, implorando la intercesion del beato: recostóse so-

bre el libro, y se quedó dormida; y á cosa de la media noche oyó una voz que le decia: Dorotea, ¿á quién has llamado? y al punto respondió: He llamado á Fr. Bernardo de Corleon: Pues yo soy, replicó la voz: á este tiempo sintió que la hacian la señal de la cruz sobre las llagas del muslo y de la pierna, y que le decian: ea, dá gracias á Dios, que ya estás sana. Quedóse dormida, y al despertar se halló sin calentura, sin inflamacion, sin dolores, cerradas todas las llagas y con tantas fuerzas que saltó al momento de la cama; anduvo libremente, subió y bajó las escaleras, salió de casa enteramente sana; y para memoria del beneficio recibido, le quedó impresa la señal de la cruz en la pierna y en el muslo, de un color encarnado y hermoso, sobre el lugar donde ántes tenia las llagas.

El segundo sucedió con Gerónimo Mangona, vecino de Corleon. Padecia este fieros dolores artericos en los brazos, en las manos, en los piés y en las rodillas, con una tan fuerte contraccion de miembros, que postrado en una cama, se hallaba hecho un tronco sin el menor movimiento; en fin, en un estado muy lastimoso. Sucedió que por descuido se pegó fuego á la cama, quemóse la manta y cobertor, quemáronse tambien las sábanas, y el pobre sin poder moverse se hallaba en medio del fuego; pero Dios quiso que llegase á tiempo á socorrerle una hermana suya que le sacó medio tostado: despues le salieron unos tumores nudosos y ásperos en las articulaciones, que le embarazaban la circulacion de la sangre. En este infeliz estado pasó nueve meses sin hallar alivio alguno en la medicina; pero oyendo referir los muchos milagros que obraba Dios por intercesion de Bernardo, concibió una segura confianza de cobrar la salud por este medio. Á este fin se hizo llevar, aunque con no poco trabajo, á la casa de la hermana del siervo de Dios que estaba contigua, y tenia una efígie de su santo hermano pegada á la pared: puesto delante de esta imágen hizo una fervorosa oracion al beato, suplicándole le alcanzase de Dios la salud; y al mismo instante se sintió del todo sano, de modo que levantándose del lecho, donde estaba, empezó á andar ligero como si jamás hubiera tenido semejante enfermedad, y luego comenzó á trabajar fuerte y robusto, y vivió despues muchos años siendo pregonero de las maravillas del beato Corleon.

* SAN HILARIO, OBISPO Y CONFESOR.—Los santos Gerónimo y Agustín le apellidan gloriosísimo defensor de la fé é insigne doctor de la Iglesia. Nació este hombre verdaderamente grande en Poitiers, á fines del siglo tercero, ó á principios del cuarto, de una familia muy distinguida. Hijo de padres idólatras, recibió una educacion pagana, y aplicado al estudio de las ciencias profanas desplegó su extraordinario talento, haciendo tan rápidos progresos en las bellas letras y en la filosofia, que ya entónces se vislumbraba en él habia de ser uno de los sabios mas eminentes de su siglo. Las supersticiones y ridiculeces del gentilismo no satisfacian á su comprension perspicaz y penetrativa; y ayudado de la divina gracia se desengaña de los absurdos del politeísmo, despues de haber leído los libros de Moisés, de los Profetas y del Evangelio, é iluminado con tan vivas luces se prepara para recibir el santo bautismo. Inesplicable fué el gozo que espermentó al recibir el bautismo, como el mismo lo confiesa; y fué tan abundante la gracia que recibió cuando esta regeneracion, que á manera de los cristianos perfectos se vió lleno del Espíritu de Dios.

Desde entonces los libros sagrados eran todo su estudio y dulzura, é infundióle el Señor tan clara inteligencia de la sagrada Escritura y de las verdades mas sublimes de la religion, que se presentaba como un hombre ya consumado en la fé, y como un padre de la Iglesia. Su esposa, mujer de un mérito singular, siguió los piadosos ejemplos de su esposo, siendo modelo de las señoras de su sexo y estado; y una hija llamada Abra, aprovechándose de los virtuosos ejemplos de sus padres, llegó á un grado tal de virtud, que la venera como á santa la iglesia de Poitiers. La pureza de sus costumbres, su modestia, celo y caridad eran la admiracion de su provincia, y le granjearon tanta estimacion no solo del pueblo, sino tambien del clero, su raro mérito y extraordinaria piedad, que muerto el obispo de Poitiers, por aclamacion universal fué nombrado pastor y maestro de aquella diócesis. El arrianismo por aquel tiempo habia penetrado hasta las Galias, despues de haber desolado casi toda la Iglesia del oriente. El hijo del gran Constantino, que entonces gobernaba el imperio, seducido por los artificios de su mujer que era arriana, se declaró protector de esa herejía persiguiendo cruelmente á los obispos católicos. Hilario no cesó de declamar contra el error, vigilando al mismo tiempo como pastor solícito á sus ovejas, y de defender la doctrina de la Iglesia católica en el concilio de Beziers; y lo hizo con tal ardor y celo, que no pudiendo los fautores del error sostenerse en vista de las razones y argumentos de Hilario, se valieron del emperador Cóncancio para desterrarle á Frigia. Mucho sufrió el corazón de Hilario al ver el infeliz estado en que se hallaban las iglesias del Asia; los escándalos, los cismas, las perfidias se multiplicaban diariamente, protegido todo por el mismo emperador. Mucho trabajó nuestro santo para confundir el error y restituir al aprisco de la santa Iglesia aquellas ovejas que habia descarriado el lobo infernal durante el tiempo de su destierro; pero principalmente dió muestras de su gran celo cuando fué restablecido en su silla haciendo reflorar la disciplina eclesiástica, y persiguiendo la herejía hasta sus trincheras mismas. Seis años gobernó su iglesia despues del destierro, acabando la vida con una muerte preciosa á los ojos del Señor, el día 13 de enero del año 368 contando setenta y siete de edad. San Hilario escribió excelentes obras; las que recomiendan mucho todos los santos padres de la Iglesia.

SAN MALAQUÍAS.—Es el último de los doce profetas menores y de todos los del antiguo Testamento. Orígenes y Tertuliano han tomado motivo del nombre, que significa *ángel del Señor*, para conjeturar que este profeta habia sido efectivamente un ángel que tomaba forma humana para profetizar. Pero esta opinion no es seguida por la Iglesia ni debe serlo, pues solo prueba que los grandes talentos se aficianan siempre á lo extraordinario. Otros, con los judíos, creen que Malaquías es el mismo personaje que Esdras, cuya creencia está destituida de fundamento. La opinion mas recibida es que era de la tribu de Zabulon, y que habia nacido en Sophá. Profetizó en tiempo de Nehemías, bajo el reinado de Artajerjes Longimano, en ocasion que habia grandes disidencias entre los sacerdotes y el pueblo de Judá, es decir, por los años de 408 al 412 ántes de Jesucristo. Sus profecías están en hebreo y contienen tres capítulos: en ellas predice la abolicion de los sacrificios judaicos, y la institucion de un nuevo sacrificio que debia ser ofrecido en todo el universo. Enseña á los sacerdotes

la pureza de las ofrendas que presentan á Dios, y anuncia el juicio final y la venida de Elias.

LOS SANTOS TREINTA Y OCHO MONJES.—Fueron muertos por los sarracenos en el monte Sinai á causa de la fé católica en el siglo V.

LOS SANTOS CUARENTA Y TRES MONJES.—Fueron degollados por los Blemes en Raiti, region de Egipto, en odio á la religion de Jesucristo.

SAN DACIO, ARZOBISPO DE MILAN.—Fué elegido por el clero y el pueblo por los años de 530, gobernó en paz su rebaño por espacio de veinte y dos años, y descansó santamente en el Señor el día 14 de enero del 552. Su memoria es venerable en la iglesia de Milan por los varios escritos que dejó, entre ellos una historia muy estimada de todos sus sucesores en el arzobispado, monumento precioso de la antigüedad cristiana, y por medio del cual se aclaran muchos sucesos de aquellos tiempos.

SAN EUFRASIO, OBISPO DE ÁFRICA.—Nada se sabe de este santo mas que su nombre, y que murió en tiempo de la invasion de los vándalos.

SAN JULIAN SABAS.—Descendiente de real estirpe, nació en Siria á principios del siglo XIII; fué educado en letras y piedad, y despues de haber aprovechado extraordinariamente en sus estudios, tomó el hábito de monje en el monasterio del monte Atos. La fama de su nombre circuló luego por todas partes, y el Señor quiso que sus grandes prendas sirviesen mas inmediatamente á la salud de las almas. Creado arzobispo de Servia, desempeñó su ministerio por algunos años, hasta que volvió á su querida soledad, donde espiró el día 14 de enero del año 1250.

SANTA MACRINA.—Fué abuela paterna de san Basilio Magno, y su maestra en la religion y en las primeras letras. Padeció esta santa, tronco y cabeza de toda una familia de santos, muchas persecuciones por la fé en tiempo de Maximino Galerio; estuvo siete años escondida con parte de su familia en el desierto, y al fin acabó sus dias en la paz del Señor, durante el siglo IV.

DIA 15.

SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO Y CONFESOR.—La vida de san Pablo, primer ermitaño, sacada de san Gerónimo que la escribió, es de esta manera. Estando san Antonio en el yermo, haciendo vida de ángel en la tierra, siendo ya de noventa años, vino una imaginacion, como á hombre, y comenzó á pensar si habia alguno que hubiese vivido tantos años en el yermo como él, ó que le igualase en perfeccion y merecimientos. Permitió Dios que le viniese este pensamiento, para lo que despues sucedió; porque la noche siguiente le reveló el Señor que habia otro mucho mejor que él, al cual debia buscar y visitar. Luego en amaneciendo, el santo viejo se determinó de buscar al que no conocia, y sustentando sus flacos miembros con un báculo, salió de su convento y se puso en camino para ir adonde no sabia. Anduvo hasta medio día; y aunque el calor del sol le fatigaba, no por eso dejaba de andar, diciendo: Yo confio en Dios, que me mostrará aquel su siervo que me tiene prometido. Apenas habia dicho esto, cuando vió un monstruo que parecia medio hombre y medio caballo, al cual los poetas llaman hipocentauro; y habiéndose armado con la señal de la cruz le preguntó, dónde habitaba el siervo de Dios que él buscaba; y habiéndole el monstruo

mostrado con la mano el camino, tomó corrida por aquellos campos y desapareció. Pasó mas adelante, y llegando á un profundo valle, vió otra manera de monstruo que tenia la figura de un hombre pequeño, las narices acorvadas, la frente con unos cuernuzuelos y los pies de cabra; y habiéndole preguntado quién era, y oído su respuesta y llorado mucho, porque las bestias conocian á Dios y los hombres tenian por Dios á las bestias, y enternecióse por lo que aquel monstruo le había respondido; siguió su camino y entró por aquel desierto, no viendo en él sino la huella de bestias fieras, sin saber á qué parte había de echar, ni lo que había de hacer para hallar al que buscaba. Dos dias gastó en esto, y las noches en oración, con confianza siempre que el Señor no le había de desamparar; y al tercer día al amanecer vió de lejos una loba fatigada de sed, que iba á la falda de un monte. Siguióla con los ojos cuanto pudo, y despues que la loba desapareció, acercóse á una cueva que allí estaba, y comenzó á mirar con curiosidad lo que había dentro, sin poder ver cosa alguna por la grande oscuridad. Mas porque, como dice el Espíritu santo, «la perfecta caridad despide el temor,» san Antonio pasó á paso, teniendo el resuello, entró dentro y pasó adelante, y deteniéndose algunas veces en el camino, y poniendo la oreja para escuchar si allá dentro sonaba cosa, vió entre aquella oscuridad una luz que resplandecía de lejos; y así que la vió, queriendo con alegría apresurar el paso, tropezó en una piedra é hizo ruido. Oyéndole san Pablo, cerró luego la puerta que estaba abierta y atrancóla. Entonces san Antonio se arrojó en el suelo á la puerta, y estuvo hasta pasado medio dia, pidiendo con grande instancia que le abriese, y le decia: Bien sé que vos sabeis quien yo soy, de dónde y á qué vengo, y tambien sé que no merezco veros; mas tened por cierto que hasta que os vea no me apartaré de aquí. Recibís á las bestias y ¿desechareis al hombre? Yo os he buscado, y os he hallado, y llamo á vuestra puerta para que me abrais. Si esto no puedo alcanzar, aquí me moriré; y á lo ménos enterrareis mi cuerpo muerto, cuando en ella le halláredes. A estas piadosas voces, mezcladas con sollozos y llanto, respondió de dentro el bienaventurado san Pablo de esta manera: Ninguno pide gracia con amenazas; ni con lágrimas hace agravio ni injuria. Si vienes para morir, ¿de que te maravillas que no te reciba? Y diciendo esto, sonriéndose, abrió la puerta, y los dos se abrazaron con grandísimo amor y ternura, y se saludaron por sus nombres, como si mucho ántes se hubieran conocido, é hicieron gracias al Señor que les había hecho aquella merced. Despues de aquellos abrazos amorosos, y del ósculo de paz, sentándose Pablo con Antonio, le habló de está manera: Ves aquí al que has buscado con tanto trabajo: ves aquí los miembros podridos ya por la vejez: vesme aquí desgreado y cubierto de canas: ves aquí al hombre que brevemente se tornará en polvo. Y porque la caridad sufre todas las cosas, demás del trabajo que has tomado en buscarme, quiero que tomes otro en contarme lo que pasa en el mundo. ¿Quién le señorea? ¿En qué estado está el linaje humano? ¿Hay todavía gente ciega que adora á los demonios? De todo le dió cuenta san Antonio por menudo; y despues él preguntó á san Pablo ¿con qué ocasion había venido al desierto? ¿Cuántos años había vivido en él? ¿Cuántos tenia? ¿Con qué manera de vida había pasado tan prolija edad? Y san

Pablo, por satisfacer al deseo de san Antonio, le informó de toda su vida, y le dijo, como en el tiempo que Decio y Valeriano perseguian la Iglesia en las partes de Egipto y de Tebaida, donde él había nacido, murieron sus padres, quedando él como de quince años, bien enseñado en las letras griegas y egipcias; con una hermana ya casada; y que para huir de aquel torbellino, y estar mas apartado del peligro, y seguro del furor de los tiranos, se había retirado á una casa de campo, en la cual se halló ménos seguro, porque su cuñado, marido de su hermana, por codicia de su hacienda quiso venderle, y entregar en manos de la justicia al que estaba obligado á guardar; sin ser parte para que no lo hiciese, las lágrimas de su mujer, el deudo, y lo que mas importa, Dios, que mira del cielo todo lo que hacemos y lo remunera y castiga; y que viendo esto, y la crueldad de aquella terrible persecucion con que los cristianos eran buscados, despedazados y muertos con atroces tormentos, se determinó de huir de los tiranos y del cuñado, hasta que pasase aquel nublado; y haciendo de la necesidad virtud, se retiró al desierto, buscando por una parte y otra dónde se pudiese esconder, y que al fin halló á la falda de aquel monte una cueva grande, que se cerraba con una piedra, la cual quitó, y con el deseo y curiosidad de ver lo que había entró en ella, y halló una grande palma y una fuente de clara y limpia agua; y pareciéndole que Dios le ofrecia aquel lugar para morada y asiento de su vida, se había quedado en él, vistiéndose de las hojas de la palma y comiendo de su fruta, y bebiendo del agua de la fuente; y que allí había vivido despues, apartado totalmente de los hombres, pero muy consolado y favorecido de Dios. Estando en estas pláticas, dando el un santo al otro cuenta de sí y de lo que deseaba saber, llegó un cuervo y sentóse en un árbol que estaba cerca, y de allí blandamente voló, y puso delante de san Pablo y san Antonio un pan, y fué. San Pablo dijo á san Antonio: Bendito sea Dios, que nos envia de comer. Sabed, Antonio hermano, que há sesenta años que este cuervo me trae medio pan cada dia; y ahora que tú has venido, el Señor nos envia la racion doblada. Dieron los dos gracias á Dios, que como tan piadoso y cuidadoso padre los proveia; y queriendo partir el pan, comenzaron con santa humildad á contender quién de los dos le había de partir, queriendo Pablo que Antonio le partiese como huésped, y Antonio, que Pablo, como mas viejo; y gastaron algun tiempo en esta piadosa porfia. Al fin, siendo el uno de una parte del pan, y el otro de la otra, le partieron y comieron, y bebieron del agua de la fuente, y alabaron al Señor; y la noche siguiente pasaron en oracion. Vino la mañana, y san Pablo habló á san Antonio de esta manera: Muchos dias há, hermano Antonio, que sé que habitas por estos desiertos, y Dios me había prometido que te me daría por compañero; mas porque es ya venido el tiempo por mí tan deseado, en que he de ser desatado de esta carne mortal, y ver á mi Señor Jesucristo, él te ha enviado para mí consuelo, para que pongas debajo de la tierra este miserable cuerpo, y escondas la tierra en la tierra. Aquí se enterneció en gran manera Antonio; y con muchas lágrimas y profundos suspiros que le salian de lo mas íntimo de su corazón, comenzó á pedir á san Pablo que no lo dejase, mas que le llevase en aquella felicísima jornada en su compañía; porque los santos el vivir tienen por pena, y por gloria el morir. A esto respondió san Pablo: No quieras lo que

no quiere Dios, ni busques tu provecho, sino el de tus hermanos. Bueno sería para tí dejar esta tan pesada carga de la carne y subir á las moradas eternas; pero á tus hermanos conviene que tú vivas, y que los enseñes y ayudes con tu ejemplo; por tanto yo te ruego que vayas luego (si no lo tienes por molestia), y me traigas el manto que te dió Atanasio, para que envuelvas con él mi cuerpo y lo entierres. Esto dijo Pablo, y nó porque tuviese cuidado de que su cuerpo fuese enterrado desnudo ó cubierto, pues habia vivido tantos años cubiertas sus carnes con solas las hojas tejidas de la palma, sino porque, estando ausente Antonio, no recibiese tanta pena con su muerte; y tambien para mostrar que seguia la fé católica que profesaba Atanasio, que á esta sazón era fuertemente combatida de los herejes arrianos, y defendida con no ménos esfuerzo de aquel valeroso soldado del Señor. Espantóse Antonio cuando oyó hablar á san Pablo de Atanasio y del manto; y sacando por esto, que Cristo moraba en Pablo, reverenciando en el pecho de él á Dios, no osó contradecirle; ántes llegándose á él, llorando con silencio, le besó los ojos y la mano, y se volvió á su monasterio, llevando tan gran deseo de dar la vuelta, que los piés no podian seguir el ánimo con que iba, por mucho que con estar cansado y exhausto de los trabajos y ayunos, y años, acelerase sus pasos; tanto, que en breve tiempo, desalentado y fatigado del camino, llegó á su monasterio. Viéronle dos de sus discípulos que le servian, y saliéndole á recibir le dijeron: ¿En dónde habeis estado tanto tiempo, padre? Respondió él: ¡Ay de mí pecador, que solamente tengo el nombre de religioso! Visto he á Elias; visto he á Juan Bautista en el desierto; y verdaderamente á Pablo en el paraiso. Dicho esto, hiriendo sus pechos, sacó de su celda el manto; y pidiéndole sus discípulos que les declarase mas lo que aquello era, solamente les respondió: Hay tiempo de callar y tiempo de hablar; y salió de su casa con tanta prisa, que no se acordó de sí, ni tomó un solo bocado, volviendo por el mismo camino que habia venido, y teniendo hambre y sed solo de ver á Pablo, y trayéndole tan presente en la memoria que no podia pensar en otra cosa, temiendo lo que sucedió, que no diese su alma á Dios, estando él ausente. Pues como otro día despues, con la prisa y ansia que llevaba, hubiese san Antonio andado en espacio de tres horas el camino, vió entre los coros de los ángeles, entre los profetas y apóstoles, la ánima de Pablo que subia á los cielos, mas blanca que la nieve, y con una admirable luz resplandeciente; y cayendo en tierra sobre su rostro, y echando tierra sobre su cabeza en señal de su dolor, llorando y gimiendo, decia: ¿por qué me dejas, Pablo? ¿Por qué te vas sin despedirte de mí? Tan tarde te conocí, ¿y tan presto te perdí? El mismo bienaventurado san Antonio contaba despues, que habia corrido con tan gran presteza lo que le quedaba del camino, que le parecia que no le andaba, sino que volaba. Entrando en la cueva vió el cuerpo difunto, hincadas las rodillas, la cerviz yerta y las manos levantadas; y creyendo al principio que estaba vivo y que oraba, se puso á hacer oración junto á él; mas como no le oyese suspirar (como solia cuando oraba), entendió que estaba muerto, y que el cuerpo, con la costumbre de orar que habia hecho cuando era vivo, se habia quedado despues de muerto de aquella manera; y echándose sobre el rostro del santo difunto, le besaba muchas veces, y le regaba con

sus lágrimas. Envolvió el cuerpo con el manto de Atanasio que consigo traia: sacóle fuera: rezó los himnos y los salmos que se suelen decir á los difuntos, segun la tradicion y uso de la Iglesia; y queriéndole enterrar no sabia cómo, por no tener aparejo para abrir la sepultura. Vióse en gran perplexidad: porque si volvía al monasterio, habia tres días de camino, en los cuales no convenia dejar solo el santo cuerpo; si se quedaba allí, le parecia que sería sin provecho. Al fin se determinó quedar; y hablando con Cristo le dijo: Aquí moriré, Señor, y junto á este tu soldado quedaré, hasta dar la postrera boqueada. Estando san Antonio en este cuidado; salieron de repente de lo mas secreto de aquel yermo dos leones corriendo: y aunque con la primera vista tuvo un poco de sobresalto, despues, volviendo los ojos á Dios, se estuvo quedo, y sin temor alguno, como si viera dos mansas ovejas. Los leones se fuéron derechos al cuerpo de san Pablo, y se echaron á sus piés, halagándole con sus colas, y dieron un gran bramido, como si lloraran su muerte, á la manera que podian. Luego comenzaron con las manos á cavar la tierra, haciendo un hoyo en que podia caber el cuerpo de un hombre; y como si tuvieran sentido, y pidieran paga por su trabajo, moviendo las orejas y bajando la cabeza, se fuéron para san Antonio lamiéndole los piés y las manos; y entendiendo el santo que le pedian su bendición, alabando al Señor, á quien hasta las bestias fieras reconocen y obedecen, dijo: Señor, sin cuya providencia no cae una hoja del árbol, ni un pajarillo del aire, dad á estos leones lo que les conviene; y haciéndoles señas con la mano, les mandó que se fuésen. Partidos que fueron los leones, bajó el santo viejo su cerviz encorvada, y tomó el cuerpo muerto sobre sus hombros; púsole en la sepultura y cubrióle de tierra; y para ser heredero de todas las riquezas que Pablo poseia en el mundo, le desnudó primero de aquella túnica, que á manera de pleita habia tejido de las hojas de la palma y con que habia vestido sus desnudas carnes tantos años, y con este tesoro se fué á su monasterio y contó á sus discípulos lo que habia sucedido; y en testimonio de lo que estimaba aquella presea, los días de pascua de Resurrección y del Espíritu santo se la vestia por fiesta y regocijo. Y no solo tuvo autoridad san Antonio, en lo que contó de san Pablo, con sus discípulos, sino con toda la Iglesia católica, la cual por su testimonio le canonizó y celebra su fiesta. Murió este glorioso santo á los 10 de enero del año del Señor de 313, siendo de edad de ciento y trece años. La Iglesia le hace fiesta á los quince días del mismo mes de enero, por ser los días de ántes ocupados. San Gerónimo acaba la vida de san Pablo con estas palabras: «Quiero en el fin de esta vida, que he escrito de san Pablo, preguntar á los que son tan ricos que no saben lo que tienen, y á los que edifican grandes y magníficos palacios, y en un hilo de perlas ó en una sarta de piedras traen grandes tesoros, rogarles que me digan, ¿qué faltó jamás á este santo y desnudo? Vosotros, dice, bebeis en tazas de oro; y Pablo en sus manos satisfacía á su sed. Vuestros vestidos son de oro y seda; él aun no tuvo para cubrirse una ropa de las mas viles, que vuestros criados desechan. Pero torceránse las manos: á Pablo pobrecito estará abierto el cielo; y vosotros cargados de oro ireis al infierno: él, desnudo, guardó limpia la vestidura de Cristo; y vosotros, vestidos de ricas ropas la habeis manchado: Pablo está debajo de tierra,

para resucitar á la gloria; y vosotros en sepulcros magníficos de jaspe y de mármol, ardéis con vuestras obras para siempre. Tened, siquiera, lástima de vosotros mismos, ó á lo ménos de las riquezas que tanto amais. ¿Por qué cubris y envolvéis á vuestros muertos en paños de seda y oro? ¿Por qué vuestra ambición no se acaba siquiera con las lágrimas y llanto de la sepultura? ¿Tienen por ventura los cuerpos muertos de los ricos privilegios para no podrirse, sino con oro y seda? Yo ruego al que está leyendo, que se acuerde de Gerónimo pecador, á quien si Dios le diese á escoger, mas querría la túnica de Pablo con sus merecimientos, que la púrpura de los reyes con sus penas. » Todas estas son palabras de san Gerónimo: las cuales, son mucho para ponderar y considerar, y no ménos el medio por el cual Dios nuestro Señor hizo santo y tan gran santo al bienaventurado san Pablo, que fué la maldad de su cuñado, la crueldad de los tiranos y el miedo de perder la vida, que este fué el primer motivo que tuvo para huir y esconderse en el desierto, haciendo de la necesidad virtud, y viviendo tantos años en aquella soledad, sin ser visto ni ver á nadie, con tanta desnudez y pobreza, desconocido de los hombres y regalado de los ángeles y del mismo Dios: porque no se puede creer otra cosa, sino que viviendo él vida de ángeles, los ángeles le visitaban; y padeciendo por el Señor un tan prolijo y tan extraordinario martirio, el mismo Señor le favorecía, entretenía y regalaba con su altísima oración y contemplación; para que tomemos ejemplo, y á imitación de este glorioso santo nos aprovechemos de cualquier trabajo que nos venga, aunque sea por mano de nuestros mismos hermanos y conocidos, y no perdamos la ocasión que el Señor nos ofrece para mas servirle, sin que sea parte para estorbarnos el temor de las cosas caducas y frágiles de esta vida, porque todo lo vence el mismo Señor con la abundancia de su divina gracia: la cual él se digne darnos por los merecimientos de este glorioso santo, para que, despreciando tambien nosotros todas las cosas de este mundo, nos entreguemos enteramente á Dios y pongamos en él todos nuestros deseos.

SAN MACARIO, ABAD.—Fué este Macario discípulo de san Antonio y compañero del otro egipcio; aunque fué mas mozo que él, y tan perfecto, que san Antonio le dijo, que el Espíritu santo habia reposado sobre él, y que él sería heredero de sus virtudes. Iban una vez los dos Macarios juntos, y habiendo de pasar el río Nilo entraron en un barco, en quien iban dos soldados maestros de campo con gran pompa y acompañamiento: y como vieron á los dos Macarios apartados al rincón del barco y tan pobres y humildes, dijo el uno de los maestros de campo: Bienaventurados vosotros, que así os burlais del mundo. Entonces respondió Macario: Nosotros nos burlamos del mundo y el mundo se burla de vosotros. Penetraron estas palabras el corazón de aquel soldado, de manera que dejó las cosas de la tierra, y dando grandes limosnas á los pobres se recogió á la soledad.

Enviaron una vez á san Macario unas uvas muy frescas y sabrosas: tuvo gana de comer de ellas; pero para vencer aquel gusto y apetito no las quiso tocar, ántes las envió á otro monge achacoso, y que deseaba comer uvas: recibíolas con agradecimiento el monge, y por mortificarse no las comió, sino enviolas á otro monge; y en suma las uvas anduvieron de mano en mano por todos los monges y

volvieron á san Macario, sin que ninguno comiese de ellas ni las tocase: y cuando el santo lo supo, conoció la virtud y templanza de aquellos santos varones, y por ella hizo gracias al Señor, y no quiso gustar de ellas, aunque se las habian enviado dos veces, por dar ejemplo á los demás. Supo que los monges Tabemesioras no comian en toda la cuaresma cosa que hubiese llegado al fuego; y él determinó por espacio de siete años hacer lo mismo; y lo guardó tan perfectamente, que en todo aquel tiempo no comió sino unas yerbas crudas ó legumbres mojadas en agua; y para vencer el sueño, estuvo veinte dias y veinte noches sin entrar debajo de tejado. Tentóle una vez gravemente el espíritu de fornicación, y para vencerlo se sentó desnudo en carnes en un lugar donde habia innumerables y molestos mosquitos, tan grandes como abejas, y con agujones tan agudos y penetrantes, que pasaban el cuero de un jabali. En este lugar estuvo seis meses, venciendo los estímulos de la carne con los agujones de los mosquitos; y sacando un clavo con otro clavo, como dicen, quedó tan lastimado y llagado, que parecia un leproso. Otra vez caminó veinte dias por un desierto sin comer bocado, y estando fatigado y desmayado le proveyó el Señor con una vaca, con cuya leche se refociló y alentó para seguir su camino, y la misma vaca le siguió hasta su celda, dándole la leche que habia menester. Cavando en un pozo, le mordió un áspid, que es serpiente muy venenosa. Tomó el áspid con las dos manos, é hizo le pedazos, diciendo: ¿No habiéndote enviado mi Dios, como te atrevistes á llegarte á mí?

Siendo ya viejo, se fué disimulado al convento de san Pacomio, en el cual vivian mil y cuatrocientos monges: pidió con mucha instancia y humildad, que le recibiese en aquella santa casa por monge: entretuvole siete dias el abad sin recibirle, alegando que, siendo ya tan viejo, no podría llevar el trabajo que llevaban los mozos. Finalmente le recibió, y fué tal la vida de Macario, que espantó á todos los monges, pareciéndoles que era mas que hombre, y nó compuesto de hueso y carne como los demás: y rogaron al abad que le echase del convento, porque no podían sufrir tanta perfección. Suplicó Pacomio á nuestro Señor que le revelase quién era aquel monge; y él le descubrió que era Macario; y tomándolo aparte y abrazándole, y diciéndole que harto habia edificado y humillado, para que no se desvaneciesen sus monges, le rogó que los encomendase á Dios y se volviese á su lugar; y así lo hizo.

Vino á él una vez un clérigo de misa, que estaba con un cáncer en la cabeza, tan disforme, que se la comía toda, y se descubria el casco, para pedirle que se apiadase de él y le otorgase la salud. El santo no lo quiso hacer, ni aun hablarle. Hallóse allí Paladio, que es el que lo escribe, y suplicóle que tuviese lástima de aquel pobre hombre, y que á lo ménos le diese buena respuesta. Declaró el santo que aquel cáncer era castigo de Dios; porque habiendo caído en fornicación el clérigo, se habia llegado al altar y dicho misa sin hacer primero penitencia, y que si él quería abstenerse de allí adelante de decir misa en pena de su culpa, Dios le sanaría. Todo lo que quiso san Macario abrazó y prometió el clérigo; y el santo puso sobre él sus manos y dentro de pocos dias le envió sano á su casa, para que entendamos el rigor con que nuestro Señor castiga á los que con el corazón amancillado y sucio se lle-

gan á él, y que muchas veces las enfermedades, que pensamos venimos por acaso, nacen y tienen su raíz y principio en el pecado.

Tentóle una vez el demonio de vanagloria, persuadiéndole que fué á Roma, con color que allí podría hacer mas bien sanando á muchos enfermos; pero á la verdad era para que fuese mas conocido y estimado y alabado en aquella ciudad, que es cabeza del mundo. Peleó con este pensamiento muchos dias; y como no le pudiese despedir de sí, se sentó á la puerta de su celda, y sacando de ella los piés, llamó á los demonios y les dijo: Sacadme y arrastradme vosotros fuera de esta celda, si Dios os da potestad, porque yo de mi voluntad no saldré de ella, ni de aquí adelante os oiré mas; y así estuvo hasta la noche tendido en el suelo: y como todavía aquel pensamiento importuno le molestase, llenó una grande espuerta de arena, y tomóla sobre sus hombros y andaba cargado con ella: y preguntado por qué lo hacia, respondió: Por afligir al que me adige, y fatigar al que me fatiga. Estando un dia sentado san Macario, una hiena, que es animal feroz y bravo, á manera de lobo, pero de cuerpo mayor y mas fiero, ó como otros dicen, una leona, le trajo un cachorrillo, hijo suyo, que era ciego; y habiendo con su cabeza llamado á la puerta, entró y lo puso á los piés del santo; el cual conoció lo que aquella fiera queria de él: oró y escupió en los ojos del hijuelo ciego, y luego cobró la vista; y la madre le dió leche, y se partió muy reconocida y contenta: y para mostrar su agradecimiento, el dia siguiente volvió al santo, trayéndole por presente una piel de una grande oveja. Vióla el santo Macario, y dijo á la fiera: Si tú no hubieras comido la oveja, que no era tuya, no tuvieras su pellejo: yo no quiero recibir de tí lo que me trae en daño de otro; y la fiera, bajando la cabeza, y como arrodillándose, ponía á los piés del santo el pellejo; y el santo tornó á decir: Ya te he dicho que no lo tomaré, si no me prometes de no hacer daño á los pobres, comiendo sus ovejas; y ella con su cabeza dió á entender que así lo haría, y en todo le obedecería; y con esto Macario tomó el pellejo, y despues le dió á san Atanasio, y san Atanasio á Melania la vieja, como lo decimos en la vida de Melania la moza, á los 31 de diciembre.

Preguntóle una vez Paladio: ¿Qué haría, porque muchas veces el demonio le tentaba y le ponía en el corazon que se partiese de allí, porque no hacia nada ó no valia nada todo lo que hacia? Y Macario le dijo: Responde á ese pensamiento, cuando te viniere: Yo por amor de Cristo estoy aquí, guardando estas paredes.

Juan Casiano escribe, que solia decir san Macario, que el monge habia de ayunar como si hubiese de vivir cien años, y mortificar sus pasiones como si hubiese de morir en aquel dia. Y en otro lugar trae una semejanza, con que solia enseñar el santo el engaño del monge, que estando en su quietud y soledad, la deja y vuelve al bullicio de la ciudad, con esperanza de hacer entre sus deudos y conocidos mayor provecho. Hubo, decia san Macario, en una ciudad un barbero excelente en su oficio: afeitaba á todos los que venian á él, y cada uno le pagaba con tres maravedis por su trabajo: comía él, y cada noche le sobraba mucho de lo que aquel dia habia ganado: entendió que en otra ciudad se pagaba el barbero con mucha mayor cantidad que en la suya: fué á ella, creyendo que en

poco tiempo se haría rico: puso tienda y comenzó á ejercer su oficio, y como le pagaban tan bien, allegó mucho dinero aquel dia; y muy gozoso y contento fué á la plaza á comprar de comer; mas halló que las cosas se vendian tan caras, que de todo lo que habia ganado no le sobraba nada, y que era mas rico cuando en su ciudad no le daban sino tres maravedis, porque con ellos se sustentaba abundantemente y le sobraba: y haciendo bien su cuenta y conociendo su engaño, destejó la tela que habia tejido, y se volvió á su antigua morada. De esta manera, decia san Macario, es la ganancia de los santos religiosos, que estando en sus monasterios, cada dia van trabajando y ganando, sustentándose en la vida espiritual: y aunque la ganancia parezca poca, como es continua y segura, y poco el gasto, al cabo del año es grande el caudal; y los que con codicia de mayores ganancias salen del puerto de su quietud, y se engolfan en los negocios del mundo, que no son de su regla é instituto, aunque parece que ganan mucho, son tantos los gastos de los ciudadanos y distracciones y vanidades que se les pegan, que todas aquellas ganancias paran en humo y no les queda nada entre las manos. Todo esto es de san Macario y lo trae, como dijimos, Casiano. La vida de los dos Macarios escribió Paladio, que vivió con el Alejandro tres años, y tuvo mucha noticia de Macario el egipcio: el cual habia muerto el año ántes que Paladio entrase en aquella soledad.

SAN MAURO, ABAD.—San Mauro, discípulo de san Benito, fué hijo de un caballero principal de la orden de los senadores, llamado Eutichio, ó (como san Gerónimo le llama) Evicio, y de una señora por nombre Julia. Siendo de edad de doce años, fué ofrecido de su mismo padre á san Benito, para que le criase en su monasterio en el temor de Dios y en religiosas y santas costumbres; y Mauro se entregó tan de veras á la voluntad de su santo padre y maestro, que siendo de tan tierna edad, parecia viejo en el seso y madurez; y en la oracion y penitencia, antiguo y perfecto religioso. Tomó muy á pecho el sacar un vivo retrato de su padre san Benito é imitarle con todas sus fuerzas; y así lo hacia en los ayunos, vigalias y penitencias, que eran muy ásperas y sobre las fuerzas humanas, en la oracion y perpetua mortificacion, y en todos los otros ejercicios religiosos: y hacíalo con tanto espíritu y ahinco, que los monges le tenian por espejo y dechado de toda virtud; y el mismo padre san Benito le amaba y estimaba mas que á los otros, y se les ponía por ejemplo con extraordinario amor; porque conocia con cuán larga mano el Señor se le habia comunicado: y no por esto Mauro se desvanecía; ántes procuraba cada dia humillarse mas y crecer en el menosprecio de sí mismo, para ser digno discípulo de tal maestro: el cual acrecentó mas su amor y la estima que tenia de Mauro, despues que vió que Dios nuestro Señor obraba por él grandes milagros y descubria por ellos la santidad de su vida; porque estando el bienaventurado padre san Benito ocupado en una obra de caridad fuera del convento y habiendo quedado san Mauro en su lugar, trajeron sus padres un niño cojo y mudo; y echándose á los piés de Mauro, con muchas lágrimas y sollozos le suplicaron por Jesucristo que le diese salud: y él, aunque con gran confusion y repugnancia, vencido de los gemidos y llanto de los padres y de los ruegos piosos de sus frailes, le sanó, poniendo

sobre la cabeza del enfermo una estola que su padre san Benito le habia dado para ordenarse de Evangelio, como se ordenó; atribuyendo á los merecimientos de él la salud que el enfermo habia cobrado. Otra vez estando san Benito en su celda, como escribe san Gregorio papa, san Plácido, que era su monge y de poca edad, fué por agua á una laguna que estaba cerca del convento, y metiendo el cántaro que llevaba en el agua, se le fué de la mano, y él cayó tras él: arrebatóle una ola y llevóle un buen trecho; y estando luchando con las ondas, reveló Dios el peligro de Plácido á san Benito, el cual llamó aprisa á Mauro, y dijo: Corre presto á la laguna; porque Plácido ha caído en ella, y está en gran peligro de ahogarse. Tomó la bendicion de su santo padre el obediente hijo, y sin mirar lo que hacia entró en el agua, sin hundirse, pensando que iba por tierra; y tomando por los cabellos á Plácido le sacó: y volviendo los ojos atrás, vió que habia corrido sobre las aguas; y espantóse, por haber hecho lo que nunca pensó se pudiera hacer. Volvió á san Benito y díjole lo que pasaba; y el santo padre alabó al Señor, atribuyendo aquel milagro á la obediencia de Mauro, y Mauro al mandato y voz de san Benito, diciendo que él no podia tener parte en lo que habia hecho, sin saber lo que hacia; procurando cada uno de los dos, con humilde contienda y santa porfia, dar al otro la honra de aquella obra maravillosa del Señor. De donde se ve cuán perfecta obediencia tuvo Mauro, y cuán excelente y agradable es á Dios esta virtud en el religioso, y las maravillas que obra el Señor, por los que, confiados en él, toman la voz de su superior como voz de Dios, y la ejecutan con pronta, sencilla y fervorosa obediencia. Resplandeciendo pues san Mauro con estos milagros y derramando cada día mas esclarecidos rayos de su santidad, san Benito le miraba y le trataba, no ya como á discípulo é inferior, sino como á compañero y ayuda suya, y todos los monjes de su convento pusieron los ojos en él, como en un verdadero retrato de su padre san Benito, para hacerle sucesor suyo en el gobierno de su religion, por haber sabido que el mismo san Benito habia tenido revelacion del Señor de su glorioso tránsito, y que en breve se acabarían sus dichosos dias. Pero en este tiempo un devoto obispo de la ciudad de Cenomania, en Francia, llamado Bertingrano, movido de la fama, que corria por todas partes de la santidad de san Benito y de sus hijos, le envió un arcediano, llamado Flodegario y á un mayordomo suyo, por nombre Harderado, con cartas y ricos dones, pidiéndole con mucha instancia, que le enviase alguno de sus discípulos para fundar en su diócesis un monasterio de su orden á gloria de Dios y edificacion de sus ovejas. Para esta empresa escogió san Benito á san Mauro, como al mas querido hijo que tenia y que mejor la podia acabar; y para ella le dió por compañeros á Simplicio, Antonio, Constantiniano y Fausto. No se puede creer la tristeza y llanto que causó en toda aquella santa congregacion la partida de Mauro, en quien despues de la muerte de su padre todos tenian puesta su confianza: mas para consolar á sus monges san Benito los hizo juntar, y les habló de esta manera: Si de la partida de Mauro, hermanos é hijos carisimos, nos hubiésemos de entristecer, mas parte me cabria á mí que á nadie, porque careceré de su alivio y ayuda; mas porque la caridad no mira tanto á sí, quanto al bien de los otros, no es justo, que recibamos pena de lo que nuestros próxi-

mos han de recibir provecho; que esta seria tentacion de nuestro comun enemigo. Ni tampoco os parezca, que faltándoos Mauro os falta mucho; porque el Señor es poderoso para enviarnos otros mejores que nosotros, y que con sus ejemplos lleven adelante lo que el mismo Señor ha comenzado. Yo confio en su bondad, que aquella santa caridad, que él ha plantado en nuestros corazones, no se entibiará por la distancia de lugares, y que aunque estemos apartados, siempre nos veremos con los ojos del hombre interior, y que no morirá la memoria de los unos en los otros mientras que tuviéremos vida. Despues volviéndose á Mauro y sus compañeros: Vosotros, dijo, hijos míos, á quienes Dios ha llamado para plantar y cultivar esta su nueva planta en aquellas partes, y esforzaos y animaos en el mismo Señor, sabiendo por cierto que quanto mas padeciéredes en este destierro por la salud de las almas, que él compró con su sangre, tanto mas colmado será vuestro premio y galardón; y si oyéredes, que mi alma ha sido desatada de este miserable cuerpo, no penseis por eso que yo os dejo; porque estando ausente con el cuerpo, yo os seré mas presente y mas provechoso, que ahora que estoy con vosotros. Dijo esto, y dió el libro de su regla escrita de su mano á Mauro, y á él y á sus compañeros su bendicion, y luego los despidió; y el dia siguiente, á la primera jornada envió á Mauro en una arquilla tres pedazos de la santa cruz de Cristo nuestro Señor y algunos huesos de san Estéban y san Martin, con una carta que, por la devocion y amor que tenia á su padre, mandó san Mauro enterrar con su cuerpo, en la cual le dice estas palabras: « Recibe, hijo, este don, que será el postrero que recibirás de tu maestro: el cual te servirá de prenda de nuestro verdadero amor, y de escudo y defensa contra todos los trabajos que has de pasar. Despues que te partiste de mí, se ha dignado revelarme el Señor que irás á gozar de él á los sesenta años del hábito que tomaste. Tambien te aviso, que has de tardar en esta jornada, y tener grandes dificultades en hallar lugar á propósito para edificar el monasterio porque el enemigo del linaje humano procurará estorbarlo: mas la benignidad del Señor será con vosotros, y despues de haber probado vuestra paciencia y longanimidad, cumplirá vuestro deseo, y os dará mejor lugar del que nosotros podemos pensar. Mi Dios sea contigo, y prospere tu camino y tu llegada. » Con esta carta y don tan precioso, armado y animado san Mauro, siguió con sus compañeros su camino llevando consigo á los embajadores que el obispo habia enviado: y para que ellos conociesen y estimasen mas la merced que Dios les habia hecho, y el tesoro que consigo llevaban, y la santidad de san Mauro se divulgase y extendiese mas por el mundo, fué nuestro Señor servido de honrarle y magnificarle en aquel camino con muchos milagros. Uno fué, que estando en Verceci, el mayordomo de Harderado cayó de la torre de un castillo, y de la caída llegó á punto de muerte, sin que pudiese darle vida remedio humano: mas poniendo san Mauro la santa reliquia de la cruz de nuestra redencion, que san Benito le habia enviado, sobre el enfermo, luego quedó sano. Otra vez pasando por los Alpes, cayó del caballo un criado, que se llamaba Sergio, y dió consigo en una peña y quebróse el pié, y lastimóse de manera, que no parecia pié de hombre; mas con la señal de la cruz, que sobre él hizo san Mauro, le sanó tan enteramente como si no hubiera

caído. Mas adelante, entrando en la iglesia de San Mauricio y de los santos mártires Tebeos, sus compañeros, hallaron á la puerta un ciego que habia once años que frecuentaba aquella iglesia y pedia vista al Señor por intercesion de aquellos santos y gloriosos caballeros, y no la habia alcanzado. Este ciego, que se llamaba Lino, oyendo decir que estaba allí Mauro, discípulo de san Benito, se prostró á sus piés y le suplicó por los santos que allí estaban, y por su padre san Benito, que le alumbrase y diese luz á sus ojos. Hizo la señal de la cruz sobre ellos Mauro, y luego comenzó á salir gran copia de sangre de los mismos ojos y cobró la vista: y el santo le dijo, que para ser agradecido á Dios de aquel beneficio que de su mano habia recibido, le sirviese en aquella iglesia toda su vida: y así lo hizo, ordenándose de clérigo. No fueron solos estos milagros los que Dios nuestro Señor obró por san Mauro en este camino; porque tambien dió salud con sus oraciones á un hijo de una viuda, por nombre Remeja, que ya dos dias habia estaba sin sentido y habla, y le entregó á su madre, la cual se deshacia en lágrimas y estaba mas muerta que viva: y el mozo que sellamaba Eligio, despues se hizo monje y vivió en el monasterio Lirinense, que estaba en las islas Deras, y en los siglos pasados fué muy señalado en Francia. Con estos milagros se iba divulgando la santidad de Mauro, y la de su padre y maestro san Benito, y cobrando la gente devocion á su santa religion en las partes de Francia; pero otra cosa sucedió no ménos admirable. Supo san Mauro que san Roman, monge (el que en sus principios ayudó y administró á san Benito, como san Gregorio escribe en su vida), habiendo venido por divina revelacion á Francia, edificaba un monasterio en una aldea de la ciudad Antiodorensis, que ahora se llama Auxerre, y deseando verle, y gozar de su santa conversacion, fué al convento de San Roman el viernes santo, con propósito de tener allí la Pascua; y despues de otras dulces y santas pláticas, san Mauro dijo á Roman, que al dia siguiente su beatísimo padre san Benito, libre de la carga de este cuerpo mortal, habia de subir al cielo; y así fué: y aquella noche san Mauro y sus compañeros le rezaron el oficio, que segun la tradicion antigua de la Iglesia se suele rezar á los difuntos: y estando el sábado santo en la iglesia con otros dos de sus compañeros, arrebatado en espiritu, vió san Mauro el monasterio de Monte Casino, y que de la celda de su padre san Benito iba una como calle derecha hácia el oriente, que llegaba hasta el cielo, entapizada ricamente, y de maravillosa claridad por las innumerables lumbres que en ella habia; y (como dice san Gregorio) aparecióles un varon de hábito venerable y resplandeciente, que les preguntó: ¿si sabian qué calle era aquella que veian, y para quién se aparejaba? Y como ellos respondiesen que no lo sabian; él les dijo: Por este camino el amado del Señor, Benito, sube á los cielos: lo cual contó el mismo san Mauro á san Roman y á los otros sus santos compañeros, y los consoló porque estaban muy tristes y llorosos por la muerte de su dulcísimo y bienaventurado padre. Y habiendo descansado en aquella casa el dia de Pascua, despidiéndose con mucha ternura de san Roman, prosiguió con sus compañeros el camino comenzado, hasta llegar á la ciudad de Orleans, en la cual el obispo Bertingrano, que los habia llamado, era difunto: de lo cual no pequeña tristeza recibieron, porque parecia que se desbarataba su traza,

y el fin de su venida, y que se comenzaba á cumplir lo que su padre san Benito le habia escrito, que habian de tener grandes dificultades en aquella jornada. Consultaron el caso con los criados del obispo, que habian venido por ellos, y eran sus compañeros y guias, y parecióles ir al nuevo obispo y sucesor de Bertingrano, y proponerle lo que su predecesor habia deseado y procurado, y la llegada de san Mauro y de sus compañeros á Orleans; y que entrando ellos, se quedasen en aquella ciudad hasta que tuviesen respuesta del obispo: el cual, habiendo oido lo que le propusieron el arcediano y el mayordomo, y recibidos amorosamente, les respondió: que él tenia muchas otras cosas suyas y de la Iglesia, á que acudir, y que no queria tomar mas cargo sobre sí, ni edificar sobre fundamento ajeno: y con esto despidió el negocio, y los compañeros de san Mauro quedaron suspensos y confusos, á los cuales él consoló y animó, mostrándoles que la costumbre del Señor es probar primero á los suyos, y despues consolarlos, y que nunca desampara á los que confian en él; y que sin duda les descubriria otra cosa mejor que la del obispo, como su santo padre en su carta se lo habia prometido. Cumpliólo muy bien el Señor; porque un deudo de Harderado, por nombre Floro, caballero rico y principal, y gran privado del rey de Francia Teodoberto, y que tenia gran mano en el gobierno del reino, habiendo entendido de Harderado la venida de san Mauro á Francia, y que era muerto el obispo que habia enviado por ellos, y que el sucesor no se queria encargar de sustentar aquellos santos padres, y edificarles casa, se determinó de darles un solo hijo que tenia de ocho años, y su hacienda, y escoger un lugar en el obispado de Angió, donde estaba la mayor parte de ella, para asiento de un monasterio suntuoso y capaz, y labrarle á su costa, y gusto y contentamiento de san Mauro; y así lo hizo, con voluntad y aprobacion del mismo rey de Francia, su señor: y el santo no quiso aceptar el lugar, hasta verle muy de espacio, y juzgar si era á propósito para la quietud que su regla profesaba: y dijo á Floro, que tambien queria ver las heredades que por remision de sus pecados le queria dar, y que contentándole, que aceptaria; y que en tal caso seria bien que se las entregase é hiciese renuncia de ellas. Todo se hizo así: Floro entregó á Mauro sus heredades y posesiones, y el hijo, que se llamaba Bertulfo, para que le criase, y prometió tomar el hábito de san Benito, si Dios le daba vida, y comenzó con gran cuidado y diligencia á edificar el monasterio. Pero para confirmar mas á Floro en su buen propósito, permitió Dios que un clérigo, que se llamaba Langiso, que era como sobrestante de la obra, cayese de un lugar muy alto sobre unas piedras, y se quebrantase de manera, que por todas las partes del cuerpo le salia sangre: y tratándose ya de enterrarle como si fuera muerto, san Mauro con su oracion le restituyó la salud, y le mandó que continuase su obra, porque no se interrumpiese por su ausencia. Y como viese Floro por sus ojos este milagro tan notorio, se arrojó á los piés del santo y se lo quiso besar, y le cobró tan gran respeto, que desde aquel dia, por la gran reverencia que le tenia, no se atrevia llegar á él. Mas para que se vea que no basta la santidad de la vida, ni los milagros que hacen los santos, para que los malos no murmuren de ellos, y se cieguen con la luz; algunos de los oficiales que andaban en la obra, y habian visto lo que el Señor habia obrado por san Mauro,

comenzaron á decir que era un hipócrita, codicioso y ambicioso: que no habia venido de Italia á Francia por servir mas á Dios, sino por tener mas hacienda y ser mas honrado; y que aquellos, que parecian milagros, no eran sino embustes, hechos con artificio y engaño. ¡Adónde llega la malicia humana! ¿Qué cosa hay segura de la lengua serpentina y maldiciente? ¿Qué propio es del malo aborrecer al bueno, y juzgar y reprender la intencion, cuando no puede la obra! Pero por este camino pasaron todos los santos, y el Santo de los santos Jesucristo, el cual vuelve por sus siervos, y los ampara y defiende, como hizo aquí; porque luego castigó á tres de los que habian hablado mal de san Mauro, muriendo el uno que se llamaba Flodegiso, y los dos, siendo atormentados del demonio tan fuertemente, que se herian y despedazaban el uno al otro. Lloró mucho san Mauro, por ver el castigo que Dios habia hecho en aquellos pobres hombres, y como los santos son de blando y tierno corazon, y ruegan por los que los persiguen, y hacen bien á sus malhechores, volviéndose á Dios, con gran sentimiento suplicóle de lo mas íntimo de su corazon, que librase á los dos del tormento que padecian, y al tercero diese la vida, y á todos conocimiento de su bondad; y el Señor oyó la oracion de su siervo, y le otorgó lo que pedia. Y porque tambien los santos, cuanto son mas admirables en los ojos de los otros, tanto son mas humildes en los suyos, mandó al difunto que mientras él viviese no parase mas allí, para que viéndole otros no se acordasen del milagro, y por él le estimasen y honrasen.

Con estos milagros crecia la fama de la santidad de Mauro, y la edificacion y aprovechamiento en los fieles, y el edificio del monasterio se iba aumentando, hasta que en espacio de ocho años se acabó, con cuatro iglesias que en él se hicieron: la primera y la mayor en honra del principe de los apóstoles san Pedro, la segunda de san Martin, la tercera de san Severino, y la cuarta de san Miguel Arcángel. Acabado esto, Floro, fundador del monasterio, acordándose de lo que habia prometido, quiso cumplir su promesa, y ser una de las vivas piedras del edificio espiritual que el Señor iba levantando tanto en su Iglesia, de la orden del glorioso san Benito, tomando su hábito y viviendo debajo de su regla y obediencia: y para poderlo mejor hacer, dió parte de sus deseos al rey Teodeberto su señor, y suplicóle que le diese licencia para retirarse en aquella santa casa, y hacer penitencia de los pecados que en su real servicio habia cometido. Túvolo por bien el rey, aunque con mucho sentimiento; y el día en que Floro habia de tomar el hábito, vino al monasterio acompañado de los grandes y caballeros de su corte, y postrado con mucha humildad á los piés de san Mauro le pidió su bendicion, y derramando muchas lágrimas le rogó que encomendase á Dios á él y á sus hijos y reino, y que lo recibiese en el número de sus compañeros, y le hiciese particionero de sus oraciones y merecimientos. Despues vió toda la casa, y confirmó la donacion que Floro de sus bienes le habia hecho; y él le hizo otra de muchos heredamientos y tierras. Y estando sentado al lado del altar de la iglesia de san Pedro, se presentó Floro vestido de caballero delante de san Mauro que estaba de la otra parte del altar con sus monges; y echado en el suelo, se quitó el cinto militar y las insignias de caballero, y con grande humildad, devocion y conocimiento de lo poco que dejaba y de

lo mucho que le daban, pidió á san Mauro el hábito de su religion, y el santo suplicó al rey que él mismo fuese el primero que de su mano le cortase el cabello y le consagrara á Dios; y así se hizo, llorando el rey y todos los circunstantes, por ver que Floro triunfaba del mundo, y el ejemplo que les daba para tenerle en lo que él es, y no dejarse vencer de sus falsas promesas y engaños; porque veian un hombre noble, rico, poderoso, favorecido de su principe, y que tenia tanta mano en su reino, en lo mejor de su edad, alumbrado con la luz del cielo, dar al traste con todo lo que tenia, y abrazarse con la humildad de Dios y con la pobreza evangélica y menoscipio del mundo, y vendiendo todo lo que poseia, comprar el tesoro escondido para hallar descanso en el trabajo, gloria en la ignominia, riqueza en la pobreza, y en la muerte vida. Acabado este acto tan solemne y glorioso, comió el rey aquel día en la hospedería del monasterio, por habersele rogado san Mauro: y llamando á Floro, ya monje y caballero de Jesucristo, delante de sí, derramando muchas lágrimas, le dijo: que pues le habia servido como caballero tan honrada y fielmente en el siglo, que sirviese de allí adelante á Dios en aquella santa casa con no menos cuidado; y que pues habia defendido su reino con la espada en la mano, ahora le defendiese con sus oraciones delante del Señor. Y dicho esto, y tomada la bendicion de san Mauro, se volvió el rey á su casa.

Con este ejemplo de Floro se unieron muchos caballeros y señores: unos para entregar sus hijos á san Mauro, para que los criase é instruyese en su monasterio, y otros para entrar en él, y dando libelo de repudio á todas las cosas del mundo, seguir la milicia del Señor. Vivió Floro doce años con grande religion, y murió santamente en aquel convento. De esta manera, con la santidad é industria de Mauro, se comenzó á fundar la esclarecida religion de san Benito en el reino de Francia, y aquel monasterio creció tanto, que vino á tener ciento y cuarenta monjes, del cual número mandó san Mauro que no pasasen; porque con sus rentas no se podian sustentar mas. Y habiéndole el santo gobernado santísimamente treinta y ocho años y hecho otros muchos milagros y obras maravillosas, entendiendo que se acercaba su bienaventurado fin, conforme á la profecía de su padre san Benito, dejando el gobierno á otros, y señalando por abad de aquella casa, y sucesor suyo á Bertulfo, hijo de Floro, se recogió á una casilla, junto á su iglesia de San Martin, con dos compañeros suyos, Primo y Aniano, para darse con mas fervor á la oracion, y contemplacion de Dios, y limpiar los ojos de su alma, para verle mas claramente en su morada. Aquí estuvo dos años y medio, haciendo vida mas de ángel que de hombre, y habitando con el cuerpo en la tierra y con el espíritu en el cielo. Yendo una noche á la iglesia de San Martin, como solia, para llorar y hacer oracion al Señor, se le puso delante de la puerta de ella Satanás con una gran cuadrilla de demonios, para estorbarle la entrada; y comenzó á dar voces, y decirle: ¿Piensas, Mauro, que por haber venido aquí de tan lejos, nos has de echar de nuestra casa? Ahora lo verás con el estrago que haremos en tus monges, de los cuales triunfaremos y mataremos tantos, que quedarán pocos de esta tu congregacion. Al cual respondió el santo: El Señor te confunda, fiera bestia; pues eres mentirosa, y padre de la mentira. Á esta voz desapareció el demonio con toda su infernal compañía;

pero con tanto ruido, que tembló todo el monasterio, y se levantaron los monges asombrados y se pusieron en oracion: y san Mauro entró en la iglesia temeroso y aligido, por lo que el demonio le habia dicho de sus monges; mas el Señor le consoló, enviándole un ángel que le dijo que no tuviese pena por lo que habia oido, porque Dios habia mandado al demonio que le avisase, aunque él (como suele) habia mezclado la mentira con la verdad; y la verdad era, que Dios habia determinado que muchos de aquellos religiosos muriesen; y falso que el demonio habia de triunfar de ellos; pues por la gracia del Señor y por las amonestaciones de Mauro, morirían santamente y gozarían de Dios, y que habiéndolos enviado delante de sí al cielo, los seguiría. Luego á la mañana san Mauro juntó todo el convento, y les dijo lo que habia oido. Rogóles, que ninguno se entristeciese ni turbase, porque el verdadero siervo de Dios siempre debe querer lo que quiere Dios, y no va delante sino sigue su voluntad: que cuando viniere la muerte por mano de tan buen Señor, sería muy bien venida; pues sería para acabar los trabajos, peligros y miserias de esta vida, y entrar en el gozo del Señor; y que cada uno se aparejase con la oracion y penitencia para aquella hora. Con estas palabras y otras que les dijo el santo, se enternecieron y se consolaron, animaron y apercibieron, y dentro de cinco meses murieron de varias enfermedades ciento y diez y seis de ellos, y quedaron solos veinte y cuatro: para que todos nos admiremos de los secretos juicios de Dios, que dado que nos sean ocultos, nunca son injustos; y no seamos curiosos en investigarlos, sino humildes en reverenciarlos; y sepamos que nó por morir los hombres, desfallecen las obras del Señor. Poco despues dió un recio dolor de costado á san Mauro: el cual, haciéndose llevar delante del altar de san Martin, recostado sobre su cilicio, se armó de los santos sacramentos; y rico de merecimientos, acabó el curso de esta vida mortal á los 13 de enero del año de 583, segun Baronio, siendo de edad de poco más de setenta y dos años, de los cuales vivió en el siglo doce, veinte con su padre san Benito, y cuarenta en Francia, donde murió, como lo escribe en su vida Fausto, que fué su compañero en la jornada y en el monasterio que fundó, y habia sido criado desde la edad de siete años del mismo padre san Benito. Fué este glorioso santo devotísimo, obedientísimo, humildísimo, de gran caridad, de extremada penitencia, en la vida y en la muerte admirable por los muchos y grandes milagros que obró Dios por él; verdadero hijo é imitador de su padre san Benito, gloria y ornamento de su religion. Supliquémos al Señor que nos dé gracia por sus merecimientos de imitar sus virtudes, para que despues gocemos el premio de ellas. Hace de él mencion san Gregorio papa en el libro segundo de los Diálogos, donde escribe la vida de san Benito.

SAN JUAN CALIBITA, CONFESOR. — En la vida de san Juan Calibita, que escribió Simeon Metafraste, y se halla en el primer tomo del P. Fr. Lorenzo Surió, tenemos un perfecto ejemplo para vencer al mundo y conocer lo que puede un hombre flaco, favorecido de la gracia de Jesucristo. Hubó en Roma un caballero muy principal, rico y noble, y que habia tenido grandes cargos en la guerra, que se llamaba Eutropio, y que estaba casado con una señora en todo igual suya, por nombre Teodora. Tuvieron estos caballeros tres hijos: los dos mayores se aplicaron á los negocios de

la república y de su casa; y el tercero, menor de todos, al estudio de las buenas letras. Llamábase Juan, y desde niño fué muy bien inclinado y modesto, y con la agudeza y viveza de su ingenio de tal manera aprendió las ciencias que le enseñaron, que siendo de edad de doce años causaba admiración á sus mismos maestros y á los que le trataban. Estando, pues, ocupado en sus estudios, sucedió que un santo monge de un monasterio, donde estaba, vino á Roma para pasar en peregrinacion á Jerusalem, y por caridad fué hospedado en el mismo colegio donde Juan habitaba; y viendo aquel hábito de monge, y la compostura y modestia del santo religioso, le tomó aparte y le rogó que le declarase quién era; de dónde venia; á dónde iba; qué hábito era aquel que traia; qué vida era la suya; y qué profesaba. Todo esto preguntó el mozo Juan al monge con tanta gracia y espíritu, que el monge le dió cuenta muy particular de todo lo que le preguntaba, especialmente del monasterio en que vivia, y la regla que en él se guardaba, y como por su devoción hacia aquella romería á Jerusalem: la cual acabada, con la gracia del Señor volvería á su casa. Movióse mucho Juan con las palabras que oyó al religioso, y encendido en el amor divino le rogó con grande encarecimiento que, volviendo de Jerusalem, tornase á Roma y le viesse; que él le queria acompañar á su monasterio, y tomar allí el hábito de su religion y dedicarse totalmente al servicio de nuestro Señor; porque sabia que sus padres le querian mas que á los otros sus hermanos, y pretendian casarle y procurarle altos lugares y dignidades; las cuales él queria huir, por los peligros que habia en ellas, y apartarse de un mar tan borrascoso como el de este siglo, y acogerse al puerto seguro de la religion, al cual nuestro Señor le inspiraba y llamaba para estar mas seguro. El monge le prometió de hacerlo así, y con juramento; porque Juan con su gran fervor le pidió y apretó que lo jurase. Con esto el monge continuó su camino y se partió para Jerusalem; y Juan se quedó en Roma, ocupado en sus estudios. Vinole gana de tener un libro de los sagrados Evangelios, para leer en él: pidiólo á sus padres, y holgaron mucho de ello, por verle tan bien inclinado al estudio y cosas de devoción. Mandaron escribir el libro de una mano delicada y escelente, y encuadernarle y adornarle ricamente con garniciones de oro y piedras preciosas, y lo dieron á su hijo; y leia en él á menudo con mucha devoción y ternura, procurando imprimir en su corazón las verdades celestiales que en él se contenian. Pasados algunos meses, volvió de Jerusalem el monge, como lo habia prometido; y Juan se alegró sobremanera, y le rogó que no diese parte á nadie de lo que entre los dos estaba concertado; porque sus padres le amaban tiernamente, y si supiesen sus intentos, se los procurarían estorbar; que lo que convenia era, que se embarcasen en Roma secretamente, y se fuésen al monasterio sin ruido: y así el monge prometió de hacerlo; y sabiendo que eran menester cien ducados para pagar el flete del navio que ellos querian alquilar, para ir solos y con mayor secreto, Juan tuvo tal industria y maña, que los sacó á sus padres, y envió con un recado disimulado á un eriado que le habian dado para que le acompañase; y con buen viento se embarcó con el monge su compañero, y salió de Roma y desapareció, sin que sus padres tuviesen nueva ni rastro de él. Llegaron al monasterio adonde iban, con el favor del Señor que los llevaba; y el monge dió cuenta al abad de todo lo que habia pasado con Juan, y de

las causas que le habian movido á traerle consigo. Cuando el abad vió á Juan de tan poca edad y tan delicado, y supo que era hijo de padres nobles y ricos, temiendo que no podría llevar vida tan áspera y perseverar en ella hasta el fin, le puso muchas dificultades, y entre otras cosas le dijo, que en aquel convento no solian dar el hábito á nadie hasta haberle conocido y probado por espacio de cuarenta dias. Mas el santo mozo habló con tan fervoroso espíritu al abad, y se lo pidió con tantas veras, que no pudo dejar de darle luego el hábito, esperando que Dios nuestro Señor, que le habia traído á sus piés, le daria perseverancia en lo que por su amor comenzaba. Seis años estuvo en aquel monasterio como un ángel del cielo, dando á todos ejemplo de singular modestia, humildad, obediencia y devocion, haciendo una vida tan áspera, que no parecia mozo de pocos años, sino viejo ya consumado y perfecto. Navegando el santo mozo con tan prósperos vientos, guiado de la mano poderosa del Señor, nuestro comun enemigo que nunca duerme para hacernos daño, levantó una gran borrasca, con la cual Juan se halló muy afligido. Comenzó á traerle á la memoria la grandeza de sus padres, la riqueza y servicio de su casa, y los regalos y entretenimientos que ántes en ella tenia. Despertó en él un vivo y animoso desseo de ver á sus padres, que es tentacion que suele acometer y derribar á muchos religiosos tiernos y flacos. Sacudia de sí estos molestos pensamientos: encomendábase mucho á Dios: ayunaba y hacia penitencia, suplicándole con gran afecto que le tuviese de su mano. Con la mucha penitencia y oracion se iba Juan debilitando y consumiendo, y mucho mas con los continuos combates y peleas que traía consigo; y con la fuerza para resistir á los asaltos de Satañás se enflaqueció y secó de manera, que se puso casi en los huesos. Vió el abad su mucha flaqueza, y rogóle que no se diese vida tan áspera, porque con ella no acabase sus dias; y entendió de él lo que pasaba, y que aquella flaqueza nacía mas de las batallas interiores, que son mas poderosas para debilitar el cuerpo, que nó de los otros ejercicios religiosos y excesos que hacia. Mas el Señor, que en este mozo queria triunfar del demonio, le inspiró que fuése á ver á sus padres, porque aunque los viese no se turbaria, ántes con su gracia veneraría el efecto de la carne y sangre, y el amor de ellos que suele ser tan connatural en los hijos. Parece que fué este instinto de Dios, por lo que despues sucedió, y porque Juan no iba á ver á sus padres por verlos y gozar de sus regalos, sino por mortificarse mas con su vista, y estando disimulado y desconocido en su casa, padecer mucho en ella como lo hizo san Alejo; que si no hubiera sido este particular impulso del cielo, no acertara en ponerse sin necesidad en tan grave peligro. Manifestó Juan al abad y á los otros monjes el propósito que tenia de volver á Romá y ver á sus padres; y pidióles de rodillas con muchas lágrimas que le encomendasen á nuestro Señor, para pelear y vencer en aquella dura empresa que llevaba. El abad le dió su bendiccion; los monges le abrazaron y lloraron mucho porque se iba, y él no ménos porque los dejaba; y postrado en el suelo, suplicó á Dios que le guiase. En el camino topó á un pobre hombre vestido de andrajos: acompañóse con él, y despues le rogó que trocasen los vestidos; y así se hizo: y Juan vestido del hábito vil y despreciado del pobre siguió su camino y llegó á Romá. En viendo la casa de sus padres,

pidió de nuevo á Dios una y muchas veces que no le desamparase, sino que le asistiese con su gracia, para vencer al enemigo, y morir en aquella casa de sus padres, y librarse de las tentaciones y miserias de esta miserable vida. Toda la noche estuvo cerca de la casa de su padre, y á la mañana del dia siguiente abriéndose las puertas se entró Juan á su casa: y saliendo de ella el mayordomo, y viendo en el portal un hombre tan feo al parecer, y tan asqueroso y mal vestido, con desden le mandó que se fuése de allí; y él con mucha humildad y mansedumbre le rogó por amor de Jesucristo, que todo lo que por él hiciese se lo pagaria, que le dejase estar en un rincon de aquel zaguan; porque él no haria ningun mal, ni sería pesado á nadie. Dejólo el mayordomo: y despues saliendo de casa la señora y madre de Juan, no conociéndole, ni sabiendo que era su hijo, tuvo tanto asco de verle, que mandó á sus criados que le echasen de allí, y así lo hicieron. No se turbó el santo mozo por ver que su misma madre le echaba de sí, y sus mismos criados en su propia casa le maltrataban; ántes cobrando mayor esfuerzo, y juzgando que aquella era buena ocasion para quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, tuvo mucha paciencia; y encomendándose de nuevo á Dios, se estuvo allí cerca de su casa, y rogó al mayordomo que en un rincon de ella le hiciese hacer un pequeño atajo ó cobertizo, en que pudiese recogerse, prometiéndole grandes premios del cielo si así lo hacia. Hizolo el mayordomo con buena voluntad porque el Señor le movia: y Juan entró en la casa de sus padres como huésped, para vivir en aquel estrecho y vil aposento, y por esto le llaman Calibita, que quiere decir: «el que moró en la choza.» Tres años vivió en aquella pobre choza, mas como ángel del cielo, que como hombre de la tierra, favorecido y regalado del Señor, menospreciado de sus mismos criados y estimado de los príncipes del cielo. Aunque su padre, oyéndolo que algunos criados le decian de la virtud de aquel hombre que tenia en su casa, de su humildad, de su modestia, de su continua oracion y penitencia, y lágrimas que derramaba, y de la paciencia con que sufría los hielos y frios, y las otras injurias del cielo, le regalaba y le enviaba de comer de su mesa, diciendo: que Dios habia enviado á su casa aquel hombre para por su medio hacerles muchas mercedes; mas Juan ninguna cosa comía de las que su padre le enviaba, ántes las repartía todas á los pobres, los cuales por esta causa venían á él y se recreaban con lo que él les daba, quedando él seco y ayuno, y tan extenuado, que se le podian contar los huesos. Pero queriendo nuestro Señor magnificar y galardonar á este su gran siervo, le apareció y le dijo: que era ya llegado el tiempo en que recibiese el premio de sus trabajos, y que de allí á tres dias moriria. Regocijóse el santo con tan buenas nuevas, é hizo gracias al Señor por ellas, y suplicóle que tuviese misericordia de sus padres. Envió á llamar al mayordomo de casa, y rogóle que dijese á su señora que aquel pobre que ella habia mandado echar de su casa, humildemente le suplicaba, que no mirando á él, sino á Jesucristo en él, se dignase de hablarle, porque tenia algunas cosas que decirle, que le importaban. La señora se desdendió y no quiso ir á verle, por parecerle que aquel pobrecito no podia tener cosa que decirle, que le importase: y aunque su marido, sabiéndolo, le dijo que no dejase de ver aquel pobre y de consolarle, porque

Dios escogió á los pobres, y todo el bien que se les hace lo recibe como si al mismo Señor se hiciese; todavía ella, que debía de ser delicada, se detenía, hasta que Juan le envió á decir, que él había de morir de allí á tres días, y que si no venía á hablarle, ella se arrepentiría. Con esto vino: y como el santo estaba tan pobre y echado en el suelo y cubierto con su capa rota y andrajosa, aunque él la habló, no le conoció. Díjole el santo: que nuestro Señor le quería pagar lo que había hecho con los pobres por su amor, y que él era pobre y no tenía con que agradecer las buenas obras que en su casa había recibido; pero que si quería jurarle de hacer lo que él le suplicaba, le dejaría una bendición de Dios y una cosa muy preciosa. Juró la madre y el hijo le dijo: que le pedía y suplicaba en el nombre de Dios, que le hiciese enterrar en aquel mismo lugar, donde estaba, y con aquel mismo vestido que sobre si tenía, y nó en otro mejor lugar, ni con mejores vestidos, porque él era pecador é indigno de ellos; y con esto le dió el libro de los Evangelios, que en su casa de su mano había recibido, por un rico don y preciosísimo tesoro, diciéndole, que ella y su marido le tuviesen por tal y por una arma y escudo fuerte para los peligros de la vida. Luego que la madre tomó el libro en sus manos, comenzó á mirar con atención, y á parecerle que era aquel libro muy semejante al otro de los Evangelios que ella y su marido habían dado á Juan su hijo. Llevóle á su marido Eutrópio: miráronle y remiráronle; y juzgaron, que no era semejante, sino el mismo, como era la verdad. Fuéron los dos corriendo á él, admirados y confusos, y pidieronle en nombre de la santísima Trinidad, que les dijese de quién había habido aquel libro de los Evangelios y dónde estaba su hijo. Díjéronle esto con tanta ternura y tan copiosas lágrimas, que el santo mozo les dijo: Yo soy Juan vuestro hijo; y este es el libro de los Evangelios que me disteis: yo os he sido causa de muchos suspiros y llantos; mas por llevar el suave yugo de Cristo y asegurar mi partido, he hecho lo que habeis visto. Cuando los padres oyeron esto, no se puede creer el cuchillo de dolor que á través sus corazones. Echáronse sobre el cuello de su desconocido hijo, que ahora conocian para su pena y dolor. El padre lloraba su desventura: acusaba á sus criados; y confesaba que por sus pecados Dios se le había quitado, y despues traídosele á su casa de manera, que nó le conociese: mas la triste madre daba gritos: heria sus pechos: mesaba sus cabellos, cuando se acordaba que le había mandado echar de su casa, cuando vino á ella; y despues estando para morir, rogándole él que le viese y hablase, no le quería ver ni oír. Estuvieron los padres desde la una hasta las seis llorando su desventura y lamentando su desdichada suerte; y como eran personas principales, luego que se supo en la ciudad, concurrió mucha gente á este espectáculo tan nuevo y maravilloso: y todos lloraron, por ver aquel santo mozo que tan bien había sabido vencer al demonio y triunfar del mundo: y el Señor, que lo había escogido para tan raro ejemplo nuestro, allí luego en presencia de sus padres le sacó de los trabajos y peligros de esta miserable vida, y llevó aquel espíritu puro y limpio al cielo, para que eternamente descanse y goce de su bienaventurada vista. Aquí se renovaron los dolores, tormentos y lágrimas de sus padres: los cuales por una parte alababan á su hijo por su gran santidad y hacían gracias á Dios, porque se les ha-

bia dado; y por otra sentían mucho el no haberle conocido y gozado del gran tesoro que tenían en su casa. Deramaron muchas lágrimas; pero mezcladas de gozo y tristeza, de quejas y de admiracion, y de los varios afectos que el amor les daba. Cuando le quisieron enterrar, la madre, olvidada de lo que su hijo le había pedido, y ella le había prometido con juramento, le hizo desnudar de aquel pobre y desarropado vestido, y vestirle de ropas ricas y de gran precio; mas luego que le vistieron, la madre quedó paralítica: y entendiénd que era castigo de Dios, se las quitaron y le tornaron á poner las que ántes tenía. Con esto sanó la madre, y sepultaron el santo mozo en aquel rincón vil y estrecho lugar, donde había estado aquellos tres años, como él mismo lo había pedido: mas los padres le hicieron labrar allí una iglesia, que hoy día está en Roma, en la isla de San Bartolomé que hace el Tíber, y para el servicio de ella le hicieron donacion de sus bienes: y habiendo hecho esto y repartido largas limosnas á los pobres, en santa paz y quietud dieron sus almas á Dios. De san Juan Calibita hace mención Nicéforo Calixto, lib. 1, cap. 23. El día de su muerte señala el Martirologio romano á los 13 de enero; el año no lo sabemos. Algunas vidas escritas de mano dicen, que vivió en tiempo del emperador Teodosio: Nicéforo dice, en el del emperador León, que comenzó á imperar el año de 457; mas Simeon Metafraste, que es ménos antiguo y escribió su vida, dice, que vivió en su tiempo. Esta fué la vida de san Juan Calibita, esta su muerte, estos los ejemplos de santidad que nos dejó, para que desde niños nos demos á Dios y entremos por el camino estrecho y áspero que lleva á la vida, y nos abracemos con la perfeccion y cruz de Cristo, y sepamos, no solamente sojuzgar á la razon nuestros apetitos desordenados y rebeldes, sino tambien mortificar y vencer los afectos naturales de la carne y sangre que son contrarios á la ley de Dios, y á lo que una vez prometemos; para que así, quebrantando la cabeza del dragon infernal, y triunfando de él, gocemos de la corona de que goza san Juan Calibita y gozará en los siglos de los siglos.

SAN BONITO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué san Bonito francés de nacion, de padres ilustres y descendientes de senadores romanos: su padre se llamó Teodato, y su madre Siagria, la cual estando preñada de Bonito, echándose á los piés de un santo sacerdote y rogándole que la encomendase á Dios, él la respondió: Dame tú la bendicion, ó sacerdote venerable y señor: y como la mujer se turbase oyendo estas palabras, y preguntase al sacerdote, qué quería decir, él respondió: No pienses que te he pedido á tí la bendicion; porque siendo tú mujer y yo sacerdote, no es cosa decente; pero he la pedido al hijo que tienes en tus entrañas, que por revelacion divina entiendo ha de ser un gran prelado y una lumbrera de la Iglesia de Dios. Nació el niño: fué criado con mucho cuidado: dióse al estudio de las letras y especialmente al derecho civil é hizo muy gran progreso en él. Siendo ya muerto su padre, por voluntad de Dios se fué á la corte del rey, y entró en su servicio, y tuvo preeminentes oficios en su casa, y grandes cargos en el gobierno de su reino, administrándolos con maravillosa entereza, recludad y suavidad, y mas como sacerdote benigno, que como juez riguroso.

Tuvo san Bonito un hermano llamado Avito, varon ex-

celente y muy docto en las letras divinas y humanas, el cual fué obispo de Albornia: y habiendo gobernado aquella iglesia como quince años, estando enfermo y viendo que se le acababa la vida, y juzgando que ninguno le podía suceder en el obispado mas dignamente que Bonito su hermano, le nombró por su sucesor, y alcanzó del rey de Francia, Teodorico, que lo tuviese por bien y lo confirmase. Hizolo el rey con mucho gusto, por las grandes partes que concurrían en Bonito; y él aceptó el obispado y vivió en él, no ménos como santo monje, que como vigilante prelado. Ayunaba mucho: pasábasele los dos y tres y cuatro dias sin comer: era muy continuo en la oracion, y amigo del silencio y de la quietud: tenia un don de lágrimas raro, y con ellas parece que se sustentaba y alimentaba; recibía á los peregrinos con admirable caridad, no honrando mas al rico por ser rico, y compadeciéndose mas del pobre por ser pobre: amaba los sacerdotes como hermanos: exhortábalos con su vida y con sus palabras á que viviesen casta y recogidamente, y como dignos templos de Dios: proveía de pasto espiritual á las almas de sus ovejas, y del corporal á los cuerpos.

Pero resplandeciendo el santo prelado con estas obras de virtud y esparciendo rayos clarísimos de santidad, comenzó á desear mayor perfeccion, y á tener escrúpulo de haber entrado en la dignidad de obispo y sentándose en aquella silla por nombramiento del obispo Avito su hermano: y habiendo consultado con un santo varon, llamado Tilon, se determinó de dejar el obispado y todas las cosas de la tierra, y hacerse monje; y así procuró que un varon insigne, que se llamaba Nodoberto, se encargase de su obispado: y él, habiendo repartido á los pobres lo que tenia, se entró en el monasterio Maguilocense, y tomó hábito de monje con maravilloso ejemplo, y gran gozo y contento suyo, por haber alcanzado lo que tanto deseaba.

Pasado algun tiempo, fué á Roma por su devocion á visitar los cuerpos de los gloriosos principes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y los otros preciosos santuarios de aquella santa ciudad; y despues de haber cumplido con su devocion, volvió á Francia cargado de muchos cautivos que habia rescatado, y estuvo cuatro años en la ciudad de Leon, donde el Señor le dió una enfermedad y le desató de las cadenas del cuerpo, y llevó á gozar eternamente de su bienaventurada presencia. Al tiempo que le llevaban á enterrar llegó un paraltico, y con sola la presencia del cuerpo sagrado cobró entera salud. No fué solo este milagro el que el Señor obró por san Bonito despues de su muerte, sino otros muchos, como los habia obrado en vida. Algunos enfermos sanaron bebiendo del agua en que el santo habia lavado sus manos. Pidiéndole un cojo que pudiese las manos sobre sus piés, el santo por su humildad se sonrió, y le dijo: yo haré, lo que me pides; pero no te aprovechará mas, que si un bucy con su pié te tocase. Hizo la señal de la cruz sobre el enfermo; y luego quedó sano. Libró á dos endemoniados que se le pusieron delante en el camino, y quedaron libres, haciendo oracion por ellos. Otra mujer ciega del todo, que se llamaba Blada, fué desde la isla de Inglaterra á buscar al santo, para darle gracias, por haber cobrado la vista por su intercesion. Tambien sanó á otros ciegos con sus oraciones, y á muchos enfermos con el accei-

te que por su devocion traía del sepulcro de san Pedro. Pero el mayor de todos los milagros, y el mas excelente privilegio que tuvo san Bonito, fué el singular favor y regalo que le hizo la sacratísima Virgen y Madre de Dios nuestra Señora, de la cual él fué devotísimo. Quiero referirle aquí de la manera que se escribe en su vida, porque es muy semejante á lo que la misma Virgen hizo con nuestro san Ildefonso, arzobispo de Toledo. Entró un dia en el templo de San Miguel á hacer oracion, y para estar mas quieto y apartado, recogióse en un rincon de la iglesia. Acabáronse los officios divinos: fué la gente, y el santo prelado se quedó como escondido en aquel mismo lugar. Vino la noche, y los porteros y ministros de la iglesia, no viendo en ella á nadie, cerraron sus puertas, y él se quedó en la iglesia, para darse aquella noche con mas fervor á la oracion, por verse libre y solo, sin ruido y embarazo de gente. Estando pues en el mayor fervor de su oracion oyó una celestial melodia, y vió que resplandecia el templo con una inmensa claridad, y que bajaban del cielo innumerables santos, y entre ellos la serenísima Reina de los ángeles nuestra Señora. Todos cantaban alabanzas á Cristo y á su Madre, y la misma Madre cantaba en alabanza de su bendito Hijo. Fué toda esta celestial compañía con admirable orden y concierto, como en procesion, por el coro, hasta llegar al altar; y estando allí, alguno de aquellos santos preguntaron, quién habia de celebrar la misa. Y la Virgen respondió: que allí estaba Bonito, verdadero y fiel pastor, y digno de decir-la. Oyó estas palabras Bonito, y por su humildad se encogió y se corrió, y queriendo retirarse y apartarse mas, se arrimó á una piedra dura, la cual se ablandó, y en ella quedaron impresas las señales de su cuerpo. Finalmente, fué buscado, hallado y traído delante del altar; y vestido de los sagrados ornamentos por aquellos santos, dijo su misa; la cual acabada, despidiéndose nuestra Señora con su compañía del santo prelado, le dió por un don singular una vestidura tejida, que no se puede entender, de qué materia es; solo se vé ser muy lijera y muy blanda y blanca sobremanera. Este milagro y favor del cielo se tiene por muy cierto en la ciudad de Albornia, donde se solia mostrar (y no sé si hoy se muestra) la misma vestidura venida del cielo.

El cuerpo de san Bonito se enterró en Leon de Francia, donde murió, y despues, siendo Práculo obispo de Albornia, por divina revelacion se trasladó el sagrado cuerpo á la misma iglesia, donde habia sido obispo; y al tiempo que le quisieron alzar de donde estaba, tembló toda la iglesia desde la cumbre hasta los cimientos, de tal manera, que parecia que toda venia al suelo: y una doncella paraltica cobró el uso de sus miembros y entera salud, y por todo el camino el Señor obró muchos y grandes milagros por intercesion del santo.

La vida de san Bonito escribió un autor grave, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en su primer tomo de las vidas de los santos. Hacen mencion de él á los 13 de enero el Martirologio romano y el de Usuardo, y el cardenal Baronio en sus anotaciones. Fué el cuarenta y un obispo en número de los obispos de Albornia, y floreció en tiempo del rey de Francia Teodorico, el cuarto de este nombre.

* SANTOS HABACUCH Y MIQUEAS, PROFETAS DE LA ANTIGUA LEY. — Doce fueron los profetas menores, siendo Habacuch el octavo, y Miqueas el sexto. El primero pareció en

el reinado de Joaquin, 610 años antes de Jesucristo: profetizó á su pueblo la cautividad, la caída del imperio de los caldeos, la libertad de los judíos por Ciro y la del linaje humano por el Salvador. Miqueas, que como hemos dicho era el sexto de los profetas menores, descendía de la Judea de un pueblo llamado Morasthit, profetizó varias veces, entre las cuales señaló el lugar donde nacería el Salvador.

SANTA SECUNDINA, VIRGEN Y MÁRTIR.—Derramó su sangre por la fé, en Aguani, durante la persecucion de Decio, el 15 de enero del año 250.

SAN EPISIO, MÁRTIR.—Fué de Caller en Cerdeña. Por efecto del poder divino superó crueles tormentos, durante la persecucion de Diocleciano, por orden del juez Flaviano; y últimamente, habiéndole degollado, voló victorioso al cielo por los años de 308.

SAN MÁXIMO, OBISPO DE NOLA.—En los primeros siglos del cristianismo padeció varias veces por la fé, durante las persecuciones de aquellos tiempos; y tuvo al fin que dejar su iglesia para retirarse al desierto y atender así á la salud de sus ovejas contra las asechanzas de sus verdugos. Ignórase de fijo el año de su muerte pero se cree acontecida á principios del siglo IV.

SAN ISIDORO.—Fué presbítero y monge en Alejandria, discípulo de san Antonio abad y compañero de san Macario. Fué á Roma con san Atanasio, y trabajó con él contra los errores de los arrianos. Vuelto despues al oriente, se fué otra vez al desierto de donde había salido, resistió por espacio de cuarenta años las mas crueles tentaciones y las penitencias mas ansteras, y por fin murió santamente el 15 de enero de 404.

DIA 16.

SAN MARCELO, PAPA Y MÁRTIR.—Despues que los emperadores Diocleciano y Maximiano persiguieron la Iglesia católica crueldadísima, y derramaron tanta sangre de cristianos, determinaron dejar el imperio, como le dejaron, el uno en Nicomedia y el otro en Milan, é instituyeron por emperadores á Constancio Cloro, padre del gran Constantino, y á Galerio Armentario: en cuyo tiempo, por alboroto y sedicion de los soldados pretorianos y de la guarda, que estaba cerca de Roma, se levantó y llamó emperador Majencio, hijo de Maximiano, el cual había renunciado el imperio, y de una mujer baja de Siria, llamada Eutropia: el cual, entendiendo que los cristianos, por ser ya muchos, le podian ayudar para confirmar y establecer su imperio, comenzó á mostrárseles benévolo y favorable, hasta que habiendo tenido una gran victoria contra Severo, á quien Galerio Armentario había nombrado por César y sucesor suyo, pareciéndole que ya no tenia á quién temer, se quitó la máscara y descubrió su pecho, y de zorra astuta se mostró leon fiero contra los cristianos. En tiempo pues de Majencio, tirano, fué martirizado san Marcelo papa, el cual despues de san Marcelino, asimismo papa y mártir, habiendo vacado la silla apostólica, nó siete años, como dicen algunos, sino seis meses y veinte y cinco dias, fué elegido con gran consentimiento del clero y contentamiento de todo el pueblo, por vicario universal de Cristo y sucesor de san Pedro. Fué san Marcelo romano: su padre se llamó Benito: gobernó la Iglesia santísimamente, la cual por la persecucion de Dio-

cleciano y Maximiano estaba muy afligida, animando á todos los fieles con su doctrina y ejemplo á la constancia en la fé: y porque la sangre de los cristianos, que habían derramado los tiranos, había sido como semilla de trigo, que producía y multiplicaba nuevas mieses, y por uno que moría nacían muchos, instituyó Marcelo en la ciudad de Roma veinte y cinco títulos ó parroquias, en las cuales se bautizasen los que de nuevo venían á la fé, los pecadores hiciesen penitencia y los mártires fuesen sepultados: lo cual como viniese á noticia del tirano Majencio, mandó prender al santo pontífice, y procuró primero con palabras blandas y promesas persuadirle que no se nombrase pontífice de Cristo, y que adorase á sus falsos dioses. Despues viendo que se reía de él, le mandó azotar cruelmente, y le condenó al catábulo, que era un establo grande donde estaban las bestias de carga, para uso y servicio de la república, y que en él tuviese cargo de ellas. Estuvo el santo pontífice en aquel abatido y vil oficio nueve meses, orando, velando, llorando y exhortando de palabra y por cartas á los fieles á la perseverancia; y al cabo de ellos vinieron de noche los clérigos de Roma y libraron á su pastor, y escondieronle en casa de una santa mujer llamada Lucia, la cual habiendo vivido quince años con su marido, hacia diez y nueve que era viuda. Ella le recibió como un ángel de Dios en su casa, y le suplicó que la consagrara en iglesia; y el santo pontífice lo hizo, y despues se llamó San Marcelo. Allí se juntaban los cristianos para alabar y glorificar de día y de noche al Señor. Supo esto Majencio, y lleno de rabia y furor mandó que aquella iglesia se profanase y que sirviese de establo para bestias públicas, y que san Marcelo se ocupase en el servicio de ellas, y que viviesen en aquella sucia morada. En este establo sucio, asqueroso y hediondo, estuvo algun tiempo el santo pontífice desnudo y sin abrigo, vestido de cilicio, sirviendo á aquellos animales: y con este género de martirio dió su alma á Dios á los 16 de enero del año del Señor de 309, en el cual día celebra la Iglesia su fiesta. El cuerpo de san Marcelo recogieron Juan presbítero, y Lucia, y le enterraron en la via Salaria, en el cementerio de Priscila. Fué pontífice sumo cinco años y un mes y veinte y cinco dias; aunque en los años de su pontificado hay mucha diversidad en los autores. Ordenó en Roma de una vez en el mes de diciembre veinte y cinco presbíteros, y dos diáconos y consagró veinte y un obispos en diferentes lugares. Dos epistolas se hallan de san Marcelo: la una escrita á los obispos de la provincia de Antioquia, en la cual les pide y ruega que no sientan ni enseñen otra cosa, sino lo que aprendieron del apóstol san Pedro y de los otros apóstoles y santos padres: pues habiendo tenido á san Pedro por primer ministro, no es justo, dice, que dejéis á vuestro padre y sigáis á los extraños, especialmente siendo él la cabeza de toda la Iglesia; la otra es para Majencio, tirano, en la cual le dice que los verdaderos sacerdotes de Dios, mas quieren ser perseguidos por la justicia y por la verdadera fé, y padecer por el nombre del Señor, que tener muchas riquezas y ser honrados y estimados y perder el cielo: porque todo lo de acá es momentáneo y lo de allá es eterno: lo de acá en una hora se acaba, y lo de allá dura para siempre. Tambien le dice, que el oficio del buen príncipe y religioso rey es reparar las iglesias maltratadas y caídas, y edificar nuevos templos, y honrar y defender á los sacerdotes del Señor.

LOS SANTOS BERARDO, VITAL, PEDRO, ACURASIO, ADJUTO Y OTON, MÁRTIRES.—Deseando el bienaventurado padre san Francisco encender en el mundo el fuego del amor divino, con que él ardía, alumbrar á los fieles y especialmente á los moros, que estaban en la sombra de la muerte y perseguían gravemente á los católicos cristianos, escogió de toda su sagrada familia seis esclarecidos varones, que le parecieron mas á propósito para predicar á los moros y derramar su sangre por nuestro Redentor. Estos fueron Berardo, Vital, Pedro, Acursio, Adjuto y Oton, á los cuales declaró su voluntad y la grandeza de aquella empresa, y los armó, para que entrasen en ella con gran denuedo, espíritu y fervor y confiasen de nuestro Señor, que los había escogido y por su ministerio los enviaba, que los guiaria y esforzaria, y les daría victoria contra sus enemigos. Nombró á Fr. Vital por superior de todos; y prometiéndoles sus oraciones y echándoles su bendición, los despidió y envió á España, para que predicasen el sagrado Evangelio, y procurasen sacar de su ceguedad á los mahometanos que reinaban en ella, y perseguían bravamente á los cristianos. Los santos seis frailes tomaron la obediencia de su santo padre, como venida del cielo, haciendo gracias al Señor por haber puesto los ojos en ellos mas que en otros para cosa tan grande, en la cual esperaban dar la vida por su santa fé y recibir la corona del martirio. Vinieron con suma pobreza á España y llegaron al reino de Aragon, donde Fr. Vital, que era superior y cabeza de los demás, cayó muy malo: y viendo que su enfermedad iba á la larga y que no podia proseguir su camino, para que sus compañeros no perdiesen la gloria del martirio, que él por su humildad juzgaba que no merecía, quedándose en un pobre hospital doliente, ordenó á los otros cinco frailes que pasasen adelante, é hiciesen lo que de parte de Dios su bienaventurado padre san Francisco les había mandado: y aunque sintieron mucho el apartarse de su compañero y superior y dejarlo tan enfermo en aquel hospital, todavía por cumplir con su obediencia, y por no perder la ocasion de morir por Cristo, se partieron y llegaron á la ciudad de Coimbra, donde hablaron con la reina doña Urraca, mujer del rey don Alonso, segundo de este nombre, que entonces reinaba en Portugal. La reina los recibió con gran devocion y benignidad: y entendiendo por el hábito y traje y por sus pláticas y mucho mas por sus intentos, que eran siervos y amigos de Dios, les rogó con mucha instancia, que por amor de aquel Señor, por quien ellos tanto deseaban padecer, que le suplicasen les revelase el término de su vida. Y puesto caso que ellos se excusaron por su humildad, alegando que no eran dignos de tan gran merced de Dios, todavía vencidos de la importunidad de la reina hicieron oracion al Señor y él les reveló que ellos morirían mártires en Marruecos y que sus cuerpos serian traídos á Coimbra, y la reina con todo el pueblo saldría á recibirlos y que poco despues moriria ella y antes que su marido. Todo esto descubrieron los santos frailes á la reina, exhortándola á no enristecerse por ello, sino á conformarse con la voluntad del Señor, pues ninguno tanto la amaba como él: y como los santos lo dijeron, así se cumplió, como adelante se verá. De Coimbra pasaron los siervos de Dios á la villa de Alenquer, donde ya había monasterio de su religion, y en él descansaron algunos dias y fueron favorecidos de la infanta doña Sancha, hija del rey don Sancho II, rey de Portugal, que

moraba en la dicha villa con maravilloso recogimiento y ejemplo raro de castidad: la cual guardó tan perfectamente, que siempre fué virgen y nunca sus padres la pudieron inclinar á casarse. Esta señora les vistió de seglares sobre los hábitos, y ellos dejaron crecer las barbas y fueron á Lisboa para embarcarse para Sevilla, que á la sazón era de moros, y la infanta los mandó proveer de matalotaje, y de todo lo necesario para su embarcacion. Llegados á Sevilla, se fueron á la mezquita de los moros, y allí en alta voz comenzaron á loar y predicar la fé de Jesucristo contra Mahoma, y fueron maltratados y afrentados de los moros que allí estaban: los cuales al cabo de rato los dejaron, teniéndolos por hombres locos y sin seso y despreciados por el vil y pobre hábito que traian. Mas ellos fueron al palacio del rey, y le hablaron y predicaron, reprendiendo severamente la falsedad y torpeza de la ley de Mahoma, su profeta: y despues de largas pláticas el rey los mandó matar; aunque no se ejecutó la sentencia, porque el príncipe hijo del rey, móvido de piedad natural, aplacó á su padre y le detuvo, para que no se ejecutase. Finalmente, despues de haber estado muchos dias presos en una estrecha y oscura cárcel, cargados de hierro, el rey los mandó entregar á unos cristianos que se embarcaban en un navio, para que los llevasen á Marruecos y de allí á Portugal, adonde ellos iban. Aportaron los cinco bienaventurados religiosos á Marruecos, donde estaba el rey Miramamolín y el infante de Portugal don Pedro, hermano del rey don Alonso, disgustado con su hermano por algunos agravios que había recibido de él. El infante los acogió con mucha humanidad, teniéndolos por siervos de Dios, por la suavidad y fuego de amor divino que mostraban en su rostro, hábito, palabras y santa conversacion. Embistieron con el rey, y predicáronle con gran fervor la fé de Cristo. Túvulos por hombres sin juicio y mentecatos, y mandó que luego los echasen fuera de la ciudad y los enviasen á tierra de cristianos. El infante, por asegurarlos y estorbar que no fuesen maltratados, envió con ellos algunos cristianos que los llevasen á Ceuta, y de allí á Portugal; mas ellos se volvieron del camino á Marruecos, y entrando en la ciudad, comenzaron á predicar á los moros, que estaban juntos en la plaza. El rey se enojó mucho, cuando lo supo: mandólos prender y echar en una cárcel oscura y áspera, y que no les diesen de comer ni de beber. Allí estuvieron veinte dias, sin comer bocado ni beber, sustentándose con solo el mantenimiento del cielo y la consolacion divina: y cuando los sacaron de la cárcel, salieron mas recios y sanos, y con mas vigor, que cuando entraron en ella: de lo cual quedó espantado el rey por cuyo mandado de nuevo fueron entregados á los cristianos, para que los embarcasen é hiciesen pasar á España; pero ellos segunda vez se volvieron del camino y tornaron á predicar á los moros, hasta que el infante don Pedro los recogió y encerró en su casa con guardas, temiendo que por su predicacion no le viniese á él y á los otros cristianos algun daño. En este tiempo salió el ejército de Miramamolín contra ciertos rebeldes y enemigos suyos: iba en el ejército el infante don Pedro con los otros portugueses (que eran muchos y valientes soldados), con cuya ayuda el rey desbarató y venció á sus enemigos. Pero sucedió, que volviendo el ejército, les faltó agua, y el calor fué tan excesivo, que al tercer dia se hallaron tan fatigados del sol y de la sed, que pensaron todos perecer,

Llevaba el infante consigo á los santos religiosos: hicieron oracion; y cavando en la tierra Fr. Berardo con un palo pequeño, salió una fuente de agua muy copiosa, de la cual bebió el ejército y las bestias, y se proveyeron de agua para el camino, y luego se secó la fuente, y la tierra quedó seca como de ántes. De este milagro los cristianos quedaron muy consolados y los moros espantados; pero no bastó este milagro para que el rey no los mandase de nuevo prender; porque volviendo á la ciudad, habian tornado á predicar yel pueblo se embraveció contra ellos con tan gran saña y furor, que echaron mano de ellos y los ataron y dieron muchos golpes y les hicieron graves injurias y los presentaron á la justicia mayor, para que luego los matase. Mandólos el rey apartar en diversas casas y azotar crudamente. Echáronlos sal y vinagre sobre las llagas; y así maltratados y despedazados, los llevaron á la cárcel, para otro dia doblarles los tormentos. Mas el Señor los consoló y esforzó con una luz inmensa del cielo, que bajó sobre la cárcel, y las guardas la vieron subir, y las bienaventuradas almas de los cinco mártires en medio de aquella claridad del cielo, y se turbaron, temiendo que los santos se hubiesen salido de la cárcel y huido: pero despues se sosogaron, cuando los hallaron quietos y seguros en la cárcel. Despues fueron entregados al pueblo, para que vengase las injurias que los santos habian hecho contra Mahoma. Sacáronlos de la cárcel desnudos y con las manos atadas y con sogas á los cuellos; y otra vez fueron de nuevo cruelmente azotados y arrastrados sobre pedazos de vidrios y de tejas, echando sal y vinagre sobre las heridas y aceite hirviendo, y cada uno buscaba su manera de tormentos que darles: tanto era el furor de aquel pueblo ciego y engañado, y tanta la constancia y alegría con que el Señor los alentaba, que les parecían regalos todos aquellos tormentos. Grandes fueron los encuentros que tuvieron, y muy duras las peleas de estos santos frailes; porque un moro dió una grande bofetada á Fr. Oton, en el palacio del rey, porque hablaba mal de Mahoma; y el bienaventurado padre, con maravillosa mansedumbre y serenidad, le volvió el rostro y le dijo: Vés aquí este otro carrillo; hiérole si quieres, que aparejado estoy para sufrirlo todo por mi Señor Jesucristo. Y el mismo Miramamolín los tentó, y pretendió persuadir que negasen á Cristo y se hiciesen moros, ofreciéndoles riquezas, honras y los bienes precederos de la tierra; y para mas ablandarlos lestrajo cinco doncellas muy hermosas y nobles, con quienes prometió casarlos: pero como ellos hiciesen burla de todos sus dones y ofrecimientos, y no dejasen de magnificar la religion cristiana, y decir mal de la secta de Mahoma, el rey salió de sí, y tomando con furor su espada, él mismo los mató con sus manos, abriéndoles por medio las cabezas, y despues los degolló, hartándose de la sangre que veia correr por el suelo, y mostrándose celeso de su ley, y vengador de las injurias de su falso profeta.

De esta manera alcanzaron los bienaventurados hijos de san Francisco la corona del martirio, á los diez y seis dias del mes de enero, año del Señor de 1220, y á la misma hora que volaron sus mismos espíritus al cielo, aparecieron en Alenquer á la infanta doña Sancha; á las once horas del dia, muy resplandecientes y le avisaron de su gloria y triunfo; y ella hizo iglesia del aposento en que tuvo aquel favor de Dios. En acabando de matar con sus

manos el rey bárbaro á los santos mártires, mandó arrojar sus cuerpos y cabezas fuera de la cerca del palacio, adonde concurrieron los moros, y con grandes alaridos y gritos los arrastraron por las calles, y no se hartaron de deshonrarlos y despedazarlos, en vituperio de nuestra santa religion. Echáronlos á las bestias, para que fuesen comidos de ellas; y queriendo los cristianos recoger los sagrados cuerpos, fueron sentidos de los moros, que á pedradas los hicieron huir: y el dia siguiente, para que no fuesen honrados de los cristianos, hicieron los moros una grande hoguera, y los echaron en ella para que se hiciesen ceniza: mas el Señor los guardó y una de las cabezas, echada muchas veces en el fuego, está hoy en dia entera y con sus cabellos se muestra en Santa Cruz de Coimbra, sin alguna lesion ni señal de fuego. No se convirtieron con este tan gran milagro los moros, ántes rabiosos tomaron las santas reliquias, y arrastrándolas las arrojaron en muladares y lugares inmundos, y súbitamente sobrevino una espantosa tormenta de relámpagos, truenos y rayos, que parecia habia de destruir la ciudad: y los moros, así por miedo de aquella terrible tempestad, como por ser ya de noche, se retiraron; y los cristianos tuvieron lugar para recogerlas y sacarlas, de donde se estaban: lo cual hicieron con mayor facilidad, por haber untado las manos á algunas guardas, y comprado con dineros aquel precioso tesoro.

El infante don Pedro con gran reverencia le puso en un oratorio de su casa, suplicando á los santos mártires le alcanzasen gracia de Dios para volver presto, y con bien á Portugal, porque el Miramamolín no le queria dar licencia, y él estaba ya cansado de aquella manera de servidumbre y cautiverio. Concedióle el Señor al infante por intercesion de los santos, lo que deseaba; porque un dia el rey de suyo le dijo que le daba libertad para volverse á su casa, aunque muchos de los de su consejo eran de parecer que no se la diese. Y así el infante se aprestó para la partida; pero ántes que partiese, sucedieron dos cosas notables, que nos enseñan la pureza con que Dios quiere se traten las cosas santas y lo que aborrece la deshonestidad. Estaban las sagradas reliquias en un secreto retraimiento del infante, y un caballero, que vivia en pecado con una mujer, quiso subir adonde estaban, para hacerles reverencia. Habiendo subido la media escalera, quedó allí tullido sin poderse menear: conoció su culpa; confesóse allí luego; juró de dejar la mancebada para siempre, y luego se pudo menear: pero no pudo bien hablar, hasta que le pusieron sobre los pechos una cabeza de los santos mártires. Otro escudero del infante solia algunas veces tocar devotamente las reliquias santas, que se sacaban sobre un escudo suyo: cometió una vez un pecado sensual; y queriendo despues del pecado adorarlas, como solia, súbitamente se levantó el escudo en alto, y tanto que no le pudo alcanzar, hasta que se arrepintió y confesó su pecado, que entónces tornaron las reliquias á bajarse y dejarse tratar de él. Cobraron tan gran respeto los cristianos á las santas reliquias por estos milagros, que ninguno osaba entrar en la casa, donde estaban, con conciencia de pecado mortal, aunque fuese muy secreto.

Partió el infante para Ceuta, llevando en su compañía por guia y amparo las sagradas reliquias; y la primera jornada vino á hacer noche en un lugar despoblado que se llamaba Azorra, en donde se oian tantos y tan espantosos

bramidos de leones, que temieron ser despedazados y comidos de ellos. Pusieron las reliquias entre su estancia y la multitud de leones que veían y oían, y al punto desaparecieron los leones, y no fueron mas oídos ni vistos. Llegaron otra vez á un paso donde habia muchos caminos, sin saber cuál de ellos habian de tomar: mandó el infante que la mula que llevaba aquel tesoro del cielo fué delante, y que todos la siguiesen. La mula, dejando el camino seguido, echó por otro áspero y fragoso, y así escapó el infante de las celadas que habian puesto para matarle. Apenas habia llegado el infante á Ceuta, y embarcándose para pasar por el estrecho á España, cuando tuvo aviso que era llegado recado y gente del rey de Marruecos para prenderle, porque aquel rey impío y bárbaro se habia arrepentido de la licencia que le habia dado: y aunque con algun trabajo y peligro del mar, por la intercesion de los santos llegaron á Andalucía á salvamento, y finalmente los envió á Coimbra con buen acompañamiento, adonde llegaron, obrando el Señor algunos milagros en el camino por su invocacion. El rey don Alonso y la reina doña Urraca y toda su corte con innumerable multitud de pueblo salieron á recibir las reliquias una legua de Coimbra, con una solemne procesion. Iba delante la mula que las traía y guiada de Dios llegó á la puerta del monasterio de Santa Cruz, que es de canónigos reglares de san Agustin, y estuvo allí hasta que se la abrieron. Abierta, entró delante de todos; y puestas las rodillas en tierra ante el altar mayor, no se quiso levantar hasta que le quitaron el arca en que iban. El rey mandó hacer en aquel lugar un precioso sepulcro y capilla para honra de los santos; y el Señor los magnificó mas con los muchos milagros que obró por ellos. Murió la reina poco despues, como los santos mártires, estando en Coimbra, se lo habian profetizado como queda dicho; y de esta manera creció la devocion y veneracion de estos bienaventurados padres, que tan bien supieron pelear y vencer, para ser coronados con eterna gloria del Señor: el cual castigó brevemente á los que fueron cómplices en darles muerte; porque al rey Miramamolín se le secó la mano derecha y brazo, con que los mató, y todo aquel lado hasta el pié, y tres años no llovió en Marruecos, y su comarca; y hubo tanta esterilidad y pestilencia, que pereció la mayor parte de la gente del reino. El martirio de estos cinco santos frailes se escribe muy á la larga en el libro IV de la primera parte de las crónicas de san Francisco, y tráele abreviado el P. Fr. Lorenzo Surio, en su primer tomo. Hace mencion de ellos el Martirologio romano á los 16 de enero: púlos en el catálogo de los santos Sixto IV el año del Señor de 1481. y doscientos y setenta y uno despues que fueron martirizados.

SAN HONORATO, ARZOBISPO Y CONFESOR.—El bienaventurado san Honorato, dechado de santos monges, ornamento y sol de la Iglesia católica, y espejo terso y cristalino de predicadores y prelados santos, pozo de ciencia, luz de doctrina, fuente de elocuencia, río de sabiduría, defensor de la fé, y tormento y martillo de los herejes, escuela del orbe, oficina de maravillas, sucesor dignísimo de los santos apóstoles, y socorro inclito de los hombros de Jesucristo Señor nuestro, nació en la ilustre ciudad de Arles en Francia, como san Hilario Arelatense, Pedro de Natalibus y otros testifican; aunque algunos escribieron, que fué natural de Toscana, provincia de Italia, equivocándosele por ventura con alguno de los nueve santos Honoratos,

que en el Martirologio romano se relatan: y otros han dicho que fué del Asia menor, hijo del rey de Nicomedia y de doña Elembros, mora de secta, y hermana de un rey moro de España, lo cual es difícil de creer; porque san Isidoro, que escribió mucho de este santo, fué muchos años antes de la venida de los moros á España. Salió san Honorato, como azucena y rosa misteriosa, de padres gentiles, si bien honrados y muy ilustres, como todos con suave armonia testifican: y no fué el menor de sus nobles é ilustres resplandores, el ser tambien padre de san Venancio, hermano de san Honorato, confesor ilustre del Señor. Hallándose san Honorato en el proceloso y peligroso golfo de la juventud, prevenido del Señor con sus bendiciones de dulzura, y con la tabla de la consideracion y ponderacion devota, de cuán bien le está al mancebo la carga del suave yugo del Señor, quiso por su amor embarcarse en el navio fuerte y de alto bordo del bautismo santo, sin que pudiesen estorbarle las varias y bravas olas de contradicciones paternas, ni las mañas y marañas de las infernales furias, que de muchas maneras impedirlo procuraron, haciéndolo de potencia, para retardar é impedir el curso de su navegacion feliz con las rémoras de cazas, juegos y otras cosas, con que suelen los enemigos del alma enredar á los mundanos. Embarcado ya nuestro santo en el navio del santo bautismo, y soplando el favorable viento del espíritu diyino, se hizo á la vela, tendiendo las de la devocion tan felizmente, que con el matalotaje de abstinencias y ayunos, vigiliass y oraciones, y otras buenas obras y espirituales armas, y jarcias de virtudes sólidas y muy heróicas, aportó en breve al puerto de la perfeccion, y admirable santidad, alentándose siempre así mismo con aquellas memorables palabras, que refiere san Hilario: *Delectat hæc vita; sed decipit*: Deleita la vida de este mundo; pero engaña. Para escapar san Honorato de estos engaños, menospreciando todos los deleites mundanos, porque los tenia en nada, como son, abrazado en amor de Dios y del prójimo, se desnudó de todos los haberes y riquezas de este mundo; y repartido que hubo con liberalidad admirable y santa todo su patrimonio grande con los pobres, dejando, á guisa del patriarca Abraham, su jocunda y dulce patria, y parentela, y todas las comodidades, regalos y delicias de su casa, acompañado de su hermano mayor san Venancio, al que habia convertido ya para Cristo, como dice el obispo Equilino, se fué á los desiertos en busca de un santo hermitaño llamado Caprasio, el cual, como san Hilario testifica, hacia en el yermo de unas islas vida angélica; y habiéndole hallado, quiso hacerse discípulo suyo, juntamente con su hermano san Venancio, por su humildad profunda y verdaderos deseos de acertar, y agradar mas y mas á Dios nuestro Señor; aunque ya entonces podia san Honorato ser maestro de maestros: porque consumado en breve, habia ya dado el colmo á muchos tiempos, y merecido el grandioso apellido de Maestro de las Iglesias, que le da san Eucherio en el libro que compuso de las mayores dificultades del Testamento viejo y nuevo.

Estando san Honorato en la fragua de aquella celestial escuela muy acrisolado y aquilatado con el crisol del ejercicio continuo y muy heróico de todas las virtudes, queriendo el Señor que varias partes del mundo gozasen de la belleza de su bondad cuadrada y soberana, le sacó á mayor luz, haciendo que con una santa inspiracion em-

prendiese la peregrinacion y visita de santuarios, y Tierra Santa, donde tanto la bondad divina reverbera. ¿Quién podrá decir las muchas incomodidades, fatigas y trabajos que nuestro santo padeció, caminando tantas provincias y reinos con pobreza suma, y surcando varios mares con sobresaltos y peligros, por las borrascas deshechas que en ellos padeció? ¿Ni qué lengua, aunque fuera de Tulio, Quintiliano ni Crisóstomo, bastaría á explicar lo mucho que muchos en varias partes del mundo se aprovecharon, gozando el buen olor que, como dice san Hilario, en todas partes esparció de Cristo, y de sus heroicas virtudes, en todas las cuales dió san Honorato tales resplandores, que por ellas mereció el apellido de Estrella, que le da el glorioso san Hilario? Y porque no errase alguno pensando que era de las estrellas llamadas errantes, de menor magnitud, el glorioso san Silvano, descando declarar su ventajosa magnitud, le da de Sol el apellido: y con razon; pues con tanta verdad y propiedad resplandecieron en él aquellas propiedades que pondera el seráfico doctor san Buenaventura, y en particular la quinta de ser *influenti maximus* de grande y máxima afluencia, pues en san Honorato la tenemos de las virtudes muy heroicas y de milagros portentosos.

Pero para que con provecho nuestro miremos bien, y admiremos los resplandores de las virtudes de este santo, sea la primera la de la humildad; pues san Gerónimo la explica: *Prima christianorum virtus, et primus religionis introitus*; La primera virtud de los cristianos, y la primera entrada de la religion, y fundamento de la santidad, como dice san Cipriano; como al contrario, la soberbia es principio, raiz y fundamento de todo pecado, como el Espíritu santo enseña. ¿Quién podrá explicar cuán profunda y grande fué la humildad de san Honorato? Pues con ella se llamaba el mínimo de todos, y les servia á sus súbditos con tanta humildad, como si fuera criado y esclavo suyo, como san Hilario testifica; y que con humildes oraciones suplicaba al Señor, que no quisiese, que milagros le ostentasen ó aclamasen virtuoso: y siendo prelado del convento Liricense, hacia los oficios comunes y mas humildes del convento. De esta virtud nacia que atribuyendo siempre todo su bien á Dios nuestro Señor, dijese frecuentemente á sí mismo, y á los suyos, aquellas palabras del apóstol: *¿Quid habes, quod non accepisti? Aut si accepisti, ¿quid gloriaris quasi non acceperis?* Y el huir tanto el santo de todas las dignidades, y en particular de la episcopal, rehusándolas con el valor posible ¿de dónde nació, sino de su humildad profunda? Y de la misma nació el querer Dios nuestro Señor con ellas ensalzarle; porque *ponit humiles in sublimi*, como testifica el santo Job, y ensalza á los humildes, como cantó la mas humilde de las criaturas puras, María Santísima, de la cual fué san Honorato muy singular devoto, y en muchas cosas lo manifestó, particularmente en la predicacion é imitacion de sus heroicas virtudes.

¿Qué diré de su fe? Pues tanto trabajó para dilatarla, y tanto afaná por extirpar las herejías: y ultra de esto, por defenderla, tanto deseó derramar su preciosa sangre con martirios, en los cuales pensaba muy afectuosamente día y noche, que como testifica san Hilario: *Martirium semper meditatione gestabat*; y podemos con verdad decir de san Honorato, lo que san Gerónimo dijo de san Juan Evangelista: *Martirio animum non defuisse*; no faltó el al

martirio, sino el martirio á él: y aun bien mirado, tampoco faltó á san Honorato su martirio, porque sin hierro, y derramamiento de sangre podemos ser mártires; pues que como san Agustin enseña, toda la vida del hombre cristiano, si vive segun el Evangelio, es martirio y cruz; con el cual contesta Clemente Alejandrino, diciendo: que todos los verdaderos observantes de la divina ley son mártires en todas sus acciones: *Quicumque servatoris mandata exequentur, in unaquaque actione sunt martires*; y san Honorato fué observante tan perfecto de la divina ley, como todo el mundo sabe, y en grado heroico anivelado mucho con los consejos evangélicos. Mas, como testifica san Gregorio el Magno, sufrir, tolerar injurias, y amar á los enemigos, es un secreto martirio, y en esto fué muy ventajoso nuestro santo; ultra de esto, en la bula de la canonizacion de san Bernardo leemos, que el papa Alejandro III declara por martirio glorioso á la penitencia de su vida; y lo mismo podia declarar de la penitencia tan austera de san Honorato: la cual era en él tan ordinaria, y tan extraordinaria, como lo testifica aquella cueva lirimense en que tantos años vivió, la cual era tan angosta que, como testifica san Hilario, apenas podia estar sino solo el santo, y aun muy agoviado, y en ella habia de entrar á gatas ó agazapado, y el ventanaje que gozaba era solo un agujero hácia el cielo, donde tuvo siempre su conversacion, como dice san Hilario, y que toda su vida fué siempre con aquella voz de Elias: «Vive el Señor, en cuya presencia hoy asisto.» Los ásperos y continuos cilicios de este santo, y sus recias, frecuentes y sangrientas disciplinas, y rigurosas abstinencias, vigílias y ayunos admirables, ¿quién no dirá que testifican lo mismo? Y lo que san Hilario clama, que fué grande la aspereza de su vida, y que la suavidad de su cama era la terribilidad del edificio, y la blandura de la almohada una piedra dura: en esto fué tanto mas admirable, cuanto mas delicado el santo, y menos gozaba de su salud; pues varias enfermedades le apretaban y martirizaban: y así dijo bien su gran discípulo san Hilario Arelatense, que como la paciencia tenga sus mártires, *Cristi fuit martir perpetuus*: Fué san Honorato un mártir perpetuo en Cristo. Y en sí mismo nos dió nuestro santo eligiada y practicada aquella verdad, que estando de partida para el cielo, dijo: que los grandes varones padecen muchas cosas, y que nacieron para ser de los otros maestros y ejemplares de paciencia; y por la muy heroica de nuestro santo, podemos cantarle lo que la Iglesia canta á san Martín: *O sanctissima anima, quam, et si gladius persecutoris non abstulit; palmam tamen martirii non amissit*: Que aunque el cuchillo de la persecucion no le quitó la vida, con todo esto no perdió la ilustre palma del martirio. Mas, la caridad por ser fuerte como la muerte, es la que saca mártires: *Charitas martirem excudit*, dijo Tertuliano; y san Honorato fué tan eminente en caridad como diremos.

Y aun podríamos decir que en cierta manera es mas insigue el martirio que padeció san Honorato por su misma mano, que el que pudiera padecer con intervencion de tiranos. Mas no quiso Dios que san Honorato muriese á manos de ordinario martirio: porque así fuera mártir una vez; pero muriendo á manos de sus deseos encendidos, murió cuantas veces quiso, y tuvo la pena de no poder morir: y así le podemos contemplar con muchas palmas de martirio del cielo; á lo cual deben aludir el gran

Vicente Barralio Salerno y otros, que en el escudo de las armas de san Honorato, puesta en celeste campo una S y una H (que quiere decir san Honorato), pintan al medio una mitra, de la cual sale el báculo pastoral con palmas colaterales á las dos manos; porque con la mano derecha de la fortaleza, y con la siniestra de la adversidad, ganó y alcanzó san Honorato las triunfales palmas.

No hay para qué detenerse en descubrir los divinos resplandores que de la virtud de la confianza en Dios dió el misterioso sol de nuestro santo; pues que ellos se ostentan harto con aquella maravillosa entrada y morada que hizo en la isla de Lirin, en la cual nadie osaba entrar por el miedo grande que tenían, fundado en la certidumbre que estaba llena de animales ponzoñosos y muy fieros, y en particular un muy grande y pestífero dragon, el cual y las demás fieras, entrando allí san Honorato, como reconociendo y venerando su firme confianza en Dios y santidad admirable, se retiraron y dejaron libre toda la isla, sin infestarla mas; cumpliéndose lo que dice David en el salmo LX: «Sobre el áspid y basilisco andarás, y vencerás al leon y al dragon:» y por esto le pintó el sutij Salerno y otros con un fiero dragon debajo de sus piés rendido, y por timbre en la cima de la imagen un letrero, que dice: *Sanctus Honoratus, pater insularum, et rector ecclesiarum*: y parece que considerando el rendimiento y sujecion que á san Honorato tuvieron los brutos y animales fieros, podríamos decir lo que san Crisóstomo de Noé: que su virtud reparó el primer dominio de Adán y Eva, y que renovó su imagen. Sabida esta y otras maravillas de nuestro santo, acudieron á él enjambrados de hombres: unos para imitarle; otros para venerarle; y á todos recibia el santo con tanta afabilidad, como si les aguardara y deseaba: y hasta hoy aquella isla es de san Honorato apellidada, en la cual edificó el santo una iglesia y monasterio, á invocacion del apóstol san Pedro, donde tuvo gran muchedumbre de religiosos, que vivian santísimamente; y el papa Eugenio consagró personalmente dicha iglesia, concediéndola grandes indulgencias, y canonizó á san Caprasio y á san Venancio, aquél maestro, y este hermano de san Honorato; y el mismo pontífice ordenó en sacerdote á nuestro santo, como autores graves testifican, y quiso que san Honorato y sus religiosos guardasen la regla de san Benito, si bien otros dicen la de san Basilio.

Resplandor admirable es tambien de esta virtud santa de la confianza, lo que escribe san Hilario en su sermón, relatado por Surio en este dia, que vino tal vez á quedar agotada la despensa de nuestro santo, pero nunca su confianza: y así no habiendo un dia en toda su casa mas que un ducado, y necesitando mucho de él, por haber de proveer á muchos súbditos y menesterosos, con todo le dió á un pobre pasajero con valor grande; y lleno de confianza dijo á los circunstantes: Presto vendrá quien traiga el remedio de tanta mendiguez y provision para dar: y apenas pasaron tres horas ó cuatro, dice san Hilario, que luego acudió quien con obras testificase la verdad de las palabras que habia dicho el santo, y la solidez de su confianza en Dios nuestro Señor, por la cual daba á los pobres con tanta liberalidad, que ni para sí ni para los suyos reservaba cosa para el dia siguiente, como lo testifica Vincencio Belvacense, en el cap. 22 de su *Historial Espejo*.

¿Qué diré del flamígero ardor de la caridad de san Honorato? Pues aquel grande obispo de Leon, san Enquerio,

dijo, que para pintar los hombres á la caridad, le parecia que debian principalmente pintar á san Honorato, por ser en caridad tan eminente, que parecia todo caridad. Por lo cual dijo san Hilario, que era como una fuente comun y perenne para todos, á guisa del apóstol, *omnium medicina erat*, era de todos medicina; y que todos hallaban en él cumplidos sus afectos. Destellos fueron de esta fuente las admirables y casi innumerables conversiones que de grandes pecadores hizo nuestro santo con sus exhortaciones y sermones fervorosos: con el cual medio, dice san Hilario, que desterrada de las almas la peste de los vicios, de fieras hacia hombres. Caridad ardiente fué la que le dió luz para buscar y hallar tantos y tan varios medios y modos para ganar para Cristo al glorioso san Hilario que le sucedió en la mitra Arelatense.

¿Qué eran, sino centellas de su ardiente caridad, las palabras tan llenas de ella, con que de ordinario á esta virtud santa tanto exhortaba, que vino á decir san Hilario estas palabras: *Numquam in illius ore, nisi pax, nisi castitas, nisi charitas: numquam in corde, nisi horum fons Christus habitavit*: Que nunca habló en su boca, sino paz, castidad, caridad; y nunca en su corazón, sino la fuente de estas virtudes, Cristo, por cuyo amor y del prójimo, reputaba por muy propias las necesidades ajenas, y con las veras posibles procuraba remediarlas?

¿Qué lengua podrá declarar cuánto estimó y amó el Señor este árbol de san Honorato, tan cargado del fruto del espíritu, que, como el apóstol dice, es la caridad? Y si acullá, por haber parido Lia un hijo Ruben, dijo: *Nunc amavi me vir meus*, como dice la Escritura santa; ¿cuánto mas lo podrá decir nuestro santo, que á casi innumerables pudo decir: *Per Evangelium ego vos genui*? Y si por grande maravilla cuentan Baltasar Barrera y Alonso Sandoval, que Eanna, rey de los logos, llegó á tener setenta y tres hijos varones y cincuenta y dos hijas, y que de él y de ellos habian procedido y al presente vivian mas de tres mil personas; ¿cuánto mayor maravilla es tener san Honorato tanto mayor número de espirituales hijos? Y si hicieron grande hazafia con logro de pomposas honras los capitanes que á muchas ciudades conquistaron; ¿qué diré de nuestro espiritual é inclito capitán de la justicia cristiana? ¿Cuánto va del cielo á la tierra, de los sacramentos divinos á los tesoros temporales, de las medicinas del alma á las del cuerpo, de la felicidad eterna á esta momentánea, de ser hombre á ser bruto, del ser cristiano al ser infiel, del ser hijo de Dios al ser esclavo del demonio, del gozar para siempre la gloria y vista del sumo bien al estar en las penas horribles y sempiternas? ¿Hay entendimiento que lo pueda comprender ó lengua humana que lo pueda explicar? Pues esta misma diferencia hay entre los bienes, que san Honorato hizo á los pueblos que conquistó para Cristo, y los que los otros conquistadores hicieron á los que ellos vencieron y sujetaron á sus reyes y electores, de los cuales por su conquista muchos quedaron destruidos y asolados.

¿Cómo podré ponderar ni explicar la virtud santa de su perseverancia, particularmente en la vida austera y perfecta? Pues siendo arzobispo, no mudó el porte ni modo de vivir que tenia; siendo religioso, ni dejó sus vestidos pobres y humildes, ni alojó un punto en la humildad y aspereza de su penitente y muy austera vida, ejercitada con tan grande fervor, espíritu y constancia, que en los trabajos hallaba descanso, en los dolores regalo, en los pe-

ligros seguridad, en las tempestades puerto, en la guerra paz y en la muerte vida; porque tenia bien ponderado el valor del alma y la diferencia de lo temporal y eterno, y lo mucho que á Dios debemos.

¿Quién podrá mirar las muchas ocasiones en que descubrió la misericordia singular que tenia con los pobres; pues que entre ellos distribuía alegre y generosamente las rentas de su arzobispado, y él mismo con sus propias manos les servía y daba de comer? Llegó á tanto su misericordia que mereció por ella ser visitado del mismo rey de la gloria, Jesucristo, en figura de un pobre todo cubierto de llagas, el cual viendo la suciedad de la lepra quiso lavárselas, y viendo la cara del pobre resplandeciente como el sol, conoció que era Jesucristo; y echándose á sus piés le adoró con grande y afectuosa humildad, y Cristo Señor nuestro le hizo entónces caricias y regalos muy ventajosos.

Esta es una breve suma de los empleos, peregrinaciones y ejercicios de san Honorato: esta es una tela sencilla, tejida de sus trabajos, y de sus mas heróicas virtudes. Mas ¿quién podrá explicar las labores que el sumo artífice labró en esta tela? ¿Las gracias y dones que pintó en este lienzo? ¿Ni las otras virtudes heróicas y divinas con que adornó y enriqueció el alma de este gran siervo suyo, que son tantas y tan admirables, que lengua de ángel sería menester para poderlas referir? ¿Qué menosprecio de todas las cosas de la tierra, y qué aprecio de las del cielo! ¿Qué oración! ¿Qué mortificación! ¿Qué paciencia y alegría en las persecuciones! ¿Qué prudencia en su gobierno y cosas que trataba! ¿Qué justicia, no solo la que es virtud particular con que se da lo debido á cada uno, sino la que es virtud comun ó general, que abarca y abraza en sí todas las virtudes, y la define san Agustín: «la con que es amado Dios y el prójimo!» ¿Qué fortaleza, confianza y seguridad en los peligros, adversidades y empresas! ¿Qué templanza tan perfecta y admirable con todas sus partes, cuales son honestidad, vergüenza, abstinencia, sobriedad y castidad perfecta! ¿Qué mansedumbre y benignidad tan suave; pues nunca mandaba imperando, sino rogando ó representando! ¿Qué sed de padecer y morir por Cristo, y por la salud de los prójimos, sin verse jamás harto de trabajos y angustias! ¿Qué anchura y capacidad de corazón, á quien todo el mundo era corto y angosto! En fin sacó Dios en este santo una imagen acabada de su gracia, y un perfecto retrato de todas las virtudes, en cada una de las cuales fué tan grande y tan sublime y extremado, como si no tuviera otra: con que vino á ser un remedo de Dios nuestro Señor en la tierra; porque como en Dios todas sus perfecciones son en él iguales, de suerte, que ni es mas su justicia que su misericordia, ni menos su caridad que su sabiduría, ni la providencia lleva á su poder ventaja: todas están en un punto: todos los atributos tienen un quilate: no hay en Dios mas ni menos: de la misma suerte pasaba en aquel inclito confesor glorioso: no eran en él unas virtudes gigantes y otras enanas: no eran unas mucho y otras poco; sino que en todas estaba la perfeccion en su punto y en su esfera; y así no solo merece nuestro santo el apellido, que á Marcuro rey de Egipto, tan famoso y tan nombrado, dieron los de su edad, llamándole Trismegisto, que quiere decir: «Tres veces grande;» sino de Trisquilimegisto, que quiere decir: «De tres mil ma-

neras grande;» pues lo fué en todas las virtudes, y en todos los actos de ellas intensiva y extensivamente: con que cabalísimamente mereció el nombre de Grande; que le da la santa Iglesia en su epístola.

¿Qué diré de los privilegios con que Dios le hizo mas que hombre, y superior de los demonios y de las enfermedades, de los mares, vientos y tempestades? ¿Qué, de aquella luz soberana y celestial con que alumbraba su alma veía las cosas ausentes, como si estuvieran delante de sus ojos, y las que habían de venir como las presentes, y leía los corazones de los que con él trataban?

¿Qué, de los muchos y grandes milagros con que le glorificó Dios en el cielo, y en el suelo? Desenvolvamos mas este lienzo, despleguemos estas labores, descubramos esta tabla, en que Dios sacó una imagen admirable y acabada de sus soberanas maravillas.

Proveyó miraculosamente san Honorato de pan á su ciudad, á los ciegos de vista, á los enfermos de salud, y de vida á los difuntos: á las mujeres estériles alcanzó fruto de bendicion: echó muchas veces á los demonios de los cuerpos humanos; y finalmente, por él hizo y hace Dios tantas y tan grandes maravillas y milagros, que por esto con grande énfasis el Martirologio romano le llama ilustre en milagros; y su vida santísima, dice san Hilario, que fué un continuo milagro. Referiré aquí algunos, que autores muy graves y santos escribieron.

En la ciudad de Arles hubo en sus tiempos muchísima hambre; y los ciudadanos le suplicaron que rogase á Dios por aquella gran necesidad. El santo lo hizo, y mandó alistar todo el trigo que tenían, y ponerle en un monton; y estando junto, dióle su bendicion, con la cual multiplicó tanto, que llevándose cualquiera el trigo que había puesto, quedó harto para sustento de la ciudad, y de todo el territorio por espacio de un año.

El señor de Narbona alcanzó un hijo por las oraciones de san Honorato: un día, yendo el muchacho caballero, derribó el caballo, y le puso un pié á los pechos, y otro sobre el rostro; y esparcidos los sesos por el suelo le hizo pedazos. Presentáronlo delante de san Honorato, el cual juntando los pedazos le resucitó. A otros muertos ha vuelto la vida este santo glorioso, con extraño y espantoso milagro.

Un hombre rico tenia escondida mucha moneda; y por no acordarse del lugar donde la había puesto, no hallándola, pensó que su mujer la había hurtado, y le dió por esto tantos palos que la dejó como muerta, y fuése con otra. Despues apoderóse el demonio de él: á cuya causa fué presentado delante de san Honorato, el cual como padre piadoso, le curó, y le mostró donde estaba escondido su dinero, y tambien le puso en paz con su mujer.

Un mal caballero, hijo del señor de un lugar llamado Vesharó, quitó las narices á una mujer, porque resistió á su mal deseo; y cometida maldad tan execrable, se apoderó el demonio de él, y su padre por la horrenda maldad que había hecho, mandó que fuese quemado. Entendiólo san Honorato: detuvo los ministros de la justicia, que le llevaban á quemar; y miraculosamente volvió á la mujer las narices con tan perfecta entereza, como si nunca le fueran cortadas, y libró al mancebo de la quema y del demonio: y pues, que como enseña san Gregorio papa, las narices significan la discrecion, con la cual elegimos las

virtudes y reprobamos los delitos, muy justo fué, que quien tanta discrecion tuvo en reprobar y resistir al vicio, no le faltase la divisa y símbolo de ella, sino que por la buena mano del santo, que fué espejo de toda prudencia y discrecion, miraculosamente la cobrase.

Otro hombre cortó las narices á su mujer por tener celos indiscretos de ella: y san Honorato se las restituyó, quedando pasmado el mundo de semejantes maravillas: y fué muy conveniente tal milagro, entre otras cosas, porque, segun los antiguos en sus jeroglíficos, que refiere Pierio Valeriano, las narices simbolizan é indican el ánimo prudente y sagaz, advertido en los peligros, y que se repara con tiempo para no dar en ellos; cosa muy importante á todos, y particularmente á las casadas, como tambien el cuidar del buen olor de las virtudes ejemplares: y tambien, pues como dice Aristóteles, son las narices instrumento y órgano del buen olor, que sube á la cabeza, y la conforta con vino, que la buena casada tuviese aquello corporal, que del espiritual la acordase. A tantas y tan varias mujeres socorrió san Honorato, y alcanzó para sus necesidades y miserias grandes misericordias tan grandiosas del Señor, que con razon le podriamos apellidar singular abogado de ellas; y es comun opinion de hombres doctos, que han sido tantos y tan grandes los milagros de san Honorato, que referirlos todos en particular seria nunca acabar: y por ellos podemos apellidarle Tautaturgo; es á saber: «El obrador de maravillas y milagros.»

Siendo san Honorato ya muy viejo, se le apareció Jesucristo Señor nuestro, y díjole: Hijo mio bendito, venid á poseer el reino de los cielos, que habeis ganado por los méritos de mi pasion: y disponed de vuestra casa; porque de aquí á treinta dias habeis de morir, y estareis en compañía de mis escogidos; y bendiciéndole, desapareció. Entónces el santo hizo gracias á Dios nuestro Señor de semejante visita, y fué al monasterio de Lirin, donde descubrió la revelacion al abad Nazario y á san Hilario, discípulo suyo, y tambien les instruyó y enseñó mas en el buen gobierno de su monasterio, y les hizo aquella fervorosa plática ó exhortacion que refiere en su sermón el glorioso san Hilario: el cual, oyendo las palabras de san Honorato, lloró muy amargamente: pero el santo le dijo, que no llorase; porque aquello no era muerte en rigor, sino camino para ir á la deseada compañía de su santo hermano y de los otros santos. Díjoles tambien muchas cosas que habian de suceder en el tiempo venidero en aquella isla de Lirin, hecha un lirio medicinal odorífero con la fragancia celestial y divina de muchos varones eminentes en santidad y doctrina, púrpura, prelación y martirio, y con la suavidad y apacibilidad de maravillas que relata el venerable padre Vicente Barralio Salerno en un libro erudito, que intitula: *Chronologia Sanctorum, et aliorum virorum illustrium, ac abbatum sacra insula Lirinensis*, impreso en Leon año de 1613. Y por esmalte, y corónide preciosa de ella, pone un índice de tantos santos por todos los meses del año, que vienen á llenar el número de cuarenta y cuatro, que alli como lirios divinos germinaron, y misteriosamente florecieron, sin otros trece que en el calendario último se añadieron.

Recibió san Honorato muy devotamente los sacramentos santos de la Iglesia, como tan devoto de ellos y tan benemérito; y el día que habia de morir, hizo venir delante

de sí al clero y pueblo de la ciudad, y revelóles su muerte, exhortándoles que amasen á Dios y á su prójimo, y que tuviesen perfecta caridad al arzobispo y prelado que despues de él habia de regir. Oyendo esto el clero y pueblo, llorando muy amargamente, y con grandes voces, le dijeron: Padre piadoso, decidnos por vida vuestra, á quién ha de dar Dios por arzobispo de esta Iglesia despues de vuestro feliz tránsito al cielo, para que le enviemos á buscar luego, y quedemos algo consolados. Pasados trece dias de mi muerte, dijo el santo, Dios nuestro Señor os dará prelado, que gobernará su pueblo como conviene. Vistiédes despues los vestidos pontificales: celebró misa al pueblo, y acabado el sacrificio piúso en oracion muy fervorosa.

Despues abrazó al que presidia entre los eclesiásticos, y luego al que gobernaba los monges, y á la postre á san Hilario, que estaba llorando, y dióles á todos su santa bendicion. Finalmente arrojóse en el suelo, y luego vino un resplandor grande que le cubrió; y de esta manera dió su inelito y puro espíritu al divino Criador, que para tanta gloria suya le habia criado y prevenido con tantas bendiciones de dulzura para bien de innumerables; y quiso que, pues fué un dechado de Dios, llevase aquella su librea de luz: *Amictus lumine sicut vestimento*, como el profeta santo canta.

Los que allí estaban presentes vieron el alma del santo prelado en figura de paloma resplandeciente, que al cielo iba subiendo; pues en vida resplandecieron en ella las mayores propiedades de paloma, que los doctores y santos padres describieron: y san Hilario, llorando amargamente decia: O san Pedro apóstol, ¿por que nos dejais? ¿Quién gobernará ahora el monasterio y monges de Lirin, los cuales con gran diligencia habeis juntado é informado? Y de esta suerte por la muerte de su buen padre se estaba lamentando, diciendo todos los presentes: Bendito seais vos, Señor, que tanto honrais á vuestro santo; y besábane sus piés y sus vestidos.

Los monges del monasterio de Lirin, sabiendo el día que habia de morir, por haberles avisado de ello san Hilario, estaban aquel día muy llorosos delante del portal de la iglesia del santo monasterio, y sintieron en el alto un trueno muy grande, y vieron distintamente á san Honorato muy resplandeciente, rodeado de estrellas, que al cielo iba subiendo.

Entónces llorando y dando voces, decian: Padre piadoso, no nos dejéis desconsolados. Paróse un poco el santo y bendijoles, y con voz alta y clara les dijo: Yo seré siempre patron fuerte, y favorecedor vuestro maravilloso, y de todos los que están en la isla de Lirin; y dicho esto, entró en el cielo con gran júbilo y triunfo admirable.

Fuó su dichosa muerte á 14 de enero, cerca de los años de Cristo de 410, imperando Teodosio el menor; aunque el Martirologio le pone á 16 del mismo mes.

Ha hecho este glorioso santo tambien despues de su muerte muchos y grandes milagros, y de estos referiré solamente algunos; porque escribirlos todos en particular seria imposible, como con verdad el venerable P. fray Domenech lo testifica en la historia general de los cuerpos santos que Cataluña goza.

Sabiendo cierto príncipe los milagros grandes que por san Honorato obraba Dios nuestro Señor, deseando tener hijos, fué á Lirin con su mujer, para recabarles de la Ma-

gestad divina, valido de la buena intercesion del santo. En el camino murió su esposa: y habiendo depositado su cadáver en un sepulcro, para llevarsele á su tierra á la vuelta, prosiguió su peregrinacion y devocion de visitar aquella isla Lirinense, que san Honorato paró santificada; y volviéndose á su tierra, halló á su mujer resucitada y viva: la cual testificó, como san Honorato la habia llevado á la isla de Lirin, y que ella la habia visitado como su marido, acompañándola el mismo santo. Certificó tambien, que la habia prometido que tendria hijos; y así fué: cumpliendo el santo su palabra, y el mismo año la buena señora parió un hijo muy hermoso.

Cierto príncipe rogó á san Honorato que le alcanzase de Dios hijos: hizolo el santo, pariéndole su mujer uno muy bello por su intercesion. Muerta despues aquella su primera mujer, casó con otra, la cual tenia odio muy grande á su entenado, y le acusó falsamente delante de su padre que la queria hacer fuerza. Creyendo el caballero que esto era verdad, mandó echar en el profundo del mar á su mismo hijo, con una gran piedra en el cuello. Ejecutóse el cruel mandato del filicida; pero san Honorato, que nunca falta á sus devotos, le conservó estando con el inocente allí en el profundo de las aguas quince dias, al cabo de los cuales viviendo, quiso Dios viniese á entender el padre, cuán injustamente le habia condenado á muerte por persuasion iniqua de su cruel mujer, y así acudiendo al mar le halló y sacó vivo del profundo, por la singular proteccion de san Honorato, y misericordia de Dios nuestro Señor, que en sus santos es maravilloso, y singularmente en este, correspondiendo á sus servicios singulares, tanto que por eso es apellidado «oficina sagrada de soberanas maravillas», superiores en número á las estrellas, y que á la prudente admiracion fatigan, apuran el guarismo y agotan á la diestra aritmética: y por eso, ¿quién no dirá que podríamos con razon comparar á san Honorato con los apóstoles y profetas, como compara san Basilio á san Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea?

Es san Honorato abogado singular para el buen suceso de los pleitos, y para alcanzar de Dios nuestro Señor felices casamientos, y fruto de bendicion para los ya casados, para consuelo de afligidos, y eficaz remedio para curar de todas enfermedades, y para hallar remedio en la muchedumbre vacía y grande de miserias que en la miserable vida de este mundo atropelladamente nos embisten, y continuamente nos combaten.

Pasados ya muchos centenares de años, fué trasladado el santo cuerpo del glorioso san Honorato al ilustre y santo monasterio de Maria Santisima del Cármen calzado de la muy noble y fidelísima villa de Perpiñan, donde en arca de plata y capilla propia y devota es muy venerado de los fieles, queriendo el santo estar entre religiosos despues de muerto, como cuando vivo. Testifica la verdad que la Boca de Oro enseña, que los cuerpos difuntos de los santos hacen lo mismo que ellos, cuando en este mundo estaban vivos: y en confirmacion de la misma verdad, como vivo obró san Honorato innumerables maravillas y milagros; obra lo mismo allí su santo cuerpo muerto; y manifiesta con cuánta verdad dijo san Leon, papa, que en los santos nos dió el Señor ejemplo y presidio: y le tienen allí para todas sus necesidades invocándole con el debido modo; pues con este santo tienen agua para sus cosechas, consuelo para sus duelos, remedio para sus necesidades y

salud para sus enfermedades, como entre otros innumerables lo esperiménto bien mi padre, el cual gravemente enfermo hacia ya dias que no podia comer bocado, y estando ya para rendir el alma, cobró con admirable presteza la salud perfecta con la devota invocacion de su grande santo: por lo cual ofreció poner el nombre del santo á cuantos hijos se dignaria darle Dios nuestro Señor, y yo fuí el inmediato que alcancé patron tan grande; con cuyo santo cuerpo y con el brazo izquierdo del precursor de Cristo san Juan Bautista, y con los cuerpos de las gloriosas vírgenes y mártires santa Eulalia de Mérida y santa Julia, que pese y goza aquella villa fidelísima podemos decirle lo que san Juan Crisóstomo dijo de Roma: que por tener el cuerpo de san Pablo era mas insigne que por todas las otras cosas, aunque son tantas, tan grandiosas y lustrosas: y que pues, como dice Berengosio abad, tienen con aquellas santas reliquias las prendas de la santa esperanza, tendrán y gozarán los frutos de ella, acudiendo siempre con la correspondencia muy debida.

SAN FULGENCIO. —Cuéntase este santo entre los prelados mas sabios y virtuosos que ha tenido la Iglesia. Nació por los años 564 segun unos, y segun otros por los de 536. Fué hermano de los santos Leandro, Florentina é Isidoro, y dotado por Dios de disposiciones admirables, ya en el órden de la naturaleza, ya en el de la gracia, cumplió exactamente los designios á que le destinara la providencia. Dotado de un ingenio vivo, sólido, claro y penetrante, é instruido en las lenguas griega, hebrea, siríaca, itálica, gótica y latina, hizo tan extraordinarios progresos en las ciencias divinas y humanas, como lo acreditan los admirables escritos con que despues ilustró el mundo. Unida su ilustracion á su fé católica, no cesó jamás de clamar contra la herejía arriana, que tantos estragos causaba en su tiempo, logrando en las frecuentes disputas que tuvo con los arrianos vencerlos y confundirlos vergonzosamente. Muchos fueron los trabajos que padeció Fulgencio, sufriendo de órden del rey el destierro; pero á pesar de su reclusion, no dejaba de amonestar de palabra y por escrito á los católicos todos, que defendiesen, aunque fuera á costa de su sangre aquella verdad infalible aquel dogma de fé, á saber que el Hijo divino es consubstancial al Padre. Por órden de Recaredo, sucesor de Leovigildo, volvió á Sevilla Fulgencio, y despues de haber pasado á Cartagena, á fin de ayudar al obispo de aquella ciudad, que se hallaba imposibilitado de ejercer su ministerio, marchó á Ejeja á fin de apaciguar las discordias que habian ocurrido por las controversias con Pegasio. Consiguió Fulgencio con su celo y saber la paz descada, quedando creado obispo de aquella ciudad que hoy dia está reducida en arcedianato de la santa iglesia de Sevilla. Desempeñó el ministerio episcopal como padre y pastor amante de su grey, dándole el pasto espiritual y socorriéndole en sus necesidades corporales. Fulgencio no tenia otro objeto que el bien de la religion; así es que aplicado incesantemente al estudio, no solo rebatió con su saber las perversas doctrinas con las que intentaban pervertir á los fieles los enemigos declarados de la religion; sino que nos legó unos escritos tan llenos de erudicion y de aquella gracia que derrama el Espíritu Santo sobre los santos doctores de la Iglesia, que son la admiracion de esta misma. Todo el tiempo de su vida la ocupó Fulgencio en la virtud y el estudio, hasta que debilitándose su naturaleza, conoció se acercaba el último de

sus días, San Braulio, obispo de Zaragoza; y Laureano, obispo gaditano, le asistieron en la hora de su muerte, que poco más ó ménos acaeció el año 630.

SANTA PRISCILA.—Es llamada también Prisca, y bajo los dos nombres es muy conocida por el honroso recuerdo que de ella se hace en las actas de los apóstoles y en las epístolas de san Pablo. Era esposa de Aquila, célebres ambos por el celo que manifestaron en favor de los progresos del Evangelio. Los dos consortes vivían en Roma, cuando el edicto de destierro publicado por el emperador Claudio contra los judíos les obligó á retirarse á Corinto, donde tuvieron la dicha de hospedar á su casa al apóstol san Pablo. Cuando este se vió en la necesidad de huir de Corinto para escapar al furor de sus perseguidores, Prisca y Aquila, exponiendo sus vidas, le pusieron en salvo y le acompañaron hasta Éfeso. Desde aquí se fueron otra vez á Roma, donde estaban cuando san Pablo escribió su epístola á los romanos, el año 58 de Jesucristo. Pasado algun tiempo volvieron á Éfeso, y permanecían aun en esta ciudad al escribir el apóstol su segunda epístola á Timoteo; ignorándose las circunstancias posteriores de su vida, y el género de muerte que les cupo. Los griegos y los latinos celebran la memoria de estos santos esposos, y hay en la Iglesia occidental la tradición de que san Pedro había consagrado un altar en su misma casa, tradición apoyada en estas palabras de san Pablo en el capítulo 16 de su epístola á los romanos: *Salutate Priscam et Aquilam, et domesticam ecclesiam eorum*: Salud á Prisca y á Aquila, y á la iglesia que está en su casa.

SAN TICIANO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació este santo en Heraclea, del territorio de Venecia, de sangre ilustre; y desde niño mostró tanta afición á las cosas eclesiásticas, que siendo aun muy jóven era ya maestro en doctrina y piedad, y fué elegido obispo de Uderzo. Su episcopado fué corto, pero brilló con el resplandor de los mas brillantes. Murió Ticiano en Uderzo, adonde acudieron sus padres de noche para robar su cuerpo y llevarlo á su patria Heraclea. Al amanecer del día siguiente el pueblo de Uderzo corrió armado al encuentro de aquellos para rescatar las santas reliquias; y al momento de irse á trabar pelea, por ver quién se quedaria con el sagrado depósito, aparecióseles un anciano, aconsejando á todos que colocasen el cuerpo de Ticiano en una barquilla, la cual abandonasen á la Providencia, sujetándose de antemano al resultado que la prueba daría. Hicieronlo en efecto: el anciano desapareció, y la navecilla entró sola por el rio Livencio, y al llegar frente á un lugar llamado Septimó, se paró; y, segun se había convenido, levantóse en este mismo sitio un templo en honor del santo.

SAN MELAS, OBISPO DE RINOCOLURA EN EGIPTO.—Habien- do sufrido el destierro y otros varios tormentos por la fé católica en tiempo del emperador Valente, y despues de haber ejercitado todas las virtudes episcopales, particularmente la mansedumbre y la humildad, descansó en el Señor á principios del siglo V.

SAN FURSEO.—Fué natural de las Galias, é hijo de padres piadosos, y tomó el hábito de san Benito que ilustró con su ejemplo y su ciencia. Por los años 630 fué elegido abad de un monasterio de Inglaterra, que dirigió con singular prudencia: marchóse luego al desierto, en el cual hizo por espacio de algun tiempo vida eremítica, hasta que elegido abad del monasterio de Perona en Picardia, fué

obligado á encargarse de aquel destino, en el cual murió el dia 16 de enero del año 633.

SAN HONORATO, ABAD.—Fué natural de Samnos é hijo de un colono. Adelantó tanto en los caminos de la perfección evangélica desde sus primeros años, que siendo aun de corta edad edificó en Fundis un monasterio del cual fué superior, reuniendo bajo su dirección mas de doscientos monges en breve tiempo. El Señor lo distinguió con el don de milagros, y despues de haber sido un verdadero modelo de vida espiritual y perfecta, descansó pacíficamente en el Señor, en medio de sus amados discípulos, el dia 16 de enero del año 552.

DIA 17.

SAN ANTONIO, ABAD.—Por el profeta Isaias prometió Dios á su pueblo que repararia sus ruinas, y que el desierto, que estaba lleno de espinas y abrojos, le convertiría en un jardín muy apacible y deleitoso. Esta promesa del Señor se cumplió, cuando él, vestido de nuestra carne mortal, vino al mundo: el cual por los innumerables pecados de los hombres y por la ceguedad abominable de la idolatría, en que vivían, estaba como un desierto estéril; y por los merecimientos y por los ejemplos de Jesucristo nuestro Redentor, se convirtió en un huerto hermosísimo, lleno de santísimos varones y de generosas plantas, entre los cuales fué uno san Antonio el abad, padre, guia y maestro de tantos monges y siervos de Dios que florecieron por su ejemplo en los desiertos de Egipto y de Tebaida; de manera, que los mismos desiertos, en que ántes no solían habitar sino bestias fieras, despues se trocaron en jardines deleitosos y fueron un retrato del paraíso. La vida de san Antonio escribió aquel gran doctor é invencible defensor de la Iglesia san Atanasio, obispo de Alejandria, é cual le dió dos capas ó mantos, y se precia de haber conocido á san Antonio y, siendo aun muchacho, haberle servido y llevado agua muchas veces: para que se vea la humildad de san Atanasio y la estima que tenia de san Antonio, que fué tan grande, que él mismo dice que tenia por muy gran ganancia el solo acordarse de Antonio; y el mismo san Atanasio, siendo perseguido de los arrianos, fué á Roma al papa Julio, como puerto seguro de la fé católica, y escribe san Jerónimo que llevó consigo la vida que habia escrito de san Antonio, y que fué tanto lo que admiró y movió con ella, que muchas personas inflamadas del amor de Dios, dieron de mano á los regalos y comodidades de esta vida, y tomaron hábito de monges, para servir mas perfectamente al Señor; y la primera que esto hizo, fué Marcela, matrona santa y nobilísima, tan alabada del mismo santo y por su ejemplo los demás. El mismo san Jerónimo tradujo de griego en latin la vida de san Antonio, escrita por san Atanasio; y san Agustín, de solo haber oido referir algunas cosas de ella, se encendió tanto en el deseo de servir á Dios, que volviéndose á Alipio, su grande amigo, y dando gritos, le dijo: «¿Qué es esto que padecemos? ¿Qué es esto que habeis oido? Levántanse los indoctos y arrebatan el cielo; y nosotros con nuestras doctrinas, faltos de corazon, andamos sumidos debajo de las ondas de nuestra carne y sangre. ¿Por ventura porque ellos van delante tenemos vergüenza de seguirlos, y no tenemos vergüenza siquiera de no seguirlos?» Todas estas son palabras de san Agustín. Fué tan admirable la

vida de san Antonio, que fué tenido y respetado como un hombre venido del cielo: tan santa, que santificó los yerros y los desiertos: tan esclarecida, que su fama se derramó por todo el mundo: tan espantosa para los demonios, que oyendo su nombre daban bramidos y huían: tan provechosa y de tanta edificacion para la Iglesia católica, que hasta hoy día la pone por espejo á todos sus hijos para que la imiten.

Nació san Antonio en Egipto, en un pueblo llamado Coma, segun Sozomeno, de nobles y ricos padres, los cuales lo criaron con tanto cuidado, que no conoció sino á sus padres y su propia casa; y así su niñez y tierna edad fué muy diferente de la de los otros muchachos, porque desde niño fué muy compuesto y grave, y enemigo de juegos, parlerías, amigo de las iglesias y de oír cosas sagradas, de comer poco y manjares groseros. Muriendo sus padres y siendo ya de diez y ocho años, como dice san Atanasio, quedóle una hermana pequeña: tuvo necesidad de encargarse de ella y de su hacienda, hasta que al cabo de seis meses un día comenzó á pensar como los cristianos de la primitiva Iglesia, para seguir con ménos embarazo á Cristo nuestro Señor, vendían sus heredades y posesiones y ponían el precio de ellas á los piés de los apóstoles, teniendo por favor de nuestro Señor, que se emplease en sustento de fieles: y entrando en la iglesia con este pensamiento, oyó que se leía aquel evangelio en que Cristo nuestro Señor dijo á un mozo, que le preguntaba cómo podia ser perfecto: «Si quieres ser perfecto, vé y vende todo lo que tienes y dalo á los pobres y sígueme, que así hallarás tesoro en el cielo:» las cuales palabras tomó Antonio tan de veras, como si para él solo las hubiere dicho Cristo nuestro Señor: y volviendo á casa, dió á su hermana la parte de la hacienda que le cabía, y encomendóla á ciertas santas doncellas sus conocidas, y repartió á los pobres lo que le quedaba y comenzó una vida austera y penitente.

No habia en aquel tiempo tantos monasterios de monges como despues se fundaron, ni los desiertos estaban tan llenos de siervos de Dios, como despues, por ejemplo de este gran padre, se poblaron: solamente habia por los campos algunos monges, que vivian apartados unos de otros, y entre ellos un viejo de santa vida, al cual principalmente Antonio propuso imitar, aunque como abeja cuidadosa y solícita tambien iba á visitar á los santos monges, para coger de todos, como de flores, con que labrar la miel de su devocion, y llenar la colmena de su corazon, aprendiendo de uno la paciencia, de otro la obediencia, de este el ayuno, de aquel el silencio, del devoto la oracion, del humilde el menosprecio de sí mismo, del penitente la aspereza, del manso la blandura; y finalmente, sacando en sí un perfectísimo retrato de todas las virtudes que veia en los otros. Trabajaba con sus manos para ganar su pobre comida, y tomó tan á pechos el estudio de la perfeccion, que en poco tiempo se derramó por toda aquella tierra la fama de su santidad, y todos aquellos monges, que vivian por aquellos campos cerca y lejos de él, le amaban y trataban unos como á padre, otros como á hijo; pero el demonio, temiendo que de tan grandes y gloriosos principios habia de resultar algun gran daño suyo, determinó asaltar al santo mozo, y hacerle guerra con fuerza y con maña. Al fin, ¿qué harás, le decia el demonio, aquí apartado? Tú has dejado con poco consejo tu hacienda, por hacer es-

puertas, y con el sudor de tu rostro ganar un pedazo de pan, que comas: ¿cuánto mejor fuera gozar, de lo que Dios te habia dado, y tus padres te dejaron, y vivir con los otros caballeros tus iguales, que estar solitario en esta choza hedionda y vil, con peligro de tu salud y de tu vida? ¿Piensas por ventura, que has acertado en dejar aquella tu pobre hermana en manos de quien Dios sabe, sin pensar que de cualquier daño ó afrenta, que á ella le venga, Dios te ha de pedir la cuenta á tí? Ten por cierto que las lágrimas de ella subirán al cielo y darán voces contra tí. Harto mejor fuera que lo que diste á los pobres, se lo dejaras á ella; porque con ello hallara un esposo igual á su nobleza, que la amparase y defendiese. Quizá es maltratada de sus compañeras, y llora tu crueldad y su desventura. Vuélve á tomar el cuidado de aquella, á quien por todas las leyes divinas y humanas debes amparar: y hazlo presto; porque si tardas, lo que ahora se atribuirá á tu poca edad y experiencia, despues se echará á liviandad y poco seso, especialmente que tu delicada complexion no podrá llevar carga tan pesada, y, ó morirás, siendo homicida de tí mismo, ó vencido del trabajo, y de las grandes dificultades de esta manera de vida, la dejarás con escarnio y risa de la gente. Resistió el santo mozo á estos fieros golpes con el escudo de la oracion; pero viendo el demonio, que esta batería no le sucedia bien, acometióle por otra parte, despertando en él, con los pensamientos y movimientos sensuales, grandes alteraciones, y con las llamas de los apetitos libidinosos un incendio infernal, que no se podia apagar sino con un rocío del cielo. Y para que se hallase apretado y combatido por todas partes, tambien le molestaba y le affigia las noches con voces, gritos, y alaridos horribles, juntando el deleite con el espanto, y los halagos con las amenazas, y la blandura de la carne con el tormento del espíritu. Mas Antonio, armado con la gracia y favor de Dios; estaba fuerte como una roca, y no daba entrada al enemigo, ántes acrecentaba mas su ánimo y constancia con las duras batallas y peleas; las cuales, aunque los hombres no las veian, veíalas el Señor y asistia á su soldado. Poniale el demonio delante, como cebo, los apetitos blandos y deleitosos de la carne; pero él con el escudo de la fe, con ayunos y vigiliass domaba su carne, y de ellos se defendia. Aparecióle algunas veces en figura de una doncella sobremañera hermosa y lasciva, para provocarle á mal; y él, acordándose del fuego infernal, del gusano roedor, de las tinieblas perpetuas, y de la desesperacion y confusion eterna de los que sueltan la rienda á los apetitos bestiales, fácilmente desechaba y vencía aquellas sucias representaciones. Procuraba el enemigo hacerle andar por el camino deleznable y peligroso de la juventud; mas él, considerando aquel terrible juicio que está aparejado para los malos, refrenaba sus sentidos, y salia vencedor de todas las tentaciones del enemigo. Con estas armas peleó y venció Antonio al demonio: el cual, corrido y confuso por ver que habiendo él tenido ánimo para pelear con Dios, era vencido de un hombre, se embraveció, y determinó mostrarse á Antonio tan oscuro y feo en la vista, como en las batallas pasadas se habia mostrado fiero y malicioso. Tomó, pues, la figura de un muchacho negro, feo, requemado y asqueroso, y echóse á los piés de Antonio, dando gritos con voz humana, y diciendo: á muchos he engañado, á muchos grandes hombres he derribado, pero de tí me hallo vencido. Quiso el maligno desvanecer por vanaglo-

ria, al que no había podido ablandar con deleites, ni espantar con amenazas: mas Antonio, que no fiaba en sí ni estaba fundado sobre arena, sino sobre Dios como sobre viva y fuerte peña, no hizo caso de este golpe, que le tiró el enemigo; ántes le preguntó: ¿Quién eres? Y él le respondió: Yo soy amigo de la deshonestidad: yo soy el que atizo el fuego de la concupiscencia, é inflamo los corazones de los mozos y de los viejos, de los hombres y de las mujeres, á toda torpeza y carnalidad; y por esto me llamo espíritu de la fornicación. ¿Cuántos, que tenían propósito de vivir castamente, no le guardaron por mi persuasión? Cuántos, habiendo comenzado bien, acabaron mal, y despues de muchas victorias, que tuvieron de su carne, se rindiéron y sujetaron á ella? Yo soy el que muchas veces te he tentado, pero siempre he quedado vencido. Enternecióse Antonio, considerando su flaqueza y la fortaleza de Dios; y haciéndole muchas gracias con humilde reconocimiento por el favor que le había dado, tomó mas coraje contra el enemigo, y le dijo: Por cierto que tú debes de ser una cosa muy despreciada y vil; pues confiesas ser vencido de un mozo tan flaco, y de tan poca edad como yo; y tu misma figura de muchacho y tu oscuridad lo testifican. Ya yo no te temo: pelea contra mí con todas tus fuerzas é ingenios; que el Señor que hasta ahora me ha defendido, también de aquí adelante me defenderá: y diciendo esto, comenzó á cantar aquel verso del salmo: « El Señor es en mi favor, y yo haré burla de mis enemigos: » y á esta voz el demonio desapareció, y Antonio como vencedor quedó señor del campo; aunque nó por eso descuidado, ni ménos apercebido; porque sabia que su enemigo suele cobrar nuevas fuerzas y nuevos bríos, y que no hay perfecta victoria y seguridad en esta vida. Por esto se determinó darse una vida mas áspera, y dura; y así comenzó á macerar su cuerpo y afligirse mas, pareciéndole que no había comenzado. Estaba toda la noche en oracion, comia un poco de pan con sal, y bebía agua; y esto puesto el sol, una vez cada dia, y algunas veces se pasaban dos y tres dias sin comer un bocado: dormía cuando la necesidad y la flaqueza de la naturaleza le forzaba, tendido en el suelo, ó sobre unos juncos, y vestido de cilicio: nunca se acordaba de lo que había hecho, sino de lo que le faltaba por hacer, ni de lo pasado, sino de lo presente, á imitacion del profeta Elías, que decia: « Vive el Señor en cuyo acatamiento hoy estoy; » y ponderaba mucho, como dice san Atanasio, el decir el profeta, « Hoy: » como quien estaba olvidado de lo pasado, y solo miraba aquel dia de servir al Señor, que tenia presente. Queriendo, pues, de nuevo san Antonio entrar en campo, y lidiar con su enemigo, se entró en una cueva cerca de una sepultura, adonde á sus tiempos un conocido suyo le traía lo que precisamente era necesario para sustentarse; mas teniendo el demonio, lo que sucedió, que por ejemplo de Antonio aquellos desiertos habian de ser poblados de ángeles vestidos de carne, convocó sus infernales ministros, y azotóle, y maltratóle de tal manera, que le dejó sin sentido, sin voz, y casi sin vida. Fueron los golpes y las heridas que le dieron tan crueles y dolorosas, que el mismo santo despues decia que ningun tormento de los de acá se le podia comparar; mas nó por esto desmayó Antonio, ni dejó su puesto; ántes habiéndole hallado su ministro casi muerto, y llevándole á la aldea para curarle, volviendo el santo en sí le rogó que le tornase en donde le había hallado; y estando allí,

sin poderse mover por las heridas, desafiaba á los demonios, diciendo: Aquí estoy; yo soy Antonio; no huyo; no me escondo; haced de mí lo que podeis; que vuestra violencia no me podrá apartar de Cristo: y cantaba aquel verso del salmo: « Por mas que me cerquen los reales y ejércitos de mis enemigos, no temerá mi corazón. » Oyendo esto aquel dragon infernal, espantado y confuso, llamando á los otros sus compañeros, les decia: ¿Habeis visto como no se ha dejado vencer, ni del espíritu de la fornicación, ni de las heridas que le habemos dado; ántes como vencedor hace burla de nosotros, y nos desafia? Tomad, tomad las armas, y demos sobre él con mayor ímpetu y furor: sienta el necio con quién se toma. A esta voz se estremeció todo el edificio, y las paredes se abrieron, y salieron aquellos infernales monstruos en campo contra Antonio, tomando, para mas espantarle, varias y horribles figuras de leones, de toros, de lobos, de áspides, de serpientes, de escorpiones, de onzas osos y otras bestias fieras, dando cada una sus bramidos y sus voces, conforme á su naturaleza de figura. Acométenle con su vista espantosa, con sus garras, con sus dientes, con sus cuernos, hacen presa en él despedazando sus carnes con un dolor terribilísimo: y el valeroso é invencible soldado de Cristo estaba intrépido, puestos los ojos y el corazón en Dios, y haciendo burla de sus enemigos, les decia: Muy flacos y cobardes debeis de ser; pues venís tantos contra uno solo. ¿No puede uno de vosotros pelear con un hombrecillo? ¿Cómo os habeis transformado en bestias fieras? Dónde está aquella cerca angélica que teniades? Ea, ¿qué haceis? ¿Porqué tardais? Si me podeis tragar, tragadme; si no podeis, ¿por qué emprendeis cosa á vosotros imposible? En esto muy resplandecer sobre sí, y en todo aquel aposento una luz del cielo tan esclarecida, que luego se deshizo toda aquella oscuridad, y desapareció aquella cuadrilla de monstruos infernales, y Antonio se halló sano, y el edificio reparado: y conociendo que el Señor le venia á visitar dando un amoroso y profundo suspiro, dijo: ¿En dónde estabas, buen Jesus? ¿En dónde estabas? ¿Por qué no veniste ántes, y te hallaste en mi pelea, para favorecerme y sanar mis llagas? A esta amorosa queja respondió el Señor: Antonio, aquí estaba y he visto tus batallas y te he dejado azotar para sanarte, abatir para levantarte y afligir para consolarte: como buen soldado has peleado; no temas de aquí adelante á tus enemigos; que yo te ayudaré y le haré famoso en el mundo. Con estas solas palabras se halló con mas fuerzas Antonio que nunca, y á la sazón era de edad de treinta y cinco años. Mas porque nuestro Señor queria hacer á san Antonio guia y maestro de innumerables monges y fundador de muchos monasterios, y que abriese el camino á los santos ermitaños y anacoretas ó moradores de los desiertos, inspiróle que se entrase y habitase en el yermo, y con su vida moviese á los otros á seguirle, como lo hizo. Pero viendo el demonio el propósito de Antonio, y no osando ya acometerle descubiertamente con violencia, usando de sus artes y embustes, echó en el camino una pieza grande de plata para tentarle de codicia y tener ocasion de pasar mas adelante con su engaño. Paróse san Antonio; y mirando el vaso de plata, luego conoció el artificio del enemigo, y que no podia ser perdido, porque su dueño en aquel desierto le hubiera buscado y hallado; ni puesto de industria, porque aquel camino no era pasajero, ni se veian pi-

sadas de hombres ni de bestias; y así, mirando con ojos severos y graves la plata, dijo al demonio: Esta plata desaparece contigo, ó enemigo infernal: y á esta voz la plata súbitamente desapareció como humo, y el santo siguió su camino. Otra vez vió en el mismo camino una cantidad de oro, y dice san Atanasio que fué verdadero oro, y que no se sabía si el demonio se lo había arrojado para tentarle, ó Dios nuestro Señor para probarle; mas de cualquiera manera que ello fuese, en viendo el oro Antonio, echó á huir hasta llegar al monte, en el cual halló un castillo solo y desamparado y en él gran copia de serpientes y fieras, que allí tenían sus cuevas. En este castillo hizo san Antonio su asiento y morada, y luego todas aquellas bestias fieras y serpientes huyeron de allí, y él quedó acompañado de los ángeles y del Rey de los ángeles, que le había llevado. Veinte años estuvo encerrado en una cueva de aquel castillo, sin ver á nadie, ni ser visto de nadie, ni aun de un ministro suyo que dos veces cada año le llevaba un poco de pan y agua para su sustento y se lo echaba por una lumbrera. Venían muchos á la cueva, unos por verle, por la fama grande de santidad, otros por consejo; otros por remedio de sus enfermedades y otros por males: y aunque á todos consolaba, no abría la puerta á ninguno ni se dejaba ver. Mientras que estaban á la puerta, oían no pocas veces unas como voces de gente que reñía y decía: ¿Para qué entraste en nuestra casa? Parte de nuestro término; porque no podrás morar aquí, ni resistir á nuestras fuerzas. Los que esto oían, al principio pensaban, que aquellas voces eran de hombres que habían entrado donde estaba san Antonio: y después entendieron que eran quejas de los demonios contra el santo; y desavoridos y asombrados le rogaban que los ayudase y con sus oraciones los defendiese; y él los animaba y esforzaba, y exhortaba á que se santiguasen, y armados con la señal de la cruz no temiesen al demonio, que fué vencido y desterrado del mundo por ella. Al cabo de los veinte años fueron tantos los que cargaron de él, y le importunaron que saliese de aquel su encerramiento, que se determinó á salir, y salió como si saliera del paraíso. Tenía el rostro alegre, el aspecto grave, las palabras dulces, el color vivo, las fuerzas enteras, sin que la penitencia tan larga y áspera le hubiese enflaquecido, ni trocado el color ni deshecho su cuerpo las grandes tentaciones y peleas. Espantáronse todos cuando le vieron, porque pensaban que con la sombra y oscuridad de aquel escondrijo lóbrego, y con el rigor de tan áspera vida ó sería muerto ó muy cerca de ello. Pero conocieron, que aquella era singular obra del Señor, que sustenta á sus siervos con lo que es servido, y con el vigor de su celestial espíritu hace que la carne no solamente no se enflaquezca, pero cobre fuerzas y sea robusta. Fué tanto lo que san Antonio, admiró y movió con la santidad y novedad de su vida, que desde aquel rincón, donde estaba, se divulgó por todo el mundo la fama de su nombre y penetró hasta África, España, Francia, Italia y á otras provincias mas apartadas y remotas; y á su imitación comenzaron á venir á él bandadas de hombres heridos del amor de Dios, y menospreciadores de la tierra, para ser doctrinados de él y seguir sus pisadas y vivir debajo de su santa instruccion, y á esta causa se fundaron muchos monasterios y se poblaron los desiertos de suerte, que por la muchedumbre de los monjes parecían ciudades muy populosas, habitadas de ciu-

dadanos del cielo, á los cuales san Antonio iba delante con su ejemplo y confortaba con sus amonestaciones y palabras suavísimas. Decíales, que en la vida espiritual no hay cosa mas importante, que el persuadirse el religioso, que siempre comienza, que en cualquier lugar se puede hallar el paraíso, si el corazón está fijo con Dios, que los demonios tienen miedo á las oraciones, vigalias y penitencias de los siervos de Dios, y mas á la pobreza voluntaria y á la humildad, al menosprecio del mundo, á la caridad y al saber refrenar su ira; porque con estas virtudes se pisa y quebranta la cabeza á la serpiente. Enseñábales, que las verdaderas armas para pelear con el demonio son la fé viva y la vida pura: que acá el que compra, da el justo precio de lo que compra al que vende; mas que el cielo se compra muy barato y por mucho menos de lo que vale, pues todos los dolores y trabajos de esta vida, aunque se estiren á ochenta y cien años, son momentáneos; y la bienaventuranza, que por ellos se nos da, no tiene fin; que ninguno, por mucho que deje por servir á Dios, piense que es algo lo que deja, aunque fuese señor de todo el mundo; porque toda la tierra, respecto de lo del cielo, es como un punto, y lo que el hombre deja, al fin quiera ó no quiera, lo ha de dejar, y que no es mucho que deje ántes de la muerte lo que no puede llevar consigo: que á la manera que el que sirve al rey, no se excusa de hacer lo que le mandan, con decir que es mucho lo que ha servido; así el verdadero siervo de Dios, no mira lo que ha hecho, sino lo que le queda por hacer, para agradar al Señor: que el galardón no se da al que comenzó bien, sino al que acabó bien: que para desechar la pereza, que el mejor medio es tener siempre presente la incertidumbre de esta vida, y por la noche no esperar la mañana, y por el día no esperar la noche: que la virtud no es tan dificultosa, como parece: que los demonios tienen odio cruce contra todos los cristianos, y mayor contra los religiosos y vírgenes, y usan de muchas artes y engaños y toman ya figura de lobo, ya de vulpeja, unas veces de cordero y otras de león; pero que todas sus artes y embustes se deshacen con la desconfianza que tiene el buen religioso de sí, y confianza en Cristo, el cual los desarmó en la cruz y les quitó las fuerzas, si nosotros por nuestra culpa no nos volvemos á entregar en sus manos: y á este propósito les contó que una vez el demonio había llamado á la puerta del monasterio y que él salió á ver quien llamaba, y vió un hombre de estraña estatura, que llegaba con la cabeza al cielo, al cual preguntó quién era, y él respondió: Yo soy Satanás; y él le dijo: Pues ¿qué quieres aquí? Y él respondió: Querria saber, porque no solamente los monjes, sino tambien todos los cristianos me maldicen; porque á cualquier desgracia luego dicen: ¡Ó maldito sea el diablo! Y que el santo le dijo, que con mucha razon lo hacian, porque los tentaba y les armaba lazos, é inducia á pecar. Y á esto el demonio respondió, que él no tenía culpa en las culpas de los hombres, sino ellos mismos, que se hacen la guerra y buscan las ocasiones para pecar, porque ya él después que se hizo Dios hombre, no tenía fuerzas, ni armas, ni ciudades: y que hasta de los desiertos, por los monjes que moran en ellos, ha sido desterrado: y así que los hombres se deben quejar de sí en sus caídas y no de él, que no les tiene culpa. Por lo cual dijo Antonio, que había hecho gracias á Jesucristo, que le venció y le forzó á decir esta verdad, siendo padre de menti-

ras; y en oyendo el demonio el nombre de Jesucristo, luego desapareció. Entre los otros documentos avisaba á los monges, que no fuesen curiosos en querer saber las cosas futuras; porque muchos por esta curiosidad habian sido engañados: que tuviesen mas cuenta con vivir bien, que con hacer milagros; y que el que los hiciera, no se desvaneciese en más por ello, ni menospreciase al que no los hace; porque los milagros son don de Dios y propio de su misericordia y nó de nuestra miseria; y siempre el hacerlos es señal cierta de serle agradable el que los hace: que la mas fuerte arma para vencer al enemigo, es la alegría y gozo espiritual defalma, que siempre tiene Dios delante; porque con aquella luz desaparecen las tinieblas y se resuelven como humo las tentaciones de Satanás: que debemos tener siempre delante de los ojos los ejemplos de los santos, para incitarnos á la virtud: que para no caer, aprovecha mucho el descubrir caidas á sus hermanos, y con la vergüenza pública y manifestacion de su pecado, guardarse de pecar. Y en una junta, que tuvo san Antonio con sus monges, en que se trató de la excelencia de la virtud, y cuál de las virtudes era mas aventajada sobre las otras y mas necesaria para el monge, dando algunos el primer lugar á la penitencia, con que se mortifica la carne: otros á la soledad y silencio, con que se cortan las ocasiones de caer: otros á la misericordia, á quien el dia del juicio promete el Señor la retribucion eterna; y otros á otras virtudes: san Antonio, como mas ejercitado, dió el mas alto y primer lugar á la discrecion, como á guía y maestra de todas las otras y sin la cual la vida espiritual es ciega, desconcertada y desproveyda. Con estos y con otros semejantes consejos instruía san Antonio en la vida religiosa y perfecta á sus monges, y con sus palabras encendidas los inflamaba al menosprecio de todas las cosas visibles y al amor de Dios; y como ellos estaban dispuestos á guisa de una tierra fértil y bien cultivada, la semilla de esta celestial doctrina daba copioso fruto y colmada cosecha: y así estaban aquellos montes llenos de coros de santos monges, que leían, oraban, cantaban, lloraban y se afligian por sus pecados y por los del mundo y representaban á los que los veian una viva imágen y perfecto retrato del cielo: porque habia entre ellos suma paz y concordia, sin ambicion, sin envidia, sin murmuracion, sin reprehension de nadie y con perpetuo olvido de la tierra y continua meditacion del cielo. No le pareció á san Antonio, con vivir en la tierra como un ángel del cielo y ser padre de tantos y tan perfectos hijos, que habia hecho nada, si no moria por Cristo y daba su sangre por su santísima fé: y como en su tiempo por la persecucion de Maximiano muchos cristianos fuesen presos y atormentados y llevados á Alejandria para ser ajusticiados; encendido de un gran deseo del martirio, se fué á Alejandria para morir con ellos, si Dios le hiciese tanta merced, ó servir á los que morian y ayudarlos á morir. Ya era mártir en el deseo, y para serlo con la obra servia á los cristianos encarcelados: acompañábalos, cuando eran presentados delante de los jueces: animábalos en los tormentos; y hasta en el mismo lugar del suplicio, donde se hallaba con ellos, para que le cupiese tan dichosa suerte, y pudiese tenerles compañía, gozándose de la gloria de los que habian vencido, como si él fuese el vencedor. Perseveró tanto en este piadoso oficio, que el juez, aunque no se atrevió á echarle mano, mandó que todos los monges saliesen de la

ciudad; y escondiéndose los demás, san Antonio al dia siguiente, vestido de su ropa lavada y blanca, para ser mas visto y notado, se puso en un lugar público y alto, muriendo porque no moria por Cristo. Mas el Señor, que se queria servir de él para padre y maestro de innumerables monges, y para que los desiertos se convirtiesen en paraiso, no quiso; se acabase con la espada la vida del que la habia de dar á tantos. Volvióse á su monasterio, luego que cesó aquella tempestad, y tuvo alguna paz la Iglesia: y como si entónces comenzara á servir á Dios, así ayunaba, oraba y velaba, vestido siempre de cilicio, procurando ser toda la vida mártir, pues no habia merecido el martirio. Encerróse de nuevo en su monasterio, sin dejarse ver de nadie, y allí obraba grandísimos milagros y maravillas: y la mayor de todas era su humildad, con la cual estaba tan fundado en su propio conocimiento, que cuanto el Señor mas le levantaba y hacia glorioso, tanto mas él se abatia y aniquilaba, dando la gloria á cuyo era, y á sí la confusion. No se puede fácilmente creer la multitud, grandeza y utilidad de los milagros que Dios hizo por san Antonio en todo género de enfermedades y males, y particularmente contra los demonios, sobre los cuales victorioso y triunfador tuvo tan gran señorío é imperio, que bastaba su solo nombre para atormentarlos y echarlos de los cuerpos. Pero temiendo él que tantas y tan insignes obras, como Dios obraba por él fuesen causa de que, ó él se desvaneciese, ó que los otros pensasen de él, que era lo que no era, y le honrasen mas de lo que merecia, se determinó á huir, é irse á la superior Tebaida, donde ninguno le conociese; y tomando algun pan, se partió: y estando á la ribera de un rio aguardando la barca, para pasarle, oyó una voz, que le dijo: Antonio, ¿á dónde vas, y por qué? Y él respondió con gran seguridad: Voy á la superior Tebaida, porque la gente me quita mi quietud, y me pide cosas que son sobre mis fuerzas; y por aviso de la misma voz dejó aquel camino y se entró por aquel desierto, camino de tres dias, hasta llegar á la falda de un monte alto, que tenia una fuente y algunas palmas en un campo que rodeaba el monte. En este lugar hizo su asicso como en lugar señalado de Dios. Mas luego que los monges supieron donde estaba, enviábanle, como buenos hijos, de comer, con mucho trabajo de los que lo llevaban; y el santo padre, para quitarles este trabajo y cuidado, sembró una parte de aquel campo, que se podia regar, y cogia su pan con gran gusto y contento; porque vivia del trabajo de sus manos en aquel desierto, sin pesadumbre de nadie: y porque comenzaron á venir muchos huéspedes á buscarle, para refrigerio de los que venian, plantó en un huertecillo algunas yerbas que darles. Vinieron algunas bestias á pacer la hortaliza, que el santo con tanto trabajo suyo habia cultivado; y tomando una de ellas, les dijo á todas: ¿Por qué me haceis daño, pues yo no le hago á vosotras? Partios de aquí; y mirad, que os mando que no volvais mas á este lugar. El santo lo dijo; y ellas obedecieron como á mandato de Dios. Otra vez el demonio, para espantarle, juntó de noche grandes manadas de bestias fieras, y estando san Antonio en oracion, se las puso delante, como que querian despedazarle; y él, como quien sabia la astucia de Satanás, les dijo: Si Dios os ha dado alguna potestad sobre mí, aquí estoy, tragadme; mas si habeis venido por instinto del comun enemigo, partios

luego de aquí, porque yo soy siervo de Jesucristo; y diciendo esto, no se vieron mas. Otra vez á la hora de nona antes de comer, san Antonio se puso en oracion, y fué arrebatado en espíritu, y le pareció que los ángeles le llevaban al cielo, y que los demonios se le ponian delante para estorbarlo, y que preguntando los ángeles á los demonios la causa porque le querian impedir que no subiese al cielo, pues no tenia pecados que se lo estorbasen; ellos le comenzaron á acusar de todo el mal que habia hecho desde el dia de su nacimiento: y comó los ángeles dijese que ya aquellos pecados estaban purgados y perdonados con la penitencia, y que alegasen lo que tenian contra Antonio, despues que se habia hecho monge y consagrádose al Señor, por mucho que ellos quisieron mentir, no hallaron cosa que le estorbase el paso. Pero cuando el santo volvió en sí, no comió bocado, y estuvo toda aquella noche gimiendo y llorando la miseria y olvido de los hombres, que teniendo tantos y tan fuertes enemigos contra sí, viven tan descuidados como si no tuviesen ninguno. Y no es desemejante á esta otra vision que tuvo. Oyó de noche una voz que le llamaba y decia: Antonio, levántate: sal fuera y verás. Levantóse, y vió una fantasma como de hombre grande y terrible, que con la cabeza llegaba hasta las nubes, el cual extendia las manos para detener á algunos que con alas subian al cielo, de los cuales á unos cogia y daba con ellos en el suelo, y otros se le escapaban y subian al cielo sin poderlo estorbar. Tras esto oyó una voz, que le dijo: Considera bien lo que ves; y alumbrándole Dios, entendió que aquellos que subian eran las almas de los hombres, y que el demonio procuraba estorbarles la subida, prevaleciendo contra las de los pecadores, y no teniendo fuerza contra las de los santos. Todas estas tentaciones y visiones servian á Antonio de nuevos incentivos y estímulos, para crecer mas en el amor y temor santo del Señor. Fué tan compasivo, y de tan tierno corazon, que cuando algun pobre era oprimido y no podia alcanzar su justicia le defendia tan de veras, como si á él mismo le hiciesen aquel agravio. En la honestidad mas parecia ángel que hombre. Fué san Antonio de muy amable y apacible condicion, manso sobremanera, humildísimo por extremo: en la oracion fué tan absorto y arrebatado, que se le pasaban las noches de claro en claro puesto de rodillas; y cuando se ponía el sol, le heria en las espaldas, y cuando se levantaba por la mañana siguiente, le daba en los ojos; y él se quejaba del sol, porque le quitaba su dulzura y el descanso de su corazon, y decia: O sol, ¿por qué con tu luz me quitas la claridad de la verdadera y sempiterna lumbre? En la penitencia fué tan riguroso, que no parecia de hueso y carne. En la fortaleza tan invencible, que no solo no se espantaba de los demonios, mas él era terror y espanto. Tenia el rostro siempre muy alegre y sereno, y con un mismo semblante; porque ni las cosas prósperas le levantaban, ni las adversas le abatian; y los que nunca le habian visto, aunque le viesen entre otros muchos monges, le conocian sin que ninguno se les mostrase, y se iban á él, y de aquel semblante que resplandecia de fuera, barruntaban la gran pureza de su alma. Tuvo grandísimo respeto á todos los clérigos, y se arrodillaba, é inclinaba su cabeza á los sacerdotes y obispos para que le bendijesen. Huía el trato de todos los que estaban apartados de la Iglesia, y enseñaba, que el verdadero católico los debe aborrecer y huir

mas que á las serpientes venenosas; y el mismo santo los aborrecia y se oponia á su impiedad y furor. Una vez escribió á un falso obispo arriano, llamado Gregorio, que perseguia con increíble crueldad á los católicos; ó, (como se dice en su vida) á un capitan llamado Blacio, que se fuese á la mano, porque la ira de Dios estaba cerca, y venia sobre él, si no se enmendaba. Hizo burla el hereje de la carta del santo: arroja la al suelo, escupióla y pisóla; y dentro de muy pocos dias un caballo manso le dió un bocado en el muslo, y le derribó en el suelo, y de allí á tres dias, en castigo de su pecado y de la injuria que habia hecho á san Antonio, miserablemente murió. Otra vez estando en su monte y tan léjos de Egipto, vió en espíritu el estrago que los herejes arrianos habian de hacer en Alejandria; y postrado en el suelo comenzó á llorar y suspirar, y suplicar á nuestro Señor, que no permitiese tan grande calamidad en su Iglesia, como aquella vision amenazaba: porque le fué revelado, que muchos mulos y bestias daban coeces en el altar de Dios, y le derribaban, y echaban por el suelo; y que aquellas bestias eran los herejes arrianos, que en breve destruirian las iglesias, y arruinarian los altares del Señor: el cual consoló al santo afligido, con manifestarle luego la victoria, que al fin tendria la Iglesia católica, y que vencidos y deshechos todos sus enemigos, floreceria despues con mayor prosperidad y gloria que ántes: y así lo contó el mismo santo padre á sus hijos, que lloraban amargamente por ver las lágrimas de su padre, y se consolaron con su consuelo.

En esta misma persecucion de los arrianos, siendo llamado de san Atanasio, fué á Alejandria, para oponerse al furor de los herejes, y consolar y animar á los católicos afligidos; y (como escribe el mismo san Atanasio) fué maravilloso el fruto que sacó el Señor de la predicacion de su siervo Antonio. En aquella coyuntura quedaron confusos y atónitos los enemigos de la verdad, los hijos de la Iglesia católica alegres y esforzados, y los gentiles admirados del ingenio y de las razones tan profundas y sólidas de Antonio, para confirmar y probar lo que queria; porque aunque no habia estudiado ni revuelto los libros de los filósofos y sabios del mundo, habia sido enseñado interiormente del Señor, é ilustrado de la verdadera y celestial sabiduría, á la cual no podia resistir la vana filosofía del mundo: y así se vió en las disputas, que muchas veces tuvo con grandes filósofos (los cuales virieron á él, para hacer burla de su simplicidad é ignorancia), que los convirtió y los hizo callar, de manera, que no tuvieron qué responder al Espíritu divino que hablaba en Antonio. Cuando esta vez fué san Antonio á Alejandria, le vino á ver, como escribe san Gerónimo, Didimo, varon sapientísimo, y tenido por un milagro de sabiduria en aquellos tiempos: el cual, siendo ciego, habia aprendido perfectamente aquellas ciencias que sin ojos no se pueden bien aprender; y tratando los dos de la sagrada Escritura, preguntó familiarmente san Antonio á Didimo, si le daba pena el verse ciego; y como Didimo se empachase, y no le respondiese, al fin tanto le apretó san Antonio, que llanamente le confesó que su ceguedad le afligia. Entónces san Antonio amorosamente le dijo, que se maravillaba mucho que un hombre tan prudente tuviese pena de no tener los ojos, que las hormigas, moscas y mosquitos tenian, y que no se consolase y holgase mas por tener los ojos que tienen solos los santos y amigos del Señor.

De esta manera consoló san Antonio á Dídimo de su ceguera.

Y no solamente los varones sapientísimos le reconocian y se humillaban; pero tambien los príncipes, emperadores y monarcas le honraban y le escribían, y pedían el favor de sus oraciones, como lo hicieron el emperador Constantino y sus hijos muchas veces, rogándole que les escribiese y los alegrase con sus cartas. Una vez entre otras llamó á sus monges, y díjoles: Los reyes de este siglo nos han enviado sus cartas; ¿pero qué maravilla es esta para los cristianos, pues sabemos que aunque su dignidad sea tan alta, mas en el nacer y en el morir todos somos iguales? Lo que debemos estimar y admirar, es que Dios haya escrito su ley para los hombres, y que haya enriquecido su Iglesia con sus palabras. ¿Qué tiene que ver el monge con las cartas de los reyes, á los cuales, segun el estilo de ellos, no sabe responder? Esto dijo, aunque despues importunado de sus hermanos respondió á la carta del emperador otra, en que le decia lo que se holgaba que fuese cristiano; que no pensase que era cosa de mucha estima el ser rey, ni se desvaneciese con la potestad, ántes temblase sabiendo que habia de dar cuenta de ella al Rey de los reyes: que guardase justicia y clemencia para con sus súbditos, y misericordia y benignidad para con los pobres y miserables. La cual carta recibió el emperador Constantino con gran contentamiento, y la tuvo por una joya preciosa y rico tesoro. Y no solo con los príncipes y emperadores tuvo grande autoridad san Antonio, sino con toda la Iglesia católica, la cual por solo su dicho y testimonio canonizó y puso en el catálogo de los santos á Pablo, primer ermitaño, como en su vida queda referido.

Finalmente, habiendo vivido este santísimo y gloriosísimo padre ciento y cinco años, y llenado el mundo de la fama y fragancia de su santidad, milagros, victorias y triunfos, tuvo revelacion del Señor que le queria llevar á gozar de sí, y darle el galardón eterno por sus temporales trabajos; y él muy regocijado lo dijo á sus monges, exhortándolos á la perseverancia y toda virtud, y particularmente á ser enemigos de los herejes, como él siempre lo habia hecho, porque eran enemigos de Jesucristo, y habian pregonado guerra contra su Iglesia. Despues á solas mandó á dos de sus compañeros, que cuando él fuese muerto, le enterrasen, sin que ninguno supiese el lugar donde estaba enterrado, que ninguno supiese el lugar donde estaba enterrado, temiendo ser honrado de los hombres y que llevarian su cuerpo á Egipto, y allí le embalsamarían y le ungirían con las confecciones y especies aromáticas, como solian en aquel tiempo embalsamar los cuerpos de los difuntos que bien querían, para hacerlos como incorruptibles y conservarlos mucho tiempo; que era cosa que el santo siempre habia aborrecido, pues de cualquier lugar en que estuviese fiaba en Dios, que el día de la general resurreccion su cuerpo resucitaria incorruptible. Despues de esto hizo su testamento, que fué repartir sus pobres y viejos vestidos de esta manera: una saya ó ropa de pelos de cabra, y el manto raído que traía, á Atanasio obispo, del cual le recibió nuevo; y el mismo Atanasio dice que tuvo este manto por una rica herencia: otro vestido de pelos de cabra dejó al obispo Serapion: su cilicio á los dos discípulos; y acabado esto les dijo: Quedaos con Dios hijos míos; porque vuestro Antonio se os va y no estará mas en esta vida con vosotros.

Dichas estas palabras besándole sus discípulos con extraordinario sentimiento y ternura, estendió sus piés, y miró la muerte con alegría, como quien veia los coros de los ángeles que venian por su bendita alma, para llevarla á las moradas eternas; y así acabó, quedando su cuerpo tan fresco y entero como si estuviera vivo; y fué cosa de gran maravilla, que con tantas, tan largas y tan escivas penitencias, como este glorioso santo hizo, no le habia faltado diente, ni la vista de los ojos, ni la firmeza en los piés, ni el vigor en los miembros, que era señal de sus grandes merecimientos y de lo que nuestro Señor Dios puede y suele obrar en sus siervos. Los discípulos de san Antonio hicieron lo que su padre les mandó, y su santo cuerpo estuvo mucho tiempo encubierto, hasta que despues por divina revelacion fué hallado y llevado de la Tebaida á Alejandria, y de allí á la ciudad de Viena de Francia, donde son reverenciadas sus reliquias. Murió san Antonio á los 17 de enero del año del Señor de 361, segun san Gerónimo; y el de 338, segun el cardenal Baronio, de edad como se ha dicho, de ciento y cinco años. Y parece que todo el mundo sintió y lloró su muerte; pues se dice, que despues de su glorioso tránsito estuvo el cielo tres años sin llover. Escribió en su lengua muchas epístolas, de las cuales dice san Gerónimo que siete fueron trasladadas en griego, llenas de admirable y celestial espíritu y doctrina.

Tritemio dice, que san Antonio escribió otra obra en dos libros que llamó Melisa, que quiere decir *abeja*: los cuales se hallan en el quinto tomo de la biblioteca santa, impresa en París el año de 1589; pero mas parecen aquellos libros de otro Antonio abad, así porque san Gerónimo no hace mencion de ellos, como porque están recogidos de otros autores, y algunos de ellos que vivieron muchos años despues de muerto san Antonio abad. San Juan Crisóstomo, declarando como por haber el niño Jesus huido á Egipto, y vivido algunos años en él le santificó, dice: «Si alguno ahora viniere á los desiertos de Egipto, hallará que están mas amenos y deleitosos que el paraíso, y verá innumerables compañías de ángeles en figura humana, y ejércitos de mártires y coros de vírgenes, y la tiranía del demonio derribada por el suelo, y resplandecer el reino de Cristo, y que la santidad y virtud no florece ménos en las mujeres que en los hombres, ántes muchas veces vence y traspasa la flaqueza mujeril la constancia de los hombres.» Y añade: «El que ha andado por estos desiertos sabe que es verdad lo que decimos; pero si alguno no los ha visto, considere aquel gran varon Antonio que despues de los apóstoles nos dió Egipto, y anda hasta hoy día en las bocas de todos por todo el mundo, el cual fué de aquella tierra y digno de ver á Dios, é hizo una vida celestial y cual piden las leyes de Cristo. Léase su historia, que es una clara profecía, confusion de los herejes, doctrina de los filósofos y sabios, y ejemplo de cristianos. Yo ruego que leais el libro de su vida atentamente, y que no solamente le leais, sino que tambien le imiteis.» Todo esto dice san Juan Crisóstomo: y san Agustín refiere, que un amigo suyo llamado Poticiano, en la ciudad de Tréveris, con otros tres compañeros suyos, se habian ido á espaciarse, estando el emperador ocupado en ver ciertas fiestas; y que dos de ellos sin saber adonde iban, dieron en cierta casilla donde moraban algunos siervos de Dios, y hallaron un libro en que estaba escrita la vida de san Antonio; y que tomó el libro en las manos el uno de ellos, comenzó á leer y á mara-

villarse y encenderse leyendo, con deseo de imitarle, y de dejar la malicia sealar, entrar en la de Dios para servirle; y este era uno de los agentes del emperador. Estando en esto, súbitamente lleno de amor santo y de una religiosa vergüenza, como enojado consigo mismo, volvió los ojos á su compañero y dijo: Yo te ruego que me digas, adónde pensamos llegar con todos estos nuestros trabajos? ¿Qué buscamos? ¿Qué es el fin de nuestra milicia? ¿Puede nuestra esperanza y nuestra buena ventura en el palacio llegar á más que á ser privados del emperador? Pues esta privanza, ¿cuán frágil y peligrosa es, y por cuantos peligros se viene á otro mayor peligro? Y esta ¿cuanto durará? Pero si yo quisiera ser amigo de Dios, luego lo puedo ser. Dijo esto turbado con el parto de la nueva vida; y volviendo los ojos al libro, leía y mudábase interiormente donde Dios le veía, y su alma se iba desnudando del mundo como luego se mostró; porque leyendo y revolviendo las ondas de su corazón, dió un grande gemido, y conoció y abrazó lo mejor, siendo ya del Señor, y dijo á su amigo: Ya yo he dado libelo de repudio á todas nuestras falsas esperanzas, y estoy determinado á servir á Dios y comenzar luego en esta hora: en este lugar quiero comenzar: tú, si no quieres imitarme, no quieras estorbarme. Respondió el compañero que no podía apartarse de él ni dejar de hacerle compañía en tal oficio, y con esperanza de tan gran galardón: y así los dos comenzaron á edificar la torre evangélica con bastantes expensas, que son el dejar todas las cosas por amor de Dios y seguirle. Añade mas: que en este tiempo Policiano y su compañero, que por la otra parte del huerto se paseaban buscando á estos dos, los hallaron en el lugar donde estaban, y les dijeron si querían volver porque ya era tarde; mas ellos, habiéndoles hecho saber su voluntad y el propósito que tenían, y como Dios se le había dado y confirmado; les rogaron, que si no les querían hacer compañía los dejasen y se fuésen. No se mudaron Policiano y su compañero por lo que oyeron, aunque loaron y alabaron su buen propósito, y les dieron el parabien y se encomendaron á sus oraciones, y bajando el corazón á la tierra se volvieron al palacio; y los otros dos enclavando su corazón en el cielo se quedaron en su casilla, y ambos eran desposados, y las esposas, después que supieron lo que habían hecho sus esposos, consagraron su virginidad á Dios. Todo esto nos contó Policiano, dice el glorioso Agustín, declarando el provecho que sacaron aquellos dos criados del emperador de solo leer la vida de san Antonio. Leámosla y aprovechémonos nosotros de ella, imitando sus heroicas virtudes, para que mediante sus santas oraciones merezcamos hacerle compañía y entrar en el gozo del Señor. De san Antonio escriben casi todos los autores de la historia eclesiástica.

— **LOS SANTOS ESPENSIO, ELEUSIPÓ Y MELEUSIPÓ HERMANOS.** — Capadocia fué la patria de estos santos gemelos que fueron educados en los errores del gentilismo; mas la divina providencia que conduce á los que elige, por medios desconocidos, al fin que se propusiera, permitió que invitando los santos á su abuela para asistir juntos á una fiesta que se celebraba en honor de Júpiter Nemesio, instruida aquella en los principios de nuestra santa religión tomó de ello ocasión para hacerles ver la falsedad de aquellos dioses, y la verdad de la religión católica, y obrando la gracia del Señor en sus corazones, se sintieron de tal modo trocados, que al momento abrazaron la fe, y mar-

charon al lugar de la fiesta lejos de obsequiar al falso dios, proclaman á Jesucristo y derriban la estatua de Júpiter. Al momento fueron presos y quemados vivos, volando sus almas al cielo el día 17 de Enero del año 168 imperando Marco Aurelio.

LOS SANTOS MÁRTIRES DIÓDORO, PRESBITERO, MARIANO, DIÁCANO Y SUS COMPAÑEROS. — Estando celebrando en el cementerio del arenal de Roma la solemnidad de los mártires, en tiempo del papa san Estéban, les cerraron la puerta los perseguidores y les echaron encima una gran porción de tierra, debajo de la cual quedaron ahogados, consiguiendo de este modo la corona del martirio.

LOS SANTOS ANTONIO, MERULÓ Y JUAN. — Fueron monges del monasterio de San Andrés, en el que vivió con ellos el papa san Gregorio que ha escrito su vida. Sábese por ella que fueron estos tres santos tan dados á la contemplación, á la humildad y penitencia, que eran la admiración de toda la ciudad de Roma, y que fueron tan agradables á Dios sus virtudes, que les colmó ya en la tierra de pruebas de la gloria futura que les esperaba, dejándoles ver algunas veces la patria de los santos, y el lugar que allí tenían ellos preparado. Florecieron estos santos en el siglo VI.

SAN SULPICIO, LLAMADO EL PIADOSO, OBISPO DE BOURGES. — Fué en el siglo VII la mas ilustre lumbrera de las Galias por su piedad, y por sus aventajados conocimientos. Después de haberse dedicado á la gloria del Señor y á la salvación de las almas, acabó santamente su vida el día 17 de enero del año 644.

SANTA ROSALINA, VIRGEN. — Se ignoran las circunstancias de su vida, y solo se sabe que fué monja cartuja.

DÍA 18.

LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO EN ROMA. — La fiesta de la cátedra de san Pedro en Roma instituyó la santa Iglesia, para celebrar aquel dichoso dia en que el principe de los apóstoles san Pedro, después de haber tenido siete años la cátedra apostólica en la ciudad de Antioquia, entró en Roma y la colocó en aquella ciudad, que era señora y cabeza del mundo: el cual convirtiéndose á la luz del Evangelio por la predicación de los apóstoles, la había de reconocer y venerar, y todos los fieles, desde oriente á poniente, y desde el septentrion al mediodía, como ovejas del rebaño del Señor, habían de obedecer á cualquier legitimo sucesor de san Pedro, como á verdadero y universal pastor de la Iglesia. Celebra asimismo la santa Iglesia en este dia aquel singular beneficio que Cristo nuestro Señor hizo á san Pedro, y en él á todo el mundo, cuando alumbrado, no de la carne y de la sangre, sino con la luz del Padre eterno, reconoció y testificó por hijo coeterno suyo á Jesucristo; y el Señor en pago de este conocimiento y confesion, le dijo: «Tú eres Pedro, y sobre ti, como piedra fundamental, edificaré mi Iglesia, y todo el poder del infierno no prevalecerá contra ella; y yo te daré las llaves del reino de los cielos, para que todo lo que atares en la tierra, sea atado en el cielo; y lo que desatares en la tierra, sea desatado en el cielo;» con las cuales palabras le constituyó Cristo nuestro Señor vicario suyo en la tierra, y piedra fundamental de su Iglesia, para que cualquiera fiel, que como piedra quisiere estar incorporado en el edificio de la Iglesia, sepa que ha de es-

tar unido con esta primera piedra, y con la fé y doctrina de la Iglesia romana, que los sucesores de san Pedro enseñan: y que así como el miembro, para tener vida, ha de estar unido con su cabeza, y el ramo con su raíz, y el río para tener agua con su fuente; así cualquier fiel y católico cristiano ha de estar unido y sujeto á la cátedra de san Pedro y de sus sucesores, que despues de Cristo son la cabeza de todo el cuerpo de la Iglesia fuera de la cual no se halla vida, espíritu y gracia con que se sustenta.

Este es el beneficio que con este nombre y fiesta de Cátedra de san Pedro la santa Iglesia hoy nos representa y nos da á entender que tiene un solo, único, sumo, universal y perpetuo pastor que la rige y gobierna, como vicario y lugarteniente de Cristo: el cual queriendo hacer ausencia de este mundo y subir al cielo, le dejó en la tierra, para que fuese cabeza visible, y exteriormente la gobernase con aquella luz é influencia y espíritu, que el mismo Señor le comunicase, como cabeza invisible que es, y principal Pastor y Señor de ella. Y quiso que fuese uno este pastor y vicario suyo: porque así como la fé de la Iglesia es una, así conviene que sea uno el juez de la misma fé; porque no haya en ella desunion, ni diversidad de pareceres; y para que así como en cada familia bien ordenada haya una cabeza y un padre de familias, en el rebaño un mayoral, en la nave un patron, en cada ejército un capitán general y en el reino un rey, y á haber mas seria confusion; así en la santa Iglesia, que en la sagrada Escritura se llama familia, rebaño, nave, ejército y reino de Dios, no hubiese mas de un supremo padre de familias, un sumo pastor, un gobernador, un capitán general y un monarca espiritual que la gobernase, y no faltase á la Iglesia en su gobierno espiritual la excelencia que tiene el reino temporal en el suyo, en el cual toda potestad se reduce á una cabeza, y por ella mejor se gobierna y se defiende: ni careciese la Iglesia de Cristo del concierto que tuvo la sinagoga, en la cual hubo un sumo sacerdote; pues la misma sinagoga fué figura de la Iglesia y no conviene que la figura haya sido mas perfecta que lo figurado, y la sombra que la verdad, ni ménos que la jerarquía eclesiástica sea desemejante á la celestial, donde aunque haya diferentes coros de ángeles, todos reconocen á uno como el mas excelente de todos; el cual comunmente se entiende que es san Miguel arcángel, conforme á aquello del Apocalipsis, donde se dice que hubo una gran batalla en el cielo, y que san Miguel y sus ángeles pelearon con el dragon y con sus secuaces: y en el oficio eclesiástico se dice de san Miguel, que es prepósito del paraiso y príncipe de la milicia celestial. Y pues en cada parroquia hay un cura, en cada iglesia catedral un obispo y en cada provincia un metropolitano, y sobre los metropolitanos arzobispos hay primados y patriarcas; muy justo fué que sobre todos éstos hubiese un papa que quiere decir *padre de todos los padres*, para que á cada uno comunicase la potestad que para el bien de sus ovejas habia menester, y le enderezase y encaminase para la salud y bien de ellas; y que como pastor universal velase sobre toda la grey del Señor que está estendida por todas las partes del mundo: y no solamente tuviese cuidado de apacentarla por medio de los otros pastores inferiores, sino tambien de traer á ella las ovejas descarriadas y perdidas, y hacer de lobos corderos, y de los gen-

tiles cristianos, enviando buenos predicadores para alumbrarlos con la luz del santo Evangelio, como vemos que lo ha hecho siempre y lo hace la sede apostólica, de la cual se han derivado las demás Iglesias por el mundo; como consta por las historias eclesiásticas, y lo dice Inocencio, primero de este nombre: y para esto convenia que este pastor universal, no solo fuese uno sino tambien perpetuo, y que durase por legítima sucesion hasta el fin del siglo; pues la Iglesia ha de ser perpetua, y ha de haber siempre ovejas de Cristo que apacentar, y sumo pastor que las apaciente: porque fuera muy débil y manca la divina Providencia si en la vida de un hombre mortal y frágil fundara la Iglesia que habia de durar para siempre; y así cuando dijo Cristo nuestro Redentor á San Pedro: «Yo te daré las llaves del reino de los cielos;» no se las prometió á él solo, sino á todos sus sucesores; de manera que así como cuando dijo: *Pulvis es, et in pulverem reverteris*: Tú eres polvo y en polvo te tomarás; no entendié que solo la persona de Adán era polvo, y por la muerte se habia de convertir en polvo, sino con esta maldicion comprendió á todos los hijos de Adán: y como cuando Dios prometió á Abraham que le daría la tierra de Canaan: *Tibi dabo terram hanc*, se entiende que la daría á sus hijos y nietos y toda su posteridad; así diciendo Cristo nuestro Señor á san Pedro que le daría las llaves del reino del cielo, se entiende que las daría á Pedro y á todos sus sucesores; porque de otra manera, muy corta, estrecha y limitada fuera la promesa de Cristo, si con la vida de Pedro, como dijimos, se acabara: y no hubiera el Señor proveido bien á su Iglesia, si no le diera una cabeza perpetua y un sucesor de Pedro para que la gobernase hasta el fin del mundo: lo cual despues de la muerte de san Pedro; aun era mas necesario que en su vida, porque mientras que vivía san Pedro no era tanto el número de los fieles, ni la Iglesia estaba tan extendida por todas las provincias y naciones del mundo como lo fué despues: y los cristianos en los principios tuvieron, como dice el apóstol, las primicias del espíritu y bebían de la fuente de la doctrina apostólica, y eran mas perfectos y mas encendidos en el amor de Dios, y como ovejas obedientes y mansas conocían la voz de su pastor, y le seguían, y tenían escrita su ley en sus entrañas; y así no tenían tanta necesidad de maestro exterior que se la enseñase, ni se desvelase tanto para defenderlas de tantos herejes, como despues se han levantado, y los lobos hambrientos las rodean é infestan, ni para detenerlas en el aprisco, y curar la roña de sus vicios, que por tantas partes del mundo se nos ha entrado.

Este pastor universal y perpetuo es el obispo de Roma, donde san Pedro por ordenacion divina puso su silla, y la tuvo por espacio de veinte y cinco años, y la estableció para todos sus sucesores perpetuamente: de suerte, que así como algunos generales de algunas religiones no solamente son generales y gobernadores de su orden, sino tambien son abades, ó priores particulares de alguna casa, y el que es superior de aquella casa juntamente es generalísimo de toda su religion (como el prior de San Bartolomé de Lupiana en España es generalísimo de la orden de san Gerónimo; el abad de san Benito de Valladolid, generalísimo de la de San Benito; y el prior de la gran Cartuja en Francia es generalísimo de la orden de cartujos; así el obispo de Roma es juntamente obispo de aquella sagrada ciudad, y pastor universal de toda la

Iglesia: porque quiso Dios nuestro Señor mostrar su infinito poder, sojuzgando por mano de un pobre pescador aquella ciudad, que era cabeza y señora del mundo, como lo había profetizado Isaías, y aun la Sibila Eritrea había dicho, hablando de los discípulos de Cristo: «Escogerá de los pescadores doce hombres, y entre ellos habrá un demonio (que fué Judas), y nó con espada ni con armas sujetará á la ciudad de Roma y los reyes, sino con el anzuelo del pescador.» Quiso asimismo honrar y ensalzar aquella ciudad sobre todas las del mundo, y poner la monarquía espiritual donde había puesto la monarquía temporal, para que se diesen las manos, y la una y la otra se ayudasen, y la temporal sirviese á la espiritual, y la menor á la mayor, y estando entre oriente y poniente, más fácilmente abrazase y gobernase todas las provincias del mundo: á San Pedro, pues, y á sus sucesores dió el Señor las llaves del cielo, la llave de la ciencia y la llave de la potestad; porque la una y la otra eran necesarias para el buen gobierno de la Iglesia: la ciencia para enseñarnos y darnos luz, y la potestad para regirnos y castigarnos: en la una y en la otra le dió muy cumplidamente todo lo que era menester para encaminar almas á Dios; y como dice el apostol san Pablo: *In edificationem, et non in destructionem*: Para edificación, y nó para destrucción de la santa Iglesia. Dióle potestad para juntar y celebrar los concilios, presidir en ellos, y confirmar sus decretos y definiciones: para instituir nuevas religiones, y aprobar sus institutos, y proponerlos á toda la Iglesia, como caminos seguros para la vida eterna. Dióle potestad para examinar las vidas y milagros, y merecimientos de los santos, y declarar que lo son, y canonizarlos, para que sean venerados de toda la Iglesia. Dióle potestad para hacer leyes, que obliguen á todos los fieles, y para interpretar las divinas y dispensar en las humanas, y en todo el derecho positivo. Dióle potestad para consagrar los obispos, instituir Iglesias, unir las, dividir las, transferirlas, extenderlas y acortarlas, como mas conveniente al bien de los fieles. Dióle potestad sobre todos los otros obispos y pastores, y sobre todos los principes y reyes cristianos del mundo; porque todos son sus ovejas, y en cuanto cristianos le deben obedecer, en lo que pertenece á la salvacion de sus almas, y de las de sus súbditos; porque todo el buen gobierno temporal de los reyes se ha de encaminar, como á su fin, al bien espiritual de las almas, y la felicidad temporal á la eterna. Dióle potestad para dispensar en el tesoro de la Iglesia, y conceder indulgencias y jubileos, y perdonar pecados: y todo lo que es anejo á esto, que es el mayor bien de los bienes, y singularísimo beneficio de Dios. Por esta tan grande y divina potestad, que dió el Señor á san Pedro, el obispo de Roma, sucesor de san Pedro, es llamado papa, padre de todos los padres, pontífice de los cristianos, sumo sacerdote, y príncipe de los sacerdotes, vicario de Cristo, cabeza del cuerpo de la Iglesia, pastor del rebaño del Señor, padre y doctor de los fieles, gobernador de la casa de Dios, y guarda de su viña, esposo de la Iglesia, prelado de la silla apostólica, obispo universal; que todos estos nombres y apellidos dan los santos concilios y doctores de la Iglesia al que está sentado en la cátedra de san Pedro: la cual es cátedra de verdad, madre de todas las sagradas religiones, maestra de todas las Iglesias, juez infalible de la fé, regla cierta de las

buenas costumbres, luz del cielo, intérprete de la divina voluntad, contraste de la sagrada Escritura, y piedra de toque de los libros sagrados, honra y ornamento de los santos, consuelo de los justos, espanto de los malos, guía de los católicos, cuchillo y ruina de los herejes, refugio de los afligidos; á la cual, como puerto seguro, se han acogido todos los santos prelados, que injustamente han sido perseguidos, como Ceciliano, Atanasio, Crisóstomo, Teodoreto y los demás. Este beneficio es el que hoy celebra la Iglesia católica en la fiesta de la cátedra de san Pedro, en el cual se encierran otros muchos y muy grandes, y regalados beneficios para toda la Iglesia, y para cada uno de sus hijos. Y que para representarnos este tan grande y tan incomparable beneficio, y movernos á hacer las debidas gracias al Señor por él, se haya instituido esta fiesta de la cátedra de san Pedro en Roma, dice lo san Gregorio papa en su Misal, ó en su libro de los Sacramentos, antiquísimo, que hoy dia se guarda en la librería Vaticana, por estas palabras: «Verdaderamente, Señor, que es cosa muy justa y digna de alabaros, por ser tan admirable en vuestros santos, en los cuales maravillosamente sois glorificado, y por los cuales adornais el cuerpo de vuestro unigénito Hijo, y en ellos asentais los fundamentos de vuestra Iglesia, la cual ampliasteis en los profetas, y fundásteis en los apóstoles, entre los cuales escogisteis al bienaventurado san Pedro, y por la confesion de vuestro unigénito Hijo, mudándole el nombre, y poniéndole por piedra fundamental de vuestra Iglesia le hicisteis prelado y guarda de vuestros sacramentos, y le disteis potestad, para que se guardase en el cielo lo que él ordenase en la tierra: en cuya honra hoy dia celebramos esta fiesta, y os ofrecemos sacrificio de gracias y de alabanza por Jesucristo nuestro Señor.» Hasta hoy dia se guarda en Roma y se muestra la cátedra, ó silla de madera, en que se dice que se sentaba el glorioso apóstol san Pedro, y por ella obra Dios muchos milagros. Esta fiesta de la cátedra romana se celebró antiguamente, como habemos dicho, y despues con el suceso del tiempo se cayó y puso en olvido, hasta que el sumo pontífice Paulo IV la restituyó, y mandó celebrar en toda la Iglesia católica el año del Señor de 1557, y en el tercero de su pontificado, para que toda la Iglesia hiciese gracias al Señor por este tan señalado beneficio, que es comun en todos. Entró san Pedro en Roma, segun Eusebio, y san Gerónimo, el año del Señor de 44, y en el segundo del emperador Claudio, á los 18 de enero, en el cual se celebra la fiesta de su cátedra.

SANTA PRISCA, VIRGEN Y MÁRTIR.—Habiendo Claudio el segundo sucedido en el imperio á Galieno, tuvo grandes guerras contra los godos y otras gentes extranjeras, y alcanzó de ellas esclarecidas victorias; porque desbarató trescientos mil bárbaros, tomó dos mil navíos, y lleno de gloria y triunfo vino á Roma, en donde entendió que con la paz y quietud, que los cristianos algunos años habían tenido, se había aumentado y florecido mucho nuestra santa religion; y queriendo él, como pagano, agradecer á sus falsos dioses las victorias, que pensaba le habían dado, comenzó á perseguir con gran crueldad á los cristianos, como á capitales enérganos de sus dioses y de su imperio: y con esta ocasion muchos santos mártires derramaron su sangre por Cristo en Roma y fueron de él coronados en el cielo. Entre estos fué una doncella de trece

años, llamada Prisca, nacida en la misma ciudad de Roma, de ilustre sangre, la cual fué presa de los ministros de justicia y presentada delante del emperador: y viéndola de poca edad, y creyendo que fácilmente se trocaría, la mandó llevar al templo de Apolo, para que allí le adorase y ofreciese sacrificio. No quiso la santa virgen obedecer el mandato imperial, por obedecer al de Dios, alegando que solo era Jesucristo verdadero Dios, á quien adoraban los cristianos; y los dioses de los gentiles eran demonios, que los traian embaucados. Mandóle el emperador dar muchas bofetadas en su virginal rostro, con las cuales, aunque en los ojos de los hombres quedó fea y denegrida, á los del Señor quedó mas hermosa y resplandeciente. Echáronla en la cárcel entre gente facinerosa, donde unos con caricias y otros con espanto procuraban reducirla á su mal intento; pero ella siempre estaba firme y constante, no dejándose vencer, ni de terrores ni de blanduras. Azotáronla cruelísimamente: derritieron sobre sus tiernas y delicadas carnes lardo y grosura ardiendo; y volviéronla á la cárcel, y al cabo de tres dias la sacaron delante de todo el pueblo al anfiteatro, que era lugar donde celebraban sus espectáculos y fiestas. Allí pusieron la santa doncella, y luego soltaron un ferocísimo leon, para que la despedazase y tragase: el cual, olvidado de su natural braveza, se echó á los piés de la virgen como una oveja, y comenzó á lamerlos y halagarla mansamente. Quedaron de este nuevo espectáculo los gentiles asombrados y confusos, y los cristianos consolados y animados. Mas todo esto no bastó para amansar al tirano, que era mas fiero que las fieras. Mandóla echar de nuevo en otra cárcel mas afrentosa de los esclavos, y que allí la dejasen tres dias sin comer, los cuales pasados, la sacaron y descoyuntaron con exquisitos tormentos. Extendieronla en el ecúleo y rasgaron sus carnes con uñas aceradas y garfios de hierro, añadiendo al delicado cuerpo penas sobre penas y tormentos sobre tormentos. Arrojárónla despues en una grande hoguera de fuego, pero no la quemó: para que se viese que todas las criaturas obedecen al Señor, sino es el hombre, que por haber recibido mas de su bendita mano, debería servirle mas: y para que se entendiese, que cuando el Señor permite que los suyos padezcan, no es por no poderlos librar de las penas, sino por coronar la paciencia que tienen en ellas. No bastaron estas pruebas y victorias para que el cruel emperador reconociese al verdadero Dios en esta santa doncella: ántes atribuyendo tantas y tan grandes maravillas al arte mágica, y creyendo que por virtud de los demonios las obraban los cristianos, la mandó llevar fuera de la ciudad y que allí le cortasen la cabeza, y así se hizo: y santa Prisca, dejando el mundo lleno de suavísimo olor y fragancia de su martirio, y admirado de su virginal pureza y varonil constancia que tuvo en tan tierna edad, se fué á gozar del premio de sus merecimientos al cielo, donde sigue al Cordero, y le canta los himnos de alabanza que solas las vírgenes pueden cantar. Su cuerpo fué enterrado en la via de Ostia por los cristianos, como tres leguas ó diez millas de Roma, á los 18 de enero, en el cual día celebra la Iglesia su fiesta; y murió, imperando el ya dicho Claudio II.

LOS SANTOS MOISEO Y ANTONIO, SOLDADOS Y MÁRTIRES. —Sabemos de estos santos, que hallándose de guarnicion en Ponto, y convencidos de la divinidad de la religion cris-

tiana, confesaron á Jesucristo; y despues de haber sido condenados á las minas y atormentados con varios suplicios, fueron entregados vivos á las llamas, en cuyo tormento espiraron. Su muerte sucedió durante el reinado de Decio.

SAN VOLUSIANO. —Fué ilustre obispo de Tours en Francia. Habiendo sido incitado por los godos arrianos á seguir sus errores, y defendiendo el con constancia la fé ortodoxa, fué desterrado á España, donde murió, despues de prolongadas y amargas persecuciones; las cuales sobrellevó con toda la constancia y resignacion que comunica el Señor á sus fieles siervos. Su dichosa muerte se coloca por los críticos al año 400 poco mas ó ménos.

SAN LEOBARDO. —Fué monge del monasterio de San Martin, cerca de la ciudad de Tours en Francia, y admirable en abstinencia y humildad. Pasaba muchos dias alimentándose tan solo con el sagrado pan de la Eucaristía. Su virtud fué probada, como la de san Antonio, con todo género de tentaciones; pero su fortaleza fué siempre superior á los esfuerzos del enemigo. Despues de una vida esclarecida en grandes y portentosos ejemplos de santidad y de gracia, murió Leobardo el día 17 de enero del año 572. San Gregorio, obispo de Tours, contemporáneo suyo, ha escrito su vida y lo propone en ella á los fieles como modelo de todas las virtudes religiosas.

SAN DEICOLA. —Fué discípulo de san Columbano y primer abad de su monasterio en Breñaña. Varon celestial, dice el autor del Martirologio galicano, glorioso en virtudes y esplendente en insignes milagros, fué uno de los mas ricos ornamentos de su siglo. Para dedicarse mas especialmente á la perfeccion de su alma, dejó el cargo de superior del monasterio y se encerró en una estrecha celda, donde sus virtudes monásticas adquirieron nuevos y subidísimos quilates, hasta que, estando un dia en oracion el Señor le llamó á sí, y él le entregó gozoso su espíritu, que fué recibido entre los coros de los santos. No se sabe el año fijo de su muerte; y si solo que florecia aun á principios del siglo VII.

SANTA LIBERATA, VIRGEN. —Nació esta santa en un pueblo de los Alpes, de nobilísima familia, pero idolátra. Siendo aun muy niña, fué instruida en la religion cristiana por una mujer desconocida, y se inflamó de tal manera su corazon en amor á aquellas verdades que le enseñaban, que un dia huyó con su hermana santa Faustina, de poca ménos edad que ella, de la casa paterna y marchó á Como, donde las dos fueron bautizadas, y edificaron un monasterio con lo que su padre, convertido por ellas á Jesucristo, les facilitó. En este retiro vivieron ambas hermanas algunos años, muy favorecidas del cielo y del obispo san Agripino, su director y maestro en la vida espiritual, hasta que fueron á gozar del premio debido á sus grandes merecimientos. Liberata murió el día 18 de enero del año 580, y tres dias despues fué á reunirsele su santa hermana, para que las que tan íntimamente habian permanecido juntas en la tierra, gozasen tambien juntas de la gloria de los santos. Sus cuerpos fueron depositados en un magnifico sepulcro en la catedral de Como, donde el Señor obró muchos milagros por la intercesion de sus queridas siervas.

SAN ATENÓGENES, ANTIGUO TEÓLOGO. —Fué precipitado en un abismo y abrasado vivo. San Basilio en el ca-

pítulo tercero del libro del *Espíritu Santo*, hace mención de un himno sobre la Trinidad, que compuso Atenógenes un momento antes de ser arrojado á las llamas. Su martirio tuvo lugar en el Ponto, durante el siglo III.

DÍA 19.

— LOS SANTOS MARIO, MARTA, AUDIFAX Y ABACÚ, MÁRTIRES. — En tiempo del emperador Claudio, segundo de este nombre, vino á Roma un caballero persiano, que se llamaba Mario, juntamente con su mujer Marta y dos hijos que tenían, llamados Audifax y Abacú, todos cuatro cristianos y grandes siervos de Dios. El motivo que tuvieron para venir, fué el visitar los santuarios y reliquias de aquella santa ciudad, y particularmente los cuerpos de los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, que en ella son reverenciados. Llegados á Roma, cumplieron con su devoción, y después se dieron á visitar, socorrer y consolar á los cristianos, que estaban detenidos en las cárceles, que en aquella sazón cruelmente eran atormentados. Animábanlos con sus palabras, sustentábanlos con sus limosnas, servíanlos con sus personas; y á los que morían por la fé, sepultábanlos con gran devoción y ternura: la cual era tanta, que una vez entre otras, habiendo ido á la cárcel y lavado los pies á los cristianos que allí estaban, echaron sobre sus cabezas el agua con que los habían lavado, por haber tocado los pies de los que padecían por Cristo. Andando ocupados en estas santas obras con tanto afecto y devoción, fueron presos por mandado del emperador, el cual quiso persuadirles que adorasen á sus falsos dioses y se apartasen de la fé de nuestro Señor Jesucristo; y hallándolos firmes y constantes y aparejados á morir, antes que hacer cosa tan sacrilega y detestable, cometi6 la causa de ellos á un teniente suyo llamado Musciano, para que los atormentase y diese la muerte. Musciano mand6 desnudar al padre y á los dos hijos, y á los ojos de Marta, herir sus cuerpos terriblemente con varas y después extenderlos en el ecúleo y abrasar con hachas ardientes sus costados y rasgar sus cuerpos con peines de hierro; y en todos estos tormentos estaban los santos con grande alegría, alabando y glorificando al Señor, por cuyo amor padecían. Y no era menor el regocijo de la santa mujer y madre, que con alegre rostro les decia: Estad fuertes, hijos míos. Cortáronles después las manos y colgadas al cuello los llevaron por la ciudad, con un pregón que decia: No blasfeméis á los dioses; y ellos respondian: No son dioses los que vosotros adorais, sino demonios que os engañan y os echan á perder con vuestro príncipe. Y Marta recogía la sangre que destilaba de los miembros de su marido y de sus hijos, y ungió con esta su cabeza, con gran júbilo de su alma: tanto era el deseo, que tenía de morir por Cristo. Finalmente sacáronlos fuera de la ciudad y en un arenal les cortaron las cabezas y quemaron sus cuerpos, para que no fuesen honrados de los cristianos, y á Marta echaron en un pozo, donde murió. Tomó los cuerpos de los tres santos medio quemados una santa matrona, llamada Felicitas y dióles sepultura en una heredad suya; y sacado el cuerpo de Marta del pozo, le puso con el de su marido y de sus hijos á los 19 días de enero del año del Señor de 270, en el cual la Iglesia celebra la fiesta de estos mártires; y por su intercesion hizo Dios grandes milagros y muchas mercedes á su pueblo. Después

fueron trasladados los cuerpos de los santos á la iglesia de San Adriano mártir, donde en tiempo de Sixto V, sumo pontífice, como escribe el cardenal Baronio, fueron hallados con otros cuerpos de santos, y colocados con grande reverencia y concurso de todo el pueblo romano.

— SAN CANUTO, REY DE DINAMARCA Y MÁRTIR. — San Canuto, cuarto de este nombre, rey de Dinamarca, fué hijo de Suenon, nieto de Canuto el Magno, rey de Dinamarca é Inglaterra. Como nacía Canuto para rey y para santo, le dotó el Señor de prendas reales, é hizo ver en su niñez señales de la eximia santidad, á que habia de llegar.

Estaba adornado de generosidad y grandeza de ánimo, de liberalidad y esfuerzo, y mucho mas de bondad y de costumbres, piedad, celo de la religion y culto divino, y de amor á su patria y á la justicia. Adelantóse el ánimo á la edad y en la juventud alcanzó ilustres victorias de los piratas que infestaban los mares de Dinamarca, y consiguió gloriosos trofeos de los enemigos del reino, con que no solo igualaba ya, mas excedía la gloria de su padre, que era valeroso príncipe; y á todos parecia haber resucitado Canuto el Magno en nuestro Canuto, ó que habia heredado hasta su valor, no ménos que su nombre. Ninguno dudaba que habia de suceder á su padre en la corona y ser preferido á sus hermanos, á los cuales excedía en todas las prendas reales, como el sol á las estrellas en la claridad. Con todo esto, muerto Suenon, los méritos embarazaron á Canuto para la corona: porque el reino inclinado al ocio y descanso, viendo en Canuto tantos espíritus militares, temió que siendo rey los ocuparía en la guerra; y eligieron á Araldo su hermano, que no habia hecho cosa memorable: queriendo mas que reinase el cobarde que el valiente, por vivir en ociosidad y no mojar las armas: dando por pretexto, que á Araldo, por mayor en edad, se le debía la corona; aunque en la verdad solo pretendían con este color disimular la injusticia con que premiaban el vicio y dejaban sin premio la virtud, solo porque le merecía. No faltaban algunos, á quienes parecia mal la flojedad de Araldo y deseaban por rey á Canuto; pero el nuevo rey de promesas y amenazas los apartó luego de su hermano; y él se vió obligado á huir de un reino, cuyas utilidades habia procurado y cuyos términos habia extendido. Retiróse con tres naves armadas al mar Escánico, adonde le envió su hermano una embajada, prometiéndole partir con él la corona; pero Canuto, que era no ménos prudente que valeroso, no quiso fiarse de las promesas de su hermano, que le ofrecía la corona para quitarle la cabeza, antes recelándose mas ahora de sus promesas, que antes de sus amenazas, se huyó á Suecia, y olvidado de las injurias de su patria, no se olvidó de su generosidad y prosiguió la guerra contra los pueblos orientales, que habia empezado viviendo su padre.

En este tiempo murió Araldo, habiendo reinado dos años; y el reino con mejor consejo eligió por rey á Canuto, con general aclamacion y aplauso de todos. En señalándose en el solio real, prosiguió la guerra contra los orientales, no tanto por deseo de dilatar los términos de su reino, cuanto por zelo de ampliar los de la religion cristiana: y no desistió de la empresa, hasta que conquistó de él todos los reinos de los curtos, sambones y estonies,

que vivían aun en las tinieblas de la idolatría. Después de haber sujetado á sus enemigos, queriendo asegurar la corona con la esperanza de la sucesion, buscó esposa igual á su grandeza, y casóse con Ethala, hija de Roberto, conde de Flandes, y de la cual tuvo un hijo llamado Carlos. Luego, viendo que con la disimulacion de su hermano, vivían los grandes y señores con gran disimulacion, y á su ejemplo los inferiores tomaban licencia para todo género de delitos, habiéndose hecho la permission ley, y derecho la costumbre: promulgó severísimas leyes para la reformation de su reino, las cuales guardaba exactamente, sin atender á grandeza, nobleza, ó parentesco: con que en breve redujo á su antigua figura aquel reino, que estaba tan desfigurado con los vicios, que ni se podia ver sin lágrimas, y apenas reconocer que era el mismo que ántes. A las cosas sagradas restituyó su honor y culto, que estaba olvidado: y aun le acrecentó mucho, honrando al clero mas que ningun rey de sus antecesores. No eran estimados del pueblo los obispos; y para conciliarles con la honra la autoridad, les tenia tanta reverencia, que no queria sentarse ni cubrirse, hasta que ellos se sentaban y cubrían: y mandó que entre los grandes y señores tuviesen el primer asiento. No solo procuró la honra de los preladados, mas tambien la de todos los sacerdotes y religiosos, llamándolos ministros de Dios, y queriendo que fuesen respetados como tales: y para que con el temor y mayor dependencia creciese el respeto, les cometió las causas de religion y las otras exentas del foro real; de modo, que todos en Dinamarca acudían en sus diferencias al tribunal del rey ó al de los preladados. Mandó, que pagasen los diezmos á los eclesiásticos; pero el pueblo, rudo aun en las cosas sagradas, no abrazaba esta ley de pagar los diezmos, pareciendo á seglares cosa muy dura pagar; lo que no acababan de entender con qué título lo debían.

Acabó Sueno obispo una iglesia suntuosa, que estaba empezada, y el santo rey mandó hacer una corona preciosísima, labrada con gran primor, y ponerla en ella por ornato, ofreciendo á Dios su corona, en reconocimiento de que es Rey supremo á quien todos los reyes deben vasallaje, y por juzgar las riquezas deben servir ántes al culto sagrado, que á la humana avaricia. Otro templo de San Lorenzo acabó Eginno con ayuda del rey, y el dia que se dedicaron estos templos, habiendo venerado con gran devocion los altares, concedió al obispo y á sus sucesores con magnífica y piadosa liberalidad la cuarta parte de sus rentas; y porque ninguno de sus sucesores se atreviese á quitárselos, los sujetó á la maldiccion de los obispos. Á los ministros de la Iglesia concedió renta para su sustento y demás de fundar algunas iglesias de nuevo, amplió otras y las adornó de muchos dones y ornamentos preciosos. Envío una solemne embajada al papa Gregorio VII, que presidía en la silla de san Pedro, confesándose hijo obediente de la Iglesia romana, y pidiendo ser enseñado en sus leyes y ceremonias; y el sumo pontífice le respondió con otra, en que alaba mucho su fé y devocion con que, estando en los últimos fines de la tierra, reconoce á la Iglesia romana por madre y desea ser de ella enseñado: dicele, cuán poderoso es el ejemplo de los reyes, para llevar á sus vasallos al bien ó al mal; y le amonesta, que considere cuán caducos y perecederos son los bienes de esta vida, que dejan vacío al mejor tiempo á su poseedor; por lo cual le exhorta á buscar los bienes eternos,

que nunca desamparan al que los goza. Mucho se consoló y animó el santo rey con esta carta del vicario de Cristo, el cual le escribió otra despues, en que le dice, que entre las virtudes que desea resplandezcan en él, procure señalarse mucho en la defensa de las iglesias, en la reverencia del estado eclesiástico y en saber juntar la justicia y clemencia en sus juicios.

Teniendo ya ordenadas las cosas de su reino con prudentísimas leyes, viendo el santo que el valor de los daneses estaba como embotado y su fama deslucida con el poco uso de las armas, intentó nuevas empresas y descó recuperar á Inglaterra, que habia sido de sus mayores y era entonces ocupada por Guillermo, duque de Normandia. Comunicó su intento, ántes de publicarle, con Olavo su hermano, que debajo de nombre tan piadoso era su éntulo y enemigo, por la ambicion de reinar, que no reconoce parentesco. Aprobó Olavo el intento de Canuto, y despues les grandes y señores y todo el pueblo; porque Olavo mostrando mayor fidelidad, cuanto era mas infiel, alababa mucho los intentos de su hermano, nó por pensar que podia recuperar el reino que pretendia, sino por conciliar contra él el reino que poseía, con la dificultad ó imposibilidad del intento. Publicó el rey la empresa: dispuso la armada y adelantóse con parte de ella al cabo del mar Linico, de donde se pasa fácilmente al Océano, á esperar á su hermano, que habia de seguirle con lo restante de la armada. Mas Olavo, dando varias esusas de no partir, se iba deteniendo, para que, ó el rey se fuese solo á esta empresa, y en el interin él se apoderase de su reino; ó suspenso con la tardanza el ejército le desamparase, y así se hiciese Canuto aborrecible á sus vasallos, con el gasto inútil de esta expedicion: que de estas trazas sabe usar la malicia y la ambicion para salir con sus intentos. Urdía Olavo la conjuracion contra su hermano con los grandes del reino, que daban gratos oídos á semejantes pláticas, ofendidos de Canuto, así por haber reprimido sus insolencias con severas leyes y honrado tanto á los eclesiásticos en disminucion de su autoridad y promulgado leyes en favor de la Iglesia, como por volver con el gobierno de Olavo á la libertad que habian gozado en el de Araldo, y perdido en el de Canuto. Llamaba el rey con apretadas y repetidas órdenes á Olavo; porque su ejército, desesperado del mucho esperar, estaba á peligro de deshacerse: y entendiéndolo últimamente la infidelidad de su hermano, volvió de improviso á buena diligencia con algunas naves, y hallándole desprevenido, le prendió; y siendo acusado y convencido de su delito, mandó á los soldados le pusiesen prisiones; pero todos se excusaron, pareciéndoles afrenta indigna del hijo de un rey: porque tiene esta gente tal veneracion á sus reyes, que ántes quitara la vida á los que nacen de su sangre real, que ponerles en hierros; teniendo por mas tolerable, que padezcan la pena, que lleva la condicion humana, que nó el castigo propio de los esclavos: ó consideraban que podia ser en algun tiempo rey, el que ahora veían en la desgracia de esclavo, y temían ofender en la adversa fortuna al que podia vengarse de ellos en la próspera. Mas Eurico, hermano de Canuto y Olavo, ejecutó el mandato, teniendo mas cuenta con el justo imperio del rey, que con la sangre real y propia, manchada en Olavo con el delito de la traicion. El rey, aunque pudiera quitarle la vida, no queriendo derramar la sangre de un hermano, aunque infiel, le envió á Flan-

des encadenado. Viendo los conjurados deshechas de esta manera sus trazas, y conociendo que el rey no podia ignorar su deslealtad, por desarmarle para la venganza y excusar el castigo de un delito, cometiendo otro, avisaron secretamente á la armada, que quedaba esperando la vuelta del rey, y persuadieron á los soldados que se volviesen á sus casas, encareciendo el peligro de la guerra y la imposibilidad de la conquista, con que vendian sus vidas y reputacion de balde, aun sin el precio de una probable esperanza. No quisieron persuadirlo descubiertamente, ni hacerse cabezas de esta fuga, sino que todos los soldados por comun conspiracion se retirasen; para que siendo universal el delito, gozase de impunidad; y siendo la culpa de todos, no fuese el castigo de ninguno: y al fin se volvieron los soldados á sus casas, no ménos por estar cansados de tanta dilacion, que por la persuasion de los grandes.

Causó primero tristeza al rey la nueva de haberse deshecho su armada, por ver frustrados sus intentos y burladas sus esperanzas; mas cuando supo que la ocasion era el odio de los grandes, por las leyes que habia promulgado contra sus delitos y en favor de la Iglesia, se alegró de padecer él algun desdoro por mirar por la honra de la iglesia; y aunque le entristecia el efecto, le consolaba la causa y esperaba sacar un grande bien de tan grande mal. Los grandes, viendo preso al capitán de la conjuracion, se portaban con mucho disimulo, procurando ocultar con una fidelidad fingida una infidelidad verdadera: disimulaba tambien el rey; hasta que juntado consejo general de todos los estados del reino, les ponderó con graves y sentidas palabras cuánta fama y gloria se habia adquirido Dinamarca en el mundo con sus proezas: cuánto habia florecido en ella la disciplina militar: de cuántas victorias y triunfos se habian coronado sus reyes, debidos no ménos á la obediencia, que al valor de sus vasallos. Quejóse despues, de que él habia experimentado lo que ignoraron sus antepasados; pues hallaba desobedientes á los que ellos experimentaron siempre rendidos á su voluntad. Díjoles que no podia subsistir un reino, si los vasallos no obedecian á su rey, ni podia conservarse ni adquirir fama ni gloria sin la ayuda de los soldados, que son los brazos del rey, para conservar lo ganado y recuperar lo perdido; que bien sabian que el mayor delito que podia cometer en la milicia un soldado, era desamparar sin licencia de su príncipe la guerra; y semejante culpa no se pagaba bastante con la plata ni oro y era menester sangre para lavar tan fea mancha: que por no derramar sangre de tantos amados vasallos, ni poder averiguarse los autores de esta sedicion, para que no se quedase sin castigo delito de tan mal ejemplo, queria conmutar la pena, que merecian, en otra mas lijera, en que pagase cada uno cierta cantidad de dinero, conforme á su condicion y posibilidad, para satisfacer los gastos de aquella expedicion, que por su culpa se habia malogrado. Pareció á todos bien la propuesta del rey; porque de esta manera, sin manifestarse ningun reo, purgaban todos su delito; mas el santo rey no tiraba á acrecentar sus rentas y aumentar su tesoro, sino á que se pagasen á la Iglesia los diezmos, que por otros medios no habia podido conseguir; y así computando la suma grande de dinero, que debian pagar á su real fisco, se les conmutó en otra menor, de que pagasen los diezmos á los eclesiásticos. Al oír esto se exasperaron los áni-

mos de todos, y pidieron licencia al rey para deliberar ántes de responder; y concedida, aunque la suma que habian de dar de presente era excesiva y muy inferior á la solucion de los diezmos, considerando que esta era perpetua y aquella nó, les pareció que admitiéndola cargaban un perpetuo tributo sobre sus hijos y descendientes, y hacian eterna su afrenta, siendo la pena padron que acordase siempre la culpa y quisieron redimir un censo perpetuo con el dinero presente y borrar su ignominia con su hacienda; y así determinaron pagar ántes la pena al rey, que los diezmos á la Iglesia.

Aunque sintió mucho el santo que se le hubiese malogrado esta traza, disimuló por entonces; y partiéndose á la provincia de Jucia, que es la última del reino, señaló á Tostan y á Horta, para que, acompañados de soldados, cobrasen con rigor la pena pecuniaria, pretendiendo el piadoso rey se allanasen á la paga de los diezmos. Los ejecutores aun se portaban con ménos piedad, de lo que el rey habia mandado: lo cual exageraban los enemigos del rey, acrecentando la verdad con mentiras: con que se hicieron tan aborrecibles los cobradores, parte por sus méritos propios, parte por las calumnias ajenas, que levantándose un tumulto popular les quitaron las vidas: y no contentos los jutas con su sangre, ántes cebados en ella, volvieron sus armas contra el rey; y habiendo empezado á ser reos contra la majestad, no dudaban acabar lo comenzado. Viendo el rey la tempestad, que se iba levantando contra su vida, se retiró á Esleusico, por ser lugar fuerte, con su mujer y su hijo Carlos, que murió por semejante causa que su padre, determinado de enviarlos á Flandes, si las cosas sucediesen infelizmente. Creció el número de los rebeldes; y viendo Canuto que le faltaban los antiguos socorros, se retiró á la isla de Fionia, que es una de las mejores del golfo de Dinamarca, donde pensaba fortificarse contra las furias de sus enemigos; mas los jutas, desesperando de alcanzar perdon de su delito, quisieron huir la pena, haciendo mayor la culpa, y excusar el castigo con la muerte del que los habia de castigar: siguieron al rey á la isla y concitaron contra él á los naturales de tal manera, que determinó huir de Fionia. Pedro un hombre astuto y sagaz, semejante á Judas, llamado Blaco, habiendo ganado la confianza del rey con mostrarse muy celoso de su servicio y muy lastimado de su desgracia, le aconsejó que no añadiese con su temor ánimo á sus enemigos, sino que se retirase á Otonia, ciudad fuerte y principal de la isla, prometiéndole que exploraria los ánimos de la plebe y la procuraria quietar; y si no tuviese logro su intento, le avisaria á tiempo que pudiese salvar la vida con la fuga. Creyóle el santo, porque Blaco era elocuente como infiel, y un pecho real no se persuade caber en corazon ajeno lo que nocabe en el propio: y Blaco, dejando asegurado al rey, se fué derecho á los conjurados, y en lugar de templar sus ánimos alborotados los conmovió mas contra él, persuadiéndoles que no dejasen ir fugitivo al que tenian en sus manos: que cogiesen con tiempo al que no era rey, sino tirano de sus vasallos; y se librarian á sí mismos y á toda la patria de su opresion y tiranía. Con estas y otras razones semejantes creció el tumulto, como crece con los vientos la tempestad, deseando coger el rey entre sus manos, para despedazarle. Y dejando Blaco en esta disposicion al pueblo se fué al rey con el rostro alegre, y pidiendo albricias,

como quien llevaba felices nuevas, le dijo, como estaban aplacados los ánimos del pueblo y deseosos de volver á la gracia de su príncipe y serle fieles en adelante, si quisiese perdonarles lo pasado y olvidar las ofensas que habia causado mas la precipitacion que la poca lealtad, de que estaban reconocidos y arrepentidos. Recibió el rey á Blaco con los brazos abiertos y le hizo un espléndido convite, dándole muchos dones en premio de su legacia, llevando el pérfido Judas precio de su maldad, de los que compraban y del inocente á quien vendia. Al dia siguiente le envió segunda vez el rey á explorar los ánimos del pueblo, y quiso que fuese mediador de la paz el que con beso de paz le hacia guerra y entregaba á sus enemigos.

Al mismo tiempo el santo rey, por no faltar á la costumbre que tenia todos los dias de asistir á los oficios divinos, se fué á la iglesia de San Albano mártir, como á lugar de su batalla y triunfo, teniendo prendas del cielo de que se acercaba su corona, y habiendo ántes dicho que le amenazaba la muerte por defender la justicia. Blaco, convocada la plebe, vino capitaneándola al templo de San Albano; y Benedicto, hermano del santo, sabiendo lo que pasaba, juntando algunos soldados se adelantó á la multitud y entró en el templo, queriendo mas acompañar á su rey en la muerte, que conservar feamente la vida fuera del riesgo. Cercaron los pérfidos el templo, y no atreviéndose ninguno á ser el primero en romper las puertas y cometer tan grande sacrilegio, el impiísimo Blaco, queriendo ser el primero en la impiedad, fué el primero en el castigo; porque herido de los soldados, que estaban dentro, quedó muerto á la puerta del templo, pagando con pena temporal y eterna sus execrables y feísimos delitos. Tambien murió Benedicto, hermano del santo, en defensa de su rey y de tan piadosa causa. Canuto, viendo su muerte á los ojos, sin algun temor y con gran sosiego, queriendo prevenirse y fortalecerse con los santos sacramentos, llamando á un sacerdote se confesó con mucho dolor y lágrimas, y luego se puso delante del altar y extendiendo los brazos el cielo, rogando á Dios por sus enemigos, esperaba la muerte, como víctima ofrecida al Señor en agradable sacrificio: y no habiendo podido aun los conjurados entrar en la iglesia, hallándose impaciente su ira, por las ventanas le tiraban piedras y saetas y últimamente le atravesaron con una lanza, estando el santo rey inmóvil, hasta que perdió la vida, perfeccionó el sacrificio, y salió su alma del cuerpo para recibir en el cielo la corona del martirio. De sus heridas corrió mas gloria que sangre; y con una muerte temporal, consiguió una vida eterna; y siendo muerto de los hombres, fué glorificado de Dios, trocando la corona de rey por la de mártir, y dejando de ser rey en la tierra, para ser rey en el cielo; ó por mejor decir, juntando á la corona de rey la de mártir, teniendo en el cielo dos coronas, una de rey entre los mártires, porque perdió la corona por la defensa de la Iglesia; y otra de mártir entre los reyes, porque ganó la corona de mártir, por cumplir las obligaciones de rey, defendiendo la religion y la justicia.

Dieron sepulcro á su cuerpo en el mismo templo de San Albano, donde habia sido martirizado; y luego empezó Dios á manifestar su gloria con muchos milagros y á castigar al rey de Dinamarca con gravísimas calamidades. Queriendo la reina sacar el sagrado cuerpo de la iglesia de San Albano, para llevarle á otra, no pudo, espantada de

una clarísima luz que bajó del cielo súbitamente; porque queria Dios que fuese reverenciado en el lugar que habia consagrado con su sangre. Venian muchos enfermos y afligidos de diversas enfermedades y trabajos al sepulcro del santo rey y conseguian de repente la salud y el consuelo que deseaban. Con todo eso los crueles y parricidas, no acabando de ser pérfidos, ni mereciendo aun arrepentimiento su culpa, no querian dar crédito á los milagros del santo por no hacerse reos en su muerte, y querian quitar la honra al que habian quitado la vida: pero extendiéndose y comunicándose á otras partes la fama de sus maravillas, era mas fácil negar, que el sol lucia, que oscurecer la gloria del santo mártir; y aun con todo eso no querian verla los impíos, hasta que el grandísimo castigo del reino de Dinamarca les abrió los ojos: porque sucediendo Olavo en el reino á Canuto, y aplaudiendo los parricidas con la elección presente la muerte pasada, vino el azote de Dios sobre aquel reino, y duró el castigo tantos años, cuantos habia reinado san Canuto, acreditando Dios los años de su gobierno con otros tantos de castigo para los que le habian reprobado y tenido por injusto. Hubo tan grande hambre y tan general, que á los ricos dejaba pobres, comprando á excesivos precios el necesario sustento, y á los pobres quitaba la vida, porque no tenian con qué comprar aquello, sin lo cual no podian vivir: los señores y grandes se desposeian de lo mas rico, por comprar lo mas necesario; y el mismo rey llegó á tanta necesidad, que se vió obligado á vender sus posesiones para tener qué comer: y para que se viese evidentemente que este era castigo del cielo, los pueblos vecinos de Dinamarca gozaban de grande abundancia, cuando Dinamarca padecia tanta necesidad, estando hambrientos á vista de la hartura de los otros; para que la hambre fuese doblada pena, por la necesidad propia y por la abundancia ajena. De la hambre se ocasionó una grande mortandad, pagando una muerte con muchas, y siendo castigo comun, como habia sido comun el delito. Sueno obispo, reverenciado y venerado de los danos por su santidad, habia profetizado este castigo en pena de la muerte de Canuto, y con él no pudo dejar de ver el reino su culpa, ni viéndola dejar de llorarla: y llorándola aplacó á Dios, que por la intercesion de su siervo, levantó la mano del castigo y despues le ha concedido grandes favores y mercedes. Pidamos todos á Dios, que por los merecimientos de este santo rey y mártir, nos perdone nuestros pecados y nos favorezca con su gracia, para que despreciando los bienes temporales á ejemplo de san Canuto, merezcamos en su compañía los eternos. Amen.

Escriben la vida de este santo, rey y mártir, Saxo Gramático, en la historia de Dinamarca, lib. xi y xii: y la trae fray Lorenzo Surio en el cuarto tomo á 10 de julio: Rannuccio Pico en el Espejo de los príncipes; y hace mencion de él el cardinal Baronio en el tomo xi de sus anales, y de estos autores, y lo que dicen las lecciones del Breviario romano, donde le ha puesto nuevamente nuestro santísimo padre Clemente X á 19 de enero, con rezo de santo mártir, se hasacado lo que aquí queda referido.

* SAN GERMÁNICO.—Fortalecido por la divina gracia este santo, no temió á la fiera, á la que le condenara el juez, ántes bien provocándola y devorada por ella alcanzó la palma del martirio en Esmirna el dia 19 de enero del año 168.

LOS SANTOS PABLO, GERONCIO, GENARO, SATURNINO, SUCESO, JULIO, CATO, PIA Y GERMANA. — La Iglesia celebra hoy la memoria de estos santos, que murieron por la fé en África en el siglo IV. Debe advertirse no obstante, que no fueron martirizados todos en un mismo sitio ni en un mismo día, aunque se cree que murieron todos durante el año 302.

SAN PONCIANO, MÁRTIR. — Habiendo sido preso por confesar la fé de Jesucristo, despues de haber padecido crueles tormentos fué condenado por el juez Fabian á andar descalzo por encima de carbones encendidos, y habiendo salido ileso, le pusieron en el potro y le colgaron con garfios de hierro. Despues le encerraron en una oscura prision, donde mereció que le visitasen y confortasen los ángeles, y sacado de ella le echaron á los leones, lo bañaron con plomo derretido y últimamente lo degollaron en Espoleto, durante el reinado del emperador Antonino.

SAN BASIANO. — Nació en Sicilia y desde muy niño fué enviado á Roma á estudiar las bellas letras y la filosofia, para seguir despues la carrera de la magistratura. Pero el Señor, que le habia elegido para cosas mas altas, lo llamó para sí, haciendo que abrazase la religion cristiana, de la cual fué despues firme columna. Cuando se le estaba administrando el bautismo, apareció junto á él un resplandeciente ángel en forma de gracioso jóven, el cual desapareció concluida la ceremonia. En seguida se dedicó exclusivamente nuestro santo á los intereses de la religion: por su mérito y sus esclarecidas virtudes fué ordenado sacerdote de la iglesia de Ravena; y despues por revelacion divina elegido obispo de Lodi, cuyo ministerio desempeñó con muestras visibles de cuán gratas eran al cielo su persona y sus obras. El Señor le favoreció con la gracia de hacer milagros, los cuales empleó siempre en manifestar al mundo la gloria de Dios y en socorrer las necesidades de sus hermanos. Por fin, llorado de todas sus ovejas, descansó tranquilamente en el Señor el día 19 de enero del año 409. Su sagrado cuerpo fué sepultado con toda pompa en la iglesia de los santos apóstoles en Lodi, cuyo sepulcro fué glorioso en milagros.

SAN WOLSTANO. — Nació de padres cristianos en Inglaterra: desde sus primeros años se dedicó á la carrera eclesiástica, estudiando al efecto filosofia y ciencias eclesiásticas en el monasterio de Burh, en el cual tomó despues el hábito y fué ordenado de sacerdote. Dentro de muy poco tiempo fué modelo y maestro de perfeccion para todos sus hermanos, que lo eligieron prior y director espiritual de aquella santa casa. Algunos años despues, en 1062, fué elegido obispo de Wigornio; pero fué necesario un mandamiento expreso de la santa sede, para hacerle admitir la nueva dignidad, en la cual se distinguió luego con todas las virtudes del sacerdocio y las mas eminentes del episcopado. En 1074 apaciguó la rebelion que amenazaba la tranquilidad y el trono de Inglaterra: en 1088 fué el árbitro pacífico entre la alta nobleza del mismo reino en el grave negocio de sucesion á la corona. Todos respetaban su virtud, todos le buscaban en sus contiendas como dador de paz, en sus trabajos como consolador poderoso de todos los males, y en las adversidades y miserias de la vida como dispensador eficaz de las divinas misericordias. Despues de un pontificado de treinta y tres años, murió Wolstano el día 19 de enero del año 1095.

DIA 20.

SAN FABIAN, PAPA Y MÁRTIR. — San Fabian, papa, fué romane y su padre se llamó Fabio. Su eleccion al sumo pontificado fué por particular revelacion de Dios, como escribe Eusebio; porque habiéndose juntado el clero y pueblo romano, por la muerte de san Antero, papa y mártir, para elegir sucesor, como en aquel tiempo se acostumbraba, y habiendo diferentes pareceres sobre la persona, á quien se habia de encargar aquella suprema dignidad, señalando unos á uno y otros á otro; sucedió que Fabian, volviendo del campo con algunos amigos suyos, se entró en la iglesia y quiso saber en qué estaba aquel negocio, y quién era el que habia sido nombrado por sumo pastor de todos; y estando él bien descuidado, de improviso bajó una paloma del cielo (que parece que representaba la que vino sobre Cristo nuestro Redentor en el rio Jordan despues de su sagrado bautismo), la cual se puso sobre la cabeza de Fabian. Volvieron todos los ojos á él; y entendiendo que aquello no habia sido acaso, sino por particular providencia del Señor, que les queria manifestar su voluntad, y al que debian escoger por padre, maestro y pastor de la iglesia universal; movidos del espíritu del mismo Señor, con gran consentimiento y á una voz eligieron á Fabian por papa, y le sentaron en la silla de san Pedro. En su tiempo se convirtió á la fé de Cristo nuestro Señor el emperador Filipo y fué el primer emperador cristiano; y tuvo san Fabian tan grande autoridad con él, y era tanta en aquel tiempo la obediencia y respeto, que los cristianos tenian á los superiores eclesiásticos, que queriendo un día de Pascua entrar el emperador en la iglesia, para hacer allí oracion con los otros cristianos y recibir el cuerpo de Cristo nuestro Señor, no lo consintió el santo pontífice, si primero no hacia penitencia pública de algunos pecados, que habia cometido; y el emperador la hizo y obedeció con mucha humildad, como lo escribe en su historia eclesiástica el mismo Eusebio. Por la conversion del emperador á nuestra santa fé tuvo Fabian alguna paz y quietud, y pudo reparar algunas iglesias caidas y derribadas en las persecuciones pasadas y edificar cementerios y sepulturas para los santos mártires, y ordenar otras cosas provechosas y saludables para los fieles, y ornato y concierto de la Iglesia. Repartió la ciudad de Roma y sus parroquias á siete diáconos y señaló otros siete subdiáconos, como superintendentes de los siete notarios que habia instituido Antero, su predecesor, para que reconociesen y escribiesen enteramente los martirios de los santos mártires. Escribió algunas epístolas muy santas y graves, que están en el primer tomo de los concilios; aunque la primera de ellas no se tiene por cierto ser suya. Hizo algunos decretos, de los cuales uno es, que se consagrarse el crisma el jueves santo cada año, y el que sobrase del año pasado se quemase ó consumiese. Mandó que los jueces seculares no se entremetiesen en las causas eclesiásticas. Vedó el matrimonio entre los parientes por afinidad dentro del quinto grado, y que si se hubiesen casado en el cuarto no los aparten: que todos los fieles, á lo ménos en las tres pascuas del año, comulgasen; y otros que se hallan en el libro de los concilios y en el de los decretos. Hizo órdenes cinco veces el mes de diciembre y en ellas ordenó veinte y dos presbíteros, siete diáconos y para di-

Versas diócesis once obispos. Finalmente, habiendo Decido la muerte al emperador Filipo y á su hijo que se llamaba asimismo Filipo, como su padre, y usurpado el imperio por la enemistad que tenia con ellos, y por la codicia de sus tesoros que entendió habian dejado á la Iglesia, comenzó á perseguirla y á derramar sangre de cristianos, entre los cuales tambien el santo pontífice Fabian fué coronado de martirio á los 20 de enero del año del Señor de 253 habiendo tenido la silla de san Pedro, segun Dámaso, catorce años, un mes y once dias; y segun Baronio, quince años y cuatro dias.

SAN SEBASTIAN, MÁRTIR.—El fortísimo mártir de Cristo san Sebastian tuvo por padre á un caballero francés, de la ciudad de Narbona, y por madre á una señora nacida en Milan; y de aquí por ventura ha venido la contienda que hay entre estas dos ciudades, sobre cual de ellas sea la propia patria de este santo, porque cualquiera santo y mas un santo tan ilustre y glorioso, como fué san Sebastian, puede honrar y ennoblecer su patria y alcanzar grandes mercedes y favores del Señor, y ella se puede gloriarse de haber tenido tal hijo y ciudadano. Puede ser que san Sebastian haya nacido en Narbona, como su padre, y criándose en Milan, como su madre; y Roma se precia de tener su sagrado cuerpo, y haber sido regada con su sangre. De la niñez y educacion de san Sebastian no tenemos cosa cierta; lo que se halla escrito por autores graves y antiguos de su vida, es lo siguiente. Vivió san Sebastian en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, enemigos capitales de Jesucristo. Era soldado noble y valeroso, y muy discreto, y de tan grandes partes, que el emperador Diocleciano le hizo capitán de la primera cohorte, ó escuadra (cargo que no se daba sino á caballeros de ilustre sangre y muy conocidos), y le mandó que asistiese en su palacio, y gustaba tratarle y encomendarle cosas de su servicio. Era san Sebastian cristiano interiormente, aunque en el traje lo disimulaba: porque puesto caso que su alma estuviese abrasada de amor de Dios, y de un encendido deseo de morir por él, como vió que por la terribilidad de aquella persecucion muchos cristianos peligraban y vacilaban en la fé, juzgó que por entonces era mas servicio de Dios no descubrirse él, para poder mejor ayudar y favorecer á los cristianos que estaban encarcelados: socorrialos en su pobreza: animábalos en sus tormentos: tenia en pié á los que iban á caer; y levantaba á los caídos, ganando para Cristo las almas que el demonio le queria quitar. Entre estos cristianos, á quienes dió la vida san Sebastian con sus palabras, fueron dos caballeros romanos, llamados Marcos y Marceliano, hermanos de un vientre, ó hijos de Tranquilino y de Marcia su mujer, personas muy nobles y ricas, y los mismos Marcos y Marceliano eran casados y tenian hijos, y estaban presos en la cárcel por la fé de Jesucristo: á los cuales visitó san Sebastian, y con dulces y eficaces palabras les persuadió que no temiesen los tormentos ni la muerte por Cristo, que es verdadera y eterna vida. Pudieron tanto sus palabras para con ellos, que pasaron con grande esfuerzo y alegría sus tormentos, y se ofrecieron al cuchillo. Dióse sentencia contra ellos de muerte, si no sacrificaban á sus dioses; mas como eran tan principales caballeros, sus padres, mujeres, deudos y amigos, cargaron sobre los jueces y pidieron algunos dias de espera, para per-

suarir á los dos hermanos que sacrificasen, y alcanzaron treinta dias de plazo para este efecto. En este tiempo no se puede creer la batería, que les dieron: los medios, que intentaron; las artes que usaron, para vertirlos y ablandarlos. Los otros caballeros sus amigos, con quienes en otro tiempo se habian holgado, les proponian las honras, las riquezas, los placeres y entretenimientos del mundo, de los cuales, como mozos honrados y ricos, podian gozar sin perder las vidas, mujeres ó hijos, y dar mala vejez á sus padres, y acabarlos de puro dolor y sentimiento. La madre Marcia les traia á la memoria los dolores que tuvo cuando á los dos juntos parió; las molestias en criarlos; los cuidados y ansias de corazon en casarlos, y ponerlos en estado; y finalmente decia, que tantas veces los habia parido, cuantas habian tenido algun trabajo, desgracia ó enfermedad; y que en pago de todos estos beneficios le querian quitar la vida, la cual sin duda con su muerte se acabaria. Tranquilino, su padre, cargado de años y dolores de la gota no podia hablar de pena; mas hablaba con sus continuas lágrimas, sollozos y gemidos, y abrazando y apretando á sus hijos con amor y ternura de padre lastimaba sus corazones. Pues las mujeres de Marcos y de Marceliano, poniéndoles allí delante sus dulces hijos, y dando alaridos que llegaban hasta el cielo, atravesaban las entrañas de los santos mártires: los cuales, como hombres amorosos y nobles, sentían los duros golpes y la brava batería y los continuos asaltos que por todas partes les daban que eran tan recios y furiosos, que apenas podian resistirles, ni defenderse en una tan fuerte y cruda pelea.

Hallóse á este espectáculo, disfrazado como solia, san Sebastian; y viendo el peligro en que estaban aquellos dos soldados de Jesucristo, y la furiosa batería que por todas partes sus enemigos les daban, parecióle, que tenian necesidad de socorro, y que era ya tiempo de descubrirse y hablar, para que el demonio no quedase vencedor con mengua y escarnio del partido de Jesucristo. Volvióse á los dos hermanos, y allí delante de todos les habló de esta manera: O valerosos soldados, y fortisimos capitanes del rey de los reyes Jesucristo, tened fuerte en esta dura pelea, y no os dejéis vencer de tantos y tan grandes enemigos. Las lágrimas mujerieles venzan á las mujeres, y las palabras blandas á los hombres regalados; que en vosotros, siendo como sois tan esforzados é invencibles, no harán mella ni la presencia y lágrimas de vuestros padres, ni la ternura de vuestras mujeres, ni la poca edad y soledad de vuestros hijos, ni los daños que os han representado, traspasarán vuestro corazon armado como de un peto fuerte de fortaleza y constancia: porque no puede sentir daño, sino falso y aparente, el que obedece á su Criador, ni tener cuenta con la honra de la tierra, el que aspira á la gloria y bienaventuranza sempiterna: Mostrad á todos estos vuestros amigos y deudos, segun la carne, que el verdadero soldado de Cristo, con el escudo de la viva fé, y con el arnés de la caridad, facilmente resiste á todos los golpes blandos del regalo, y á los duros del tormento, y á la ferocidad y espanto de la misma muerte cuando pretenden apartarle del amor de su Señor. Á un punto habeis llegado, que, ó habeis de perder á Cristo, ó á todos los que aquí están, y aun á vosotros mismos. ¿Quién os ha hecho hasta ahora confesar á Cristo? ¿Quién os ha tenido en esta cárcel tanto tiempo? ¿Quién os ha dado fuerzas para padecer tantos tormentos y martirios?

¿No ha sido el amor de Cristo? ¿Pues no sabíades, que vuestra muerte había de dar dolor á vuestros padres, á vuestras mujeres y á vuestros hijos? Pero para la gloria eterna todo lo habeis sufrido. ¿Pues podrán ahora vencer las lágrimas á los que los dolores y tormentos no han vencido, para dar que reír á los gentiles, y escarnecer vuestra constancia, que ellos llaman obstinacion, viéndoos ahora arrepentidos y rendidos con vileza? Nó, no podrá tanto el amor blando de vuestros hijos, que os haga perder lo que habeis ganado con vuestra sangre. Alzad en alto el trofeo de vuestra gloria y no arrojéis las armas delante de vuestro enemigo; pues ya le tenéis rendido y debajo de vuestros piés. Si los que lloran aquí supiesen lo que vosotros sabeis, y la gloria que esperan los buenos, y las penas que están aparejadas para los malos, sin duda que acompañarian vuestro triunfo, nó con lástima sino con envidia; con gozo y no con llanto; con alabanza y no con queja y sentimiento; mas ellos aman esta vida temporal que engaña á todos los que se abrazan con ella no teniendo cuenta en la eterna. Esta vida es la que trae embaucados y fuera de sí á sus amadores, y los despeña en todos los vicios, y persuade al goloso la glotonería, los adulterios al deshonesto, al codicioso el hurto, al vengativo la crueldad, y al mentiroso la astucia y engaño. Y volviéndose á los circunstantes: No queráis, señores, dice, por una vida tan frágil y engañosa, que estos caballeros pierdan el cielo, ni os pongáis al espíritu divino, que les hace hollar la vanidad y maldad de esta vida mortal, ó por mejor decir, vida ya muerta. No os dé pena, que se aparten de vosotros; pues os harán camino para conocer y amar la verdad, y despues os juntareis con ellos para siempre en aquel real palacio, que esperamos los cristianos, donde hay otra vida verdadera, vida eterna, vida tranquila, vida feliz y segura; que esta nuestra es vida mortal, trabajosa, miserable y dudosa. Y si os parece que se puede menospreciar la muerte, mas nó los tormentos que se dan á los cristianos mas horribles que la misma muerte; á esto os digo, que cuanto los tormentos son mas crudos por Cristo, tanto son mas gloriosos; y que pues por los temporales excusamos los eternos, y alcanzamos corona inmortal, los debemos tener por gran ganancia. No son sueños estos, ni fábulas ó imaginaciones, sino verdades macizas y del cielo: los milagros, que cada día obran los cristianos, lo testifican. Los muertos resucitan, los ciegos ven, los enfermos de todas dolencias, por arte humana incurables, cobran perfecta salud en solo el nombre de Cristo, con tanta evidencia, que no se puede negar ni atribuirse, como vosotros soleis, á hechizos ó arte mágica; pues ningun mago hasta ahora ha resucitado muertos: y si son verdaderos los milagros que hacen los cristianos, tambien lo serán las promesas de Cristo, y por ellas es justo morir: y si no son verdaderos, ¿qué mayor milagro puede haber en el mundo, que verle convertido sin milagros á la fé de este Señor, á pesar de los emperadores romanos, y de sus armas y poder, y de todos los tormentos que ellos han inventado contra los que profesan esta religion? Por tanto enjugad las lágrimas, señores, y con alegría acompañad el triunfo de estos santos mártires, por cuyo merecimiento espero en Dios que os alumbrará.

Diciendo esto el caballero esforzado de Jesucristo, Sebastian, al improviso bajó una luz resplandeciente que

causó gran admiracion, temor y alegría á todos los que estaban presentes; y en medio de ella aparecieron siete ángeles, y delante de ellos el Señor de los ángeles, á quien ellos hacían reverencia: el cual, acercándose á Sebastian, le dió ósculo de paz, y le dijo: tú serás siempre conmigo. Sucedió todo esto en casa de Nicostrato, á donde habian llevado presos á los santos hermanos. Tenia Nicostrato por mujer á Zoa; la cual por una enfermedad muy recia, que habia tenido seis años ántes, habia perdido el habla, y estaba muda, aunque nó sorda. Esta, habiendo oido todo lo que san Sebastian habia dicho, y visto la luz y los ángeles en favor del santo, postrada á sus piés, con señas, como mejor pudo, le dió á entender que queria ser cristiana, y le pidió que la hiciese bautizar. El santo, despues que supo la enfermedad de Zoa y que no podia hablar, le dijo: Si yo soy siervo de Jesucristo, y es verdad todo lo que he dicho, el mismo señor Jesucristo te sane y desate tu lengua, y te haga hablar. Diciendo esto, hizo la señal de la cruz sobre la boca de la muda, y al momento cobró perfectamente el uso de la lengua, y alabó al Señor y á san Sebastian, por la merced que habia recibido. Con este milagro tan patente é ilustre, Nicostrato se convirtió luego á la fé de Cristo, y se echó á los piés de aquellos santos hermanos, y rogóles que se fuésen con Dios á sus casas, y que le perdonasen el haberlos tenido en la suya; porque estaba ciego, y sin conocimiento de la verdad, y que él holgaria mucho de ser preso y atormentado, y muerto, por haberles dado libertad. Ya Tranquillino y Marcia, y las mujeres é hijos de Marcos y Marceliano, con lo que habian oido y visto, se habian trocado y mudado de parecer: derramaban todos de sus ojos dulces y copiosas lágrimas; mas, lágrimas que salian ya de otra fuente, y de otro corazon que las primeras; eran lágrimas con que lloraban las lágrimas pasadas, y las persuasiones que habian hecho á los dos caballeros de Jesucristo, procurando pervertirlos y apartarlos de nuestra fé. Conoció esto Marcos, uno de los hermanos, el cual habiendo llamado hasta entonces, volviéndose á ellos, les dijo: Padres míos amantísimos, mujer, cuñada, hijos y sobrinos míos dulcísimos, de lo que habeis visto y oido entenderéis que la peor cosa que puede hacer el hombre, es amancebarse con su carne, amarla y regalarla; y lo mejor aborrecerla, y mirar por su alma, y aspirar á la vida eterna: porque esta nuestra alma está sellada con la divina imágen, adornada con la semejanza de su Criador, desposada con el anillo de la fé, dotada con los dones del Espíritu santo, redimida con la sangre de Cristo, defendida con guarda de los ángeles, capaz de la bienaventuranza, y heredera de la bondad y riquezas de Dios. Pues ¿qué tiene que ver esta alma tan noble con la carne tan flaca y sucia, como lo muestra todo lo que sale por diversas partes de nuestro cuerpo? Pues siendo esto así; ¿por qué queremos guardar tanto este nuestro cuerpo frágil, y quitarle de las penas y tormentos? Muera, muera el cuerpo vil, para que el alma viva para siempre. Mi corazon estaba atravesado de dolor, por veros tan engañados; mas ahora yo hago gracias á mi Señor Jesucristo, que os ha alumbrado y puesto en camino de la salud. Hermano Marceliano, peleemos como caballeros de Cristo: muramos por el Señor, que murió por nosotros; y toda nuestra contienda sea, por quien de los dos ha de morir primero, para hacer camino al otro. Todos aprobaron lo que habia dicho Marcos; y él

fin felicísimo de este espectáculo fué, que pidiendo Nicostrato y Zoa, su mujer, con grande instancia el bautismo, san Sebastian les ordenó que trajesen primero á su casa todos los otros presos, que por sus delitos estaban en la cárcel, para que oyesen la palabra de Dios, y los que la recibiesen participasen de los misterios sagrados de nuestra santa fé, y del precio de nuestra redencion.

Trajéronse los presos por mano de Claudio, que era escribano del crimen; y habiendo despedido á los ministros de justicia, Nicostrato los presentó todos atados delante de san Sebastian: el cual les predicó con tan vivas, eficaces y enesendadas razones, que abriéndoles el Señor con su espíritu el corazon, dieron lugar á que entrase en él el rayo de la divina luz, para que conociesen los errores de su vida pasada, y la eguedad de la idolatría en que estaban, y se convirtiesen á la fé de Cristo, y le pidiesen perdon y misericordia de sus culpas. El número de los que esta vez se convirtieron por medio de san Sebastian fueron sesenta y cuatro, y entre ellos Tranquilino con su mujer, nueras, nietos y amigos, y Nicostrato con su mujer y familia, que eran treinta y tres personas, y otros diez y seis de los malhechores, que habian sido traídos de la cárcel. A todos estos bautizó Policarpo, sacerdote de Cristo, habiendo primero ayunado todos aquel día hasta la noche, y ofreció al Señor sacrificio de oraciones y alabanzas. El padre espiritual y padrino de todos aquellos nuevos cristianos fué san Sebastian. Entre los que se bautizaron habia algunos dolientes, los cuales, por virtud del santo bautismo, quedaron sanos. Uno de ellos fué Tranquilino, que estaba como tullido de la gota, ya habia once años; y otros dos hijos de Claudio, escribano, que tambien se habia convertido, de los cuales uno estaba hidrópico, y el otro lleno de llagas. Ninguno puede fácilmente creer la alegría que causó este suceso en el pecho de san Sebastian, y de aquellos santos hermanos Marcos y Marceliano, sino el que sabe á qué sabe Dios, y el gusto de las almas. Animábanse los unos á los otros en la fé y servicio de Cristo, aguardando que llegase el plazo de los treinta dias señalados por el juez para ejecutar la sentencia contra los dos santos hermanos. Gastaban todo el tiempo en oracion, en cantar himnos y salmos, y suplicar al Señor que les diese constancia, y á cada uno de los otros hiciese digno del martirio, ardiendo en vivas llamas del amor de Cristo, hasta las mujeres flacas, y por su naturaleza tímidas, y los niños tiernos y delicados. Llegó el plazo de los treinta dias, y el prefecto de la ciudad, llamado Cromacio, envió á llamar á Tranquilino, y díjole: Pues ¿qué han determinado vuestros hijos? ¿Habeisles persuadido que sacrifiquen á nuestros dioses, y obedezcan á los emperadores? Respondió Tranquilino: Bienaventurados son mis hijos, y yo tambien lo soy, pues Dios me ha hecho conocer la verdad de la religion cristiana. ¿Y tú tambien, dijo el prefecto, has perdido el seso y enloquecido al fin de tus dias? Loco es, dice Tranquilino, el que deja el camino de la vida, y sigue el de la muerte. ¿Qué vida y qué muerte? dijo el prefecto. Si me quieres atentamente oír, respondió Tranquilino, serás bienaventurado, y tu alma y tu casa lo será. Yo oíré muy despacio, dijo el prefecto; pero mira que no me digas cosa que no me la puedas probar. Tuvieron entre sí los dos un largo razonamiento: declaró Tranquilino á Cromacio los misterios de nuestra santa fé: respondióle gravemente á las dudas que

tenia; y favorecido del Señor, le inclinó á la fé, aunque despues Sebastian y Policarpo acabaron lo que Tranquilino habia comenzado. Con Cromacio se convirtió toda su casa, en la cual habia mil y cuatrocientos esclavos, y dióles á todos libertad, diciendo que los que comenzaban á tener á Dios por padre, no debian ser esclavos de los hombres.

Embraveciase cada dia mas la persecucion, y llegaban al cielo las olas de aquella tempestad, de suerte, que ya los cristianos no podian comprar ni vender, ni hallar de comer, si primero no incensaban á las estatuas de los dioses, que por mandato del emperador estaban puestas en todos los mercados y plazas. Viendo que ya no podian escapar, y que entre ellos habia muchos flacos y enfermos, por órden del santo pontífice Cayo, que á la sazón presidia en la Iglesia universal, salieron muchos con Cromacio, y fueron sustentados y amparados de él en sus posesiones y granjas fuera de la ciudad, y otros quedaron en ella, como reses en el matadero. Entre los que quedaron fué uno san Sebastian, al cual dió san Cayo, papa, título de defensor de la fé; y es la primera vez que leemos haberse dado este tan glorioso título por la sede apostólica. Quedaron asimismo Marcos y Marceliano en Roma; y el nuevo prefecto llamado Fabian, hizo ejecutar la sentencia de muerte contra los dos santos hermanos, á los cuales, atados á un palo, les clavaron con gran crueldad los piés, y allí en medio de sus tormentos cantaban himnos, y salmos al Señor, el dia y toda la noche, hasta que con las lanzas les traspasaron los costados y los pechos; y así acabaron y dieron sus almas á Dios, y sus cuerpos fueron enterrados dos millas cerca de Roma en un arenal. Todos los otros, que habian sido convertidos por san Sebastian, asimismo murieron y dieron la vida por Cristo, de lo cual hubo grande alegría y regocijo entre los cristianos, y tristeza y confusion entre los gentiles.

Vino á noticia del emperador Diocleciano, que Sebastian, con nombre y hábito de capitán suyo, era soldado de Cristo, y el que hacia mucha mas guerra á los dioses, á los templos, y á todo el imperio romano; pues persuadió á todos, que creyesen en un hombre crucificado, y blasfemasen de los dioses, para que ellos enojados destruyesen aquel imperio, que tanto habia florecido con el culto de su religion. Llamó el emperador á Sebastian, y alterado y demudado el rostro por la saña, le dijo: ¿Hete yo por ventura, Sebastian, honrado y puesto en el grado en que estás, para que tú, viviendo en mi palacio como cristiano, me seas desleal y provoques la ira de los dioses contra mí? A esto mansa y humildemente respondió Sebastian: Yo, señor, siempre he sido muy leal, y por tu salud y por la de tu imperio siempre he suplicado al verdadero Dios, que es Criador del cielo y de la tierra, por parecerme que es gran desatino adorar las piedras y pedir favor á los que no se pueden mover, ni tienen espíritu ni vida. A estas palabras se turbó y embraveció el emperador sobremanera, y mandó que arrebataren á san Sebastian, y le quitasen de su presencia, y que poniéndole delante del pecho una tablilla, en que estuviese escrito que era cristiano, en pié, en medio de un campo le atasen y le asetasen los flecheros y tiradores de sus guardas. Hizose así como el emperador lo mandó: arrebatan al santo caballero de Jesucristo los soldados y ministros de Satanás: sácanle al campo: desnudándole: átanle, y descargan tantas saetas en él, que su sagrado cuerpo no parecia cuerpo de hombre, sino un eri-

zo: mas su bendita alma en medio de las saetas y de las penas estaba muy alegre y regalada, y entretenida con Dios, y el corazon abrasado del divino amor deseaba padecer mucho mas de lo que padecia, y que se multiplicasen las saetas, para que con ellas se multiplicasen tambien las heridas, y tener mas que ofrecer al Señor. Tuviéronle los soldados por muerto, y dejándole así atado, se volvieron á sus casas.

La noche siguiente, la mujer que habia sido del santo mártir Cástulo, llamada Irene, yendo secretamente al lugar donde habian asetaado á san Sebastian, para tomar su cuerpo y enterrarle, le halló vivo. Trájole á su casa, curóle, sanóle, y dentro de pocos dias cobró entera salud. Supieron esto los cristianos: acudieron luego á él exortándole y pidiéndole con muchas lágrimas que se partiese, para que no cayese otra vez en manos de tan cruel tirano: mas el esforzado caballero de Cristo, movido con otro espíritu superior, y encendido en un fervoroso deseo del martirio, sabiendo que los emperadores habian de pasar por cierta parte de la ciudad, se les puso delante, y con voz severa y grave les dijo: Los pontífices y sacerdotes de vuestros templos os traen engañados, fingiendo muchas cosas contra los cristianos, y dándooos á entender que son enemigos de vuestro imperio; siendo la verdad que está en pié por las oraciones que ellos siempre hacen por su conservacion. Turbóse Diocleciano mas de lo que fácilmente se puede explicar, oyendo estas palabras, y viendo vivo al que tenia por muerto, y estuvo así turbado y suspenso, hasta que volviendo en sí, le dijo: ¿Eres tú Sebastian, el que yo mandé matar? ¿No moriste? ¿Cómo estás vivo? Respondióle el santo: Porque mi Señor Jesucristo se ha dignado darme la vida, para que aquí delante de todo el pueblo dé testimonio de la verdad de su fé y de vuestra crueldad, que tan sin razon perseguís á los que no tienen culpa: poned fin á vuestra maldad y no derrameis mas la sangre de los inocentes, si quereis vivir, y que dure vuestro imperio. Embravecióse mas el fiero tirano: mandóle quitar de allí, y azotar y apalear, hasta que muriese. Diéronle tantos y tan crueles golpes al santo, que dió su alma al Señor, y tomando su cuerpo le arrojaron de noche en un albañar y lugar sucio, donde solian echar todas las inmundicias de la ciudad, para que los cristianos no supiesen dónde estaba y le honrasen como á mártir, ni hiciese milagros, y con la ocasion de ellos se convirtiesen los gentiles á la fé de Cristo. Pero el Señor, que tiene santo cuidado de honrar á los que le glorifican y mueren por él, lo ordenó de otra manera: porque el mismo san Sebastian apareció en sueños á una santa matrona, llamada Lucina, y le reveló donde estaba su cuerpo, y como habia quedado colgado de un gancho de un palo, y no habia caído en aquel lugar hediondo é infame, á donde le habian arrojado, y le mandó que le enterrase en las catacumbas, á la entrada de la cueva, á los piés de los apóstoles san Pedro y san Pablo. Hizolo todo como le fué mandado la religiosa mujer, y estuvo sin partirse, haciendo oracion en el lugar donde habia dado sepultura al santo cuerpo; y despues que el Señor dió paz á su Iglesia, hizo un templo de su misma casa, y dejóle todos sus bienes, que eran muchos, para el culto divino y sustento de los pobres fieles.

Esta fué la vida y muerte del glorioso caballero y fortísimo capitán de Cristo san Sebastian, al cual podemos llamar dos veces mártir; pues dos veces le atormentaron y

pretendieron quitar la vida. Tiene todo el pueblo cristiano mucha devocion á este santo, por los beneficios que por su intercesion continuamente recibe de la mano del Señor, especialmente en tiempo de pestilencia, mostrándose piadoso á los que se le encomiendan y piden favor: lo cual tuvo origen de lo que en tiempo de Agaton, papa, sucedió en Roma, en la cual siendo tocada de pestilencia, por ordinacion divina se puso un altar de san Sebastian, y luego cesó la pestilencia; y despues otros pueblos y ciudades en semejantes aprietos han sentido el mismo favor y beneficio. Tambien es cosa antigua, que la Iglesia romana invoque el favor del Señor contra los enemigos de la fé, tomando por patrones á san Sebastian, á san Jorge y á san Mauricio, como lo dice el órden romano, y lo notó el cardenal Baronio. El martirio de san Sebastian fué á los 20 de enero del año del Señor de 286, el año tercero de Diocleciano. Celebra la Iglesia el mismo dia su fiesta. Hacen mencion de este glorioso y valeroso mártir de Cristo, san Ambrosio sobre el salmo cxviii en el sermon 10; san Agustin en el sermon de san Fabian, y san Gregorio en el primer libro de los Diálogos, capítulo x: san Isidoro en su breviario; Paulo diácono, lib. vi de *Gestis Longob. cap. 2*; Beda, Adon, Usuardo y Baronio, tomo II, y en las anotaciones al Martirologio.

* SAN NEÓFITO.—Nacido de padres piadosos en Nicea de Bitinia, recibió de ellos una educacion religiosa, y quedaron tan grabados en su corazon los sentimientos de piedad y amor á su Dios y Señor, que sobreviniendo la persecucion del cruel Diocleciano, no titubeó en confesar á Jesucristo á presencia de Decio prefecto de Nicea. Mandóle este azotar cruelmente, arrojarlo despues en un horno encendido, y exponerlo á las fieras; mas como el Señor permitiera que saliese ileso de todos estos martirios fué por último degollado, alcanzando la palma del martirio en los quince años de su edad, y en los de 304 de la era actual.

SAN MAURO.—Fué obispo de Cesena en Italia, y es célebre en las tradiciones de aquel pais por los numerosos milagros que obró el Señor por su mediacion. La historia no nos ha conservado su relacion ni la de su vida, y solo se sabe por el cardenal Baronio, que este santo obispo floreció por los años de 640 á 680.

SAN EUTIMIO, ABAD.—Fué este santo en los desiertos de Palestina lo que san Antonio en los de Egipto: el fundador y regulador de la vida monástica y eremítica. Hijo de padres nobles y poderosos, renunció todos los honores y riquezas de la tierra, para solo atesorar tesoros en el cielo: instruido, de hermosa presencia y con todos los favores que la fortuna concede á los que han de hacer carrera en el mundo, su única mira fué Cristo despreciado, vilipendiado y muerto en cruz. Así es que desde muy jóven se dedicó á la vida religiosa, y fué ascendido al sacerdocio. Á la edad de veinte y nueve años fué á Jerusalem á visitar los santos lugares y se encendió tanto su fervor á la vista de los monumentos de nuestra redencion, que determinó quedarse en aquellas cercanías y fundar un monasterio para los que como él, quisiesen emprender la vida penitente y contemplativa. El Señor coronó bien pronto sus santos deseos, pues la fama de sus virtudes y portentos atraia todos los dias á su celda multitud de personas, muchas de las cuales se ponian bajo su direccion y permanecian para siempre en su companía. El cielo favoreció estos laudables

propósitos, poblando aquellos desiertos de grandes y esclarecidos santos, formados y dirigidos por el venerable abad Eutimio, que entregó gloriosamente su espíritu al Criador el día 20 de enero del año 473, el noventa y siete de su edad.

DIA 21.

SANTA INÉS, VIRGEN Y MÁRTIR.—Aunque en las vidas de todos los santos resplandecen en gran manera la bondad de Dios y la excelencia de la religion cristiana; todavía hay algunas, en que estas dos cosas se echan mas de ver. La vida de la gloriosa virgen y mártir santa Inés está tan llena de prodigios divinos y de virtudes admirables, que sin duda, como dice san Ambrosio, los hombres y las mujeres, los niños y los viejos y todos los estados la pueden leer, alabar y admirar; porque en esta vida veremos acompañada con la riqueza la pobreza voluntaria, con la nobleza la humildad, con la pequenez del cuerpo la grandeza del ánimo, con la niñez el seso, con la flaqueza la victoria, con la virginidad el martirio y en el mismo lugar publico é infame triunfadora la castidad. Nació santa Inés en Roma, de padres ricos é ilustres. Crióse en aquella educacion y costumbres, que á tales padres y á tal casta convenia. Comenzó desde niña á deleitarse en el amor de Cristo y á entregarse á él, de manera que todo su gozo y toda su vida, era pensar en su vida y pasion. Habia edificado en sus santas llagas una morada y un templo para su corazon; y acordándose de los dolores del Señor, y esperando gozar del fruto de la cruz, se entretenia y regalaba su alma sobremanera; porque el Espíritu Santo era su maestro y el dulcísimo Jesus, que la queria por esposa, la movió á consagrarle su virginidad y dedicarse á él perfectamente. Ocultó en su pecho las llamas de este casto y dulce amor, todo el tiempo que fué niña, hasta que cumplidos los doce años de su edad, siendo de extremada belleza, el demonio procuró interrumpirle y quitarle aquellos santos deleites, que su ánima poseia: porque un caballero mozo, hijo de Sinfronio, prefecto de Roma, viéndola, de tal manera se enamoró de su gracia y hermosura, que en ninguna cosa pensaba de dia y de noche sino en ella; y habiéndose informado que era doncella noble, y que no perdía nada su linaje por casarse con ella, tomó todos los medios posibles para persuadirla que quisiese ser su mujer. Pero como los padres de la santa doncella no se diesen tanta priesa como él deseaba, ó por parecerles que era muy niña, ó porque la veian ajena de casarse, el mozo, abrazado del amor ciego, y arrebatado con la pasion, buscó ocasion para verla y hablarla, pensando por este camino alcanzar mas fácilmente lo que pretendia; y habiéndola encontrado en la calle publica, se llegó á ella, y le rogó que se dignase tomarlo por esposo, ofreciéndole de su parte todo lo que en semejantes ocasiones el amor loco suele ofrecer, y mostrándole y dándole muchas joyas y ricas piedras, que llevaba para este fin. Mas la santa niña, que estaba ya unida y abrasada con su esposo celestial, se retiró atrás, como si hubiese visto de repente una serpiente venenosa, y con aspecto grave y mesurado le dijo: Apártate de mí, fíjate del infierno, incentivo de pecado, tropiezo de maldad, manjar de muerte; y no pienses que jamás tengo de ser desleal á mi esposo, á quien de tal manera me he en-

tregado, que vivo solo de su amor. No creas que puedes competir con él; porque tiene seis condiciones en sumo grado perfectísimas, y no hay quien pueda correr á las parejas con él: es noble, es hermoso, es sabio, es rico, es bueno y poderoso. Mira si es noble, que su padre es Dios, que le engendró sin mujer, y la madre que le parió quedó virgen: es tan hermoso que vence con su resplandor la claridad del sol y de la luna y de las estrellas con tanta ventaja, que ellas mismas se maravillan de su belleza, y con una habla muda confiesan que son tinieblas delante de él: es tan sabio, que me ha preso y cautivado de tal manera con su amor, que no puedo pensar en otra cosa sino en él; y mientras que hablo de sus excelencias, siento tan grande deleite, que con aborrecer á ti á par de muerte, me huelgo de verte por podértelas decir: es tan rico, que me ha dado un tesoro que vale mas que todo el imperio romano; y no hay persona que le sirva, que no esté abastada de riquezas. ¿Pues qué diré de su bondad, que es inmensa? Y para mostrarla mejor, me ha sellado con su sangre. Hame dado su palabra y fé que nunca me dejará: hame tomado por su esposa: hame dado vestidos riquísimos, y atavió de precio inestimable. Es tan poderoso, que no hay en el cielo ni en la tierra quien le pueda vencer, y solo su olor sana los enfermos y resucita los muertos; y por estas sus calidades yo soy toda suya, y le quiero mas que á mi alma, y mas que á mi vida, y me seria cosa dulcísima morir por él. Cuando yo le amo, soy casta: cuando me llevo á él, soy limpia: cuando me junto con él, soy virgen. Pues siendo todo esto así, mira tú si yo le debo dejar, por esperanza ó temor de cualquiera premio ó pena. Para que las doncellas sigan este ejemplo de santa Inés, y se recaten, como dice san Máximo, de tomar dones de los hombres, por mas que vengan vestidos con nombre y título de piedad: «Quien no te da con que mas temas á Dios, dice este santo, no tomes de él con que ames mas al mundo.»

Pero el mozo ciego creyó que Inés estaba aficionada á otro esposo, y tomada del vino del amor tan fuertemente, que desvariaba, y como frenética llamaba al que amaba su Dios, su ídolo, su vida y su alma (que de estos nombres suele usar á las veces el amor desatinado y loco de los amantes) y tuvo tan extraño sentimiento y enojo de puros zelos, que cayó malo en la cama; y su padre entendiendo la causa, hizo llamar á la santa doncella, y con todo el artificio que pudo procuró persuadirla, que se casase con su hijo, pues le estaba tan bien aquel negocio: mas hallándola mas firme en su propósito que una dura peña, y que le decia, que por ninguna cosa del mundo trocaria al esposo que ya habia tomado; deseoso de saber qué esposo era aquél á que Inés estaba tan aficionada, y haciendo sus diligencias para investigarlo, un lisonjero de los suyos le dijo: Señor, esta doncella es cristiana, y desde la cuna criada en el arte mágica, en la cual los cristianos son tan excelentes, como lo muestran las obras que cada dia hacen. Mucho se holgó el prefecto de oír esto, por tener ocasion de afligir á santa Inés, y vengarse de ella con tan justo título: porque no lo era solo el no quererle casar con su hijo; y por ser tan noble, no la podia hacer agravio por otro camino: y así habiéndose determinado de apretar á la santa doncella, y atraerla á su voluntad con halagos y promesas, y si estas no bastasen, con espantos y tormentos; envió sus ministros de justicia por

ella, è hízola parecer delante de sus estrados. Allí la combatió por todas partes fuertemente, y usando de todas las máquinas y artificios, que la maldad armada de poder en lo que mucho quiere suele usar, y como ninguna cosa bastase para trocar el corazón tan fijo en Jesucristo de la santa, finalmente le dijo: Inés, toma marido, ó si quieres ser virgen, sacrifica á la diosa Vesta, y sírvela perpetuamente como lo hacen las otras doncellas romanas; y sino, yo te daré el castigo que mereces, y te haré llevar al lugar público de las malas mujeres, para que allí seas afrentada. Respondió la santa virgen: No te embravezeas, prefecto; porque yo por ninguna cosa dejaré el esposo que he tomado; y si no quiero á tu hijo, siendo hombre y caballero tan principal, mucho ménos me dejaré engañar para adorar á los dioses mentirosos, que no se mueven ni sienten, ántes son mudos y sordos y no tienen vida. Y en lo que dices que me harás llevar al lugar público é infame, yo no temo alguna afrenta; porque tengo conmigo un ángel que es uno de los innumerables ministros de mi esposo, el cual me guarda y con celo maravilloso defiende mi persona; y mi señor Jesucristo, al cual tú no conoces, de todas partes me cerca como un muro impenetrable.

Oyendo estas palabras el juez malvado, salió de sí sobremanera, y mandó desnudar en carnes á la santa doncella, y llevarla por las calles públicas de la ciudad al lugar de las malas mujeres, y que el pregonero fué debate delante de ella diciendo en alta voz; que aquella era Inés, maga y hechicera, á la cual por haber blasfemado contra los dioses, el prefecto de Roma mandaba llevar á aquel lugar, para que todos los que quisiesen se aprovechasen de ella. De este tormento usaron muchas veces los gentiles contra los cristianos, mostrando con él, que los dioses que adoraban eran sacios, y ellos infames y deshonestos, y que las doncellas y mujeres cristianas le tenían por mas horrible que la misma muerte; pues, como dice Tertuliano, ántes querian ser entregadas leoni, que leoní; mas echadas al leon, que entregadas al rufian. La forma, que tenían en este detestable espectáculo, era de esta manera. Tomaban á la doncella cristiana; encerrábanla en un aposento de aquel lugar abominable: ponian en la entrada el nombre de la doncella y el precio de la torpeza: venian los lobos y mozos lascivos, para hartar su hambre y carnalidad, y tragar la la cordera inocente, que allí estaba: y permitia nuestro Señor esta maldad, para manifestar mas la providencia que tiene de las almas puras, y guardarlas en medio de las llamas, sin quemarse, y dar á entender al mundo la pureza y santidad de la religion cristiana; y que no hay brazo tan fuerte que se le pueda oponer, como se vió en la bienaventurada santa Inés; porque desnudando los verdugos de sus vestidos á aquel cuerpo virginal y delicado, luego el Señor hizo crecer sus cabellos, y con ellos le vistió y cubrió de manera que ninguno la pudiese ver desnuda; y entrada en aquel aposento torpe y tenebroso, halló un ángel para su defensa, y una ropa hermosísima y mas blanca que la nieve, la cual ella se vistió, y todo aquel aposento resplandeció con una claridad tan grande, que no se puede explicar con palabras, ni ojos humanos la podian sufrir; y la santa doncella regalada de su esposo, y transportada y absorta en su amor, se puso en oracion, haciendo gracias al que así la defendia. No se encucia el alma pura, (á guisa del sol) por el lugar inmundo, ni el mártir de Cristo queda deshonorado por la cárcel; ántes las cárceles y los calabozos

quedan santificados, por haber estado en ellos los mártires. El monte Calvario no deshonró á Cristo; ántes Cristo le hizo tan glorioso, que todos los príncipes del mundo le han honrado, y dan mil besos á sus piedras: y la cruz, que solia ser suplicio de los hombres infames, no infamó al Señor; ántes recibió tan grande honra de sus sagrados miembros, que de todos es adorada.

No se amancilló la castidad de Inés por la fealdad de aquel lugar; ántes el lugar por la castidad de Inés quedó ennoblecido é ilustrado, y aquel cenagal de torpeza se hizo un paraíso de castos deleites, y aquella cueva de bestias fieras se convirtió en morada de ángeles y del mismo Dios, á cuya honra despues se edificó en ella una iglesia que hoy día pertenece y es reverenciada en Roma. Ríndase el demonio á los siervos de Dios; pues una doncellita de trece años así le venció, y en medio de un golfo bravo y tempestuoso de carnalidades halló puerto seguro la castidad. Entraban los mozos lascivos en el aposento de la santa, y admirados de lo que veian, salian trocados y castos: entraban feos y abominables, y salian limpios y mortificados, y queriendo ántes servir al demonio y al apetito desordenado de la carne, volvían enfrenados, conociendo y alabando á Dios.

Mas el hijo del prefecto, que habia sido el principal motivo de la sacrilega crueldad que con la santa virgen se habia usado, para cumplir su mal deseo entró en el aposento, y no mirando lo que habia en él, quiso acometer á la santa; pero en aquel instante, herido del ángel que la guardaba, cayó allí luego muerto á los piés de Inés. Y como los otros mozos sus compañeros, que le aguardaban á la puerta, viesan que tardaba, entraron al cabo de rato en el mismo aposento, y viéndole tendido en el suelo, y muerto, comenzaron con grandes alaridos y llantos á clamar: Venid, romanos, venid; que Inés, cristiana y maga, con sus hechizos ha muerto al hijo del prefecto. Corrió esta voz luego por toda Roma: llegó á los oídos del triste padre Sinfronio, el cual comó loco y fuera de sí voló al lugar donde estaba el cuerpo de su hijo; y viéndole difunto, volviéndose á santa Inés, le comenzó á decir: ¡O maga y embustera! ¡O furia infernal! ¡O monstruo nacido para mi miseria! ¿cómo has muerto á mi hijo, que debia vivir para siempre, y cuya vida era la mia? Á esto respondió la santa: No he yo quitado la vida á tu hijo, sino su osadía y temeridad. Los otros que aquí entraron ántes de él, libres salieron; porque viendo esta cámara llena de resplandor, dieron al gran Rey del cielo aquella honra que le es debida, y entendieron que estando yo desnuda me vistió, y estando sola y desamparada me ha guardado, y en este lugar infame ha conservado mi virginidad, la cual yo desde mi niñez á él habia consagrado: mas tu hijo, atrevido y arrebatado de su furor, sin tener respeto á mi Dios, me quiso hacer fuerza; y por eso el ángel que está en mi guarda le hizo morir miserablemente. Entónces con voz mas mansa y comedida, le dijo el prefecto: Pues yo te ruego que tornes la vida á mi hijo, para que se conozca que tú no se la has quitado con hechizos ni malas artes: al cual santa Inés respondió: Por cierto que tu ceguedad y falsa creencia no merece que mi Dios rescite á tu hijo, mas para que su gloria mejor se conozca, y toda Roma entienda la felicidad que tienen los que fielmente le sirven, sal fuera de este aposento y los que vienen contigo, mientras

tras que yo hago oracion, y se lo suplico. Salieron del aposento aquellos idólatras; y santa Inés, postrada con la cara en tierra, con muchas lágrimas suplicó á su querido esposo, que la ánima de aquel mozo volviese á sus miembros frios. Mientras que ella oraba, le apareció el ángel, y la confortó, y resucitó al mozo, el cual se levantó y salió fuera, y comenzó á dar voces, y á decir: No hay otro Dios en el cielo, ni en la tierra, ni en el mar, ni en los abismos sino aquel solo que es todopoderoso y adoran los cristianos: á él solo se debe toda la honra; él solo debe ser adorado; que los ídolos no son sino demonios que nos engañan, para llevarnos al infierno consigo. ¡O omnipotencia del Crucificado, que así convierte los lobos en corderos y las piedras en hijos de Abraham, y los adoradores de los ídolos en fieles siervos tuyos, y los perseguidores de la castidad en predicadores de la misma castidad! Luego que las palabras del hijo del prefecto, resucitado, vinieron á oídos de los sacerdotes, y pontífices de los ídolos, comenzaron ellos, y todo el pueblo por ellos engañado, con unas voces que llegaban al cielo, á clamar, Muera, muera la embustera, muera la hechicera: muera la sacrilega, sucia, desvergonzada, infame, que con sus hechizos quita el entendimiento á los hombres, y les trueca los ánimos, y como otra Circe los transforma en bestias. Turbóse con estas voces el prefecto, y quedó confuso: porque por una parte, habiendo visto tan grandes maravillas en la virgen, se inclinaba á librarla, y por otra temía el furor del pueblo y violencia de los pontífices. Al fin, como hombre flaco, se dejó vencer del temor, y cometiendo la causa á Aspasio, su teniente, se retiró, como suelen los jueces pusilánimes cuando conocen la verdad, y pudiéndola defender no la defienden. Aspasio mandó traer delante de sí á santa Inés, y hacer una grande hoguera, y echarla en ella: pero el Señor no quiso, que á quien no había quemado el fuego de la concupiscencia quemase este otro temporal; y así las llamas se partieron en dos partes, dejándola en medio entera y sana, y sin lesión alguna, y comenzaron á abrazar á los circunstantes idólatras, que allí estaban, los cuales daban alaridos hasta el cielo contra la santa; y ella alegre y contenta, volviéndose á su dulce esposo, le decía: ¡O Dios mio todopoderoso, digno de toda alabanza y de toda honra! Yo os alabo, os ensalzo; porque por la virtud de vuestro unigenito hijo Jesucristo, yo he vencido la violencia de los tiranos, y pasado por el camino inmundo sin mancha, y porque vuestro espíritu y vuestro celestial rocío mitiga el ardor de este fuego, y hace que su llama me sea dulce, y su incendio suave: y que vuestros enemigos, y atormentadores míos, sientan en sí la fuerza de este elemento. Bendito sea vuestro santísimo nombre, Señor, pues que ya veo lo que deseaba: gozo de lo que esperaba: abrazo y tengo lo que amaba: mi corazón, mi lengua, mi ánimo, mis entrañas, os alaban y magnifican. Yo vengo á vos, verdadero Dios, Dios eterno y Dios vivo, que reinais con vuestro único hijo Jesucristo en los siglos de los siglos.

Acabada esta oracion se apagó el fuego de manera, que no quedó rastro de él. Mas Aspasio, por sosegar el pueblo que andaba inquieto, y tumultuaba, mandó que le pasasen una espada por la garganta, y de aquella herida salió tanta sangre, que cubrió el cuerpo de aquella santa virgen. Cuando el verdugo sacó y alzó la espada para herirla, tembló, y mudó el color como si él fuera el condenado á

muerte; y ella estaba segura aguardando el golpe con tanto ánimo, que parece que reprendía la tardanza del sayon y que le decía: ¿Qué haces? ¿Qué esperas? ¿Por qué te detienes? Muera, muera el cuerpo, que puede ser amado de los ojos de los hombres; y viva el alma, que es agradable á los ojos de Dios. Aquel Señor, que me ha escogido por esposa, á quien yo solo deseo agradar, me reciba en sus brazos por su benignidad. Diciendo esto, estuvo queda, oró, recibió el golpe, y fué coronada de la gloria del martirio. Pusieron sus santas reliquias en una heredad de sus padres, fuera de la puerta Nomentana, que ahora se llama de santa Inés, nó con llanto y tristeza, sino con alegría y gozo, concurriendo todos los cristianos con gran devocion á hacerle reverencia, y con no ménos sentimiento y rabia de los gentiles, los cuales dieron en los cristianos, que estaban en oracion en el sepulcro de la virgen con grande ímpetu, y maltrataron á muchos.

Entre ellos Emerenciana, virgen santísima, compañera y hermana de leche de santa Inés, que no se quiso partir de allí, y comenzó á reprender á los gentiles de su impiedad y fiereza, fué allí muerta á pedradas, y bautizada con su propia sangre. Era catecúmena; porque aun no había recibido el agua del bautismo. Su cuerpo fué sepultado allí junto al de santa Inés, y la Iglesia celebra su fiesta á los 23 de enero, que fué el día de su martirio.

Y para que los gentiles no turbasen á los cristianos, ni les estorbasen aquella santa romería y piadosa devocion, envió el Señor un espantoso temblor de la tierra, y del cielo muchos truenos y relámpagos sobre ellos, de los cuales muchos murieron, y otros despavoridos dejaron el campo franco á los cristianos y se volvieron á sus casas. Los padres de santa Inés, por el amor entrañable y dulce memoria de su hija, estaban siempre de día y de noche orando en su sepulcro, hasta que una noche vieron un grandísimo número de doncellas, ataviadas de ricos paños de oro, adornadas de piedras preciosas, y coronadas de guirnalda de perlas y de joyas resplandecientes sobremanera. Entre ellas venia santa Inés triunfante y gloriosa, y pegado á ella un cordero mas blanco que la misma nieve. Paróse la santa virgen, y rogó á sus compañeras que parasen; y volviéndose á sus padres les dijo: Padres míos, mirad que no me lloreis como á muerta; ántes os debeis alegrar conmigo por haber yo alcanzado en el cielo corona de gloria con tan santa compañía, y por haber llegado á aquel que mientras viví en la tierra amé con todo mi corazón, con toda mi ánima y con todo mi afecto. Dichas estas palabras, calló y pasó adelante con aquel celestial coro de vírgenes que la acompañaban. Esta divina revelacion sucedió ocho dias despues del martirio de santa Inés, y fué tan ilustre, que se divulgó y vino á noticia de todos los que vivian en Roma; y por esto la santa Iglesia la celebra con fiesta particular el día que sucedió, que fué á los 28 del mes de enero.

Algunos años despues Constancia, hija del emperador Constantino, que era doncella muy prudente, muy enferma, y de piés á cabeza cubierta de llagas, habiendo oido esta vision de los mismos que la habían visto, que es señal de haber sucedido el martirio de santa Inés en la última persecucion de Diocleciano, se determinó de ir á la sepultura de santa Inés y hacer oracion, esperando alcanzar por su intercesion entera salud. Vino Constancia, siendo aun gentil, á santa Inés, y con grande ahinco y afecto le su-

plícó que le diese la salud. Allí, orando, tomada de un dulce sueño, se adormeció y vió á la bienaventurada virgen Inés que le apareció, y le hablaba de esta manera: Constancia, no te olvides de tu nombre: obra constantemente y con gran firmeza; abrázate con la fé de Cristo, por el cual todas tus llagas desde este punto serán sanas de tal manera, que ni el mal olor de tu cuerpo mas te aflija, ni el dolor de tus miembros llagados te angustie, ni el temor de nueva enfermedad te congoje. Acuérdate de lo que eres, y cómo estabas: sana quedas: reconoce á Cristo tu Señor, y agrádecele este beneficio. En acabando de decir santa Inés estas palabras, se acabó juntamente el sueño de Constancia, hallándose tan sana, como si nunca hubiera tenido enfermedad; y para agradecer á la santa este beneficio, le hizo un templo magnífico, y en él á su santo cuerpo un sepulcro, al cual concurría continuamente gran multitud de gente, para pedir favor al Señor por medio de santa Inés, y muchos de los que venian enfermos volvian sanos, y los afligidos consolados y contentos. Perseveró Constancia virgen hasta la muerte, y movió con su ejemplo á muchas doncellas ilustres á seguir esta celestial virtud, para vencer perfectamente las guerras y batallas de la carne, y ser coronadas de Cristo su dulce esposo en la córte celestial con aquella diadema que él tiene aparejada á los que por su amor huyen las blanduras y deleites sensuales. El martirio de santa Inés fué á los 21 de enero del año del Señor de 304, imperando Diocleciano y Maximiano. Entre las obras de san Ambrosio anda la vida de santa Inés, y él hace mencion de ella en el sermón 90, y en el libro I de las Vírgenes: san Dámaso: san Gregorio en la homilia 11 y 12: Prudencio en un himno; y san Isidoro: y san Jerónimo, escribiendo á Demetriade, dice estas palabras: «La vida de santa Inés es alabada con letras y lenguas de todas las gentes, especialmente en las iglesias; la cual venció su tierna edad, y al tirano, y consagró su castidad en el martirio:» y san Máximo en un sermón dice: «¡O virgen gloriosa, qué ejemplo de vuestro amor habeis dejado á las vírgenes, para que os imiten! ¡O cómo les enseñasteis á responder, despreciando la riqueza del siglo, desechando los deleites del mundo, amando á sola la hermosura de Cristo! Allegaos, doncellas, y en los tiernos años de su niñez aprended á amar á Cristo con vivas llamas de amor. Dice Inés que quiere serle leal á su esposo, y que desea á aquél solo, que no rehusó morir por ella. Aprended, vírgenes, de Inés, que así está abrasada del amor divino, y tiene por basura todos los tesoros y delicias de la tierra.» Esto dice san Máximo, obispo.

* SAN PABLO. — Descendiente de una familia distinguida de Mitilene, trató con el apóstol san Pablo, á quien recibió cuando el apóstol navegando prisionero á Roma se detuvo tres dias en aquella ciudad. Instruido por Pablo en la doctrina que le revelaba, y admirado de ver el prodigio que acababa de obrar con su padre, pues con sola la imposición de manos y orando sobre él le alcanzó una salud completa, abrazó con extraordinario celo la fé de Jesucristo, y predicando con fruto el santo Evangelio sucedió en el obispado de Atenas á Dionisio Areopagita, donde, resplandeciendo en santidad, acabó su vida en el martirio el año 125.

* SAN PATROCLO. — Este ilustre mártir de la Iglesia galicana floreció en el siglo III, y murió en Troyes de Francia

el dia 20 de enero del año 273 ó 275. El tirano agotó su crueldad en la invencion de tormentos atroces para vencer la constancia del glorioso atleta; pero todos ellos no hicieron mas que redoblar su alegría, y aumentar sus deseos de padecer por Jesucristo.

SAN EPIFANIO. — Natural de Pavia, entró á la edad de ocho años al servicio de la Iglesia; y se dedicó con tanta asiduidad al estudio y á la virtud, que á la edad de veinte y cinco años, en que fué sublimado al sacerdocio, era la admiracion de cuantos le veian por sus grandes méritos, y particularmente por el celo, la dulzura y erudicion con que predicaba la palabra de Dios. Sus trabajos en la predicacion de las verdades cristianas, y el agrado con que las anunciaba, cautivaron muchos corazones, y por este medio contribuyó nuestro santo á contener el desbordamiento y el torrente de la iniquidad en tiempos de un desórden universal en Italia, de la cual fué el apóstol. Elegido obispo de Pavia, redobló aun mas sus esfuerzos y su celo, y despues de haber ilustrado y alimentado á sus ovejas con la luz y el pan de vida, la doctrina y los ejemplos, murió santamente el dia 21 de enero del año 996.

SAN MEINARDO, ERMITAÑO. — Murió atormentado cruelísimamente por dos ladrones que querian obligarle á blasfemar del santo nombre del Señor, en su cueva cerca del monasterio de Richenove en Francia, por los años 863.

SAN FRUCTUOSO, OBISPO, Y LOS SANTOS AUGURIO Y EULOGIO, DIÁCONOS. — Tarragona fué patria de estos tres santos. Nació el primero á fines del siglo II, y fué tan sabio, tan ilustrado y religioso, que, jóven aun, fué elevado al ministerio del altar, primero de sacerdote, y luego de obispo de su ciudad natal. Desde esta eminencia se difundió mas copiosamente su ardiente caridad, su celo, su benevolencia y su ilustre ciencia. Era tan amable y tan bueno, que hasta los mismos gentiles le querian y respetaban. Así que llegó á Tarragona Emiliano, presidente imperial por Valeriano, mandó prender al santo obispo con sus diáconos, Augurio y Eulogio, y que los trajesen juntos á su presencia. Valióse primeramente el tirano de halagos y promesas para que ofreciesen incienso á los ídolos; pero negándose á ello con valor singular, fueron encerrados en una oscura cárcel, donde les visitaron los ángeles del Señor. Sacáronles de ella seis dias despues para ser de nuevo interrogados, y habiendo mostrado la misma constancia, los llevaron al anfiteatro, donde habia preparada una hoguera en la cual debian ser abrasados. Al momento que se presentaron en él, excitóse un general sentimiento de compasion, no solo entre los cristianos, sino tambien entre los paganos, por ser los santos muy estimados de todos. Entraron los tres gozosos en la hoguera, y habiéndose quemado las cuerdas con las que estaban atados á unos palos, pusieronse de rodillas, y extendiendo las manos en cruz y haciendo oracion, consumaron el martirio el dia 21 de enero del año 259. Apresuráronse los fieles á recoger las santas reliquias de los tres mártires que colocaron en la iglesia de Tarragona, debajo del altar mayor, hasta que en la irrupcion de los godos, habiendo sido aquella ciudad presa de las llamas, fueron las reliquias trasladadas, por especial providencia, á la ribera de Génova, y colocadas en una montaña á quince leguas de la ciudad, donde los fieles edificaron un monasterio de benedictinos, en reconocimiento á los favores que el cielo les dispensaba por la intercesion de

san Fructuoso. Fué este santo tan venerado desde los primeros siglos del cristianismo, que san Agustín predicó al pueblo un sermón el día de su fiesta, que es el 273 de los santos, y las actas de su martirio se leían con gran veneración en todas las iglesias.

DÍA 22.

SAN VICENTE, MÁRTIR.—El ilustrísimo mártir san Vicente nació en la ciudad de Huesca, y crióse en la de Zaragoza del reino de Aragón. Su padre se llamó Enrique y su madre Enola. Desde niño se inclinó á las obras de piedad y virtud, se dió á las letras, y finalmente fué ordenado de diácono por san Valerio, obispo de Zaragoza, el cual por ser ya viejo é impedido de la lengua, encomendó á san Vicente el oficio de predicar. Eran emperadores en este tiempo Diocleciano y Maximiano, tan crueles tiranos y fieros enemigos de Jesucristo, que nunca se vieron hartos de sangre de cristianos, pensando por este camino tener gratos á sus falsos dioses, y establecer con el favor de ellos mas su imperio. Enviaron los emperadores á España por presidente y ministro de su impiedad á Daciano, tan ciego en la superstición de los dioses, y tan bravo y furioso en la fiereza como ellos. Llegó este monstruo á Zaragoza: hizo grande estrago en la Iglesia de Dios, atormentó y mató á muchos cristianos: prendió á otros y entre ellos á san Valerio, obispo, y á san Vicente, diácono suyo, que eran los dos que mas le podían resistir, y en quienes todos los otros cristianos tenían puestos los ojos, y cuyo ejemplo y gran fortaleza mas los podía esforzar. Pero queriendo el presidente tratar mas de espacio la causa de estos dos santos, los mandó llevar á la ciudad de Valencia á pié y cargados de hierro; y ellos fueron con mucha pobreza y maltratamiento de los ministros, que por esta crueldad pensaban ganar la gracia de su amo. Llegados á Valencia, les echaron en una cárcel oscura, hedionda y pesada, donde estuvieron muchos días apretados de hambre y de sed, de cadenas y prisiones; pero muy regalados del Señor, porque padecían por su amor. Pensaba el presidente que con el tiempo y maltratamiento ablandaría aquellos corazones esforzados; mas sucedió tan al contrario, que cuanto mas los afligia, tanto mas se alentaban, y con el fuego de la tribulación resplandecía mas el oro de su caridad; y sus mismos cuerpos de carne, y flacos, cobraban fuerzas con las penas. Mandóles Daciano traer delante de sí: y como los vió sanos, robustos y alegres, pensando que con el hambre, sed y los trabajos de la dura cárcel estarían marchitos, desmayados y consumidos, encójsese sobremana contra el carcelero, creyendo que los habia regalado, y díjole: ¿Esto es lo que te he mandado? ¿Así han de salir de la cárcel fuertes y lucidos los enemigos de nuestro imperio? Y volviéndose á los santos mártires, dijo: ¿Qué me dices, Valerio? ¿Quieres obedecer á los emperadores y adorar á los dioses que ellos adoran? Y como el santo viejo respondiese mansamente y quedo, y por el impedimento de su lengua no se entendiese bien su respuesta, tomó la mano san Vicente, y con grande espíritu y fervor dijo á Valerio: ¿Qué es esto, padre mio? ¿Por qué hablas entre dientes como si tuvieses temor de este perro? Levanta la voz, para que todos te oigan, y la cabeza de esta serpiente infernal quede quebrantada: y si por tu mucha edad y flaqueza no puedes, dame licencia, que yo le responderé.

Y habida la licencia, dijo á Daciano: Estos tus dioses, Daciano, sean para tí: ofréceles tú incenso y sacrificio de animales, y adóralos como á defensores de vuestro imperio, que nosotros los cristianos sabemos que son obras de los que las fabricaron, y que no sienten ni se pueden mover, ni oír á quien los invoca. Nosotros reconocemos aquel sumo artífice que crió el cielo y la tierra por sola su voluntad, y con su singular providencia rige y gobierna esta máquina del mundo. A este solo Señor tenemos por Dios: á él adoramos: á él reverenciamos, y á san benditísimo hijo Jesucristo, que vestido de nuestra carne humana murió por nosotros en la cruz; y para pagarle, de la manera que podemos, aquel infinito amor con nuestro amor, y aquella muerte con nuestra muerte, deseamos padecer muchos tormentos, y derramar la sangre, y dar la vida por su santísima fé.

Con estas palabras cobraron grandes esfuerzos los cristianos que estaban presentes, y el presidente grande indignación. Mandó que el santo obispo fuese desterrado, y san Vicente cruelmente atormentado. Desnudándole los sayones: cuélganle de un alto madero: estrañanle con cuerdas de los piés, y descoyuntan sus sagrados miembros: y en el mismo tormento le hablaba Daciano y le decía: ¿No ves, cuitado, cómo está despedazado tu cuerpo? Al cual el valeroso mártir con rostro alegre y risueño respondió: Esto es lo que siempre descé: créeme, Daciano, que ningún hombre me podía hacer mayor beneficio, que el que tú me haces, aunque sin voluntad de hacérle. Mayor tormento padeces tú, viendo que tus tormentos no me pueden vencer, que el que yo padezco. Por tanto yo te ruego que no te amances, ni aflojes un punto el arco que contra mí tienes flechado; porque cuanto mas crueles fueren tus saetas, tanto mas gloriosa será mi corona, y yo cumpliré mejor con el deseo que tengo de morir por aquel Señor que por mí murió en la cruz. Salió de sí con estas palabras el fiero tirano; y con los ojos turbados, echando espumajes por la boca, y dando bramidos como un león, arrebató los azotes sangrientos de mano de los verdugos, y comenzó á dar con ellos, nó al santo mártir, sino á los mismos verdugos, llamándolos flojos, mujeres y gallinas. Entónces Vicente miró á Daciano blandamente y díjole: Mucho te debo, Daciano, pues haces oficio de amigo y me defiendes: hieres á los que me hieren: azotas á los que me azotan; y maltratas á los que me maltratan. Todo esto era echar aceite en el fuego, y encender mas el ánimo del tirano, viendo hacer burla de sus tormentos. Padecía la carne del santo levita, y hablaba su espíritu, y con lo que el espíritu hablaba, la impiedad del tirano quedaba convencida, y el mártir cobraba fuerzas. Mandó Daciano á aquellos sayones que continuasen sus tormentos, y con garfios y uñas de hierro rasgasen el santo cuerpo, y ellos lo hicieron con extraño furor; mas el santo, como si no fuera de carne, ni sintiera sus dolores, así hacia escarmio de aquellos crueles atormentadores, y les decía: ¡Qué flacos sois! ¡Qué pocas fuerzas tenéis! Por mas valientes os tenía. Estaban los verdugos cansados de atormentar al santo, y él no lo estaba de ser atormentado. Ellos habian perdido el aliento, y no podían pasar adelante en su trabajo; y nuestro Vicente estaba muy alentado y gozoso, y cobraba nuevas fuerzas de sus penas; para que, como dice san Agustín, consideremos en esta pasión la paciencia del hombre, y la fortaleza de Dios. Si miramos la paciencia del hombre, parece increíble;

si miramos el poder de Dios, no tenemos de qué maravillarnos. Vistióse Dios de la flaqueza del hombre, y por eso sudó sangre cuando oró en el huerto, por la terribilidad de los tormentos que se le representaban; y vistió al hombre de la virtud de su deidad, para que pase los suyos con fortaleza y alegría, y el hombre quede obligado á hacer gracias al Señor por lo que tomó de su flaqueza, y le comunicó de su virtud. Así lo vemos en san Vicente, á quien Dios armó de tan divina fortaleza y constancia, que los tormentos le parecían regalos, las espinas flores, el fuego refrigerio, la muerte vida, y parece que á porfia peleaban la rabia y furor de Daciano, y el ánimo y fervor del santo mártir: el uno en darle penas y el otro en sufrirlas; pero ántes se cansó Daciano en atormentarle, que Vicente en reirse de sus tormentos. Pusieronle en una cruz: extendieronle en una como cama de hierro ardiendo: abrasáronle los costados con planchas encendidas: corrían los rios de sangre, que salían de sus entrañas, con tanta abundancia, que apagaban el fuego: la carne estaba consumida; y solos los huesos quedaban ya, denegridos y requemados. Mandaba el prefecto echar gruesos granos de sal en el fuego, para que saltando le hiriesen: y el valeroso soldado de Cristo, como si estuviera en una cama de rosas y flores, así hacia burla de los que le atormentaban, y mas de Daciano: el cual viéndose vencido del santo mozo, mandó que de nuevo le echasen en una cárcel muy oscura, y que la sembrasen de agudos pedazos de tejas, y le arrastrasen sobre ellas, para que no quedase parte de su cuerpo sin nuevo y agudo dolor; aunque como dice san Isidoro, no buscó Daciano el secreto y oscuridad de la cárcel, tanto por atormentar con ella á san Vicente, cuanto por encubrir su tormento, y la pena que tenia de verse vencido de él. Estaba el valeroso levita sobre aquella cama dura y dolorosa, con el cuerpo muerto y con el espíritu vivo aparejándose para nuevos martirios, y nuevas penas, cuando el Señor mirando á su soldado desde el cielo, tuvo por bien de darle nuevo favor, y mostrar que nunca desampara á los que confían en él. Háblale regalado con la constancia y alegría en los tormentos, y con el fervoroso deseo de sufrir mas, y con la victoria tan gloriosa de sus penas: ahora quiso hacerle otro regalo mayor, librándole de ellos con espanto de sus mismos enemigos.

Descubrióse en aquella cárcel sucia y tenebrosa una luz venida del cielo: sintióse una fragancia suavísima: bajaron ángeles á visitar al santo mártir, el cual en un mismo tiempo vió la luz, sintió el olor, y oyó los ángeles que con celestial armonía le recreaban. Turbáronse las guardas creyendo que san Vicente se había huido de la cárcel, mas el santo, viéndolos así turbados, les dijo: No he huido, nó; aquí estoy: aquí estaré; entrad hermanos, y gustad parte del consuelo que Dios me ha enviado; que por aquí conoceréis cuán grande es el Rey á quien yo sirvo, y por quien yo tanto padezco; y despues de haberos enterado de esta verdad, decidle á Daciano de mi parte, que apareje nuevos tormentos; porque yo ya estoy sano, y aparejado á sufrir otros mayores. Fuéron los soldados á Daciano: dijéronle lo que pasaba, y quedó como muerto y fuera de sí; y entretanto que pensaba lo que habia de hacer, estaban los ángeles dando suavísima música al santo mártir, y haciéndole dulcísima compañía, y como dice Prudencio, hablando de esta manera: Ea, mártir invicto, no temas; que ya los tormentos te temen á tí, y para contigo han perdido

toda su fuerza. Nuestro Señor Jesucristo, que ha visto tus batallas gloriosas, te quiere ya como á vencedor coronar: deja ya el despojo de esta flaca carne; y vente con nosotros á gozar de la gloria del paraíso.

Pasada aquella noche, mandó Daciano que trajesen el santo mártir á su presencia, y viendo que la crueldad y fiereza que habia usado contra él le habia salido vana, quiso con astucia y blandura tentar aquel pecho invencible que á tantos tormentos habia resistido, y comenzóle á regalar con dulces palabras, y á decirle: Muy largos y muy atroces han sido tus tormentos: razon será que descanses en una cama blanda y olorosa, y que busquemos medios con que cobres la salud. No era esto celo, ni caridad, ni arrepentimiento del tirano, sino una sed insaciable de sangre del mártir: queríale sanar para atormentarle de nuevo, y darle fuerzas para que pudiese mas sufrir. Estas son las artes, como dice san Agustin, que el mundo usa contra los soldados de Cristo: halaga para engañar: espanta para derribar: pero con dos cosas se vence el mundo; con no dejarnos llevar de nuestro apetito y propia voluntad, y con no dejarnos espantar de la crueldad ajena. Mas el glorioso mártir de Cristo Vicente, en viéndose tendido en aquella cama blanda y regalada, aborreciendo mas las delicias que las penas, y el regalo que el tormento, dió su espíritu: el cual, acompañado de los espíritus celestiales, subió al cielo y fué presentado delante del acatamiento del Señor, por quien tanto habia padecido. Embravecióse sobre manera Daciano; y dejando aquella máscara de vulpeja, que habia tomado, volvióse luego á la suya propia de leon, y propuso vengarse del cuerpo del santo muerto, pues que no habia podido vencerle vivo. Mandó echar el sagrado cuerpo á los perros y á las fieras, para que fuese despedazado y comido de ellas, y los cristianos no le pudiesen honrar. Pero ¿qué puede toda la potencia y maldad de los hombres malvados contra los siervos de aquel Señor, que con tanta gloria suya los defiende en la vida y en la muerte; y despues de la muerte los hace triunfar, quedando sus enemigos vencidos y confusos? Estaban los miembros de nuestro vencedor, desnudos y arrojados en el suelo, junto á un camino, y allí cerca de un monte, para que las aves del cielo y las bestias fieras se cebasen en él: pero en viendo alguna ave de rapaña sobre el santo cuerpo, luego salía del monte un cuervo grande, y graznando y batiendo sus alas embestia con la ave atrevida, y con el pico, uñas y alas le daba tanta picada, que la ahuyentaba y se retiraba, y se ponía como guarda á vista del santo cuerpo. Vino un lobo para encarnizarse en él; mas el cuervo le asaltó y se le puso sobre su cabeza, y le dió tantas picadas y tantos alazos en los ojos, que le hizo volver mas que de paso á la cueva de donde habia salido. ¡O bondad inmensa del Señor, que así sabe regalar á los suyos! ¡O omnipotencia de Dios, á quien todas las criaturas sirven! ¿Cuál fué mayor milagro, que el cuervo trajese de comer á Elías hambriento, ó que el cuervo hambriento no comiese del cuerpo muerto de Vicente: y que no solamente no comiese; mas que no dejase comer á las otras aves de rapaña, y fieras hambrientas? ¡O loco furor, y furiosa locura de Daciano, dice san Agustin! El cuervo sirve á Vincencio, y el lobo le reverencia; y Daciano le persigue, y no tiene vergüenza de porfiar en su maldad, y de encruelcerse mas contra aquel, que las bestias fieras, olvidadas de su fiereza, procuran amparar y defender.

Supo Daciano lo que pasaba, y dió gritos como un loco, y decía: ¡O Vicente, aun despues de muerto vences; y tus miembros desnudos, y sin sangre y sin espíritu, me hacen guerra! Nó, no será así: y volviéndose á los sayones y ministros de su crueldad, mandóles que tomasen el cuerpo del santo mártir, y cosido de un cuero de buey, como solian á los parricidas, le echasen en lo mas profundo del mar, para que fuese comido de los peces, y nunca jamás pareciese; pensando poder vencer en el mar á quien no habia podido vencer en la tierra; como si Dios no fuese tan señor de un elemento como lo es del otro, y tan poderoso en las aguas, como en la tierra y el que, como dice el real profeta, hace todo lo que quiere en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos. Toman el cuerpo santo los impíos ministros: llévanle en un barco, tan dentro del mar, que no se veia sino agua y cielo: échale en aquel profundo abismo, y vuélvense muy contentos hácia tierra, por haber cumplido el mandato del presidente. Mas la poderosa mano del muy Alto, que habia recibido en su seno el espíritu de Vincencio, cogió el cuerpo de en medio de las ondas, para que se pusiese en el sepulcro, y con tanta facilidad y presteza le trajo sobre las ondas á la orilla del mar, que cuando llegaron los ministros de Daciano, que le habian arrojado, le hallaron en ella; y asombrados y despavoridos no le osaron mas tocar. Las ondas blandamente hicieron una hoya, y cubrieron el santo cuerpo con la arena, que allí estaba, como quien le daba sepultura; hasta que el santo mártir avisó á un hombre, que le quitase de allí, y le enterrase. Mas como él por miedo de Daciano estuviese tibio y perezoso en ejecutar lo que le fué mandado, el santo apareció á una buena y devota mujer, viuda, y le reveló el lugar donde estaba su cuerpo, y mandóle que le diese sepultura. Hizo la mujer varonil lo que no habia hecho el hombre temeroso, y venciendo con su devocion los espantos del tirano, lomó el cuerpo, y enterróle fuera de los muros de Valencia, en una iglesia que despues se dedicó al Señor en honor del mártir.

Estas fueron las peleas y victorias, las coronas y trofeos del gloriosísimo mártir san Vicente, el cual, como dice san Agustin, tomado de aquel vino, que hace castos y fuertes á los que le beben, se opuso al encuentro del tirano que contra Cristo se embravecia: sufrió con paciencia las penas, y estando seguro, hizo burla de ellas, fuerte para resistir, y humilde cuando venia, porque sabia que no vencía él, sino el Señor en él: y por esto, ni las láminas y planchas encendidas, ni las sartenes de fuego, ni el cúlco, ni las uñas y peines de hierro, ni las espantosas fuerzas de los atormentadores, ni el dolor de sus miembros consumidos, ni los arroyos de sangre, ni las entrañas abiertas que se derritian con las llamas, ni todos los otros exquisitos tormentos, que le dieron, fueron parte para ablandarle un punto, y sujetarle á la voluntad de Daciano. Pues ¿qué es esto, sino mostrarse la fortaleza de Dios en nuestra flaqueza, para que el siervo de Dios, cuando fuere menester poner la vida por la honra de su Señor, no tema su flaqueza, sabiendo que no ha de pelear él, sino Dios en él? Ya se acabaron la rabia de Daciano y la pena de Vincencio; mas no acabaron la pena de Daciano y la corona de Vincencio. ¿En qué parte del mundo no se ha derramado y extendido la fragancia y gloria de este martirio? ¿Dónde no resuena el nombre de Vincencio?

¿Quién hubiera oido hablar de Daciano, sino por haber leído la pasion del que tan gloriosamente le venció? Lo cual nos debe animar á todos á la imitacion de nuestro victorioso Vicente, menospreciador del tirano, vencedor de los tormentos, triunfador de la muerte, del demonio y del infierno, para que siendo partíciperos de sus merecimientos, lo seamos de sus coronas y triunfos.

Murió san Vicente á los 22 de enero del año del Señor de 303. Escribió san Agustin dos sermones de este glorioso santo, y san Bernardo otro. Hacen honorífica mencion de él san Leon papa, Prudencio, Isidoro, Metafraste, y los demás que escriben martirologios.

SAN ANASTASIO, MÁRTIR.—En el tiempo que imperaba Focas, el rey de Persia, llamado Cosroas, hizo cruda guerra contra los cristianos: cercó á Jerusalem y la tomó y destruyó, y con gran orgullo y triunfo llevó á su reino el madero de la santa cruz, en que Cristo nuestro Redentor habia triunfado del pecado, del demonio y del infierno. Llevado á Persia este divino tesoro, no se puede creer la guerra que hizo á los gentiles persas, y los milagros que por medio de su cruz obró el Señor, cegando con su luz á los gentiles obstinados, que por su culpa no querian abrir los ojos, y alumbrando y convirtiendo á otros, y trayéndolos á su conocimiento. Entre estos que se convirtieron, fué uno Anastasio, persa, que en su lengua antes se llamaba Magudad, hijo de un hombre llamado Bau, que era grande hechicero y nigromántico, y tenia escuela de ello, y muchos discípulos engañados, que le oian y creian, y su mismo hijo uno de ellos, y tan ejercitado en el arte mágica, que competia con su mismo padre. Pero como Anastasio oyese decir al vulgo, que el Dios de los cristianos estaba en Persia, y que por medio de aquel madero, en que habia muerto, hacia obras maravillosas; vinole curiosidad de hablar con algun cristiano, y preguntarle, ¿cómo habia bajado Dios del cielo? ¿Cómo se habia hecho hombre? ¿Cómo habia sido crucificado, y despues habia tornado á subir al cielo? Y oyendo la razon, que le daba el misterio de nuestra redencion, iba edificando poco á poco su ánimo, y disponiendo la tierra de su corazon, para recibir la semilla de la fé, y producir el fruto de la vida cristiana y perfecta. En esta sazón sucedió á Focas Heraclio emperador, el cual con tres batallas alcanzó tres ilustres victorias de Cosroas y de sus capitanes, y cobró con gran gloria todo lo que su predecesor con grande ignominia habia perdido. Iba Anastasio en la primera jornada por soldado con otro hermano suyo en el ejército de Cosroas, y como aquel ejército se desbarató, y Heraclio alcanzó la victoria, Anastasio, que ya andaba tocado de Dios, dejando la milicia, se juntó con algunos cristianos, y vino á la ciudad de Hierápoli, donde asentó con un platero, que era persiano y cristiano. Allí estuvo algun tiempo trabajando con las manos en aquel oficio, y orando con el corazon á Dios. Rogó al platero que le hiciese bautizar; y como por temor de los gentiles lo dilatase, íbase Anastasio con el platero todas las veces que podía á la iglesia, para hacer oracion á Dios; y como viesse en ella pintadas las imágenes de algunos santos mártires, preguntaba al platero, ¿qué imágenes eran aquellas? Y oyendo que eran de hombres que habian padecido grandes tormentos, y la muerte por Dios, espantábase y enternecía; y pareciéndole que se tardaba mucho el cumplimiento de su deseo, se determinó de ir á Jerusalem. Allí recibió el agua

del bautismo, y trocó el nombre de Magudad en el de Anastasio, y estuvo ochenta dias sin salir de la casa del sacerdote que le bautizó, por ser mejor enseñado en los misterios de nuestra santa fé. Oyó decir que habia muchos cristianos que para servir altamente al Señor tomaban hábito de monjes, y se encerraban en los monasterios, guardando perpetua pobreza, castidad y obediencia; y encendido del amor divino se fué á un monasterio, que estaba como cuatro millas de la ciudad de Jerusalem, en el cual era abad un santo varon, por nombre Justino, y de su misma mano recibió el hábito de monge, y estuvo siete años en el convento, sirviendo á los monjes de hortelano y de cocinero con grande humildad, diligencia y caridad, procurando cumplir con estas obligaciones de manera, que no faltase á las de la oracion, misa, comunión y otros divinos oficios. Leia á menudo los libros devotos, y especialmente las batallas y victorias de los santos mártires, y enternecíase con ellas, regando los libros que leia de dulces lágrimas, y suplicando á nuestro Señor que le hiciese compañero de los que habian muerto por él. Quiso el demonio derribarle, trayéndole á la memoria su vida pasada, y los hechizos y artes diabólicas en que habia andado; mas el santo monge con pedir socorro á Dios le venció, y con descubrir sus tentaciones á su padre espiritual y maestro, que para los religiosos es eficaz y singular remedio contra los ardidés de Satanás.

Pero creciendo cada dia mas en Anastasio aquel fervor y deseo del martirio, quiso nuestro Señor darle prendas de que se lo habia de conceder, con una vision: porque estando una noche durmiendo, le pareció que habia subido á la cumbre de un monte, y que estando allí, se llegó á él un hombre con una copa de oro esmaltada de piedras preciosas llena de vino, y le decia: Toma y bebe; y que él tomó y bebió, y que luego penetró su alma una suavidad tan regalada y celestial, que aun estando durmiendo entendió que Dios le queria hacer merced de la corona del martirio. Comunicó su sueño y revelacion á su padre espiritual: y despues de haber cantado aquella noche los maitines, y al dia siguiente halládose en la misa y recibiendo el cuerpo del Señor con los monjes, se despidió de todos y con su solo hábito se partió para Cesarea de Palestina, en donde hizo oracion y estuvo dos dias en el templo de la Madre de Dios, y despues en el de Santa Eufemia; y finalmente fué presentado al adelantado de aquella provincia, que se llamaba Marzabanas, y era teniente de Cosroas, rey de Persia, el cual perseguia crudamente á los cristianos. Pensó Marzabanas con buenas palabras y promesas persuadir á Anastasio, que dejada, como él decia, la superstición cristiana tornase á su verdadera religion; y para esto le ofrecia muchos dones y riquezas. Despues, como el santo estuviese muy en sí, apretóle con terrores y espantos; mas él no se dejó vencer, ni de fieros ni de halagos. Condenóle el juez á que cargado de hierros y cadenas llevase piedra con otros cristianos, y cargándole mas que los otros, injuriándole de palabra, maltratándole y ponian las manos en él, y el santo se gozaba con sus penas, y deseando padecer muchas mas, se ensayaba con ellas para el martirio. Pasado algun tiempo, creyendo el juez que ya con el trabajo, y con el maltratamiento estaria mas blando y rendido Anastasio, le tornó otra vez á tentar; pero hallóle mas fuerte que una roca: y enojado y furioso, le mandó estender en el suelo, y azotar cruel-

simamente, hasta que mudase de parecer. Quisieron los verdugos atar al santo para ejecutar mejor en él este tormento; mas él les rogó que no lo hiciesen, porque él padecia voluntariamente, y con gran alegría y contentamiento de su alma, y que esperaba en Dios que le daría fuerzas para estar quieto y no menearse, sin ser atado, como lo hizo. Tambien les rogó que para herirle mejor, le quitasen el hábito de monge, y no ménos para que aquel santo hábito no fuese ultrajado y menospreciado en su cuerpo: tanta era su devocion, y el respeto que tenia, no solo á la profesion de monge, sino tambien á la señal de aquella profesion. Azotáronle, apaleáronle y molieronle todo el cuerpo, y quebrantáronle los huesos á puros golpes, estando el santo inmóvil y como una estátua, nó por la fuerza de las prisiones, que no tenia, sino del espíritu del Señor que le detenia y alentaba. Volviéronle otra vez á la cárcel, en la cual gastaba las noches en cantar himnos á Dios, y los dias en recrear su ánimo con sus palabras y sentencias. Fué allí visitado de los monjes de su convento, y mucho mas de los santos ángeles, los cuales en una noche oscura bajaron á él vestidos de inmensa claridad, y entre ellos venia uno que con un incensario incensaba al santo mártir. Procuró el juez, ya que Anastasio no queria adorar á sus dioses, que á lo ménos de palabra dijese que no queria ser cristiano; y si tenia vergüenza de decirlo públicamente delante de muchos, que lo dijese secretamente delante de él y de otros dos testigos; porque con esto solo le soltaria, y le dejaria libre con su hábito de monge; y como tampoco por esto pudiese hacer mella en aquel santo y fortísimo pecho, envióle al rey de Persia, su señor, cargado de prisiones y cadenas. El rey cometió la causa á un presidente suyo, el cual despues de haberle ofrecido en nombre del rey grandes dignidades, honras, riquezas y comodidades de esta vida, y el santo hecho burla de todas ellas como de un poco de basura, le mandó estender y estirar en el suelo, y entre las piernas poner unos recios maderos, y que algunos hombres valientes y de grandes fuerzas las apretasen, para que se despedazasen y penetrase hasta los huesos el dolor. Despues le ataron de un brazo en un madero alto, y del uno de los piés le colgaron una piedra muy pesada para que el cuerpo se descoyuntase y desmembrase; y en este tormento le tuvieron dos horas. Pero viendo que ninguna cosa aprovechaba contra la constancia y fortaleza invencible del santo mártir, cansado ya el juez, y consultándolo con el rey, se determinó de acabar con él y darle la muerte. Para esto sacaron de la cárcel á otros setenta cristianos que tenian cautivos, y algunos hombres facinerosos que estaban presos por sus delitos, y llevaronlos con Anastasio á la ribera de un rio, y allí echando á los demás un lazo al cuello los ahogaron, y luego uno á uno los arrojaron en el rio á los ojos del santo mártir, diciendo cada vez que echaban alguno: ¿Por qué quieres morir como estos, y no obedecer al rey y vivir dichoso y bienaventurado? Mas él, levantando los ojos al cielo con gran ternura y humildad, hacia gracias al Señor por aquella merced tan señalada, y porque le dejaba ver ya la hora tan deseada de su martirio y la puerta del paraíso abierta: y volviéndose á los ministros les decia: Yo deseaba y esperaba morir con otra muerte mas cruel que esta, y que todos los miembros de mi cuerpo uno á uno fueran cortados por mi Señor Jesucristo; mas pues él es servido que yo muera con una muerte tan blanda como esta, yo le hago

gracias por ello, y porque se digna recibir esta ni muerte que debo á la naturaleza. Diciendo estas palabras, le ahogaron; y despues le cortaron la cabeza y la llevaron al rey. Mas Dios, que se habia mostrado admirable y poderoso en la virtud y constancia que el mismo habia dado al mártir vivo, quiso tambien mostrarse padre benignísimo, y no menos poderoso en la honra que dió á su cuerpo muerto: porque viniendo algunos cristianos secretamente para tomarle y enterrarle, hallaron en tierra los cuerpos de los otros que habian sido ajusticiados con él, comidos y despedazados de los perros, y el cuerpo del santo entero y sin lesion alguna, y los mismos perros hartos de los otros cuerpos junto del cuerpo de san Anastasio guardándole. Vióse asimismo una estrella muy resplandeciente que estaba sobre el cuerpo del mártir; así le tomaron los cristianos, y envolviéndole con gran reverencia, le pusieron en el monasterio del santo mártir Sergio. Obró Dios muchos milagros con el hábito de san Anastasio y con su imágen; y sus santas reliquias fueron trasladadas al monasterio donde habia tomado el hábito, y de allí despues trasladaron á Roma su sagrada cabeza con una imágen suya, por la cual, como dice el Martirologio romano, alegando el segundo concilio Niceno, los demonios eran lanzados de los cuerpos, y muchos enfermos sanaban. Y en el mismo concilio se refiere, que cuando trajeron el cuerpo del santo de Persia á Cesarea de Palestina, toda la ciudad con gran pompa y regocijo le salió á recibir; y que despues yendo todos á reverenciarle, una señora principal, que se llamaba Areta, dijo: Yo no haré reverencia á las reliquias que vienen de Persia. Mas el santo vestido con su hábito de monje le apareció en sueños; y dijo: Mala estás; y como ella respondiese: No estoy sino buena: luego le vinieron unos dolores agudísimos, que la hacian salir de sí, y estuvo con ellos cuatro dias: hasta que le avisaron, que se encomendase al santo y cobraría salud por su intercesion; y la alcanzó, haciéndose llevar á donde estaba el santo cuerpo, y reconoció su culpa. Todo esto se escribe en aquel libro de sus milagros que refiere el dicho concilio. Fué colocada la cabeza de san Anastasio en la iglesia de Santa María *ad Aquas Salvias*, que es la de las tres fontanas, donde fué degollado san Pablo apóstol: la cual iglesia despues trocó el nombre, y hoy se llama de San Vicencio y San Anastasio, á los 22 de enero del año de 627, á los diez y siete años del imperio de Heraclio.

En la vida de san Anastasio debemos primeramente considerar los modos que la divina Providencia suele tomar para castigar á unos y hacer bien á otros. Permitió que el rey de Persia Cosroas destruyese la ciudad de Jerusalem, para castigo de los moradores de ella; y que llevase el madero de la santa cruz á Persia, para alumbrar á los persianos gentiles, y hacer tan esclarecido mártir á san Anastasio y á otros. Lo segundo, que ninguno en esta vida debe desespérer de su salud, por ruin que sea; pues Anastasio, siendo mago é hijo de nigromántico, por oír los misterios de nuestra santa fé se convirtió á ella, y recibió el bautismo. De donde tambien se puede sacar la fuerza que tiene la palabra de Dios, y el cuidado con que la debemos oír; porque es como la lluvia que siempre da fruto cuando cae en tierra sazónada y bien dispuesta. Lo postrero es la imitacion de este glorioso santo, que es el blanco y el mas principal fin que debemos tener en leer la vida de los santos. En la de Anastasio se nos propone el menosprecio

del mundo que él tuvo: la santa y religiosa vida que hizo: la sed ardentísima del martirio: la constancia en los tormentos: la perseverancia hasta la muerte: la estima y aprecio del hábito religioso, y finalmente aquel amor tan entrañable y tan abrasado que tenia al Señor, por el cual los tormentos atrocísimos le parecian regalos, las penas dulzuras, y la muerte vida, la cual por su infinita bondad y por las oraciones del mismo santo nos dé el Señor que le coronó y glorificó en el cielo. Amen.

* SAN GAUDENCIO.—Este hombre, amigo íntimo de san Ambrosio, como tambien de todos los hombres mas célebres en virtud y letras de su tiempo, fué obispo de Novara, antigua y célebre ciudad de la Galia Cisalpina. Trabajó incesantemente por la religion católica, adquiriendo mucha celebridad durante el tiempo de su obispado, desempeñando con celo los deberes de su ministerio. Murió en 418.

SANTO DOMINGO.—Fundó este santo muchos monasterios, y fué abad del de Sora en Campania; favoreció el cielo con innumerables milagros obrados por su intercesion en vida y despues de su muerte; y descansó con la muerte de los justos, á la edad de ochenta años, el 1021 de Jesucristo.

LOS SANTOS MÁRTIRES, VICENTE, ORONCIO Y VICTOR.—Su fiesta se celebra el dia 30 de este mismo mes.

DIA 23.

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO Y CONFESOR.—El glorioso san Ildefonso, arzobispo de Toledo, espejo de santos prelados, gloria de su Iglesia, ornamento de su patria y devotísimo capellan de la Virgen nuestra Señora, nació en la ciudad de Toledo, en las casas de Estéban Illan, que despues fueron de los condes de Orgaz, y ahora son de los padres de la Compañía de Jesus. Su padre se llamaba Estéban y su madre Lucía, personas por sangre ilustres y esclarecidas por sus obras y piedad. Habian vivido estos caballeros muchos años en matrimonio sin tener hijos; y con el deseo de tener sucesor, á quien pudiesen dejar sus muchas riquezas, sabiendo que Dios es el que da los hijos y el que los quita, comenzaron á hacer muchas oraciones, limosnas y buenas obras, suplicando á nuestro Señor que les diese lo que tanto deseaban. Tomaron por especial abogada é intercesora de esta su peticion á la Virgen nuestra Señora, á quien Lucía prometió que si Dios, como esperaba, le daba un hijo varon, ella se le ofreceria y procuraria con todas sus fuerzas que fuese su capellan. Concedióles el Señor lo que con tanta instancia le pedian: aunque algunas veces no lo concede, porque nó les conviene á los que lo piden, y dió á Estéban y á Lucía un hijo, y tal hijo. Nació Ildefonso para tanta gloria de Dios y bien del mundo, y honra de su Iglesia y de su patria. Criaronle con gran cuidado, como á hijo de oraciones y de lágrimas; y la madre Lucía se esmeraba mas en su crianza, por tenerle ofrecido á nuestra Señora, y porque el niño luego dió muestras de lo que habia de ser, y de su grande ingenio y buena inclinacion. Enseñaronle las primeras letras é instruyéronle en santas y loables costumbres, hasta que habiendo ya crecido y aprendido lo que era necesario para pasar á las ciencias mayores, le enviaron sus padres á san Isidoro, arzobispo de Sevilla, el cual en aquel tiempo era tenido por un oráculo de la sabiduria, y por

un vivo ejemplo de santidad; para que de tal maestro aprendiese así las letras humanas y divinas, como principalmente el amor y temor santo del Señor.

Tenia el bienaventurado prelado colegios, en que se enseñaban las ciencias á los mozos, y las virtudes con que deben agradar á Dios; tomando el santo arzobispo el cuidado y trabajo de enseñar y velar sobre los otros maestros y sobre los discípulos, por el gran bien que de aquella doctrina y honesta institucion se seguia á la república. Enviábanle los caballeros y los señores sus hijos, para que de su mano los cultivase con la doctrina, y los ajustase á la ley de Dios; y así salieron de aquella escuela varones santos y doctos, entre los cuales fué uno san Ildefonso; el cual despues de haber estado doce años en Sevilla, debajo de la disciplina y enseñanza de su maestro san Isidoro, siendo ya docto y bien ejercitado en la filosofia y en las sagradas letras, volvió á Toledo, donde fué recibido con gran contentamiento y alegría de sus padres, y de todo el pueblo que le amaba, estimaba y honraba por sus grandes virtudes y rara sabiduría. Venia él ya herido de Dios, y muy puesto en dar libelo de repudio á todas las cosas del siglo, y entregarse muy de veras al servicio del Señor; pero aunque habia tenido mucho ántes este intento, no lo habia puesto en ejecucion, nó por dilatar la inspiracion del Señor, sino por ejecutarla mejor, y por habilitarse mas con las ciencias para lo que pretendia. Mas ahora quiso poner por obra este su desco, y determinó tomar el hábito en el monasterio Agaliense, que á la sazón con título de San Cosme y San Damian, ó como otros dicen y es mas probable, de San Julian, florecia en Toledo con fama de gran santidad; y habiéndose hurtado á sus padres, se partió secretamente para el monasterio. Cuando su padre le echó ménos, luego entendió lo que podia ser, y acompañado de criados y gente armada se fué tras el santo hijo, el cual, viendo de lejos á su padre sin ser visto de él, se escondió tras un soto espeso, hasta que habiendo pasado su padre, y llegado al monasterio, y buscádole, no le halló; y sabido por cosa cierta que no habia ido á aquella casa, se volvió á la suya muy desconsolado y afligido: y con esto san Ildefonso pudo muy á su salvo ir al monasterio á tomar el hábito de monge sin estorbo.

No es maravilla que Estéban tuviese aquel sentimiento; porque era padre de la carne de su único hijo, y de hijo que tantas lágrimas y oraciones le habia costado; y porque pensaba que habia de ser el báculo de su vejez, y su sucesor, y el amparo y honra de su casa, por las grandes esperanzas que sus muchas partes le prometian; pero no consideraba cuánta mayor gloria habia de tener su hijo y su misma casa, estando Ildefonso en la de Dios vestido del hábito de monge y con el adorno de su gracia, desnudo ya de la vanidad del mundo y de los cuidados que ella trae consigo.

Pensaba el padre, como lo piensan muchos, que por hacerse su hijo religioso le perdía, y no sabia que le ganaba mas: creia que su casa, faltando aquel pilar, caería, y no entendia que entonces de veras se fundaba, y que Ildefonso la habia de sustentar y perpetuar en el mundo, nó con la herencia y rentas de sus padres, sino con sus oraciones y merecimientos. Mejor entendió esto la buena madre Lucía, la cual acordándose que su hijo era hijo de oraciones, y que ella se le habia ofrecido á nuestra Señora desde que estaba en sus entrañas, tuvo escríptulo de es-

torbar al santo mozo, y quitar á Dios lo que tantas veces le habia ofrecido. Fuése al monasterio, habló á su hijo, alabó lo que habia hecho, rogóle que lo llevase delante y que perseverase en lo que habia comenzado, dióle los documentos y avisos que supo, para que su vida fuese conforme al hábito que tomaba, y agradable al Señor que le llamaba, y á los otros monges con quienes habia de vivir; y sobre todo le rogó y encargó mucho que fuese muy devoto y perpetuo capellan de la Reina del cielo nuestra Señora; y despidiéndose de su hijo con muchas y tiernas lágrimas de contentamiento y gozo, se volvió á su casa y persuadió á su marido que tuviese á bien lo que habia hecho su hijo, y se acordase que no le daban, sino que lo volvian á Dios, y el padre se aplacó y de buena gana ofreció á Dios el sacrificio de su hijo. ¡Cuánto vale una buena madre! ¡Cuánto pudo la piedad y el temor santo del Señor en el pecho de Lucía! ¡Cuántas veces parió á Ildefonso en carne y en espíritu! Ella le alcanzó con sus oraciones de Dios: ella ofrecióle por capellan á Nuestra Señora; ella le crió para santo; ella le animó y esforzó, para que lo fuese; y sin tener cuenta consigo, se privó de su gusto y regalo, por hacerle siervo del Señor: el cual le pagó por muy entero este servicio; porque luego que tomó Ildefonso el hábito, comenzó á dar muestras de lo que era, y de las grandes mercedes que el Señor habia hecho á aquel monasterio Agaliense, por habérselo dado por hijo y morador. Era maravillosa su obediencia, su honestidad, su oracion, su modestia, su afabilidad, su paciencia, el menosprecio del mundo, el amor de Dios, el continuo estudio de las divinas letras; de manera, que los otros monges le miraban como á un hombre venido del cielo. En esta sazón fué ordenado de levita ó diácono, como el mismo santo escribe, por san Heladio arzobispo de Toledo; y habiendo en breve muerto Adeodato su abad, los monges sin dificultad le eligieron por su padre y prelado, juzgando que ninguno podia mejor henchir aquel lugar y gobernar la casa que Ildefonso: el cual fué forzado, aunque contra su voluntad, á aceptar el cargo y administrarle algunos años á gran gloria del Señor y beneficio de su religion, y edificacion y admiracion de toda la ciudad de Toledo. Murieron en esta sazón sus padres y dejáronle su hacienda, de la cual el santo abad fundó un monasterio de monjas en un heredamiento llamado Debiense. Estando pues ocupado en el gobierno de su casa, con tan grande loa y aprovechamiento como habemos dicho, sucedió asimismo la muerte del arzobispo de Toledo san Eugenio, tercero de este nombre, que habia sucedido á Heladio, y segun algunos dicen, fué deudo de san Ildefonso, y le habia enseñado las primeras letras ántes de ser arzobispo; y luego pusieron todos los ojos en san Ildefonso para hacerle sucesor de Eugenio, por las grandes partes con que resplandecía y sobrepujaba á los demás. Inclínose el rey Recesvinto, el clero y el pueblo con extraordinaria conformidad á esta eleccion, juzgando que no habia en el reino persona tan digna de aquella silla y alta dignidad como Ildefonso; mas él lloraba y gemía, considerando el peso que le ofrecian, como quien sabia lo que era y las pocas fuerzas que á su parecer tenia para llevarle; y por eso le rehusaba, y por no caer con la carga y dar cuenta á Dios de haberla tomado. Pero muy tanta la instancia que le hicieron, y la batería que por todas partes le dieron para que la aceptase, que no pudo defenderse, ni resistir á la voluntad del Señor que le llamaba. Aceptó la dig-

nidad y aquella hacha encendida, que estaba en el rincón de su monasterio, fué puesta sobre el candelero de la santa iglesia de Toledo, para que esparciese los rayos esclarecidos de su luz, no solamente por toda la ciudad y arzobispado, sino por toda España, y por las mas remotas partes del mundo. Era en el temor de Dios recatado, con la compuncion recogido, y compuesto con la devocion. Su aspecto era grave con blandura, y blando con gravedad: su honestidad componia á los que le miraban: su paciencia y mansedumbre amansaba á los coléricos y mal sufridos: su sabiduría era admirable, y su agudeza en el disputar, excelente; y tan elegante y copiosa su manera de decir, que mas parecia de vino que humana; y por esto le llamaron Crisóstomo, que quiere decir *Boca de oro*. Pues ¿que diré de la misericordia y liberalidad para con los pobres? Hoy dia hay en la santa iglesia de Toledo memoria de ella, donde cada dia se da de comer á treinta pobres, veinte hombres y diez mujeres suficientemente, por institucion de este santo prelado; y el preste, que cada dia dice misa en el altar mayor, viene á echar la bendicion á la mesa de los pobres, ántes que coman: y esto hace hasta el mismo arzobispo de Toledo, cuando dice la misa, para autorizar mas aquella obra de caridad, y celebrar la memoria de san Ildefonso, que la instituyó.

Pero aunque san Ildefonso fué admirable en todas sus obras, en lo que mas se esmeró fué en la devocion de Nuestra Señora, que se le habia pegado en las entrañas de su madre, y en defender su virginal pureza; porque en su tiempo vinieron á España tres herejes de la Galia gótica, y comenzaron á sembrar desvergonzadamente blasfemias contra la Madre de Dios, y á publicar que no habia sido perpetuamente virgen, y á renovar la herejía de Helvidio, contra el cual escribió san Jerónimo, deshaciendo con luz de la verdad las tinieblas y engaños de aquel desventurado y desatinado hereje: á cuya imitacion nuestro Ildefonso, á quien con mucha razon llamaron áncora de la fé, tomó la mano y salió al encuentro á los enemigos, y los convenció en pública disputa, y escribió un libro maravilloso y divino contra ellos, y los desterró de toda España volviendo por la honra de su Señora; y con esto aquella tempestad se sosegó, y san Ildefonso quedó victorioso y triunfante. Fué tan agradable á la Reina de los ángeles este trabajo de este celoso capellan, que luego se lo quiso agradecer, y mostrarnos con cuán larga mano paga el Señor los servicios que le hacemos, por pequeños que sean: porque viniendo el dia de la fiesta de santa Leocadia, fueron el rey Recesvinto con su corte y san Ildefonso con su clero á la iglesia, donde la santa estaba sepultada, para celebrarla solemnemente; y estando san Ildefonso de rodillas, haciendo oracion junto al sepulcro de la virgen, se comenzó á levantar de suyo la piedra que le cubria, que era tan grande y tan pesada, que Cixila, arzobispo de Toledo, que lo escribe, dice, que treinta hombres robustos no la pudieran alzar; y luego salió la misma virgen, despues de mas de trescientos años que allí estaba, y tendiendo su mano tocó la de san Ildefonso, y hablóle de esta manera: «O Ildefonso, por tí vive la gloria de mi Señora.» Quedaron todos desprovistos por la novedad de este milagro: solo Ildefonso no temia; ántes con la confianza que le daba el mismo Señor, que enviaba á la santa virgen para honrarle y regalarle, le dijo: «Virgen gloriosa y digna de reinar con Dios en el cielo, pues por su amor menospre-

ciaste y diste la vida: dichosa fué esta ciudad; pues naciste en ella, y la consagraste con tu muerte, y ahora con tu presencia la consuelas. Vuelve, Señora, los ojos desde el cielo sobre ella: ampara con tu intercesion á sus naturales, y al rey que con tanta devocion celebra tu fiesta.» Oidas estas palabras, comenzó la virgen á retirarse y á encerrarse en su sepultura; pero san Ildefonso, con un cuchillo que le dió el rey, cortó un pedazo del velo bendito con que la virgen venia cubierta, para que quedase memoria de tan ilustre milagro, y toda la ciudad consolada con tener como tiene aquel celestial tesoro.

Muy glorioso quedó el santo prelado con tan maravillosa vista, y tan ilustre testimonio de lo mucho que se habia agrado la Virgen nuestra Señora de su servicio: mas no se contentó ella con haber hecho este favor tan singular á su capellan y defensor; ántes le hizo otro mayor, añadiendo gracias á gracias, y mercedes á mercedes; y nó ya por una sierva suya, sino por sí misma quiso honrar á Ildefonso, y sublimarle y mostrarle cuán acepto le habia sido el trabajo que habia tomado para defensa de su virginidad gloriosa: porque llegándose la fiesta de la Espectacion de Nuestra Señora, que á los 18 de diciembre se habia de celebrar en la santa iglesia de Toledo por ordenacion del deceno concilio Toletano, y san Ildefonso con ayunos, vigiliás y oraciones se habia apercebido para celebrarla con mayor solemnidad; la noche de ántes de la fiesta, yendo á maitines, y llevando consigo el libro que habia compuesto contra los herejes, de la perpetua virginidad de nuestra Señora, como dijimos; queriendo entrar en la santa iglesia con la gente que le acompañaba, hallaron la iglesia tan resplandeciente y con una claridad tan celestial y divina, que nó pudiéndola sufrir los ojos flacos de los que iban con el santo, volvieron atrás y echaron á huir y le dejaron solo. Mas san Ildefonso, como tenia mejor vista, y los ojos del alma mas claros y despiertos, no se espantó ni turbó; ántes entró en la iglesia, y se puso á hacer oracion delante del altar como solia, y alzando los ojos vió la Santísima Virgen acompañada de coros de ángeles y virgenes del cielo, sentada en la cátedra, de donde él solia predicar al pueblo. No se pueden explicar ni comprender los afectos y movimientos interiores, que esta vista causó en el pecho de Ildefonso: estaba atónito por la novedad, confuso por el concimiento de su vileza, temeroso por la reverencia de tan soberana majestad, rico con tal tesoro, regalado con tal favor; y su espíritu luchaba consigo mismo, no sabiendo lo que habia de hacer, ó mirar á sí, ó mirar á la Virgen: encogerse y retirarse, ó adelantarse y acercarse mas. Ea, pues, ó santo bendito dejad esta duda, y no temais: mirad que esta Virgen, aunque es Madre de Dios, tambien es abogada de pecadores, y con ser Reina de los ángeles, graciosamente se entretiene con los hombres: y del cielo ha bajado ahora al suelo, para honraros á vos y consagrar vuestra iglesia, y ennoblecer vuestra ciudad, y perpetuar vuestra memoria por todo el mundo. La misma Virgen dió esfuerzo al santo; y le habló y le dijo estas palabras: «Porque guardaste tu virginidad, y defendiste la mia con limpieza de corazón, y fé fervorosa, y amor entrañable; yo te honraré hoy con un don del tesoro celestial, y de mi mano te adornaré de esta vestidura gloriosa, para que uses de ella en mis festividades:» y diciendo esto, le echó una casulla que traia en las manos, y comenzó á desaparecer toda aquella vision celestial, quedando el templo lleno de una suavisi-

ma é inefable fragancia. Los clérigos, que despues entraron en el templo, hallaron al santo pontífice postrado, y adornado con el don del cielo, que por tal mano habia recibido, y tan lleno de dulzura y gozo incomparable, que no podia ni sabia hablar. Y puesto caso que todos hasta aqui respetaban á Ildefonso como á santo; de aquí adelante le miraban como á varon celestial, y tan favorecido de Dios y privado de su benditísima Madre, obedeciendo á sus mandamientos, tomando sus consejos, aprovechándose de su doctrina, admirándose de sus virtudes, y rindiéndose en un todo á su voluntad: y así gobernó su silla el santo pastor nueve años y dos meses, con admirable ejemplo y aprovechamiento de sus ovejas. Murió, siendo casi de edad de setenta años á los 23 dias de enero, á los diez y ocho años cumplidos del reinado de Recesvinto. Su cuerpo fué sepultado en el templo de Santa Leocadia, á los piés de san Eugenio su predecesor, y despues en la destruccion de España fué llevado por los cristianos á Zamora, donde es reverenciado con gra devocion de toda aquella ciudad, la cual recibe muchas mercedes del Señor por la intercesion de san Ildefonso. Escribió este santo prelado y doctor muchas y muy provechosas obras, en las cuales, aunque muestra su grande ingenio y erudicion, mucho mas resplandece su santidad, y una ternura, devocion y afecto entrañable, con que habla con Dios y de Dios, especialmente cuando trata de la sacratísima Virgen su Madre, nuestra Señora, que entonces parece que estendi las velas de su devocion, y se deja llevar con el viento fresco del espíritu del cielo que le guiaba. El catálogo de las obras pone san Julian, arzobispo de Toledo, en la vida que escribió de san Ildefonso, y le trae el cardenal Baronio y otros autores que asimismo escribieron la vida de este santo.

Algunos dicen que san Ildefonso nació el año de 607; y otros el de 609: algunos, que fué hecho arzobispo el de 662, como el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio; mas en el tomo viii de sus anales pone la muerte de san Ildefonso en el año 667, que contradice al haber sido hecho arzobispo el de 662; porque habiendo sido arzobispo nueve años y dos meses, habia de morir el año 671: otros el de 656 ó 660: y así el año de su muerte ha de ser diverso; pero todos concuerdan en que fué arzobispo nueve años y dos meses.

SANTA EMERENCIANA.— El martirio de esta santa celébrase la Iglesia á los 23 de enero. Hallaráse su historia en la vida de santa Inés, á 21 de enero.

SAN JUAN, EL LIMOSNERO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA Y CONFESOR.— Teniendo el cetro del imperio romano Heraclio, nació en la isla de Chipre Juan, que despues fué patriarca de Alejandria, y por su grande misericordia y largas limosnas, que hacia á los pobres, fué llamado Juan el Limosnero. Su padre fué un caballero noble, rico y principal, y gobernador de la misma isla de Chipre; y su madre una matrona de grande linaje, y en todo igual á su marido. Mas aunque eran tan ilustres sus padres por su sangre y estado mucho mas esclarecidos fueron por haber tenido tal hijo: al cual criaron con gran cuidado, y siendo ya mozo le hicieron tanta fuerza, que le obligaron á casarse contra su voluntad, que era de guardar castidad. Casóse Juan: tuvo hijos: llevóselos Dios: murió la mujer, y quedó libre y señor de sí, haciendo gracias á nuestro Señor porque le habia librado de las molestias del

matrimonio, y desembarazándole de tantos cuidados como trae consigo, para que mejor le pudiese servir. Comenzó luego á darse todo á Dios, y hacer grandes limosnas, repartiendo su riquísimo y amplísimo patrimonio á los pobres con larga mano, como quien conocia que no era suyo, sino de Dios, que se le habia encomendado. Por sus buenas obras vino san Juan á ser famoso y conocido de todo el Oriente, no solamente de los hombres y señores particulares, sino del mismo emperador Heraclio, que á la sazón estaba en Constantinopla: el cual por las cosas que habia oido decir de él, y la mucha opinion que tenia de su santidad, siendo muerto el patriarca de Alejandria le hizo llamar á Constantinopla, y le pidió y rogó con mucha instancia que se encargase de gobernar aquella Iglesia, y tomar la silla patriarcal de Alejandria; porque toda aquella ciudad se lo suplicaba, y él entendia que era inspiracion y voluntad de Dios, que se queria servir de él en tan alta dignidad para bien de muchos. Resistió san Juan todo lo que pudo, teniéndose, por su humildad, por indigno: mas fué tanta la importunidad y fuerza que le hizo el emperador, que hubo de bajar la cabeza, por no contradecir al Señor que le habia escogido, y daba tantas muestras de que era suya aquella eleccion. Sentado Juan en su silla patriarcal, la primera cosa en que puso los ojos fué en limpiar aquella viña de las espinas de las herejías, y de las malezas de los vicios que la cubrian y ahogaban. No halló sino siete oratorios de católicos en Alejandria; y cuando murió dejó setenta. Procuraba que los que se ordenaban de clérigos fuesen bien examinados y dignos de aquel grado, y que entrasen por la puerta de verdaderos merecimientos, y nó con dones y promesas temporales. Enseñaba á los jueces la rectitud en el juzgar, sin excepcion de personas, ni tener cuenta con gracia, ni con odio. Viendo que algunos hombres perezosos é indevotos cuando venian á oír misa á la iglesia, en acabando de decir el Evangelio, se salian de ella y se estaban hablando á la puerta; un día dejó la misa que decia, y se salió de la iglesia y se sentó con toda la gente que estaba fuera: y como ellos se maravillasen de este hecho; él les dijo que no se maravillasen porque donde estaban las ovejas, habia de estar el pastor: y con esto se compungieron y enmendaron. Tampoco consentia que se hablase en la iglesia, y que la casa de Dios fuese lonja de trato y conversacion. Finalmente era vigilante prelado, y como santo pastor tenia grandísimo cuidado de todo el rebaño, que el sumó pastor le habia encomendado. Pero aunque en todas las virtudes fué varon excelentísimo; en la que él mas se esmeraba, y la que tenia por blason era la misericordia y liberalidad con los pobres, á los cuales llamaba sus señores y sus patronos; porque le podian favorecer con Cristo. Tenia escritos por sus nombres todos los pobres que habia en la ciudad, y con ser siete mil quinientos, á todos los sustentaba mandando dar á cada uno cada día lo que habia menester. Demás de esto, habiendo venido á Alejandria innumerable gente de hombres y mujeres, legos y clérigos, y muchas personas nobles y obispos huyendo de los bárbaros que destruian la provincia de Siria; á todos los proveia, con fiado en aquel que abre su mano, y con su bendiccion sustenta al mundo. Y habiendo oido que un capitán de Cosroas, rey de Persia, habia arruinado á Jerusalem, envió sus ministros con grande copia de moneda, de trigo y de mantenimientos para rescatar á los cautivos, dar de comer á los hambrientos,

de vestir á los desnudos, y refrigerio y alivio á todos los desconsolados. Edificó algunos hospitales para curar los enfermos, y otros para recibir los peregrinos, y algunas casas para que las preñadas pobres tuviesen la comodidad y regalo, que es menester para parir; dando renta para que semejantes obras de piedad se conservasen; y á los mismos clérigos, y aun á algunos obispos que padecían necesidad, proveía el santo patriarca de todo lo que habían menester para su sustento. Y para mejor saber los pobres que habia, y que ellos mas fácilmente pudiesen declararle sus necesidades, y los agravios que de otros recibían; todos los miércoles y viernes de la semana se sentaba en el claustro de la iglesia, para que todos los que quisiesen le pudiesen hablar. Habiéndose un día sentádoe, sin venir ninguno, se congojó sobremanera, pareciéndole que habia perdido aquel dia porque no habia hecho bien á nadie: mas despues se consoló, porque le dijeron que ninguno habia venido porque todos vivían en paz, y tenían lo que habían menester por su cuidado y providencia. Dijéronle una vez sus ministros: que algunas mujeres venían á pedir limosna, que trían joyas de oro, como collares y sortijas: preguntáronle si se las darian; y él se enojó con ser mansísimo, y mirándolos con rostro grave y severo les respondió: «No tiene necesidad Cristo ni su siervo Juan de ministros curiosos, sino diligentes. Yo no os envío á examinar sutilmente la necesidad del que os pide, sino á dar á todos los que os piden: porque si lo que damos fuese nuestro, podríamos usar de alguna traza y cautela; mas siendo todo de Dios, como lo es, debemos guardar la orden que él nos dió, en lo que es suyo; y él dice que demos á todos los que nos piden. Y si pensais que se han de agotar los tesoros de la iglesia, sabed que no se pueden agotar los tesoros de Dios, aunque todos los hombres del mundo viniesen á Alejandría, y yo los hubiese de remediar.» A este propósito les contó que siendo él de quince años, estando en Chipre, le apareció una noche una doncella de increíble hermosura, vestida de una ropa riquísima y resplandeciente, con una guirnalda en la cabeza, la cual tocando á Juan le despertó y le dijo, que era la hija primogénita del gran Rey del cielo, y que si él tomaba su amistad, ella le podria hacer muy familiar y gran privado suyo: y entendiendo que esta era la misericordia, se habia abrazado con ella, y que yendo luego á la mañana á la iglesia, habia topado con un pobre desnudo y tiritando de frio, y que él se habia luego quitado su ropa, y vestido con ella al pobre; y ántes de llegar á la iglesia, un hombre vestido de blanco le dió cien piezas de oro; y luego desapareció: y que siempre que él habia dado algo por Dios, Dios se lo habia multiplicado.

Fué tan estimada la liberalidad de san Juan para con los pobres, y la magnificencia y franqueza del Señor para con él, que parece que competían entre sí, Dios en darle qué dar, y él en dar lo que Dios le daba. Un caballero rico, amigo suyo, compró un cobertor que le costó treinta y seis ducados, y se lo envió rogándole con mucha instancia se sirviese de él sobre su cama. Hizolo san Juan una noche, vencido de los ruegos y devoción de aquel hombre; mas toda aquella noche la pasó sollozando y llorando, acusándose á sí, y diciendo: ¿Cómo? ¿Que haya yo cenado, estando tantos hermanos sin cenar? ¿Y que tenga sobre mi cuerpo un cobertor costoso, estando ellos desnudos y muertos de frio? ¿Pues qué puedo yo esperar

de Cristo, sino que me diga, lo que Abraham dijo al rico avariento: Hijo, tú has recibido los bienes en tu vida? Luego por la mañana mandó vender el cobertor. Vióle en la plaza el caballero que se le habia enviado, tornóle á comprar, y de nuevo enviársele; y el santo lo tornó á vender: y como el caballero porfiase en comprarle muchas veces, que esto sucedió, el patriarca le envió á decir: Veamos quien se cansará primero, tú en comprarle, y yo en venderle.

Vino una vez un hombre para probarle; y vistiéndose de pobre, le pidió que le socorriese y rescataese, porque era cautivo: mandóle dar su limosna. Mudó el hábito y tornó á pedir, y lo mismo hizo hasta tercera vez, y el santo se la mandó dar y acrecentar, aunque futó avisado que era el mismo pobre que venia disfrazado: porque dijo, que quizá era el Señor que venia á probarle en figura de pobre. Otra vez un mercader rico padeció naufragio; acogióse al puerto de la misericordia que era san Juan: ayúdole una y dos veces que se perdió, con buenas cantidades para que volviese á su trato; y la tercera vez le avisó, que no mezclase los bienes de la Iglesia que él le daba, con los que él tenia; porque eran mal ganados y causa que los unos y los otros se perdiesen. Mandóle dar una nave cargada de veinte mil fanegas de trigo: salió el mercader de Alejandría con su nave; y navegó veinte y dos dias con próspero viento sin saber á dónde iba, yendo un ángel en figura de patriarca al lado del piloto, y guiando el gobernal. Llegó la nave á las islas de Bretaña al tiempo que la gente moria de hambre por la falta de pan; y el mercader vendió todo lo que llevaba como quiso, pagándole la mitad en dinero y la otra mitad en estaño: el cual por voluntad de Dios se convirtió en plata. De esta manera esperimentó el hombre lo que el santo patriarca podia delante de Dios. Otra vez, yendo á la iglesia, vino á él un hombre noble y rico, á quien los ladrones habian robado toda su hacienda, pidiéndole que le remediase. Mandóle dar quince libras de oro; y el criado pareciéndole demasiado, no le dió sino cinco. Al salir de la iglesia, una señora le dió una cédula de quinientas libras de oro para que las repartiase á los pobres. Él, leyéndola, alumbrado del Espíritu Santo, luego entendió que su criado habia menoscabado la limosna de las quince libras que él habia mandado dar á aquel caballero; lo cual averiguó y reprendió severamente; y supo de la mujer que le habia dado la cédula, que al principio habia tenido intencion de dar mil y quinientas libras de oro al patriarca, que así lo habia escrito en la cédula; y que despues no sabia como halló borradas las mil; para que se entienda que por uno que daba el patriarca, le daba ciento Dios.

Mas no faltaron á san Juan algunos trabajos en las mismas limosnas que hacia; pero todos los permitia nuestro Señor para mayor gloria de su santo. Tenia el emperador un gran privado que se llamaba Nicetas, y era grande amigo de san Juan Limosnero. Fué á él y dijole que el emperador estaba en grande necesidad, y que aquellos dineros que gastaba con los pobres, seria mejor emplearlos en ayudarle para las muchas guerras y necesidades de la república. Respondióle el santo con mucha severidad, que no era justo dar al rey de la tierra lo que estaba ya dedicado al Rey del cielo: que si él queria despojar la Iglesia y quitarle lo que tenia, que hiciese lo que quisiese;

porque él no quería resistir, ni tampoco darle nada por su voluntad. Nicetas, como suelen los criados y favorecidos de los grandes príncipes, por hacer lisonja y servicio al emperador, mandó tomar todo el oro y plata que había en la iglesia, dejando solas cien libras al patriarca. Al mismo tiempo que Nicetas se iba muy contento con el tesoro de la Iglesia, se encontró con unos hombres que traían á san Juan presentados unos cántaros de miel muy escogida; y sabiendo lo que llevaban, envió á decir á san Juan que le enviase uno de aquellos cántaros de miel. Él se le envió, y destapado, se halló lleno de oro en lugar de miel, y todos los otros cántaros asimismo estaban llenos de oro. Visto este milagro, Nicetas se arrepiñó y mandó volver al patriarca el cántaro lleno de oro y todo lo que había tomado de la iglesia para el emperador, y trescientas libras de oro mas de su hacienda, y se echó á sus piés y le pidió perdon, reconociendo en el siervo á Dios que tanto le favorecía. Mas aunque san Juan era tan dadivoso para con los pobres, y se desentrañaba por ellos, no por eso dejaba de hacer lo que convenia á la rectitud de su oficio, aun privándose de tener mas que darles y socorrer mejor su necesidad. Una vez estando muy apurado en una grande carestía que hubo, tomando dineros prestados para remediar, y no teniendo ya blanca; un clérigo le ofreció ciento y cincuenta libras de oro y muchas fanegas de trigo para que lo repartiese á los pobres á su voluntad, si le ordenaba de diácono y dispensaba con él un impedimento que tenia para serlo. No lo quiso aceptar el santo, aunque la necesidad era estrema; ántes reprendió gravemente al clérigo, porque por aquel camino le habia tentado, y pretendido que le ordenase de diácono. Apenas habia despedido al clérigo, cuando le vinieron á decir que acababan de llegar al puerto de Alejandría dos naves cargadas de trigo que venian de Sicilia; y él hizo gracias á Dios porque no le habia dejado tomar lo que habian ofrecido, y por otra parte habia remediado aquella tan urgente necesidad. Otra vez le probó nuestro Señor, permitiendo que se perdiesen tres naves que tenia la iglesia de Alejandría, cargadas de muchas riquezas, que se habian de repartir á los pobres. Los mercaderes, á cuyo cargo estaba aquella hacienda, temiendo al patriarca por la mala cuenta que habian dado de ella, se acogieron á la Iglesia; y cuando lo supo les envió á decir, que no tuviesen pena ni temiesen; que él les soltaba lo que debian á la Iglesia: pues que Dios que era señor de todo se lo habia dado y quitado, y proveeria á sus pobres por otros caminos; y así lo hizo, duplicando con larga mano á san Juan lo que habia perdido. Con estas experiencias de la divina providencia iba creciendo el santo cada día mas en su fervor, y buscaba nuevas y secretas maneras para remediar las necesidades ajenas; como lo hizo con un mancebo que habia quedado muy pobre por haber repartido su padre toda la hacienda, que era muy gruesa, á los pobres, y dejado su hijo encomendado á la gloriosa Virgen Marta nuestra Señora, para que le amparase. Para remediar á este mozo hizo el patriarca escribir un testamento, por el cual parecia que su padre de él y el patriarca eran primos hermanos, y con esta ocasion le escogió por sobrino, y le amparó y le casó con una señora ilustre y muy rica; para que se vea como Nuestra Señora provee á los que están debajo de las alas de su protección.

No solamente el santo patriarca era amigo y remedia-

dor de todos los pobres como habemos dicho, sino tambien procuraba que los que no lo eran lo fuesen, especialmente los prelados y personas eclesiásticas que tenian mayor obligacion de serlo. Habia un obispo, por nombre Tro-yolo, muy apretado y escaso: convidóle un dia san Juan para que fuesen al hospital los dos juntos; y entrando le dijo: Hoy toca á vos tener cuidado de los pobres; y el obispo mas por vergüenza que por misericordia, mandó repartir á los pobres treinta libras de moneda que llevaba. Volvió á su casa, y fué tan grande la pena que recibió por verse sin la moneda que habia dado, que de puro pesar cayó malo en la cama con una recia calentura. Súpolo el patriarca; fuéle luego á visitar, y sonriéndose le dijo: que no queria que la limosna que habia dado fuese á su cuenta, sino á la del mismo san Juan: que por no tener á la sazón dinero su limosnero, le habia rogado que se los prestase; y le mandó volver las treinta libras que habia gastado. Con esto el triste obispo quedó alegre y estuvo luego bueno y libre de aquella congoja y agonía; mas el patriarca le rogó que le hiciese una cédula en que confesase como habia recibido aquellas treinta libras de su mano, y cedia en él todo el derecho que tenia á la paga y premio que por ellas de Dios podia esperar; y así lo hizo el obispo: y queriendo nuestro Señor curarle de aquella codicia y penosa enfermedad, le envió un éxstasis, en el cual el obispo vió un hermosísimo y riquísimo palacio, en cuya portalada estaba escrito: «Esta es la morada en que ha de descansar Troilo obispo:» y estando él muy contento con esta vision, apareció allí luego un senador grave y resplandeciente, y algunos como criados delante de él, á los cuales mandaba que borrasen aquel título y pusiesen otro con estas palabras: «Esta es la morada de Juan, patriarca alejandrino, comprada por treinta libras.» Volvió en sí el obispo, y contó al patriarca lo que habia visto, y trocóse de piés á cabeza, y de escaso y apretado que ántes era para con los pobres, de allí adelante fué liberalísimo. Para mas animar á la gente á dar limosna, contaba el santo patriarca algunos notables ejemplos de personas que se habian esmerado en esta virtud. Uno fué de un hombre muy rico y no ménos cruel para con los pobres, que se llamaba Pedro Telonario, el cual viviendo en la provincia de Africa, era tan mezquino y miserable, que no habia pobre que pudiese sacar blanca de él. Este hombre se trocó de esta manera. Estaban un dia de invierno muchos pobres de la ciudad juntos al sol, y tratando de las personas limosneras que habia en ella, y de las duras entrañas, todos nombraron á este Pedro por el mas miserable hombre que habia en la ciudad; porque siendo tan rico como era, ninguno de ellos habia podido sacar de él una blanca ni un mendrugo siquiera de pan. Ofrecióse uno de los pobres á sacar con sus importunidades alguna limosna de él; y sobre apuesta fué á casa de Pedro al tiempo que le traian del horno una tabla de pan cocido. Púsose el pobre delante de Pedro; y él de solo verle se enojó tanto, que arrebató uno de aquellos panes y se le arrojó como si fuera una piedra. De allí á dos dias cayó Pedro en una gravísima enfermedad, y pareciéndole que se moria, vió que los demonios le acusaban de todos los males que habia cometido en su vida, y les ponian en una balanza; y que de la otra parte los santos ángeles vestidos de blanco como doliéndose de él, decian: No tenemos que poner en la otra balanza sino un pan, que dos dias há tiró á un pobre; y añadieron:

Pedro, procura juntar con este pan otras buenas obras para que se igualen con las malas que has hecho; porque de otra manera, estos demonios que aquí ves en figura de negros te llevarán. Con esta vision quedó Pedro asombrado, y conociendo la virtud de la limosna se determinó de dar toda su hacienda y su libertad por ella, como lo hizo; porque habiendo encontrado un pobre marineró desnudo en la calle, luego se desnudó el vestido rico y delicado que llevaba y se lo dió, rogándole que se le vistiese y que usase de él toda la vida.

Y confirmóse mas en su buen propósito; porque en sueños se le apareció Cristo nuestro Redentor, vestido de aquella toga que él habia dado al pobre y le dijo que la traía siempre despues que él se la habia dado. No se contentó con dar la hacienda á los pobres; mas él mismo se quiso hacer pobre y esclavo por tener mas que darles. Concertó con un criado suyo muy en secreto, que se fuesen los dos á Jerusalem, y que allí le vendiese por esclavo, y que lo que le diesen por él lo repartiése de limosna. Hízose así; y Pedro fué vendido como esclavo á un platero; al cual el verdadero libre, en traje de esclavo, servia y era maltratado y ultrajado de los otros oficiales de la casa; y él lo llevaba todo con admirable sufrimiento y paciencia; y queriendo su amo darle libertad en gratificación de lo bien que le servia, nunca quiso; porque deseaba mas servir por amor de Cristo, que ser señor en su casa: hasta que Dios le descubrió; porque viniendo á Jerusalem ciertos hombres que le conocian y eran amigos de su amo y del mismo oficio, viendo á Pedro que les servia á su mesa, le reconocieron y dijeron á su amo, quién era; y entendiendo Pedro lo que decian, dejando el plato que tenia en la mano, salió fuera, y dijo á un sordo y mudo que guardaba la puerta que le oyese y abriese; y el sordo le oyó y se la abrió, y contó lo que habia pasado con Pedro: el cual desapareció, sin saberse á dónde habia ido. Este cuento referia el santo patriarca, para encarecer lo que vale la limosna delante de Dios, y la fuerza que tiene un fino amor de Cristo cuando de veras posee una alma.

Tambien contaba otro ejemplo de un varon santo llamado Serapion, el cual yendo solo con el libro de los Evangelios en las manos, topó un pobre desnudo, le dió su túnica quedando él desnudo, y sentóse con el Evangelio en las manos, y preguntando quién le habia despojado de sus vestidos, respondió: «Este Evangelio que tengo en las manos.» Con estos ejemplos y con otros que el santo referia, y mucho mas con lo que él hacia, inflamaba los corazones de muchos, para que ejercitasen la caridad con sus prójimos, y comprasen el cielo con las haciendas que Dios les habia dado: y así lo hacian muchos, y personas de grandes estados y riquezas le enviaban grandes sumas de plata y oro, para que él las repartiése á los pobres, juzgando que por tal mano serian bien repartidas, y muy aceptas á nuestro Señor. Entre los otros uno ofreció á san Juan siete libras y media de oro, que era todo su caudal, y rogóle que pidiese á Dios que le guardase á su hijo y una nave que habia enviado á Africa.

Hizo oracion el santo, y á los treinta dias murió el hijo, y de allí á tres dias la nave padeció una gran tempestad, y toda la mercadería que llevaba se perdió, aunque la nave y la gente se salvó. Afligióse sobre manera el hombre que habia dado la limosna; y estando así congojado y

triste, le apareció una noche un varon semejante al patriarca que le decia: ¿Por qué estas triste? ¿No me rogaste que pidiese á Dios que guardase á tu hijo? Le ha guardado y librado de los peligros y miserias de esta vida; y si viviere mas se perderá.

La nave sabe que habia de perecer con todos los que iban en ella: mas Dios por mis oraciones la salvó con la gente, contentándose con que sola la carga se perdiese. Consuélate en Dios, y dále gracias por todo lo que hace, y porque sus juicios son justos, aunque secretos, y todo lo que hace es para nuestro bien. Con esta vision se halló el hombre consolado, y vino al patriarca y se la contó, agradeciéndole la merced que de Dios por sus oraciones habia recibido.

Demás de la virtud de la misericordia, y de las piadosas entrañas, que san Juan tenia para con los pobres; el Señor le adornó de todas las otras virtudes con grandes ventajas; como á hombre que él habia escogido para sí. Su paciencia y mansedumbre en sufrir y perdonar las injurias fué admirable. Supo que uno de sus clérigos estaba mal con él; y un dia celebrando el santo sacrificio de la misa, al tiempo que habia de decir el Padre nuestro, salió del altar y se echó á sus piés pidiéndole perdon, como si le hubiera ofendido; y despues volvió á decir el Padre nuestro y aquellas palabras: «Perdónanos Señor, nuestras deudas como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Otra vez supo que un mesonero de la ciudad habia tratado mal de palabras á un primo suyo, que estaba muy amostazado y con propósito de vengar aquella injuria. Llamó el patriarca al primo; y para aplacarle le dijo: ¿Es posible que un hombre tan bajo se ha descomedido con vos sin tener respeto á que sois mi primo? Yo haré una cosa para vengarme de él, que suene en toda Alejandria. Despues que vió al primo sosegado y quieto, le dijo: Hijo mio, si quieres ser verdaderamente mi deudo y mi amigo no hagas caso de palabras, ni de injurias; porque la verdadera nobleza no consiste en carne y sangre sino en la virtud del alma, y en saber sufrir por amor del Señor; y luego mandó á su mayordomo que de allí adelante perdonase á aquel mesonero cierto tributo que solia pagar á la Iglesia. Este hecho se divulgó y sonó mucho por toda la ciudad.

Dábase mucho al estudio de la sagrada Escritura; era humilde, manso, benigno; en su comer y vestir, pobre y templado; y no podia sufrir que ninguno dijese mal de nadie, y decia que era cosa muy peligrosa sospechar mal, juzgar y condenar vidas ajenas; porque el hombre las mas veces se engaña, y que el ser curioso y querer saber lo que otros hacen, comunmente nace de estar el hombre ocioso y descuidado de sí, y traia algunos ejemplos de cosas que habian sucedido á otros ó á él, en las cuales, aunque con buen celo, se habian engañado, por juzgar las cosas por lo que parecen de fuera, y nó por lo que son en realidad de verdad.

Visitaba de muy buena gana los enfermos y ayudábalos á morir, y él mismo por su mano les cerraba los ojos y mandaba enterrar los cuerpos de los difuntos, y decir muchas misas por sus almas; y referia algunos milagros que Dios obraba en beneficio de las almas del purgatorio por el santo sacrificio de la misa, librándolas de las penas que padecen, y sacando de las cárceles á algunos que estaban en ellas y se tenían por muertos, y como á tales los encomendaba á Dios.

Para alcanzar estas virtudes y todas las demás que en sumo grado tuvo este santo patriarca, se aprovechaba mucho de la memoria de la muerte, pensando en la mañana que no habría de anochecer, y en la noche que no había de amanecer; y para tener siempre delante de los ojos viva y fresca esta memoria de la muerte, mandó hacer un sepulcro, donde se había de enterrar, y que le dejasen por acabar, y que algunos días señalados de fiestas, los que tenían aquella obra á su cargo le viniesen á decir delante de todos los que estaban con él, que mandase acabar su sepulcro, porque no estaba acabado. Siendo, pues, toda la vida de san Juan una continua meditacion de la muerte, cuando el Señor se le quiso dar para abrirle el camino de la verdadera vida, no se turbó, ántes se alegró y regocijó su alma, viendo que se le acababan los días de la pelea y trabajo, y se acercaban los de la corona y descanso; y fué así que al tiempo que el emperador Heraclio quiso hacer guerra y salir al campo contra Cosroas, rey de Persia, que habia destruido á Jerusalem, y llevado de ella el madero de nuestra redencion, y estaba insolente con las muchas y grandes victorias que habia alcanzado; Nicetas, el gran privado del emperador y amigo de san Juan, vino á Alejandria, rogándole con grande instancia que fuése con él á Constantinopla para echar su bendicion al emperador ántes que partiese para la guerra; tanta era la devocion que tenían á san Juan los príncipes de la tierra. Embarcóse el santo en una nave con Nicetas, el cual en una tormenta horrible que tuvieron vió en sueños al patriarca acompañado de muchos pobres, que andaban por la nave discutiendo de una parte á otra y pidiendo á Dios socorro; y él se lo dió y sosegó aquella tempestad. Llegaron á la isla de Rodas, y allí el santo, nó en sueños, sino despierto, vió que un hombre de gran majestad, que traia un cetro en la mano, se llegaba á él y le decia: Juan, el Rey de los reyes te llama. Luego entendió el santo que el Señor le llamaba para la otra vida, y despidiéndose de Nicetas se fué á Chipre y llegó á la ciudad de Amatunte, su patria, é hizo el testamento en esta forma: «Yo os hago gracias, Señor Dios mio, que me habeis hecho digno de que yo os ofreciese lo que es vuestro, y que de todos los bienes del mundo no me quedase sino la tercera parte de un real, la cual mando que se dé á los pobres, que son mis hermanos en Cristo. Yo os he dado vuestra herencia, y ahora os doy mi alma, que tambien es vuestra, y encomiendo en vuestras manos mi espíritu.» Murió el santo prelado el año del Señor de 620, segun el cardenal Baronio, imperando Heraclio y siendo sumo pontífice Bonifacio, papa, quinto de este nombre. Enterráronle en el templo de San Ticonio, en el sepulcro de los obispos, cuyos cuerpos, como si estuvieran vivos, se apartaron y tomaron en medio el cuerpo de Juan. Su alma fué vista subir al cielo con inmensa gloria, acompañada de innumerable multitud de huérfanos, viudas pobres, que iban delante con ramos de olivos en las manos, y de sus preciosas reliquias manó un licor suavísimo para salud de muchos. Estando para morir, vino á él una mujer muy llorosa y afligida, suplicándole, con muchas lágrimas, que la absolviese de un gravísimo pecado que habia cometido, y porque tenia vergüenza de confesarle, se le dió escrito de su mano, sellado con su sello. Tomó el patriarca el papel, y murió sin dar la absolucion á la mujer. Ella, cuando supo que era muerto, fué al sepulcro deshaciéndose en lágrimas, y postrada á las reliquias del santo estuvo tres días

y tres noches, suplicándole que pues no era muerto, sino vivo en Dios, le manifestase lo que habia hecho de su papel. La postrera noche le apareció el santo, y le volvió el papel sellado con su sello, como de su mano le habia recibido. Tomóle la mujer y vió que era el mismo que ella habia escrito y dado de su mano al santo obispo, y abriéndole, halló que estaban borradas las palabras que ella habia escrito, y en su lugar escritas otras que decian: «Por mi siervo Juan tu gran pecado ha sido borrado.» La vida de este gloriosísimo prelado escribió Leoncio, obispo de Nápoles en Chipre, y de ella hacen mencion el segundo sínodo Niceno y san Juan Damasceno, y Anastasio bibliotecario la tradujo del griego al latin, por mandado del papa Nicolao, como lo afirma Sigiberto. Su cuerpo, dicen, que se trasladó á Venecia. Hace mencion de san Juan el Limosnero el Martirologio romano á los 23 de enero, y el mismo día le celebran los griegos, aunque el cardenal Baronio dice que este es el día en que fué consagrado obispo, y á los 3 de febrero su muerte. Trata de él en sus Anotaciones y en el octavo tomo de sus Anales.

SAN CLEMENTE, OBISPO DE ANCIRA Y SAN AGATÁNVELO, COMPAÑEROS MÁRTIRES.—Nació el bienaventurado obispo y mártir san Clemente en la ciudad de Ancira, que es en la provincia de Grecia. Sus padres fueron muy nobles y ricos, su padre era infiel, y su madre que se llamaba Sofia, era cristiana y muy religiosa. Murió el padre en las tinieblas de su error, dejando á Clemente su hijo niño, al cual criaba á sus pechos la madre. Despues que salió de la niñez, proccró su madre con todo cuidado á enseñarle y adornarle con todas las virtudes. Llegado á los doce años sintió la buena madre que se llegaba ya el fin de sus días: y tomando al hijo y abrazándole con grande amor y deseo de que fuese heredero, no ménos de los tesoros del cielo, que de su patrimonio, le habló de esta manera: Hijo mio muy amado, hijo que primero que vieses á tu padre viste tu orfandad, yo te di ese cuerpo que tienes, mas Cristo te engendró con su espíritu: concécele por tu padre, y procura no tener ese nombre de hijo en vano: sirve solo á Cristo, y pón en él toda tu esperanza; porque él es nuestra inmortalidad, nuestra salud, y el que descendió del cielo por nuestro amor, y nos levanto consigo á lo alto, y nos hizo sus hijos; y quien obedeciere á este Señor, vencerá todas las cosas, y no solamente triunfará de los reyes y tiranos que adoran los idolos, mas tambien de los demonios que moran en ellos.

Dichas estas palabras con los ojos llenos de lágrimas, comenzó á profetizar á su hijo lo que le habia de suceder en la vida; y así dijo: Ruégote, hijo muy querido, que en la persecucion grandísima que se va ya acercando contra la Iglesia, por todo lo que debes á esta madre que te crió, me otorgues esta gracia y me des esta honra: que estés fuerte y constante en la fé de Cristo; y yo confío en él, ó hijo mio, que pondrá en tu cabeza una corona florida de martirio. Aparéjate con tiempo y con grande ánimo para esta batalla; porque no te halle desarmado y desapercibido. Los enemigos, contra los cuales peleamos, son poderosos, y las cosas por qué peleamos, es la gloria y vida eterna ó la infamia y tormentos que nunca se acaban. Mira que no te dejes vencer de sus promesas, ni de sus amenazas; y que es gran vergüenza que nosotros no muramos por el Rey del cielo, muriendo constantemente tantos caballeros por el rey de la tierra, siendo tan desigual el premio de

los unos y de los otros; especialmente que si ahora no morimos, poco despues habemos de morir y pagar esta comun deuda que tiene sobre si todo el género humano: y la muerte que se padece por Cristo, no se puede llamar muerte; porque con la esperanza del galardón se alivia el sentimiento de su dolor. Ante todas cosas debes considerar, hijo, lo que debes á aquel Hacedor del universo que se hizo hombre por nosotros, siervos ingratos; y siendo Señor de la majestad, fué condenado, escupido, abofeteado y finalmente muerto en una cruz: lo cual todo padeció por nosotros, y por nuestra salud, y por librarnos de la tiranía del pecado, y de las penas del infierno, y abriarnos las puertas del cielo. Pues padeciendo tales cosas nuestro Dios por nosotros; ¿en qué razon cabe que nosotros no padezcamos algo por él? Estas cosas debes, hijo mio, imprimir en tu corazón, y armarte con un peto fuerte de su divino amor, y abrazarte con él de tal manera, que ni las amenazas de los tiranos, ni el espanto de los emperadores, ni la atrocidad de los tormentos, ni la misma muerte, por cruel que sea, te aparte de su caridad, sino que tengas siempre puestos los ojos en los bienes que están aparejados á los mártires, y en el reino del cielo, que es el premio de martirio.

Estas cosas le decia cada dia la buena madre con grande afecto y ternura; y finalmente, estando ya para partir de esta vida, le dijo: Ya yo me aparto de tí, hijo mio, y esta luz sensible me falta; no te pido otro premio por haberte parido y criado con tanto cuidado, sino que yo sea glorificada en tus miembros. Yo te ruego, luz y vida mia y entrañas mias, que no me engañe esta esperanza. Una mujer hebrea parió siete mártires, y venció en siete cuerpos; mas tú solo bastas para mi gloria y para que yo sea bienaventurada entre las otras madres. Ya yo, hijo, me aparto de tí, y mi cuerpo se apartará de tus suavísimos ojos; mas mi alma estará siempre colgada de la tuya, con cuya virtud me presentaré confiadamente delante del tribunal de Cristo, y me gloriaré en tus trabajos y en las señales de heridas que recibirás por él. Todo esto decia la santa madre al santo hijo, besando todos sus miembros y diciendo: Dichosa yo que beso los miembros de un mártir, que se han de ofrecer á Cristo en sacrificio; y diciendo esto y abrazándole, y hablando dulcemente con él, dió su espíritu á Dios, y el cuerpo á las manos de su hijo, el cual le sepultó honrosamente; y despues dejó el mundo y tomó el estado de la vida monástica, y á Dios por padre, el cual le proveyó de otra madre que tambien se llamaba Sofia, y en la nobleza, riqueza y santidad, semejava á la primera, y de dia y de noche se ocupaba en oracion, y tenia cuidado de Clemente como si le hubiera parido.

Vino una grande esterilidad y hambre en la tierra de Galacia; y Clemente, aunque era mozo, recogia á todos los pobres niños huérfanos que andaban por la calle desnudos y hambrientos, y mantenialos, dándole para esto su buena madre todo lo que habia menester, y juntamente enseñaba las almas de ellos, procurando que creciesen en la fé y amor de Cristo y en toda virtud; y muchos de ellos aprovecharon tanto, que andando el tiempo vinieron á padecer con él. De esta manera la buena Sofia, que ántes carecia de hijos, vino á tener muchos y muy virtuosos; y Clemente, desechando de si todo regalo del cuerpo, se mantenía con solo legumbres; y creciendo cada dia mas en santidad, le dieron cargo de proponer la palabra de Dios, y poco des-

pues fué ordenado de diácono y sacerdote, y pasados dos años, cuando él cumplia los veinte, le escogieron por obispo, porque en él resplandecian ya las canas y madurez de su gran virtud. Puesto en esta dignidad comenzó á tener mayor cuidado de los huérfanos, administrándoles el santo bautismo y enseñándoles la doctrina del cielo; y á la fama de esta buena instruccion acudian á él de los lugares comarcanos muchos padres, y le traian sus hijos para que los doctrinase; y él lo hacia con tanta caridad y solicitud, como si fueran sus propios hijos.

Levantóse en este tiempo aquella terrible persecucion que los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron contra la Iglesia del Señor, y en ella fué preso san Clemente y presentado á Domiciano, presidente de Galacia, el cual pretendió primero con blanduras y promesas, despues con amenazas y espantos, atraer á su voluntad al santo obispo. Pero como vió que todo lo que decia y hacia le salia en vano, le mandó amarrar á un madero y desgarrar sus carnes con garfios de hierro. Hirieronle los verdugos é impíos ministros tan sin humanidad, que abondando las heridas, le arrancaron tanta carne, que ya se le aparecian las entrañas; y él estaba tan descarnado y tan cubierto de sangre, que los que presentes estaban no le podian mirar sin gran compasion. Mas el santo mártir no se alteró ni mudó el semblante de su rostro, ni se quejó, ni dió un gemido; sino con gran seguridad y constancia alababa al Señor que le esforzaba. Sucedieron nuevos verdugos á los primeros, y añadieron nuevos tormentos á los pasados, quedando ellos cansados de atormentarle, y el santo mártir muy alentado y muy animado para sufrir otros mayores. Mas aquel cruel tirano, maravillándose por una parte de la constancia del mártir, y por otra hallándose corrido y vencido de él, mandó que le desatasen del madero; y así se hizo. Estaba tan despojado de sus carnes que no parecia hombre, sino por la armazon de los huesos que tenia, los cuales estaban bañados en sangre. Tentóle el juez otra vez con palabras regaladas: pero ¿cómo las palabras podian vencer á quien no habian vencido tan crueles tormentos? Y como el santo le respondiese con mucha determinacion que probase en él todo lo que le parecia intolerable de sufrir, le mandó dar muchos golpes en la cara y en la boca. Diéronle muchas heridas con piedras en la boca y en el rostro, regocijándose san Clemente y haciendo gracias al Señor. Entonces Domiciano, perdida la esperanza de poderle vencer, mandó que le volvieran á la cárcel, y que dos hombres le llevasen de los brazos, entendiendo que él por si sólo no se podría menear: pero el Señor le alentó y esforzó de manera que él por su pié y sin ayuda de nadie se fué á la cárcel: de lo cual quedó espantado el tirano, y se determinó de enviar al santo mártir al emperador Diocleciano, que estaba en Roma, y una relacion de todo lo que con él habia pasado. Al tiempo de salir de Ancira y ponerse en camino, suplicó el santo mártir al Señor que le dejase volver á ella y morir en ella. Llegó á Roma y fué presentado al emperador, el cual viendo el rostro alegre y generoso de san Clemente, y sabiendo por las cartas de su presidente los suplicios tan atroces que habia padecido, se maravilló que estuviese vivo, y mandó traer allí delante de los ojos del santo por una parte oro, plata, vestiduras ricas, insignias de magistrados y dignidades que le prometia; y por otra parte manillas, camisas, ruedas, peines de hierro y toda la otra muchedumbre

de instrumentos con que atormentaban á los mártires. Hecho esto, mirando al santo con rostro blando y risueño, le ofreció todas aquellas riquezas y bienes temporales que allí tenia, si queria adorar á sus dioses; pero el santo, escarneciendo de ellas y dando un gran gemido respondió: Destruídos sean vuestros dioses y vosotros con ellos. Entonces el emperador convirtiendo la blandura en furor, y volviendo los ojos á aquellos instrumentos, le dijo: Estos están aparejados para los que blasfeman de mis dioses. El mártir á esto respondió: Si vuestros tormentos son tan preciosos y magníficos, ¿qué serán los dones de Dios? ¿Y cuáles los castigos que tiene aparejados para los malos? Indignado el emperador con estas y otras semejantes palabras, mandó al mártir atar á una rueda y traerle con grande impetu al rededor, y que en este mismo tiempo le azotasen con varas, de manera, que cuando la rueda le cogia debajo, le quebrantaba los huesos, y cuando subia á lo alto, los verdugos descargaban en él los azotes. Mas el santo estando en este tormento, pidió socorro al Señor y le suplió que le esforzase para gloria suya, y confesion de su nombre, y confusion de los enemigos, y para poder padecer por él mayores dolores. Luego cesó el movimiento de la rueda; todas las ataduras se soltaron, y el mártir fué restituido á su primera sanidad. Muchos de los romanos que asistian á este espectáculo se convirtieron á Cristo; y el santo le dió gracias por ello, y profetizó el fin y destruccion de la idolatría, y que los mismos emperadores vendrian á hacer reverencia á los que habian muerto por Cristo. Embravecióse oyendo estas palabras Diocleciano, y mandó que le despedazasen la boca con unas puntas agudas de hierro: con lo cual los dientes quedaron movidos, y las mejillas quebrantadas; mas la voz del mártir nunca se reprimió, ni la libertad de hablar se remitió: y diciendo los verdugos que callase, él no cesaba de hablar mas alto, hecho como una estatua de metal, que tanto mas suena, cuantos mas golpes dan. Mandóle volver á la cárcel el emperador, á la cual vinieron todos los que por el milagro de la rueda se habian convertido, así hombres como mujeres, pidiéndole postrados á sus piés el santo bautismo; y él los bautizó, y juntamente á sus hijos. Estando todos en la cárcel, resplandeció una luz divina, y en medio de ella un hombre con alegre rostro, vestido de una resplandeciente vestidura, y llegándose á Clemente, le puso en la mano un pan y un cáliz; y hecho esto desapareció, dejando á los que allí estaban atónitos y enmudecidos. Consagró el santo varon aquel pan y vino en el cuerpo y sangre de Cristo, y dió la santa comunión á los que estaban ya bautizados. Concurrió tanta gente á la cárcel y creció tanto el número de los fieles, que de ella se hizo iglesia. Los carceleros dieron cuenta de lo que pasaba al emperador, por cuyo mandato fueron presos, y despues fuera de la ciudad muertos con sus hijos, sin que ninguno faltase, sino uno solo que se llamaba Agatángelo, que fué el que despues fué compañero de san Clemente en su martirio, como adelante se dirá. Mandó el tirano darle otro tormento extraño, y fué que muchos hombres juntos trabasen de sus miembros, de tal manera, que los desenejasen de sus lugares naturales, y que juntamente cuatro sayones lo estuviesen azotando con nervios crudos de toro. Habiendo sufrido este tormento con admirable constancia, mandó el emperador á los verdugos que dejasen de azotar al mártir, y le levantasen en un madero

y rasgasen su cuerpo con garfios de hierro, hasta que le consumiesen todas las carnes y estuviese todo desangrado, sin quedar mas que la armazón de los huesos. Acabado este suplicio, mirando el mártir su cuerpo como estaba, dijo al tirano: No es este el cuerpo que tú despedazas; porqué yo ningun dolor siento cuando le despedazas; pues el cuerpo que me dió la naturaleza ya quedó consumido con los tormentos pasados, sin quedar parte de él; y este cuerpo nuevo, que ahora despedazaste, me dió mi señor Jesucristo; y consumido este me dará otro. Oyendo estas y otras muchas palabras, mandó el emperador que le aplicasen hachas de fuego ardiendo, las cuales eran tan deleitables al santo, que le daban luz y no le quemaban. Finalmente, admirado Diocleciano de la fortaleza del santo mártir, y confuso y desesperado de poderle vencer, le envió á Maximiano, su compañero, y tan fiero y cruel monstruo como él, para que de nuevo le atormentase, y viese si le podia rendir á su voluntad; y así salió de Roma para Nicomedia, donde Maximiano estaba, acompañándole todos los fieles que podian, derramando amargas lágrimas y postrándose á sus piés, y pidiéndole su bendicion y untándose con su sangre; y tocando sus heridas con singular devocion, sin poderse apartar de aquel esclarecido varon, que era mas fuerte que el mismo hierro.

Embarcóse el santo; y Agatángelo, usando de cautela é industria, se entró secretamente y se escondió en la misma nave; y cuando le pareció tiempo oportuno, se echó á los piés del mártir y le descubrió quien era y como habia sido bautizado de él en la cárcel, y el primero de los que allí se convirtieron, y venia inspirado de Dios para acompañarle en su martirio; con cuyas palabras el santo se enterneció é hizo gracias al Señor por la venida de aquel mancebo, y le suplicó que le esforzase para los trabajos que le quedaban por pasar. Hicieron los dos larga oracion, y no se habian desayunado ni tenían qué comer, como personas que sustentaban sus almas con el pan, vino y agua de la gracia; ofrecieronles los soldados y marineros qué comer, movidos de compasion, y ellos les dieron las gracias y no lo quisieron tomar, diciendo que lo esperaban de Dios, el cual á prima noche los proveyó de mantenimiento por ministerio de los ángeles. Desembarcaron en la isla de Rodas, y el obispo, que era Fotino, con muchos fieles le visitó y regaló, y rogó que celebrase los sagrados misterios; y haciendo Clemente este oficio, vieron, los que merecieron verlo, una brasa muy resplandeciente puesta en el altar, y muchos ángeles revoloteando encima de ella; los que presentes estaban se postraron en tierra, no pudiendo sufrir tan grande resplandor. Con la fama de este milagro acudieron muchos de los infieles, trayendo consigo sus hijos y parientes enfermos, á los cuales tocando el santo con sus manos, restituyó á los cuerpos salud, y alumbró las almas de muchos gentiles, que por este medio se convirtieron. De allí siguieron su navegacion: llegaron á Nicomedia, donde estaba Maximiano, y él, recibidas las cartas de Diocleciano, y mirando al semblante, fortaleza y alegría de san Clemente, no se atrevió á examinarle por sí, temiendo ser vencido; sino que siguiendo algunas ocupaciones de guerra, cometió este negocio al presidente, por nombre Agripino. Este le preguntó si era Clemente, y respondió que sí, y que era siervo de Cristo. Mandó á los soldados que le diesen un gran pescozon, diciéndole que se llamase siervo de los emperadores y no de Cristo. Tambien preguntó

á Agatángelo, quien era, porque no se hacia mención de él en la carta de Diocleciano. Yo, respondí, por la gracia de Dios soy cristiano. Luego el juez mandó levantar á Clemente en alto y herirle y cortarle los miembros, y azotar á Agatángelo cruelísimamente con nervios de toro; y despues de haberlos atormentado, echarlos en la cárcel, y para el dia siguiente aparejar en el teatro muchas diferencias de bestias fieras y hacerlos despedazar: mas los santos perseveraron en la cárcel en oración, y los ángeles vinieron á ellos del cielo y los esforzaron y animaron al martirio: lo cual viendo los otros presos que allí estaban, se derribaron á los piés de los santos, rogándoles que les diesen conocimiento de Cristo, y que no los tuviesen por indignos de que ellos tambien le confesasen. Los santos lo hicieron hasta la media noche, purificándolos con el santo bautismo y confirmandolos en la fé, y luego Clemente con su oracion abrió las puertas de la cárcel y despidió á todos los presos con mucha alegría suya de ellos, quedándose él solo con su compañero en ella. Echáronlos á las fieras, las cuales ningun mal hicieron á los santos, ántes los miraban con ojos alegres, y les lamian las manos y los abrazaban, como hacen los perrillos con sus señoras. Mas no por esto perdió nada de su fuor el tirano, que era mas fiero que las fieras; ántes mandó que tomasen unas aleznas largas y agudas, y encendidas se las hincasen por las manos entre dedo y dedo hasta llegar á la muñeca del brazo, y que les hincasen otras debajo de los brazos, que penetrasen hasta los hombros. Vió esta crueldad el pueblo, y admirado de la virtud de los santos, se alborotó de tal manera, que comenzó á apedrear al tirano y á dar voces, diciendo: Grande es el Dios de los cristianos. Con esto el juez echó á huir, y los mártires se subieron á un monte seguros, en donde finalmente el inicuo juez los halló y los mandó estender sobre una gran piedra y quebrantar sus huesos, hiriéndolos reciamente con unos maderos, y así quebrantados meterlos en unos sacos, atando á la boca de ellos una gran piedra, y de esta manera arrojarlos de lo alto del monte por la ladera abajo, por la cual iban rodando, y no pararon hasta caer en el mar, que llegaba á la raíz del monte. Estuvieron los santos largo espacio debajo del agua, y despues aparecieron los sacos, que venian sobre el agua hácia la ribera; allí los desataron, y hallaron los miembros sanos y sin lesion; y á la media noche envió el Señor sus ángeles para que los recreasen del trabajo pasado, y los proveyesen de mantenimiento; y de allí vinieron á la ciudad y contaron á los fieles las maravillas de Dios, y levantando las manos al cielo le daban gracias de todo corazon.

Sabiendo lo que pasaba, Maximiano los tornó á enviar á Ancira, encargando á Curcio, su presidente, que de nuevo los atormentase; el cual mandó encender un hierro puntiagudo é hincarle debajo de los brazos de los santos, y atarles fuertemente los brazos, é hincando dos maderos en tierra, atar á Clemente en el uno, y á su compañero en el otro, y los verdugos los herian crudamente en todo su cuerpo; y no contento con esto el tirano, mandó encender un capacete y ponerle sobre la cabeza de Clemente, y luego el humo de las carnes abrasadas comenzó á salir por la boca y por las narices y oidos. Entonces el santo, dando un grande gemido y llamando á Dios, dijo: ¡O agua viva y lluvia de nuestra salud! Envíanos, Señor, una gota de tu rocío; y pues ántes nos sacaste del agua, sácanos ahora del fuego y dános tu refugio. En diciendo esto, poco á poco

se fué enfriando el hierro encendido, y los que herian á Agatángelo se cansaron. El tirano, espantado de lo que veia, mandó llevar los santos á la cárcel, á donde vino aquella santa Sofia que habia tomado por hijo á san Clemente en lugar de su madre, y abrazándole y derramando muchas lágrimas, besaba su rostro, sus manos y todos aquellos sagrados miembros que habian sido atormentados por Cristo, rogándole que le contase particularmente todas sus batallas y victorias que habia pasado; y dando él razon de todo esto, ella con unos lienços limpiaba la sangre y las heridas del santo, y luego le dió de comer de los manjares que ántes solia comer en su casa. Desesperado, pues, el juez de poder vencer á los constantes mártires, se salió fuera y encomendó el negocio á otro juez de los amacenos, por nombre Domicio; mas la santa madre Sofia no podia apartarse con el cuerpo de aquellos que tenia abrazados en el corazon; y así vino muy alegre con aquellos muchachos que, como ya dijimos, Clemente habia bautizado y doctrinado. Cuando lo supo Maximiano, mandó que si los muchachos se apartasen de Clemente, los dejasen libres, y donde nó, los matasen. Los soldados trabajaban en apartarlos por fuerza del mártir, y ellos resistian cuanto podian, arrojándose en tierra y abrazando los piés del santo, queriendo ántes morir que apartarse de su maestro; y así todos murieron, y la piadosa Sofia les dió sepultura.

El nuevo juez de los amacenos mandó apartar á Clemente de Agatángelo, para que estuviesen ménos fuertes y no se pudiesen ayudar uno á otro, y henchir una cisterna de cal viva, y arrojar en ella á los santos, y que dos soldados la guardasen, para que no los sacasen de ella los cristianos. Estuvieron todo el dia, que era en viernes santo, sin recibir daño alguno, y resplandeció sobre ellos toda la noche siguiente una lumbrera del cielo, la cual vieron los dos soldados, y alumbrados de otra mas excelente luz en sus almas, saltaron á la misma cisterna y se juntaron con los santos. Luego por la mañana, cuando el tirano vió que estaban vivos y sanos, con alegres rostros los que tenia por muertos, y con ellos los dos soldados, cuyos nombres eran Fegi y Eucarpo, mandó que los soldados fuesen crucificados, y á Clemente y á su compañero que les sacasen dos correas de carne de las espaldas y los azotasen cruelmente; y viendo que nada de esto aprovechaba, mandó traer dos lechos de hierro y poner mucho fuego debajo, y echar sobre ellos aceite hirviendo y pez derretida y piedra azufre, y teniéndolos ya por muertos, echar los cuerpos en el rio; mas ellos dormian en aquella cama un dulce sueño, en el cual les apareció Cristo acompañado de ángeles, diciéndoles que no temiesen, porque él estaba con ellos.

Desesperó Domicio de poderlos vencer, y envió los santos á Maximiano, que de Tarso habia venido á Ancira. Llevaban los soldados de guarda y seguíanlos muchos fieles. El camino era largo y desierto, tan falto de agua, que padecian todos gran trabajo de sed; mas san Clemente hizo oracion al Señor, y á la hora reventó una fuente de agua en aquel desierto, con que todos se recrearon; y á la fama de este milagro concurrieron los enfermos de aquella comarca, y tocándolos con sus manos el santo mártir, á todos dió entera salud. El cual, viendo las maravillas que el Señor obraba por él, y encendido de una grande llama de amor divino, y de una sed increíble y deseo de padecer por tan buen Señor, le suplicó con grande instancia que todos los dias que viviese, siempre padeciese trabajos y

dolores por su amor, sacrificando todos los miembros de su cuerpo en su servicio. Acabada esta oracion, le pareció que oía una voz de lo alto, que le decía: Clemente, yo te he otorgado lo que me pediste; apárate para pasar constantemente esta carrera, porque con el tiempo que has batallado, y con el que te queda por pasar, se contarán veinte y ocho años de tu martirio. Con esta respuesta quedó el santo muy alegre y regocijado, y fué presentado de nuevo al emperador Maximiano, que mandó hacer luego una grande hoguera y echar en ella á los santos; pero habiendo estado en ella dia y noche, nunca el fuego pudo dañar á aquellos miembros dedicados á Dios. Espantado Maximiano y no enmendado, mandó á los verdugos que públicamente los arrastrasen ó hiriesen hasta matarlos; mas esto salió tambien mal al tirano, porque muchos de los gentiles, viendo la constancia de los mártires, y que en tantos tormentos no morian, reconociendo la virtud de Dios, renegaban de sus dioses y se volvían á Cristo. Despues de esto mandó, que así como estaban atados, los llevasen á la cárcel, y que estuviesen en ella presos cuatro años, pareciéndole que la prision tan larga y penosa domaria á los que ni el fuego ni el hierro habian podido domar; pero los santos, pasados cuatro años, salieron de la cárcel muy esforzados; porque el deseo de padecer por Cristo les hacia tener la cárcel por un palacio real; y con esto Maximiano desconfió de la victoria y no quiso tratar esta causa por su persona. Pero ¿quién podrá reasumir en pocas palabras los otros martirios y tormentos con que estos santos fueron afligidos de otros jueces y tiranos, á quienes fueron entregados para que los acabasen y consumiesen? Ya habian peleado con los emperadores Diocleciano y Maximiano, y con los jueces Domiciano y Agripino, Curcio y Domicio; y les quedaba que pelear con otros cuatro no ménos fieros y espantosos tiranos que los primeros. Uno fué un cruellísimo sacerdote de los ídolos, muy ejercitado en atormentar cristianos, y grande oficial en pervertir corazones: este los mandó azotar tan cruelmente, que consumida toda la carne, se les parecian todas las junturas y armazon de los huesos; y los santos volvieron por su pié á la cárcel, y los fieles los seguian por coger las reliquias de los pedazos de la carne y sangre que de ellos corria, como un precioso tesoro; y el mal sacerdote, corrido de verse vencido y casi desmayado fué llevado por brazos ajenos á su posada. Otro fué un hombre principal, llamado Máximo, que los pidió al emperador, pensando sacarlos de su propósito ó á lo ménos matarlos: este mandó hacer una cama sembrada de muchas puas muy agudas, de un pié en alto, y echar de espaldas á Clemente sobre ellas, y que los verdugos con paños gruesos le hiriesen ricamente en el vientre y en los pechos, para que así se hincasen mas las puas en las espaldas, y echar plomo derretido sobre la cabeza de Agatángelo; pero el Señor libró al uno y al otro de tan terrible tormento. El tercero fué otro juez llamado Afrodisio, natural de Persia, el cual mandó atar dos piedras de tahona á los cuellos de los santos, y llevarlos arrastrando por medio de la ciudad, y que otros les tirasen piedras, para quebrantar los espíritus de los santos y levantar la ciudad contra ellos; mas sucedió todo al revés, porque los santos crecieron en fortaleza y alegría, y los gentiles, dejada la idolatria, glorificaban á Dios, que tal fortaleza y ánimo les habia dado; y con esto les condenó á cárcel perpetua, para que allí consumidos acabasen la vida. Sucedió en

el imperio Maximino; y él, sabiendo que aquellos presos eran de Ancira, los envió al presidente de aquella tierra, que se llamaba Lucio. Llegados á Ancira, el juez, sin hablarles palabra, los encerró en la cárcel, atándoles de tal manera, que estaban como embarazados, sin poderse mover, y al dia siguiente mandó hincar á Agatángelo unas puas muy encendidas por las orejas, y aplicarle hachas ardiendo á los lados; y finalmente le mandó cortar la cabeza á los 5 dias de noviembre; y la santa madre Sofia abrazó su cuerpo con grande alegría, y le sepultó á la entrada de la iglesia que allí estaba; y san Clemente, sabido el fin glorioso de su fiel discípulo y compañero, no cabia en sí de placer, glorificando á Dios por este gran beneficio.

Mandó el tirano dar un dia ciento y cincuenta heridas en el rostro y en la cabeza, con lo cual todo el cuerpo y el suelo estaba bañado de sangre; mas de noche acudieron los ángeles muy resplandecientes, y curaron sus llagas. En esta ocasion la piadosa Sofia, juntando consigo todos sus familiares y los mozos, que ella habia criado, entrando de noche en la cárcel, desató al mártir y le sacó de ella, y luego le vistió de una ropa blanca, y él tambien en señal de alegría se vistió de otra del mismo color, poniéndole en la mano el santo Evangelio, y con muchas velas encendidas y perfumes olorosos entró con él en la iglesia. Entendió Clemente, que ya Dios le queria llevar, é hizo oracion primero por su madre Sofia, y luego por sus clérigos y pueblo, y por todos aquellos que despues de su muerte pidiesen á nuestro Señor mercedes por su intercesion. Amaneció el dia de la Epifanía; y el santo obispo celebró, y dió el divino sacramento á los que estaban aparejados, y los recreó con sus palabras de vida, y les profetizó que cesaria presto aquella tempestad, y sucederia una nueva paz en el imperio romano, y todas las ciudades y tierras se henchirian del conocimiento de Cristo, y se abririan las iglesias, y se cerrarian los templos de los ídolos, y que esto se cumpliria muy presto, y que algunos de los presentes lo verian; y todo esto sucedió, como el santo lo dijo. Mas la santa Sofia estaba tan gozosa, que llevó á su casa todas las viudas y huérfanos, y por espacio de diez dias les dió de comer abundantemente, y á todos los demás que sobrevenian, para festejar con ellos la venida de su pastor: pero el domingo siguiente, estando san Clemente en la iglesia celebrando su misa, y dada la comunión á los fieles, entró uno de los magistrados acompañado de soldados en la iglesia, y con gran impetu y furor mandó á uno de los soldados que cortase la cabeza á Clemente; y así, estando él sacrificando, fué ofrecido en sacrificio al Señor. Murieron con él otros dos diáconos, que se llamaban Cristóbal y Cariton; y la buena madre Sofia tomó el cuerpo del santo mártir Clemente, y con muchos cirios encendidos le sepultó en la misma iglesia, donde habia sepultado á Agatángelo para que tuviesen los cuerpos un mismo sepulcro, cuyas almas ya moraban en el cielo; y allí cerca sepultó los cuerpos de los otros dos mártires, y sentada junto al sepulcro de los santos decía con entrañable afecto y con muchas lágrimas estas palabras: «Yo, hijos míos, os sepulté en este lugar secreto, mas Cristo os publicará: él os dará descanso, pues tanto padecisteis por su amor. Ya la vejez me llama á vuestra compañía, la cual se ha dilatado hasta hora para acompañar vuestros cuerpos y sepultarlos: rogad, hijos míos, al Señor por mí, que fui vues-

tra madre y vuestra ama, para que así como aquí estuve con vosotros, allá esté cerca de vosotros en vuestra santa compañía.»

Esta es la historia breve del largo martirio de este valerosísimo y esclarecido mártir, estas sus batallas, estas sus victorias y triunfos, de la cual con verdad podemos decir lo que dice Nicéforo, que después que Dios crió el mundo no se han hallado tales mártires como Clemente y Agatángelo, que con tanta ventaja sobrepujase á los que padecieron en fuego y hierro, piedras y maderos: á los que pelearon con bestias fieras: á los que sufrieron largas prisiones y cárceles: á los que padecieron de diversas maneras en la tierra y en las aguas: á los que fueron martirizados con grande frío ó calor; y finalmente á los que perdieron la vida con cualesquiera penas y tormentos: porque á todos estos exceden con gran ventaja estos dos gloriosos mártires. Todo esto es de Nicéforo, y tiene razon; porque, ¿qué martirio ha habido tan prolijo, que haya durado veinte y ocho años, como el de san Clemente? O ¿qué tormentos ha podido inventar la ingeniosa crueldad del hombre, ó del mismo demonio, que no se hayan ejecutado en estos dos esforzados y gloriosos caballeros del Señor? Aquí vemos salir á desafío la perfidia con la piedad, la idolatría con la verdadera religion, la crueldad con la constancia, los tormentos con la flaqueza humana, la muerte con la vida, y finalmente todo el poder de los emperadores y el furor del infierno contra el brazo todopoderoso del Señor. En esta estacada vemos una admirable competencia de los mártires en padecer por amor de su Señor, y del mismo Señor en darles nuevas fuerzas para padecer. Visítalos, sanábalos, curábalos sus llagas, proveyéndolos, dándoles de comer, esforzándolos, para que padeciendo mereciesen, y siendo con tantas maravillas confortados se alentasen y deseasen padecer mas. Pues, ¿qué diré de aquel amor tan entrañable y tan verdadero y macizo de la madre de san Clemente, que así le exhortó al martirio, y con palabras dulcísimas y tiernísimas le animó á morir por Cristo, besando la santa madre los miembros de su hijo, que habian de ser atormentados por él? ¿Qué de la otra Sofia y segunda madre, que se regocijó tanto de ver á su hijo Clemente despedazado y muerto, como las otras madres se suelen regocijar de ver á sus hijos vivos y bienaventurados en la tierra? ¿Pues qué ejemplo tienen aquí las madres para amar á sus hijos, nó con amor de carne, sino con espíritu del cielo y verdadero amor? ¿Quién será tan regalado, que no quiera hacer penitencia de sus pecados en esta vida, viendo lo que estos santos padecieron por gozar de la eterna? O ¿quién se excusará de guardar la ley y mandamientos de Dios, diciendo que son graves y pesados, considerando la muchedumbre y atrocidad, y continuacion de tormentos, que ellos sufrieron? Ninguno, pues, mire á sola su flaqueza en esta batalla; porque desconfiará de sí, y desmayará: sino al Señor que tiene á su lado, y á aquel valedor y esforzador todopoderoso, que tuvieron san Clemente y su compañero, por cuya virtud ellos vencieron y nosotros podemos vencer.

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT. — Su principal festividad se celebra en 7 de enero.

SAN PARMENAS. — Fué uno de los siete primeros diáconos que instituyeron y ordenaron los apóstoles en Jerusalem. Habia ido á predicar el Evangelio á Asia, y estando en Filipis de Macedonia cumpliendo su santo ministerio, recibió

la corona del martirio, en tiempo del emperador Trajano, el año 110.

LOS SANTOS SEVERIANO Y ÁQUILA SU MUJER. — Vivian estos dos santos esposos en Cesarea de Berberia, dedicados á las prácticas de piedad, y sobre todo al cuidado de los pobres de la Iglesia, cuando por confesar públicamente la fe de Jesucristo, fueron quemados vivos, mereciendo así la palma del martirio. Ignórase el tiempo de su muerte, aunque es de creer seria en el segundo ó tercer siglo, pues sus nombres se hallan citados en las mas antiguas colecciones de santos.

SAN ASELA. — Era de Antinoo, antigua ciudad de Egipto, y vivia en ella cuando se levantó la cruel persecucion de Diocleciano contra los nuevos fieles. Fué, pues, llamado á la presencia de Arriano, gobernador de la Tebaida, y negándose valerosamente á adorar á los falsos dioses, fué empalado, azotado, suspendido de un árbol y asaetado, y por fin precipitado en el Nilo, donde murió ahogado, el día 21 de enero del año 287. Dos dias despues fué recogido su sagrado cuerpo por los cristianos, y enterrado en lugar seguro y libre de las profanaciones de los infieles.

SAN MARTIRO. — Fué monje en el Abruzo Superior, de vida ejemplar, de caridad grandísima con los pobres, y de una humildad profunda. San Gregorio papa refiere una porcion de milagros con que el cielo testificó las virtudes de este santo, y singularmente la aparicion del Salvador en forma de pobre leproso. Floreció este santo durante el siglo VI.

DIA 24.

SAN TIMOTEO, OBISPO Y MÁRTIR. — La vida del bienaventurado san Timoteo, discípulo del apóstol san Pablo, obispo de Efeso, y mártir de Jesucristo, colegida del brevario romano y de san Isidoro y Melafraсте, es de esta manera. Nació san Timoteo en Liconia, y crióse en Listra. Su madre se llamó Eunice, y su abuela Lois: de las cuales hace mencion san Pablo, como de personas muy devotas y virtuosas. Eran judias, y su padre fué gentil. Vinieron san Pablo con san Bernabé á Listra, como se cuenta en los hechos apostólicos, y habiendo allí sanado á un hombre cojo, y movido mucho á la gente con este milagro; entre los otros, que entonces se convirtieron á la fe de Cristo, fué uno Timoteo, cuyos padres hospedaron á los apóstoles en su casa, y les entregaron á su hijo, mozo de buen ingenio y bien inclinado, y blando de condicion, para que le enseñasen y cultivasen de su mano: y el apóstol san Pablo despues le tomó en su compañía, y le tuvo por hijo y discípulo amantísimo, enseñándole aquella doctrina, que él habia aprendido en el tercer cielo, y llevándole consigo en sus peregrinaciones, como compañero suyo carísimo: y Timoteo con grande alegría le acompañaba, y pasaba los trabajos y peligros, que cada dia se le ofrecian, con grande esfuerzo y espíritu del Señor, sin tener cuenta con su flaqueza y poca edad: y así san Pablo, en sus epístolas, unas veces le llama «hermano:» otras, «hijo carísimo y fiel en el Señor:» otras «ministro de Dios y coadjutor suyo en el Evangelio:» y en algunas de sus epístolas pone en la salutacion: «Paulo y Timoteo; siervos de Jesucristo:» como si fuesen aquellas epístolas de ambos, y nó de solo san Pablo; y finalmente dice de Timoteo, que hacia la misma obra de Dios que él, y que no tenia ningun-

no tan unido consigo, y de un mismo corazón: que es grande argumento de la rara virtud y altos merecimientos de este santo; pues aquel vaso escogido de Dios, y órgano del Espíritu Santo, le quiso tanto y le estimó y alabó. Mas, aunque san Timoteo fué tal, como san Pablo le pinta, no por eso se desdenaba de sí, ni se desvanecía; antes era mas humilde y mas penitente. Aflicta su carne, para que su espíritu fuese mas vigoroso y robusto; y padeciendo mucha flaqueza de estómago, y otras continuas enfermedades, bebía agua con tanto rigor, que fué menester que el mismo apóstol le mandase que bebiese un poco de vino, porque así convenia á su salud. No solamente fué discípulo tan amado de san Pablo, y el que le siguió en muchos caminos, y le sirvió, visitando en su nombre á los fieles, y consolándolos, y animándolos con su ejemplo y predicacion, pero tambien fué discípulo é hijo muy regalado del discípulo querido del Señor, san Juan Evangelista: el cual ántes que el emperador Domiciano le desterrase á la isla de Patmos, vivía en Efeso, y de allí gobernaba todas las Iglesias de Asia; despues que le desterraron, dejó en su lugar á Timoteo, que fué obispo de Efeso, con grandísima santidad suya y edificacion, y aprovechamiento de toda la Iglesia del Señor: aunque no vivió muchos años en aquella silla: porque haciendo una fiesta los gentiles, en la cual enmascarados usaban de una bárbara crueldad contra los hombres y mujeres que topaban por las calles, dándoles muchos golpes con unas mazas que llevaban en las manos, y matando á muchos de ellos, pensando que con aquel sacrificio aplacaban á sus dioses; el santo obispo los reprendió, y procuró apartar de aquella sacrilega locura; y fué tanto lo que se enojaron contra él, que le arrojaron, todo lo que les venia á las manos; y asiendo de él con gran crueldad y fiereza, le arrastraron y le dejaron por muerto. Los cristianos acudieron, y se hallaron casi boqueando, y poco despues dió su espíritu al Señor, y su cuerpo fué sepultado en un lugar, llamado Pion, con gran sentimiento y devocion de los fieles, hasta que el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, trasladó sus reliquias á un templo que edificó en honra de los apóstoles, y el emperador Justiniano le acrecentó y le hizo mas suntuoso y magnífico. San Ignacio, en una epístola que escribe á los de Efeso, les dice: «Vosotros habeis conversado con Pablo, y con Juan, y con el fidelísimo Timoteo:» y en otra epístola, que escribe á los de Filadelfia, dice: que Timoteo se debía contar entre los santísimos varones, que en virginidad y pureza pasaron su vida. Murió san Timoteo á los 24 de enero, en el año del Señor de 109, siendo emperador Trajano; y el mismo día celebra la Iglesia su fiesta.

LA DESCENSION DE NUESTRA SEÑORA.— En la ciudad y arzobispado de Toledo se celebra una fiesta que es propia suya, y se llama «Descension de nuestra Señora,» y por otro nombre, «Nuestra Señora de la Paz.» Celébrase á los 24 dias del mes de enero, y un día despues de la fiesta de san Ildefonso. Llámase la Descension de nuestra Señora, por aquel favor incomparable y singular beneficio que hizo Dios nuestro Señor á la santa iglesia y ciudad de Toledo, cuando la sacratísima Virgen María, su madre y reina nuestra, á los 18 de diciembre, el día en que la misma ciudad hacia la fiesta de su gloriosa Espectacion, bajó del cielo, acompañada de innumerables ángeles y vírgenes, y con inmensa claridad ilustró el templo de Toledo, y puso sus sagrados piés en el suelo, y se asentó en

la cátedra, de donde san Ildefonso solia predicar, lionró y vistió al santo prelado con una casulla, labrada por manos de ángeles, y le mandó que usase de ella en sus solemnes fiestas: y con este don celestial testificó cuán acepto le habia sido el servicio que le hizo san Ildefonso, defendiendo la gloria de su perpétua y virginal pureza contra los herejes que la querian obscurecer ó impugnar, y cuán agradable es al Señor la castidad entera y pura, que hasta el cabo, sin marchitarse, se conserva como flor hermosísima, y triunfa de todos los deleites y apetitos sensuales de la carne; pues tambien por haberla guardado san Ildefonso, le dijo Nuestra Señora que le daba aquella vestidura del tesoro de su Hijo, como lo dijimos el día 23 de este, en la vida del mismo santo. Por haber sido este beneficio tan señalado, y para tanta gloria de san Ildefonso, y honra de la iglesia y ciudad de Toledo, pues quedó consagrada con la presencia de la Reina de los ángeles, y debajo de su singular proteccion; con mucha razon se ordenó, que cada año se hiciese fiesta y memoria de este divino beneficio, y por no poderse hacer el mismo día que aconteció, que se traspasase á los 24 de enero, y se juntase con la solemnidad del mismo san Ildefonso, para que fuese mas regocijada y solemne; porque verdaderamente despues que Nuestra Señora santificó con su presencia al templo de Toledo, quedó él hecho un santuario, y como un tabernáculo de Dios con los hombres, y una morada de la misma Virgen; y por esta causa muchos reyes la escogieron para sus sepulturas; y en ella bendecian y de ella sacaban los estandartes reales, que llevaban á la guerra; y de todas partes venian en romería á la santa iglesia de Toledo, como á casa consagrada de la Virgen, á pedir mercedes y favores de Dios; y hoy día vemos la devocion y reverencia con que se besa la piedra, en que por comun tradicion de padres á hijos puso sus purísimos piés, cuando bajó del cielo: y la casulla, que de su mano dió á san Ildefonso, está en la ciudad de Oviedo guardada en una arca de plata, con tan grande recato y veneracion, que no se atreven los prelados de aquella iglesia á abrirla, por algunos castigos que Dios ha dado á los que se arrojaron á hacerlo: porque el Señor quiere, que los dones tan grandes como estos, sean reverenciados y nó manoseados; como se ve en lo que cuenta san Gregorio papa, haber acontecido á algunos que vieron acaso las reliquias del glorioso apóstol san Pablo y del fortísimo mártir san Lorenzo, los cuales, dice el santo pontifice, que dentro de pocos dias todos murieron. Esta es la causa de la fiesta de la Descension de Nuestra Señora y de su nombre.

Llámase tambien Nuestra Señora de la Paz, por la causa que aquí diré. Cuando el rey don Alonso el sexto ganó de los moros la ciudad de Toledo, que fué el día de san Urbano del año del Señor de 1183, aunque otros dicen que fué el de 1183, uno de los conciertos que se hicieron con los moros, que se rindieron á partido, fué, que el templo principal de la ciudad quedase por mezquita, para ejercicio de su falsa religion. Estos conciertos juró el rey don Alonso; y habiendo puesto presidio en la ciudad y dejado en ella á la reina doña Constanza su mujer, y al nuevo arzobispo electo don Bernardo, se partió para Castilla. Estando ausente la reina y el arzobispo, pareciéndoles cosa indigna de la piedad cristiana, que siendo los cristianos señores de la ciudad, el principal templo de ella, consagrado como dijimos con la presencia de la Reina del cielo, sirviese á Mahoma

y fuese templo del demonio; se concertaron entre sí de tomarle un día con gente armada, y purificarle y poner campanas en la torre como en la Iglesia católica se usa, y altares en el templo y decir misa en él: y así se hizo sin tener cuenta con el juramento que había hecho el rey, ni con el peligro que podían correr los cristianos y la misma ciudad de perderse, por ser mucho mayor el número de los moros que había en ella: los cuales, cuando vieron que se les había quitado su templo, se embravecieron sobremanera, y tomaron las armas, juzgando que como se había quebrantado el juramento del rey en cosa tan grave y que tocaba á su religión, también se quebrantaría en la demás, y se abriría la puerta á otros agravios, y á quitarles la libertad y exenciones que tenían. Una sola cosa los consolaba y detenía, que era saber cierto, que lo que se había hecho, no había sido con voluntad del rey: el cual, en sabiendo lo que pasaba, como tan celoso de su honra, vino volando á Toledo, con determinación de hacer algún ejemplar castigo en la misma reina doña Constanza su mujer, y en el arzobispo don Bernardo, como quebrantadores de su palabra real, que tanto deben estimar los reyes. Súpose en la ciudad el sentimiento y enojo del rey, y la resolución con que venía: salieronle á recibir los cristianos en procesion, vestidos de luto y llorosos para moverle con su aspecto, é inclinarle á misericordia y perdón: pero el rey tenía por tan grande afrenta suya el decirse que no cumplía su palabra, que no se ablandó ni aplacó, ni con las lágrimas de la propia hija, que vestida de saco y cubierta la cabeza de ceniza venía en la procesion, ni con otra cosa de las que vió y oyó, hasta que los mismos moros considerando su gran peligro, que si el rey por su respeto ejecutaba su saña contra la reina y contra el arzobispo, al cabo ellos lo pagarían con sus cabezas, y los cristianos, vengarían aquella injuria, se echaron á los pies del rey suplicándole humildemente perdonase á la reina y al arzobispo, y se quedase con el templo para uso de los cristianos; porque ellos lo tenían por gran merced, y que si no les otorgaba lo que le suplicaban, no volverían mas á la ciudad, ántes se irían á vivir á otras partes. Maravillóse el rey y holgóse en gran manera, por haber hallado salida tan buena á negocio tan enmarañado y dificultoso; pues sin quebrantar su fe y palabra, sin mengua de su honor ni peligro de la ciudad, podía mitigar su enojo y perdonar á la reina y al arzobispo la culpa que tenían, nacida del celo cristiano y piedad, y desseo de gozar de aquel templo suntuoso, y adorar en él aquel Señor que con admirable providencia había puesto su mano en aquel negocio, desenmarañándole y acabándole con tan gran suavidad y fortaleza. Con esto entró en la ciudad el rey, con alegría y regocijo de los cristianos y de los moros, y la reina y arzobispo, libres ya del temor, quedaron muy contentos con lo que habían hecho, y todos alabando y glorificando en el mismo templo al Señor, por las misericordias que con ellos había usado; y para que quedase memoria perpétua de este beneficio, se instituyó esta fiesta y se llamó Nuestra Señora de la Paz.

SAN BABILAS. — Creado obispo de Antioquia, era tanto el celo con que cuidaba la Iglesia de Dios, que pretendiendo entrar en la de Antioquia, sin duda para profanarla, el gobernador Numeriano, le repelió con violencia, manifestándole que el pastor jamás podía permitir que el lobo entrara en el redil. El gobernador, al verse así rechazado

por el santo prelado, manda prenderle y encarcelarle. Y atormentado por muchos días, viendo que permanecía fiel en la fe, dió orden para que fuese degollado, como se verificó en la misma cárcel el día 24 de enero, reinando el emperador Decio. Urbano, Prilidiano y Epolonio, á quienes había el santo instruido en la fe, es comun opinion que padecieron tambien el martirio con él.

SAN FELICIANO. — Fué consagrado obispo de Fuligno por el papa Víctor, y enviado por él á predicar á todas las regiones de Hungría. Trabajó muchísimos años en la viña del Señor, hasta que siendo de una edad muy avanzada, derramó su sangre por Jesucristo, en la persecucion de Decio.

LOS SANTOS MARDONIO, AUSONIO, EUGENIO Y METELO. — Padecieron martirio en Neocesarea, y sus cuerpos faeron quemados y las cenizas arrojadas al rio.

SAN TIRSO Y SAN PROYECTO. — Nada se sabe de estos santos mas que sus nombres.

SAN ZAMAS. — Fué primer obispo de la ciudad de Bolognia en Italia, y ordenado por el papa san Dionisio. Su pureza, su caridad y la santidad de sus costumbres, ganaban los corazones de todos. Su celo tuvo la gloria de ver propagada la religion por casi toda la Italia, y de dejar copiosos frutos en la Iglesia ántes de su muerte, acaecida en 292 ó 294.

SAN SURANO. — Nació este santo en Italia, de padres cristianos; y tomó tanta aficion á la vida religiosa y contemplativa, que desde sus primeros años se le veia huir el trato y compañía de los hombres, y entregarse todo á la oracion y austeridad. Abrazada la vida monástica, fué elegido luego abad de un monasterio de Italia. En la irrupcion de los longobardos, y en las calamidades siguientes á tan gran trastorno, sirvió Surano de moderador pacífico entre vencedores y vencidos, y murió tranquilamente en su monasterio, en los últimos años del siglo VII, llorado de cuantos tuvieron la dicha de conocerlo.

DIA 25.

LA CONVERSION DEL APÓSTOL SAN PABLO. — El bienaventurado san Gregorio papa dice, en el libro de sus diálogos, que es mayor milagro dar Dios vida á un alma muerta por el pecado, que resucitar de la sepultura un cuerpo muerto: porque en lo uno resucita la carne que otra vez ha de morir; y en lo otro el alma que ha de vivir para siempre: y afirma con mucha razon, que fué mayor milagro el convertir Dios á san Pablo, que el resucitar á Lázaro de cuatro dias muerto, y que oía mal en la sepultura; y Grande obra es convertir un pecador, y de cuervo hacerle paloma, de lobo oveja, de esclavo de Satanás hijo suyo, y de condenado á las llamas infernales heredero del cielo! Y es tan grande y tan maravillosa, que es menester todo el poder de Dios para hacerla, y en ella se muestra mas que en la creacion del mundo, y en la fábrica tan hermosa y admirable del universo; porque todas las criaturas las crió el sumo artífice por su voluntad, y con decir: *Fiat lux: hágase la luz;* luego fué hecha la luz, sin repugnancia ni contradiccion alguna: mas como el hombre tiene libre albedrío, y es señor de sí y de su voluntad, y Dios es tan amigo de conservar sus dones, y de no quitarnos lo que una vez nos dió, halla resistencia muchas veces en el hombre, para hacerle hacer lo que le

conviene, y para que siga el beneplácito de su santa voluntad. Pero aunque en todas las conversiones de los pecadores resplandece el poder infinito y la suma bondad de Dios, y por esta parte se pueden llamar milagrosas, porque las fuerzas humanas y de toda la naturaleza no pueden llegar á convertir un pecador, y de injusto hacerle justo; todavía hay algunas conversiones muy extraordinarias y singulares, en las cuales se echa mas de ver el brazo poderoso del Señor, y son mas milagrosas y dignas de admiracion, no solamente por el poder con que Dios las hace, sino por el modo con que las hace. Tal es la conversion de san Pablo, de la cual dice san Gregorio, que fué mas milagrosa que la resurreccion de Lázaro, y como á tal la celebra hoy la santa madre Iglesia con grande fiesta y solemnidad. Es cosa maravillosa, que habiendo Dios nuestro Señor convertido á tantos y tan grandes pecadores á penitencia, y sacándolos de un abismo de tinieblas y maldades, en que estaban, á la luz de su conocimiento, y adornándolos con tan grandes merecimientos de santidad; de ninguno celebre la Iglesia el día de su conversion; ni la solemnice con tanta fiesta, sino sola la de san Pablo, por ser cosa tan rara, tan nueva, tan admirable y tan provechosa para toda la Iglesia.

Declaremos aquí la razon de esta particularidad, que hoy hace la santa Iglesia. Para lo cual se debe advertir y considerar, que la Iglesia militante y la triunfante son dos hermanas que se aman con muy estrecho vínculo de caridad: y aunque la una está allá en el cielo, y la otra acá en la tierra: la una en el puerto y la otra en la mar: la militante pelea, y la del cielo triunfa: la una trabaja, y la otra reposa; la una y la otra se ayudan, y tienen su correspondencia y comunicacion. La triunfante no tiene necesidad alguna para sí; pero tiénela para sus miembros, que acá en la tierra andan fatigados, y muchas veces enfermos y oprimidos: la militante está siempre en batalla, y temiendo ser vencida, pide socorro y favor á su buena hermana y procura imitarla: y porque sabe que en el cielo se hace fiesta solemne por la conversion de san Pablo, quiere imitarla en esto y juntar su gozo con el gozo de su hermana, y la alegría de la tierra con el regocijo del cielo; porque siendo verdad infalible lo que Cristo nuestro Señor dice por san Lucas, que hay mas gozo en el cielo por un pecador que se convierte y hace penitencia, que por noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de ella: ¿qué regocijo creemos que se hace en el cielo por la conversion de un tan gran pecador como fué Saulo, y que con tantas veras se volvió á Dios é hizo penitencia y fué espejo de santidad, y un vivo retrato de Jesucristo? El gozo nace del amor, y donde hay grande amor hay grande gozo; cuando se alcanza lo que se ama, y poco gozo donde hay poco amor: y así habiendo Dios amado tanto á san Pablo, como adelante se verá, no es maravilla que el cielo haga tan grande fiesta por su conversion; porque puesto caso que es verdad, que considerando el afecto con que Dios ama á sus criaturas, á todas ama con el mismo é igual amor; porque en Dios no hay mas ni menos, ni aumento ni mengua, pero mirando los efectos y los dones que les reparte, el amor de Dios es desigual, y mayor ó menor, á la medida de las mercedes que les hace; porque como no sea otra cosa amar, sino querer bien, y el querer en Dios sea obrar; á quien hace mas bien, decimos que

ama mas y quiere mas. Esta es la primera causa porque la Iglesia militante, conformándose con la triunfante, celebra su fiesta.

La segunda es, por la novedad y manera tan extraña con que Dios convirtió á san Pablo, el cual siendo mozo y hebreo de nacion y noble de linaje, de la tribu de Benjamín, y fariseo y ciudadano romano y discipulo de Gamaliel, y criado y enseñado desde niño en todas las ceremonias y ritos de la ley vieja, celosísimo de que se guardasen al pié de la letra y de honrar á Dios en Moisés, creyendo que nuestro Señor le era contrario y no era el verdadero Mesías, sino un embatcador y destruidor de la ley, juntándose con el fervor de la edad aquel falso celo, se determinó á hacer guerra á sangre y fuego á Jesucristo y á todos los de su bando. Para esto vino, en que los judíos apedreasen á san Estéban y para que estuviesen mas desembarazados, él mismo les guardaba las capas, apedreándole él con las manos de todos los que le apedreaban; y como él mismo dice de sí, perseguía sobremanera la Iglesia del Señor, con propósito de arruinarla y asolarla: y como escribe san Lucas: *Adhuc spirans minarum et cædis in discipulos Domini*: sobre las cuales palabras dice san Juan Crisóstomo: «¿Qué quiere decir *Todavía*, sino declararnos que antes de aquel tiempo habia hecho muchos males? Pues qué males habia hecho? Antes pregunto yo; mal no habia hecho? Habia llenado de sangre á Jerusalem, habia muerto á los fieles, afligido á la Iglesia, perseguido á los apóstoles, apedreado á Estéban y no perdonado á hombre ni mujer; porque no se contentaba con llevarlos á los tribunales y acusarlos ante los jueces, sino que los buscaba por las casas, y los sacaba de ellas, y como una fiera los arrebatava.» Esto es del Crisóstomo. Estando, pues, aun en su mal intento, y perseverando en su maldad y encarnizado en la sangre y muerte de los inocentes, y no pensando de día ni soñando de noche, sino cómo los habia de acabar; y habiendo para esto sacado provisiones del sumo sacerdote para perseguir, prender y afligir á todos los cristianos, y yendo á Damasco para ejecutarlo, entonces le trocó Dios y le convirtió á su santo conocimiento. Otros pecadores, despues de haber ofendido á Dios, tocados con su bendita mano se convierten: Pedro, despues que negó al Señor, se reconoció y lloró: David, despues de haber cometido el adulterio, volvió en sí é hizo penitencia; mas Pablo, en el mismo tiempo en que con tanto furor y rabia perseguía á Cristo y procuraba derramar la sangre de sus siervos y arrancar del mundo, si pudiera, la religion cristiana, fué convertido del Señor. Al mismo tiempo que estaba cometiendo un grave pecado mortal, y encendido y engañado de su falso celo, echaba llamas de fuego, y armado con la vara de justicia y de soldados, amenazaba tormentos de muerte á los amadores de Cristo, é iba á Damasco para ejecutar su furor; le salió al encuentro el mismo Cristo, para pelear con él, y derribarle y rendirle: porque estando ya cerca de la ciudad, súbitamente se vió rodeado de una luz celestial, y cayendo en tierra, oyó una voz, como trueno espantoso, que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él, mas muerto que vivo, respondió: ¿Quién sois vos, Señor? Y el Señor le dijo: Yo soy Jesus, á quien tú persigues. Dura y difícil empresa has tomado: coces tiras contra el aguijon: y Saulo, temblando y desparavido, y como fuera de sí, dijo: ¿Señor, qué quereis

que haga? Mandóle Dios que se levantara y entrara en la ciudad; porque allí le dirían lo que había de hacer. Este fué el modo con que Cristo nuestro Señor convirtió á Saulo. Para convertir á la ciudad de Ninive, envió Dios al profeta Jonás; para convertir al pueblo de Israel envió primero á Moisés y después á los otros profetas; para convertir al mundo envió primero á su unigénito Hijo, abatido y pobre, y después á los apóstolos desnudos y menospreciados; mas para convertir á Saulo, el mismo Dios baja de la diestra del Padre á la tierra, y viene glorioso y vestido de luz. Embió á Saulo: penetróle el corazón con un rayo tan resplandeciente y eficaz de esta luz, que en un punto vió que todas las sombras y figuras y letras del viejo Testamento y todas las criaturas sin Cristo son ménos que nada, y él solo es la verdad eterna, que á todas las cosas da ser; y al que aquellas sombras y figuras de la ley vieja representaban: y fué tan excesiva esta divina luz que vió Saulo, que quedó ciego, y perdió la vista para todas las otras cosas del mundo. Díjole el Señor: *Saulo, Saulo, ¿quid me persigueris?* Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dos veces le llama para darle á entender que dos veces había venido al mundo por él, y que estaba en un sueño tan profundo, que para despertarle era menester la voz de Cristo que llamase; nó una, sino muchas veces: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy dulce y amoroso, y nunca te he ofendido, ántes siempre he procurado y deseado tu salud y soy tu íntimo y cordial amigo, y deseo que mores en el centro de mi corazón: ¿por qué me persigues? Dos veces he venido por tí á la tierra; una en carne pasible y mortal, y otra ahora inmortal y gloriosa: he derramado por tí lágrimas, sudor y sangre; ¿y tú me persigues? ¿A mí, que por tí extendí mis manos en una cruz, y he dado mi propia vida y la daría muchas veces, si fuese menester? ¿A mí, que te he escogido por mi capitán y por mi vaso de elección? ¿A mí me persigues?» Cosa maravillosa es considerar, que habiendo sido toda la vida de Cristo nuestro Redentor sembrada de trabajos, de persecuciones y penas, y su sagrada pasión llena de tantas y tan inestimables afrentas y tormentos; nunca el Señor se quejó ni abrió su boca para decir: «¿Por qué me persigues?» Vémosle abofeteado, escupido, azotado, espinado, escarnecido y pospuesto á Barrabás: vémosle enclavado en un palo, estirado su sagrado cuerpo, y descoyuntados sus delicados miembros, corriendo arroyos de sangre de aquellas fuentes divinas, y no abrir la boca para quejarse; y ahora con una voz espantosa y sonora, decir á Saulo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» ¿Qué es esto, Señor? ¿Cómo podía Saulo perseguirnos á vos, siendo él un poco de polvo, y vos Rey de la gloria, y estando él en la tierra y vos en el cielo? Mas porque Saulo perseguía á los miembros de Cristo, como nuestra cabeza, tomaba por propias las injurias que contra sus miembros se hacían: y no habiéndose quejado de las injurias que contra su propio y natural cuerpo habían hecho sus enemigos, ahora se queja por las que Saulo hace á su cuerpo místico, en tanta manera, que no dijo (como bien notó el gran padre san Agustín) «¿Por qué me persigues á mis siervos, ó mis miembros?» sino: «¿Por qué me persigues á mí?» Para que por aquí saquemos el amor inestimable con que este gran Señor nos ama, y procuremos darle el retorno de nuestro amor; y juntamente entendamos el recato y aviso con que

debemos vivir para no agraviar ni ofender á nuestros prójimos, ni perseguir ni maltratar á los siervos y miembros de Cristo: porque él toma muy á su cargo la venganza, y muchas veces castiga con mano mas pesada lo que se hace contra ellos, que lo que se hace contra sí.

La tercera razón, porque la Iglesia santa hace fiesta de la conversión de san Pablo, es por la excelencia y perfección de todas las virtudes que el Señor en esta conversión le comunicó. Los otros pecadores, cuando se convierten, van poco á poco conociendo y llorando sus pecados, enmendando sus vidas, y volviéndose á Dios, y pasan grandes dificultades en vencer los siniestros y malos hábitos de su vida pasada, y entregarse de veras á Dios: mas á san Pablo parece que luego le dió el Señor la llave de sus tesoros, y las riquezas de sus dones y de su amor: porque de tal manera le arrebató y transformó en sí aquella luz soberana y aquel impetu de la divina gracia, que le mudó de pies á cabeza, y de perseguidor le hizo predicador, de león cordero, y de lobo pastor; y el que ántes procuraba matar á los cristianos, luego comenzó á desear morir por Cristo, con tanto afecto y fervor, que ningún género de tribulación y fatiga le parecía grave padecida por Cristo. La hambre y sed, la pobreza y desnudez, la cárcel y tormentos, el cuchillo y la misma muerte, por mas horribles y crueles que fuesen, no llegaban á la medida del encendido deseo y ansia que tenía de morir por su Señor: con el cual se abrazó tan fuertemente, que por ganarle, todas las cosas del mundo por mas lucidas que fuesen eran para él, como él mismo lo dice, un poco de estiércol y basura, que se huella y trae debajo de los pies. ¿Quién imitó mas á Jesucristo que el mismo san Pablo, que se nos pone por ejemplo, y nos exhorta á que le imitemos, porque él es imitador de Cristo? ¿Quién siguió mas á Cristo crucificado que el mismo san Pablo, que dice que estaba crucificado con Cristo en la cruz, y que toda su gloria era la cruz de Cristo, y que no sabía otra cosa sino á Cristo crucificado; y que en su cuerpo traía impresas las estigmas, señales y plagas de su Señor Jesucristo; y todo su gozo y triunfo, hasta verse aherrojado y cargado de prisiones y cadenas por él? ¿Quién podrá, aunque tenga lenguas de ángeles, explicar las virtudes de san Pablo, y lo mucho que Dios le dió en esta conversión? ¿Qué fe tan viva! ¿Qué esperanza tan cierta! ¿Qué caridad tan encendida! ¿Qué humildad tan profunda! ¿Qué prudencia tan perfecta! ¿Qué celo y fervor tan abrasado de la salud de las almas! ¿Qué conocimiento de su nada y estima, aprecio y predicación de la divina gracia! ¿Qué colmo de todas las virtudes tan macizas, tan heroicas y divinas, que cada una dellas mirada por sí espanta y basta para suspender cualquiera entendimiento humano! Luego que entró en Damasco, y por mano de Ananías recibió la vista, y fué bautizado y reengendrado en Cristo, lleno ya del Espíritu Santo se fué á las sinagogas de los judíos, y les predicaba Jesucristo, y los confundía, probando por las Escrituras que era el Mesías y verdadero Hijo de Dios, con tanta fuerza y eficacia, que no pudiendo resistir á sus razones, y á la gracia del Señor que hablaba por él, le quisieron matar. Fué después á Jerusalem; y aunque los discípulos de Cristo al principio no se sabían fiar de él, temiendo aquella braveza y furor con que ántes los perseguía; pero después que Bernabé le llevó á ellos, y entendieron de él mismo lo que le había

acontecido en el camino de Damasco, y como Dios le habia alumbrado y rendido, se sosegaron, y con increíble gozo le admitieron en su compañía: y él con el mismo brío y valor, con que ántes habia perseguido á Jesucristo, y mucho mayor le predicaba á los judíos de Grecia, los cuales también le quisieron matar.

Fué asimismo admirable la conversion de san Pablo, no solamente por haberle Dios derribado y alumbrado y adornado de tantas virtudes; mas también por haberle despues arrebatado hasta el tercer cielo, en donde nó con los ojos del cuerpo, sino con los del alma, vió claramente todo lo que Cristo habia padecido y obrado en la tierra, y los íntimos pensamientos, dolores, afectos y deseos de su amoroso corazón: vió todo lo que obraba Cristo en sus escogidos y en los bienaventurados, como cabeza y príncipe de las potestades del cielo y de la tierra: á la cual volvió Pablo para poder aprovechar á los otros, quedándose su espíritu allá en el cielo con Cristo: y por esto dice: «Nuestra conversacion está en el cielo, y mi vida es Cristo, y morir por él es ganancia para mí.» Y quedó tan transformado en Cristo, que á su alma propia que era forma de su cuerpo, no la tenía por tan íntima y propia como al mismo Cristo, que daba vida al alma de Pablo y resplandecía en su corazón, y rebosaba en su boca y en toda su conversacion.

Otra razon hay, y es la cuarta, por la cual la santa Iglesia hace fiesta de la conversion de san Pablo; por el fruto inestimable que desta conversion ha recibido, no solo por tener en san Pablo un dechado de toda virtud, el mas acabado y perfecto que de los santos penitentes hay en la Iglesia, sino también por lo mucho que él trabajó en plantarla, regarla, dilatarla y extenderla por el mundo, con tantas fatigas, sudores, persecuciones y aflicciones que tuvo, como se ve en lo que el mismo apóstol escribe de sí, y san Lucas de él en el libro de los hechos apostólicos; y mucho mas, por aquella admirable y divina filosofia, con que enseñó á toda la Iglesia, y le dió doctrina hasta el fin del mundo; porque sin duda que quien leyere sus Epístolas, hallará en ellas tanta excelencia de doctrina, y un espíritu tan levantado y tan superior á todos los demás, que parece que la voz de Pablo no es voz de hombre, sino de ángel y de un cantor divino, que sobre el canto llano de los evangelistas echa un contrapunto con tan suave música y melodía, que suspende con maravillosa dulzura las almas purificadas y dispuestas para sentir la grandeza de los misterios del cielo: en ellas nos descubre las riquezas infinitas de la bondad del Padre Eterno, que por la encarnacion y pasion de su Hijo nos redimió, honró y resucitó de muerte á vida; y esto por la benignidad y blandura de nuestro Dios, y nó por nuestra justicia sino por la sola misericordia, por la cual nos quiso salvar: en ellas se ve la grandeza de la caridad de Cristo para con los hombres, pues murió por los pecadores y por sus enemigos, dándonos esperanza que pues Dios nos dió á su Hijo, no habrá cosa que nos niegue por él, que es nuestro abogado, nuestro propiciatorio, nuestro sacerdote y pontífice, nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion y redencion: en ellas nos pone delante, que nuestros pecados fueron los sayones que pusieron al Hijo de Dios en la cruz, y que los que pecan, cuanto es de su parte, le vuelven otra vez á crucificar: y de aquí nos exhorta á aborrecer con sumo odio los pecados, y á mortifi-

ficar nuestra carne para corresponder en alguna manera al que por nuestro remedio consintió que la suya fuese sacrificada. Pero no es maravilla, que quien fué vaso escogido del Señor y arrebatado hasta el tercer cielo, y allí oyó palabras tan misteriosas y profundas, que lengua humana no puede explicar, hable tan altamente de los misterios que allí habia visto y comprendido: lo que admira es verle bajar de allá del cielo á hacer ya oficio de labrador que cultiva el campo de la Iglesia: ya de arquitecto que la edifica: ya de médico que la cura: ya de soldado que la defiende: ya de doctor que la enseña: ya de padre que la engendra: ya de ama que la da el pecho y la cria con su leche: ya de juez severo que reprende y castiga: ya de madre piadosa que halaga y regala; y que no hay estado en la Iglesia, que en las Epístolas de san Pablo no tenga su particular enseñanza y doctrina, porque él nos declara cuáles deben ser los misterios de la santa Iglesia, y las virtudes con que deberí resplandecer los preladós y maestros de ella, y la cuenta que pedirá Dios de cada una de sus ovejas: enseña lo que deben hacer los príncipes con sus vasallos y los vasallos con sus príncipes: los padres con sus hijos y los hijos con sus padres: los amos con sus criados y los criados con sus amos: los señores con sus esclavos y los esclavos con sus señores: los casados entre sí, las vírgenes, las viudas, los mozos y los viejos, los ricos y los pobres: finalmente no hay hombre ni mujer que no pueda beber de esta fuente universal y copiosísima de la doctrina divina de san Pablo. Por donde con mucha razon la santa Iglesia en la oracion de hoy dice, que Dios enseñó á todo el mundo por san Pablo, y le llama doctor de las gentes y por excelencia el apóstol; porque entre todos los apóstoles mas se esmeró, y mas trabajó, y mas provecho hizo con su predicacion y con las catorce epístolas que escribió: que, como dice san Cirilo Jerosolimitano, quiso Dios que fuesen mas en número que las de todos los tres apóstoles; porque no se podia tachar el testimonio del que ántes habia sido enemigo y perseguidor de la Iglesia. Por estas causas con mucha razon debe celebrarse fiesta de su conversion mas que la de otro algùn santo; la cual celebra la Iglesia el día que sucedió, que fué á los 23 de enero del año del nacimiento del Señor de 36, y el segundo despues de su gloriosa Ascension, como lo prueba el cardenal Baronio con Usuardo; y dice el mismo Baronio, que en el lugar donde sucedió la conversion de san Pablo, hay hasta hoy día una iglesia en memoria de ella, la cual está cerca de la ciudad de Damasco; y tráelo de san Agustín, en el sermón treinta y cuatro, san Gregorio, escribiendo sobre los reyes y declarando aquellas palabras: *Num Saul inter Profetas?* ¿Es imposible que Saul ande entre los profetas? dicen que también se puede decir: *Num Saulus inter Apostolos?* ¿Es posible que Saulo se cuente en el número de los apóstoles? Y que la conversion de san Pablo es como proverbio para el pecador; y añade: «Cualquiera pecador oiga la conversion de san Pablo, y por muchos pecados que tenga no desconfíe de alcanzar perdon; porque el que echaba fuego y tenía sed de la sangre y de la muerte de los discípulos del Señor, y los afligia y perseguía, y guardaba los vestidos de los que apedreaban á san Estebán, despues que se convirtió alcanzó el principio de toda la Iglesia; para que ningun pecador desespere, sino que entienda, que no solamente podrá alcanzar perdon de sus pecados, sino llegar á la corona, si animosamente pelea é imita á san Pablo.» Todo esto es de san Gregorio;

te digo esto para encarecer lo que he hecho por tí, sino para rogarte que en recompensa de ello no me dejes ni me hagas viuda otra vez. Yo ya soy vieja: aguarda un poco, que no puede ser mucho lo que yo puedo vivir; y despues que vieres cerrados mis ojos y dado á mi cuerpo sepultura, entonces podrás hacer libremente lo que te estuviere bien, que yo no te lo estorbo; mas ahora no quiero que te apartes de mí, ni que ofendas á Dios, dejándome; pues yo jamás te ofendí, ántes de dia no pienso, y de noche no sueño en otra cosa, sino en tu acrecentamiento y felicidad. Diciendo estas palabras la adigida madre, traspasada del dolor, derramaba muchas lágrimas, y sus ojos eran como dos fuentes de agua. Enterneciósse el santo algun tanto por el gran sentimiento y ternura de la madre, nó para dejar de llevar adelante su buen propósito, sino para detenerse un poco, é ir disponiendo las cosas y cumplir lo que deseaba con suavidad. Ordenóse de lector, y declaraba los libros sagrados con maravilloso espíritu y elocuencia.

Poco despues, vencido del amor de la soledad, y movido del Señor, sin tener cuenta con la madre viuda, ni con la benevolencia del pueblo que le adoraba, ni con los ruegos de la hermana, que era doncella de poca edad, dejando la casa, la riqueza, los amigos, los parientes, la libertad, los regalos y las esperanzas que el mundo le prometia, siendo mozo y poco sano del cuerpo, pero muy fervoroso de espíritu, se aplicó todo al servicio de Dios, y tomó el hábito de monge en uno de aquellos monasterios donde vivian los religiosos con grande aspereza. Entrando Crisóstomo en esta escuela de perfeccion, luego comenzó á darse mas á la penitencia, á la oracion, á las vigiliás y otras asperezas corporales: y para dormir poco tenia colgada una soga sobre su mesa, y cuando queria dormir se asia de ella con las manos, y reclinaba su cabeza; y así dormia y no dormia, y muchas veces se tornaba á despertar. Estudiaba continuamente y declaraba los lugares de la Escritura, que le parecian mas á propósito para reformar las costumbres, y mover á los que los leyesen á piedad. En este tiempo, que estuvo en el monasterio, que fué por espacio de cuatro años, escribió aquellos libros admirables de la dignidad sacerdotal, y el libro de la virginidad, y dos de la compuncion, y otras muchas homilias y tratados de varias materias. La mayor parte del tiempo gastaba en oracion: visitaba los enfermos, dándoles el socorro y consuelo que podia: huia toda la honra y ambicion del siglo; y escondiase, cuanto podia, por no ser conocido ni estimado de los hombres. Mas ¿cómo es posible que se esconda el sol, y que sus rayos no se manifiesten con su misma luz? Quería el Señor honrar á Crisóstomo, y manifestarle al mundo; y para esto comenzó á obrar en él y por él cosas maravillosas. En el mismo monasterio en que vivia Crisóstomo, moraba un santo varon llamado Esiquio, que era como padre espiritual del mismo Crisóstomo. Estando pues Esiquio en oracion, vió que dos hombres vestidos de blanco con aspecto celestial y mas que humano se llegaban á Crisóstomo, que asimismo oraba, y le tomaban por la mano y le decian: Nosotros habemos sido enviados á tí de Jesucristo: y el uno le puso un libro en las manos, y le dijo: Toma este don que Dios te envia y sabe, que yo soy Juan apóstel y evangelista, el que recliné mi cabeza sobre el pecho del Señor: con este libro entenderás facilmente la sagrada Escritura, y ayudándote yo, no tendrás dificultad: y el

otro que era san Pedro, le dió las llaves diciéndole: Yo soy el que confesé al Hijo de Dios vivo: tú tendrás potestad de perdonar pecados; y estas llaves son la señal de tu jurisdiccion. Mientras que los santos apóstoles decian esto, estaba Juan postrado y con el rostro pegado al suelo, y decia: No soy yo digno de tan grandes cosas. Y aquellos dos varones celestiales que le hablaban, le confortaron, y dándole el ósculo de paz se volvieron al cielo. Muchos milagros obró el Señor por él en este tiempo, entre los cuales fué uno, que habiendo en aquella comarca un bravísimo y ferocísimo leon que hacia grande estrago en la gente, san Juan Crisóstomo hizo plantar una cruz en cierta parte, y al dia siguiente al pié de ella se encontró el leon muerto.

Pero viendo que cuanto él mas se escondia, tanto mas le honraban los hombres y le buscaban, determinó de huirse y entrarse mas adentro de aquel desierto, y vivir sin compañía, con deseo de ser conocido de solo Dios, y á Dios solo agradecer. Púsolo por obra, y estuvo dos años solo, sin cama, sin silla, sin mesa y sin candil. Comiendo un poco de pan que algunos buenos hombres le traian, hasta que cayendo malo, volvió á la ciudad, forzado de la necesidad, para ser curado. En este tiempo Melecio, obispo de Antioquia, le ordenó de diácono, y el santo sirvió cinco años á la Iglesia en aquel grado, y despues se volvió á su soledad. En esta sazón san Flaviano, por muerte de Melecio, sucedió en la silla episcopal de Antioquia; y estando una mañana en oracion, vió un ángel que le dijo, que fué al monasterio donde estaba Juan, y que le trajese á la Iglesia y le ordenase de misa, porque habia de ser otro vaso de eleccion como san Pablo. La misma revelacion tuvo Crisóstomo; y estando por su gran humildad turbado y confuso, oyó una voz del cielo que le decia: «¿Quién puede estorbar que no se haga lo que Dios tiene determinado?» Llegando Flaviano al monasterio, abrazó á Juan, y confirió con él la revelacion que habia tenido, y la causa de su venida, exhortándole á no resistir á la voluntad de Dios: y despues de haber dicho misa en aquel monasterio, y comulgado de su mano á los monges, trajo á Juan consigo á la iglesia de Antioquia, y allí le ordenó de sacerdote. Al tiempo que le consagraba, bajando Crisóstomo la cabeza, vino una hermosa y blanca paloma volando, y se puso sobre ella; entendiendo todos por aquella señal visible, que el Espíritu Santo le habia escogido, y confirmaba aquella eleccion. Luego comenzó á predicar por la ciudad con tan divina elocuencia y espíritu, que los oyentes no solamente le llamaban Boca de Oro, sino tambien Boca de Dios y Boca de Cristo: y aunque Flaviano pretendió hacerle su sucesor en aquella iglesia de Antioquia, no lo consintió Crisóstomo, así por su grande humildad como por ocuparse con mas quietud en el estudio de las sagradas Letras, y en el ministerio de la predicacion. Visitaba con gran cuidado á los enfermos, y sanaba á muchos con sus oraciones. Entre los otros que sanó, fué la mujer del prefecto de Antioquia, que era hereje marcionista, y grande enemigo de los católicos: el cual, habiendo juntado á todos los herejes principales de su secta, para que hiciesen oracion por su mujer enferma, y acrecentándosele por sus oraciones cada dia mas los dolores que padecia, movido de la fama de Crisóstomo, vino un dia trayendo á su mujer en una camilla, y la puso á la puerta de la iglesia donde estaba Crisóstomo en compañía de Flaviano su prelado.

y despues de haberlos reprendido de su secta y engaño, al fin movido de sus ruegos pidió al santo obispo que bendijese un poco de agua, y la dió á la mujer enferma, y ella incontinenti sanó; y tornando con su marido á casa, se convirtieron á la fé católica: y se publicó este milagro por la ciudad, y otros muchos herejes tambien se convirtieron, con grande alegría de los católicos, y confusion de los otros herejes que no se quisieron convertir. Estos comenzaron á infamar al santo, y á publicar que era hechicero y mago, y otras cosas, como suelen los herejes, de las cuales san Juan recibia particular contento por tener que padecer por Dios; y por otra parte avisaba á los herejes que se convirtiesen, porque habia de venir sobre ellos una grave y repentina calamidad, como vino, con un espantoso terremoto que sucedió dentro de pocos dias en Antioquia, con el cual muchas casas de los marcionistas se asolaron, y gran número de ellos pereció, y los católicos se animaron y confirmaron, y de los gentiles muchos recibieron la luz del santo Evangelio, y los ídolos se derribaban, y florecia el culto del Señor.

No se contentó san Crisóstomo con hacer cosas tan señaladas en su ciudad; ántes como estaba tan abrasado del amor de Dios y del bien de sus prójimos, procuró amansar con la doctrina del cielo los moradores del monte Amanó, que vivian en aquel tiempo como unas bestias fieras, sin ley y sin Dios. Tambien hizo derribar en el monte Casio un templo, en el cual cada dia se sacrificaba á los demonios, y reducir aquella gente al culto del verdadero Dios: y lo mismo hizo en Seleucia, á donde envió sus discípulos para alumbrar aquellos gentiles, y destruir los templos de los falsos dioses, y otras cosas á estas semejantes obró el santo varón en los doce años que fué sacerdote y predicador en Antioquia. Mas en este tiempo murió Nectario, patriarca de Constantinopla: y queriendo el emperador Arcadio y todo el clero y pueblo proveer para aquella silla de varon digno de tan alta dignidad, luego pusieron todos los ojos en san Juan Crisóstomo, porque por sus merecimientos resplandecia sobre todos los demás, como el sol sobre las estrellas. Para esto escribió el emperador Arcadio á Flaviano, obispo de Antioquia, que persuadiese á Crisóstomo que aceptase aquella dignidad, y se le enviase á Constantinopla con los hombres que iban por él, para que fuese consagrado por patriarca de aquella imperial ciudad. Mucho se afligió Juan cuando supo la voluntad determinada por el emperador, juzgando por su humildad que era indigno de tan alto lugar: y la ciudad de Antioquia se alteró de manera, que comenzó á murmurar contra el emperador, como contra un tirano; porque les queria quitar á Juan, que era la gloria y ornamento de su ciudad, y el padre y maestro, consuelo y amparo de cada uno de ella; y se resolvieron á morir ántes que dejarle salir, y le pusieron guardas para que no saliese. Finalmente fué necesario que el emperador, para conseguir su intento, mandase al prefecto de Antioquia, que con algun achaque enviase á llamar fuera de la ciudad á Crisóstomo, y que teniendo en su poder, le entregase á las personas que iban por él; y así se hizo: y aunque con gran repugnancia suya, fué llevado á Constantinopla, saliendo todo el senado, todo el clero y toda la nobleza de ella por orden del emperador á recibirle, con tan universal alegría y regocijo de todo el pueblo de Constantinopla,

como si Crisóstomo fuera padre de todos, y de cada uno. Fué consagrado patriarca por los obispos sufragáneos y por Teófilo, patriarca alejandrino, y al dia siguiente despues de su consagracion le fué á visitar el emperador, y le pidió su bendicion; y él se la dió, y despues le habló de esta manera: «Muy congojado he estado estos dias, ó emperador, viendo el peso que querias poner sobre mis flacos hombros, y que esta tan alta dignidad no conviene á mi baja; porque para los altos lugares son menester altos merecimientos, y grandes fuerzas para grandes cargos: mas pues ha sido servido aquel sumo príncipe y Señor del universo, cuyos juicios son tan profundos, que yo sea pastor de este rebaño, yo te suplico que oigas mis palabras: porque de aquí adelante yo no podré callar, por no ser mercenario callando y nó pastor. A tí te conviene ante todas cosas oír atentamente la palabra de Dios; y á mí descubrirte su voluntad. Yo vengo á este gobierno por voluntad de Dios, y comienzo á decir lo que el mismo Señor y san Juan Bautista ante todas cosas predicaron; que es: haced penitencia. Yo no tendré respeto á ninguna persona: á todos diré libremente lo que conviene á mi oficio: y si tú lo hicieres, alegrarás mi espíritu y el espíritu de Dios, y harás cosa para tí provechosísima, y si no lo hicieres, el daño será tuyo, y la afliccion será mia.» Mucho se edificó el emperador de la libertad con que Crisóstomo le habló, y todos los que estaban presentes y oian sus palabras y alababan á Dios, porque habia dado un tan santo pastor y prelado á aquella ciudad: y para confirmar mas, y acrecentar aquel contentamiento que tenian, quiso el Señor que en aquel mismo tiempo que Crisóstomo hablaba con el emperador estuviese en la iglesia un endemoniado, al cual el santo obispo con la señal de la cruz sanó, aconsejándole que enmendase su vida, y frecuentase los santos sacramentos.

En tomando el gobierno de su iglesia Crisóstomo, comenzó á hacer oficio de un bueno y solícito hortelano, y arrancar primero las malas yerbas y malezas de la tierra, para sembrar y plantar despues en ella las yerbas saludables y plantas fructuosas. Predicaba contra la lujuria, y contra aquellos que con capa de parentesco traian á sus casas mujeres. Perseguia á los avaros, y á los que juraban falso, á los soberbios y ambiciosos, y á los que gastaban sus haciendas en vestidos, galas y comidas supérfluas: y habiendo con sermones desarraigado muchos vicios de la ciudad, comenzó á plantar en los pechos de los que le oian el amor de la virtud. Engrandecia el fruto de la limosna, celebraba la castidad, alzaba hasta el cielo la humildad, como perfeccion y guarda verdadera de todas las virtudes. ¿Pues qué diré del amor de Dios y del prójimo, y de aquel celo, con que estaba tan abrasada su alma de la salvacion de sus prójimos, que parece que arrojaba llamas de caridad por todas partes? Como se ve en uno de sus sermones, en que dice estas palabras: «Yo querria poderos mostrar, si fuese posible, el amor que os tengo; pues es cierto, que para mí no hay cosa mas querida que vosotros; porque mas os amo que á esta luz corporal, y querria mil veces ser ciego, si con serlo pudiese aprovecharos en algo. No quiera Dios que ninguno de vosotros peque y le ofenda; mas si pecare, yo le lloraré con una fuente de tan copiosas lágrimas, que le sea testimonio de mi dolor: y creedme, que en cierta manera he perdido la esperanza de mi salud; porque mientras que

loro por vosotros, no tengo tiempo de llorar por mí; y cuando oigo que aprovechais en la virtud, es tan grande el contentamiento que recibo, que luego me olvido de todos mis males: y al contrario en estando vosotros mal, luego se me entristece y aflige mi corazón, aunque estuviese lleno de otros bienes. Ninguna cosa mas deseo ni tengo mas fija en mi corazón, ni pido á Dios con mas ahínco despues de mi salvacion, que la vuestra; porque yo os amo, y abrazo con los brazos de la caridad, y es timio vuestro bien, y me parece que en vosotros tengo todas las cosas que se pueden desear. En vosotros tengo padres, hermanos, hijos y madres: y si os pudiese abrir el pecho, vosotros os veriais esculpidos en él, con todos vuestros hijos, casas y cosas, y todos cabeis en él por la fuerza de la caridad, la cual es tan poderosa, que hace nuestra alma mas capaz que el cielo. Todo esto en substancia dice san Crisóstomo: lo cual he querido referir aquí, para que se vea el pecho de este santo y las llamas de caridad que echaba con sus palabras; y para que los prelados de la Iglesia y todos los que tienen cuidado de las almas, le imiten en todas las virtudes, y especialmente en este tierno y amoroso afecto, y cuidadosa vigilancia de su bien; pues para esto se las encomendó el Señor. Era tan grande esta caridad de san Juan Crisóstomo, que no se encerraba dentro de los límites de Constantinopla, ni del distrito de su Iglesia; ántes se extendía á tantas otras provincias y naciones, que parece que abrazaba todo el mundo. En Fenicia destruyó los templos de los gentiles, y echó los demonios de los corazones de los hombres, y fundó iglesias y envió santos monges, y siervos de Dios, para que cultivasen toda aquella gente: lo mismo hizo con los celtas, que estaban inficionados de la herejía arriana, y con los scitas, y con otras muchas gentes y naciones, alumbrándoles con su doctrina y enviándoles obreros fieles y cuidadosos, que les enseñasen la verdad. Corrigió asimismo muchos abusos, que habia en la administracion de las rentas eclesiásticas, gastándolas fielmente en limosnas y socorro de los pobres, y en hospitales que fundó, dando el gobierno de ellos á los clérigos honestos y sin sospecha. Tenia cuidado de las viudas, y aconsejaba á las que eran mozas, que ó se casasen, ó viviesen con gran recato, para que no cayesen ellas, ó fuesen tropiezo para caer otros. A las viudas viejas exhortaba que viviesen en perpetua vela y oracion; mas no consentia que por esto las mujeres anduviesen de noche, aunque fuese con ocasion de ir á los templos, ántes tuvo tan gran recato en la honestidad de las mujeres que ordenó, que en la iglesia estuviesen apartadas de los hombres, y en lugar propio y distinto. A todos persuadia, que con gran devocion frecuentasen los santos sacramentos. Huia de convites, y no convidaba, ni queria ser convidado de nadie, así por guardar su acostumbrada templanza, como porque tenia gran flaqueza de estómago, que con los muchos ayunos y beber continuamente agua se le habia debilitado. Sus continuos ejercicios eran orar, estudiar, predicar, escribir y enseñar á todos. Decia misa con tanta devocion, y estaba tan elevado, cuando celebraba, que solia ver señales visibles del Espíritu del Señor, que bajaba deleite sobre los sagrados misterios de la misa; y como una vez uno de los ministros, que asistian al altar, mirase una mujer lascivamente, quitó Dios á Crisóstomo aquella vision que solia tener, y aquel regalo que le solia hacer; de lo cual él quedó maravillado: y sabiendo despues la causa, castigó al mi-

nistro deshonesto, y privóle de aquel grado y oficio; y con esto tornó á gozar del acostumbrado favor del Señor.

En los estudios de Letras sagradas, el que mas le deleitaba era el de las Epístolas de san Pablo, y estaba tan asido y aficionado á su leccion, que cuando las tenia delante no parece que se podia desacer de ellas. Vinole deseo de declararlas: y pareciéndole empresa muy alta, y sobre sus fuerzas, comenzó á suplicar al glorioso apóstol, de dia y de noche, que le significase su voluntad; y al cabo de algunos dias, confiado de la intercesion del santo, dió principio á su exposicion. Al mismo tiempo el emperador quitó el oficio de senador á un caballero, que falsamente habia sido acusado, al cual por haber caido de la gracia del principe, desampararon sus amigos y deudos, como suelen hacer muchos, que siguen mas la fortuna, que las obligaciones de deudo y amistad; y queriendo él valerse del favor del patriarca, le escribiéron billete suplicándole que le diese audiencia de espacio, y san Crisóstomo le respondió que de buena gana le oiria, mas que viviese de noche, y ordenó á su camarero, que se llamaba Proclo, que en viniendo aquel caballero le avisase. Vinó dos noches seguidas á la hora señalada y queriendo Proclo dar el recado á san Juan Crisóstomo, que estaba escribiendo, vió que tenia á su lado un hombre de mucha autoridad, que le hablaba á la oreja, como en gran secreto; y juzgando que debia ser algun negocio de importancia, despidió al caballero, diciéndole lo que pasaba, y que era mala crianza dar el recado en aquella coyuntura pero que él le prometia la noche siguiente guardarle la puerta, y no dejar entrar á nadie, para que pudiese hablar al patriarca á su voluntad. Hizolo así Proclo con particular cuidado; y cuando la noche siguiente volvió el caballero, le dijo: Ahora sí que podeis hablar á vuestro placer con el patriarca; que yo os he guardado la puerta, y no hay nadie con él. Mas queriendo abrir el aposento del santo, vió á su lado al mismo hombre que habia visto las otras dos veces; y espantado y atónito dijo al senador lo que habia, y que se fuese y no volviese mas, hasta que él le llamase. Partióse el senador muy desconsolado y afligido; mas el Señor que no desampara en la tribulacion, luego el otro dia movió á san Juan, que preguntase á su camarero si aquel senador, que tres dias ántes le habia querido hablar, habia venido á su casa: y como el camarero le dijese que sí, y las veces que habia venido, y la causa, y porque no le habia hablado, y que aquel hombre que él habia puesto á su lado era semejante á una imagen de san Pablo, que allí tenia delante de sí; entendió el santo la merced que Dios le habia hecho, é hizole gracias por ello, y mandó llamar al senador; y entendida su desventura, informó de la verdad al emperador, é intercedió por él, y restituyóle en su gracia y oficio; y despues acabó la exposicion que habia comenzado sobre san Pablo; que es tan maravillosa y divina, que bien parece que el mismo santo apóstol se la dictó.

Habian los arrianos con maña y artificio (como suelen hacer los herejes, cuando no tienen poder) extendido su perversa secta en Constantinopla, y tomado tanta licencia, que públicamente se juntaban en sus conventiculos, con grande escándalo y daño de los fieles: el cual Crisóstomo no podia remediar sin el brazo del emperador; y para persuadirle que se le diese, aguardó el dia de la Epifania, ó de los Reyes, en que el emperador venia á la iglesia con gran pompa y majestad: y saliéndole á recibir á la puerta

de la iglesia, y haciéndole reverencia, le dijo: Si alguno, ó emperador, quisiese quitar de esa imperial y rica corona, que traéis en la cabeza, algunas piedras preciosas y poner en su lugar piedras falsas ó pedazos de vidrio, ¿consentiríaislo? Y respondió el emperador, que nó. ¿Pues cómo, dijo el patriarca, consentís que en esta ciudad, y en la Iglesia de Cristo, que es como una corona riquísima, estén mezclados los herejes con los católicos, y las piedras falsas con las finas? Procurad que los herejes ó se conviertan ó salgan de esta ciudad; y así lo hizo el emperador, y les confiscó los bienes y les echó de Constantinopla; aunque despues entraron en ella, y para hacer pesar á Crisóstomo y á los católicos, comenzaron á cantar ciertas anfitonas suyas y cánticos; y para reprimirles y confundirlos, mandó Crisóstomo que los católicos cantasen algunos himnos que él mismo habia compuesto contra los herejes, los cuales como inquietos, alborotaron y turbaron la ciudad, y hubo en ella gran sedición y tumulto, en tanto grado, que los católicos y los herejes vinieron á las manos y un eriado de la emperatriz fué herido; y con esta ocasion mandó el emperador á los herejes que callasen y no cantasen mas. En otra cosa asimismo mostró Crisóstomo su celo y valor contra los herejes, y fué de esta manera. Entre los soldados del emperador habia un capitán de mucha estima llamado Gaina, el cual de nacion era celta y de secta arriano, y de bajos principios habia subido á grandes cargos, y tenido ilustres victorias, peleando en servicio del emperador, y finalmente vino á ser general de su ejército con tanta autoridad, que se atrevió á pedir al emperador una iglesia dentro de Constantinopla, en la cual él y los otros arrianos libremente pudiesen ejercitar su religion: y como Gaina era hombre bárbaro y fiero, y con el cargo y las victorias insolente y poderoso, no osó el emperador negársela, temiendo mayores inconvenientes. Súpolo Crisóstomo, y dijo al emperador que mandase juntar delante de sí á los dos; á él y á Gaina; porque él le sosegaría y haría callar. Hízolo así, y estando los dos juntos delante del emperador dijo Crisóstomo á Gaina: «El emperador, ó Gaina, no puede disponer de los templos de esta ciudad, ni de las otras cosas eclesiásticas, si no quiere perder el título de príncipe católico y pio: conmigo las has de haber, porque este es mi oficio: si tú quieres un templo para hacer oracion, ahí tienes abiertos todos los templos de Constantinopla: y si me dices que quieres uno particular para tí y para los de tu secta, y que no es mucho que habiendo tú tomado tantos trabajos y derramado tu sangre en favor del emperador te haga esta gracia particular; yo respondo, que si has servido bien has sido bien pagado, y que habiendo nacido tan pobre y de tan bajo suelo, has venido á ser cónsul y capitán general por la liberalidad del emperador, el cual te ha sublimado y enriquecido, y no debes tú serle desagradecido y desconocido á Dios, que por su mano te ha puesto en ese estado. Esta tu demanda es contra Dios, pues quieres dar su templo á sus enemigos: es contra el príncipe, por ser cosa injusta é indigna; y decirle que lo haga, es darle ocasion de perderse á sí y á su imperio; pues ninguna cosa mala y contra Dios que haga el príncipe, deja de pagarla tarde ó temprano. Quedó mudo y no supo que decir Gaina oyendo las razones de Crisóstomo, y conoció que tenia fuerza en su lengua como él la tenia en su espada: mas no por eso se sosegó; ántes queriéndose vengar

del emperador, envió dos veces de noche sus soldados á quemar el palacio imperial: los cuales sin hacer efecto volvieron atrás, por haber visto innumerables ángeles en figura de soldados, que estaban en el palacio para defenderle, y el mismo Gaina no creyéndolo, fué en persona para ejecutar su maldad, y viendo los soldados, desistió de ello, y saliendo con su gente fuera de Constantinopla, comenzó á destruir la provincia de Tracia y hacer grandes y notables daños en toda la tierra. No habia hombre que osase ir al bárbaro y furioso capitán, para aplacarle y ponerle en razon, temiendo su ferocidad y enojo; mas Crisóstomo, como quien tenia á Dios de su parte, se ofreció al emperador, de ir en persona á hablarle; aunque sabia que Gaina estaba muy mal con él, por haberle negado el templo, como habemos dicho. Fué, pues, Crisóstomo á donde estaba Gaina, el cual espantado de la santidad, ánimo y valor de Crisóstomo, le salió á recibir y se echó á sus piés y le tomó la mano y la puso sobre su cabeza, y mandó á sus hijos que se postrasen delante de él y le hiciesen reverencia; y el pudo tanto con su prudencia y elocuencia, que le amansó y desenojó, y le reconcilió con el emperador.

De esta manera se reprimieron los herejes, y con otra cosa maravillosa que cuenta Sozomeno, haber sucedido en tiempo de san Juan Crisóstomo á una mujer hereje, cuyo marido habia sido asimismo hereje macedonio, y por la doctrina de san Crisóstomo se habia convertido á la fé católica. Este hombre, deseando reducir á su mujer á la verdad católica, que él ya habia conocido, y persuadiéndole que dejase sus errores, por hallarla dura y obstinada, la amenazó que la dejaría y no haría mas vida con ella. La pobre mujer, mas por cumplir con su marido que sentirlo así, le dijo que haría lo que le mandaba, y concertándose primero con una criada suya, tomó el pan consagrado que daban los herejes, y dióselo á la criada, para que se le guardase, y despues se fué á la iglesia de los católicos con su marido para comulgar y asegurarle que era católica, y tomando la hostia consagrada, fingiendo que se inclinaba para orar, la dió á la criada, que estaba á su lado, y tomó de ella el pan que habia recibido de los herejes, y luego aquel pan se convirtió en piedra, y la desventurada mujer, atónita y fuera de sí, dió parte á Crisóstomo de lo que le habia sucedido, y él la convirtió á la fé católica, y publicó el milagro, y para perpetua memoria de él se guardó en Constantinopla aquella piedra en que el pan de los herejes se habia convertido.

Con estas obras floreció san Crisóstomo en Constantinopla, y su fama se extendió por toda el Asia y Grecia y otras provincias mas apartadas y remotas, sintiendo todos beneficio de su vida, de su doctrina, de su lengua, de su vigilancia y de aquella caridad tan entrañable, con que á todos abrazaba en Cristo; mas la envidia, que es enemiga mortal de la virtud, no pudo sufrir la claridad, con que por todas partes la vida de Crisóstomo resplandecía; ántes comenzó con gran rabia á derramar su veneno contra él, y á recoger todos los malos vapores y exhalaciones que pudo para armar de ellas un nublado y torbellino, y arrancar aquella hermosa y rica planta que daba frutos de vida en el jardín del Señor, de las cuales referiremos aquí algunas brevemente. Primeramente, viendo el santo que muchos ciudadanos, caballeros, señores y magistrados, y aun la misma emperatriz Eudoxia, tenían gran sed de

oro, y que por sus intereses hacian muchas cosas indignas de la piedad cristiana, comenzó á predicar con grande espíritu y vehemencia contra la avaricia; y puesto caso que no nombraba en el púlpito á persona particular, cada uno acusado de su propia conciencia tomaba por sí lo que se habia dicho en general, y habiéndose de enojar contra sí mismo y enmondarse, se enojaba contra Crisóstomo y murmuraba de él. Añadióse á esto que Eutropio, camarero mayor del emperador, persuadió á su amo que hiciese una ley contra la inmunidad de la Iglesia, y que mandase que fuesen sacados de ella y del mismo altar, los que á él se acogiesen: y poco despues que se hizo esta ley, por justo juicio de Dios cayó de su privanza y de la gracia del emperador, el cual le mandó prender, y él, no teniendo otro medio para escaparse, se acogió á la iglesia y pidió al patriarca que le defendiese y guareciese en ella, de donde todo el pueblo, por el odio que le tenia, le queria sacar y despedazar con sus manos. El santo le defendió de los soldados que habian venido para sacarle, y no permitió que saliese de la iglesia, hasta que el emperador juró que no le mataría, ni le entregaría á Gaina, que era el que mas instaba por su muerte. Y juzgando que Eutropio aun no estaba reconocido de su culpa y del daño que habia hecho á la Iglesia, y del escándalo que habia dado al pueblo y que convenia en un negocio tan importante y de tan grande consecuencia, que todos entendiesen que aquel ejemplar castigo venia de la mano de Dios, y que el autor de aquella perniciosa ley era el primero en quien la misma ley se ejecutaba; para que se revocase y escarmentasen los demás, subiendo al púlpito, le habló gravemente allí delante de todo el pueblo, mostrándole que cogia lo que habia sembrado y los frutos de su loca impiedad, y esto, nó para afligir mas al afligido, sino para que se aprovechase del estado presente, y todo el pueblo que bramaba y pedia su muerte, se amansase y le tuviese compasion, y así dice el mismo santo en aquella oracion: «No digo esto por zaherir al que está caído, sino para tener mejor en pié á los que no lo están; nó para renovar las llagas del herido, sino para conservar la salud de los que no están heridos; nó para hundir al que está medio ahogado, sino para enseñar á los que navegan con próspero viento que nó den al través con su navío.» Y mas abajo: «Esto digo para ablandar vuestros ánimos, moveros á compasion y contentarse de la pena presente de este hombre miserable; porque muchos hay de los que aquí están tan inhumanos, que nos reprenden por haberle acogido, y para ablandarlos con mis palabras les pongo delante la calamidad de este desventurado.» Y aunque todo esto nacia de celo y de misericordia, los apasionados lo atribuyeron á demasiado rigor é inhumanidad. Demás de esto hubo otra causa, y nó fué la menor para que la emperatriz Eudoxia se enojase con Crisóstomo.

Estaba en Alejandria por lugarteniente del emperador un caballero llamado Paulacio, hombre avarisimo. Dijéronle que una mujer, por nombre Calitropa, era rica y tenia mucho dinero: él, solo para hartar la sed de su codicia, le hizo pagar quinientos ducados, los cuales por ser mujer y viuda y no querer pleitear con aquel tirano, buscándolos prestados se los dió luego. Al tiempo de la residencia vino la misma á Constantinopla y le hizo cargo de lo que injustamente le habia quitado: pero como á las viudas y gente desvalida comunmente se les hace poca justi-

cia, y los malos jueces unos á otros se ayudan, no hallando Calitropa quien le hiciese justicia, acudió á Eudoxia como á mujer y como á emperatriz, para que fovoreciese y diese la mano á otra mujer miserable. La emperatriz mandó pagar á Paulacio cien libras de oro, amenazándole que si nó las pagaba le mandaria luego castigar. Pagólas Paulacio y la emperatriz se quedó con ellas, mandándole dar á Calitropa solos treinta y seis ducados, que aun no bastaban para el gasto del camino: y viendo que no tenia otro remedio, dió parte de su trabajo á Crisóstomo, y él mandó á Paulacio que pagase, y le apretó de manera, que fué menester que la emperatriz tomase la mano y rogase al patriarca que le dejase: lo cual él no quiso hacer si nó se pagaban á la viuda sus dineros. Por esto Eudoxia se embraveció y tuvo tanto enojo, que salió de sí y envió soldados y capitanes para que sacasen por fuerza á Paulacio de la iglesia, donde estaba por orden de Crisóstomo: mas yendo los soldados para ejecutar lo que su señora les habia mandado, y queriendo entrar en el templo armados, hallaron un ángel de Dios en forma terrible con una lanza en la mano que le defendia, y desfavoridos volvieron á la emperatriz y le contaron lo que pasaba: y ella viendo que nó podia contrastar contra Dios ni contra su siervo, perdió mucho de sus bríos; y Paulacio, entendiendo cuán poca fuerza tenia el favor de Eudoxia contra el pecho invencible de Crisóstomo, por librarse de molestia, pagó los quinientos ducados á la viuda: la cual, haciendo gracias á Dios y al santo, se volvió muy alegre y contenta á su casa. Otra vez tomó la emperatriz, con cierto achaque que vano, una viña ó heredad fructifera á una viuda, y ella se quejó á Crisóstomo, y le rogó que la amparase. Escribió el santo á la emperatriz, rogándole que desagraviase aquella pobre viuda, y le mandase restituir su heredad. Hízose sorda la emperatriz; y el santo le fué á hablar, y hallóla brava y dura; y como era tan celoso, y habia aprendido á temer mas á Dios que á los príncipes de la tierra, para cumplir con su oficio, yendo la emperatriz con grande acompañamiento á la iglesia, un dia solemne de la Cruz, en que toda la ciudad concurría á la fiesta, Crisóstomo le hizo cerrar la puerta, y nó la dejó entrar en la iglesia, admitiendo á los demás. Echó mano á la espada uno de los de la guarda de la emperatriz, para vengar la injuria de su señora, y entrar por fuerza; y luego se le secó la mano, y Eudoxia quedó por una parte echando llamas de fuego de rabia, y por otra espantada y atónita por el milagro que Dios habia obrado delante de sus ojos; y para mayor testificacion de la santidad de Crisóstomo, el hombre cuya mano se habia secado, reconociendo su culpa, pidió perdon al santo patriarca, y le mandó lavar la mano con agua de la iglesia, y luego cobró entera salud. Otras causas de disgusto hubo entre san Juan Crisóstomo y la emperatriz, que dejó por brevedad; porque todas ellas nacieron de la mala raíz de la codicia, ó de la vanidad, que es tan connatural á las mujeres; y mas á las reinas y señoras poderosas, que quieran ser adoradas, y que ninguno, aunque sea santo y ministro de Dios, se les atreva.

Aprovechándose, pues, del odio y aborrecimiento que tenia á Crisóstomo la emperatriz, los que habian sido reprobados de sus vicios por el santo en sus sermones, y algunos obispos y clérigos, que nó podian por su flaqueza sufrir tan grande luz, ni la entereza y serenidad con que

Crisóstomo los trataba; todos juntos armaron un nublado para obscurecer y eclipsar aquel sol, que con su virtud y claridad daba vida á tantos, y procuraron que se hiciese un sínodo de obispos, y que en él fuese acusado y condenado y desterrado san Juan Crisóstomo: dado que el color de aquella junta fuese otro. Entre los obispos que se juntaron para la condenacion del santo, algunos hubo muy apasionados, á quienes cegó la ambicion y el apetito de venganza, y deseo de dar contento á la emperatriz y alcanzar su favor, que es mal que lleva á muchos: otros hubo de buenas entrañas, que fueron engañados por creer demasiado á los que no debían; como fué san Epifanio, obispo de Salamina en Chipre, varon por su santidad, doctrina y mucha edad, venerable: el cual, habiendo en aquella sazón venido á Constantinopla, fué engañado de los enemigos de Crisóstomo, para que consintiese en su condenacion, pareciéndoles que se justificaba mucho con la autoridad de tan insigne varon; y hubo entre los dos santos Epifanio y Crisóstomo, algunos disgustos y palabras que se dijeron, profetizando el uno al otro lo que á entrambos habia de suceder, si es verdad lo que algunos historiadores graves escriben; porque otros lo ponen en duda, lo cual permitió Nuestro Señor, para que nos humillemos todos y conozcamos lo que es nuestro y lo que es suyo, y ninguno se maraville cuando viere entre los siervos de Dios de diferentes y contrarios pareceres, que se pueden compadecer con la caridad, y con una misma y perfecta voluntad. Pero la que mas atizaba el fuego y sacaba de seso al emperador para que le echase fuera de la ciudad, era Eudoxia. Salió el santo de la ciudad que estaba puesta en armas para defenderle, por quitar la ocasion de riñas y alborotos, heridas y muertes; pero fué tan grande el sentimiento de todo el pueblo por su partida, que casi apedrearon á Teófilo patriarca de Alejandria, por haber entendido que él habia sido el principal autor de aquella persecucion: y luego se siguió un espantoso y horrible temblor de tierra en Constantinopla, que la afligió y el emperador estuvo en gran peligro, y toda la gente daba gritos por las calles, que aquel azote les venia por el destierro del santo: de manera, que fué necesario para aplacarle y para amansar á Dios, que el emperador escribiese á Crisóstomo, que luego se volviese á Constantinopla; y él no queria volver, hasta que su causa fuese examinada legitimamente, y se revocase todo lo que violentamente y contra justicia se habia hecho contra él: fpero fué forzado á volver para aquietar la ciudad, donde fué recibido de todos como un ángel del cielo con tanta alegría y fiesta, que se hundia Constantinopla.

Vuelto Crisóstomo á su Iglesia comenzó á hacer lo que habia hecho ántes, viviendo como santo, predicando como apóstol, velando sobre su grey como cuidadoso pastor, arrancando los vicios como solícito hortelano, y oponiéndose con increíble celo y constancia á la corriente impetuosa de las malas costumbres y á todo el poder de los mismos príncipes, cuando eran contra Dios. De aquí vino, que queriéndose hacer ciertas fiestas en la plaza de la iglesia de Santa Sofia, delante de una estátua de la emperatriz Eudoxia que estaba á la puerta de la misma iglesia, el santo mandó que no se hiciesen aquellas fiestas allí; porque con el ruido y gritería impedirian á los sacerdotes, que cantaban dentro de la iglesia, y estorbarian los oficios divinos: y como Eudoxia estaba ya picada y con mal ánimo contra Crisóstomo, interpretó mal este

mandato del santo, pensando que habia sido para afrentarla; y no pudiendo disimular su saña y furor, procuró que de nuevo se juntasen los obispos, y condenasen á Crisóstomo, y le desterrasen otra vez á partes mas remotas y mas ásperas, donde tuviese ocasion de morir presto, ó de vivir muriendo; y así se hizo: y el santo salió de Constantinopla, llorando toda la ciudad, y especialmente algunas señoras devotísimas suyas, á las cuales él consoló y dió su bendicion, y rogó no se espantasen de aquella tribulacion que Dios le enviaba por su bien, y que perseverasen hasta el fin en el amor y temor santo del Señor. Entre estas devotas mujeres, la mas principal fué Olimpia que era señora nobilísima y riquísima, la cual habiendo sido veinte meses casada y muerto su marido, quedando virgen y moza, y queriéndola otra vez casar el emperador principalmente con un deudo suyo, nunca quiso sino servir perpetuamente á la Iglesia, y gastar toda su hacienda en remediar á los pobres, en hospedar y agasajar á los siervos del Señor, y particularmente á san Juan Crisóstomo, de cuya doctrina y santos consejos estaba colgada, y por el cual despues fué desterrada, y padeció grandes injurias en su persona y daños en su hacienda: mas todo lo sufrió con grande paciencia y alegría por amor del Señor; y el santo le escribió muchas epistolas animándola en sus trabajos; y el Martirologio romano hace mencion de ella como de santa, á los 17 de diciembre: y lo mismo hizo con Pentadía, que habia sido mujer de Timasio cónsul, y se habia dedicado al servicio de la Iglesia, y padecido increíbles molestias por él.

Embarcóse el santo para ir á su destierro, que era Cucuso en los confines de Armenia, parte muy infestada de los bárbaros: y por voluntad del Señor y castigo de los que habian urdido y tejido aquella tela de su destierro, debajo del púlpito donde solia predicar san Crisóstomo se emprendió un gran fuego, que subiendo por el techo de la iglesia, creció con el viento que corria y se hizo un gran incendio: el cual, salvando las casas que estaban en medio, pasó al palacio donde se juntaba el senado que estaba muy lejos y era muy suntuoso, y dentro de tres horas le abrasó é hizo ceniza. Pero como los malos, de todas las cosas toman ocasion para su maldad y como las serpientes, las convierten en ponzoña, del fuego que Dios habia enviado para su castigo, los enemigos de Crisóstomo tomaron ocasion para perseguir y alligir gravemente á todos sus devotos, achacándoles que ellos habian puesto fuego y quemado el palacio del senado: nó porque lo creyesen, sino porque eran amigos de su enemigo. No se puede facilmente creer, las molestias y vejaciones que padecieron, solo porque lloraban por él, y por no querer comunicarse mientras que él vivió, con los patriarcas intrusos de Constantinopla que le sucedieron. El santo iba á su destierro muy contento y regocijado por lo que padecia por la justicia, y por haber hecho lo que debia como buen prelado: y puesto caso que iba flaco, cansado y apretado de los que le llevaban, no por eso dejaba de tener cuidado de las iglesias, y de la predicacion del Evangelio, y que muchas almas se convirtiesen al Señor, como se ve en un capítulo de una carta, que escribió del camino á Constancio su presbitero, en que le dice: «Esta carta te escribo para exhortarte que hagas lo que siempre te he rogado: y que aunque se haya levantado una tempestad tan horrible como esta, y se levante otra mayor, y las ondas suban hasta el cielo, no de-

jes de hacer lo que debes y has comenzado, y destruir la superstición de los gentiles, edificar las iglesias, y tener cuidado de las almas. No aflojes un punto, por la dificultad y malignidad de los tiempos; porque ni el buen piloto deja el timon en la tormenta, ni el buen médico la cura, por ver el enfermo peligroso. No pierdas el ánimo, por ver lo que pasa y sucede; porque no daremos nosotros cuenta del mal que otros hacen, ántes recibiremos premio de Dios, si lo sufrimos con paciencia: y si fuéremos descuidados y negligentes en su servicio, no nos podremos excusar con la turbacion de las cosas; pues san Pablo, estando aprisionado en la carcel, y Jonás en el vientre de la ballena, y los tres santos mozos en medio de las llamas, hacian su oficio. Así te ruego que lo hagas tú, y mires por el bien de las iglesias, y me escribas las que en este año se han edificado, y los que han ido á cultivar esta viña de Fenicia, y la esperanza que hay del aprovechamiento de las almas.» Todo esto escribe san Crisóstomo, yendo á su destierro: lo cual he puesto aquí, para que mejor se entienda la seguridad de aquella alma pura, y cuán encendida estaba en el amor del Señor; pues se olvidaba de sí, y se acordaba de Dios en sus trabajos, que fueron tantos en setenta días que le duró el camino, que él mismo en otra carta escribe estas palabras: «Si estais encareolados, encadenados y encerrados con los presos y hombres facinerosos, por no querer consentir á su maldad, alegraos, regocijaos y coronaos de fiesta; pues por ello tendréis copioso galardón del Señor; que tambien nosotros estamos consumidos, y habemos pasado innumerables géneros de muertes; lo cual os podrán mejor decir los que lo han visto, con los cuales estando asándome de calenturas, no me han dejado hablar, ántes con los mismos accidentes me hacian caminar de día con grandes calores, y la noche sin dormir con gran pobreza y falta de las cosas necesarias, y pasando mayores miserias que los que trabajan en las minas, y están detenidos en las cárceles. Llegado á Cesarea, he tenido por gran regalo beber un poco de agua limpia, y comer un pedazo de pan, que no fuese duro ú oliese mal.» Hasta aquí es de san Crisóstomo; el cual entre las otras obras admirables, que escribió en este tiempo, una excelentísima y divina es, en la que trata maravillosamente que ninguno puede recibir daño, sino de sí mismo; y lo prueba con tanta elocuencia, y con tan vivas razones, que pone espanto: y todo esto nacia del conocimiento de la verdad, y del sentimiento que tenia Crisóstomo, que no hay daño verdadero y para sentir, sino es el pecado, el cual ninguno comete sino por su voluntad, con la cual se hace daño á sí mismo, y ningún otro se le puede hacer: y que los otros daños de hacienda, honra, salud y vida temporal son de tan poca estima, respecto de este otro daño del pecado, que se pueden tener por daños pintados y contrahechos.

Finalmente el santo llegó á Cucuso, donde fué recibido amorosamente, y regalado de un santo obispo, llamado Filadelfo, por órden y revelacion del Señor, y de Dioscoro, en cuya casa vivió. Era aquella tierra muy fragosa y áspera, y los moradores fieros y bárbaros, é idólatras, que adoraban al sol y las bestias; y los árabes hacian continuas correrías, y los robaban y destruian, y por esto la emperatriz habia procurado que Crisóstomo fuese desterrado á aquella parte, para que presto muriese á las manos de ellos: mas el Señor ordenó otra cosa, y por me-

dio del santo dió la vida espiritual á toda aquella gente, domesticándola con los milagros que allí hizo, y amansándola con su ejemplo y doctrina: y fué tanto lo que obró por él, que fué necesario que consagrarse siete obispos de nuevo, y ordenase otros muchos clérigos que tuviesen cuidado de las almas que se habian convertido. No se contentaron los enemigos de Crisóstomo con la crueldad, que con él habian usado; mas, para acabarle mas presto y quitarle de cuidado, dieron órden que de Cucuso fuese llevado á Arabeza, y de allí á Pitonde, en las últimas partes del Ponto Euxino, y en las extremas tierras del imperio romano. En este postrer camino se halló el santo muy fatigado; porque los que le llevaban y deseaban dar cabo de él para ganar gracias de la emperatriz, estando muy flaco y enfermo, le hacian andar muy grandes jornadas sin parar, y si hallaban un meson bien proveido ó con alguna comodidad, le pasaban y se quedaban en el que no tenia qué comer, ni qué beber, ni abrigo ni regalo. Por estos tan escusivos trabajos le sobrevino una ardentísima fiebre y un gravísimo dolor de estómago; y con estar muy peligroso y para morir, no le dejaron reposar ni tener un rato de descanso. Pero aunque el cuerpo estaba cansado y afligido, el espíritu del santo gozaba de aquel recreo y consuelo de que gozan los santos. No tenia médico que le visitase; mas los apóstoles san Pedro y san Juan le visitaron: no tenia qué comer; mas estos gloriosos apóstoles le trajeron del cielo un manjar divino, el cual comido le hartó de manera que no tuvo mas necesidad de mantenimiento corporal. Prosiguiendo su camino llegaron á un lugar donde estaba el cuerpo de san Basilio, obispo y mártir, el cual apareció á san Crisóstomo y le dijo: «Hermano Juan, esfuerzate y alégrate, que mañana los dos estaremos en un mismo lugar:» y el día ántes el mismo santo mártir habia aparecido al sacristan de aquella iglesia y díchole: «Apareja el lugar para mi hermano Juan que viene:» Con esta revelacion y tan dulces prendas de su dichoso fin, rogó san Crisóstomo á los que le llevaban que parasen allí, y ellos no quisieron: mas habiéndose partido, el Señor les hizo volver á su pesar al mismo lugar: donde habiendo el santo recibido los sacramentos y dado de limosna todo lo que llevaba, y consolado algunos amigos que iban con él, cerró los ojos del cuerpo y abrió los del alma, para ver á Dios eternamente como es. Dió su espíritu al Señor á los 14 días del mes de setiembre, en que la Iglesia celebraba entonces y ahora celebra la Exaltacion de la Santa Cruz; queriendo Dios que aquel ministro fiel y divino de su cruz, y que tan bien habia sabido llevar la suya é imitarle en esta vida, gozase de los merecimientos de su benditísima pasion, y de la corona que por ella se nos da, en el mismo día en que la Iglesia celebra sus victorias y triunfos. Murió san Juan Crisóstomo el año de 407, imperando en Oriente Arcadio, y en Roma Honorio, hijos de Teodosio el mayor.

Muerto san Crisóstomo, cayó tanta y tan grande piedra en Constantinopla, que estuvo para hundirse la ciudad, y cuatro dias despues murió la triste y desventurada emperatriz Eudoxia: para que se vea que aunque el Señor á las veces deja á los príncipes alligir á sus santos, porque así conviene á la gloria de su majestad, y al bien de ellos; al cabo les ata las manos y los castiga. Aunque Sócrates y Sotomeno dicen, que la piedra cayó en Constantinopla, nó despues de la muerte sino despues de echado la segunda vez de

su silla y desterrado, y que la emperatriz Eudoxia murió de allí á cuatro dias, viviendo aun san Crisóstomo; pero en esto hay gran variedad en los autores, que unos dicen que murió san Crisóstomo á los 14 de setiembre, y á los 30 cayó la piedra, y á los cuatro dias despues murió Eudoxia: otros que murió tres meses despues: otros que san Crisóstomo vivió cuatro años despues de la muerte de Eudoxia: mas si las cartas que trae el cardenal Baronio son ciertas, como parece, en las cuales el papa Inocencio primero de este nombre excomulga á Arcadio y Eudoxia por la muerte de san Crisóstomo, y ellos se humillaron y pidieron perdon, necesariamente habemos de decir que Eudoxia vivió algun tiempo despues de san Crisóstomo.

No solamente castigó Dios á la emperatriz, sino tambien á los demás que habian sido cómplices en perseguir y afligir á san Juan Crisóstomo; y Teófilo, patriarca de Alejandria, que habia sido el principal autor, y como promotor fiscal de su condenacion, estando agonizando y luchando con la muerte, nunca pudo acabar de morir hasta que le trajeron una imagen suya, y reconociendo su culpa le hizo reverencia, y con esto espiró como lo escribe san Juan Damasceno, y lo refiere en sus Anales el cardenal Baronio. Y san Cirilo, asimismo patriarca alexandrino y sobrino de Teófilo, estando mal informado de las cosas de san Crisóstomo y no consintiendo que en la misa se hiciese mencion de él, como se hacia de los otros santos pontífices ya difuntos, tuvo una vision celestial, por la cual le parecia que Crisóstomo acompañado y armado con la guarda del cielo le habia echado á él de su Iglesia, y que Nuestra Señora, á quien Cirilo habia servido mucho en el concilio Efesino, rogaba á Crisóstomo que le restituyese, y reconoció su engaño, y comenzó á honrar al que ántes habia desestimado. Y los otros clérigos, obispos y seglares que se habian conjurado contra Crisóstomo y sido causa de su destierro, fueron castigados visiblemente, y padecieron gravísimas enfermedades y calamidades, unos de una manera, otros de otra; pero todos con justa y severa sentencia del Señor: y entre ellos Cirilo, obispo, que fué uno de los que mas se señalaron contra san Crisóstomo, habiéndole pisado el pié acaso Maruta, obispo de Mesopotamia, se le corrompió de manera que fué menester cortársele á pedazos, y el otro pié tambien, por haberse inficionado y deramado por todo el cuerpo el mal humor; entendiendo todos que era azote de Dios, que vengaba la injuria de su siervo. San Inocencio papa, primero de este nombre, cuando supo lo que los emperadores Arcadio y Eudoxia habian hecho contra san Juan Crisóstomo y su muerte, los excomulgó con unas palabras gravísimas que quiero poner aquí. «La voz, dice, de la sangre de mi hermano Juan clama á Dios contra tí, ó emperador, de la manera que la voz de Abel justo clamaba contra el homicida Caín. No solamente has hecho esto; mas en tiempo de paz has movido una gran persecucion contra la Iglesia. Has echado de su trono, sin ser examinada su causa, á aquel gran doctor de todo el mundo, y le has perseguido, y en él á Jesucristo. No me da tanta pena la muerte de Crisóstomo, el cual con los santos apóstoles está gozando de Dios en su reino, dado que su pérdida sea gravísima. cuanto la salud de vuestras almas y el daño que han recibido los que se sustentaban con el pasto de su espiritual y divina doctrina: porque no solamente la Iglesia de Constantinopla ha perdido aquella lengua mas dulce que la miel, sino toda la tierra que ca-

lienta el sol quédase huérfana por haber perdido un varon de Dios tan excelente; y esto por persuasion de una mujer que há sido causa de toda esta tragedia, y que tan presto ha de recibir la pena de su culpa.» Y añade: «Por tanto, yo, el mínimo de todos y pecador, á quien Dios ha encomendado la silla del apóstol san Pedro, te aparto y hecho á tí y á ella fuera de la comunicacion y participacion de los misterios sacrosantos de Jesucristo, y declaro por privado de su dignidad á cualquier obispo ó clérigo de la santa Iglesia, que fuere osado administraros los sacramentos, desde la hora que estas mis letras leyéreis y os fueron notificadas. Y si vosotros como hombres poderosos, apremiáreis á algun sacerdote que lo haga, y quebrantáreis los sagrados cánones que nos ha dado Dios por los santos apóstoles, tened por cierto, que cometeréis grave pecado, y que dareis cuenta de él en el dia terrible del juicio, cuando se descubrirán todos los secretos de nuestros corazones; y ni la grandeza del estado, ni la potencia ni la honra y dignidad podrán ayudar á nadie, sino solo su buena conciencia.» Todo esto es de san Inocencio papa, escribiendo al emperador Arcadio: el cual se reconoció y humilló y pidió perdon para sí y para la emperatriz Eudoxia, temblando de la excomunion tan justa del vicario de Cristo, y haciendo penitencia de su culpa, y en razon de esto que escribió algunas cartas que pone el cardenal Baronio, sacadas de la libreria Vaticana y de Glicas, las cuales dejo, por no alargar mas esta historia.

El cuerpo de san Juan Crisóstomo se trasladó del lugar, donde murió, y habia sido enterrado, á Constantinopla, siendo ya emperador Teodosio el menor, hijo de Arcadio: el cual por su mucha piedad, y por satisfacer por la culpa de sus padres y por la grande ansia, que todo el pueblo de Constantinopla tenia de ver las reliquias de su santo pastor, y por haber sido como hijo de san Juan Crisóstomo, que le bautizó y le enseñó los primeros preceptos de la doctrina cristiana, envió algunos senadores nobilísimos, para que con gran pompa y solemnidad, música, cirios encendidos, procesiones y fiestas que se hiciesen por todos los lugares del camino, trajesen á Constantinopla el sagrado cuerpo de Crisóstomo. Fuéron los embajadores: dieron la carta que llevaban del emperador al obispo y ciudad de Comana, en que les mandaba que entregasen aquel santo cuerpo; y yendo para ejecutarlo, y echando mano de la arca en que estaba, nunca la pudieron mover. Avisaron al emperador lo que pasaba; y él escribió una carta á san Crisóstomo muerto, como si fuera vivo, en la cual le suplicaba con grande humildad, que volviese á Constantinopla por estas palabras: «Al doctor de todo el mundo y padre mio espiritual, san Juan Crisóstomo, Teodosio emperador. Pensando ó padre venerado, que vuestro cuerpo estaba como el de los difuntos, y deseando como buenos hijos que aman á sus padres, tenerle presente, mandamos que os sacasen de donde estais, y os trajesen á esta ciudad, y dimos orden con la mayor humildad y modestia que pudimos, que esto se ejecutase con la honra, acatamiento y autoridad debida á vuestra santa persona; mas no habemos alcanzado lo que deseábamos, por ventura por este fausto imperial, con el cual gobernamos las cosas del siglo, y habemos presumido tratar las espirituales y divinas. Por lo cual, ó santo padre, padre verdaderamente digno de toda reverencia, á quien yo hablo como si estuviese vivo, os suplico que

condescendais á nuestro deseo : y que pues habeis enseñado á otros á hacer penitencia, os digneis de perdonar á los penitentes y os deis á los que con grande ansia os desean, y con humilde confesion acusan sus pecados, y no atormentéis mas nuestros corazones con largas y dilaciones. En esto hareis cosa digna de vuestra benignidad y de nuestro amor, y de la confianza que tenemos de vos; porque no solamente deseamos ver y honrar vuestro cuerpo y vuestras sagradas cenizas, sino vuestra sombra, para nuestro aprovechamiento y regalo.

Esta fué la carta del emperador, la cual se puso con grande veneracion sobre el pecho del santo, suplicándole todos los circunstantes que se dejase vencer de los ruegos del emperador; y luego como si tuviera ánima y vida, se dejó llevar, por virtud de aquel Señor en quien los muertos viven. Trájose el cuerpo con grandísima solemnidad, despoplándose los pueblos por donde pasaba, por verle y reverenciarle, y por su intercesion recibir mercedes de Dios. Llegó á Calcedonia, que está frontera de Constantinopla donde estuvo mientras que se aparejaba el recibimiento que en la imperial ciudad se le habia de hacer. Salió toda Constantinopla á recibir su santo pastor y pasaron aquel estrecho de mar con innumerables barcas, estando el cielo sereno y la mar como una leche, y el mismo emperador en su galera tomó el santo cuerpo, y al impreviso se levantó una borrasca espantosa, y esparció por diversas partes las demás barcas, y sola la galera en que iba el santo cuerpo, como guiada de Dios, fué á dar en la heredad de aquella viuda que habia defendido Crisóstomo y por haberla usurpado injustamente, habia reprendido y negado la entrada en la iglesia á la emperatriz. Luego se sosegó aquella tempestad y las naves se volvieron á juntar, y el santo cuerpo llevándole por la ciudad como triunfante en el carro imperial fué colocado en el templo de los Santos Apóstoles postrándose el emperador con grande humildad y pidiendo perdon para las almas de sus padres y particularmente de su madre, y que cesase ya el ruido que por espacio de treinta y cinco años se sentia en la tumba donde estaba su cuerpo, y era tan grande que habia temblar la iglesia, lo cual alcanzó Teodosio del santo con su oracion, porque de allí adelante no se sintió mas aquel ruido. Clamaba todo el pueblo: «Recibid vuestro trono, ó santo padre:» á las cuales palabras el santo respondió como si fuera vivo, *Pax vobis*: Paz sea con vosotros. Fué á los 27 de enero del año del Señor de 438, á los treinta y un años del imperio de Teodosio, y á los treinta y cinco, despues que san Crisóstomo habia sido privado la primera vez de su silla: y este día de su traslacion celebra la Iglesia su fiesta, y traspasa la de su muerte, que fué como dijimos á 11 de setiembre, día de la Exaltacion de la Santa Cruz. Despues con el tiempo se trasladó la segunda vez el cuerpo de san Crisóstomo de Constantinopla á Roma, donde está en la Iglesia de San Pedro. Así suele honrar el Señor á sus siervos y dar bonanza despues de la tempestad á los que tienen suerte, y entre las ondas turbulentas y furiosos vientos no pierden el gobernalte del sufrimiento y constancia. De san Juan Crisóstomo escriben casi todos los autores de la historia eclesiástica, como Casiod. l. x. *Hist. Tripart.*; Soer. l. vi; Teod. lector, in *Collect.* l. ii; Sozom. l. viii; Teod. l. v; Nicéf. l. iii; c. 2, y Suidas. Hacen mencion de san Juan Crisóstomo diversos sumos pontífices, como Leon y Gelasio, y el sexto y séptimo sínodo general: san Agustín en

el segundo libro contra Juliano, y el Damasceno en algunos lugares. Escribieron de propósito su vida Paladio, obispo, Jorge, patriarca de Alejandria, y el Metafraste y el emperador Leon hizo una oracion en sus alabanzas, en la cual cuenta su vida; y Cosme Vestriario mas largamente.

SAN JULIAN. — Para mas oprimir á los cristianos, los emperadores enviaban de gobernadores y prefectos en las provincias á hombres crueles, para que no usando de benignidad alguna atormentasen con todo rigor á todos aquellos que no quisiesen ofrecer incienso á los ídolos. El emperador Antonino Pio habia mandado de gobernador en Campania de Italia á Flaviano, hombre duro y cruel, quien, sabedor de que Julian profesaba la fé de Jesucristo, mandó se presentara á su presencia para contestar á las preguntas que le hiciera. Léjos de intimidarle á Julian la presencia del gobernador, hizo con tal valor y ánimo la profesion de fé, que furioso Flaviano mandó se martirizase á Julian lentamente para mas atormentarle. Sufrió los tormentos no solo con paciencia y constancia, sino que en medio de ellos exhortaba al pueblo á detestar el culto de los ídolos, haciendo multitud de conversiones. Julian habia predicho que se hundiria el templo de los ídolos, y así se verificó, de cuyas resultas cortáronle la cabeza, alcanzando la palma del martirio en el siglo segundo.

SAN AVITO. — Murió mártir en África, durante la persecucion de los vándalos.

LOS SANTOS DACIO, REATRIO Y SUS COMPAÑEROS. — Fueron santos en África, tambien en la persecucion de los vándalos.

LOS SANTOS DATIVO, JULIAN, VICENTE Y SUS VEINTE Y SIETE COMPAÑEROS. — Estos atletas de Jesucristo padecieron por la fé, y alcanzaron la corona del martirio, segun Dextro, en Galicia de España, el año 95 de nuestra salud.

SAN MAURO. — Fué abad del monasterio de Beauvais del orden de san Benito, donde murió de avanzada edad, despues de una vida ejemplar, á últimos del siglo VI ó principios del VII.

SAN VITALIANO. — Habia nacido este santo en Segni de Campania, y despues de pasar por todos los grados en la jerarquía de la Iglesia, fué ordenado papa el 30 de julio de 657, y murió en 27 de enero del año 672. Los actos mas notables que de su largo pontificado nos conserva la historia son: el celo con que promovió la celebracion de varios concilios, y el vigor con que resistió á Márcos, arzobispo de Ravena. No queria este prelado someterse á la jurisdiccion de la santa silla, y habia obtenido del emperador Constante un diploma en este sentido cismático. Vitaliano excomulgó al arzobispo en 666, el cual tuvo la temeridad de excomulgarle tambien á él. En tiempo de este papa, empezó en las iglesias el uso de los órganos.

SAN JULIAN. — Fué el primer obispo de Mans y apóstol del Maine: floreció á fines del siglo III, y de ningun modo en tiempo de los apóstoles, como supone un Martirologio. Aunque no puede disputarse á este san Julian la gloria de haber predicado el primero el Evangelio en el Maine, sin embargo no hay monumento alguno que indique el tiempo cierto en que ha vivido, ni los actos que señalaron su episcopado.

DIA 28.

SAN CIRILO, ALEJANDRINO, OBISPO Y CONFESOR.—San Cirilo, patriarca de Alejandría, fué hijo de un hermano de Teófilo, que tambien fué patriarca alejandrino, el cual habiendo tenido aquella Iglesia veinte y siete años murió, y de allí á tres dias fué elegido en su lugar san Cirilo, que en virtud, letras, valor y prudencia hacia ventaja á los demás. En sentándose en su silla, luego comenzó á derramar rayos de clarísima luz, y á mostrar con las obras, cuán acertada habia sido su eleccion; porque estando en aquella sazón la ciudad de Alejandría inficionada de herejes y contaminada de judíos, san Cirilo con increíble vigilancia y cuidado echó á los herejes fuera, y procuró que los judíos que eran insolentes y tumultuaban y oprimian á los cristianos, fuesen castigados y reprimidos. Ocupóse tambien en reformar las costumbres de los católicos, en enseñar á los ignorantes, consolar á los afligidos, socorrer á los necesitados é ilustrar á toda la Iglesia con los muchos y admirables libros que escribió. Demás de esto trasladó á Alejandría parte de las reliquias de san Marcos Evangelista y de los santos Cirilo y Juan, las cuales colocó en una iglesia que habia edificado Teófilo, en el lugar de un templo famosísimo de los falsos dioses, donde ántes habia reinado mucho la idolatría, y siendo este templo destruido, los demonios se habian quedado en aquel lugar y le infestaban y turbaban á los que venian á él, y después que Cirilo colocó allí las santas reliquias, por virtud de ellas se partieron y cesaron aquellas sombras y espantos. Mas estando san Cirilo tan bien ocupado y gobernando santamente su iglesia, permitió nuestro Señor que saliese del infierno, como furia infernal, un hereje nuevo, pestilente y atrevido que la turbase, é inficionase las partes de Oriente: este fué Nestorio, el cual era hombre elocuente, aunque de pocas letras: en lo exterior muy honesto y penitente, é interiormente muy hinchado y arrogante y menospreciador de los santos y antiguos doctores sus maestros. Engañó tanto Nestorio con su hipocresía al emperador Teodosio el menor, que movido de la fama de sus grandes partes, de presbítero de Antioquia, que ántes era, le hizo patriarca de Constantinopla y le dió mucha mano y autoridad, y Nestorio se comenzó, á los principios, á mostrarse muy celoso de la fé católica, y á perseguir en todas partes á los herejes y exhortar al emperador que los desarraigase de la tierra, porque en limpiando él la santa Iglesia de las inmundicias y errores de ellos, Dios le asistiría, y él de su parte le prometia victoria de los persas y de todos sus enemigos y la paz y tranquilidad á su imperio. Con estos buenos principios ganó Nestorio mas la voluntad del emperador y la benevolencia del pueblo, y reputacion de hombre santo, celoso y amigo de Dios. Pero no era así, sino lobo que parecia oveja, vestido de hábito de pastor, y que mostraba gran celo en querer arrancar las herejías de los otros herejes, para tener mas crédito para plantar la suya y sembrar en los corazones de la gente, como en tierra blanda y bien dispuesta, su perversa y diabólica doctrina. Abrió su boca blasfema, y comenzó á enseñar que la sacratísima Virgen María Nuestra Señora no era ni se debia llamar Madre de Dios, porque decia, que aunque era verdadera madre de Cristo, éralo de Cristo hombre y nó de Cristo Dios, poniendo dos personas sacrilegamente

en Cristo, y pervirtiendo el sacratísimo misterio de la Encarnacion del Señor, en el cual confiesa la Iglesia católica, que de tal manera Dios se hizo hombre, y la divina naturaleza se unió con la humana en el vientre purísimo de la Virgen y Madre suya, Nuestra Señora, que aunque las dos naturalezas se quedaron distintas y sin mezcla y confusion, no hay sino una persona que es hombre y Dios, y porque este hombre Dios es hijo verdadero y natural de María, ella es y se debe llamar Madre de Dios. Contra este monstruo salió al campo san Cirilo, y al principio como no sabia el ánimo de Nestorio y veía que era patriarca de Constantinopla y muy acepto al emperador, y de tanta opinion y autoridad; procuró con mucho comedimiento y blandura ponerle en razon y desengañarle, y reducirle al camino derecho de la verdad católica. Escribió algunas cartas amorosas, doctas y graves, á las cuales el hereje respondió con arrogancia y fastidio, no haciendo caso de san Cirilo, y perseverando en su error y propagándole con su doctrina, de manera que de una pequeña centella se emprendió un gran fuego y se levantó un lastimoso incendio. Para atajarle escribió san Cirilo al papa Celestino que á la sazón presidia en la cátedra de san Pedro; la mala doctrina de Nestorio, y la insolencia y temeridad con que la publicaba, y el daño que hacia, cundiéndose y dilatándose cada dia mas, para que el papa como cabeza universal de la Iglesia, curase aquella llaga y le mandase lo que él habia de hacer, guardando en todo el respeto al sumo pontífice, como á vicario en la tierra de Cristo Nuestro Señor, el cual siendo informado de todo lo que pasaba y visto los papeles que Nestorio habia escrito á los monges de Egipto, y con ellos pervertido y engañado á muchos de ellos, tuvo un concilio en Roma y condenó los errores de Nestorio, y mandó á san Cirilo que si dentro de diez dias después de notificada la sentencia, Nestorio no se reconociese, le privase de su dignidad y de la comunión y participacion de los sacramentos de la Iglesia. Con este mandato del papa Celestino juntó Cirilo en Alejandría un concilio de obispos, y trató en él que se condenase la doctrina de Nestorio y se estableciese lo que el sumo pontífice en Roma habia decretado, y así se hizo y enviaron algunos obispos del mismo concilio por embajadores á Nestorio, notificándole lo que mandaba el papa, y rogándole que no se dejase llevar de su pasion, ni se apartase del camino real que nos habian abierto los santos, ni creyese mas á su propio juicio, que á lo que toda la Iglesia católica siempre habia enseñado. Fuéron y volvieron los obispos sin hacer fruto en aquel pecho duro y obstinado de Nestorio, porque estaba ciego con la ignorancia, hinchado con la soberbia, vano y pertinaz con la autoridad de patriarca y con el aplauso de la gente y gracia que tenia del emperador, al cual apeló Nestorio y acusó á Cirilo, tachándole y calumniándole que era hereje apolinarista, y enmarañando el negocio, de manera que no se pudiese contra él ejecutar la sentencia del papa, haciéndose de reo actor contra san Cirilo, como lo suelen hacer los herejes. Mas Cirilo respondió valerosamente por sí, y después de varias disputas y contiendas que dejó por brevedad, fué necesario que por orden del papa Celestino y del emperador Teodosio, se convocase concilio general y ecuménico en la ciudad de Efeso, y en él presidió san Cirilo, como legado y vicario del papa que le dió sus veces y plenísima potestad, y le envió el palio, y se juntaron doscientos obispos en este

concilio Efesino, que es uno de los cuatro que san Gregorio papa dice que reverenciaba como los cuatro Evangelios. Fué condenado Nestorio en aquella sagrada junta por hereje y anatematizado y privado de su silla y dignidad, porque nunca se pudo acabar con él que se redujese. Muchas contiendas y debates hubo en este concilio por las astucias y malas mañas de Nestorio y de algunos otros herejes que le favorecian, y por la maldad y tiranía de los ministros que habia enviado el emperador, para que en su nombre se hallasen en él, los cuales engañaron al mismo emperador, informándole falsamente de lo que pasaba, y metiendo las manos en las cosas eclesiásticas mas de lo que á hombres legos convenia: y nuestro Cirilo y otros santos obispos fueron maltratados, y padecieron graves adiversidades hasta que el emperador supo de raíz la verdad, y castigó la insolencia y maldad de sus criados, y honró á san Cirilo, y mandó que se guardase lo que el santo concilio habia decretado, y que Nestorio fuese desterrado y la santa fé católica favorecida y obedecida en todo su imperio; porque verdaderamente Teodosio el mozo fué príncipe muy católico y piadoso, y deseoso de acertar; aunque al principio engañado de la apariencia, hipocresía y artificio de Nestorio y de sus mismos criados, que sin saberlo él le favorecian, no se le mostró tan contrario como fuera menester, para escusar los daños que con la disimulacion y poco calor de los príncipes suelen recibir las cosas de la religion: la cual quedó finalmente triunfando de la mentira y errores de Nestorio; y san Cirilo, como capitán esforzado y victorioso, y con increíble gloria y alabanza de toda la Iglesia católica, y lo que no es de menos loa, aborrecido y perseguido de todos los herejes y amigos de Nestorio. El desventurado fué desterrado, como merecia, del emperador, y privado de su silla, y pobre y oprimido de innumerables calamidades, murió una muerte miserable; porque se le comieron los gusanos la lengua sacrilega, con la cual habia pensado quitar á la Virgen María Nuestra Señora la mayor gloria que tiene, que es ser Madre de Dios: y añade Teodoro, que tambien se le pudrió y corrompió todo el cuerpo: y aun Niceforo dice, que se abrió la tierra y le tragó, y descendió á los infiernos donde penará y pagará sus maldades mientras que Dios fuere Dios. Y para que se vea que están bueno el Señor que saca bienes de nuestros males; por ocasion de esta herejía detestable de Nestorio, despues acá ha crecido en la Iglesia católica la reverencia y devocion de Nuestra Señora, á la cual el demonio pretendió obscurecer y menospreciar por medio de su ministro, despojándola de aquella soberana y divina, y en cierta manera infinita dignidad, con que creemos que es Madre verdadera de Dios, y como á tal la llamamos é invocamos, y suplicamos que nos ayude y tenga debajo de su sombra y amparo.

Bien sintió esta proteccion y amparo de la Virgen san Cirilo, y entendió por experiencia cuán acepto servicio le habia sido el que le hizo, defendiendo su dignidad y majestad de Madre de Dios contra Nestorio; porque habiendo Teófilo su tío, siendo patriarca de Alejandria, tenido grandes competencias con san Juan Crisóstomo, y consentido en su condenacion, privacion y destierro, y despues que murió san Crisóstomo, llevado adelante su tema y opinion; san Cirilo, creyendo que su tío acertaba en lo que hacia, y que san Crisóstomo habia tenido culpa, y justamente sido depuesto de su silla, nunca quiso que se hi-

ciese conmemoracion del santo en la misa, como se solia hacer de los otros santos preladados ya difuntos; ántes habiéndole escrito Atico, patriarca de Constantinopla, y rogándole que lo hiciese y se ablandase, y tuviese á Crisóstomo por lo que era, nunca lo quiso hacer, y respondió pesadamente á Atico, queriendo mostrarle que aquello era contra los cánones y uso de la Iglesia, como lo refiere Niceforo Calixto en su historia. Engañóse san Cirilo como hombre; mas como el engaño no nacia de envidia, odio ó mala voluntad, sino de la falsa persuasion que ántes tenia fundada en el juicio y autoridad del patriarca Teófilo su tío, no permitió Nuestro Señor que un varón tan excelente y santo perseverase en aquel engaño, del cual salió Cirilo por una vision admirable que tuvo de esta manera. Parecióle que estando en su iglesia venia á ella san Crisóstomo acompañado de muchos ángeles y gente armada del cielo y que le echaba de ella: mas que la sacratísima Virgen Nuestra Señora acudia y se hallaba presente para defender á Cirilo, y rogaba á Crisóstomo que lo dejase estar en su iglesia; porque era su capellan y siervo devoto, y habia trabajado mucho en su servicio defendiendo su honra y gloria: tan agradecida y benigna es esta Señora, y tan bien paga lo que se hace en su servicio. Con esto Crisóstomo tuvo por bien de dejar á Cirilo en su iglesia, y él quedó desengañado y reconoció los grandes merecimientos de Crisóstomo, y le veneró de allí adelante como santo, y procuró que fuese venerado de toda la iglesia de Alejandria. Escribió san Cirilo muchos doctísimos y gravísimos libros que refieren Gennadio, Tritemio y Sixto Senense, y otros autores: y muchos de ellos andan impresos; aunque otros aun no han salido á luz, que se guardan en la librería Vaticana: y Casiodoro cuenta á san Cirilo entre los escritores que declararon toda la sagrada Escritura. Escribió con maravillosa agudeza de ingenio, con acertado juicio, varia erudicion, facilidad en el decir, copia y elegancia de palabras y gravedad de sentencias, y rara y sincera piedad; y con sus obras ha ilustrado y enriquecido la santa Iglesia católica. Y despues de haber trabajado tanto por ella, habiendo gobernado la suya de Alejandria treinta y dos años, trocó la vida temporal por la eterna, á los 9 de junio del año del Señor, segun Baronio, de 444, y en este dia le celebran los griegos en su Monologio; aunque el Martirologio romano y los otros latinos hacen mencion de él á los 28 de enero.

Tritemio llama á san Cirilo ornamento y morador del monte Carmelo: y dice que hizo vida eremítica y santísima, ántes que fuese patriarca; y los padres del Cármen en sus historias tambien le hacen de su orden: y él fué varón tan eminente, que cualquiera religion se puede gloriar con él: mas el cardenal Baronio lo niega y contradice, por las razones que el curioso lector podrá ver en el sexto tomo de sus Anales. De san Cirilo escriben casi todos los autores de la historia eclesiástica, Sócrates, Evagrio, Niceforo, Calixto, Cedreno y Glicas; y hacen mencion de él honorífica Martino I, Gelasio y Leon, pontífices romanos, la quinta sínodo general, la sexta y séptima, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y en el quinto y sexto tomo de sus Anales; y de las actas del concilio Efesino se pueden sacar muchas y grandes alabanzas de san Cirilo.

SAN JULIAN, OBISPO DE CUENCA.—San Julian, obispo y patron de Cuenca, nació en la ciudad de Burgos el año del Señor de 1128. Sus padres fueron casados muchos años

sin tener hijos: pedíanlos á Nuestro Señor que es el que los dá y quita á su voluntad, y hacían muchas plegarias para alcanzar esta bendición de su Majestad: el cual se la echó del cielo, y la madre se hizo preñada; y ella en nacimiento de gracias ofreció al Señor de criar lo que naciese para su servicio. Estando el padre de san Julian una noche durmiendo, tuvo una vision de esta manera. Pareciale que el aposento donde estaba se ardia todo, y que entraban en él muchos murciélagos y otros animales negros, y andaban al rededor del aposento huyendo y dando ahullidos; y juntamente veía que un cachorrillo mas blanco que la nieve y muy hermoso salia de su mujer, y que por los ojos y la boca echaba centellas resplandecientes, y con su ladrido ahuyentaba aquellos animales; y que hecho esto se volvía á donde habia salido: la cual vision á la mañana comunicó con su mujer, nó sin admiracion y espanto aguardando que pariese; porque no dudaba sino que lo que habia visto pronosticaba alguna gran cosa de la criatura que habia de nacer. Nació á su tiempo un niño muy agraciado y lindo: y luego que salió del vientre de su madre, alzó su brazo tierno y echó la bendición á todos los que allí estaban, haciendo la señal de la cruz como la suelen hacer los obispos cuando bendicen al pueblo. Quedaron todos maravillados de aquella novedad, y mucho mas cuando el dia de su bautismo oyeron una suavísima música de ángeles que cantaban en el aire y decían: «Hoy ha nacido un niño que en gracia no tiene par:» y estándole bautizando vieron sobre la pila un niño grande y hermoso con una mitra en la cabeza y un báculo en la mano, que decia: «Julian ha de ser su nombre.» Con estos prodigios luego se entendió que nuestro Señor habia escogido á Julian desde el vientre de su madre para hacerle lumbrera y pastor de su Iglesia: y así, siendo aun niño mostró los rayos de la luz y amor divino que tenia en su alma: comenzó á afligir su cuerpecito y á ayunar tres dias cada semana y rezar muchas oraciones que él tenia señaladas para cada dia. Aprendió las artes liberales y la sagrada teología, en la cual fué maestro y la enseñó públicamente en las escuelas. Muertos ya sus padres no quiso casarse como algunos le aconsejaban, sino conservar su virginal pureza y entregarse de todo al Señor; y para esto escogió una casa pequeña, que labró junto al monasterio de San Agustin de Burgos, y á una ermita donde vivió santo Domingo de Silos. Ordenése de corona y de las cuatro órdenes menores, y no quiso pasar adelante hasta estar mas sazonado y maduro, y con la devocion que le parecia que pide la alta dignidad del sacerdocio, el que recibió á su tiempo con extraordinaria devocion, y ejerció con no menor aprovechamiento suyo y edificacion del pueblo. Gastaba toda la mañana en oracion y en decir cada dia misa en el altar del Santo Crucifijo, y deciala con tanta abundancia de lágrimas y sentimiento de su alma que todos los que la oían, se enternecían y compungían. Ocupábase en la leccion de la sagrada Escritura, y de los santos doctores. No se queria ocupar en negocios seculares, sino en los que tocaban al fruto y conversion de las almas: y para esto se dió á predicar en Burgos y en su comarca, y de allí se extendió en otras tierras y provincias del reino; y por su gran fama y santidad vino á ser arcediano de la santa iglesia de Toledo, y despues, habiéndose ganado la ciudad de Cuenca á los moros, obispo de ella, por muerte de don Juan Yañez, su primer obispo, siendo ya san Julian de sesenta y seis años. No queria el santo

aceptar en ninguna manera el obispado por su grande humildad: pero por el rey don Alonso le hicieron tanta fuerza, que por no resistir á la voluntad de Dios, bajó la cerviz al yugo. No consintió que se le hiciese recibimiento alguno cuando vino á tomar posesion de su obispado, sino que se entró á pié, sin mas acompañamiento del que llevaba para su servicio, que era bien poco, con una llaneza y modestia admirable, como quien sabia que el cargo que Dios le habia dado era de pastor y nó de señor, y mas para servir á otros, que para ser servido. Entrando en aquella dignidad con tal corazon, y de tal manera comenzó á resplandecer como un sol, y á derramar tan esclarecidos rayos de virtudes, que se llevaba tras si los ojos y los corazones de todos sus súbditos. Era ojos para el ciego, manos para el manco, piés para el cojo, padre para los huérfanos, remedio para las viudas, consuelo para los afligidos, y para todos los pobres y atribulados sustento, amparo y refugio. Todo cuanto tenia le gastaba en limosnas y obras pías, sin tomar para si un real de las rentas de su Iglesia; y para sustentarse á si y un criado, tejia cestas que le vendia él, y del precio se mantenían. Visitaba cada año su obispado, y examinaba atentamente las vidas de sus clérigos, castigando severamente los malos y escandalosos, y acariando los flacos: iba á los infieles, que en aquel tiempo habia muchos en la ciudad y tierra de Cuenca, cada semana: ibase predicando de pueblo en pueblo por su obispado, exhortando en sus sermones, á los que le oían, al amor de los prójimos y al temor santo del Señor.

Tenia gran cuidado de rescatar cautivos de poder de moros. No daba orden de clérigo á persona ignorante ó de malas costumbres, por los daños que recibe la santa Iglesia de hacerse lo contrario. Cuando alguno que le debía algo de su renta, estaba con necesidad y no le podia pagar, luego le soltaba la deuda, y aun á los que podían pagar, procuraba que pagasen con suavidad, y no los molestaba por la cobranza. Estaba tan puesto en hacer oficio de verdaderó pastor del Señor, que ninguna cosa penosa se le ofrecia que no le pareciese sabrosa y fácil por amor de sus ovejas: y para remediar sus necesidades y miserias, él se desentrañaba y deshacia: y Nuestro Señor, por quien él lo hacia, le regalaba y favorecia extraordinariamente, y mostraba con extraordinarios favores, cuán aceptos y agradables le eran los servicios que san Julian le hacia: porque teniendo costumbre de dar de comer cada dia en su casa á muchos pobres, y de servirlos él mismo en la mesa, un dia vió un pobre, entre los otros, de preseneja y rostro venerable, pero mas roto y maltrato que los demás: llamóle aparte san Julian, pensando que era una persona ilustre, que habia venido á necesidad: preguntóle muchas veces quién era; y luego aquel pobre mendigo apareció lleno de resplandor, y dijo al santo: «Yo te agradezco, Julian, mi buen amigo, lo que haces con mis pobres; y lo que yo te prometo en pago de esto, es la gloria eterna:» y dicho esto desapareció, por lo cual entendió san Julian que aquel pobre era Nuestro Señor Jesucristo, que le habia querido alentar con aquel favor y manifestarle que todo lo que se hace por su amor con los pobres; se hace al mismo Cristo. Otra vez, viniendo muchos pobres á pedir limosna, mandó á su limosnero que les diese un poco de trigo; y el limosnero respondió que no lo habia en casa. Tornóle á mandar que mirase si habia algo, porque no

se fuésen los pobres sin lo que pedian: volvió el limosnero al granero, y hallóle lleno de trigo; y con él abundantemente se dió á los pobres lo que pedian, y se proveyeron otras necesidades.

Otra vez no hallándose en la ciudad de Cuenca trigo, ni habiéndose podido haber con dinero de otras partes donde el santo lo habia enviado á buscar, acudió como solia á la oracion, y luego vieron entrar por la ciudad una gran recua de bestias cargadas de trigo, sin que nadie las guiase, hasta la casa del obispo. Mandóles el santo descargar y buscar á los que lo traian, para pagarles el trigo, y nunca parecieron. Ordenó á un criado suyo que tenia cargo de su casa, y era hombre de mucha caridad, y muy semejante á su amo, y se llamaba Lesmes, que repartiese aquel trigo segun la necesidad de cada uno; y él lo hizo con tanto fervor, que murió de puro trabajo, y en la iglesia de Burgos en el trascoro está su cuerpo y es reverenciado por santo. Demás de esto habiendo el Señor enviado para castigo de los mortales una gran pestilencia, y no hallándose remedio para amansar su furia, que era muy brava, el santo obispo con sus oraciones la aplacó de suerte, que todos los que tocaban á alguna de las cestillas que san Julian hacia, sabian de la pestilencia, y mucho tiempo aun despues de muerto se vió la eficacia de este remedio en muchas enfermedades.

El Señor favorecia á su siervo con estos milagros, y el demonio envidioso de tanto bien procuraba derribarle y hacerle caer de aquella tan rara gracia del Señor. Ayunando pues un dia el santo á pan y agua, como muchas veces lo solia hacer, halló una rica mesa puesta, y en ella una trucha como de tres libras. Quiso saber quién la habia puesto allí, y como le respondiesen que ninguno de casa, fué á tomarla para echarla en un pozo, entendiendo que era lazo de Satanás; y en llegando á ella desapareció, y él se confirmó en su buen propósito, que era ayunar y comer sobre una tabla con una servilleta, sin tener otro aparato de mesa. Vencida esta tentacion de gula, el demonio le acometió con otra de codicia, de esta manera. Estaba una vez rezando, y vió venir á un hombre cargado de talegos de moneda; y creyendo ser su mayordomo, le preguntó: ¿Qué traeis ahí? Y él respondió, que el dinero de su renta. Bien sabia el santo que no era de su renta; pero creyó, que nuestro Señor se le enviaba para remedio de los pobres: y llegándose el hombre cerca de san Julian, dióle el dinero; y como él fuese á tomarlo; desapareció el hombre y la moneda, y quedó un humo y hedor abominable en aquel lugar. No dejó el enemigo la batalla, por ser vencido la segunda vez; ántes volvió á ella con mas fuerza, pretendiendo derribar con alguna flaqueza y sensualidad al que no habia podido rendir con la gula y con la codicia; y fué de esta manera. Estando un dia en oracion, vió á su lado una doncella de extremada hermosura, que le dijo: Julian siervo de Dios, ¿qué es lo que haces? ¿Duermes? No me conoces? Alzó los ojos Julian, y viéndola, creyó que era una doncella que él habia sacado del cautiverio de los moros de Granada, y la habia casado con otro su igual: esta era hija de un hombre noble de la ciudad de Burgos, la cual era ya muerta, sin saberlo san Julian; y preguntándole, ¿qué era lo que tenia? ella le respondió con grande agradecimiento y dulzura, la obligacion que tenia de servirle, por

haberla librado de aquel penoso cautiverio, en que estaba, y puesto en tan buen estado; y que para pagar parte de lo que le debia, venia á regalarle y servirle: y diciendo esto y otras palabras blandas y amorosas, se iba pegando al santo: el cual sintió que le asian por las espaldas, y le apartaba de aquella mujer, sin ver quien era el que le apartaba, y juntamente le dió un empujón, y le dijo: ¿Qué haces Julian? Mira, que no es la que piensas; sino el sucio y abominable Satanás, que te quiere engañar: y con esto desapareció el demonio, y el santo quedó con gran pesar por parecerle, que habia tenido algun descuido, del cual hizo despues gran penitencia. Floreciendo pues, el santo pontífice con su celestial vida, doctrina y milagros, y siendo ya casi de ochenta años, fué Nuestro Señor servido darle una recia enfermedad, de la cual entendió que habia de acabar su peregrinacion, é ir á gozar de todo su bien. Vistióse de sus ornamentos y capa pontifical, para recibir los santos sacramentos: despues se vistió un áspero cilicio, y se echó en el duro suelo, cubierto de ceniza, y su cabecera una piedra, para imitar en algo al Salvador. Estando en la agonía de la muerte, vió venir una doncella de increíble belleza, vestida de ropas mas blancas que la nieve y resplandeciente como el sol, con una guirnalda de rosas en la cabeza, acompañada de ángeles y de muchas vírgenes, que cantaban aquel verso: «Veis aquí al gran sacerdote, que en sus dias agradó mucho al Señor.»

Oyendo el santo pontífice la música del cielo, se puso de rodillas, y con gran ternura y devocion hizo gracias á Dios por aquella merced que le hacia, y á la Virgen María, Nuestra Señora, su Madre, porque así le visitaba; la cual dijo: Toma, siervo de Dios, esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado: y diciendo esto desapareció dejando el aposento lleno de una fragancia y olor suavísimo, y mas divino que humano: y el santo regalándose en la oracion con Dios, le dió su bendita alma, domingo á 28 de enero del año de 1208. Al punto que espiraba, vieron los que allí se hallaron, que salia de su boca un ramo de palma hermoso, y mas blanco que la nieve, el cual subió hasta entrar en los cielos, á los cuales vieron abiertos, y oyeron cantares de ángeles.

Obró Nuestro Señor muchos milagros por intercesion de san Julian despues de muerto. Hizo hablar á mudos, oír á los sordos, andar á los cojos, y cobraron salud los que estaban fatigados de diversas enfermedades; y por esta causa y por la gran devocion, que todo el pueblo le tenia, pocos años despues de su muerte le comenzaron á celebrar fiesta como á santo, levantando su cuerpo de la sepultura, donde estaba sobre el altar de Santa Agueda, y poniéndole en el calendario de los santos; y esta devocion cada dia mas se ha ido acrecentando. Habiendo estado su santo cuerpo en el lugar, donde despues de muerto le colocaron, y tenido en gran reverencia trescientos y diez años, le trasladaron al que ahora tiene, siendo sumo pontífice Leon X, y rey de España Carlos V. Cuando abrieron la sepultura para sacarle, hallaron el cuerpo del santo entero, y sin corrupcion alguna, y las vestiduras de pontifical como nuevas, y junto á su cuerpo un ramo de palma tan verde y fresco, como si el mismo dia se hubiera cortado, con una suavidad peregrina y admirable que el santo cuerpo de sí echaba. Estaba vestido de pontifical con mitra de raso blanco, labrada de oro, con báculo, caliz y vinageras todo de plata, y sobre el santo cuerpo una cruz. Hizose una

procesion solemnisima, á la cual concurrió todo el clero del obispado. é innumerable gente, y con muchas fiestas y regocijos colocaron el santo cuerpo, donde ahora está, á los 11 de abril del año del Señor de 1318; y Nuestro Señor obró muchos milagros, y dia hubo de catorce milagros, como consta de la informacion jurídica que hizo el doctor Eustaquio Muñoz, canónigo de Cuenca, por comision del ordinario, el mismo año de 1518. Despues la santidad del papa Julio III, el año de 1551, y el segundo de su pontificado, á los 5 de junio despachó breve, en el cual concede y manda que la fiesta de san Julian en Cuenca se traslade del dia de los 28 de enero, en que fué su muerte, á los 5 de setiembre, para que se pueda celebrar con mayor solemnidad y hacerse mas facilmente las limosnas, y otras obras pias, que en honra del santo se suelen hacer en aquella ciudad. En el Martirologio romano se hace mencion dos veces de san Julian, una á los 28 de enero y otra á los 5 de setiembre. Tambien el papa Paulo III, el año de 1540, en el sexto de su pontificado, y á los 8 de junio, mandó hacer informacion de la vida y milagros de san Julian, y halláronse tantos, que seria cosa larga referirlos aqui: léalos, quien quisiere, en el P. Francisco Escudero, de la Compañia de Jesus, que escribió su vida, la cual don Juan Fernandez Vadillo, obispo de Cuenca, á quien el consejo real habia cometido el exámen, la aprobó á los 28 de febrero de 1589 años; y dice, que él mismo leyó el proceso judicial y auténtico, que de los milagros de san Julian habia hecho don Alonso Carrillo, obispo de Veste, por mandado del papa Paulo III, y cotejádole, con lo que el dicho P. Francisco Escudero escribe en su vida. Basta decir, que no solamente el Señor hizo milagros por el santo cuerpo de san Julian, y por sus vestiduras, sino tambien por la tierra de su sepulcro, por las plumas de su almohada, y por el ramo de la palma, y aceite de su lámpara; y lo que mas es, soñando algunos enfermos que los sanaba san Julian, quedaron sanos. Y últimamente la santidad de Clemente VIII, el año 1594, el tercero de su pontificado, á los 18 de octubre aprobó el rezo de san Julian, que la iglesia de Cuenca habia enviado á su santidad, y dió licencia para que se rezase en su fiesta y conmemoracion. De san Julian, demás del Martirologio romano, y el breviario antiguo de Cuenca, hacen mencion muchos autores que han escrito de los santos de España.

SANTIAGO, ERMITAÑO Y CONFESOR. — Fué Santiago, á quien llaman *el Ermitaño*, varon á los principios admirable, y de muy santa vida, y despues que se desvaneció, gran pecador y miserable, y finalmente por la gracia del Señor que le levantó, ejemplo y dechado de penitencia. Siendo mozo huyendo de los deleites y vanidades del mundo, se encerró en una cueva, y vivió en ella quince años con tan grande aspereza y perfeccion, que Nuestro Señor le ensalzó y le ilustró con muchos milagros, echando de los cuerpos á los demonios con su imperio y sanando á muchos dolientes de todas enfermedades: de manera, que por su fama concurrían á él muchos de muchas partes, y entre ellos los mismos gentiles y samaritanos, que se convertían á Jesucristo por su predicacion. Mas el demonio como enemigo de nuestro bien, queriendo estorbar el fruto que el santo ermitaño hacia, y echarle de toda aquella comarca, por medio de uno de aquellos samaritanos procuró encender un gran fuego, y que se juntasen con él sus parientes y amigos, y tratasen de arriarle algun lazo, para que ca-

yese, y tener ocasion de echarle de su tierra. Para esto se concertaron con una mujercilla liviana y deshonestá; y le dieron veinte ducados, y le prometieron darle otros veinte si derribaba á Diego, y le hacia caer en pecado carnal. Fué la mujer bien de noche, y llamó á la puerta de la celda, en que estaba el santo, fingiendo que era una mujer de un monasterio, que estaba allí cerca, la cual habiendo sido enviada de su prelada á llevar una limosna á cierto pueblo, le habia sobrevenido la noche, y se habia acogido, como á puerto seguro, á él para que no la comiesen las fieras que andaban hambrientas por aquel desierto. No la quiso abrir al principio la puerta nuestro ermitaño; ántes la cerró con grande impetu, temiendo algun engaño y celada de Satanás: pero como á media noche ella clamase, y diese grandes gemidos y suspiros, pidiendo al ermitaño que no la hiciese manjar de fieras, vencido de la importunidad de la mujer y de su escrúpulo, le abrió la puerta, y poniéndola en la primera celda, se entró él en otra mas adentro, y cerró la puerta. Comió de su pan la mala hembra, y bebió del agua; y y púsose á reposar, y de allí á un poco comenzó á dar voces, y á lamentarse y arrojarle á la puerta de la celda del santo, pidiéndole que la socorriese. Abrió la ventanilla de su celda el ermitaño: vió á la mujer tendida en el suelo, haciendo visajes: y no sabiendo él lo que era, y lo que habia de decir ó hacer, ella le dijo: Por la sangre de Cristo, padre santo, que hagas la señal de la cruz sobre mí porque muero de una angustia y dolor de corazon. Movido de compasion Diego, abrió su puerta é hizo un gran fuego, y por no faltar á la caridad, y juntamente por no ponerse á peligro, tomó con la mano derecha el aceite bendito para untarle, y puso la mano izquierda sobre el fuego para quemarla, y con el ardor de aquel fuego corporal, reprimir y vencer el ardor de aquella concupiscencia carnal; y la mujer, para salir con su intento le rogaba que le untase bien el corazon, hasta que se mitigase ó cesase el dolor cruel que padecia: y como Diego era hombre sincero y simple, y pensaba que no habia engaño, hizo lo que la mujer le rogaba por espacio de dos ó tres horas, teniendo siempre la mano izquierda sobre el fuego hasta quemarse y derretirse los dedos. Vió esto la desventurada mujer; y espantada y atónita, tocándole Dios al corazon, conoció su culpa, confesó á Diego á lo que habia venido: y él, haciendo gracias al Señor por la victoria que le habia dado, la envió á san Alejandro obispo, el cual la recibió y confesó, y puso en su monasterio de doncellas, en el cual acabó santamente su vida. Despues tuvo forma el obispo para echar de su diócesis y provincia á todos los samaritanos que por medio de aquella mujer habian pretendido arruinar al santo ermitaño: y el mismo obispo despues le fué á ver, alabándole de la constancia con que se habia defendido de tan grave ocasion de caer, y exhortándole á llevar adelante sus buenos intentos.

Andando el tiempo entró el demonio en una doncella, hija de un caballero y senador principal: llevónta sus padres á nuestro ermitaño, y él con su oracion la libró: y queriendo ellos darle trescientos ducados de limosna, no los quiso tomar, ni aun ver con sus ojos, diciendo que no los habia de menester, viviendo, como vivia, en aquella soledad. Otra vez le trajeron un hombre paralítico y tullido de los piés, al cual restituyó la salud, y á otros muchos enfermos tocados de diversas enfermedades. Pero viendo que muchos venían á él, y le honraban y esti-

maban, determinó de dejar aquel lugar y entrarse mas adentro del desierto: y habiendo hallado una cueva grande cerca de un rio, estuvo en ella treinta años alabando al Señor de día y de noche, comiendo de las yerbas que nacen cerca del rio, hasta que hizo un huertecillo, que cultivaba con sus manos para su sustento; y fué tal su vida, que los seglares y los clérigos y los monjes de veinte y treinta monasterios venian á él, para ser enseñados y recibir su santa bendicion.

Pero, ¡ó flaqueza é inconstancia del corazon humano! este varon tan insigne y tan valiente y vencedor del demonio y de las enfermedades: este tan penitente, tan estimado y buscado de todos: este, que siendo mozo triunfó de su carne, y quiso ántes quemar la mano, que ser quemado de la concupiscencia; siendo ya viejo, y habiendo servido á Dios tantos años en la soledad, se dejó vencer y cautivar, y cayó miserablemente, por alguna oculta soberbia, que hace caer los cedros del Líbano, y á los que parece están sobre estrellas; y de ángeles, para que se conozcan y humillen, los trueca en puercos.

Entró el demonio en una doncella, hija de un hombre rico, y comenzó á decir y repetir muchas veces, que no saldria de aquel cuerpo, hasta que Diego el ermitaño le echase. Los padres, deseando la salud de su hija, y no sabiendo donde estaba este ermitaño, le buscaron por todas partes con suma diligencia: y finalmente sabiendo donde estaba se fuéron á él, y llevando consigo á su hija, le representaron su trabajo, y le pidieron que hiciese oración sobre ella y la librase de la tiranía de aquel espíritu maligno, que la atormentaba. Hizo Diego oración: huyó luego el demonio; y la doncella quedó sana, y los padres muy agradecidos y contentos. Mas temiendo que el demonio no tornase á su hija, y deseosos de verla perfectamente sana, y sin sospecha de recaída, rogaron al ermitaño que la tuviese allí dos dias para mayor confirmación de su salud. Túvolo por bien, no sabiendo el daño que le habia de venir; y los padres se fuéron, dejando á su hija en la celda, del que la habia librado del demonio, el cual pretendia por este camino vengarse de él y entrar en su alma, haciéndole caer en un abismo profundo de maldades: porque con la ocasion de verse en aquel desierto solo con la doncella sola, comenzó el demonio y el espíritu de la fornicación á encenderle con tan infernales llamas de carnal concupiscencia, que sin acordarse, que por no dejarse vencer de ellas se habia abrasado, y perdido la mano, y siendo mozo triunfado del engaño; salió fuera de su celda y forzó á la doncella, y añadiendo maldad á maldad, la mató y despues echó su cuerpo, para que no pareciese, en el rio. ¿Quién se fiará de las victorias pasadas? ¿Quién no temblará con este ejemplo? ¿Quién no conocerá su fragilidad? ¿Quién no huirá de las ocasiones por mas viejo y santo que sea? ¿Quién finalmente, no entenderá, que un pecado llama á otro, si no se quita y lava con la penitencia? Todo esto vemos pintado á lo vivo en este ermitaño, el cual habiendo caido como del cielo en el profundo de todos los males, fué tentado terriblemente del mismo enemigo que le habia hecho caer, para que como otro Judas se desesperase, y no se atreviese á alzar los ojos al cielo, ni invocar al Señor, para que la tierra no se abriese y le tragase. ¿Á qué extremo de maldad no llega un corazon humano, cuando Dios aparta su mano y le deja? Dejóse vencer tambien en esto

el que de tantas maneras habia sido vencido, y determinó volver al siglo, y echar la sogá tras el caldero, como dicen. Yendo su camino con este mal propósito, pasó por un monasterio de santos monges, que estaba en el camino, donde fué recibido con gran caridad: laváronle los piés: acariciáronle y tratáronle como á padre santo y venerable; y él no alzaba los ojos del suelo, ni osaba mirar á los monges, y heria sus pechos, confesando públicamente lo que habia hecho. Saliendo de allí, le vino al encuentro un monje, gran siervo de Dios, y rogóle que se fuése á descansar un poco á su celda, y llevóle casi por fuerza á ella, y le hizo comer: y habiendo entendido de él mismo todo lo que le habia pasado, le animó, para que no se desesperase, sino que confiase en la misericordia de Dios, é hiciese penitencia, poniéndole delante los ejemplos del rey David, de san Pedro, y otros. Finalmente, Diego se partió, para seguir su camino é intento; pero por singular providencia del Señor, y por las entrañas de su misericordia, que le queria sanar y recoger, vió apartado del camino un sepulcro á manera de una cueva, lleno de huesos de muertos, que estaban ya con el tiempo hechos polvos. Tocó el Señor el corazon, y entróse en esta cueva: y juntando los huesos, los puso en un rincón de ella, y cerrando la puerta, postrado en el suelo, é hiriendo sus pechos, y dando lamentables suspiros y entrañables gemidos, comenzó á grandes voces á decir: ¿Cómo, Señor, alzaré los ojos á vos? ¿Por donde comenzaré á confesar mis maldades? ¿Con qué ánimo soltaré mi lengua y mis labios amancillados? Perdonadme, benignísimo Señor: he cometido el estupro: he derramado la sangre inocente, y echado en las aguas el cuerpo; para que fuese comido de los peces, y de las aves. Vos sabeis, Señor mis maldades: yo, como quien las sabe, las confieso y os pido de ellas perdon. Despues de haber llorado y lamentado amarguissimamente sus pecados, estuvo diez años en aquel sepulcro, sin hablar con nadie, ni salir de él sino dos veces cada semana, para coger algunas yerbas que estaban allí cerca, y sustentarse con ellas: pasaba los dias y las noches en perpetuo llanto, haciendo tan rigurosa penitencia, que pudo lavar y limpiar las manchas de los delitos pasados, aunque eran gravísimos: y para mostrar nuestro Señor las entrañas de su piedad, y que habia aceptado las lágrimas del ermitaño penitente, envió á aquella region una sequedad tan grande, que el cielo parecia de metal, y no llovía, y los hombres parecían sin saber otro remedio, que volverse á Dios, y hacer oraciones, procesiones, plegarias, ayunos y penitencias, suplicándole que se apiadase de aquellos pueblos, y los mirase con ojos suaves y benignos: y el Señor reveló al obispo, que era varón casto y temeroso de Dios, que en cierta parte estaba un siervo suyo, que hacia vida en un sepulcro, y era hombre en la apariencia vil, mas en los merecimientos santo, el cual podria alcanzar con sus oraciones lo que los otros no podian. Juntó el obispo al clero y pueblo: y habiéndoles declarado la revelacion que habia tenido, se fué con ellos al sepulcro en busca del santo ermitaño Diego, y habiéndole hallado, se echaron á sus piés, suplicándole que se compadeciese de toda aquella tierra, é hiciese oración por ella: y el santo no lo quiso hacer; sino con los ojos bajos, é hiriendo sus pechos, decia solas estas palabras: Perdonadme, Señor mio Jesucristo, perdonadme mis grandes maldades. El obispo, y los que le acompañaban, viendo

que no les respondía, se volvieron muy tristes y desconsolados á su iglesia, y de nuevo se pusieron en oracion, pidiendo á Dios misericordia: y despues de haber gastado algunos dias en esta demanda, ayunando, tuvo de nuevo el obispo la misma revelacion, y oyó una voz clara, que le dijo: Vé á mi siervo Diego, como te ha sido revelado, y persuádele haga oracion por estos trabajos que padeceis; y yo os libraré de ellos. Volvieron á la cueva el obispo, clero y pueblo; y de tal manera apretaron al santo penitente con la revelacion de Dios, y con sus lágrimas, que no pudo resistir á sus piadosos ruegos; y puestos los ojos en el cielo, y levantadas sus manos, hizo oracion, y al momento comenzó á ablandarse el cielo, y á caer copiosa lluvia en la tierra, alabando todos al Señor por aquel beneficio, y trayendo todos los enfermos, que habia en toda aquella comarca, y despues de otras tierras mas remotas, para que los sanase. El mismo año, que esto sucedió, el santo ermitaño envió á llamar al obispo, y le rogó, que cuando fuese muerto, le mandase enterrar en aquel mismo lugar y sepulcro, donde tantos años habia vivido; y habiéndoselo prometido, dentro de pocos dias dió su espíritu al Señor, siendo de edad de setenta y cinco años.

El obispo, cuando lo supo, acompañado de todo el clero, y de la gente mas honrada de su ciudad, fué á la cueva, y enterró el santo cuerpo en ella con muchos olores y especias aromáticas. Andando el tiempo, mandó edificar en el mismo lugar una capilla, y le trasladó á ella; y el Señor despues obró muchos y grandes milagros en aquel lugar: y toda aquella tierra y comarca en cada año, para hacer gracias al Señor por el beneficio recibido por intercesion del santo ermitaño, le celebraba fiesta con grande devoción y regocijo. La vida de este santo escribió Simeón Metafraste, y la refiere el P. Fr. Lorenzo Surio en el primer tomo de las vidas de los santos. Hace mencion de él el Martirologio romano á los 28 de enero.

SANTA MARGARITA, VIRGEN.—Fué la esclarecida virgen santa Margarita hija del rey de Hungría Bola, cuarto de este nombre, que otros llaman Andrés, y de María, hija del emperador de Constantinopla: la cual, viendo á su reino en gran peligro, por haber entrado en él los tártaros, con gran penitencia, entre las otras oraciones que hizo, suplicando á Nuestro Señor que le amparase, hizo voto que si Dios le diese alguna hija, la consagraria perpetuamente á su servicio. Favoreció Dios á los reyes de Hungría, porque los enemigos volvieron las espaldas y dejaron la tierra desembarazada; y andando el tiempo la reina parió una hija, á quien en el bautismo la pusieron por nombre Margarita. Criáronla sus padres con gran cuidado en el temor de Dios y santas costumbres; y ella luego comenzó á declarar que habia sido escogida de Dios; porque en ninguna cosa, sino en los años, era niña ni lo parecia. Cuando fué de tres años y medio, sus padres acordándose del voto, la pusieron en el convento de Vespino de Santa Catalina mártir, que era de monjas de la orden de santo Domingo, y de nuevo la ofrecieron á Dios, dándole para su servicio y compañía á la condesa Olimpia su aya, la cual por el grande amor que tenia á la infanta, dentro de pocos meses tomó tambien el hábito de religiosa. Fué recibida la infanta en el monasterio con grande alegría de las monjas. Iba con años creciendo en virtud. Dentro de un año rezaba de memoria el oficio de Nuestra Señora, de solo haberlo oído á las

monjas cada día. De cuatro años pidió el hábito de la religion, y recibiólo con tanta gravedad y mesura, que todos los circunstantes quedaron espantados. En ninguna cosa se le sentia gusto, sino en oír cosas graves y espirituales. De cinco años, por ver á las monjas vestidas de cilicio, pidió uno con tanta instancia, que se le dieron; aunque despues se le quitaron por no martirizarla antes de tiempo; y ya que no podia tener cilicio entero, traia unas fajas ásperas á raiz de la carne. Era muy amiga de vestirse mas pobremente que las otras religiosas, aunque el vestido de todas era pobrisimo. Viendo los reyes sus padres los buenos principios de su hija, le fundaron un monasterio á la ribera del Danubio, que hoy se intitula de Santa María, y pusieron en él á su hija siendo de edad de diez años, y poblaron la casa de muchas y muy grandes religiosas para su compañía. De doce años hizo allí profesion en manos del maestro Fr. Humberto, que fué quinto general de la orden de santo Domingo. Era santa Margarita hermosa por extremo en el cuerpo, y en la composura del ánimo un ángel. Tenia una mansedumbre admirable, y un reposo en la conciencia, y una serenidad en el alma tan parecida á la del cielo, que ninguna cosa próspera ni adversa la alteraba ni turbaba. Desde que amanecía hasta hora de comer, tenia oracion continua delante de un Crucifijo, que era su imágen regalada: y cuando se despedía de él para ir á comer, le besaba las manos, y los piés, y el costado, que habian sido llagados por nuestra salud; y esto hacia con muchas lágrimas, y con suspiros ardientes por la ternura de su corazón. La comida siempre fué en el refectorio, y de los manjares comunes y ordinarios del monasterio, y lo mismo era en el dormir, teniendo siempre su pobrecilla cama en el dormitorio comun de las monjas. Despues de comer, hasta las cinco horas, se ocupaba en hacer labor para servicio del altar. La noche por la mayor parte gastaba orando, y siempre con mucho cuidado de no ser vista, estando á vista de todas en el dormitorio. Con ser de tan pocas fuerzas y de tan delicada complexion, demás de los ayunos de la orden, que son tantos, y ella los guardaba con gran rigor, ayunaba á pan y agua todas las vigiliás de Nuestra Señora y de otros santos, á quien tenia particular devocion, y lo mismo hacia las cuaresmas, y los miércoles y viernes de todo el año. Desde que fué de siete años, comenzó á traer cilicio en el adviento y cuaresma, y en las cuatro témporas, y en las vigiliás de las fiestas de Jesucristo Nuestro Señor, y de la Virgen, y de los apóstoles y santos principales; y en los otros tiempos del año, desde el jueves hasta las completas del sábado, y este fué su estilo, hasta que de doce años hizo profesion, que ya entonces traia un cilicio áspero de cerdas de caballo, con muchos nudillos, y debajo de él una cadena de hierro, con que se apretaba fuertemente, y para dormir de noche tenia un cingulo de cuero de erizo con sus espinas. En los zapatos traia unos abrojos de hierro con unas puntas, para mortificarse de cualquier manera que estuviese. Las disciplinas eran tan frecuentes, que parece cosa imposible poder un cuerpo tan delicado sufrirlas, y tener sangre para deramarla en tanta abundancia; porque aun cuando á ella le faltaban las fuerzas para azotarse, se aprovechaba de las ajenas, y llamaba en lugar secreto á alguna monja ó monjas que hiciesen aquel oficio, y su autoridad podia

tanto con ellas, que con gran dolor y sentimiento iban á hacer aquel sacrificio. Desde el jueves de la semana santa en la noche hasta las vísperas del sábado santo no comía ni se acostaba, ni entendía en otra cosa mas que en rezar, y llorar ó disciplinarse, y asistir al oficio divino traspasada de dolor. No comía carne sino apretada de gravísimas enfermedades, y estas procuraba encubrir cuanto era posible, porque no la obligasen á dejar el rigor que usaba consigo. Con este ánimo sufrió una vez cuarenta dias de flujo de sangre, comiendo con las otras monjas en el refectorio, y hallándose en el coro y en los otros trabajos con rostro alegre, como si estuviera sana. La cama de la santa virgen no merecia este nombre; porque delante de la que tenía en el dormitorio, que era pobrísima como la de las otras monjas, tendía ella un cuero en el suelo, y por cabecera una piedra, y allí se acostaba vestida, de lo cual, y de las muchas y graves penitencias que hacia estaba lo mas del tiempo como difunta y quebrada de color. No causaba ménos admiracion la humildad profundísima de santa Margarita en tanta alteza de su real sangre; porque con ser quien era, de ninguna cosa le salían tan presto colores al rostro, como de oírse llamar hija del rey; como si haberlo sido ó serlo fuera gran tacha. En su reputacion no habia ninguna persona en el monasterio tan baja y tan para poco como ella. En el vestido, en el tratamiento de su persona, y en todos los ejercicios humildes del convento era ella la que con mayor llaneza se mostraba, sirviendo á todas, como si fuera su esclava. Del paño que le enviaban para vestirse, hacia luego trueque con los pobres, dándoselo á ellos, y tomando para sí sus andrajos, en lo cual mostraba el amor que tenia á la humanidad y á la santa pobreza, y su tierno corazon para con los pobres. Acontecióle ver á un pobre desauado en el invierno, y desnudarse su saya para cubrirle; y lo mismo hacia de su comida, estando en la mesa, que muchas veces se levantaba de ella sin comer bocado, para darlo á los pobres. Ella era la enfermera de las criadas y sirvientes del monasterio, y se encargaba de su provision, hasta enviarles la comida y ropa blanca. La primera que sabia las enfermedades de las otras era ella, y la que mas á mano se hallaba á todas horas para su servicio. A los muchos regalos y presentes que sus padres y deudos le enviaban, jamás tocaba; antes se reparaban por mano de la priora en socorrer las necesidades de los pobres de todo el reino, especialmente de la gente noble. Estaba tan sujeta y obediente á la voluntad de sus prelados, que de la propia suya no tenia nada. Siempre andaba deseosa que le mandasen algo, que ella no quisiese, para mas mortificarse; pero nunca se hallaba; porque la voluntad ajena era la suya. Cuando se le mandaba alguna obra en particular, allí acudia con todo su corazon, aunque fuesen tales cosas, ó á tales tiempos, que le estorbasen su quietud, y cuando en comun se mandaba algo, sin señalar á quién, luego lo tomaba por sí, y daba á entender que á ella sola se lo mandaban, desde el barrer hasta lo último del servicio de la casa. Pedia muy encarecidamente al padre provincial y á la priora que no disimulasen con ella en cosa, ni dispensasen en las penitencias por la falta del silencio, y de otros descuidos. Era tan sufrida y mansa, que pedia perdon á quien la ofendia, echada á sus piés con estrañas sumisiones: y si alguna monja no le hablaba algunos dias, salía á buscarla y

echábase en el suelo, pidiendo perdon de lo que, por dicha sin saberlo ella hubiese ofendido: y si acaso entre las religiosas habia alguna contienda, ella las concertaba y componia. Todo esto nacia de la caridad, reina y señora de todas las virtudes, la cual en soror Margarita, como en un palacio real, se habia aposentado, y poseía el alma de esta bienaventurada virgen; de manera, que ninguna cosa mas deseaba que ser mártir y morir por Dios, teniendo grandísima devocion con los que lo habian sido: y así decia, que no deseaba en la tierra otro bien, sino verse por Jesucristo degollada, y abrasada y hecha polvos, y para que el dolor le durase mas, despedazada poco á poco, y que no quedase género de tormento que en ella no se ejecutase. Dijo un predicador de su orden, varon espiritual y gran siervo de Dios, que pidiendo él muchas veces á Dios Nuestro Señor, que le mostrase el camino que los padres antiguos habian llevado para agradarle tanto; una noche durmiendo, le fué puesto delante un libro escrito con letras de oro, y luego una gran voz la despertó que decia: «Levántate y lee:» y que se habia levantado y leído estas pocas palabras, pero celestes y divinas: «Esta fué la perfeccion de los padres antiguos: Amar á Dios: despreciarse á sí mismo: no despreciar á nadie ni juzgarle.» Estas razones se fijaron tanto á santa Margarita en el corazon, que cuanto trataba y pensaba era cómo mas amar á Dios, cómo hollarse á sí misma, y cómo predicar y estimar mucho á los otros, como se puede ver, en lo que hasta aqui queda referido. Tuvo tan gran firmeza en llevar adelante, y perseverar hasta la muerte su virginal pureza, que con haberse ofrecido muy importantes ocasiones para casarse con grandes principes, como con el duque de Polonia, y con los reyes de Bohemia y de Sicilia, que la pedian por mujer, los cuales habian tenido con el rey su padre crueles guerras, y trayéndole dispensaciones para seguridad de su conciencia, apretándola como si estuviera obligada á casarse, nunca se pudo acabar con ella, que escuchase á nadie en esta razon: antes decia, que si en aquello se pusiesen sus padres, se sacaria los ojos y se cortaria las narices y la boca por no consentirlo. Pero ¿qué maravilla es, que no quisiese santa Margarita trocar el Esposo del cielo por hombre mortal? Porque estaba tan entretenida y regalada de él, en su oracion, que todas las dulzuras y deleites de la tierra eran para ella mas amargos que la misma hiel: porque desde niña así se dió á la oracion, como si no tuviera cuerpo de carne ó viviera ya en el cielo. Siendo ya de cuatro años, viendo en el monasterio una cruz grande, y sabiendo que en una como aquella habia derramado el Hijo de Dios su sangre para remedio del mundo, arremetió á la cruz, é hincada de rodillas la besó muchas veces; y de allí adelante quicra que la veia, se arrojaba en el suelo y la adoraba. En despertando de noche, tomaba la cruz en la mano y la besaba, y la ponía sobre sus ojos, y llevándola consigo se iba á la oracion, la cual siempre que podia hacia delante del altar de la Cruz, que estaba en la iglesia, ó del Crucifijo que tenian las monjas en el capítulo: y cuando el viernes santo la descubrian al pueblo, se postraba en el suelo, y la adoraba llorando y dando tan grandes gritos, que se podian oír fuera de la iglesia, sin ser otra cosa en su mano. La pasion del Salvador era todo su regalo, y dos semanas antes de la pascua no leía ni trataba de otra cosa. A la sacratísima Virgen María, Nuestra Señora, tambien tenia sin-

gular devocion, y nunca la nombraba, sino diciendo: Madre de Dios y esperanza mia, Donde quiera que veia su imágen, se hincaba de rodillas, le rezaba la salutacion del ángel, y en las fiestas de la Virgen, y en las vigilijs de ella le ofrecia cada dia mil veces el Ave Maria, postrándose en el suelo; y en la vigilia de la Natividad de Nuestra Señora tenia por devocion asimismo rezar otras mil veces el Padre Nuestro, y la vigilia de la pascua del Espiritu Santo, la antifona: *Veni, Sancte Spiritus*. Tenia tan impreso en el corazon el santisimo nombre de Jesus, que nunca se le caia de la boca. Sus ojos en la oracion eran dos fuentes de lágrimas, de manera que de sus corrientes tenia abrasadas las mejillas; y de estar de rodillas y postrada en el suelo en la oracion, los vestidos rotos por los codos y rodillas, y estas al principio se le desollaron, y despues se le hicieron en ella unos como callos muy duros. Nunca faltó esta santa de los maitines que á media noche se rezaban, no estando enfermísima, antes era la primera en el coro, y muy gran rato antes que despearasen las religiosas, estaba en oracion á los pies de su cama; y en tocando la campana se volvía á acostar, para que cuando ellas se levantasen no la hallasen rezando. Del Santísimo Sacramento del altar era por extremo devota, y al tiempo de alzar la hostia derramaba tantas lágrimas, que era cosa maravillosa, y muchas veces se quedaba tan elevada y absorta, que parecia muerta. Celebraba el dia de la comunion ayunando la vispera á pan y agua, y velando toda la noche. Era tanta la devocion con que recibia al Señor, que algunas veces quedaba arrebatada y fuera de si, y á ratos levantada en el aire milagrosamente. Aquel dia toda se recogia en oracion y silencio hasta la noche, que se desayunaba con alguna ceremonia de comida. Despues de haber ella comulgado, cuando no estaba elevada, acudia á tener la toalla delante de las otras religiosas por estar mas cerca del Sacramento, y ver muchas veces el santísimo cuerpo de Jesucristo, único esposo de su alma. Servia de buena gana á la mesa á las monjas en el refectorio, porque entonces con la mayor disimulacion del mundo se hurtaba para hacer alguna oracion jaculatoria, y breve, y tomar un bocado para su espíritu, mientras que las demás tomaban la refeccion del cuerpo. Siempre andaba en pleito con los rincones del monasterio por hablarlos buenos para su oracion; pero nunca tan secretos que no viniesen á descubrirla, porque muchas veces el cielo tenia cuidado de mostrarla con luz visible, y otras salia de alli la santa con tan gran hermosura y resplandor, que las monjas no osaban mirarla el rostro, como aconteció á Moisés cuando bajó del monte de hablar con Dios.

Así como santa Margarita se entregaba toda al Señor, y se regalaba con él en la oracion continua, dulce y amorosa; así el Señor le hacia muchas mercedes, y en ella le concedia liberalmente lo que ella le suplicaba, como le aconteció dos veces con dos religiosos, que rogándole la santa virgen que se quedasen á predicar á las monjas, no habiendo ellos querido detenerse y haciendo ella oracion, el carro en que iban se hizo pedazos, é hicieron por fuerza lo que no habian querido hacer de grado. Otra vez detuvo otro predicador con la mucha lluvia que cayó del cielo de repente por su oracion, estando el dia sereno y el cielo claro. Habiendo crecido el rio Danubio y salido de madre, de manera que llegó al convento y entró por todas las ofi-

cinas, la santa hizo oracion á Dios, pidiéndole que mandase al agua se volviese á su madre, y luego descreció el rio. Una noche del adviento, estando muy suspensa en la oracion, fué arrebatada en espíritu, y apareció sobre su cabeza un globo de fuego, y al cabo de gran rato despertó como de un sueño, y las monjas le dijeron que habia fuego sobre su cabeza; y ella no hizo mas que sacudirlo con la mano y rogarles que no dijese cosa de las que habian visto; y en cesando la llama, quedó en su lugar un olor suavísimo. Aconteció una vez cerca de la media noche estar delante del dormitorio, pensando en las cosas del cielo, y ponerse delante el sol y la luna, con una claridad y resplandor nunca visto. Otra vez, despojándose en un lugar apartado, y en una noche tenebrosa y oscura, para que una monja la disciplinase, bajó del cielo una luz que alumbró toda la casa, y duró todo el tiempo que duraron los azotes; y desapareció en acabándose. Enviando una noche de la pascua de Resurreccion á una criada del monasterio por una túnica suya, cayó la moza en un pozo, sin ser oida ni vista; y por las oraciones de santa Margarita subió el cuerpo encima del agua desde lo profundo, y cuando la sacaron estaba sin pulso ni sentido. Enternecióse la sierva de Dios, y con muchas lágrimas pidió á su Esposo la vida de aquella moza; y él se la dió tan presto, que se levantó luego viva. Otros milagros evidentes hizo el Señor por santa Margarita, sanando á algunas monjas, y sosegando una terrible tormenta, y tratando con las manos al fuego sin quemarse y descubriendo con la luz del cielo á algunas monjas lo que trataban en su corazon, y los pensamientos impertinentes de que eran combatidas y casi vencidas, ó para dejar la religion, ó para vengarse de las que pensaban que las habian ofendido; porque tuvo don de profecía, y dijo, antes que sucediese, estando las cosas en grande riesgo y conflicto, el buen suceso que habia de tener el campo del rey su padre contra el ejército del duque de Austria que le hacia la guerra. Con este mismo espíritu supo el dia de su muerte, y lo dijo y publicó un año antes que muriese. Finalmente, á los 19 de enero, dentro de aquel año, estando buena, dijo que de alli á diez dias moriria, y al tercero le dió una calentura que le duró puntualmente hasta el dia que ella habia señalado. En este tiempo llamó á todas las religiosas, y se despidió despues de ellas con gran júbilo y alegría, exhortándolas al amor de Dios y al desprecio de la vida presente, á la perseverancia en las buenas obras, á la paciencia en las tribulaciones, y á tener siempre á los ojos aquel premio incomprendible que el dulcísimo Jesus da á los que de veras le sirven y aman. Recibió todos los sacramentos de la Iglesia con singular devocion; y todo lo demás del tiempo que vivió, gastó en pensar en Dios ó hablar con él. Rezó el salmo: *In te, Domine, speravi*, hasta el verso que dice: *In manus tuas, domine, etc.* y con él se le acabó de quitar el habla y la vida, á los 28 de enero del año 1270, siendo de veinte y ocho años, y habiendo gastado los veinte y cuatro en la religion. Quedó su cuerpo tan hermoso, que se juzgó que no podia ser cosa natural. Concurrió tanta gente de todos aquellos lugares, cuando se supo que era muerta, que en cuatro dias no fué posible sepultarla. Halláronse á su entierro el rey y la reina, sus padres, con mucha ternura y lágrimas, y el arzobispo de Strigoni con otros obispos y prelados. Sintióse un olor suavísimo que duró muchos dias, y hubo revelaciones de su gloria; y el Señor

con muchos milagros la ilustró después de muerte, dando vista á ciegos, curando hidrónicos, sanando enfermos de gota coral, librando endemoniados y resucitando muertos; que así suele Nuestro Señor glorificar á los que dejan grandes estados y se humillan por él. Esta santísima virgen Margarita no está canonizada, que sepamos, aunque en tiempo del papa Clemente V se trató de su canonización en nombre de todo el reino de Hungría; pero por las revoluciones grandes de aquel tiempo no tuvo efecto. Mas esto no perjudica nada á la grande santidad suya ni á los milagros con que la honró Dios en vida y en muerte, como gravemente lo dice el P. M. Fr. Fernando del Castillo, de la orden de santo Domingo, que escribe su vida, tomándola de la que escribió el P. Fr. Garino, doctor teólogo de su orden, el año del Señor de 1340, y la sacó de los procesos auténticos, y dichos de los testigos que fueron examinados con juramento, y están en el primer tomo del padre fray Lorenzo Surio.

Hace sumaria mención de esta bienaventurada virgen san Antonino, encareciendo su santidad. ¿Pues quién no ve en esta virgen purísima la fuerza del amor de Dios, y lo que puede en los que posee, y se dejan labrar y perfeccionar de él? ¿Quién puede juntar en un cuerpo tan delicado y flaco, tan grande aspereza y penitencia? ¿Quién tanto seso y madurez en tiernos años? ¿Quién tan profunda humildad en sangre y estado real? ¿Quién tanta baja en tanta alteza y tanta igualdad entre personas en el estado y condicion desiguales? ¿Quién sustentar el alma santa y pura como de soror Margarita con la oracion, maná del cielo? ¿Quién enamorarla y cautivarla de tal manera del amor de su dulcísimo esposo Jesucristo que tuviese por género de servidumbre el ser reina de la tierra, y quisiese antes sacarse los ojos y cortarse las narices, que gustar los deleites de la carne? Todo esto y mas puede el amor fino del Señor, como se vé en santa Margarita, cuyo ejemplo se nos pone delante para que siguiendo las pisadas de esta ilustrísima virgen, no desconfiemos de nuestra flaqueza, sino confiemos en la virtud y fortaleza de Dios.

SAN VALERIO ó VALERO.—Zaragoza fué la patria de este célebre prelado de la iglesia de España. Dedicado al cultivo de las ciencias, alcanzó tal celebridad, que era reputado por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Sus méritos y virtudes le elevaron á la cátedra episcopal de Zaragoza elegido por consentimiento unánime del clero y pueblo por los años 290. Desde el momento en que se vió distinguido con el carácter episcopal, se ocupó con esmero en el cumplimiento de sus deberes, ejercitando especialmente la caridad para con los pobres y afligidos, y para que no faltara á sus feligreses el pasto de la espiritual doctrina, se valia de su diácono Vicente, hombre muy sabio y elocuente, quien á mas de otras cosas se ocupaba en predicar al pueblo. Los emperadores Diocleciano y Maximiano suscitaron por aquellos tiempos una cruel persecucion contra los cristianos, enviando por gobernador de la provincia Tarraconense al bárbaro y sanguinario Daciano, quien cerciorado de la conducta religiosa de Valerio y Vicente, les mandó prender y conducir cargados de cadenas á Valencia. Ni los halagos, ni las promesas, ni los dolosos razonamientos pudieron recabar nada de estos dos atletas, ántes no pudiendo Valerio, á causa de su impedimento de lengua, espresarse con aquel ardor que quisiera en defensa de la fé, encargó á Vicente respon-

diera por los dos en favor de la religion del Crucificado. Vicente fué atormentado con los mas atroces tormentos alcanzando la palma del martirio, y Valerio fué desterrado. Retirado á un pequeño pueblo llamado Enate; distante una legua de Barbastro, permaneció allí catorce años ocupado en oracion y ejercicios de penitencia, siendo ejemplo de edificacion de todo el pais, hasta que cargado de años y merecimientos murió en el Señor el día 28 de enero del año 315.

LA SEGUNDA CONMEMORACION DE SANTA INÉS, VIRGEN.—La fiesta principal de esta santa se celebra el día 21 de este mismo mes.

SAN FLAVIANO.—Fué prefecto de la ciudad, y murió mártir en Roma durante la persecucion de Diocleciano.

LOS SANTOS TIRSO, LEUCIO Y GALINICO, MÁRTIRES.—Fué el primero natural de Toledo, y derramó su sangre por la fé en Cesarea de Bitinia por los años 283, después de un glorioso combate en el que sufrió horribles tormentos. San Leucio padeció martirio en Apolonia juntamente con san Galinico, y se cree que fué por el mismo tiempo que el primero. Estos santos fueron muy venerados en la primitiva Iglesia, principalmente en la española, como lo acreditaba el Breviario mozárabe, y un rezo antiguo del obispado de Toledo. San Isidoro compuso un himno en su honor, que se conserva aun en un libro antiquísimo en la catedral de la misma ciudad de Toledo. En él se lee que estando Tirso preso en la cárcel, ántes de ser conducido al martirio, le visitó un ángel que se lo llevó y lo hizo bautizar por el obispo, y luego lo restituyó á la cárcel para recibir la corona de la vida eterna.

SAN LEÓNIDES Y SUS COMPAÑEROS.—Fueron degollados en la ciudad de Tebas en tiempo de Diocleciano, por el prefecto Arriano en odio á la religion de Jesucristo.

LOS SANTOS MÁRTIRES DE ALEJANDRÍA.—Fué tan encarnizada la lucha y persecucion de los arrianos contra los católicos en tiempo de san Atanasio, que hizo derramar una infinidad de preciosa sangre á la Iglesia. El día 28 de enero del año 356, estando en la iglesia de Alejandría un número considerable de personas tomando la comunión de mano de su legitimo pastor, entraron de repente los herejes, y los pasaron todos á cuchillo á instigacion de los parciales de Siriano, gefe de los arrianos. La Iglesia celebra su memoria como un testimonio de veneracion á los que han derramado su sangre por conservar sin mancha el depósito de la fé.

SAN JUAN, PRESBITERO.—Fué ejemplar de penitencia y humildad; y habiendo sido muchos años abad del monasterio de Remes en Francia, esclarecido en milagros, descansó en el Señor el día 28 de enero de 543.

DIA 29.

SAN FRANCISCO DE SALES, OBISPO Y CONFESOR.—San Francisco de Sales, obispo y príncipe de Génova, fundador de la orden de la Visitacion, doctor insigne en la mística teología y gran maestro de la vida espiritual, nació en Saboya en el castillo de Sales á 21 de agosto del año del Señor de 1567. Su padre se llamaba Juan de Sales, señor de Boison, Villagroget y Sales, solar nobilísimo de su casa, que hoy poseen sus descendientes con título de condes. Su madre, igual en nobleza á su marido, se llamó madama Francisca de Sionnas, señora de Tuille y de Vallieres, en

el ducado de Saboya. Fué Francisco consagrado á Dios, ántes que nacido; porque estando preñada su madre, hizo una romería á la ciudad de Annesi, donde está hoy la silla episcopal de Génova, para visitar el santo sudario que se venera original en aquella iglesia, y allí movida de Dios le ofreció el fruto que tenía en sus entrañas: y el Señor, codicioso de la ofrenda, si se puede decir así, dispensó en el tiempo ordinario el parto; porque nació Francisco al séptimo mes, teniendo su madre solo quince años y siendo el primogénito; dándose en todo priesa la naturaleza contra su ordinario estilo, que suele hacer esperar los grandes varones, para que saliese á luz aquél que venia á serlo de muchos, y á desterrar con su doctrina los errores del calvinismo, é inflamar con sus escritos los corazones en el amor de Dios y de la virtud.

Era el niño Francisco hermoso en el cuerpo y mucho mas hermoso en el alma, afable, cortés, generoso, dócil, obediente á sus padres, y tenía aquellas calidades que le hacian amable de todos, y digno del renombre que le dieron de ángel de su patria, profetizando ya lo que habia de ser. Criáronle sus padres en el temor de Dios y en la devocion; y él dió señas en la niñez de que le tenía escogido el Señor para una extraordinaria santidad. Viendo sus padres su buena inclinacion, y el vivo y agudo ingenio que mostraba, quisieron que aprendiese las letras que son el mejor adorno de la nobleza y el mejor empleo de la juventud, para desterrar el ocio que es el origen de todos los vicios. Estudió la gramática en Annesi, y despues fué á París á continuar sus estudios, y aprendió perfectamente la retórica y letras humanas en el colegio de la Compañía de Jesus. Comunicóle Dios aquí una grande luz, con la cual vió que la verdadera sabiduría era temer y amar á Dios; y así, tomó por maestro espiritual á un padre de la misma Compañía; porque desde que la conoció nunca quiso otros maestros, ni en las letras, ni en el espíritu, como lo dice Carolo Augustino en su vida; é instó mucho á sus padres para que no le diesen otros maestros sino á los jesuitas. Con este padre se confesaba todas las semanas, y comunicaba su conciencia con grande claridad y sinceridad, para ser regido y gobernado: el cual, viendo la buena disposicion que habia en Francisco para la virtud, le enseñó el modo de tener oracion mental; y él se recogia á ella todos los dias, y la llamaba su reposo y sueño espiritual. Todos sus divertimientos y paseos eran visitar las iglesias y monasterios, y tratar con personas religiosas y espirituales, huyendo de las malas compañías, y de los divertimientos peligrosos que usaban otros estudiantes de su estado. Tenia particular consuelo en visitar el convento de los padres capuchinos, y ver al padre Angelo, que siendo duque de Joyosa, habia trocado el estado y grandeza, por la pobreza rica y humildad gloriosa de aquella santa religion; porque este ejemplo tan raro, le encendia notablemente en el desprecio del mundo: y para renunciarle mas perfectamente, entrando un dia en la iglesia del promártir San Esteban, hincado de rodillas delante de una imágen de la Reina de los ángeles, hizo voto á la santísima Virgen de guardar perpetuamente su virginidad, escogiendo á la Virgen de las vírgenes por protectora y guarda de su pureza.

Como juntaba la devocion con el estudio, aprovechaba mucho en virtud y letras. Acabada su retórica con mucho crédito, prosiguió estudiando en el mismo colegio la filoso-

fia. Su ayo estudiaba al mismo tiempo la teología; y el santo mancebo, con el deseo que tenía de saber, revolvia los papeles de teología de su ayo, y se aficionaba á aquella ciencia sagrada; y como él estaba tan bien dispuesto sacaba nuevos desengaños de todo lo que leía. Asistia, siempre que podia, á oír á Gisberto Genebrardo, varon muy sabio en las divinas Letras. Aprendió la lengua sagrada, y las divinas Escrituras del padre Juan Maldonado de la Compañía de Jesus, y estudió con grande cuidado, sin perderla jamás de la memoria, la explicacion de los Cantares, que escribió este clarísimo intérprete. De esta manera, como solicita abeja, recogia flores de muchos sabios, para labrar el panal de su dulcísima sabiduría, pero adivinando el demonio cuánta guerra le habia de hacer este mancebo, cuando fuese varon consumado en las ciencias y virtudes, procuró embarazarle los pasos que daba en el camino de la virtud, con que se embarazarian juntamente los que daba en el de las ciencias: obscureció su entendimiento, permitiéndolo así Dios, con una espesa niebla, con que no veia las cosas como eran y le parecian muy diferentes que ántes. Habia leído y oído cuán corto es el número de los predestinados respecto del número de los réprobos, y con esta ocasion empezó á discurrir en la dificultad de la eterna salvacion; y el demonio le daba á entender, que no era predestinado. Sentia grande pena con este pensamiento: porque á las almas santas nada les affige tanto, como la contingencia de perder á Dios. Procuraba consolarse con razones y parecia que no le hacian fuerza: consultaba á su padre espiritual; y aunque por entonces sentia algun consuelo, y se sosegaba un poco de tiempo la tormenta, luego sus pensamientos le metian en alta mar, en medio de la tempestad, donde era combatido de las furiosas olas. Andaba melancólico, descolorido, y ni podia comer, ni dormir, ni pensar en otra cosa, sino en la causa de su tristeza. De esta manera pasó un mes, hasta que volviendo un dia de las escuelas á su casa, entró en la iglesia de San Esteban, y en la capilla de la Virgen, donde habia hecho el voto, vió colgada una tabla: quiso leer lo que contenia, y halló escrita aquella devotísima oracion de san Agustin, que decia: *Memorare, o piissima Virgo Maria, etc. Acuérdate, ó piadósísima Virgen Maria: alentóse mucho leyendo esta oracion; y arrojándose de rodillas delante del altar de la Virgen, la dijo con el mayor afecto que pudo, acompañado de sollozos y lágrimas: y apenas la acabó, cuando á vista de la estrella del mar cesó de repente la tormenta, se sosegaron las olas, y se volvió el mar de leche. Parecióle que se habian caído de su cuerpo unas como escamas de lepra, indicio de las tinieblas que saltaron de su alma, con que volvió á su entendimiento la antigua claridad, á su corazon la alegría, y le fué restituida una paz firme, que no perdió despues en toda su vida.*

Habiendo gastado seis años en París, en los estudios que hemos dicho, volvió á su casa, y fué recibido de sus padres con la alegría que se puede pensar, despues de tan larga ausencia. Su madre no quisiera que prosiguiera Francisco en sus estudios, por no estar privada mas tiempo de su compañía; mas el padre, que le destinaba para una toga consular, y fundaba en él todos los acrecentamientos de su casa y familia, lo envió á Padua, para que en aquella universidad estudiase la jurisprudencia. Tomó por padre espiritual al padre Antonio Posevino, de la Compañía de Jesus, el cual le exhortó á estudiar la teología, profetizan-

dole que habia de ser obispo de Génova: y avisándole, como Dios se queria servir de él para la conversion de muchas almas. Aquí puso el mismo cuidado que en Paris, de unir la ciencia con la virtud, y para esto escribió una regla admirable en que tenia distribuidas todas las horas del dia con Dios y con sus libros, y la guardaba exactamente. Escribió tambien unos puntos de meditaciones muy espirituales, en que se preparaba para la oracion, y computo un método de tratar con los hombres, lleno de dulzura, política y caridad cristiana: y con su modo apacible y cortés, ganaba á todos los que trafaba sin ofender á ninguno; porque en su conversacion era grave y no pesado, discreto y no presumido: ni murmuraba de otros, ni se alababa á sí: honraba á todos, y procuraba no tener quejosos á ninguno.

Principalmente resplandecia en todas sus acciones y palabras una castidad mas angélica que humana: lo cual reparaban mucho algunos de sus condiscipulos: y como los deshonestos piensan que es imposible guardar la castidad que ellos no guardan, parecíoles que la castidad de Francisco era como el vidrio, que está entero mientras no llegan á tocarle, mas con cualquiera golpe se quiebra; y que su constancia dejaria de serlo con las ocasiones: determinaron, pues hacer experiencia de su castidad, y hacer caer al que con su vida reprendia la vida de ellos; para esto sobornaron á una mujer hermosa y deshonesta; y habiéndole instruido bien en la traza que habian pensado, se fueron á Francisco, y le dijeron que habia venido á aquella universidad un doctor en leyes muy afamado, y era obligacion de la escuela el visitarle: por lo cual estimaria mucho que los quisiese acompañar. Vino el santo mancebo en ello de muy buena gana, así por no faltar á cortesía tan debida, como por ver y comunicar á un hombre tan docto, de cuyo trato pensaba sacar mucho provecho en las letras. Lleváronle los condiscipulos á casa de aquella dama; y preguntando por el señor doctor, fingiendo ella ser su mujer, respondió que habia salido fuera de casa; mas que volveria presto á recibir y estimar la honra que le querian hacer. Sentáronse todos; y la mujer mostrándose recatada y modesta trabó plática con el santo mancebo. El señor doctor no venia, y los compañeros se iban levantando uno despues de otro, como para mirar las pinturas y alhajas, hasta que le dejaron solo con ella. Entonces la desvergonzada mujer, quitándose aquella máscara de honestidad, con que se habia disimulado hasta entonces, se levantó de su asiento; y tomando la mano al santo mancebo, empezó á decirle requiebros y palabras amorosas. Sobresaltóse el castísimo José, viéndose asaltado de la mujer de Putifar; y retirándose con presteza, le dijo: Yo pensé que hablaba con alguna matrona honesta, y que estaba en casa de gente honrada y virtuosa; mas pareceme que estoy en una casa pública, y que tú eres mujer expuesta. Rióse aquella miserable mujer; y acercándose á él para abrazarle, le dijo: ¿Cómo es posible que siendo tú noble y hermosísimo mancebo, no tengas amor? Dejóla el santo con la palabra en la boca; y escupiéndola en el rostro, huyó con grande prisa de su presencia. Dió voces la mujer; y los compañeros, que habian estado á la mira, huyeron, y le salieron despues al encuentro, como si ignoraran el caso: mas el santo les reprendió su grande maldad, mostrando en lo airado de su rostro cuánto le habian ofendido, en pretender que perdiese la joya preciosísima de su castidad; y

renunció su amistad, no queriendo por amigos á los que eran enemigos de su alma, y pretendian la perdicion de ella. Súpose en Padua este glorioso triunfo que habia alcanzado Francisco, y llenó de confusion á los mancebos que tenian diferentes costumbres, y de admiracion á toda la ciudad, viendo tal castidad en tan pocos años. En otra ocasion alcanzó otra victoria semejante.

No le hicieron estas victorias á Francisco mas atrevido, sino mas temeroso y advertido, reconociendo en las victorias que habia alcanzado, que podia ser vencido, y los peligros en que podia caer; y así fuera de huir con mayor cuidado las ocasiones y las malas compañías, que son peste de la juventud, se entregó á una rigurosa penitencia, sabiendo que la carne se conserva con la sal, y la castidad con la penitencia. Affligia su cuerpo con ayunos, disciplinas y cilicios: dormia poco, oraba mucho y estudiaba con gran diligencia, por entender que esta es la mas propia virtud de un estudiante. Con tan estremado rigor y las continuas lágrimas que derramaba en su meditacion, se obscureció el esplendor de su rostro; y al paso que se fortalecia el espíritu, se debilitaba el cuerpo, hasta que perdidas del todo las fuerzas cayó en una grave enfermedad. En ella, considerando á la muerte que llamaba ya á sus puertas, no la temia, ni le espantaba su rostro formidable, ni su gadaña cruel; antes viendo llorar á su ayo le consolaba él mismo diciendo: No lloreis, maestro mio, por mi muerte, porque no es justo recibir con lágrimas las disposiciones de Dios. Yo aparejado estoy á vivir y á morir con igual alegría. Si Dios quisiere que muera, me será dulce el morir porque él lo quiere; y si quisiere que viva, me será dulce la vida porque esa es su voluntad. Él es el Señor: haga lo que le pareciere bien á sus ojos. Si vivimos, para Dios vivimos; y si morimos, para Dios morimos. Mas si muriero, pues habeis cuidado tanto de mí en vida, no os olvidéis de mi alma en la muerte; y una cosa principalmente os encargo, que no me habeis de negar, y es, que en muriendo yo entregues mi cuerpo á los cirujanos y anatomistas, para que abriéndole hagan de él anatomía; para que, pues yo no he sido á ninguno de provecho en vida, sea á lo ménos en la muerte de alguna utilidad á la república; porque se escusarán así tantos encuentros como suele haber entre los anatomistas y parientes de los difuntos, en cuyos cuerpos quieren hacer estos demostracion.

Habian sucedido aquellos dias en Padua sangrientos alborotos por esta misma causa, y pretendió escusar otros semejantes ofreciendo su cuerpo á estas experiencias. Admiróse el ayo de tanta caridad y humildad, estimando mas por esto la santidad de Francisco. Estando ya el enfermo casi en la region de la muerte, volvió á la vida con admiracion de los médicos que tuvieron su salud por milagrosa. Convaleció y prosiguió sus estudios con mayor aplicacion, confirmandose con estos avisos y favores del Señor en los deseos que tenia de dejar el mundo y seguir la Iglesia. Mandóle su padre que recibiese el grado de doctor en leyes, y él lo recibió por obedecerle con aplauso comun, teniendo veinte y cuatro años de edad, en el año de 1591. En el dia que recibió el grado dió las gracias en una elegante oracion á los maestros y doctores de aquella universidad.

Llamóle su padre á su casa, donde le tenia junta una copiosa y curiosa librería; pero antes quiso el santo visi-

tar las principales ciudades de Italia : y en estos viajes le libró Dios milagrosamente de dos peligros de perder la vida ; guardándola su Majestad para los altos fines para que le tenia escogido.

En Roma , en una salida que hizo el Tiber , se llevó una casa en que el santo posaba ; y él escapó de este riesgo milagrosamente.

Estando en Ancona buscando embarcacion para Venecia , halló un navio que queria partir : concertó el pasaje y entró en él con sus criados ; y á este tiempo llegó una señora napolitana y empezó á reñir ágríamente con el patron de la nave , porque habiendo ella fletado el navio admitia otros pasajeros contra lo concertado. Procuró el santo sosegarla , y no pudiendo , salió á tierra con sus criados y dejó la nave á la mujer , que empezandó á navegar con viento favorable se levantó de repente un huracan furioso , que á vista del puerto y á los ojos de Francisco , que le miraba con lágrimas , acómetió á la nave , y sepultándola en las ondas , pereció aquella señora y cuantos la acompañaban , sin salvarse ninguno.

Adoró el santo la Providencia Divina que por tan raro y maravilloso camino le habia librado de la muerte , y ofreció de nuevo al Señor emplear en su servicio la vida que le habia dado tantas veces. Embarcóse en otra nave y llegó prósperamente á Venecia , y desde allí á Tuille , donde le recibieron sus padres como Tobías y Ana á su hijo , mirándole como resucitado tantas veces , cuantas habia estado en peligro de muerte. Habiéndole tenido sus padres algunos dias en su casa , le enviaron á Annesi á visitar al ilustrísimo Claudio Granerio , obispo de Génova , el cual se alegró mucho con su vista , admirando su modestia y compostura ; y en despidiéndose dijo á sus criados : ¿ Qué os parece de este maneebo que habeis visto ? Digoos que será un insigne varon y me sucederá en el obispado. El suceso mostró que fué profecía.

No pensaba su padre mas que en adelantar á Francisco en el mundo ; y él se dejaba aun llevar de la voluntad de su padre , buscando por el camino de la obediencia la voluntad de Dios. Envióle á Chamberi , ciudad donde reside el supremo parlamento de Saboya , para que ejercitase la abogacia é hiciese ostentacion de sus letras , pensando subírte con estos escalones á cónsul. Era senador de este parlamento el insigne jurisconsulto Antonio Fabro , amiguísimo del señor de Sales , el cual recibió á Francisco con señales de grande afecto por hijo de tal padre , y luego le amó mucho mas por las partes que reconoció en él , y se vino á trabar entre los dos una tan grande y estrecha amistad , que en las cartas y escritos se llamaban hermanos , como se vé en el libro de las Conjeturas que dedicó Antonio Fabro al santo. Hizo Fabro una informacion muy honorífica de las prendas y letras de Francisco : fué admitido á exámen , y cumplió tan bien con todos los ejercicios , que los senadores juzgaron habia andado Fabro cortó en las alabanzas : y el santo les dió las gracias en una oracion elegantísima que hizo en alabanza de la justicia. Empezó á ejercitar la abogacia con tanto aplauso y crédito , que luego corrió la voz en la corte que el duque de Saboya le habia hecho su senador. Con esta ocasion le llamó su padre á su casa , y en el camino le declaró el Señor que queria saecarle del siglo con un suceso extraordinario ; porque yendo divertido con sus pensamientos por una selva amena , tropezó el caballo y le arrojó de la silla ; y al mismo tiem-

po saliendo la espada que llevaba en la cinta de la vaina , formó una cruz , sobre la cual cayó el santo. No hizo reparo particular en el caso , aunque alabó á Dios , porque lo habia sacado de tantos peligros de la vida : pero sucediendo lo mismo segunda y tercera vez , no pudo dejar de discurrir en el suceso y entender que tenia misterio ; y alumbrándole Dios al mismo tiempo en entendimiento , entendió que no le convenia la espada , sino la cruz , y que Dios le llamaba para que se abrazase con ella ; y á esto se resolvió entonces. En llegando á su casa , le propuso su padre un casamiento , igual en nobleza y ventajoso en riquezas , que le tenia prevenido. Recibió Francisco con poco gusto esta nueva ; aunque fué con su padre , porque así se lo mandó , á visitar á la que habia de ser su esposa : pero mostró tanta tibieza y disgusto en el casamiento , que no pudo dejar de conocer su padre que eran diferentes los intentos de su hijo de los suyos ; y por sí , y por medio de otros parientes , procuró reducirle á su voluntad , hasta que llegó cédula del duque de Saboya de una plaza en que le habia proveido. Parecióle al santo que era bien desengañar del todo á su padre , ántes de embarazarse con puestos y dignidades del siglo : comunicó su intento con Luis de Sales , su primo , que era cónonigo de la santa iglesia de Génova , y muy semejante á Francisco en los deseos y costumbres ; y este le animó , diciendo : Persevera y serás coronado ; que yo te ayudaré en lo que pudiere , y á su tiempo te diré lo que habemos de hacer , para conseguir el beneplácito de tu padre y mi tio. Habia vacado aquellos dias la dignidad de prebósito de la iglesia de Génova , que es la mayor despues de la del obispo : habiase de proveer en Roma , y Luis de Sales la procuró para Francisco , sin darle cuenta , hasta que alcanzada le persuadió que la aceptase , para tener buena ocasion de alcanzar de su padre la licencia que deseaba : el cual , aunque con mucho sentimiento y repugnancia , se rindió á la voluntad de Dios , y al deseo de su hijo , y le dió licencia y su bendicion , para que siguiese la Iglesia.

Quando vió Francisco rotas aquellas cadenas del respeto , que le tenian preso en el estado secular , no se puede decir cuánto contento recibió. Vestióse del hábito clerical : tomó posesion de su dignidad , y recibió en las primeras tómporas el subdiaconato. El obispo Granerio , que habia concebido grandes esperanzas de la virtud y letras de Francisco , le mandó predicar en la festividad del Corpus siguiente : y aunque él procuró excusarse por su humildad , diciendo , que el predicar tocaba al diácono , y él era subdiacono solamente , no pudo ; porque el obispo le dijo , que él le dispensaba , y se lo mandaba , para que estuviere sin ningun escrúpulo. Con esto previno su sermón ; y llegado el dia , y esperando la hora para ir á la iglesia á predicar , oyendo la señal de la campana , le sobresaltó de repente al corazon un grande temor , y le dió una recia cañentura que le obligó á arrojarse sobre la cama. Afligióse el santo con este repentino accidente , y levantando el corazon á Dios , le dijo con grande afecto : Señor , pues predico por obediencia , dadme fuerzas para obedecer , y poned palabras en mi boca , como prometisteis que las pondriais en la ocasion en la boca de vuestros siervos. Con esta oracion se halló alentado ; y levantándose de la cama , se fué al templo : subió al púlpito , y empezó su sermón , proponiendo tres puntos , que son las principales comunicaciones con que se comunica Dios ; á sí mismo en la Trinidad ; á la

naturaleza humana en la Encarnacion; y al que le recibe en el sacramento de la Eucaristia. Fundó su doctrina en autoridad y razon: refutó los errores de Sabelio, Arrio, Eutiches, Samosateno, y de los ubiquistas, sacramentarios y calvinistas, desafiando á los herejes de Génova con las armas de la palabra de Dios. A todos los presentes pareció breve el sermón; y no acababan de admirar la gracia, doctrina y elocuencia del nuevo predicador; especialmente el obispo Granerio, no cabiendo de contento, les decia con lágrimas á sus principales canónigos: «Este es mi hijo: ¿qué os parece de mi hijo (y en adelante le llamó siempre con este nombre)? ¿No hizo cosas admirables? Un nuevo apóstol tenemos en él, poderoso en las obras y en palabras.» Dióle la enhorabuena á su padre, que se halló presente, y todos le dieron el parabien, llamándole dichoso, porque había merecido tener tal hijo. Oyeron este sermón tres herejes calvinistas, de gran nombre en su secta, y dióle el Señor por fruto de su sermón al principal de ellos, llamado Antonio de San Miguel, señor de Avulli, que siendo ántes gran disputador, y que traia con sus razones á muchos á la secta de Calvino, con este sermón empezó á sentir mejor de la religion católica, y tener ménos satisfacción de su secta, y poco á poco disputando con el santo vino á desengañarse, abjurar sus errores y reconciliarse con la Iglesia.

Aunque la vida de Francisco habia sido hasta aquí tan ajustada, creciendo con el nuevo estado las obligaciones, crecieron tambien las virtudes. No perdía nada de tiempo, que es la cosa de mas estima que tienen los hombres; todo lo gustaba con Dios ó por Dios, ó aprovechando á sí ó aprovechando á sus prójimos. En su casa oraba y estudiaba: en el coro cantaba las divinas alabanzas; y saliendo de allí visitaba los enfermos y encarcelados, y reconciliaba con Dios los que sabia estaban en mal estado: parecia uno de aquellos ángeles, que en el nacimiento de Cristo vinieron á dar gloria á Dios, y traer paz á los hombres. En estas y otras obras de piedad gastaba gran parte del día. Instituyó una cofradia de hombres y mujeres con el nombre de la Santa Cruz, de la purísima Concepcion y de los principes de los apóstoles san Pedro y san Pablo: dióles reglas piadosísimas de frecuentar los sacramentos, visitar los hospitales, enterrar los muertos y otras obras de misericordia espiritual y corporal. Extendióse despues mucho esta cofradia en Saboya, y cogiéronse de ella copiosos frutos.

Ordenóse de sacerdote: y su padre y parientes le rogaban que fuese á servir su plaza de senador; pues era compatible con la dignidad que tenia en su iglesia. Excusábase el santo con buenas razones; y Antonio Fabro, esforzando cuanto pudo su elocuencia, le escribió una carta procurando persuadirle lo mismo. El santo le respondió otra en que le dice: que la dignidad de sacerdote escede mucho la de senador, y que los oficios de éste son muy diversos de los de aquél; porque al senador toca componer los pleitos de los intereses de la tierra, y al sacerdote componer los pleitos del hombre con Dios, y ofrecer oraciones y sacrificios por su salud espiritual. Con esto desistió Fabro y los demás de su intento; y el santo mas desembarazado se entregó del todo á la salud de las almas. Hizo poner con órden de su obispo, junto á la puerta principal de su iglesia un confesonario, y en él perseveraba toda la mañana confesando á todo género de personas, hombres y mujeres, y reci-

biendo á todos con singular caridad, solo que admitia de mejor gana á los pobres ó ignorantes; porque decia, que era particular regalo para él confesar á semejantes personas. Otalos con paciencia, instruálos en sus obligaciones, y movíalos al arrepentimiento de sus culpas, proponiéndoles con grande viveza la misericordia y justicia de Dios: y cuando algunos, movidos de sus razones, lloraban por el dolor de sus culpas; él les daba su pañuelo para que enjugasen las lágrimas. A los ciegos guiaba al lugar de la comunión, y á los tullidos llevaba en sus brazos al altar, y los componia en forma decente para que recibiesen el Santísimo Sacramento. Traia varias monedas, y en confesando algun pobre, le daba una buena limosna conforme á la calidad y necesidad de la persona, especialmente si era pobre vergonzante.

Estaban inficionados de la herejía los países vecinos de Génova, despues que el año de 1536 se rebeló esta ciudad contra Dios y contra su obispo y príncipe natural, por seguir los errores de Zuinglio. El primero que la inficionó fué Guillermo Fatello, zuingliano, maestro de Juan Calvino y Teodoro Beza, dos mónstruos salidos del infierno, que inventaron nuevos errores sobre los de su maestro, y fueron dos Anticristos contra Cristo y su Iglesia. Era parte de estos países el ducado de Chablax con los bailiajes de Terner y Gllillard; y el duque Carlos Manuel, heredero no ménos del celo que de los estados de su padre Manuel Filiberto, deseaba desterrar de sus estados la herejía, y establecer la religion católica: para lo qual el año de 1589, juntando un poderoso ejército, echó de ellos á los geneveses y bernateses que tiránicamente los habian usurpado. Escribió al obispo Granerio su deseo, pidiéndole algunos varones apostólicos que se aplicasen á la labor de esta viña, y arrancasen las espinas y malezas de la herejía, para que floreciese la religion católica. Puso los ojos el obispo en Francisco, pareciéndole que le tenia Dios escogido para semejante empresa de su gloria: y el santo no hubo menester mas que la insinuacion de su obispo para entender que Dios le llamaba; y así luego sin dilacion, tomando por compañero de su celo y trabajos á Luis de Sales su primo, se dispuso á esta conquista de almas, tan llena de trabajos y peligros, sin ningun temor ni recelo; haciéndose sordo á las razones de su padre, parientes y amigos que procuraban detenerle, y no atendiendo á las lágrimas de su madre que le miraba ya muerto por los herejes, aun ántes de verle con ellos. Habiendo recibido la bendicion de su obispo que los exhortó con buenas razones á una empresa tan gloriosa como dificultosa y peligrosa, se partieron san Francisco y Luis de Sales por setiembre de 1594, y entraron sin prevencion ni defensa alguna en aquellas tierras habitadas de enemigos de la religion católica, y de los que la profesaban, y mucho mas de los que la enseñaban y predicaban. En pisando el ducado de Chablax, saludó de rodillas al ángel custodio de aquella provincia, y fulminó exorcismos contra los espíritus infernales que se habian hecho señores de ella, dejando solamente ocho poblaciones de católicos, habiendo reducido todas las demás á la herejía. Llegó á una fortaleza que está sobre una montaña, y se llama Alingues; en ella tenia presidio el duque; y desde allí salian los dos nuevos apóstoles á predicar por aquellas poblaciones, y no podian contener las lágrimas viendo los monasterios tan desolados, las iglesias profanadas, los altares derribados, las cruces destrozadas y arro-

jadas por el suelo, la religion católica ultrajada, y la herejía sola triunfante, tiranizando los pueblos y los corazones de sus moradores. Predicaban con grande espíritu y fuerza de razones; mas al principio no cogian mas fruto que oprobios, injurias y afrentas, que llevaban con alegría y gozo por verse dignos de padecer algo por Cristo; porque los herejes se tapaban los oídos por no oír las verdades católicas que les predicaban, llamándolos idólatras, falsos profetas y noveleros. Como la mentira es tan cobarde, no se atrevían los herejes á disputar con el santo, temiendo la fuerza de la verdad en su boca; pero llenos de furor y rabia, incitaban al pueblo en sus sermones y conciliábulos, á que los apedrease. Bien sabía el santo el peligro en que estaba; pero no se retiraba por eso, ántes iba todos los días á la ciudad de Tonon, distante dos leguas de Alingues, con mas deseo que temor de encontrar la muerte que le buscó muchas veces y nunca le encontró; porque guardaba Dios su vida para cosas mayores.

Aunque los herejes deseaban quitarle la vida, no se atrevían en público por temor del duque que le habia enviado; pero buscaban ocasiones para ejecutar su intento en secreto. Volviendo un día de Tonon á su fortaleza, le esperaban dos hombres emboscados para matarle: salieron á ejecutar su traicion como unos leones rabiosos; pero mirándolos el santo, y mirando ellos su rostro, se turbaron de manera, que se les cayeron las armas de las manos y se pasmaron como si hubieran visto un ejército de hombres armados; y con sus palabras les amenazó de manera, que en lugar de darle la muerte que pretendían, le fueron acompañando hasta la fortaleza. Quedóse una noche obligado de una tempestad en una casilla cerca de Tonon, y sabiéndolo los herejes fueron con grande prisa á matarle. Estaba el santo en oración: oyó el ruido y conoció el intento de los que le buscaban; y entendiendo que seria mas gloria de Dios guardarse por entonces, se escondió con el deseo de ser hallado si el Señor quisiese entregarle en manos de sus enemigos. Entraron los herejes en la casilla muy alegres porque tenian en sus manos al que deseaban: buscaronle por todas partes, y no pudiéndole encontrar, bramaban de enojo, diciendo que era hechicero, encantador y que tenia pacto con el demonio, y con su ayuda habia desaparecido. Repetían esto mismo los herejes en los pulpitos, afirmando que tenia familiares; y uno llegó á decir que él queria ser ahorcado si aquel embustero no tenia en su cuerpo alguna señal y marca del demonio. Contó esto al santo uno de los convertidos; y él sonriéndose formó con los dedos una cruz y dijo: «Ves aquí mi señal y mis encantamientos: con esto sujeto á los demonios y ahuyento las tempestades. Si los ministros desean hacer maravillas, vengan á mí, que yo los enseñaré á hacerlas con esta señal.» Caminaban ordinariamente á pié por aquellos villajes, padeciendo nieves, hielos, lluvias y aires terribles: pasando muchas noches debajo de un árbol, sin defensa contra los temporales, ó en un templo ó casa derribada, espuesta á todos los vientos; y una vez se vieron forzados él y su compañero á meterse en un horno casi encendido por no morir al rigor del hielo. Supo el papa clemente VIII, que presidía entonces en la Iglesia, los trabajos y peligros que padecía el santo por la gloria de Dios, y escribióle una carta agradeciéndole lo que hacia, y alentándole á la perseverancia; y el santo se alegró mucho viendo que aprobaba sus trabajos el vicario de Cristo. Supo

también su padre el peligro en que estaba su hijo: quejóse al obispo y al duque de que hubiese espuesto su vida á tantos riesgos: permitiéronle ambos que procurase retirarle: escribió el padre á su hijo una carta muy larga, procurando con todas las razones que el amor de padre le enseñaba, persuadirle que dejase aquella empresa tan arriesgada y se volviese á su iglesia, donde sin riesgo suyo y consuelo de sus padres y parientes podria servir mas tiempo á Nuestro Señor. Estaba ya Francisco cebado en aquella presa, con algunos buenos sucesos que habia tenido: veia ya blanquear la miés, y esperaba coger mucho fruto; y así no quiso retirarse deshaciendo con razones divinas todas las razones de carne y sangre.

Después de dos años que habia predicado san Francisco en Tonon con algun fruto, aunque desigual á su trabajo, se rindió esta ciudad á sus combates y asaltos, abriendo los ojos para ver la luz del cielo, y los oídos para oír las razones del santo; y fué la primera que ganó para Jesucristo. Habia juntado mas de ochocientos católicos, y para que tuviese iglesia, purificó la de San Hipólito que habia sido muchos años ántes profanada de los herejes. Dijo en ella la primera misa la noche de Navidad del año de 1596. Levantaron los ministros y cónsules una sedicion, pretendiendo estorbar el sacrificio de la misa, diciendo, que alborotaba la república con esta novedad. Hicieronle varias propuestas; mas el santo les mostró las órdenes que tenia del duque, para purificar iglesias, poner curas en ellas, y hacer todo lo demás que juzgase conveniente para aumento de la religion católica, con que los hizo callar. En esta iglesia predicaba á los católicos y les administraba los sacramentos y confirmaba en la fé, para resistir á las persuasiones de sus parientes y amigos. Fuera de esto se ejercitaba en todas las obras de piedad, moviendo á otros con su ejemplo á que hiciesen lo mismo, visitando á los enfermos y socorriendo á los necesitados con limosnas que le enviaba para esto su piadosa madre. Pasaba las noches en oracion en la iglesia delante del Santísimo Sacramento, pidiendo al Señor con suspiros y lágrimas, que ablandase los corazones de los herejes, para que dejando la herejía, abrazasen la verdad católica, y el Señor le pagaba estos afectos con indecibles consuelos, especialmente una noche, vispera del día de Corpus, meditando en este soberano misterio se sintió tan arrebatado de las dulzuras divinas, que no pudiendo su corazón sufrir la abundancia de los consuelos cayó en tierra, y dando vueltas en ella, como quien se anegaba en un mar de divinas suavidades, clamaba á Dios y le decía: *Domine, continue undas gratia tua; quia sustinere non possum*: Señor, detened el raudal de vuestra gracia, porque no puedo sufrir el torrente de los consuelos. Dijo misa aquel día, y predicó tan embriagado del divino amor, que sin poderle disimular se conocia bien haber entrado en la bodega de los vinos del Esposo, porque sus palabras salian abrasadas de su boca y encendian á los oyentes, y su rostro parecia á todos que arrojaba llamas de fuego. Con esta maravilla que luego se publicó, acudieron muchos á comunicarle, entre los demás, uno llamado Pedro Poncet, jurisconsulto insigne, que habiéndole propuesto sus dudas y satisfiéchose de sus respuestas, abjuró en sus manos la herejía. Conmovió á toda la ciudad la conversion de este famoso varon, causando alegría á los católicos como á los ángeles, y tristeza á los herejes como á los demonios, y en Génova fué

esta nueva de sumo sentimiento, por temer que ejemplo de hombre tan docto habia de llevar tras sí á otros muchos. No fué ménos importante la conversion de Antonio de San Miguel, señor de Avulli, el cual, como dijimos, quedó aficionado al santo desde el primer sermón que le oyó en Annesi. Buscóle ahora en Tonon, oyó sus sermones, tuvieron á solas muchas disputas, y estando ya convencido, porque no pareciese en Génova su conversion liviandad de ánimo, escribió en un papel los artículos en que tenia mas dificultad, y envióslos á los ministros de Génova, pidiendo que le respondiesen, con advertencia que si al mas mínimo artículo no le respondian, abjuraria todo cuanto le habian enseñado. No se atrevieron los ministros de Génova á responder, por conocer que sus respuestas habian de ir á los ojos del santo, y Antonio de San Miguel, estando bien instruido, en un día solemne, porque el acto fuese de mayor ejemplo, habiendo concurrido gran multitud de gente de toda la comarca y muchos principales de Génova, que dista como cinco leguas de Tonon, despues de haber dicho la confesion en voz alta é inteligible, abjuró los errores del impio Calvino, é hizo protestacion de nuestra fé, confesando que era católico, apostólico y romano. Con la conversion de este varon dió el santo por acabada la reduccion de Chablaix y bailiajes; y así se vió luego que venian los pueblos á pedir curas que los instruyesen en la religion católica. Corria san Francisco por todos aquellos villajes, purificaba los templos y los adornaba de altares, lámparas y todo lo necesario al culto divino, mirándole todos como un nuevo apóstol de aquella tierra, y martillo de sus herejías. Instituyó la oracion de cuarenta horas en Tonon, teniendo patente el Santísimo Sacramento, y hacia venir procesiones de todos aquellos lugares vecinos. Hizo poner cruces en las calles, plazas y caminos, enarbolando el estandarte de Jesucristo en señal de victoria por su Majestad; y el santo por sus manos puso una en el camino real de Génova, en un lugar llamado Ennemase. Casi todos los ministros de la herejía se habian retirado á Génova, huyendo de la guerra que san Francisco les hacia; y uno de ellos escribió desde allí un tratado ó invectiva contra la santa Cruz, á que respondió el santo con una apologia eruditísima, que anda entre sus obras y se intitula: «Estandarte de la santa cruz de nuestro Salvador Jesucristo.» Iba creciendo cada día aquel rebaño católico por el celo del santo, y de su primo Luis de Sales; y para que se conservase y creciese el fruto, creciendo el número de los ministros, fuera de traer sacerdotes que fuesen curas de aquellas almas, repartió el mérito de obra tan gloriosa con los padres capuchinos y de la Compañía de Jesus; y el santo, fuera de confesar y predicar, enseñaba la doctrina cristiana á los niños y á los ancianos, que no tenian ménos necesidad de oírlo; leia teología dos dias cada semana á los clérigos que habia traído para poner en las iglesias; disputaba continuamente con los herejes, y siempre salia victorioso: lo cual atribuian ellos á milagro, diciendo que Dios le favorecia con particulares ausilios. Confirmó el Señor la doctrina del santo por este tiempo con la resurreccion de un niño, á quien dió la vida con su oracion; por lo cual sus padres, que eran herejes, se convirtieron á la fé con toda su familia. Entró muchas veces en Génova, disfrazado, con grande riesgo de la vida, y disputó con Fanyano y Beza, principales ministros de los herejes; y aunque los convenció evidentemente, y Beza confesó que la

Iglesia romana era la santa madre Iglesia, y habia en ella salud; no merecieron salir de las tinieblas los que se habian cegado con tanta luz.

Despues de cuatro años que habia gastado san Francisco en la instruccion de estos pueblos con celo apostólico é inmenso trabajo por la santa Iglesia, queriendo Granerio dar á su rebaño buen pastor, determinó hacer á san Francisco su coadjutor y sucesor en el obispado: juntó al cabildo y clero; y en proponiéndoles su intento, no hubo menester razones para persuadirles; porque todos á una voz dijeron que se le obligase á aceptar esta dignidad, si acaso se resistiese; porque esto convenia para gloria de Dios, y bien de todo aquel obispado. Fué avisado de su eleccion: sintiólo extrañamente, y propuso, para excusarse, muchas razones que le dictaba su humildad, en las cuales se mostraba mas digno, cuanto él queria parecer mas indigno. Como no eran admitidas sus excusas, quiso encomendarlo á Dios, para entender su voluntad: dijo misa del Espíritu Santo, y recogióse despues á dar gracias le encontró Pedro Critano, limosnero mayor del obispo, que iba á saber su resolucion, arrebatado en éxtasis fuera de sí, fijos los ojos en el altar mayor, y lleno su rostro de resplandores. Cuando Francisco volvió en sí, quedó corrido, de que le hubiese hallado de aquella manera el limosnero: pidióle que no descubriese á nadie lo que habia visto; y díjole: Direis á mi reverendísimo prelado, que yo nunca he deseado ser obispo; pero que si me lo manda, estoy aparejado para obedecer á Dios. Por estos cuatro escalones subió san Francisco de Sales á la dignidad episcopal, por merecimientos, por eleccion, por humildad, y por obediencia; y por esto fué tan gran obispo y pastor, como veremos. Cayó por este tiempo en una grave enfermedad, ocasionada sin duda de los excesivos trabajos que habia padecido en la conversion de aquellos pueblos: y aunque él deseaba ser desatado, y vivir con Cristo, le sacó el Señor de ella para que trabajase de nuevo en su servicio. En estando sano se partió á Roma, llamado del sumo pontífice, para darle cuenta de lo que habia obrado en aquella mision, y del estado en que estaban aquellos pueblos. Alegróse mucho el papa de verle, y de oír particularmente el fruto que habia cogido el Señor en Chablaix y bailiajes, para aumento de su fé. Escribió Granerio á su santidad la eleccion que habia hecho de Francisco para sucesor suyo, pidiéndole que la aprobase; y su santidad lo tuvo por bien, y avisó al santo, que se previniese para ser examinado el lunes siguiente. Su principal estudio para el exámen fué la oracion, que hizo delante de un Crucifijo, pidiendo al Señor con mucho afecto y lágrimas, que si en el obispado no le habia de servir, como debia, dispusiese su Majestad que delante de su vicario no respondiese á ninguna cosa que le preguntasen; de manera que le excluyesen, y solo sacase confusion y menosprecio de todos. Llegóse el día del exámen: asistieron á él ocho cardenales, y entre ellos el eruditísimo César Baronio: llegaban á veinte los arzobispos, obispos y generales de religiones, sin otros muchos protonotarios, canónigos, examinadores y personas de autoridad, y entre ellos el padre Roberto Belarmino, que despues fué cardenal de la santa Iglesia. Preguntáronle, ¿qué habia estudiado? Respondió: que cánones, leyes y teología. Díjole el examinador, que escogiese la facultad en que queria ser examinado; y él respondió: que en la que su santidad eligiese se examina-

ria; mas que si habia de ser suya la eleccion, escogia la teología, por ser ciencia mas propia de un obispo. Propusieronle treinta y cinco cuestiones de las mas graves y sutiles de toda la teología; respondió con presteza, claridad y satisfaccion de los que le argüian, replicaban ó instaban con energia y fuerza. Al fin el sumo pontífice le propuso una cuestion: habiendo respondido á ella, y á sus argumentos, fundando sus sentencias en el concilio de Trento, le dijo su santidad: Hijo, hasta ahora yo no lo habia entendido así. Respondió Francisco con grande humildad: Beatísimo padre, si vuestra santidad no lo ha entendido así; ni yo tampoco lo quiero entender así. Admiróse el pontífice, no ménos de su modestia, que de su sabiduría; y bajándose de su trono, y echándole los brazos al cuello, con grande benignidad le dijo las palabras de los proverbios: *Bibe aquam de cisterna tua, et fluentia putei tui. Deriventur fonte tui foras, et in plateis aquas tuas divide*: Bebe, hijo mio, el agua de tu cisterna, y las corrientes de tu pozo: rebosen fuera tus raudales, y reparte las aguas en las plazas públicas. Quedaron todos aquellos padres admirados de la sabiduría de Francisco: diéronle el parabien celebrándole con grandes alabanzas; y luego se llenó la corte romana de la fama de su virtud y letras; y muchos le visitaban, por ver á un hombre de cuyos elogios estaban llenas las bocas de todos. El tiempo que estuvo en Roma le honró su santidad con grandes demostraciones: y habiendo conseguido el despacho de los principales negocios de su Iglesia, que habia traído encomendados, se volvió á Saboya, no queriendo esperar la expedicion de sus bulas, dejando esto encomendado á otros, y mostrando cuán léjos estaba de toda ambicion, y como no deseaba aquella dignidad.

En volviendo á Saboya, procuró con el duque, que se pusiesen las rentas de las iglesias y curatos de Chablaix y villajes conforme á la voluntad de su santidad, que lo tenia ya dispuesto, vencidos con suma paciencia los trabajos, encuentros y dificultades que se ofrecieron. Luego entró el rey de Francia Enrique IV por esta provincia, con un poderoso ejército: y la herejía, que esperaba sus aumentos de la guerra, como la fé los suyos de la pureza, pretendió tiranizar segunda vez estos pueblos, de que habia sido echada por el celo de san Francisco: y los de Génova esperaban introducirse otra vez en esta provincia con la ayuda del rey; mas el santo le habló con grande eficacia, y alcanzó de él que no admitiese ministros herejes en aquellas iglesias, y restituyese los curas que se habian aumentado por el temor de la guerra. Hicieron paces el duque y el rey cristianísimo; pero sucediendo algunas novedades en algunos pueblos, que tiene el obispado de Génova en la parte de Francia, pareció al obispo y cabildo de aquella iglesia, que fué el santo á hablar sobre aquellos negocios al rey, que estaba entonces en la corte de París. No sabia negarse Francisco á cosa, que fuese del servicio de Dios: partióse luego acompañado de Antonio Fabro, su grande amigo, y otras muchas personas. Obró el Señor en este camino un milagro por los merecimientos de su siervo. Llegaron á pasar un rio que habia crecido de manera con las muchas nieves, que no parecia rio, sino mar, y venia tan arrebatado, que solo mirarle causaba espanto á los que estaban á la orilla; los barqueros no se atrevian á fiar la barca de la furiosa corriente, y todos tenian por temeridad fiarse de tan evidente pe-

ligro; san Francisco, alentando á los barqueros, les mandó que echasen la barca en el nombre de Dios, y á sus compañeros persuadió con mucha dificultad que se embarcasen, deteniéndose muchas veces al querer entrar, no sabiendo á quién creer ántes, ó á la esperanza que el santo les daba, ó á la desconfianza que les daba su temor. Al fin entraron todos: la barca empezó á caminar muy despacio, con tanta dificultad, como si entrara de mala gana en el peligro: llegó á la mitad del rio, donde no pudiendo resistir á tanta fuerza de la corriente, se empezó á inclinar y á llenarse de agua, y ya la vieron casi anegada. Aquí fueron las lágrimas, los arrepentimientos de haber entrado, los clamores al cielo pidiendo misericordia, las voces al santo para que con sus oraciones les sacase del riesgo; pues con su persuasion les habia metido en él. San Francisco, que solo estaba sereno entre tantas turbaciones, les dijo que confiasen en Dios, que los sacaria del peligro. Hincóse de rodillas, levantó las manos y los ojos al cielo, pidió favor al Señor, y luego al punto se fué levantando la barca sobre las aguas contra la misma corriente, mas como quien la desprecia, que como quien forceja contra ella; y como si navegara en un estanque sosegado, llegó á la orilla con admiracion de todos, que dieron gracias á Dios y al santo, á cuyas oraciones atribuian el haber salido de tan evidente peligro.

Entró en París al principio del año de 1602, y luego se publicaron en aquella córte las hazañas de nuestro santo, y como habia reducido á la fé una grande provincia; y todos deseaban verle y oírle. Cuando llegó la cuaresma, faltó por providencia divina predicador para el oratorio de la reina; y entre muchos grandes varones fué elegido san Francisco, por la fama que corria de su doctrina y santidad. No pudo negarse á los ruegos de muchos príncipes que se lo pedian; y así admitió los sermones. Comenzó á predicar, y luego se conoció en los efectos, que Dios hablaba por su boca. Habia una gran señora en palacio, pertinacisima en la secta de Calvino; no habian podido reducirle muchos varones doctos que lo habian intentado; y en viendo predicar al santo, sintió mudado su corazón con deseos de convertirse á nuestra santa fé: llamóle y abjuró en su presencia la herejía con toda su familia, que era muy numerosa. Fué de mucho ejemplo en París esta conversion; porque en sabiéndola, vinieron á oír sus sermones muchos herejes, y recibieron la fé; y principalmente los de la casa Racoms, que son los mas empantados en aquella córte, y se convirtieron todos, y uno de ellos, llamado Angelo, habiendo dejado la herejía dejó el siglo, y se entró capuchino y salió excelente predicador. No es fácil decir el fruto que hizo el santo en esta cuaresma, reduciendo herejes, convirtiendo pecadores, y sacando á muchas personas de la vanidad del siglo, para ponerlas en el camino de la perfeccion. Acabada la cuaresma, la princesa de Longueville, madama de Orleans, á quien tocaba por haberle convidado con los sermones, remunerarle el trabajo, que habia tenido en predicar, le envió un bolsillo lleno de doblones, con la persona que le tenia aposentado en su casa. Cuando el santo vió el oro, cubrióse su rostro de vergüenza, y dijo á su huésped que volviese el oro á la princesa, agradeciendo el mucho favor que le habia hecho ántes en querer oírle y ahora en remunerarle, mas que lo que de balde habia recibido, de balde lo daba. Admitió aquella señora aquel desinterés y

desprecio del oro, y publicándose por París, fué este el sermón que mas admiró y aprovechó, de todos los que predicó el santo, porque hay mucha diferencia de hacer á decir: hay algunos que tienen la boca del profeta Eliseo, para decir mal del oro, y las manos de su criado Giezi, para recibir los dones de Naaman Siro. Cobró tan grande estimación en París, que los varones mas señalados deseaban su amistad; entre estos, Diego David Perron, obispo de Euxeur, que despues fué cardenal, varon de todas maneras grande. Pasó el rey la cuaresma en Fontainebleau, y siendo necesario ir el santo á hablarle acerca de los negocios que traía, alabó Perron al rey tanto los sermones que había predicado en París, que excitó grande curiosidad en el rey y deseó sumamente oírle. Predicó el domingo de Cuasimodo, y fué el sermón tan docto, grave, espiritual y elocuente, que el rey salió diciendo que no se lo habían encarecido, los que se lo habían alabado tanto. Cobróle no ménos afecto que estimación, y solía decir: Nuestros prelados ordinariamente no son cabales en todo, porque si son nobles no son sabios, y si son sabios, no son devotos; pero Sales, electo obispo de Génova, todo lo tiene, es noble, es docto y es santo. Llegó por este tiempo á París la muerte de Manuel de Lorena, duque de Mercurio: dijo el santo una oración fúnebre, que anda entre sus obras, en la cual no ménos que su piedad, mostró su discreción, erudición y elocuencia, y se llevó el aplauso de todos los oyentes, entre los cuales hubo muchos cardenales, prelados, príncipes, caballeros y el parlamento en forma. Creció de modo su fama, que no le dejaban tiempo para el descanso necesario las visitas de eclesiásticos y seculares que venían á comunicarle. Eran muchos los herejes que convertía, y Dios le había comunicado particular gracia para esto, tanto que llevando unos caballeros ciertos sectarios al obispo Perron, les dijo él: ¿Qué queréis que haga con estos obstinados? Si os contentais con verlos convencidos, yo lo haré con la doctrina que Dios me ha dado; pero si los deseais ver convertidos, llevadlos á Francisco de Sales, á quien Dios ha concedido esta gracia que convierta infaliblemente á cuantos hablare.

Habiendo estado nueve meses en París, y despachado felizmente los negocios de los católicos, á que había venido; tratando de volverse á Saboya, le quiso detener el rey y le prometió el primer obispado que vacase, y en el interin le señaló cierta renta, pero el santo lo renunció todo con tanta discreción, juntando el agradecimiento cortesano con el desprecio cristiano, que el rey no se ofendió, ántes quedó muy pagado de su cortesania, y dijo que no había visto mas discreta repulsa. Rogóle á lo ménos, que aceptase otro obispado de mas renta, á que respondió, que Dios le había dado aquella esposa, y estaba muy contento con la dote que traía; que Dios le había llamado á cuidar de las ovejas de Génova, y á esto decía á su patria; mas que siempre estaría obedientísimo á las órdenes de su majestad, como tan obligado con los muchos favores que le había hecho y había querido hacerle.

Salió san Francisco de París para Saboya, con gran sentimiento de sus amigos, y en el camino le cogió la nueva de la muerte de su obispo, la cual sintió mucho, así porque perdía la Iglesia un pastor santo, docto y celoso de la fé y la libertad eclesiástica, como por las obligaciones que le traía el nuevo encargo en que entraba, para

el cual por su humildad se tenía por insuficiente. No pudiendo segun la distancia, llegar á tiempo á las honras de su obispo, enderezó su camino á Sales, donde determinó consagrarse, para dar este gusto á sus padres y hermanos y antiguos vasallos que se lo habían rogado mucho. En llegando á Sales envió á llamar al P. Juan Forier, de la Compañía de Jesus, varon muy religioso, al cual había dejado en Tonon, para hacer con él una confesión general. Retiróse veinte dias para prepararse á ella, en los cuales, negado á toda comunicacion humana, se ejercitó en oracion, leccion, vigiliias, ayunos y penitencias. Hecha la confesion, compusieron entre él y su confesor unas reglas santísimas de cómo se había de portar en el obispado. La suma de ellas era, que no vestiria seda ni tela marica que ántes de ser obispo: que no traeria guantes de ámbar ni de olor ninguno: que no traeria mas sortijas que el anillo pastoral, por ser señal del matrimonio que había contraído con la Iglesia: que el ceñidor podia ser de seda, pero nó muy rico ni curioso, y que había de andar pendiente de él el rosario: que las medias, ni las cintas de los zapatos, no habían de ser de seda. En cuanto al rezo dice: Rezará el oficio divino de rodillas, ó en pié, como suele: celebrará cada dia con preparacion y gracias, demás de la oracion ordinaria, confesará á lo ménos de dos á dos dias, y algunas veces en la iglesia, donde le vean. En su casa, en su familia, alhajas y todas las otras cosas asentó una grande templanza y modestia, y aunque pudiera de sirpropia renta, nunca quiso tener coche ni sustentar caballos.

Consagróse con aparato magnífico, como convenia á su calidad y dignidad: hubo música en la catedral y gran concurrencia de los nobles de Saboya, y el acto era tan de ver por la devocion del santo que vinieron también á él los mayores personajes del cielo. Estaba hincado de rodillas delante de los obispos, que le habían de consagrar con gran devocion y humildad, teniendo por indigno de la dignidad á que Dios le sublimaba, y mereció uno de los mayores favores que concede Dios á sus grandes amigos, porque quedó arrebatado en un éxtasis admirable, en que se le abrió el cielo y se le manifestó la Santísima Trinidad, por un modo inefable de los que dice san Pablo, que no es lícito al hombre explicar. Vió también á la Santísima Virgen y á los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo que habían venido á asistir á su consagracion. Cuál sería el gozo de su alma con esta vista, no cabe en la pluma ni en la lengua, pues no cabiendo en su alma, se derramó en lo exterior: bañóse su rostro de una claridad divina; y no pudiendo sufrir el cuerpo flaco la abundancia de los divinos consuelos, padeció un deliquio y quedó sin fuerzas ni sentido. Volvió despues en sí, y suavemente fatigado, dijo á los que le preguntaban qué tenía: que él estaba bueno y que no había nada que temer. Siguióse el acto de su consagracion, y sentía que todo cuanto hacian en él visiblemente los obispos, lo obraba en su alma invisiblemente la Santísima Trinidad.

En viéndose puesto en la dignidad episcopal, sabiendo lo que dice san Gregorio, que al paso que crecen los dones, crece la cuenta estrecha que se ha de dar de ellos, y que á quien le dan mas, le piden mas; empezó á cumplir exactamente todas las obligaciones de su oficio, y aumentó sus oraciones, ayunos, vigiliias, disciplinas, hasta derramar sangre; pareciéndole que debía aventajarse á los

demás en la virtud, como se aventajaba en la dignidad, y ser espejo en que se mirase todo su pueblo, y especialmente los eclesiásticos. Reformó su tribunal y ministros: cuidó de que se enseñase el catecismo á los pueblos, y que á todos se repartiese el pan de la palabra de Dios. Hizo las primeras órdenes, y en ellas ordenó de presbítero un clérigo de gran santidad; y sucedióle con él un caso, digno de que lo noten los seglares, para estimar y reverenciar á los sacerdotes; y tambien los sacerdotes para estimar la alteza de su dignidad y no abatirla á los vicios y culpas, tan ajenas y contrarias á su estado.

Reparó el santo obispo, que al salir de la iglesia el nuevo sacerdote se paraba en el umbral, y se retiraba como quien hacia cortesía á otra persona, para que saliese primero, siendo así que el sacerdote iba solo, y no habia por allí otra persona. Hízole novedad: mandó llamar al sacerdote y preguntóle: ¿A quién hacia aquellas cortesías? Y procurando el sacerdote excusarse con humildad de responder, encendia su deseo de entender aquel misterio hasta que apretado del santo, le confesó llanamente que Dios le habia hecho tan grande merced, que comunicase familiarmente con el ángel de guarda, como un amigo con otro: y que ántes iba siempre delante el ángel, y salia y entraba primero en cualquiera parte; mas que ahora despues que se ordenó de sacerdote, se detuvo el ángel á la puerta de la iglesia, y no quiso salir hasta que él saliese primero: y por eso se habia parado á hacerle cortesía. Quedó pasmado el santo, viendo la dignidad del estado sacerdotal, á la cual así reverencian los ángeles. Predicaba continuamente contra la herejía, procurando desterrarla de todo su obispado, disputaba con los herejes, convenciéndolos á todos y convirtiendo á muchos. Un dia entero arguyó con dos caballeros que seguian al duque Bellegardio, gobernador de Dijon, hasta que los redujo é hizo abjurar la herejía públicamente. Sintieron mucho esto los ministros de Calvino, y mucho mas que les hubiese quitado el rey todas las rentas y beneficios eclesiásticos, por diligencias y persuasion del santo, mandando que volviesen á las iglesias: con lo cual se encendió mas la ira y rabia que tenían concebida tanto tiempo ántes contra él, y trataron de quitarle la vida; y porque fuese con mas secreto y no se entendiese la maldad, le dieron veneno. Tomóle el santo sin saberlo, y cayó en una grave enfermedad, padeciendo mucho, hasta que descubriendo la infeccion los médicos, con una bebida que le dieron comenzó á cobrar salud. Tenia publicado un sínodo, y en estando bueno, le celebró haciendo en él constituciones importantísimas para la perfeccion de los clérigos, administracion de los sacramentos, costumbres de los fieles y ceremonias sagradas, y todo lo demás que era menester para el buen orden y estado de su iglesia.

En estas y otras obras, propias de un celosísimo obispo, gastó hasta la cuaresma del año de 1604, en que habia de predicar en Dijon, que es una hermosa ciudad, metrópoli de los heduos, y asiento del supremo consejo del ducado de Borgoña; porque el gobernador y los ciudadanos se lo pidieron al duque de Saboya y al santo: y él lo concedió, porque habia en esta ciudad muchos hugonotes, mezclados con los católicos, y deseaba ganarlos para la fé; y por entender que era esta la voluntad de Dios, para los fines que luego diremos. Empezó á predicar en Dijon, con tan grande concurso y aplauso, que no cabia

la gente en las iglesias; acudiendo á oírle personas de todos estados, eclesiásticos, religiosos y seglares: y no contentándose con oírle los sermones, los escribian en su casa, unos por la estimacion que hacian de ellos, y otros para hacer fruto en los herejes; porque ordinariamente explicaba cuestiones y controversias de fé, con tanta eficacia y fuerza de razones, que convencía á los mas obstinados; y eran muchos los que se convertían á nuestra santa fé.

Antes de partirse á Dijon, tuvo san Francisco revelacion de que habia de ser fundador de una religion de monjas, y se habian mostrado en una vision las primeras; y ahora se empezó á cumplir esta promesa. Vivía en un lugar, cerca de Dijon, Juana Francisca Fremiot, matrona ilustre por su sangre, y mucho mas ilustre por su virtud. Era hija de Benigno Fremiot, del supremo consejo de Borgoña, y hermana del arzobispo de Bourges, y viuda del baron Chantal. En el matrimonio fué mujer de gran virtud; pero viuda se consagró del todo á Dios, haciendo voto de castidad, y ejercitándose en continua oracion, en que la regalaba el Señor con soberanos consuelos; pero juntamente padecia muchas tentaciones, aliciones y obscuridades. Deseaba dejar totalmente el mundo y caminar en busca de la perfeccion, pero hallábase como ciega sin guia, porque no tenía padre espiritual que la gobernase, ni maestro que la enseñase. Inspiróla Dios que le pidiese lo mismo que él queria darle, un varon justo y santo que la gobernase y encaminase: pidióla ella con grande instancia, y un dia que con mas fervor y lágrimas hacia esta oracion, le mostró el Señor en vision á un hombre que no conocía, cuyo rostro hermoscaba una modestia angélica, y díjole: Este es el amado de Dios y de los hombres, este te ha de gobernar. Quedó Fremiot muy consolada y deseosa de conocer al que habia visto. Otro dia le mostró el Señor una iglesia donde muchos hombres cantaban las divinas alabanzas: quiso acercarse á ellos, y fuéle dicho que buscase otra puerta, y que no hallaria el descanso de los hijos de Dios si no entraba por la puerta de San Claudio. Con esto crecian cada dia mas los deseos de hallar al que Dios le habia prometido y de entender estos misterios, hasta que cumplió el Señor su deseo de esta manera. Supo que predicaba en Dijon el obispo de Génova: oyó decir que era varon santo; y vino á la ciudad, como solia por este tiempo, con deseo de oírle y de conocerle. Fué á la iglesia: salió el santo para predicar; y al punto que le vio subir al púlpito conoció que era el varon que Dios le habia mostrado y prometido por padre espiritual. Dió gracias á Dios por haberle cumplido su deseo, y púsose enfrente del púlpito para verle mejor. El santo obispo reparó en ella; y luego conoció que era la primera de las monjas que Dios le habia mostrado en la vision. Supo que era hermana del arzobispo: y un dia que comió en su casa le habló muy de espacio, y ella le declaró sus deseos y los favores del Señor; y le descubrió toda su alma: aunque el santo no se quiso descubrir en esta ocasion á Fremiot, por no dar fácil crédito á revelaciones de mujeres, en que hay tanto peligro, ni determinarse en cosa tan grave sin mucha consideracion, esperando que mas claramente se manifestase la voluntad del Señor. Llegada la semana Santa quiso Fremiot confesarse con el santo; y él mostró rehusarlo por probar su constancia, y al fin condescendió con

sus ruegos y la confesó; y de los sentimientos y deseos el Señor le daba á entender claramente ser la voluntad de Dios que él la gobernase. Con todo eso, por las dificultades y embarazos que entonces habia de encargarse él de su gobierno, no se declaró con ella y la dejó con el confesor que ántes tenia, esperando mejor ocasion de cumplir la voluntad de Dios Nuestro Señor.

El jueves santo celebró los divinos oficios el arzobispo de Bourges: asistióle el santo y recibió la comunión de su mano; y al hincarse de rodillas para recibir la sagrada comunión, y principalmente al entrar la forma en su boca, vieron todos los presentes su cabeza coronada con una diadema de rayos clarísimos, significando el Señor con esta demostracion cuán digna custodia era de su sagrado cuerpo. Cuando se llegó el tiempo de partirse á su iglesia, le enviaron los regidores de la ciudad una vajilla de plata muy rica; y él no la quiso recibir y les respondió: que él estimaba mucho el presente; mas que él no vendia la palabra de Dios, ni quería de ellos el oro, sino los corazones. Al salir de la ciudad le fuéron acompañando largo espacio gente de todos estados, nobles y plebeyos, con grande sentimiento por el grande amor que le habian cobrado: pedíanle que les echase su bendición, y le decían á voces con lágrimas en los ojos: Padre, ya que te ausentas de nosotros y nos quieres dejar, permite á lo ménos que te llevemos en hombros hasta Annesi. Enterneciase el santo obispo oyendo las voces y viendo las lágrimas; y echándoles su bendición y procurando consolarlos, se despidió de ellos con mucho sentimiento.

Fué recibido el santo obispo de los de Annesi con alegría igual á la tristeza con que habia sido despedido de los de Dijon. Y Fremiot, que no hallaba consuelo en la ausencia de tal padre y maestro, le escribió su pena; y que dos varones espirituales, uno capuchino y otro de la Compañia, le habian asegurado que era la voluntad de Dios Nuestro Señor que le siguiese; y así, que estaba determinada á irle á buscar. Respondióle el santo: que hiciese una peregrinacion á San Claudio, que es una villa entre las dos Borgoñas, donde se reverencian las reliquias de este santo, que allá la esperaria el día de su fiesta. Fué el santo obispo á San Claudio y Fremiot tambien: la cual se alegró sumamente cuando le vió, y se acordó de la revelacion de la puerta de San Claudio, y entendió que se llegaba el cumplimiento de sus deseos; pues habia entrado por la puerta de San Claudio. Confesóse con el santo, comulgó y despues le dijo: La voluntad de Dios es que yo cuide de tu alma: yo lo haré con todo cuidado. Grandes son los efectos de esta peregrinacion; pero no puedo decirlos ahora. De hoy en adelante deja á mi cuenta los dias de tu vida, que yo la daré de ellos. Con estas palabras la dejó muy consolada, y mandó se volviese á su casa, dándole una instruccion para todas las horas del día, señalándole en qué habia de gastar cada una de ellas; y con esto se despidió de ella y se volvió á su iglesia.

Sabiendo el santo que la principal obligacion del obispo es visitar su obispado, para que como buen pastor conozca el sus ovejas y las ovejas le conozcan á él, y oigan su voz; no queriendo fiar negocios tan importantes de vicarios y visitadores que no son pastores propios, hizo la visita por sí mismo, aunque sabia bien cuánto habia de padecer en ella, y se lo tenia escrito á Fremiot. Es la diócesis de Génova muy dilatada y llena de pueblos, y muchos

de ellos situados en montes asperísimos; y consta de climas, no solo diversos, sino contrarios: porque los unos habitan un helado invierno y los otros un abrasado estío, siendo necesario algunas veces pasar de un excesivo calor á un excesivo frio, con peligro de la salud y de la vida, fuera de otros muchos riesgos que se ofrecen. Era recibido en todos los pueblos como un ángel venido del cielo; y él se aplicaba luego á enseñar y doctrinar á sus ovejas, á remediar los escándalos, desórdenes y abusos que hallaba, deteniéndose mas tiempo en los lugares donde habia mayor necesidad. La cuaresma de 1603 predicó en la Roche, villa de su obispado, y continuando su visita determinó predicar la cuaresma siguiente en Chamberi. Fuése algunos dias ántes, y recogióse al colegio de la Compañia de Jesus á hacer los ejercicios de san Ignacio de Loyola, de los cuales hablaba el santo obispo con grande estimacion, y encarecia su importancia para la salvacion y perfeccion de las almas. Salió de este retiro; como san Juan Bautista del desierto, ó como san Pablo del tercer cielo, abrasado en vivas llamas de amor de Dios, y con deseo de abrasar en ellas á las almas. Cuando predicaba al pueblo, sus palabras eran como saetas encendidas, á que ningun corazón podia resistirse por muy endurecido que estuviere; y el pueblo decia, que no hablaba el obispo de Génova, sino el Espíritu Santo por su boca. Predicando un dia en el convento de Santo Domingo, al ir recopilando el sermón, una imágen de Cristo crucificado que estaba en el coro, arrojó sobre la cabeza del predicador gran copia de rayos, con admiracion de todos los presentes. Prosiguió su visita por los lugares frios, venciendo con el ardor de su caridad los rigores del hielo, y encendiendo en todas partes aquel fuego que vino el Hijo de Dios á traer al mundo; hasta que se llegó la cuaresma de 1607, que tenia destinada para la ciudad de Annesi, donde hizo con sus sermones el fruto que en todas partes.

Era el cuidado mayor del santo pastor defender sus ovejas de los lobos, y desterrar la herejía de todo su obispado: y para esto habia traído á Annesi, con ayuda de Antonio Fabro, su amigo, muchos varones insignes en todo género de letras, con intento de fundar una universidad, que fuese como una plaza fuerte contra Génova: y este año se puso en ejercicio, siendo la piedra fundamental de este edificio el santo obispo, á que dió principio con una oracion muy elegante, en alabanza de las letras; y despues le dió constituciones y estatutos muy provechosos é importantes para su conservacion, y quedó por rector perpetuo y protector de ella mientras vivió. ¿Cuántos triunfos alcanzó la verdad de la falsedad en esta plaza fuerte? ¿cuántos frutos cogió la fé de este árbol de sabiduria que plantó san Francisco? ¿quién los contará? Baste decir, que Dios echaba la bendicion á todas las obras de su mano, y daba acrecentamiento á lo que él plantaba y regaba.

La cuaresma de 1608 predicó en Rumilli, villa de su diócesis; y este mismo año fué á Belley á consagrar á Juan Pedro Camus, varon doctísimo y obispo de aquella ciudad. Antes de partirse á esta consagracion, estándose paseando en su cámara, de improviso vió á su lado una columna de fuego que se paseaba juntamente con él. No se espantó, ántes prosiguió paseándose y la columna con él; y poco despues vió que la columna se dividió en dos columnas, y la una se fué al lugar donde oraba, y la otra se llegó á su cama, y luego se fueron desvaneciendo: en lo

cual parece le quiso el Señor dar á entender, que comunicaria su fuego y espíritu á aquel hijo suyo, á quien iba á consagrar, como se comprobó por el efecto; porque Pedro Camus alumbró y encendió á Francia en el fuego del Espíritu Santo, con grandes ejemplos y libros espirituales que escribió, especialmente el Parenético del amor divino, que engrandece mucho nuestro santo; porque verdaderamente fué prelado grande en obras y palabras, y muy parecido á san Francisco de Sales.

Desde que el santo predicó en Dijon, se comunicaba por cartas con Francisca Fremiot, dándole ella cuenta de su espíritu, y aconsejándola el santo lo que debía hacer; y cuando le pareció que Fremiot estaba muy adelantada en la perfeccion, y sazónada para la obra que el Señor la habia escogido, la llamó á Annesi con un honesto pretexto de casar á su hermano Bernardo de Sales con su hija María Amata. Vino Fremiot con dos hijas suyas, y Carlota Brescharda, mujer de grande santidad, á Annesi; y el santo para dar principio al recogimiento, y nueva órden de la Visitacion, les buscó casa: dispuso iglesia, y á 6 de junio de 1610, día de la Santísima Trinidad y de san Claudio, entraron en aquella casa de recogimiento Juana Francisca Fremiot, Carlota Brescharda y Jacobina Fabra, hija de Antonio Fabro, y empezaron su año de probacion. Su maestro y padre espiritual era el santo obispo, y la superiora de las demás Francisca Fremiot. Celebró san Francisco aquel día con grande solemnidad, y las hizo una plática admirable, para alentarlas á la perfeccion. Derramóse luego el buen olor de la virtud que profesaban aquellas devotas señoras, y muy presto se les juntaron otras doncellas virtuosas, con que se juntó número competente para hacer forma de monasterio. El primer año guardaron clausura: llamábanse entre sí hermanas, y á Fremiot madre. Ejercitáronse todo aquel año en ayunos, vigiliias, oracion vocal y mental, y grandes mortificaciones y penitencias, y todo género de virtud. El vulgo las empezó á llamar Marianas, por haber escogido á María Santísima por su protectora, y puesto su imágen en el altar. Cumplido el año, hicieron profesion aquellas primeras monjas en el mismo día de San Claudio; y Fremiot vió aquella mañana en espíritu la puerta de san Claudio, por donde entró al descanso de los hijos de Dios, y dió gracias al Señor, porque le habia cumplido la promesa, que le habia hecho tanto tiempo ántes.

Dióles el santo el velo y la regla de san Agustin, con hábito negro, con nombre de santa María de la Visitacion; porque su principal instituto era visitar los enfermos en los hospitales, y los presos en las cárceles, para servirlos. Era de grande edificacion ver á unas señoras nobles, criadas en regalos, enseñadas á que las sirviesen, entrar en los hospitales á servir á los enfermos, consolarlos, traerles de comer, hacerles las camas, limpiarles los vasos inmundos y ejercitarse en todos los oficios que la caridad y humildad enseñan, sin dejar á ningun enfermo por desamparado, sin retirarse de ninguno por asqueroso que estuviere, venciendo el natural horror que tienen todos, y mas las mujeres delicadas y nobles, no solo á la cura, mas aun á la vista de semejantes lagas y enfermedades. De la misma manera admiraba verlas ir por las cárceles, y alentar á los presos á la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, asistiéndolos en cuanto pedia su necesidad, y haciendo con ellos todo cuanto pudiera hacer la

madre mas amorosa con un hijo querido, haciéndose respetar y venerar de todos con su modestia y compostura, sin que se atreviese la lengua mas atrevida á desmandarse en una palabra, mirándolas como unos templos; á quienes se debe de justicia el respeto y veneracion.

Prosiguieron con el modo de vida que hemos dicho, hasta que vino á Annesi Dionisio Simon de Marquemont, arzobispo de Lion, muy amigo del santo con una amistad muy sincera, aunque la quisieron hacer sospechosa al duque de Saboya algunos mal intencionados, que son como los estómagos enfermos, que todos los manjares por buenos que sean los convierten en crudezas y acedias. Venia á tratar con el santo algunos puntos importantes acerca de las monjas de la Visitacion; porque se habia fundado un convento en Lion, á que él ayudó mucho. Confirieron los dos varios puntos acerca de la nueva congregacion: parecióse mas conveniente ponerles clausura, y escribir unas reglas acomodadas al sexo de las que las habian de observar, tomando de las reglas de otras religiones lo mas perfecto y acomodado al fin que se pretendia, y que se pidiese á su santidad que la confirmase como órden religiosa. Así se hizo; y san Francisco escribió unas constituciones santísimas y prudentísimas; y ordena en ellas que se admitan en sus monasterios las que por edad ó achaques corporales no pueden entrar en otras religiones, como sean de sano juicio, para que las mozas y robustas sirvan á estas y ejerciten dentro de la clausura la caridad que habian de ejercitar en los hospitales con los pobres. Estas reglas están reducidas á práctica en el Directorio de religiosas, que escribió el santo, y es un libro admirable, que siendo pequeño en el volumen es grande en la substancia y la doctrina. Está es la órden de la Visitacion, que siendo en los principios pequeño árbol, en pocos años extendió sus ramas por toda Francia, llenándola de olorísimas flores, y frutos suavísimos de virtudes y ejemplos en muchos monasterios religiosísimos, que se fundaron, donde los coros de vírgenes, consagrándo á Dios su pureza, y cantándole alabanzas, representaban los coros de los ángeles viviendo una vida mas del cielo que de la tierra. Tambien procuró con grande celo la reformation de algunas religiones, y lo consiguió con hartas dificultades, reduciéndolas á la vida monástica y observante.

No se contentaba el santo con el fruto que hacia en su obispado, ni cabia en él esta luz, que bastaba á alumbrar y abrasar á todo el mundo. Solicitudante de muchas partes codiciosos de su doctrina; y él iba á donde le permitia su primera obligacion. Partióse á la ciudad de Grenoble, cabeza del Delfinado, y silla de su parlamento, la cual lo habia solicitado mucho tiempo con grandes veras; y ahora envió dos senadores á Annesi, para que fuesen acompañando al santo. Estaba esta ciudad llena de herejes calvinistas, mezclados con los católicos; y el santo comenzó su primer sermón con estas palabras: «Veisme aquí, ó ciudadanos, puesto en la cátedra de la verdad: diréla de todo punto, ni habrá cosa en el mundo que me lo embarace; pero si quiero dejarla de decir, ruego á Dios nuestro Señor que se pegue mi lengua á mi garganta, y se seque en medio de mi paladar, de manera que quede mudo.» Díjolas con tanto afecto y sentimiento, que sacó lágrimas á todo el auditorio. ¿Quién dirá cuánto trabajó en la ciudad? Predicaba continuamente y confesaba; recibia visitas de los que venian á consultarle, y visitaba los conventos de

monjas, exhortándolas con pláticas espirituales á la perfeccion y observancia, admirándose todos como tenia tiempo para tantas cosas el que así se ocupaba en una, como si fuese sola. Con esto fueron sin número los herejes que convirtió á la fe, los pecadores que trajo á la penitencia; y las personas que puso en el camino de la perfeccion.

Vuelto el santo obispo á su diócesis, continuó su visita y dejando ahora lo que él obró, que es lo mismo que la primera vez, contaremos un milagro que Dios obró por sus merecimientos. Llegó con su familia fatigado á una casería: pidió al huésped un poco de vino: y respondiendo él muy afligido que no le tenia, porque todo cuanto tenia en su casa se le habia vuelto vinagre; le dijo el santo. Dádnoslo acá y lo probaremos. Trajo el huésped un jarro de vinagre y diósele al santo, ponderando su acedia. Probólo san Francisco, y díjole: ¿Cómo decias que era vinagre, siendo muy buen vino? No lo acababa de creer el huésped: probólo y admiróse; volvió á probarlo, y se certificó que era vino preciosísimo el que ántes era vinagre. No se limitó solo el milagro al vino que probó el santo; mas todo cuanto tenia en su bodega se convirtió en vino precioso, de manera, que publicándose el milagro lo vendió á muy subido precio, queriendo beber todos del vino milagroso. Pasó de aquí á visitar el convento y abadía de Six, que es de canónigos de san Agustín, muy ilustre y antiguo. Visitó este monasterio al principio de su obispado procurando su reforma; y el abad pretendió que estaba exento de la jurisdiccion del obispo, apelando al consejo de Saboya, y hablando con indecencia de la santidad del obispo. Llevó el santo con mucha paciencia estas murmuraciones, y siguió su pleito en defensa de su dignidad, hasta que se declaró estar sujeto á su jurisdiccion: y ahora le visitó otra vez, para perfeccionar la reformacion que habia comenzado. Detúvose en el convento cerca de un mes, acudiendo en este tiempo muchas personas eclesiásticas y seglares de Geix y Chablaix, que con sus criados pasaban ordinariamente de doscientos y cuarenta. Sustentábalos el convento, por no haber lugar cercano, de donde se pudiesen proveer, y Dios obró para sustentarlos muchos milagros: porque el rio Gifria, que corre cerca, dió tanta abundancia de pesca, cual nunca se habia visto en aquel rio. Gastábanse cada día dos cargas de vino y trescientas libras de pan, afligiéndose el santo por el mucho gasto que ocasionaba al convento; mas despues que se fué, examinando los canónigos el gasto que se habia hecho, hallaron que del pan y vino del convento solamente faltaba aquello, que la comunidad hubiera gastado, si no hubiera venido huésped alguno. Admiraron y publicaron el milagro como testigos de vista, diciendo: que por las oraciones del santo obispo habia Dios multiplicado la pesca del rio, y el pan y vino de aquella casa.

El año de 1620 vino de Roma Juan Francisco de Sales, quinto hermano del santo obispo y canónigo de la iglesia de Génova, á quien el mismo santo habia enviado á aquella ciudad á negocios de mucha gloria de Dios. Venia electo obispo de Calcedonia, coadjutor y sucesor de su hermano, y habiase consagrado en Turin; porque lo quiso así el duque al pasar por aquella ciudad. Cuando supo el santo que su hermano venia, le salió á recibir aunque era de noche, y los tres días siguientes le dió su lado derecho, para enseñar al pueblo con esta demostracion la honra que se debe á los obispos. Instruyóle en lo tocante al oficio pastoral, y qui-

so que celebrase órdenes en su presencia, que consagrarse altares é hiciese otras funciones episcopales; porque determinaba dejarle el gobierno de su iglesia, y retirarse á escribir sus libros con mas quietud, y prepararse para la muerte, que miraba ya muy cerca, segun las prendas que el Señor le habia dado. Deseaba retirarse, para atender á esto, al desierto de San German, en el convento de Talloires, de la órden de san Benito, á donde fué á trasladar las reliquias de san German su fundador; y á la vuelta visitó de camino á Juana de Monton, señora de Cheuron, que tenia setenta años, y los achaques que trae consigo esta edad; y consolándola en sus trabajos, le dijo: Ya estamos los dos en la vejez: conviene disponernos para morir. Respondió ella: Monseñor, yo que estoy decrepita, ¿qué tengo de esperar sino la muerte y el sepulcro? Mas V. S. aunque tiene años tiene buena salud, y Dios le dará muchos años de vida, y yo le ruego que se los dé, pues es tan necesario para su iglesia. Replicó el santo: No importa eso: yo, señora, moriré primero; y tú me seguirás despues. El efecto mostró, que habia sido profecía; porque luego empezó el santo obispo á sentir grandes dolores en las piernas, como que se queria caer el edificio, flaqueando los fundamentos. Llevaba sus dolores con grande alegría, y por padecer mas, no quiso que se le hiciese vestido interior, estando roto el que traia, y siendo rigurosísimos los frios aquel año en Saboya.

Estando de esta manera, recibió letras de Gregorio XV, en que le ordenaba, fuése á presidir el capitulo de los monges de san Bernardo, que llaman allá de Santa Maria de Fuliens, y estaba convocado para Piñerol en las faldas de los Alpes. No quiso excusarse el obedientísimo varon, aunque el viaje era tan contra su salud, y tenia tan buen título para exonerarse de él: partióse luego, y fué muy bien recibido de los monges; porque la fama habia esparcido por todas partes las noticias de su santidad y prudencia, y esperaban que con su consejo y autoridad se dispondrian todas las cosas á gloria de Nuestro Señor: y no les engañó su esperanza; porque oia á todos con paciencia: consideraba con madurez y juzgaba con discrecion, de manera, que fué acepto á todos, sin exasperar á ninguno, y asentó todas las cosas sobre una firme paz. Los domingos y fiestas, que no habia junta, se ocupaba en su ejercicio episcopal, confirmaba y daba órdenes con harto trabajo, porque era en medio del estío, y con el peso de los ornamentos pontificales le faltaban las fuerzas, y le causaban grandes desmayos. Vuelto á Annesi, sabiendo que le quedaba poco tiempo de vida, instruía á su hermano en todas las obligaciones del oficio pastoral; y porque una de ellas es repartir á sus ovejas el pasto de la buena doctrina, le leía cada día por algunas horas la sagrada teología: enseñábale algunas veces el modo de predicar á su pueblo con fruto, y quiso oírle un sermón vestido de pontifical, y con el aparato con que predica un prelado en su iglesia; y decíale á sus canónigos lo que san Juan Bautista de Cristo: «Conviene que él crezca, y que yo me disminuya.»

Trataron vistas en Aviñon este año Luis XIII y el duque Carlos Manuel, y tuvo órden el santo de hallarse en ellas. Sentian mucho los de Annesi su partida: temian á sus muchos achaques, y les daba en el corazón no sé que recelo, de que no le volverian á ver mas. Pedíanle que se excusase, mas él respondia, que no podia dejar de ir

á donde Dios le llamaba. Hizo su testamento y despidióse de los canónigos, uno por uno, pidiéndoles que le encomendasen á Dios porque no le volverían á ver. Desahaciéndose en lágrimas, porque les amaba mucho, y era muy amado de ellos: quejábanse amorosamente; porque se ausentaba de ellos cuando no esperaba volverlos á ver. Fué á su convento de monjas: dijo misa, é hizo una plática, exhortándolas á la obediencia y caridad; y echándolas su bendición se despidió de ellas, diciendo: que ya no le faltaba mas que el cielo; y dijo á una niña á quien ántes habia profetizado que no llegaría á los catorce años: Hija, adios, que hasta el cielo no nos veremos mas: lo cual se cumplió presto; porque murió poco despues. El día que se partió se juntó toda la ciudad á su despedida, sin verse ni oirse entre tanta multitud mas que suspiros y lágrimas, por la ausencia de tal padre y pastor, á quien no esperaban ver mas: y él dijo á su hermano, que sin duda moriria, si le daba en el camino algun accidente. Embarcóse con sus criados en el Ródano á mediado noviembrc de 1622: á cuatro millas ántes de Avinion encontró á los consejeros y regidores de la ciudad, que le estaban esperando, y le recibieron como á un ángel bajado del cielo. Fuéronle acompañando, y el pueblo le esperaba, llenos de gente de todos estados los caminos. No se veía otra cosa en los campos mas que demostraciones de alegría, ni se oía mas que alabanzas, con harta mortificación del santo prelado, que entre admiraciones, aclamaciones y aplausos, entró en la ciudad, lleno su rostro de una vergüenza virginal, bajos los ojos y sumido en lo mas profundo de su nada, buscando lugar para esconderse, donde no oyese sus alabanzas.

Estuvo en la ciudad pocos dias, tratando algunos negocios con el vicelegado, y luego se partió á Lion, con el príncipe Mauricio, cardenal de Saboya, donde estaba esperando al rey cristianísimo Victor Amadeo, príncipe del Piemonte, con su esposa Cristina de Francia, hija de Enrique IV. Descaban y pretendían muchos consejeros y señores hospedarle en su casa, y tambien los padres de la Compañía de Jesus en su colegio; mas el santo por no dejar á ninguno quejoso y padecer mas, no admitió ninguno de estos hospedajes, y eligió una casilla muy pequeña, en que vivia el jardinero de las monjas de la Visitacion, expuesta á los vientos y temporales y muy sujeta al humo, y aunque padeció muchas descomodidades, nunca se quejó. Pidiéronle los padres de la Compañía de Jesus, que predicase en su colegio una dominica de adviento: ofreciósele él; y llegando el día, un eclesiástico devoto del santo le llevó un coche, para que fué á predicar, por estar muy lejos del colegio y no tener el santo piés para andar tan largo camino; mas él no le quiso admitir por ningunos ruegos, diciendo: Buena fuera ir yo en coche á predicar la penitencia de san Juan Bautista y la pobreza evangélica. Al otro día llegó un caballero á pedir que le socorriese, porque se hallaba en grande pobreza y necesidad: socorrióle el santo obispo largamente; y diciéndole el caballero, que rogaria á Dios le diese ciento por uno, respondió el santo: Dáte prisa á rogárselo; porque presto ni tú ni yo necesitaremos de cosa de este mundo. Así fué, porque los dos murieron en aquel mes.

Llegada la vigilia de la Natividad de Cristo Nuestro Señor, colocó aquel día una cruz en los frailes recoletos, por habérselo pedido la reina madre María de Médicis, y de-

túvose mucho en esta funcion, padeciendo grande frío. Celebró aquella noche la primera misa en el convento de la Visitacion, é hizo á sus hijas una plática muy tierna y amorosa del Niño recién nacido. Por la mañana confesó á los príncipes Victor Amadeo y Cristina de Francia, y les dijo misa y dió la comunión en la iglesia de los padres dominicos. Despues dudando por las pocas fuerzas y cansancio, si podria decir la tercera misa en sus monjas, envió un sacerdote que se la dijese; pero animándose luego le siguió; y cuando llegó, halló al sacerdote vestido: no permitió que se desnudase; ántes le oyó todas tres misas de rodillas con grande devocion: despues dijo su tercera misa, siendo ya las once del día, y aquella tarde dió velo á dos virtuosas doncellas que le deseaban. La luz al quererse apagar da mayores llamaradas; así san Francisco se esforzaba mas al ir á acabarse, trabajando sobre sus fuerzas, años y enfermedades.

El día de san Juan Evangelista, como á las dos de la tarde, sintió un grande desfallecimiento: acudieron sus criados: llevóle á la cama; y dentro de media hora le sobrevino una apoplejía. Corrió la voz de su enfermedad por la ciudad, y acudieron los médicos para ayudarle con medicinas, y muchos religiosos y otras personas para verle. Volvia en sí de cuando en cuando, y hablaba y respondia con mucho juicio á cuanto le preguntaban, porque siempre tuvo el juicio entero, y la habla libre. Preguntóle un padre de la Compañía, ¿si se conformaba con la voluntad de Dios, y si quisiera que aquella fuese la hora de su muerte? Respondió con grande paz: *Bonum est ponere in Domino Deo spem meam*. Dijo el mismo padre, que pidiese á Dios, que si era posible, le diese la vida, con aquellas palabras de Cristo: *Pater, si possibile est, transeat à me calix iste*: y el humildísimo santo no las quiso decir; pero prosiguió con un suave suspiro: *Non mea voluntas, sed tua fiat*. Pidió que le diesen la uncion: juzgaron los médicos que no era tiempo; y el santo con humildad y obediencia calló, y se sujetó á su parecer: aunque despues se la dieron á la una de la noche. Como no bastaron los remedios ordinarios, recurrieron los médicos á los extraordinarios. Habíanle puesto un emplastro en la cabeza: arancáronlo y diéronle dos botones de fuego; aunque el dolor era tan intenso, que le hacia derramar lágrimas, no se quejaba; ni hacia mas que pronunciar los dulcísimos nombres de Jesus y María. Viendo que no aprovechaba, levantaron de la cabeza otro emplastro tan pegado, que se llevó consigo el cútis, y le dieron en ella tercer boton de fuego. Humeaba la cabeza, como si estuviera toda ardiendo y era el dolor, cual se puede imaginar, y el santo sufría tantos martirios con grande paz y serenidad, como si no le tocaran. Lloraban todos los presentes, viendo que se les moria tan santo prelado; y mas que todos lloraba su querido y antiguo criado Rolando, que llegándose á él le dijo: ¿Cómo señor, no nos decís nada? Respondió: Vivid en paz y temed á Dios. Vieron que le iba faltando el aliento y que queria espirar; y Felipe Malabaila, provincial de los bernardos fulienses, le empezó á decir la recomendacion del alma: y llegando á aquellas palabras: *Sancti Innocentes, orate pro eo*, repitiéndolas tres veces, por ser su día, á la última espiró con grande tranquilidad, á las ocho de la mañana, año de 1622, á los cincuenta y cinco años de su edad y veinte de su pontificado.

Corrió luego la nueva de su muerte por toda la ciudad

fué muy sentida de todos, porque perdía la Iglesia tan gran prelado y pastor. Acudieron á la venturosa casilla todo género de personas, eclesiásticas, religiosas y seglares, señores, caballeros y gente del pueblo, para ver y reverenciar su sagrado cuerpo. Llamábanle santo y bienaventurado: besábanle los piés con gran devoción, procurando llevar alguna cosa suya por reliquia. Abrieron el santo cuerpo por órden del presidente Oller, para embalsamarle: y hallaron un corazon grande, ancho y entero: fué cosa singular nunca vista, y que parece milagrosa, que la bolsita de la hiel estaba totalmente seca, sin gota de humor: lo cual juzgaron los médicos que procedía de la violencia que hacia el santo para reprimir la ira; mas estaba llena de trescientas piedrecitas, del tamaño de una lenteja cada una, de varios y hermosos colores, verdes, rojos, blancos, azules, dorados y otros: y lo que aumentó la admiracion, fué que estaban ensartadas á manera de rosario. No se perdió una gota de su sangre: recogíanla toda en lienzos para reliquia; y si caía alguna en el suelo, le raían, porque no se perdiese. Sus entrañas se repartieron entre sus religiosas y amigos: las piedrecitas se repartieron entre los principes y señores, que las engastaron en anillos de oro, con mas estimacion que si fueran diamantes de muchos fondos: el corzon se llevó en una caja de plata, acompañado de muchas luces, á sus monjas, para que estuviese el corazon del santo, donde estaba su tesoro y su amor, que eran sus religiosísimas hijas. Despues se le llevaron á Luis XIII, rey de Francia, en una grave enfermedad que padeció; y concediéndole Dios salud por la intercesion del santo, engastó su corazon en un relicario de oro muy rico y curioso. Quisieron sus criados llevar luego su cuerpo á Saboya, para consuelo de sus ovejas en tan grande pérdida: vistieronle de ornamentos blancos: pusieronle en una litera, y estando para empezar su jornada, vino un decreto del parlamento para que se detuviesen y depositasen el cuerpo, hasta saber la voluntad del santo obispo. Partióse Rolando á toda prisa á Annesi por el testamento; y mientras venia, se depositó el sagrado cuerpo en el coro interior de sus religiosas. Volvió presto Rolando, acompañado de algunos canónigos y caballeros; y abriendo el testamento, vieron que mandaba el santo se enterrase su cuerpo en medio de la iglesia de las monjas de Annesi, mientras no concedia el Señor la restauracion de la catedral de San Pedro de Génova. Conesto dieron el cuerpo los de Lion; aunque con grande sentimiento, consolándose con que les quedaba en su ciudad el corazon.

En muriendo el santo, manifestó Dios su gloria á diversas personas: porque el mismo día que murió en Lion, decía misa en Annesi por su salud Juan Bautista Guard, canónigo de aquella iglesia; y estando en ella, vió al santo prelado, cercado su rostro de resplandores: con que entendió juntamente que era muerto, y que estaba ya en el cielo glorioso; y luego publicó lo que habia visto. Diciendo misa Claudio Croeix, prior del convento de San German de Talloires, llegando al memento de los vivos, encomendaba á Dios la salud del santo obispo, no sabiendo que era muerto; y subitamente resplandeció todo el altar con una claridad admirable; y en medio del retablo en el lugar de la imagen, vió á san Francisco, que resplandecía como un sol: tenia el roquete mas blanco que la nieve, artificiosamente plegado: traía al cuello una rica

estola de oro, bordada de diamantes, carbunclos, esmeraldas y perlas, la cual prendía con ambas manos: sus cabellos de oro estaban encrespados y formaban una hermosísima corona; su rostro serenísimo, y rasado con una gravedad dulcísima: sus ojos mas resplandecientes que dos estrellas, los cuales á veces levantaba al cielo y á veces bajaba al altar. Recibió el sacerdote con esta vista tan grande gozo, que no pudiendo sufrir sus ojos tanta luz, ni su corazon la abundancia de los consuelos divinos, cayó desmayado sobre el altar. Vuelto en sí, dentro poco rato, no oró mas por su salud; ántes fué compelido interiormente á decir aquella antifona, que reza la Iglesia en el oficio de los santos confesores y pontífices: *Sacerdos et pontifex et virtutum opifex, pastor bone in populo, ora pro nobis Dominum*: la cual acabada, desapareció la vision. Antes de la muerte del santo habia Dios revelado á una religiosa de grande perfeccion el altísimo grado de gloria que habia de gozar en el cielo su siervo Francisco: porque contemplando esta religiosa la gloria de los bienaventurados, vió á san Francisco de Sales unido íntimamente con Dios; y luego su ángel le mostró un trono rico y hermoso y resplandeciente entre los serafines, y le dijo: Este trono es para el santo obispo de Génova, porque es un hombre seráfico, y hace todas las cosas en amor, por amor y para el amor de Dios.

Hizo Dios en vida y en muerte muchos y grandes milagros por este fidelísimo siervo suyo. En una ocasion, que vino á París con el cardenal de Saboya, era tanta la veneracion que todos le tenían por sus virtudes, y los milagros que hacia, que cuando iba por las calles, como siempre andaba á pié, se atropellaba la gente por tocar sus vestiduras, pidiendo al camarero alguna cosa suya por reliquia, y dándole lienzos, para que los pusiese en el lecho del santo, y se los restituyese despues; y con ellos obraba el Señor muchas maravillas. Semejante veneracion tenia en todas partes, y en todas obraba Dios por su medio muchos milagros, dando libertad á los endemoniados, salud á los enfermos, vida á los muertos: pero todos sus milagros son muy inferiores á sus virtudes y por eso no quiero detenerme en referirlos. ¿Quién no admira mas que todos los milagros aquella castidad angelica, como salia vencedor de tantas y tan peligrosas batallas de la carne? ¿Aquel celo apostólico con que, fuera de los pecadores, que redujo á penitencia, convirtió setenta y dos mil herejes á la fé católica, á costa de varios trabajos y peligros de muerte? ¿Aquella fé y fortaleza invencible, con que se entraba en medio de sus enemigos, ansioso de encontrar con el martirio, y derramar su sangre por la verdad que predicaba? ¿Aquella profundísima humildad con que rehusaba las honras y dignidades, y aborrecia sus aplausos y alabanzas? Primero renunció la dignidad de senador: despues no admitió la de obispo de Génova, hasta que entendió ser esta la voluntad de Dios: luego no aceptó los obispados ricos que le ofrecia Enrique IV, ni el capelo de cardenal en que le nombraba, huyendo con mas ansias de las dignidades que otros las buscan. A la humildad añadió la mansedumbre. El padre Teófilo Raimundo, que le trató y comunicó, dice que fué varon de vida inocentísima, y que le convenia bien la alabanza que se da á Moisés: que era mansísimo sobre todos los hombres que habia en la tierra. ¿Pues qué diré de su pobreza y desprecio de las riquezas, con que no quiso vestir seda, ni

tener cosas preciosas, ni coche ni aparato, gustando de andar á pié y aposentarse en casa de pobres, y traer vestidos viejos que él mismo remendaba por sus manos? En una ocasion estaba el santo en su cámara remendando su vestido: entró un caballero sin advertirlo el santo, y viéndole en tal ocupacion, le dijo: Monseñor, ¿qué es lo que hace V. S.? Y respondió con grande sosiego: Estoy reparando lo que yo he destruido. Admiróse el caballero de tan grande ejemplo, y bastó esto para que se afirmase en la fé en que titubeaba. No estimaba en mas el oro, que el polvo que pisaban sus piés: así nunca le quiso admitir por sus sermones, ni quiso mas renta que la que le daba su obispado, que era solamente de mil ducados.

Su caridad con los pobres era entrañable: alegrábase cuando se llegaban á él, y muchas veces los servia por su misma persona, como lo hacia en Annesi al principio de su sacerdocio; siendo piés de los cojos, ojos de los ciegos, y verdaderamente padre de todos los pobres. Antes de ser obispo socorría á los necesitados largamente con limosnas del dinero, que para eso le enviaba su piadosa madre: despues de ser obispo, fuera de su corto gasto, todo cuanto podia daba á los necesitados. Vió en cierta ocasion á un oficial que pasó por delante de él, roto y desabrigo: era invierno, y considerando el frio que padecería aquel pobre hombre, le llamó y le preguntó que si tenia otro vestido, respondió que nó, ni otra hacienda mas de la que traia sobre su cuerpo. Enternecióse las entrañas del piadosísimo prelado, y mandando al pobre que se esperase, entró en su cámara, y desnudándose del vestido interior que traia, que era de paño, se le dió, mandándole que callase. Anduvo desnudo algunos días el santo, padeciendo grande frio, hasta que Rolando lo conoció y le dió otro vestido. El celo del bien de sus ovejas, y de conservarlas en la pureza de la fé y buenas costumbres, se conoce en el cuidado que tenia de visitarlas por sí mismo y por otras personas, dándoles maestros religiosos que doctrinasen su juventud, y fundando nueva universalidad, que fuese alcázar de buena doctrina. Pero no se limitaba su celo á su obispado ni á su vida: deseaba aprovechar á todo el mundo, y hacer fruto despues de muerto; y por esto salia á predicar á diversas ciudades, en cuanto su principal obligacion lo permitió, y escribió muchos libros de provechosísima doctrina, y fundó una nueva religion que fuese una nueva escuela de perfeccion y santidad. El alma que está prendada del amor de Dios, dice el santo en su práctica, que tiene un insaciable deseo de alabarle, y quisiera tener alabanzas infinitas que dar á su amado, por reconocer en él infinitas perfecciones. Conócese bien cuán prendada estaba su alma del amor de Dios en las alabanzas que le daba continuamente. En sus sermones, conversaciones, cartas y libros, no se caian de su boca ni de su pluma aquellas ardentísimas y dulcísimas palabras: «Viva Jesus.» Todos sus libros, y principalmente el de la práctica, están rebosando amor á Dios. Este amor es el que gobernaba los actos de las otras virtudes: y no hay para qué detenernos en particularizarlos; pues, como dijimos, mereció el nombre de seráfico, porque hacia todas las cosas en amor, por amor y para el amor de Dios.

Escribió este santo doctor muchos libros y tratados en que se ven unidas las letras divinas y humanas, para de-

leitar, enseñar y mover. Muchos varones insignes hacen lenguas para alabar los escritos de san Francisco de Sales: pero á todos faltan palabras para celebrarlos como merecen. El sumo pontífice en las lecciones del Breviario romano, dice que este santo doctor, con sus escritos llenos de celestial sabiduría, ha ilustrado la Iglesia y mostrado un camino llano y seguro para la perfeccion. Cuando escribia la práctica del amor de Dios; oyó un día detrás de sí un bramido de toro: asustóse algo con la novedad, y prosiguió escribiendo: y oyendo segunda vez el mismo bramido, se levantó de su asiento y salió á examinar la causa; y no hallando animal alguno que pudiese causarle, conoció que eran sentimientos del demonio, por el provecho que de aquel libro se habia de seguir á las almas. Confirmóse mas despues, oyendo en su aposento cuando se ponía á escribir, ahullidos de lobos y ladridos de perros, y se consoló, viendo que era su trabajo agradable á Dios; pues era aborrecible al demonio. Pero con otras señales mas claras mostró Dios cuán acepta le era esta obra, porque mientras escribia, le regalaba con continuas visitaciones, consuelos espirituales, y algunas veces apenas tomaba la pluma cuando se veia forzado á levantarla; porque era tal el raudal de las dulzuras divinas, que sin poder contener las lágrimas, regaba con ellas el papel. Un día de la Anunciacion de Nuestra Señora recibió un singularísimo favor. Recogióse por la fiesta á rezar el rosario de la Virgen, como solia, y despues se puso delante de un Crucifijo á meditar un capitulo que empezaba á escribir, pidiendo luz al Señor para acertar: cuando á poco rato bajó sobre él el Espíritu Santo visiblemente en globo de fuego, que se dividió en muchas llamas, cubriéndole por todas partes. Al principio sintió un pequeño pavor; mas convirtiéndose luego en una grande suavidad, quedó anegado su corazon en tanta dulzura de amor, que no hay palabras humanas que la puedan explicar. Su rostro exhalaba fuego, y todo él se abrasaba en unas llamas divinas, como si padeciera una ardiente calentura; y no era sino un grande crecimiento de amor. Entró á este tiempo su hermano Luis de Sales, señor de Tuille, que le amaba mucho; y viéndole tan encendido, le preguntó alterado y cuidadoso: qué tenia, y si padecia algun accidente, porque lo indicaba su rostro: No siento dolor ninguno, respondió el santo, haciéndose fuerza para hablar. Quiso dar voces Luis á los criados, y el santo, temiendo ser descubierto, se descubrió á su hermano, y le dijo: Callad, hermano, no deis voces, que yo os diré lo que tengo; pero ha de ser dándome palabra de callarlo; porque es secreto de Dios: y le contó lo que hemos referido.

En su doctrina, como en su vida, se ve aquella alabanza propia del apóstol y doctor de las gentes san Pablo, que le da la Iglesia á san Francisco de Sales, diciendo: que se hizo todo á todos; porque en su doctrina hallan todos los estados enseñanza, y en su vida todos los hombres ejemplo: y aun parece que se hizo todo á todos los santos; porque es vírgen purísimo, confesor esclarecido, pontífice excelente, doctor, que enseñó con obras y palabras, para ser grande en el reino de los cielos, apóstol de muchos pueblos, profeta y patriarca de una nueva religion; y aun podemos decir, que goza la gloria de mártir: pues si le faltó la muerte á él, no faltó él á la muerte. Sigamos pues su doctrina; imitemos sus ejemplos; y le tendremos en la tierra por intercesor, para serle compañeros en el cielo,

donde reina con Dios, cuya gloria procuró tanto ensalzar.

Escribió la vida de san Francisco de Sales en latin y en francés Carlos Augusto de Sales, su sobrino, obispo y príncipe de Génova; y habiendo dicho todo lo que hemos referido y otras cosas que no caben en la brevedad que profesamos, concluye diciendo: «Muchas otras cosas hizo Francisco, que no están escritas en este libro, que si se hubieran de escribir, entiendo no cupieran en el mismo mundo.» Escribieron también su vida en lengua francesa Fr. Luis de Ribera, de la orden de los mínimos; Fr. Juan de San Francisco, general de los fulienses; Fr. Eliberto de Boneville, provincial de los capuchinos de Saboya; y el padre Nicolás Talon, de la Compañía de Jesús. El ilustrísimo Cristóbal Giarda, bernabita, obispo de Castro, hizo un compendio de su vida en lengua italiana; y otro en lengua española el licenciado don Francisco Cabillas; y el padre Teófilo Rainaud, de la Compañía de Jesús, hizo un elogio de este santo doctor. Otros muchos han dicho de él grandes alabanzas; y varones doctísimos han hecho escolios y comentarios sobre los libros de san Francisco de Sales.

SAN VALERO.—Este santo fué otro de los discípulos del apóstol san Pedro, que después de instruido envió á las Galias á predicar el Evangelio de Jesucristo. Acompañado de Eucario y Matesuo llegó á Tréveris, y después de la muerte de Eucario fué consagrado obispo de aquella misma ciudad, gobernando por el espacio de veinte y cinco años. Murió de avanzada edad en Tréveris á fines del siglo primero, después de haber trabajado con celo apostólico en dilatar el imperio de Jesucristo.

LOS SANTOS SARBELIO Y BARBEA, SU HERMANA.—Vivian estos santos en Edesa de Siria, siendo Sarbelio sacerdote de los ídolos. Reprendióle un día san Barsimeo, obispo de aquella ciudad, afeándole su oficio y la monstruosidad de sus dioses, y habiéndose hecho instruir en la religion verdadera, fué bautizado por el mismo obispo juntamente con su hermana Barbea. Interrogado por el gobernador Lisias á causa de semejante mudanza, y habiendo confesado ser cristiano, fué preso, cruelmente azotado, empalado, metido en una hoguera, y por fin degollado con su santa hermana, durante el imperio de Trajano.

SAN CONSTANZO, OBISPO DE PERUGIA.—Recibió en esta ciudad la corona del martirio, juntamente con sus compañeros, en tiempo del emperador Marco Aurelio, por los años 176. Su raro mérito y eminentes virtudes le hicieron tan amable á sus ovejas, que solo por imitar su ejemplo y acompañarle en el cielo, muchos se ofrecieron voluntariamente al tirano, y confesando á Jesucristo fueron inmolados á la ferocidad de los idólatras.

SAN SABINIANO, MÁRTIR.—Fué decapitado en Troyes de Francia, por confesar la fé de Jesucristo, durante el reinado del emperador Aureliano por los años 271.

SAN AQUILINO.—Nació en Milan de padres cristianos: fué educado en las máximas de la religion, y por sus altas virtudes fué ascendido á la dignidad sacerdotal. Por aquel tiempo desolaba á la Iglesia el cisma de los arrianos, y Aquilino, que fué siempre celoso defensor de las verdades católicas, combatió á los nuevos sectarios con todo el valor y con el ascendiente que le inspiraban sus méritos y virtudes. Pero los herejes, que lo habian perseguido constantemente como á su formidable adversario, lograron al fin deshacerse de él, matándole de una estocada, con lo

cual consiguió la corona del martirio en Milan á mediados del siglo cuarto.

LOS SANTOS PAPIAS Y MAURO, MÁRTIRES.—Estaban estos dos santos en Roma en tiempo del emperador Diocleciano, y eran soldados de una legion acantonada entonces en la capital. Habiendo sido acusados de cristianos ante el gobernador Laodiceo, fueron por su orden apedreados en el rostro, hasta que quedaron enteramente desfigurados. Después fueron puestos en prision y azotados en ella con manojos de varillas, y por último, los molieron con pelotas de plomo, hasta que murieron en la via Nomentana por los años 300 de Jesucristo.

SAN SULPICIO SEVERO.—Fué varon eminente en letras y piedad; y aunque se ignoran las particularidades de su vida, se sabe no obstante que contribuyó en gran manera á propagar la religion cristiana en las Galias. Fué algunos años obispo de Bourges, y murió tranquilamente en esta ciudad el día 29 de enero del año 591.

DIA 30.

SANTA MARTINA, VIRGEN.—En tiempo del emperador Alejandro fué santa Martina martirizada: fué natural de Roma y de noble linaje, y desde su niñez fué informada en los secretos de las Escrituras sacras, y arreada de todas las costumbres loables: tenia muchas heredades y riquezas, diólas todas á los pobres con mucha largueza. El emperador Alejandro mandó á algunos de sus caballeros, que fuésen á buscar á los cristianos que hallasen por la ciudad y los hiciesen ir á sacrificar; y ellos andándolos buscando, hallaron á esta santa virgen que estaba llorando, y lleváronla delante del emperador; y viéndola el emperador, fué enlazado por su hermosura, y díjole queriendo vencer su corazon: O doncella de claro linaje, mi intencion es de tomarte por mujer, y de hacerte reina y señora de mi palacio; mas sa critica primero á Apolo. Santa Martina oyendo esto respondió y dijo: Yo me ofrecí en sacrificio á Dios vivo, el cual se deleita en la castidad corporal y en la limpieza de la voluntad, y á él ofrezco yo cada día sacrificio de leer, y á él me encomiendo con toda devocion. El emperador mandó llamar á los sacerdotes de Apolo, y aparejar para sacrificarle, é hizo llevarla allá á santa Martina para hacerle adorar; y santa Martina armóse con la señal de la cruz y alzó los ojos al cielo, abrió las manos y rogó á Nuestro Señor Jesucristo que quebrantase aquel ídolo. Tembló luego la tierra y movióse toda la ciudad, y cayó Apolo con la estátua: quebróse y desmenuzóse del todo; y cayó la cuarta parte del templo y mató gran multitud de gentiles y á los sacerdotes de Apolo que estaban sacrificando; y viendo esto la bienaventurada santa Martina, dijo al emperador: Vé, y ayuda á Apolo tu dios que está deshecho y desmenuzado, y repara su templo que está derribado. ¿Porqué no se levanta á ayudar á sus sacerdotes que están encerrados debajo de la madera y de las piedras del templo que cayeron sobre ellos? Y salió luego el demonio que estaba en el ídolo de Apolo, y luego comenzóse á revolver en el polvo de la imágen, y á decir á grandes voces delante del pueblo todo: Martina, virgen sierva del gran Dios, ¿por qué me echas de mi casa, en la cual ha veinte y ocho años que moro, y muestras mi fealdad á todo el pueblo? Muchos mártires santos han pasado, que no descubrieron mi fealdad: mi poder era grande en maldad;

porque tenia debajo de mi jurisdiccion cuatrocientos sesenta espiritus malos que me obedecian cada dia, y me ofrecian muchas almas; mas ahora haslos hecho huir y partirse de mí é irse al fuego perdurable del infierno. Y despues que el demonio hubo dicho esto, fuése por el aire, dando voces ahullando é hinchiendo de tinieblas los lugares por donde pasaba, y espantando á todos los que miraban; y el emperador no entendiendo ser esto obra divina, mandó herir á la virgen á palmadas y rasgarle los párpados de los ojos con unos garfios de hierro, y los carniceros crueles hicieron luego lo que les mandó el emperador, y comenzaron á dar voces y á decir: ¡Ay de nosotros! ¡Ay de nosotros! que mas somos atormentados nosotros que esta doncella, porque cuatro varones muy claros están delante de ella, que nos dan todas las penas que nosotros damos á ella. La santa virgen alzó los ojos al cielo y bendijo al Señor y rogó por aquellos ocho hombres que la atormentaban, suplicándole que le pluguiese de convertirlos á la fé verdadera, y descendió luego una gran claridad y vino una voz del cielo que dijo: Yo los perdono por la oracion de mi sierva Martina, y tú, hija, ten confianza, porque yo estoy pronto para socorrerte, y no te dejaré ser sobrepujada del demonio que te desea vencer, y aquellos ocho hombres que la atormentaban, viendo aquella claridad y oyendo aquella voz celestial, derribáronse en tierra delante de ella, y rogáronle que les alcanzase perdon del Señor, porque se atrevieron á atormentarla por mandamiento del emperador. Fuéronse luego para el emperador y dijéronle con gran fortaleza de corazon: Emperador, sabe que no adoraremos mas tus idolos, á los cuales habemos hasta ahora servido; porque por la oracion de esta santa virgen habemos conocido el poder de Jesucristo; y oyendo esto el emperador Alejandro, se airó mucho y dijoles: O locos, engañados sois por los encantamientos del Crucificado, en los cuales sois ya enseñados; y ellos, oyendo esto, dijéronle: Verdaderamente eres ciego y mora en tí el demonio del infierno, pues que no conoces al que te hizo y te dió este poder: y el emperador oyendo esto, mandólos poner en el teatro, y rasgar sus carnes con peines de hierro, y los santos varones callaban y alzaban los ojos al cielo, y oraban con cara muy clara; y viendo esto el emperador Alejandro, se llenó de mayor ira y saña, y mandólos descabezar, y ellos armáronse de la señal de la cruz, encomendáronse al Señor, alzaron las cervices y recibieron la muerte con alegría, á 17 dias del mes de noviembre; y otro dia, asentándose el emperador en su trono, mandó que le trajesen delante á santa Martina, y dijo: Traíganme aquella encantadora: veamos otra vez sus encantamientos. Fué traída santa Martina, y como no quisiere sacrificar á los dioses, mandóla el emperador desnudar, azotar y sajar su cuerpo con cuchillos pequeños, y resplandeció la cara de santa Martina así como nieve muy clara, y fué cubierto su cuerpo de gran resplandor, y no la pudieron los gentiles ver por la gran claridad. Salia leche de las llagas de su cuerpo en lugar de sangre, y un olor como si fueran quemados olores y perfumes muy suaves. Como santa Martina hiciere oracion al Señor, despreciase las amenazas del emperador, y reprendiese su locura con gran fortaleza de corazon, mandóla el emperador estirar, atar á cuatro estacas, y azotar con varas; y como la azotasen, cansábanse los que la azotaban, y rogaban al emperador y le decian: Mándanos dejar de ator-

mentar con tan duras penas. El emperador mandábala todavía azotar, hasta que cayeron en tierra así como muertos, los que la azotaban y le daban aquellos tormentos. El emperador viendo esto, estaba en muy gran confusion: llegó á él un hombre poderoso, su pariente, que tenia por nombre Limineo; y djole que la mandase tornar á la cárcel, y la mandase toda empringar con grosura hirviendo, y sería ensuciada y obscurecida toda la claridad que en ella parecia. El emperador mandólo hacer así, y tornándola á la cárcel, entró en ella santa Martina con alegría, haciendo muchas gracias al Señor, y vinieron luego muchos ángeles y loaban con ella al Señor con voces muy deleitables. Al otro de mañana fué Limineo á la cárcel por mandado del emperador, para hacerla traer y atormentarla, y al llegar á la cárcel, fué lleno de olor de muy gran suavidad. Viendo esto, los que iban con él dijeron que aquel olor eran perfumes que habian puesto allí los enamorados de santa Martina; y otros decian que venian de los dioses á ella. Abriendo Limineo la puerta de la cárcel, vió grande resplandor y cayó en tierra con gran temor, y luego que se levantó y entró en la cárcel, vió estar á santa Martina asentada en una silla, y que estaban al rededor de ella muchos varones esclarecidos, vestidos todos de blanco, y que tenia una tabla de oro en la mano, en que estaba escrito: «Muy grandes son tus obras Señor; y todas las cosas hiciste con sabiduría.» Limineo, teniendo grande temor, tornose para el emperador, y contóle lo que habia visto, y decian al emperador, los que lo oian, que era engañado Limineo de los encantamientos de santa Martina. Despues que desaparecieron aquellos varones que estaban vestidos de blanco, fué sacada santa Martina de la cárcel y llevada delante del emperador Alejandro, quien mandó á sus caballeros que la llevasen luego á sacrificar á un idolo de una diosa, que se llamaba Archemida; y entrando santa Martina en el templo, comenzó á dar muy grandes voces el demonio que moraba en el idolo, y decia: ¡Ay de mí! que el fuego corre en pos de mí por todas cuatro partes del templo; y como la santa virgen le mandase que se fuése, comenzó á tronar y á relampaguear, cayó fuego del cielo, quemó á los sacerdotes del templo, y tornó en ceniza el idolo de Archemida. Viendo esto el emperador, mandó extender en tierra á santa Martina, despedazarla con espadas y rasgarle los pechos con uñas de hierro, y ella sufríalo todo con mucho y grande esfuerzo, loando al rey del cielo. Mandóla el emperador echar á las bestias bravas, porque la despedazasen y matasen: soltáronle un leon muy grande que habia tres dias que no le habian dado de comer, porque la despedazase y comiese, y no le aprovechasen sus encantamientos; y viéndola el leon, comenzó á bramar, habiendo de ella compasion, y fuése á ella con cara blanda: comenzóla á halagar; derribóse á sus piés, y comenzóselos á besar y lamer. Santa Martina, viendo esto, dijo: Muy maravillosas son, Señor tus obras; porque veo á los ángeles estar al rededor de tí, loar tu voluntad y refrenar la crueldad de los bravos animales. Viendo esto el emperador, mandó tornar al leon á la jaula. El leon arremetiése, y arrebató á Limineo pariente del emperador, matólo, despedazólo y comiólo. El emperador viendo esto tuvo muy gran tristeza, y lleno de ira mandó quemar á santa Martina: Los servidores de la maldad encendieron gran fuego y pusieron á santa Martina en medio; mas descendió luego gran

lluvia del cielo, vino gran viento, derramó la llama, y quemó á los que estaban al rededor. El emperador mandó raer la cabeza de santa Martina, creyendo que tenia los encantamientos en la cabeza; y santa Martina viendo esto dijo al emperador: Dicen que los cabellos son gloria de la mujer; y tú me haces quitar la gloria que dió Dios á su criatura: por tanto te privará Dios del imperio, y morirás con mucho dolor y tormento. Oyendo esto el emperador, mandóla encerrar en un templo de un idolo que tenia por nombre Zeo, cerrarle la puerta de afuera, y sellarla con su sello. Venian cada dia el emperador y los sacerdotes á la puerta del templo, y no osaban entrar dentro, porque oian muchas voces de ángeles que descendieron á ella del cielo. El emperador oyendo esto, decia á los que iban con él: El gran dios Zeo juntó á todos los dioses para enseñar á santa Martina su doctrina. Al tercero dia mandó el emperador sacrificar muchos toros y abrir las puertas del templo, para ofrecer al idolo de Zeo. Abriendo el templo, vieron estar á santa Martina con gran claridad, y al rededor de ella unos varones de hermosura celestial; y al idolo Zeo estar en tierra quebrantado y despedazado. Maravillándose el emperador de esto, dijo á santa Martina: ¿En dónde está mi dios Zeo? Respondióle santa Martina, y dijo: Mi Señor Jesucristo lo quebrantó y desmenuzó, así como desmenuzó á Archemida y á Apolo. Oyendo esto el emperador, mandóla sacar fuera de la ciudad á descabezar; y se oyó una voz del cielo que dijo: Virgen Martina, porque has peleado como varon por mi amor, entra en mi reino con mis escogidos para que te alegres con ellos para siempre en mi paraíso. Oyendo los carniceros lo que descendia del cielo, cayeron en tierra así como muertos. Vino luego el papa con toda la clerecia: tomaron el cuerpo de santa Martina y lleváronle luego á enterrar con mucha alegría: y ese mismo dia fué herido el emperador de gran dolor de corazon, y comenzó á despedazar sus carnes con gran dolor, y á decir en alta voz: Ten misericordia de mí, Dios de los cristianos; pues soy muy atormentado porque perseguí tu nombre santísimo: así como yo hice, haces tú de mí: y tembló la tierra, y creyeron en aquel dia en Nuestro Señor Jesucristo dos mil trescientos gentiles. Santa Martina fué martirizada el cuarto dia de enero; y la Iglesia hace fiesta á honra y gloria del Señor; el cual con el Padre y con el Espiritu Santo, vive y reina por todos los siglos. Amen.

LOS SANTOS VINCENCIO, ORONCIO Y VÍCTOR, MÁRTIRES. — San Vincencio y san Oroncio, fueron naturales de Italia; y convertidos á la fé de Jesucristo, con grande peregrinacion vinieron á Gerona, ciudad principal en la España Tarraconense. Imperaban los dos mayores perseguidores que ha tenido el nombre de Cristo, y que mas almas enviaron al cielo con la corona del martirio: bastaban estas señas sin decir Diocleciano y Maximiano. Estos, pues, enviaron de Roma á España un adelantado llamado Daciano, muy semejante á ellos en las crueldades y tiranías. Llegó el impio Daciano á Empurias, y estrenó el furor de su ira en el glorioso san Félix: luego que lo prendió lo encomendó á un teniente suyo llamado Rufino, el cual lo martirizó con cruelísimos tormentos. Nuestros gloriosísimos mártires, Vincencio y Oroncio, se hallaban á este tiempo en Gerona, hospedados en casa del bienaventurado san Victor. Viendo, pues, los esforzados caballeros de Cristo la ocasion que tenian de recibir la palma y corona del martirio, ellos

mismos, sin que los buscasen, se presentaron al tirano Rufino, el cual, al paso que mas procuraba disuadirlos, mas constantes los hallaba en la fé: por lo cual, furioso les mandó quitar las inocentes vidas; y así gozosos y alegres confesando con indecible fervor á Jesucristo, fueron degollados; volando sus benditas almas triunfantes al cielo á recibir su merecida corona. Envidioso á lo divino de la felicidad de sus huéspedes quedó el glorioso san Victor: enterró (no sin lágrimas, que tambien las derrama el placer) los sagrados cuerpos, por darles tambien hospedaje en la muerte. Llegó Rufino á entender la suma piedad de Victor: y sin reparar que para vencerle estaba de mas la constancia, pues llevaba el triunfo escrito en el nombre, lo mandó prender: y como al impio lo mas que lo enfurece son las piedades, desapiadado, le mandó cortar los brazos por los codos, para vengarse así de las manos, que, segun su maldito juicio habian hecho tan gran maldad, como dar á la tierra dos árboles soberanos, que tanto fructifican en el cielo, y despues le mandó cortar la cabeza. Ejecutóse por sus verdugos la cruel sentencia, quedando Victor victorioso en todo, en el triunfo y en el nombre, y volando su alma santa á recibir de mano de Jesucristo la paga del hospedaje, que con tanto amor y caridad habia hecho á sus ya triunfantes y gloriosos compañeros, Vincencio y Oroncio. El padre de Victor que tambien era cristiano, huyó temiendo el rigor del tirano: pero su mujer Aquilina, con mayor ánimo y constancia cristiana, fué en su seguimiento, y pudo con él tanto, que lo hizo volver; y así los dos benditos y dichosos casados dieron felizmente la vida y gargantas al cuchillo del tirano, y las almas al cielo en compania de su hijo Victor. Un obispo llamado Poncio, por revelacion divina que tuvo, quiso llevar los sagrados cuerpos de los benditos mártires Vincencio y Oroncio á Italia, su tierra: púsolos en un carro, y caminando con ellos llegó á un lugar en las montañas de los Alpes llamado Ebreduo; y allí pararon los buéyes que tiraban el carro, sin poder moverse ni moverlos mas. Entendida por este prodigio la voluntad de Dios, que era de que los santos cuerpos no llegasen á Italia, los sepultaron en aquel lugar con veneracion que hasta hoy permanece.

Tratando de estos gloriosos y santos mártires los martirologios Romano, de Beda y Usuardo, se diferencian de Adon, arzobispo de Tréveris, en que aquellos ponen su fiesta á 22 de enero, y este á 30; la diferencia está en que aquellos siguen el dia en que fueron colocados en Ebreduo; y Adon el dia en que padecieron martirio, el cual dice fué en España, sin señalar el lugar; mas la córte del vicariato de Gerona tiene un auto, por donde consta que el ilustre cabildo de aquella catedral mandó rezar de los dichos gloriosos mártires, por haber padecido su martirio en aquella ciudad; el cual auto se halla en el libro manual del año 1522 de dicha córte.

SANTA MARCELA, VIUDA. — La vida de santa Marcela, viuda, sacada de lo que de ella escribe el gran doctor de la Iglesia san Gerónimo, que fué su padre y maestro espiritual, en una epístola á Principia, virgen, es de esta manera. Fué santa Marcela romana, nobilísima y descendiente de procónsules y prefectos del pretorio y otros señores clarísimos; y ella fué mas noble por haber hollado la nobleza y servido á Cristo en verdadera humildad y pobreza evangélica. Perdió á su padre y tambien á su marido, con quien vivió solo siete meses, quedando moza, hermosa, rica y

honestísima. Deseó Cereal, que era cónsul, y caballero riquísimo y de gran autoridad, casarse con ella, é hizo muchas diligencias para que condescendiese con su voluntad y le tomase por marido, diciéndole que no la quería tanto por mujer como por hija, porque Cereal era viejo, y por heredera de todos sus bienes. Albina, madre de Marcela, venía bien, y rogaba á su hija que aceptase aquella oferta, por tener tan buen amparo y arrimo en el cónsul; pero nunca pudo persuadirse á su hija; ántes respondió, que si ella no tuviera propósito de dedicar su castidad viudal á Dios, y se quisiera casar, que buscaría marido, y nó herencia. Y como Cereal replicase que los viejos pueden vivir largo tiempo y los mozos morir presto; respondió Marcela agudamente, que el mozo puede morir presto, mas el viejo no puede vivir mucho; y con esta respuesta dió de mano á aquel casamiento, y cerró la puerta á los demás. Vivió con tan estremada honestidad, y tan rara modestia y singular recato, que en la ciudad de Roma, que era patria comun de todo el mundo, y donde habia tantos de vida licenciosa y de lengua maldiciente, y que tenían por honra suya infamar á los otros; no hubo persona que se atreviese á abrir la boca para decir mal de Marcela, siendo moza, viuda y de las calidades que habemos dicho, ó para creerlo si lo hubiese oído. Ella fué dechado de viudas cristianas, y la que con la pureza de su alma, y con sus costumbres y hábito, enseñó á las otras viudas cómo habian de vivir, y la primera que les abrió camino con su ejemplo para el recogimiento y confundió á los gentiles. Su vestido era honesto, y solo para cubrir el cuerpo y defenderle de las injurias del calor y del frio. Dejó todas las cosas preciosas de oro, gastándolas en sustentar á los pobres. Jamás quiso ver á ningún hombre, aunque fuese clérigo ó monge, sin testigo. En su compañía tenia siempre doncellas y viudas, mujeres graves; porque sabía que las culpas de las criadas se suelen echar á sus señoras. Tenia una sed insaciable de leer, meditar y estudiar la sagrada Escritura, y mucho mas de obrar lo que el Espíritu Santo nos ha revelado en ella, pareciéndole que el que guarda exactamente lo que Dios manda en las sagradas Letras, ese merece que Dios le descubra la inteligencia y verdadero sentido de ellas. Por esta causa, habiendo ido san Gerónimo á Roma con los santos obispos Epifanio y Paulino, huyendo de ver y tratar á las señoras principales de aquella córte, fué tanta la instancia que Marcela le hizo, y tanta su importunidad y los medios que tomó para que el santo la enseñase y la alumbrase, y declarase los lugares dificultosos de la divina Escritura, que no se lo pudo negar: y fué esto de manera, que siempre que le hablaba le proponia nuevas cuestiones y nuevas dificultades para que se las soltase y allanase, y para entenderlas mejor, le hacia muchas réplicas; y fué tan bien enseñada del santo, que cuando san Gerónimo partió de Roma para Jerusalem, Marcela quedó como substituta suya, y repetidora de lo que habia aprendido de aquel doctor máximo de la Iglesia; y cuando se ofrecia alguna duda sobre algun lugar oscuro de la Escritura, acudían á Marcela para que le explicase, y ella lo hacia con tan grande modestia, que nunca se atribuía á sí lo que decia, sino á san Gerónimo ó á otros autores, como quien tan bien sabia, que conforme á la doctrina de san Pablo, el oficio de la mujer no es enseñar, sino aprender. Los ayunos de Marcela, dice el mismo san Gerónimo, que eran moderados; no comía carne; bebia un

poco de vino por la flaqueza de su estómago y otras enfermedades, pero tan aguado que no tenia sabor de vino: Salía muy pocas veces fuera de su casa, y escusaba las visitas de las señoras principales, por no ver en ellas lo que habia menospreciado en sí. Visitaba las iglesias de los santos apóstoles y mártires; pero con gran secreto, y á horas que no hubiese concurso y bullicio de gente: y por el amor de la soledad y quietud se salió de Roma, y se fué á vivir á una casa suya de campo. Era tan obediente á su madre, que por darle gusto hacia cosas contra su voluntad; porque como la madre fuese muy amiga de sus deudos y de su sangre, y por no tener hijos ni nietos, quisiese dar su hacienda á sus sobrinos, hijos de su hermana, y santa Marcela se inclinase mas á repartirla á los pobres, dejó sus joyas y ajuar de casa, para que su madre lo diese á los sobrinos ricos, queriendo ántes perder la hacienda que contrastar á su madre. No habia en aquel tiempo señora ninguna romana que supiese qué cosa era hábito ni profesion de monja; ántes se tenia por cosa despreciable é indigna entre la gente principal la vida y nombre de monjas: pero Marcela, habiendo entendido de san Atanasio la vida de san Antonio, y el instituto de las vírgenes y viudas que militaban en Tebaida debajo de la disciplina de san Pacomio, abad; la abrazó con tan grande afecto y voluntad, que se vistió de monja y no tuvo vergüenza de profesar lo que agradaba á Jesucristo, y ella fué la primera que esto hizo en Roma, y despues la siguieron otras muchas señoras, y se instituyeron muchos monasterios de vírgenes purísimas y de monges santísimos; de tal manera, que lo que ántes se tenia por afrenta, despues se tuvo por honra y gloria. De esto se debe la alabanza á santa Marcela, como guia y maestra de las damas, que alzó la bandera de la religion entre las señoras romanas, y con su ejemplo las incitó para que la siguiesen. Y no ménos es de alabar lo que hizo para defender la fé católica y resistir á los que en Roma en su tiempo la pretendieron inficionar; porque habiendo venido de Jerusalem á Roma Rufino, con Melania la vieja, y publicado los libros de Origenes, que llaman *Periarchon* en griego, y en latin *de Principiis*, los cuales estaban llenos de errores y de falsa doctrina, á la cual muchos se comenzaron á aficionar y tenerla por verdadera, clérigos, religiosos y gente de letras, y principal, creyendo que aquella doctrina era aprobada y tenida por buena de san Gerónimo, porque así lo decia el proemio del libro; Marcela se opuso á la mentira, y procuró que se entendiese la verdad, y que no se contaminase la pureza de nuestra santa religion con nuevas y peregrinas opiniones. Escribió á san Gerónimo que estaba en Jerusalem, para que declarase que no tenia parte en aquel libro, y recogiese y confutase las falsedades que habia en él: y el santo lo hizo: y con esta luz y con la inteligencia é industria de Marcela, san Anastasio, papa, que habia sucedido á Siricio, condenó aquellos libros de Origenes, y los errores que habia en ellos, y los autores que los habian sembrado en Roma.

Pues ¿qué diré de la paciencia, seguridad y constancia que esta santa mujer tuvo en aquel naufragio tan espantoso de la ruina y destruccion de Roma; cuando por los pecados de los moradores de ella Dios Nuestro Señor la entregó en manos de sus enemigos, é hizo cautiva y esclava aquella ciudad que era señora del mundo? Tomó Alarico,

rey de los godos, por fuerza á Roma: saqueóla y pasóla á sangre y fuego. Entró en casa de Marcela el soldado vencedor y bravo, para robarla; y recibióla la santa con mucha paz y seguridad. Preguntáronle dónde tenia escondidas las riquezas; y mostrando ella su pobre hábito, declaró que no las tenia, porque voluntariamente habia escogido ser pobre por Cristo; pero los bárbaros y feroces soldados, no creyendo lo que la santa les decia, ciegos con la codicia, la azotaron y la apalearon, sin sentir ella sus tormentos; y postrada á sus piés, con muchas lágrimas les rogaba que no apartasen de sí á una santa doncella compañera suya, que se llamaba Principia, á quien escribe la vida de Marcela san Gerónimo, como testigo de vista, para que no padeciese la moza lo que ella, siendo vieja, no temia. El señor ablandó los corazones duros de aquellos soldados, y entre las espadas sangrientas halló lugar la piedad. Llevaron á Marcela y á Principia los bárbaros á la iglesia de San Pablo, ó para darles la vida ó la sepultura; y santa Marcela con extremada alegría hizo gracias á Nuestro Señor, por haberle guardado aquella doncella, y porque aquel cautiverio no la habia hecho pobre, sino halládo la pobre; porque lo era tanto, que tenia necesidad de pan para comer: y porque estaba tan llena y harta de Cristo, que no sentia la hambre, y podia decir con la palabra y con la obra: «Desnuda salí del vientre de mi madre, y desnuda volveré á ella: como Dios ha querido, así se ha hecho: sea su nombre bendito.» Pasados algunos pocos dias, estando sana, entera y con fuerzas santa Marcela, durmió en el Señor, dejando á Principia, ó en Principia á los pobres por herederos de su pobreza, cerrando los ojos del cuerpo y abriendo los del alma, y dando su espíritu al Señor, y riendo entre las lágrimas de su Principia por el testimonio de su buena vida, que le daba la propia conciencia, y con la esperanza de la eterna, que ya comenzaba á ver por la misericordia del Señor. Murió santa Marcela el año del Señor de 410, en que Alarico, rey de los godos, tomó á Roma. El Martirologio romano señala su dia á los 30 de enero. Escribió san Gerónimo, como dijimos, su vida, y en muchas de sus epistolas hace mencion de ella, y la alaba sobremanera; y el cardenal Baronio en sus Anotaciones sobre el Martirologio romano, y en el cuarto y quinto tomo de sus Anales.

SAN FELIX PAPA, PRIMERO DE ESTE NOMBRE.—Roma fué la patria de este santo, empleándose en fomentar los intereses de la religion. Gobernó la Iglesia universal ascendiendo al pontificado en 29 de diciembre del año 269. Se le da el nombre de mártir, segun leemos en el Concilio de Éfeso y en san Cirilo, nombre que se habia dado tambien á algunos de sus predecesores, no precisamente porque hubiesen sufrido el martirio, sino por las prisiones ú otras privaciones por Jesucristo. En su tiempo la Iglesia se vió afligida por la cruel persecucion que moviera Aureliano. Cinco años gobernó la Iglesia, muriendo en diciembre del año 274.

SAN HIPÓLITO, PRESBITERO DE LA IGLESIA DE ANTIOQUÍA.—Habiendo este santo caído en el cisma de Novato, se arrepintió despues, y por un efecto de la divina gracia volvió al gremio de la Iglesia católica, y en ella y por ella padeció un glorioso martirio. Preguntándole los novacianos cuál camino era el mas verdadero, respondió que abominando el falso dogma de Novato, solo se debia creer

aquella fé que creia la Iglesia católica; por lo cual fué degollado en la misma ciudad de Antioquia, á fines del siglo III.

SANTA ALDEGUNDA.—Nació de la familia real de Francia en Hainault, el año 630. Negóse á contraer matrimonio, y en 661 tomó el velo de religiosa en el monasterio de Malvoidio en Hannonia, donde despues de una vida ejemplar murió el 30 de enero del año 684.

SAN BARSIMEO, OBISPO DE EDESA EN SIRIA.—Fué el apóstol de aquellas regiones, y convirtiólo á la fé á millares de paganos. Su celo por la gloria de Dios le hacia ir á animar los nuevos convertidos que eran entregados al martirio, y por fin fué él tambien martirizado por los años 130, reinando el emperador Trajano.

LOS SANTOS FELICIANO, FILAPIANO, Y SUS CIENTO Y VEINTE Y CUATRO COMPAÑEROS, MÁRTIRES.—Recibieron la palma del martirio en África, pero se ignora cuándo.

SAN BARSÉN, OBISPO DE EDESA.—Fué esclarecido por la particular gracia que tenia de curar los enfermos. Habiendo sido desterrado por Valente, emperador arriano, á los desiertos de Siria, á causa de las doctrinas católicas que predicaba, acabó la vida en el destierro por los últimos años del siglo IV.

SAN ALEJANDRO, MÁRTIR DE EDESA.—Era ya de muy avanzada edad, cuando affligió á la Iglesia la persecucion de Decio. Preso por ser cristiano, y negándose á renunciar á la fé de Jesucristo, fué entregado á los verdugos para que le atormentasen; pero el santo, resplandeciente en sus virtudes y constante siempre en su primera confesion, sufría los martirios con semblante tranquilo, cantando en medio de ellos afectuosas alabanzas al Señor, hasta que fué degollado, ocurriendo su preciosa muerte el dia 30 de enero del año 251.

SAN MATIAS.—Fué el octavo obispo de Jerusalem despues de Santiago el menor. Refiérense de este santo multitud de hechos milagrosos, siendo principalmente memorable por su ilustre fé. Padeció muchas persecuciones durante su episcopado, y murió en paz, entre sus ovejas, el año 125.

SAN ARMENTARIO, OBISPO DE PAVIA.—Es célebre por los milagros que obra el Señor junto á su sepulcro.

SANTA SABINA.—Era una noble matrona de Milan del siglo V. A su devocion y generosidad se debió la traslacion á aquella catedral de los cuerpos de san Nabor y san Félix. Estando un dia Sabina haciendo oracion junto á la sepultura de estos dos santos mártires, voló su alma al cielo.

DIA 31.

SAN PEDRO NOLASCO, PATRIARCA Y FUNDADOR.—La vida de san Pedro Nolasco, gloriosísimo patriarca, y santísimo fundador de la sagrada orden de Nuestra Señora de la Merced, sacada de varios autores, es de esta manera. Nació san Pedro Nolasco en Francia, en el obispado de San Papulo, entre los de Tolosa y Carcazona, en un pueblo, que se llamó antiguamente *Recaudio*, y despues, *Mas de las Santas Puellas*, ó Mansion de las Santas Doncellas, por estar allí un sepulcro de unas santas vírgenes, que murieron en este pueblo desterradas de Tolosa, por haber enterrado el cuerpo de san Saturnino, mártir. Su padre se llamó Guillermo Nolasch, ó Nolasco, y

su madre Teodora, nobilísimos en la sangre; porque estaban emparentados con la primera nobleza de Francia: y no ménos noble en la piedad, y celo de la religion; porque encendiéndose en su tiempo la herejía de los albigeneses, no teniendo poder para reprimirlos, por ser sus fautores y protectores los señores de aquellos estados, se retiraron á esta aldea suya, por huir del contagio de la herejía, y conservar en la pureza de la fé á sus vasallos. Vivian aquí los piadosos casados, ejercitándose en obras de piedad y misericordia, socorriendo largamente á los pobres, y hospedando á los peregrinos que pasaban por allí, de la parte de Francia, á visitar el sepulcro de Santiago apóstol en España; y con estas buenas obras, y continuas oraciones, pedían á Dios que les diese un hijo heredero de su nobleza y rico patrimonio; porque habiendo estado casados muchos años, no tenían fruto de bendición; y á los peregrinos daban ricos presentes, que ofreciesen al sepulcro de Santiago, rogándoles que al llegar al término de su peregrinacion pidiesen al santo apóstol, les alcanzase de Dios el hijo que tanto deseaban.

Quiso Dios cumplir los deseos de Guillermo y Teodora, dándoles mucho mas de lo que pedían; porque un santo sacerdote les prometió de parte de Dios, que tendrían un hijo que ennobleceria mas su casa con sus obras, que todos sus ascendientes con sus hazañas: y un peregrino que volvia de Galicia, les confirmó esta promesa, asegurándoles, que tendrían un hijo por la intercesion del glorioso apóstol de las Españas. Concibió Teodora y parió un niño á 1.º de agosto del año de 1182, día de las Cadenas de san Pedro, en cuya veneracion se le dió el nombre de Pedro en el bautismo, y parece, que el nacer en tal día fué presagio de que nacia para romper las cadenas de los cautivos cristianos, y fundar una religion que tuviese esto por instituto. Nació, como hijo de oraciones y lágrimas, para bien de muchos, y desde luego mostró el Señor, con señales extraordinarias y maravillosas, cuán grande habia de ser este niño; porque se oyeron en el aire músicas de los ángeles, y fué visto su rostro cercado de resplandores que alumbraron toda la pieza, y llenaron de gozo y admiracion á los presentes. Acudieron tambien al palacio de su padre todos los pobres de aquella comarca, atraídos de interior mocion, sin ser llamados ni saber ellos á lo que venian: con que viendo y oyendo tantos prodigios, decian con admiracion y alegría, lo que los montañeses de Judea en el nacimiento del Bautista: «¿Qué ha de ser este niño en quien Dios obra tales maravillas?» El día que Teodora salió á misa con su hijo, al entrar el acompañamiento en la iglesia, un sacerdote que estaba diciendo misa, volviéndose al pueblo para decir: *Orate, fratres*: le tocó Dios las palabras, y dijo en alta voz: *Hic puer erit magnus coram Domino. Ecce propugnaculum Ecclesie, et egenorum solatium*; que quiere decir: Este niño será grande delante del Señor: este será defensor de la Iglesia, y consuelo de los pobres. Criaba Teodora á sus pechos á su hijo; aunque le asistia, como ama, una mujer virtuosa del lugar. Está dejó un día al niño en la cuna en lo mas ardiente del verano á la hora de la siesta, y viniendo un enjambre de abejas, y cercando con blando susurro la cabeza del santo niño, se sentó en su manecilla, y labró en ella un pequeño panal. El enjambre de abejas que vino á laboca de Platon, y de san Ambrosio, denotaba la elocuencia y sabiduria del filósofo y doctor sapientísimo; y

el que vino á la mano del niño Nolasco mostraba que habia de tener en sus manos semejante elocuencia á la que tuvieron aquellos en su boca, predicando y enseñando con obras y ejemplos á muchos; como se cumplió bien después en el resto de su vida.

Parece que nació con este niño la misericordia del vientre de su madre, y que iba creciendo con él desde su infancia, como decia de sí el santo Job: y aun todas las virtudes podemos decir que nacieron con él; porque todas las empezó á ejercitar desde que tuvo uso de razon: y le tuvo muy presto; porque Dios se le adelantó como creen algunos, y á lo ménos las acciones de esta edad no parecen de niño; y de cualquiera manera son admirables. Estando á los pechos de su madre, conocia los mendigos y si tal vez despedian á alguno sin darle limosna, lloraba y se afligia; y el modo de acallarle era dar limosna al pobre: otras veces nose quietaba hasta que se la daban en sus manos para dársela él á los necesitados. Algunas veces se quitaba el mismo los dijes que le ponian, y se los daba á los pobres: y tenian ya tan conocida los de su casa esta aficion, que si alguna vez lloraba, el medio de acallarle era llamar algun pobre de los que pasaban por la calle; y en viéndole el niño, trocaba en risa las lágrimas, y mostraba gusto de pasar á sus brazos. Cuando no se hallaban pobres, le ponian una estampa de la Virgen en las manos, y luego callaba y la besaba, y miraba con gran suspension. Conocia como por natural instinto á los herejes y los aborrecia: y cuando algun deudo suyo inficionado de la herejía, le hacia caricias, le volvia el rostro como espantado de verle; y si le queria tomar en brazos, le apartaba como podia con las manecillas, y lloraba sin poderle acallar: al contrario, en viendo algun sacerdote católico se queria ir á sus brazos de los de la ama, y se afligia si se lo embarazaban.

Cuando creció mas en la edad, le dieron sus padres por ayo y maestro un sacerdote virtuoso, con cuya enseñanza aprendió las primeras letras y se adelantó en las virtudes. Velase en sus ojos modestia, en sus pasos gravedad, en sus palabras madurez, y en todas sus acciones caridad. Asistia siempre á la limosna que se daba en su casa á los pobres, y él por sí mismo la queria repartir: y enseñando su maestro las oraciones á los mendigos, el niño les hacia hincar de rodillas, haciendo él lo mismo, y rezando con ellos. Enseñaba á otros niños las oraciones, y guardaba su almuerzo y merienda para los que respondian mejor. Nunca se desayunaba hasta haber dado la leccion, y desde cuatro años empezó á abstenerse mucho en la comida. Saltase á la puerta de su casa, para llamar á los pobres y peregrinos, que pasaban: y algunas veces saliéndose de casa, volvia sin vestido; y preguntándole sus padres, ¿qué habia hecho de él? respondia: que se le habia dado á un niño pobre, que le habia menester mas que él. Igual era la devocion á las cosas sagradas y el aborrecimiento á los herejes: en viendo algun sacerdote, se hincaba de rodillas, y le besaba la mano; y en viendo algun hereje, huia de él, y no queria sentarse á la mesa de sus padres, si habia en ella algun pariente tocado de la herejía. Hospedóse en su casa el venerable Pedro Duacense, legado apostólico, que pasaba á celebrar el concilio Dibionense; y viendo al niño y haciéndole varias preguntas, dijo con espíritu profético: «Por este niño viviran muchos y moriran muchos, siendo

célebre en España el fruto de sus hechos.» Un día haciendo una bandera de una estampa de la Virgen, juntó todos los niños del lugar, y formando un escuadrón, de que él se hizo capitán, les decía: vamos á matar á los herejes, que son enemigos de Dios y de su Madre, y muramos por la virginidad de la Reina de los ángeles. Negaban los herejes albigenses con su boca sacrilega la virginidad de Nuestra Señora; y por eso singularmente los aborrecía el niño Nolasco, que tenía entrañado en su corazón el afecto á la Reina del cielo. Supieron los herejes circunvecinos este hecho del niño y el pronóstico del legado, é interpretábanlo, que este niño en mayor edad había de ser destrucción de su secta: por lo cual le miraban en adelante con grande aborrecimiento, tanto que su padre, temiendo no le matasen, le envió á un monasterio del Cister, que estaba junto á Carcasona, cuyo abad era Gaudredo, deudo suyo, que después fué legado de Inocencio III, para que se criase entre los monges y aprendiese latinidad, según la loable costumbre de aquellos tiempos, en que se criaban los hijos de los caballeros en los monasterios de los monges.

Con la enseñanza del abad, y compañía de los monges, se adelantó de manera en la virtud, que era admiración á todos: porque así acudía al coro, como si no estudiara; y así estudiaba, como si no tuviera otra ocupación; y en tan tierna edad maceraba su carne con ayunos, cilicios y disciplinas. Deseaban los monges que se quedase con ellos, prometiéndose un gran santo; y él se hubiera quedado, si Dios, que le tenía para fundador de una nueva orden, no dispusiera otra cosa. Teniendo diez años, con ocasión de una enfermedad que le sobrevino, le llevaron á Tolosa al palacio de la infanta Constanza, madre y abuela de los condes de Tolosa, padre é hijo, por desearlo mucho esta señora, y habérselo pedido á sus padres con quienes tenía parentesco. Era la infanta muy católica, y dió maestros católicos al niño, para que le conservasen en la fe; pero los ministros herejes, que tenían mucha entrada en el palacio, con el favor de los condes deseaban pervertir al niño; y él, no pudiendo cerrar sus bocas sacrilegas contra la Madre de Dios, hacia altares, y ponía imágenes de la Virgen en las partes más públicas del palacio, y oraba delante de ellas, para dar en rostro á los herejes. Tuvieron estas imágenes mucha veneración, por haber sido de san Pedro Nolasco, é hizo Dios por medio de ellas muchos milagros.

Habiendo estado dos años en Tolosa, volvió á Santas Puellas, por ocasión de una enfermedad de su padre, que le duró tres años, en que el hijo le asistió y sirvió como hijo y como santo: y fuera de asistir á su padre, acudía á los oficios divinos de día, y á los maitines de noche, que se cantaban en aquel tiempo en su parroquia, y esta costumbre nunca la dejó mientras había oportunidad. Desde este tiempo tomó por costumbre socorrer largamente al primer pobre que encontraba en saliendo de casa, aunque no le pidiese limosna, porque Dios defendiese aquel día su pureza. Murió Guillermo cristianamente, como había vivido, dejando á su hijo de quince años, heredero de su estado y riquezas. Teodora, conociendo su mucha prudencia, le dió el gobierno de todo; y él gobernaba sus vasallos, nó como mancebo, sino como varón prudente; nó como señor, sino como padre; gastando en socorrer á los pobres lo que otros señores de su

edad suelen gastar en vicios y vanidades. Sus deudos pretendían que se casase, porque llevase adelante el esplendor de su casa y familia, y su madre se lo aconsejaba, por quitarle las ocasiones con que vive en el mundo un mancebo soltero y rico, á quien la libertad y el dinero convidan á todos los vicios. Él, que tenía otros pensamientos y deseos, se excusó con ocasión de proseguir sus estudios en París; pero alcanzada licencia de su madre, y estando ya en el camino para esta universidad, tuvo noticia que había muerto su madre: con que le fué forzoso volverse á Santas Puellas, para poner orden en las cosas de su casa y estado. Volvieron sus parientes á importunarle que se casase, proponiéndole muchas conveniencias para su casa y conciencia: y por otra parte el enemigo común, queriendo apartarle de los grandes fines para que adivinaba le disponía el Señor, le arrastró con terribles tentaciones, y por una parte le proponía los riesgos que tenía en el mundo un mancebo soltero, á quien le hervía la sangre, en medio de las ocasiones; y por otra, con tentaciones deshonestas de torpísimos objetos, primero en sueños y después despierto, le hacía experimentar esta dificultad. Era para el santo mancebo esta tentación muy nueva, y no sabía cómo librarse de ella: acudía á Dios con oración fervorosa, y con muchas lágrimas le pedía su favor, y se quejaba amorosamente de que le dejase ser tan combatido del demonio. ¿Dónde estás, Señor le decía, que así me dejais en manos de mis enemigos? ¿No sabéis que yo soy flaco, y mi enemigo fuerte? ¿Que puedo yo sin vuestro favor; y con él, qué tengo de temer? Venid, venid, Señor en mi ayuda, y huyan de vuestra presencia todos mis enemigos. Ilustró Dios con interiores luces su alma; y por fortalecerse contra semejantes tentaciones, hizo voto á Dios de guardarle perpetuamente su virginidad, tomando por medianera á la Virgen de las vírgenes, y pidiéndole su favor para guardar perpetuamente este voto. Mostró Dios que le había agradado mucho este sacrificio con un favor muy singular; porque al mismo punto su virginal y purísimo cuerpo exhaló un olor celestial muy semejante á todos los de la tierra, que llenó de fragancia toda la casa, y le duró hasta que el mismo santo pidió al Señor que le librase de aquella penosa molestia, que por tal tenía la honra, que por esto le hacían. No le hizo esta victoria, que alcanzó del demonio, mas confiado, sino más temeroso; y así aumentó sus penitencias y oraciones: dormía poco y sobre la peana de un altar de la iglesia, ó sobre una tarima: en su casa oraba mucho, y fuera del oficio divino, que aprendió en el monasterio del Cister, rezaba el de Nuestra Señora y de los difuntos: nunca miraba mujer á la cara, ni hablaba con ella, sino era cosa muy de prisa, y habiendo delante otras personas. Agradaba tanto su pureza á la Reina de los ángeles, que le visitaba algunas veces y recreaba con su presencia; y no ménos desagradaba al demonio, que no habiéndole podido vencer con tentaciones de carne, le dió otra batería de vanagloria, con ocasión de venir á él muchas personas atraídas de la fama de su santidad para pedirle consejo: pero no pudo vencer con vanagloria al que no había vencido con la sensualidad; ántes con el favor de Dios y de María Santísima, salió vencedor de todas las tentaciones, y el demonio perdió donde esperaba ganar.

Habiase retirado á otra aldea, porque el lugar de San-

tas Puellas se habia inficionado con la herejia: aqui le vino á buscar Arnaldo, su primo, hijo de la vizcondesa de Narbona, discípulo de Gaufredo, y muy semejante al santo en las costumbres, que despues fué su perpetuo compañero. Crecian los atrevimientos y sacrilegios de los herejes, profanando los templos y las imágenes de la Virgen, declarándose los mas de sus vasallos por los albigeneses; y estas nuevas, juntas con su gran flaqueza, causada del rigor de sus penitencias, le ocasionaron una gravissima enfermedad, que le llegó á punto de muerte. Acudieron luego sus parientes para ser herederos, esperando cada uno ser preferido, por no haber heredero forzoso; mas él hizo su testamento públicamente, diciendo: «Luego que perdí á mis padres, escogí por padre á Jesucristo mi Redentor, y por madre á la siempre Virgen Maria, y por mis hermanos á los pobres: y pues deben ser preferidos los hermanos á los otros parientes, ellos han de ser mis herederos.» Digno testamento de tan grande santo, muy acepto á Dios y á su Madre, aunque no fué bien recibido de sus parientes. Aquella misma noche vino la Reina del cielo á agradecerle aquella obra de tan grande caridad; y recreándole con su presencia, le dijo: «Los médicos te han desaluciado; pero yo nó, que yo no me olvido de los que á mí se encomiendan, y mas, de los que padecen por mi causa y me reconocen por Madre. Yo he alcanzado de mi Hijo para tí muchos años de vida; para que por su honra y la mia, y por tus hermanos los pobres cautivos y encarcelados, trabajos y padezcas mucho:» y tocando con su virginal mano al enfermo, se halló de repente sano. Al otro dia convocando grande número de pobres, les hizo largas limosnas, é hizo vestir y adornar algunas imágenes que los herejes habian ultrajado, y labrar otras muchas, para colocarlas en los templos y repartirlas á los católicos, en desquite de las ofensas que hacian á la Reina de los ángeles los herejes. No sabia el santo qué camino tomar para agradar á Dios: y habiendo hecho muchas penitencias y buenas obras, para entender su voluntad oyó una voz, que conoció ser de la Reina de los ángeles, que le decia, saliese de su tierra, porque habian de venir grandes calamidades, y se fué á España en busca de los pobres: porque allí le habia de hacer su Hijo padre de una gran descendencia. Vendió lo mas que pudo de su hacienda: y dejando á su primo Arnaldo, para que vendiese lo demás, y le siguiese á España, salió de su patria y de sus parientes, como otro Abraham, acompañado de dos criados solamente. Procuró el demonio estorbarle el camino por varios medios: y en una posada halló mucha gente, al parecer piadosa, que entendiendo que iba á España, le procuraron disuadir el viaje, contándole muchos casos lastimosos que habian sucedido aquellos dias en los Pirineos: mas respondiéndole el santo: «Jesus, que va en mi compañía, me librárá;» desaparecieron todos, dejando tan mal olor en la casa, que mostraban bien quiénes eran: y oyóse una voz, que se lamentaba, diciendo: ¡Ah Pedro, que no he podido estorbarle el camino! Despues se le aparecieron dos demonios en figura de peregrinos, y procuraron persuadirle que no pasase adelante; y diciéndole él: Jesus Maria, desaparecieron. Encaminóse á Monserate, para cumplir un voto que habia hecho de visitar aquella casa de Maria: y fué tal su devoción, que subió á pié toda la montaña, y entró de rodillas en aquel templo, donde estuvo nueve dias, regalándose con la Reina del

cielo, y siendo regalado de ella, y ocupándose en continua oracion, ayuno y penitencia. Renováronsele aquellos antiguos deseos de soledad, viendo la quietud de los monjes de aquella casa y de los ermitaños que poblaban aquel desierto; pero mostróle Dios la gloria en forma de una ciudad muy hermosa con varias puertas, por donde entraban personas de diversos estados; y oyó una voz, que le decia: «Muchas mansiones hay en la casa de mi padre:» con que entendié que Dios le queria para otras cosas. Fué muy perseguido de los demonios, que combatieron con él toda una noche, en lo interior con tentaciones, y en lo exterior con golpes y malos tratamientos: pero con el favor de la Madre de Dios, salió vencedor del infierno. No sabiendo aun claramente, qué queria Dios de él, se le apareció el apóstol san Pedro, su gran devoto; y ofreciéndole su patrocinio, le declaró que era voluntad de Dios fué á Barcelona á cuidar de los pobres, especialmente encarcelados y cautivos. Partiése á Barcelona: y en el camino entrando en una iglesia á hacer oracion, viendo que estaban conjurando á un demonio muy rebelde, con pronunciar sobre el energúmeno los dulcissimos nombres de Jesus y Maria, huyó el demonio con admiracion de todos los presentes.

En Barcelona tomó una casa muy apartada del bullicio, junta á una iglesia de San Pablo muy antigua: aqui procuró desconocido cumplir la voluntad de Dios; pero sus mismas obras le manifestaron; porque se ocupaba continuamente en obras de caridad, visitando los hospitales y cárceles, y socorriendo con grandes limosnas á los necesitados. Llevaba algunos dias á los pobres á comer á su mesa: y sucedió un dia, que al entrar en su casa, halló á la puerta un pobre tan asquerosamente llagado, que le dió horror, y volvió á otra parte los ojos: mas volviendo luego sobre sí y corriéndose de sí mismo, dijo: Ó bestia, ¿Qué tropezón has dado? ¿De los pobres de Cristo tienes horror? ¿No sabes que lo que se hace por ellos, por Cristo se hace? Y para vengarse de sí mismo y vencerse mas gloriosamente, le tomó en sus brazos, y metiéndole en su casa le curó con grande amor, chupándole la podre de las llagas con sus labios, y le puso en su mesa por cabecera, y despues le llevó á curar á un hospital, donde le hacia la cama todos los dias, y acudia con lo necesario, dándole de comer por su mano; diciendo, le tenia mucha obligacion, por haber sido medio de poner freno á su carne. Con estas y semejantes obras se llenó en breve la ciudad de sus alabanzas, y llegó la noticia al rey don Pedro segundo, de este nombre, á quien llamaron el Católico, y por cartas que el rey tuvo de Tolosa, en que le decian quien era Nolasco, le hizo grandes honras, y la ciudad de Barcelona le contó entre sus nobles ciudadanos.

Estaba tiranizada de los sarracenos la mejor y mas noble parte de España; y los cristianos que las guerras ó las desgracias ponian en manos de los moros, eran tratados con tanta crueldad, que muchos dejaban á Cristo y seguian á Mahoma, por verse libres de tan grande opresion. Aflijan estas tristes nuevas el corazón compasivo y celoso de Nolasco: y pareciéndole que en nada podia emplear mejor su hacienda, que en librar á los cuerpos de los cautivos de tantos trabajos, y á las almas de la infidelidad, determinó rescatar todos los que pudiese; y alcanzada licencia del rey don Pedro se partió á Valencia; que

era entonces de los moros, llevando cuanto dinero y joyas tenia, sin reservar nada para sí, y con salvoconducto entró en la ciudad, y consoló y animó á los cautivos á que conserservasen la fé, é hizo una redencion de mas de trescientos de todos estados, sexos y edades, y con aquel escuadron entró en la ciudad de Barcelona, triunfando mas gloriosamente que los emperadores romanos: porque aquellos llevaban delante de sí á los libres hechos cautivos; y Nolasco llevaba á los cautivos restituidos á su libertad; imitando como podia el triunfo con que subió Cristo á los cielos, de quien dice el profeta que llevaba cautiva la cautividad. Como habia visto por sus ojos lo que padecian los cautivos en Valencia, y el peligro en que estaba su fé, volvió con mayores ansias de continuar las redenciones, y perpetuar obra tan santa: y para esto le pareció conveniente reparar una congregacion, que el año de 1190 habia instituido el rey don Alonso, el segundo de Aragon, para redimir cautivos, que aunque en vida del mismo rey floreció mucho, ya habia quedado solo el nombre, y estaba casi olvidado su instituto. Entró en ella san Pedro: empezó á pedir limosna para redimir cautivos, y luego otros le imitaron: y sabiéndolo el rey, le mandó que se encargase del gobierno de la congregacion; y el santo con autoridad que el rey le habia dado, admitió á los que quisieron seguirle en los ejercicios propios de ella, y excluyó á los que solo la querian por título honorario: ganando con esta ocasion los primeros émulos y perseguidores que tuvo en Barcelona. Nombráronle sus compañeros por administrador ó superior de la congregacion, como restaurador de ella, y él la puso por nombre: «Congregacion de Nuestra Señora de la Misericordia;» porque su ocupacion habian de ser las obras de misericordia. Señaláronse días para ejercicios de oracion y penitencia, y su principal fin era pedir á voces limosna por las calles para la santa redencion. Fué creciendo de manera esta congregacion en el número y en el fervor con el ejemplo de san Pedro Nolasco, que mas parecia una familia de religiosos que una congregacion de caballeros: porque todo su cuidado era acudir á los templos, frecuentar los sacramentos, asistir á los oficios divinos, visitar los hospitales y pedir para los pobres y cautivos; y finalmente era congregacion de la misericordia en las obras, como en el nombre. Hubo estos años, y especialmente el de 1206, grande hambre y necesidad en el principado de Cataluña, y el santo, de una gran suma de dinero que le habian traído de Francia de la venta de su hacienda, hizo comprar gran cantidad de trigo y cocerlo, y entregaba el pan á los rectores y curas de las parroquias, para que ellos lo repartiesen á los necesitados. Fuera de esto se iba con sus compañeros á los hospitales y socorria largamente á los pobres: salia también á los campos, y traia á los que hallaba enfermos, para que fuesen sustentados y curados. Llegaron las noticias de estas obras de Nolasco y sus compañeros al sumo pontífice Inocencio III, y concedió muchas indulgencias á los congregantes, y á los que ayudasen con sus limosnas á la piadosa congregacion. Hizo el santo de su propia hacienda otra redencion en Valencia de trescientos cautivos, los cuales fueron recibidos en Barcelona con una solemne procesion. Queriendo hacer tercera redencion, pasó á Castilla, caminando á pié, y con grande trabajo y descomodidades: y habiendo recibido una buena limosna del rey don Alonso, pasó á Cuenca á visitar á san Julian;

y el santo obispo oyendo lo que habia hecho san Pedro, y lo que deseaba hacer, levantó las manos al cielo y dijo: *Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit, et fecit redemptionem plebis suae*: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y enviado nueva redencion á su pueblo. Confesóse san Pedro Nolasco generalmente con san Julian, y comunicóle las cosas de su espíritu: y habiendo recibido una copiosa limosna de aquel padre de pobres, se volvió á Barcelona; é hizo tercera redencion en Valencia, igual á las pasadas. Vino por este tiempo su primo Arnaldo, concluida ya la venta de su hacienda, y el santo volvió á Valencia para hacer cuarta redencion; pero hallando muchos cautivos en peligro de negar la fé, y no alcanzando el caudal para tantos, se puso en oracion, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, rogando á Dios por la constancia y fortaleza, de los que quedaban en cautiverio; cuando oyó clara y distintamente aquellas palabras de san Pablo á Timoteo: *Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum, homo Christus Jesus, qui dedit in redemptionem semetipsum pro omnibus*: Uno es Dios y uno es el mediador de Dios y los hombres, Cristo Jesus, verdadero hombre que se dió á sí mismo en redencion por todos los hombres: y entendiendo que estas palabras hablaban con él, y le pedian que imitase al Redentor del mundo, quedándose cautivo por dar libertad á los cautivos; quiso venderse públicamente por esclavo, para rescatar por el precio algun cautivo: pero disuadido su compañero, alcanzó del rey moro que le diese mas de trescientos cautivos, los que escogió dando la mayor parte del precio, y quedándose en rehenes por los demás, hasta que el rey don Pedro, admirado de tan nueva caridad, envió á Valencia lo que san Pedro debía, para que le rescatasen. En el tiempo que estuvo en Valencia, redujo á la fé á muchos que la habian dejado: convirtió algunos moros, é hizo gran provecho en los cautivos y cristianos morárabes, ocupándose continuamente en obras de misericordia espirituales y corporales. Sucedió aquella célebre batalla entre los albigenses y católicos, de que era capitán Simon de Monforte: combatieron de poder á poder los dos ejércitos: el de los católicos, segun dicen graves autores, tenia ochocientos caballos y mil infantes, y el de los herejes llegaba á cien mil hombres de pelea, en que venian los condes de Tolosa, Foix, Besiers, Cominges y el rey de Aragon, aunque en la fé y el nombre católico, á causa de que estas ciudades eran feudos suyos, y tenia deudo en particular con el conde de Tolosa, que habia casado con la hermana del rey. Hallóse en el ejército de los católicos el glorioso padre santo Domingo, entonces canónigo reglar de san Agustin, y despues fundador de la órden de los Predicadores, y san Pedro Nolasco, que aunque pariente del conde de Tolosa, y tan obligado al rey de Aragon, viéndolos en defensa de los enemigos de Cristo, se arrojó á la parte de los católicos: y dicen algunos que tomando una bandera, en que estaba pintada una imágen de Nuestra Señora, orlada con aquel verso de los Cantares: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*; corrió muchas veces por medio de los escuadrones de los enemigos, haciendo grande estrago en ellos la imágen de la Virgen con los resplandores que arrojaba de sí: y al fin con el favor de la Reina del cielo, y por las oraciones de los santos que iban en el ejército, alcanzaron las armas católicas una milagrosa victoria, muriendo muchos milla-

res de los contrarios, y solos siete ú ocho de los soldados del conde; para que se vea que Dios es el Señor de las batallas, y sabe dar la victoria á los pocos contra los muchos, cuando la causa favorece y sus santos ayudan con oraciones. El rey de Aragon quedó muerto en el campo, por no haber seguido los consejos de santo Domingo y de los legados apostólicos que le avisaron se apartase de los herejes como de gente descomulgada por el papa, para no participar de su castigo.

Cayó san Pedro Nolasco en una gravísima enfermedad: y estando esperando la muerte, le visitó santo Domingo, y con su oracion le restituyó la salud, conociendo lo que importaba su vida; y dijo con espíritu profético: «Ojalá mi predicacion haga tanto provecho en Francia, como la caridad de este francés ha de hacer en España, mi patria.» Fué san Pedro Nolasco con oraciones, penitencias y persuasiones mucha parte, para que el conde Simon de Monforte entregase á sus vasallos al rey don Jaime, al cual tenia como preso; y procuróle persuadir que se arrepintiese de los muchos daños que habia hecho por sus particulares intereses y venganzas en las tierras del rey de Aragon; porque sino le amenazaba una desastrada muerte: y díjosele con tanta eficacia, que siendo el conde un hombre á quien temía el mundo, empezó á temblar de las palabras del santo; pero no siguiendo sus consejos, fué muerto en una batalla por los condes de Tolosa. A los condes prometió, que si abjuraban sus errores, mejoraría su fortuna: el viejo despreció su consejo, y murió en su pertinacia: don Ramon el mozo lo ejecutó, y volvió al lustre antiguo de su estado: cumpliéndose en todos la profecía del santo.

Vuelto san Pedro Nolasco á Barcelona, recibió en su congregacion á don Ramon Montoliu, caballero muy principal; y con la hacienda que le entregó, para que la repartiase á los pobres, socorrió muchas necesidades: y viendo que quedaban otras muchas, que pedian remedio, envió á sus congregantes á pedir limosna por diversos lugares de Cataluña. Empezaron algunos á tener empacho á pedir limosna por las calles, pareciéndoles no era conforme á su calidad y reputacion: súpolo el santo; y para alentar á otros con su ejemplo al desprecio del mundo, un día de carnestolendas, en que estaba Barcelona en sus mayores regocijos, vestido pobrementemente y acompañado de un gran número de mendigos, con un crucifijo en las manos, salió por las calles diciendo en altas voces: «Hermanos, breves son los dias de la vida del hombre; y solo Dios sabe cuál será el último de cada uno. Muchos de los que ahora viven, morirán dentro de breve espacio; y á la hora de la muerte les pesará del tiempo que gastaron en vanidades, y se alegrarán con las buenas obras que hubieren hecho. Obremos todos bien, mientras tuviéremos tiempo, y con obras de caridad y limosna negociemos el perdón de las culpas pasadas, y el premio de la bienaventuranza.» Seguíale muchos de la ciudad, compungidos, convirtiendo en lágrimas las risas y desenvolturas de aquel día: y los compañeros, conociendo que aquella demostracion habia sido una táctica reprehension de su cobardía, se echaron á sus piés arrepenidos, y con este ejemplo se determinaron á seguir á Cristo y hacerse sordos al *qué dirán* del mundo, que tiene tiranizada tan grande y tan principal parte de él. Con el fruto que sacó de esta salida, continuaba muchas veces el sa-

lir por las calles y plazas, y donde veia concurso, les hacía pláticas; exhortándolos á la caridad y aborrecimiento de los vicios. Asistieron un día á la plática algunos que estaban encenagados en los vicios que reprendia el santo: y pareciéndoles que decia por ellos lo que les tocaba á ellos, se irritaron mucho, teniendo por atrevimiento grande que un extranjero viniese á reprender con tanta libertad á los ciudadanos de Barcelona, é incitados del demonio, determinaron matarle; y para que fuese con mas disimulo, armaron aquella noche una pendencia á la puerta de la casa del santo para quitarle la vida cuando saliese á ponerlos en paz. Revelóle Dios el intento de aquellos hombres malvados: salió á esperarlos á la puerta de su casa; y al punto que llegaron, les dijo: Hijos, ¿por qué me quereis matar no habiéndos yo ofendido en nada? ¿Por qué me quereis dar la muerte, deseando y procurando yo daros la vida? Quedaron confusos y admirados los agresores, y echándose á sus piés, le pidieron perdón; y el santo los perdonó y abrazó, exhortándolos á hacer penitencia para que Dios los perdonase. En otra ocasion, por haber recibido en su congregacion á un mancebo noble, llamado Raimundo de Blanes, que despues fué religioso de la Merced, y protomártir de ella, le dió el padre del mancebo una bofetada en una calle pública, y el verdadero discípulo de Cristo, hincado de rodillas, ofreció la otra mejilla para que le diese otra: y queriendo algunos vengar este agravio, no lo consintió, diciendo que los siervos de Cristo se han de vengar, no haciendo injurias sino sufriendolas, y que él no habia venido á España en busca de honras, sino en busca de afrentas, y pues las habia hallado, no habia por qué desecharlas.

Hizo otra redencion en Valencia de trescientos y veinte cautivos: y no alcanzando el dinero, el rey moro se contentó con que le diese palabra de enviarle lo que faltaba. Volvió á Barcelona, y vendió públicamente su casa y alhajas, y hasta la cama en que dormía, para pagar la deuda y redimir cautivos. Mas con ser tal la vida de san Pedro Nolasco, que admiraba y confundía á los que tenian buena vista, ofendia tanto á los malos, que se ciegan con la luz, por verle tan aplaudido del pueblo, y con la gracia del rey don Jaime que habia sucedido al rey don Pedro su padre, la cual ellos deseaban para sí que afirmaban, era toda su santidad hipocresía, y que compraba con sus limosnas el aplauso del pueblo, y llegaron á decir al rey, que le desterrase de su reino, como á hombre pernicioso; porque esto convenia al bien de su corona. Y viendo, que con estos medios no podian entibiar el cariño del rey, que con tanta razon le estimaba, pusieron dolo en la pureza de su fé, haciendo sospechosas sus mas ilustres acciones, diciendo que el desposeerse de todo era por imitar á los herejes que se llamaron *Pobres de Leon*, y á los patarenos que empezaron desposeyéndose de todas las cosas, como si no fuera mas razon, viendo que en todo conformaba su vida, compararle á los apóstoles que lo dejaron todo por seguir á Cristo desnudos. Mas ¡á qué no llega la malicia! ¡En qué no pondrá dolo! Pues convierte la triaca en veneno, quiere hacer vicio de la misma virtud y á la caridad argumento de falta de fé, cuando es el mas abonado testigo de la fé la caridad. Esparcieron por Barcelona y otros lugares de Cataluña libelos, en que ponderaban las mismas razones, y diéronles al rey, suplicándole que atajase con tiempo el fuego que se empezaba á

emprender en su reino, antes que levantase tanta llama que no se pudiese apagar con las lágrimas de todos los buenos. El rey, aunque tenia tanta satisfaccion de la santidad de Nolasco, todavía por no errar en cosa de tanta importancia, consultó á su confesor que era san Raimundo de Peñaafort, el cual le confirmó en la grande estimacion que tenia del santo, con que no tuvo efecto la pretension de sus enemigos, y él salió con mayor honra de estas calumnias. No bien sosegada esta tempestad, se levantó otra mas peligrosa y que sintió mas el santo, porque la primera se oponia á la persona, y esta á la obra que Dios le habia encomendado. Algunos, demasiado estadistas, impugnaban la redencion de los cautivos, con razones mas políticas que cristianas, pero el santo salió á la defensa y deshizo con razones verdaderas las aparentes, y con razones divinas las humanas. Tomó el demonio otra máscara para embarazar la obra de la redencion, y se vistió con capa de piedad para disimularse mas. Quejábanse muchos, de que faltaba á los pobres del reino el dinero que se llevaba fuera, para redimir cautivos, y que era desordenada caridad dejar perecer á los pobres que tenian á los ojos, por cuidar de los que no veian y mas puesto en razon socorrer á los propios que á los estraños, y los jurados de Barcelona se fuéron á quejar al obispo, proponiéndole estas y otras razones en un largo razonamiento. Turbó mucho esta persecucion á los compañeros del santo, y trocó á muchos de los que antes estaban en favor de la congregacion. Acudió el santo á san Raimundo de Peñaafort, que era confesor del rey, como acabamos de decir, y tambien su confesor, y san Raimundo le animó á sufrir y esperar, y con su autoridad y prudencia habló al obispo y gobernadores, y sosegó por entonces la persecucion.

Pero el demonio, viendo que no habia podido anegar al santo en tantas tormentas como habia levantado, metióle la tormenta dentro del alma, y permitióle Dios para mayor merecimiento de su siervo. Aflijóle con grandes tentaciones y desconfianzas de si erraba en el juicio, y pensando que hacia lo mas agradable á Dios, embarazaban mas los que se oponian á esta obra, porque como santo creia que les movia buen celo, y como humilde desconfiaba de su parecer. Empezó á dudar qué haria, y pudo tanto con él su temor, que resolvió retirarse á un desierto, juzgando que esto era lo mas seguro y en que habia menos peligros de errar; con todo esto no quiso ejecutarlo sin consultar primero á su confesor. Conoció san Raimundo que aquella era tentacion del demonio, desengañóle y alentóle á proseguir en lo comenzado, diciéndole, que Dios no le queria para el retiro sino para que le sirviese en el mundo, haciendo bien á sus prójimos. Consolóse por entonces el santo, mas volviendo por la noche la misma tentacion, con mayor fuerza le proponia el demonio que la doctrina de su confesor era buena para varones perfectos y experimentados, nó para mancebos sin experiencia y virtud como él pensaba que era. Al fin, viendo que crecian las olas y querian anegarle, clamó al Señor, que parecia estar dormido en la nave, pidiéndole su favor y poniendo por intercesora á María Santísima. Apareciósele luego el Señor que nunca desampara á sus siervos, y díjole: «No te turbes Pedro, porque no me dejas á mí, cuando para consolar al afligido y socorrer al necesitado te

apartas de la oracion:» y mostróle la gloria de los bienaventurados y la variedad de caminos que van á aquella patria celestial. Ausentóse Cristo, y luego se le apareció el apóstol san Pedro, y le animó á proseguir en lo comenzado, ofreciéndole su asistencia, y asegurándole que aquella era la voluntad de Dios, de lo cual veria claras señales al dia siguiente. Sucedió así; que al dia siguiente amanecieron trocados sus émulos y de perseguidores, hechos protectores, porque sin saber quién los movia, como si se hubieran concertado, se empeñaron en favorecer al santo y á su congregacion. Por muchos trabajos y persecuciones habia de llegar san Pedro Nolasco á ser redentor de cautivos; pues por ellas llegó Cristo á ser redentor de los hombres, y de esta manera le disponia Dios para fundar una religion de redentores. Previno Dios á san Pedro Nolasco con misteriosas revelaciones. Un viernes santo vió en sueños en el atrio de un magnifico palacio, una oliva verde y frondosa, cargada de fruto: estando divertido mirándola, salieron del palacio dos varones ancianos y venerables, que le dijeron venian enviados de su rey á encomendarle que cuidase de aquel árbol, sin permitir que alguno le destrozase ó maltratase; luego vió salir dos hombres fieros y bárbaros, que empezaron desapiadadamente á desgajar sus ramas, y arrojar y pisar sus frutos, pretendiendo arrancar la oliva, si pudiesen. Opúsose el santo á su barbaridad, batallando con ellos para defender la oliva, y reparó que cuantas mas ramas le quitaban, mas hermosa y frondosa reverdecia, saliendo de sus raices hermosos pimpollos, que creciendo imperceptiblemente, llenaban todo aquel espacioso atrio. Desapareció la vision, y aunque el santo no entendió por entonces lo que significaba, se lo mostró despues el Señor, y él lo declaró á algunos de sus hijos. Dos esplicaciones dan los historiadores á esta vision: la primera que el atrio es el mundo; y la oliva la santa Iglesia, combatida de los enemigos de la fé: de los cuales, principalmente de los mahometanos, la habia de defender san Pedro Nolasco y su religion: la segunda, que el atrio es la Iglesia, y la oliva la órden que el santo habia de fundar: á la cual han procurado los mahometanos y otros enemigos de Cristo destruir y desgajar, quitándole tantas ramas como hijos suyos ha hecho mártires; pero con eso ha crecido mas y se han entendido en la santa Iglesia, siendo cada uno de estos mártires como grano de trigo, que muerto, crece multiplicando. Y verdaderamente con mucha razon se puede decir de esta religion de san Pedro Nolasco: *Sicut oliva fructifera in domo Dei*, que es como una oliva fructifera en la casa de Dios; porque esta sagrada religion anuncia á los presos y cautivos la libertad, como el ramo de oliva, que llevó la paloma, la anunció á los que estaban presos y cautivos en el arca. La oliva, segun dice san Ambrosio, es símbolo de una insigne misericordia; y ¿qué mas insigne misericordia que la que usa esta sagrada religion, pues se queda cautiva, por dar libertad á los cautivos? Y si la oliva siempre está verde y con hojas, como afirma Plinio, siempre esta religion florece en varones insignes en letras y santidad. Desde que tuvo san Pedro Nolasco esta vision, andaba ansioso de entenderla, pidiendo á Dios que se la declarase, poniendo como siempre á María Santísima por medianera, hasta que llegó el primer dia del mes de agosto en que se celebran las Cadenas de san Pedro, y cumplia años san Pedro Nolasco: y estando aquella noche el santo

en fervorosa oracion, pidiendo á Dios que librase á los cautivos de las cadenas de los moros, como habia librado á su apóstol de las de Herodes, vió de repente á la Reina de los ángeles que, como dice san Efrén, es la verdadera redentora de cautivos, con grande majestad y gloria, vestida de un hábito blanco, acompañada de san Pedro y Santiago, patron de España, y los santos patrones de Barcelona, y le declaró como era la voluntad de su Hijo y la suya que se fundase una religion en su nombre para redimir cautivos, con obligacion de quedarse en prisiones si fuese necesario, para que queden libres los que estuvieren á peligro de faltar á la fé. Tambien apareció la Virgen y declaró lo mismo al rey don Jaime y á san Raimundo de Peñafort. A la mañana se juntaron el rey y los dos santos, y confirieron las revelaciones, y no pudiendo dudar que era de Dios, trataron de cumplir la voluntad de la Reina del cielo, y fundar la religion á los 10 del mismo mes de agosto.

Quiso el rey que fuese orden militar, para que entrasen en ella muchos caballeros que eran de la congregacion de la Misericordia, y habian servido con gran valor en las guerras pasadas; y san Pedro Nolasco quiso que tuviesen sacerdotes para el coro, que enfervorizasen á los legos en la contemplacion; y luego se fundó en la iglesia catedral de Barcelona la sagrada; real y militar orden de Nuestra Señora de la Merced á 10 de agosto del año de 1218, como dicen los historiadores de la Merced, y otros graves autores de fuera de ella; dado que otros lo contradigan y afirmen que se fundó el año de 1223; mas para mi intento importa poco esta diferencia, y así dejo esta cuestion á los que escriben mas largamente la vida de este santo patriarca. Tomaron el hábito blanco, por haberse aparecido la reina de los ángeles vestida con él: y el rey, como á fundacion suya, la señaló con el escudo que traen los religiosos en sus pechos, dándole las barras de sus armas y una cruz blanca, armas de aquella santa Iglesia donde se fundó la religion, la cual confirmó Gregorio IX en Roma á 17 de enero del año 1230, y el año de 1233 en Perosa le dió la regla de san Agustín: y despues le han concedido los sumos pontífices muchas gracias y privilegios, por sus utilísimos y gloriosísimos trabajos. Hizo san Pedro Nolasco los tres votos solemnes y substanciales que tienen todas las religiones, y añadió un cuarto voto solemne de redimir cautivos, y quedar por ellos en rehenes si la necesidad espiritual lo pidiese; y este voto dejó á su religion, obligándose sus hijos á perder la libertad y exponer la vida, porque conserven la fé los cautivos cristianos que estuvieren á peligro de perderla: que es lo mas á que pudo llegar la caridad; porque si, como dice Cristo, ninguno tiene mayor caridad que el que da la vida por su amigo, ¿qué caridad tienen aquellos que se obligan con voto á perder la vida por sus hermanos, si fuere necesario, para que ellos no pierdan la fé? Como muchas veces ha sucedido á estos sagrados redentores, verdaderos imitadores del Redentor, que dió la vida para redimir cautivos del demonio y del pecado.

Dió el rey un cuarto de su palacio para el primer convento, y en adelante trajo el escudo de las armas de esta orden, y en las principales festividades se vestia el manto blanco, trayendo, en cuanto su dignidad le permitia, el hábito de su religion. Luego inmediatamente dió san Pe-

dro Nolasco el hábito de su religion á doce caballeros, y despues le fué dando á otros muchos, creciendo cada día esta nueva planta y oliva que plantó san Pedro Nolasco, que despues ha estendido mucho sus ramas y sus frutos por España, Francia, Italia y las Indias occidentales, donde fueron sus religiosos con los nuevos descubridores; y hoy tienen ocho provincias de ilustres y numerosos conventos en los reinos, que convirtieron á la fé. Pero no es maravilla que haya crecido tanto esta sagrada orden, siendo su principal fundadora la Reina de los ángeles, como lo afirma el sumo pontífice Paulo V en la confirmacion de sus privilegios: y el mismo pontífice concedió á esta religion, que celebrase el día de su fundacion con oracion y acciones que publiquen esta verdad.

Las virtudes que ejercitó san Pedro Nolasco, siendo padre de su religion, se pueden conocer por las que ejercitaba, siendo particular; y las que tendria cuando varon y anciano, por las que tenia cuando niño y mancebo; y la cantidad de consumado, por la de principiante y novicio de la virtud. Empezó á ejemplo de Cristo á obrar ántes que á enseñar, para enseñar á sus hijos mas con obras que con palabras, siendo el primero en todas las observancias de su orden y el último en el concepto de su humildad. En lo que mas se señaló, fué en la caridad y celo de la redencion de los cautivos: para esto prosiguió con el rey don Jaime las instancias que ántes le habia hecho, de que liciese cruda guerra á los moros, profetizándole las conquistas de las Mallorcas y reino de Valencia, á que le acompañó con sus religiosos, obrando en ellas por sus oraciones Dios muchos milagros. Escribió varias cartas al santo rey don Fernando de Castilla, profetizándole sus victorias. Fueron tantas y tan ilustres sus profecias, que en Castilla le llamaban muchos: *El Profeta tarraconense*. A san Luis, rey de Francia, visitó y persuadió la conquista de la Tierra Santa, y convirtió en ida y vuelta muchos herejes, y fundó algunos conventos de su orden. Fué al reino de Valencia á verse con el rey don Jaime: y andando en la fundacion de algunos conventos en las fronteras de Murcia, supo como bajaba el infante don Alonso de Castilla á tomar posesion de aquel reino, que su rey Huédel habia ofrecido al santo rey don Fernando, y le acompañó con muchos de sus religiosos, y fundó convento con advocacion de Santa Olalla, donde dijo la primera misa que despues de su restauracion se vió en aquella ciudad, dejando algunos sacerdotes que administrasen los sacramentos á los soldados que quedaron de guarnicion: á todos los cuales quitaron la vida, despues en su levantamiento, los moros.

Padeció en varias ciudades del África crueles tormentos por la redencion de algunos cautivos que estaban ya resueltos á dejar la fé, y por la conversion de muchos moros: y en una ocasion le metieron en alta mar en un barco sin velas ni remos; pero estendidos los brazos en forma de cruz, sirviéndole la cruz de árbol y el manto de velas, siendo Dios el piloto, llegó el barco salvo á la Playa de Valencia. Era grande el deseo que tenia de morir por Cristo, y duróle toda la vida el sentimiento de no encontrar la corona del martirio, que buscó muchas veces con gran diligencia. Fué devotísimo de la Reina de los ángeles, á quien hizo particulares servicios, y de quien recibió singulares favores. Instituyó se cantase todos los sábados con gran solemnidad la Salve, y que se celebrase en su reli-

gion la fiesta de su Concepcion, por haber oido á los ángeles, que en el coro de su convento de Barcelona, están el santo en oracion, cantaban el oficio de este misterio. Visperas de la Purificacion de Nuestra Señora, descuidándose el campanero de tocar á maitines, el santo fué á tocar; y pasando por el coro, le vió lleno de luces, y entrando dentro, halló á los ángeles en las sillas, y presidiendo á la Madre de Dios; y puesto á sus piés, estuvo, como en la gloria, tres horas, que tardó aquella celestial capilla en cantar alabanzas á su Reina. Estando ausente el santo padre, fué vista la Reina de los ángeles muchas noches bendecir los dormitorios de su convento. Le descubrió Dios muchas imágenes milagrosas de su Madre, ocultas desde la entrada de los moros: en Valencia la del Puche, debajo de una campana: en el mismo reino, Nuestra Señora de Arguines, guardada milagrosamente en el hueco de un olivo por muchos siglos: en Menorca, Nuestra Señora del Toro, por haberla defendido estas fieras muchos años cerca de una cueva. Pero mas es haber venido muchas veces la misma Virgen desde el cielo, para visitarle y regalarle como á hijo querido. Libráronle de grandes peligros los santos ángeles, así seglar como religioso. Yendo un día por el campo de Barcelona, juzgando dos facinerosos, que hombre qué hacía tantas limosnas llevaria consigo cantidad de oro, salieron á matarle; y al verle en lugar solo y apartado, queriendo ejecutar su mal intento, salieron dos ángeles en traje de peregrinos, que diciéndole venian de Monserrat, le tuvieron divertido hasta volverle á la ciudad; y al entrar desaparecieron; de lo cual admirados los ladrones, se le echaron á los piés, tocados de Dios, y le pidieron perdon de su intencion dañada. Muchas veces se libró de la muerte que le querian dar algunos hombres malvados, por aviso de su santo ángel: el cual se le mostraba algunas veces en forma visible, quitándole los temores que en tan santa vida tenia de su salvacion. Su penitencia fué austérrima: trayendo el cuerpo ceñido con una cadena, corrió varias veces á pié toda España: unas, llamado de sus reyes; y otras, por su embajador, sin tener mas cama que las peanas de las iglesias á donde llegaba. En estos viajes juntó grandes limosnas, con que hizo muchas redenciones, sacando de la esclavitud á innumerables cautivos. Gastaba mucho tiempo en la contemplacion de las cosas divinas, y en ella padecia éxtasis y era muy regalado del Señor. Siete años ántes de su muerte renunció el generalato de su orden, recogiendo solo á tratar de morir. Padeció muchas y penosas enfermedades; y estando un día desconsolado de no haber podido ir á venerar las reliquias de su gran protector el apóstol san Pedro, se le apareció crucificado, y le dijo: Ya yo vengo á verte á ti, porque tú no puedes ir á visitarme. Supo del cielo el tiempo en que habia de morir el santo rey Fernando, y le escribió, pidiendo le echase su bendicion y le favoreciese delante de Dios, á quien tan presto habia de ver, escusándose por su grave enfermedad de no ir á despedirse de él; y desde entonces el santo rey trató de disponerse con mas desvelo para la muerte. Un año ántes de morir supo el día, por revelacion del cardenal san Ramon, y todo él estuvo recogido, negándose á la comunicacion de los hombres, por tratar á solas con Dios. Pocos dias ántes que muriese, sintiendo por sus dolores no poder asistir á los maitines de la Purísima Concepcion, le consoló Dios enviando án-

geles que le llevasen á asistir con sus religiosos en el coro, como lo habian hecho dos años ántes, para que asistiese á los maitines de Navidad. Llegó el tiempo en que esperaba el cumplimiento de la palabra de san Ramon, y se previno con los santos sacramentos, cercada su cama del obispo y gobernadores de Barcelona, y de sus primeros compañeros, á los cuales habia hecho llamar, para que le acompañasen en aquella hora: y habiendo exhortado á sus hijos á la caridad con los cautivos, y pedídoles perdon del mal ejemplo, que les habia dado: gozoso él, porque se acercaba á la gloria; y tristes y llorosos ellos, porque los dejaba tal padre y maestro: dijo con gran devocion el salmo: *Confitebor tibi, Domine, in toto corde meo*; y al llegar á aquellas palabras: *Redemptionem misit Dominus populo suo*, nació al cielo en la misma noche que Cristo nació al mundo, y entró este redentor de cautivos en la gloria en la misma hora que el Redentor de los hombres entró en la tierra, á las doce de la noche de la vigilia de Navidad, del año de nuestra salud de 1256, entregando su dichosa ánima en manos de María Santísima, y del glorioso apóstol san Pedro, y los santos patronos de Barcelona, que acompañados de coros de ángeles vinieron por ella, y se la llevaron á la gloria, como lo merecieron ver algunas personas santas.

Es muy digno de consideracion, cuántas cosas hizo el Redentor del mundo semejante así á este redentor de cautivos, para que mereciese gozar tan sublime y glorioso nombre. El nacimiento de san Pedro Nolasco fué profetizado y prometido á sus padres por un santo sacerdote y un ángel en figura de peregrino, como el de Cristo fué prometido por los profetas, y anunciado á María por el ángel san Gabriel. Al nacer el niño Nolasco, fué visto cercado de resplandores, y la pieza donde nació se llenó de luces: bajaron del cielo los ángeles á cantar alabanzas á Dios, y traer alegría á los hombres, y vinieron los pobres de la comarca á festejar el nacimiento, traídos de una fuerza celestial, como al nacer Cristo, sol de justicia entre luces y resplandores, cantando los ángeles, gloria á Dios y paz á los hombres, y vinieron los pastores llamados de un ángel, á adorar á su Redentor recién nacido: y fué conveniente, que naciese Nolasco en un palacio, si nacia Cristo en un establo, porque no se confundiese tanto el redentor de los cautivos con el Redentor de los hombres. El ángel dijo á María, que su hijo seria grande; y un sacerdote gobernando fuerza celestial su lengua, dijo, que Nolasco seria grande delante de Dios. Pero Duacense, legado apostólico, profetizó del niño Nolasco, que por él vivirian y moririan muchos; y de Cristo niño habia profetizado Simeon, que estaba puesto para ruina y resurreccion de muchos en Israel. En las virtudes no es fácil decir, cuánto imitó Nolasco á Cristo: en la oracion, en que gastaba las noches enteras, y le vieron dos veces sudar sangre, por la tristeza y agonía: en la pobreza, no queriendo tener, á ejemplo de Cristo, casa, ni donde reclinar su cabeza; y así, cuando seglar dejó la casa de sus padres, vendió la casa, que habia comprado en Barcelona, para redimir cautivos; y despues de religioso y general de su orden, no quiso tener celda propia, sino que dormia en una capilla de la iglesia, ó peana del altar: en la humildad, con que servia á sus hijos, y les lavaba los piés los dias de jueves santo, mandándoles que ellos hiciesen lo mismo, y dejándoles esta loable institucion, que luego que lleguen

los cautivos que hubiere rescatado la religion, á cualquier convento les laven los religiosos los piés : y por abreviar, en lo que mas se pareció á Cristo san Pedro Nolasco, fué en la caridad con que padeció tantos trabajos y tormentos, y se ofreció á la muerte tantas veces por redimir los cautivos ; y esta caridad le ha merecido el glorioso renombre de Redentor. Pues en los favores que recibió del cielo, ¿ cuánto se pareció á Cristo ? En ser visitado, confortado en sus tristezas, y servido de los ángeles : en ser amado singularmente del apóstol san Pedro : en ser tratado y regalado de María, como hijo muy querido. Tambien dicen, que al ordenarse de misa por orden del cielo, bajó sobre su cabeza el Espíritu Santo en forma de paloma, como ántes en el Jordan sobre la de Cristo. Solo le faltó morir como Cristo en una Cruz ; mas aun esto no quiso Dios le faltase, muriendo abrazado con la imagen de un Cristo crucificado : y finalmente muere cuando Cristo nace ; para que la semejanza con Cristo del día, y hora de nacer, que le faltó á Nolasco en el primer nacimiento, la alcanzase en el segundo nacimiento ; que este nombre goza la muerte de los justos : naciendo á la vida eterna, cuando nació á la vida temporal el autor de nuestra vida eterna.

Al morir san Pedro Nolasco, vió toda la ciudad una columna de luz, que en aquella hora subia desde el tejado de su celda al cielo, y salió tal fragancia del santo cuerpo, que llenó todo el convento, rodeando al mismo tiempo su rostro un celestial resplandor : siguióse una multitud de milagros con que fué necesario tener algunos días sin enterrar el santo cuerpo, perseverando siempre con la misma fragancia, hasta que viendo que no cesaba el concurso devoto, le enterraron de noche honoríficamente sus religiosos. En sabiendo su muerte el rey, vino á Barcelona á venerar sus santas reliquias : y entendiendo los muchos milagros que Dios por su intercesion obraba, mandó al obispo hiciese informacion de su admirable vida, en que fué el primer testigo ; y hecha, la remitió á Alejandro IV con cartas suyas, y de su yerno el rey don Alonso de Castilla, y de los prelados de las dos coronas, y tambien escribió san Luis, rey de Francia, pidiendo todos al sumo pontífice, le pusiese en el número de los santos: el cual, vistas tantas pruebas, y el crédito que de su santidad corria en lá corte romana, hechas las ceremonias que entonces se usaban, le canonizó segun afirman muchos autores. Despues renovando Dios los milagros del santo, el pontífice Urbano VIII, en 30 de setiembre del año de 1618 le concedió rezo para toda su orden, llamándole, *no siervo de Dios ó beato*, sino repetidas veces *santo*, título que solo da aquella santa silla á los beatos que canoniza, ó supone canonizados. Ha ido continuando Dios las maravillas de este santo, y los pontífices han ido adelantando su culto, hasta que el año de 1672 nuestro santísimo padre Clemente X le ha mandado celebrar en toda la Iglesia, con rito doble de santo confesor no pontífice.

Son muchísimos los autores que escriben la vida de san Pedro Nolasco, los cuales podrá ver citados quien quisiere, por Tamayo de Zalazar en su Martirologio español, á veinte y nueve de enero, en la vida de este santo: por fray Juan de la Presentacion, cronista general de los descalzos de Nuestra Señora de la Merced, al principio de la vida de san Pedro Nolasco ; y últimamente por el muy reverendo P. F. Felipe Colombó, cronista general de su sagrada orden, en la vida de su padre y patriarca san Pedro Nolasco,

que erudita y copiosamente sacó á luz ; de la cual principalmente hemos sacado nosotros lo que queda referido.

LA BEATA JACINTA, VIRGEN.—La beata Jacinta fué hija del conde Marco Antonio Marescoti, y la condesa Octavia Orsini, ambos ilustres ciudadanos de Roma, tanto por la nobleza de su sangre, como por la abundancia de sus riquezas. Nació el año de 1583 en el lugar de Vignanello, antiguo feudo de la casa de Marescoti, distante de Roma cerca de cuarenta millas. Mientras vivió en el siglo conservó el nombre de Clara, que le impusieron en el bautismo, el cual mudó en el de Jacinta, cuando vistió el hábito religioso. Á mas de otros dos hermanos, tuvo Jacinta dos hermanas, una mayor de edad, llamada en la religion Inocencia, y la otra menor nombrada Ortensia, que casó con el marqués Capizucchi. Aunque Jacinta fué educada de la condesa su madre con mucho cuidado y con máximas sólidas de cristiana piedad, correspondió muy mal al trabajo que se puso en su educacion. Como era de un natural ápero y altivo, se dejó arrastrar de sus pasiones, al amor de la vanidad y diversiones del siglo, y tenia puesta su aficion en los adornos, galas y frioleras mujerieles. Por eso sus padres creyeron conveniente ponerla en educacion en el monasterio llamado de San Bernardino, de la orden de santa Clara de Viterbo, donde habia ya profesado la referida Inocencia su hermana mayor ; esperando que bajo la disciplina de aquellas buenas religiosas, teniendo á la vista los virtuosos ejemplos de su hermana, moderaria sus malas inclinaciones, y haria una vida ajustada y devota : pero Jacinta poco ó nada se aprovechó de todo esto, pues en aquel sagrado claustro conservó el mismo fausto y altivez de ánimo, y menospreciando los avisos y amonestaciones de la hermana y de las religiosas que cuidaban de su persona, no tenia otros pensamientos ni otros deseos, que de hacer un día papel y figura en el mundo, cuando tomase el estado del matrimonio : perdía el tiempo en vanas ocupaciones, en entretenimientos y bagatelitas inútiles, de tal modo que sus padres la sacaron del monasterio, y la restituyeron á Vignanello, donde hasta la edad de veinte años continuó la misma vida disipada y solo atenta á la vanidad del mundo.

En este tiempo Marco Antonio, su padre, casó á Ortensia hermana menor de Jacinta, con el marqués Capizucchi, y propuso á Jacinta que se hiciese monja en el mismo monasterio de San Bernardino de Viterbo : Jacinta no se atrevió á contradecir la voluntad de su padre, que como asegura el primero y sincero escritor de la vida de Jacinta, era un hombre terrible, y que queria disponer á su arbitrio de las hijas acerca del estado que debian tomar ; pero interiormente se consumia de envidia al ver preferida á su hermana menor en el noble casamiento á que estaba destinada : y es indecible, añade el mismo escritor, el dolor y desabrimiento con que miraba las joyas y galas prevenidas para su hermana deposeda con el mencionado marqués.

Para cumplir Jacinta la voluntad de su padre tomó el hábito de monja en el monasterio de San Bernardino de Viterbo en el año de 1605, al exterior con serenidad é intrépida resolucion, pero en realidad de mala voluntad, y con el ánimo averso á la religion, de modo que apenas hubo entrado en el claustro, cuando dijo á una persona su confidente : Vesme aquí monja : así quiero vivir y morir ; pero seré monja de una manera conveniente á mi estado.

En efecto, vistiendo el hábito de religiosa no perdió la alfev de espíritu, ni la inclinacion que tenia al fausto, á las delicias y á la vanidad del siglo, de lo que resultó que por espacio de diez años llevó una vida del todo contraria al estado que habia abrazado. Se hizo fabricar una cómoda habitacion, y no contenta con alhajarla de muebles convenientes á una religiosa, quiso adornarla de hermosos rasos con cuadros, escritorios, cruz de plata, crucifijo de oro, y con otros adornos propios de una casa de seglares; y en todo su porte, tanto en sus vestidos como en todos sus discursos y acciones, no respiraba sino vanidad y delicadeza. Ni para reducirla á una vida mas religiosa y conveniente á una monja de santa Clara aprovecharon cosa alguna los ejemplos, avisos y reprehensiones de las otras monjas, y en especial de su hermana Inocencia, que vivia con mucha observancia y edificacion de todo el monasterio.

Tal fué Jacinta por espacio de diez años: religiosa en el nombre y por la profesion, mas nó en la vida y en las acciones; hasta que plugo al Señor mirarla con ojos de misericordia, y no solo reducirla al camino de la salvacion, sino tambien sublimarla á un eminente grado de perfeccion y santidad. El medio externo de que se sirvió para hablar al corazon de Jacinta y reducir á su rebaño esta oveja descarriada, fué el de enviarla una grave tribulacion, disponiendo que fuese acometida de una molesta y larga enfermedad, que la postró en la cama por muchos meses, sin aprovecharla nada los muchos remedios que se le hicieron. En este abatimiento de fuerzas de cuerpo y de espíritu, Jacinta abrió los ojos para considerar seriamente el estado mucho mas miserable de su alma, y resolvió mudar de vida y entregarse toda al servicio de Dios, y á la exacta observancia de las reglas de su religion, si el Señor la restituia la salud. Aflojando algun tanto el mal y empezando Jacinta á levantarse de la cama, aunque muy débil, estaba un dia discutiendo sobre la mudanza de vida que habia prometido á Dios, y fluctuando su ánimo entre varios proyectos acerca de cumplir esta resolucion, sucedió, que mientras la parecia que bastaba vivir con mayor regularidad, pero nó que fuese necesario caminar con todo esfuerzo á la perfeccion y llegar á ser santa, puso los ojos en una imágen de santa Catalina de Sena, bajo la cual estaba escrito este mote: *Quid volo, Domine, extra te?* ¿Qué quiero yo, Señor, fuera de vos? Para Jacinta, que entendia la lengua latina, fueron estas palabras como una flecha que le penetró el corazon; por lo que conmovida y llena de confusion de haber sido hasta entonces tan ingrata á un Dios tan bueno y misericordioso, se postró en tierra, y con un rio de lágrimas pidió á Dios perdon de su pasada ingratitud é infidelidad, y resolvió firmísimamente consagrarse toda sin la menor reserva al divino obsequio, y seguir desnuda á Jesucristo crucificado, confiando que su bondad no la desecharia ni abandonaria. Llena por tanto Jacinta de un nuevo espíritu, se fué á echar á los piés de su superiora, y renunció en sus manos todos sus muebles y alhajas, con cuarenta escudos anuales que tenia de su peculio; se despojó de sus hábitos delicados y aseados, y se vistió de una túnica vieja y remendada, cubriéndose la cabeza con un velo vil y grosero de estameña. Se recogió en una pequeña y angosta celda, en la cual no quiso otros muebles que una pobre camilla con un simple jergon, y una cruz grande de madera en frente

de la cama, y algunas sillas de paja al rededor, é intimó á su cuerpo una guerra irreconciliable. De este tiempo en adelante sus ayunos fueron casi cotidianos, y frecuentemente á pan y agua: en el viernes, á honor de la pasion de Jesucristo, no tomaba alimento alguno, estando en ayunas desde el mediodía del jueves hasta la hora de comer del sábado: observaba con extremo rigor todos los ayunos y cuaresmas que se suelen hacer en la orden de san Francisco singularmente la que se hace desde el día de Todos Santos hasta el día de Navidad. Aunque era de complexion delicada y criada entre regalos, macerada continuamente su carne con cilicios, con disciplinas, y con exponerse de propósito al frio y al calor de la estacion. Para reparar el escándalo que creia haber dado á sus hermanas con su vida relajada, compareció muchas veces en el refectorio con la disciplina en la mano, azotándose rigurosamente, y pidiendo perdon de sus excesos á sus hermanas, quienes quedaban sumamente edificadas de la humildad de la sierva de Dios. Renunció toda amistad y correspondencia con personas de fuera del monasterio, y se alejó cuanto pudo hasta de sus mismos parientes, á quienes hacia entender, cuando venian á buscarla, que no gustaba de visitas, pareciéndole que estaba sobre espaldas todo el tiempo que gastaba con ellos; pues gustaba de vivir recogida; y de tratar en la oracion con Dios Nuestro Señor y con sus santos; quienes decia, que eran sus verdaderos parientes y amigos. Y para que todos conociesen cuánto tenia olvidado lo que habia sido en el siglo, no quiso llamarse mas Jacinta Marescoti, sino Jacinta de la Virgen Maria, de la cual era devotísima, y en la cual despues de Dios ponía toda su confianza.

A estas y otras voluntarias penitencias y humillaciones, que ejerció la beata Jacinta todo lo restante de su vida, que fué de veinte y cuatro años, se añadieron otras tribulaciones y aflicciones de cuerpo y de espíritu, con las cuales el Señor se dignó purificar siempre mas y mas el corazon de su sierva, y elevarla á mayor grado de santidad. Primeramente empezó á padecer, á lo ménos de quince á quince dias, agudísimos dolores cólicos, que la atormentaban fieramente, y de tal modo la abatian, que quedaba destituida de fuerzas, y en un estado de suma debilidad. Pero en medio de estos acerbos dolores daba gracias al Señor de que la castigase en esta vida, para usar con ella de misericordia en la otra. Por lo cual escribiendo á una su confidente, le dijo: Soy visitada, gracias á Dios, de quince en quince dias de a trocísimos dolores; plegue á Dios que una vez me reconozca, y que esto me sirva en castigo de lo que merezco en la otra vida. De otra parte fué la santa sujeta á las burlas y escarnios de algunas religiosas de su monasterio, las cuales se burlaban de su escrupulosa y exactísima observancia de las reglas monásticas, y de aquellas, á su parecer excesivas penitencias y mortificaciones, y censuraban su conducta, llamándola hipócrita y amiga de singularidades. Acaeció una vez, que besando Jacinta en el refectorio los piés á las monjas, como se suele ejecutar por ejercicio de humildad en las comunidades religiosas, una monja lega, así que Jacinta se inclinaba para besarle los piés, la dió con uno de ellos en la cara, reprendiéndola de necia é hipócrita. Sufrió la santa virgen este y otros semejantes desprecios con paz inalterable de su alma, y procuraba hacer bien, y servir en una manera particular á las que le eran contrarias, y la motejaban y desprecia-

ban, como lo ejecutó con aquella lega: por lo que corria en adagio por el monasterio, que si se queria alcanzar algun particular favor de Jacinta, era menester hacerla algun mal.

De otra parte, cuanto la santa era rigurosa consigo misma, tanto era discreta y condescendiente con sus hermanas, como se vió cuando fué elegida vicaria, á pesar de todas las repugnancias que opuso su humildad. Pero esta dulzura de Jacinta no era una flojedad que mira con indiferencia cualquier desórden; porque la santa procuraba con mucho celo la supervancia de las cosas esenciales de su instituto, y se oponia con el posible vigor á los abusos que se introducen poco á poco, aun en las comunidades observantes, si los que las gobiernan no son atentos y vigilantes en impedirlos á sus principios. De aquí es que no podia aprobar cierta manera de vestir sobrado aseada, y que respira un no sé qué de vanidad, aunque por otra parte amase la curiosidad y limpieza, y así solia decir: «Pobre, sí, pero limpia: ¡ó qué cosa tan fea es ver una virgen con los hábitos llenos de manchas! Me gustan aquellas siervas de Cristo, en las cuales aun en lo exterior resplandece la limpieza.» Asimismo no la gustaba que las monjas hiciesen presentes y regalos, singularmente á jóvenes seglares; por lo que dió esta advertencia á una monja: «El regalar, particularmente á jóvenes, aunque espirituales, no es conforme al camino espiritual; y para huir de los dichos de los hombres, la cortesía de una monja sea el ser descortés, ni se debe detener mucho en discurrir con ellos.» Del mismo modo no aprobaba en las monjas ciertos gastos superfluos que se hacen en recreaciones y oficios, singularmente aquellos que paran en refrescos, ó en cualquier suerte de comidas, como cosa que demasadamente fomenta y halaga el apetito, en cuyo punto se mostró siempre muy celosa; de modo que escribiendo sobre esto á una monja, la dice: «¡O cuán estrecha cuenta en el día del juicio darán algunas monjas de muchos abusos de los monasterios! Y entonces no vendrán á excusarlas las que han aconsejado esta superfluidad. Os ruego y os conjuro por las penas de vuestro celestial esposo, que no os cuideis de las vanas hablillas del mundo: á nosotras nos censuran de esto, y á las otras de aquello: ¡cuántos pobres mueren de miseria; y las vírgenes religiosas querrán abundar en superfluidades! Cerrad las orejas á la multitud de malas consejeras.» Como Jacinta era dotada de un grande ingenio y de un fino discernimiento en materias espirituales, cuando lo pedia la caridad, daba de palabra y por escrito sabios documentos á las personas que lo solicitaban. A una monja, que la escribió que padecia mucha pena por no poder vencer el sueño, la respondió: «Si no duerme lo necesario se hará inhábil para practicar las obras buenas, no necesitando ménos de siete horas, como acostumbra tantas religiosas; el poco dormir es don particular de Dios, que no quiere conceder á todos. ¡Cuánto he padecido, cuánto he rogado, sin poder jamás conseguirlo! Duerma pues siete horas en el corazon de Jesus y de María, en santa paz y sin ningun remordimiento, pues no todos los santos han caminado por esta senda de no dormir.» Un día la alabaron á una persona religiosa de otro país, porque se decía, que haciendo oracion era siempre bañada de un dulce rocío de lágrimas; y siendo instada para que declarase sobre esto su sentir: «Yo quisiera, respondió, hallarme allí presente para ver si esta persona es desahida,

si es humilde, si sufre que se le contradiga la propia voluntad, aun en cosas buenas, y despues creeré en sus gustos espirituales: para mí, añadió, me inclino á gente despreciada, desnuda de la propia voluntad, y sin tantas ternezas y gustos; cruz, cruz; padecer, padecer y sin gusto, y con todo estar firme en la vida espiritual, aquí sí que está verdaderamente Dios.» Aunque Jacinta despreciase las criaturas, y su afecto fuese todo hácia Dios, con todo esto tomaba gran contento en las flores, en la música y en el canto de los pajaritos, porque decía: «De la vista y olor de las flores se me va el pensamiento á los jardines de la hermosísima y siempre floreciente eternidad: la armonía de la música me recrea y me eleva el corazon al concierto que las almas bienaventuradas hacen en el cielo; y al oír el canto de los pájaros, siento que me enseñan á bendecir y dar gracias á Dios.» Por lo que al oír el canto de los pajarillos solia decir á sus compañeras: «¿No escuchais aquel inocente animalillo como alaba á su Criador, y yo con tantos defectos jamás le doy las gracias y el reconocimiento que debo?» Y diciendo esto, prorumpia en suspiros y sollozos.

Sobre todo reinaba en el corazon de la beata Jacinta una caridad ardiente en órden á Dios y á su prójimo, que se sentia casi derretir y consumir, deseando hacer continuos progresos en esta virtud, que es el alma y la reina de todas las demás. En efecto, aunque como religiosa claustral nada tuviese propio para subvenir á los pobres, todavía no dejó de socorrerlos en el modo que fué posible, excitando á otros, ya de palabra, cuando venian al locutorio, ya por cartas que escribia á las personas conocidas, para que hiciesen abundantes limosnas á los pobrecitos que acudian á ellos: «Dios me ha dado, decía en una de sus cartas, un corazon tan compasivo, que quisiera desentrañarme en ayuda de mi prójimo.» Cuando podia conseguir licencia de quitarse de la boca la pitanza y llevarla á los pobres, estaba contentísima, y decía que este era para ella el mas espléndido y regalado convite: sucedia frecuentemente, que hallándose débil y sin fuerzas, á causa de sus penitencias y enfermedades, si ocurría alguna fatiga en beneficio del prójimo, adquiria un nuevo vigor: subia y bajaba las escaleras, llevaba pesos, discurría por las oficinas del monasterio, y parecia la mujer mas robusta del mundo. A veces exclamaba: «¡O Dios de mi corazon! ¿Por qué no soy señora del mundo, á fin de renunciarlo todo por vuestro amor y por amor de los pobrecitos? ¡O que grande es la locura de aquellos que lo pueden hacer y no lo hacen! pues despues se verán forzados á dejarlo todo con disgusto y perjuicio suyo. Así sucederá á aquellos que pueden y no quieren; vendrá despues la muerte, y entonces conocerán que todo es humo.» Entre otras personas acudia con frecuencia con sus cartas á las sagradas vírgenes de santo Domingo en Monte Magnanapoli de Roma, pidiendo socorros para sus amados pobres. «Remítidme, las escribia, alguna cosa, cualquiera que sea, paños viejos, túnicas usadas, servilletas, pañuelos, e'tc., porque por poco que sea, es mucho para quien no tiene nada.» En efecto, aquellas buenas religiosas, por el buen concepto en que tenian á Jacinta, no dejaban de consolarla, enviándola con licencia de sus superiores abundantes limosnas, y consiguiéndolas aun de sus parientes, que siendo de la primera nobleza de Roma, se hallaban con posibilidad de dar copiosos socorros. Siendo

Jacinta tan misericordiosa para con los pobres, que vivían fuera del monasterio, se puede fácilmente considerar cuánto haría por las religiosas que vivían dentro de él; las amaba á todas con una entrañable caridad, buscaba las ocasiones de favorecerlas, así en lo espiritual como en lo temporal, y cuando caían enfermas, las asistía con aquel mismo afecto y diligencia con que una piadosa madre asiste á un hijo que mucho ama; y llegó alguna vez á estar semanas enteras casi de continuo al lado de la cama sin dormir, ó á lo ménos muy poco, sirviéndolas en todo lo necesario, hasta en los ministerios mas viles, bajos y fastidiosos, con increíble júbilo y contento de su alma.

En cuanto al amor que tenía á Dios, puede asegurarse sin exageracion, que desde el momento que se convirtió de veras al Señor, y se encendió en su corazón el fuego del divino amor, fué este de día en día creciendo y aumentándose, hasta llegar á ser un vasto incendio, que con mucha frecuencia la arrebatava fuera de sí y llenaba de dulzuras inefables. Algunos años antes que pasase á la gloria celestial, escribiendo á una monja confidente suya, entre otras la decía: «Yo no busco ni deseo otra cosa que amar de veras á Dios: hace diez y siete años que se mudaron mis pensamientos y voluntad, teniendo unas grandes ansias de morir al mundo, y para conseguirlo abandoné todo lo que poseía, y renuncié el afecto que tenía á mis parientes y amigos.» Muchas veces exclamaba: «¡Bienaventurados aquellos que han empezado temprano á amar á Dios, y á descansar en su seno! ¡Infeliz y miserable de mí, que he empezado tarde á amar á Dios!» Otras veces decía con inflamados suspiros: «¡O Dios mío, cómo es posible que yo viva, sino me sació de lleno de vuestro amor!» Iba con frecuencia con una compañera á media noche delante del Santísimo Sacramento, descalza y llorando, y postrada en tierra repetía muchas veces á su divino Salvador: «¡O amor, ó amor! venid á mi corazón.» Esta gran llama de divino amor, que ardía en el corazón de Jacinta, exprimía de sus ojos abundantes lágrimas de compuncion, de que en una manera particular era favorecida de su celestial esposo, especialmente cuando meditaba su dolorosa pasion, que era la materia mas frecuente de sus piadosas meditaciones, y cuando asistía al tremendo sacrificio de la misa: estando en este tiempo como inmóvil y fuera de sí, contemplando la excesiva caridad de un Dios humillado y anonadado, hasta hacerse nuestra víctima y nuestro alimento bajo las especies sacramentales: y mucho mas la acaecia esto, cuando se acercaba á recibirle en la sagrada comunión, en la cual hallaba todas sus delicias. Vino finalmente el tiempo en que la caridad de la beata Jacinta había de llegar al colmo de su perfeccion con la vista y posesion de Dios, á quien únicamente aspiraba con deseos muy encendidos.

Había ya algun tiempo que no había padecido los acostumbrados asaltos de sus dolores cólicos, cuando la noche del día 31 de enero de 1640 fué acometida de los mismos dolores, con tal impetu y fiereza, que en pocas horas la pusieron al último de su vida, con continuos vómitos é inexprimibles angustias, entre las cuales, resignada en la divina voluntad, y llena de confianza en la divina misericordia, despues de haber sido fortalecida con el sacramento de la extremauncion, entregó plácidamente su

alma en manos de su Criador, en el día 31 de enero del mismo año, y siendo de cincuenta y cuatro años de edad. El Señor se sirvió testificar al mundo su santidad por medio de muchos milagros, que se obraron en su sepulcro por su intercesion, de los cuales la santa sede aprobó los siguientes para su beatificacion.

El primero lo obró con una religiosa, que en la edad de veinte y cinco años fué acometida de epilepsia. Esta enfermedad, que era hereditaria en su familia, iba acompañada de gravísimos síntomas; pero habiendo la enferma en el año 1709 invocado á la beata Jacinta, quedó perfectamente sana, sin padecer jamás dicho accidente, aunque se hallaba viva el año de 1722, en que se aprobó este milagro.

El segundo lo obró con una doncella asaltada de una enfermedad que los médicos llaman *empyema*: había mas de cuarenta días que padecía continua calentura, mucho dolor en el pecho, y echaba un esputo fétido, ceniciento y verde: desahuciada de los médicos se previno para morir, recibiendo los sacramentos hasta el de la extremauncion: hallándose pues próxima á la muerte invocó en su ayuda á la beata Jacinta, y se aplicó una estampa suya al lado ofendido; luego la enferma pudo volverse del lado dolorido, y descansar y dormir; se sentó por sí misma en la cama, comió muy bien, y cuando vino el médico, le contó muy alegre la salud que había milagrosamente alcanzado por intercesion de la beata Jacinta; y tomándola el médico el pulso, la halló enteramente libre de calentura, y declaró despues con otros muchos médicos de Roma que era milagrosa esta repentina salud; y por tal siguiendo el juicio de los médicos, la aprobó Benedicto XIII, el cual la escribió despues con rito solemne en el catálogo de los beatos, y se espera que en breve se hará su solemne canonizacion.

Es cosa digna de desearse que no se hallen padres ó madres, que abusando de la potestad que tienen sobre sus hijos, les compelan con modos impropios y violentos á abrazar el estado religioso. Porque las hijas deben gozar de una plena libertad para elegir el estado que mas les gusta, y al cual son llamadas por inspiracion divina, y nó por sugerencias de sus padres, dictadas de la ambicion, del interés, ó de otros semejantes bajos fines del mundo. Los que obran al contrario, no solamente ofenden gravemente á Dios, sino que se exponen á incurrir en los terribles anatemas que el santo concilio de Trento fulmina contra los padres que usan de semejantes violencias con sus hijas, para obligarlas á hacerse religiosas. Pero si acaeciese á alguna hija lo mismo que acaeció á la beata Jacinta, esto es, de profesar de mala voluntad, ó por no tener valor para contradecir la voluntad de sus padres, estas deben adorar la divina Providencia y dar gracias al Señor de que haya permitido, que por éstos medios, aunque impropios, hayan sido libres de los peligros de perderse enteramente, que se encuentran en el siglo, y hayan sido admitidas entre las esposas de Jesucristo en el puerto de la religion, donde pueden con mayor facilidad y mayor mérito santificar y salvar la propia alma, que es la cosa que mas importa en este mundo, y la única para la cual hemos sido criados y redimidos.

* SAN METRANO, MÁRTIR DE ALEJANDRÍA. — Los paganos querían obligar al santo que profiriera algunas palabras impías, á lo que denegándose Metrano, azotáronle cruel-

mente, agujereáronle la cara y ojos con aguzadas cañas, continuando en darle otros tormentos, hasta que echado fuera de la ciudad de Alejandría, murió apedreado en el año 250 ó 251.

LOS SANTOS CIRO Y JUAN. — Nació éste en Edesa, y aquél en Alejandría, y ambos recibieron la corona del martirio en Roma, imperando Diocleciano. Antes de ser degollados, fueron azotados, desollados, arrojados al fuego, obrando el cielo muchos milagros en su glorioso martirio.

LOS SANTOS SATURNINO, TIRSO Y VICTOR, MÁRTIRES EN ALEJANDRÍA. — Eran estos santos del servicio de aquella iglesia, aunque no se sabe á qué grado de la clerecía pertenecían. Durante la persecucion de Decio fueron acusados, encarcelados, y despues de sufrir muchos suplicios, recibieron la corona inmortal el dia 31 de enero del año 251.

LOS SANTOS TARSICIO, ZÓTICO, CIRIACO, Y SUS COMPAÑEROS. — Estos ilustres mártires de Jesucristo, murieron por la fé en Alejandría. Sus actas se han perdido; por consiguiente se ignora el tiempo de su dichosa muerte.

SANTA TRIFENA. — Habia sido educada esta santa en la religion de Jesucristo, y estando un dia en Marmora, isla del estrecho de Galipoli, en ocasion en que se celebraba una gran fiesta en honor de los falsos dioses, se metió en medio del concurso, y llena de celo y caridad; confesó la fé cristiana, y reprendió á los sacerdotes y al público porque daban culto á aquellas insensatas divinidades. Presa al momento por orden del prefecto, fué arrojada al fuego, de cuya voracidad Dios la libró, siendo despues colgada del ecúleo, punzada y descarnada dolorosamente. El Señor la conservaba viva en medio de tan acerbos tormentos para gloria de su nombre, hasta que al fin ganada ya la corona de la gloria, fué despeda-

zada por un toro en el anfiteatro, volando su dichosa alma al cielo á recibir el premio de su triunfo.

SAN GEMINIANO. — Varon de Dios, obispo octavo de Módena, prelado ilustre en santidad y milagros. Asistió al concilio de Milan celebrado en 431, de orden del papa san Leon, para tratar puntos de dogma atacados por los herejes de aquel tiempo. San Geminiano murió en el Señor en Módena, á 31 de enero de 460 poco mas ó ménos.

SAN JULIO. — Natural de Grecia de ilustre familia, habiendo abrazado la religion cristiana desde sus primeros años, marchó siendo muy jóven á Roma, donde se ejerció en las letras y en la piedad. Estando en Milan, la fama de su santidad llegó hasta el obispo, que lo llamó y le instó para que se quedase á su lado. Ordenado sacerdote de esta última iglesia, fué modelo de virtudes y espejo de perfeccion, autorizando el cielo con muchos milagros sus palabras y su santo ejemplo, hasta que coronado de merecimientos descansó en el Señor, en la misma ciudad de Milan, por los años 400.

LA BEATA LUISA ALBERTONA, VIUDA ROMANA. — Descen- ganada de las vanidades del mundo y encendida en amor á las cosas celestiales, renunció á un inmenso patrimonio, que distribuyó entre los pobres, y tomó el hábito de la seráfica religion de san Francisco en Roma. Su nuevo estado la presentó á sus hermanas como ejemplar de mortificacion y penitencia: fué favorecida con muchas visiones espirituales, y al fin murió santa y gloriosamente en la misma ciudad de Roma, á mediados del siglo XIV.

LA TRASLACION DE SAN MARCOS, EVANGELISTA. — El cuerpo de este santo fué trasladado el año 827, segun Galesinio, de Alejandría á Venecia, y colocado con mucha pompa en la catedral de esta ciudad, dedicada á su nombre. La fiesta de san Marcos se celebra el dia 25 de abril.

FEBRERO.

DIA 1.

SAN EFREN, DIÁCONO Y CONFESOR. — La vida de san Efrén sacaremos de la que dél escriben san Gerónimo Niceno, hermano de san Basilio, san Gerónimo, Paladio, Metafraste y los demás autores de la historia eclesiástica.

Fué san Efrén siro de nacion y su patria fué Nisibe, como dice Sozomeno, ó Edesa, como escribe Metafraste. Sus padres fueron cristianos; y él desde niño se inclinó á todas las cosas de piedad y virtud, huyendo de las conversaciones dañosas de los muchachos sus iguales, y ocupándose en la leccion y meditacion de las cosas divinas. El mismo santo cuenta de sí, que habiendo salido de edad, niño, vió que salía de su boca una vid que crecia tanto que se extendió por toda la tierra, y era tan alta que las aves hacian sus nidos en ella, y se sustentaban de los racimos que la vid producía, que eran muchos y muy hermosos, y cuando las mas aves comian, tanto mas cargada quedaba la vid. Otra vez otro santo varon vió una grande multitud de ángeles que bajaban del cielo, y tenían un libro escrito por dentro y por fuera; y estando suspenso y aguardando á quién se daría aquel libro, vió que se daba á san Efrén: significando Nuestro Señor por estas visiones la grande elocuencia y sabiduría que habia de

dar á este santo, y el fruto copioso que él habia de acarrear á la Iglesia del Señor. Y nótese, que desde aquel tiempo tuvo tanta copia y abundancia de conceptos divinos, como ser elocuentísimo no los podia explicar, nó por faltarle las palabras, sino por sobrarle las cosas; ni por la tardanza de la lengua, sino por la celeridad y presteza de su entendimiento. Al principio dejó el mundo, y se retiró al yermo, y estuvo en diferentes lugares, segun que entendia que en ellos podia mas aprovechar; pero despues el Señor le inspiró que se comunicase á sus prójimos, y dejase aquella soledad por el bien de muchos. Así lo hizo, y para esto determinó ir á la ciudad de Edesa, á donde le llevó Dios, para que resplandeciese como hacha divina, y pusiesen en él los ojos los pueblos, como en ciudad edificada sobre monte. Él iba con intento de buscar algun varon santo, prudente y perfecto, y abrirle su pecho y lo mas íntimo de su alma para ser ayudado y enderezado dél en todo lo que toca á la vida espiritual: para esto hizo oracion al Señor, y humildemente le suplicó que entrando en la ciudad de Edesa, le diese gracia que encontrase con este varon que él tanto buscaba: pero Nuestro Señor, que de las tinieblas saca luz, y de la ponzoña vida, ordenó que entrando Efrén por la ciudad, le viniese al encuentro una mujer ramera. Encogióse el santo y

aflijóse: pareciéndole que Dios no le había oído: y parte por la tristeza que desto tuvo, parte por su grande honestidad, fijó los ojos en el suelo; mas la mujer, como liviana y desenvuelta, puso los ojos en Efren, y comenzó á mirarle muy atentamente. Corrióse desto el santo; y reprendiendo á la mujer, le dijo: ¿que por qué le miraba con tanta atencion, siendo él hombre y ella mujer? Á esto respondió la ramera: que ella hacia bien de mirarle como á su principio y origen, porque la mujer habia sido compuesta y sacada de la costilla del hombre; y él debia poner los ojos en la tierra, porque el hombre de la tierra habia sido formado. Con estas palabras quedó el santo avisado, é hizo gracias al Señor, que por aquella mala mujer le habia enseñado que habia sido formado de la tierra, y á poner los ojos en la tierra como en la materia de que Dios le habia fabricado. Entrado en la ciudad, tomó para su morada una casilla; y estando una vez en ella aparejando su propia comida, vino á él otra mujer lasciva y deshonestá, que era lazo de Satanás y tizon del infierno, para enlazar al santo varon, y abrasarle en llamas de concupiscencia. Escupió el veneno que traia, y descubrióle su mal intento; y el santo sin turbarse, con grande gravedad y mesura, le respondió que si queria que estuviesen juntos, habia de ser en el lugar que él escogiese, y como la mujer viniese á ello, y quisiese saber el lugar; respondió Efren, que habia de ser en la plaza. Entonces la mujer le dijo: ¿Pues cómo puede ser esto? ¿No veis que la gente nos verá, y quedaremos corridos y con vergüenza? Aquí tomó la mano el santo, y le declaró cuánto mayor respeto se debe á los ojos de Dios, que á los de los hombres, y que en cualquiera lugar que se cometa el pecado, por secreto y escondido que sea, siempre es patente y claro á los ojos de Dios, el cual penetra con luz soberana lo mas íntimo de nuestro corazon, y las entrañas de la tierra, y la oscuridad de la noche, y castiga severamente á los pecadores que le pierden el respeto: y poco á poco le fué predicando lo que habia de hacer para salir de aquel mal estado en que estaba, y convertirse á Dios; y entrando los rayos de su divina gracia en aquel corazon tenebroso, se volvió á él y lloró sus pecados, é hizo penitencia dellos, y por mano de san Efren entró en un monasterio de monjas, donde en ayunos y penitencias vivió el resto de su vida y acabó santamente. De esta manera el demonio que habia venido por lana, volvió trasquilado; y la que habia sido lazo del demonio, quedó desenlazada y libre de sus manos.

Otra vez estando en oracion, oyó una voz que le mandaba comer; y él respondió: ¿De dónde, Señor, tengo de comer, ó quién me lo ha de dar? Mandóle Dios que fué á san Basilio, porque él le enseñaria, y le daria manjaras divinas y de vida eterna: y como el mismo san Efren escribe, le fué á buscar y le halló, que estaba en el templo, y vió sobre el hombro derecho del santo pontífice una paloma resplandeciente como un sol, y que pegada á su oído le decia lo que habia de predicar al pueblo: y el mismo san Basilio por revelacion del cielo, y de la misma paloma que tenia sobre sí, supo que estaba allí Efren, y quién era, y á qué venia, y le recibió amorosamente, hablándole por intérprete; y trabaron entre sí muy estrecha y santa amistad, teniendo san Basilio á Efren por dulcísimo compañero y amigo, y Efren á Basilio por padre y maestro de toda perfeccion y santidad: y

hay autores graves que escriben, que deseando Efren saber la lengua griega (porque no sabia sino la materna, que era la siríaca), y significando este su deseo á san Basilio, alcanzó por oraciones del santo, lo que deseaba y el entender y hablar en griego perfectamente; aunque hablando san Efren desta vista y comunicacion con san Basilio, no dice esto. ¿Pero quién podrá referir en pocas palabras las virtudes excelentísimas deste varon de Dios? San Gregorio Niceno dice del estas palabras: «¿De qué habemos de alabar este santo, y tejer los loores que del queremos decir? Primeramente, de su oracion y contemplacion, acompañadas de un escuadron de virtudes de fé, esperanza, caridad y piedad para con Dios: de la leccion y meditacion de la sagrada Escritura: de la pureza del alma y del cuerpo: de un continuo derramamiento de lágrimas; del amor de la soledad, y de no mudarse de lugar á otro sino cuando Dios se lo mandaba: el huir de cualquier pecado, y enseñar perpetuamente á los otros: de una oracion y devocion perseverante: el dormir en el suelo; y de una vida tan áspera y austera, que parece increíble: de una pobreza voluntaria, hermanada con una profundísima humildad: de una misericordia y compasion mas que humana: de un celo de la gloria de Dios, fervoroso contra sus enemigos, y contra los adversarios de la religion y verdad; y finalmente, de todo lo que ayuda al hombre para unirse con Dios, y para reformar su imágen y semejanza.» Todo esto es de san Gregorio Niceno: y después va tratando de cada una destas virtudes en particular, lo cual yo deixo por evitar prolijidad; porque verdaderamente la vida deste santo era como una fuente muy copiosa y perenne de todas las virtudes, ó como un prado lleno de innumerables y suavísimas flores: ó como el firmamento, que resplandece con tantas y tan varias estrellas: ó como el paraíso terrenal, que estaba lleno de innumerables árboles fructuosos. Pero de tres virtudes principalmente es alabado este santo; de la humildad, del celo y fortaleza con que se opuso á los herejes, que en su tiempo arruinaron la viña del Señor, y de la misericordia para con los pobres. Su humildad fué tanta, que queriéndole hacer obispo, siendo solamente diácono, y viniendo por él para llevarle á consagrar: el santo se tuvo por tan indigno de aquella dignidad, que en la plaza comenzó á hacer visajes, y fingirse loco, andando aprisa, y corriendo por las calles, y rasgando sus vestiduras, y comiendo allí delante de todos, de manera que los que le acompañaban, le tuvieron por mentecato y le dejaron: y él, no teniéndose aun por seguro, se huyó y aun se escondió, hasta saber que ya habian elegido obispo. No consentia que ninguno le loase; antes huía dél, como si fuera su enemigo, ó como los otros aborrecen á los que los afrentan y dicen baldones; y en su testamento mandó que no le alabasen, ni le enterrasen con pompa, ni le cubriesen con paño rico; porque todo esto era ajeno de su persona, y contrario del concierto que él tenia hecho con Dios.

Contra los herejes fué muy fervoroso, y siempre procuró deshacer sus tinieblas y errores con la luz de la verdad: y no solamente tuvo celo grande de la fé católica, sino tambien sagacidad y prudencia, para saberla defender, como lo mostró en una cosa graciosa que le sucedió con Apolinar Laodiceno, heresiarca; y fué desta manera. Era Apolinar hombre de ingenio, docto y elocuente, y de grande opinion y fama en la Iglesia del Señor.

por haberla ilustrado con sus escritos, y defendiéndola con treinta libros muy eruditos, que escribió contra Porfirio, y servídola en otras ocasiones que se ofrecieron: mas después, por ciertos disgustos que tuvo, volvió hoja, y oscureció su gloria, y el buen nombre que había ganado; porque enseñó herejías, y errores pestilentes y contrarios á las verdades católicas, en materias de la Encarnacion de Cristo nuestro Redentor, y de la union y distincion de las dos naturalezas, divina y humana, en una persona. Para establecer sus errores, escribió Apolinar dos libros en que muy á la larga pretendió probarlos y confirmarlos, y dió á guardar estos libros á una mujercilla con quien había tenido mala amistad, que por ese camino suelen comunemente andar los herejes, y el entendimiento estragado estraga tambien la voluntad. Supo Efen que los libros de Apolinar estaban en poder de aquella mujer; y sin darse á conocer, trabó familiaridad con ella, y de tal manera la habló, que ella quedó persuadida que Efen era uno de los discípulos de Apolinar, y de los mas aficionados á su secta. Cuando Efen hubo ganado la voluntad de la mujer, le rogó, que le prestase aquellos libros de Apolinar, para leerlos y entender mejor los fundamentos de su doctrina. Ella, aunque con dificultad, se los dió, y por pocos dias, creyendo como he dicho, que los daba á un discípulo de Apolinar, que los queria para mejor volver por su doctrina, y hacer callar á los herejes, que así llamaba la pobre mujer á los católicos. Tomó Efen los libros, y pegó con un engrudo fuerte las hojas dellos una con otra, de manera que no se pudiese abrir, ni leer lo que en ellos estaba escrito; y cerrándolos bien los volvió á la mujer, que por serlo no reparó ni miró lo que Efen había hecho. Después desto provocaron á disputar los católicos á Apolinar, y como él se hallaba ya muy viejo, flaco y sin memoria, ni fuerzas, aceptó el desafio y disputa, muy conñado en que saldria della victorioso con los libros que había escrito, y había dado á guardar á la mujer. Salió en campo: envió por los libros: concurrió gran multitud de gente: y cuando quiso dar razon de sí tomó uno de los libros, y comenzó á abrirle, para sacar del sus razones y argumentos; pero no pudo leer cosa, por estar las hojas tan pegadas como se ha dicho. Dejó aquel libro, y tomó el otro, y sucedió lo mismo, y quedó tan corrido, que no supo decir palabra, y con tan gran tristeza y angustia de corazon, que le dió una enfermedad de que llegó á las puertas de la muerte. Desta suerte castigó Dios á Apolinar hereje, y la verdad católica triunfó por la prudencia é industria de san Efen, el cual así como era enemigo capital de los herejes, así era muy amigo y misericordioso con los pobres, y se compadecia de sus trabajos, y procuraba remediar sus necesidades, como lo mostró en una grande hambre que en su tiempo afligió mucho á la ciudad de Edesa: porque viendo el santo que perecian muchos pobres, y que los ricos apretaban la mano y los dejaban morir, los reprendió gravemente; porque no tomaban la ocasion que Dios les había enviado para comprar el cielo, y con lo que á ellos les sobraba, y estaba ocioso, ó se pudria en sus arcas, no cubrian la desnudez, y aparentaban la hambre de los necesitados. Y como los ricos se excusasen con decir que no tenían persona á quien encomendar aquel oficio y dar sus dineros, para que fielmente los distribuyese á los pobres; el santo con mucha caridad se ofreció á aquel trabajo, y tomó el cargo de re-

coger á todos los pobres y alimentarlos y sustentarlos; y para esto armó trescientas camas, y recogió á todos los pobres que vinieron, curando á los enfermos, vistiendo á los desnudos, y dando de comer á los hambrientos, todo el tiempo que duró aquella esterilidad: y en cesando, dejó aquel cuidado y se volvió á su recogimiento. Estando pues lleno de virtudes y altos merecimientos, entendió que el Señor le queria hacer merced de sacarle de este destierro, y llevarle á su patria y eterna bienaventuranza, y escribió aquella admirable exhortacion llena de santos documentos, que por haberla escrito á la hora de su muerte la llaman el testamento de san Efen; y encomendó muy encarecidamente, como dijimos, que no le enterrasen con vestidura preciosa, sino que si habían aparejado alguna, se vendiese y se diese á los pobres. Y como un caballero principal, por su devocion, tuviese aparejado un paño rico para envolverle, juzgando que seria mas acepto servicio á Dios emplearle en honrar al santo, que el dar el precio de él á los pobres, y por esto no hiciese lo que san Efen había mandado, luego el demonio entró en él, y comenzó á atormentarle y despedazarle, hasta que conociendo su culpa, se echó á los piés del santo, y la confesó y pidió perdon de ella: y el santo, compadeciéndose de su trabajo, puso sus manos sobre él, y le libró del demonio, avisándole que cumpliese lo que había prometido. Tambien mandó que no le enterrasen en sepulcro por sí, ni en el templo, sino en el cementerio comun con los pobres y peregrinos: y después exhortando á los que estaban presentes al amor y temor santo del Señor, y á toda virtud dió su espíritu al Señor, que para tanta gloria suya le había criado. Murió siendo Valente emperador, el año del Señor, segun Baronio, de 378. El Martirologio romano hace mencion de san Efen el 1.º dia de febrero, y los griegos en su Menologio á los 28 de enero.

Fué varon admirable y divino, y alumbrado de Dios, y muy estimado y alabado de los santos antiguos. San Gregorio Niceno, que escribió su vida, le compara á Abel, á Noé, á Abraham, á Moisés, á Samuel, y á los demás profetas y santos del viejo Testamento. San Basilio le alega, y dice de él, que estaba tan apartado de la sabiduria del mundo, quanto estaba cerca de la ciencia celestial. San Juan Crisóstomo le llama: «el Gran Efen, consolador de los afligidos y guía de los penitentes.» Teodoro le llama: «Varon admirable y excelentísimo.» San Gerónimo dice que escribió muchas obras en lengua siríaca, y que fué tan estimado, que en algunas iglesias, después de la sagrada Escritura, se leían sus escritos. Metafraste, Sozomeno, Nicéforo Calixto, y los demás escritores de la historia eclesiástica, como san Atanasio Sinaíta, Focio patriarca, Gregorio, Cedreno, Teodoro, Podromo, hablan de san Efen como de un varon sublime, y excelentísimo y divino. Sus obras son muy espirituales, y en ellas, como en un clarísimo espejo, resplandece el grande ingenio de Efen, la elocuencia singular, los altos preceptos, y sobre todo un espíritu celestial y soberano, suave, eficaz, blando y fervoroso de que Dios le había dotado. Admiraron tanto estas obras á los santos antiguos y sabios griegos, que las tradujeron de la lengua siríaca en la suya; y por la bondad del Señor se han derivado á nosotros en nuestro tiempo por el doctor Gerardo Vasio, aleman, que las ha recogido y traducido de griego en latin, é ilustrado con sus eruditas anotaciones, é impreso en Roma.

SANTA BRÍGIDA DE ESCOCIA, VIRGEN. — Maravilloso es Dios en sus obras é infinita su bondad; pues saca bien de nuestros males, y por los pecados de los padres no condena las almas de los hijos; ántes muchas veces escoge de las espigas rosas, y produce luz de la oscuridad de la noche. Vese esto ser verdad en la vida de santa Brígida, virgen escocesa, que fué de esta manera.

Hubo en Escocia un hombre llamado Duptaco, que compró una esclava de buen parecer y de buenas costumbres, á la cual se aficionó de manera que quedó preñada de él. La mujer de Duptaco cuando supo el mal recado, sintiólo mucho, indignóse contra su marido, y procuró que vendiese la esclava y la echase de su casa: y no bastaron ruegos ni amonestaciones, ni aun algunas revelaciones que tuvieron dos obispos, siervos de Dios, del tesoro que tenia la esclava en su vientre, para que se sosesgase la buena mujer, hasta que vió la esclava fuera de su casa. Parió á su tiempo una hija, y llamáronla Brígida; y siendo ya algo crecido en edad, el padre la trajo á su casa, y allí la crió con mucho cuidado, porque era muy honesta humilde, callada, obediente, y sobre todo muy caritativa y limosnara, dando á los pobres todo lo que podia haber de la casa de su padre. Con esta tan grande virtud del alma se juntaba una extremada belleza del cuerpo y particularmente del rostro, y una lindeza de ojos, que robaba los corazones de los que la miraban. Pretendieron muchos casarse con ella por su rara hermosura. Su padre le habló y le dijo que escogiese por marido uno de los muchos que la pedían; porque él ya no se podia valer con ellos, ni sabia qué responderles: mas Brígida tenia otros intentos, y deseaba sobremanera tomar á Jesucristo solo por su esposo y consagrarle su perpetua virginidad: y sabiendo, que la hermosura de sus ojos era la que hacia guerra, se puso en oracion, y con grande afecto y muchas lágrimas suplicó á nuestro Señor le afease el rostro, de suerte que ninguno la codiciase ni la quisiese por mujer. Oyóla el Señor; y el un ojo se le reventó, y se resolvió como un poco de agua. Quedó la santa doncella tan fea, que ninguno la pidió mas por mujer: ántes su padre le dió licencia para entrar en un monasterio de monjas á servir á Nuestro Señor, que era lo que ella tanto deseaba. Al tiempo de tomar el velo de mano del obispo, que se llamaba Machila, discípulo de san Patricio, vió el obispo sobre la cabeza de Brígida una columna de fuego, y bajando ella la cabeza, tocó con su mano el pié del altar, que era de madera seca, y luego en tocándola reverdecio, y el ojo de la virgen quedó sano, y su rostro tan hermoso como ántes; porque el Señor no quiso que la que por no perder su limpieza habia querido perder la belleza del cuerpo, quedase con fealdad alguna. Cosa seria larga de referir las raras y excelentes virtudes de esta sagrada virgen, y los muchos y grandes milagros que el Señor obró por ella; pero dirémos algunos.

Convidóla una vez una doncella: y estando en la mesa, vió santa Brígida un demonio que estaba asentado junto á la doncella que la habia convidado. Preguntóle la santa á qué hacia allí y á qué habia venido? Y él respondió, que la flojedad y pereza de aquella doncella le habian traído; porque hallaba muy buena morada en ella: y como el demonio respondiese estas palabras claramente y de manera que la doncella las pudo oír, y hecha la señal de la cruz sobre sus ojos, habia visto á aquella bestia es-

pantosa echar llamas de su cabeza, reconoció su culpa y enmendó su vida, y de allí adelante quedó libre de aquel monstruo infernal.

Trajo una mujer ciertas manzanas presentadas á santa Brígida, á tiempo que unos pobres leprosos llegaban á la puerta á pedir limosna. Díjola la virgen, que diese las manzanas á aquellos pobres: y la mujer, ó por asco ó por miseria no se las quiso dar, y respondió, que para ella y para sus monjas, nó para los leprosos, habia traído las manzanas. Reprendióla Brígida, y con espíritu profético le dijo, que en castigo de aquel pecado se secarian los árboles de su huerta y perpetuamente serian estériles; y así fué. Una mujer flaca y ruin parió un hijo, y para cubrir su maldad echó la culpa á un santo obispo, diciendo que habia concebido de él. Llamóla santa Brígida, y preguntóla cuyo era aquel hijo; y ella con mucha desenvoltura y desvergüenza dijo, que era del obispo. Entonces Brígida hizo la señal de la cruz sobre la boca de la mujer, y al momento se le hinchó la lengua y la cabeza. Hizo asimismo la cruz sobre la lengua del niño, y preguntóle quién era su padre; y respondió el niño, que no era el obispo sino un vil y desdichado hombre: y con esto se supo la verdad, y el obispo quedó con su honra, y la pobre mujer hizo penitencia de su pecado y loaron todos al Señor. Una doncella principal, hija de un gran señor, habia dedicado su virginidad con voto, y tomado á Cristo por esposo, pero el padre hizo fuerza á su hija para que se casase. El dia de las bodas estando el convite aparejado, la doncella secretamente huyó de la casa de su padre y se fué, como á sagrado, á santa Brígida. Signió el padre á su hija con mucha gente de á caballo, para sacarla por fuerza. Viólos venir santa Brígida, é hizo la señal de la cruz en tierra, y luego quedaron los hombres y los caballos como si fueran de piedra. Reconoció la mano de Dios el padre: hizo penitencia de su culpa, y con esto quedaron libres; y la hija perseveró en su santo propósito. Vinieron dos leprosos á santa Brígida para que los sanase: ella hizo oracion, y echó la bendicion sobre un poco de agua, y díjoles, que el uno al otro se lavasen con aquella agua. El uno de los dos quedó limpio; y diciéndole la santa virgen que lavase á su compañero, estuvo tan contento de la salud que habia alcanzado, y tan temeroso de perderla, que no se atrevió á lavar á su compañero, porque no se le pegase la lepra; mas luego se halló lleno de ella, y vió á su compañero sano por la oracion de la santa virgen. Habia en el monasterio de santa Brígida una monja de buen parecer y poca edad, muy fatigada de pensamientos sensuales, á los cuales ella habia dado ocasion, por haber puesto los ojos con poco recato en un hombre perdido. Crecia la llama de la torpe aficion, y el demonio, como suele, la atizaba y nó dejaba reposar á la pobre monja (tanto importa el guardar las puertas de nuestros sentidos, por las cuales entra la muerte en el alma); y estando ya para caer, haciendo santa Brígida oracion por ella (porque el Señor le habia revelado lo que pasaba); la monja inspirada de Dios tomó un poco de fuego, y con los piés descalzos le comenzó á pisar: y de esta manera con un fuego venció otro fuego, y con el dolor del cuerpo el ardor carnal que la atormentaba. El dia siguiente le habló santa Brígida, y le dijo: «Porque esta noche peleaste valerosamente, y el fuego de la lujuria no te acabó de abrasar; de aquí adelante serás libre de él, y no caerás en el del in-

fierno;» y con esto hizo oración por ella; y luego quedó sana de las llagas de los piés, que le había hecho el fuego, y libre de las tentaciones que la acosaban. Una virgen, que se llamaba Daria, era ciega: rogó á santa Brígida que le echase la bendición sobre sus ojos, para que viese: hizolo la santa; y Daria luego cobró la vista perfectamente: mas alumbrada con otra luz interior, conoció que todo lo que podía ver en este mundo era perecedero y caduco, y que muchas veces lo que vemos con los ojos del cuerpo, es embarazo é impedimento para el alma, y tornó á rogar á santa Brígida, que le restituyese su ceguedad. Hizo la santa oración, y con ella cerró los ojos, que ántes había abierto. Una matrona noble de Escocia tenia una hija muda de su nacimiento, y siendo de doce años, la llevó á santa Brígida: la cual tomando de la mano la niña, la dijo: «¿Quieres por amor de Cristo guardar la pureza de tu cuerpo, y ser perpetuamente virgen?» Respondió la madre: que su hija era muda y no sabia hablar. Á esto dijo la santa virgen: «Pues yo no la dejaré de la mano, hasta que me responda.» Luego habló la niña y le dijo: que haria lo que le mandase; y permaneció en virginidad, y de allí adelante habló perfectamente. Concertáronse nueve hombres de matar á otro: súpolo santa Brígida, y rogóles que no lo hiciesen, y que desistiesen de aquella maldad. Ellos estaban tan obstinados que no pudo hacer miella, ni ablandar sus duros corazones: volvióse á Dios, y suplicóle que atajase aquella ofensa suya; y el dia que ellos iban á ejecutar su mal intento, vieron la figura de aquel hombre que iban á matar, y creyendo que era el mismo hombre, dieron tras él y diéronle muchas heridas, y dejáronle por muerto, y como victoriosos se fuéron á santa Brígida, dándole cuenta de su gozo y triunfo. La santa les declaró que aquel que pensaban haber muerto, no era verdadero hombre sino una fantasma y sombra de su enemigo; y con esto ellos reconocieron su culpa, y enmendaron sus vidas. Otros muchos milagros hizo Nuestro Señor por santa Brígida: muchos ciegos cobraron la vista, muchos mudos habla, muchos leprosos y otros enfermos entera salud. Por su oración convirtió el agua en cerveza, y un rio caudaloso mudó su corriente y echó por otra parte; y lo que es mas, muchos hombres perdidos por sus santas amonestaciones dejaron sus vicios y pecados; y se recogieron al puerto de la santa religion, donde vivieron y acabaron santamente en servicio del Señor. Finalmente, habiéndola santa Brígida corrido su carrera felicisimamente y padecido grandes trabajos por Jesucristo su esposo, supo su muerte, y avisó de ella á una doncella que ella habia criado, señalándole el dia en que habia de salir de esta vida, é ir á gozar de su esposo, en cuyas manos dió su puro espíritu en la isla de Hibernia, el primer dia de febrero del año del Señor, segun Sigiberto, de 518, y segun Mariano Escoto el de 521, imperando Justino, el mas viejo. La vida de santa Brígida escribió un autor, llamado Cogitoso, como dice el cardenal Baronio; aunque esta vida no está impresa. Otra trae Surio en su primer tomo, que es la que nosotros habemos seguido. Hace de ella mencion el Martirologio romano, y dice, que en testimonio de su virginidad, tocando el madero del altar, luego reverdecio como dijimos. Tambien hacen mencion de ella los otros Martirologios de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones y en el séptimo

tomo de sus Anales. ¿Pues quien no ve en esta vida de santa Brígida virgen, las grandezas y maravillas de la bondad de Dios, que del pecado de sus padres sacó una joya tan preciosa, como esta santa virgen, y de una madre esclava á la que habia de librar del cautiverio y servidumbre del pecado á tantas almas? ¿Cómo pudo caer en tan vil y fragil vaso de una niña esclava tanta nobleza de condición, tanto amor á la virtud y tan encendido deseo de la pureza virginal, que por no perderla quisiese perder los ojos y aquella belleza con que las mujeres andan tan vanas y locas? ¿Cómo se ve cuán suave y benigno es el Señor para con los que le sirven; pues restituyó á Brígida la hermosura de su rostro, que para su bien y su ruego ántes le habia quitado! Y así no es maravilla, que la que tan bien habia sabido guardar su pureza virginal, y hacer de sí sacrificio á Dios, alcanzase con sus oraciones para con las otras doncellas el mismo don, y que librase al santo é ipocente obispo de la calumnia que aquella mujer le habia impuesto; ni que Dios Nuestro Señor haya obrado por esta santa virgen las maravillas que aqui quedan referidas. El sea bendito, alabado, glorificado y enalzado, por lo que es en sí mismo, y por lo que hace por sus santos. Amen.

SAN IGNACIO, OBISPO Y MÁRTIR.— Así como el agua, que está mas cerca de la fuente de donde nace, es mas limpia y pura que la de los rios que están lejos de la fuente; así los santos en la conversacion mas allegados á Cristo Nuestro Señor, fuente purísima y clarísima de toda santidad, han sido mas fervorosos y mas abrasados de su divino amor. Vese claro ser esto verdad en los sagrados apóstoles en los setenta y dos discípulos del Señor, y en los primeros santos que los imitaron, se criaron con aquella doctrina del cielo, los cuales fueron tan señalados en todo género de santidad, que mas parecen varones divinos, que hombres santos. Entre estos fué uno de san Ignacio discípulo de san Juan Evangelista, tan encendido en el amor de Jesucristo, y tan deseoso de morir por él, que dignamente le llamaron *Deifero* y *Cristifero*; que quiere decir, el que lleva en sí á Dios, y el que llevaba en sí Cristo: cuya vida sacada de san Ireneo, san Jerónimo, Eusebio Cesariense, Simeon Metafraste, y principalmente de sus mismas epistolas, en que el mismo santo al vivo se dibujó, es de esta manera. En el tiempo que imperaba Trajano, era obispo de Antioquia san Ignacio, que sucedió en aquella silla á Evodio, y Evodio á san Pedro. Niceforo y Metafraste dicen, que san Ignacio fué aquel niño que Cristo nuestro Redentor tomó con sus divinas manos, y le puso en medio de sus discípulos, y les dijo: que habian de ser como aquel niño, si querian entrar en el reino de los cielos, y que entonces quedó como dedicado al Señor; aunque Jansenio y otros autores dicen que aquel niño fué san Marcial mártir, á quien el principe de los apóstoles san Pedro envió á Alemania, para alumbrarla con la luz del Evangelio. Pero en lo que dice Jansenio, que san Marcial fué enviado de san Pedro á Alemania, debe ser error del impresor que por decir Galia dijo Alemania, pues consta que san Marcial fué enviado de san Pedro á Francia, y predicó en ella; y fué obispo de Lemosin, y convirtió los pueblos de Aquitania á la fe, como lo trae Baronio; y añade, que fué el muchacho que llevaba los cinco panes y dos pees, segun la opinion de algunos, cuando Nuestro Señor hizo el milagro de los cinco panes y dió de

comer á cinco mil personas. Mas volviendo á nuestro san Ignacio, él tuvo familiaridad con los discípulos del Señor, y muy estrecha con san Juan Evangelista, y con san Policarpo, obispo de Esmirna, su condiscípulo y compañero, que es grande argumento de su admirable santidad, por la cual le hicieron obispo de Antioquia, y le dieron la silla que habia tenido san Pedro. Hacia san Ignacio en todo oficio de santo pastor: consolaba á los afligidos, visitaba á los enfermos, enseñaba á los ignorantes, predicaba siempre á Jesucristo con gran pesar de los gentiles; y hacia vida celestial en la tierra, siguiendo la doctrina apostólica y manifestando á todos los tesoros inestimables que tenemos en el glorioso misterio de la cruz de nuestro Salvador. Una vez tuvo san Ignacio una maravillosa vision, como escriben Eusebio Cesariense, Sócrates y Baronio. Vió gran multitud de ángeles que cantaban á coros himnos y alabanzas á la Santísima Trinidad; y movido de esta vision, ordenó en su Iglesia de Antioquia, que se cantase á coros: lo cual siguieron despues é imitaron las otras iglesias. En esta sazón el emperador Trajano, habiendo alcanzado algunas grandes victorias contra Decabalo rey de Dacia, vino á Antioquia, y entendiendo que Ignacio públicamente hacia profesion de cristiano, y que predicaba que Cristo Nuestro Señor era Dios, y que debia ser adorado, y que enseñaba la virginidad y continencia, el menosprecio de las riquezas y la mortificacion de nuestros gustos y apetitos, y que los dioses de los romanos eran falsos é indignos de ser reverenciados; tuvo grande enojo, y mandóle llamar, y teniéndole delante de sí, le dijo: ¿Eres tú aquel Ignacio que te haces llamar Deifero, y eres cabeza de aquellos que hacen burla de los emperadores, y no quieres reconocer por dioses á los que nosotros adoramos? Yo, dijo el santo, soy Ignacio, y me llamo Deifero, porque traigo esculpido en mi alma á Cristo, que es mi Dios. ¿Pues cómo no te parece, dijo el emperador, que nosotros tambien traemos impresos en nuestras almas á los dioses inmortales, para que favorezcan nuestras grandes empresas? Entonces respondió Ignacio: No digas eso, emperador, ni lames dioses á las estatuas mudas: no hay mas de un Dios verdadero, Criador del cielo y de la tierra, del mar y de todas las cosas que vemos en este mundo, y su unigénito Hijo Jesucristo, que se hizo hombre por los hombres: al cual si tú, Trajano, conocieses, muy seguro tendrias tu imperio, tu cetro y tu corona y la victoria contra tus enemigos. Dejemos esas palabras, dijo el emperador: si quieres hacer cosa que me sea grata y á tí provechosa, sacrifica á los dioses inmortales, que yo te prometo de tenerte por amigo y hacerte sacerdote del gran Júpiter, y que seas llamado padre del senado. Bien veo, respondió Ignacio, que se deben gracias á todos, y mas á los emperadores, cuando nos ofrecen su gracia, que es de tanta estima; mas si lo que ofrecen es dañoso para el alma, desdichado é infeliz es el que lo promete y lo da, y el que lo desea y recibe; y tal es lo que tú me prometes. Yo soy sacerdote de Cristo, al cual cada dia ofrezco sacrificio, y ahora deseo sacrificarle á mi mismo, muriendo por él, así como él murió por mí. Finalmente, despues de largas razones y disputas que tuvieron san Ignacio y el emperador en materia de nuestra santa religion, y del culto de sus falsos dioses; ofendido Trajano de la libertad con que le hablaba el santo pontífice y hacia escarnio de sus dioses, y no teniendo espe-

ranza de hacer mella en aquel pecho armado de Dios, dió sentencia contra él, que fuese llevado á Roma, y allí en el teatro echado vivo á los leones, como despreciador de las leyes imperiales, y blasfemo contra los dioses inmortales, y esta sentencia aprobó el senado, juzgando que era justo que muriese Ignacio y que muriese léjos de Antioquia, para que padeciese primero muchos y graves trabajos en el camino, y para mayor espanto de todo el pueblo, y para que despues de muerto, los cristianos no honrasen su cuerpo. Tornó el emperador á hablar otra vez á Ignacio, para ver si podria reducirle á su voluntad, ó con promesas, ó con amenazas: y como vió que estaba como una roca fuerte, perdida la esperanza, le mandó llevar á Roma, y que allí se ejecutase la sentencia que habia dado de su muerte, estando el pueblo presente en alguna fiesta.

¿Qué hombre jamás despues de haber estado largo tiempo con suma miseria, encarcelado y encadenado, y aguardando cada hora las manos de los verdugos que le diesen la muerte, tanto se alegró, con la nueva de su perdón y libertad, cuanto Ignacio se regocijó, cuando le fué notificada la sentencia de su muerte? Lloraban todos los fieles de Antioquia, y él solo estaba con el rostro sereno y alegre. Gemian las ovejas por la partida de su pastor, y el pastor las consolaba, animaba y regaba que pusiesen su confianza en aquel eterno pastor, que nunca desampara su grey, y echándoles su bendicion se despidió, encomendando con muchas lágrimas su Iglesia al Señor, la cual habia gobernado santísimamente por espacio de cuarenta años. Él mismo se puso las prisiones, y con un semblante del cielo se entregó á los soldados y sayones que le habian de llevar, que eran hombres fieros y bárbaros, y tan avaros que tenian por flor maltratarle y afligirle sobremedida, para sacar dinero de los cristianos; porque erant piadosos y liberales, que les daban cuanto tenian, por redimir aquella vejacion que hacian á Ignacio. Fué por tierra hasta Seleucia, y de allí por mar á Esmirna, de donde era obispo su antiguo amigo y condiscípulo Policarpo, con el cual se consoló y recreó por extremo, abrazándose el uno al otro con singular caridad, y llorando Policarpo muchas lágrimas, porque Ignacio le habia ganado por mano, é iba ántes de él á gozar de Dios por la corona del martirio. Acudia con gran devocion y afecto todo el pueblo de Esmirna á verle y á oír sus palabras y despertar su fé y encender sus corazones con su ejemplo: pedianle su santa bendicion: echábanse á sus piés, besábanle las manos, las vestiduras, las cadenas y prisiones que llevaba; y mirábanle como á un vivo retrato de Cristo. No solamente los de Esmirna hacian esto; mas tambien las otras iglesias del Asia mas apartadas le enviaron á visitar con sus obispos y clérigos, como á padre espiritual y maestro de todos; y viendo el que muchos de los fieles se enternecian y derramaban muchas lágrimas, cuando se partia de ellos, les rogaba que con sus oraciones le alcanzasen el favor de Dios y gracia, para que presto fuese despedazado de las bestias fieras, y que no le perdonasen como habian hecho á otros santos. Y temiendo que los cristianos que habia en Roma se entristecerian mucho de su martirio, y por ventura se le estorbarian con sus oraciones delante de Dios, les escribió una carta, y parte de ella trae san Jerónimo, y yo la quiero poner aquí algo mas extendida; porque me parece que con ningunos colores se puede mejor

pintar el fuego divino que ardia en el pecho de este santo, ni las llamas con que estaba abrasado y consumido, que con las palabras que él mismo escribe de sí.

«A todas las iglesias, dice, escribo, y les hago saber que yo muero por Cristo con alegría, si vosotros no me lo estorbáis. Yo os ruego que vuestra benevolencia no me sea dañosa: dejadme despedazar de las fieras por las cuales puedo llegar á Dios. Trigo soy de Dios y con los dientes de las bestias fieras tengo de ser molido por ser pan blanco y digno de Cristo: ántes debeis irritar las bestias, para que yo sea sepultado en ellas y no dejen cosa sana de mi cuerpo; porque entonces seré verdadero discípulo de Cristo, cuando el mundo no viere aun mi cuerpo. Suplicad por mí á Jesucristo, para que por este medio yo venga á ser hostia limpia. No os mando como san Pedro y san Pablo; porque ellos eran apóstoles, y yo soy miserable: ellos libres; yo esclavo: pero si vosotros quisierais, yo seré rescatado por Cristo, y libre en él. Ahora que estoy preso, aprendo á no desear cosa perecedera ni vana, yendo desde Siria hasta Roma, y peleando con las bestias por tierra y por mar, y de día y de noche, y atado entre diez leopardos, que son diez soldados que me guardan, y tan crueles, que cuanto mas bien les haceis tanto son peores; mas la maldad de ellos me enseña; aunque nó por eso me tengo por justo. Lo que deseo es, que las bestias estén aparejadas, y verme puesto entre ellas. O si yo pudiese gozar de ellas, y que con presteza me matasen y me tragasen! No querría que hiciesen conmigo lo que han hecho con otros, á quienes no han osado tocar. Si ellas no quisieren venir á mí; yo iré á ellas, y las provocaré y haré fuerza. Perdonadme, hermanos; que yo sé lo que digo y lo que me conviene. Ahora comienzo á ser discípulo del Señor: ninguna cosa de las visibles ni de las invisibles apetezco, todas las tengo por basura por abrazarme con Jesucristo. El fuego, la cruz, las bestias, el ser mis miembros cortados, quebrantados, molidos, hechos pedazos, y la muerte de este miserable cuerpo y todos los tormentos del demonio vengan sobre mí; con que yo me llegue y sea unido con Cristo. Ninguna de las cosas de este mundo me da contento, ni el reino de la tierra me lleva tras sí; porque muy mejor es para mí morir en Cristo, que ser rey de todo el mundo. A mi Señor busco. Hijo de Dios verdadero, y al Padre de mi Señor Jesucristo: tras aquel ando, que murió y resucitó por nosotros. Perdonadme, hermanos, y no me seais impedimento en este camino de la vida, porque Jesus es la vida de los fieles: y no os pase por el pensamiento querer que yo no muera; porque la vida sin Cristo no es vida sino muerte. Si quiero ser de Dios, no puedo agradar al mundo: dejadme llegar á la luz pura y limpia; porque llegando á ella, seré varon de Dios. Otorgadme que sea imitador de la pasion de mi Señor.» Y mas abajo: «Deseo los deleites, nó de este mundo, sino el pan de Dios: el pan celestial quiero, pan de vida, que es la carne de Jesucristo, Hijo de Dios vivo; y la sangre de aquel quiero beber, que es dileccion incorruptible y vida eterna: no quiero vivir vida de hombres; y esto alcanzaré si vosotros quisierais. Crucificado estoy en Cristo: porque yo no vivo, sino Cristo vive en mí. Si yo padeciere y muriere por Cristo, será señal que vosotros me amais; y si no muriere, que me aborrecéis.» Todo esto es de san Ignacio en aquella epistola á los romanos: por lo cual se ve su ansia de morir por Cristo, y que tenia por muerte la vida sin él.

No entienden este lenguaje los hombres carnales y entregados á sus gustos y apetitos, ni aun los espirituales, sino son muy fervorosos y encendidos en el amor del Señor. Menester es espíritu del cielo y divino, para oír y entender esta música y lengua divina de Ignacio; mas cierto es, que cada cosa sabe á lo que es, Dios á Dios, y la criatura á criatura. Mas para gustar á Dios, y que nos sepa á lo que es, ha de estar muy purgado nuestro paladar de todos los otros sabores, como lo estaba el de san Ignacio: el cual hizo su camino por Macedonia y Albania y otras provincias, con mucho trabajo suyo y provecho de los fieles, esforzándolos en las adversidades, inflamándolos al amor divino con su ejemplo, y rogándoles que tuviesen perseverancia hasta el fin. Visitaba las iglesias: escribía epistolas á los obispos y prelados, y á los cristianos que tenían á su cargo; y finalmente, habiendo pasado por Puzel cerca de Nápoles y sido regalado de los fieles, con los soldados que le llevaban, llegó á Roma y fué entregado al prefecto de la ciudad: el cual un día de gran fiesta y regocijo mandó traer al teatro á san Ignacio, para echarle á los leones y ejecutar en él la sentencia del emperador. El Martirologio romano dice, que ántes de ser echado san Ignacio á los leones, padeció otros muchos martirios; y Adon en su Martirologio añade, que le molieron el cuerpo con plomadas, que le rasgaron los costados con uñas de hierro, y se los fregaron con piedras ásperas, y le lavaron las llagas con sal y vinagre, y que estuvo tres días y tres noches sin comer ni beber en la cárcel, y padeció otras penas atroces y esquisitas. Entró pues el santo en el teatro, con un ánimo generoso, seguro y alegre; porque iba á padecer por Cristo: y viendo que toda la ciudad le miraba y tenia puestos los ojos en él, les dijo estas palabras: «No penseis, ó romanos, que estais presentes á este espectáculo, que yo soy condenado á las bestias fieras por haber cometido algun maleficio ó delito indigno de mi persona; sino porque deseo unirme con Dios, del cual tengo una sed insaciable.» Diciendo esto, oyó los bramidos de los leones que ya venian; y el santo con aquel ardor divino de la fé, dijo: «Yo soy trigo de Cristo: los dientes de las fieras me molerán y harán harina, para que de ella sea hecho pan y presentado á mi Señor Jesucristo:» y diciendo estas palabras, los leones hicieron presa en el santo, y le despedazaron y tragaron sus carnes; como él lo habia deseado y suplicado á Dios, y no tocaron á sus huesos: aunque san Antonino, tomándolo de Adon, dice que le ahogaron y no tocaron á sus carnes. Y añade san Antonino, que cuando atormentaban al santo, siempre tenia en la boca el dulcísimo nombre de Jesus, invocándole y llamándole en su ayuda: y que preguntándole, por qué invocaba tantas veces aquel nombre, respondió: Porque le tengo escrito en el corazon y no le puedo olvidar: y que despues de muerto, algunos por curiosidad le sacaron el corazon y le abrieron, y hallaron en él esculpido con letras de oro este santísimo y suavísimo nombre de Jesus. Despues de su muerte recogieron los cristianos sus sagrados huesos con gran devocion y reverencia, y los enterraron fuera de Roma, y en tiempo del emperador Teodosio le llevaron á Antioquia con gran pompa y solemnidad, haciendo grandes procesiones y fiestas todos los pueblos por donde pasaban: á los cuales el Señor hizo innumerables beneficios por intercesion del santo, como escribe san Juan Crisóstomo. Luego despues de la muerte de san Ig-

nació vino un terremoto terrible en Antioquía, por el cual se asoló casi toda la ciudad, y mucha gente murió y otra fué muy maltratada; y el mismo emperador Trajano estuvo en gran peligro, y se salvó por providencia divina, que le guardaba para que se enmendase, y para que hiciese lo que despues hizo, que fué mitigar la persecucion contra los cristianos, y mandar que no fuesen buscados, atormentados y muertos, sino que los dejasen vivir en paz, sin oficios y dignidades, por haber entendido que eran hombres quietos y sin vicios, y nó enemigos de su imperio: de suerte, que podemos decir que san Ignacio fué provechoso á la Iglesia del Señor, en la vida y en la muerte.

Escribió este gloriosísimo pontífice, y fortísimo mártir de Cristo, algunas epístolas admirables. San Gerónimo cuenta siete; y otros autores graves añaden otras cuatro, que se tienen por ciertas y legítimas de san Ignacio, en las cuales pinta el santo maravillosamente la faz de la Iglesia católica de su tiempo, y nos representa, como con vivos colores, las costumbres de los cristianos de aquella edad dorada, la disciplina eclesiástica y las tradiciones apostólicas, exhortando á todos con gran vehemencia, que las guarden y reverencien, como cosas ordenadas del Señor por mano de sus apóstoles. Hace mencion de todas las órdenes de la Iglesia, y enseña la obediencia y respeto, que se debe tener á las personas eclesiásticas, y encarece la excelencia, y dignidad de los obispos, por estas palabras: «Los príncipes obedecen al emperador: los soldados á los príncipes: los diáconos á los presbíteros: los presbíteros y diáconos, y el resto del clero, juntamente con todo el pueblo, y con los soldados, y príncipes, y el mismo emperador obedezcan al obispo; y el obispo á Cristo.» Tambien nos dá noticia de la jerarquía celestial, y hace mencion de los coros de los ángeles; y bajando á la tierra, da grandes documentos de virtud y santidad, y al cabo de sus epístolas solia poner como por sello: *Amen gratia*, como escribe san Gregorio papa. Son de tanta autoridad las epístolas de san Ignacio, que san Policarpo las recogia, y san Dionisio Areopagita las alega, y san Ireneo hace mencion de ellas, y san Atanasio, san Gerónimo, Eusebio, Teodoro y otros padres hablan de ellas con grande acatamiento y veneracion. Demás de estas epístolas, que se tienen por legítimas y averiguadas, algunos añaden otras cuatro, de las cuales no hacen mencion aquellos santísimos padres antiguos, que reconocen las demás: pero san Bernardo, Dionisio Cartujano y otros modernos autores, que trae el padre Pedro Canisio, varon doctísimo y gravísimo, citan una carta de san Ignacio para nuestra Señora, y otra de nuestra Señora para san Ignacio, y las tienen por verdaderas, con otras dos de san Ignacio para san Juan Evangelista.

A san Ignacio sucedió en la silla de Antioquía, como él mismo lo habia profetizado, Hero, diácono de la misma Iglesia, el cual fué varon santísimo y mártir: y para mostrar la devocion que tenía á su santo maestro Ignacio, que ya reinaba en el cielo, le hizo una oracion por estas palabras, que me ha parecido poner aquí. «Sacerdote (dice) y caudillo de Dios, Ignacio, que estás vestido de una estola de inmortalidad, y has bebido de aquella fuente perpetua de vida, y cantas con los ángeles alabanzas al Señor, y eres amigo del unigénito Hijo de Dios, libre ya del pecado y de las tentaciones de Satanás, y peleaste como valeroso

soldado en el campo de la verdad, y alcanzaste victoria, y confundiste á Trajano y al senado romano, que en esto no tuvo saber. Ya, santo bendito, eres morador del cielo, y estás unido con Cristo con un nudo indisoluble de amor dulce y caridad eterna: acuérdate de este tu hijo Hero, diácono, para que yo tambien saliendo de esta vida, sea contado entre los santos, merezca tan alto nombre, y no haya cosa en mí que sea indigna de mi profesion. Tres y cuatro, y muchas veces te suplico, ó beatísimo padro Ignacio, que eres el carro y guia de Israel, y ahora reinas con Cristo, que pues te ves libre de la muerte, y has volado de la tierra al cielo, y alcanzado la corona de la bienaventuranza, por haber vencido en esta tan peligrosa lucha; que no te olvides, ó mártir glorioso, de este hijo, que criaste, y no dejes de consolarme y visitarme con tus santas palabras, como lo hacias cuando estabas en esta vida mortal.» Todo esto es de san Hero, diácono, discípulo de san Ignacio: por lo cual se declara la estima que de él tenía, y la devocion con que á él se encomendaba: y lo mismo debemos nosotros hacer siempre, é imitar los ejemplos de estos santos, padre é hijo, maestro y discípulo. El martirio de san Ignacio fué el primero día de febrero, del año del Señor de 110, y el oncenno del imperio de Trajano; y en el mismo dia la santa Iglesia celebra su fiesta.

* SAN PIONIO MÁRTIR.—Su grande fé y piedad, las virtudes cristianas en que tanto se distinguía, le hicieron digno de ser elevado á la dignidad del sacerdocio en la iglesia de Esmirna. Desde entonces se ocupó incesantemente á la predicacion, convirtiendo con sus discursos llenos de uncion y piedad á los que estaban sentados en la sombra de la muerte, y defendiendo con sus luminosos escritos la verdad de nuestra santa religion. A este fin publicó unas apologías de la fé católica, tenidas en mucha estimacion en aquellos tiempos; cuyos escritos motivaron fuera encarcelado y sufriera las mayores privaciones. A pesar de esto no cesaba Pionio de animar á sus hermanos con sus exhortaciones, hasta que atormentado con diverso género de tormentos, y clavado, fué echado á una hoguera, consiguiendo junto con quince compañeros la palma del martirio el año 251.

SAN SEVERO.—Fué natural de Milan, y vivia en Ravena, donde ejercia un oficio plebeyo con el cual se ganaba la vida, cuando habiendo muerto Marcelino, obispo de Ravena, estando el clero y el pueblo congregados para elegir un nuevo pastor, se apareció del cielo una paloma que se puso por tres veces consecutivas sobre la cabeza de Severo. Tomada la señal por milagrosa indicacion de Dios, fué el santo elegido y consagrado obispo de Ravena: de rudo plebeyo convirtiéndose desde luego en sabio y profundo teólogo: distinguióse en el concilio de Sardis contra los arrianos, é hizo otras varias cosas por las cuales se conocia que el espíritu de Dios estaba en él. Por fin, de una edad muy avanzada, habiendo cumplido ya con los mas pesosos deberes del episcopado, previendo el día y hora de su muerte, llamó cerca de sí al clero y al pueblo de Ravena, y estando platicando santamente con ellos, descansó en el Señor por los años 390.

SAN PABLO.—Fué obispo de la antigua ciudad de Trecastillos en las Galias, ilustre por la santidad de su vida y por el don de milagros.

SAN CECILIO.—Es otro de aquellos siete célebres santos,

que consagrados obispos en Roma por el apóstol san Pedro, vinieron á España á predicar el Evangelio, y derramaron su sangre por la fé. San Cecilio estableció su sede episcopal en Iliberis, cerca de Granada, desde donde difundió rayos de luz y de verdad por toda la antigua Bética, obrando multitud de conversiones y ganando almas para Cristo. Desde el año 60 al 63, en que fué su dichoso martirio, trabajó con infatigable constancia en varias provincias de la España ulterior, confirmando el cielo con gloriosos milagros sus trabajos apostólicos.

LA BEATA VERIDIANA.—Nació en Etruria, de padres pobres, que la educaron en el santo temor de Dios, dando indicios desde niña de que el Señor la tenia destinada para ser ornamento de su Iglesia, y modelo de grandes virtudes. Despues de haber pasado los primeros años de su juventud de sirvienta en la casa de un gran señor, sobre la cual atrajo muchas gracias del cielo, se retiró á un desierto cerca de Florencia, donde permaneció hasta que, por divino mandato, tomó el hábito de la tercera orden de san Francisco, en donde vivió santa y ejemplarmente hasta su dichosa muerte en 1212. Su sepulcro ha sido y es glorioso para la multitud de portentos obrados por el cielo junto á él, y el papa Julio II autorizó su culto, ampliándolo despues su sucesor Clemente VII.

DIA 2.

LA PURIFICACION DE LA VIRGEN MARIA, NUESTRA SEÑORA, Y LA PRESENTACION DE SU PRECIOSO HIJO EN EL TEMPLO.—A los cuarenta dias del nacimiento de Cristo nuestro Salvador, que se cumplen á los 2 de febrero, celebra la santa Iglesia la fiesta de su presentacion en el templo, que tambien se dice la Purificacion de Nuestra Señora y la Candelaria; y los antiguos la llaman la fiesta de Simeon justo, y de Ana profetiza, y por otro nombre en latin: *Occursus*; que quiere decir, encuentro y recibimiento, como el que se hace al que viene de camino, y por honrarle le salen á recibir. Pero dejando los otros nombres y hablando de la Presentacion del Hijo en el templo y de la Purificacion de la Madre Santísima; para entender los misterios divinos, que en la una y en la otra se encierran, se deben presuponer dos leyes, que mandó Dios guardar al pueblo de Israel, las cuales Cristo nuestro Señor y su purísima Madre vinieron hoy á cumplir, sujetándose por su voluntad, para nuestro ejemplo, á las leyes que no los obligaban. La primera ley era de los primogénitos, en que mandaba el Señor que le ofreciesen el primer hijo que naciese de los hombres, y de los animales; y que no siendo el primogénito de los hombres de la tribu de Leví, despues de presentado en el templo y ofrecido á Dios, le rescatasen por cinco siclos, moneda que valia en aquel tiempo, como algunos dicen, cuatro reales, y el primogénito de los animales se le degollase el sacerdote, y se le ofreciese en sacrificio. Esta ley estableció Dios, para que los judios se acordasen de aquella hazaña memorable y maravillosa que habia hecho, cuando para librarlos de la servidumbre y cautiverio de Egipto, con brazo fuerte y poderoso mató á todos los primogénitos de los egipcios, y llenó toda aquella provincia de tan grande llanto y espanto, que los mismos egipcios daban prisa á los hebreos, para que se partiesen luego de sus tierras y los dejasen; porque mientras que estaban en ella no se tenian por seguros, y pensaban

percer llenos de pavor y espanto. Y como Dios, así como es liberalísimo en hacernos mercedes, así es celosísimo de su honra, y quiere que seamos agradecidos y le reconozcamos y sirvamos, para memoria y reconocimiento de tan señalado beneficio quiso que se le ofreciese cualquiera hijo primogénito; y no ménos, para que entendiesen los padres, que los hijos no tanto son suyos cuanto del Señor que se los da, y cria el alma de nada, y forma y organiza el cuerpo en las entrañas de la madre, y los saca á luz, para que los crien en su servicio, como cosa propia suya más que de los padres; y para que si no tuvieren hijos, no se congojen demasadamente, no se turben y disgusten entre sí, ántes sepan que no bastan remedios humanos para tener hijos, si Dios no los da; y que muchas veces los niega y otras los quita con gran misericordia y benignidad. La segunda ley manda, que la mujer que por obra de varon pariere hijo, esté retirada cuarenta dias para purificarse, los cuales cumplidos ofrezca un cordero de un año, y un palomino ó una tórtola; y si no pudiese ofrecer cordero, ofrezca un par de tórtolas, ó un par de palominos, y si pariere hija, que esté retirada ochenta dias. De estas dos leyes hace mencion el evangelista san Lucas: y porque en la primera ley del primogénito no se pone día cierto para presentarle en el templo y ofrecerle á Dios, y en la segunda se limita el tiempo de los cuarenta dias de entredicho para la madre, solian los hebreos tomar aquel día para cumplir con ambas obligaciones.

Claro está que el bendito Niño Jesus y su gloriosa Madre no estaban obligados á guardar estas leyes; porque el Hijo era Dios y legislador y señor de la ley y la madre era Madre de Dios y reina y princesa de todo lo criado: demás de esto, las mismas leyes con sus palabras los eximian y exceptuaban de aquella obligacion; porque la ley de los primogénitos decia, que el primogénito que abriese camino para salir de las entrañas de su madre, fuese ofrecido al Señor; y Cristo salió por aquella puerta oriental de la Virgen, profetizada por Ezequiel, dejándola cerrada y sellada: y la segunda ley no obligaba sino á la mujer que concebía por via ordinaria; y la Virgen sacratísima concibió al Verbo Eterno por virtud del Espíritu Santo, sin detrimento de su celestial pureza. La purificacion de las paridas era para limpiarlas de las inmundicias del parto; mas la que quedó mas limpia que el sol, y mas hermosa que la rosa y que la clavellina, no tiene esa obligacion; porque ¿cómo puede purificarse la pureza, esclarecerse la luz, blanquearse la blancura y hermosearse la belleza? Y por esta causa el evangelista sagrado, diciendo que se cumplieron los dias de su purgacion, añadió divinamente aquellas palabras: «Segun la ley de Moisés;» dando á entender que aquella purificacion era segun la ley, y nó segun la Virgen; porque segun ella, no podia llegar ese día, porque era la misma limpieza, y mas resplandeciente que el mismo sol. Pero fué muy conveniente que el Niño Jesus guardase la ley á que no estaba obligado, y que la madre se conformase con su Hijo, para nuestro remedio y ejemplo. No tenian ellos necesidad de guardar la ley; pero teniamosla nosotros de que ellos la guardasen, para que de tales maestros aprendiésemos á obedecer á Dios; porque todo nuestro mal es libertad, desenfrenamiento y desobediencia, por la cual, como por la

puerta, entró nuestra perdición en el mundo, y este mar océano de desventuras y miserias en que andamos sumidos y anegados: y como el Señor vino como médico soberano para curarnos de nuestros males y dolencias, por su voluntad se sujetó á la ley no estando obligado, para que el enfermo con ménos repugnancia y mayor alegría la obedezca y cumpla con su obligacion: y para que considerando cuán liberal es Dios para con nosotros, y que no pone tasa ni medida en lo que hace y padece por nuestra salud, no estrechemos ni apoquemos nuestros corazones en servirle, apretando la mano para dar, y abriéndola para recibir, como hacen algunos avarientos, escasos y mezquinos que regatean con Dios, y examinan muy por menudo á lo que precisamente les obliga su ley sin querer pasar la raya, ni los límites de los divinos preceptos para no irse al infierno, y no miran que delante de aquella soberana y divina luz, cualquiera otra luz es tenebrosa, y cotejada con aquella limpieza, toda santidad es inmundicia; y que el que fuere mas franco para con Dios, ese le hallará mas liberal y dadivoso para consigo; porque es tan franco, que nunca quiere deber nada á nadie, sino que todos le deban; y que sus mismos dones sean merecidos nuestros, para remunerarlos con gloriosa corona de bienaventurada eternidad. Quiso también el Señor y su Madre dulcísima enseñarnos á hacer nuestras obras de manera que no solamente sean limpias en los ojos de Dios, sino también loables en los de los hombres y que no nos contentemos con el testimonio de nuestra conciencia, cuando damos al prójimo causa legítima de murmurar: porque el mismo Dios nos manda que tengamos cuenta con no dar que decir de nosotros; y la conciencia no es pura cuando no se ajusta con lo que manda Dios. Cuando pidieron á Cristo los alcabaleros el tributo del César, preguntó á san Pedro: «¿Quién lo debe? ¿Los hijos ó los vasallos?» Y añadió: «Pero porque no los escandalicemos, á trueque de que no digan que me rebelo contra el César; vé, Pedro, saca un pez y paga.» Así hoy, porque no se diga que Cristo no guarda la ley, y que es contrario á Moisés, y que la madre siendo parida no se purifica, quiso él ser presentado, y ella ser purificada por excusar el escándalo, y darnos ejemplo de mirar como vivimos, y quitar las ocasiones justas de murmurar: y no ménos para deslumbrar al demonio, y tenerle perplejo y confuso: porque así como dijo el Señor, que la Virgen fuese desposada, entre otras razones para que el demonio anduviese siempre como atormentado entre dos aguas y no entendiese que aquel hijo era Hijo de Dios; como dice san Ignacio; así ordenó el mismo Señor, que esta purísima doncella no teniendo mancha y siendo mas limpia que los ángeles, se sujetase á la ley de la limpieza, como si la buscara y tuviera de ella necesidad, para que el demonio, que es soberbio, se cegase con esta luz y con este ejemplo de tan rara y profunda humildad.

Demás de estas razones hay otra muy importante para doctrina y reformation de nuestra vida, que es habernos dado el Padre Eterno á su Hijo unigénito; y con él todo lo que nos puede dar, para que su Madre, que sin padre le habia engendrado en la tierra, se le presentase hoy en medio del templo y se le ofreciese por todos los pecados del mundo, y nos animase con esta divina ofrenda á ofrecerle cada uno de nosotros por su parte; y juntar su corazón y su primogénito con el primogénito de la Virgen, y hacer per-

fectamente lo que aquella ley de los primogénitos en sombra y figura nos representaba. El primogénito y el mayorazgo del reino, y de cualquier casa y familia ilustre se tiene en mucho, y es lo primero en que se ponen los ojos; y el primogénito del hombre que es racional, y tiene entendimiento y voluntad, y se gobierna por razon y por amor, es el primer juicio que tiene, del cual dependen todos los juicios del hombre; y aquel primero y principal amor, que es como regla y fuente de todos los otros amores, y este juicio y este amor manda el Señor que le presentemos y ofrezcamos como cosa suya. Aquello que el hombre piensa que le puede hacer bienaventurado si lo alcanza, y si lo pierde infeliz: aquello que abraza con mas estrecho amor, y tiene pegado á las entrañas, y con mayores ansias desea y procura, aquello que como aceite nada sobre otros licores, y cuando se encuentra con cualquiera otra cosa, la sobrepuja y tiene debajo; ese es el amor y el primogénito que Dios nos pide: de manera, que aunque le demos todo lo demás, no lo estima y es nada en sus ojos; así como Dios nos diese todo cuanto hay en el cielo y en la tierra, y no se nos diese á sí mismo, no nos aprovecharia para tener contento seguro y bienaventurado. Ama el hombre la hacienda, y ama al hijo; pero cuando se encuentra el amor de la hacienda con el del hijo, que está enfermo ó en algun peligro, gástase la hacienda porque no muera el hijo. Pues este amor nos pide hoy el Señor: este es el mayorazgo que le debemos ofrecer; que en nuestra opinion no haya cosa que con Dios se iguale ni se compare, ni tenga precio ni valor, mas que un poco de lodo en comparacion de un riquísimo e inestimable tesoro; y por no perderle perdamos la hacienda, la honra, la mujer y los hijos, y la propia vida si fuere menester: y no es mucho que pues Dios nos dió á Jesucristo que es primogénito de todas las criaturas, por mano de la Virgen, para que ella hoy se le ofreciese; nosotros en retorno demos á su Divina Majestad este nuestro juicio y nuestro amor, que aunque es de suyo tan vil, tan flaco, todavía por ser nuestro primogénito, é ir acompañado con los merecimientos de este Señor, le será mas acepto sacrificio y agradable que lo era el de la ley vicja de los primogénitos; la cual debajo de sombras y figuras nos representa esta espiritual ofrenda, y nos enseña á desgollar y hacer sacrificio de los primogénitos de los animales, que son las pasiones que nacen de nuestra sensualidad, y de la parte inferior de nuestra alma, como de un animal bruto y sin razon. Asimismo la ley de la purificacion de las paridas nos enseña el cuidado que debemos tener de la purificacion interior. No tiene ya necesidad la mujer que ha parido, de guardar entredicho de muchos días para entrar en el templo, porque ya espiró aquella ley ceremonial, y estando con fuerzas para hacerlo, puede entrar; pero tiénela de purificar su alma y reprimir los deleites de la carne, y ofrecer á Dios el gemido y castidad de la tórtola, y la simplicidad del palomo; que esto es lo que Dios por aquella ofrenda nos queria significar.

Estas son algunas de las causas, que traen los santos, para declarar cuán conveniente cosa fué que el suavísimo Jesus guardase la ley de los primogénitos, y la sacratísima Virgen su Madre la de purificacion, sin ser obligados: veamos ahora el modo que tuvieron en obedecer á la ley, y los otros misterios que se encierran en este soberano misterio. Entró la Virgen en el templo, acompañada

da de san José su esposo, llevando en sus brazos aquel tesoro del cielo, y riqueza y bienaventuranza del mundo, y postrada delante del acatamiento divino, alzó sus ojos, y su corazón á Dios, y con la mayor humildad, que jamás pura criatura le habló, le dijo: O Padre Eterno, Señor y criador del mundo, veis aquí á vuestro unigénito y muy amado Hijo, que con tanta caridad quisisteis que también fuese Hijo mio, para que tomando carne, y viniendo al mundo en forma de hombre mortal, redimiése todo el género humano: aquí os le traigo: aquí os le presento, y os le ofrezco, para que de él y de mí hagais, Señor, según vuestra santísima voluntad. Dichas estas ó semejantes palabras, ofreció los cinco siglos, que la ley mandaba, y con ellos rescató á su precioso Hijo, y redimió al Redentor del mundo, y quiso ser redimido el que era perfectísimo Redentor, y ser rescatado con cinco siglos el que había de rescatar con cinco llagas á todos los hijos de Adán. Ofreció asimismo la Virgen un par de tórtolas ó palomitos, para cumplir con la ley de la purificación. No ofreció Cordero figurativo, así porque ofrecía el verdadero ó inocente cordero que quita todos los pecados del mundo; como porque era pobre y amiga de la pobreza, como lo era su benditísimo Hijo: el cual, siendo rey de la gloria, había tomado hábito y figura de pobre para enriquecernos, y era justo que pareciese lo que era, y con esta humildad reprimiese nuestra presunción y soberbia, que siendo pobres queremos parecer ricos, y siendo pecadores queremos que nos tengan por inocentes y santos. Dice mas el texto sagrado, que en este tiempo había en Jerusalem un hombre que se llamaba Simeon, y que este hombre era justo y temeroso de Dios, y que esperaba la consolación del pueblo de Israel, y que el Espíritu Santo moraba en él; y que había tenido revelación del mismo Espíritu Santo, que no moriría sin ver primero al Mesías y Cristo del Señor; y que vino por instinto del divino Espíritu al templo, para que viese al Redentor del mundo, y se le cumpliesen sus deseos, y la palabra que Dios le había dado. *Hombre*, dice, que era Simeon; porque aspiraba á las cosas del cielo, y conocía la excelencia y dignidad del hombre, y con sus santas costumbres la procuraba conservar; porque los que se dan á los apetitos de la carne, y desdienen de la nobleza en que Dios los crió, no se pueden llamar hombres sino bestias. Era varón justo para con el prójimo, y temeroso para con Dios; y echábase bien de ver su justicia y santidad, pues tenía tan gran sed del bien comun, y tan encendido deseo de la consolación de todo el pueblo, la cual consistía en conocer, abrasar y servir á su reparador, libertador y glorificador; y por eso era morada y templo del Espíritu Santo, que habitaba en él y le poseía: y como cosa rara, nueva y maravillosa, añade el divino escritor: *Et ecce homo erat in Jerusalem*: que este tal hombre estaba en Jerusalem, que era metrópoli y cabeza del reino, y á la sazón muy estragada de vicios y pecados; donde el rey era tirano, los consejeros lisonjeros, el sumo sacerdocio vendible, los escribas y fariseos ambiciosos, el pueblo carnal, y de piés á cabeza no había parte sana en toda la república: lo cual es gran loa del santo Simeon; porque así como el ser malo entre los buenos es cosa muy reprehensible, así el ser bueno entre los malos es muy loable y digna de admiración. De este Simeon escribe Niceforo Calixto, que demás de ser varón santísimo era también sapientísimo;

y que leyendo aquellas palabras de Isaias: *Ecce Virgo concipiet, et pariet filium*. Una virgen concebirá, y parirá un hijo; estuvo muy dudoso y confuso, pensando como podría ser que una doncella pariese, y que el Señor le reveló, que él mismo con sus ojos vería aquel nuevo milagro, y aquella virgen, que había profetizado Isaias, y al hijo que hubiese parido, ántes que hubiese salido de esta vida: y que con esta promesa y respuesta de Dios se recreaba y alentaba el santo viejo, y se sustentaba en vida, hasta que al mismo tiempo de la venida de Cristo, el Espíritu Santo le movió á venir al templo, certificándole que hallaría lo que Dios le había prometido, y él tanto deseaba. Vino Simeon cargado de años y abrasado de deseos: vino como una cierva acosada, herida y sedienta, para refrescarse en aquella fuente de vida; y con el mismo espíritu que le traía, vió en el templo muerto al templo vivo, en el corporal al espiritual, y en los brazos de la Virgen al Hijo purísimo, que ella había parido: vió el tesoro del mundo, el heredero de los siglos, el mayorazgo de Dios, la bienaventuranza de las criaturas, y el remedio de todo el linaje humano; porque estando en aquella ansia, y afectuoso deseo de verle, y mirando con atención las otras mujeres que entraban en el templo para purificarse con sus hijos, vió al rededor de la sacratísima Virgen, y de aquel Agnus Dei que traía colgado á sus pechos, una luz de inmensa claridad, y luego conoció que aquel era su bien y su tesoro, y lumbre de sus ojos, y descanso de su corazón, como lo refiere Timoteo, presbítero de Jerusalem; y llegándose con increíble humildad y gozo, se postró y adoró al Niño, y suplicó á la Madre que se le dejase tomar en sus brazos, y teniéndole en ellos cantó como cisne divino aquel cántico tan celebrado: «Ahora, Señor, dejas á tu siervo en paz, según la promesa de tu palabra; porque ya han visto mis ojos tu Salud, la cual aparejaste ántes la cara de todos los pueblos para la luz de las gentes y gloria de Israel: Cumplido habeis, Señor, vuestra palabra: ya he visto lo que me prometisteis: ya es tiempo que me saquéis de la penosa cárcel de este cuerpo, y me libréis de la congojosa y peligrosa guerra de esta vida, y recojais mi espíritu en paz; pues he visto la verdadera paz y el pacificador del mundo. He visto al Salvador, que ha de dar salud y vida alumbrando á los gentiles que están en la sombra de la muerte, y glorificando á vuestro pueblo, que ahora está abatido y oprimido: ya no tengo mas que desear, ni que esperar, sino cerrar mis ojos; pues han visto la luz del cielo: ya no temeré la muerte; pues he tenido en mis brazos la vida.»

Después como sacerdote, cuyo oficio es bendecir en el templo, les echó su bendición; y volviéndose á la Sacratísima Virgen, le dijo unas palabras de gran ternura y sentimiento. «Mira, dice, que este Niño está puesto aquí para caída y levantamiento de muchos en Israel, y por una señal á quien ha de contradecir el mundo: y tu ánima será atravesada con un cuchillo, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos.» Por las cuales palabras el santo viejo profetizó á la Virgen, que por mas que aquel Niño preciosísimo fuese verdadero Salvador del mundo, y hubiese venido para darle salud, y para alumbrar, como otro sol de justicia, los ojos de todos los que los quisiesen abrir para mirarle, y gozar de su claridad; pero que había muchos tan desconocidos, que los cerrarian y se cogarian con la misma luz, y la salud convirti-

rian en ponzoña; y que para estos tales seria ocasion de ruina y destruccion, nó por falta suya, sino por culpa de ellos: como el que pudiendo pasar el rio por una puente ancha y segura, se arroja en la mas profunda y arrebatada corriente, y perece por su voluntad. Añadió el venerable viejo, que Cristo habia de ser como un blanco, á donde habian de asestar todos sus tiros máquinas y saetas, para contradecir y perseguirle, en si y en sus miembros, todos los enemigos de la luz; y finalmente, que vendria á morir en la cruz, y que sería traspasada el alma de la Virgen de un cuchillo de dolor tan agudo y penetrativo, que si no fuera confortada de la divina gracia, sin duda muriera por la fuerza de aquel dolor: y con estas palabras nos declaró cuán agudos fueron los filos de aquel cuchillo que atravesó el corazon de la Virgen, cuando vió colgada la vida del mundo en un madero, y que sus tormentos y penas fueron tan atroces y mas excesivas que las de todos los mártires; que muy justamente se puede y debe llamar á boca llena mártir, y mas que mártir, la que en el deseo de morir por Cristo y con Cristo, y en lo que en aquella hora por él padeció, sobrepujó á todos los mártires.

Pero para que todos los estados y todas las edades diesen testimonio, y alabasen al Señor, nó faltó una santa viuda anciana de ochenta y cuatro años, llamada Ana, que en esta sazón se halló en el templo, en el cual de dia y de noche servia al Señor, afligiendo su cuerpo con ayunos, y recreando su alma con oracion: ésta intervino á la fiesta, y ayudó á la procesion solemnisima que hoy se hizo en aquel sagrado lugar, á la cual vinieron los ángeles, que invisiblemente acompañaban á su Rey y Señor, y algunos sacerdotes y ministros del templo, y otros fieles del pueblo que allí se hallarian, y la sacratísima Virgen Nuestra Señora, con san José su esposo, y Ana profetisa, y en medio de todos el santo viejo Simeon llevaba en sus manos aquella custodia y relicario divino. Este misterio nos representa la santa Iglesia cada año en la procesion que hace hoy con las candelas encendidas, que es ceremonia antiquísima y de grande devocion, instituída por instinto del Espíritu Santo; para enseñarnos á tomar á Cristo, y llevarle en nuestras manos, como luz del mundo, y hecha encendida, suplicándole que alumbre é inflame con su divino amor nuestros corazones: y para que sepamos, que así como las abejas sin corrupcion alguna labraron la cera de las velas, que traemos en las manos; así la sacratísima Virgen, sin menoscabo de su pureza virginal, nos dió la carne de su benditísimo Hijo, en la cual, como en cera blanca y blanda, se imprimieron los dolores y tormentos de su sacratísima pasion. Otras causas hubo de la institucion de la procesion que usa la Iglesia este dia, las cuales traen los autores del Oficio eclesiástico, y el padre Pedro Canisio, en donde las hallarán, los que las quisieren ver. San Epifanio dice, que san Simeon murió muy viejo, pero que los demás sacerdotes no le honraron con sepultura cuando murió; y debió ser por el aborrecimiento que le tenían, por haber adorado y anunciado á Cristo. La Iglesia celebra su fiesta á 8 de octubre, y la de Ana profetisa el primer dia de setiembre.

* SAN APROBIANO MÁRTIR. — Este santo era carcelero de las prisiones de Roma, y seguia las supersticiones del gentilismo. Al sacar de la prision á san Sifinio para presentarlo al gobernador Laudiceo, una voz celeste resonó en

sus oídos que decia: venid benditos de mi Padre á poseer el reino que desde el principio del mundo se os está preparado; esto é ilustrado sin duda interiormente por una luz celestial, despreció el culto de los ídolos y se convirtió á la fé católica: y despues de recibido el santo bautismo murió degollado en Roma el dia 2 de febrero del año 304.

SAN CORNELIO, CENTURION. — Fué bautizado por el apóstol san Pedro el año cuarenta de Jesucristo. Hallándose este apóstol en Joppe tuvo una vision, en la cual una voz del cielo le mandaba comer indiferentemente de toda clase de viandas, sin distincion de animales, mundos é inmundos, imágen simbólica que abolia la distincion entre juidios y gentiles, y que siguiese sin titubear á tres hombres que le buscaban. Estos tres hombres eran enviados por Cornelio. Pedro se fué á Cesarea, donde vivia el centurion, que se hizo instruir en la fé juntamente con toda su familia. El Espíritu Santo descendió visiblemente sobre ellos, el apóstol les bautizó, y despues consagró á Cornelio obispo de la misma ciudad de Cesarea, que trabajó eficazmente en la propagacion del Evangelio.

SAN LORENZO. — Natural de Italia, monge y sacerdote de Roma, fué enviado por el papa Gregorio el Grande con san Agustin á convertir los ingleses, de los cuales bautizó una multitud. Lorenzo sucedió á san Agustin en el obispado de Cantorberi, y terminó sus trabajos apostólicos con una muerte santa acaecida en el año 619.

LOS SANTOS FORTUNATO, FELICIANO, FIRMO, CÁNDIDO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES. — Fueron martirizados y degollados en Roma por no querer renunciar á la religion cristiana, durante el año 305.

SAN FLÉSCULO. — Sucedió á san Próspero, y fué el décimo tercero obispo de Orleans, que como hermosa y fragante flor despidió suave olor en toda la Iglesia de Dios. Nada se sabe de las particularidades de su vida; y solamente en las actas de los obispos de aquella iglesia se lee que fué varon de grandísima piedad y de un corazon estremadamente compasivo para los pobres. Murió tranquilamente el dia 2 de febrero del año 500.

DIA 3.

SAN BLAS, OBISPO Y MÁRTIR. — La vida de san Blas obispo y mártir, sacada de Simeon Metafraste, es de esta manera. Fué san Blas desde niño muy bien inclinado, modesto en la juventud, y en toda la vida temeroso de Dios. Aficionósele todo el pueblo por sus grandes virtudes, é hicieronle obispo de la ciudad de Sebaste, que es en la provincia de Armenia. Despues por divina inspiracion se retiró á un monte que se llamaba Argeo, é hizo vida algun tiempo en una cueva, á la cual venian cada dia las bestias fieras de aquellos campos para honrar al santo, y ser curadas de él y recibir su bendicion; y si acaso venian estándó en oracion, no le interrumpian ni le estorbaban, ántes aguardaban que la acabase, y sin su bendicion de allí no se partian: para que se vea como el Señor honra á sus santos, y que todas las criaturas le obedecen; y se entienda aquella excelencia, é imperio que tuvieron nuestros primeros padres sobre las bestias en el dichoso estado de la inocencia. Halló san Blas delicias en la cueva, obediencia en las fieras, seguridad en los monstruos, abundancia en los desiertos, y deleite en la soledad. Vino un presidente de los emperadores Diocleciano y Maximiano,

llamado Agricolao, á la ciudad de Sebaste, y comenzó á perseguir el rebaño del Señor; y por medio de sus ministros, como lobos hambrientos y crueles, hacer riza en las ovejas de Cristo, mientras que los naturales y verdaderos lobos besaban mansamente los pies de Blas su pastor; siendo los hombres por su maldad mas feroces y crueles contra los hombres, que lo eran las bestias por su naturaleza. Pareció al presidente, que era bien acabar de una vez con los cristianos, que tenia presos, y hacerlos despedazar de las fieras, para que así tuviesen mas crudo y vil tormento, y su sepulcro fuese el vientre de ellas, y el pueblo tuviese algun entretenimiento y regocijo. Para esto envió sus ministros á caza de las mismas fieras, los cuales cercando el monte Argeo llegaron á la cueva, donde estaba san Blas, y hallaron delante de ella gran número de animales feroces, leones, tigres, osos, lobos y otros, que le hacian compañía con gran concordia y amistad. Espantados de esto, entraron con curiosidad dentro de la cueva, y vieron al santo sentado, absorto en Dios, suplicándole, como se puede piadosamente creer, por la paz y tranquilidad de su Iglesia. Volvieron luego á la ciudad y dieron razon al presidente de lo que habian hallado y visto; y él envió gran número de soldados á aquel monte, para que buscasen con gran diligencia los cristianos, y le trajesen todos los que hallasen. Llegados á la cueva, hallaron á san Blas solo, orando y alabando al Señor, y dijéronle: «Ven con nosotros, que el presidente te llama.» Y el santo con grande alegría les dijo: «Hijos míos, seais muy bien venidos: muchos días ha que estoy aguardando: yo me he dejado gobernar aquí dentro de mi Señor; ahora por su voluntad de buena gana os seguiré. Esta noche me apareció tres veces, y me dijo que me levantasé, y ofreciese el sacrificio que suelen ofrecer los sacerdotes: por tanto, hermanos, vamos, vamos en el nombre de Dios.» Llevaban los soldados al santo, y él con sus palabras encendia los corazones de los que le oían, y con los milagros, que obraba en el camino, se convertían á la fé del Señor. Llegado á la ciudad, el presidente le mandó echar en la cárcel, y al dia siguiente traerle delante de sí; y queriéndole tentar con blanduras, le dijo: «Seais bien venido, Blas amigo mio carísimo, y de los dioses inmortales.» A esto respondió Blas. «Dios te guarde, ó presidente: y para que te guarde, yo te ruego que no llames dioses á los demonios, en cuyas manos serían entregados todos los que los adoran y tienen por dioses.» Quedó atónito el presidente de esta repuesta tan libre del santo, y estuvo un poco suspenso, pensando lo que habia de hacer con él, y encendiéndosele la cólera, le mandó allí luego apalea, y así lo hicieron los sayones con gran fuerza y por muchas horas, estando el santo con grande constancia y alegría, y haciendo burla del presidente le dijo: «Ó engañador de las almas y desatinado, ¿piensas que por tus tormentos me tengo de apartar de Dios? No, nó; que el mismo Señor está conmigo y me conforta; por tanto haz de mí lo que quisieres.» Mandóle el presidente volver á la cárcel, y estando en ella, una piadosa mujer, viuda y vieja, le trajo de comer, y echándose á sus pies, le suplicaba que aceptase aquella miseria que de su pobreza le ofrecia. El santo la aceptó y se la agradeció, alabando la buena voluntad con que se la habia traído, y exhortándola que hiciese siempre bien á todos los pobres que pudiese, y prometiéndole que no solamente á ella, mas á todos sus devotos procuraria vivo y

muerto socorrerlos en sus necesidades. Traían al santo todos los enfermos de aquella comarca, y él por sus oraciones los sanaba, y entre ellos fué un muchacho, al cual comiendo de un pez se le habia atravesado una espina en la garganta, y le ahogaba y estaba ya para espirar, y traído con muchas lágrimas y suspiros por su madre á los pies del santo, él suplicó al Señor que le sanase y á todos los que tuviesen aquel mal, y se encomendasen á él, y con esto quedó sano, y Dios Nuestro Señor hizo tantos y tan señalados milagros por la intercesion de san Blas, sanando á muchos que tenian alguna espina ó hueso atravesado en la garganta, que Aecio, médico griego antiquísimo, entre otros remedios que escribe para este mal, pone la invocacion de san Blas, y dice que tomando al enfermo por la garganta, le digan estas palabras: *Blasius martir, et servus Christi, dicit: Aut ascende, aut descende*: Blas, mártir y siervo de Cristo, manda que ó subas, ó bajes; que es señal que se usaba mucho en su tiempo.

Pasados algunos dias, mandó Agricolao parecer otra vez al santo obispo en su tribunal, y hallándole cada vez mas constante y firme en su santo propósito, le mandó colgar de un madero y azotarle crudamente; y el santo no haciendo caso de los azotes, alababa al Señor, porque le daba gracia para padecer por él, dando con esto ejemplo de fortaleza á los circunstantes. Mandóle el presidente volver á la cárcel, y llevándole, iban tras él siete mujeres devotas y llenas de piadoso afecto, recogiendo la sangre que destilaba de sus llagas y caía en tierra, y con ella se ungián con gran fervor. Fueron presas las santas mujeres y llevadas al presidente, el cual les dijo que sacrificasen á los dioses, ó que se aparejasen para morir. Respondieron ellas, que enviase sus dioses á una laguna que estaba vecina, para que lavándose ellas en el agua, les pudiesen con limpieza ofrecer sacrificio. Holgóse mucho el presidente de esto, y mandó que así se hiciese; mas las santas mujeres tomaron los dioses del presidente, y los echaron en la laguna, lo cual sabido por Agricolao, no puede creer fácilmente lo que se embraveció, y haciendo encender una grande hoguera, con plomo derretido y siete planchas, ó como camisas de hierro, les dijo que escogiesen una de dos: ó adorar á los dioses, ó probar si aquel fuego ardía, y el plomo derretido quemaba. Diciendo él esto, una de aquellas santas mujeres que tenia allí consigo dos hijos pequeños, tomó corrida hácia el fuego, y los dos hijos le rogaban que no los dejase vivos, muriendo ella, sino que como les habia dado esta luz corporal, los ayudase para ver la celestial y gozar de su Señor. Turbóse sobremanera Agricolao, cuando oyó las voces y vió las lágrimas de los niños, y atravesado como de una aguda espada de dolor, dió un suspiro y dijo: ¡Qué! ¿las mujeres y los niños hacen burla de nosotros? Y mandó colgarlos y rasgar sus carnes con peines de hierro: mas, ¡ó bondad del Señor! no corría sangre de las llagas sino leche, y sus carnes estaban mas blancas que la nieve, y al mismo tiempo que los verdugos desgarraban los cuerpos de las santas, los ángeles las sanaban, y apareciéndoles visiblemente, les decían: No os espanten los tormentos: pelead que vencereis y seréis coronadas; pasará en breve este trabajo, y el galardón durará para siempre. Finalmente, el presidente las mandó echar en el fuego, y habiéndolas el Señor librado de él y salido sin lesion alguna,

dió sentencia que les fuesen cortadas las cabezas, y así se hizo, habiendo hecho primero gracias al Señor por aquel beneficio que de su mano recibían, suplicándole que aceptase sus cuerpos y sus almas por sacrificio, y diciéndole todas siete con un espíritu y con una voz: Gracias os hacemos, Señor, porque nos habeis dado gracia que seamos sacrificadas en este altar, como inocentes corderas. Quiso el presidente tentar otra vez á san Blas: y como no le sucediese como él quería, mandóle echar á aquella laguna; mas él, haciéndole la cruz, andaba sobre las aguas sin hundirse, y sentándose en medio de ellas convidó á los infieles y ministros de justicia, que entrasen en el agua, como él, si pensaban que sus dioses los podían ayudar. Entraron sesenta y ocho, y luego se ahogaron y fueron al fondo; y el ángel apareció á san Blas, y le dijo: Ó ánima alumbrada del Señor, ó pontífice amigo de Dios, sal de esta agua, para que recibas la corona de esta gloria inmortal. Encontinentemente el santo mártir salió de la agua con un rostro tan resplandeciente, que dió temor y espanto á los paganos, y alegría y contento á los cristianos. El presidente confuso y burlado, viendo lo poco que le aprovechaban sus invenciones y arte, le mandó degollar. El santo, estando ya para tender el cuello al cuchillo, hizo oración al Señor, suplicándole por todos los que en sus trabajos le habían ayudado, y por los que en los siglos venideros se encomendasen á sus oraciones: y el mismo Señor le apareció, y con voz clara y que todos lo oyeron, le dijo: «Yo he oído tu oración, y te he otorgado lo que me pides» y luego le fué cortada la cabeza, y con él, á los dos hijos que dijimos, de aquella santa mujer, que se los había encomendado á san Blas á ruegos de los mismos hijos.

Este fué el fin glorioso de este santo pontífice. Murió en Sebaste á los 3 de febrero, y en aquel día celebra la Iglesia su fiesta. Los cristianos tomaron su cuerpo, y le enteraron con grande devoción, y el Señor obró grandes milagros por su intercesión, y dió salud á muchos enfermos. En el martirio de este santo tenemos admirables ejemplos de fé, fortaleza y constancia, y especialmente los prelados de la Iglesia le deben imitar como á santo prelado; y las mujeres á las santas mujeres, que por su devoción y por recoger su bendita sangre, varonilmente murieron por Cristo; y hasta los niños pueden tomar por dechado á los niños que fueron descabezados con el santo, queriendo ántes seguir á su piadosa madre en la muerte, que quedar en esta miserable vida.

EL BEATO NICOLÁS DE LONGOBARDI.—A 6 de enero de 1630 nació en Longobardi, pueblo de la Calabria, el beato Nicolás, de padres pobres, pero honestos y muy piadosos. En el bautismo le pusieron por nombre Juan Bautista, que al vestir el hábito religioso trocó en el de Nicolás. Educáronle sus padres en el santo temor de Dios, y le aplicaron á su propia profesion, que era de labradores. No obstante esta fatigosa ocupacion, el santo jóven ayunaba muchos dias en la semana, y siempre á pan y agua los viernes y sábados. No dejaba pasar, en cuanto le era posible, dia alguno sin oír la santa misa: y acostumbraba, á mas de las principales fiestas del año, confesar y comulgar todos los viernes. En su casa elegía para sí los servicios de mayor peso, á fin de aliviar á sus padres y hermanos. Los ratos que le quedaban libres del trabajo, y los dias de fiesta, los pasaba recogido en las iglesias en continua oración, retirándose

con mas frecuencia á la de los Padres Mínimos. Enamorado con esta ocasion de la vida penitente que observaba en aquellos santos religiosos, llamado de Dios y lleno de un santo fervor, se resolvió á abrazar el propio instituto. Habiendo pues pasado los años de su niñez y juventud con pureza y sencillez de corazon en la rústica y pobre casa de sus padres, á los veinte ya cumplidos de su edad vistió el hábito de religioso mínimo donado, ó hermano converso, y en calidad de tal, cumplido con suma satisfaccion de todos los religiosos el año del noviciado, hizo su profesion solemne en el sagrado convento de Paula, cabeza de todos los de la orden. Cuando Nicolás vió ya cumplidas sus fervorosas ansias, de estar todo consagrado al Señor por los solemnes votos, propuso en su corazon no vivir en adelante sino en Dios y para Dios. Habiéndole los superiores destinado al convento de Longobardi su patria, vivió en él unos dos años, despues de los cuales pasó á vivir al de la ciudad de San Marcos, de la misma provincia de Calabria. En este convento, en que permaneció otros dos años, tuvo su prelado que encargarle muchos oficios, por ser muy reducido el número de sus religiosos. Era á un mismo tiempo cocinero, hortelano, dispensero, y estaba tambien á su cuidado pedir las limosnas por la ciudad y lugares del contorno, además de otros encargos que le hacian sus superiores. Sin embargo esta multitud de encargos, el siervo de Dios, siempre incansable en el trabajo, los desempeñó todos á satisfaccion de sus superiores, ejecutando cuanto le ordenaban, y manifestándose aun dispuesto á mayores fatigas. En el siguiente trienio destinaron los prelados á Nicolás á tres diferentes conventos; y en ellos tuvo tambien á su cargo los oficios de cocinero y dispensero. Aunque en todos tres era grande el número de religiosos, varios sus genios y frecuente el número de forasteros, á todos contentaba la caridad del beato, de modo que jamás se halló uno á quien hubiese disgustado: sin tener amistad particular con ninguno, á todos los amaba como á hermanos, y á cada uno obedecia como si fuese su superior, sin distincion de patria, graduacion ó sangre. Huyendo solícito el trato de los seglares, todo el tiempo que le quedaba libre de sus fatigas lo empleaba en tratar á solas con Dios del negocio de su alma.

Con esta ejemplarísima conducta fué tan grande la opinion que formaron los religiosos de la virtud de Fr. Nicolás, que el padre Carlos Santoro, siendo provincial, le eligió por su compañero. Nada engraido el beato con este honorífico oficio, se mereció la estimacion de su provincial con su exacta obediencia, con su vida ejemplar, y singularmente porque jamás se le quejó de otro, ni le refirió cosa que pudiese acarrear disgusto á religioso alguno de la provincia, no obstante de haberse ofrecido para ello muchas ocasiones. Comunmente se desembarazaba de las recomendaciones que se le hacian, diciendo que él era un pobre donado y no debía mezclarse en asuntos ajenos de su profesion. Cuando acompañando al provincial en la visita, se hallaba en conventos en que era escaso el número de los religiosos, él mismo se ofrecia á trabajar y servir en lo que ocurriese. Enamorado el provincial del discreto y santo proceder de su compañero, quiso darle una sincera muestra de su amor. Sabiendo, pues, cuánto deseaba Fr. Nicolás visitar los santos lugares de Roma y de Loreto, al fin de su trienio le consiguió el padre general le nombrase para conventual del colegio de mínimos de la Cala-

bria, situado en los montes de Roma. Llegado allí el beato en el año de 1631, que era el treinta y uno de su edad, fué destinado por compañero del cura de la parroquia que está unida á la iglesia de dicho colegio, que era entonces el P. Fr. Angel de Longobardi. Pero siendo éste ya de una edad avanzada, el mayor peso de aquella vastísima parroquia vino á caer sobre las espaldas de Fr. Nicolás. Todos los días la corría toda y en algunos mas de una vez; y cuando hallaba alguna necesidad de administrar algun sacramento, ó asistir á algun moribundo, iba con prisa al colegio á avisar á los padres. Procuraba con grande solicitud y afan averiguar y remediar los desórdenes que ocurriesen; parábase á escuchar las necesidades que le referían para darles el alivio conveniente, dejando en todas partes claras señales de su ardiente celo y caridad. Cuatro años estuvo empleado en este oficio, y en el intermedio de ellos, obtenida la licencia de los prelados, cumplió su antiguo y ardiente deseo de visitar el santuario de Loreto, cuya peregrinacion hizo á pié de ida y vuelta. Fué tanta la abundancia de espíritu que experimentó en el recinto de aquellas paredes santas, que resolvió eficazmente mejorar de vida y no contentarse con una perfeccion común, sino aspirar á la cumbre de la santidad: en efecto, volvió á Roma tan otro y tan mejorado de lo que habia salido, que los religiosos al verle, pasmados, se decían unos á otros: «Este no es Fr. Nicolás: porque Fr. Nicolás que fué á Loreto, era un Fr. Nicolás bueno; pero Fr. Nicolás que ha vuelto á Roma, es un Fr. Nicolás santo.» Después de pasados los cuatro años en el oficio de compañero del cura de la parroquia, le encargó la obediencia el de portero de dicho colegio, el cual obtuvo en los restantes ocho años, que por la primera vez permaneció en Roma. En el nuevo empleo, atento á dar de comer á tropas enteras de mendigos, procuraba con las mas vivas diligencias disponerles la comida; pero era tanta la union de su espíritu con Dios, que á veces en medio de sus faenas, arrebatado de la contemplacion, se hallaba mas donde amaba que en donde su cuerpo habitaba. Su silencio, modestia, recogimiento é inalterable paciencia causaban no ménos edificacion que asombró á toda la ciudad de Roma. Con esto empezaron á verse en el convento grandes concursos de toda clase de personas, aun de las mas ilustres, que acudían al beato para pedirle consejo en sus dudas, ó para que les alcanzase el remedio en sus enfermedades, ó para conseguir á lo ménos con su presencia algun consuelo en sus adversidades. De ahí fué, que temiendo los superiores generales de la órden que estos extraordinarios aplausos no pudiesen á peligro la virtud de Fr. Nicolás, juzgaron conveniente ocultarle en los remotos retiros de la Calabria. En el año pues de 1693, que era el cuarenta y tres de su edad, fué destinado el beato al convento de Paula, donde residió dos años, empleado en los oficios de sacristan y de portero.

En el oficio de sacristan se portó con tal diligencia, en lo que miraba á la limpieza del templo y adorno de los sagrados altares, que muchos días, cuando no ocurría otra cosa mas urgente, se le veía todo afanado en limpiar el piso de la iglesia. Jamás faltó un solo punto á tocar al coro las horas establecidas. Muy reverente con los sacerdotes que iban á la sacristía para celebrar el divino sacrificio, con semblante agradable y corazón manso daba á cada uno su lugar. Aquí tuvo primero por compañero en

calidad de sacristan mayor, y despues por superior del convento, á un religioso que para probar su virtud hacia befa y escarnio de los movimientos en que la violencia del divino amor le obligaba á menudo á prorrumpir. Otras veces mostrándose mal satisfecho de los servicios de fray Nicolás, en todo hallaba motivo para reprenderle y vituperarle. Juntaba á todo esto un genio fogoso, de modo que con sus gritos continuos hacia sonar en los oídos del pobre lego un martilleo continuo y afrentoso. Pero, como observaron bien los demás frailes, jamás sintió el beato repugnancia ó disgusto en obedecerle; ántes en medio de tan indiscretos tratamientos siempre perseveró alegre y placentero, mostrando con lo risueño del rostro lo imperturbable de su ánimo. En los dichos dos años por las noches, ó perseveraba en oracion hasta concluirse los maitines, ó bien tomando ántes un breve descanso, empezaba su oracion al principio de los maitines de media noche y la continuaba hasta la mañana. De día ó trabajaba en su oficio ó se estaba retirado en la celda; En el empleo de portero que ejerció el segundo de dichos dos años, se entregó todo al socorro de los pobres, de quienes cuidaba como un padre amantísimo cuida de sus mas tiernos hijos. No contento con lo mucho que tenia el convento asignado para la manutencion de los miserables recogía solicito los desperdicios de la cocina y cuanto en el refectorio sobraba á los religiosos, y no pocas veces pedia á estos alguna cosa para dar á los mendigos: al refectorio comparecía, nó para comer él, sino para proveer á otros, pues todo su alimento consistía en una sola naranja agria asada en las brasas ó en unas pocas yerbas crudas sazonadas con vinagre, y en un poco de pan. Al mas pequeño sonido de la campanilla dejaba al instante cuanto tenia en las manos é interrumpía la oracion ó asistencia á la misa para ir á ver quién llamaba; no obstante que muchas veces lo hacían por frioleras é impertinencias. Pasados aquellos dos años en el convento de Paula, residió otros dos en el de Longobardi, donde su fé y piedad le empeñaron á emprender á su cuenta, sin ningun fondo, la fábrica de aquella iglesia, y con solas las limosnas que le suministraba la caridad de otros, en ménos de dos años concluyó y perfeccionó de tal modo aquella fábrica, que puede hoy competir con las mejores de la provincia: tan grande era el crédito de santidad que sus muchos milagros le habian adquirido. Andaba por todas partes siempre á pié, y siempre pidiendo ó trabajando para su fábrica: pero entre el bullicio de tantas ocupaciones exteriores nunca estuvo su corazón distraido; porque pasaba muy superficialmente por los objetos de la tierra, ocupando su mente solo en los del cielo.

Pasados dichos cuatro años, corriendo el de 1697, creyeron los prelados de la órden hallarse el beato bastante fundado en la humildad, y no estar ya sujeto en Roma á los peligros que tenían sus antecesores, por lo que, para edificacion de los fieles y mayor gloria de Dios, lo hicieron de nuevo venir á habitar en el colegio de mínimos calabreses de dicha capital del orbe cristiano, donde perseveró por otros doce años y hasta el fin de su vida, ocupado casi siempre en su antiguo oficio de portero. En este empleo se dejó ver cada día mas brillante el fervor de su caridad con los mendigos. Todos los días á la hora establecida acudían á la portería casi en número de ciento, á cada uno de los cuales dispensaba cuanto era necesario para el diario sustento de su persona y de su familia. Para este

efecto con infatigable solicitud iba recogiendo, así de los domésticos, como de los extraños sus devotos, las limosnas necesarias, sin entibiarse un punto por las negativas, las repulsas y malos tratamientos, que en vez del subsidio pedido se llevaba muchas veces. Él mismo guisaba la menestra, la llevaba en una gran caldera á la portería, y puesto de rodillas la distribuía á los pobres; mas ántes de repartírsela les mandaba rezar arrodillados algunas oraciones, y les hacia alguna breve fervorosa exhortacion. Así que hubo llegado á Roma, empezó luego á renovarse en el convento el concurso de toda clase de gentes. Los superiores no le prohibieron el trato, ántes espresamente se lo mandaron; en ejecucion de cuyo precepto se dejaba ver el beato con un tenor de vida muy diferente del que observó la primera vez que estuvo en esta metrópoli del universo. Entonces vivia todo retirado y solitario: ahora no solo conversaba indiferentemente con todos en el convento, sino que andaba por la ciudad, y frecuentaba libremente los palacios, sin que tantas ocupaciones exteriores, ni tantas muestras de estimacion como recibia de personas de la mayor jerarquía, causasen jamás el menor perjuicio ni á su alta contemplacion, ni á su humildad profunda, sirviéndole de seguro y de salvoconducto su eminente virtud, sostenida por la obediencia, que en todo y por todo le guiaba. En efecto, entre tantos aplausos que se hacian á su heroica virtud y prodigiosa santidad, era tan bajo el concepto que de sí tenia Fr. Nicolás, que hablando con los religiosos exclamaba tal vez: «Pisadme, escupidme, aborrecidme, pues no merezco otra cosa. Yo soy el hombre mas vil de cuantos viven, soy indigno de que me cubra el cielo y me sostenga la tierra. En toda mi vida he hecho cosa alguna buena, ni al presente la hago.» Y diciendo esto él mismo se escupia y arrojaba á los piés de todos. De ahí es, que miraba como propios los mas humildes ejercicios del convento, abatiéndose voluntariamente y con singular complacencia, hasta ayudar al mozo de la cocina en barrer esta pieza, y en lavar y fregar los platos. Los cardenales y los príncipes romanos iban á su celda, y arrodillados á sus piés le besaban la mano; pero él era tan insensible á todas estas demostraciones, como si no las viese. En muchas ocasiones lo vieron arrodillado en la portería delante de los pobres, á quienes habia repartido la menestra, pidiéndoles con sumo rendimiento por amor de Dios algo de ella, y recibíendola como si fuese un mendigo, la entregaba despues al primer pobre que llegaba. Ver confesar á Fr. Nicolás, era lo mismo que ver confesar al mas impío de los pecadores ya arrepentido, tanta era la humilde postura de su cuerpo y confusion de su aspecto; no obstante era comun sentir de los religiosos, que Fr. Nicolás no habia cometido en toda su vida ninguna culpa grave ni perdido la inocencia baulismal. De esta su humildad profunda nacia aquella su ciega y pronta obediencia á los preceptos é insinuaciones de sus superiores, por arduo que fuese su cumplimiento. Muchas veces para hacer prueba de su obediencia, los colegiales jóvenes, cuando sabian estaba arrebatado en éxtasis, iban á tocar la campanilla de la portería, y por mas que tocaban nunca aparecia Fr. Nicolás; pero al primer toque de otra persona que realmente necesitase del portero, al punto obediente iba á la portería, cumpliendo así con prodigiosa exactitud el oficio que la obediencia le tenia encargado: fué tambien exactísima la que observó con sus directores

espirituales; en especial los últimos años que vivió en Roma.

Efecto era tambien de su humildad la paciencia con que sufría las agrias reprensiones, que para hacer prueba de su virtud le daban los prelados, creyendo siempre que las tenia muy merecidas, no menos que las injurias, murmuraciones pesadas y malos tratamientos de sus iguales, en que fué bien ejercitado. Los mismos pobres, á quienes diariamente hacia limosna en la portería, le hurtaban de continuo las mejores frutas y flores de un huertecillo, que él cultivaba para alivio de los enfermos y adorno de los altares: muchas veces correspondian ingratos á su liberalidad con palabras descomedidas, con gestos, mofas, desprecios y empujones; pero aunque él era de genio y natural colérico, jamás se le vió alterarse ni descomponerse en vista de tan villana correspondencia; ni aun se le oyó quejarse. En cierta ocasion un viejo, mal contento de la porcion que le habia repartido Nicolás, le tiró un plato de habas cocidas, con que le vino á dar en el pecho, y se huyó á toda prisa; pero mientras huía cayó en el suelo, entonces se le acercó el beato, y ayudándole á levantar le dijo: «Levantaos, que ha sido nada:» dándole luego otra porcion de habas mas copiosa que la antecedente. Desde la cuna recibió Nicolás del cielo el don de la castidad, que conservó inviolable por todo el curso de su vida. La modestia de sus ojos fué tal, que entre tantas mujeres con quienes por razon de sus oficios, ó por obediencia, ó por caridad debió de tratar, con dificultad habria una de quien pudiese decir cuáles eran las facciones de su rostro. Al hablar con ellas tenia los ojos fijos en la tierra, usaba pocas palabras, y sus espresiones eran mas ásperas que agradables. Nunca andando por las calles de Roma levantó los ojos por ninguna novedad ni maravilla que ocurriese. Aun en el trato regular con los religiosos, si bien era muy jovial, pero tan ceñido dentro de los límites de la honestidad, que no miraba el rostro á ninguno, ni sacaba las manos de las mangas del hábito. No resplandeció ménos Nicolás en la pobreza evangélica. Traía el interior vestido tan remendado y roto, que apenas se podria distinguir cuál fué su primera materia. Cuando el prelado le daba zapatos nuevos, no se los ponía, ántes obtenida licencia para darlos de limosna, se surtia de un par viejo que pedia á otro religioso; el cual usaba y hacia remendar hasta que no podia admitir otra compostura. Tenia un solo sombrero, que le sirvió desde el noviciado los treinta y nueve años que vivió en la religion. Su celda no tenia otros adornos que unas estampas de papel, ni otras alhajas que alguna arca vieja donde ponía ya los agnus y rosarios benditos, con que atraía á los niños á la continua y atenta asistencia al catecismo, ya lo que recogía de limosna para los pobres y para la iglesia; de cuyo lucimiento fué siempre muy solícito, adornando sus altares con hermosas flores, ricas alhajas y magníficos alumbraeos, especialmente en ocasiones de estar patente el Santísimo Sacramento. Los restantes ajueros de su celda eran dos platos vacíos, en que daba secretamente de comer á muchos pobres vergonzantes; muchos pedazos de pan en una cesta vieja, que tenia prevenidos para los pobres que llegaban despues de repartida la limosna, y en otro rincón habia algunos pucheros, que servian para enviar menestra á las casas de algunas pobres y honestas doncellas, á quienes libraba por este medio del peligro de hacer un

lastimoso naufragio de su honestidad: así como con otros oportunos socorros mantenía para proseguir la carrera literaria á varios pobres estudiantes.

Los rigores y asperezas con que maceró Nicolás su inocente cuerpo, escudían las fuerzas humanas. Por espacio de diez años ayunó á pan y agua, y su vida fué un continuo ayuno poco ménos riguroso. Casi nunca probó el pescado: su mayor regalo era una menestra de legumbres, en que á veces echaba agua y á veces ceniza para volverla mas desagradable, y otras mezclaba en ella yerbas amargas ó cardos con espinas. En ciertas ocasiones pasaba el tiempo sin comer, y solo tomaba por la noche alguna fruta ó yerbas crudas. En el viernes santo, para imitar de algun modo la amarga bebida del Salvador, deshacia en un poco de agua caliente una hiel de vaca y se bebía aquel licor amarguísimo. Nunca llevó gorro, trayendo siempre la cabeza descubierta. Aun en los mayores rigores del invierno rara vez se acercaba al fuego, y cuando lo hacia era muy de paso. Cierta noche al salir de la chimenea otro religioso tomó un grueso tizon encendido, é inconsideradamente tirándolo tras sí, vino á dar el golpe en las espaldas de Fr. Nicolás; pero él sin volver el rostro, ni pararse un momento, prosiguió su camino con decir solamente: «Sea por amor de Dios.» Azotábase dos veces cada noche con una cadena de hierro hasta derramar mucha sangre. Entre varios cilicios que continuamente usaba, uno de ellos era de malla de hierro, guarnecido de agudas puntas, el cual á manera de jubón le cubría todo medio cuerpo: ceñíalo á mas con gruesas cadenas que nunca se quitaba de encima, cuyas señales quedaban perpetuamente impresas en la túnica de lana, que segun el tenor de la regla trajo siempre de dia y de noche. Dormía dos horas cuando mas, y siempre sobre las desnudas tablas. Era comun sentimiento de sus correligionarios, que fray Nicolás vivía de milagro; pues sin embargo de tan ásperas penitencias, trabajaba de modo en los oficios que estaban á su cargo, que los mas robustos no tenían fuerzas para igualarle. Por mucho tiempo tuvo la costumbre de hacer cada noche la visita de las siete iglesias de Roma. Salía ordinariamente acabados los maitines, y al amanecer ya estaba otra vez en el convento, y como si nada hubiera hecho se entregaba luego á las haciendas domésticas, añadiendo fatigas á fatigas. Fué tan observante de la vida cuádragesimal, que aun en ocasiones de evidente enfermedad no pudieron reducirle á comer cosa de carne. Con este tenor de vida tan mortificada, «perfectamente muerto á sí mismo, era tan alta, dice el sumo pontífice en el breve de su beatificación, su contemplacion de las cosas celestiales, y eran tales los suavísimos coloquios con que Dios le regalaba, que aunque falto de toda instruccion y verdaderamente idiota, causaba admiracion oírle hablar de las cosas divinas y explicar sus arcanos. Cuando se ponía á meditar en el misterio de la Santísima Trinidad, ó bien otros por palabras ó señas se lo recordaban, al punto quedaba extático y arrobado en la contemplacion de este altísimo misterio; y era favorecido de Dios con tantas bendiciones y dulzuras del espíritu, que ni aun cuando se ocupaba en los ministerios á que le tenía destinado la obediencia; quedaba privado de los gozos celestiales; por lo cual se le puede en algun modo aplicar lo que de sí mismo decia el apóstol: *Vivo yo, mas ya nó yo, sino Cristo en mí.* Era tal el ardor de la caridad divina que abrazaba su

pecho, que estando elevado en oracion clamaba muchas veces: «Señor, yo ardo, mi corazon se abrasa por Vos, no puedo mas, no se puede; Señor, yo muero, yo muero:» teniendo al decir esto su cara resplandeciente como la de un ángel. Muchas veces era como sorprendido de una santa locura, que le hacia saltar y hablar mucho, durándole estos trasportes por una hora y mas. No sólo en el coro y en la iglesia orando, sino tambien en el refectorio comiendo, en la cocina preparando la comida, en el claustro barriendo, y en las calles y plazas andando por sus ministerios, le observaron en un instante quedarse extático é inmóvil. Muchos para verle en esta postura andaban á menudo á ponersele delante, y haciendo alusion á la Santísima Trinidad con los tres dedos levantados le decian: *tres son*: lo que bastaba para enajenarle de los sentidos. Andaba por las calles de Roma y estaba en los palacios tan absorto, que casi parecia una estatua; y así ni oía los gritos con que le aclamaban en público por santo, ni advertía las finísimas demostraciones de estima que le daban. Sus éxtasis, especialmente en los últimos años, que á veces le duraban dos horas, eran cotidianos, é iban acompañados muchas veces de la elevacion del cuerpo, como en diferentes ocasiones lo vieron así los religiosos como los seculares. Un dia muy solemne, despues de haber comulgado en la iglesia del colegio de Roma, y arrodillándose delante de la barandilla del presbiterio, fué visto de todo el pueblo levantarse de la tierra poco á poco y quedar cerca dos palmos elevado sobre ella, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos abiertos y vueltos hácia el cielo. Muchas veces le vió de esta suerte elevado al aire toda la comunidad cantando maitines á la noche. En una ocasion desde lo mas ínfimo del coro, donde estaba arrodillado, dió un vuelo repentinamente y llegó hasta besar el crucifijo colgado en la pared en medio del coro: en otra se elevó hasta cerca del techo del mismo delante de todos los religiosos. En medio de sus arrobos, solia hacer á los religiosos unas exhortaciones tan penetrantes, que se cogió de ellas grande y extraordinario fruto. Los fervorosos tomaban un nuevo ardor en la virtud; los tibios se encendían en amor de la perfeccion, y los relajados se compungían: y fueron muchos los pecadores que debieron á la eficacia de sus oraciones su extraordinaria conversion. Fueron frecuentes y casi continuas las apariciones que tuvo de Cristo, de María Santísima, de varios santos y ángeles, uno de los cuales le traspasó una vez el corazon con un dardo encendido, como aconteció á santa Teresa. Sin haber jamás estudiado, no solo hablaba de los misterios mas sublimes y de los mas intrincados puntos de teología con tanta propiedad y solidez, que pasmaba á los mejores teólogos; sino que tambien entendía cuanto se leía en la misa y rezo canónico, y de solo escucharlo una vez lo repetía despues perfectamente de memoria, usando con frecuencia de los textos de la sagrada Escritura muy á propósito, segun las diferentes ocasiones que ocurrían. Ilustróle además el Señor con los dones de profecía, de curar las enfermedades y de hacer milagros. Acostumbrado Fr. Nicolás á gustar anticipadamente las delicias de la bienaventuranza, cuanto se puede en este mundo, anhelaba incesantemente para gozar con plenitud y perpetua seguridad en el cielo. En el fervor de sus coloquios con Dios exclamaba frecuentemente: «¡Cuándo, Señor, me sacareis de este destierro! Quiero, Señor, irme con Vos; no

quiero estar en este mundo: ¡oh, qué cosa tan hermosa es el paraíso! » Oyó finalmente Dios los deseos de su siervo, enviándole la última enfermedad de dolor de costado, la cual había ya padecido otras ocho veces en el discurso de su vida. Fué en ella asistido continuamente de muchos religiosos que se tenían por felices de poderle prestar algún servicio; fué visitado de los mayores príncipes y prelados de la corte romana, los cuales le enviaban sus médicos para consultar sobre su enfermedad, y arrodillados al rededor de su cama le pedían su bendición y suplicaban se acordase de ellos en el paraíso. Finalmente, después de haber recibido con singular devoción y ternura los santos Sacramentos y de haber vaticinado el día de su feliz tránsito, fijó los ojos en el cielo, y derramando tal cual lágrima con rostro alegre y risueño, pronunciando por dos veces esta dulcísima palabra: «Paraíso, paraíso,» entregó plácidamente su espíritu en las manos de su Criador á 3 de febrero de 1709, á los cincuenta y nueve años de su edad y treinta y nueve de religión.

El Señor para manifestar á los hombres la santidad de su siervo, se ha dignado obrar por su intercesion muchos milagros, de los cuales nuestro santísimo padre Pio VI aprobó los dos siguientes para el efecto de su beatificación, que celebró solemnemente en la iglesia de san Pedro de Roma á 17 de setiembre de 1786.

El primero sucedió con Hipólito Ferinoli, romano, muchacho de edad de nueve á diez años, el cual jugando con otros niños dió una tan recia caída que se quebró, saliéndole el intestino por la rotura. Sobreviniéronle vómitos y dolores escesivos, por lo cual el cirujano que llamaron, que era habilísimo, observando que el intestino estaba muy tirante, duro é inflamado, dijo en la segunda visita que no había remedio y que el niño viviria muy poco. Entónces una tía suya suplicó fervorosamente en su interior á Fr. Nicolás alcanzase de Dios la salud para el niño; y en el mismo momento levantándose él sobre la cama, gritó muy alegre: yo ya estoy bueno. Y en efecto, quedó tan perfectamente curado, que desvanecido todo el mal anduvo libremente por la casa, y jamás en su vida sintió el mas leve dolor ni incomodidad en aquella parte.

El segundo acaeció con Pedro de Mango: se hallaba éste gravemente enfermo, con flujo de sangre y calentura maligna; y habiendo ya recibido el Viático, á la mañana siguiente debía recibir la santa unción, por órden del médico José Tucile, quien le dejó desahuciado. En este estremo, á persuasiones del padre Pedro Yencia, religioso mínimo, bebió un poco de agua donde habian echado algunos cabellos de Fr. Nicolás, encomendándose con mucha fé á su intercesion. Desde luego se le quitó la calentura, y se sintió enteramente bueno, cesándole del todo, con asombro del médico y de toda su familia, los flujos de sangre, que no le volyieron mas en todo el resto de su vida.

* LOS SANTOS CELERINO, CELERINA, LAURENTINO É IGNACIO. MÁRTIRES.—Si bien el primero fué martirizado en Roma por haber confesado la fé de Jesucristo el año 250; con todo no acabó la vida en los tormentos, hasta que pasando al África allí dió fin á sus dias condenado á muerte junto con los demás santos parientes suyos, el día 3 de febrero del año 291.

SAN ANSCARIO, OBISPO DE BREMEN.—Enviado por la santa Sede á predicar el Evangelio á los pueblos septentrionales de Europa, convirtió á la fé católica á los suecos y dina-

marqueses: fué el primer obispo de Hamburgo y de Bremen; y después de una vida, empleada toda entera en el laborioso ministerio del apostolado, coronado de méritos y virtudes, entregó su espíritu á Dios, en Bremen, el día 3 de febrero del año 865.

LOS SANTOS FELIX, SEMPRONIO, HIPÓLITO Y OTROS COMPANEROS.—Padecieron juntos por la fé de Jesucristo, y derramaron su sangre en Cartagena de España, el año 270. Se cree que el primero de estos santos era obispo de dicha ciudad de Cartagena, y los demás inscritos en el servicio de la Iglesia.

SAN TIGIDO Y SAN REMEDIO, OBISPOS.—Florecieron ambos en la Galia Narbonense, durante los primeros siglos del cristianismo, y se ignora de dónde fueron obispos, y tambien si fueron mártires, ó confesores solamente.

DIA 4.

SAN REMBERTO, OBISPO BREMENSE.—Hallábase san Anscario, arzobispo de Hamburgo, en un monasterio de Flandes, llamado Turholt, á donde se había retirado por las frecuentes invasiones que hacian los infieles en las tierras de su jurisdiccion, en las cuales ni el decoro de su dignidad, ni su persona estaba segura; cuando cierto día vió venir hácia la iglesia una tropa de niños, con el bullicio y desabogo que su inconsideracion les permitia: un tanto apartado de ellos iba san Remberto, el cual, aunque niño como los demás en los años, en la modestia y gravedad de sus acciones parecia varon. Reparó el santo arzobispo en el modo con que se reportaba Remberto en tan tierna edad, y prendado de su singular compostura y devocion, habló á sus padres, y con su beneplácito se encargó de la educacion del niño Remberto, á quien dió luego la tonsura, y vistió de hábitos clericales, pareciéndole que, segun el respeto que mostraba tener Remberto á las cosas sagradas, seria este nuevo grado estímulo para apartarse totalmente de los divertimientos de la edad, y adelantarse mas en la perfeccion.

Por este tiempo hubo de ir Anscario á visitar su iglesia de Hamburgo; y previendo sin duda lo que habia de ser Remberto, encargó su educacion á los monjes de Turholt, bajo la disciplina de los cuales estudió las letras humanas, y artes liberales, de las cuales pasó al estudio de las divinas Letras y sagrada teología, sin que unas ni otras entibiasen su fervor en el camino de la virtud. Parecióle á Anscario, que ya era tiempo de poner aquella luz sobre el candelero; y así le envió á llamar, para valerse de su doctrina, prudencia y fervor en el gobierno de su iglesia. Para satisfacer Remberto á las obligaciones del estado, en que le puso su santo prelado Anscario, haciéndole como coadjutor en el oficio pastoral, emprendió con nuevo fervor el camino de la virtud, queriendo con su ejemplo allanar el paso, para lo que después habia de predicar. Diose muy de veras á la oracion, en la cual meditaba ordinariamente sobre la muerte: cuya consideracion, solia decir, que era la mas verdadera y sabia filosofía. Mortificaba su carne con grande aspereza, siendo su comida casi un perpetuo ayuno. En una ocasion, por sacar de las penas del purgatorio la alma de un sacerdote que se le apareció, ayunó cuarenta dias á pan y agua. Predicaba con gran fervor, ordenando las vidas de los cristianos, y convirtiéndolo á los gentiles al conocimiento del verdadero Dios.

Tal era la vida de san Remberto, cuando san Anscario adoleció de su última enfermedad. Sintieron mucho los fieles verse privar de tan santo pastor; y deseando acercar en la elección del sucesor, rogaron al santo que les dijese, quién parecía mas á propósito para defender y adelantar aquella nueva iglesia. No quiso el santo condescender con sus ruegos, por no ofender á muchos, nombrando á uno; pero les dijo: «Que le parecía Remberto mas digno de la dignidad de obispo, que el lo era de diácono:» palabras, en quienes se echaba de ver, no ménos el alto concepto que tenia Anscario de las admirables virtudes de Remberto, que sus grandes merecimientos; pues con la piedra de toque de su profunda humildad muestra bien los quilates de la virtud de entrambos. Mitigóse algo el sentimiento de los cristianos con este dicho de san Anscario, consolándose con que si perdían un prelado santo, el cielo les prevenía otro de no inferior santidad, teniendo ya por cierto todos que Remberto era el escogido de Dios para aquella dignidad; porque descollaban tanto las virtudes de Remberto, que no dejaban lugar para dudar que era el mas digno. Fué agravando la enfermedad de Anscario, y conociendo que se acercaba ya su tránsito, llamó á Remberto, y le encomendó aquel pequeño rebaño de su iglesia, diciéndole, que sin duda alguna le sucedería en el arzobispado. Rehusaba constantemente Remberto; porque mirándose con humilde conocimiento de si mismo, se hallaba muy inferior á la dignidad: pero como Anscario le replicase que esta era la voluntad de Dios, y que así se lo habia revelado su Majestad, inclinó el hombre á la carga.

Murió san Anscario, y se verificó su profecía en la elección de Remberto, que se hizo con consentimiento y aplauso universal de los fieles. Consagrósele en Maguncia el arzobispo de esta ciudad, llamado Linthberto, y los obispos Padertunense y Mindense; y el año de 803 recibió el palio de Nicolao I, sumo pontífice. Bien conoció Remberto la perfección grande que pedía su nuevo estado; y desoso de alcanzarla, determinó poner en ejecución un voto, que muchos años ántes habia hecho de entrar en religion, luego que muriese san Anscario. Consultó esta resolución con los obispos que le habian consagrado; y aprobándola ellos, alcanzó la regla de san Benito en un monasterio nuevo, llamado Corbea Sajónica, que poco ántes se habia fundado, viniendo para ella algunos monges de otro monasterio del mismo nombre, que hay en Francia. Aquí fué donde su fervoroso espíritu desplegó las velas de la devoción, ejercitándose en todas las virtudes con tan indispensable rigor, que Adelgario, monge del mismo monasterio, que fué muy familiar suyo, y despues le sucedió en la dignidad, escribe; que no solo no le impidió el cuidado pastoral la exacta observancia de las reglas, sino que ántes bien le hizo adelantar en la virtud á todos los demás del monasterio. No por esto se olvidó de acudir á sus ovejas; ántes habiendo recogido tanto caudal de virtudes, acompañado de algunos monges, y entre ellos del ya nombrado Adelgario, que escribió lo mas que aquí referimos, se volvió á su iglesia: mas no cabiendo su celo en los cortos límites de ella, con algunos sacerdotes, los bien instruidos, emprendió varias misiones en tierras de gentiles, en las cuales padeció grandes y continuos trabajos, semejantes á los que refiere el apóstol san Pablo haber padecido él en su apostolado, persecuciones, afren-

tas y naufragios, en uno de los cuales estuvo un día y una noche dentro del mar.

No se contentaba su caridad con dar á las almas de sus súbditos el pasto espiritual de la divina palabra; sino pasaba al temporal de los cuerpos, acudiendo con puntual liberalidad al socorro de sus ovejas, llevando él mismo una bolsa, para no haber de despedir sin limosna á ningún pobre, cuando estuviere alguna vez ausente el limosnero. Mas si bien alcanzó su caridad á todos los necesitados, la mostró singularmente con los cautivos, vendiendo hasta los vasos sagrados por rescatarles: lo cual como lo reprendiesen algunos, respondió, que seria fácil hallar lo que fuese necesario para los ministerios sagrados de la iglesia; pero que si algun cristiano por el rigor de la esclavitud desmayase en la fé, seria irreparable su ruina. Vióse bien esta su caridad una vez, que yendo á Esclavonia, para visitar una nueva iglesia, que allí tenia, vió en un lugar de gentiles un gran número de cristianos cautivos atados á las cadenas: habia entre ellos una doncella, la cual con voces y señas le pidió que se acercase: hizo lo el santo; y sabido que era cristiana, trató con los bárbaros de su rescate: mas como estos no se contentasen con lo que les ofrecia, que era todo lo que llevaba, si no les daba tambien el caballo en que iba, desmontó al instante, y le entregó, sin reparar en el trabajo de su viaje, que habia de proseguir á pié, y sin viático alguno, por haber dado á los infieles todo lo que tenia, en rescate de la doncella.

Con los ejemplos de tantas y tan singulares virtudes, como acompañaban su predicacion, fué grande el fruto que hizo entre fieles é infieles, confirmando tambien el Señor algunas veces con milagros la verdad de la religion que el santo predicaba. Dió la vista á algunos ciegos por medio del sagrado óleo del sacramento de la confirmacion: libró á muchos endemoniados, y entre ellos á un hijo del rey de Suecia, y decian á voces los demonios, que no habia en el mundo prelado que mejor cumpliese con sus obligaciones, ni mas les atormentase que Remberto. Otros milagros omitimos por la brevedad. Finalmente, siendo ya de muchos años, y viendo que él no podia asistir á sus ovejas, como deseaba, tomó por conduxtor á Adelgario, y él se retiró á prevenirse para morir, avisándole Dios por san Anscario un año ántes: el cual cumplido en el de 888, dió el alma al que para tanta gloria suya la crió. Mandó el santo que enterrasen su cuerpo fuera de la iglesia; y así se hizo: mas de allí á algunos años edificó Adelgario en el lugar del sepulcro una capilla, y en ella levantado de tierra puso el cuerpo de su santo predecesor, para que fuese venerado de los fieles, los cuales acudian con gran confianza á visitarle, y Dios obraba por intercesion de san Remberto grandes maravillas, algunas de las cuales refiere Surio en su vida, y Krantzio en los capitulos 2, 10 y 11 del libro de la metrópoli de Sajonia.

SAN JOSÉ DE LEONISA, SACERDOTE DE LA SAGRADA ÓRDEN DE PP. MENORES CAPUCHINOS.—De Juan Desideri y de Francisca Paolini, ambos piadosos y honrados, nació el glorioso san José, en Leonisa, lugar de la provincia de Abruzo del reino de Nápoles, en el año de 1556. Siendo aun de corta edad, perdió sus padres, que murieron en pocos dias con gran sentimiento de José, quien no obstante esta pena serensignó perfectamente en la voluntad de Dios, que es el soberano dueño de la vida y de la muerte. Este accidente le obligó á trans-

ferir su habitacion á Viterbo, donde vivia un tio suyo que tomó la tutela y cura de él: y despues de algun tiempo pasó á la ciudad de Espoleto á estudiar las letras humanas. En todos estos lugares llevó José una vida pura, devota é inocente, y aplicada á la oracion, á la frecuencia de los sacramentos y á otros ejercicios espirituales. Para conservar el tesoro de la castidad que entre los ardores de la juventud está expuesto á tantos peligros, se alejó siempre de las malas compañías, de las comedias, de los bailes y de la conversacion de personas de sexo diverso, con las cuales era tan recatado, que evitaba todo lo posible el verlas; imitando en esto al santo Job, que como dice él mismo, habia hecho un pacto con sus ojos para que no mirasen el rostro de ninguna mujer aunque fuese virgen y honesta. En este tiempo fué José acometido de unas calenturas que le molestaron mucho tiempo. Esta larga enfermedad le sirvió para conocer mas claramente cuán vanas y falsas sean todas las cosas de este mundo, y cuán frágil y corta sea la vida del hombre: por lo que alumbrado con una luz celestial, resolvió trabajar solo para adquirir bienes que fuesen sólidos y estables, como son los del cielo, y aspirar con todas sus fuerzas á aquella vida que sola merece este nombre, porque dura por toda la eternidad. A este fin pidió á los padres capuchinos, que le admitiesen en su sagrada orden, sin decir cosa alguna á sus parientes, ni aun á su tio; recelando que procurarian estorbarle la consecucion de sus santos designios; pues dicho su tio estaba actualmente tratando de colocarle en matrimonio con una honesta y muy rica doncella de la misma ciudad de Viterbo.

Vistió pues, José el hábito de capuchino en el convento nombrado de la Carcerelle de Asis, teniendo diez y siete años de edad; y entonces dejando el nombre de Eufanio que recibió en el bautismo, tomó el de José. Entretanto, habiendo sabido su tio su ingreso en la religion, tuvo tan extraño sentimiento que parecia haber perdido de todo punto el juicio, y procuró desde luego hacer todos los esfuerzos posibles para que dejase el hábito. A este efecto envió á Asis á un primo suyo llamado Lelio Ercolani con otras personas, para que ya con lisonjas, ya con amenazas, ó por amor ó por fuerza hallasen modo para que el sobrino consintiese á su voluntad. Mas todo fué inútil; porque José que se habia abrazado con la cruz de Jesucristo, estaba tan fuertemente unido á ella, que nada fué bastante á separarle; y despreció con grande amor las lisonjas y las amenazas, así de su tio como de su primo Ercolani y de los otros parientes; quienes viéndole constante é inmóvil en su propósito, le dejaron finalmente en paz. Aunque José se habia criado en casa de su tio con tanta comodidad y regalo, apenas hubo vestido el hábito de religioso, cuando emprendió con fervor extraordinario la carrera de la penitencia, en la cual fué admirable en todo el curso de su vida. Porque no satisfecho de las penitencias y asperezas de su religion, que son muchas y de no leve momento, practicó otras particulares de tal peso y número, que parecia increíble, si no lo asegurasen con juramento personas dignas de toda fé en los procesos hechos para su canonizacion. Tenia distribuido el año en ocho cuaresmas, y el de 1599 lo ayunó todo entero, para prepararse al santo jubileo que debía publicarse el año siguiente de 1600. En los dias en que no ayunaba, se reducía su comida á pan el mas negro y duro que hallaba, á alguna escudilla de legumbres, ó al-

gun plato de yerbas crudas del campo, sobre las cuales solia echar ceniza, y á veces polvos de ajos: en algunas ocasiones recogia las ojas de cebollas y ajos medio consumidas, y se las comia como por sainete, mojadas con vinagre; y una cuaresma entera, predicando en San Jaime de la Porta, bebió agua de una balsa llena de gusanos, diciendo á su cuerpo que él no era otra cosa. Para macerar su carne, primero se ciñó una cuerda de cerdas de caballo tan áspera, que habiendosela querido ceñir otro religioso muy penitente, no la pudo sufrir una sola noche: mas pareciéndole á José sobrado suave, substituyó á ella una cota de malla sembrada de agudísimas puntas, que llevó por espacio de once años. Pero atribuyendo los médicos á este excesivo rigor los dolores cólicos que frecuentemente padecia, los superiores le mandaron se la quitase; obedeció prontamente el santo, mas para no dejar descansar su cuerpo se vistió la piel de un jabali, apretadas las cerdas contra la carne, y despues se ciñó una gruesa cadena de hierro, que se le introdujo algunas veces en la carne, la cual llevó toda su vida. Y no contento con estos rigores, tomaba todos los dias una disciplina con cadenas de hierro ó con cuerdas armadas de puntas de acero con las cuales se azotaba tan reciamente que su cuerpo quedaba bañado en sangre, causando horror á los religiosos que alguna vez lo observaron. Su pobreza fué tan asombrosa, que halló qué cercenar aun en el uso de aquellas pocas cosas, que el instituto seráfico permite á sus religiosos. Su hábito era siempre uno de aquellos que por raidos y rotos dejan los demás religiosos; el cual remendaba sin proporcion, por parecerse mas á los mendigos, y enamorado de la santa pobreza, jamás quiso aceptar hábito nuevo. Escogia en los conventos las celdas mas angostas y espuestas al ruido; y en ellas no tenia otras alhajas que un breviario viejo, dos pequeñas cañas que le servian la una de tintero y la otra de pluma para escribir, y otra mayor que le servia de báculo para los viajes, no teniendo en ella otras imágenes que la de un devoto Crucifijo que traia siempre consigo. Estas exteriores mortificaciones que usaba el bienaventurado José, eran animadas de las virtudes interiores: de la humildad, de la obediencia y de una ardentísima caridad con que amaba á Dios y á sus prójimos. Sentia en estremo que se alabasen sus santas obras: era tal el respeto que tenia á sus superiores que cuando les hablaba era siempre de rodillas y con la cabeza descubierta. Obedecia ciega y prontamente á todo lo que le ordenaban. Sobre todo, relucia en nuestro santo una aficion ardentísima al saludable ejercicio de la oracion, en la cual Dios le favorecia en una manera tan extraordinaria, que sus confesores aseguraban con juramento haber llegado al sublime grado de la contemplacion pasiva, en el cual su alma gozaba sin ningun trabajo de las inefables dulzuras de su Criador. En este divino ejercicio se encendia en su pecho tal fuego de divina caridad, que le era muchas veces forzoso suspender su meditacion, por no poder sufrir tanto incendio, y exponer la cabeza al aire, á la lluvia y á la nieve para templarla.

Admirando los superiores en nuestro José una ciencia y una virtud eminente, no quisieron que tuviese sepultados los talentos; y así le mandaron que predicase la palabra de Dios, y el santo por obedecer emprendió con inesplicable fervor este elevado ministerio, predicando en las provincias del Abruzzo y de la Umbría, con extraordinario fruto

de sus oyentes. Aunque el santo estaba adornado de una ciencia nada comun, no queria predicar jamás en las ciudades y villas grandes, sino en los lugares y aldeas, diciendo que habia mucha miés y pocos operarios; pero que en las ciudades principales no faltaban jamás buenos predicadores. Discurria, pues, el siervo de Dios por los lugares y aldeas de estas provincias, como Jesucristo por las de Palestina, haciendo guerra á los vicios con las armas de la palabra de Dios, que predicaba con estilo sencillo y acomodado á la capacidad de la pobre gente; pero con tanta uncion y con un corazon tan penetrado de las verdades que anunciaba, que compungia maravillosamente á sus oyentes, que se deshacian en llanto, pidiendo en altas voces á Dios misericordia y perdon de sus pecados. Predicaba en un dia en tres, cuatro y mas pueblos, sobre materias y asuntos diversos; y hubo dia que predicó once sermones en once pueblos distintos, sin que las lluvias, nieves, rios, huracanes, la aspeza de los montes y lo fragoso del camino pudiesen detenerle jamás en esta empresa. Un lunes primero de cuaresma, habiendo ya predicado cuatro sermones en cuatro distintos pueblos, pasó al anochecer á Castel de Peze para predicar el quinto; sobreviñole en el camino una copiosa lluvia que le penetró el hábito; pero con todo, al llegar á la iglesia, el mismo hizo señal con la campana para congregar el pueblo al sermon, y predicó tres horas enteras del juicio universal. Iba una vez á predicar á Fosona, y por el camino tropezó con un tronco escondido debajo de la nieve y se maltrató el dedo grande del pié: el compañero queria curarle, pero el siervo de Dios no lo quiso consentir, temiendo que con la detencion que haria en esta diligencia, no pudiese llegar al pueblo á la hora prefijada. Yendo en otra ocasion á predicar á la otra parte del rio Tronto, vió que habia crecido tanto, que era invadable: no se espantó el bienaventurado José, ántes confiado en la proteccion de Dios, tendió su manto sobre las corrientes del rio, y sobre él pasó con su compañero, con pasmo de muchas personas que estaban en las orillas observando esta maravilla.

Aunque el fruto que con sus sermones hacia el santo en los lugares del Abruzo y de la Umbria era copiosísimo, con todo no pudo satisfacer á los ardores de su caridad. Deseaba predicar la palabra de Dios á los infieles para convertirlos á nuestra santa fé, ó á lo ménos para hallar entre ellos ocasion de sacrificar su vida en su defensa, que era á lo que anhelaba su inflamada caridad. Por esto, estando informado que se habia resuelto enviar á Constantinopla una mision de religiosos capuchinos, para que atendiesen á la instruccion y alivio de los esclavos cristianos y á la conversion de los bárbaros, cuando se les ofreciese alguna oportuna ocasion; nuestro santo hizo las mas vivas instancias al padre general para que le enviase á aquella mision, y el padre general condescendió por fin á sus deseos; y en el año de 1387 le despachó sus patentes, con las cuales lo destinaba para aquella mision. El siervo de Dios, lleno de júbilo, se embarcó en Venecia para aquel destino con fray Gregorio de Leonisa, religioso lego de su misma provincia. En los primeros dias tuvo una feliz navegacion; mas les sobrevino despues una tempestad tan desecha, que todos los marineros se dieron por perdidos; pero Dios sosegó aquella tormenta y les restituyó la calma por las oraciones del santo. Habiendo los marineros tomado tierra para reparar su nave, el siervo de Dios se em-

barcó en otra para proseguir su viaje; pero sobrevinieron tales calmas, que difiriéndose este mucho mas de lo que se creia, se acabaron enteramente los víveres de la embaquecion, y los marineros se vieron en un riesgo inminente de perecer de hambre: sacó en este apretado lance el siervo de Dios un mendrugo de pan y lo bendijo, y Dios le multiplicó de tal modo, que él solo bastó para alimentar á todas las personas de la nave por muchos dias, hasta que tomaron tierra: por donde prosiguió felizmente José su camino hasta la ciudad de Constantinopla, donde se presentó inmediatamente al prefecto de la mision de los padres capuchinos, quien le destinó á cuidar del bien espiritual y temporal de los pobres esclavos cristianos, que se hallaban encerrados en un corral llamado el *Baño*. Así que José entró en aquel lugar quedó traspasado de dolor, viendo las gravísimas miserias de aquellos cristianos que estaban encadenados, y se hallaban para decirlo así sumergidos en la inmundicia y suciedad; y estaban la mayor parte cubiertos de llagas, sin remedio ni alivio alguno, y privados de todo socorro espiritual y temporal, en peligro evidente de renegar de la fé, á fin de librarse de aquel estado infeliz. Por eso se aplicó con un amor paternal á consolarles y animarles á sufrir con paciencia sus males, con la esperanza de la recompensa que Dios les tenia prevenida en el cielo, ofreciéndose pronto á emplear todas sus fuerzas y diligencia para procurarles todos los socorros espirituales y temporales que le fuese posible. A este fin iba todas las mañanas á aquel corral, y allí se detenia hasta el anochecer; y alguna vez se detuvo con ellos semanas enteras sin apartarse jamás de aquel encerramiento, administrándoles los santos sacramentos, y alimentándoles con la palabra de Dios, que producía entre ellos frutos tanto mas copiosos, cuanto veian los pobres esclavos que el santo se interesaba con grande afecto en todas sus necesidades, curando sus llagas, y asistiéndoles y procurándoles todos los alivios que se le permitian: por lo que en poco tiempo desterró de aquel encerramiento las palabras obscenas, los perjurios, las blasfemias, los juegos, los odios y la desesperacion: de modo, que aquel lugar que hasta entonces habia sido un cúmulo de iniquidad, por la diligencia del siervo de Dios se vió convertido casi en un monasterio de religiosos.

Pero el ardiente celo de nuestro santo por la salud de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo, no se ciñó á solos los cristianos; porque mirando con los ojos de la fé la infelicidad de los mahometanos que perecian eternamente en su impía secta, penetrado de compasion de su estado miserable, emprendió el procurar la conversion de aquellos con quienes contraia alguna amistad, y con su dulce conversacion y santa destreza consiguió convertir á algunos á la fé de Jesucristo, y reducir al gremio de la santa Iglesia católica á otros que habian renunciado al cristianismo; y entre otros á un obispo griego, que para conseguir el empleo de hají, esto es, de gobernador, habia vergonzosamente abrazado el mahometismo; al cual despues condujo consigo á Roma cuando volvió á Italia. Estos felices sucesos animaron mucho mas su santo celo; y así le vino el pensamiento de presentarse al Gran Señor de los turcos, y de hacer todo el posible esfuerzo para inducirle á abrazar la religion cristiana; porque ganada la cabeza, cosa fácil seria propagar el nombre de Cristo por todo aquel vasto imperio. La dificultad casi insuperable

era el poder hallar ocasion de hablar con el príncipe; y diferentes veces que lo probó fué repelido con injurias, villanías y golpes. Mas todavía no perdió el ánimo, y una mañana se dió tan buena diligencia, que sin ser advertido consiguió penetrar hasta la tercera antecámara del cuarto del Gran Señor: pero siendo aquí descubierto de las guardias, fué desde luego preso y reconocido por cristiano, como traidor y asesino, que hubiese querido atentar á la vida del príncipe, fué inmediatamente condenado á un cruel suplicio llamado del *Gancho*. Consiste este suplicio en una gruesa viga plantada en tierra, sobre la cual se estiende otro pedazo de viga á manera de un brazo de cruz, y de este brazo están pendientes dos cadenas, la una mas larga que la otra, las cuales van á rematar en dos ganchos agudos, y aquí se suspende al paciente, clavándole un gancho en una mano, y el otro gancho en un pié, quedando el cuerpo suspendido en el aire, sostenido de los dos ganchos. En estos ganchos fué suspendido nuestro santo, el cual estuvo tan lejos de espantarse, ni de afligirse á vista de tan horrible suplicio, que ántes al contrario, mostró alegría y júbilo de poder acabar de este modo la vida con el martirio. Tres días y tres noches estuvo el siervo de Dios colgado de estos ganchos clavados en la mano y en el pié, padeciendo los intensísimos dolores que se dejan discurrir; pero en medio de ellos predicó con gran fervor la fé de Jesucristo; exhortando á recibirla á la multitud de gente que habia acudido al espectáculo, de suerte que los soldados de la guardia enfadados de oírle predicar la ley cristiana, encendieron fuego debajo de él, á fin de que el humo le ahogase, ó al ménos le hiciese callar. Debía el santo naturalmente morir dentro de pocas horas en aquel suplicio; pero Dios nuestro Señor con un prodigio estupendo le libró de la muerte, enviándole al cabo de tres días un ángel en forma de un jóven, que le descolgó del patíbulo, le sanó de las heridas, y le mandó volver á Italia.

En cumplimiento de esta orden volvió el bienaventurado José á Italia, despues de haber permanecido diez y ocho meses en Constantinopla; y desde este tiempo hasta el fin de su vida se empleó en el ministerio apostólico de predicar la palabra de Dios, y de ganar almas para el cielo con un celo incansable, y con un ánimo generoso y superior á todas las respetos humanos. Parece increíble el fruto que el santo hizo en los lugares donde fué á predicar, singularmente en las aldeas y pueblos del Abruzzo y de la Umbría. Convirtió, ó para decirlo mejor, el Señor se sirvió de su ministerio para convertir á penitencia á innumerables pecadores para extinguir odios envejecidos, para desarraigar abusos y supersticiones de toda especie, y para arrancar del campo evangélico todos los escándalos y la cizaña que le hacían estéril, y era causa de que no produjese otro fruto que abrojos y espinas: pero particularmente se mostró su celo en apaciguar las discordias. Ardía en aquel siglo el reino de Nápoles en odios y disensiones, y en una especie de guerras civiles, que sobre límites se hacían las unas poblaciones á las otras, de donde nacían casi todos los días tumultos, riñas y homicidios, con grande ofensa de Dios y ruina de los pueblos. Emprendió el siervo de Dios el pacificar los ánimos de aquellas gentes exasperadas, y restablecer la paz y tranquilidad en los pueblos y en las familias. No es ponderable lo que á este fin trabajó, ni los evidentes peligros de perder la vida á que

se expuso, ni tampoco el fruto que con la ayuda de Dios hizo en aquel reino en esta manera de reconciliar enemigos. En Fano halló dos escuadras de bandidos que estaban haciéndose un fuego muy vivo: compadecido el siervo del Señor de aquella desgracia, con un Crucifijo en la mano se puso en medio, y entre las balas que cruzaban de una á otra parte; y con sus santas exhortaciones pacificó de tal modo aquellos ánimos enconados, que suspendieron el combate, dejaron las armas y se hicieron amigos. En tierra de Amatrix, mientras el santo decía misa, estaban escopeteándose dos poderosas facciones que frecuentemente llegaban á las manos: informado el santo de esto, y concluida su misa, fué corriendo, sin detenerse á ponerse el manto ni las sandalias, al lugar de la pelea, llevando enarbolado en las manos un devoto Crucifijo para ponerles en paz. Al principio no hicieron caso aquellos furiosos combatientes de las persuasiones del santo, y continuaron en hacerse fuego mutuamente; y el santo aunque tenia el hábito traspasado de balas, no dejó de continuar sus santas exhortaciones; hasta que consiguió dejasen el combate y se fuésen en paz. Entre los territorios confinantes de Borbon y de la Rosda, ambos de la provincia del Abruzzo, habia una cuestion reñida sobre los límites de su respectiva jurisdiccion, de suerte que llegaban á las manos frecuentemente los moradores de estos pueblos, y sucedían muertes y otras desgracias. Nadie podia ponerles en paz, y se trataba ya de abandonarles á su recíproca obstinacion, para que ellos mismos con su propio furor la castigasen; pero el cardenal Odrardo Francisco, hermano del duque de Parma, señor de aquellos lugares, pensó que el siervo de Dios con su predicacion conseguiria lo que los medios humanos no habian podido conseguir: y á este fin de su propio puño escribió á los superiores, para que dispusieran que nuestro José predicase en aquellos pueblos una cuaresma. Fué allá el santo impelido de la santa obediencia, y llevó el negocio con tan admirable destreza, que compuso la disputa á satisfaccion de ambas partes: de suerte que el día de Pascua publicó la paz en los pulpitos de las iglesias de ambos lugares, con universal júbilo y contento de todos, que no cesaban de bendecir al Señor que les hubiese enviado al santo para componerlos. Pero en lo que mas sobresalió el celo del santo fué en perseguir y embarazar las comedias, los bailes, los festines y otras semejantes profanas diversiones que se suelen hacer en los pueblos, singularmente en el tiempo del carnaval. Sabiendo el santo (son palabras del autor de su vida) que los juegos, las funciones nocturnas, los bailes, las comedias y otras semejantes diversiones son ordinariamente incentivo del pecado, no puede creerse cuánto las abominaba; y en este particular era tan ardiente su celo, y era él tan fervoroso en seguirle, que ningun respeto humano, ni los peligros de perder la vida, á que por esta causa se veía expuesto, fueron bastantes á reprimirle: y poco despues añade: «Enemigüismo de los bailes y festines, tuvo siempre la mira de esterminarlos;» y empleándose con todo su conato á este importante objeto, fueron tantos los que estorbó é impidió, que se adquirió el sobrenombre *Guastaballí*, que quiere decir, «Estorba bailes:» y porque el carnaval, en que se hacen estas funciones mas que en otras ocasiones, es el tiempo en que el demonio recoge mas copiosa cosecha, el siervo de Dios predicaba en este tiempo con mas espíritu y fervor que en la cuaresma.

Procurando el siervo de Dios promover con tan ardiente celo el bien espiritual de sus prójimos, no se olvidaba de su bien temporal: se compadecía tiernamente de las miserias y necesidades temporales de sus prójimos, y hacia lo que podía para remediarles, ayudarles y consolarles; y aunque como religioso capuchino nada tenía propio que repartirles, su caridad era tan ingeniosa, que hallaba en su pobreza muchos medios para socorrer la pobreza de los otros: Recogía con cuidado en los conventos donde vivía, las sobras de la mesa, y con mucho consuelo de su alma las llevaban á los pobres. En los pueblos en que se solía predicar la cuaresma, daba á los pobres lo que se le señalaba por sustento, y él se mantenía de los pedazos de pan que de puerta en puerta iba pidiendo por amor de Dios como un mendigo. Visitaba los encarcelados: los asistía con las limosnas que recogía de personas piadosas: los consolaba, hablaba á su favor á los jueces y á sus acreedores, y nada omitía que pudiese serles de consuelo. Asistía á los enfermos: los exhortaba á sufrir con paciencia sus males: los consolaba y animaba á esperar en la divina misericordia. Exhortaba fervorosamente á los ricos, no solo en sus sermones, sino también en sus conversaciones, á que hiciesen limosnas y socorriesen á los pobres; y concedió Dios tanta eficacia á sus palabras, que por su medio se fundaron en diversas partes hospitales y hospicios para recoger los enfermos y peregrinos; y montes de piedad para socorrer las necesidades de los pueblos: las cuales obras piadosas permanecen aun en nuestros días. Algunas veces no teniendo que dar á los pueblos, conseguía de Dios que obrase estupendas maravillas á fin de que pudiese remediarlos. Predicando en Orticoli, diligenció que en memoria del convite que dió Cristo á las turbas en el desierto, se diese otro á los pobres. Hizo en efecto cocer la cantidad de pan que se discurrió necesaria para todos los pobres del lugar; pero como aquel año había sido estéril, era tan grande la miseria de los pobres, que muchos morían de hambre: por lo que, informados del convite que se hacía en Orticoli, fueron innumerables los pobres que acudieron á él de los lugares vecinos. No desmayó por esto el siervo de Dios; ántes dando la bendición al pan que se había prevenido, él mismo lo fué distribuyendo entre los pobres, dando á cada uno lo que pedía; y fué cosa asombrosa, que habiendo dado al que ménos cuatro panecillos de unas tres onzas cada uno, sobró una cantidad considerable de ellos. En el año de 1608 tenía prevenido otro semejante convite en el lugar de Borbon, y no tenía para desempeñarle sino dos canastas de pan; pero con solo esto contentó á todo el pueblo, que constaba de mil y seiscientas almas: de suerte, que todos tomaron su limosna, los unos por necesidad, y los otros por devoción; y con todo sobró una canasta entera que se repartió al día siguiente entre los labradores del campo. En otra ocasión, viendo perecer de hambre toda una familia en el ya nombrado lugar de Orticoli, sembró unas legumbres en el breve recinto de quince piés de tierra; las cuales el mismo día nacieron, crecieron, florecieron y granaron; y con tanta abundancia, que bastó para el socorro de aquella necesidad.

Aunque el siervo de Dios se desentrañaba, solicitando el bien espiritual y temporal de sus prójimos, y con estas obras de misericordia y acciones santas de su vida irreprochable se ganaba el cariño de los pueblos: con to-

do, no faltaron hombres malvados que le injuriaron, afrentaron y maltrataron de muchos modos; porque algunos, llenos de prudencia mundana no aprobaban el fervoroso celo con que nuestro santo hacia guerra á los vicios, á los abusos y costumbres recibidas en los pueblos, que no eran conformes á la pureza de costumbres que exige la religion cristiana; censuraban como efecto de un celo imprudente é indiscreto el ardor con que el santo abominaba los bailes, las comedias y otras diversiones semejantes; pero él, riéndose de su prudencia, no cuidaba sino de conservar el honor de Dios, y de impedir sus ofensas por todos los medios que podía. Otros, que estaban sumergidos en los vicios que no querían dejar, no podían sufrir las ardientes y severas invectivas con que los reprendía, y se enfurecían contra el siervo de Dios, diciendo contra él todo lo que les venía á la boca. Fué horrible el caso que le sucedió con un cuñado suyo llamado Hércules Mastrosi. Había este usurpado los bienes de un hermano suyo difunto, que había hecho heredera á la congregacion de San Salvador de Leonisa: el santo le había amonestado varias veces que entregase á la congregacion los bienes del difunto hermano, que injustamente retenía, pero sin fruto: un día que le encontró acaso en la plaza de Leonisa, le volvió á hacer la misma amonestacion con mayor resolucion; el cuñado le respondió con palabras descomedidas, y prosiguiendo el santo en reprenderle la tenacidad con que rehusaba satisfacer á esta grave obligacion de conciencia, con tanto perjuicio de la congregacion y de su propia alma, se enfureció tanto su cuñado, que tomándole el capucho se le retorció de tal modo por el cuello, que lo ahogara á no haber acudido á defenderle la gente que presenció tan horrible sacrilegio. Mas ni este ni todos los demás ultrajes que padeció, pudieron jamás hacerle perder la paciencia, ni quitarle aquella paz altísima de que gozaba su espíritu, abrazado con su Criador en un perfectísimo é íntimo amor. Había ya mas de veinte años que el santo, desde que se restituyó de Constantinopla á Italia, se ocupaba en el ministerio apostólico de instruir los pueblos de las provincias del Abruzzo y de la Umbria, con la eficacia de los sermones y con los ejemplos de su vida austera, mortificada y en estremo penitente; cuando se le acercó el tiempo, que con muchas ansias deseaba, de desatarse de los lazos de la carne, para unirse enteramente con Cristo en el cielo, de lo que el santo tuvo un secreto presentimiento. Se hallaba conventual en el convento de Amatrice en el año 1611, cuando en el principio del mes de octubre fué acometido de una calentura ardiente, acompañada de un agudísimo dolor de cabeza y de una total inapetencia, que le duró por espacio de tres meses, la cual el santo sufrió con una invencible paciencia: á estos males se le añadió una gangrena en las partes mas sensibles del cuerpo, para cuya curacion fué preciso á los cirujanos usar del hierro y del fuego: en estas ocasiones se portó el santo con tan heroica paciencia, que parecia haber perdido el sentido, y que aquellas dolorosas operaciones no se ejecutasen en su propio cuerpo, sino en el de otro. Por fin, habiendo hecho una confesion general de toda su vida, en el día 3 de febrero de 1612 recibió con extraordinaria devocion el Santísimo Sacramento, y en la noche siguiente la santa uncion; y en el día 4, puestos los ojos en un Crucifijo, en presencia de los religiosos del convento, del gobernador y ayuntamiento del lugar (que se desahucian en lágrimas por tan

inminente pérdida), entregó su purísima alma á su Criador. Apenas hubo espirado, su rostro, que por las penitencias y fuerza de la enfermedad se hallaba pálido, denegrido y desfigurado, se puso de repente colorado y hermoso, exhalando al mismo tiempo su cuerpo un olor suavísimo; y habiéndole abierto no se halló en sus entrañas excremento alguno, sino que se hallaron llenas de un humor lácteo. Fué el cuerpo del santo sepultado en el mismo convento de Amátrice; pero al cabo de treinta años de su muerte, los moradores de Leonisa acudieron con mucha gente armada al dicho convento, y se llevaron á Leonisa las reliquias de su bienaventurado paisano. Beatificóle Clemente XII, en el año de 1636, y despues Benedicto XIV, en el año de 1746, le canonizó solemnemente. Entre los muchos milagros que obró Dios por intercesion de nuestro santo despues de su muerte, la santa sede aprobó los dos siguientes para su beatificación.

El primero se obró con un niño ciego desde su nacimiento, quien tenia tan unidos los párpados, que se creyó quedaría perpetuamente incapaz de abrirlos; pero invocando al bienaventurado José, los abrió al momento, y consiguio enteramente el uso perfecto de la vista.

El segundo se obró con José Novelli, quien habiendo sido gravísimamente herido en una rodilla, con la invocacion del santo quedó al momento curado perfectamente.

Despues que el bienaventurado José fué beatificado, continuó en obrar otros muchos milagros. Seis de ellos se propusieron al exámen de la sagrada congregacion; de los cuales Benedicto XIV aprobó los dos siguientes para su canonizacion.

El primero sucedió con José Dionis. Tenia éste desde su nacimiento tan débiles y flojas las piernas y muslos, que de ningun modo podia sostener el cuerpo sobre ellas: y lo más extraño era que las carnes de dichas piernas y muslos se doblaban y complicaban á manera de un lienzo por todas partes; de tal modo, que se creía no tener en ellas hueso alguno: su madre, viendo que el niño, que ya tenia dos años, nada mejoraba, llena de fé lo puso sobre el altar, bajo del cual descansa el cuerpo del santo, rogándole con muchas lágrimas, alcanzara de Dios la salud para su niño; y al punto consolidándosele repentinamente los muslos y las piernas, quedó bueno y sano perfectamente; de modo que por su pié se volvió con ella á su casa.

El segundo sucedió con Antonia Morelli; á la cual, habiéndosele formado un tumor en la parte izquierda interior del pecho, la materia que manaba de él inficionó de tal modo las entrañas á la enferma, que aunque el cirujano le abrió por la parte exterior, á fin de que saliera por allí la putrefaccion, no solo salia por esta herida, sino que muchas veces la enferma la echaba por la boca: sobrevino despues á la enfermedad tos, dolores y calentura; de suerte que fué declarada ética, padeciendo por espacio de dos años esta enfermedad. Con el tiempo la herida ó abertura que la habia hecho el cirujano pasó á ser una fistula, por la cual le salia el aire que respiraba en tanta copia, que apagaba con él una vela. En este estado se untó los labios de la fistula con aceite de la lámpara que ardia ante el santo, y en el solo espacio de una noche se cerró la fistula, desapareció la calentura, cesó la tos y los dolores, recobró la enferma las fuerzas, y quedó enteramente sana, gozando en adelante una salud perfecta y robusta.

SAN ANDRÉS CORSINO, OBISPO.—Véase su vida en el dia 6 de enero.

LOS SANTOS AQUILINO, GÉMINO, GELASIO, MAGNO Y DONATO.—Recibieron la corona del martirio en Roma en el foro Sempronio, por los años 271.

SAN EUTQUIO, MÁRTIR.—Acabó su vida en Roma por una muerte ilustre. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Calixto, y en su sepulcro escribió un epitafio en verso el papa san Dámaso.

SAN FILEAS, OBISPO DE LA CIUDAD DE TANNI EN EGIPTO, Y SAN FILOROMO, TRIBUNO DEL EJÉRCITO.—Estaban estos dos santos en dicha ciudad, cuando se publicaron los edictos del emperador Diocleciano que tanta sangre costaron á la Iglesia. Llamados ambos á la presencia del gobernador y acusados de adorar á Jesucristo, se les concedió un breve plazo para ofrecer incienso á los idolos ó caer bajo la cuchilla del verdugo. Sus parientes y amigos les aconsejaban que condescendiesen con las proposiciones del gobernador; pero ellos prefirieron aprontar su cabeza al alfanje, consiguiendo así la corona del martirio en Tanni, el dia 4 de febrero del año 304. Con ellos fueron tambien martirizados gran número de fieles de la misma ciudad, que quisieron seguir el ejemplo de su pastor.

SAN AVENTINO, CONFESOR.—Floreció en Troyes de Francia en el siglo VI, y fué célebre por el don de milagros, y por su eminente caridad con los pobres.

SAN ISIDORO, MONGE.—Fué natural de Egipto, y desde sus primeros años, abandonando las comodidades y honores del mundo, se dedicó enteramente al estudio de las ciencias eclesiásticas y á los ejercicios de piedad. En ambas cosas fué tan aventajado, que san Cirilo, obispo de Alejandria, lo puso al frente de su escuela, á la cual acudian no solamente jóvenes y sacerdotes, si que tambien obispos y prelados de la Iglesia. Pasó toda su vida en el estudio y oracion, hasta que el Señor lo llamó á sí el día cuatro de febrero del año 425 ó 430, hallándose en el monasterio de Damietta.

SAN GILBERTO, CONFESOR.—Nació este santo en Inglaterra en el año 1083. Su ilustre y nobilísima cuna le proporcionaba riquezas y medios para figurar en la corte, donde su familia gozaba alguna reputacion; pero Gilberto lo renunció y abandonó todo por solo servir ó imitar á Jesucristo. Habiendo tomado el hábito de los canónigos regulares de san Agustin, fué en breve tiempo espejo de las mas sublimes virtudes; pero tuvo que pasar por las duras pruebas de la contradiccion y de las calumnias del mundo, pruebas que purifican la verdadera virtud y la hacen mas digna de Dios. Murió Gilberto como un santo, el dia 4 de febrero del año 1189, el ciento y seis de su edad.

DIA 6.

SANTA AGUEDA, VIRGEN Y MÁRTIR.—Siendo emperador Decio, y presidente de Sicilia Quinciano, se publicó un edicto cruelísimo en ella, en que se mandaba que todos los cristianos fuesen presos y con atroces tormentos consumidos. Tuvo noticia de este impio mandato una doncella, llamada Agueda, dotada de cuatro cosas que se estiman mucho en las mujeres. Era nobilísima, riquísima, hermosísima y honestísima; y sobre todas sus excelencias era cristiana, y habia nacido en la ciudad de Palermo, como lo afirma el Metafraste, y lo traen Surio y Lipomano; y con

deseo y afecto grande de conservar la virginidad y morir por Cristo, le suplicó afectuosamente que la guardase y defendiese de aquel tirano, que pretendía hacerle perder la fé y castidad. Mandó Quinciano, estando en Catania, presentarla delante de sí; y ella armada con su oracion y con el favor y espíritu del cielo, fué á los estrados con grande alegría y seguridad. Así que Quinciano la vió, luego fué preso de su rara y extremada belleza; y olvidado del oficio de presidente que tenia, y de lo que debía á la justicia, y no haciendo caso del mal ejemplo que daba á aquellos pueblos que gobernaba y se miraban en él como en un espejo, para hacer lo que él hacia, hollando las buenas costumbres, las leyes, la piedad y la religion, se determinó de tomar todos los medios posibles para gozar de la santa doncella y atraerla á su voluntad; y estando ya él preso de su ciega pasion, le hizo prender: mas por disimular y cubrir mas su intento, mandó entregar á Agueda á una vieja sagaz, llamada Afrodísia, que tenia cinco hijas muy hermosas y no ménos lascivas, para que con el trato y compañía de ellas la santa doncella Agueda se fuese ablandando y perdiendo el amor que tenia á la castidad y á Jesucristo, y de esta manera alcanzar con maña y artificio lo que de ella pretendia. Así que Agueda estuvo en la casa de Afrodísia, luego la vieja maliciosa y taimada comenzó á usar de las artes y embustes que solia, para engañar la simplicidad de la doncella pura, y á decirle con dulces palabras, que se desahogase y dilatase el corazon, que en aquella casa no habia hombre ninguno, sino solas sus hijas, entre las cuales bien podia decir y hacer libremente todo lo que quisiese, sin recelo ni recato: que no tuviese pena ni temor, porque ella la libraria de las manos de Quinciano, porque era hombre nobilísimo y eortés, y amicísimo de hacer placer; y que si ella no fuera cristiana, sin duda fuera señora del presidente y de toda Sicilia; y otras palabras le dijo á este propósito, como suelen inspiradas de Satanás las que usan de este oficio. Oyólas la santa doncella, y no las oía, porque estaba tan fija y puesta en Dios con el corazon, suplicándole con grande afecto que conservase su virginidad y la guardase de toda violencia, que no hacia caso de lo que le decia. Pero como muchas veces Afrodísia le replicase las mismas razones y le quebrase la cabeza, pareció á santa Agueda que era bien declararse con ella de una vez, para librarse de los silbos de aquella serpiente, y dýjole: «Afrodísia, bien entiendo tus mañas y las razones con que piensas persuadirme que yo deje á mi Cristo, y deshonre mi linaje y venda mi virginidad; mas no pienses que tienes tanta elocuencia, ni tanto artificio en tus palabras, que yo me deje vencer de ellas. Yo no oigo tu lengua como lengua de mujer, sino como lengua del demonio que habla por tí; y como huyo de él, huyo tambien de tí, y no he querido advertir á lo que me dices. Yo te aviso como cristiana, que está obligada á querer bien á los que nos quieren mal, que mires por tí y dejes el oficio infame y maldito que usas con afrenta tuya y daño de la república, y mal ejemplo de tus hijas: no enredes con tus lazos esta ciudad, ni pongas fuego en los corazones de las doncellas inocentes y puras; porque haces mas daño y eres mas perjudicial á la república, que si la pegases fuego por las cuatro partes de la ciudad, ó si inficionases las fuentes públicas de que ella bebe: y aunque Quinciano disimule contigo, Dios del cielo te castigará: y si no quieres dejar esta empresa que

has tomado conmigo, por tu honra y por tu bien; déjala á lo ménos por no perder tiempo y derramar palabras al viento; porque yo te hago saber, que estoy tan fundada y firme en el amor de mi Señor Jesucristo, y tan constante en el voto que he hecho de virginidad, que con el favor de mi Dios espero, que ántes el sol perderá su claridad, y el fuego su calor, y la nieve su blancura, que yo me mude de este propósito y voluntad. Afle Quinciano sus navajas: apareje sus leones: encienda el fuego: arme sus lazos: abra, si puede, las puertas del infierno; y quite las cadenas á todos los demonios contra mí: que yo morir tengo virgen y cristiana, y no temo que Quinciano me haga fuerza; porque Dios, á quien he entregado mi alma y mi cuerpo, me defenderá. Tú eres vieja, ó Afrodísia, y ya la muerte está á la puerta, y tú lo muestras con tu mal color: mira por tí: reconoce á tu Criador: ten vergüenza del mal ejemplo que has dado á tus hijas y á toda esta ciudad; llórale, y llora tu vida pasada; conviértete á Dios y haz penitencia, confesándole y adorándole para que no te castigue.» Así que Afrodísia oyó las palabras de la virgen, y entendió que perdía tiempo con ella, á cabo de treinta dias que la habia tenido en su casa, se fué al presidente y le dijo: «Señor, yo he tenido la doncella que me disteis en mi casa por vuestro mandado, y he hecho con ella todo lo que he sabido y podido para inclinarla á vuestra voluntad: pero tened por cierto, que está tan firme en ser cristiana y en guardar su virginidad, que ántes se ablandará el hierro y el acero y el diamante, que ella mude de propósito. Yo le he ofrecido ricos vestidos, atavíos, joyas y piedras preciosas; y ella no lo estima en mas que un poco de basura: no parece que desea, ni de día ni de noche piensa ó sueña otra cosa sino morir por Jesucristo.» Oído esto por Quinciano, mandó llamar á Agueda y preguntóle, ¿de qué casta era? Y la santa doncella respondió: Noble soy y de ilustre sangre, y mis deudos dan testimonio de ello, como es notorio por toda Sicilia.—¿Pues cómo, siendo noble, sigues las costumbres de gente despreciada y vil?—Porque aunque yo soy noble, dijo Agueda, soy sierva y esclava de Jesucristo, y no me desvanece mi linaje; porque sé que la verdadera nobleza es servir con puro corazon á Jesucristo. A esto respondió Quinciano: ¿Luego nosotros no somos nobles, que menospreciamos á vuestro Crucificado? Y la santa: Si tú eres, dice, de tal manera esclavo del demonio, que adoras las piedras, ¿dónde está tu nobleza y libertad? Mandóla dar el juez malvado una bofetada en el rostro, diciéndole, que aprendiese á callar y no injuriar á su señor. Quedó el rostro de la santa denegrido y acardenalado; pero mas hermoso y resplandeciente delante de Dios: y viendo Quinciano que con todas sus artes no podia sacar de ella sino palabras llenas de fé, esperanza y amor de Cristo, la mandó llevar á la cárcel, diciendo que pensase bien lo que le convenia, ó morir á puros tormentos, ó negar á Cristo. Entró en la cárcel la santa con maravillosa constancia y alegría, como si entrara en un paraiso de deleites, suplicando al Señor que le diese victoria del tirano y la corona del martirio: y el día siguiente fué presentada otra vez delante de Quinciano, y él procuró al principio con alagos y blanduras, y después con bravatas y amenazas persuadirle que dejase la fé de Cristo, porque de esta manera tendria salud, vida, descanso y felicidad: y ella con gran fervor de espíritu le dijo: «Tú me prometes, ó

Quinciano, darme salud y vida si yo dejo á Jesucristo; y yo te digo, que no quiero otra vida, ni otra salud, sino á Cristo; y no pienses espantarme con tus fieros; porque quiero que sepas, que no hay cierva tan acosada y sedienta, que así desee una fuente de agua clara y limpia, como yo desee ser de ti atormentada, para unirme y abrazarme mas fácilmente con Cristo. El trigo no se recoge en las trojes hasta que esté purificado y limpio de paja; ni el espíritu se recibe en el cielo, hasta que el cuerpo quede muerto en la tierra. Si quieres usar del hierro contra mí, hé aquí mi cuello; si quieres usar de los azotes, aquí están las espaldas; si quieres abrasarme con el fuego, aquí está mi cuerpo: si me quieres echar á las fieras, mis carnes, mis ojos y mis manos, mi cabeza y todos mis miembros están aparejados, para que los atormentes como quisieres. Atormenta, quema, ata, apricta, desuella, quebranta, hiere, arranca, ahoga, descoyunta y mata este mi cuerpo, que cuanto mas cruel fueres conmigo, mas bien me harás, y yo seré mas favorecida de mi dulce esposo Jesucristo. ¿Qué haces? ¿Qué esperas? ¿Por qué tardas tanto?» Embravecióse Quinciano oyendo las palabras de la virgen, y con la saña mandó que le fuese torcido y atormentado un pecho, y despues que á raiz le fuese cortado; y la santa sin turbarse, sino con ánimo valeroso y constante, le dijo: ¿Y cómo no te confundes, ó cruel tirano, de atormentar á una doncella en los pechos, habiendo tú recibido el primer sustento de tu vida de los pechos de tu madre? Mas el presidente, estando ya encarnizado en aquella sangre pura y mas cruel que un tigre, no se movió con las palabras de la virgen; ántes la mandó volver á la cárcel, y que no la diesen cosa que comiese ni bebiese, ni dejasen entrar médico alguno para curarla; porque de esta manera se consumiese de dolor.

Mas el Señor, estando Agueda en aquella cárcel oscura y penosa, le envió al apóstol san Pedro en figura de un viejo venerable, el cual llevaba consigo muchos unguentos, como médico, y delante de él iba un mozo como alumbrándole con una hacha encendida en la mano, y con un semblante risueño y apacible saludó amorosamente á la santa, y le dijo: No has ganado nada contigo el tirano con sus tormentos; ántes tú le has dejado atónito y confuso: y si te ha atormentado y cortado el pecho, él lo pagará con fuego eterno. Yo estaba presente cuando te le cortó, y vi que se puede curar; y así vengo para curarte y darte entera salud. Respondió al apóstol, sin conocerle, que nunca en toda su vida habia usado de medicina corporal, ni ahora queria usar de ella; porque tenia puesta su confianza en Cristo que la sanaria; pues era reparador de todas las cosas. Y como la santa doncella por su honestidad y por la confianza que tenia en Cristo que la sanaria, no quisiese dejarse curar; al fin le descubrió san Pedro su parte era, y que el Señor le habia enviado para que de su parte la sanase y le restituyese el pecho cortado; y que en señal de la verdad que le decia, ella quedaria sana; y diciendo esto desapareció: y ella mirando su cuerpo, se halló enteramente sana y el pecho restituido en su lugar; y volviéndose con el corazon y con el alma al Señor, le dijo: Yo os hago, Señor mio Jesucristo, gracias por haberos acordado de mí, y haberme enviado á vuestro apóstol, para que curase mis llagas y renovase y confortase mis miembros. Resplandeció una luz tan estremada y celestial en aquella cárcel tenebrosa, que las guardas, tur-

badas y fuera de sí, dejándola abierta echaron á huir. Los presos de la cárcel aconsejaban á la santa, que pues estaban las puertas abiertas y no habia quien se lo estorbase, se pusiese en salvo; y ella les respondió: Nunca Dios quiera que yo deje el campo y huya, hasta que alcance de mi enemigo la victoria. Cuatro dias despues Quinciano la hizo traer de nuevo á su tribunal: y viéndola tan entera y tan sana y que con tanto ánimo predicaba que Cristo la habia sanado, quedó por una parte admirado y confuso, y por otra lleno de saña y furor: del cual arrebatado, mandó sembrar por el suelo muchas brasas de carbon encendido y pedazos menudos de tejas, y estender y revolver á la santa desnuda sobre ellas, para que el fuego quemase sus carnes, y las puntas agudas la lastimasen y afligiesen con mayor dolor: mas estando la santa en este tormento envió nuestro Señor un grandísimo terremoto á la ciudad de Catania, con el cual murieron dos amigos y consejeros del presidente, que se llamaban, como dice Metafraste, Vulteyo y Teófilo, ó como dice el Breviario romano, Silvino y Falconio. Toda la ciudad, despavorida y asombrada, comenzó á clamar que aquel era castigo de Dios por la injusta crueldad que contra Agueda se usaba; y corria hácia la casa del presidente: el cual se turbó estrañamente cuando vió la gente y oyó sus clamores; y temiendo que no le quitasen por fuerza de las manos y librasen á Agueda, la mandó de nuevo llevar á la cárcel. Allí la santa virgen, alzando las manos al cielo, donde tenia su corazon, comenzó á orar de esta manera: Dios mio eterno, que por tu sola bondad me has armado de tu celestial gracia, para que yo pudiese pelear contra el tirano por el ensalzamiento de tu fé, y que siendo mujer moza y flaca, sola venciese en mi carne frágil tantos tormentos, y tantos soldados y hombres armados; abre, Señor, los brazos de tu piedad, y recibe mi espíritu, que te desea con un amor intenso.» Aquí acabó con su vida la oracion; ántes comenzó á vivir, y vive eternamente en el cielo. Idos en buena hora, ó bienaventurada y santa alma; idos á vuestra casa, dichoso espíritu, y gozad ahora y para siempre de la gloriosa vista del que de tal manera os cautivó con su amor, que por él menospreciasteis esta vida y todos los gustos y deleites de la tierra. El mundo todo predica vuestra virtud: los fieles celebran vuestras victorias y coronas: las mujeres, cuyos pechos son atormentados, os invocan y reciben salud: vuestra patria por vos es honrada, y la santa Iglesia enriquecida. Dadnos vuestro favor, para que los que escribimos y los que leyeren vuestra vida, sean imitadores de vuestras virtudes y participantes de vuestra gloria.

En publicándose la muerte de santa Agueda, luego corrió todo el pueblo por reverenciar aquel cuerpo castísimo y martirizado por Cristo; y queriéndolo encerrar en un sepulcro, apareció un mancebo ricamente vestido, acompañado de otros cien mancebos, que eran ángeles del Señor, el cual á la cabecera de la santa puso una tabla de mármol, en la cual estaban escritas estas palabras: *Mentem sanetam, et spontaneam: Deo honorem; et patria liberationem*; y luego desapareció. Quieren decir: Agueda tuvo la mente santa, y voluntariamente se ofreció; honra á Dios; y alcanzó de él la salud para su patria. Este es el epitafio, que por mano de ángeles vino del cielo, en el cual con pocas palabras se resume todo lo que en alabanza de esta gloriosa virgen y mártir se puede decir;

pues el Santo de los santos á boca llena la llama santa, y dice que se ofreció de su voluntad al martirio, y que supo honrar á Dios y librar á su ciudad. No la alaba por haber nacido en una ciudad famosa, ni por su nobleza, ni por sus riquezas, ni de hermosa, ni de otras gracias naturales, de que se precian las mujeres (aunque todas estas cosas en grado muy subido tuvo santa Agueda); porque todas ellas de suyo son de poca estima delante de Dios; sino por la muerte santa que tuvo, y por el grande y encendido afecto con que se ofreció á Dios. El día del martirio de santa Agueda fué á los cinco días del mes de febrero del año del Señor de 252, imperando Decio y siendo sumo pontífice san Cornelio. Celebrá la Iglesia su fiesta el mismo día en que murió.

Cuando Quinciano supo que la santa virgen era muerta, codicioso de sus muchas riquezas, partió muy acompañado de gente de Catania para Palermo, donde estaban para apoderarse de ellas: y al pasar de un río, un caballo le mordió en la cara y otro á ceces le echó en el río donde se ahogó; y buscando su cuerpo nunca se pudo hallar: para que se entiendan los justos juicios del Señor, y como al cabo castiga la deshonestidad, crueldad y codicia de los que se atreven y persiguen á sus santos. Con este suceso creció mas la honra y reverencia de santa Agueda: la cual se aumentó aun mucho mas por lo que sucedió luego al año siguiente después y el mismo día de su martirio; y fué de esta manera. El monte Etna, que llaman Mongibelo, es uno de los mas altos y maravillosos que hay en el mundo, el cual siempre está cubierto de nieve, y por la boca hueca y echa llamas de fuego como otros volcanes. La ciudad de Catania está como una buena legua de la falda de este monte. Sucedió pues, que habiendo precedido un espantoso estruendo y como bramido dentro de las entrañas del monte, comenzó á salir un río de fuego de él hacia la parte de Catania: y los moradores, aunque eran gentiles, temiendo la destruccion de la ciudad y viéndose sin remedio, por inspiracion de Dios que queria manifestar la gloria de su santa, corrieron á su sepulcro, y tomando el velo con que su bendito cuerpo estaba cubierto, vinieron con él contra el fuego, y desplegándole y mostrándole, el fuego paró y no pasó mas adelante. Este milagro tan señalado, que entonces obró el Señor, después acá ha obrado otras muchas veces que el monte Etna ha salido como de sí, arrojando rios de vivas llamas por aquellos campos hacia la ciudad de Catania: la cual hubiera sido asolada y abrasada de estos incendios, si su gloriosa patrona santa Agueda no la hubiera defendido. Es cosa maravillosa y para no creerse, si no fuese propia de la omnipotencia del Señor, ver venir desde la cumbre de un monte altísimo hacia la ciudad un río de fuego, ancho y espeso, y de materia muy densa, como de plomo ó de un metal derretido, abrasando todo lo que topa y halla al rededor por donde pasa, y salir el clero y toda la ciudad en procesion como á pelear con este fuego, nó con armas, ni con agua, ni con otros instrumentos para apagarle, sino con sola la proteccion de santa Agueda, y con su velo; y que en mostrándosele al fuego, como si tuviese uso de razon, para su corriente y cesa. Y no solamente tiene esta virtud cualquiera velo que haya estado sobre el cuerpo de santa Agueda, sino tambien se sirven en Catania contra el fuego del algodón puesto sobre su cuerpo. Y en nuestros días, el año de 1537, viniendo este río de fuego que he dicho hacia

el monasterio de san Nicolás de Arenas, no le tocó, y casi destruyó á dos aldeas llamadas Nicoloso y Monpelerio, y corriendo por su camino, y habiendo de dar en una viña de un pobre hombre que estaba en el camino por donde habia de pasar, la cual yo he visto, poniendo en unas cañas á trechos un poco de este algodón, á punto que llegó el fuego á la viña, se partió en dos brazos, y la cercó, y la salvó sin hacerle algun daño, arruinando y abrasando lo demás: y esta vez arrojó el monte tan gran copia de ceniza, que llegó hasta trescientas millas lejos, y algunas naves que venian de Venecia á Sicilia corrieron gran peligro por la mucha ceniza que cayó sobre ellas, como lo escribe Tomás Facello, diligente escritor de las cosas de Sicilia. Estas son las maravillas del Señor: estos los milagros perpetuos que obra, argumentos de su infinito poder: esta la honra que hace á sus siervos para darnos motivos de alabarle á él en todas sus criaturas, y glorificar é imitar á los que con tanta pureza y constancia perdieron su vida por no perder su castidad y su fé, como lo hizo la bienaventurada santa Agueda; y por esto es tan celebrada en el mundo, y desde que murió tan reverenciada, que la gloriosa virgen y mártir santa Lucia vino en romeria desde la ciudad de Zaragoza de Sicilia á la de Catania, al sepulcro de santa Agueda, para alcanzar salud para su madre como la alcanzó.

LOS VEINTE Y SEIS MÁRTIRES DEL JAPON.—Después que el apóstol de las Indias san Francisco Javier, como un sol clarísimo alumbro los reinos del Japon con las primeras luces del Evangelio, creció tanto aquella cristiandad por el trabajo y celo de los padres de la Compañia de Jesus, que imitando á su esclarecido apóstol, prosiguieron la labor que él dejó comenzada, que tenían bautizados mas de trescientos mil cristianos, y entre ellos muchos reyes, principes, grandes, señores, caballeros y gente de todos estados y condiciones; y habiendo edificado muchos templos al verdadero Dios, que son los castillos y fortalezas de la fé, se prometian ver conquistado todo aquel dilatado imperio para Jesucristo. Y viendo que la mies era mucha y los operarios pocos, recibian en su religion algunos japones hábiles y bien probados que los ayudasen á cogerla; pero la fé que plantó el apóstol y cultivaron sus discipulos, quiso Dios que la regasen los mártires con su sangre, para dar el acrecentamiento que esperamos, cuando fuere servido el misericordiosísimo Dios resucitar aquella cristiandad, que está como sepultada debajo del hielo de las persecuciones que hoy padece. La ocasion de la muerte de los santos mártires, cuya vida escribimos, fué esta. Vinieron al Japon desde Filipinas el año de 1592 algunos religiosos descalzos de la orden de san Francisco, que traian por comisario á san Pedro Bautista, con título de embajadores de los luzones al emperador del Japon, que se llamaba Taycosama, sobre ciertas pretensiones que el emperador tenia con aquellas islas; pero todo su deseo y propósito era dilatar la ley de Jesucristo en aquel imperio. Fueron bien recibidos del emperador, que les mandó dar sitio acomodado para vivir en Meaco, cabeza de todo el Japon. Edificaron los religiosos casa ó iglesia que llamaron Nuestra Señora de la Porciúncula, á imitacion del primer convento de su padre san Francisco; y en esta iglesia decian misa, predicaban y bautizaban publicamente con igual celo suyo, y fruto de sus oyentes y devotos. Habia prohibido Taycosama que se predicase la ley de Jesucristo en

todo su imperio, y mandado que saliesen desterrados del Japon los padres de la Compañía de Jesus, porque la predicaban; y como supo que los padres de san Francisco habian contravenido á sus mandatos en Meaco y Osaca (donde tambien edificaron casa é iglesia), se enojó mucho contra ellos y mucho mas con ocasion de un galeon de españoles, llamado San Felipe, que pasando de Filipinas á Nueva España, vino arrojado de los vientos y tempestades á Urando, puerto del Japon en el reino de Tosa; porque habiéndose apoderado de toda la riqueza del galeon, que era mucha, y sabiendo que fuera de los soldados españoles venian en él dos religiosos descalzos de san Francisco, cuatro de san Agustin, y uno de santo Domingo, sospechando que venian tambien á predicar la ley que él tenia prohibida, se alteró sobre manera, y atizando el fuego algunos gentiles, enemigos declarados de Jesucristo, y en especial Jacuin, su gran privado, que habia sido la causa principal de la primera persecucion contra los padres de la Compañía, y ahora con tan buena ocasion, los acusó de nuevo de que eran rebeldes á sus leyes, y habian hecho cristianos muchos japones, despues que él les habia mandado desterrar. Encendido en cólera el tirano, y ciego con la pasion, mandó al gobernador de Osaca, donde entonces se hallaba, que pudiese guardas en las casas de los padres descalzos, y en las de los de la Compañía que habia en aquella ciudad; porque este es el modo de cárceles que tienen en Japon. A la misma hora despachó un criado suyo al gobernador Xihunojo, para que hiciese otro tanto de los religiosos que habia en Meaco, y al mismo criado mandó que tomase por lista los cristianos que acudian á las casas de los religiosos, y la diese al gobernador para que los hiciese matar. Dió este mandato á los 9 de diciembre de 1596.

Con este mandato del tirano prendieron en el convento de santa María de la Porciúncula de Meaco cinco santos religiosos descalzos, que fueron el padre comisario Fr. Pedro Bautista, Fr. Francisco Blanco, Fr. Gonzalo García, Fr. Francisco de San Miguel y Fr. Felipe de las Casas con doce familiares suyos; y en el convento de Osaca, prendieron á otro santo religioso llamado Fr. Martin de la Ascension, y á otros dos familiares suyos, y todos catorce familiares eran de la tercera orden de san Francisco. El santo Fr. Pedro Bautista, capitan y caudillo de aquella dichosa Compañía, fué español, natural de san Estéban en el obispado de Avila, de padres honrados, ricos y buenos cristianos que le criaron con mucho cuidado. Habiendo estudiado latinidad, música de canto llano y órgano en Avila y Oropesa, oyó filosofia y dos años de teología en Salamanca, y luego tomó el hábito de san Francisco en la provincia de los descalzos de San José, donde florecia mucho la perfeccion y observancia regular: y habiendo en ella sido ejemplo de todas las virtudes, y en especial de oracion continua, y leido en curso de artes y hecho oficio de predicador; siendo guardian de Mérida, pasó, llamado de Dios, á las Filipinas con otros siervos de Dios de su misma provincia. En llegando á la Nueva España, en todas partes por donde pasaba, predicaba con mucho fruto y edificacion de sus oyentes, que no ménos se movian de sus sermones, que se admiraban de su compostura y modestia. Despues de haber estado dos años en la Nueva España, haciendo largas y peligrosas peregrinaciones entre gentes bárbaras y crueles, para predicar la ley de Cristo, se embarcó á las Filipinas con oficio de comisario: de donde

habiendo hecho mucho fruto con su predicacion, y sido guardian de Manila y custodio de su provincia, con gran satisfaccion de todos sus súbditos, pasó á Filipinas por obediencia de su prelado que se lo mandó, por entender era esta la voluntad de Dios, y eligióle por comisario de los religiosos que iban á aquella mision. En pocos años que estuvo en el Japon, hizo por sí y por sus religiosos fruto digno de muchos. Resplandecia el santo comisario en toda virtud, y era tan puro y temeroso de conciencia, que para decir misa se confesaba cada dia una y dos veces: siendo así, que en treinta años de religion no le acusaba la conciencia de pecado mortal. Tenia de costumbre la noche antes de predicar, hacer larga oracion y tomar una rigurosa disciplina: con eso era grande el fruto de sus sermones. Ayunaba frecuentemente á pan y agua, y muchas veces comia unas yerbas solamente: era muy aficionado al recogimiento: muy humilde y mas amigo de obedecer que de mandar. Varon de gran confianza en Dios, por la cual le favoreció su Majestad, para que en tierra de gentiles con suma pobreza hiciese en pocos años dos conventos é iglesias, en Meaco y Osaca, y diese principio á otra en Nangasqui. Con su gran caridad edificó junto á su convento de Meaco dos hospitales de Santa Ana y San José, para recoger los leprosos; y él era el primero que los servia y lavaba los piés, repartiendo con ellos la corta limosna que se hacia al convento.

Semejantes fueron en la santidad y celo á su santo capitan los otros religiosos de san Francisco, de cuyas virtudes como las del santo comisario pudiéramos decir mucho, si el ser tantos no embarazara para no faltar á la brevedad que nos profesamos. Fr. Martin de la Ascension fué vizcaino, natural de Vergara: estudió teología en Alcalá de Henares, y tomó el hábito en la provincia de San José. Conservó perpetua virginidad con oraciones, ayunos, viglias, disciplinas y cilicios: era humildísimo y muy perseverante en la oracion, muy mortificado; y en una ocasion, por vencerse á sí mismo, besó las llagas á un leproso. Pedia al Señor que le diese á gustar de su cruz, y decia que quisiera mas ser puesto por Cristo en un palo, que vivir regalado de consuelos celestiales. Fray Francisco Blanco fué del reino de Galicia, del obispado de Orense: estudió latinidad en el colegio de la Compañía de Jesus de Monterrey, y artes en Salamanca: fué hijo de la provincia de Santiago y pasó á Filipinas con otros religiosos de su misma provincia, venciendo muchas contradicciones, que tuvo su ida, con oraciones y penitencias que ofreció á Dios por esta causa. Era devotísimo de la Virgen á quien ayunaba todos los sábados, y él era tenido por virgen de los que le comunicaron y trataron familiarmente. Traia siempre presente á Dios, y conocíase en el concierto y modestia de todas sus acciones, con las cuales edificaba á cuantos le miraban. Fué el último de los santos mártires que entró en Japon, y habiendo estado en aquel reino seis meses, consiguió la corona del martirio. Fray Felipe de Jesus fué natural de Méjico: dejó primero el hábito que habia tomado en San Francisco de la Puebla de los Angeles, y siendo enviado de sus padres á Filipinas, abriéndole Dios los ojos, tomó el hábito en el convento de los descalzos de Manila, y procuró con el fervor y cuidado en la observancia, resarcir la flaqueza pasada. Embarcóse en el galeon de San Felipe para la Nueva España, para ordenarse alli de sacerdote, por no haber obispo en Filipinas; y

Dios le embarcó para mártir, cuando los vientos arrojaron el navio al Japon; porque deseoso de ver al santo comisario Fr. Pedro Bautista que le habia dado la profesion, siendo guardian de Manila, se partió á Meaco, y poco despues de llegar á aquella ciudad, sucedió la prision de los religiosos: y como él estaba con ellos, aunque no habia sido compañero de sus conversiones, lo fué de su corona, que Dios le tenia preparada; y así, aunque pretendieron algunos librarle de la prision en que estaba, por no ser cómplice en el delito que á los demás se imputaba, no tuvo efecto. Fr. Francisco de San Miguel fué natural de la Parrilla, aldea distante quatro leguas de Valladolid: entró en el convento de san Francisco de Valladolid para lego: despues con licencia de su provincial pasó á la provincia de San José; y de esta pasó á la provincia de la Arrahida en Portugal, siempre deseoso de mayor perfeccion, hasta que pasó á las Filipinas y al Japon con deseo de ayudar en lo que pudiese á la conversion de los gentiles.

Señalóse mucho en todo género de virtud, y obró Dios por él algunos milagros. Con ser lego, era tal su celo en enseñar á los infieles, y Dios le daba tal gracia para enseñar, que le llamaban en su lengua: « El Enseñador. » Fray Gonzalo Garcia fué natural de Basain, ciudad de la India oriental de Portugal: fué criado en su tierna edad con los padres de la Compañia de Jesus, y por su buena inclinacion y natural, siendo de quince á diez y seis años, se fué con ellos al Japon, en donde estuvo con algunos padres muy religiosos por espacio de ocho años, sirviéndoles de intérprete, y ayudándoles á la conversion de los gentiles; porque catequizaba muy bien, y en su modo de hablar parecia japon. Deseó ser de la Compañia, y pidiólo muchas veces, y como se lo dilatasen, dándole buenas esperanzas, pidiendo licencia á los padres se fué á la ciudad de Alacan, donde se hizo mercader y andando en este trato, ofreciéndose ocasion de ir á Manila, tocado de Dios, tomó el hábito de san Francisco para fraile lego, habiéndose ejercitado en aquella provincia en los oficios y virtudes propias de su estado con mucha edificacion: y como era tan práctico en la lengua del Japon, volvió allá por compañero del santo comisario, donde trabajaba incansablemente en los oficios de Marta y de María, y fuera de servir á aquellos varones apostólicos, él lo era tambien en el celo con que procuraba la conversion de los gentiles. Deseaba mucho ser mártir; y Dios se lo concedió en compañía de sus santos compañeros.

Los familiares de los frailes descalzos eran como discípulos de tales maestros. El principal, Leon Carasuma, que habiendo sido ántes bonzo, se convirtió oyendo hablar de Dios á un hermano japon de la Compañia de Jesus, y se bautizó siendo de treinta años, con la comunicacion y trato de los padres de la Compañia creció mucho en virtud, hasta que viniendo los frailes descalzos á Meaco, se llegó á ellos y solicitó la fábrica de la iglesia y convento, y despues vivia en compañía de los frailes, é imitaba sus virtudes y ejercicios religiosos, como si fuera uno de ellos; y siendo casado, hicieron voto de continencia él y su mujer de comun consentimiento. Procuraba con sus exhortaciones convertir á los gentiles que acudian al convento: catequizaba á los que se querian bautizar, y enseñaba á los bautizados el modo de oír misa y rezar, y el respeto que habian de tener á los religiosos. Cuando se hicieron

los hospitales para los leprosos, él fué el primer hospitalero del hospital de Santa Ana, y ejercitaba este oficio con tan grande caridad, que salió él mismo á buscar los leprosos, para traerlos á su hospital, y en él los servia y curaba con gran cuidado. Salia tambien por las calles á buscar los niños desamparados, los cuales hacia criar, y á pedir limosnas para sus pobres, y solia decir que deseaba ser arrojado en aquellas calles por la ley de Jesucristo.

No era ménos riguroso consigo, que blando con los demás, ni ménos penitente, que caritativo; porque se disciplinaba ásperamente, dormia poco y oraba mucho; y con estas virtudes se dispuso para la dicha del martirio.

Los otros santos mártires fueron los siguientes. Buena-ventura, en quien el nombre convino bien con la ventura que Dios le dió; pues habiendo ántes apostatado de la fé, y siendo admitido por el santo comisario en el número de los cristianos y de los familiares de los frailes, mereció ser del número de los presos y mártires del Señor. Gabriel Doxica de los frailes, que siendo mancebo de diez y nueve años, galan, rico y acomodado, por las exhortaciones del santo mártir Fr. Gonzalo, recibió el bautismo y dejó el mundo, entrándose á servir á los frailes, y habiendo vencido los ruegos é instancias de sus padres que eran gentiles, y procuraban que dejase la fé y la compañía de los religiosos, él con sus oraciones y exhortaciones convirtió á su padre, el cual, bautizado se dedicó al servicio del convento. Paulino Suzuqui, que en bautizándose se mudó en otro hombre, y parecia varon celestial. Era muy discreto y elocuente en la lengua del Japon; y así predicaba y disputaba con aceptacion de todos; y habiéndose hecho familiar de los frailes, por consejo del santo mártir Leon, fué imitador suyo y hospitalero del segundo hospital de los leprosos, llamado San José, y fuera del cuidado de los enfermos, cuidaba como otro Tobías, de buscar los cuerpos muertos de los cristianos, y los enterraba en un lugar que tenia junto á su hospital. Cosme Zaqueya, espadero, siendo de rudo ingenio, con el trabajo de leer y trasladar catecismos y oír á los catequistas, vino á aprender lo bastante para catequizar y hacer provecho en muchos gentiles: tomaba todos los dias una recia disciplina, para que Dios le diese su gracia para hacer aquel oficio, y de esta manera, con la fuerza de sus penitencias y con la elocuencia de sus exhortaciones, persuadió á muchos á recibir el bautismo; y por este celo mereció la corona de mártir. Tomé Danchi, boticario, que siendo ántes terrible de condicion, con el bautismo, de leon se hizo cordero, sufriendo con maravillosa mansedumbre las injurias que le hacian los gentiles. Daba de limosna á los pobres las medicinas, y ayudando en la conversion de los gentiles á los frailes, mereció ser preso juntamente con ellos. Francisco, que siendo médico de los cuerpos, cuando gentil, despues de cristiano se hizo médico de las almas, y convirtió á su mujer é hijos y á otros muchos gentiles: y habiendo hecho con su mujer voto de continencia, se entregó todo al servicio de Dios. Curaba á los pobres de valde, y les daba las medicinas: lavaba los pies á los leprosos: disciplinábase cada dia: traía cilicio, ayunaba muchos dias, oraba frecuentemente, y con estas virtudes se dispuso para la palma de mártir. Joaquin Sanquier, que de cocinero de los frailes en el convento de Belen de Osaca, le

levantó Dios á glorioso mártir: Paulo Juariqui, hermano del santo mártir Leon, que vivia con su mujer cristianamente, enseñando á sus hijos el temor de Dios, confesando frecuentemente, socorriendo con limosnas á los pobres, y persuadiendo á sus amigos gentiles que fuésen á oír la doctrina cristiana á la iglesia de los frailes, cerca de la cual se habia venido él á vivir, por poder asistir mejor á la misa y sermón. Miguel Cosaquí, padre del santo niño Tomé, de quien ya hablaremos, el cual ayudó al edificio de la iglesia de Osaca, y con su ejemplo y santas palabras atraía muchas almas al conocimiento de la verdad, por la cual mereció morir en compañía de los otros santos.

Juan Quizurya, tejedor de seda y que bautizado por los frailes con su mujer y un hijo pequeño, era muy temeroso de Dios y deseoso de aprovechar en su servicio, servía á los pobres, y gustaba de la oracion y penitencia: con que en poco tiempo de cristiano subió á mártir.

Entre los pocos mártires, que fueron presos, había tres niños, en los cuales, por ser mas flacos, se mostró mas la fortaleza de Dios, como se verá en el discurso de su martirio. El santo niño Tomé, hijo del santo mártir Miguel Cosaquí, vino á la compañía de los frailes, para seguirlos, siendo de doce años, y con su comunicacion se adelantó la virtud á la edad. Contaba á los que venían al convento las vidas de los santos, que habia oido contar á los frailes, y los misterios de la fé, el modo de oír misa y rezar el rosario de Nuestra Señora. Era muy devoto y caritativo, y dejando los entretenimientos de su edad, iba á visitar los presos, y hablaba con los gentiles de la falsedad de sus sectas, convenciéndolos con sus razones; y con los cristianos, de las mercedes que Dios hacia á los que sacaba de la idolatria: ayunaba todos los viernes, disciplinabase todos los dias, y estaba en oracion con gran silencio el tiempo que veia estar los religiosos. Habiendo estado hasta los quince años en compañía de los frailes, mereció ser preso con ellos en Meaco. El otro niño se llamaba Antonio: era de trece años, cuando le prendieron: habia aprendido á leer y escribir y mucha virtud en el colegio de la Compañía de Jesus de Nangasaquí, y siendo admitido de los frailes por Doxicu, aprovechó tanto con su enseñanza, que mereció ser preso en Osaca con el santo fray Martin, y añadir la corona de mártir á la de virgen; como tambien otro niño de doce años ó diez, segun escriben algunos, que se llamaba Luis, y era sobrino de los santos mártires Leon y Miguel, que vivia en la casa de los padres descalzos, bautizado por ellos, el cual viendo que los ministros de justicia no le querían poner en la lista de los presos, por ser tan pequeño, lloró tanto, que le hubieron de escribir por darle gusto. El último de los santos mártires familiares de los frailes que prendieron en esta ocasion, se llamaba Matias, á quien por suerte cupo la corona del martirio, del modo que aquí diré. Estaba puesto en la lista de los presos un cristiano, llamado Matias, que servia en Meaco á los padres descalzos de comprador y cocinero, al cual aun despues de puestas las guardas dejaban salir á comprar lo necesario, y luego se volvía á la prision. Viva junto á la puerta del monasterio otro cristiano, que tenia el mismo nombre y se llamaba Matias. Aconteció pues, que cuando vinieron los ministros de la justicia para llevar á la cárcel á los religiosos y cristianos; Matias, el comprador, no estaba en el convento, y preguntando

por él, como no parecia, salió el otro Matias, y dijo: «Aunque yo no soy el que buscais, y por quien preguntais; pero soy cristiano y tengo ese mismo nombre, y acudo á la casa de los padres.» Oyendo los ministros que se decia Matias; como no faltaba mas que él solo, para cumplir su lista, sin cuidar si era el mismo, ú otro, echaron mano de él: *Et cecidit sors super Mathiam, et annumeratus est cum undecim;* y él recibió esta dichosa suerte con grande contento y alegría, y el otro Matias quedó excluido, sin que se acordasen mas de él.

En la casa de la Compañía de Jesus de Osaca prendieron al hermano Pablo Miquí, que estaba en aquella ciudad trabajando por Jesucristo, sustentando á los cristianos en la fé, y convirtiendo á ella á los gentiles. Era el santo Pablo Miquí natural del reino de Ava, que está en la tercera isla del Japon, llamada Xicozu, y nació en Teuocuni de padres nobles aunque gentiles. Fué bautizado de edad de cinco años, y desde muy niño inclinado á la virtud y quitado de las travessuras de aquella edad, mostrando en su modestia, humildad y mansedumbre, ser escogido de Dios. Crióse en el seminario que tenia la Compañía para enseñar virtud y letras á los hijos de los señores y caballeros: entró en la Compañía de veinte y dos años y estuvo en ella once con admirable ejemplode vida verdaderamente apostólica. Estudió con gran cuidado los sermones del catecismo y las sectas del Japon para refutarlas; y salió tan consumado que vino á ser uno de los mejores predicadores que tuvo la Compañía en el Japon, imitador de san Pablo en el celo como en el nombre; y así eran muchísimos los que se convertían á la fé por su predicacion. El P. Fr. Marcelo de Rivadeneira, religioso descalzo de san Francisco, que conoció y trató á este santo mártir, escribe en su historia del archipiélago: «Entre todos los hermanos de la Compañía que en la sazón que yo estuve en el Japon predicaban, este santo mártir tenia fama entre los cristianos de mas espiritual predicador y que mas provecho hacia, mostrando su fervoroso celo con afectos y palabras, en los que le oían: por lo cual aun de los mismos padres de la Compañía era alabado de humilde y buen predicador, y que trataba de veras el aprovechamiento de las almas y de aprovechar tambien la suya con virtudes.» Hasta aquí dicho autor. Sucedióle en Osaca que llevando á ajusticiar á un gentil por sus delitos, el santo se metió por medio de las guardas, que suelen en tales actos ser muy rigurosos en no dejar que la otra gente llegue á los que van á ser ajusticiados, apartándolos con muchos palos y se llegó al delincuente, y le predicó con tanto fervor que le convirtió y le bautizó antes que le ajusticiasen; y así murió cristiano y con el nombre de Jesus y María en la boca. Gastó san Pablo Miquí algunos años predicando en los estados de Arimía y Omura, y en los otros reinos de la isla de Ximo, con grandes concursos y conversiones y aplausos de los señores de aquellos estados, Arimando y Omurandono; y á petición del padre Organtino, superior de las casas de la Compañía de Jesus de las partes de Meaco, fué llevado con licencia del padre provincial á aquella corte á predicar; y lo hizo en aquella ciudad y en las de Osaca y otras de aquellas partes, convirtiendo en todas á nuestra santa fé á mucha gente noble y mucha de la del pueblo. Disputaba con gran fervor con los bonzos gentiles, y los confundia vergonzosamente, sin tener ellos que responder. Era tan grande su celo que no contento con ser él un pre-

dicador tan excelente, deseoso de hacer muchos predicadores, instruía á los japoneses cristianos que hallaba capaces, de cómo habían de disputar con los gentiles y refutar sus sectas y errores: y para destruir la idolatría y superstición con la lengua y con la pluma, compuso muy doctos libros en esta materia, para confusión de los gentiles y enseñanza de los cristianos. Con estas virtudes y celo que le hacían apóstol, mereció ser mártir y tan insigne, que dice el mismo P. Fr. Marcelo de Rivadeneira: «Aunque se puede gloriarse de muchos gloriosos mártires, que entre infieles y herejes ha tenido la santa religión de la Compañía de Jesús, entre los más principales y célebres puede ser contado el santo hermano Pablo Miqui.»

Estaba en la misma casa de la Compañía de Jesús de Osaca un mancebo muy virtuoso, de edad de diez y nueve años, llamado Juan Goto, natural de la isla de Goto, hijo de padres muy cristianos, que desde niño le entregaron á los padres de la Compañía, para que se criase con su doctrina y mereciese ser algún día admitido por hermano de la Compañía. Cuidaba de la iglesia con grande satisfacción de los de casa y edificación de los de fuera; y así dice el P. Fr. Marcelo de Rivadeneira, que habiéndole visto algunas veces, notó mucho su compostura y modestia exterior; que era indicio que en el interior estaba muy aprovechado en virtud. De la casa que la Compañía tiene en la isla de Xiqui, fué para la de Osaca por catequista del padre Pedro Morejon, sacerdote de la misma Compañía, y en ella dió siempre grande satisfacción, con pura y candida vida. Antes que fuesen puestas guardas á la casa donde él estaba, aunque pudo huir no lo hizo; sino que perseveró poniendo en orden las cosas de la sacristía que estaban á su cargo; porque deseaba morir por Cristo, y no quiso perder la buena ocasión que se le ofrecía. Fué preso juntamente con él y con el santo hermano Pablo, en la casa de la Compañía, un hombre muy devoto llamado Diego Quisay, de edad de sesenta y cuatro años, japonés, natural de Ulgen y cristiano muy antiguo. En toda su vida dió grande ejemplo de virtud; y para entregarse del todo á Dios, se recogió á la casa de la Compañía y en ella servía con grande humildad y caridad en el oficio de recibir los huéspedes, edificándolos mucho con sus pláticas santas y fervorosas, de portero en la casa de Osaca. Tenía este siervo de Dios muchas devociones y una de ellas era rezar cada día la pasión de Cristo nuestro Redentor, la cual tenía escrita en su lengua con letras del Japon, de las cuales era buen escribano y teníale encuadrada en un libro pequeño que traía siempre consigo. Quien tan de continuo refrenaba la memoria con el fuego del amor que nos mostró el Señor en su sagrada pasión, cierto es que se había de abrasar su corazón en este fuego, y encenderse en su pecho otro fuego de amor de Dios; deseando padecer por él que había padecido por él tanto que había dado por él la vida. Deseaban, muchos años había estos dos siervos de Dios ser admitidos en la Compañía de Jesús y lo habían pedido con instancia; y al fin lo alcanzaron en la prisión; y poco después por el martirio fueron admitidos en la compañía de los bienaventurados. No prendieron más religiosos ni seculares, porque templó su enojo el tirano: con pena y envidia santa de muchos que se veían privar de la palma del martirio que tocaban ya con la mano; porque hasta las mujeres, niños y niñas de diez y once años, se

disponían con grande alegría para morir por Cristo en compañía de sus padres y maestros.

Hasta los 30 de diciembre estuvieron los santos mártires presos con guardas, y en este día llegó un juez á hora de vísperas al convento de los religiosos descalzos de Meaco, para llevarlos á la cárcel pública con los malhechores. Estaban los religiosos en vísperas, y en oyendo el ruido de las armas, acudieron muchos cristianos á la iglesia, no solo los que estaban en la lista, para ser llevados á la cárcel, mas otros que deseaban entrar en aquel número. El santo comisario, capitán de todos, tomó un Crucifijo que había en el coro, y se le puso al cuello y bajó á la iglesia acompañado de los otros frailes, donde todo era alegría y admiración: alegría de los mártires que se abrazaban unos á otros, dándose el parabién de su dicha; y admiración de los infieles, por ver unos hombres que así festejaban la nueva de su muerte, como pudieran la de su libertad. Después que se vieron atados los santos mártires, hincándose de rodillas delante del altar mayor, cantaron el *Te Deum laudamus* en hacimiento de gracias al Señor, por la merced que les hacía, é hicieron conmemoración á Nuestra Señora y á san Francisco. En acabando su devoción echaron mano de ellos los sayones; y un gentil para hacer burla del santo comisario, tomó una cruz que encontró en la iglesia, y yendo delante de todos con ella levantada en alto, decía que pues eran tan amigos de la cruz y adoraban un Crucificado, quería llevar la cruz levantada delante de ellos: y fué providencia de Dios, que guiase el estandarte de la cruz aquella capitania de soldados que iban á ser crucificados por Cristo, crucificado ántes por ellos. Al salir de la puerta del convento, como por despedida cantaron el himno: *O gloriosa Domina*; y fueron llevados por las calles de Meaco á la cárcel pública, con malos tratamientos de los sayones; pero con tanto gozo de los mártires que los cristianos que había en las calles públicamente confesaban que lo eran, llegando á besar el hábito á los religiosos, y secando los rosarios y mostrando sentimiento de su prisión. Cuando los santos mártires entraron en la cárcel pública, tuvieron particular gozo en verse puestos entre malhechores, por aquel Señor que había muerto por ellos entre dos ladrones, como si fuera uno de ellos.

Dos días después trajeron de Osaca á la misma cárcel de Meaco al santo Fr. Martín, con tres japoneses que estaban con él, y los tres hermanos de la Compañía de Jesús, para llevarlos á Meaco, y entendieron que era para ser crucificados; Juan y Diego exclamaron con grande alegría: «¡Oh, bendito sea nuestro Señor Jesús que entre tantos nos ha escogido para morir con él en la cruz!» Era día del nombre de Jesús, el primero del año de 1597; y el santo hermano Pablo Miqui, muy gozoso y contento, dijo á los presentes: Yo soy de treinta y tres años, y esta es la edad en que murió Cristo nuestro Señor; y es día de Jesús de cuya Compañía soy, aunque indigno: hoy es miércoles, y dicen que viernes seremos ajusticiados; huélgome mucho, por imitar en este poco sin merecerlo, á mi Señor Jesucristo que tanto por mí padeció. Cuando llegó á la ciudad de Meaco, como vió que era condenado á muerte por predicador del Evangelio; resolvióse de predicar con mayor fervor, cuanto le durase la vida; y así lo hizo en la cárcel á los guardas y á los demás presos que estaban en ella por sus delitos, y convirtió dos que se bautizaron luego, y otros prometieron hacerse cristianos.

Particularmente habló de la pasión de Cristo y de la dignidad y mérito del martirio, con tal afecto y elocuencia que oyendo estos sermones un caballero, gran soldado á quien él había convertido y bautizado en Osaca, en el mismo tiempo de la persecucion, con otros cinco caballeros muy principales, se publicó por cristiano sin temor de la muerte. La primera noche que estuvo en aquella cárcel, le oyeron algunos decir estas palabras: Grandemente me alegro, por ver que me sacrifico á mi Señor, de edad de treinta y tres años, en la cual el Hijo de Dios obró el remedio de nuestra salvacion, y que salí de Osaca, día de la Circuncision, en el cual Cristo nuestro Señor comenzó á derramar sangre por nuestro rescate, y que hoy que es jueves, fui atado, que es el día en que el mismo Señor fué preso y atado; y que mañana que es viernes he de ser públicamente llevado por las calles de Meaco: y con lágrimas de alegría daba muchas gracias á Dios, por haberle hecho tan venturoso, que en alguna manera le pudiese imitar.

El día siguiente que era viernes, sacaron de la cárcel á los santos mártires; atadas las manos atrás y acompañados de los ministros de justicia los llevaron á pié á una calle pública, donde cortaron á cada uno parte de la oreja izquierda, animándose unos á otros con santas palabras, dando testimonio los que acababan de padecer aquel tormento de lo poco que dolía, y cuánto gozo tenía el alma en ver que la oreja, por donde había entrado la fe, daba un pregon de la verdad de ella; y la sangre que corría era una voz que predicaba mas que muchas lenguas pudieran decir. En todos los benditos mártires se vió un invencible ánimo, mostrando que le tenían para mayores tormentos. Mirábanse unos á otros las orejas y sangre que corría, reverenciando en ella la honra de Dios, por quien la derramaban; y olvidados del dolor natural que la herida les causaba, estaban transformados en Dios, el cual en cada uno mostraba efectos maravillosos y en los niños se mostraba mas admirable; como lo declaró el ánimo varonil, con que el santo niño Tomé, acabando de cortarle la oreja, la mostró al gentil que se la cortaba, diciéndole: que cortase mas si queria, y que se hartase de sangre de cristianos. Recogían los cristianos con gran devoción los pedazos de las orejas de los mártires, como preciosísima reliquia, y las que eran de los tres hermanos de la Compañía presentó el secretario del gobernador de Osaca, que se llamaba Victor, al padre Organtino, las cuales recibió con mucha abundancia de lágrimas, que corrían por su rostro, diciendo: Estas son las flores de esta nueva Iglesia, y este es el fruto de nuestros trabajos, el cual humildemente ofrezco yo á nuestro Señor Jesucristo.

Acabadas de cortar las orejas, subieron á los santos mártires en carretas, tiradas de un buey al uso del Japon, y en la última á los tres hermanos de la Compañía. Llevaba un ministro delante la sentencia en una tabla levantada en un palo, y en ella decía el emperador, que los mandaba crucificar en Nangasaqui por predicar la ley de Cristo, que él había prohibido en todos sus reinos; y á los japoses por haberla recibido: y de esta manera los llevaron á la vergüenza por las calles de Meaco, las cuales estaban llenas de gente que había concurrido á ver este espectáculo: y como sabían la inocencia de los que padecían, derramaban muchas lágrimas de compasion, quedando admirados y edificados de ver el contento y alegría

con que pasaban aquella confusión y afrenta. Lo que mas admiró á los cristianos y gentiles fué, que sabiendo que habían de pasar los santos mártires por las calles mas principales de la ciudad, todos los gentiles, sin ser prevenidos con algun mandato, hicieron traer arena con mucho trabajo y la echaron por las calles, haciéndose semejante demostracion solamente cuando su rey entra en un carro triunfal, acompañado de todos los grandes y señores, ricamente vestidos de variedad de colores y con las insignias de su dignidad; y está es una ó dos veces cada año: disponiendo Dios, sin entenderlo los gentiles, que sus siervos fuesen honrados en su misma deshonra, para que entendiesen los gentiles que la afrenta padecida por Cristo es honra del cristiano, y morir por él es triunfar. El santo comisario san Pedro Bautista, para esforzar á sus hijos y á los cristianos que allí iban, predicaba unas veces en lengua española y otras en la del Japon. El santo mártir Pablo Miqui hablaba altísimamente de las cosas de la fe, con sed de convertir almas á Cristo, olvidado de su afrenta, y solícito solamente de estender la gloria de su Dios. Los demás religiosos y mártires con humildad y modestia predicaban á todos, y la sangre que corría de sus orejas, cañando, daba voces, y cayendo en la tierra clamaba al cielo, nó pidiendo justicia, como la de Abel, sino misericordia para los que la derramaban, y perseverancia para los cristianos. Señaladamente ponian admiracion los tres niños mártires, que llenos de gozo, sin mostrar tristeza ni sentimiento de las heridas que llevaban, ni de la afrenta que padecían, ántes con mucha serenidad en su rostro iban cantando en su lengua el Paternoster y el Avemaria, con otras oraciones. Era tal el fervor de los cristianos viendo padecer á estos siervos de Dios, que muchos de ellos rogaban á las guardas que los admitiesen en el número de los mártires: y respondiéndoles, que no podían, porque no estaban en la lista; tornaban á importunar que á lo menos los dejasen ir con ellos en las carretas por las calles para ser participantes de su afrenta, la cual tenían ellos por su honra.

Vueltos á la cárcel el hermano Pablo Miqui con sus compañeros, abrazó á los padres descalzos y les dió el parabién de aquella misericordia que Nuestro Señor había hecho con todos. Estaban los gentiles mirando lo que pasaba, y decían unos á otros: ¿Qué hombres son estos que aborrecen la vida, desean la muerte, y se dan los parabienes de sus propias afrentas? No enseñan esto nuestros bonzos, ni nuestras sectas: mas que hombres parecen los que son tan diferentes de los otros hombres, y vencen de esta manera la naturaleza. Decían algunos al santo hermano Pablo, que quizá le librarán de la muerte: á lo cual respondió con grande constancia: que pues Dios le había puesto en ocasion de dar por él su vida y derramar la sangre por su amor, queria seguir é imitar tan buenos soldados como iban en su compañía; y que habiendo él sido muy devoto del seráfico padre san Francisco, tenía por particular favor padecer y morir por Cristo en compañía de sus santos hijos. Estando en la cárcel los santos mártires, llegóse un gentil principal al niño Luis y díjole, que le libraría de la cárcel si dejaba de ser cristiano. Respondió el niño con fortaleza de varon y prudencia de anciano: «Antes vos os habiais de hacer cristiano; pues no teneis otro medio para salvaros.»

El día siguiente, á los 4 de enero, llevaron á los santos

mártires á Osaca, y desde allí á Sacay, trayéndolos á la vergüenza por las calles públicas de estas dos ciudades, á caballo y con la sentencia delante; pero en lugar de reir y burlar como lo hacian otras veces de los malhechores, así hombres como mujeres, decian ahora llorando: «¿Qué sinrazon é injusticia es esta que se hace á estos hombres? ¿Por qué se hace mal á los que á todos hacen bien?» Luego mandó Taycosuma que los llevasen por tierra á la ciudad de Nangoya, que está cerca de Nangasaqui, donde habian de ser crucificados: y fué el intento del tirano con enviarlos por tierra siendo el camino muy largo, pudiendo ir brevemente por mar: dar un público pregon de la justicia que hacia, y poner miedo y terror á todos, para que nadie se atreviese en adelante á tener padres en su tierra, ni á recibir la ley de Dios. Pero valióse Dios de las mismas trazas del tirano para dar un pregon de nuestra santa fé y de la gloria del martirio, como dijo despues en la ciudad de Facaca un bonzo principal; porque viendo el aparato de armas, lanzas, arcabuces y catanas ó espadas, que traia la mucha gente que venia en guarda de los benditos mártires, y sabiendo lo que habia sucedido desde el principio en las ciudades de Meaco, Osaca y Sacay, y la causa por que iban á ser sacrificados, dijo: «Verdaderamente es necio el rey; pues queriendo que no se publique la ley cristiana, él mismo la publica, mandando traer con tanta autoridad y publicidad por las ciudades y lugares á los predicadores de ella, para que con este medio se publique mas: y así digo, que él no acierta en lo que hace, y que tengo de oír sin falta esta ley.» Partieron los siervos del Señor de Sacay á los 3 de enero de 1597: iban caminando de pueblo en pueblo con su sentencia delante, la cual era como un continuo pregon; porque todos llegaban á leerla. Pasaron en este camino grandes trabajos por ser la fuerza del invierno, y tiempo de muchos frios y nieves, aunque en los lugares por donde pasaban, con ser de gentiles, los trataban con piedad, movidos de compasion por ver padecer de aquella manera á unos hombres inocentes. En este largo camino, como iban por muchas tierras de diversos señores, mudaban las guardas y acompañamiento muchas veces: y no era este el menor trabajo de los santos mártires; porque los sayones que entraban de refresco, mostraban en todo su inhumanidad y crueldad natural, y cuando unos la habian perdido con el trato y mansedumbre de los santos mártires, se quedaban aquellos y venian otros nuevos con nueva crueldad que ejercitar en los mártires de Cristo. Como no dejaban los santos mártires de predicar en el camino siempre que veian buena ocasion, y su constancia y alegría en los tormentos era un continuo y eficaz sermón, les quiso Dios dar fruto de sus palabras y penas, con la conversion de dos mujeres gentiles, que persuadidas ser verdadera aquella ley, que predicaban los santos con palabras y confirmaban con tormentos, recibieron la ley de Jesucristo. Pero lo que mas consoló á aquella felicísima compañía é invencible escuadron de los veinte y cuatro soldados de Cristo, fué que Dios les añadió otros dos soldados, para que todos alcanzasen victoria de la muerte y del demonio; lo cual sucedió de esta manera.

Sabiendo el padre Organtino cuán desacomodados y necesitados de todas las cosas iban los santos mártires, envió un cristiano llamado Pedro Sequexiro, con una buena limosna, para que acudiese á las necesidades, no solo de los tres hermanos de la Compañía, mas tambien de los

otros siervos del Señor: mostrándo éste bendito mártir en querer hacer esto que le mandaban, no solo su grande caridad, pero mucha firmeza en la fé; pues viendo el peligro de perder la vida á que se ponía, no rehusó éste oficio de misericordia, por el cual le daban muchas gracias los santos mártires, y Dios le dió la corona del martirio; porque los gentiles que venian en guarda eran muy codiciosos; y por quitar al santo el dinero que llevaba, tomando ocasion de que era cristiano y que contra la voluntad del rey venia sirviendo á los que por ser cristianos mandaba crucificar, vencidos de la avaricia le prendieron, quitándole lo que traia. El otro se llamaba Francisco Carpintero, el cual habiéndose llamado Cayo en el bautismo, que habia ocho meses ántes recibido, en la confirmacion se mudó el nombre, llamándose Francisco. La gran fortaleza de fé que recibió en este sacramento se mostró en él de manera, que cuando prendieron á los santos frailes, él publicaba que era cristiano: en la cárcel los visitaba; y se fué con ellos á las ciudades de Osaca y Sacay, sirviéndolos en las cárceles, animándolos á la perseverancia y subiéndose á las carretas cuando los llevaban por las calles á la vergüenza, por participar de su afrenta, sin poder apartarle las guardas á palos de los santos mártires: porque como Dios queria hacerle predicador de su fé, derramando su sangre le daba perseverancia; hasta que cansados los sayones le prendieron, porque con obras y palabras confesaba ser cristiano, y le juntaron á los demás, que le dieron los parabienes de su suerte dichosa: la cual como le era concedida de Dios nuestro Señor, fué del todo cumplida; porque aunque hubo quién pretendiese librarle de la muerte por no ser señalado entre los veinte y cuatro que decia la sentencia del rey, no tuvo efecto: y así su perseverancia tuvo glorioso fin en el martirio; y la honra y gloria de él será en el cielo eternamente celebrada. Cuando supo el acaso de estos dos cristianos el emperador, y como se habian ofrecido voluntariamente á la muerte, dijo muy admirado: «Verdaderamente estos cristianos mucha fortaleza tienen y mucha union entre sí.» Otros dijeron que como adoraban á un Dios crucificado, tenían por gran honra el serlo; resultando aun de estos dichos de gentiles mucha honra de nuestra santa fé; pues hace hombres constantes y de un corazón y voluntad, que aun en buena razon natural es cosa digna de alabanza: y el ser semejantes á su Dios muerto en cruz, es cosa muy heroica y de suma gloria.

Desde Catacabe, pueblo del reino de Vigen, escribió el santo hermano Pablo Miqui una carta al padre provincial Pedro Gomez, en que despues de haber ponderado cuánta dicha suya y de los otros dos hermanos de la Compañía era el haberse juntado con los padres de san Francisco y ser condenados con ellos á muerte, añade: «No tenga vuestra reverencia pena de nosotros, ni del aparejo que llevamos; porque por la bondad divina vamos alegres y contentos. No tenemos ningun deseo en esta vida, sino que un día ántes que lleguemos á Nangasaqui, nos veamos con un padre de vuestra Compañía para confesarnos. Todos veinte y cuatro tenemos el mismo desecho, que es, ántes que nos pongan en la cruz, oír misa y recibir el Santísimo Sacramento á lo ménos una vez.» Lo mismo escribió el santo comisario al padre provincial, rogándole que intercediese con el juez, para que dos días ántes de ser crucificados pudiesen recibir el Santísimo Sacramento.

Llegaron los santos mártires á Nangova, y fueron presentados al gobernador, que se llamaba Fazaburodono. Era este caballero conocido del santo hermano Pablo Miqui, y le habia oido algunos sermones, y aun habia pedido el bautismo; y cuando le vió en compañía de los que habian de morir, saltáronse las lágrimas. Dijo el hermano, que no era su muerte materia de tristeza, sino de mucha alegría; pues la causa de ella no era haber cometido delitos, sino predicar la ley de Dios; y con esta ocasión le pidió dos cosas: la primera, que se les diese tiempo para confesar y comulgar antes de morir: la segunda, que fuesen crucificados en viernes, por ser el día en que Cristo su Señor y Redentor habia sido crucificado. Esto mismo le pidió el santo comisario y los otros santos mártires; y él lo concedió entonces, aunque despues no lo cumplió. Admiróse mucho de ver la alegría espiritual con que los santos iban á morir con tanta afrenta; y preguntando la causa al santo comisario, les respondió: que estaban tan alegres, porque aquella muerte temporal era puerta de la vida eterna, y aquella breve deshonra, que padecian en la tierra, habia de traer eterna honra en el cielo; y en pocas palabras le dió noticia de la ley de Dios y dignidad del martirio. Entendiólo todo el gobernador, por haber oido, como dijimos, los sermones de la ley de Dios; pero como su corazón estaba prendado del favor del rey, y ocupado del deseo de las honras y deleites del mundo, no hicieron impresion en él las palabras del santo comisario. Dijo el gobernador al niño Luis, que su vida estaba en su mano, y que le libraria de la muerte si le queria servir y volverse gentil; y respondió el bendito niño é invencible soldado de Cristo: No quiero yo vivir; que no es razon trocar una vida que no tiene fin, por otra que se ha de acabar en breve.

Desde Nangova fueron sacados los santos mártires para Nangasaki, unos á caballo, otros que tenian mas fuerzas á pié, y otros en cestones que llevaban dos hombres; porque como hasta allí el camino habia sido largo y trabajoso, venian algunos de los santos mártires muy fatigados, en especial los religiosos, que como habian venido parte del camino á pié, traian los piés muy hinchados y venian sin fuerzas, y notablemente debilitados. Venian los santos mártires con particular regocijo, nacido de la esperanza que tenian de oír misa y recibir el cuerpo de Jesucristo antes de morir por él; y luego que llegaron las cartas del santo comisario y el santo Pablo Miqui al padre provincial, envió á los padres Francisco Pasio y Juan Rodríguez, para que satisficiesen al deseo de los santos mártires, á los cuales alcanzaron en Nangova. Visitaron los padres de la Compañía á los santos frailes, y á los demás gloriosos mártires de parte del obispo y del provincial y demás padres de la Compañía, diciéndoles la pena y envidia con que estaban de su muerte. Mas tratando de decir misa, no solo negó el juez la licencia que habia dado, para que comulgasen; mas del todo les quitó la esperanza de morir en viernes; porque recelándose que no le acusasen delante del emperador de negligente ejecutor de su sentencia y mandato, no cumplió la palabra que habia dado; y dejando á los dos padres de la Compañía con los gloriosos mártires, se vino á gran prisa á Nangasaki á dar orden, de que las cruces y todo lo necesario estuviese aparejado. Tuieron algun desconsuelo los santos mártires, viendo frustradas sus esperanzas; pero los padres de la Compañía les

consolaban y animaban para la muerte, en que tan presto habian de ser hechos hostia viva y agradable á Dios nuestro Señor. Consoláronse muy particularmente con esta venida de los padres de la Compañía los santos mártires Juan de Goto y Diego Quisay; porque el padre Francisco Pasio, que era compañero del padre provincial, con orden y autoridad suya los recibió en la Compañía; despues llegando á una ermita de san Lázaro cerca de Nangasaki, entraron en ella los santos mártires, y habiéndose confesado con el padre Pasio los tres hermanos de la Compañía atados, como estaban los dos nuevos hermanos, y presos de Cristo, Juan y Diego hicieron delante de él los votos de pobreza, castidad y obediencia, conforme el uso de la Compañía; y en este mismo tiempo se confesaron los frailes unos con otros, y despues ellos y los padres de la Compañía confesaron á los otros mártires, para estar de esta manera mas dispuestos para recibir la corona del martirio. Procuraron los padres de la Compañía, movidos de piedad, que no se ejecutase la sentencia en los dos cristianos que habian sido presos por el camino, por no ser contenidos en la sentencia del emperador mas de veinte y cuatro; mas el gobernador no se atrevió á hacerlo, diciendo: que él se habia hecho cargo por escritura de veinte y seis personas que le entregaron los guardas, para hacer justicia de ellos, y que sin nueva orden de Taycosama, no podia dejar de ejecutar la sentencia en todos; aunque él sentia mucho que viniese remitida á él por ser tan rigurosa, y contra tales personas y tan inocentes. En llegando á Nangasaki mandó el juez, que luego crucificasen á los santos mártires: pero antes de decir el modo con que fueron crucificados, será bien dar noticia de algunas señales con que Dios habia prevenido la dichosa muerte de sus esforzados y valientes soldados.

Estando una noche durmiendo el señor de Arima, llamado Arimandono, soñó que en su tierra habia de suceder una cosa prodigiosa: y consultandó este sueño con un padre de la Compañía, por su consejo se confesó y comulgó para recibir la merced que el Señor le queria hacer; y fué, que estando cortando lena un labrador, dando un golpe en un árbol, se abrió por medio, y dentro del corazón se halló una cruz muy bien hecha; y espantado el hombre, lo vino á decir á Arimandono, que admirado del caso lo fué á ver; y teniendo esto por gran merced de Dios, hizo traer la cruz á su ciudad. En otro pueblo apareció otra maravillosa cruz dentro de otro árbol. Y lo que pone gran admiracion es, que aparecian cruces en los vestidos de muchos japones. Vióse tambien una cruz en el cielo, con la misma forma que tenian aquellas, en que despues fueron crucificados los santos mártires, la cual duró por espacio de un cuarto de hora, con color blanco y resplandeciente, el cual mudó luego en color de sangre, y duró otro cuarto de hora; y últimamente se cubrió con una nube negra. Seis meses antes del martirio de los santos hubo grande alteracion de los elementos: llovió tierra como ceniza: en Osaka tierra colorada como sangrienta: en otras partes gusanos; el mar salió de sus terminos mas de legua y media, y anegó algunos pueblos: la tierra olvidada de que era madre de los hombres; se mostró en este tiempo madrastra con los del Japon; porque en las ciudades de Meaco, Fugimini, Osaka y Sacay, fueron tan extraordinarios los terremotos, que las mas fuertes casas se movian y temblaban como cañas con los vientos furiosos.

No se podía tener nadie en pié, y con el bambolear de las casas se mareaban los hombres como si estuviesen en un navio.

Antes del terremoto se oía un gran ruido que venia con el aire, como avisando á los que estaban dentro de las casas para que saliesen á las calles ó á los campos: y aun allí no estaban seguros; porque la tierra se abria por tantas partes, que los que caminaban no encontraban mas que precipicios, y les era necesario buscar nuevas sendas y caminos. Fué grande el daño que causaron estos temblores; porque fuera de las casas reales y otras de la gente mas principal, que en Fugimini se cayeron; en las otras ciudades las calles enteras se arruinaron, muriendo mucha gente miserable. El rey, no solo perdió cien mujeres en la ruina de su palacio; pero él y su hijo estuvieron en gran peligro. Un monte se arrancó tan furiosamente de su asiento, que cayendo sobre un pueblo que estaba cerca, le sepultó con todos sus moradores. Una gran peña se abrió por medio dejando tan gran profundidad, que parece llegaba al abismo. Toda esta alteracion de los elementos precedió á la mudanza tan notable, que despues se siguió en el Japon, y al principio de persecuciones y mártirios que ha visto y padecido aquella Iglesia.

Habia determinado el gobernador crucificar aquellos siervos de Dios en el lugar ordinario donde ajusticiaban á los malhechores. Sintieron esto mucho los cristianos de Nangasaki; y suplicándole que fuese en otro lugar mas decente y no tan infame como aquel, señalando para ello un montecillo á vista del mar y de la ciudad, porque tenian ellos intento de edificar allí despues una capilla ó iglesia, á honra de estos siervos del Señor, pareció á Fazaburodono darles gusto en esto por no alterarlos, é hizo pasar las veinte y seis cruces, que estaban allí prevenidas, al lugar que le habian señalado, que se veia de todo el pueblo, y parecia un monte Calvario. Cuando los siervos del Señor vieron las cruces en que habian de morir, con grande alegría de su espíritu daban gracias á Dios por la merced que les hacia y decian semejantes requiebros á sus cruces, que el apóstol san Andrés á la suya, deseando ya abrazarse con ella. El santo comisario, levantando la voz, dijo aquel salmo: *Benedictus Dominus Deus Israel*: los demás religiosos y mártires, unos cantaban salmos é himnos, otros rezaban vocalmente, otros, poniendo los ojos en el cielo, estaban en contemplacion. Los niños mostraban tanto contento, que ponian admiracion á los gentiles y cristianos, viendo deseosos de la muerte, á los que tan poco habian gozado de la vida. El menor de todos, el santo niño Luis, en llegando al lugar del tormento preguntó, cuál era su cruz (porque para los tres niños las habian hecho á su medida); y en mostrándosela, fué corriendo y se abrazó con ella con un fervor increíble, que confundia á los mismos verdugos. El santo mártir Pablo Miqui decia á los cristianos que estaban presentes: «A mí me prendieron por predicador de la ley de Dios, ¿O qué dicha es esta para mí! Hoy para mí es día de pascua. ¿O qué grande merced me ha hecho el Señor!» Y repetia muchas veces estas palabras, y exhortaba á todos á que estuviesen muy firmes en la fé, y no se descuidasen de las cosas de su salvacion.

Para cada mártir habia seis sayones señalados, por lo cual sin confusion, en poco tiempo fueron puestos en las cruces, echándolos en ellas á todos por los brazos y pier-

nas, puestas en sus piés, manos y gargantas, unas argollas de hierro, que hasta aquí nunca se habian usado. Los portugueses, ántes que levantasen las cruces, pidieron al juez, que pusiesen á los seis frailes en medio de los japoses, poniendo diez á una parte y diez á otra, y en concediéndoselo, fueron casi á un mismo punto levantados todos en alto con gran alarido y lágrimas de los cristianos, que allí estaban viendo tan triste espectáculo á los hombres, pero muy alegre á los ángeles. Muchos, no pudiendo sufrirlo, se volvian, llevándose, si podian, algo de los vestidos de los santos que hallaban tendidos por el suelo, como cosa de mucha estimacion y precio. En esta ocasion los dos padres de la Compañia, Francisco Pasio y Juan Rodriguez, con fervorosa caridad, andaban de una cruz á otra, esforzando á los santos mártires, y era cosa maravillosa ver la constancia y alegría que todos mostraban, ántes y despues de ser crucificados. El santo mártir Fr. Martin de la Ascension subió á la cruz, cantando con gran júbilo el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*: y estando absorto en la gloria celestial, á donde caminaba, diciendo: *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*, fué alanceado por el costado, y queriendo sacar la lanza, para darle otra herida, se quedó el hierro dentro del cuerpo, y mostrándose inmóvil y sin sentimiento (aunque estaba vivo), se le sacaron, rompiendo las entrañas, y dándole otra lanzada; como celestial cisne, acabó la vida cantando, de edad de treinta años. El santo mártir Fr. Francisco Blanco, cuando llegó la hora de ser crucificado, se abrazó con su cruz; y siendo levantado en ella, dijo en alta voz: «Señor mió Jesucristo, si mil vidas tuviera, todas las diera por vuestro amor. Esta que tengo, os ofrezco con grande alegría y consolacion, dándoos gracias por esta merced tan señalada que me habeis hecho, que yo muera por vuestro amor y por predicar vuestra santa ley:» y hecha esta breve oracion en castellano, cuando vió venir la lanza, cantó: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, etc. El santo mártir fray Gonzalo García, habiéndose aparejado con profunda oracion para la muerte que esperaba, en llegando á donde habia de ser crucificado, despues de haber hecho una breve plática en lengua japonesa, con que dió testimonio de la fé y santa ley por que moria; preguntando cuál era su cruz, se llegó á ella y puesto de rodillas la besó devotamente; y levantando los ojos al cielo, dió gracias á Dios por la merced que le hacia, en que muriese por su santo nombre; y ofreciéndole aquella muerte dijo con mucha humildad: «Señor, todo lo que he podido he hecho: recibid mi vida, y mil vidas os ofreceria si las tuviera;» y poniéndose la capilla y una cuenta bendita, fué levantado el primero en la cruz, y decia en alta voz el Padre nuestro y Ave maria, y repetia el nombre de Jesus, hasta que traspasado su corazon con las lanzas, dió su espíritu al Señor. El santo fray Felipe de Jesus que habia venido al Japon en la nave de San Felipe, mostró mucho esfuerzo y alegría al ser crucificado, y dijo con mucho espíritu: «Dichosa pérdida por ganancia; pues se perdió el navio San Felipe, porque se ganase Fr. Felipe.» Mandó el juez que le alanceasen el primero; y acabó la vida diciendo: «Jesus, Jesus, Jesus.» y el que habia venido postrero al Japon, entró el primero en la gloria. El santo Fr. Francisco de San Miguel tenia su pensamiento tan puesto en Dios, que sin hablar palabra fué levantado en la cruz; y alzando los ojos al cielo, con

las dos lanzadas dió su espíritu al Señor para gozar de su clara vista, laureado con las coronas de virgen, según se cree, y mártir glorioso.

«Luego que levantaron en la cruz el santo hermano Pablo Miqui, viéndose en tan honrado púlpito, por hacer en la muerte el oficio que con tanto fruto había hecho en vida, levantando la voz cuanto pudo, dijo: «Pídeos á todos los que estais presentes que me oigais. Yo soy japon de nacion y hermano de la Compañía de Jesus, y solamente muero por haber predicado la ley de Cristo nuestro Señor. Huélgome de morir por esta causa, y téngolo por grande merced que el Señor me hace: y pues estoy en esta hora, en la cual podreis creer que no os tengo de mentir, certifi-coos y desengañaos que no hay otro camino para salvarse los hombres, sino el de los cristianos: y porque esta ley les manda que perdonen á sus enemigos y á los que les hacen mal, yo perdono desde ahora al emperador y á todos los que han tenido culpa en mi muerte, porque á todos deseo que se salven.» Acabada esta plática, volvió los ojos á los que estaban crucificados á su lado, y los exhortó á estar firmes y tener fijo el corazón en Dios; y él estaba con tanto aliento, que habló con algunos cristianos que estaban cerca de su cruz, y á uno encargó que diese sus recados á otro cristiano que estaba ausente: y ántes que le atravesasen la lanza, dijo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*: luego: *Subvenite Sancti Dei*, etc. y otras palabras semejantes; y con ellas dió su alma á Dios, que la crió para que así fuese sacrificada por su amor.

El dichosísimo mancebo, y santo hermano Juan de Goto, estando ya cerca de su cruz, vió á su padre que vino á despedirse de él, y dijole: «Mirad, padre, muy bien que no hay cosa de mayor importancia que la salvacion; encomiéndoois mucho que no os descuideis en ella.» Respondióle su padre que tenia razon. Y añadió: «Mira, hijo, que tengas mucho ánimo en este paso, y que mueras alegremente, pues mueres por servicio de Dios. Yo tambien, y tu madre estamos aparejados para dar la vida por amor del Señor, si fuere necesario.» Alabando mucho el hijo á su padre por esto, le dió un rosario bendito que tenia; y para su madre un paño, con que cubria su cabeza. Estando cerca de él un cristiano su conocido, le pidió que volviendo á Meaco, diese grandes recados suyos á los padres de la Compañía, y en particular al padre Pedro Morejon, al cual habia acompañado algunos años, y le dijese que por la misericordia de Dios y sus buenos consejos y doctrina le hacia el Señor tan gran merced, como la que aquel día recibia. En viendo su cruz, con grande alegría y valor se fué para ella, y estando ya crucificado, mostró tanto ánimo que espantaba á todos los que le oian. Desde la cruz exhortaba á los compañeros que estaban á sus lados; y diciéndole el padre Juan Rodríguez que estuviese fuerte, y con un buen ánimo y no se descuidase; respondió: que estuviese satisfecho de él; y traspasado con la lanza por parte del corazón, acabó su vida diciendo: «Jesus María.» La misma constancia tuvo el dichoso hermano y santo mártir Diego Quisay, el cual despues de admitido á la Compañía de Jesus daba gracias á Nuestro Señor, por haberle levantado del oficio de hospedero de los padres á hermano de la Compañía, y morir por la defensa de nuestra santa fe. Llegándose á él algunos cristianos, le dijeron que era dichoso y le tenían envidia, hablándole con grande reve-

rencia; y él á ellos con grande humildad y modestia, á todos respondia que era grande pecador. Pidiéndole un lienzo que tenia en la cinta, para tenerle por reliquia; respondió turbado que por ningún caso; más ellos viendo que lo hacia por humildad, se le quitaron por ricas prendas de un siervo fiel de Jesucristo. Fué puesto en la cruz y alanceado, y trocó la vida temporal por la eterna, diciendo: «Jesus María.»

No era menor la constancia de los otros mártires. El santo mártir Leon, hecho un celestial pregonero, ántes y despues de ser puesto en la cruz, no cesaba de alabar á Dios, y desengañar á los gentiles que estaban junto á él de la falsedad de sus dioses, hasta que la lanza que le abrió el pecho para que predicase con la sangre, le cerró la boca para que no predicase con la voz. Siendo levantados en las cruces los dos niños Antonio y Luis que estaban juntos al lado izquierdo del santo comisario, comenzaron á cantar el salmo: *Laudate pueri Dominum*, que los frailes les habian enseñado, alegrando á los ángeles del cielo y causando devocion particular á los cristianos: y acabado de cantar el salmo, viendo que les quedaba un breve espacio de vida para alabar á su Dios, Antonio, que estaba mas cercano al santo comisario, le llamó dos veces y le preguntó qué cantarían: y volviéndole el rostro el santo comisario con muestras de mucho amor, llegó la lanza á penetrar el costado del bendito niño y fué recibida su alma en el cielo, coronada de mucha gloria y de dos preciosísimas laureolas de virgen y mártir. Viendo los gentiles la constancia con que morian los santos mártires se enternecian tanto que el juez no pudiendo sufrir que á hombres tenidos de todos por santos les diesen tan cruel muerte, se fué de allí llorando, dejando encomendado lo que restaba de hacer al juez ordinario de Nangasauki, que estaba con él. Otro japon, viendo que los siervos de Dios acababan tan alegremente sus vidas, rogando á Dios por la salvacion del rey y de todos sus enemigos, y perdonando á los que les crucificaban, con grandes lágrimas y sentimiento se abrazó con un portugués, diciendo: que era cristiano y que él habia sido su padrino, aunque como flaco habia apostatado y ayudado á crucificar los santos mártires. El postrero que murió, fué san Pedro Bautista: el cual, viendo con cuánto esfuerzo morian sus hijos y compañeros, les echó la bendicion, y despues de muertos, cuando le iban á matar á él, de nuevo se la volvió á confirmar, quedando su santa mano derecha en la forma que teniéndola atada les pudo bendecir. Finalmente, estando diciendo aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*; con las dos crueles lanzadas que le dieron, fué su alma á gozar de los bienes eternos, saliendo por su costado abierto, como de una fragua de amor divino, su sangre que como llamas encendidas abrasaba los corazones de los circunstantes en amor de Dios y devocion; y viendo la gloria de Cristo, que en el triunfo de su glorioso mártir respaldancia, todos á grandes voces le alababan.

Estaban muchos cristianos á la vista de este espectáculo, teniendo por hombres dichosos á los que tenian los gentiles por desdichados, y reputando suma honra la que les daban por suma deshonra; no sintiendo su muerte, sino envidiando su triunfo; y así decian: ¡O dichosos religiosos, que viniendo al Japon pobres de bienes temporales, subís al cielo ricos de bienes eternos en compañía

de los cristianos que ganasteis con vuestra predicacion! ; O felicisimos y riquisimos mercaderes, que viniendo á este imperio á ganar almas, habeis ganado almas y corona de mártires! Dichoso fué el dia que entrasteis en el Japon; pero mas dichoso es el dia que salís del Japon para el cielo. O japones, que subís á la gloria en compañía de vuestros predicadores, siéndolo tambien con vuestra sangre; ¿de dónde os vino tal logro, que con una vida temporal alcanceis una vida eterna? Otros llamaban dichoso al reino del Japon y al lugar de Nangasaqui; pues era regado con sangre de tantos mártires, los cuales habian de dar particular luz á aquel reino, para que saliendo los gentiles de sus tinieblas por su intercesion, se aumentase la cristiandad. Otros se tenian por dichosos; y pues habian visto por los ojos lo que de los mártires gloriosos de los tiempos pasados habian oido y leído, gozándose de ver aquel ejército de mártires que habian vencido la muerte muriendo, y triunfado del infierno en la misma cruz en que le venció el Rey y Señor de la gloria. Murieron estos santos mártires, segun la cuenta del Japon, miércoles 3 de febrero de 1597, á las diez del dia; y á 4 de febrero segun la cuenta de Europa.

Al justiciar á los santos mártires, no dejaban los ministros de justicia llegar á los cristianos, apartándolos á palos; pero en viendo correr la sangre de sus heridas, se entraron por medio de los verdugos á recogerla en sus pañuelos, deseando cada uno llevarla por preciosa reliquia á su casa: y cuando se apartaron de allí los ministros de la justicia, era tanta la gente que acudia á cortar los pedazos de sus vestidos, que le pareció necesario al gobernador, para que no llegase á oídos de Taycosama, cercar todo aquel lugar de cal y canto, y poner guardas de dia y de noche; aunque ni esto bastaba para que no viniesen los cristianos de muchas leguas á visitar de noche los cuerpos de aquellos, cuyas almas entendian estaban gozando de Dios en el cielo. Reverenció el obispo del Japon que era de la Compañía de Jesus y otros padres de ella los cuerpos de los santos mártires, obrando nuestro Señor en confirmacion de su gloria grandes maravillas. Quedaron sus cuerpos despues de muertos con tan gracioso semblante y tan bien agestados, que aun los gentiles que habian visto muchos que cada dia se crucifican en el Japon, y la fealdad con que quedan despues de alanceados, juzgaban ser cosa digna de admiracion la hermosa con que quedaron estos gloriosos mártires. Confirmóse ser particular gracia esta; porque oliendo mal otros crucificados, como aun en aquellos dias se esperimentó dentro de cuatro dias, y comiéndoles los ojos los muchos cuervos que hay en aquel lugar; los mártires, siendo tantos, nunca olieron mal; ni algun cuervo llegó á sus ojos, ni se vió junto á ellos. Y partiéndose los portugueses para Meaco cuarenta y cuatro dias despues del martirio, fueron á visitar los cuerpos de los santos mártires para poder testificar allá todo esto; y era cosa maravillosa el hermoso semblante con que entonces perseveraban. Dos dias despues de muerto el santo comisario, cortándole un devoto con los dientes el dedo pulgar del pié, salió mucha sangre, que estuvo gotcando por muchas horas; pero mayor maravilla fué que despues de sesenta y dos dias de muerto el mismo santo comisario, tembló tres veces su cuerpo en la cruz, quedando muy blanco, y salió abundancia de sangre de su costado alanceado: lo cual sabido de los cristianos de Nangasaqui,

fuéron allá y mojaron algunos paños y papeles en ella. Lo que mas admira es, que un soldado italiano llamado Juan Bautista, que fué y vino con los portugueses cuando crucificaron á los santos mártires, cogió en un sombrero mucha sangre del santo hermano Pablo Miqui, y del santo comisario Fr. Pedro Bautista, y del bienaventurado Fr. Martin y otro santo mártir japon, y despues la echó en una redoma de porcelana y la guardó; y nueve meses despues en presencia del vicario general del obispo de la gran China, estando presentes un religioso de santo Domingo, seis de san Francisco y dos de la Compañía de Jesus, y otros testigos, uno de los cuales era médico, se quebró la vasija y hallaron la sangre líquida, fresca y sin mal olor, alabando todos á Dios, obrador de tales maravillas. Fueron vistos en el cielo un viernes por la noche hacia la parte donde estaban los benditos mártires, tres rayos grandes como columnas de claridad, con las cuales pretendia el Señor, segun el juicio que de semejantes cosas se suele tener que diese el cielo testimonio de la gloria de los mártires, mostrando que con la muerte no se habia apagado su luz, sino trasladado de la tierra al cielo, para alumbrar desde allí mejor al Japon. Una de las dichas columnas que fué la de en medio, dos horas despues de haber aparecido, vino y cayó sobre la iglesia de la Compañía de Jesus, deshaciéndose sobre ella; y la noche que era oscura y tenebrosa quedó muy resplandeciente y clara. Por el lugar por donde bajó la columna, quedaron muchas centellas que parecian estrellas; y por mucho tiempo se vieron todos los viernes sobre el lugar del martirio muchas estrellas, como candelas, las cuales salian como en procesiones, y de allí bajaban al hospital de Lázaro, que era la primera casa á donde los santos religiosos de san Francisco se habian recogido cuando vinieron de aquella tierra, y de allí pasaron á una ermita de Nuestra Señora. Con estas y otras señales, que se probaron en las informaciones que se hicieron del martirio de estos gloriosos santos, manifestó Nuestro Señor cómo resplandecian en el cielo con mucha gloria, y habian de resplandecer en la Iglesia militante con la honra que les ha dado, venerándolos como á verdaderos mártires de Cristo.

Declaró por mártires á estos santos el papa Urbano VIII, y dió licencia á los religiosos de san Francisco, y á los de la Compañía, para que pudiese rezar cada religion de sus santos, como de santos mártires, á 5 de febrero; y el año de 1629, lo extendió á todos los sacerdotes, aunque fuesen seglares que acudiesen á sus iglesias. Estribió el martirio de estos santos el P. Fr. Juan de Santa Maria, y mas cumplida y averiguadamente el P. Fr. Marcelo de Rivadeneira, en la historia que hizo del archipiélago, el cual fué testigo de vista, y uno y otro religiosos descalzos de san Francisco: tambien los padres Luis de Guzman, en su historia del Japon: Antonio Vasconcelos, en la descripcion de Portugal: Luis Frois, en la historia que escribió, *De morte 26 crucifixorum*, y la tradujo en latin y publicó Juan Hayo Escoto, *De rebus japonicis*: Luis Babia, tom. IV de la Historia pontifical, cap. 38, y otros que refiere Arturo en las notas del Martirologio romano franciscano, § 2, fol. 48.

EN LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES EN EL PONTO.—En este mismo dia nos recuerda la Iglesia el sacrificio heroico que hicieron muchos santos en derramar su sangre por la fe, durante la cruel persecucion del

emperador Maximiano. Después de haber sido martirizados los unos, haciéndoles tragar plomo derretido, los otros metiéndoles dentro las uñas cañas aguzadas, y á muchos abrasándoles vivos, todos recibieron la palma del martirio.

SAN ISIDORO.—Vivia este santo en Alejandría ocupado en obras de beneficencia y piedad, y en tiempo del emperador Decio fué acusado por Julio, centurion, delante de Numerio, jefe de las tropas. Antes de condenar éste al santo, agotó primero todos los recursos suaves, ya por medio de halagos y promesas, ya valiéndose de amenazas y temores; pero al fin Isidoro, constante siempre en la fé, fué decapitado el día 3 de febrero de 252.

SAN AVITO, OBISPO DE VIENA EN FRANCIA.—Fué memorable en todas las Galias por su sabiduría y por el celo infatigable con que combatió la herejía de los arrianos, impidiendo con sus trabajos que el error se propagase por aquellas regiones. Floreció en el siglo V, y murió en medio de sus ovejas, llorado por sus altas virtudes y por la falta que su celo había de hacer á los intereses de la religión en tiempo tan borrascoso.

LOS SANTOS GÉMINO Y ALBINO.—Ambos fueron obispos de la ciudad de Bréscia, aunque florecieron en distintos siglos. El primero murió el año 640, y el último el 1015. La Iglesia celebró su fiesta en este día, porque las reliquias de los dos santos fueron en un mismo día y año trasladadas en el magnífico altar que hoy ocupan en la iglesia catedral. Gémino fué particularmente célebre por la eficacia y buen resultado con que se dedicó á contener la ferocidad de los bárbaros del norte en su invasión por la Italia; y Albino es tambien memorable por la multitud de milagros que en vida y en muerte ha obrado el Señor por su intercesión.

SANTA CALAMANDA, VIRGEN Y MÁRTIR.—Ignórase de dónde era esta santa, en dónde padeció martirio: solo hay una traduccion de que en la diócesis de Vich se le da culto desde tiempo muy remoto, y en el pueblo de Calaf en Cataluña existe una imagen de esta santa, cuya antigüedad se desconoce, que lleva la aureola de mártir. Créese tambien que existen reliquias suyas en el mismo pueblo de Calaf, donde es venerada con gran devocion de toda aquella comarca que la aclama por patrona, y acude á implorar su patrocinio en todas las necesidades.

DIA 6.

SANTA DOROTEA, VIRGEN Y MÁRTIR.—En el tiempo de los emperadores Constancio Cloro y Maximiano Galerio, que sucedieron á Diocleciano y Maximiano Hercúleo, durante todavía la persecución contra los cristianos, hubo en la ciudad de Cesarea, en la provincia de Capadocia una doncella cristiana llamada Dorotea, adornada de todas las gracias que en una mujer se pueden desear: mas la principal y mas aventajada de todas, era su compostura su modestia, su honestidad, su recogimiento y gravedad, y el continuo estudio que tenia de la oracion y su mortificación. Estaba puesta por sus grandes virtudes en los ojos de toda la ciudad; y como viniese á ella un presidente del emperador Maximiano, grandísimo enemigo de Cristo y de su religion, y entendiendo que Dorotea era cristiana y doncella de tan buena opinion; la mandó prender y presentar delante de su tribunal. Entró la santa como virgen

honesta, con los ojos bajos y con el corazón levantado á Dios. Preguntóle Apricio, que así se llamaba el presidente, por su nombre, y después le dijo que la habia mandado llamar para que sacrificase á los dioses inmortales, como lo mandaban los emperadores. A esto respondió Dorotea: Dios verdadero y emperador del cielo me ha mandado que á él solo sirva y reconozca por Dios. ¿Á quién te parece á tí, ó Apricio, que debemos obedecer cuando se contradicen; al emperador del cielo ó al de la tierra? ¿á Dios ó al hombre? Deja estas palabras locas, dijo Apricio, y aparejate á obedecer y sacrificar á los dioses, si no quieres que te cueste caro y que te ponga por ejemplo, para que escarmenten en tu cabeza los demás. El ejemplo que yo daré, respondió Dorotea, será enseñar á todos que no teman á los hombres por Dios; porque todas las penas que vosotros, presidentes y jueces, nos podeis dar, son breves y temporales; mas las del infierno son eternas y sin fin. Enojóse el presidente con estas razones, y mandó atormentar á la santa en la garrucha. Estando en ella con grande seguridad y constancia dijo Dorotea al juez: ¿Por qué te detienes? Haz presto lo que has de hacer para que yo vea aquel, por cuyo amor no temo y desco de tí ser atormentada, y es mi esposo, y nos convida para que vayamos al paraíso de deleites, donde hay manzanas de admirable hermosura, que duran en su frescura todos los tiempos; en donde hay azucenas, rosas y flores innumerables, que nunca se marchitan, y fuentes de aguas vivas que jamás se secan, y las almas de los santos se gozan en Cristo. Mejor sería dijo Apricio, que dejases estas vanidades y sacrificases á los dioses, y tomases marido para tener buena vida; y Dorotea respondió: No sacrificaré yo á los demonios; porque soy cristiana: ni tomaré marido; porque soy esposa de Jesucristo. Como Apricio vió que gustaba el tiempo en valde con Dorotea, llamó á dos hermanas que se llamaban Cristeta y Calista, ó segun dice el cardenal Baronio, Cristena ó Cristina y Calista; las cuales ántes habian sido cristianas, y por temor de los tormentos habian negado la fé de Jesucristo, y encargóles que tuviesen á Dorotea en su casa, y que con sus buenas palabras y razones la persuadiesen á hacer lo que ellas habian hecho: porque él se lo pagaria bien, y demás de los dones que les habia dado por haber reconocido y adorado á los dioses, les haria otras mercedes mayores si ablandasen el pecho duro de Dorotea; y la trajesen á seguir su ejemplo.

Comenzaron las dos hermanas á persuadir á la santa doncella, que tuviese cuenta consigo, y los contentos y dulzuras de esta vida, y que no la perdiese por una cosa tan fácil y puesta en razon. Pusieronle por ejemplo lo que ellas habian hecho, lo bien que les habia ido, y los tormentos y suplicios atroces que habia de pasar, si no lo hiciese: mas la santa, trocando sus razones, poco á poco las persuadió á ellas que reconociesen su culpa y se volviesen á Dios, y le pidiesen perdón, y de nuevo tornasen á la batalla aparejadas á morir por él: porque Dios dice es misericordiosísimo, y no hay llaga tan incurable que él no la pueda sanar: y se llama Salvador, porque salva, y Redentor porque redime; y tiene por mayor pecado desesparar de su misericordia, que negarle en los tormentos. Con estas y otras palabras llenas de espíritu y verdad, las redujo á la fé, animó y esforzó para los tormentos, y suplicó á Nuestro Señor que las perdonase el pecado que

habian cometido, y las armase de fervor y constancia, como lo hizo; porque mandándolas el presidente llamar á todas tres, y tomando aparte las dos hermanas, para saber de ellas en que propósito estaba Dorotea, y si queria sacrificar; cuando entendió el arrepentimiento de ellas, y que no solamente Dorotea no habia sido vencida, ántes habia quedado vencedora en la contienda que habian tenido entre sí, y que entre ellas estaban determinadas á padecer todos los tormentos que les quisiesen dar para pagar la culpa pasada con su sangre y morir por Cristo; salió de sí de coraje, y mandó que atasen á las dos hermanas juntas por las espaldas, y las echasen en el fuego si no sacrificasen; y ellas, alzando la voz, clamaron al Señor y dijeron: Señor Jesucristo, aceptad esta nuestra penitencia y perdonadnos: y diciendo estas palabras las echaron al fuego, estando presente Dorotea y gozosa por haber ganado aquellas almas para el Señor y le decía: Id hermanas; id delante de mí al cielo; y tened por cierto que Dios os ha perdonado, y que con este martirio habeis cobrado lo que ántes habíades perdido, y que el Padre Eterno os saldrá al encuentro para recibirlos en su gloria, abiertos los brazos de su infinita clemencia. Mandóla Apricio desandar y subir otra vez en la garrucha; y la santa al tiempo que la descoyuntaban, estaba con tan grande alegría, como la que suelen tener los que alcanzaron lo que mucho deseaban: y espantado de esto el presidente le dijo: ¿Qué es este gozo fingido que muestras? ¿Por qué te nos vendes tan contenta y alegre falsamente? Nunca, respondió Dorotea, en todos los dias de mi vida he estado tan alegre como estoy: lo uno, por haber ganado para Dios las almas que tú le habías quitado, de las cuales se gozan los ángeles en el cielo; y lo otro, porque espero gozar con ellas de mi Señor: por tanto dáte prisa, Apricio, y no me detengas. Oyendo esto el fiero tirano, mandó encender hachas y pegárselas á los costados y abrasarle las entrañas: pero Dorotea cuanto mas era atormentada, mas alegre se mostraba, haciendo burla de sus atormentadores. Mandóla quitar de allí y dar muchas bofetadas en su virginal rostro, de puro corrido, porque le hablaban con tanta libertad: pero cuanto las penas mas crecían, tanto era mayor el júbilo y la fuerza del espíritu del Señor, que en Dorotea resplandecía. Finalmente, cansados ya los verdugos, y turbado y confuso Apricio, dió sentencia de muerte contra Dorotea, y mandó que fuese descabezada. Oyendo Dorotea esta sentencia, hizo gracias á Nuestro Señor por ella, y dijo: Yo os alabo, Señor mio, amador casto de las almas, porque me habeis llamado á las bodas del cordero sin mancha, y me habeis convidado á ese vuestro tálamo celestial.

Cuando la llevaban á la muerte, un abogado que allí estaba y se llamaba Teófilo, habiendo oido decir á la santa que donde estaba Cristo y ella iba, habia manzanas perpetuas y rosas que no se marchitan; como haciendo burla de ella, le dijo: «Ea Dorotea, hacéme placer, que me envíeis del jardín de vuestro esposo de aquellas manzanas y rosas que tanto nos habeis alabado;» y ella con mucha seguridad y mesura respondió: «Yo lo haré sin duda: yo lo haré.» Al tiempo, pues, que estaba arrodillada y acababa su oración, aguardando el golpe de la espada, apareció un ángel en figura de niño que traía una canastilla, y en ella tres manzanas hermosísimas y tres rosas admirables; y Dorotea le dijo que las llevase á Teófilo y se las

diese en su nombre, y le dijese que aquellas eran las manzanas y las rosas que, por cumplir su palabra, le enviaba del jardín de su esposo Jesucristo. Al punto que Teófilo estaba contando á otros lo que le habia pasado con Dorotea, haciendo donaire de las rosas y manzanas que habia prometido enviarle, siendo á los 6 de febrero y tiempo de grandes hielos, llegó el niño á él; y como le diese el recado de parte de la santa, quedó como fuera de sí y conoció el poder de Dios; y trocado el corazon, comenzó á dar voces y confesar por verdadero Dios á Jesucristo: y despues de muchas demandas y respuestas que pasaron entre él y los otros sus compañeros que con él estaban, el presidente le mandó llamar, no creyendo lo que de él habian dicho (porque Teófilo era uno de los que atizaban el fuego y perseguían á los cristianos); y habiendo pasado entre los dos muchas pláticas, viéndole tan firme y constante en confesar que Cristo era Dios y en hacer burla de sus dioses, le mandó colgar en un ecúleo y cruelmente atormentar: y Teófilo con espantosa alegría decía: Ahora sí que soy cristiano; pues estoy colgado como en una cruz. Y como corriesen arroyos de sangre de sus llagas, el presidente le decía: Desventurado de tí, ten duelo de tu cuerpo; y él respondía: Desdichado de tí, ten duelo de tu alma, que yo no quiero perdonar ahora á mi cuerpo, para que Dios perdone á mi alma eternamente. Mandóle Apricio arañar los costados con uñas aceradas y abrasarlos con hachas encendidas: y no bastando estos ni otros tormentos para debilitar y entristecer el pecho esforzado y regocijado de Teófilo, le mandó cortar la cabeza; y él, oída la sentencia, dijo: Yo os hago gracias, Señor mio Jesucristo, por esta merced; y así murió, y goza de Dios eternamente con su santa Dorotea: cuya fiesta celebra la Iglesia el dia de su martirio, que fué á los 6 de febrero, del año del Señor de 304, imperando, como dijimos, Constancio y Maximiano Galerio.

En Cervera LA FIESTA DEL SANTÍSIMO MISTERIO.—Al volver á España un soldado, despues de haber estado en el saqueo de Roma en 1527, cayó enfermo en Martorell (Cataluña). Condujéronle al hospital, y ántes de su muerte entregó al sacerdote Jaime Albesa un *lignum crucis*, que dijo haber traído de Roma. Albesa le depositó en la iglesia parroquial de Cervera. Existen algunas informaciones jurídicas sobre varios prodigios que dicen haber obrado aquella reliquia. Ello es que un obispo de Vich obtuvo del papa Paulo III que se celebrase fiesta del Santísimo Misterio, y se rezase de él cada año el dia 6 de febrero con ritu de doble mayor, y tomando el oficio y misa de la Exaltacion de la Santa Cruz.

* SAN SILVANO, MÁRTIR.—Emesa, ciudad de Fenicia, tuvo la dicha de tener por pastor de su grey á este glorioso santo, apacentándola por el espacio de cuarenta años. Celoso en cumplir las obligaciones propias de su ministerio, estaba predicando á su pueblo de Emesa las verdades católicas, cuando fué preso de orden del pretor, y mandado azotar cruelmente, en cuyo tormento entregó su alma al Criador. Sufrieron junto con él el martirio dos levitas de su iglesia.

SAN VEDASTO, OBISPO DE ARRAS Y CONFESOR.—Fué consagrado por san Remigio, y dirigió su diócesis por espacio de cuarenta años con gran santidad de vida y esclarecido celo por la casa de Dios. El cielo declaró cuán agradables le eran las virtudes de este santo, haciendo aparecer so-

bre su lecho de muerte una columna de luz, signo visible de su gloria futura. Su dichoso tránsito, acaecido por los años 540, fué favorecido por el Señor con otros muchos prodigios.

SAN AMANDO, OBISPO DE MASTRICH.—Fué natural de Aquitania, y abrazó desde niño la vida monástica, de cuya vocacion no pudieron apartarle las vivas instancias de sus padres. A los quince años era ya admirable modelo de penitencia y humildad. Habiendo ido en peregrinacion á Roma, volviése por mandato divino á las Galias, donde predicó la fé por espacio de muchos años, hizo infinidad de conversiones, confirmó á muchos en la verdad de la religion cristiana y descansó tranquilamente en el Señor por los años 684.

LOS SANTOS TEÓFILO, SATURNINO Y REVOCADA, MÁRTIRES EN ASTURIAS.—Fueron hijos ú oriundos de Viana, y discípulos de san Segundo, obispo de Braga, y recibieron la corona del martirio el dia 6 de febrero del año 240, siendo prefecto de Asturias Julio Minervo.

SAN ANTOLIANO.—Este ilustre mártir de Jesucristo, despues de haber sacrificado sus bienes, su fama y su gloria á la religion, acabó con una muerte gloriosa, muriendo cruelmente desollado en Claromonte de Francia el año 255. Murieron tantos santos durante el curso de este año en dicha ciudad de Claromonte, que algunos autores han llegado á sospechar que se habia degollado á toda una legion por ser cristiana.

SAN GUARINO.—Natural de Bolonia, de noble y distinguida familia, se dedicó á las ciencias eclesiásticas con tanto ardor, que á la edad de veinte años enseñaba ya con grande reputacion la teologia en la catedral de su patria, á cuyo servicio se habia inscrito. Pero al propio tiempo, disgustado de aquella vida, se retiró al claustro tomando el hábito de los canónigos regulares. No contento todavía, determinó marchar á los santos lugares de Jerusalem y establecerse en la soledad para hacer vida penitente y contemplativa; pero al pasar por Roma se detuvo por divina inspiracion, y habiendo revelado el Señor su mérito y virtudes al sucesor de san Pedro, le confirió varias comisiones importantes para la religion, en cuyo desempeño dió siempre muestras de estar poseído del espíritu de Dios y de ardiente celo por la salvacion de las almas. Sus raras virtudes lo hicieron elegir obispo de Palestrina y cardenal, cuya dignidad obtuvo hasta su santa muerte, ocurrida el dia 6 de febrero del año 1159.

DIA 7.

SAN ROMUALDO, ABAD.—Entre los caudillos que Dios Nuestro Señor ha escogido para regir este lucido ejército de su Iglesia, fué uno el glorioso abad san Romualdo, al de su Iglesia, fué uno el glorioso abad san Romualdo, al principio monge y discípulo de san Benito, y despues padre y maestro de muchos religiosos y fundador de la orden de Camaldula. La vida de este bienaventurado padre escribió el cardenal Pedro Damian, que fué en su mismo tiempo y de una misma tierra; y es de esta manera.

Nació san Romualdo en Ravena, ciudad nobilísima de Italia. Su padre se llamó Sergio, de la casa y linaje de los duques de Ravena, que por otro nombre se llaman *Honestos*. Crióse Romualdo con regalos y pasatiempos en casa de sus padres hasta edad de veinte años, y sus ordinarias ocupaciones eran la caza y otros entretenimientos de mo-

zos; mas aun en este tiempo cuando andaba por los bosques y montes, los ojos y el corazon se le iban tras los árboles, fuentes y campos, agradándole sumamente la soledad. Allí se despertaba su espíritu, y consideraba cuán descansada y sosegada vida podria tener en el yermo; y dábale en rostro la de palacio, con sus regalos y trato tan peligroso y trabajoso. En particular le ofendió mucho una grande enemistad que entonces se encendió entre su padre Sergio y otro pariente: suyo muy cercano, sobre una dehesa; y pasó tan adelante, que determinó Sergio matar á su competidor para quedar señor de aquella hacienda. Y aunque á Romualdo no parecia bien la determinacion de su padre; pero forzado de sus fieros y amenazas, hubo de ayudarle para ejecutar hecho tan feo; porque Sergio en un desafío maló á su contrario: y aunque su hijo Romualdo no hizo mas de hallarse en la pendencia, quedó tan lastimado del caso, que él mismo se condenó á hacer una grande penitencia, que por este medio le queria Dios llamar para sí y que dejase las vanidades y desvanecimientos del mundo. Recogióse en un monasterio de la orden de san Benito, llamado Clasense, en el cual estaba el cuerpo del glorioso mártir san Apolinar, obispo que habia sido de Ravena y discípulo de san Pedro. Aquí estuvo Romualdo cuarenta dias: serviale un fraile lego muy virtuoso y deseoso de ganar á aquel caballero para la religion; y con su ejemplo y devocion, y con algunas razones que le dijo y con una regalada vision que le hizo san Apolinar, apareciendo á los dos muy resplandeciente y glorioso; quedó Romualdo resuelto de dar de mano al siglo y olvidar sus vanas esperanzas, y lleno de un gozo increíble y bañado en abundantes lágrimas se arrojó delante de un altar, rendido ya al Señor para servirle; y al cabo de un rato fuése al abad del monasterio y pidióle el hábito: mas él no se atrevió á dárselo por temor de Sergio, su padre; porque era hombre poderoso, rico y mal sufrido, y Romualdo sucesor de su casa y hacienda, hasta que el arzobispo llamado Honesto, pariente suyo, el cual habia sido abad en aquel monasterio, le quitó estos miedos, y le pidió, que no mirando otros respetos humanos sino el servicio divino, admitiese en su religion á Romualdo. Con esto se determinaron y le dieron el hábito de san Benito con alegría universal de todos los monges. Muy de veras comenzó Romualdo á tratar del aprovechamiento religioso y de aventajarse cada dia mas en todo género de virtud. Era un espejo para todos los monges; pero algunos de ellos que eran tibios y poco observantes, no podian sufrir tanta santidad de vida, y tanto rigor y aspereza en un mozo, que por una parte dos dias ántes habia salido del regalo del siglo, y por otra se mostraba tan celador de su regla y profesion. Esto les daba en rostro y los ofendia de manera que trataron de quitarle la vida (que hasta este extremo de maldad puede llegar un ánimo desenfrenado de cualquier hombre, aunque sea religioso, cuando teme como freno la correccion). Hubieran ejecutado su desafino si Dios, que tan á su cargo toma á los que le sirven, no le hubiera por aviso de uno de ellos escapado de sus manos: y así el santo mozo sin dar á entender que no sabia nada, considerando que aquella vida no era segun su deseo ni la compañía de aquellos religiosos le ayudaba á sus intentos; despues de haber estado tres años en el monasterio, con licencia de su prelado se partió en busca de un santo ermitaño llamado Marino, que habitaba en un de-

sierto no lejos de la ciudad de Venecia. Hallóle y rogóle que le recibiese debajo de su obediencia. Concediósele Marino, el cual hacia una vida muy rigurosa. Tres dias en la semana comia solamente un pedazo de pan y un puñado de habas, y bebía agua; los demás bebía un poco de vino y comia algunas yerbas ú otro manjar semejante, dándose á muy fervorosa y larga oracion. Con tal maestro estaba muy á su gusto Romualdo, y los dos salian cada dia de la ermita y paseando aquella soledad cantaban salmos: y como Romualdo aun no supiese de memoria el salterio; cuando erraba le daba su maestro un grande golpe en la cabeza con una vara, para que mereciese y se ejercitase en la paciencia. El discípulo lo sufría y callaba, hasta que pasados algunos dias dijo con humildad á Marino, que si le parecia de allí adelante le diese en el lado derecho, porque iba perdiendo el oido del izquierdo por tenerle atormentado con los golpes que en él habia recibido. Admiróse Marino de tanta virtud y paciencia, y comenzó á respetar y mirar con otros ojos á Romualdo; y los dos fueron de allí á poco á Venecia á ganar para Dios á Pedro Urseolo, que con malos medios habia usurpado el dominio de la república de Venecia y era duque de ella: y exhortándole á penitencia y arrepentimiento de sus pecados, no solamente alcanzaron de él que renunciase el estado, sino tambien el siglo, y se recogiese al puerto seguro de la religion tomando el hábito de san Benito: y en compañía de un criado suyo llamado Gradenico y de un santo abad por nombre Guarino, se vinieron al desierto y á las ermitas de Marino y Romualdo, y despues murieron santamente.

Mas Romualdo entre todos siempre se iba señalando y creciendo en el camino de la perfeccion; y fué tan grande la gracia y dones que Nuestro Señor le dió, que no quiso fuesen para él solo, sino tambien para aprovechar á otros y para ser padre de muchos y muy santos hijos: y despues de tres años que estuvo en el monasterio y otros que pasó en el yermo, luego determinó de reformar los monasterios de su padre san Benito, que con la flaqueza humana y las guerras habian alojado y relajádose en la disciplina religiosa. Costóle esto muchos caminos y muchos trabajos y persecuciones; mas como le movia Dios, ayúdole con su poder y gracia tan copiosa, que reformó los monasterios de Venecia y Toscana en Italia, y muchos de Francia, y en muchos años que anduvo en esta labor del Señor, edificó de nuevo cien monasterios de la orden de san Benito y aun pobló los desiertos de ermitaños. Y como el glorioso Romualdo habia de ser guia de los demás, comenzó con su enseñanza y ejemplo á mostrarlo. Su abstinencia era grandísima; porque aquel primer año no comia cada dia mas que unos pocos de garbanzos cocidos. Su estudio era leer las vidas de los santos, imitando sus ayunos, vigiliias, penitencias y oraciones, en tanto grado, que quince años continuos guardó esta costumbre de no desayunarse en todos los seis dias de la semana hasta el domingo: y de esta suerte ayunó despues por toda su vida las dos cuaresmas del año, que en la orden de san Benito son, la una general de la Iglesia y la otra desde san Martin á Navidad. Por espacio de tres años él y Juan Gradenico labraban la tierra, sembraban y cogian trigo, y se sustentaban del trabajo de sus manos, (que fué cosa muy usada entre los santos padres antiguos) y todos los religiosos que estaban á su obediencia: con el ayuno acompañaban la oracion y meditacion; y era tan grave culpa dormir algo al

tiempo de la oracion, que san Romualdo no permitia aquel dia decir misa al que caía en esta culpa, por el poco respeto con que habia estado en el acatamiento del Señor, que habia de recibir. La obediencia era su regalada virtud; y porque uno de sus monges dejó á otro que le habia señalado por compañero, mandó que no le enterrasen en sagrado, cuando murió. No pudo sufrir el demonio que fuese Jesucristo tan bien servido de almas tan puras y santas, y principalmente de Romualdo, autor y guia de los demás. Comenzó pues á hacerle cruda guerra y atormentarle con terribles tentaciones, poniéndole delante los regalos que habia dejado en el siglo, y las incomodidades que de presente padecia, en lo cual era imposible perseverar: otras veces le apocaba lo que hacia diciéndole, que era todo de ningun mérito: mas el santo, cuanto mas combatido era, tanto mas acudia á Dios, y con su favor y gracia venia á Satanás: el cual de nuevo con mas furia tornaba á persuadirle, hasta maltratarle en su cuerpo, espantándole de noche con ruidos y asombros en su celda, apareciéndosele en figuras horribles y temerosas, y trayéndole al pensamiento torpes y feas imaginaciones; y este teson furioso duró por espacio de cinco años, echándosele de noche, despues de acostado el santo, sobre las rodillas, con grande peso, para abrumarle y molerle. Y como estos encuentros con el demonio fuesen tan ordinarios; él le tenia y trataba como á una bestia, diciéndole: O enemigo, ¿echáronte del cielo y vienes al yermo? Anda, maliciosa serpiente; que ya tienes tu merecido. Con esto, corrido y avergonzado, se iba de su presencia; y el Señor consolaba y regalaba á su valeroso soldado, y en particular le consoló con traer á la religion al conde Olivano, que en Francia habia sido muy rico y poderoso, y de vida estragada. A este caballero llamó Dios por medio de san Romualdo, el cual le puso delante el peligro en que vivia en el siglo, y que le convenia hacer penitencia muy grande por sus pecados: y pudo tanto lo que el santo dijo al conde, que le trocó de manera que concertó de irse al monte Casino, donde estaba fundado el primer monasterio de san Benito, y tomar allí su hábito, y vivir á Dios de allí adelante; y para su compañía y enseñanza le dió san Romualdo á Juan Gradenico, mandándole que no dejase á Olivano hasta la muerte: tambien le acompañaron en aquella jornada Marino, el que al principio habia sido maestro de Romualdo, y el abad Guarino. Y no es menos admirable la mudanza de Sergió, padre de san Romualdo porque habiendo á ejemplo del hijo tomado el hábito de religioso en un monasterio de san Severo en Italia, como inconstante y mudable trataba de dejarlo. Acordó san Romualdo acudir á cosa tan del servicio de Dios, y la obligacion de santo hijo, que cuanto ha de olvidar á los padres y deudos, para lo que toca al mundo, tanto ha de ayudarlos para el cielo: partióse desde los fines de Francia, donde á la sazón estaba, hasta Ravena á pié descalzo y con solo un báculo en la mano: habló á su padre; y como al principio no pudiese ponerle en razon, por el gran celo de su salvacion, le puso de piés en un cepo donde le tuvo muchos dias, y á poder de ayunos, oraciones y palabras de Dios le vino á reducir á grandísimo dolor y arrepentimiento de todo lo pasado. Vióse que esto era traza del cielo; porque Nuestro Señor regaló á Sergio con la dulzura de su divino espíritu, y con darle otro dia una muerte de mucho consuelo y descanso; y así murió por los años de

Cristo de 992. Muy consolado de este feliz suceso se volvió Romualdo á su recogimiento. Aquí tuvo nuevas batallas visibles é invisibles con los demonios, y un día estando en completas, entraron de tropel muchos espíritus infernales, y le derribaron en tierra, y le dieron muchos golpes, hasta molearle los huesos; mas el santo con humildad y ternura se volvió á Jesus, diciendo: «Amado Jesus, ¿por qué me desamparaste y me dejaste en manos de mis adversarios?» Luego con este dulcísimo nombre huyó aquella maldita canalla, y el santo triunfó de ella por la gracia del Señor; aunque le quedó una señal de los golpes en la cabeza que le duró toda su vida. Viendo los demonios que ya no los temía y que eran vencidos de Romualdo, determinaron hacerle guerra por mano de hombres que algunas veces es mas cruel que la que ellos hacen por sí mismos. Habia algunos monges de su monasterio, los cuales, por vivir mas libremente de lo que mas á su profesion convenia, no podian sufrir tan grande luz, y aquel espíritu que en su padre resplandecia. Añadióse á esto que un marqués, llamado Hugo, le envió una gran cantidad de moneda en limosna; y el santo, sabiendo que ciertos monasterios padecian graves necesidades, la repartió entre ellos, sin tener cuenta consigo, como lo suele hacer la perfecta caridad. Esto dió ocasion á los monges para murmurar, y aun para maltratarle y obligarle á salirse de allí: mas el Señor que toma por propias injurias las que se hacen á los suyos, ordenó que la noche siguiente nevase tanto que con el gran peso de la nieve que cayó sobre aquella casa, se hundió el techo, y cogiendo debajo á los culpados, los hirió malamente; y con este castigo venido del cielo conocieron su culpa, y la inocencia de su abad; y el principal autor de aquella maldad, estando en esta sazón fuera del convento, pasando una puente del rio llamado Sapis, puso el pié en vago y cayó en el agua y se ahogó.

Después de esto san Romualdo cayó enfermo por sus continuas y ásperas penitencias, y le vino á caer el cabello é hinchársele todo el cuerpo, por haberse retirado á un yermo muy húmedo ó mal sano, hasta que se le apareció de nuevo san Apolinar, como al principio de su conversion, y le mandó que aunque padeciese trabajo, se volviese al monasterio Clasense, donde él estaba sepultado, y Romualdo habia recibido el hábito; y el santo obedeció luego. Estaba en este tiempo vacante la abadía de aquel monasterio, y el emperador Oton, tercero de este nombre, la habia de proveer; mas él remitió la eleccion á los monges, y ellos eligieron á Romualdo por su abad: de lo cual el emperador tuvo gran contento, y fué á visitar el santo, que á la sazón estaba en una ermita en el valle llamado Perco como cuatro leguas de Ravena, y san Romualdo le hizo el servicio y regalo que pudo, dándole su pobre lecho que era de paja, y en él pasó aquella noche, y á la mañana le llevó consigo á su palacio, y le dijo su desdó y lo que importaria que él gobernase aquella abadía. San Romualdo resistió al principio; mas después por obedecer mas al emperador del cielo que al del suelo, la aceptó, siendo ya en este tiempo sacerdote; y con grandísima vigilancia y prudencia gobernó dos años aquel monasterio, y fué muy perseguido y aborrecido de algunos de sus súbditos que no podian sufrir tanta virtud y perfeccion: mas san Romualdo que de su natural era manso y suave, sufrió sus desdenes y malos tratamientos con mucha pa-

ciencia, y viendo cuán desconformes eran sus costumbres de las de aquellos monges, determinó dejarlos; y así suplicó al emperador le diese licencia y en su presencia y delante del arzobispo de Ravena renunció aquella dignidad y abadía. Estando en Tieboli el emperador con ánimo de asolar aquella ciudad, san Romualdo pudo tanto con él y con los naturales de ella, que aplacó el justo enojo del emperador y sosegó aquel negocio como se podia desear. Pero en otra cosa mostró su espíritu, y el celo del Señor mas altamente, porque habiendo el emperador por medio de un criado suyo, llamado Tamno, y tan gran privado, que en muchas cosas se trataba como á su igual, dado su palabra y fé imperial á un caballero romano, llamado Cresencio, que estaba cercado de su ejército, que le perdonaba la vida si se rendia; después que debajo de esta palabra se rindió, le habia hecho matar y tomado por manceba á su mujer. San Romualdo, movido del celo del Señor, y pesando sus ofensas con el peso que se deben pesar, con la autoridad grande que tenia, viniéndose á confesar con él, persuadió al emperador y á Tamno que se hiciesen religiosos, para la satisfaccion del perjurio, homicidio y adulterio; y en efecto Tamno entró en religion y el emperador aunque no pudo, ó no quiso hacerlo, fué descalzó á pié desde Roma hasta el monte Gargano que está junto á Manfredonia, en la provincia de Pulla á visitar el templo de San Miguel Arcángel; y una cuaresma se retiró en el monasterio Clasense, ayunando y trayendo un cilicio á raiz de sus carnes, y durmiendo sobre una estera que es raro ejemplo para los príncipes y señores, que tan fácilmente pecan y con tanta dificultad se arrepienten y hacen alguna penitencia lijera de sus pecados.

Movidos con este ejemplo, y del de Tamno, muchos hombres principales de la corte del emperador pidieron el hábito de la religion á san Romualdo, entre los cuales se señalaron mas Bonifacio, que era pariente del mismo emperador y Busclavino, hijo del rey de Esclavonia. Acompañado de todos estos nuevos religiosos, se fué san Romualdo al monasterio del monte Casino á visitar el santo cuerpo de su amado padre san Benito. Aquí cayó enfermo; mas sanó y convalació presto, y con todos aquellos caballeros que ya eran sus discípulos, pasó al monasterio, donde se le juntaron otros muchos. A todos gobernaba é instruía con su doctrina y ejemplo, dividiéndolos por sus ermitas. Aquí era de ver y de admirar, que hijos de príncipes y grandes señores, que poco ántes vivian regalados, libres, estimados y acompañados; ahora era su vida en penitencia, soledad, aspereza, ayunos, frios, desnudez y trabajo. Oraban, cantaban salmos y hacian obras de manos: unos hilaban, otros tejian, otros cavaban la tierra, y con el sudor de su rostro y trabajo de sus manos sustentaban la vida, que era á bien poca cosa, y entre todos se señalaba Bonifacio con mas fervor. Aconteció en toda la semana no comer sino dos veces, una el jueves y otra el domingo; y cuando veia ortigas ó espinas, se arrojaba desnudo en ellas hasta desollarse y bañarse en sangre; porque deseaba darla toda por Jesucristo padeciendo martirio por él, y ser heredero de san Bonifacio, no ménos en los tormentos que en el nombre; y así con bendicion de su abad y licencia del papa, se partió á la provincia de Rusia á predicar el santo Evangelio, y dilatar la fé de Jesucristo: y habiendo padecido inmensos trabajos de hambre, sed, cansancio, y convertido muchas almas á nuestra

santa religion, alcanzó la deseada corona del martirio; porque un hermano del rey de aquella tierra le hizo matar con gran furor y rabia; y los que le mataron, con otra mucha gente llorando su pecado, se convirtieron á nuestra santa fé y se bautizaron. Este dichoso fin tuvo san Bonifacio, discípulo de san Romualdo: el cual no ménos buscó el martirio que su discípulo, y con el mismo deseo pasó á Ungría á predicar la fé de Jesucristo y dar su vida por él: mas el Señor, cuyos fines y trazas son incomprendibles, le estorbó esta jornada; porque le vino una recia enfermedad con que se detuvo algunos dias, y cuando se determinaba volverse atrás estaba bueno, y en estándolo, queriendo ir adelante y proseguir su camino, luego volvía á recaer; y con esto entendió ser voluntad de Dios que se volviese, porque le queria dar el Señor un largo y penoso martirio de trabajos y persecuciones. Mas no volvió las manos vacías de aquella empresa; ántes siendo muy maltratado él y sus compañeros, porque á unos azotaron, y á otros vendieron, trajo consigo muchos alemanes por discípulos y les fundó monasterios.

¿Quién podrá contar las otras batallas y victorias que alcanzó este santísimo varon de sí mismo, de sus enemigos y de los mismos demonios, y de todo el poder del inferno, que tantas veces y con tantos espantos le acometió y procuró derribar? ¿Qué perseverancia tuvo en sus ayunos y penitencias, que fueron tan rigurosas, que estuvo siete años en una cueva encerrado con perpetuo silencio, y siendo ya muy viejo y debilitado, no comia en toda la cuaresma sino una escudilla de yerbas ó legumbres, y tenia tres ásperos cilicios, los cuales mudaba á los treinta dias por no comerse de gusanos, y con tal rigor trataba su cuerpo, como si no fuera cuerpo de carne! Pues ¿qué diré de las otras veces que fué maltratado, afrentado y casi muerto de algunos de sus mismos monges, que se cegaban con la esclarecida luz de sus virtudes, y como frenéticos se volvian contra el médico que los queria sanar? Una vez estando de noche reposando en su celda, un monge le apretó la garganta para ahogarle; y Dios por medio de un discípulo suyo, llamado Ingilberto, milagrosamente le libró. Otra vez, siendo ya de cien años, fué infamado por un malísimo hombre que traía hábito de religion, de grandísimos delitos, que no cabian ni en su edad, ni en su santidad; y como si fueran verdaderos, fué atormentado y afligido terriblemente por ellos, hasta que Dios le consoló y le mandó que celebrase, sin hacer caso de las censuras y suspensiones que le habian puesto. Pues los demonios, ¿cómo le persiguieron y le procuraron espantar, apareciéndole en figuras temerosas, dando golpes en su celda, levantando tempestades y torbellinos de aguas y vientos, y con modos esquisitos y horribles, queriéndole consumir y espantar? Pero dióle el Señor victoria de aquellas potestades infernales; porque perfectamente habia vencido á sí mismo con sufrimiento y humildad: por lo cual vino á ser espantoso á los mismos demonios que le pretendian espantar, echándolos de los cuerpos y aun de las almas que poseian; y tuvo don de profecía y luz sobrenatural del cielo, para entender la sagrada Escritura, y escribir sobre los salmos, y hacer una exposicion de ellos maravillosa, que hoy dia se guarda escrita de su mano en el yermo de Camaldula. Fué proveido milagrosamente en sus necesidades, y regalado con ilustraciones y visitaciones divinas del Señor del cielo, y estimado y reverenciado de los emperadores y prin-

cipes de la tierra; y todo el mundo parece que se renovó con los ejercicios de sus admirables virtudes; y muchos monasterios, como se ha dicho, se edificaron de nuevo y se poblaron de santos religiosos, y los antiguos se reformaron, y los desiertos fueron habitados de varones mas divinos que humanos, y especialmente el yermo de Camaldula que él fundó por una vision celestial.

Tenia san Romualdo ciento y dos años de edad, era el de nuestra salud de 1009; y queriendo retirarse á alguna soledad para vacar con mas fervor á Dios lo poco que le quedaba de vida, se fué al monte Apenino, que divide la Italia; y estando en la cumbre del monte, en un campo ameno y abundoso de aguas, y habiéndole paseado se quedó dormido junto á una fuente: allí le sobrevino un sueño misterioso y semeiante al del patriarca Jacob; porque vió desde el suelo al cielo una escalera, y que sus religiosos, nó ya vestidos de negro, sino de blanco, subian por ella á Dios; y fiado en él, entendiendo por el sueño, que aquella era su voluntad, se fué al dueño de aquel campo, que era un conde llamado Madulo, y se le pidió: y el conde, que habia tenido el mismo sueño, se le dió liberalmente, y una casa de campo que él tenia para labrar iglesia y habitacion para los monges: y de aquí vino á llamarse aquel sitio Camaldula, que quiere decir: «Campo de Madulo.» En este lugar fundó ermitas, y mudó el hábito negro, que ántes habia traído, en hábito blanco. Este yermó es el principal y cabeza de su órden, y allí comenzó el nuevo paraíso de estos celestiales varones, cuya vida es perpetua contemplacion y penitencia; y las grandes heladas, frios y nieves que casi todo el año ocupan aquel monte, ayudan para ser un retrato de la cruz de Jesucristo, en quien está la verdadera vida. En esta casa verdaderamente de Dios viven los religiosos seiscientos años ha en observancia, y el Señor la conserva, gobierna, y sustenta y sus vicarios los sumos pontífices la han honrado y confirmado sus estatutos, y dádole privilegios muy favorables; y muchos y muy esclarecidos varones, seglares, eclesiásticos y religiosos han abrazado aquel santísimo instituto, y se han hecho hijos de Romualdo, y todo lo que ellos obraron en servicio de la santa Iglesia, que es mucho, se debe á tal padre y maestro: el cual habiendo puesto las cosas de su religion tan en su punto, estando su alma llena de gracias y merecimientos, reposó en paz una tarde á los 19 de julio del año de 1027, siendo de edad de ciento y veinte. Supo la hora de su tránsito veinte años ántes: murió en el monasterio del valle de Castro que él habia edificado, y está en la Marca de Ancona, y en él enterraron su santo cuerpo; y despues el año de 1467, que fué cuatrocientos cuarenta años despues de su muerte, le hallaron incorrupto y entero, con un rostro muy apacible, cano y venerable, y cubierto el cuerpo de un cilicio debajo de su hábito. Despues fué trasladado á la ciudad de Fabriano á la iglesia de san Basilio que es de su órden, y allí está al presente; y en el dia de esta traslacion que fué el año de 1481 á 7 de febrero celebra la Iglesia católica su fiesta, como consta de la bula de nuestro muy santo padre Clemente VIII, donde manda se rece de él como de santo abad y confesor, con oficio de *duplex*, dada á 9 de julio de 1593. En esta bula dice el sumo pontífice estas palabras, que son una breve suma de la vida de este santo.

«Entre los mas aventajados santos, dice, nos parece que debe ser tenido el glorioso anacoreta Romualdo, por tan-

tos títulos ilustre, por su patria, por su linaje, por su virtud, por su contemplacion tan alta, como tuvo las cosas divinas, y por haber fundado la órden camaldulense. La religion y piedad que tuvo con Dios fué de manera, que no parece que conversaba en este mundo: tan apartado del trato y vista de los hombres, tan familiar y acostumbrado á la comunicacion de los santos que gozan ya de Dios (pues aun algunas veces se le aparecieron), como si no viviera en la tierra, sino en el cielo. La caridad que tuvo con los prójimos fué en tanto grado, que á puras oraciones y lágrimas cumplió la salvacion de su propio padre; pues con ellas le trajo á la religion y le llevó á la gloria. Pudo la fuerza de su ejemplo tanto, que á muchos príncipes, reyes y á personas insignes hizo dejar las córtes y venirse á los yermos, trocando los regalos y las galas en penitencia y ásperos vestidos; á muchos libró de peligros muy grandes de cuerpo y de alma; á muchos dió salud estando enfermos; y esto con la señal de la cruz. Él es el que restituyó á su ser antiguo, y puso en perfeccion y aumento grande la vida y profesion de santos ermitaños, que en Italia estaba ya caída. Fué tan humilde, y el desprecio que tuvo de sí mismo fué tan grande, que le escogió por templo vivió el Espíritu Santo, que rige y acompaña á los humildes; y así le dió la inteligencia de la sagrada Escritura, y el don de profecia: y cuanto se humillaba mas, tanto mas le ensalzaba Dios; y en fin le dió largos años de vida en este mundo, y en los cielos eterna vida y gloria.»

Todas estas son palabras del sumo pontífice. Escribieron la vida de san Romualdo, demás del cardenal Pedro Damian, Fr. Pedro Morigia en la historia de las religiones, cap. 2; y Agustín Florentino, monge camaldulense, en la historia de su órden; y últimamente el P. M. Fr. Juan de Castañiza, de la órden de san Benito, varon bien conocido por su gran religion, predicacion y letras.

SAN MOISEN, ANACORETA, OBISPO Y CONFESOR.—Los varones santos y grandes amigos de Dios no solamente son luz y ornamento de la Iglesia, sino tambien presidio y amparo; y muchas veces defienden con sus oraciones y virtudes mejor las provincias y reinos, que los ejércitos de los valerosos soldados. Véase esto en el santo anacoreta Moisen, cuya vida aquí queremos escribir, para que se entienda esta verdad tan clara y averiguada. Porque haciendo el emperador Valente, que era hereje arriano, cruda guerra á la Iglesia católica, persiguiendo á los obispos y santos, y doctos varones que como pilares la sostenian; permitió Nuestro Señor que se levantasen contra él las naciones bárbaras, y que afligiesen y destruyesen muchas provincias de su imperio. Entre estas naciones fué una la de los sarracenos, que otros llamaban ismaelitas, los cuales hicieron guerra á Valente, y muerto su príncipe, nó por eso la dejaron, ántes la continuaron, con mayores fuerzas y valor; porque Mavia, mujer del rey muerto, tomó el gobierno de la paz y de la guerra, y con grande ánimo, constancia y esfuerzo, nó de mujer, sino varonil, dió batalla con su gente al ejército imperial y le desbarató y venció de tal manera, que obligó al emperador á humillarse y pedir paz á una mujer, vencedora de su ejército. No quiso oír la valerosa reina Mavia la plática de la paz, hasta que perseverando el emperador y sus capitanes en su peticion, y habiéndola Dios nuestro Señor al corazón (porque se habia hecho cristiana), vino en ello, pero con condicion que le habian de dar á san Moisen por obispo de su gente. Era

Moisen anacoreta y varon de excelente santidad, que vivia en aquel desierto y en los confines de los sarracenos, los cuales con la vecindad tenian grande noticia de sus grandes virtudes y milagros: y como algunos de ellos habian sido enseñados de san Hilarion abad, como escribe san Gerónimo en su vida, y alumbrados con la luz del Evangelio; la reina Mavia deseó tener consigo obispo que cultivase aquella tierra inculta, y fomentase aquella centella que se habia encendido en los ánimos de algunos de sus súbditos. Cuando el emperador Valente entendió la condicion que para asentar la paz pedia la buena reina; aunque era hereje y sabia que Moisen era católico, disimuló por razon de estado y mandó que luego le buscasen y ordenasen obispo, y le entregasen á la reina por lo mucho que le importaba asentar paces con ella. Buscaron los ministros del emperador al santo solitario Moisen: halláronle, y declaráronle la voluntad del emperador y mucho mas la de Dios que le habia escogido para que siendo obispo y dando gusto á la reina, librase al pueblo romano de aquella tan grande calamidad que padecia, y con la paz y quietud sosegase los vientos y tempestad que temia si se continuaba la guerra. Bajó la cabeza el santo, aunque se tenia por indigno de ser obispo, por parecerle que aquella era voluntad de Dios que por entonces se queria servir de él para bien de su pueblo. Lleváronle á Alejandria para que Lucio patriarca le consagrara: el cual Lucio era hereje arriano, cruel y fiera bestia, que con violencia habia entrado en aquella silla, y con estremada rabia y braveza hecho carniceria de los católicos. Cuando Moisen vió á Lucio, dijo á los capitanes que le acompañaban: Yo no soy digno de ser obispo, no lo quiero ser: pero si Dios quiere que lo sea y con su divina providencia lo ha ordenado así, determinado estoy de no ser obispo por mano de Lucio, ni consentir que él me consagre ni ponga sobre mí sus manos. Turbóse el patriarca hereje oyendo á Moisen, y djóle que debia estar mal informado, y que era justo que se informase de su fé ántes de condenarle. Aquí el santo le respondió: Tus obras hablan, ó Lucio, y á ellas habemos de dar mas crédito que á las palabras: tus manos están llenas de sangre: los santos obispos, unos echados de sus sillas y desterrados, otros encarcelados, otros muertos, y todos los católicos afligidos y lastimados por tu causa; ¿y tú quieres que no creamos mas á lo que vemos que á lo que oimos? Finalmente, los ministros del emperador tambien por razon de esto convinieron con Moisen, y le llevaron á otros obispos católicos que andaban desterrados para que le consagrasen: para que se entienda el recato que debemos tener los católicos en el no comunicar con los herejes. Consagráronle y entregáronle á la reina de los sarracenos, que se alegró por estremo con él; y el santo obispo con su vida celestial, doctrina admirable y con los milagros que Dios obró por él, alumbró aquella gente, la trajo al conocimiento de Cristo y la puso debajo del suave yugo del Evangelio, y la ganó tanto, que la reina Mavia dió su hija por mujer á Victor, capitan del ejército imperial; y despues andando el tiempo, muerto ya el emperador Valente y quemado por los godos que le habian vencido en batalla en una pobre casilla, vinieron los mismos godos sobre Constantinopla, y teniéndola cercada y apretada los sarracenos la socorrieron de tal manera que no la pudieron tomar y alzaron el cerco los godos. Todo esto fué fruto de san Moi-

sen, obispo, el cual acabó santamente el curso de su peregrinacion en paz; y de él hace mención el Martirologio romano, y el de Beda, Usuardo y Adon, á los 7 de febrero; y Rufino, Sócrates, Sozomeno, y Teodoro, Niceforo, y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio y en el cuarto libro de sus Anales.

SAN TEODORO, MARTIR.—Entre los otros gloriosos mártires, que en la persecucion del emperador Licinio murieron por Cristo, fué uno muy señalado el ilustre Teodoro, capitán del ejército del emperador de la tierra, y mas valeroso soldado del emperador del cielo. Nació este bienaventurado y esclarecido mártir en la ciudad de Euchayta: fué dotado de grandes dones y virtudes: era mozo de muy gentil disposicion, muy sabio, cuerdo y bien hablado, y de gran ánimo y fuerzas, como lo mostró en una hazaña memorable que hizo contra un dragon, de esta manera. Estando en el ejército, supo que un dragon de espantosa grandeza estaba cerca de su patria escondido, y que arruinaba y destruía toda aquella tierra; porque cuando salía de su cueva, no habia hombre ni animal que se le pusiese delante, que no le tragase; y movido del Señor, sin decir nada á los otros soldados ni compañeros, se partió del campo y vino en busca del dragon, para pelear con él y vencerle por la virtud de Jesucristo, en quien esperaba, y librar su patria de aquella horrible y fiera bestia. Vino, pues, Teodoro con este intento y sin saber dónde estaba el dragon, echóse á reposar en un prado, donde habia mucho heno, y como de lejos le viese una buena mujer cristiana, llamada Eusebia, corrió temblando á él, y asiéndole por el brazo, le despertó y dijo: Levántate hermano, y huye presto; porque no sabes el peligro que hay aquí; y en efecto le dijo que allí estaba un dragon que assolaba aquella tierra. Levantóse el soldado de Cristo, y sin turbarse respondió á Eusebia que se apartase y estuviese á la mira; porque veria la virtud de Jesucristo. Apartóse la mujer; y estando lejos se puso en oracion, suplicando á Dios que favoreciese á Teodoro: el cual haciendo la señal de la cruz sobre sí, é hiriendo sus pechos y alzando los ojos al cielo, hizo oracion, pidiendo favor al Señor y suplicándole humildemente que le diese victoria contra aquel monstruo cruel, como se la habia dado otras veces contra los hombres sus enemigos, y hablando con su caballo como si tuviera entendimiento y razon, le dijo, que Dios se servia de los hombres y de las bestias, para hacer su voluntad, y que le ayudase y estuviese fuerte contra aquel dragon: y con estas palabras el caballo se estuvo quieto, y el santo mártir mandó al dragon en el nombre de Cristo, que saliese de donde estaba y viniese á él. Luego el dragon obedeció y salió en el campo, haciendo temblar la tierra y quebrar las piedras por donde pasaba. En viéndole Teodoro, subió sobre su caballo; y el caballo arremetió al dragon, y tirándole muchas coeces, se puso de cuatro pies sobre él, y el caballero de Cristo con la espada le mató, é hizo gracias al Señor, por haberle dado victoria de aquella monstruosa y espantosa bestia. Sabido este milagro, muchos gentiles se convirtieron á la fé de Cristo nuestro Señor, y Teodoro de allí adelante fué mas estimado de todos. Antando, pues, Licinio encarnizado en su persecucion y derramando sangre de cristianos, viendo que no los podia agotar, y que cuanto más mataba tanto mas crecían; determinó de convertir su saña y furor contra la cabeza de los cristianos, y de acabar de consu-

mir á los que eran mas insignes y principales; y como supo que Teodoro era uno de estos, y tan eminente y estimado por sus grandes partes; estando en Nicomedia, envió por él á Heraclea, donde Teodoro vivia y era presidente de aquella provincia. Teodoro regaló mucho tres dias á los soldados, que habian ido por él, y les supo decir tales palabras, que el mismo emperador, acompañado de un gran número de gente, fué á Heraclea, por verse con Teodoro, teniendo por cierto que adoraria á sus dioses y con su ejemplo moveria á hacer lo mismo á los demás. Llegado el emperador á Heraclea, despues de muchas caricias y favores, que hizo á Teodoro; él le suplicó que le diese los dioses, que tenia, para perfumarlos en su casa, ántes de adorarlos en público. Dióselos el emperador con gran voluntad y gusto, y eran muchos y muy ricos, de oro y plata; y el santo mártir los tomó é hizo pedazos, y los repartió á los pobres. Cuando Licinio supo lo que Teodoro habia hecho y cómo le habia burlado, no se puede creer fácilmente la saña que contra él concibió, y la rabia con que determinó ejecutar en el santo mártir todos los tormentos con que solian despedazar á los otros caballeros del Señor: el cual ántes que Teodoro entrase en campo á pelear con Licinio, se armó con su espíritu y con una divina revelacion, en la cual oyó una voz que le dijo: «Teodoro, ten buen ánimo y confianza en mí, porque yo soy contigo;» y con este favor del Señor y la oracion fervorosa que él le hizo, aparejándose á la batalla y ofreciéndose en sacrificio, sufrió todos los suplicios y penas que el tirano hizo ejecutar en él: porque primeramente mandó, que cuatro sayones valientes y robustos le extendiesen, y con nervios de bueyes le hiriesen y le diesen seiscientos golpes sobre las espaldas y cincuenta sobre el vientre, y despues con plomadas quebrarle el cuerpo y con uñas aceradas arañar sus carnes, y con hachas encendidas quemarle las llagas y con pedazos agudos de tejas raerle la sangre coajada. Habiéndole atormentado de esta suerte, mandó que le llevasen á la cárcel y le tuviesen en ella cinco dias, sin comer bocado. Pasados los cinco dias, le mandó crucificar, y con un asador traspasarle por las partes naturales y que los muchachos le tirasen piedras y otros le atormentasen; pero el santo con gran fortaleza encomendaba al Señor, por el cual tanto padecia y con una amorosa queja le decia: Señor, vos me dijisteis que estábades conmigo; y ahora veo que estais lejos de mí, pues me habeis dejado en manos de vuestros enemigos que me han despedazado como unas bestias fieras; y así no tengo que suplicaros, sino que recibais mi espíritu; y diciendo estas palabras el santo mártir calló, y Licinio creyendo que ya era muerto, le dejó colgado como estaba en aquel madero de la cruz: mas á prima noche vino un ángel del Señor y le quitó de allí, y le sanó enteramente, y le dijo: Teodoro, gózate y esfuérzate en el Señor, porque él está contigo; y no digas que está lejos de tí: acaba animosamente la pelea que has comenzado, y vence para que recibas la corona de la inmortalidad. Con esto desapareció el ángel, y el santo quedó haciendo gracias al Señor por la salud que le habia dado, y por la victoria que con su favor esperaba alcanzar. Mandó Licinio á dos centuriones ó capitanes suyos llamados Antiocho y Patricio, que ántes que amaneciese le trajesen el cuerpo de Teodoro (que pensaba estaba muerto), para ponerle en una caja de plomo y echarle en el mar, para que no fuese reverenciado de los cristianos.

Vinieron los centuriones al lugar del suplicio, y hallaron el madero donde el santo había sido crucificado, y no hallaron en él á Teodoro. Pero cuando despues le vieron sano y entero y alabando á Dios, quedaron atónitos y como fuera de sí; y movidos de aquel espectáculo y mucho mas de la luz del cielo, se arrojaron á los piés del santo, diciendo que querían ser cristianos; y así se convirtieron aquel dia ellos y otros ochenta soldados. Supo esto Licinio y envió á Sexto, procónsul, con trescientos soldados para que matasen á los otros que habian creído en Cristo. Vinieron para hacer lo que el emperador les habia mandado; pero cuando vieron las maravillas que el Emperador del cielo obraba por su santo soldado Teodoro, todos ellos tambien se convirtieron y abrazaron nuestra santa fé: y lo mismo hizo una innumerable multitud de gente, clamando: «Uno es el Dios de los cristianos: él solo es Dios; y no hay otro Dios;» y se quisieron levantar contra Licinio, como contra cruel tirano, y fué necesario que el santo les fuese á la mano y les sosegase, acordándoles que Cristo nuestro Redentor habia sido crucificado por nosotros, y no habia querido que los ángeles, que son sus soldados, vengasen su muerte. Llévaronle muy acompañado los fieles; y pasando cerca de la cárcel, todos los encarcelados comenzaron á clamar y á decir á grandes voces: Siervo de Dios Teodoro, compadécete de nosotros: y el santo, habiendo con su sola palabra soltádolos de las prisiones con que estaban aprisionados, les dijo: Idos en paz, acordaos de mí: y viendo esto otra muchedumbre grande de gentiles, recibieron la fé de Jesucristo, y muchos enmendados tocándolo con sus manos ó con su vestido, quedaban libres: lo cual todo, como viniése á noticia de Licinio, temiendo algun grande alboroto en la ciudad le mandó cortar la cabeza; y el santo, haciendo la cruz sobre su cuerpo y mandando que le llevasen á Euchayta, su patria, despues de haber hecho larga oracion y saludado á los circunstantes, estendió su precioso cuello al cuchillo, y acabó felicisimamente el curso de su vida á los 7 de febrero, un sábado á las tres horas del dia. Despues su sagrado cuerpo fué llevado de Heracléa á su patria con grande acompañamiento y pompa, y allí fué sepultado; y Dios nuestro Señor hizo innumerables milagros por sus sagradas reliquias, á las cuales de muchas partes concurrían la gente, para alcanzar por intercesion de tan ilustre mártir misericordia del Señor. El martirio de san Teodoro escribió un escribano llamado Augaro que se halló presente, y el mismo santo le mandó que lo escribiese y que llevase sus reliquias á Euchayta, y las colocase en una heredad de sus progenitores; y que cuando el mismo Augaro muriese se hiciese enterrar á la mano izquierda junto al santo. Trae esta vida Fr. Lorenzo Surío en su primer tomo, y el Martirologio romano hace mencion de san Teodoro á los 7 de febrero, y los griegos en su Menologio, y Nicéforo Calixto en su historia, libro VII, capítulo 44; y el cardinal Baronio en el tercetomo de sus Anales. Adviértase que hay otro Teodoro tambien insigne mártir, del cual se hace mencion en el Martirologio romano á los 9 de noviembre, el cual se llamó Teodoro «el Visoño,» á diferencia de este otro Teodoro, llamado «el Capitán,» y por otro nombre «Teodoro Amaseno,» por el lugar en que murió; y «Euchayta,» por haber sido su cuerpo trasladado á aquella ciudad, que despues se llamó Teodorópolis, por haber alcanzado por sus oraciones una insigne

victoria el emperador Juan Zemisce, que le edificó un suntuoso templo y acrecentó la fiesta que al santo se le hacia.

SAN RICARDO, REY DE INGLATERRA.—La sabiduría, prudencia y justicia, virtudes indispensables á las personas constituidas en autoridad, y especialmente á los reyes, brillaron de un modo singular en la persona de Ricardo. Deseoso de que entre sus vasallos reinara la paz y union, medios indispensables para la felicidad, se ocupaba con asiduidad en componer los ánimos irritados y en procurar el bienestar del reino. Para vacar mejor á la contemplacion de Dios, abdicó la corona, despreció las riquezas, y despues de haber visitado los santos lugares de Jerusalem y Roma, cuando consintiéndolo su esposa iba á entrar en un monasterio para acabar allí en paz sus dias, permitió el Señor no se realizaran tan fervorosos deseos, viéndose acometido en Luca donde se hallaba con su esposa y dos hijos de una enfermedad mortal, que acabó con su vida el dia 7 de febrero del año 722. Su muerte fué llorada por los anglo-sajones, quienes hicieron todos los esfuerzos para obtener de la ciudad de Luca su santo cuerpo; mas no quiso esta privarse de él, persuadida de que el cielo derramaria sus favores sobre ella por la intercesion del santo rey.

SAN AUGULO, OBISPO DE AUGUSTA EN BRETAÑA.—Fué martirizado el año 305 de Jesucristo, despues de una larga vida, la mayor parte de ella empleada en el laborioso ministerio del apostolado. Las actas de su martirio, ó por la incuria de los tiempos no se redactaron, ó han perecido como otros muchos monumentos de la antigüedad cristiana.

SAN ADAUCO.—Este noble italiano fué dedicado á la carrera de los empleos, y siendo aun muy jóven se hallaba ya condecorado con los más importantes del palacio imperial, cuando Diocleciano dió el decreto de persecucion contra los cristianos. Acusado de complicidad en las ceremonias y creencias de los nuevos fieles, fué arrestado en Frigia, donde á la sazón se hallaba desempeñando el cargo de tesorero imperial; y habiendo confesado públicamente á Jesucristo, fué entregado al verdugo y degollado el dia 7 de febrero del año 305. Hacen honrosa mencion de este santo los escritores antiguos Eusebio y Lactancio, y Juan de Salazar en su *Martirologium hispanum*, dice estas palabras en el dia 7 de febrero: «En la ciudad de Frias en España, en tiempo de Diocleciano, la festividad de innumerables mártires capitaneados por Adauco, ciudadano principal, quemados todos en una horrible hoguera, entre los cuales se contaban muchas vírgenes, matronas, y casi todo el senado y el clero de la misma ciudad.» Sin duda habla aquí el autor citado de los mártires que recuerda el Martirologio romano en este dia con las siguientes palabras: En el mismo dia la festividad de un gran número de santos mártires, todos de una misma ciudad, de la cual era gobernador Adauco; los cuales siendo cristianos y estando constantes en confesar la fé católica, fueron quemados por orden del emperador Galerio Maximiano.»

SANTA JULIANA.—De esta santa hace un hermoso elogio san Ambrosio, comparándola á la mujer prudente de los Libros sagrados: fué natural de Bolonia, cuya ciudad ilustró con el resplandor de sus eminentes virtudes. Habiendo quedado viuda muy jóven y con inmensas riquezas se consagró á Dios, y repartiendo sus bienes á los pobres:

vivió el resto de sus días en la soledad y en el retiro, hasta que coronada de méritos, descansó santamente en el Señor el día 7 de febrero del año 435. Su sagrado cuerpo fué sepultado con mucha veneracion en Bolonia, y junto á su sepulcro encontraron vista los ciegos, oído los sordos, movimiento los paralíticos, salud, en fin, toda clase de enfermos, y consuelo espiritual todos los que con verdadera fé la invocaron. Poco despues de su muerte autorizó la Iglesia su culto, y posteriormente el papa por medio de nuevos decretos.

DIA 8.

SAN JUAN DE MATA.—Nació en la villa de Falcon, pueblo de la Provenza en Francia, de una familia ilustre por su nobleza. Hallándose su madre próxima al parto, pidió fervorosamente á Dios un feliz alumbramiento; entonces se le apareció la Virgen María rodeada de luces, y despues de haberle asegurado "un dichoso parto, le dijo: El hijo que llevas en el vientre será insigne redentor de cautivos cristianos. Descubriéronse en Juan cuando niño claros indicios del cargo que en lo sucesivo confiara Dios á su caridad y diligencia; bebió con la leche la piedad, empezando esta á brillar cuando solo contaba siete años. Dotado de un ingenio vivo, sus padres le enviaron á la ciudad de Aix, célebre por sus maestros, para que cultivara las letras humanas, pasando despues á París á cursar la sagrada teología. No solo progresó en las ciencias extraordinariamente, sino tambien en la virtud; mereciéndose la estimacion de todos los maestros de aquella tan célebre universidad, especialmente de Lotario Romano, que despues fué sumo pontifice con el nombre de Inocencio III. Recibió el grado de doctor en teología, cuya facultad enseñó despues sacando muchos y muy aventajados discípulos. Obligóle el obispo de París á admitir una canongía de esta iglesia y recibir el presbiterado, y cuando le impuso el obispo las manos para ordenarle, bajó visiblemente sobre él una columna de fuego, dando Dios á conocer con esto que destinaba á su siervo para alguna empresa gloriosa de su Iglesia. No tardó el Señor en manifestar sus designios, y lo que significaba aquella columna; pues celebrando la primera misa en presencia del obispo de París, de los abades de san Victor, del rector de la universidad y casi todo el claustro, al tiempo de la consagracion rodeóle una brillante luz, y al elevar la sagrada Hostia se apareció un ángel vestido con un hábito blanco, con una cruz en el pecho de color encarnado y azul con dos cautivos á sus lados. Comprendió el santo con esta vision, ser destinado para fundar una religion cuyo instituto habia de ser redimir los cautivos de la tiranía de los sarracenos. Determina, de acuerdo con el obispo de París, pasar á Roma, á dar noticia al pontifice de lo acaecido, y pedir la aprobacion de la nueva orden; mas ántes movido de cierto impulso interior, se retiró á la soledad, y allí encontró á un ermitaño, Félix de Valois, y estando juntos en santa conversacion vino á ellos un ciervo llevando una cruz de colores carmesí y celeste entre las astas. Juan manifestó á Félix lo que aquello significaba atendida la vision que habia tenido en la misa, y no dudando que era la voluntad de Dios la fundacion de una orden con el objeto de redimir cautivos, pasaron á Roma á impetrar la aprobacion del pontifice, quien habiendo tenido la misma

revelacion, no solo aprobó la orden, enriqueció de gracias y privilegios á los religiosos, sino á mas hizo donacion á Juan de Mata de la iglesia de santo Tomás de Formis, con todas sus pertenencias y rentas, fundando allí mismo un hospital para que los Trinitarios asistiesen en él á los enfermos. Todos los cuidados de Juan despues de fundada la orden, fué poner en práctica la regla que habia dispuesto y escitar á los religiosos á observarla exactamente, y en especial á ejercer la caridad para con los infelices cautivos. Fundó varios conventos en diferentes puntos, y especialmente en España y Francia. Fué este santo muy apreciado del papa Inocencio III, de los reyes de Francia y España, los cuales le confiaron en diferentes ocasiones encargos de mucha importancia, teniendo todos el mas brillante éxito. Retiróse por último en Roma á esperar la muerte, y despues de haberse ocupado en la predicacion, en recoger limosnas para los cautivos y recibido con fervor los santos Sacramentos, entregó su alma al Criador en 17 de diciembre de 1213.

SAN JUVENCIO.—Fué obispo de Pavia y apóstol de toda aquella parte de Italia, la cual convirtió á la fé de Jesucristo. Su episcopado duró treinta y nueve años, durante cuyo tiempo se distinguió siempre por el celo mas puro en favor de la religion, por su infatigable constancia y eminentes virtudes, hasta que murió en Pavia durante el siglo II.

SANTA COINTA.—Padeció martirio en Alejandría en tiempo del emperador Decio. Llevada por los paganos delante de un ídolo para que le adorase, y habiéndolo rehusado con abominacion, la ataron por los piés, la llevaron arrastrando por las calles, hasta que últimamente la despedazaron.

EL GLORIOSO TRIUNFO DE LOS SANTOS MONGES DEL MONASTERIO LLAMADO DIO.—Fueron martirizados en Constantinopla por los años 485 por defender la fé católica, y porque llevaban cartas del papa san Félix contra Acasio.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MARTIRIZADOS EN PERSIA.—Sufrieron el martirio por confesar la fé de Jesucristo, en tiempo del rey Covades, á principios del siglo VI.

SAN ESTÉBAN DE MORETO.—Fué hijo del conde Tierri de Auvernia, y habiendo viajado por Italia y visitado las ermitas calabresas, tomó tanto gusto por la vida cenobítica, que al volver á Francia se retiró á la montaña de Moret, en el Lemosin, en cuyo destierro vivió por espacio de cincuenta años, todo entregado á la mortificacion, al ayuno y á la piedad. En 1073 obtuvo una bula de Gregorio VII para la fundacion de una nueva orden monástica segun la regla de san Benito. La reputacion de sus virtudes le atrajo una porcion de discípulos y la visita de muchos personajes distinguidos, que querian admirar de cerca su santidad. Murió Esteban el año 1134, el setenta y ocho de su edad, y poco despues sus discípulos regularizaron la orden, de la cual aquel habia sido fundador, y que tomó el nombre de Granmon, cuya orden fué suprimida en 1769.

SAN PEDRO.—Fué llamado *iguco*, porque pasó sin lesion por el fuego, para probar la culpa de los obispos simoníacos. Célebre religioso del orden de Valleumbrosa, de la ilustre casa de los Aldrobandinis, fué creado cardenal y obispo de Albano el año 1073. Fué prelado sabio y prudente; dotado particularmente por el cielo con el don de apaciguar y reconciliar los espíritus turbulentos de su

tiempo. Despues de haber prestado incalculables servicios á la religion y al estado, murió santamente á fines del siglo XI.

LOS SANTOS PABLO, LUCIO Y CIRIACO, MÁRTIRES.—Fueron martirizados en Roma, pero se ignora cuando.

LOS SANTOS DIONISIO, EMILIANO Y SEBASTIAN.—Fueron martirizados en la Armenia menor, ignorándose tambien la época de su muerte.

SAN HONORATO.—Fué elegido obispo de Milan á mediados del siglo VI. Ilustre en virtud y milagros, trabajó no solo en promover los intereses de la religion, sino tambien los temporales de su rebaño. Contuvo á los bárbaros del norte, é impidió que la desolasen y que sus habitantes fuesen pasados á cuchillo. Murió en dicha ciudad el dia 8 de febrero del año 570.

SAN PABLO, OBISPO DE VERDUN, EN FRANCIA.—Fué esclarecido en milagros, y principalmente en la gracia de curar los enfermos: murió entre sus ovejas el año 649.

DIA 9.

SANTA APOLONIA, VIRGEN Y MÁRTIR.—El martirio de la bienaventurada virgen y mártir santa Apolonia, escribió san Dionisio Alejandrino en una epístola, que refiere Eusebio Cesariense en su Historia eclesiástica, de esta manera.

Fuó santa Apolonia de la ciudad de Alejandria, y vivió toda su vida virgen, con gran recato, modestia y ejemplo. Estaba en aquella ciudad un mago ó hechicero, cruelísimo enemigo de cristianos, el cual por instigacion del demonio comenzó á mover á todo el pueblo para que defendiese su antigua religion y culto de sus falsos dioses, y persiguiese y quitase de sobre la faz de la tierra á los cristianos que la impugnaban, y traian al mundo una nueva y ridícula religion, y predicaban que era Dios un hombre crucificado. Fueron las palabras de este mago como centellas de fuego infernal, que cayeron en los corazones de aquella gente idólatra y perdida como sobre yesca seca: y así los encendió é inflamó de tal manera, que luego entraron por las casas de los cristianos, robando todo lo rico y precioso que habia en ellas, y quemando lo que no era tal, y atormentando y matando con atroces géneros de muerte á muchos cristianos que hubieron á las manos: entre los cuales fué una santa Apolonia, virgen, que era ya de anciana edad, y de grandes y admirables merecimientos, y muy respetada en aquella ciudad. Quisieron persuadirla que negase la fé de Cristo y sacrificase á los dioses; y como la santa estuviese constante y firme, le dieron muchos golpes y le quebrantaron las mejillas, y con gran violencia y furor le arrancaron todos los dientes; y habiendo hecho una grande hoguera, la amenazaron que la quemarian viva si no blasfemaba á Cristo. Entonces la santa se detuvo un poco, y recogió su alma é hizo oracion al Señor, y encendida de su amor y de aquel fuego divino con que estaban abrasadas sus entrañas, con particular instinto é impulso de Dios, sin el cual lícitamente no se pudiera hacer, corriendo, se arrojó en el fuego, del cual fué consumida, quedando espantados los gentiles, por ver que la santa habia sido mas pronta en tomar la muerte que ellos en querérsela dar. Sucedió esto á los 9 de febrero del año de 252, siendo san Fabian papa y Filipo emperador. Celebra la Iglesia la fiesta de santa Apolonia

el mismo dia de su martirio. Es abogada esta santa en los dolores de muelas, y por su intercesion hace Nuestro Señor muchas mercedes á los que la invocan con devocion.

SAN NICÉFORO, MÁRTIR.—A los 9 de febrero hace mencion el Martirologio romano de san Nicéforo, mártir de Antioquia de Siria, y los griegos en su Monologio le celebran, y Metafraste escribió su martirio, que me ha parecido poner aquí por ser cosa notable y digna de consideracion; y fué de esta manera.

Siendo emperadores Valeriano y Galieno su hijo, hubo en Antioquia un sacerdote cristiano, llamado Sapricio, y otro hombre lego tambien cristiano que se llamaba Nicéforo. Estos dos trabaron tan estrecha amistad entre sí, que parecian dos hermanos de un vientre, ó una alma en dos cuerpos. Duró esta amistad algun tiempo; y el demonio, que es enemigo de paz y concordia, teniendo envidia á la que Sapricio y Nicéforo tenian entre sí, procuró sembrar cizaña y division entre los dos, y salió con ello, de manera, que vinieron á tan grande rompimiento y aborrecimiento el uno del otro, que no se podian ver ni querian hablar, ni toparse cuando iban por la calle: tanto era el odio, que el demonio habia sembrado en sus corazones. Mas andando el tiempo, Nicéforo, tocado de la mano del Señor, volvió en sí, y entendiendo que aquel rencor le llevaba al infierno, envió algunos amigos suyos á Sapricio, rogándole por Jesucristo que le perdonase y se reconciliase con él. Oyó el recado el sacerdote (que debiera ser el primero á buscar la paz); y no le oyó; porque no la quiso conceder á su hermano, ni perdonarle. Volvió Nicéforo la segunda y tercera vez á enviar á otros amigos suyos, para pedirle lo mismo; pero no hallaron entrada en el corazon empedernido de Sapricio. Entonces Nicéforo, para ablandarle con su presencia y obligarle mas, fué á casa de Sapricio, y se echó á sus piés, y le suplicó con grande afecto, que por amor de Dios le perdonase; y Sapricio le desechó y no quiso abrir la puerta de su corazon á tan justa demanda. ¡O pecho duro y digno del castigo que Dios le dió! Estando en esto creció en Antioquia la persecucion de los emperadores contra los cristianos. Fué preso Sapricio y llevado delante del presidente, y confesando que era cristiano y presbítero, y que no queria adorar á los dioses, le juzó le mandó duramente atormentar; y estando en el tormento, que fué largo y cruel, Sapricio dijo al presidente: Bien puedes atormentarme y despedazar mis carnes, porque Dios te ha dado potestad para esto; mas el dominio sobre mi alma Dios solo le ha reservado para sí. Finalmente, viendo el juez su constancia, y que perdía tiempo en quererle apartar de la confesion de Cristo, le mandó degollar. Supo Nicéforo la sentencia que se habia dado contra Sapricio; y parecióle buena ocasion, al tiempo que le llevaban al suplicio le salió al encuentro, y echándose á sus piés en la calle, le dijo: Mártir de Cristo, perdóname lo que he pecado contra tí. Sapricio no le respondió. Tornó Nicéforo segunda vez en otra calle, y con palabras mas humildes y amorosas le pidió perdon; de suerte, que los mismos sayones que llevaban á Sapricio al martirio, se reian de Nicéforo porque pedia perdon á un hombre que tan en breve habia de morir. Mas tampoco esta vez hizo mella en aquellas entrañas mas duras que el acero y que el diamante. Finalmente, estando ya en el lugar del suplicio, Nicéforo postrado en el suelo le puso delante el favor que Dios le hacia, en que muriese por él; y

que pues iba á recibir la corona del martirio, le consolase perdonándole por amor de aquel mismo Señor, por quien moria. Todo esto no bastó, para que se vea si hay corazones de hombres mas crueles que los leones, y mas fieros que los tigres; y se entienda lo que dice san Pablo, que aunque el hombre entregue su cuerpo para ser abrasado á las llamas, ninguna cosa le aprovecha, si no tiene caridad: como se vió en lo que sucedió al triste Saprício; porque al punto que el verdugo le dijo que se arrodillase para cortarle la cabeza, él respondió: ¿Pues por qué me la quereis cortar? Porque menosprecias, dijo, el mandato de los emperadores, y no quieres adorar á nuestros dioses, teniendo á Cristo por Dios. Entonces dijo Saprício: Pues no me hirais ni me mateis, que yo sacrificaré á los dioses y haré lo que mandan los emperadores. Estaba presente á este lastimoso espectáculo el buen Nicéforo, y con muchas lágrimas y tierno afecto habló á Saprício, suplicándole que no desfalleciese ni perdiese tan fácilmente la corona de gloria, que con los tormentos pasados habia ganado, y allí le estaba aparejada. Pero el que habia cerrado la puerta tan de golpe al perdón y misericordia de su hermano, no mereció abrirla para que Nuestro Señor usase de tan gran misericordia con él y le perdonase. Quedó el desventurado y miserable en su perfidia y obstinacion, negando en aquel trance á Cristo, á quien en los tormentos habia confesado. Entonces Nicéforo viendo la perdicion de Saprício, encendido de amor divino, y deseoso del martirio, á grandes voces dijo: Yo soy cristiano y confieso por mi Dios á mi Señor Jesucristo, al cual este ha negado: dejadle y matadme á mí por él. Fué avisado el presidente de lo que pasaba, y mandó que dejasen á Saprício y degollasen á Nicéforo; y así se hizo, quedando el uno vivo en el cuerpo, y muerto en el alma para Dios; y el espíritu del otro, muerto el cuerpo, volando vivo al cielo, para gozar de las moradas eternas.

El martirio de este glorioso caballero de Jesucristo fué á los 9 de febrero del año del Señor de 260, imperando Valeriano y Galieno. ¿Pues quién no ve en este martirio de san Nicéforo, cuán peligroso es un corazón duro, vengativo, y para con los prójimos desabrido? ¿Quién no entiende, que todas las obras que hace un cristiano, por altas y preciosas que parezcan, si no nacen de la raíz de la caridad y amor de Dios y del prójimo, no son fructuosas para la vida eterna, ni agradables en los ojos del Señor? El cual estimó en tan poco los tormentos que Saprício habia sufrido por la confesion de su fé, con haber sido tantos y tan grandes, porque no tuvo valor para vencer el odio con que tenia á su hermano atravesado el corazón; porque es verdadera é infalible la sentencia de Cristo, que dijo: «Si no perdonáredes á los otros las ofensas que cometen contra vos, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará á vosotros vuestros pecados. Con la medida que midiéredes á vuestro hermano os medirán á vos.» ¿Quién no se admira, teme y tiembla de los secretos juicios de Dios, por mas que sea religioso y sacerdote; y haya comenzado bien y padecido mucho por Cristo, considerando que Saprício era sacerdote y padeció muchas penas y tormentos por el Señor, y al cabo desfalleció y no mereció el don de la perseverancia, ni la corona del martirio? Y por otra parte Nicéforo, que era lego y ménos obligado que el sacerdote á seguir la doctrina evangélica del amor; por haberse abrazado con ella; y basado la paz del que huía de ella,

y pedido perdón tantas veces al que con ánimo obstinado y pertinaz se lo negó, agradó tanto á Nuestro Señor, que le hizo digno del martirio, y glorioso en el cielo.

SAN ALEJANDRO, MARTIR.—El Martirologio romano nos dice fué este santo martirizado junto con otros treinta y ocho compañeros en Roma; mas leemos en Bolandos, que este no es otro sino el mismo que lo fué junto con San Ammonio.

SAN ALEJANDRO Y SAN AMMONIO.—Fueron martirizados en Zea, en la isla de Chipre, con otros muchos, en tiempo de san Atanasio.

LOS SANTOS PRIMO Y DONATO.—Estando custodiando el altar en la iglesia del castillo Semelense en África, fueron sacrificados por los donatistas, el dia 9 de febrero del año 362.

SAN AUSBERTO.—Desde sus primeros años abrazó la vida monástica, y entró en el monasterio de Fontanele, del cual fué abad. A pesar de su modestia y del retiro en que vivia, habiendo vacado la silla de Ruan, fué elegido obispo por el clero y el pueblo. La fama de sus esclarecidos méritos voló desde la altura del episcopado por todas las Galias, que santificó por medio de sus trabajos apostólicos, y por las innumerables conversiones que cada dia obraba. Ausberto fué en su tiempo un verdadero sucesor de los apóstoles, en el celo, en la caridad y en el glorioso don de hacer milagros. Murió el año 693, y su cuerpo fué sepultado en el monasterio de que habia sido digno abad.

SAN SABINO.—Natural de Italia, fué promovido á la silla episcopal de Canosa, en la provincia de la Pulla, cuya iglesia dirigió hasta su muerte, acaecida el dia 9 de febrero del año 566. Fué prelado eminente por sus talentos y erudicion; por sus escritos, dirigidos todos á combatir el error hasta en sus últimas trincheras; por sus viajes y su infatigable laboriosidad; por el don de profecía; y por sus muchos milagros.

DIA 10.

SAN GUILLERMO, ERMITAÑO Y CONFESOR.—Fué san Guillermo hijo de los duques de Aquitania y condes de Pictavia, ilustrísimos por sangre, y en riquezas y estados poderosos. Sucedióles Guillermo como heredero, y vino á ser duque y conde como sus padres: los cuales le criaron en toda grandeza y regalo; y él de suyo era brioso y mal inclinado. Era muy alto de cuerpo, y tanto que parecia gigante, y de tantas fuerzas, que no habia quién compitiese con él; y comía tanto, que bastara para ocho mancebos bien dispuestos y robustos. Gustaba mucho de las armas y pendancias; y cuando no habia guerra en que ocuparse, desafiaba á los otros á pelear consigo. Fué muy vicioso y tan carnal, que como otro Heródes tomó por fuerza su mujer á un hermano suyo, y la tuvo tres años en su casa, y no sufría que ninguno le reprendiese y tachase lo que hacia. En la cólera era un fuego, en el perdonar de acero, y como una dura piedra para todo lo que era blandura y piedad. Vivía en aquel tiempo en su pobre y santo monasterio de Claraval el glorioso Bernardo; el cual, oyendo la mala vida de Guillermo, y el escándalo que daba á sus pueblos y á todo el reino de Francia, por ser príncipe tan esclarecido y puesto en los ojos de tantos; hizo oracion por él, y deseó mucho hablarle y reducirle al camino de la vida; mas no halló modo de hacer lo que deseaba; por-

que ni él quería salir de su rincón y santo recogimiento, ni podía enviar á llamar al duque Guillermo; porque siendo tan libre y desbaratado como era, no se dignaría de venir á Claraval. Pero andando el tiempo, Dios nuestro Señor abrió camino para que san Bernardo hablase al conde, con la ocasion que aquí diré.

Después de la muerte de Honorio II, sumo pontífice, fué elegido en su lugar Inocencio II de este nombre: opúsosele un cardenal, caballero romano principal llamado Pierleon, el cual tomó por nombre Anacleto, y causó un peligroso cisma en toda la Iglesia católica, porque unos seguían y obedecían á Inocencio que era el verdadero papa, y otros á Anacleto que era antipapa, y con violencia habia usurpado la silla apostólica. Hizose en Francia un concilio para averiguar esta verdad, y fué llamado á él, por su grande autoridad y opinion de santidad y prudencia, el bienaventurado padre san Bernardo; y todo el concilio puso en sus manos aquel negocio, y por su declaracion y sententia, recibió por papa y vicario de Cristo á Inocencio, sin que hubiese persona en todo aquel concilio que se opusiese á tal declaracion; y así fué obedecido en todo el reino de Francia. Solo Guillermo, parte por su mala condicion, y parte por persuasion de un mal obispo, tomó las partes de Anacleto, y le favoreció, y persiguió á todos los que tomaron la voz de Inocencio. Por esta ocasion fué el santo abad á Poitiers, y estando en un convento de su orden, que allí se habia fundado, envió á rogar á Guillermo que se dejase hablar, y él vino á san Bernardo: el cual ni con blandura, ni con severidad, ni con ruegos, ni con amenazas de la ira de Dios, pudo alcanzar del duque lo que pretendia; y así se volvió á su recogimiento, triste y desconsolado, porque el mal de Guillermo le atravesaba el corazón, y el verse en su celda le alegraba. Pero no pudo reposar mucho en ella; porque enviando el papa Inocencio por legado suyo á Aquitania á Gaufrido, obispo Carnotense, para remediar los daños que el duque Guillermo en aquella provincia hacia contra la Iglesia y contra los obispos, prelados y eclesiásticos; llevó á san Bernardo en su compañía, y á otros muchos obispos y religiosos, para tratar de comun acuerdo lo que con un hombre tan terrible, fiero y poderoso se habia de hacer. Habló la segunda vez el santo abad, y aunque le persuadió que daría la obediencia á Inocencio, nunca le pudo persuadir que restituyese los obispos que tenia desterrados; porque decia que le habían ofendido y que él habia jurado de no perdonarlos jamás. Como el santo vió tan duro y empedernido al duque, entróse en la iglesia á hacer oracion por él, y á decir misa, y tomó el santísimo Sacramento sobre la patena y salió á la puerta de la iglesia, donde estaba el duque; porque no podia entrar en la iglesia por estar excomulgado. Allí le habló el santo abad, teniendo á Jesucristo nuestro Salvador en las manos, con tan grande imperio y espíritu del cielo, que el duque cayó en el suelo, y postrado á los piés de san Bernardo hizo todo lo que le mandó, como mas largamente lo escribimos en su vida. El santo se volvió á Claraval, dejando asombrado y atónito al duque; pero mas tratable y blando. Y el Señor, que de gran pecador le queria hacer gran santo, y de Saulo, Paulo, le miró desde el cielo con ojos de piedad, y con los rayos amorosos de su divina luz fué penetrando poco á poco el corazón del duque, despidiendo las tinieblas que le ofuscaban, alumbrándole y encendiéndole á

hacer penitencia de sus pecados gravísimos y convertirse de veras al Señor. Hizo esta resolucíon Guillermo, y para acertar lo que habia de hacer, deseó tomar algun varon espiritual y prudente por maestro que le enseñase, y aunque se inclinaba á ponerse en manos de san Bernardo; pero por estar léjos y parecerle que le habia ofendido mucho, lo dejó y se fué á otro solitario, que moraba allí cerca y era hombre sin letras y simplicísimo, pero tenido por santo; el cual, cuando vió á Guillermo que le venia á buscar, sabiendo los males innumerables que habia hecho contra la Iglesia, tuvo temor que no viniese por mal; y así le riñó y reprendió mucho, diciendo que era tirano, cruel y una fiera infernal; que no le tentase, sino que se volviese á Dios é hiciese penitencia de sus pecados; y por mas que Guillermo le dijo, que para esto venia aparejado á seguir su consejo, y hacer lo que él le dijese; nunca el solitario quiso aconsejarle, temiendo ser de él engañado; pero remitióle á otro santo viejo, hombre docto y experimentado que vivia allí cerca. No se alteró el duque ni se embraveció con el desvío y sequedad del solitario, porque estaba ya herido de Dios; antes se fué á buscar con mucha humildad y paciencia al otro siervo del Señor, el cual le recibió benigna y amorosamente; porque habia tenido revelacion de Dios de la venida del duque y á lo que venia; y después que entendió de él sus buenos propósitos, y le confirmó en ellos, haciéndole las caricias que pudo, le dijo que se volviese á su casa y que no descubriese á nadie sus intentos; porque el descubrirlos suele ser muy peligroso para los que comienzan y quieren servir al Señor y que después, vestido de sus armas, volviese á él en el mejor caballo que tenia en su caballeriza. Todo lo hizo Guillermo, como el santo viejo se lo mandó: volvió muy bien armado, como si fuera á la guerra, y muy bien á caballo, y halló á su maestro y consejero, y con él á un herrero con todos los instrumentos de su arte, que el mismo santo habia hecho traer. Después de haber oído á Guillermo, él con grande severidad y con un espíritu del cielo le puso delante los males gravísimos que habia cometido, las penas del infierno que merecia por ellos y que Dios lo habia guardado por su misericordia, para que satisficiese en esta vida por ellos dignamente, y que para esto era necesario, que á la medida de la culpa fuese la penitencia; porque algunos, dijo, se engañan gravemente, pensando que con cualquiera penitencia purgan los pecados abominables y detestables que cometieron, y no ménos los sacerdotes que los dejan con este engaño ir al infierno. Mejor es que pagues lo que debes á Dios en esta vida, que nó en la otra con fuego eterno. Pues para esto toma mi consejo, y entiende que el ayuno doma la carne, y la oracion sana el alma, y la limosna vale para todo. Por esto vende todo lo que tienes y dalo á los pobres, y vistete de esta loriga de hierro que tengo aquí aparejada y tráela todos los dias de tu vida y con los piés descalzos vé al papa y échate á sus piés, para que te perdone y absuelva de la excomunion con que es áncadenado, y quite el escándalo que has dado al mundo. De la oracion no te digo nada; porque confia en Dios que con el tiempo la union del Espíritu Santo te enseñará lo que en ella y en las demás cosas debes hacer.

Bien se vió que no hablaba el viejo, sino Dios por él que habia inflamado ya á san Guillermo en su amor, de tal manera que aceptó aquella tan rigurosa penitencia, como

si un ángel por orden del Señor se la hubiera traído del cielo. Allí mismo se desnudó y por manos del solitario y del herrero se vistió aquella loriga de hierro sobre sus carnes y se la aferraron con diez cadenas tan fuertemente que no se pudiese con el tiempo quitar, y sobre la loriga le echaron un áspero cilicio, y en la cabeza un morrion de hierro, y con estas armas vestido volvió á su casa y dió todo lo que pudo á los pobres, y descalzo, y á pié se fué en busca del sumo pontífice que á la sazón era Eugenio III, discípulo de san Bernardo y habia venido de Roma á Francia y celebrado concilio en Reims, y en él excomulgado de nuevo y anatematizado á Guillermo, como rebelde y pertinaz; no sabiendo que Dios nuestro Señor le habia tocado el corazón y que ya estaba arrepentido. En esta coyuntura se presentó el duque en aquel hábito de penitente descalzo al papa y se postró á sus piés, y con los ojos bajos y llorosos y con el rostro vergonzoso y humilde, comenzó á pedirle perdon, encareciendo sus grandes maldades, y suplicándole que se las perdonase, pues Dios es tan misericordioso y era su vicario en la tierra. Espantóse el papa, cuando vió un hombre de tan alta estatura á sus piés, sin conocerle, y preguntóle quién era. Cuando oyó de él que era Guillermo duque de Aquitania, mucho mas se maravilló, temiendo no fuese alguna fantasma, ó que el demonio hubiese tomado aquella figura para engañarle, y dijo: Yo no sé quién eres; porque al duque Guillermo no le conozco de vista; pero si tú no eres el que me dices y me has querido engañar, mira no caiga sobre tí la maldición de Dios; y si eres el duque como dices, ¿porqué te finges penitente? ¿Ó cómo quieres que crea que estás arrepentido de las maldades y delitos que has cometido contra su Iglesia, sembrando cisma en ella, y escandalizando al mundo y tomando su propia mujer á tu hermano? Bien sé que Dios es todopoderoso, y que puede convertir las piedras en hijos de Abraham y de lobos hacer corderos; pero hasta ahora no sé que lo haya hecho en tí; no lo arrearé hasta que vea otras señales de mayor penitencia. Vete de mí presencia, porque yo no sé qué hacerme contigo, ni sé quién eres. No se turbó Guillermo con esta severa respuesta; ántes se humilló mas y con los ojos bajos y con la voz temblando, dijo que bien conocia que sus pecados merecian mayor castigo, y que para satisfacer por ellos habia venido á su santidad, y que le suplicaba que le echase su bendicion; porque si no la alcanzaba le protestaba que el sumo pastor Jesuista, cuyo vicario él era en la tierra, le pediria cuenta de su alma, como de oveja perdida. Entonces el sumo pontífice le respondió mas blandamente, y le remitió al patriarca de Jerusalem que era varon santo y prudente, dándole todas sus veces, para que hiciese con Guillermo todo lo que le pareciese ser necesario para bien de su alma. Consolose con esta respuesta Guillermo, y besando el pié al papa, fué á Jerusalem y dió cuenta al patriarca de su vida. El patriarca, además de ser varon perfecto, prudente y de gran consejo, era hijo de un criado antiguo de Guillermo, á quien él por sus buenos servicios habia hecho grandes mercedes, y el patriarca, sabiendo esto, como buen hijo, deseaba agradecer á san Guillermo y servirle por lo que habia hecho por su padre; y así juntándose la piedad y amor de Dios con este reconocimiento y gratitud, el patriarca, despues de haber hecho gracias al Señor, por haber alumbrado y trocado el corazón de Guillermo tan poderosamente, y supli-

cándole que llevase adelante lo que habia comenzado y le diese perfeccion; abrazó al duque con entrañas de verdadero padre, y le acarició y regaló, y quiso tenerle en su casa; pero el duque no lo consintió, ántes le pidió que mandase hacer en una cueva que estaba allí cerca de su casa, un aposentillo á manera de choza, en el cual se encerró y estuvo nueve años con grande aspereza y rigor de vida; porque su casa era aquella pobre celda, su comida un pedazo de pan negro, su bebida un poco de agua, su vestido la loriga y el cilicio, su cama el suelo, su cabezal una piedra y por cobertor el techo, y con todo esto estaba mas seguro y mas alegre que cuando era señor y poderoso, é iba vestido de oro y seda. Pasaba muchas noches enteras en oracion, y lloraba amargamente sus pecados, heria sus pechos, y hacia una vida que parecia mas de un hombre venido del cielo que nó de tan gran pecador como él habia sido ó de hombre mortal; y así el Señor comenzó á regalarle y á enviarle ángeles que á menudo le visitasen amonestasen y consolasen.

Mas estando él ocupado en tan santos ejercicios, y olvidado de su tierra, grandeza y estados; sus deudos, amigos y vasallos no lo estaban de buscarle y saber dónde estaba. Para esto hicieron muchas y grandes diligencias, enviando por muchas provincias, por mar y por tierra, hombres que le buscaban; y finalmente sabiendo de algunos peregrinos que volvían de Jerusalem, que estaba en aquella santa ciudad, fuéron allí muchos de sus deudos y amigos, y hallándole en aquella cueva y traje tan vil y penitente, le quisieron persuadir que en todo caso se volviese á su casa y dejase aquel desatino, que así le llamaban, y aquella manera de vida tan loca, que habia comenzado; pues era sobre sus fuerzas y no la podia llevar adelante, y tenia edad para poder gozar de sus estados y hacer bien á muchos y librar á sus vasallos de los agravios que sus enemigos les hacian y remediar á los pobres, consolar á las viudas, amparar á los huérfanos y reprimir á los insolentes que en su ausencia robaban los pueblos y destruian las iglesias y hacian todo lo que querian. Oyó san Guillermo los silbos de las serpientes, y no los oyó, porque determinó cerrarles las orejas, y para librarse de ellos salirse de donde estaba secretamente é irse á otra parte, donde le guiase Dios y así lo hizo; pero permitió nuestro Señor que el demonio de allí adelante le tentase mas fuertemente, y que las palabras que sus parientes y amigos le habian dicho, y él habia desechado, se le pegasen en el corazón, representándosele lo que habia dejado y lo que al presente tenia, y deteniéndose en estos pensamientos mas de lo que debiera, se comenzó á entibiar y á trocar el corazón y aficionarse á la vida pasada y á no estar tan firme en su primer propósito; y esta tentacion permitió Dios, para que mas se humillase y mejor entendiese su flaqueza, y que toda su fortaleza le venia de arriba.

Partióse de Jerusalem y vino á Italia y pasando por el estado de Luca, halló que los luqueses hacian guerra contra algunos vecinos suyos y que tenian cercada una fortaleza y no la podian tomar: y como Guillermo era tan valeroso y experimentado soldado, y venia ya tibio, como dijimos en su propósito, se dejó de decir, que aquellos capitanes que allí estaban, no sabian lo que se hacian y que si aquel negocio estuviera en su mano, muy presto lo acabara y con feliz suceso. Entendieron esto los gobernadores de aquella empresa, hablaron con Guillermo, rogándole que se en-

cargase de ella; y él prometió de hacerlo, y se armó, y aprestó y puso en orden. En este punto Dios nuestro Señor se apiadó de él, y para alumbrar su alma le quitó la vista corporal. Abrió los ojos de la carne y hallóse ciego: abrió los del alma y conoció su pecado, y lloróle y pidió perdon á Nuestro Señor, y suplicóle que le restituyese la vista; porque él le prometia volver al estandarte de la cruz que casi habia dejado, y de militar debajo de él hasta la muerte. «Abrid, dijo, Señor, vuestros ojos y mirad mi desconsuelo; y abrid mis ojos, para que yo vea vuestra consolacion.» Luego cobró la vista, y avisando á los gobernadores que le habian hablado, que él era un pobre hombre que pretendia servir á Dios, y que no le era lícito tratar las armas, se despidió de ellos y tomó el camino otra vez para Jerusalem. Entró en el mar, y navegando fué preso de los corsarios sarracenos: los cuales, viendo sin armas, pobre y desnudo, luego entendieron que debia ser algun cristiano penitente, tentáronle y descubrieronle la loriga, que traia á raiz de las carnes y se la quisieron quitar; pero no pudieron por estar aferrada con aquellas cadenas que se dijo arriba, y así le dejaron: y llegando á Jerusalem, volvió á su estrecha y antigua morada, donde de nuevo fué asaltado de los enemigos domésticos, parientes y amigos suyos que con todas las máquinas y artificio que pudieron, le pretendieron derribar y hacer volver atrás, para que habiendo salido de Sodoma, se volviese en estatua de sal, como la mujer de Lot; pero como él estaba ya mas escarmentado, cerró las orejas como áspid sordo á la voz de los encantadores; y por librarse de ellos despues de haber estado allí otros dos años continuos, secretamente, sin ser sentido, se fué á una soledad que estaba allí cerca, para vivir como ermitaño sin ser de nadie conocido. En esta soledad estuvo algun tiempo ocupado en oracion y meditacion, en aspereza y penitencia, mortificando su carne con aspereza, y recreando su espíritu con el aliento y favor del cielo. Mas como el santo varon estaba temeroso de sí por lo pasado, y conocia su flaqueza y juzgaba que tenia necesidad de quien le ayudase y diese la mano; movido del Señor, se determinó venir á España para visitar el cuerpo del glorioso apóstol Santiago, su patron.

Vino y fué muy regalado del Señor por intercesion de su santo apóstol: y habiendo estado algunos dias ocupado en aquella santa devocion, y sido tratado con mucha caridad de algunas personas siervas de Dios que allí estaban, volvió en Italia; y en el territorio de Pisa, en un bosque que se llamaba Liballia, se entró en una cueva espantosa, donde se le llegaron algunos compañeros y edificaron un hospital para recogimiento de los pobres. Pero poco despues los religiosos que se le habian llegado se cansaron de él, porque no les hablaba sino de Dios y su vida les parecia inimitable, y así comenzaron á maltratarle y perseguirle. Por esto él, encomendando el hospital á uno de ellos que era buen hombre y se llamaba Pedro, los dejó, y se fué á otro monte llamado de Pruno, y en una selva muy espesa armó una choza para servir apartado al Señor: aunque como la fama de su santidad se esparció por toda aquella tierra, vinieron muchos á buscarle para vivir debajo de su obediencia, y ser enderezados por sus santos consejos á la perfeccion; mas tampoco esta vez le faltó qué padecer con ellos.

No pudo el demonio disimular mas su ira, y permitién-

dolo así Nuestro Señor para mayor merecimiento y corona de su siervo, determinó de hacerle guerra por otro camino; pues los que hasta ahora habia tomado, no le habian apróvechado. Estando, pues, una noche solo en su recogimiento, puesto en una fervorosa oracion y contemplacion de Dios, vino una gran multitud de demonios á él con gran ruido y tropel en varias figuras, y horribles formas de caballos, de leones, tigres, osos, serpientes y otras bestias fieras, dando bramidos y cada uno con su sonido propio, queriéndole espantar: parecia que aquellos demonios infernales hundian todo aquel campo; cereaban por todas partes la cabeza del santo; y comenzaron entre sí á pelear como hombres armados, y uno de ellos, tomando la figura de su mismo padre, con voz clara y serena comenzó á hablarle y exhortarle con muchas y amorosas palabras, que se compadeciese de su vejez, y obedeciese y dejase aquella triste vida, y se volviese á gozar de la que ántes tenia; pues en ella podia servir á Dios y hacer bien á muchos, y asegurar su salvacion: y como el santo estuviese fuerte, y los demonios viesan que no se movia ni respondia, juzgando que hacia poco caso de ellos, entraron con gran furia y le sacaron arrastrando de su choza, dándole muchos golpes y maltratándole de manera que le dejaron quebrantado y casi muerto, que apenas podia resollar. Mas el Señor no se olvidó de su soldado, aunque parecia que (como á otro san Antonio Abad) le habia dejado á solas pelear con aquellos monstruos infernales. Luego aparecieron tres doncellas hermosísimas, vestidas de inmensa claridad y entre ellas, la que con mayor resplandor y majestad venia, habló á Guillermo muy dulcemente, exhortándole á fortaleza y perseverancia; y esta fué la reina del cielo y Virgen María nuestra Señora, y las otras dos vírgenes encendieron fuego, y le calentaron, y le untaron con los ungüentos preciosos y aromáticos que traian: y con esto, y con la vista de la Virgen quedaron sanas las llagas y el cuerpo de san Guillermo, y con sus palabras se recreó y refociló su espíritu y confianza en sus mismas tentaciones y trabajos con esta Señora, teniéndola por su único amparo y refugio. No paró aquí el demonio; ántes viendo que por sí mismo no habia podido vencer á san Guillermo, pretendió derribarle por medio de los hombres ministros suyos. Comenzó pues á tentar los religiosos que con él estaban, y á instigarlos y encenderlos contra él, para que anduviesen amargos, descontentos y desabridos, y con palabras y obras, y con agravios é injurias se lo mostrasen; y ellos lo hicieron tan desatinadamente, que obligaron al santo á dejarlos y á volverse á aquel bosque de Liballia; donde ántes habia estado y edificó aquel hospital. Pero aquí no ménos le persiguieron con baldones y afrontas los otros religiosos: y él, viendo combatido en todas partes, y hallándose flaco y enfermo, no sabiendo que camino tomar ni á dónde ir, para tener paz y quietud oyó una voz del cielo, que le mandó que fuese á un monte llamado Petricio cerca de un pueblo llamado Castellon, donde estuvo algun tiempo en casa de unos casados personas virtuosas que le recibieron en ella con grande devocion y caridad. Y como un dia se hallase el santo por los muchos ayunos, gran calor y recio dolor de su cuerpo, casi consumido y desmayado, y pidiese á su huésped que le aparejase alguna cosa que comiese, para que no fallase, y ella, por estar con una fuerte calentura, no lo pudiese hacer; el santo hizo oracion á Dios, suplicándole

que la sanase; y ella luego sanó y le aparejó lo que habia menester, y despues le sirvió todos los dias de su vida. Mas con este milagro quedó Guillermo tan confuso y tan temeroso de la gloria vana y aire popular, que por no ser estimado se fué de allí á un valle que se llamaba *Stabulum Rhodis*, inculto y desierto, y ahora se llama Malavales, y está en el territorio de Sena, como lo notó el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio á los 10 de febrero: donde con la limosna y diligencia de algunas personas honradas y devotas se le hizo una habitacion pobre y vil, en que estuvo hasta el fin de su vida; la cual fué tan excelente y tan adornada de todas las virtudes, que parecia hombre, nó humano, sino divino; y las mismas fieras y serpientes le reverenciaban y se postraban á sus piés, y los lamian, y hacian todo lo que les mandaba.

Habiendo, pues, vivido en este lugar un año y medio en su acostumbrada y rigurosa penitencia y santa vida, entendió por la disposicion de su cuerpo, y no ménos por los afectos y ansias de su bendita alma, que se llegaba el tiempo en que el Señor le queria llevar para sí: y aunque estaba tan aparejado para aquella hora recibió los sacramentos de mano de un sacerdote, que para esto vino de Castellon, y dió su espíritu en manos de aquel Señor, que para tanta gloria suya le habia criado: y para descubrir mas en Guillermo el tesoro riquísimo é inestimable de su misericordia y clemencia, fué cosa maravillosa que al tiempo que espiró, su rostro, que por la aspereza y penitencia extremada estaba pálido, mortecino y consumido, súbitamente resplandeció, y con una nueva claridad quedó muy hermoso: y así como en vida parecia muerto; así en muerte parecia vivo. Sepultaron su cuerpo el sacerdote y un discípulo suyo llamado Alberto, en un huerto que el mismo santo solia cultivar por sus manos. Fué su muerte á los 10 de febrero del año del Señor, segun el cardenal Baronio, de 1156, y despues se labró una iglesia y monasterio, donde hoy día está su sepulcro y estuvo ántes su cuerpo, aunque parte de él se trasladó á Castellon, que está como una legua de Malavales, y se colocó en la iglesia de san Juan Bautista. Ilustró Dios á san Guillermo con muchos milagros en vida y mas en muerte; porque los que acudian con devocion á su sagrado cuerpo, estando enfermos alcanzaban salud, los ciegos vista, los sordos oido, los mudos lengua, los cojos piés, los mancos manos, los leprosos limpieza; y finalmente, todos volvian consolados haciendo gracias al Señor por las mercedes que les habia hecho, y al santo por cuyos merecimientos se las habia hecho. Tuvo don de profecía, como lo mostró en la hora de la muerte, consolando á Alberto discípulo suyo, diciéndole: que Dios le daría compañía, ántes que él partiese de esta vida, con la cual pudiese perseverar en aquel lugar; y así fué.

Los cronistas de la órden del glorioso padre san Agustín, y otros autores que escriben de la institucion y reformacion de las religiones, dicen, que san Guillermo, cuya vida acabamos de escribir, fué fraile ermitaño agustino, y que con su santa vida y ejemplo, y con la diligencia y solicitud grande que puso, reformó la misma órden del glorioso padre san Agustín en muchas partes, especialmente en el reino de Francia, porque estaba muy caída y relajada en su tiempo; y que la reparó de tal manera que en aquel reino y en otras partes los ermitaños se comenzaron á llamar los guillermistas, tomando el nombre, nó de

su autor sino de su reformador; como la órden del Cister le tomó del glorioso padre san Bernardo, por haber él ilustrado y amplificado la órden del Cister: y que por la misma razon los padres ermitaños de san Agustín en Lombardia y en otras partes de Italia se llamaron jambonitas, por un santo varon llamado Juan Bueno, mantuano y fraile de su órden, habiendo hecho en aquellas provincias lo que san Guillermo habia hecho en Francia; y que en otras partes tenian otros varios nombres y diferentes hábitos, reglas y cabezas, hasta que Alejandro papa IV redujo á todos los ermitaños que estaban dispersos á una órden, á una regla y á un hábito, que es el que ahora traen, y debajo de una cabeza y de un prior generalísimo, que fuese superior de todos como lo vemos ahora.

La vida de san Guillermo escribió un discípulo suyo, llamado Alberto que vivió mucho tiempo con él y se halló á su muerte. Tambien la escribió mas difusamente Teobaldo, obispo, en prosa, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en el primer tomo de la Vida de los santos, y Cornelio Grafeo en verso: y los padres Fr. Alonso de Orozco y Fr. Gerónimo Roman; y el Martirologio romano hace mencion de él.

Quien hubiere leído con atencion lo que aquí queda escrito, ¿no se maravillará de la inmensa bondad de Dios y de aquellas entrañas de piedad que siempre destilan dulzura, pues de Guillermo, enemigo cruel suyo, hizo amigo y siervo fiel; de leon bravo, manso cordero; de cuervo paloma, de tropiezo y lazo de Satanás, un dechado de penitencia y espejo clarísimo de santidad? ¿Qué pecador habrá tan engolfado en sus vicios, tan vencido en sus apetitos, tan rendido á sus torpezas y tan desahuciado, que no confie con la gracia del Señor poder volver en sí y cobrar salud y fuerzas, y llegar á puerto seguro, habiendo Guillermo salido del abismo profundo de sus maldades por el poderoso brazo del Señor, el cual siempre está aparejado á dar la mano al pecador si él se deja ayudar, y corresponde á su llamamiento y se entrega de veras á su voluntad, y hace frutos dignos de penitencia? Muchos hay que guardaron la inocencia; y pocos, que habiéndola perdido y vivido vida muy estragada y rota, la cobraron con la penitencia: pero no hay ninguno que no lo pueda hacer, mientras le dura la vida, si abre los ojos á la luz del cielo, y se deja llevar y guiar de ella, como lo hizo san Guillermo.

SANTA ESCOLÁSTICA.—Nurcia en Italia fué la patria de esta santa que nació de padres nobles, y fué hermana gemela del glorioso fundador san Benito. Abundancia su madre, murió cuando nació Escolástica; y su padre Eutropio crióla en la piedad y en el santo temor de Dios, y fueron tales sus deseos de servir á Dios, que resolvió consagrarse á él, y decidirse por la vida monástica y religiosa. Benito su hermano fundó un monasterio que fué el primero en el monte Casino, monasterio que tantos sabios y santos ha dado al mundo y á la Iglesia. Junto á este tan célebre monasterio edificó Escolástica otro de religiosas, las que dirigió con celo y edificacion. Despues de haber pasado algunos años en él, y estando cierto dia en conversacion con su hermano Benito, conoció la santa se acercaba su última hora, y deseando pasar en coloquios espirituales aquella noche le rogó se quedara; mas no queriendo acceder á sus ruegos Benito, púsose en oracion Escolástica, y al instante sobrevino una muy deshecha tempestad de agua, truenos

y relámpagos, que impidiendo regresar á su monasterio al abad, permaneció en compañía de su hermana. A los tres dias Escolástica entregó su espíritu al Criador, volando al cielo en forma y figura de blanca paloma, como la vió el mismo san Benito puesto en oracion. Su dichosa muerte fué á los 10 de febrero del año 543.

LOS SANTOS ZÓTICO, IRENEO, JACINTO Y AMANLIO, MÁRTIRES.—Murieron en Roma, en tiempo del emperador Decio, el dia 10 de febrero del año 251.

LOS DIEZ SANTOS SOLDADOS MÁRTIRES.—Sufrieron una horrible muerte por la fé, en Roma en la via Lavicana.

SANTA SÓTERA VIRGEN Y MARTIR.—Fué muerta en Roma, en la via Apia, durante el tercer siglo del cristianismo. Descendia esta santa, segun escribe san Ambrosio, de sangre muy ilustre, y despreció todas las grandezas de la tierra por solo servir á Jesucristo. Habiéndola mandado que sacrificase á los ídolos, y no queriendo hacerlo, fué por largo tiempo cruelmente abofetada, y despues de haber sufrido otros varios tormentos, por último fué degollada.

SAN SILVIANO.—Fué obispo de una ciudad de Campaña en tiempo del papa san Simaco, y asistió á los concilios de Roma celebrados en aquella época, en los cuales brilló su doctrina y piedad.

SANTA AUSTREVERTA.—Consagró á Dios su virginidad, y fué priora de monjas benedictinas en un monasterio cerca de Buan, donde murió el año 704.

DÍA 11.

SAN SEVERINO, ABAD.—TUVO el glorioso san Severino padres nobles y de claro linaje, de quienes dos veces pudo llamarse hijo; pues le dieron dos veces el ser, uno de la naturaleza y otro de las letras y buenas costumbres de vida, en que con dócil ingenio floreció y se adelantó tanto, que mereció ser gloriosísimo abad del monasterio Agaunense, rico con el cuerpo del glorioso mártir san Mauricio. La fama de sus virtudes le hizo célebre y venerable á todo el mundo, porque aventajaba la gloria de ellas al esplendor de su sangre. Ardía en el amor de Dios: su paciencia era invencible: el cuidado de sujetar y domar la porcion inferior al espíritu, era admirable: su abstinencia en el comer y beber inimitable: su orar era continuo: su ánimo siempre devoto y humilde: muy atento en el llorar y suspirar, como otro Pablo por la patria celeste: su afabilidad era tanta, que todos venían á él por consejo y consuelo; y á todos les daba.

Reinaba en Francia Clodoveo; pero afligido de graves calenturas, que juzgáron los mas expertos físicos incurables, no era señor de cetro y corona; esclavo sí de la desesperacion de un incurable mal. Llegó á sus oídos la fama de la santidad y virtud de Severino, y aconsejado de sus leales vasallos y amigos, le hizo una embajada humilde, suplicándole viniese á verle. Fué sin duda inspirado de Dios el rey, que queria por este medió ilustrar y hacer notoria la santidad de su siervo Severino. Conocióse esto bien ser así por los prodigiosos milagros que obró en el camino.

Legaron al monasterio los embajadores: salióles al encuentro el santo abad, como quien ya sabia por divina revelacion á qué venían. Saludáronle humildes y corteses diciéndole: Nuestro rey y señor Clodoveo, que tierna y devotamente te ama, te saluda humilde y rendido á

tus piés, y te ruega tengas piedad de él, que postrado de una grave enfermedad, no hallando en sus médicos remedio alguno, le espera todo con tu vista, porque sofo le ha quedado la confianza que ha puesto en tus oraciones. Oyó la embajada el varon de Dios con apacible rostro, y con el mismo respondió: que iria muy gozoso á servir al rey en cuanto le mandase. Con cuánta alegría emprendió Severino esta jornada, no puede fácilmente explicarse; porque se llegaba á la gran piedad y compasion de ánimo, que era natural en él, haberle Dios enviado un ángel que le dijese, se previniése para un largo viaje, en el que habia de morir. Quien, como ya dijimos, suspiraba por ir á gozar de su amado, ¿cuál seria el júbilo con que oyó del rey las súplicas? Júzquelo solo el silencio. Juntos sus religiosos les dijo así (derramando ininidad de lágrimas de ternura): «Yó, carísimos hermanos míos, soy llamado á París: no espero volver á veros en esta carne mortal: pidoos rogueis á Dios por mí, y humildemente os ruego, que perseveren hasta el fin entre vosotros una entera fé, una esperanza firme y una caridad ardiente. Confíad en el Señor: morid varonilmente; y vuestro corazon sea fortalecido con la gracia de Jesucristo nuestro Señor.» A estas tan tiernas palabras y tristes nuevas de no volver á verle, comenzaron todos los monges á llorar y decir: «¡O padre, y así nos dejas tristes y desconsolados! Sin tí, ¿qué vida nos espera? Hasta ahora tu paterno afecto nos la daba á todos: no nos desampares por aquel Señor que se dignó darnos en tí tal padre y maestro.» Viendo el santo abad los llantos y suspiros de sus desconsoladas ovejas; atravesado su corazon de tantas flechas, cuantas lágrimas derramaban, les dijo: «Queridos hermanos, hijos y amigos míos, no lloreis ni os desconsoléis; estad sí muy gozosos sabiendo que así todos obramos la voluntad de Dios: yo en dejaros, y vosotros en carecer de mi vista:» y pidiéndoles á todos la bendicion, dándoles tambien la suya, se partió dando principio á su viaje.

Llegó á la diócesis Niverniense, y fuése al templo á orar: y preguntando por el obispo, le respondieron, que habia mas de un año que estaba impedido, sin poder salir, no solo de su casa, mas ni aun del lecho; porque la enfermedad que padecia era gravísima, sobre estar sordo y mudo; por lo cual carecia todo aquel pueblo de la vista de su pastor, y lo que mas es de su enseñanza, oraciones y sacrificios. Estas nuevas movieron á compasion á Severino, y sin detenerse un punto, se fué á ver á Eulalio (así se llamaba el obispo enfermo): luego que le vió se postró en tierra y estuvo gran rato haciendo á Dios una fervorosa oracion, al fin de la cual, levantándose dijo al mudo y sordo obispo: Sacerdote del Señor, yo te ruego que hables conmigo. Sea el nombre del Señor bendito para siempre, dijo el obispo entonces, que por tí ha tenido misericordia y piedad de mí. Y Severino, tomándole por la mano le dijo: Levántate siervo de Dios, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que así te ha castigado para salvarte, y te ha afligido para coronarte. Hoy dirás conmigo misa en el altar de tu iglesia, y darás la bendicion á tu pueblo, que afligido por ella suspira. ¡Cosa rara! Luego al punto se levantó de la cama Eulalio sano y bueno, como si en vida no hubiese tenido mal alguno, dando gracias á Dios infinitas por haberle enviado á su siervo Severino, para que le viese á la vida de los umbrales de la muerte, y nó vida como quiera, sino con entera y perfecta salud, tanto, que

aquel mismo dia celebró misa, y bendijo al pueblo, y todos á Dios por la salud de su pastor, á quien con ternura amaban.

Quedóse aquel dia Severino con Eulalio, y los dos juntos le consumieron todo en dar gracias á Dios. Al siguiente prosiguió su viaje, y llegando á Paris, halló á la puerta de la ciudad un leproso tan misero y desdichado, que todos huían de él por no verle; pero Severino, movido á compasion, se llegó, y dándole un ósculo de paz tierno y cariñoso, le dijo: ¿Qué es lo que de mí quieres, hijo mio de mis entrañas? Con tal ternura y amor trataba á los pobres de Jesucristo. Y echándole saliva, que amante y caritativo le ministraba el corazon á la boca, untándole con ella, é invocando á aquel Señor que con la suya curó al ciego, le dejó sano y limpio de la lepra.

Y á esta sazón el concurso de la gente era grande, y todos á una voz daban gracias á Dios, que tal virtud habia dado á su siervo Severino; pero el santo varon huyendo del aplauso de los hombres, se fué á buscar á Dios en el templo, y puesto en oracion le pedia su ayuda y gracia para acertar á servirle. De allí se fué al palacio del rey, y despues de haberle saludado se puso en oracion, la cual fué tan breve como fervorosa; y acabada, se quitó la capa que traía, y poniéndosela al rey, huyó al instante la calentura, y todo el mal de su real persona, tanto, que se levantó sano y bueno, dando gracias á Dios y á su siervo Severino, á cuyos piés postrado rindió su persona, como á quien debia en un instante solo vida, salud, reino y gozo.

Estuvo Severino algunos dias con el rey, sin cesar en todos ellos de hacer infinitos milagros, curando enfermedades varias de almas y cuerpos, de todos aquellos señores de palacio y demás ciudadanos de Paris. No se oía por aquella populosisima ciudad otra cosa que clamores y júbilos de alegría, que terminaban en dar á Dios infinitas gracias por haberse dignado de enviarles á Severino, para remedio de todos: los ciegos se alegraron de ver la luz del cielo, despues de haber vivido muchos años en tinieblas: los sordos, de que la oían: los cojos, de que andaban: los mancos, de que tenían manos y brazos: los mudos de que tenían voces con que alabar á Dios: los endemoniados, de que ya aquellos inmundos espiritus desamparaban sus cuerpos, y dando espantosos ahullidos, volvian á las prisiones del averno; y al fin, los muertos y sepultados en la oscuridad de sus vicios y pecados, de que por Severino todos resucitaban á la vida de la gracia.

Así crecía la fama del siervo de Dios Severino para con todos, y para con él la humildad, reconociendo solo á Dios por autor de tantos beneficios, y obligando con ella á que todos alabasen y engrandeciesen á Dios en su hechura. Clodoveo, agradecido, le dió facultad para que, como señor de sus tesoros, repartiese de ellos cuanto quisiese á los pobres: lo cual hizo Severino con mano franca y liberal, y con la misma dió libertad á infinitos presos, dejando las cárceles limpias de toda maldad, y á muchos inocentes libres de impuestos delitos.

El ángel del Señor le habia (antes de salir, como dijimos, de su monasterio) revelado el fin de su vida, y que seria en el castillo Nantonicense, sito en la Galia Lugdunense, y pidiendo licencia al rey salió de Paris tan deseoso de huir de sus bien merecidos aplausos, como de hallar el lugar de su sepulcro. Había en el tal castillo un oratorio ó ermita, administrada de los dos pios y

devotos sacerdotes, llamados Pascasio y Urcino, que ofrecian á Dios continuos sacrificios y oraciones. Fué de suma alegría para nuestro santo la vista de estos dos sacerdotes de Jesucristo, por haberle su Majestad revelado que estos eran los que habian de sepultar su cuerpo. Hablóles cortés y humilde, significándoles como por disposicion divina venia á morir allí, y que ellos habian de ser quienes habian de dar la tierra de su cuerpo á la tierra. Encomendóles mucho á Fausto, sacerdote y fiel ministro suyo, que por espacio de treinta años le habia asistido, y á Vidal monge, su discípulo.

Recibieron aquellos dos santos sacerdotes el nuevo y venerable huésped con toda afabilidad y cariño; y con veneracion suma le ofrecieron hacer cuanto les ordenase. Con esto el siervo de Dios, descuidado ya de todas las cosas de esta vida, caducas y perecederas, solo con lágrimas y continuas oraciones, anhelaba por la eterna patria y se disponia para recibir la corona de sus virtudes, esperando por momentos al juez justo, que habia de dársela. Llegó el dia 11 de febrero, y sin mas enfermedad que una amorosa calentura que le encendia en deseos de ver á su amado, puesto en oracion, pasó de esta vida temporal á la eterna, entregando su feliz y santísima alma en manos de su Criador. A la misma hora que murió, bajó del cielo una hermosísima luz que rodeó todo el lugar, donde su santo cuerpo quedaba, y para que los circustantes participasen tanto gozo, fué á todos visible. Los sacerdotes enterraron honorificamente, nó sin abundancia de gozosas lágrimas, el santo cuerpo en el mismo oratorio, y en él hace hoy dia infinitos milagros, glorificando Dios con ellos á su siervo. Despues de la muerte de Clodoveo, su hijo Chilberto, que le sucedió en el reino, acordándose de lo mucho que su padre debía á Severino, quiso agradecido pagarlo, edificándole un nuevo y suntuoso templo en aquel mismo oratorio, donde su cuerpo santísimo habia obrado infinidad de milagros: adornólo magnífica y realmente, para alcanzar por este medio tener por amigo en el cielo, á quien su padre habia tenido por médico soberano en la tierra.

Escribieron la vida de san Severino Fausto, su compañero y discípulo, Usuardo, Surio, Tritemio abad y otros, y el Martirologio romano á 11 de febrero.

Quien con atencion hubiere leído la vida de este glorioso santo y siervo fiel de Jesucristo, conocerá cuánto importa la buena crianza y que los padres cuiden desde la niñez de la doctrina y enseñanza de sus hijos; pues por la buena que Severino tuvo en los suyos, salió tan bien inclinado, como se ve, siendo ejemplo de virtud, religion caridad y amor de Dios: virtudes que infundidas en su corazon desde sus mas tiernos años, subieron á tan gigante estatura, que le colocaron en el glorioso trono que hoy posee, donde vive y reina con Jesucristo, gozándose con toda su córte celestial por todos los siglos de los siglos. Amen.

SAN MARTINIANO ERMITAÑO.—Fué san Martiniano monge en la soledad de un monte cerca de la ciudad de Cesarea en Palesina. Tomó el hábito de monge en la flor de su edad, siendo de diez y ocho años y mozo de muy gentil disposicion. Dióse tan de veras á todos los ejercicios religiosos y de perfeccion, que en breve se conoció ser singularmente escogido de Dios, y la fama de sus virtudes se divulgó y extendió por toda aquella tierra, de manera

que el Señor obró muchos milagros por él, echando los demonios de los cuerpos y sanando de varias enfermedades á los dolientes, y haciendo otras obras maravillosas y concurriendo de muchas partes la gente, para ser socorrida y ayudada de Dios por sus oraciones. Vió el demonio la gran virtud de Martiniano, y que siendo mozo en la edad era viejo en el seso y madurez, túvole envidia, acometióle con espantos y con varias figuras y visiones, y una vez tomando la forma de un dragon terrible comenzó con sus uñas á cavar el cimiento de la pequeña celda en que estaba orando Martiniano, para derribarla sobre él; mas no por estose turbó el santo ermitaño ni dejó su oracion, ántes levantando su cabeza y visto al enemigo en tal figura le dijo: «Por qué te cansas tan en balde, ó desventurado? ¿Piensas poderme espantar, teniendo á mi lado á mi Señor Jesucristo? Oyendo esto el demonio, huyó como torbellino, diciendo: «Espera, espera un poco, Martiniano, que yo te derribaré, humillaré y echaré de tu celda confuso y hallaré modo para hacerlo, aunque mas estés confiado en eso que dices.» Veinte y cinco años estuvo en esta soledad Martiniano, viviendo en ella nó como hombre mortal sino como ángel venido del cielo. Y como por su rara santidad fuese tan conocido y famoso, muchos hablaban de él ensalzando sobremanera sus admirables virtudes y ejemplos. Una vez entre otras, hablando unos hombres en la ciudad de Cesarea con grande admiracion de la vida mas divina que humana que hacia Martiniano, oyéndolos hablar, se llegó á ellos una ramera muy hermosa y desvergonzada, que se llamaba Zoe y por instigacion de Satanás, cuyo lazo era, comenzó á apocar lo que los otros decian, dándoles á entender que Martiniano era un salvaje que se habia recogido á aquella soledad, y que no era maravilla que fuese casto el que nunca veía mujer, mas que si ella le hablase y le tentase y él resistiese, que entonces le podrian tener por hombre santo y continente. Por acortar razones, la desventurada mujer se concertó con aquellos hombres, que iria á la soledad y acometeria á Martiniano, y que si no le rindiese, la tuviesen por burladora, y si saliese con victoria le pagasen su trabajo. ¿A qué profundo de maldad no llega el ánimo de una mujer lasciva y desvergonzada? Hecho el concierto, fuése á su casa y desnudándose sus ropas ricas y galanas, y doblándolas y poniéndolas en un lio, se vistió de otras viles y despreciadas: ciñóse una sogá y con un bordon en la mano, y el lio de los vestidos ricos debajo del brazo, fingiendo que era provision de mujer que andaba peregrinando, salió de la ciudad con un tiempo lluvioso y ventoso, y al anochecer llegó junto á la celda de Martiniano, y con una voz lastimera y llorosa comenzó á llamar al santo y á decir: «Siervo de Dios, ten lástima de mí que soy una pobre mujer que en esta soledad he perdido el camino, y no sé por donde ir ni á donde recogerme, y temo ser comida de las bestias fieras. No me desprecies padre santo que hechura soy de Dios, aunque miserable pecadora.» A estas voces abrió Martiniano la ventanilla de su celda, y como vió á aquella mujer en aquel traje, y el agua que caía sobre ella, compadeciósse y túvola compasion, y aunque pensaba que no fuese algun ardid del demonio para hacerle pecar, todavía prevalectia en él la compasion y el temor de que si no la admitia, y las fieras la despedazaban, Dios le pediria cuenta de ella. Con este pensamiento, encomendándose afectuosamente á Dios, y

suplicándole que le tuviese de su mano en aquella ocasion abrió la puerta de su celda á la mujer, y despues de entrada, le hizo fuego para que se calentase, y le dió algunos dátiles para que comiese aquella noche, avisándola que luego á la mañana se partiese y se fuése su camino; él se entró en otra celda mas adentro y cerró su puerta, orando y cantando salmos aquella noche; aunque el demonio no le dejaba reposar, trayéndole varios pensamientos sensuales de aquella mujer. En amaneciendo salió Martiniano de su celda para despedir á la mujer, y hallóla vestida de aquellas ropas preciosas que traía debajo del brazo y con una cara alegre y risueña, y juzgando que debía ser alguna fantasma, le preguntó: ¿quién era, y á qué habia venido, y cómo habia entrado en aquella celda? Y mucho mas se maravilló, cuando supo que era la misma mujer pobre y maltratada, que él la noche ántes habia recibido, y queriendo saber la causa de aquella mudanza de hábito y traje; ella le declaró quien era, y hablando por su boca el demonio que le habia traído, supo decirle tales razones y tantas blanduras, llegándose á él y tocándole las manos con tanta desenvoltura, que ablandó el corazon que parecia mas duro que el hierro y que el diamante, y vino á consentir en el pecado, aunque Dios le detuvo por su misericordia, para que no lo pusiese por obra; porque saliendo Martiniano de su celda para ver si venia alguna gente á buscarle, como solia, y mirando por todas partes por no escandalizar á nadie, si le hallasen con aquella mujer; le miró desde el cielo el Señor con ojos de piedad, y con el rayo de la divina luz abrió los de su alma, para que viese lo que queria hacer y de cuánta altura de gracia y santidad caeria en el abismo de todos los males. Reconociendo, pues su peligro y que aquella no era mujer, sino el demonio que por ella le tentaba y queria triunfar de su castidad y despojarle de todos los merecimientos de su vida pasada, se entró en la celda y encendió fuego de unos sarmientos que allí estaban, y con los piés descalzos se arrojó en medio de las llamas, y estuvo en ellas, hasta que se quemó buena parte del cuerpo; y saliendo de él al cabo de rato, y hablando consigo mismo decia: «¿Qué te parece, Martiniano? Bueno te ha parecido este fuego, con ser breve el tiempo que has estado en él. Si piensas poder sufrir el del infierno, llégate á esta mujer que es el camino para ir á él. Acuérdate de aquel suplicio que es eterno, del gusano que nunca muere y del crujir de dientes, y que los demonios son crueles y nunca se cansan de atormentar á los condenados:» y volvió á echarse otra vez en el fuego y á quemarse mas, suplicando á nuestro Señor que le perdonase aquel mal consentimiento y pecado y que no permitiese que él perdiese tantos trabajos como habia tomado, por servirle desde su mocedad, pues queria por su amor arder ántes en aquel fuego, que ofenderle é ir al fuego eterno. Estaba presente á este espectáculo la triste mujer ataviada y compuesta, y considerando lo que hacia Martiniano y que ella habia sido causa de ello, se desnudó con presteza los vestidos galanes de ramera que traía, y los arrojó en el fuego, vistiéndose los de pobre y penitente, y con muchas lágrimas y sollozos dijo á Martiniano que no queria volver á la ciudad, sino hacer toda su vida penitencia de sus pecados en la parte que él le señalase, y que ya que el demonio la habia tomado á ella por instrumento para derribarla á él; Dios le tomaba á él, para levantarla á ella y salvarla. Y

por consejo del santo ermitaño, tomando su bendición, se fué á Belen, donde fué recibida de una santa virgen que se llamaba Paulina, en un monasterio, y en él vivió doce años con estremada aspereza de vida, sin beber vino ni comer aceite, ni fruta alguna, sino un poco de pan y agua una vez cada día, ó cada dos días, y durmiendo en el suelo, y haciendo otras penitencias rigurosas, y agradó tanto á nuestro Señor, que hizo algunos milagros por ella, y al cabo de los doce años la llevó á gozar de sí.

Quedó Martiniano tan quemado y llagado del fuego que tuvo muchos meses que curar, y tan escarmentado y atemorizado del medio que el demonio había tomado para derribarle con aquella mujer que determinó salir de su soledad é irse á parte donde no pudiese verle ni buscarle mujer alguna. Con este intento haciendo oracion y suplicando á nuestro Señor que fuese su guia y su compañía en aquella jornada, y armado con la señal de la cruz, salió de su celda y tomó su camino hácia el mar. Al tiempo que se iba, el demonio muy vanaglorioso y ufano, comenzó á darle grita, como quien le corría y daba la vaya, diciendo: «Grande es mi nombre y grande es mi fortaleza; pues he prevailecido contra tí: hicete caer en pecado con la voluntad, queméte los pies y el cuerpo, echete de la celda, y hágote ir fugitivo.» Y levantando mas el grito, dijo: «¿Hayes, Martiniano? Pues hágote saber, que do quiera que vayas, te seguiré y te haré ir de allí, como te hago ir de aquí; yo no me apartaré de tí, hasta rendirte y verte humillado.» A estas voces respondió el santo: «Calla, miserable, que si salgo de mi celda no es por congoja ni aflicción, sino por hollarte y quebrantarte mas: y no te puedes alabar de la pelea; porque te quité las armas con que pensaste vencerme, y la mujer que trujiste para mi destrucción será tu confusión.» A estas voces desapareció el demonio; y Martiniano, cantando salmos y alabando al Señor, se fué hácia el mar. Allí habiendo sabido de un marinero, que muy dentro del mar había una peña grande y alta donde se podía retirar, se concertó con él que le llevase á ella, y á sus tiempos le trajese ramos de palma, y pan y agua para su sustento, y que de las palmas haría espertas, para que el marinero las vendiese y tomase el precio por su trabajo: demás, que él se lo pagaría con sus oraciones, rogando á Dios por él. Con este concierto el marinero llevó á Martiniano á su peña ó isleta, y tres veces cada año le visitaba y llevaba lo que había menester. Díjole, si quería que le trajese madera para edificar una choza, en que se pudiese recoger y defenderse del sol y de la lluvia; y no lo consintió. Increible fué el gozo de Martiniano, cuando se vió en aquella peña cercada por todas partes del mar, á donde ninguna mujer podría llegar, á las cuales temía mas que al mismo demonio. Pero para que se vea que no hay cosa segura en este mundo, no dejó de perseguirle en la peña el que le había hecho guerra en la celda y echádole de ella; porque algunas veces alteraba y turbaba el mar, y levantaba sus ondas de manera, que parecía que había de tragar la peña y ahogar á Martiniano; y el mismo demonio clamaba y decía: «Ahora te ahogo, Martiniano;» mas el santo se estaba quedo con gran paz y quietud, haciendo burla de él: y con esto el demonio se partía corrido y confuso. Habiendo, pues, estado seis años en esta isleta, con una vida mas que humana, y pareciéndole que estaba se-

guro de las mujeres, conoció que no lo estaba, y que en la tierra y en el mar, en el fuego y en el agua se debían temer: porque viniendo navegando una nave por aquellos mares, el demonio, por permission de Dios, la hizo dar en aquella roca en que estaba Martiniano, y la quebró, y todos los que venían en ella se ahogaron, sino una doncella muy hermosa que en una tabla se salvó, y asiéndose de la peña comenzó á clamar: «Ayúdame, siervo de Dios, y dáme la mano para que no perezca en este profundo.» Turbóse Martiniano cuando vió la mujer y oyó sus palabras, y entendió la astucia del enemigo: armóse con la oracion; y juzgando que le corría obligacion para que aquella mujer no pereciese allí por su culpa, le dió la mano y la sacó del agua: y como la viese tan hermosa y de buena gracia, le dijo: «Hija, la estopa y el fuego no están bien juntos: quedate aquí, y come del pan y bebe del agua que aquí queda, como yo hacia, hasta que venga un marinero que me suele visitar, que será de aquí á dos meses: cuéntale tu trabajo; y él te sacará de aquí y te llevará á tu ciudad:» y diciendo esto hizo la señal de la cruz sobre el mar, y mirando al cielo, hablando con Nuestro Señor, le dijo: «Señor, confiado en vos me eché en el mar; porque mas quiero morir ahogado que nó ponerme á peligro de mancillar mi castidad:» y exhortando á la que tenía delante á la virtud y á perseverar en el temor de Dios, se arrojó en el mar. Vinieron luego dos delfines, por orden de aquel Señor que nunca desampara á los suyos, y á quien todas las criaturas obedecen, y le tomaron encima y le pusieron en tierra; y el santo hizo gracias por ello al Señor, suplicándole que le enseñase lo que había de hacer: y pensando entre sí que el demonio le perseguía en el agua y en la tierra, en la celda y en la peña, determinó de no estar en un lugar, sino irse peregrinando en el mundo, pobre y mendigo, sin llevar cosa consigo; y así lo hizo por espacio de dos años que vivió, quedándose en cualquiera parte que le tomase la noche, y en los pueblitos, tomando para su sustento la limosna que le daba alguna persona piadosa. Habiendo pues llegado á la ciudad de Atenas, y queriendo Nuestro Señor remunerar los grandes trabajos y duras peleas y gloriosas victorias de su siervo, reveló al obispo de Atenas que estaba allí Martiniano, y cuán especial amigo suyo era, y cuán altos sus merecimientos: y yendo á la iglesia, halló echado sobre un escaño á Martiniano: el cual reverenció al obispo y le pidió su bendición, y que le encomendase á Dios; y el obispo á él le rogó que se acordase de él cuando estuviese en el acatamiento de Dios: y allí, habiendo primero dicho: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu,» y hecho sobre sí la señal de la cruz; con una boca llena de risa, dió su espíritu al Señor.

La doncella, que quedó en la peña, hizo lo que el santo le mandó: sustentóse del pan y del agua que allí había quedado; y cuando vino á su tiempo el marinero le contó lo que le había sucedido, y como Martiniano la había dejado, y echádose en el mar, y salido á tierra por ministerio de los delfines; y le rogó que le trajese un vestido de hombre, y pan y agua, y lana, y á su mujer, para que ella la vistiese y enseñase lo que había de hacer; y así lo hizo: y la doncella se vistió de hombre y perseveró seis años en aquella peña, siendo de veinte y cinco cuando vino á ella; y así murió santamente. Llamábase Fotina. Dos meses despues que murió vino el marinero á traerle

lo que habia menester como solia : hallóla difunta , y la llevó á la ciudad de Cesarea , diciendo al obispo quien era , y de dónde , y cómo habia muerto ; y el obispo la mandó enterrar con grande solemnidad como á sierva del Señor.

Esta es la vida de san Martiniano solitario , tan perseguido y combatido de nuestro comun enemigo , y vencido y vencedor , y glorioso triunfador de la carne , del mundo é infierno. Escribióla Simeon Metafraste , que , á lo que da á entender , le conoció : en la cual podemos aprender muchas cosas provechosas para nuestra edificacion. La primera el odio con que el demonio persigue á los santos , y mas á los mayores , y cuánto procura que caigan de aquella gracia y estado sublime en que están ; para que cayendo ellos , que son pilares y los fundamentos de la santidad , caiga el resto del edificio que sobre ellos se ha fundado ; como lo notó el gran padre san Antonio Abad , y nosotros lo dijimos en su vida. La segunda cosa es , cuán preciosa joya sea la castidad , pues el demonio con tantos ardidés y mañas estudia despojarnos de ella , y amancillar la pureza de nuestras almas ; como se ve en lo que hizo contra Martiniano. La tercera , que no se puede conservar esta preciosa joya , si el Señor con su gracia no la guarda y nosotros de nuestra parte no nos ayudamos , huyendo las ocasiones de perderla y de caer , y no confiando en nuestra edad , virtud y victorias pasadas ; porque en esta batalla y guerra tan reñida y tan doméstica de nuestra carne , no se alcanza la victoria tanto peleando como huyendo de las ocasiones de pelear , las cuales muchas veces el demonio ofrece con color de piedad y manto de caridad , y al principio comienzan en ella y acaban en carnalidad ; como nos lo enseña con su ejemplo Martiniano : el cual tambien nos enseñó , que un fuego se apaga con otro , y que vale mas padecer en esta vida penas temporales que en la otra las eternas ; y que ningun trabajo ni peligro se debe escusar , por no ofender á Dios y por la eterna salvacion de nuestras almas. Pero pregunto yo á los que esto leyeren : ¿ cómo piensan que podrán apagar las llamas de la concupiscencia , y aquel incendio que levanta en sus corazones Satanás , los mozos delicados , regalados y entretenidos en conversaciones de mujeres desenvueltas y libres , hartos de sueño , y bien comidos y bebidos ; si Martiniano , despues de haber servido con tanto fervor al Señor en la soledad tantos años , y macerado su cuerpo con ayunos y penitencias rigurosas , y hecho tantos milagros , y admitido por pura caridad aquella pobre mujer , que guiada del demonio vino á su celda , y prevenidose con la oracion y recatádose tanto de ella ; al cabo consintió en el pecado , y lo hubiera cometido y puesto en ejecucion , si el Señor no la hubiera tenido de su mano , y dándole ánimo para echarse en el fuego , y con sus llamas apagar las que abrasaban su corazon ? Para enseñarnos , pues , el recato y vigilancia que en estas cosas debemos tener , se escribe esta vida ; y para que entendamos , que nosotros no somos ni mas santos que David , ni mas sabios que Salomon , ni mas fuertes que Sanson : que el que no quiere quemarse , debe estar léjos del fuego ; y fuego es para la mujer cualquier hombre , y para el hombre cualquier mujer , como cada dia experimentamos.

* SANTOS SATURNINO , PRESBITERO , DATIVO , FÉLIX , AMPLIO Y OTROS CUARENTA Y CUATRO COMPAÑEROS. — Acostumbraban estos santos reunirse para celebrar los augustos

misterios de nuestra santa religion , y sorprendidos así , fueron conducidos delante de Anodino que era el procónsul de África , acusados de haber infringido los decretos que habia dado el emperador de que todos ofrecieran incienso á los ídolos. Saturnino , como presbítero y el mas anciano , iba á la frente de sus compañeros ; así es que á él se dirigió el procónsul , diciéndole : ¿ Eres tú el que reúne á esas gentes para seguir las máximas del cristianismo , oponiéndolos á los decretos imperiales ? Saturnino con valor y firmeza contestó : Nosotros no hacemos mas que lo que el Espíritu Santo nos ha inspirado ; y nadie puede impedirnos el celebrar los misterios de nuestra sacrosanta religion. Enfureciéose Anodino , manda inmediatamente poner á Saturnino sobre el petro y atormentarle ; quedando su cuerpo en breve de tal modo despedazado , que se descubrian sus huesos en medio de los arroyos de sangre en que aquél estaba anegado. No acabó la vida Saturnino en este tormento ; pues condenado á la cárcel con sus compañeros , permanecieron en ellos muchos dias , hasta que debilitados sus cuerpos , ya por la pérdida de sangre , ya por el hambre y sed que padecieron , murieron gloriosamente en la cárcel misma el dia 11 de febrero del año 301.

LA CONMEMORACION DE MECHOS SANTOS MÁRTIRES EN NUMIDIA. — Fueron martirizados durante la persecucion de Diocleciano , por no haber querido entregar las santas Escrituras.

SAN LUCIO , OBISPO DE ANDRINÓPOLIS. — Padeció muchos trabajos por la fé católica , durante la persecucion de los arrianos , en tiempo del emperador Constancio , y por fin murió mártir en la prision. Algunos compañeros y amigos de este santo fueron tambien degollados en la prision por órden del conde Filagro , por no querer comunicar con los arrianos , recién condenados en el concilio de Sardis.

SAN DESIDERIO. — Fué el XIX obispo de Viena , en Francia , sucedió á san Avito y murió el dia 11 de febrero del año 600.

SAN CALOCERO. — Griego de nacimiento y discípulo de san Apolinar , primer obispo de Ravena , fué promovido por este al sacerdocio , y dirigió algunas veces la diócesis durante su ausencia. Fué despues el cuarto obispo de Ravena , y murió en tiempo del emperador Adriano , por los años 120 poco mas ó ménos , y á los ciento de su edad.

SAN JONÁS. — Fué monge en Egipto , en tiempo y bajo la direccion de san Pacomio. Al principio de su vida era hortelano , y por haber sido testigo en su juventud de un gran milagro , abrazó la vida monástica , y vivió hasta la edad de cerca noventa años en una penitencia continua , privando su cuerpo de los alimentos mas precisos , y vistiendo un riguroso cilicio , con el cual fué enterrado. Floreció este santo durante el siglo IV.

SAN LÁZARO. — Devastaba la Italia Atila , rey de los hunos , cuando muerto el obispo de Milan fué elegido para sucederle Lázaro , premisero de la misma iglesia. Desempeñó el cargo pastoral por espacio de doce años , en cuyo tiempo tuvo que sufrir toda clase de violencias por parte de los bárbaros invasores. Pero el santo no desmayó , é implorando continuamente el favor del cielo , libró su Iglesia de mayores males. Coronado de méritos , descansó en el Señor el dia 11 de febrero del año 449.

SAN CASTRENSE , OBISPO Y CONFESOR. — Vivía este santo en África cuando empezó la persecucion de los vándalos , en

la cual después de haber sido atormentado en compañía de otros cristianos por medio de horribles suplicios, fueron todos embarcados en un buque lleno de inmundicia, y arrojado al mar sin piloto y sin timón. Dentro de él iban los santos, desnudos y atados de manos y pies; pero la divina Providencia, que vela sobre sus escogidos, dirigió la embarcación á un puerto de Italia, donde san Castrense y sus compañeros fueron recogidos y hospedados por los cristianos. Dicese que san Castrense fué obispo de Cartago, pero su nombre no se encuentra en las actas episcopales de aquella iglesia. Lo cierto es, que vivió el resto de sus días en Italia, y que murió santamente en Capua el año 430 de Jesucristo.

LOS SIETE SIERVOS DE MARÍA, FUNDADORES DEL ÓRDEN DE SERVITAS Ó SIERVOS DE MARÍA.—El día de la Asunción de la Virgen del año 1233 estaban cantando las alabanzas de Nuestra Señora siete santos caballeros de Florencia, llamados Buenhijo Monaldi, Buenajunta Maneti, Maneto de Antela, Amadeo Amidei, Ugucio Ugucioni, Sosteneo Sostenei y Alejo Falconeri, cuando del tabernáculo de la Reina de los ángeles se desprenden siete rayos de luz, y les deja á todos inspirados de dedicar su vida á la devoción particular de María. Sintiéndose, pues, vivamente llamados á retirarse del mundo, de comun acuerdo y con aprobación del obispo de Florencia repartieron todos sus bienes y vestidos de penitencia, reunidos en una pobre choza del campo, emprendieron el nuevo tenor de vida, el día inmediato del Nacimiento de la Virgen. Luego, para estar mas apartados de la sociedad, se retiraron al monte Senario, á dos leguas de Florencia. Dios nuestro Señor, que cuando quiere hace elocuentes las lenguas de los infantes, dispuso que los niños de esta ciudad empezasen á llamarles *Servos de María*, cuyo título tomaron, dedicándose á promover las glorias de la Virgen, meditando principalmente á Cristo crucificado y los dolores de su santísima Madre. Esta pequeña congregación se erigió en orden religiosa á instancias de san Pedro Mártir, tomando la regla de san Agustín que les había dado el obispo de Florencia. Fué aprobada por un concilio y por varios papas, algunos de los cuales le concedieron muchas gracias, particularmente Alejandro IV é Inocencio VIII. Estendióse muy pronto la nueva orden por varias provincias de la cristiandad, marchando cada uno de sus fundadores á diferentes reinos de Europa á propagarla, y por su medio se establecieron en casi todos los pueblos del mundo cristiano esas devotas congregaciones, que se ocupan en obsequiar á María en sus dolores. El primer general de esta orden fué Buenhijo, muerto en 1262, en olor de santidad, y le sucedió en dicho cargo Amadeo, que junto con los demás compañeros suyos es venerado en el número de los bienaventurados.

DÍA 12.

SANTA EULALIA, VIRGEN Y MARTIR.—Al tiempo que el presidente Daciano fué enviado á España de los emperadores Diocleciano y Maximiano, para hacer carnicería de los cristianos, y arrancar si pudiese, de la tierra nuestra santa religion; vivía en Barcelona una santa doncella, nacida de nobles padres, llamada Eulalia, la cual era cristiana y estaba retirada en una heredad cerca de la ciudad. Era á la sazón de catorce años y virgen hermosísima, honestísima y abrasada del amor de Jesucristo, á quien ha-

bía tomado por esposo y consagrado su pureza virginal. Entró Daciano en Barcelona y comenzó con igual impiedad y braveza á derramar sangre de cristianos. Vino á noticia de santa Eulalia lo que el cruel juez hacia, y fué combatida en su corazón de dos contrarios afectos, de tristeza y alegría: de tristeza, porque temia que algunos cristianos flacos no desmayasen en la fé, por temor de tan rigurosos tormentos, y se ahogasen en aquella brava tempestad: de alegría, porque deseaba morir por Cristo, y juzgaba que era ya llegado el tiempo en que Dios la queria hacer tan gran merced. Era tan extraordinaria esta alegría y júbilo, que la virgen sentía en su bendita alma que no la podia encubrir ni disimular, sino que sus padres y parientes lo echaban de ver, aunque no sabian la causa de tan nuevo y grande gozo. Con este fervor y deseo del martirio, movida del Señor, se salió secretamente de casa de sus padres, y se fué al tribunal de Daciano, y con palabras libres, graves y muy avisadas, le reprendió de la tiranía y crueldad que usaba contra los cristianos. Quedó asombrado el malvado presidente, por ver una doncella de tanta belleza y de tan poca edad, hablar con tanta osadía y libertad, y reprender lo que él hacia por mandado de los emperadores. Quiso saber de ella quién era, y porqué hablaba con tan poca reverencia de la majestad romana y de un ministro que con tanta autoridad la representaba: y la santa virgen, sin turbarse, le respondió que ella era cristiana y sierva de Jesucristo, que es Rey de los reyes y Señor de los señores. Embravecióse el inicuo juez, y arrebatado de cólera y furor, mandó luego azotar crudamente á la santa virgen. Hiriéronla terriblemente y abrieron su virginal y delicado cuerpo con los azotes, pero cuanto mas la herian, tanto ella estaba mas constante y alegre, y decía: «Porque mi Dios me conforta no siento vuestros tormentos.» Lo que debiera ablandar el fiero pecho de Daciano, eso le endureció mas y le encendió en mayor furia. Mandóla atar en el ceble, y arañar con uñas de hierro y abrasar sus costados con hachas ardiendo, y acrecentando tormentos, y buscando otros de nuevo la envolvieron en cal viva. Echaron sobre su cabeza aceite hirviendo y plomo derretido, y mostaza desleida en vinagre por las narices y por las llagas que tenia en todo el cuerpo, las cuales le fregaron con pedazos agudos de vasijas quebradas y quemáronle los ojos con velas encendidas. ¡Qué fiero tan atroz es un hombre inhumano y cruel! Peleaba la impiedad con la fé: el demonio con Cristo: Daciano con la santa y tierna doncella: los tormentos con la flaqueza mujeril; y la muerte con la vida. Pues ¿quién podrá dudar á cuál de las dos partes se ha de inclinar la victoria? Cansóse Daciano: los verdugos se rindieron: cesaron los tormentos: el demonio quedó confuso: prevaleció la santa virgen; y Cristo triunfó en su esposa, la cual con el consuelo del cielo, siempre alegre y gozosa, milagrosamente quedó libre de los tormentos; y los verdugos que la atormentaban quedaron quemados. ¿Qué haces, Daciano? ¿Son ya agotadas tus invenciones y la ingeniosa crueldad para buscar nuevos tormentos y nuevas penas? ¿No conoces que el esfuerzo y firmeza de Eulalia no es suya, sino de Dios verdadero? ¿Por qué no le reconoces? ¿Por qué no le sirves y adoras? Todo lo que vió el tirano no aprovechó; ántes volvió su pensamiento á la deshonra é ignominia de la purísima virgen: y así, desnuda y desfigurada como estaba por las muchas heridas, la mandó llevar

por la ciudad, para la confusion de la santa y espanto de los otros cristianos, y despues degollarla en el campo, confesando con esto que ya desesperaba de la victoria y se tenia por vencido. Fué degollada á los 12 de febrero y en este dia celebra su fiesta la santa Iglesia. El Martirologio romano y el cardenal Baronio dicen que murió en cruz, y que su bendita alma fué vista en figura de paloma subir al cielo; y san Isidoro dice, que su sagrado cuerpo fué cubierto de nieve, con que parece que milagrosamente la quiso honrar Nuestro Señor, y fué despues honorificamente por los cristianos de noche sepultado. Estuvo encubierto por muchos años, hasta que Nuestro Señor le descubrió, siendo obispo de Barcelona Frodoyno, el año de 898: el cual obispo, habiendo entendido que cuando fué martirizada santa Eulalia, su sagrado cuerpo habia sido sepultado fuera de la ciudad, en la iglesia de Santa María del Mar, le hizo buscar con gran diligencia y cuidado; y no habiéndole hallado, mandó que todo el pueblo de la ciudad y su comarca ayunasen tres dias, y concurriesen á aquella iglesia á pedir con mucha devocion á Nuestro Señor, que les descubriese aquel tesoro que estaba allí escondido. Ayunaron, vinieron al templo, oraron, pidieron á Dios con una procesion muy solemne, que les hiciese aquella merced tan señalada: y el obispo acabada la misa, y vestido de pontifical, tocando con el báculo pastoral el rincón del altar, sintió que estaba hueco. Mandó cavar y hallóse una arca de mármol, y en ella el precioso tesoro que buscaban, del cual salió luego una fragancia del cielo. Sacaron el bendito cuerpo de aquella arca; y cubierto de un rico paño, le llevaron en andas á la ciudad. Llevándole, sucedió una cosa maravillosa, que llegando á la puerta de la ciudad, se hizo inmóvil, y tan firme que los que le llevaban no le pudieron mover. El obispo se postró en oracion, y ordenó que todos hiciesen lo mismo: y acabada la oracion, se levantó llorando muchas lágrimas, y así de las andas mandando á los principales clérigos que le ayudasen; y con esto el santo cuerpo se movió y se dejó llevar á la catedral de Barcelona, que tenia la advocacion de la Santa Cruz, donde le tuvieron algunos dias en el altar mayor, y despues le colocaron en el sagrario; y celebra la iglesia de Barcelona fiesta particular de esta invencion á los 23 de octubre. Despues se trasladó otra vez el santo cuerpo á una rica capilla que se habia labrado de su nombre y advocacion en la misma iglesia, estando presente el rey don Jaime de Aragon, el primero, con los infantes sus hijos, y muchos principes de su sangre y caballeros de su corte: el cual rey don Jaime murió el año de 1276, segun Gerónimo de Zurita; y de esta traslacion se hace fiesta en Barcelona en el segundo domingo de julio.

El martirio de esta gloriosa virgen fué como dijimos, á los 12 de febrero, por los años del Señor de 304, impediendo Diocleciano y Maximiano. Hacen mencion de ella los Martirologios Romano, de Beda, Usuardo y Adon, y san Eulogio mártir de Córdoba, y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el segundo tomo de sus Anales.

SAN MELECIO.—A principios del siglo cuarto, y en Melitene, ciudad de la Armenia menor, nació este santo. Descendiente de una nobilísima familia, estaba al propio tiempo dotado de un carácter dulce, y de un ingenio penetrante y vivo. La herejía de Arrio infestaba con sus erro-

res los hermosos campos de la Iglesia en oriente, cuyos errores seguan desgraciadamente algunos obispos, escandalizando así la Iglesia y los fieles. Eustacio que ocupaba la silla episcopal de Sebaste era uno de ellos; mas despues de su dignidad, Melecio fué nombrado obispo de aquella iglesia. Por mas que se esforzara en procurar el bien y felicidad de sus diocesanos, por mas que trabajara para convencerlos y reducirlos, nada consiguió, pues era tanta su corrupcion que nada les conmovia. Disgustado Melecio, dejó el obispado y se retiró á la soledad, á uno de los desiertos de la Siria, donde se ocupaba en la contemplacion de su Dios. Mas el Señor que le tenia destinado para que brillara en la Iglesia como una luz puesta sobre el candelabro, permitió que la iglesia de Antioquia le eligiera por su patriarca, cuyo destino aceptó á pesar de su repugnancia. Si padecieron su espíritu y corazon al ver el carácter indócil de los de Sebaste, no padecieron ménos en Antioquia, no pudiendo reducir á una misma fé á los obstinados herejes. Estos conociendo las católicas ideas de que abundaba el santo, inclinaron el ánimo del emperador Constancio, para que lo echara de su silla y lo desterrara, como efectivamente lo hizo confinándolo á Armenia, de donde no regresó hasta que volvieron por edicto de Juliano Apóstata todos los prelados á sus iglesias. Dos veces mas fué desterrado, la una por el mismo emperador, y la otra por el emperador Valente. Diferentes fueron los concilios que celebró en confirmacion de la doctrina definida en el de Nicea; y despues de haber convertido innumerables herejes, y presidiendo el concilio general de Constantinopla, le alcanzó la muerte entregando su alma al Criador el dia 12 de febrero del año 381. Los santos Juan Crisóstomo y Gregorio Niceno hacen magníficos elogios de este santo, y el primero pronunció una muy bella oracion, cuando fué trasladado á Antioquia su cadáver.

SAN DAWIAN, MÁRTIR.—Este soldado romano, derramó su sangre por la fé en Africa, y su cuerpo fué despues trasladado á Roma y colocado en el cementerio de Calixto. Señora la época de su martirio.

LOS SANTOS MODESTO Y JULIAN.—De estos santos no se saben mas que los nombres, y que murieron segun Dextro, en Cartagena de España el año 160. Las actas de estos santos, que trae Salazar en su Martirologio hispano, son apócrifas, como lo prueba Bolandus.

SAN MODESTO.—Fué diácono de la iglesia de Benevento en Italia, en cuya ciudad padeció martirio por la fé de Jesucristo, en el cuarto siglo del cristianismo.

LOS SANTOS MODESTO Y AMMONIO.—Siendo muy niños, se les quiso obligar á ofrecer incienso á los ídolos, y rehusando doblarse á la voluntad de los paganos, fueron degollados en Alejandría, recibiendo así la palma del martirio.

SAN ANTONIO, LLAMADO CAULEAS.—Oriundo de Frigia, de noble cuna, nació en Constantinopla y fué desde su mas tierna infancia tan devoto de las cosas religiosas, que ellas formaron las delicias de toda su vida. A la edad de doce años abrazó la vida monástica, y en ella se mostró modelo de perfeccion y ornamento de la Iglesia. Elevado al sacerdocio, su vida y conducta eran las de un ángel en carne: puro, fervoroso, despegado á todo lo de la tierra, su alma vivia en el cielo, objeto constante de todos sus deseos. Su fama y la reputacion de sus virtudes fué en

breve tiempo tan popular y tan venerada, que habiendo muerto en 888 el patriarca de Constantinopla, fué Antonio unánimemente elegido para sucederle, y no pudiendo venir la decidida voluntad del emperador, del clero y pueblo de la capital, tuvo que encargarse á su pesar del nuevo puesto á que Dios le destinaba. Durante su pontificado, trabajó asiduamente en restituir la paz á la Iglesia y al estado, en reformar la disciplina y en animar á todas sus ovejas en el camino de las virtudes cristianas, que son la base de la pública felicidad. Satisfechos con gran parte sus deseos, murió Antonio en Constantinopla el año 895.

SAN GAUDENCIO, OBISPO DE VERONA. — Floreció por los años de 720, y fué el XXXIX obispo de aquella iglesia.

DIA 13.

SANTA CATALINA DE RICCI. — En el año de 1522 á 23 de abril, nació en la ciudad de Florencia, capital de Toscana, santa Catalina; de la noble familia de Ricci, á la cual en el bautismo se puso el nombre de Alejandra, que después mudó en el de Catalina, cuando se hizo religiosa. Su padre fué Francisco de Ricci y su madre Catalina de Riccasoli, señores de Panzano. Habiendo fallecido Catalina poco después de haber dado á luz á esta hija, Francisco pasó á desposarse con otra dama. Mas este suceso no causó el mas mínimo perjuicio á la buena educacion de la niña; pues así el padre como la madrastra tuvieron el posible cuidado para que fuese criada en el santo temor de Dios; aunque en esto poco tuvieron que trabajar; porque prevenida Catalina de la gracia del Señor y llena desde sus mas tiernos años de favores y beneficios celestiales, se mostró siempre ajena de los juegos pueriles y de la vanidad del mundo, y muy inclinada á la piedad y devoción. Así que llegó á la edad de diez años la puso su padre en el monasterio de san Pedro de Monticeli, situado en los arrabales de Florencia, para que se educase bajo la direccion de una tia suya paterna, nombrada Luisa, religiosa de aquel monasterio. Aquí empezó Catalina á dar muestras de aquella eminente santidad á que Dios desde la eternidad la habia predestinado; porque era obedientísima á todo lo que se la mandaba, y casi siempre aplicada á la oracion, de manera, que aun en el tiempo en que las otras niñas que estaban en educacion en el mismo monasterio iban á recrearse, Catalina hallaba todo su placer y contento en estarse arrodillada orando, delante de una imagen de un crucifijo, á la cual tenia una especial devoción. Desde aquel tiempo el Señor la inspiró el deseo de meditar frecuentemente en su sagrada pasion, discutiendo sobre cada uno de los misterios de ella, y acompañando la meditacion con la oracion vocal, rezando cinco veces el Padrenuestro á cada misterio, con gran gusto y contento de su alma, que todos los dias se iba inflamando mas en el amor del Señor y en ardientes deseos de participar del amargo cáliz de su pasion y de ser su sierva y querida esposa.

A fin de poner en ejecucion estos sus piadosos deseos, resolvió volver las espaldas al mundo y vestir el hábito de religiosa en algun monasterio, donde la observancia regular floreciese en todo su vigor, y sin alguna mitigacion ó dispensacion. Su padre que la habia sacado del sobredicho monasterio y la habia restituido á su casa, la propuso

el deseo que tenia de colocarla en matrimonio en alguna de las nobles familias de aquella ciudad, mas Catalina le respondió con toda resolucion, que no queria otro esposo que Jesucristo su Señor y Redentor. Hallándose después nuestra Catalina en el campo, en una quinta cercana á la ciudad de Prato, se puso á discurrir con dos religiosas legas de la tercera orden de santo Domingo, del convento de San Vicente del Prato; las cuales, por ser el convento muy pobre y sin clausura, iban buscando limosna para remediar las necesidades de aquella comunidad. Estas dos legas la informaron de la vida austera, penitente, pobre y mortificada que llevaban las religiosas de aquel convento, por lo que resolvió hacerse monja en él; y á fuerza de ruegos y reiteradas instancias consiguió de sus padres la licencia y bendicion. En el año, pues, de 1535, teniendo Catalina solos trece años, vistió el hábito religioso de santo Domingo en el monasterio de San Vicente de Prato con tan grande contento de su alma, que en el mismo dia de vestir dicho hábito, fué favorecida de Dios con un dulcísimo éxtasis, en que le pareció que Jesucristo y Maria Santísima la introducian en un ameno jardin, adornado de hermosas flores y de toda suerte de delicias.

Como el Señor habia elegido por su esposa á esta tierna doncella, se dignó visitarla poco después de haber entrado en la religion, con una larga y molesta enfermedad, con la cual tuviese ocasion de purificar su corazon en el fuego de la tribulacion y de ejercitar la humildad, la paciencia y las demás virtudes, que la hiciesen semejante á su Esposo crucificado. Refiere, pues, el ilustrísimo señor Catani, obispo de Fiévoli, que fué el primero que escribió é imprimió la vida de esta santa vírgen, dos años después de su muerte, esto es, en el año de 1592, que en los principios de marzo del año 1538 fué acometida de una gravísima enfermedad, con calentura cotidiana y con agudos dolores que padecía en todo el cuerpo, la cual enfermedad degeneró después en una hidropesia y en mal de piedra, acompañado de asma. Este conjunto de males la duró por espacio de dos años, nada aprovechando los remedios y medicinas que se la recetaban; de modo, que los médicos no sabiendo ya qué hacer, abandonaron su curacion y dejaron de darla remedio alguno, viendo que no la servian de ningun provecho, sino que al contrario la causaban mayor pena y tormento. Sufrió la santa con admirable paciencia y perfecta resignacion en la divina voluntad todos estos males, consolándose con la vista de su Salvador crucificado y con la memoria de las penas y dolores que él sufrió por nuestros pecados, muriendo por ellos sobre una cruz. En el mes de mayo de 1540 se acrecentaron de tal modo los males de la santa, que estuvo muchas semanas sin poder dormir un solo momento, velándola continuamente dos monjas que la asistian. En este estado, á 22 del dicho mes de mayo, que en aquel año era vigilia de la Santísima Trinidad, se le apareció un santo de la orden de santo Domingo (no se dice el santo que fuese) todo resplandeciente, el cual llamándola por su nombre, la hizo la señal de la cruz sobre el estómago, y la dejó al instante sana y curada perfectamente de todos sus males, con admiracion y pasmo de todas las monjas y de los médicos que vinieron después á visitarla. De este milagro dió Catalina humildísimas gracias al Señor, y desde este dia se enfervorizó mas en su servicio; é hizo aun mayores progresos en las virtudes cristianas y religiosas.

Estas virtudes resplandecieron en la santa virgen de un modo muy particular; pero nosotros, deseosos de la brevedad, nos contentaremos con indicirlas con las mismas palabras del autor de su vida, sacada de los procesos hechos para su canonización. «Amaba la santa, dice, tan tiernamente á su Dios, que tenia su mente siempre unida con él tomando de cualquiera cosa motivo para alabarle y bendecirle. La caridad que tenia hácia su prójimo era de tal manera singular, que por este motivo se empleaba en los oficios más bajos del monasterio y de mayor trabajo. Cuando enfermaba alguna de sus monjas, la asistía continuamente en todas sus necesidades, privándose del sueño para que las otras descansasen, y perseverando firme en su asistencia, hasta que las enfermas ó sanaban ó fallecían. Su paciencia era invencible en las adversidades, en las tribulaciones y en las enfermedades que padeció, que fueron muchas y penosísimas, algunas de las cuales las habia pedido al Señor por la salvación de los pecadores y en descuento de las penas que merecía por sus pecados. Eran muchísimas las penitencias que hacia, llevando siempre una cadena de hierro y un áspero cilicio sobre sus desnudas carnes, ayunaba frecuentemente á pan y agua, y por el espacio de cuarenta y ocho años no comió carne ni huevos. Fué siempre obedientísima á sus superiores, viniendo cualquiera repugnancia que tuviese en cumplir prontamente cuanto la ordenaban. Aborrecía muchísimo el ser estimada y tenida en buen concepto; por lo que cuando oía hablar con honor de sus acciones, padecía mucho dolor, procurando huir y esconderse cuando venia gente á visitarla. Entre las virtudes de Catalina subió á la mayor perfección su pureza virginal, que se puede decir que fué como angélica; por lo que no es maravilla que mereciese tantas gracias de aquel Señor, que se apacienta entre las azucenas, con el cual ella dulcemente se recreaba; repitiéndole frecuentemente aquellas palabras de la esposa de los Cantares: *Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia*. Mi amado para mí, y yo para mi amado, que se apacienta entre las azucenas.» Hasta aquí el sobredicho escritor de la vida de santa Catalina.

A más de esto, fué esta amada sierva del Señor favorecida de muchas visiones celestiales y de éxtasis y raptos tan estupendos, que á veces quedaba totalmente elevada de la tierra y suspendida en el aire por largo tiempo. Gozaba la santa con tal frecuencia de estos favores celestiales, que se puede decir que su vida fué una continua serie de estos dones extraordinarios y sobrenaturales. Fué también enriquecida del don de profecía, del de penetrar los secretos del corazón y del de obrar cosas prodigiosas, por lo que su nombre y su santidad fué conocida y celebrada con universal aplauso, no solo en la Toscana donde vivía, sino también en toda la Italia y en otras regiones más remotas. Por fin, estando Catalina ya madura para el cielo, y anhelando á las bodas eternas del paraíso, después de haber padecido una penosa enfermedad, con la cual siempre más se purificó su alma, y habiendo recibido con extraordinaria devoción los últimos sacramentos de la Iglesia, espiró plácidamente á 2 de febrero, día en que se celebra la fiesta de la Purificación de la Virgen Santísima, del año de 1590, siendo de edad de sesenta y ocho años, cuarenta y dos de los cuales habia empleado en el gobierno de su monasterio como priora ó superiora de él, con mu-

cho provecho espiritual y temporal de sus religiosas. Beatificó á la sierva de Dios Clemente XII, á 29 de octubre de 1732, habiendo ántes aprobado para este efecto dos de los muchos milagros que después de su muerte obró Dios por su intercesión.

El primero el de la instantánea curación de sor Catalina Alejandra de Bonsi, de un aneurisma.

El segundo el de la instantánea curación de sor Elisabet Querubina Casani, de una enfermedad de ciática.

Después Benedicto XIV la puso en el catálogo de las santas vírgenes, habiendo primero aprobado dos de los muchos milagros que ha obrado Dios por su intercesión, después de haber sido solemnemente beatificada, que son los siguientes.

El primero sucedió en la ciudad de Augusta, con sor María Magdalena Fabri, religiosa del monasterio de Santa Catalina de Sena, de la órden de predicadores: tres años habia que padecía esta religiosa una grave enfermedad en las junturas ó artojos de las rodillas, que la comprimía también los nervios de las piernas; tanto que no podía de modo alguno moverse, padeciendo al mismo tiempo muchos dolores; y los varios remedios que se habia aplicado nada la habian aprovechado. Lleváronla las religiosas al coro al tiempo que se cantaba el *Te Deum laudamus*, en acción de gracias por la beatificación de la sierva de Dios, á la cual se encomendó la enferma con mucho fervor; y al instante allí mismo se sintió enteramente sana, y vió que habia recobrado sus fuerzas como si nada hubiese padecido; de suerte que se arrojó y anduvo por el monasterio como las otras monjas.

El segundo sucedió con María Clemencia, natural de Florencia, la cual por espacio de ocho años continuos habia padecido un cáncer en el pecho, del cual salía gran copia de gusanos. Al principio dicho cáncer la habia causado siete valvas ó cavidades, que después se redujeron á dos muy profundas; y habiéndola reducido este mal al extremo de la vida, recibió el Santísimo Sacramento por viático; mas habiéndose encomendado después con fervorosa oración á santa Catalina de Ricci, quedó libre y curada por su intercesión de esta mortal enfermedad.

SAN AGARÓ.—Este santo se encuentra entre los setenta y dos discípulos de Jesucristo. Estuvo dotado del don de profecía, prediciendo entre otras cosas la prisión del apóstol San Pablo, como también el hambre que en tiempo del emperador Claudio desolaria la tierra. Tanto la Iglesia griega como latina lo veneran como mártir, habiendo sido Antioquia el teatro de su martirio. Las actas de los apóstoles hacen mención de dicho santo.

SANTA FUSCA, VIRGEN, Y SANTA MAURA, SU NODRIZA.—La primera fué hija de un noble de Siria, y teniendo apenas quince años abrazó la religión cristiana; cuya acción fué causa de su martirio en tiempo del prefecto Quinciano y del emperador Decio. Maura fué también muerta con ella y los cuerpos de ambas, recogidos por los cristianos de Ravenna, recibieron honrosa sepultura, favorecida por el cielo con muchos milagros.

SAN POLIEUTO, MÁRTIR.—Derramó su sangre por la fé en Militene, ciudad de Armenia, el día 13 de febrero del año 259.

SAN GREGORIO II.—Fué natural de Roma, y obtuvo las dignidades de tesorero y Bibliotecario de la Iglesia romana, que desempeñó á general satisfacción. Mereció ser

elegido y consagrado papa el 19 de mayo del año 715, y gobernó quince años, ocho meses y veinte y tres días, falleciendo el día 10 de febrero de 731. Era Gregorio sabio é instruido en las sagradas Escrituras, de buenas costumbres y admirable fortaleza. El primer año de su pontificado envió misioneros á Germania á predicar el Evangelio. En 718 restableció el monasterio de Monte Casinó, que habia sido destruido por los lombardos: convocó dos concilios, el uno en 721 contra los matrimonios ilícitos, y el otro en 729 contra los iconoclastas. Habiendo los romanos echado á Basilio, último duque de Roma, el año 726, adquirió Gregorio en esta ciudad y su ducado, á falta de los ministros imperiales, la superintendencia ministerial, mal confundida por algunos con la autoridad absoluta. Gregorio escribió á Carlos Martel, pidiéndole socorro contra las vejaciones de los lombardos, y tuvo también mucho que sufrir por parte de Leon Isaura, que se declaró en favor de la herejía de los iconoclastas. En 729 escribió á este príncipe sus dos cartas dogmáticas sobre el culto de las santas imágenes, y pasó el resto de su vida en evitar las supercherías de Leon y en contener á las ciudades de Italia, prontas á sublevarse. La Iglesia venera á este santo como uno de los que mas han honrado la cátedra pontificia con su sabiduría, su celo y sus esclarecidas virtudes.

SAN JULIAN.—Derramó su sangre y consiguió la corona del martirio en Lion de Francia, durante el siglo IV, despues de haber padecido infinidad de cruellísimos tormentos.

SAN BENIGNO.—Fué natural de Tuderto, en Hungría, cuya ciudad fué teatro de su santa vida y de su gloriosa muerte. Estaba disponiéndose este santo para recibir las órdenes sagradas, cuando se encendió la persecucion en tiempo del emperador Diocleciano, y en ella derramó su sangre con un ilustre martirio. Su cuerpo fué sepultado en un lugar, donde se edificó despues un suntuoso templo, dedicado á su memoria, y el Señor le hizo glorioso por los milagros obrados en él por la intercesion de su siervo.

SAN ESTÉBAN, OBISPO DE LION.—Este prelado ilustre en santidad, fué célebre en la córte de Gondobaldo, rey de los borgoñones, por su admirable gracia en componer las diferencias de aquellos tiempos, y en conciliar los espíritus turbulentos y belicosos. Fué severísimo con su persona y en todos los negocios que pertenecian á la religion, y murió santamente en Lion el año 310 ó 312.

SAN LUCINO.—Fué el décimoséptimo obispo de Anjou, en Francia, de cuya ciudad es patrono y especial protector. Fué de familia principal, de índole suave y costumbres puras, y muy querido en la córte de Clotario II, en la cual habia desempeñado destinos de importancia durante los años de su juventud. Despreciada despues la pompa del mundo, renunciando á la córte y á las armas, dedicóse todo á Dios, y fué elegido obispo de Anjou. Su episcopado es notable por la reforma general de las costumbres públicas, y por el celo con que el santo obispo promovió los intereses de la religion. Murió Lucino llorado de cuantos habian tenido la dicha de tratarle, el día 11 de febrero del año 616.

SAN ESTÉBAN, ABAD DEL MONASTERIO DE RIETI EN ITALIA.—Fué varon de maravillosa paciencia, y á cuya muerte, acaecida en el año 398, asistieron visiblemente los ángeles.

SAN VALENTIN, PRESBITERO Y MARTIR.—Entre los gloriosos mártires que en el tiempo del emperador Claudio, segundo de este nombre, dieron testimonio de la verdadera fé con su muerte, y derramaron su sangre por Jesucristo, fué uno san Valentin, presbítero: el cual, estando el mismo emperador en Roma, siendo hombre por su santidad y doctrina venerable, fué preso y cargado de cadenas, y dos días despues llevado á presencia del emperador. Luego que Claudio le vió le dijo con palabras blandas: ¿Por qué no quieres gozar de nuestra amistad, sino ser amigo de nuestros enemigos? Yo te oigo alabar de hombre sabio y cuerdo; y por otra parte te veo supersticioso y vano. Respondió Valentin: O emperador, si entendieses bien el don de Dios, serias dichoso tú y bienaventurada tu república: darias de mano á los demonios y á esas estatuas que adoras, y conocerias ser Dios verdadero y solo, el que crió el cielo y la tierra, y Jesucristo su único Hijo. Estaba presente, cuando esto dijo Valentin, un letrado del emperador; y dijo á Valentin, de manera que todos le oyesen: Pues segun eso, ¿qué sientes de nuestros dioses Jupiter y Mercurio? Y Valentin: Que fueron hombres, dice, miserables, sucios, y que todos los días de su vida gastaron en torpezas y deshonestidades, y deleites viciosos de sus cuerpos. No se pudo tener el letrado oyendo esto, que no clamase en voz alta: Blasfemado ha Valentin contra los dioses y contra los gobernadores de la república. Y como Valentin pidiese atencion al emperador, y le dijese que hiciese penitencia de la sangre de los cristianos que habia derramado, y creyese en Cristo y se bautizase, porque de esta manera se salvaria y acrecentaria su imperio, y alcanzaria grandes victorias de sus enemigos, y el emperador se mostrase blando y que le oia de buena gana, el prefecto de la ciudad llamado Calurnio, dijo á gritos allí delante de todos: ¿Habeis visto como está encañado nuestro príncipe? ¿Es posible que queramos dejar la religion que mamamos con la leche y con que nos criamos y tuvieron nuestros padres y abuelos? Oyendo estas palabras Claudio, temiendo alguna turbacion y alboroto en la ciudad, mandó al prefecto que oyese á Valentin: y si no diese buena cuenta de sí, le castigase como á sacerdote, y si la diese, que no le condenase. El prefecto cometió la causa á un teniente suyo llamado Asterio, el cual le llevó á su casa; y el santo entrando en ella, suplicó á Dios que alumbrase á los que estaban ciegos en las tinieblas de la gentilidad, y les diese á conocer á Jesucristo, luz verdadera del mundo: y como oyese esto Asterio, dijo á Valentin: Mucho me he maravillado de tu prudencia que digas que Cristo es luz verdadera. Y Valentin dijo: No solamente es luz verdadera, sino luz que alumbrá á todos los hombres que vienen al mundo. Si eso es así, dijo Asterio, yo lo probaré presto. Aquí tengo una hija adoptiva que ha dos años que es ciega: si tú la alumbrares y dieres vista, entenderé que Cristo es luz y Dios, y haré todo lo que quisieres. Trajeron la doncella al santo; y él, poniendo las manos sobre sus ojos, hizo oracion y dijo: Señor Jesucristo, alumbrá á esta tu sierva; porque tú eres verdadera lumbre. Al momento recibió vista la doncella; y Asterio y su mujer se echaron á los piés de san Valentin, suplicándole, que pues por su medio habian conocido

á Cristo, verdadera luz, les dijese lo que habian de hacer para salvarse. El santo les mandó hacer pedazos todos los ídolos que tenian, y ayunar tres dias, y perdonar á todos los que los habian agraviado y despues bautizarse; y que con esto se salvarian. Asterio cumplió todo lo que le fué ordenado, y soltó á todos los cristianos que tenia presos, y se bautizó con toda su familia, que era de cuarenta y seis personas. Supo esto el emperador: tuvo recelo de algun grande alboroto en Roma, y por razon de estado mandó prender á Asterio y á todos los otros que con él se habian bautizado: los cuales con varios géneros de tormentos fueron martirizados: y san Valentin, padre y maestro de todos, despues de haber padecido muchos dias de cárcel penosa, fué apaleado y quebrantado con bastones nudosos, y al fin degollado en la via Flaminia, donde despues Teodoro, papa, á honra suya dedicó un templo al Señor. Hácese mención de este santo en el Sacramentario de san Gregorio, papa. El día de su martirio fué á los 14 de febrero, en el cual la santa Iglesia celebra su fiesta, y fué el año del Señor de 271, imperando Claudio, segundo de este nombre.

* **BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION.** — Una villa llamada Almodóvar, en el arzobispado de Toledo, fué el lugar donde nació este santo, educado por sus devotos y piadosos padres en la virtud y letras desde sus mas tiernos años. Su piedad era tanta, que muy niño maceraba su cuerpo con las mas rigurosas penitencias. Vistió el hábito de los PP. Trinitarios calzados á los diez y siete años de su edad, habiendo ya hecho voto de castidad cuando solo contaba nueve. Instruido bajo la direccion del beato Simon de Rojas, así en la vida espiritual, como en las ciencias humanas y divinas, aprovechó tanto en ellas, que era tenido por modelo en virtud y ciencia. Su abstinencia era admirable, privándose de lo necesario á la vida, para darlo á sus hermanos los pobres. Ordenado de sacerdote, estaba su corazon tan inflamado en la caridad y amor hácia Dios, que se cumplió en él lo que la seráfica doctora santa Teresa de Jesus habia predicho á sus padres, á saber: que su niño Juan seria con el tiempo, como ella, reformador de una orden religiosa. En efecto: deseando hacer revivir todo el fervor primitivo de la regla de su orden, tal cual la habian instituido sus santos fundadores Juan de Mata y Félix de Valois, partió para Roma á fin de obtener del pontífice reinante Clemente VIII la aprobacion. El papa aprobó la reforma de la orden de la Santísima Trinidad, y vuelto Juan Bautista á España reúne algunos socios, y funda en Valdepeñas el primer convento de la nueva orden de Trinitarios descalzos. La penitencia, la austeridad, la pobreza, la vida comun eran el objeto de estos nuevos religiosos. No dejó su fundador de experimentar algunos sinsabores, disgustos y persecuciones; mas él alentado con la confianza en Dios, funda varios conventos; y aunque la maledicencia emplee todos los medios para hacerle perder el crédito y la autoridad, no por esto desiste de su empeño. Despues de haber obrado él bien durante su vida y dado ejemplos de virtud á sus hijos, murió en el Señor á los cincuenta y dos años de su edad, el día 14 de febrero de 1613. Sepultado su cadáver en el convento de su orden en Córdoba, y resplandeciendo con los muchos milagros obrados, fué declarado beato el año 1819 por la santidad de Pio VII.

LOS SANTOS VIDAL, FELICOLA Y GENON. — Fué el primero

presbítero, y todos mártires en Roma en la via Ardeotina, en tiempo del emperador Diocleciano. Sus reliquias se conservan en el monasterio de Santa María de Serrateix, en el principado de Cataluña, á donde fueron trasladadas desde Roma el año 977, reinando en Barcelona el conde Borrell, al cual habian sido regaladas.

SAN VALENTIN OBISPO DE TERNI EN HUNGRIA. — Era natural de Roma, y fué ordenado obispo el año 243 y enviado á Hungría donde propagó las luces del Evangelio. Siendo ya de edad muy avanzada, y habiendo sobrevenido cruel persecucion contra la Iglesia, fué acusado, azofado, y estando en prision, lo sacaron una noche de ella, y en seguida lo degollaron por orden de Plácido, gobernador de aquella ciudad, por los años 273.

LOS SANTOS PRÓCULO, EFEBO Y APOLONIO. — Estando en la ciudad de Terni, velando el cuerpo del santo obispo Valentin, recién martirizado, fueron degollados por mandato del procónsul Leoncio.

LOS SANTOS BASO, ANTONIO Y PROTÓLICO. — Fueron ahogados en el mar de Alejandria, á los cuales junta Baronio algunos otros santos que fueron compañeros de aquellos en los tormentos, y que perecieron el mismo dia que ellos, aunque con diverso género de muerte.

LOS SANTOS CIRION, PRESBITERO, BASION, LECTOR, AGATON, EXORCISTA Y MOISÉS, MÁRTIRES. — Fueron quemados vivos en Alejandria, en el tercer siglo de la Iglesia.

SAN DIONISIO Y SAN ANONIO. — No se sabe de dónde eran oriundos estos dos santos; pero parece fuera de toda duda, que fueron martirizados y decapitados en España, en el lugar donde está hoy el monasterio de Roda en el principado de Cataluña, por los años 300 de la era actual; aunque el Martirologio romano diga que padecieron en Alejandria.

SAN ELEUCADIO. — Era diácono de la Iglesia de Ravena, y vacando la sede episcopal por muerte de san Aderito, fué Eleucadio elegido para sucederle. Despues de un pontificado favorecido con abundantes gracias, murió este santo en Ravena el día 14 de febrero del año 112.

SAN AUSENCIO, ABAD DE BITINIA. — Se dedicó primero al ejercicio de las armas, y despues á la vida de perfeccion evangélica, en la cual fué doctor y maestro. Murió de una edad muy avanzada el año 470.

SAN ANTONINO ABAD. — Fué natural de Sorrento, en Italia, y habiendo los longobardos arruinado el monasterio de Monte Casino, se retiró á un yermo junto á aquella ciudad, y allí, adornado de santidad y virtudes, murió el día 14 de febrero del año 300. Su cuerpo fué enterrado en Sorrento, donde es tenido en gran veneracion, por los continuos milagros que obra el Señor por su patrocinio.

DIA 15.

LOS SANTOS FAUSTINO Y JOVITA, MÁRTIRES. — San Faustino y san Jovita, fortísimos mártires del Señor, fueron hermanos y muy ilustres por sangre, y mucho mas por haber sido cristianos, y haber derramado la suya por Cristo, con un penoso y prolijo martirio que padecieron, habiendo sido atormentados muchas veces con penas atroces y exquisitas, en muchas ciudades de Italia. Nacieron estos bienaventurados caballeros de Jesucristo en Brescia ciudad principal de Lombardia. Desde niños fueron bien inclinados, modestos, virtuosos, unidos entre sí con el vinculo de una

hermanable caridad. A Faustino, que era el mayor, ordenó de sacerdote Apolonio, obispo de aquella ciudad; y á Jovita de diácono. Comenzaron los santos hermanos á ejercitar sus oficios con grande aprovechamiento de los pueblos, y edificación de los fieles; y muchos gentiles por su predicacion se convertian á nuestra fé, y desterradas las tinieblas de su ignorancia, recibian la luz del sagrado Evangelio. Iba esto creciendo, de manera, que la religion cristiana florecia, y la de los falsos dioses cada dia iba en mayor disminucion, y la fama de los hermanos se extendia por toda aquella comarca, y llegaba á algunas ciudades mas apartadas y remotas. Mas el demonio, queriendo estorbar este feliz progreso, movió á un ministro suyo y grandísimo enemigo de Cristo y de su Iglesia, que se llamaba Itálico, que persuadiese al emperador Adriano, que llevase adelante la persecucion contra los cristianos, que Trajano su predecesor habia comenzado, y quitase la vida á Faustino y Jovita, que eran los principales predicadores de aquella supersticion, si queria tener propicios á los dioses, y seguro su imperio. El emperador dió al mismo Itálico amplia comision para proceder contra los dos santos hermanos y contra los demás cristianos. Llegado á Brescia Itálico, mandó prender á Faustino y Jovita: propúsoles el mandato del emperador: exhortóles á obedecerles: prometiéndoles grandes dones si obedecian, y graves tormentos si lo dejaban de hacer: y hallándolos en la confesion de la fé valerosos y constantes, no quiso pasar adelante, hasta que el mismo emperador, que iba á Francia, entrase en la ciudad de Brescia, así para saber de él su voluntad, como por ser los santos personas tan ilustres y tan emparentadas. Vino el emperador, supo lo que pasaba, tentó inclinarlos á la adoracion de sus dioses, y mandóles llevar al templo del sol, en el cual estaba una estatua del mismo sol, riquísimamente adornada, y en la cabeza tenia muchísimos rayos de oro fino que maravillosamente resplandecian. Hicieron los santos oracion á Dios del cielo; y luego la estatua se paró como un hollin, y los rayos de la cabeza como un carbon. Espantóse el emperador que estaba presente, y mandó á los sacerdotes y ministros del templo, que limpiasen la estatua del sol y sacudiesen aquel hollin; y en poniendo ellos las manos en ella, luego cayó y se deshizo, y se convirtió en ceniza. Embravecióse el emperador con este suceso, y condenó á los dos santos á las fieras. Echáronles cuatro leones ferocísimos, los cuales dando unos bramidos espantosos, que hacian temblar á los gentiles que allí estaban, se llegaron á los santos hermanos mansamente, y comenzaron á lamerles los piés; echaron también leopardos, osos y otras bestias fieras, y para irritarlas y hacerlas mas crueles y bravas, les ponian hachas ardiendo á los costados; pero todas ellas eran como ovejas para los santos; y para los ministros del emperador fueron tan bravas, que á todos los despedazaron: y queriendo los sacerdotes de los templos atribuir este milagro á Saturno, y llegarse á los santos con una estatua suya para que le reverenciasen, las fieras los asaltaron y mataron á bocados, y con ellos á Itálico principal autor de esta persecucion que iba en su compañía. Clamaban los gentiles á grandes voces y decian: Saturno dios, ayuda á tus ministros; mas su misma estatua quedó allí en el suelo pisada de las fieras, y bañada de sangre de sus sacerdotes. La mujer de Itálico, llamada Afra, cuando supo la muerte de su marido, vino con gran furia al teatro donde estaba el empera-

dor, y con voz lamentable y enojada le dijo: ¿Qué dioses son estos que adoras, ó emperador? Dioses que no pueden librar á sus sacerdotes, ni aun á si mismos, y por ellos y y por tí yo he quedado hoy viuda: y así ella se convirtió á la fé, y otros muchos de los que estaban presentes, entre ellos Calocero, hombre principal en la corte y casi imperial, con gran parte de los criados y ministros. Y para que se viese que aquellas maravillas eran obras de Dios, que conservaba la natural crueldad en aquellas bestias, para que usasen de ella contra los gentiles, y fuesen mansas y blandas para con los santos; ellos les mandaron, que sin hacer daño á ninguno saliesen fuera de la ciudad; y así lo hicieron y se fueron á los desiertos. Mandó despues de esto Adriano echar los santos en el fuego; y ellos estaban en medio de las llamas como en una cama regalada, alabando y cantando himnos al Señor. Echáronles de nuevo á la cárcel, y dieron orden de que no entrase nadie á ellos, ni que se les diese cosa de comer ni beber, para que pereciesen de hambre y sed. Pero ¿quién puede contristar contra Dios? Vinieron los ángeles del cielo á confortar y alegrar á los esforzados guerreros del Señor; alumbraron con luz celestial aquellas mazmorras tenebrosas, y dieron mayor consuelo á los que estaban consolados, porque padecian por su Señor.

Mas viendo el emperador la constancia de los mártires, y los muchos que por su ejemplo se habian convertido á Cristo, y lá parte que tenian en la ciudad; y temiendo alguna sedicion, mandó matar á los que habian creído con Calocero, y llevar al mismo Calocero y á los santos hermanos Faustino y Jovita encadenados á Milan, para donde é se partia. Allí fueron de nuevo atormentados: atáronlos á todos tres en el suelo boca arriba, y echáronles plomo derretido con unos embudos por la boca, para que les quitase la respiracion y la vida; mas el plomo como si tuviera sentido, no haciendo dano á los mártires, quemaba á los crueles verdugos. Pusieronlos en el potro y aplicaron planchas encendidas á sus costados; y Calocero, sintiendo gravísimo dolor del fuego que le penetraba las entrañas, dijo á Faustino y Jovita: Rogad á Dios por mí, ó santos mártires; que este fuego me atormenta mucho. Y ellos respondieron: Ten fuerte, Calocero; que esto poco durará, y el favor de Señor será contigo: y así fué; porque luego se sintió Calocero recreado y tan confortado, que les dijo que no sentia dolor. Y por mas que echaron estopa, resina y aceite, y encendieron un gran fuego al rededor de los santos, todo perdió su fuerza y no fué parte para que ellos no estuviesen muy contentos y alabasen al Señor: por lo cual muchos de los circunstantes maravillados de lo que veian, y entendiendo que aquellas no eran ni podian ser obras de nuestra flaca naturaleza, conocieron al autor y obrador de tan grandes milagros y se convirtieron. Y el emperador no sabiendo ya qué hacerse, y teniendo por afrenta ser vencido de los santos mártires, entregó á Calocero á un gobernador de los suyos llamado Antoco, para que le martirizase; y partiéndose para Roma, mandó llevar tras sí á Faustino y Jovita, y llegados á aquella ciudad, fueron de nuevo cruelmente atormentados, y visitados y consolados del sumo pontífice. De allí los llevaron á la ciudad de Nápoles, y de nuevo les dieron otros esquisitos tormentos, y los echaron en el mar: mas el ángel del Señor los libró, y por virtud del mismo Señor que peleaba en ellos, salieron vencedores y mas puros y resplandecientes con

los tornehos; como el oro en el crisol. Finalmente los volvieron á Brescia, su principal ciudad, para que los que con su vida y constancia se habian convertido á la fé de Jesucristo, se encogiesen y atemorizasen con su muerte. Esto pretendian los tiranos; y Dios por este medio honrar é ilustrar y defender aquella ciudad, donde estos santos habian nacido, con la sangre é intercesion y merecimientos de ellos. Allí fueron degollados, y fuera de la puerta que va á Cremona, puestos de rodillas y encomendando su espíritu al Señor, que les habia dado fuerzas para pelear valerosamente en tantas y tan duras batallas, y ahora los hacia dignos de sí y les daba corona de martirio: el cual fué á los 15 de febrero del año de nuestra salud de 122, segun Baronio; y el mismo día celebra la Iglesia su fiesta. El Martirologio romano dice que fueron martirizados por el emperador Adriano; y el Breviario romano que en la persecucion de Trajano. Los tormentos de estos santos fueron tantos, y duraron tanto tiempo, que pudo Trajano comenzarlos, y acabarlos Adriano; aunque lo mas probable parece que todo fué en tiempo de Adriano, el cual no movió propia persecucion contra la Iglesia, sino continuó la que Trajano su predecesor habia comenzado; y así se pudo llamar persecucion de Trajano, tomando el nombre de su autor.

SAN CRATON. — La Ciudad de Atenas, teniendo que representar en Roma por algun negocio de importancia, confió esta mision á este santo, que era ciudadano noble de ella. Llevóse á Roma á su esposa y demás familia. Durante el tiempo de su permanencia en la ciudad santa, no pudo ménos de admirarse al ver el valor con que los mártires sufrían los tormentos por confesar la fé de Jesucristo; y le movió tanto esto, que rogó al obispo de Terni san Valentín le instruyera en las verdades de la cristiana religion, y despues de bautizado él y toda su familia, fueron todos degollados en la misma ciudad de Roma por haber confesado públicamente la fé de Jesucristo. Fué su muerte el año 273.

SANTA ÁGAPE. — Esta noble virgen de Terni, en Hungría, fué discípula de san Valentín, y bajo su direccion vivía con otras doncellas en una especie de convento ó retiro, dedicada á ejercicios de piedad, cuando habiendo los paganos muerto al maestro, prendieron también y degollaron á las discípulas, que á la corona de la virginidad juntaron la del martirio el año 273. El cuerpo de santa Agape se conserva en Hungría en una iglesia dedicada á su nombre, y su cabeza está en Roma en la basílica de los santos Apóstoles.

LOS SANTOS SATURNINO, CÁSTULO, MAGNO Y LUCIO, MÁRTIRES. — Fueron martirizados en compañía de la santa anterior en la misma ciudad de Terni.

SAN QUINDIO. — Natural de las Galias, era monge del monasterio de Lerin, noble semillero de santos, cuando por espresa manifestacion del cielo fué llamado al obispado de Vasas en las mismas Galias. Apacentó su grey con sabiduría y virtud, y fué en su tiempo el patriarca y el mas venerable ornamento de la iglesia galicana. Colmado de virtudes y merecimientos, entregó su espíritu á Dios el año 578, y el cielo testificó luego con milagros, que su muerte habia sido preciosa á los ojos del Señor.

SAN DECOROSO, OBISPO DE CAPUA. — Floreció en el siglo VII. Por aquel tiempo habian abrazado ya los longobardos la fé cristiana; pero en su interior y en muchos actos

de su vida no podian aun desarraigar las raíces de sus antiguos errores. San Decoroso trabajó tan eficazmente para lograrlo, que durante los treinta años de su episcopado fueron estos los mas ardientes votos de su corazón. Sus sermones y sus exhortaciones á los longobardos, llenos de unción, de caridad y de santo celo, le atrajeron todos los corazones, y el los reformó á todos, teniendo el consuelo de ver coronados sus deseos y trabajos con un copioso fruto. El Señor coronó sus esfuerzos, llevándosele á la gloria el día 12 de febrero del año 765, llorado de todas sus ovejas, y venerado desde entonces en Capua como uno de sus principales protectores.

SAN SEVERO, PRESBITERO. — Nació y educado en Ravena; floreció desde niño con el don de milagros. Habiendo ido á Roma á visitar el sepulcro de los santos apóstoles, fué ordenado sacerdote. Fué el taumaturgo de su tiempo; y san Gregorio dice de él, que con sus lágrimas resucitó á un muerto, hijo de un pobre anciano que estaba inconsolable. Despues de una vida dedicada á la penitencia y al servicio de los pobres, murió Severo en Roma el año 345.

SANTA GEORGIA, VIRGEN. — Era de Claromonte en Francia, y floreció por los últimos años del siglo V. Vivió mucho tiempo en la soledad, entregada á los ejercicios de penitencia, y murió rodeada de ángeles que llevaron su preciosa alma á Dios. Habiéndose llevado su cuerpo á la iglesia de Claromonte para darle sepultura, todo el concurso fué testigo de los prodigios con que manifestó el cielo la santidad de aquella cuyas exequias se celebraban. Desde entonces se la veneró como santa, y la Iglesia autorizó luego su culto.

SAN JOSÉ, DIÁCONO DE ANTIOQUIA. — Fué ilustre por su ciencia, y celebre en la Iglesia oriental por la multitud de himnos que compuso, y que sirven aun para la celebracion de muchas festividades de aquella Iglesia. Fué acérrimo defensor del culto de las santas imágenes, y padeció varias persecuciones por esta causa, hasta que descanzó tranquilamente en el Señor á principio del siglo IX.

DIA 16.

SANTA JULIANA, VIRGEN Y MÁRTIR. — En la ciudad de Nicomedia hubo un caballero que se llamaba Eleusio: era senador y muy principal, y amigo de los emperadores, y juntamente muy dado al culto de sus falsos dioses. Querriéndose este caballero casar, puso los ojos en una doncella hermosísima, honestísima y de virginales costumbres, que se llamaba Juliana; hija de Africano, persona muy ilustre, y no ménos engañado que Eleusio en la adoracion de los demonios. La madre de Juliana era mujer, que ni era bien gentil, ni bien cristiana; mas Juliana desde su niñez lo fué: porque contemplando el orden, concierto y variedad de las criaturas, con su buen entendimiento y luz del cielo vino á conocer, que no habia sino un Dios, criador de todas las cosas, y le comenzó á amar y desear servir, y se entretenía con él en su oracion y leccion de los libros buenos, y en visitar á menudo su santo templo. Pues como Eleusio pidiese por sus raras partes por mujer con muchas instancias á Juliana, y sus padres juzgasen que ganaban mucho con aquel casamiento, por la calidad y riquezas de Eleusio, vinieron en ello, y concertáronle muy contra la voluntad y gusto de su hija; la cual, por dar tiempo al tiempo, y tener alguna ocasion

para salirse á fuera, dando mucha prisa Eleusio para que se celebrasen las bodas, le envió á decir, que ella no se casaría, si primero no alcanzaba del emperador la dignidad de prefecto, que era muy grande. Y aunque esta peticion parecia nueva á Eleusio, por el encendido amor que le tenia y deseo de casarse con ella, no la desechó, ántes procuró que se le diese el cargo de prefecto, y él le compró con gran suma de dinero, y avisó á Juliana, que ya él habia alcanzado lo que ella deseaba, y se podia casar con el prefecto. Entonces viendo la santa que este color y achaque no bastaba para impedir el matrimonio, le respondió que ella era cristiana, y que no pensaba casarse, sino con un hombre que lo fuese; y así le rogaba que tomase la fé de Cristo, para que aquel casamiento fuese dichoso y bienaventurado, y los dos pudiesen vivir en una dulce union y santa conformidad: porque de otra manera, siendo de dos diferentes religiones, con los cuerpos estarian juntos, y con los corazones apartados. Turbóse en gran manera Eleusio con este recado; dió luego parte al padre de la santa virgen: y como ambos á dos eran paganos y ciegos, y enemigos de cristianos, no se puede creer el enojo y sentimiento que tuvieron contra Juliana. Háblóle el padre primero con dulces y amorosas palabras, y con todo el artificio que el amor de padre y celo de su falsa religion le daban, y procuró atraerla á su voluntad, y que se casase con aquel caballero: y como esto no bastase, usó de espantos y amenazas, y al fin de azotes y golpes, cárcel y prisiones: y viendo que perdía tiempo, porque Juliana siempre respondia que no se casaría con él, si primero no era cristiano, la entregó á Eleusio, para que la castigase, é hiciese de ella á su voluntad.

Mandóla Eleusio traer, como prefecto, á su estado; y aunque con la cólera estaba inflamado, cuando la vió delante de sí, maravillado de su extremada belleza, se reportó, y el fuego del amor comenzó á pelear con el fuego del enojo, y á reprimirle y sujetarle. Díjole muy blandas y regaladas palabras: exhortóla á que le tomase por marido, y que si ella queria ser cristiana, él no se lo estorbaria; y que él tambien se hiciera cristiano, si no temiera á los emperadores, y perder por ello la vida: y que mirase, que él le aconsejaba, como padre y amigo, lo que le estaba bien; y que si no lo hacia, lo pagaría con la vida, y acabaría con todos los tormentos que le pudiese dar. Todo esto no bastó, para que la santa doncella, que ya estaba prevenida, y confortada de su celestial esposo, se rindiese: ántes cerrando los oídos á los silbos de aquella serpiente infernal, le respondió que no perdiese tiempo, porque aunque la malase, quemase, despedazase, y echase á las fieras, no haría mudanza en lo que habia dicho. Entonces el prefecto, furioso por la saña, y como fuera de sí, la mandó cruelisimamente azotar con nervios, diciendo, que aquellos azotes éran como principio de los tormentos que habia de padecer; pero ella le respondió, que esperaba en Dios, que le daría fuerzas para sufrir cualesquiera penas, y que él se cansaría ántes en atormentarla, que ella en ser atormentada. Mandóla el juez colgar de los cabellos, y tenerla así colgada gran parte del día, de suerte, que le arrancó el pellejo de la cabeza, y los ojos se le oscurecieron, y las cejas se le subieron á la frente: tras esto mandó quemarle los costados con planchas de hierro encendidas, y atadas las manos traspasarle los muslos con

un hierro ardiendo, y de esta manera llevarla á la cárcel. Aquí la santa virgen, viendo despedazado su cuerpo, y hecho un retablo de llagas y de dolores, se volvió á su dulce esposo y le suplicó que la favoreciese y la librase de aquellas penas, como habia librado á Daniel de los leones, y á los tres mozos del horno de Babilona, y á santa Tecla de las bestias y del fuego. Haciendo esta oracion, se le apareció el demonio en figura de un ángel del cielo, y le dijo que el prefecto habia aparejado gravísimos y horribles tormentos para ella, y que Dios no queria que los padeciese, sino que en sacándola de la cárcel, luego sacrificase. Y preguntándole ella quién era, le respondió que era ángel de Dios, y que él le enviaba para que no pasase tan atroces tormentos. Y como ella viese que aquel consejo no era de ángel de luz sino de tinieblas, suplicó á Nuestro Señor que le descubriese su voluntad, y quién era aquel que con máscara de ángel la queria engañar. Luego oyó una voz del cielo que le dijo: «Confía, Juliana; que yo soy contigo: echa mano, y prende á ese que te habla; porque yo te doy potestad para ello, y de él sabrás quién es.» Á la oracion de la santa se siguió la voz del cielo, y á la voz el milagro; porque luego Juliana se halló libre de sus prisiones, y sana, y se levantó del suelo, y vió al demonio atado delante de sí: y prendiéndole, y haciendo de él como de un esclavo fugitivo, le comenzó á examinar quién era, de dónde venia, y quién lo habia enviado: y el demonio, forzado de la virtud invisible del Señor, con ser padre de la mentira, confesó la verdad y dijo, que él era uno de los principales ministros de Satanás, que le habia enviado, y el que habia engañado á Eva, é incitado á Cain á la muerte de su hermano, y á Nabucodonosor á levantar la estátua, y á Herodes á la muerte de los niños inocentes, y á Judas á vender á su maestro, y despues á ahorcarse, y á los judíos á apedrear á Estéban, y á Neron á matar á Pedro y Pablo; y finalmente, el que habia sacado de seso á Salomon con el amor loco de las mujeres. Todo esto dijo el demonio: y (si dijo verdad) bien se ve, que aunque es leon bravo y despedaza á los que se llegan á él y se fían de sus garras, para los humildes y desconfiados de sí y armados del espíritu de Jesucristo no tiene fuerza; pues una delicada doncella le pudo atar y vencer: porque despues que la santa virgen le hubo oído, ató de nuevo al demonio y le dió muchos golpes, los cuales mostraba sentir aquella fiera bestia, y se quejaba gravemente, porque habiendo vencido á tantos, era tratado tan vilmente de una doncella; y se lamentaba que Satanás le habiese enviado, sabiendo que no podia resistir á la pureza de aquella virgen y á la fuerza de su santidad.

Mandó el prefecto que si Juliana vivia, se la trajesen delante; y ella vino trayendo tras sí el demonio atado y pareció en los estados del prefecto sana y entera, como si ninguna cosa hubiera pasado por ella, y con la misma hermosura que ántes. Quedó atónito el cruel juez, y lo que era milagro y virtud de Dios, atribuyólo, como ciego, á hechizas y malas artes, y mandó encender un horno y echar á él á la santa virgen: y ella, mirando á su dulce esposo con ojos blandos y amorosos, derramando algunas lágrimas, le suplicó que la favoreciese en aquel trance; y luego el fuego se apagó, y con aquel nuevo milagro el pueblo que allí estaba, se conmovió y comenzó á dar voces, y á decir que no habia otro dios sino el Dios de Juliana, y se convirtieron quinientos hombres, á los cuales

mandó luego allí matar el prefecto, y otras ciento y treinta mujeres tambien abrazaron nuestra santa religion y no quisieron ser inferiores á los hombres. Todo esto era inflamar mas el corazon del prefecto, el cual mandó echar á la virgen en una gran caldera que hervia, mas en ella la santa halló refrigerio y alivio: y saliendo por virtud divina aquel licor hirviendo, dió en los ministros de justicia y en los otros gentiles que allí estaban y les quitó la vida. Cuando esto vió el prefecto, no sabiendo mas qué hacer, dió sentencia que le cortasen la cabeza. Llevando la virgen al suplicio, el demonio iba tras ella, incitando á los verdugos que la mataren por verse libre de sus manos: y la santa virgen le miró con un aspecto severo y terrible, y el demonio comenzó á temblar (¡ó potencia de la cruz de Cristo!), temiendo que de nuevo no lo atormentase; y con esto desapareció, y Juliana con grande alegría y regocijo de su alma hizo oracion al Señor, é inclinó su cuello á la espada; y así acabó y subió su purísimo espíritu al cielo para ser coronada con dos gloriosas coronas, de virgen y mártir. Despues una buena mujer que iba á Roma llamada Sofia, pasando por Nicomedia tomó sus sagradas reliquias, y edificó una iglesia y las colocó en ella: y el malvado Eleusio, prefecto, despues fué castigado por la mano del muy Alto y pagó aun acá en esta vida la culpa de su crueldad; porque navegando por el mar, la nave en que iba, con una grande tempestad pereció, y todos los que iban en ella se ahogaron, y solo él, para mayor miseria, fué echado de las olas en un lugar desierto para que fuese manjar de las fieras.

Murió esta santa virgen de edad de diez y ocho años, á los 290 del Señor, imperando Diocleciano y Maximiano. Escribió su vida Metafraste; y tráela Surio en su primer tomo. Hacen de ella mencion el Martirologio romano, el de Beda, Usuardo y Adon, y ponen su traslacion á los 16 de febrero, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y en el tercer tomo de sus Anales: los griegos en su Menologio, á los 21 de diciembre; y san Gregorio papa, escribiendo á Fortunato, obispo de Nápoles, hace mencion de sus reliquias en las epistolas ochenta y cuatro y ochenta y cinco del séptimo libro.

SAN ONESIMO.—Filemon, amigo de san Pablo, tenia por esclavo á Onesimo, quien despues de haber robado considerablemente á su amo, se fugó á Roma donde encontró allí al apóstol san Pablo. Onesimo era gentil, mas el apóstol lo convirtió, y habiéndole confesado el delito que habia cometido, se arrepintió de él. Fué bautizado por Pablo, quien lo remitió á Filemon con una carta tan recomendable y llena de tiernos sentimientos y expresiones, que hace mencion de ella el Cánón de los libros santos. Filemon como hombre piadoso se regocijó mucho al ver á su esclavo hecho cristiano, y no solo le perdonó la ofensa que le habia hecho, sino á mas le dió libertad, enviándolo otra vez á Roma para que se reuniera con el apóstol san Pablo. Fué portador de una carta de éste á los Colosenses, y despues de haberle empleado en el ministerio evangelico, creóle obispo de Efeso. Distinguióse por su piedad y celo en favor de la religion, por manera que el santo obispo de Jerusalem, Ignacio, hace de él un distinguido elogio. Se cree que en tiempo de Trajano murió mártir en Roma.

LOS SANTOS ISAÍAS, ELÍAS, JEREMÍAS, SAMUEL Y DANIEL, EGIPCIOS.—Habiendo servido voluntariamente á los con-

sores sentenciados á las minas de Cilicia, al volver de allí y estando en Cesarea de Palestina, fueron presos y cruelmente atormentados por órden del gobernador Firmiliano, en tiempo del emperador Galerio Maximiano, por los años 310, siendo al fin degollados.

SAN PORFIRIO, CRIADO DE SAN PANFILO, Y SAN SALEUCO DE CAPADOCIA, MÁRTIRES.—Murieron en la misma ciudad y poco despues que los santos anteriores. Habian ya sufrido otras veces varios tormentos, y ahora los martirizaron de nuevo, quemando al primero y degollando al segundo.

SAN GREGORIO X.—Fué natural de Plasencia, y de la ilustre familia de los Viseonti. Despues de una educacion muy esmerada y de haber manifestado grandes virtudes abrazó el estado eclesiástico. Siendo arcediano de Lieja, se pronunció con santo celo contra la vida regular y escandalosa de su obispo Enrique de Güeldres, que le maltrató y le obligó á ausentarse de aquella iglesia. Marchó entonces Gregorio á reunirse con los cruzados; y se hallaba en Palestina, cuando fué elegido papa el dia 1.º de setiembre del año 1271, á instancia de san Buenaventura, que conocia todo su mérito. A causa de la distancia que lo separaba de la capital, no fué consagrado hasta el 27 de marzo del año siguiente. Celebró este pontífice un concilio general en Lion, en mayo de 1274, al que concurrieron los patriarcas de Antioquia y de Constantinopla, quince cardenales, quinientos obispos, setenta abades y mil doctores, presididos todos por el papa en persona. En este concilio se decretaron veinte constituciones tocante á la eleccion de los obispos y á la ordenacion de los clérigos. Los griegos se reunieron con los latinos, abjuraron el cisma, aceptaron la fé de la Iglesia romana y reconocieron la primacia del papa. Tratóse tambien en la asamblea de regularizar y favorecer las expediciones á la Tierra Santa; y despues de la separacion de los padres del concilio, que se concluyó en julio del mismo año, Gregorio empezó á hacer preparativos para una nueva empresa, pero todos fueron inútiles, pues ya no se hizo ninguna otra expedicion general. Murió este papa en Arezzo de Toscana el dia 10 de enero del año 1276, célebre y recomendable por su piedad, su sabiduria y su amor á la pureza de la disciplina. Es el primero que ordenó, que despues de la muerte del pontífice se encerrasen en cóclave los cardenales, de donde no pudiesen salir hasta haber elegido sucesor; disposicion ilustrada, que impidió el que la santa sede estuviere largos intervalos vacante, y que evitó las intrigas y sediciones á que con frecuencia se daba lugar.

SAN JULIAN.—Fué consagrado obispo en el año 180 de Jesucristo, y hallándose en una ciudad de Egipto durante la persecucion del emperador Cómodo, por los años 190, fué martirizado con todos los demás cristianos que estaban presos, en número de cinco mil. El Menologio griego dice, que san Julian y sus cinco mil compañeros fueron degollados todos en un mismo dia, en la ciudad de Antinópolis, y que todos eran monges de un monasterio vecino que tenia por padre y cabeza á Julian. San Juan Crisóstomo celebró el triunfo de estos santos con una elocente oracion dirigida al pueblo de Constantinopla, el dia de su festividad.

SAN FAUSTINO, OBISPO DE BRESCIA EN ITALIA.—Era pariente de los santos Faustino y Jovita, é insigne por sus virtudes y por el don de milagros. Murió el año 370,

SAN POLICRONIO, MONGE.—Fue el glorioso san Policronio discípulo del celebrado Zebea, y tanto le imitó, que no representa tanto la cera la señal que el sello le hace, cuanto él la imagen de la vida y costumbres de su maestro. Vestíase de un cilicio que Santiago monge le dió: ardía continuamente en el amor de Dios: desechaba y huía de las cosas terrenas; y sin cesar castigaba, como otro Pablo, su cuerpo. En todas las ocasiones tenia su alma y pensamientos solo en el cielo, y siempre se ocupaba en la contemplacion de las cosas divinas; y aunque algunas veces estaba hablando con otros, siempre su alma se reconocia unida con Dios, sin jamás dejarle ni divertirse á otra cosa.

Vivia junto á la ciudad de Giro, donde era obispo Teodoreto, famoso autor griego, y todas las noches pasaba velando y en pié, sin tener cuidado alguno de su salud. Viendo esto Teodoreto, lastimado y condolido de su flaqueza y vejez, con importunos y compasivos ruegos le persuadió á recibir dos compañeros y discípulos, para que tuviesen de él cuidado, y en su ejemplar vida maestro. Policronio condescendió con las súplicas del obispo, con condicion que los tales compañeros habian de ser hombres de gran virtud, y acostumbrados á la vida del yermo. Convenidos, pues, así Policronio y Teodoreto, eligió el obispo dos virtuosos mancebos, y de muy buena y ejemplar vida, llamados Moisés y Damian, y envióslos á este santo varon, para que le asistiesen.

A pocos dias que con él estuvieron, no pudiendo sufrir el estar, como su santo maestro, toda la noche orando en pié, determinaron dejarle. Fuéron á él con esta su determinacion, y le dijeron que ellos no se hallaban con fuerzas para seguir vida tan rigurosa; y así que con su licencia querian mudar de habitacion; mas que le suplicaban, lastimados y piadosos, mirase por sí, midiendo los trabajos con la flaqueza y delicadeza de su cansado y anciano cuerpo: á lo que respondió Policronio: «De mí no hay que tener piedad alguna, ántes si yo la tengo de vosotros; y así no solo os obligo á estar en pié como yo continuamente, sino que muchas veces os mando que os asenteis y vivais con descanso. ¿En qué forma, respondieron ellos, estando tú en pié siempre sin tener cuidado alguno de tus flacas fuerzas, siendo tan viejo, podremos descansar nosotros que somos mancebos robustos? Al fin Moisés, ayudado de la divina gracia, perseveró en su compañía, y como á padre, señor y maestro, le sirvió y en todo imitó el resplandor de sus divinas virtudes; y Damian se fué á un pueblo que se llamaba Niara, y vivió en una estrechísima celda, floreciendo en él la doctrina que de Policronio habia tomado, y aquella mansedumbre, simplicidad y modestia que tenia, su facilidad y suavidad de hablar y persuadir, el continuo pensamiento en las cosas divinas, el levantar el ánimo siempre á ellas, el trabajo, las vigiliass y pobreza, con que ambos fueron, como discípulos de tal maestro, insignes en santidad.

Policronio, pues, volviendo á nuestra historia, perseverando en la vida y contemplacion dicha, pidió á un hombre le trajera un gran tronco de una encina, sin decirle para qué, y orando toda la noche, lo tenia sobre sus hombros, y á la mañana dejaba carga tan pesada: este fué el

alivio que dió á su cuerpo, sobre las piadosas y caritasas súplicas de sus discípulos, añadirle á las vigiliass, ayunos y penitencias, una tan pesada y molesta carga todas las noches. Procuró Teodoreto, compadecido y piadoso, quitarle aquel tronco de encina; mas fueron vanos sus ruegos: que no era Policronio de los que fervorosos emprenden hoy una virtud y penitencia, para dejarla mañana; porque sabia muy bien que en el perseverar está la corona, nó en el emprender.

Por este tiempo hubo en aquella tierra tan gran sequedad, que por la falta del agua no fructificaba la tierra, y como fuese notoria la virtud y santidad admirable de Policronio, resolvieron los sacerdotes acudir á él por remedio, como lo hicieron, acompañados del gobernador de Antioquia. Éste, llegando á su presencia, le puso delante un vaso, para que lo bendijese: bendijolo Policronio, pareciendo su bendita mano la de otro divino profeta Eliseo; pues al instante el vaso se vió lleno de aceite, con tal abundancia, que de lo que rebosaba se llenaron otros vasos que allí pusieron, y á no faltar vasos, tampoco hubiera fallado para ellos aceite, y de tal liberal mano venia el don milagroso: así se volvieron remediados, gozosos y satisfechos de la santidad del siervo de Dios, á quien por todo rindieron las debidas gracias.

Su afabilidad y comedimiento con todos competia con su grande humildad, y está era tal, que á cuantos lo visitaban, de cualquier estado ó condicion que fuesen, pobres ó ricos, de alta ó baja esfera, se les postraba á los piés. Y así sucedió, que yéndole á ver un dia el obispo Teodoreto, y llevando en su compañía un caballero rico y poderoso de aquella tierra, que vivia muy deseoso de verle y venerarle, por las grandes noticias que el obispo le habia dado de su virtud, como llegase el tal caballero á su presencia, el siervo de Dios se postró humilde á sus piés, y puestas las manos al cielo y los ojos en la tierra, le pidió le concediese lo que le queria pedir. El caballero confuso y aun corrido de verlo así, lo hizo levantar, prometiéndole con juramento hacer cuanto le pidiese. Entonces Policronio dijo: Lo que te ruego es que ruegues á Dios por mí. El caballero entonces, hiriéndose en la frente con humildad, le pidió le absolviere de la palabra y juramento, porque se juzgaba indigno aun de rogar por sí: tanto como esto conseguia su humildad; hacer humildes á los soberbios y poderosos del mundo.

Era tanto el amor con que servia á Nuestro Señor, que por enfermedad ó indisposicion que tuviese, jamás dejó de ejercitarse en los mismos trabajos y penitencias. Al fin en su ya consumada ancianidad, consiguieron de él los ruegos de Teodoreto licencia de edificarle una celda, donde se mudó despues. Aquí, como mas cercano á la ciudad, fué mucho mas conocida su santidad venerable, por los muchos milagros que Dios por él obraba, y así eran infinitos los presentes que le hacian de regalos y dineros, haciéndole los que morian dueños de sus haciendas; mas nunca el varon de Dios quiso admitir ni recibir cosa alguna, ni se halló jamás tener otra cosa que un pobre y vil vestido hasta el cilicio que Santiago monge, como ya dijimos, le habia dado, se lo volvió, porque le parecia estaba bien tejido. Su abstinencia era tan grande, que afirma Teodoreto, que cuantas veces le visitó, que fueron muchas, nunca le halló mas que dos dátiles. Al fin, lleno de méritos y virtudes en servicio de Nuestro Señor

Jesucristo, acabó felizmente esta miserable vida, y se fué a gozar de la eterna gloria el día 17 de febrero, en que se celebra su fiesta. Escribió su vida Teodoro en su Filoteo, traducido por Alberico Longo, y la trae Sanctoro y otros.

Es tan admirable Dios en sus santos, que para manifestar sus maravillas en ellos, parece hacer cada día nuevos Adanes; pues en la flaqueza y deleznable ser del primero, no hay entendimiento humano que persuadir se pueda, á qué caben hombres de bronce, ó ángeles en carne mortal: tal parecerá Policronio á cualquiera que hubiere con atención leído su vida, pues no comer ni dormir orar de día y de noche, y siempre permanecer en pié, sin permitir descanso alguno á su cuerpo y añadir á la vejez y á penitencia tanta la pesada carga de un tronco de encina todas las noches; esto, ¿qué es todo, sino es ó ser un nuevo Adán hecho de bronce, ó un ángel en carne mortal? Y supuesto que nada de esto era, si no es un hombre mortal, afronta de los que buscan solo el regalo en los manjares, y la blandura en el lecho; resta solo que tomemos ejemplo de vida y alabemos á Dios en sus santos, pues es tan admirable en ellos y nos dispongamos y determinemos á servirle, sabiendo que todo se consigue con su divina gracia.

SAN PEDRO TOMÁS, OBISPO.—Nació en Sales en el Perigord, á principios del siglo XIV y se dedicó á la carrera eclesiástica. Regentó cátedras de filosofía y teología en Burdeos y otras ciudades de Francia. Los papas Clemente VI é Inocencio VI le confiaron comisiones espinosas que desempeñó con el mayor celo. El segundo le nombró para la embajada de Constantinopla, y Pedro Tomás logró que el emperador Juan Paleólogo abjurase el cisma y se sometiese á la Iglesia romana. En Chipre coronó por rey á Pedro de Lusitán, y fué donde proyectó y activó la cruzada de 1363. Los cristianos partieron de Rodas y se apoderaron de Alejandría. Pedro Tomás llevaba el estandarte de la cruz en medio del ejército y fué herido gravemente. Al momento decayó el ardor de los fieles y se volvieron á Chipre, donde Pedro Tomás fué acometido de una ardiente calentura, y murió en 6 de enero de 1366, grande por su valor, por su celo y sus virtudes.

SAN JULIAN.—La constancia y valor con que los mártires sufrían los tormentos, era un medio de que se valia la divina Providencia para aumentar mas y mas el número de los cristianos. Así sucedió en Julian de Capadocia. Catecúmeno ya, entró cierto día en Cesarea de Palestina en ocasion en que algunos cristianos acababan de derramar su sangre en testimonio de la fé. Lleno de esta misma fé acude al lugar del suplicio, besa con respeto y veneracion los cuerpos de aquellos mártires cuyas almas estaban gozando ya de su Dios. Visto esto por los guardias le prendieron y presentaron al gobernador Firmiliano, quien al ver que abundaba en los mismos sentimientos cristianos que los demás, mandó fuese inmediatamente quemado á fuego lento. Con la mayor alegría de su alma entró en la hoguera, espirando en ella cantando las misericordias del Señor. Segun Eusebio fué martirizado en Cesarea el año 308.

SAN SILVINO.—Nació en Tolosa de Francia, de una distinguida familia del Languedoc. Pasó sus primeros años en la corte de Tierri II y Clodoveo III, donde conservó siempre la pureza de su alma y la integridad de sus cos-

tumbres. Sus bellas prendas le granjearon el aprecio del rey y de toda la corte, y su raro mérito hacia que las mas ilustres familias sollicitasen el honor de su alianza. Celebró á instancias de sus padres, esponsales, y pronto debia efectuarse el matrimonio, cuando siguiendo de repente sus impulsos de perfeccion, y mas que todo los designios que el Señor tenia sobre él, abandonó la falsa gloria del mundo, y recibió órdenes sagradas. Elevado al sacerdocio, se desterró voluntariamente de su patria, emprendió varias peregrinaciones á los mas célebres santuarios de Europa, y por último se fué á Tierra Santa. Al pasar por Roma, de vuelta de su viaje, conociendo el papa la eminente virtud de san Silvino y sus raros talentos, le consagró obispo apostólico, recibiendo la particular mision de predicar á los gentiles en todas las partes del mundo conocido. Por espacio de cuarenta años anduvo viajando y haciendo innumerables conversiones, mortificando su cuerpo con extraordinaria aspereza, y vivificando sus palabras con santos y continuados ejemplos. Por fin, despues de haber trabajado con asombroso fruto en Aquitania, en Italia y otras varias y apartadas regiones, sintiéndose ya debilitado por los años y las fatigas, no pudiendo conseguir la corona del martirio, que tanto habia deseado, se retiró á Auch, en el condado de Artois, y habiendocaido enfermo, entregó su espíritu al Criador el día 15 de febrero del año 718. Su memoria fué sumamente venerada, y su sepulcro visitado por un inmenso concurso que iba á implorar la eficacia de su patrocinio.

SAN TEODULO, EL VIEJO.—Era de la familia del gobernador de Cesarea Firmiliano, quien lo mandó clavar en una cruz, porque le reprendia las crueldades que ejercia con los cristianos, y confesaba públicamente á Jesucristo. Este santo murió en Cesarea de Palestina por los años 309.

SAN ALEJO FALCONERI, CONFESOR.—Fué uno de los siete fundadores del orden de los siervos de Maria. Era natural de Florencia y murió en la misma ciudad, á la edad de ciento y diez años, favorecido en la hora de su dichoso tránsito con la presencia de Jesucristo y de los ángeles.

SAN FAUSTINO Y OTROS CUARENTA Y CUATRO COMPAÑEROS MÁRTIRES.—Muriéron en Roma; pero se ignoran sus nombres y la época de su muerte.

LOS SANTOS DONATO, SECUNDIANO Y RÓMULO.—Recibieron la corona del martirio en Concordia, ciudad de Italia, en el territorio de Venecia, el año 303. Con ellos derramaron tambien su sangre otros ochenta y seis cristianos, por no haber querido ofrecer incienso á los ídolos.

SAN FINTANO.—Fué presbítero y abad de un monasterio de Escocia, y floreció durante el siglo VI, fué admirable modelo de penitentes y de ilustres confesores.

DIA 18.

SAN SIMEON, OBISPO Y MÁRTIR.—La vida y martirio de san Simeon, obispo de Jerusalem, escribe Hegesipo, autor antiquísimo, y refiere Eusebio Cesariense en su Historia eclesiástica de esta manera: Fué san Simeon hijo de Cleofas y primo (segun la carne) de Cristo nuestro Redentor y de tan santa vida y tan altos merecimientos, que Santiago menor, primero obispo de Jerusalem, muerto de los judíos por haber confesado públicamente con gran libertad á Je-

sucristo; los apóstoles y discípulos del Señor, que en aquella sazón vivían, juntándose de diversas partes, le eligieron por sucesor de Santiago y segundo obispo de Jerusalén. Gobernó santísimamente algunos años aquella Iglesia, hasta que la ciudad fué destruida por Vespasiano y Tito, que después fueron emperadores, y vivió hasta el imperio de Trajano, el cual por razón falsa de estado persiguió crudamente á los cristianos, como á enemigos de sus dioses y á todos los judíos que descendían del linaje de David, por haber entendido que de él había de nacer un Rey y Mesías tan poderoso, que librarse aquel pueblo de servidumbre y le magnificase y engrandeciese. Fué acusado Simeon, siendo de ciento y veinte años, delante de Atico, consular y teniente del emperador, por ambos títulos, por cristiano y por pariente de David. Tuvo Atico muchas pláticas con Simeon, para persuadirle que dejase la fe de Cristo y obedeciese al César, y como las palabras no fuesen de efecto, le mandó muchas veces y por muchos días azotar y dar otros graves tormentos; los cuales el santo viejo padeció con tan admirable serenidad y constancia, que el mismo juez y circustantes se maravillaban como un cuerpo de tanta edad y tan consumido pudiese sufrir penas tan atroces y duras. Mas el Señor, que á tantos niños delicados y doncellas tiernas dió esfuerzo para pasar por su amor por agua y fuego y por todos los tormentos que la ingeniosa y bárbara crueldad de los tiranos supo inventar, ese mismo esforzó y alentó á san Simeon en aquella decrepita edad, para que resistiese varonilmente

los azotes y tormentos, y después murióse en una cruz, como murió, imitando al mismo Señor, en los 18 días del mes de febrero, en que la santa Iglesia celebra su fiesta, en el año del Señor de 109, y en el décimo del imperio de Trajano. Nicéforo Calixto escribe el martirio de este santo; y los Martirologios romanos y los demás hacen mención de él.

LOS SANTOS MÁXIMO Y CLAUDIO, HERMANOS, Y PREPEDINA, MUJER DE CLAUDIO, CON DOS HIJOS, ALEJANDRO Y CUCIAS. — En la cruel persecucion que movió á la Iglesia el emperador Diocleciano, estos santos que descendían de una familia distinguida, por no querer dar culto á los ídolos, fueron presos y desterrados de Roma. Habiéndose establecido en la ciudad de Ostia, continuaban ejerciendo su caridad publicando la fe de Jesucristo; lo que sabido por el emperador mandó fuesen presos otra vez, y quemados vivos, en cuyo tormento entregaron sus espíritus al Criador. Los ídólatras arrojaron sus cenizas al río, mas recogidas después por los cristianos, las colocaron en un sepulcro junto á la misma ciudad de Ostia, siendo objeto de la mayor veneracion de los fieles.

LOS SANTOS LUCIO, SILVANO, RÚTULO, CLÁSICO, SECUNDINO, FRÚTULO Y MÁXIMO. — Murieron por la fe de Jesucristo en África, en tiempo de la persecucion de los vándalos.

SAN ELADIO. — Español, de una distinguida familia goda, pariente del rey Leovigildo, renunció en su juventud el brillante porvenir que le ofrecían su cuna y sus talentos para abrazar la vida monástica. En ella se hizo recomendable por sus virtudes heroicas, y particularmente por la humildad profunda que dominaba todas sus acciones. Muerto el arzobispo de Toledo, fué elegido Eladio para sucederle, y se mostró tan grande desde esta dignidad, que todos admiraban y veneraban en él un pontífice santo,

elegido por Dios y favorecido especialmente con abundantes gracias del cielo. Misericordioso, compasivo, pero al mismo tiempo celoso é ilustrado, regularizó la disciplina y las costumbres públicas, tan maledadas después de aquellos años de turbulencias y devastacion. En la corte, en los palacios de los grandes y en las chozas del pobre, era mirado como el padre y el oráculo de todos, y su ascendiente sobre los pueblos le proporcionaba frecuente ocasion de ser árbitro de paz entre encarnizados enemigos. Su pontificado duró diez y ocho años, y acabó su vida en Toledo el día 18 de febrero del año 631. En sus exequias obró el Señor muchos milagros, que atestiguaron la santidad del esclarecido prelado; y san Ildefonso, á quien Eladio acababa de admitir en el número de los levitas, cantó en hermosos versos latinos las glorias del difunto.

SAN FLAVIANO. — Era sacerdote de Constantinopla, cuando por muerte del patriarca Proclo fué elegido para aquella dignidad el año 447. En 448 convocó un concilio, que principió el 8 de noviembre, en el cual Eusebio de Dorilea declaró á Eutiques culpable de una nueva herejía. El 22 del mismo mes Flaviano y todo el concilio pronunciaron sentencia de anatema y deposicion contra Eutiques, después de haberle convencido de confundir maliciosamente las dos naturalezas en Jesucristo. El 8 de agosto de 449 fué el mismo Flaviano depuesto en el conciliábulo de Efezo, ahofeteado, pisoteado y tan cruelmente maltratado, que tres días después, el 11 de agosto de 449, murió por el camino del destierro á que lo habían mandado. La Iglesia venera su memoria entre los mas ilustres defensores de la fe católica.

DÍA 19.

SAN CONRADO PLACENTINO, CONFESOR. — Como es Dios admirable en todos sus santos, lo fué mucho en la conversion y vida de san Conrado, confesor, el cual nació en la ciudad de Plasencia, en Italia, de padres nobles, y en la misma ciudad se casó, y vivió mucho tiempo como los demás ciudadanos. Era dado grandemente á la caza, gustando de ejercitarse en el campo, y seguir y matar las fieras. Una vez se habían escondido algunas entre espinos y zarzas, y mandó Conrado pegar fuego á aquella espesura, para que con esto saliesen fuera y él pudiera perseguirlas y gozar de su caza; pero levantóse un viento tan recio, que encendió el fuego de manera que hizo un estrago grandísimo. Cuando Conrado vió el daño que habia hecho y que no se podia remediar el fuego, se encubrió luego y volvió secretamente á la ciudad, sin echarse de ver que él habia sido causa del incendio. Hizo la justicia grandes diligencias para coger al autor de tan grandes daños; y enviando alguaciles á que lo prendiesen, cogieron á un pobre hombre: y trajéronle preso, y pusieronle á cuestion de tormento: el cual, no pudiendo sufrir la violencia de ellos, confesó que él lo habia hecho; queriendo ántes morir que sufrir más tiempo la fuerza de aquellos dolores, levantando á sí mismo aquel falso testimonio, por librarse de aquella afliccion: al fin fué condenado á muerte y le sacaron á ajusticiar. Cuando supo lo que pasaba san Conrado, fué grande el sentimiento que tuvo y el remordimiento de su conciencia, viendo que por su causa moria un inocente; y no pudiendo sufrirlo, se fué luego con grande ánimo á donde estaba el hombre en poder del verdugo, y quitóselo de las manos, diciendo que él era el

que fué causa de aquel fuego y nó aquel hombre, el cual por la fuerza de los tormentos habia confesado lo que no habia hecho; y así que lo dejase libre, que allí quedaba él, que queria pagar de su hacienda todo el daño hecho, aunque quedase pobre. Así lo hizo; porque vendiendo toda su hacienda pagó todos los daños. Con esta ocasion entró mas dentro de sí, y viéndose ya sin los bienes de la tierra, dió muchas gracias á Dios porque le habia desembarazado para buscar de allí adelante los del cielo: y así dando de mano á todas las cosas del mundo, se determinaron él y su mujer á servir con perfeccion á solo Dios y seguir á Jesucristo, abrazándose muy estrechamente con su cruz. Recogióse su mujer á un monasterio de Plasencia, dedicándose toda al celestial esposo.

San Conrado se fué lejos de su patria, no queriendo ser conocido de los hombres: hízose de la tercera orden de san Francisco, y fué á Roma con mucha devocion á visitar los santuarios é iglesias de aquella santa ciudad. De allí se partió para Sicilia, donde estuvo en un hospital algun tiempo con grande humildad y caridad; pero llevándole el espíritu de Dios á la soledad, por estar mas lejos del mundo se retiró en un desierto, donde soltó las riendas á la devocion, entregándose todo á la oracion y penitencia, en la cual vida duró cuarenta años. Dormía en el suelo: comia solamente pan, y otras veces con solas yerbas se contentaba. Ilustróle Dios con el don de profecía, y muchos milagros que con su siervo hacia; pero para tenerle humillado, que no se desvaneciese con alguna gloria vana, permitió el Señor que fuese combatido del demonio con grandísimas tentaciones de la carne, de que el santo salia siempre victorioso, valiéndose de la oracion y ayuno. Fué cosa maravillosa como venció el apetito de la gula: las cosas de comer que le daban de limosna, no las comia luego, sino guardábalas hasta que se pudriesen y estuviesen llenas de gusanos; y entonces, cuando causaba horror el verlas y olerlas, se las comía: venciendo en esto, nó á la gula solamente, sino á todos sus sentidos. Cuando sentia en sí apetito de comer alguna cosa, se desnudaba todo, y echándose en carnes sobre espinas y zarzas, se revolvia entre ellas, de manera que con la mucha sangre que derramaba, se le quitaba la gana de comer, y se olvidaba del sustento del cuerpo.

Venia san Conrado todos los viernes á visitar devotamente un muy devoto Crucifijo que habia en la ciudad de Netina: quisieron unos hombres perdidos hacer burla del santo, y hallar ocasion de calumniarle y poner mancha en su santidad y rigor de su abstinencia: para esto le convidaron á comer de unos peces; pero en lugar de peces le dieron carne; y ellos no comieron otra cosa. Comenzaron luego unos á burlarse de él porque le habian engañado, teniéndole por hombre muy simple: otros á calumniarle, que muy bien le sabia la carne, y que era fingida su abstinencia y rigor. El santo con grande humildad y paciencia dijo: que no habia comido carne, sino solamente peces, mostrándoles luego las espinas y escamas de ellos: de lo cual quedaron todos confusos y maravillados.

Con tales maravillas y rigor de vida se estendió la fama de la santidad de Conrado, deseando muchas veces verle y edificarse con su vista y trato. Una de ellas fué el obispo de Zaragoza de Sicilia, el cual fué á visitar al santo y lo convidó á cenar. El siervo de Dios sacó de su celdilla cuatro tortas de pan caliente y reciente, que milagrosamente

Dios le deparó. Quiso despues pagar la visita á su prelado, para lo cual se partió á la dicha ciudad de Zaragoza. Cuando salió á recibirle el obispo vinieron innumerables avecitas que le rodearon, y revoloteando y gorjeando daban muestra del contento que podia recibir la ciudad, por haber llegado á ella el siervo de Dios, y como dando el parabien de su venida. Continuó el Señor en hacer semejantes demostraciones por la santidad de su siervo san Conrado; el cual, lleno de merecimientos murió en paz el año 1351; en el cual año fueron muchos mas los milagros que hizo, sanando muchos enfermos, así naturales como extranjeros; por los cuales dió licencia que se dijera misa de él en la ciudad de Netina el papa Leon X, y el papa Paulo III la estendió por otras partes. Está su cuerpo en la dicha ciudad de Netina, en una arca de plata, con gran veneracion de todos, y hace el Señor por su intercecion grandes maravillas.

* SAN GAVINO. — Descendiente de la Dalmacia y nacido de padres cristianos, recibió de ellos una educacion religiosa la mas cumplida. Contrajo matrimonio, viviendo en este estado, segun lo manda Dios, en el que tuvo una hija llamada Susana, venerada en la Iglesia como santa. Muerta su esposa fué ordenado sacerdote, á pesar de la resistencia que hizo, considerándose indigno de ser elevado á tan alta dignidad. Celoso por la religion santa recorria las cabañas y las grutas de los montes, á fin de alentar y asistir á los tímidos cristianos que para evadir las persecuciones se refugiaban en ellas, pasando noches enteras entre ellos, celebrando el santo sacrificio y distribuyéndoles el pan celestial, para que fortalecidos con tan divino alimento tuviesen valor para el martirio. No descuidaba por esto Gavino la educacion de su hija, infundiéndola los mas vivos deseos de consagrar á Dios su virginidad y permanecer fiel á su esposo Jesucristo. Levantóse por aquellos dias una persecucion, y preso el santo y encerrado en un oscuro calabozo sufrió seis meses en ella el hambre y la miseria, hasta que el Señor quiso terminara su carrera el dia 19 de febrero del año 296. Este santo era hermano del sumo pontífice san Cayo, que sufrió el martirio dos meses despues, y era pariente del emperador Diocleciano. Su cuerpo fué enterrado en el cementerio de San Sebastian.

LOS SANTOS MONGES Y OTROS COMPAÑEROS MÁRTIRES. — Fueron cruelmente muertos en Palestina por los sarracenos, defendiendo la fé católica en tiempo del prefecto Antemundano, durante el siglo VI.

LOS SANTOS PABLO, JULIAN MARCELO, Y OTROS NUEVE COMPAÑEROS MÁRTIRES. — Murieron en Africa, pero se ignora la época, aunque se cree fué en la persecucion de los vándalos. Sus cuerpos fueron trasladados á Bolonia en 1192, y se veneran en la iglesia de San Pablo de los Bernabitas de dicha ciudad.

SAN ZÁMBDA, ó ZABDA, ó BAZAS, SEGUN SAN EPIFANIO. — Fué creado obispo de Jerusalem el año 294, y gobernó esta silla hasta el dia 19 de febrero del 302, en que murió. Es memorable este santo por haber instruido y bautizado á toda la legion tebana, que despues derramó su sangre por la fé. Esta legion acostumbraba á pasar el invierno acantonada en Palestina, para estar dispuesta siempre á reprimir las sediciones de los partos y de los persas, que alguna vez se rebelaban contra los romanos.

SAN AUXIBIO, OBISPO DE SOLOS, EN CHIPRE. — Fué ordenado por el apóstol san Pablo, y enviado por él á la pre-

dicación del Evangelio. Era este santo natural de Roma: bautizóle san Marcos; y se dedicó desde luego á la propagación del Evangelio, recibiendo especial misión para predicarlo en la isla de Chipre. En ella brilló como el sol refulgente, iluminando á los que estaban sentados en las sombras de la idolatría con los rayos de la divina ciencia. A su celo y santidad se debió la conversión de toda la ciudad en que comunmente vivía, y de gran parte de la isla, bautizando continuamente infinidad de convertidos, entre los cuales tuvo la gloria de contar ilustres mártires y confesores, y gran parte de su familia, que habia ido á visitarle. Después de cincuenta años de un pontificado tan precioso á los ojos de la religion y de la humanidad, por cuyos objetos se sacrificó, amado entrañablemente de todas sus ovejas, llorado por cuantos le habían conocido, dejó la tierra para ir á recibir el premio de sus heroicas virtudes, el año 102 de Jesucristo. Su vida y su muerte fueron gloriosas en portentos.

SAN MANSUETO.—Fué natural de Roma y otro de los treinta y dos obispos de Milan que venera la Iglesia sobre los altares: asistió al sexto concilio ecuménico, celebrado en Constantinopla durante los años 680 y 681, en el cual habló victoriosamente contra los monotelistas, desplegando una erudición nada comun, y un fervor y celo admirables. Suscribió al concilio de Roma celebrado en 680 tambien contra los monotelistas, y murió en Milan el año 682, después de un pontificado de seis años y algunos meses.

SAN BARBATO, OBISPO DE BENEVENTO.—Fué célebre por su santidad y por haber convertido á la fé católica á los longobardos con todos sus gefes. Fué este santo consagrado obispo el día 20 de marzo del año 663, y murió el 19 de febrero de 682.

SAN ÁLVARO, MÁRTIR.—Sufrió el martirio en Córdoba con otros muchos compañeros, por negarse á abandonar la fé de Jesucristo, durante la persecucion del emperador Diocleciano.

DIA 20.

SAN EUQUERIO, OBISPO Y CONFESOR.—El bienaventurado san Euquerio nació en Orleans, ciudad principal de Francia, de padres nobles, ricos y piadosos. Estando su madre preñada de él, y volviendo una noche de maitines de la iglesia, acostada ya en su cama vió un varon de maravillosa claridad, cano y venerable, y con los ojos que resplandecian como unos rayos del sol, y que le habló y le dijo: «Dios te salve, querida de Dios, que tienes en tu vientre un hijo que ha de ser obispo de esta ciudad, y ha sido escogido del Señor.» La buena madre, consolada con estas palabras, conoció que era ángel de Dios, y le rogó que le echase su bendición; y así lo hizo, y le dijo que habia sido enviado de Dios para que bendijese á la criatura que tenia en sus entrañas. Con esto desapareció el ángel: ella contó á su marido lo que habia visto; y ambos hicieron gracias á Nuestro Señor por aquel favor, aguardando el tiempo del parto, y ver como aquella revelacion se cumplia. Nació á su tiempo Euquerio; y admirándole sus padres como á hijo dado de la mano de Dios, procuraron que un santo obispo llamado Anberto le bautizase. Cuando tuvo siete años, le pusieron en el estudio; y el se aplicó

tan bien á él, que se aventajaba á todos los otros sus iguales, por su gran habilidad, buena inclinacion y continuo trabajo. Pero aunque estaba dotado de los dones naturales que el mundo estima, mucho mayor era el adorno y atavio de su alma, por las excelentes y raras virtudes con que el Señor le habia enriquecido. Mostrólo bien san Euquerio en la resolucion que tomó de hollar todas las cosas de la tierra, y hacer divorcio con el mundo, y desnudo abrazarse con la cruz de Cristo; y así se entró en el monasterio Cemetico, tomó el hábito de monge, y se dió á todos los ejercicios de perfeccion religiosa. Fué tan grande la luz de su santa vida, y la opinion que todos tenian de Euquerio, que muriendo en aquella sazón Suavarico, tio suyo, obispo de Orleans, todo el pueblo con gran consentimiento y conformidad envió una solemne embajada á Carlos Martel (que aunque no era rey, gobernaba el reino de Francia como si lo fuera), suplicándole que les diese á Euquerio por obispo; y él lo hizo, y envió un caballero de su casa al monasterio donde estaba, para que le sacase de él de grado ó por fuerza, y le hiciese consagrar y sentar en aquella silla. No se puede creer la pena que recibió Euquerio, y las lágrimas que derramó cuando supo que le querian hacer obispo, no solo porque se tenia por indigno de tan alta dignidad, sino porque habiendo él huido de los peligros y tempestades del siglo, y acogido al puerto de la religion, le obligaba á volver á lo que ántes habia dejado, y engolfarse de nuevo en un mar tan alterado y tempestuoso. Pero bajó la cabeza; y llorando él, y llorando los monges, se partió del monasterio y vino á Orleans, donde fué consagrado de los obispos y colocado en su cátedra de todo el clero y pueblo, con extraño contento y regocijo, haciendo gracias al Señor por haberles dado por prelado un varon tan eminente.

Comenzó el santo á hacer su oficio de pastor con gran vigilancia y cuidado, temiéndole mas por carga pesada que por cargo honroso. Procuraba que las iglesias fuesen bien servidas y adornadas: que el clero resplandeciese y fuese delante de los seglares con su ejemplar vida: que el pueblo fuese enseñado en la ley de Dios: que se corrigiesen los vicios, acrecentasen las virtudes, y creciesen las obras de piedad; y que los monasterios de los religiosos, á los cuales especialmente visitaba y favorecia, fuesen dechado de virtud; y como él era tan docto, tan prudente, tan manso y benigno, y en fin, padre de todos; todos le querian y reverenciaban como á padre, y publicaban sus alabanzas por todas partes. Mas todo esto no bastó para que el santo obispo no padeciese muchos trabajos y fuese calumniado por hacer bien su oficio: porque como Carlos Martel era príncipe de altos pensamientos, y hacia y deshacia lo que queria en Francia, y tuvo muchas guerras de los naturales y de los sarracenos y moros, que de España como enjambres habian entrado en ella, tuvo necesidad para los gastos de la guerra de dineros, y él se quiso aprovechar de las rentas de las iglesias por su mano y por su propia autoridad; y con la misma proveia los obispados y dignidades eclesiásticas: y como san Euquerio le fuese á lamano, y le reprendiese porque él se metia en los bienes de la Iglesia como si fuera señor de ellos, sintiólo mucho Martel, porque los príncipes voluntarios no sufren que ninguno se oponga á su gusto ó resistan á su voluntad: y no faltaron otros lisonjeros y ministros codiciosos, que atizaban á Martel, para que castigase á Euquerio y le quitase

el obispado que le había dado, y desterrase á él y á los suyos de la ciudad de Orleans: y aunque Martel disimuló y se detuvo un poco de tiempo, porque la guerra con los moros le apretaba; mas despues que alcanzó de ellos una gloriosa victoria, desvanecido con ella, y ya á su parecer seguro y sin cuidado, ejecutó lo que ántes había determinado, y desterró al santo obispo á la ciudad de Colonia, donde fué recibido como un ángel venido del cielo, y regalado y servido, tanto, que Martel temiéndole, le envió al duque Roberto amigo suyo, para que le guardase: Y el duque, conociendo los méritos de Euquerio, le recibió con suma alegría y le acarició en gran manera, y le entregó su hacienda para que la repartiase á los pobres á su voluntad: mas el santo no quiso del duque sino que le dejase estar libremente en la iglesia de san Trudon, rogando á Dios Nuestro Señor por sí y por el duque, y por todos los demás, y el duque se lo concedió: y el santo muy contento y alegre, olvidado de todos los otros cuidados de la tierra, se ocupaba en oracion y contemplacion del Señor, y lo mas del tiempo en la iglesia, haciéndole gracias porque le había librado de tan gran carga como la que tuvo en Orleans, que ántes le había impuesto, y dádole tan buena ocasion de padecer por la justicia y por su amor, y merecer algo en su acatamiento.

Seis años estuvo desterrado el santo obispo, y al cabo, queriéndole Dios librar de aquel destierro, y de otro mayor y mas pesado en que estamos en este mundo todos los hijos de Adán, le dió una enfermedad, con la cual acabó el curso de su peregrinacion; y libre ya de la cárcel de este cuerpo, fué su bendita alma á gozar de Dios y recibir el premio de sus gloriosos trabajos, y su cuerpo fué enterrado en la misma iglesia de San Trudon con gran solemnidad. Ilustróle Nuestro Señor con muchos milagros despues de su preciosa muerte, que se pueden leer en su vida. La suma es, que los cirios que se pusieron por devocion de los fieles en su sepultura, ardieron dias y noches sin gastarse. El aceite de las lámparas se aumentó y multiplicó tanto, que de una lámpara se llenaron otras siete lámparas y ardieron sin consumirse el aceite: con el cual aceite cualquiera enfermo que era untado por mano de algun sacerdote, quedaba libre de su enfermedad. Un cirio del peso de la estatura de un hombre, que ardia, habiendo caido una noche sobre el paño del sepulcro de san Euquerio, y consumidose casi todo, el paño quedó sin lesion, sano y entero. Otra vez, habiendo venido innumerable gente á la solemnidad del santo, y no teniendo el abad del monasterio de San Trudon qué darles de comer, Nuestro Señor milagrosamente les proveyó de tanta abundancia de pescado que se cogió en un punto, que bastó para todos los que habían venido y para el resto del pueblo. Demás de esto, muchos ciegos cobraron vista, muchos cojos piés, y otros enfermos salud; y los endemoniados quedaron libres por intercesion de san Euquerio.

Estando en su destierro un dia en oracion le sucedió una cosa bien particular que se refiere en su vida, y yo no la quiero dejar de contar. Parecióle que un ángel le llevaba á la otra vida, donde le mostraron muchas cosas, y entre otras vió á Carlos Martel que estaba en el infierno gravemente atormentado de los demonios; y preguntando al ángel que le guiaba, quién era aquel que estaba allí tan afligido y por qué? Le respondió que era Carlos Martel, el cual por la violencia que había hecho á las iglesias, y por

haber usurpado sus bienes y repartídoslos á sus soldados, estaba en aquel lugar y estaria para siempre. Volvió en si san Euquerio, y envió á llamar á san Bonifacio, que despues fué arzobispo de Maguncia, y mártir, y al abad del monasterio de San Dionisio, que era capellan mayor del rey de Francia, y descubrióles la revelacion que había tenido, y díjoles, que fuesen al sepulcro donde había sido enterrado el cuerpo de Carlos Martel, y que si no hallasen su cuerpo en él, entendiesen que era verdad lo que les decia. Fuéron los dos, abrieron la sepultura de Carlos Martel, y salió de ella de improviso un dragon, y la misma sepultura estaba por dentro negra y como quemada; y se confirmaron en lo que san Euquerio les había dicho de la revelacion que había tenido de la condenacion de Carlos Martel, y de la causa de ella, que fué el haber por su propia autoridad usurpado los bienes de la Iglesia.

Todo esto se refiere en la vida de san Euquerio, escrita gravemente por un autor que no se nombra, y la trae fray Lorenzo Surió en su primer tomo, y en la vida de san Rigoberto arzobispo de Reims, tambien se hace mencion de esta revelacion; y Paulo Emilio en el segundo libro de su Historia de Francia la refiere como cosa cierta; y lo que es mas, en el decreto se trae á lo largo como envidia de los obispos de las provincias de Reims y de Ruan al rey Ludovico; y en el decreto nuevo y reformado por la santidad de Gregorio XIII se halla lo mismo: que todo es de grande autoridad. Verdad es que el cardenal Baronio en el ix tomo de sus anales tiene toda esta historia por sospechosa, y trae muchas razones para probar que lo es, y entre ellas que san Euquerio murió el año del Señor de 731, diez años ántes que Carlos Martel, que murió el de 741; y aun Juan Molano escribe, que san Euquerio murió el año de 727, catorce años ántes que Carlos Martel: y si esto es verdad, no pudo san Euquerio ver en el infierno el alma del que aun no era muerto, ni tomarse por argumento verdadero de aquella revelacion el no haber hallado el cuerpo en el sepulcro del que aun vivía y vivió muchos años despues.

No hay duda, sino que Nuestro Señor ha dado severísimos castigos á muchos que han metido las manos en los bienes de la Iglesia, y de esto hay grandes ejemplos, no solamente entre los cristianos, sino tambien entre los gentiles, como lo escribimos mas largamente en el primer libro de nuestro «Príncipe cristiano.» Y puesto caso que Carlos Martel haya merecido que Nuestro Señor le castigase con pena del infierno por estas y otras culpas; pero puede ser que le haya perdonado por otras muchas obras buenas que hizo, y convertido la pena eterna en la temporal y en las angustias y aflicciones durísimas que padeció de dolores y penas en su última enfermedad, como lo dice el cardenal Baronio. Nosotros referimos lo que hallamos, dejando su juicio al lector. De san Euquerio, obispo de Orleans, hace mencion el Martirologio romano á los 20 de febrero, y Sigiberto en su crónica, año de 723; y Molano y los que arriba quedan referidos.

* SAN LEON.—La Iglesia cuenta entre otros de sus célebres prelados á este santo, nacido en el territorio de Ravena, de unos padres muy cristianos, quienes emplearon un especial cuidado en educarle en el santo temor de Dios. El obispo de Ravena lo admitió en su servicio, y al ver sus buenas inclinaciones y santos propósitos, al par que su sólida instruccion, le ordenó de sacerdote, en cu-

yo estado manifestó las brillantes prendas con que le había hermoseado la gracia, para gloria de la Iglesia. Por muerte del obispo de Catania en Sicilia, fué nombrado Leon obispo de esta Iglesia; y á pesar de su resistencia en ocupar tan elevado puesto, fué llevado con grande aparato á la silla de Catania, siendo consagrado obispo el año 770. Virtudes y milagros, he ahí lo que veían los fieles en su obispo, y milagros tales y tan frecuentemente repetidos que se adquirió el nombre de Taumaturgo. Con su virtud y saber confundió Leon á un célebre mago que apareció en Sicilia llamado Luidoro, desvaneciéndolo todos sus encantamientos é imposturas. Diez y seis años apacentó su rebaño, hasta que le alcanzó la muerte el día 18 de febrero del año 786. En el monasterio de Catania fundado por el mismo san Leon fué depositado su cuerpo, resplandeciendo allí en milagros, entre los cuales se dice que manaba su sepulcro aceite que curaba toda clase de enfermedades.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MÁRTIRES, CUYO NÚMERO SOLO DIOS SABE.—Fueron martirizados en Tiro de Fenicia, con diverso género de repelidos y nuevos tormentos, por Veturio, gefe de las tropas, reinando el emperador Diocleciano por los años 302. Primeramente fueron excarnificados por todo el cuerpo á fuerza de azotes, despues fueron echados á las fieras; pero mitigada la ferocidad de estas por virtud divina, salieron sin recibir de ellas lesion; y por último, añadiendo el tirano la fiera á la crueldad, consumaron el martirio, unos quemados y otros degollados. Animaban á estos santos al martirio los obispos TIRANIO, SILVANO, PELEO y NILÓ, y el presbítero ZENOBIO, quienes tambien despues de una gloriosa lucha consiguieron la palma del martirio, en la misma ciudad y en el mismo día.

LOS SANTOS POTAMIO Y NEMESIO.—Fueron muertos por la fé, en la isla de Chipre.

SAN SADOT Y OTROS CIENTO VEINTE Y OCHO COMPAÑEROS.—Despues de la muerte del emperador Constantino, los cristianos que se hallaban en Persia fueron tan cruelmente perseguidos, que la mayor parte de ellos coronaron con un glorioso martirio el testimonio de su fé. Entre estos no fué de los ménos ilustres el santo obispo Sadot, que rehusando adorar al sol, fué apedreado, magullado y últimamente degollado, con otros ciento veinte y ocho, por orden de Sapor, rey de Persia, el año 355. Dicese que Sadot fué obispo de Babilonia; pero Bolando cree que se confunden los lugares, y que este santo fué obispo de una ciudad que habia pertenecido á alguna region de Babilonia.

SAN ELEUTERIO.—Fué natural de Tournay en la Galia Bélgica, de cuya ciudad fué obispo y nació el año 456. Habiendo pasado por todos los grados de la clerecía, y mostrado en ellos grandes virtudes y superiores conocimientos en las ciencias eclesiásticas, fué nombrado y consagrado obispo el año 487. Despues de la conversion de Clodoveo, fueron tan pasmosos los progresos de la religion en Francia, que san Eleuterio bautizó en una sola semana once mil personas, todas de su diócesis, instituyendo en agradecimiento á tan gran beneficio un aniversario, que se celebra aun todos los años en la iglesia de Tournay el día 27 de setiembre. Hizo dos viajes á Roma para tratar con el papa los graves negocios de la Iglesia; pasó una vez á la corte de Clodoveo á felicitar-

le por su conversion á la fé católica, fué el padre de todos los pobres, el consuelo de todos los atribulados, y el prelado vestido con la estola de la inocencia, que conservó hasta su muerte, acaecida el día 20 de febrero del año 531, despues de cuarenta y cuatro años de episcopado.

SAN ELEUTERIO.—Sucesor de Félix en la silla de Constantinopla, fué elegido por el clero y por el pueblo, y murió despues de un pontificado corto, pero muy resplandeciente en virtudes.

DIA 21.

SAN SIMACO, PAPA.—El glorioso san Simaco fué natural de Cerdeña, hijo de Fortunato, varon principal. Fueron tantas sus virtudes y prendas, que habiendo muerto el papa Anastasio, fué escogido por sumo pontífice, aunque no sin gran discordia, á que incitaban algunos ambiciosos, que á tiempo que una parte de la clerecía, de mas sano conocimiento, lo estaba eligiendo por sumo pontífice en la iglesia Constantiniana; otra parte que restaba, nombró en santa Maria *In via nova* por papa á Laurencio. De aquí se siguió en el senado y pueblo romano una division grande: mas queriéndolo remediar, resolvieron ambas partes que se juntase concilio en Roma, donde á la sazón estaba el rey de los godos Teodorico, y allí se terminase esta diferencia. El concilio se celebró, hallándose presente Teodorico, y fué confirmado en el sumo pontificado Simaco: el cual usandó de su clemencia, nombró á Laurencio por obispo de Nócera, y de esta forma quedó la Iglesia en paz cuatro años.

Pasados estos, unos clérigos, mas aficionados á inquietudes y bandos, que á la salud de su alma, con el favor de Festo y Probino, varones poderosos y de linajes de senadores, volvieron á Laurencio á su antigua ambicion de querer ser papa, de lo cual enojado el rey Teodorico, envió á Roma á Pedro, obispo de Alino, para que quitase á Simaco de la silla apostólica, y á Laurencio de la vana ambicion de obtenerla, y la tuviese él, hasta que se determinase otra cosa. Simaco, pareciéndole (y con razon) que semejante orden era contra la dignidad de vicario de Cristo, cuyo puesto, por eleccion canónica y ratificada, ya ocupaba, juntó un concilio de ciento y veinte obispos, y se absolvió delante de todos ellos de algunas falsas calumnias de sus émulos, y por voto de todos desterró á Laurencio y Pedro, como cabeza de tantos males como á la Iglesia santa venian.

De aquí se originó en Roma otra nueva discordia, y creció tanto, fomentada de las armas y competencias de los principales, que murieron muchos clérigos y seglares, y aun á las sagradas reliquias no perdonaban. En esta disension murió junto á san Pedro *ad Vincula*, Gordiano, varon bonfísimo, de vida sincera y santa, y no parara en solo esto la tiranía y crueldad, si Fausto, cónsul, teniendo lástima de los clérigos que morian y eran maltratados, no tomara las armas contra Probino, que era causa y autor de tantas desdichas. Hecho esto, san Simaco quedó quieto y en paz su silla, y comenzó á hacer cosas de grande santidad y ejemplo. Echó á los maniqueos de Roma, y quemó sus libros delante de las puertas de la iglesia Constantiniana. Edificó muchas iglesias de nuevo, reedificó otras, y las adornó á todas ricamente de las cosas necesarias al

servicio de ellas. Entre otras, edificó el templo de san Andrés apóstol, junto al de San Pedro, y le dió mucho oro y plata; y reedificó mas suntuosa y magníficamente la Iglesia del príncipe de los apóstoles, y le hizo una portada con muchas columnas de mármol y mucha obra de labor mosaica, y mandó hacer las gradas de la entrada ó pórtico, muy anchas y espaciosas. Tambien edificó la iglesia de Santa Inés mártir, en la vía Aurelia, en una heredad dicha Lardario, y otra en nombre de San Pancracio, con un arco de plata de quince libras. Renovó la capilla de San Pablo, que estaba para caerse, y la adornó de riquísimas pinturas.

Edificó tambien de nuevo las iglesias de san Silvestre y San Martín, junto á los baños de Trujano, y sobre el altar hizo un cimborio de plata, de ciento y veinte libras, y unos arcos tambien de plata de diez libras. Hizo las gradas del templo de San Juan y San Pablo, y acrecentó la iglesia del arcángel y príncipe de las jerarquias celestes, san Miguel. Edificó asimismo la iglesia de los gloriosos mártires San Cosme y san Damian en la vía Tiburtina, en una posesion llamada Paciano, y á esto ayudaron Albino y Grafira, ilustres varones. Hizo un hospital, donde se acogiesen los pobres, junto á la iglesia de San Pedro y San Pablo y procuró que se les diese cuanto habian menester. Fué muy amador de los pobres de Jesucristo, y enviaba y proveía de vestidos y dineros á muchos obispos y clérigos, que estaban desterrados en Africa y Cerdeña, por la confesion de la fé católica. Reparó la iglesia de santa Felicitas y la capilla mayor de santa Inés, que estaba para caer. Rescató muchos cautivos en diversas provincias. Ordenó que en los dias de domingo y fiestas de los mártires se cantase el himno angélico *Gloria in excelsis Deo*. Hizo ó redujo á mejor forma el cementerio de los Jordanes. Y finalmente, no dejó de hacer cosa que perteneciese á la mayor honra y gloria del altísimo y omnipotente Dios. Ordenó durante su pontificado, noventa y dos presbíteros, diez y seis diáconos y ciento y veinte y dos obispos, y al fin, lleno de dias y buenas obras, se fué de esta vida para el cielo, y fué sepultado en la iglesia de San Pedro, á los 19 de julio; aunque su fiesta celebra la Iglesia á los 21 de febrero. Presidió en la silla de san Pedro quince años, seis meses y veinte y dos dias. Escribió su vida Platina, Sanctoro y otros, que tratan de la historia pontifical.

Es el camino de la cruz todo persecuciones, disgustos, zozobras, trabajos y calamidades; pero es el mas seguro para el cielo, si estas se toleran con paciencia, solo por Cristo, como él mismo enseña. Cuán seguro le siguió el santísimo y sumo pontífice Simaco, bien lo declaran las muchas persecuciones que padeció, movidas de la ambicion de quien, sin haber sabido adquirir los méritos que él tenia acumulados, solo por vanagloria, sin respeto alguno á la mayor gloria de Dios, queria ascender á la suma dignidad, sabiendo que no hay camino para caer, como el subir sin méritos: por eso permaneció estable Simaco, porque estaba fundado en la piedra de Cristo, cuyo fundamento permanece en esta vida, y es eterno en la gloria.

SAN FÉLIX, OBISPO.—El tercer prelado que tuvo la ciudad de Metz, en la Galia Bélgica, fué Félix hombre digno en verdad de los mayores encomios, ya por el cuidado especial con que cuidaba á las ovejas que le habia enco-

mendado la Providencia como pastor de la Iglesia, ya tambien por resplandecer en toda clase de virtudes. Su amor hácia los pobres era tan estremado, que repartía entre ellos cuanto poseia, teniendo gran gozo de quedarse enteramente pobre, con tal que pudiese socorrer á los demás. Cuarenta y un años estuvo en el pontificado, y durante todo este tiempo no cesó de trabajar con esmero en inocular en el corazón de los fieles los verdaderos sentimientos de virtud, y propagar la ley de Jesucristo. Su muerte se verificó el dia 21 de febrero del año 102. Sepultóse su cuerpo al lado de sus predecesores, hasta que el emperador Enrique lo trasladó despues á Sajonia, dignándose el Señor obrar muchos milagros por su intercesion.

LOS SETENTA Y NUEVE SANTOS MÁRTIRES.—Despues de haber sufrido graves y multiplicados tormentos en tiempo de Diocleciano, fueron degollados en Sicilia por los años 303, recibiendo así la corona de su confesion.

LOS SANTOS VERULO, SECUNDINO, SIRICO, FÉLIX, SÉRVULO, SATURNINO, FORTUNATO Y OTROS DIEZ Y SEIS.— Fueron martirizados en Adrumeto de África, durante la persecucion de los vándalos, por confesar la fé católica.

SAN SEVERIANO, OBISPO DE ESCITÓPOLIS, EN PALESTINA.— Admirable en prodigios y digno de gloriosa memoria por la constancia con que impugnó los errores de Euliques y demás herejes de aquel tiempo acerca la divinidad de Jesucristo. Su celosa conducta le acarreó odios y persecuciones obstinadas, de las cuales al fin fué honrosa victima, muriendo mártir el año 432, despues de veinte meses de ser consagrado obispo.

SAN PEDRO MAVIMENO.—Natural de Palestina, varón dotado de gran virtud y favorecido con abundantes gracias del Espíritu Santo. Hallándose un dia enfermo en Damasco, y habiéndole ido á visitar algunos mahometanos, les afeó su conducta en seguir la ley de su falso profeta, calificando á este de impostor y de asesino. «Nadie puede salvarse, les añadió, sino en la fé de la Trinidad.» Indignados los sarracenos le hicieron salir de la cama, y despues de haberle atormentado largo rato por ver si se retractaba, le quitaron la vida el dia 21 de febrero del año 713.

SAN MAXIMIANO, VIGÉSIMONO OBISPO DE RAVENA.— Consagróle el papa Vigilio en 546, y murió el 22 de febrero del año 556. Fué devotísimo de la Santísima Virgen; muy estimado del emperador Justiniano y de toda su córte por su piedad y por la sabiduría con que arreglaba los negocios de la Iglesia, y muy favorecido por el cielo en testimonio de cuán gratos eran á Dios sus servicios.

SAN PATERIO.—Ilustre obispo de la ciudad de Brescia en el siglo VII, se distinguió por el acierto y profundidad en explicar las santas Escrituras, y por su celo en la reforma de la disciplina eclesiástica.

DIA 22.

LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO EN ANTIOQUÍA.—La cátedra de san Pedro en Antioquia celebra la santa Iglesia á los 22 de febrero, para declaramos el beneficio que todo el mundo recibió en la institucion de la cátedra apostólica, y en la potestad que Cristo nuestro Señor dió á san Pedro, cuando le hizo su vicario y piedra fundamental del edificio de la Iglesia, como en la fiesta de la cátedra de Roma, del mismo príncipe de los apóstoles, se dijo á los 18 de enero.

Lo particular que hay que notar en esta fiesta de Antioquia es, que después que Cristo nuestro Señor subió á los cielos, luego el glorioso apóstol san Pedro comenzó á ejercer su oficio de pastor universal, cabeza de toda la Iglesia, primero en Jerusalem y en toda la Judea: presidió en los concilios, como fué cuando propuso á los otros apóstoles y discípulos que nombrasen otro en lugar de Judas, hablando siempre como lengua de todos los otros, y predicando y convirtiendo todas las almas al Señor, y haciendo tantos y tan grandes milagros, y visitando y animando á todos los creyentes de aquellas provincias: y habiendo hecho esto, pasó á Siria y entró en la ciudad de Antioquia, que era principalísima, y como metrópoli de las demás, en donde, dado que al principio padeció muchas y graves tribulaciones, y fué escarnecido, afrentado, encarcelado y perseguido de los que eran enemigos de la luz y de la verdad; pero después que recibieron su doctrina y salieron de la ceguera en que estaban, le honraron y magnificaron, y edificaron templo á Dios verdadero, y pusieron en él una cátedra y silla, en que el santo apóstol se sentase, y desde ella les predicase la verdad: y fueron tantos los que se convirtieron por su predicación, y por la de los santos apóstoles Pablo y Bernabé, que allí comenzaron los fieles á llamarse cristianos, llamándose antes los discípulos. Y porque en Antioquia puso san Pedro su cátedra y declaró mas su potestad, y allí acudían los fieles á él con sus dudas y dificultades (aunque no siempre estaba en aquella ciudad, porque como pastor universal visitaba las otras iglesias), se instituyó esta fiesta de la cátedra de san Pedro, para memoria (como dijimos) de tan señalado beneficio. Siete años estuvo san Pedro en Antioquia, y al cabo de ellos, por ordenación divina traspasó su silla apostólica á la ciudad de Roma, que era señora del mundo, y maestra de supersticiones y engaños, y ella sola, como dice san Leon papa, abrazaba en sí y tenía por dioses á todos los monstruos que en las otras provincias la ciega gentilidad adoraba; para que resplandeciese mas la nueva luz del Evangelio, que venía del cielo en aquel abismo tan profundo y de tanta oscuridad, y conquistada la cabeza y el alcázar del imperio romano, mas fácilmente se sujetasen los demás. Y Nuestro Señor, que fué declarado rey de los judíos, griegos y latinos, en el título que en estas tres lenguas se puso sobre el glorioso estandarte de su cruz, ordenó que el príncipe de los apóstoles san Pedro, como vicario suyo en la tierra, abrazase con su predicación estas tres naciones, y en ellas todas las otras del mundo, y que primero predicase á los judíos y después á los griegos, y finalmente á los romanos y latinos; para que se entendiese que era pastor universal de todos, y que lo son sus sucesores. De esta solemnidad hace mención san Ignacio en la epístola que escribe á los magnesianos, é Ivon Carnotense en un sermón, y en el concilio de Turon que se celebró en tiempo de Pelagio papa se hace mención de ella; y antes de estos autores san Clemente papa, en el libro 10 de sus Reconocimientos, trata de lo que sucedió á san Pedro en Antioquia.

SAN PAPIAS, OBISPO.— Como verdadero discípulo de los apóstoles, pues lo era de san Felipe, trabajó Papias con celo verdaderamente apostólico en propagar el santo evangelio y dilatar el imperio de Jesucristo. Fué bautizado por san Juan Evangelista, y aun algunos suponen que también le consagró obispo de Hierápolis en Frigia. De este santo

hace mención san Jerónimo en su libro titulado de *scriptoribus ecclesiasticis*, y dice que escribió cinco libros esplañando las santas Escrituras. Murió muy anciano, el año 109 de Jesucristo.

SAN ARISTION.— Fué uno de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, segun afirma san Papias, y enviado por los apóstoles á la isla de Chipre á predicar el Evangelio: después de haber hecho muchas conquistas para la religion, murió tranquilamente en el Señor, en la ciudad de Salamina de la misma isla. No se sabe de cierto si san Aristion fué obispo, aunque los griegos le veneran como á tal.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES.— Fueron martirizados en Arabia, segun Eusebio, con varios y crueles tormentos, en tiempo del emperador Diocleciano, por los años 304.

SAN ABILIO.— Fué ordenado obispo de Alejandria después de san Marcos y san Aniano, el año 84 de Jesucristo. Desempeñó el cargo de su ministerio pastoral con celo apostólico, pues predicó el Evangelio en Egipto, en Pentápolis y en África, y siendo ilustre en virtudes, murió en la misma ciudad de Alejandria el año 98 de la era actual.

SAN PASCASIO, OBISPO DE VIENA EN LAS GALIAS.— Fué prelado ejemplar: á pesar de sus ardientes deseos no pudo conseguir la corona del martirio, y murió en paz el año 313.

DÍA 23.

SAN SERENO, MÁRTIR.— El glorioso san Sereno, tiene su origen en la genealogía espiritual (que de la natural poco cuidaron los autores, sin duda porque le juzgaron mas divino que humano, y mas espiritual que temporal), entre aquellos celestiales hombres ó ángeles en carne humana, descendientes de aquel gran celador de la honra de Dios y santísimo profeta Elias, cuyas heroicas virtudes por toda la redondez de la tierra eran celebradas, y como aplaudidas y premiadas en el cielo: aquellos que huyendo la conversacion de los hombres, se gozaban con la de los ángeles á quienes daban soberanas envidias: aquellos que derribándose de la cumbre del Carmelo, y desterrándose por los desiertos del mundo, no pararon hasta encumbrarse en el empíreo solio. De estos, pues, humanos serafines traia su origen Sereno: bastaba saber su descendencia para conocer su santidad, y por grandes como por gigantes sus virtudes.

Vivia Sereno en la ciudad de Sirmio de Austria, al presente llamada Simach, siendo emperador Maximiano, el cruel derramador de católica sangre. Su vida era, cual la habia aprendido de sus ascendientes hermanos, hijos de Elias, santísima, solitaria y puesta siempre en contemplacion. Tenia un huerto donde estaba día y noche, y se ejercitaba labrando y cultivando su tierra. Tenia asimismo un grande amigo que asistia al emperador: y como la mujer de este tal amigo, que era de pocos años y buena disposicion, viniese un día sola y á hora importuna al huerto, y nuestro glorioso santo acaso la viese, viendo no ser aquella hora, ni el venir sola, decente á su autoridad, honestidad, modestia y honor de su marido; y asimismo considerando el riesgo que podia venirle á su bendita alma de semejante compañía, por ser la mujer hermosa fuego y rayo que de repente abrasa y hiere; reprendiéndola diciéndole: que en aquella hora y tan sola, no era decente á su

persona y calidad, entrar en el huerto de un solitario monje y que mirase por sí; y con una ira santa la echó fuera.

La mujer que así se vió á su parecer despreciada, con grandes lágrimas se fué á su marido y quejose de Sereno, diciéndole: que con poco respeto á su persona la habia echado del huerto. El marido, conmovido de las fingidas lágrimas de su esposa, haciendo mas caso de ellas que de la amistad y buen trato de Sereno, intentó una crueldad: que fué irse al emperador Maximiano, y acusar y denunciar por cristiano y capital enemigo al que fiado de su amistad vivia en quietud, paz y sosiego, cultivando su huerto y cantando á Dios alabanzas. Oida la acusación, mandóle prender el emperador; y viendo que perseveraba constante en la fé, sin que bastasen ruegos ni amenazas, para que, dejando de reconocer por Dios á Jesucristo, hincase como él la rodilla á los demonios; lo mandó degollar: cuyo precepto ejecutó el cruel verdugo á los 23 de febrero. Escribió su vida el obispo en su catálogo, y la trae Beda, Usuardo y otros, y el Martirologio romano el día 23 de febrero, y Sanctoro. Fué el martirio de este glorioso santo el año 290 de nuestra redención, el día 23 de febrero, como se ha dicho. Mas porque podrá dudar alguno, si ya en aquellos tiempos habia ó no monges, advierte el cardenal Baronio en las adiciones hechas al Martirologio romano, hablando de Sereno, y respondiendo á la tácita estas palabras: «Que Sereno fuese monje, no admite duda; pues consta de Eusebio en su Historia lib. 8, cap. 22, que en tiempo de Maximiano habia monges; y que de ellos muchísimos alcanzaron la corona del martirio.» Hasta aquí Baronio.

No es nuevo en el mundo ser perseguida de mujeres poco atentas y livianas y antojadizas la honestidad y castidad de los varones justos; buen ejemplo nos dá José, y lo que le hicieron padecer las lágrimas con que su deshonestadora señora se quejó á su esposo Putifar, solo porque se halló menospreciada y burlada del castísimo mancebo. No fué así menospreciada de nuestro glorioso Sereno la mujer de su amigo: mas ¿quién sabe el fin con que venia al huerto? Lo que vemos, es que con lágrimas se queja á su marido, de que la ha menospreciado y tratado mal Sereno, que el marido le entrega al tirano, y éste le quita la vida, siendo la causa principal la honestidad de Sereno, que era tanta, que aun no les permitia á sus ojos ver una mujer, por conservar mas para su castidad. José entró en la estancia de su señora, y salió huyendo, dejando la capa; esta señora vino á la estancia de Sereno, y la hizo salir huyendo, mereciendo por este triunfo la corona y palma del martirio: ambos triunfaron y ambos se ven coronados en la gloria.

SANTA MARTA, VIRGEN Y MÁRTIR.—Fué, pues, santa Marta natural de Astorga, ciudad episcopal en el reino de Leon de España, y de la mas noble sangre, segun parece por la estimación que de ella hizo el procónsul de aquella ciudad: cuya iglesia reza de ella con solemne oficio, en el cual se lee sucintamente su vida y martirio, que es en esta forma. En tiempo de la persecucion de Decio, emperador romano, fué presa por un procónsul de Astorga, llamado Paterno, la gloriosa virgen santa Marta. Persuadióla que adorase los ídolos; pero la santa virgen, constante siempre en la fé y palabra que de esposa habia dado á Jesucristo su esposo, ni hizo caso de halagos carinosos ni amenazas crueles; sino todo lo menospreció con un ánimo varonil y fuer-

te; por lo cual el procónsul, sañudo y cruel, la mandó poner en el cebleo y herir con bastones nudosos, hasta deramar gran cantidad del purpúreo y virginal carmin de su sangre, en cuyo cruel tormento la doncella cantaba alegre y gozosa dulces himnos de alabanza á su amante esposo Jesus.

Mandóla despues el cruel procónsul poner en la cárcel, y pasado algunos dias la hizo traer á su presencia; y al verla, le dijo así: Ya ves, hermosa Marta, cuánto debes á nuestros dioses; pues compadecidos de tu hermosura y pocos años, te han curado de las pasadas heridas del cuerpo: y porque estoy cierto que también te habrán curado y sanado el juicio, con que vendrás bien en adorarlos para no mostrarte ingrata como hermosa, ántes bien agradecida como noble; yo te quiero casar con la única prenda de mi corazon, y mi casa, que es mi hijo: serás dueña y señora absoluta de cuantas riquezas los dioses me han dado, que son muchas: tendrás cuanto desearas, y en fin vivirás una vida bienaventurada; responde ahora; pues solo en un sí de tus labios está todo logro de tu fortuna.

La valerosa virgen que con ánimo varonil habia estado oyendo á Paterno, sin turbarse ni ponerse á discurrir lo que debia responder, dijo muy alegre: Yo tengo á mi Señor Jesucristo por esposo y no quiero otro alguno: este es eterno; los demás son perecederos y enducos: tu hijo será para otra que como el adora al demonio en los ídolos; que yo no pienso ni pensaré jamás adorarlos, ni dejaré de adorar á mi Señor y esposo Jesus. Mira bien, dijo Paterno, á qué te resuelves. Ya estoy resuelta, dijo Marta. Entonces Paterno, visto que con ella ni bastaban halagos ni ofertas, ni ménos amenazas y tormentos; viendo menospreciadas sus riquezas, sus dioses, su persona y su sangre en su hijo, furioso y desesperado dió contra ella la sentencia de muerte, mandando le cortasen la eabeza, y echar despues su cuerpo en un lugar muy indecente y asqueroso; y todo fué puntualmente ejecutado por los verdugos tiranos. Procuró una noble motrona sacar su glorioso cuerpo de aquel lugar inmundado, y darle, como lo hizo, honorífica sepultura. Fué su martirio á los 23 de febrero el año de nuestra redención de 253. Hasta aquí el oficio que tiene de esta gloriosa virgen y mártir para su día y fiesta la santa iglesia de Astorga.

Escriben de ella este día el Martirologio romano, las tablas de su iglesia de Astorga, el autor del Tesoro de predicadores, en el tomo II, á 23 de febrero, Villegas y otros.

Una mujer fuerte buscaba el Sabio; pero como la verdadera fortaleza venga de Dios, pues de su divina y larga mano nos viene todo bien, comunicó á su querida esposa la virgen santa Marta el don de la fortaleza Su Majestad soberana, con tan franca mano, como se ve en esta su vida, referida así brevemente; pues no solo se mostró fuerte y valerosa contra las amenazas y tormentos de los tiranos, sino, lo que causa mas admiracion, y para lo que se requiere mas alta y encumbrada fortaleza; se mostró fuerte y constante contra todo tropel de halagos, caricias y ventajosas ofertas, como el presidente le hizo; pero si le daba la fortaleza el que solo puede darla, porque la tenia escogida por esposa suya, ¿qué mucho que Marta venciese y se llevase triunfante la palma y corona de gloria? donde la reconoceremos favorable y propicia, si aquí la veneramos devotos y humildes.

SANTA MARGARITA DE CORTONA.—Margarita, llamada vulgarmente de Cortona, porque vivió muchos años y murió en esta ciudad, nació en el lugar de Laviano, del obispado de Chiusi ó Quiusi en el estado de Toscana, por los años de 1250. Sus padres fueron de humilde condicion: su oficio era trabajar en el campo como pobres jornaleros; pero sus costumbres eran honradas y virtuosas. Así que llegó Margarita á la edad de siete años perdió á la madre; y pasando pocos años despues á contraer segundo matrimonio, empezó Margarita á seguir las malas inclinaciones de la naturaleza: se entregó á una vida libertina, y se dejó cautivar del torpe amor. Siendo muy viva, de agudo ingenio y hermosa, se aficionó á los placeres, á la vanidad y á las lisonjas del siglo, y cayó infelizmente en los lazos del demonio, y en las redes de aquellos malvados que procuraron con sus engaños hacerla perder la inocencia y castidad. En efecto, se abandonó Margarita de tal modo á la liviandad, que en la flor de sus años llegó á ser el escándalo de todo el país, menospreciando las amonestaciones caritativas de su padre, y las reprensiones tal vez sobrado ásperas y duras de su madrastra. Por fin, se enlazó en una torpe amistad con un jóven caballero de la cercana ciudad de Monte-Policiano, donde Margarita pasó á vivir, y en donde llevó con este jóven una vida escandalosa por espacio de nueve años. Estaba Margarita sumergida en este profundo abismo de males, á que sus desordenadas pasiones la habian precipitado, cuando el Señor se dignó mirarla favorablemente y usar con ella de su infinita misericordia, por medio de un funesto accidente que acaeció á su infeliz amante, y fué en esta forma. Habia salido este infeliz jóven un dia de la ciudad seguido de una perrilla de Margarita, cuando de improviso le asaltaron y acometieron sus enemigos, que tal vez eran sus rivales, los cuales dándole muchas heridas, le dejaron muerto allí mismo; y para ocultar su homicidio echaron el cadáver en un hoyo, cubriéndole de tierra y ramas de árbol. Volvió la perrilla á casa de Margarita dando tristes ahullidos, cosa que la hizo recelar no hubiese sucedido alguna desgracia á su jóven caballero. Pero pasando dos ó tres dias sin que su amante viniese á verla, crecieron tanto en Margarita sus recelos ó sospechas, que llena de susto y sobresalto, se fué por la misma senda por donde él se habia encaminado, seguida de la misma perrilla; la cual así que llegó al lugar en que estaba escondido el cadáver, se paró y empezó de nuevo á dar tristes y funestos ahullidos, escarbandó la tierra con sus manecillas, como que queria descubrir alguna cosa. Entonces se acercó allí Margarita, y apartando con sus manos las ramas y la tierra que cubrian la hoyo ó sepultura, vió el cuerpo de su desgraciado amante; pero ya tan desfigurado, tan comido de gusanos y hediondo que exhalaba un hedor intolerable.

A vista de este espectáculo tan horrendo, quedó Margarita atónita y como fuera de sí, llena de pavor y miedo: asaltáronla en este mismo instante á su espíritu una multitud de consideraciones melancólicas: de una parte consideraba el estado miserable del cuerpo de aquel jóven que tanto habia amado; y que aun era mucho mas miserable el de su infeliz y desventurada alma: de otra parte mirándose á sí misma y el estado infeliz de su propia alma, la consideraba delante de Dios mucho mas desfigurada y cubierta de gusanos que aquel cadáver hediondo y podrido. Entonces toda horrorizada de sí misma, y del peligro

en que estaba espuesta á cada momento de caer en las llamas del infierno y de perderse eternamente, empezó á implorar la divina misericordia, y arrojándose en el suelo se deshacia en un copiosísimo llanto: y obrando la gracia de Dios en su corazon, penetrada de un vivo dolor y de un íntimo arrepentimiento de sus pasados desórdenes, no pensó ya sino en mudar de vida, y en borrar sus culpas con una verdadera y proporcionada penitencia.

A este fin se partió luego de Monte-Policiano, para huir de los peligros de pecar. Volvióse á Laviano, donde inmediatamente fué á echarse á los piés de su padre, pidiéndole el perdon de sus disoluciones, de su desobediencia y de los muchos disgustos que le habia dado; suplicándole con muchas lágrimas y suspiros salidos del centro de su corazon, le admitiese en su casa; así como aquel padre del Evangelio admitió en la suya á aquel su hijo pródigo, despues de haber llevado una vida escandalosa semejante á la suya. El padre, enternecido de las lágrimas y humildad de su hija, fácilmente la hubiera acogido en su casa, si no le hubiese detenido la resistencia de su mujer que conservaba contra Margarita toda la dureza y malignidad de una madrastra. Margarita sufrió con paciencia y tranquilidad de espíritu este desaire de su padre; y deseosa de reparar públicamente los escándalos que con sus públicas disoluciones habia dado á los vecinos de Loviano, en ocasion que todo el pueblo estaba en la iglesia, compareció Margarita en ella vestida de un saco y con una soga al cuello; y puesta de rodillas, las manos juntas, y deshaciéndose en lágrimas, pidió á todos en altas voces la perdonasen sus pasadas profanidades y sus muchos escándalos.

Parece que esta pública humillacion en una mujer jóven que conservaba toda la belleza y espíritu de que la habia dotado la naturaleza, debia enternecer á todo el lugar, y ganarse el afecto y cariño de todos sus parientes; pero sucedió al revés; porque ellos tomaron de aquí ocasion para enfurecerse mucho mas contra Margarita. La madrastra en particular la persiguió con tanto encono, que no paró hasta que con sus malas artes logró hacerla desterrar de la parroquia, como mujer desvergonzada é insensata.

Viéndose Margarita abandonada de sus parientes y desechada de sus paisanos, se vió fuertemente tentada de volver á sus antecedentes disoluciones; pues hallándose todavía jóven, de edad de veinte y cuatro años; y conservando toda su hermosura, le parecia poder gozar aun mucho tiempo de los placeres y de las vanidades del mundo. Pero Dios, que misericordiosamente habia empezado la obra de su conversion, la sostuvo en aquel combate, y la hizo salir victoriosa de tan maligna tentacion; porque inspirada del mismo Señor, padre de toda consolacion, se partió á la cercana ciudad de Cortona, donde una buena señora la recibió en su casa, con todo aquel agrado y cariño que Margarita podia desear. De aquí se encaminó á la iglesia del convento del padre San Francisco, y puesta á los piés de un religioso, hizo una confesion general de todas sus culpas, con tan extraordinaria contricion de ellas, que deshecha en llanto, allí mismo pidió ser admitida á vestir el hábito de penitente de la tercera órden del seráfico patriarca. El confesor la acogió benignamente, y la animó á seguir la penitencia que habia comenzado, á fin de satisfacer á la justicia divina, ofreciéndole su ayuda y asistencia, dándole asimismo esperanza de conseguir de

los superiores el hábito de penitente que tanto deseaba; el que con todo no pudo obtener sino despues de tres años; porque los religiosos temerosos de la inconstancia de una mujer moza, se detenian en darle gusto en su pretension; diciendo que si sucediese su recaida despues de haberla vestido el santo hábito, seria en descrédito de su enseñanza y en deshonor de su órden.

Luego que Margarita se vió vestida del santo hábito de la tercera órden, se entregó con nuevo fervor á los ejercicios de penitencia: de modo que en adelante su vida fué un conjunto de mortificacion y humildad. El amor de Dios que se hizo dueño de su corazon, estinguió en ella el amor del mundo: de suerte, que los placeres y vanidades del siglo que habian sido el idolo de su corazon, le eran ya un objeto de horror y aborrecimiento. Llevaba una vida retiradísima en una pobre casa y estrecho aposento, del cual no salia sino para ir á la iglesia. Observaba un ayuno continuo y riguroso, comiendo ordinariamente solo pan y agua; á que añadia en los dias festivos algunas nueces ó frutas secas, ó legumbres sin cocer: dormia poco, echada sobre la tierra, desnuda, y teniendo debajo de la cabeza una piedra por almohada: pasaba en oracion la mayor parte de la noche, llorando á los piés de un Crucifijo las ofensas hechas á la Divina Majestad. Habia concebido un odio tan grande contra su cuerpo, instrumento de tantas culpas y escándalos, que no satisfecha de estenuarle con asperisimas penitencias y continuos ayunos, estaba resuelta á desfigurar su rostro cortándose los labios ó las narices, ó abriéndose las mejillas con algun instrumento, á fin de ponerse fea y horrible á los ojos de los hombres; y lo ejecutara, si su confesor á quien profesaba una perfecta obediencia, no se lo hubiera prohibido.

Rabioso el demonio de ver tanta virtud y penitencia en Margarita, la asaltó con muchas y furiosas tentaciones; mas ella recurriendo á Dios con fervorosas oraciones, é implorando con muchas súplicas la poderosa intercesion de la Virgen Santísima, salió siempre victoriosa. Despues que Margarita se hubo ejercitado algunos años en esta vida de tanto rigor y penitencia, fué favorecida de Dios con el don de una contemplacion sublime, con el de lágrimas, el de hacer milagros y el de conocer los secretos del corazon y de la conciencia. Estos dones y gracias sobrenaturales, unidas á los ejemplos de su santa vida, conciliaron á Margarita el amor y el respeto de los ciudadanos de Cortona, que la veneraban como á otra santa Magdalena. La fama de su heroica virtud se extendió por muchas partes, y venian á Cortona muchas personas de lugares muy distantes solo por ver á Margarita y admirar los prodigios de misericordia que Dios habia obrado en ella, quedando todos edificados de su vida ejemplar y penitente, y no eran pocos los que oyéndola hablar de materias espirituales, se compungian, dejaban sus vicios y se convertian al Señor, porque hablaba en estos asuntos con tanta dulzura, suavidad y uncion, que ganaba para Dios á cuantos tenian la dicha de oirla, de suerte que la que en otro tiempo habia sido lazo del demonio para perder la incauta juventud, era un instrumento de la divina misericordia para sacar á muchos pecadores del atoladero de sus vicios, y restituirlos al camino de la salvacion. En la historia de su vida se refieren muchisimas de estas conversiones que Dios obró por medio de Margarita; pero nosotros solo referiremos los dos casos siguientes.

Un mozo travieso y rico tenia en su poder la mujer de un ciudadano con mucho escándalo de la ciudad; sentia mucho su madre este desafuero, así por el infeliz estado de la conciencia del hijo, como por el escándalo del pueblo, y el riesgo manifesto de algun desastre. No pudiendo acabar con él ni con ruegos ni con lágrimas que despidiese á la adúltera, tomó por medio recurrir á la santa, para que con sus oraciones alcanzase de Dios sacase aquel mozo del peligroso estado en que vivia. Margarita, compadecida de aquella desdicha, ofreció sus oraciones: mas la madre se persuadió, que si se llevaba alguna cosa que habian tocado sus manos, seria su total remedio. Con esta aprension le pidió la diese alguna alhajilla suya ó algun pedazo de su ropa; pero Margarita, escandalizada de la propuesta, le dijo se dejase de impertinencias, que ella era una pecadora, pero porfiando todavía en su pretension, hizo con cierta cautela que la diese un pedazo de pan de su propia mano, y con esto partió de la casa contenta. Puso el pan cautamente en la mesa de su hijo, y habiéndole comido, se halló repentinamente tan mudado, que aquel mismo dia despidió á la adúltera, y con propósito firme de no volver al vómito, confesó sus culpas y se partió de la ciudad para alejarse del peligro.

Un hombre que se habia entregado enteramente al vicio de la sensualidad, se hallaba muy afligido porque conociendo su perdicion, se sentia sin fuerzas para resistir la violencia de la pasion, y para romper la cadena de la mala costumbre, parecióle recurrir á las oraciones de Margarita, cuyas maravillas en punto de conversiones eran tan frecuentes: rogóla, pues, con mucha instancia se apiadase de su miseria; la santa le acogió benignamente, animándole á esperar en la divina misericordia, diciéndole, que pues creia que la habia saeado á ella del atoladero del vicio y puesto en camino de salvacion, no debia dar entrada á la desconfianza, pues el Señor habia obrado en ella esas maravillas de su poder, para alentar á los pecadores que tuviesen noticia de ellas, á esperar en su bondad y misericordia.

Despidióse el hombre lleno de confianza, y la santa hizo oracion por él, con tan feliz efecto, que el hombre se sintió del todo mudado, y amortiguado en sí el fuego de la lujuria: lloró sus pecados, y satisizo por ellos á la justicia divina con una ejemplar y verdadera penitencia.

Habia pasado Margarita veinte y tres años en estos ejercicios de mortificacion y penitencia, y en la práctica de toda suerte de obras buenas, cuando extenuada de estos rigores y consumida del fuego celestial del divino amor, sintió acercarse el fin de su vida: dió aviso de ello á su confesor; para que la asistiese en aquel último lance, y la fortaleciese con el celestial pan del Santísimo Sacramento. Estuvo diez y siete dias sin comer ni beber cosa alguna, sustentándose con el alimento de la divina palabra; no se conocia en ella mas enfermedad que la falta de pulsos, no sentia dolor alguno; porque era tanta la abundancia de celestiales consuelos de que gozaba su espíritu, que estaba siempre como distraida y fuera de sí, y no se le oian otras palabras que ardientes jaculatorias y dulcísimos coloquios con su divino esposo. Recibió con gran devocion y ternura los santos sacramentos, y abrazada con un Crucifijo, puestos sus labios en la llaga del costado, con rostro alegre y sereno entregó su espíritu al Criador, á 22 de ene-

ro de 1297, á los cuarenta y nueve años de su edad, y veinte y cinco de su conversion, empleados en su admirable penitencia.

Luego que espiró exhaló su cadáver una fragancia suavísima, quedó tratable y flexible, y mucho mas hermoso que cuando era vivo. A la hora que espiró, un gran siervo de Dios vió subir su alma gloriosa á los cielos, acompañada de una numerosa comitiva de almas que habian salido del purgatorio, y que hacian mas solemne su triunfo.

Luego que los ciudadanos de Cortona tuvieron noticia del feliz tránsito de Margarita, dieron un público testimonio del elevado concepto que habian formado de sus virtudes. Pusieron guarda á su féretro, revistieron su cuerpo de una túnica rica de color encarnado, y con asistencia del clero, nobleza é innumerable concurso, le llevaron por las calles mas publicas á la iglesia del gran padre San Basilio, donde le colocaron en un sepulcro nuevo que la tenian prevenido. Ilustró el Señor á la santa con muchos milagros despues de su muerte; de modo que creciendo la devocion de los fieles se reparó aquella iglesia que amenazaba ruina, y se levantó en ella una capilla muy suntuosa, en que se colocó el cuerpo de la santa. Esta iglesia la dió Eugenio IV á los frailes menores, y se edificó en ella un convento, que hoy se llama de Santa Margarita. Su cuerpo despues de tantos siglos se conserva aun incorrupto.

La ciudad de Cortona, excitada de los muchos milagros que obraba Dios por los méritos é intercesion de la santa, empezó á celebrarla fiesta todos los años en el dia de su tránsito, sin tener permiso de la silla apostólica. Despues Leon X, pasando por Cortona, quiso informarse de los milagros que se decia haber obrado Dios por intercesion de santa Margarita, los cuales se conservaban escritos en un proceso antiguo, formado en tiempo de Clemente V, y quiso por sí mismo cerciorarse de la incorpucion de su cadáver; y en vista de todo expidió bula, en que permitió se continuase la fiesta que se le hacia en Cortona todos los años. Despues Urbano VIII en el año 1624 expidió otra bula, en que la beatificó solemnemente, señalándola officio divino y misa, con extension á todas las tres órdenes de san Francisco. Y por fin, continuando Dios en obrar nuevos milagros por intercesion de la santa, se pidió á la silla apostólica su solemne canonizacion; y habiéndose examinado prolijamente estos milagros, y aprobádose cinco de ellos, Benedicto XIII la canonizó solemnemente, con las formalidades y pompa que ahora estila la Iglesia.

SAN PEDRO DAMIAN.—En reconocimiento á un hermano suyo que habia dirigido su educacion llamado Damian, fué el motivo por el que este santo unió dicho nombre al de Pedro que habia recibido en el bautismo. Nació en Ravena el año 988, y pio y temeroso de Dios desde su infancia dió á entender lo que en lo sucesivo habia de ser, uniendo á ese espíritu de religiosidad una admirable disposicion para las ciencias. Cursó tanto las profanas como las sagradas con grande aprovechamiento, enseñólas con grande reputacion; hasta que deseando ocuparse únicamente en Dios, se retiró á la soledad de Santa Cruz de la Avellana, cuyos monges conociendo sus bellas calidades, nombráronle prior y abad. A pesar de haberse Pedro Damian ocultado de los ojos de los hombres, quiso Dios bri-

llara en el candelero de la Iglesia; así es que el papa Esteban noveno que conocia bien sus grandes méritos, le creó cardenal y obispo de Ostia en el año 1037, ocupándole desde luego en los negocios mas árdulos y difíciles de la Iglesia romana. No solo mereció la confianza y aprecio del sumo pontífice Esteban, sino tambien de sus sucesores, quienes le emplearon en asuntos de muchísima importancia, los que tuvieron siempre un brillante éxito. Por aquellos tiempos la simonia y otros abusos infestaban la Iglesia de Dios, y á fin de desterrarlos, consagróse á hacer revivir la pureza de la disciplina en el clero y en los monasterios. Varios fueron los principes que reconcilió con la corte romana; y despues de haberse ocupado en bien de la Iglesia murió lleno de méritos y virtudes en Faenza ciudad distante ocho leguas de Ravena, el dia 23 de febrero de 1073, á los sesenta y seis años de su edad. Varias fueron las obras que dejó escritas, las que por su sabiduría y piedad son tan apreciadas de los sabios, y las estimó tanto el papa Leon duodécimo que le colocó en el número de los doctores de la Iglesia.

EL TRIUNFO DE LOS SETENTA Y DOS MÁRTIRES.—Fueron martirizados en la ciudad de Sirmio, y habiendo mostrado admirable constancia en los tormentos, recibieron el premio de la vida eterna.

SAN POLICARPO, PRESBITERO DE LA IGLESIA DE ROMA.—Convirtió muchos infieles á la fé católica acompañado de san Sebastian; les exhortó padecer el martirio y á él le fué negada la dicha de derramar su sangre por la fé, entregando tranquilamente su espíritu al Señor el dia 23 de febrero del año 300.

SAN LÁZARO, MONGE EN CONSTANTINOPLA, PRESBITERO Y PINTOR.—Abrazó desde su primera edad la vida monástica; se dedicó al arte de la pintura, de la cual salió aventajado maestro, y despues fué ascendido al sacerdocio. En tiempo del emperador Teófilo Iconoclasta, porque pintaba imágenes de santos, fué Lázaro perseguido cruelmente, y hasta le abrasaron la mano con hierros candentes. Habiendo sanado milagrosamente, volvió á pintar las imágenes que le habian destruido, de las cuales se conservaban algunas en Roma con mucho respeto cuatro siglos despues y murió santamente en la misma ciudad por los años 870.

SAN FÉLIX, OBISPO DE BRESCIA EN ITALIA.—Gobernó su iglesia por espacio de cuarenta años: erigió muchos templos y monumentos religiosos en todas las Galias; alcanzó con sus exhortaciones recursos contra los mahometanos: dispuso á los longobardos á dejar la secta arriana, y murió en su ciudad episcopal, el dia 23 de febrero del año 652.

SAN FLORENCIO, CONFESOR.—De origen godo, nació en Sevilla á últimos del siglo IV. Nada se sabe de los años de su adolescencia; en edad ya madura resplandeció por aquellas provincias con las mas eminentes virtudes. En la iglesia metropolitana de Sevilla se conserva una inscripcion, que atestigüando la santidad de Florencio dice que vivió cincuenta y tres años, y que murió en marzo del año 485.

SANTA ROMANA.—De la ilustre raza de los Pisones, floreció en el siglo IV en la ciudad de Todi del reino de Hungría, vivió vida celestial en las grutas y cavernas; y siendo esclarecida en milagros, murió el año 324.

SANTA MILBURGA, VIRGEN.—Hija del rey de los merceios,

despreció las riquezas y los honores del mundo para consagrar su virginidad y su vida á Jesucristo. Entró en un monasterio de Sajonia, del cual fué abadesa, y en él murió, resplandeciente en virtud y en milagros, por los años 772.

DIA 24.

SAN MATÍAS, APÓSTOL.—Habiendo venido el Hijo de Dios del cielo para redimir al mundo y para conquistar los corazones de los hombres, tomó para esta conquista doce apóstoles, pescadores, pobres y bajos, y armólos de su gracia y espíritu, para que como valerosos y fortísimos capitanes suyos hiciesen guerra al pecado, al demonio y al mismo infierno. Quiso que fuesen doce y no mas ni ménos, figurados por los doce patriarcas, por los doce títulos del altar, por los doce príncipes que llevaban el arca del testamento, por las doce piedras del rio Jordan, por las doce fuentes, por los doce bueyes del mar de metal que estaba en el templo, por las doce espías de los hebreos, por los doce leones del trono de Salomon, por las doce piedras preciosas del racional de Aaron, por las doce estrellas de la corona que la mujer vestida del sol tenia en su cabeza, y por los doce fundamentos y doce puertas de la ciudad celestial. Entre estos doce apóstoles fué uno Judas Iscariote, el cual despues de haber sido sublimado á la mayor dignidad que hay en la Iglesia, que es el apostolado, y haber estado algunos años en la escuela de Jesucristo, y predicado y hecho muchos milagros en Judea, vencido de la codicia, vendió á su santísimo y dulcísimo Maestro por treinta dineros, y le entregó en manos de sus enemigos: y viéndole condenado á muerte, y desesperado de poder alcanzar perdon de su culpa, él mismo por sus manos se ahorcó y rebentó, y dió su alma infelicísima al demonio: para que con este tan lastimoso ejemplo, todos temblemos y sepamos que no hay seguridad en esta vida; y el que está en pié no se desvanezca, sino agradezca al Señor que le tiene en pié, y le suplique humildemente que no le aparte de su mano para que no caiga: y para que entendamos que para ser buenos no aprovecha solamente la compañía de los buenos, si no nos aprovechamos de su buena vida é imitamos sus ejemplos: y que no hay lugar seguro por santo que sea, si el hombre no vive en el cuidado y recato; pues el angel cayó en el cielo, nuestro padre Adán en el paraíso, y Judas en el colegio apostólico en compañía del Señor. Y demás de esto, de la caída de Judas podemos aprender, que cuando cae el que recibió mayores dones de Dios, y por ellos está obligado á servirle, no cae como quiera, sino que se despeña hasta lo mas profundo del abismo de la maldad, haciéndose capitán y guía de los malos; como san Pedro dice que se hizo Judas de los judíos para prender al Señor, porque del buen vino, como dicen, se hace buen vinagre, y de un gran santo un gran demonio, cuando no persevera en su santidad. Y esta es la causa, porque el religioso, que vive en su religion santamente y persevera en ella hasta la muerte, es dechado de virtud y un retrato del cielo; y el que vencido de su flaqueza vuelve las espaldas á Dios y como apóstata deja los hábitos, comunmente es escándalo y es tropiezo de los que con él viven; aunque no es de maravillar, por lo que se ha dicho. Habiendo pues fenido Judas tan desdichado fin, y caído de la cumbre del apostolado en tan

estrema miseria, escribe san Lucas en los hechos apostólicos, que despues de la ascension á los cielos de Cristo nuestro Salvador, estando todos los apóstoles y los otros discípulos del Señor juntos, se levantó san Pedro, como cabeza y pastor universal de todos, y despues de haberles referido brevemente la maldad y castigo de Judas, les dijo, que para cumplirse la profecía de David, se habia de escoger uno de los que allí estaban y habian conversado con Cristo, desde el bautismo de san Juan Bautista hasta el dia en que subió á los cielos, para que entrase en el lugar de Judas, y fuese testigo y predicador de la resurreccion del Señor con los demás apóstoles: y pareciendo bien á todos los que allí estaban, y eran como ciento y veinte personas, de comun consentimiento escogieron entre todos dos, á José, que tenia por nombre Barsabás, y por su gran santidad llamaban *Justo*, y á Matias, que ambos eran de los setenta discípulos del Señor; y puestos todos en oracion, le suplicaron humildemente, que pues él solo conocia los corazones, y sabia cuál de los dos era mas á propósito para aquel ministerio; declarase su voluntad y manifestase á cuál de los dos que ellos le presentaban habia escogido, para que en lugar de Judas en el apostolado le sirviese. Declaró Dios su voluntad, y cayó la suerte sobre Matias: la cual suerte, dice san Dionisio Areopagita y otros doctores que le siguen, que fué un rayo de divina luz que vino sobre Matias, y una sensible señal de que Dios le habia escogido. Aunque otros doctores dicen que aquella suerte fué de las que en el Viejo Testamento usaban los judíos, y que puesta en las manos de Dios con aquella humilde y devota oracion de los fieles, él la encaminó de aquella manera: pero otros hay que interpretan estas suertes por la eleccion de los apóstoles, y otros fieles en la persona de Matias, alumbrados y movidos de Dios, á quien ellos suplicaban que los inclinase y pudiese en el corazon aquel que de los dos propuestos era mas á propósito; y el Señor acudió á su peticion, inspirándoles que escogiesen á Matias: y así lo hicieron, concurriendo con gran consentimiento todos los votos en su persona: y esta exposicion parece mas conforme al texto griego, el cual donde nosotros leemos: *Adnumeratus est cum undecim*: Fué contado con los otros once; dice: *Suffragiis additus est*: Fué añadido á los once por votos. De manera, que se dice que cayó la suerte sobre Matias; porque declararon que él habia de ser preferido á Barsabás y gozar de la dignidad apostólica; y que fué elegido de Dios; porque los apóstoles en elegirle no siguieron el afecto de la carne y de la sangre, ni tuvieron respeto á que José era deudo de Cristo y hermano de otros tres apóstoles; sino solo á la luz é instinto del Espíritu Santo, que los inspiró que eligiesen á Matias, dejando á José, que tenia nombre y obras de justo: para enseñarnos que en la provision de los oficios y beneficios eclesiásticos, no nos movamos por carne y sangre: y escogió á Matias, para darnos á entender de cuán santa vida y altos merecimientos era el que, en aquella oposicion de tanta dignidad, habia sido preferido al justo y puesto en el número de los doce apóstoles. Y llamarse suerte esta eleccion de Dios no es cosa nueva en la sagrada Escritura; porque en este mismo razonamiento que hizo san Pedro á los discípulos para que eligiesen otro en lugar de Judas, llama al apostolado que tuvo Judas: *Suerte*: nó porque se le hubiese dado por suerte (que no se dió, sino el beneplácito y mera voluntad

del Señor); sino porque así como no está en la mano del hombre que le caiga la tal ó tal suerte; tampoco estuvo en manos de Judas ser escogido para tan alta dignidad. Y san Pablo llama suerte á la misma eleccion, y Salomon dice de sí, que como por suerte habia alcanzado buena alma; porque Dios se la habia dado por su gratuita voluntad. Comenzó san Matías, luego que fué hecho apóstol, á hacer su oficio, habiendo recibido con los otros apóstoles y discípulos del Señor el Espíritu Santo, y á predicar á los pueblos el misterio escondido ó inefable de la cruz con gran santidad de vida, fervor de espíritu y celestial doctrina: porque además de la que siendo mozo habia aprendido, el mismo Espíritu Santo era su maestro y su doctor, y el que le alumbraba el entendimiento con su luz, abraza el afecto con su ardor, y le daba lengua de fuego divino, para encender los corazones de los que le oían. Despues en el repartimiento que hicieron los sagrados apóstoles de las provincias en que habian de predicar, á san Matías le cupo Judea, y en ella predicó admirablemente y convirtió innumerables pueblos al Señor, como dice san Isidoro en su vida, y penetró su predicacion y doctrina hasta lo interior de Etiopia, como dice Sofronio, Nicéforo y Doroteo; y padeció muchos y muy graves trabajos de caminos por tierras ásperas y fragosas, de persecuciones de los judíos y gentiles: de los cuales finalmente fué apedreado y descabezado por el Señor. Murió cerca de los sesenta años de Cristo, imperando Neron. El cuerpo de san Matías con el tiempo se trajo á Roma, y está en Santa María la Mayor, donde se muestra su cabeza; aunque Juan Ekio, alemán, varon grave, docto, que disputó é hizo callar á Lutero, escribe, que el cuerpo de san Matías se llevó de Roma á la ciudad de Augusta; y puede ser que se haya llevado alguna reliquia ó parte de él, quedando en Roma la mayor parte del cuerpo y la cabeza, donde hoy dia es reverenciado.

* SANTA PRIMITIVA. — Celebra hoy la Iglesia la fiesta de esta santa, que segun el Martirologio romano, fué mártir en Roma. No sabemos cuál fué su estado, ni qué clase de martirio padeció, ni en qué tiempo lo sufrió.

SAN SERGIO. — Un dia que se celebraba en la ciudad de Cesarea una suntuosa fiesta á los dioses del paganismo, en celebracion de la llegada del prefecto Sapricio, que iba á Capadocia á publicar los edictos del emperador contra los cristianos, hallándose todo el pueblo reunido en el Capitolio, se presentó en medio del concurso un santo monje llamado Sergio, hombre de gran santidad, y cuyo rostro indicaba la pureza de su alma y las máceraciones de su cuerpo, y alzando la voz, desafió á aquellas mentidas divinidades á que permaneciesen de pié á la sola invocacion del nombre santo del Dios verdadero. Cayeron al momento los idolos, y aquel pueblo, entusiasmado y gozoso poco ántes por la celebracion de la fiesta, rugia de rabia y espanto; y pedia venganza contra tamaño ultraje. Fué, pues, Sergio llevado á la presencia del prefecto y condenado á la mas inhumana muerte que podia escogitarse; pero saliendo por virtud divina ileso de todos los tormentos, al fin fué degollado y despedazado en la plaza mas pública de Cesarea, el dia 24 de febrero del año 304.

LOS SANTOS MONTANO, LUCIO, JULIAN, VICTORIO, FLAVIANO Y SUS COMPAÑEROS. — Fueron discípulos de san Cipriano, al cual escribieron una carta desde la cárcel, pintándole la abundancia de consolaciones celestiales de que se

hallaban inundados, al ver tan de cerca la palma y la gloria del martirio. Muriéron estos santos degollados en una ciudad de África, por los años 259, ó 262 segun Baronio.

SAN MODESTO, OBISPO DE TRÉVERIS. — Gobernó esta iglesia con santidad y sabiduria en tiempo del papa Gelasio. Fué tan caritativo con los pobres, que no solo les dió todo cuanto tenia, sino que además obligaba á los ricos á hacer limosnas, presentándose él mismo á pedir las. Fué en todo santo y admirable, y murió en paz por los años 480.

SAN PRETEXTATO, OBISPO DE RUAN. — Este prelado recomendable, no solamente por sus refulgentes virtudes, si que tambien por su consumada sabiduria, fué el alma de todos los concilios celebrados en las Galias en su tiempo, y entregó su espíritu á Dios el año 586.

SAN ETELBERTO, REY DE LOS CANCIOS. — Convirtiósse á la fé de Jesucristo por la predicacion de los santos misioneros enviados por Gregorio el Grande á los anglo-sajones, y fué bautizado en 597. Contribuyó poderosamente al establecimiento de la religion cristiana en todos sus dominios; edificó muchos templos y casas de hospitalidad en Inglaterra; fué modelo de principes virtuosos, y murió santamente el dia 24 de febrero del año 616.

LA FIESTA DE LA PRIMERA INVENCION DE LA CABEZA DE SAN JUAN BAUTISTA. — Se hablará de ella en el dia 19 de agosto.

DIA 25.

LOS SANTOS VICTOR, VICTORIANO, Y DEMÁS COMPAÑEROS MÁRTIRES. — A Egipto, seminario de santisimos varones, cuyos desiertos pudieron en tiempos competir con las mas populosas ciudades segun los innumerables monges que los habitaban, llegó un capitán general llamado Sabino, enviado por el emperador Numeriano, gran perseguidor del nombre glorioso de Cristo, con órden de prender y castigar todos los rebeldes á los cesáreos preceptos, que todos se cifraban, en que dejando de adorar á Cristo Dios y hombre verdadero, adorasen á sus falsos dioses. Llegado que hubo Sabino, mandó publicar la órden que llevaba, y por la misma hizo buscar los cristianos; y los primeros que prendió, fueron san Victoriano y Victor, Nicéforo, Claudio, Dióscoro, Serapion y Papias, los cuales fueron llevados á su presencia, y les rogó y persuadió, ya con halagos, ya con amenazas, que dejasen la fé de Jesucristo: pero los gloriosos y esforzados caballeros de Cristo de ninguna manera quisieron obedecerle: por lo cual los condenó á todos siete á diversos géneros de tormentos y muertes; y para esto hizo hacer una gran pila cavada de un roble, y habiendo hecho en ella muchos y grandes agujeros, echaron de muy alto á san Victor dentro de ella, y de la caída quedó cruelmente maltratado y traspasado en cada agujero; y saliéndole de las heridas arroyos de sangre, lo sacaron de allí y le cortaron la cabeza. Á san Victoriano le cortaron piés y manos, y le echaron como á Victor en la pila, y al fin lo degollaron. Á san Nicéforo llevaban para echarlo en la misma pila; mas él de su voluntad, (sin duda por inspiracion divina), se arrojó á ella ántes que lo echasen: de lo cual airado el capitán lo hizo sacar de allí y ponerlo en unas varillas sobre ardientes brasas, y que allí lo asasen y volviesen como á otro invicto español Laurencio; y como aun en el fuego no cesase de alabar y confesar el nombre de Cristo, lo mandó quitar de allí y despedazar y dividir su sagrado cuerpo en menudas piezas; y

con este cruel martirio dió su bendita alma al Señor que la crió. Claudio y Dióscoro fueron asimismo quemados; y Serapion y Papias degollados: con que quedaron todos siete como unos reyes con dos coronas cada uno, una del martirio, y otra de gloria. Celebrase su glorioso martirio á los 23 de febrero. Escribieron el triunfo de estos siete gloriosísimos mártires Adon en su Martirologio; Beda, Usuardo, Sanctoro, el Martirologio, Pedro y otros; y fué el año del Señor de 284.

Es la corona el premio de las virtudes: y al paso que estas son mas heróicas, mayor corona se les previene. Cuán grandes fueron las de estos siete gloriosísimos varones, bien se descubre en el grandioso premio que les previno el cielo; pues fué no menos que la corona del martirio. El que premia es Dios, que pesa todos los méritos para coronarlos y premiarlos, como los deméritos para castigarlos. Juez tan justo pide vivamos con cuidado.

EL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO.—El beato Sebastian de Aparicio nació en el año 1502, en el lugar de Gudina, delobispado de Orense, en el reino de Galicia. Sus padres fueron Juan de Aparicio y Teresa del Prado, ambos de pobre y humilde linaje, pero muy piosos y devotos; los cuales criaron cristianamente á Sebastian que era el tercero de sus hijos. Cuando tuvo la edad proporcionada, le destinaron á guardar un pequeño hato de ganado, que junto con los frutos de algunas tierras que cultivaban, componia toda su hacienda. No tardó el Señor en manifestar con un suceso prodigioso, que tenia destinado á Sebastian para grandes empresas de su gloria; porque teniendo solo doce años de edad, fué acometido de un mal contagioso que hacia muchos estragos en el reino de Galicia; por cuya causa, y á fin de que no inficionase á los demás, fué llevado al campo en una barraca ó choza medio arruinada, donde le dejaron solo. Estaba aquí Sebastian noche y dia, sin mas compañía que la de su dolorosa enfermedad, esperando que la muerte viniese á poner fin á sus males. Su piadosa madre procuraba no obstante proveerle del necesario alimento que dejaba cerca de aquella cabaña, llamando al partirse á su hijo para que saliese á buscarle. Salía Sebastian de su triste habitacion, tomaba su alimento y se volvía á meter en su choza, cerrando bien la puerta de miedo de los lobos que infestaban aquellos contornos. No habiendo un dia cerrado bien la puerta á causa de su mucha debilidad, entró en la cabaña un lobo, el cual aferrando con sus dientes un tumor que tenia el niño en la cabeza, y era la causa de todo su mal, le abrió blandamente, chupó toda la podre maligna que de él salia, y limpió con su lengua la parte ofendida, con lo que le dejó perfectamente sano. Este prodigioso suceso llenó de contento á los padres de Sebastian, los cuales no cesaban de bendecir y alabar á Dios, y de darle las debidas gracias por esta milagrosa salud que habia concedido á su hijo.

Vuelto Sebastian á casa de sus padres, libre enteramente de su enfermedad, emprendió con mucho fervor el camino de la virtud; y cuando tuvo la necesaria robustez, se dedicó á la labranza de los campos, ayudando á su padre en este ejercicio: pero despues de haber pasado algunos años en esta ocupacion, resolvió dejar su patria y parientes é irse á paises distantes; y en ejecucion de este designio se encaminó hácia Salamanca, donde se detuvo algun tiempo sirviendo en casa de una rica y noble viuda; de aquí partió á Estremadura, donde se acomodó en casa de

don Pedro Figueroa, y despues que con su trabajo hubo recogido algun dinero, se despidió de su amo, y se encaminó á San Lúcar de Barrameda, á donde se sentia llamar de un cierto interno impulso. Llegado á esta ciudad, entró al servicio de una viuda que tenia dos hijas; mas en esta casa le sucedió lo mismo que le habia sucedido en las otras en que habia servido; esto es, que el demonio, envidioso de su virtud, y en particular de su virginal pureza, le tendió varios lazos para hacerle perder esta cándida azucena, incitando á las mujeres de las casas donde servia, á que le provocasen á pecar. Por lo que, deseoso de conservar intacta y sin mancha esta hermosa flor, y de alejarse de los peligros de ofender á Dios, determinó no entrar mas al servicio de ninguna casa, sino volver á la vida y ejercicio de labrador en que se habia criado. En efecto, habiendo hallado quien le ofreciese una posesion de suficiente extension para ocuparse todo el año con una pequeña casa ó choza capaz para su habitacion, y para tener en ella lo que necesitaba para la labranza, aceptó aquel ofrecimiento, y pasó á vivir en aquella soledad. Esta le dió toda la comodidad para tener de continuo su mente y su corazon elevado á Dios, por lo que se enfervorizó mucho mas en el amor del Señor, y en el deseo de la propia santificacion, y en la caridad del prójimo; de modo, que fué un modelo de inocencia, de sencillez, de devocion y de todas las virtudes. Las gentes de aquel contorno quedaban maravilladas, no solo de la piedad de Sebastian, sino tambien de la dignidad con que el cielo bendecia sus trabajos; pues observaban que el pedazo de tierra que cultivaba el siervo de Dios, desde el tiempo que su dueño le concedió una parte de los frutos que de él resultasen, los producía en tan extraordinaria y prodigiosa abundancia, que escedian en mucho á los que jamás en tiempos anteriores se hubiesen sacado de la misma tierra.

Continuó Sebastian por algunos años cultivando esta posesion, hasta que sintió nacer en su corazon unos deseos vivísimos de pasar á la Nueva España, reino conquistado poco ántes por los españoles, cuyas riquezas y maravillosa fertilidad eran entonces el ordinario asunto de las conversaciones. Empezaba ya á disponerse para poner prontamente en ejecucion estos deseos, cuando un suceso muy estraño le obligó á detenerse algunos dias mas en aquel pais. En Ayamonte, lugar poco distante de la posesion que cultivaba Sebastian, un jóven de la familia del marqués, señor del lugar, se enamoró de una doncella de las mas principales y nobles familias de dicho pueblo. La señorita correspondió de tal modo á su amor, que sin reflexionar en lo que hacian, se dieron palabra de casamiento, y conociendo que en su patria no podrian efectuar el proyectado matrimonio, por la resistencia que harian los padres de la muchacha á causa de la gran desigualdad del nacimiento, se embarcaron secretamente para pasar por mar á Lisboa, á fin de burlar allí la oposicion de los parientes y efectuar el matrimonio. Pero siendo su fuga al momento descubierta, y viéndose perseguidos de otra embarcacion que á este efecto hicieron aprestar prontamente los hermanos de la muchacha, para no caer en sus manos, favorecidos de la oscuridad de la noche mudaron rumbo y dirigieron la proa hácia San Lúcar de Barrameda; y por consejo del patron, desembarcaron cerca de unas peñas en una playa que estaba inmediata á un bosque. Empezaron desde luego estos inconsiderados amantes á esperi-

mentar los efectos de su inepta resolución, caminando perdidos por aquel bosque sin saber donde iban á parar; y teniendo que dejar por aquellas breñas á la guarda de la fortuna todas las cosas que la inconsiderada doncella habia llevado consigo de la casa de sus padres, por fin quiso Dios que fuesen á parar á la choza de nuestro Sebastian. No pudiendo la doncella proseguir aquel trabajoso camino, fué forzada á quedarse; por lo que presentándose estos fugitivos y pavidos amantes á nuestro Sebastian que estaba recogido en su pobre habitacion, le dijo el joven: «Yo os ruego hermano mió, que por amor de Dios queráis recibir y guardar en vuestra casa, como si fuera vuestra hermana, á esta jóven que conduzco conmigo; pues me veo obligado á abandonarla y á huir de aquí por no caer en las manos de los que me persiguen; pues si la hacéis esta caridad, recibireis ciertamente del cielo la recompensa.» Á esta inesperada proposicion respondió prontamente Sebastian: «Cuando en todo lo que me pedís, no tenga otro interés que el de servir á Dios nuestro Señor, andad con seguridad, y quede conmigo esa muchacha, que yo os prometo tener de ella el mismo cuidado que si fuera mi propia hermana; pues ningun interés estimo tanto como el de servir á Dios.» Con esto se partió aquel joven y quedó la muchacha con Sebastian; y el cual se portó con toda la modestia y circunspeccion posible, cediéndola su cama y durmiendo el fuera de la habitacion en un paraje bastante distante. No obstante toda esta circunspeccion y cautela, le tendió el demonio varios lazos para manchar su pureza; porque la muchacha, viéndose abandonada de su amante, procuró ganarse el cariño de Sebastian, usando á este fin de maneras impropias y ofensivas de la modestia y del recato; por lo que considerando el siervo de Dios el peligro en que estaba viviendo solo con aquella muchacha, la dijo un dia pensase el partido que quisiese tomar, pues no era posible permanecer mas tiempo en aquella soledad. Entonces ella le descubrió quién era, y le contó todo lo que se ha referido; añadiendo, que pues él estaba resuelto á pasar á las Indias, la podia tomar por esposa, que iria con gusto en su compañía á aquel nuevo mundo, pues temia el volver á sus parientes, para no experimentar los efectos de su justa indignacion. Sebastian la respondió que no podia en esto complacerla, pues no tenia intencion de casarse; y desde luego avisó á sus parientes lo que pasaba, los cuales vinieron prontos á su habitacion á buscar la inconsiderada muchacha; y Sebastian en la ocasion que se la entregó les dijo: «Esta vuestra jóven me fué entregada por uno que yo no conocía, para que la guardase, lo que he cumplido del mismo modo que si fuera mi hermana, cuidando particularmente de su honor; ahora que descubro que os pertenece, prontamente os la entregó, suplicándoos que queráis perdonarla el error juvenil que inconsideradamente ha cometido, que no es otro que el de querer tomar por esposo al que la ha robado de vuestra casa.» Dieron muchas gracias aquellos señores á Sebastian por su honrado y cristiano proceder, y luego le alargaron una justa recompensa de todo lo que habia hecho por la doncella; pero el siervo de Dios nada quiso recibir, protestando que todo lo que habia hecho lo habia ejecutado solo por amor de Dios nuestro Señor; por lo que ellos admirados de la santidad de Sebastian, llenos de contento se restituyeron á su casa con la inconsiderada doncella.

Desembarazado Sebastian de este asunto, se despidió

de su amó, y en el mismo puerto de San Lúcar se embarcó en un navio que se dirigia á las Indias Occidentales, á donde llegó despues de una feliz navegacion, en el año de 1533, que era el undécimo desde que la corona de España habia conquistado el reino de Méjico. Desembarcó Sebastian en el puerto de Veracruz, y no hallando aquí comodidad para vivir, pasó á la ciudad de la Puebla de los Ángeles, nuevamente fundada por los españoles, y en un lugar cercano á ella se aplicó á la labranza de los campos, que era la ocupacion en que se habia criado. Estaban entonces muy incultos aquellos paises, y aunque las selvas abundaban en toros bravos é indómitos, nadie se servia de ellos para la labranza, no sabiendo cómo domarlos y hacerles aptos para este servicio. Sebastian fué el primero que se dedicó á amansar aquellos animales, y le salió tan bien la empresa, que dentro de poco se sirvió de ellos para el cultivo de sus campos; y despues que hubo domado el número que necesitaba para la labranza de sus posesiones, prosiguió bastante tiempo en amansar á otros para el uso de los otros labradores, con grande beneficio de todos aquellos pueblos, los cuales de una parte quedaban atónitos al ver la facilidad con que Sebastian conseguia lo que ellos nunca osaron intentar; y de otra parte le quedaban muy agradecidos por las utilidades y beneficios que recibian de su industria. De aquí fué que todos amaban á Sebastian, no solo los españoles, sino tambien los indios, mirándole como hombre lleno de bondad, que la divina Providencia habia traído á aquel país, para la utilidad y beneficio de todos aquellos pueblos.

Con esta industria y trabajo adelantó tanto Sebastian, que en pocos años se halló en estado de poder procurar mayores utilidades á aquellos pueblos, que era á lo que anhelaba su corazon benéfico. Considerando un dia sobre lo que podia hacer en beneficio comun, le vino al pensamiento cuán difíciles y costosos eran los trasportes de las mercaderías desde los puertos marítimos á las ciudades interiores de aquel vasto reino, y á las minas que se beneficiaban de cuenta del real erario, por falta de aquellos medios que podian hacer mas fácil y cómodo el camino. Discurriendo, pues, dentro de sí mismo del modo que se hacian facilmente en Europa los trasportes de las mercaderías por medio de carros, pensó que sus bueyes podrian servir á este efecto, fabricándose unos carros semejantes á los que habia visto usar en España. Luego resolvió poner en ejecucion este pensamiento, á cuyo fin fué á descubrir esta idea á un carpintero muy amigo suyo, el cual, aprobándola mucho, empezó á fabricar un carro con la madera y demás materiales que le suministró Sebastian. Hecho el carro, lo redujo Sebastian á la última perfeccion, para que pudiese servir al uso que se intentaba, lo que salió tan bien que las gentes que no habian visto cosa semejante en su país quedaban muy maravilladas. Habiendo nuestro beato, en el tiempo en que permaneció en la Puebla de los Ángeles, reducido á perfeccion un gran número de carros de diferentes tamaños, resolvió abandonar la labranza y pasar con ellos y con los bueyes, que á este efecto fuesen menester, á la ciudad de Méjico, que es la capital de todo el reino, á fin de trasportar allí con sus carros la plata que se sacaba de las minas de Santa María de Zacateca, que son las mas ricas y celebradas de todo el reino. Se puso en efecto en camino, y llegado

á aquella capital se presentó á los ministros encargados de la superintendencia de las minas, y les propuso su proyecto. Los ministros conocieron luego la importancia del pensamiento que habia formado Sebastian, y las muchas utilidades que produciría así al real erario, como á todo el comercio; por lo que aceptaron el ofrecimiento del beato, y le señalaron á este efecto un salario muy crecido.

Puesto el siervo de Dios en este empleo, se aplicó con la mayor eficacia á hacer cómodo y fácil el transporte sobredicho; el cual por la distancia del lugar y por los montes, pantanos y bosques que debian pasarse, era dificultosísimo. A este efecto descubrió otro camino mas breve y fácil para la conduccion de sus carros; y abrió bien presto una carretera bastante cómoda, no solo desde Méjico hasta Zacateca, sino tambien de aquí á la Puebla de los Angeles, con lo que descubrió el ingenio y la capacidad que Dios le habia dado para estos asuntos. Con esta industria, que fué de tanta utilidad para todos aquellos pueblos, Sebastian no solo se hizo amar y respetar de todos, sino que adquirió muchas riquezas, de las cuales hizo siempre aquel uso que prescriben la razon y la caridad cristiana, empleándolas principalmente en beneficio y socorro de sus prójimos. Por lo que en sus viajes no dejaba de socorrer jamás á todos los que padecian alguna necesidad, y así era conocido de todos, hasta de los indios cicimecas, hombres del todo incultos, que habitaban en los desiertos y lugares despoblados, los cuales cuando le veian, se acercaban á él, no para ejecutar contra su persona las crueldades que solian practicar con los otros españoles, mántandolos y comiéndoselos, sino para darle muestras de su agradecimiento con una mansedumbre y humanidad verdaderamente admirable en semejantes bárbaros, á los cuales correspondia Sebastian acariciándoles, haciéndole nuevos beneficios y dándoles de comer, á cuyo fin, entre sus bueyes, solia llevar un novillo, que en estas ocasiones hacia matar y lo distribuía despues entre aquellos indios para que se saciasen. Con esta amorosa conducta se ganó de tal modo el ánimo feroz de aquellos salvajes, que bajo su escolta cualquiera podia pasar por aquellos lugares con seguridad; por lo que todos los que habian de hacer aquel viaje querian ir en su compañía, para asegurarse de un tan grave peligro.

Prosiguió algunos años nuestro Sebastian en ocuparse en el referido empleo de carretero; y aunque ejercitando este oficio adquiriese justamente y sin el menor perjuicio de su conciencia muchas riquezas, con todo determinó dejarle y volver á su primer oficio de labrador. Con esta mira se estableció en Capultepeque, que es un bosque de recreacion, media legua distante de Méjico; y aquí se dedicó á la labranza de los campos, y amansar toros y hacerlos aptos para el trabajo. Cultivaba Sebastian con incansable aplicacion muchas tierras, asistiendo personalmente á todos los trabajos que de su orden hacian sus jornaleros, y al mismo tiempo se aplicaba con mucho desvelo al cultivo de su espíritu, perfeccionándolo con el ejercicio de las virtudes cristianas. Brillaba singularmente en él un celo ardiente del bien espiritual y temporal de sus prójimos, atendia con indecible desvelo á que los que dependian de él y aun aquellos con quienes se veia obligado á tratar por razon de su oficio, fuesen personas de buenas costumbres, modestos y circunspectos, tanto en sus acciones como en

sus palabras; reprendia á los blasfemos, escandalosos, murmuradores y cuantos se descubrian transgresores de la ley santa de Dios y de las obligaciones de un cristiano: lo que practicaba con tanta humildad y mansedumbre, que los mismos que corregiale quedaban grandemente aficionadas; de donde se siguió que no hubo persona en aquel distrito, ya fuese español ó indio, que no procurase la amistad de Sebastian. Pero con lo que el siervo de Dios se ganaba el cariño de todos, era con la compasion que tenia de los pobres y con el cuidado que tenia de socorrerles en todas sus necesidades. Á muchos pobres de aquellos contornos suministró por varios años todo el pan, carne y demás víveres que necesitaban para el sustento de sus familias; á otros prestaba graciosamente la semilla que necesitaban para sembrar sus tierras, y á otros sus propios bueyes ó sus jornaleros á fin de que pudiesen cultivar sus campos y procurarse de este modo el necesario sustento. Daba el dote á muchas doncellas pobres, colocándolas en matrimonio, para apartarlas de los peligros á que la miseria las exponia: su casa era el refugio de los miserables donde hallaba cada uno lo que habia menester; y sentia nuestro beato tanto gusto y contento en practicar estas obras de caridad, que decia, que para él era un dia triste y de ningun contento aquel en que no habia practicado alguna de ellas á beneficio de su prójimo. Como era tan compasivo, jamás quiso reconvenir á ninguno en juicio, por daños y perjuicios que le hubiesen causado en sus haciendas: á otros perdonaba liberalmente lo que le debian; y pagaba las deudas de muchos deudores que se hallaban molestados de sus acreedores, sin esperanza de recobrar cosa alguna de ellos, diciendo frecuentemente, que así quiere la divina Providencia que los pobres sean asistidos de los ricos en sus necesidades. Con una conducta tan santa y amorosa, no tardó mucho Sebastian en adquirirse el nombre de padre comun, llamándolo todos, aun los mismos indios, con este glorioso nombre, recurriendo á él en todos los agravios y opresiones que padecian, y hallando en el beato la proteccion y favor que deseaban. Los dos casos siguientes manifiestan el heroico grado á que llegó su misericordia. Un hombre de honrado nacimiento y de honestas y virtuosas costumbres tenia tres hijas en estado de casar, però era tan grande su pobreza, que ni tenia medios para colocarlas en matrimonio, ni aun para alimentarlas. Informado Sebastian de la miseria de esta familia, la sustentó por muchos años, suministrándola el cotidiano sustento; á mas de esto en varias ocasiones prestó cuantiosas sumas al padre, á fin de que colocase en matrimonio á sus hijas, y proveyese á las otras urgencias de su casa. Falleció este hombre, y el beato fué á consolar á su afligida viuda, acompañado de un escribano, ante el cual declaró que se daba por contento y satisfecho de cuanto acreditaba contra el difunto; ordenándole que se extendiese una escritura pública de esta su declaracion y contentamiento.

Otra vez hallándose en una plaza de Méjico, vió que los alguaciles conducian á la cárcel un hombre que era conocido y amigo suyo: les preguntó nuestro beato la causa de aquella captura, y respondiéndole que era por una deuda de tres mil pesos; pues soltadle, les replicó Sebastian, que yo me obligo á pagar de mis bienes. Los alguaciles rehusaban ejecutarlo sin orden del juez, y mientras estaban altercando pasó por allí el juez que habia proveido

aquella captura, al cual suplicó Sebastian mandase soltar aquel hombre, pues él se obligaba á pagar aquella deuda: el juez que tenia bien conocido á nuestro beato, no tuvo la menor dificultad en dar todo el crédito á su simple palabra, y mandó allí mismo soltar aquel hombre; y Sebastian lleno de contento pagó dentro de pocos dias toda aquella deuda, sin esperanza de recobrar cosa alguna del deudor.

Visitó en este tiempo Dios Nuestro Señor á Sebastian con una gravísima enfermedad, que le redujo á los extremos de la vida: creyendo el siervo del Señor, que era llegado el fin de sus dias, se dispuso á la muerte, recibiendo con extraordinaria devocion los santos sacramentos, y haciendo continuos y fervorosos actos de todas las virtudes. Hizo su testamento, y reflexionando que todos los bienes que tenia los habia recibido de Dios, los quiso volver al mismo Señor; y así ordenó que sus bienes raices se entregasen al convento de los padres de santo Domingo de Escapuzalco, lugar poco distante de su habitacion, y que todo lo demás se distribuyese entre los pobres de aquellos contornos. Mas Dios, que habia elegido á Sebastian para cosas mayores, no quiso que terminase tan presto la carrera de sus gloriosas acciones, y así se dignó restituirle en breve su propria salud y robustez.

Se acercaba ya Sebastian á la edad de sesenta años, y aunque jamás habia querido casarse, y habia rehusado constantemente muchos partidos ventajosos que se le habian ofrecido, creyó entonces que le convenia tomar algun estado, y le parecia que le seria conveniente abrazar el del matrimonio para tener una compañera, con la cual pacíficamente y en union de santa caridad pudiese pasar lo restante de sus dias; pero como de otra parte amaba tanto el conservar su pureza virginal, decia que queria hallar una esposa, la cual pudiese conservar la continencia, y vivir en el matrimonio como habian vivido Maria Santísima y san José, y otros santos que venera la Iglesia. Habiendo divulgado este designio á sus confidentes, llegó á noticia de un hombre de condicion bastante civil y honrada, pero pobre de bienes de fortuna, el cual tenia una hija de tierna edad, falta de todo, pero muy rica de virtudes. Este ofreció á Sebastian á esta su hija por esposa, y le suplicó con muchas instancias la aceptase, diciendole que este matrimonio seria muy agradable á Dios; pues si él no la tomaba por esposa, y protegía de este modo su inocencia y honestidad, como él no tenia medios para colocarla en matrimonio, quedaba aquella inocente espuesta á varios peligros. Sebastian, que no deseaba sino la gloria de Dios y el bien del prójimo, aceptó sin dificultad este ofrecimiento, y tomó por esposa aquella muchacha, dotándola por entonces en dos mil pesos, con ánimo de dejarla despues heredera universal de todos sus bienes. Vivió Sebastian con su esposa como un padre vive con su hija, cuidando no solo de proveerla de lo que necesitaba para su alimento y vestido, sino tambien de conservar la inocencia y simplicidad de aquella casta y virtuosa niña, la cual respetaba y veneraba á Sebastian como si fuese su propio padre, ni le llamó jamás sino con este nombre de padre; pero al cabo de poco mas de un año de matrimonio, envió Dios nuestro Señor á esta muchacha una gravísima enfermedad, que en pocos dias la privó de la vida. Sintió mucho el siervo de Dios la temprana muerte de su inocente y casta esposa; la hizo sepultar honrada-

mente en el convento de San Francisco de Tacuba, y despues distribuyó entre sus suegros y algunos parientes de su difunta esposa los dos mil pesos que la habia consignado en dote.

Viéndose Sebastian privado de su compañera, pensó mudar su habitacion, y habiendo comprado una hacienda en la jurisdiccion de Tlalneplanta, distante de Méjico poco mas de una legua, trasladó allí su domicilio, y se aplicó desde luego, segun costumbre, al ejercicio de domar toros y de cultivar la tierra, sin interrumpir por eso sus acostumbradas prácticas de virtud. Vivía en los contornos de esta jurisdiccion una familia muy distinguida, pero reducida á mucha miseria. Advirtiendo el siervo de Dios que una tierna doncella de esta familia corria mucho peligro, con consentimiento de sus padres la puso en un conservatorio de vírgenes, pagando la pension anual correspondiente, y suministrando á dicha doncella todo lo demás que necesitaba. Habia ya bastante tiempo que el beato continuaba en esta caridad, cuando deseando el padre de dicha doncella ir á verla, convidó á Sebastian á que quisiese acompañarle: aceptó gustoso el convite nuestro beato, y poniéndose ambos en camino llegaron al dicho conservatorio; y así que la niña compareció delante de su padre, la dijo Sebastian: Mira, hija, á tu padre, que solicito de tí ha venido á volverte á ver. Ella respondió desde luego con mucha simplicidad y sin la menor turbacion, que á él mismo mas que á otro alguno ella reconocia por padre, pues que como si verdaderamente lo fuese, cuidaba de ella con tan grande solicitud y caridad. De esta respuesta, llena de sentimientos de gratitud, y de otros discursos que entonces tuvieron, conoció el beato que aquella niña estaba adornada de una rara virtud, y sobre todo de una inocencia y simplicidad admirable, y que podria muy bien ocupar el lugar de su difunta esposa y reparar su falta: manifestando este pensamiento á su padre, se la pidió por esposa, el cual se la concedió con mucho gusto, de modo que obtenido el consentimiento de la niña, se estipuló el contrato, en el cual Sebastian le consignó dos mil pesos de dote, con ánimo de instituir la despues heredera universal de todos sus bienes, y de este modo en edad de sesenta y tres años se casó segunda vez con mucho contento de su espíritu: el mismo cuidado y circunspeccion que habia tenido con su primera esposa, tuvo con esta segunda, la cual, así como la primera, no le llamó con otro nombre que con el de padre, respetándole y obedeciéndole como si verdaderamente lo fuera: pero duró muy poco este matrimonio; porque al cabo de ocho meses de contraido, un lastimoso accidente puso fin á la vida de esta inocente doncella; porque habiendo salido á recibir á Sebastian, que debia llegar de un lugar vecino, subió á un árbol para descubrirle mas de lejos; pero advirtiendo que Sebastian con su carro estaba ya cerca, para que no la hallase encima del árbol se dió tanta prisá bajar, que no asegurándose bien en sus ramas cayó de una altura considerable. Hallóla Sebastian tendida en el suelo medio muerta, y del mejor modo que pudo la condujo en sus propios brazos sobre la cama, é hizo llamar los facultativos para que la curasen, pero en vano, porque agravándosele el mal, murió dentro de pocos dias. Sebastian la hizo sepultar honradamente como á la primera en el convento de los padres dominicos de Escapuzalco, y distribuyó entre los padres y parientes de la difunta consorte los

dos mil pesos que la habia consignado en dote, como lo habia practicado en la muerte de la primera.

Quedó Sebastian viudo segunda vez, y desde este tiempo sintió en su corazon que Dios le llamaba á un estado de mayor perfeccion y santidad. Como el siervo de Dios acostumbraba seguir con prontitud las inspiraciones y llamamientos divinos, aunque no sabia individualmente el estado á que Dios le llamaba, con todo se enfervorizó mucho en su servicio, creciendo siempre mas en su amor, procurando en todas las cosas la humillacion y el menosprecio de sí mismo. A este fin, dejando los vestidos decentes de que hasta entonces habia usado, se vistió de otro grosero de color pardo, destituido de todo adorno y que escitaba á risa: de otra parte se dió á la mortificacion de su cuerpo, tratándole ásperamente, negándole cualquiera descanso ó comodidad; y tomando el sueño necesario, ó sentado y reclinado sobre un baston, ó bien echado sobre la desnuda tierra. Este duro trato que daba á su cuerpo le ocasionó una grave enfermedad, de la cual apenas se vió libre, cuando empezó á discurrir sobre tomar una resolucion que le asegurase, todo lo que es posible en esta vida, la consecucion de la salvacion eterna: este pensamiento le ocupaba de tal modo el alma, que casi no le dejaba atender á otra cosa, ni á lo mismo que estaba haciendo. Seis años pasó Sebastian en esta vida, sin descubrirle el Señor en todos ellos lo que queria de él, cuando repentinamente le manifestó en una manera muy clara, que su divina voluntad era, que mudando de estado se hiciese religioso, abandonando del todo el mundo. Apenas nuestro beato hubo recibido del Señor esta nueva inspiracion, cuando sin reparar en inconvenientes, fué al momento á descubrirla á su confesor, que era el guardian de los padres menores observantes de San Francisco de Méjico; asegurándole que estaba resuelto á ponerla luego en ejecucion: el confesor no quiso aprobar tan presto aquella extraordinaria vocacion, y dijo á Sebastian que lo considerase con mas tiempo y madurez; pero fueron tales las instancias que él de continuo le hizo, que al cabo de pocos dias le dijo el guardian: Este asunto pide mucho tiempo para resolverse; pero ya que vos no quereis sufrir mas dilacion, os diré lo que me parece que podeis ejecutar y que será agradable al Señor: distribuid todos vuestros bienes á los pobres, dando una parte de ellos á las monjas de santa Clara, que están fundando un monasterio y están bastante necesitadas. Todo esto, respondió Sebastian, lo cumpliré al momento: ¿pero decidme lo que debo hacer de mi persona? A esto replicó el confesor: Pues deseais ser religioso, por ahora vestid el hábito de terciario de mi orden, y de este modo podreis hacer algún servicio á las monjas de santa Clara; y si Dios os quiere en otro estado, él os descubrirá los caminos que os conduzcan á la consecucion de vuestra eterna salvacion. Agradó mucho este consejo á nuestro Sebastian; el cual vistió inmediatamente el hábito de san Francisco en calidad de oblató ó terciario, siendo ya casi de setenta años de edad; y los superiores le destinaron desde luego al servicio de las sobredichas religiosas. En este mismo tiempo hizo donacion de su hacienda, que era de valor de diez y seis mil pesos, al mismo monasterio, y todo lo demás que tenia en caudales, dineros y alhajas, que no era poco, lo distribuyó entre los pobres. Muchos le persuadian que no hiciese una donacion tan absoluta de sus bienes al monasterio; pues en caso de no

poder perseverar en la religion ó de despedirse de ella, se veria reducido á miseria, y forzado á mendigar para mantenerse; pero Sebastian les respondia, que si venia este caso, ganaria el sustento con el sudor de su rostro, trabajando de labrador como lo habia hecho hasta entonces.

Fué inesplicable el contento que tuvo Sebastian cuando se vió vestido del hábito de san Francisco. Se aplicó desde luego con la mayor diligencia á servir á las monjas, conforme al destino que le habian dado los superiores; y atendiendo al mismo tiempo con incansable desvelo en alcanzar las virtudes propias de un religioso. Rabioso el demonio de ver tanta virtud en el siervo de Dios, le persiguió fieramente, apareciéndosele de noche en espantosas figuras de toros, de leones, de moros, y atormentándole fieramente, de modo que no le dejaba tomar un momento de descanso. Asustado el siervo de Dios queria retirarse del monasterio, para ver si en otra parte estaria mas seguro de las infestaciones del demonio; pero habiendo manifestado á las religiosas sus intenciones, ellas le detuvieron, prometiéndole que todas harian oracion por él, á fin de que el Señor se dignase librarle de aquel trabajo. Mas aunque las monjas cumplieron fielmente esta promesa, continuó el demonio en perseguirle con sus infestaciones, permitiéndolo así Dios, para dar ocasion á su siervo de practicar la paciencia y de adquirir mayores merecimientos.

Dos años pasó Sebastian sirviendo á aquel monasterio en calidad de oblató terciario; pasados los cuales, deseoso de seguir la divina inspiracion que le llamaba al estado de religioso profeso, suplicó con mucha humildad y fervorosas instancias á los superiores le admitiesen al noviciado, para hacer despues la solemne profesion, y ellos que conocian su eminente virtud le complacieron al momento, admitiéndole al noviciado en el convento de San Francisco de Méjico, á 9 de junio de 1573, que era el setenta y uno de su edad. Apenas hubo vestido el hábito de novicio, cuando no pensó sino en servir al Señor con todo el fervor de su espíritu y con un total menosprecio de sí mismo, y en amoldarse á todos los usos y prácticas de la religion. Admiraba y edificaba á todos los religiosos ver la puntualidad y exactitud con que Sebastian en una edad tan adelantada barria el convento, hacia la cocina, limpiaba los platos, lavaba los manteles y ejercitaba todos los oficios bajos y trabajosos que el maestro le encargaba. No obstante permitió Dios, para dar á su siervo ocasion de mayor mérito, que algunos religiosos rehusasen darle su voto para la profesion, juzgando que no podría llevar el peso de la regla á causa de su mucha edad; pero por último, vencidas todas las dificultades, en el dia de san Antonio de Padua, célebre en toda la Iglesia católica, y particularmente en la orden de san Francisco, hizo su solemne profesion, con indecible alegría y contento de su alma; y para que fuese aun mayor este gozo de su espíritu, en tres noches consecutivas á la profesion se le apareció el seráfico padre san Francisco cubierto de gloria, y dándole suavísimos abrazos le consoló y animó á perseverar constantemente en la vida virtuosa que habia emprendido; asegurándole, que aunque habian sido graves las tentaciones y angustias con que le habia atormentado hasta entonces el demonio, era todavía mucho mayor el galardón que Dios le tenia prevenido para premiar su paciencia.

Apenas hubo hecho el siervo de Dios su solemne profes-

sion, cuando el provincial le destinó de familia al convento de Santiago de Tecali, seis leguas distante de la Puebla de los Angeles, donde moró por espacio de un año, empleándose en servir á aquellos religiosos en los empleos mas bajos y trabajosos de la cocina, del huerto, de la sacristía y de la enfermería, con plena satisfacción de todos: pero pasado este año el provincial, á instancias del guardian del convento de la Puebla de los Angeles, destinó al beato á este convento, para servir en el oficio de limosnero, pues se juzgaba que nadie habia mas apto para dicho empleo, no solo porque era muy práctico en el uso de las carretas de que se servian los religiosos limosneros, pues él era quien las habia inventado en aquel país; sino principalmente en aquellos contornos era muy conocida y estimada su virtud. El beato Sebastian, que hallaba todo su placer en cumplir prontamente lo que le ordenaban los superiores, aceptó con mucho gusto este empleo, y le desempeñó con igual solicitud y diligencia. Se aplicó con toda atención á cuidar de los bueyes que servian en las carretas, é ir con ellas por aquellos distritos, unas veces á buscar lo que habian recogido los otros limosneros del convento, y otras pidiendo el mismo las limosnas de granos, de legumbres, de leña, y trasportándolas al convento. En el tiempo en que no debia ocuparse en buscar limosnas, iba con las carretas y los bueyes á algun lugar seguro, y aquí se detenia para que paciesen; y entretanto él se estaba con la mente unida á Dios, y ocupado en apacentar su alma con la meditacion de las cosas celestiales, ó bien rezando el santísimo rosario, de que era devotísimo, hasta que fuese tiempo de volver al convento con el transporte de las limosnas.

Era inexplicable la inteligencia con que el beato atendia al cumplimiento de este oficio encargado de la obediencia, porque aunque se hallase en una edad ya decrepita, y sujeto á la incomodidad de una hernia, que le sobrevino en este tiempo; no obstante, confiado en la divina Providencia se iba por aquellas campañas descalzo, mal cubierto de sus pobres hábitos y sin llevar ninguna provision, sustentándose del pan y otros alimentos groseros que pedia de limosna cuando la necesidad le obligaba; sufriendo frecuentemente la hambre y la sed, los calores del verano, los rigurosos frios del invierno, las lluvias, las nieves, los hielos y otras innumerables calamidades, sin quejarse jamás de los trabajos que padecia; ántes deseoso de padecer mas, tomaba sangrientas disciplinas, llevaba ceñido á su cuerpo un asperísimo cilicio, y frecuentemente tomando un canto, se daba tan fuertes golpes en el pecho, que se abrió en él una llaga muy peligrosa. No tuvo jamás celda propia; queria dormir siempre sobre la desnuda tierra, unas veces al descubierto y otras debajo de sus carretas; y aunque le rogaban sus bienhechores que se recogiese en sus casas, para evitar la lluvia ó la nieve, jamás quiso hacerlo; y aunque durmiendo al descubierto se hallaba varias veces por la mañana todo bañado de agua ó cubierto de nieve, protestaba que habia reposado con sobrada comodidad; mostrando en medio de tantas penalidades una increíble serenidad y alegría. De este modo pasaba sus dias edificando á los moradores de aquellos contornos con su santa y ejemplar vida; de suerte que todos le profesaban un particular amor y respeto; consultándole en sus dudas y recurriendo á él en sus necesidades, y preciándose de su amistad: cuando se acercaba alguna fiesta, se retiraba

al convento mas cercano á santificar el dia del Señor y recibir los santos sacramentos; lo que practicaba con grande fervor y devocion, que servia á todos de suma edificacion. Pero mientras nuestro beato procuraba agradar á Dios, hacia grandes diligencias para ser despreciado de los hombres, y para conseguir este vilipendio y menosprecio, apenas habia vuelto al convento; cuando entraba muchas veces en la iglesia mal compuesto en el hábito y con la capilla muy caída hácia la espalda; y de este modo asistia á la misa y demás funciones eclesiásticas; por lo que muchos de los que le veian de este modo se sentian escitados á risa y otros tomaron de aquí ocasion de formar un siniestro concepto de Sebastian, teniendo por un hombre estólido é ignorante de aquellas cosas que deben saber todos los religiosos, aunque sean legos; por lo que empezaron á observar cuidadosamente todas sus acciones, y habiendo advertido que además de su rusticidad, cuando respondia al sacerdote, sirviendo á la santa misa, cometia muchos errores, le acusaron desde luego al superior por hombre fatuo é ignorante, más á propósito para vivir con bueyes que con religiosos. Engañado el guardian de estos informes, reprendió ásperamente al siervo de Dios su ignorancia, diciéndole que viviendo siempre con bueyes, se habia olvidado no solo de lo que debe saber un religioso, sino tambien de lo que debe saber cualquier cristiano: por lo que era menester que se preparase para vivir en adelante, no como bruto; pues no habia de estar jamás con bueyes sino con religiosos que le enseñarian á vivir como cristiano. En efecto le quitó al instante el oficio de ir con las carretas á buscar limosnas para el convento; le prohibió servir en adelante á los sacerdotes en la santa misa; y por último le mandó volver desde luego al noviciado, para que aprendiese allí, le dijo, á vivir como religioso. El beato sufrió esta severa reprension con una paciencia y mansedumbre admirable; y desde luego sin replicar se fué al noviciado.

Puesto nuestro beato en el noviciado bajo la educacion del maestro, se aplicó con la mayor atencion, como si fuese un niño, á corregir y enmendar los errores que por ignorancia hasta entonces habia cometido, así en servir la misa, como en decir las otras oraciones del catecismo. Él se hallaba bien informado de estas cosas, aunque por su natural rusticidad no supiese expresarlas exactamente, ni pudiese por su decrepita edad retenerlas en la memoria como se las enseñaban; y de aquí se siguió que el maestro no solo le reprendia ásperamente, sino que le mortificaba con castigos indiscretos y del todo desproporcionados á su edad. Pero el siervo de Dios con indecible paciencia, resignacion y mansedumbre, lo sufría todo sin descomponerse jamás, ántes mostrando una extraordinaria alegría y contento: con lo que no solo el guardian, sino tambien todos los acusadores se vieron forzados á reformar la siniestra opinion, en que primero habian tenido á Sebastian; y Dios nuestro Señor manifestó con bastante claridad que le habian desagradado los malos tratamientos hechos á su siervo, enviando al mismo guardian un temblor de todo su cuerpo que él reconoció desde luego ser castigo de su indiscreta conducta. Por lo cual todos se arrepentieron del error que habian cometido; y el guardian en un público sermón con muchas lágrimas pidió perdon al siervo de Dios, de haberle mortificado indiscretamente sin merecerlo, suplicándole que rogase por él al Señor para que per-

donase sus faltas, de las cuales hizo una rigurosa penitencia, y de allí á poco tiempo terminó el curso de su peregrinacion.

Manifestada la inocencia de Sebastian, el superior que sucedió en el gobierno del convento le mandó cuidar otra vez de los bueyes y de las carretas, é ir con ellas en busca de las limosnas, conforme antecedentemente lo habia practicado: lo que el beato ejecutó prontamente y continuó por todo el tiempo de su vida con mucha satisfaccion de su espíritu; porque en los montes y las campiñas conversaba mas libremente con su Señor, y se elevaba su espíritu en altísima contemplacion; y ardia de tal modo en el amor de su Criador, que algunas veces lo vieron estático, fuera de sus sentidos y elevado mas de un codo en el aire, dobladas las rodillas y mirando al cielo.

Ilustró el Señor á su siervo, obrando muchos milagros por sus méritos y oraciones, y concediéndole un imperio absoluto sobre los animales fieros é indómitos, singularmente sobre los toros, que obedecian á su voz como si fueran dotados de uso de razon. Dos circunstancias hacen ver que esto no procedía de natural docilidad, ni de algun arte ó industria particular de Sebastian, sino de una virtud sobrenatural que Dios le habia comunicado: la primera era que los toros mas fieros é indómitos, que se volvian contra sus amos y pastores, luego que como inútiles y de ningun servicio eran dados de limosna á Sebastian, inmediatamente obedecian á su voz, y se sujetaban libremente al yugo, como si mudando de dueño habiesen mudado de naturaleza. La otra circunstancia era que dichos animales le prestaron siempre una obediencia asombrosa, cuando los desataba del yugo para que pudiesen pacer, pues aunque eran muchos, llevando cuatro ó cinco pares en cada carreta, y discurriendo todos libremente al rededor de los sembrados, paciendo inmediatos á ellos, jamás causaron el menor daño á los trigos; porque así se lo mandaba Sebastian; el cual con su natural sencillez, cuando buscaba las limosnas y desataba al anochecer los bueyes de las carretas, dejándoles ir libres toda la noche para que paciesen, encargaba al buey mas viejo que cuidase de los otros, para que no hiciesen daño á nadie, y que á la mañana los trajese para que pudiesen volver prontamente á trabajar en las carretas: el animal obedecia tan perfectamente que al amanecer se hallaba Sebastian con todos los bueyes juntos á sus carretas, como que aguardaban que les pusiese el yugo para continuar el trabajo. Dos mujeres fueron un día á quejarse á Sebastian de que sus bueyes habian entrado en sus sembrados: Sebastian volviéndose á ellos les preguntó si era esto verdad, y ellos con las cabezas hicieron seña de que no lo era; con lo que espantadas las mujeres, confesaron llanamente que habian fingido aquello para sacar de su compasion alguna cosa por via de recompensa.

Esta inocencia y sencillez de Sebastian era muy agradable á los ángeles, los cuales varias veces se le aparecian ayudándole en sus trabajos, alegrándole con suavísimas músicas en sus tristezas, defendiéndole muchas veces de la nieve, de la lluvia y del agua, sacando sus carretas de los malos pasos, ayudándole á cargarlas cuando le faltaban las fuerzas para este trabajo, volviéndole al camino cuando se habia extraviado de él, trayéndole pan y otras cosas de comer cuando padecía necesidad y no tenia medios humanos para subvenirle, y cubriendo á veces su cuer-

po de una luz y resplandor del cielo. Con estas maravillas y con los milagros que obraba, sanando muchos enfermos con el contacto de su cordon, de su corona ó de su rosario, creció tanto la fama de su santidad, que llegó hasta los oidos del virey de Méjico, el cual deseó verle, y pidió á los superiores le hiciesen venir á su palacio; y ellos por complacerle dieron orden á su beato fuésese á visitar al virey; el cual le recibió con mucho honor, y le hizo varias preguntas: pero mientras estaban discurriendo, Sebastian movido de su natural candor, le dijo: «Vos, señor, sois muy pequeño; yo he conocido á vuestro padre y era mucho mas alto que vos.» Y el virey, lejos de ofenderse, celebró mucho su sencillez, diciendo que era como se le habian referido.

Era ya tiempo de que nuestro beato feneciese el curso de su dilatada peregrinacion, y fuésese á gozar en el cielo de la bienaventuranza eterna, que le habian merecido sus heroicas virtudes: por lo que acercándose este paso, quiso Dios manifestárselo anticipadamente; y Sebastian, recibida esta noticia, fué á comunicarla á sus amigos y conocidos, despidiéndose de ellos, diciendo que moriria dentro de pocos dias, y rogándoles encomendasen á Dios su alma, pues les juraba de su parte que jamás se olvidaria de ellos. Hecha esta diligencia con sus amigos y bienhechores, volvió inmediatamente á su convento de la Puebla de los Angeles, donde llegó á 15 de febrero; y luego se echó sobre la desnuda tierra en el patio del convento; pues nunca tuvo celda propia; pero el guardian le mandó pasar á la enfermeria, donde se quedó tendido en un ángulo de la sala; mas el médico le hizo acostar en la cama, protestando que de otro modo no cuidaria de curarle. Se ejercitó Sebastian, en los dias que le duró la enfermedad, en ferventísimos actos de fé, de esperanza, de caridad, de paciencia, de humildad y de todas las demás virtudes: tomó los remedios que le ordenaron, aunque todos fueron inútiles, porque el mal siempre iba en aumento; por lo que se confesó con mucha compuncion y copiosas lágrimas. Deseaba tambien ardientemente recibir el santísimo Viático, pero no pudiendo tener este consuelo por causa de los continuos vómitos que padecía, le llevaron los religiosos el santísimo Sacramento; para que á lo ménos lo adorase; lo que ejecutó con tanta devocion y con un rostro tan encendido, que dió bien á conocer el fuego que ardia en su pecho: recibió despues con igual fervor la extremauncion; y mirando devotamente á una imágen de Jesucristo que tenia en las manos, y besándola frecuentemente con mucha ternura; estaba con el corazón todo unido á su Dios, hasta que faltándole el aliento é invocando con el mayor fervor el adorable nombre de Jesus, plácidamente espiró el dia 25 de febrero del año 1600, que era el noventa y ocho de su edad.

Luego que falleció su sagrado cuerpo, que consumido de los trabajos y de la ancianidad estaba antes feo y desfigurado, se puso colorado y hermoso, y exhaló al mismo tiempo un suavísimo olor, con el cual quiso manifestar Dios á los hombres la virginal pureza que habia conservado toda su vida. Fueron muchos los milagros que obró el Señor por intercesion de su siervo antes de dar sepultura á su cadáver, pero nosotros, deseosos de la brevedad, solo referiremos el siguiente:

En el dia en que se fué enfermo á su convento, pasando delante de la casa de cierta señora, pidió á la criada un

poco de agua, la cual se la dió en un vaso que usaba su señora que se hallaba presente; la cual cobró tal aborrecimiento á aquel vaso por haber bebido en él un hombre tan viejo, enfermo y fastidioso como era Sebastian, que lo arrojó desde luego por la ventana al patio de la casa. Pero oyendo despues los milagros que Dios obraba por intercesion de Sebastian, y la estimacion que todos hacian de sus reliquias, fué al patio á recoger los pedazos de dicho vaso para conservarlos por reliquias; y halló el vaso que era de vidrio, no solo entero y sin la menor lesion, sino que halló tambien que una blanca y olorísima azucena salia de aquella parte del vaso á que habian focado los labios del siervo de Dios; por lo que, llena de asombro ella misma llevó el vaso al convento, para que se conservase entre otras reliquias.

Beatificó al siervo de Dios Nuestro santísimo padre Pio VI en el año de 1789, habiendo ántes aprobado á este fin los dos milagros siguientes.

El primero acació en la Puebla de los Angeles con Agustina de Nava, hija de don Martin de Nava, niña de nueve años, la cual habia nacido de tal modo estropeada y baldada del brazo y de la mano siniestra, que no podia abrirla ni cerrarla sino ayudándose de la otra; ni podia hacer con ella accion alguna, ni levantar algun peso, por lijero que fuese; del mismo modo tenia tan baldado el brazo, que no podia hacer de él ningun uso ni aun moverle: como este impedimento provenia de un vicio orgánico y de la mala estructura del brazo con que habia nacido, se creyó del todo incurable, por lo que sus padres no cuidaron de hacerle aplicar medicamento alguno. Pero habiendo oido la niña los milagros que Dios hacia por los méritos de su siervo Sebastian de Aparicio, pidió á sus padres que la llevasen á la iglesia de San Francisco, confiada de cobrar la salud por su intercesion: la llevaron en efecto sus padres á dicha iglesia, é hicieron que con la mano enferma tocase el rostro del siervo de Dios; y luego que lo hubo tocado, advirtió que podia mear el brazo y la mano, cosa que ántes nunca habia podido hacer, y dentro de dos ó tres dias quedó perfectamente sana, como si jamás hubiese sido baldada, ni padecido ningun mal en el brazo ni en la mano.

El segundo milagro lo obró Dios por los méritos del beato con Diego de Mendez, niño de siete á ocho años: nació este de tal modo estropeado de los piés, que no podia caminar ni tenerse sobre ellos, porque los tenia monstruosamente vueltos y contra la natural estructura: sus padres Antonio Mendez é Inés Vazquez sentian mucho aquella desgracia de su hijo; pero acordándose de haber oido los milagros que Dios obraba por la intercesion de su siervo Sebastian de Aparicio, fuéron con todos los de su casa á visitar su sepulcro, llevándole una ofrenda de cera, dejando entre tanto cerrado en casa al niño Diego con solo un niño de pecho; y mientras estaban orando ante el sepulcro del siervo de Dios, suplicándole alcanzase del Señor la salud para su hijo, vió el niño Diego que se acercaba hácia su cama un religioso vestido del hábito de san Francisco, el cual sin decirle cosa alguna se paró algun tiempo á su presencia con el rosario en la mano con que hacia oracion, y despues de improvisó desapareció. Á esta aparicion el niño Diego lejos de espantarse, sintió inundarse su corazon de un interior consuelo, y así que llegaron sus padres á casa les contó lo que habia sucedido: ellos pensaron lue-

go que era el beato Sebastian que habia venido á darle la salud; no se engañaron, porque el niño desde aquel punto empezó á mejorar notablemente y á enderezar sus piés; de modo que dentro de pocos dias se halló perfectamente sano, como si en ellos no hubiese tenido jamás la mas mínima imperfeccion. Llevaron despues los padres al niño á la iglesia de San Francisco, el cual visitando todos los altares y las sagradas imágenes; en ninguna reconoció la semejanza del religioso que se le habia aparecido; pero llegando al altar de San Francisco, donde se hallaba una imagen de relieve del beato san Sebastian, dijo desde luego á su madre que aquel era puntualmente el religioso de quien habia sido visitado; con lo que quedó plenamente comprobado, que el beato Sebastian de Aparicio era el que habia obrado aquel milagro.

SAN CESARIO.—El deseo de saber condujo á este santo á Alejandria, y entré las ciencias llamáronle principalmente su atencion la oratoria, la filosofía y la medicina, distinguiéndose tanto en esta última que fué considerado el primer hombre de su siglo. En la ciudad de Constantinopla fué donde se perfeccionó en dicha facultad, pero no quiso establecerse en la mencionada ciudad, por mas que se lo rogara el emperador y el pueblo todo. Despues de algun tiempo Cesario fué llamado á Constantinopla por Juliano el Apóstata, quien no solo le nombró su primer médico, sino que á mas le honró sobremanera, y no quiso fuese comprendido en los varios edictos que habia publicado contra los cristianos. El emperador á fin de atraerle á sí, y obligarle á seguir sus ideas gentílicas, se valió de todos los artificios; mas Cesario resistió siempre á sus insinuaciones, hasta que á instancia de sus padres y hermano, que lo era san Gregorio Nacianceno, renunció sus plazas en la corte, prefiriendo á ella el retiro y la soledad. Á mas de las honrosas distinciones de que le colmó Joviano, Valente le hizo tesorero de su patrimonio privado y tambien de Bitinia. En este punto ocurrió un gran terremoto, en el año 368, y salvado milagrosamente de él, movióle esto á despreciar enteramente los bienes del mundo, y muriendo poco despues, el año siguiente, legó todas sus riquezas á los pobres que amaba extraordinariamente. Así los griegos como los romanos celebraban la memoria de este santo, aunque en distintos dias.

SAN FÉLIX PAPA.—Este santo pontífice tercero de este nombre, natural de Roma, y bisabuelo de san Gregorio el Grande, fué elegido despues de san Simplicio, en el año 483. Empezó su pontificado por rechazar el edicto de union publicado por el emperador Zenon, y excomulgó á todos los que lo recibian. Pronunció sentencias de anatema y deposicion contra Acacio de Constantinopla, por no querer obedecer á las órdenes que le habia dado de no comunicarse con Pedro Monge, hereje ya excomulgado. Este papa congregó un concilio en Roma en el año 487, para tratar de la reconciliacion de los que se habian dejado rebautizar en África, durante la persecucion. Fué muy respetado de Atalarico rey de los godos, por su virtud y su celo pastoral, y obtuvo de este mismo rey, aunque arriano, algunas gracias y muchos actos de justicia. Por fin, despues de una vida santa, murió tambien santamente en el mes de febrero del año 492.

LOS SANTOS DONATO, JUSEO, IRENE Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.—Fueron martirizados en África el año 249.

SAN TABASIO, OBISPO Y PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA.—

Era lego y secretario del palacio imperial, cuando fué elegido contra su voluntad, por haberle designado para sucederle su antecesor ántes de morir. Fué consagrado el día de Navidad del año 784, y en 785 envió sus cartas sinólicas al papa Adriano, que le recibió á la comunión. En 787 asistió al séptimo concilio general, congregado á sus instancias, y despues de los legados del papa, ocupó élel primer lugar. En el año 795 se opuso al emperador Constantino V, que queria repudiar á María su esposa, para casarse con su concubina Teodora, y habiéndose celebrado secretamente estas bodas, el patriarca al principio disimuló; pero al fin habló contra ellas, y su conducta le acaróó terribles persecuciones, que sobrellevó con admirable fortaleza. Murió Taracio santamente el día 23 de febrero del año 806.

SAN AVERTANO.—Nació en Francia de padres pobres pero cristianos, que lo educaron en la virtud y en las letras. Á la edad de quince años tuvo una vision del cielo y tomó el hábito en la religion de carmelitas descalzos, en la cual fué modelo de humildad, verdadera pobreza y fervorosa caridad con el prójimo, muriendo en medio de los apestados en Luca, en el siglo XVI.

DIA 26.

SAN NESTOR, OBISPO Y MÁRTIR.—En aquel tiempo que el tirano Decio con infames edictos perseguía la Iglesia de Dios, mandando que todos aquellos que no sacrificasen á los impuros espíritus de los demonios en sus falsos dioses, fuesen cruelmente atormentados y muertos; residia en Pergen, ciudad de Pamfilia, Nestor, obispo de ella, hombre de vida inocente, religiosa y santísima: tanto, que al mismo Irenarco, que era juez ordinario de aquella ciudad, era freno, terror y respeto. Era presidente de Pamfilia Polion, el cual queria con su fiereza obligar á los cristianos á contaminarse con los inmundos sacrificios de sus ídolos, obligándolos y compeliéndolos á que comiesen de las carnes inmoladas á ellos. Enfurecióse contra los que resistian á tan inieuo precepto, prendiendo á unos, y á otros quitando las vidas, como experimentaron Papias, Diodoro, Common y Claudio, que gloriosamente las perdieron para lo temporal, ganándolas para lo eterno por conservar inmaculada la fé de Jesucristo.

Ocupábase Nestor de día y de noche, mientras esto asi pasaba, en rogar y pedir al inmaculado esposo de las almas Jesus y pastor divino, fuese servido de mirar por su rebaño, pues estaba á su cuidado. Irenarco á este tiempo juntó su consejo y habló así: «Nada podremos contra estos cristianos, si primero no le quitamos la cabeza al que los rige, esfuerza y anima, y á quien todos en todo obedecen: y supuesto que ya sabeis que este es Nestor su obispo, importa armarnos contra él.» Tuvo Nestor noticia de este consejo y de lo que en él se trató, y así aconsejó á sus ovejas que procurasen guardarse de los lobos y se escondiesen: pero él no tomó el consejo para sí; ántes como valeroso y fuerte capitán esperó en su misma casa, cara á cara al enemigo, puesto siempre en oracion, en que pedia á Dios por la salud, paz y perseverancia constante en la fé de su rebaño.

Vinieron á su casa, y la sitiaron sus enemigos, acompañados de gran turba, y llegando uno á la puerta, con grandes voces llamaba á Nestor, y el santo puesto en ora-

cion, no respondia, y uno de la casa le avisó que le buscaban. Acabó su oracion; y sin turbarse salió á recibirlos, que ya sabia le venian á prender; pero causó á toda aquella infiel canalla tanta veneracion su vista, que todos, corteses y humildes, la rodilla por tierra, le adoraron y veneraron como cosa sagrada. Viéndolos así el varon fuerte, les dijo con ternura y afecto de padre: Y pues, hijos queridos, ¿qué quereis? ¿A qué venis? Toda la corte, respondieron, te llama. Y entonces sin hablar palabra, haciéndose la señal de la cruz en la frente, los siguió alegre y risueño en nombre de Jesucristo. Llegaron al consistorio y fué cosa maravillosa ver, que siendo preso como reo, toda la curia se levantó, y descubiertos todos, como si entrara su rey y señor, le saludaron y veneraron. El santo obispo les dijo humilde: Dios os perdone; ¿y por qué así me tratais? Tu dignidad, tu conversacion, vida y trato honesto merecen honra tanta. Y con esto le hicieron sentar en un trono real y magnífico, y ellos se sentaron en sus sillas y bancos. Bastan los honores que me habeis hecho, dijo Nestor: resta saber, qué es lo que de mí quereis ahora. Entonces Irenarco dijo: ¿Has oido, señor, el edicto del emperador? No conozco, ni sé mas edicto, respondió Nestor, de otro emperador, que del supremo Dios. Si tú, dice Irenarco, vienes bien en lo que te decimos, nos excusarás el ponerte en el tribunal del juez. Yo, dice Nestor, no vengo bien, sino en solo obedecer á Jesucristo, ni en mí hay mas voluntad que la suya. Tú, dijo, Irenarco, estás endemoniado. ¡Ojalá, y vosotros, dijo Nestor, estuvieseis libres de los demonios y no adoraraís demonios!

¡Ó hombre atrevido! dijo Irenarco furioso entonces: ¿Así te atreves á llamar demonios á nuestros dioses? No solo, dijo el santo los llamó demonios, sino es que lo son, y ellos mismos lo confiesan. Pues yo haré, dijo mas furioso Irenarco, que el presidente Polion, á cuya presencia irás luego, te atormentar, hasta que confieses ser verdaderos dioses los nuestros, y nó demonios como dices. Entonces Nestor, haciéndose la señal de la cruz en la frente, dijo: ¿Qué me amenazas con tormentos? Yo no temo tus tormentos, ni los del presidente; solo sí temo aquellos, con que amenaza Cristo mi Dios. Entonces Irenarco entregó á Nestor en manos de sus ministros, con órden, de que levándolo preso, lo siguiesen á él, que iba á Pergen. Iba siguiendo el cordero al sangriento lobo. Sucedió en el camino un gran terremoto, y bajó una voz del cielo que confirmó y dió nuevo ánimo á nuestro invicto mártir de Jesucristo. Los que le llevaron preso le preguntaron: Señor obispo, ¿qué trueno ó voz es esta? ¿De dónde ha venido tan gran terremoto? Señales de Cristo mi Dios, respondió Nestor alegre.

Llegaron á la ciudad, y dando Irenarco cuenta al presidente, al siguiente día, sentado Polion en su trono, hizo traer á su presencia al mártir de Cristo, y preguntóle: ¿Cómo te llamas? Siervo de Cristo, respondió el santo. No te preguntó eso, dijo el presidente: dime tu nombre, que quiero saberle. Yo soy cristiano; dijo el guerrero esforzado, y este es mi nombre; pero si aun deseas saber el nombre temporal, llámome Nestor. Bien está, dijo el presidente, sacrifica á los inmortales dioses, ofrécete incienso, y te doy mi palabra, si así lo haces, de escribir luego á nuestro augusto emperador, para que te constituya príncipe de los sacerdotes, y que todas las cosas estén á

ú sujetas, para que con tantos honores y riquezas infinitas que con ellos poseerás; vivas feliz y bienaventurada vida por largos años. Entonces el invicto mártir, levantando los ojos al cielo, y signándose con la cruz, dijo al presidente: Aunque á este miserable cuerpo le atormentes cruelísimamente, ya con cadenas, ya con azotes, ya con fieras que lo despedacen, ya con otros exquisitos tormentos; mientras en mí hubiere espíritu de vida, no me podrás reducir á que jamás niegue aquel divino nombre de mi Señor Jesucristo, que es sobre todo nombre. Mandóle el presidente atormentar en el ecúleo, ó potro, con todo rigor.

Obedecieron los crueles ministros al cruel y bárbaro presidente, imprimiendo en los lados de su gloriosísimo cuerpo tan profundamente las uñas y garfios de acero, que se descubrian sus santas costillas. El esforzado y valeroso campeón, regocijado y alegre cantaba: Bendeciré al Señor en todo tiempo: sus loores siempre se verán y oirán en mi boca. Admirado y pasmado el presidente de ver tan firme constancia y valor tan estupendo, dijo: ¿No te avergüenzas, infeliz, mas que cuantas criaturas son en el mundo, de poner toda tu esperanza en un hombre, que acabó con afrentosa muerte? Sea enhorabuena, dijo Nestor, afrenta y vergüenza mía, y de todos aquellos que invocan y confiesan el nombre de mi Señor Jesucristo, tal vergüenza y afrenta; que yo me tengo por el mas feliz de los mortales.

La ciudad toda, que atendia al espectáculo, unos confusos, otros lastimados, y admirados todos, pidieron á grandes voces al presidente, que le quitara ya la vida. El presidente le preguntó entonces: ¿Quieres sacrificar á los dioses? A que respondió Nestor con una santa impaciencia: Impio, cruel, infame, hijo del demonio, ¿qué, no solo no temes y reverencias el santo nombre de Dios y su presencia, á quien debes el puesto de príncipe, que indignamente ejerces (por él reinan los reyes, mandan los príncipes y los poderosos hacen justicia), sino es que tambien quieres obligarme á mí, á que deje al verdadero Dios, Criador y Salvador del mundo, y adore unas estatuas de piedra? Córrete y afrentate ya de solo imaginarlo. Ya Polion no pudo oír mas baldones; y así le preguntó furioso: ¿Tú quieres estar con nosotros ó con tu Cristo? Y Nestor, todo regocijado y lleno de alegría, dijo: Con Cristo mi Dios fui siempre, soy y seré. Entonces Polion dió contra él la sentencia, diciendo: Pues tanto quieres á tu Cristo crucificado debajo del poder de Poncio Pilato; yo, para que mas devocion tengas á tu Dios, te sentencio á que mueras como él en una cruz. El glorioso mártir, alzando los ojos al cielo, dió por tal sentencia infinitas gracias á Dios, y luego al punto fué enclavado en una cruz: la cual le fué divina cátedra; pues desde ella predicaba y enseñaba al pueblo cristiano, amonestando á todos que perseverasen en la fé y caridad de Cristo, y se compadeciesen unos de otros para que juntamente todos fuesen glorificados. Despues pidiendo á todos los presentes á su muerte que se hincasen de rodillas é hiciesen oracion á Dios juntamente con él, como todos lo hicieron; al punto que la acabaron y dijeron *amen*, dió su espíritu al Señor á las tres horas despues de haber amanecido el dia de jueves, á 26 de febrero. Escribieron su vida y martirio, Beda, Usuardo, Adon en sus Martirologios, Sanctoro, Surio y el Martirologio romano año 234.

Leida con atencion esta santa vida, se verá cuánta estimacion y aprecio hace el sumo sacerdote Cristo de aquel que le sustituye en la dignidad y oficio de pastor, no desdiciendo del nombre, ántes sí ejerciendo tan dignamente su ministerio; como Nestor hacia; pues á estos tales no permite su Majestad soberana haya manos que se les atrevan sacrilegas, si no es que aun sus mortales enemigos los traten con veneracion y respeto: solo llega á permitir (y esto, para que acumulen méritos á su gran corona de gloria), les atormenten y quiten la vida, permitiendo asimismo, por particular y grandísimo favor, á algunos su amada cruz: hasta aquí pueden llegar las finezas de un Dios amante. Todas las experimentó Nestor, que hemos visto: de donde podemos inferir lo mucho que Dios le ama, y de ahí tener una firme esperanza de que, valiendonos de su intercesion, conseguiremos de su divina Majestad cuanto le pidiéremos para la salud de nuestras almas y mayor gloria suya.

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE, MEJICANA.—Con este título es invocada la Reina de los ángeles en el templo magnífico que se le ha erigido en el cerro llamado Tepeyatic, que está situado cerca de la laguna Mejicana. Este sitio es el mismo donde por los años de 1531, en 9 de diciembre, se apareció dicha noble Señora al indio Juan Diego, significándole sus deseos de ser en el mismo cerro adorada, y le entregó su imágen milagrosa. La ereccion de este templo contribuyó en gran manera á extender y robustecer la fé entre los mejicanos.

SAN ALEJANDRO.—Ocupó la silla patriarcal de Alejandría el año 313 cuando la muerte de San Aquilas. Perfecto imitador de los apóstoles, sobresalía en las virtudes cristianas, especialmente en amor para con los pobres. Convencido de que para el ministerio sagrado era indispensable la eleccion de hombres de virtud, elegía únicamente aquellos que ántes de entrar á ejercer tan sublime cargo habian santificado sus almas retirándose del mundo. Durante el tiempo que ocupaba la silla patriarcal de Alejandría, se levantó aquella tan funesta herejía, la herejía de Arrio, de ese hombre que negaba ser el Hijo de Dios consubstancial con el Padre. El carácter hipócrita con que se presentaba Arrio en los pueblos diseminando la herejía, y coligado con Melecio obispo de Licópolis, escitó mas el cuidado y celo de Alejandro, para extirparla; á este fin convocó en 321 dos concilios sucesivos en Alejandría, en los cuales los padres condenaron y excomulgaron á Arrio y á todos sus partidarios. Gobernaba entonces la iglesia el papa san Silvestre, á quien escribió Alejandro, como tambien á todos los obispos de la Iglesia, dándoles cuenta de la herejía de Arrio y de su condenacion. Los males que ocasionaban tales errores fueron causa de que el papa convocase un concilio general, que se celebró en Nicea de Bitinia el dia 19 de junio del año 325 asistiendo el emperador Constancio y trescientos diez y ocho obispos, en cuyo concilio fué de nuevo condenada la doctrina de Arrio, quedando definida la divinidad del Hijo de Dios. Vuelto Alejandro á su diócesis continuó gobernándola con el mismo celo que siempre, hasta que lleno de méritos y virtudes descansó en el Señor, el dia 25 de febrero del año 326, ó como otros quieren, en 328.

SAN PORFIRIO.—Nació este santo en Tesalónica, de familia muy ilustre y opulenta, por los años 353; y fué educado en el santo temor de Dios. Pasó su juventud en el

retiro, el estudio y la oración, y á la edad de veinte y cinco años se retiró á Egipto donde enteramente se consagró al servicio de Dios, abrazando la vida religiosa en el famoso monasterio de Sceté. En él se mantuvo cinco años, entregado á los rigores de una austerísima vida, despues de los cuales marchó á visitar los santos lugares de Jerusalem, y despues de esta devoción se encerró en una gruta no distante del Jordan, en donde se mantuvo por espacio de otros cinco años. Desde aqui hizo vender todos sus bienes de Tesalónica, y los repartió entre los pobres, quedando él tan sumamente pobre, que se vió obligado á aprender el oficio de curtidor para ganarse la comida. Vivió así hasta la edad de cuarenta años, en que, noticioso el patriarca de Jerusalem de sus grandes méritos, le ordenó de sacerdote, á pesar de la resistencia que opuso su humildad, aumentando así los resplandores de su virtud, y continuando siempre en la misma abstinencia y mortificación. Habiendo vacado por este tiempo el obispado de Gaza, todos pusieron los ojos en Porfirio, que fué consagrado obispo, destruyendo durante su pontificado las reliquias de la idolatría que habia aun en su diócesis, y convirtiendo á muchos á la religion verdadera. A su voz caian por tierra los ídolos del paganismo; los enfermos quedaban curados, y se mostraban sumisos los elementos. Señalóse particularmente en su celo contra los herejes maniqueos, que habian intentado inficionar su rebaño en el error. Llegado ya á la edad de sesenta y siete años, extenuado por las penitencias y consumido por el ardor de su celo, espiró Porfirio dulcemente en medio de sus ovejas, el día 26 de febrero del año 420, el veinte y cuatro de su pontificado, muriendo con el consuelo de dejar á su ciudad casi enteramente cristiana.

LOS SANTOS PAPIAS, DIODORO, GENON Y CLAUDIANO. — Fueron martirizados por la fé de Jesucristo en Pamfilia en el año 251.

LOS SANTOS FORTUNATO, FÉLIX Y OTROS COMPAÑEROS MÁRTIRES. — Derramaron su sangre por la confesion de la fé católica en Antioquia, el año 251, en tiempo de la persecucion del emperador Decio.

SAN FAUSTINIANO, OBISPO DE BOLOGNA. — Confirmó y corroboró aquella Iglesia, que estaba oprimida con la persecucion de Diocleciano. Asistió al concilio de Nicea, y trabajó con mucho celo contra los arrianos en varias provincias de Italia. Habia sido consagrado obispo en 312, y se cree murió por los años 331.

SAN ANDRÉS, OBISPO DE FLORENCIA. — Vivió en el siglo V, y se le venera por una antigua tradicion, sin que se hayan encontrado nunca ni las actas de su vida, ni se haya podido saber el tiempo de su nacimiento ni de su muerte.

SAN VÍCTOR. — Francés de nacimiento, dió desde las entrañas de su madre indicios de santidad. Creciendo despues en la virtud y educado en ciencias sagradas y profanas, estando en Arcies fué ordenado sacerdote y se le confió el ministerio de la predicacion. Desempeñó este encargo con tan buen éxito, que de todas partes concurrían cristianos é infieles á oírle, y á admirar la suavidad, elegancia y sabiduría de sus discursos, con los cuales se atraía los corazones y ganaba ininidad de almas para Jesucristo. San Bernardo ha dejado escritas en sus obras las glorias de Víctor: en ellas le propone á los fieles como modelo de todas las virtudes. Floreció este santo en el siglo VI ó VII, segun Bolando, y su memoria ha sido céle-

bre por los muchos milagros que ha obrado el Señor por su intercesion.

DÍA 27.

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA Y CONFESOR. — San Leandro, arzobispo de Sevilla, fué hijo de Severino, hombre principal y de gran linaje en Cartagena. Tuvo por hermanos á Fulgencio, obispo de Ecija, á Isidoro, que le sucedió en la iglesia de Sevilla, y á Florentina, abadesa, madre y maestra de muchas monjas vírgenes dedicadas al Señor. Todos los hermanos fueron santos, y por tales los celebra la Iglesia católica; y san Leandro, que era el mayor de todos, santísimo. Desde niño se dió á la virtud y letras, y fué varon en su tiempo tenido por de grande elocuencia, y de tan buenas razones y tan eficaces, que facilmente persuadía lo que queria. Dió libelo de repudio al mundo y á sus gustos y vanidades, tomando el hábito de san Benito en un monasterio de Sevilla, donde resplandeció tanto con su santa vida y doctrina, que siendo muerto el arzobispo de aquella ciudad, por comun consentimiento de los eclesiásticos y seglares fué puesto en aquella dignidad: en la cual hizo oficio de santísimo y vigilantísimo pastor, con grande entereza y maravillosa prudencia y solícito cuidado. Reinaba en aquella sazón en España Leovigildo, rey godo y hereje arriano y enemigo de los católicos, los cuales á esta sazón eran maltratados y afligidos y los arrianos favorecidos; y muchos por sus propios intereses, y otros por su ceguedad y engaño, andaban descarriados é inficionados de la herejía: y el santo prelado Leandro, aunque acudia á todas las partes necesarias, pero particularmente se desvelaba y ponía mas cuidado en confirmar á los católicos en la fé verdadera, y resistir á los herejes y alumbrarlos, y reducirlos á nuestra santa religion; y así con su grande espíritu, letras y buena industria, favorecido del Señor, sacó de las tinieblas y errores á muchos arrianos, y de esclavos de Satanás los hizo hijos de la Iglesia católica.

Hubo entre el rey Leovigildo y el príncipe de España Hermenegildo, su hijo, muchos y muy grandes disgustos y contiendas por causa de la religion; porque el príncipe, por inspiracion de Dios, y por consejo y persuasion de san Leandro, habia dejado la secta arriana y declaróse por fiel católico, con determinacion de morir por ello si fuese menester: lo cual llevaba mal el rey su padre. Vino el negocio á tanto rompimiento, que el reino se dividió en dos bandos, de católicos y herejes: los católicos seguían al príncipe como á su caudillo y cabeza, y los herejes á Leovigildo como á su rey y señor. Los católicos, aunque eran muchos y tenían mejor causa, eran ménos poderosos y no podían contrastar con la potencia del tirano rey. Para buscar fuera del reino las fuerzas que no tenían en él, enviaron á san Leandro á Constantinopla á suplicar al emperador Tiberio, que era católico, que favoreciese la causa de los católicos y les enviase á España algun buen número de soldados para resistir á los herejes arrianos y defender la causa del Señor. Hizo esta jornada san Leandro tan larga y tan trabajosa, por no faltar un punto á negocio tan importante y tan deseado, y pedido del príncipe Hermenegildo y de todos los fieles de España. Llegó á Constantinopla, tuvo allí amistad con san Gregorio, que despues fué papa, y á la sazón era diácono cardenal y legado de

Pelagio II, su predecesor, de quien había sido enviado al emperador Tiberio por algunos negocios universales de la santa Iglesia. Y como san Gregorio y san Leandro, en la vida y en la doctrina, y en sus intentos eran tan parecidos y tan santos, trabaron una estrecha y hermanable amistad entre sí, que les duró toda la vida, como adelante se dirá. No pudo el emperador Tiberio enviar á España en favor de los católicos todas las fuerzas que eran menester, aunque se entendié que envié algunas; y así para esto fué de poco efecto la ida de san Leandro á Constantinopla, en donde se halló en un concilio de obispos que se celebraba en aquella ciudad. Volvió á España el santo prelado; y la guerra entre el rey Leovigildo y el príncipe Hermenegildo, su hijo, se encendió más y llegó á tal extremo, que desamparado el príncipe de los suyos y vendido de los soldados romanos, vino á manos de su padre, que le encareceló y cargó de duras prisiones, y finalmente le hizo matar por no haber querido el día de Pascua comulgar de mano de un obispo arriano, que su padre le había enviado á la cárcel. De esta manera el glorioso príncipe fué coronado de martirio por nuestra santa fé católica, como lo decimos en su vida á los 13 de abril. Quedó el cruel padre muy contento con la muerte de su hijo, por parecerle que se había vengado de él, y asegurado su reino y su falsa religion, quitando á los católicos tan principal capitán y cabeza, y habiéndolos amedrentado con tan riguroso castigo de su propio hijo. Pero como el mal siempre crece y un pecado trae á otro, no se contentó el rey con lo que había hecho; ántes comenzó á perseguir con mayor furia y braveza á la Iglesia católica, y maltratar y desterrar de España á los obispos y prelados santos que la defendían, y entre ellos principalmente á san Leandro y san Fulgencio, su hermano, como personas tan eminentes y que habían favorecido al príncipe su hijo. Aporóse el avariento rey de las rentas de las iglesias, sin alguna resistencia: derogó los privilegios de los eclesiásticos: dió la muerte á muchos hombres principales, de cuyos bienes enriqueció el patrimonio real. Siendo pues desterrado de España el santo pontífice Leandro, no por eso dejó las armas, ni de pelear contra los arrianos, como soldado valeroso del Señor. Escribió dos libros contra sus errores, é hizo los publicar por España; y otro en que responde á sus objeciones. Escribió también un tratado á santa Florentina, su hermana, en el cual alaba en gran manera la virginidad, y él enseña la forma que había de tener en gobernar á sus monjas. No se olvidó Nuestro Señor en este tiempo de su Iglesia; ántes por los merecimientos y por la sangre de su glorioso mártir san Hermenegildo, que había ántes querido perder el reino y la vida que no su fé, cuando la tempestad estaba en su punto, y mas brava y furiosa, y parecía que había de durar, mandó cesar á los vientos, y sosegar el mar, y serenarse el cielo, y convertirse en bonanza y tranquilidad aquella horrible y espantosa tormenta. Comenzó el rey Leovigildo á reconocer su pecado, y la crueldad con que le había quitado la vida á su hijo primogénito y heredero de su reino: para lo cual (entre otras cosas) le ayudaron algunos milágrs que Nuestro Señor obró en aquel mismo tiempo, así cerca del cuerpo del santo mártir, como en otras cosas, en testimonio de la verdad de la fé católica. Ayudóle también una enfermedad que le dió, de la cual falleció en Toledo el año 886. Y hay autores que afirman, que al fin de

la vida, estando en la cama enfermo sin esperanza de salud, abjuró la impiedad arriana y volvió su ánimo á la verdad católica; y que en particular con Recaredo, su hijo y sucesor, trató cosas en su favor, encargándole que tuviese en lugar de padres á Leandro y Fulgencio: á los cuales mandó en su testamento alzar el destierro. Y aun Gregorio Magno refiere, que ántes que muriese encargó mucho á san Leandro (que debió de venir á esta sazón), que tuviese gran cuidado de Recaredo su hijo, para que fuese semejante á Hermenegildo su hermano. Pero añade san Gregorio, que el rey, por acomodarse al tiempo y por miedo de sus vasallos, no abrazó la verdad católica con las obras, como la conocía con el corazón; y así murió sin esperanza de salud. Con esta amonestación, que el rey su padre hizo al rey Recaredo, él, alentado con el espíritu del cielo, que el Señor le enviaba por intercesión de su hermano Hermenegildo, se entregó á san Leandro; de manera, que en las cosas públicas y particulares se gobernaba por su parecer, y especialmente en las que tocaban á la salud de su alma y á la verdad de nuestra santa fé: la cual, imitando mas á la piedad de su hermano que á la perfidia de su padre, abrazó con tanta sinceridad y afecto, que no solamente él se hizo católico, sino que procuró que lo fuese todo su reino, y que la nación de los godos, que hasta allí había estado inficionada con su pestilencia de la herejía arriana, toda se convirtiese, viese y siguiese la luz de la religion católica. Por esto, por consejo de san Leandro, hizo juntar un concilio nacional, que fué el tercero Toledano, en el cual se halló san Leandro y aun presidió en él (como dice san Isidoro su hermano, Lucas de Tuy y el cardenal Baronio), como legado de la sede apostólica. El concilio se celebró con gran paz y conformidad, y el rey se mostró piadosísimo y celosísimo de la fé católica; la cual abrazaron universalmente todos los obispos, grandes del reino y señores godos, y san Leandro hizo una grave, docta y elegante oración, alabando á Nuestro Señor por las mercedes que había hecho aquel día á toda aquella nación, al reino de España y á toda su Iglesia católica, en haber traído á su gremio y puerto de salud á tantos hijos perdidos y sumidos en el abismo de sus errores; y declarando las causas que había de alegría y júbilo de su corazón, y juntamente que siempre la santa Iglesia creció con trabajos y persecuciones; y que despues de la tempestad se siguió la bonanza, y tras la noche viene el día: y fué tanto lo que san Leandro trabajó en este negocio tan importante y de tanta gloria de Dios, que mereció por esta conversión ser llamado apóstol de los godos, y san Gregorio papa le escribe una carta, dándole el parabién de tan dichoso y feliz suceso, en la cual declara el gozo incomparable que había recibido, porque el rey Recaredo se hubiese tan de veras convertido á nuestra santa religion; y le encarga que le amoneste y exhorte á mostrar con la santa vida la santa fé que había recibido y profesaba, porque como dijimos arriba, entre estos dos santísimos varones, Gregorio y Leandro, puso nuestro Señor un amor muy entrañable, y una amistad digna de tan altos é insignes varones; la cual comenzó en Constantinopla, en donde la primera vez se conocieron; y se trabó entre ellos de manera, que á petición de san Leandro, san Gregorio escribió los libros admirables de los Morales sobre Job, y los dedicó y envió al mismo san Leandro. Y también le envió un libro que llamó *Pastoral*, y en

el principio de su pontificado habia escrito á Juan, obispo de Ravena; y se escribían entre sí muchas veces amigablemente, y de las mismas epístolas que le escribe san Gregorio, se saca bien la estima que tenia de la santidad y persona de san Leandro; porque en una de ellas le dice estas palabras: «Recibí la epístola de vuestra santidad, escrita con la pluma de la caridad. Del corazón tomó la lengua lo que escribió con la pluma. Estaban presentes cuando se leyó vuestra carta, algunos varones buenos y sabios, y comenzaron luego á enternecerse y compungirse en solo oír la leer; y cada uno con amor y afección os ponía en su corazón; porque le parecia no oír sino ver la dulzura del vuestro. Todos se encendían y cada uno se maravillaba; y en el fuego de los oyentes se mostraba bien las llamas que ardían en el pecho del que hablaba; porque ninguno puede inflamar á otro si él no arde primero en sí. Y de aquí sacamos cuán grande haya sido vuestra caridad; pues pudo emprender tan gran fuego en los otros. No conocían vuestra vida, de la cual yo siempre me acuerdo con grande veneración; mas la alteza de vuestro corazón muy bien se echaba de ver en la humildad de vuestras palabras.» Todas estas son palabras de san Gregorio: quien despues se encomienda á las oraciones de san Leandro y le dice: «Yo me hallo medio ahogado en las ondas, y busco vuestra intercesion como tabla para escaparme; para que ya que no merecí como rico llegar con la nave entera á salvamento, á lo ménos despues de haber recibido el daño, vuelva á la ribera asido á tabla.» Padecía san Leandro dolores de gota, y para consolarle le dice san Gregorio: «Escribame vuestra santidad si la gota le aflige; yo tengo tan continuos dolores de ella, que estoy muy debilitado y casi consumido; pero fácilmente nos consolaremos, si entre los azotes de Dios nos acordáremos de nuestros pecados; y entendiéremos que no son azotes sino dónes del Señor para que paguemos los deleites de la carne con los dolores de la carne.» Todo esto es de san Gregorio escribiendo á san Leandro: al cual envió el palio; y aunque comunmente se dice (y debe ser así), que le envió una imágen de Nuestra Señora, y que es la que en Guadalupe es tenida en tanta reverencia, y frecuentada del concurso de tantas gentes que vienen en romería á aquella santa casa, para hacer gracias al Señor por las continuas mercedes que por intercesion de su benditísima Madre reciben. Habiendo pues san Leandro dado tan bienaventurado fin á un negocio de tanta entidad, como fué la conversion á nuestra santa fé de los godos, y órden y concierto para la reformation de las iglesias; se fué á la suya de Sevilla, para atender al gobierno de ella y aparejarse á morir y dar cuenta del rebaño que el Señor le habia encomendado. Estando en ella, y haciendo oficio de santo prelado, afligiendo su cuerpo con ayunos y penitencias, regalando su espíritu con la oracion y estudio de la sagrada Escritura, remediando los pobres, encaminando á los ricos, y exhortando á todos á la virtud, siendo ya de ochenta ó mas años, y queriendo nuestro Señor dar el premio de sus grandes y fructuosos trabajos, le vino una enfermedad, de la cual murió á los 13 de marzo por los años del Señor de 603. Fué sepultado su cuerpo en la iglesia de las santas vírgenes Justa y Rufina. El Martirologio romano hace mención de san Leandro á 27 de febrero, y escriben de él los Martirologios de Beda, Usuardo, Adon y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y en el séptimo y octavo tomo de sus Anales, y Trite-

mio le cuenta entre los varones ilustres de la órden de san Benito. — **SAN BALDOMERO.** — Este santo que fué subdiácono de la iglesia de Lion, y á quien se llama por otro nombre Gallimero, ejercía el oficio de cerrajero en Lion de Francia. Estremada era la pobreza en que vivía, y si algun rato de descanso le quedaba despues del trabajo, lejos de emplearlo en pasatiempos, los ocupaba en santificar su alma por medio de la lectura y oracion. Profesaba tal cariño á los pobres, que todo el dinero que ganaba del trabajo lo distribuía entre ellos, llegando hasta el caso de darles muchas veces los mismos instrumentos de su oficio. Era tanto su amor á Dios, que siempre lo alababa ó inducía á los demás así lo hicieran, diciéndoles: en el nombre del Señor demos siempre gracias á Dios. Todos admiraban su devoción y compostura en la iglesia, y en especial el abad de San Justo llamado Vicente, despues arzobispo de Lion, como tambien el gran fondo de religion que se notaba en sus conversaciones. El dicho abad le proporcionó el poder habitar una celda en su monasterio, en donde retirado se ocupó en los mas santos y austeros ejercicios. Murió en la ciudad de Lion el año 630, y el Señor quiso manifestar la santidad de su siervo por los muchos milágricos que obrara por su intercesion. Sus santas cenizas fueron profanadas por los hugonotes en el siglo XVI y arrojadas al viento.

— **SAN JULIAN, MÁRTIR.** — Padecía tanto el mal de gota, que no podia andar ni estar en pié. Fué presentado al juez con dos criados que le llevaban en una silla, de los cuales el uno negó la fé católica, y el otro llamado Euno, perseverando en confesar á Jesucristo, fué envuelto con su amo en los tormentos. Ambos fueron montados en dos camellos, paseados por toda la ciudad de Alejandria, azotados con manoplas, y por último fueron quemados vivos en una grande hoguera á vista de todo el pueblo de Alejandria, recibiendo la corona del martirio en la misma ciudad el día 27 de febrero del año 250.

— **SAN BESA.** — Era soldado de los que estaban de centinela cuando el martirio de los dos santos anteriores. Á vista de la constancia de los mártires se sintió tocado de la gracia de Dios, y habiendo reprendido á sus compañeros porque insultaban á aquellas víctimas, fué acusado delante del juez, y habiendo confesado que era cristiano, fué degollado poco despues que los santos Julian y Euno habian espirado.

— **LOS SANTOS ALEJANDRO, ARUNDIO, ANTIGONO Y FORTUNARO.** — Padecieron el martirio en Roma en tiempo del emperador Diocleciano. Sus reliquias se conservan en Bolonia en el colegio de las Escuelas Pias.

— **LOS SANTOS BASILIO Y PROCOPIO.** — Fueron naturales de Decápolis, y monges en Constantinopla en el reinado de Leon Isauro. Cuando este príncipe se declaró contra las santas imágenes, estos dos santos fueron de los que mas trabajaron contra la herejía y persecucion de los iconoclastas, teniendo ambos la gloria de sufrir muchas y graves molestias en defensa de la verdad. Por fin, murieron tranquilamente, insignes en virtudes, por los años de 730.

DIA 28.

— **SAN LUPICINO Y SAN ROMAN, HERMANOS ABADES.** — Lupicino y Roman fueron hijos de nobles padres, los cuales des-

pues de haber puesto en estado á Lupicino, que era el mayor, casándolo rica y noblemente, aunque bien contra su voluntad, por ser mas inclinado á la vida monástica y religiosa que á la conyugal, y dejar en su compañía y custodia á Roman su menor hermano, sin poder conseguir de él que tomase el mismo estado, hallando en sus tiernos años mas còbida el resistir á la voluntad de sus padres, y conservarse virgen, pareciéndoles que en su edad temprana no podia haber resistencia, y que despues tomara el estado que Lupicino le diese) de comun voluntad, y divino acuerdo se fueron á vivir al desierto, eligiendo para habitacion del fin de sus dias un yermo en aquellas partes de Leon de Francia, que participan de las amenidades del Reyno y Ródano, rios célebres, de cuyos circunvecinos pueblos descendian. Otros tienen, que son los desiertos de Lora, entre Borgoña y Alemania, juntos á la ciudad de Avenica. Aquí, pues, determinaron vivir como si fuesen dos hermanos, sin acordarse mas del uso del matrimonio santo, pareciendo dos ángeles humanos: humildes siempre y postrados en tierra, divididos uno de otro, hacian á Dios oracion continua, sustentándose solo de las solas raíces de las yerbas que aquel yermo les tributaba: abstinencia rara y virtud grande para quien se habia criado con regalos y abundancias, reducirse voluntariamente á tal miseria de vida. El enemigo comun que jamás se descuida, envidioso de tanta gloria, como la que los benditos siervos de Dios gozaban en tanta paz y quietud, comenzó á hacerles cruda guerra, tirándoles á todas horas tantas piedras, que muchas veces parecian llovidas, mas que tiradas, de que solian salir nuestros guerreros fuertes maltratados y heridos casi de muerte, con grandisimos dolores.

Llegó á tal extremo la cruel molestia de los infernales espíritus que nuestros valerosos campeones, como poco esperimentados en semejantes batallas, comenzaron á flaquear, y finalmente resolvieron volver de toda la espalda al enemigo, como lo hicieron, dejándole vanaglorioso con el triunfo. Mas poco le duró el contento; porque apenas hubieron caminado pocas millas con resolucion de volverse á su casa, cuando cogiéndoles la noche en una misera aldea, hubieron de alojarse en casa de una pobre aldeana, que despues de haberlos recibido con cariño y agasajo, les preguntó á dónde iban, y qué fin era el de su viaje. Respondieron, no sin gran confusion suya, como eran soldados de Cristo, pero tan bisonos, que á los primeros encuentros habian huido al enemigo, dejándole triunfante y glorioso, cuanto ellos iban corridos y avergonzados; y contóles cuanto les habia sucedido. La mujer, oido que hubo con atencion que la causa de volverse era solo miedo que habian cobrado al demonio, que envidioso y soberbio los queria apartar del camino de la virtud, y guiarlos por el de la desesperacion y perdicion eterna; les dijo así: Convenia, ó varones de Dios, que con valor y esfuerzo resistieseis al enemigo: pues ¿no sabeis que la sierpe venenosa del infierno solo intenta apartaros de vuestros santos propósitos y perderos? ¿No sabeis que envidioso y desesperado de ver que por medio de la penitencia y oracion, suben los hombres á los alcázares soberanos á ocupar el solio eterno, que él perdió por soberbio y desvanecido, jamás cesa de intentar ardidés y trazas con que apartar, si puede, al hombre de tanta gloria? ¿No sabeis tambien que es mayor su confusion al verse vencido, cuanto es mas fla-

ca la parte que le hace guerra? Ea pues, soldados de Jesucristo, no desmayeis: volved á tomar las armas; que el enemigo traidor, si vanaglorioso con el pasado triunfo, aun está en la estacada, temeroso si le volvereis ó nó á embestir; porquesabe muy bien que si lo haceis con el nombre del Señor habeis de vencerle, ayudados en su divina gracia. No temais: pues que una flaca mujer os anima y asegura la victoria del vil y cobarde enemigo.

Quedaron tan avergonzados los fugitivos soldados de verse así tratar de una pobre mujer, y asimismo tan animados con sus bien sentidas razones, que apartándose de ella sin saber qué responderle, dijeron entre sí: ¡Ay de nosotros! ¿Y qué harémos, habiendo así pecado contra Dios dejando nuestro propósito? ¿Una flaca mujer nos arguye de perezosos y cobardes? ¿Pues cómo? ¿Hemos de ir por este mundo á ser su escándalo? ¿Hemos de dar ocasion á que el infierno se glorie con el triunfo sin que tengamos valor para sacarle de las manos la mal adquirida victoria? Eso nó, no ha de ser: no se ha de burlar el infernal dragon, ni ha de decir que puede mas que la gracia del Espiritu Santo, que nos habia guiado al desierto. Volveremos á él y veremos qué nuevas trazas inventa el cobarde contra nosotros; pues ya hemos oido á esta mujer (que sin duda ha sido la suya voz de Dios), que no hay que temerle, si de Dios fiamos. Acabadas estas razones, se armaron con la señal de la cruz, y tomando sus báculos en las manos, sin atreverse de corridos á decirle cosa alguna á su huésped, se volvieron al desierto. La sierpe del averno, luego que los vió segunda vez en campaña, volvió de nuevo á perseguirlos; mas ellos, haciendo poco caso de su astucia, no ménos de las avenidas de piedras que sobre ellos llovía, perseverando de dia y noche en oraciones, ayunos y penitencias, alcanzaron de la misericordia infinita de nuestro gran Dios, que el demonio huyese corrido y avergonzado, que la tentacion cesase, y que perseverasen (libres ya de tan enfadosa molestia) con ánimo alegre y pacifico en el servicio de Dios, dándole infinitas gracias por tanta misericordia.

Comenzó á correr por las campiñas de aquellos desiertos la fama de la virtud de nuestros valerosos dos soldados de Cristo, y comenzaron á concurrir solitarios, aldeanos y ciudadanos, unos por alivio en sus aflicciones, otros por solo venerarlos, y otros para imitarlos en tan santa vida. Tantos fueron estos últimos que resolvieron hacer un monasterio, en que viviesen todos debajo de la obediencia de uno á quien los demás se sujetasen, y por cuya direccion todo se gobernase. Hicieron el monasterio, en que trabajaron todos; y todos cultivaban la tierra para sustentarse del sudor de su rostro y labor de sus manos, para vivir ejercitados y no ser molestos á los pueblos. Eran tantas las divinas abejas, que cada dia se venian á trabajar en el colmenar del Señor, labrándote dulces panales de sus gloriosas virtudes que ya no cabian en uno solo; y así labraron segundo y tercer monasterio, donde pudiesen habitar tan soberanos enjambres.

Iban de monasterio en monasterio nuestros esforzados capitanes, predicando, enseñando y animando á todos aquellos nuevos soldados, que á ejemplo suyo se habian alistado en las tropas de Jesus bajo el estandarte real de la cruz. Al olor de la virtud, dulce y suave, habian entre tantos concurrido por divino acuerdo sus dos gloriosos hijos Lupicino y Roman; y los padres que conocian muy bien de

Lupicino la humildad, mansedumbre, modestia, continencia, parsimonia, prudencia y demás virtudes; que como astros luminosos lucian en el cielo pacifico de su ánimo generoso, le constituyeron dignísimo abad de toda aquella eremítica monarquía. Con la nueva dignidad se humillaba mas Lupicino: y para que el inferior animal no sujetase al superior espíritu, ántes bien para que le estuviese obediente, le mortificaba tanto con ayunos y penitencias, que las disciplinas y cilicios le quitaban la sangre y fuerzas, y la abstinencia en el comer y beber, totalmente los brios; pues no solo de la escasa porcion cotidiana, que de dos so-las legumbres se componia, le quitaban la mayor parte, sino es que se estaba de muy ordinario los dos y tres dias sin comer ni beber, y cuando la sed le molestaba, llenaba un vaso de agua, y entrando en él las manos, las tenia allí por un breve espacio, y así refrenaba el apetito, sin dar rienda alguna, no solo al gusto, pero ni aun á la necesidad. Mas ¡ó bondad inmensa de nuestro gran Dios! de tal suerte lo hacia su gran piedad con su fiel siervo, que como si las manos fuesen esponjas, atraian y embebian en sí toda el agua del vaso, como si la hubiese bebido, disponiendo su Majestad, que quien por agradecerle y servirle se privaba de una boca que le habia dado la próxima naturaleza, tuviese tantas bocas, cuantos poros habia en sus manos, abriéndolos todos para que por ellos bebiese y aplacase la ardiente y molesta sed.

Era, al paso que benigno y cariñoso con sus súbditos, tan severo en mirar por el bien de sus almas, que no solo no les permitia obrar cosa que en un átomo desdijese de su religiosa vida y profesion, mas ni aun hablarla. Hablar con mujeres de ningun modo, ni aun mirarlas podia; porque decia que esparcian veneno por la vista, y que así estaban sus ovejas libres de los lobos, de los tropiezos y casi evidentes peligros de dar en manos de las sierpes. Roman era por el contrario tan simple, sencillo y libre de toda humana malicia, que sin reparo ni alteracion alguna de ánimo se permitia á la comunicacion de todos igualmente, así hombres como mujeres: á todos consolaba, á todos admitia y á todos daba su bendicion en nombre de Jesucristo, siendo en todas las demás virtudes tan igual y conforme con su hermano que no era fácil el discernir, quién á quién se aventajaba: solo en Roman sobresalia la sencillez referida, que en gran manera le ilustra.

Pasaron en paz de esta vida al descanso de la eterna los padres de nuestros gloriosos santos recibiendo el premio de aquel Señor que sabe galardonar con excesos divinos nuestras buenas obras. Faltóle á Lupicino, quien lo descuidaba, en lo que era temporal para el vivir de sus súbditos; por lo cual puesto en oracion pidió á Nuestro Señor alivio á su necesidad, que era grande. Oyóle su Majestad, como quien siempre atiende á la oracion del humilde, y revelóle cierto lugar de aquel yermo, donde antiguamente habian ocultado grandes tesoros. Ibase solo al tal lugar una vez al año, y de allí traia cuanto oro y plata podia, con lo cual compraba el suficiente sustento para tanta multitud de súbditos, como Dios le habia dado, sin atreverse á manifestar á otro alguno el lugar de donde venia tanta riqueza; pues Dios á él solo se lo habia revelado.

Sucedió en cierta ocasion que iba visitando sus monasterios, y multitud muy grande de monges, que en ellos y fuera de ellos por aquellos desiertos habitaban que llegó á uno

á la hora de comer; mas lo halló desierto, porque los monges todos estaban en el campo trabajando. Entró en la cocina y vió al fuego la comida de los monges, pero repartida en diferentes vasijas; segun eran los manjares, y de todo grande abundancia; y dijo en su corazón: No parece bien que los que viven vida solitaria y religiosa, usen de tan varios y ricos manjares; y aplicando al fuego una gran caldera, puso en ella todos aquellos peces, yerbas y demás viandas que tenian diferentemente guisadas, y dijo: Para pobres religiosos buenas son estas poleadas; esto solo coman; pues así basta para el natural sustento: lo demás solo sirve á la gula y deleite. Vinieron á comer los monges, pero llevaron muy mal que su abad les hubiese hecho tan mal guisado; y doce de ellos juntos en consulta resolvieron volver á Dios la espalda, y hacerse amigos del mundo á quien habian renunciado; y así, huyendo por aquellos desiertos, iban buscando las cosas deliciosas del siglo.

Roman tuvo al instante revelacion de la fuga de los doce; y volviendo el abad de su visita le dijo: Si fuiste hermano, á causar la perdicion de nuestros hermanos, mas que nunca hubieras ido. A que respondió Lupicino: Hermano mio muy amado, no recibas pesar de lo sucedido; porque has de saber que la era del Señor se ha limpiado y ha corrido el viento favorable, con que solo el trigo se ha puesto, para guardarse en el silo y trojes, y las pajas se han echado fuera como cosa inútil y sin provecho. Entendió Roman la metáfora, y respondió con dolido: ¡Ojalá que ninguno se hubiese ausentado! Mas con todo hermano mio, te ruego que me digas, ¿quiénes y cuántos son los huidos? Doce vanos, hinchados y soberbios, sin temor de Dios, por lo cual no habita en ellos el Espíritu Santo, son los que han huido, respondió Lupicino. Entonces Roman, derramando gran cantidad de lágrimas de compasion y piedad, dijo así: Creo, y fielmente confio en la gran misericordia de aquel Señor, que se dignó padecer y morir por ellos, que no ha de permitir su total ruina; ántes sí, de esta caída los levantará á su gracia, juntará su tesoro y hará como diestro mercader, de la pérdida ganancia grande. Calló, y en mucho silencio hizo por ellos oracion, en que alcanzó de Dios que les volviese á su gracia. Hízolo el Señor, enviándoles un dolor de corazón tan grande del pasado error, que haciendo todos doce la debida penitencia, llegaron á tan alto grado de perfeccion, que cada uno de ellos instituyó una nueva congregacion, fundando un nuevo monasterio, que hasta hoy perseveran los monges de ellos y sucesores suyos, en continuas alabanzas de Dios. Roman con su oracion consiguió tanto bien: tanto vale la oracion del justo. Y aunque supo por divina revelacion que Dios le habia hecho favor tan grande, no por ello se hinchó; ántes sí mas humilde perseveraba en su sencillez y buenas obras, visitando enfermos y socorriendo á todos con su oracion continua.

Sucedió, pues que yendo un dia á visitar sus hermanos los monges, le cogió la noche en aquel desierto, sin hallar otro albergue que el pobre hospicio donde se curaban y vivian (de los demás apartados) los leprosos, que á la sazón eran nueve. Luego que los vió, se movió su corazón á compasion y piedad; porque abundaba en él el amor y caridad de Dios. Hizo calentar un poco de agua: con ella lavó á todos los pies; y dispuesta una sola pero espaciosa cama en que todos cupiesen, se acostó con ellos, sin que en

su corazón cupiese aquel horror grande que á todos naturalmente causa semejante mal, por ser mas contagioso que la peste. Acostados todos diez, los nueve leprosos se durmieron, velando solo Roman: nó porque le desvelase el cuidado de la infección y contagio de la lepra, sino porque estaba cantándole á Dios salmos é himnos dulces de alabanzas. Cantando así sus salmos extendió la mano, y tocó un lado de uno de aquellos leprosos, y al instante sanó y se vió limpio de la lepra. Tocó á otro y al instante tambien sanó. Despertaron los dos, y hallándose así milagrosamente sanos, limpios y buenos, cada uno tocó á su compañero que mas cerca le estaba, para despertarlo y que desperto rogase á Roman le sanase como á ellos. Pero ¡ó bondad de nuestro gran Dios! y ¡ó poder grande de la virtud de su siervo humilde Roman! al instante que los ya sanos y limpios de la lepra tocaron á sus compañeros, éstos se hallaron como ellos, limpios y sanos; y despertando estos gozosos con su nueva salud, hicieron otro tanto con los compañeros mas cercanos, que fué tocarlos para despertarlos, y todos se hallaron tan sanos y buenos como si en su vida no hubiesen tenido tal lepra, ni otro mal alguno. Llegó la aurora, riéndose sin duda de la sencillez de Roman, y ya claro el día mirólos á todos, y viéndolos á todos sanos, limpios y con nuevo resplandor en los rostros y manos, en vez de las manchas é infección de la contagiosa lepra; dió las gracias á Dios por su gran piedad y misericordia siempre infinita; y despidiéndose de ellos y abrazándolos cariñosamente, les encomendó mucho que siempre ejercitasen en las cosas que eran mas del agrado de Dios y de su santo servicio, si no querian los castigase mas con nueva lepra.

Lupicino, viéndose ya cargado de años y canas, se fué á la ciudad de Januba ó Salebug, en la Borgoña, donde entonces reinaba Chilperico, y al entrar por la puerta de la ciudad tembló la silla en que el rey estaba sentado ya para comer. Asombróse, y dijo á los grandes que le asistían: La tierra ha temblado. Nada hemos sentido, dijeron los presentes. Con todo dijo el rey, id á la puerta de la ciudad á toda prisa, no sea que se nos entre en ella algun enemigo, de quien despues no podamos librarnos; porque no puedo persuadirme á que esta silla, en que estoy sentado, haya temblado sin alguna cosa grande. Fuéron corriendo; y luego dieron con el santo viejo Lupicino, que fué objeto de la vista de todos, tanto por su ancianidad venerable y forastera, como por la estrañeza de su vestido y hábito, que era de pieles toscas. Parecióles un nuevo Elías, y tal nueva la llevaron al rey, como á Achaz hicieron los que al profeta santo, gran celador de la honra de Dios hallaron. El rey mandó se lo trajesen á su presencia, para preguntarle quién fuese, qué vida era la suya, y qué buscaba en su ciudad. Volvieron por él; y puesto en la presencia del rey le dijo: ¿Quién eres, anciano padre? ¿De dónde has venido? Dinos, ¿qué vida es la tuya? ¿Qué buscas en mi ciudad? ¿Qué pretendes de mí? Padre soy y pastor de las ovejas del Señor, dijo el venerable Lupicino, y aunque á estas no faltan las continuas asistencias del Señor mismo, á quien sirven alimentadas con regalos muchos espirituales que son los que sustentan el alma; pero porque mas ejercitados vivan, permíte la Majestad soberana que les falte el corporal sustento: por lo cual he venido á la real presencia de vuestro poder, para pedirnos nos socorrais con algo de lo mucho que por misericordia de Dios

os sobra, para ayudar á nuestro sustento y vestir honesto. Oída por el rey la petición tan cortesana y justa del bendito padre, respondió: Yo, padre, os hago gracia de todos los campos y viñas que eligiereis de mi tierra y señoría, para que vivais con vuestros religiosos, sin que os pueda faltar cosa alguna para comer y vestir, ántes sí con abundancia os sobre. A cuya generosa oferta respondió el abad santo: No conviene que los monges humildes y pobres, dedicados solo á servir al Señor, y cuidar de sus almas, tengan posesiones, viñas ni tierras que les obliguen á vivir solícitos de su cuidado y aumento: méjor será que nos señale vuestro poder alguna cosa de los frutos de esas viñas y tierras, para que vivamos con humildad y parsimonia, sin las grandes necesidades que hoy padecemos, ni la hinchazon y vanagloria de tanta posesion y hacienda. Oyó el rey con grande edificación la humilde respuesta del siervo de Dios, y mandó luego que á los monasterios sujetos á Lupicino se les diese todos los años trescientas fanegas, de trigo, otras tantas arrobas de vino y cien escudos de oro, para que comprasen de qué vestirse: renta que hasta hoy gozan aquellos monasterios.

Volvióse Lupicino á su monasterio, dando infinitas gracias á Dios por sus liberales misericordias; y como le pareciese, por la edad ya anciana y cansada, que así él, como su hermano, ya no podían vivir mucho, le dijo un día estas palabras: Dime, hermano carísimo, ¿en cuál monasterio de los nuestros gustas, que te disponga el sepulcro, para disponer tambien el mio? Porque quisiera descansarémos juntos, los que juntos hemos vivido. Yo, hermano mio, dijo Roman, te estimo y pago tan cariñoso afecto; pero has de saber que yo no seré sepultado en monasterio, donde no pueden entrar mujeres. Ya sabes que á mí, vilísima criatura, la mas indigna del mundo, y que menos sabe agradar á nuestro gran Dios, ha querido su divina Majestad, por solo ser quien es, comunicarme la gracia de curar y sanar de todas enfermedades, con solo tocar mis manos y hacer la señal de la santa cruz: por esta causa, pues, quiere el Señor que mi sepulcro sea fuera del monasterio; para que todos, así hombres como mujeres, gocen el beneficio del remedio, que en sus aflicciones, necesidades y enfermedades vendrán á pedirme: pues te aseguro, que el concurso será siempre grande.

Sucedió, pues, así como el siervo de Dios lo habia profetizado; pues luego que durmió en el Señor, fué sepultado fuera del monasterio, en un montecillo distante de él sobre cuyo sepulcro se fabricó despues un santuosísimo templo, donde cada dia hay grandísimos concursos de hombres y mujeres, de diversas partes del mundo, que acuden por salud y remedio; y todos vuelven á sus casas sanos, buenos y consolados. Allí ven los ciegos, oyen los sordos, hablan los mudos, andan los cojos, sanan los mancebos y quebrados, los paralíticos se levantan, los leprosos son limpios, los enérgumenos son libres de la molestia de los inmundos espíritus, los muertos resucitan; y finalmente, son innumerables los milagros que Dios cada dia obra por la intercesion de su bendito siervo Roman. Lupicino su hermano, dando gracias á Dios por todo, entregó poco despues en sus manos su espíritu, y fué sepultado dentro del monasterio en su iglesia, dejando al Señor, del espiritual tesoro que le habia encomendado, multiplicados los talentos con grandes creces y medros, en

multitud de congregaciones santas, que día y noche, se ocupan en cantarle divinos loores y dulces himnos de eternas alabanzas. Fué la muerte de estos dos benditos hermanos por los años del Señor 563, en tiempo del ya nombrado rey de los francos Chilperico, y la Iglesia celebra la fiesta de Roman á los 28 de febrero, y la de Lupicino á 21 de marzo; y estos días ponen su vida los autores, que de ellos tratan que son Beda, Usuardo, Adon, san Gregorio Turonense, Surio, el martirologio romano y otros muchos.

Está tan llena de prodigios la vida de estos dos hermanos, siervos de Jesucristo, que no se puede fácilmente hacer elección, cual desus muchas y virtuosas prendas, podrá ser estímulo á la devoción é imitación de quien lee (como debe cualquiera), para aprovechar en el camino de su salvación: pues si ponemos los ojos en Lupicino, nos es norma de obediencia, humildad, pobreza, castidad, abstinencia, celo de la honra de Dios, solicitud de que las almas que á su cargo estaban, se salvaran, sabiendo á un tiempo, como buen padre, usar del cariño suave y rigor áspero, haciendo un tan divino taraceado, que quien supiere imitarle, sabrá como él, conseguir el triunfo mayor de su gloria: si los volvemos á Roman, miraremos aquella sencillez de ánimo, con que igualmente trataba con malos y buenos (á estos siendo ejemplo, para que fuesen mejores, y á aquellos, para ser buenos), con hombres y mujeres, con enfermos y sanos, siendo todo para todos; pues todos en él hallaban salud, remedio y consuelo: aquella gracia de sanidad que Dios le había comunicado; pues bastaba tocar su mano, para sanar al que con ella tomaba, de cualquiera enfermedad y dolencia, como se vió en los leprosos y otros infinitos: permaneciendo en ella reina y corona de las virtudes que es la caridad (pues por sola ella le comunicó Dios esta gracia), hasta el fin de sus días, y aun despues de muerto, á quien se había en él sepultado vivo. Bien se vió esto ser así en la respuesta que dió á su hermano, cuando le preguntó donde quería ser sepultado, y él á quien la caridad misma hizo profeta: sería fuera del monasterio, donde pudiesen concurrir hombres y mujeres, para que así él pudiese remediar á todos

igualmente, como lo hace; con tanto número de milagros, por quienes es Dios y será eternamente alabado y bendito en su siervo.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS PRESBITEROS, DIACONOS Y OTROS COMPAÑEROS.—La verdadera caridad siempre ha tenido imitadores. Dios afligia con el azote de la peste á la ciudad de Alejandria por los años 261 y en tiempo del emperador Valeriano, cuando los dichos presbiteros y diáconos, animados de la mas ardiente caridad, se prestaron gustosos á servir á los apestados, perdiendo su vida en tan heroica accion. Si bien estos santos no murieron mártires, con todo la Iglesia los celebra como tales, en razon de haberse sacrificado con religioso amor para con sus prójimos.

LOS SANTOS MACARIO, RUFINO, JUSTO Y TEÓFILO, MÁRTIRES.—Derramaron su sangre por la fé católica, segun el martirologio romano, en Roma, aunque Salazar en su martirologio español, cree poder asegurar que eran españoles, y que murieron degollados en Sevilla en la persecucion suscitada en el reinado del emperador Trajano.

LOS SANTOS CEREAL, PEPULO, CAYO Y SERAPION.—Estos santos padecieron martirio, junto con otros muchos cristianos, en Alejandria, durante la persecucion de Diocleciano. Antes de ser degollados, se les atormentó tan bárbara é impiamente, que los mismos gentiles se mostraron horrorizados y algunos de ellos se convirtieron á la fé de Jesucristo, creyendo que solo una fuerza sobrenatural era capaz de sostener la constancia y la vida de aquellas victimas, en medio de suplicios tan atroces.

LA TRASLACION DEL CUERPO DE SAN AGUSTIN.—La celebra la Iglesia en este día, desde que fué trasladado de Africa á Cerdeña, y de aquí á Pavia.

DIA 29.

En los años bisieptos la Iglesia repite el día 25 la lectura de la vida de los santos que van continuados el día 24, y así sucesivamente, de manera que al 29 tocan los del 28.

MARZO.

DIA 1.
EL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA.—En algunas iglesias de España se celebra la fiesta del Ángel de la Guarda: en unas en 1.º de marzo y en otras en otros días y meses diferentes, y con mucha razon; porque puesto caso que en la fiesta del arcángel san Miguel, que es á los 29 de setiembre, toda la Iglesia hace gracias á Nuestro Señor por los beneficios que continuamente de él recibe por mano de los santos ángeles, y le alaba por haberlos criado tan excelentes, tan sabios, tan gloriosos y tan conjuntos consigo y honra á los mismos espíritus soberanos, como ciudadanos del cielo y cortesanos, privados y ministros de Dios y presidentes y gobernadores de todas las cosas inferiores, todavía son tantas y tan grandes y continuas las mercedes y favores que cada uno de nosotros recibe del ángel particular de su guarda, que es cosa justa y muy

debida, que se le haga fiesta particular, para despertarnos y animarnos mas con ella al servicio del Señor, y para pagarles á ellos y agradecerles, en la manera que podemos, el cuidado, vigilancia y solicitud, que perpetuamente tienen de nosotros, porque es cosa cierta y muy recibida entre los santos doctores, que todos los hombres (fuera de Cristo Nuestro Redentor) desde el punto que nacen del vientre de su madre y entran en este mundo, tienen un ángel custodio, deputado de Dios para su guarda y defensa. Y dicese, que Cristo no le tuvo; porque siendo Dios y Señor de los ángeles, no tenía necesidad de ángel que le guardase, ántes era conveniente, que todos los ángeles le sirviesen, como lo hacían. Y tambien se dice que esta guarda y custodia comienza, desde que la criatura sale á luz de las entrañas de su madre; porque mientras está en ellas, el mismo ángel que guarda á la madre, guarda la criatura, como el que guarda un árbol cargado

de fruta, juntamente con el árbol guarda la fruta; que está en él. Este beneficio que Dios hace al hombre, en darle un ángel particular que le ampare, defienda y mire por él, es admirable, singular y divino, porque no contentándose aquella soberana Majestad de haberle dado para su servicio cielos, elementos y los cuerpos mixtos, y en suma todas las criaturas corporales y haberle hecho como señor y presidente del universo, ha querido que los mismos ángeles sean ayudadores, tutores y curadores de los hombres, y que una criatura tan noble, tan excelente, tan espiritual y llena de gozo, poder y sabiduría, sea como ayo, maestro y guía, que se da á un niño para formar sus costumbres, y alumbrar su ignorancia y enderezarle por las derechas sendas de la verdad. Y si Alejandro Magno dijo que estimaba mas el tener por maestro á Aristóteles que el ser hijo de Filipo, rey de Macedonia, ¿con cuánta mas razon podrá cualquier hombre gloriarse de tener por maestro á un ángel que es tanto mas sabio que todos los filósofos, y tanto mas poderoso que todos los príncipes del mundo? La necesidad que tenemos de este socorro celestial, y ayuda de los ángeles, nace de nuestras almas inmortales y compañeras de los mismos ángeles; y las que han de henchir las sillas que dejaron vacías aquellos espíritus rebeldes que de ellas cayeron: y tambien, por ser nosotros ignorantes y flacos, y tener grandes, astutos y poderosos enemigos, que en este camino deleznable y peligroso como leones hambrientos nos rodean y sin cesar nos persiguen, y para reprimirlos habemos menester quién nos ayude, alumbrando nuestra ignorancia, esforzando nuestra flaqueza, resistiendo, debilitando y desarmando á tan crueles y porfiados adversarios. Lengua de ángel seria menester, para referir y explicar dignamente los beneficios que continuamente recibimos por manos de los santos ángeles custodios; porque son tantos, que nosotros no lo sabemos ni lo entendemos: porque ¿quién entenderá lo que el demonio procura dañar á la criatura en saliendo del vientre de su madre, para que no reciba el agua del bautismo, ó quede ciega, manca, contrahecha en el cuerpo, y sin juicio y seso en el alma? ¿Quién las veces que, despues que llega á los años de discrecion, la ofusca y embaraza, para que no conozca y ame al sumo Bien, y encamine sus pasos al Señor que la crió? Al cual resiste el santo ángel, alumbrando el entendimiento é inflamando la voluntad del hombre, para librarlo de los peligros del alma y del cuerpo. ¿Cómo detiene á su pupilo y encomendado que va á caer! ¿Cómo lo desvia de los tropiezos para que no caiga! ¿Cómo pone la mano como una almohada blanda para que no se quebrante y haga pedazos cuando cae! ¿Cómo le levanta despues de caido! ¿Cómo deshace los lazos que le arma el demonio, y le descubre el anzuelo que debajo del cebo del deleite y gusto está escondido! Y si alguna vez le traga, ¿cómo quiebra el hilo á que estaba asido y se le hace vomitar! ¿Qué diré de las inspiraciones santas, de tantas amonestaciones saludables, de los consejos provechosos, de los remordimientos amargos, de las reprehensiones y sofrenadas necesarias, para que tome bien el freno, y asiente el paso, y se deje regir y guiar de Dios? ¿Cuántas veces el hombre virtuoso y deseoso de su salvacion, se halla triste y afligido, y le parece que el camino de la virtud es áspero, horrible é inaccesible, y desmaya y desfallece, y como otro Elias pide al Señor que le lleve de esta vida y

se echa á dormir á la sombra del enebro; y el ángel le despierta, le consuela y esfuerza, y le hace comer el pan de vida, en cuya virtud alentado, anda, corre, vuela como llevado en manos de su ángel, hasta llegar al santo monte de Horeb! Que esto es lo que dice el real Profeta: «El Señor mandó á sus ángeles que tuviesen cuidado de ti y te guardasen en todos tus caminos.» Ellos te llevarán en sus manos, para que no caigas ni tropieces: ellos son los que, estando nosotros descuidados, cuidan de nuestro bien y velan cuando dormimos, y están siempre á nuestro lado armados para nuestra defensa: ellos son los que se alegran con nuestras espirituales ganancias, y se entristecen con nuestras pérdidas: los que ofrecen nuestras oraciones y buenas obras al Señor, y le piden perdon por nuestros pecados: ellos son los que á la hora de la muerte con mas particular vigilancia nos asisten, para librarnos de la boca del infierno é infernal dragon, que en aquella hora nos querria tragar: los que acompañan nuestras almas y las presentan á Dios; los que las visitan y consuelan en el purgatorio; y finalmente los que en todos nuestros trabajos y peligros del alma y cuerpo, en todos los bienes y males, en las cosas prósperas y adversas, de día y de noche, en todo lugar y tiempo, nos asisten, acompañan, amparan, defienden y aprovechan; algunas veces entendiendo nosotros los beneficios que nos hacen, y las mas no entendiéndolos por ser tantos y tan ocultos, y porque consisten, no solamente en los bienes que conocemos que por su mano recibimos, sino tambien en los males de que sin saberlo ni entenderlo nosotros nos apartan, y con su providencia los previenen y desvian. Todo esto hacen los santos ángeles por su caridad y humildad, y por el conocimiento que tienen de la grandeza y majestad soberana del Señor, y por el deseo de servirle, reputándose felicísimos, porque él quiere servirse de ellos, aunque sea en cosa tan baja, como ser ayos y maestros de los hombres, que en su comparacion son como niños respecto de varones sapientísimos. De este beneficio tan señalado é inefable que el Señor hace al hombre, dándole un ángel para su guarda, dice el gran doctor de la Iglesia san Agustín unas palabras gravísimas; que por ser tan á propósito para declararle, me ha parecido poner aquí: «No os habeis contentado, Dios mio, dice, con haberme hecho señor de todas vuestras criaturas, sino que me habeis dado aquellos soberanos espíritus, para que sean ángeles, y guardas, y defensores míos, y en todos mis caminos me acompañen, para que no tropiece ni caiga. Estas son las centinelas que velan siempre sobre los muros de esa nueva Jerusalem: son los montes que la cercan: las guardas que nos defienden: los ciudadanos de esa bienaventurada ciudad nuestra madre, que vos enviáis para bien de aquellos que han de ser herederos de vuestra gloria, para que los acompañen en todos sus caminos, y defiendan de sus enemigos, y los amonesten y esfuerzen, y ofrecen sus oraciones delante del acatamiento de vuestra soberana Majestad. Con gran cuidado y vigilancia, en todos lugares y en todas horas nos asisten, y nos socorren, y proveen en nuestras necesidades, y son medianeros solícitos entre vos y nosotros, ofreciéndonos nuestros suspiros y gemidos, y alcanzándonos vuestra gracia y bendicion. Andan con nosotros por todos nuestros caminos: entran y salen con nosotros, considerando con grande atencion la piedad y honestidad con que conversamos, y con cuánta ansia y deseo buscamos

vuestro reino y vuestra justicia, y con cuánto temor y pavor os servimos y nos alegramos en vos. Ayúdanos cuando trabajamos: defiéndennos cuando reposamos: coronáennos cuando vencemos: compadécense cuando padecemos por vos; y gozánse cuando nos gozamos con vos. Grande es el cuidado que tienen de nosotros; grande el afecto de su caridad, y todo nace por honrar aquella vuestra inestimable caridad con que nos amasteis: porque estos aman á los que vos amais: desamparan á los que vos desamparais; y aborrecen á los que obran mal porque vos los aborrecéis. Cuando hacemos bien, los ángeles se alegran y los demonios se entristecen: cuando nos apartamos de la bondad, alegramos á nuestro enemigo y privamos á nuestros ángeles de gozo; porque ellos se gozan cuando el pecador hace penitencia, y el demonio cuando el justo vuelve atrás. Pues, ó Padre santísimo, dadnos gracia, para que estos santos ángeles siempre tengan gozo por nosotros; y vos por ellos seais siempre alabado en nosotros, y con ellos vengamos á ser una manada y rebaño, y todos juntos os glorifiquemos, como á Criador de los ángeles y de los hombres. Cuando digo esto, Señor, yo os confieso y alabo por este tan alto beneficio, y por habernos dado los ángeles por guardas y tutores; pues con habernos dado para nuestro servicio todo lo que está debajo del cielo (como si fuese poco), habeis añadido lo que está sobre los cielos. Los mismos ángeles, Señor, os bendigan por este vuestro favor, y todos vuestros santos os ensalcen; porque vuestro nombre es admirable en toda la tierra.»

Todo esto es de san Agustín, que declara admirablemente cuán grande sea este beneficio que nos hizo el Señor, y en qué consiste la guarda de los ángeles, y el reconocimiento y agradecimiento que les debemos por ello; y esta es la causa de la institución de esta fiesta.

Pero para que cumplamos enteramente con nuestra obligación, á mas de celebrarla con especial gusto y devoción, cuatro cosas debemos hacer para provecho nuestro, en retorno y recompensa de los regalos y favores que recibimos del Señor por ministerio de nuestros santos ángeles. De las tres, el melifluso san Bernardo, declarando aquellas palabras: *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis*, dice de esta manera: «¡Cuán grande reverencia, devoción y confianza deben causar en tu pecho estas palabras del real profeta! La reverencia por la presencia de los ángeles, la devoción por su benevolencia, la confianza por la guarda que tienen de tí. Mira, que vivas con recato donde están presentes los ángeles, porque Dios les ha mandado que te acompañen y asistan en todos tus caminos: en cualquiera posada, y en cualquiera rincón ten reverencia y respeto á tu ángel, y no cometas delante de él lo que no osarias hacer en mi presencia.» De suerte, que quiere san Bernardo que hagamos lo que algunos filósofos enseñan que debemos hacer para componer y reformar nuestras vidas: los cuales dicen, que para irse el hombre á la mano y no dejarse llevar de sus apetitos y gustos, ni decir ni hacer cosa que desdiga la gravedad y decoro, digno de un varón perfecto, debe hacer cuenta que tiene á su lado alguna persona á quien tenga gran respeto y amor, y que está atenta á todo lo que dice y hace: porque así no hará, ni dirá cosa que le pueda desagradar ni ofender: y aquella imaginación y figura le servirá de freno, para que no se descomponga ni

deslice en cosa indebida, en dicho ni hecho. Pues lo que nos enseña san Bernardo es, que tomemos á nuestro ángel custodio por testigo de nuestras palabras, meneos y acciones, para que no hagamos en presencia de él, lo que no haríamos en presencia de otro hombre, que por mas grave que sea, siempre será inferior al ángel, y á quien debemos ménos respeto. Dico mas, que debemos tenerles gran devoción, por la benevolencia y amor que nos tienen: porque si el amor natural engendra amor, y las dádivas, como dicen, quebrantan piedras, ¿qué duro, inhumano y empedernido será el pecho, que con tantas y tan continuas dádivas del ángel de su guarda, no se deje quebrantar y ablandar? Y de aqui se sigue la tercera cosa, que dice san Bernardo, de la confianza que debemos tener por la defensa y protección de los ángeles; porque como el mismo santo añade, ellos no solamente están con nosotros, sino por nosotros, prontos piedras y aparejados para nuestro favor: están presentes para defendernos: están presentes para aprovecharnos; y añade: «Seamos pues devotos; seamos agradecidos á tan excelentes guardas y centinelas; reverenciémoslos y honrémoslos cuanto debemos.» Y en otra parte dice el mismo santo, y lo trae san Buenaventura: «El santo ángel es un fiel parantíno que sabe el amor recíproco que hay entre Dios y el alma, y no tiene envidia, porque no busca su gloria, sino la del Señor. Es medianero entre el amado y la querida, ofreciendo los deseos de la una y trayéndole los dones del otro, despertando á la esposa, y aplacando al esposo: y algunas veces, aunque pocas, les junta entre sí, arrebatando el alma, ó trayéndola á su amado para que en él se goce; porque es criado doméstico y familiar, y conocido en el palacio y cámara real, y siempre ve la cara del rey; y por eso no teme ser desechado, ni que le será negado lo que pide.» Pero la cuarta cosa que debemos hacer con el ángel de nuestra guarda, es la mas importante y principal, que es la obediencia que debemos tener á nuestros santos ángeles, oyendo sus voces interiores y saludables consejos, como de tutores, curadores, maestros, guías, defensores y medianeros nuestros, así en huir de la culpa del pecado, como en abrazar la virtud, y crecer en toda perfección y en el amor santo del Señor. Un enemigo tenemos, que desea y procura intensamente nuestra perdición, que es el demonio; y un amigo cierto y verdadero, que es el ángel de nuestra guarda, el cual con todas sus fuerzas trata de nuestro bien: el demonio nos persigue por el odio de Dios y por envidia que tiene á nuestra felicidad, para que no ganemos lo que él perdió: y el santo ángel custodio es tan solícito y cuidadoso de nuestro bien, por el amor que tiene al Señor y á nosotros, por ver lo que el Señor nos ama, y cuán encarecidamente le encomendó nuestra tutela y protección. Pues ¿qué desatino es oír á nuestro cruel enemigo y seguir los consejos del que no se goza sino con nuestra tristeza, ni tiene contento sino en nuestros tormentos y penas; y cerrar los oídos á las amonestaciones y avisos de un amigo cordial y fiel, que llora por nuestras culpas, y se alegra con nuestros merecimientos, y triunfa con nuestras victorias? Todas las veces que se nos propone algun bien que hagamos ó algun mal que huyamos, sentimos esta lucha y batalla espiritual dentro de nosotros mismos: porque nuestro enemigo quiere estorbar lo bueno é inclinarnos á lo malo; y el santo ángel al contrario, pretende detenernos, para que no caigamos

en lo malo, y movernos é inclinarnos á todas las obras de virtud: y nosotros, si no somos locos é insensatos, debemos obedecer al ángel de nuestra guarda como á consejero sapientísimo, y amigo fidelísimo, por alegrarle, y aprovecharnos, y aborrecer y desechar las sugerencias de Satanás, para entristecerle y librarnos de su tiranía, alabando al Señor por todos los otros beneficios que de su liberalísima mano habemos recibido, y especialmente por este de los santos ángeles, que nos ha hecho; que de esta manera celebraremos la fiesta de hoy, como debemos, para gloria y ensalzamiento del Señor, honra de los mismos santos ángeles, y fruto de nuestras almas, y seremos partícipes de su bienaventuranza: la cual por la intercesion de los mismos ángeles nos dé el Señor, que para ella nos crió.

* SAN ROSENDO.—En Valdesalas, pueblo de Galicia en España nació este santo hijo de los condes de Menendez. Deseaban estos vivamente tener sucesion, y como el conde nombrado general de las tropas del rey don Alonso el grande pasara á la ciudad de Coimbra, para defenderla de la inundacion de los agarenos; su esposa Ilduara, puesta en dicha ciudad, se ocupaba incesantemente en la práctica de las virtudes. Profesaba una tierna devocion al Salvador de los hombres, á cuyo fin dirigíase muy amenudo, sola, y con los piés descalzos á un vecino monte no muy distante de Valdesalas donde habia una iglesia dedicada al Salvador. Allí su espíritu contemplaba las perfecciones de su Dios, oyendo con suma devocion los divinos oficios, cuando hé ahí que orando con fervor y quedándose dormida delante del altar, se le aparece un ángel y la dice: Ilduara, alegrate, Dios ha oido tus fervorosas oraciones, concebirás y parirás un hijo, que por sus extraordinarias virtudes será muy amado de Dios y de los hombres. Al despertar la condesa, reconoce en la vision un favor singular del cielo y despues de rendir gracias al todopoderoso, hace sabedor á su esposo de cuanto pasaba. Quedó cumplido quanto le dijera el ángel, concibe, y á los 26 dias del mes de noviembre del año 907 dió á luz un niño á quien se le impuso por nombre Rosendo. Con el mas especial cuidado educaron sus padres á este niño, y fué tanta la aficion que mostró á la virtud, que todas sus ocupaciones eran ejercitarse en el estudio y en devociones á Jesucristo y á la Virgen María. No solo se ocupaba en instruirse en la ley de Dios y meditarla sino que dedicándose al estudio de las letras divinas y humanas, hizo en ellas tan rápidos progresos que aventajaba á todos sus condiscipulos. Su trato dulce y afable llamaba la atencion de cuantos le trataban, por manera que era pública la fama de su modestia, de su castidad, de su amor para con los pobres y de su grande piedad.

Las virtudes que resplandecieron en Rosendo movieron al clero y pueblo á elegirle por su obispo, contando solo diez y ocho años, y si bien aceptó esta dignidad, no fué por las instancias de los fieles, sino por una revelacion que tuvo del cielo. Elevado al obispado de Dumio, á manera de una antorcha colocada sobre el candelero, esparció sus luces por toda la Iglesia del Señor. Su especial cuidado fué enseñar á los fieles los principios religiosos é inculcarles la práctica de las virtudes; á este fin predicaba continuamente, y sus discursos producian un efecto admirable. En medio de sus atenciones su corazon suspiraba siempre por la soledad; así es que para entregarse mas

libremente á Dios mandó edificar un monasterio conocido aun hoy dia con el nombre de Celanova, haciendo en el villa monástica junto con otros monges.

Rosendo gozaba en la soledad de todas las delicias que podia apetecer su corazon; pero Dios tenia otros designios con respecto á él, disponiendo que pasara á Compostela á gobernar aquella silla episcopal. La misma prudencia, el mismo celo que tenia en Dumio, desplegó en Galicia granjeándose la estimacion de todos sus diocesanos. El rey don Sancho por aquellos tiempos tuvo que ausentarse de Galicia, y aprovechando esta ocasion los normandos, invadieron aquel reino, causando innumerables estragos. El santo obispo afligido á vista de tantos males se presenta á los normandos, y con la gracia de Dios pudo tanto, que los arrojó de Galicia como tambien á los moros, que asolaban la parte de Portugal confinante con Galicia.

Nunca se apartaba del entendimiento de Rosendo la idea de la soledad y suspirando de continuo por ella, renunció el obispado, retirándose otra vez á Celanova, siendo ejemplar modelo de pobreza, humildad y penitencia. Ejerció algunos años el cargo de abad, y conociendo se acercaba el fin de su vida, habiéndose preparado dignamente entregó su alma á Dios el dia 1.º de marzo del año 977, á los sesenta de su edad. Su sepulcro, glorificado por los continuos milagros, y la fama de su santidad movieron al papa Celestino tercero á colocar á Rosendo en el número de los santos.

SANTA EUDOXIA, PENITENTE Y MÁRTIR.—A principios del segundo siglo vivia en Heliópolis una famosa cortesana, llamada Eudoxia, natural de Samaria, de donde se habia alejado para entregarse con mas libertad á su vida licenciosa. Era tenida por la mayor hermosura de su tiempo; y además juntaba á sus bellas prendas corporales un entendimiento vivo y brillante, y un genio alegre y festivo, calidades que cautivaban los corazones, y los detenian en sus redes. Ninguna dama metió jamás tanto ruido, y acaso ninguna hizo nunca tanto daño. Vivía Eudoxia entregada á los mas escandalosos desórdenes, cuando el Señor vino á buscar á esta oveja perdida, y quiso descubrir á aquella segunda Samaritana las saludables aguas de la gracia. Por medio de un santo monge que estaba hospedado al lado de su casa, conoció Eudoxia las eternas verdades, y locada de la virtud de Dios, renunció á sus disoluciones, recibió el bautismo, distribuyó sus riquezas á los pobres, y emprendió una nueva vida, en la cual fué modelo insigne de las mas heroicas virtudes. Retirose al desierto á hacer penitencia de sus pasados extravíos, y desde entonces ya no fué mas que una prolongada serie de oracion y de rigores la vida de esta heroína. Pero el infierno, que se avergonzaba de la derrota sufrida, emprendió todo género de ataques contra la santa, y la combatió con toda especie de halagos. Sin embargo, la Providencia prevenia aquellas virtudes con abundancia de preservativos y de todos los combates y salió victoriosa la fé de Eudoxia. Su permanencia en el desierto fué además señalada con una porcion de milagros, obrados en favor de los que se acercaban á ella y se encomendaban á sus oraciones. En tiempo del emperador Trajano, habiéndose levantado una general persecucion contra los cristianos, fué en ella Eudoxia víctima sacrificada á la gloria de Jesucristo. Temiendo el prefecto que si perseguia á la santa abiertamente, tal vez concitaria contra sí mismo la ira popular, la

mandó degollar en secreto, el día 1.º de marzo del año 114.

LA CONMEMORACION DE DOSCIENTOS SESENTA SANTOS MÁRTIRES.—Fueron martirizados en el anfiteatro de Roma para diversion de los paganos; en tiempo del emperador Claudio, el año 272.

LOS SANTOS LEON, DONATO, ABUNDANCIO, NICÉFORO Y OTROS NUEVE COMPAÑEROS.—Padecieron martirio por la fé en Roma en el siglo III.

SAN HERMETO Y SAN ADRIAN, MÁRTIRES.—Murieron en Marsella, el año 290, reinando el emperador Diocleciano.

SANTA ANTONINA.—Había nacido y vivía en Nicea de Bifinia en tiempo del emperador Diocleciano, cuando fué encarcelada por cristiana, y habiéndola querido obligar á dejar su religion y ofrecer incienso á los ídolos, se resistió valerosamente. Atormentada con varios suplicios, de los cuales la libró constantemente la proteccion de su esposo Jesucristo por medio de sus ángeles, fué al fin metida en una cuba, y echada á la laguna de la ciudad de Nicea, donde terminó gloriosamente sus dias ahogada, por los 294 de la era actual.

SAN SUIBERTO.—Fué obispo apostólico de los frisonos, bátavos y holandeses, enviado por el papa san Sergio. Es el apóstol de la Alemania, que convirtió á la fé de Jesucristo, muriendo despues en Werda el año 713.

SAN ALBINO, OBISPO DE ANJOU.—Esclarecido en virtudes y santidad, fué primero monge y murió en medio de su rebaño el día 1.º de marzo del año 549.

SAN SIVIARDO, ABAD EN MAINE DE FRANCIA.—Fué célebre por su rara abstinencia, por su profunda humildad y por su perfecta observancia de todas las reglas de la vida monástica. Floreció en el siglo VII, y murió santamente á principios del año 647.

SAN ERCULANO, OBISPO DE PERUGIA EN ITALIA.—Era natural de Siria: fué pastor celoso é infatigable en el desempeño de su santo ministerio. Cuando la invasion de los bárbaros del norte, quiso oponerse á sus estragos, y fué degollado por orden de Tótila rey de los godos. Su cuerpo, segun escribe san Gregorio papa, se encontró, despues de cuarenta dias de su degollacion, entero y sin ninguna señal de haberle pasado la espada. Su martirio sucedió en el año 547.

DIA 2.

SAN CEADA, OBISPO DE YORK.—San Ceada fué un varon santísimo y doctísimo, hermano de Ced, obispo de los orientales ingleses y por sus méritos vino á ser abad de un monasterio, llamado Lentisgeo. El rey Osinu tenia la corona de aquel reino en esta ocasion, y deseaba mucho que en su reino hubiese obispo, que se hallaban sin él, y como tardase en volver de Francia san Vilfrido, que habia ido á consagrarse, acordó de enviar á Ceada á Cantorberi, que antiguamente se llamó Cantua, para que su arzobispo le ordenase y consagrarse por obispo de Eboraco, ahora llamada York, y fué acompañándolo Eadhedo, capellan del mismo rey; el cual despues en tiempo del rey Efrido vino á ser obispo de Ripa. Llegaron á Cantorberi y hallaron muerto á Deusdedit, que era el arzobispo á quien iban; por lo cual se fueron á Vinis, obispo que era de los occidentales sajones, el cual tomando otros dos obispos de

la Gran Bretaña, por acompañados, le consagró; y Ceada con esto se fué á su iglesia, donde vivió con vigilancia, verdad eclesiástica, humildad, castidad, pureza y gran parsimonia.

Ejercitábase en leer en la sagrada Escritura, y en predicar por las villas, aldeas y caserías, caminando siempre, por imitar en todo á los santos apóstoles. Por este tiempo vino Vilfrido de Francia, y comenzó á administrar el obispado de York: lo cual visto por Ceada, no se inquietó; ántes con humildad profunda se recogió á un monasterio suyo llamado Talestigahe. Sucedió pues, que Tarumano, obispo de los mercios, pasó de esta vida, y el rey Vulfero envió á rogar al obispo san Teodoro que le ordenase un obispo, y Teodoro, por hacer bien á aquella tierra, permitiéndolo el rey Osinu, le envió al bendito Ceada; y así fué recibido por obispo de los mercios y lindisfaros, donde con gran perfeccion y ejemplo raro de su vida y santas virtudes, ordenó las cosas de toda aquella tierra, segun el orden y ejemplar de los antiguos santos padres. El rey Vulfero le dió una gran tierra en la provincia de Lindisi, para que allí edificase un monasterio. Puso su silla episcopal en una ciudad llamada Litfelt, donde murió y fué sepultado su santo cuerpo, y allí quedó por muchos años la silla de sus sucesores los obispos. Hizo una casa junto á la iglesia, donde vivía con siete ú ocho compañeros honestos y virtuosos, gastando en leer y orar el tiempo que le sobraba despues de cumplidos los divinos oficios.

Entre sus muchas y grandes virtudes, sobresalia en el temor de Dios, que era tan grande, que en todas sus cosas y acciones lo mostraba bien. Si estando leyendo ó haciendo alguna cosa, venia acaso algun poco de viento mas de lo acostumbrado, se levantaba é invocaba la misericordia del Señor, suplicándole con humildad usase de ella con todo el género humano. Si el viento se hacia fuerte, luego cerraba el libro; y postrado en tierra se ponía en oracion. Si tronaba ó relampagueaba, se iba muy solícito á la iglesia; y con salmos y oraciones, estaba fijo orando al Señor hasta que el tiempo se serenaba. Preguntándole algunos por qué hacia estas cosas, solia responder: ¿No leisteis, que tronó del cielo el Señor, y el Altísimo envió sus sactas y destruyólas: multiplicó los rayos y conturbólos? Mueve el Señor los aires: conmueve los vientos: tira los rayos y trueno del cielo, para despertar á los que duermen en la tierra, á que teman, para atraer sus corazones á la memoria del juicio, que está por venir, para desvanecer su soberbia y turbar su osadía, trayendo á la memoria y entendimiento aquel temeroso tiempo, cuando ardiendo los cielos y las tierras, ha de venir en las nubes con grande espanto y majestad á juzgar los vivos y muertos: por lo cual nos conviene, que pues nos envía sus celestiales amonestaciones, le respondamos con debido amor y temor santo: de tal manera, que si conmueve el aire y alza la mano casi para herir con la amenaza, nos pongamos en oracion y alcancemos su misericordia, para que no nos hiera y castigue: y escudriñando nuestras conciencias, purguemos la hez de nuestros vicios, y nos tratemos de tal manera, que no merezcamos ser heridos de su ira; oídos, sí, de su misericordia infinita.

Pasados dos años y medio, despues que habia puesto su silla en Litfelt, vino el tiempo del fin de su peregrinacion: y un dia estando en oracion, solo con uno de sus compa-

neros llamado Ovino, el cual era monge, y para mayor perfeccion se habia venido à vivir con él por estudiar y aprender de sus muchas virtudes; sucedió que el tal Ovino oyó una música suavisima de muchos que cantaban y se regocijaban, bajando del cielo à la tierra. Primero la oyó de la parte de entre oriente y septentrion, y de allí se vino acercando, hasta que entró en el oratorio del santo obispo; y al instante se llenó todo de divina, dulcísima y suavisima armonía. Estando pues Ovino con cuidado qué sería aquello; oyó y vió como de allí à media hora subía por el techo del mismo oratorio la misma suavidad de voces y divina música, y que poco à poco se subía à los cielos: por lo cual estuvo un rato suspenso, discurriendo y escudriñando en su ánimo qué sería aquello. A este tiempo oyó que el santo obispo habia abierto la ventana del oratorio, y dicho, que si alguno habia fuera entrase. Entró Ovino entonces, y el santo obispo le dijo: Anda, vé à la iglesia y llama al hermano Osinu, y venid los dos acá. Llegados los dos à su aposento les amonestó primeramente, que tuviesen amor y paz con todos, y que siguiesen y cumpliesen los preceptos y reglas de vida, que de él habian aprendido, y oído de otros; despues les dijo, como habia de partir presto de esta; y añadió: porque aquel amable huésped que solia visitar à nuestros hermanos, tambien ha sido servido de venir hoy à mí y llamarme de este siglo; por lo cual, volved à la iglesia y decid à los hermanos que se acuerden de prevenir mi muerte para con el Señor, con vigiliass, oraciones y buenas obras. Oídas estas razones por los dos, quedaron muy tristes y desconsolados, y con lágrimas muchas se fueron à la iglesia. Volvió despues Ovino solo; y postrado à sus piés, le dijo: Ruegote padre me des licencia para preguntarte. Pregunta lo que quieres, dijo el santo Ceada. Ovino dijo: Suplicote me digas, ¿qué música era aquella que oí de aquellos que bajaban del cielo à este tu oratorio? À que respondió con humildad vergonzosa el siervo de Dios: Si oíste las voces, y conociste que eran de compañías celestiales, ruegote en nombre del Señor, que no lo digas à persona alguna àntes de mi muerte. A la verdad los ángeles fueron que vinieron à llamarme para los celestiales premios que yo siempre amaba y deseaba; y prometiéronme, que despues de siete dias volverian y me llevarian consigo. Lo cual se cumplió así como lo dijo; porque luego vino à desfallecer en el cuerpo, y cada dia se le aumentó la enfermedad, y al dia séptimo recibió el santísimo Sacramento; y saliéndosele su bendita alma del cuerpo, la recibieron los santos ángeles, y llevaron à los eternos gozos de la bienaventuranza, segun se lo habian prometido. Murió el segundo dia de marzo, y su santo cuerpo fué sepultado en la iglesia de Santa María. Despues se fundó una iglesia à invocacion del Príncipe de los apóstoles, donde fueron trasladados sus santos huesos, y en ambos lugares hizo el Señor por sus méritos infinitos lugares. Escribió su vida Beda en el libro III de su Historia eclesiástica inglesa, cap. 28; y lib. 4 cap. 3; y dice fué ordenado en obispo por los años de 664, en tiempo de Vitaliano pontifice: la traen asimismo Sanctoro, el Martirologio romano y otros.

Gran virtud es la del temor santo de Dios: no puede dejar de obrar bien quien teme à Dios: afirmalo el Espíritu Santo, y él mismo dice, que al temeroso de Dios le sucederá todo bien, y sobretodo en los extremos ó en el fin

de la vida, que este es el sentir del Espíritu Santo. Ya se vió cuán bien le fué en los extremos al gloriosísimo Ceada, pues siete dias àntes bajaron los ángeles à darle suaves músicas, de aquellas con que sin cesar asisten y cortejan la divina y soberana majestad del Todopoderoso; y luego volvieron à llevar su bendita alma à los cielos, para presentársela à su Criador. ¿Pudo irle mejor, ni sucederle mas bien en los extremos? Claro está que nó. Temia à Dios; ¿qué mucho? Temámosle todos, que à todos nos sucederá bien en los extremos y fin de nuestra vida.

* SAN SIMPLICIO.—Gobernó la Iglesia universal despues del papa san Hilario, y fué natural de Tivoli. Su sabiduría era tan grande y tan extraordinaria su piedad, que era reputado como otro de los hombres mas eminentes de su tiempo. Las herejias infestaban el hermoso campo de la Iglesia en el occidente, cuando este santo gobernaba la Iglesia; pero su celo y sabiduria no solo atajaron los errores, si que tambien animaron à los demás à que los combatieran. Sacó de las sillas de Alejandria y Antioquia à Pedro Monge y à Pedro el Batanero, colocando en su lugar à dos obispos católicos. Su perspicacia y talento descubrieron los artificios de que se valia Acacio de Constantinopla para engañarle; así es que procuró evitar el cisma que despues dividió à las dos Iglesias de Oriente y Occidente hasta el papa Hormisdas. Despues de muchos trabajos murió santamente este prelado el dia 27 de febrero del año 483.

— LA CONMEMORACION DE OCHENTA SANTOS MÁRTIRES.—No queriendo comer de la carne sacrificada à los idolos, ni adorar la cabeza de una cabra, fueron muy cruelmente muertos por los longobardos, en Campaña, por los años 579.

— LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES.—En tiempo del emperador Alejandro, siendo prefecto de la ciudad Ulpiano, despues de haber padecido muchos tormentos, por último fueron degollados en Roma por el mes de marzo del año 224.

— SAN JOVINO Y SAN BASILES.—Fueron martirizados en Roma en la vía Latina, siendo emperadores Valeriano y Galieno, por los años 258. Sus cuerpos fueron enterrados en el cementerio de Tertuliano, y trasladados despues por el papa san Esteban à la Basílica de los santos apóstoles, y posteriormente à la iglesia de San Lorenzo.

— LOS SANTOS PABLO, HERACLIO, SECUNDILA Y GENARA.—Padecieron martirio en el Puerto romano, se ignora cuándo, y sus reliquias se conservan en la iglesia del convento de trinitarios descalzos de la ciudad de Zaragoza.

— SAN LUCIO OBISPO, español, segun Salazar, SAN ASALON Y SAN LORGIO.—Estando estos tres santos, con otros muchos compañeros suyos, en Casarea de Capadocia, ocupados en ejercicios de piedad, y en propagar por aquellas regiones la luz del Evangelio, levantóse la persecucion de Diocleciano, y en ella fueron envueltos, siendo presos, atormentados y condenados à la última pena, por no querer abjurar la religion que profesaban.

— SAN HEMETERIO Y SAN CELEDONIO MÁRTIRES.—San Isidoro y san Eulogio, Prudencio, Usuardo y otros autores graves dicen que san Hemeterio y Celedonio, siendo Máximo y Asterio los jueces, fueron martirizados en Calabor

por la fé de Nuestro Señor Jesucristo; y no solo estos tiranos los mataron, sino vedaron con grandes penas, que ninguno pusiese por escrito ni tratase de su martirio, y lo que ya se habia escrito, lo mandaron buscar y quemar. Pero mas pudo la providencia de Dios, y la devocion y celo de los cristianos, para conservar la memoria del martirio de estos santos, que la malicia de los gentiles para oscurecerla y sepultarla. Eran naturales de Leon, y soldados como hijos de soldado y centurion san Marcelo. Entendieron que en la ciudad de Calahorra tendrian mejor ocasion para el martirio: y aunque le pudieron escusar estándose quedos; movidos del Señor é inflamados de su amor, deseando imitar á su santo padre y derramar su sangre por el Emperador del cielo que los llamaba á tan gloriosa empresa y corona, se fuéron por su voluntad á Calahorra, y se pusieron en donde habia mayor peligro. Algunos martirologios dicen, que fueron presos en Leon, y que allí comenzaron á padecer, hasta que con larga continuacion de sus tormentos los llevaron presos y aherrojados á Calahorra. Lo cierto es que allí fueron degollados; y todos afirman que ántes padecieron gravísimos tormentos. El poeta Prudencio dice, que fué tan larga la prision, que les creció mucho el cabello, y la misma prision tan larga, que por sí era harto tormento: y san Isidoro advierte, que fueron tan duros y crudos los tormentos que se dieron á estos santos hermanos, que aun los mismos malvados jueces tuvieron vergüenza que se publicasen y quedase memoria de su crueldad.

Finalmente fueron degollados san Hemeterio y Celedonio: y sucedió un milagro que cuentan Prudencio y san Gregorio Turonense, de *Gloria Martyrum*, cap. 93; y san Isidoro, Beda y Usuardo en sus martirologios; y fué, que vieron subir por el aire el anillo de uno de los santos, y el lienzo ó pañuelo del otro que iban muy derechos al cielo, hasta que la vista no les pudo seguir. Sus santos cuerpos fueron sepultados cerca del arroyo que llaman el arenal, donde estuvieron escondidos todo el tiempo que duró la infeliz felicidad de los gentiles: ahora están en la iglesia catedral de Calahorra, y son tenidos por singulares patronos de aquella ciudad, y el Señor hace por ellos grandes misericordias. Su fiesta se celebra á 3 de marzo, que fué el día de su martirio, por los años del Señor de 300, imperando Diocleciano y Maximiano, y en este día hacen mencion de estos santos los martirologios Romano, de Beda, Usuardo y Adon; y el breviario toledano pone los himnos en su alabanza. Las cabezas de estos santos, dicen, que se hallaron milagrosamente mucho despues en el puerto de Santander en la Montaña, y tienen por cierto, que vinieron allí milagrosamente por el mar; y algunas escrituras antiguas dan este testimonio, que aquella villa se llamaba el puerto de san Hemeterio.

SANTA CUNEGUNDA, EMPERATRIZ Y VIRGEN. — Muerto el emperador Oton, tercero de este nombre, fué nombrado emperador y sucesor suyo Enrique, duque de Baviera y conde de Bamberg, á quien los autorés alemanes llaman Enrique II y los italianos Enrique I; porque no cuentan por emperador á Enrique, padre del gran Oton. Enrique, pues, sea el segundo ó sea el primero, fué singular príncipe y excelente en paz y en guerra; porque tuvo muchos y poderosos enemigos, y los venció y sujetó al imperio, y fué causa de que Estéban, rey de Hungría, tomando por mujer á Gisela, hija suya, se convirtiese á la fé de Cristo, y trajese á ella su reino con tanta felicidad, que el mismo

rey Estéban fué santo, y como tal le pone la Iglesia en su Martirologio á los 20 de agosto. Pero nuestro Enrique no fué ménos santo, ni adornado ménos de admirables virtudes: entre las cuales una fué la de la castidad, maravillosa y rara en príncipe tan poderoso; porque fué honestísimo y castísimo: y habiendo tomado por mujer á una princesa de muy alta sangre, hija de los condes palatinos del Rhin, que se llamaba Cunegunda; y era doncella hermosísima, y dotada de todas las gracias que se estiman en las mujeres, se concertó con ella de guardar perpetuamente castidad, y amarse como hermano y hermana; y nó como marido y mujer: y así lo hicieron; porque tuvieron en mas estos santos ofrecer á Dios sus cuerpos con aquel sacrificio y mortificacion de todo carnal deleite, que el tener hijos á quienes poder dejar sus grandes estados é imperio: que es un raro ejemplo, y mucho para notar, y para alabar á Nuestro Señor, y magnificar el poder de su divina gracia, con la cual esfuerza nuestra flaqueza, tan deleznable y sensual, y levanta el espíritu de los que le siguen al cielo; pues príncipes tan grandes y tan poderosos, en la flor de su edad pudieron vencer los apetitos de su carne con tan ilustre victoria, y no quemarse en tantos años estando tan cerca del fuego.

Viviendo pues estos santos casados en tan gran pureza y conformidad, como eran no ménos piosos que castos, se dieron de todo punto á la devocion, y á amplificar el culto de Dios, y edificar muchas iglesias y monasterios, donde él fuese adorado y servido. Para esto, primeramente mandaron fabricar un templo al príncipe de los apóstoles san Pedro, y á san Jorge, mártir, y un monasterio debajo de la regla de san Benito, á la honra de san Miguel arcángel, y otro de canónigos, con título de san Estéban, protomártir, dando á estas iglesias muchas posesiones y rentas. Tambien fundó el emperador la iglesia catedral de Bamberg, la cual consagró el papa Benedicto VIII, que á ruegos del mismo emperador habia venido á Alemania. Y para que las mujeres que descaban servir á Dios en toda perfeccion, tambien tuviesen lugar cómodo para poderlo hacer, la santa emperatriz hizo un monasterio de monjas de san Benito, á honra de nuestro Salvador Jesucristo y de su triunfal cruz, y enriqueció y adornó este monasterio con imperial magnificencia, poniendo en el altar mayor una imágen riquísima de oro y piedras preciosas, y dando para el servicio de la iglesia cálices, jarros y fuentes de oro y de plata, y ornamentos riquísimos, y todo lo demás necesario para el culto divino, con tanta abundancia y real magnificencia, que bien mostraba la devocion de quien lo daba. Y no se contentaron estos santos emperadores con fundar los templos y monasterios que habemos dicho, proveerlos de heredades, rentas y ornamentos; sino tambien repararon las iglesias caídas y renovaron las antiguas, de manera, que apenas habia iglesia que no recibiese de su mano algun don, ó para su aderezo y ornamento, ó para su reparo.

Pero con haber sido estos bienaventurados príncipes tan santos y vivido con un vínculo de amor tan casto, no dejó el demonio de aligirlos, queriendo sembrar discordia donde habia tanta union, y en tanta pureza, sospecha de deshonestidad; porque tentó al emperador Enrique, y engendró en su ánimo algunas falsas sospechas de la emperatriz, su mujer, pareciéndole que no le guardaba la fé que le habia prometido, y que estaba aficionada á otro hom-

bre; permitiéndolo así nuestro Señor, para que resplandeciese más la virtud de santa Cunegunda, y quedase confirmada con el testimonio del cielo su castidad: porque ella, en prueba de su inocencia, con los pies descalzos anduvo quince pasos sobre una barra de hierro ardiendo sin quemarse, suplicando á nuestro Señor, que así como sabía que no tenía culpa, y que era virgen, sin haber conocido á Enrique ni á otro hombre, así la ayudase: y oyó una voz que le dijo: O virgen pura, no temas; que la virgen María te librará. Con esto quedó la santa casada y doncella victoriosa; y el emperador, su marido, arrepentido y confuso, é hizo penitencia de la falsa sospecha que había tenido, y de haber puesto en aquel trance á Cunegunda; y de allí adelante la amó, y respetó más, y vivió en mucha paz con ella, hasta que nuestro Señor le llevó á gozar de sí, y despues de muerto le ilustró con muchos milagros, y la Iglesia católica le tiene por santo, y como de tal el Martirologio romano hace mención de él á los 14 de julio.

Muy triste quedó santa Cunegunda por una parte, por haber perdido tan buena y dulce compañía, y por otra muy consolada y alegre, por ver que el emperador, su marido y espiritual hermano, libre ya de los cuidados y ondas de esta vida, y de las tormentas del imperio que gobernaba, había llegado á puerto tranquilo de eterna bienaventuranza; y no ménos, por verse libre y desatada de los lazos y ataduras, con que le parecia estar aprisionada y detenida, para no poderse dar totalmente como deseaba al Señor: y así, despues que cumplió con el alma del emperador, haciendo grandes y largas limosnas por ella, mandó decir muchas misas por todas partes, encomendándola en las oraciones de los siervos y siervas de Dios, determinó dar libelo de repudio al mundo, y hollar su propia grandeza y majestad, y tomar el hábito de religiosa en aquel monasterio de monjas que había edificado, y servir el resto de su vida en él á aquel Señor, que siendo Dios y Rey del cielo y de la tierra, se había hecho pobre por su amor. Para esto hizo llamar algunos obispos y preladós, y rogarles que viniesen á consagrar la iglesia de aquel monasterio: y habiendo ellos venido, salió la santa emperatriz á la misa que se celebraba con grande acompañamiento; y vestida conforme á su imperial majestad, ofreció una cruz de madero santo de nuestra redención; y acabado el Evangelio de la misa se desnudó de sus ropas imperiales y se vistió de otra vestidura humilde, que ella misma había hecho con sus manos, y con la bendición del sacerdote tomó el hábito de religiosa, y se hizo cortar el cabello, que despues se guardó por reliquias, llorando muchos de los circunstantes; unos porque perdían tan gran princesa y amorosa señora, y la tenían por muerta para sí; y otros de pura devoción, considerando el ejemplo que les daba, la que menospreciaba con tanta alegría el cetro y la corona, y la arrojaba á los pies de Jesucristo.

En el monasterio no se trataba como señora, sino como sierva y hermana de las demás: hacia labor con sus manos: era muy continua en la oración y en el coro: estaba siempre ocupada: leía y oía leer santos libros: visitaba las enfermas: consolaba á las desconsoladas: en su aspecto era gravemente suave y suavemente grave: finalmente, la bienaventurada emperatriz de tal manera se dió al menosprecio de sí misma, al estudio de la perfección, al

amor y servicio del Señor, que fué espejo de religion: dechado de santidad, un vivo retrato del cielo, y Dios nuestro Señor la ilustró con algunos milagros en vida entre los cuales se cuenta, que una noche estando cansada y acostada en su càmilla, cubierta de cilicio, para reposar un poco; otra monja que le estaba leyendo se durmió, y cayó la vela que estaba encendida sobre las pajas de la cama: y habiéndose encendido gran fuego, la santa emperatriz con el ruido despertó, y con sola la señal de la cruz apagó las llamas. Tuvo en el monasterio una sobrina suya llamada Juta, á la cual crió con grande amor y cuidado en toda religion y virtud, y la misma sobrina procuraba imitar á su santa tia, de manera que todo el convento la amaba y respetaba, y la hizo su abadesa, por las muchas y muy aventajadas partes que mostraba: mas despues poco á poco fué aflojando en la virtud, y se entendió que aun no estaba sazónada con la edad y con el espíritu para aquel cargo, y que las ocasiones mudaban los corazones, y las honras y oficios las costumbres. Tuvo de esto gran sentimiento la santa tia: y una vez por cierta falta muy grave que la sobrina había hecho, por castigo de ella y ejemplo y escarmiento de las demás, movida del celo de la honra de Dios, la reprendió gravemente y le dió un bofetón en la cara: y vióse que Dios la había movido á ello; porque le quedaron impresas en el rostro las señales de los dedos, y duraron en él mientras que vivió la sobrina.

Habiendo pues vivido en su santo propósito quince años con tan rara edificación de las monjas y admiración de todo el mundo, le dió á la bienaventurada emperatriz una enfermedad tan recia, que ella misma conoció que se le acercaba el término de su vida: y estando ya al fin de ella y aparejándose las cosas necesarias para el entierro, vió que sobre las andas ponían un rico paño de brocado; y volviéndose á los que allí estaban, les dijo: Quitad ese paño, que no es mio; porque yo desnuda salí del vientre de mi madre, y desnuda tengo de volver á la tierra, que es mi madre. Cubrid mi cuerpo con un vestido pobre y vil, y ponedle en una sepultura junto á mi señor y hermano Enrique, que me está llamando: y con esto dió su espíritu al Señor, y su cuerpo fué sepultado donde ella mandó; pero con gran concurso de todos aquellos pueblos, que se despoblaron por ver el santo cuerpo y tocar las andas en que iba, y hallarse á su entierro; y fueron tantos los que concurrieron, que en tres dias no se pudo enterrar, y nuestro Señor con muchos milagros ilustró á esta santa emperatriz, y muchos enfermos orando á su sepulcro alcanzaron por su intercesión perfecta sanidad. Hace mención de ella el Martirologio romano á los 3 de marzo: traen su vida Surio en el segundo tomo, y otros escritores de las cosas de Alemania, y de las vidas de los emperadores; y el suplemento de las historias hace de ella mención.

SAN MADÍ Ó MEDIN. — Otros le llaman Hemeterio. Se saben pocas circunstancias de su vida. Créese que nació en el pueblo de San Madi, poco distante de Barcelona, donde se celebra su fiesta solemnemente en 3 de marzo. Fué martirizado junto con san Severo, en 6 de noviembre de 480. El cuerpo de san Severo fué recogido, pero se ignora donde fué enterrado el de san Madi.

* SAN MARINO, SOLDADO, Y SAN ASTERIO, SENADOR. — En tiempo de la persecucion de Valeriano, sufrieron el marti-

rio estos santos en Cesarea de Palestina. Marino mandado presentarse ante el juez, al que le habian acusado sus amigos de ser cristiano, no lo negó, ántes bien confesólo francamente, de cuyas resultas alcanzó el martirio cortándole la cabeza. Habiendo Arterio recogido el santo cuerpo de Marino, y envuelto en una capa junto con la cabeza, con el fin de darle honrosa sepultura, consiguió tambien la palma del martirio. Sucedió la muerte de estos mártires en el mes de marzo de 260.

LOS SANTOS FÉLIX, LUCIOLO, FORTUNATO, MARCIA Y COMPAÑEROS.—Las verdaderas actas del martirio de estos santos se han perdido: así es que unos escritores dicen que padecieron martirio en Roma en tiempo de Diocleciano, y otros que murieron en África en el reinado del emperador Decio.

LOS SANTOS CLEÓNICO, EUTROPIO Y BASHISCO, SOLDADOS.—Eran estos santos naturales de Capadocia, parientes y amigos tan íntimos, que no se separaban mas que cuando les era preciso para asuntos del servicio, viviendo en santa fraternidad de ideas y de intereses. Llamados un día á la presencia del prefecto, é interrogados por la religion que seguian, respondieron á una voz, que de todo corazón eran cristianos. Irritado el prefecto les mandó azotar cruelmente; pero en lugar de desalentarles el castigo, les infundió nuevo valor, no solo para confesar á Jesucristo, si que tambien para reprender severamente al tirano por su crueldad y locura. Curados milagrosamente de las heridas de los azotes, publicaron el prodigio, á cuya vista convirtieronse muchos á la fé. Cogiéronlos otra vez y derramaron sobre ellos gran cantidad de pez y plomo derretido, de cuyo tormento salieron ilesos, hasta que clavados en cruz espiraron en la misma ciudad de Capadocia, el año 308.

SAN TICIANO, OBISPO DE BRESCIA EN ITALIA.—Era diácono de aquella iglesia, cuando fué elegido y consagrado por el papa Siricio. Humilde y caritativo, tenia siempre en su mesa á doce pobres, á los cuales servía la comida y lavaba los piés. En vida y muerte floreció en milagros, y descansó en paz en medio de sus ovejas el día 3 de marzo del año 326.

DIA 4.

SAN LUCIO, PAPA Y MÁRTIR.—En el destierro que san Cornelio, papa y mártir, padeció por Cristo nuestro Salvador, le acompañó san Lucio, que era presbítero é hijo de Porfirio, ciudadano romano, y despues que fué martirizado san Cornelio, le sucedió en la silla apostólica, en tiempo de los emperadores Galo y Volusiano, de los cuales él tambien fué desterrado, y por voluntad del Señor restituido á su iglesia. Escribióle san Cipriano una epistola, dándole el parabien de haber vuelto á ella: en la cual entre otras, le dice estas palabras: «Poco ha, hermano carísimo, que os dimos el parabien por haberos honrado el Señor con honra de sacerdote y de confesor en el gobierno de su Iglesia; pero ahora no ménos os le damos á vos y á vuestros compañeros; y todos los otros hermanos; porque con la misma gloria y loa vuestra, os ha hecho volver á vuestra iglesia, para que no faltase pastor que apacentase su rebaño, ni piloto que regiese su nave, ni gobernador que gobernase su pueblo; y se entendiase que habia ordenado vuestro destierro, nó para que siendo

echado y desterrado faltase el obispo á su iglesia; sino para que volviese á ella mas rico de merecimientos y victorioso: porque no fué en los tres mozos menor la dignidad del martirio, porque no murieron y salieron salvos del horno de Babilonia, ni Daniel dejó de ser perfectísimo y digno de toda alabanza, porque habiendo sido echado á los leones para que le despedazasen, guardándole Dios, vivió para ser ensalzado y glorioso. En los confesores de Cristo, el martirio que se dilata no disminuye el mérito de su confesion, sino manifiesta la grandeza del amparo y proteccion del Señor.» Esto es de san Cipriano, escribiendo á san Lucio papa: al cual el mismo san Cipriano alaba mucho en otra epistola, juntamente con su predecesor san Cornelio papa, y dice de ellos que fueron llenos del Espíritu Santo y gloriosos mártires del Señor. Mandó san Lucio, que siempre acompañasen al obispo dos sacerdotes, y tres diáconos, que fuesen como testigos y jueces de su vida, para que su presencia le hiciese vivir recatadamente, y ninguno falsamente se atreviese á decir mal de él, sabiendo que tenia testigos con quienes probar su inocencia. En su tiempo envió Dios para castigo de los gentiles que perseguian nuestra santa religion crudamente, y nunca se veian hartos de la sangre de los cristianos, una cruelísima pestilencia que duró diez años: la cual habiendo comenzado en Etiopia, se estendió por todas las provincias del mundo; y apenas hubo ciudad, pueblo ni casa que no fuese tocada de ella, con tanto rigor, que murieron la mayor parte de los hombres que habitaban en la tierra. Celebró san Lucio dos veces órdenes, y en ellas ordenó cuatro presbíteros, cuatro diáconos y siete obispos. Fué coronado de martirio en tiempo de los emperadores Galo y Volusiano; aunque el Martirologio romano y otros autores dicen, que murió en la persecucion de Valeriano, porque aquella persecucion se llamó de Valeriano á causa que, siendo él censor, dió las leyes contra los cristianos que despues guardaron estos emperadores, y el mismo Valeriano. Llevando á san Lucio al martirio, encomendó de su mano la Iglesia y sus ovejas á Estéfano, su arcediano, que le sucedió en el pontificado. Eusebio dice, que Lucio no fué pontífice sino ocho meses; mas habiendo hecho dos veces órdenes, como se dice en el libro de los romanos pontífices, necesariamente le habemos de dar mas tiempo. Falleció el año del Señor de 260, y fué sepultado en el cementerio de Calixto, y la santidad de Clemente VIII en el Breviario reformado mandó rezar de san Lucio papa y mártir, á los 4 de marzo; y de él hacen mencion todos los martirologios, el romano, de Beda, Usuardo y Adon.

SAN CASIMIRO, CONFESOR.—Fué san Casimiro hijo del rey Casimiro de Polonia y de Isabel de Austria, hija del emperador Alberto, los cuales tuvieron seis hijos varones; y el segundo fué Casimiro que resplandeció entre los demás, como el sol entre las estrellas. Tuvieron sus padres particular cuidado de su crianza, dándole excelentes preceptores; y él dió desde niño muestras de lo que habia de ser, con admiracion de todos los que le veian y trataban. Era muy hermoso y dispuesto, de excelente ingenio y buenas inclinaciones y mejores costumbres, muy afable y querido de todos. Crióse muy temeroso de Dios y devoto, guardándose siempre en grande inocencia de vida, moviendo con su ejemplo á los caballeros del reino á imitar su compostura y santas costumbres. No gustaba de vestidos ricos,

ni de los regalos de palacio; ántes dormía en la tierra desnuda: traía ásperos cilicios que afligían su delicado cuerpo: castigábase con rigurosas disciplinas procurando afligir su carne de todas maneras, así por estar mas lejos de todo vicio, como por imitar á nuestro Redentor Jesús en sus dolores y trabajos, cuya pasión y muerte la traía el mancebo fija en su memoria. No se daba gusto en cosa alguna, venciendo todos sus sentidos y obras de la carne. Fué notablemente devoto de la Virgen Santísima y tiernísimo hijo suyo: fuera de otras devociones, la saludaba cada día de rodillas y con mucha devoción con unos versos latinos que el mismo había compuesto con grande artificio y elegancia, que contenían casi todos los misterios de la Encarnación del Hijo de Dios. Estaba mas tiempo en la iglesia que en palacio: trataba mas con los religiosos y gente santa que con los grandes principes del reino: muchas veces estaba en larga oración enajenado de los sentidos del cuerpo y alma unida con Dios: á las horas del comer era menester buscarle; y le hallaban en oración, no cuidando de cosa alguna de este mundo; porque embebido en su Dios, no se acordaba de comida ni bebida, y si le dejaran, todo el día se le pasaba orando. De noche se levantaba á escondidas, y con los piés descalzos se iba á orar á alguna iglesia: postrábase á los umbrales de ella, los cuales regaba con las muchas lágrimas que derramaba, perseverando de este modo toda la noche, y muchas veces le encontraban así por la mañana. No alojaba nada en el rigor de su penitente vida por estar enfermo: y así aunque cayese malo, guardaba los preceptos de la Iglesia no faltando á la abstinencia de carne y lacticinios en los días prohibidos. Premióle Dios esta obediencia y fineza para con los preceptos eclesiásticos, concediéndole una singular gracia en sus enfermedades, que en el rigor de la penitencia aumentase la enfermedad de su cuerpo, ni la flaqueza de su cuerpo le impidiese la prontitud y devoción del ánimo y deseo de una suma perfección. Había ya tenido revelación que ni las enfermedades le habían de dañar á su espíritu, ni los remedios habían de aprovechar á sus enfermedades; y así puesto en las manos de Dios, sin aflojar de la esperanza de su tratamiento, llevaba con increíble paciencia y grande conformidad con la voluntad divina los dolores é incomodidades del cuerpo.

Fué modestísimo en el hablar: siempre era su conversación de cosas santas y espirituales, de edificación y provecho para otros. Nunca permitió hablar delante de sí cosa que pudiera desdorar á tercero. Cuando oía á alguno murmurar, le corregía amigablemente; mas si con todo esto perseveraba, le reprendía con palabras graves y severas: y si lo tenía de costumbre, hacia con el rey su padre, que le despediese de su servicio, y echase de palacio.

Tenia gran celo de la fé y aumento de la santa Iglesia, procurando la conversión de los herejes, y reducción de los cismáticos á la obediencia de la silla romana. Para esto hizo que el rey mandase por un riguroso decreto, que ninguna iglesia, de los que no eran católicos y obedientes al pontífice romano, se edificase de nuevo, ni las antiguas se reparasen. En otras muchas cosas fué grande la vigilancia de san Casimiro contra los herejes: los cuales en su tiempo anduvieron muy oprimidos, y en gran disminución, no atreviéndose alguno á levantar cabeza. Coronaba estas y otras muchas virtudes con la caridad, que es rei-

na de todas las demás: daba á los pobres grandes limosnas, consolaba á los afligidos, libraba á los oprimidos, era amparo de las viudas, padre de los huérfanos, tutor de los desamparados, y no solo favorecía á los que venían á él; pero él mismo andaba á buscar los necesitados y se informaba de los mas desvalidos: y así era muy querido en el reino, por lo cual aunque tenía otro hermano mayor, le quisieron señalar por rey; mas como el santo tenía puestos sus pensamientos en el reino de los cielos, despreció el de la tierra, y no se pudo recabar con él, por mas que su padre deseó fuese elegido por rey.

Quisole casar tambien el rey su padre, así por la sucesión que esperaba, como porque corría evidente peligro de la vida si no se casaba, á juicio de los médicos; pero el santo y purísimo mancebo quiso ántes estar sin salud y aun sin vida, que violar la flor de su virginidad, la cual guardó entera y pura. Llegó á estar tan malo, que dijeron los médicos no tenía remedio su mal si no tomaba estado de matrimonio: el santo les respondió, que no conocía la vida eterna, quien con algun menoscabo de ella quisiere alargar la vida temporal; y así perseverando en su santo propósito se le agravó el mal, con lo cual y con una revelación que había tenido ya del día de su muerte, se preparó para aquella hora tan deseada, y habiendo recibido los sacramentos, fijos los ojos en un crucifijo que tenía en las manos, puso en las del Señor su purísimo espíritu, y se fué á ser compañero de los ángeles en el cielo, quien aun en la tierra lo había sido. Murió año de 1484, á 4 del mes de marzo, habiendo vivido solos veinte y cuatro años y cinco meses. Vieron muchas personas santas aquella alma santísima, al punto que murió llena de gran claridad y hermosura, la cual llevaban los ángeles al cielo. Fué sepultado con gran sentimiento de todos y con magnificencia real en la iglesia catedral de Vilna, en una capilla de Nuestra Señora, la cual había escogido san Casimiro por su devoción para sepultura suya. Quiso tambien, que después de muerto pudiesen con su cuerpo aquel himno devotísimo, que el mismo santo había hecho á la Sacratísima Virgen, y le rezaba cada día; el cual fué hallado el año de 1604 cuando renovaron su sepulcro, que le tenía sobre el pecho.

Fueron innumerables los milagros que hizo Nuestro Señor despues de muerto san Casimiro por la intercesión de su siervo, para honrarle y publicar cada día mas su santidad, dando vista á los ciegos, habla á los mudos, oído á los sordos, piés á los cojos, y salud y vida á los deshaciados de los médicos. Solo referiré algunos mas celebrados y públicos. Murió en Vilna una doncella, que se llamaba Ursula; era muy querida de sus padres: y así sintieron estratadamente su muerte. Fueronse entrambos muy afligidos al sepulcro del santo principe, y con lágrimas y gemidos le pidieron restituyese la vida á su hija. Oyóles el santo, y por su intercesión resucitó el Señor á la doncella, quedando los padres muy gozosos y agradecidos; y todos admirados y muy devotos de san Casimiro, viendo lo que podia con Dios. El año de 1518 acometió de repente el duque de Moscovia con un poderosísimo ejército á una fortaleza del reino de Polonia: era entonces rey Segismundo I, el cual no pudo juntar mas que dos mil hombres para enviar con brevedad á socorrer los suyos: ellos, confiados en el patrocinio de su principe san Casimiro, cuyos milagros eran muy sabidos, se encomendaron á él,

y le hicieron algunos votos. Habían de atravesar el río Duna; mas no hallando vado, no sabían qué hacerse. Estando parados y sin consejo que tomar, se les apareció un mancebo muy hermoso, vestido de blanco, caballero en un caballo blanco también como la nieve, y animándolos mucho; les dijo que tuviesen confianza, y que sin temor le siguiesen, que él les mostraría vado. Diciendo esto, picando las espuelas al caballo, se entró por el río, y sin dificultad ninguna se puso en la orilla contraria á vista de todos los soldados: los cuales luego con grande ánimo se arrojaron al agua, y pasaron con gran facilidad á esta otra parte. Entonces desapareció el caballero que les guió; mas entendiendo ser san Casimiro, le tornaron á invocar, y animados con su protección, acometieron tan valientemente á los moscovitas, que les hicieron alzar el cerco, y huir ignominiosamente con muerte de muchos de los enemigos y prision de otros. Enviaron luego los presos al rey Segismundo, dándole cuenta de todo, y como aquella victoria milagrosa se debía á san Casimiro; quedó el rey tan agradecido y devoto del santo, que hizo voto de hacer todo lo que pudiese para su canonización. Al año siguiente tornaron los moscovitas con ejército mas poderoso á entrar por Lithuania, destruyendo cuanto topaban, talando, abrasando, matando ó cautivando cuantos hombres encontraban: no había en aquella provincia fuerza que les resistiese. Viendo el miserable estado de su patria, se movieron algunos mancebos nobles á hacer rostro al enemigo con el favor de san Casimiro, á quien prometieron de procurar su canonización si les daba la victoria; y sino, que ellos querían hacer sacrificio de sus vidas, por defender su patria. Juntáronse solamente cosa de dos mil, siendo los enemigos sesenta mil: acometieronlos con grande ánimo; porque en tocando alarma, se apareció san Casimiro en el aire con la misma figura que el año pasado, haciendo á los lituanos oficio de capitán. Cayó tanto pavor en los moscovitas, que volvieron las espaldas, quedando muertos muchos de ellos; pero de los de Lithuania no murió ninguno. Por este milagro tan notorio instó con grande ardor el rey de Polonia por la canonización de san Casimiro: y habiendo enviado el papa un legado á Polonia para hacer las informaciones y hecho todo lo necesario, le canonizó Leon X, año de 1521. Después el papa Clemente VIII concedió que se rezase con oficio doble en toda Polonia y Lithuania, y las provincias á ellas sujetas. Ultimamente Paulo V mandó, que por toda la Iglesia se celebrase con oficio de semidoble. Escribió la vida de san Casimiro Gregorio Suveciski, recogiéndola de otros graves autores, y la trae el cardenal Belarmino en su libro del Oficio del príncipe cristiano, proponiéndola por dechado á los príncipes y reyes cristianos para que la imiten.

LOS NOVECIENTOS SANTOS MÁRTIRES. — En los años 290, y reinando Valeriano y Galieno fueron martirizados dichos santos en Roma en la vía Apia; quedando sus cuerpos sepultados en el cementerio de santa Cecilia.

SAN CAYO PALATINO. — Por los años de 870 aparecieron en Escocia una multitud de daneses, que con una ferocidad inaudita devastaban cuanto se hallaba á su paso, atropellando todas las leyes divinas y humanas, cometiéndolo robos, asesinatos, y toda clase de tropelías. Algunos varones, llenos del espíritu de Dios, se opusieron á tanta devastación en nombre de la religión y de la huma-

nidad, y casi todos los que contradijeron sus excesos, fueron víctimas de su brutalidad. San Cayo fué arrojado al mar en dicho año 870, con otros veinte y siete compañeros suyos, por haberles pedido en nombre de Jesucristo, respetasen la vida de unos niños que iban á sacrificar vivos á sus divinidades, y consiguió de esta manera la corona del martirio.

SAN ADRIAN Y SUS VEINTE Y TRES COMPAÑEROS MÁRTIRES. — Consumaron el martirio en Nicomedia, habiéndoles roto las piernas, en tiempo del emperador Diocleciano. La principal festividad de san Adrian se celebra el día 8 de setiembre, en cuyo día fué trasladado su cuerpo á Roma.

LOS SANTOS ARQUELAO, CIRILO Y FOCIO, MÁRTIRES. — Sábese que murieron en los primeros siglos del cristianismo, pero se ignora el lugar de su nacimiento, el de su muerte, y el año en que padecieron.

LOS SANTOS BASILIO, EUGENIO, AGATODORO, ELPIDIO, EUTERIO, CAPITON, EFREN, NESTOR Y ARCADIO, OBISPOS Y MÁRTIRES. — Sufrieron el martirio en el Quersoneso á principios del siglo IV. Bolandos, citando á Dextro, dice que estos santos eran españoles y obispos de distintas ciudades de España, y que hallándose reunidos en un mismo lugar para tratar de asuntos de la Iglesia, fueron presos por orden del prefecto, y martirizados durante el reinado del emperador Neron.

DIA 5.

SAN FOCAS, HORTELANO Y MÁRTIR. — Fué san Focas natural de Sinope de la Morea, ciudad antigua, famosa y célebre, por muy abundante de esclarecidos varones y filósofos insignes. El ejercicio en que se ocupaba en su tierra este bendito siervo de Dios, era labrar una huerta que tenía delante de la puerta de la ciudad, que cae á la puerta del istmo, ahora llamado «el estrecho de la Morea;» y de lo que allí trabajaba, sustentaba á sí y á los que tenían necesidad: porque él hospedaba á todos los que querían ir á su pobre casa, y les daba con alegre y presto ánimo todo lo que tenía. Predicábase por aquel tiempo la ley evangélica, y la esposa del Cordero immaculado iba en gloriosos aumentos de día en día: por lo cual las gentes se embravecieron, y los reyes y príncipes, hechos todos á una, buscaban los cristianos de lejas tierras con gran diligencia y cuidado, y á los cercanos castigaban como á hechiceros y encantadores, siendo todo su anhelo derramar sangre católica, quitar inocentes vidas, y hacerle á Dios dignos holocaustos; si bien ellos juzgaban se los ofrecían á sus falsos dioses. Entre los demás, pues, fué denunciado Focas, porque era cristiano.

Luego que llegó la nueva á los jueces de aquella tierra, lo enviaron á prender, y los alguaciles vigilantes se informaron de su habitación, que ni el humilde ejercicio, ni el huerto pobre bastaban á esconderlo en su misma casa: dieron con él: el cual sin saber á quién iban, ni siendo de ellos conocido, luego que los vió entrar en su casa les puso una mesa y les dió de comer. Luego que acabaron de comer les preguntó Focas, quiénes eran y á qué venían á aquella ciudad; y ellos, debajo de gran confianza de que no lo descubriría, le dijeron como buscaban á Focas el hortelano, para quitarle la vida, porque era cristiano.

Prosiguieron luego así: que pues había comenzado con

ellos á usar de buena obra y liberalidad, lo prosiguiese en ayudarles á prenderlo, advirtiéndole importaba mucho al servicio del romano imperio y adoracion de sus dioses; que si así lo hacia, ellos alcanzarían de los jueces suplicasen al emperador le honrase y sacase del mísero estado y ejercicio de hortelano en que vivía.

El glorioso y esforzado caballero de Cristo Focas, que esto oyó, no hizo movimiento alguno, ni atemorizado pensó en huir; mas ántes les dijo que él les favorecería hasta que hiciesen lo que traían ordenado, porque él conocía muy bien á Focas; y así lo buscaría y hallaría, y que al día siguiente se les mostraría y pondría en las manos: que descansasen entretanto en su posada. Así habiendo dado recado á sus huéspedes, se fué á hacer su sepultura y á disponer las cosas á ella convenientes, y al otro día se volvió para ellos, y les dijo: Yo he buscado con toda diligencia á Focas, y ya está aparejada la presa; y así, si os parece, tómese al punto. Preguntaron ellos con gran gozo, que ¿dónde estaba? y el siervo de Dios respondió: No está lejos: tan cerca está de vosotros como yo; pues yo soy el mismo que buscáis: por tanto ejecutad lo que os es mandado, y cumplid el fin de vuestro trabajo y camino. Los alguaciles se quedaron pasmados mirándose unos á otros, luego que esto oyeron, y se retiraron de vergüenza y respeto que tenían á la gran liberalidad y agasajos que debían á tan honrado huésped: mas el glorioso mártir los exhortaba á que le degollasen; pues así cumplían con lo que se les había mandado, y á él le pagaban el ciento por uno del hospedaje; pues por la mesa que les había puesto, le daban una corona de gloria en su martirio. Pudieron tanto al fin las persuasiones del bendito Focas, que convencidos aquellos ministros le cortaron la cabeza, y fué ofrecida al Señor por hostia y sacrificio aceptable á los 3 de marzo; día en que la Iglesia celebra su fiesta y martirio glorioso, que fué por los años del Señor de 114.

Escribieron la vida y martirio de este glorioso santo varios autores, como son Beda, Usuardo, Adon y otros muchos, y de él refieren los santos padres cosas raras y particulares; especialmente el Martirologio romano dice: que padeció por el nombre de Cristo muchas injurias y tormentos, y que en muestra y señal del triunfo y victoria que consiguió de la antigua y venenosa sierpe infernal, ha prometido Dios un continuo milagro notorio al mundo todo: y es, que cualquiera que se siente picado y mordido de alguna venenosa sierpe, si con fé pura se vá á la iglesia del glorioso mártir san Focas, luego que toca á las puertas de ella, al instante huye de él todo veneno, y queda con entera salud. Lo mismo dice san Gregorio Turonense en el capítulo 99, de *Gloria martyrum*: y añade, que se han visto en esto raras prodigios, como traer personas ya del todo moribundas, y sus cuerpos hinchados como unos odres, con la fuerza y malignidad del veneno; y luego que han llegado con ellos á la puerta de la iglesia, al instante arrojando de sí toda la ponzoña, han quedado sanos y buenos, con entera y perfecta salud: ni se halla hasta hoy, que ninguno haya muerto de tal veneno si con entera fé llega á las puertas de Focas: lo mismo será valerse de su intercesion: esto mismo refiere Surio en el tomo II á 5 de marzo. El glorioso san Asterio, obispo de Amasea, trae un encomio insigne de este bendito mártir de Jesucristo Focas, y refiérela Baronio en sus anotaciones

la Martirologio romano, advirtiendo que se refiere tambien en el segundo concilio Niceno. Dice pues Asterio, hablando de nuestro glorioso mártir: «En la real ciudad de Italia, reina y cabeza de todo el mundo, se celebra la memoria y fiesta de san Focas, mártir: tiénele edificada una iglesia de singular hermosura y grandeza; porque en tanta veneracion tienen los romanos á Focas, que á Pedro y Pablo, sus insignes cabezas y príncipes de los apóstoles.» Hasta aquí el glorioso Asterio en elogio de san Focas, que no sé yo pueda haber otro mayor. Son hermanas y amigas muy queridas la humildad y caridad: tienen el dominio y principado de las demás virtudes: ejercitóse Focas en la humildad, con su ejercicio y modo de vida; y en la caridad, con la que usaba con los pobres y todos aquellos necesitados que en su pobre casa recogía, ejercitándola aun con sus enemigos (que es el mayor lauro), como se vió en los que venían á quitarle la vida: ¿qué mucho pues que la reina y príncipe de las ciudades del mundo le veneren, y haga de él la estimacion que de sus príncipes Pedro y Pablo? Es verdad, que era un pobre y humilde hortelano; pero eso mismo le ilustra mas: que tambien Pedro era un pobre y humilde pescador, y es supremo príncipe del apostolado y de la Iglesia toda. Quien quisiere ser príncipe y venerado como tal, aprenda á ser humilde, que es el camino derecho de la gloria.

EL BEATO NICOLAS FACTOR. — Vicente Factor, natural de la ciudad de Zaragoza de Sicilia, siendo aun muy jóven pasó á vivir á la ciudad de Valencia, en el reino de España, donde ejerció el oficio de sastre. Casóse despues con una doncella virtuosa de la villa de Albaida del mismo reino, llamada Ursula Estaña. De este matrimonio tuvieron estos piadosos consortes siete hijos, cuatro varones y tres mujeres; el segundo de los cuales fué Nicolás, cuya vida vamos á escribir. Nació este grande siervo del Señor en la parroquia de san Martín de la misma ciudad de Valencia, 29 de junio de 1520; pero su padre, por la devocion que tenia á san Vicente Ferrer, solicitó y obtuvo que fuese bautizado en la iglesia de San Esteban protomártir, en la misma sagrada pila donde dos siglos ántes había sido bautizado aquel grande santo. Desde sus primeros años dió muestras Nicolás de ser escogido de Dios para una eminente santidad: todos los que le trataron en su niñez, aseguraron concordemente no haber jamás advertido en él accion alguna pueril, ántes haberle visto obrar cosas de mucha perfeccion. No tenia sino cuatro ó cinco años, cuando comenzó á ayunar tres días á la semana, el lunes, miércoles y sábado: cuando le enviaron á las escuelas públicas, daba á los pobres que encontraba por las calles una parte de aquello que para su almuerzo ó merienda le daban sus padres; y algunas veces se lo daba todo, quedándose él en ayunas. Una mañana mientras iba á la escuela, encontró en una calle muy pasajera un mendigo todo cubierto de llagas: el niño Nicolás se arrodilló á sus pies, se los besó devotamente, despues le besó la mano, y quiso que le diese su bendicion. No tenia mas de diez años, cuando viendo en la puerta del hospital de san Lázaro á una mujer cubierta de pies á cabeza de una horrible lepra, la besó humildemente los pies y las manos, y la rogó le diese su bendicion: otro niño su compañero le preguntó entonces, ¿cómo había podido besar una cosa tan asquerosa que provocaba á asco? A que respondió nuestro beato, que no había besado las llagas asquerosas de aquella po-

brecita, sino las llagas amabilísimas de Jesucristo. Penetrado de esta divina verdad, comenzó desde niño á visitar los hospitales y á servir y consolar á los enfermos con una ternura y caridad indecible; cosa que continuó despues constantemente por toda su vida. Exhortaba con frecuencia á sus compañeros á practicar estas obras de caridad, y á veces llevaba consigo algunos de ellos, acordándoles siempre que en los enfermos de los hospitales se visitaba á Jesucristo, el cual recibia como actos de caridad, practicados con su adorable persona, los que por su amor se practicaban con los pobres enfermos. Siendo aun muy niño nuestro Nicolás, otro niño su condiscipulo, por lijereza le acusó al maestro de que no cuidaba de estudiar; el maestro le dió por este descuido dos lijeras palmadas: habiéndose despues ausentado por algun rato el maestro de la escuela, el beato Nicolás se arrodilló delante de su acusador, le pidió públicamente perdon del escándalo que habia dado con su negligencia y descuido, y le dió gracias de la caridad con que habia procurado su enmienda. En la casa de sus padres vivia Nicolás muy retirado y siempre ocupado, ó en la oracion, ó en el estudio, ó en pintar imágenes de Cristo y de su santísima Madre, ó bien en hablar con los suyos de cosas espirituales; lo que hacia con tanto sentimiento de piedad y con una gracia tan singular, que á todos era amabilísimo: todos le llamaban el niño santo, y su padre le proponia á sus hermanos por ejemplo que imitasen. Habia en la casa una mora esclava, obstinadísima en la secta mahometana, la cual, observando la vida y la conducta inocente y santa del niño Nicolás, quedó tan conmovida que dijo queria ser cristiana; y en efecto recibió el bautismo con la alegría de sus virtuosos amos que se deja discurrir.

Al paso que Nicolás crecía en los años, crecía en todas las virtudes y en el estudio de la mas sublime perfeccion; recibia muy á menudo los santos sacramentos de la confesion y comunión: asistia con frecuencia á las iglesias, y singularmente en los dias de fiesta jamás faltaba á los oficios divinos y á oír la palabra del Señor: era al mismo tiempo muy aplicado á los estudios, haciendo en ellos tales progresos, que en la edad de diez y siete años escribia con mucha perfeccion, sabia la aritmética y la lengua latina y castellana, y componia muy bien en entrambas así en prosa como en verso. Habia aprendido los principios de la música, tañia diestramente varios instrumentos, y tenia una voz excelente y cantaba con singular habilidad, y además de esto sabia pintar muy bien. Era ya en esta edad alto, bien proporcionado y de un hermosísimo semblante. Tantos dotes de la naturaleza, unidos á una virtud tan extraordinaria, eran el dulce embeleso de su padre, que deseoso de establecerle honradamente en el siglo, le llamó un dia á parte y le dijo que le tenia recogida una buena suma de dinero, la cual se la daba desde aquel momento á fin de que la pusiese en compañía con algun mercader y abrazase la profesion de comerciante: que pensase á mas de eso en escoger una esposa que le sirviese de compañía y ayuda: que con las ganancias que sacaria del tráfico podría cómodamente vivir y mantener los hijos que el Señor quisiese darle, criándolos en su santo temor, como él lo habia hecho con ellos. Nicolás dió muchas gracias á su padre de este amoroso ofrecimiento, pero le dijo claramente que no podia aceptarle, porque se habia ya despedido con el sumo Bien y se habia enteramente consagrado

á su servicio, y que no podia ya atender á otro tráfico que al del cielo. Esta respuesta causó al padre mucho recelo de que Nicolás no se hiciese religioso: y en efecto, Dios nuestro Señor tiempo habia que le llamaba á este estado, pero no le descubria en qué religion queria servirse de él. Por eso el siervo de Dios redoblaba sus súplicas al Señor, para que se dignase manifestarle la casa en que debia entrar; y á fines de noviembre de 1537, caminando de la escuela al convento de Santa María de Jesus, un cuarto de hora distante de la ciudad, donde solia ir muchas veces, le comunicó Dios un cierto conocimiento experimental muy claro, de que aquel convento de Jesus y María era donde le habia destinado: se presentó por tanto al guardian de este convento, y arrodillado á sus piés le suplicó con tantas lágrimas le quisiese admitir entre los hijos de san Francisco, que el guardian muy maravillado del fervor y humildad del santo jóven condescendió á sus deseos, y en el dia de san Andrés de 1537 le vistió el hábito religioso. Cuando el padre de Nicolás recibió esta noticia, quedó desmayado por la vehemencia del sentimiento; pero despues se consoló leyendo una carta devotísima que Nicolás inmediatamente le escribió, dándole los motivos que le habian empeñado á tomar aquella resolucion, y pidiéndole al mismo tiempo su bendicion. Concluido con edificacion de todos los religiosos el año del noviciado, hallándose todos congregados en capitulo les pidió la profesion, protestando con humilde sinceridad y muchas lágrimas que era indigno de esta gracia, que no podia esperar sino de su heroica caridad. En la primera, pues, dominica de adviento de 1538, con mucho fervor de espíritu hizo su profesion en el mismo convento de Santa María de Jesus, del cual pasó al convento de Santa María del Pino de la villa de Oliva, donde estudió la filosofia y la teología. La vida de estudiante nada estibió, como suele suceder, el fervor de nuestro beato, quien aprovechando en las ciencias se adelantaba todavía mas en el ejercicio de las virtudes. Era enemigo implacable del ocio; el tiempo que le sobraba, por poco que fuese, lo empleaba siempre en alguna loable ocupacion: su mas amada diversion era, ó pedir consejos á los religiosos mas provecetos sobre el modo con que debia conducirse en el camino del Señor, ó hablar de cosas espirituales con algunos de sus mas fervorosos compañeros, lo que hacia con tal gracia y suavidad, que todos á una voz confesaban que las mayores fiestas y diversiones del mundo no podian darles aquel placer y alegría que experimentaban, oyendo los alegres y suaves razonamientos que de las cosas espirituales hacia Fr. Nicolás. Cuando tuvo la edad suficiente segun los sagrados cánones, le enviaron sus superiores á Valencia á recibir las sagradas órdenes, y en acabando de ordenarse de sacerdote cantó su primera misa en dicho convento de Nuestra Señora del Pino, donde concluyó despues sus estudios. Cuando los tuvo concluidos sus superiores le hicieron predicador del convento de San Francisco de Chelva, donde debia predicar en todas las fiestas y algunos dias de particular devocion; y aunque esto parecia trabajoso para un principiante, todavía fué poca cosa para su ardiente celo; y así iba muchas veces á predicar á las villas y lugares vecinos, donde redujo á muchos pecadores á vida ejemplarísima, y á todos parecia excelente y singular su manera de predicar. La palabra divina en la boca de algunos siervos de Dios es como un viento impetuoso, que hace estremecer

los mas altos y mas antiguos cedros del Libano; pero en la boca de otros es como un aire suave, que poco á poco deshace insensiblemente el hielo mas endurecido, y como una lluvia apacible que fertiliza cualquiera tierra; y de esta segunda manera se mostró la palabra de Dios en la boca del beato Nicolás: no se lee que hiciese ruidosas conversiones, pero se sabe de cierto que predicó hasta el último de su vida en todo el reino de Valencia y en el principado de Cataluña: que en todas partes fueron numerosísimos los concursos que se juntaban á oírle, de suerte que no cabían en las iglesias mas capaces, siéndole forzoso algunas veces predicar al descubierto en las plazas: tanta era la gente que acudia á oírle; y no fueron pocos los que movidos de sus sermones emprendieron un tenor de vida sumamente cristiana y edificante. Rara vez estudiaba en algun libro para predicar, y si llevaba prevenida alguna cosa que decir despues se le olvidaba: en su celda no habia mas libros que la sagrada Biblia y el Breviario: se prevenia para sus sermones con una prolija y fervorosa oracion, á que añadía tres rigurosas disciplinas; y algunos religiosos queriendo observar desde la puerta de la celda lo que en ella hacia Nicolás ántes de subir al púlpito, frecuentemente oían que decia al Señor con mucho fervor: Hablad, Señor, que vuestro siervo está aquí escuchándoos; continuando por muchas horas cuando tenia tiempo esta misma oracion; despues subia al púlpito y predicaba lo que Dios le ponía en el corazon y en la boca. Ordinariamente trataba de la divina caridad, exhortando á sus oyentes al amor de Dios y del prójimo, persuadiéndoles con mucha eficacia socorriesen sus necesidades, particularmente cuando están enfermos, visitándoles y sirviéndoles en los hospitales y casas particulares. Era copiosísimo el fruto que hacia en sus oyentes; y para que fuese aun mayor, Dios le glorificaba en el púlpito con raras y estupendas maravillas; porque frecuentísimamente mientras predicaba era arrobado en éxtasis altísimos, que le duraban mucho tiempo; y algunas veces era aun elevado su cuerpo al aire sin tocar parte alguna en el suelo: despues que volvía al uso de sus sentidos proseguía el sermón, tomando el hilo desde el lugar donde le había sucedido aquella suspension. Al principio, el compañero viéndole parado, hacia muchas diligencias para hacerle volver en sí á fin de que prosiguiese su discurso, pero todo era en vano; y una vez predicando en la parroquia de la villa de Oliva, se arrobó improvisamente y quedó inmóvil; el compañero para hacerle volver al uso de los sentidos, le hincó fuertemente una aguja en el pié, pero el siervo de Dios no sintió por entonces dolor alguno, ni recobró el uso de sus sentidos; lo mismo practicaron algunas veces varios indiscretos, clavándole gruesas agujas en las piernas, é hiriéndole en ellas con cuchillos, para asegurarse de la verdad de sus éxtasis, pero el siervo del Señor por entonces no sentía dolor alguno, aunque despues que Dios le volvía al uso de los sentidos, sentía bien el dolor de las heridas y necesitaba mucho tiempo para curarse. Estos éxtasis llenaban de asombro á los oyentes, y les hacían derretir en tibernas lágrimas de dolor de sus pecados: y no solo predicando sino en todas ocasiones gozaba el siervo de Dios de estas delicias divinas; de modo, que por muchos años fué casi todos los dias y por varias veces elevado en éxtasis, estando solo en la celda, celebrando el divino sacrificio, dando la comunión á los

fieles, en las públicas procesiones, comiendo con los religiosos en el refectorio, en el confesonario, y en una palabra, en todo lugar, tiempo y ocasion; los cuales éxtasis le duraban á veces muchas horas. Cuando los padecía tenia regularmente la cara muy inflamada, y algunas veces despedía de ella rayos de luz, ardiendo sus carnes como si fueran una ascua. En una de las veces que quedó éxtático, dando la comunión á los fieles y teniendo el copon en la mano, estando así inmóvil repararon los presentes que las sagradas formas saltaban del copon á los dedos del siervo de Dios. Estos éxtasis unidos á sus heroicas virtudes, hicieron famosísimo á Nicolás en todo el reino de Valencia, y los superiores creyeron oportuno colocar esta resplandeciente antorcha sobre el caudalero del gobierno; y así en el capitulo que celebraron en el año de 1548 le hicieron guardian del convento llamado la Valle de Jesus, tres leguas distante de Valencia. Desempeñó tan perfectamente este oficio, que le hicieron sucesivamente guardian de varios conventos; despues le hicieron maestro de novicios del convento de San Francisco de Valencia; fué tambien confesor ordinario de los monasterios de la Santísima Trinidad de Valencia; y del de las señoras Descalzas reales de Madrid, y extraordinario de otros: definidor de su santa provincia, y renunció por fin el oficio de secretario general de toda la órden á que le habia nombrado el padre general; obligando á este con sus razones y con sus lágrimas á que le aceptase la renuncia. En todo el tiempo en que fué superior no varió su tenor de vida, ántes se creyó mas obligado que sus súbditos á una exactísima observancia de toda la regla y al mayor trabajo. Fué increíble el cuidado y la industria que puso para que no faltase á sus súbditos lo necesario, y para que gozasen de toda aquella comodidad compatible con la regla y con la pobreza de san Francisco. Era el primero en todos los oficios de la comunidad; y en las comunes recreaciones, lejos de molestar á sus súbditos con una afectada gravedad, con su modo afable, civil y cortés, y con sus hermosos sainedes era la alegría y el placer incontentisimo de todos: su penitencia y mortificacion era asombrosa; no llevaba sino la túnica superior forrada de un asperísimo cilicio; tomaba todos los dias sangrientas disciplinas, con las cuales cubria de llagas su inocente cuerpo, y para curarlas no usaba de otro remedio que sal y vinagre. Por tiempo de catorce años caminó siempre con los piés desnudos, sin usar de sandalias ó alpargatas; dormía sobre unos sarmientos, teniendo una piedra ó un leño por almohada, y dormía muy poco; despues de maitines se quedaba siempre en la iglesia á continuar su oracion, penitencias y otros ejercicios devotos hasta la hora de prima. Con todo eso era muy discreto con los otros, procediendo con mucha reserva en conceder licencias á sus súbditos para hacer penitencias á mas de las que manda la regla, recelando no perdiesen su salud con sus indiscretos fervores; y cuando le preguntaban, ¿por qué usaba de tan asombroso rigor consigo mismo? respondia, que lo hacia porque Dios le habia dado un cuerpo de tal complexion, que cuánto mas le daba de palos y maltrataba, entonces estaba mas bueno y sano. Por esta causa se las permitian los superiores, sin cuyo beneplácito nada hacia, queriendo depender en todo de su voluntad.

Lo mismo acaecia en lo tocante al servicio de los enfermos y leprosos: obtenida la licencia de sus superiores, iba

todos los días á los hospitales, y servia allí en los ministerios mas viles y repugnantes á la naturaleza, á los pobres enfermos. El hospital de San Lázaro era el mas amado del beato Nicolás: de piés á cabeza limpiaba á aquellos miserables leprosos de sus inmundicias, los lavaba con aguas odoríferas, les daba de comer, les hacia las camas, los desnudaba, y les ponía sobre ellas; despues se arrodillaba y los besaba devotamente; y bastantes veces bebia mucha cantidad de la agua con que habia lavado á los mas asquerosos: otras veces lamia las llagas. Pero Dios que le inspiraba estos actos heróicos de caridad, contra las reglas ordinarias, le preservaba de quedar inficionado de la lepra; y por otra parte manifestaba claramente serle agradable este extraordinario fervor, con que Nicolás se dedicaba al servicio de los leprosos, favoreciéndole con altísimos éxtasis, mientras estaba ocupado en estas obras de misericordia; por cuyo motivo se las permitian los superiores, conociendo que esta era la voluntad del Señor.

A mas de los éxtasis favoreció el Señor á su siervo Nicolás con el don de profecía, el de hacer milagros, y el de conocer el interior de los corazones de varias personas. Celebrando la santa misa, vió muchas veces á Jesucristo en la hostia consagrada, y cuando la tenia en las manos ordinariamente, no percibia el tacto de las especies sacramentales, sino de una carne tiernísima. Tambien se le aparecieron varias veces la Virgen Santísima, de quien era devotísimo, san Francisco, san Vicente Ferrer, san Luis Beltran, y otros santos de su particular devocion. Estos dones y gracias sobrenaturales tan estupendas hicieron célebre el nombre de Nicolás, no solo en el reino de Valencia, sino tambien en la córte de Madrid, en el tiempo que vivió allí como confesor ordinario de las señoras Descazlas reales. El mismo rey Felipe II y toda su real familia estimaba y veneraba la santidad de Nicolás, especialmente despues que el señor inquisidor de Toledo hubo examinado y aprobado su espíritu, asegurando á todos que sus éxtasis eran verdaderos y divinos. Estos aplausos eran tan insufribles á la profundísima humildad del siervo de Dios, que por fin le hicieron tomar la resolucion de partir secretamente de la córte, y de volverse á Valencia. Vivía entonces en esta ciudad el glorioso san Luis Beltran, que habia ya vuelto de América. Entre estos dos grandes siervos de Dios hubo una muy íntima amistad; visitábanse recíprocamente con mucha frecuencia: san Luis publicaba en todas ocasiones, que los éxtasis de fray Nicolás eran verdaderos: que él era una de las almas mas favorecidas de Dios, y una de las mas puras y santas que hubiese en su Iglesia; y no era inferior el concepto que Nicolás formaba de la santidad de san Luis.

Cuando falleció este santo, Nicolás con los religiosos de su convento asistió á sus exequias; despues el prior de los padres dominicos le hizo quedar aquel día en el convento. En esta sazón tuvo un altísimo éxtasis, en que le manifestó Dios la gloria inefable de que gozaba san Luis en el cielo; y absorto y fuera de sí como estaba, dijo cosas altísimas de la gloria de san Luis, que hicieron llorar de ternura á las personas que le oyeron, que fueron todos los religiosos del convento, y otras de fuera en crecido número.

Despues de haber el beato Nicolás edificado con sus heroicas virtudes, y asombrado con sus raptos, profecías y milagros todo el reino de Valencia, movido de Dios, determinó pasar al principado de Cataluña, y vestir el hábi-

to de los padres capuchinos en el convento de monte Calvario de la ciudad de Barcelona; y habiendo solicitado y obtenido á este fin las debidas licencias de sus superiores, partió de Valencia en el mes de abril del año de 1582. Antes de llegar á Barcelona estuvo en varios conventos de padres recoletos y observantes, y en todos dió ejemplos de la mas sublime virtud, y obró en todas partes singulares maravillas. Cuando llegó á Barcelona, los señores consejeros fuéron á visitarle en forma pública en nombre de toda la ciudad: en la visita le dijeron que toda la ciudad estaba poseída de una suma alegría por tener en su patria un santo tan grande. A estas voces se horrorizó el siervo de Dios, se echó por tierra, y llorando copiosamente decia: «¿Al mayor pecador del mundo estos cumplimientos?» La mañana siguiente fuéron á visitarle muchas damas de las mas principales, y entre ellas la mujer del vizconde de Evoli; bajó el siervo del Señor para hablar con ellas en la puerta de la iglesia, y hablando con dichas señoras se elevó en un éxtasis, y estuvo suspendido en el aire por una media hora. Apenas los superiores de los padres capuchinos le hubieron vestido su hábito, cuando se vieron obligados á enviarle á predicar en varias iglesias de Barcelona por pedirlo personas á quienes no se podían negar. Predicó, pues, en la iglesia de San Justo y en otras muchas de aquella capital, y casi todas las veces que subió al púlpito quedó elevado en éxtasis; y en una ocasion en que el concurso era numerosísimo, se elevó de la tierra mas de un palmo. Estos estupendos prodigios hacían que el convento de los padres capuchinos estuviese casi siempre lleno de las principales personas de la ciudad y de un inmenso pueblo de todos estados. Viendo pues el beato que entre los padres capuchinos no hallaba aquella vida oscura y escondida que él se habia imaginado, con licencia de sus superiores determinó volverse á los padres observantes, y en consecuencia de esta resolucion, á 23 de junio de 1583 dejó el hábito de los capuchinos; y predicando por todas partes la palabra de Dios y obrando continuas maravillas, se encaminó á su convento de Santa María de Jesus de Valencia, donde por fin llegó á 13 de diciembre del mismo año, muy trabajado de unas cuartanas. Recibieronle todos los religiosos con indecible contento, y él, al poner el pié en el convento, dijo con gran fervor de espíritu: *Hæc requies mea in sæculum sæculi; hæc habitabo, quoniam elegi eam*: fué á la enfermería acompañado de casi todos los religiosos, y pidió y obtuvo del padre guardian el poder observar aun allí el ayuno del adviento. En el día 16 del mismo mes fué acometido de una ardiente calentura y de un gran dolor en el pecho: los médicos declararon desde luego que la enfermedad era muy peligrosa, y empeorando cada día pidió con grandes instancias el beato Nicolás el Santísimo Viático, y quiso hacer ántes una confesion general de toda su vida, que fué la última auténtica prueba de que habia conservado siempre la inocencia del santo Bautismo. Quiso recibir al Señor arrodillado, y ántes de recibirle pidió perdon á todos los religiosos, diciendo que era un pecador escandalosísimo: despues habló con mucho sentimiento de su tránsito á los padres capuchinos; y dijo que para hacer la voluntad de Dios habia pasado á los padres capuchinos, y para hacer la voluntad de Dios habia vuelto á su primera madre, la observancia. Dos veces rogó con sencillez al padre guardian, que seguida su muerte hiciese sepultar su cadáver

en el establo del convento ó en un lugar vilísimo, porque él era un pecador indigno de la sepultura comun de los religiosos. En la tarde del día 22 hallaron los médicos tan malo á Nicolás, que claramente dijeron le quedaban pocas horas de vida: un religioso fué desde luego á dar esta noticia al siervo de Dios, el cual quedó lleno de una alegría tan sobreabundante, que se le descubría en el rostro; dió gracias á este religioso por la buena noticia que le habia traído, y fuera de sí de alegría, dijo: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*: Recibió con extraordinaria devocion el óleo santo, y en la mañana del día 23, despues de haber mirado amorosamente á un Crucifijo cerró sus ojos, y diciendo: «Jesus, creo,» plácidamente espiró. Manifestó el Señor la gloria de Nicolás con muchos milagros que obró por su intercesion; entre los cuales fué estupendo el de la incorrupcion de su cuerpo, el cual habiendo estado nueve dias sin sepultura, para satisfacer á la devocion de los fieles que acudian de todas partes á venerarle, no solo se mantuvo incorruptible, húmedo y flexible como si fuese vivo, sino que exhalaba una suavísima fragancia; y habiendo algunos críticos querido poner en duda este milagro, esparciendo por la ciudad que los religiosos habian embalsamado el cadáver de fray Nicolás, se pidió de parte de los religiosos un reconocimiento jurídico del cadáver, como se hizo; en el cual fué hallado sin abrir, entero y flexible como si fuese vivo, y despidiendo un olor muy suave, de todo lo que se recibió un público instrumento.

Beatificó al siervo de Dios nuestro santísimo padre Pio VI, á 27 de agosto de 1786, habiendo ántes aprobado para este efecto los tres milagros siguientes.

El primero sucedió con Juan Bautista Claudio, niño de trece meses, el cual estando tendido en una pública calle de la ciudad de Valencia, le pasó por encima de los lomos una rueda de uno de los carros de cuatro ruedas, que en Valencia llaman galeras, que iba muy cargado: quedó el niño, ó muerto, ó en punto de espirar: la madre, desconsoladísima á vista de tan infausto suceso, le desnudó, y halló que en la region lumbar sobre la carne tenia una faja de color entre negro y rojo: y todos los presentes se persuadian que el niño era muerto: la madre invocó en esta sazón con mucho fervor al siervo de Dios, pidiéndole le volviese sano á su hijo; y fué así, que al momento se desvaneció aquella faja, y el niño quedó vivo y perfectísimamente sano.

El segundo sucedió con Gerónimo Espejo, médico de Moya en el reino de Castilla: estaba éste herido de una puñalada que le atravesó hasta las partes interiores del pecho; y creyéndose que estaba próximo á la muerte, recibió todos los sacramentos, hasta el óleo santo. Habiendo dado la herida algun tiempo, vino de Valencia un cirujano habilísimo, quien empezó á curarle, y continuó la cura por espacio de tres meses; mas despues de este tiempo, el enfermo, que á mas de la herida fué acometido de una calentura éfica, ocasionada de la podre de la herida, quedó tan postrado de fuerzas, que se creyó no solo desesperada la cura, sino que estaba próximo á la muerte. En este estado invocó con mucha confianza al siervo de Dios, y tomó un ligero sueño; en el cual se le apareció el beato Nicolás, y consolándole le dijo: «Vos no morireis de este mal, del cual Dios os sana en este momento.» A estas voces despertó el enfermo, y se halló reforzado en toda su persona, y cuando llegó el cirujano no solo halló cerrada y

curada del todo la herida, sino que halló al enfermo libre de la calentura y perfectamente sano.

El tercero sucedió con José Joaquín Gandía, muchacho de doce años, el cual jugando con otros de su edad, fué herido tan fuertemente por uno de ellos con un cuchillo en el lado izquierdo del pecho, que despedazadas las partes principales internas, con la respiracion de la herida apagaba la luz de cuatro candelillas retorcidas en una: á mas de esto fué acometido de una vehementísima calentura, y de fuefestos y frecuentes delirios: era suma su debilidad, y habia perdido casi del todo la voz; por lo que habiendo recibido el Viático y la extremauncion, se creyó próximo á la muerte. En este estado, y dia veinte y uno de la enfermedad, su madre y hermana le pusieron el capucho del beato Nicolás, implorando con nuevo fervor su ayuda: el beato se apareció al enfermo con un baston en la mano, y sentándose en la cabecera de su cama, le dijo: «Amado hijo, ten ánimo, que Dios te quiere curar, y luego estarás bueno.» El muchacho se sintió como reanimar en todo el cuerpo, y se llenó de una consolacion indecible; llamó al instante con voz natural á su madre, y la dijo muy alegre y riendo: «Yo estoy sano; hé aquí el padre Nicolás Factor, que ha venido á visitarme, y está aquí sentado cerca de mí; él es quien me ha curado:» pero ni la madre ni la hermana vieron al beato: cuando llegaron los cirujanos hallaron la herida curada, y desvanecida la calentura, y todos los síntomas del mal; y el muchacho dentro de pocos dias salió de casa bueno y sano, mejor que ántes que recibiese aquella herida.

SAN ADRIAN. — Muchos eran los cristianos que se hallaban en las cárceles de Cesarea en Palestina por su fé y religion; y entrando en la ciudad el santo fué preguntado cuál era el objeto que le movia ir á ella; y contestando que iba á consolar á los cristianos que se hallaban encarcerados, y que él tambien era cristiano, fué preso y conducido ante Firmiliano. Las órdenes que contra los cristianos diera el emperador Diocleciano las cumplia exactamente este cruel prefecto; así es que interrogando de nuevo á Adrian le mandó azotar con varas de juncos puntiagudos hasta que desfalleciera. No contento con esto mandó arrojarlo á los leones, y estos, deponiendo su natural ferocidad, se pararon en su presencia, y lamieron los pies del santo mártir; enfurecido el tirano mandó le cortaran la cabeza, recibiendo el premio de la vida eterna, el 5 de marzo del año 308.

LOS SANTOS EUSEBIO, PALATINO Y OTROS NUEVE MÁRTIRES. — Derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en un pueblo de Portugal, por los años 131. Bolandos cree que fueron martirizados en Antioquia ó en Cesarea de Palestina en tiempo del emperador Trajano.

SAN TEÓFILO, OBISPO DE CESAREA EN PALESTINA. — Era sacerdote de la Iglesia de Jerusalem cuando fué elegido obispo á causa de sus extraordinarias virtudes y de su sabiduría. En su tiempo se agitó con mucho calor entre las iglesias de Asia y África la cuestion del dia en que debia celebrarse la Pascua, y en un concilio celebrado en Cesarea, que presidió san Teófilo, se fijó la cuestion, y se escribió una encíclica á las demás iglesias para que se conformasen en la celebracion de la primera solemnidad del año eclesiástico. San Teófilo, despues de un pontificado señalado en virtudes, en ciencia y santidad, murió en Cesarea el año 200 poco mas ó ménos.

SAN GERASIMO, ANACORETA. — Vivió retirado en una gruta de la ribera del Jordan, hasta que los prodigios que obraba el cielo por su mediacion le dieron á conocer á los hombres. Reunieronse entonces una multitud de discipulos, ansiosos de andar en su compañía por los caminos de perfeccion; fué el padre y el abad de una infinidad de santos solitarios; les dió reglas y avisos para conducirse con agrado en la presencia de Dios, y entregó su espíritu al Criador, el día 5 de marzo del año 475.

DIA 6.

SAN OLEGARIO, OBISPO DE BARCELONA, Y ARZOBISPO DE TARRAGONA. — Por muchas razones puede Barcelona ciudad nobilísima de Cataluña, llamarse dichosa y afortunada, llenando cabalmente su primitivo nombre de Favencia, que significa «la favorecida ó dichosa.» Fué, y lo es, por los hijos insignes en dignidades, letras, valor y armas: por lo cual merece con justo título llamarse la favorecida del cielo y del suelo. Pero uno de los blasones de que hace mas gala, y con que se ennoblece mucho Barcelona, es mirarse patria de san Olegario, dignísimo prelado de ella, y arzobispo de Tarragona: cuya prodigiosa vida, sacada ya de papeles auténticos que se conservan en los archivos reales de Barcelona, ya de otras historias antiguas y verdaderas de Cataluña, es en esta manera.

Gobernando la nave de la Iglesia Nicolao II, y teniendo el imperio romano Henrico IV, año de 1060, nació para luz del mundo y honor de Cataluña san Olaguer, en la ciudad de Barcelona. Nació en tiempo que en el concilio Lateranense fué condenado Berengario, heresiarca, abjurando él despues sus errores, como consta en las Decretales, de *Consecr.*, dec. 11; y cuando el serenísimo príncipe Godfredo de Bullon, duque de Lotoringia, ganó á Jerusalem, á quien el papa coronó por rey de Palestina. Soberana providencia sin duda el nacer nuestro santo en este tiempo; pues daba á entender el cielo, que con la luz de su doctrina había de ilustrar á los fieles, y había de desterrar del mundo la oscura noche de los errores. Llamóse el padre de san Olaguer del mismo nombre que el hijo, y era del orden ecuestre ó militar, y fué leciatario y muy valido del conde de Barcelona don Ramon Berenguer primero de este nombre. La madre del santo se llamó Guilia, matrona santísima y nobilísima, descendiente del antiguo linaje de los godos; la cual crió al hijo Olaguer á sus pechos, dándole con la leche la educacion de buenas y santas costumbres. Iba creciendo el santo niño, y crecían al mismo paso sus virtudes; pues se mostraba modesto, cortés, recogido y en todas las virtudes morales consumado. Aun en la tierna edad le veían niño, y ya en virtud y perfeccion era un asombro: pues siendo un ángel en la pureza ayunaba mucho: era en la oracion asiduo, en las misas devoto y en todo género de perfeccion versadísimo: mirábase la ciudad toda, y de mirarle recibía igual pasmo que gozo, viendo tanta santidad en un niño, y gozándose de haberle merecido por hijo. Tenía el dicho conde de Barcelona tres hijos: y habiendo de enseñarles maestros, quiso que en la educacion y crianza les hiciese san Olaguer compañía. No están los hijos acabados de hacer cuando nacen; pues falta lo mejor, que es la educacion, y para esto vale mucho la compañía de un bueno. Estudió los rudimentos de la gramática, retórica y filosofia: en que salió señaladísimo y

muy docto, siendo por ello muy estimado. No ocupó la niñez en las puerilidades, en que se entretienen otros niños: del general se volvía á casa ó á la iglesia. Corría ya el año 1070 y el décimo de la edad de nuestro santo: y sus padres determinaron que el hijo que Dios les había dado le sirviese perpetuamente en su templo: para cuyo efecto hicieron donacion á la iglesia Catedral y cabildo de Barcelona de una herencia y viña que tenían en el condado de Vique junto al castillo de Manresana y Villalonga; en un lugar llamado San Armengol, como consta en el lib. IV de las antigüedades de dicha Catedral. Anumeraronle al santo mozo Olaguer en el gremio de los canónigos de aquella santa iglesia, sin embargo de la poca edad; porque á los hombres no los hace la edad grandes, sino la ciencia y virtudes. Siendo canónigo, le promovieron á la dignidad de prepósito, obteniendo ántes una pabordía. En esta graduacion se hallaba san Olaguer, en la cual no retrocedió de sus estudios; pues veinte años se dió á los de la sagrada teologia, leyendo las obras de los santos padres, en que salió gran maestro y predicador fortísimo. Por este tiempo fué ordenado de sacerdote por don Beltran obispo entonces de dicha ciudad. Había este obispo fundado junto á Barcelona un monasterio de canónigos reglares de san Agustín, y era el título de San Adriano (cuyas memorias se ven hoy en día reducidas á una pequeña parroquia en el llano de Barcelona): advertía bien el santo canónigo Olaguer la vida áspera y religiosa de aquellos santos varones, y con sagrada envidia determinó imitarles la vida para despues imitarles la pureza. Noticiosos el obispo y comunidad de San Adriano del intento del santo canónigo Olaguer, aunque sumamente deseaban la ejecucion, no se atrevían á hablar de ello por no disgustar al conde, que quería mucho al santo, y al cabildo que le estimaba mucho. Entendiólo él, y resolvióse á renunciar la prebenda de canónigo y dignidad de prepósito, como lo hizo. Recibió el hábito, y dió muestras del tesoro que traía en su alma escondido. En el año de la aprobacion era en la penitencia un dechado de los santos del yermo: era humilde en extremo, circunspecto y de todos tan querido, que en el año 1096, despues de profeso, fué elegido prior de comun consentimiento. No pudo su humildad familiarizarse con la prelación, y renunciándola, se fué á ser súbdito al convento de San Rufo de la misma orden en la Provenza. Pero como sus virtudes le gritaban á pesar de sus humildades, puesto en aquel convento fué conocido, y por su perfeccion y letras venerado. Faltó abad en aquella santa casa, y fué electo Olaguer, por comun voz de toda ella, y obtuvo ese cargo hasta el año 1115, en el cual fué obispo de Barcelona. Unos dicen que habiendo sido poco mas de doce años abad de dicho convento de San Adriano, que está entre el río de Besós y Barcelona, fué al convento de San Rufo enviado visitador y reformador por el papa Pascual II, que ocupaba entonces la silla de san Pedro. Fué allá como ángel de paz, y fué recibido como un apóstol, siendo espejo de toda virtud, á cuya vista se componían todos los de aquella grave comunidad. Todo su ejercicio de Olaguer era tratar de Dios y encaminarlos á Dios, haciéndoles pláticas suavísimas de soberana elocuencia y provechosísima doctrina. Hubo en fin de dejar este monasterio y volverse á San Adriano de Barcelona, instado de doña Dolza, mujer de don Ramon Berenguer III, dejando á los canónigos de San Rufo deseosos de sí, y con vivo

sentimiento de su ausencia. Llegado á Barcelona y recibido con sumo celo de todos, balló vacante la silla episcopal por muerte de don Ramon Guillen.

Estaban los obispos provinciales dias habia en junta para la eleccion; y sin premisa alguna, ni recuerdo del abad Olaguer, el dia de la eleccion, todos á una voz pidieron al conde se sirviese de venir bien en lo que ellos determinaban, que era elegir en obispo á Olaguer, abad de San Rufo, por mas eminente en virtudes, letras y vida ejemplar. Alegróse el conde y su mujer, y luego enviaron quien le diese noticia de su eleccion: la cual procuró deshacer el santo, diciendo, que él era indigno y sin méritos, y que pusiesen en esta dignidad una persona virtuosa y santa cual se requeria. No vengió esta vez su humildad, y hubo de rendirse á la voluntad de Dios, manifesta en tan acertada eleccion: aunque hizo de su parte lo que pudo para no ser obispo; pues de noche se huyó á su abadía de San Rufo; y sabido de la ciudad y clero, fuéron en su seguimiento, y cerca de Perpiñan le encontraron en el camino y le obligaron casi por fuerza á que volviese á su obispado: y para asegurarle el conde sacó confirmacion apostólica del papa: con que san Olaguer hubo de aceptar la prelacia. Puesta esta luz sobre el alto candelero de la dignidad, procuró darse á conocer reedificando iglesias y monasterios, haciendo grandes limosnas, concordando pleitos de sus súbditos; y en especial resplandecia en la honestidad, circunspeccion y pureza, permaneciendo virgen. Predicaba de ordinario, siendo continuo de dia y de noche á las divinas alabanzas en el coro, como quien desde niño se habia criado en él. Gozosa sobremanera estaba su patria y ciudad de Barcelona, con el ilustre hijo y prelado que tenia cuando electo el papa Gelasio II, por muerte de Pascual, hubo san Olaguer de ir á Roma á prestarle el juramento de obediencia que entonces se acostumbraba: y ántes de efectuarlo convocó al pueblo y les hizo una exhortacion tan tierna y docta, que juntamente los dejó á todos hechos un mar de llantos, y llenos de soberanos y santísimos documentos. Partióse á Roma sin omitir las penitencias, ni dar por el camino algun alivio al cilicio ni al ayuno. Visitó los templos de aquella santa ciudad con suma devocion, y de allí fué á Gaeta á besar los piés al papa que ya tenia de las virtudes y letras de san Olaguer mucha noticia. Mostró el papa estimarle mucho, y asimismo los cardenales que con gusto y admiracion le oyeron. Vacó entonces la metrópoli de Tarragona primada de las Españas: y notificándole san Olaguer al papa, le pidió proveyese aquella silla en persona grave, pia y docta; y el pontífice lo hizo mandándole á él por obediencia, aceptase aquella dignidad: para lo cual despachó bula á 21 de marzo, año primero de su pontificado, y 1118 de Cristo. Volvió á España: y en Barcelona, su patria y en Tarragona fué recibido con grande alborozo. Poco tiempo pudo residir san Olaguer; porque muerto dentro de un año el papa Gelasio y electo Calisto II, fué por él llamado á Roma al concilio Lateranense, por tenerle en opinion de hombre insigne. Fué: y acabado el concilio, le hizo legado suyo á *latere* para el reino de España, como consta de su bula despachada 4 non. *aprilis*, pontífice. ann. 1. Venido á ella, reedificó la iglesia de Tarragona; y habiendo puesto en paz muchas materias, determinó visitar la Tierra Santa: y así fué á ella predicando por todo el camino, y renovando el prodigio del dia de Pentecostés en Jerusalem; pues hablando una sola lengua,

segun lo mas cierto, le entendian gentes de varias lenguas y naciones. No se puede ponderar el sentimiento que ocupó á Barcelona su patria y á toda la provincia, al partirse el santo de ella: ni tampoco las lágrimas, devocion y ternuras con que visitó los lugares de la Tierra Santa.

Habiendo ya cumplido con su devocion, se volvió á sus iglesias y tierra, y de camino visitó su regalada casa de san Rufo, con singular consuelo de aquel santo convento. Despidióse de él, y llegó á Barcelona una tarde puesto el sol, donde entró sin ruido ni fausto por no desazonar la humildad que tanto amaba y le habia hecho siempre tan agradable compañía. Al otro dia por la mañana acudió todo el cabildo y pueblo á ver á su amabilísimo prelado, y con ellos repartió muchas reliquias, reservando en su pectoral una partecilla del *lignum crucis* de Nuestro Salvador. Estando ya con quietud en su silla, hizo cosas maravillosas: en particular con sus blandas amonestaciones hizo con algunos que injustamente usurpaban bienes de la Iglesia, que los restituyesen; y reconocidos de su culpa los absolvió: y el mismo teniendo en su patria Barcelona unas casas propias y horno, hizo donacion de ellas á la iglesia y cabildo. Hizo venir á concordia al conde don Ramon Berenguer con la señoría de Génova, y al dicho conde le indujo á que se hiciese religioso templario, que entonces empazaban á florecer mucho, alabándole su modo é instituto; aunque por la muerte no pudo efectuarlo: sino estando enfermo.

Fué despues llamado san Olaguer, por el papa Inocencio II, al concilio Claramontano, donde con valor, celo y espíritu, declaró por excomulgado al antipapa Anacleto, y los demás padres del concilio abandonaron y siguieron su parecer y voto. Venido cuarta vez á su ciudad y obispado, reparó y bendijo muchas iglesias, que los sarracenos de España tenían violadas. Fué despues á Zaragoza á poner paces entre don Alonso rey de Castilla, y don Ramiro rey de Aragon. En estos y otros santos ejercicios se ejercitaba san Olaguer, en que recibia de Dios singular gracia; porque no hubo persona á quien hablara el santo, que no se le aficionara luego. Él, mucho tiempo ántes estando cierto dia en el fervor de la contemplacion, todo absorto y fuera de los sentidos del cuerpo, pidió á Dios Nuestro Señor le hiciera gracia de revelarle el tiempo de su partida y última hora. Concedióle Dios su peticion: y se vió ser así; pues en un concilio (no se ha averiguado, si en Tarragona ó Barcelona) que tuvo á sus rectores y sinodales, les dijo, que seria aquella la última vez que les predicaria; y así todos los seis dias que duró el sínodo, les predicó con tanto fervor, tanta sabiduría y elocuencia, que todos le miraban como á un ángel que Dios les enviaba; y así como á tal oían las cosas que les decia, y los documentos que les daba. Lloraban todos, y el santo con ellos. A 12 de febrero hizo al cabildo donacion de una heredad que tenia en la parroquia de Mollet; porque quiso desasirse de todo, ántes de partirse de este mundo. Dióle tambien una granja ó quinta que tenia en Corañota. Recibió con mucha devocion y lágrimas los santos sacramentos, y hablando con Dios y con su Madre santísima, de quien fué devotísimo toda su vida, meditando la pasion de Cristo, y diciendo en voz devota é inteligible: «En vuestros manos, Señor, encomiendo mi espíritu;» juntas las manos delante de Cristo crucificado, entregó á Dios su bendita alma á 6 de marzo, año de Cristo de 1136, y setenta y seis de su edad.

Luego se oyó una voz lastimosa pero agradable por todo el pueblo: «Muerto es el santo: muerto es nuestro santo obispo y prelado.» Empezó luego á resplandecer con varios milagros, con que en el mundo le honró y honra cada día el cielo. Resucitaron muertos: cobraron salud infinitos: dió vista á ciegos: libró de naufragios; y hace Dios por él soberanas maravillas en sus devotos. Está sepultado en la iglesia de su patria y ciudad de Barcelona. Fué canonizado al uso antiguo de la Iglesia, que era la veneracion de los fieles, y el permiso de los sumos pontífices; mas ahora nuevamente lo ha sido por decreto particular de nuestro santísimo padre Inocencio XI, despachado á los 25 de mayo de 1675, y así se puede decir dos veces canonizado: claro está que tan gran santidad como la suya, no pedía ménos para mostrar que vale por dos. Consérvase su cuerpo entero y sin corrupcion en la misma santa iglesia de Barcelona, donde es visitado de los naturales y extranjeros con singular devocion, correspondiendo el santo á la confianza, y piadosos ruegos de sus devotos: los cuales nunca parten de su presencia, sino bien despachados y consolados en sus trabajos y necesidades.

Y aunque todos siempre han hallado y hallan pronto socorro, invocándole como consta de los innumerables milagros, que podrá ver el curioso devoto suyo en los muchos procesos, que en diversas ocasiones se han impreso para su canonizacion; con todo eso, el cielo, para ostentar mas su gloria, ha dispuesto le tenga el mundo por abogado especial de las mujeres que tienen peligrosos partos: las cuales, invocándole, hallan luego su alivio, socorro y total consuelo; y si las criaturas nacen con algun evidente achaque y riesgos de perder luego la vida; con solo invocar á Olaguer sus padres, han experimentado nueva vida y nuevo ser en sus hijos: de que dando á Dios las gracias, le han glorificado en su siervo Olaguer. Celebran de él como de su prelado, las iglesias de Tarragona, y Barcelona el dicho dia 6 de marzo, en que pasó de esta vida á la inmortal y eterna: á la cual nos lleve la divina Bondad por su intercesion, á gozar de su gloriosa y amable compañía. Amen.

SAN EVAGRIO.—El cisma de los arrianos hacia grandes estragos por los años 370, en cuyo tiempo murió el patriarca de Constantinopla Eudocio. Los arrianos nombraron sucesor para esta silla, como tambien los católicos. Estos eligieron á Evagrio, hombre en quien resplandecía un talento superior y una esclarecida piedad, quien fué consagrado obispo y se encargó de la iglesia de Constantinopla. Su celo en combatir la herejía era tanto que enfurecidos los arrianos, consiguieron del emperador Valente que los favorecia, á que le desterrara y persiguiera. Los católicos, que amaban entrañablemente á su prelado; mandaron ochenta clérigos en comision para que pasaran á Nicomedia á reclamar á Valente su obispo; pero el príncipe, lejos de condescender á lo que pedían los mandó embarcar todos en un buque, al que se puso fuego cuando estuvieron en alta mar. Evagrio, firme siempre en la fé católica murió en el destierro por los años 380.

SANTA COLETA.—Natural de Flandes, reformadora del órden de santa Clara, conservó íntegra su virginidad, y fundó varios monasterios de su reforma, ayudándole á tan santa empresa las principales familias de su pais con quienes la unian vinculos de sangre. Fué muy favorecida por el cielo con visiones y milagros, y recibió el premio debido á sus virtudes, el dia 6 de marzo del año 1447.

Durante su vida habia merecido la recomendacion y elogios de los mas santos personajes de su tiempo, particularmente de san Juan de Capistrano, del cual se conserva una carta dirigida á Coleta, en que se ve la admiracion y particular aprecio que hacia de las raras calidades de esta admirable virgen.

SAN VICTOR Y SAN VICTORIANO.—Fueron atormentados en Nicomedia de Bitinia, por todo el discurso de tres años, con diversos tormentos, en compañía de san CLAUDIANO y de santa BASA su mujer, y todos juntos acabaron su vida dentro la cárcel por los años 300 de Jesucristo.

SAN MARCIANO, PRIMER OBISPO DE TORTONA.—Consagróse san Bernabé. En tiempo del emperador Adriano hizo tantos esfuerzos para la propagacion del Evangelio, que en poco tiempo convirtió á la fé católica gran multitud de infieles, y todas las regiones que se habian confiado á su cuidado pastoral. Habiendo sido acusado ante el prefecto, y confesado la religion verdadera, fué condenado á un martirio doloroso, que consistia en meter el cuerpo de la víctima entre dos planchas de hierro candente, que apretadas, estrujaban el cuerpo del paciente, que moria dentro breves instantes. Marciano, por virtud divina, soportó alegremente tan horrible tormento, y al salir de él, le cortaron la cabeza, y voló su espíritu al Señor, el dia 6 de marzo del año 120.

SAN CORON, MÁRTIR EN CHIPRE.—En tiempo del emperador Decio, fué este santo preso por los paganos, que le obligaron á correr delante de un carro, traspadados los piés con clavos, y cayendo sobre las rodillas, entregó su alma al Criador por los años 250.

LA CONMEMORACION DE CUARENTA Y DOS SANTOS MÁRTIRES.—Habiendo entrado los sarracenos en Amorio, ciudad de la Frigia, fueron presos y conducidos á Siria, donde sufrieron muchos suplicios, y por fin espiraron á la violencia de los tormentos, consiguiendo así la palma del martirio en marzo del año 841.

SAN BASHILO, OBISPO DE BOLONIA EN ITALIA.—Fué consagrado por el papa san Silvestre por los años 350. Gobernó su Iglesia santa y gloriosamente por espacio de veinte años, y murió tranquilamente en 370, el dia 6 de marzo.

DIA 7.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, CONFESOR Y DOCTOR.—El bienaventurado santo Tomás de Aquino, luz de la Iglesia católica, doctor angélico, y guia segura de las escuelas, ornamento y gloria de la sagrada órden de los predicadores, fué nobilísimo, é hijo de los ilustrísimos condes de Aquino. Su padre se llamó Landulfo, y su madre Teodora. Estando esta señora preñada de santo Tomás, vino á ella un ermitaño, varon santo, que traía al cuello una pequeña imágen de Nuestra Señora, y á sus sagrados piés un retrato de santo Domingo, y le dijo, que Dios le alumbraria, y pariría un hijo que se vestiria de aquel hábito de santo Domingo, y seria honra de su linaje, y lumbrera del mundo. Oido esto, Teodora respondió: Hágase la voluntad del Señor. En naciendo el santo niño, le recibieron sus padres, como dado de la mano de Dios. Llamáronle Tomás en el bautismo, por su abuelo paterno, que fué el conde Tomás de Samacolla, muy privado del emperador Federico, el segundo, y su capitán general en muchas empresas. Que-riendo una vez la ama, que le criaba, empañarlo, halló

qué el bendito niño tenía apretado en la mano un papelito: y queriéndosele quitar para envolverle mejor, lloró tanto el niño que se le hubo de dejar; y después su madre, sacándosele de la mano, desenvolviéndole halló en él escrito: *Avé Maria*: y como él hiciese pucheritos, y gran sentimiento por el papel que le habían quitado; para acallarle, se lo volvieron; y luego le llegó á la boca, y poco á poco le rompió con las encías tiernas, y se lo comió; mostrando que con la leche mamaba el amor de la purísima Virgen, de la cual toda su vida fué devotísimo. En este mismo tiempo de su niñez, cuando algunas veces lloraba, el remedio que tenían los que le criaban, para hacerle callar, era darle algun libro que hojease; y con esto luego se sosegaba. Siendo ya de cinco años, le enviaron sus padres al insigne monasterio del monte Casino, para que desde aquella edad aprendiese entre los santos monges el amor y temor santo del Señor: porque el glorioso patriarca san Benito, entendiendo lo que importaba para la reformation y buen gobierno de la república, que los hijos de los caballeros y gente principal se crien bien desde su niñez; por hacer este servicio á Nuestro Señor, y beneficio tan importante al mundo, se encargó en su vida de criar en su monasterio de Monte Casino algunos hijos de caballeros; sin tener cuenta con la quietud y con el recogimiento que sus monjes profesaban, y dejó aquella loable institución á sus hijos y sucesores: la cual aun duraba, cuando nació santo Tomás: el cual entre los otros niños, que en aquella santa casa se criaban, se esmeró sobre todos en el reposo, en la mansedumbre, en el silencio y quietud, en la obediencia al maestro que le enseñaba, y en la modestia, huyendo siempre de los otros niños traviosos é inquietos, y acompañándose con los mas sosegados y devotos: y él lo era tanto, que gastaba cada día dos horas en su oración, y con una piadosa curiosidad muchas veces rogaba al monje, que le tenia á cargo, que le declarase qué cosa era Dios, y encomendaba á la memoria, y guardaba en su pecho los buenos consejos que le daba. Cuando tuvo diez años de edad, volvió á Nápoles para estudiar. Tuvo por maestro en la gramática, retórica y dialéctica, á un hombre famoso, que se llamaba Martin: y en la filosofía á otro no ménos excelente, que se llamaba Pedro de Hibernia, que es en Irlanda, de donde habia venido á leer á Italia. Con el grande y vivo ingenio que tenia, aprendió de tal manera aquellas ciencias, que dejó muy atrás á todos sus condiscipulos, y dió muestras de lo que con el tiempo habia de ser. Todos ponian los ojos en él, por su nobleza, por su ingenio, y mucho mas por su ejemplo, y por la grave y alegre modestia con que respaldancia.

Venia él ya de Monte Casino tocado del Señor, é inclinado al menosprecio de todas las cosas de la tierra, y al aprecio y estima del cielo. Para esto comenzó á tratar con los padres de santo Domingo, que pocos años ántes habian fundado casa en Nápoles, y florecian con gran fama de santidad: y uno de ellos vió salir del rostro de santo Tomás unos como rayos muy esclarecidos, que se derramaban al rededor donde él estaba, é ilustraban á los circunstantes, y le causó no pequeña admiracion. Tomó estrecha comunicacion Tomás con un padre de aquel convento, que se llamaba Fr. Juan de San Julian, varon venerable y santo, y por medio de él vino á tomar el hábito de santo Domingo, siendo ya de catorce años; y tomóle

de mano de Fr. Tomás de Lentin, que á la sazón era prior de aquel convento, y después fué patriarca de Jerusalem. Mucho admiró y dió qué decir en Nápoles la entrada en religion de un mancebo tan ilustre, y de tan tierna edad, y de tan grandes esperanzas; y mas, siendo, como era entonces la religion en que habia entrado, nueva y no tan conocida en el mundo. Unos murmuraban de los frailes, como si le hubieran engañado: otros de los padres del santo, porque lo consentian: otros decian, que habia sido liviandad y niñería: pero entre tantos no faltaban algunos, que con el ejemplo de Tomás se moviesen á imitarle, y á dar libelo de repudio al mundo. Su madre, cuando lo supo, vino de Rocaseca, donde estaba, á Nápoles, para ver á su hijo: el cual no sabiendo el ánimo con que venia, ni la fuerza que tendrian para con él sus palabras, y afectos de madre; por huir el peligro que consigo traen semejantes ocasiones, pidió é importunó al prior, que le llevasen de allí á otra parte; porque no se queria ver á solas con su madre. Vino bien el prior en lo que el novicio pedia, así por darle gusto, como porque tenia que su madre, como señora poderosa, se le quitaría por fuerza, y la órden perdería aquel tesoro que Dios le habia enviado para enriquecerla y ennoblecerla; y así le enviaron luego á Roma al convento de Santa Sabina, acompañado de algunos religiosos. La madre se determinó á seguirle hasta Roma: donde tampoco le halló; porque por no ponerle á prueba de lágrimas de madre, y madre tan afligida, como ella estaba; con consentimiento del santo mozo, le habia ya enviado el prior con cuatro frailes á Paris, para que allí estudiase. Cuando su madre supó y vió que los frailes no la crecian, afirmando ella que no venia para sacar á su hijo de la religion, sino para ayudarle y exhortarle á la perseverancia; sintiólo por extremo, y escribió á sus dos hijos, Landulfo y Arnoldo, que eran soldados valerosos del ejército del emperador Federico el segundo, encargándoles que tomasen los pasos por donde habia de pasar su hermano Tomás para Francia, y que le cogiesen y se le enviasen: y ellos lo hicieron con tanto cuidado, que por medio de algunos soldados suyos, que para este efecto enviaron, le hubieron á las manos á él, y á los cuatro religiosos que le acompañaban, y le prendieron, y le enviaron á su madre. Quisieron los soldados de sus hermanos quitarle el hábito por fuerza; mas él resistió con tanto espíritu, que aunque se le hicieron pedazos, y le costó muchas lágrimas y malos tratamientos, no pudieron. Cuando llegó Tomás á la casa de su madre, no se puede fácilmente decir el contento que ella recibió, por parecerle que quedaba vencedora, y que tenia en su mano á su hijo, y que por ser muchacho, con poco trabajo le haria hacer todo lo que quisiese. Tomó todos los medios y artificios que supó y pudo, para persuadirle que dejase el hábito; y mezclaba con halagos, amenazas y dulturas con espantos, y lágrimas con enojo, y no dejaba cosa que para su intento le pudiese aprovechar. El santo hijo mirábala como á madre: respetábala como á señora; y respondíale con modestia y verdad, declarándole cuánto mas obligado estaba á obedecer á Dios que nó á ella, y cuán aparejado estaba para sus buenos y malos tratamientos. Como vió la madre la poca fuerza que tenian todas sus artes y mañas, no quiso ella por sí misma porfiar con Tomás; mas encomendó á sus dos hermanas que siguiesen aquella empresa, y no le dejasen á vida, hasta que se

apartase de aquel pensamiento. Hicieron las dos hermanas el oficio que su madre les habia mandado, sirviéndose de toda la ternura y blandura que en semejantes ocasiones el estragado afecto de la carne y sangre suele usar. Diéronle muchos asaltos, y cruelísima batería; mas el pecho del santo mozo resistia á todos los golpes como una roca firme, y como un muro de acero impenetrable. Fué esto de manera, que la mayor de las dos hermanas, queriendo rendir á Tomás, quedó rendida, y dando de mano á las galas y riquezas, y grandes casamientos que se le ofrecian, tomó el estado de religion en Santa María de Capua, y en el mismo monasterio, andando el tiempo, fué abadesa, con grande ejemplo de santidad.

Volviéron de la guerra los dos hermanos, Landulfo y Arnoldo: y cuando vieron á su madre tan afligida, las hermanas tan desconsoladas, y á Tomás, á su parecer, tan obstinado, como soldados bravos quisieron llevar aquel negocio por manos y valentia: y despues de haber dicho palabras pesadas é injuriosas al santo mozo y hermano, pusieron las manos en él y le maltrataron, y por fuerza le quisieron quitar el hábito, y se le rasgaron. Pero como todo esto no bastase para apartar á Tomás de su santo propósito, ántes como el árbol bien plantado, con las heladas, mas se arraigase en él; le mandaron llevar preso con buena guarda á la fortaleza de Rocaseca, y le apretaron sobremanera, no solamente con cárcel penosa para el cuerpo, sino con otros medios infernales y perniciosos para el alma. Concertáronse con una mujer recien casada, moza hermosa, desenvuelta y lasciva: prometiéronle grandes premios si le hablase á solas, y con sus blandas palabras y halagos le trajese á mal: invencion propia de Satanás, y de los que vestidos de su espíritu se desnudan de todo buen respeto divino y humano, y arrebatados de su pasion no se contentan con estorbar el bien en los otros, sino que les son tropiezo, lázo y cuchillo agudo y de dos filos, con que atraviesan sus almas. Entró la mujer perdida en el aposento del santo mozo, para perderle: usó de sus artes y mañas diabólicas, por cumplir con su desenfrenado apetito, y con la promesa que habia hecho á los hermanos, y gozar del premio de su maldad. Mas el Señor, que ya habia escogido á Tomás para ponerle por ejemplo de castidad en su Iglesia, le armó de su celestial espíritu, de manera, que despues de haber dicho á la mujer algunas razones dignas de su gran desvergüenza, viendo que no se apartaba de él, ántes le solicitaba é importunaba mas descompuestamente; echó mano de un tizon de fuego, que estaba en la chimenea, para echar de sí aquel tizon del infierno que le queria abrasar. Salió huyendo aquel demonio, que así se puede con razon llamar la que hacia oficio de demonio, y pretendia echar aquella alma bendita y pura en el infierno, y quedó nuestro Tomás tan atemorizado, tan corrido y avergonzado, que parecia que temblaba de sí; porque las almas limpias y castas no temen tanto todos los otros peligros y daños temporales, cuanto perder la preciosa joya de la castidad: y porque ella es don de Dios, sin cuya gracia no se puede guardar, el santo mozo con el mismo tizon que tenia en la mano hizo una cruz en la pared, é hincado de rodillas delante de ella, y derramando muchas lágrimas con gran ternura, suplicó con amoroso afecto al Señor que le tomase debajo de sus alas, y le defendiese, como la gallina á su querido pollito, del mi-

lano infernal que le rodeaba y pretendia arrebatar; porque él le ofrecia su alma y cuerpo, y se lo consagraba, para guardarlo puro y limpio todos los dias de su vida: y comenzó á llamar en su ayuda y favor á la benditísima Virgen María nuestra Señora, como madre de toda piedad. De la agonía, que tuvo el santo mozo en aquella lucha, ó de la tristeza y sentimiento, ó porque Dios le queria así consolar, se quedó dormido y arrimado á la pared, y vinieron dos ángeles del cielo, como para darle el parabien de su victoria, y asegurarle que Dios le habia concedido lo que le pedia, y le dijeron, que le enviaba aquel cingulo de perpetua virginidad: y diciendo esto, le pusieron un cinto, y se le apretaron á las carnes reciamente, y con tan grandes dolores, que despertó, dando gritos: á los cuales acudieron las guardas, temiendo no le hubiese sucedido algun desastre: y aunque le importunaban que dijese lo que habia sido, nunca quiso, ni él lo descubrió en toda su vida, sino á su confesor. Y dado que el santo mozo recibió de mano del Señor el precioso don de la castidad inviolable, como queda referido, es cosa de gran maravilla el recato con que vivió toda su vida, y como huia todas las ocasiones de perderla, y la familiaridad de las mujeres, tanto, que diciéndole una señora, que por qué huia de ellas, pues habia nacido de mujer; respondió: «Por eso las huyo todas; porque he nacido de una de ellas;» y con este recato pudo guardar su virginal pureza tan enteramente, que despues de muerto, fray Reginaldo su compañero, que le habia confesado muchas veces generalmente, con juramento dijo, que habia muerto tan limpio y puro, como un niño de tres años. En esta cárcel estuvo nuestro Tomás dos años, aborrecido de los suyos y favorecido de Dios, apartado de los hombres y regalado de los ángeles, padeciendo de sus hermanos y de su misma madre, que era mujer y cristiana, y en fin madre, lo que los santos suelen padecer de los tiranos y de los enemigos de Cristo. Mas el Señor, por cuyo amor padecia, le esforzaba y daba contento en sus trabajos y alegría en sus penas, y con la oracion, contemplacion y estudio le entretenia y regalaba; y asimismo con algunas visitas, que de cuando en cuando, con mucho recato y secreto, y no sin alguna negociacion, le hacia Fr. Julian, que le llevaba debajo de su manto alguna túnica y hábito, que se vistiese, y algunos libros en que estudiase. Y á mas de los gustos espirituales y fruto de su ánima, que el santo tuvo en esta cárcel, fué cosa maravillosa lo que en las ciencias aprovechó; porque aunque carecia de preceptores, que le enseñasen, el mismo Dios fué su maestro, y los mismos trabajos, que padecia por su amor, le habilitaban y disponian para ser enseñado de él.

Pañados los dos años de la prision, viendo la madre la constancia de su hijo, ahora porque le pareciese que aquel era negocio de Dios, ahora porque habia perdido la esperanza de poderle conquistar; se comenzó á ablandar y á dar lugar, aunque disimuladamente, que las dos hermanas soltasen á Tomás, y le descolgasen por una ventana de la torre, en que estaba, secretamente, estando los frailes ya apercibidos para recibirle. Recibiéronle como á un ángel del cielo; y con tenerle ya en sus manos, no acababan de creer que le tenian. Lleváronle medio encubierto á Nápoles, donde hizo profesion á los diez y siete años de su edad, y poco despues, para asegurarle mas, le llevaron á Roma y de allí á Paris, en compañía de fray Juan Ale-

man, general de la orden, que haciéndosele camino para Francia, le quiso llevar consigo. Despues le enviaron á la ciudad de Colonia, en Alemania, donde Alberto Magno, doctor eminentísimo de la misma orden de santo Domingo, leía teología, con tan grande fama de doctrina divina y humana, que era tenido por un oráculo de sabiduría. Debajo la disciplina de este santísimo doctor estuvo Tomás algunos años, y de él aprendió su teología; y en este tiempo era muy humilde, muy obediente, muy devoto, y muy callado y modesto. Huía de pláticas y de conversaciones: dábale mucho á la oracion; y el resto del tiempo gastaba en leer, oír, estudiar y meditar con grande atencion lo que habia leído y oído. Andaba tan embebecido en esto y habíase puesto leyes tan rigurosas de silencio, que no hablaba una palabra; tanto, que los otros frailes, sus condiscipulos, viendo que siempre callaba, y que de su complexion era grueso y abultado, le llamaban el Buey mudo; y todo aquel recogimiento y silencio, le echaban á dureza y falta de ingenio. Pero con algunas ocasiones, que se ofrecieron, y con los ejercicios ordinarios de conferencias, conclusiones y disputas, que se usan en los estudios, presto se desengañaron; y santo Tomás dió tales muestras de la agudeza y profundidad de su ingenio, que Alberto Magno admirado, dijo: «¿Esté me llamais buey mudo? Pues si él vive, dará tales bramidos, que se oigan por todo el mundo:» pronosticando lo que habia de ser aquel su gran discípulo, y la luz que con su ingenio y doctrina habia de dar á toda la Iglesia. De aquí comenzaron todos los frailes á mirarle con otros ojos, y á estimar la habilidad y suficiencia de Tomás, y reverenciar su virtud y compostura, y entender que aquella tan gran ciencia, que mostraba, era mas comunicacion del cielo, que adquirida por estudio; por parecerles que no era posible que ningun ingenio humano en tan breve tiempo hubiese podido llegar á aquel punto de sabiduría que él tenia, sin particular socorro y favor de Dios. Por esto respetaban y honraban á santo Tomás; mas él no se desvanecía, ántes con una profunda humildad, cuanto mas ellos le traian en palmas, tanto mas se sujetaba y se ponía debajo de los piés de todos; y tambien porque era tan grande su ingenio y la agudeza de su vista, que descubria en las materias que se trataban nuevas y grandes dificultades, que no fácilmente se pueden desatar.

Despues que hubo estado el tiempo que pareció conveniente en Colonia, oyendo de Alberto Magno; por su orden y por la de sus superiores tornó santo Tomás á París, y allí se graduó de bachiller en teología, y comenzó á leer el Maestro de las sentencias con tanta claridad, distincion, sutileza y resolucion, que desde entonces acá no ha habido quien se le iguale. Prosiguió su lectura y ejercicios escolásticos hasta graduarse de maestro: lo cual él hizo por pura obediencia de su prelado, con gran tristeza y encogimiento; porque como era tan humilde, y se tenia por tan indigno de todo, acongojóse sobremanera cuando se lo mandaron, como si fuera el mas inhábil hombre del mundo y él se conocia por tal. Acudió, como solia en todas las cosas, á la oracion: y el Señor, que queria comenzar á descubrir los tesoros encerrados del santo y ponerle en la Iglesia, como haucha encendida sobre el candelero, le consoló y animó aquella noche en sueños de esta manera. Aparecióle un viejo venerable, de grave y blando aspecto, y preguntóle la causa de su tristeza y llanto. Respondió

Tomás, que porque le mandaban tomar el grado de doctor, no siendo para ello. A esto le dijo el viejo, que fíase de Dios; pues no le tomaba por su voluntad, ni por su ambicion, sino por voluntad del mismo Dios, que se lo mandaba por boca de sus prelados: que la obediencia en el religioso es muy poderosa y eficaz para alcanzar grandes favores del Señor; y que tomase por principio del acto que habia de hacer para el grado, aquellas palabras del salmo: *Rigans montes de superioribus suis: de fructu operum tuorum satiabitur terra.* Con esto despertó muy contento y consolado; y al dia siguiente hizo su acto con extraordinaria admiracion de toda la escuela y tuvo por concurrente en el mismo grado á san Buenaventura, de la orden de san Francisco, que juntamente recibió el grado de maestro, porque ya desde entonces iba el Señor juntando estas dos firmísimas columnas de la Iglesia, para que la sostuviesen con su doctrina, y edificasen con su ejemplo, y defendiesen sus sagradas religiones de las calumnias y fieros encuentros, que por algunos enemigos de toda verdad y religion se les levantaron en París: porque como las religiones de santo Domingo y san Francisco, en la manera de su hábito, regla y profesion, fuesen nuevas en aquel tiempo, y tan santas y tan esclarecidas; algunos doctores de aquella universidad, por tener los ojos flacos y legañosos, se cegaron con tan gran luz, y escribieron y publicaron libros contra el instituto, que aquellos gloriosos patriarcas para bien del mundo habian traído del cielo: y fué necesario para reprimir á los autores de esta maldad y hacerlos callar, que santo Tomás y san Buenaventura saliesen al encuentro á sus enemigos, y como buenos hijos defendiesen á sus padres y á sus religiosos. Santo Tomás, de quien aquí tratamos, hizo esto tan escogidamente, y con una sabiduría tan profunda y divina, como se puede ver en los opúsculos que de esta materia escribió; y los libros de aquellos doctores, y sus autores fueron condenados, y anatematizados de la sede apostólica, quedando la verdad católica en pié y las religiones triunfando de sus enemigos con gloriosa victoria. Y puesto caso, que en esta guerra peligrosa hubo muchas y muy reñidas batallas, en las cuales los enemigos de la verdad dijeron é hicieron muchos agravios é injurias á los santos; todo lo permitió nuestro Señor para que mas se echase de ver la maldad de los unos, y la paciencia y sufrimiento de los otros, y se diese la gloria al que les habia dado tan ilustre y gloriosa victoria. De aquí vino la grande y estrecha amistad que despues tuvieron entre sí santo Tomás y san Buenaventura; porque eran muy parecidos, semejantes en la santidad, doctrina, ingenio y celo de la gloria del Señor, y compañeros en defenderla, y así se visitaban y comunicaban como verdaderos y santos hermanos: y un dia yendo santo Tomás á visitar á san Buenaventura, y hallando que estaba ocupado en escribir la vida de su padre san Francisco, no lo quiso inquietar; ántes se volvió sin verle, diciendo: «Dejemos al santo trabajar por otro santo,» porque como él era tan santo, conocia bien la santidad de san Buenaventura, y el servicio que se hace á nuestro Señor en escribir las vidas de los santos, porque otros las imiten, cuando se hacen de la manera que lo hizo san Buenaventura en la vida que escribió de san Francisco.

Leyó santo Tomás mucho en París, y despues en Bolonia, Roma y Nápoles, esparciendo los rayos de su luz y doctrina con su lengua en aquellas universidades, y con la

pluma por todo el mundo, y oscureciendo á los grandes letrados que á la sazón habia en él, como el sol con su claridad oscurece la de las estrellas: porque la sabiduría de santo Tomás fué tan esclarecida, tan soberana y divina, que á todos los grandes ingenios ponía grande admiración, y mayor á los mayores. No hay cosa en la teología y filosofía, tan dificultosa, que no la allane: tan oscura, que no la declare: tan recóndita, que no la descubra y la trate con brevedad tan precisa, que son tantas las sentencias, cuantas las palabras, y en pocos renglones dice en sustancia lo que escribieron los otros doctores en muchos: y esto con una claridad, distinción, disposición, trabazon y conexión de las cosas entre sí, tan admirables, que como la luz corporal, parece que su doctrina ella misma es la luz con que se ha de ver y entender: por otra parte es tan fundada, firme y segura, que no hay dónde tropezar ni dónde caer, sino que como se dice del unicornio, que en poniendo su cuerno en las aguas y bebiendo de ellas, luego los animales beben seguramente sin recelo de ponzoña; así se puede beber de las fuentes de santo Tomás, y tener por segura la doctrina que él aprueba. Y no solamente esta agua es clara, limpia y pura, y que da salud á los que beben de ella, sino también es medicina contra veneno, y triaca contra el tósigo de todas las herejías; porque todas se hallarán convencidas por este santo doctor, ó se podrán deshacer y refutar con los principios y fundamentos irrefragables de su doctrina. Y de aquí es, que todos los herejes de nuestro tiempo tanto la aborrecen y persiguen porque es su cuchillo; y todos los santos y sabios católicos la alaban, ensalzan y magnifican como columna y roca inexpugnable de la Iglesia católica; los cuales dan á santo Tomás ilustres títulos y gloriosos apellidos con grande encarecimiento; aunque ninguno puede haber en alabarle. Llámante flor de la teología, ornamento de la filosofía, delicias de los grandes ingenios, templo de la religion, alcázar de la Iglesia, doctor angélico, escudo de la fé católica, martillo de los herejes; luz de las escuelas, varon enseñado de Dios, y que bebió de la fuente de la Divinidad, entre los doctos doctísimo, y entre los santos santísimo: y finalmente predicán á boca llena, que aquel puede pensar de sí, que ha aprovechado mucho en las ciencias, á quien mucho agrada la doctrina de santo Tomás. Y no solamente los hombres particulares y doctos califican su doctrina de esta manera, sino también las universidades: entre las cuales la de París, juntándose con el obispo y con el dean y cabildo de aquella Iglesia y el arzobispo de Viena, y censurando la doctrina de santo Tomás, le llaman esclarecida lumbré de la Iglesia universal, perla radiante de los celesiásticos, fuente de los doctores, espejo clarísimo de aquella universidad, insigne candelero, y luciente, por quien todos los que entran por los caminos de la vida y por las escuelas de la santa doctrina tuviesen luz de claridad y de ciencia lucida como estrella refulgente y como lucero del alba, que nunca enseñó ni escribió cosa que contradijese á la fé ni á las buenas costumbres. Pero mucho mas grave testimonio es el que dan de santo Tomás los sumos pontífices y la santa silla apostólica que es maestra de la verdad. El papa Inocencio VI en un sermón de sus alabanzas dice: «La sabiduría de este doctor, mas que las otras, fuera de la canónica, tiene propiedad de palabras, modo en el decir, verdad en las sentencias, de tal manera, que quien le ha

seguido, nunca le halló apartado del camino de la verdad; y quien le ha impugnado, siempre ha sido sospechoso de ella.» Urbano V manda que se siga la doctrina de santo Tomás como verdadera católica: Juan XXII, que le canonizó, dijo que no tenia necesidad de milagros para canonizarle; porque tantos milagros habia hecho, cuantas cuestiones habia escrito: y otros papeles le alaban sobremañera; y finalmente el papa Pio V, por una bula suya despachada á los 11 de abril del año del Señor de 1567, que fué el segundo de su pontificado, mandando celebrar la fiesta de santo Tomás con la misma solemnidad que se celebran las otras fiestas de los cuatro doctores de la santa Iglesia, dice que este santo doctor ha alumbrado la Iglesia, destruido infinitas herejías, y que las que despues de su canonización han nacido, se han desbaratado y vencido con la luz y fuerza de su doctrina: lo cual se prueba ser verdad por la autoridad que el concilio de Florencia en tiempo de Eugenio VI, y últimamente el de Trento ha dado á la doctrina de santo Tomás, siguiéndola en sus cánones y definiciones.

Esta tan grande y tan celestial sabiduría alcanzó santo Tomás con la agudeza de su ingenio, que fué tan grande, que jamás leyó cosa que no la entendiese: con la memoria tan excelente, que nunca se olvidó de cosa que una vez le hubiese encomendado; con el juicio tan acertado, con la lección continua y atenta de todos los santos doctores: con la meditacion y estudio increíble, que puso en recoger como abeja solicita la sentencia de todos ellos, como flores de los campos para henchar su colmena, y dar á la santa Iglesia la cera y luz con que se habia de alumbrar, y los panales de miel con que se habia de sustentar. Pero es cierto que todo esto no bastara para un caudal de ciencia tan rico y copioso como él tuvo, sin otras mayores ayudas y sin otro mas particular y extraordinario concurso y favor del Señor, que sobrenaturalmente ilustraba aquella alma pura de su siervo, y animaba y fortificaba los ojos de su entendimiento, para que viese y penetrase tan altos y divinos misterios, y recogiese en uno, con tanta comprensión y claridad, tantas, tan diversas y tan derramadas materias. Y así el mismo santo confesó á su compañero fray Reginaldo, que lo que sabia, se le habia pegado mas de la oracion que del estudio: porque de tal manera oraba, como si viviera de oracion; y así estudiaba, como si no hiciera otra cosa. Mas estaba tan embebecido en Dios, que la oracion y el estudio se daban las manos, y la oracion alumbraba al entendimiento, para que mejor entendiese lo que estudiaba; y el estudio despertaba ó inflamaba el afecto para que mejor se entregase á Dios y gozase de sus abrazos y dulzuras. Jamás se puso á escribir, á disputar, leer, argüir y responder, que primero no acudiese á la oracion, en la cual pasaba todas las noches, fuera del poco tiempo que dormia para satisfacer á la flaqueza de la naturaleza. Tenia algunas veces tres ó cuatro escribientes, á los cuales en una misma hora dictaba materias tan diferentes y profundas, como se muestran hoy en sus libros: y aconteciale, estando escribiendo, quedarse orando, responder á una cuestion y pararse: estar en la mesa y proseguir su oracion. Decia cada día misa si no era por enfermedad, y oia otra, y comunmente él la servia: y cuando no podia decir la, oia dos enteras; y en este admirable y divino sacramento se enternecía y regalaba y bañaba en lágrimas, y quedaba arrebatado por la profunda contemplacion y ad-

miracion de los misterios que en aquel *Sanctus Sanctorum* se le descubrian, que fueron tales y tantos, que aunque santo Tomás en la esplicacion de las otras materias vence á los demás; en la de este inefable Sacramento y divino sacrificio se venció á sí mismo, como se ve en sus obras, y en el oficio que para la celebracion de su fiesta, por mandado del papa Urbano IV escribió. Una vez habiéndose tratado en la universidad de París una cuestion ardua y muy dificultosa, acerca de los accidentes del pan y vino, que despues de convertida su sustancia en la del cuerpo y sangre de Jesucristo, quedan allí visibles y se llaman especies sacramentales; santo Tomás, á quien los demás se habian remitido, escribió lo que le parecia de aquella cuestion en un papel, y le puso sobre un altar, y con los ojos y con el corazon enclavados en un Crucifijo que allí estaba, le suplicó afectuosamente, que si lo que allí traia escrito era verdad, le diese gracia para decirlo; y sino, que le fuese á la mano y se lo estorbase: y estando en el mayor fervor de su oracion, el mismo Jesucristo se le mostró visiblemente sobre el altar y le dijo: «Bien escrito está esto, Tomás;» y prosiguiendo el santo en su oracion, se levantó en el aire su cuerpo que estaba postrado en tierra, y estuvo buen rato así suspenso, viéndolo muchos de los religiosos del convento. Otra vez, cuando compuso el oficio que canta la Iglesia romana el día del Santísimo Sacramento, estando en la ciudad de Orbiato, un crucifijo le habló y le dijo otro tanto; y hoy día le llaman el crucifijo de santo Tomás. De la misma manera fué lo que aconteció en Nápoles, cuando escribia la tercera parte de su Suma, que acudiendo como solia en todas sus dudas á Dios, como lo hace un hijo muy regalado con su padre, y estando una noche en la capilla de San Nicolás en oracion, se comenzó á arrebatar y á levantarse una braza en alto, y le habló el crucifijo que está en el altar en voz alta é inteligible, y le dijo: «Bien has escrito de mí, Tomás: ¿qué quieres que te dé por tu trabajo?» Y él respondió muy en sí: Ninguna cosa quiero, Señor, sino á vos;» porque verdaderamente todo lo demás es nada sin Dios; y el solo es sufficientísimo y colmádisimo premio de nuestros trabajos. «Escribia santo Tomás los comentarios sobre san Pablo, que son admirables: y como el apóstol es un abismo de sabiduría, halló gran dificultad en un paso; acogióse á la oracion como solia, y salió de ella tan lleno y con tan soberana luz, que no tuvo mas duda ni dificultad. Otra vez escribió sobre Isafas: llegó á un lugar de aquel profeta muy oscuro: ayunó muchos días é hizo mucha oracion, suplicando á nuestro Señor que le descubriese el verdadero sentido de él; y una noche estando en oracion, le aparecieron san Pedro y san Pablo y se lo declararon: y estando acostado su compañero, le llamó, y le mandó tomar la pluma y escribir en el cuaderno de Isafas aquella exposicion; y Fr. Reginaldo su compañero, que habia oído hablar con el santo cuando estaba en oracion, le conjuró le dijese con quién habia hablado; y él con gran secreto le declaró que habian sido san Pedro y san Pablo. Tenia sus oraciones vocales para todos propósitos, para aparejarse á decir misa, y despues de haberla hecho para hacer gracias al Señor, para cuando estudiaba, para cuando escribia y para las demás ocupaciones. Cuando se alzaba la Hostia decia aquellas palabras: *Tu Rex gloriae, Christe*, etc. que están en el cántico *Te Deum laudamus*. Cuando hacia tempestad de truenos y relámpagos, de que era medrosísimo, decia: *Verbum caro factum*

est. Era devotísimo de las reliquias de los santos, y traia consigo siempre una reliquia de la bienaventurada santa Inés, y con ella sanó una vez á su compañero Fr. Reginaldo, que estaba muy malo de calenturas. Tenia una muy grande y muy regalada devocion con nuestra Señora la Virgen Maria, y siempre la ponía por medianera con su Hijo, para cuantas cosas le queria pedir y suplicar: y poco ántes que muriese, dijo que nunca habia pedido cosa á nuestro Señor por este medio, que no la hubiese alcanzado: y aun una vez le hizo merced la Sacratísima Virgen de honrarle y favorecerle con su presencia.

Solia pedir á Dios tres cosas con grande instancia: la primera fortaleza para servirle, sin alojar de los primeros propósitos con que los habia comenzado: la segunda, que le conservase en el humilde y pobre estado de religion que tenia: la tercera que le descubriese el estado en que estaba su hermano Arnolfo, á quien el emperador Conrado habia quitado la vida porque seguia las banderas de la Iglesia. Todas estas tres cosas le otorgó nuestro Señor muy cumplidamente; pues le dió gracia para perseverar en su servicio hasta la muerte, en el estado de religioso con tan gran santidad, y le reveló con una vision, que su hermano estaba en estado de salud, recibiendo el Señor en servicio su muerte, por haber sido causa de ella la defensa de la Iglesia. Otra vez estando en oracion, le apareció su hermana la religiosa ya difunta, y le dijo como estaba en el purgatorio, y le pidió el socorro de sus sacrificios y oraciones, y el santo tomó muy á su cargo el remedio de su hermana, con misas, ayunos y oraciones suyas y de otros religiosos; y al cabo de algunos días le tornó á aparecer, haciéndole gracias por el beneficio que de él habia recibido y por la gloria que ya tenia en el cielo. Preguntóle el santo nuevas de sus dos hermanos y de sí mismo, y de cómo estaba con Dios. De los hermanos respondió, que Landulfo estaba en el purgatorio, y Arnolfo ya descansaba: y cuanto á lo que á él pertenecia, que estaba en muy buen estado con Dios; y que presto se verian juntos en compañía; pero santo Tomás con mayor gloria por lo mucho que trabajaba por la Iglesia. A mas de esto, estando otra vez orando de noche en la iglesia de su convento de Nápoles, se le apareció recién difunto (aunque él no sabia que lo fuese) Fr. Romano, maestro en teología, á quien él habia dejado en Francia por su sucesor en la cátedra; y despues que le reconoció y supo de él que ya era muerto, le preguntó si agradaban á Dios sus servicios y si estaba en su gracia. Fr. Romano le respondió que perseverase en el estado en que estaba; porque era bueno y agradaba á Dios. Y queriendo saber de él dónde estaba y cómo le iba, supo como ya estaba en el cielo, despues de haber estado quince días en el purgatorio por el descuido que habia tenido en la ejecucion de un testamento del obispo de París, en cierta cosa que de razon se habia de hacer luego, y por su culpa se habia dilatado. Otras dudas le preguntó tambien santo Tomás; y Fr. Romano le respondió y desapareció, y dejó al santo muy consolado por las buenas nuevas que le habia dado: porque cuando Dios quiere revelar algunas cosas á sus siervos, suele darles ántes deseo de ellas, é inspirarles que se las pidan; y con aquella santa inspiracion van seguros, y no lo oirian si les faltase, y si con vana curiosidad pretendiesen saber los secretos juicios del Señor, y el estado de las almas de los difuntos, como muchas veces acontece.

Andaba tan absorto en los negocios mismos que trataba, como si viviera con el cuerpo en la tierra y con el espíritu en el cielo: tanta era la fuerza de la meditacion y contemplacion continua de las cosas que trataba de su alma: y muchas veces le aconteció transportarse y quedarse suspenso y sin sentido, aunque fuese estando con arzobispos, cardenales y grandes prelados sin poder ir á la mano ni hacer otra cosa. Y escribiendo una vez contra cierta herejía de los maniqueos, se embebeció tanto, pensando en lo que escribió, que estaba comiendo con san Luis rey de Francia (el cual por el gran respeto que tenia á santo Tomás, y á su orden, le quiso hacer este favor), y sin mirar lo que hacia ni dónde estaba, alzó la mano y dió una palmada en la mesa, diciendo: A esta razon sí que no podrá responder el maniqueo; y tirándole del hábito el prior que habia ido con él, y acordándole que estaba en la mesa del rey, volvió en sí el siervo de Dios, como si viniera del otro mundo, pidiendo perdón de su descuido al rey; el cual, cuando supo lo que era, mandó venir allí luego quién escribiese lo que al santo se le habia ofrecido; y de allí adelante le estimó y reverenció en mas. Algunas veces estaba tan transportado, tan arrebatado y sin sentido, que parecia una piedra: y le aconteció escribiendo los libros de *Trinitate*, quemarse la mano con una vela sin sentirlo: y lo que es mas de maravillar, parece que estaba en su mano el elevarse cuando y como queria; porque habiéndole de dar un cauterio de fuego en una pierna, se puso antes en oracion, y se elevó tan fuertemente, que no vió al cirujano, ni sintió cuando le herian, ni movió la pierna mas que si no fuera suya. Todos estos efectos nacen de la oracion y contemplacion de santo Tomás y de la benignidad del Señor, que así regalaba su alma, alumbrándola con su divina luz, ó inflamándola en llamas de aquel fuego divino que quema y no consume. De esta misma fuente manó la humildad profundísima que tuvo este sapientísimo doctor: la cual fué tan extremada, que él mismo daba gracias á Dios que en todos los dias de su vida no habia tenido vanagloria que á su parecer llegase á culpa. Pero no es maravilla que quien tenia una luz tan soberana y tan esclarecida de Dios viesse en sí lo que era suyo y lo que era de Dios, y atribuyese á Dios la gloria y á sí la confusion: y por esto, cuanto mas era reverenciado de todos, tanto mas se humillaba y ponía debajo de los piés de todos, y no se prefería á ninguno. Nunca quiso aceptar el arzobispado de Nápoles, ni otras grandes dignidades que los pontífices le ofrecieron, teniéndose por indigno de ellas: y decia que estimaba mas el libro de las Homilias de san Juan Crisóstomo, que ser señor de París. Presidiendo una vez á unas conclusiones de un fraile libre y arrojado, que para hacer ostentacion de su ingenio quiso defender algunas opiniones contrarias á lo que el santo doctor habia leído y enseñado, que en las comunidades, aunque sean de santos, nunca falta quién eche por camino torcido con gran desprecio y ofensa de su maestro y tal maestro; nunca el santo habló palabra que tocase á ello, edificando mas con su modestia á los oyentes, que los habia admirado antes con su doctrina. Mas para que la de aquel religioso no fuese por su disimulacion tenida por buena, al dia siguiente con gran mansedumbre y fuerza de razones le hizo desdecir y confesar su ignorancia. Estando predicando en una iglesia de París en el tiempo de aquella gran revolucion y persecucion que se levantó contra las

órdenes de santo Domingo y san Francisco; entró el bedel de la universidad llamado Guilloto en la iglesia, y allí delante de todo el auditorio con gran desvergüenza le dijo que callase: y aunque toda la gente se alborotó, y quiso poner las manos en aquel hombre atrevido, el santo calló y respondió con un silencio grande, paciencia y sufrimiento, sin alterarse ni abrir su boca para quejarse, dando en todo ejemplo de humildad y mansedumbre. Otra vez, estándose paseando en el claustro del convento de Bolonia, sin conocerle vino á él un fraile huésped, y le dijo que el prior le mandaba que lo acompañase y fuese con él á cierto negocio: porque el prior le habia dicho que tomase el primer fraile que hallase desocupado, y el santo sin darle otra respuesta, tomó luego su mochila en el hombro, que era la talega en que pedían el pan de limosna, y todos salian con ella, y fué luego á acompañar al fraile: y como por la flaqueza de su pierna no pudiese atener con él, quedábase atrás bien fatigado, hasta que alguna gente principal vió al santo que iba corrido y arrastrado tras el compañero, y le avisó cuán mal parecia aquel descomedimiento que usaba con Fr. Tomás de Aquino. Entonces el fraile conoció á quien antes no habia conocido, y la humildad del santo, y se le echó á los piés, pidiéndole perdón; y con una boca de risa se levantó del suelo diciendo, que él no sabia dónde estaba la culpa para pedirle perdón; pues por esto traía hábito que viniese bien con la mochila ó talega de pobre; y que toda la sustancia de la religion se resume en la obediencia con que el hombre se sujeta de su propia voluntad á los hombres por Dios. Leía una vez santo Tomás en el refectorio, comiendo los frailes, y el que tenia cargo de corregir en la mesa, enmendóle un acento: y aunque el santo sabia que él habia acertado y que se engañaba el corrector: todavia repitió aquella palabra con el acento que le habia sido ordenado, y enmendó lo que habia pronunciado: y preguntándole despues la causa de ello, respondió: «Porque va poco en pronunciar la sílaba larga ó breve; y mucho en ser humilde y obediente.» De esta misma humildad procedía el leer tan á menudo y con tanto cuidado las colaciones de los santos padres escritas por Casiano, imitando en esto á su padre santo Domingo, y sirviéndose de la leccion de ellas para su espíritu y aprovechamiento como un novio lo pudiera hacer. Y no menos la buena opinion que tenia de todos, y el no creer ni juzgar mal de nadie; porque el alma humilde está siempre en sí y en el conocimiento de sí misma comienza y acaba, y de sí sola tiene miedo, y de los otros confianza y seguridad. Esta misma humildad resplandece admirablemente en aquella modestia singular con que santo Tomás trata en sus escritos á los otros santos y doctores de la Iglesia, reverenciando su doctrina como de maestro, y exponiendo y dando buen sentido á lo que está oscuro y dudoso: y cuando forzosamente se aparta de alguna opinion de las que tuvieron algunos santos (por ser fuera de lo que despues enseñó), usando de unas palabras tan modestas y humildes que muestran bien el espíritu del cielo con que se escribieron, y el respeto que tenia á los padres que nos enseñaron, como ángeles; dado que en algunas cosas se engañasen como hombres, permitiéndolo así Nuestro Señor para que reconocamos sus dones, y sepamos que todo buen acierto es suyo. Pero no es tanto de maravillar que santo Tomás haya usado de tan estraña modestia con los otros santos y maestros de la Iglesia, viendo la que

usa con los herejes, declarando altísimamente la verdad católica, y deshaciendo sus errores con gran fuerza, sin tratar ásperamente y con gran rigor de palabras á los que los enseñan.

Pues la caridad de santo Tomás y el amor encendido de Dios y del bien de las almas no se puede fácilmente explicar ni comprender: de lo mucho que trabajó leyendo, enseñando, escribiendo y alumbrando al mundo con la luz de su doctrina en los pocos años que vivió, se puede barruntar algo del fuego del amor divino que ardía en aquel pecho sagrado que tan vivas y tan continuas llamas echaba de sí, y no ménos del cuidado que tuvo en predicar la palabra de Dios al pueblo, y del modo que predicaba: porque no se contentó este sapientísimo doctor con enseñar en las cátedras y con escribir de día y de noche los libros que escribió, y responder á las dudas que como á sublime y celestial maestro de tantas y tan diferentes partes venían á él; mas también se ocupaba en predicar el Evangelio: y hacíalo como varón apostólico, enderezando sus sermones, nó á una ostentación de su ciencia incomparable ni al aplauso de los que le oían, sino á mover los corazones al amor y temor de Dios, al menosprecio de las cosas temporales y deseo de las eternas. No predicaba en estilo alto, ni usaba de vocablos nuevos y exquisitos, sino llanos y comunes: no buscaba curiosidades que decir, sino verdades firmes y seguras que persuadir, templando la luz de su ingenio y doctrina con la necesidad y capacidad flaca del auditorio: y por este camino y por el raro ejemplo de su vida santísima que daba fuerza á sus palabras, convirtió á muchos á penitencia, y á llorar amargamente sus pecados y enmendar sus vidas, y servir con mas fervor de allí adelante al Señor. Tenia gran compasión de sus prójimos: lloraba muchas lágrimas por sus trabajos: desnudábase de sus hábitos por darlos á los pobres, no pudiendo sufrirse con ropa viendo á sus hermanos sin ella. Recibía con mansedumbre y alegría á todos los congojados y afligidos que venían á él, y enviábalos consolados; y algunos de solo verle y hablarle tenían en el alma una manera de regalo que no era posible haberle en cosa de la tierra. Finalmente, en todas las virtudes era tan perfecto y acabado, que el papa Clemente VI en un sermón dice de él estas palabras: «El bienaventurado santo Tomás fué dechado de todas las virtudes: todos sus miembros eran ejemplos manifiestos de ellas: en sus ojos se veía simplicidad, en su rostro benignidad, en sus oídos humildad, en su gusto sobriedad, en su lengua verdad, en sus manos largueza, en su andar gravedad, en su semblante honestidad, en sus entrañas piedad, en su sentimiento claridad, en sus afectos bondad, en su mente santidad, en su corazón bondad: de manera, que toda la hermosura del cuerpo fué un retrato del alma y una imagen de virtud.» Todas estas son palabras del sumo pontífice: por las cuales se ven los atavíos del alma de este santo, y cuán agradable era en el acatamiento del Señor que así le había ordenado; y cuán admirable en los ojos de los hombres, y espantoso y terrible para el demonio: el cual nunca dejó en el discurso de su vida de hacerle guerra, apareciéndole en diversas figuras; pero contra todas sus graquezas y asombros bastaba hacer la señal de la cruz para que huyese; aunque algunas veces á voces el santo le espantaba, y le corría como á sucio y desventurado, por el gran señorío que había cobrado sobre él.

Con estas tantas y tan heroicas virtudes resplandecía santo Tomás en el mundo, cuando plugo al Señor darle el premio de sus gloriosos trabajos y el galardón de sus altos merecimientos, y coronar los dones maravillosos con que el mismo Señor le había enriquecido. Estando en un lugar de su hermano con Fr. Reginaldo y otros religiosos, se elevó una vez y arrobó de manera, que su hermano y los frailes se turbaron, y duró aquel éxtasis casi tres días, hasta que á pura fuerza le hicieron volver en sí, pero con unos suspiros extraños y lastimosos, á causa de que lo que allí se le había descubierto era tanto, que todo lo que ántes sabía le parecía muy poco, sino que no le daban tiempo para escribir ni publicarlo; y en gran secreto dijo á Fr. Reginaldo que presto moriría: y así fué: porque congregando el pontífice Gregorio X concilio general en la ciudad de Leon de Francia, le mandó que fué á él: y el santo por obedecer se partió de Nápoles su camino; y llegado á un lugar de una señora sobrina suya, cayó malo con tanta flaqueza y mala gana de comer, que casi de todo punto tenia postrado el apetito, sin poder arrastrar á cosa que se le diese. Y como para repararle se le antojase al santo que comería de una manera de sardinas ó arenques, que se comen en París, y en Italia no se hallan; el médico que le curaba (mas por cumplir con él, que por pensar que sería posible hallarlas), se fué á la plaza, y la primera persona con quien encontró fué con un pescador, que traía una cestilla de otro pescado bien diferente del que se buscaba: y cuando descubrió la cesta, halló que todo aquel pescado se había convertido en los arenques ó sardinas que á santo Tomás se le habían antojado. Mas cuando se las trajeron (entendiendo que era milagro que el Señor había hecho para su regalo); se detuvo, y no quiso comer de ellas, reverenciando y alabando al Señor (como lo hizo David cuando no quiso llegar á la boca el agua que él había deseado de la cisterna de Belén, y se le habían traído con tanto riesgo sus capitanes); pero habiendo mejorado, prosiguió el santo su camino aunque con mucho trabajo, y llegó á un monasterio de frailes bernardos que se llamaba *Fossa Nuova*, cerca de Piperno y Terracina. Allí se le agravó el mal, y fué servido y regalado de aquellos santos monges con tan gran cuidado, que hasta la leña que se había de gastar para su servicio, no consentían que otro la cortase y trajese del monte, sino ellos en sus mismos hombros, por el grande amor y reverencia que le tenían; y porque les parecía que no era justo, que para ningún ministerio sirviesen animales brutos, sino hombres racionales; á hombre tan santo y de tantas virtudes, como se dice en la bula de su canonización. En entrando por las puertas del monasterio, entendió que había de acabar en él, y dijo aquel verso del salmo: «Aquí será mi reposo hasta el siglo de los siglos.» Pidiéronle con grande instancia aquellos padres que se declarase el libro de los Cantares; como había hecho san Bernardo en Claraval; y el santo doctor les respondió: Dadme vosotros el espíritu de san Bernardo, que yo holgaré de declarar los Cantares como hizo san Bernardo. Mas como los monges le importunasen mucho, y él fuese blando y suave de condición; por darles contento, condescendió con su devoción hasta llegar al capítulo sexto de los Cantares; donde paró, no pudiendo pasar mas adelante: y entendiendo que se llegaba la hora tanto por él deseada, en que había de poner fin á sus

bajos y tener principio su verdadera vida; despues de haberse confesado primero, pidió que le trajesen el Santísimo Sacramento de la Eucaristía: el cual recibió, dejándose caer en el suelo; y postrado en él con profundísima humildad y reverencia, suplicó á aquel Señor que tenia delante, que recibiese en su servicio lo que de él y por él habia escrito, si era acertado; y si habia errado, perdonase su ignorancia: porque su intencion nunca habia sido apartarse de su voluntad, y todo lo que habia escrito y enseñado, lo ponía á sus piés y sujetaba á la correccion de la santa Iglesia romana, en cuya obediencia habia vivido y moria. Despues recibió el santo sacramento de la Uncion: y enviándole á preguntar su sobrina si le faltaba algo, respondió: Ahora nó; mas de aquí á poco lo tendré todo, sin que me falte nada. Finalmente, habiendo agradecido á aquellos padres el buen hospedaje y caridad que le habian hecho, y pedídoles perdon de las pesadumbres que como enfermo les podia haber dado, y rogádoles que se amasen como hijos que tienen por padre á Dios, y que se tratasen y sirviesen unos á otros para Dios y por Dios; puestos los ojos en el cielo y juntas las manos, con un semblante alegre, sin hacer otra mudanza, dió su espíritu al Señor, á los 7 de marzo, á la hora de maitines, el año de nuestra salud de 1274, entrando en los cincuenta de su edad.

Tres noches ántes apareció una estrella, nueva y resplandeciente, sobre el monasterio de Fossa Nova: la cual desapareció al punto que espiró. Un poco ántes que el santo muriese, estando un monge en la iglesia de aquel convento puesto en oracion, se quedó dormido; y en sueños vió una estrella que bajaba del cielo al monasterio, y que se le juntaban otras dos en compañía, y que todas tres juntas se volvian al cielo; y que estando en esto despertaban al convento, como se solia hacer, cuando se estaba muriendo algun monge, y entendió que estaba muy cerca la partida de esta vida de santo Tomás. El mismo día en que murió, estando su gran maestro Alberto Magno en Colonia, comenzó á llorar amargamente delante de muchos frailes: y preguntando la causa de aquel sentimiento, les dijo: Mi hijo Fr. Tomás de Aquino, que era lumbré de la Iglesia, ha muerto hoy. Y otro padre, llamado Fr. Paulo de Aquila, inquisidor de Nápoles, tuvo aquel día una vision imaginaria maravillosa. Vió que estaba el santo doctor como leyendo en su cátedra, y que entraba san Pablo por el general, y que haciéndole reverencia santo Tomás, le preguntó: ¿Si habia acertado en la esposicion de sus epístolas? Y que el apóstol respondia, que sí, cuanto se sufre acá en la tierra: pero que se fué con él á donde las entenderia mejor: y que tirándole de la capa, le sacaba del general y le llevaba consigo. Por la cual vision entendió que Dios le quitaba á su gran maestro santo Tomás, y que le llevaba en su compañía el apóstol santo á gozar de Dios. Otras cosas como estas obró nuestro Señor para gloria de santo Tomás: cuyo cuerpo fué depositado solemnissimamente en el mismo convento de Fossa Nova, donde murió, estando presente el obispo de Terracina y gran concurso de gente que habia venido de toda la comarca: y sucedieron dos cosas notables en aquel entierro: la una, que un macho en que el santo por tener una fistula en la pierna solia caminar, rompiendo la cadena con que estaba atado, sin que nadie pudiese detenerle, llegó á vista del santo cuerpo, y allí cayó

muerto: la otra, que el prior de aquel convento de Fossa Nova, que se llamaba Fr. Juan, estando ciego por una larga enfermedad que habia tenido, arrojándose á los piés del santo y besándolos muchas veces, ántes que de allí se levantase cobró la vista. Fué canonizado este glorioso doctor por el sumo pontífice Juan XXII de este nombre, á los 18 de junio del año del Señor de 1323.

El cuerpo de santo Tomás estuvo algunos años en Fossa Nova, donde murió; y diversas veces, que para pasarle de un lugar á otro le descubrieron, le hallaron entero, fresco, oloroso, y despidiendo de sí una fragancia del cielo: despues por varios sucesos le mudaron y llevaron á otras partes, hasta que nuestro Señor fué servido, que con la autoridad del papa Urbano, quinto de este nombre, se entregó este precioso tesoro á su órden de santo Domingo, y se traspasó á la ciudad de Tolosa de Francia, donde fué puesto con grandísima veneracion en su capilla y casa, que dentro de pocos dias mudó el nombre antiguo que tenia de San Roman, y por la nueva reliquia se llamó de santo Tomás. Fué esto el año 1368, y noventa y cuatro años despues de la muerte del glorioso santo: por el cual hizo el Señor muchos y grandes milagros, y los cuales se podrán ver en la bula de su canonizacion, y en los autores que escribieron su vida. Solo quiero yo referir aquí una revelacion que tuvo Fr. Alberto de Bresa, hombre de mucha autoridad y de grandes méritos, para que entendamos el lugar que santo Tomás tiene en el cielo, que era lo que Fr. Alberto deseaba saber, y lo que continuamente suplicaba á Dios que le manifestase. Estando, pues, una vez orando con gran sentimiento y devocion, se le pusieron delante dos personas de grande autoridad y reverencia: la una traia hábito y mitra pontifical; la otra el hábito de santo Domingo, sembrado todo de perlas, y al cuello una riquísima cadena de oro, de la cual colgaba una piedra de inestimable valor y tan resplandeciente, que daba claridad á toda la iglesia: y el mas anciano, que venia de pontifical, le dijo, que él era Agustin y el otro era Tomás, el cual siempre habia seguido su doctrina y ahora eran compañeros en la gloria; aunque Tomás le hacia ventaja en la corona de virgen, y él se la hacia á Tomás en haber sido obispo. Y no se puede negar sino que santo Tomás fué muy grande imitador y discípulo de san Agustin, y que á manera de una esponja se empapó en su doctrina, embebió de sí el espíritu, erudicion y verdad de aquel glorioso doctor, de manera, que parece que se transformó en él, guardándole siempre al rostro como á su maestro. Fué santo Tomás de muy gentil disposicion, alto de cuerpo, bien proporcionado, hermoso de rostro, de delicada complexion, de buenas fuerzas, ántes que las gastase con las grandes penitencias y trabajos que tuvo. Tenia la cabeza grande, la frente redonda y algo calvo, y muchas veces era fatigado de recios dolores de estómago.

Entre las excelencias que tuvo su ingenio, fué una, encerrar en breves palabras grandes sentencias: muchas de ellas refieren los escritores de su vida; las que nos hacen mas al caso son: que la pobreza del religioso sin paciencia, es corta ganancia: que el alma sin oracion no medra; y que el religioso sin oracion es como soldado desnudo que pelea sin armas: que el religioso sien pre debe andar acompañado, como lo manda san Agustin en su regla; porque el fraile solo es demonio solitario: que no sabia, como un hombre, que sabe que está en pecado mortal,

podía reírse, ni alegrarse en ningún tiempo; y tampoco era posible que un religioso pensase en otra cosa sino en Dios: que la ociosidad era el anzuelo con que el demonio pescaba; y que con él cualquiera cebo era bueno. Preguntándole una vez: cómo se conocería si un hombre era perfecto y espiritual; respondió: Quien en su conversación habla de niñerías y burlas: quien huye de ser tenido en poco, y le pesa si lo es; aunque haga maravillas, no le tengáis por perfecto: porque todo es virtud sin cimiento; y quien no quiere sufrir, cerca está de caer. Preguntóle una vez su hermana: cómo se podría salvar; y él respondió: queriendo. Otra vez le preguntó: cuál era la cosa que se había de desear en esta vida; respondió: que morir bien. Y rogándole otro día que le dijese: qué cosa era el paraíso; le dijo: hasta que le hayas merecido, de nadie lo podrás entender. Estando para morir le preguntaron los monges: cómo podrían pasar la vida sin errar; respondió: si pudiéredes dar razón de todas vuestras acciones cuando las haceis. Preguntado: cómo podía ser un hombre muy docto; dijo: que leyendo solo un libro. Escriben de santo Tomás el Martirologio romano, san Antonio, Antonio Pizamano, Juan Garzon, David Romeo, Paulo Regio, Surio, y últimamente el padre Fr. Hernando del Castillo; y de estos autores se ha recogido esta vida. También la escribió en griego Demetrio Gidonio; y tradujo de latín en griego la primera y segunda parte de la Suma de santo Tomás, y los cuatro libros *Contra gentes*: los cuales hoy día se guardan en Venecia en la librería Marciana, según lo afirmó Sixto Senense.

SANTA PERPETUA Y FELICITAS, MÁRTIRES. — En Turba, ciudad de Mauritania, en la provincia de África, siendo emperadores de Roma Septimio Severo y Antonino Caracalla, entre otros muchos cristianos fueron presas dos matronas casadas y santas, llamadas Perpetua y Felicitas, y echadas en la cárcel, para que ó adorasen á los dioses, ó perdiesen la vida; y juntamente con ellas fueron presos cuatro cristianos, parientes cercanos suyos, que se llamaban Sátiro, Saturnino, Revocato y Secundolo. Santa Felicitas estaba preñada de ocho meses, y Perpetua criaba un hijo en sus pechos: la cual, estando en la cárcel, tuvo una vision de esta manera. Parecióle ver una escalera de oro, que desde la tierra llegaba hasta el cielo: á los lados tenia muchas, muy agudas y afiladas espadas, cuyas puntas estaban tan juntas entre sí, que apenas podía ninguno pasar por aquella escalera, que de ellas no fuese lastimado; y al pié de la escalera estaba un horrible y espantoso dragon, para estorbar á todos la subida. Vió juntamente, que por aquella escalera subía Sátiro (uno de los cuatro presos que dijimos); el cual con grande ánimo exhortaba á todos que subiesen tras él, sin hacer caso del dragon, que no les podía estorbar la subida. Contó la santa la revelacion que habia tenido en sus sueños á los otros encarcelados sus compañeros, y luego entendieron la merced que Dios nuestro Señor les queria hacer de coronarlos en el cielo con la gloria del martirio, y llevarlos por aquella escalera tan dificultosa de cuchillos y tormentos, sin que el dragon infernal se les pudiese estorbar, y le hicieron gracias por tan señalado favor (pues ir al cielo, aunque sea por ruedas de navajas, es singular gracia suya), y le suplicaron que los armase con su espíritu y constancia. Fueron presentados al juez, y amonestados que obedeciesen á los edictos de los emperadores y blasfemasen

á Cristo crucificado: y como el juez los hallase á todos aparejados para morir mil veces ántes que obedecer á tan impíos mandatos, mandó que á santa Felicitas, por estar preñada, la volbiesen á la cárcel; y deluvo á santa Perpetua, para ver si la ternura de sus padres, marido é hijo la podrían ablandar. Todos vinieron á ella, y á una la embistieron y combatieron con palabras amorosas; con copiosas lágrimas, con ponerle delante el niño que criaba, para enternecerla; mas ella estuvo tan fuerte y constante en el amor de Jesucristo, que por no perderle los trató á todos como á capitales enemigos, como á la verdad lo eran; pues la querian apartar del sumo Bien y hacerle el mayor mal de todos los males.

Mandóla el juez azotar crudamente, y á los demás santos y tornarlos á la cárcel donde estaba Felicitas; y como el juez quisiese aguardar, conforme á las leyes romanas, que Felicitas pariese ántes de dar sentencia contra ella, y ellos todos descaban sobremanera, que así como estaban juntos en la cárcel, así todos juntos muriesen por Cristo: puestos en oracion pidieron á Dios con grande instancia y afecto, que Felicitas fuese participera con ellos del martirio. Oyó nuestro Señor aquella piadosa oracion, y Felicitas parió á los ocho meses allí en la cárcel: y como tuviese recio parto, y los dolores fuesen muy agudos y la santa se quejase, el carcelero le dijo, haciendo burla de ella: Si ahora te quejas por estos dolores; ¿cómo podrás mañana sufrir los tormentos y la muerte que te espera? Y ella respondió: Ahora yo padezco: mañana en mí padecerá Cristo. Ahora con las fuerzas naturales pago las penas, que se deben á la naturaleza; mas mañana la gracia del cielo vencerá los tormentos que vuestra impiedad me dará. De allí á algunos dias el procónsul mandó llevar á las santas y á sus compañeros, desnudos por las calles á la vergüenza: despus para regocijar al pueblo, echarlos á las fieras en el anfiteatro; y las santas iban á la muerte con grande alegría y regocijo, cantando aquellas palabras del salmo: «Todos los dioses de los gentiles son demonios: Dios hizo el cielo y la tierra.» Oyendo esto el presidente, les mandó dar muchas bofetadas en sus rostros; y ellos alzando la voz repetian los mismos versos, alabando y glorificando al Dios. Puestos que fueron en el anfiteatro, atadas las manos, soltaron leones y leopardos, para que los despedazasen; y así los leones despedazaron á santa Perpetua y á Sátiro, y los leopardos á Felicitas y Revocato; Saturnino y Secundolo quedaron libres por la voluntad de Dios, y despues Saturnino futé degollado, y Secundolo murió en la cárcel, como se refiere en los actos de su mártirio que trae Baronio.

Fué el martirio de santa Perpetua y santa Felicitas á los 7 de marzo, en que la Iglesia celebra su fiesta, el año del Señor de 203, imperando Alejandro Severo. Los cuerpos de estas dos ilustres santas fueron despues llevados á la ciudad de Cartago, y puestos con gran veneracion en la iglesia mayor, como lo escribe Victor Ulicense. Hacen mencion de estas santas, Tertuliano, autor antiquísimo, y san Agustín en muchas partes: el cual hizo tres sermones el día de su fiesta; y el Martirologio romano y los de Beda, Usuardo y Adon.

SAN EQUICIO, ABAD Y CONFESOR. — El gran Gregorio papa en el primer libro de los Diálogos en el capítulo cuarto, escribe la vida de un santo abad llamado Equicio: la cual trae Fr. Loranzo Surio en su segundo tomo á los 7 de mar-

zo; y la quiero yo referir aquí. Dice, pues, san Gregorio que Equicio abad floreció en la provincia Valeria, que es en Abruzzo, cuya cabeza es la ciudad de Áquila, y que fué padre de muchos monasterios y maestro de muchos monges sus discípulos, de los cuales el mismo san Gregorio algunos conoció, y que siendo mozo fué muy perseguido del demonio y fatigado de su carne, que le hacía cruel guerra; pero como buen soldado armábase con la oracion y acudia á Dios, suplicándole que le diese remedio, y apagase ó mitigase aquel fuego ó incendio que le abrasaba y consumía. Oyó el Señor la oracion de su siervo, y una noche le pareció que venía á él un ángel, y le cortaba aquellas partes del cuerpo en que mas suele reinar la rebeldía de la carne, y que con esto quedaba libre de todos los movimientos sensuales: y así lo quedó y tan perfectamente como si no fuera carne. Con este don del cielo se animó á fundar un monasterio de monjas, y tener cargo de ellas, y gobernarlas como ántes habia hecho de los hombres; aunque no dejaba de avisar á sus discípulos que no le imitasen en esto, ni tratasen familiarmente con las mujeres; pues no tenían este don de Dios, y sin él, por su flaqueza y demasiada confianza caerían. Un caballero principal llamado Basilio, que era mago, temiendo ser preso y castigado en Roma se vistió de monge y fué al monasterio de Equicio, llevando por intercesor de su peticion á un obispo, y le rogó que le recibiese por monge: y como el santo se detuviese en hacerlo, y el obispo le importunase, le dijo: Padre, este por quien me ruegas no es monge, sino demonio: y como el obispo le respondiese que tomaba aquel achaque, para no concederle lo que le pedía, dijo el santo: Yo sé lo que digo, y veo que este es demonio; pero yo le recibo porque no pienses que no quiero obedecerte. Recibióle; y de allí á pocos días estando ausente el santo, le vinieron á avisar con gran priesa, que una de las monjas del monasterio de buen parecer habia caído mala, y estaba con gran calentura y congojas de corazon, y que daba gritos y decia, que luego moriria si Basilio monge no venia á ella y le daba salud. En oyendo esto, dijo Equicio: ¿No dije yo, que este era demonio? Echadle presto del monasterio, y no tengáis pena por la enfermedad de esa monja; porque desde este punto quedará buena y no deseará á Basilio. Al punto estuvo buena la monja; y Basilio fué echado del convento, y poco despues fué quemado en Roma por nigromántico.

Otra vez entrando una monja en la huerta, vió una hermosa lechuga, y pareciéndole bien la cogió, y sin hacer la señal de la cruz comenzó á comer de ella; y luego el demonio entró en la pobre monja, y la hizo caer en tierra. Cuando san Equicio lo supo, entró en la huerta donde estaba caída la monja; y en viéndole el demonio como quien queria dar satisfaccion al santo de lo que habia hecho, comenzó á aclamar: Yo ¿qué he hecho? ¿Qué he hecho yo? Yo estaba asentado sobre la lechuga; y ella vino y me mordió; y el santo reprendió al demonio y le mandó de parte de Dios que dejase aquella sierva suya; y él obedeció y se partió, y nunca mas le hizo daño. De donde se ve la fuerza que tiene el demonio contra los religiosos, que sin obediencia siguen sus gustos; y cuán poderosa arma es la señal de la cruz contra el poder de nuestros enemigos.

No era san Equicio sacerdote, y predicaba mucho discurriendo por varios pueblos; porque era muy grande su

caridad, y muy encendido el deseo de aprovechar á sus prójimos: y como un caballero amigo suyo, principal, llamado Félix, le preguntase cómo se atrevía á predicar no siendo ordenado, ni teniendo licencia del papa para ello, le respondió que él tambien muchas veces lo habia pensado, pero que le hacia saber que una noche le habia aparecido un mancebo de extremada hermosura, y que con una lanceta le habia curado la lengua, y díchole: Yo he puesto mis palabras en tu boca: vé, y predica: y que desde entonces aunque quisiese, no podia dejar de hablar de Dios; y él lo hacia de manera que con tener cargo de tantos monasterios, no dejaba de andar por las ciudades, villas y aldeas particulares, exhortando á todos á la virtud y al deseo y amor de la patria celestial. Iba muy pobre y vilmente vestido, y tan despreciado, que el que no le conocia, aunque él le saludaba, no se dignaba de responderle. Iba en un jumentillo el mas desechado que podia hallar, y usaba por silla ó albarda un solo pellejo de carnero sin otra comodidad, y él mismo iba cargado de algunos libros sagrados, y donde quiera que llegaba abria la fuente de su doctrina, y regaba abundantemente los corazones de los oyentes con maraviloso fruto y utilidad.

Llegó á Roma la fama de los sermones de Equicio, y no faltaron algunos que acriminaron mucho delante del sumo pontífice el predicar Equicio, siendo hombre de pocas letras, sin orden ni autoridad de su santidad. Envió el papa un mensajero á Equicio, mandándole que viniese á Roma, para que diese razon de sí; y ordenó al mensajero, que le trajese homradamente, y sin hacerle violencia. Cuando llegó el mensajero del papa no le halló en el monasterio: y sabiendo que estaba segando heno en un prado, envió á buscarle por un criado suyo, que era mozo mal criado y tan descortés, que su mismo amo no se podia valer con él. Este, llegado al prado, viendo de lejos los segadores preguntó con mucho brio, quién de ellos era Equicio. Y luego comenzó á temblar de suerte que apenas se podia tener en pié; y así temblando llegó al santo, se echó á sus piés y se los besó, y le dijo, que su amo habia venido y estaba en el monasterio aguardándole: mandóle el santo llevar heno para las cabalgaduras y que se fué adelante; porque él en acabando de segar se iria tras él; y así lo hizo llevando sobre sus hombros la guadana y el vestido muy despreciado y pobre. Cuando Juliano, que así se llamaba el mensajero del papa, vió á Equicio en aquel traje y figura, no hizo caso de él, y comenzó á pensar entre sí, cómo habia de tratar un hombre tan bajo y despreciable; pero en acercándose mas al santo, le dió un espanto tan grande que no estaba en sí, sino despavorido y temblando, que apenas le pudo hablar ni declararle la embajada del sumo pontífice que le traía; y humillándose y echándose á sus piés, y suplicándole que le encomendase á Dios, le dijo á lo que habia venido, y el deseo que el sumo pontífice tenia de verle y de conocerle. El santo abad, oyendo esto, hizo gracias á nuestro Señor por la merced que le hacia, en que su vicario en la tierra se hubiese acordado de él y le hubiese enviado á visitar. Al punto mandó aprestar y poner en orden las cabalgaduras para el camino, dándole priesa á Juliano, para que luego se partiesen, y como Juliano se excusase y dijese, que habia venido tan cansado del camino, que no podia partir hasta otro dia; respondió San

Equicio: Mucho me pesa, hijo; porque si no vamos hoy, no iremos mañana: y así fué; porque al día siguiente al amanecer llegó un correo del papa con mucha priesa á Juliano mandándole que dejase á Equicio en su monasterio, y que no le inquietase. Y queriendo Juliano saber la causa de esta nueva mudanza, entendió que habia sido porque la misma noche que el papa le envió, habia tenido cierta vision ó revelacion del cielo, y una grave reprehension, por lo que le habia hecho. Con este nuevo mandato, que Juliano notificó á San Equicio, encomendándose humildemente á sus oraciones, el santo abad le respondió: ¿No os dije yo, que si ayer no íbamos, no iríamos hoy? Y se quedó en su monasterio alabando al Señor, por lo que en este caso habia obrado: del cual como dice San Gregorio, podemos aprender cuán amparados y favorecidos están de Dios los que en los ojos de los hombres se humillan por su amor, y cuán viles y despreciados son en los de Dios: los que codician y procuran ser estimados y honrados de los hombres.

No se dice dónde, ni qué día, ni qué año, ni en qué edad murió san Equicio, como tampoco dónde y cuándo nació; pero el mismo san Gregorio cuenta otras dos cosas, que despues de muerto sucedieron en su sepulcro. La primera es, que estando su cuerpo enterrado en un oratorio de san Lorenzo mártir, un labrador, sin saber quién estaba allí sepultado, descargó un cajon lleno de trigo sobre su sepultura, y de repente se levantó un torbellino y arrebató el cajon, y llevóle muy lejos de allí, dejando las demás cosas, sin tocarlas, como se estaban. La otra, que entrando los longobardos por la provincia Valeria destruyéndola y abrasándola, los monges del monasterio de san Equicio, desparavidos y sobresaltados, huyeron á su sepulcro para salvarse: y entrando tras ellos los longobardos para sacarlos y atormentarlos, ó matarlos; uno de los monges, que allí estaban, volviéndose al santo, le dijo: ¡O santo padre! ¿Veis cómo nos tratan estos vuestros enemigos; y no nos defendeis? Y en aquel mismo punto los demonios entraron en los longobardos, que allí estaban, y los hicieron caer en tierra; y los atormentaron, hasta que conocieron su culpa: y los otros sus compañeros, que estaban fuera, lo entendieron, y juntamente la reverencia con que habian de tratar aquel lugar de san Equicio, y que era poderoso para defender á sus discípulos presentes y no ménos á los ausentes. Todo esto es de san Gregorio, que por ser suyo, me ha parecido escribirlo aquí. De san Equicio hace mencion el Martirologio romano á los 11 de agosto, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y en el séptimo tomo de sus anales; aunque, como dijimos, Surio trae esta vida á los 7 de marzo.

SAN EMBULO, MÁRTIR.—Este santo fué compañero de san Adrian y martirizado dos días despues, habiendo sido arrojado á los leones y tajado su cuerpo con una espada, en la ciudad de Cesarea en Palestina en tiempo del gobernador Firmiliano, el año de 308.

SAN TEÓFILO, OBISPO DE NICOMEDIA.—En tiempo del emperador Leon Isauro, cuando se perseguian las santas imágenes y sus adoradores, este santo obispo, que era uno de los mas celosos pastores de la Iglesia, estando predicando al pueblo en favor del culto á los santos, fué preso y enviado al destierro, en el cual murió santamente, dotado del don de profecía y milagros.

SAN PABLO, OBISPO DE DAMIETA EN EGIPTO.—Fué tambien

perseguido y desterrado por las mismas causas que el santo anterior, y mereció, como él, ser visible y particularmente favorecido por el cielo con la gracia de curar milagrosamente á los enfermos que con fe acudían á implorar su intercesion. Murió tambien en el destierro, cuyas penalidades soportó con admirable paciencia.

SAN GAUDURO, OBISPO DE BRESCIA Y CONFESOR.—Floreó durante el siglo V, sin que podamos saber las particularidades de su vida, á causa de haberse perdido las relaciones que en la catedral que gobernó debian existir de su célebre episcopado. Solamente una inscripcion ha quedado, que atestigua las eminentes circunstancias de este santo, y que murió el año 445.

SAN PABLO, LLAMADO EL SIMPLE.—Fué discípulo de san Antonio el Grande, é imitador fiel de sus virtudes, particularmente de su pobreza y humildad. Vivió retirado en la Tebáida por espacio de muchos años, siendo modelo de anacoretas por su estremada abstinencia, y por la continua contemplacion de las cosas celestiales. Poseyó el don de profecía, y la gracia particular de conciliar los ánimos mas enconados entre sí; á cuyo fin salió algunas veces de su amada soledad, en la cual acabó su vida: consolado y recreado con la vista del cielo abierto para recibirle en el coro de sus confesores.

DIA 8.

SAN JULIAN, ARZOBISPO DE TOLEDO Y CONFESOR.—San Julian, arzobispo de Toledo, fué natural de la misma ciudad y discípulo de san Eugenio, tercero de este nombre, arzobispo asimismo de Toledo, y varon santísimo: el cual tomó tan á su cargo á Julian, siendo mozo, por su grande ingenio y rara modestia y buena inclinacion á toda virtud y recogimiento, que salió muy excelente en todo género de letras y digno de aquella silla: la cual tuvo despues de Quiricio, sucesor de san Ildefonso, siendo reyes Wamba y Ervigio. Fué muy dado á la oracion, y decia que por ella, y por el trato familiar que tenia con Dios, cogia, como de su fuente, todo lo que despues derramaba en provecho de los prójimos. Su benignidad y misericordia para con los pobres fué admirable, mostrándose en todo para con ellos verdadero padre y pastor. Tuvo don particular de atajar pleitos y componer las diferencias y disensiones que nacen entre sus súbditos. Dióse mucho á orar y amplificar todo lo que pertenece al culto divino y á las ceremonias sagradas de la Iglesia y al oficio eclesiástico: el cual, habiendo caido mucho, él restituyó á su antiguo resplandor, y le acrecentó con nuevas oraciones, y escribió un libro de esta materia que dejó á la santa Iglesia de Toledo. Presidió en algunos concilios toledanos, siendo sumos pontífices Leon II y Benedicto asimismo II: en los cuales procuró que con gran reverencia fuesen obedecidos los decretos del concilio tercero Constantinopolitano, y condenados los errores de los herejes apolinaristas y monotelistas, que en aquel tiempo turbaban la iglesia católica: y que se hiciese mas cuenta de la cristiana y humilde simplicidad, que de los falsos y astutos argumentos de los herejes, con unas palabras grandes y dignas de Julian, que quiero poner aquí. «Las cosas divinas, dice, no se han de examinar, sino creer; porque Dios no nos manda que le escudriñemos, sino que le creamos. Por tanto debemos creer, nó á nuestros sentidos, que son engañosos,

sino á los dogmas y decretos firmes y estables de los sagrados concilios.» Escribió muchas obras muy doctas y elegantes, en prosa y verso, que Félix, sucesor de Julian en el arzobispado, refiere en la vida que de él escribió. Entre ellas es una el libro llamado *Prognosticon*, el cual compuso, imitando á Julian Pomerio, presbítero africano, que habia escrito un libro con el mismo título y de la misma materia. Esto dió ocasión á algunos, para confundir estos dos Julianos, el Pomerio y el arzobispo de Toledo, y pensar que fueron solo uno: pero la verdad es que fueron dos, bien diferentes en el tiempo, nación, tierra, dignidad, erudicion y santidad: y para prueba de esta verdad, basta saber que san Julian, de quien hablamos, cita algunas veces en su libro el de Julian Pomerio. Finalmente, despues de haber gobernado santísimamente su Iglesia diez años, un mes y siete dias, á los 8 de marzo del año del Señor de 691, dió su espíritu al Señor, y su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Santa Leocadia, virgen y mártir, junto á los cuerpos de algunos santos obispos, sus predecesores, que por devocion de la santa virgen habian escogido aquel lugar para su sepultura; y despues en la destruccion de España se cree, que fué trasladado su santo cuerpo á Oviedo. Hace mencion de san Julian el Martirologio romano á los 8 de marzo, y de él, y de lo que Félix, su sucesor, escriben, y de las lecciones del nuevo rezado de la santa iglesia de Toledo, y de algunos concilios toledanos se recopiló brevemente esta su vida.

SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR. — Nació el bienaventurado Juan de Dios en Montemayor el Nuevo, una de las cuatro principales villas de Portugal, en el arzobispado de Evora, el año del Señor de 1495, de padres humildes y limpios. Su padre se llamó Andrés Ciudad; el nombre de su madre no se sabe. Dicen algunos, que al bautizarle se tocaron las campanas de su parroquia por manos de los ángeles, y que un devoto ermitaño que hacia vida solitaria en la sierra de Oca, tuvo revelacion de la santidad á que habia de llegar este bendito niño. De ocho años fué llevado por un sacerdote á Castilla, á la villa de Oropesa, donde asentó con un amo que era mayoral de ganado, é hizo muchos años oficio de pastor. Tenia desde su tierna edad, como principio de todo su bien, una devocion tierna con la Reina de los ángeles, á la cual rezaba el rosario y otras devociones todos los dias. Cuando llegó á los veinte y dos años, con ocasion de enviar el conde de Oropesa don Fernando Alvarez de Toledo á Juan Ferruz, hidalgo de aquella villa, con una compañía de soldados en socorro de Fuenterrabía, cercada del francés; llevado Juan del ardimiento de edad, y deseoso de mejorar de fortuna, le pareció trocar el cayado por la espada y mudar el oficio de pastor en el de soldado. Partióse á la guerra, y despues de algunos lanceos, estando con sus compañeros en la frontera, les falló la provision: y Juan, como mozo brioso y que descaba acreditarse en la nueva milicia, se ofreció á ir á buscarla á ciertas caserías que estaban algo distantes. Subió en una yegua francesa que habia tomado al enemigo: y habiendo andado como dos leguas, reconociendo la yegua la tierra donde se habia criado, sin poderla detener se arrojó por las faldas de una sierra con tanto ímpetu, que dió con el ginete sobre los peñascos y le dejó sin sentidos y como muerto, arrojando sangre por las narices y por la boca. Vuelto á sus sentidos despues de dos horas, dió gracias á Dios por haberle librado de la muer-

te: y considerando el nuevo peligro que tenia de caer en manos de sus enemigos, se puso de rodillas, y con gran devocion y afecto, como lo pedia la necesidad, invocó el favor de la Reina de los ángeles, diciendole: Ayudadme, Madre de Dios, y alcanzadme de vuestro santísimo Hijo, que yo no venga en manos de mis enemigos. Acordaos, Señora, de la devocion y deseo que he tenido siempre de servirlos, y del amor y solicitud con que vos favorecisteis siempre á los que os invocan; y no os olvidéis de mí, pecador. Esta breve oracion penetró á los cielos, é hizo bajar de ellos á María, su Reina, en traje de pastora, que dió á Juan á beber un poco de agua, y le dió que tuviese buen ánimo. Preguntó quién era, y respondió la pastora: Yo soy aquella á quien te encomiendas: mira que entre tantos peligros andas mal seguro sin el socorro de la oracion: y con esto desapareció la Reina del cielo, y Juan, mas turbado ahora del favor que ántes del peligro, le dió las debidas gracias: y amonestado al parecer de un ángel, si no fué de la misma Virgen, con una voz que le dijo caminase seguro; se volvió á sus compañeros, sin ser visto ni sentido de sus enemigos, y en pocos dias convaleció de la caída.

Antes de muchos dias se vió en otro peligro mayor; porque Dios le queria sembrar de espinas y abrojos los caminos anchos del mundo, para que siguiese la senda estrecha de la perfeccion á que le llamaba. La buena opinion que se tenia de su fidelidad le ocasionó su riesgo; porque movido de ella un capitán, le encargó que guardase una presa que habia quitado al enemigo. Robáronsele al santo otros soldados: y el capitán, enojado contra él, sospechando engaño, mandó que le ahorasen de un árbol, sin valerle su misma inocencia, ni los ruegos é intercesiones de sus compañeros. Acudió Juan á su antiguo asilo la Reina del cielo: la cual le sacó de aquel riesgo; porque al llevarle al suplicio, un caballero que acaso errando el camino pasó por el campo, viendo que querian ajusticiar al soldado y entendiendo la causa, suplicó al capitán que le perdonase la muerte, y él se la comató en destierro del campo, no sin particular providencia de Dios, que de este modo le quiso sacar del peligroso estado de la milicia. Tomó Juan el camino de Castilla para volverse á Oropesa, de donde habia salido, y llegando á un lugar donde habia una cruz, se hincó de rodillas delante de ella y se puso á orar, dando gracias á Dios por los beneficios recibidos, pidiendo perdón de los pecados pasados, y prometiendo la enmienda en lo porvenir: y como le faltasen las fuerzas por haber dos dias que no habia comido bocado, cayó desmayado en tierra; mas al volver del desmayo, vió cerca de sí tres cosas y un vaso de vino: y no presumiendo que podia ser cosa sobrenatural, ni sabiendo quién lo habia puesto allí, atemorizado con el peligro pasado, no se atrevió á tocar á ello, hasta que levantando las manos y los ojos al cielo, y empezando á decir el Padre nuestro, al llegar á aquellas palabras: «El pan nuestro de cada dia dánosle hoy;» oyó una voz que le dijo: Come y bebe; que para tí se ha traído ese pan y vino. Confortado con el pan y vino, prosiguió su camino y llegó á Oropesa, donde volviendo á la casa de su amo, volvió á tomar el oficio de pastor, que habia dejado por el de soldado.

Perseveró en esta ocupacion cuatro años, hasta que el conde don Fernando Alvarez de Toledo juntó gente para

pasar á Hungría á socorrer al emperador Carlos V, contra Soliman Gran Turco, que pretendia invadir á Viena: porque sonando mejor á los oídos de Juan el ruido de las armas que ya habia manejado, que el balido de las ovejas, ó arrepentido de haber dejado la milicia, ó movido de la piedad de la nueva causa asentó plaza de soldado: pasó con el conde y á su servicio á Alemania; y acabada aquella expedicion se volvió con el mismo conde á España y desembarcó en la Coruña. Vinole deseo de visitar el sepulcro de Santiago donde hizo una novena con mucha devocion, luego pasó á ver á Montemayor su patria; mas en ninguna parte era mas extraño que en su patria; porque ni él le conocia á su patria, ni su patria le conocia á él, por haberla dejado de tan tierna edad. Nadie sabia darle razon de sus padres, ni él sabia preguntar por ellos, ni en qué casa ó calle habian vivido, hasta que encontrando con un tío suyo venerable viejo, llamado Alonso Duarte, por algunas señas y las fisonomias del rostro le vino á conocer, y le dijo que sus padres eran muertos; su madre poco despues que él la dejó, de la pesadumbre de haber perdido á su hijo; y su padre despues, habiendo tomado en Lisboa el hábito del seráfico padre san Francisco.

Salió de su patria, y haciendo su camino para la Andalucía llegó á Ayamonte: fuése al hospital, donde estuvo algunos dias mirando con sentimiento la necesidad que los pobres padecian; porque desde niño le habia comunicado Dios una gran compasion de los pobres, con un ardiente deseo de remediarlos; y por eso cuando veia los caballos de los grandes y señores gordos, lucidos y bien curados, y los pobres flacos, desnudos y desamparados, solia decir: ¡Cuánto mejor se empleara en los pobres lo que se gasta con los brutos! ¡O si Dios me llegase á tiempo en que los pudiese servir como yo deseo! Pasó á tierra de Sevilla, y sirvió de pastor á una señora llamada doña Leonor de Zuñiga; mas como Dios le queria para otros empleos diferentes, no hallaba descanso en ningun ejercicio: y así como enfermo que da vueltas en la cama sin hallar descanso, andaba mudándose continuamente de pastor á soldado, y de soldado á pastor. Determinó pasar á Africa, para pelear contra los moros en defensa de la fé: halló en Gibraltar á cierto caballero portugués que iba desterrado con su mujer y cuatro hijas doncellas: llevóle este caballero en su compañía, no sabiendo que llevaba en él todo el remedio de su casa y familia: porque llegados á Ceuta, con la mudanza del temple y aire cayeron enfermos la mujer é hijas del caballero, el cual no tenia sueldo, y padecia tanta necesidad que no podia sustentar su familia. No sabia qué hacer, porque su necesidad le hacia padecer falta, y su calidad le hacia callar su necesidad: ya pensaba en irse y dejar su casa, ya le detenia el amor de la mujer y las hijas que habian de quedar desamparadas. Al fin, habiendo conocido la buena inclinacion de Juan determinó descubrirle su afliccion, y con la sumision de quien ha de menester le rogó, que se hiciese peon en las fortificaciones que se hacian entonces en aquella plaza, y ayudase con alguna limosna á aquella necesitada familia, que no tenia puerta por donde le entrase el remedio, si de su caridad no le venia. No era menester mucha elocuencia para persuadir esto á la compasion de Juan, que, enternecidas las entrañas de misericordia, se ofreció luego con mucha voluntad á hacer lo que le pedia. Asentó por peon en la obra; y el jornal que ganaba de dia con mucha fati-

ga, lo traía á la noche con mayor gusto al caballero para que sustentase su casa. Perseveró en este ejercicio algunos meses, hasta que cesando la obra, cesó tambien la ocasion de socorrer con este medio al caballero, á quien faltó la paciencia faltando el socorro, y se determinó á ausentarse de su casa, por no ver las necesidades que no podia remediar; pero no faltó á Juan la caridad, ni á su caridad medio para socorrer la necesidad. Descubrióle segunda vez el caballero su afliccion y determinacion, y el santo le consoló diciendo: ¿Por qué desconfiais, señor, de la piedad y misericordia de Dios? ¿Pensais que desamparará á los hombres el que sustenta á los gusanos? Si crió para nosotros las cosas del cielo, ¿por qué nos negará las de la tierra? Confiad en Dios, que él os remediará. Y luego saliendo á la plaza vendió su capa, y trajo el precio al caballero para dar algun socorro á su necesidad. Pocos dias despues prosiguió el edificio, y él prosiguió en su oficio de peon, mas de la caridad que de la fábrica. Admirado el caballero de tan nueva caridad, le dijo un dia: En verdad, Juan, que si se perdesse la misericordia se hallaria en vos. Y bien se cumplió despues en Juan, cuando la misericordia desterrada de tantas ciudades y casas se fué á morar en sus hospitales, para que allí la hallasen todos cuantos la buscaban.

Sentia mucho el demonio ver á Juan tan misericordioso: procuró embarazarle esta obra tan insigne; y Dios lo permitió, nó para que se acabase su caridad, sino para que se dilatase é hiciese con muchos lo que hacia con uno. Servia tambien en las fortificaciones de peon otro mozo natural de Evora, ciudad cercana á Montemayor, y con la cercanía de los lugares y compañía del ejercicio cobraron los dos grande amistad y familiaridad, aunque las costumbres eran diversas; porque el compañero cansado de vida tan trabajosa y desceoso de vivir con libertad, se huyó de la ciudad secretamente, y pasando á Tetuan se hizo mahometano. Cuando Juan lo supo ocupó su corazon tan grande tristeza, que no hacia mas que llorar y affigirse con inconsolables lágrimas por la miserable caída de su compañero. Tomó esta ocasion el demonio para hacerle caer, y púsole un grandísimo escrúpulo de si él habia sido la causa de la perdicion de su amigo por haberle dado mal ejemplo: y decíale, que no habia misericordia para tan grave culpa como haber ocasionado la perdicion de una alma: y aun escriben, que el mismo demonio en figura de mancebo le trujo una carta fingiendo ser de su compañero, en la cual con diabólica elocuencia le persuadia siguiese su ejemplo, y experimentaria cuán diversa vida era la que gozaba entre deleites y libertad, á la que el mismo Juan tenia, sirviendo, como si fuera esclavo, en el edificio público. Vióse el santo tan apretado del demonio, que si Dios, que le guardaba para grandes cosas, no le favoreciera, hubiera llegado á la última desesperacion; mas al fin conociendo con luz divina los engaños del demonio, se confesó con un religioso docto y espiritual de la orden de san Francisco que estaba en aquella ciudad, descubriéndole toda su conciencia, y este le aconsejó que se partiese de Ceuta, aunque veía la falta que haria al caballero y á su familia; mirando primero por la salud espiritual de su penitente, que por el sustento corporal de aquella casa, que Dios por otro lado remediaria.

Embarcóse el santo desde Ceuta para Gibraltar, y á la mitad del estrecho se levantó una tan furiosa tempestad,

que el pequeño navichuelo en que iban estuvo á pique de perderse, y todos miraban en las olas su muerte y en el mar su sepulcro.

Quien ménos tenia que temer era Juan, y era quien mas temia: porque pareciéndole que habia dado oídos á la tentacion pasada, se persuadió que Dios enviaba la tempestad por sus culpas; y así empezó á dar grandes voces y á decir á los otros navegantes, como otro Jonás: Por mí ha venido esta tempestad; si quereis que cese, echadme al mar, porque soy un gran pecador. Repetia esto tantas veces y con tales veras, que los compañeros, persuadidos que aquel hombre debia ser algun gran pecador, con bárbara crueldad le tomaron en sus brazos para echarle al mar. Pidióles el santo que le dejasen rezar la oracion del padre nuestro: empezó á decir la; y ántes que la acabase, ya se habia serenado la tempestad, aquietado las olas y sosegado el mar, con admiracion de todos los navegantes que miraban ya como santo al que poco ántes tenian por pecador, viendo libre su nave por la oracion del que querian arrojar al mar. Llegaron todos á Gibraltar seguros y alegres: y en saltando en tierra, se fué el santo á una iglesia á dar gracias á Dios por haberle librado de tan grandes peligros, prometiendo servirle muy de veras en adelante.

Preparóse luego para una confesion general de toda su vida, la cual hizo con mucho sentimiento y lágrimas. Trabajaba por sustentarse, y del jornal gastaba poco y procuraba ahorrar algo, hasta que viéndose con algun caudal mudó el oficio, y de jornalero se hizo mercader de algunos libros devotos, y cartillas é imágenes de papel, y salia á la plaza y por los lugares á venderlos, no tanto por ganar hacienda, cuanto por aprovechar á otros: y para esto llevaba entre los libros devotos algunos profanos, nó para venderlos él, sino para que otros no los vendiesen, y para atraer á sí los compradores: porque al que queria comprarle alguno de aquellos libros, con nuevo modo de vender no imitado de ningun mercader, le proponia el precio subido de aquel libro, y le persuadia que no lo comprase; porque fuera de ser caro era inútil y dañoso, y bueno solo para perder tiempo, y en su lugar les daba en muy bajo precio ó de balde algun libro devoto, aconsejándoles que lo leyesen, porque sacarian de él mucho provecho. Las imágenes de los santos daba tambien de balde, amonestando á los que las llevaban que no estuviesen jamás sin ellas, porque son despertadores de nuestra devocion. Con esta ocasion venian á él muchos niños para recibir estampas; y él ántes de dárselas, les enseñaba la doctrina cristiana; y á los hombres que venian á comprar les exhortaba á huir las culpas; y con apariencia de mercader de libros era predicador apostólico, que con sus palabras y libros reducía muchos pecadores á penitencia. Perseveró algunos años en este piadoso oficio, hasta que por voluntad de Dios se partió á Granada con esta ocasion. Vendiendo sus libros por la comarca de Gibraltar, encontró en el camino un niño hermosísimo con vestido pobre y roto y los piés descalzós: compadeciéndose de él y enterneciéndose viéndolos; y quitándose sus alpargatas se las puso al niño; pero el niño mostrando que le embarazaban los piés y que no podia andar con ellas, se las volvió. Díjole el santo: Niño mio, si no podedis andar con mis alpargatas, venid en mis hombros, que yo os llevaré en ellos; y cargósele sobre los hombros. Al principio le pareció la carga lijera; pero poco á poco el niño se iba haciendo tan pesado, que el

santo sudando y sin poder dar un paso adelante, al llegar á una fuente, le dijo: Niño mio, dadme licencia para beber y descansar un poco, que pesais mucho y me habeis hecho sudar. Sentó al niño junto á un árbol, y fué por agua para beber él y dar de beber al niño; y oyó una voz á sus espaldas que le dijo: Juan de Dios, Granada será tu cruz. Volvió el rostro, admirado, y vió al niño que tenia en la mano una granada abierta, y en medio una cruz: entendió con este geroglífico que Dios le llamaba á Granada: partióse á aquella ciudad, siendo de edad de cuarenta años, y junto á la puerta Elvira compró una casa, donde puso librería con la misma codicia que en Gibraltar de ganar almas y nó dineros; y en este ejercicio perseveró, hasta que Dios le llamó á otro de mayor ganancia de las que el santo pretendia.

Residia entonces en Granada el padre maestro Juan de Avila, llamado dignamente apóstol de la Andalucía: predicó un dia de san Sebastián en una ermita del santo con el espíritu que acostumbraba; y de las saetas del mártir pasó á las del amor divino con que Dios pretende herir nuestros corazones. Fueron sus palabras saetas y rayos que atravesaron y abrasaron el corazón de Juan de Dios: y aunque el venerable predicador no hubiera hecho otro tiro en su vida mas que este, por el solo mereciera el nombre de apóstol. Quedó tan movido del sermón, que agitado de un divino furor empezó á hacer locuras, como las sacerdotizas de Baco, ó por mejor decir, como los apóstoles cuando bajó sobre ellos el Espíritu Santo: con esta diferencia, que los apóstoles decian alabanzas de Dios; y Juan decia sus pecados: lo cual no parece ménos admirable; porque al salir de la iglesia, furioso de muy amante, rasgando sus vestidos, dándose de bofetadas en el rostro, echándose en el suelo, levantando al cielo los ojos, é hiriendo el pecho con una piedra, confesaba á voces sus culpas, diciendo que era grandísimo pecador. Juntóse luego grande caterva de muchachos y gente ociosa, diciendo: «Al loco;» y él se levantó y fué corriendo á su casa con este séquito, tirándole piedras y lodo; y abriendo la puerta, hizo pedazos con las manos y dientes todos los libros profanos que habia en su tienda, y dió las estampas y libros devotos á quien los pedia: y sacando despues el dinero que tenia, lo dió todo de limosna para libertar presos, y hubo para sacar veinte y dos personas de la cárcel. Quedó solamente con la camisa y calzones, y se fué á la iglesia mayor, seguido de la gente, que le reputaba loco y trataba como tal; y entrando en la Iglesia, puesto de rodillas empezó á dar voces; Señor, misericordia; Dios mio, misericordia de este gran pecador que tanto os ha ofendido. Algunos clérigos, sospechando por el concierto ó juicio de sus locuras, que no era loco el que lo parecia, mas ántes parecia loco de demasiado cuerdo, le llevaron al maestro Avila, y le dijeron, que aquel hombre demostraba estar loco desde que oyó su sermón. El maestro Avila, tomándole de la mano y quedándose á solas con él, le preguntó: ¿qué locura era aquella y por qué causa? Y el loco divino, puesto á sus piés le contó todos los pasos de su vida y cuán ingrato habia sido á Dios, y lo mucho que le habia ofendido, y cuánto debia ser despreciado de todos por sus culpas. Admiróse el maestro Avila de ver tan nuevo espíritu, una locura tan cuerda, y una cordura que parecia locura; un hombre tan loco por fuera, y tan cuerdo por dentro: un cuerdo que

se hacia loco para vencer la locura del mundo con su misma locura; y finalmente, un cuerdo á quien los locos tenían por loco, y los cuerdos habian de envidiar su locura; y conociendo que el espíritu de Dios que es admirable en sus santos, le movia á hacer aquellos excesos, le admitió por discípulo, y prometió serle consejero en las dificultades, y padre en las necesidades que se le ofreciesen.

Salía de la presencia del maestro Avila, y yéndose á la plaza de Vivarambla, revolcándose en medio del lodo y la boca llena de cieno, decia entonces todos cuantos pecados se acordaba de haber hecho en su vida, añadiendo despues: Un traidor que tantas culpas ha cometido contra su Dios, bien merece ser herido y maltratado de todos; y quien tan de asiento estuvo en el cieno de sus vicios, justo es que no tenga otro lugar sino el cieno. Con esto se confirmaron en que era loco y empezó á correr por las calles de la ciudad, dando saltos y haciendo otras demostraciones, con que sufrió de los muchachos y gente vulgar afrentas, desprecios y golpes, que es lo que él deseaba y buscaba con aquella locura de que se habia vestido. Perseveró de esta manera algunos dias, llevando una cruz de palo en la mano, que daba á besar á los que querian, y besando él la tierra siempre que se lo mandaban; hasta que llegó á estar tan flaco y debilitado de lo mal que él se trataba, y del mal tratamiento que otros le hacian, que dos hombres honrados y virtuosos, compadecidos de él, le llevaron al hospital real donde curan los locos de la ciudad. Entregáronle á los ministros del hospital, que encerrándole en un aposento, le ataron los piés y manos como á furioso, azotándole frecuentemente con grande crueldad: á que ayudaba algunas veces, lo que con la licencia de loco les decia á los ministros del hospital, reprendiéndoles por lo mal que asistian á los enfermos de él: porque como las verdades aun de la boca de un loco amargan y se oyen de mala gana, le pagaban los ministros las verdades con azotes, aun mas para que callase que para que sanase. Sabiendo el maestro Avila que el santo estaba preso por loco, mas envidioso que compasivo le envió á visitar por un discípulo suyo que le dijese de su parte se consolase mucho en padecer algo por Jesucristo, y se animase á padecer mucho mas por su amor. Consolóse mucho Juan de Dios con esta visita, y despues se visitaban frecuentemente de esta manera. Al fin vino á verle el mismo maestro Avila, y hallándole tan castigado y atormentado, le dijo: que ya era tiempo de quitarse aquella máscara de fingida locura, y dar á entender que estaba sano; porque bastaba lo pasado para cimiento de la humildad, y era menester que no pasase adelante para atender á otras obras del servicio de Dios. Con esto, aunque él estaba dispuesto á ser toda su vida loco por amor de Jesucristo; viendo que á su maestro parecia lo contrario, poco á poco fué dando á entender que se hallaba mejor, hasta que estando del todo bueno salió del hospital, dando muchas gracias al mayordomo y ministro por la caridad que habian usado con él.

Partióse á Montilla á donde habia ido el maestro Avila, y confesóse generalmente, disponiéndose para la confesion con ayuno y oración, en que gastaba toda la noche de tal manera, que un compañero suyo que le tenia en su aposento se quejó al maestro Avila de que aquel huésped no le dejaba dormir en toda la noche, porque toda la gastaba en

oración, á que respondió el venerable maestro: Déjale orar, que mas importa que él ore que no que tú duermas. Deseaba ayudar á los pobres de los cuales tenía gran compasion, y para entender la voluntad de Dios tomó por medianera á la Reina de los ángeles, y se partió al templo de Guadalupe descalzo de pié y pierna, descubierta la cabeza, rapada la barba, con un vestido que bastaba para no ir desnudo, pero nó para ir abrigado ni aun defendido del frio que le hacia muy riguroso. Llevaba en el hombro una capacha y en la mano un cayado; y no llevaba mas provision para el camino que una gran confianza en Dios: Cuando se acercaba á algun pueblo en que pensaba dormir aquella noche, hacia un haz de leña en el monte, y comprando del precio el preciso sustento para conservar la vida, daba todo lo demás á los pobres. En un pueblo le faltó quien comprase la leña, con que le faltó cena y posada: fuése á la plaza, y combatido de la hambre y de frio, quiso defenderse del enemigo como podia: puso fuego á la leña, y empezóse á calentar. Estaba lloviendo, y repararon algunos que ni la lluvia embarazaba que ardiere la leña, ni el santo se mojaba estando en un lugar tan descubierto; y por no atribuirlo á milagro lo atribuyeron á hechicería y lo quisieron prender por hechicero; mas conociendo en las respuestas que daba á las preguntas que le hicieron, que era hombre virtuoso y pobre, le dieron limosna y dejaron proseguir su camino. Pasando mas adelante, al entrar en otro lugar encontró un hombre bien vestido que le preguntó si vendia la leña, y respondió que sí; le ofreció por ella una bolsa llena de dinero. El santo temiendo algun engaño en tanta liberalidad nó la quiso aceptar, y porfiando el hombre que la tomase, dijo: que la recibiria para decir de todo el dinero misas á la Virgen de Guadalupe, á donde caminaba. No queria el demonio, que tal era aquel hombre, que su dinero se emplease tan bien; y así desapareció con su dinero en oyendo el nombre de la Virgen. En Guadalupe recibió muchos favores de la Madre de Dios. El primero fué, que poniéndose delante de su altar á rezar la Salve, al decir aquellas palabras: «Convierte á nosotros esos tus ojos misericordiosos,» se abrió por sí misma la cortina con que estaba cubierta la imagen, para que viese á la Virgen su devoto. Oyendo el sacristan ruido, vino corriendo, y pensando que el peregrino habia corrido la cortina para hurtar alguna joya á la Virgen, injuriándole con palabras, levantó el pié para herirle y se le quedó seco; mas por la oración del santo volvió á quedar el pié sano como ántes. En otra ocasion, orando con grande fervor delante de la Virgen, vió el prior del convento que la Virgen le puso á su Hijo en los brazos y le dió unos pañales para que le envolviese; y con esto quedó con mayor estimá y veneracion de siervo de Dios. Veinte y dos dias estuvo en aquel monasterio, hospedado de los religiosos, que por los sucesos pasados le miraban como á santo. Comulgó cinco veces en este tiempo, y era continua su oracion delante del altar de nuestra Señora; y aunque estaba tan gustoso en la casa de la Virgen, con todo eso, como su cruz le esperaba en Granada, volvió á cargarse con ella para seguir á Cristo al monte Calvario.

Quiso pasar por Orpesa, su segunda patria, y fuése al hospital de los pobres, donde los servia los dias que allí estuvo, y saliendo por la villa á pedir limosna, la repartia con los enfermos del hospital y otros necesitados. En-

entre otras personas enfermas visitaba á una muy pobre que tenia una llaga en una pierna, y el santo queriendo juntamente sanarla y vencerse á sí mismo, le chupaba todos los dias la llaga, hasta que siendo la medicina su caridad ó su mortificacion, la vino á dar perfecta salud; y á los que se admiraban de que chupase la podre, decia: «No tuvo Dios asco de tomar nuestras enfermedades; ¿y le tendremos nosotros de las de nuestros hermanos?» Prosiguiendo su camino para Granada, supo que estaba el maestro Avila predicando en Baeza, y pasó por aquella ciudad para verse con él. Predijole muchas cosas el maestro Avila que le habian de suceder, y aconsejóle que fuese á Granada y buscase un confesor prudente por quien se gobernase, y que en los negocios más graves le consultase á él. Antes de entrar en Granada se cargó un haz de leña, como acostumbraba para entrar con él en la ciudad; pero so brevinole tal temor, acordándose de la persecucion pasada y de la opinion que habia tenido de loco, temiendo no resucitase esta fama á quien ayudaba venir vestido de una túnica blanca que le habia dado el prior de Guadalupe, que se estuvo un dia y una noche sin atreverse á entrar, y dió la leña á una pobre viuda por una escudilla de lentejas que le dió para comer. Permitted Dios esta tentacion en su siervo para que se humillase mas y fuese despues mayor el triunfo, venciendo muchas veces por no haberse vencido una, como sucedió; porque recogiendo por la noche á una ermita, corrido de sí mismo, reprendiéndose por su flaqueza y miseria, dándose recios golpes con un ladrillo en los pechos, dijo el salmo del *Miserere*, pidiendo misericordia á Dios; luego por la mañana subió al monte é hizo otro haz de leña; pero al entrar en la ciudad, sintió la misma repugnancia que el dia ántes: y aunque el espíritu le hacia dar pasos adelante; la carne flaca murmuraba y queria volver atrás; y él, animándose y esforzándose decia: ¿Qué es esto, asnillo? ¿Teneis vergüenza de entrar en la ciudad con el haz de leña; y no tuvisteis vergüenza de ofender á Dios tantas veces? Pues en verdad que si os pesa tanto la carga, la habeis de llevar hasta la plaza; y con animosa resolucion entró por la puerta de la ciudad, y llegó hasta la plaza de Vivarambla, donde se sentó sobre el haz de la leña. Luego fué conocido de los muchachos y gente ociosa, y padeció muchos oprobios é injurias; y deseoso de afrontas iba todos los dias al monte y traia un haz de leña, y del precio, tomando lo ménos para sí, daba lo mas á los pobres; y todas las horas del dia que le sobraban, gastaba en las iglesias en oracion.

Una tarde se entró en Nuestra Señora del Sagrario, y poniéndose á orar delante de un Crucifijo que tenia á los lados las imágenes de María Santísima y de san Juan Evangelista, empezó á pedir al Señor con muchas veras, que le enseñase el camino de servirle. Gastó en esta oracion algunas horas, con grande gusto y satisfaccion de su espíritu: y al querer salir de la iglesia, le pareció que la Virgen Santísima y san Juan Evangelista se bajaban del altar y le ponian una corona de espinas en la cabeza, y que la Virgen le decia: Juan, por espinas y trabajos quiere mi Hijo que alcances grandes merecimientos. La vision fué imaginaria; pero el dolor verdadero: y aunque no veian la corona los ojos, sentia la cabeza de Juan las espinas, y se la penetraban con gran dolor; pero juntamente se halló tan gozoso con este regalo del Señor, que le dijo: Señor, trabajos y espinas dadas de vuestra mano, rosas y

claveles son para mí. Desapareció la vision, y á pocos pasos que dió halló declarado el misterio; porque yendo por una calle, vió á la puerta de una casa una cédula, que decia: «Esta casa se alquila para pobres.» Parecióle que su corona de espinas era servir á los pobres; y así confiado en Dios, aunque no tenia caudal ninguno, alquiló la casa para pobres: y luego favoreciéndole el Señor con las limesnas que le dieron algunas personas conocidas, puso en ella cuarenta y seis camas, pobres entonces y poco acomodadas, porque no tenia cada una mas que una estera, dos frazadas y una almohada, y sobre ella una cruz de palo, bastantes para principio y bosquejo de la nueva hospitalidad que habia de fundar. Luego salió á buscar pobres por las calles: y en hallando algun enfermo y desamparado, le traia á su nuevo hospital sobre los hombros, imitando la caridad de aquel pastor que llevaba sobre sus hombros la oveja perdida; y echándole sobre la cama y trayendo agua, le lavaba los piés y se los limpiaba y besaba con mucha humildad. Exhortábale á confesar, diciendo: que alcanzada la salud del alma, alcanzaria despues con mas facilidad la del cuerpo, y que quitadas las culpas, eran mas fáciles de quitar las enfermedades, que de ellas muchas veces se ocasionan. Para sustentar sus pobres, y curarlos, salia todos los dias por la ciudad con una espuerta ó capacha á cuestas, y dos ollas grandes, pendientes del cuello con una sogá y sustentadas con las manos, y de esta manera andaba por las calles dando voces, con una voz lastimera diciendo: hermanos, dad limosna para vosotros mismos. Esta voz, como salia de un pecho lleno de caridad, penetraba los corazones de los que le oian, especialmente de noche, y saliendo á las puertas le daban pan, caldo, carne y otras cosas que comer y dinero, y con esta limosna se volvia contento á su casa; y lavando á los pobres sus escudillas, les repartia la comida y les exhortaba á dar gracias á Dios, por quien les hacia la limosna; y con el dinero compraba medicinas para los enfermos. Fuera de esto barria la casa: traia el agua: hacia las camas: limpiaba las inmundicias; y servia á los pobres en todos los officios; con tanta humildad y caridad, como si fuera juntamente siervo y padre de los pobres. De noche dormia entre sus enfermos, para asistir á la necesidad del que le llamaba ó habia menester.

Solamente sentia el santo verse solo: porque las ocupaciones que tenia sobraban para diez personas, y aun no se le llegaba nadie, porque no se aseguraban del todo que aquella caridad no fuese ramo de locura; porque mas fácilmente se sana de la locura que de la fama de loco. Pero cuando él era solo se multiplicaba en muchos, y cuando aun no querian acompañarle los hombres, codiciaban ser sus compañeros los ángeles. Faltóle agua una noche para servicio de los enfermos, tomó dos cántaros y fué por ella á la plaza de Vivarambla, que estaba léjos; y como se detuviese mucho, cuando volvió halló las haciendas hechas, barrida la casa, fregados los platos y dispuesto todo lo necesario. Preguntó á los pobres quién lo habia hecho; y respondieron todos, que ¿para qué lo preguntaba habiéndolo hecho él mismo? ¿Cómo puede ser, replicaba, si yo he estado fuera hasta ahora? Mas porfiando los pobres que él mismo habia sido y nó otros, les dijo el santo: Mucho os quiere Dios, hermanos; pues envia sus ángeles para que os sirvan. Divulgóse el caso por la ciudad, y luego quisieron los hombres ser compañeros de quien eran

compañeros los ángeles, y tomar el oficio de aquél, cuya forma tomaban todos los espíritus soberanos para tomar el ministerio. Admitió por compañeros los que juzgaba á propósito para siervos de la santa caridad, y repartió con ellos los ministerios de pedir limosnas, servir á los pobres y enfermos, no escusando el trabajo, sino aumentando el mérito, ganándole con las obras de todos sus hijos y compañeros, que las hacían por su ejemplo y dirección, tomando él solamente de superior el ir delante de todos en las obras de humildad y caridad, y escoger para sí el mayor trabajo.

Como fuéese un día á pedir limosna al obispo de Tuy, don Sebastian Ramirez de Fuen-Real, que era presidente de la real audiencia de Granada, le preguntó el obispo cómo se llamaba, y respondió, que Juan; y pidiéndole el sobrenombre, respondió: que un niño que le había guiado á Granada, le llamó Juan de Dios; mas que él no se había atrevido á ponerse tan alto apellido, como era tan indigno de él. El obispo, entendiendo que aquello era cosa de Dios, le mandó que se llamase en adelante Juan de Dios. Llevaba el santo un vestido muy pobre y vil, y díjole el obispo: que aunque el vestido que llevaba era conforme al espíritu de pobreza que tenía, no era conforme á la decencia de las personas con quienes trataba; y así que mudase de traje, y se diferenciase de los demás en el hábito como en el ministerio. A todo se sujetó el humilde Juan de Dios, y mandando el obispo traer un poco de jerga teñida de blanco y negro, le cortaron de ella un hábito honesto, semejante al que traen ahora sus religiosos, sin escapulario, el cual pidió despues al papa Pío V el hermano mayor de Granada Rodrigo de Sigüenza, para diferenciarse de otros que usurparon el mismo hábito que los hijos de san Juan de Dios. Su mismo hábito dió el santo á los que admitió por compañeros: entre los cuales se debe hacer alguna mención de dos muy insignes, que fueron Anton Martín y Pedro de Velasco, por el modo maravilloso con que los trajeron á su modo de vida é instituto, y por haber sido la conversión de Anton Martín uno de los mayores milagros, ó el mayor que hizo san Juan de Dios. Era Anton Martín hombre de mas que rotas costumbres, y que hacia logro de los pecados ajenos, y tenía á su cargo mujeres que con las culpas sustentaban sus galas. Tenía preso en Granada á Pedro de Velasco, por haber muerto á un hermano suyo, diligenciando que le ajusticiasen. Aficionóse á Juan de Dios, y dábale limosna muchas veces para sus pobres: y el santo, compadecido de la mala vida de Anton Martín, y sintiendo el odio con que perseguía á su hermano, procurándole la muerte, nó con celo de justicia, sino con deseo de venganza; encontrándole en una calle, se hincó de rodillas delante de él, y sacando un Crucifijo, acordándole los muchos pecados que contra Dios había cometido, le rogó que perdonase á su hermano para que Dios le perdonase á él. Enternecióse con las palabras de Juan de Dios Anton Martín, y fueron tan eficaces, que no solo perdonó allí á su enemigo, mas se le ofreció por compañero para servir á los pobres. Fuéron los dos á la cárcel; y Anton Martín hizo apartamiento jurídicamente de su querrela, y se hizo amigo de Pedro de Velasco: el cual, agradecido á Dios y á Juan de Dios, se hizo su compañero; y el santo, disponiendo que saliese de la cárcel Pedro de Velasco, los vistió de su hábito y los llevaba consigo á pedir limosna por la ciudad, que quedó

admirada y edificada del suceso, viendo un pecador hecho santo, dos enemigos hechos amigos y compañeros, y á Juan de Dios, que obraba estas maravillas con la gracia del Señor. Fueron estos compañeros de san Juan de Dios, varones insignes en santidad: Anton Martín fundador del hospital de Amor de Dios de esta villa y córte de Madrid; Pedro Velasco ó Pedro Pecedor, fundador de la casa de la ciudad de Sevilla. Y para que se vea cuánta es la misericordia de Dios, y cómo ningun pecador, por grande que sea, ha de desconfiar de ella; Anton Martín, que había sido ministro del amor torpe, ó por mejor decir del demonio, para enredar las almas, habiendo lavado con lágrimas y penitencias sus culpas, mereció ser algun dia blanco de los tiros que el niño Jesus, hecho verdadero Dios de amor, con arco y flechas tiraba á su corazón.

Creció la fama de la caridad de san Juan de Dios, y con la fama creció el número de los enfermos y necesitados que venían á lograrla, de manera que no cabían en el primer hospital; pero con su confianza en Dios, que no había menester crecer para ser mayor que todas las necesidades, tomó otra casa mayor, y dispuso en ella diferentes enfermerías para diferentes enfermos: en una puso los hombres; y en la otra las mujeres: aquí juntaba los enfermos de calenturas; allí los que estaban asquerosos con las llagas: en una sala los incurables; en otra los que padecían el mal de Vénus: y de esta manera dividía las enfermedades para que no se confundiesen los remedios, y separaba los hombres de las mujeres, para que no enfermasen las almas de los que sanaba los cuerpos: con que no ménos moraba en su hospital la prudencia que la caridad. Su hospital era tambien casa propia de los pobres y peregrinos, que no hallan posada en las casas de los ricos; y para que al invierno tuviesen defensa contra el frio, hizo fabricar una cocina con tal disposicion, que podían calentarse á la lumbre doscientos pobres, sin embarzarse unos á otros. Viendo tanta caridad, tanto orden y concierto, algunos hombres ricos compraron al santo en la calle de los Gomeles unas casas grandes que habían sido monasterio de monjas, á donde pasó sus enfermos, habiendo labrado las oficinas y salas necesarias para un hospital grande y acomodado. Era singularísimo el cuidado que tenía el santo de traer á su hospital los enfermos y necesitados, y que en él no les faltase nada para la cura de su enfermedad y remedio de su necesidad. Tenía médicos, cirujanos y boticarios: proveíales de regalo y medicinas; y era un pobre tan rico, que no teniendo nada, lo tenía todo, porque tenía en su mano las haciendas de los ricos, que á competencia le socorrian: y valía tanto en casa de un mercader una cédula suya, como la letra de un correspondiente; porque todos le daban ó prestaban lo que pedia.

Alentaba Dios al santo para que se ejercitase en las obras de misericordia, con hacerle singulares favores por sí y por medio de sus ángeles. Encontró una noche muy lluviosa un pobre desabrigoado que se quejaba de no hallar un rincón donde recogerse. Convidóle con su hospital: y diciendo el pobre que no podía caminar por su pié, aunque el siervo de Dios iba cargado con la limosna para sus pobres, se le cargó en los hombros: mas á poco espacio, no pudiendo sus fuerzas con tanta carga, cayó con el pobre en tierra. Reprendiase y dábale golpes con la caída: y queriendo volver á tomar al pobre en sus hombros, llegó un

mancebo de buen talle y disposicion, y se le ayudó á levantar; y tomándole de la mano, le dijo: Hermano Juan, Dios me envía á que te ayude en tu ministerio: y para que veas cuán acepto es á Dios lo que haces, sabe que yo tengo á mi cargo el escribirlo en un libro. Yo soy un pobre pecador, replicó Juan, y todo lo bueno es de Dios: pero ¿no me direis quién sois? Soy, dijo el arcángel Rafael, destinado de Dios para ser tu compañero y guarda tuya y de tus hermanos. Pocos dias despues, estando el santo dando de comer á sus pobres, faltó el pan para algunos, y vino el mismo arcángel san Rafael en el traje que vestia san Juan de Dios, con una cesta de pan en la mano, y le dijo: Hermano Juan, todos somos de una orden; recibe ahora este pan para remediar á tus pobres. Encontró en otra ocasion un pobre pálido y macilento, y que en el color parecia estar mas muerto que vivo: tomóle en sus hombros, llevóle al hospital, echóle en la cama, y al quererle lavar los piés, se detuvo admirado porque vió en uno de ellos una llaga muy hermosa y resplandeciente, levantó los ojos para mirarle la cara, y oyó que le decia Jesucristo, que habia tomado la forma de aquel pobre. Juan, á mí se me hace todo el bien que se hace á los pobres, y con esto desapareció la vision, y quedó tal resplandor en la sala, que los pobres se alborotaron pensando que se quemaba el hospital, y empezaron á decir fuego, fuego: y lo dijieran con razon si vieran el corazon del santo que quedó tan encendido de amor de Dios y de los pobres, que en nada sentia mayor consuelo que en servirlos; y tenia puesta toda su felicidad en remediar sus necesidades, considerando en cada pobre á Cristo, y sirviéndole como si viera en él al mismo Cristo, que habia tomado la forma de uno para ser conocido en todos.

No cabia la caridad de san Juan de Dios en su hospital; porque no estaban en él todas las necesidades, ni era su misericordia solamente corporal, sino mucho mas espiritual; porque cuidando mucho de la salud de los cuerpos cuidaba mucho mas bien de las almas, y este ordenaba todas las limosnas que hacia. No dejaba de remediar todas las necesidades que sabia, y procuraba saberlas todas. Íbase por las doncellas pobres, viudas desamparadas, casadas necesitadas y á todas las llevaba de ordinario sustento: y porque no estuviesen ociosas, las llevaba de casa de los mercaderes, seda, lino y lana para que la devanasen, hilasen y trabajasen, persuadiéndolas á que sirviesen á Dios, que no les faltaria su misericordia. Buscaba dotes para casar doncellas, cuya necesidad pone pleito á su castidad para que no vendiesen el honor para sustentar la vida. El mismo cuidado tenia de las huérfanas en quienes el desamparo y la necesidad hacen doblado el riesgo. Supo que una niña quedaba huérfana de padre y madre: tomóla en su capucha y la llevó á un lugar cercano á la ciudad que se llamaba Gabia, donde la dió á criar, y la visitaba de tres á tres dias para ver cómo la trataban: y viendo que no era con el cuidado que él deseaba, la puso en otra parte y dió á una persona cincuenta ducados para que granjeando con ellos, viniesen á ser dote de aquella niña, con que se casó á su tiempo honradamente. Cercóle en una ocasion multitud de niños desamparados; y viéndolos mal vestidos, enternecido y compasivo los llevó á casa de una mujer que vendia ropa y los vistió á todos. En viendo algun pobre desnudo trocaba su vestido con la desnudez del pobre, y él se cubria con una manta hasta que le daban otro vestido. No se pueden contar todas las limosnas que el santo

hacia: porque socorria á los pleitantes pobres para que no dejasen por necesidad de seguir su derecho: á los soldados que no recibian otro sueldo sino el que les daba por amor de Dios: á los vergonzantes á quienes dobla la necesidad la dificultad de pedir: á los que se vieron en abundancia y padecen lo que no tienen y lo que tuvieron; y no hallando bastante esfera su caridad en los vivos, se extendia hasta los muertos, de quienes los mas parientes y amigos se olvidan. Encontró un dia un pobre difunto en una calle, fuése á casa de un rico y pidióle limosna para amortajarle y enterrarle. Respondió el rico que no tenia qué darle, como responden muchos que lo tienen todo para guardar y nada para dar. Tomó el santo el difunto á cuestras, y llevóle á las puertas del rico diciéndole, que pues tenia tanta obligacion á aquel pobre, como él, y mas posibilidad, se le dejaba allí para que le enterrase. El rico, porque le quitase de delante aquel recuerdo de su muerte, le dió la limosna que pedia. En las casas de don Diego de Loaisa, en Granada, habia unas bóvedas donde se recogian muchos pobres de noche, y cuando alguno moria se lo revelaba Dios, é iba el santo muy de mañana á pedir el cuerpo para enterrarle, cuando estaba aun cerrada la puerta de la casa, y no sabian en ella que hubiese muerto ningun pobre.

Sobre todo procuraba con todas fuerzas apartar á las malas mujeres de su mala vida, ofreciendo sustentarlas y acudir las con todo lo necesario si dejaban su culpa, y hacíase su amante casto para guardar su castidad y apartarlas de los amantes torpes que procuraban su perdicion. Especialmente los viernes, en reverencia de la pasion de Cristo de que era muy devoto, se iba á la casa pública y ofrecia cualquier precio á alguna de aquellas mujeres para que le oyese lo que queria decir, y sacando luego un crucifijo que traia en la manga, y poniéndole en la mano siniestra, con la diestra se daba recios golpes en los pechos, y con muchas lágrimas decia todos sus pecados, para animar á aquella pecadora á confiar en la misericordia de Dios, que como le habia perdonado á él, tambien la perdonaria á ella. Despues sacaba un libro en que estaba escrita la pasion de Cristo, y leyendo un poco en él, tomando aquello como por tema, ponderaba lo mucho que le habia costado á Cristo su alma, y cuán barata se la vendia al demonio; y los tormentos eternos que la esperaban en el infierno por momentáneos delcites. De esta manera convirtió á muchas: y si alguna se excusaba con su pobreza diciendo, que tenia deudas, y si salia de allí no sabia cómo pagarlas; la cogia la palabra y pedia que no ofendiese á Dios hasta que él volviese; y se iba derecho á la casa de algunas señoras devotas, y las decia: que tenia el demonio una ó dos almas presas por deudas, y era menester sacarlas de la cárcel; y en juntando lo necesario volvía y sacaba de allí aquella esclava del demonio, para hacerla esclava del que la compró con su propia sangre. Otras veces cuando iba á la casa pública juntaba todas las mujeres para predicarlas, y en una ocasion convirtió ocho. Á las que se convertian llevaba primero á su hospital y hacia que estuviesen en la enfermería de las mujeres algunos dias, para que viendo las crueles curas que se ejecutaban en algunas malas mujeres por sus vicios, cobrasen horror á ellos: despues las casaba y dotaba, y en una ocasion casó diez y seis juntas: á las que se querian recoger á la casa, que para esto tenia la ciudad, llevaba él

mismo y las proveía de todo lo necesario; y hubo algunas de estas mujeres á quienes convirtió el santo, que no solo dejaron sus vicios, mas trataron de mucha perfeccion y fueron grandes siervas de Dios. Entrando un dia en la casa pública, le dijeron cuatro mujeres, que ellas eran naturales de Toledo, y que si diese orden como fuesen allá á recomponer algunas cosas de su conciencia, enmendarian sus vidas. Alegróse el santo con la ganancia de cuatro almas, y luego previno cuatro cabalgaduras y dinero para el camino, y yendo él á pié por mozo de mulas con otro compañero, se partieron á Toledo, mas ellas no querian mudar de vida, sino de lugar; y así al llegar á Almagro le dejó una, y al llegar á Toledo le desaparecieron las dos. Decíale su compañero que su jornada habia sido sin provecho; mas el santo la dió por muy bien empleada, porque la cuarta, movida de sus palabras, se volvió con él á Granada, donde la casó y vivió en adelante muy cristianamente, y respondíale á su compañero: Hermano, si las otras no eran nuestras y se perdieron, no es justo que dejemos esta que desea ser buena. No faltaba quien murmurase de esta otra; porque nunca falta quien diga mal de todo, de lo bueno los malos y de lo malo los buenos: y algunos se entibieron por las murmuraciones en darle limosnas; pero no desistió él por eso de la buena obra, y presto venció la verdad á la mentira y la caridad á la envidia, siendo tenido por mas casto el que trataba con gente poco honesta para apartarla de la deshonestidad; y desengañados todos multiplicaron sus limosnas, viendo cuán bien se lograban en las manos del santo. Algunas veces se iba á las puertas de la casa pública, y á los manecbos que querian entrar en ella los persuadía á que no ofendiesen á Dios. Finalmente por todos los medios posibles procuraba Juan verdaderamente de Dios, evitar las ofensas de Dios. Un ejemplo singularísimo de este celo apostólico quiero poner aquí. Vino á Granada á seguir un pleito una forastera hermosa y pobre, que son dos enemigos de la castidad: reparó en ella el santo, y dióle gran cuidado verla frecuentar tanto los tribunales. Hablóla un dia, y supo á lo que habia venido y el estado de su pleito: ponderóla el peligro en que estaba su castidad, y prometió de ser el agente de su pleito, y darla todo lo necesario para su sustento, si se estaba recogida en una casa que él la señalase. Prometiéndola la mujer, y el santo la llevó á casa de unas mujeres honestas; y todos los dias la daba cuanto habia menester, y solicitaba con gran cuidado su pleito. Cuando era menester hablarla del pleito, la visitaba, é hincado de rodillas la rogaba con lágrimas en los ojos, que no saliese de casa ni ofendiese á Dios, pues él la sustentaba y solicitaba su pleito. Entrando un dia de repente en su aposento, la halló demasíadamente compuesta: sintiólo mucho, y reprendióla con tanta eficacia que la hizo resolver en lágrimas; y el amante á quien ella habia admitido, salió del lugar donde estaba escondido tan trocado por las palabras del santo, que reprendió á la mujer su ingratitude exhortándola á castidad; y al santo prometió ella enmendar su vida, como lo cumplió, viviendo en adelante con mucho ejemplo y opinion de virtuosa.

Otras conversiones hizo admirables y otras limosnas innumerables, tanto, que muchos le tenian por pródigo: y verdaderamente era liberalísima su caridad, no tasando ni midiendo la limosna con su pobreza, sino con la ajena necesidad; porque tenia en la riqueza de Dios un tesoro

inagotable. Quisieron unos experimentar la caridad del santo, y la hallaron mayor de lo que toda su esperanza podia imaginar. Habia venido á Granada don Pedro Enriquez de Ribera, conde de Tarifa: en sabiéndolo el santo, fué á su posada á pedirle limosna para los pobres, y hallóle jugando á los naipes con algunos caballeros. Los jugadores son liberales en el juego, porque no sienten dar lo que pueden perder, ó les ha costado poco ganar; y así sacó de la mesa buena cantidad de reales de á ocho: mas en saliendo de casa el santo para volverse á su hospital, el conde atajándole por otra calle le salió al encuentro, y llegándose á él con disimulo, le dijo: Hermano Juan, yo soy un pobre caballero con muchas obligaciones y sin ninguna conveniencia; si no me socorreis pereceré de hambre y me veré obligado á hacer cosas indignas de mi estado y calidad. No le dejó pasar adelante el santo, y luego le dió la bolsa con el dinero. Volvió el conde admirado de la caridad del santo, y contó á los caballeros lo que le habia pasado. Fué otro dia al hospital y díjole: Hermano Juan, he sabido que anoche os hurtaron la bolsa con todo el dinero. Respondió, que no se la habian hurtado, mas que él la habia dado de muy buena voluntad. Y el conde le restituyó todo el dinero y añadió otros ciento cincuenta ducados, y mandó á su mayordomo que todos los dias que él estuviese en Granada, diese al santo ciento y cincuenta panes, cuatro carneros y ocho gallinas para el socorro de sus pobres. Otro caballero vino á él una noche, y ponderándole su gravísima necesidad, le dijo, que no se remediaba con menos que con doscientos ducados. Respondió el santo, que no los tenia, y era limosna demasíado grande para darla un pobre como él; mas que volviése al dia siguiente al mismo lugar, y le socorreria con lo que pudiese. Esperó el caballero, y el santo le llevó los doscientos ducados; los cuales no quiso tomar el caballero, antes le dió otros doscientos, pidiéndole encomendase á Dios el buen suceso de un casamiento que deseaba. Hizolo, y por sus oraciones el caballero mudó de propósito, y deseoso de servir á Dios, se hizo sacerdote por consejo del maestro Avila, y vivió y murió con fama de gran santidad, pagándole el santo y Dios la limosna con negarle lo que pedia y darle lo que no pedia; porque esto le convenia y aquello nó. Para no pedir tanto á los ciudadanos de Granada, que liberalísimamente le socorrian, y desempeñarse de algunas deudas en que habia incurrido con los excesivos gastos que hacia con los pobres; dejando encomendado á Anton Martin el hospital de Granada, salió con un compañero por otros lugares de la Andalucía: despues se partió á Valladolid donde estaba la córte; y en todas partes recibió grandes limosnas de personas ricas, nobles y poderosas, y del rey Felipe II que entonces era principe, que le estimó y veneró mucho por sus grandes virtudes, mas reparando su compañero en las grandes limosnas que daba y que socorría las necesidades que encontraba, le dijo que se acordase de los enfermos del hospital de Granada, para los cuales habian salido á pedir limosna. A que respondió el santo varon: Hermano, darlo acá ó darlo allá todo es darlo por Dios, que está en todo lugar; y en cualquiera parte donde estuviere la necesidad, debe ser socorrida. Con esto volvió casi vacío á Granada; pero los duques de Sesa, siempre piadosísimos y liberalísimos para con el siervo de Dios, sin pedirles nada le enviaron una gran limosna para que pagase sus deudas.

Poco le parecía á san Juan de Dios socorrer á sus pobres con limosnas, si no exponía por ellos la vida y daba el mayor testimonio de la caridad; y ofrecióle Dios para esto una buena ocasion. Encendióse fuego en el hospital real, que está fuera de los muros de Granada en un campo muy espacioso. Llenóse el campo de gente al tocar las campanas á fuego, y de llantos, lástimas y confusion al ver arder el hospital; pero ninguno se atrevía á entrar dentro, por estar la puerta ocupada de humo y de fuego, sin haber mas agua para apagarle que la de las lágrimas. Vino corriendo san Juan de Dios, y como tenía otro fuego interior que le abrasaba mas, no temía del fuego material: entróse por él con grande priesa, abrió diversas puertas y ventanas; y oyendo las voces de los miserables enfermos, á quienes su enfermedad tenía en la cama presos para no huir el incendio vecino y el humo, en que estaban casi ahogados, fué sacando cuantos pobres había en el cuarto mas peligroso, trayéndolos á cuestras á veces de dos en dos, dándole la caridad las fuerzas que le quitaban los ayunos y penitencias de que estaba muy debilitado: y de esta manera los libró á todos del peligro á costa del propio riesgo, y despues arrojó por las ventanas las camas y ropa. Remediado lo mas importante, tomó una hacha y se subió á lo mas alto del techo donde el fuego tenía su mayor fuerza; y procurando atajarle por una parte, reventó por otra y le cogieron en medio las llamas. No pareció en espacio de media hora, y fué llorado por muerto; y saliendo despues inopinadamente de las llamas, llenó á todos de admiracion como si le vieran resucitado; y en adelante fué tenido en mayor reverencia y veneracion. Algunos dijeron haber visto en esta ocasion dos hombres con cuatro cántaros de agua que le ayudaban á apagar el fuego; y como solo uno y muy poco tiempo le asistiese, juzgaron que eran ángeles que le ayudaban en este ministerio como solian en otros: otros afirmaron que habían visto al santo penitente en el aire; pero ya que viesen los ojos entre el humo y la confusion lo que imaginaba la admiracion ó turbacion, ningun milagro podrán decir mayor que la misma caridad, de la cual se pueden creer estos y mayores milagros. Creció tanto la estimacion y veneracion del santo en Granada, que como ántes los niños y hombres decian: *Al loco*; ahora todos le llamaban *Santo*. Y no fué esta vez sola la que espuso á riesgo su vida por librar á otros de la muerte, como adelante veremos.

La caridad, dice san Pablo, que es paciente y benigna, y sufre todas las cosas sin volver mal por mal, ántes vence el mal con el bien: en lo cual nos dió admirables ejemplos este siervo de Dios. Pasando una mañana por la calle de los Gomeles, derribó con la capa en que llevaba la limosna la capa á un caballero forastero. Enojóse mucho el caballero, y tratóle muy mal de palabras; y el santo con gran mansedumbre le dijo: Hermano, perdonadme, que no lo hice de malicia. Como el caballero se oyó llamar hermano, pareciéndole que era desprecio de su persona, le dió una recia bofetada. La respuesta del santo fué cumplir con el consejo de Cristo, y ofrecerle la otra mejilla, diciendo: Hermano, yo he errado, dadme otra bofetada. Irritado de nuevo el caballero, mandó á sus criados que le matasen. Llegó á este tiempo otro caballero de Granada, llamado Juan de la Torre, y dijo al siervo de Dios: ¿Qué es esto, hermano Juan de Dios? Cuando el forastero oyó el nombre, conoció quien era aquel á quien había agra-

viado tanto; y arrepentido y corrido de su atrevimiento, se arrojó á sus piés y le pidió perdon con mucha humildad. El santo con un rostro humilde y risueño le abrazó como si hubiera recibido de él un grande beneficio; y el caballero le envió despues cincuenta ducados para su hospital, y pidióle el hábito; y el santo conociendo su espíritu no se lo quiso dar, aunque se le despidió con buenas palabras. Enojóse mucho aquel hombre: y retirándose fuera le tiró una piedra, con que le hirió en la cabeza. Quisieron vengar esta injuria los que estaban presentes, y el santo los detuvo disculpándole, y diciendo que no se espantasen de lo que había hecho, porque estaba enojado por no haberle admitido por compañero. Entrando á pedir limosna en la casa de la inquisicion vieja, arrojándose á un estanque, un paje le dió un empujón y le hizo caer en el agua: salió de ella mojado y enlodado, pero muy alegre y contento, con una boca de risa, agradecido al paje el beneficio que le había hecho; que por tales tenía los agravios que le hacian. Había sacado el santo de la casa pública una mujer y dotádola para que se casase, y socorriala en todas sus necesidades. Vino un dia al hospital á pedir un poco de lienzo; estaba el santo desnudo y cubierto con una manta, por haber dado todo su vestido á un pobre, y dijola que volviese otro dia por el lienzo. Ella enojada porque no le daba entonces lo que le pedía, le dijo que era un hipócrita, y otras injurias que escandalizaban á los presentes; pero él las oía con tanto gusto, que la dijo: La verdad dices, y yo te prometo un buen premio si mañana dices en la plaza públicamente estas verdades que aquí me has dicho. Irritóse mas la mujer y multiplicó las injurias; y el santo, riéndose, la dijo: Mira, tarde ó temprano te tengo de perdonar; y así yo te perdono desde luego: vé en paz. Mas, ¿qué oprobios y afrentas no sufrió de algunos deshonestos, porque apartaba de su amistad á las malas mujeres? Pero él todos los oprobios y afrentas del mundo padeciera de buena gana, por sacar una alma sola de la esclavitud del demonio.

No era san Juan de Dios ménos riguroso consigo, que manso para con los demás: ni parecía aborrecerse á sí ménos que amaba á los otros. Desde que se convirtió á Dios, fuera del trabajo y fatiga continua de servir á sus enfermos y pobres, y recoger las limosnas para ellos, que bastara por áspera penitencia; condenó su cabeza á que anduviese siempre descubierta y rapada, á los ardores del sol, hielos, aires y lluvias sin cubrirla jamás. Andaba siempre con los piés descalzos, y de esta manera caminaba en todos tiempos: nunca queria subir á caballo aunque fuesen largas las jornadas; y con los piés lastimados y heridos caminaba por las piedras y espinas, por las nieves del invierno, y por las arenas encendidas del verano. Ni traía camisa, y en su lugar vestía un áspero cilicio. Su cama era una estera, una manta, y una piedra por almohada; aunque la cama era lo que ménos había menester, pues ordinariamente no dormía en toda la noche mas que una hora. En los ayunos de la Iglesia no comía pan, y todos los viernes ayunaba á pan y agua, y tomaba una recia disciplina con cordeles llenos de nudos, hasta bañarse en sangre; y pareciéndole un dia pequeña esta mortificación, se aplicó al cuerpo dos ladrillos hechos ascua, de que estuvo muchos dias enfermo. En los demás dias su templanza merece llamarse ayuno de los muy rigurosos, y á veces se le pasaban dos dias sin comer bocado. Si le

convocaban á comer personas devotas, no se sentaba á la mesa; mas puesto de rodillas juntaba lo mejor y decia: Esto me sabe mejor si lo comen mis pobrecitos: y si le importunaban que comiese lo que le daban, que tambien habria para sus pobres, sacaba de su capacha un poco de ceniza, y como si fuera sal ó pimienta, polvoreaba los regalos para que dejasen de serlo.

Con esta penitencia se disponia para la oracion, enflaqueciendo el cuerpo para que se levantase á Dios el espíritu. Gastaba en la oracion toda la noche fuera de la hora que dormia, si la caridad no le apartaba de los piés de Cristo, para servir á Cristo en algun pobre que tenia de él necesidad. Hospedándose en casa de una persona principal y devota, oyeron algunas noches en el aposento del siervo de Dios ruido de cascabeles: y queriendo una noche saber la causa del ruido acechando por un agujero, vieron encendida una luz, y al santo con mucha quietud orando; y deteniéndose un poco vieron que se levantaba, y atando á una pierna una cinta de cascabeles, dando vueltas por la sala decia: Quien á Dios ha de servir no le conviene dormir; ahuyentando de aquella manera el sueño: y dadas algunas vueltas, se volvió á la oracion y á su primera quietud. Tambien observaron que al hacer oracion, salia de su boca un rayo de fuego que subia hácia el cielo. Este rayo de la oracion de san Juan de Dios abrasaba al demonio; y así procuraba embarazársela usando de diversas trazas, aunque todas sin provecho. Una noche luchó con el santo, y él decia: ¿Piensas, ó traidor, que he de dejar lo comenzado? É invocando el nombre de Jesus, ahuyentó de sí al demonio. Otra vez se le apareció en figura de un espantoso lagarto; mas conociendo el siervo de Dios que era el demonio, no hizo caso de él. Otra le vió en forma de una mujer muy hermosa que queria provocarle á deshonestidad; y el santo huyendo de aquel dos veces enemigo de su castidad, por demonio y por mujer, salió á donde estaban sus pobres, y les dijo: Hermanos, ¿por qué no me encomendais á Dios que me tenga de su mano? Estando orando en la iglesia, se le apareció en figura de lechuza que chupaba el aceite de la lámpara: y el santo pensando que era verdadera lechuza, hacia ruido para espantarla, hasta que el demonio se fué diciendo: Contento voy por haberte divertido. Respondió el santo: No has ganado nada en eso, porque yo tendré doblada oracion por el tiempo que me has quitado. Otras muchas veces le aflagió, ya pretendiendo ahogarle y echarle por una ventana abajo, ya jugando con él á la pelota, ya haciéndole rodar por una escalera, de manera que le costaba estar algunos dias en la cama; pero quedando herido salia vencedor, y llegó á despreciar de tal manera al demonio, que le desafiaba y decia: Ven, demonio, que yo te mato y ejecuta en mí todo aquello para que tienes licencia de mí Jesucristo; porque maltratando mi cuerpo me ayudarás á vengarme del mayor enemigo que tengo. Encontró un dia en la calle á un pobre de figura extraña, las piernas y brazos sutiles y largos, todo el cuerpo desproporcionado, la cara muy colorada, y sin pelo alguno en ella ni en la cabeza. Preguntóle si queria ir á su hospital; y respondiendo que sí, le tomó á cuestras: pero á pocos pasos pesaba de manera, que no pudiendo pasar adelante ni moverse, dijo: Válgame el dulce nombre de Jesus. A esta voz desapareció el pobre, y conoció el santo que era el demonio á quien ántes no habia conocido, como le vió en

traje de pobre; y con esto quedó mas ilustre su caridad y admirable, por dos extremos opuestos; pues era tal, que obligó á Cristo á hacerse pobre para experimentarla, y el demonio la experimentó tambien cuando se vistió de pobre.

No era ménos favorecido de Dios y de los ángeles, que perseguido de los demonios, como se ve por los casos que hemos contado, y muchos mas que pudiéramos contar. Sucedió algunas veces alumbrarle los ángeles en la oscuridad de la noche, viendo otros las luces, sin ver quién las llevaba. Hallóse un dia con necesidad de dineros para socorro de sus pobres: fuése á casa de un mercader genovés, rico y casado, llamado Piola, y pidió que le prestase treinta ducados. Estaban comiendo el mercader y su mujer; y pareciéndole aquella hora importuna para dar, le dijo el genovés algo enfadado: Y si yo os presto eso dinero, ¿quién será fiador para que se me pague? Sacó el santo un Niño Jesus pequeño que traía siempre consigo, y dijo: Este Señor saldrá por fiador. Arrojó tan grande resplandor el Niño, al decir el santo estas palabras, que el genovés admirado, le dió con mucho gusto todo el dinero que pedía, y le rogó que acudiese á su casa por cuanto hubiese menester; y muerta su mujer se hizo su compañero, y repartió toda su hacienda á los pobres, dando una buena parte al hospital de Granada. Hustró Dios á su siervo con el espíritu de profecía. En una ocasion vió dos manebos que iban juntos: y llegándose á ellos, les dijo el propósito que llevaban de cometer un pecado, y hablóles con tanta eficacia, afeándoles su culpa, que ellos arrependidos desistieron de ella y le prometieron la enmienda de su vida. A una mujer que estaba enferma en su hospital, la reprendió porque habia callado muchos años un pecado en la confesion; y ella, conociendo que no podia saberlo sino por revelacion de Dios, se confesó enteramente con arrepentimiento y lágrimas. De esta manera descubrió á muchos pecadores sus pecados ocultos, para que los enmendasen ó confesasen. A algunas mujeres que no tenian hijos y se encomendaron en sus oraciones, profetizó que Dios se los daria. Entrando una vez en Granada en casa de una devota suya llamada María Suarez, vió una niña pequeña que criaba en su casa llamada doña Isabel Maldonado, y poniendo el santo la mano sobre la cabeza de la niña, dijo á María Suarez: Cuidad mucho de esta niña, porque ha de ser gran sierva de Dios. La experiencia mostró la verdad de la profecía; porque como la niña crecia en la edad, crecia tambien en las virtudes; y finalmente murió con opinion de muy sierva de Dios, habiéndose ejercitado muchos años en obras de caridad y penitencia, y frecuencia de sacramentos. Halláronle un dia en Granada en el zaguán de casa de don Diego de Agreda, á donde habia entrado por pedir limosna, pintando una espada. Preguntáronle qué hacia; y respondió: Pinto aquí una espada; porque nunca en esta casa faltará justicia: y así se ha visto, que siempre ha habido en aquella casa y familia muy rectos ministros, que con mucha verdad y entereza han administrado justicia: de manera, que no solo con palabras, mas tambien con imágenes y figuras profetizaba este siervo de Dios, como los antiguos profetas. Viendo algunos el excesivo gasto que hacia con los pobres de su hospital y con los de fuera, le aconsejaron que acortase sus limosnas, y edificase un hospital suntuoso y capaz de mucha gente; á que contestó el santo: No faltarán

muchos que siguiendo nuestro instituto, edifiquen suntuosas casas y hospitales magníficos; que yo solo trato de remediar necesidades. En las cuales palabras mostró que veía ya de lejos los muchos hospitales y casas de misericordia suntuosas y magníficas que en España, Italia, Alemania, Francia, Polonia, las Indias occidentales, y casi toda la cristiandad en uno y otro mundo, han edificado sus hijos, herederos de su espíritu, pudiéndose decir de su caridad, que no hay quien se esconda de su calor, por remoto, ni desamparado, ántes á esos busca su celo.

Habiendo adornado el Señor á su siervo de tantas virtudes y gracias, queriendo llevarle ya á recibir el premio de la bienaventuranza, le avisó por medio del arcángel san Rafael, su especial patron, del día y hora en que había de pasar de esta vida. Ocasiónole su última enfermedad su caridad y misericordia, para que muriese de lo que había vivido; y no dejó de ejercitarla hasta que dejó de vivir. En una avenida del río Jenil fué (como solía) á sacar leña para sus pobres, de la que trae el río en semejantes ocasiones: y estando allí, vió que se llevaba la corriente á un muchacho que había entrado en el agua para sacar un madero: arrojóse el santo tras el muchacho para sacarle del río, despreciando su vida por guardar la ajena, aunque no pudo librarle de la muerte con toda su diligencia: cosa que lastimó en el alma al siervo de Dios. Salió del agua mojado y helado: y como estaba tan flaco y atenuado de sus ayunos, penitencias y continuas fatigas, se sintió asaltado de su última enfermedad y postrer aviso de su muerte cercana. Esforzóse cuanto pudo: y como buen mayordomo que ajusta las cuentas para darlas á su Señor, tomó un libro blanco, y fué por la ciudad y casas de las personas á quienes debía alguna cantidad, y ajustando la cuenta, lo escribía en el libro, para que se pagasen despues sus deudas. Fuése luego á su hospital, y vencido del peso de la enfermedad se echó en la cama, sin poderse levantar, sino es cuando la obediencia ó la caridad le obligaron á ello; que entonces el espíritu obediente y caritativo daba fuerzas al cuerpo flaco y enfermo, como se vió en dos casos. Algunas personas con indiscreto celo dijeron al arzobispo don Pedro Guerrero, que en el hospital de Juan de Dios había muchos pobres que inquietaban el hospital y trataban con descortesía al siervo de Dios. El arzobispo no sabiendo que estaba enfermo le mandó llamar luego al punto; y el santo, sin querer escusarse, se levantó de la cama y fué como pudo al palacio del arzobispo: y habiéndole besado la mano y recibido su bendición, preguntó, ¿qué le mandaba? Dijo el arzobispo: que le habían avisado que en su hospital había hombres y mujeres de mal ejemplo, que le daban mucho trabajo y le afligian con sus descortesías, y que debía limpiar el hospital de semejante gente para que gozase de paz y quietud. Habiendo oido el santo con grande humildad la amonestación de su prelado, le dijo: Señor y buen prelado mio, de mí solo pueden decir que soy incorregible y sin provecho, y que merezco ser echado de la casa de Dios; porque soy un grande pecador: mas los pobres que están en mi hospital son buenos, y yo no conozco vicio en ninguno: mas si hubiere alguno, procuraremos con la gracia de Dios que se enmiende; que para eso los traemos al hospital. Y pues Dios hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los justos é injustos: ¿por qué hemos de desamparar á los que Dios no desampara, y echar

de su propia casa á los pobres que sustenta Dios en ella? Admirado y edificado el arzobispo de esta respuesta, por ver la caridad y humildad con que el santo se culpaba á sí por volver por sus pobres, le dijo: Andad, hermano Juan, bendito del Señor, y haced en el hospital como en vuestra casa, lo que os pareciere; que yo os doy licencia para todo. Con esto se volvió á la cama, desde la cual cuidaba de todos los pobres, y les enviaba todo lo necesario por medio de sus hijos, hasta que le hizo levantar de la cama la caridad.

Habia en la ciudad un pobre tejedor, cercado de mujer é hijos, á quienes se había obligado á sustentar y no podía; porque el año era estéril y el trigo valia muy caro. Determinó este miserable echarse un lazo al cuello y acabar con una breve muerte una miserable vida, no considerando que de esta manera no escusaba las desgracias, sino las mudaba, padeciendo las eternas por no padecer las temporales. Madrugó una mañana á ahorcarse: salió ántes que el sol fuera de la ciudad con una soga escondida debajo de la capa. Estaba el santo cercano á la muerte: conoció por revelación divina el peligro de aquel desdichado; y luego al punto se levantó de la cama; se puso su hábito, y tomó su báculo para salir de casa. Los que le asistian en su enfermedad le pretendían detener; y él dijo: Hermanos, dejadme ir; que importa mucho el salir de casa: presto volveré. Fuése con grande prisa á donde estaba aquel miserable hombre, debajo de un árbol, ya para dar fin á su tragedia: escondió el lazo al ver al santo; y el santo le descubrió el intento con que había venido, y le quitó el lazo, y exhortó á confiar en Dios y hacer penitencia de sus pecados, librándole juntamente de la muerte temporal y eterna; y rico con la ganancia de una alma, se volvió á su cama á morir, é importunado de los que le asistian, contó el suceso sin nombrar la persona.

Fuere á ver en su enfermedad doña Ana Osorio, mujer de don García de Pisa, veinticuatro de Granada, matrona de grande virtud y muy devota del siervo de Dios: y viéndole en tanto peligro echado en unas tablas con la capa por almohada, le rogó que dejase le llevasen á curar á su casa. No lo permitió el santo por ningunos ruegos; porque deseaba morir entre sus pobres; pero la misma señora escribió desde allí un billete al arzobispo, informándole del estado en que estaba el siervo de Dios, falto y necesitado de toda comodidad y regalo, sin querer mejorar de cama ni dejar su hospital: por lo cual suplicaba á su señoría ilustrísima, le mandase por obediencia que se fuere á curar á su casa; porque de otra manera acabaría muy presto la vida. Condescendió el buen prelado, y escribió un billete al siervo de Dios, mandándole por obediencia que se fuere á curar á casa de aquella señora devota, y le obedeciese en todo lo que ordenase para su salud. Sintió mucho san Juan de Dios este precepto; mas no pudiendo resistir, puesto en una silla que doña Ana le envió, se hizo llevar por las enfermerías, y con lágrimas en los ojos se despidió de sus pobres, diciéndoles: Sabe Dios, hermanos míos carísimos, que quisiera morir entre vosotros; mas pues Dios es servido que muera sin veros, cúmplase su voluntad. No se oía en toda la casa mas que llantos y gemidos de los pobres; porque se les ausentaba su padre para no verle mas, como lo creían: y los que podían levantarse cercaban su silla, y parecían quererle embarazar el que se fuere. Enternecióse el santo de mo-

do, que se desmayó: y volviendo en sí, les echó su bendición, diciendo: Quedad en paz, hijos míos; y si no nos viéremos mas, encomendadme á Nuestro Señor.

Fué llevado á casa de aquella señora: la cual procuró la salud del siervo de Dios por todos los medios que pudo, llamando los mejores médicos y asistiéndole con todo regalo, á que el santo no resistía por obedecer. Fué visitado de las personas mas principales de Granada, y del arzobispo don Pedro Guerrero, que hallándole en grande peligro dijo misa en su aposento y le dió el Viático: y quedándose despues á solas con él, le dijo: Hermano mio, decidme si teneis alguna cosa que os dé pena, y que yo pueda remediar. Respondió el siervo fiel del Señor: Padre mio y buen pastor: tres cosas me dan cuidado en esta hora: la primera, lo poco que he servido á Dios, habiéndole recibido tantas mercedes de su mano: la segunda, el desamparo de los enfermos pobres que están á mi cargo, los cuales os encomiendo: la tercera, estas deudas que he causado por Jesucristo; y sacó del pecho el libro donde las tenia escritas. Respondió el arzobispo: Hermano mio, cuanto á lo primero, tened confianza en la misericordia de Dios, que suplirá con los méritos de su pasion los defectos que en vos hubiere: de las otras dos cosas no tengais ninguna pena; porque yo tomo á mi cargo los pobres que teneis al vuestro; y las deudas que habeis contraído por Cristo, mias son, no vuestras; y así yo las pagaré todas de muy buena gana. Quedó con esto muy consolado el siervo de Dios; y besando las manos del piadosísimo prelado y dádole muchas gracias por esta caridad, quedó con gran quietud y sosiego.

Despues llamó á Anton Martin, á quien eligió por su sucesor, y le encomendó los enfermos, pobres, viudas y huérfanos. Y cuando sintió que se llegaba su muerte, rogó á las personas que le asistian, que le dejasen solo. Haciéndolo así por largo espacio, oyeron que en alta voz decía: Jesus, Jesus, en tus manos me encomiendo: y llegándose á la puerta para mirar lo que hacia, le vieron vestido, y puesto de rodillas: y pensando que estaba en oracion, como habia dicho que le dejasen solo, volviendo á cerrar la puerta, le dejaron otra vez: mas sintiendo ruido y como de gente que salía del aposento, y que el siervo de Dios no llamaba, abrieron las puertas, y entrando, le hallaron difunto y puesto de rodillas, y con el Cristo en las manos, y tal olor y fragancia en el aposento, que se admiraron, y juzgaron ser efecto y favor que usaba Dios con su siervo, y que el ruido, como de gente que salía, eran los ángeles que vinieron á acompañar el alma de este varon excelente. Fué su glorioso tránsito un viernes despues de maitines, como él mismo habia dicho que habia de morir entre viernes y sábado; y concedióselo el Señor, por la devocion que tuvo á estos dias, dedicado el uno á la pasion de Cristo, y el otro á la gloriosísima Virgen María. Murió á 8 de marzo del año de 1550, y de su edad cincuenta y cinco; y los trece gastó en servicio de sus pobres. Quedó su rostro angélico, que fué otro nuevo milagro, como si estuviera vivo, y el cuerpo de rodillas por espacio de seis horas, y durara hasta ahora, si la simplicidad de los que le amortajaban no le extendieran, lo cual hicieron con gran dificultad; porque el siervo de Dios, tan acostumbrado á la oracion, parecia que aun despues de muerto la queria continuar, ó mostrar con aquella postura cuán aficionado le fué toda la vida.

Divulgándose la muerte del santo por toda la ciudad y en los lugares vecinos, acudió de todas partes gran multitud de toda suerte de gentes, eclesiásticos, oidores, nobles, ciudadanos y plebeyos. Hay quien diga, que todas las campanas se tocaron por virtud divina, y el maestro Francisco de Castro afirma, que hicieron tan diferente sonido del que suelen, que no solo causaban sentimiento sino que tambien mostraban tenerle. Estaba el cuerpo difunto vestido con su hábito en un rico lecho en el aposento en que murió, el cual estaba lleno de una fragancia celestial que exhalaba el santo cuerpo. Sin llamar á nadie, vinieron todas las comunidades religiosas y el cabildo de los clérigos á su entierro. El entierro mejor se puede llamar triunfo; porque daban principio á la procesion los pobres y hermanos de su hospital, las mujeres que habia casado, las viudas y doncellas desamparadas que habia socorrido, con sus velas en las manos, llorando la pérdida de tal padre, diciendo á voces los beneficios que de él habian recibido: seguíanse todas las cofradías con sus pendones y cruces, las religiones por su antigüedad, la clerecía de las parroquias y la de la santa Iglesia, dignidades y canónigos, y el arzobispo don Pedro Guerrero: luego iba el cuerpo difunto, y despues el presidente de la real chancillería, los inquisidores, todos los oficiales y ministros de ambos tribunales, y últimamente los caballeros de la ciudad y gente sin número. Era menester parar muchas veces la procesion; porque las calles estaban apretadas de gran concurso de la gente y de los que querian llegar á tocar rosarios y medallas al santo cuerpo. De esta manera le llevaron al convento de los padres mínimos, donde dijo la misa el general de los mínimos, y predicó un religioso de la misma orden tomando por tema las palabras de san Agustin: *Surgunt indocti, et rapiunt calum*, y dijo grandes alabanzas del santo; y ningun sermon se predicó en Granada en espacio de un año en que no se dijese alguna virtud ó excelencia de san Juan de Dios. Fué sepultado en la capilla de los caballeros Pisas, que está en aquel mismo convento.

Quien vió ántes á san Juan de Dios hecho loco por las calles de Granada, seguido y perseguido de los muchachos y gente vulgar como loco; y ahora le vió ir por las calles con tan sagrado triunfo, acompañado de nobles y plebeyos, eclesiásticos y seculares, de religiosos y legos, encomendándose á él todos, sin oirse por las calles mas que alabanzas, aplausos y aclamaciones; ¿qué diria ó qué podria decir? ¿Es este el loco, el despreciado, la risa de todos, el desprecio del pueblo? Este es. ¿Es posible? ¿Cómo así se ha trocado el desprecio en aplauso, la deshonra en honra, y la ignominia en gloria? Así honra Dios á los que le honran, así honra á los que por él padecen deshonras, y así honra el mundo á los que desprecian las honras del mundo y aman las afrentas por imitar á Jesucristo. El que se hacia loco para ser burlado de todos, ahora de todos es tenido por santo: el que publicaba sus culpas, ahora todos cuentan sus virtudes, ponderan sus excelencias, engrandecen sus milagros; y finalmente, al que se arrojaba en el cieno, ahora le vemos levantado en los altares, imploramos su favor, nos valemos de su intercesion y esperamos alcanzar mercedes del Señor por sus merecimientos. Esta mudanza es del Altísimo; ¿y quién pudiera hacerla sino Dios? De quien dice David: ¿Quién es semejante á nuestro Dios y Señor, que habita en las alturas y

mira las cosas humildes en el cielo y en la tierra, que levanta de la tierra al necesitado y saca del estiércol al pobre para colocarle entre los príncipes de su pueblo? Verdaderamente aunque en todos los santos se muestra Dios admirable, singularmente resplandeció su poder en la vida y muerte de este siervo suyo. Apenas sabemos dónde nació este santo, ignoramos su genealogía, y aun no tenemos noticia de los nombres de sus padres: su niñez y mocedad le gastó en el oficio humilde de pastor, sin prometerle el mundo mas fortuna que la de su nacimiento, mientras sirvió al mundo; pero luego que empezó á servir á Dios, se hizo nueva genealogía en el cielo y mereció el apellido de Dios, como hijo suyo: por lo cual es venerado entre los príncipes de la corte celestial, y hasta los reyes y emperadores de la tierra se arrodillan á él para pedirle su favor. ¡O como servir á Dios es reinar! ¡Y como mueren reyes los que nacen plebeyos si procuran servir á aquel Señor, que no es aceptador de personas, y humilla á los soberbios que presumen de sí mismos, y quita á los poderosos de su asiento, para levantar á los humildes, y llena de bienes á los hambrientos dejando á los ricos vacíos! ¿Quién no se animará á servir al Señor; pues tanto se medra en su casa: y procura, si nació plebeyo, morir noble, emparentando con Dios por las virtudes; y si nació noble no morir plebeyo, haciéndose esclavo del demonio por los vicios?

Después de la muerte de san Juan de Dios ha hecho Dios por él muchos y grandes milagros: pero el mayor de todos es el que acabó de decir, haber hecho tal mudanza en el mismo san Juan de Dios: por eso no me detendré en contar otros milagros comunes á otros santos, aunque ha sido muy singular san Juan de Dios, en que no solo sus reliquias, pero todas sus cosas han tenido privilegio de comunicar salud: y así la tierra de la casa en que nació, el hábito que vestía, la casa y cama en que murió, la bóveda en que fué sepultado, el cayado que tenia en la mano, todo ha sido milagroso é instrumento de maravillas. El buen olor que daba el cuerpo del santo después de muerto muestra el buen olor de sus virtudes que dió en vida. Veinte años después de su glorioso tránsito le dijeron al arzobispo que era entonces de Granada, que en la capilla de las Pisas, donde estaba el cuerpo del siervo de Dios, se veían luces milagrosas; mandó el arzobispo visitar la capilla y mirar la bóveda, y hallaron el cuerpo incorrupto, y salió tal fragancia del arca, que la multitud de gente que habia entrado á verle quedó pasmada, y un pobre enfermo de un brazo, que entre los demás entró, quedó sano encomendándose al santo. En la sala donde murió que se hizo luego oratorio, se sentía la fragancia espiritual después de cincuenta años, y en especial los sábados por haber muerto en este día. Dejando los otros milagros que hizo el santo para librar á sus devotos ó encomendados de los peligros de enfermedades del cuerpo ó peligro de muerte, merecen especial mención las conversiones admirables que ha hecho desde el cielo, desde donde continúa el celo que tuvo de ganar á todos para Dios. Como la caridad de san Juan de Dios es tan universal que no escluye á nadie y se estiende aun á los infieles, recibieron sus hijos á un moro enfermo en su hospital, con deseo de sanarle en el cuerpo y sanarle tambien en el alma. Con el cuidado y asistencia iba cobrando salud el moro; pero sintiendo los hermanos que saliese de su hospital infiel, el que volvía

sano y que pudiesen mas las medicinas que su celo; no habiendo podido reducirle con razones, le encomendaron á san Juan de Dios, el cual se le apareció al lado de la cama, y movió de tal manera su corazón, que luego pidió el bautismo con mucha devoción y lágrimas: y siendo instruido como convenia, le recibió saliendo del hospital sano en el cuerpo y limpio en el alma, y quedando perpetuamente devoto de san Juan de Dios. No fué ménos maravillosa la conversión de otro moro en Málaga. Habia en aquella ciudad una señora llamada doña Isabel de Peñuela, que fuera de tener ochenta y cinco años de edad, tuvo una enfermedad gravísima que la llegó á punto de muerte. Desahuciaron los médicos; pero no la desahució san Juan de Dios, médico soberano á quien ellase encomendó; antes le vió hincado de rodillas delante de la Virgen pidiéndola salud para su devota, y el efecto de su oración fué sanar de repente la enferma sin quedarle rastro de enfermedad ni dolor. Fué testigo de esta milagro un moro esclavo de esta señora, y al punto dijo que queria ser cristiano; aunque muchos años habia estado obstinado á los que le persuadian que lo fuese. Doblóse con esto la alegría, y la señora mandó á un criado suyo llamado Juan Bautista, que le enseñase la doctrina cristiana; pero el moro era rudo y falto de memoria y no aprendia nada. Una mañana pidió el moro que le bautizasen, y negándosele por entonces porque aun no sabia las oraciones, dijo: Si las sé, porque esta noche me las ha enseñado un hombre que venia descalzo y descubierto, y vestido de un hábito de sayal; y dió tales señas, que ninguno dudó habia sido san Juan de Dios el que habia venido á enseñarle las oraciones. Hicieron experiencia, y vieron que las decia todas sin errar una palabra, y añadió el moro: Cuando este buen hombre me enseñaba, si yo acaso me dormia, me despertaba, diciendo: Acmet, repetid lo que yo os enseño; y de este modo me enseñó lo necesario para recibir el bautismo.

Previó, como dijimos, san Juan de Dios con luz profética los aumentos de su instituto que han sido maravillosos y propios de la mano del Señor, que ha echado su bendición á la obra de su siervo: y tambien parece que previó el beato Pio V con luz soberana los frutos que habia de dar esta religion plantada en el paraíso de la Iglesia como árbol de vida y salud, cuando teniendo noticia de su instituto, dijo: Bendito sea Dios, que vemos en nuestros tiempos una religion tan necesaria en la Iglesia, y que tanto provecho ha de hacer en ella: y así la confirmó por bula despachada á 1.º de enero de 1572, dándola la regla de san Agustín, y concediéndola muchos privilegios que han aprobado y confirmado después otros sumos pontífices. Tiene esta religion en España dos provincias, la de Andalucía que tiene veinte y tres hospitales, y la de Castilla que tiene veinte y cinco; en lo restante de Europa, Italia, Francia, Alemania y Polonia, tiene nueve dilatadas provincias; y en las Indias occidentales é islas Filipinas cuatro; y en todas se curan innumerables enfermos de diversas enfermedades, con increíble solicitud de los hijos de san Juan de Dios, de quienes se puede decir con mucha razon lo del Eclesiástico: *Illi viri misericordiae sunt, quorum pietates non defuerunt cum semine eorum permanent bona, haereditas sancta, nepotes eorum*: porque verdaderamente ellos son varones de misericordia, cuyas piedades no han faltado ni faltarán; porque los padres dejan á los hijos y descendien-

tes vinculada como en mayorazgo, la piedad que todos heredaron de su piadosísimo y misericordiosísimo padre y patriarca san Juan de Dios. Por la cual les espera gran premio y particular honra el día del juicio cuando Cristo dé el galardón á sus escogidos; porque si ha de decir á los buenos: *Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum à constitutione mundi. Esurivi enim, et dedistis mihi manducare: sitivi, et dedistis mihi bibere: hospes eram, et collegistis me: nudus, et cooperuistis me: infirmus, et visitastis me: in carcere eram, et venistis ad me;* ¿á quiénes toca mas esta bendición y esta honra que á los que por instinto y profesion, con tanta caridad y cuidado dan de comer al hambriento, de beber al sediento, hospedan al peregrino, visten al desnudo, y no solo visitan á los enfermos, mas los tienen en su casa para curarlos, servirlos y regularlos con mayor amor que si fueran padres de cada uno, y con mayor solicitud que si fueran sus siervos, porque lo son de Jesucristo. ¿á quien sirven en los pobres? Porque no les falte la parte mejor de María, á los que tienen el oficio de Marta de servir al Señor, tienen estos religiosos dos horas de oracion cada día, una por la mañana y otra por la tarde, fuera de otros ejercicios de devocion y penitencia, con que se disponen para hacer con espíritu de caridad obras de tan grande caridad.

Beatificó al santo Juan de Dios Urbano VIII, á 21 setiembre de 1630, y posteriormente ha sido canonizado con la solemnidad que usa la Iglesia.

Escribieron la vida de este siervo de Dios el maestro Francisco de Castro, y mas largamente don Fr. Antonio de Govea, obispo de Sirene. Escribióla en latin Arnolfo de Raise, y don Juan Tamayo de Salazar, *tom II Martirol. Hispan., die 8 martii*. Hizo un sumario de su vida el licenciado Pedro Luis de Muñoz, en la vida del venerable padre maestro Juan de Ávila, en el cap. 13, 14, 15. Hacen honorífica mencion de él Fr. Gerónimo Roman, agustiniano, en su *Rep. Christ., cap. 34*; Tomás Bocio de *Sigms Eccles., lib. 42, cap. 24*; F. Luc. de Montoy, en la *Crónica de los mínimos*: el maestro Gil Gonzalez; Davila, en el *Teat. de Madrid*, y otros que se pueden ver *apud Tamayum de Salazar*.

SAN FILEMON Y SAN APOLONIO.—Leemos en el Martirologio romano que Antios ciudad de Egipto presencié el triunfo de los mártires Filemon y el diácono Apolonio, á quienes queria el juez obligar á quemar incienso á los ídolos, á lo que resistiéndose, les barrenaron los carcañales de los pies, y atravesados estos con cuerdas, fueron arrastrados por la ciudad y últimamente degollados.

Segun el mismo Martirologio, por orden del juez fueron tambien ahogados en el mar ARIANO, presidente, TESTICO y otros tres, sacando unos delfines sus cuerpos á la playa.

SAN QUINTIN, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué de Nicomedia. Nada mas se sabe de este santo, que esas pocas palabras copiadas del Martirologio romano.

SAN PONCIO.—Era diácono de san Cipriano, obispo de Cartago, y su compañero inseparable durante la persecucion y el destierro. Tuvo una educacion tan esmerada, que á los veinte años poseia ya el conocimiento de varios idiomas y de las ciencias mas sublimes que se enseñaban en aquella época. Su raro talento, su erudicion y su amable carácter, junto á una piedad acrisolada, le hacian el

diácono mas recomendable de toda la iglesia de África; de aquella iglesia tan célebre por la abundancia de santos que ha dado al ciclo. Unido á su obispo con los vínculos de la mas pura amistad, no se separó de él hasta su muerte, y despues de ella todos sus deseos se redujeron á alcanzar la corona del martirio. Ignórase el género de muerte que le cupo, y si logró derramar su sangre por Jesucristo; pero se sabe que dejó de existir por los años 260. Escribió un libro de la vida y padecimientos de san Cipriano, que se halla citado con particular elogio por san Gerónimo.

LOS SANTOS CIRILO, OBISPO, ROGATO, FÉLIX, OTRO ROGATO, BEATA, HERENIA, FELICITAS, URBANO, SILVIANO Y MAMILO.—Padecieron el martirio en África, durante el siglo III de la era actual.

SAN FÉLIX.—Italiano, varón de gran ciencia y de extraordinario celo por la gloria de Dios, fué ordenado obispo, y marchó á predicar el Evangelio á los ingleses orientales, en tiempo del papa Honorio. Sus trabajos apostólicos se vieron desde luego protegidos por la virtud del cielo y coronados con abundantes frutos en la conversion de todo el pais que se le habia destinado para teatro de su laborioso ministerio.

DÍA 9.

SAN GREGORIO NISENO, OBISPO Y CONFESOR.—San Gregorio obispo de Nisia, y por esto llamado Niseno, á diferencia de otros santos Gregorios que ha habido en la Iglesia del Señor, fué hermano del gran Basilio y de casta de santos; porque sus padres, abuelos y hermanos lo fueron, y de muchos de ellos, como de santos, los martirologios hacen mencion, como mas particularmente lo dijimos en la vida de san Basilio: cuyo hermano san Gregorio Niseno fué excelente é insigne varon, de grande ingenio, rara doctrina y admirable elocuencia: la cual enseñó é hizo profesion de ella, y en ella excedió á muchos de su tiempo, y se puede comparar con los mas insignes y elocuentes oradores que ha tenido la Iglesia de Dios, como lo muestran sus obras. Fué casado con una señora que se llamaba Teosebia, y despues por comun consentimiento se apartaron, y Gregorio se hizo sacerdote, y ella se dedicó al servicio de la Iglesia, y fué santa mujer, y despues de muerta muy alabada de san Gregorio Nazianzeno, que la llamaba adorno de la Iglesia, ornamento de Cristo, gloria de su siglo, y espejo y alabanza de las mujeres. No contentándose Gregorio con esto, y deseando mayor perfeccion, se hizo monge, dando de mano á todas las cosas de la tierra y hollando todas las esperanzas que sus grandes partes le podian prometer. Siendo monge, se entregó del todo á los estudios de la sagrada teologia, revolviendo de día y meditando de noche las letras sagradas, y apacantando su ánima con los manjares de aquella mesa celestial. Verdad es, que como él era excelentísimo orador, y muy dado y aficionado á las letras humanas y elegantes, algunos ratos se ocupaba mas en ellas, de lo que convenia á su estado y profesion, lo cual le reprendió san Gregorio Nazianzeno en una elegante epístola, que como á tan santo y tan sabio y tan fiel amigo le escribió, y es de creer que él tomó su consejo, y de allí adelante se ocupó con mucho cuidado y vigilancia en las divinas letras, y en hacer oficio de santo y verdadero pastor, por-

que aunque él se había retirado á la religion, como á puerto seguro, y á su parecer estaba apartado de los cuidados y honras del mundo; el Señor que se queria servir de él, y hacerle luz de la Iglesia, y que padeciese mucho por ella, ordenó que fuese obispo de Nisia, en tiempo que el emperador Valente, hereje arriano, perseguia crudamente á la Iglesia católica, y ella tenia gran necesidad de capitanes valerosos para su amparo y defensa, como lo fueron san Gregorio Niseno, de quien ahora hablamos, san Basilio su hermano, y tambien san Gregorio Nazianzeno, que fué amicísimo y familiarísimo de los dos. Siendo obispo nuestro Gregorio, salió al encuentro de los herejes enemigos de Dios, resistiendo á sus errores, y alambando y animando á los católicos, y con su vida y doctrina y elegancia en el decir, sustentando nuestra santa fé católica. Mas como Valente emperador fuese tan furioso como poderoso, y procurase derribar los obispos, que eran como pilares de la Iglesia, y los que sustentaban á los demás católicos, mandóles echar de sus iglesias, y desterrarlos á varias partes, para que ellos padeciesen, y sus ovejas no pudiesen ser defendidas de los lobos, que las pretendian tragar. Entre los otros obispos, que fueron desterrados, fué uno Gregorio, el cual tomó aquel destierro por gran regalo del Señor, por la ocasion que tenia de padecer por él, y por nuestra santa religion: y aunque estaba fuera de su Iglesia y apartado de su rebaño, y lejos de las ovejas, que el sumo pastor le habia encomendado; no por eso se dió al ocio, ni á su quietud, ántes encendido del amor del Señor y de las almas, anduvo visitando las otras iglesias, que podia, de los católicos, alentándolos con sus palabras y exhortándolos con su ejemplo, para que no desmayasen en aquella terrible tempestad, sino que tuviesen fuerte, y cobrasen ánimo, y confiasen en el Señor que la permitia: que prestó la convertiria en bonanza; y serenado el cielo y cesando los vientos, y sosegado el mar, gozarian de tranquilidad. Estando ocupado san Gregorio en esta peregrinacion, visita y consuelo de los católicos, se afligió mucho, por ver el asolamiento y ruina de las iglesias y triunfo de los herejes; y así lo escribió á san Gregorio Nazianzeno: y él le respondió las palabras que quiero poner aquí para nuestro aviso y doctrina. «No te aflijas, dice, mucho por las cosas adversas; porque no las tendremos por tan tristes y contrarias, si no nos congojáramos tanto por ellas. No te espante, que los herejes tomen fuerzas, y como serpientes salgan de sus cuevas, convidados de la suavidad de la primavera: poco les durará el silbar, y se volverán presto debajo de la tierra, vencidos de la verdad y del tiempo; y tanto mas presto, si nosotros, sabiendo que Dios es el Señor, le dejáremos hacer, y lo pusiéremos todo en sus manos.» Esto es de Nazianzeno, y así fué; porque murió el emperador Valente, vencido de los godos y quemado en una pobre casilla; y con haberle sucedido en el imperio de oriente Graciano, su sobrino, príncipe católico y piadoso y muy contrario en la religion á Valente, luego despues de su muerte mandó restituir las iglesias á los obispos desterrados, y envió un agente suyo, llamado Sapor, hombre principal, para que lo ejecutase en las iglesias del Oriente, que estaban usurpadas y oprimidas de los arrianos, y con esta ocasion se juntó en la ciudad de Antioquia concilio de los mismos obispos católicos, y para asentar mejor las cosas de nuestra santa fé católica, que

estaban caidas y arruinadas de los herejes, señalaron en aquel concilio á los obispos mas insignes y mas eminentes en santidad y doctrina que habia en él, para que como legados del mismo concilio anduviesen por diversas provincias, y visitasen las iglesias y procurasen el culto divino, y animasen á los católicos é hiciesen rostro á los herejes. Entre los otros que señaló el concilio, fué uno san Gregorio Niseno, al cual cupo para hacer este tan glorioso oficio la provincia de Arabia. Pero ántes de partirse para ella, quiso ver á Macrina, su hermana mayor, y virgen santísima, encerrada en su monasterio, y en todo el tiempo de su destierro, que fueron ocho años, no la habia visto, y tuvo instinto de Dios, para que la fué á ver, ántes que pasase de esta vida y revelacion de su muerte. Fué, y cumplió con aquel piadoso oficio de caridad, que debia á su hermana á quien él tenia por madre, como lo habia sido en su vida y en los consejos que le habia dado, y de las cosas que los dos santos hermanos en aquella vista trataron entre sí, escribió san Gregorio el libro de la alma y de la resurreccion, en el cual llama á su hermana su maestra, tanta era la sabiduria de ella: y por gran tesoro y rica herencia alcanzó un anillo de hierro; y en el un pedacito del madero de la santa Cruz de Cristo nuestro Salvador, que la misma virgen Macrina traia siempre pegado al corazon. Enterró san Gregorio el cuerpo virginal y puro de su hermana con cirios encendidos y salmos, himnos y cánticos, segun la antigua y santa costumbre de la Iglesia, y colocóle en el templo de los mártires con mucha solemnidad, y escribió á Olimpo en una epístola su santa vida y muerte, y tomó su camino para Arabia, para cumplir con su legacion, que le habia impuesto el santo concilio. Y aunque no sabemos las cosas particulares que hizo san Gregorio en esta su legacion y el fruto que Dios sacó de ella; pero por lo que los otros santos obispos, sus compañeros, hicieron en las suyas, y por lo que de tan esclarecido y admirable varon se puede pensar, podemos entender que fué provechosisima, para gran gloria de Dios y ornamento de la Iglesia católica y edificacion de los fieles.

Tambien se halló san Gregorio Niseno en otro concilio, que siendo el gran Teodosio ya emperador, se juntó en la ciudad de Constantinopla, y fué uno de los cuatro concilios que san Gregorio papa reverencia como los cuatro Evangelios. Aquí en Constantinopla conoció y trató familiarmente á san Jerónimo que allí oia á san Gregorio Nazianzeno, y le dedicó, como dice el mismo san Jerónimo, á él y á Nazianzeno un libro que habia compuesto contra Eunomio hereje; y trabaron entre sí grande amistad. Otra vez habiendo pasado á mejor vida la emperatriz Placila, mujer del emperador Teodosio, nuestro Gregorio oró en sus honras y la alabó en una oracion elegantísima, y predicó sus raras y excelentes virtudes, que fueron tantas, que pueden servir por un clarísimo espejo á todas las princesas y reinas cristianas. Y Sócrates en el quinto libro de su historia, capitulo octavo, añade, que en este convento Constantinopolitano se dividieron las provincias y se constituyeron los patriarcas, y que á Gregorio Niseno cupo la provincia de Ponto y Cesarea de Capadocia, que ántes habia tenido su hermano san Basilio. Finalmente, habiendo llegado á muy anciana edad, lleno de años, de virtudes, trabajos y merecimientos, san Gregorio Niseno dejó la tierra y voló su espíritu al cielo para gozar eternamente del Señor; y la santa Iglesia

romana en el Martirologio pone su vida á los 9 de marzo, y lo mismo hace Usuardo en el suyo, y dice que murió en Nísia, aunque los griegos le celebran á los diez de enero. Hacen muy honorífica mención de este santo, san Basilio, su hermano san Gregorio Nazianzeno, san Gerónimo, y Teodosio emperador, y Vincencio Lirinense y Nicetas, Nicéforo, Teodoro y Suidas, y el cardenal Baronio, y los autores de la Historia Eclesiástica, Sócrates y Teodoro, Balsamon y otros autores que celebran por santísimo varón de los cuales, y de lo que el mismo Gregorio escribe de sí y de la vida que anda impresa en el principio de sus obras, se sacó lo que aquí queda referido.

LOS CUARENTA SANTOS MÁRTIRES.—Entre los otros tiranos fieros y bárbaros que persiguieron la Iglesia de Jesucristo Nuestro Señor, uno fué Licinio, competidor del gran Constantino, casado con su hermana Constancia: el cual, aunque á los principios, por ganar la voluntad de su cuñado que era cristiano, fingió favorecer á los cristianos; mas despues viniendo á rompimiento con Constantino, los persiguió bravamente: y como era hombre de bajo suelo, avarisimo, lujuriosísimo y cruelísimo, y tan ignorante, que apenas sabia firmar sus provisiones, ejecutó su saña y furor crudamente contra aquellos que por la religion y por las costumbres tenia por enemigos suyos y de su imperio. Estando pues Lucinio en Capadocia, provincia de Asia, con un poderoso ejército hizo publicar un edicto en que se mandaba á todos los cristianos pena de la vida, que dejasen la fé de Cristo: y como Lucinio era hombre severo y terrible, hubo entre los cristianos gran confusion y espanto; porque todo estaba lleno de sayones y verdugos, de horcas, ruedas y atroces tormentos para ejecutarlos, en los que no quisiesen obedecer. Algunos cristianos de temor huian, otros por su flaqueza obedecian al emperador, otros desfallecian en los tormentos, y otros por la gracia del Señor salian vencedores; pero todos estaban afligidos. Habia en el ejército una escuadra de cuarenta soldados valerosos y cristianos, y todos de la misma provincia de Capadocia, aunque de diversos pueblos: llamábanse estos valerosos soldados, Domiciniano, Eunoico, Sisinio, Heraclio, Alejandro, Juan, Claudio, Atanasio, Valente, Eliano, Meliton, Eudicio, Acacio, Viviano, Helvio, Teodulo, Cirio, Flavio, Severino, Cirion, Valerio, Clidion, Sacerdon, Prisco, Eutico, Esmaragdo, Filotimon, Aerio, Michalio, Lisimaco, Domno, Teófilo, Euticio, Xancio, Angia, Leoncio, Isichio, Calo, Gorgonio y Cándido. El prefecto, llamado Agricolao, hombre lisonjero y tan cruel como su amo, y severo ejecutor de sus edictos, mandó llamar á estos cuarenta esforzados guerreros de Cristo, y les dijo que bien sabia su gran valor y cuán unidos estaban entre sí, y las cosas grandes y hazafiosas que en las guerras habian hecho, y la voluntad que el emperador tenia de hacerles mercedes por sus buenos servicios; y que para alcanzarlas y tener su gracia y amistad, les exhortaba á que obedeciesen á su edicto, por no perder tan grandes favores como de su liberalidad podian esperar, y juntamente perder sus vidas en la flor de su edad. A esto respondieron los santos: Si nosotros, ó prefecto, como tú dices habemos peleado con tanto valor por el emperador de la tierra: ¿qué piensas que haremos, habiendo ahora de pelear por el emperador del cielo? Sabe cierto que pelearemos y perseveraremos y venceremos. Amenazólos el prefecto que les quitaria la honra de soldados que tenian. Dióles tiempo para que lo

pensasen mejor, y mandóles llevar á la cárcel, en la cual comenzaron todos á hacer oracion y á suplicar á Dios, que pues tantas veces los habia favorecido, y dádoles victoria peleando por las cosas frágiles y caducas, que ahora que habian de batallar por su gloria, no les faltase su gracia y favor. Despues pasaron la noche cantando el salmo: *Qui habitat in adjutorio Altissimi*, y alabando y diciendo himnos á Cristo Nuestro Señor. El les apareció y les dijo: Bien habeis comenzado, mirad que acabeis bien y perseveréis hasta el fin; porque la corona no se da sino á los que perseveran. Al día siguiente el prefecto los mandó llamar, y en presencia de muchos amigos soldados suyos, despues de haberlos lisonjeado y alabado de valientes y esforzados, les rogó que condescudiesen con su peticion para que él pudiese hacerles bien y acrecentarlos con honras y dignidades; y como no pudiese hacer mella en ellos con sus promesas y amenazas, los mandó volver á la cárcel y que fuesen entregados á Aglayo carcelero, para que los tuviese con buena guarda hasta que viniese el capitán de los santos soldados, y tomase resolucion con él de lo que habia de hacer. Estando en la cárcel uno de ellos que se llamaba Cirion, los animaba y decia: Hermanos míos, por voluntad de Dios nos hemos juntado en una escuadra y compañía: procuremos de no apartarnos ni en vida ni en muerte; y como hemos trabajado para servir al emperador que es hombre mortal, en tantas empresas y ganar su gracia, trabajemos ahora por el rey del cielo, y demos la vida por él; que él nos la pagará mejor que Licinio con vida eterna y bienaventurada. ¿Cuántas veces peleando con los enemigos pedimos á Dios socorro y nos le dió? ¿Pues pensáis que ahora en esta tan gloriosa ocasion nos faltará? Acudamos á la oracion, pidamos favor al Señor, que es fiel, benigno y amparo de los que padecen por él. Pasados siete dias, llegado ya el capitán debajo de cuya bandera militaban, fueron llevados delante del prefecto y de su capitán; y cuando iban, Cirion les decia: Tres enemigos tenemos, á Satanás, al prefecto y á nuestro capitán, ó por mejor decir, no tenemos sino uno invisible, que por medio de estos ministros nos hace la guerra. Pues ¿podrá uno solo vencer á cuarenta soldados de Cristo y armados de Cristo? Nó, nó.

Muchas palabras gastó en balde el capitán, para persuadirles que dejasen la fé de Cristo: y hallándolos siempre en ella mas firmes y constantes, mandaron los jueces quebrarles las bocas con piedras, y por voluntad del Señor, queriendo los ministros ejecutar aquel impio mandato, despues de haberse fatigado, muchos se hirieron, de manera que mostraban sus bocas corriendo sangre, estando las de los soldados de Cristo enteras y sin lesion alguna: y viendo esto el capitán y juzgando que habia sido hecho por arte mágica y encantamiento, lleno de furor tomó una piedra y la tiró á uno de los soldados: la cual regida por otra mano mas cierta, no dió al que se tiraba, sino en la boca del prefecto, lastimándole malamente. Volvieronlos otra vez á la cárcel para tomar mejor acuerdo y buscar alguna nueva y esquisita invencion para atormentarlos mas. Mientras que estaban en la cárcel, oraban al Señor y cantaban el salmo: *Ad te levavi oculos meos, qui habitas in caelis*: A vos Señor, levanté mis ojos, que morais en el cielo. Acabada su oracion, les apareció el Salvador, y oyeron una voz que decia: «El que cree en mí, aunque sea muerto, vivirá. Tened confianza y no temais los tormentos de los

hombres, porque se pasan presto; pelead valerosamente para que seáis coronados:» y con este regalo del Señor fueron confortados y pasaron aquella noche en oración con gran contento. A la mañana siguiente fueron llevados al tribunal, para oír la sentencia de muerte que contra ellos dió el prefecto.

Habia una laguna de agua muy fria cerca de la ciudad de Sebaste donde esto pasó: el tiempo era riguroso y de grandes hielos, y el sol ya se ponía y venía la noche áspera y cruda, en que aquella laguna se había de helar. En ella mandó el impío juez que fuesen echados en carnes los santos soldados, para que sus cuerpos traspasados con el frio de la noche y hielo se consumiesen; y juntamente ordenó, que allí cerca de la laguna se pusiese un baño de agua caliente, para que si alguno, vencido de aquel crudo tormento y fuerza del frio, quisiese negar á Cristo tuviese aparejado el refrigerio; que fué una terrible tentación para los santos, por tener tan á la mano el remedio de su tormento. Pusieronse guardas que velasen toda la noche, para que no hubiese estorbo en la ejecucion de la sentencia: la cual oída por los fuertes guerreros del Señor, se consolaron sobremañera; y llegados á la laguna ellos mismos se desnudaron sus vestidos con grande esfuerzo y alegría, diciendo entre sí: Los soldados despojaron á Cristo de sus vestiduras y las jugaron; y él pasó este tormento por nuestros pecados: desnudémonos ahora nosotros por su amor para satisfacer por nuestras culpas; dura cosa es, cierto, padecer frio tan áspero y tan agudo; mas dulce cosa será gozar el paraíso por este camino. El hielo aflige la carne, mas el espíritu se recrea con la esperanza del premio; el tormento será breve y la gloria eterna: trocáremos una noche con un día que no tiene noche ni fin. Si se helaren los pies, despues saltarán con los ángeles en el cielo, y si se perdieren las manos, despues abrazarán al Señor, pues nos las dió. ¿Cuántos de nuestros compañeros han muerto en las batallas, por ser leales al príncipe de la tierra? ¿Y nosotros, por serlo á Dios, no perderemos la vida? ¿Cuántos por sus delitos son atormentados y hechos pedazos, con otras penas mas terribles que esta? Pues hagamos gracias á Dios que nosotros moriremos por la justicia, por la virtud y confesion de su fé; y volviéndose al Señor, se le ofrecieron en sacrificio y en holocausto que se había de acabar y consumir con agua y nó con fuego. Con esta oración armados y vestidos del espíritu del Señor, se arrojaron desnudos en la laguna, y en ella con grande afecto suplicaron á Dios que así como habían entrado en la batalla cuarenta, saliesen de ella cuarenta vencedores sin que de este número sagrado ni uno faltase. Mas como el frio fuese rigurosísimo, uno de ellos vencido del dolor intensísimo que padecía, llamando la guarda salió de la laguna y entró en el baño, y poco despues espiró, dejando á los treinta y nueve por una parte afligidísimos y atravesados de dolor, por el daño irreparable de aquel triste y desventurado compañero; y por otra, con su muerte muy animados para morir mil veces en la demanda; y volviendo los ojos al cielo, suplicaron á Nuestro Señor que, ó mitigase aquel rigor del frio tan áspero y vehemente, ó les diese fuerzas para sufrirlo con perseverancia hasta el fin.

¡Cosa maravillosa! A media noche apareció sobre los santos una claridad inmensa, que con su calor deshizo el hielo y calentó el agua, y del cielo bajaron ángeles con treinta y nueve coronas, y las pusieron sobre las cabezas

de los treinta y nueve caballeros de Cristo que habían quedado en la laguna: lo cual viendo un portero solo que velaba, porque los demás dormían, movido de aquella novedad y herido del espíritu del cielo, despertando á gran prisa á sus compañeros y despojándose su ropa, se arrojó denodadamente entre los santos mártires en la laguna, clamando á grandes voces que era cristiano; de manera que entró en lugar del que había salido; para que como habían entrado cuarenta á pelear, saliesen cuarenta victoriosos; y nosotros nos admirásemos, y reverenciásemos los justos y secretos juicios de Dios, que deja caer al que está en pié y levanta al caído: y en lugar del cristiano que desfallece, escoge al gentil para que no desfallezca, y faltando Judas hace apóstol á Matías; para que ninguno fie de sí, ni tenga seguridad por haber bien comenzado, si no que toda nuestra confianza sea en sola su bondad y misericordia.

Vino la mañana, y hallaron los impíos ministros á los santos mártires casi helados y muertos, y entre ellos á uno de sus compañeros: y entendido el caso y sabido como él mismo se había desnudado, y arrojádose en la laguna, y dicho á gritos que era cristiano por haber visto la claridad del cielo, y las coronas sobre los treinta y nueve soldados; embravecido Agricola y furioso con la saña, los mandó sacar del agua y quebrarles á palos las piernas, para que acabasen de espirar: y los caballeros repitiendo aquellas palabras del salmo: «Nuestra alma ha sido librada, como el pájaro del lazo de los cazadores: el lazo se quebró y nosotros quedamos libres; porque nuestra ayuda es el nombre del Señor,» y al cabo de ellas diciendo *Amen*, dieron sus benditas almas al que las había criado y comprado con su sangre, para coronarlas en el cielo. Mandaron tomar los cuerpos, y quemáronlos: y como uno de estos fortísimos guerreros, llamado Meliton, que era mas mozo y mas robusto, estuviere aun vivo; llevando á los demás, le dejaron para ver si estando en aquel trance se arrepentía y reducía á su opinion.

Vió esto la santa madre de Meliton, y tomándole acuestas, iba tras los cuerpos de los otros santos sus compañeros, que llevaban á quemar; y en el camino le decía: Hijo mio dulcísimo, hijo de mis entrañas, ¡qué dichosa seré yo, si tú perseveras y mueres por Cristo! Bienaventurado será el vientre en que nueve meses te traje, y bienaventurados mis pechos que tú mamaste. Anímate, ó luz de mis ojos, y está fuerte, para que goces de perpetua luz y alumbres mis tinieblas. Cuando tú peleabas por el príncipe de la tierra, yo te acompañaba con lágrimas, porque el peligro era grande y la ganancia pequeña; mas ahora yo te acompaño con increíble júbilo y alegría, porque por este breve martirio alcanzarás una eternidad de gloria. El ángel que del cielo te trajo la corona, te aguarda para darte la posesion del paraíso; el hielo te ha puesto á las puertas del cielo, y el fuego te hará entrar á la presencia del Señor. Sufre, hijo mio, lo poco que queda para que tú seas mártir y yo quede contenta; que así como Dios por su gracia te me dió, así yo te vuelvo á él con gran gusto y afecto. Las otras madres, que no tienen cierta esperanza de la salvacion de sus hijos, llórenlos; mas yo, que estoy ciertísima de la tuya no tengo que llorar, sino alegrarme contigo, y rogarte que me esperes allá en el cielo, y ruegues á Dios por la que te parió en esta vida transitoria; y ahora con tu martirio te desea parir para la

eterna. Diciendo estas palabras la valerosa madre al hijo Meliton, espiró en sus brazos, y la madre muy contenta por verle ya seguro, tomó el cuerpo de su hijo, y echóle en el carro donde iban los otros santos, para que con ellos se quemase; y no se partió de allí hasta que le vió arder con los demás. ¡O mujer fuerte y varonil, y tan abrasada del amor divino, que tuvo ánimo y fuerzas para echar en el fuego con sus propias manos aquellos miembros que habian sido formados en sus entrañas, y sustentádose y crecido con su leche, y llegado á aquella edad con sus trabajos y cuidados! ¡Madre, que tanto deseó ver morir con sus ojos al hijo á quien ella habia dado la vida, teniendo por mayor felicidad el morir por Cristo que el vivir sin Cristo! Para que de esta santa madre aprendan todas las madres á criar á sus hijos, á desearles y procurarles el verdadero sumo bien, y apartarlos de estos bienes perecederos y contrahechos, que traen tan embebidos y engañados á los hijos de este siglo.

No se contentó el tirano con haber quemado los cuerpos de estos gloriosos caballeros; ántes para que no fuesen honrados de los cristianos, mandó echar en el rio sus huesos y cenizas: mas Dios, que es Señor no ménos de las aguas que de la tierra, los conservó en el agua de manera, que no disminuyeron ni menguaron, ántes resplandecian como unas estrellas del cielo, y los mismos santos aparecieron al obispo que se llamaba Pedro, y le avisaron dónde y cómo estaban sus reliquias: y el obispo con toda la clerecía vino, y sacándolos del rio con la debida reverencia los colocó en un lugar mas decente, para gloria del Señor que así triunfa en sus santos, y para confusion del demonio y de sus ministros que tan crudamente los persiguieron, armando todos los elementos contra ellos: porque en la tierra fueron atormentados: el aire de la noche, estando al sereno, con su hielo los traspasó: el fuego los quemó; y el agua recibió sus santas reliquias; para que dijese con el real profeta: «Pasado habemos por el fuego y por el agua; y vos, Señor, nos habeis sacado de las penas y puesto en lugar de descanso.»

Después se trasladaron las reliquias de estos santos á Constantinopla, y estuvieron encubiertos en un huerto, hasta que ellos mismos aparecieron á la emperatriz Pulcheria, y le dijeron dónde estaban; y fueron colocados en el templo que se habia fabricado á san Tirso, famoso mártir. El martirio de los cuarenta mártires escribió Metafraste, y ántes de él san Gregorio Niseno hizo dos homilias en su alabanza, y el gran Basilio su hermano una admirable en que cuenta esta historia; y al fin de ella dice estas palabras: ¡O santo coro! ¡O orden sagrada! ¡O escuadra invencible! ¡O conservadores del linaje humano, compañeros en nuestros cuidados, favorecedores de nuestras plegarias y oraciones, embajadores poderosos de nuestra flaqueza para con Dios, estrella del mundo, flores de la Iglesia, moradores nó de la tierra sino del cielo! Las puertas del paraíso os han sido abiertas, porque habeis sido un maravilloso espectáculo para los ángeles, para los patriarcas, profetas y todos los justos. En vuestra mocedad menospreciasteis vuestra vida, y amasteis á Dios mas que á vuestros padres y que á vuestros hijos; y en la flor de vuestra edad glorificasteis al Señor en vuestros miembros: levantasteis con vuestro ejemplo los caídos: detuvisteis á los que vacilaban en la fé para que no cayesen: esforzasteis á los flacos, y abristeis el camino á los fuertes para que os si-

guiesen: dejasteis acá en la tierra todos juntos un mismo trofeo de vuestra victoria, para ser coronados con una misma corona de gloria en el cielo.» Todo esto es de san Basilio. Fué la muerte de estos santos á los 9 de marzo del año del Señor de 306; y en el mismo dia celebra la Iglesia su fiesta.

SANTA FRANCISCA ROMANA Ó DE PONCIANI.—Santa Francisca de Ponciani, que otros llaman romana por haber nacido y vivido en Roma, nació el año de 1384, teniendo la silla de san Pedro Urbano VI. Su padre se llamaba Paulo del Boso, y su madre Jacobela de Rofredeschi, ambos romanos y de sangre noble. Dió desde niña muestras de las heroicas virtudes en que después se señaló. Lloraba amargamente, si la ama que la criaba la descubria ó desnudaba en presencia de algun hombre aunque fuese su mismo padre, ni era posible acallarla hasta que la cubria: tampoco consentia que su padre la llegase al rostro cuando la acariciaba. Llegados los años de discrecion, no gustaba de los entretenimientos de otras doncellas, sino del recogimiento y oracion, deseosa de consagrarse á Dios del todo en perpetua virginidad; y así, aunque condescendió con el gusto de sus padres, casándose con un caballero romano llamado Lorenzo Ponciani, igual en sangre y riquezas (de quien se quedó con el apellido de Ponciani); sintió con tanto extremo el verse obligada á perder la joya preciosísima de la virginidad, que apenas vino á la casa de su marido después de celebradas las bodas, cuando de puro dolor y penitencias, enfermó dos veces gravísimamente, fíase consumiéndose el cuerpo de la santa, y desfalleciendo las fuerzas de manera, que los médicos la desahuciaron: pero san Alejo, su devoto, la vino del cielo á visitar en hábito de peregrino, y después de haberla consolado, se quitó una esclavina preciosa que traía sobre los hombros, y tendiéndola sobre la enferma la dejó del todo sana.

Con este favor y salud que habia cobrado milagrosamente, se dió con mas fervor á ejercicios de piedad y desprecios del mundo: y siendo de diez y siete años madre ya de dos hijos, quitándose los vestidos ricos de seda y oro, joyas preciosas y otras galas, que por dar gusto á su marido hasta entonces habia usado; no quiso vestirse de allí adelante sino de paño basto; que quien la viera, no la juzgara sino esclava de su casa: jamás salió á bodas ni se halló en convite ó fiestas, aun de sus parientes. Ejercitábase mucho en obras de caridad y humildad. Siendo ella por sí nobilísima y rica, y casada con persona de la misma calidad, solía ir á una viña que tenia fuera de la ciudad, y recogiendo haces de leña, los cargaba sobre la cabeza, y los traía para repartir á los pobres. Otras veces cargaba un jumento; y llevándole por el cabestro por medio de Roma, lo iba descargando por las casas de gente necesitada. Pedia tambien por las calles limosna en compañía de una cuñada suya llamada Vanuozza, mujer muy principal, por acudir mejor á la necesidad de los pobres, con lo que ella daba de su casa y recibia de las ajenas. No la oyeron título alguno con que se honrase, sino de pecadora y vaso de inmundicia, teniéndose por la mas vil y desechada del mundo. Visitaba muy á menudo los hospitales, sirviendo y consolando á los enfermos, mirándolos siempre como si fuera al mismo Cristo, y procurando poner en mucha virtud á las señoras romanas, y hacerlas dejar las galas y profanidades de vestidos ricos.

Su mortificacion fué rara: jamás gustó vino aunque pa-

decía gravísimos y continuos dolores de estómago, causados de mucha abstinencia y estrechos ayunos. Por muchos años se sustentó solamente de yerbas; usaba de muy poco sueño, y á veces no pasaba de dos horas. La camisa traía de lana: debajo de ella un áspero cilicio, y una cintura de hierro sobre la carne desnuda: bañaba su cuerpo de sangre con rigurosas disciplinas y roselas de hierro: lloraba cualquier falta por pequeña que fuese, con copiosas lágrimas; y si se descuidaba en alguna palabra que le parecía ociosa, en penitencia de ella, hiriendo con golpes sus pechos se postraba en tierra, arrastraba por ella la boca, y la daba golpes hasta que rebentaba la sangre. Tenía largas horas de oracion con lágrimas y suspiros que enviaba al cielo. Muchas veces era arrebatada de los sentidos y puesta en éxtasis, principalmente cuando recibía el Santísimo Sacramento. Decía el oficio de Nuestra Señora, de quien era por extremo devota, con muchos salmos y oraciones: y para considerar mejor los misterios divinos, repartía las horas señalando á cada una su tiempo.

Aconteció un dia, habiéndola llamado su marido muchas veces mientras rezaba el oficio de la Virgen, comenzar una antifona muchas veces sin poder acabarla; pero habiendo cumplido lo que su marido le mandaba, y volviendo á su recogimiento para acabar el rezo, halló escrita la antifona con letras de oro por manos de un ángel, como se lee en otro santo del yermo; significando el Señor, cuánto le agradaba la obediencia puntual que tenia esta sierva á su marido, á quien en aquel estado tenia por superior y miraba como el mismo Dios.

No solo á su marido pero tambien á su confesor obedecía con toda prontitud y santa simplicidad de la obediencia ciega. Sucedió año de 1406, que por algunos disgustos que los romanos habian recibido de Ludovico, nepote del papa Inocencio VII, llamaron en su defensa á Ladislao, rey de Nápoles, por quien gobernaba la ciudad de Roma Pierino, conde de Troya. Tenia éste preso á un cuñado de la sierva de Dios, amenazándole le haria matar si no le traía un hijo de santa Francisca, al cual queria tener en rehenes por ser prenda de gente tan principal. No dejaba ella salir al niño de casa porque no cayese en manos del conde: mas encontrándola en este tiempo su confesor, la ordenó que ella misma llevase á su hijo á casa del conde. La santa, sin detenerse un punto, aunque muchos le decían por el camino que llevaba su hijo á la muerte, vino á Araceli, donde á la sazón estaba el conde; é hincándose de rodillas delante de la imagen de Nuestra Señora de aquel santo convento, pidió favor á Nuestro Señor y á la Santísima Virgen: la cual, aunque estaba cerrada en su tabernáculo, se le mostró descubierta, y consoló con su presencia á su sierva. Llegada que fué despues al conde, dijo su cuñado que estaba con él, que hincase al conde la rodilla y se le encomendase. Respondió la santa, que queria encomendarse á aquel que podía siempre y queria librarla de todo peligro. Luego le arrebató el mismo conde al niño de los brazos; que lloraba y daba gritos y se lo llevó; mas la santa continuó su oracion con grande paz y quietud, fiada de la obediencia. Queriéndose despues el conde partir de Roma, mandando poner al muchacho á caballo, no hubo alguno de muchos caballos que mudaron, que por mas que le hiriesen con espuelas y varas, quisiese caminar con el niño encima, hasta que enfadado el conde se partió sin él dejándolo en Roma; y así quedaron libres el cuñado

é hijo de la santa, con general contento de todo el pueblo romano.

Un viernes santo, yendo la sierva de Dios á la estacion de la santa cruz en Jerusalem con su buena cuñada Vanuozza, las ordenó el confesor fuesen meditando la pasion de Cristo Señor nuestro, guardando gran silencio, y que no saludasen á nadie por el camino; y aunque encontraron en él dos toros ferocísimos, de los cuales huía toda la gente, ellas no alzaron los ojos, sino confiadas en Dios prosiguieron como iban, su camino, sin alguna perturbacion, y los dos toros pasaron junto á ellas como unos corberos: tanto asegura la virtud de la obediencia á los que la guardan perfectamente.

Fué grande la paciencia de esta sierva de Dios. Vió una vez herido de muerte á su marido, desterrado otra, con pérdida de mucha hacienda y quedando en un mismo tiempo privada de quién mirase por su familia, y de muchos bienes temporales, y arruinada su casa y llena de confusion; no dió muestras de sentimiento ni desmayó un punto, repitiendo muchas veces aquellas palabras del santo Job: «El Señor lo dió, y el Señor lo quitó: sea su nombre bendito.» Procuraban los demonios por muchos modos é invenciones feas y diabólicas turbarla é interrumpir su oracion y santos ejercicios, ya dándole muchos y muy crueles golpes, ya derribándola en tierra, ya echándola mucha ceniza en la boca y rostro, ya dándole muchas bofetadas: mas ella con singular paciencia y constancia perseveraba con mas fervor y amor de Dios; el cual para consuelo de su sierva y premio de su devocion y santas obras, la concedió un ángel que en su nombre la gobernaba y defendia de las asechanzas del comun enemigo. Mostrábasele el ángel como un niño de nueve años, el rostro muy hermoso mirando al cielo, los brazos cruzados sobre el pecho, y el cabello crespo y rubio, esparcido á las espaldas, vestido de una túnica blanca y sobre ella una dalmática que á veces parecia de color blanco, otras azul, otras de oro.

Crecia cada dia el fervor de la sierva de Dios, y para servir al Señor con mas pureza, pedale con muchas lágrimas dispusiese á su marido de manera que pudiese vivir con él, como si no le tuviese. Cumplióla Dios sus santos deseos, y despues de veinte y ocho años de compañía, vino su marido en dar contento en esto á su santa mujer, y de comun consentimiento se resolvieron á vivir lo que les quedaba de vida en perpetua castidad. Con esto comenzó santa Francisca una vida mas fervorosa, y el Señor á hacerla mayores favores; principalmente cuando habia de recibir el Santísimo Sacramento era tanta la fuerza de su espíritu, que levantaba al cuerpo de la tierra, llevado del alma, como que caminaba hácia el altar donde recibia el sustento divino. Sentíase al punto que comulgaba, llenarse la capilla de un suavísimo olor. Con estas demostraciones junto con sus heroicas virtudes, corrió la fama de su santidad, de manera, que muchas matronas romanas y otras grandes señoras venian á ella con gran devocion y deseo de aprovecharse, y muchas por exhortaciones de la santa se movieron á dejar las vanidades del mundo y consagrarse á Dios en vida retirada, debajo de la enseñanza de tan acertada maestra; y confirmadas por algunos dias en tan santo propósito se fueron al monasterio de Santa María la Nueva, de la orden de san Benito y sagrada religion del monte Olivete, y en manos del superior que les dijo

la misa, hecha con voto su profesion, se consagraron á Dios debajo de la regla de san Benito; la cual guardaron en sus casas lo mejor que pudieron, hasta que el año de 1433, á los 6 de enero, se recogieron en la casa de Torre de Espejos donde hoy se conserva el monasterio y fundacion de santa Francisca.

Aunque no pudo la sierva de Dios alcanzar de su marido libertad para encerrarse con las demás, no por eso descurió de ellas; porque las visitaba á menudo, animábalas con su ejemplo, enseñábalas con sus palabras, consolábalas con su presencia, estándose con sus hijas muchos días enteros. Sentía grandemente el no poder quedarse del todo con ellas, acompañándolas en la profesion religiosa; pero el Señor la consoló con un favor muy singular. La vigilia de la Natividad de Nuestro Salvador fué arrebatada de sus sentidos por tres días de éxtasis, en el cual vió á la Virgen que le puso al Niño Jesus en sus brazos: acabada esta vision, se quedaron con ella san Pedro apóstol, san Benito abad y santa María Magdalena, que juntos la saludaban y exhortaban á que estuviese atenta á lo que veria. Vinieron luego unos ángeles que aderezaron un vistosisimo altar: cogióla luego el apóstol san Pedro y bañóla en un río purisimo que por allí corria. Parecióle á la santa hallarse todo mudada y como que habia salido del todo purificada. Oyó luego una misa que dijo san Pedro, haciendo en ella sus votos y profesion. Recibió luego de su mano la sagrada comunión, y con particular favor fué admitida de la Virgen Santisima en el número de sus siervas devotas. Hizola otros muchos favores la Reina de los cielos: una vez la regaló como á hija querida que una tierna madre acaricia en su regazo: otra vez se quitó el velo y se le puso á santa Francisca en la cabeza, y tambien le dió otro mas blanco que la nieve para sus compañeras, en señal de la proteccion que habia de tener siempre de ellas.

Despues de algun tiempo quiso la divina bondad consolar á aquellas fervorosas religiosas, y juntamente á santa Francisca, librando á su marido de la cárcel del cuerpo, y á ella del vínculo del matrimonio; y así disponiendo con gran brevedad las cosas de su casa, se retiró luego á donde sus queridas discípulas hacian vida de ángeles en la tierra. Llegada que fué al zaguan del monasterio, hizo cerrar la puerta que salia á la calle, y ántes de pasar adelante, puesto á parte el manto y las tocas de la cabeza, con túnica y cinta negra, y descalza, se postró sobre la tierra, estendidos en cruz los brazos, y con lágrimas y suspiros rogó á sus discípulas que no se desdenasen de admirarla en su compañía como á pobre y pecadora: pues habia gastado la flor de sus años en el mundo, y venia entonces á dar el desecho de ellos á Dios. Recibieronla de rodillas sus santas hijas, y vertiendo, arroyos de lágrimas de sus ojos, la dijeron que no eran dignas de su compañía; y levantándola del suelo, la metieron con gran consuelo de todas dentro de casa, obligándola con importunos ruegos que se encargase del gobierno del monasterio; al cual gobernó con singular prudencia y dulzura, y juntamente con gran provecho y raro fervor de sus súbditas, que todas caminaban con vivos deseos de alcanzar la perfeccion cristiana, mostrando el Señor milagrosamente cuánto se agradaba en aquellas esposas suyas, y singularmente en santa Francisca.

Hallóse un día que á la hora de comer no habia pan en la casa, sino unos pedazos de sobras que apenas bastaban

para tres religiosas, siendo las monjas quince. No se turbó por esto la sierva del Señor; ántes con gran paz y alegría dijo: El Señor proveerá; y luego dió orden para que á su tiempo tocasen la campana para comer, y estando ya las monjas en el refectorio, comenzó ella misma á repartirles el pan que habia; el cual se multiplicó de manera, que despues de haber quedado todas satisfechas, sobró una canasta de pan en tan grande cantidad, que bastara para otras dos mesas: con que alabaron todas al Señor, y entendieron lo que le agradaba su santa madre, pues así lo declaró con semejante milagro, al que su Divina Majestad obró en el desierto con los cinco panes.

Era costumbre de esta sierva de Dios llevar á sus discípulas á recoger leña por el campo para ejercicio de la santa pobreza. Una vez el mucho cansancio y fatiga de aquel trabajo les causó grandisima sed: el lugar donde pudieran satisfacerla estaba tan lejos, que no le pareció á la santa conforme á su honestidad y decencia alargarse tanto á buscarla. Encendiéndose mas la sed con el trabajo y falta de agua: Confiad les dijo la santa, en el Señor; que su Majestad os proveerá. Dicho esto, alzó una de ellas los ojos hácia un árbol, y viólo todo cargado de racimos de uvas, con ser en el rigor del invierno, de manera, que tocando á cada una el suyo, satisficieron la sed y cobraron fuerzas para seguir el trabajo.

Volviendo de la iglesia de San Pedro á su casa en compañía de sus discípulas, la misma vigilia de los apóstoles san Pedro y san Pablo, entró en una viña no lejos de allí, y retirándose un poco sola á la orilla de un arroyo, comenzó con tanto fervor y espíritu á hacer oracion, que puesta de rodillas fué arrebatada en éxtasis y trasportada dentro del agua, donde estuvo grande espacio cerca de ella á vista de sus hermanas; mas acabada su oracion salió del arroyo tan enjuta, que ni en la ropa se vió señal de haber estado en el agua.

Semejante á este fué otro milagro que el Señor obró en su sierva, mostrando cuánto se agradaba de sus oraciones; porque habiéndose retirado á un lugar apartado de su viña á rezar el oficio de Nuestra Señora, y sobreviniéndole de improviso una espesa lluvia, prosiguiendo al descubierto el rezo, no se mojó cosa alguna, escapando bañadas de agua todas las demás que andaban ocupadas en el ejercicio manual en la viña.

Una hija espiritual de la santa, cargada de años y enfermedades, perdida ya la habla y dejada de los médicos como cosa deshauciada de todo remedio humano, estaba muy cercana á la muerte: no se hallaba á la hora en Roma el confesor parroquiano que pudiese sacramentarla; puso la santa en oracion, y suplicó á Nuestro Señor, que no llamase para sí aquella su enferma hasta que viniendo su confesor pudiese darle los sacramentos. Respondió el Señor á sus ruegos, y la enferma aunque sin hablar y agonizando se entretuvo cinco ó seis días, hasta que habiendo vuelto el sacerdote á Roma y recibidos de su mano los sacramentos, la santa se llegó á ella y la dijo: Véte ahora en paz y ruega por mí. Al punto que pronunció estas palabras, rindió su alma á Dios nuestro Señor.

Padecia un muchacho de quince años gota coral, cinco de ellos continuos, de manera que casi todos los días lo arrebatava y caia en el suelo como muerto sin quedarle señal de sentido. Deshauciado un tio suyo de todo humano

remedio, acordóse de la fama que corria de la santidad de santa Francisca: llevóla al enfermo, é hizo la instancia en que hiciese por él oracion. Compadecida la santa, hizo lo que le pedia, y poniéndole la mano sobre la cabeza, le dijo: No dudeis hijo, que yo confío en la Divina Majestad, que no padecereis mas este mal. Al punto quedó libre y sano de él sin que jamás le volviese.

El año de 1438, estando la ciudad de Roma muy trabajada de una gravísima peste, hizo gran empleo la santa de su maravillosa caridad y misericordia con los enfermos. Visitábalos á menudo, consolábalos, servíalos con extraordinaria humildad, curábalos con igual caridad las llagas y dábalos de comer por su propia mano. Visitando en este tiempo á una mujer para consolarla en la muerte de una hija suya, hallóla con la peste, y una fiebre maligna, en evidente peligro de muerte. Compadeciéndose de su trabajo, y habiendo hecho oracion, púsole la mano sobre la lumbre, y quedó luego sana.

No recibió otra mujer menor beneficio por intercesion de la santa: porque habiendo padecido por diez y seis meses continuo flujo de sangre, y deshauciada ya de los médicos, habiéndola visitado y tocado con sus manos esta sierva de Dios, quedó al momento libre de su trabajo.

Tenia otra mujer el brazo perdido de gota, de manera que no podia servirse de él en cosa ninguna; y tanto mas estaba desesperada de su remedio, quanto ménos habian podido socorrerla los médicos; mas viniendo de la iglesia de San Pedro, viendo de lejos á la sierva del Señor, dijo en sí con gran fé: Soy sana, y si me toca con su mano, quedaré libre. Llegóse hácia la santa, y dándole la mano la enferma, le rogó que intercediese por ella á Nuestro Señor, y apartándose de ella tornó á decir: Estoy sana, estoy libre y no siento mas dolor alguno; y así fué por los merecimientos de santa Francisca.

Tenia Lelio, gentilhombre romano un niño de dos años quebrado, con una gran rotura: queriendo curarle los médicos, mandáronle tender sobre una tabla y atarle los pies de algun alto para aplicarle el remedio. Aflijida su madre del rigor de la cura, no permitió proseguirla. Corrió desalada á la bienaventurada santa Francisca; y poniéndole delante de los ojos el niño, la rogó la compadeciese de su trabajo. Ella, como tan piadosa de corazón, poniendo sobre la criatura sus manos, dijo á la madre: Confíad en mí Señor, y sanará vuestro hijo; y al punto quedó del todo sano.

Entre otras cosas que con espíritu profético previno la santa, muy particular fué lo que pasó con un mancebo romano; el cual instigado del comun enemigo, y arrebatado de una rabiosa pasion, se habia determinado quitar la fama á un su maestro, publicándole falsamente muchas cosas contra su honra, sin pensamiento de jamás restituirse-la en ningun tiempo. Reveló el Señor á su sierva esta malvada resolucion; y muy cuidadosa ella de librar al uno del daño temporal que le amenazaba, y mas al otro del espiritual que ya padecia, mandó llamar al mancebo; y habiéndole referido punto por punto todo quanto tenia en su pensamiento, le dió una amorosa reprobacion, con que muy compungido el mozo, confesó ser verdad el cargo que se le hacia, y jamás lo habia comunicado con algun hombre, y mudando ya muy arrepentido el propósito, pidió al que pensó agraviar, perdon de la injuria que habia determinado hacerle.

Una señora llamada tambien de su nombre Francisca, bien aficionada á la santa, habiendo parido un hijo sano del todo, si bien ántes de los nueve meses estaba bien des-cuidada, cuando la bendita Francisca, que habia tenido revelacion de su parto y de la poca vida del niño, se le entra por las puertas, y la persuade que le bautice luego en su casa. Rehusaba la madre y los demás el hacerlo, pareciéndoles sobrada prevencion bautizarlo ántes de sacarlo á la iglesia. Instó tanto la sierva del Señor, que los convenció al fin, de manera que luego lo bautizaron. Fué cosa maravillosa, que apenas acabaron de bautizarlo, cuando en presencia de todos, estando al parecer bueno y sano, en un momento espiró. Muchas otras cosas se escriben en su historia, que profetizó santa Francisca, que tocaban al bien particular de algunos, ó al comun de muchos y de la santa Iglesia, diciendo á unos quanto habian hecho y pensado, y á otros, lo que les habia de acaecer.

Llegóse el tiempo en que el Señor quiso premiar á su fidelísima sierva de sus trabajos y heroicas virtudes; y habiendo ido un dia con licencia de su confesor á visitar un hijo que tenia enfermo, le cogió en casa del mismo hijo una fiebre pestilente junto con tabardillo. Revelóle el Señor, que dentro de siete dias habia de ser el de su partida de este miserable mundo; y apretando mucho la enfermedad, se despidió de sus hijas y las consoló y exhortó al servicio divino; y habiendo recibido todos los sacramentos con grande devocion, despues de la extremauncion se acordó que era la hora de visperas, y con el poco aliento que le quedaba, comenzó entre sí á rezar las horas de Nuestra Señora, como toda su vida lo habia hecho sin dejarlas algun dia por enferma que estuviese, en la cual devocion perseveró hasta la muerte: la cual la cogió rezándolas, porque continuando su santa devocion, computo en la cama sus miembros, y con los ojos vueltos al cielo con grande sosiego envió su purísimo espíritu á las moradas eternas á los 9 de marzo del año de 1440, á los cincuenta y seis de su edad. Causó su muerte en todos, por una parte gran sentimiento, y por otra gran consolacion, concurriendo tanta gente á reverenciar su santo cuerpo, que fué fuerza detenerle tres dias y tres noches sin enterrarle, conservándose todos estos dias tan flexible y tratable, como si fuera viva, y despidiendo de sí un suavísimo olor como de azucenas y rosas, que llenaba toda la iglesia de fragancia.

Son casi innumerables los milagros con que despues de su muerte confirmó Nuestro Señor la opinion de la santidad de esta sierva suya, sanando por su intercesion los enfermos que se le encomendaban, así de enfermedades del cuerpo como del alma: y por no cansar con muchos, ni alargarme, solo diré uno mas reciente que acaeció el año de 1603. Tenia en su servicio el marqués de Malaspina, general de las galeras del papa, un turco llamado Beli, á quien una hermana del marqués solia enviar muchas veces al monasterio de la santa con algunos recados. Compadeciéndose las monjas de su estado, procuraban con buenas palabras reducirle á la fé; mas él estaba muy obstinado en su falsa ley, y solo pudieron alcanzar de él despues de muchas persuasiones, que se encomendase algunas veces á Dios y á la santa, ó dijese á menudo: ¡Oh bienaventurada Francisca, acordaos de mí! Mientras él cumplió lo prometido, las siervas de Dios hacían por él oracion, suplicando á Nuestro Señor que alumbrase su alma.

La noche del 6 de marzo del año de 1603, cuando el turco mas profundamente dormía, vió en sueños un hermoso niño, cual se pinta en el retrato de santa Francisca, que le pedía limosna. Despertó Belí, y maravillado de lo que habia visto, repeta aquellas palabras: «Beata Francisca, ten misericordia de mí.» A la mañana contó lo que habia pasado á los demás criados y á la hermana de su señor: la cual sirviéndose de la ocasion, lo envió con un recado á casa de la santa. Corrió allá el con grande alegría de corazón: y contando á soror Maximilla lo que habia visto en sueños, volvió el rostro hácia un lado, donde viendo una imagen de la santa, halló que el niño que habia visto era el mismo que allí estaba pintado al lado de santa Francisca, y dijo al punto que quería hacerse cristiano. Instruido luego en la fe, recibió el santo bautismo, y en él el nombre de Francisco, en memoria del beneficio que habia alcanzado por interese de la bienaventurada sierva de Jesucristo.

Canonizó á santa Francisca Romana el papa Paulo V, á los 29 de mayo del año de 1608. Escribiéron la vida de esta gran sierva del Señor el padre Julio Orsino, y despues mas brevemente el padre Martin de Roca, entrambos religiosos de la Compañía de Jesus.

SAN PACIANO, OBISPO.—Barcelona fué la patria de este santo, y su tercer obispo de esta misma ciudad, naciendo á principios del siglo cuarto. Antes que se consagrara á Dios en el ministerio santo, contrajo matrimonio, del que tuvo un hijo llamado Dextro, quien por sus talentos era conocido como un aventajado escritor de su tiempo. Consagrado obispo de Barcelona gobernó la diócesis por el espacio de treinta años, durante los cuales dió pruebas de su grande celo, y sobre todo de su extraordinaria sabiduría. Este celo y saber lo empleó con especialidad en impugnar á los donatistas, y de esto y de sus admirables instrucciones dirigidas á sus diocesanos permanecen algunos escritos como eterno monumento de su sabiduría y caridad. ¡Qué plenitud de escritura ofrece su precioso tratado del bautismo! ¡Cuán completa, copiosa y fecunda su paternidad ó exhortacion á la penitencia! El célebre escrito de Paciano, llamado el Ciervo, se ha perdido con sentimiento de los sabios. Con sus cartas llenas de erudicion convirtió á Semproniano, y en todos sus actos dió bien á entender el celo que le animaba, no deseando mas que inspirar horror al vicio y hacer amable la virtud. Murió este santo á los 9 de marzo del año 392, y segun dice san Gerónimo, de una vejez extremada.

SAN CIRILO Y SAN METODIO, OBISPOS Y APÓSTOLES DE MORAVIA.—Convirtieron á la fe de Jesucristo á los habitantes de aquel país juntamente con sus reyes. Florecieron en el siglo IX, y fueron ordenados obispos apostólicos por el papa Adriano II. La religion les debe extensas y gloriosas conquistas que terminaron con una muerte santa á fines del siglo ya nombrado.

SANTA CATALINA DE BOLONIA, VIRGEN.—Nació esta santa en Bolonia de padres distinguidos, el dia 8 de setiembre del año 1413, pasó sus primeros años en su patria, y los de su adolescencia en Ferrara, donde se dió á conocer por la santidad y pureza de sus costumbres. De tierna edad todavía tomó el hábito de santa Clara, en cuya religion fué puro ejemplo de humildad, de pobreza y de todas las virtudes. Elegida abadesa de su monasterio, dirigió á sus hermanas en los caminos de perfeccion, excediéndolas ella

á todas en gracia y santidad. Era la directora, la maestra de la oracion y de todas las demás prácticas piadosas: se vió frecuentemente recreada con celestiales visiones; predijo de antemano el dia y la hora de su muerte, y entregó suavemente el espíritu á su casto esposo Jesucristo, entre el canto de angélicos coros, el dia 9 de marzo del año 1463. Su cuerpo fué enterrado con grande pompa y veneracion, y su sepulcro ha sido siempre y es aun concurrido por una infinidad de devotos que adquieren por intercesion de la santa singulares favores del cielo.

DIA 10.

LOS SANTOS CUADRATO, CIPRIANO, DIONISIO, ANETO, PABLO Y CRESCENCIO, MÁRTIRES.—Habiéndose pronunciado un cruel edicto contra los cristianos por mandado de Decio y Valeriano emperadores romanos, Jason prefecto de Grecia, que á la sazón residia en Corinto, lo puso en ejecución con el mayor y mas cruel rigor que pudo: y llegando á su noticia el nombre de seis cristianos llamados Cuadrato, Cipriano, Dionisio, Aneto, Pablo y Crescencio, que estaban en la misma ciudad, los mandó prender y traer á su presencia: y traídos, dijo á Cuadrato, que era el principal: Cuadrato, ¿qué locura es la tuya, que quieras experimentar los mas crueles tormentos que hayan podido inventarse? ¿Qué esperanza es la que te anima á menospreciar las cárceles y sus prisiones? ¿Qué engaño te ha cegado que así te enajenas de tus amigos, parientes y patria? ¿Por qué obedeciendo los mandatos de los emperadores, y sacrificando con nosotros á los dioses inmortales, no escoges ser bienaventurado, gozando de la suavidad y deleites de esta presente vida? El esforzado y valeroso capitán de aquella, si pequeña, bendita escuadra de Jesus, respondió: Conozco, ó Jason, que la culebra se esconde entre la yerba, y que no son otra cosa tus simulados, fingidos y diabólicos halagos. Tambien sé, que ninguno que entienda qué cosa es naturaleza, dirá que no es la vida apacible, preciosa y muy amable: mas esta vida dióla Dios; y así es forzoso que tengamos en mucho al dador de tan grande don y merced, y que con nuestro testimonio hagamos manifiesta su gloria. Tambien es cierto que no hemos de apreciar en tanto la brevedad de esta vida, que por el temor de perderla vengamos á ofrecer al demonio la adoracion que solo á Dios se debe. ¿Á quién podemos mejor llamar é invocar por Dios, que aquel que desde el principio nos ha hecho tantos y tan grandes beneficios? Pues de tantas y tan inmensas mercedes ¿á quién sino á Cristo podemos reconocer por autor y Salvador? ¿Y á quién es lícito y debido publicar por todo el mundo por Salvador de él, sino á Jesus que por nosotros padeció muerte y pasion? Esto presupuesto primeramente, para alcanzar valor y fuerzas, vencer los tormentos con que nos amenazan: y no apartarnos de la verdad católica, ya conocemos el ánimo impío y cruel, como las malditas palabras de los que procuran romper y mudar los devotos y deseosos del servicio de Jesucristo: por tanto, venga lo que viniere; pues entendemos de los peligros que se nos ofrecen, cual es el mayor, y así, esto presupuesto, no procures ni intentes persuadirnos á que nos mudemos á tu opinion, y que dejando á Cristo, Dios y Hombre verdadero, adoremos al demonio.

A mas de esto consideramos, que por ley comun de la naturaleza todos hemos de morir, y que ninguno hay que

pueda librarse de esta ley, y que las cosas que con virtud y ánimo heroico se hacen, causan una gloria sempiterna. Pues si hemos de morir miserable cuanto necesariamente, ¿no es mejor que con nuestra gloriosa muerte y martirio dejemos ejemplo á los venideros, deseosos de imitar á otros en alguna cosa clarísima? ¿No es mejor, confesando el nombre de Cristo, ir para siempre á gozarle, que adorando los falsos dioses vuestros, ir para siempre en su compañía á padecer eternos tormentos? Así seremos idea de los entendidos, porque los que bien sienten no desean otra cosa que tener á quién imitar, para alcanzar las cosas excelsas y gloriosas. Muchas cosas le replicó Jason, juzgando atraerlo á su voluntad; mas nada le aprovechó: antes Cuadrato le comenzó á predicar y decir altísimas cosas de nuestra santa fé, especialmente acerca de la Encarnación y pasión del Hijo de Dios, sobre que disputó mucho. El prefecto, que en sus ceremonias y supersticiones era tan docto como ajeno de la virtud, mandó azotar al siervo de Jesucristo con varas ásperas y nudosas; y san Cuadrato, victorioso en el tormento, lo reprendía de su crueldad tirana, diciendo: Cansaste en vano, ó Jason, en intentar haga por fuerza lo que ha de ser voluntario: á mas, que si inventares los mas fieros y crueles tormentos del mundo todo, con ninguno me harás dejar ni apartar un punto del amor que tengo á mi Señor Jesucristo.

Entonces Jason, admirado de la fortaleza y constancia de san Cuadrato, hizo llegar á su presencia á san Cipriano, que era de tiernos años y bella disposición: al cual con los demás, san Cuadrato desde su tormento amonestó y animó á que tuviesen constancia, y que por los regalos de esta vida transitoria no perdiesen la eterna. El prefecto, despues que habló á Cipriano y lo halló adornado de una cristiana fortaleza, mandó tambien azotar, y despues á sus compañeros, uno despues de otro. Los santos mártires, sufriendo los crueles azotes, daban de sí gran muestra y ejemplo de virtud y religion; y aseguraban al tirano y al mundo todo, que por muchos y grandes martirios que padeciesen, siempre habian de permanecer constantes hasta triunfar del tirano y alcanzar de Dios el premio de la victoria. Luego que entendió Jason esto, les abrevió la vida y sentenciólos á que les cortasen las cabezas. Luego los ministros del prefecto los llevaron á un lugar donde solian matar, y echar á las fieras los delinquentes, y para cada uno habia su verdugo, que así lo habia ordenado Jason. Los gloriosos mártires rogaron á los verdugos que les aguardasen hasta que diesen gracias á Dios por la gran merced que recibian; y habiéndolo alcanzado, todos juntos comenzaron á alabar al Señor de esta manera.

Dios y Señor, que hiciste la armonía de los ciclos con corde é indisoluble: tú, que de tal manera gobiernas los varios movimientos del cielo, que juntos unos con otros sirven á la vida del hombre: tú, que miras al nacimiento y caída del sol, que adornaste al firmamento de estrellas y los demás cielos de planetas: Padre celestial, que todo lo hiciste de nada: tú, que haciendo las cosas que son dignas de tu eterno Padre, ensanchaste tu potestad infinitamente: tú, que nos pones en el camino seguro y fácil, y caminando por él nos llevas para tí mismo; y te hallas presente para luego favorecer á los que de tí tienen necesidad, y les das mayor gracia, y nos das, como amigos las cosas que nos son provechosas y oportunas: tú, que

nos diste una vida no bestial ni bárbara, sino digna de educación y enseñanza, y siendo ya tuyos nos hiciste merced de lo que mas nos convenia, que es el morir por tí, con la retribucion que nos tienes prevenida, y por esto no permitiste que fuésemos vencidos con la crueldad de amenazas y tormentos del tirano, ni ménos con sus halagos: tú, que hiciste que tuviésemos los tormentos en ménos que tus promesas, para que fuésemos contados en el número de tus siervos: Dios, que hiciste que antes que padeciésemos, entendiésemos lo que está por venir, que excede á toda esperanza: tú, que das á los dignos que te gocen, y otorgas que entiendan la Santa Trinidad de personas en una esencia, y juntaste nuestra compañía de dos ternarios en una voluntad; y que habiendo corrido el estado de la miserable vida, fuésemos admitidos en los reinos celestiales: suplicámoste, Señor, por tu santísimo Hijo Jesucristo, que esteimos y permanezcamos constantes en este piadoso propósito y determinación, para que seamos llevados al cielo con los puros rayos de tu divina luz, y viviendo eternamente contigo, para siempre cantemos los himnos de la victoria y triunfo que esperamos.

Hecha esta oración, ofrecieron á los verdugos sus gargantas; y ellos á los golpes de sus espadas, con gran compasión de los que miraban el glorioso triunfo, les cortaron las cabezas, y en señal de la remuneración que les estaba prevenida en la gloria, en el lugar mismo de su martirio milagrosamente apareció una maravillosa y abundantísima fuente de dulces y cristalinas aguas, que hoy permanece. Fué su glorioso martirio por los años de 254, imperando los dichos Decio y Valeriano, á 10 de marzo, día en que la Iglesia le celebra. Escribieron la vida y martirio de estos seis valerosos y esforzados soldados de Cristo, Simeon Metafraste; Lipomano, tomo vii; Surio, tomo ii; Sanctoro, el Martirologio romano y otros.

Por el Espiritu Santo sabemos, que solo aquél llevará la corona, que valerosa y constantemente pelear, porque la constancia y tolerancia lo puede todo: tanta fué la que tuvieron estos gloriosos é invictos mártires, que pidieron con razon asegurarse la corona que esperaban y consiguieron: con que dejaron burlado al infierno, corrido al tirano, triunfante á la gracia, gozosa y alegre á la gloria, á Dios obligado, y á la Iglesia santa, palmas, triunfos y coronas que añadir á sus gloriosos timbres, cuando á nosotros abierto el camino para mirarlos.

SAN MACARIO. — Nació en Judea, de unos padres que profesaban la religion cristiana, quienes le educaron con esmero en los principios y máximas de ella; y aprovechó tanto en la virtud, que despreciando los bienes terrenos abrazó el estado eclesiástico y se ordenó de sacerdote. Revestido de tan alta dignidad era tanta su virtud, que hallándose vacante la silla de Jerusalem, fué por unanimidad aclamado obispo y patriarca de aquella iglesia el año 313. Fué otro de los obispos que asistieron al concilio de Nicea, en el que desplegó su celo por la fé católica. Era tanto el amor que profesaba al Redentor de los hombres, que trabajó infatigablemente á fin de descubrir los instrumentos de la pasión del Salvador, para que fuesen venerados de los hombres. Él fué (cuando el hallazgo de la Cruz del Salvador) el que para distinguir de las tres cruces que se hallaron, cuál era la del Salvador, mandó aplicarlas á una señora que estaba próxima á la muerte, pudiendo de ese modo conocer la verdadera cruz. Murió

Macario á mediados del año 331, despues de haber vivido santamente y obrado el Señor por su intercesion muchos milagros.

SAN CAYO Y SAN ALEJANDRO. — Segun refiere Apolinar, obispo de Alepo, en el libro que escribió contra los herejes catafrigas, murieron con un glorioso martirio en Apamea de Frigia, durante la persecucion de Antonino Vero, el año 171 de Jesucristo.

EL TRIUNFO DE CUARENTA Y DOS SANTOS MÁRTIRES. — Fueron martirizados en Persia por los sarracenos, en el año 861.

SAN VÍCTOR, MÁRTIR DE ÁFRICA. — Posidio, discípulo de san Agustín, que escribió la vida de este padre, dice que el santo obispo habia predicado un sermón al pueblo en la festividad de este san Víctor, bajo el tema: *Pretiosa in conspectu Domini*. Nada mas sabemos de este Víctor, ni se conservan las actas de su vida, ni se hubiera transmitido su nombre á la posteridad, sin el referido sermón de san Agustín, que nos le ha conservado.

SAN DROTHOVO. — Natural de las Galias, recibió distinguida y piadosa educacion, y brilló como una estrella de gran resplandor en medio de las tinieblas de su siglo. Dió los primeros pasos en la carrera de la virtud y de las letras bajo la direccion del obispo san German, y habiendo despues abrazado la vida monástica bajo la regla de san Benito, fué ejemplar de todas las virtudes, y abad del monasterio de San German en París. La fama de su santidad hizo que los reyes y los grandes buscasen su compañía, á fin de tener por su mediacion propicio al cielo. Childeberto lo llevaba consigo cuando fué á sitiar á Zaragoza, y á sus ruegos debió España el que fuese respetada por el vencedor una de sus principales ciudades. Por fin, despues de una vida ilustre en buenas obras, estando en su monasterio entregó su espíritu á Dios el dia 10 de marzo del año 576.

SAN ATALAS. — Abad del monasterio de Bobio, en el territorio de Padua, en Italia, esclarecido en virtudes y milagros, floreció en el siglo VII, y murió el dia 10 de marzo del año 626, viendo los cielos abiertos y el lugar que en ellos le estaba preparado por sus modestas y santas virtudes.

DIA 11.

SAN EULOGIO, PRESBITERO Y MÁRTIR. — La vida del bienaventurado y glorioso mártir san Eulogio escribió un discípulo y compañero suyo, llamado Álvaro, de esta manera. En el tiempo que por justo juicio de Dios España fué castigada y oprimida de los moros, nació san Eulogio en la ciudad de Córdoba, donde ellos tenian su principal asiento, de nobles y ricos padres, para consuelo y bien de muchos. Su madre se llamó Isabel, y su abuelo Eulogio, como él. Desde niño se inclinó á todas las cosas de devocion y piedad, y gustaba de estar en la iglesia de San Zoilo, mártir, y tratar con los clérigos, y aprender de ellos santas costumbres y buenas letras. Despues creciendo en edad, se dió con gran cuidado al estudio de la sagrada Escritura, y buscaba los maestros que se la podian enseñar, y entre ellos tomó particular amistad con un santo abad, que se llamaba Espera en Dios, por ser hombre de muy buena vida y muy versado en las divinas letras. Con la ayuda de este abad, y con su gran ingenio y

diligencia, vino Eulogio á ser eminente y famoso varón en las ciencias: Ordenóse de diácono y despues de presbítero, y alcanzó grado y nombre de maestro: mas no por esto se desvaneció; ántes la ciencia iba acompañada siempre con la virtud, y cuanto mas crecía en la opinion de los hombres, tanto era mas humilde en la suya. Castigaba su cuerpo con ayunos y penitencias: dábase mucho á la oracion: era caritativo con los prójimos: visitaba los monasterios de los monges, é informábase de sus institutos y reglas; procurando juntar en uno la vida religiosa de los monges, y la doctrina y predicacion de los clérigos. Tuvo deseo de ir á Roma para refrenar y domar los apetitos de la carne con el trabajo de aquella peregrinacion: mas el mismo Álvaro, que escribe su vida y otros amigos suyos, le detuvieron para que no lo hiciese; aunque quedándose en España con el cuerpo, fué á Roma con el ánimo y voluntad. Levantóse en Córdoba una recia persecucion contra los clérigos: porque el obispo de ella, llamado Rocafredo, ó por temor del rey moro, ó por lisonjearle, ó por otros vanos respetos é indignos de su persona y dignidad, hizo prender á muchos de ellos, y entre los demás á san Eulogio, que era como el preceptor de todos: y en la cárcel escribió un libro llamado *Documento de mártires*, animando á los fieles á morir por Cristo y á padecer en el martirio, como le padecieron Flora y María, dos santas vírgenes, en 24 dias de noviembre; y á los cinco dias despues de su muerte, por voluntad del Señor, salieron de la cárcel Eulogio y sus compañeros, y por entonces cesó aquella borrasca. Mas como san Eulogio viese que el obispo todavía favorecia al tirano y perseveraba en sus malas mañas, se abstuvo muchos dias de decir misa por no comunicar con él, pareciéndole que era mejor privarse él de su devocion y del fruto que podia sacar del santo sacrificio de la misa, que autorizar y aprobar con él lo que hacia el obispo: el cual, como san Eulogio era persona tan insigne y en quien todos los cristianos tenian puestos los ojos, le mandó so pena de excomunion, que celebrase: y él, por no hacerlo, porque juzgaba que ó no le era lícito, ó que no era expediente, se partió de Córdoba, camino de Francia. Llegó á Pamplona, donde fué hospedado y regalado de Guiliesindo, obispo de aquella ciudad; y estuvo en un monasterio de San Zacarias, puesto en la falda de los Pirineos, y gozó allí de la conversacion de muchos religiosos y siervos de Dios que en él habia, con los cuales trabó estrecha amistad: y ellos cuanto mas trataban á Eulogio, más se admiraban de sus raras virtudes y de los excelentes dones con que Dios habia adornado su alma. Despues estuvo san Eulogio en Zaragoza, en Sigüenza, en Alcalá de Henares y en Toledo: donde habiendo fallecido Uvistremio, arzobispo de su Iglesia, y juntándose los obispos de la provincia con licencia de los moros, como solian, para darle sucesor, todos eligieron á Eulogio por arzobispo de Toledo, estando ausente, por las grandes y raras partes de santidad, doctrina y prudencia que concurrían en él: mas el Señor no quiso que tuviese efecto esta eleccion, ni que se sentase en aquella silla; porque le tenia aparejado otra de mártir mas gloriosa en el cielo. Habia vuelto á Córdoba el santo presbítero, y en ella hallado gran confusion y turbacion de los cristianos; porque el rey de Córdoba Mahomad los perseguia con estraña rabia y furor, procurando desarraigat la religion y nombre de Cristo de todo su reino. Mu-

chos por temor se ausentaban : otros por su flaqueza renegaban ; y no faltaban otros , que favorecidos del espíritu del Señor , ofrecían sus cuerpos á la muerte , para que sus almas gozasen de la vida , que nunca se acaba , y con alegría derramaban su sangre por la fé de aquel Señor , que por ellos habia derramado la suya en la cruz. En esta tormenta tan brava y noche tan tenebrosa , envió el Señor á san Eulogio para que resplandeciese como una luz venida del cielo , y como sabio piloto gobernase la nave de aquella Iglesia tan combatida de furiosas ondas , para que no diese al través y del todo se hundiese : porque no se puede creer lo que confortó á los flacos , encendió á los caidos , y detuvo á los que iban á caer , con su vida , con su doctrina , y con los libros admirables que escribió , animando á todos para pelear valerosamente por Cristo en aquella dura batalla , y escribiendo despues las victorias y coronas de los que habian bien peleado y triunfado gloriosamente del enemigo . Y aunque estas obras eran bastantes para que los moros le aborreciesen y le desearan dar muerte , y para que el Señor le hiciese digno del martirio , y le coronase con los que él habia hecho mártires por su exhortacion ; mas hubo otra causa particular del martirio de san Eulogio , que fué la que aqui diré .

Una doncella , nacida de padres nobles , aunque paganos , llamada Leocricia , vino á nuestra santa fé y se bautizó por persuasion de otra mujer cristiana , cuyo nombre era Liciosa . Los padres de la doncella con palabras blandas y con espantos pretendieron apartarla de su santo intento ; mas la santa doncella , teniendo mas cuenta con el padre que tenia en el cielo , que con el de la tierra , no hizo caso de sus amenazas : pero temiendo su flaqueza , se salió de casa de sus padres por medio de una hermana de san Eulogio , llamada Anulona , virgen dedicada á Dios ; y el mismo san Eulogio , para que aquella oveja de Cristo no fuese tragada del lobo infernal , como buen pastor la recogió y la puso en lugar secreto y seguro , y la mudaba muchas veces de una parte á otra : y ella con vigiliias , ayunos , y vestida de cilicio y postrada en tierra en la iglesia de San Zoilo , ayudándola san Eulogio tambien con sus oraciones , pedia á Dios que la librase de aquel tan instante peligro . Finalmente , por voluntad del Señor Leocricia fué descubierta , y vista y hallada de sus padres con san Eulogio , que á la sazón habia ido á verla para animarla en aquella tribulacion : y como los padres de Leocricia eran tan ricos y poderosos , tuvieron forma para prender á su hija y á Eulogio , y los presentaron delante del juez , acusando á la hija por haber huido de casa de sus padres , y á Eulogio por haberla recibido y encubierto : el cual , siendo preguntado del juez si era verdad lo que contra él decian , y por qué lo habia hecho ; respondió constantemente , que él , como sacerdote de Dios , tenia obligacion de favorecer y enseñar el camino del cielo á todos los que viniesen á él con deseo de salvar sus almas ; y así lo habia hecho con Leocricia . Y como el juez mandase traer varas para azotar á san Eulogio ; él con gran serenidad le dijo , que no se cansase : porque las varas no le podrian quitar la vida del cuerpo , y mucho ménos á Cristo de su alma ; pero que si le mandase matar con hierro , quedaria en algo satisfecho : porque le quitaria la vida temporal , aunque nó la eterna , que era Cristo : y con esto comenzó á decir mal de Mahoma , falso profeta de los moros , y á predicar que solo Jesucristo era verdadero

Dios . Lleváronle á palacio , y fué presentado á los del consejo del rey : y uno de ellos , que era amigo de san Eulogio , teniendo do el lástima , le quiso persuadir que dijese allí bien de Mahoma para satisfacer á los del consejo , aunque despues siguiese su ley y permaneciese en ser cristiano : mas el santo no se dejó persuadir de aquel que , con voz de falso amigo , era verdadero enemigo y le pretendia pervertir : ántes con mayor constancia y firmeza comenzó á ensalzar la majestad y divinidad de Jesucristo , y á utuperar las maldades , engaños y abominaciones de Mahoma ; y así los jueces dieron sentencia que fuese degollado . Al tiempo que le llevaban al martirio , uno de los privados y criados del rey que le habia oido decir mal de su gran profeta Mahoma , revestido de Satanás , llegó á san Eulogio y le dió una gran bofetada en su rostro . El santo sin turbacion alguna ofreció la otra mejilla , diciendo que allí podria darle otra : lo cual hizo aquel hombre maldito , dando testimonio de su pérfida maldad ; y el santo de ser verdadero discípulo de Jesucristo . Llevaron á san Eulogio al lugar del martirio con gran tropel de gente , y gritería , en donde hecha su oracion de rodillas , y levantadas las manos al cielo y armado con la señal de la cruz , dió su cuello al cuchillo , y fué degollado en 11 de marzo , día sábado , á la hora de nona , año de la Encarnacion del Señor de 859 . Fué vista una paloma blanca sobre su cuerpo muerto : procuraron los moros echarla de allí , y por buen espacio de tiempo no pudieron , hasta que viéndose muy acosada de ellos , tomó vuelo y se asentó en una torre , y desde allí miraba atentamente al santo cuerpo : el cual fué sepultado en el templo de San Zoilo por los cristianos al tercero dia de su martirio . Escribió san Eulogio algunos libros con mucha doctrina y mayor espíritu , y entre otros un Memorial de santos y un Apologetico de mártires , y otro llamado Documento tambien de mártires : en los cuales pone las vidas y martirios , aunque con mucha brevedad , de algunos santos de su tiempo . Cuatro dias despues del martirio de san Eulogio , la santa doncella Leocricia fué combatida terriblemente para que dejase de ser cristiana ; mas el que la habia escogido para sierva y esposa suya , la defendió y amparó de todos los asaltos y máquinas de sus enemigos : y visto que ninguna cosa era bastante para quitarle á Jesucristo , la degollaron y echaron su cuerpo en el rio , donde los cristianos le sacaron y sepultaron en la iglesia de San Ginés . Despues el año de 860 , segun el cardenal Baronio , fueron trasladados los cuerpos de san Eulogio y Leocricia á Oviedo , é hizo Nuestro Señor algunos milagros por intercesion de estos dos santos , y con ocasion de ellos se trasladaron otra vez sus cuerpos el año de 1300 , á los 9 de enero , siendo obispo don Fernando Álvarez , y se colocaron en una grande arca de plata , y la pusieron en el secretario que llaman la Cámara Santa , como lo dice Ambrosio de Morales en la vida de san Eulogio , cuyas obras hizo imprimir é ilustró con sus eruditas anotaciones . El Martirologio de Usuardo pone la muerte de san Eulogio á los 20 de setiembre , y el romano á los 11 de marzo , que es el verdadero dia en que murió .

LOS SANTOS HERACLIO , ZOSIMO , CÁNDIDO , PIPERION Y OTROS VEINTE .—No se sabe de fijo si padecieron el martirio en Cartago ó en Alejandria ; aunque parece mas probable lo fueron todos en la ciudad de Alejandria por los años 268 .

SAN TRÓFIMO Y SAN TALO. — Durante la persecucion de Diocleciano, habiendo sido acusados de cristianos y persistiendo en su confesion, á pesar de los varios y crueles suplicios con que fueron afligidos, consumaron su vida con la corona del martirio, en la ciudad de Laodicea en Siria, por los años 300 poco mas ó ménos.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES EN ANTIOQUIA. — Por órden del emperador Maximiano, unos fueron puestos y revolcados sobre unas parrillas encendidas, no para matarlos presto, sino para mas largamente atormentarlos, asándolos á fuego lento; y otros fueron afligidos con otros tormentos, consiguiendo todos la corona del martirio.

SAN GORGONIO Y SAN FIRMO. — Fueron martirizados en Nicea, durante los primeros siglos del cristianismo.

SAN EUTIMIO, OBISPO DE SARDIS EN ASIA. — Floreció este santo en tiempo de Constantino é Irene, y fué singular ornamento de la vida monástica, de la cual salió para encargarse de la silla de Sardis. Asistió al segundo concilio de Nicea: en todas partes se distinguió por su celo en favor de la fé católica, y sufrió varias persecuciones de los enemigos de las santas imágenes. Vino dos veces á Occidente con legacion para la Iglesia romana, y se portó siempre como un fiel pastor del rebaño de Jesucristo. Vuelto á Oriente, fué desterrado de su Iglesia por los iconoclastas, y restituído despues á ella, fué segunda vez desterrado, y sufrió un glorioso martirio por su constancia en defender el culto de las santas imágenes. Su martirio sucedió el día 4 de enero del año 810.

SAN BENITO, ARZOBISPO DE MILAN. — Ascendió á esta silla el año 680, aclamado unánimemente por el clero y el pueblo, á causa de la veneracion y aprecio que á todos les merecian sus virtudes. Durante su largo pontificado trabajó asiduamente en reparar los males producidos en la Iglesia por la calamidad de los tiempos; edificó varios monasterios, y fundó diversos establecimientos de piedad y beneficencia. Convirtió á la religion verdadera á Codoaldo, rey de los anglo-sajones, y despues de una vida ilustre en merecimientos, murió santamente en Milan el día 11 de marzo del año 735.

SAN FERMIN. — Abad de un monasterio de camaldulenses en el territorio de Amiens, fué varon de admirable santidad, y vivió antes de san Pedro Damian, con lo propone como modelo de religiosos.

SAN CONSTANTINO, CONFESOR. — Fué natural de Cartagena en España, cuya ciudad ennoblecíó con su santa vida y feliz muerte, sucedida el año 257, reinando el emperador Valeriano.

SAN PEDRO, CONFESOR. — Fué español y de ilustre nacimiento. Pasó su juventud en la noble carrera de las armas, la cual renunció para alistarse en la milicia de los mas ferrosos siervos de Jesucristo. Habiendo emprendido varias peregrinaciones á los mas célebres santuarios de Europa, se fijó por fin en Babuco de Campaña, viviendo oculto en un monte vecino á la ciudad, donde ejercitado en las mas ásperas penitencias y estenuado su cuerpo por la continua y prolongada abstinencia, entregó su espíritu al Señor. La fama de su santidad habíase ya divulgado en vida, por las milagrosas curaciones que habia obrado con los que se encomendaban á su favor; y despues de su muerte acudió gran multitud de personas á tributar honor á aquel cuerpo venerable, que fué llevado en triunfo á la

ciudad, donde se le edificó un suntuoso sepulcro y despues un templo, en el cual se ha dejado ver la virtud y santidad del siervo de Dios.

SAN SOFRONIO, OBISPO DE PALESTINA. — Fué elevado en 634 á la silla patriarcal de Jerusalen, cuyo puesto mereció por su ciencia, su piedad, y los combates que habia sostenido contra los herejes. Desde el año 614 se habia dedicado á volver á la unidad de la Iglesia á los acéfalos, y lo habia conseguido. En 633 hizo grandes esfuerzos, aunque inutilmente con el patriarca Ciro, para impedirle que publicase su doctrina acerca de la unidad de voluntad y operacion en Jesucristo. Así que fué patriarca de Jerusalen, juntó un concilio en el cual condenó esta herejia conocida con el nombre de monotelismo, y con sus esfuerzos y brillantes escritos atajó el error que amenazaba difundirse y causar graves estragos en el seno de la Iglesia. Habiendo los musulmanes puesto sitio á Jerusalen en 628, trató Sofronio de la capitulacion con el general, y despues la aceptó el califa Omar, que habia venido desde la Arabia á tomar posesion de la plaza. Ignórase el año de la muerte de este santo; es probable que murió por los de 644, despues de un pontificado de diez años, empleados todos en promover la gloria de Dios y los intereses de la religion.

DÍA 12.

SAN GREGORIO, PAPA, Y DÓCTOR DE LA IGLESIA. — Entre los santos doctores y pontífices que por su singular virtud alcanzaron renombre de grandes ó magnos, no ha habido ninguno á quien con mas justa razon se haya dado este nombre, que á san Gregorio Magno, varon verdaderamente grande por su nobleza, por sus riquezas, por su santidad, por su dignidad y por sus milagros, como en esta vida se verá; la cual recogeremos de Juan, diácono, autor antiguo, que la escribió en cuatro libros, y de Metafraste, y de los otros autores graves, que emplearon su ingenio y estilo en pintar como con pincel, los hechos maravillosos y heroicas virtudes de este santo. Y porque san Gregorio fué monge y diácono cardenal y sumo pontífice, y en estos tres estados dechado de toda virtud, diremos lo que en cada uno de ellos hizo.

Nació san Gregorio en Roma; su padre se llamó Gordiano de la órden de los senadores, y varon riquísimo; y su madre Silvia, no ménos santa que ilustre. Fué bisnieto de Félix III, sumo pontífice y santísimo varon, y sobrino de la bienaventurada virgen Tarsila: la cual á la hora de la muerte mereció oír la música del cielo, y ver á Cristo Nuestro Señor que venia á recibir su santa alma. Llamáronle en el bautismo Grégorio, que en griego quiere decir vigilante, queriendo Dios ya desde su primera niñez darnos á entender el cuidado y vigilancia que habia de tener de su salvacion y de la de sus prójimos; y luego se descubrió esto mas con su buena inclinacion y con el grande ingenio y diligencia, con que aprendió perfectamente las letras divinas y humanas, la modestia y gravedad con que vivió todo el tiempo de su mocedad. En vida de su padre se ocupó en negocios de la república, y fué prefecto de la ciudad de Roma; y despues que se vió señor de sí y de su hacienda, edificó en Sicilia seis monasterios, y en Roma otro en sus mismas casas, y en él una iglesia con título de San Andrés. A todos estos monasterios dió rentas y heredamientos bastantes con que los monges pu-

diesen vivir, y el resto de su patrimonio, que era amplísimo, lo vendió y repartió á los pobres. No se contentó con haber dado toda su hacienda al Señor; ántes el mismo se le ofreció en holocausto, dando libelo de repudio á todas las cosas frágiles y caducas del siglo, y tomando el hábito de religion para vivir en santa pobreza, con menosprecio de todo lo que no es de Dios; lo cual el santo mucho tiempo ántes habia deseado, como el mismo escribe á san Leandro en el proemio de los Morales, y con varias ocasiones y embarazos lo habia dilatado, hasta que el favor de Dios vino á romper con todo lo que le detenía. Fué monge en el monasterio que él mismo habia edificado en Roma, siendo abad un varon venerable llamado Valencio (que así le llama el mismo santo): el cual ántes habia sido abad de otro monasterio en la provincia llamada Valeria, donde san Equicio, varon santísimo, habia sido padre y fundador de muchos monasterios, y de él hace mencion san Gregorio. En este monasterio fué la vida de san Gregorio perfectísima, y tal, que en ella como en un espejo se miraban todos los religiosos; y así andando el tiempo le eligieron por su abad y prelado, aunque con gran repugnancia del santo, que deseaba mas obedecer que mandar. Era extraordinaria su obediencia, y continuos sus ayunos y oraciones. Estaba todo el tiempo que podia absorto en la contemplacion de Dios; y con esto vino á debilitarse el estómago, y á padecer unos desmayos tan recios, que era menester acudirle con alguna cosa de comer, para volver en sí y sustentar la flaca naturaleza para que no desfalleciese. Fué esto de manera, que un sábado santo no pudiendo por su flaqueza ayunar, se vió muy congojado y alligido; y llamando á un santo monge por nombre Eleuterio, de quien habia oído decir que habia resucitado un muerto, se entró con él en el oratorio, y con muchas lágrimas y sollozos comenzó á suplicar á Nuestro Señor que le diese fuerzas para poder ayunar aquel día (que los santos no sienten tanto sus enfermedades, cuanto no poder con ellas hacer obras de penitencia); y luego se las dió el Señor tan enteras, que ayunó aquel día y pudiera ayunar el siguiente. Solia comer en el monasterio algunas legumbres, que Silvia su madre le enviaba en un vaso de plata. Acaeció una vez, que estando escribiendo san Gregorio, vino á él un ángel del cielo en figura de un mercader, que andando por la mar habia dado al través con el navio, y perdido toda su mercadería; y por esto se hallaba en gran necesidad. Púsosele delante y pidióle limosna, y el santo le mandó dar seis ducados. Volvió luego, y dijole, que lo que habia perdido era mucho, y lo que habia recibido muy poco para remediarse: y el santo le mandó dar otros seis ducados. De allí á tres días tornó la tercera vez, y muy lloroso y angustiado pidió nuevo socorro alegando su estrema miseria; y san Gregorio ordenó al procurador que le diese otros seis ducados, y como no los hubiese en casa ni otra cosa que poderle dar, sino sola aquella taza de plata, en que su madre le enviaba las legumbres que le dicho, se la mandó dar. De allí adelante fueron tantos los milagros que san Gregorio hizo, que claramente se entendió, que aquel hombre habia sido ángel del Señor, y que le habia sido muy agradable la limosna; que él sin importarle le habia dado, como adelante se verá. Envió una vez á comprar las cosas necesarias para el monasterio á un monge mozo, y en su compañía y guarda otro viejo: el mozo sisó el dinero que llevaba,

sin que el viejo lo entendiese (que no es maravilla, que en cualquier monasterio, por santo que sea, se halle un Judas, pues se halló en el colegio apostólico); y volviendo al convento, llegando á la puerta de la Iglesia, el demonio se apoderó de él y cayó en tierra. Acudieron los monges, y con su oracion le libraron. Preguntado por el abad, si habia hurtado algo, lo negó, y luego tornó á ser atormentado del enemigo; y ocho veces le dejó y otras tantas veces le tornó á atormentar, cuando negaba la verdad, hasta que confesándola á los piés de san Gregorio; y humillándose y haciendo la penitencia que le dió, fué totalmente libre de espíritu maligno. Un monge se determinó á dejar los hábitos é irse del monasterio: abrió los ojos; y hallándose ciego, comenzó á temblar y dar gritos y salirse fuera de sí, de manera que no entendia ni sentia cosa que en él se hiciese. Mandó san Gregorio llevarle delante del altar de san Andrés. Lleváronle: y puestos allí los monges en oracion, volvió en sí y confesó que le habia aparecido un viejo que le reprendía, diciéndole: ¿Cómo tú quieres huir del monasterio? y que le habia entregado á un perro grande y negro para que le despedazase; mas que despues, á ruegos de los monges, el viejo le habia librado de aquel perro espantoso que venia sobre él. Teniendo otro monge pensamiento de dejar la religion secretamente, quiso entrar en el oratorio, y luego fué atormentado del demonio, y en saliendo le dejaba, y todas las veces que porfiaba á entrar le tornaba á atormentar: y habiendo esto sucedido muchas veces, san Gregorio le preguntó la causa, y él la confesó llanamente. Hizo el santo con sus monges tres días de oracion por él, y libró de aquella tentacion y mal espíritu que tenia. Otra vez huyeron dos monges del monasterio: y temiendo de no ser alcanzados y descubiertos, se entraron en unas cuevas muy ócultas y secretas no lejos del camino, y para asegurarse mas cerraron la entrada con piedras. San Gregorio envió tras ellos, y los que los iban á buscar, dando vueltas á una parte y á otra, vinieron á dar en aquellas cuevas donde los monges fugitivos estaban, y por mucha diligencia que usaron, nunca pudieron mover de aquel lugar las cabalgaduras en que iban; y pareciéndoles que no era acaso sino por voluntad de Dios, se apearon y quitaron las piedras de la boca de las cuevas, y entrando hallaron á los monges tendidos en el suelo, y los volvieron al convento, y ellos, parte por milagro y parte por amonestacion de san Gregorio, reconocieron su culpa, y aquella huida les aprovechó para perseverar en la religion. Supo san Gregorio, que un monge, que estaba muy enfermo y casi para morir, tenia escondidos tres ducados; y pareciéndole gravísimo delito, mandó al prior del monasterio, que se llamaba Precioso, que no permitiese que algun monge le visitase ni consolase, para que, sabiendo que en todo el convento era aborrecido, á lo ménos á la hora de la muerte reconociese su culpa y la llorase y se salvase. Murió el monge, y no quiso el santo que su cuerpo fuese enterrado con los demás, sino en un muladar, donde fué echado, y con él los tres ducados, diciendo todos: *Pecunia tua tecum sit in perditionem*: Maldito sea tu dinero; bien es que te acompañe y que vaya contigo en este camino de perdicion. Fué de gran provecho este rigor; porque el monge propietario cuando supo el aborrecimiento que todos le tenian, tuvo gran sentimiento de su culpa y la lloró, y murió con penitencia de ella, y los demás por

no caer en otro mal, traian á los piés del abad todo lo que tenían, aunque no fuese contra la regla el tenerlo. Al cabo de treinta días, apiadándose el santo padre de la alma de aquel pobreçillo, mandó á Precioso, que por otros treinta días, sin faltár ninguno, dijese cada día misa por ella; y así lo hizo, y en el postrero de los treinta días apareció el difunto á otro hermano suyo, y le reveló que hasta aquel día había estado purgando sus pecados en el purgatorio, y que iba entonces á la gloria por misericordia del Señor: lo cual se entendió que había sido por las treinta misas que había mandado decir san Gregorio por él; y de aquí se tomó la costumbre de decir treinta misas por los difuntos y de llamarlas las misas de san Gregorio. En este mismo monasterio había un mozo llamado Teodoro, que mas por necesidad que por voluntad vivía en él en compañía de otro hermano suyo religioso. Era inquieto y desasosegado, y hacia burla de todos los que le hablaban de ser fraile. Fué herido de pestilencia, y san Gregorio con los religiosos hicieron oracion por él, y estando ya con los miembros del cuerpo frios y con solo el pecho caliente, levantó una voz tremenda, y comenzó á decir en grito á los circunstantes: Idos, idos de aquí; porque yo estoy entregado al dragon para que me trague, y no me puede tragar en vuestra presencia. Ya me tiene asido por la cabeza; y por vuestro respeto no me acaba. Decíale san Gregorio que hiciese la señal de la cruz; y él respondia: Yo querria hacerla; mas no puedo, impedido de las escamas de este dragon. San Gregorio y los monges con mayor instancia y fervor prosiguieron su oracion, derramando muchas lágrimas por aquella alma que veian perecer; y á cabo de rato el pobre enfermo comenzó á hacer gracias á Dios, y con otra voz mas suave y clara, á decir: Por vuestras oraciones no me ha tragado el dragon, y ha huido: rogad á Dios por mí que me perdone mis pecados, que aparejado estoy á ser de veras religioso; y con esto aquel mozo perdido, por las oraciones de san Gregorio se ganó, cobró salud y alcanzó la gracia del Señor y remision de sus pecados.

Pasando un día san Gregorio por una plaza, vió unos mozos que se vendian, de hermoso rostro, blancos y rubios, y de muy gentil disposicion. Preguntó, ¿de dónde eran? Y dijéronle, que ingleses de nacion. Quiso saber si los de aquella tierra eran cristianos ó paganos, y respondieronle que eran paganos. Enterneciése el santo, y lloró muchas lágrimas, diciendo: ¿Cómo las almas de unos ángeles, como estos son en el cuerpo, posee Satánas? Fuése al papa Benedicto I de este nombre, que á la sazón presidia en la Iglesia del Señor, y suplicóle que enviase predicadores á Inglaterra, que alumbrasen aquella gente ciega y la convirtiesen á la fé de Cristo, y él mismo se ofreció que iria de buena gana, si su santidad le daba su bendicion. Túvolo el papa por bien, y san Gregorio con algunos otros siervos de Dios se puso luego en camino para esta jornada: pero cuando se supo la partida, fué tan grande el sentimiento y alboroto que hubo en Roma, que yendo el papa á la iglesia de San Pedro, todo el pueblo á gritos clamaba: Padre santo, mucho habeis ofendido á san Pedro; habeis destruido á Roma, dejando salir de ella á Gregorio. Fué esto de manera, que el papa envió tras él, y le mandó volver y tornar á su monasterio.

Estando aquí el santo muy sosegado y contento, le fué

forzoso salir á la plaza; y dejar su quietud; porque el papa Pelagio II, que había sucedido á Benedicto, le hizo diácono cardenal y le envió á Constantinopla por legado y embajador suyo al emperador Tiberio, para tratar algunos negocios graves y de grandé importancia, para los cuales fué de mucho peso la gran santidad, doctrina y prudencia de san Gregorio: el cual, habiendo de dejar su monasterio y hacer aquella jornada, llevó consigo algunos de sus religiosos, que de buena gana le siguieron, para conservar mejor en su compañía y santa conversacion (como él mismo lo dice) los propósitos y ejercicios que solia tener en su convento. En Constantinopla fué muy bien recibido del emperador, y despachó los negocios, á que iba, muy á su gusto y contento. Allí trabó amistad con san Leandro, arzobispo de Sevilla, el cual había ido á Constantinopla á pedir socorro al emperador Tiberio en nombre del principe de España Hermenegildo y de los otros católicos, contra Leovigildo, su padre, y los herejes arrianos, de los cuales eran oprimidos. A petición y ruegos de san Leandro, comenzó san Gregorio á escribir en Constantinopla los treinta y cinco libros admirables de los Morales sobre Job, los cuales despues acabó en Roma. De ellos dice san Isidoro, que aunque todos los miembros del cuerpo fuesen lenguas, no podrian explicar los misterios que contienen, ni los preceptos que en ellos se dan para buenas costumbres, ni la elocuencia con que son escritos. Allí tambien tuvo una gran disputa con Eutiquio, patriarca de Constantinopla, y le convenció delante del emperador, y le hizo desdecir y quemar un libro que había escrito en materia de la resurreccion de la carne; porque Eutiquio, aunque fué varon santo, y padeció destierro por la fé, é hizo milagros y tuvo otras virtudes señaladas; todavia el Señor permitió que cayese en un error grave, para su mayor humillacion y ejemplo y recato nuestro. Vino á creer y enseñar que nuestros cuerpos, cuando resucitarán, no serán palpables ni de carne, sino mas sutiles que el aire; pero san Gregorio con evidentes razones le probó que serán palpables y de carne verdadera en su naturaleza, y aunque vestidos de gloria é inmortalidad, tendrán el dote de la sutileza, á la manera que Cristo nuestro Redentor despues de su resurreccion entró á sus discípulos, las puertas cerradas, y les mostró sus piés y manos, y les dijo: «Palpad y ved, que el espíritu no tiene huesos ni carne.» Y quedó Eutiquio tan persuadido de esta verdad, que cayendo luego, despues de esta disputa, en una enfermedad, de que murió; tomando con la mano la piel de su brazo, decia: Yo confieso que todos resucitaremos en esta carne. Estuvo san Gregorio enfermo en Constantinopla de una grave enfermedad, de que sanó. Detúvose en aquella ciudad algun tiempo, y por el amor y devocion que le tenían, vino á visitarle de Italia un abad de su Monasterio, que se llamaba Maximiano, con otros monges suyos: los cuales, volviendo de Constantinopla á su casa, pasaron una tormenta horrible en el mar, y perdido el timon, quebrado el mástil, caidas las velas, corrieron ocho días con tan gran peligro, que todos se tenían por muertos, y no parecia que la nave anduviese sobre el agua, sino la agua sobre la nave. Abrazáronse todos: lloráronse y despidiéronse unos de otros; y al noveno día llegó la nave al puerto de Cotron, que es en el reino de Nápoles, y en desembarcando Maximiano con sus

monges, luego se fué á fondo en el mismo puerto, teniendo todos por cierto que las oraciones de san Gregorio los habian librado; y que no habia querido Nuestro Señor que pereciesen en aquella tempestad, los que por su amor habian venido con tanto trabajo y de tan léjos á verle.

Después que en Constantinopla concluyó sus negocios, murió ya Tiberio emperador, dando asiento á las cosas de Italia, con Mauricio que le habia sucedido en el imperio, y cuyo hijo habia sacado de pila; se volvió á Roma con Esmaragdó, exarco y capitán del nuevo emperador, que venia con gente á socorrerla contra los longobardos que la arruinaban. Llegó á Roma san Gregorio, trayendo consigo de Constantinopla el brazo de san Andrés, apóstol, de quien era muy devoto, y la cabeza de san Lucas, evangelista, que hoy dia se muestran y reverencian en Roma; y fué recibido del papa Pelagio y de toda la ciudad como un ángel del cielo. Y puesto caso, que con las armas del emperador se reprimieron los longobardos, y hubo en la tierra alguna paz y quietud; mas el cielo comenzó á hacer una guerra muy terrible y cruda á Roma; porque con las muchas aguas y avenidas creció el Tiber, y entró desapoderadamente por la ciudad, y la inundó y destruyó muchos edificios y la inficionó con una gran muchedumbre de serpientes y un dragon que vinieron por el río; y después que fueron muertos, corrompieron el aire y se siguió una pestilencia cruelísima, la cual arrebató innumerable gente, quedando las casas vacias de moradores y la Iglesia católica sin cabeza y pastor; porque tambien se llevó al sumo pontífice Pelagio. Era grandísima la angustia, pavor y espanto de todos los que vivian en Roma; y no tenian otro consuelo, después de Dios, sino saber que estaba en ella san Gregorio, que solo por la santidad de vida, gran valor y prudencia, podia dar algun remedio á tantos males: y así se determinó todo el clero y pueblo de elegirle por sumo pontífice y pastor universal de la Iglesia; mas el santo, como era tan humilde no quiso consentir en su eleccion; pero viendo la ciudad tan determinada y puesta en ella, dió á entender que lo aceptaria, si el emperador Mauricio daba su consentimiento; porque en aquel tiempo los emperadores, por razon de estado, mas que por poderlo legitimamente hacer, se habian usurpado la potestad y preeminencia de aprobar y confirmar la eleccion que el clero y pueblo romano hacia de los sumos pontífices: juzgando que viviendo ellos en Constantinopla y el papa en Italia, si no fuese persona muy confidente suya, la podian alterar y revolver; y los papas, por la necesidad que tenian del favor de los emperadores para defensa de la Iglesia, pasaban por ello. Y como Mauricio, emperador, habia quedado tan amigo de san Gregorio, creyó el santo que rogándosele, no daria su consentimiento en aquella eleccion por hacerle placer; y así se lo escribió y pidió con mucha instancia, que lo hiciese: mas Germano, que era prefecto de Roma, como dice san Juan, diácono, hermano del mismo san Gregorio, como lo escribe San Gregorio Turonense, entendiendo el intento de san Gregorio, cogió las cartas que escribia al emperador y las entretuvo y escribió otras en nombre suyo y del senado, clero y toda la ciudad, suplicándole que tuviese por buena aquella eleccion y diese su beneplácito y consentimiento; porque para curar las llagas y males presentes no habia otra me-

yor medicina y remedio que el de aquel santo y excelente varon. Este despacho se envió á Constantinopla; mas entretanto que se aguardaba la respuesta del emperador, la pestilencia se embravecia y hacia gran riza en la ciudad, sobre la cual parecia que llovía la ira de Dios. Para aplacarla, á mas de la continua y fervorosa oracion, que san Gregorio hacia por sí y por sus monges y otros siervos de Dios, tomó la mano con el pueblo, y exhortó á penitencia, y á reconocer que por sus pecados venia aquel castigo del cielo, y á llorarlos amargamente y enmendar la vida, á ejemplo de los ninivitas, que mediante el ayuno y penitencia conservaron su ciudad, contra la cual ya el Señor, por medio del profeta Jonás, habia pronunciado la sentencia de su asolamiento y destruccion, y á este propósito hizo un admirable razonamiento á todo el pueblo, y en espacio de una hora que duró, murieron allí en el auditorio ochenta personas súbitamente; mas no por eso perdió el ánimo el santo; y ántes los confortó, poniéndoles delante su peligro, y juntamente la misericordia del Señor, y ordenó que al dia siguiente se hiciese una procesion muy solemne, ó por mejor decir, en una siete procesiones; de los clérigos, de los hombres legos, de los monges, de las monjas, de las casadas, de las viudas y de los pobres y niños, para que cada uno de estos estados saliese de su particular iglesia, ó hiciesen su procesion por sí, cantando todas las letanias, hasta llegar al templo de Santa María la Mayor, á donde todas las procesiones iban á parar, cuya imágen, que pintó san Lucas, llevaban en la procesion, y era cosa de grande admiracion, que el aire corrupto, por donde pasaba la imágen, se iba apartando y dando lugar; y san Gregorio, alzando los ojos vió sobre el castillo ó sepulcro antiguo del emperador Adriano, un ángel, que envainaba la espada, por lo cual entendió que ya se habia amansado la justa saña del Señor, y que mandaba al ángel, que alzase la mano del castigo; y así fué, y por esto se llamó de allí adelante, y hoy dia se llama aquel edificio el castillo de San Ángelo. Con esto quedó Roma libre de aquella durísima afliccion; mas no lo quedó san Gregorio de cuidado y de temor, de lo que el emperador habia de responder: el cual cuando supo la eleccion que en Roma se habia hecho de sumo pontífice en la persona de san Gregorio, se holgó sobre manera, por tener ocasion de honrar á quien tan bien lo merecia; y así escribió cartas de mucho contento, aprobando lo que se habia hecho. Supo esto el santo, y determinó huir de la ciudad y esconderse: y concertándose con ciertos mercaderes, y mudando el hábito, salió disfrazado de Roma, huyendo por montes, bosques y cuevas, aquella suprema dignidad con tanta diligencia y cuidado como otras la apetecen. Pero el Señor que le habia escogido y queria honrar á los humildes, cuanto él mas se queria esconder, mas le descubria con una columna resplandeciente del cielo que pendia sobre él, y do quiera que se mudaba le acompañaba; y con este indicio fué hallado de los que fueron enviados por parte de la ciudad para buscarle; y traído á Roma, fué consagrado por vicario de Cristo Nuestro Señor, en la iglesia de San Pedro con repugnancia suya.

Mas, rendido ya á la voluntad de Dios que por tantos caminos habia mostrado, que se queria servir de él en aquel oficio de sumo pastor, consintió á su eleccion; y así fué consagrado á los 3 de setiembre, en que la santa Iglesia

celebra su consagracion: y fué el año del Señor de 590, en el quinto año del imperio de Mauricio, como se saca del mismo san Gregorio en el principio del segundo libro de su Registro. Pero siempre quedó gimiendo debajo de aquel peso tan grave, y suspirando por su celda y quietud: y así dice el mismo santo en una epístola: «Que haya subido al sumo sacerdocio, si me amais, lloradme; porque son tantas las ocupaciones de este mundo, que con el cargo casi me veo apartado del amor de Dios: lo cual hoy continuamente lloro, y os ruego que me oréis al Señor:» y en otra epístola, escribiendo á san Leandro, dice estas palabras: «Yo soy combatido de tantas y tan horribles ondas de este siglo, que no puedo enderezar al puerto esta nave vieja y carcomida que Dios me ha mandado gobernar por su oculta dispensacion. De una parte me embisten las ondas furiosas y contrarias: de la otra el mar bravo sube hasta los cielos; y por todas partes la tempestad me cerca y persigue: y yo turbado soy forzado á enderezar algunas veces el góndole contra la misma tempestad, y otras á desviar la nave del impetu de la corriente: y me congojo, porque conozco que por mi negligencia crecen los vicios y la nave hace agua, y con la furia de los vientos contrarios y braveza del mar está para abrirse y perderse. Acuérdomme con lágrimas que he perdido la playa sosegada de mi quietud, y dando muchos suspiros, miro la tierra á la cual por vientos contrarios no puedo llegar.» No se puede fácilmente creer lo que este santísimo y verdadero gran pontífice hizo en los años que gobernó, para gloria de Dios y bien de la Iglesia católica, reformation de las costumbres, edificacion de los fieles, remedio de los pobres, consuelo de los afligidos, y reparo de la disciplina eclesiástica, y lustre y ornamento de la cristiana religion.

Ante todas las cosas como quien tan bien sabia cuánto importa la salud de la cabeza, para que todos los miembros la tengan, y que la casa del príncipe sea dechado de virtud á los demás; no quiso tener en su palacio para su servicio y cámara hombres seglares, aunque fuesen ilustres, sino clérigos de conocida bondad, doctrina y prudencia, y con ellos algunos monges para vivir en lo que pudiese como monge, y en la Iglesia representar mejor la autoridad pontifical. En las provisiones que hacia, no tenia cuenta con la riqueza ni con la pobreza de la persona, sino con la bondad de la vida y excelencia de la doctrina, y con las otras partes que se requieren para el oficio y beneficio que proveia; y así en su pontificado florecian las buenas artes y disciplina, y Roma era un modelo de vida cristiana y religiosa: y muchos caballeros dejando el hábito seglar, se hacian clérigos. Hizo un concilio en Roma, y en él quitó muchos abusos, y ordenó muchas cosas saludables y provechosas para el servicio de Dios y edificacion de los fieles. Tuvo gran cuenta del culto divino, y de las ceremonias eclesiásticas que se deben guardar, y de las antífonas, oraciones, epístolas y evangelios que por todo el año se cantan en la misa, como se ve en el libro llamado Antifonario, y en el Sacramentario que escribió. Él fué el que instituyó las letanias que llaman mayores, como algunos dicen: ó lo que es mas cierto, ordenó que las letanias que ántes se celebraban, y la procesion solemne que se hacia, de allí adelante fuesen á San Pedro, como se saca del mismo san Gregorio en el principio del segundo libro del Registro, y lo trae el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio á 23 de abril: él fué el que

aerecentó las anotaciones principales de Roma: el que reformó el canto eclesiástico, que hasta hoy dia se llama canto Gregoriano, y tenia tan grande cuidado y vigilancia de esto, que hizo labrar dos casas, una junto á San Juan de Letran, y otra cerca San Pedro, para que aprendiesen á cantar los clerizontes y ministros que servian en la iglesia; y era tanta su humildad y devocion, que el mismo santo pontífice, estando malo de la gota, se hacia llevar á donde cantaban los muchachos, y tendido en una cama los enseñaba y corregia, teniendo un azote en la mano para castigar al que faltase: y dice Juan, diácono, que hasta su tiempo se conservaba la camilla en que solia estar, y el azote con que castigaba. Por la devocion tan entrañable y rara solicitud con que este santo se ocupaba en todo lo que toca al culto de Dios y al ornato de la iglesia, especialmente al sacrosanto sacrificio de la misa, hizo Nuestro Señor algunos milagros para mostrar que le era grato todo aquello en que él ponía la mano. Uno fué, que queriendo consagrar una iglesia de santa Águeda para uso de los católicos, de la cual ántes se habian servido los herejes arrianos, y para hacerlo mas solemnemente, llevando en procesion algunas reliquias de san Sebastian y de la misma santa Águeda para colocarlas en el altar; mientras que cantaba la misa el pontífice, salió un puerco de la iglesia gruñendo y haciendo grande ruido, entendiendo todos, que el demonio que habia tenido por suya aquella morada, huía de ella luego que entraron las santas reliquias: y algunas veces estando las lámparas de aquella iglesia muertas, se encendieron por sí mismas, sin que ninguno pusiese en ellas la mano: y un dia bajó una nube lucidísima sobre el altar, y se derramó por toda ella una fragancia tan suave y celestial, que estando la puerta abierta, no osaba nadie entrar dentro, por acatamiento y reverencia. Otro milagro fué, que diciendo un dia misa san Gregorio, y llegándose á comulgar una mujer que habia ofrecido el pan que en la misa habia consagrado; al tiempo que dijo aquellas palabras: «El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna,» vió que se sonreia la mujer, poniendo la forma sobre el altar: acabó su misa, y despues allí delante de todo el pueblo mandó á la mujer que dijese, por qué en aquel punto que queria recibir el Cuerpo del Señor, temerariamente se habia reido; y la mujer, despues de haber callado un rato, al fin dijo: Porque vos dijisteis que el pan que yo habia hecho con mis manos era Cuerpo del Señor. Oyendo esta respuesta san Gregorio, con todo el pueblo se arrodilló delante del altar á hacer oracion al Señor, y suplicarle, que abriese los ojos del alma á aquella mujer: y luego la forma consagrada se convirtió en carne; y él en presencia de todos los que estaban presentes la mostró á la mujer incrédula, y con este milagro ella se redujo, y el pueblo quedó confirmado en la fé, y de allí á poco la hostia volvió á tomar la especie de pan que ántes tenia. Vinieron á Roma ciertos embajadores á suplicar al papa, que les diese algunas reliquias para sus iglesias: y el santo pontífice tomó un lienzo delgado y limpio que llamaban brandeo, y púsole en una cajita, como se usaba hacer en aquel tiempo en Roma, y la cajita junta al cuerpo de aquel santo, cuyas reliquias se pedian, y despues sellándola con reverencia, se la dió á los embajadores para que la llevasen á su tierra sin decirles qué era. Partieron los embajadores, y en el camino queriendo saber lo que lleva-

ban, hallaron el lienzo solo sin otra alguna reliquia. Tornaron á Roma y agraviáronse y quejáronse de san Gregorio, porque los habia querido engañar. El santo tomando el lienzo, le puso sobre el altar, y postrado en oracion con el pueblo, suplicóle á Nuestro Señor, que manifestase lo que allí habia, y la reverencia con que se debia recibir cualquiera cosa que envia la sede apostólica por reliquia: y despues levantándose en presencia de los embajadores, con un cuchillo punzó aquel lienzo y luego salió sangre, quedando los embajadores espantados y confusos por aquel milagro: y tomando aquel sagrado lienzo en su cajita, se volvieron á su patria con gran contento. Esta era la costumbre que entonces habia en Roma; y de esta hace mencion el mismo san Gregorio en una epístola que escribe á la emperatriz Constancia que le habia pedido la cabeza de san Pablo para un templo suntuoso que ella edificaba con nombre del mismo apóstol en Constantinopla: á la cual respondió san Gregorio, que los pontífices romanos no acostumbraban dar las reliquias de los cuerpos de los santos, ni aun tocarlas, sino con grandísima veneracion; y que lo que solian hacer, era enviar el brandeo ó lienzo de la manera que habemos dicho, por el cual hacia Dios grandes milagros: y por gran presente y don singular, envió á la emperatriz unas limaduras de la cadena de san Pablo, como se puede ver en la misma epístola que es admirable, y la 30 del libro III del Registro: y mucho para considerar el respeto y reverencia con que se deben tratar las reliquias de los santos.

No paraba en solo el culto exterior y ornato de la Iglesia la vigilancia de este santo pastor; ántes era mucho mayor en mirar por los templos vivos de Dios, para reparar lo caido y hermohear lo que estaba deslumbrado, y remediar las almas y los cuerpos de sus súbditos. Su caridad para con los pobres fué maravillosa, y por ella recibió grandes dones de Dios. Convidábalos á comer en su mesa: y queriendo una vez por su humildad dar él mismo agua á manos á un pobre peregrino; mientras que tomaba el jarro para hacer este oficio tan humilde, el peregrino desapareció, y la noche siguiente Cristo Nuestro Señor le apareció en sueños y le dijo: «Otras veces me has recibido en mis miembros; mas ayer me recibiste en mi persona.» Otra vez mandó á un capellan suyo, que llamase á comer doce pobres: y entrando á verlos, el santo notó que eran trece: y diciendo al capellan que por qué habia llamado trece, habiéndole él mandado que llamase á doce; respondió el capellan, que á doce habia llamado, y que doce eran, y no mas, porque verdaderamente él no veía sino doce: pero san Gregorio veía trece: y pareciéndole, que no era sin misterio, puso los ojos en el treceño, y comenzó á mirarle con atencion, y vió que mudaba los colores y el semblante del rostro, pareciéndole: unas veces mozo y otras viejo. Acabada la comida, le tomó á parte, y le conjuró que le dijese, quién era, y cómo se llamaba; y él le respondió: ¿Por qué me preguntas mi nombre, que es admirable? Yo soy, dice, aquel mercader perdido en el mar, á quien tú diste los doce ducados de limosna, y la escudilla de plata de tu madre. Sabe cierto, que por aquella obra quiso Dios que tú fueses sucesor de san Pedro, y que se ejecutase en tí lo que eternamente habia determinado; pues tan bien imitas á Pedro, y tienes cuidado de los pobres. A esto dijo san Gregorio: ¿Cómo sabes tú que Dios habia determinado esto? Porque soy ángel, dice; y él me

envió para probarte. Oyendo esto san Gregorio, se turbó: y el ángel le dijo: No temas, Gregorio; que el Señor me ha enviado á tí, para que te asista y te guarde hasta la muerte, y para otorgarte por mi mano todo lo que suplicares. A estas palabras se derribó san Gregorio, el rostro pegado en el suelo, con grande reverencia y temblor, y dijo: Si por una cosa tan pequeña me ha hecho Dios pastor universal de su Iglesia, ¿cuánto mayores cosas puedo yo esperar de su bendita y larga mano, si le sirvo con grande afecto, y reparto á los pobres todo lo que es suyo? De aquí vino el santo á ser tan liberal y dadivoso, que no habia iglesia, monasterio, hospital, casa de devocion, ni persona pobre y menesterosa, que no participase de su benignidad. Tenia escritos en un libro todos los pobres que habia dentro de la ciudad de Roma, y en sus arrabales y pueblos comarcanos, á los cuales repartía su provision y limosna, conforme á su calidad y necesidad. Á los pobres enfermos enviaba cada dia lo que habian de comer; y á los vergonzantes y mas honrados, algun manjar á su propósito, y mas regalado; y era este cuidado de los pobres que tenia el sumo pontífice tan extraordinario, que porque una vez supo que se habia hallado muerto un pobre en un barrio apartado de la ciudad, se congojó y angustió de manera, que se abstuvo de decir misa algunos dias, temiendo que fuese muerto de hambre ó de otra incomodidad por culpa suya, y queriendo hacer penitencia de ella, y castigarse con no llegar al altar: que es raro ejemplo, y mucho para ponderar, así por la solicitud que este santo pontífice tuvo de remediar los pobres, como por la devocion y dulzura con que celebraba misa cada dia; pues dejó de celebrar la para hacer penitencia de la culpa que no tenia.

Esta estraña vigilancia y piedad para con los pobres no era limitada para solos los que habia en Roma ó en su comarca; ántes se extendía á toda Italia, y todas las provincias mas apartadas y remotas en que la sede apostólica tenia rentas y bienes; porque en todas ellas tenia san Gregorio mayordomos y ministros que las cobraban y repartian á los pobres, que él les señalaba con tanta particularidad y puntualidad, que pone admiracion á los que leen las epístolas de este santo que tratan de esta limosna, que son muchas y varias y dignas de consideracion. Sustentaba en Roma tres mil monjas de tan santa vida, que el mismo santo pontífice dice, que si no fuera por las oraciones y lágrimas de ellas, no hubiera persona que de las armas de los longobardos se hubiera podido escapar. Envió á Jerusalem á un abad que se llamaba Probo, con buena cantidad de moneda, para que edificase en aquella ciudad un hospital, al cual, mientras que vivió, le proveyó de lo que habia menester: y lo mismo hizo en el monte Sinaí con los monges del monasterio de Santa Catalina, vírgen y mártir, que por mano de ángeles fué allí sepultada. Y no se contentaba san Gregorio con hacer esto con los pobres que aqui habemos referido; mas tambien velaba sobre los otros obispos y prelados, inquiriendo lo que ellos hacian, y reprendiéndolos cuando no hacian lo que era razon: y así escribió á un obispo que era escaso con los pobres, que supiese que no le bastaba para dar buena cuenta á Dios el estar retirado estudiando y orando si sus obras no eran fructuosas, y no tenia la mano abierta y larga para remediar las necesidades de los pobres, y si no pensaba que la pobreza ajena era suya: y que si no hacia esto falsamente tenia el nombre de obispo.

Si la caridad de san Gregorio para remediar las necesidades de los cuerpos era tan extremada, ¿qué diremos de la que tuvo para remediar las almas y traer á todo el mundo al conocimiento y amor de Dios? Ardía el pecho del santo pontífice en amor divino, y deseaba que todos amasen al Señor, y especialmente le estimulaba la conversión del reino de Inglaterra, que siendo monge con tanta ansia había procurado. Para esto escogió á un santo monge de su monasterio que se llamaba Agustino: y acompañado de otros monges le encargó esta jornada, y mandó que fué á Inglaterra á predicar el Evangelio y alumbrar con los resplandores de nuestra santa fé aquella ciega gentilidad. Partióse Agustino para tan gloriosa empresa; mas á pocos días de camino sus compañeros cansados y desmayados desearon volver á Roma, y no ir á tierra tan remota, y tratar con gente infiel y bárbara, cuyas costumbres no podrían sufrir, ni sabían su lengua para entenderlos y hablar: y así enviaron al mismo Agustino al santo pontífice, suplicándole que les diese licencia para dejar aquella peregrinación tan larga, trabajosa y peligrosa, de la cual tan poco fruto se podía esperar: que todas las cosas grandes tienen grandes dificultades en sus principios, y no son las menores las que hallan los mismos que las han de obrar. San Gregorio no quiso darles la licencia que pedían; antes los animó para la jornada, y les escribió una breve carta en que les dice estas palabras: «Gregorio obispo, siervo de los siervos de Dios, á los siervos de Nuestro Señor Jesucristo. Porque fuera mejor no comenzar el bien, que después de haberlo comenzado dejarle, es necesario, hijos dilectísimos, que procureis con el favor del Señor acabar con gran cuidado el bien que habeis comenzado. Por tanto no os espante el trabajo del camino, ni las lenguas de los maldicientes; antes con grandísima instancia y gran fervor acabad lo que por voluntad de Dios habeis comenzado, teniendo por cierto, que á mayor trabajo se seguirá mayor galardón de gloria eterna. Obedeced en todas las cosas con humildad á Agustino, vuestro propósito, que vuelve á vos, á quien yo he señalado por vuestro abad, sabiendo que será provechoso para vuestras almas todo lo que hiciéredes por su consejo y voluntad. Dios todopoderoso con su gracia os guarde y defienda; y á mí me la dé, para que en el cielo yo me goce del fruto de vuestros trabajos y sea vuestro compañero en el premio de ellos: porque aunque no puedo trabajar con vosotros, tengo deseo de trabajar.»

Con esta carta se animaron los monges para su camino; y por las oraciones y merecimientos de san Gregorio lo llevó Dios á salvamento á Inglaterra y les dió feliz suceso, que fueron bien recibidos en ella, y convirtieron á Ethelberto, rey de Cantabria; y gran multitud del pueblo: y avisaron á san Gregorio de la gran mies que habían hallado, y de los pocos obreros que tenían. El santo se regocijó por extremo, y les envió nuevos ministros y predicadores, entre los cuales los principales fueron Melito, Justo, Paulino y Rufiano, y con ellos todo lo que era menester para ornato de las iglesias, vasos sagrados, ornamentos ricos, y muchas reliquias y libros, y mandó que Agustino se ordenase de arzobispo y envióle el palio, y que en su metrópoli de Cantabria ordenase doce obispos, y que no destruyese los templos de los gentiles, sino que los purificase con agua bendita, y los consagrara á Dios vivo y verdadero. Mandóle asimismo que fué introduciendo poco á

poco la religion cristiana en aquella tierra, y no desarraigase de golpe algunas malas costumbres que se podían tolerar, antes disimulase y pasase por algunas, hasta que aquella nueva planta tuviese mas fuerzas y no corriese peligro de arrancarse con cualquiera viento de contradicción ó novedad: y no ménos le encargó que no se atase á los usos que había visto en la Iglesia romana, sino que tomase de todas partes lo que conforme á la disposición y necesidad de Inglaterra juzgase que mas le podía aprovechar; y añade la razon: *Non enim pro locis res, sed pro bonis rebus loca amanda sunt*: Porque nó por el lugar se han de amar las cosas, sino por ser buenas las cosas se han de amar los lugares. Otros muchos documentos y preceptos dió san Gregorio á Agustino y sus compañeros, por los cuales hizo muchos y grandes milagros en Inglaterra, y la convirtió á su santa fé, siendo autor de esta obra tan excelente san Gregorio, y por ella justamente es llamado apóstol de Inglaterra; y escribió á Agustino estas palabras: «Sabido he, que Dios todopoderoso ha obrado grandes milagros por tu medio en esa gente que ha escogido: por lo cual es necesario que te goces con temor de este don celestial, y que gozando temas. Debes gozarte; porque las almas de los ingleses, por medio de estos milagros exteriores, son atraídas á la gracia interior del Señor; y debes temer que entre los milagros que Dios hace, no se levante tu ánima flaca y se desvanezca con alguna vana presunción, y honrada de fuera con el aplauso, caiga interiormente por gloria vana.» De esta conversión de Inglaterra y de los milagros que Dios hizo en ella, dice el mismo san Gregorio estas palabras: «La lengua de los britanos, que antes no sabía hablar sino bárbaramente, ya ha comenzado á alabar á Dios en lengua hebrea: y el océano que antes estaba hinchado y bravo; ahora está rendido y sujeto á los piés de los siervos de Dios: y los pueblos fieros que los príncipes de la tierra con sus armas no pudieron domar; los sacerdotes con sus palabras sencillas los tienen atados: y el pueblo infiel, que no temía los escuadrones de gente armada, ya siendo fiel teme las lenguas de los hombres humildes: porque recibiendo las palabras celestiales y viendo resplandecer tantos milagros, es alumbrado con la lumbre del cielo y enfrenado con la reverencia de la divina Majestad, para que no se desmande, ni haga mal, y con grande ansia anhele por alcanzar la gracia del Eterno Señor.» Y en algunas de sus epístolas escribe esto mismo, mostrando el contento y júbilo que tenía su alma, por ver reducidas las de aquellos infieles al Señor. Y no solamente hizo esto san Gregorio en Inglaterra, mas también hacia recoger á los mozos ingleses de diez y siete ó diez y ocho años, que por diversas partes andaban derramados, y los mandaba sustentar en los monasterios, para que en ellos se convirtiesen y enseñasen, y fuesen buenos cristianos y siervos de Dios. Todo esto hacia por el gran celo que tenía de la salvación de las almas; y este mismo celo le hacia tomar algunos medios austeros, porque eran provechosos para el mismo fin: porque habiendo aun en su tiempo muchos labradores paganos vasallos de la Iglesia, los hacia cargar de tributos, para traerlos por este medio á la verdad de la fé: y á los judios que se convertían á la misma fé mandaba disminuir las mismas cargas y tributos. Y puesto que entendía que muchos de estos tales que se convertían, venían mas por aquel cebo del interés temporal, que por celo y deseo de

la verdadera religion; todavia queria que fuesen benignamente admitidos á ella con esperanza, que aunque los padres no se bautizasen sinceramente, sus hijos y nietos con el tiempo serian buenos cristianos, y de veras fieles á Dios.

Ordenó que no tuviesen la administracion de los bienes de la Iglesia personas legas, sino eclesiásticas: que no se diese á una persona sino un oficio eclesiástico, diciendo que así como en un cuerpo hay muchos miembros y cada uno tiene su particular oficio; así en el cuerpo eclesiástico, segun la doctrina del apóstol, se ha de dar un oficio á uno y otro á otro, para que cada uno en un mismo espíritu sirva al Señor. Mandó que los clérigos no se entremetiesen en el gobierno de los monasterios; y no queria que ellos ni los religiosos intercediesen por los delinquentes con los jueces, sino con gran recato y moderacion, y de manera que no se desdorasen su buena opinion, y se pensase que la Iglesia favorecia á los facinerosos y enflaquecia la justicia. Persiguió y castigó con severidad á los obispos que vendian las órdenes eclesiásticas, y á los legos que subian á ser obispos, sin pasar primero por las otras órdenes eclesiásticas. Era tan enemigo de recibir presentes, que algunas veces haciéndole enviado á presentar cosas de mucho precio, las mandó vender y envió el precio á los mismos que se las habian enviado. Reprendió á Januario, obispo de Caller, porque habia excomulgado á una persona por cierta injuria que le habia hecho, diciéndole que no debe el obispo excomulgar á nadie por particular injuria suya, ni usar de la censura de la Iglesia para vengarse. Amonestó gravemente á un obispo de Francia que se llamaba Desiderio, que no leyese libros de poetas y profanos, que no convenian ni á su edad, ni á su dignidad: y á Natal, obispo de Solona, le dió una áspera reprehension, porque era descuidado en el gobierno de su Iglesia y gastaba mucho en convites: y porque el obispo se excusaba con algunos lugares de la sagrada Escritura mal entendidos; enseñándole cuáles deben ser los convites de los prelados, le dice estas palabras: «Los convites que se hacen para ejercitar la caridad, con razon los alabais: pero es bien que advirtais, que entonces de veras los tales convites nacen de caridad, cuando en ellos no se dice mal de nadie por escrito, ni se murmura de la vida de los ausentes, ni se oyen palabras vanas de negocios seculares, sino las de la sagrada Escritura; cuando no se da al cuerpo mas de lo que ha menester, ni se toma mas de lo que pide nuestra flaqueza, para poderse ejercitar en las obras de virtud.» No consentia que los obispos estuviesen fuera de sus iglesias, sino por breve tiempo, y con necesidad, ni que se embarazasen en negocios seculares y ajenos de sus personas, y si algun obispo andaba vagabundo, le mandaba recluir en un monasterio, y dar otras penitencias mas ásperas á la medida de su delito. Fué celosísimo que las monjas que habian tomado hábito de religion, y las doncellas que se habian consagrado á Dios, perseverasen en aquel santo estado con gran pureza, y reprendió mucho á un obispo, llamado Viteliano, porque habia permitido que una religiosa dejase el hábito, y volviese al siglo: amenazó á Romano, exarco de Italia, porque con su favor algunas mujeres religiosas se habian casado, y le pronosticó que si no se enmendaba, vendria sobre él la ira de Dios: y á Venancio que de monge se habia hecho patricio, le avisó que si Anania y Safi-

ra habian muerto á los piés de san Pedro, por haber defraudado parte del precio de la heredad que habian prometido á Dios; con cuánta mas razon podia él temer su justo castigo: pues le habia hurtado, nó dinero, sino á sí mismo, y lo que le habia prometido cuando en hábito de monge se consagró á Dios: y estando para morir Venancio, le acordó que á lo ménos en aquel punto se arrepintiese y llorase su pecado; para que no lo pagase con pena eterna. Fué tan celoso de la honestidad de los clérigos, que escribió á Víctor, obispo de Palermo, que si se sentia mancillado de alguna flaqueza y conversacion de mujeres, dejase la dignidad obispal, y no se atreviese á ofrecer en el altar sacrificio al Señor. Predicaba el santo pontífice al pueblo por sí mismo, cuando podia, y cuando estaba malo ó impedido, escribia los sermones y homilias, y mandaba á otro que leyese en público, para ayudar á todos de la manera que podia. Finalmente, era tan vigilante y solícito en todo lo que pertenecia al oficio de sumo y verdadero pastor, que parecia cosa imposible que un solo hombre atendiese á tantas y tan graves y diversas cosas, de paz y de guerra, eclesiásticas y seculares, con Dios en la oracion y con los hombres en los negocios, en el gobierno espiritual y temporal de las iglesias, en el predicar y en el dictar epístolas tan admirables á tantas personas de tan varios estados, y juntamente escribir los libros que escribió: y así en su tiempo floreció y se propagó y extendió por el mundo maravillosamente nuestra santa religion, y hubo muchos santos varones, así religiosos como legos, que resplandecieron con milagros, como se ve, por lo que el mismo santo escribe en los cuatro libros de sus Diálogos.

A mas de esto, muchas herejias se extinguieron y desarraigaron en algunas provincias, por la industria y altos merecimientos de este santísimo doctor, como la de los donatistas en África, la de los arrianos de España, y otras en otras partes. Y con ser tan excelentes las obras de este gran santo, que resplandecia con ellas, como un sol en el mundo, no le faltaron contradicciones y persecuciones de hombres inquietos y malignos, que en vida y en muerte le pretendieron oscurecer. Entre estos fué un caballero romano, que habia dejado su legítima mujer, y por ello habia sido excomulgado de san Gregorio: el cual, queriéndose vengar de él, se concertó con unos monges y hechiceros gentiles, que le prometieron que andando un dia á caballo el papa por Roma, harian entrar un demonio en el caballo, y que diese tantos saltos y brincoes que le derribase é hiciese pedazos. Entró el demonio en el caballo, como ellos habian prometido, y se alteró de manera, que los que iban á los piés del papa, no le podian tener; mas el santo pontífice por revelacion de Dios conoció lo que era; y haciendo la señal de la cruz, echó al demonio del caballo y los hechiceros quedaron ciegos; y visto el milagro, se convirtieron á la fé, y san Gregorio los bautizó, aunque no quiso restituirles la vista, para que no volviesen á aquella mala arte y tornasen á leer libros de encantamientos y hechizos, pero mandó que les diesen lo que hubiesen menester de las rentas de la Iglesia. Otro grande encuentro tuvo con Mauricio emperador, el cual de grande amigo suyo, que ántes era, vino á serle grande enemigo, porque no le dejaba gobernar las cosas eclesiásticas, como él queria y le resistia en una ley perniciosa que habia hecho, en que mandaba, que ningun sol-

dado se pudiese hacer monge, sino acabada su milicia, ó hallándose impedido é inútil, y san Gregorio le escribió una carta, en que le dice.

«Cristo por mí, que soy suyo y vuestro humilde siervo os dice estas palabras: Yo de notario te hice conde, de conde César, de César emperador, y no sólo emperador, mas padre de emperadores. Yo te he puesto en tus manos á mis sacerdotes para que los defiendas; y tú apartas de mi servicio á tus soldados. Dime, ¿qué responderás el día del juicio al Señor, cuando te dirá lo que yo aquí te digo? Escudriña é investiga, qué príncipe, ó qué emperador hasta ahora ha hecho tal ley; y después de haberlo sabido, podrás mejor juzgar si tú la debías hacer.»

Lo cual dice, porque Juliano apóstata, enemigo capital de Jesucristo y de su fé, fué el primero que hizo aquella ley, como el mismo santo en otra parte lo dice. Tuvo fuerte san Gregorio en este negocio, y resistió valerosamente al emperador, y escribió muchas cartas á él y á sus ministros, para que deshiciese la ley que habia hecho, tan perjudicial para los que Dios llamaba á su servicio, y de la milicia se querian convertir á él; por lo cual Mauricio tuvo gran sentimiento y enojo contra el santo pontífice. Juntóse con esta otra causa, que acrecentó el disgusto del emperador; y fué así. Estando san Gregorio en Constantinopla, un monge que se llamaba Juan, grande ayunador y penitente, fué elegido por patriarca de Constantinopla, por la santa vida que mostraba en la apariencia exterior, y por un falso resplandor con que lucía en los ojos de los hombres. Cuando le eligieron, hizo grandes diligencias, aunque fingidas, para excusarse, dando á entender que aquel peso era sobre sus fuerzas, y él indigno de tan alta dignidad, y por esta aparente humildad y otras muchas de virtud, san Gregorio tuvo familiaridad y trato con él. Apenas se habia sentado en la silla patriarcal de Constantinopla, cuando luego comenzó á descubrir lo que era; porque con una soberbia de Lucifer se llamó patriarca universal de la Iglesia, y juntó un concilio de obispos para ello, y mandó que todos así le llamasen, usurpando el título de *Universal* que no le convenia, ni conviene á otro que al sumo pontífice romano, sucesor de san Pedro, y vicario universal en la tierra de Cristo Nuestro Redentor. Cuando el papa Pelagio supo la arrogancia y disparate del patriarca, contradíjola y deshizo lo que en aquel concilio se habia determinado, y san Gregorio, que sucedió á Pelagio, con mas fuerzas y valor volvió por la autoridad de la sede apostólica, y reprendió á Juan de su temeridad, y escribió á la emperatriz Constanca, que defendía las partes de san Gregorio, que no se dejase engañar de los que con soberbia eran humildes y blandos con artificio, ni permitiese que la hipocresía prevaleciese contra la verdad: «Porque algunos hay, dice, que segun el Apóstol, con sus dulces palabras y bendiciones engañan los corazones sinceros, y en el vestido andan despreciados é hinchados en el corazón, y muestran defuera que menosprecian todas las cosas del mundo, queriendo en realidad de verdad alcanzarlas todas juntas: y publicando que son mas indignos que todos, buscan vocablos y nombres exquisitos para parecer mas dignos que todos.» Escribió tambien al emperador, rogándole que no consintiese una novedad tan grande, y que un hombre tan particular se hiciese y nombrase patriarca universal de la Iglesia. El

emperador, ó porque creia á su patriarca, ó porque deseaba que la ciudad de Constantinopla, en que él vivía, y era cabeza de su imperio, fuese honrada con aquel título, ó porque, como ya estaba disgustado con san Gregorio por la resistencia que le habia hecho en la ley de los soldados, buscaba ocasion para amargarle y afligirle, favoreció al patriarca Juan, no haciendo caso de san Gregorio. Y como la voluntad estragada del príncipe es tan poderosa y hay tantos lisonjeros que por sus intereses se dejan de ella llevar, y con sus palabras y mentiras aparentes atizan el fuego y soplan las llamas que arden en su pecho; no faltaron á Mauricio criados lisonjeros que le dijeron grandes males de san Gregorio, á los cuales, como hombre ya ciego, creyó y publicó, vituperando injustamente al que tan justamente tantas veces ántes habia alabado, llamándole desagradecido; porque habiéndole sublimado á la silla pontifical no le daba contento: como si por dársele estuviera obligado san Gregorio á usar mal de la autoridad apostólica, la cual contra su voluntad le habia dado el Emperador del cielo y nó el de la tierra. Fué tan extraño el odio y aborrecimiento que Mauricio tomó contra san Gregorio, que sus ministros por agradarle le aligian: de uno de ellos que era Romano, exarco, dice el mismo san Gregorio estas palabras: «Lo que padecemos de Romano en esta tierra, no se puede explicar: solamente digo en pocas palabras, que su malignidad para con nosotros, vence la calamidad de las armas de los longobardos, en tanto grado, que podemos tener por mas piadosos á los enemigos que nos matan, que nó á los jueces de la república, los cuales con su maldad, rapiñas y engaños nos consumen. Y en el mismo tiempo es menester tener cuidado de los obispos, clérigos, monasterios y de todo el pueblo, y velar contra las asechanzas de los enemigos, y reclarnos de las dobleces, embustes y artificios de los capitanes, que es de tanto trabajo y dolor, como vos podeis pensar.» Y sabiendo este odio del emperador, Agiulfo, rey de los longobardos, vino sobre Roma y la cercó, y la tuvo apretada mas de un año, juzgando, como era verdad, que Mauricio nó la socorrería, por la ojeriza que tenia con san Gregorio; y así fué que el emperador no se movió, mas Dios favoreció á su siervo, y le dió valor y constancia para defender la ciudad, y hacer que Agiulfo con su ejército se levantase del cerco: en el cual tiempo escribió á Mauricio algunas cartas quejándose; y en una de ellas le dice: «No os enojeis, señor, contra los sacerdotes, por la potestad que teneis en la tierra; ántes con una profunda consideración de tal manera os debeis mostrar, señor, que por amor de aquel Señor, á quien ellos sirven y á quien representan, vos les hagais reverencia; porque los sacerdotes en las divinas Letras unas veces se llaman dioses y otras ángeles; y por Moisés se dice, que aquel que ha de hacer el juramento se presente á los dioses, que quiere decir á los sacerdotes; y el profeta dice que los labios del sacerdote son la llave de la ciencia, y su boca es intérprete de la ley; porque es ángel del Señor de los ejércitos. Pues ¿qué maravilla es que vos honreis á los que el mismo Dios llama ángeles y dioses? Y de esto teneis ejemplo en Constantino emperador, de piadosa memoria, del cual se escribe en la historia eclesiástica, que habiéndole dado algunos memoriales contra los obispos, los recibió y quemó delante de los mismos obispos, diciéndoles: Vosotros sois dioses constituidos en la Iglesia del

verdadero Dios: ordenad y disponed las cosas como os pareciere que conviene, que no es justo que nosotros, siendo hombres, juzguemos á los dioses: y con esta sentencia el piadoso emperador ganó mas honra para sí por su humildad, que fué la que dió á los obispos con la reverencia que les hizo. Y ántes de Constantino hubo muchos príncipes paganos, los cuales no conociendo al verdadero Dios, adoraban á los dioses de leña y de piedra, y honraban en gran manera á sus sacerdotes. Pues, ¿qué maravilla es que un emperador cristiano y que adora á Dios verdadero, honre á los sacerdotes de Dios; pues los príncipes gentiles hacian tanta reverencia á los sacerdotes de los dioses de piedra y de madera?» Y en otra epístola dice: «En esta causa no me desprecie vuestra piedad; porque aunque los pecados de Gregorio son tantos, que merece padecer esto; san Pedro, en cuyo lugar yo estoy, no tiene pecados ningunos, para que merezca padecer lo que padece en vuestros tiempos. Por lo cual una y dos veces, por amor de Dios todopoderoso, os ruego que como los otros príncipes vuestros predecesores han codiciado la gracia del apóstol san Pedro, así vos la estudiéis alcanzar y conservar; y que no se menoscabe la honra del dicho apóstol, por los pecados de los que indignamente le servimos; pues al presente os podrá ayudar en todas vuestras empresas, y despues perdonar vuestros pecados.» Esto es de san Gregorio. Pero todo no bastó para que Mauricio se ablandase y reconociese, hasta que el Señor tomó la mano para castigarle, por haber tan sin razon perseguido á quien no se lo merecia.

El mismo año en la plaza de Constantinopla apareció un varon vestido de monge, con una espada desnuda en la mano, y con una voz clara y terrible dijo: «Con esta espada morirá Mauricio;» y luego se entendió lo que el cielo le amenazaba y el castigo que le habia de venir sobre él; y el mismo emperador se reportó y envió grandes limosnas á todos los monasterios de Constantinopla y á muchos de fuera, rogando á los religiosos que suplicasen á Nuestro Señor que le castigase en esta vida y no en la otra, y él con muchas lágrimas pedia lo mismo á Dios, del cual parece que fué oído; porque poco despues se levantó contra Mauricio Focas, por cuyo mandato él y su mujer é hijos é hijas fueron muertos, alabando á Dios porque le castigaba en esta vida, como se lo habia suplicado, y reconociendo y confesando que era justa aquella sentencia, por lo que contra san Gregorio habia hecho; y Juan, patriarca, asimismo murió repentinamente por justo juicio del Señor.

Y no es maravilla que Nuestro Señor tomase á su cargo las injurias que se hacian á san Gregorio para castigarlas; porque nacia del celo grande que él tenia de su gloria y del cuidado de cumplir con las obligaciones de su oficio, con una entereza y magnanimidad tan rara por una parte, como quien era superior de todos, y por otra con una humildad tan profunda y una paciencia y mansedumbre tan divina, que pone admiración el ver tan hermanadas y juntas en uno dos cosas tan diferentes, como son la severidad y constancia en defender y conservar la dignidad de sumo pontífice, y la humildad con que mirándose como persona particular se ponía debajo de los pies de todos. Vereisle unas veces dar privilegios y mandar á todos los sacerdotes, jueces y á los mismos reyes que los guarden, con tanta autoridad, que les priva de su dignidad si no lo hi-

cieren; y otras humillarse y abatirse como si fuera el menor de todos, y un poco de polvo de la tierra: «Porque, como dice el mismo santo, los superiores no deben considerar la potestad de su dignidad, sino la igualdad de la condicion humana que tienen con sus súbditos, ni deben gozarse por verse superiores de los hombres, sino de serles provechosos. Muchas veces el que gobierna por su preeminencia se desvanece en su corazon, y viendo que todo está á su mandado, y con presteza es obedecido, y que todos sus súbditos alaban lo bueno que hace, y no contradicen á lo malo, ántes muchas veces lo que debian vituperar; engañado de las cosas que tiene debajo de sí, se levanta el corazon sobre sí, y estando rodeado por de fuera de favor y aplauso popular, queda vacío de la verdad y olvidado de sí, da oído á las palabras lisonjeras; y cree que es tal como oye de fuera que es, y nó como de dentro es en realidad de verdad: y de aquí viene á despreciar á sus súbditos, y á nó conocer que son iguales en la naturaleza, juzgando que es mejor que ellos en la vida, porque es aventajado en la potestad; y porque puede mas, piensa que sabe mas que todos.» Todo esto es de san Gregorio, cuya humildad fué tan estremada, que á todos los sacerdotes llamaba hermanos, á los otros clérigos de inferior grado hijos dilectísimos, á los hombres legos señores, á las mujeres señoras; y siendo el sumo pontífice, pastor y patriarca universal de la Iglesia, no queria que otros se lo llamasen; ántes humildísimamente tomó el título de «Siervo de los siervos de Dios,» y de él usó en las letras apostólicas, y despues por su imitacion le han usado todos los sumos pontífices que le han sucedido. Á una señora llamada Rusticiana, que en sus cartas escribiendo á san Gregorio se llamaba sierva suya, la reprende por ello, y le ruega que no use mas de aquella manera de escribir; pues él no era señor sino siervo de todos. Y en otra carta que escribe á la camarera de la emperatriz, por nombre Gregoria, entre otras cosas le dice: «En lo que me decís que siempre me seréis importuna, hasta que os escriba que se me ha revelado que Dios os ha perdonado vuestros pecados, pedís una cosa dificultosa é inútil: dificultosa, porque no soy digno de tener revelacion: inútil porque no debéis estar segura de vuestros pecados hasta la postrera hora de vuestra vida, cuando no los podreis mas llorar: hasta que aquella hora llegue, siempre habeis de estar sospechosa y temerosa por vuestras culpas, y lavarlas cada dia con lágrimas.» Y en otra epístola, escribiendo á Estéfano, obispo, le dice: «Mucho favor me mostrais en vuestras cartas, y mayor del que yo merezco, siendo escrito: No alabes al hombre mientras que vive; mas aunque no soy digno de oír las cosas que vos decís de mí; yo os ruego, que con vuestras oraciones me hagais digno para que, ya que habeis dicho los bienes que no hay en mí, de aquí adelante los haya para haberlos dicho vos. Un abad prusiano llamado Juan, varon santo y de grandes merecimientos, vino á Roma á visitar los cuerpos de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo; y un dia viendo pasar al santísimo pontífice Gregorio por la calle, se fué á echar á sus pies, y san Gregorio le ganó por la mano, y se echó primero á los pies del abad, y no se quiso levantar hasta que él se levantó, y despues todo el tiempo que estuvo en Roma, le mandó proveer de lo que habia menester. De esta misma humildad nacia el conocimiento y sentimiento que tenia de sí, y lo que escribió á Mauricio

emperador, cuando mas terrible le perseguia, por estas palabras: «Yo soy hombre pecador, y porque continuamente ofendo á Dios, pienso que delante de su tremendo juicio es algun remedio de mis culpas el ser continuamente afligido por ellas; y creo que vos señor, tanto me aplacais y ganais la gracia de Dios, cuanto como á siervo suyo descuidado y flojo mas me alligis;» que los santos cuanto mas cerca están y mas participan de la fuente de la divina luz; tanto mas ven los átomos de sus faltas; y lo que debe la criatura á la soberana majestad del Criador. De esta misma humildad asimismo procedia el menosprecio de todas las cosas de la tierra; y el poseer lo que este santo poseia, sin que á ello se pegase el corazon. Por donde, como un santo ermitaño que habia vivido muchos años en soledad, con grande oración y penitencia suplicase á Nuestro Señor, que le manifestase el premio que le habia de dar por haber dejado todas las comodidades de esta vida, por servirle en tanta pobreza; una noche en sueños le fué respondido, que podia esperar el galardón que se debía á la pobreza de san Gregorio. Angustióse mucho con esta respuesta el ermitaño, pareciéndole que no debía ser su pobreza agradable á Dios, pues por ella no le prometia mayor premio que el que se habia de dar á un príncipe tan rico y opulento como era san Gregorio; y como de día y de noche suspirase y llorase su desventura: otra noche reposando, oyó al Señor que le decia: «Si no hace rico la posesion de los bienes, sino la codicia; ¿cómo osas tú comparar tu pobreza con las riquezas de Gregorio; pues tú amas mas una sola gata que tienes, que Gregorio todos los bienes y tesoros que posee? Los cuales él no ama, sino desprecia y liberalmente reparte á los pobres; siendo por eso mas pobre que tú en su corazon.»

Con esta tan alta pobreza de espíritu se juntaba en san Gregorio otra virtud de la paciencia que en él fué perfectísima y divina; porque es cosa que espanta, ver cómo sufría las calamidades públicas de su tiempo, la guerra cruel y continua que los longobardos le hacian, las persecuciones y malos tratamientos de sus enemigos, y las enfermedades dolorosas con que el Señor le ejercitaba, y como oró en el crisol le purificaba para hacerle mas digno de sí. El mismo santo dice de sí estas palabras: «Ya casi ha dos años cumplidos que estoy en una cama con tan grandes dolores de gota, que apenas los días de fiesta me puedo levantar para celebrar; y luego con la fuerza del dolor me vuelvo á acostar, porque me aprieta tan fuertemente que me hace gemir y suspirar; y este dolor algunas veces es mas remiso, y otras muy riguroso: mas nunca es tan flojo que me deje, ni tan intenso que me mate; y así muriendo cada día, nunca acabo de morir: y no es maravilla que siendo tan grande pecador, Dios me tenga en esta cárcel.»

Y en otra epístola dice: «Yo os ruego que hagais con grande instancia oracion por mí, pecador; porque el dolor del cuerpo, y la amargura del corazon, y el estrago y asolamiento que veo entre tantas espadas de los bárbaros, en gran manera me afligen, aunque entre tantos males no busco consolacion temporal, sino la eterna, la cual no puedo por mí impetrar del Señor; mas confio que la podré alcanzar por medio de vuestras oraciones.»

Y de otras epístolas suyas se saca que Nuestro Señor con enfermedades le apretaba y consumia de manera, que siendo antes abultado y corpulento, dice que tenia el cuer-

po árido y seco, como si estuviera en la sepultura, y que no tenia otro consuelo sino el deseo y esperanza de morir presto: y á todos sus amigos pide, ruegan al Señor por él, para que le dé sufrimiento y paciencia: «Para que mis culpas, dice, que con los dolores se podian curar, no vengan á erecer por la impaciencia.» Mas el Señor que es benignísimo, despues de haber afinado y apurado al santo pontífice con tantas angustias y aflicciones, cumplió sus deseos y le libró de la cárcel de este cuerpo, para darle la corona de la gloria que tan bien tenia merecida por sus heroicas virtudes y altos merecimientos, y celestial doctrina con que habia ilustrado y gobernado su Iglesia trece años y seis meses y nueve días. Murió este santísimo pontífice el día que la Iglesia celebra su fiesta, que fué á los 12 de marzo del año del Señor de 604, y en el segundo año del imperio de Focas. Del cual, dejando otros muchos títulos y singulares alabanzas, que le dan los santos doctores llamándole varon eruditísimo, príncipe de los teólogos, resplandor de los filósofos, lumbre de los oradores, espejo de santidad, órgano del Espíritu Santo; solo quiero aquí poner unas palabras que de él dice nuestro san Ildefonso, arzobispo de Toledo, aunque sean dichas con encarecimiento: «De tal manera, dice, fué adornado de los merecimientos de todos los antiguos, que dejando la comparacion de todos los varones ilustres, no hallamos cosa semejante en la antigüedad; porque venció en la santidad á Antonio, en la elocuencia á Cipriano, en la sabiduría á Agustino, etc.» Esto dice san Ildefonso; y san Isidoro dice que ninguno de los doctores de su tiempo, ni de los pasados, se puede con él igualar: y como se dice en el octavo concilio Toledano, en las cosas morales se debe preferir san Gregorio á casi todos los otros doctores de la Iglesia.

No cesaron las persecuciones de san Gregorio con su muerte; antes crecieron para que fuese mas conocida su santidad, y mas esclarecida con milagros del cielo. Fué elegido en su lugar por sumo pontífice Sabiniano, hombre no tan piadoso y amigo de los pobres, como san Gregorio; y el mismo año despues de su muerte hubo una grandísima hambre en Roma, y mucha gente perecia. Acudian al sumo pontífice, pidiendo socorro y remedio para su necesidad, alegando la caridad y cuidado con que Gregorio su predecesor lo solia hacer. Tuvo sentimiento de esto Sabiniano, y los que le lisonjeaban comenzaron á publicar, que san Gregorio habia sido hombre vano y manirote, y que por haber desperdiciado los bienes de la Iglesia, se hallaba ella tan estrecha, que no podia remediar aquella extrema necesidad: y pasó tan adelante este injusto sentimiento que se mandó recoger y quemar los libros que san Gregorio habia escrito con luz del cielo y espíritu divino, para tanto bien de la Iglesia católica, y en efecto se quemaron algunos, segun Juan diácono, ó los quisieron quemar, segun el cardenal Baronio, y quedaron los que tenemos por la industria y providencia de Pedro, diácono, grande hijo y familiar de san Gregorio, y el que introduce el mismo santo en sus Diálogos y habla con él: el cual viendo la injusta indignacion de Sabiniano, y que muchos por lisonjearle, soplaban las llamas y echaban aceite en el fuego, y que hasta el mismo pueblo que habia recibido tantos y tan estraños beneficios de san Gregorio, estaba trocado y se dejaba llevar de la corriente, dijo que él habia visto muchas veces al Espíritu Santo en figura de paloma sobre

san Gregorio cuando escribía, y que se hacia grandísima injuria al mismo Espíritu Santo en querer quemar los libros que por su instinto é inspiracion se habian escrito; y que para que estuviesen ciertos de esta verdad, él públicamente y delante de todos la confirmaria con juramento, y que si luego despues de haberse hecho, se muriese, entendiesen que era verdad lo que decía y conservasen y reverenciasen los escritos de san Gregorio; y si no muriese luego, que lo tuviesen por burlador, y que él mismo pegaría fuego á los dichos libros. Aceptóse el partido: afirmó Pedro con juramento lo que habia dicho, y en acabando de jurar espiró. Quedaron todos asombrados y compungidos con lo que habian visto, y de allí adelante reverenciaron con mayor acatamiento al que Dios con este milagro tan patente habia magnificado. Desde entonces comenzaron los pintores á pintar una paloma blanca sobre la oreja de san Gregorio, para significarnos que el Espíritu Santo era el autor é inspirador de lo que habia escrito. Mas como Sabiniano todavia fuese escaso y duro para con los pobres, Nuestro Señor en breves dias se le llevó de un dolor fortísimo de cabeza: y hay autores graves que escriben que san Gregorio le apareció tres veces en sueños, reprendiéndole de su poca caridad, y amonestándole que se enmendase, y no haciéndolo, otra vez le apareció y le dió un golpe en la cabeza, del cual se siguió el dolor y tras él la muerte. Otros muchos milagros obró Nuestro Señor por la intercesion de san Gregorio despues de su muerte, y particularmente contra las personas que profanaban su monasterio con su mala vida ó temerariamente despreciaban ó malbarataban su hacienda, ó quitaban á los pobres lo que el santo les habia dejado ó cometian otras cosas indignas de aquel lugar, del acatamiento y devocion que se debia á la memoria de tan santo padre: los cuales milagros se pueden ver en Juan, diácono, y nosotros los dejamos por evitar prolijidad, suplicando á Nuestro Señor por los merecimientos y oraciones de este santísimo pontífice y gloriosísimo doctor de su Iglesia, á quien él tanto sublimó en la tierra y en el cielo, que nos dé gracia para imitarle en lo que puede nuestra flaqueza, y de hacernos partíciparios de la gloria que posee. Amen.

SAN MAXIMILIANO, MÁRTIR.—En las actas del martirio de santa Cecilia se habla de este santo, pero sin hacer mencion del año de su muerte. Segun leemos en el Martirologio romano, padeció en Roma.

SAN PEDRO, MÁRTIR.—Era camarero del emperador Diocleciano, y por compadecerse públicamente de los inmensos tormentos que se daban á los cristianos, por orden del emperador fué conducido á su presencia, y primeramente habiéndole colgado, le azotaron; despues le echaron en las llagas sal y vinagre; y finalmente, puesto en las parrillas, fué quemado á fuego lento, haciéndose legitimo heredero de la fé y del nombre de san Pedro, apóstol. Su dichosa muerte sucedió el año 302.

LOS SANTOS EGDUNIO, PRESBITERO, Y OTROS SIETE COMPANEROS.—Fueron ahogados en Nicomedia de Bitinia, cada dia uno para aterrorizar á los restantes.

SAN TEÓFANES.—Natural de Constantinopla, de padres ilustres y poderosos, educado por ellos en la virtud y modelo de casados, renunció luego todas las riquezas y placeres del mundo para hacerse un pobre monge y vivir en el retiro y la oracion. Por ser uno de los más decididos defensores de las santas imágenes, estuvo preso dos años por

orden de Leon el Armenio, y despues le desterraron á Somotracia, donde consumido de miseria y esclarecido en milagros, entregó su alma al Criador, el dia 12 de marzo del año 820.

SAN BERNARDO, OBISPO DE CAPUA.—Consagrado en el año 1087, fué la lumbrera de su tiempo, el consejero y el árbitro en todos los negocios de importancia, principalmente entre los soberanos y sus súbditos, y en los de los príncipes entre sí. Sabio, prudente, caritativo, dotado de todas las virtudes que constituyen los grandes hombres y los grandes santos, era un verdadero discípulo de aquel que se habia dado todo entero por la salud del mundo. Su pontificado resplandeciente en cosas eminentes duró veinte y tres años, muriendo Bernardo en Capua, tranquilo y santamente, el dia 12 de marzo del año 1109.

DIA 13.

SANTA EUFRASIA, VÍRGEN, LLAMADA TAMBIEN EUFROSINA.—En la ciudad de Constantinopla hubo un caballero muy ilustre y senador, y ocupado en los cargos de la república, que se llamaba Antigono, el cual casó con una señora de gran linaje, rica y en todo igual suya. Tuvieron los dos casados una hija, á la cual pusieron el mismo nombre de la madre, que era Eufrasia, que tambien se nombra Eufrosina. Era Antigono hombre muy virtuoso, cristiano y de alto entendimiento, y que daba muy buena cuenta de sí en todos los negocios públicos que trataba; y por esto y por ser devoto suyo, era amado de Teodosio el menor, emperador, y de todo el pueblo. Pues como Antigono conociese la poca estabilidad de las cosas humanas y la mucha vanidad del siglo, habló con su mujer, y rogóle, que pues Dios les habia dado una hija heredera de su casa y hacienda, se contentase con ella, y en adelante viviese en castidad, procurando solo servir á Dios y aspirar á los bienes del cielo y alcanzar la bienaventurada eternidad. Eufrasia, oyendo las palabras de su marido, hizo gracias al Señor por haberle puesto aquel buen deseo en su corazon, y le respondió, que aquello era lo que ella deseaba, acordándose que dice san Pablo, que el tiempo es breve, y que los que tienen mujeres vivan como si no las tuviesen; porque la figura y sombra del mundo pasa presto: y rogó á Antigono que de su hacienda repartiase una parte á los pobres; porque así la tendrian depositada en el cielo. Hízolo Antigono, y de allí adelante guardaron castidad los dos y vivieron como hermano y hermana, empleándose con gran cuidado en solo servir al Señor. Al cabo de un año vino á morir Antigono santamente, dejando muy buen olor y deseo de sí en la ciudad de Constantinopla; y el emperador con palabras muy humanas consoló á Eufrasia de la muerte de su marido y se ofreció; y ella le suplicó que favoreciese á su hija, pues lo era de Antigono, y le fuese verdadero padre; y Teodosio prometió de hacerlo, y para muestra de su voluntad procuró que un senador principalísimo se desposase con la niña Eufrasia que era de cinco años. Hízose el contrato, y recibió las arras, y difiriéronse las bodas hasta tener edad. Pero como al senador le pareciese que la niña tardaria mucho en llegar á la edad suficiente para casarse, tentó de hacerlo con la madre viuda; porque era moza, y que poco mas de dos años habia vivido con su marido Antigono, ántes que propusiesen entre sí de guardar castidad, y otro año des-

pues. Mas aunque tomó el senador muchos medios, y la emperatriz interpuso su autoridad para persuadirlo á la madre de Eufrasia; ella lo desechó y respondió con palabras de enojo y sentimiento: y para que no le tratasen mas de aquel negocio, se pasó con su hija y casa á Egipto, donde tambien tenia posesiones y hacienda. Allí andaba de unas ciudades en otras repartiendo grandes limosnas á personas necesitadas. Visitó la inferior Tebaida con grande consuelo suyo, por ver á los santos ermitaños que allí vivian, y al cabo paró en una ciudad donde estaba un monasterio en que vivian ciento y treinta monjas con estrimada abstinencia y rigor de vida. Su comida era pan y legumbres, y esto una vez al dia por la tarde, y algunas el segundo dia y otras el tercero. Su dormir era en el suelo sobre un cilicio ancho de un codo y tres de largo: andaban vestidas de cilicios: trabajaban de manos todo el tiempo que podian: si enfermaban no llamaban médico, sino en la enfermedad peligrosa ó muy grave teniéndola por regalo de Dios: ninguna de las hermanas salia del monasterio; y si acaso de fuera las venian recados, la portera los recibia y daba á quien venia, y volvia la respuesta. A este monasterio venian enfermos de diversas enfermedades, y milagrosamente sanaban por las oraciones de las monjas. Quiso una vez Eufrasia darles gran cantidad de oro, para que rogasen á Dios por ella y por su hija; mas la abadesa no lo recibió, aunque admitió una limosna buena de cera, aceite é incienso para el servicio de la iglesia. Entraron un dia madre é hija en el monasterio, siendo ya la niña de siete años, y habiendo pasado entre la abadesa y la niña Eufrasia algunas razones, cuando la madre viniendo ya la noche, se quiso volver á su casa con su hija, ella dijo que se queria quedar allí: y diciéndole la abadesa que no podia quedar ninguna mujer en el monasterio que no se hubiese prometido á Jesucristo con voto perpetuo; luego la santa niña se llegó á un Crucifijo, y abrazándose con él y besándole, le dijo: Por eso no quede: yo me ofrezco á Jesucristo con voto perpetuo para religiosa de este convento. Esto dijo con tan gran resolución y espíritu del cielo, que ninguna cosa que la abadesa le propuso de la aspereza de vida que habia en aquella casa, fué parte para que se fué con su madre: la cual, viendo que aquella era vocacion y voluntad de Dios, como era sierva suya se conformó con aquella, y con los ojos hechos dos fuentes de lágrimas le suplicó que pues habia fundado los montes inmuebles, confirmase á su hija en aquel santo propósito, y la entregó á la abadesa; é hiriendo sus pechos se fué á su casa, dejando á todas las religiosas por una parte llorando y por otra muy gozosas por aquella prenda del cielo que el Señor les habia dado.

Despues la madre Eufrasia hizo una vida santísima y muy áspera, y anduvo por todos aquellos monasterios de Tebaida, dando copiosas limosnas á los siervos de Dios que en ellos vivian; y por una revelacion que tuvo la abadesa de aquel convento, en que habia dejado su hija, entendió que Nuestro Señor la queria llevar para sí, y renunciando á su hija todas sus grandes riquezas, para que las dispensase en obras pias; y dándole saludables documentos, dió su alma al Señor, y fué sepultada en el mismo monasterio. Pero volvamos á otra Eufrasia, su hija y monja, cuya vida aquí escribimos.

Supo el emperador Teodosio la muerte de la madre y el estado que la hija habia tomado, y á instancia de aquel

senador que se habia de desposar con ella, le escribió una carta, en que le decia que pues era ya de edad para casarse, viniese á Constantinopla á celebrar las bodas con su esposo. Pero Eufrasia cuando leyó la carta del emperador, se rió y le respondió que no era justo que ella dejase á su esposo Jesucristo que era Dios inmortal, por casarse con un hombre que era un pedazo de tierra, y tan en breve habia de ser comido de gusanos: que le suplicaba que no la molestase; porque ella estaba determinada á morir mil veces, ántes que volver atrás; y que se acordase de sus padres, y mandase recoger toda su hacienda, y repartirla en iglesias y pobres, y dar libertad á sus esclavos, y soltar á los labradores lo que les debian: para que ella pudiese servir con ménos estorbo á Cristo, á quien del todo se habia entregado y rogase á Dios por ella. Todo lo hizo el emperador como Eufrasia se lo suplicó.

¿Pero quién podrá en pocas palabras referir la vida de esta santa doncella? ¿Y los asaltos y combates que el demonio le dió, y las persecuciones de la envidia que padeció, y los milagros con que Nuestro Señor la ilustró, y la corona de gloria que alcanzó despues de tantas peleas y victorias? Era de doce años cuando se consagró á Dios, y luego comenzó á ayunar comiendo solo una vez al dia, y despues estando los dos y los tres dias sin comer. Barria la casa: componia las camillas de cilicios de las hermanas: sacaba agua del pozo para servicio de la cocina: ejercitábase en las demás cosas bajas y humildes del convento; y hacia esto con mucha alegría. Mas el demonio, viendo sus altos intentos comenzó á hacerle cruda guerra, al principio con tentaciones interiores, las cuales ella vencía con mayores ayunos y asperezas y con dar parte de su trabajo á la abadesa que era su madre y prelada (que es un medio muy usado en las religiones, y muy importante para alcanzar victoria de nuestro comun enemigo): y la abadesa para ocuparla y ejercitarla mas en la obediencia y en la paciencia, la mandó que pasase una buena cantidad de piedra de una parte á otra, y despues que la volviese al primer lugar; y ella lo hizo como se lo mandó, sin remitir nada de sus ayunos ni pedir quien la ayudase, aunque habia algunas piedras que pedian la fuerza de dos hermanas para mudarlas. Mandóle tambien que amasase y cociese el pan para el convento, y que todo estuviese hecho para la tarde. Todo lo hizo Eufrasia con gran gusto y alegría; y en todas las demás cosas de la obediencia se mostraba pronta y aparejada. Mas no por eso el demonio la dejaba sosegar; ántes la hacia mas cruel guerra, inquietándola y afligiéndola con malos sueños y fantasmas tenebrosas: pero la santa virgen conociendo que nacian de su enemigo mortal no se le sujetaba y rendia; ántes maceraba su carne con mayores penitencias y ayunos. Pidió á la abadesa licencia para ayunar toda una semana sin comer nada, que era cosa que ninguna de las otras monjas habia podido hacer sino la abadesa, mujer muy ejercitada en las cosas espirituales y santísimas. La abadesa viendo el grande espíritu de Eufrasia, le dijo, que hiciese lo que quisiese; y ella lo hizo y estuvo toda la semana sin comer bocado. Habia en el convento una monja llamada Germana, mujer baja, hija de una esclava; la cual habiendo de hacer gracias á Nuestro Señor por los dones y mercedes que hacia á Eufrasia é imitar sus virtudes, tuvo envidia de lo que la santa virgen habia hecho en ayunar toda la semana, y lo interpretó mal, y se descompuso

con ella diciéndole que era ambición é hipocresía, y pretender que muerta la abadesa á ella la hiciesen prelada: pero que confiaba en Dios que no tendría tal gozo, ni é! tal permitiría: que estos efectos humanos y tentaciones diabólicas permite Dios aun en las congregaciones de los santos, para que los que lo son se aprovechen de ellas cuando son perseguidos de sus hermanos; y los que persiguen se reconozcan y humillen, y todos conozcamos nuestra flaqueza, y de cuán frágil materia y barro somos compuestos, si Dios no nos tiene de su mano como tuvo á Eufrasia: la cual, con ser la agraviada, pidió perdon á Germana, y se echó á sus piés confesando que era pecadora, y queriéndola aplacar con sus palabras mansas y amorosas. Mas aunque esto hizo Eufrasia por su rara virtud y mayor merecimiento, la abadesa castigó severamente á Germana por el escándalo que habia dado en el convento, y por ruegos é intercesion de la misma Eufrasia, despues le perdonó y remitió parte de la penitencia que la habia dado.

Viendo pues el demonio que no habia podido prevalecer contra Eufrasia, ni con las tentaciones interiores, ni con los sueños importunos, ni con los trabajos desmedidos y continuos, ni con la mala lengua de Germana, ni con los otros medios que habia tomado para derribarla, determinó hacerle guerra por otro camino y probar si la podia matar, ó lisiarla y quebrantarla de manera que quedase inútil: y así, permitiéndolo así Nuestro Señor para mayor gloria suya y confusion del mismo demonio, un dia estando sacando agua de un pozo, la tomó y la echó con el cántaro que tenia dentro del pozo, donde estuvo cabeza abajo del agua hasta que las monjas oyendo la voz de Eufrasia, que al caer en el pozo dijo: «Señor, ayúdame,» acudieron y la sacaron; y ella sonriéndose dijo: «Vive mi Señor Jesucristo, que no me vencerás, ó Satanás.» Otra vez estando partiendo leña con una hacha, se la enredó de manera que le dió una gran herida en el pié, y cayó en el suelo de dolor saliéndole mucha sangre de ella. Llevándola las monjas al monasterio, ella cogió las astillas de leña que habia cortado para que el demonio no saliese con victoria: mas subiéndola la escalera, el demonio la hizo caer sobre las astillas que llevaba, y una de ellas se la entró por la frente: y creyendo las monjas que le habia sacado el ojo, y saliéndole mucha sangre, la santa virgen con mucho sosiego les dijo no temiesen, que su ojo estaba sano y el demonio quedaria confuso. Otra vez la echó de un terrado alto abajo, y teniéndola por muerta ella se levantó sana y sin lesion alguna. Otra vez estando guisando una olla de hortaliza para el convento, al tiempo que mas hervia la olla, la tomó el demonio y se la echó encima: y pareciéndoles á las hermanas que la habia abrasado, ella dijo, que no habia sentido mas pena que si fuera agua fria.

Todos estos acometimientos del demonio permitió Nuestro Señor, para hacer mas esclarecida á su santa esposa, y enseñarnos el odio y aborrecimiento que este infernal enemigo tiene á la virtud, y lo poco que puede contra los que están armados y fortalecidos con el espíritu del cielo, y que por la virtud de Cristo crucificado una doncella tierna y delicada le podia hollar y vencer, como le venció Eufrasia; pues tantas veces herida de él y maltratada, nunca quiso dejar de hacer todo lo que ántes hacia, así en servir en el monasterio á las monjas, como en sus ayunos y penitencia, y en asistir en el coro á maitines y á todas las

otras horas, como si no hubiera otra cosa que hacer: y por esto Nuestro Señor que la habia ayudado para pelear valerosamente y vencer gloriosamente á tan terrible y porfiado enemigo, tambien la quiso honrar é ilustrar con algunos milagros que hizo por ella: de los cuales dos solos diré aqui.

Solían traer al monasterio algunas madres á sus hijos enfermos, y poníanlos en el coro de las monjas; y ellas hacian oracion por ellos y cobraban salud, Acaeció que una vez trayendo una buena mujer á un hijo suyo pequeño, sordo, mudo y paralítico, la abadesa mandó á Eufrasia que fuése á la puerta del convento, y le tomase y le trajese aquel niño. Hizo lo Eufrasia; y mientras que le llevaba, compadeciéndose de él, hizo la señal de la cruz sobre él, diciendo: «El que te crió te sane;» y de repente sanó.

Tenian en el convento, ya habia muchos años, á una mujer endemoniada para curarla por medio de sus oraciones, las cuales las monjas en todo aquel espacio de tiempo habian hecho muy continuas y fervorosas, suplicando á Nuestro Señor que librase aquella pobre mujer de aquel espíritu maligno, y nunca lo habian podido alcanzar: ántes era tan terrible y fiero, que ninguna de las monjas se atrevia á llegar á la mujer, ni á darle de comer sino desde lejos en la punta de una vara: y estando la endemoniada atada con prisiones y cadenas por los extremos que hacia y peligros que corrían las que se acercaban á ella, mandó la abadesa á Eufrasia, que se encargase de esta mujer y le diese de comer; y ella lo hizo con gran prontitud, obediencia y seguridad. Y aunque al principio el demonio se le mostró feroz y bravo, despues se le rindió y sujetó como una oveja, y no habia otra monja que osase tratarla sino Eufrasia. Mas aquella monja llamada Germana, la envidiosa de quien hablamos arriba, burlándose de las otras monjas y haciendo escarnio de ellas, dijo con desden: ¿Así? ¿Qué! ¿No hay en este monasterio quien sujete á esta endemoniada y la dé de comer sino solo Eufrasia? Pues dénme á mí el cargo, que yo lo haré tan bien como ella. Tomó la comida y llevóla á la endemoniada, la cual como un leon ó como el mismo demonio arremetió á Germana, y despedazándole los hábitos la echó en el suelo, y comenzó á maltratarla y comerla á bocados sacándole los redondos del cuerpo con los dientes, hasta que vino Eufrasia y se la quitó de las manos mas muerta que viva, y la mandó que estuviese queda: y con esto se sosegó el demonio, y Germana quedó castigada y enseñada, y las monjas entendieron la gran santidad de Eufrasia, y que Nuestro Señor por las oraciones de ella queria librar aquella pobre endemoniada, y concederle la gracia que por las de todo el convento en tanto tiempo no habia querido conceder: y así fué; porque la abadesa ordenó á Eufrasia que tomase aquella empresa, y echase al demonio de aquel cuerpo: y ella que era humildísima, confiada en la virtud de la obediencia y armándose con la oracion, peleó con el demonio, y finalmente le rindió y venció, y salió dando ahullidos, echando espumajos por la boca, dejando á la mujer con entera salud. Y no por esto se desvaneció Eufrasia; ántes se confundió mas y se aniquiló en el acatamiento del Señor, pasando las semanas enteras, como solia, sin comer, y las noches sin dormir, y sirviendo en todas las cosas del convento con gran paz y alegría de su alma.

Tuvo la abadesa una revelacion, en que le mostraba Dios los grandes méritos de Eufrasia y el alto grado de gloria que le tenia aparejado, y que la queria presto llevar para sí al cielo. Entristecióse mucho con esta revelacion, por la pérdida que hacia á su convento faltándole una joya tan preciosa y tan querida de Dios: lloró algunos dias sin descubrir á nadie lo que habia visto; y despues que las otras hermanas lo supieron, tambien derramaron muchas y copiosas lágrimas. Finalmente lo vino á saber Eufrasia: y con haber vivido con la aspereza, perfeccion y santidad que habemos dicho, se turbó, pareciéndole que no habia hecho nada, y deseando que Nuestro Señor le diese siquiera un año para comenzar á hacer penitencia de sus pecados: pues hasta allí habia sido tan remisa y floja como ella decia. Pero la abadesa la animó y confortó con la gloria que habia de tener en el cielo. Luego le dió una gran calentura que al dia siguiente la acabó. Habia en el monasterio una monja que se llamaba Julia, la cual habia sido como madre y maestra de Eufrasia en las cosas de religion y compañera en sus trabajos, y la amaba tiernísimamente. Esta á la hora de la muerte le pidió con grande instancia que no se olvidase de ella, y que pidiese á Dios que la llevase consigo; y lo mismo le rogó la abadesa. Muerta Eufrasia, Julia se estuvo llorando tres dias sin partirse de su sepulcro que fué el de su propia madre, y al cuarto dia muy gozosa dijo á la abadesa, que Cristo la llamaba por las oraciones de Eufrasia: y al quinto, abrazando á todas las hermanas dió su espíritu al Señor, y fué enterrada con su santa compañera y discípula Eufrasia. Pasados treinta dias, la abadesa llamó á las monjas y las dijo, como ella iba al cielo, y que Eufrasia se lo habia alcanzado de Dios: que eligiesen otra abadesa en su lugar, y ellas lo hicieron: y dando documentos á la nueva abadesa que habian elegido, y exhortando á las monjas que tuviesen por dechado y espejo de sus vidas á Eufrasia, mandó que ninguna entrase en su celda aquella noche. A la mañana la hallaron difunta y que habia dormido en el Señor, y pusieronla en el mismo sepulcro con Eufrasia y Julia; y de allí adelante no quisieron enterrar en él otra monja alguna: y Dios hizo grandes milagros á los que con reverencia y devocion acudian á él. Murió santa Eufrasia de edad de treinta años, y fué llorada y enterrada con gran sentimiento y ternura de todo el convento. El Martirologio romano y el de Usuardo hacen mencion de ella á los 13 de marzo, y los griegos á los 25 de julio. Trae su vida Surio en el segundo tomo, y san Juan Damasceno se aprovecha de ella en la tercera oracion que escribió de los imágenes.

LOS SANTOS MACEDONIO, PATRICIA, SU MUJER, Y MODESTA, HIJA DE ENTRAMBOS. — Padedieron el martirio durante la persecucion del cruel Decio en Nicomedia.

LOS SANTOS TEUSETAS Y HORRES SU HIJO, TEODORA, NINFODORA, MARGOS Y ARABIA. — Todos fueron quemados por la gloria de Jesucristo, en Nicea, en el siglo III.

SAN SABINO. — Natural de Hermópolis en Egipto, vivia en la misma ciudad cristiana y santamente, cuando empezó la persecucion de Diocleciano. Retiróse con otros fieles á una especie de cueva no lejos de la ciudad; pero habiendo sido hallado por los idólatras, lo llevaron á la presencia del prefecto, ante el cual confesó energicamente que era cristiano y que nunca dejaria de adorar á Jesucristo. Fué sin forma de proceso condenado al eculeo,

en cuyo tormento padeció tan horriblemente, que sus carnes despedazadas se veian esparcidas por el suelo: despues le aplicaron planchas de hierro encendido, y al fin, atada al cuello una gran piedra, lo echaron al Nilo, donde espiró en marzo del año 295.

SANTA CRISTINA, VIRGEN Y MÁRTIR DE PERSIA. — Murió á fuerza de azotes por no querer adorar las divindades paganas durante la persecucion del emperador Decio.

SAN RODRIGO, PRESBITERO, Y SAN SALOMON, MÁRTIRES. — Eran naturales, el primero de Cabra, pueblo poco distante de Córdoba en España, y el segundo de Portugal. Hallábase estos dos santos en Córdoba en el año 857, y habiéndolos cogido los moros, quisieron hacerles renegar de la religion que profesaban; pero ellos prefirieron á la apostasia la corona de un glorioso martirio, que efectivamente les dieron el dia 13 de marzo del año 857. Sus cuerpos atados á grandes piedras fueron arrojados despues de muertos á las aguas del Bétis, pero salieron milagrosamente á la orilla despues de veinte dias, y los cristianos los recogieron y les dieron honrosa sepultura, hasta que despues se levantó un templo á su honor, donde obra el Señor muchos milagros.

SAN ANSOBINO, OBISPO DE CAMERINO EN ITALIA. — Fué consagrado el año 822, y murió el dia 13 de marzo del año 840. Su memoria es célebre por la multitud de milagros obrados ántes y despues de su muerte, y por su inagotable liberalidad con los pobres.

SAN NICÉFORO, OBISPO Y PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA. — Fué primero secretario del palacio imperial, despues solitario, y últimamente consagrado obispo en 806. Su celo por las santas imágenes le atrajo la indignacion del emperador Leon el Armenio, que lo hizo deponer en un conciliábulo el año 815, y le envió á un destierro, donde murió el dia 13 de marzo del año 828.

SAN LEANDRO. — Véase el 27 de febrero.

DIA 14.

SANTA MATILDIS, EMPERATRIZ, REINA Y MATRONA. — Por muchos títulos merece santa Matildis los de emperatriz, reina y matrona: sea el primero el de su nobilísima sangre; pues descende de la augusta casa de Sajonia y sus principes por la linea paterna, siendo hija de Teodorico, conde de Ringelheim; y de la real casa de Germania por materna linea, siendo hija de Reynilde ó Reynhilde: los cuales la criaron en poder de santas religiosas, entregándosela luego que fué destetada á su abuela y madre de su padre, Matildis tambien como ella, abadesa del monasterio Hereverdiense, de donde, aprovechada en todas virtudes, salió y casó con Enrique, emperador, primero de este nombre, llamado el *Cazador*, por ser muy dado á la caza: ejercicio honesto, decente y debido á un principe, en que le hallaron cuando le llevaron la nueva de la eleccion que en él se habia hecho del sacro imperio, á que ascendió de duque de Sajonia; principe tan religioso y católico, que sin duda fué inspirado de Dios el emperador Conrado, que le nombró y eligió por sucesor suyo, cuando hizo tan buena eleccion: al fin, no se puede ponderar ni decir mas de su virtud y méritos, que decir tuvo por consorte y dignísima esposa á la gloriosísima santa Matildis; y sea este título de esposa de un emperador el segundo, por donde Matildis se merece los referidos. Sea el

tercero el ser madre de emperadores y reyes; pues Oton, primero de este nombre, duodécimo del imperio de Roma, y trigésimo séptimo del reino ó imperio de Alemania, fué el primer hijo que tuvo de Enrique, su esposo: tuvo otros dos hijos, el uno llamado Enrique como su padre, que fué duque de Baviera; y el otro Bruno, que fué arzobispo de Colonia y santo: y tres hijas, las dos llamadas Gervirga y Adalheyda, que reinaron por los ilustres casamientos que tuvieron; y la otra llamada Matildis, como su madre, y santa también. Pero ¿para qué es buscarle título alguno á los que se le dan tan debidamente á Matildis? ¿No consiguió la corona de gloria? ¿No reina en el cielo con Cristo? ¿No es eterno ya su imperio? ¿Para qué pues le buscamos títulos y elogios temporales á quien los goza eternos? Pasemos ya brevemente á discurrir el tesoro de sus virtudes.

Pero quisiera yo preguntar á otro mas perspicaz ingenio que el mío, humilde y rudo: ¿por dónde daría principio para sulcar tanto piélagó, sin zozobrar ni irse á pique? Tantas son de Matildis las virtudes, y tan en todo excelsas, que el muy docto y grave autor de la Historia sajónica Witichindo, en el fin del libro tercero se puso á referirlas, y en el principio dijo estas formales palabras: «Si de las virtudes de Matildis y su gloriosa memoria queremos decir alguna cosa, un deliquio discurre por nuestras venas, con que desfallece el ánimo y queda desmayado el libro; mas ¿qué mucho desmaye el ingenio si es débil, flaco y sin fuerzas; al paso que la virtud de Matildis es grande, esforzada é inmensa? Porque ¿quién será bastantemente animoso para explicar como debe su anhelo, vigilancia y cuidado en las cosas tocantes al culto divino? Todas las noches se oían en su celdilla (este título da al cuarto de una emperatriz: aun *nó celda*, ya que era cielo, sino *celdilla*: tal debía de ser de estrecho, honesto y pobre: bastaba este para único elogio y timbre de sus virtudes, y para ejemplo no solo á las demás emperatrices, reinas y señoras del mundo, pero aun para la mas encerrada carmelita ó capuchina religiosa): todas las noches, pues, prosigue Witichindo, se oían en su celdilla todos los géneros y modos de músicas y tonos suaves, con que pasaba con toda propiedad plaza de cielo su celda; pues en ella solo habitaban ángeles. Tenía la tal celdilla (y cielo continuo suyo) contigua á la iglesia, tanto, que dándole á su cuerpo muy breve ó ningun descanso, luego se levantaba y se entraba en la iglesia, donde la noche toda pasaba en oracion, sin que por eso cesase la melodía de la música á tres coros, uno que cantaba en la celda, otro que cantaba á la puerta, y otro que acompañaba á Matildis, para que á imitacion del divino trisagio, con que los serafines de día y noche le cantan á Dios la gloria de eternas alabanzas, así Matildis, acompañada de estos tres coros, continuamente ellos con las voces é instrumentos y ella con el corazón diesen eternas alabanzas y glorias á Dios, ensalzando su divina clemencia, bendiciéndola y alabándola.»

«Así pasaba toda la noche en vigiliias y oraciones, y lo restante del día en oír todas las misas que se celebraban, con mucha devocion y contemplacion divina de sus soberanos misterios. Acabadas las misas se iba á visitar los enfermos de los mas vecinos hospitales, consolando á todos con su angelical vista, y socorriendo sus miserias, y aliviándolas con su larga y liberal mano: lo mismo hacia

con los enfermos pobres de casas particulares que por cercanas podia visitar; y las que por muy léjos no le daba el tiempo lugar de visitarlas, las socorria con liberales limosnas, haciendo lo mismo con los hospitales que visitar no podia, tanto de dentro como de fuera de la ciudad; de suerte, que pobre ninguno, enfermó ó sano, por muchas leguas que estuviese distante de Matildis, dejaba de ser socorrido en todas sus necesidades de sus liberales y santas manos, como también consolado en sus aflicciones de sus discretas y santísimas palabras. Y con la habitacion suya tan estrecha como hemos dicho, tenía otra muy dilatada y espaciosa para hospedar peregrinos y pobres, á donde continuamente concurrían muchos, y á todos se les ministraba abundantemente cuanto menester habian, no solo para la mansion que allí hacian, mas aun para la prosecucion y fin de sus viajes y caminos. Alumbraba Dios su entendimiento con espíritu profético, y viendo con él las necesidades de los peregrinos y caminantes, que por no serles camino no llegaban á su celdilla, les enviaba con presteza y liberalidad extraña el socorro de que necesitaban, quedando todos admirados de verse socorridos y aliviados por quien, ménos que por revelacion divina, no solo no podia tener noticia de su necesidad para socorrerla, mas ni aun de su camino y persona: por lo que daban á Dios infinitas gracias, y alababan la liberalidad, virtud y santidad de su fiel sierva Matildis.»

«¿Bien juzgará, quien viere así á Matildis ejercitarse en obras tan pias, humildes y devotas, que faltaba por eso un punto á su regia autoridad? ¿A su imperial decoro? ¿A hacerse de todos respetar debidamente? Bien puede pensarlo cualquiera: pero padecerá engaño manifiesto: porque de tal suerte su gran prudencia unia la humildad con el regio decoro, que quien mas la admiraba humilde, devota y encerrada en tan desechada y pobre celdilla, siempre en oracion, asistida siempre de pobres, peregrinos y enfermos, mas la veneraba princesa grande, reina excelsa y emperatriz soberana: siendo lo que mas admiracion causaba á todos ver, que cuando como reina estaba de la majestad en el solio á vista de todo el pueblo, entonces era el alivio de los fatigados, el consuelo de los afligidos, la alegría de los tristes y de los necesitados el socorro. A sus domésticos criados y criadas hizo enseñar variedad de artes en que ejercitarse, y letras en que aprovechasen á sí y á otros, enseñándolos, guiando á cada uno por su particular ingenio, para que de esa suerte siguiendo su voluntad saliese eminente en la arte, facultad ó ciencia que aprendía; lo que consiguió con facilidad grande; porque sus criados todos eran excelentes y diestros en cualquiera arte y ciencia, y sus criadas en cualquiera ejercicio doméstico y labor femeníl.»

«Al fin, llena de días, de honores llena, colmada de buenas obras, mortificaciones, ayunos, penitencias, oraciones, profecías, limosnas y virtudes infinitas, habiendo repartido sus reales riquezas á los siervos de Dios retirados del mundo, á sus queridas las religiosas, y á sus amados los pobres de Jesucristo, á 14 de marzo del año de 973 entregó el alma purísima en manos de su Criador. Y si mereció por sus virtudes tantas la corona de la gloria en el cielo, también ha querido la Iglesia que conste al mundo todo; pues para eso la ha colocado y puesto en el número de los santos en el dicho día (de su glorioso nacimiento al imperio) 14 de marzo, con este señalado si de-

bido elogio; Halberstath (así se llama la ciudad) en la Germania, el descanso y tránsito glorioso de santa Matildis, reina, madre de Oton I, emperador, célebre é insigne en humildad y paciencia.» Hasta aquí el doctísimo Witichindo.

Cortos elogios son los que este sapientísimo historiador da á los muchos que merecen virtudes tantas, y tan gloriosa vida como vivió y tuvo la bienaventurada santa Matildis; mas ya él mismo da la razon diciendo, que si quisiere referir virtudes tantas le faltaria el tiempo, y que aunque su facundia y retórica fuese la de Homero, Maron ó Ciceron, no bastaria á ponderarlas dignamente; y se disculpa al principio en aquel temblar con que toma la pluma, para tratar de virtudes tan sublimes y excelsas: y si autor tan docto y grave tiembla, ¿qué hará quien en nada puede presumir igualarle? Séame pues muda retórica el silencio, cuyas voces con las de la fama de Matildis podrán solo desempeñarme. Solo me atreveré á añadir, para mayor gloria de tan esclarecida santa, brevemente algo de lo mucho que de sus virtudes dijeron otros escritores graves: especialmente de lo que pasó en su glorioso tránsito, en cuya descripcion corrió tan veloz la pluma de Witichindo.

Años habia, que estando en Colonia, gozosa de ver sus hijos y nietos, donde todos se habian juntado á verla, ménos Enrique, que ya gozaba de la patria celestial el descanso, se despidió de todos, profetizando su muerte. Llegó pues la hora dichosa, en que ya Dios tenia determinado darle el premio á sus grandes virtudes, enviándole los anuncios de una enfermedad, con la seguridad de que seria la última, revelándole el dia y la hora en que se la queria llevar para sí, como ella se lo reveló á la abadesa que la asistia. Vino Wilhelmo, arzobispo de Maguncia, nieto suyo, hijo de Oton, á verla: confesóse generalmente con él: pidióle luego le dijese una misa por sus pecados y descuidos, para que Dios se los perdonase, por el alma de su esposo Enrique, y por todos los fieles vivos y difuntos, y que al fin de ella le diese y administrase los santos sacramentos de la Eucaristia y Extremauncion, que recibió con grande gozo, ternura y devocion. Despues preguntó á la abadesa, si habia quedado alguna cosa que darle á su nieto, por el gran beneficio que le habia hecho en administrarle los santos sacramentos. Respondió la abadesa, que todo cuanto tenia, lo habia repartido á los pobres, como ella se lo habia mandado; y así que no habia la menor cosa que darle: ¡ejemplo el mas raro, que puede verse en una tan gran señora, no hallarse á la hora de su muerte siquiera con una alhaja curiosa y de valor que dar á un nieto suyo en prendas de su amor! Mas ¿qué milagro era esto, en quien todo era un milagro? De los que hizo en su vida pudiera hacerse un grande volumen: no siendo el menor el del fuego, que imitando el de su pecho, por su orden y mandato ardia todas las noches del invierno en las calles y caminos, solo á fin de que se calentasen los pobres, y no se perdiesen los caminantes. Al fin viéndose destituida de todas las cosas de esta vida, y deseando por otra parte mostrarse agradecida al arzobispo, su nieto, y que conociese el amor que le tenia, apeló para las de la otra; y así le dijo á la abadesa, que el paño que habia hecho prevenir para cubrir el túmulo y cuerpo suyo despues de muerta, le sacase y se le diese á su nieto en prendas de su

amor, y replicando la abadesa que haria falta para la funcion que estaba prevenida, respondió con espíritu profético: «Mi nieto ha menester ántes que yo ese paño: dáselo, que para mí no ha de faltar á su tiempo.» Todo se cumplió, así como lo profetizó la santa. Despidióse el de Maguncia, pareciéndole que la enfermedad de su abuela era larga, y que él no podia dejar tanto tiempo sus ovejas sin pastor: bendíjola y pidióle licencia; y estando fuera del cuarto de la enferma, dijo á las que la asistian: Yo dejo aquí un sacerdote, para que vele con cuidado la enferma, y cuando vea que importa vaya á llamarme. Entonces Matildis, como si se lo hubiera dicho á ella, respondió: llévelo consigo; que mas le ha menester que yo. Así fué; mas al dia siguiente, sintiéndose algo indispuerto, tomó una bebida cordial; y ese mismo dia murió en el camino. No se le querian decir á Matildis, porque el pesar no le quitase la vida; mas ella se anticipó y se lo contó á los que rehusaban referírselo: No teneis, dijo sonriendo entre lágrimas, que decirme cosa: ya sé que es muerto Wilhelmo: haced luego se toquen las campanas y júntense los pobres todos, para que se les dé limosna, porque rueguen á Dios por su alma. Quedaron todos pasmados, oyéndola y conocieron que solo Dios pudo decirselo. Vivió despues otros doce dias mas. Llegó el sábado santo, y como ya sabia habia de morir ese dia, que era el que con mas larga mano socorria á los pobres, les lavaba los piés, y daba de comer y vestir, por ser dia dedicado á la Reina de los Angeles y Madre de Dios, María sin pecado concebida, de quien era devotísima; se dispuso así.

Al reir el alba despertó á todos los que la asistian, y mandó que abriesen las puertas y dejasen entrar á cuantos quisiesen y que se llamasen los religiosos y religiosas todas: y habiéndose juntado gran multitud, les hizo una plática espiritual, exhortándolos á todos á amar y servir á Dios, á vivir en su amor y temor santo, y á todo género de desprecio de las cosas de esta vida; y al fin dijo tales cosas, que á todos los dejó compungidos y llorosos. Luego echó á todos su bendicion, y pidió la bendijesen y se fuésen en paz y la encomendasen á Dios, y que solo quedasen con ella aquellas personas que precisamente habian de asistirle. Luego llamó á su querida hija santa Matildis, abadesa que era del convento de San Servacio, que ella misma habia fundado, y le dió tales consejos, tan santos y con tal espíritu, que como otro Elías en Eliseo, dejó el suyo duplicado en Matildis: y bien se vió ser así; pues fué tan gran santa su hija, que cualquiera que contemplase sus insignes virtudes, su virginidad perpetua, su caridad inmensa, su prudencia admirable, y al fin el colmo de las virtudes todas, que por no repetir las de su madre, no refero, conocerá fué hija de la gran Matildis, y que le dejó en esta última plática que le hizo, y bendicion que le dió su espíritu doblado. Profetizóle muchas cosas tocantes al bien de su alma, y dijole amase mucho y venerase á sus hermanas; porque sabia habian de verse y gozarse en la gloria; y al fin le echó su bendicion.

Hecho esto, se volvió á confesar y recibió otra vez los santos sacramentos de la Eucaristia y Extremauncion, y luego pidió á los que la asistian, y les mandó cantasen los salmos, para que ya que ella no podia rezar, ni cantar el salterio todo, como lo habia hecho todos los dias de su vida, despues de cumplir con la obligacion del oficio di-

vino, que rezaba como si fuese religiosa; costumbre en que se crió desde sus tiernos años y observó toda su vida tambien; por lo ménos los oyese y que leyesen asimismo los Evangelios, hasta tanto que su alma por mandado de Dios se despidiese de su cuerpo. Despues de esto no habló mas palabra, sino es, levantando las manos y los ojos al cielo, parece que prevenia el camino que habia de hacer su bendita alma. Viendo ya que se acercaba la hora de nona, mandó que le pusiesen la mortaja y cilicio en tierra, y que tomando su moribundo cuerpo, lo pusiesen encima, lo cual se hizo y ella con sus propias manos se echó ceniza en la cabeza, diciendo: No es decente ni conviene que el cristiano muera, sino es en cilicio y ceniza. Estas fueron las últimas palabras que se le oyeron, y al instante santiguándose descansa en paz, dando su alma al Señor, sábado santo, á la hora de nona: hora en que acostumbraba dar de comer á los pobres de Jesucristo, y dia y hora que ya mucho ántes habia ella profetizado, á los 14 de marzo, año del Señor de 973, segun unos autores, y segun otros de 978. A la misma hora llegaron embajadores de la reina Gerberga, su hija, que le enviaba un paño negro riquísimo bordado de oro y piedras preciosas, para cubrir su cuerpo santo y túmulo, cuando hubiese muerto: con que se cumplió la profecía, que cuando dió á su nieto el de Maguncia, el que estaba prevenido para su entierro, dijo. Escribieron la vida de esta prodigiosa santa el ya referido Wilchibond, en la historia y libro citado; san Pantaleon por mandado de san Enrique emperador; Hermano Grevense in *Avotario Usuardi*; Juan Bollandi in *Martirologio Canisii*; Malano in *Additionibus suis ad Usuardum*; el Martirologio benedictino; Enrique Bodo in *Chronica*; Pedro Mejía en su *Historia imperial y cesárea*; Pineda en la tercera parte de su *Monarquía eclesiástica*, ó *Historia universal del mundo*; el *Martirologio romano* de este dia 14 de marzo, y Baronio en sus anotaciones y en el tomo décimo de sus *Anales eclesiásticos*; Luitprando lib. iv, cap. 7, y otros muchos.

No le queda ya arbitrio al juicio humano para ponerse á discurrir sobre tan prodigiosa vida, ni dar ejemplos con ella; porque toda ella es un vivo ejemplo de vida; y así quien quisiere hallar la eterna y reinar con Jesucristo, lea en Matildis, y resuelva en su ánimo imitarla en algo; pues halla en ella tan viva copia de la mujer fuerte, que buscaba el Sabio; que si no lo es Matildis, por lo ménos lo parece en todo, y no solo lo parece, sino es, que totalmente lo es, siendo verdadera madre de pobres: ¿y qué duda hay, en que todos cuantos se acogieren á su amparo y patrocinio le tendrán seguro, sabiendo no llegó necesidad á sus puertas, que volviese sin consuelo? Quien la obligó tanto, fué su caridad grande: esta es mayor en la gloria: fácil es de inferir ahora la consecuencia á favor de todos aquellos, que su favor invocaren; pues con solas dos cosas le tendrán segurísimo: tenerla gran devocion es la una, y la otra procurar imitarla, con que se llegará á ver en la gloria. Amen.

SANTA FLORENTINA.—Cartagena, ciudad de España, fué la patria de esta santa, que habiendo nacido de padres cristianos recibió de ellos una educacion esmerada. Lo primero que procuraron sus padres fué imbuirla en los misterios de nuestra santa religion y en la práctica de las virtudes cristianas; y supo ella aprovecharse tanto de esas instrucciones, que ya siendo muy niña dió muestras de

santidad, notándosele particularmente grande inclinacion al retiro y á los ejercicios piadosos. Florentina era hermana de los santos Leandro, Fulgencio é Isidoro, que tanto han brillado en la Iglesia por su santidad y sabiduría.

Siendo Isidoro el menor de los hermanos estaba Florentina encargada de él, y vió que de repente le rodeó un numeroso enjambre de abejas que sin molestarle entraban y salian de su boca. Su virtud iba creciendo con la edad, y san Leandro el mayor de sus hermanos se encargó de su direccion en el camino espiritual, y bajo el cuidado de tan sabio maestro aprendió no solo la lengua latina y entendió las santas Escrituras, sino que se constituyó maestra de su hermano Isidoro, enseñándole las primeras letras, los principios de la religion cristiana y las virtudes indispensables para lograr el eterno fin. No haciendo caso alguno de las cosas terrenas, todos sus anhelos eran dedicarse á las cosas del espíritu; así es que tanto por sus virtudes, como por las singulares prendas que la adornaban, era la admiracion de todos, solicitándola para esposa muchos de los nobles de su tiempo. Nada pudieron ni las promesas ni las repetidas instancias, porque Florentina habiase ofrecido al Señor consagrándole su virginidad. Á fin de poder vacar mejor á las contemplaciones de su Dios tomó el hábito de san Benito en un convento cerca de la ciudad de Ecija. Bien pronto conociendo sus virtudes fué elegida abadesa, poniéndose bajo su obediencia y direccion cuantos monasterios de la misma órden se fundaron en España. Su hermano Leandro, á fin de que pudiera perfeccionarse mas en la virtud y perseverar en ella compuso un libro llamado de la Institucion de las vírgenes; su hermano Isidoro dedicóle dos excelentes tratados, guiándola al propio tiempo con sus consejos por los caminos de la santidad; y san Fulgencio, que gobernaba entonces la silla de Ecija, cooperó á fomentar y propagar la vida religiosa entre las doncellas que se consagraban á Dios. Acercábase entretanto el dia en que habia de salir del destierro de este mundo y gozar de la vista de aquel Dios á quien tanto habia amado; llena de merecimientos, y no sin haber dado ántes los mas saludables consejos á sus hijas se preparó para la eternidad recibiendo devotamente los santos sacramentos, verificándose su muerte el año 633, en el monasterio de Nuestra Señora del valle de Ecija.

Fué sepultado su cuerpo en el mismo monasterio, siendo trasladado poco despues á Sevilla. Permaneció en esta ciudad hasta que la invadieron los moros, en cuya época los cristianos junto con el cuerpo de san Fulgencio lo llevaron á una cueva de las sierras de Guadalupe, hasta que en tiempo de Felipe II parte de él fué depositado en el monasterio del Escorial, y otra en la catedral de Murcia.

LOS CUARENTA Y SIETE SANTOS MÁRTIRES.—Fueron bautizados por el apóstol san Pedro, mientras que estuvo preso en la cárcel de Mamertino, en compañía de su coapóstol san Pablo, en cuya prision estuvieron nueve meses. Todos estos santos, perseverando en una devotísima confesion de la fé, fueron degollados por órden del emperador Neron, el año 67 de Jesucristo.

SAN PEDRO Y SAN AFRODISIO.—Fueron martirizados en Africa en la persecucion de los vándalos.

SAN EUTIQUIO, PATRICIO, Y SUS COMPAÑEROS.—Fueron to-

dos juntos martirizados por orden de Evelides, rey de los árabes, porque defendían la fé católica. Su dichosa muerte sucedió en Carras de Mesopotamia el año 741.

LOS DOS SANTOS MONGES, QUE FUERON ABOCADOS EN UN ÁRBOL POR LOS LONGOBARDOS.—Murieron dentro de pocas horas de estar colgados. Despues de la muerte, al anochecer, los oyeron sus mismos enemigos cantar salmos y alabanzas al Señor; pero el Dios omnipotente, dice Bolando, hizo llegar aquellas voces de los espíritus al oído de los vivos; para que conociesen que si servían al Señor, vivirían aun despues de muertos. El martirio de estos santos tuvo lugar en el siglo VI, en el Abruzio ulterior; y durante la misma persecución fué tambien degollado un diácono de la iglesia de Mersique por confesar la fé católica. La Iglesia honra hoy su memoria, aunque ignora su nombre.

DIA 15.

SAN LONGINOS, SOLDADO.—El martirio del glorioso soldado Longinos, escribe Simeon Metafraste de esta manera. Fué Longinos judío y centurion, ó capitán de cien soldados, cuando Cristo Nuestro Salvador fué condenado á muerte de cruz, y uno de los soldados que asistían á la ejecución de aquella impía y detestable sentencia, el cual habiendo visto la paciencia y constancia con que Cristo nuestro Señor habia padecido los tormentos y afrentas de su pasión, y que á la hora de espirar habia alzado la voz con gran clamor, encomendando su espíritu al Padre Eterno, y que el cielo se oscureció, y la tierra tembló, las piedras se hicieron pedazos, y todo el mundo se vistió de luto por la muerte de su Señor; alumbrado con la luz del cielo, conoció que aquel hombre que allí moría, era más que hombre y verdadero Hijo de Dios y por tal le confesó. Despues que fué sepultado el cuerpo del Salvador, mandaron á Longinos que le guardase con sus soldados; y habiendo al tercer día resucitado el Señor, de la manera que se dice en el sagrado Evangelio, los soldados quedaron asombrados, y Longinos mas confirmado, y dió cuenta al sumo sacerdote, y á los escribas y fariseos, de las maravillas que Dios habia obrado, y él y sus soldados habian visto en la gloriosa resurrección de Cristo. Tuviéron de esto grandísimo enojo y pena los sacerdotes, y para oscurecer la gloria de Cristo, procuraron con dones y promesas pervertir á Longinos, y persuadirle que publicase que estando durmiendo sus soldados, los discípulos de Cristo habian venido de noche al sepulcro, y hurtado su sagrado cuerpo; mas el santo soldado, como estaba ya trocado y lleno de divina luz, nunca quiso consentir en la mentira, sino pregonar la verdad y ser testigo fiel de la resurrección del Señor. Vista su constancia, determinaron los judíos vengarse de él; y él, sabiendo su mala intención, y lo que urdían contra él, dejando el oficio de soldado y comprando alguna hacienda, se partió de Jerusalem para Capadocia, acompañado de dos soldados suyos, y allí comenzó á predicar lo que habia visto, y con sus palabras y obras convirtió muchos á la fé de Cristo. Era extraño el fruto que Longinos hacia, y grande el número de los que despedidas las tinieblas de su antigua ignorancia abrían los ojos á los rayos de la divina luz; y crecía y florecía la fé de Cristo con grande ignominia de los judíos que le habian crucificado, los cuales perseve-

rando en su ceguedad, y no pudiendo llevar en paciencia que Longinos su capitán se hiciese pregonero de Cristo, procuraron con grande fuerza que fuese condenado á muerte, como rebelde y traidor, y que el presidente Pilato enviase soldados á Capadocia para que le prendiesen y matasen. Fuéron los soldados armados de impiedad y furor, y quiso Nuestro Señor que topasen con él sin conocerle; y familiarmente y en secreto le dijeron, á lo que venían; y el santo muy alegre y gozoso los recibió en su casa, y los regaló y festejó, y les dijo que se sosegasen; porque él les daría á Longinos en manos; y envió á llamar aquellos dos soldados, que habian venido con él de Jerusalem, y estaban en otra estancia, para que fuesen partíciperos de la misma corona del martirio, que él deseaba y esperaba; y entretanto que venían, acariciaba y regalaba en gran manera á los soldados que tenía en su casa, y habian venido para darle la muerte. Llegaron los dos soldados de Longinos, y en llegando, dijo á los otros: Yo soy Longinos, á quien buscáis: veisme aquí: dadme la muerte y pagadme con ella el servicio que os he hecho estos dias en mi casa, que yo la tendré por singular beneficio. Asombráronse los soldados, cuando esto oyeron, y no podían creer que aquél fuese el que ellos buscaban, por ver el regocijo y júbilo que mostraba y con que hablaba de su muerte; pero cuando se certificaron que era el mismo, pareciéndoles que era grande descomedimiento é ingratitud maltratar á quien tan bien les habia tratado y dar la muerte al que los habia hospedado y regalado con tan rara humildad y cortesía, le dijeron que ántes perderían ellos la vida que quitársela á él, y en efecto fué necesario que él los animase y les diese á entender, que el mayor bien que en esta vida le podían hacer, era enviarle á reinar con Cristo; y mandó á un criado suyo que le trajese un vestido blanco y de fiesta, para celebrar las bodas celestiales aquel dia: y animando á sus soldados y abrazándose con ellos, se hincó de rodillas, mostrando con la mano el lugar donde queria ser enterrado, y allí le degollaron, y con él á sus dos santos compañeros. Tomaron su cabeza los sayones que se la habian cortado, y lleváronla á Pilato; el cual, por dar contento á los judíos, la mandó poner en la puerta de la ciudad. Arrojárónla despues en un muladar y guardóla Dios de todo mal olor y corrupción: y para honrar mas el santo soldado que habia derramado la sangre por su amor, hizo muchos milagros por ella, entre los cuales se cuenta, que una mujer viuda, pobre y ciega, que tenía un solo hijo, que la guiaba, determinó ir á Jerusalem, para suplicar á Nuestro Señor, que la sanase y la librase de las calamidades que padecía. Apenas habia entrado en la ciudad, cuando se le murió el hijo, y quedó del todo desamparada y en perpetuo llanto; mas estando durmiendo, se le apareció san Longinos, como quien la consolaba y declaraba lo mucho que Cristo habia padecido por nuestros pecados, y que él había peleado por él, y con su gracia vencido y sido coronado de corona de martirio; y mandóle que buscara su cabeza que estaba cubierta de estiércol y basura; porque en tocándola, cobraría la vista de los ojos, y mas le dijo que él le traería á su hijo para que le viese, y alegraría y serenaría su corazón. Como lo dijo el santo, así lo hizo; porque la mujer, en despertando, animada con la vision que habia tenido, se fué al lugar que el santo le habia señalado, y sacó la sagrada cabeza del muladar en

que estaba arrojada; y luego cobró la vista del cuerpo, y mucho mas la del alma; y la noche siguiente le apareció Longinos, que le traía á su hijo vestido de una maravillosa y celestial claridad y díjole: Mira que no llores, ni pienses que son desdichados y miserables los que están coronados de gloria y perpetuamente alaban y glorifican al Señor. Toma mi cabeza, y entiérrala con el cuerpo de tu hijo, en una misma arca y alabá al Señor en sus santos; porque esta es su voluntad, y dichas estas palabras, desapareció aquella vision; y la buena mujer, tomando la sagrada cabeza con gran reverencia, y el cuerpo de su hijo la colocó honoríficamente en una aldea que se llama Sandial, y era el lugar donde Longinos habia nacido. De san Longinos hacen mención el Martirologio romano, y el de Usuardo á los 15 de marzo; y el romano dice que fué el soldado que con la lanza abrió el costado del Salvador ya muerto, del cual salió sangre y agua, y comunemente se dice que este soldado se llamaba Longinos, y así lo dice san Agustín, en cuya iglesia en Roma se entiende que está el cuerpo de san Longinos, como lo dice el cardinal Baronio en las anotaciones del Martirologio romano á 15 de marzo.

SAN RAIMUNDO, ABAD Y FUNDADOR.—Nació en Tarazona y nó en Tarragona, como han dicho algunos, confundiendo los nombres de estas dos ciudades. Fué primer abad de Fitero en Navarra, monasterio del Cister. A él y á sus monjes se debe la heroica defensa de la villa de Calatrava, sostenida contra el moro en el reinado de Sancho III de Leon. Por aquel tiempo se fundó la órden de Calatrava. San Raimundo pasó á mejor vida en 1163.

SANTA MADRONA.—Se víva esta santa en clase de criada á una señora judía de la ciudad de Tesalónica, la que profesando un odio implacable á los cristianos no cesaba de atormentarla, valiéndose de todos los medios imaginables para que abjurara la religion de Jesucristo que profesaba. Firme la santa en sus propósitos fué por este motivo bárbaramente apaleada hasta que murió, alcanzando así la corona del martirio, que tuvo lugar en la misma ciudad de Tesalónica de la que era natural, en el siglo octavo. En esta misma ciudad estuvo mucho tiempo sepultado el cuerpo de esta gloriosa santa, hasta que la Providencia divina permitió que unos cristianos se lo llevaran, y á causa de un muy fuerte temporal que sufrió el buque en que iba conducido viniese á parar en las inmediaciones de Barcelona. En el convento de capuchinos situado en la montaña de Monjuich fué depositado, luego en el convento de los mismos padres de la ciudad de Barcelona, en la que se halla hoy día siendo el objeto de la veneracion de los fieles tanto de dicha ciudad como de los pueblos comarcianos, quienes en tiempo de sequia imploran su proteccion para que el Señor les conceda benéfica lluvia para sus campos.

SAN ARISTÓBULO, APÓSTOL DE LOS BRETONES.—Fué hermano de san Bernabé, y uno de los setenta y dos discipulos del Salvador. Despues de la ascension del Señor, se juntó con el apóstol san Pablo, y fué su coadjutor en el apostolado, predicando el Evangelio y trabajando en la conversion de los gentiles. Consagrado obispo por el mismo san Pablo, fué enviado á los bretones, que lo recibieron á pedradas y lo expusieron á la pública vergüenza; pero con su paciencia y constancia, convirtió á muchos á la fé, estableció una iglesia, para la cual or-

denó presbíteros y diáconos, y murió despues santamente con un glorioso martirio, el año segundo del imperio de Neron.

SAN MENIGNO.—De oficio batanero, vivía en un pueblo del Helesponto, y habiendo oido un día que los soldados del foro decian que Jesus Nazareno los habia quitado sus cautivos, encendiéndose en fervorosa caridad, se presentó al tirano y participó de la gloria del martirio, muriendo horrorosamente atormentado el año 251.

SAN NIGANDRO.—Egipcio de nacimiento, habitaba segun se cree en Alejandria cuando la persecucion de Diocleciano. Ocupábase en recoger cuidadosamente las reliquias de los santos mártires, en cuya operacion fué cogido una noche, y habiéndole llevado al tribunal del pretor, confesó que era cristiano, y al mismo instante recibió la corona del martirio, el año 302.

SANTA LEOCRICIA.—Nació en Córdoba de padres mahometanos, y fué instruida en la religion de Jesucristo por una amiga suya, y despues por el obispo san Eulogio. Profesó por mucho tiempo su religion ocultamente; pero un día la sorprendieron sus padres en ejercicios de piedad, y la maltrataron tan cruelmente, que murió coronada con la doble auréola de la virginidad y del martirio. Su dichosa muerte tuvo lugar en la misma ciudad de Córdoba el día 15 de marzo del año 859.

SAN ZACARÍAS.—Griego de nacimiento, fué elegido papa despues de Gregorio III, el año 741. Juntó diferentes concilios para restablecer la disciplina eclesiástica; rescató una multitud de esclavos que los comerciantes de Venecia querian llevar á Africa para venderlos á los infieles, y fué sumamente caritativo con los pobres y los enfermos. Amaba tanto al clero y al pueblo romano, que muchas veces expuso su vida en su favor entre las revueltas que agitaban entonces á la Italia. Este papa hizo la paz con Luitpando, rey de los lombardos, y obtuvo de él en una conferencia todo lo que le pidió, impidiendo con sus ruegos y representaciones, que en 743 se apoderase aquel rey de Ravena. Su elocuencia y su fortaleza vencian á cuantos le trataban. Zacarías, pontífice grande en todos conceptos, murió el día 14 de marzo del año 752, y fué llorado como un verdadero padre. Era tan sin limites su clemencia, que colmó de honores hasta á los mismos que le habian cruelmente perseguido ántes de su elevacion al pontificado, y su memoria fué siempre respetada por la Iglesia, como la de uno de los hombres mas eminentes que la han dirigido.

SAN PROBO, OBISPO DE RIETI.—Fué varon de santa vida, y á la hora de su muerte asistieron visiblemente á su agonía los santos mártires Juvenal y Eleuterio, de los cuales era muy devoto. Su dichoso tránsito se efectuó en la misma ciudad de Rieti el año 370.

SAN ESPECIOSO.—Fué mongé benedictino en el siglo VI; hombre de Dios y modelo de todas las virtudes, principalmente de humildad y penitencia. Despues de una vida pasada en la oscuridad del claustro, murió santamente en Roma: un hermano suyo vió que su alma era llevada al cielo, y Dios hizo célebre su sepulcro acá en la tierra con admirables y ruidosos portentos.

vinas Letras, que fué gran patriarca y padre de los creyentes; y otro Abrahan tambien celebra la Iglesia, varon de insigne santidad, cuya vida escribió san Efrén, y el Metastaste, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en el segundo tomo de las vidas de los santos, de esta manera.

Fuó san Abrahan hijo de nobles padres, ricos y muy estimados en el siglo, y desde niño muy inclinado á todas las cosas de piedad y virtud, y por ello muy amado de sus padres, los cuales, deseando tener fruto de tan poderosa planta, trataron de casarle muy contra su voluntad, porque él tenia muy altos pensamientos: pero fué tanta la instancia que le hizo su padre, y tantas las lágrimas que derramó su madre, que por no contristarlos, dijo él que se casaría. Buscóse una mujer adornada de las dotes y gracias que en las mujeres se estiman. Concertóse el casamiento, aparejándose las fiestas y bodas, y habiendo durado seis dias el regocijo, el séptimo, al tiempo que toda la casa estaba ocupada en convites, músicas, bailes y danzas, el Señor habló al corazón de Abrahan y le alumbró con su divina luz; y le puso delante la vanidad, sueño y sombra de todas las cosas de la tierra, y la esclencia, grandeza y majestad de los bienes eternos, y le penetró de tal manera la fuerza de la divina gracia, que en acabando aquella posadera cena, se salió sin ser sentido de su casa, y guiado del mismo Señor que le llamaba, se fué solo á una casa apartada y solitaria como un cuarto de legua fuera del lugar, y allí se encerró secretamente. Cuando sus padres le echaron ménos, hicieronle buscar por toda la ciudad, y mucho mas por las iglesias, monasterios y desiertos, acordándose de la repugnancia que su hijo habia tenido en aquel casamiento. Despues de muchas diligencias, al cabo de diez y siete dias le hallaron en su casilla, con mucha alegría por una parte por haberle hallado, y nó con menor tristeza por otra, por verle tan trocado, y que en la flor de su edad hubiese dejado su esposa y hecho divorcio con el mundo. Diéronle grandes asaltos para persuadirle que volviese con ellos, pero el santo mozo resistió y los despidió; y rogó que no le inquietasen ni viniesen á él, sino que le dejasen vivir en su recogimiento; é hizo tapiar la puerta de su aposento y dejar solo una ventanilla por donde le pudiesen proveer de un poco de pan y agua para su sustento. Diez años estuvo Abrahan aquí encerrado, haciendo vida de ángel. Pasados los diez años murieron sus padres dejándole heredero de todas sus riquezas que eran grandes: pero no por ellas se movió, pareciéndole, que habiéndolo una vez dejado todo por Dios, no era justo volverse á encargar de ello, mas rogó á un amigo suyo tomase la mayor parte de aquellos bienes y remediasse á los pobres con ellos, y guardase el resto para alguna urgente necesidad, y así se hizo, quedando Abrahan muy contento por aquella buena obra, y por verse tan pobre que no tenia mas de un manto y un cilicio para vestirse, una estera para dormir y un vaso para beber un poco de agua. Pero cuanto esteriormente era mas pobre, y mas desnudo de las comodidades corporales, tanto su alma estaba mas rica y abastada de dones celestiales, y echaba mas claros rayos de santidad y virtud, cuya fama resonaba por todas partes; porque por mucho que él se escondiese, no era posible que el sol no fuese visto y conocido por su misma luz, y el Señor tuvo cuidado de manifestarle con la ocasion que aquí dire.

Habia un pueblo llamado Tenia, aldea grande de la ciu-

dad de Lampsaco, la cual era habitada de gentiles muy obstinados y pertinaces en su secta y enemigos de cristianos. El obispo de aquella diócesis, deseando convertir aquellos gentiles á nuestra santa fé, enviábales los mejores clérigos y monges que tenia, para que con su vida y doctrina los cultivasen: pero ellos eran tan fieros y bárbaros, que no solamente no se ablandaban, ántes amenazaban y maltrataban á sus predicadores; de manera, que apenas se hallaba quien quisiese tomar aquella empresa é irles á predicar. Para esto pareció al obispo que Abrahan seria muy á propósito, y con todo el clero se fué á buscarle, y le rogó que se ordenase de misa y tomase á su cargo aquellos ciegos idólatras que estaban en la sombra de la muerte, y con sus palabras y obras los domesticase y trajese á Cristo, que es luz del mundo. Congojóse sobremanera Abrahan, y suplicó al obispo que le dejase llorar sus pecados y diese aquel cargo á otro de mayores virtudes y fuerzas. Finalmente, entendiendo ser aquella voluntad de Dios, bajó la cabeza y se rindió á las razones y obediencia del prelado, y se fué con el obispo á la iglesia y allí fué ordenado, y acompañado de todo el clero y pueblo se partió para Tenia, pidiendo á Nuestro Señor que pues le mandaba tomar sobre sí tan gran carga, diese fuerzas para llevarla.

Bien entendió Abrahan la dificultad de aquella empresa, y que él la habia de acabar mas con oraciones, suspiros, gemidos y lágrimas en el acatamiento del Señor, que con palabras ni otras obras; y así se determinó á gastar los dias y las noches en pedir á Dios favor, y suplicarle que él mismo hiciese lo que le mandaba hacer. Ante todas cosas hizo hacer una iglesia muy linda y aseada, de los dineros que estaban en poder de aquel su amigo que habia repartido la hacienda de sus padres á los pobres. Acabada la iglesia, tomola por morada para orar y llorar por aquellos infieles, y pedir al Señor que los alumbrase y trajese á su conocimiento. Despues, como era fervoroso y encendido de la gloria de Dios y del bien de las almas, quebró todos los ídolos que halló. Cuando aquellos idólatras vieron á sus dioses hechos pedazos, luego entendieron quien habia sido el autor, y armados de piedras y palos dieron en san Abrahan y le maltrataron é hirieron de manera, que teniéndole por muerto ó creyendo que luego moriria, le dejaron. Mas él, tomando fuerzas con el espíritu del Señor que se las daba, se levantó como pudo, y á media noche se fué á la iglesia para llorar y rogar á Dios por aquellos que así le habian tratado. Volvieron los infieles á la mañana á la iglesia que habia edificado Abrahan, mas por curiosidad que pensando que era vivo y que estaba allí. Cuando le vieron fué tanto el coraje que tuvieron, que con gran rabia y furor echaron mano de él, y atándole con sogas le sacaron de la iglesia y le arrastraron por las calles tirándole muchas piedras; y quebrantado y hecho pedazos, le dejaron la segunda vez. Pero el santo no desmayó ni dejó de volver á la iglesia, y de pedir misericordia al Señor por aquellos hombres tan miserables y ciegos, de los cuales la tercera vez fué arrastrado y perseguido y echado fuera del pueblo. Gastó tres años el santo en estos encuentros y peleas sin perder el ánimo ni hacer mal á nadie; ántes pagando el odio con caridad, el enojo con mansedumbre, y las maldiciones que le echaban con bendiciones, y tratando á todos aquellos gentiles con un amor entrañable, y mas que de hermano, ni padre, ni madre.

No pudo tan rara y excelente virtud dejar de admirar á los mismos bárbaros que le perseguían; los cuales habiendo un dia entrado en su consejo, y tratando de la persona de Abraham, alumbrados de la luz del cielo, vinieron á confesar que no era posible que el Dios de los cristianos que predicaba Abraham no fuese el verdadero, y un sumo bien y eterno; pues por su amor Abraham habia padecido todas las injurias y malos tratamientos que le habian hecho, con tanta fortaleza, sufrimiento y mansedumbre, sin haberse querido vengar, ántes haciéndolos á todos y á cada uno de ellos obras de amorosísimo padre. Movidos de esta consideracion y del espíritu del Señor, que por la oracion y paciencia del santo les queria hacer aquella merced, se fuéron á él todos y se echaron á sus piés allí en la iglesia, donde estaba, y con alta voz comenzaron á clamar: Gloria sea á tí, Señor y Dios del cielo, que nos has enviado á tu siervo Abraham para librarnos de las tinieblas de la idolatría. No se puede creer el gozo y júbilo que entró en el alma de Abraham cuando oyó estas voces, y las gracias que hizo á Dios nuestro Señor por haber oido sus plegarias, y el acogimiento que hizo á aquellos hombres: de los cuales, habiendo sido instruidos y enseñados en las cosas de nuestra santa fé, se bautizaron como mil personas; y el buen Abraham gastó un año en asentar todo lo que tocaba á su aprovechamiento, enseñanza y doctrina. ¡Cuánto puede un amor fino de Dios! ¡Cuánto la paciencia en las injurias y la mansedumbre en los agravios! ¡Cuánto es mas poderosa la oracion y el llanto de Dios y de los hombres, que las palabras y buenas oraciones para convertirlos y hacerles hacer virtud! Bien se echa de ver en este ejemplo de Abraham, que orando y llorando, sufriendo y callando, ablandó las piedras, y de leones y bestias fieras hizo ovejas y corderos.

Mas pasado el año, juzgando el santo que ya habia cumplido con lo que Dios pretendia de él en aquella mision, y que otros podrian regar aquella planta; con el deseo de su recogimiento y quietud, y suplicando á Nuestro Señor que lo tuviese por bien, y proveyese á aquellos hombres de pastor, haciendo la señal de la cruz sobre aquella aldea, y encomendándola al Señor, se partió de ella sin que nadie lo supiese. Pero cuando la mañana siguiente vinieron los vecinos á la iglesia para tomar la bendicion de Abraham y no le hallaron, no se puede decir el sentimiento que tuvieron y las lágrimas que derramaron, y las diligencias que hicieron para hallarle; pero como no le pudiesen descubrir, acudieron al obispo que le habia enviado, avisándole de lo que pasaba. El obispo, viendo que por ningún camino hallaba rastro de él, vino á la aldea y consoló á los nuevos cristianos, y como buen pastor recogió aquel ganado desconsolado, y ordenó á algunos de diáconos y á otros de presbíteros, y dióles la órden y regla que habian de tener para llevar adelante lo que Abraham tan santamente habia comenzado. El cual, habiendo sabido lo que habia sucedido, se holgó por extremo, é hizo gracias al Señor por ello; porque aunque él estaba tan deseoso de su soledad, no por eso dejaba de tener cuidado de aquellas almas que Dios le habia encomendado y algun escrúpulo de haberlas dejado sin pastor.

Con esto se volvió Abraham á su antiguo encerramiento, y edificó una casilla allí cerca, cuya puerta mandó cerrar para darse á Dios con mayor instancia; mas el demonio le comenzó á hacer guerra, y siendo padre de ti-

nieblas, una vez á media noche se vistió de claridad, y comenzó á hablar á Abraham y á decir; que era dichoso y bienaventurado; porque ninguno habia llegado á tan alto grado de perfeccion como él. Pero el santo conoció al autor de aquella voz y lo que pretendia; y humillándose delante del Señor, y conociendo que era tierra y ceniza, reprendió al demonio; y él desapareció esta vez, aunque algunas otras le persiguió y quiso turbar, fingiendo que queria hacer caer sobre él la casa ó quemarla, y haciendo otros embustes y enredos para molestarle y desasosigarle; pero todos los venció y de todos triunfó el varón de Dios. Maravillosas fueron las victorias que tuvo Abraham de su carne, del mundo, de los gentiles que convirtió, y de los mismos demonios; pero no fué la ménos ilustre de todas las que se sigue. Murió un hermano de Abraham, dejando una sola hija que tenia huérfana de padre y madre; y siendo de siete años la llevaron á su tío Abraham para que dispusiese de ella, porque no habia otro á quien poderia encomendar. Enternecióse el santo y compadecióse de la niña, y mandóla poner en aquella casa que estaba pegada á su encerramiento para que allí viviese; y él desde una ventanilla la pudiese hablar y enseñar las Letras sagradas, y todo lo que toca al amor y temor santo del Señor; y ella tomaba tan bien todo lo que el santo tío le decia, y procuraba ponerlo por obra con tanta diligencia y fervor, que cada dia iba ganando mas la voluntad de Abraham, por verla tan virtuosa y perfecta. Trece años estuvo en este recogimiento María, que así se llamaba; pero siendo ya de veinte años el demonio la armó un lazo para hacerla caer; y en efecto cayó: porque un mozo, que con hábito de religioso venia algunas veces á visitar á Abraham, la vió un dia y se le aficionó, y ella no ménos á él; é instigándolos el demonio, tuvieron ocasion, lugar y tiempo para perderse. Salió María de su recogimiento: perdió la flor de su virginidad; y quedó como suelen las tales, herida y atravesada de dolor, después que cometió la maldad, considerando lo que habia perdido, que era Dios, la gloria de virgen, el testimonio y la alegría de su buena conciencia; las obras de penitencia que tantos años habia hecho, y lo que habia ganado que era infierno y confusion, y el estado en que ántes habia estado y la miseria en que al presente estaba; y con un interior y profundo gemido y dolor de corazon, decia entre sí: ¡O desventurada y triste de mí! ¿Cómo podré alzar los ojos al cielo que tengo tan ofendido? ¿Cómo pediré favor á Dios, que era padre y amparo de mi virginidad, habiéndole yo mancillado y profanado el templo santo del Señor; y afeado y borrado su semejanza é imagen? ¿Cómo he derramado en un punto todo lo que en tantos años habia allegado; y perdido por un breve y sucio deleite los tesoros que habia ganado? ¡O tío mio y padre de mi alma! ¿dónde estás, y qué mala cuenta he dado de mí? ¿Cómo podré yo mirar de aquí adelante tu cara, ni aun la ventana por donde tú me hablabas é insilabas á mi alma palabras de vida? ¡O fuego! ¿cómo no me abrasas? Tierra, ¿cómo no te abres? Infierno, ¿cómo no me tragas? Y el demonio que ántes le habia quitado la vergüenza para que pecase; después del pecado se la restituyó para que no se arrepintiese ni hiciese penitencia de él; ántes teniendo vergüenza y empacho de su tío, le dejase y fuese á otra parte donde no fuese conocida; y pues ya estaba perdida se acabase de perder del todo. Con este intento se fué una

ciudad que estaba de allí dos jornadas, y con hábito seglar, galano y lascivo, se entró en un meson y comenzó á sollar la rienda á sus apetitos, y á vender su cuerpo á cualquiera que le quisiese. Tuvo Abraham cierta revelacion, en que el Señor le significaba la caída de su sobrina, con esperanza de que se podría levantar y resucitar la paloma que estaba en el vientre del dragon! Y habiendo pasado dos años en continuo llanto y tristeza, rogando á Dios por la desventurada sobrina, y sabiendo donde estaba, determinó sacarla de las uñas de Satanás y restituirla á Jesucristo. Para esto buscó un caballo y tomó los dineros que le pareció; y vestido de soldado dejó su recogimiento y fué á la ciudad donde María vivía, y posó en el mismo meson donde ella estaba, procurando verla y hablarla. Mas como no le conociese, fingió que estaba enamorado de ella, y que la había venido á buscar de lejos movido de la fama de su extremada belleza y gracia, tomando por medianero para salir con su intento, al mismo mesonero que vivía de esta mala mercadería. Y aunque al mesonero le pareció mal que un hombre viejo y de tanta edad como las canas de Abraham mostraban, anduviese en aquellos tratos y locos amores; todavía por su interés hizo lo que Abraham le pidió y le puso con María: y habiendo cenado juntos y entrándose en un aposento donde nadie los podía estorbar, descubrió Abraham quién era, y habló con tan tiernas y sentidas palabras á María, que ella se compungió y no pudo resistir al espíritu divino que hablaba por su tío. Estuvo al principio la triste mujer como atónita y fuera de sí; con los ojos bajos, las mejillas como una grana y toda cubierta de confusion, deshaciéndose en lágrimas, sin osar mirar la cara de su tío. Pero el santo la consoló y dijo: ¿Por qué, ó hija, no me respondes? ¿No sabes que por tí he tomado el trabajo de tan largo camino? ¿Y siendo viejo y monge, y que nunca he sabido sino estar en mi celda y callar, sin comer carne ni beber vino, me he vestido de soldado y quebrado todas las leyes que me había puesto, para que tú no perezcas? No te desesperes, hija; porque no hay llaga tan incurable, que con la sangre de Cristo no se pueda curar. Sobre mí sea este pecado: yo daré de él cuenta al Señor si tú vienes conmigo y vuelves á tu antigua morada. Volvió favorecida del Señor María con su tío: y antes de partir le preguntó, ¿qué haría de sus vestidos de oro y plata, galas y atavíos que tenía? Y el santo le respondió: que lo dejase todo y solo se acordase de Jesucristo; y haciéndola subir en el caballo, y llevándole por el freno á pié, victorioso y cargado de los despojos de Satanás, se volvió con ella á su recogimiento; donde María se dió de tal suerte á la penitencia, que lavó con sus continuas y copiosas lágrimas las manchas de sus pecados tan perfectamente, que tuvo revelacion que el Señor se los había perdonado, é hizo muchos milagros, sanando á los enfermos de diversas y peligrosas enfermedades, con grandísimo regocijo del santo viejo Abraham: el cual, habiendo vivido cincuenta años en tan santa vida y rigurosa penitencia, flaco y consumido por ella, pero siempre con alegre rostro y con color de mozo, que le duró hasta la muerte, y sin que los vestidos que tenía se le gastasen, ni envejeciesen, llegado á una extrema senectud, dió su espíritu al Señor y fué sepultado acompañado de infinita multitud de gente que concurrió á su entierro, procurando cada uno á porfía llevar algo de su cilicio ó hábito, por una preciosa reliquia contra todas

enfermedades y trabajos que les pudiesen suceder. Cinco años despues pasó María á mejor vida con grande opinión de santidad, y despues de muerta, su rostro quedó hermosísimo y resplandeciente, en señal de la hermosura de su alma.

Esta es la vida de Abraham anacoreta, y el fin de María penitente, su sobrina, para que los justos imiten al inocente, y los pecadores no desmayen ni desesperen, antes tomen por espejo á la que habiendo caído por su flaqueza, por el favor de Dios nuestro Señor se levantó y cobró la gracia que había perdido, y lloró tan amargamente sus pecados, que mereció alcanzar perdón por ellos y hacer milagros, en testimonio de habérselos perdonado el Señor. Pero entre las otras cosas admirables que en la vida de este santo anacoreta habemos de notar y procurar imitar, es aquella fina y encendida caridad del Señor y del alma de su sobrina, que le abrasó é inflamó de tal manera, que le sacó de sí y le hizo tomar figura, traje y hábito tan contrario á su estado, y hacer cosas tan repugnantes á sus costumbres, propósito é intentos: porque, ¿quién no se admira viendo á un hombre de la edad y severidad de Abraham hacer lo que él hizo? ¿Trocar el cilicio por el vestido galano, el báculo por la espada, la celda por la ciudad, y el que antes no se hablaba de pan y agua, comer manjares regalados y sabrosos; y el que siendo mozo había dejado su esposa por guardar su virginidad, ahora siendo ya viejo fingirse enamorado, loco y perdido, y acariciar y regalar á la que estaba perdida, para ganarla y levantarla y volverla á Dios? ¡O qué ingeniosa, y qué fuerte y eficaz es la caridad, y lo que puede y hace hacer una alma herida del amor del Señor! Y ¡cómo se echa de ver que todas las cosas le deben servir! Pues á Abraham el traje de soldado, y la máscara de enamorado, y el disfraz y rebozo de loco y perdido, le fué tanto ó de mas merecimiento que el cilicio y la penitencia y el silencio; porque servían á la caridad. De donde se ve, que el bien y el mal no están tanto en lo que se hace, quanto en la intencion con que se hace: y que así como merece castigo el lego que se viste de hábito de religioso para engañar; así merece premio el religioso, que para ganar las almas de los próximos se viste de seglar, como lo hizo san Eusebio, obispo Samosateno, que para ayudar y animar en la fé á los católicos se vestía de soldado; y lo hacen hoy dia muchos religiosos de nuestra compañía y otros sacerdotes en Inglaterra, negando en el traje lo que son, porque los católicos no nieguen á Jesucristo, y los herejes le conozcan y se reconozcan. La mujer del rey Jeroboan, queriendo saber que había de ser de su hijo Abía que estaba enfermo, mudó vestido por no ser conocida del profeta Abías; y no le valió: y la santa Judith dejó el cilicio y se vistió de todas sus galas de su mocedad, y se adornó con las joyas y riquezas que tenía; y ataviada y llena de ungüentos olorosos y preciosos como si fuera á desposarse, se fué al campo de Holofermes, para cortarle la cabeza y librar al pueblo del Señor. Así lo hizo nuestro Abraham con tan feliz suceso, como aquí queda referido.

De san Abraham hacen mencion el Martirologio romano á los 16 de marzo, y los griegos en su Menologio á los 29 de octubre. Escribió su vida, como dijimos, san Efrén, diácono, compañero y discípulo de san Basilio, y hace mencion de él en un tratado que se llama: «El Testamento

de Efen; » y mas largamente la escribió el Metafrastes y Sozomeno en su historia, libro III, capitulo 13, y Nicéforo, libro VI, capitulo 16; tambien hacen mención de Abraham, discípulo de Efen, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones del Martirologio.

SAN HERIBERTO, OBISPO Y CONFESOR. — Si bien este santo era descendiente de una familia ilustre de Alemania, con todos sus virtudes y ciencia hicieron que resplandeciera mas en el mundo que su nobleza. Nacido en Vormes y educado en la religion cristiana, ya desde muy jóven se ocupó en el estudio de las santas Escrituras, siendo tal la copia de luces que sacó de esas fuentes divinas, que fué considerado como doctor famoso de la iglesia de Alemania, siendo el consultor en cuantas dudas se ofrecian. Era tenido en tal aprecio en razon de sus relevantes méritos por los sumos pontífices, quienes le confiaron muchas veces negocios árdios, nombrándole alguna ocasion árbitro de paz para arreglar las desavenencias entre el emperador y la sede romana. Fué nombrado arzobispo de Colonia, y fué tanto el celo que desplegó para bien de sus ovejas, que el imperio vió con placer reformadas las costumbres que tan relajadas estaban en aquellos tiempos. Murió Heriberto en Colonia el día 16 de marzo del año 1021.

SAN CULIACO, DIÁCONO. — Despues de sufrir este santo los rigores de la prision por largo tiempo, le bañaron con pez derretida, y extendido sobre el potro, le descoyuntaron sus miembros y le golpearon con palos, y por último, en compañía de san Largo y san Esmeragdo, y de otros veinte, fué degollado en Roma por órden de Maximiano.

SAN HILARIO, OBISPO, Y SAN TICIANO, DIÁCONO. — En tiempo del emperador Numeriano y del gobernador Beronio, despues de haber sufrido el potro y otros diversos tormentos, fueron martirizados y muertos, juntamente con los santos Félix, Largo y Dionisio, en Aquileya, el año 285.

SAN PAPAS, MÁRTIR EN LICAONIA. — Por confesar la fé católica fué azotado y descarnado con ñas de hierro, y calzándole despues zapatos sembrados de agudas puntas tambien de hierro le hacian andar, hasta que atándole á un árbol, dió el alma al Señor el día 16 de marzo del año 300. El árbol en que murió este santo era ántes estéril, y dió fruto de allí adelante.

SAN JULIAN. — Habiendo sido preso por cristiano y no queriendo ofrecer incienso en los altares paganos, fué cruelmente atormentado, y despues lo metieron en un costal lleno de viboras y lo echaron al mar, donde alcanzó el premio eterno. Su martirio tuvo lugar en Anazarbo de Cilicia el año 308.

SAN AGAPITO, OBISPO DE RAVENA. — El duodécimo despues de los apóstoles, hombre recto y sencillo, y tan caritativo con los pobres, que fué apellidado su verdadero padre. Dirigió su grey veinte y tres años, y murió santamente, admirable en prodigios, el día 16 de marzo del año 310.

SAN PATRICIO, OBISPO. — Véase el día siguiente inmediato.

DÍA 17.

SAN PATRICIO, OBISPO PRIMADO DE IRLANDA. — El glorioso san Patricio, apóstol de Irlanda, tuvo por padres á Calfur-

nio y Conquesa, personas honradas, y nació en un pueblo marítimo de Bretaña, llamado antiguamente Triburnia, ó Eiburnia, ó Taburnia. Teníale Dios escogido para grandes cosas, y obrador de grandes maravillas; y así le previno con grandes favores de su mano. Habiendo nacido san Patricio, un ciego desde su nacimiento llamado Gormas oyó una voz que le dijo, que en bautizando aquel niño tomase su mano derecha é hiciese con ella una cruz en el suelo, y que luego saldria una fuente, con cuya agua alcanzaria vista de los ojos. Hizolo así Gormas, y luego milagrosamente manó una fuente, donde se formó una cruz con la mano del niño Patricio; y lavándose en ella, se le abrieron los ojos y vió perfectamente. Desde niño obró Dios muchos milagros por Patricio; porque viniendo una grande avenida de agua sobre un pueblo, y especialmente sobre su casa, mojado el niño tres dedos en las aguas, despues de hecha oracion, las roció en forma de cruz tres veces en honra de la Santísima Trinidad; y al punto se detuvo aquella inundacion y se retiró la corriente. Convirtió tambien siendo muchacho unos pedazos de hielo en fuego. Dió salud á una hermana suya, y vida al marido de su tia que le criaba. Enviándole un día á tener cuenta con un rebaño de ovejas, se llevó una un lobo: á la noche rieron mucho á Patricio: él calló con grande paciencia, suplicando á Nuestro Señor restituyese la oveja: fué cosa maravillosa, que luego al otro día vino el lobo trayendo la oveja en la boca, y poniéndola á los piés de san Patricio, se tornó al monte. Estando su ama enferma y con deseo de comer un poco de miel, con la cual imaginaba que sanaria, y no hallándose entonces en el lugar; el muchacho Patricio con grande fé tomó un vaso de agua y dióselo á gustar á la enferma, la cual halló ser toda miel, sanando luego de su dolencia. Tenia gran madurez y peso en sus acciones; ayunaba mucho, oraba cuanto tiempo podia, y gastaba largos ratos en cantar salmos é himnos.

Queriendo Dios ilustrar á san Patricio, y disponerle para la conversion de muchas gentes, permitió fuese cautivo de unos piratas irlandeses que robaron su lugar y le llevaron á Irlanda, siendo de diez y seis años, donde le hicieron guardar lechones. El santo mancebo pasaba su vida por los montes como si fuera ermitaño, ocupado todo en contemplacion divina. Cien veces de día y otras tantas de noche se hincaba de rodillas á hacer oracion. Su sustento eran yerbas del campo y otros manjares groseros, creciendo siempre en espíritu y mayores virtudes. Seis años estuvo cautivo, y en los cuales aprendió la lengua irlandesa y conoció la necesidad que tenia aquella tierra de predicadores que comunicasen á sus moradores la luz del Evangelio. Tuvo revelacion san Patricio que él los habia de convertir: y queriendo el Señor habilitarle para tan alto ministerio, le sacó de aquella cautividad por esta manera maravillosa. Apareciósele un ángel diciéndole, como Dios era servido de sacarle de aquella servidumbre, que mirase donde habia hecho un hoyo grande el ganado que guardaba, y que allí hallaria la cantidad de oro que bastase para su rescate. Sucedió así como el ángel le dijo: habiendo pagado san Patricio á su amo el precio en que concertaron, se volvió á su tierra, haciendo Dios Nuestro Señor en el camino por el santo mancebo muchos milagros y maravillas.

Estando ya en casa de sus padres, se le apareció durmiendo un varon muy bien dispuesto y agraciado, como

que traía muchas cartas de Irlanda, dando á san Patricio una para que la leyese, en cuyo principio estaba escrito: «Estas son voces de los naturales de Irlanda.» Cuando quiso pasar á leer mas adelante, se le representaron innumerables niños que estaban aun en los vientres de sus madres, que con voz clara clamaban y decian: «Suplicámoste ó santo mancebo Patricio, que vengas y andes entre nosotros y nos libres.» A estas voces enternecido san Patricio, despertó y conoció como el Señor le confirmaba el haberle escogido por predicador y padre espiritual de aquella nacion; y así determinó pasar á Francia para estudiar las Letras sagradas y ordenarse, y comunicar con grandes prelados que entonces florecian en aquel reino para hacerse con su ejemplo y doctrina ministro digno de Dios. Estuvo debajo de la enseñanza de san German, obispo Antiodorensis, diez y ocho años, del cual fué muy industriado en las cosas divinas y ordenado de sacerdote. Despues pasó á comunicar con san Martín obispo, cuyo pariente era por parte de madre, con cuyos consejos se aprovechó mucho y tomó el hábito de monge. Siendo ya tiempo de cumplir su deseo de ir á predicar á Irlanda el santo Evangelio, para lo cual le habia escogido el Señor como precioso vaso que le llevara su santísimo nombre entre aquellos bárbaros que estaban en la sombra de la muerte, quiso por consejo de san German recibir la bendición del sumo pontífice y darle cuenta de sus santos intentos. Hizo el camino por mar, y en una isla del mar Mediterráneo, á la cual aportó, visitó un santo varon que en ella hacia una vida santísima, el cual le dió un báculo en nombre de Jesucristo, diciendo que le habia recibido de su misma mano para que le diese á Patricio cuando viniere por allí. Este báculo fué muy célebre y se llamó «el báculo de Jesus,» y con él hizo san Patricio grandes milagros como Moisés con su vara. En Roma fué muy bien recibido nuestro santo del papa Celestino I; el cual viendo su gran santidad, doctrina y el celo tan fervoroso de ayudar á las almas de los irlandeses, hizo á san Patricio su legado y primado de Irlanda, concediéndole grandes gracias y favores y consagrándole de obispo. Dióle el sumo pontífice veinte compañeros y obreros para que le ayudasen á cultivar aquella nueva viña del Señor: con lo cual se partió san Patricio para Irlanda muy contento, y mucho mas con una visita que tuvo de Cristo, nuestro Redentor, que se le apareció y prometió ayudarle en todo y oír sus oraciones. Pasó por Francia para ver á su maestro san German, el cual tambien le echó su bendición y dió muchos cálices, ornamentos sagrados, libros y otras cosas que le pudiesen servir en la conversion de aquella gente.

Quando llegó á tierra de Irlanda, vió innumerable multitud de demonios que se oponian y querian defender la entrada; mas el santo con la señal de la cruz los ahuyentó. habian dicho los magos de aquella isla algun tiempo ántes que llegase el siervo de Dios, como habia de llegar á sus tierras un extranjero dando las señas de san Patricio, el cual habia de destruir sus dioses. Ca usó gran pavor en aquellos infieles este pronóstico, y al rey principal de Irlanda llamado Leogario, habiendo prevenido que cuando llegase á sus puertos tal hombre, lo impidiesen la entrada, ó una vez dentro lo desterrasen. Apenas hubo puesto san Patricio el pié en tierra, cuando salieron á matarle mucha gente: echáronle un alano terrible y fierisimo como los

hay en aquellas partes para que le despedazase, mas el perro enmudeció y quedóse inmóvil como si fuera de piedra. Llegó un hombre muy robusto y tan grande, que era tenido por gigante, con la espada desnuda para matar al santo; pero no pudo tirar el golpe ni mover la mano, teniéndosele invisiblemente y quedando él como una estatua. Este hombre se llamaba Dichu, y era muy poderoso en aquella tierra y grande capitán: el cual, como esperimentase en sí aquel milagro, se aficionó á san Patricio, y oyendo su doctrina se bautizó con toda su familia; y trocádo ya en otro hombre, ayudó grandemente al siervo de Dios para la conversion de los demás gentiles, haciendo desde luego que se edificase una iglesia en el lugar donde le sucedió aquel pasmo.

Hacian grande resistencia al santo predicador de la verdad muchos magos y hechiceros que de muchas maneras impedian el fruto de su predicacion; mas Dios los castigó con casos espantosos. Estando el santo diciendo misa en una iglesia pequeña que habia edificado, llegó uno por la ventana con un palo largo y le derribó el cáliz consagrado. Al punto se abrió la tierra y le tragó vivo: lo cual causó tan grande pavor á muchos que lo supieron, que se convirtieron luego á la fé: y mas, sabiendo que las especies del vino vertidas se tornaron por oracion del santo á poner dentro del cáliz como ántes estaban, sin quedar mojada aquella parte en que cayeron. Habia otro mago llamado Dochu, y muy querido del rey, el cual se hacia dios, y con varios engaños resistia á san Patricio, como Simon Magó á san Pedro. Quiso para confirmacion de su divinidad subirse á los cielos, mas estando ya muy alto, hizo oracion san Patricio, y luego cayó á los piés del santo donde se hizo pedazos. Habia en Irlanda un idolo muy célebre, el cual llamaban cabeza de todos los dioses: era muy grande y todo cubierto de oro y plata. Viendo el siervo de Dios, que la adoracion de este idolo detenia á muchos no se rindiesen á su predicacion, hizo oracion al Señor; y levantando en alto contra él el báculo de Jesus que traía en la mano, al momento cayó en tierra el idolo, y todo el oro y plata se volvió en polvo. Con esto oyeron muchos la doctrina del cielo que les anunciaba san Patricio, y Dios la confirmaba con muchos milagros. Llegó á predicar á un lugar donde habian enterrado á dos mujeres: hizo el santo quitarles la tierra de encima, y luego las mandó en nombre de Cristo saliesen vivas de la sepultura. Resucitaron á vista de todos las mujeres, pregonando á voces que Cristo era verdadero Dios, y que sus ídolos eran dioses falsos, y pidiendo instantemente á san Patricio las bautizase. El santo las bautizó con otros muchos que por aquel milagro se movieron á recibir el yugo de Jesucristo. Otros muchos muertos resucitó el santo, y dió salud á innumerables enfermos, y muchos solo con que les tocase su sombra sanaban, como se dice de san Pedro en los Actos de los apóstolos. Caminando el santo un dia con algunos de sus discípulos, no halló barca con que pasar el rio Sinnia: hizo oracion á Dios, y de una parte á la otra del rio se levantó la tierra haciendo camino, por donde pasaron sin mojarse. Quisieron los gentiles matar al santo, presentándole unos quesos venenosos: el siervo de Dios los hendió; y se convirtieron luego en piedras, con gran confusion de los infieles y admiracion de todos. Estando predicando el siervo de Dios, vió un señor muy poderoso de aquel reino que salian llamas de la boca de san Patricio, y que le penetraban

el corazón, con el cual prodigio se convirtió á nuestra santa fe.

Para facilitar la conversión de todas aquellas islas, y persuadir á todos sus habitantes el castigo que se ha de dar en la otra vida por los pecados de esta, lo cual no acababan de entender, suplicó á Nuestro Señor les diese algunas muestras visibles de ello, porque se lo habían pedido los mismos gentiles, diciendo que con eso se convertirían todos. Retiróse el santo algunos días para recabar de Dios esta merced, la cual se le concedió el Señor mostrándole en la parte aquilonar de Irlanda una cueva, en la cual los que entraban veían muchas cosas estrañas, parte de grandes y terribles penas, parte de amenidad y contento. A este lugar llamaron «Purgatorio de san Patricio,» del cual han escrito David Roto, obispo Osoriense, Henrico Saltariense monge del Cister, Mateo Paris monge de san Benito, y Giraldo Combrese; aunque otros autores han añadido muchas fábulas.

Favorecía Dios en todas las cosas á san Patricio, obrando por él tantos prodigios y milagros que vino á convertir aquellas gentes, las cuales mantenía en la fé y las instruía con grande amor y diligencia, mirando en todo por su provecho espiritual y temporal, proveyéndolas de santos y celosos pastores, visitándolas con su presencia, y animándolas con su ejemplo, y haciéndolas muchos bienes. Y para enriquecer aquellas iglesias con algunas reliquias de santos y gracias del sumo pontífice, tornó á Roma, teniendo para ello revelación del ángel del Señor. En el camino pasó por su patria donde fundó muchos monasterios de monges y reformó otros, estableciendo muchas cosas del servicio divino. Recibióle el sumo pontífice con gran amor: dióle muchas reliquias y su bendición; y el santo se volvió á Irlanda con treinta obispos que hizo que consagrasen, porque los había menester para la copiosa mies que había producido la semilla de su predicación. Asentó con esto las cosas de la religion, ordenando leyes muy saludables para el gobierno de aquellos pueblos, haciendo en todo oficio de vigilante pastor.

Después de haber limpiado á Irlanda de sus errores y abominaciones, limpió la tierra de otras grandes calamidades que padecía, que eran gran multitud de animales venenosos, hechiceros, y demonios que con horribles figuras se solian aparecer: desterró los magos y hechiceros con horrendos castigos, que por las oraciones del santo hizo Nuestro Señor en los que profesaban aquella maldita arte. A algunos magos que se opusieron al siervo de Dios abrasó fuego del cielo; á otros tragó la tierra. Las apariciones de los demonios cesaron también por ruegos del santo prelado, que los desterró de aquellas provincias. Para confirmar esta gracia y expeler todo animal ponzoñoso de Irlanda, ayunó san Patricio cuarenta días, como otro Moisés y Elías, sin comer manjar ninguno de la tierra. El modo con que limpió la tierra de los animales ponzoñosos fué admirable. Juntáronse todos por ministerio angélico en un lugar, y el siervo de Dios con el milagroso báculo de Jesus, de que hemos hecho mención, los ahuyentó hasta un alto premonitorio que estaba en la orilla del mar, y de allí se precipitaron en el Océano. Desde entonces no ha nacido mas animal venenoso en Irlanda, y lo que es mas á ningun irlandés católico, aunque sea fuera de su patria, ha hecho mal ningun animal ponzoñoso; lo cual dura hasta hoy.

Pero no solo fué san Patricio admirable en la gracia de hacer milagros, sino también en el don de la profecía. En las peregrinaciones del santo llegó una vez al río Boallo, en ocasión que no había modo de pasarlo ni por puente ni barca; hizo oración el siervo de Dios, y luego se dividieron las aguas, dando paso franco á san Patricio y á todos los que iban con él. Ya que estuvo de la otra parte echó su bendición al río, el cual mudó la madre de tal forma, que por la parte que miraba al oriente quedó muy somero, de suerte que se podía vadear á caballo; por la parte que miraba al occidente iba muy profundo, llevando por una parte y otra, en aquel espacio por donde pasó san Patricio gran cantidad de peces. Preguntado el siervo de Dios de la causa de tan gran maravilla, dijo; que porque había de nacer un santo, que fué san Colombo, el cual de allí á muchos años había de habitar en aquel lugar; y que para comodidad suya, y de sus hijos y discípulos, convenia hubiese allí tanta abundancia de pescado, y que estuviese el río en aquella forma. Sucedió todo como san Patricio dijo; porque después de algunos años fundó allí san Colombo su monasterio. Profetizó también, donde había de fundar otro monasterio el siervo de Dios Colmaneo. Otra vez quiso edificar san Patricio en un lugar que le pareció á propósito una iglesia; mas apareciéndosele un ángel, le dijo que buscara otro lugar, porque aquel estaba reservado para cuando viniese de Inglaterra el siervo del señor Moccheo huyendo de sus padres y patria, el cual había de hacer allí su asiento y edificar casa á Dios. Fuera menester hacer muy larga historia, si hubiésemos de contar en particular todos los milagros y profecías de este gran siervo de Jesucristo; porque en todo fué admirable, y parece que en cuantas cosas ponía la mano le favorecía el Señor con milagros, é ilustraba su alma con una sabiduría divina.

Gozó san Patricio después de haber convertido á Irlanda, de algunos años de quietud y mayor contemplación: cada día rezaba todo el salterio con muchos cánticos é himnos, y leía el Apocalipsi de san Juan: cantaba también otras doscientas oraciones devotas: hincábase trescientas veces de rodillas adorando al Criador de todo. En cada una de las horas canónicas se santiguaba con la señal de la cruz cien veces. Decía misa devotísimamente: predicaba otros ratos; y señalaba á los cristianos para proveerlos en la rectitud. La noche dividía en algunas partes: la primera parte de la noche se arrodillaba doscientas veces y rezaba cien salmos; la otra parte se metía en algun lago frigidísimo, donde con gran afecto rezaba otros cincuenta salmos con otras muchas devociones: en lo último se echaba á descansar sobre el suelo desnudo, teniendo por cabecera una piedra, y ciñéndose en los lomos un áspero cilicio mojado en agua helada, para no sentir alguna ilusión del demonio. Su comida era muy poca y grosera: su vestido muy pobre.

Con tal vida y tantos trabajos de sus muchas peregrinaciones, llegó á ciento treinta y tres años, al cabo de los cuales, habiendo señalado el Señor el lugar de su muerte y sepultura, le llevó para sí, muriendo en gran paz quien había sido embajador de ella para tantos pueblos, viendo á Jesucristo y muchos ángeles que venían por su alma dichosa. Diez y seis años vivió en su patria: seis estuvo cautivo: diez y ocho fué discípulo de san German: era de cincuenta y cinco años cuando le consagraron por obispo:

y entró á predicar en Irlanda, en cuya conversion gastó treinta años: en otros treinta y tres se dió mas á la contemplacion divina, pero no descuidándose del bien de sus ovejas, para cuyo gobierno juntaba cada año concilio. Despues de difunto san Patricio, oyeron muchos á los ángeles que cantaban delante de su cuerpo muerto, dejando una fragancia celestial. Tuvieron entre sí gran controversia los de Ulidia y Armacha sobre su santo sepulcro, queriendo cada pueblo de estos poseer aquel grande tesoro. Estaban ya con las armas en las manos, para darse batalla á la orilla del mar: y fué cosa maravillosa que se levantaron las aguas, y saliendo de madre sobre la tierra se interpusieron entre los dos ejércitos hasta que se sosegaron; y luego tornaron las aguas á su puesto. Al fin fué sepultado en la ciudad de Duno por voluntad divina, donde es venerado de todos aquellos pueblos. Murió san Patricio año de 493. Escribieron su vida y hechos maravillosos algunos de sus discípulos, como san Benito, san Tumano, san Miel obispo, y otro Patricio sobrino del santo: recopiló tambien los hechos de este gran siervo de Dios san Eviño: de los cuales todos compuso una vida muy cumplida Jocelino monge, la cual trae Tomás Mesingamo en las vidas de los santos de Irlanda, y Francisco Harreco recopiló otra de la que publicó Ricardo Stanihursto. Dios sea bendito en todas sus obras y admirable en sus santos, y muy especialmente en san Patricio, del cual hay hoy en Irlanda admirables memorias y reliquias suyas: y lo que mas es, que fuera de las muchas gracias de milagros y profecias con que le ilustró el Señor, le hizo padre y maestro de muchos santos que florecieron en Irlanda.

SAN JOSÉ DE ARIMATEA.—El evangelista san Marcos nos dice que era noble decurion, y san Mateo le llama rico. Noble y rico fué por cierto, pues sabemos que era consejero ó senador, y poseía casas y propiedades en Jerusalem en cuya ciudad habia trasladado su domicilio, por haber ántes vivido en un pueblo llamado Arimatea, cerca de Judea y sobre el monte Efraim donde habia nacido. Encontróse en la casa del pontífice Caifás cuando Jesucristo fué llevado á ella, pero como era hombre justo y virtuoso y del número de aquellos que esperaban el reino de Dios, no quiso suscribir á la condenacion del Hombre-Dios. Fué del número de los discípulos del Salvador, aunque por temor de los judios no se atrevia á manifestarse como tal. Él fué quien despues de muerto Jesucristo se presentó con toda libertad á Pilatos para pedirle el permiso á fin de sepultar el cuerpo del Señor, el cual envolvió en una sábana, colocándolo en un sepulcro nuevo que habia hecho abrir en una gruta de su jardin. Créese que este hombre murió á fines del siglo primero, despues de haber pasado su vida en obras de piedad.

LA CONMEMORACION DE UN GRAN NÚMERO DE MÁRTIRES.—Fueron presos en Alejandria por los idólatras que adoraban al idolo Serapis; y no queriendo de ninguna manera adorar aquel idolo, estos santos fueron cruelmente atormentados en tiempo del emperador Teodosio, el año 390; de cuyas resultas mandó el emperador la demolicion del templo de Serapis, y prohibió su culto.

SAN PABLO, MÁRTIR EN CONSTANTINOPLA.—Fué martirizado á mediados del siglo VIII. La causa de su martirio, que consistió en quemarle vivo, fué su celo por defender el culto de las imágenes sagradas.

SAN AGRÍCOLA, OBISPO.—Gobernó la diócesis de Chalons, desde el año 520 al 580. San Gregorio en su libro *De Gloria Confessorum* dice, que este santo era de familia senatoria, y le alaba como hombre urbano, prudente, humilde y virtuoso en todo. Refiere tambien el mismo autor, que hizo construir muchos edificios religiosos, entre ellos una suntuosa iglesia en Chalons, y que asistió á todos los concilios celebrados en su tiempo en las Galias. Su obispado duró cerca de cincuenta años, empleados en fomentar la gloria y los intereses de la religion.

SANTA GERTRUDIS.—Nació en Landen el año 626, de Pepino principe de Landen, gefe del palacio y ministro de los reyes de Austrasia. Desde su juventud dió grandes muestras de santidad: despreció todas las pompas del siglo; ofrecióse por esposa á Jesucristo, y fundó el monasterio de Nivelá en Brabante, del cual fué abadesa desde el año 647 hasta su muerte acaecida el 17 de marzo del año 659, á los treinta y tres de su edad.

SAN TEODORO Y SAN ALEJANDRO.—Fueron martirizados en Roma en tiempo del emperador Trajano. El primero de estos santos era diácono y el segundo obispo; y estando un dia predicando en una plaza pública de Roma, fueron cogidos por los paganos y arrojados á un horno encendido, donde entregaron su espíritu á Dios.

DIA 18

EL ARCÁNGEL SAN GABRIEL.—En algunas iglesias de España se hace fiesta del arcángel san Gabriel á los 18 dias de marzo, por haber sido glorioso mensajero y embajador escogido, que Dios envió á la Virgen sacratísima, para declararle el misterio inefable de la encarnacion del Verbo eterno en su sagrado vientre, y por intérprete de su voluntad y ministro de aquel beneficio incomparable, que queria hacer á todo el género humano: porque puesto caso, que todo el rescate y el entero precio de nuestra redencion le puso el Señor de su casa, sin que pura criatura alguna concudiese en el gasto que sin ella se hizo; todavia la benditísima Virgen intervino como madre que le dió la carne que por nosotros habia de ofrecer; y el ángel san Gabriel, como nuncio enviado de Dios, para manifestar su consejo á la Virgen, y disponerla y pedirle su consentimiento; y por este respeto les debemos particular devocion y reverencia. Muy poco es lo que se sabe de los ángeles, así porque las criaturas visibles no pueden representarlos, como porque es tan grande la excelencia de ellos, y tanta nuestra bajeza, que no podemos comprender lo que son, si el Señor de los ángeles y de los hombres no nos lo revela. Del ángel san Gabriel hallamos en las divinas letras haber aparecido al profeta Daniel, y señalándole el tiempo en que el Mesias habia de venir al mundo, y librarle con su muerte del duro yugo de Satanás, cumplidas aquellas setenta hebdómadas ó semanas de años abreviadas y misteriosas. El mismo san Gabriel apareció á Zacarias, estando incensando el altar, y le anunció el dichoso nacimiento de su hijo san Juan Bautista, y el gozo universal que todos de él recibirian, y la abundancia de gracia y de Espíritu Santo, que tendria aquel niño, aun en las entrañas de su madre; y finalmente vino á la purísima Virgen y Reina del cielo nuestra Señora, como secretario del consistorio divino, para declarar lo que en el se habia determinado de la encarnacion del Hijo de Dios,

tomándola á ella por madre. Y aunque por haber sido estos tres negocios, á que fué enviado san Gabriel, muy desiguales y diferentes, algunos han sido de parecer que no fué un mismo ángel el que lo obró; todavía, si bien se miran, hallaremos que todos tres tiran á un mismo fin, y son parte del profundísimo misterio de la encarnación, del cual estaba encargado san Gabriel, y que por esto es mas probable haber sido un ángel mismo el que todas tres veces fué enviado; porque á Daniel descubrió el tiempo en que el Señor del cielo habia de aparecer en la tierra, y el Deseado de las gentes dar por ellas su vida: y san Juan Bautista, cuyo pacimiento anunció á su padre Zacarías, venia como precursor y aposentador del mismo Señor, para dárnosle á conocer y mostrárnosle con su dedo. Que lugar tenga en el cielo san Gabriel, no hay cosa cierta. Algunas veces las divinas Letras y los santos doctores le llaman ángel y otras arcángel; pero el misterio á que vino del cielo, por ser sumo y altísimo, nos da á entender que el mensajero que le trajo, debia de ser uno de los mas sublimes príncipes de aquel celestial ejército, que tiene cargo de administrar las cosas humanas: porque si acá los príncipes de la tierra, para tratar grandes negocios, envían los grandes de su reino, y cuanto la cosa que quieren hacer es mayor, á tanto mas calificada persona la encomiendan; no hay duda sino que para tratar el mayor negocio que Dios ha hecho ni puede hacer, escogeria á un ángel nobilísimo: pues todo el buen orden y gobierno de las córtes de los reyes de la tierra se deriva como de su fuente, de la traza y disposicion de la del cielo. Ireneo llama á san Gabriel «Arcángel,» que quiere decir «Príncipe de los príncipes, y el mismo nombre le dan san Ambrosio, san Agustín y Hesiquio; y el mismo san Gregorio le llama «Príncipe, y el sumo y mas alto de los ángeles:» y Andrés, arzobispo de Jerusalem, dice que fué uno de los principales y mas sublimes ángeles. San Bernardo parece que da á entender que fué el mayor de todos los ángeles, así porque en el Evangelio se dice que fué enviado de Dios, sin declarar que entre Dios y san Gabriel hubiese intervenido otro ángel superior, por cuyo medio el Señor le enviase sino que inmediatamente él le envió, como porque enviándole á informar é instruir á la Virgen, que en dignidad y gracia sobrepujaba á todos los arcángeles, era muy conveniente que fuese ángel excelentísimo. A lo que santo Tomás y algunos otros doctores mas se inclinan, es que san Gabriel es el supremo del segundo orden de la gerarquía infima de los ángeles: los cuales se distinguen por sus ministerios y oficios, y los que son enviados para guardas de los hombres y para ministrar las cosas mas bajas é inferiores, propiamente se llaman ángeles y constituyen el primer coro, que es el mas bajo de esta primera gerarquía; y los que se encargan de las mas altas y arduas de nuestra salud, son los arcángeles, de los cuales se compone el segundo coro; y que de este coro es el supremo san Gabriel. Y porque los ángeles no tienen necesidad de nombres para ser conocidos, porque por sí mismos se hacen conocer, los nombres que la sagrada Escritura les da, sirven para declararnos sus ministerios y oficios. Y por esto aquel príncipe valeroso que tomó la voz de Dios contra Lucifer, se llama Miguel, que quiere decir: «¿Quién como Dios?» Y el que vino á curar á Tobias se llama Rafael, que se interpreta «Medicina de Dios:» y el que anunció á la Virgen la en-

carnación del Verbo eterno, Gabriel, que algunos dicen que significa «Hombre de Dios,» y otros «Fortaleza de Dios:» porque venia á anunciar al que habia de ser Hombre y Dios, y en la flaqueza de nuestra carne mostrar el brazo fuerte de su divinidad. Seamos, pues, muy devotos de este gloriosísimo arcángel: honrémosle y pidámosle siempre su ayuda y favor, para que por su intercesion alcancemos el fruto de aquel soberano misterio, que él nos trajo del cielo.

SAN CIRILO JEROSOLIMITANO, OBISPO Y CONFESOR.— La vida de San Cirilo, patriarca de Jerusalem, que por esto se llama Jerosolimitano, y por distinguirle de otro san Cirilo que fué patriarca de Alejandria, escribió Juan Grodecio, dean glogoviense, recogida de lo que se halla de él en los autores de la historia eclesiástica; y la trae el padre Fr. Lorenzo Surio en el segundo tomo de las vidas de los santos, y es de esta manera.

Fué san Cirilo varon de grande integridad, letras y prudencia; y habiendo muerto Máximo, patriarca de Jerusalem, por sus excelentes partes fué puesto en aquella silla, siendo emperador Constancio, hijo del gran Constantino. Gobernó santísimamente su Iglesia, y entre otras alabanzas que le dan, es de gran caridad y misericordia para con los pobres; porque habiendo Dios enviado en su tiempo una hambre grandísima para castigo de los mortales, y siendo innumerables los pobres que acudían al santo prelado por remedio, y no teniendo él otro remedio que darles, vendió los bienes, preseas y joyas de la Iglesia, y con el precio de ellos socorrió aquella necesidad, despojando el templo material, por sustentar los vivos y espirituales templos de Dios, como lo hicieron san Ambrosio, san Agustín y otros santos prelados. Siendo san Cirilo patriarca de Jerusalem, acaeció en ella una cosa rara y maravillosa. Un dia de Pentecostés ó Pascua del Espiritu Santo, como á las tres horas despues de salido el sol, apareció sobre el monte Calvario en el aire una cruz mas clara y resplandeciente que el mismo sol, la cual llegaba con sus brazos hasta el monte Olivete, y duró tanto tiempo, que fué vista de toda la ciudad; porque dejando cada uno lo que tenia en sus manos, concurrió á ver este espectáculo y prodigio divino, y muchos judíos que le vieron fueron alumbrados del Señor, y le reconocieron por Dios, y se convirtieron á nuestra santa fé; queriendo su divina Magstad, con esta demostracion tan evidente del cielo, ilustrar el pontificado de san Cirilo y detener al emperador Constancio, para que no favoreciese á los herejes arrianos, sino que estuviere fuerte en aquella fé y creencia que el emperador Constantino, su padre, por medio de otra cruz que le apareció tambien en el cielo, habia recibido y guardado; aunque él no lo hizo; y san Cirilo escribió á Constancio una grave y elegante carta, en que le dá cuenta de este milagro que él mismo habia visto, y le exhorta á seguir el estandarte de la cruz, y servir al que por nosotros murió en ella. Fué cosa notable y tan sabida por todo el Oriente esta aparicion de la cruz, que se instituyó particular fiesta, para celebrar cada año á los 9 de mayo, que fué el dia en que apareció. Con esta señal del cielo estaban los pechos de la gente blandos y bien dispuestos, y Cirilo con su santísima vida y admirable doctrina hacia grandísimo fruto, animando á los católicos y resistiendo á los herejes arrianos, que eran muchos y favorecidos del emperador Constancio, y llevaban á mal que el santo pre-

lado deshiciese con tanta claridad las tinieblas de sus errores é ignorancia; y como eran poderosos y armados con la potencia del emperador, y no ménos insolentes, astutos y atrevidos, determinaron echar á san Cirilo de su silla, y quitar á los católicos un candillo y pastor tan valeroso; para que quedando el ejército del Señor sin cabeza, y el rebaño sin pastor, pudiesen ellos mas fácilmente, como lobos, despedazarle y consumirle. Para hacer esto con algun color, se juntaron algunos obispos herejes con Acacio, que era el principal, y traia grandes competencias con Cirilo, y encubriendo la verdadera causa que los movia, que era ser ellos arrianos y Cirilo amparo y columna de la fé católica, y tomando por achaque que habia vendido los ornamentos de la iglesia para dar de comer á los pobres, y que farsante habia salido á representar cierta comedia vestido de uno de ellos; le depusieron y privaron de su silla patriarcal, y pusieron en ella á Heraclio, que era de su secta, para que la fomentase y la llevase adelante, como ellos pretendian; y muerto Heraclio sustituyeron á Hilario en su lugar. De esta manera fué desterrado san Cirilo de los herejes, como lo fueron en aquel tiempo otros muchos santísimos y doctísimos obispos, que eran los pilares de nuestra santa religion, y padeció muchas y graves persecuciones y calamidades. Mas despues, habiéndose juntado un concilio en la ciudad de Seleucia, fueron llamados Acacio y sus secuaces, para que pareciesen y diesen razon de lo que habian hecho contra san Cirilo; pero nunca se atrevieron á comparecer, porque tenian mal pleito, y la mala conciencia los acusaba y condenaba, y en aquel concilio san Cirilo fué restituido á su dignidad, y Acacio privado de la suya, y sus compañeros excomulgados y condenados. Con esta sentencia volvió el santo prelado á su iglesia, con gran gozo de los buenos, y rabia y pena de los malos. Y aun san Jerónimo, hablando de san Cirilo, dice, que nó una, sino muchas veces fué echado de su iglesia por la fé católica, y otras tantas restituido á ella.

Demás de las otras excelencias, que tuvo san Cirilo, fué una el don de profecía; porque habiendo sucedido en el imperio Juliano, apóstata, á Constancio su primo hermano, y queriendo favorecer á los judíos contra los cristianos, mandó que se tornase á edificar el templo de Jerusalem para que en él los judíos hiciesen sus sacrificios y ceremonias. Comenzóse la obra con grande aparato y suntuosidad, y echáronse los cimientos muy hondos y firmes; y san Cirilo dijo, que no quedaria piedra sobre piedra de aquel edificio, porque así lo habia dicho Cristo Nuestro Señor. La noche siguiente vino un temblor de la tierra tan grande y espantoso, que arrancó y sacó las piedras que se habian echado en los fundamentos de aquel templo, y las esparció por diversas partes, y sobrevino un fuego del cielo que quemó y consumió todos los instrumentos que tenian aparejados para aquel edificio. Y como concurriesen muchos judíos á ver este milagro, parecieron unas cruces resplandecientes, tan impresas y esculpidas sobre los vestidos de ellos, que por ningun arte ni industria se las podian quitar: y vióse cuán verdadera habia sido la profecía de san Cirilo; y el apóstata Juliano quedó confuso, y muchos de los judíos se convirtieron á Nuestro Señor Jesucristo.

Muchos y graves trabajos padeció nuestro Cirilo de los herejes por defender nuestra santísima religion, y largos

años, imperando en Oriente Constancio, Juliano y Valente, que todos tres fueron emperadores y enemigos de la fé católica, y la persiguieron crudamente. Mas despues que sucedió en el imperio el gran Teodosio, príncipe no ménos piadoso que valeroso, Cirilo tuvo paz en la Iglesia por espacio de ocho años, y la gobernó admirablemente; y cargado de años y merecimientos, pasó de esta vida á la eterna á los 18 de marzo del año del Señor de 386, que fué el octavo de Teodosio, segun el cardenal Baronio. De san Cirilo hacen mencion el Martirologio romano, y el concilio Constantinopolitano en una epístola que escribe á san Dámaso papa, y le llama «Reverendísimo y santísimo obispo;» y dice que habia muchas veces y en varios lugares peleado las batallas del Señor contra los herejes. Los griegos le celebran en su Menologio, y los escritores de la historia eclesiástica, Sozomeno, Sócrates, Teodoreto y Nicéforo, le alaban como á varon santísimo y doctísimo, y martillo de los herejes. Escribió san Cirilo, siendo mozo, un libro de grande erudicion, que llamó *Cathecheses*: el cual, traducido de griego en latin por el mismo Juan Grodecio, que escribió su vida, en nuestros dias ha salido á luz con gran beneficio de la santa Iglesia.

SAN BRAULIO, OBISPO DE ZARAGOZA.—El bienaventurado san Braulio fué hermano de Juan, obispo de Zaragoza, y su sucesor en el obispado y natural de la misma ciudad, á lo que algunos escriben, y de la sangre de los reyes godos de España. Desde su tierna edad dió muestras de su grande ingenio y buena inclinacion á todas las cosas de virtud y letras, las cuales aprendió siendo ya mozo, y estudió las lenguas y las ciencias divinas y humanas, con grande aprovechamiento, y tuvo por maestro á san Isidoro, arzobispo de Sevilla, el cual en su tiempo fué luz de España, y un pozo de sabiduria. Habia edificado este sapientísimo prelado en la ciudad de Sevilla un colegio, para enseñar á los mozos nobles y hábiles que de toda España venian á él, para ser instruidos en buenas costumbres y letras; por lo mucho que importa á toda la república que los mozos, como sueltas plantas, sean bien plantados y encaminados desde su tierna edad por las sendas derechas de la virtud. Uno de estos discípulos de san Isidoro fué san Braulio; y con tal maestro salió varon tan perfecto y tan docto como despues lo mostró en el resto de su vida: porque con ser Braulio, como habemos dicho, discípulo de san Isidoro y consultar con él, como con su maestro, las dudas que tenia sobre la Sagrada Escritura; era tan estimado de su mismo maestro que le enviaba sus obras, para que las reviese y censurase: tanta era la humildad y modestia de san Isidoro; y la opinion que tenia de la rara y excelente erudicion de Braulio: y así le envió el libro de las Etimologías que á su peticion habia escrito. Antes de ser obispo de Zaragoza fué san Braulio arcediano de la misma ciudad: y habiendo vacado aquella iglesia por muerte de su hermano Juan, y estando los obispos juntos y con ellos Braulio, bien descuidado de lo que le sucedió, de repente bajó del cielo un globo ó bola de fuego muy resplandeciente y se asentó sobre su cabeza, y se oyó una voz que dijo aquellas palabras del profeta Isaías: «Este es mi siervo por mí escogido, en quien reposa mi espíritu.» Quedaron los prelados admirados de aquella novedad, é hicieron gracias á Nuestro Señor, por haber declarado tan ilustre milagro su voluntad; y conformándose todos con ella, le eligieron por obispo, y rogaron que allí les predi-

case. Bajó el santo el hombro á la carga que Dios le imponía, y por dar contento y obedecer á los preladados, comenzó luego á predicar con tan grande doctrina, fervor y espíritu, como quien estaba alumbrado de la luz del cielo, y habia sido escogido para tan alto monasterio de la mano del Señor.

Hallóse en tres concilios toledanos que fueron, el cuarto, en que presidió san Isidoro, su maestro, y el quinto y sexto. En el quinto que se celebró el año de 636, como escribe en su historia don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, y nó en el sexto como algunos dicen, tuvo san Braulio gran mano, y ordenó los cánones y decretos de aquel concilio, y todo el peso de los negocios cargaba en él, por ser persona en santidad, letras y prudencia tan eminente y señalada. Escribió una carta al papa que á la sazón era Honorio, primero de este nombre, con tan excelente doctrina, estilo y elocuencia, que fué muy celebrada y leida con admiración en Roma. Acabado el sexto concilio, se volvió san Braulio á su Iglesia de Zaragoza, para apacentar como buen pastor sus ovejas, y desarraigar la mala cizaña de la herejía arriana que todavía estaba sembrada entre el buen trigo, y aun duraban las reliquias de ella: porque aunque los reyes godos y los otros señores y personas principales de España habian salido de las tinieblas de aquella herejía y se habian abrazado con la fé católica en el tercero concilio toledano, siendo rey Recaredo; pero como el mal era tan contagioso y habia cundido y durado tanto, no se pudo arrancar de golpe y fué necesario poco á poco sanar las llagas que se habian hecho en tan largo tiempo.

Esto hizo san Braulio con gran cuidado y vigilancia de su obispado, predicando á menudo y enseñando á los ignorantes, y alumbrando á los ciegos, y convenciendo á los obstinados con los lugares de la Sagrada Escritura, tan claros y evidentes, y traídos con tanta gracia y autoridad que los adversarios no le podian resistir. Y para que se entendiese que el Espíritu Santo era el que inspiraba lo que decia en sus sermones, una vez fué vista una paloma sentada sobre su hombro que parecia que le dictaba lo que iba predicando; y así con la diligencia y solicitud de tan buen hortelano se arrancaron del campo de las iglesias las espigas y malezas de los errores arrianos, y se sembró en él la semilla del cielo y las verdades católicas. Demás de esto estaba el santo prelado muy de ordinario en la iglesia de Santa María la Mayor, y del Pilar de la ciudad de Zaragoza, ocupándose de día y de noche en el servicio de Dios y de la Virgen su madre, en cuyo santuario residia. Atendia á las cosas tocantes á la fábrica y adorno de las iglesias, y al aumento del culto divino; y en razon de esto hizo edificar una iglesia sobre la sepultura de los santos mártires santa Engracia y sus diez y ocho compañeros, y de los innumerables mártires de Zaragoza que antiguamente se llamó la iglesia de las Santas Masas, y ahora tiene título de Santa Engracia, donde despues el rey católico don Fernando edificó un suntuoso monasterio, y le dió á los padres de la orden de san Gerónimo, para que los santos sean mas venerados, y los pueblos edificados y aprovechados con el ejemplo, recogimiento y religion de los dichos padres que hoy dia moran en él.

Era san Braulio muy benigno y manso para con los buenos: riguroso y grave para los soberbios y rebeldes á los mandamicentos de Dios y de su Iglesia. Aborrecia, como

se escribe de san Agustin, las vestiduras delicadas y preciosas, y usaba de las ásperas y comunes, y que no tenian en sí cosa notable ni singular. Era muy templado en su comida: muy recto en administrar justicia: fervoroso en predicar la palabra de Dios: elocuente y eficaz en convencer con vivas razones á los adversarios y en deshacer con el resplandor de la doctrina evangélica las tinieblas de los herejes: liberalísimo para con los pobres; y gran remedador de las necesidades ajenas. Tuvo el obispado veinte años, siendo reyes de España Sisenando, Chintila, Tulga y Chindasvinto; y al fin de ellos, lleno de días y de merecimientos, recibidos todos los sacramentos de la Iglesia, dió su espíritu al Señor, dejando á toda aquella ciudad y obispado con gran sentimiento y ternura, por haber perdido tan excelente padre, maestro y pastor.

Fué su muerte un domingo por la mañana, á los 18 de marzo, cerca de los años de 646, y en este dia se celebra su fiesta en todo el arzobispado de Zaragoza, y en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, con grandísima celebridad. Halláronse á su bienaventurado tránsito el arzobispo de Tarragona y algunos otros obispos que concurrieron á visitar, ayudar y servir al santo prelado en aquella hora, en la cual se oyeron cantar suavemente los ángeles y una voz que dijo: «Levántate y ven conmigo:» á la cual voz el santo, como quien despierta de un profundo sueño, respondió: «Luego voy, Señor.» Su sagrado cuerpo fué sepultado de los obispos que allí estaban, y de todo el clero y pueblo, debajo del altar de Santiago que el dicho santo habia edificado. De allí le trasladaron á otra parte de la misma iglesia; y con la entrada de los moros y destrucción de España, estuvo encubierto mas de seiscientos años sin saberse dónde estaba, hasta que el año de 1270, como dice el cardenal Baronio, y ciento cincuenta y dos despues que los cristianos cobraron á Zaragoza de poder de los moros: el bienaventurado san Valero apareció á un obispo de Zaragoza, llamado Pedro y le reveló el santo cuerpo; y así fué hallado tan entero y sano, como cuando le sepultaron, derramando de sí un suavísimo olor. De allí le trasladaron y colocaron delante del altar mayor de dicha iglesia donde hoy dia está en un sepulcro suntuoso, y es reverenciado de toda aquella nobilísima ciudad, y como singular patron, con grandísima devocion y reverencia: y Dios Nuestro Señor obró muchos milagros en su traslación, de la cual hace fiesta la iglesia de Zaragoza á los 19 de julio. Escribió san Braulio, como dice san Ildefonso, algunas obras, y entre ellas la vida de san Millan, monge, que hoy dia se halla escrita de mano; y como dice el mismo san Ildefonso, con ella san Braulio declaró la santidad de Millan é ilustró su memoria. De san Braulio hace mencion el Martirologio romano á los 26 de marzo, y san Ildefonso en el libro de los varones ilustres, y el arzobispo de Toledo don Rodrigo, y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el octavo tomo de sus Anales, y otros autores que escriben ó vidas de santos, ó historias de España.

EL BEATO SALVADOR DE HORTA.—Nació en el año de 1520 en Santa Coloma de Farnés, diócesis de Gerona. En 1530 vistió el hábito para fraile lego en el convento de Jesus, extramuros de Barcelona. Fué recomendable por su eminente caridad para con los pobres, á quienes repartia la olla; y no lo fué ménos por su castidad. Pasó despues al convento de Tortosa, llamado tambien de Jesus; y la fama

de sus milagros atrajo allí tanta concurrencia, que no pudiendo estar en quietud los religiosos, dispuso el provincial que nuestro beato pasase al convento de Nuestra Señora de los Angeles, de Horta. Miles de enfermos se trasladaron entonces á este punto en busca del beato, con la fé sincera de ser curados solo con verle; y el siervo de Dios no fué conocido ya con otro nombre que con el de Fr. Salvador de Horta. No le faltaron persecuciones, como á todo varon justo. Fué acusado ante la inquisicion como impostor; pero salió triunfante de esta atroz calumnia. Murió el 18 de marzo de 1567. Grande es la devocion con que es reverenciado en Cataluña.

* SAN ALEJANDRO.—El sabio san Clemente de Alejandria fué el maestro de este santo, que nació por los años 170. Á su piedad y sabiduria debió el verse elevado á la silla pontificia de Capadocia. Deseoso de visitar los santos lugares de Jerusalem, partió para este punto el año 212, donde permaneció para ayudar á su santo obispo Narciso, imposibilitado de poder ejercer las funciones de su ministerio por su avanzada edad. En la Palestina tuvo ocasion de ver al sabio Orígenes, y le instó para que instruyera aquellos pueblos y les interpretara las Santas Escrituras. En la persecucion que se levantó contra la Iglesia en tiempo de Decio fué el santo obispo preso y desterrado á Cesarea, donde encerrado en una oscura cárcel consumió el martirio por confesar á Jesucristo el año 253, hallándose ya en una edad muy avanzada.

SAN NARCISO, OBISPO Y MÁRTIR.—Celebrase su fiesta el dia 29 de octubre.

LA CONMEMORACION DE DIEZ MIL SANTOS MÁRTIRES.—Fueron degollados en Nicomedia, por confesar la fé católica, durante la persecucion de Diocleciano.

LOS SANTOS MÁRTIRES TROFINO Y EUCARPIO.—Se ignora el género de muerte que sufrieron, ni se sabe tampoco la época de su martirio, aunque se cree fué el año 300.

SAN EDUARDO, REY DE INGLATERRA, LLAMADO EL JÓVEN.—Nació el año 962 y fué hijo del rey Edgar. En 975, cuando apenas tenia trece años, murió su padre y le sucedió en la corona. La mayor parte de los grandes del reino le reconocieron al momento; despues se opusieron á su elevacion y de aquí se originó una guerra cruel, de la cual era cabeza y promotora Elfrida, madrastra de nuestro santo que al fin encontró medio para hacer asesinar á Eduardo y colocar en el trono á su hijo Eitelredo. Su muerte, acaecida en 978, fué acompañada de milagros, y despues de algun tiempo la Iglesia colocó á Eduardo en el número de los santos.

SAN FRIGIANO, OBISPO DE LUCA, EN TOSCANA.—Fué este santo esclarecido en milagros. Su fiesta principal la celebra la Iglesia el dia 18 de noviembre, en que fué trasladado su santo cuerpo.

SAN ANSELMO, OBISPO DE LUCA.—Fué natural de Mantua, donde nació á principios del siglo XI. Consagrado obispo en 1061, recibió la investidura del emperador Enrique IV, de lo cual se arrepintió poco despues, y se retiró al monasterio de Cluni. En 1074 el papa Gregorio VII le obligó á encargarse otra vez de su rebaño, que gobernó con suma prudencia y santidad. Desempeñó varias legaciones de la corte de Roma en diferentes córtes de Europa, y al fin murió santamente en Mantua, el dia 18 de marzo del año 1086.

DIA 19.

SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA MADRE DE DIOS.—Lo que tenemos cierto de la vida del glorioso san José, esposo de la Virgen María Nuestra Señora, se ha de sacar del sagrado Evangelio; porque los mismos historiadores, que por instinto y revelacion del Espíritu Santo escribieron la vida de Cristo nuestro Redentor, escribieron asimismo lo que nos convenia saber de este santísimo patriarca, como de su ayo y padre putativo: y así para hablar acertadamente de las grandes excelencias de san José, será necesario que recurramos á la fuente pura del Evangelio, y veamos lo que san Mateo y san Lucas nos dicen de este celestial varon. Pero para mejor rastrear é investigar las virtudes y merecimientos de san José, primero se ha de presuponer el fin para que lo escogió Dios, y los oficios que le dió: porque es cierto y averiguado, que juntamente le adornó de todas aquellas virtudes y dotes que para bien ejercitarlos eran menester. Escogióle el Señor para esposo y verdadero marido fuera del uso conyugal, y por consiguiente de esto, para cabeza y superior de Nuestra Señora la Virgen María, y juntamente para padre putativo de su unigénito y benditísimo Hijo. Escogióle para que guardase aquel graciocísimo templo de Dios, aquel sagrario del Espíritu Santo, aquella riquísima recámara de la Santísima Trinidad: para que acompañase á la que tenia al Verbo Eterno en sus entrañas, y sirviese á la que sirven los ángeles: para que fuese depositario de aquel, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduria y ciencia de Dios: para que conversase con Dios humanado y con un niño Dios, y le criase y regalase, y entretuviese y le llevase á Egipto, y le volviese: y finalmente, para que le mandase como á hijo, y él le obedeciese como á padre: porque aunque no lo era en la verdad, éralo en la apariencia y en la opinion de los hombres, y todos le daban este nombre, no solamente los que no sabian la verdad, sino tambien los que la sabian: pues se lo dió la que era verdadera Madre y los Evangelistas. Pues para cumplir con oficios tan altos de esposo de la Madre, y de padre putativo del Hijo de Dios, ¿quién podrá explicar ó comprender los dones divinos y las virtudes admirables de san José? Él tenia por esposa á la mas santa mujer que ha habido ni jamás habrá en el mundo, de la cual canta la Iglesia: *Nec similem visa est, neque habere sequentem*: que ni tuvo, ni tendrá otra semejante: y esta es una inestimable gracia de Dios, de la cual dice la Escritura, que los padres dan á los hijos la casa y la hacienda; mas que la mujer prudente es don propio de la mano de Dios. Y si los casamientos para ser acertados y pacíficos, deben hacerse entre personas iguales y conformes en el linaje, estado, condicion y costumbres; de creer es que Nuestro Señor, que juntó con un lazo tan estrecho de amor, como á esposo y esposa á José y á María, los hizo en la santidad muy semejantes, nó con igualdad, sino de la manera que José podia imitar á la que, aunque era su esposa y por esta parte súbdita, era Señora y Reina del cielo, y dechado de los serafines en santidad. ¿Qué padre hay, que pudiendo no dé á su única y muy querida hija el esposo mas aventajado que hay en el mundo? ¿Pues qué padre hay como Dios, en cuya mano está el hacer los hombres al talle y medida que es servido? ¿Y qué hija jamás hubo

tan amada de su padre como la Santa Virgen de Dios, á quien el mismo Señor escogió por Madre? Y si Dios formó á Eva de la costilla de Adán, para que le ayudase y fuese su semejante, ¿por qué no creeremos que habiendo dado á José para que ayudase y sirviese á María, le haría muy semejante y parecido á ella, y le formaría como de su espíritu y celestiales dones, para que siendo como un vivo retrato de sus virtudes, mas fácilmente se conservase y acrecentase el amor de ambos entre sí? Por esto dicen algunos graves doctores, que cuando José se desposó con la Virgen, no habia en el mundo varon mas perfecto y santo que él, ni que fuese mas digno de aquella soberana y celestial compañía. Y si por esta parte podemos barrantar algo de los merecimientos de san José, no ménos lo podemos hacer por haber sido padre putativo del Hijo verdadero de Dios vivo, que por haber sido esposo de la misma Madre de aquel, que es espejo sin mancilla, y santo de los santos, y fuente manantial de toda santidad: porque ¿qué mayor favor puede hacer un rey á un criado suyo que entregarle de su mano á su único hijo, príncipe y heredero de todos sus reinos y estados, para que le guarde, crie, sirva y acompañe, con tal manera de superioridad y confianza, como si el criado fuese verdadero padre suyo? Pues esto mismo hizo Dios con san José, entregando y depositando en sus manos aquel príncipe y heredero universal del cielo y de la tierra, resplandor de su gloria y figura de su substancia.

Esto presupuesto, el sagrado Evangelio nos dice, que este glorioso patriarca se llamó José, y que fué de la casa y familia de David, y que cuando se desposó con la Virgen Nuestra Señora, era varon, y varon justo y adornado de todas las virtudes que en este nombre de justicia se comprenden. Tuvo por nombre José, que quiere decir *aumento*; para que entendamos que fué acrecentado con los dones de Dios, y con grandes ventajas colmado de todas las virtudes y excelencias que el patriarca José habia tenido: el cual, habiendo sido vendido de sus hermanos á los israelitas, después fué sublimado por el Señor y hecho príncipe de Egipto: porque aquel José remedió, con la prudencia y espíritu del Señor, la falta de trigo de Egipto para que no pereciese; mas este otro José fué depositario de aquel pan celestial, que es sustento, salud y vida de todo el mundo: el otro fué tan casto, que dejó la capa en manos de la mala hembra, su ama, que le solicitaba á mal, y quiso ántes padecer la cárcel y otras calamidades y miserias, que ser desleal á su amo; mas nuestro José fué virgen, y tuvo una pureza mas angélica que humana, como convenia que la tuviese el que era esposo y guarda de aquella Virgen, que es flor de todas las vírgenes, y mas limpia que las estrellas y el sol. Porque si ha habido algunos casados tan puros y castos, que han vivido en el matrimonio como si no lo fueran, guardando su entereza y virginidad como santa Cecilia con su esposo Valeriano, Pulqueria, emperatriz, con el emperador Marciano, santa Cunegunda con el emperador Enrique, Editna ó Edgida con san Eduardo, rey de Inglaterra, y de estos ejemplos están llenas las historias eclesiásticas; con mas razon y fundamento enseñan los santos doctores, que este santo patriarca guardó perpetuamente la virginidad con tanta perfeccion como si no fuera hombre, sino ángel venido del cielo. Y aun dice Juan Garson, que Dios Nuestro Señor le habia quitado ó mitigado el fómite de la concupiscencia,

de manera que sin trabajo y sin lucha del espíritu con la carne, pudiese conversar fácilmente con una doncella de tan estremada belleza y gracia, tan adornada de todos los dones de Dios, y por la continua contemplacion y comunicacion que tenia con él, ninguno podia sin reverencia mirarla, ni poner los ojos en ella, sino para poner sus afectos y enamorarse de su castidad. Dices tambien que fué de la casa y familia de David; para declararnos que fué san José nobilísimo y de ilustrísimo linaje, y de la misma genealogía y casta que, segun la carne, fué Cristo nuestro Redentor. Tuvo por abuelos muchos patriarcas, reyes, príncipes y valerosos capitanes: y lo que es mas, los patriarcas fueron amigos y familiares de Dios; y los príncipes y capitanes con la fortaleza juntaron aquella religión que el mismo Dios les habia enseñado. Y con haber sido san José de tan esclarecida y real sangre, quiso el Señor que fuese un pobre carpintero; para que entendiésemos que la pobreza no es vileza, ni tan mala como el mundo engañado piensa: y que así como escogió la madre pobre y la patria pobre; así tambien quiso que el padre putativo fuese pobre, y no hubiese en los ojos de los hombres cosa de lustre y resplandor que pudiese convertir sus corazones á la santa fé; sino que se entendiese como dice el concilio Efesino, que su divinidad era la que habia convertido y transformado el mundo, y traídole á su conocimiento y amor: y no ménos para manifestarnos la bondad de san José, que con ser persona tan calificada, no se avergonzó de ser pobre, ni buscó medios ni tratos escrupulosos para enriquecerse, queriendo mas la pobreza inocente y segura que la abundancia culpable y peligrosa. El padre de san José, dice san Mateo, que fué Jacob, y san Lucas que fué Heli: ó porque su padre tuvo estos dos nombres, ó porque el uno fué padre natural y el otro legal. Tambien dice el evangelista, que cuando se desposó con la Virgen era *vir*: que quiere decir «varon y hombre ya maduro y robusto,» que ni es mozo, ni viejo; para que entendamos que era necesario que lo fuese, para que se creyese que Cristo nuestro Señor era su hijo, y la madre no se tuviese por adúltera; y él tuviese fuerzas para tantos trabajos como habia de pasar en servicio de la madre y del hijo: y así no era tan viejo ni tan decrepito como algunos dicen y los pintores pintan: lo cual hacen por ventura para significar que en aquella tan vieja edad no podia haber ardor de concupiscencia, y guardar á la Virgen el decoro que se le debe. Mas la castidad es don de Dios, y para alcanzarla no bastan solos los muchos años y canas, y la gracia es superior á la naturaleza: y sin duda la pureza de san José, como dijimos, fué tan estremada, que mas parecia de ángel que de hombre mortal. Añade el evangelista san Mateo, que san José era *varon justo*: que quiere decir, que no solamente tenia aquella virtud de justicia, que es una de las cuatro virtudes cardinales, y da á cada uno lo que es suyo, á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios; sino tambien la otra justicia universal y perfecta que abraza todas las virtudes, y consiste en el cumplimiento de toda la ley de Dios. Era varon justo, perfecto y santo cabal, y por todas partes cyadrado: y en señal de que san José tenia justicia, dice el Evangelista, que viendo el santo á su esposa preñada, y sabiendo que no tenia parte en aquella preñez, se determinó á dejarla secretamente por no infamarla ni participar en aquel delito: porque así como era justo, así tambien,

era benigno y misericordioso, mirado y prudente. La justicia le hacia considerar la obligacion de su persona: la benignidad, lo que debia á la persona de la Virgen: la prudencia, á no arrojarse á cosa de que á ella se le pudiese seguir infamia y dejarse llevar de la pasion de los celos, que suele ser tan furiosa en los esposos que mucho se aman: y esta es la mas comun esposicion de aquel lugar del santo Evangelio: aunque no faltan otros muchos y gravísimos doctores que dan otra interpretacion á este lugar, y dicen, que san José era justo, que quiere decir *humilde*, como cuando Cristo nuestro Señor dijo á san Juan Bautista: «Déjame ahora; que así conviene cumplir toda justicia,» tomando la justicia por la humildad; y que por esta humildad, conociendo la dignidad de la Virgen y el misterio inefable que Dios habia obrado en ella, se tuvo por indigno de estar en su compania y servirla: y que por esto se determinó á dejarla secretamente, por no tener que dar cuenta á nadie de lo que él hacia y sabia. Fúndanse estos doctores en que san José sabia cuán deseada habia sido de sus padres, y cuán pedida á Dios aquella Virgen sacratísima: las maravillas que hubo en el nacimiento: su presentacion admirable en el templo: la vida de ángel que hizo en él: la revelacion que hubo en sus desposorios: el voto de perpetua virginidad que le habia comunicado, y el concierto que tenian hecho entre sí de vivir ambos con pureza virginal: las palabras que habia oido á santa Isabel en casa de Zacarías cuando dijo á la Virgen: «¿De dónde merecí yo que venga á mi casa la madre de mi Señor?» Y «bienaventurada eres entre todas las mujeres; porque se cumplirá en tí todo lo que el Señor te ha prometido:» y las que la misma Virgen habia respondido cuando entonó aquel divino cántico del *Magnificat*: las cuales cosas no podia dejar de haberlas sabido, ni despues de sabidas haberlas olvidado; pues eran tan misteriosas, y él tan santo y amigo de Dios. Ni tampoco podia dejar de estar admirado y suspenso de la santidad de la Virgen, en cuya vida no hallaba rastro de vanidad, ni de liviandad y desenvoltura, en los ojos, palabras, meneos, gestos y obras; sino que toda ella era un espejo de santidad y un retrato del cielo. Todo esto le traia abortito por la gran estima y reverencia que tenia á la Virgen; y confuso por el conocimiento, que como tan humilde tenia de sí. Y confirmase mas por saber la profecia de Isaias, tan celebrada en aquellos tiempos: *Ecce virgo concipiet, et pariet filium*: que una virgen concebiria y pariria al Mesías, y que ya era llegado el tiempo señalado por los profetas de su venida: y que habiendo de nacer de mujer, no habia otra en la tierra que mejor lo mereciese que aquella doncella purísima y divina: y por esto dice el autor del Imperfecto, sobre san Mateo: «¡O indecible gloria de Maria! Mas creia José á la castidad de su esposa que á su vientre: mas á la gracia que á la naturaleza.» Otros santos doctores siguen la opinion media, y dicen, que san José ni creyó de cierto mal de su esposa por verla tan santa; ni entendió el misterio de la Encarnacion del hijo de Dios en sus entrañas tan perfectamente, que no estuviese dudoso y perplejo: y que así tomó por partido el dejarla, para no tener parte ó en la culpa del adulterio si la habia, ó en la infamia de la Virgen si era inocente: y que el Señor permitió que tuviese esta angustia y congoja, para probarle como á justo, ejercitarle como á santo, y darle ocasion de mostrar sus grandes virtudes, y ha-

cerle digno testigo y aprobador de la pureza de la Virgen, y de aquel sagrado parto.

Mas de cualquiera manera que ello haya sido, no hay duda sino que san José fué varon justo, y procedió en este negocio tan perplejo y dificultoso como varon enteramente justo; y que mereció ser consolado y enseñado en sueños por el ángel del Señor, y oir aquellas palabras: «José, hijo de David, no temas de vivir con Maria tu esposa; porque lo que ha concebido en su vientre, no es obra de hombre sino del Espiritu Santo. Ella parirá un hijo, al cual tú, haciendo oficio de padre, le llamarás Jesus; porque será verdadero Salvador y salvará de sus pecados á su pueblo.»

En esta misma justicia se comprende la fé maravillosa con que este santo patriarca creyó todo lo que le dijo el ángel, y ejecutó todo lo que le fué mandado, en el nacimiento, circuncision y presentacion del niño Jesus en el templo. Y no ménos se ve la excelencia de esta fé y su grande obediencia, cuando de nuevo le apareció el ángel y le mandó que se levantase, y con la madre y con el hijo huyese á Egipto y estuviese en aquella tierra hasta que se lo avisase; porque Herodes le buscara para matarle, y José como era santo y justo, no se turbó ni se escandalizó, ni hizo nuevos y vanos discursos, ni preguntó al ángel cómo le mandaba que huyese; pues le habia dicho que aquel niño era Salvador; porque el huir no decia bien con aquel nombre y oficio, ni puso dificultades de parte de su pobreza y delicadeza del niño y de la madre; ni alegó que en algun rincon de Judea entre sus deudos y conocidos se podria esconder y salvar; antes con una simplísima y perfectísima obediencia se levantó luego aquella misma noche, y con la madre y con el hijo se puso en un largo, áspero y peligroso camino. Partiése para tierra no conocida, y vivió tantos años entre gente bárbara é idólatra pasando grandes trabajos, pobreza, molestias, y sobre todo gravísimas aflicciones y quebrantos de corazon por ver las ofensas de Dios y las idolatrias que aquella gente cometia, y la necesidad é incomodidad que padecian aquella madre y aquel infante, que eran la riqueza del cielo, sin poderla remediar, sino con el pobre trabajo de sus manos. Con esta misma obediencia volvió de Egipto á Judea, cuando muerto ya Herodes, el ángel le mandó que volviese; y acompañó con la obediencia la prudencia, y desviándose de las tierras de Arquelao, que habia sucedido en el reino á Herodes su padre, temiendo que juntamente no le hubiese sucedido en la impiedad, y que el niño allí no estaria seguro.

En Nazareth estuvo este santo patriarca con su dulcísima esposa, y aquel amabilísimo niño, viniendo cada año á Jerusalem para hacer oracion en aquel santo templo, y cumplir la ley de Dios que mandaba que los hombres así lo hiciesen; hasta que siendo de doce años el niño le perdieron, y buscaron con gran dolor; y al tercer dia le hallaron con increíble gozo entre los doctores en el templo; y la santísima Virgen dijo á su Hijo, que ¿por qué lo habia hecho así, y dado aquel sobresalto tan grande á su padre y é ella, que con tanto dolor le habian buscado? Y el benditísimo Hijo se volvió con ellos á Nazareth, y estuvo en su compania obedeciéndoles y sirviéndoles como dice el evangelista san Lucas: *Et erat subditus illis*. En las cuales palabras encarece la dignidad y excelencia de san José, que fué tan grande que sería menester lengua de ángeles para

poderla explicar; porque ¿á dónde pudo bajar mas la humildad de Dios que á sujetarse á un pobre carpintero? Y ¿á dónde puede subir la dignidad y soberanía de un hombre mas, que á mandar y ser obedecido de Dios? En esto se encierra todo lo que se puede decir de los privilegios, virtudes y excelencias de san José, que sin duda fueron tales, cuales debian de ser las de un varon santísimo, que era esposo de la Madre de Dios y padre putativo de tal Hijo como dijimos. ¡Qué resplandores debía tener este gloriosísimo santo en su entendimiento! ¡Qué de luces! ¡Qué de rayos divinos cuando estaba mirando y contemplando al sol de justicia cubierto, como con una nube, de un cuerpo de niño! ¡Cuando vió la claridad de la noche y juntarse el cielo con la tierra en su nacimiento, cantar los ángeles, adorarle los pastores y ofrecerle preciosos dones los reyes, tomarle en los brazos el santo viejo Simeon, y cantar como cisne aquel dulce cántico, y suplicar al Señor que le desatase de la cárcel del cuerpo; pues ya habia visto á la lumbré de los gentiles y gloria de los judíos, y Salvador de todos! ¡Qué ardores, qué encendimientos de amor abraaban aquel pecho sagrado que estaba siempre pegado al que es fuego que siempre arde y nunca se consume; ántes todas las cosas transforma en sí! ¡Qué admiracion, qué espanto, qué éxtasis debia padecer el que sabia cierto que aquel niño á quien él servia y mandaba, era niño y Dios, pobrecito y riquísimo, vestido de carne mortal y de gloria inmortal! Con qué humildad tan profunda, con qué confusion y encogimiento de corazon debia aniquilarse delante del Señor del universo, cuando para cumplir con la dispensacion de aquel soberano y oculto misterio, él le mandaba alguna cosa, y el humildísimo niño prontamente le obedecia! Porque si santa Isabel se espantó cuando vió entrar por sus puertas á la Madre de Dios, y san Juan Bautista salió de sí cuando Cristo vino al Jordan para ser bautizado de él, y san Pedro se arrojó á sus piés, y le rogó que se apartase de él porque era pecador; y cuando el Señor le quiso lavar los piés exclamó: *Domine, tu mihi lavas pedes?* Señor, ¿vos me lavais los piés? y añadió: «Para siempre jamás no me los lavareis:» y hasta el centurion con ser gentil, se tuvo por indigno de que el Señor entrase en su casa; ¿cuánta mas razon tenia san José para aniquilarse en el profundo abismo de su nada, viendo á Dios eterno y Criador del universo, de dia y de noche, siendo niño y siendo mozo humillado delante de sí? Y si la sacratísima Virgen con las pocas palabras que habló á santa Isabel, fué medio para que el Señor santificase al gran Bautista en las entrañas de su madre, y de recudida la misma madre quedase llena de Espiritu Santo; ¿qué espíritu, qué gracia, qué ardor y fuego divino pensamos que pegaria á su dulcísimo esposo hablándole tantas veces, tan familiar y amorosamente, tan largos años, de los altísimos é inefables misterios de Dios que pasaban por sus manos? Y pues ella es la puerta del cielo, la tesorera por cuyas manos se reparten y dispensan á todos los divinos dones; ¿para quién habia de procurar que se repartiése con mas larga mano de los dones del cielo, que con aquel que por fúdo y union de aquel castísimo matrimonio, era una misma cosa con ella? Y así no se debe dudar sino que fué mas esclarecido de conocimiento y luz el que estaba mas cerca de la divina luz y mas encendido en amor, el que estaba conjunto con el fuego divino y que participaba mas de la virtud de la raiz, el que estaba pegado con la misma raiz,

y que fué mas rico de tesoros y gracias, e que bebió tantas veces á boca llena de la fuente de la misma gracia, y por cuya mano se descubrió al mundo la vena y minero de todos los tesoros y riquezas de Dios?

Todas las virtudes en sumo grado tuvo este santo patriarca; gran fé, grande esperanza y grandísima caridad, virginal y celestial pureza, profundísima humildad, perfectísima obediencia, rara simplicidad, singular prudencia, maravillosa fortaleza y constancia, increíble paciencia y mansedumbre, vigilancia cuidadosa, solícita providencia, y un silencio tan estraño, que no le leemos en todo el Evangelio palabra que haya hablado san José: porque no era hombre de palabras sino de obras, y estaba tan absorto en la contemplacion del sumo bien que tenia consigo, y tan trasportado de aquella altísima admiracion, que dice san Lucas, que tenia considerando y rumiando lo que veia en el niño y oia de él, que estaba como mudo, hablando con solos los sentimientos, afectos y obras, reverenciando con tanto silencio lo que le causaba aquella tan inefable admiracion. Finalmente fué tan acabado y perfecto san José, que mas se podia llamar varon divino que hombre mortal: y á la medida de su caridad y altos merecimientos recibió el galardón y la corona de la gloria: y así no hay duda, sino que este santísimo patriarca está en el cielo en lugar eminentísimo; y algunos doctores dicen, que está en cuerpo y en alma, así por no saber donde está su cuerpo (y si estuviese en la tierra, no querria el Señor que estuviese escondido, y careciese de aquella honra que tienen otros menores santos); como porque si los muertos que resucitaron, despues que Cristo nuestro Señor resucitó, y aparecieron á muchos en Jerusalem, subieron al cielo en cuerpo y en alma, el dia de la Ascencion con el mismo Señor, como muchos graves doctores dicen; piadosamente se puede creer que no negó el Hijo de Dios á su padre putativo esté privilegio que á tantos otros concedió. Los años que vivió san José no lo dice el Evangelio ni otra escritura auténtica, ni el tiempo en que murió: lo que se tiene por mas cierto es, que era muerto al tiempo de la pasion del Señor; porque si viviera, no encomendara él desde la cruz á otro su benditísima madre. Y algunos dicen, que era ya muerto cuando Cristo hizo el milagro en las bodas de Caná de Galilea; porque diciéndose que la Virgen y Cristo y sus apóstoles se hallaron en ellas, no se dice nada de san José. Pero esto no es cierto; solo es, que despues que Cristo nuestro Señor, siendo ya de doce años, se fué á Nazareth con su Madre y con su padre putativo, estuvo con ellos como hijo sujeto á sus padres, sirviéndoles y obedeciéndoles como queda referido; y esté tiempo parece que debería ser algunos años; pero cuantos hayan sido el Señor lo sabe todo. El cuerpo de san José fué sepultado en el valle de Josafat, como dice Beda, y cerca del sepulcro donde despues fué tambien depositado el cuerpo de la sacratísima Virgen en el mismo valle, entre el monte Sion y el monte Olivete, como dice Buchardo; queriendo Nuestro Señor que los sepulcros del esposo y esposa que tanto y tan puramente se habian amado, fuesen juntamente de los fieles reverenciados. De san José, demás de lo que se halla en las sagradas Letras, y aquí queda referido, muchos y muy grandes santos han escrito homilias, sermones y tratados en sus obras.

LOS SANTOS QUINTO, QUINTILA, CUARTILA, MÁRCOS Y OTROS NUEVE MÁRTIRES.—POR LOS AÑOS 251 y en tiempo de la per-

secucion que contra la Iglesia se alzó cuando Decio, estos mártires sufrieron valerosamente el martirio en Sorrento de Italia.

SAN PANCARIO.—Fué natural de Roma, de una de las mas nobles familias del imperio, hijo de padres cristianos y piadosos; pero entregado él á los errores de la idolatria. Era tesorero del palacio imperial, cuando recibió una carta de su madre en que le exhortaba á dejar el culto de los falsos dioses y abrir los ojos á la luz del Evangelio. Tocado de la gracia, se hizo instruir en la religion cristiana y recibió el bautismo; lo cual sabido por Diocleciano, lo mandó azotar horriblemente, y despues fué metido en una lóbrega cárcel, de la cual salió para ir desterrado á Nicomedia, donde acabó de conseguir la corona del martirio por los años 310.

SAN APOLONIO Y SAN LEONCIO.—Segun Salazar, fueron obispos de Braga: florecieron en el siglo IV ó principios del V, sin que se sepan las particularidades de su vida. Dícese tan solo que el primero asistió al concilio general de Nicea.

LOS SANTOS LANDOALDO, PRESBITERO DE ROMA, Y AMANCIO, DIACONO DE LA MISMA IGLESIA.—Fueron enviados por el papa san Martin á predicar el Evangelio á los de Gante. Sus trabajos y su celo apostólico lograron la conversion de una multitud de infieles, y un aumento considerable en la viña del Señor. Despues de una vida laboriosa y ejercitada en las mas heroicas virtudes, recibieron ambos el premio de la gloria, muriendo á mediados del siglo VIII.

SAN JUAN.—Varon de gran santidad, vino de Siria, su patria, á Italia, y edificó en la ciudad de Pina un monasterio de religiosos, del cual fué abad ó director por espacio de cuarenta años. En todos ellos fué constante su mortificación, su amor al retiro, su observancia de las reglas que se habia prescrito, y su fervor en la oracion. Mereció ser visitado muchas veces por los santos ángeles y por el mismo Jesucristo; y siendo ya de muy avanzada edad, murió santa y tranquilamente á mediados del siglo VI.

DIA 20.

SAN JOAQUIN, PADRE DE LA MADRE DE DIOS.—Aunque san Joaquin, padre de la Madre de Dios, fué santísimo y muy noble, y pertenezca la dignidad y gloria de los padres á los hijos; con todo esto tenemos muy poca noticia de su vida y heroicas virtudes; y en la Santa Escritura no se hace clara mencion de él: lo cual no carece de grandes misterios y de razon muy conveniente; porque como advierte Catarino, habiéndose celebrado la Virgen en la Santa Escritura por Madre de Dios, convenia callarse el nombre de sus padres, para dar á entender que la grandeza y nobleza de la Madre de Dios era por su Hijo, por el cual tambien estaba exenta de pecado original: porque aunque los padres de la Virgen fueron nobilísimos y muy santos; con todo eso tuvieron pecado original: pero no comunicaron esta mancha á su hija que habia de ser Madre de Dios. Hay con todo eso muchos autores antiguos que hacen mencion de san Joaquin, y nos significan, aunque con muy pocas palabras, los grandes merecimientos y virtudes que tuvo, de las cuales recogeremos lo que se sigue.

Fué san Joaquin galileo, de la ciudad de Nazareth, de linaje real, y el mas ilustre de toda Judea; porque era de la tribu de Judá y descendia por línea recta del rey David.

Su padre se llamó Mathad y su madre Estha, la cual era de la misma sangre real de David; de manera que por padre y madre era nobilísimo y descendiente de los dos hijos del rey David, Nathan y Salomon, y de otros muchos reyes y grandes capitanes. Fué desde niño castísimo, y de tan grande santidad, que muchos años ántes que naciese, reveló Dios su nacimiento y nombre, manifestando á los sabios de la ley como se habia de llamar Joaquin el padre de la Madre del Mesías, como lo refiere el P. Canisio de los rabinos antiguos. Este es el nombre de Joaquin, muy competente para el que habia de ser el padre de aquella doncella que habia de concebir y parir al Señor del mundo, porque Joaquin quiere decir «la preparacion del Señor;» y como dice san Epifanio, por él se preparó el templo al Señor del mundo, que fué la santísima Virgen María, su hija. Era muy rico; y siendo ya hombre, se casó con una virtuosísima doncella de Belen, llamada Ana, de iguales riquezas y calidad. Eran muy semejantes en la virtud y santidad; y así vivian como dos ángeles, viviendo los dos en carne, sin los deleites de la carne; porque nunca se juntaron por gusto sensual, sino movidos de amor de Dios por deseo del bien de la generacion, y esto raras veces. No gastaba san Joaquin su hacienda y la de su mujer superfluamente, sino empleándola en obras pias, de lo cual se holgaba mucho su santa compañera. Hacia tres partes de todas sus rentas: la una daba al templo del Señor y gastaba en sacrificios y oblaciones: la otra empleaba en hacer limosnas á pobres y hospedar los peregrinos, virtud muy alabada en las sagradas Letras, y ejercitada de los santos patriarcas; y con la tercera parte sustentaba su casa honestamente. Oraba mucho y ayunaba, acompañándole en todos los actos de virtud su santa mujer Ana: los cuales vivieron en esta tan religiosa vida, y en tan gran conformidad hasta muy viejos; pero sin tener hijos ni haberse hecho preñada santa Aña. Esto les era ocasion de grande humillacion; porque entre los judíos se tenia por cosa afrentosa ser estériles, atribuyendo á pecados de los padres la falta de los hijos, y se tenia por maldito quien no dejaba descendencia de sí. Hicieron muchas devociones para que les concediera el Señor algun fruto de bendicion que les librara de aquella afrenta: oraban mucho, derramando copiosas lágrimas para que Dios los oyese: acompañaban la oracion con largos y rigurosos ayunos; y añadieron un voto, en que prometieron á Dios de dedicarle lo que les naciese. Precedió esta esterilidad en los padres de la Virgen, porque, como nota san Juan Damasceno, convenia que para aquello que habia de ser nuevo debajo del sol, y el principal de todos los milagros se dispusiese su camino por milagros. Sucedió que yendo una vez al templo en la fiesta de las Encenias, cuando concurría infinita gente, fueron mas notados los santos casados por el oprobio de la esterilidad. Tornaron á suplicar á Dios con mas instancias, les diese alguna sucesion; y para recabarlo mas fácilmente, se salió san Joaquin de la ciudad, y se fué á un lugar desierto en el monte á vacar á solo Dios, ejercitándose todo en oracion y ayunos. Lo mismo hizo santa Ana en una huerta que tenia. Oyó últimamente el Señor los ruegos de san Joaquin, y despues de cuarenta dias de ayuno le consoló con enviarle un ángel que le dijese como Ana su mujer habia de concebir una doncella santísima escogida de Dios para madre suya: la cual habia de parir al Mesías tan deseado de aquel

pueblo. Tuvo tambien santa Ana otra revelacion semejante. Confirieron entre sí los santos esposos la merced que Dios les habia prometido, dándole infinitas gracias y quedando gozosos y llenos de devocion y consuelo.

No se puede explicar lo que pasaba por el corazón de san Joaquin y santa Ana, viéndose padres de la que habia de ser Señora de cielo y tierra, y Madre del mismo Dios. Todo se les iba en pensar la prenda tan rica que tenia santa Ana en su vientre, y dar á Dios mil alabanzas por tan singular favor, esperando por momentos el dichoso dia en que habia de salir á luz hija tan deseada, no solo de ellos, sino de todo el mundo y de los mismos ángeles. Al fin les nació, viviendo en Nazareth, aquella benditísima niña, sobre la cual echó Dios todas sus bendiciones. ¿Quién podrá declarar la alegría de san Joaquin cuando viese en sus brazos la que habia de ser Madre de Dios? Con qué reverencia la miraria, viendo la hermosura de la niña que admiraba al cielo y tierra! Todo el cielo se regocijó en su nacimiento. Pues quien la tocaba tan cerca como san Joaquin, ¿qué contento tendria! Puso á su hija por nombre María, conforme se lo habia Dios mandado por el ángel. Al cabo de ochenta dias fueron san Joaquin y santa Ana á Jerusalem á cumplir la ley de la purificacion para ofrecerla en el templo: y habiendo cumplido con singular devocion y agradecimiento con las oblacones que mandaba la ley, y otros sacrificios que hicieron, tornaron á su casa con su querida hija, teniendo en ella el templo vivo de la Santísima Trinidad. Criáronla con la reverencia y amor que merecia tal hija, dándole la leche de sus mismos pechos santa Ana, su madre: y aunque sentia un consuelo inexplicable con la compañía de la niña, estaban tan abrasados de amor de Dios, y tan agradecidos al beneficio que con tal fruto de bendicion habian recibido, que no veian la hora en que la habian de dedicar al templo, y cumplir el voto que habian hecho de consagrarla al Señor: y así, apenas la hubieron destetado, cuando siendo solo la niña de solos tres años, se determinó san Joaquin á llevarla á Jerusalem y entregarla á los sacerdotes en el templo, privándose él y su santa mujer de tener en su casa tal hija. Pero para no estar muy lejos de ella, se resolvieron de mudar de habitacion, y vivir en Jerusalem, donde habia de quedar su santísima hija; porque el sumo amor que la tenian, no les permitia estar del todo ausentes. Llegándose, pues, la festividad de las Encenias, que era por el mes de noviembre, se partió san Joaquin con santa Ana, su mujer, y con su benditísima hija para Jerusalem, y habiendo hecho las oblacones y sacrificios de la ley, entregaron aquella preciosísima ofrenda á los sacerdotes, dándoles razon de su intencion y voto. Quedaron admirados los sacerdotes de la piedad de los padres y mucho mas de la devocion, modestia y peso de la niña, con que se ofrecia al Señor: y poniéndola entre las otras vírgenes en una parte del templo, que estaba diputada para crianza y habitacion de ellas, la miraban como un tesoro divino. Despidióse san Joaquin de la hija con muchas lágrimas y ternura, quedando grandemente consolado de ver cumplidos sus deseos. Los años que le quedaron de vida, que fueron solamente nueve, frecuentaba lo mas que podía el templo, en donde habia depositado el templo vivo de Dios, y mas precioso que el cielo empuero, su Santísima hija; hasta que siendo ya de ochenta años, dió

su espíritu al Señor que le crió, dejando á su hija única María, de once años, por heredera universal de toda su hacienda: mas la Virgen Santísima quiso ser pobre y oliuntariamente, para parecerse mas á sus santísimo hijo que se quiso hacer pobre por nosotros.

Esto es lo que sabemos de la vida de san Joaquin. No hay duda, sino que llegó á una santidad excelentísima; y así hablan los santos con grandes alabanzas de él y de santa Ana, su mujer. San Juan Damasceno dice: «¡O bienaventurada junta, Joaquin y Ana, á los cuales está obligada toda criatura; porque por vosotros ofreció el Criador áquel don que se aventaja á todos los dones del mundo; esto es, á su castísima madre, la cual solo fué digna de su Criador!» Luego torna á repetir: «¡O bienaventurado par, Joaquin y Ana! Bien os dais á conocer que sois immaculados por el fruto de vuestro vientre; porque, como dijo una vez el Señor: De sus frutos los conoceréis; hicisteis una vida agradable á Dios, y como era digno hiciesen los padres de tal hija, como nació de vosotros. Cumplisteis vuestro oficio casta y santamente, y produjisteis el tesoro de la virginidad.» En otra parte dice: «Aquel varon divino, Joaquin, y su mujer Ana alcanzaron el fruto de su oracion,» porque por oraciones alcanzaron tener por hija á la Madre de Dios. Por donde parece que fueron las personas que mejor oracion tuvieron hasta aquel tiempo; pues fué digna su oracion de la mayor merced que Dios habia hecho; y así, fuera de san Juan Damasceno, atribuyen san Epifanio y san Gregorio Niceno á la santidad y oraciones de san Joaquin y de santa Ana, haber nacido de ellos la Madre de Dios. Fueron los casados mas santos que hasta allí hubo en el mundo, y su matrimonio, en que mas se habia agradado á Dios; y así dijo un ángel á santa Brígida: «Como Dios hubiese visto cuantos matrimonios consumados, santos y honestos ha habido desde la creacion del mundo hasta el último que se lixiere al fin de él; ninguno vió semejante al de san Joaquin y santa Ana, en tanta caridad divina y honestidad: y así le plugo que se engendrara el cuerpo de su castísima Madre de este matrimonio. «Seamos devotos de estos gloriosos padres de la Madre de Dios; pues son tan grandes sus méritos y eficaces sus oraciones: porque así como la Virgen puede mucho con Dios, por ser Madre suya; así ellos pueden mucho con la Madre de Dios por ser hija suya, la cual se huelga que honremos á sus santísimos padres.

SAN NICETO, OBISPO DE TRÉVERIS.—En tiempo del rey de Austrasia, Tierry, á quien convirtió reprendiendo severamente sus desórdenes, floreció este santo, que era en el siglo sexto. Elevado por su piedad y celo á la silla episcopal de Tréveris se mostró un verdadero obispo, instruyendo y edificando á los fieles con palabras y ejemplos, desplegando un celo verdaderamente apostólico como se notó en algunos concilios celebrados en las Galias para el sosten de la disciplina. Teodoberto, sucesor de Tierry, fué convertido tambien por Niceto, obligándole á abandonar sus criminales excesos y á vivir con moderacion. Despues de estas maravillosas conversiones, trató de convertir tambien al sucesor de Teodoberto, Clotario; mas fueron inútiles sus esfuerzos, viéndose el santo obligado á dejar su diócesis, sufriendo el destierro por orden del incestuoso rey. Muerto éste volvió Niceto á su iglesia, la que gobernó hasta su muerte que fué en el año 566. Segun san Gregorio de Tours obró Niceto muchos mila-

gros, ya durante su vida, ya después de su muerte.

SAN ARQUIPO.—Fue compañero y muy querido del apóstol san Pablo, y uno de los setenta y dos discípulos de Jesucristo. Créese que fue obispo de Colosas, y que murió el año 81 de la era actual. Hácese honrosa mención de este santo en la carta de san Pablo á los colosenses, cap. 4, v. 17, y en la carta del mismo á Filemon, versículo 2.

LOS SANTOS PABLO, CIRILO, EUGENIO Y OTROS CUATRO.—Padecieron el martirio en Siria, en los primeros siglos de la Iglesia.

SANTA FÓTIMA, SAMARITANA Y SUS DOS HIJOS JOSÉ Y VICTOR, SAN SEBASTIAN, CAPITAN, Y LOS SANTOS ANATOLIO, FOCIO, FOTIDES, PARASCIVES Y CIRIACA, HERMANAS.—Nada mas se sabe de estos santos, sino que fueron martirizados por confesar á Jesucristo; pero se ignora el lugar y la época de su martirio.

LAS SIETE SANTAS MUJERES, ALEJANDRA, CLAUDIA, EUFRASIA, MATRONA, JULIANA, EUFEMIA Y TEODOSIA; Y SANTA DERFUTA, Y UNA HERMANA SUYA.—Célebres han sido siempre estas santas en la Iglesia griega, por el extraordinario valor y constancia con que sufrieron la muerte por Jesucristo. Habiéndose publicado en Amid de Paflagonia, donde ellas vivian, los edictos de Maximiano contra los cristianos, presentáronse esas heroínas al prefecto, confesando en alta voz que ellas adoraban al Dios crucificado. Empezóse luego su martirio, que consistió en desnudarlas de sus vestidos y azotarlas con varas de hierro hasta que su cuerpo chorrease sangre por todas partes, cortáronlas en seguida los pechos, y colgadas cabeza abajo, encendieron junto á ellas grandes hogueras y murieron quemadas á fuego lento.

SAN VULFRANO, OBISPO DE SENS.—Fue de gran ciencia y de incomparable humildad. El cielo le distinguió especialmente con el don de milagros, y un día se le vió andar, como otro Pedro, sobre las olas, y dominar los vientos y las aguas. Despues de haberse empleado en los mas trabajos ministerios del episcopado, lo renunció, y se retiró al monasterio de Fontenella, en donde acabó sus dias en santa paz, el día 20 de marzo del año 711. Su sepulcro fue y es aun famoso en prodigios.

SAN CUTBERTO, OBISPO DE LANDISFARNE EN INGLATERRA.—Fue el apóstol de aquellas regiones, á las cuales enseñó las verdades del Evangelio. Desde su niñez, dice el Martirologio romano, hasta la muerte fue célebre en milagros y santas obras. El venerable Beda ha escrito su vida, por la cual se ve que fue san Cutberto uno de los mas grandes santos que venera la Iglesia de la Gran Bretaña. Su muerte, acaecida en marzo del año 687, fue, como su vida, portentosa y admirable, complaciéndose el Señor en consolar á los fieles de la muerte de su pastor, haciendo su sepulcro glorioso con muchos milagros.

SAN AMBROSIO DE SEÑA.—Hallárase su vida á 22 de este mismo mes.

DÍA 21.

SAN BENITO, ABAD.—La vida, muerte y milagros del gran patriarca y padre de tantas y tan sagradas religiones, san Benito, escribió largamente el glorioso pontífice y doctor de la Iglesia, san Gregorio su hijo, en el segun-

do libro de sus Diálogos. Fue san Benito de nacion italiano; nació en la ciudad de Nursia, de nobles y piadosos padres. Fue desde niño muy inclinado á recogimiento y virtud; y siendo de pocos años en la edad, parecia viejo en la modestia y gravedad: despreciaba las cosas de la tierra, teniendo siempre el corazón en el cielo. Enviáronle sus padres á Roma para que aprendiese letras, lo cual comenzó á hacer; y como viese algunos de sus compañeros que se dejaban llevar de sus apetitos y de los vicios y travесuras de la juventud, temiendo de no caer en ellos, se retiró y determinó dejar los estudios, por no perder á Dios, queriendo ántes ser ignorante y virtuoso, que docto y vicioso: y así dejando los estudios y á sus padres, dudosos, comodidades y regalos de esta vida, con una sabia insipiente y docta ignorancia se recogió, buscando una manera de vida perfecta, en que mas pudiese agradar y servir al Señor. Al partir de Roma, la ama que le habia criado, con el amor que le tenia, le siguió; y llegando á un pueblo donde se detuvieron, pidió un vaso de barro prestado á las vecinas, y por descuido se le quebró, y como la ama llorase mucho, porque no podia volver el vaso entero á quien se lo habia prestado, el santo mozo Benedicto, compadeciéndose de las lágrimas de su ama, tomó los pedazos de aquel vaso, y juntádoslos, suplicó á Nuestro Señor, que consolase aquella pobre mujer, y luego el vaso quedó sano, y la mujer consolada. Y dado que este parezca pequeño milagro, no es pequeña señal de la gran santidad de Benedicto, aun en aquella tierna edad; y de los muchos y grandes milagros que adelantó el Señor habia de obrar por él, y así los vecinos de aquel pueblo, cuando supieron lo que habia sucedido, reconocieron y alabaron la gracia de Dios en aquel santo mozo, y colgaron el mismo vaso á la entrada de la iglesia para memoria de aquel milagro, donde dice san Gregorio que estuvo hasta la venida de los longobardos en Italia. Pero como Benedicto deseaba mas ser menospreciado que honrado, temiendo la vanagloria y el estorbo de su ama, secretamente la dejó y se fue á un lugar como cuarenta millas de Roma, que se llama Sublaco, y vulgarmente, corrompido el vocablo, Subbiaco, lugar solitario y apartado, áspero y abundante de aguas, donde entendió que vivian santamente algunos siervos de Dios, entre los cuales habia un monge que se llamaba Romano, con el cual se encontró por voluntad de Dios: y Romano, cuando vió un mozo de tan poca edad, y en el aspecto noble, delicado y solo, le preguntó, ¿quién era, á dónde iba, y qué buscaba? Y sabidos sus intentos, se ofreció de ayudarle y tenerle secreto, y le dió el hábito de monge, y le acompañó á una cueva estrecha, donde estuvo tres años, sin que ninguno lo supiese, sino solo Romano, que de cuando en cuando le visitaba y llevaba algunos pedazos de pan que á él le daban en el monasterio, y por llevarse los, él los dejaba de comer. Y porque era muy dificultosa la entrada de aquella cueva, en que estaba el santo mozo; cuando Romano le traía el pan, lo colgaba de una soga que pendia de un peñasco grande y alto, que estaba sobre la cueva, y con una campanilla que allí estaba asida, hacia señal, para que Benedicto entendiese que Romano habia venido. Mas nuestro enemigo, no pudiendo sufrir ni la penitencia del uno, ni la caridad del otro, un dia al tiempo que Romano descolgaba el pan, tiró una piedra y quebró la campanilla; pero no por eso dejó Romano de

venir á sus tiempos, y cumplir con aquel oficio de tanta piedad.

Mas como el Señor quisiese que Romano ya descansase de aquel trabajo, y otros participasen del merecimiento de aquella buena obra; y Benedicto, que estaba en aquella oscuridad y silencio, se manifestase y saliese á la luz para alumbrar á muchos; habiendo un buen clérigo que vivía en aquella comarca, aunque algo lejos, aparejado una buena comida para el día de Pascua, le apareció la noche ántes el Señor y le dijo: ¿Cómo tú tienes aparejada tu comida para regalarte esta Pascua, y mi siervo Benito está en su cueva muerto de hambre? No fué menester más para que el clérigo luego se levantase, y tomando su comida se pudiese en camino, para buscar al que no conocía; y subiendo montes y bajando valles, finalmente dió en la cueva donde estaba el santo mozo, bien descuidado de saber que era día de Pascua, y del regalo que Dios le enviaba; y despues de haberse los dos abrazado y orado y sentándose, y pasado entre sí algunas pláticas de la vida eterna; el clérigo dijo á Benedicto: Levántate y comamos, que hoy es día de Pascua. Respondió el santo mozo: Por cierto Pascua es hoy para mí; que el Señor me ha consolado con tu vista. Hoy cierto, dijo el clérigo, es el día de Pascua, en que Cristo Nuestro Señor gloriosamente resucitó, y no conviene que hoy ayunes, por ser tal día y por haberme Dios enviado con este refrigerio, para que comas y tomes algun alivio en la dura hambre que padeces. Con esto comieron los dos, y despues de haberse abrazado, el santo mozo se quedó en su cueva. Otra vez le descubrieron unos pastores, y al principio creyeron que era algun salvaje, mas despues que se llegaron mas cerca, y conocieron que era hombre, le hablaron y trataron, y le dieron de su pobreza, para que comiese; y él les enseñó lo que habian de hacer para salvarse, y con sus dulces y celestiales palabras los domesticó y cultivó en el amor y temor santo de Dios. De aquí poco á poco vino á ser conocido y á derramarse por toda aquella tierra su fama: y muchos, movidos de ella, le traían lo que habia menester para el sustento de su cuerpo, pagándoselo el santo mozo con otro mantenimiento mas precioso y provechoso para sus almas.

Pero como el demonio viese el rigor y aspereza con que vivía y como de día y de noche anhelaba á la perfeccion, y que ya comenzaban á descubrirse los rayos de la divina luz que resplandecía en su pecho; un día que Benedicto estaba solo, transformándose el teñador en ave pequeña y negra, á la manera de mirla, comenzó á volar y dar muchas vueltas al rededor de él; llegóbase muchas veces al rostro tan cerca y tan importuna, que pudiera él tomarla, si quisiera, con sus manos. Hizo la señal de la cruz Benedicto, y la ave desapareció; mas dejóle una tentacion de carne tan terrible y vehemente, que el honestísimo mozo, como de cosa nueva para él, y tan peligrosa, quedó muy congojado y alligido. Había visto una mujer en Roma, y el demonio se la representaba tan vivamente, y le incitaba á descarrarla con tales llamas de fuego infernal, que se le abrasaban las entrañas, de manera que casi vencido ya del impetu de aquella tentacion diabólica, estuvo en duda si dejaria el yermo y la iría á buscar. Mas el Señor al mejor tiempo le socorrió y le dió fuerzas y espíritu, para volver en sí, y resistir con el escudo de la fé á tan fiero golpe. Armado,

pues, de la virtud del cielo, se desnudó de sus vestidos y se echó en un campo lleno de abrojos y espinas, y comenzó á revolcarse en ellas, hasta que todo su cuerpo quedó lastimado y llagado, y corriendo sangre; y aquel ardor y fuego que Satanás habia encendido en sus miembros, con la fuerza del excesivo dolor se apagó; que de esta manera suelen los santos algunas veces, inspirados de Dios, pelear con su carne y vencer, y triunfar de tan cruel, porfiado y doméstico enemigo.

Fué tan grato al Señor este sacrificio, que de sí hizo Benito, que de allí adelante, como él mismo lo dijo á sus discípulos, nunca tuvo otra tentacion semejante, ántes comenzó á ser maestro de todas las virtudes, y enseñarlas á muchos, que por su ejemplo dejando todas las cosas transitorias venían para ser engañados de él. Había allí cerca un monasterio de frailes, cuyo abad era muerto; y tratando los religiosos de elegir prelado, todos de común consentimiento pusieron los ojos en Benedicto, y le rogaron que tomase sobre sí aquella carga, y como padre y maestro los gobernase y enderezase á la perfeccion. Excusóse al principio el santo, y como le importunasen les dijo que no le podrian sufrir, porque las costumbres de ellos y suyas no eran conformes, pero al fin como no desistiesen de su peticion, y le hiciesen mucha instancia, y se ofreciesen á obedecerle en todo lo que les mandase, se dejó vencer y tomó el cargo de abad, en el cual se puso como espejo de toda virtud y santidad á sus monges moviéndoles con su ejemplo á amar la celda, á huir el ocio, á guardar el silencio, á holgarse con el trabajo, al ayuno, vigiliyas y penitencias, á la continua oracion y meditacion, á la caridad fraternal, huyendo de toda mura oracion y detraction, á la santa pobreza, siendo todo lo que habia en el convento de todos y nada de ninguno. Servia el mismo á los enfermos, y queria que todos los otros los visitasen y sirviesen. Recibia á los huéspedes con gran caridad: sufría las faltas de sus súbditos con gran mansedumbre: amonestábales dulcemente; y cuando era menester, castigábales severamente, haciendo en todo oficio suavísimo de padre y perfectísimo maestro y celosísimo prelado. No pudieron los ojos flacos de aquellos monges sufrir tan gran resplandor, ni las costumbres torcidas la rectitud y regla tan derecha de tan santo padre: comenzaron á quejarse de sí mismos, por haberle tomado por abad; y como les pareciese cosa dura dejar sus viejas costumbres, y amoldarse al nuevo espíritu y disciplina de san Benito; para librarse de él, determinaron darle ponzoña y acabarle y salir de una vez de aquella tan dura y enojosa servidumbre. Diéronle el veneno en un vaso de vidrio, lleno de vino; y haciendo la señal de la cruz sobre él, como solía, cuando queria beber, luego (como si aquella cruz fuera una piedra) el vaso, sin tocarle, se hizo pedazos, derramando el vino y el tósigo que en él estaba mezclado. Entendió el amigo de Dios la maldad; y sin turbarse ni mudar el rostro, dijo á los monges: Dios os perdone, hermanos por lo que habeis querido hacer. ¿No os dije yo, que vuestras costumbres y las mías no se podrian conformar; y que vosotros y yo, no éramos para en uno? Buscad otro padre que os gobierne; porque yo no vivirá mas con vosotros: y perdida la esperanza de hacer fruto en aquella casa, donde no habia quien le ayudase, y todos el perseguian, dejando los monges y el monasterio se volvió á su amada soledad, haciendo vida mas angélica que

humana, y guardando perpetuamente con gran recato y solicitud la preciosa joya de la virginidad, y estando con el cuerpo en el suelo, y con el corazón en el cielo, siempre alegre, siempre fuerte y constante, siempre enamorado del Señor, y absorto en su altísima contemplación.

Movió tanto la gente el ejemplo admirable de san Benito, y fueron tantos los discípulos que de todas partes concurrían á él, que en breve tiempo, por aquel monasterio que habia dejado, le dió el Señor gracia que fundase doce monasterios de santos y escogidos religiosos, y entre ellos ponía un abad y padre, que en su nombre los gobernase, andando el santo patriarca de un monasterio en otro, dando orden de lo que se habia de hacer en cada uno de ellos. Entre estos monasterios que san Benito edificó, habia tres puestos sobre un monte fragoso y seco, que no tenia agua; y como los monges con mucho trabajo bajasen por ella á una laguna, y pidiesen á san Benito que los mudase á otra parte que tuviesen agua; él hizo oración y mandó cavar en cierto lugar, que habia señalado en el mismo monte, y luego salió una fuente tan copiosa, que bastó y sobró para todo lo que los monges habian menester. Y no solamente venían los que renunciaban al mundo para tomar su hábito y santa institución, sino tambien muchos caballeros y señores le traían sus hijos, para que los instruyesen y enseñasen desde la tierna edad en el temor de Dios: y el santo padre los aceptaba, por hacer este servicio á nuestro Señor, y beneficio á toda la república, por lo que importa criarse bien los hijos desde niños. Entre los otros caballeros que trajeron sus hijos á san Benito, fué uno Lucio que le ofreció á Mauro, y Tertulo, varon muy ilustre, á Plácido, que después andando el tiempo, por la instruccion de san Benito, vinieron á ser grandes santos, y san Plácido mártir. Estaban todos aquellos campos hechos un paraíso, habitado de moradores del cielo, por la santidad de san Benito y de los otros religiosos que vivían en aquellos monasterios debajo de su obediencia. Pero como tras la virtud se sigue la envidia, y no hay cosa que los malos mas aborrezcan que la buena vida; no pudo la excelencia y santidad de san Benito dejar de tener adversarios y perros que ladrasen contra ella, y la pretendiesen oscurecer. Entre otros hubo un clérigo presbítero llamado Florencio, que tenia una iglesia allí cerca del monasterio en que vivía san Benito, hombre bueno en la apariencia de fuera, é interiormente perverso y malo. Este, movido de envidia, comenzó á decir mal de san Benito y dar á entender á los que le venían á buscar, que era hombre como los demás, y no tan santo como parecia, y que se guardasen de él, porque debajo de aquel hábito de hipocresía estaba encerrada alguna gran maldad. Todo lo que hacia y decia aprovechaba poco; porque la santidad de Benito era tan grande, que con su claridad deshacia aquella niebla con que Florencio la quería ofuscar. Y como las palabras no le aprovechaban para desacreditarle como pretendía, cegado de su pasión determinó matarle; para esto le envió un pan emponzoñado, como pan de limosna y bendición. Tomó el pan el santo con agradecimiento, aunque entendió lo que habia en él, y el ánimo dañado con que se le enviaba. Solía venir un cuervo de un bosque cada dia al monasterio, al cual el santo daba su ración; y habiendo venido aquel dia, le arrojó el pan que Florencio le habia enviado; y mandó,

en el nombre del Señor, que le llevase en parte donde ninguno le pudiese hallar. Entonces el cuervo, graznando y abriendo el pico y extendiendo las alas, comenzó á dar vueltas al rededor del pan; como significando el mal que habia en él y que queria, mas no podia cumplir lo que le mandaba. Entonces le dijo el santo: No quiero que le comas, sino que le tomes; qué sin recelo lo puedes hacer, y le lleves á donde te he dicho. Asíóle el cuervo y llevólo; y volvió por su ración; la cual recibida de mano del santo, como solía, se partió: y san Benito quedó muy triste y lloroso, no por su peligro, sino por la ofensa de Dios y daño de aquel miserable, que sin culpa suya le perseguía.

No paró aquí la maldad de este hombre infernal; ántes cuando vió que no habia podido matar el cuerpo del santo, se determinó matar las almas de los monges que con él vivían. Buscó siete mujeres déznas, hermosas y lascivas, y concertó con ellas, que desnudas entrasen en la huerta del monasterio, y allí se entretuviesen y bailasen, para que con su vista provocasen á mal á los monges que de sus celdas las podían ver. ¡A dónde no llega la maldad de un hombre desalmado y dejado de Dios! Qué no hará la envidia y pasión en un corazón que posee! Mas el santo, viendo desde su celda aquel abominable espectáculo, temiendo que algunos flacos podrían caer y que todas aquellas invenciones diabólicas eran contra su persona, mas que contra la de sus monges; dejando superior de su mano que gobernase aquel convento, y tomando consigo algunos pocos religiosos, se partió de él, dando lugar con paciencia y humildad al que sin temor alguno de Dios tan fieramente le perseguía. Mas el Señor, que es justo galardador de nuestras obras; y recto juez de las injurias y agravios que se hacen á sus siervos, no quiso que una maldad tan abominable quedase sin castigo; porque estando Florencio muy contento, y como triunfante por haber echado de allí á su enemigo, cayó de repente sobre él la casa en que estaba, y le mató. Dió luego aviso de este suceso Mauro á su padre y maestro san Benito, que estaba como diez millas de allí, diciéndole, que bien podia volver á su casa, porque ya Florencio era muerto desastradamente, y habia recibido el castigo de su culpa. Oyó este mensaje san Benito: enternecióse y derramó muchas lágrimas por la muerte de Florencio, y no ménos porque Mauro, su discípulo, mostraba holgarse de ella, y por esta culpa le castigó y dió grave penitencia. Muy corrido quedó el demonio con este suceso; y viendo que por medio de otro hombre no habia podido derribar y vencer á san Benito, se resolvió á hacerle guerra por sí mismo, creyendo que por sus fuerzas mayores le podria vencer.

Quedaban en el monte Casino todavía algunas reliquias de la gentilidad, y habia allí un templo é idolo de Apolo, á quien adoraba la gente rústica y del campo que aun era pagana, ofreciendo sacrificios á sus falsos dioses: lo cual sabido por san Benito, fué allí é hizo pedazos la estatua del idolo: derribó el altar: puso fuego al monte donde á los demonios se ofrecían sacrificios: edificó una capilla en el mismo templo á san Martín, y otra á san Juan Bautista; y comenzó á predicar el Evangelio á aquellos pueblos comarcanos, y con su vida y doctrina atraerlos al conocimiento del Señor. El demonio, viendo esto, se embraveció y deshacia en rabia; y en una figura horrible y espantosa, echando llamas de fuego por los ojos y por la boca, se

apareció á san Benito, dando gritos y alaridos; llamándole por su nombre y diciendo: Benito, Benito; y como el santo no le respondiese ni hiciese caso de él, añadió: Maldito, y no Benedicto, ¿qué tienes conmigo que así me persigues? Y de allí adelante comenzó á perseguir mas furiosamente al santo, de quien se quejaba que era perseguido: permitiéndolo así nuestro Señor para mas confusion del demonio y honra de san Benito, y gloria suya, que le daba victoria de bestia tan espantosa y poderosa. Quisieron levantar una piedra para la obra que se hacia: púsole el demonio sobre ella; y por mucha fuerza que gran número de hombres hicieron, no la pudieron mover. Súpolo san Benito; hizo oracion y echó su bendición sobre la piedra; y luego la alzaron sin ninguna dificultad. Cavando la tierra hallaron un idolo de metal: echarónle acaso en la cocina: y luego se encendió en ella un fuego tan grande que parecia que toda se abrasaba, y por mucha agua que los frailes echaban, no se podia apagar. Acudió el santo al incendio, y vió que el fuego era fantástico y no verdadero, y suplicó á nuestro Señor, que abriese los ojos de sus monges, para que viesen lo que era en hecho de verdad; y luego vieron que era embuste del demonio. Alzando otra vez una pared en alto, y estando san Benito haciendo oracion en su celda, vió que el demonio venia bravo y furioso á hacerle guerra, dió una voz á sus monges que estaban trabajando en la obra, para que se guardasen de él. Apenas habia llegado la voz á las orejas de los monges, cuando el demonio hizo caer la pared: la cual cogió debajo á un monge de poca edad, y le hizo pedazos, y quebrantó todos los huesos. Lleváronle en un costal á san Benito: púsole en el lugar en donde solia hacer oracion, y despidió los monges, cerró su celda, y postrado en oracion pidió á Dios que le diese vida; y dióselo el Señor tan cumplida, que le mandó el santo volver luego á la obra, para que aquel mismo ayudase á rehacer la pared caída, con cuya muerte el enemigo habia pensado triunfar.

Innumerables, varios y admirables fueron los milagros que Dios obró por san Benito para enseñanza de los religiosos, admiracion y edificacion de todos los fieles, espanto de los rebeldes, y sobre todo para gloria del que tanto le magnificó y le hizo tan glorioso en la tierra. Veá los quien quisiere en la vida de este santo que escribió san Gregorio. Nosotros solamente referiremos algunos mas ilustres, y que contienen alguna particular doctrina, especialmente para los religiosos. Envió san Benito á Plácido por agua á una laguna que estaba debajo de su monasterio; el cual, metiendo el cántaro que llevaba en el agua, cayó tras él. Arrebatóle una ola; y estando en gran peligro, san Benito por divina revelacion le vió, y llamando á Mauro con gran prisa, le dijo: Mauro, corre, que Plácido yendo por agua ha caido en la laguna y está en gran peligro; y Mauro, tomando la bendicion de su padre, corrió volando, y sin mirar lo que hacia, se entró á pié enjuto por la laguna como si anduviera por tierra, y así á Plácido de los cabellos y sacóle á la orilla; y volviendo los ojos vió que habia hecho lo que nunca pensó que pudiera hacer. Refirió á san Benito lo que pasaba, atribuyendo aquel milagro á sus merecimientos; pero el santo lo atribuyó á la virtud de la obediencia de Mauro: y no hay duda, sino que muchas veces el Señor para mostrar cuánto le agrada esta virtud de la obediencia, tan importante y tan necesaria en la religion, ha obrado cosas grandes y ma-

ravillosas, por los que ciega y prontamente han obedecido á sus preladós: y al contrario, ha declarado que faltando la obediencia falta el principal fundamento y ornato del religioso, como se vió en otro milagro; porque habiendo el bienaventurado padre dado todo lo que habia en el monasterio para socorrer en una grande hambre á los pobres, y viniendo uno á pedir un poco de aceite, mandó que se le diese un poco que solo habia quedado en una redoma. No cumplió tan presto esta obediencia el dispensero, teniendo como flaco, que si lo daba haria falta á los monges. Súpolo el santo, y con justo enojo mandó arrojar luego aquella redoma de aceite por la ventana abajo, para que no hubiese en el monasterio cosa contra obediencia. Fué cosa maravillosa, que siendo la ventana alta y cayendo sobre unas peñas que estaban debajo, no se quebró la redoma de vidrio, ni se derramó el aceite, y tomando el santo ocasion de esto, llamó á los monges y reprendió al dispensero ásperamente por la soberbia y desconfianza que habia tenido; y puesto con los mismos monges en oracion, suplicó á nuestro Señor que les proveyese, y luego se llevó de un perfectísimo aceite una tinaja que alli estaba vacía: para que entendamos cuán agradable es á Dios la simple y humildé obediencia, y que nunca da el hombre tanto á Dios en sus pobres, que no reciba mucho mas de su larga mano; y que proveyendo Dios á los pájaros del aire y á los gusanos de la tierra de sustento, no le ha de negar á sus siervos: como se vió en el mismo monasterio de san Benito, que habiendo grande hambre en toda la tierra, y no quedando mas de cinco panes en el para sustento de tantos religiosos; estando ellos afligidos y pusilánimes, el santo los reprendió y les dijo: Hoy tenemos falta de pan, pero mañana no será así: y al dia siguiente se hallaron á la puerta del convento doscientas hanegas de pan sin haberse podido saber quien las hubiese traído. En un monasterio de los de san Benito habia un monge que no habia podido estar quieto en la oracion, antes en el punto que los otros religiosos se juntaban á orar, él se salia fuera y se entretenia en cosas de poca sustancia. Avisóle el abad algunas veces de esta falta que es tan grave en el religioso, y el mismo santo padre le reprendió; y aunque se enmendó un par de dias, luego volvió á su mala costumbre: y un dia como todos los religiosos se juntasen á aquel santo ejercicio, san Benito que estaba presente, alumbrado con la luz del cielo, vió que un muchacho negrilla asia del hábito de este monge y le sacaba de entre los otros. Acabada la oracion, saliendo á fuera y tomando una verdasca, dió al monge muchos golpes con ella como si diera en él al demonio que tan engañado é inquieto le traia. Vióse luego el efecto de esta correccion y castigo; porque el demonio quedó tan cerrado, que de allí adelante no osó mas tentar al monge ni desasosegarle en la oracion, la cual es el arma con que peleamos con nuestro enemigo y le vencemos, y el medio con que el alma se llega á Dios y recibe su luz y esfuerzo; y así no es maravilla que el demonio procure apartarnos del estudio y atencion de la oracion, que tanta guerra le hace. De este mismo modo é imperio contra el demonio usó otra vez san Benito, cuando habiéndole encontrado que venia en una mula en figura y traje de médico hacia su monasterio, y después entrando en el cuerpo de un monge viejo que sacaba agua del pozo; el santo dió un gran bofetón al monge como quien le daba al demonio, y con esto huyó luego de

aquel cuerpo y el monge quedó sano. Estando una noche tomando su acostumbrada refeccion san Benito, un monge, hijo de un hombre honrado, le alumbraba con una candela en la mano. Vinole al monge un pensamiento de vanidad suya y poca estima del santo, y allá dentro de su pecho comenzó á decir: ¿Quién es este á quien yo alumbro? ¿A quién sirvo y delante de quién estoy? ¿Yo soy hombre que tengo de servir á este? Penetró el santo el corazón del monge y leyó en él lo que pasaba por él, y alzando la voz, le dijo: Hermano, haz la señal de la cruz sobre el corazón. ¿Qué es lo que piensas? ¿Qué es lo que dices? Haz la señal de la cruz. Mandóle dejar la vela, sentarse y estarse quieto: y despues preguntado de los otros monges, qué era lo que habia pasado por él, confesó de plano su flaqueza y soberbia: y entendieron todos que hasta lo más íntimo y secreto del corazón veía san Benito, alumbrado de la luz del cielo, y que en la religion no se ha de desdeñar el mas alto de servir al mas bajo, ni el mas caballero al mas vil de los hermanos, al ejemplo de Cristo nuestro Redentor, que siendo Rey del cielo vino á servir y nó á ser servido: y que es justo que el que dejó mas hacienda y mas honra que otro, piense que por eso ha de ser mas humilde que el que dejó ménos. Fué un monge gravemente tentado del demonio para dejar los hábitos; y vencido de la tentacion determinó hacerlo. Súpolo san Benito, y procuró como padre ponerle en razon y darle á entender su engaño y perdicion; pero él estaba tan fuera de sí, que no oyó las razones de quien tan bien le aconsejaba. Mandóle el santo que se fué, é hizo oracion por él. Al salir de la puerta, vió un horrible dragon que le queria tragar; y despavorido y desalentado volvió al convento, dando gritos, diciendo lo que pasaba: y así habiendo visto con los ojos corporales aquel dragon invisible á quien él seguía saliendo de la religion, por las oraciones del santo trocó el corazón, y perseveró santamente en su vocacion.

Entre otros dones de Dios que tuvo san Benito, uno fué muy excelente, el de profecía, con el cual decía las cosas que habian de venir mucho ántes que viniesen, y estando ausente lo que se hacia lejos de donde estaba como si estuviera presente. Salieron una vez unos monges fuera del convento á cierto negocio y detuvieron en él mas tiempo de lo que pensaban. Rogóles cierta señora muy devota que pues era tan tarde, comiesen un bocado. Hicieronlo vencidos de su importunidad: y volviendo al monasterio, y llegándose á tomar la bendicion de san Benito; él les preguntó en dónde habian comido. Empacháronse, y de puro corridos negaron la verdad, porque el comer fuera era contra regla, y dijeron que no habian comido; mas el santo les dijo puntualmente dónde habian entrado, lo que habian comido, y las veces que habian bebido; y ellos reconocieron su culpa, y postrados á sus piés pidieron perdón de ella, é hicieron la penitencia que por ella les fué impuesta. Lo mismo le aconteció con otro monge, el cual, habiendo ido á predicar á cierta aldea, despues del sermón habia recibido sin licencia unos lienzos que una sierva de Dios con gran importunidad le habia dado, y escondidos en el seno: al cual gravemente reprendió el santo, diciéndole todo lo que habia hecho como si estuviera presente. Enviaron una vez á san Benito de limosna dos frascos de vino, y el que los llevaba escondió el uno en el camino y ofreció el otro al santo, el cual recibió con alegre

rostro y agradecimiento; mas queriéndose despedir el mozo, le dijo: Mira, hijo, que no bebas del frasco que escondiste: mira bien lo que tiene dentro para que no te haga daño. Espantóse el mozo de oír estas palabras y quedó confuso, y volviendo por su camino tomó su frasco, y mirando lo que habia en él, vió salir una serpiente y conoció el mal que habia hecho; y que no se han de engañar los siervos de Dios, ni defraudar las limosnas que se les envían. Habia oido decir Totila, rey de los godos, grandes maravillas de la santidad de san Benito y de lo que el Señor obraba por él, y particularmente del don y profecía que tenia, y no creyéndolo, quiso hacer esperiencia de ello. Para esto mandó á un criado suyo que se llamaba Riggo, que se vistiese de sus ropas reales, y que con grande acompañamiento, como si fuera su persona del mismo rey Totila, fué á visitar á san Benito. Hizólo Riggo de la misma manera que le fué mandado. Entró en el monasterio con grande aparato y compañía de gente, publicando todos que era el rey Totila que venia á hacer reverencia y á visitar el santo padre: el cual estaba sentado en su celda, y en viendo al rey fingido, le dijo: Deja, hijo, deja ese vestido que traes que no es tuyo. Quedó helado y atónito el verdadero criado y falso rey, y oyendo estas palabras echóse en el suelo, y volviendo á Totila refirió lo que pasaba. Entonces Totila vino al santo, y por reverencia no se atrevió á llegar á él ni levantarse del suelo en que se habia postrado, hasta que el santo le levantó con sus manos y le reprendió de las crueldades y desafueros que usaba, y en pocas palabras le profetizó todo lo que le habia de suceder, diciéndole: Muchas malas obras haces y muchas malas has hecho, cesa ya de la maldad. Tomarás á Roma, pasarás el mar, vivirás nueve años, y al décimo morirás; y todo sucedió como el santo se lo dijo: y no ménos lo que pronosticó de la destruccion de su monasterio de Monte Casino, mucho ántes que sucediese; porque el Señor le mostró que aquella casa y todo lo que el santo con tanto trabajo en ella habia allegado por justo y secreto juicio de Dios caería en manos de los bárbaros y sería arruinado; y que solas las personas por sus oraciones se salvarian, lo cual se cumplió al pié de la letra cuando los longabardos asolaron aquella santa casa, y todas las personas que habia en ella se salvaron.

Largo seria referir todas las otras cosas que pertenecen á esta luz divina que tuvo el santo: dejémoslas y digamos otras no ménos maravillosas ni de menor edificacion. En un monasterio de monjas que estaba debajo de la obediencia de san Benito, habia dos muy nobles, las cuales acordándose de lo que habian sido en el siglo, eran ménos humildes y ménos modestas de lo que convenia. Trataban mal de palabras al religioso que tenia cuenta de proveerlas de lo necesario: el cual, despues de haberlas sufrido muchas veces, al fin avisó de ello á san Benito. El santo les envió á decir que pusiesen freno á su lengua, y que si no lo hiciesen las excomulgaba. Ellas no se enmendaron, y pocos dias despues murieron y fueron sepultadas en la iglesia: en la cual, al tiempo de decir misa el diácono, segun la costumbre que entonces se usaba, decía: «Los que están excomulgados salgan de la iglesia.» Una ama de las dos religiosas difuntas que llevaba cada día ofrenda por ellas, muchas veces las veía salir de la sepultura y juntamente de la iglesia; y acordándose de lo que san Benito les habia mandado y de la excomunion con que les

había amenazado si no se enmendaban, hízole saber lo que había visto. El santo con mucho sentimiento y compasión de las difuntas, dió por su mano una ofrenda que llevasen á la iglesia, y dijo: Ofreced á Dios esto que os doy por ellas, que de hoy mas no quedarán excomulgadas; y así fué, porque de allí adelante no fueron vistas salir mas de la sepultura ni de la iglesia como ántes. En lo cual se ve el respeto que se debe tener á la excomunion y la fuerza que tuvo en sus palabras san Benito; pues con ellas pudo atar y desatar las almas de las que no las habian obedecido. No ménos se ve esta fuerza en otro caso que sucedió á un muchacho que traía el hábito de monge y estaba en el monasterio para ser doctrinado: el cual por el amor tierno que tenía á sus padres, salió un dia sin licencia y fué á su casa para visitarlos; y luego en llegando á ella espiró. Enterráronle, y como si la tierra tuviera sentido, así le despidió de sí. Halláronle desenterrado y tornáronle á enterrar; mas al dia siguiente le hallaron fuera de la sepultura como ántes, y acudiendo los padres con muchas lágrimas á san Benito, le suplicaron que fuese servido de restituir aquel monge en su gracia y amistad. Él tomó una hostia consagrada y la dió, para que con mucha reverencia la pusiesen sobre los pechos del difunto. Hiciéronlo, y luego la tierra se abrazó con él y no le echó mas de sí. ¡Cuán grandes fueron, dice san Gregorio, los merecimientos de este santo; pues la tierra echó de sí al que estaba en su desgracia!

Con haber sido tan altos sus merecimientos, un caso se ofreció en que san Benito quiso una cosa y no la alcanzó, y en una contienda que tuvo, fué vencido de santa Escolástica su hermana, la cual desde su niñez habia sido santa y vivido con gran recogimiento y puridad: y cada año una vez solia venir á ver á su santo hermano. Vino un año, como solia, y salióla á recibir san Benito con algunos de sus monges. Aposentóla en una granja suya allí cerca del convento, y estuvieron aquel dia en santa y dulcísima conversacion: y llegando ya la noche, y queriendo el santo padre volverse á su convento, la santa hermana le rogó con grandísima instancia que se quedase allí aquella noche para hablar de las cosas del cielo y de los bienaventurados. Y como san Benito se extrañase mucho y no se lo concediese, inclinó ella su cabeza, y poniendo el rostro sobre sus manos, hizo oracion, y con muchas lágrimas suplicó al Señor que detuviere á su hermano. Cuando santa Escolástica comenzó su oracion, el cielo estaba muy sereno y claro; y luego se comenzó á cerrar, y vino una tempestad de agua con truenos y relámpagos tan grandes que san Benito y sus monges no pudieron salir de aquella casa. Conoció el santo que aquello era efecto de la oracion de santa Escolástica, y quejándose le dijo: ¿Qué es esto hermana? Dios os perdone la mala obra que me haceis. Y ella respondió: Hermano, yo os rogué que os detuviédesed y no me oistéis; helo suplicado á nuestro Señor, y él me ha oido. Y con esto quedó san Benito como por fuerza aquella noche con su hermana, é hizo lo que ántes de grado no habia querido hacer. Todá aquella noche pasaron los santos hermanos en coloquios divinos, con increíble gusto y contento de sus almas; y venida la mañana, san Benito se volvió á su monasterio, y santa Escolástica á su casa. De allí á tres dias estando el santo padre en su celda, levantó los ojos y vió con gran gozo de su espíritu que subia al cielo, libre ya de la cárcel del cuerpo

miserable, la ánima de su purísima hermana en figura de paloma muy blanca, y luego entendió que era difunta, y lo dijo á sus monges é hizo traer su cuerpo al monasterio y enterrarle en la misma sepultura que tenía aparejada para sí, con la solemnidad que á tan santa hermana convenia. Otra vez estando de noche san Benito puesto en oracion vió súbitamente deshecha la oscuridad de la noche con luz tan resplandeciente que vencía la claridad del mediodía: y despues en uno, como rayo del sol, vió todo el mundo como cifrado, resumido y abreviado delante de sí: y estando transportado y fijos los ojos en aquella divina luz, vió juntamente que los ángeles llevaban en un globo ó esfera de fuego á la alma de san German, obispo de Capua, y llamó luego á un diácono amigo suyo, y persona de grande ejemplo, que se llamaba Servando, y estaba allí cerca para que viese aquel milagro: y cuando llegó no pudo ver sino un rastro de aquel resplandor que acababa de desaparecer: y despues se halló que en aquel punto que san Benito vió aquella vision, la alma de san German habia salido de esta vida. Y no es maravilla, como dice san Gregorio, que el que tenía la luz divina, y estaba levantado sobre todo el mundo y sobre sí, viese todo el mundo recogido y abreviado delante de sí, nó porque la tierra y el cielo se estrechasen á la medida de sus ojos, sino porque con aquella divina luz se dilataron los senos de su alma, para que absorta en Dios viese con facilidad todo lo que comprende.

Alumbrado san Benito de esta celestial luz, escribió una regla para sus monges con tal discrecion y estilo, que parece un perfectísimo retrato de su santísima vida. En ella entre otras cosas encomienda á los abades y superiores que sean celosos y recatados, pero nó muy sospechosos: porque de otra manera no tendrán paz ni sosiego en su alma: y que fuera de lo que es regla, no introduzcan cosas mas ásperas de lo que pide su estado é instituto. Finalmente el mismo año que su bienaventurada alma habia de ir á gozar de Dios, él lo declaró á sus monges y les dijo el dia en que habia de morir, encargando á los presentes el silencio, y avisando á los ausentes que les daria señales ciertas en el punto que su alma se despidiese de su cuerpo: y acercándose ya el tiempo, seis dias ántes mandó abrir su sepultura. Sobrevinole una calentura muy recia y congojose: y entendiendo que se llegaba su fin, el sexto dia, flaco y quebrantado como estaba, se hizo llevar á la iglesia. Allí recibió el santísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo: y arrimado sobre los hombros de los monges que le sostenian, y levantadas las manos, y puestos los ojos y el corazon en el cielo, haciendo oracion dió su alma á aquel Señor que para tanta gloria suya la habia criado. En el mismo punto que espiró el santo, uno de sus monges desde su celda le vió subir al cielo: y san Mauro, su discípulo, en Francia vió asimismo una como calle colgada de riquísimos paños, y llena de admirable claridad que salia de la celda de san Benito y subia al cielo: y llegando á él un varón muy resplandeciente, le dijo: Este es el camino por donde el siervo y amigo de Dios Benedicto se va á gozar de su divina Majestad. Murió á los sesenta y dos años de su edad, el año del Señor, segun el cardenal Baronio, de 542, y de 543 segun Leon Ostiense, á los 21 de marzo, en cual dia celebra la Iglesia su fiesta: aunque en los años en que vivió y en que murió hay mucha dificultad. Su sagrado cuerpo fué

enterrado en la capilla de san Juan Bautista, que el mismo santo padre había edificado en el monte Casino. Y cuando aquel monasterio fué asolado por los bárbaros, como dijimos, y Dios nuestro Señor mucho ántes se lo había revelado, fué llevado su bendito cuerpo por sus monges al monasterio Floriacense, en Francia; é hizo Dios grandes milagros en aquella traslación: y uno fué de grande admiración, que siendo invierno y tiempo de mucho frio cuando se hizo, estando el campo seco y helado, y lleno de árboles y desnudos de hoja y fruto; en aquel punto que llegó se vistió el campo de verdor y frescura, y los árboles retoñecieron, y se cargaron de flores y belleza como si fuera una primavera. Despues andando el tiempo le volvieron á su antigua casa del monte Casino, cabeza de la religion de san Benito, donde al presente está: y esta segunda traslación celebra su órden á los 11 de julio, y nuestro Señor ha obrado continuamente y obra grandes milagros por la intercesion de este gloriosísimo santo y patriarca de tantas y tan santas religiones: porque cierto es cosa de grande admiración y mucho para alabar la bondad del Señor, ver la perfeccion y excelencia de la regla que escribió en tan pocas palabras; las alabanzas y confirmaciones que tiene de los sumos pontífices; las muchas y diversas religiones así monacales como militares que militan debajo de ella; los innumerables monasterios de esta órden que por todas las provincias de Europa se han fundado, en los cuales han florecido la santidad, la doctrina y el gobierno de toda la Iglesia católica, y han producido una infinidad de santísimos y doctísimos varones, de abades, obispos, cardenales y papas, que por muchos años gobernaron la nave de san Pedro admirablemente, y fueron la luz, ornamento y presidio de toda la Iglesia. Por lo cual es ménos de maravillar que muchos duques, príncipes, reyes y emperadores hayan dejado sus estados, sus cetros y coronas; y vestidos de un pobre hábito de san Benito, hayan vivido con toda humildad y menoscupo del mundo debajo de su regla y santa institucion: lo cual todo claramente nos predica los altos merecimientos de este santísimo padre, y la corona de gloria que tiene en el cielo, y la devocion que todos debemos tener con él y con su sagrada religion, procurando imitar á quien tan bien supo agradar é imitar al Señor, y llevó con su doctrina tras sí tan celestiales escudrones de hombres y mujeres, perfectísimos en todo género de santidad. El nos alcance gracia, para que siguiéndole en la vida merezcamos su compañía en la gloria. Amen.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES.—Hallándose algunos fieles reunidos en una iglesia de Alejandria el día de viernes santo, meditando la Pasion del Salvador, en tiempo del emperador Constancio y del gobernador Filagro, los arrianos y gentiles entraron en ella y los mataron. San Atanasio se hallaba en la misma iglesia, quien escapó del furor de los verdugos. Este mismo santo nos hace una tan triste pintura del estado de afliccion en que se hallaba en aquel entonces la Iglesia, y tanta la desolacion general que experimentaban los fieles, que nada se veia libre de la fiera persecucion y brutalidad de los enemigos del cristianismo.

LOS SANTOS FILEMON Y DOMNINO.—Fueron naturales de Roma, cuya ciudad dejaron para ir á propagar con su predicacion el Evangelio por otras provincias de Italia. Encendida la persecucion bajo el imperio de Diocleciano,

fueron cogidos y llevados á la presencia del prefecto; que primero los halagó, pero no pudiendo vencer con esto su constancia, mandó que se les desnudase y abriesen sus carnes con azotes, hasta que viendo que de ningun modo querian renunciar á sus creencias, fueron al fin degollados por los años 300 de Jesucristo.

SAN BIRILO, OBISPO DE CATANIA EN SICILIA.—Fué ordenado y consagrado por el apóstol san Pedro, en el año 44 de la era actual. San Birilo era natural de Antioquia en Siria, y había venido á occidente con san Pedro: fué obrero infatigable en el naciente campo de la Iglesia; y despues de infinitas conversiones de gentiles en su última edad, murió en el Señor á fines del siglo I.

SAN SERAPION, OBISPO DE TAMNE EN EGIPTO.—El sobrenombre de «Escolástico» con que fué conocido en su tiempo, es una prueba de la reputacion de su ciencia y de su ingenio. Presidió algun tiempo en Alejandria la escuela de los catecúmenos; pero deseando solo perfeccionarse en la virtud se retiró al desierto, de donde fué sacado para ser sublimado á la dignidad episcopal. Fué intimo amigo de san Atanasio, y juntos combatieron con buen éxito al arrianismo y á los demás enemigos de la fé católica. Por fin, ilustre en santidad y milagros, murió en Alejandria ántes de empezarse el siglo V.

SAN LUCICINO.—Fué abad del monasterio de Jura en el territorio de Lyon. Abrazó la vida monástica á causa de una revelacion que tuvo, en que se le significaba que en ella llegaria á ser digno vaso de eleccion para la casa del Señor. Su inimitable mortificacion y penitencia espantaba á cuantos le observaban; y al fin, lleno de merecimientos, descansó santamente en el Señor el día 21 de marzo del año 480.

DÍA 22.

SANTA LEA, SEÑORA ROMANA Y MONJA.—Escribiendo el gran padre y luz de la Iglesia san Gerónimo á Marcela, su devotísima hija y fiel sierva del Señor, y consolándola de la muerte de santa Lea, su amiga, y cotejando su muerte con la muerte de un caballero principalísimo y cónsul designado, que era gentil y pocos días ántes había muerto, dice estas palabras: «¿Quién podrá dignamente alabar la conversion de nuestra Lea? La cual de tal manera se convirtió á Dios, que mereció ser cabeza de su monasterio y madre de tantas vírgenes; y despues de las ropas blandas y ricas que en el siglo había traído, se vistió de un saco para domar su carne, pasando las noches enteras en oracion, sin dormir, y enseñando á sus compañeras mas con su ejemplo que con sus palabras. Fué tan grande su humildad y tan sujeta, que habiendo ántes sido señora de sus criados, despues la tenian por criada de todos: aunque tanto mas era sierva de Cristo, cuanto ménos era tenida por señora de los hombres. Su vestido era pobre y sin cuidado: el manjar grosero: traía su cabeza sin curiosidad ni aseo; pero de tal manera, que siendo tan atenta en todo lo que hacia, huía en todo la ostentacion por no recibir en esta vida la paga de sus buenas obras. Y ahora por el breve trabajo goza de la eterna bienaventuranza, y ha sido recibida de los coros de los ángeles y colocada en el seno de Abraham, donde con el pobrecito Lázaro ve al rico avariento que se vistió de púrpura, y al cónsul, nó ya con la ropa triunfal, sino cubierto de otra negra y de con-

fusion, pidiendo una gota de agua para su refrigerio. ¡ O cuán grande mudanza hay en las cosas! Aquel, que pocos días ántes estaba en la cumbre de las honras y dignidades; aquel, que como si vencidos los enemigos triunfara, subió al Capitolio y fué recibido con aplauso y regocijo de todo el pueblo romano: aquel, cuya muerte tanto sintió toda la ciudad: ahora alligido y desnudo está, nó en el palacio y córte del cielo, como su desdichada mujer lo pregona y miente, sino en aquellas tinieblas exteriores que jamás tendrán fin: y nuestra Lea, que estaba encerrada en su secreto recogimiento, y que parecia pobre y despreciada, y su vida era tenida por locura; ahora sigue á Cristo, y dice: Todo lo que ántes oímos, ahora lo vemos en la ciudad de nuestro Dios. Por tanto yo amonesto, y gimiendo y llorando protesto á todos, que mientras dura esta presente vida, no nos vistamos de dos túnicas, que es querer tener dos fés: ni andemos calzados de pieles de animales, que son las obras muertas de la carne: ni cargados con la alforja de las riquezas: ni busquemos el favor de la potencia del siglo significada por el báculo; y finalmente, que no queramos servir juntamente á Cristo y al mundo, tener al uno y al otro por señores; sino que procuremos vivir con tan gran cuidado, que á las cosas temporales y caducas sucedan las eternas, y muriendo cada día nuestro cuerpo, no pensemos que en las demás cosas somos perpetuos: porque de esta manera lo seremos.» Todo esto es de san Gerónimo, en la epístola veinte y cuatro. Fué santa Lea primero casada y despues viuda, como se saca del mismo san Gerónimo, epístola quince, *De laudibus Asselæ ad Marcellam*; y finalmente monja y mujer santísima.

Hace de ella mencion el Martirologio romano, alegándola san Gerónimo á los 22 de marzo, y el cardenal Baronio en sus anotaciones.

SANTA CATALINA DE SUECIA, VIRGEN.—Santa Catalina de Suecia fué hija de Ulfon, príncipe de Nericia, y de santa Brígida, bien conocida por sus revelaciones en la Iglesia del Señor. Desde niña mostró haber sido escogida del espeso celestial; porque cuando mamaba tomaba el pecho de su santa madre y de las otras mujeres honestas, que se le daban con mucho agrado; y si alguna deshonesto ó ménos casta se le queria dar, luego lloraba y no le queria tomar.

Entrególa su santa madre despues que la destetó á una abadesa muy religiosa para que la criase; y el demonio una noche estando en maitines la abadesa, tomando figura de toro quiso matar á la niña, y con los cuernos la sacó de su camilla y la arrojó en el suelo dejándola casi muerta: y hallándola así la abadesa y tomándola en sus brazos, se le apareció el demonio y dijo: ¡ O qué de buena gana la acabara si Dios me hubiera dado licencia! Siendo ya de siete años se entretuvo una vez con las otras niñas, jugando cierto juego con unas muñecas: y como nuestro Señor la queria para gran santa, no quiso que aquella niñería pasase sin castigo; y así la noche siguiente fué molestada de los demonios, que le aparecieron en figura de muñecas y la azotaron gravemente; para que desde niña comenzase á dar de mano á las niñerías y juegos en que se suele entretener aquella tierna edad. Teniéndola para casarse, su padre le mandó que tomase marido; y ella le aceptó, confiada en la bondad de Dios y el favor de la santísima Virgen Maria, su Madre, que

podia casarse sin detrimento de su virginidad, como le sucedió: porque habiéndose casado con un caballero nobilísimo, llamado Eghardo, de tal manera le habló, que los dos hicieron voto de castidad y la guardaron toda su vida, engañando al mundo con nombre y hábito de casados, y triunfando de su carne y de nuestro comun y mortal enemigo. Dábanse mucho á la oracion, y á la aspereza de vida, y á todas las obras de caridad: y en los ojos de los hombres parecian y se trataban como señores, y en los ojos de Dios eran santos.

Tenia Catalina un hermano llamado Carlos, mozo brioso y dado á la vanidad: el cual no pudiendo sufrir que su hermana y su cuñado hiciesen aquella vida, los reprendió y procuró apartar de ella, y mucho mas se enojó con su hermana cuando vió la llaneza que usaba en su vestido, y que no se conformaba con el traje y galas que las otras señoras y mujeres de su calidad habian inventado, despreciando la simplicidad y antigüedad ántes usada. Pero Catalina no solo no se mudó de lo que tan bien habia comenzado; ántes persuadió con sus palabras y con su ejemplo á la mujer del mismo Carlos, su hermano, que dejase las galas y atavíos superfluos, y que la imitase, como lo hizo. Despues que murió Ulfon, su padre, y su madre santa Brígida por divina revelacion fué á Roma; su hija Catalina, viviendo aun Eghardo su marido, tuvo grandes instintos y movimientos del Señor de ir á buscar á su madre á Roma: y aunque al principio por ser de solos diez y ocho años y hermosísima, su marido no vino en ello; pero despues viendo que aquel negocio era de arriba, y que Catalina era anciana en el seso y de costumbres honestísimas, le dió licencia, y criados y personas que fuésen en su compañía; y ella llegó á Roma en el mes de agosto, y halló que su santa madre estaba en Bolonia, y la fué á ver: y despues que volvió á aquella santa ciudad y visitó los santuarios y estaciones de ella, por divina disposicion se quedó con su madre para ayudarla y servirla, como Dios se lo habia prometido á santa Brígida: aunque no le faltaron á santa Catalina grandes trabajos y dificultades; porque el demonio la tentó para que se tornase á su tierra, donde viviria con mas quietud, regalo y descanso: y como ella era señora de tanta calidad y de extremada hermosura, algunos caballeros principales sabiendo que ya era muerto su marido la pretendieron por mujer: y viendo que los otros medios blandos y amorosos no bastaban, quisieron hacerle fuerza y arrebatarla: y habiéndose escondido en cierta parte con gente armada para cogerla un dia que con otras matronas iba á la iglesia de San Sebastian, al tiempo que salian de la celada, apareció de repente un ciervo, y dando ellos tras él, pasó en aquel mismo tiempo Catalina y se escapó de sus manos.

Otra vez yendo con su santa madre á la iglesia de San Lorenzo y hallándose en otro semejante peligro, el caballero que la aguardaba con gente, al tiempo que la quiso acometer quedó ciego; y conociendo su culpa, se echó á sus piés y les pidió perdon; y rogando las santas madre é hija por él, cobró la vista y contó este milagro al papa Urbano VI y cardenales.

No solamente padeció santa Catalina estas molestias en Roma, pero otras no menores fuera de ella: porque yendo con su santa madre á Asis por revelacion de Dios y á santa Maria de Porciúncula, no pudieron una vez llegar á

donde pensaban por haberles sobrevenido la noche; y así se recogieron en una pobre casilla para guarecerse de la nieve y agua que caía. Estando allí ciertos saltadores de caminos entraron donde estaban las santas madre é hija con su compañía, y con mucha desvergüenza quisieron verles los rostros: y como santa Catalina era hermosísima, se encendieron en mala concupiscencia, y comenzaron á hablar palabras torpes y quererla hacer fuerza: mas ellas se volvieron á Dios suplicándole que las guardase, pues por su inspiración y servicio habian tomado aquel camino: y luego al improviso se sintió un gran ruido como de gente armada y una voz que decía, que prendiesen á aquellos bellacos ladrones: con lo cual ellos espantados se huyeron y dejaron la presa que tenian en las manos. Mas al día siguiente, siguiendo las santas su camino, volvieron á ellas para hacer de día lo que no habian podido hacer de noche: y habiéndoles tomado los pasos, al punto que ellas pasaban perdieron la vista y no las pudieron ver. Con esta protección del Señor creció cada día mas Catalina con su amor, y se daba con mayor cuidado á todas las virtudes, y especialmente á la santa humildad, que es la madre y guarda de ellas; porque le pesaba mucho de ser alabada, y se holgaba de ser menospreciada, y tenida en poco y por gran pecadora. Era muy devota, y desde niña dada á la oración y á rezar las horas de nuestra Señora, los salmos penitenciales y otras oraciones; y cada día gastaba cuatro horas en llorar y meditar la sagrada muerte y pasión de su dulce esposo, ofreciéndosele en perpetuo y suave sacrificio. Una vez estando en Roma orando en la iglesia de San Pedro, le apareció una mujer vestida de blanco con un manto negro, y le dijo que rogase á Dios por la mujer de Carlos, su hermano, que era muerta, y que presto tendrían un buen socorro de ella; porque les habia dejado la corona de oro, que segun la costumbre de su patria traía en la cabeza: y como la mujer lo dijo, así sucedió; y del precio de la corona, santa Brígida y su hija se sustentaron todo un año con su familia.

¿Pues qué diré del amor tierno y fuerte que esta santa virgen tuvo al Señor? ¿Qué de su benignidad y misericordia para con los pobres enfermos y llagados? Porque su santa madre la llevaba consigo á los hospitales, y delante de ella servia con grande humildad á los enfermos y les curaba las llagas podridas sin asco, para que su hija aprendiese y la imitase, y siguiese sus pisadas; y ella lo hacia con extremada caridad y diligencia, como hija de tal madre. Era tan amiga de la pobreza de Cristo, que andaba con un vestido vil y roto, y usaba de cama pobre con solo un jergon de paja y un cabezal, y un cobertero viejo y remendado. Pero nuestro Señor para honrarla en algunas ocasiones, hizo que pareciese ricamente vestida, y su cama preciosa, aunque realmente no lo era. Fué asimismo muy sufrida, paciente y mansa, llevando los agravios é injurias que se le hacían con maravillosa mansedumbre, volviendo siempre bien por mal, como verdadera sierva de Dios.

Veinte y cinco años estuvo en compañía de su santa madre en Roma y fuera, y la acompañó á Jerusalem, y se halló á su dichoso tránsito, y llevó sus sagradas reliquias á Suecia con otras de otros santos. Y despues de haber cumplido con el entierro de su bendita madre, se encerró en un monasterio de monjas, donde fué prelada, instruyéndolas segun la regla que su santa madre habia dejado

y ella habia aprendido. Mas como nuestro Señor obrase muchos y grandes milagros al sepulcro de santa Brígida, pareció al rey de Suecia, y á los grandes de aquel reino, que debian tratar con el sumo pontífice de su canonización: y para que tuviese mas presto efecto convenia que su hija Catalina fuése á Roma; y ella lo tuvo por bien, y fué, aunque halló las cosas tan turbadas por la muerte del papa Gregorio XI y por el cisma, que se levantó en tiempo de Urbano VI, y su sucesor, que no tuvo por entonces efecto lo que pretendia: y así, dejando las informaciones auténticas de los milagros y lo demás que llevaba en Roma, se volvió á su patria, habiendo nuestro Señor hecho en Roma algunas cosas notables y maravillosas por su santa Catalina: entre las cuales fué una, que habiendo caído mala una señora principal y de mala vida, de una gravísima enfermedad, y no queriéndose confesar, ni aparejarse para morir, ni oír á santa Catalina que le aconsejaba lo que le convenia para su eterna salvación; la santa se puso en oración, rogando á nuestro Señor por aquella alma pecadora, y luego se levantó del Tiber un humo negro y espeso, y vino á dar sobre la casa donde la enferma estaba, y la asombró de manera que unos á otros no se podían ver, con ruido tan espantoso, que la pobre enferma, despavorida y como fuera de sí, llamó á Catalina, y con lágrimas le prometió hacer todo lo que la mandase, y se confesó; y al día siguiente acabó su vida con esperanza que dejó de su salvación.

Otra señora habia malparido siete veces; y hallándose preñada y cerca de parir, se encomendó á las oraciones de santa Catalina: la cual la animó y prometió hallarse á su parto. Hallóse; y parió viva y sana una niña que se llamó Brígida por devoción de su madre.

Salió el rio Tiber de madre, é inundó de tal manera la ciudad de Roma, que todos temian la última ruina y destrucción de ella. Rogaron á santa Catalina que se opusiese á las ondas, y con su presencia y oraciones librase la ciudad de aquel peligro: y como ella por su humildad se escusase, la arrebataron y llevaron como por fuerza, y la pusieron junto á las aguas; y en tocándolas con los piés se volvieron atrás y cesó aquel diluvio peligroso.

Estando en la ciudad de Nápoles, á donde habia ido para recoger y autenticar los milagros de su santa madre, le declaró una señora muy principal, que una hija suya viuda era muy molestada de un demonio cada noche torpemente, y que aunque lo habia callado por vergüenza hasta entonces, ahora se lo habia descubierto para que se lo dijese y le pidiese remedio, confiada de su santidad. La santa virgen le aconsejó que se confesase de todos sus pecados pura y enteramente; porque muchas veces por los pecados que se callan en la confesion por vergüenza, permite nuestro Señor semejantes ilusiones, y que los demonios tengan fuerza para fatigar las almas y oprimir los cuerpos con abominable tiranía. Dióle tambien otros santos consejos y devociones, y ofreció sus oraciones por ella; y al cabo de ocho dias se halló la mujer del todo libre de aquel monstruo infernal que tanto la perseguia y atormentaba.

Habiendo, pues, la santa virgen estado cinco años esta vez en Roma; no teniendo esperanza de conseguir la canonización de su bienaventurada madre por las causas que dijimos arriba, se volvió á su patria y monasterio, siendo muy visitada y hospedada, y regalada de los prin-

cipes y prelados, y ciudades de Italia y Germania, por donde pasaba. En este camino tambien hizo nuestro Señor algunos milagros por ella, y entre ellos se cuenta: que habiendo caído del carro en que iba dormido uno de los que la acompañaban, y pasado por él la rueda del carro, y quebrantádole y hecho pedazos; haciendo oracion por él santa Catalina, y tocándole con las manos, luego estuvo sano. Lo mismo sucedió á otro en llegando á su monasterio: porque habiendo caído de lo alto de un edificio que se hacia sobre muchos maderos y piedras, y quebrantándose los huesos de manera que apenas podia resollar; en tocándole la virgen y hecha oracion por él, luego se consolidaron los miembros y cobró tan perfecta salud, que se volvió á trabajar en la obra, alabando al Señor todos y á santa Catalina, por cuya intercesion le habia sanado.

Estaba en este tiempo la santa virgen muy flaca y fatigada de dolores y enfermedades del cuerpo; aunque muy entera y alegre en su espíritu. Tenia costumbre desde que anduvo en compañía de su santa madre de confesarse cada dia, y algun dia dos y tres veces; así lo hizo en esta postrera enfermedad, aunque por la flaqueza de su estómago no se atrevia á recibir el Santísimo Sacramento del altar; mas hacíasele traer y le adoraba y reverenciaba con grandísima devocion y humildad.

Finalmente, levantando los ojos al cielo y encomendando su alma con el corazon al Señor, porque no podia con la lengua; estando presentes y deshaciéndose de lágrimas las monjas, dió su espíritu al que la habia eriado para tanta gloria suya. Apareció una estrella sobre el monasterio en que murió, y fué vista de algunos religiosos de dia y de noche, hasta que su sagrado cuerpo fué sepultado; y la misma estrella la acompañó cuando la llevaron á enterrar á la iglesia, y estuvo en el aire sobre las ondas; y en acabando de enterrarla desapareció. Vinieron muchos arzobispos, obispos, abades y prelados de los reinos de Suecia, Dinamarca, Noruega y Gotia á su entierro; y el príncipe de Suecia llamado Erico, con otros señores y barones, los cuales por su devocion llevaron sobre los hombros el cuerpo á la sepultura, y por la mucha gente que habia concurrido apenas se podia sepultar. Murió la santa virgen en el monasterio Uvatstriense á los 22 de marzo del año del Señor de 1381, é hizo nuestro Señor muchos milagros en su sepulcro. El Martirologio romano hace mencion de esta santa á los 22 de marzo, y el cardenal Baronio en sus anotaciones; y el P. Fr. Lorenzo Surio trae su vida en el segundo tomo.

* SAN AMBROSIO DE SENA.—Sena, ciudad de la Toscana, fué la patria de este santo nacido de la ilustre familia de Sansedoni en 16 de abril de 1220. Contaba diez y siete años cuando inspirado de Dios vistió el hábito de religioso en la orden de Santo Domingo. Enviado por sus superiores á París, aprendió allí las ciencias divinas y humanas, y con tal aprovechamiento, que concluida la carrera fué enviado á Colonia á enseñar teología, adquiriéndose por sus sabias lecciones gran fama y reputacion. Vuelto á Sena su patria y hallándose esta ciudad enemistada con el papa por haber tomado el partido del emperador Federico, fué enviado en diputacion para reconciliarla con Clemente IV, levantando el entredicho que habia puesto. Por segunda vez y en el pontificado de Gregorio X fué enviado á Roma para arreglar las desavenencias que mediaban entre este pontífice y aquella ciudad, logrando como la vez primera

la reconciliacion. El papa le ofreció varias dignidades, las que rehusó siempre, prefiriendo la soledad del claustro y el retiro del mundo. Colmado de virtudes murió la muerte de los justos el dia 20 de marzo de 1286.

SAN PABLO, OBISPO DE NARBONA EN FRANCIA.—Fué discípulo de los apóstoles, y se cree que este santo es aquel Pablo Sergio, procónsul, bautizado por el apóstol san Pablo, quien trayéndole consigo cuando venia á España, le dejó en Narbona haciéndole obispo. Estuvo animado del mismo espíritu que los apóstoles: desempeñó con mucha vigilancia los cuidados pastorales, y esclarecido en milagros voló al Señor.

SAN EPAFRODITO.—Era tambien discípulo de los apóstoles; fué consagrado obispo de Terracina en Italia por el apóstol san Pedro, y despues de haber establecido con milagros y santos ejemplos la doctrina evangelica por los países encomendados á su cargo pastoral, murió en el Señor.

SAN SATURNINO Y SUS NUEVE COMPAÑEROS.—Fueron estos santos martirizados en África durante la persecucion de los vándalos; y san Cipriano, obispo de Cartago, hace de ellos gloriosa mencion por su constancia en la confesion de la fé.

SANTA GALINICA Y SANTA BASILISA.—Sufrieron el martirio en Catania de Sicilia por no querer ceder á las amenazas y halagos de los paganos. A su martirio asistieron los coros de los ángeles, y habiendo sobrevivido á una porcion de tormentos, al fin fueron degolladas el año 252.

SAN BASILIO, PRESBITERO Y MÁRTIR.—Servia en la iglesia de Ancira, en Galacia, con grande edificacion de todos los fieles y aprovechamiento propio, cuando apareció en aquella ciudad Juliano, el apóstata, al cual afecó el santo su conducta con los cristianos. Enfurecido el tirano mandó entregar á sus verdugos, que despues de haberle hecho sufrir horriblemente, le cortaron la cabeza el dia 22 de marzo del año 363.

SAN OCTAVIANO, ARCEDIANO DE CARTAGO Y MUCHOS MILES DE SANTOS MÁRTIRES.—Fueron sacrificados por los vándalos en diferentes partes de África, á principios del año 484 de Jesucristo.

SAN DEOGRACIAS.—Elegido obispo de Cartago en el año 453 por el clero y el pueblo que conocian su sabiduria y admiraban sus virtudes, fué prelado tan caritativo, que de su bolsillo y con los recursos que buscó rescató á muchos cautivos que habian hecho los vándalos. Para fin tan piadoso vendió todos los vasos sagrados y demás preciosidades de su iglesia, y se puso á pedir limosna publicamente. El santo obispo tuvo el consuelo de ver coronada su obra, y de verse bendecido por una multitud de familias, á quienes habia restituido la libertad y la vida, y murió santamente en Cartago el año 456.

SAN BIENVENIDO, OBISPO DE OSMO, EN LA MARCA DE ANCONA.—Floreció en el siglo XIII. Urbano IV lo mandó á aquella diócesis para apaciguar y componer las diferencias suscitadas entre las distintas parcialidades del emperador y de la santa sede. Su dulce carácter, su penetracion y la amabilidad de su afable trato le captaron todas las voluntades, y á su muerte, sucedida en marzo del año 1276, tuvo el consuelo de dejar enteramente restablecida la paz y restituidos los fieles á la unidad de la Iglesia. Tuvo ántes que sufrir contradicciones y alguna persecucion; pero todo lo venció con su constancia, y con

el ascendiente que le daban sus virtudes y sus obras de cristiana caridad.

DIA 23.

SAN VICTORIANO Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.—La ciudad de Adrumeto en África, gloriosa algun tiempo en varones ilustres y mártires invictos de Cristo Jesus, dió, como fructífera tierra entre otros soberanos, un árbol tan encumbrado en pimpollos de admirables virtudes que fructifica en el cielo: este fué el divino Victoriano, el mas rico y principal en su tiempo que se hallaba, no solo en Adrumeto, mas en toda su region y comarca, de tantos méritos, que por ellos fué electo procónsul de la insigne y celebrada ciudad de Cartago. Por este tiempo se levantó la cruel y detestable persecucion que Hunnerico, rey de los vándalos, mandó hacer por la África contra los católicos, porque no querian seguir la infame secta del descomulgado Arrio. Y como el cruel Hunnerico quisiese proseguir en sus crueldades, y asimismo conociese muy bien el valor del bendito siervo de Dios Victoriano, quiso con halagos sobornar y torcer su constante ánimo: y así le envió á decir que dejase la fé católica y se juntase con los arrianos, y que le prometia hacerlo el mas principal y soberano de todos.

San Victoriano le respondió con gran confianza en el Señor, de esta manera: Estando seguro en mi Dios y Señor mio Jesucristo, digo: que aunque me abrases en el fuego, y me echas á las bestias, y me despedaces con mil géneros de martirios y tormentos, que yo no consentiré ser en vano bautizado en la Iglesia católica, apostólica, romana; y certifico, que aunque no hubiese mas que esta presente vida y no esperase la eterna, no lo haria; pues del bien que el rey me puede hacer, nunca debo hacer caso ni preciarne; porque en hacerlo seria ingrato á aquel gran Señor y Rey de reyes, que me dió y encomendó su fé. Esta respuesta le dió al cruel tirano; y quando por ella muy enojado y colérico, le mandó atormentar con cuantos géneros de tormentos pudo inventar su malicia y cruel furor, que fueron muchos y desapiadados; tanto, que los mismos verdugos admirados de que pudiese sufrir tantos azotes, tanto fuego y rigor tanto, dijeron al cruel Hunnerico que importaba acabar de quitarle la vida, ántes que á vista de su constancia prevencasen todos los arrianos y siguiesen la fé de Victoriano. Furioso entonces mandó añadir mas tormentos, hasta que en medio de ellos, constante siempre en la fé de Jesucristo, vino el esforzado y valeroso caballero á alcanzar la gloriosa corona del mártir, perdiendo la temporal vida y gozando la eterna. Padecieron martirio junto con él dos gloriosos y santos mercaderes, llamados ambos Frumencios, y ciudadanos ambos tambien de Cartago, á quienes acompañaron otros muchos, que constantes en confesar la fé de Jesucristo, le fuéron á gozar por medio de la corona y palma del mártirio. Celebra la Iglesia su martirio á los 23 de marzo, que fué el dia en que triunfaron, corriendo el año del Señor de 484. Escribieron la vida y martirio de san Victoriano y sus compañeros, Beda, Adon, Usuardo, san Víctor, obispo uticense, en el libro III de la Persecucion vándalica, Santoro, el Martirologio romano y otros.

Por la constancia pintaron los antiguos una roca en medio del mar, que oprimida de sus inconstantes olas, ni se

mueve de ellas á las furias y encarrujados azotes, ni ménos hace caso de sus engañosos y halagüeños besos; y así decia la letra: «Siempre soy una.» Uno fué siempre el invictísimo mártir de Jesucristo Victoriano: no torcieron su ánimo incontrastable ni las riquezas del mundo, ni sus engaños: nó los altos puestos, viéndose con el principado de Cartago: nó las ofertas lisonjeras del rey, ni ménos sus crueles amenazas y ejecutados rigores: era roca á lo divino, en medio de los vaivenes de las furiosas ó inconstantes olas del mar engañoso de este mundo. «Siempre soy uno:» hasta que su constancia y firmeza lo colocó en la gloria, donde está esperando la firmeza en sus devotos y aficionados, para interceder con nuestro Señor Jesucristo, y pedirle sean coronados como él en el cielo.

* **EL BEATO JOSÉ ORIOL.**—El dia 23 de noviembre del año de 1650 nació en la ciudad de Barcelona dicho santo de padres pobres, pero piadosos. Fué bautizado en el dia mismo de su nacimiento en la parroquia de San Pedro de las Puellas de la misma ciudad, imponiéndole los nombres de José, Miguel y Antonio. Murió su padre cuando contaba José un año. Educado en el temor de Dios y su santa ley perseveró en ella toda su vida, y cuando tenia siete años de edad entró á servir de monacillo en la parroquial iglesia de Santa María del Mar, dando á conocer ya entonces por su modestia y compostura, lo que en lo sucesivo habia de ser. Todas sus delicias eran el alfin de los altares, la limpieza de la sacristia, el aseo de los ornamentos. Los ratos que le sobraban y léjos de ocuparlos en juegos y distracciones propias de la edad, se retiraba á la capilla del Sacramento, y allí permanecia arrodillado largo tiempo ante su Dios y Redentor con edificacion de los fieles. Oyó en la universidad de Barcelona las lecciones de latinidad, filosofia y teología, distinguiéndose siempre entre todos los demás estudiantes por su aplicacion y buen comportamiento. El dia primero de agosto de 1674 recibió la burla de doctor en sagrada teología, y en mayo de 1676, fué ordenado de presbítero. Despues de la muerte de su madre á quien socorria José como buen hijo, trató de visitar la capital del mundo cristiano y en ella los sepulcros de los santos mártires, partiendo á este fin á pié de Barcelona por abril de 1686. Nueve meses estuvo en la santa ciudad, y el papa Inocencio undécimo sabedor de sus virtudes y relevantes prendas, le confirió un beneficio residencial de la iglesia parroquial de Santa María del Pino de la ciudad de Barcelona, del que tomó posesion en marzo de 1687. Su mas principal y continua ocupacion en todos los estados y tiempos de su vida, fué el de la oracion mental, frecuentando á este fin la casa de los padres de la Congregacion del Oratorio. Labró en sí mismo su santificacion con el cumplimiento de sus obligaciones, con la pureza de sus costumbres y con el ejercicio de las virtudes; principalmente la humildad, la obediencia, la pobreza y la penitencia; y procuró además la santificacion del prójimo con su vida ejemplar, con sus pláticas privadas y publicas y con la direccion de las almas. La austeridad de su conducta se revelaba en su rostro macilento, no descansando mas que dos horas por las noches, pasando las restantes en oracion. Enseñaba el catecismo á los pobres, á los encarcelados, derramando las luces y consuelos de la religion en las fábricas, en los presidios, y en todos los asilos de la infeliz humanidad.

Su caridad y conmiseración para con los pobres era tanta que repartía entre ellos cuanto tenía, quedándose muchas veces, mas pobre que ellos mismos. Un santo varón que trabajaba tan de continuo y con tanto empeño en su propia santificación y en la del prójimo debía tener necesariamente en su alma quien le diera vigor, para mostrarse tan superior á su propia naturaleza. Este confortador de su espíritu era su ardiente caridad; y tan generoso era su corazón que le devoraba el celo por la gloria divina. Su caridad y celo se creyeron limitados en Barcelona, y así es que concibió la idea de marchar á pais de infieles á predicar el evangelio y derramar su sangre por la fé. El día 2 de abril de 1698 vestido de pobre peregrino partió de Barcelona á pié para Roma, con la idea de presentarse á la congregación de propaganda fide, y desde allí autorizado del padre santo encaminarse á las misiones del Japon ó de otra tierra de infieles. Al salir de Barcelona le acompañaba un jóven, y deteniéndose en el mesón de Font freda, dos horas de la ciudad, su compañero comió á satisfacción confiando en el dinero de José, y no teniéndole este cortó un rábano á tajadas, y estas al momento se convirtieron en otros tantos reales cuantos hubo menester el jóven para pagar al mesonero. La empresa de José se vió claramente contrariada por la voluntad del cielo, cayendo gravemente enfermo en Marsella. Estaba ya á punto de espirar cuando se le apareció la Santísima Virgen, y consolándole con su presencia le mandó que desde luego volviera á Barcelona, encontrándose luego restablecido y con fuerzas. Embarcóse para Cataluña, y habiéndose levantado una horrorosa tempestad, y estando próximos á experimentar un naufragio, calmóla José, y á vista de este portentoso condonóle el patron del barco del flete ajustado, pago que posteriormente se le exigió obrando á este fin un segundo milagro.

Desde su última llegada á Barcelona, fué su vida una continuada serie de milagros. La iglesia de Santa María del Pino y en la capilla llamada de la sangre era especialmente en donde obraba aquella multitud de milagros que se refieren. Poníanse en fila los enfermos en la barandilla de la comunión y despues de haber orado José ante una imagen de San Pedro de la sacristía y del Crucifijo, vestido en hábitos de coro y despues de haber exhortado á los enfermos á que avivaran su fé, imponía sus manos sobre sus cabezas ó sobre el corazón y las espaldas, invocaba el misterio de la Augusta Trinidad, y experimentaban un remedio en sus dolencias. De todas partes acudían los dolientes á ponerse bajo la sombra de José, y todos quedaban sanos. La única retribucion que á todos imponía, era que observasen con exactitud la ley santa de Dios, y que fuesen devotos de Maria. Su existencia consumida por el fuego de la caridad debía gozar de la recompensa que el Señor da á sus escogidos. Estenuado su cuerpo por los continuos ayunos y penitencias, parecia un esqueleto ambulante, una cárcel de hueso, que detenía aquel espíritu, ansioso solo por volar á Dios. Profetizó José muy en particular los dias y momentos de su última enfermedad y muerte, comunicando por voluntad de Dios esta importante prediccion nó á una sola persona sino á muchas.

Llegó el dia en que según sus predicciones debía ser el primero de su enfermedad, y se dispuso para ella con la mayor paz y sosiego, rogando pusieran una cama, en el desvan de una casa en que poder morir, pues él no la te-

nia. Se puso luego en cama el siervo de Dios cediendo á la fuerza de una enfermedad que al principio pareció de constipación, y que se convirtió en una pleuresia ó dolor de costado. Al instante corrió de boca en boca el mal estado de salud de José, y de todas partes acudían al rededor de su aposento los pobres, los enfermos y todas las personas piadosas á implorar su protección. A los doce dias de su enfermedad, recibió con un fervor inexplicable el santo Viático. Mucha fué la serenidad y contento que manifestó en estos dias, y en todos los demás de su enfermedad. Unas seis horas antes de morir, á fin de entretener mas su imaginación con piadosos recuerdos, rogó que le cantaran á voz baja el himno *Stabat Mater*. Fijos despues los ojos con alegría en una imagen de Jesucristo sin señal de fuerza ni violencia alguna, entregó su alma al Criador el día 23 de marzo del año 1702 á los cincuenta y un años y cuatro meses.

Al anuncio de su muerte toda la ciudad de Barcelona corrió en tropel, para tributarle el último homenaje de su respeto y admiración. Dios se gozaba en acreditar la gloria de su siervo, obrando muchísimos milagros, que seria largo enumerar. Jamás Barcelona habia visto tan suntuosas exequias. No era todavía José venerado sobre los altares, y todos le aclamaban por patron y todos le invocaban en sus necesidades. La santidad de Pio VII despues de examinada la vida y virtudes del que era tan generalmente aclamado, colocó á José Oriol en el número de los beatos. En la iglesia de Santa María del Pino de la ciudad de Barcelona se conservan sus sagrados restos, dispensando el Señor á los fieles grandes mercedes por la mediación de este santo.

SANTO TORIBIO, ARZOBISPO DE LIMA, EN EL PERÚ.—Fué hijo de nobles padres y nació en un pueblo del reino de Leon el día 16 de noviembre del año 1538. Empezó sus estudios en Valladolid, y los completó en Salamanca. El rey Felipe II, que tenia noticia de su mérito, le nombró presidente de Granada, cuya plaza desempeñó con la inteligencia é integridad propias de un hombre tan sabio y tan santo como él. Despues de cinco años, estando vacante el arzobispado del Perú, fué Toribio elegido de motu proprio por el rey, que no admitió su repugnancia y sus escusas, y haciéndole ordenar y consagrar, le hizo marchar á aquellas lejanas regiones, para ser su nuevo apóstol y el reformador de la disciplina eclesiástica en aquella vastísima region. El año 1581, el cuarenta y tres de su edad, tomó posesion del pontificado, el cual gobernó hasta 1606, en que Dios le llamó á sí. Toribio fué el padre, el pastor, el legislador y el apóstol de Lima: sus trabajos, sus extraordinarias fatigas, sus desvelos por la conservación y aumento de aquella preciosa heredad, fueron tan grandes y tan extraordinarios, que el cielo no pudo ménos que autentizarlos con una multitud de prodigios obrados por la intercesion del santo prelado. El papa Inocencio XI le colocó sobre los altares el año 1679; y fué despues solemnemente canonizado por el sumo pontífice Benedicto XIII el año 1726.

SAN FIDEL, SAN FÉLIX Y OTROS VEINTE.—Fueron estos santos martirizados en África á principios del siglo IV.

SAN NICÓN Y OTROS NOVENTA Y NUEVE SANTOS COMPAÑEROS.—Padedieron el martirio en Cesárea de Palestina, en tiempo del emperador Decio, el año 250.

LOS SANTOS DIONISIO, PELAYA, ÁQUILA, EMERCO Y TEO-

DOSIA.—Murieron por defender la fé de Jesucristo, en el siglo III, en un pueblo de la diócesis de Braga.

SAN TEÓDULO, PRESBITERO DE LA IGLESIA DE ANTIOQUÍA.—Fué ilustre en santidad de costumbres y en ciencia y elocuencia. Ignórase la época de su martirio.

SAN JULIAN.—Este santo, segun el Martirologio romano, fué confesor; pero segun Bolando, mártir en Cesarea en la persecucion de los vándalos.

SAN BENITO.—Fué monge en Campaña y compañero y amigo del otro san Benito el Grande desde sus primeros años. Fué, como este, eminente en la pureza de la vida monástica, y célebre por sus milagros. Cuando Totila, rey de los godos, invadió la Italia, se presentó el santo á reprenderle sus crueldades; y los godos le cogieron y le metieron dentro de un horno encendido, en el cual le hallaron al dia siguiente sin haber recibido daño alguno. Despues murió santamente á fines del siglo VI.

DIA 24.

SAN SIMON, VIRGEN, INOCENTE Y MÁRTIR.—Surió en el segundo tomo, en el dia 24 de marzo, trae la vida de este gloriosísimo niño, sin quitar ni añadir una palabra, de como la escribió su autor Juan Matías Tiberino; y de la misma forma irá aquí fielmente copiada, con el preámbulo que hace su autor, que es en esta forma.

Una maravilla estupenda, y tal que desde la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo hasta estos tiempos no han oido las edades otra semejante, quiero referiros y escribir, la cual ha sucedido en esta ciudad de Trento pocos dias ha, habiendo permitido su divina Majestad que se descubra y se sepa, para que nuestra fé católica, si en alguna parte flaquea se fortifique y haga firme como una roca, y la antigua raza de los perversos judios se borre y acabe del todo sin que mas se le permita vivir en pueblo alguno cristiano, y su memoria totalmente se aniquile en el orbe. Oid, los que gobernais los pueblos, una maldad nunca oida, y velad con cuidado, como fieles pastores del rebaño de Cristo, los vuestros. Despierten los vuestros que habitan la tierra: abran los ojos y vean, qué fieras erian en sus senos. Los crueles judios, no solo con sus rabiosas é insaciables usuras consumen y hacen morir de hambre los pueblos cristianos, sino es que tambien, conjurados en daño nuestro contra nuestras vidas, se alimentan de la sangre viva de nuestros hijos y tiernos infantes, condenándoles á tormentos atrocisimos en sus sinagogas, quitándoles las inocentes vidas, como á Cristo.

Pocos dias ha, que en Trento, ciudad que por la parte aquilonar, mediando el rio Labicio, divide la Italia de la Germania, habitaban en un barrio que está á la izquierda mano del castillo de dicha ciudad tres familias de judios, cuyas cabezas eran Tobías, Angelo y Samuel, en cuya compañía vivia un infernal y bárbaro viejo, llamado Moisés, el cual, dicen ellos que sabia el tiempo y la hora en que habia de venir el Mesias, que desesperados y rabiosos, quanto ciegos, esperan. Estos, pues, la semana santa del año de 1473, el dia miércoles, 21 de marzo, se juntaron en casa de Samuel, donde tenian su sinagoga, para matar un ternero vivo, que le habian traído aquella mañana: y habiendo hablado de varias cosas; Angelo de su rabioso

y dañado pecho, sacó tales palabras: En esta Paraseve ó Pascua tenemos carnes y peces en grande abundancia; solo una cosa nos falta. Respondió Samuel: Pues ¿qué te falta? Entonces mirándose todos unos á otros, sin hablar palabra, entendieron que hablaba de sacrificar un tierno infante cristiano, que en menosprecio de nuestro Señor Jesucristo, bárbara, atroz y cruelmente matan en su Pascua, derramando la inocente sangre, al comer sus panes ázimos, para preservarse, como ellos dicen, de la hediondez y mal olor que en sí tiene; y á este llaman su *yoel* ó jubileo. No se atrevian á hablar por temor de los criados, que á prevenir lo preciso para su Paraseve entraban y salian.

Al dia siguiente, juntados todos en la sinagoga, consultaban en qué parte podian hacer el sacrificio que fuese mas oculto. Tobías y Angelo decian, que sus casas eran estrechas; y así, que no era posible se hiciese en ellas, porque no se les podria ocultar el hecho á los criados y muchachos que todo lo sacan á la calle: y así afirmaban todos que no habia casa mas cómoda y capaz para todo, que la de Samuel. Resuelto que en ella seria, comenzaron á discurrir en la traza de hurtarles un niño á los cristianos; y despues de varios pareceres, llamó Samuel á un criado suyo, llamado Lázaro, y le dijo: Amigo Lázaro, si te basta el ánimo para hurtar un niño cristiano á sus padres y traerlo aquí, te daremos de contado cien filipos que son cien reales de á ocho. A que respondió Lázaro: Padres venerandos, ese es un grave delito y yo no le cometeré por el mundo todo; y diciendo y haciendo, temeroso no hicieran con él lo que querian con el niño cristiano, se fué huyendo, no solo de la casa, mas aun de la ciudad y provincia.

El jueves siguiente, juntos otra vez en la sinagoga, dijeron á Tobías: Tú solo, ó Tobías, puedes satisfacer nuestros deseos; porque tú tienes familiar comunicacion y trato con los cristianos, y así puedes con gran facilidad cogertes un niño; pues nadie ha de advertirlo, por la grande amistad que te profesan y el poco reparo que nadie hace en tí, cuando andas por la ciudad. Si esto haces, fia de nosotros, que todas tus cosas irán en prosperidad grande, haciéndote muchos beneficios. Tobías respondió que no se atrevia á negocio de tanta importancia, por el gran peligro que en él habia. Ellos volvieron á él con furor diabólico, blasfemando su corto ánimo y diciéndole mil injurias; y al fin que si no lo hacia, desde luego le privarían de la entrada en la sinagoga perpetuamente. Tobías, viendo que todos se habian vuelto contra él, como unos demonios, y asimismo que le prometian mucho oro si condescendia con sus ruegos; temeroso de una parte, y vendido de su interés por otra, dijo resuelto: Ea, padres, yo cumpliré vuestros deseos; pero ya sabeis soy pobre, y que mi ejercicio no basta á que yo pueda vivir con descanso alguno; tengo muchos hijos, á ellos y á mí pongo en vuestras manos y únicamente encomiendo. Entonces todos alegres respondieron: Cumple tú nuestros deseos, trayéndonos este niño, que jamás te seremos ingratos: tú vivirás con descanso y tus hijos con grandes medras. Alegre tambien el traidor, dijo á Samuel al punto: Conviene que las puertas de tu casa todas estén abiertas con cuidado, para que ofreciéndose ocasion, no haya tardanza alguna, ni dificultad en mi entrada. A la tarde salió de casa y comenzó á dar vuelta por toda la vecindad, y poco á

poco se entró dentro de la ciudad hasta la plaza: volvía á mirar á una y otra parte, por ver si alguno observaba su camino, y viendo que nadie en él reparaba, aceleró el paso. Entró en la calle, que llaman de las Fosas, y luego puso los ojos en un niño hermoso como el sol mismo, que estaba sentado y solo, sobre el umbral de la puerta de su casa: su nombre era Simon: su edad dos años y cuatro meses: su belleza tanta, que era en hermosura un ángel, sin que en todo él se hallase mácula alguna de imperfección que notar. Miró el traidor Judas á una y otra parte de la calle, y viendo que nadie le miraba, se llegó al inocentísimo Isaac, y púsole con gran cariño un dedo en su tierna y delicada mano. El inocente y hermoso ángel le tomó el índice con su blanca manecita, y levantándose fué en seguimiento del traidor Judas, que lo vendía y llevaba con caricias y besos traidores al suplicio. Luego que hubieron pasado dos ó tres casas, le tomó la mano y le puso sobre sus rodillas, haciéndole mil traidoras caricias; y dándole el infame beso de paz, lo engañó de suerte, que sin dificultad alguna lo llevó en sus infames brazos fuera del barrio. Entonces la inocente víctima, viéndose fuera de la calle de sus padres, en poder de un hombre que no conocía, comenzó á llorar tiernamente y á invocar el dulce nombre de su madre que se llamaba María; porque en todo fuese semejante á Jesus, hasta en ser hijo de María. Sin ánimo quedó el traidor, cuando oyó los llantos y tiernos gritos del niño, por juzgarse ya en manos de la justicia; mas reparando en que ninguno parecía, sacó un dinero con que engañó de nuevo y acalló al inocente ángel. Viendo el cruel verdugo que ya callaba el cordero, prosiguió su camino, hasta que reparó en un zapatero de viejo, que á su puerta estaba cosiendo: aquí perdió del todo el ánimo, juzgando se le había descubierto el hurto; mas viendo que el oficial solo trataba en su trabajo, sin mirarle á él, aceleró el paso y entróse con el niño en casa de Samuel, donde alentó y recobró los casi perdidos espíritus vitales.

Samuel, que esperaba como el tigre la caza, tomando al hermoso niño en brazos, se fué con él á la cama, donde le hizo mil traidoras caricias, para ganarle la inocente voluntad y que callase. Cuánta alegría ocupó los corazones de aquellos dragones fieros, fácilmente se deja entender: las fauces se les secaban de dar alegres ahullidos sobre la cristiana sangre; y porque el tierno infante no extrañase los gritos y la nueva habitación, unos le daban uvas, otros manzanas, otros confites y otras mil cosillas, que de ordinario cuestan poco y agradan mucho á los niños; con que consiguieron que no llorase ni se extrañase, ántes si estuviese gozoso y alegre. Vino la noche; y como María echase ménos su amada prenda, salió á buscarle entre las vecinas, donde solía entretenerse con otros de su edad inocente; mas como no le hallase, hiriendo sus pechos y moviendo á compasión las duras peñas con sus tiernas lágrimas, llamó á Andrés, su marido y padre del bendito inocente, y los dos dieron vuelta á toda la ciudad; pero en vano. Los niños inocentes, por cuyos labios de ordinario habla el Espíritu Santo, decían que sin duda se lo habían hurtado los judíos, para crucificarlo aquella noche en oprobio y afrenta de Cristo; y así que entre aquellos perros enemigos de Jesus convenia buscarlo, y si no fuera ya noche y estuviesen cerradas las puertas de la ciudad, sin duda irían al barrio de los judíos á buscarlo: mas hubie-

ron de volverse á su casa tristes y desconsolados por aquella noche, hasta esperar el siguiente día, en que juzgaban hallar algun consuelo.

Tiempo era ya en que la humana fatiga da el primer descanso á sus pechos y cede al sueño todos sus cuidados, cuando aun los canes más vigilantes duermen y todo está en mudo silencio: entonces, pues, el cruel Moisés con los demás traidores, infames y malvados judíos, tomando aquel inocente ángel que descuidado dormía, se fuéron á la sinagoga, y sentándose en un escaño, puso sobre sus muslos la hermosísima cuanto inocente prenda, y rodeándole todos aquellos lobos carniceros, desnudaron la inmaculada víctima dejándola en carnes; y tomando Samuel un lienzo que tenia pendiente del cingulo, rodeándole el cuello y garganta hermosa con él, embarazaba el aliento del hermosísimo ángel para que no llorase, de suerte que alguno pudiese oír sus dulces y tiernos sollozos: los demás le tenían los pies y manos. ¡Qué diligencias tan bárbaras para tan inocente cordero! De esta suerte pues, estaba ya la inocente ofrenda hecha espectáculo triste al mundo, cuanto alegre el cielo que le esperaba, enviándole los mismos ángeles, y gozando Jesus de ver otro inmaculado cordero que le imitaba y seguía en la gloriosa pasión y muerte, cuando el desapiadado viejo Moisés sacó un templado cuchillo con que le cortó y abrió el capullo de aquella virginal flor, para que fuese por circuncidada mas acepta la víctima: sacó luego unas tijeras y comenzó desde la tierna barba á abrirle la mejilla derecha; y cortando un pequeño pedazo de aquella virgen y santísima carne, le puso en una fuente ó copa que tenia preparada para recoger la purpúrea rosa de su rojo carmin, que de las cristalinas fuentes, que ya habia abierto el verdugo infame, corría, y los circunstantes recogían con grande anhelo y cuidado. Íbanse luego siguiendo por su orden y antigüedad cada uno de aquellos perversos judíos, y tomando las tijeras de la infernal y sacrilega mano del maldito viejo, cada uno hacia lo que él; cortando al ángel un pedacito de carne viva de aquella mejilla tierna, hasta que se la acabaron de cortar y quitar toda. Y si el que habia echado el lazo al cuello, tal vez alojaba un poco por temor de no ahogarle, para que el sacrificio fuese vivo y padeciese mas aquel santísimo ángel, y por eso reconocían los otros que iba á llorar; le ponían á toda prisa las manos en el clavel de su tierna boca, y tan inocente, que aun no sabia quejarse, temiendo no lo hiciese; de suerte, que sin piedad lo ahogaban y sofocaban. ¡O crueles! ¡O infames! ¡O canes rabiosos! ¡O judíos perversos! ¿Qué haceis? Ese ángel no abrirá la boca ni desplegará los labios con vosotros: temed su inocente sangre, que cual la de Abel dará voces al cielo: no le tapeis la boca, dejadle que aliente siquiera y respire, que si habla alguna palabra, será solo la que le enseñó su maestro y Redentor Jesucristo, y cederá en provecho vuestro; pues le pedirá os perdone porque no sabeis lo que os haceis. Pero ya veo me canso en balde; que estais tan obstinados y ciegos, que aun no quereis el perdon de vuestras execrandas maldades é infames culpas: castigo es bien merecido á tanta incredulidad como la vuestra.

Hecha esta cruel y nunca oída función, tomó el infame viejo Moisés la pierna derecha del inocente mártir, y abriendo con el cuchillo de alto abajo la pantorrilla, tomó luego las tijeras y cortó un pedazo, y los demás hicieron lo mismo, como ántes. Acabada esta crueldad, el endemoniado

viejo levantó en alto al mártir de Jesucristo, que ya estaba como atormentado y desagrado, medio muerto; y si no lo estaba del todo era sin duda, porque enamorado Jesús de verle así tratar por su nombre, le conservaba la inocente y delicada vida para aumentarle del martirio la corona. Pidió el viejo cruel, cabeza de tanta tiranía y crueldad, á Samuel que se sentase á su izquierda: hizolo así, y entre ambos levantaron al santo Simon ep alto en forma de cruz, que ya que no habian prevenido cruz en que crucificarle, quisieron muriese en cruz crucificándole en sus infames manos. Despues mandó á los circunstantes, que con alfileres y agujas pasasen muchas veces aquel delicado cuerpecito. Hicieron todos una rueda, y prevenidos de aleznas, punzones, alfileres y agujas, comenzaron con rabia y furor infernal á pasar y agujerar aquella santísima carne, desde lo sumo de la delicada y tierna cabeza, hasta la virginal planta del pié, sin dejar parte en tan delicado cuerpo, que no hiciesen una criba. Traian cuando asilo picaban, grande algazara y fiesta, repitiendo todos: *Tolle Jesse mina elle parichiei elle passusen peg molen*: que quiere decir: como á Jesús, Dios de los cristianos, que es nada, quitemos á este cruelmente la vida: así nuestros enemigos los cristianos sean eternamente confundidos.

Mas de una hora duró este cruel espectáculo, y el inocentísimo cordero que abiertos tenia los ojos mirando al cielo, llamando para testigos de su triunfo á todos los cortesanos; faltándole ya el espíritu, caidas las fuerzas, inclinando la santísima cabeza, entregó su purísimo espíritu en manos de aquel divino Señor por quien tanto habia padecido; para que añadiendo este nuevo y jamás visto trofeo al coro de los inocentes virgenes y santos mártires, allí se pusiesen tambien ganadas coronas, y le colocasen en el trono de gloria que ya le esperaba puesto á la mano diestra del divino crucificado Jesús, este nuevo y santísimo crucifijo. Quedó hermoso su cuerpecito, así como la encarnada rosa suele quedar, torcido el cuello, cuando el arado del inadvertido gañan pasa por ella, y como cuando cae una gran tempestad de agua y granizo, suelen quedar muchas flores, torcida la púrpura y marchita, si hermosa.

Entonces Moisés y todos los demás, levantando los ojos y manos al cielo, daban gracias á Dios, que les habia dado á un tiempo venganza y sacrificio de los cristianos; y dejando al santísimo cuerpecito en tierra con grande aplauso, regocijo y alegría, subian y bajaban por unos y otros cuartos de la casa, sin haber en sí de gozo: y bajando á cenar mandó Samuel á sus criados que tomasen el cuerpo muerto, y lo ocultasen y escondiesen debajo de una tinaja en que solia tener vino. Tenian y con razon los clamores de los cristianos, y que si el obispo y jueces llegaban á descubrir su maldad, habian de castigarlos y quitarles las vidas.

Amaneció el viernes santo: y los padres del inocente, llevando en su compañía ministros de justicia, hicieron todas las diligencias posibles buscándolo; pero en vano buscaban entre los hombres, al que ya triunfante con la corona del martirio vivia para siempre entre los ángeles; y así sin esperanzas de hallarlo, tristes y desconsolados se volvieron á su casa. ¡O quién pudiera decirle á la alligida y desconsolada María, que enjugase las lágrimas y trocarse en risa el llanto; pues su hijo gozaba la mejor suerte y habia ido á prevenirle una silla en las eternas mansiones, que

es muy cierto, á quien le habia dado el ser para tanta gloria, le solicitaria agradecido, la paga en la gloria mismat ¡Y quién pudiera á Andrés su padre darle el mismo consuelo! Mas dejémoslos envueltos en sus llantos, que llegará el tiempo de su alegría. El sábado se juntaron los judios en su sinagoga, y trayendo el santo cuerpecito le pusieron tendido sobre su *almomor*, que es una mesa que tienen ante el altar donde cantan los salmos, himnos y antifonas. Acabadas sus oraciones judaicas, volvieron á esconder el cadáver en el mismo lugar que ántes. El domingo de Pascua de Resurreccion, advirtiendo los perversos judios que entre los cristianos se hablaba de ellos y todos los miraban con cuidado; juntándose en consejo y habiendo entre ellos varios pareceres, resolvieron: que convenia volver á ponerle sus vestidos al niño y arrojarlo al rio que corre junto á sus casas, y despues ir al obispo y decirle, que el agua habia traído allí aquel niño ahogado, y detenido en una red ó zarza de hierro que en aquella parte hay, no habia podido pasar adelante; porque visto que ellos mismos iban á dar cuenta, ninguno habia de creer ni persuadirse á que los judios pudiesen haberle muerto. Con esta resolusion se fué al pontifice de aquella ciudad el traidor que habia hecho el hurto, y contóle todo lo que habian trazado. Entonces, alegre el obispo de ver habia parecido el niño que por toda la ciudad se buscaba, que luego creyó ser él, fué al lugar señalado, y en su compañía el pretor y presidente de la ciudad y otros muchos señores y ministros, y bajando al rio, luego hallaron la preciosa joya que buscaban, en el agua envuelta en sus mismos vestidos. Sacaron fuera el santísimo cadáver, y mirado bien, y advertidas sus crueles heridas, conocieron todos habia sido martirizado por los dañados y pervertidos judios; y venerándole como á glorioso inocente, virgen y mártir, lo llevaron con toda pompa y solemnidad á la iglesia del principe de los apóstoles San Pedro, y allí lo colocaron y pusieron con toda veneracion, donde comenzó á concurrir toda la ciudad y circunvecinos pueblos con enfermos de varias enfermedades; y todos volvan á sus casas sanos y contentos, alabando á Dios y á su glorioso mártir, inocente y virgen Simon, el cual de dia en dia resplandece mas y mas con infinitad de milagros.

Ves aquí, cristiano, á tu Jesús segunda vez entre ladrones crucificado: considera, ¿qué harian los desalmados judios si tuviesen algun género de dominio y mando en los cristianos y fieles de Jesucristo? El glorioso Simon, virgen, inocente y mártir, apenas destetado, cuya santísima lengua aun no sabia pronunciar una palabra; en menosprecio de Cristo y su santísima ley, fué crucificado y muerto tan cruelmente como has visto, por los infames judios. Oid todos aquellos que en vuestras ciudades y tierras consentis habiten tan voraces y crueles enemigos: ved lo que hacen con vuestros hijos y con vuestro Dios y Redentor Jesucristo: consideradlo bien, para que los aborrezcais y no les deis tierra que pisen; ántes si procureis extinguir su nombre, y del todo acabar con tan infame y vil canalla. Los judios, por estatuto inviolable y eterno, todos los dias maldicen el Santísimo Sacramento del altar, donde está el verdadero cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, y á su santísima madre la Virgen María sin pecado concebida: afirman, que cuantas palabras salen de sus bocas son pecados, fuera de aquellas que hablan en menosprecio y vilipendio de Cristo y su esposa la santa Iglesia romana; que

estas dicen son santas, buenas y meritorias. Asimismo en el tercero libro del Talmud, libro de tanta estimacion entre ellos, que le anteponen á los libros de Moisés y los profetas, y para que se crea mas en el Talmud, añaden fábulas á fábulas, diciendo que Dios estudia el Talmud: en este libro pues, se manda por ley inviolable y perpetua que tres veces al dia en oracion que tienen por la mas eficaz de cuantas súplicas á Dios se hacen, pidan á Dios destruya los cristianos, los confunda y acabe. Esta perversa oracion la hacen los hombres (en pié, juntas las manos, sin tener el pensamiento en cosa alguna del mundo, sino es en solo pedir á Dios la destruccion de los fieles católicos) en lengua hebrea: las mujeres en la lengua vulgar que saben; y solo el levita la canta en alta voz, respondiéndole todos: Amen. Las palabras de la oracion son estas. «Los convertidos vivan sin esperanza alguna, y todos de repente perezcan: los niños perezcan en los vientres de sus madres, sin que jamás salgan á gozar de la luz; y todos los enemigos de tu pueblo de Israel sean destruidos, y el reino de maldad de los cristianos del todo se arranque y confunda. Hazlo así, Señor, hazlo así: cumple lo que te pedimos velozmente en nuestros dias; porque tú solo eres Dios bendito, que ahuyentas nuestros enemigos y destruyes los impíos.»

Y en el segundo Talmud afirman estos perjudiciales enemigos que nuestro Señor Jesucristo padece grandes tormentos en el infierno: cosa tan detestable que aun los turcos no pueden oirla, y los aborrecen por eso. ¿De qué nos maravillamos los cristianos, si permitimos en tantas partes vivir entre nosotros estos enemigos de Jesucristo, nos castigue su divina Majestad con guerras, hambres, sedes, truenos, rayos, relámpagos, agua y piedras? ¿Qué mucho nos envíe peste y muertes repentinas? ¿Que permita, que siendo nosotros pueblo escogido suyo, redimido con su sangre, vayamos cada dia de mal en peor; viendo hacemos amistades con sus mismos enemigos? ¿Que los dejamos vivir entre nosotros por el vil interés? ¿Que vendemos nuestra sangre, entregando nuestros inocentes hijos en manos de tan crueles Herodes? ¿Qué otra cosa es darles ciudades y casas en que vivan, sino es menospreciar la sacrosanta fé de Jesucristo, haciendo amistades con sus mismos enemigos?

Nació nuestro santísimo mártir Simon el viernes á 26 de noviembre, año 1472 de nuestra redencion, de Andres y Maria, sus padres muy pobres y por eso amados de Jesus; y padeció martirio á 24 de marzo de 1475: por lo cual todos los judíos que vivian en Trento, fueron encarcelados entre grillos y cadenas pesadas, de donde no saldrán hasta que todos hayan pagado su merecido. Es de Trento, á 4 de abril del año 1475. Aquí concluye el autor, y aquí Surio, que la escribió del mismo. Escribióla tambien esta vida Molano en las adiciones á Usuardo: el Martirologio Romano este mismo dia 24 de marzo, y Baronio en sus anotaciones: solo difieren en que este le llama Simeon, y los demás Simon: puede ser yerro de la imprenta, que una letra sola en que está la diferencia, es fácil descuido: si bien puede tener uno y otro nombre.

* SAN AGAPITO, OBISPO.—De las actas copiadas de san Segundo, sabemos que este santo fué descendiente de un poderoso principe de España, y que despues de recibido el sacramento del bautismo por el obispo Agapito se dirigió á Italia acompañado de varias personas. Reinaba en aquellos tiempos el emperador Aureliano, y cuando Agapi-

to llegó á Palestina prendióle el procónsul, y lo martirizó por haber confesado á Jesucristo. Sucedió su martirio por los años 273.

SAN MARCOS Y SAN TIMÓTEO.—Murieron por la gloria de la religion cristiana, siendo degollados en Roma en el siglo II, durante el reinado del emperador Antonio.

SAN PIMENIO, PRESBITERO DE LA IGLESIA DE ROMA.—Fué preso por los soldados del emperador Juliano el apóstata, á quien reprendia sus injusticias y su infidelidad. Desterrándole primero á Siria porque daba sepultura á los restos de los mártires; y habiendo vuelto del destierro al cabo de cinco años, fué precipitado y ahogado en el Tiber por orden del mismo emperador, sucediendo su dichosa muerte en marzo del año 373.

SAN EPIMENIO.—Tambien fué presbítero de la ciudad de Roma, y consumó el martirio habiéndole degollado, durante la persecucion de Diocleciano, por orden del gobernador Turpio.

LOS SANTOS TIMOLAO, DIONISIO, PAUSIDES, RÓMULO, DOS ALEJANDROS, AGAPIO Y OTRO DIONISIO.—Merecieron la corona del martirio en Cesarea de Palestina, durante la persecucion de Diocleciano. Su muerte fué gloriosa por la constancia con que sufrieron por tres ó cuatro veces los golpes de una hoz con que al fin fueron degollados el 24 de marzo del año 303.

SAN RÓMULO Y SAN SEGUNDO, HERMANOS.—Fuéron martirizados por los vándalos en Berberia, no se sabe cuándo.

SAN LATINO, OBISPO DE BRESCIA EN ITALIA.—Fué consagrado por los discípulos de los apóstoles, y gobernó su Iglesia en paz por espacio de treinta y un años, haciéndose memorable por su celo apostólico y por los milagros que acompañaban á su predicacion. Murió á principios del siglo II.

SAN SELEUCO, CONFESOR.—Era natural de Siria, donde vivió ilustrando con su sabiduria y sus virtudes aquellas vastas regiones. Ignórase la época fija de su muerte, pero creése que fué en el siglo III, y su nombre se halla continuado en los mas antiguos martirologios.

DIA 25.

LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA, Y ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS.—En el sacrosanto é inefable misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, por el cual en las entrañas de una purísima doncella se vistió de nuestra carne, y siendo Dios inmortal se hizo hombre mortal para hacer Dios al hombre; la primera cosa en que tenemos de poner los ojos, es en aquel Dios eterno, todopoderoso é infinitamente sabio y bueno, que halló y tomó un medio tan inesplicable para nuestro remedio y salvacion; porque aunque pudiera tomar otros muchos medios para librar al género humano de sus pecados y miserias, no habia ninguno mas conveniente que este, ni mas digno de la grandeza de Dios y de su gloria, ni mas provechoso y mas honroso para el hombre. Porque primeramente cuanto un artífice es mas excelente en su arte, tanto mas excelentes obras ha de hacer, y siendo Dios sumo é infinito artífice de todas las cosas, como lo dice el Espíritu Santo por Salomon, fué cosa muy conveniente que hiciese una obra digna de su grandeza é infinita sabiduria. Y porque la criatura, por perfecta, noble y excelente que sea, siempre es limitada, finita, é infinitamente distante de Dios que es artífice infinito; puso

su Majestad los ojos en una obra tan levantada, y que hiciese tanta ventaja á todas las otras, que en ella se descubriesen los tesoros de su sabiduría y omnipotencia, y fuese infinita é igual á la excelencia y perfeccion del artífice. Esta hizo Dios en la Encarnacion de su bendito Hijo, juntando en una persona Dios con el hombre, y la divina naturaleza con la humana, y el eterno con el temporal, y el impassible é inmortal, con el mortal y pasible: para que por ser hombre sea obra y hechura suya; y por ser Dios, sea infinita y tan excelente é incomprendible, como lo es el mismo artífice. Demás de esto, cuanto la persona que da es mas magnífica y poderosa, tanto la dádiva debe ser mayor; porque el pobre debe dar como pobre, y el rico como rico, el caballero como caballero, el señor como señor, el rey como rey y Dios como Dios; para que el don corresponda al estado del dador. Pues siendo Dios un príncipe soberano, inmenso, infinito y tan magnífico, liberal y dadivoso, que todas cuantas cosas hay fuera de él, son como unas migajas de sus riquezas é inestimables tesoros; ¿qué cosa nos pudo dar que igualase á su grandeza sino á sí mismo, para que el don correspondiese á la grandeza é inmensidad del dador? Y esto se hizo en la Encarnacion del Hijo de Dios: porque habiendo dado al hombre todas las cosas criadas que hay en el cielo y en la tierra, y viendo que todas no igualaban á su infinita grandeza, quiso dar á sí para que por aquí sacásemos que no le quedaba por dar cosa alguna al que se habia dado y entregado á sí mismo, como dice el apóstol san Pablo por estas palabras: «El que no perdonó á su propio Hijo, mas le dió por todos nosotros; ¿cómo es posible que con él no haya dado todo lo demás?» Especialmente, que de esta dádiva y don tan soberano y divino se sigue grandísima gloria al mismo Dios, y al hombre singular beneficio; porque por él se descubren mas claras las principales perfecciones de nuestro Dios, y que nos son mas eficaces motivos para amarle y temerle. Porque primeramente se manifiesta su inmensa é infinita bondad, que es la fuente manantial de todos los bienes que de ella se derivan á la criatura; y la propia naturaleza de la bondad es comunicarse, y de la bondad mayor comunicarse mas, y de la bondad suma é infinita, que es la de Dios, comunicarse suma é infinitamente: ni hay otra suma manera de comunicarse al hombre, sino comunicándole su propio ser; porque todo lo demás comparado con Dios, no es sino un punto en medio del mundo, comparado con la circunferencia del mas alto cielo: ó como una gota de rocío de la mañana, como dice el Sabio, ó como un grano de peso que se carga sobre la balanza del platero. Y aun añade Isaías, que todas las naciones del mundo delante de él son como si no fuesen, y como nada son reputadas en su presencia: y así no se puede llamar suma comunicacion la que Dios hace al hombre. dándole todas las cosas que el Profeta, lleno de su espíritu, llama nada: ni puede haber otra cosa que lo sea, sino la que hizo en su benditísima Encarnacion, comunicando su ser divino al hombre, y uniendo la naturaleza humana en una persona con la divina. Pues ¿qué diré de la omnipotencia del Señor que tanto resplandece en este altísimo misterio; pues pudo juntar en una dos extremos tan distantes, como son Dios y hombre, Verbo eterno y carne, Madre y Virgen, y la fé de tan escondido misterio con el corazon humano? ¿Qué diré de aquel piélago inmenso de la sabiduría de Dios, que se descubre en esta obra suya?

Pues así como por un hombre habia entrado la perdicion al mundo, así ordenó que por otro nos entrase el remedio: y así como fuimos todos condenados por la soberbia de uno, que siendo hombre quiso ser Dios; así fuésemos reparados por la humildad, del que siendo verdadero Dios se hizo verdadero hombre. Pues la justicia y la misericordia, de la cual tanto se precia el Señor, ¿cómo campean en este negocio de nuestra redencion? ¿Cómo se abrazaron y se juntaron en uno? Porque la justicia en todo rigor fué satisfecha, y las ofensas é injurias cometidas contra aquella soberana Majestad, y todos los pecados de todos los hombres que son, fueron y serán, y pueden ser, se pagaron por la obediencia y sangre de su Hijo: el cual habiendo juntado consigo la naturaleza humana en una misma persona, tomó de ella el poder padecer y merecer, y de sí le dió virtud infinita para perfectamente satisfacer: y esta fué la mayor gloria que jamás se dió ni pudo dar á Dios, por ser obra nó de puro hombre, sino de Dios y hombre, é Hijo natural de Dios, é infinitamente amado de su Padre: y juntamente con esto, por aquí tambien se conozca cuán grande sea el rigor de la justicia divina; pues tan grande satisfaccion quiso que se le ofreciese por los pecados del mundo, y que su mismo Hijo los pagase con su muerte afrentosísima y acerbísima; porque ninguna pura criatura pudiera pagar por entero esta deuda tan crecida y tan universal. Pero cuanto esta justicia del Señor parece mas rigurosa y severa con su Hijo, tanto mas resplandeciente y mas admirable y estupenda es su misericordia para con el esclavo; pues llegó á hacerse hombre y á morir en una cruz por él, y recibir en su santísimo cuerpo las penas y dolores que por sus culpas merecian: lo cual todo redundaba en mayor gloria del Señor, como dijimos, y no ménos en nuestra utilidad y honra; pues aquí tenemos estímulos é incentivos para amar, temer y admirar mas la bondad y majestad, justicia y clemencia, y todas las otras perfecciones de Dios que resplandecen en este sagrado misterio; porque ¿quién no amarà aquella eterna é infinita bondad, que sin tener necesidad de nosotros, por solas sus entrañas de piedad con un medio tan costoso para sí procuró nuestro remedio? ¿Quién será tan insensato? ¿Qué corazon habrá tan duro y tan de piedra que no se ablande y derrita con este fuego de amor tan encendido, y que no ame á quien así le amó? ¿Qué bebedizos ó qué artificios puede haber tan eficaces para despertar nuestro amor, como ver que somos amados con tan tierno amor del Rey de la gloria, que descendió del cielo á la tierra, para que nosotros subiésemos de la tierra al cielo? ¿Qué cosa hay mas alegre y mas dulce para el miserable que la misericordia? Pues el temor santo y la reverencia y acatamiento de Dios, en gran manera se engendra y crece en nuestros corazones, por la consideracion de la justicia divina, que se ejecutó en Cristo por nuestros pecados: porque si para que ellos no quedasen sin castigo, quiso Dios que muriese su Hijo, y que pagase con su sangre, lo que nosotros debemos; ¿con cuánto temor debemos nosotros vivir? ¿Qué temor y pavor debemos tener, de que el Señor no nos castigue como esclavos, y rebeldes y fugitivos que no se supieron aprovechar de tan incomparable beneficio? Si no perdonó al Hijo, ¿perdonará al esclavo? Si murió el inocente, ¿vivirá el ingrato? Si el que no tenia culpa murió en una cruz, ¿el culpado y desconocido de esta bondad de Dios, que le vuelve las espaldas y añade pecados á pecados y maldades á maldades?

des, quedará libre y sin castigo? Mas no debemos parar aquí, sino pasar adelante en la consideracion de este misterio, y quedar como absortos y suspensos en la honra que de él se sigue á todo el linaje humano, el cual fué ennoblecido y engrandecido, y levantado á tan gran dignidad y gloria: y esta razon toca el apóstol san Pablo, escribiendo á los de Corinto, cuando dijo: «Háblanos la Sabiduría de Dios en misterio: la cual está escondida, y Dios ántes de los siglos la predestinó para nuestra gloria:» porque por este misterio un hombre es Dios, y los demás hombres somos hermanos de Dios: y así nos llama él, cuando dice: «Yo manifestaré vuestro nombre á mis hermanos.» Cristo es hueso de nuestros huesos, y carne de nuestra carne, y en el nuestra naturaleza está ensalzada sobre todos los coros de los ángeles: y por esta parte todos somos parientes de Dios; para que mirando este parentesco y obligacion tan estrecha que tenemos de servir al Señor, vivamos, como quien conoce su nobleza y esclarecido linaje, sin bastardear ni desdecir de lo que debemos á tan alta dignidad. Demás de esto, para curar las llagas de nuestra ánima, que eran tantas y tan grandes; ¿qué otra medicina mas eficaz que esta se pudiera hallar? ¿Qué ejemplos mas vivos y poderosos se podian imaginar, para esforzar nuestra flaqueza y confundir nuestra ingratitude, que los de aquel Señor que juntamente era Dios y hombre? ¿Quién pudo alumbrar nuestro entendimiento oscurecido, sino la divina luz? ¿Quién rendir y sujetar la voluntad rebelde, sino el que es Señor de todas las voluntades? ¿Quién recoger la imaginacion derramada, sanar el apetito estragado, detener la carne flaca y mal inclinada, sino el que es la medicina de todas nuestras dolencias y necesidades espirituales? Y como grave y elegantemente dice el P. Fr. Luis de Granada: «¿Con qué se podia curar mejor nuestra soberbia que con su humildad? ¿Y nuestra avaricia que con su pobreza? ¿Y nuestra ira, que con su paciencia? ¿Y nuestra desobediencia, que con su obediencia? ¿Y los regalos y deleites de nuestra carne, que con los dolores y asperezas de la suya? Item: «¿Con qué se podia mejor vencer nuestro desamor, que con tal amor? ¿Y nuestro desagradecimiento, que con tales beneficios? ¿Y nuestro olvido, que con tal providencia? ¿Y los desmayos de nuestra desconfianza, que con tales merecimientos y tales prendas de amor?»

La segunda cosa en que habemos de poner los ojos en este inefable misterio, es en la pureza y santidad de la sacratísima Virgen María nuestra Señora, que Dios *ab æterno* escogió, para tomar carne de ella: porque sin duda que así como esta Virgen fué escogida para la mayor dignidad que puede haber en una pura criatura, que es ser Madre de Dios, así le fué concebida la mayor gracia y santidad que cabe en pura criatura, y toda la que era necesaria para ser digna Madre de Dios: el cual en esta Virgen ha mostrado mas su poder, sabiduría y bondad, hermoseándola y enriqueciéndola con mayores y mas aventajados dones, y prerogativas sobrenaturales que en todas las otras criaturas juntas, y en toda esta máquina del universo. Y quien tuviese ojos espirituales para ver y penetrar la hermosura y belleza de la ánima santísima de la Virgen, y las virtudes con que estaba adornada, y las gracias divinas con que resplandecía, sin duda que alabaría mucho mas por ellas al Señor, que por haber criado al sol, la luna, las estrellas, los cielos y todo lo demás; por-

que en ninguna cosa de estas se ha mostrado tan admirable, tan rico y dadivoso, como en la perfeccion y adorno de esta sagrada y purísima doncella. Y para dejar lo que todos los santos dicen de esta materia, que con ser tanto, todo es poco para lo que se puede decir; solo quiero traer aquí un lugar del bienaventurado san Lorenzo Justiniano, que hablando de la Virgen dice de esta manera: «La bienaventurada Virgen es un tálamo aseado por su pureza, adornado por sus costumbres y lleno de toda santidad; entretrejido de flores, hermoso de virtudes, oloroso por la fragancia de su castidad, encendido de caridad y por su virginidad y humildad admirable. Ella es Señora gloriosa y mujer bienaventurada: entera y preñada: Madre y Virgen escogida, para que pareiese á Dios; y sierva suya: la cual desterró la culpa, y acarreó su gracia: dió paz al mundo, y Dios al hombre: fin á los vicios: orden á la vida, y regla á las costumbres. Ella es la que recibió en sus entrañas al Verbo: concibió al Hijo, y parió á Cristo. Ella es la puerta del cielo, entrada del paraíso, estrella del mar, alegría del mundo, refugio de los pecadores, puerto de los que navegan, ayuda de los que peligran, camino de los descaminados, salud de los desahuciados, medianera del mundo, muerte del pecado, espanto del demonio, y terror de los espíritus malignos. Ella es tabernáculo y el arca del Testamento: el propiciatorio del templo, el trono de Dios, la vara florida, la nave lijera, el huerto cerrado, la fuente sellada, paloma sin mancha ni pinta de fealdad, rosa olorosa, azucena blanca, flor suavísima y como una varita de humo de todos los perfumes aromáticos, que sube derecha con admirable fragancia y suavidad: oliva verde, vid fructuosa, ciprés alta, palma cargada de verdes y lindas hojas, terebinto que estiendo sus ramas, campo vestido de mieses y tierra bendita que produce fruto de vida. Ella es el alba de la mañana y lucero esclarecido, mas hermosa que la luna y mas resplandeciente que el sol, mas pura que el oro y mas preciosa que las piedras preciosas, mas suave que el bálsamo y mas estimada que las perlas, mas dulce que la miel, y sobre toda armonía y consonancia delectable. Esta Virgen santísima es la que adornada de todas las virtudes y ataviada de todas las gracias divinas, con el olor de ellas trajo á sí al Rey del cielo; porque con la pureza de su virginidad y de su inocentísima vida, siendo mas santa que todas, fué escogida para ser Madre de Dios: y por los merecimientos de su humildad y de su abrazada caridad, fué amada del muy Alto, escogida del Verbo, preñada por virtud del Espíritu Santo, enriquecida con el fruto divino, prefigurada en las sagradas Letras, anunciada de los profetas, ensalzada sobre los arcángeles y sobre todos aquellos bienaventurados espíritus: porque al que no cabe en los cielos y toda la naturaleza reverencia con admiracion, esta Virgen concibió primero en su ánima, y despues en su vientre: encerró en sus entrañas: crió á sus pechos: tuvo en su regazo, y abrazó con sus virginales brazos: de manera que toda la honra, toda la dignidad, todo el merecimiento, gracia y gloria, se halla en MARÍA. Grande fué cuando nació, y mayor cuando concibió: siempre santa, siempre llena, siempre purísima y sin mancilla: santa en el ánima y en el cuerpo: llena de gracia y virtud; purísima en todos sus pensamientos, palabras, obras y acciones.» Todo esto es de san Lorenzo Justiniano, primer patriarca de Venecia.

A esta sacratísima Virgen María, dice el evangelista san Lucas que envió Dios al ángel san Gabriel, y moraba en una ciudad de la provincia de Galilea, llamada Nazareth, y que estaba desposada con un varón de la sangre y familia de David, que se llamaba José, y que el nombre de esta Virgen era María. La más solemne y alta embajada que se ha hecho en el mundo, ni se hará jamás, fué esta: porque Dios es el que la envía; y ningún otro sino él, la podía enviar. El mensajero es el arcángel san Gabriel, uno de los mayores príncipes de la corte del cielo, que con su mismo nombre, que quiere decir *fortaleza de Dios*, nos da á entender el brazo y poder de Dios que en este misterio se descubría. La persona á quien fué enviado era la Virgen nuestra Señora, que, como habemos dicho, con sus virtudes y gracias singulares habia enamorado y robado el corazón de Dios, y estaba desposada no solamente porque así convenia para su alivio y para su honra, y para la de su hijo, y para encubrir al demonio este misterio, sino tambien para que las casadas y las vírgenes la tuviesen por dechado y espejo: pero el esposo era José, varón santo y castísimo, y digno de tal esposa. El negocio que en esta embajada se trataba, fué el mas alto, sublime y admirable que jamás hubo, ni puede haber: porque fué para que Dios se hiciese hombre como se ha dicho, y aquel purísimo y simplicísimo espíritu en las entrañas de esta castísima doncella se vistiese de nuestra carne, y se desposase con la santa Iglesia con un vínculo de amor fuerte y tan indisoluble. Y porque en cualquiera desporio y casamiento para que sea firme y rato es necesario que las partes, el esposo y la esposa, den su consentimiento, fué cosa muy conveniente que viniese el ángel á la Virgen, para pedirle el suyo: y como persona pública y que representaba todo el género humano, diese el sí y aceptase aquella inestimable merced de Dios. El nombre de esta Señora y Reina del cielo es María, que se interpreta, como dice san Bernardo, «Señora alumbrada y alumbradora, y estrella del mar:» que todo esto se encierra en este nombre. Es verdadera Señora, nó de parte de la tierra, sino de todo el mundo y de todas las criaturas que están en el cielo y en la tierra, y en el infierno; porque es Esposa del Padre y Rey del universo, y Madre del Príncipe del cielo y de la tierra y templo del Espíritu Santo, que es un mismo Dios con el Padre y con el Hijo; y el Padre eterno quiere que sea honrada su Esposa; el Hijo que su Madre sea glorificada; y el Espíritu Santo que sea reverenciado y magnificado su templo. Tambien fué alumbrada y vestida del sol de justicia, con tan grande resplandor y claridad, que desterró las tinieblas del pecado, y nos alumbró á todos; y quedando con la gloria de su virginidad, parió y nos comunicó la luz verdadera que alumbró á todos los hombres que vienen al mundo. Es asimismo estrella de este mar tempestuoso y turbulento: á la cual debemos siempre con devoción é imitación mirar, como al norte, si queremos navegar seguros y pasar el golfo tan peligroso de esta miserable vida, y llegar al puerto de la bienaventuranza.

Estando pues esta doncella en su secreto retraimiento encerrada y escondida, y en altísima contemplación, y como algunos santos dicen, meditando este misterio y suplicando á Dios que viniese ya y cumplierse sus promesas, y el deseo de todas las gentes; entró á ella el ángel en figura de varón hermosísimo, y con grande humildad y reverencia la saludó, diciendo: Dios te salve, llena de

gracia; el Señor es contigo: bendita eres entre todas las mujeres.» Mira cómo saludó el ángel á la Virgen retirada y escondida, para que no pienses, que por esconderte de los hombres no te sabrá Dios hallar; porque tanto mejor te hallará cuanto estuvieres mas escondido: y cree cierto que aquellos tienen visitas de ángeles, que por amor de Dios huyen las visitas impertinentes de los hombres, y dan de mano á las bonetadas y besamanos falsos que da el mundo. Llámala *llena de gracia*. Algunos leemos en las divinas Letras que fueron llenos del Espíritu Santo, como Zacarías é Isabel y su hijo san Juan Bautista, y los apóstoles, y los siete diáconos, y señaladamente, san Estéban, san Pablo y Bernabé, y los discípulos de los apóstoles: mas ró es necesario que todos los que fueron llenos de gracia ó del Espíritu Santo, lo hayan sido igualmente y con la misma medida y manera: porque llena se dice que está la fuente, y lleno el rio y lleno el estanque; pero con grande diferencia. Cristo nuestro Redentor fué lleno de gracia, como fuente purísima de la cual mana toda la gracia, y se deriva como de la cabeza en sus miembros: llena fué de gracia la Virgen, como rio caudaloso que nace de la fuente y está conjunto con ella; y llenos fueron de gracia los otros santos, cada uno segun su capacidad y suficiencia ó abundancia: mas cuando el ángel llama llena de gracia á la Virgen, habla de otra plenitud mas aventajada y excelente y singular, y la mayor que ninguna pura criatura pudo recibir. Fué tan llena, que rebosó y redundó en todos los demás, y dió á los cautivos libertad, á los tristes consuelo, á los pecadores perdon, á los justos gracia, á los ángeles alegría, á la Santísima Trinidad gloria y al Verbo eterno la substancia de su propia carne: y como dice el gran doctor de la Iglesia san Gerónimo: «A los demás se da una parte de gracia; mas á María se infundió juntamente toda la plenitud de la gracia:» porque el autor y fuente de ella moró en sus purísimas entrañas. *El Señor*, dice, *es contigo*; y ha prevenido á su mensajero, y desde el punto de tu purísima concepcion está contigo: el Padre, como esposo con su querida esposa y como padre con su hija dulcísima: el Hijo, como con su Madre amantísima: y el Espíritu Santo (por cuya virtud concebirás), como santificador en su templo. Toda la Santísima Trinidad está contigo: contigo en el corazón, contigo en el secreto de tu conciencia, contigo en las palabras y en las obras: y ahora por una nueva manera el Hijo de Dios estará en tu sagrado vientre: y así puedes estar segura porque el Señor está contigo. *Bendita eres entre todas las mujeres*: porque las otras mujeres ó son estériles, ó conciben con pecado y están preñadas con pesadumbre, y paren con dolor: mas tú concebirás á Dios por obra del Espíritu Santo, y le traerás con gozo, y le parirás con alegría, de tal manera que ni el parto disminuya la gloria de tu virginidad, ni la virginidad la dignidad de madre, que es privilegio entre todas las mujeres á tí sola concedido. ¡O qué maravilloso es Dios en sus consejos, y cuán contrario al estilo del mundo! Porque el mundo todo es sonajas y cascabeles, mucho ruido y poca sustancia: y lo que mas suena, mirado cerca y dentro, es una vanísima vanidad, y como las manzanas de Sodoma y Gomorra, que despues de aquel incendio que vino del cielo, quedaron á la vista muy hermosas; y en tocándolas se deshacen entre las manos y se convierten en cisco y ceniza: mas Dios obra sus misterios soberanos en silencio y sin ruido; y entre un ángel y una doncella

recogida en su aposento, sin que lo sienta nadie, trata y concluye la mayor obra que pudo hacer.

Dice mas el evangelista : que oyendo la Virgen las palabras del ángel, se turbó. No se turbó por ver al ángel, como cosa nueva y nunca vista; porque muchas veces es de creer que la visitaron los ángeles, y trataban familiarmente, reverenciando en aquel cuerpo tierno y delicado de doncella el espíritu mas puro y mas perfecto que los mismos ángeles, los cuales son muy amigos de las vírgenes por su pureza y les hacen buena compañía: pero turbóse por ver el ángel en aquella figura de mancebo tan lindo y mucho mas por las palabras que le dijo, y por la salutación que le hizo de tanta admiración, y tan nueva, que ántes de la Virgen no leemos haber sido saludada persona alguna de tal manera: y como esta señora era tan humilde y tan vil en sus ojos, y se reputaba indigna de semejantes alabanzas, confundióse y turbóse, y comenzó á pensar, si aquella salutación era de buen espíritu ó de malo: porque al verdadero humilde no hay cosa que mas le turbe que oírse alabar, temiendo de no perder la humildad que él tanto estima, y en la cual tiene todo su tesoro. Turbóse; mas no habló: para enseñar á las vírgenes el principal decoro, y ornamento de la virginidad que es el silencio y la vergüenza. Mas como el ángel la viese así turbada, le dijo: No temas María; porque has hallado gracia cerca de Dios: como si dijera: Teman las que por sus pecados pierden á Dios; pero tú que has hallado gracia en sus ojos, ¿qué tienes que temer? Desde el principio del mundo hasta ahora, en tantos siglos y edades, buscándola con tanto cuidado y diligencia, ninguno ha dado en la vena de la gracia, como tú, ni ha sido tan aceptada ni tan agradable al Señor: para que entendamos que no se enoja Dios por ver á los suyos recatados, y que no aceptan luego sus dones y su salutación; ántes él mismo quita la turbación y el miedo que causa el temor, y enseña al que con prudencia piensa y pondera las cosas que deben ser examinadas: pues nos manda su apóstol y evangelista san Juan, que no creamos fácilmente á cualquiera espíritu sino que probemos á cualquiera espíritu para ver si es de Dios. Añadió mas el ángel: «Hé aquí que concebirás en tus entrañas y parirás un hijo: llamarle has por nombre Jesus. Este será grande y será llamado hijo del Altísimo; y el Señor le dará la silla y tronó de David, su padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.» Aquel Señor que fué prometido de Dios, y deseado de los patriarcas, y anunciado de los profetas, y representado en todas las sombras y figuras de la ley: aquel por quien suspiraban todas las gentes y con grandes ansias pedían á Dios que los cielos, como rocío, le destilasen y lloviesen al justo, y que los mismos cielos se rompiesen para que bajase á la tierra: este mismo concebirás, como verdadera madre á su verdadero hijo, y le parirás y llamarás Jesus, que quiere decir *Salvador*; porque él salvará al género humano: y quiere tanto á los hombres, que no fia la salud de ellos de otras manos que las suyas. Será grande, nó como Juan Bautista, de quien se dice que sería grande delante de Dios; sino grande como Dios: Juan grande hombre, Jesus grande Dios: la grandeza de Juan tuvo principio y fin; la grandeza de este hijo llamado Jesus no tiene principio ni fin: porque él es el principio y fin de todas las cosas. Ya es grande y grande Dios; y tú le concebirás y parirás; porque el hijo que sa-

ler de tus entrañas, será juntamente Dios y será grande: porque en cuanto hombre tendrá por gracia, lo que en cuanto Dios tiene por naturaleza. Será grande en el cielo y en la tierra y en los abismos: y los ángeles, los hombres y los demonios se arrodillarán delante de él, y postrados, adorarán este dulcísimo y santísimo nombre de Jesus.

Oidas las razones que le dijo el ángel, respondió la Virgen: «¿Cómo se hará esto porque no conozco varón?» No dudó de la verdad de la promesa, ni del poder de Dios; mas maravillada de la grandeza del misterio y que Dios la hubiese escogido para tan alta dignidad, y deseosa de guardar el propósito y voto de su pureza virginal que como Virgen de las vírgenes, la primera de todas habia hecho alzando la bandera de la castidad, y provocando á las demás á imitarla con su ejemplo; preguntó el modo, cómo se habia de obrar en su sagrado vientre aquel soberano misterio, y si habia de ser con detrimento de su virginidad. *No conozco varón*, dice; es á saber, tengo hecho propósito firme y voto de no conocerle, y he consagrado á Dios mi virginidad: y aunque tengo á José por esposo, ténlole por guarda, nó por quebrantador de mi pureza. ¡Ó santa virginidad, hermana de los ángeles, flor hermosísima del campo de la Iglesia, y victoria de todos los deleites sensuales, gloria del rebaño de Cristo, amada del Rey, dedicada al Señor y consagrada para Dios! Confúndanse todos los esclavos de sus apetitos; pues tan barato venden una joya tan preciosa como esta; que la Virgen sapientísima, ofreciéndole el ser madre de Dios, preguntó, cómo aquello habia de ser sin detrimento de su virginidad. A la pregunta de la Virgen respondió el ángel: «El Espíritu Santo sobrevendrá en tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra, y por tanto lo que de tí nacerá santo será llamado hijo de Dios.» No temas, Virgen gloriosa, que se ofenda Dios, ni el ángel por volver por vuestra virginidad; ántes con eso mismo convidais mas á Dios, para que venga en vuestras purísimas entrañas, y tome de ellas la carne que ha de ser instrumento del Verbo divino. El que viene á predicar la virginidad, no viene á quitaros la que vos teneis: vírgen os quiere Dios: y si no lo fuédes, no os tomaria por madre. «No busqueis en este misterio, dice san Juan Crisóstomo, hablando con la Virgen, el modo y órden de la naturaleza; porque lo que en vos se obrare, es sobre toda naturaleza. Preguntais cómo se hará esto, porque no conocéis varón. Por eso se hará, porque no conocéis varón; que si lo conociédes no escogieran por madre de Dios, ni os tuvieran por digna de tan alto misterio.» Cortarése sin manos esta piedra, y ardiendo la zarza no se quemará, porque el Espíritu Santo sobrevendrá en vos, y la virtud del Altísimo os hará sombra para que podáis sufrir al que es fuego consumidor y resplandor de la gloria del Padre. Debajo de esta sombra no hay que temer la fuerza del calor de la carnal concupiscencia. Y para que la Virgen se confirmase mas, siendo como eran las cosas que le habia dicho, sobre todas las fuerzas de la naturaleza, le trajo el ángel el ejemplo de su parienta Isabel, diciéndole que ella también habia concebido un hijo en su vejez, siendo estéril; porque á Dios ninguna cosa es imposible. Y aquí acabó el ángel su embajada: y la Virgen Santísima, hincadas las rodillas en el suelo, sumida en el abismo de su nada, con la mayor y mas profunda humildad, que jamás tuvo para criatura,

respondió aquellas palabras que alegraron al cielo y la tierra, y dieron la redención á los cautivos, la liberación á los condenados y la salud á todos los hijos de Adán: «Hé aquí, dice, la sierva del Señor: sea hecho en mí segun tu palabra.»

¡O Virgen incomparable y bendita sobre todas las criaturas! ¡O verdadera Abigail, que pidiéndola el rey David por mujer, respondió: Hé aquí tu criada, para lavar los piés de los siervos de mi Señor! Todas las virtudes fueron admirables en María, y en este razonamiento que tuvo con el ángel, se descubren muchas y muy principales: mas la humildad suya que resplandece en esta respuesta, sobre todas causa admiracion. Siendo escogida por madre del Hijo de Dios, se ofrece por esclava: «Hé aquí, dice, la sierva del Señor.» ¡Qué tan grande es aquella humildad, que no se deja vencer de las honras, ni se desvanece con la gloria! No es gran cosa, dice san Bernardo, ser humilde en las bajezas; mas es muy grande y muy rara ser humilde en las grandezas. Propio es del humilde cuando mas se levanta, bajarse él mas, y ser como el árbol que cuanto está mas cargado de fruto, mas se inclina hácia la tierra: María, levantada se abaja, y estando llena de gracia y santidad, se inclina y se sujeta á la voluntad de Dios y dice: «Hé aquí la sierva del Señor: hágase en mí segun tu palabra:» como si dijera: Dios es el Señor, y yo soy su sierva y su criatura: haga en mí, como Señor, lo que fuere servido. De la misma humildad nació el conocerse por esclava, y el ofrecerse á la voluntad del Señor con perfecta resignacion y obediencia. Agradó al Señor con su virginal limpieza, y concibióle con su humildad. «Sea hecho en mí segun tu palabra.» «Esta palabra, sea hecho, dice san Bernardo, es palabra significativa del desco que tenia la Virgen de este misterio; ó es palabra de oracion que pide lo que le prometen; porque Dios quiere que le pidan lo que él promete; y por ventura por esta causa promete muchas cosas, de las que quiere dar, para que con la promesa se despierte la devocion, y así merezca la devota oracion, lo que quiere dar de gracia.» Esto es de san Bernardo. Fué tan agradable á Dios esta humildad y consentimiento de la Virgen, que dice san Bernardino de Sena, que mereció mas en solo aquel acto que todos los ángeles y todos los hombres; porque con él mereció ser Madre de Dios; y aquel *Si*, y consentimiento y ofrecimiento de tanta humildad y sujecion á la voluntad del Señor, fué como una última disposicion para recibir aquella soberana y altísima gracia, para la cual Dios *ab æterno* la habia predestinado y escogido.

Luego que la Virgen acabó de decir: «Hé aquí la sierva del Señor: hágase en mí segun tu palabra,» y dió su consentimiento; por virtud del Espíritu Santo se organizó en sus entrañas y de su purísima sangre se formó un cuerpecito bien proporcionado y capaz, para recibir la alma racional que en aquel mismo punto crió Dios, é infundió, y unió aquella humanidad con la naturaleza divina en la persona de su unigénito Hijo: el cual por virtud de aquella union, juntamente es Dios y hombre, é hijo natural y verdadero de María; y ella verdadera y natural madre de su Criador y Señor, engendrado de su substancia y concebido en su sagrado vientre. Las riquezas y gracias que fueron concedidas á aquella sacratísima humanidad, ¿qué entendimiento, si no es el de Dios, lo puede entender? Porque, demás de la primera y suma gracia de la

union de ella con el Verbo divino, con la cual fué ensalzada sobre todo lo que Dios tiene criado y puede criar, le fué concedida la gracia de universal cabeza de todo el linaje humano, para que de ella mañase la gracia en toda la posteridad de Adán, y no hubiese gota de santidad, que no se derivase de esta fuente, ni justo, ni santo que no debiese á este Señor su justicia y santidad. Con esta gracia le fueron dadas todas las gracias que llaman *gratis datas*, de perfeccion, de sabiduría, de hacer milagros y de todos los dones del Espíritu Santo; porque en aquella ánima santísima se depositaron todos los divinos tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, como lo requeria la dignidad de la ánima, unida personalmente con él. Este es el misterio de la Encarnacion, y lo que la fé católica confiesa, cuando en el Credo decimos que Jesucristo fué concebido de María Virgen por virtud del Espíritu Santo. Pero ¡qué lengua, no digo humana, sino angélica, podrá explicar los movimientos y afectos interiores, que en aquel punto tuvo el corazon purísimo de aquella Reina de los ángeles! ¡Qué luces, qué resplandores ilustraron su entendimiento! ¡Qué ardores é incendios inflamaron su voluntad! ¡Qué gozos y júbilos ocuparon aquella alma santísima, cuando el Espíritu Santo sobrevino en ella y el Verbo divino se vistió de su carne, le dió la nueva dignidad y gloria de madre, y obró tan grandes y maravillosas obras, como allí fueron reveladas y obradas en su persona, para remedio y bien del mundo! Esto no hay quién lo pueda comprender; y mejor es dejarlo, para que cada uno lo considere y medite dentro de sí, y edifique su alma con el peso y ponderacion de cosas tan inefables, tan secretas y divinas.

LOS SIETE DOLOROS DE LA VIRGEN MARIA, NUESTRA SEÑORA.— Celébrase en todos los reinos y señorios de la monarquia española, en la feria sexta despues de la dominica *in Passione*, la fiesta de los siete dolores que padeció la Virgen Maria en la pasion de su Hijo, por concesion de nuestro santo padre Clemente X, á peticion de la augustísima y piadosísima reina de las Españas doña Mariana de Austria, nuestra señora, que por la singular devocion que tiene con la Reina de los ángeles, ha solicitado el acrecentamiento de su culto y veneracion, con esta y otras nuevas festividades que por su celo se celebran á la Virgen en los reinos de España: los cuales no juzga bastantemente suyos, si no los mira del todo dedicados al servicio de la soberana Reina de los cielos y de la tierra.

Los siete dolores de la Virgen, que comunmente considera la devocion y representa en las imágenes de nuestra Señora de los Dolores con siete agudas espadas que atraviesan su corazon, són los que se siguen. El primer dolor fué el que padeció María Santísima, cuando llevando á su Hijo á presentar al templo de Jerusalem, el santo viejo Simeon, con espíritu profético, le dijo: «que aquel niño estaba puesto para ruina y resurreccion de muchos en Israel, y por señal á quien se habia de contradecir; y que su misma alma habia de ser atravesada con una espada;» aludiendo á lo mucho que habia de padecer en la pasion y muerte de su Hijo. El segundo dolor, cuando mandó el ángel á san José que huyese con la madre y con el niño á Egipto; porque Herodes habia de buscar al niño para quitarle la vida; y vió Maria cuán mal recibido era su Hijo é Hijo de Dios, de los hombres: pues apenas habia

entrado en el mundo, para traerle la vida, cuando el mundo le buscaba para darle la muerte. El tercer dolor, cuando subiendo María y José con Jesús, niño de doce años, al templo de Jerusalem, le perdieron por tres días, sin saber dónde estaba, quedando la Madre sin consuelo porque le faltaba el Hijo, que era toda su alegría; y siendo combatida de diversos cuidados de dónde estaría, qué haría y padecería el niño tierno fuera de su casa, patria y parientes. El cuarto dolor, cuando llegándose la pasión de su Hijo, le encontró en las calles de Jerusalem que llevaba sobre sus hombros la cruz en que había de ser crucificado. El quinto cuando le vio crucificar. El sexto cuando se le bajaron de la cruz los dos piadosos varones José y Nicodemus, y le tuvo en sus brazos, contemplando cuál le habían puesto sus enemigos y nuestros pecados. El séptimo, cuando le quitaron de los brazos á su Hijo para sepultarle, y quedó en una total y trágica soledad, ocupando los ojos solamente en llorar, pues no tenían ya en la tierra qué ver.

Mas, aunque no se puede negar que padeció María Santísima todos estos dolores, y que fueron como penetrantes espadas que atravesaron su corazón, por lo cual deben ser meditados devotamente de los fieles, para acompañar á María Santísima en su dolor; con todo eso, porque el sumo pontífice en el breve en que manda celebrar la fiesta de este día, habla de los siete dolores que padeció María Santísima en la pasión de su Hijo, y eso manda que se celebre, y porque en el cómputo que hemos hecho, se callan otros dolores muy principales que tuvo la Virgen en la pasión de su Hijo, se ha de hacer de otra manera: y puede considerarse la piedad que el primer dolor es el que padeció María cuando, habiendo celebrado su Hijo la última cena con sus discípulos, entró á despedirse de ella para ir á padecer afrentas y tormentos, y morir por los hombres en una cruz, y hablándose aquellos dos tiernísimos amantes, Hijo y Madre, mas con los ojos que con la lengua, mas con lágrimas que con palabras; después de haberse abrazado con lazos que parecían indisolubles, se dividieron y apartaron, el Hijo para morir y la Madre para vivir muriendo: el Hijo para padecer una penosa muerte, y la Madre para sufrir una cruel vida; muriendo, porque no podía morir, y padeciendo doblada pena, porque yendo su Hijo á padecer, á ella no se permitía acompañarle en sus tormentos. Porque, puesto caso que los evangelistas no hablan de esta despedida; hácenlo, como dicen los doctores que llegan á este punto, porque cosas tan ordinarias entre madres é hijos, y de suyo sabidas, no tienen necesidad los historiadores de contarlas para persuadirlas; y por eso las suponen: y á lo ménos la noticia de que su Hijo iba á padecer, y de los tormentos y afrentas que había de padecer, nadie se la puede negar á la Virgen; pues estaba entonces en Jerusalem con su Hijo, y tenía muy leídas y meditadas las escrituras y profecías que hablaban de la pasión y muerte de Cristo; y él la había comunicado muchas veces las penas y tormentos que le esperaban, mucho mas claramente que á sus apóstoles, cuando era la Virgen mas capaz y mas digna de saberlas que no ellos. El segundo dolor es el que padeció la Virgen, cuando su Hijo atado á una columna fué azotado con increíble rigor, hallándose la dolorosa Madre presente á este lastimoso espectáculo, como ella misma lo reveló á santa Brígida, en parte donde veía descargar sobre aquel inocentísimo

cuerpo la multitud de azotes que merecían todos los pecadores del mundo, remudándose los verdugos cansados de azotarle, y estando el Hijo mas firme que la columna á que estaba atado, sin cansarse de ser azotado, hasta quedar aquella carne, mas blanca que el alabastro, bañada en la sangre que corría por tantas fuentes, cuantas eran las heridas que hacían los azotes, por las cuales se descubrían los huesos; siendo verdaderamente varón de dolores, como dice Isaías, en quien no había parte sana y sin dolor. El tercer dolor de la Virgen fué la coronación de espinas de Cristo, cuando la madre vió ó supo que á su Hijo verdadero Rey de los cielos y de la tierra, le trataban los hombres como rey de burlas, vistiéndole una púrpura vieja y desechada al que viste los campos de flores, los árboles de hojas, los brutos de pieles, los peces de escamas y las aves de plumas: coronando con espinas al que corona con estrellas á sus escogidos: poniendo cetro de caña en la mano al que sustenta con tres dedos la redondez de la tierra: adorando con escarnio al que hincan la rodilla la tierra, el cielo y el infierno: hiriendo con bofetadas y afeando con salivas aquel rostro en quien desean mirarse los ángeles, y alegra con dejarse ver á todas las criaturas. El cuarto dolor, cuando encontró María santísima á su Hijo en las calles de Jerusalem, cargado como otro Isaac, de la leña en que había de ser sacrificado: su cuerpo inclinado con el peso grande de la cruz, que le hacía arrodillar y caer en la tierra: acompañado de malhechores que iban á ser crucificados con él, y le doblaban el tormento con la afrenta: rodeado de sayones que sin cesar le atormentaban y maltrataban: cercado de soldados que le guardaban para que no huiese: llenas las calles de innumerable gente, que unos mal se compadecían de él, y otros peor le injuriaban: sonando la voz del pregonero, que publicaba iba á morir por sus delitos, el que iba á morir por los delitos del mundo, no hallándose en el pecado ni agravio, sino innumerables beneficios hechos á su mismo pueblo que le llevaba á crucificar. El quinto dolor, cuando llegando su Hijo al monte Calvario, le vió desnudar de todas sus vestiduras delante de aquel innumerable concurso y que por mandado de los soldados se tendió él mismo de espaldas sobre la cruz, y los sayones clavaron en ella con agudos clavos aquellas manos obradoras de tantas maravillas y aquellos preciosos piés que evangelizaban la paz, entrando los golpes de los martillos por sus oídos á hacer otras tantas heridas en su alma; y después vió levantar la cruz con aquel cuerpo, cuya vista, mejor que la serpiente de metal que levantó Moisés, había de sanar á los mordidos de las serpientes, y luego vió correr de sus manos y piés aquellos cuatro rios del paraíso, de que se compone el mar Bermejo, en que se había de anegar Faraon y sus carros, Lucifer y su ejército, con todos los pecados del mundo. El sexto dolor de la Virgen, fué cuando aquellos dos santos y piadosos varones, Nicodemus y José *ab Arimathea*, bajaron á Cristo muerto de los brazos de la cruz á los brazos de la Madre: y ella teniendo en sus brazos á su Hijo, con los ojos anegados en lágrimas y el corazón lleno de sentimiento, contemplaba aquel cuerpo sin alma, aquel rostro sin hermosura, aquellos ojos sin luz, aquellas mejillas sin color, aquellos labios sin vida, aquella lengua sin voz, aquellas manos sin acción, aquellos piés sin movimiento; y miraba una y muchas veces la cabeza taladrada con las espinas, las

manos traspasadas con los clavos, el rostro afeado con las salivas, las espaldas rasgadas de los azotes, el pecho abierto con la lanza, y todo el cuerpo teñido en sangre, lleno de heridas, golpes y cardenales, y hasta los huesos desencajados y fuera de su lugar. El séptimo y último dolor, fué el que padeció María Santísima cuando los santos varones tomaron de sus brazos el cuerpo de su Hijo, que aunque era la causa de su pena, era también el único consuelo que le había quedado en su muerte, y le sepultaron, dejándola del todo sola, sin el alma y sin el cuerpo del Hijo, acabando lo que la muerte había empezado, y sepultando con el cuerpo su corazón, su vida y todos sus pensamientos; porque allí estaba el corazón de la Madre, donde estaba su tesoro: allí estaba su vida, donde estaba el Hijo muerto: allí estaban sus pensamientos, donde estaba la causa de su dolor. Estos son los siete dolores que padeció María Santísima en la pasión de su Hijo, según piadosamente podemos considerar; mas quien entendiere por el número siete multitud de dolores, según el estilo de la Escritura, que por el número siete suele significar multitud, acertará por ventura más; porque no siete dolores solamente, sino una multitud innumerable de dolores padeció María en la pasión de Cristo; porque cuantas eran las afrentas, tormentos y heridas del Hijo, otros tantos eran los dolores de la Madre; y así dice Guarrico, abad, que cuando estaba María al pié de la cruz, tantas espadas atravesaban su alma, cuantas heridas miraba en el cuerpo de su Hijo. Por lo cual, como á Cristo le llama Isaías, *varón de dolores*, por la multitud de dolores que padeció; así podemos llamar á María, *mujer de dolores*, por haber padecido, por compasión, los dolores que su Hijo padeció en su pasión.

Cuán grandes fueron estos dolores que padeció María Santísima en la pasión de su Hijo, no hay lengua humana que lo pueda declarar: y si los amigos de Job cuando le vinieron á consolar en los dolores que padecía, callaron siete días y siete noches sin hablar palabra, enmudecidos del pasmo y el sentimiento; no fuera mucho que nosotros á vista de los dolores de María Santísima, incomparablemente mayores que los de Job, calláramos siete días y siete noches, recogiendo palabras en tan largo silencio para decir algo de este indecible dolor. El devoto Amadeo Lausan dice que no puede percibir el sentido, y vence todo humano entendimiento la tristeza que concibió la Madre por la muerte del Hijo, y no hay dolor semejante á este dolor, ni pena que se pueda comparar con esta pena. San Anselmo afirma, que traspasó el alma de María en la pasión de su Hijo una espada mas aguda que todos los dolores; y que toda la crueldad que se ejecutó en los cuerpos de los mártires, fué lijera, ó por mejor decir ninguna, en comparación de su pasión: la cual con su inmensidad llenó todo su corazón, y le quitara la vida, si el Hijo por quien padecía no la confortara, para que viviera entre tantas muertes y no muriera al rigor de tales tormentos. Aun se alargó mas san Bernardino de Sena, y llegó á decir, que los dolores de María sola bastaban para quitar la vida á todas las criaturas capaces de dolor si se repartieran entre todas; y que se pueden comparar sus penas con los tormentos del infierno. Mas si esto parece encarecimiento, consideremos á lo ménos que los siete dolores que hemos contado, son como siete rios caudalosos de penas que componen aquel mar amarguísimo de tribula-

cion, que hace incomparable el dolor de María: de quien dice el profeta Jeremías en su tristísima lamentacion: ¿A quien te compararé? ¿Dónde hallaré tu semejante, hija de Jerusalem? ¿Con quien te igualaré y te consolaré, Virgen hija de Sion? Porque es grande como el mar tu contricion; ¿quién te dará remedio? Y verdaderamente no hay con quien comparar á María Santísima en su dolor, si no la comparamos con su Hijo, á quien se pareció mucho en la pasión; porque padeció en el alma todos los tormentos que su Hijo padecía en el alma y en el cuerpo. Eran Jesus y María como dos clarísimos espejos encontrados, que reverberaban uno en otro las penas; y así los tormentos del cuerpo del Hijo hacían reflexion en el alma de la Madre, y los dolores del alma de la Madre volvían al alma del Hijo, y del Hijo volvían otra vez á la Madre; y en tantos flujos y reflujos de este mar de tribulaciones, todos eran crecientes de penas sin ningun menguante de dolor. Si dos laúdes templados en un mismo punto están juntos, no se puede tocar el uno sin que suene también el otro, causando esta consonancia la simpatía natural que hay entre los dos: los corazones del Hijo y de la Madre eran como dos instrumentos músicos templados en un mismo punto por el amor, que, según Plutarco, es maestro de música; y así bastaba tocar el uno para que sonase el otro: bastaba herir al Hijo para que lo sintiese la Madre; ántes no podía dejar de sentir la Madre los dolores del Hijo: y así sus azotes rasgaban su corazón: sus espinas penetraban su espíritu: sus clavos traspasaban su alma; y su corazón de amor, como dice san Buenaventura, se convirtió en corazón de dolor, en que no había sino hiel, mirra y amarguras; y en él, dice san Laurencio Justiniano, que se podía ver como en espejo toda la pasión de Cristo; porque la Madre padeció todas las miserias del Hijo por commiseracion, todos los dolores por condolor, todas las pasiones por compasión; y solo no padeció la muerte: lo cual no fué piedad de su dolor, sino rigor doblado; porque le perdonó la vida para alargarle la muerte, y no quiso que muriese una vez, porque muriese muchas: quitóle al Hijo que era la vida del alma, y dejóle la vida del cuerpo para que tuviese el alma muerta en un cuerpo vivo, y viviese muriendo; ó muriese viviendo una vida que solo le servía de sentir su soledad y la muerte de su Hijo.

Para entender mejor cuánto fué el dolor de María en la pasión de su Hijo, se han de considerar varias circunstancias ó causas de este dolor, que concurrían á agravarle, así de parte de la Madre que amaba, como de parte del Hijo que padecía: porque de dos excesos, uno de amor de María y otro de dolor en Cristo, se compuso otro exceso de dolor insoportable para afligir el corazón de la Virgen. Amaba María Santísima á Cristo como á Hijo natural y como á Hijo unigénito, y como á Hijo que concibió sin obra de varón; y todas estas son causas de grande amor: porque todas las madres aman mucho á sus hijos, y mas si son únicos; y por eso David cuando quiso encarecer el amor que tenía á Jonatás, le comparó al amor que tiene una madre á un hijo único; y por haber concebido á Cristo sin obra de varón y ser madre sin padre, se recogió todo el amor de padre y madre en su corazón, y consiguiémente todo el dolor: porque cuanto mayor es el amor, mayor es el dolor de ver padecer á quien se ama. Grecia también el amor de María para con su Hijo, por la

gran semejanza que tenia con él, así en lo natural en que se parecia el Hijo á la Madre, como en lo sobrenatural en que se parecia la Madre al Hijo mas que otra criatura; y la semejanza es causa del amor, como dice el Sabio: y por eso los padres suelen amar mas á los hijos que mas se les parecen. Otro título de amarle era conocer la gran santidad y excelencia de su Hijo; porque la caridad bien ordenada ama mas á los mejores, y que están mas cercanos á Dios, como dice santo Tomás; y ninguno mas cercano á Dios, que Cristo unido en una persona con Dios, y por la gracia el que mas participaba la santidad divina. Últimamente le amaba como á insignisimo bienhechor suyo, que habia hecho en ella grandes cosas y de quien habia recibido innumerables beneficios: y como el amor es agradecido, no puede dejar de amar mucho á quien le ha dado mucho, y amar mas á quien le ha dado mas, como decia Cristo al fariseo hablando de María Magdalena. Pues creciendo en María Santísima por tantos títulos el amor de su Hijo, crecía por otros tantos su dolor. De parte del Hijo que padecía, habia otras causas conocidas de la Madre, que á un mismo tiempo aumentaban la pena de Cristo y el tormento de María; porque sabia que los tormentos de su Hijo eran los mayores que se habian padecido jamás en esta vida, y que los padecía en todas las partes de su cuerpo, sin haber ninguna sana y sin particularisimo dolor; ayudando á agravar todos estos tormentos la delicadísima y nobilísima complexion de su Hijo, que cuanto era mas noble y delicada, era tanto mas aprensiva del dolor y perceptiva del sentimiento. Conocía que era inocente y sin culpa el que padecía: que era Dios y Hombre juntamente: en cuanto Dios, tan bueno como su Padre: en cuanto Hombre, mejor que todos los hijos de los hombres; y veíale acusado de gravísimos y feisimos delitos, tenido por pecador el autor de la santidad; por blasfemo contra Dios el mismo Hijo de Dios; por traidor á los reyes el que convidaba á todos con su reino; por alborotador de la república el que habia traído al mundo la paz; pospuesto á un homicida el que daba vida á los muertos; crucificado entre malhechores y ladrones, el bienhechor de todo el mundo, y el que deseaba dar á todos las riquezas de su gloria. Entraba mas adentro María Santísima á contemplar el alma de su Hijo; y conocía que eran mayores las penas que sentía interiormente, que los dolores que exteriormente padecía: veía su corazón lleno de tristezas, aflicciones y agonías, por las ofensas que los hombres hacían y habian de hacer contra Dios: por los muchos que no se habian de aprovechar de la sangre que derramaba por ellos: y porque no solo era atormentado y despreciado de los hombres, por quienes daba la vida; mas aun de su mismo Padre que le amaba como á tal, era desamparado y dejado en manos de sus enemigos, y por ver el dolor y pena que causaba en el alma de su Madre, á quien miraba llorosa y afligida sobre todas las mujeres del mundo. Pues conociendo la Madre clarísimamente todas estas causas y otras que hacían crecer el dolor del Hijo, ¿qué sentimiento tendría? ¿Qué penas combatirían su corazón? ¿Cuántas espadas de dolor atravesarían su alma? Esto no hay lengua que lo pueda explicar. Todas las criaturas hicieron sentimiento en la muerte de su Criador: el sol y la luna se oscurecieron: la tierra tembló: las piedras se hicieron pedazos: todos los elementos se turbaron; y hasta los ángeles, que son impasibles, fué re-

velado á santa Brígida que estaban como turbados: y san Bernardo y san Agustin dicen, que tomaron cuerpos para poder llorar en ellos la muerte de Cristo. ¿Pues cuál estaría el corazón de María, siendo corazón de carne y de madre, y de tal Madre, cuando las piedras se hacían pedazos, afectando sentimiento? ¿Cómo estarían sus dos ojos, cuando el sol y la luna, que son como los ojos del cielo, se eclipsaron por no ver tan triste espectáculo ó por llorarle en la manera que podían? ¿Cuál parecería su rostro cuando el cielo se cubrió de sombras, vistiendo luto por muerte de su Criador? ¿Qué turbacion asaltaría al corazón de la Madre cuando los elementos se turbaban? ¿Qué lágrimas derramaría la que tenia tanto que llorar, cuando los ángeles que no pueden llorar, buscaban ojos para hacer llanto sobre su Señor?

San Gerónimo, san Idefonso, san Bernardo, san Anselmo y otros doctores llaman á María Santísima mas que mártir: porque aunque no padeció muerte violenta como pensaron algunos que refieren san Isidoro, san Aubrosio y Beda, por no entender bien la profecía de Simeon, cuya espada no amenaza heridas al cuerpo de María, sino á su alma; con todo eso fué tan grande el dolor y las angustias que atormentaron su corazón en la pasión y muerte de su Hijo, que merece bien el nombre de mártir viva, ó mártir sin sangre, como llama san Paulino á los que padecen por Cristo sin morir: y no por esto es mas suave el martirio de la Virgen que el de los mártires, que derramaron por Cristo su sangre y dieron su vida; antes es mas cruel y riguroso, como advierte san Gerónimo: porque los otros mártires padecían en la carne; la Virgen en el espíritu; y cuanto es mas perceptivo del dolor el espíritu que la carne, tanto es mas penoso el martirio espiritual que el corporal. Por lo cual dice un devotísimo doctor, hablando de María Santísima: «La espada de la pasión del Señor penetrando el alma de la piadosa Madre, la hizo morir espiritualmente con el Hijo. Los demás fueron mártires muriendo por Cristo; María muriendo con Cristo mártir fué, y comártir de Cristo; y mas es ser comártir de Cristo que mártir de Cristo: porque los mártires derramaban fuera su sangre, que es sangre de hombre; pero María estaba interiormente teñida con la sangre de su Hijo, que era sangre de Dios.» No disputo aquí si tiene María Santísima en el cielo laureola de mártir, lo cual parece suponen todos los santos y doctores que á boca llena la llaman mártir y mas que mártir; y lo negarán los que requieren para verdadero martirio muerte violenta padecida por Cristo; mas quien dijere, conforme á la sentencia de muchos santos y teólogos, que basta para alcanzar laureola de mártir padecer por Cristo tales tormentos, que naturalmente y sin milagro no pueden dejar de ocasionar la muerte, porque como la preservacion de Dios no quita el merecimiento, tampoco quita el premio, no negará á María la laureola de mártir, y excelencia del martirio, que pone san Bernardo por la duodécima estrella de su corona: porque María padeció tales dolores, que sin milagro, no una vez sola, sino muchas veces le quitaran la vida; y no le faltó la causa; porque padeció por Cristo, y en Cristo: pues aunque los que dieron muerte á Cristo, no tiraban derechamente á atormentar á la Virgen por Cristo, como á los mártires; en realidad de verdad por la suma conjunción y parentesco, que la Virgen tenia con Cristo, persiguiéndole á él, la perseguían á ella, y quitándole á

el la vida, era como darla á ella la muerte; y este modo de pasion y persecucion es suficiente, como dice el eximio doctor Francisco Suarez, para martirio: como consta en los niños inocentes, que fueron verdaderamente mártires, aunque los perseguidores no pretendian matarlos á ellos por Cristo, sino solamente matar á Cristo; y así por esta parte dice el mismo Suarez: «Suficientemente padeció la Virgen por la fé, y por Cristo.» Con todo eso, dejando lo dudoso, aunque tan probable; lo que no se puede dudar es, que María Santísima tiene en la gloria esencial todo aquello que corresponde á un perfectísimo martirio, fuera de la razon dicha; porque estuvo siempre aparejada para padecer la muerte por Cristo. Cuanto á aquel ornato accidental, que se llama lauréola, cierto es que la Virgen tiene una como insignia de excelentísima fortaleza, y caridad ardentísima en el sufrimiento de tan inmensos dolores; llámese lauréola de martirio, ó sea, una cosa mas excelente y eminente, por la cual merece ser llamada mártir, y mas que mártir, como la llaman los santos, y Ricardo de San Victor, mártir de los mártires, y san Eflen, honra y hermosura de los mártires, para que á aquella Reina y Señora, y Madre de Dios, en quien su Hijo juntó todas las excelencias y prerogativas, que reparó entre los ángeles y santos, no le faltase gloria y honra del martirio. Y fuera de la circunstancia, que hemos dicho, de padecer María en el alma, y los mártires en el cuerpo; hay otras circunstancias en el martirio de la Virgen, que le agravan, y hacen mayor que el de todos los mártires: porque María padecía sin el alivio y consuelo que tenían los mártires en sus tormentos; porque á ellos el amor de Cristo les hacia sentir ménos sus propios dolores y á María el amor de Cristo la hacia sentir mas los dolores de Cristo: de manera, que á ellos les atormentaba el odio de los tiranos; y á María su mismo amor: y nunca sabe ser tan cruel el odio para atormentar, como el amor para sentir los tormentos del amado. Los mártires padecieron por breve tiempo; María fué atormentada toda la vida: porque desde que empezó á leer las Escrituras sagradas, y las profecias que hablaban del Mesias, entendió lo que habia de padecer; y luego empezó á compadecerse, y sentir sus tormentos, y mucho mas despues que supo que era su Hijo aquel que habia de ser atormentado; y este dolor le acompañó toda la vida, y se renovaba siempre que consideraba la pasion de su Hijo: por lo cual, como dice Cristo por David, que anduvo en trabajos desde su juventud; puede decir María, que desde su juventud anduvo en dolores. Aun tiene otra dolorosa circunstancia la compasion de María, que no tiene la pasion de Cristo; porque se extendió á los tormentos que no padeció Cristo ni podia padecer, y fué martirizada despues de Cristo muerto y glorioso: porque la lanza que hirió el costado de Cristo, no la pudo sentir Cristo por estar muerto; pero sintióla María que habia quedado viva, para que sobreviviéase á su Hijo su dolor. Los desprecios y afrontas con que injuriaban á Cristo muerto los judíos, no los oia el cuerpo sin alma; pero entraban por los oidos de María á atormentar su corazon. Finalmente, despues de Cristo muerto padeció María su soledad, y despues de resucitado, cuando meditaba su pasion que seria frecuentemente, aun sentia los filos de la espada de Simeon, que no quiso perdonar á su alma hasta que subió gloriosa á los cielos: y en este sentido se puede entender lo que dicen san Buenaventura y algunos

doctores; que fué mayor el dolor de María que el de Cristo: lo cual no se ha de entender absolutamente; porque entendido así, es mucho mayor el del Hijo; sino en cierta manera, en cuanto tuvo algunas circunstancias el dolor de María que no tuvo el de Cristo, como son la mayor duracion y padecer algunas penas que Cristo no padeció, como acabamos de decir.

Pero entre tantos dolores y penas, estaba María Santísima como una firme columna combatida de diversos vientos, ó como una fuerte roca en un mar de amarguras, asaltada de diversas olas de tribulaciones, sin que pudiesen todas no solo derribar, pero ni aun descantillar su constancia y fortaleza invencible: lo cual declara san Juan diciendo: *Stabat juxta crucem Jesus Mater ejus*: Estaba en pié junto á la cruz de Jesus su Madre; mostrando en la postura del cuerpo la inflexibilidad de su espíritu, y que era, como una generosa palma, que se levanta mas con el mayor peso que cargan sobre ella: y así no se ha de entender que la Virgen padeció en la pasion y muerte de su Hijo desmayo, ni enajenacion de sentido, ni hizo otra demostracion de las que suelen hacer las otras mujeres en la muerte de sus hijos; porque todo esto repugna á la gran fortaleza y grandeza de María Santísima, como lo pondera san Anselmo por estas palabras: «Estaba María en la fé de su Hijo constantísima: porque habiendo huido los discípulos, y ausentándose los conocidos; ella sola, para gloria de todo el género de las mujeres, estaba firme en la fé de Jesus, entre tantas tormentas y torbellinos: y así con gran hermosura se dice, que estaba en pié, como convenia á la pureza virginal. No se mesaba en tanta hermosura, no maldecia, no murmuraba, no pedia á Dios venganza de los enemigos; sino estaba en pié, como virgen honesta, bien disciplinada y patientísima, aunque llena de lágrimas y rodeada de dolores.» No huía María de la cruz, en que estaba su Hijo clavado; ántes se acercaba á ella, aunque veía cuántos dolores le ocasionaba su cercanía, deseando padecer mas y morir, por quien tanto padecía por ella. Siendo su dolor inmenso, era mayor su conformidad con la voluntad de Dios; y así no pedia que se acabasen sus penas, ni que cesase la causa de ellas, que era la pasion del Hijo; mas decia con él animosamente: «No se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra;» y ofreció á su Hijo benignísimo para ser sacrificado en la cruz con mayor fé, que Abraham ofreció á su hijo Isaac para ser sacrificado sobre la leña, y con mayor constancia que la madre de los Macabeos en la ley antigua, y santa Felicitas en la ley de gracia, ofrecieron siete hijos al martirio. Pero María Santísima ofrecia su Hijo á la muerte, no solo por el amor de Dios, cuya voluntad conocia ser que su Hijo padeciese; mas tambien por el amor de los hombres, que sabia habian de ser redimidos con la pasion y sangre de su Hijo; y de esta manera mereció el título de «Reparadora de los hombres,» que le da san Anselmo; ó el de «Autora de la salud de los hombres,» con que la llamasan Gerónimo; ó el de «Salvadora del mundo,» con que la nombra el Cartujano: nó porque necesite Cristo de quién le ayude á redimir y salvar los hombres, cuando él es suficiente y superabundante, y único Redentor nuestro; sino porque quiso Dios con sapientísima providencia que fuese la reparacion del mundo, como habia sido la creacion del hombre: y así como tuvo Adán la compañía de Eva, así en la reformacion de ese mismo

hombre tuviese Cristo la compañía de María : con esta diferencia que Eva fué formada de la costilla de Adán para ser madre de los vivientes ; y Cristo fué formado de la carne de María para ser Redentor de los mortales : y como Adán perdió al mundo junto al árbol vedado , cuya fruta comieron él y Eva ; así Cristo ganó al mundo en el árbol de la cruz , cuyos dolores participaron él y María : y como la transgresion de Eva no fué la causa de la redencion del mundo ; pero cooperó á ella de alguna manera ; porque fuera de haber dado á Cristo el cuerpo en que padeció , y la sangre que derramó por nosotros , con los dolores de su compasion mereció , como dice Dionisio Cartujano , que por sus ruegos y merecimientos se logre en los hombres la virtud y mérito de la pasion de su Hijo .

Al pié de la cruz fué hecha María Santísima nuestra Madre , para que solicitase nuestra salud , como de hijos suyos : al pié de la cruz nos parió con los dolores que padecía por la muerte de su Hijo , como dice el eruditísimo padre Alonso Salmeron , y todos fuimos dados á María por hijos de Juan : de manera , que cuando la dijo Cristo , señalando á Juan : *Mulier, ecce filius tuus* : Mujer , ese es tu hijo , no se ha de entender que dió á María solamente por hijo á Juan , su amado discípulo , mas tambien á todos los discípulos que ya tenia y habia de tener hasta el fin del mundo : porque todos los discípulos que tenia ya y habia de tener hasta el fin del mundo , todos son hijos de María ; y por eso se llama María « Madre de los creyentes . » Y para que Juan tomase la posesion de hijo en nombre de todos , le dijo Cristo : *Ecce Mater tua* : Esta es tu Madre ; y lo mismo dice á cada uno de nosotros : *Ecce Mater tua* : Esa es tu Madre : María es tu Madre : á ella has de acudir como á Madre con la confianza de hijo . Y es muy denotar que Cristo la llama en esta ocasion « Mujer , » y no Madre : no Madre suya , sino Madre nuestra ; porque nos mire como á hijos , viendo que su Hijo en aquella última hora la conmutó el título de Madre suya en el de Madre nuestra . Los dolores que no padeció en el parto de su Hijo natural Jesucristo , los padeció al pié de la cruz en el parto de sus hijos espirituales ; porque suelen las madres amar mucho á los hijos que les costaron mas dolores : y quiso Cristo que costase muchos dolores á su Madre el ser Madre nuestra , para que ya que faltaban méritos en nosotros para merecer su amor , hubiese dolores en ella que despertasen su cariño . Esta es la mejor ocasion de tomar á María por Madre , cuando la muerte le ha quitado el Hijo y el Hijo le ha negado el nombre de Madre ; porque ahora nos admirará de buena gana María por hijos cuando carece de su Hijo , y ahora nos podemos atrever á llamarla Madre cuando su Hijo la llama Mujer . ¿ Quien se atreveria á llamar Madre á María si Cristo no la llamara Mujer , para que nosotros la llamemos Madre ? O ¿ cómo admitiera otros hijos la Madre de Dios , si llamándola su Hijo Mujer , no mostrara que gustaba de que tenga por hijos á los hombres ? Juan , luego que Cristo le dió por Madre á María , la miró como á tal para servirla y acompañarla en su soledad : imitemos nosotros á Juan y tomémosla por Madre , para acompañarla en sus penas y servirla como verdaderos hijos , considerando lo que nos pide el título de hijos de María , que es ser muy semejantes á nuestra Madre en todas las virtudes , y especialmente en la pureza y castidad : porque ¿ cómo han de llamarse hijos de una Virgen los que fueren deshonestos ? ¿ Cómo han de llamarse hijos de

la que no tuvo culpa , los que estuvieren llenos de pecados ? ¿ Cómo han de llamarse hijos de la Madre de Dios , los que fueren enemigos del mismo Dios ?

Particularmente hemos de acompañar á la Virgen en sus penas , con la consideracion y meditacion de ellas , ponderando lo mucho que padeció en la pasion de su Hijo , agradeciéndola que quisiere padecer tanto por nuestro amor , y porque nosotros fuésemos redimidos ; y compadeciéndonos de sus dolores : que son los fines porque se ha instituido esta fiesta . Porque si dijo Tobias á su hijo : « Después que yo muriere , honra á tu madre todos los dias de tu vida , y acuérdate cuántos peligros padeció por ti en su vientre ; » ¿ con cuánta mas razon nos dirá Cristo : « Honra á mi Madre y á tu Madre , y acuérdate cuántos dolores , aflicciones , tristezas y tribulaciones padeció por ti en su alma , cuando te parió al pié de la cruz ? » Y la misma Virgen nos llama á la compañía de sus penas , y nos convida á la meditacion de sus dolores , con aquellas lastimosas palabras del profeta Jeremías : « O vosotros todos los que pasais por el camino , atended y considerad si hay dolor semejante á mi dolor . » Atendamos , pues , á la pena de María : consideremos su dolor , y digámosla : O Virgen de las vírgenes , ó la mas afligida de todas las madres , ó la mas atormentada que todos los mártires , ¿ quién mediera , que os ayudara á llevar el inmenso peso de vuestro dolor ! Repartid , Señora , con nosotros una particita de tantas penas : salgan del mar de vuestra contricion arroyos de amargura que llenen nuestras almas , para que vuelvan á él mas rios de lágrimas , nacidos de la contricion de nuestras culpas , con que hemos sido causa de los tormentos de nuestro Hijo y de vuestros dolores . Nosotros , Señora , con nuestros pecados hemos puesto á vuestro Hijo en la cruz : hemos herido su cabeza con espinas : hemos rasgado sus espaldas con azotes : hemos afeado su rostro con salivas : hemos traspasado sus piés y manos con clavos : hemos vuelto su cuerpo llagado y como leproso , porque él tomó sobre sí nuestras enfermedades , para que con sus llagas sanásemos nosotros ; y finalmente hemos causado vuestra soledad , quitando la vida á vuestro Hijo . Perdonadnos vos primero , ó Madre de misericordia , para que mas fácilmente alcancemos perdon de Dios . Haced apartamiento de la justa querrela , que podeis tener por la muerte de vuestro Hijo ; y no solo nos habeis de perdonar , mas pues teneis caridad para todo , y oisteis á vuestro Hijo en la cruz pedir perdon por sus enemigos , habeis de interceder con Dios , para alcanzarnos el perdon de las culpas ; mostrando parte en la muerte de vuestro Hijo , no para pedir justicia sino para alcanzar misericordia : alegando vuestros dolores , no por nuevo título para el castigo de nuestros pecados , sino por nuevo merecimiento para el perdon de nuestras culpas ; y para esto alcanzadnos primero lágrimas , contricion y dolor de las ofensas que cada dia cometemos con nuestro Redentor , y vuestro preciosísimo Hijo . Amen .

Es de gran merecimiento y provecho el meditar en los dolores que padeció María Santísima en la pasion de su Hijo : porque si dice el Apóstol , que « los que fueron compañeros de la pasion de Cristo , tambien lo serán de la consolacion ; » bien podemos decir que los que fueren compañeros de los dolores de María , serán tambien compañeros de la gloria de María : fuera de que ninguno puede meditar los dolores de María , sin meditar los tormentos

de Cristo, que ocasionaban estos dolores: con que se sacan de esta consideracion todos los frutos que se cogen de la meditacion de la pasion de Cristo, los cuales son tantos y tan grandes, que llegó á decir el bienaventurado Alberto Magno, que la sencilla memoria y devota meditacion de la pasion de Cristo aprovecha mas al hombre, que ayunar un año entero á pan y agua, y que disciplinarse cada dia hasta derramar sangre, y que rezar cada dia todo el salterio. Y luego meditar la pasion de Cristo, con la consideracion de los dolores de Maria, tiene no sé qué particular dulzura en la misma amargura, que hace la meditacion mas tierna, mas devota y mas provechosa.

Escriben de la compasion de Maria todos los santos y doctores que escriben tratados ó meditaciones de la pasion de Cristo, y en otros sermones de la Virgen hacen mencion de sus dolores. Mas de propósito tratan de estas penas san Efrén, tom. III, serm. 20: san Bern., de *Lament. Virginis* (si es de san Bernardo este sermón): san Anselmo, *lib. de Excellentia Virginis*; santa Brígida, *lib. Revelat.*; san Buenaventura, *Offic. de Compas. Virg.*: José Nicomedienese, *Orat. 1, et 8*: Amadeo Lausan, *Orat. 7*: Máximo Planudes: Salmeron, *tom. x, tract. 51*: Suarez, *in 3. part., tom. II, quest. 51, d. 41, sect. 2*: Theoph. Rayn. *Diphthica Mariana, part. 1: punct. 9*: Fr. José de Jesus Maria, en su *Historia de la Virgen*, lib. 4, desde el capítulo 41; y otros doctores que dejo. En el mismo breve despachado á 21 de abril de 1671, en que concede la santidad de nuestro santísimo padre y papa Clemente X la celebridad de la fiesta de los Dolores, manda que se celebre con la misa y oficio propio concedido ántes á la religion de los siervos de Maria Virgen.

SAN QUIRINO, MÁRTIR.—Con el fin de visitar el sepulcro de los santos apóstoles, llegaron á Roma una familia cristiana de la Persia, á saber Mario con Marta su mujer y dos hijos, Audifax y Abacuc. Apenas habian llegado á la ciudad santa, cuando fuéron en busca de los cuerpos de los santos que padecian por la fé; á este fin se dirigian á las cárceles y á las sepulturas; y en la cárcel llamada *Castro trans Tiberim* encontraron á Quirino que estaba próximo á entregar su espíritu al Criador, á consecuencia de los varios tormentos sufridos por el nombre de Cristo. Llena de admiracion y respeto aquella familia á la vista del mártir Quirino, le suplicaron encarecidamente rogase á Dios por ellos, y se quedaron ocho dias con él, empleando el tiempo en cantar á Dios las divinas alabanzas. Pasados algunos dias el emperador Claudio mandó fuesen degollados cuantos cristianos se hallaran en las cárceles. Apenas tuvieron noticia Mario y Marta de tan cruel edicto, pasaron á la cárcel para ver á Quirino, al que no encontraron; pues segun relacion de un presbítero que se hallaba en ella supieron que el dia ántes habia sido degollado y arrojado su cuerpo al Tiber. El mencionado presbítero les habia dicho que si hacian diligencias encontrarían su cuerpo, y efectivamente lo hallaron detenido en la isla de Licania: llevaronlo consigo y diéronle sepultura en el cementerio de Ponciano el dia 25 de marzo del año 269.

LA CONMEMORACION DE DOSCIENTOS SESENTA Y DOS MÁRTIRES.—Fueron degollados en Roma en el mismo año de 269.

SAN IRENEO, OBISPO DE SIRMICH, EN AUSTRIA.—Fué preso en tiempo del emperador Diocleciano; y conducido ante el gobernador Probo, quiso este hacerle sacrificar á los

dioses: pero resistiéndose el santo con constancia, primeramente fué descoyuntado, y despues atormentado por muchos dias en la prision; hasta que sacándole de ella le cortaron la cabeza y arrojaron su cuerpo al rio Boweth, consumando así su gloriosa vida con la corona del martirio, el dia 25 de marzo del año 304.

SANTA DULA.—Esclava de un soldado de Nicomedia, mereció la palma de la virginidad y del martirio, por no querer ceder á las sugerencias de su amo que pretendia corromper su castidad y separarla de la fé de Jesucristo.

SAN DIMAS, EL BUEN LADRON.—Confesando á Jesucristo en la cruz, mereció oír de la misma boca del Salvador estas palabras: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.» No se sabe de cierto el nombre de este santo: solo está autorizado por una tradicion de la Iglesia griega, que celebra su fiesta el 23 de marzo.

SAN PELAYO, OBISPO DE LAODICEA.—Fué primeramente casado, y persuadió á su mujer á que guardasen ambos castidad. Ella se retiró con otras santas mujeres á hacer vida penitente y solitaria, y él, habiendo abrazado el estado eclesiástico, llegó á ser obispo de Laodicea, en cuya ciudad murió á fines del siglo VI, despues de haber padecido el destierro y otros trabajos por la fé.

SAN BARONCIO Y SAN DESIDERIO, ERMITAÑOS Y CONFESORES.—Flórecieron en virtudes y milagros durante el siglo VIII, y murieron en Pistoya el año 725.

SAN ERMELANDO.—Fué francés de nacion: mereció grandes consideraciones en la córte de Clotario III y de Childberto II, y cuando le era mas propicia la fortuna, renunció á la gloria del mundo para consagrarse á Dios en la soledad. Abrazó la vida monástica, y fué muchos años abad, modelo de penitentes y de solitarios. Por último, insigne y gloriosísimo en milagros, entregó su espíritu al Señor durante el siglo VIII, en Aindro, isla del rio Loira de Francia, siendo célebre su sepulcro en innumerables portentos.

DIA 26.

SAN CÁSTULO, MÁRTIR.—Como los emperadores gozan de todos los regalos y conveniencias de este mundo, así es forzoso tengan quién los sirva, asista y corteje. Diocleciano, que en nada cedió á los demás emperadores, tuvo entre otros muchos nobles de su familia á Cástulo, tan de su afecto y satisfaccion, que era de los que mas cerca asistian á su imperial persona, sirviéndole como su mas íntimo sumillero de corps ó camarero; que quien le fiaba su amistad, bien podia fiarle su persona dormida y sola. Era Cástulo cristiano secretamente, y no se declaraba por no perder la ocasion que, viviendo oculto, tenia de favorecer y amparar á los cristianos: lo cual podia fácilmente por la mucha mano y amistad que tenia con su amo el emperador.

Entre otros muchos cristianos á quienes favoreció y amparó con amor y caridad cristiana, fueron de él con particular cuidado asistidos el santo pontífice Cayo, Marceliano y Marcos, diáconos, y su padre Tranquilino, presbítero. Pero como el tiempo sea volitario, y las cosas por ocultamente que se hagan no puedan estarlo tanto, que dejen de saberse algun dia, y mas viviendo en aquellos tiempos los idólatras con tanto cuidado y deseos de hallar cristianos, en quienes emplear sus crueldades y rigores;

vino al fin á descubrirse como Cástulo era cristiano, y gran favorecedor y amparador de los cristianos: por lo cual fué preso sin que le valiese la inmunidad del imperial palacio en que vivía, ni el estimarle el emperador como fiel criado y amigo; porque con el nombre de cristiano todo se borraba para con aquellos tiranos. Fué examinado en tres audiencias públicas: pero hallado tambien tan constante y firme en la fe de Jesucristo y confesion de su santísimo nombre; furioso el juez lo hizo bárbaramente poner en una hoya profunda, y que le llenasen de arena y argamasas: con que, quedando en ella sepultado su cuerpo vivo, fué su felicísima y bendita alma aposentada en el alcázar y palacio celestial del emperador supremo Cristo Jesus, donde fué recibida con festivos y angélicos cánticos, y coronada de eterna gloria. Fué su martirio y pasion gloriosa á los 26 de marzo, por los años del Señor de 286, imperando el ya nombrado Diocleciano. Escribieron su vida y martirio Beda, Usuardo, Adon, Pedro de Natalibus *in Cathalogo*, lib. 3, cap. 231; Santoro, el Martirologio romano, Baronio en sus Anotaciones y otros.

El silencio es virtud que tiene su aprobacion y canonizacion por el mismo Dios; pero el dejar de hablar á su tiempo tambien fuera vicio: uno y otro se ha de regular por la prudencia. Grande fué la que mostró el invicto mártir de Jesucristo san Cástulo: pues con ella supo tener en silencio todo el tiempo que le pareció convenia el ser cristiano: mas despues que vió que tambien convenia hablar, habló tanto y tan divinamente en la confesion de la fe, que siendo preso por su silencio, fué ahogado por su hablar; mereciendo por uno y otro la corona del martirio, y dejándonos enseñados á callar y hablar á su tiempo; sabiendo que imitándole siempre le tendremos intercesor en la gloria, donde le veamos. Amen.

SAN LUDGERIO, PRIMER OBISPO DE MUNSTER.—Nacido de una familia ilustre de la Frisia por los años 743, notaron sus padres que á pesar de sus pocos años manifestaba mucha inclinacion á la virtud y á las letras. Para que sobresaliera en entrambas cosas lo enviaron á Utrech á los catorce años, á la disposicion de san Gregorio célebre misionero de aquellos paises. Admirables fueron los progresos que hizo en virtud y letras, y habiéndose ordenado de diácono en York en ocasion de haber acompañado á este punto á Aluberto cuando fué á consagrarse obispo, entregóse de tal manera á la virtud, que en breve consiguió poseer todas las virtudes propias de su estado. Conociéndolas el sucesor de san Gregorio, Alberico, lo envió al pais de Over-Issel para que destruyera las reliquias del paganismo y dispusiera sus errores, como efectivamente lo logró. Ordenado de sacerdote fué enviado á Frisia en cuyo pais trabajó mucho en favor de la religion del Crucificado, convirtiéndolo en ménos de siete años. Perseguida la Iglesia por el duque de Sajonia, Ludgerio se retiró al monte Casino, hasta que conquistada por Carlomagno toda la baja Sajonia y convertido el duque á la religion cristiana volvió á esplayar su celo con la predicacion del Evangelio por todos los ángulos de la Frisia. Siendo célebre Ludgerio por sus virtudes fué consagrado obispo de Munster, en cuya dignidad se portó como un verdadero padre, siendo tan grande su caridad que á todos convirtió á Dios. Despues de pasados muchos años llenos de fatigas, el Señor lo llamó á sí enviándole ántes una penosa enfermedad, la que toleró con una resignacion propia de santo. Predijo

á los fieles su muerte predicando en el mismo dia á pesa^r de sus agudísimos dolores, la que se verificó el 26 de marzo del año 809.

SAN TEODORO, OBISPO; SAN IRENEO, DIÁCONO; Y LOS SANTOS SERAFION Y ANONIO, LECTORES.—Deramaron su sangre por la fe de Jesucristo en Pentápolis de Libia, durante la persecucion de Diocleciano.

LOS SANTOS PEDRO, MARCIANO, JOVINO, TECLA, CASIANO Y OTROS.—Fueron martirizados en Roma; pero se ignora cuándo, por haberse perdido las actas de su martirio.

SAN MONTANO, PRESBITERO, Y SANTA MÁXIMA.—Estos dos santos vivian en Sirmio, de la España bética, el año 100 de la era actual: y habiéndose excitado una cruel guerra contra los cristianos, fueron presos, atormentados, y por fin ahogados en un rio, donde acabaron gloriosamente sus dias.

LOS SANTOS MÁRTIRES CUADRADO, TEODOSIO, MANUEL Y OTROS CUARENTA.—El primero fué obispo, y los otros discípulos suyos. Todos murieron degollados en el Asia menor, durante la persecucion del emperador Decio.

SAN EUTIQUIO, SUBDIÁCONO DE LA IGLESIA DE ALEJANDRÍA.—Murió mártir á manos de los arrianos, y con él fueron tambien atormentados y muertos otros muchos que asimismo defendian la fe católica. Su martirio sucedió en dicha ciudad de Alejandría, en tiempo del emperador Constancio, por los años 356.

SAN BRAULIO, OBISPO DE ZARAGOZA.—Véase el dia 18 de este mismo mes.

SAN FÉLIX, OBISPO DE TRÉVERIS.—Fué consagrado por san Martin, obispo de Tours, el año 386. Insigne en ciencia y piedad asistió á varios concilios; gozó del don de milagros, y fué tan celoso y caritativo, que se olvidaba hasta de su propia persona para atender al cuidado de sus ovejas. Despues de doce años de episcopado, renunció esta dignidad y se retiró á la soledad, donde murió el dia 26 de marzo del año 426.

DIA 27.

SAN ISACIO, CONFESOR.—Averiguada cosa es, que algunas veces para castigar Dios los reinos y provincias, les da reyes y principes desafortados é impíos, y se sirve de ellos como de verdugos, y ministros de su ira y furor, para que aflijan sus súbditos, y sus malos tratamientos los atormenten. Tambien es cosa cierta, que cuando Dios se ha servido de estos malos principes, los castiga á ellos, si no se emmiendan, y echá en el fuego el azote con que castigó á los demás. Lo uno y lo otro vemos en Valente, emperador: el cual, por ser hereje arriano, persiguió cruelísimamente la Iglesia católica del Señor: destruyó las iglesias: echó de ellas los obispos; y con toda su potencia procuró desarraigar del mundo la fe católica, que confiesa por Dios verdadero, y consubstancial al Padre, al Hijo de Dios. Pero cuando el Señor se compadeció de sus fieles siervos, y se hubo servido de este tirano, y ministro de su indignacion; castigóle severamente, y movió gentes bárbaras é indómitas, para que entrasen por las tierras del imperio, le hiciesen guerra, y le venciesen, y le quemasen en una pobre choza, como adelante se dirá. Y para justificar su causa, y usar de benignidad y misericordia con quien tan poco la merecia, como Valente, sacó de las partes remotas del Oriente á un santo monge y siervo

suyo, llamado Isacio, para que le amonestase, y le propusiese su peligro, y procurase reducir al camino de la verdad. Estaba Isacio en su soledad, llorando los pecados y calamidades del mundo, y suplicando con muchas lágrimas al Señor, que volviese por su causa y enfrenase al emperador que como una bestia fiera y brava hacia riza y estrago grande en los católicos. Y sabiendo que el emperador salía á la guerra con poderoso ejército, para resistir á los bárbaros, que se acercaban á Constantinopla; movido del Señor un día que Valente marchaba con su gente, se llegó á él, y le dijo: Emperador, abre las iglesias de los católicos que tienes cerradas; y Dios prosperará tu camino. Oyóle el emperador, y teniéndole por loco, no se dignó de responderle; ántes le dejó y prosiguió su camino. Otro día tambien le alcanzó, y le tornó á decir: Emperador, abre las iglesias de los católicos y tendrás buen suceso en la guerra y volverás á casa con victoria. Aquí el emperador, considerando lo que aquel hombre ya la segunda vez le decía, por deseo de alcanzar victoria, mas que por aficion que tuviese á los católicos, quiso hacer lo que Isacio le decía: y consultando con sus consejeros, que eran herejes, ellos le aconsejaron que no lo hiciese, ni oyese á aquel hombre en vano, ántes le castigase: y por este mal consejo lo dejó de hacer; que para estorbar el bien cualquiera cosa basta, y los malos consejeros de los reyes son la ruina de la república.

No se cansó Isacio; ántes pasados algunos dias volvió al emperador que seguia su camino, y tomando con gran ánimo por el freno al caballo en que iba, le comenzó á reprehender gravemente, y á importunarle que le concediese lo que le pedia si no se queria perder. En el lugar donde esta vez habló al emperador, habia muchas y muy espesas zarzas y cambroneras; y enojándose Valente mandó arrojar al santo varon en medio de ellas, pensando que por ser aquel lugar tan hondo y tan cubierto, allí moriría. Echáronle y el emperador se partió; y luego vinieron tres varones vestidos de blanco, y sacaron de allí á Isacio sano y sin lesion alguna; y desaparecieron, sin poderse saber quienes habian sido, aunque despues se entendió que eran ángeles del cielo: y él le hizo gracias por aquel beneficio, y esforzado con este espíritu se fué tras el emperador, y echando por un atajo, le alcanzó y se le puso delante, y le dijo: ¿Pensabas, ó emperador, que yo habia de morir entre aquellas espinas y abrojos? Pues el Señor me ha guardado para que de nuevo te diga, que él ha movido á estos bárbaros para que te hagan guerra, por la guerra que tú haces á la religion católica: que abras las iglesias de los católicos; porque de esta manera vencerás á tus enemigos y volverás con gloria á tu casa. No pudieron hacer mella en el corazón de Valente las palabras tantas veces repetidas del santo, porque estaba empedernido y obstinado; ántes le mandó entregar á dos senadores llamados Saturnino y Victor, para que le guardasen hasta que él volviese, y castigarle como merecia. Entonces el santo, como otro profeta Miqueas contra el rey Acab, le dijo: Si tú volvieres en paz, ten por cierto que Dios no ha hablado por mí; mas tú darás la batalla y no podrás resistir á tus enemigos, ántes huirás, y á la fin caerás en sus manos, y vivo serás quemado de ellos. Todo sucedió como el santo lo dijo: peleó Valente; y desbaratado su ejército y vendido, huyó y se escondió en una pobre casilla: llegaron los bárbaros y pegaron fuego; y allí fué quemado vivo,

como el santo lo habia profetizado. ¡Cómo se muestra Dios padre, aun en los castigos, y como el hombre por su culpa se endurece en la paciencia de Dios! El Señor le avisa; y el hombre cierra los oídos: envíale sus profetas; y él los persigue: y al cabo el hombre paga como Valente su obstinacion; y el Señor es glorificado y conocido por justo juez, y sus siervos quedan victoriosos y mas estimados de sus mismos enemigos. Así le sucedió á Isacio: porque Saturnino y Victor que le tenian en guarda, le comenzaron á reverenciar, conociendo que era santo y alumbrado con espíritu de profecía, y cada uno de los dos procuraba labrarle casa y tenerle por amigo, y en efecto se la labraron á porfia, y con una santa contienda cada uno queria que Isacio tomase por morada la suya. Pero Saturnino se dió mas prisa y acabó su edificio primero; y el santo le escogió para su habitacion, y en él vivió hasta la muerte en compañía de otros santos monges. Estando ya en su casa hacia una vida admirable, y mas de ángel que de hombre mortal: era de espíritu fervoroso, gozoso con la esperanza de la vida eterna, paciente en la tribulacion, continuo en la oracion; no haciendo mal á nadie y haciendo bien á todos: imitaba á la vida apostólica, moviendo á los que le trataban, mas con su ejemplo que con sus palabras, al menosprecio de las cosas frágiles y caducas, y al aprecio de las cosas celestiales y eternas. Dábanle aquellos caballeros que le habian edificado casa grandes limosnas, para que las repartiase á pobres; llevábanle á menudo á sus casas que estaban fuera de la ciudad; y acontecióle algunas veces salir tan tarde, que las puertas de la ciudad estaban cerradas; y él se ponía en oracion y hacia la señal de la cruz, y luego las puertas de suyo se abrian y él seguia su camino, haciendo gracias al Señor. Era tan amigo de los pobres, que cuando topaba alguno que le pedia limosna, luego se quitaba el manto y se le daba. Y habiendo corrido gloriosamente su carrera, entendiendo que se llegaba el fin de su peregrinacion, llamó á sus monges y exhortóles á toda virtud y perfeccion: dióles padre y maestro que les gobernase, suplicando á nuestro Señor que diese á los súbditos su espíritu para bien obedecer, y al superior para mandar y regir; y con esto dió su alma á Dios á los 27 de marzo. Escribió su vida el Metafraste; tráela el P. Fr. Lorenzo Surio en su segundo tomo: y Sozomeno y Teodoro, y Nicéforo Calixto hacen mencion de él, y cuentan lo que aconteció con Valente y el castigo que por no haberle creído Dios nuestro Señor le dió.

* SAN JUAN, ERMITAÑO.—En el año 330 nació en Licópolis de Tebaida. Aprendió cuando jóven el oficio de carpintero sustentándose del producto de su trabajo; mas el Señor le tenia destinado para otros fines, para que fuera uno de los mayores ornamentos del desierto. En efecto se dirigió á él y puesto bajo la direccion de un santo anciano, progresó tanto en humildad y obediencia, que luego fué tenido por uno de los mas célebres contemplativos y solitarios de todo el Egipto. Despues de la muerte de su santo director, pasó Juan algunos años en diferentes monasterios, dedicándose á la virtud, hasta que llamándole Dios á vida mas retirada se dirigió á una montaña no muy distante de Licópolis, y abriendo una celdilla en una muy escarpada roca y encerrado en ella, pasó mas de cuarenta años sin verle mas que alguna vez ciertas personas que iban á visitarle y aun no abriendo mas que una ventanilla.

Vivió este santo hasta la edad de noventa años mas como ángel que como hombre, ocupado de continuo en la oracion, no comiendo sino yerbas crudas y silvestres, y no bebiendo mas que un poco de agua. Dotóle el Señor del don de profecía; así es que de provincias las mas distantes concurrían á consultarle como un oráculo. Predijo á Teodosio el grande las dos victorias que alcanzaria de sus dos enemigos los tiranos Máximo y Eugenio, como efectivamente se verificó. Setenta y cinco años habia que estaba entregado á la vida solitaria, y sabedor del día y hora de su muerte, mientras estaba en fervorosa oracion entregó su espíritu al Criador el día 27 de marzo del año 420, á los noventa de su edad. El santo cadáver fué hallado de rodillas, y sepultado con veneracion: el Señor ha hecho célebre su memoria por sus milagros.

SAN RUPERTO, OBISPO DE WORMS.—Era descendiente de la casa real de Francia: predicó la fé en Baviera á últimos del siglo VII, y convirtió á Teodon, duque de Baviera, al cual administró el bautismo, lo mismo que á otras muchísimas personas de aquel país. Anunció el Evangelio particularmente en Lorch y en Juvava, y estableció su sede episcopal en esta última ciudad, que hallándose casi arruinada, se reedificó así que obró en ella el espíritu de la religion, que todo lo vivifica, tomando en adelante el nombre de Salsburgo. Ruperto murió el día 25 de marzo del año 718, despues de una vida santa y ejemplar, consagrada casi toda á los trabajos apostólicos de la conversion de las almas.

SAN ALEJANDRO, SOLDADO.—En tiempo del emperador Maximiano, despues de haber padecido por Jesucristo muchos tormentos, y haber hecho muchos milagros, le degollaron y consumió el martirio en Dricipara, ciudad de la Pannonia.

SAN FILETO, SENADOR; SANTA LIDIA, SU MUJER; Y LOS SANTOS MACEDON Y TEOPREPIDES, SUS HIJOS.—Vivian estos santos en Ilirico, ejercitándose en la religion y piedad, cuando fueron presos por orden del emperador Adriano, y despues de haberles metido en un caldero de aceite hirviendo, del cual salieron ilesos, fueron degollados.

SAN AMFILOQUIO, CAPITAN, Y SAN CRONIDAS, ALCAIDE DE CÁRCEL.—Estos dos santos eran aun gentiles, y estaban encargados de hacer ejecutar el martirio de los cuatro anteriores; y por haberse convertido á la fé en vista de la constancia y de los portentos de aquellos, fueron degollados con ellos, y con ellos recibieron asimismo la palma del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES ZANITA, LÁZARO, MAROTAS, NARSETES Y OTROS CINCO.—Murieron en Persia por orden del impio rey Sapor, despues de haber sido cruelmente martirizados, el año 326.

DIA 28.

SAN ESPERANZA, ABAD.—El glorioso padre y pontífice san Gregorio Magno, en el cuarto libro de sus diálogos, capítulo diez, trae la vida de este glorioso santo abad, en esta forma. «Viviendo yo en el monasterio, por relacion de cierto varon muy venerable, supe lo que aquí refiero. Decia, pues, que el venerable y santo padre Esperanza edificó un monasterio en un lugar llamado Cample, distante como seis millas de la ciudad de Nursia, famosa en los pueblos sabinos ó lacios. A este bendito santo amparó, defendió y guardó para sí el todopoderoso y omnipotente Dios,

mortificándolo y castigándolo, como si no le fuera padre piadosísimo, dándole gran serenidad y gracia en las mortificaciones, mostrando, despues sanándolo, cuánto le amaba al castigarlo. Y ¿qué mucho? Si aun en los padres humanos nos enseña la esperiencia cada día, que aquellos hijos que mas castigan, estos son los que mas aman y tiernamente quieren. Y el Espíritu Santo clama, diciendo: «A los que amo, corrijo y castigo.» El continuo azote de Esperanza fué, que le quitó Dios la vista corporal por espacio de cuarenta años, sin que en todos ellos tuviese el consuelo de ver, por un breve instante siquiera, la luz material y exterior. Pero como su nombre era Esperanza, jamás le faltó esta del divino consuelo; pues siempre la tuvo de volver á ver la luz del sol, cuando Dios fuese servido y se diese por contento de castigarle así. Fuera de que poca falta le hacia la luz exterior del sol á quien siempre gozaba de la interior y divina; ántes debia dar infinitas gracias á Dios, viendo que con cerrarle los ojos á todo lo material y terreno, se los abria á lo espiritual y divino: y era así, que continuamente gozaba de la luz divina de soberanos favores y consuelos espirituales, sin que en tantos años se le oyese una sola palabra de impaciencia, ni desconsuelo, por la gran falta de la corporal vista: cosas, que pocas veces acontece; pues vemos cada día, que por faltarnos la tolerancia y paciencia en los trabajos, que Dios nos envia, perdemos el mérito grande de ellos: de donde nace, que donde nuestras culpas habian de tener término y fin, ahí mismo se aumentan, provocando de Dios la justicia á que cuando habia de apartar el azote, le cargue mas pesado. Por eso vemos tambien que su Divina Majestad, como lo ve todo y todo lo tiene presente, previendo que en muchos no solo no ha de haber enmienda de vida; ántes sí han de ser peores, deja de castigarlos, suspendiendo su ira en esta vida, guardándola para con los tales para la otra, donde serán eternamente castigados, sin el riesgo de buscarse mas castigo: y solo castiga y azota á los queridos hijos suyos, á sus escogidos, á aquellos á quienes sabe que como padre de misericordia ha de usarla con ellos; porque prevé el mérito que han de acumular para su justa corona en los azotes.

«Uno de los que con mayor esperanza vivieron del premio del divino y temporal azote fué Esperanza; porque el venerable anciano, cuanto mas se veia falto de la corporal luz, tanto mas suspiraba por la espiritual y divina, que jamás le faltaba, porque la buscaba humilde: y así, siendo el golpe del azote en el cuerpo, tenia el consuelo y alivio del Espíritu Santo en el corazon. Habiéndose ya cumplido los cuarenta años de su ceguedad, cargado ya de años, quiso el buen Señor, que con liberal mano premia á sus siervos, se cumpliese la esperanza que traia escrita en el nombre, dándole perfecta vista en los ojos corporales y mas perfecta alegría en el corazon; pues al darle la vista, le anunció se lo llevaria brevemente á darle la corona de su paciencia en el eterno descanso de la gloria. Mandóle asimismo, que visitase los monasterios circunvecinos, predicando á los monges de ellos, y enseñándoles la divina palabra; para que se viese, que el Señor, que le habia vuelto la vista á los ojos corporales, le ponía por instrumento, por cuyo medio los demás recibiesen la vista en los ojos del alma.

«Obedeció al instante á lo que Dios le mandaba, visi-

lando los monasterios y enseñando á los monges los divinos preceptos, que él habia aprendido con las obras santas y ejercicio de su inculpable vida. Hizo su visita y predicacion apostólica en quince dias; volviéndose á su monasterio, hizo juntar sus monges todos, y puesto en medio de ellos recibió con grande humildad, devocion y copiosas lágrimas el Santísimo Sacramento de la Eucaristia por viático; y luego comenzó á cantar salmos, haciendo le ayudasen los monges: y en medio del dulce canto, puesto en oracion, dió su bendita alma á Dios. Todos los religiosos, que estaban presentes, vieron salir su santa alma de su boca en forma de una candidísima paloma, que volando por el oratorio donde estaban rompió el techo, y vieron como no paró hasta penetrar los cielos, donde fué recibida con grandes músicas y alegrías de todos aquellos cortesanos celestiales, y fué asimismo colocado en trono de gloria, donde vive y reina para siempre con la corona de sus grandes virtudes, y sobre todas la de la paciencia; disponiendo su Majestad soberana fuése á gozarle en forma de paloma su alma santa, para mostrar en esta especie de avecilla simple, la simplicidad de corazon con que siempre le habia servido su fiel siervo Esperanza; y que todos la viesan, para que á todos constase. » Hasta aquí el gran padre san Gregorio. Fué el dicho tránsito del siervo de Dios Esperanza á 28 de marzo; y en este dia le celebra la Iglesia: cuya vida trae el dicho san Gregorio, papa, de la misma forma que queda referida, y el Martirologio romano y Baronio en sus Anotaciones.

* SAN SIXTO, PAPA, TERCERO DE ESTE NOMBRE.—Nació en Roma á fines del cuarto siglo. Cuando habia aquel encarnizamiento de los pelagianos contra los católicos, Sixto era presbítero de la Iglesia de Roma, y fué tanto el ardor con que trabajó á favor de los católicos, y tanto talento y saber mostró, que por muerte del papa san Celestino fué elegido sumo pontífice, en abril del año 432. La caridad fué el distintivo de este hombre apenas se vió revestido de tan suprema dignidad dirigiéndose todos sus esfuerzos á destruir el error y hacer que brillara la fé como brillaba en los primeros tiempos del cristianismo. En favor de la pureza de esta fé, dió acertadas y justas disposiciones; no olvidando al mismo tiempo el hacer todo el bien posible á los fieles, siendo el protector del pobre, el amparo del huérfano, y el consuelo del afligido. El grande amor que profesaba á Dios y á la Virgen María hizo que enriqueciera las iglesias de Roma, y reparara la antigua basilica de Liberio, llamada despues Santa María la Mayor. Lleno por fin de méritos y virtudes murió en el Señor el dia 18 de agosto del año 440. Fué sepultado su cuerpo en la catacumba de San Lorenzo sobre el camino de Tivoli.

LOS SANTOS MÁRTIRES PRISCO, MÁLCO Y ALEJANDRO.—Durante la persecucion de Valeriano, por los años 259, vivian estos santos en un arrabal de la ciudad de Cesarea en Palestina; y conociendo que en ella se les ofrecian las coronas del martirio, encendidos de un ardiente celo por la fé, se presentaron voluntariamente delante del juez, reprimiéndole con valentía la crueldad con que trataba á los cristianos; por cuyo motivo el juez mandó que inmediatamente fuesen arrojados á las fieras para que los devorasen.

SAN CASTOR Y SAN DOROTEU.—Fueron martirizados en la ciudad de Tarso en Cilicia, durante el siglo III del cristianismo.

LOS SANTOS MÁRTIRES ROGATO, SUCESO Y OTROS DIEZ Y SEIS.—Murieron en África por la fé de Jesucristo. Nada mas se sabe de estos santos, pues no han llegado hasta nosotros las actas de su martirio.

SAN GUNTRANO, REY Y CONFESOR.—Fué hijo del rey Clotario, y nieto de Clodoveo I y de santa Clotilde. Como era hijo segundo, fué coronado rey de Orleans y de Borgoña en el año 561, estableciendo su córte en Chalons. Al principio de su reinado comelió algunos excesos, por haberse dejado llevar de las preocupaciones y dispacion de su siglo, pero lloró despues sus extravíos y se entregó á la mas áspera penitencia. Gobernó su reino con sabiduría y justicia: era principalmente el protector de los oprimidos y un padre tierno de sus vasallos, á quienes trataba como á hijos. Ayunaba, oraba y lloraba, y se ofrecia á Dios noche y dia, como víctima destinada á ser sacrificada en el altar de su justicia, para aplacar su indignacion, que creia haber provocado y atraido sobre su pueblo inocente. Fundó y dotó varios monasterios é iglesias con munificencia verdaderamente real, y despues de una vida pasada como otro David, en llorar sus antiguos deslices y en promover la felicidad de su pueblo, murió santamente el dia 28 de marzo del año 593.

DIA 29.

SAN JONÁS Y BARACHISO, HERMANOS, MÁRTIRES.—Sapor, rey de Persia, á los diez y ocho años de su reinado mandó perseguir á los cristianos y dió poder á los magos, que son los sabios de Persia, para que derribasen los templos de Jesucristo, y quemasen los monasterios sagrados: y dió sus edictos, para que los cristianos fuesen buscados, y que los que sacrificasen á sus falsos dioses fuesen premiados con grandes puestos y honores, y los que nó, fuesen martirizados con crueles tormentos. Por aquel tiempo, en Persia, en una aldea llamada Jasa, vivian y servian á Cristo dos hermanos, llamados Jonás y Barachiso: y oyendo la persecucion cruel, dejaron aquel lugar y se fuéron á donde los magos atormentaban á los cristianos, y llegando á una villa que se llama Bardibotk fueron á visitar á los cristianos, que estaban presos, y hallaron nueve condenados ya á muerte, porque no querian obedecer los mandatos del inicuo rey Sapor; y viéndolos atormentados y maltratados, les dijeron: Hermanos y padres, no temamos cosa alguna; ántes sí, en nombre de nuestro Jesus crucificado, sustentemos una batalla para que alcancemos la sempiterna corona, de la manera que nuestros hermanos y padres la alcanzaron por medio del martirio. Animados con estas palabras los santos presos, prosiguieron su santo propósito, y unos á otros se consolaban y esforzaban para recibir con rostro alegre cualquiera cosa que les sobreviniese, y tormento que les amenazase. Los nombres de estos santos presos eran Zamitas, Lázaro, Marothas, Nersas, Elias, Mares, Abibo, Senbethes y Sabas: los cuales al fin padecieron martirio, recibiendo la estola y vestidura inmortal de gloria.

Despues de esto, ciertos magos acusaron á los benditos Jonás y Barachiso ante los tres mas principales de ellos, que habian condenado á los nueve mártires gloriosos que hemos dicho. Los tres magos jueces se llamaban Masdrath, Serotath, y Marneses: la acusacion consistia, en que no querian sacrificar á sus dioses, ni obedecer á los

mandatos del rey, ni adorar al sol, fuego y agua, y que habian persuadido á los nueve mártires lo mismo. Presentados que fueron los dos gloriosos hermanos ante los tres jueces magos, fueron preguntados, ¿si obedecian al rey y adoraban al sol, fuego y agua? Respondieron: que no adoraban sino al Dios que hizo el cielo y la tierra, ni debian creer á cualquier hombre mortal que lo contrarió les persuadiese. Enojados de esta respuesta los magos, los hicieron azotar con varas duras y espinosas de granados, y mandaron que para esto los apartasen, porque el uno no oyese lo que el otro decia, y se animase uno á otro. Apartados que fueron, primero azotaron á Jonás y decianle, que obedeciese al rey y lo honraria mucho: mas el caballero esforzado de Cristo siempre estaba firme y constante, diciendo que no negaria á su Dios y Señor, ni daria ocasion, para que á su imitacion y ejemplo, los demás lo negasen y viniesen á tan gran mal.

Los magos, conociendo su ánimo invencible lo hicieron atar conforme á la ley pérsica, que es metiendo por entre los muslos y las manos un palo, teniendo las manos atadas por las muñecas: y estando de este modo, que no se podia menear, lo azotaron é hirieron tanto con las varas de granado que le rompieron las espaldas y costados. San Jonás en medio de este tormento alababa al Señor y decia: Gloria te sea dada, Dios de nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob: tú que nos sacaste de los deleites de este mundo, y tuviste por bien de atraernos á tu amor y santa fé; danos, Señor, paciencia para que alcancemos lo que tu siervo el santo rey David pedia, cuando dijo, alumbrado por tu santo Espíritu: «Una merced pedi al Señor, y es, que viva y more todos los dias de mi vida en sus santos palacios:» esto es, mi Dios, lo que espero alcanzar cada dia de vos por el martirio. Y en diciendo esto, con alta voz dijo á los magos: Yo me aparto de vuestro rey pecador y de todos sus amigos, sean los que fueren; porque son todos principes de Satanás, y á todos los niego. No tengo que ver con el sol, luna, ni estrellas, ni con el fuego ni el agua, que decís son dioses, ni en modo ó manera alguna los adoro ni adoraré jamás. Solo creo en el Padre é Hijo y Espíritu Santo, verdadera Trinidad que conserva todo el universo, é hizo vuestros dioses: los cuales pensais en vano, que por fuerza han de ser de nosotros adorados. Mucho se enojaron los magos oyendo esto, y luego mandaron que le atasen un pié á una cuerda y lo sacasen al hielo, y helada toda la noche que era frísima por ser de lo mas riguroso del invierno en aquella tierra, y allí lo dejasen estar toda la noche desnudo. Pusiéronlo al instante al hielo, y allí lo dejaron estar toda la noche.

Venido el dia siguiente, los magos mandaron llamar ante sí á Barachiso y dijéronle: que ¿por qué no sacrificaba á los dioses, como ya lo habia hecho su hermano Jonás? san Barachiso dijo: Del modo que mi hermano ha sacrificado yo sacrificaré: y añadió que mentian en todo, y así no lo creia; que la verdad, á quien seguia no le dejaría hacer tal cosa á su hermano: luego los reprendió á todos, porque adoraban los elementos de quienes se servian en sus ministerios los hombres todos, pobres ó ricos, altos ó bajos; y trató larga y doctísimamente de la adoracion del verdadero Dios. Oyendo tan admirables razones los magos, trataron de que no le oyesen los demás, ni ellos le examinasen mas, porque que las persas no se persuadiesen, oyéndolo, á dejar la oracion del sol, el fuego y el agua, y

siguiesen y adorasen al verdadero Dios que predicaba su siervo Barachiso. Resolvieron asimismo dejar pasar el dia, pareciéndoles harian mejor su negocio de noche, cuando no pudiese haber tan gran concurso de gente. Resueltos pues á esto, dejaron por entonces la audiencia.

Venida la noche, hicieron traer otra vez ante sí á Barachiso, y fué grande la disputa que con él tuvieron, y favoreciendo el Espíritu Santo al glorioso mártir, los venció á todos, y afrentados los magos, mandaron que le pusiesen debajo de los sobacos dos bolas de bronce ardiendo, y ya que se las hubieron puesto, viendo su gran tolerancia le dijeron: Por la corona de Sapor, rey de los reyes, echa la una de esas bolas en el suelo, para que entendámos que en todo lo obedeces, y ya has negado á tu Dios y adoras los nuestros. Respondió el valeroso Barachiso: ministros de Satanás y principes malvados, por la salud de mi Dios, y la muerte de Satanás vuestro padre, os juro que no temo á vuestro rey, y que no echaré ninguna de las bolas en tierra; ántes os desengañad, que la una y la otra sufriré constante siempre por el nombre de Cristo: y os conjuro por el nombre de Dios vivo, que si teneis otros mayores tormentos prevenidos, se añadan á estos; y si no los teneis, discurridlos, que dispuesto estoy á padecerlos todos por la fé de mi Señor Jesucristo. ¿Quién va á la guerra y entra en la batalla, que no esté presto y deseoso de la muerte para alcanzar una gran gloria y premio, y una opinion y lugar excelente para con su rey si es buen guerrero? Oyendo esto los magos, mandaron que le echasen plomo derretido ardiendo por la garganta y oidos para que no pudiese hablar ni oír, y despues hicieron que lo volbiesen á la cárcel, y allí lo tuviesen colgado de un pié.

Hecho esto, trajeron ante sí á san Jonás y dijéronle: ¿Cómo te ha ido esta noche con la helada? Respondió el santo: Creedme, reales principes, que mi Dios, en quien mi alma descansa, despues que mi madre me parió, no me ha dado noche tan sosogada y buena, ni me acuerdo despues acá, que sé que cosa es sentido, que noche alguna me haya sido tan suave y regalada; porque luego me vino una gran consolacion de aquel santísimo leño en que fué enclavado mi Señor Jesucristo. Dijeron los magos: Tu hermano Barachiso ha negado á tu Dios; ¿y tú obstinado, aun te estás en tu parecer? Respondió Jonás: Yo sé que mi hermano ha negado al demonio y á todos sus secuaces, y que ha estado firme en Cristo. Dijeron los magos: ¿No te convendria mas que dejases á tu Dios ántes de perder la vida? Respondió Jonás: ¡O ciegos y necios! ¿cómo os jactais que sois prudentes y sábios? Regulad la verdad segun vuestra prudencia: ningun hombre que tiene trigo, deja de echarlo en la tierra á su tiempo oportuno, aunque entonces haga frio, hielos y nieve, aunque caigan rayos y sucedan otras tempestades; porque tiene esperanza, que al tiempo del verano favoreciéndole el Señor de la poca semilla que sembró, llenará su era de trigo: y si este dejase estar su trigo en las trojes y no sembrase, no se le podria despues aumentar el trigo: así es en los hombres; que si alguno en este mundo por el nombre de nuestro Señor Jesucristo perdiere su vida, el Señor lo renovará en el nuevo mundo con su lumbre, la cual jamás se apaga ni se obscurece, sino es, para los que no guardan sus santos mandamientos; que para estos, ni el fuego en donde estarán, tendrá carbones, como está escrito, ni su llama tendrá luz. Habiendo dicho esto y otras santas cosas, los ma-

gos enfurecidos le mandaron cortar todos los dedos de las manos y piés, y como se los cortasen, dijeron los verdugos: Mira como sembramos en la tierra tus dedos: espera ahora, que cuando venga el tiempo de la cosecha, te crezcan muchos dedos. San Jonás dijo: No tengo yo necesidad de muchos dedos, Dios que me hizo, me renovará todo en la renovacion que ha de hacer en nosotros.

Los magos, viendo que en nada tenia aquel mártir, mandaron que derritiesen mucha pez y le rayesen la cabeza, y despues se la metiesen en la pez hirviendo: y despues se la echasen en la lengua y al fin á todo el cuerpo: y como los verdugos así lo hiciesen, luego milagrosamente la pez toda se salió de la caldera en que estaba, y el victorioso mártir quedó libre de tan cruel tormento y sin lesion alguna. Luego que vieron tan gran milagro los magos, mandaron traer un husillo y prensa donde se suele esprimir y prensar las uvas por las vendimias, cuando se hace el vino; y traído, le mandaron al santo poner en él, y apretarle y prensarlo como hacen con el orujo; y haciéndolo así, le rompieron todos los huesos y le partieron por medio, y de esta manera el invictísimo y glorioso Jonás entregó su bendita alma al Señor que la crió, y su santo cuerpo fué mandado echar en un profundo lago, y que allí lo guardasen.

Concluido esto, mandaron llevar otra vez á juicio á san Barachiso, y dijéronle: Ten misericordia de tus miembros, Barachiso, y no quieras sin razon perderte. Respondió el valeroso siervo de Dios: Ni yo me formé, ni me perderé: el Señor que me hizo me renovará con su virtud y me librará de vuestras manos y de vuestro maldito príncipe, el cual no conoce á su Dios que lo formó; mas ántes defiende la causa y voluntad del demonio, y en todo la procura cumplir. Los tres magos quedaron muy enojados con estas palabras, y por vengarse del glorioso mártir, lo mandaron echar entre espinas crueles, y que hiciesen unas puntas agudas de cañas y se las metiesen por las carnes adentro, y se las sacasen continuamente hasta que las carnes totalmente le fuesen despedazadas. Todo este gran martirio padeció con gran constancia el fuerte y esforzado caballero de Cristo Barachiso, y al fin lo pusieron en la prensa en que habia muerto su glorioso hermano, y allí le rompieron, como á él, los huesos, y estando al extremo de su vida, le echaron pez derretida por la garganta, y con esto dió su alma á Dios y Criador suyo, por la confesion de cuyo divino y siempre glorioso nombre, tantos martirios habian padecido. Y un devoto varon llamado Abdisotas, se fué á los que guardaban los santos cuerpos, y por quinientos mil dariesos (moneda de Persia) y tres vestidos de seda muy preciosos, se los compró juntamente con los de los nueve santos mártires que ántes habian padecido; y con gran secreto que entre ellos hubo para el caso, los llevó y sepultó en muy decente y honesto lugar. Padecieron su martirio los nueve santos mártires á los 27 de marzo, y los dos gloriosos hermanos san Jonás y Barachiso á los 29 del mismo mes, por los años del Señor de 344. Escribió su vida y martirio Isaías, hijo de Adan, caballero de la corte del rey Sapor, el cual se halló presente á todo lo que aquí va escrito; y despues Simeon Metafraste la puso en sus vidas de santos. Escribióla tambien Lipomano, tom. vii, Surio tom. ii, Santoro, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones.

* SAN EUSTASIO.—Fué abad del monasterio de Luxeu,

sucediendo en este cargo á su maestro san Columbano. Descendia este santo de las mas distinguidas familias de Borgoña, en donde nació á fines del siglo sexto. Mostró ya desde niño gran inclinacion á la virtud y á la soledad, y concluida la carrera de sus estudios, se fué á los desiertos de Franco-Condado á reunirse con san Columbano. Eustasio fué considerado como modelo de la perfeccion religiosa por su grande penitencia, por su espíritu de contemplacion y demás virtudes; por manera, que su santa conducta sirvió para la emulacion de los monges de oriente. Entre las muchas dotes de que le habia adornado el cielo, sobresalia su talento para la predicacion, acompañado de singular elocuencia; así es que fué á predicar el Evangelio á los varascos, ilustrando en las verdades de nuestra santa religion á los bárbaros, obrando en todas partes admirables conversiones. Volvió Eustasio á su monasterio de Luxeu, y era tal la fama de su santidad, que llegó á tener seiscientos monges bajo su direccion. Dios manifestó á su siervo se acercaba el fin de su vida. Acometido en efecto de una grave enfermedad que le ocasionaba agudísimos dolores, en medio de ellos hablóle Dios, si preferia tener treinta dias de vida sin experimentar alivio alguno, ó bien vivir cuarenta y hallarse desde luego aliviado; mas el santo que deseaba vivamente gozar de su Dios, escogió vivir ménos aunque con dolores, á que se dilatase la fruicion de su amado. Pasados pues los treinta dias con indecibles dolores, murió en Luxeu el año de 625 á los sesenta de su edad. Favorecióle el Señor con el don de milagros en vida y despues de su muerte. Fué su cuerpo enterrado solemnemente.

SAN CIRILO, DIÁCONO Y MÁRTIR.—Á este santo le abrieron el vientre los gentiles, le sacaron el hígado y se lo comieron como bestias carnívoras, en tiempo de Juliano Apóstata, por los años 362, en Heliópolis, junto al monte Líbano.

LOS SANTOS ARMOGASTO, MASCULA Y SATURO.—Habiendo Genserico, rey arriano de los vándalos en África, establecido á su vuelta de Italia en 457, nuevas leyes penales, y mas severas que las que sus antecesores habian hasta entonces fulminado contra los católicos, el conde Armogasto fué en esta ocasion privado de sus honores y dignidades en la corte, y cruelísimamente atormentado. Pero apenas ponian los carceleros sobre su cuerpo las cuerdas con que debian atarlo, cuando se rompian por sí mismas al levantar el mártir sus ojos al cielo, cuya maravilla sucedió repetidas veces. Y aunque despues le tuvieron por mucho tiempo colgado de un pié con la cabeza enteramente abajo, no sintió en esta postura mas tormento, que si hubiese estado en un mullido lecho: por cuya causa Teodorico, hijo del rey, mandó que le cortasen la cabeza; pero uno de los sacerdotes arrianos le disuadió de este pensamiento, á fin de que los cristianos no le venerasen como mártir. Fué pues, enviado á trabajar en las minas, y despues mandado á guardar vacas en los alrededores de Cartago. Despues de algun tiempo participó á sus amigos que se acercaba su último fin, y efectivamente entregó su espíritu al Señor el mismo dia que habia profetizado, y su cuerpo fué enterrado en el lugar por él mismo señalado.—Mascula, maestro de los representantes, resistió á cuantos artificios pretendió usar el rey por hacerle prevaricar en su fé, fué condenado á decapitacion, con la circunstancia empero, de que se le cortase la cabeza lentamente.—Saturo, ma-

yordomo del palacio real, fué al principio vehementemente solicitado á que abandonase la fé católica; pero por su admirable constancia padeció despues muchos tormentos; fué privado de todas sus riquezas, le fué prohibido hasta el presentarse en público y reducido á la última miseria; pero el Señor le enriqueció con sus gracias y al fin lo llamó para sí coronándole de gloria.

LOS SANTOS PASTOR, VICTORINO, Y OTROS SIETE COMPAÑEROS.—Fueron martirizados en Nicomedia durante la persecucion de Diocleciano.

SAN SEGUNDO.—Fué martirizado en la ciudad de Asti en Italia, durante el siglo II por los años 119, bajo el imperio de Trajano.

DIA 30.

SAN JUAN CLIMACO, CONFESOR.—La vida de san Juan Climaco escribió un monge discípulo suyo llamado Daniel, y la refiere en su segundo tomo el P. Fr. Lorenzo Surio, de esta manera. Siendo Juan Climaco mozo de diez y seis años, habiendo estudiado lo que en aquella edad convenia, se ofreció á Cristo nuestro Señor en santo y agradable sacrificio recibiendo sobre sí el yugo de la vida monástica en un monasterio que estaba en el monte Sinai, en el cual despidiendo de su corazon toda vana estimacion y confianza de sí mismo, se abrazó con la santa humildad y se sujetó perfectamente á su superior y padre espiritual, y fue aprovechando cada dia mas en la virtud, en tanto grado, que vino á estar como muerto al mundo y á todos sus apetitos, y como una alma del todo desnuda del propio parecer y propia voluntad: que por haber ántes san Juan estudiado y sido enseñado en las ciencias que suelen desvanecer; se debe aun mas estimar. De esta manera conversó por espacio de diez y nueve años entre les monges, hecho un perfectísimo dechado de obediencia y sujecion, hasta que falleció el santo padre que le tenia á cargo, por cuya muerte pasó á la vida solitaria, y escogió un lugar llamado Tola, que estaba cinco millas de una iglesia, en el cual perseveró constantemente por espacio de cuarenta años, con grande alegría y fervor de espíritu. Lo que allí pasó á solas, las batallas que tuvo y las victorias que alcanzó del comun enemigo, no se pueden saber: mas es de creer que fueron muchas, y tantos los favores con que el Señor le regaló, como de su liberalísima mano se podian esperar, y él suele hacer á los que de veras se entregan á su servicio. Lo que se sabe es, que comia de todas las cosas, que segun su profesion era licito comer; pero de todo poco, para que comiendo de todo, huyese la nota de la singularidad y vanagloria, y comiendo poco venciese la gula. Con la soledad y con el poco trato y compañía de los hombres, de tal manera apagó la llama de la lujuria, que ya no le daba pena ni molestia. La avaricia que el apóstol llama idolatría, venció con la largueza y misericordia para con los otros, y con la escasez de las cosas necesarias para consigo; porque contentándose con lo poco no tenia necesidad de codiciar lo mucho. Todos los otros vicios procuró el santo varon vencer y vivir nó como hombre, sino como ángel. Vivía de oracion, nunca estaba ocioso, y para que con la aspereza y ociosidad (que suele hacer guerra á los solitarios) no le venciese, solia ocuparse en escribir libros, dormía poco y solamente lo que bastaba para no desfallecer con las demasiadas viglias. Pues, ¿qué diré de la abundancia de

sus lágrimas? Entrábase en una cueva que estaba apartada al lado de una montaña, y allí levantaba las voces al cielo con grandes gemidos, suspiros y clamores, y derramaba su corazon delante del Señor, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas. Un religioso llamado Moisés, que era de los que profesaban vida solitaria, descaendo imitar la vida de este santo varon, y vivir debajo de su correccion y disciplina, echó á muchos de aquellos santos padres por rogadores, y pidió con grande instancia que le quisiese recibir por su discípulo. Fué recibido por tal, segun lo habia deseado, y un dia mandóle el santo varon, que de cierto lugar trajese un poco de buena tierra para echar en un huerto de poco suelo. Hízolo Moisés, y entendiendo en ello con diligencia, llegado el mediodia, y siendo el mes de agosto, fatigado del calor y del trabajo, acordó de tomar un poco de reposo á la sombra de una gran peña que allí habia: mas estando para caer aquella gran peña sobre él, Dios reveló á san Juan Climaco el peligro en que estaba su discípulo, y con su oracion lo libró; porque estando allí durmiendo, le pareció que habia oido la voz de su maestro que le despertaba: con la cual lleno de pavor despertó y dió un salto, y luego vió arrancarse la peña de lo alto, y caer en tierra en el lugar donde él ántes estaba; y sin duda si no se levantara le hiciera pedazos.

Otra vez vino á él un monge que se llamaba Isaac, abrasado de una tentacion carnal, y cercado de mucha tristeza y dolor, y descubrióle con muchas lágrimas y gemidos la secreta llaga que traia. Consolóle el varon de Dios muy blandamente y díjole: Estemos ambos, hijo, en oracion; y el Señor que es misericordioso y clemente no despreciará nuestros ruegos. Y estando ambos orando, sanó el enfermo y quedó curado de tan estraña pasión, y alabó al Señor que habia dado tanta eficacia á la oracion de Juan Climaco. Comenzaron algunos á visitarle, movidos de la fama de su santidad; y el venerable padre para apacentar las ánimas de los que á él venian, con el pasto de la palabra de Dios, les daba saludables documentos. No le faltaron algunos émulo que procuraron estorbar este fruto que de su doctrina se seguia, diciendo que era un parlero y hablador. Sabiendo él esto, determinó enseñar á los que á él venian, no solo con las palabras, sino mucho mas con silencio y ejemplo de paciencia: y así calló y venció con tan grande humildad y modestia á sus émulo, que compungidos le pidieron y le suplicaron que les diese el acostumbrado pasto de su doctrina.

Pues como resplandeciese de esta manera en todo género de virtudes, y no se hallase otro semejante á él, vinieron todos los monges del monasterio del monte Sinai, donde ántes habia morado, y con un mismo afecto y deseo, contra toda su voluntad le entregaron el magisterio y gobierno de aquel monasterio; y el santo varon, movido del Señor, tomó sobre sí la carga de regirlos, y á ruego y súplica de ellos escribió el libro llamado «Escala Espiritual,» en el cual se describen treinta escalones por donde pueden subir los hombres á la cumbre de la perfeccion. Este libro en nuestros días el P. M. Fr. Luis de Granada, para provecho de muchos, tradujo de latin en lengua castellana, y le enriqueció con algunas declaraciones y anotaciones suyas. De san Juan Climaco hace mencion el Martirologio romano á los 30 de marzo, y Juan Tritemio refiere algunas obras suyas que floreció por los años del Señor de 346, en tiempo de los emperadores Constan-

ino, Constancio y Constante, que eran hermanos, hijos del Gran Constantino. Un abad del monasterio de Raytu, llamado Juan, en una epístola que escribe á san Juan Climaco, rogándole que escriba la regla que habian de tener y guardar los monges, y los avisos que él habia tenido, como otro Moisés en el monte, le pone este título: «Al admirable varon, igual á los ángeles, padre de padres y doctor excelente, Juan, abad del monasterio de Raytu, salud en el Señor.» De la manera de su muerte, y de los años que vivió no sabemos cosa cierta, pero debió de morir de muy anciana edad; porque de diez y seis años tomó el hábito de monge, diez y nueve vivió en el monasterio del monte Sinai, y cuarenta en soledad, que son setenta y cinco; y despues volvió á tener cargo de su mismo monasterio, en el cual no sabemos cuantos años vivió. El nombre de Climaco, dice Trilemio, que suena, y es lo mismo que en latin *Scholasticus*, y en castellano el «Maestro de escuela,» y que le dieron este nombre como á maestro, de cuya doctrina se pueden aprovechar todos, especialmente los religiosos y personas que tratan de su aprovechamiento espiritual; aunque mas probable es, que este nombre de Climaco que es griego, se deriva de un nombre que quiere decir «Escalera,» por haber él hecho una como escalera espiritual de su libro, y trazádola con este orden de grados espirituales, para poder llegar á la perfeccion.

*SAN QUIRINO, TRIBUNO Y ALCAIDE DE LA CÁRCEL DE ROMA.— Encarcelado el papa san Alejandro, y puesto bajo la custodia de Quirino, convertido este á la religion del Crucificado fué bautizado por aquel pontífice. Noticioso el juez Aureliano de que Quirino era cristiano, lo llamó en su presencia, y como permaneciera constante en la fé, mandóle cortar la lengua, las manos y los piés, y puesto en el potro fué por último degollado, consumando el martirio en Roma el año 130 de Jesucristo, y en tiempo del emperador Adriano.

LOS SANTOS DOMNINO, VICTOR Y SUS COMPAÑEROS.— Fueron martirizados en Tesalónica, durante el reinado del emperador Maximiano. Despues de haberles roto los brazos y las piernas, fueron estos santos metidos en un asqueroso calabozo, donde todavia vivieron siete dias sin comer ni beber, al cabo de los cuales volaron sus almas al Señor.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES.— En tiempo del emperador Constancio, por los años 351, fueron martirizados en Constantinopla por orden del heresiarca Macedonio, con inaudito género de tormentos. Uno de ellos, dice el Martirologio romano, fué arrancar los pechos de las mujeres católicas, poniéndolos encima del borde de un cofre, y dejando caer de golpe la cubierta, los hacian pedazos, y lo que quedaba lo quemaban con un hierro ardiendo.

SAN RÉGULO.—Habiendo convertido á la fé el pais de Senlis, al mismo tiempo que predicaba en Francia san Dionisio, fué hecho primer obispo de aquel territorio, y murió en paz en el seno de su grey.

SAN PASTOR, OBISPO DE ORLEANS EN FRANCIA.—Floreció en milagros durante el siglo IV.

SAN ZOZIMO, OBISPO DE SIRACUSA.—Fué sucesor del obispo san Pedro, y desempeñó fielmente todas las obligaciones de un digno pastor hasta su muerte que sucedió en el año 660. Su memoria es muy venerada en la isla de Sicilia, por los muchos milagros que ha obrado el cielo por su intercesion.

SAN CLINIA.—Griego de nacion, floreció en santidad de vida y milagros en el monasterio de la Foresta en Italia, y murió en el mismo, despues de haberla edificado con sus eminentes virtudes. La iglesia de Aquino conserva parte de sus reliquias y honra su fiesta con grande veneracion.

DIA 31.

SANTA BALBINA, VIRGEN.—Fué Balbina hija de san Quirino, tribuno romano, en tiempo del emperador Trajano, por cuya orden tuvo presos á san Alejandro, papa, primero de este nombre, y á Hermes prefecto. Sucedió en este tiempo que Balbina tenia la garganta y cuello lleno de lamparones ó porcelanas, y como su padre Quirino reparase mucho en los milagros grandes que hacían Alejandro y Hermes, les llevó allí á la cárcel á su hija para que la sanasen. Alejandro, por corresponder á sus ruegos y voluntad, le dijo: Quitame, ó Quirino, esta argolla que tengo en el cuello y pónsela á tu hija si quieres que sane. Quirino lo hizo así, y luego por la divina voluntad milagrosamente fué sana. Visto tan gran milagro, se convirtieron á la fé de Jesucristo Quirino y Balbina, su hija con todos los demás presos que Quirino tenia, que eran muchos y su familia toda, y el glorioso san Alejandro nos bautizó á todos.

Luego que Balbina estuvo sana, se le apareció un ángel con una hacha encendida en la mano, y le dijo: Queda sana en paz Balbina, y permanece en tu virginidad, que yo te haré ver á tu esposo Jesus. Fué bien instruida de san Alejandro, para que supiese como habia de guardar perpetua virginidad: la cual consagró á Jesucristo; su esposo y perseveró en ella y en todas buenas virtudes hasta el fin de sus dias. La argolla besaba muchas veces; y san Alejandro le dijo: Deja de besar esa argolla, y busca las prisiones de mi señor san Pedro. Buscólas con buena fé: hallólas, y llevóselas á santa Teodora, hermana de san Hermes, prefecto y mártir. Perseveró en servir y agrandar á su esposo Jesus; y acabada esta vida mortal, se fué al descanso de la gloria el 31 de marzo por los años del Señor de 132. Escribieron su vida Beda, Usuardo, Adon, Santoro, Surio en la vida de san Alejandro, en el tercer tomo, á 3 de mayo en el Martirologio romano, Baronio en sus anotaciones y otros muchos. Hay en Roma un título muy antiguo de santa Balbina, de quien hace mencion el concilio romano celebrado en tiempo de san Gregorio, papa, en su *Regis. lib. 4 Epist. 44, indict. 43.*

*SAN AMÓS.—Fueron doce los profetas menores, y este era el tercero. El mismo nos dice al principio de su profecía, que era simple pastor de la ciudad de Tecua. Vivió en los tiempos de Osías rey de Judá, y de Jeroboan segundo rey de Israel, y profetizó en estos tiempos no solo el cautiverio de los israelitas, sino tambien las muchas calamidades que habian de acontecer á los enemigos del pueblo de Dios. La sencillez brilla en sus profecías, y están llenas de comparaciones sacadas de la vida pastoril; no contienen mas que nueve capítulos. Sufrió este profeta diversos tormentos con que le affligió Amasias, sacerdote de Bethel, el año 783 ántes de Jesucristo. Osías hijo de Amasias le atravesó las sienes con una barra de hierro, y llevado despues medio vivo á Tecua, de resultas de la herida murió en esta ciudad, donde fué sepultado con sus

padres. Algunos creen y entre estos san Clemente de Alejandría, que el profeta Amós era padre de Isaías; mas no lo creen así otros santos. padres, fundados en que Isaías descendía de una familia ilustre, y Amós era un simple y pobre pastor.

EL BEATO AMADEO, DUQUE DE SABOYA.—Este santo hijo de Luis II y de Ana, hija del rey de Chipre, nació en Tournon el día 1.º de febrero del año 1435. Sus piadosos padres le educaron en el santo temor de Dios, y como sus cuidados caían en tierra fértil, pronto el amable infante dió pruebas de la santidad á que Dios le llamaba. Nunca mostró gusto á los entretenimientos ordinarios de los niños: su pasión eran las prácticas devotas, y su virtud dominante fué desde los primeros años la caridad con los pobres. En medio del fausto y brillo de la corte, conservó siempre su corazón sin mancha. Abstraído y retirado, ocupábase en meditar principalmente la pasión de Jesucristo, y sus ojos se arrastraban en lágrimas al solo espectáculo de ún Crucifijo. Siempre risueño, humano y apacible, era el mas bello ornamento de la corte, y se hacia dueño de todos los corazones. A los diez y siete años casó con Violante hija de Carlos VII de Francia: matrimonio felicísimo, por la unidad de caracteres y de inclinaciones entre ambos esposos. En 1463 sucedió á su padre en el trono; y las virtudes que como á príncipe le adornaban, tomaron nuevo brillo con la diadema. Empleó todo su tesoro en fundar asilos de beneficencia, y en aliviar por su misma mano las miserias de sus vasallos. Llamábasele el padre de los necesitados y á su palacio el jardín de los pobres. Era clemente y compasivo, sin que estas calidades le desviasen de la justicia que administraba con rectitud. Creyóse al principio que su valor no correspondería á sus virtudes; pero pronto enseñó la experiencia que los príncipes mas santos no son los ménos valerosos. Batió mas de una vez á sus enemigos principalmente á los turcos; pero fué siempre generoso en medio de sus victorias. Tuvo el mayor cuidado de que los príncipes sus hijos fuesen educados segun su religion, y como convenia á su elevado nacimiento. No habia á la sazón en Europa corte mas brillante ni mejor arreglada: reinaba en ella la justicia con todos sus derechos, extendiéndose la vigilancia del duque á todos sus estados, de

modo que se llamó á su reinado el siglo de oro. Como es tan poderoso y eficaz el ejemplo de los príncipes, el de Amadeo imprimía á su corte y á todos sus vasallos un sello tan fuerte de virtud que por mucho tiempo se vió el vicio desterrado de aquellos estados. Su amor á los pobres llegó á ser tan estremado que habiéndole dicho un día que las limosnas agotaban las rentas, «Está muy bien, contestó Amadeo; aquí teneis el collar de mi órden, vendedlo y socorred á mis pueblos.» No pasó un día de su vida sin que hiciese un particular beneficio, sin que atrajese sobre sí las bendiciones del cielo y el reconocimiento de sus gobernados. Postrado en el lecho del dolor, y esperando la hora de ser introducido en la celestial Jerusalem, llamó á sus hijos y á los principales señores de la corte, y les declaró su última voluntad en estos términos: «Mucho os recomiendo á los pobres; derramad liberalmente sobre ellos vuestras limosnas, y el Señor derramará abundantemente sobre vosotros sus bendiciones. Haced justicia á todos sin escepcion de personas: aplicad todos vuestros esfuerzos á que florezca la religion y á que Dios sea servido.» Enternecido con las lágrimas de los circunstantes, no pudo proseguir; calló, y en lo que le restó de vida no habló mas que con su Dios. En fin, el día 31 de marzo del año 1472, despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia, murió en el palacio de Vercelli, y su cuerpo fué encerrado en la iglesia de san Eusebio, donde obró el cielo por su intercesion muchos milagros.

LOS SANTOS TEODULO, ANESIO, FÉLIX, Y CORNELIA Y SUS COMPAÑEROS.—Fueron martirizados en Africa, durante el siglo IV.

SAN BENJAMIN, DIÁCONO Y APÓSTOL DE PERSIA.—Predicó en aquellas provincias la verdad evangélica, y obró infinitas conversiones, hasta que en tiempo del rey Isdegerdes fué preso, y negándose á abrazar la idolatría fué cruelmente atormentado, metiéndole cañas aguzadas por entre las uñas; y al fin le atravesaron el vientre con un palo espinoso, consumando así el martirio en marzo del año 124. Su memoria es muy venerada en la Iglesia oriental, por los muchos milagros que obró el Señor por su intercesion.

ABRIL.

DIA 1.

SAN HUGON, OBISPO Y CONFESOR.—Fué san Hugon de nacion francés, y nació en la provincia del Delfinado, en un pueblo que se llamaba Castronio, cerca de la ciudad de Valencia. Sus padres fueron nobles y virtuosos. El padre se llamaba Odilon, el cual siendo soldado fué tenido por hombre verdadero y honesto, porque por ninguna cosa se apartaba de la verdad: y habiendo sido acusado dos veces, no conoció otra mujer sino las suyas. Siendo ya viejo, olvidado de su edad y del regalo de su casa, con gran fervor se abrazó con la áspera y rigurosa vida de la Cartuja, que siendo su hijo obispo comenzó, y en ella vivió diez y ocho años con tan raro ejemplo de humildad y perfeccion, que los otros monges le miraban como un vivo retrato de toda religion y virtud. En esta vida acabó santamente, siendo de edad de cien años, el padre de Hu-

gon. Y la madre, deseando imitar á su marido y dejarlo todo, no lo hizo por consejo de Hugon, su hijo, antes se quedó en su casa, criando á los demás hijos que tenia en el temor del Señor, y gastando el tiempo en oraciones y ayunos, y la hacienda en remediar á los pobres, y en otras santas obras. Al padre y á la madre asistió el santo hijo á la hora de su muerte, y les administró los Santos Sacramentos, y dió á sus cuerpos sepultura. Estando su madre preñada de él, tuvo una vision en sueños. Parecíale que habia parido un niño muy gracioso y hermoso, y que el apóstol san Pedro y otros santos le tomaban y llevaban al cielo, y le presentaban ante el acatamiento del Señor. Con esta vision la madre de Hugon quedó muy consolada, y cuando le parió le crió con mayor cuidado, y en siendo de edad le aplicó al estudio; y él se dió tan de veras á él, que despues salió de su casa, y anduvo por otras tierras y universidades, para aprender mas perfectamente las cien-

cias, pasando algunas veces mucha pobreza y necesidad, por ser de suyo muy modesto y vergonzoso y encogido, y enemigo de pedir nada á nadie. Volvió á Valencia, su patria, y allí alcanzó una canongía, y dió tan buen ejemplo y ganó tanto la voluntad de todos, que viniendo por legado del sumo pontífice Gregorio VII un cardenal llamado tambien Hugon, como él, le rogó que le acompañase y le siguiese en aquella legacion, por las buenas nuevas que habia hallado de su virtud, nobleza, letras y generosas costumbres; y nuestro Hugon lo hizo, y su trabajo fué no de poco provecho al legado, el cual le llevó consigo á Aviñon. Estando allí celebrando un concilio provincial, vinieron á él los canónigos de Grenoble, y suplicáronle con mucha instancia que les diese por obispo á nuestro Hugon para su iglesia Catedral, que estaba sin pastor, por las grandes partes que sabian tenia, para llevar sobre sí aquella gloria de Dios y bien de sus ovejas. El legado se holgó mucho con esta demanda, así por lo que queria y estimaba á Hugon, como por el provecho que esperaba, que por su medio habia de resultar á aquella iglesia. Propúsole á Hugon, y él se excusó alegando su poca edad, que no tenia sino veinte y siete años, y su insuficiencia, suplicando con muchas lágrimas al legado, que no le mandase cosa tan dificultosa, ni le echase carga que no la pudiese llevar. Mas el legado, entendiendo que aquella resistencia nacía de humildad, insistió y apretó á Hugon para que aceptase aquella dignidad y se fué con él á Roma, para ser consagrado del sumo pontífice Gregorio VII, y así lo hizo.

En este tiempo comenzó el demonio á molestarle con una tentacion muy pesada y congojosa, que le duró hasta la última enfermedad, de que murió. La tentacion era de blasfemia, y de sentir alguna cosa indigna de Dios, y especialmente de la Divina providencia y gobierno; pues permite algunas veces que hombres malvados y perversos tengan el mando, y atropellen y persigan á los buenos, y que algunos prelados no entren por la puerta y alcancen por dinero la dignidad que se debe á la virtud, y otras cosas semejantes que permite el Señor para sacar muchos é importantes bienes de ellas, sin los cuales no las permitiera: y los juicios del Señor, aunque ocultos, no dejan de ser justos, y un abismo sin suelo; y nosotros los debemos reverenciar y no escudriñar. Pero el demonio fatigó mucho á san Hugon con estos pensamientos penosos y desatinados, por espacio de cuarenta años, sin sacar ganancia alguna, porque siempre el valeroso soldado de Cristo salia victorioso. Llegó á Roma con el legado, y dió parte al sumo pontífice, así de su insuficiencia para ser obispo, suplicándole humildemente que le exonerase de aquella carga, como de la afliccion perpetua que traia consigo mismo, por aquella tan importuna guerra y bateria continua de Satanás. El santo pontífice le consoló y animó con sus palabras de verdadero padre y pastor, y le exhortó á bajar la cerviz, y encargarse de la iglesia de Grenoble, y esperar en el Señor que le daría victoria de tan porfiado y cruel enemigo; porque con aquel fuego de tribulacion y angustia se afinaria y resplandeceria mas el oro de la virtud, y que á la medida del trabajo de la pelea seria la de la gloria, de la virtud y de la corona eterna, que alcanzaria de Dios.

Estaba á la sazón en Roma la condesa Matilde, señora no ménos piadosa que poderosa, la cual, sabiendo las calidades que concurrían en Hugon, le favoreció, y presentó

grandes dones y todo lo necesario para su consagracion, que se hizo por mano del papa, del cual, tomada su bendicion, se despidió Hugon y se partió para su obispado; y la condesa Matilde, mientras que vivió, tuvo gran cuenta con el santo obispo Hugon, escribiéndole y regalándole, y sacando provecho de su comunicacion; porque con sus palabras era enseñada; y con sus oraciones favorecida.

Muy lleno de espinas y malezas halló Hugon el campo de la iglesia de Grenoble: casábanse públicamente los clérigos, y cometían simonías; los legos estaban enredados en logros y usuras; los hombres sin fidelidad y las mujeres sin vergüenza; los bienes de la Iglesia enajenados; las rentas del obispado perdidas, y todas las cosas en suma confusion. Afligióse el santo prelado; mas no desmayó, aunque algunos años padeció necesidad grande, aun cuanto á la comida y propio sustento. Volvióse al Señor, y pidióle su favor: ayunaba, oraba, lloraba y gemia en su acatamiento, y tomaba los otros medios para sanar la roña de aquel ganado que el mismo Señor le habia encomendado, ya predicando á todos en comun, ya exhortando á algunos en particular, ya haciendo en todo oficio de santo y vigilante pastor. Habiendo gastado en esto dos años, pretendió dejar el obispado, ó por parecerle que hacia poco fruto, ó con deseo de mas humilde y seguro estado, y tomó el hábito de monje de la orden cluniacense, en un monasterio llamado *Domus Dei*, Casa de Dios, donde estuvo un año como novicio, con grande religion, humildad, ejemplo y admiracion de los religiosos antiguos. Pero sabiendo esto el sumo pontífice, le mandó volver á su obispado; y él obedeció con gran presteza y rosignacion, y tornó á su Iglesia con mayor fervor que cuando se partió de ella, y procuró conservar en su casa y gobierno, en cuanto pudiese, todo lo bueno que habia aprendido en el monasterio, y tener consigo algunos varones religiosos de vida perfecta, deseando ser santo con ellos.

Pasados tres años, despues que volvió, vino al santo obispo, guiado de Dios, san Bruno con otros seis compañeros, como á un comun refugio y puerto seguro, huyendo de las ondas y tempestades del siglo, para comenzar en su diócesis la sagrada religion de la Cartuja; y el santo obispo los acogió, hospedó, animó y acompañó hasta un lugar fragoso y áspero, que se llamaba la Cartuja, donde dieron principio á su santo instituto, como mas largamente lo diremos en la vida de san Bruno, á los 6 de octubre. Pero san Hugon quedó tan pagado de la conversacion de san Bruno y de sus bienaventurados compañeros, que muchas veces se iba á aquel lugar sagrado, y se estaba con ellos, nó como obispo, sino como el menor y mas humilde de todos, ocupándose en servirlos, y en hacer todas las cosas mas viles y bajas de la casa, con tanto fervor, que estando de dos en dos en cada celdilla, por la pobreza y estrechez del convento, el compañero de san Hugon se quejaba de que no le trataba siquiera como á compañero, sino que como si el santo obispo fuera su criado, así hacia todos los oficios bajos que tocaban á los dos; y fué menester irle á la mano, y que san Bruno le dijese que se volviese á su iglesia á tener cuidado de las ovejas que le habia encomendado el Señor. Pretendió vender cierta cabalgadura que tenia, y dar el precio á los pobres, é irse á pie predicando por los pueblos; pero san Bruno no consintió, así por evitar la singularidad, como por el daño

que podia recibir su poca salud; porque por sus muchos ayunos y oraciones, estudios y otros santos ejercicios, nuestro Señor le probó con un dolor de cabeza y de estómago muy grande, que le duró cuarenta años; y con esta cruz, y con la tentación de blasfemia que padeció, como dijimos, le labró el Señor, y le hizo digno de sí.

Haciase leer la sagrada Escritura á la mesa, y cuando habia algun paso notable, mandaba al lector que le repitiese dos ó tres veces: y era tanto el sentimiento y gusto que Dios le comunicaba, que prorrumplia en lágrimas con tanta abundancia, que le era necesario dejar la comida ó que se dejase la lección. Este mismo don de lágrimas tuvo, cuando oia confesiones; porque derramaba tantas, que movia á los penitentes á llorar gravemente sus pecados, viendo que san Hugon los lloraba tan amarga y copiosamente. Confesaba á las mujeres; pero con gran cautela y recato, no oyéndolas en rincones ni en lugares oscuros, sino donde pudiesen ser vistas de muchos: y aunque ponía diligencia en oír y entender sus culpas; mas apartaba de ellas su vista: y en esto de mirar á las mujeres, fué tan extremado su recato, que con haber sido obispo mas de cincuenta años, y tratado muchos negocios con muchas señoras principales, que por la mucha fama de su santidad y por razon de su oficio acudian á él; afirmó que no conocia de rostro ninguna mujer de su obispado, sino á una vieja y fea que servia en su casa. Vino una vez á él una mujer muy afeitada y compuesta; y despues de haberla hablado un rato, cuando se fué, algunos siervos de Dios que habian estado presentes, dijeron al santo, que ¿por qué no habia reprendido á aquella mujer el venirle á hablar con aquellos afeites? Y él respondió: porque no ví si estaba afeitada. Y de otra vieja, que le habló, dijo que no habia mirado si era moza ni vieja. A este propósito decia que no sabia como podia dejar de tener males pensamientos, el que no sabia refrenar los ojos; pues, como dice Jeremias, muchas veces la muerte entra por ellos; y que no solamente de mujeres se ha de apartar la vista, sino tambien de hombres deshonestos; porque así como el que pone los ojos en un hombre airado, parece que toma ira, y el que mira al que está triste, se entristece; así de mirar á un deshonesto, parece que se pega su deshonestidad; y que tiene tanto que hacer el hombre en vencer sus propias pasiones, que debe excusar el encargarse de ajenas y querer luchar y tener guerra con ellas. No ménos cuenta tenia en refrenar los oidos, y oír murmuraciones; y decia, que bastaba á cada uno saber sus pecados, para llorarlos, sin querer saber los ajenos y dañar su conciencia. Era enemigo de oír nuevas, y mas de referirlas á otros, y reprendia á sus criados si los veía entretenerse en risa y palabras ociosas. Esmeróse en decir la verdad, en tanto grado, que un conde llamado Guido, hombre poderoso y gran contrario suyo, estando enojado contra el santo, confesó que nunca habia oido mentira de su boca. Su caridad y mansedumbre fué singular, así en sufrir las injurias que le hacían, como en rogar á Dios por los que se las hacían y dar bien por mal. Era tan benigno y misericordioso, que fuera de lo que para su moderado gasto era necesario, todas sus rentas las partía entre los pobres, nó como señor, sino como dispensador: y muchas veces se reprendia y acusaba; porque la miseria que tomaba para su sustento, parecia que lo quitaba á los pobres. Y si venia algun año de hambre, no perdonaba á su ani-

llo y á un cáliz de oro, que tenia; porque todo lo vendia, para remediar á los que tenían necesidad; y viendo esto algunos señores y personas de cuenta, le enviaban largas limosnas, para que las distribuyese á su voluntad y las encomendase en sus oraciones á Dios.

Tenia particular cuidado de hacer amistades entre personas discordes: y cuando no bastaban palabras, se echaba á sus piés, y algunas veces en medio del lodo en presencia de los agraviados, y se estaba allí hasta que le concedian lo que pedia; y con esta humildad no habia corazón tan duro que le resistiese. En el predicar fué fervoroso y eficaz; porque hacia lo que decia: no pretendia ser alabado de letrado ni de elocuente, sino de ser útil y provechoso á las almas de los que le oían; de las cuales algunas se movian tanto con sus sermones, que aconteció oyéndole dar voces, confesar algunos publicamente sus pecados, como lo hizo entre otros una mujer que habia muerto con ponzoña á su marido: tanto era el dolor que tenia en su corazón, por haber cometido aquel pecado, que no miró dónde estaba ni quién la oía, por la fuerza y vehemencia de su contrición. Todas las virtudes fueron raras y admirables en este santo obispo, y sobre todas la humildad; porque con ser tan adornado de todas, sentia tan bajamente de sí, que se tenia por siervo inútil, y decia que ocupaba silla de obispo, y tenia autoridad de obispo, y gozaba de las rentas de obispo; y no tenia obras, ni merecimientos de obispo. Con este conocimiento y profunda humildad siempre deseó dejar su iglesia, teniéndose por indigno de ella y suplicó al papa Honorio II que le descargase, alegando su vejez y continuas enfermedades; mas el papa le respondió, que mas aprovechaba al pueblo, viejo y enfermo, que otro sano y de ménos edad. Y no se contentó con pedir esto por sus embajadores, sino que él mismo fué en persona á Roma para persuadirselo al papa; pero no pudo. Despues habiendo sucedido en el pontificado Inocencio II de este nombre, tambien le hizo la misma instancia, para que proveyese á su iglesia de digno pastor; pero el papa estuvo muy en sí y no se lo quiso conceder, por las mismas razones que se lo habia negado su predecesor: y con mucha razon se lo negó, si miramos la vida inculpable de este santo obispo, y el fruto que hizo en su iglesia de Grenoble y en toda la Iglesia universal; porque cuando entró en su iglesia, la halló tan estragada y perdida, como dijimos arriba; y cuando murió, la dejó muy reformada, acrecentada é ilustrada en todo. Y con el favor que dió á san Bruno y á sus bienaventurados compañeros, para fundar y llevar adelante la sagrada órden de la Cartuja, que tanto resplandeció en santidad y resplandece hoy en todo el mundo, le hizo un singular beneficio, y la acrecentó por la gran parte que tuvo en otros muchos monasterios que se fundaron con su favor. Y no ménos le fué provechoso á la Iglesia universal; porque habiendo levantado un cisma Pedro Leon, queriendo ser él papa contra el verdadero papa Inocencio II; y juntándose concilio en Francia, para declarar cuál de los dos era el verdadero vicario de Cristo; el siervo de Dios Hugon fué al concilio, donde fué excomulgado, como cismático, Pedro Leon: y enviándose traslado de la excomunion por diversas partes de la cristiandad; el ir con la firma y autoridad del santo obispo Hugon fué gran parte, para que Pedro Leon perdiese el nombre que con algunos tenia. Y fué tanto mas de estimar en esta declaracion la

rectitud y entereza de san Hugon, cuanto le estaba mas obligado á Pedro Leon, por algunas buenas obras que de él y de su padre habia recibido; pero ninguna cosa valió en el pecho del santo contra la verdad.

La enfermedad de san Hugon iba cada dia creciendo, y disminuyéndose al mismo tiempo aquella tentacion de blasfemia, que tantos años le habia afligido siempre sin culpa y nunca sin mérito suyo; para que entendamos que las tentaciones que padecemos, aunque sean congojosas, y duren mucho, no por eso dejan de ser meritorias y provechosas á los que las toman por ejercicio de virtud y materia de mayor corona. Con la enfermedad vino á perder la memoria de las demás cosas, sino era de las divinas y que tocaban al bien de su alma: y era cosa maravillosa el ver que no conocia algunas veces á los que tenia delante; y que si le preguntaban cosas espirituales, les respondia y daba documentos admirables: y tenia en la memoria los salmos, oraciones, himnos y otras cosas devotas, y continuamente las decia y repetia, estando olvidado de las demás: que es cosa rara y contra el uso de nuestra naturaleza, que mas fácilmente se olvida de las cosas espirituales que de las temporales, y de las que aprendió el hombre, siendo ya viejo que de las que bebió en su niñez. Repetia tantas veces sus oraciones, que á diez religiosos legos, que de algunos monasterios habian venido para servirle, los cansaba, pareciéndoles que era dañosa para la flaqueza de su cabeza y enfermedad aquella tan frecuente repetición; y juntamente con esto tenia tanta paciencia en su enfermedad, que á los que le servian, ninguna cosa les pedia, mandándosela, sino rogándosela por Dios, y diciendo: Dios te pagará, hermano, esa caridad que usas conmigo. Y si alguno acaso mostraba poco gusto en servirle y en hacer lo que decia, luego se daba golpes en los pechos y se acusaba y decia la confesion y la letanía, como penitenciándose á si mismo. Estando ya muy al cabo de su enfermedad, vino un conde, grande amigo suyo, á visitarle; y el santo le amonestó que no cargase á sus vasallos con demasiados pechos y tributos, si no queria que Dios le castigase rigurosamente: y el conde quedó admirado cuando esto oyó, y dijo que sin duda Dios se lo habia revelado; porque solo lo tenia trazado y determinado consigo, y aun no lo habia puesto en ejecucion ni lo pondria. Agravándosele la enfermedad, y padeciendo dolores gravísimos, aunque con grande sufrimiento y paciencia, llegó la dichosa hora en que el Señor le queria llevar para sí y darle el premio de la retribucion eterna: y así el año de 1132, el dia 1.º de abril, viernes ántes del domingo de Ramos, al canto del gallo, murió el santo prelado, siendo de ochenta años y en el de cincuenta y dos despues que fué consagrado obispo. Estuvo su cuerpo sin sepultura hasta el martes de la semana siguiente, fresco y sin mal olor: halláronse á su entierro tres obispos y una multitud de pueblo innumerable, no solo de su ciudad de Grenoble, sino de otras partes remotas, que llegaban á besarle los piés, y tocaban á su cuerpo anillos, monedas y rosarios para tenerlos en veneracion. Fué sepultado en la iglesia de la Madre de Dios, y allí es reverenciado de los fieles, y Dios hizo por él muchos milagros. Escribió su vida el padre Diego Guigon, quinto prior de la gran Cartuja, á quien escribe san Bernardo algunas de sus epistolas; y escribióla por mandado del papa Inocencio II, que lo canonizó y puso en el ca-

tálogo de los santos: tráela Surio en su segundo tomo; y el mismo san Bernardo visitó á san Hugon, y tuvo estrecha amistad con él y le reverenció, como se saca de su vida lib. III, cap. 1, postrándose á sus piés; y el Martirologio romano hace mención de él al 1.º de abril, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y Juan Molano en las que añadió al de Usuardo y Pedro Sutor, cartujano, en el lib. II, cap. 7, que escribió de su orden, y Pedro Cluniacense, lib. II, cap. 7, 8 y 12, y otros.

* SAN VENANCIO, OBISPO Y MÁRTIR.—Se presume con algun fundamento que este santo fué español, y que renunciando los placeres del mundo, entró en la orden de San Benito en el monasterio llamado de San Cosme y San Damian, contiguo á la ciudad de Toledo, llamado antiguamente Agariense. En dicho monasterio fué distinguido con el cargo de abad, atendida su virtud y piedad, y promovido despues al episcopado de aquella ciudad empleando su celo y fervor en promover los intereses de la religion que le eran confiados, siendo un ejemplar modelo de obispos. Distinguióse en tan elevada dignidad por su extraordinaria caridad, de la que dió pruebas en aquellos años de esterilidad de que se vió afligida la España, no solo entre sus feligreses, sino tambien dispensándola á las demás provincias. Pasó este santo á Panonia, en cuya espedicion logró la palma del martirio, por haber defendido con teson la fé de Jesucristo, segun se cree por los años 603. Los dipticos de la iglesia de Toledo, y el oficio y misa dedicados á su culto, como se nota en un breviario romano, impreso el año 1556, acreditan que la memoria de san Venancio fué ya celebre en la antigüedad. Ignórase el lugar donde murió este santo, así como tampoco se sabe donde nació.

SANTA TEODORA.—Esta matrona romana, hermana del ilustre mártir san Ermeto, fué martirizada en el imperio de Adriano, por orden del juez Aureliano, en Roma, por los años 117. El principal motivo de su martirio fué el haber dado sepultura, juntamente con santa Balbina, al cuerpo de su hermano, al cual se reunió luego, siendo tambien sepultada en la via Salaria, no muy léjos de la ciudad.

SAN VÍCTOR Y SAN ESTÉBAN, MÁRTIRES.—Nada se sabe de estos santos, sino que derramaron su sangre en Egipto. La iglesia de Milan tiene un misal antiguo en que se hace de ellos conmemoracion.

SAN QUINCIANO Y SAN IRENEO.—Estos dos santos derramaron su sangre en testimonio de la fé de Jesucristo en Armenia, durante la persecucion de Marco Aurelio.

SAN MACARIO, CONFESOR.—Nació en Constantinopla, y habiendo quedado huérfano, fué educado en las sagradas letras y en la piedad. Su principal estudio era la santa Escritura: por ella conoció las vanidades y locuras del mundo, y decidió emplearse todo entero á adquirir tesoros celestiales que debian hacer despues su felicidad en la otra vida. Lleno de estas ideas dejó la ciudad y se encaminó á un monasterio llamado Pelecetes, y allí confundido con los otros monges, empezó su nuevo género de vida con tanta austeridad, que no queriendo conservar absolutamente nada de los recuerdos del siglo, dejó hasta el nombre de Cristóbal que en él tenia, y se llamó en adelante Macario. Adelantó extraordinariamente en los caminos de perfeccion, y á pesar de su humildad y retraimiento fué elegido abad de aquel monasterio, cargo que

desempeñó con todas las virtudes de un santo. Sus portentos le valieron el título de Taumaturgo, y tuvo principalmente el don de curar todo género de enfermedades. Su fama llegó al obispo de Constantinopla, que le obligó á recibir órdenes sagradas; y desde entonces se dedicó con tanto celo al ministerio de la predicacion, que fué en persona á reprender al mismo emperador Leon en su palacio por la persecucion que habia declarado á las santas imágenes. Por este motivo fué Macario desterrado á la isla Afuria, donde al cabo de poco tiempo murió glorioso en milagros, el año 830.

SAN VALERICO, ABAD. — Nació en Amiens, de unos pobres pastores: dedicóse en sus primeros años al ejercicio de sus padres, aprendiéndose al propio tiempo por sí mismo las primeras letras y el salterio. A la edad de veinte años abrazó la vida monástica, y algunos despues fué ordenado sacerdote: era la lumbrera de todos los religiosos de su siglo. Humilde, sufrido, caritativo, celoso y siempre amable, cautivaba los corazones y se ganaba todas las voluntades. Cuando hablaba en público, un inmenso gentío acudia á oír sus exhortaciones, y el resultado era siempre ganar almas para Dios. Dotado del don de milagros, resplandecía en todas partes con el resplandor de sus virtudes y con la luz de la omnipotencia, cuyo sello imponia muchas veces el Señor á sus palabras. Empeñó varias peregrinaciones á tierras distantes, con la sola mira de los intereses de Dios: fué siempre pobre, casto, incansable; en sus acciones y palabras no se veia nunca mas que un fin, la gloria del Señor y la prosperidad de la Iglesia. Por fin, siendo ya de edad muy avanzada, acabó santamente sus dias el año 649, y su sepulcro fué célebre en milagros.

DIA 2.

SANTA MARÍA EGIPCÍACA. — Habiendo vivido en un monasterio de Palestina muchos años en gran perfeccion de vida un santo monge llamado Zosimas, se pasó á otro monasterio que estaba junto al rio Jordan, por particular instinto é inspiracion de Dios. Salió una vez (como lo acostumbraban hacer cada año todos los monges de aquel monasterio en el principio de cuaresma, despues de haber recibido la sagrada comunión), para entrarse mas adentro del desierto, y darse mas de veras á la penitencia, oracion y contemplacion del Señor, sin que ninguna cosa de la tierra le divertiese de tener el corazon fijo en las del cielo, y con deseo de hallar algun ermitaño que le enseñase el camino de la perfeccion; porque aunque él se habia ejercitado en ella toda su vida, todo lo que habia hecho le parecia poco; y no acordándose de lo que habia granjeado, anhelaba á lo que le faltaba. Veinte dias habian ya pasado despues que salió del monasterio, cuando estando en oracion á hora de sexta, vió cerca de sí una como sombra de cuerpo humano. Turbóse al principio algun tanto, pensando si era alguna fantasma; pero haciendo la señal de la cruz desechó aquel vano temor: y habiendo ya acabado su oracion, y mirando con mas atencion aquella figura, le pareció que era mujer: cuyo cuerpo estaba tostado y denegrido por los calores del sol: tenia pocos cabellos, y que solamente le llegaban hasta la cerviz; pero eran blancos como lana. Deseó Zosimas saber quién era y hablar con ella: porque desde que salió al desierto no habia visto persona humana, ni animal de la tierra, ni

ave del cielo: y acercándose á ella, comenzó á huir á lo mas apartado de aquella soledad. Olvidado Zosimas de su cansada edad y flacas fuerzas, iba corriendo tras ella, y al fin la vino á alcanzar; y estando cerca de ella que le pareció que le podia oír, le dijo con tiernas y copiosas lágrimas: ¿Por qué huyes de mí, sierva de Dios? Mira que soy viejo y pecador. Yo te pido y te conjuro por aquel Señor á quien sirves en esta soledad, que me aguardes y te compadezcas de mí. Oyendo estas palabras, ella se volvió al santo viejo y le dijo: Abad Zosimas, por Dios te pido me perdones; que soy mujer y estoy desnuda como ves, y por eso no puedo esperarte: mas si quieres que lo haga para que des á esta pecadora tu bendicion y hagas oracion por mí, dame ese tu manto con que pueda cubrir mi desnudez. Espantóse Zosimas cuando se oyó nombrar por su nombre, de persona á quien nunca habia hablado ni visto; y entendió que era negocio de Dios. Arrojó luego su manto y apartóse á la otra parte, para que la mujer lo pudiese tomar mas honestamente y cubrirse con él y hablarle. Estando ya cubierta llegó á donde él estaba, y díjole: ¿Qué quieres de esta mujer miserable y pecadora, ó padre Zosimas, que con tanta diligencia me has seguido? Hincóse luego de rodillas, pidiéndole su bendicion; y ella hizo otro tanto, y le dijo: Mas razon es, padre Zosimas, que tú me bendigas á mí, pues eres sacerdote, y ha tantos años que te llegas al altar del Señor y participas de sus divinos dones. Oyendo estas palabras se turbó aun mas el santo viejo que cuando se oyó nombrar por su nombre, porque juzgó que Dios estaba en aquella mujer y le habia revelado quién era: y temblando con voz quebrantada y que apenas podia salir de su boca, y acompañada de muchas lágrimas y sollozos, la respondió: Por esa parte verdad es que yo te hago ventaja; pero tú me la haces á mí en ser mas agradable á Dios: pues á tí te ha descubierto quien yo soy; y á mí me ha encubierto quien eres tú. Pídotte por el Señor, á quien sirves, que me consuelen con tu bendicion: y ella convencida de sus lágrimas y piadosos ruegos, dijo: Bendito sea el Señor que procura la salud de nuestras almas; y Zosimas respondió: Amen; y con esto se levantaron los dos. Entonces ella le dijo: Dios te ha movido, Zosimas, á entrar en esta soledad para que vieses á esta pobre pecadora. Dime (yo te ruego), ¿cómo está la cristiandad? ¿Qué emperadores gobiernan el mundo? ¿Tiene paz la Iglesia ó es perseguida de tiranos? Y habiendo satisfecho á lo que le preguntaba, le rogó Zosimas que hiciese oracion por él, para que Dios le diese gracia de acabar bien la vida en su servicio: y ella por obedecer se apartó un poco de él, y volviendo el rostro á oriente, y alzando sus ojos y manos al cielo hizo oracion; y mientras que oró estaba un codo levantada del suelo: de lo cual fué tanto el temor que sobrevino al santo viejo, que cayó en tierra diciendo: «Misericordia, Señor;» dudando mucho que no fuese algun espíritu y no persona humana la que allí oraba. Mas acabada la oracion llegóse la mujer, y trabando de él le dijo: ¿Qué es, ó abad Zosimas, lo que te escandaliza y revuelves en tu corazon? ¿Dudas si soy espíritu? Ten por cierto que soy mujer y pecadora, y polvo y ceniza. Asegurado Zosimas que era mujer y no espíritu, le pidió encarecidamente que le dijese quién era, y cuál habia sido su vida, y por qué hacia tal penitencia, y que no le encubriese cosa; porque entendia que Dios por este efecto le habia traído

allí para manifestar por este camino sus maravillas. Fué tanto lo que Zosimas apretó á la santa mujer, que despues de haberse excusado y dicho que su vida habia sido tan abominable, que ni ella la podía decir sin vergüenza, ni él oirla sin espanto, y que el mismo aire se inficionaria; al fin se la contó, y le dijo: que ella habia nacido en Egipto, y siendo de doce años se habia huido de la casa de sus padres é ido á la ciudad de Alejandria, donde habia perdido su virginidad, y con ella toda su vergüenza y modestia que es propia de mujeres: porque eran tan grandes las llamas del fuego infernal de la lujuria que la abrasaban, y tan extraño el deleite que sentia en ofender á Dios con su cuerpo, que gastó diez y siete años en todo género de torpezas, nó por precio ni dones que le diesen, sino solo por su gusto: porque le parecia que el mayor precio de su deshonestidad era el deleite que en cometerla recibia: y que por eso no queria recibir nada de nadie aunque se lo ofreciese, sino que ella se sustentaba, ó de lo que pedia por las puertas, ó del poco de estopa que hilaba: y que habia sido como una puerca, que se revuelca y se entretiene y recrea en el cieno sucio y abominable, y como un muladar y una red del demonio, enlazando las ánimas de todos cuantos trataba: y que habia sido está con tanta rotura, que viendo un día que se embarcaba mucha gente en Alejandria en una nave para navegar á Jerusalem y hallarse en ella el día de la Exaltacion de la Santa Cruz, le vino gana de pasar ella tambien en aquella nave; y no teniendo dineros para pagar el flete, entregar por él su cuerpo á todos los que quisiesen: y así, arrojando la ruca que tenia, se entró en la nave provocando á los pasajeros que ya estaban en ella, con gestos y movimientos lascivos á risa y disolucion: y que en aquella navegacion habia provocado y enredado á muchos, siéndoles incentivo y causa de su perdicion; de tal manera, que ella misma temia y temblaba, como la mar no la habia tragado, y la tierra no la habia hundido, y el Señor no la habia arrojado en lo mas profundo del infierno. Díjole mas: que llegando á Jerusalem habia añadido culpas á culpas, pecados á pecados y maldades á maldades, siendo en tierra la misma que habia sido en el mar, y en Jerusalem la que habia sido en Alejandria. Añadió: que el día de la Exaltacion de la Santa Cruz, yendo todos al templo para verla y adorarla, ella tambien se quiso entrar: y juntándose con la muchedumbre de la gente que iba al templo, cuando llegaba á la puerta de él nó podia en ninguna manera entrar, entrando los demás sin impedimento alguno; porque le parecia que la detenian y le hacian resistencia para que no entrase. Y habiendo probado á entrar tres ó cuatro veces con fuerza; visto que todas le salian en vano, comenzó á pensar qué podia ser la causa, que entrando todos los otros tan fácilmente en el templo, ella sola no pudiese entrar: y que pensando en esto, un rayo de la luz divina la habia alumbrado y abierto los ojos para conocer su mal estado, y que siendo tan fea y abominable su alma, no merecia entrar en aquel santo y glorioso templo del Señor; y que de este sentimiento le habia venido una gran compuncion y dolor de sus pecados, y habia comenzado á herirse los pechos y llorar muchas lágrimas: y viendo allí una imágen de la gloriosísima Virgen Maria nuestra Señora, con entrañables suspiros se habia vuelto á ella, y dichola con gran ternura: Virgen gloriosa, que engendraste segun la carne á Dios verda-

dero, bien sé que no soy digna de mirarte, ni que tú me mires: porque tú siempre fuiste castisima y purisima; y yo en el alma y en el cuerpo soy un albañer de inmundicias: mas, pues Dios se hizo hombre para salvar á los pecadores, no me deseches, Señora; porque estoy sola, y no tengo otra ayuda ni refugio sino á tí. Dame licencia para que entre en el templo y vea el salutifero madero de nuestra redencion; que yo te prometo de no ensuciar mas mi cuerpo con deleite carnal, y que en viendo la santa Cruz daré de mano á todas las cosas del siglo, y entraré por aquella estrecha senda de salud que tú me mostrares. Hecha esta oracion, confortada con el favor de la Virgen, le dijo, que se habia juntado con la gente y probado si podría entrar, y que luego entró sin dificultad alguna: y que estando en el templo vió la santa Cruz que se mostraba á todos con gran pavor y temblor, considerando sus graves pecados; y que habiendo cumplido con sus devociones se volvió al lugar donde estaba la santa imágen de la Virgen, á quien ántes se habia encomendado, y le dijo: Ya es tiempo, Señora, que yo cumpla lo que os he prometido: enseñadme y mostradme el lugar donde quereis que esté y lo que tengo de hacer: y que diciendo estas palabras, oyó una voz que le dijo: « Si pasares el Jordan allí hallarás reposo: » y entendiendo que aquella voz hablaba con ella, y tornando á suplicar á nuestra Señora que la tuviese de su mano, se habia puesto en camino hácia el Jordan con solos tres pequeños panes que compró de cierta limosna que un buen hombre le habia dado. Llegó aquel día al rio Jordan, derramando en el camino muchas lágrimas: lavóse el rostro y los piés con aquella agua santificada: recibió los santos sacramentos de la Penitencia y del Altar, en un monasterio de San Juan Bautista que allí estaba; y despues comió medio pan de los que llevaba, y bebió un poco de agua del Jordan, suplicando siempre á la sacratísima Virgen nuestra Señora que la guiase y le mostrase el camino por donde habia de ir; y con tan buena guia se fué alejando y entrando mas adentro, esperando la misericordia del Señor, que llama á los pecadores y salva á los que se convierten á él. Despues que hubo referido la santa pecadora á Zosimas todo lo que aqui habemos dicho; él la preguntó, ¿ cuántos años habia estado en aquel desierto, y qué manjares habia hallado en él y comido? Ella respondió: que cuarenta y siete años habia estado en aquel yermo; y que aquellos dos panes y medio que llevaba consigo cuando pasó el Jordan, se habian endurecido como una piedra, y que comiendo un poquito de ellos le habian bastado para algunos años. Quiso Zosimas saber de ella si habia tenido mucha dificultad en aquella manera de vida tan rigurosa, especialmente en los principios, y las tentaciones y batallas que habia sufrido, y cómo las habia vencido; rogándola con grande instancia que le descubriese toda su alma, como habia comenzado, sin dejar cosa que no le dijese. Y ella le respondió: que solo el pensar las batallas que habia pasado y los combates que habia tenido, le ponía grima: porque por espacio de diez y siete años habia padecido tantas y tales tentaciones, que si no fuera muy favorecida de Dios, muchas veces la vencieran y la hicieran volver á la vida pasada: porque el demonio la traía á la memoria los deleites y gustos sensuales y los regalados manjares del siglo, y especialmente el vino que ántes solia beber con abundancia: las palabras amorosas y las canciones que solia can-

lar para provocar á los hombres á que la deseasen. Mas que cuando se hallaba mas acosada de estos pensamientos feos, se arrojaba en el suelo; heria sus pechos y derramaba muchas lágrimas; y suplicaba amorosamente á la sacratísima Virgen María, que pues la habia dado por fiadora á su precioso Hijo de la enmienda de su vida, que la favoreciese en aquel trance peligroso, y la amparase y defendiese del cruel enemigo, y le alcanzase victoria de su mismo Hijo, á quien ella, confiada de su patrocinio deseaba servir; y que solia postrada juntar la boca con la tierra, ponerse en oracion, y permanecer en ella hasta que se veia cercada de una luz del cielo, con que todas aquellas tinieblas y tentaciones se deshacian, y su alma quedaba serena y consolada: y que pasados los diez y siete años habia tenido mucha paz y experimentado grandes favores en la intercesion de la Virgen. Preguntóla mas: ¿qué habia comido en todos aquellos años, y cómo lo habia pasado acerca del vestido? Y ella le dijo: que acabados los tres panes que habia traido consigo, comió las yerbas del campo por espacio de los diez y siete años, y anduvo vestida hasta que los vestidos que traía acuestas se le rasgaron y pudrieron; y que así quedó desnuda; y á esta causa habia padecido mucho y sido muy fatigada, por los rigurosos frios del invierno y los calores excesivos del verano: que despues la divina misericordia habia sustentado su alma y su cuerpo con su divina palabra, y vestidola con su gracia; y que así su comida, bebida y vestido, era la palabra del Señor: porque el hombre no vive con solo pan, sino con la palabra que procede de la boca de Dios. Y porque Zosimas se admiró que le citase palabras de la sagrada Escritura; ella le dijo, que despues que pasó el Jordan no habia visto persona viviente ni animal alguno, ni habia aprendido letras; pero que el Señor, que es Verbo Eterno, enseña la ciencia á quien es servido. Rogóle entonces ella, que mientras viviese no descubriese á nadie lo que habia oido, y que al año siguiente no saliese en la cuaresma de su monasterio como solia; porque Dios no le dejaria salir: y que la semana santa, la vispera de la cena del Señor, tomase el Santísimo Sacramento del cuerpo de Jesucristo nuestro Redentor, y se viniese con él junto al rio Jordan, para que ella le recibiese de su mano; porque no se habia comulgado desde que se comulgó en el oratorio de san Juan Bautista, por no haber quién le administrase aquel santo Sacramento, y ser voluntad de Dios que ella permaneciese en aquella soledad; y que le avisaba que dijese á Juan, abad de su monasterio, que velase sobre él, porque algunas cosas se hacian dignas de correccion: mas que no se lo dijese esto hasta que Dios se lo mandase. Acabado este razonamiento, pidiendo la bendicion á Zosimas y rogándole que suplicase á nuestro Señor le perdonase sus pecados, se despidió de él, y le dejó y se entró por aquella soledad adentro; quedándose el santo viejo deshaciéndose en lágrimas, y haciendo gracias al Señor por las obras maravillosas de su misericordia, y besando la tierra que habia pisado la que ántes habia sido tan gran pecadora, y ahora era ejemplo y dechado de penitentes. Volvió á su convento: aguardó al otro año; y quedose en él la cuaresma con ocasion de una calenturilla que le dió, sin descubrir á persona alguna lo que con aquella santa mujer le habia pasado; y llegada la vispera de la cena, tomó el Santísimo Sacramento secretamente en un cáliz, y en una cestita algunos higos,

dátiles y lantejas, y fuése al Jordan como ella le habia ordenado. Allí, habiendo aguardado un poco, y teniendo varios y congojosos pensamientos si vendria, si habia venido y no halládole; y cuando viniese, cómo habia de pasar el rio: finalmente la vió venir, y haciendo la señal de la santa cruz sobre las aguas del Jordan, pasarle á pié enjuto con grande admiracion y espanto del santo viejo, que cuando la vió se quiso echar á sus piés; y ella le dió voces, diciéndole que no lo hiciese; porque era sacerdotita y traía en sus manos á Dios; y llegando á él le pidió su bendicion, dándole gracias por haberla querido visitar. Dijeron luego los dos el Credo y el Paternoster, y comulgóla, derramando muchas lágrimas la santa mujer: la cual, levantando las manos al cielo y puesta como estaba de rodillas, dijo aquellas palabras del santo viejo Simeon: «Ahora, Señor, dejas á tu siervo en paz, segun tu palabra; pues han visto mis ojos tu salud:» y acabó con rogar á Zosimas que al año siguiente volviese al mismo lugar donde la primera vez le habia visto; porque allí la veria de la manera que Dios fuese servido. El prometió de hacerlo, y la rogó encarecidamente que tomase aquel regalo que la traía. Ella extendió su mano y tomó tres lentejas solamente, y llególas á su boca sin querer otra cosa, diciendo que la gracia del Espiritu Santo bastaba para guardar el alma sin mancilla, y que la encomendase á Dios y se acordase siempre de su miseria. Él respondió, que lo mismo hiciese ella por él y por toda la Iglesia: y con esto, haciendo la señal de la cruz sobre el Jordan, tornó á pasarle como ántes: y Zosimas se volvió á su monasterio, por una parte muy consolado por lo que habia visto y hecho; y por otra triste y congojado por no haber preguntado el nombre de aquella santa pecadora: pero consolábase que al año siguiente lo podria saber de ella.

Vino el tiempo señalado de la cuaresma, y Zosimas fué al desierto y anduvo por él buscando algunos dias á la santa, deseosísimo de hallarla; y llorando muchas lágrimas y alzando los ojos al cielo decia: Manifestadme, Señor, este tesoro escondido que á este pecador os habeis dignado descubrir. Vea yo á este ángel en cuerpo humano, con quien todo el mundo no se puede comparar. Y llegándose al lugar, donde la primera vez le habia visto y hablado, notó que salian de allí unos rayos tan claros como el sol resplandeciente; y acercándose mas, vió á la santa que estaba muerta, y su cuerpo tendido en el suelo, y bien compuesto hácia el oriente. Halló en el suelo unas letras que decian: «Entierra, abad Zosimas, el cuerpo de María, la pecadora, y da á la tierra lo que es suyo, y junta el polvo con el polvo, y ruega á Dios por mí que muero en la noche de la salutífera pasion de Cristo, á los 9 de abril, despues de haber recibido la sagrada comunión.» Entendió por estas letras Zosimas, que el nombre de aquella santa mujer era María, que luego como el año ántes habia recibido el santo Sacramento, dentro de una hora habia venido á aquel lugar, y andado todo aquel espacio de tierra, á que él habia tardado en llegar veinte dias: llegó al cuerpo y comenzó á besarle los piés: dijo el oficio de difuntos, rezando salmos y cantando himnos, conforme al uso de la Iglesia; y estando congojado por no saber cómo habia de sepultarse, vió de improviso venir un ferocísimo leon, y que lamia los piés de la santa; y entendió que Dios se le enviaba, para que le ayudase en aquel piadoso ministerio. Hizo la señal de la cruz, y mandó al leon que

cavase en la tierra y que hiciese un hoyo, en que el santo cuerpo fuese puesto. Obedeció el leon, y cavó un lugar capaz, en el cual Zosimas depositó aquel rico tesoro, quitándole el manto viejo y ya roto que ántes él le habia dado para que se cubriese, y llevándose por reliquia de aquella santa penitente. Tornó el leon á echar la tierra sobre el cuerpo; y cumplido con este oficio se partió de allí, como una mansa oveja, y Zosimas tornó al monasterio, bendiciendo y glorificando al Señor. Contó á los religiosos todo lo que habia pasado con aquella santa mujer, y ellos quedaron admirados, y dando gracias á Dios, por lo que obra en sus santos, y señalaron aquel día para celebrar fiesta con nombre de santa María Egipcíaca, penitente. El abad, inquiriendo en su monasterio, halló algunas faltas que corregir y enmendar, conforme al aviso que le dió la santa; y así las corrigió. Zosimas vivió despues en aquel monasterio mucho tiempo: y siendo ya de edad de cien años, trocó el suelo por el cielo. Fué varon santísimo, y el Martirologio romano hace mencion de él á los 4 de abril. Esta es la vida de esta santa pecadora: la cual escribió Sofronio, obispo de Jerusalem, como lo testifica Nicéforo Calixto en el libro xvii, capítulo 5 de su historia, y Pablo diácono, no el histórico de Aquileya, sino otro napolitano la tradujo al latin; y el concilio segundo Niceno, en la accion quarta, la cita: y san Juan Damasceno en la tercera oracion que escribió de las imágenes. Vivió esta santa mujer, imperando Justino el viejo, por los años del Señor de 320. El Martirologio romano y el de Usuardo ponen su vida á los 2 de abril, y los griegos en su Menologio el 1.º de abril, aunque su muerte fué en 9 del mismo mes, como se ha dicho. Trata de ella el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el séptimo tomo de sus Anales.

Pues ¿quién no se admira de vida tan admirable? ¿Quién en ella no conoce la flaqueza y miseria de nuestra carne, y eficacia del espíritu del Señor? ¿Qué torpezas y fealdades de una mujer tan pecadora! Y ¡qué bondad y benignidad de Dios; pues de vaso de ignominia la convirtió en vaso de gloria é incorrupcion! ¿A qué abismo de maldad mas profundo pudo bajar esta mujer por sí misma; y á qué cumbre de perfeccion y santidad pudo subir mas alta, ayudada con la gracia del Señor! El cual le trocó el corazon, y la armó de su espíritu, y la reformó para que resistiese á sus malas inclinaciones y envejecidas costumbres, y á las blanduras de su carne y tentaciones de Satanás; y desnuda y sin ningun abrigo padeciese tantos años las injurias del cielo, y sin comer, ni beber, ni ver á nadie, viviese como ángel en cuerpo mortal. Nadie, pues, desespere de sí por verse atascado en algun grande atolladero de innumerables pecados, mas abra los ojos á la divina luz y oiga la voz de Dios que por la tribulacion y malos sucesos le llama: tome á la Virgen sacratísima por abogada é intercesora, y déjese llevar de ella, como lo hizo esta pecadora: siga el camino que Dios le mostrare, que poderoso es él para sacar de las espinas rosas, y miel de la hiel, y de la muerte vida, y para poner por ejemplo de toda santidad en su Iglesia á los que estuvieron en algun tiempo sumidos y anegados debajo de las ondas de sus abominaciones; que así lo hizo con María Egipcíaca cuya vida acabamos de escribir. Fué de tan grande eficacia para algunos que la leyeron, que dieron de mano á todas las cosas de la tierra, y se entregaron totalmente al

servicio del Señor; como lo hizo san Juan Columbino, caballero senés é instituidor de la religion de los jesuatos.

SAN FRANCISCO DE PAULA, FUNDADOR.—La vida del bienaventurado san Francisco de Paula, padre y fundador de la sagrada religion de los mínimos, sacada de la bula de su canonizacion, de las lecciones que el papa Sixto V mandó hacer y poner en el Breviario romano, y rezarle en su fiesta, y de la crónica de su vida, muerte y milagros es de esta manera.

Fué san Francisco de una villa de Calabria, llamada Paula que está como una jornada de la ciudad de Cosenza, cabeza de aquella provincia. Su padre se llamó Diego Martoliilla, y su madre Viena. Eran pobres, pero piadosos y honestos. Estuvieron muchos años sin hijos, pidiéndolos con mucha devocion al Señor, y poniendo por intercesor al glorioso patriarca de los menores san Francisco: finalmente, por sus santas oraciones, alcanzaron lo que tanto deseaban, y les nació este hijo, al cual por esta causa llamaron Francisco, como dado de la mano de Dios, por los merecimientos y ruegos de san Francisco. Criáronle desde niño en temor santo del Señor: y él era tan bien inclinado que tenian poco que hacer sus padres con él; ántes él iba delante á sus deseos con sus obras, y siendo ya de trece años, se retiró á un yermo, y estuvo en él como seis años haciendo una vida mas de ángel que humana. Hacia mucha penitencia: ayunaba mucho: oraba mucho; y los días y noches gastaba en la meditacion de las cosas divinas, y en la contemplacion de aquel Señor que le habia criado para tanta gloria suya, y provecho de tantos hijos como despues le siguieron, y para lustre y ornamento de su santa Iglesia. Comenzó á extender luego la fama de su santidad, y movió á muchos para que viniesen á buscarle y le rogasen que les enseñase el camino del cielo: y él, inspirado del Señor y abrasado de su amor, mirando mas al provecho de los prójimos que le buscaban, que al gusto que tenia en aquella soledad; salió de ella y volvió á su patria, y comenzó á sacar los cimientos para edificar una Iglesia, trayendo él mismo sobre sus hombros la madera, piedra y los otros materiales que eran menester para el edificio; y concurriendo de toda aquella comarca mucha gente devota, para ayudarle con sus trabajos y limosnas. Pero como hubiese el santo trazado una iglesia pequeña y angosta, aparecióle un fraile vestido de hábito de san Francisco, y rependióle por haberla comenzado tan pequeña, y mandóle que la derribase, y trazase otra mas grande y capaz. Y como san Francisco de Paula le dijese que él no tenia fuerzas ni caudal para labrar iglesia tan grande, el fraile le respondió: que confiase en Dios; porque no le faltaria en ninguna manera; y derribadas las paredes de la iglesia y despues comenzada, desapareció el fraile: y se tuvo por cierto que habia sido san Francisco, y en confirmacion de lo que le dijo, luego al día siguiente un caballero de Cosenza vino á él, y le dió gran cantidad de oro y plata, para el edificio de la iglesia que habia comenzado, y con el favor del Señor la acabó muy mayor que ántes habia pensado.

De aquí comenzó á instituir la órden de sus religiosos que por su grande humildad quiso que se llamasen mínimos: y para que se tuviesen por tales, él mismo, con ser padre y general corrector y maestro de todos, les daba ejemplo, teniéndose por el menor de todos y abatiéndose á las cosas mas humildes y mas bajas, sirviéndoles

á la mesa, barriendo la iglesia, y lavando con sus propias manos los paños y hábitos de los otros frailes, aunque fuesen novicios. Y no era ménos maravilloso el ejemplo que les daba en la aspereza y penitencia: porque andaba siempre con los piés descalzos, por la nieve, por el hielo, por las piedras duras y agudas, y por las mismas espinas y abrojos; aunque nuestro Señor le favorecía de manera que no sentía daño en los piés. Dormía en el suelo: disciplinábale las noches: andaba vestido de un paño grosero de lana: comía un poco de pan y bebía agua una vez cada día despues de puesto el sol: y si se hallaba muy flaco y debilitado, añadía algunas yerbas ó legumbres, algun pececillo ú otro manjar de cuaresma: y mandó que sus frailes, á los tres votos solemnes que hacen añadiesen el cuarto de la abstinencia cuaresmal, por el cual se obligan á no comer cosa en toda la vida que no sea de cuaresma, sino en caso de enfermedad. Guardó castidad perpetuamente. Era en sus palabras muy afable y humano: de manera que ninguno venía á él que no volviese enamorado de su dulzura y virtud, y encendido del espíritu del Señor, y con nuevos deseos de servirle. Tuvo tan grande teson y perseverancia en la aspereza y rigor de su vida, desde la niñez y mocedad, hasta la vejez y edad ya decrepita que perpetuamente guardó el mismo modo de vivir en las vigiliias y ayunos, abstinencias y aflicciones del cuerpo. Conforme á su vida tan rigurosa y ejemplar, y á sus altas virtudes y merecimientos, le ennobleció nuestro Señor, y le hizo esclarecido y glorioso, con muchos grandes milagros que obró por su intercesion: de tal manera y con tanta abundancia de su divina gracia, que parecia que le habia hecho señor de todas las criaturas, y que todas ellas le obedecian: el fuego, el aire, el mar, la tierra, la enfermedad, la muerte, los animales, los hombres y los demonios estaban sujetos á la voluntad de este santo y humilde varon: porque libró del demonio á algunos que eran atormentados de él: dió vista á los ciegos, lengua á los mudos, salud á los enfermos incurables y vida á los muertos; y los elementos y el mismo fuego perdía su fuerza para con él, pisándole sin lesion alguna, y trayendo en sus manos las brasas ardiendo, y entrando en un horno encendido y apagando las llamas, sin detrimento alguno: y pasando por mar desde Calabria á Sicilia, él y su compañero sobre su hábito tendido en las ondas del mar con grand seguridad y confianza, espantándose los marineros que le habian dejado á la orilla del mar, porque no tenia qué darles ni con qué pagar el flete que le pedian. Tuvo don de profecía, y pronosticó y dijo muchas cosas ántes que sucediesen: y finalmente, en vida y muerte resplandeció con muchos y raros milagros que se pueden ver en la bula de su canonizacion, y en la crónica de su vida, muerte y milagros que escribió el P. Fr. Pedro Mena, generalísimo de la sagrada orden de los mínimos, por este santo fundó: por los cuales ella se dilató primero por Italia, y despues por las demás provincias de la cristiandad, y especialmente en el reino de Francia, en donde el rey Luis X de este nombre en gran manera la favoreció.

Porque estando este rey enfermo y casi sin esperanza de remedio, y habiendo intentado sin provecho todos los que la medicina é industria humana á un rey tan grande y poderoso podian ofrecer; suplicó á Sixto IV, que entonces presidia en la Iglesia de Dios, que mandase á san Francisco de Paula que le fuése á ver á Francia, pensando

por este medio alcanzar la salud que por tantos otros no habia podida alcanzar. Fué el santo por pura obediencia del vicario de Cristo á la tierra que ántes á ruegos del mismo rey no habia querido ir, y fué de él recibido con grande honra y reverencia: y habiendo sabido del rey el intento que habia tenido en llamarle y hacerle ir á Francia, y hecha oracion por su salud, le dijo: que no era la voluntad de Dios dársela: que tuviese paciencia y se conformase con su santísima voluntad, y se aparejase para morir y para darle cuenta de sí, y del reino que le habia encomendado: y el rey aunque no alcanzó lo que deseaba, obedeció al santo, y le respetó y favoreció, y se edificaron en el reino de Francia muchos monasterios de la orden de los mínimos, con tan grande devocion, fervor y espíritu que llamaban á los religiosos de aquella sagrada religion en sus principios, *los buenos hombres*, por la escelencia de su santidad; y hoy dia le dura este apellido.

Entre los otros monasterios que fundó en Francia san Francisco de Paula, fué uno el de la ciudad de Tours, donde fué obispo san Martin. Para la fundacion de él le dió el rey Luis su palacio real, y mandó edificar una iglesia y casa suntuosa, en que viviese el santo con sus religiosos. Allí estuvo muchos años, honrando al señor con su vida y edificando toda la Iglesia católica con sus ejemplos, y plantando su orden con sus institutos, fundados todos en humildad y admirando al mundo con sus continuos y singulares milagros. Finalmente, habiendo dejado escritas tres reglas, para sus frailes, para las monjas y para los que llaman terceros, las cuales son confirmadas de la sede apostólica; siendo ya de noventa y un años, y entendiendo que se llegaba el tiempo, en que se habia de acabar su destierro, y el Señor le queria dar el premio de sus largos y gloriosos trabajos; un día del jueves santo bajó á la iglesia, en presencia de muchos de sus hijos y santos religiosos (los cuales habian venido de diferentes partes á verle), con grande devocion, sentimiento y copias de lágrimas tomó por viático el cuerpo sacratísimo de Cristo nuestro Redentor; y al dia siguiente, que fué viernes santo, despues de haber abrazado con gran dulzura y afecto á todos sus hijos, exhortándolos á la paz y caridad fraternal, humildad y todo género de virtudes y dádoles su bendicion; y abrazándose muchas veces con una cruz, dijo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, levantadas las manos y los ojos al cielo, dió su espíritu al Señor á la misma hora que el mismo Señor en el ara de la cruz habia dado el suyo al Padre eterno por nuestra redencion. Murió este glorioso santo el año de 1507, en la ciudad de Tours: estuvo su cuerpo once dias sin darle sepultura, tan entero y fresco que parecia vivo, despidiendo de sí un olor celestial y suavísimo. Canonizóle y púsole en el catálogo de los santos Leon X, sumo pontífice, el año de 1519, y despues acá se ha extendido y florecido mas la religion de los mínimos en todas las partes de la cristiandad.

SAN ABUNDIO, OBISPO DE COMO EN ITALIA.—EN el siglo V en que la Iglesia de Oriente se veia afligida por las herejías de Nestorio y de Eutiques, florecia este santo, y era tanta la fama de su saber y piedad, que el papa san Leon le envió allí con el fin de refutar aquellos errores, dándole al mismo tiempo el título de legado, para que fuera á Constantinopla, donde llegó el año 450. Elegido Marciano emperador, convocóse en aquella capital un concilio, al que asistió Abundio, contribuyendo con su celo

y sabiduría á la condenacion de los heresiarcas. En el año 451 fué Abundio restituido á su obispado, é hizo los esfuerzos posibles para la celebracion del concilio de Milan, en el que fueron nuevamente condenados los errores acerca el misterio de la encarnacion del Verbo, como tambien las herejías de Oriente. Murió este santo en Como el dia 2 de abril del año 469, lleno de méritos y virtudes.

SAN ANFIANO. — Estando este santo en Cesarea de Palestina, durante la persecucion de Galerio Maximiano, reprendió severamente al prefecto Urbano, porque sacrificaba á los ídolos. Luego fué cruelmente azotado: despues le envolvieron los piés en un paño de lino bañado en aceite, y le pusieron fuego, con cuya invencion padeció un acerbo dolor, y finalmente lo sumergieron en el mar; y así, dice el Martirologio romano, pasando por el fuego y por el agua llegó al lugar del refrigero el año 308 de Jesucristo y el diez y nueve de su edad.

SANTA TEODOSIA, VIRGEN Y MÁRTIR. — Fué natural de Tiro, y consagró á Dios su virginidad. Estando por los años 308 en la ciudad de Cesarea encendida en amor á Dios, teniendo apenas diez y ocho años de edad, se acercó á los santos confesores que esperaban el martirio, congratúoles por su felicidad, les exhortó á la perseverancia, y les suplicó que cuando llegasen al cielo pidiesen al Señor por ella. Los guardias que le escucharon se apoderaron de ella, y habiéndola llevado al gobernador Urbano, por orden de este le descarnaron los costados y los pechos hasta las entrañas; y por último, mostrándose siempre valerosa y constante fué arrojada al mar, donde alcanzó la corona de la gloria el dia 2 de abril de dicho año de 308.

SAN NICECIO, OBISPO DE LION. — Era descendiente de una familia antigua y noble de las Galias, y con el cuidado de sus buenos padres recibió una educacion sabia y piadosa. Desde la cuna fueron sus virtudes favoritas la humildad y la continua oracion. Cuando estaba en la casa de sus padres hacia todo lo posible para parecer el ínfimo de su familia, aunque por su nacimiento podia reclamar de derecho el mas alto lugar en ella. Sucedió á su tío san Sedot en la silla de Lion, por los años de 351, que gobernó con un celo infatigable por espacio de veinte y dos años, hasta el 2 de abril del de 573, en que acabó con una santa muerte; y el Señor confirmó despues con grandes milagros la opinion de su santidad.

SAN URBANO, OBISPO DE LANGRES. — Ignórase el lugar de su muerte y la época de su pontificado.

EL BEATÓ CONSTANTINO II, REY DE ESCOCIA. — El reinado de este virtuoso monarca, dotado de una piedad eminente, duró desde el año 858 hasta el de 874.

DIA 3.

SANTA AGAPE, CHIONIA É IRENE, HERMANAS, VIRGENES Y MÁRTIRES. — Tanto cuanto fué mayor la gracia hecha al género humano por la venida de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, que la que se hizo y dió en el tiempo antiguo; tanto fué mayor la victoria de los santos, que por él murieron y pasaron en su amistad y servicio de esta vida; pues fué en tanto grado, que no solo los varones robustos y esforzados pelearon con excelencia y ventajas contra los enemigos invisibles y los visibles tiranos y jueces de este mundo: mas aun, las delicadas y tiernas doncellas los

vencieron, menospreciando la espada, el fuego, peines, sartenes de hierro, fieras bravas y otros innumerables tormentos y crueles martirios. Tales fueron tres santas doncellas, hermanas, llamadas Agape, Chionia é Irene, naturales de Tesalónica, tan celebrada por el gran doctor de las gentes san Pablo apóstol en sus epístolas: las cuales hermanas, cuando perseguia el emperador Maximiano la iglesia, adornadas de todo género de virtudes, y obedientes al santo Evangelio (por la suma caridad y grande esperanza que en Dios tenían de sus celestiales bienes), llenas de fé imitaron la gran hazaña del padre Abraham, y dejaron la patria, el parentesco y todas sus riquezas, como él, y huyendo de los tiranos perseguidores, como Cristo lo mandó, se fuéron á un alto monte, donde se ocupaban en oracion y contemplacion, de suerte que cuando los cuerpos estaban en el monte, sus almas con la meditacion habitaban en el cielo. Mas aunque huyeron y se escondieron en este monte, no se dejó de saber dónde estaban; y así en aquel mismo lugar fueron presas, y llavadas delante del presidente de Tesalónica, llamado Dulcesio, por cuanto Artenio, escribano, las habia denunciado, y habia dicho como Casandro le habia remitido aquellas mujeres con otras de su religion, y le leyó la carta, que decia de esta manera: «Casandro, el que ha recibido muchas mercedes, escribió esto: Sepas, mi Señor, que Agaton, Agape, Chionia, Irene, Casia, Felipa y Eutiquia no quieren comer las cosas que á los dioses son sacrificadas, por lo cual las envío á tu excelencia.»

Oyendo esto Vulcesio, les dijo: ¿Qué locura tan grande es esta vuestra, que no queráis obedecer á los religiosísimos mandatos de nuestros emperadores? Y vuelto á Agaton, le dijo: ¿Por qué no sacrificas tú, como los demás, que veneran á los dioses? Respondió Agaton: Porque soy cristiano, y siempre permaneceré en este propósito. Volvió Dulcesio, y dijo: Y tú, Agape, ¿qué dices? Respondió Agape: ¿Yo? que creo en un Dios vivo, y no quiero perder mi fé y buenas obras. De esta manera les preguntó á todas, y halló en ellas un tan divino y perfecto amor, que no bastarian cuantas persuasiones inventar se pudiesen, á bajarle un solo quilate de aquel á que habia subido en sus corazones. Finalmente examinó á Eutiquia, y supo tambien que era cristiana, y que se hallaba preñada de su marido, por lo cual mandó que su causa se suspendiese; y tomando aparte á Agape, la dijo: Tú, Agape, ¿qué dices? ¿No quieres hacer lo que hacemos nosotros por servir á nuestros césares y emperadores? Agape respondió: No por cierto, que no conviene que yo sea sierva de Satanás. No pienses que mi entendimiento será engañado de tus palabras; que tan libre está, que en ninguna manera será conquistado. Volvió Dulcesio á Chionia, y díjole: Y tú, Chionia, ¿qué dices á esto? Respondió la santa doncella: Ninguno podrá pervertir nuestro entendimiento. Dijo el presidente: ¿Teneis algunos libros, pergaminos ó escrituras de los ímpios cristianos? Respondió Chionia: Ninguno tenemos, porque los emperadores crueles que ahora son, nos los han quitado. Dijo Dulcesio: ¿Quién os enseñó esta vuestra religion? Chionia respondió: El Todopoderoso Dios, y su unigénito Hijo nuestro Señor Jesucristo. A esto dijo Dulcesio: Cosa manifesta es que todas vosotras sois obligadas á ser sujetas á la devocion de nuestros emperadores: mas, pues al fin de tanto tiempo tantas amonestaciones y edictos pronulgados, y tantas amenazas con lo-

cura y osadía, ensoberbecidas, menospreciais los mandatos imperiales, y permanecéis en el nombre de los cristianos sin querer negar el nombre de Cristo; yo os daré el castigo que merecéis. Acabadas estas razones pronunció esta sentencia: A Agape y Chionia, porque con perverso y mal entendimiento y contrarios pareceres, ensoberbecidas, fuéron contra el divino edicto de nuestros emperadores augustos, y ahora también profesan la loca, vana y maldita religion de los cristianos, mando que sean quemadas vivas. Agaton, Casia, Filipa é Irene sean guardadas en la cárcel hasta que otra cosa se determine.

Pronunciada así esta sentencia, las siervas de Jesucristo fueron llevadas al fuego: y puestas en medio de él, con ser tan voraz y cruel como el del horno de Babilonia, tuvo con estas santas vírgenes mas piedad que el presidente tirano; pues sin tocarlas, como el otro, que tampoco se atrevió á los santos niños, les servía el fuego mismo de catre regalado de flores. El milagro fué patente á todos; pero las santas vírgenes, porque se añadiese la corona del martirio á la palma de su virginidad, hicieron oracion á su esposo Jesus; y el piadosísimo amante las oyó: con que entregándole su purísimo espíritu, fueron desde el fuego colocadas en silla de eterna gloria, donde para siempre se gozan con su dulce esposo, recibiendo de él las merecidas coronas.

Al siguiente día Dulcesio mandó llevar ante sí á Irene, y la reprendió ásperamente, porque habia escondido los libros de los cristianos, y habia negado tenerlos, y la dijo que dejase la religion cristiana y obedeciese á los emperadores, y tomase ejemplo en Agape y Chionia, sus hermanas. Dicho esto, añadió: Pues ¿á qué te determinas? ¿Estás persuadida á obedecer los edictos imperiales, comer de los sacrificios y sacrificar á nuestros dioses? No por cierto, dijo Irene, no por cierto; y esto juro por aquel Dios omnipotente que crió el cielo, la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, por cuanto la extraña pena de aquel sempiterno fuego está propuesta para el que negare al Verbo de Dios Jesus. Dulcesio dijo: ¿Quién fué el que te enseñó y aconsejó que guardases los libros de los cristianos? Irene respondió: Aquel Dios Todopoderoso que nos mandó que le amásemos hasta la muerte, y por eso particularmente no osaremos decir quien fué, y ántes moriré quemada y sufriré todos los tormentos que me quisieros dar, que descubrirlo. Dijo el presidente: En la casa donde vivías, ¿quién veía ó sabia lo que hacías? Respondió Irene: Todo lo vió Dios omnipotente, que todo lo ve y sabe, y fuera de él ninguno: y cierto, que ninguno de nuestros criados lo supo, porque los teníamos por peores que enemigos, temiéndonos que nos descubrirían. A esto dijo Dulcesio: Este año pasado, cuando se publicaron los edictos imperiales, ¿dónde estuvisteis escondidas? Irene respondió: Allí donde Dios quiso, en los montes al descubierto, como lo sabe muy bien mi Dios, estuvimos. Dijo el presidente: ¿En compañía de quién vivisteis? Respondió la virgen: Al sereno, y andando por otros montes. Dijo Dulcesio: ¿Quién os llevaba pan? Respondió Irene: Dios, que da á todos de comer. Dulcesio replicó: ¿Sabia estas cosas vuestro padre? Respondió la santa doncella: No por cierto. ¿Quién de vuestros vecinos lo supo? añadió el tirano. Respondió Irene: Pregúntalo á ellos y busca los lugares, y á los que saben dónde estábamos.

Otras muchas cosas le preguntó Dulcesio: y como no pudiese de ella saber cosa alguna, porque respondía á todo con discrecion divina, mandó á Zozimo, verdugo, que con otros de los de la guarda la llevase á la casa pública de las malas mujeres: mas el Señor Dios nuestro la guardó de suerte, que ninguno la osó tocar, ni le dijo palabra que la causase enojo. Luego que supo esto el presidente, mandó volver al tribunal, en donde como la gloriosa Irene perseverase en la confesion de Jesucristo, la sentenció á que fuese quemada como sus hermanas. Fué luego al punto ejecutada la sentencia; y cantando la fiel sierva y esposa de Jesucristo muchos salmos en gloria de su amante Jesus, le entró en medio del fuego, y estando allí cantando dulces himnos de alabanzas y gracias á Dios porque no le tocaba el fuego, que le servía de corona y triunfo, se quedó en oracion traspuesta, y en ella dió su purísima alma al Señor, que la esperaba para premiarla. Fué el martirio de las dos hermanas el día 3 de abril, y el de Irene el día 4, que así se celebra en unas partes, aunque en otras el día 1.º: fué asimismo en el nono consulado de Diocleciano, y octavo de Maximiano. Escribieron su vida y martirio Beda, Usuardo, Adon, Metafraste, Lipomano, tom. vii; Surio, tom. ii; Nicéforo, hist. lib. vii, cap. 14; el Martirologio romano en este día 3 de abril, y Baronio en sus anotaciones, Sanctoro y otros.

Uno de los mayores trofeos que puede colgar en el inmortal templo de la fama la Iglesia católica es este: ver que unas tiernas doncellas, y que el sexo flaco de la mujer triunfe del poder de tan tirano emperador, de tan cruel presidente y tan bárbaro ministro: que armados de cuantas armas, astucias y rigores sabe inventar la malicia, se dejen vencer de unas flacas mujeres: que armado todo el poder del infierno se rinda, postre y avasalle á quien no tiene otras armas que el blanco cuello que pone al cuchillo, ni mas escudo que el virginal cuerpo que ofrece á la hoguera: que triunfe y venza quien se humilla; que se lleve la palma y corona quien está sujeta. ¡Raro trofeo! ¡Admirable triunfo y nuevo modo de vencer! Así vencieron estas tres gloriosas hermanas y tiernas doncellas: el triunfo les canta hoy la Iglesia: el cielo les da eterno solio y trono de gloria: Jesucristo las corona y premia, y su premio, corona, solio y triunfo todo es timbre y trofeo de nuestra madre la Iglesia militante y triunfante, en cuya gloria viven y reinan con su esposo Jesucristo, donde todos los veamos. Amen.

* SAN NICETO, ABAD.— Cesarea en Bitinia fué la patria de este santo. Retirado en el monasterio de Medicion en el monte Olimpo, fué elegido abad de los Acemetas; resplandecia por sus virtudes y por su celo en promover el culto de las sagradas imágenes. No acomodaban las prendas de Niceto al emperador Leon el Armenio; así es que tuvo que sufrir el santo muchas y muy graves persecuciones de parte de dicho emperador. El Señor le favoreció con el don de milagros, acabando sus dias en dicho monasterio de Medicion el año 824.

SAN PANCRACIO, OBISPO DE TAORMINA EN SICILIA.— Vino este santo del oriente con el apóstol san Pedro que le consagró obispo y lo envió á la isla de Sicilia, en la que predicó la nueva religion de Jesucristo, convirtiendo á sus habitantes á la adoracion del verdadero Dios. Sus trabajos apostólicos le hacen mirar como al apóstol de aquellas regiones, y su culto, establecido desde fines del siglo I,

época de su santa muerte y de su glorioso martirio, se conserva aun con gran devoción en muchas poblaciones de Italia.

SAN EVAGRIO Y SAN BENIGNO, MÁRTIRES.—Derramaron su sangre por la fé de Jesucristo en Tomis, ciudad de Scitia, durante las primeras persecuciones de la Iglesia.

SAN ULPIANO, MÁRTIR.—Era un jóven muy celoso de la fé de Cristo en Tiro, que animado con el ejemplo de san Anfiato y otros mártires de Cesarea, confesó valerosamente á Jesucristo ante el cruel juez Urbano. Airado este, mandó que fuese primeramente azotado, y despues atormentado en el potro; dislocadas en este sus coyunturas y quebrantados sus huesos, fué últimamente su cuerpo tan maltratado, que el tacto mas suave le ocasionaba dolores acerbos. Despues de esto, fué cosido en un saco con un perro y un áspid, conducido á la orilla del mar, y precipitado en sus aguas, donde espiró el año 304.

SAN RICARDO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en el señorío de Wiche, á cuatro millas de Wocester, de los nobles señores de aquel lugar; y fué desde niño tan fiel á los votos bautismales, que separado de los entretenimientos y diversiones del mundo, su solo recreo era la oracion y la meditacion de las cosas celestiales. Estudió en Oxford y en París, completando sus cursos literarios en Bolonia, y enseñando despues con aplauso general los sagrados cánones. Vuelto á Oxford, fué promovido á la dignidad de canciller de su universidad. En 1245 fué consagrado obispo de Chichester; y en tan elevada dignidad redobló todos sus esfuerzos para mantener incontaminada la casa del Señor: predicaba, exhortaba, visitaba en persona á los enfermos, enterraba á los muertos, buscaba y socorria á los pobres. Tal era el ardor de su devoción, que vivia como si estuviese en una perpetua contemplacion de las cosas santas. Las afrentas que recibia las pagaba por lo comun con favores, y la enemistad con agasajos de singular cariño. Estando predicando la guerra santa contra los sarracenos, á que era comisionado por el papa, cayó enfermo, pronosticó su muerte y despues de haberse preparado á ella tiernamente, murió en el hospital de Dovor, el día 3 de abril del año 1253, el nono de su dignidad episcopal y el cincuenta y seis de su edad. Su cuerpo fué conducido á Chichester, donde obró el Señor muchos milagros por su intercesion, los cuales autentizados, obligaron al papa Urbano IV á canonizar solemnemente á Ricardo en el año 1262.

SANTA BURGUNDOFORA, VIRGEN.—Floreció en Inglaterra, y fué abadesa de un monasterio de benedictinas. Ignórase la época de su nacimiento y de su muerte.

SAN BENITO DE PALERMO.—Su patria es el Languedoc, donde nació en el año 750 de una familia muy ilustre. Murió en 821, despues de haber reformado la disciplina monástica.

DIA 4.

SAN ISIDORO, ARZOBISPO DE SEVILLA.—San Isidoro, arzobispo de Sevilla, fué de muy ilustre linaje, hijo de Severiano y de Turtura, señores principales en la provincia de Cartageña. Tuvo por hermanos á san Leandro, arzobispo de Sevilla y grande amigo de san Gregorio, papa, el Magno y á Fulgencio, obispo de Ecija; y hermana á Flo-

rencia, ó Florentina, monja, y todos tres santos y como tales celebrados de la santa Iglesia. Algunos dicen que tambien fué su hermana Teodosia ó Teodora, mujer del rey Leovigildo y madre del glorioso principe de las Españas y mártir, san Hermenegildo, y del rey Recaredo, su hermano por cuya industria y celo los godos arrianos de España se convirtieron á la fé católica, en el tercer concilio toledano. Siendo niño Isidoro y estando en la cuna, vió su hermana Florentina, que un enjambre de abejas le andaba al rededor de la boca y subian al cielo: lo cual tambien se escribe de san Ambrosio, arzobispo de Milan, de santo Domingo, fundador de la órden de predicadores, y de Platon, filósofo, tomándolo por pronóstico de la sabiduría y elocuencia grande, que habia de tener. Pasada la primera edad de niño, le pusieron sus padres al estudio: y aunque él trabajaba con buena voluntad y cuidado, todavía no le trataban tan bien las letras, y hallaba en aprenderlas gran dificultad; y desconfiado de su aprovechamiento, determinó dejar el estudio y no pasar adelante en cosa que le costaba tanto trabajo y sacaba tan poco fruto. Estando en este pensamiento, se llegó á un pozo y vió que en el brocal de él, que era de piedra dura, habia canales y surcos que con el uso habian hecho las sogas, y dijo entre sí: Puede la sogá cavar la piedra y hacer las señales por la continuacion; ¿y no podrá la costumbre y continuo estudio ablandarme á mí, é imprimir en mi ánima la ciencia y doctrina? Con esto volvió á su estudio: dióse muy de veras á toda ciencia; y fué en ellas tan consumado, que no hubo en su tiempo quien le igualase ó excediese en todo género de letras divinas y humanas, y en las lenguas, latina, griega y hebrea, que perfectamente sabia, como se ve en los muchos y excelentes libros, que escribió de varias y raras materias, con las cuales ilustró la Iglesia católica, y mostró la excelencia de su ingenio y sabiduría: cuyo catálogo escribieron san Ildefonso, arzobispo de Toledo, y san Braulio, arzobispo de Zaragoza, que fueron sus discípulos.

Estando san Leandro y san Fulgencio, sus hermanos, desterrados por Leovigildo, que como rey arriano los perseguia; san Isidoro se opuso á los herejes arrianos, y comenizó á disputar con ellos con tan gran fervor, celo, elocuencia y doctrina, que no pudiendo los herejes resistirle, ni responderle á sus argumentos, trataron de matarle, teniendo por afrenta el verse vencidos de un mozo de tan pocos años, como entonces era Isidoro: y pusieranlo por obra, si Dios los hubiera dejado: el cual le guardó para mayores cosas, y para que despues, siendo ya arzobispo de Sevilla y gran prelado y doctor en su Iglesia, con mayor peso y autoridad pudiese deshacer las tinieblas de sus errores. Adivinando lo que habia de ser, san Leandro su hermano mayor, habiendo ya vuelto del destierro, le fué á la mano y le reprimió: y san dicen que para asegurarle del peligro, le encerró y le tuvo recluso y como preso, hasta que él murió, para que no disputase con los arrianos, sino que se guardase para mejor tiempo, como sucedió; porque habiendo muerto san Leandro y vacando la iglesia de Sevilla, el rey Recaredo, deseando proveerla de un singular y católico doctor, nombró á Isidoro por arzobispo y sucesor de su hermano en aquella silla, con grandísimas satisfacciones y contento de la ciudad de Sevilla y de todo el reino de España, por la grande opinion que todos tenian de su santidad y doctrina: solo él horaba

y repugnaba, teniéndose por indigno de aquella dignidad, y suplicando al rey que eligiese á otro, que fuese digno de ella; pero viendo que no le valia, bajó la cabeza al yugo, y rindióse á la voluntad del Señor.

En sentándose en la silla arzobispal, no se puede fácilmente creer los rayos de todas virtudes con que comenzó á resplandecer y alumbrar al mundo. Era admirable su humildad, su caridad, su benignidad, su afabilidad y modestia, su paciencia y mansedumbre: era piadosísimo con los pobres, apacible con los ricos, fuerte con los poderosos, devotísimo en la iglesia, vigilante en la reformation de las costumbres, constante en la disciplina eclesiástica, suavísimo para todos, y para sí solo riguroso y severo. Escribió regla para los monges, ablandando el rigor y moderándolo para que mejor fuese recibida. Compuso y reformó el oficio eclesiástico de la misa y de las otras horas, para que en toda España se rezase de una manera, é hizo misal y breviario, que por su nombre se llamó «de san Isidoro;» y despues «Toledano:» porque fué aprobado en un concilio toledano; y tambien se llamó aquel oficio «Mozárabe,» por haber usado de él los cristianos, que vivian entre los moros, y por esto los llamaban «Mozárabes, ó *mixti arabes,*» porque estaban mezclados entre los árabes y moros: y hoy dia hay algunas parroquias en la ciudad de Toledo, que algunos dias del año usan de este oficio de san Isidoro: y en la santa Iglesia de Toledo la capilla de los mozárabes, con doce capellanes, fundada por don Francisco Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo y cardenal de España.

Mas porque san Isidoro entendió que la traza y fundamento de todo lo bueno que se quiere edificar en la república, es la instruccion de la juventud y criar los hijos desde su tierna edad en virtud y letras, cuando están blandos y se puede imprimir en ellos, como en una cera cualquiera cosa; edificó algunos colegios en que se enseñasen los mozos, no solamente de su arzobispado, sino tambien otros de toda España, que á ellos quisiesen venir como venian muchos: y el santo prelado los repartia en los colegios y les daba preceptos y les ordenaba lo que habian de aprender; y él mismo tenia sus horas para enseñarles las cosas mas altas, como maestro y superintendente de todos: tanto era su celo y caridad: y de esta escuela salieron varones muy insignes y entre ellos san Ildefonso y san Braulio, como dijimos.

Presidió en el cuarto concilio toledano y en el segundo hispalense, en los cuales fué de gran peso el parecer de san Isidoro, para establecer los dogmas de nuestra santa fé, y deshacer los errores contrarios y para la reformation de la vida y costumbres de los fieles: y en el concilio hispalense convenció á un obispo, siro de nacion, que se llamaba Gregorio, y estaba inficionado de la herejia de los acéfalos: el cual reconoció sus errores, y los confesó y se redujo á la fé católica por la doctrina y prudencia de san Isidoro: del cual dicen algunos que fué á Roma, llamado de san Gregorio, papa (que en Constantinopla habia tenido muy estrecha amistad con san Leandro su hermano, y dediándole el maravilloso libro de los Morales que escribió sobre Job), y que fué recibido con grande contento y alegría de toda la corte y ciudad, y que volviendo á España, alcanzó de nuestro Señor lluvia del cielo para la tierra, que estaba seca, y consuelo para toda la gente afligida.

Fué devotísimo san Isidoro de la santa silla apostólica y romana, reconociéndola por madre y maestra de todas las iglesias y por puerto seguro de la fé católica, á la cual se deben acoger los fieles en todas las borrascas y tempestades; y así en una carta que escribió á Eugenio, arzobispo de Toledo, que le habia preguntado si todos los apóstoles habian tenido igual potestad en Cristo; le responde estas palabras: «En lo que preguntais de la igualdad de los apóstoles, Pedro es superior á todos; el cual mereció oír del Señor: Tú serás llamado Cefas; tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: y nó de otro, sino del mismo Hijo de Dios y de la Virgen, recibió el primero la honra del pontificado en la Iglesia de Cristo, y despues de la resurreccion del Hijo de Dios mereció oír: Apacienta mis corderos, entendiendo por corderos á los prelados de las iglesias. Y aunque la dignidad de esta potestad se extiende á todos los obispos católicos; todavia con privilegio y gracia singular es propia del pontífice romano, como cabeza de toda la iglesia, y mas excelente que sus miembros, la cual durará siempre: y así el que no la obedece con reverencia, apartado de su cabeza, queda sin espíritu y vigor como hombre sin cabeza.» Gobernó san Isidoro cuarenta años su Iglesia santísimamente: y lleno ya de santas obras y merecimientos, entendiendo que se acercaba el tiempo en que Dios le queria llevar para sí, puesto caso que toda su vida habia sido una continua meditacion y aparojo para la muerte; tomó seis meses para aparejarse mejor á ella, y darse con mas fervor á la oracion y obras de misericordia y penitencia; y al cabo, habiendo hecho llamar á dos obispos amigos suyos, Eparcio y Juan, se hizo llevar á la iglesia de San Vicente, y cubiertas sus carnes de cilicios y ceniza, con grande humildad, devocion y reverencia, recibió de mano de los obispos el cuerpo y sangre del Señor, postrado en el suelo, pidiendo á todos los presentes y ausentes perdon si á alguno hubiese ofendido, y encomendando á todos el amor fraternal y la caridad. Avisóles y profetizóles, que si se apartaban de la ley santa del Señor y de la doctrina evangelica que habian recibido, caerian de la cumbre de aquella felicidad en que estaban, en un abismo de gravísimas calamidades y miserias, pero que si despues se reconociesen y llorasen sus pecados, é hiciesen penitencia de ellos, Dios los levantaria á mejor estado y felicidad, y los haria mas gloriosos que á otras muchas naciones; lo cual vemos cumplido en la destruccion de España por los moros; en su reparacion é imperio, que despues de haberlos vencido y echado de su reino, el Señor le ha concedido. Finalmente, habiendo repartido todo lo que tenia á los pobres, pobre él de espíritu y rico en Cristo, dió su espíritu al Señor á los 4 de abril del año de 636, y el primero del reino en España de Chintila, y siendo emperador Hieraclio. Su cuerpo fué sepultado en Sevilla, y habiéndose apoderado los moros de aquella ciudad, Fernando I, rey de Castilla y Leon, con grandes ruegos y dádivas alcanzó de Benabeto, moro, rey de Sevilla, que le diese el cuerpo de san Isidoro, y lo llevó á Leon, y le colocó en un templo suntuoso de su nombre, que para este efecto habia edificado, donde al presente está en una arca de oro, con la decencia y reverencia que conviene. Obró Dios muchos milagros por san Isidoro en vida y en muerte, y en las guerras que los cristianos hicieron contra los moros, invocando su favor, fueron socorridos y ayudados, y toda España ha recibido notables beneficios por

su santidad, doctrina y particular patrocinio. Hacen mención de san Isidoro, san Ildefonso y san Braulio, sus discípulos, los martirologios Romano y de Usuardo, Tritemio y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio, y en el octavo tomo de sus Anales.

SAN PLATON, ABAD.—Si bien la nobleza y el talento que le adornaban le prometían puestos los mas distinguidos, y honoríficas distinciones en la corte de Constantino-
pla; con todo no puso su afecto en estas cosas caducas, sino que teniendo mas elevadas miras, todo lo despreció para hacerse mas grato á Dios. Las ocupaciones de Platon que nació por los años de 734, eran únicamente el retiro y la oracion, encontrando en esto y en visitar las iglesias y monasterios las mas agradables complacencias. Deseando vivamente apartarse del mundo para poder vacar mejor á las contemplaciones de Dios, vendió cuanto poseia, lo distribuyó á los pobres, y con grande magnanimidad se retiró al monasterio del monte Olimpo, donde fué muy bien recibido por aquellos monges, contando únicamente veinte y cuatro años de edad. Como la humildad es el fundamento de todas las virtudes, procuró tomarla por base del edificio de su santidad, elevándose por grados á un punto tal, que ninguno fué mas devoto, ni mas obediente, ni mas exacto en el cumplimiento de las obligaciones que le imponia el estado monástico. Estas relévantas prendas le merecieron ser elegido abad de aquel monasterio en 770, á pesar de los esfuerzos que hizo para no admitir un cargo del que se consideraba indigno. Precisado sin embargo á admitirlo, redobló sus austeridades no comiendo mas que pan, habas ó yerbas sin aceite, y bebiendo un poco de agua, no tomando estas refecciones, sino despues de la hora de nona aun cuando fuese el domingo, y sin haberlas comprado sino con el trabajo de sus manos. Vióse Platon en su amado retiro libre de las persecuciones que alzara contra la Iglesia Constantino Copronimo, hasta que por la muerte de este tirano que fué en 773, pasó á Constantinopla, promoviendo con su celo la piedad de los habitantes de aquel pais, y extirpando los vicios de que adolecian, especialmente del hábito de jurar. Prendado el patriarca de Platon queria nombrarlo obispo de Nicomedia, pero el santo rehusó tal dignidad, dejando la corte y pasando otra vez á su amada soledad. Muchas fueron las persecuciones que tuvo que sufrir de parte de los herejes y sarracenos: el Señor le adornó con el don de milagros, y lleno de virtudes murió en el Señor el dia 19 de marzo del año 813, á los setenta y nueve de su edad. Los fieles le hicieron magnificas honras, siendo su memoria muy celebrada tanto por los latinos como por los griegos.

LOS SANTOS MÁRTIRES AGATOPODIS, DIÁCONO, Y TEODULO, LECTOR.—Fueron de Tesalónica, y habiendo sido hechos prisioneros por los adoradores de los ídolos, y conducidos á la presencia del prefecto, se les quiso obligar á ofrecer incienso á las falsas divinidades; pero negándose á ello los dos santos, fueron encarcelados, y ambos tuvieron de noche esta vision. Les pareció ver una nave en la cual se embarcaban, y que haciéndose á la mar, se levantaba un fuerte temporal, en el cual eran sumergidos todos los navegantes, pero ellos se salvaban del fondo de las aguas siendo levantados por una potencia invisible. Denotaba esta vision, dice el Menologio griego, su muerte en el mar y su subida á los cielos. Efectivamente, por la mañana los soldados del prefecto entraron en la cárcel, y habiéndoles

atado al cuello un peñasco, los arrojaron al mar, donde murieron ahogados á principios del siglo IV.

SAN AMBROSIO, OBISPO Y CONFESOR.—Por los esfuerzos de este santo, gloria y uno de los principales ornamentos de la Iglesia, entre otros efectos maravillosos de doctrina y milagros, se convirtió á la fé católica casi toda la Italia, desamparando la perfidia arriana. Su fiesta principal la celebra la Iglesia el dia 7 de diciembre, en que fué consagrado obispo de Milan.

SAN ZOSIMAS, ANACORETA.—Vivió este santo en los desiertos de Palestina, durante el siglo IV: fué maestro y sacerdote espiritual de santa Maria Egipcíaca, cuyo cuerpo enterró, y despues, lleno de grandes merecimientos é ilustre en milagros, descansó en el Señor.

DIA 5.

SAN VICENTE FERRER, CONFESOR.—El glorioso san Vicente Ferrer, de la órden de los predicadores, gloria de toda España, ornamento de su patria y varón apostólico, nació en la nobilísima ciudad de Valencia, cabeza de aquel reino, de padres nobles segun la carne, de la antigua familia de los Ferrers, pero mucho mas ilustres por sus cristianas y loables costumbres: porque entre las otras muchas virtudes que tuvieron, eran muy benignos y misericordiosos, y al cabo del año daban á los pobres todo lo que les sobraba de su honesto sustento. Su padre se llamaba Guillermo Ferrer, y su madre Constancia Miguel. Tuvieron estos caballeros tres hijos, el mayor se llamó Pedro, que fué casado y vivió en matrimonio virtuosamente: el segundo fué Bonifacio, el cual fué gran jurista, y tambien tomó mujer, y ella muerta entró en la órden de la Cartuja, y por sus grandes merecimientos vino á ser prior general de aquella sagrada religion: el tercero fué nuestro san Vicente, escogido de Dios para honra de su casa, y gloria y exaltacion de Jesucristo, y bien de toda su santa Iglesia. Esto es lo que comunmente se escribe y está recibido; aunque el padre Francisco Diago, de la órden de los predicadores, en la vida que escribe de san Vicente, dice que fué de mas edad que su hermano Bonifacio, y que sus padres tuvieron cuatro hijos y cuatro hijas. Pero siguiendo el hilo de nuestra historia, estando su madre preñada de san Vicente, hubo grandes señales que habia de parir un niño que seria de la órden de santo Domingo, y con su predicación alumbraría el mundo; porque su padre tuvo en sueños revelacion de esto; y su madre, fuera de que no sentía peso en el preñado de Vicente, como lo habia tenido en el de los otros hijos, oyó algunas veces laddidos como de algun perrillo dentro de sus entrañas, y comunicando esto con el arzobispo de Valencia que era deudo suyo, le dijo, que sin duda pariría un hijo que seria gran predicador y pregonero de Jesucristo, que con sus laddidos espantaría los lobos de su ganado; como tambien se lee del glorioso patriarca santo Domingo. Despues que nació, llevándole á bautizar, hubo gran contienda entre los parientes sobre el nombre que se le habia de poner al niño. El sacerdote ministro de aquel sacramento, viendo que no concordaban, dijo, que él queria poner el nombre y que se llamase Vicente; y todos lo tuvieron por bien aunque no habia ninguno de tal nombre en su familia. Crióle á sus pechos su misma madre con gran cuidado. Desde su niñez fué muy agraciado y tan agradable, que todos los que le miraban, se aficionaban. Comen-

zó á aprender las primeras letras; y de edad de diez años se aventajaba y seguía mas que todos los otros que andaban con él á las escuelas: y como quien se ensayaba para lo que despues habia de ser, algunas veces juntaba otros muchos muchachos sus compañeros, y deciales: Oídme, niños, y juzgad si soy buen predicador: y haciendo la señal de la cruz en la frente referia algunas razones, de las que habia oído á predicadores en Valencia, imitando la voz y los meneos de ellos tan vivamente, que dejaba admirados á los que le oían. Estudió gramática y lógica en breve tiempo, y pasó á la teología, y con su agudo ingenio y feliz memoria y perseverancia en los estudios, alcanzó gran ciencia y tanta opinion en la ciudad de Valencia, que no habia ninguno de su edad en ella que se le igualase. No por esto él se ensorbercia, ántes era humildísimo y obedientísimo á sus padres, devoto y amigo de oracion y de ir á las iglesias. Cuando en los sermones oía nombrar á la sacratísima Virgen María nuestra Señora, se regalaba y regocijaba mucho; y cuando se trataba de la pasión de nuestro Señor, se enternecía y resolvía en lágrimas. Aynaba dos veces cada semana, la una de ellas que era el viernes, á pan y agua. Iba creciendo cada día de virtud en virtud; y por su buena y amable condicion, era muy amado de todos. Pero en llegando á edad de diez y ocho años, considerando la vanidad, mutabilidad y peligros de las cosas del mundo, y los lazos que el demonio tiene armados en todas ellas, determinó darles libelo de repudio, y abrazarse con Jesucristo crucificado, y tomar el hábito del glorioso santo Domingo; y así lo declaró á sus padres, y ellos vinieron en ello, porque eran siervos de Dios y se acordaban de las prendas que el Señor les habia dado de haberle escogido para ministro suyo, y lustre y gloria de aquella sagrada religion. Recibiónle en Valencia el prior y frailes del convento de predicadores con extraordinario contento y alegría, como quienes adivinaban lo que aquel mozo habia de ser. Diéronle el hábito, y él le tomó con extraña devocion y ternura, como quien sabia lo que tomaba y el tesoro inestimable que está escondido debajo del pobre hábito de la religion. En viéndose fraile luego se puso á leer con atencion la vida de su padre santo Domingo, para tomarle por dechado é imitarle en todo lo que él pudiese. Ocupábase en todas las obras de humildad; maceraba su carne con ayunos y penitencias, dábale todo el tiempo que podia en la oracion, asistia al coro con gran cuidado, obedecia á sus superiores pronta y puntualmente, era raro su silencio, su modestia, afabilidad y madurez; finalmente, su vida era un perfecto retrato de la vida religiosa. Acabado su noviciado, le encomendaron los superiores que leyese un curso de lógica á algunos religiosos del convento, y á los que venian de fuera á oírle que eran sesenta; y él lo hizo escogidamente y con tan rara modestia y virtud, que los discipulos mirándola, quedaban mas aprovechados en el temor de Dios por su ejemplo, que en la ciencia que de él oían, aunque esto era mucho. Despues le enviaron á los conventos de Barcelona y de Lérida, donde habia famosos letrados de la órden, para que tratase con ellos, y aprendiese de tan excelentes maestros todas las buenas letras, dignas de tan grande capacidad é ingenio: y él se dió tanta prisa á estudiar, que cuando llegó á edad de veinte y ocho años, le graduaron de maestro en teología en la universidad de Lérida. La manera de su estudio era mezclando la oracion con la leccion, en la forma que él mismo

enseña, que se debe hacer por estas palabras: «Ninguno por excelente y agudo ingenio que tenga, ha de dejar lo que le puede mover á devocion; ántes ha de referir á Jesucristo todo lo que lee y aprende, hablando con él y escuchándole y pidiendo la declaracion de lo que lee. Cuando actualmente está leyendo en algun libro, aparte muchas veces los ojos de él; y cerrándolos, métase en las llagas de Jesucristo, y hecho esto, vuelva á seguir su leccion. Cuando se deja de estudiar, póngase de rodillas y envíe al cielo alguna breve y encendida oracion segun el ímpetu de su espíritu le enseñare; en la cual con gemidos y suspiros que salgan del fervor del alma, pida favor á Dios descubriéndole sus deseos. Pasado aquel movimiento de espíritu, que comunmente dura poco, puedes, hermano, encomendar á la memoria lo que poco ántes leiste, y Dios te dará claro conocimiento de ello. Luego torna al estudio, y del estudio vuelve á la oracion, yendo y tornando por sus veces de lo uno á lo otro; porque con estas mudanzas y variedad, hallarás mas devocion en la oracion, y en el estudio mas claridad.» Todas estas son palabras de san Vicente en el tratado de la vida espiritual, cap. 12.

Volvió á Valencia, donde fué recibido con grande regocijo de toda la ciudad, y á ruego de ella comenzó á predicar la palabra de Dios, en que gastó seis años con grandísimo aprovechamiento del pueblo y autoridad suya y de su religion; porque en toda Valencia á él solo llamaban el docto, el santo y siervo fidelísimo de Jesucristo; y él lo era tan de veras, que en sus sermones nunca se buscaba á sí, ni el aplauso y aura popular, sino la gloria del Señor y bien de las almas, que él habia comprado con su preciosa sangre; y su blanco era no deleitar, ni enternecer, ni mover á admiracion los oyentes; sino quebrantar los corazones duros, compungirlos é inflammarlos en el amor de Dios.

Temiendo el enemigo del linaje humano la vida santa, y la predicacion tan fervorosa y provechosa de san Vicente; y entendiendo los daños que de ella se le podían seguir; determinó derribarle si pudiese, y hacerle caer en algun pecado grave é infame, para que perdiendo á Dios y el buen crédito que tenia, no pudiese levantar á los pecadores ni dar mano á los caidos. Para esto, estando el santo, acabados los maitines, haciendo oracion una noche delante de una imagen de nuestra Señora, y suplicándole afectuosamente que le alcanzase de su benditísimo Hijo el don de perseverancia; se le apareció el demonio en figura de un venerable viejo ermitaño, con una barba negra que le llegaba á la rodilla. Parecia en su aspecto un san Antonio Abad, ó un san Pablo, primer ermitaño, ó uno de aquellos santos monges, que con extremada aspereza y admiracion del mundo vivieron en el yermo; y díjole, que él habia morado en Egipto entre aquellos padres y hecho rigurosa penitencia; pero que le hacia saber que en su mocedad habia sido muy desenfadado y disoluto, y soltado la rienda á todos sus gustos y apetitos sensuales, y que despues tocado de la mano de Dios, habia vuelto en sí y convertido, y hecho penitencia de sus pecados; y que el Señor por su clemencia le habia perdonado y dádole perseverancia, y despues el premio de la vida eterna: que le aconsejaba que no se matase ni afligiese tanto con los ayunos y penitencias como hacia, sino que dejase aquello para la vejez, y que mientras era mozo se holgase y se entretuviese en los gustos de esta vida; porque des-

pues podria convertirse á Dios y llorar sus pecados, y alcanzar misericordia de ellos, como él la habia alcanzado: porque le hacia saber, que el hombre es tan flaco y trae consigo un enemigo tan doméstico, que es imposible que no caiga en los vicios sensuales en la mocedad ó en la vejez: y que es ménos mal, que siendo mozo viva como mozo, que nó siendo viejo caiga en los vicios de la mocedad.

Entendió el santo que aquel no era ermitaño venido del cielo para alumbrarle, sino demonio con máscara de ermitaño venido del infierno para engañarle: y haciendo la señal de la cruz y encomendándose á nuestra Señora, le rechazó y le dijo: ¡O antigua serpiente! ¿piensas que no te conozco? ¿Creste que podias derribar al nuevo soldado que está armado con la virtud de Cristo, cuyo soy, y á quien he consagrado mi mocedad y mi vejez, y toda mi vida? Con estas palabras desapareció aquel monstruo, dejando un abominable hedor de sí para ser mas conocido.

Otra noche tambien estando orando delante de un Crucifijo, se le puso delante el demonio en figura de un negro de Etiopia, grandísimo y feísimo, y le dijo: No te dejaré de perseguir hasta que caigas torpemente, y quedés vencido y corrido. Respondió el soldado valeroso del Señor: No temeré tus amenazas, ó enemigo, mientras que Jesucristo estuviere conmigo. Replicó el demonio: No estará siempre contigo; que no hay cosa mas dificultosa que perseverar en gracia hasta la muerte; y así, cuando tu Cristo te dejare yo te haré conocer mis fuerzas. A esto respondió el santo: Mi Señor Dios, que me ha dado gracia para comenzar, me la dará para perseverar en su servicio.

Otra vez leyendo el libro admirable que escribió san Gerónimo de la perpetua virginidad de la sacratísima Virgen María nuestra Señora, suplicando á la misma Virgen que le fuese buena medianera con su preciosísimo Hijo, y le alcanzase gracia para morir virgen, como por su gracia hasta aquel punto lo estaba; oyó una voz que le dijo: No da Dios á todos esa gracia de la virginidad, ni tampoco tú la alcanzarás; ántes la perderás muy presto. Afligióse el santo sobremanera oyendo tan tristes nuevas; y con el corazon angustiado y los ojos llorosos volvióse á la misma Virgen, suplicándole que le consolase y le descubriese quién habia sido el autor de aquellas palabras lastimeras. Aparecióle entonces la Reina de los ángeles con mucha gloria, y avisóle que todas aquellas eran asechanzas del enemigo que hacia su oficio: y que no le temiese; porque ella le habia tomado debajo de su amparo y proteccion, y le favoreceria hasta la muerte, sin que las fuerzas infernales le pudiesen empecer ni quitar lo que tanto deseaba: y con este regalo y favor de la Virgen quedó san Vicente muy consolado. Mas como el demonio vió que por sí mismo en tantos combates y peleas no le habia podido vencer ni derribar, pensó poderlo hacer mas fácilmente por medio de algunas mujeres perdidas, para que picando como en cebo en las blanduras y caricias con que ellas suelen engañar, tragase el anzuelo y quedase cogido. Era san Vicente muy agraciado y de gentil disposicion, y no ménos honesto y puro en sus costumbres, y en Valencia habia una mujer noble y hermosa, la cual instigada del demonio se aficionó sobremanera al santo, y comenzó á visitarle y á tratar las cosas de su alma con él, para ablandarle poco á poco y tentar el vado, y por aquel camino entrar disimuladamente en su corazon. Fué conti-

nuando algunos dias en este trato: y el santo como era tan puro de alma y cuerpo, y tan afable y caritativo, juzgando que aquella era devocion de la piadosa mujer, que se queria aprovechar de sus consejos para servir mas á Dios, pasó por ello. Como la desventurada mujer no halló entrada por este camino, ciega y loca con su pasion, fingió que estaba enferma de una grave dolencia, y envió á llamar á san Vicente con achaque de quererle confesar con él: y estando ella en la cama y á solas con el santo, como quien la queria confesar, le descubrió su mal intento y la causa porque le habia mandado llamar, declarándole el incendio que abrasaba sus entrañas, y que si él no la socorria y le apagaba consintiendo á su voluntad, ella se consumiria y se tornaria ceniza, ó se mataria con sus propias manos; y diciéndole esto, hizo otras cosas abominables para provocarle mas. Quedó el santo asombrado cuando oyó los silbos de aquella serpiente infernal, y vió el lazo que por ella le habia armado el demonio, y volvió el corazon y los ojos al Señor, suplicándole que le librase de él; y confortado y fortalecido con su espíritu, reprendió gravemente á la miserable mujer, afeándole su desvergüenza y osadía, y exhortándola á penitencia, y dándole á entender que él habia dedicado la limpieza de alma y cuerpo á Dios, y que ántes padeceria mil muertes que ofenderle: y con esto se desasíó de ella y se partió. Mas aquella llama de Satanás, viendo que no le habia salido su mal intento como pensaba, comenzó á dar voces para infamar al santo y publicar que la habia querido hacer fuerza: pero el Señor, que tiene cuidado de sus siervos, permitió que el demonio que primero habia entrado en su alma, entrase luego en su cuerpo y la atormentase. Los criados y la gente de casa que la estaban aguardando afuera, oyendo las voces de su ama, acudieron á la cama donde estaba para saber la causa, y hallaron que estaba endemoniada: llamaron sacerdotes y exorcistas que con las ceremonias de la santa Iglesia echasen al demonio de aquel cuerpo, y no pudieron; porque todas las veces que le conjuraban, respondia el demonio: que no saldria de aquel cuerpo hasta que viniese á echarle de él aquel que estando en el fuego no pudo ser quemado. Y aunque no entendieron lo que el demonio queria decir; pero pensando que san Vicente habia confesado á aquella señora, y que despues de la confesion el enemigo se habia apoderado de ella, rogaron al santo que viniese á verla, y él lo hizo armándose primero con la oracion y confianza en Dios, por no descubrir la maldad de aquella mujer si se escusara, ó dar á la gente qué sospechar. Entrando en el aposento donde la mujer estaba, el demonio dió un grande alarido y dijo: «Este es el hombre que no se quemó en medio de las llamas: ya no puedo estar mas aquí.» y diciendo esto se partió dejando medio muerta la mujer.

No se sosegó ni quedó confuso esta vez el demonio; porque es bestia inquieta y furiosa: ántes buscó otra nueva manera para armar nuevo lazo y enredar al santo por medio de algunos hombres desalmados y ministros suyos, que, ó por probar la virtud del santo, ó por ventura porque en el púlpito reprendia sus deshonestidades y era fiscal de su rota vida, se concertaron con una mujer no ménos lasciva que hermosa, para que una noche estando san Vicente en la iglesia haciendo oracion, la mujer secretamente entrase en su celda y se echase en la camilla donde él solia reposar. Ella lo hizo, y él la halló tendida

volviendo de la iglesia: cuando la vió, creyendo que no era mujer sino demonio en figura de mujer que le venia á engañar, con grande enojo le dijo: ¿Qué haces aquí demonio maldito? ¿Porqué te has transformado en mujer para tentarme, como sueles hacer con los siervos de Dios? Entonces la mujer, ó por mejor decir el demonio en la mujer, le declaró quién era y á lo que habia venido: y diciéndole palabras amorosas y llegándose blandamente á él, procuraba provocarle á mal: pero él la reprendió tan ásperamente, que ella se compungió y prometió emendar su vida, declarando los autores de aquella maldad, y lo que le habian prometido si le hiciese caer en deshonestidad: y despues salió de la torpeza en que vivia, y se casó y vivió honestamente, y publicó lo que le habia pasado con san Vicente: aunque él la habia mandado que lo callase, por no infamar á los que la habian inducido á tan gran maldad. ¡A dónde no llega la malicia del demonio y la desvergüenza y desatino de una mujer apasionada y embriagada del vino del amor! Y en qué abismos de abominaciones está sumido y como anegado el corazon humano, cuando se aparta de Dios! Pues vemos en estos ejemplos el lazo que el demonio armó á san Vicente por medio de una mujer, ciega por la pasión y sin freno de vergüenza; y que los hombres que le habian de reprimir, incitaron á otra para que le hiciese caer, y perdida la castidad no pudiese reprender sus torpezas y deshonestidades: mas tambien vemos en estos mismos ejemplos, cuánto mas puede el alma del siervo de Dios armada con su gracia, que todos los embustes de los hombres y astucias y ardidés de Satanás. Otras veces asimismo le saltó para afeár la limpieza de su alma y oscurecer la gloria con que en los ojos de la gente resplandecia: mas todas sus máquinas y ardidés salieron vanos; porque el Señor le tenia debajo de su sombra y le amparaba, y él se guardaba con gran recato de todas las ocasiones de tratar con mujeres sino era para cosas de su alma, sabiendo los daños irreparables que por ellas han venido al mundo: y con haber tenido tantas y tan ilustres victorias de la deshonestidad, como habemos referido, no por eso se tenia por seguro; ántes estaba mas temeroso y cauto, procurando no solamente ser limpio en el alma y cuerpo, sino que todas sus cosas oliesen á la castidad. Treinta años estuvo sin ver cosa de su cuerpo, ni aun los dedos de los piés, sino eran solas las manos. Cuando habia de mudar la túnica de lana que traía sobre sus carnes, se entraba en algun lugar oscuro por no verse desnudo. Por la calle iba con los sentidos tan recogidos, y especialmente los ojos, y tan dentro de sí y tan compuesto, que solo el verle componia y edificaba á los que le miraban.

Pero volvamos á Valencia y á lo que san Vicente en ella y en todas partes del mundo hizo con su admirable predicacion. Estando en Valencia esta vez, vino á ella don Pedro de Luna, cardenal de la santa Iglesia de Roma, que despues en tiempo de un cisma se llamó papa Benedicto XIII, y rogó á san Vicente que le acompañase en una embajada que iba á hacer á Francia; y el santo le acompañó: y acabada aquella jornada, dijo el cardenal que le deseaba llevar consigo; pero él se volvió á Valencia y continuó su oficio de predicar: lo cual hizo no solamente en aquella ciudad y reino, sino tambien en los otros reinos de toda España y en Francia, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Piamonte, Lombardia y buena parte de Italia, con

tan extraordinario y maravilloso fruto de las almas, que no se puede con pocas palabras decir y apenas creer. En España convirtió á la fé de Cristo nuestro Señor con sus sermones mas de veinte y cinco mil judios y diez y ocho mil moros, de los que en aquel tiempo vivian en ella: y para convertirlos, algunas veces estando predicando, tenia revelacion de Dios que habian de venir á oírle; y él se entretenia y pasaba como arrobado en el púlpito, haciendo tiempo y aguardándolos, estando todo el auditorio maravillado, porque no sabia la causa de aquel silencio y suspension.

Otras veces le inspiraba Dios lo que habia de decir á propósito de convencerlos y reprobar sus malas sectas, y le hacia predicar lo que ántes no habia pensado. Pues ¿qué diré de los vicios y pecados públicos que desarraigó de la república? ¿Qué de las mujeres infames que quitó? ¿De las usuras, de los tablajes, de las blasfemias y juramentos que desterró? ¿Qué de las enemistades entre personas particulares y entre príncipes y pueblos enteros que compuso y concertó? ¿Qué del uso de orar y comulgarse que introdujo? ¿Qué de las penitencias y disciplinas con que se afligian y mostraban el dolor interior y gran contricion que tenian de sus pecados, los que oian sus sermones, y de aquella reformation de costumbres y mudanza de vida, tan nueva y tan maravillosa? Vino una vez á confesarse con san Vicente un hombre que habia cometido un gravísimo y abominable pecado: y despues de haberle oído, le mandó hacer siete años de penitencia. Estaba el hombre tan lastimado, que le pareció poca la penitencia para tan grave pecado, y díjole: O padre mio, ¿y pensais que con esto me podré salvar? Sí, hijo, le dijo el santo: ayuna solo tres dias á pan y agua. Lloraba el pecador amargamente su culpa y no acababa de creer que con tan pequeña penitencia podia alcanzar perdon de sus pecados: y vista su contricion, le tornó san Vicente á decir que rezase solo tres Patenoster y tres Avemarias; y en acabando de decir el primer Patenoster, murió allí de puro dolor y apareció al santo y le dijo: que estaba en la gloria sin haber pasado por el purgatorio, por haberle tomado Dios aquel dolor en cuenta por sus pecados. Pues ¿qué diré de los hospitales, monasterios y casas de piedad que se edificaron por consejo ó industria de este santísimo varon? ¿Qué de la muchedumbre innumerable de gente, que de pueblo en pueblo le seguia por oírle, como á varon apostólico, venido del cielo para alumbrar y reformar el mundo? Porque verdaderamente parece que era como un nuevo sol del mismo mundo que venia á alumbrarle con la luz de la doctrina y encenderle con el fervor y calor de su admirable vida, y para espantar á los mismos demonios: los cuales veian que san Vicente, como David con los osos y leones, se tomaba á brazo partido con ellos y les sacaba de entre las garras y de la garganta las ovejas del rebaño del Señor, que ellos tenían casi tragadas y engullidas. Vióse ser esto verdad en lo que aconteció á un clérigo: el cual, por desesperacion ú otro loco respeto, encomendó su alma al demonio y le hizo y le dió cédula de ello, firmada de su nombre; pero despues, conociendo y llorando su culpa, acudió á san Vicente; y él tomó á su cargo el suplicar á nuestro Señor, que le perdonase: y fueron de tanta fuerza sus oraciones, que estando él predicando, el demonio delante de todos le volvió la cédula del clérigo, para que la rompiese; y él

lo hizo y tomó al clérigo por compañero, y le encargó que recogiese los niños y les enseñase la doctrina cristiana y ciertas coplas y canciones de la pasión de Cristo y de nuestra Señora, para que las cantasen por las calles. Este tan raro y tan estupendo fruto, que hacia el bienaventurado san Vicente con sus sermones, nacia primeramente de la elección particular, con que Dios nuestro Señor le escogió por predicador de su Evangelio, y le mandó que le sembrase por tantas provincias y tierras; porque estando el santo en Aviñon, en la corte del papa Benedicto XIII, cuyo confesor fué, y maestro del sacro palacio, muy apretado de recias y peligrosas calenturas, le apareció Cristo nuestro Señor resplandeciente y glorioso, acompañado de muchos ángeles y santos, y entre ellos el santo Domingo y san Francisco, y le aseguró que no moriría de aquella enfermedad, y le mandó que como singular pregonero de su Evangelio le predicase por el mundo y discurrese con pobreza por España y Francia, enseñando á los pueblos penitencia y enmienda de la vida; porque aunque tendría muchas contradicciones, persecuciones y adversidades, él le daría victoria de todos sus enemigos, y le coronaría despues que hubiese sembrado la semilla del cielo y recogido en sus trojes copiosas y abundantes mieses: y en señal de amor y familiaridad, le tocó el Señor blandamente el rostro con su mano; y aun algunos dicen, que fué este toque de tanta eficacia, que le quedó en la cara la señal de los dedos de la mano de Jesucristo: y el santo animado y alegre con esta vision, é incitado con tan sublime mandato, lo puso luego en ejecución. De esta misma elección manaron, como de su fuente, las otras causas del extraordinario y maravilloso fruto, que por medió de sus sermones obró el Señor: el cual, cuando escoge á uno para un oficio, le da los talentos y requisitos, para que le pueda bien ejercitar; y así dió á san Vicente un entendimiento despierto, un ingenio agudo, memoria rara, doctrina singular, conocimiento é inteligencia de la sagrada Escritura y de las exposiciones de los sagrados doctores admirable, la voz fuerte, blanda, sonora y penetrante, y la acción en el púlpito, que representaba bien lo que decia, y con una breve elocuencia de palabras y sentencias movia al auditorio y le persuadia todo lo que queria.

Pero aunque estos dones naturales eran tantos y tan grandes, no fueran tan eficaces ni tan fructuosos, si no fueran acompañados con una singular gracia del Señor, que resplandecia admirablemente en su vida; porque andando tantos caminos como anduvo, por espacio de tantos años, no perdió un punto de su religion. Guardaba al pié de la letra la regla y constituciones de la órden; y como se dice en el proceso de su canonizacion, no se hallará novicio tan cuidadoso de guardar todas sus ceremonias, por muy ligeras que fuesen como él. Era amigo de la santa pobreza: no tenia sino una saya, un escapulario y una capa de paño basto, ni llevaba consigo sino un breviario y una Biblia: no aceptaba dones ni presentes: y cuando era constreñido á aceptar algun dinero, luego lo mandaba repartir á los pobres. Todo el tiempo que vivió en la órden, jamás comió carne sino por pura necesidad: ayunó poco ménos de cuarenta años cada dia, excepto los domingos: dormia comunmente vestido sobre algunos sarmientos, y estando enfermo sobre un pobre colchon. Desde mozo se disciplinaba cada noche, si se hallaba con

fuerzas; y cuando le faltaban, rogaba á alguno de sus compañeros que le disciplinase, conjurándole de parte de Jesucristo nuestro Señor, que no le tuviese lástima. Andaba siempre á pié, hasta que estando despues malo de una pierna, iba á caballo en un jumentillo, á imitacion de Cristo. Buia en gran manera la conversacion de gente seglar, sino era para edificarlos con su doctrina. Era dado á la oracion y contemplacion, en la cual era industriado y enseñado de lo que habia de predicar; y la eficacia de sus sermones mas procedia de la fuerza y luz del cielo, que nó del estudio y leccion de los santos, ni de la gravedad de las sentencias, ni ornato y copia de palabras. Por donde una vez que habia de predicar á un gran príncipe que le deseaba oír, puso mas conato que solia en estudiar los santos y predicó un doctísimo sermon; mas no contentó tanto al príncipe, como otro dia, que siguiendo su estilo ordinario, se dió mas á la oracion que á la leccion: y quedando maravillado el príncipe, le preguntó la causa de esta diversidad; y el santo respondió: Señor, ayer predicó Fr. Vicente, y hoy predicó Cristo. Continuó la predicacion con tanto fervor y continuación, que por espacio de diez y ocho años no dejó de predicar sino quince dias. Finalmente, la vida de san Vicente era vida apostólica, y que movia á los oyentes mas que sus palabras, y Dios nuestro Señor, que, como dijimos, le habia escogido para tan alto ministerio, con algunos prodigios divinos le hacia mas admirable; porque predicando en las plazas, y en los campos á innumerable gente, grandes y pequeños, viejos y mozos, pobres y ricos, doctos é indoctos, hombres y mujeres, le oian y percibian lo que decia, así los que estaban lejos como los que estaban cerca: y aun aconteció á algunos que le tenian particular devocion, y deseaban hallarse presentes á sus sermones, y no podian, oírle claramente y entenderle cuando predicaba estando algunas leguas distantes: y predicando en su lengua valenciana á personas de diferentes naciones y lenguas, y que no sabian sino la suya, le entendian como si predicara en la lengua de cada uno, que es don raro y apostólico. A mas de esto, estando predicando fueron vistos sobre su cabeza ángeles en forma humana, y con estos prodigios no es maravilla que fuesen sus palabras y sus obras tan eficaces, especialmente que el Señor con otros innumerables é insignes milagros le hizo glorioso en vida y en muerte, y confirmó su predicacion.

Los milagros que nuestro Señor obró por san Vicente fueron tantos, que Pedro Rauzano, fraile de su órden, que por mandato del maestro general de ella escribió su vida en cinco libros, dice: que fueron mas de ochocientos y sesenta los que se sacaron de solos cuatro procesos, que se habian hecho en Aviñon, Tolosa, Nantes y Nápoles, sin los demás. En la bula de su canonizacion, el papa Pio II que la despachó por muerte de Calixto III, dice estas palabras: «La divina virtud hizo por él muchos milagros para confirmacion de su predicacion y vida, así por la imposicion de sus manos, como por las demás reliquias suyas y tocamiento de sus vestidos, y promesas de votos que le hicieron. Porque á muchos demonios echó de los cuerpos humanos; á muchos sordos restituyó el oír, y á muchos mudos el hablar; alumbró ciegos; limpió leprosos; resucitó muertos; y dió salud á otros que estaban afligidos con muchas enfermedades.» Estas son las palabras del sumo pontífice. Y siendo tantos los milagros, seria cosa

larga y fuera de mi propósito quererlos aquí referir: uno solo escribiré yo, por ser raro y extraordinario, de un niño que resucitó medio crudo y medio cocido, y fué de esta manera.

En la villa de Morella, cerca de Valencia, había un hombre honrado, virtuoso y devotísimo de san Vicente, que tenía una mujer moza y hermosa, y de buen linaje, pero lunática, y que á tiempos perdía el juicio y se embravecía; y cuando volvía en sí estaba muy mansa y sosegada. Fué san Vicente á predicar á Morella; y como no había allí convento de santo Domingo, aquel buen hombre le rogó con grande instancia que se dignase entrar en su casa y echarle la bendición, y comer, despues del sermón, en ella. Aceptólo el santo, y el marido se fué con toda su familia al sermón, dejando á su mujer (que á la sazón estaba sana) sola en casa con un niño que tenía, mandándole que aderezase algunos peces, para que san Vicente comiese. Permió nuestro Señor, para mayor gloria de su siervo y manifestacion de su gran santidad, que la mujer en aquel mismo tiempo súbitamente se embraveció con mayor furia que solía, y arremetió al niño, hijo suyo, y le mató é hizo pedazos, y echó á cocer parte de él, guardando lo demás. Cuando el marido volvió á su casa y supo lo que había hecho su mujer, no se puede creer el sentimiento y dolor que tuvo; y lamentándose mucho y deshaciéndose en lágrimas, casi le pesaba de haber convidado á san Vicente á su casa, pues por él había venido tan gran calamidad sobre ella. Mas el santo, cuando entendió el caso, con un rostro severo y grave dijo á su huésped y á los demás que se sosegasen, porque semejante caso no podía suceder sino para hacer bien, y querer nuestro Señor mostrar sus maravillas, en pago de las buenas obras que se hacen en su servicio. Con esto mandó traer todos los miembros y partes del cuerpo de aquel niño, cocidas y por cocer, y juntólas entre sí en sus lugares, é hizo esta oración: «Jesus, Hijo de María, salud y Señor del mundo, que crió de nada el alma de este niño, la restituya á su cuerpo para loor y gloria de su santo nombre.» Dijo estas palabras, é hizo la cruz sobre el cuerpecito despedazado: juntáronse los miembros y unióronse entre sí, y el alma volvió á dar vida al cuerpo, que estaba despedazado y muerto; y con un milagro tan raro y estupendo quedó la gente asombrada y el mundo admirado, reconociendo la santidad de Vicente, y glorificando al Señor que le había enviado para bien de su Iglesia y ensalzamiento de su santo nombre. Estos milagros ablandaban los corazones de los hombres, y los enternecían á llorar sus pecados, y á creer que era mas que hombre aquel por quien Dios los obraba, y á tomar sus palabras como palabras de Dios, y obedecer á sus santos consejos y amonestaciones; especialmente que le tenían por hombre alumbrado de Dios, é ilustrado con muchas revelaciones, y por profeta, que con luz divina veía las cosas ausentes, como si las tuviera presentes; y las que estaban por venir, como si las tuviera delante de los ojos; y de esto tenían muy bastantes pruebas, por lo que en el mismo púlpito le habían oido decir.

Una vez predicando en Zaragoza, y estando en medio del sermón, comenzó á llorar amargamente, y de allí á un poco se enjugó los ojos y calló; y despues de haberse sosegado un poco, dijo que en aquella hora había espirado en Valencia su madre; y que aunque se había entristecido por haberla perdido, pero que se alegraba porque Dios

le había revelado que los santos ángeles habían llevado su alma al cielo, y poco despues se supo ser verdad su muerte. Otra vez predicando en Alejandría de la Palla, que es en Lombardia, y estando presente un mozo de Sena, que se llamaba Bernardino, dijo á los que se hallaron en el sermón: Hermanos míos, unas buenas nuevas os traigo: sabed que en este auditorio está un mancebo que será gran lustre de la orden de san Francisco y de toda la Italia, y luz de la Iglesia, la cual primero le honrará á él que á mí; y cuando yo me parte de Italia, le dejaré el cargo de predicar. Este mozo fué san Bernardino de Sena, el cual tomó el hábito de san Francisco el año siguiente, y fué persona admirable en santidad y púlpito, y fué canonizado el año de 1450 por Nicolás, papa, V de este nombre, cinco años ántes que Calixto III canonizase á san Vicente.

Otra vez predicando en Barcelona, en tiempo de grandísima hambre, estando la gente muy afligida y sin esperanza de remedio, les dijo que se alegrasen, porque ántes de la noche llegarían al puerto navíos cargados de trigo, con que se remediaria la necesidad, y así fué: y como estas le sucedieron otras cosas, con las cuales mostró que tenía don de profecía; y entre ellas se cuenta, que al papa Calixto III, siendo mozo le profetizó que había de ser sumo pontífice; y él lo tuvo por tan cierto, que ántes de serlo prometió hacer guerra á sangre y fuego á los turcos en sentándose en la silla de san Pedro. A un fraile de la orden de la Merced, que le acompañaba, le mandó volver á su convento, y que ántes de partirse se confesase, y por el camino no se descuidase de alabar á Dios. Todo lo hizo el religioso, como san Vicente se lo ordenó; y llegando á las puertas de su convento dió su espíritu al Señor entre las manos de sus mismos frailes, que le habían salido á recibir, y se fué al cielo, y el santo tuvo revelacion de ello, y lo contó á sus discípulos. La misma revelacion tuvo otra vez, diciendo misa, de la muerte de su padre; y otra de un compañero suyo, habiendo muerto los dos en lugares muy distantes de donde estaba. Y el saberse esto y ser tan notorio, y tenerle todos, como dicho es, por varon con luz soberana ilustrado de Dios, inclinaba los corazones de los que le oían y seguían, á hacer lo que él, como ministro suyo, les predicaba.

A mas de esto la misma forma y traza de predicar era rara, y á propósito para mover el auditorio; porque fuera de la grande autoridad que tenía, como comisario del papa, y de la plenisima potestad para absolver cualesquiera pecados, llevaba consigo muchos religiosos de diversas órdenes, y clérigos dignos de tan santa compañía, para que le ayudasen en aquel soberano ministerio, y confesasen á los pecadores que se convertían, y los instruyesen y encaminasen para el cielo; y él guardaba comunmente esta órden y distribucion en su vida. Daba á su fatigado cuerpo á la noche un poco de reposo, y todo el restante de ella le gastaba en estudio, oracion y contemplacion. A la mañana iba al lugar donde había de predicar, que comunmente era alguna gran plaza ó campo, por la muchedumbre de la gente que le estaba aguardando para oírle. Allí, despues de haberse confesado, él mismo cantaba la misa con gran solemnidad y aparato, y órganos que llevaba consigo; porque todo esto le parecia que despertaba á la devocion, y disponia y ablandaba los ánimos de los oyentes, para imprimir en ellos mas fácilmente la doctrina evangélica. Acabada la misa, subía al púlpito y predicaba, nó como hom-

bre de la tierra, sino como hombre venido del cielo. El principio de su predicacion comunmente era el que tomaron Cristo nuestro Señor y san Juan Bautista en la suya, exhortar á la penitencia. Despues daba tras algun vicio y pecado, declarando la fealdad de él, con tan grande encarecimiento y sentimiento, que él mismo se enternecia y lloraba, y hacia llorar á los demás, especialmente á los que estaban tocados de aquel vicio. Y aunque no hubiese en el auditorio sino uno de estos, fijaba los ojos en él, y le estaba mirando, como si á él solo le hablara y leyera el corazon. Porque entre los dones admirables que este santo tuvo de Dios, uno fué el abrirle los corazones y descubrirle las llagas interiores y ocultas de las personas con quienes trataba, para avisarles de ellas y remedarlas. Con esto no habia pecho tan duro ni obstinado que no se rindiese, especialmente cuando trataba en el púlpito de la pasion de Cristo nuestro Redentor, ó del juicio final, ó de las penas del infierno; porque entonces se enternecia y encendia él mismo, de manera que parecia que temblaba, y hacia temblar á los demás. Y le aconteció alguna vez predicar del juicio final con tanta fuerza y vehemencia, que muchos de los pecadores que allí estaban se levantaron del sermón y se postraron en tierra, y con grandes lágrimas confesaban publicamente sus pecados, y pedian perdon para ellos. Acabado el sermón le traian los enfermos para que los bendijese, y él hacia la señal de la cruz sobre ellos, y muchos sanaban. Añadiase á esto, que muchos de los pecadores que se convertian, y otra gente sin número, le seguian de pueblo en pueblo para oír sus sermones; y eran tantos, que hubo vez que se hallaron ochenta mil, y fué necesario, para que no les faltase la comida, señalar proveedores y sobrestantes para que se la procurasen: é iban con tan gran fervor tras él, que muchos de los que le seguian hacian en los pueblos adonde llegaban procesiones muy devotas y solemnes, disciplinándose terriblemente, y derramando mucha sangre en memoria de la pasion del Señor, y en satisfaccion de sus pecados: y eran tantos los disciplinantes, que habia tiendas de disciplinas, como si fuera feria de azotes: y ellos se disciplinaban con tanto rigor, que se hallaban en sus ropas pedazos grandes de carne: y este espectáculo, que era muy ordinario, movia á los demás y los dejaba compungidos y llorosos, y descoscos de imitar aquella rigurosa penitencia, ó á lo menos la enmienda de la vida. Y no solamente tenia san Vicente cuidado de enseñar y reformar á los hombres grandes y letrados, sino tambien de instruir y catequizar á los niños y simples como se habian de santificar, y el Pater noster, y el Ave María, el Credo, y la Salve Regina, la confesion, é invocar muchas veces el dulcísimo nombre de Jesus y el de la sacratísima Virgen María nuestra Señora, y que rezasen dos veces cada dia, una por la mañana y otra por la tarde, y que procurasen oír misa, y que la oyesen, estando ayunos, por reverencia de tan alto sacramento. Por estos caminos y medios hizo Dios nuestro Señor tan raro y maravilloso fruto en el mundo, por la predicacion de este nuevo apóstol suyo y santísimo varon, y causó tan grande admiracion y reverencia para con él en todo género de personas, grandes y pequeños, eclesiásticos y seglares, que algunas veces, cuando habia de entrar en alguna ciudad, se salia toda ella á recibirle; los clérigos con sus capas y cruces, los obispos vestidos de pontifical y el magistrado con sus

insignias le iban al encuentro, viniendo él en un pobre jumentillo, con su hábito humilde y pobre; pero mas glorioso y rico que todos los que le salian á honrar, y triunfando de la vanidad y grandeza del mundo con la ignominia y abatimiento de Jesucristo. En España, hasta los mismos reyes de Aragon salieron algunas veces personalmente á recibirle; y era tanta la devocion del pueblo y el deseo que tenian todos de besarle la mano ó el hábito, ó cualquiera cosa suya, que apenas le podian defender que no le atropellasen: y hasta los pelos del asuillo en que iba tomaban algunos, cuando otra cosa no podian, y los guardaban por reliquia. El santo, al principio por su humildad, llevaba mal esta honra, y se enojaba y reprendia gravemente á los que se la hacian: mas despues, viendo-se, por la gracia de nuestro Señor, libre de la vanagloria que aquella honra pudiera engendrar en su alma, si no fuera tan humilde, y considerando que por aquel medio la palabra de Dios se acreditaba, y tenia mas fuerza para penetrar y sanar los corazones de los que le oian, pasó por ello, y en medio de aquel aplauso y honra popular estaba como si fuera de piedra, y no tocara á él lo que por él se hacia.

Mas con haber tenido el glorioso san Vicente tan próspero curso en la navegacion de su predicacion, no le faltaron borrascas y contrarios vientos; porque el demonio por sí mismo y por sus aliados y ministros, procuraba turbar el mar y desasosegar al santo para que no navegase con tan favorables vientos. Estando un domingo de Ramos predicando en Murcia á poco ménos de diez mil personas, se vieron venir tres caballos por una calle desaforados y muy furiosos, relinchando y echando humo por las narices, que iban á dar sobre la gente que oia el sermón; la cual se espantó, y llena de pavor y grima, queria echar á huir, mas el santo la detuvo diciéndoles que hiciesen la señal de la cruz, y aquellos demonios desaparecieron; y así fué.

Otra vez un jumento estaba paciéndose allí cerca donde el santo predicaba, é instigándole el demonio, comenzó á rebuznar tantas veces y tan fuertemente, que no podia la gente oír el sermón: mandóse san Vicente que callase, y el demonio quedó corrido y obedeció.

Otra vez tomó figura de un ermitaño muy viejo, penitente y venerable, y se juntó con alguna gente que acompañaba y seguia á san Vicente, diciéndoles, que movido de la fama de su gran doctrina, le venia á oír para aprovecharse de ella. Fué recibido de los demás con mucho amor por su aspecto y venerables canas; y cuando hubo ganado las voluntades, y movido la gente con su ejemplo que exteriormente mostraba y fingia, comenzó á sembrar zizaña, y á descubrir lo que era, y á decir, que el maestro Fr. Vicente con sus embaimientos los traia engañados y les enseñaba muchas cosas contra la ley de Dios; y pudo tanto con sus persuasiones, que algunos simples creyéndolas, se apartaron de la compañía del santo, y pasara mas adelante el daño, si la justicia por atajarle no echara mano del falso ermitaño, y no le encarcelara con intento de castigarle severamente. Pero cuando quisieron hacerlo y fueron á la cárcel para ejecutar el castigo, no le hallaron, sino las prisiones: y refiriendo lo que habia pasado á san Vicente, y diciéndole como aquel ermitaño habia desaparecido, respondió él sonriéndose: No tengais pena, que ese no era hombre, sino el demonio en figura de ermitaño.

Otra vez movió el demonio á un superior de cierta órden, para que con envidia ó con falso celo se mostrase contrario á la persona y doctrina de san Vicente; pero despues lo alumbró Dios nuestro Señor, y le abrió los ojos para conocer su error (por ventura por las oraciones del mismo santo) y arrepentido se fué al mismo san Vicente, se echó á sus piés, y confesó lo que habia hecho contra él, y le pidió perdon; y él con gran mansedumbre le respondió que ya habia muchos dias que él le habia perdonado, y que nuestro Señor tambien le habia perdonado, porque no viniérades vos, dijo con tanto dolor de corazón, si primero Dios con su gracia y misericordia no os hubiera ablandado. Pero avisóle que se confesase y se aparejase; porque no tardaria su muerte, como no tardó; porque en despidiéndose de san Vicente para irse á su casa, apenas habia andado dos leguas, cuando dió su alma á Dios.

Otra vez incitó el demonio á unos hombres perdidos y desalmados para que matasen al santo, porque les habia quitado una mujer con quien vivian torpemente. Salieron al camino y él los conoció y entendió á lo que venian, y mandó á sus compañeros que se apartasen y le dejasen á solas con ellos. Los malhechores echaron mano á sus espadas para matarle, y san Vicente á la suya, que era la cruz para defenderse, y fué tan grande su virtud que perdieron luego sus fuerzas, y pasmados con la novedad del milagro, se derribaron á sus piés, y le pidieron perdon y enmendaron sus vidas.

Pero volviendo al hilo de nuestra historia, y al fruto que san Vicente hizo con su predicacion, fué tan extraordinaria la opinion y estima que los grandes principes tuvieron de san Vicente, que en algunos casos gravísimos que sucedieron en su tiempo, le tomaron por árbitro y por juez para determinarlos. Murió el rey don Martín de Aragon, el año de 1410, sin dejar hijo legítimo que le sucediese en aquella corona. Ordenó en su testamento que se diese á quien de derecho le competia. Habia muchos pretendores del reino y grandes dificultades en averiguar bien la justicia de cada uno de ellos. Finalmente despues de varias disputas convinieron las córtes de Aragon, Valencia y Cataluña, en nombrar nueve jueces, tres de cada uno de estos reinos, los cuales oyesen á las partes de su derecho, y despues juzgasen y declarasen segun Dios y su conciencia, á quien de justicia pertenecia el reino; y el que ellos declarasen, fuese tenido y obedecido por rey. Entre los tres que fueron nombrados por el reino de Valencia, fueron los dos hermanos, Bonifacio Ferrer, prior general de la Cartuja, y san Vicente Ferrer á quien todos los demás miraban como á tan santo y tan sabio y tan amigo de Dios; y así se le dió el cargo de publicar la sentencia y declarar por rey de aquellos reinos al infante de Castilla, hijo del rey de Castilla don Juan el primero, nieto de don Pedro de Aragon, y padre del rey don Alonso de Nápoles, y del rey don Juan de Aragon y de Navarra, y abuelo del rey don Fernando el Católico, de gloriosa memoria; y el mismo san Vicente con sus palabras y razones persuadió á los diputados de los reinos, que el dicho don Fernando era el que mas les convenia, y sosegó los alborotos y contiendas que en caso tan importante pudieran suceder.

En otra cosa así mostró san Vicente la autoridad que tenía en estos reinos; porque habiendo por los pecados del mundo permitido Dios nuestro Señor un lastimoso cisma en la Iglesia, que por un papa tuviese tres que se llamaban

papas, y que cada uno de ellos tuviese diversos reinos y provincias que los obedecian; y entendiendo san Vicente, que don Pedro de Luna, que era uno de los tres, y se llamaba Benedicto XIII, tenia mejor derecho y era el verdadero y legitimo papa; aconsejó al rey don Fernando de Aragon que le diese la obediencia, y así lo hizo, y lo mismo el rey de Castilla. Pero como el derecho que cada uno de los papas alegaba en su favor, fuese oscuro y muy enmarañado y dudoso, y no se pudiese bien averiguar, aunque grandes letrados de aquel tiempo escribieron sobre ello, para acabar un cisma tan prolijo, peligroso y pernicioso, por el cual, toda la santa Iglesia católica, que es una y universal, estaba dividida en tantas partes, se tomó por medio, que cada uno de los tres papas renunciase el sumo pontificado y el derecho que pretendia tener en él, y que se eligiese un nuevo pontifice como en sede vacante, que fuese cabeza y pastor universal en toda la Iglesia, y ella le reconociese por tal. Hicieron esto Gregorio XII y Juan XXIII en el concilio de Constancia, que eran los competidores de Benedicto; pero él nunca lo quiso hacer ni ceder el derecho que decia tener, por mucho que el emperador Sigismundo que vino á esto de Alemania á Perpiñan, y el rey de Aragon don Fernando en persona, y otros principes y embajadores se lo rogaron. Entonces san Vicente aconsejó al rey don Fernando, que quitase la obediencia á Benedicto por su contumacia y rebeldia; y así lo hizo, porque su autoridad bastó para que le diese la obediencia, y para que se la quitase; y vacando la sede apostólica, el concilio de Constancia eligió por sumo pontifice y vicario de Cristo nuestro Señor á Martino V que fué excelente pontifice; y de esta manera se extinguió aquel miserable cisma que habia afligido tantos años la Iglesia del Señor. Y puesto caso que san Vicente á los principios siguió la parte de Benedicto, que era el verdadero pontifice; la causa fué, como dice san Antonio, porque el derecho era dudoso; y á san Vicente y á otros muchos grandes letrados, el de Benedicto les pareció mas cierto y seguro. Pero entendida la verdad, y vista la obstinacion y dureza de Benedicto, el santo le dejó, y aconsejó á los reyes de Castilla y Aragon, que dejasen su obediencia y se adhiciesen al concilio de Constancia, y tuviese por verdadero sumo pontifice al que en él canónicamente fuese elegido, como se hizo. En el mismo concilio de Constancia hubo ántes de la eleccion de Martino V grandes disputas y debates sobre ciertas cosas muy importantes y dificultosas; y no pudiéndose averiguar lo que en ellas se habia de hacer por ser muchos y contrarios los pareceres, determinó el concilio consultarlas con san Vicente que á la sazón predicaba en Borgoña; y para esto se envió á Pedro Anibal, cardenal de San Angel, acompañado de dos teólogos y otros canonistas, para saber del santo lo que le parecia que se debia hacer. Él, como humilde, se corrió de tan solemne embajada, y de que el concilio no le hubiese mandado llamar, y resolvió con la luz que tenia del cielo lo que se le propuso, y con gran facilidad desenmarañó las dificultades que tantos y tan doctos letrados, con ciencia y prudencia humana no habian podido entender y declarar: tanta era la opinion de la santidad y sabiduría que todos tenian de este varon apostólico, á quien acudian en sus dudas como á oráculo y boca de Dios. Este mismo respeto le tuvieron los otros reyes y principes, así eclesiásticos como seglares. El emperador Sigismundo, el rey de Inglaterra que le envió á llamar, y hasta el rey

de Granada con ser moro, le envió á convidar para que fué á predicar á su reino, y él lo hizo; y los mismos reyes le miraban y respetaban como á hombre mas divino que humano, y tomaban sus consejos y aceptaban sus amonestaciones y aun reprensiones, sin enojarse por ellas: porque aunque las daba con grande libertad y espíritu, pero iban acompañadas con tan grande humildad, modestia y comedimiento, que se echaba bien de ver, que solo el celo de la gloria de Dios le movía, y que sus reprensiones no tenían otro blanco sino el bien de los mismos á quienes reprendía.

Peró ¿qué maravilla es, que los hombres de la tierra honrasen con tan ilustres testimonios á san Vicente, pues los santos del cielo tanto le alabaron y ensalzaron? Porque estando una vez en la villa de Cervera en Cataluña, echado en su pobre camilla, le apareció una noche el padre santo Domingo vestido de una maravillosa claridad, y le dijo quién era, y que Dios le habia enviado para avisarle que perseverase hasta el fin en lo que habia comenzado; porque delante del acatamiento del Señor valian mucho sus obras, y que era digno de reposar en el cielo con el mismo santo Domingo; porque le parecia mucho, no solo traer el mismo hábito, y en ser doctor y predicador de la doctrina evangélica, enviado por Jesucristo, y en ser virgen como él lo habia sido; sino tambien por serle semejante en todas las buenas costumbres y obras como buen hijo y vivo retrato de su padre: pero que en una sola cosa le hacia gran ventaja, que él era el tronco y la raiz de la órden de los predicadores, y san Vicente una flor ó rama de ella. Luego que san Vicente conoció á su santo padre, se derribó á sus piés y se los quiso besar; mas santo Domingo no lo consintió, ántes queria echarse en la misma camilla en que su hijo estaba, para mostrarle mas amor y familiaridad. Estas pláticas que los dos santos tuvieron entre sí, oyeron los compañeros de san Vicente, y vieron la claridad con que resplandecía la celda, y despues se lo dijeron al mismo santo, conjurándolo por reverencia de Dios, que les declarase todo lo que habia pasado; y él aunque al principio procuró encubrirlo, al fin les descubrió la verdad, rogándoles que lo callasen y tuviesen secreto.

De esta manera regaló Dios á san Vicente, y le hizo glorioso en el cielo y en la tierra, porque era humildísimo y el Señor levanta á los humildes; y tanto mas, cuanto ellos mas se humillan y menosprecian. ¿Pues quién podrá explicar la profundísima humildad que tuvo este siervo del Señor, y como estaba tan dentro de sí y en la consideracion de su propia vileza y nada, que ni la honra le levantaba, ni el aplauso y alabanza de los hombres le desvanecian, ni las maravillas que Dios obraba por él eran parte para engendrar en su ánimo un pelo ni repunta de vanidad, sino mayor luz de la bondad y misericordia del Señor que le habia tomado por instrumento, y mayor confusion y empacho suyo, pareciéndole que no correspondia con el debido agradecimiento á tan inmensa liberalidad? Quiso el papa hacerle obispo de Lérida, y arzobispo de Valencia, y cardenal; y no hubo remedio con él para que aceptase las dignidades que le ofrecia; porque por su humildad se tenia por indigno y estimaba mas ayudar á salir una alma de pecado, que todas las grandezas del mundo; y le parecia que tan honrosos cargos serian para él unas como cadenas y grillos dorados, que le tendrian atado y preso en la corte, y le estorbarian el andar predicando el Evan-

gelio pobremente, como Dios se lo habia mandado.

Tambien mostraba su humildad en otras dos cosas: la una, que teniendo plenísima potestad de los sumos pontífices, para estar y para predicar en cualquiera lugar de toda la cristiandad que quisiese; en llegando á cualquiera pueblo donde habia convento de su órden, se iba á posar en él y á presentarse al prior y darle la obediencia, como si fuera su súbdito: la otra, que nunca predicaba sin tomar primero la bendicion y licencia del obispo en cuya diócesis de nuevo entraba, guardando á los prelados el respeto que se les debe como á sucesores de los apóstoles del Señor. Pues ¿qué diré de las otras admirables y excelentísimas virtudes con que Dios nuestro Señor adornó, hermoseó y enriqueció el alma de este glorioso confesor? ¿Qué de su paciencia en las enfermedades? ¿Qué de su perseverancia y fortaleza en los trabajos? ¿Qué de la mansedumbre en las injurias? ¿Qué de la ternura y compasion para con los pobres? ¿Qué de la severidad y libertad para con los ricos y poderosos? ¿Qué de la benignidad y suavidad para con todos? ¿Qué del rigor y severidad para consigo? ¿Qué de la pureza virginal de su bendita alma y cuerpo? ¿Qué de su oracion continua y fervorosa? ¿Qué de la mortificacion perfecta de todos sus apetitos y sentidos? ¿Qué de aquella sed insaciable del bien de las almas, y celo tan encendido y fervoroso de la gloria del Señor? Mucho habria que decir de cada una de estas virtudes, y se podria escribir un libro; pero dejémoslas y vengamos á su dichoso tránsito y bienaventurado fin.

Habiendo, pues, este predicador divino sembrado la semilla del cielo en tantas y tan diversas provincias y reinos, y regado la tierra con las corrientes de sus copiosas y saludables aguas; fué á una provincia de Francia, que llaman la menor Bretaña, para ilustrarla con sus rayos como habia hecho á las demás. Allí estuvo dos años cultivando toda aquella provincia, y arrancando de ella las espinas y malas yerbas de vicios, y plantando como buen hortelano las virtudes. Hallábase ya muy viejo y cansado de los muchos y santos trabajos de tantos años, y debilitado con sus continuos ayunos y penitencias, y no por esto dejaba de ayunar y predicar; y era cosa maravillosa ver que ántes que subiese al púlpito, apenas por su flaqueza se podia mover, y en subiendo y comenzando á predicar, lo hacia con tanta fuerza, como cuando era mozo. Aconsejaronle y rogaronle mucho sus compañeros que se volviese á morir en Valencia; y como el santo era benigno y suave de condicion, condescendió con ellos, y porque no hubiese ruido ni estorbo, se partió de noche de la ciudad de Nantes (otros dicen de Vannes), donde estaba, y tomó su camino para España con sus compañeros. Á la mañana cuando pensó haber andado algunas leguas, se halló á la puerta de la misma ciudad, y entendió que el Señor queria llevarle presto para sí, y que muriese en aquella ciudad; y así lo dijo á los que le acompañaban, y que no le sabia resistir, sino obedecer en todo á su santísima voluntad. Entró en la ciudad con gran regocijo y fiesta de todos, y al cabo de pocos dias le dió una calentura muy recia: y aunque él estaba muy aparejado, y toda su vida habia sido una continua meditacion de la muerte; todavia se confesó generalmente con un fraile de su órden, y recibió la indulgencia plenísima que el sumo pontífice Martino V para aquella hora habia concedido. Despues, habiendo cumplido con e

obispo y magistrado y gente principal de la ciudad, que con gran sentimiento habian venido á visitarle, y encargándoles que se acordasen y guardasen fielmente lo que él en aquellos dos postreros años les habia enseñado; porque haciéndolo así él desde el cielo les ayudaria con sus oraciones, y Dios los favoreceria; mandó que cerrasen las puertas para que los muchachos que venian á tomar su bendición, no interrumpiesen su oración ni turbasen la paz y quietud de su alma; porque queria gastar aquellos últimos dias de su enfermedad en regalarse y entretenerse con su amado; y así lo hacia, estando absorto y como arrebatado en la contemplacion del sumo bien, y anhelando á aquella patria, para la cual él habia caminado con tan acelerado paso á tan grandes jornadas.

Finalmente, habiendo recibido con maravillosa devocion y abundancia de lágrimas los santos sacramentos, y mandado leer la sacratísima pasion de nuestro Redentor, como la escriben los cuatro evangelistas, y recitar los siete salmos y la letania; luego en acabando la letania con un júbilo de su bendita alma y alegría exterior mas que humana, juntando y alzando las manos y los ojos al cielo, dió su espíritu al que para tanta gloria suya le habia criado, un miércoles ántes del domingo de Ramos, del año del Señor de 1418, segun la comun opinion, y segun la autor del año de 1419, como lo dice Martin de Alpartil, autor del mismo tiempo, y que comunicó y conversó con el santo varon. Y vese que no pudo ser la muerte de san Vicente el año de 1418, como se dice, porque aquel año la pascua de Resurreccion cayó en el mes de marzo segun el cómputo eclesiástico; y el santo murió doce dias ántes de Pascua á los 5 de abril, como lo notó el P. M. Fr. Justiniano Antiste, en la vida que escribió de san Vicente, y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio romano á 5 de abril. El cuerpo de este glorioso santo, por no haber allí á la sazón convento de Santo Domingo, fué enterrado en la iglesia mayor de la misma ciudad de Nantes, estando el duque de Bretaña don Juan, y otros muchos señores y principes presentes; y concurriendo de toda aquella ciudad y comarca tanta gente para ver y reverenciar el sagrado cuerpo, que por espacio de tres dias no se pudo sepultar, derramando de sí una fragancia admirable y olor suavísimo; y despues de muerto hizo Dios tantos y tan grandes milagros por intercesion del santo, como los habia hecho siendo vivo. Y la duquesa de Bretaña hija del rey de Francia y devotísima suya, y que le habia asistido y servido en su enfermedad con extraordinario cuidado y diligencia, habiendo lavado el santo cuerpo, como alli es costumbre, guardó el agua con que le habian lavado por una preciosa reliquia: la cual agua no se corrompió ni tuvo mal olor, ántes daba de sí muy buen olor, y dió salud á muchos enfermos que la bebieron, hasta que se consumió ó exhaló en el mismo vaso donde estaba: y el colchon en que este glorioso santo estuvo enfermo ó murió, sanó mas de cuatrocientos enfermos de calenturas y otras diversas enfermedades, echándose con devocion sobre él. Y en Mallorca escriben que hay una capilla de su hábito, que llevó el santo, cuando navegó por aquella isla, la cual con solo tocarla echa á los demonios de los cuerpos, y libra muchas mujeres de partos peligrosos y á enfermos de varias dolencias. Murió de setenta y cinco años, segun Gerónimo de Zurita: segun el P. Fr. Vicente Justiniano Antiste, de setenta y ocho: y segun el P. Fr. Francisco Dia-

go, de solos setenta; porque este padre dice que nació san Vicente el año de 1340; y cada uno trae sus razones, para probar su opinion. El papa Pio II, en la bula de su canonizacion dice que murió de mas de setenta años: *Septuagesimum atatis annum transcendens*; pero esto de la edad hace poco al caso, para lo que yo pretendo. Escribieron su vida Pedro Rauzano, palermitano obispo y fraile de su orden, y casi de su mismo tiempo, en cinco libros; san Antonino, Juan Antonio Flamiano, Leandro y Silvio Casetta, general de su orden; el P. Fr. Vicente Justiniano; el P. Fr. Juan de Marieta, y últimamente el P. Fr. Francisco Diago, todos frailes de la orden de santo Domingo; y hacen mencion de él el Martirologio romano, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y el papa Pio II, en su Cosmografia, lib. II, cap. 38.

* SANTA IRENE, VIRGEN.—Entre otros de los edictos que promulgó el emperador Diocleciano, fué que presentaran los cristianos los libros sagrados; é Irene léjos de obedecer los mandatos del emperador los ocultó, por cuyo motivo fué presa, azotada y quemada en Salónica de orden del prefecto Dulcesio, sufriendo tambien el martirio por mandato del mismo prefecto Agape y Chionia hermanas de Irene.

LA CONMEMORACION DE CINCO SANTAS VIRGENES.—Fueron martirizadas en la isla de Lesbos, por no querer abjurar la religion de Jesucristo.

SAN ZENON, MÁRTIR.—Fué tambien de Lesbos, aunque se ignora la época de su vida y de su muerte; se sabe que por no haber querido obedecer á los ídólatras, que le mandaban sacrificase á sus divinidades, lo desollaron y despues le untaron con pez y le arrojaron en una hoguera donde espiró.

LA CONMEMORACION DE GRAN NÚMERO DE SANTOS MÁRTIRES DE ÁFRICA.—Durante la persecucion de Genserico, rey ariano, un dia en que los católicos congregados en su iglesia celebraban la solemnidad de la Pascua, entraron de repente los herejes y á casi todos los degollaron. Al lector, que estaba cantando el *Ecultet* en el púlpito, le atravesaron la garganta con una saeta y quedó muerto en el acto. Semejante acto de barbaridad, de que casi no hay otro ejemplo en la historia, sucedió, segun Bolandos, el dia 3 de abril del año 456.

LA BEATA CATALINA TOMÁS.—Nació en el año 1533 en la villa de Valldemosa, una de las mas amenas de la isla de Mallorca, siendo sus padres Jaime Tomás y Marquesina Gallard, ambos mas distinguidos por su piedad que por su calificada nobleza. Catalina era la menor de sus hijos, y si bien se esmeraron en dar á todos una brillante educacion religiosa, se esmeraron mucho mas en Catalina, en razon de las particularísimas gracias con que la habia dotado el cielo. Siendo niña no queria tomar el pecho de su madre en los viernes, preludio de aquella maravillosa abstinencia que observó toda su vida. Su piadosa madre imprimió en su tierno corazon las máximas de nuestra santa religion; y aprovechándose la hija de tan saludables documentos, llegó muy en breve á la cumbre de la mas alta perfeccion. Seis años contaba no mas cuando se le apareció Jesucristo del mismo modo que estuvo en la cruz; y á vista de aquel lastimoso espectáculo, se escitaron en su pecho los afectos de la mas tierna compasion, y se aumentaron estos desde que oyó al Salvador que le decia: *Hija, tú has de ser mia: pero mira cuánto me cuestas. Mu-*

rieron sus padres cuando Catalina tenía siete años de edad, pasando á vivir con unos tíos suyos, quienes no entendiendo el espíritu que guiaba á la sobrina, la dieron mucho que sentir, oponiéndose á sus devociones. Inspiróle el Señor el noble pensamiento de ser religiosa, estado que era el mas á propósito para conservar la virginidad que tenía consagrada al Todopoderoso, pero le faltaban medios para ello. Confiada sin embargo en la providencia del Señor, pasó á consultar el caso con un venerable sacerdote que vivía retirado en una ermita colocada en el sitio de Miramar, tenido por su penitente vida en toda la isla de Mallorca como un oráculo de prudencia. Admiróse aquel penitente varon de ver tanta discrecion en una niña que solo contaba trece años, y disfrutando el dictámen de lo que le consultaba, le dijo volviéndose otro día. Llegó el tiempo en que el venerable sacerdote diese la respuesta á Catalina, y la dijo: conozco que tu vocacion es inspirada de Dios, y que te llama al claustro para que te ocupes en su santo servicio: ofreciote al mismo tiempo su protección, prometiéndole no desampararla hasta que viera cumplidos sus deseos.

Todos los instantes de dilacion le parecían á Catalina siglos, y saliendo un día al campo para desahogar su corazon agitado de tristes imaginaciones, sintió ruido á la espalda, y queriendo ver quién lo causaba, vió muy cerca de sí á un majestuoso anciano que le preguntó muy afable: *¿Por qué estás tan triste y afligida, Catalina?* Conociendo por luz superior que era el Príncipe de los apóstoles, no pudo responder poseída del mas profundo respeto; y el santo le aseguró que veria cumplidos sus deseos. Arduas dificultades se presentaron, pero todas las venció el piadoso ermitaño á cuyo cargo corría la colocacion de la jóven; así es que las religiosas de Santa María Magdalena gustosas convinieron en recibir en su convento á Catalina. Entró en efecto la ilustre virgen en el mencionado convento, besando llena de gozo el suelo y las paredes del monasterio. Contaba diez y nueve años cuando vistió el santo hábito del gran padre san Agustin, siendo luego la admiracion de todas las religiosas. Ocupóse principalmente en la oracion, cuyo ejercicio fué el centro de todos sus honrosos cuidados, sin faltar por esto en nada á las funciones de la comunidad. Hizo su solemne profesion en el año 1533, y sería necesario un dilatado volumen para referir individualmente las pruebas con que acreditó el cumplimiento literal de los votos esenciales que prometió á Dios en el acto de su profesion. Sus heroicas virtudes, sus continuos éxtasis, arrobos, enajenaciones llamaron la atencion del Ilustrísimo Sr. D. Diego Arnedo obispo á la sazón de Mallorca, quien quedó pasmado al ver aquel prodigioso espectáculo que arrebatava la atencion de todos los presentes. Varios fueron los artificios de que se valió el demonio para combatir á esta criatura, permitiendo Dios para probar su virtud que el enemigo comun la atormentase cruelmente y de varias maneras.

Quiso Dios manifestar la virtud de su sierva con repetidos milagros; así es que esto atraía multitud de gentes al monasterio de Santa María Magdalena de Palma, unos para alcanzar por su mediacion remedio á sus males, y otros para tomar consejo en sus dudas, y aprender importantes lecciones de virtud en la escuela de tan sabia maestra. Dios regaló á Catalina con singularísimas finezas en los tres últimos años de su vida, hasta que en fin quebrantada su

salud al rigor de sus excesivas penitencias, y conociendo se acercaba la hora de su muerte, redobló su fervor y devocion haciendo nuevos esfuerzos para purificar su inocencia. Recibió los últimos sacramentos abrasada como preciosa víctima en divinos incendios, muriendo tranquilamente el día 3 de abril del año 1574 á los cuarenta de su edad.

DÍA 6.

SAN CELESTINO, PAPA.—San Celestino, primero de este nombre, fué natural de Campania, que es tierra de Nápoles, ahora llamada tierra de Labor: su padre se llamó Prisco, romano. Floreció en los tiempos del emperador Teodosio, el menor. Constituyó, entre otras cosas, que al principio de la misa se dijese el salmo: *Judica me Deus*; y algunos dicen que compuso el gradual. Consagró la iglesia llamada Julia, y dióle grandes dones y vasos de plata. En su tiempo y por su orden se tuvo en Efeso el celebrado concilio, llamado Efesino, en que presidió san Cirilo, carmelita, patriarca de Alejandria y condenó á Nestorio: cuya historia por tocar á este santo pontífice, pues fué de su tiempo, referiremos con brevedad.

Son las sagradas religiones en la Iglesia de Dios las armerías del Espíritu Santo, de donde á su tiempo saca la espada para degollar al fiero gigante de la culpa. Entre las que han dado armas para defender la Iglesia, siempre con lucimiento, y en especial para defender á su santísima y especialísima Madre, y Madre de Dios, María Santísima sin pecado concebida, una ha sido la antigua y sagrada religion del Cármen, cuyo sagrado hábito junto con el celo de su padre y gran patriarca Elias, vistió el patriarca de Alejandria san Cirilo, tan favorecido de su benignísima Madre María, que no sabia cómo corresponder á tan soberanos favores, y todo su anhelo era buscar ocasiones que pudiesen desempeñarle. Presto, pues, se le ofreció la mayor, para la cual quiso la Reina de los ángeles, y Madre de Dios, María, tenerlo como obligado; que fué la que hizo á su mayor dignidad el mas fiero monstruo que produjo la malicia de aquel siglo, por hallarse en él las armas como los venenos de todos. Tal fué Nestorio, patriarca constantinopolitano, que negó el título de Madre de Dios á María santísima, Señora nuestra sin pecado concebida.

Fué Nestorio en su origen alemán, en sus ficciones griego, en su inconstancia siro. Acompañaba su natural con un ingenio travieso, voz sonora, lengua facunda, accion viva con que ganó en los pueblos grande opinion; y por estas prendas y una modestia y santidad fingida de presbítero en la iglesia de Antioquia, le hizo el emperador Teodosio el menor, obispo constantinopolitano, y dió grande lugar y mano en su gracia, haciendo que le admitiese tambien á la suya el santo pontífice Celestino. Para sembrar sus herejías con mas disimulacion, procuró al principio perseguir y condenar las ajenas; y así dijo un día desde el púlpito predicando al emperador: Dame, ó príncipe, la tierra libre de los herejes; que yo te prometo el cielo. Con estas y otras apariencias de católico, era venerado de todos, y por voz comun del mismo papa san Celestino y tambien del glorioso doctor y patriarca san Cirilo Alejandrino, y de otros muchos prelados insignes en virtud y letras; que es un laberinto el corazon humano, y nadie puede entrar ni salir de él si Dios no le guía ó alumbrara.

No pudo durar mucho lo que era tan violento, ni ocultarse con máscara de católico, quien tenía el corazón inficionado de herejías; por lo cual viéndose Nestorio tan entronizado y aplaudido, comenzó á manifestar su blasfemo corazón, públicamente dando lugar á que un tal Anastasio que lo seguía y lisonjeaba, porque pretendía le diese un obispado, un día predicase públicamente que la Virgen María no se había de llamar *Theótocos*, que quiere decir en griego «Madre de Dios;» que era la perversa herejía que había aprendido de Nestorio: el cual con boca sacrilega negaba la union hipostática del Verbo eterno con la naturaleza humana en el vientre de la purísima Virgen y Reina de los ángeles, María; y juntamente afirmaba que esta purísima Señora no había concebido y parido á un hombre que juntamente era Dios, sino á un hombre puro; y que así no se había de llamar Madre de Dios, sino Madre de Cristo, en quien reconocía y confesaba dos personas, divina y humana, poniendo en estas tanta distinción como en las naturalezas. Muchos de los que oyeron predicar esta blasfemia, quedaron escandalizados y se fueron á quejar de Anastasio á Nestorio, que era irse á quejar de un diablo á Luzbel. El traidor enemigo de la Virgen no solo no lo castigó ni reprendió, antes así lo alabó y dijo: que había dicho muy bien, y de allí en adelante comenzó á derramar públicamente de su corazón el veneno de esta herejía, pretendiendo cada día en sus sermones desterrar del pueblo católico el nombre inefable de la Madre de Dios. Y aunque era tan declarada esta herejía, pudo tanto con su gran poder, elocuencia y sabiduría fingida este Luzbel, que así le llamó el papa Sixto III, que trajo á su opinión la tercera parte de las estrellas, no solo errantes, sino que habían estado fijas en el cielo de la Iglesia. No contento con predicar esta herejía en Constantinopla, escribió muchas cartas y libelos á diferentes personas y provincias, sin perdonar las soledades mas retiradas de Egipto, con lo cual todos se inquietaron: unos para su impugnacion, y otros para su defensa.

Contra este Luzbel arinó el cielo otro ángel en el Carmelo, que fué el glorioso patriarca y doctor san Cirilo Alejandrino; el cual sobre la obligacion comun de hijo de la Iglesia, por serlo especial de la religion de Maria Santísima y deberle infinitos favores á esta soberana Reina, se vió mas obligado á tomar las armas en defensa de su honor y dignidad. Antes de jugarlas, como diestro capitán, trató de fortalecer y armar su compañía: y sabiendo el veneno que había esparcido Nestorio con sus cartas, escribió á los monges todos que viviesen advertidos; porque la culebra se ocultaba entre las yerbas y flores: y probando asimismo con fuertes razones y textos, que Maria Santísima era y se debía llamar Madre de Dios. Dejando con esta carta municionada su provincia y religiosos, temeroso que la malicia de Nestorio, derramada en Constantinopla, no inficionase las cabezas de la ciudad y del imperio, escribió tres libros que intituló: *De recta in Deum fide*: el primero dirigido á los emperadores Teodosio y Valentiniano; y los dos á las reinas Pulcheria y Eudoxia, callando el nombre de Nestorio contra quien escribía, así por no publicarlo, hasta que el mismo hereje se publicara; como por no disgustar intempestivamente al emperador Teodosio, que habiéndole hecho obispo de aquella silla, había de sentir que san Cirilo le condenase; que nadie gusta ver despreciadas sus hechuras.

En este interin, ya el cáncer nestoriano cundía, y no solo sus noticias, sino sus libros inficionados habían llegado á Roma, y á manos de nuestro santísimo padre Celestino: y habiéndolos examinado el santo pontífice, los halló tan llenos de errores y blasfemias, que escribió luego á san Cirilo, como á prelado tan avisado y católico, que examinase bien si Nestorio era legítimo autor de aquellos libros, teniendo por imposible san Celestino, que un hombre de quien habían publicado mil alabanzas los prelados del Oriente, hubiese dado en tan fieras herejías. Luego que san Cirilo recibió la carta del papa san Celestino, escribió á Nestorio repetidas veces, procurando ganarle poco á poco la voluntad y que se retractase; pero respondió el soberbio Nestorio á las humildes cartas de Cirilo, con tanta arrogancia de ánimo y estilo, por ver que había quien se le atreviese, que como frenético se volvió contra el médico que le curaba. Por lo cual enterado ya san Cirilo, que de Nestorio no había de esperar enmienda, que su maldad crecía con el tiempo, y el silencio de los prelados era dañoso á la Iglesia y á sus hijos, se dispuso á salir descubiertamente á la campaña: y para que su salida fuese con la bendición del vicario de Cristo, escribió á san Celestino los lances que con Nestorio le habían pasado en la materia, y que no valiendo con él los agrados y amonestaciones, era conveniente mandase luego su santidad juntar concilio, para que con la voz de toda la Iglesia quedase depuesto y condenado quien puso su boca blasfema no solo en el cielo sino en el mismo Dios y en su santísima Madre Maria.

Llevó las cartas Posidonio, diácono de su iglesia: y habiéndolas leído el papa san Celestino, juntamente con los escritos que había divulgado Nestorio, juntó en Roma un concilio, y por sentencia comun quedó el hereje condenado; y si dentro de diez dias no se retractaba, depuesto de su dignidad y honores. Para ejecutor de estas letras eligió san Celestino á san Cirilo, y dándole sus veces y presidencia en el futuro concilio general, le remitió la condenacion de Nestorio, y orden para que despues de leerla se la remitiese á Constantinopla, y no dejase el cuidado hasta que ó el hereje se retractase, ó fuese depuesto y arrojado de su silla. Luego que las recibió san Cirilo, hizo juntar un sínodo de los obispos cercanos, y á ejemplo de san Celestino, segunda vez condenó á Nestorio y sus escritos; y así estos, como los decretos del papa san Celestino, los envió á Constantinopla con cuatro legados para que se los intimasen, como ordenaba el pontífice.

No así la vibora pisada arroja su ponzoña á quien la pisa, como Nestorio arrojó la suya contra san Cirilo, contra el santo pontífice Celestino, y contra la Iglesia toda. Habíanse juntado en Constantinopla varias gentes, y muchos de los monges de Egipto: y como ya la desvergüenza de Nestorio era tan pública y justamente condenada, todos se volvian contra él y él contra todos. Un dia predicando contra la dignidad de la purísima Madre de Dios, un monge que le oía, levantó el grito, y con celo de su padre Elias, y verdaderamente católico, publicó á voces por toda la Iglesia, que aquella doctrina era herética y hereje quien la afirmaba y predicaba. Irritado Nestorio, despues de mandar que cruelmente lo azotasen, le hizo desterrar á voz deregonero. A otros tres monges tuvo encarcelados mucho tiempo, tan afligidos de hambre, sed y tormentos, que en su comparacion fueron piadosos los mas crueles tira-

nos, solo porque le contradecian su herética opinion. No obstante sus rigores con unos, y sus ofertas y halagos con otros, los católicos verdaderos, como sonoras trompas de la fé, clamaban noche y día, confesando á voces que la Reina de los ángeles María y Señora nuestra era y se debía llamar *Madre de Dios*.

Llegó el año de 431, que era el que señalaron el sumo pontífice san Celestino y el emperador Teodosio, para celebrar el general concilio; y avisados los obispos del Oriente, para que en la pascua de Pentecostés estuviesen todos en la ciudad de Éfeso; concurrieron el dicho día mas de doscientos obispos y muchos archimandritas y monges, entre los cuales asistió el venerable padre Fr. Cepracio, abad del monte Carmelo; y por presidente de todos y vicario del sumo pontífice san Celestino, el glorioso doctor y patriarca san Cirilo, á quien san Celestino envió la mitra y el palio, para que ocupase con toda autoridad aquel puesto. Congregados pues en una iglesia que desde entonces se llamó: *de la Virgen y Madre de Dios, santísima María*, por la causa que en ella se trataba, se tuvo la primera sesion á los 22 de junio, en la cual todos los padres declararon por artículo de fé la encarnacion del Hijo de Dios, hecha en las purísimas entrañas y vientre santísimo de la sacratísima Virgen María, en el mismo instante de su concepcion, en union hipostática de las dos naturalezas, divina y humana, en sola una persona que era la de Cristo Señor nuestro, Dios y Hombre verdadero: y que por esta concepcion la Virgen santísima María se debía llamar verdadera y natural *Madre de Dios*: y juntamente condenaron y anatematizaron la herejía de Nestorio: y porque llamado no quiso comparecer al concilio, ni retractarse de las falsas doctrinas que habia enseñado, le depusieron de la dignidad episcopal, arrojándolo de la silla que indignamente ocupaba, con exclusion de la comunicacion y compañía de los sacerdotes de Cristo, como á enemigo suyo y de su santísima Madre María, sin pecado concebida: y se aprobó todo lo que san Cirilo habia escrito contra el hereje, así ántes como en el mismo concilio, y le aclamaron públicamente todos los padres por písimo, santísimo, religiosísimo, sacratísimo, devotísimo, amantísimo de Dios y de su Madre María, con otros mil gloriosos epitetos. Dejo por abreviar, otras muchas particularidades de este concilio, y como por gloria de su religion, ordenó en él tambien san Cirilo, que su religion del Cármen gozase del título glorioso de religiosos de la Madre de Dios, María Señora nuestra del Cármen: y el concilio todo lo confirmó, y el pueblo con luminarias y regocijos decia á voces del santo, que bien parecia ser hijo de la Virgen; pues habia defendido su honor con tal constancia, con que consiguió san Cirilo dos provechos y honores grandes: uno para su religion, confirmando de nuevo el título glorioso que desde el tiempo de los apóstoles ya gozaba como blason y timbre suyo esclarecido, que era ser sus religiosos y llamarse hijos de la Madre de Dios, y otro para toda la Iglesia, cuyos hijos desde entonces lo repetian con mas fervor en las oraciones públicas, y ninguno sin nombrar *Madre de Dios*, tomaba en su boca el dulcísimo nombre de *María*; de donde se añadió como artículo de fé á la oracion angelica estas palabras: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros*: en que quedó la memoria de esta accion perpetuada para gloria del glorioso san Cirilo, de su religion sagrada del Cármen, y del gloriosísimo y sumo pontífice san Celestino,

cuya vida escribimos. El cual, cuando tuvo la nueva de lo que san Cirilo habia determinado en el concilio, quedó muy gozoso, lo confirmó todo, y desde entonces vivió alegre, por ver se habia determinado por orden suya un artículo tan importante á la fé católica, como es el de la union hipostática del Verbo divino con la naturaleza humana, hecha en las purísimas entrañas de la Reina de los ángeles María, de que se sigue por fé tambien, ser y deberse llamar esta soberana Reina y Emperatriz de los cielos, *Madre de Dios*, contra el pérfido Nestorio: el cual fué desterrado á Tebas, y aunque se le comió y llenó de gusanos la lengua, nunca dejó de blasfemar contra Dios y contra la sacratísima Virgen María su Madre, defendiendo sus condenadas proposiciones; y así ya como obstinado, dejó desdichadamente esta vida, y fué, que estando en la ciudad de Tebas un dia, se abrió repentinamente la tierra y se lo sorbió y llevó hasta el infierno: justo castigo á tan soberbio Luzbel.

No contento con estos tan gloriosos triunfos nuestro santísimo padre san Celestino, viendo que Inglaterra estaba en tinieblas con las herejías de Pelagio, envió allá á san Germano, obispo de Auxerre, el cual redujo á los ingleses á la fé católica: y envió á Escocia á Paladio; porque supo que los escoceses deseaban ser cristianos, y para esto le ordenó de obispo, y por su industria y de aquellos que él enviaba, gran parte del septentrion fué convertida á la fé de Jesucristo. Redujo á un breve volúmen todo lo sucedido y decretado en el ya referido concilio efesino, segun se lo escribió san Cirilo y lo envió á todas las iglesias de la cristiandad, para que en todas se publicase, y á una voz se llamase la Reina de los ángeles María sin pecado concebida, *Madre de Dios*: lo cual todas admitieron gozosas, publicaron y pusieron los fieles todos sus hijos en sus corazones para blason eterno. Hizo asimismo san Celestino tres órdenes por el mes de diciembre, y en ellas ordenó treinta y dos sacerdotes, doce diáconos y sesenta y dos obispos: y habiendo presidido en la silla apostólica ocho años, diez meses y diez y ocho dias, lleno de virtudes y glorias, pasó en paz de esta presente vida, á tomar posesion del descanso de la eterna, á los 6 de abril, el año del Señor de 432. Fué sepultado en el cementerio de Priscila, en la via Salaria; y estuvo por su muerte vacante la silla apostólica veinte y un dias. Escribieron su vida Pedro de Natalibus, Platina en las vidas de los pontífices, Beda, Usuardo, Adon, Próspero Aquitánico in *Chron.*; Evagrio lib. 1, cap. 4; Niceforo Calixto lib. 14, capitulo 10; Sanctoro, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tom. v. de sus Anales, al año 432.

Jamás se habrá visto Luzbel soberbio, sin paraninfo sacro, que lo arroje de su silla: Goliat hinchado, sin valeroso David, que al chasquido de una honda y golpe de una piedra no le derribe. Fué Nestorio el soberbio Luzbel y monstruo serpentino, cuanto venenoso, que perseguia á la celestial Mujer que parió á pesar de la sierpe, un hijo de quien se llamó, y era verdadera Madre: fué el hinchado Goliat, que perturbando el pueblo de Dios, todo lo ultrajaba y destruía: negaba en Cristo la union hipostática de dos naturalezas, en un supuesto; y asimismo quitábale á la celestial Mujer y Reina de los ángeles, María, la gloria de habernos dado y parido un hijo, Hombre y Dios: con que queria privarla del timbre propio suyo de *Madre de Dios*.

¡O blasfemo! ¡O apóstata! ¡O hereje, perro traidor! ¿A la inmundidad te atreves de la Reina de los ángeles, María? Aguarda, Luzbel, que el parainfo Cirilo, gloria del Carmelo, te arrojará de la silla, y chasqueando la piedra de la Iglesia san Celestino, en las hondas que formaba su pluma de Cirilo, darás en tierra; gigante y monstruo horrible: y desvainando la espada de fuego de su celante padre Elías, te cortará la cabeza, para que á pesar del infierno todo, todo el mundo confiese que es María Santísima, sin pecado concebida, *Madre de Dios*. Bastábale al Carmelo cuando no tuviera glorias tantas, tener la de este hijo: y bástale á nuestro santísimo padre san Celestino la gloria de haber sido quien definió este tan soberano artículo; y basta para tomar ejemplo en su vida, mirar su gloria y en contraposición suya, considerar el fin y paradero de la santidad fingida, hipocresía, hinchazon y soberbia: de que nos libre Dios por la intercesión de su santísima Madre la Virgen santa María, sin pecado concebida. Amen.

* SAN TIMOTEO Y SAN DIÓGENES, MÁRTIRES.—En la violenta persecucion que experimentó la Iglesia en los primeros siglos del cristianismo, derramaron estos mártires la sangre por la fé, en Macedonia.

SANTA PLATÓNIDES Y OTROS MÁRTIRES.—Murieron en Ascalon de Palestina, enterrados hasta la cintura y abandonados en esta dolorosa posicion hasta que el hambre y la intemperie de la atmósfera hizo volar su alma á las mansiones celestiales.

SAN MARCELINO, MÁRTIR.—Fué de Cartago, tribuno y notario público, cuyos cargos desempeñaba con muestras de gran virtud, cuando los herejes arrianos le asesinaron por su celo en defender la pureza de la fé católica.

SAN SIXTO PRIMERO, PAPA Y MÁRTIR.—Nació en Roma, y sucedió en la silla apostólica á san Alejandro I, el año 119, y derramó su sangre por la fé de Jesucristo á fines del año 127. Mandó entre otras cosas, que nadie mas que los ministros del altar pudiesen tocar los vasos destinados al santo sacrificio, y dió á la Iglesia varios decretos para arreglar la disciplina y las costumbres de los fieles.

LA CONMEMORACION DE DOSCIENTOS Y VEINTE MÁRTIRES DE HABIAD Ó HABIABENA, EN PERSIA.—En el año quinto de nuestra persecucion, dicen las actas de estos santos, estando Sapor en Seleucia, mandó prender en su recinto ciento y veinte cristianos, de los cuales nueve eran virgenes consagradas á Dios, y los otros sacerdotes, diáconos y del clero inferior. Estuvieron aquellos hasta el fin del invierno en unos hediondos y asquerosos calabozos, en cuyo tiempo los estuvo manteniendo con su caridad Jazduncta, dama de Arbela, capital de Habiabena, sin admitir compañero en su caridad y buena obra. En este intervalo fueron muchas veces atormentados; pero constantemente respondieron á sus verdugos, que nunca adorarian al sol, y que solo deseaban que se les apresurase la gloria del triunfo, concediéndoles la muerte. Un dia llegó al calabozo la orden del rey para llevarlos al suplicio: llegados junto á él, fueron de nuevo interrogados, y habiéndose mostrado constantes en su religion, les fueron cortadas las cabezas, en Seleucia en el año de Cristo de 345, el treinta y seis del rey Sapor y el sexto de su gran persecucion, á los 6 de la luna de abril, que fué el 21 de aquel mes, aun-

que en el Martirologio romano se hace mencion de ellos en el dia 6.

SAN CELSO.—Fué natural de Irlanda y arzobispo de Armagh. Es honrado en este dia y se hace de él conmemoracion en el Martirologio romano. Murió el 1.º de abril del año 1129, en Ard-Patrick, en Munster y le sucedió en la sede episcopal san Malaquías.

SAN GUILLERMO, ABAD.—Nació de una ilustre familia en París, en el año 1105, y fué educado en la abadía de san German-des-Près, bajo la direccion de su tio, el abad Hugon. En la regularidad de su conducta y en la santidad de sus costumbres, era la admiracion de toda su comunidad. Habiendo acabado sus estudios, fué ordenado de subdiácono y hecho canónigo de Santa Genoveva del Monte. Su frecuente y continua oracion, su amor al retiro y á la mortificacion y su vida en todo ejemplar, venia á ser una reprension viva de sus compañeros, cuya conducta poco regular obligó al papa Eugenio III, en el año 1147, á cerrar su monasterio, y proponer en su lugar canónigos regulares. Poco tiempo despues fué Guillermo nombrado abad de aquella casa, y en ella se santificó con vida de oracion y de austeras mortificaciones, aunque tuvo mucho que sufrir con las persecuciones de los poderosos, con la extremada pobreza de su casa, en un clima el mas severo y sobre todo con una larga sucesion de privaciones; pero fué fruto de su constancia, pobreza y mansedumbre, una perfecta victoria sobre sí mismo. Durante el dilatado espacio de los treinta años de su abadía, tuvo la satisfaccion de ver á muchos andar su misma senda con fervor. Jamás dejó de llevar cilicios, de acostarse en el suelo ni de ayunar todos los dias. Penetrado de un profundo conocimiento de la grandeza y santidad de nuestros misterios, jamás se acercaba al altar sin derramar muchas lágrimas, ofreciéndose por victima á Dios, en espíritu de adoracion y sacrificio. Murió este santo á los 6 de abril del año 1203, y fué canonizado por Honorio III en el de 1224.

SAN FRUCTUOSO, ARZOBISPO DE BRAGA Y CONFESOR.—Aunque algunos escritores hablan de él en este dia, se hallará su vida por extenso en el dia 16 de este mes, que es donde debe estar.

DIA 7.

SAN CALIPIO, MÁRTIR Y SU MADRE SANTA TEOCLIA.—Teoclia fué mujer muy piadosa y con toda su familia muy temerosa de Dios: hacia muchas limosnas y vivía santísimamente. Esta, pues, tan religiosa dama se casó con un senador ilustre; y aunque al principio careció del fruto del santo matrimonio, estando muchos años sin hijos, por ser estéril, al fin andando el tiempo, por voluntad de Dios concibió, y estando preñada, murió su esposo. Quedó viuda y muy rica y poderosa. A pocos dias de su viudez, parió un hijo. Bautizóle y llamóle Caliopio. Crióle con toda virtud, doctrinándole en todas buenas costumbres, y enseñándole ciencias, artes liberales y todas letras divinas y humanas, en que salió diestrisimo y doctísimo, aventajándose en todo á todos los de su edad y tiempo.

Era patriarca de la ciudad de Perga de Pamflia, donde era venerado por su sangre y sus letras: y aunque en aquel tiempo reinaba el error de la ciega idolatría, y sa-

crificaban muchos á los ídolos; el bendito Caliopio siempre estaba firme en la fé de Jesucristo, en que su santa madre lo habia criado y se ejercitaba en ayunos y oraciones, de lo cual fué denunciado; y como lo entendió su madre, le aconsejó que tomase mucho dinero, vestidos y esclavos, y se fuése de allí; y así lo hizo y se fué á Pompeyopoli de Cilicia, que ahora llaman Palopoli. Celebrándose despues en esta ciudad una fiesta grande de los gentiles, fué convidado á un sacrificio y convite de los dioses; y delante de todos dijo que no lo haría, porque era cristiano. Entendiendo esto Máximo, prefecto de la ciudad, lo hizo llevar á su presencia y le preguntó: que ¿cómo se llamaba? El siervo de Dios le respondió: Soy cristiano y me llamo Caliopio. Dijo le Máximo: ¿Por qué, pues, si en todo el universo se celebra la fiesta de los dioses, te estás tú en este error? Caliopio respondió: Vestros estais en error y tinieblas, que dejando al viviente Dios, que con su palabra crió el cielo y la tierra y todas las cosas que en ellos hay, honrais y adorais unas piedras sin sentido y unos palos podridos, siendo como son, obras de manos sucias. Máximo le dijo á esto: La mocedad te hace desvergonzado y te apareja grandes tormentos: dime claramente ¿de qué gente eres y de qué linaje?

A esto respondió Caliopio: soy de Pamfilia y de linaje patrio; y lo que mas me ennoblece es que soy cristiano: tengo madre y mi padre ha mucho que murió. El prefecto le dijo: Por el sol y todos los dioses, que si quisieres sacrificarles, que yo te daré por mujer una hija única que tengo. Caliopio dijo: Si determinase tomar mujer, no me casaria con tu hija sin que lo supiese mi madre y lo tuviese por bien; mas ten esto por cierto, que yo creo fiel y verdaderamente en Jesucristo, mi Señor y Redentor; y que este polvo que Dios formó é hizo á su semejanza, ha de parecer ante el tribunal de Cristo, puro y sin mancilla: por lo cual haz lo que te pareciere, que yo cristiano soy. Máximo le dijo entonces: Muy bellaco eres y astuto; pero poco te servirá; porque tú piensas con esas razones conórmeme, para que con acelerados tormentos no te acabe: ¿es así? Pues te engañas; porque no lo haré; antes si echaré en el fuego tu cuerpo, deshecho ya con mil géneros de tormentos. Caliopio respondió: Cuanto mas me atormentares, tanto mas resplandeciente corona se tejera para mí que lo sufriré constante; pues «ninguno» como está escrito, «será coronado, si legítimamente no pelear.» Entonces Máximo mandó que con azotes de plomo le quebrasen los huesos todos; y así fué hecho. El valeroso caballero de Cristo en medio de este tormento daba gracias al Señor, porque lo hacia digno de que por su nombre sufriese aquellos azotes; y Máximo por una parte le prometia enviarlo á su tierra y que veria á su madre y gozaria de sus riquezas; y por otra lo amenazaba, si no sacrificaba á los ídolos.

San Caliopio lo tenia todo en nada, y pareciéndole al juez inicuo que lo tenia en poco, lo hizo azotar en el vientre con nervios crudos, y despues lo mandó atar á una rueda, y que debajo encendiesen fuego. El mártir de Cristo fué muy fatigado con este tormento; porque todo su cuerpo se hacia pedazos: pero en medio de su gran fatiga y agonía, se volvió al Señor y dijo: Cristo Jesus, favorece á tu siervo, para que hasta el fin se alabe en mí tu santo nombre, aunque sea indigno siervo tuyo; y conocerán todos aquellos que en tí esperan, que no serán jamás con-

fundidos. Luego que pronunció estas palabras, vino un ángel que apagó el fuego, é hizo parar la rueda que muchos de aquellos verdugos crueles aun no podian mover: la cual quedó y pareció toda llena de sangre de la que el glorioso mártir derramaba de sus delicados miembros; porque estaba toda rodeada de crueles y afiladas navajas, tanto, que los que allí se hallaban, decian ser grandísima y jamás vista la crueldad que con Caliopio se usaba; y todos por mas paganos que fuesen tenían lástima de él, y muchos se iban por no ver crueldad tanta. Máximo entonces lo mandó quitar de la rueda y le dijo: ¿No te dije yo que con la mocedad eres descomedido, y que te habia de hacer atormentar cruelmente? A que respondió el valeroso mancebo: Perro desvergonzado, parece que me hablas como si huyese de tus crueldades ó tuviese en algo tus tormentos. No por eso dejes de atormentar éste cuerpo, y teme tú solo malaventurado, que has de recibir en el dia del juicio los bien merecidos castigos; porque con la medida que mides has de ser medido. Oyendo esto Máximo, se enojó mucho, y en tanto que determinaba qué muerte cruel le daria, lo hizo poner en la cadena y que lo metiesen en una obscura cárcel, y que ninguno de sus amigos le viese ni hablase.

Tuvo noticia la bendita Teoclia, su madre, de lo que su hijo pasaba en Palopoli, é hizo su testamento, y dió libertad y cierta cantidad de hacienda á doscientos cincuenta esclavos que tenia, y repartió todo el oro, plata y vestidos á los pobres de Jesucristo, y sus heredades á las iglesias y monasterios; y hecho esto, se fué á Cilicia, llegó á Palopoli, y hallando á su hijo en la cárcel, donde estaba continuamente orando al Señor, se echó á sus piés, y le limpió la sangre de sus llagas. El bendito santo, por las grandes hinchazones que se le habian hecho de los azotes en todo su cuerpo, no podia levantarse ni llegarse á su madre, y así le dijo: A buen tiempo viniste, madre querida, para que seas testigo fiel de los tormentos que recibo por mi Señor Jesucristo. La piadosa madre miró entonces su cuerpo todo despedazado y dijo: Bienaventurada yo, y bendito el fruto de mi-vientre; pues dediqué como Ana á mi hijo, por sagrado presente á mi Señor Jesucristo, y como Sara lo ofrecí á Dios por holocausto apacible, y sacrificio acepto para el Señor.

Allí quedó Teoclia postrada toda la noche ante los piés de su hijo, y ambos á dos juntamente oraban al Señor, y cerca de la media noche (¡ó bendito seas tú, Señor, que tales mercedes haces á tus siervos!), rodeó la cárcel una grande y hermosa luz, y una voz celestial les habló de esta manera: «Vosotros sois los santos de Dios y confesores de Cristo, y los derribadores de los ídolos; pues dejando vuestra patria y riquezas, venisteis á padecer por Cristo.» A la mañana Máximo mandó llevar ante sí á Caliopio; y Demetrio, capitan, rogó al glorioso santo que se apartase de la opinion que tenia, y obedeciese á los mandatos de los emperadores, y sacrificase á los ídolos; porque de otra manera seria puesto como su maestro en la cruz. San Caliopio no hizo caso del capitan; solo le alegró y animó de nuevo el oír nombrar la cruz de su maestro y Señor Jesucristo. Sabiendo esto Máximo, y teniendo entendido que no seria fácil moverlo de su santo y firme propósito, mandó que en el jueves de la cena que estaba cercano ya, lo crucificasen.

Su madre Teoclia luego que supo esta buena nueva, dió cinco monedas que tenia á los verdugos para que lo

crucificasen cabeza abajo; porque decía que no merecía ser crucificado como el Redentor del mundo; y así lo hicieron: y al otro día que fué viérnes santo, á los 7 de abril, dió su bendita alma al Señor, y se oyó una celestial voz que dijo: «Ven, ciudadano de Cristo y coheredero de los santos ángeles.» La bendita madre, viendo así á su hijo muerto abrazó su santo cuerpo, y teniéndole así abrazado, dió su alma al Señor; y despues vinieron ciertos cristianos y tomaron los dos sagrados cuerpos, y los sepultaron en lugar sagrado. Escribieron la vida y martirio de este glorioso santo Simeon Metafraste en sus vidas de santos, Lipomano tom. vii, Surio tom. ii, Sanctoro, el Martirologio romano y Baronio en sus anotaciones.

Es madre la piedad de las virtudes todas: por lo cual podemos llamar dos veces á Teoclia madre de Caliopeo; pues fué tanta la piedad que con él tuvo, que no contenta con haberle dado el ser natural, le dió el natural alimento de sus pechos: le dió el ser de la divina gracia, por medio del agua del bautismo: le dió el ser de ángel, por las ciencias y letras que le enseñó, pues por ellas se distinguen los hombres de los brutos, y aun de los mismos hombres, y pasan al ser de ángeles: le dió sus riquezas y joyas, para que huyese la persecucion de los crueles tiranos; y no contenta con todo esto, le dió su dulce y amable compañía, cuando mas la necesitaba: pues dando libertad como vimos, á todos sus esclavos, sus riquezas á los pobres, sus heredades y rentas á la Iglesia de Dios, dió su piadosa y alegre vista á su hijo, consolándolo en sus aficciones y tormentos, limpiándole las llagas, venerándole mártir de Jesucristo, solicitándole con los tiranos verdugos, nó el que le dejasen con la vida corporal, como hacen otras crueles madres, juzgándose por eso piadosas, sino es que lo crucificasen, á imitacion del principe de los apóstoles san Pedro, por mas humildad, mayor veneracion á nuestro redentor Jesucristo, la cabeza hácia bajo; sin duda para ponerle como tan piadosa madre de piés en la gloria: y no acertando á dejarle, llegó su gran piedad á acompañarle, no solo en vida, sino es tambien en la gloriosa muerte, gozando con él á un tiempo la corona del martirio; pues murió de dolor y gozo á un tiempo: martirio que padeció tambien la Reina de los ángeles, y Madre de Dios Maria, sin pecado concebida: y que si no murió de él, como Teoclia, fué porque su hijo la guardaba para mas altos fines; nó porque el martirio no fué bastante á acabarla: pues fué mayor que cuantos han padecido hasta hoy los mártires todos, aunque todos sus tormentos se juntaran en uno. A esta manera, pues, fué mártir esta gran matrona. Procuran las madres imitarla en la piedad, si quieren con ella y su hijo reinar en el descanso eterno de la gloria, donde todos nos veamos. Amen.

* SAN EPIFANIO, OBISPO.—Ni el lugar de su nacimiento ni de dónde fué obispo se sabe de este santo. El Martirologio romano expresa que padeció el martirio en África junto con Donato y Rufino y trece compañeros mas. El mismo nos dice, que por el odio que los paganos profesaban á los cristianos, encarcelaron á dichos santos, valiéndose los infieles de cuantos medios los sugeria el espíritu del mal, para que Epifanio abjurara la fé católica; mas, firme y constante el santo en sus propósitos, y confundiendo con sus razones á los que combatian su fé, fué atormentado cruelmente, colgándole de una escarpia por la espalda, y asacándole junto con sus compañeros.

SAN SATURNINO, OBISPO DE VERONA.—Es célebre su memoria en toda la Italia por su extraordinaria erudicion en ciencias sagradas y profanas y por el celo con que recorría aquellas comarcas, curando á los enfermos y socorriendo á los necesitados. Su cuerpo está todavia enterrado en la iglesia de San Estéban de Verona, á la cual acuden los fieles con gran devocion para alcanzar milagrosas curaciones.

LA CONMEMORACION DE DOSCIENTOS SANTOS MÁRTIRES.—Dieron estos santos un insigne testimonio de su fé, derramando la sangre por Jesucristo, en Sínope, ciudad de la Paflagonia, en tiempo del emperador Decio.

SAN HEGESIPO.—Padre de la primitiva Iglesia, muy próximo á los tiempos de los apóstoles. Era judío de nacimiento, y dependiente de la Iglesia de Jerusalem; pero habiendo ido á Roma, vivió en esta ciudad veinte años, hasta el de 177. Butler dice que volvió á Jerusalem, donde murió por los años de 180; pero Feller es de parecer que murió en la misma Roma, el año 181. En el año 135 escribió este santo una historia de la Iglesia desde la pasion del Salvador hasta su propio tiempo: en su estilo imitó la sencillez de aquellos cuya vida queria hacer conocer.

SAN APRAATES, ANACORETA.—De nacion persa y de familia ilustre, menoscipió el esplendor de su nacimiento, y se aplicó á adorar á Dios solo. Despues, movido de santo odio á las impiedades que se cometian en su patria Edesa, y habiendo hallado fuera de la ciudad una casita, se quedó en ella, aplicándose á los ejercicios de piedad. De aqui fué á Antioquia, retirándose tambien en un monasterio fuera de la ciudad. Aprendió algo de griego, y con un lenguaje semibárbaro y explicándose con dificultad, no dejó de ser su locucion mas persuasiva que los afectados discursos de los sofistas sus enemigos, á los cuales confundió. Hizo muchos milagros que refiere Teodoro, conocido y amigo del santo; y siendo de edad muy avanzada, entregó su alma al Criador, en Antioquia, el año 400 de la era vulgar.

SAN CIRIACO Y OTROS DIEZ MÁRTIRES.—Derramaron su sangre por confesar á Jesucristo, en Nicomedia, durante los primeros años de la persecucion del emperador Dicolesiano.

SAN PELEUSIO, PRESBITERO Y MÁRTIR.—Era sacerdote de la iglesia de Alejandria, en cuya ciudad hacia mucho fruto por el celo de su predicacion y por el ejemplo de sus grandes virtudes. Habiéndose levantado una cruel persecucion contra la Iglesia universal, en tiempo del emperador Decio, fué de los primeros que sufrieron la muerte en Alejandria, mientras duró el furor de aquella persecucion. Su ejemplo sirvió de gran fortaleza entre los cristianos de aquel pais, pues muchos de ellos se ofrecieron voluntariamente á la muerte, antes que pasar en secreto por adoradores de las falsas divinidades.

DÍA 8.

SAN DIONISIO, OBISPO DE CORINTO.—San Dionisio por sus muchos méritos y grandes virtudes vino á ser obispo de Corinto: y no solo aprovechaba con piadoso y santo celo á las propias ovejas, mas aun tambien á las ajenas y distantes en apartadas regiones, haciéndose amable á todos y todo para todos, solo por ganarlos para Jesucristo, escribiéndoles epistolas generales de grandisantidad, celo, eru-

dición y doctrina. Escribió una á los lacedemonios, á manera de instrucción de la verdadera y católica doctrina, cuyo título era: «De la paz y unidad:» otra escribió á los atenienses, en la cual los ensalza para que tengan y abracen la fé sincera; y los reprende de que tienen poco cuidado acerca de la doctrina y vida evangélica que habian de observar; pues se habian apartado del todo de la profesion cristiana, despues que Publio, su obispo, habia sido martirizado. En esta epístola da á entender que san Cuadrato sucedió á Publio, y habia aprovechado mucho á la iglesia de Atenas, y dice: que por amonestacion de san Pablo habia recibido Dionisio Areopagita el obispado de la Iglesia ateniense. Otra escribió á la iglesia de Nicomedia contra las herejías de Marcion: otra á la iglesia de Gortina y á las demás iglesias de Candia; y en ella les alaba mucho á Felipe su obispo; y les amonesta que lo sigan: otra escribió á Amastrides y á las iglesias de Ponto, por amonestacion de Babilides y Elpisto; y en ella declara muchos testimonios de la Sagrada Escritura, y resuelve muchas dudas y trae muchas cosas de la virtud de la castidad, y del santo sacramento del matrimonio.

Otra escribió á los gnósticos y en ella amonesta al obispo Piño, que no haga guardar á todos castidad, sino que tenga discrecion acerca de la flaqueza de la carne, para que se casen todos los que no se atrevieren á guardar el don de la virginidad: otra escribió á san Soter, sumo pontífice romano, donde hace mención que era costumbre de la Iglesia romana enviar sus limosnas á las iglesias y cristianos afligidos, y tambien de que san Clemente, papa, habia escrito una epístola á los de Corinto: otra escribió á Cristófora, devotísima hermana de todos los siervos de Dios. Habiendo, pues, defendido á la Iglesia de muchos herejes, y aconsejado á los fieles la perseverancia en la fé, virtudes y honesta vida, pasó de esta en paz, á los 8 de abril, imperando Marco Aurelio Antonino y Lucio Aurelio Cómodo. Escribieron la vida de san Dionisio Eusebio Casariense en su *Hist. Ecclesiast.*, lib. iv, cap. 22; Niceforo lib. iv, cap. 8; san Gerónimo en el libro de Varones ilustres, epíst. 81, *ad Magnum*; Usuardo, Sanctoro, el Martirologio romano y Baronio en sus anotaciones, y en el segundo tomo de sus Anales, al año 142, 175 y 187.

Reparte Dios los espíritus, como quiere, y su espíritu le da á quien quiere de él aprovecharse; que es tan liberal su divina Majestad, que no espera más, de que le queramos recibir; porque de su parte como quiere que todos se salven, pronto está á comunicarse á todos, siempre que de nuestra parte no haya embarazo; el cual solo puede ser la culpa, que excluye y hace huir la gracia del alma; porque son gracia y culpa como luz y tinieblas, que donde está la una no puede estar la otra, por la posicion y contrariedad que entre las dos se halla; á unos da espíritu de sabiduría; á otros de elocuencia; á otros de caridad; á otros de humildad; y así otros infinitos. Pero en san Dionisio parece se unieron todos; pues resplandeció en espíritu de sabiduría y discrecion, con que notó tantas cartas ó epístolas santas: en el de elocuencia, por la suma que en ellas mostró: el de caridad, pues sola ella le hizo escribir á partes tan distantes del mundo, para ganar á Cristo con sus escritos, aquellos que por la distancia grande de tierra no podia ganar con su actual presencia y predicacion vocal, y en esta conformidad resplandecian los demás en él. Su Majestad se sirva que le imitemos todos,

para que le merezcamos ver en la gloria, donde vive y reina con Jesucristo, por los siglos de los siglos. Amen.

LOS SANTOS GENARO, MÁXIMA Y MERCIA.—Durante la persecucion que tantos estragos causó entre los católicos, y que tanto afligió á la Iglesia, estos santos sufrieron valerosamente el martirio en Africa.

SANTA CONCESA.—Fué degollada en Cartago durante la persecucion de Decio.

SAN AMANCIO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué pariente de Teodosio el jóven, y nació en Inglaterra. Siendo de gran ciencia y virtud, fué elegido obispo de Como, en Italia, desempeñando el ministerio pastoral hasta una edad muy avanzada, con singular y eficaz celo por el bien de las almas y gloria de la religion. Murió, llorado de todas sus ovejas, el año 446, y despues de muerto obró el Señor por su intercesion muchos milagros.

SAN REDEUTO, OBISPO.—Lo fué de Femuzola, en la Campaña romana, y por su eminente santidad mereció ser propuesto como modelo de prelados por los padres de aquel siglo. Murió por los años de 1095.

LOS SANTOS ERODION, ASNERITO Y FLEGONTE.—Los tres fueron obispos, el primero de los partos, el segundo de Hircania y el tercero de Maraton, consagrados por san Pablo que hace de ellos mención en su carta á los romanos. Los tres murieron mártires en distintos tiempos y lugares.

SAN EDESIO, MÁRTIR.—Fué hermano de san Aciano y natural de Licia. Habia sido filósofo de profesion, y siguió con el hábito de tal, hasta el caso de su conversion. Fué por espacio de mucho tiempo escolar de san Pámfilo en Cesarea; y en la persecucion de Galerio Máximo, confesó muchas veces su fé ante los magistrados, santificó varios calabozos, y fué condenado á las minas de Palestina. Relevado de estas, marchó á Egipto; pero halló en esta parte mas violenta la persecucion que en las provincias que habia dejado. Estando Edesio en Alejandría, y observando con cuánto rigor procedia el juez pagano contra los cristianos, atormentando á los enfermos y viejos, y entregando las mujeres de piedad singular, y aun las mismas vírgenes, á los infames compradores de esclavos, se presentó animosamente el mismo ante el tirano, y le echó en cara su abominable inhumanidad. El santo padeció entonces crueles azotes con el mayor valor, y últimamente fué arrojado al mar en el año 306, consiguiendo así la corona del martirio.

SAN PERPETUO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué octavo prelado de la silla de Tours, y la gobernó cerca de treinta años, desde el 461 hasta el 491, en que murió á los 8 de abril. Durante este espacio de tiempo trabajó con celo y eficacia en la Iglesia de Dios, asistió á varios sinodos, y dió á los fieles muchas y santas reglas para andar seguros por el camino de la virtud. San Gregorio de Tours hace honrosa y muy especial mención de este santo en varios pasajes de sus obras, y lo propone como modelo de prelados cristianos.

SAN GUALTERO, ABAD.—Fué natural de Picardia, y tomó el hábito de san Benito en Ribais, en la diócesis de Meaux. Habiendo fundado los condes de Amiens y Pontoise la rica abadía de San German, próxima á los muros del mismo Pontoise; el rey Felipe I, despues de un escrupuloso examen sobre quién podria ser apto para un encargo tan importante, obligó á Gualtero á tomar á su cuidado el gobierno de aquella casa, y en el año 1060 fué nombrado

primer abad de aquel monasterio. Siempre fué muy honrado y estimado del rey y de otros grandes personajes; pero esto mortificaba su virtud, y para huir de los riesgos de la vanagloria, se retiró muchas veces secretamente del monasterio; pero otras tantas fué buscado y obligado á volver á él, y para evitar que repitiese su fuga, le envió el papa un mandato prohibiéndole dejar la abadía. En ella vivía retirado en una pequeña celda, sin salir jamás de ella sino para las urgencias de la comunidad, de caridad, de arregle, ó para ocuparse en los ejercicios mas humildes de la casa. Su celo contra la simonía le atrajo grandes persecuciones, las cuales sufrió, no solo con paciencia, sino con alegría. Sucedió su muerte á los 8 de abril del año 1099.

SAN ALBERTO, OBISPO.—Nació en Castro-di-Guallester. En 1184 fué obispo de Verceil: en 1204 patriarca de Jerusalen: en 1209 dictó la regla para la congregacion de los ermitaños del monte Carmelo; y fué asesinado bárbaramente en 1214.

SAN ALBERTO MAGNO.—Nació de una noble familia por los años de 1205: otros dicen que en 1195. Fué obispo de Ratisbona. Murió en Colonia en 1280. Fué tan ilustre por su ciencia como por su santidad.

DIA 9.

SANTA CASILDA, VIRGEN.—Maravilloso es Dios nuestro Señor en sus obras, y especialmente en los modos que toma para salvar las almas, y en el pagar cualquiera cosa buena que se hace; porque no quiere, si así se puede decir, deber nada á nadie, siendo todo lo bueno suyo, y por esto siéndole todos deudores. Vese esto en la santa virgen Casilda, que con ser mora é hija de un rey moro, se convirtió á nuestra santa fé, y se hizo cristiana por un modo extraño, pagándole Dios una obra que hizo moralmente buena. Era rey de Toledo Aldemon, moro de nacimiento y secta, y gran enemigo de los cristianos: hizoles cruda guerra: destruyó sus tierras: cautivó á muchos: echóles en sus cárceles y mazmorras cerca de su palacio; y tenía los ahorrrojados y apretados, matándoles de hambre, y afligiéndolos sobremanera. Tenia este rey una hija doncella, llamada Casilda, muy compasiva y naturalmente piadosa: la cual, sabiendo la desventura y duro cautiverio en que estaban, y la necesidad y hambre que padecian aquellos pobres cristianos que allí estaban; movida de su natural compasion, alargaba algunos panes y otras cosas de comer; y ella misma secretamente se los llevaba, para que tuviesen en aquella miseria algun refrigerio y sustento. No pudo hacer esto Casilda con tanto secreto que alguna vez no fuese vista, y no viniese á noticia de su padre, el cual concibió grande enojo contra su hija; pero ántes de castigarla quiso averiguar la verdad, y él mismo por sus ojos ver lo que habia oido decir de ella. Acechóla un dia, y viéndola recogida su falda, fué á ella; y preguntándole con grande enojo: qué llevaba; ella respondió que llevaba rosas y flores. El padre quiso que lo descubriese; y Casilda descubrió la falda, y el padre halló ser verdad lo que su hija le habia dicho; porque con un raro milagro el Señor habia convertido en flores y rosas la comida que ella llevaba á los cristianos presos. De esta manera pagó nuestro Señor á la piadosa doncella la buena obra que hacia á los cristianos,

y por aquella misericordia y benignidad natural la alumbró como suele, y la trajo al conocimiento de la verdad: tanto importa y tanto agradece el Señor lo que se hace por sus pobres, y cualquiera misericordia que usamos con los miserables: porque yendo despues con lo que llevaba á la cárcel y repartiéndolo á los presos, ellos experimentaron que era pan y carne, aunque el rey moro juzgó que eran rosas y flores; y dieron gracias á nuestro Señor, por aquella merced que les habia hecho á ellos en darles sustento, y á Casilda en librarla de la saña de su padre por medio de este milagro; pero ella se las dió mayores, por haberla librado de su ceguedad, y dándole conocimiento de su unigénito Hijo Jesucristo. Desee luego bautizarse; mas no lo pudo poner por obra, porque su padre no se lo estorbaba: pero Dios que ya la habia escogido, como rosa entre las espinas, y la queria hacer esposa suya, le dió una enfermedad de flujo de sangre tan recia que todos los médicos juzgaban ser incurable. Fué avisada, ó por revelacion de Dios, ú otra manera, que se bañase en el lago de San Vicente (como está en tierra de Brivesca), y que así sanaria. Dió cuenta á su padre, suplicándole que la enviase á aquel lugar, si la queria viva y sana. El padre como era moro, no gustaba de enviarla, por ser aquella tierra de cristianos; pero finalmente el amor de padre, y la instancia que le hizo Casilda, le venció. Envióla bien acompañada de criados, y de un presente de muchos cautivos cristianos que hizo libres, al rey don Fernando, el primero de este nombre, que á la sazón reinaba, rogándole que la hiciese curar: y el rey la recibió muy bien y con mucha honra; y Casilda se bañó en el lago y sanó: y viéndose sana, se bautizó y despues hizo una ermita y un aposento junto á aquel lugar, en que pasó todo lo demás de su vida santamente, y murió como vivió, y Dios hizo por su intercesion muchos milagros por los cuales ella quedó esclarecida, y la gente con mucha devocion: y la santa Iglesia la pone en el número de los santos que reinan con Cristo en el cielo, y en algunas iglesias de España se le hace fiesta. Fué su muerte en 9 de abril, año del Señor 1407. Esto es en suma lo que se halla de la vida de santa Casilda en diversos breviarios antiguos, y cronistas de España.

SANTA MARÍA CLEOFÉ.—Esta santa es llamada en las sagradas Escrituras hermana de la madre del Salvador, y estuvo casada con Cleofás, por otro nombre Alfeo. Cuatro fueron los hijos de María Cleofé, Santiago el menor, san Simon y san Judas, y otro llamado José, hermanos, es decir, primos hermanos del Salvador. Fué otra de las santas y devotas mujeres que creyendo en Jesucristo le siguieron hasta el Calvario y asistieron á su entierro. Es tambien otra de las mujeres que yendo el domingo por la mañana á ver el sepulcro del Salvador, lo encontró resucitado; cuya nueva le anunció tambien el ángel, y fué acompañada de las demás á anunciarlo á los apóstoles. Es cuanto se sabe de esta santa, debiendo creer piadosamente que continuaria en Jerusalen en compañía de los discípulos y de la Madre de Jesus, ocupada en obras de piedad, hasta que entregó su espíritu al Criador.

SAN PROCORO, MÁRTIR.—Fué uno de los primeros diáconos, y despues obispo de Nicomedia en Bitinia. Habiendo sido enviado á Antioquia por el apóstol san Juan, estando predicando el Evangelio y haciendo muchas conversiones, recibió la corona del martirio en la misma ciudad á fines del siglo I.

LOS SANTOS DEMETRIO, CONCESO, HILARIO Y SUS COMPAÑEROS, TODOS MÁRTIRES.—El primero fué diácono, y los otros dedicados tambien al ministerio eclesiástico; y aunque no se sabe la época fija de su glorioso martirio, se calcula que fué en el primero ó segundo siglo, pues sus nombres se hallan continuados en los mas antiguos Martirologios.

EL MARTIRIO DE SIETE SANTAS VIRGENES.—Compraron la vida eterna, dando por precio su misma sangre, en Sirmio de Pannonia, durante las persecuciones del segundo siglo.

SAN ACACIO, OBISPO Y CONFESOR.—Varon de gran ciencia y de una virtud tan sobresaliente, que siendo aun muy joven, fué elevado á la silla episcopal de Amida en Mesopotamia. Para redimir los cautivos que habian hecho los infieles, hizo fundir todos los vasos sagrados de su iglesia, y con ellos atendió á su ardiente caridad. Esclarecido en milagros, despues de un pontificado ilustre y laborioso murió santamente á mediados del siglo V.

SAN MARCELO, OBISPO DE DIE.—Fué este santo esclarecido en milagros, y al consagrarle obispo apareció sobre su cabeza una blanca paloma, que tambien fué vista por los circunstantes á la hora de su muerte, acaecida á principios del siglo VI.

SAN HUGO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué natural de las Galias, y pariente cercano del emperador Carlomagno. Consagrado obispo de Ruan, se distinguió por la pureza de sus costumbres y por su celo en propagar la religion cristiana. Murió en medio de su rebaño por los años de 730, y su cuerpo fué enterrado con gran pompa en aquella catedral.

SAN EPSISQUIO, MÁRTIR.—Cuando Juliano el apóstata llegó á Cesarea en su viaje á Antioquia, se irritó en gran manera al ver que casi toda la ciudad se componia de cristianos, y de que estos hubiesen poco ántes derribado el templo de la Fortuna, que era el último que quedaba en ella de los paganos. Privó á todas las iglesias de cuanto poseian y usó de los tormentos mas crueles para obligar á los cristianos á que descubriesen sus caudales. Ordenó que todos los clérigos fuesen alistados entre las compañías de comitiva del gobernador de la provincia; servicio humillante y despreciable. A los cristianos legos les impuso una multa exorbitante. A muchos de ellos quitó la vida, de los cuales se cuenta entre los principales san Epsiquio, sujeto noble de nacimiento y recién casado. Expidió el tirano un decreto, mandando que los cristianos reedificasen los templos que habian derribado; pero en vez de obedecerle, erigieron una iglesia magnífica al Dios verdadero, con el título de san Epsiquio, en la que san Basilio celebró la fiesta de aquel mártir á los 8 de abril, ocho años despues de construída, á cuya festividad convidó á todos los obispos del Ponto con una carta que aun existe.

SANTA VALTRUDIS Ó VAUTRUDIS, VIUDA.—Fué hija de la princesa santa Bertilla, hermana mayor de santa Aldegunda y esposa de Maldelgairo, conde de Hainault, uno de los principales señores de la córte del rey Dagoberto. Despues de haber dado á luz dos hijos y dos hijas, ambos esposos abrazaron el estado monástico, y los dos fueron santos. En el mes de abril del año 686 fué Vautrudis á recibir en el cielo la corona que promete Dios á los que le sirven, y ántes y despues de su muerte favoreció el Señor con milagros á los que se amparan en su patrocinio.

LOS SANTOS MÁRTIRES LLAMADOS MASILITANOS.—No se sabe con certeza quiénes fueron estos santos, ni dónde pade-

cieron el martirio; pero los bolandistas son de parecer, que murieron en la antigua ciudad de Fesa en la provincia Tingitana de Africa, en el segundo ó tercer siglo del cristianismo. San Agustín predicó un sermón al pueblo sobre el martirio de estos santos, lo cual prueba que se les tenia en mucha veneracion en aquellas iglesias. Tampoco se sabe porque son llamados Masilitanos: Dionisio Africano, citado por Ferraris, dice que hay en Africa una region que antiguamente se llamó Masyla, y sus habitantes Masilitanos; lo cual, si es cierto, explica bastante la etimología de este nombre.

LA TRASLACION DEL CUERPO DE SANTA MÓNICA, MADRE DE SAN AGUSTIN.—En tiempo de Martino V, fué trasladado de Ostia á Roma, y colocado magníficamente en la iglesia del mismo san Agustín.

DIA 10.

SAN TERCENCIO, AFRICANO, Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.—Fortunaciano, prefecto, que residia en Africa, mandó se publicasen los edictos del emperador Decio, para que todos aquellos que no sacrificasen á los ídolos, fuesen atormentados y muertos. Fueron tan crueles y tantos los géneros de tormentos que inventó este cruel ministro de Satanás, que muchos atemorizados faltaron á nuestra santa fé y religion. Sólo quedaron en aquella ciudad cuarenta, que menospreciando los tormentos fueron constantes en la confesion de la fé católica, y unos á otros se animaban y decian: Mirad, hermanos, no neguemos á nuestro Señor Jesucristo; porque él no nos niegue delante de su padre. Acordémonos de lo que el mismo Señor dijo: «No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; solo temed al que puede llevar al infierno cuerpo y alma.» Supo Fortunaciano la constancia de estos gloriosos mártires, y mandándoles traer á su presencia les dijo: Véoos cumplidos de edad y sabiduría; y por esto me maravillo de que hayais dado en tal locura, como decir, que es Dios y Rey aquel que como á mal hombre crucificaron los judios. San Terencio entonces respondió en nombre de todos: Si conocieses, Fortunaciano, la virtud del Crucificado, dejarias los errores de los ídolos, y le honorarias y adorarias; porque has de saber, que ese mismo es Hijo de Dios, benigno, rico, clemente y misericordioso: el cual por la voluntad de su eterno Padre bajó á la tierra, y en las purísimas entrañas de la Virgen María se hizo hombre, uniendo su divinidad á la humana naturaleza, y por nuestra salud quiso morir en la cruz.

No le dejó proseguir el cruel Fortunaciano; ántes le dijo, que si él y todos sus compañeros no adoraban luego á los dioses, ejecutaria en ellos tormentos cruelísimos. Los caballeros esforzados de Cristo no hicieron caso de sus amenazas; y así pasó á la ejecucion, haciéndolos desnudar y llevar por fuerza al templo de los ídolos, donde les mandó sacrificar á Hércules: y viendo que no lo hicieron, lleno de rencor mandó el prefecto, que á Terencio, Africano, Máximo y Pompeyo, los llevasen á la cárcel mas fuerte y oscura que habia; y á san Zenon, Alejandrino, Teodoro y demás compañeros, mandó llevar al tribunal, con los cuales tuvo la misma porfia sobre que adorasen á Hércules. Mostraron los siervos del Señor la misma constancia que sus compañeros: por lo cual los mandó el tirano azotar cruelmente con varas nudosas y con uervios.

Los gloriosos mártires recibiendo los azotes, alzaban las manos y los ojos al cielo, diciendo en voz clara todos juntos: «Míranos Señor, y favorece á tus siervos librándonos del tirano.» Oyéndolos Fortunaciano, mas los hacia azotar, hasta que muchos soldados que se iban remudando, todos se cansaron. No contento con esto, hizo que viniesen otros de refresco y les diesen crueles palos: y aunque tenían las entrañas despedazadas, siempre estaban alegres los santos mártires, y tan constantes, que cuantos los veían se maravillaban. Volvió de nuevo Fortunaciano á persuadirles adorasen los ídolos; pero viendo que los invictos mártires no hacían caso ni le respondían palabra, lleno de nueva ira y furor, mandó encender muchas planchas de metal, hasta que se hiciesen vivo fuego, y que con ellas les quemasen las espaldas, habiendo primero mandado que se las llenasen de vinagre y sal, para dar mayor tormento á sus llagas. Grande fué el dolor y sentimiento que aquí padecieron los esforzados guerreros; mas llenos de confianza miraron al cielo y dijeron: Señor Dios nuestro, que librate los tres niños Ananías y Azarías y Misael del horno de Babilonia, á Daniel de la boca de los leones, á Moisés de las manos de Faraon, y á santa Tecla de tres atrocísimos tormentos; tú, Señor, que eres solo Dios verdadero, óyenos y libranos de estos tormentos; porque tuya es la gloria en los siglos de los siglos. Amen.

Grande fué el enojo y furor que recibió el prefecto oyendo esta oracion; y así los hizo poner en un potro, y que los despedazasen con garfios de hierro. Ejecutóse la cruel sentencia, y corrían arroyos de sangre de aquellos santos cuerpos: mas el Señor los confortaba y daba fuerzas, valor y consuelo grande. No dejaba el cruel tirano de persuadirles á la falsa adoracion de sus ídolos: mas ellos, mirando solo la honra y gloria de Dios, levantando los ojos al cielo, dijeron: Omnipotente Señor, que enviaste fuego sobre la ciudad de Sodoma y la arruinaste; arruina, Señor, y derriba esta casa de los sucios ídolos, para que los que los adoran, conozcan que tú solo eres Dios, y no hay otro que tú, Señor. Dicho esto, hicieron la señal de la cruz en sus frentes y soplaron contra los ídolos que delante tenían; y al instante todos se hicieron pedazos y polvo. Entonces se volvieron al prefecto y le dijeron: Mira cuáles están tus dioses. ¿Dónde está su poder? ¿Cómo no te favorecen? No mucho despues se cayó el templo: de lo cual indignado nuevamente el prefecto, hizo que á todos les cortasen al instante las cabezas. Ejecutóse la sentencia; con que sus almas gloriosas fueron triunfantes á recibir la merecida corona que les tenía prevenida el Señor, por quien tanto padecieron. Sus santos cuerpos fueron sepultados en un lugar sagrado por unos religiosos varones.

Hecho esto, mandó Fortunaciano sacar de la cárcel á Terencio y sus tres compañeros; y traídos á su presencia, les intimó de nuevo que adorasen á los ídolos, y sino que les quitaría la vida. Los valerosos mártires no quisieron responderle, ni hicieron caso de sus amenazas. Viendo el prefecto su constancia, mandó que les atasen fuertes cadenas á los cuellos, esposas en las manos y grillos á los pies, y así los tuviesen en la cárcel: que en el suelo donde habían de estar, sembrasen muchos abrojos de acero para que traspasasen sus carnes; y que ningun cristiano los visitase ni llevase de comer. Todo fué puesto en eje-

cucion con todo rigor. Mas, ¡ó bondad inmensa! ¡ó misericordia infinita de nuestro gran Dios y Señor! á la media noche les envió su Majestad un ángel, que puesto en medio de ellos les dijo: Siervos del altísimo Dios, levantaos y curad vuestros cuerpos; y llegándose á ellos, les tocó las cadenas y se les cayeron. Luego apareció una rica mesa, y el ángel santo les dijo: Descansad, y tomad el manjar que os ha enviado Jesucristo. Los santos llenos de gozo alabaron al Señor y lo comieron. Las guardas de la cárcel viendo tanta luz dentro de ella, entraron á ver qué era; y hallaron á los mártires muy regocijados; por lo cual se lo fuéron á contar al prefecto: el cual de allí á tres días los mandó llevar al tribunal y les dijo: ¿No estáis cansados con tantos tormentos de seguir vuestra locura? Terencio respondió: Esta locura sea para nosotros y para todos los que aman al Señor. Necios y locos seríamos, si dejando á Dios adorásemos á los demonios, como tú haces. Enojado el juez de oír estas palabras, mandó los despedazasen con uñas de hierro. Los benditos mártires, gozosos y alegres sufrían tan cruel tormento. Viendo el tirano que nada conseguía de su intento, los mandó volver á la cárcel, y que todos los encantadores de las fieras llevasen allí cuantas sierpes, víboras, áspides y crueles fieras tuviesen, para que ellas los despedazasen y acabasen. Hicieronlo así; y al mismo instante que las echaron en la cárcel, todas se pusieron postradas á los pies de los gloriosos mártires, sin hacerles daño alguno. Al cuarto día envió el presidente á saber si ya las fieras los habían despedazado y comido; y los ministros que fuéron los hallaron cantando salmos, y vieron un ángel del Señor que estaba delante las fieras para que no los tocasen. Luego los encantadores fuéron por ellas; y así que abrieron las puertas salieron las sierpes con impetu y furor, y mataron mucha gente de los mismos encantadores y otros paganos, y se huyeron á los desiertos.

Conociendo el prefecto que no bastarian tormentos contra los valerosos caballeros, los mandó degollar, y se ejecutó la sentencia: con que recibieron la gloriosa corona del martirio y se fuéron al cielo á gozar con sus compañeros de Jesucristo para siempre. Sus santos cuerpos fueron sepultados por unos cristianos, dos millas de la ciudad. Fué su glorioso martirio á 10 de abril, día en que la Iglesia le celebra, por los años del Señor de 253, imperando Decio. Escribieron su vida y martirio Simeon Metafraste; Lipomano, tomo vii; Surio, tomo ii; Sanctoro; el Martirologio romano y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo ii de sus Anales, el año 253. Las reliquias de estos gloriosos mártires fueron trasladadas á Constantinopla á 22 de setiembre, imperando Teodosio el menor.

Jamás faltó Dios á sus siervos: si los tiranos los atormentan, Dios los fortalece: si les quitan el sustento, Dios les regala con manjares enviados del cielo, ministrados por los ángeles: si los echan á las fieras, Dios las cierra las bocas y quita toda fiereza y ponzoñoso veneno, haciendo que, como si fueran mansos corderos, se humillen á sus pies, y como si tuvieran discurso y capacidad humana los veneren, hallándose para con ellos en las fieras la humanidad que falta en los tiranos fieros. Todo lo experimentaron nuestros gloriosos mártires de Jesucristo, Terencio y demás compañeros suyos, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida eterna que poseen, y cuya intercesion siempre que nos valiéremos de ella, será tan

poderosa y cierta para con nuestro Señor, como de aquellos que son tan sus amigos: y ¿quién duda se hallará su Majestad divina obligado á no negar cuanto le pidan aquellos que tanto padecieron, por no negar su santa fé y confesar su nombre santísimo? á quien sea dada tanta honra y gloria para siempre: Amen.

SAN EZEQUIEL.—De Buzi, sacerdote de la antigua ley, fué hijo Ezequiel, uno de los cuatro profetas mayores. Llevado con Jeconías cautivo á Babilonia, empezó allí á profetizar por los años 593 ántes de Jesucristo. Nos consta en orden á sus profecías ó revelaciones, que le habló el Señor cerca del río Cobar ó Eufrates, á los treinta años de su edad, cinco de la transmigración ó cautiverio del rey Joachin. Se cree profetizó de veinte á veinte y dos años. San Gerónimo en el prefacio de este profeta dice: que sus admirables visiones comprensivas de muchos misterios, las dijo en estilo sublime, sino en un medio capaz de que las entendiese el pueblo, observando con sabia industria este método, á fin de que no pudiesen percibir los de Babilonia las reprensiones que hacia á los judíos, para que no les afligiesen mas duramente. Créese que murió apedreado por orden de un príncipe de su nación, al cual habia reprendido por su idolatría. En el Martirologio romano se lee, que fué muerto en Babilonia por el juez del pueblo hebreo, y enterrado en el sepulcro de Sem y Arfaxat, progenitores de Abraham.

EL DICHOSO TRIUNFO DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES.—Fueron todos bautizados por el papa san Alejandro, mientras estuvo preso en las cárceles de Roma. Despues por orden del gobernador Anreliano, los pusieron en una nave vieja que condujeron á alta mar, y allí, atándolos á cada uno una piedra al cuello, los sumergieron. Su martirio fué á los 9 de abril del año 116.

SAN APOLONIO, PRESBITERO, Y OTROS CINCO.—Durante la persecucion del emperador Maximiano, fueron estos santos hechos prisioneros, y habiéndose mostrado constantes en la fé de Jesucristo, fueron atormentados en Alejandría y despues sumergidos en el mar, donde espiraron.

SAN MACARIO.—Nació en Armenia de ilustre prosapia, y fué bautizado con visibles muestras de que el cielo escogia á aquel infante para vaso de eleccion y santidad. Resplandeciente su juventud en ciencia y costumbres, abrazó el estado eclesiástico, y dentro de pocos años fué elegido obispo de Antioquia. La fama de sus eminentes virtudes corrió por todo el Oriente, y de todas partes acudían á él buscando unos alivio en sus dolencias, y otros consuelo en sus males. Hizo varios viajes á tierra de infieles, convirtió muchos sarracenos á la verdadera religion, peregrinó por el Occidente con el fin de promover los intereses del catolicismo, y al fin murió en Gand de Flandes, en el año 1012. Fué enterrado en la misma ciudad, y su sepulcro es glorioso en milagros.

DÍA 11.

SAN LEON, PAPA, EL MAGNO, PRIMERO DE ESTE NOMBRE.—Al tiempo que murió Sixto III, sumo pontífice, se hallaba en Francia para componer ciertas diferencias muy graves y pesadas san Leon, que era natural de Toscana, é hijo de Quinciano, y diácono cardenal de la santa Iglesia romana: y aunque estaba ausente, los que habian de dar sucesor al pontífice difunto, luego pusieron los ojos en él:

porque con su gran santidad, doctrina, prudencia y elocuencia, excedia á todos los de aquella edad, y parecia el mas digno de aquella santa silla. Enviaronle á llamar con una pública embajada; y él vino guiado de la gracia del Señor: y llegado á Roma fué recibido y reverenciado como vicario de Cristo en la silla de san Pedro, á donde, nó favor ni negociacion humana, sino sus excelentes virtudes le habian levantado. En su asuncion mostró su grande humildad en un sermón que hizo, en el cual dice: *Domine, audivi auditum tuum, et timui: consideravi opera tua, et expavi. Quid enim tam insolitum, tam pavendum, quam labor fragili, sublimitas humili, dignitas non merenti?* Señor, yo oí vuestra voz y temi: consideré vuestras obras, y espantéme: porque ¿qué cosa hay tan insólita y nueva y tanto para temer, como el trabajo al flaco, la alteza al bajo, y la dignidad al que no la merece? La primera cosa que hizo fué volverse á Dios y pedirle favor para llevar la carga que él mismo habia puesto sobre sus hombros, conociendo cuán flacos eran para llevarla, si no eran ayudados de la fuerza y brazo del Señor. Luego comenzó á cultivar este gran campo de la Iglesia, y arrancar los vicios y males que en ella habia: y porque en aquel tiempo muchos herejes maniqueos, donatistas, arrianos y priscilianistas inficionaban la Iglesia del Señor, y en Oriente todavia la herejía de Nestorio, de Eutiques y Dioscero, que con nuevos errores procuraban turbar y oscurecer la fé católica; el santo pontífice puso gran cuidado en limpiar de todo punto la Iglesia, y perseguir á los herejes y desarraigar las herejías. Descubrió en Roma algunos maniqueos y castigolos, y lo mismo hizo en otras partes: mandó quemar sus libros: avisó á los obispos que estuviesen alerta y velasen contra ellos. En África dió favor contra los donatistas y en España contra los priscilianistas, que á la sazón la contaminaban; y escribió cartas á santo Toribio, obispo de Astorga, y á otros obispos, ordenándoles que se juntase concilio, y lo mismo hizo en Francia contra los pelagianos, escribiendo á san Próspero Aquitánico que los persiguiese: y para acabar de una vez con los errores y herejes de Oriente, procuró con gran fuerza y eficacia que se celebrase el concilio Calcedonense, en el cual hubo seiscientos y treinta obispos; y que estando presentes sus legados, fuesen condenados en el Eutiques y Dioscero, y establecida la santa fé católica, que de tal manera confiesa en Cristo nuestro Redentor dos sustancias, divina y humana, en una persona, que no por eso confunde las propiedades y operaciones de la una y de la otra naturaleza. Y pudo tanto el celo, vigilancia y valor del santo pontífice, así con el emperador Marciano y con la emperatriz Pulqueria, como con todos los patriarcas, obispos y prelados de la Iglesia, que se concluyó felicisimamente el concilio; y nuestro Señor con un gran milagro, como escribe Zonaras, confirmó todo lo que en él se habia determinado: porque habiendo los católicos escrito en un papel la confesion de su fé, y en otro los herejes la confesion de la suya, pusieron de comun consentimiento los dos papeles sobre el cuerpo de santa Eufemia, virgen y mártir, en cuyo templo se habia celebrado concilio, y cerrándolos en su losa y sellándolos, hicieron tres dias oración; y volviendo despues de ellos al sepulcro de la santa virgen, hallaron la confesion de los herejes arrojada á sus piés, y la de los católicos en su mano: la cual la santa virgen allí delante de todos ex-

tendiéndola, dió al emperador Marciano y al patriarca de Constantinopla Anatolio.

Tambien escribió el santo pontífice Leon una epístola á Flaviano, que es la décima de sus epístolas, en la cual trata altísima y copiosísimamente, y con singular espíritu, doctrina y elocuencia, el misterio de la Encarnacion del Verbo eterno, y todo lo que de él nos enseña nuestra santa fé católica. Y para que se vea cómo se han de tratar los misterios del Señor, y la humildad y modestia de este santo pontífice, no se fió san Leon de sus grandes letras y sabiduría para definir por sí cosas tan arduas y dificultosas; ántes entendiendo que es menester espíritu y luz del cielo, para explicar acertadamente los misterios divinos, despues que hubo escrito lo que supo en aquella epístola, la puso sobre el cuerpo del gloriosísimo príncipe de los apóstoles san Pedro, y por espacio de cuarenta dias, ayunando y orando con gran fervor é instancia, le suplicó que si en aquella epístola habia alguna cosa que no fuese acertada y bien dicha, la borrarse y enmendase, para que él seguramente la pudiese enviar y enseñar lo que convenia á los fieles. Al cabo de los cuarenta dias san Leon halló su carta enmendada y corregida; y el apóstol san Pedro se le apareció y le dijo: *Legi et emmendavi*: Léela, y enmendela: por lo cual hizo san Leon muchas gracias á nuestro Señor y á su apóstol san Pedro, y como cosa del mismo apóstol la envió con gran seguridad á Flaviano; y despues apareció una noche en sueños á san Euloquio, patriarca de Alejandría, que le habia defendido contra los herejes, y le dijo: que venia á agradecerle el haber dado autoridad á la carta que él habia escrito á Flaviano, y que entendiase que no solamente le habia honrado á él, sino tambien al príncipe de los apóstoles san Pedro, y á la misma verdad que en aquella epístola se contenia: y fué de tanta autoridad esta epístola de san Leon, que todo el concilio universal de los seiscientos y treinta obispos la veneró y magnificó con grandes alabanzas; y Gelasio, papa, anatematiza á quien no la recibiere hasta una jola; y en las iglesias del Oriente se solia leer cada año por Pascua de Navidad; y los obispos de Francia la trasladaron y enviaron sus traslados á san Leon, suplicándole que él mismo los mandase cotejar con su original, para que no discrepasen un punto de él, y en todo siguiesen la doctrina y regla de la santa silla apostólica.

Puso increíble diligencia, en que se guardasen los sagrados cánones y tradiciones apostólicas, y lo que en los concilios Niceno y Calcedonense, se habia decretado y mandado que inviolablemente se conservasen los privilegios y exenciones que tenían las iglesias en comun y en particular, y hablando de esto, dice: «Porque seria gran culpa mia si por mi disimulacion y descuido, se quebrantasen las reglas y decretos de los santos padres, que en el concilio Niceno para el buen gobierno de toda la Iglesia el Espíritu Santo les inspiró, y pudiese mas para conmigo la voluntad de qualquiera obispo, hermano mio, que la comun utilidad de toda la Iglesia del Señor.» Ordenó san Leon, que no se recibiesen para religiosos los esclavos sin licencia de sus amos: que los mooges no se embarazasen en negocios seculares ni en los que son propios de los clérigos. Tuvo gran cuenta con la honestidad y continencia de los eclesiásticos, y que no fuesen codiciosos, sino en todo tan ejemplares y de vida tan entera y perfecta, que sirviesen á los seculares de dechado y espejo de toda virtud.

Miraba mucho á quien ordenaba de sacerdote y de obispo, para no admitir hombres indignos de tan alta dignidad; y decia, que admitirlos era hacer daño á la Iglesia y á los pueblos y ciudades; porque la integridad de los que presiden es la vida y salud de los súbditos, y que si en los demás grados de la Iglesia no ha de haber cosa desordenada ni fea; con cuánto mayor cuidado se ha de procurar que no se yerre en la eleccion del que es cabeza de los demás, y superior de todos los otros grados, y que no falte en la cabeza lo que se pide y requiere en los otros miembros del cuerpo. Y no es maravilla que huviese tan gran vigilancia en ello san Leon; porque haciendo una vez oracion al sepulcro del apóstol san Pedro, con quien parece que tuvo particular devocion, y perseverando cuarenta dias velando, y suplicándole con muchas lágrimas que le alcanzase perdon de sus pecados; al fin de ellos le apareció el glorioso apóstol y le dijo: «Yo he rogado por tí, y tus pecados te han sido perdonados: mira bien sobre quién pones las manos y á quién ordenas; porque de esto te han de pedir estrecha cuenta:» que es ejemplo notable, y mucho para temer, y que deben ponderar los que tienen derecho de presentar personas para iglesias ó se las confieren.

Escribió algunas veces á los príncipes y emperadores, que favoreciesen á la religion católica, y amparasen y defendiesen el estado de la Iglesia; porque así Dios conservaria y defenderia su imperio. En tiempo de san Leon por los pecados del mundo hubo grandes calamidades: para remedio de las cuales envió Dios á este santo pontífice, para que como valeroso y experimentado piloto gobernase la nave de la Iglesia, que á la sazón de tan bravas ondas y fluctuosos vientos por todas partes era combatida; porque Atila, rey de los hunos, hombre fiero y bárbaro, y que se llama Azote é Ira de Dios, despues de haber cercado en Italia la ciudad de Aquileya, rica y poderosa en aquel tiempo, y al cabo de tres años tomádola por fuerza y quemádola y asoládola; entrando por Italia, y arruinando y abrasando todo lo que hallaba, se determinó con su ejército copiosísimo, bravo y vencedor, acometer á Roma, y destruirla y hacerse señor de Italia. Súpolo el santo pontífice Leon, y movido de la ruina y calamidad que á toda la cristiandad amenazaba; armado de oracion y de una maravillosa constancia y espíritu del cielo, se partió de Roma y se encontró con Atila, en un lugar donde el rio Mincio que pasa por la ciudad de Mantua, entra en el rio Po, y allí vestido de pontifical, estando todo el senado de Roma postrado delante del rey bárbaro, le habló con tanta gravedad, prudencia y elocuencia, que le persuadió á no pasar adelante, y dejar aquel mal intento, y salir de Italia, y volver á la Panonia inferior, que tomando nombre de los hunos, se llamó Hungaria, y nosotros llamamos Hungría. Todos quedaron maravillados que aquel monstruo horrible y espantoso, dejando sus crueldad y ferocidad, se hubiese amansado y dejado vencer de las razones de san Leon papa: mas él, preguntado de sus privados de la causa de aquella nevedad, les respondió que habia visto al lado de Leon un varon: otros dicen dos viejos y de aspecto venerables, con las espadas desenvainadas, los cuales mientras le hablaba, le amenazaban si no le obedecia; entendiendo todos, que aquellos viejos habian sido los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo patrones de Roma, que por medio del santo ponti-

fice Leon está vez con tal modo la defendían. Con esta victoria tan señalada volvió á Roma san Leon, como triunfador, del que de tantos había triunfado, y libertador de toda la ciudad de Roma y de toda la Italia; aunque poco le duró esta felicidad; porque algunos años despues Genserico rey de los vándalos, habiéndose apoderado de África pasó á Italia con un ejército muy poderoso, convidado de Eudoxia mujer de Valentiniano emperador, el cual fué hijo de Placidia: la cual queriendo vengar la muerte de su marido y la injuria que le había hecho Máximo, casándose con ella por fuerza, y usurpando el nombre de emperador, tomó este mal consejo con daño suyo y destruccion de Roma. En esta otra calamidad el santo pontífice Leon, puesto caso que sabia que Genserico era hereje arriano y enemigo de todos los católicos, y las crueldades que había ejecutado en los obispos é iglesias de África, determinó como buen pastor ponerse á peligro por su ganado, y salirle al camino antes que llegase á Roma y pedirle que templase su furia y se contentase con las riquezas de aquella ciudad, y no la destruyese ni tocase á los templos ni casas sagradas: y pues él había hallado gracia y clemencia en Atila, siendo el mas fiero hombre de cuantos habían nacido de las mujeres, que se aplacase él y usase con moderacion el rendimiento y sujecion que todos los romanos le hacian, poniéndose en sus manos y confiando de su elocuencia. Esto hizo y dijo el santo pontífice: pero el cruel rey entró en Roma y la robó y saqueó sin ninguna diferencia, lo sagrado y lo profano, y al cabo de catorce dias salió de ella con infinita riqueza é innumerables cautivos, dejando destruida ya por segunda vez aquella ciudad, que había sido cabeza y señora del mundo: aunque por los ruegos de san Leon, dicen que mandó que no se pusiese fuego en los edificios, ni matasen ni atormentasen á nadie.

Despues de la partida del rey hereje y bárbaro, san Leon comenzó, como buen padre y santo pastor, á recoger los romanos que se habían huido, y rescatar los cautivos, consolar los afligidos y acordar á todos que llorasen sus pecados, por los cuales el Señor benignísimamente los había azotado, y que procurasen aplacarle con buenas obras. Dióse á reparar los templos y edificios públicos que los vándalos habían arruinado: edificó á su costa una iglesia en la via Appia, en honra de san Cornelio, papa y mártir: aderezó los templos de San Pedro y San Pablo, y San Juan de Letran, y adornólos con bóvedas, pinturas é imágenes de mosaico, que hoy día se ven en el templo de San Pablo; puso por guardas á los sepuleros de los apóstoles capellanes, y llamólos cubicularios: hizo otro monasterio junto á la iglesia de San Pedro: dió á diversas iglesias cálices, vasos y ornamentos ricos: persuadió á Demetria, matrona romana y muy rica, que edificase el templo de San Esteban en la via Latina, tres millas de Roma: ordenó en la misa el decir el sacerdote: *Orate, fratres*; y añadió en el cánon aquellas palabras: *Sanctum Sacrificium, immaculatam Hostiam*. Mandó, que ninguna monja reciba el velo consagrado antes de haber vivido en vida casta y recogida cuarenta años: lo cual mucho antes se había mandado en el concilio Agatense. Era tan grande la devocion y reverencia que en aquel tiempo se tenía á las reliquias de los santos, que nadie les tocaba: y cuando de fuera de Roma las pedían para dedicar alguna iglesia, los pontífices romanos no enviaban huesos ni parte alguna de los cuerpos de los santos, sino un velo que hubiese estado sobre el

cuerpo de aquel santo cuyas reliquias se pedían; el cual se ponía en la iglesia que se dedicaba, y Dios obraba por él grandes maravillas y milagros, como lo dice san Gregorio, papa, en una epístola, escribiendo á Constancia Augusta, que le había pedido la cabeza de san Pablo para un templo suntuoso que edificaba en la ciudad de Constantinopla: en ella refiere un milagro que aconteció á san Leon, papa, por estas palabras: «Sepa V. M. que los pontífices romanos, cuando dan las reliquias de los santos, no se atreven á tocar sus cuerpos, sino que en una cajita ponen un lienzo, lo cual se pone sobre los sagrados cuerpos de los santos; y despues se envía y se guarda con grande reverencia en la iglesia que se ha de dedicar; y hace Dios tantos milagros por este lienzo, como si allí estuviesen los cuerpos de los mismos santos. Y así en el tiempo de Leon, papa, de santa memoria, aconteció, que dudando algunos griegos de aquellas reliquias y velo, que el santo pontífice les daba; él con unas tijeras cortó aquel velo, y luego salió sangre de él.» Todo esto es de san Gregorio.

Finalmente, habiendo san Leon gastado toda su vida en santísimas obras, y defendido la Iglesia católica de los herejes, y á Italia de los bárbaros, é ilustrado el mundo con sus escritos, y causado admiracion á los hombres mas doctos con su divina elocuencia, y alcanzado por sus altos merecimientos el renombre de Magno, y tenido la silla de san Pedro veinte y un años ménos treinta y dos dias, segun el cardenal Baronio; murió ya viejo y cansado en Roma, á los 11 de abril en que la Iglesia celebra su fiesta, y del año del Señor de 471; habiendo en cuatro veces que hizo órdenes en Roma en el mes de diciembre, ordenado ochenta y un sacerdotes, treinta y un diáconos, y consagrado para diversas iglesias ciento ochenta y cinco obispos. Fué muy llorada su muerte en Roma por faltar tan grande santo pastor, al cual el concilio de Calcedonia y toda aquella sagrada congregacion de seiscientos y treinta obispos, llamó tres veces santo, y Leon santísimo, apostólico, y ecuménico y universal patriarca; suplicándole á Dios que le diese muchos años de vida para bien de su Iglesia. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de San Pedro. Escribió muchas y muy graves epístolas en confirmacion de nuestra santa fé, las cuales se guardan en el archivo de la Iglesia romana. Al emperador Marciano escribió doce, al emperador Leon trece, á Fabiano obispo nueve, á los obispos de Oriente diez y ocho, todas en confirmacion de la fé; á mas de las otras que escribió de otros negocios, y de los muchos sermones y homilias admirables que se hallan en sus obras.

LOS SANTOS DOMINICO, OBISPO, Y OCHO SOLDADOS. — El apóstol san Pedro convirtió con sus predicaciones á Dominico natural de Antioquia junto con sus padres. Siguió al santo apóstol en sus peregrinaciones siendo aun muy niño, fué con él á Roma y en esta ciudad lo consagró obispo, enviándolo á Salona de Dalmacia. Dedicóse á la predicacion del Evangelio, convirtiendo á la fé á sus habitantes, dedicando templos al verdadero Dios, y destruyendo las supersticiones gentílicas. Derramó su sangre por la fé, y mientras los verdugos lo martirizaban, les dirigia afectuosas exhortaciones, manifestándoles la verdad de nuestra santa religion, y tuvo el consuelo de ver convertidos á ella ocho de los soldados que le custodiaban.

SAN FELIPE, OBISPO. — Varon muy esclarecido en doctrina

y santidad: fué obispo en la ciudad de Gortina en la isla de Creta, y en tiempo de los emperadores Marco Antonino Vero y de Lucio Aurelio Cómodo, preservó á su iglesia del furor de los gentiles y de las asechanzas de los herejes. Escribió un tratado contra los marcionitas, y varias epístolas que se leían con mucha veneracion en las Iglesias. Murió por los años 180 de Jesucristo, dejando á su rebaño el ejemplo de sus virtudes y milagros.

SAN EUSTORGIO, PRESBITERO.—Padeció martirio en Nicomedia, muriendo el año 410.

SAN ISAAC, MONGE Y CONFESOR.—San Gregorio papa dice, hablando de este santo, lo que sigue: «En los primeros tiempos de los godos hubo cerca de la ciudad de Espeleto un hombre de vida venerable llamado Isaac, el cual no habia nacido en Italia, sino que habia venido á ella desde Siria. Cierta dia al entrar en una iglesia, pidió á las guardas de ella, le dejasen orar todo el tiempo que necesitaba, y que nada le dijese aunque llegase la noche. Estuvo pues orando todo aquel dia y el siguiente, hasta que al concluirse el tercero, un sirviente de la misma iglesia, tentado del espíritu malo, y diciendo que aquello era simulacion é hipocresía, se fué al sirvo de Dios y le dió una cruel bofetada. Al instante el espíritu infernal se apoderó del agresor, y le atacaron unos dolores y convulsiones tan fuertes, que no tuvo otro medio que acudir humillado y penitente al santo Isaac que lo curó al momento. Divulgada por la ciudad la fama de este prodigio, todos acudian á él á admirar su virtud y santidad; pero el sirvo de Dios huyó los aplausos y la gloria del mundo, retirándose á un desierto junto á la ciudad. Muy pronto se le reunieron en aquella soledad una porcion de discípulos á los cuales dirigió por los caminos de la perfeccion, encargándoles sobre todas la virtud de la pobreza, como fundamento de toda la vida religiosa.» Estuvo dotado del don de profecía, del de milagros, en especial del de curaciones, y despues de una vida larga y siempre mortificada, voló al Señor el dia 11 de abril del año 550.

SAN BARSANUFIO, ANACORETA.—Nació en Egipto, y se retiró á hacer penitencia en un desierto cerca de la ciudad de Gaza en Palestina. Aquí estuvo encerrado en una celdilla por espacio de cincuenta y nueve años, y aunque se ignoran las particularidades de su vida mientras permaneció en aquel encierro, se sabe no obstante que murió á principios del siglo VI.

SAN ANTIPAS.—Vivía en el primer siglo de la Iglesia. El Espíritu Santo habla de él en el Apocalipsis, cap. 11, versículo XIII, por estas palabras: «Y en aquellos días Antipas, mi fiel testigo, que fué muerto entre vosotros, donde Satanás mora.» Esta reconvenccion va dirigida á los habitantes de Pérgamo, y por ella se sabe que el santo murió en esta ciudad. El Martirologio romano dice que su martirio aconteció durante el reinado del emperador Domiciano, y que espiró consumido dentro de un toro de bronce ardiente. Una historia antigua le da la calidad de obispo de Pérgamo, aunque hay muchos motivos para creer que esa historia es apócrifa.

DIA 12.

SAN SABAS, MÁRTIR.—El bendito Sabas fué godo de nacion; y aunque vivía en Gotlandia y en medio de una nacion tan mala, bárbara y perversa, como el mundo lo

sabe, de tal manera imitó á los santos y sirvió á Jesucristo, que resplandeció en el mundo como luminosa estrella. Siguió en su niñez la religion católica, y vino á ser varon perfecto en el conocimiento del Hijo de Dios. No era elocuente en las palabras; pero era sabio y pacífico con todos: hablaba lo bastante para que se entendiese la verdad de su corazon, y enseñaba á los idólatras con sujecion, quietud y mansedumbre, hallándose pronto para toda buena obra. Cantaba y decia los oficios en la iglesia, y de ella tenia gran cuidado. Era templado, continente, castísimo y ejercitado en ayunos y oraciones, ajeno de toda vanagloria. Incitaba á todos á bien vivir: ponía por obra las cosas de virtud, para enseñar mas con el ejemplo que con las palabras. Amaba al prójimo, y era al fin verdadero católico, en quien no se hallaba dolo alguno. Jamás dejó, por servir al Señor, de hablar con toda libertad, y nó una vez, sino muchas, ántes que alcanzase la corona del martirio, y siempre con obras se mostró un fuerte defensor de la verdadera piedad y fé de Jesucristo.

Por este tiempo los príncipes y magistrados de Gotlandia, ántes llamada Gocia ó Gotia, de donde salieron los godos que vinieron á España ó Italia, comenzaron á perseguir y obligar á los cristianos á que comiesen lo que se sacrificaba á los ídolos; mas el sirvo de Dios, Sabas, no solo no quiso comer tales manjares, sino es que á veces dijo: Si alguno come de aquellas carnes, no puede ser que sea cristiano: con las cuales palabras remedió que muchos no cayesen en el lazo del demonio: por lo cual los gentiles lo echaron de aquel lugar, aunque despues lo hicieron volver. Otra vez se movió otra persecucion contra los cristianos, y sucedió que los gentiles ofrecian unas víctimas y comidas á los demonios: y como ellos dijese y afirmasen con juramento que no se hallaba cristiano alguno en aquel lugar; san Sabas con gran valor y confianza salió en medio y dijo: Ninguno jure por mí porque yo soy cristiano por la gracia de Dios. Tuvo noticia de esta católica arrogancia uno de los príncipes de aquellos bárbaros y lo hizo llevar á su presencia; y cuando lo tuvo delante, preguntó á los que lo llevaban, que ¿cuántos bienes tenía Sabas? ¿si era muy rico? Y como le dijese que no tenía mas bienes ni riquezas, que el vestido que llevaba; lo despreció y le dijo: Vete de aquí; que hombre de esa manera no puede aprovechar ni dañar.

Despues se movió en Gotia otra mayor persecucion: y san Sabas porque se llegaba el dia santo de Pascua, se quiso ir á otro pueblo para celebrar aquel santo dia con Gatica, presbítero: y ya que iba camino, se le apareció un hombre grande y de resplandeciente aspecto que le dijo: Vuélvete y véte al sacerdote Salas. Salas, respondió san Sabas, está ausente. Esto dijo, porque habia huido por la persecucion, y se habia ido á la Romanía: mas entonces por el dia de Pascua habia vuelto; pero como Sabas no lo sabia, no le dió crédito; y así prosiguió su viaje con Gatica, y fué servido el Señor, que estando sereno el cielo cayó de repente tanta nieve que cerró el camino, de modo que no pudo pasar adelante. Con esto entendió que la voluntad de Dios era que se volviese: y así lo hizo, dándole infinitas gracias. Llegó donde san Salas estaba, y contóle á él y á los que con él estaban lo que le habia sucedido; y así celebraron la Pascua todos juntos. A la ter-

cera noche siguiente vino á el Atarido, hijo del duque Roberto, con mandato de los principes todos y gran compañía de mala gente y prendió á los dos siervos de Dios: á san Salas pusieron en un carró; y á san Sabas lo llevaron desnudo por lugares ásperos y espinosos, dándole muchos azotes y palos, que el glorioso mártir sufría con gran paciencia y gozo particular.

Venido el día, habló de esta manera á los tiranos: Decid: ¿no me habeis traído por lugares ásperos y espinosos, desnudo y descalzo? Pues mirad si tengo llagados los pies y si parecen en todo mi cuerpo las señales de tantos azotes y palos como me disteis. Viendo los bárbaros que estaba tan alegre y que no tenia señal alguna de su crueldad y rigor, tomaron el eje del carro y pusieronle sobre sus hombros, y á la extrema parte del eje le ataron las manos y á la otra le ataron los pies, y allí lo atormentaron cruelmente y dejaron estar en aquel fiero tormento toda la siguiente noche, hasta que ya cansados de atormentarle se durmieron; y entonces una piadosa mujer lo desató y se lo llevó á su casa. Luego que amaneció y Atarido lo halló ménos, le buscó y halló, y le hizo atar las manos y que lo colgasen de un madero y le trajesen manjares sacrificados á los ídolos, para que ó los comiese ó muriese de hambre. Trajéronlos, y puestos ante los dos siervos de Dios, les dijeron: El gran Atarido os envia estos regalos, para que comais y os libreis de la muerte. San Salas respondió: Nosotros no comemos lo que no conviene ni lo comeremos jamás; y así aconsejád á Atarido que nos haga crucificar ó acabar con otro género de muerte y no nos convide á comer tales manjares. Luego añadió san Sabas: ¿Quién nos ha enviado esto? Ellos respondieron: El señor Atarido, y Sabas dijo: Uno es el Señor Dios que está en los cielos, y estos manjares de la perdición son sucios y profanos, como lo es el que los ha enviado. Luego que esto dijo el santísimo mártir, uno de los criados de Atarido, colérico, le tiró un vaso con tanto furor que los que lo vieron, juzgaron que con el golpe le habia muerto; mas el valeroso Sabas, venciendo con la piedad y paciencia cristiana el dolor de la herida, le dijo: ¿Pensas que con tal golpe me has muerto? Pues hágame saber que no me ha dolido mas, que si me hubieran tirado una vendija de lana, y así fué ello.

Sabiendo esto Atarido, lo mandó matar cruelmente por sus ministros; y ellos solícitos, dejando á san Salas, lo llevaron al rio llamado Museo, para ahogarlo en él. Entonces con alegría y regocijo del Espíritu Santo, dió voces, diciendo: Bendito eres Señor, y loable el nombre de tu Hijo en los siglos, Amen: pues el mismo Atarido se ha condenado para la muerte y fin sempiterno; y á mí envia á la perpetua vida. Diciendo estas y otras semejantes razones, llegaron al rio y lo echaron en él, atándole primero un pesado tronco al cuello, y dando sin cesar el glorioso mártir gracias al Señor, así ahogado, recibió la corona del martirio á los 12 de abril, siendo de edad de treinta y ocho años, imperando Valentiniano y Valente, en el consulado de Modesto y Arinto, el año del Señor de 372. Luego que lo vieron ahogado, lo sacaron del agua y lo dejaron sin sepultar; y para que las aves ni fieras no tocasen su santo cuerpo, Jorosano, duque clarísimo y cristiano, lo envió de aquel lugar bárbaro á Capadocia con una carta, en que contaba su glorioso martirio y pasión. Esta vida y martirio del glorioso san Sabas escri-

bió la iglesia de Gotlandia á la de Capadocia y demás iglesias del Señor: Lipomano, en el tomo vi: Surio, en el tomo ii: Sanctoro, san Agustín, libro viii de *civitate Dei*, cap. 32, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo iv de sus *Anales*, el año 372.

Así como la luz del sol mas resplandece entre las densas nubes que intentan ocultarla, sin que de ellas le quede impresion alguna á su hermosa claridad; así la virtud mas sobresale y resplandece entre los vicios ajenos, sombras y nubes que la intentan ocultar; pero ninguna impresion le queda de tanta opacidad, de la virtud á la grande hermosura. El ejemplo tenemos mas claro que la luz del mismo sol, en el gloriosísimo mártir san Sabas, el cual, aunque vivia en Gotia, ciudad llena de todos vicios, iniquidades y abominaciones, era tan dado á todas las virtudes, que se puede decir de él, era la virtud misma á cuya luz hermosa no pudieron tantas opacas y densas nubes de abominables vicios dañar en cosa alguna; antes de día en día mas resplandeciente se miraba y hermosa, hasta que no pudiendo sufrirla los ojos de aquellos bárbaros, la apagaron para el mundo, dándole mas luz para la gloria, que es lo que sucede al que no pudiendo ver la luz del sol, cierra la ventana, que él se priva de la luz; pero el sol queda mas resplandeciente y hermoso, cuanto mas reconcentrada su luz. Priváronse de la luz de la virtud y doctrina de Sabas sus enemigos; pero mas luce y resplandece con la corona del martirio en la gloria, donde sin fin vive y reina.

SAN VICTOR, MÁRTIR.—Este santo que nació en Braga en el reino de Portugal, á fines del siglo III, padeció el martirio en la persecucion de Diocleciano. Seguía Victor las supersticiones de los gentiles, adorando los palos y las piedras; mas movido por una luz superior, despreció los ídolos; así es que lejos de ofrecerles incienso, empezó á predicar á aquellos que les rendian sus homenajes, diciéndoles que el ídolo que ellos adoraban y adornaban con flores, si á ellos les parecia hermoso, él lo veia feo é inmundado. Airados los gentiles de ver tratar con tanto desprecio el culto de sus ídolos, se arrojaron sobre él, y atándole de manos, con grande alboroto lo llevaron al tribunal. Antes que el gobernador le interrogara, Victor confesaba en alta voz que era cristiano, que solo reconocia á Cristo por Dios. El juez mandóle azotar y darle otros tormentos; pero su valor se aumentaba, á proporcion que aquellos se multiplicaban; así es que no cesaba de predicar á Jesucristo y confesarse cristiano. Fué mandado degollar junto al rio, en un lugar, donde algunos años despues edificaron los cristianos un templo en memoria del santo mártir Victor.

SAN JULIO, PRIMER PAPA DE ESTE NOMBRE.—Habia nacido en Roma y fué electo sumo pontífice por muerte de san Marcos, el dia 6 de febrero del año 337. Gobernó santamente la Iglesia hasta el 12 de abril del año 352, en que acació su dichosa muerte. En 347 envió sus legados al concilio de Sárdica y defendió con constancia y energía la causa de san Atanasio, defensa que hizo célebre su nombre, por ser aquella causa la de la Iglesia católica. Dotó á la Iglesia de sabios reglamentos, y entre ellos mandó que todas las actas eclesiásticas fuesen arregladas por el primiciero de los notarios.

SANTA VESIA, VIRGEN Y MÁRTIR.—Derramó su sangre por

amor á Jesucristo; con otros mártires, en Fermo, ciudad de la Marca de Ancona, durante las primeras persecuciones. Su sagrado cuerpo se venera aun en aquella catedral; y el Señor obra por su intercesion muchos milagros.

SAN CONSTANTINO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué el primer obispo de la ciudad de Gap en el Delphinado, consagrado por el papa Simaco, á petición del rey Clodoveo. Floreció en sabiduría y en inocencia de costumbres, hasta que el Señor lo llamó á su santa morada, durante el siglo VI. Su nombre ha pasado á la posteridad, rodeado de las bendiciones de sus ovejas, á las cuales favoreció con los tesoros celestiales.

SAN DAMIAN, OBISPO DE PAVIA.—Es célebre en la Iglesia de Italia, no solo por su celo, sus milagros y su eminente santidad, si que tambien por el caudal de ciencia que poseia, y con el cual trabajó y rechazó á los herejes de su tiempo. Murió por los años 710, venerado y honrado no solamente de sus ovejas, sino de todos los fieles de la Iglesia universal, que perdian en él una columna de la verdad y un sosten de la pura disciplina.

SAN ZENON, OBISPO.—Fué griego de nacion, y habiendo venido á Italia y educándose en las prácticas y usos de los latinos, fué muy pronto tan grande la fama de sus virtudes, que el año 362 se le nombró y consagró obispo de Verona. Por sus sermones sabemos que todos los años bautizaba un gran número de idólatras; y que se ejerció con celo y mucho fruto contra los arrianos. La iglesia de Verona quedó purificada tanto de errores como de ídolos por medio de su celo, sus trabajos y sus santas oraciones. Aumentándose notablemente su grey, creyó necesario edificar una iglesia espaciosa, y fué en esta empresa liberalmente ayudado con las contribuciones voluntarias de todos los ciudadanos. Tan liberal se hizo el pueblo en sus limosnas con las exhortaciones y ejemplos de su buen pastor, que sus casas estaban siempre francas á los pobres extranjeros, y en el país no habia ningun necesitado que no fuese abundante y prontamente socorrido. El santo se congratulaba con sus ovejas de los intereses que iban atesorando en los cielos con el dinero que en los pobres expendian, con lo que no solo domaban la avaricia, sino que aumentaban sus caudales, con la ventaja de no suscitar envidias ni rencores. San Ambrosio habla con particular elogio de san Zenon, y dice que fué fundador de una de las primeras casas de Italia, donde las vírgenes se consagraban al Señor. San Agustín, san Gregorio el Grande y otros Padres antiguos, hacen de él mencion y cuentan sus virtudes y los milagros que obraba. San Zenon recibió el premio debido á sus trabajos el día 12 de abril del año 380. Verona y su comarca le aclamaron desde luego por su patron, y en el año 863, reinando en Italia Pepino, se construyó una iglesia magnífica bajo su advocacion, la cual existe aun en el día.

DIA 13.

SAN HERMENEGILDO, PRÍNCIPE DE ESPAÑA.—San Hermenegildo, príncipe de España y mártir glorioso, fué hijo de Leovigildo, godo, y hereje arriano, rey de España, el cual tuvo dos hijos: á Hermenegildo, que era el mayor, y príncipe y heredero del reino, y como á tal le dió el título de rey; y á Recaredo, que por muerte de Hermene-

gildo, su hermano, sucedió en el reino. Criáronse estos dos príncipes con la leche ponzoñosa de la herejía arriana, que tenia su padre; y los godos habian traído á España, hasta que habiendo crecido Hermenegildo en edad y discrecion, conoció su engaño, y alumbrado del Señor, y enseñado de san Leandro, arzobispo de Sevilla, se convirtió con entero corazón á la santa fé católica, detestando la herejía. Entendieron esto los católicos, que ya habia muchos en España, y aficionáronse extrañamente á Hermenegildo, no solo como á su príncipe, sino tambien como á caudillo y defensor valeroso de la fé católica, por cuyo medio pensaban que podrian prevalecer y librarse de la tiranía de los herejes arrianos y del mismo rey Leovigildo; que cruelmente los perseguia. Hubo entre el rey Leovigildo y príncipe, su hijo, algunos debates y diferencias, al principio mansamente, y despues con rompimiento de guerra; porque el rey, á mas de querer sustentar en el reino su falsa creencia y error, temió que por este camino su hijo se apoderaria del reino, y le despojeria: y el príncipe Hermenegildo, como conocia la verdadera y pura religion católica, juzgaba que estaba obligado á ampararla, y si fuese menester, morir por ella: y así en una carta que escribió á su padre le dice estas palabras: «Si os enojais porque sin vuestro parecer he osado trocar religion, yo os suplico que me deis licencia para tener justa pena; por ver que aun no me concedis que yo tenga mas cuenta de mi salvacion que con las otras cosas de esta vida. Y sabed que estoy aparejado, si fuere menester, á dar la sangre y la vida por mi alma; porque no es justo que el padre carnal pueda mas que Dios, ni que tenga mas fuerza con su hijo que la propia conciencia.» Finalmente, despues de muchos trances que pasaron entre el padre y el hijo, faltándole á Hermenegildo los socorros que aguardaba de fuera de España, y la lealtad, celo y calor de los que en ella le seguian, vino á manos de su padre, el cual preso y ahorrado le hizo llevar á Sevilla, y ponerle en una torre, donde por mandado de su mismo padre fué martirizado por Cristo, de la manera que san Gregorio escribe en el libro de sus Diálogos, por estas palabras, que por ser suyas me ha parecido á la letra poner aquí.

«Hermenegildo, dice, rey, é hijo de Leovigildo, rey de los visigodos, por persuasion de Leandro, arzobispo de Sevilla, dejó la secta arriana, y se convirtió á la fé católica, lo cual sabido por su padre, procuró de reducir á su hijo á la herejía, que habia dejado, con grandes promesas y amenazas: mas el santo mozo estuvo fuerte y constante, y respondió: Que por ninguna cosa dejaria aquella fé y religion, que una vez habia conocido por verdadera, y tomado. Por lo cual el padre le privó del reino, y le despojó de todos los bienes que tenia. Y como esto no bastase para ablandar y vencer aquel pecho fuerte de Hermenegildo, mandóle poner en una estrecha cárcel, y cargarle de hierros y cadenas. Estando en la cárcel el santo mozo, comenzó á tener en poco el reino de la tierra, y á desear mucho el del cielo; y para alcanzarle, no contentándose con las prisiones y penas que sufría, se vistió del cilicio, haciendo continuamente oracion al Señor, suplicándole que le diese esfuerzo para pasar con alegría aquellas persecuciones y trabajos que padecia, menospreciando la gloria vana y transitoria del mundo, con ánimo igual al conocimiento que él le habia dado, de cuán nada era todo lo que habia perdido, y su padre le habia podido quitar.

Vino la festividad de la Pascua, y aquella noche el pèrfido rey Leovigildo envi6 un obispo arriano á la cárcel, para que su hijo recibiese la comunión del sacratísimo Cuerpo de Cristo de la mano sacrilega de aquel hereje, prometiéndole, si lo aceptaba, de admitirle en su gracia. El santo mozo, aunque estaba atado y afligido en el cuerpo, estaba libre y despierto en el alma: y estimando en mas la gracia de Dios que la de su padre, echó de sí al obispo arriano reprendiéndole, y diciéndole las palabras que merecía oír. Cuando el padre supo lo que habia pasado al obispo con su hijo, salió de sí; y arrebatado de la saña y furor, envi6 sus soldados y ministros para que allí donde estaba le matasen, y así se hizo; porque entrando en la cárcel le dieron un golpe con una hacha en su santo cerebro, y le quitaron la vida corporal, que el mismo santo con tanta constancia habia menospreciado. Mas para mostrar la gloria de su martirio, hizo Dios algunos milagros; porque en el silencio de la noche se oyó una música celestial sobre el cuerpo del rey y santo mártir, que por serlo fué verdaderamente rey. Y tambien se dice que aparecieron muchas lumbres encendidas sobre el mismo cuerpo: entendiendo los fieles por estas señales, que debían reverenciarle como á cuerpo de mártir glorioso: y el padre pèrfido, y homicida de su hijo, tuvo dolor y arrepentimiento de lo que habia hecho, mas nó de manera que le aprovechase para alcanzar la salud eterna; porque puesto caso que conoció que la fé católica es la verdadera; pero no se atrevió á confesarla públicamente, por temor de sus súbditos, y por no perder el reino: y cayendo enfermo, y estando para morir, encomendó á Leandro, obispo, á quien ántes gravemente habia afligido, que tuviese mucha cuenta con Recaredo, su hijo, que dejaba por sucesor, y procurase, con sus consejos y amonestaciones, reducirle á la fé católica, como ántes lo habia hecho con su hermano Hermenegildo; y con esto acabó su vida.» Todo esto es de san Gregorio, el cual atribuye la conversión del rey Recaredo á la fé católica, y la de todo su reino, que se hizo en el tercero concilio toledano, á la sangre y merecimientos de san Hermenegildo, su hermano, que alcanzó de Dios nuestro Señor, con su muerte, lo que habia pretendido en vida; habiendo sido como un grano de trigo, que sembrado en la tierra y muriendo produce muchas espigas, lo cual no haría si no muriese.

Dicen que el verse trocado Leovigildo, y deseado que su hijo Recaredo fuese católico, y encargado á san Leandro que pusiese cuidado en ello, fué parte por el dolor que tuvo de la muerte de san Hermenegildo, su hijo, conociendo que era inocente y sin culpa, y parte por algunos milagros verdaderos que obró Dios por los católicos y por otros falsos y fingidos, que para enganar mas al rey pretendieron hacer los herejes arrianos: porque á mas de que el soldado, llamado Sisberto, que hirió y mató á san Hermenegildo, dentro de breves dias murió desastrada y miserablemente, acacé que robando los soldados de Leovigildo un monasterio de San Martin, que estaba cerca de Cartagena, y queriendo uno de ellos herir al abad, que solo habia quedado en él, en castigo de aquel pecado luego el soldado cayó allí muerto: y disputando un católico con un hereje, para prueba de su verdad, tomó en las manos un cerco de hierro ardiendo sin quemarse, y el hereje no se atrevió á hacer otro tanto, para confirmación de su mentira: y habiendo un obispo arriano concertádose

con otro hombre de su secta que se fingiese ciego, y cuando le viese en público acompañando al rey le pidiese á grandes voces que le restituyese la vista, como amigo de Dios y santo; haciéndolo así aquel hombre, y poniendo el obispo sus manos sobre los ojos, perdió la vista que tenia, y quedó totalmente ciego; y el hombre á gritos descubrió la maldad, y el rey vino á entenderla, y el artificio y embustes que usaban los de su secta. Pero todo esto no bastó para que públicamente confesase lo que tenia en el corazon, como dice san Gregorio, é imitase la fortaleza y constancia de su hijo, que pospuso el reino y la vida al amor de Dios y al culto de su santa religion; porque el afecto y deseo desordenado de reinar es muy poderoso, y es menester gran gracia de Dios para que el hombre deje lo que tiene entre las manos, por la esperanza de otros bienes mayores que han de venir. Fué coronado de martirio san Hermenegildo, segun Baronio, el año del Señor de 581, á 13 de abril, y aquel dia el papa Sixto V mandó que se celebrase en toda España su fiesta, por un *Proprio motu*, dado á 12 de Febrero 1586, en el primer año de su pontificado, suplicándose el rey católico don Felipe II de este nombre, y el príncipe don Felipe, su hijo, que ahora reina: y mandaron traer la cabeza de san Hermenegildo del monasterio de Nuestra Señora de Sijena, que es de la órden de san Juan, en el reino de Aragon, donde estaba, al insigne y real templo de San Lorenzo del Escorial, donde es reverenciada con aquel culto y honra que á tan glorioso mártir y príncipe de las Españas se debe. De san Hermenegildo escribe san Gregorio, papa, *lib. III, Dial., c. 31*; Gregorio Turonense, *de Gloria Conf., cap. 12, 13 et 14*; Adon in *Chron., estate 6, ann. 583*; Suario t. II; Vaseo in *Chron. ann. 581*, y el P. Juan de Mariana de nuestra Compañía en su *Hist. l. 5, c. 12*.

SAN JUSTINO FILÓSOFO, MÁRTIR.—La vida y martirio del sapientísimo filósofo san Justino sacaremos de lo que el mismo santo dice de sí, y de lo que de él escribieron san Gerónimo, Metafraste, Joaquin Perionio y el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio romano y en el segundo tomo de sus Anales. Nació san Justino en Nápoles Flavia, ciudad de Palestina, como dice san Gerónimo, y tuvo por padre á Prisco Bachio. De su nacimiento y niñez no sabemos nada de cierto, sino que se dió mucho á las letras humanas y despues á la filosofia, y se ejerció en todas las sectas de los filósofos estóicos, peripatéticos y pitagóricos, con gran deseo de saber la verdad; y hallando en todas ellas poca firmeza, mucha confusion y gran vanidad, las dejó y se dió á la filosofia de Platon, por parecerle que era mas grave y mas cierta y segura, para lo que él pretendia, que era alcanzar sabiduría, y con ella entender y ver á Dios. Para poder, pues, mejor atender á sus estudios, desembarazado de los otros cuidados, y de las visitas é importunidades de conocidos y amigos, se retiró á un lugar apartado, vecino del mar, donde estaba ocupado y absorto en la contemplación de las cosas invisibles y divinas.

Estando un dia cerca de este lugar remoto y solitario, como el mismo santo escribe, le apareció un varon viejo y venerable y trabó plática con él; y entendiendo que era filósofo platónico, y lo que buscaba en sus estudios, le desengañó que no lo hallaria en los libros de los filósofos, sino en solos los de los profetas y los otros santos, á quienes Dios habia alumbrado y abierto los ojos del alma, pa-

ra ver la luz del cielo y entender sus misterios y verdades. Con esto se fué el viejo, y san Justino no le vió mas; pero quedó muy encendido en el amor de la verdad, é inclinado á los libros de los cristianos en que ella se halla; y confirmóse mas en esto, cuando vió la paciencia y menosprecio de todas las cosas de la tierra, con que los santos mártires morian atormentados y daban sus vidas por la fé de Cristo, porque juzgaba que era imposible no ser verdadera aquella religion que daba fuerzas á los mártires para sufrir tantos y tan atroces tormentos, ni que ellos dejasen de tener ciertas y seguras prendas de otra vida bienaventurada; pues con tanta alegría y fortaleza dejaban esta caduca y frágil. Por estos medios entró Cristo nuestro Señor en el corazón de Justino y le alumbró, y de filósofo platónico y maestro de otros, le hizo filósofo cristiano y discípulo suyo; y el santo despues que se convirtió á nuestra santa fé, y se bautizó, lo mostró admirablemente en su santísima vida, celestial doctrina y glorioso martirio; porque imperando Antonino Pio, sucesor de Adriano, y siendo perseguidor de los cristianos, que ya eran muchos, los ministros del emperador porque les pesaba por extremo de ver que nuestra santa religion florecia, y cada día se acrecentaba y amplificaba mas, y otros enemigos de toda virtud, por sus intereses, con varias falsas calumnias los acusaban; san Justino escribió un libro maravilloso y divino en defensa de la religion que profesaba, el año del nacimiento de Cristo de 150, como él mismo lo dice, y le dió al emperador Antonino: en el cual responde gravísimamente á todas las calumnias, que los gentiles oponian á los cristianos, y por la inocencia de la vida de ellos y por la alegría con que morian por la fé de Cristo Señor nuestro, muestra que padecian sin culpa; y dice entre otras, estas palabras admirables: «Cuando somos atormentados, nos regocijamos; porque estamos persuadidos, que nos resucitará Dios por Jesucristo; y cuando somos heridos con la espada y puestos en cruz, y echados á las bestias fieras, y maltratados con prisiones, fuego y otros tormentos y suplicios, no nos apartamos de lo que profesamos; porque cuanto son mayores los tormentos, tanto mas son los que abrazan la verdadera religion: como cuando se poda la vid, da mas fruto; lo mismo hace el pueblo de Dios, que es como una vid ó vina bien plantada de su mano.» Esto es de san Justino.

El emperador Antonino Pio, ahora sea porque quedó persuadido de las razones de Justino, como algunos quieren; ahora, porque era hombre benigno y piadoso, hizo publicar en Asia un edicto en favor de los cristianos, mandando que ninguno, por solo ser cristiano, fuese acusado ni condenado, si no hubiese cometido algun otro delito contra el imperio, y que el acusador fuese gravemente castigado, y con esto cesó se mitigó por entonces aquella persecucion. Pero, como muerto Antonino, sucediesen en el imperio Marco Aurelio Antonino, llamado el filósofo, y Lucio Vero y en su tiempo se tornase á embravecer la tempestad; tuvo necesidad san Justino, que estaba en Roma, de escribir otro libro ó apologia á los emperadores y al senado en favor de los cristianos, para aplacarla. Escribióle el santo con extremada sabiduría y elocuencia, y en pago de esta buena obra y de las otras muchas que habia hecho; nuestro Señor le dió la corona del martirio, y el mismo santo lo profetizó, y fué de esta manera. Entre los enemigos de Cristo y que mas perseguian á los

cristianos y atizaban á los magistrados contra ellos, era uno Crescente Cinico, en el nombre y profesion filósofo; y en la vida viciosísimo y abominable, arrogante en su opinion é ignorante en la ciencia. Este habia tenido algunas disputas con san Justino acerca de la excelencia y verdad de la religion cristiana, y siempre habia quedado convencido y confuso; y para vengarse de él, se determinó á perseguirle y acusarle y quitarle la vida. Hizolo así, y san Justino fué preso, y no bastaron ni la inocencia y santidad de su vida, ni la eminencia de su doctrina, ni el libro que con tanta elocuencia y gravedad de sentencias habia escrito en defensa de nuestra santa religion, para que por ella no fuese condenado á muerte. Dió la sentencia Rústico, prefecto de Roma, y fué degollado, y con él otros seis compañeros que se llamaban Caritone, Caritine, Evelpisto, Hieripe, Reone y Valeriano, ó Liberino, como se dice en los actos de su martirio, que escribieron los notarios de la Iglesia romana, y refiere Metafraste y traen Lipomano y Surio. Murió san Justino el año del Señor de 175, siendo emperadores los ya nombrados Marco Aurelio y Lucio Vero. Del día en que murió hay diversidad entre los autores; porque el Martirologio romano y los otros latinos le ponen á los 13 de abril, Metafraste á los 12 de junio y los griegos en su Menologio en el 1.º de junio. Las causas de esta diversidad, como en el celebrar otros santos, pueden ser muchas; y no lo es el haber habido dos Justinos: uno el filósofo que fué martirizado á los 12 de junio, con los compañeros que hemos referido; y otro tambien filósofo y mártir que murió á los 13 de abril, como algunos han escrito y se dice en el séptimo tomo de Surio, recogido por el P. Fr. Diego Monsandro, cartujo. Lo mas cierto es que se engañan los que esto afirman, y de un Justino hacen dos; y así lo siente y prueba el cardenal Baronio en sus anotaciones y en el segundo tomo de sus Anales. De san Justino hacen mencion Eusebio *lib. iv, Hist. cap. 8 y 16*; san Gerónimo de *Scriptoribus Ecclesiasticis*; San Ireneo *lib. i, cap. 31*; Epifanio *heresi 46*; Nicéforo *lib. iv, cap. 6*; y todos alaban en gran manera la sabiduría y filosofia divina de san Justino, y algunos de estos autores ponen el catálogo de los libros que escribió, á los cuales remito al lector, por no ser cosa propia de mi intento el referirlos.

LOS SANTOS CARPO, OBISPO DE TIATIRA; PAPILO, DIÁCONO; AGATÓNICA, SU HERMANA, MUJER DE GRANDES PRENDAS; AGATODORO, SU CRIADO, Y OTROS MUCHOS.—Pérgamo era la patria de estos santos que fueron educados en la virtud, pues descendian de padres muy piadosos. En tiempo de Lucio Aurelio Cómodo y de Marco Antonio Vero, levantóse una muy cruel persecucion contra los cristianos, y como aquellos santos dedicados todos al servicio de la Iglesia permaneciesen fieles y constantes en confesar la fé de Jesucristo, tuvieron que sufrir muchos tormentos, los que toleraron con gran fortaleza de ánimo hasta que espiraron, alcanzando así la palma del martirio.

LOS SANTOS MÁXIMO, QUINTILIANO Y DADAS.—Fueron martirizados en la Asisia inferior, durante la persecucion del emperador Diocleciano.

SAN URSO, OBISPO.—Fué obispo de Ravena en Italia; varon apostólico, dotado del don de profecía y de milagros; infatigable, celoso y caritativo en socorrer las necesidades ajenas. Murió santa y pacíficamente entre sus ovejas, el año 384.

DIA 14.

LOS SANTOS VALERIANO, TIBURCIO Y MÁXIMO, MÁRTIRES.— El martirio de los gloriosos caballeros de Jesucristo, Valeriano, Tiburcio y Máximo, sacado de lo que dice el Metafraste, tomándolo de lo que los notarios de Roma escribieron de la vida y muerte de santa Cecilia, esposa de Valeriano y cuñada de Tiburcio, es de esta manera: Siendo papa Urbano, primero de este nombre y emperador Alejandro Severo, hubo en Roma una hermosísima y nobilísima doncella cristiana, llamada Cecilia, á la cual casaron sus padres, contra su voluntad, con un caballero mozo, igual suyo en sangre, gentileza y riqueza, aunque pagano, que se llamaba Valeriano. Hechos los desposorios y fiestas acostumbradas, queriendo Valeriano gozar de su esposa, ella le detuvo y le dijo con palabras blandas y amorosas, que le hacia saber que tenia consigo y en su guarda un ángel muy celoso de su limpieza y castidad, y que si él se atrevia á tocarla con amor carnal, tenia por cierto que descargaría sobre él su ira y le quitaría la vida en aquella edad tan florida de su juventud. Y como Valeriano, espantado de lo que oía, respondiese: que él deseaba ver al ángel que ella le decía, y conociéndole por tal, no se llegaría á ella; y que si no se lo mostraba, entendería que su amor era con otro hombre, y que á él y á ella los mataría; santa Cecilia le declaró que no podía ver al ángel del cielo, sin ser espíritu del cielo, y sin ser primero bautizado. Y como Valeriano por el deseo que tenia de ver al ángel, se ofreciese á todo lo que Cecilia le decía; ella le envió á san Urbano, papa, que estaba por la persecucion contra los cristianos escondido: del cual fué muy bien recibido y enseñado y bautizado, habiendo aparecido delante de los dos un viejo venerable, vestido de ropas mas blancas que la nieve, y que tenia una tabla en la mano, en la cual estaban escritas con letras de oro estas palabras: «Un Dios, una fé y un bautismo. Un Dios y Padre de todos, que es sobre todas las cosas. Amen.» Bautizado, pues, Valeriano, volvió á casa de su esposa: hallóla en oracion y á su lado al ángel del Señor, que resplandecía como un sol y tenia en sus manos dos coronas hermosísimas de rosas y azucenas. Dió la una á Cecilia y la otra á Valeriano, diciéndoles: Estas coronas os he traído del paraíso; guardadlas con puro y casto corazón: y nunca se secarán, ni marchitarán, ni perderán el suave olor que tienen: y aquel solo las podrá ver, á quien agradare la castidad de la manera que á vosotros agrada. Y porque tú, Valeriano, has tomado el consejo de tu esposa, y abrazádotte con la castidad, Dios me ha enviado á tí, para decirte de su parte que pidas lo que quisieres; porque él te lo concederá. Valeriano, haciendo con grande humildad gracias al Señor por aquel beneficio, respondió que lo que tenia que suplicarle, era que Tiburcio su hermano, á quien él tanto amaba, recibiese la luz que él habia recibido, y viniese al conocimiento de Jesucristo; porque en estando el alma enamorada de Dios, luego desea y procura que todos le amen, y con el fuego que arde en su pecho, enciende á los demás. Prometiéndole el ángel, y desapareció. Vino Tiburcio, y entrando en el aposento donde Cecilia y Valeriano estaban, luego sintió la fragancia de las coronas de rosas y azucenas que el ángel le habia traído del cielo, aunque no las vío, y preguntando de dónde venia aquel olor tan suave,

en tiempo que no era de azucenas ni de rosas, le descubrieron lo que pasaba, y le aconsejaron que para ser partícipero de aquella tan grande merced de Dios y recibir de su mano otra corona semejante á las que ellos habian recibido, menospreciase á los falsos dioses y quebrast sus estatuas é ídolos, y se bautizase: y él lo hizo todo, y recibió el agua del bautismo por mano del mismo papa san Urbano, al cual su hermano Valeriano le llevó, y fué tan grande la gracia que Dios dió á Tiburcio, que veia cada dia los ángeles y obraba cosas maravillosas, sanando enfermos y haciendo grandes milagros.

Diéronse los dos hermanos luego á todas las obras de caridad, preciándose mas de ser cristianos que caballeros. Daban todo lo que tenian á los pobres con larga mano: animaban á los cristianos encarcelados y perseguidos; y enterraban con sus mismas manos los cuerpos de los que habian sido atormentados y muertos por Cristo. No pudo tan gran luz esconderse, ni dejar de venir á noticia de Turcio Almaquio, prefecto, la vida que hacian los dos santos hermanos. Llamólos, reprendiólos y afeóles que siendo caballeros tan ilustres y mozos, se hubiesen abatido á la vileza y estado ignominioso de los cristianos, y gastasen sus haciendas locamente, y se privasen de los deleites y gustos de esta vida; amonestándoles que dejasen aquel desatino y viviesen como habian vivido sus abuelos y padres, y adorasen á los dioses inmortales, fundadores y amplificadores del imperio romano, como el emperador su señor mandaba. A esto respondieron los dos santos hermanos: Que tenian en mas ser cristianos que patricios romanos, y la gracia del Emperador del cielo mas que del emperador del suelo; y que así estaban determinados á guardar las leyes de Dios verdadero, y no las de los hombres que les eran contrarias. Mandóles azotar crudamente Almaquio y dió sentencia contra ellos de muerte, y cometió á Máximo que era hombre principal de su casa, la ejecucion de la sentencia. Máximo, condoliéndose de ver dos hermanos mozos, gentiles hombres, ilustres, ricos y poderosos, ir á la muerte en la flor de su edad con tanta alegría, les dijo algunas palabras de compasion, para atraerlos á la voluntad del prefecto y que no perdiesen sus vidas; mas oyó de ellos tales respuestas del menosprecio de la vida presente, y de la gloria eterna, que se enterneció; y llevándolos á casa y siendo instruido de ellos, se convirtieron á la fé de Cristo él y toda su familia: á la cual acudió en el silencio de la noche santa Cecilia acompañada de algunos sacerdotes, de los cuales fueron bautizados Máximo y todos los de ella que vivian al rededor. Mandó Almaquio degollar á los dos santos hermanos, y les cortaron las cabezas delante de un templo de Júpiter, fuera de la ciudad, estando presente Máximo que á grandes voces decia haber visto dos ángeles, mas resplandecientes que el sol, que llevaban las almas de los dos santos hermanos; y por su dicho algunos gentiles se tornaron cristianos. Cuando supo el caso Almaquio, se embraveció de manera que mandó dar á Máximo en su casa tantos y tan crueles azotes con varas plumadas que dió su bendita alma á Dios. La bienaventurada santa Cecilia tuvo cuidado de haber los cuerpos de su esposo Valeriano y de Tiburcio, su cuñado, para darles sepultura, como se les dió. Fué el dia de su martirio á 14 de abril, en que la Iglesia celebra su fiesta, y en el año del Señor de 232, siendo emperador de Roma Alejandro Severo.

○ SANTA LIDUVINA, VIRGEN.—Siendo tantas y tan graves las miserias de la vida humana, y tan necesaria la paciencia para llevarlas, bien es que escribamos la vida de santa Liduvina, virgen; porque fué un vivo retrato de una prolija muerte, en las enfermedades y dolores que padeció; y en el sufrimiento y alegría con que los padeció, un raro y singular ejemplo de paciencia y rendimiento á la voluntad del Señor. Nació esta santa virgen en el condado de Holanda, de padres pobres, pero virtuosos y amigos de Dios. Su padre se llamaba Pedro y su madre Petronila, á los cuales despues de haber tenido ocho hijos varones, le nació Liduvina, que desde su nacimiento parecía escogida y amada de Dios; porque siendo de solos siete años y hermosa por extremo comenzó á consagrar su alma y su cuerpo al Señor, y dar de mano á los entretenimientos y gustos de las otras muchachas sus iguales: y habiendo ya llegado á los doce años, y queriéndola su padre casar, y pidiéndola muchos por sus raras partes para mujer; ella estuvo fuerte y desengañó á su padre, certificándole que ningun hombre mortal había de ser su marido; y que si la hacia fuerza, suplicaría á nuestro Señor que la afecase de manera que ningun hombre la apeteciese, ni la quisiese mirar á la cara. Con esto la dejaron sus padres, y Dios la tomó á su cargo para labrarla y afinarla con penas y trabajos, y ponerla en su Iglesia por un perfectísimo dechado de penitencia y perseverancia de su divino amor.

Siendo ya como de quince años, y estando un día de grandes hielos mirando como otras doncellas amigas suyas corrian por un río helado al uso de su tierra, una de ellas cayó sobre ella, y la hizo caer en el hielo, y de la caída se le quebró una costilla, y le vinieron tantos y tan terribles males, como adelante se dirán; porque todos los médicos y cirujanos perdieron su trabajo y arte, y sus pobres padres gastaron la poca hacienda que tenían en curarla; y de mano en mano le vinieron tantos males que parece cosa increíble un cuerpo humano poderlos sufrir, si la mano del Señor que se los enviaba no la conservara, y entre tantas muertes no le diera vida: y bien se veía que vivía milagrosamente; porque en treinta años no comió tanto pan, cuanto un hombre sano comerá en tres días, ni durmió en todo este tiempo, lo que es conveniente que duerma para vivir un hombre sano en otros tres días; y cuantos mas remedios le hacían, tanto se hallaba peor: y aunque ella los tomaba por no parecer queria tentar á Dios; bien sabia que no le serian de provecho, y que solo su mano poderosa, que la hería, la podía sanar. Apenas podía mover alguno de sus miembros: arrastraba su cuerpo andando á gatas con las rodillas y manos: no podía comer, ni beber cosa que le pudiese hacer provecho, sino al modo de las mujeres preñadas, que tienen antojo de cosas asquerosas, ella apetecia agua sucia: no podía dormir; y tras estos males se le crió una apostema en las entrañas, y de ella le salían tantos y tan grandes y terribles gusanos, que no se podía ver sin espanto y compasión; aunque con ser tantos y tan disformes, no oían mal. Dióle el fuego de San Anton, y consumióle hasta los huesos el brazo derecho, y la espalda toda podrida y descenjada del cuerpo: la cabeza traspasada como con clavos de dolores hasta la frente y la barbilla; los ojos, los dientes, la garganta y casi todos los miembros tenían su propio y particular dolor; y de la boca, narices y orejas, y de los mis-

mos ojos le salía tanta sangre que ponía admiración: y echaba por la boca una agua colorada, en tanta cantidad, que dos hombres apenas podían llevar la que en espacio de un mes habia echado. Pues ¿qué diré de las llagas y dolores que padecía en el pulmon y el hígado, y del mal de piedra, y de las mismas tripas que se le salían, y tenía delante de sus ojos? ¿Qué de las calenturas que continuamente la afligian, para que no hubiese en todo su cuerpo parte alguna que no fuese atormentada y lastimada con su propio y particular dolor? En esta vida (si vida se puede llamar y nó muerte lastimosa y prolija) vivió esta santa virgen treinta y ocho años, pobre, sola, desamparada y no teniendo á quien volver la cabeza, sino al mismo Señor que la afligia y sola la podía consolar: y para más probarla y labrarla como hierro en fragua, permitía que á estos trabajos se le añadiesen otros, porque teniendo necesidad de un poco de enjundia de capon para un emplasto que se le habia de hacer, y pidiéndola de limosna á un hombre muy rico que tenía aparejados muchos capones para un banquete, nunca se la quiso dar; aunque por castigo de aquella inhumanidad todas las aves que tenía muertas, se hallaron podridas el día del convite. Y otros no ménos inhumanos y crueles la persiguieron, teniéndola por embustera y mujer de malas mañas: y lo que es mas duro, algunas veces el mismo Señor apartaba su mano, y la dejaba en este golfo de tormentos sin consuelo, como navío sin piloto y sin gobernalle. Los cuatro primeros años padeció, como mujer flaca, increíbles congojas y quebrantos de su corazón; porque buscando la fragilidad mujeril algun alivio en tantas penas no le hallaba, hasta que Dios le envió un venerable sacerdote que se llamaba Juan Por. Este la visitaba, y le declaró que no podría en esta vida hallar otro consuelo, sino en la atenta y continua meditación de los dolores acerbísimos que el Hijo de Dios padeció por nuestros pecados en la cruz; y para esto la exhortó á que diese de mano á todos los entretenimientos y conversacion de las otras mujeres, y se ocupase en pensar á menudo en los tormentos que los sagrados mártires habian padecido por Cristo; y cómo habian renunciado las risas, riquezas, deleites y todas las vanidades del siglo, y abrazándose con solo Jesucristo, que era todo su bien; y los bienes y honras, riquezas y gozos que por este camino habian alcanzado: y mucho mas, que de día y de noche meditase los tormentos del Rey y gloria de los mártires, y estuviese siempre fija en su cruz, y en el corazón abrasado de amor, con que padeció tanto por nuestros pecados. Trájole asimismo el sacramento de la Eucaristía; y dijole administrándosele: Hasta aquí yo te exhorto á tener siempre presente la memoria de la pasión de Cristo nuestro Redentor; ahora él mismo te viene á visitar y dar todo consuelo.

Oyendo estas palabras la santa virgen, comenzó á derramar tantas lágrimas, que le duraron quince días sin poderlas reprimir; y su corazón afligido quedó tan esforzado y consolado, que ya de allí adelante no pedía á Dios sino que le aumentase sus dolores. Y en una pestilencia que hubo en aquella tierra, suplicando á nuestro Señor que como padre piadoso alzase su ira de aquellos pueblos que, aunque pecadores, eran sus hijos, y que le castigase á ella; el Señor la hirió con dos llagas, una en la garganta y otra en el lado del corazón: y deseando otra tercera para honra de la Santísima Trinidad, se le abrió otra en el párpado

del ojo; de las cuales las dos se le cerraron, y la otra le quedó toda su vida.

Si era grande la paciencia de Liduvina, no era menor su caridad: la cual mostró bien con su madre y con los pobres; porque estando su madre para morir muy congojada, y rogando á su hija que la encomendase á Dios, porque con esto moria confiada y contenta; ella le respondió que le comunicaba y hacia donacion de todos los trabajos, dolores, llagas, tormentos, vigiliass, oraciones y ejercicio de virtud, que hasta aquel punto habia padecido; y con esta donacion que su hija le hizo, Petronila, su madre murió muy contenta: pero la santa hija, pareciéndole que por haber dado á su madre su caudal, le convenia trabajar de nuevo; buscó una faja ó ceñidor grueso, hecho de cerdas de caballo, bien áspero y con él se ciñó su cuerpo flaco y consumido, y le trajo hasta que murió.

Tambien mostró esta caridad con los pobres: porque habiéndole dejado su madre algunas preseas y aderezos de casa, ella las vendió y dió el precio á pobres, y lo mismo hacia de lo que la gente devota le daba, que todo lo repartía á los necesitados, siendo ella la que tenia mas necesidad y pobreza que todos: porque puesto caso que la santa vírgen estaba tan escondida, y tendida en su pobre camilla, y hecha un retablo de dolores y encubierta á los ojos del mundo; no podia el resplendor de tan excelentes virtudes dejar de descubrirla y manifestarla, trayendo á la gente piadosa y principal á ver aquel espectáculo de nuestra flaqueza y miseria humana, y tan favorecida y regalada de Dios. Vino á verla Margarita, condesa de Holanda, y quedó asombrada de ver tanta pobreza y desamparo de la carne, y tantos tesoros y espíritu del cielo. Vino algunas veces, disimulado, Juan, duqué de Baviera, y comunicó con ella cosas de su conciencia, y otras personas principales tambien vinieron, y la socorrian con sus limosnas: las cuales ella repartia, como dijimos, á los pobres: y era cosa digna de admiracion ver á una mujer tan lastimada por todas partes de su cuerpo de espinas y dolores, tan olvidada y descuidada de sí, y por otra parte tan cuidadosa y solícita de las necesidades ajenas. Ella tenia cuidado de socorrer á las viudas, á los huérfanos á los peregrinos y á los dolientes; y desde aquel pobre rinconcillo asqueroso y doloroso en que estaba, era la proveedora y remedidora de las necesidades de muchos, y el Señor le acudia muchas veces con milagros. Diéronle un cuarto de vaca para que la repartiese á los pobres: mandóla cocer y repartir á treinta familias; y repartióse: y la olla quedó entera y sin disminucion. A una pobre mujer que padecia gota coral, le dió una vez un poco de vino con que solia remojarse sus labios secos y abiertos; y el vaso en que estaba, se llenó de vino escogido y generoso. Murió un hermano suyo, llamado Guillermo: dejó muchos hijos y muchas deudas: buscó Liduvina limosnas para pagarlas y echólas en una bolsa, y dijo á un cuñado suyo que sacase de ella los dineros que eran menester, y pagase las deudas de su hermano. Pagáronse las deudas de la bolsa: y con no haber puesto en ella sino ocho libras, sobraron mas de cuarenta, las cuales todas mandó Liduvina dar á otros pobres: y por esto llamaron á aquella bolsa «la bolsa de Dios.» Otras veces fué proveida milagrosamente del cielo: y viviendo aun Pedro, su padre, y siendo muy viejo y pobre, no queria aprovecharse de las limosnas que enviaban á su hija, diciendo que eran precio de sangre:

mas por este su encogimiento Dios le remedió y proveyó de sustento, por la liberalidad de Guillermo, conde de Holanda, que le daba cada año lo que habia menester.

Era Liduvina muy humilde, reconociendo sus pequeñas faltas y teniéndolas por grandes, y sujetándose á todos, y deseando ser tenida en poco y por vil; y el Señor le daba ocasiones para merecer especialmente con una mujer de un hermano suyo, mal acondicionada, vocinglera y atrevida, y con otra semejante, que le dijo palabras afrentosas y villanas, y le escupió en el rostro sin turbarse la santa doncella: y preguntada por qué tenia tanto sufrimiento, respondió: Porque con nuestra paciencia se corrijan, y porque nos dan materia de virtud á los que tenemos de esto necesidad, y para que no tomen ocasion de mayor furor y turbacion. Aborrecia sumamente á los que murmuraban, exhortaba á los religiosos que fuesen muy obedientes, porque la obediencia alcanza gran premio de Dios; y para enseñarnosla el mismo Dios se hizo hombre y obediente hasta la muerte de cruz. Tambien enseñaba que no siempre el lugar hace santo al hombre, pues do quiera que va se lleva á sí mismo; y no le parecian bien las mudanzas de algunos religiosos, procuradas y hechas por su voluntad. Á los seculares exhortaba al temor de Dios, y á la guarda de sus mandamientos y de los de su Iglesia: á las mujeres y oficiales que nunca estuviesen ociosos; porque la ociosidad es gran liga del demonio para coger las almas. Estaba tan contenta con su pobreza y miseria, que aquella choza le parecia palacio real, el cilicio cinta preciosa, las llagas podridas joyas, los dolores deleites, las lágrimas manjar sabroso, y los gusanos que salian de su cuerpo perlas, regalos y favores de Dios. Preguntáronle, ¿si tenia lo necesario para la vida? Y respondió: Sobrame. Y porque los que sabian su pobreza le dijeron, cómo podia ser verdad lo que decia, replicó: Harto le sobra al que está contento con lo que tiene.

Pero ¿qué maravilla es, que de las espinas cogiese rosas, y de las penas y dolores contentos, la que era favorecida y alentada de Dios? Tuvo muy continua, familiar y dulcísima conversacion con el ángel de su guarda: apareciasele á menudo, y con su sola vista la alegraba y desterraba las tinieblas de su afligido corazon; y ella misma decia, que los mayores tormentos le eran lijeros y no los sentia cuando veía el rostro del ángel. Pues ¿qué será ver el rostro de Dios? Revelábale muchas cosas ocultas y por venir; llevábala algunas veces en espíritu á Jerusalem, para que viese y adorase aquellos sagrados lugares, consagrados con la pasion de Cristo nuestro Salvador: mostrábale las penas eternas que padecen los condenados, y las que en tiempo limitado y vario, segun la medida de sus culpas, sufren las almas del purgatorio, de las cuales esta santa vírgen era devotísima, y por librar algunas que le fueron mostradas y se encomendaron á ella, pasó grandes tormentos en su persona, y despues le hicieron gracias por ello. Sin el ángel de su guarda le aparecian otros muchos ángeles en figura humana; y ella hablaba con ellos y los nombraba por sus nombres, y declaraba de quiénes eran custodios. Y el mismo Señor de los ángeles tambien la favoreció por sí mismo, y le imprimió sus divinas llagas, para que la que en su cuerpo padeció tantos y tan graves dolores, y en su alma sentia entrañablemente los que su dulce esposo habia padecido en su santísima pasion; con las señales y llagas exteriores, mas vivamente

representase la misma pasion del Señor. Pero como ella era humilde y temiese que aquellas llagas exteriores le podrian causar alguna vanidad interior y gloria popular; suplicó á Dios que le quitase las señales de fuera, y dejase dentro de su corazón los dolores de aquellas llagas, para que así gozase del fruto y gloria de su cruz, y careciese del aplauso y complacencia vana; y esto fué á los diez y siete años de su enfermedad.

Otra vez se le apareció el Señor, que le traia una guirnalda de flores aunque faltaba una parte de ella, para que de todo quedase perfecta y cumplida, y dijole: Conviene, hija, que presto esta se acabe y perfeccione. Vinieron cuatro soldados á su casa, tratáronla mal de palabra y peor de obra, robáronla hasta la ropa de su cama, é hirieronla; y con esto quedó acabada y perfecta la guirnalda que en manos de Cristo habia visto. Algunos que la visitaban, entendian que era consolada con los favores y regalos del cielo, y diciéndoselo, respondia: Verdad es, hermanos míos, que la perrilla de Liduvina no podria mucho tiempo durar sin migajuelas caidas de la mesa de mi Señor.

Muriósele un hermano, y sintió tiernamente su muerte, y fué este sentimiento ocasion de perder algunos gustos y regalos del cielo que tenia: y un santo ermitaño tuvo de ello revelacion y lo avisó á Liduvina; y por esto ella, cuando murió su padre, llevó aquel trago con mayor moderacion. De donde se ve, cuán limpios quiere el Señor á sus siervos de cualquier afecto imperfecto y exceso, aunque sea natural, y de la muerte de un propio hermano.

Instróla asimismo el Señor con el don de profecía, y con descubrirle lo que tenían dentro de su pecho los que venian á ella, como que les leyera los corazones. Estando para partir unas naves del puerto, aconsejó á un marinero que la fué á visitar ántes de su partida, que no se embarcase aquel dia aunque los otros se fuésen. Salieron los demás del puerto haciendo burla del otro, porque perdía tan buen tiempo para la navegacion; pero ellos dieron en manos de corsarios que los robaron, y el otro salió al dia siguiente del puerto, y sin daño ninguno hizo su viaje y volvió bien medrado á su casa. Á una mujer que presumia de doncella honesta, le dió á entender que vivía mal: y á un señor principal le descubrió en secreto pecados graves que habia cometido, y él los reconoció y lloró y se enmendó. Venían á la bendita doncella diversas personas, pidiéndole remedio para sus trabajos: entre las otras llegó un canónigo reglar, y dijole, que rogase á Dios que quitase de él lo que mas en él desagradaba, y era impedimento para su salvacion. Tenia este canónigo linda, clara y sonora voz, y recibia cantando vanagloria; y luego que Liduvina hizo oracion por él, quedó ronco y sin voz: No entendió de dónde le venia aquella ronquera; hizose curar, pero cuando el médico supo lo que habia pasado con Liduvina, dijo: Si es así, bien pueden despedirse Hipócrates y Galeno de esta cura.

Muchas veces era arrebatada en espíritu: y sucedió una, que estando junto á ella un pequeño brasero de lumbre, se quemó la carne y parte de una costilla, y primero lo echaron de ver los que tenia en su compañía, que ella lo sintiese. Tuvo revelacion de la hora de su muerte, y para aparejarse mas á ella, pidió perdon á los que tenia en su compañía, si en alguna cosa los habia ofendido. Vino la noche de la Pascua de Resurreccion, y tuvo en su aposento á Jesucristo y á su santísima Madre con el coro

de los apóstoles. Consolóla Cristo nuestro Señor, y ungió su cuerpo con precioso unguento, y tan oloroso, que el siguiente dia despedia de sí una celestial fragancia. El tercer dia de Pascua, pidió la dejasen sola con un niño pequeño deudo suyo, y se puso en profunda oracion hablando tiernamente con el Señor; y sus dolores crecieron en sumo grado, especialmente el bulto que tenia en el pecho la atormentó sobremanera. Tuvo vómitos, en que echó parte de la hiel de su cuerpo, y con esto algunas personas de las que estaban con ella de ordinario, y su confesor, llamados del niño, vinieron á su aposento y la hallaron muerta y ceñida con aquel ceñidor áspero de cerdas, con el cual despues lanzaban los demonios de los cuerpos. Hubo algunas revelaciones en distantes lugares, de su gloria y del solemne recibimiento con que habia sido recibida su alma en aquella córte celestial de los bienaventurados. Su cuerpo que en su vida estaba feo y lleno de llagas, quedó entero y hermosísimo, y el rostro con tan rara belleza que ningún pintor le pudiera formar tan gracioso. Concurrió á su entierro, de toda la ciudad y su comarca, gran multitud de gente: enterráronle en la iglesia parroquial de San Juan Bautista, é hizo el Señor por esta santa muchos milagros. Su muerte fué á 14 de abril del año 1433. Escribió la vida de santa Liduvina Fr. Juan Brugiano de la órden de san Francisco; tráela el padre fray Jacobo Monsandro en el séptimo tomo, que añadió á los seis de fray Lorenzo Surio. Hace mencion de ella el doctor Juan Molano en un indice de los santos de Flandes, donde dice que murió de edad de cincuenta y tres años, y que la historia de su vida la escribió el venerable padre Tomás de Kempis.

Pues ¿quién en la vida de esta santa virgen no se admira de la providencia de Dios y de los caminos admirables por donde lleva al cielo á sus escogidos? ¿Quién no conoce la miseria de nuestra carne flaca, y la misericordia del señor que así la levanta y esfuerza? ¿Qué de dolores y tormentos en un cuerpo frágil y de barro! Y ¿qué de gozos y jubilos en un espíritu que vivía en el paraíso! ¿Qué pobreza y qué contento! ¿Qué descuido de sí misma, y qué cuidado de los otros! ¿Qué desamparo de los hombres, y qué compañía y familiaridad con los ángeles! ¿Qué fácil cosa es al Señor sacar agua de la piedra, y rosas de las espigas, y miel de la hiel, y de la muerte vida! Para enseñarnos que él es el todo y sumo bien, y solo sufficientísimo para llenar nuestros corazones y hacerlos bienaventurados; y que todas las demás cosas sin él no son nada, ni prestan para apagar nuestra sed, y para darnos una gota de sólido y verdadero contento. Todo esto se ve claramente en la vida de santa Liduvina, y que no es castigo, sino merced de Dios y argumento de su amor, el dar trabajos y adversidades á los hombres en esta vida, para apurarlos y perfeccionarlos con ellos, y hacerlos partícipes de su gloriosa vista. Vamos al cielo, y vamos por ruedas de navajas.

SAN PEDRO GONZALEZ, llamado vulgarmente SAN TELMO.—En la villa de Fromesta, cinco leguas de la ciudad de Palencia, nació el bienaventurado Pedro Gonzalez Telmo, de padres nobles y ricos. Dióse al estudio en teniendo edad para ello, y aprovechó bien en las artes liberales. Era á la sazón obispo de Palencia un tío suyo: dióle en aquella iglesia un canonicato; aunque no le sobraaban los años, ni tampoco la gravedad y asiento que para aquel

ministerio convenia: porque el canónigo mozo era muy dado á las galas y pasatiempos, á vanidad y locura, muy á la descubierta. Procuró el tío que el papa diese á Pedro Gonzalez, su sobrino, el deanato: y cuando hubo de tomar la posesion, que fué el día de Pascua de Navidad, quiso el nuevo dean regocijar la fiesta, nó como eclesiástico, sino como lego y profano. Vistióse para aquel dia como lego y muy lego, galana y profanamente, y salió con otros en un caballo español muy bien aderezado por toda la ciudad, desempedrando, como dicen, las calles á carreras, con gran desenvoltura y escándalo del pueblo. Pero para que se entendian las maneras que Dios nuestro Señor toma para convertir las almas y traerlas á sí, partiendo desapoderadamente por la calle mas principal de Palencia, cayó el caballo en medio de la carrera, y dió con el dean en un lodo y muladar sucio y asqueroso, y tal, que cuando fueron á socorrerle, no habia gala ni vestido, ni rostro, que diese muestra de lo que habia sido. Quedó tan corrido y avergonzado Pedro Gonzalez de aquella caída, que no podia levantar la cabeza, ni le parecia que podría ya vivir entre gente, hombre á quien tal desgracia habia acontecido. Alumbróle Dios al mismo tiempo el corazón; y hablando entre sí dijo: Pues el mundo me ha tratado como quien es, y el día en que me pensé holgarme me ha afrentado de esta manera, y yo haré que no burle otra vez de mí: y así se determinó luego á servir á Dios, con tanta y mas atencion que ántes habia servido á su vanidad, dejando de un golpe y por junto todo lo que el mundo le podia dar. Puso los ojos Pedro Gonzalez en la religion de santo Domingo, en la casa que de su sagrada órden se comenzaba á fundar en Palencia, con gran opinion de santidad. En este convento tomó el hábito con no poca admiracion de todos los que le conocian; y con el hábito exterior se asentó en su alma otro interior de virtudes y gracias del cielo. Era muy devoto, de gran caridad, de mucha oracion, de profunda humildad, de extraña obediencia, grato y apacible sobremanera á todos cuantos le trataban. Estudió en la órden la sagrada teología con mucho cuidado, y nó con menor gusto y regalo de su espíritu. Puso su diligencia en informarse de la vida y costumbres de su padre santo Domingo, para seguir sus pisadas en cuanto le fuese posible: y entendiendo que el principal intento de aquel santo era emplearse todo en beneficio de sus prójimos, suplicaba intensamente á Dios en todas sus oraciones, que le hiciese digno instrumento suyo para ganar las almas perdidas. Para esto hizo una perfecta renunciacion de todas las cosas del mundo, y se entregó totalmente á la oracion y pobreza, y comenzó á predicar con obras y con palabras, diciendo y haciendo, como dicen. Entre otras cosas suyas muy señaladas, se cuenta que nunca jamás entró en casa particular á comer ó dormir, ó ser huésped, que saliese de ella sin que todos se confesasen; porque luego movia la plática de tal manera y con tan gran fuerza de espíritu, que enternecia las piedras ó inflamaba los corazones helados. Toda su conversacion y plática se reducía á dos lugares comunes: el uno de la servidumbre del pecado y de su tirania y daños que hace en el alma: el otro del gozo que tienen los buenos en esta vida y de la bienaventuranza que esperan en la otra. Tambien se escribe de él, que á todas las horas que supiese que alguna persona tenia necesidad de confesarse, no paraba ni descansaba hasta verse con ella, y

procurar que con efecto lo hiciese: y si estando comiendo, rezando ó durmiendo, ó en otro ejercicio, le llamaban para confesar cualquier género de gente, dejaba la oracion, el sueño y la comida por acudir á esto, que él tenia en tanto y con tanta razon: porque le parecia, como era la verdad, que cada alma que ganaba para Dios, era coger del suelo un arroyo de sangre divina, hollada y pisada de los hombres y ponerla en su lugar. Con este celo y espíritu anduvo por los reinos de España, y estuvo en la córte del santo rey don Fernando, y se halló con él en el cerco de Sevilla y en otras famosas guerras contra moros, donde fué grande el fruto que hizo en los cristianos y el miedo que causó en los enemigos.

Pero donde el santo mas tiempo estuvo, y donde mas resplandeció con sus virtudes y milagros, fué en Galicia, donde entre otras cosas hizo un puente sobre el río Miño, no lejos de Rivadavia, por los muchos peligros y muertes que sucedian por aquel paso, y la necesidad que habia de remedio. Emprendió obra tan grande y que para un pobre fraile parecia imposible, confiado principalmente en Dios nuestro Señor, el cual movió al rey don Fernando y otros muchos caballeros y personas principales y ricas, y á toda la gente de aquella comarca, para que le ayudasen en cosa tan importante y provechosa: y el santo asistia en persona á su labor, sirviendo y trabajando en ella como un peon; y en breve tiempo puso la puente en perfeccion y la acabó. Muchas veces faltándoles la comida, se iba á la lengua del agna y los peces le salian á recibir, y se estaban quedos hasta que él tomaba los que queria para su mantenimiento y de los que allí trabajaban: y los otros no se partian hasta que les daba su bendicion, y con ella se volvian al agua á gozar de su libertad. Acabado el puente se fué el santo varon á la ciudad de Tuy, en donde y en toda su comarca convirtió mucha gente, obrando el Señor por él grandes maravillas; y cada dia crecia la opinion y fama de su santidad por toda aquella tierra: y tanto, que era respetado nó como hombre, sino como un ángel venido del cielo. Despoblábanse los lugares en su seguimiento, y muchas leguas iban caminando por oírle viejos y mozos, hombres y mujeres, pobres y enfermos, y toda suerte de gente miserable y necesitada.

Tuvo revelacion que Dios nuestro Señor le queria llevar para sí: y un dia, predicando en un monasterio de monges de san Benito, entre otras cosas dijo en el sermón, que muy presto pasaria de esta vida, que en aquel lugar donde predicaba no le verian mas, y que así les pedia, que cuando supiesen su muerte se acordasen de encomendarle á Dios, y de suplicarle que tuviese misericordia de su alma: Que aunque me parezca á mí, dijo, que he vivido entre vosotros con mucho cuidado de no ofenderos y con gran deseo de edificaros, no fio de mi vida tanto, que no entienda lo mucho que he menester vuestras oraciones. Aquel día se partió para Tuy á tener la semana santa, y todos los dias de ella predicó en la iglesia Catedral con mayor fervor y espíritu que nunca, encareciendo en todos los sermones la necesidad de la penitencia y confesion de los pecados: con que hizo gran fruto en todo aquel pueblo. Esta semana santa y los trabajos de ella fueron los postreros del bienaventurado Fr. Pedro Gonzalez: porque pasado el primer dia de Pascua le dió una muy recia calentura, y con el deseo que tenia de morir en su monasterio (que era en la ciudad de Santiago), se alivió á un-

tes de tiempo, y sacando fuerzas de flaqueza se puso en camino: mas la enfermedad y su flaqueza le atajaron los pasos; y llegando á un lugar que llaman Santa Colomba, no pudo pasar adelante, y entendió por divina revelacion que se acercaba la hora de su descanso; y así lo dijo á su compañero con mucha demostracion de alegría, y que la voluntad determinada de Dios era que muriese en Tuy, y que no habia de hacer sino obedecer á su mandamiento. Con esto volvieron á la ciudad: y en llegando le apretó mucho la calentura; y el varon de Dios se confesó y recibió el cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, y la Extrema-union con suma devocion, alegría y consuelo de su alma. Hecho esto, llamó al huésped de la posada donde estaba, y díjole: «Amigo, quedaos con Dios, y el sea siempre en vuestra casa. Yo me voy á la otra vida, y tengo un Señor tan bueno y tan liberal, que con haberle servido poco me quiere pagar mucho, y honrarme mas de lo que yo merecia. Hame prometido favorecer por mi respeto á esta ciudad y á toda su comarca, y de librarla de muchos castigos que por sus pecados merece, y no solo ahora sino tambien para adelante; y así me quedaré aquí entre vosotros como patron y amigo vuestro, para que veais cuán gran cosa es servir á tal Señor. Perdonadme el trabajo que os he dado con mi enfermedad, que yo espero en Dios que él os le pagará largamente, que yo pobre soy y no tengo cosa temporal que daros; mas tomad este mi cinto y guardadle por mi respeto, que algun dia os será de provecho.» Despues estando en oracion y regalándose con el Señor, le dió su alma el bendito padre el domingo de Cuasimodo, año del Señor de 1246, á cuya muerte se halló casi toda la gente principal de la ciudad de Tuy, y la celebró con mucha devocion y sentimiento, y el obispo don Lucas Tuy, que á la sazón era pastor de aquella iglesia y se halló presente, le hizo un solemnisimo entierro entre el coro y la puerta principal de su iglesia: la cual celebra su fiesta el primer lúnes despues de la Pascua de Resurreccion.

Ilustró el Señor á este gran siervo suyo con muchos y esclarecidos milagros, en vida y en muerte. Salió una vez de Tuy para visitar un clérigo amigo suyo que estaba enfermo en Bayona, á pié con su bordon en la mano: llevaba consigo á un fraile mozo y á otro seglar, sin haberse desayunado con ser ya hora de comer; porque al punto que le dieron la nueva de la enfermedad del clérigo, se partió sin comer bocado. Cuando llegaron á la cumbre de un cerro que se llamaba Portella de Arcella, ya los compañeros iban cansados y desmayados, y el fraile compañero dijo al seglar: Este buen padre como es viejo y está hecho á comer poco, no siente el trabajo de los otros y quiéreme á mí llevar por su regla: pero esto no puede ser; porque ni las edades ni los estómagos son unos. Conoció el siervo de Dios por revelacion divina la murmuracion de su compañero; y volviéndose á él le dijo: Hijo, si tenéis hambre, llegaos á aquella peña (mostrándosele con el dedo), y allí hallareis qué comer por esta vez. Fueron el fraile y el lego y hallaron dos panes blancos como la leche y de un sabor admirable, envueltos en una servilleta muy limpia y una vasija con vino, y trajéronlo al santo Fr. Pedro, y él les dijo que comiesen y bebiesen á su gusto, y que lo que sobrase lo tornasen á poner donde lo habian hallado. Hicieronlo así; y cuando hubieron comido volvieron á su lugar las sobras y prosiguieron con el

siervo de Dios su camino. Y tornando de él fuéron por lo que habian guardado; y no hallaron cosa de las que habian dejado, que fué para ellos otra nueva admiracion: y el siervo de Dios tuvo revelacion de ello, y les dijo: ¿por qué habian vuelto á buscar el pan y el vino que habian dejado?

Otra vez teniendo sed, pidió de beber en casa de un cura, y Dios nuestro Señor milagrosamente multiplicó el vino en un fondon de un frasco que el cura habia dejado muy encomendado al ama; y cuando volvió el cura á su casa halló el frasco lleno de excelentísimo vino: y sabiendo que Dios le habia multiplicado para que bebiese el santo Fr. Pedro, se echó á sus piés contándole el milagro.

Estando predicando en la ciudad de Bayona, á donde habia concurrido de la montaña innumerable gente para oírle, se levantó de repente una borrasca temerosa de grandes vientos, relámpagos y truenos; de manera que toda la gente que se habia juntado al sermón, comenzaron á huir y dejar el campo donde estaba. Díjoles el bienaventurado Fr. Pedro: Sosegaos, hermanos, no temais; que Dios deshará delante de vuestros ojos esta tempestad sin que os haga daño; y alzando el brazo hacía donde las nubes se mostraban temerosas, y haciendo la señal de la cruz, ellas se partieron por dos partes; y dejando toda la gente en medio, descargaron de un lado y otro con tan grande furia de piedra, agua, vientos y relámpagos, que parecia que se habia de anegar toda la tierra, sin que cayese una sola gota donde el predicador y el auditorio estaban, ni muchos pasos á la redonda.

Estos y otros milagros hizo nuestro Señor para glorificar á su siervo en vida; pero luego que murió fueron muchos mas y mas esclarecidos, porque primeramente comenzó su sepultura á manar una cierta manera de óleo admirable en sí y en sus efectos, y como una medicina universal para todas enfermedades; y los canónigos de aquella iglesia cogieron y guardaron cantidad de él, y hasta en nuestros tiempos se conserva algo para perpetua memoria. Doce años despues de muerto el santo Fr. Pedro, el obispo de Tuy hizo una informacion de ciento y ochenta milagros, que Dios nuestro Señor habia obrado por este bienaventurado padre, en la cual fueron examinados noventa y siete testigos; y esta informacion cerrada y sellada, y autorizada en pública forma, envió el obispo con un criado suyo de confianza al capitulo general de la órden de santo Domingo, que se celebraba en Tolosa, para que tratase de su canonizacion. Por esta informacion parece haber sanado en aquel tiempo cinco leprosos, nueve endemoniados, muchos ciegos, sordos y mudos, y otros de diferentes enfermedades.

Pero aunque el santo se ha mostrado favorable y benigno á los que le han invocado en sus necesidades, particularmente los navegantes han sentido mas su patrocinio y favor, y han sido librados de gravísimas tempestades y evidentes peligros por su intercesion. Estando una vez un marinero en la gabia alta de su navío, se levantó un viento tan furioso, que dió con el hombre en el mar: encomendóse á san Pedro Gonzalez, y el santo confesor con el hábito de su órden le apareció y le trabó por la mano, diciendo: Pues me has llamado, yo te quiero socorrer; y le llevó al navío que ya se habia alargado buen trecho. En otra tormenta muy horrible y peligrosa, llamándole los

marineros á voces, y con grandes plegarias, se vieron milagrosamente en su salvamento.

Con estos sucesos y otros semejantes comenzó la devoción que los navegantes tienen con este santo cuando se ven en tormenta. Por donde en los puertos de España y en los pueblos marítimos de ella se celebra su fiesta, sacando su imagen en procesion con mucha solemnidad y regocijo, especialmente en Lisboa, en Vizcaya y en Guipúzcoa, donde es venerado y llamado *san Telmo*; y en San Sebastian hay un convento de santo Domingo de la advocacion de san Telmo; y en Sicilia y en otras provincias hay capillas, oratorios é iglesias dedicadas á este santo, con no estar canonizado. Y puesto caso que algunos por este respeto han pretendido que no se rece de él, todavía la costumbre y devoción del pueblo ha prevalecido, y algunos obispos de Tuy la han alentado y favorecido. Porque demás del entierro tan solemne que el obispo D. Lucas de Tuy hizo á este bienaventurado padre, D. Diego de Avellaneda, obispo de la misma ciudad de Tuy, le traspasó de aquel lugar donde estaba á una capilla, donde se le puso altar, y se decía misa de un confesor no pontífice. Después el año de 1579, siendo obispo D. Diego de Torquemada, visto que la capilla donde el santo cuerpo estaba era pequeña, y mucho el concurso de la gente que la visitaba y frecuentaba, labró otra á su coste, grande y rica, y trasladó en ella las reliquias, y las puso en lugar eminente, como muy bien lo notó el P. M. Fr. Vicente Justiniano Antiste, de la orden de santo Domingo. La vida de este santo escribieron los autores de la crónica de su sagrada religion, y los que escriben de los santos é ilustres varones de ella; y últimamente el P. M. Fr. Hernando del Castillo en la primera parte de la historia general de santo Domingo.

* **SAN ARDALION, COMEDIANTE DE ALEJANDRÍA.** — Para mas mofa y escarnio de los adorables misterios de la religion santa que profesan los cristianos, eran aquellos representados en los teatros, y Ardalion era uno de aquellos que los representaban. Estaba cierto día en la escena, cuando una luz superior iluminó de improviso su entendimiento, y conociendo la verdad de la religion de Jesucristo se convirtió á ella; lo que sabido por los gentiles, fué atormentado hasta acabar su vida por la fé. Alcanzó la corona del martirio en tiempo del emperador Maximino Galerio.

SAN PRÓCULO, OBISPO DE TERNI Y MÁRTIR. — Era griego y gentil, y fué convertido á la fé por san Valentin, quien lo consagró despues obispo de Terni en Hungría. Era muy versado en la literatura griega y latina, y sus exhortaciones al pueblo eran tan persuasivas y tan llenas de erudicion, que hasta los mismos gentiles iban á oirlas. Por ellas obró una infinidad de conversiones, entre otras la del hijo del prefecto de la ciudad, que enfurecido por el suceso mandó que el obispo, su propio hijo y otra porcion de cristianos fuesen pasados á cuchillo en la misma ciudad de Terni, el año 272.

SANTA DOMNINA, VIRGEN Y MÁRTIR. — Era discípula del santo anterior, y recibió la corona del martirio con otras vírgenes, sus compañeras, en el mismo lugar y el propio día que su glorioso maestro.

SANTA TOMAIDA, MÁRTIR. — Natural de Alejandría, fué educada en virtud, y aplicada á los estudios serios, siendo el ornamento de su familia y la gloria de su sexo. Habiendo contraído matrimonio, vivía en la casa de su mari-

do muy honesta y recatada, cuando su suegro, movido de deseos carnales, se atrevió á solicitar de ella favores contrarios á sus deberes. Resistióse Tomaida con varonil esfuerzo; redobló el anciano sus conatos, y no pudiendo ya resistir á su vehemente pasion, un día en que ambos habian quedado solos en casa, iba á consumir su iniquidad sobre el cuerpo de la santa, cuando esta lo arrojó de sí, y queria llamar para que la socorriesen; pero en aquel mismo instante el suegro despechado arremetió contra ella con un cuchillo, y la degolló. La Iglesia honra á Tomaida como mártir de la pureza y castidad, desde el siglo V en que sucedió su glorioso triunfo.

SAN LAMBERTO, OBISPO Y CONFESOR. — Francés de nacion, y eminente lumbrera de la Iglesia galicana en el siglo VII, por su piedad y sabiduría. Desde niño se dedicó á la vida monástica en el monasterio de Fontanelle, del cual fué abad, y despues elegido arzobispo de Lyon, cuya Iglesia gobernó con prudencia, celo y gran virtud, hasta su dichosa muerte, acaecida en abril del año 688.

SAN FRONTAN, ABAD. — Vivió muchos años en los desiertos de Nitria, en Egipto; fué superior de unos setenta monges que se habian juntado á él para aprender los caminos de perfeccion; y habiendo llegado su última hora, ilustre en profecía y milagros, estando conversando tranquilamente en medio de sus discípulos, entregó su espíritu al Criador á fines del siglo II.

SAN ABUNDIO, SACRISTAN DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO. — San Gregorio el Grande en su libro de los Diálogos dice estas palabras: «Hubo en la iglesia de San Pedro un sacristan llamado Abundio, de grande humildad y gravedad de vida. Servia á Dios con tanta fidelidad, que el mismo apóstol san Pedro le manifestó visiblemente cuán gratos le eran sus servicios. A una niña paralítica, que hacia muchos dias permanecía en la iglesia orando por su salud, se le apareció el santo apóstol, y le dijo: Presentate á Abundio y él te curará, como sucedió en efecto. Hizo en vida y despues de muerto otros milagros, y murió é mediados del siglo V.»

DIA 15.

SAN OLIMPIAS Y MÁXIMO, MARTIRES. — Gran perseguidor de la Iglesia de Dios fué el emperador Decio: no hubo crueldad ni tiranía que no ejecutase su bárbara sed, para saciarse de la inocente sangre de los católicos. Al tiempo, pues, que esta mas en su furor ardía, le fueron presentados entre otros, por sus crueles ministros, sabiendo cuánto en esto le lisonjaban el gusto, dos generosos, nobles y bizarros mancebos, naturales de la ciudad de Córdoba ó Cordutena de Persia, llamados Olimpias y Máximo, acusándolos de que eran cristianos y grandes siervos de Jesucristo. El grande emperador, ántes que les diese audiencia, por mostrar mas su fiereza, tiranía y odio al nombre de Cristo, les hizo herir cruelmente con nudosos y fuertes palos, el cual tormento sufrían los esforzados caballeros con tanta paciencia y valor, cuánta era la saña y fiereza de quien le ejecutaba, que creo es la mayor ponderacion que en tal lance puede ocurrir. Después les pidió con mucha instancia que le mostrasen todas sus riquezas, porque le habian dicho que tenían muchas. Ellos á esto respondieron, que todo su oro, plata y joyas era solamente Jesucristo.

Porque le respondieron con esta cristiana libertad, los mandó otra vez azotar, hasta que los verdugos se cansaron, y no pudieron herirles mas. Los gloriosos santos, si con mucho furor eran atormentados, con mucha mayor constancia sufrían, y confesaban el nombre de Cristo Jesus; por lo cual enfurecido Decio, los mandó azotar de nuevo con azotes de plomo, y despues que los pusiesen en el potro, donde los atormentaron cruelísimamente, y bajándoles de él los pusieron tendidos sobre ardientes brasas en unos lechos de hierro: todo lo cual sufrieron los gloriosos é invictos mártires con ánimo valeroso y constante, dando sin cesar gracias á Dios, é invocando su divino favor y ayuda.

Advertida por el emperador su gran constancia, y que no ganaria honra alguna, ni otra cosa con ellos, los entregó á un vicario suyo, llamado Vitelio Anisio, delante del cual, como no quisiesen sacrificar á los ídolos, ántes si dijese que eran demonios y nó Dios, mandó que con unas hachas de armas les diesen tantos golpes en la cabeza, que les quitasen las vidas: lo cual ejecutaron los verdugos con todo rigor y crueldad; y en este martirio entregaron sus benditas almas á su Criador, para que como juez justísimo y padre de misericordia les diese la corona que tan gloriosamente habian ganado por la confesion de su santo nombre. Sus santos cuerpos fueron echados á los perros, y estuvieron cinco dias sin que cosa alguna les tocase: los cuales pasados, unos deudos de Abdon, que eran cristianos, los tomaron, y sepultaron piadosamente en lugar decente. Fué su martirio á los 13 de abril, dia en que le celebra la Iglesia, el año 254 del Señor. Escribieron su vida y martirio Beda, Usuardo, Adon, Mombrión en sus vidas, Sanctoro, Surio tomo iv *in vita Sancti Laurentii*, los protonotarios de la Iglesia romana, que escribian los hechos de los mártires en sus cementerios, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo II de sus Anales, el año 234.

Insaciable es la sed de oro: hambre sagrada la llamó el otro Etnico, porque jamás se sacia; y así vemos cada dia, que quien mas tiene mas quiere; porque el oro tiene virtud atractiva y generativa de deseo de mas oro: dígalo el avariento y cruel Decio: no le faltaba oro; abundaba de riquezas, como al fin señor de todas las del imperio que indignamente poseia; y poseído su corazón de la codicia del oro, tanto como del odio al nombre santo de Cristo, todo era castigar con rigores á los cristianos, y pedirles con ansias sus riquezas, como hizo á nuestros invictos mártires Olimpías y Máximo; pero como no tenían ni poseían en su corazón mas oro ni mas riquezas que á Jesucristo, que era todo su tesoro y el mas cierto y verdadero, respondieron lo que ya hemos visto; que su oro, su plata y joyas preciosas todo era Cristo; y á la verdad, si el tirano no estuviera ciego, viera que decían la verdad, y abrazara el tesoro: mas como la codicia le tenía en tinieblas, quedóse en ellas, y en ellas arderá eternamente; así como los benditos Olimpías y Máximo gozarán eternamente tambien de la divina luz, de que por su intercesion nos haga participantes su divina Majestad á todos. Amen.

* SANTA BASILISA Y SANTA ANASTASIA, MÁRTIRES. — Fueron estas santas españolas, naturales de Játiva, en el reino de Valencia. El apóstol S. Pablo fué á predicar el Evangelio en aquella ciudad; y movidas las santas de las palabras del apóstol, abrazaron la fé de Jesucristo, pidieron

el santo bautismo, que recibieron despues de haber sido instruidas en los santos misterios de nuestra religion. Partió san Pablo á Roma, y le siguieron Basilisa y Anastasia, hallándose presentes al martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo, contribuyendo á dar sepultura á sus sagrados cuerpos. Sabedor el cruel emperador Neron de lo que habian practicado las santas, mandólas prender inmediatamente, y ponerlas en una oscura y estrecha cárcel. Presentadas delante del juez, á pesar de haberse valido este de cuantos medios le sugeria su loca incredulidad, no pudo vencerlas, por cuyo motivo las afligió con diversos géneros de tormentos. Las santas virgenes permanecieron constantes en la fé, predicando y alabando el santo nombre de Jesus, hasta que mandando cortarles la lengua, piés, manos, pechos y cabeza, entregaron sus almas á Dios. Los reyes de España poseen el cuerpo de santa Anastasia, que se venera hoy dia en su capilla, por regalo que de él les hizo el sumo pontifice Urbano VIII. Tuvo lugar el martirio de estas santas en Roma á los 13 de abril del año 69.

* SAN BENITO EL MOZO, llamado comunmente SAN BENITICO, CONFESOR. — En razon de sus pocos años y pequeña estatura, es llamado este santo san Benitico, que fué pastorcillo de las cercanías de Aviñon. Nació el año 1163 en una aldea llamada hoy dia Alvilar, en el Vivarés, diócesis de Viviers, á tres jornadas de Aviñon. Hijo de una pobre familia, por muerte de su padre destinóle su madre á guardar un hatico de ovejas que era toda su hacienda; y criado en la inocencia y simplicidad de costumbres, le dió el Señor á conocer que le habia escogido para obrar grandes maravillas. Oyó en cierta ocasion la voz de Jesucristo que le decia dejara las ovejas, y fuése á construir un puente en el Ródano; y manifestando el niño la imposibilidad de esto, le animó el Señor; y cargando sobre sus espaldas una enorme piedra, que apenas treinta hombres podian mover, la llevó á la orilla del Ródano, sentándola en el paraje donde comienza el puente, siendo testigos de esta maravilla cuantos eran los vecinos que entonces contaba Aviñon. Crecia de dia en dia la fama de este santo, concurriendo á él muchas personas, ya para tener parte en sus trabajos, ya para aprovecharse de su doctrina y ejemplo. Fundó un hospital para los peregrinos, del que cuidaban los hermanos llamados del Puente, cuya comunidad ó congregacion religiosa habia Benito fundado. Tenia diez y nueve años de edad, y Dios le reveló el dia de su muerte; disponiéndose á ella con nuevo fervor y mayores penitencias, y asaltado de una enfermedad que parecia lijera, recibió los santos sacramentos con extraordinaria devocion, y murió el dia 14 de abril de 1184. Su sepulcro se hizo célebre por el gran número de milagros que el Señor se dignó obrar en él.

LOS SANTOS MARON, EUTIQUIO, VICTORIANO Y FLAVIA DOMITILLA. — Estos santos estuvieron mucho tiempo desterrados en la isla del Ponto por haber confesado la fé de Jesucristo. Despues en tiempo del emperador Nerva se les levantó el destierro; pero como no dejasen de convertir almas á la verdadera religion, los hizo martirizar el juez Valeriano con diverso género de suplicios, durante la persecucion del emperador Trajano.

SAN EUTIQUIO, MÁRTIR. — Nada se sabe de este santo mas que padeció martirio, y está enterrado en Ferentino en la Campaña romana, donde hay un templo consagrado á su

memoria y muy concurrido por la fama de los muchos milagros que en él se obran.

SAN CRESCENTE, MÁRTIR.—Nació en Myra, ciudad de Licia, y vivió en ella hasta una edad muy avanzada, siendo espejo de caridad con el prójimo y de encendido amor á Dios. Con sus exhortaciones y ejemplos habia ya convertido á muchos al conocimiento de la verdad; pero un día que se hallaba reunido en la plaza una multitud de pueblo para celebrar fiestas á los dioses, se adelantó Crescente en medio de todos y empezó á publicar y persuadir la torpeza de aquellas fiestas y de los que eran objeto de ellas, diciéndoles que solo habia un Dios verdadero, y que este era el de los cristianos. Conducido á la presencia del juez, le afeó este su accion y despues le preguntó su nombre y patria, á lo cual no contestó mas que *soy cristiano*. Admirado el juez de su entereza y su constancia, le dijo que en secreto adorase á su Dios, pero que al ménos exteriormente ofreciese incienso á los dioses del imperio; pero el santo se negó á todo. Entonces empezaron sus verdugos á hacerle probar una serie de acerbos suplicios, hasta que viendo que su constancia no cedía y que se le aumentaba la gloria con los sufrimientos, le metieron en una grandísima hoguera, donde alcanzó la corona que da el Señor á sus mártires.

SAN TEODORO, PRESBITERO, Y SAN PAUSILIPO, MÁRTIRES.—Padedieron estos santos varios tormentos, y al fin siendo degollados derramaron su sangre, por no querer abjurar la religion de Jesucristo. Su martirio sucedió en el reinado del emperador Adriano, en un lugar de la provincia de Tracia.

DIA 16.

SANTA ENGRACIA, VIRGEN Y MÁRTIR, Y LOS DIEZ Y OCHO MÁRTIRES DE ZARAGOZA.—El furor del presidente Daciano en perseguir á los cristianos de España era á guisa de un río muy caudaloso y acrecentado con grandes avenidas que sale de la madre, y arranca, arrebatada y lleva tras sí todo lo que se le pone delante; ó como un incendio que abrása y consume todo lo que halla, y mas lo que le hace mayor resistencia. Habia bañado en sangre la ciudad de Barcelona, y consagrádola á Dios con el martirio de la preciosa virgen Eulalia, como dijimos, y de los otros esforzados caballeros é ilustres mártires del Señor, que en ella pelearon con el tirano y le vencieron. Pasó adelante y vino á Zaragoza, ciudad principalísima y cabeza que hoy es del reino de Aragon, relamiéndose en la sangre que habia derramado, y como tigre fiero y cruel, deseando hartarse de la de los otros cristianos que en ella habia, á los cuales comenzó á afligir con las penas y tormentos que acostumbraba. En esta sazon ordenó nuestro Señor que un gran caballero y señor muy principal de Portugal que tenia una hija, llamada Engracia á quien Prudencio llama Eueratis, concertóse de casarla con un duque de Rosellon ó capitán de aquella frontera de Francia, y para celebrar las bodas su padre la enviaba muy bien acompañada de muchos criados, conforme á su calidad y estado. Iban asimismo con ellos otros diez y ocho caballeros, parientes y familiares suyos, cuyos nombres eran Lupercio, Optato, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemio, Maturio, Casiano, Fausto y Januario; y estos cuatro últimos tenian

por sobrenombre Saturninos. Todos estos caballeros eran cristianos, y la doncella Engracia asimismo lo era; y deseosa de ofrecer su virginidad y su sangre á Jesucristo, aunque habia disimulado con su padre y salido de su casa, dando á entender que iba á celebrar sus bodas, venia muy alegre y gozosa; porque el Señor que la habia escogido por esposa y queria triunfar en ella y por ella del enemigo, le habia dado prendas, que pasando por la ciudad de Zaragoza que era su camino, hallaria grande ocasion para ejercitar su valor y virtud y celebrar otras bodas mas puras y firmes con el Cordero sin mancilla, dando por él la vida como deseaba. Con estas prendas del divino amor crecian las llamas del mismo amor en el pecho de la santa virgen; y cada hora se le hacia tarde por llegar á aquel lugar, donde esperaba ser coronada. Llegó á Zaragoza con su noble y santa compañía, y supo luego lo que pasaba y la saña y braveza con que Daciano pesquisaba, inquiria y sacaba debajo de la tierra á los cristianos, y con atroces y exquisitos tormentos los consumia. No se pudo contener la santa virgen, porque su esposo la incitaba y daba fuerzas á su flaqueza mujeril, para pelear y vencer al tirano; no se detuvo ni estuvo suspensa en lo que habia de hacer; ántes acompañada de todos aquellos caballeros, deudos suyos, que con ella venian, se fué á Daciano, y diciéndole quién era, de dónde venia, á dónde iba, y sobre todo que era cristiana; le reprendió severamente, por haberse despojado de la razon de hombre y vestidose de la crueldad de fiera, vertiendo tanta sangre de personas inocentes y que no tenian otra culpa, sino adorar á un Dios verdadero y menospreciar á los dioses vanos de la gentilidad y á unos monstruos infernales, que él y sus emperadores adoraban. Quedó Daciano pasmado, helósele la sangre y salió de sí; y estuvo como atónito, pensando por una parte la belleza, gravedad, compostura y nobleza de aquella doncella, y el acompañamiento que traia; y por otra la libertad, con que habia blasfemado de sus dioses y la majestad soberana de Diocleciano y Maximiano, sus señores. Y aunque le pareció que se le podia tener algun respeto, por ser huésped de ir de camino, y por la calidad de su persona; todavia como él de suyo era fiero y bárbaro, impío y enemigo de cristianos, pudo en él mas su cruel naturaleza é impiedad que la humanidad, ni otro algun buen respeto. Encendióse su natural furor y requemóse con la cólera la sangre que estaba helada, y mandó luego prender á la santa virgen, y aquellos diez y ocho caballeros, porque supo que todos eran cristianos, y mandóles azotar cruelmente; y porque santa Engracia con grande ánimo y constancia decia mal de los dioses y de los emperadores; para espanto y escarmiento de los demás, la mandó arrastrar por toda la ciudad, atada á colas de caballos. Al otro día, estando la purísima virgen quebrantada de este tormento, le dieron otros cruelísimos desvelándose el impío tirano é inspirándole el demonio que le incitaba en buscar y hallar nuevos suplicios para mas atormentarla y esclarecer mas con ellos la gloria del Señor. Surcaron su sagrado cuerpo con uñas, de manera que la sacaron un pedazo de hígado que se guardó despues por reliquia; y el poeta Prudencio dice que él le vió. Cortáronle el pecho izquierdo, hasta descubrirle el corazón; y estaba tan lastimada por todo el cuerpo, que la vestidura, con que despues se cubrió, quedó teñida en sangre; la cual tambien despues se guardó, y san Euge-

nio III, arzobispo de Toledo, dice que él la vió, y lo trae por testimonio de lo mucho que santa Engracia padeció. Todos estos tormentos no fueron parte para quitar á Jesucristo del corazón de la santa virgen, ni la alegría y seguridad de su bendita alma, ni la constancia y fortaleza, con que por él moría; lo cual viendo Daciano y que tantos y tan atroces tormentos no podían vencer el pecho de una doncella delicada, ni con ellos acababa de morir, mandó que la dejasen así con sus heridas y llagas para que la lastimasen mas tiempo, y el dolor no se acabase tan presto, y prolongándose su vida se prolongase su martirio; de manera, que como gravemente dice Prudencio, mayor pena fué el dilatarle la muerte, que el dársela: porque vivía con una muerte viva y cada hora revivían y se aumentaban sus dolores. Finalmente le bincaron un clavo por la frente, con que acabó de recibir la corona del martirio. A los diez y ocho caballeros mandó Daciano degollar fuera de la ciudad: y fué su martirio y el de santa Engracia á los 16 de abril, por los años del Señor de 304, imperando Diocleciano y Maximiano. El cuerpo de santa Engracia sepultó un obispo, llamado Prudencio ó Prudente con grande y milagroso acompañamiento de ángeles y santos, que vinieron del cielo á honrar las exequias de aquella sagrada virgen, que tan bien habia vencido y triunfado. Y el poeta Prudencio encarece mucho la veneracion, con que en su tiempo eran reverenciadas las reliquias de santa Engracia y de sus santos compañeros, las cuales estuvieron encubiertas, despues que los moros entraron en España, hasta el año de 1389, que labrando la iglesia de santa Engracia, que era de canónigos reglares, en un hondo cimiento hallaron dos arcos de mármol abiertas, con letras que decían ser aquellos los cuerpos de santa Engracia y de los diez y ocho mártires, y los huesos estaban tan enteros, tan rojos y con un color vivo como de rosas que testificaban bien la gloria, con que Dios nuestro Señor los habia querido conservar. Despues de esta invencion de las santas reliquias, se edificó una iglesia debajo de la tierra, para que estuviese con la dignidad que convenia; y últimamente el rey católico don Fernando edificó aquella iglesia y un monasterio suntuosamente, y le dió á la órden de san Gerónimo, para mayor culto de Dios nuestro Señor y reverencia de la santa y de los otros mártires, y devocion y beneficio de todo el pueblo. De santa Engracia, á mas de todos los martirologios y algunos breviarios y santorales, escribió el poeta Prudencio elegantemente en verso; y san Eugenio III, arzobispo de Toledo é inmediato predecesor de san Idefonso, fué tan devoto de esta santa virgen y de sus santos compañeros, y tan fervoroso en servirlos, como lo escribe el mismo san Idefonso, que siendo ministro principal de la iglesia de Toledo, dejó todo lo que en ella tenia, y se fué á Zaragoza á ser monge en la iglesia de Santa Engracia, donde estuvo algunos años, sirviéndola hasta que le hicieron arzobispo de Toledo.

Pero no se contentó Daciano con haber coronado de martirio á la gloriosa virgen y los diez y ocho esforzados guerreros de Cristo; ántes viendo la constancia de los cristianos de aquella nobilísima ciudad, y que no los podía ni rendir, ni ablandar, determinó acabarlos de una vez. Para poderlo mejor hacer, mandó preguntar que todos los cristianos saliesen de la ciudad en tal día y se fuesen con sus haciendas á vivir en otros lugares menores; y en sa-

liendo, mandó cerrar las puertas de la ciudad, para que no tuviesen recurso á ella, y con gente armada que tenia para este efecto, dió sobre ellos y los mató, y fueron en tan grande número de hombres y mujeres, grandes y pequeños, que por no tener cuento les llaman: «Los innumerables mártires de Zaragoza.» Y para que no fuesen honrados los cuerpos de estos bienaventurados mártires, los hizo quemar juntamente mezclados con otros cuerpos de hombres facinerosos y malhechores que habian muerto por justicia: pero ¿que puede la astucia humana ó la invencion del demonio contra la proteccion divina? Las cenizas de los santos mártires se apartaron milagrosamente de las otras y se juntaron entre sí, é hicieron unas pellas blancas, que por eso llamaron: «La masa cándida;» como aconteció á otros trescientos mártires, que fueron martirizados en África, el mismo día que san Cipriano, los cuales celebra la Iglesia á 24 de agosto. Los cristianos las recogieron y las colocaron en la misma iglesia de Santa Engracia, que por esto también se llama: «La iglesia de las santas Masas.» Del martirio de los innumerables mártires hace mencion el Martirologio romano á 3 de noviembre, y el de Ussuardo á los 6, y el poeta Prudencio le celebra; y san Isidoro dice que la ciudad de Zaragoza es la mas ilustre de España, por el inestimable tesoro de reliquias y cuerpos de santos que tiene en sí.

Pues ¿quién no ve en el martirio de la gloriosa virgen Engracia y de los otros mártires que habemos referido, la omnipotencia de Dios y la desventura del hombre, la vana astucia y crueldad de Satanás? El cual inflamó á Daciano para que atormentase con exquisitas penas á una tierna doncella, y procurase extinguir el culto del verdadero Dios; mas el demonio quedó burlado, Daciano confuso, la virgen triunfando, Dios glorificado, propagada su santa religion y la ciudad de Zaragoza ilustrada con los trofeos de tantos y tan gloriosos mártires, con los cuales está ennoblecida, rica, segura y amparada de encuentros de todos sus enemigos, así espirituales como temporales.

SAN FRUCTUOSO, ARZOBISPO DE BRAGA, CONFESOR. — Fué san Fructuoso español de nacion, de la sangre real de los godos, y su padre fué capitán general de algunos reyes, y tuvo muchas posesiones y haciendas en la tierra de Vierzoz. Siendo muchacho, llevándosele su padre una vez consigo á ver sus ganados, consideró atentamente el sitio de aquellos campos, y el buen aparejo que habia para edificar allí un monasterio; porque ya desde aquella edad se inclinaba, inspirado de Dios, á dejar la vanidad del mundo y darse á la perfecta vida de monge. Así lo hizo despues no muy lejos de la ciudad de Astorga, en la pequeña region que ahora llamamos *el Vierzoz*, cabe un lugar llamado antiguamente Cuomplutia, y ahora Compluto. Este monasterio edificó san Fructuoso de su patrimonio, y le dedicó á los gloriosos mártires san Justo y Pastor, y el rey Chindasvindo le acrecentó con gran liberalidad por la devocion y reverencia que tenia á san Fructuoso, movido de su gran santidad y raro ejemplo de vida. Despues que tomó el hábito de monge, fué enseñado en la religion por Tonancio, obispo de Palencia, y Fructuoso se dió con tanto fervor á la perfeccion, y resplandeció con tan admirables virtudes, que gran muchedumbre de monges concurrían á él, para ser enseñados por tan santo maestro y gobernados por tan cuidadoso pastor. Estando aquí el santo abad con mucha quietud, esparciendo por todas par-

tes un suavísimo olor de sus virtudes, el demonio le pretendió turbar, incitando á un cuñado suyo casado con su hermana, para que por justicia pretendiese quitar como suyos, los bienes que Fructuoso había dado al monasterio. Al principio pensó Fructuoso poder vencer á su cuñado con blandura y modestia cristiana; pero hallándole ciego con la codicia, obstinado se volvió á Dios, y postrado con sus monges delante de su divino acatamiento, le suplicó humildemente, que pues sabia la verdad, lo defendiese, y amparase aquella casa que él había fundado por su amor. Oyóle el Señor, y dióle una repentina y grave enfermedad al triste cuñado, de la cual murió y con esto quedó el santo sin cuidado de la hacienda; pero con mucha pena por el peligro del alma de su cuñado.

Era tanta la gente que venia á visitarle de tantas partes, por la gran fama de su santidad, y él era tan enemigo del bullicio, y tan amigo del recogimiento y soledad que algunas veces se salia del monasterio, y se huía á lo mas apartado del desierto con propósito de quedarse allí en vida solitaria, hasta que yéndole á buscar sus monges, guiados del cielo le descubrieron: porquæ aconteció alguna vez, que yéndole á buscar sus monges, las cornejas iban delante de ellos volando poco á poco, como mostrándole el camino por la montaña hasta dejarlos en donde el santo estaba escondido: y ellos con sus llantos é importunos ruegos y con estos milagros le persuadieron que se volviese á su casa, y él se dejó vencer, entendiendo que aquella era la voluntad del Señor, posponiendo su gusto y contemplacion á la fatiga y trabajo del gobierno.

Y porque en el primer monasterio no cabia tanta multitud de religiosos como cada dia acudia, fundó san Fructuoso allí cerca otro con advocacion de San Pedro, en un sitio rodeado por todas partes de montes y arboledas muy frescas. Otro tercero monasterio edificó en la isla de Cádiz, y el cuarto en tierra firme, nueve leguas de aquellas riberas, sin otros que en diversos lugares fundó así de varones como de mujeres. Entre las vírgenes que tuvo á su cargo, fué una muy señalada que se llamaba Benedicta. Esta, siendo desposada con un hombre muy noble y principal criado del rey, encendida con ardor de fé y deseo de religion, se salió secretamente de casa de sus padres, y acudió al amparo de san Fructuoso, el cual la amparó y defendió, y ella creció en toda virtud y santidad. Muy fructuoso fué á toda España san Fructuoso con su vida, doctrina, y con la fundacion de tantos monasterios, y con la multiplicacion de innumerables monges que se criaron y florecieron en ellos, de los cuales muchos discipulos de san Fructuoso fueron excelentes prelados y obispos; y el mismo santo fué forzado á serlo de la iglesia Dumiense, cabe la ciudad de Braga, y despues de la misma ciudad y arzobispado de Braga; porque celebrándose el décimo concilio toledano, en el cual se halló el santo prelado y un arzobispo, de Braga, por nombre Potamio, habiendo caido en cierta flaqueza de carne, fué tan grande su arrepentimiento y dolor, que él mismo derramando muchas lágrimas, confesó su pecado á los otros obispos, y pidió penitencia, y fué depuesto por el concilio, y substituido en su lugar Fructuoso, para que juntamente fuese arzobispo de Braga y obispo Dumiense, y tuviese el gobierno de las otras iglesias de Galicia; y él lo hizo con tanta entereza y fervor que nunca aflojó un punto del rigor de monge, en los ayunos, asperezas y obras de humildad, edificando

siempre monasterios, y repartiendo en pobres y obras pias los bienes de las iglesias que estaban á su cargo, que como dijimos, eran la Dumiense y la de Braga que eran vecinas: entre las cuales hizo labrar un monasterio para su entierro con mucha priesa y solicitud, por haber tenido revelacion de Dios del dia de su muerte; y así habiendo caido malo de una recia calentura que le duró algunos dias, dijo á sus clérigos y monges el dia en que habia de morir. Llegó este dia y último plazo, y llorando todos y deshaciéndose en lágrimas por ver que perdian un padre, maestro y pastor tan escogido y provechoso; él solo estaba alegre como quien se gozaba ya con la esperanza de la vida eterna. Mandóse llevar á la iglesia, recibió los santos sacramentos y no quiso volver á su casa; sino alzando las manos al cielo, sin mas dolor ni agonía, dió su espíritu al Señor á los 16 de abril, que es el dia en que se celebra su fiesta. Enterráronle en aquel monasterio que hoy dia dicen que se llama de San Fructuoso, y es de frailes descalzos de san Francisco; y allí muestran su sepulcro y un hueso del santo, y un poco del palio arzobispal con que fué enterrado; porque el cuerpo fué trasladado cerca de quinientos años despues á Santiago de Galicia, en tiempo del primer arzobispo de aquella iglesia llamado don Diego. Allí está el sagrado cuerpo de san Fructuoso en una capilla del crucero á la parte de la epístola, en una arca muy antigua labrada ricamente de esmaltes, en la cual están los preciosos huesos tan conservados y enteros, que da grande devocion y honra al santo el verlos.

Obró el Señor muchos milagros por san Fructuoso en su vida. Una vez una corsa acosada y muy perseguida en la caza de los perros, se vino á guarecer del saño abad, cuando estaba retirado en el desierto, y él la amparó y defendió de aquel peligro; y ella como si tuviera entendimiento, fué tan agradecida, que nunca jamás quiso dejar al santo ni apartarse de él; y si algun dia por estar el santo fuera no le veia, no cesaba de gemir á su modo y lamentarse hasta que volvía y se echaba á sus piés, que era el lugar donde siempre se ponía, y san Fructuoso le habia cobrado amor por verla tan mansa y agradecida y darle ocasion para alabar á Dios. Matóla un muchacho travieso, y Dios le castigó, dándole una enfermedad con que estuvo á punto de perder la vida: conociendo su culpa, pidió perdon al santo y él le visitó; y tocándole con sus manos, le volvió la salud del cuerpo, y con sus santos consejos y amonestaciones, tambien la del alma.

Andaba en el desierto tan vilmente vestido, que parecia un esclavo. Topóle una vez en el campo un hombre grosero y rústico en el oficio y el entendimiento, y pensando que realmente era esclavo como en el traje lo parecia, arremetió á él y comenzó á dar voces: Tú eres esclavo, tú has huído de tu amo; dándole muchos palos con un palo que llevaba. El santo no se defendía ni hacia mas que decirle con mansedumbre: No soy esclavo, no soy fugitivo; mas el hombre no por eso dejaba de darle sin escuchar sus palabras, hasta que el Señor para castigo de aquella atrevida maldad, permitió al demonio que entrase en aquel pobre hombre y le atormentase mas crudamente que él habia afligido al santo: el cual compadeciéndose de su malhechor, y queriendo pagarle el mal que le habia hecho, con bien, suplicó á nuestro Señor que le librase de aquel cruel atormentador, y mandó al demonio que le dejase, y él obedeció.

Tambien se cuenta que navegando en un barco por el rio de Sevilla de noche, y habiéndose dormido los barqueros, y dejado los remos el barco navegaba y atravesaba la ribera del rio de la misma manera que si todos remarán. Otra vez navegando á la isla de Cádiz, sobrevino una horrible tempestad, y estando todos turbados, san Fructuoso los consoló, y con sus oraciones en un punto se sosogó el mar, y llegaron á salvamento.

De san Fructuoso rezan en España las iglesias de Braga, Évora, Compostela y otras. Su vida se halla escrita muy á lo largo en santorales antiguos. De él hacen mencion el Martirologio romano á los 16 de abril, y el breviario y el décimo concilio toledano; y la iglesia de Segovia tiene otro Fructuoso por patron y le celebra á los 23 de octubre, como dice el cardenal Baronio en las anotaciones del Martirologio.

SANTO TORIBIO, OBISPO Y CONFESOR.—Santo Toribio, obispo de Astorga, fué español, y á lo que da á entender Juan Molano en las adiciones que hizo al Martirologio de Usuardo, fué natural de Valencia y varon muy santo y doctor, y celosísimo de la fé católica. Tiénese por cierto que pasó á Roma, y tuvo conocimiento con san Leon papa el Magno, que á la sazón presidia en la silla de san Pedro, y que navegó á Jerusalem por ver aquellos santos lugares, tanta era su devocion. Volvió á España, y hallóla muy estragada é infeccionada con la herejía de Prisciliano, la cual un hombre perverso llamado Marcos, gitano de nacion, ántes habia traído á ella; y Prisciliano que era noble, rico, elocuente y leído, eficaz y vehemente, habiendo bebido el veneno le derramó por algunas provincias; y de lego que era y hereje, habiendo sido hecho obispo por favor y malas mañas de sus secuaces, tuvo autoridad y mañas para turbar la paz de la Iglesia. Y puesto caso que Prisciliano fué condenado á muerte por el emperador Máximo, y que se ejecutó en él la sentencia, y que algunos romanos pontifices y doctores de la Iglesia, y los mismos emperadores con sus leyes persiguieron á los priscilianistas; todavía estaba tan arraigada su maldad, que eran tantos los que le seguian, que tuvo mucho que hacer en arrancarla y consumirla, y desterrarla de España. Para lo cual ayudó mucho nuestro santo Toribio con su gran celo, vigilancia é industria; porque primeramente comenzó á predicar contra aquella herejía, con gran fervor y caudal de doctrina, y el Señor le favorecia y con milagros confirmaba su doctrina y confundia á los herejes; porque una vez predicando en Valencia contra los priscilianistas, y menospreciando ellos con oprobio la palabra de Dios, se subió á un cerro alto de la ciudad, donde está ahora la ermita de San Cristóbal, y desde allí pidió á Dios con lágrimas castigo del cielo contra aquellos malvados herejes, y de repente salió de madre el rio Carrion, y entró por la ciudad y destruyó buena parte de ella. No se contentó el santo con predicar él y escribir contra esta herejía, sino que habiendo visitado muchas iglesias de España, y visto por sus ojos el daño de las almas que de aquella pestilencia les venia, escribió una carta á algunos obispos con mucha humildad por una parte, y por otra con gran fuerza, despertándolos y animándolos á poner remedio en cosa tan importante y tan perniciosa á la Iglesia del Señor: y viendo que todo esto no bastaba, acudió á san Leon papa, como supremo juez y pastor, enviándole un diácono suyo con lo que él habia escrito contra la herejía de Prisciliano, y proponiéndole el

estado de las cosas de España, y suplicándole, que como suyo y universal pastor y vicario de Cristo en la tierra, pusiese remedio para que tan grande y lastimoso incendio se atajase. El santo pontifice Leon abrazó con gran voluntad lo que Toribio le propuso, y le alabó con gran manera, y le escribió una larga epístola, que es la noventa y tres en número de las suyas: en la cual, capítulo por capítulo va deshaciendo y reprobando los errores de Prisciliano, que eran muchos y muy desatinados; y manda á Toribio que procure que se junten los obispos de varias provincias en concilio, y que en él se condenen los errores de Prisciliano; mostrando en todo la estima que tenia de la santidad, doctrina, celo y obediencia del santo prelado. Hizose el Concilio en Ulense, en Galicia, y en él fué condenado Prisciliano y su doctrina, y se puso por escrito una fórmula de la católica y verdadera fé, y la enviaron á Balconio, prelado de Braga, que era superior de todas las iglesias de aquella comarca, obedeciendo todos, como era razon, al romano pontifice. Entre las otras cosas que santo Toribio dice en aquella epístola que escribió á los obispos, haber fomentado los errores de Prisciliano, encarece mucho el daño de los libros apócrifos, los cuales los herejes publicaban por divinos, y les exhortaba mucho á desterrarlos y condenarlos como cosa tan perjudicial y dañosa; y cierto, que entre los cuidados que deben tener todos los gobernadores de la republica, y mas los eclesiásticos, á quienes mas toca, debe ser muy principal el procurar que haya abundancia de libros católicos, doctos, graves y provechosos; y que se destierren y no se lean, no solamente los herejes, falsos y reprobados, sino tambien los torpes, livianos y aun ociosos é inútiles, que son los que no traen provecho ninguno, sino entretener á la gente y hacerle perder el tiempo sin fruto alguno.

Volviendo pues á santo Toribio, estando ocupado el santo prelado en hacer guerra á los herejes con su vida, con su doctrina y con sus escritos, y en confirmar en la verdadera fé á los católicos, y reformándose sus costumbres y ejercitándose en obras santas, acabó gloriosamente su vida, y fué á gozar de Dios, habiendo el Señor hecho muchos milagros por su intercesion. Fué su muerte en el dia que se celebra su fiesta, que es á los 16 de abril, y la rezan algunas iglesias de España, como la de Burgos, Palencia, Segovia, Sigüenza, Astorga y otras. Fué sepultado en la iglesia de San Martin, en las montañas que llaman de Liebana, cerca de los años del Señor de 460. Allí se muestra su sepultura, donde está su santo cuerpo con otras muchas y grandes reliquias, que son visitadas por muchos peregrinos que van allí en romería, y se tiene por cierto de tiempo muy antiguo, que parte de las tales reliquias trajo santo Toribio de Jerusalem, y parte le dió el santísimo papa Leon. Esciben de santo Toribio los brevarios antiguos de España, y el Martirologio romano á los 16 de abril, y el cardenal Baronio en sus anotaciones, y mas largamente en el sexto tomo de sus Anales.

LOS SANTOS OPTATO, LUPERCIO, SUCESO, MARCIAL, URBANO, JULIO, QUINTILIANO, PUBLIO, FRONTON, FÉLIX, CECILIANO, EVENCIO, PRIMITIVO, APODEMIO, Y OTROS CUATRO LLAMADOS SATURNINOS.—Murieron estos santos en Zaragoza, el mismo dia que santa Engracia, á cuyo servicio pertenecian. Véase la vida de esta santa.

SAN CAYO Y SAN CREMENCIO, MÁRTIRES.—Sufrieron martirio tambien en la ciudad de Zaragoza por los años 304.

Antes de morir se le sujetó á dos interrogatorios y á crueles tormentos.

SAN PATERNO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Poitiers, el año 482. Su padre Patramo, con el consentimiento de su mujer se fué á Irlanda, donde acabó sus días en santa soledad. Enardecido Paterno con su ejemplo, abrazó desde muy mozo la vida monástica en la abadía de Anson; pero pasado algun tiempo, ardiendo en deseos de perfeccion, se retiró á Gales y fundó un monasterio. Hizo una visita á su padre en Irlanda, y á la vuelta se retiró á una vasta soledad, donde con otros santos sacerdotes se preparó para salir á convertir á los idólatras. En su vejez fué san Paterno consagrado obispo de Avranches, cuya Iglesia gobernó con gran fruto por espacio de 13 años, hasta que murió santamente en el de 563. Este santo es honrado en muchas iglesias de Francia con el nombre de san Pair.

SAN DROGON, CONFESOR.—Nació de noble familia en Flandes, su padre murió antes que naciese el santo, y su madre de sobreparto. Desde su infancia fué admirable por su piedad y devoción. Á los 20 años de su edad distribuyó á los pobres todo su dinero, y renunció sus estados en favor de los herederos próximos, para quedar en libertad de servir á Dios en pobreza y penitencia. Desprendido ya del mundo, vestido de un saco roto y despreciable, salió como otro Abrahan, dejando sus amigos y su patria, y despues de haber visitado varios lugares santos, se fué á servir de pastor á una dama virtuosa llamada Isabel de la Haire, en Seburgo, dos leguas de Valencennes. El retiro y el abatimiento de este estado le eran los mas agradables, porque le ofrecian oportunidad para la perpetua oracion, y para los ejercicios de penitencia y de humildad. Seis años vivió Drogon guardando el ganado, pasando una vida obscura y desconocida, y como el último de los mas viles siervos; pero sus eminentes virtudes le granjeaban el aprecio de cuantos le conocian, principalmente de su señora. Por huir el peligro del aplauso, dejó al fin este destino y emprendió varias peregrinaciones á Roma y otros lugares, fijando despues su mansion en una pequeña celda cerca de la iglesia de Seburgo, donde vivió cuarenta y cinco años, no mas que con pan y agua. Á los ochenta y cuatro años de su edad, murió tranquilamente en el Señor, á los 16 de abril del año 1186.

SAN JOAQUIN DE SENA, CONFESOR.—Fué natural de la ciudad de Sena y de la noble familia de los Palacani. Apenas habia llegado al uso de razon, descubrió una inclinacion dichosa á la piedad. Parecia haber mamado con la leche de su madre una devocion muy singular á la Virgen Maria, y su mayor delicia era repetir con frecuencia la salutación angélica. No era ménos extraordinaria que su devocion, su caridad con los pobres. Á los catorce años de su edad recibió el hábito religioso de manos de san Felipe Benicio, el año 1272. Tal fué su fervor desde el primer dia que entró en el convento, que los mas adelantados le miraban como modelo. Todas las virtudes brillaban en él, pero ninguna con mas resplandor que su grande espíritu de oracion, su extraordinaria humildad, y su amor al abatimiento. Resistióse fuertemente á cuantas instancias y diligencias se pudieron hacer con él para elevarle al sacerdocio, cuya dignidad habia mirado siempre con temor. Su delicia eran los oficios mas penosos de la comunidad, y su vida, oculta y escondida á los ojos del mundo, iba siendo cada dia mas preciosa á los ojos de Dios. Viéndose dema-

siadamente querido y respetado en Sena, suplicó con muchas instancias á su general, que lo destinase á una casa muy remota de la órden, donde esperaba vivir desconocido. Concediósele el retiro de Arezzo; pero apenas se supó su partida, se alborotó toda la ciudad de Sena, hasta que para apaciguar al pueblo, fué vuelto á traer á su patria, en que continuó hasta su muerte siendo gloria de aquella, y con sus oraciones, su ejemplo y sustentáculo. Honróle Dios con milagros ántes y despues de su muerte, que sucedió á 16 de abril del año 1305, el cuarenta y siete de su edad.

SAN LAMBERTO, MÁRTIR.—Vivia este santo en las cercanías de Zaragoza, cultivando las tierras y ocupado en ejercicios de devocion y piedad, cuando llegó á aquella ciudad el feroz Daciano que tanta sangre derramó por toda España. Acusado de adorar á Jesucristo, el santo labrador se presentó á sus verdugos con todo el valor y serenidad que infunde la virtud y la gracia; y persistiendo en confesar que nunca abandonaria su religion, fué condenado á muerte y decapitado en Zaragoza, en el reinado de Diocleciano.

LOS SANTOS CALIXTO, CARISIO Y OTROS SIETE, TODOS MÁRTIRES.—Por confesar la fe cristiana, fueron estos santos arrojados al mar, donde perecieron alcanzando así la corona del triunfo. Su martirio tuvo lugar en Corinto en el siglo III.

DIA 17.

SAN ANICETO, PAPA Y MÁRTIR.—Por la muerte de san Pio, primero de este nombre, papa y mártir, sucedió en la silla de san Pedro Aniceto, siro de nacion, hijo de Juan Bico Humisia: el cual fué sumo pontífice once años, y cuatro meses y tres dias, segun Platina en su vida; y segun el cardenal Baronio, nueve años, ménos tres meses y siete dias, imperando Marco Aurelio Antonino, y Lucio Vero, su hermano. Fué Aniceto santísimo pontífice, y mereció la corona del martirio, muriendo por Cristo, y fué sepultado en el cementerio de Calixto, á los 17 de abril, en que la santa Iglesia celebra su fiesta. Murió en el año del Señor de 175, segun el mismo Baronio. Celebró cinco veces órdenes por el mes de diciembre, y ordenó en ellas diez y siete presbíteros, cuatro diáconos, y nueve obispos. En tiempo de este santo pontífice vino á Roma san Policarpo, discípulo de san Juan Evangelista, y obispo de Esmirna, que era como padre, y gobernador de todas las Iglesias de Asia, para tratar con él del tiempo, en que los cristianos habian de celebrar la pascua, para no concurrir con los judíos, como lo dijimos en la vida de san Policarpo. Tambien vino á Roma Hegesipo, escritor antiguo, que vivió no mucho despues de los apóstoles, y escribió con estilo llano la historia eclesiástica desde la pasion del Señor hasta su tiempo. Hállase una epístola decretal de san Aniceto para los obispos de Francia, en la cual manda muchas cosas saludables acerca de los obispos, arzobispos, metropolitanos, y primados, y lo que deben hacer entre sí: y finalmente ordena, que los clérigos no traigan cabello largo, y que se conformen con la doctrina del apóstol san Pablo: porque así como el clérigo se ha de diferenciar en la virtud, y santa conversacion del seglar; así tambien lo ha de hacer en el

hábito, y en la tonsura. Escribieron de san Aniceto, san Dámaso, Platina, y los otros, que tratan de los sumos pontífices.

LA BEATA MARÍA ANA DE JESUS, VIRGEN. — La beata María Ana de Jesús nació en la villa de Madrid, corte de los reyes de España, á 8 de diciembre de 1564, en la parroquia de Santiago. Su padre Luis Navarro era natural de la ciudad de Estella, del reino de Navarra, y su madre Juana Romero de Villalpanco, era del reino de Aragón. Ambos eran nobles, devotos, y sobre todo muy dados á obras de caridad y misericordia: atendían con mucho cuidado á la crianza de la niña que el cielo les había dado; la cual desde su infancia dió grandes señales de la extraordinaria santidad á que Dios la había destinado. No se vió en ella accion ó propiedad infantil; con igual quietud la hallaban en la cuna que en los brazos de su madre. A pocos meses de nacida fué preciso entregarla á una ama para que acabase de criarla; mas este accidente nada alteró la tranquilidad de María Ana, que estaba igualmente gustosa en los brazos de su ama, que en los de su madre. Estaba atenta cuando oía rezar el rosario de nuestra Señora; miraba con devoción sus imágenes, y las de Cristo su divino Hijo: cuando la llevaban á la iglesia, la advertían un extraordinario silencio, y cuando oía tocar la campanilla á la elevacion de la sagrada hostia, no se sossegaba hasta que la volvían el rostro á aquella parte. Luego manifestó una tierna compasion á los pobres, á los cuales, si no tenia otra cosa, daba su misma comida: visitaba los enfermos en compañía de su madre, y con su presencia los consolaba. A los cuatro años víéronla varias veces derramando muchas lágrimas ante alguna imagen de Cristo crucificado, y se cree que en ese tiempo gozó ya de uso de razon. Habiendo cumplido los seis años de su edad, se aventajaba cada dia en la virtud; y Dios la favorecía con divinas ilustraciones y frecuentes visiones, apareciéndosele muchas veces Jesucristo nuestro Redentor, su santísima Madre, y su ángel custodio, enseñándole el camino del espíritu y de la oracion, y llenando su corazon de celestiales consuelos. De aquí procedía el vivir enteramente abstraída de las cosas caduceas, no amando ni anhelando sino á las del cielo. Así vivió María Ana hasta la edad de doce años, regalada de Dios, tiernamente amada de sus padres, y toda entregada á los ejercicios de piedad y devoción; pero en este año, que fué el de 1576, falleció su madre, y su padre, poco despues pasó á contraer segundo matrimonio con Marta Gerónima de Pineda, de la cual tuvo dos hijos. Estos sucesos ocasionaron muchos disgustos, penas y trabajos á la bendita María Ana, porque su padre y sus parientes querían casarla, y á este fin la mandaron usar galas como las demás doncellas que aspiran al matrimonio: condescendió María Ana en parte á la voluntad de sus padres, usando de algunos adornos, pero siempre con mucha honestidad, procurando andar muy cubierta y recatada. En esta sazón su padre la propuso un casamiento, persuadiéndola con eficacia le aceptase; sus parientes la persuadian lo mismo, y la madrastra con palabras ásperas pretendía obligarla casi por fuerza, á dar el consentimiento que se deseaba; pero la santa doncella, que se sentía interiormente inclinada á seguir el estado de continencia, no sabia qué hacerse, e iba entreteniendo con prudentes razones; pidiendo

entre tanto á Dios nuestro Señor con mucha instancia, se dignase declararla su voluntad. Oyó un dia predicar al venerable P. Fr. Antonio del Espiritu Santo, del orden de san Francisco, de las excelencias de la virginidad; y la santa virgen, ilustrada de Dios, conoció que este era el estado que el Señor queria abrazase: comunicó su interior con su confesor, y con su consejo hizo voto de perpetua virginidad en la iglesia de san Miguel. Sus padres, porfiando en que consintiese al matrimonio propuesto, la trajeron varias joyas de parte del pretendiente, para que escogiese las que fuesen de su mayor gusto. Viéndose por tanto María Ana tan fuertemente apretada á que tomase el estado del matrimonio, declaró intrépidamente el voto que tenia hecho, y la determinacion en que estaba de guardarle: su padre, su madrastra, y sus parientes se ofendieron mucho de esta determinacion de la santa virgen, y usaron de cuantos medios les dió la pasion, para hacerla mudar el intento: la cubrían de injurias, de golpes y bofetadas: la madrastra que tomó á su cuenta hacerla consentir al casamiento, se esforzaba á maltratarla todo lo que podia. Nuestra María Ana lo sufría todo con indecible paciencia: pero deseosa de librarse de una vez de su importunidad, y de hacerles ver que era inútil todo lo que hacían, para que variase su santo propósito, se cortó con unas tijeras todos sus cabellos. Apenas sus padres lo supieron, cuando la acometieron de nuevo con golpes, bofetadas, afrentas, oprobios y baldones, hasta que cansados de maltratarla, la encerraron por último en un desvan obscuro, donde no la daban sino pan y agua para su alimento; tratándola como mujer perdida, que deshonoraba todo su linaje. Tuviéronla algunos meses encerrada en este aposento, en el cual estaba la bendita virgen como en un paraiso, pasando el tiempo en continua contemplacion; apareciéndosele varias veces Jesucristo, su santísima Madre, y el ángel de su guarda, animándola en sus santas resoluciones, é inuidando su corazon de celestiales consuelos. Advirtiendo los padres de María Ana, que este retiro la daba mas tiempo para dedicarse á la oracion y ejercicios devotos, con los cuales se fortalecía siempre mas en sus santos propósitos, de no querer otro esposo que Jesucristo; resolvieron sacarla de aquel encierro, y hacerla servir en la cocina, dispensando á la criada, á fin de que no teniendo tiempo ni oportunidad para hacer oracion, se resfriase su espíritu, y se entibiase en sus propósitos. Sirvió este ministerio la casta doncella por obedecer á su padre; aunque tuvo mas que padecer en esta ocupacion, que en la cárcel del desvan; porque la madrastra jamás se daba por contenta de lo que obraba María Ana, y con cualquier pretexto le daba de palos y la afrentaba, diciéndola cuanto la venia en la boca. De otra parte la impedía retirarse al ejercicio de la oracion, y frecuentar los santos sacramentos; y procuraba atarearla con muchas ocupaciones domésticas; á fin de impedirle el interior recogimiento del alma, que la santa doncella procuraba conservar en medio de las haciendas domésticas. Padeció la santa virgen por algunos años una persecucion tan terrible con admirable paz, mansedumbre y tranquilidad de espíritu, sin proferir jamás la mas mínima palabra de enfado; hasta que por último sus padres, admirados de la firmeza de María Ana, entraron en mejor acuerdo, y reconociendo que aquella era obra de Dios, la dieron

lugar para continuar sus santos ejercicios. Habiendo salido con victoria la santa doncella de las referidas batallas, pretendió hacerse religiosa; y á este fin solicitó con muchas instancias ser admitida en los monasterios de religiosas de Madrid, pero en todas halló las puertas cerradas. Viéndose así desechada, por un particular impulso del cielo, que quiso probar su constancia, por medio de su confesor dejó disimulada la casa de sus padres, y tomó el camino de Ocaña, intentando entrar en cierto monasterio de observancia; y habiendo caminado algunas leguas sola, temiendo los peligros, se volvió á casa de sus padres, y en ella procuró compensar con una penitencia asombrosa lo que deseaba padecer en la religion; pidiendo al mismo tiempo al Señor la enseñase lo que fuese mas de su agrado. Oyó el Señor los humildes ruegos de su sierva; pues habiendo cumplido los diez y nueve años de su edad, estando en fervorosa oracion, se arrebató en éxtasis, y vió á la santísima Reina de los ángeles vestida de blanco y llena de resplandores, que presidiendo á una solemne procesion de religiosos descalzos de su órden de la Merced, se encaminaba á una hermosa fábrica, en forma de convento. Mirábalo con atencion; y dudaba lo que podia ser, hasta que oyó una voz que le dijo: «Con estos has de vivir si me quieres agradar.» Entró la Reina celestial en aquella fábrica, y desapareció aquella vision, dejando á María Ana muy consolada, y con su esperanza firme de conseguir sus deseos, como lo hizo despues de treinta años.

Despues de las alicciones y persecuciones referidas, gozó María Ana por algunos años de mucha paz y tranquilidad de espíritu: se entregaba al ocio santo de la oracion, en la cual era muy favorecida de Dios; por cuyo motivo crecía continuamente en su corazón el incendio de la caridad. Acompañábanla en sus devotos ejercicios dos hermanas suyas, Luisa y Justa, á las cuales ella instruía como maestra en la vida espiritual, imponiéndolas en los ejercicios de oracion y mortificacion; pero así que hubo cumplido los veinte y dos años de su edad, la acometió Lucifer con toda suerte de tentaciones torpes, que la atormentaron fieramente por espacio de once años continuos. Para resistir la santa virgen á tan terribles tentaciones, oraba continuamente, frecuentaba los santos sacramentos, imploraba con mucho fervor y confianza el patrocinio de la Virgen santísima, y maceraba su virginal cuerpo con asperísimas penitencias; le cubría de cilicios; en el pecho traía una corona de espinas; llenaba de piedrezuelas el calzado, para que la atormentasen los piés; cuando estaba sola, y en particular por la noche, mortificaba la cabeza con otra corona de espinas; tenia grandes manojos de cambrones y zarzas, sobre las cuales se recostaba desnuda, lastimando con sus puntas su inocente cuerpo, y abriendo en él muchas fuentes de sangre, que apagasen el fuego de la sensualidad. De este modo alcanzó una completa victoria de sus enemigos, y enseñó á los soldados de Cristo cómo han de vencer en semejantes batallas. Al trabajo que la causaba esta importuna tentacion se juntó el que la dieron sus padres, renovando la persecucion primera; por que corriendo entonces la caída de un cierto Pedro Cazalla, y de otras personas que estaban en grande opinion de virtud, en las cuales el santo tribunal de la Inquisicion ejecutó merecidos castigos, algunos hombres

doctos fuéron á advertir á Luis Navarro, no permitiese á su hija el ejercicio de la oracion, por ser, como decian, muy peligroso, y expuesto á ilusiones y errores. Luis Navarro, temeroso de que su hija no cayese en alguna ilusion, y fuese castigada por la santa inquisicion, tomó tan de veras el consejo, que volvió á maltratar á su hija, no dejándola una hora de quietud: y pidiéndola ella con mucha humildad la dejase á lo ménos retirar á un aposentillo para hacer la labor de manos, no se lo quiso conceder, queriendo que estuviese con las demás. La extática virgen se conformó con la voluntad de Dios, intimada por la boca de su padre, y formando un oratorio en su corazón, se recogía á él, ordenando á sus sentidos que no atendiesen á las cosas exteriores; y así aunque sus hermanas y las mujeres que venían á visitarla hablasen diversas cosas, María Ana guardaba un profundo silencio, y cuando la preguntaban alguna cosa, como no habia atendido á lo que habian dicho, no respondia á propósito, por lo que la reputaban por necia y tonta, y se lo decian á la cara; pero ella no hacia caso, diciendo: Poco importa que me tengan por tonta, como yo no falte á lo que debo á mi Dios.

Sumergida nuestra María Ana en tantas alicciones, procuraba descubrir toda su alma á su confesor, que era el venerable P. Fr. Antonio del Espíritu Santo, que residía en el convento de San Bernardino, distante como una media legua de su casa. Todos los sábados iba la santa virgen á darle cuenta de su conciencia, recibir la sagrada comunión y oír sus santos consejos, para ejecutarlos con toda puntualidad. Pero como este director, aunque sabio, no penetrase bien el espíritu de María Ana, receloso de que no fuese una ilusion lo que ella le decia, resolvió exonerarse de su direccion; y así habiendo llegado un día á sus piés, y manifestándole su interior, la despidió sin quererla oír mas. Besó María Ana la tierra, pidióle su bendicion y el auxilio de sus oraciones, y se salió de aquel convento; y guiada de Dios fué á parar al de nuestra Señora de la Merced. Entró en la capilla de nuestra Señora de los Remedios, y viendo en un confesionario al venerable P. F. Juan Bautista Gonzalez, el mismo que fundó algunos años despues el sacro órden de los descalzos, y se llamó Juan Bautista del Santísimo Sacramento, entendió que interiormente la decian llegase á confesarse con él, porque era el maestro que Dios la daba de su mano. Llegó pues, y dióle cuenta de su espíritu, de los trabajos y tentaciones con que el demonio la afligia, y de los favores y suavidades con que Dios la regalaba; conoció el santo confesor por esta relacion el fondo del grande espíritu de María Ana, y se encargó con mucho gusto de su direccion. Contenta la prudente virgen con haber hallado un maestro á propósito para comunicarle las cosas de su interior, pidió con muchas lágrimas á sus padres la dejasen libre todas las mañanas para comunicarle su conciencia; y habiendo obtenido esta licencia, estaba llena de gozo: pero el Señor la afligió por otra parte, enviándola muchas y graves enfermedades, que la duraron por espacio de seis años, las cuales la virgen sufrió con heroica paciencia.

Habiendo el señor Felipe III trasladado la corte á Valladolid, Luis Navarro, que era criado de los señores reyes de España, fué á vivir con toda su familia á aquella ciudad, en la cual permaneció María Ana hasta el año

de 1606, en que volvió la corte á Madrid. Entonces escogió casa junto á Santa Catalina de los Donados, y frecuentó algun tiempo la capilla de nuestra Señora de los Remedios, donde se le agregó por compañera y criada Catalina de Cristo; y luego despus pasaron á vivir en las casitas y jardín que hacen frente al costado derecho de la iglesia del convento de Santa Bárbara, en un aposentillo de adobes. Vivió aquí María Ana algunos meses, hasta que la dueña de la casa la arrojó á la calle, nó sin oprobio y afrenta. Recogieronla los religiosos en un portalejo que tenia una puerta á la calle, donde guardaban los materiales de la fábrica del convento, y aquí edificó la sierva de Dios una pobre casita con tres aposentillos, un oratorio, y un huerto ó jardín cercado de tapias: en el primer aposento recibia las personas que iban á verla, por cuyo motivo tenia en él dos ó tres tabureticos viejos, y en el suelo un corcho ó estera: en esta se sentaban las grandes señoras, y en los tabureticos acomodaba á los principes y señores que venian á visitarla; en el otro aposento tenia una grande cruz, delante de la cual oraba tendidos los brazos, y una tarima en que se acostaba, sirviéndole un madero de almohada; y en el tercero habitaba Catalina de Cristo, al lado del cual habia una cueva ú oficina pequeña con un torno, como le usan las religiosas para comunicarse con el convento, y administrar las cosas del culto divino y de la sacristía. La vida que llevaba María Ana en esta casita, era de la manera siguiente. Cuando tocaban á maitines á las doce de la noche en el convento de Santa Bárbara, se levantaba y contemplaba los divinos misterios todo el tiempo que los religiosos se ocupaban en las alabanzas de Dios: seguía á esto un breve sueño hasta las tres de la mañana: en esta hora volvía á levantarse, y besando la tierra con profunda humildad, perseveraba en oracion hasta el amanecer, y entonces se iba á la iglesia del convento, y permanecia arrodillada ante la puerta hasta que el sacristan la abria: entonces se retiraba en algun rincon del templo, donde tenia la hora de oracion que los religiosos acostumbran, oia prima, y despues trataba con su confesor el negocio de su alma: oia despues misa, comulgaba y perseveraba tres horas en accion de gracias, ó á lo ménos una, cuando la necesidad de acudir al consuelo de los prójimos la hacia acortar sus espirituales ejercicios, perseverando ordinariamente en alla contemplacion hasta las doce. Pasaba luego á su casita, donde tomaba un ligero alimento, y sin olvidar el del alma, perseveraba en oracion en su oratorio puesta en cruz, ó bien postrada ante otra cruz grande que habia colocada en el huerto. Poco ántes de las dos volvía á la iglesia, oia vísperas y se entregaba al consuelo de los prójimos que venian á visitarla, para tratar con ella del negocio de su salvacion: de cinco á seis acompañaba á los religiosos en la oracion mental, oia completas, y retirada á su celda continuaba sus ejercicios hasta las nueve; y de allí á las once gastaba en la leccion espiritual. En el dia en que se celebraba la fiesta del niño Jesus, perdido de sus padres, fué la beata María Ana arrebatada en espíritu, y en este éxtasis vió al dulce Jesus, que amoroso la regalaba y mandaba que recibiese el hábito de religiosa de la Merced: comunicó la sierva de Dios el mandato divino á sus confesores y al general de la religion, quien aprobando la vision en cumplimiento del mandato divino, el jueves santo del año 1613, ántes de empezarse los divinos oficios,

dió á la beata María Ana el hábito de religiosa de la Merced en la misma iglesia de Santa Bárbara, y el 20 de mayo de 1614 hizo María Ana la solemne profesion en manos del mismo general. Así perseveró la beata María Ana en esta casita ó reducido monasterio, edificando á toda la corte con sus heroicas virtudes, y admirándola con sus profecías y milagros, y con el magisterio espiritual que en aquella casita ejerció á beneficio de las almas, dando á todos los que venian á consultarla admirables documentos para la direccion de su vida, hasta que á 11 de abril de 1624 fué acometida de un gravísimo dolor de costado. Sufrió con admirable paciencia la sierva de Dios esta enfermedad, y las operaciones de que usaron los médicos para curarla, echándola una ventosa sajada sobre la parte ofendida: por fin, viendo los médicos que eran inútiles cuantos remedios se la aplicaban, ordenaron que se la administrase los santos Sacramentos, que recibió con extraordinario fervor y devocion, y á las nueve de la noche del día 17 de abril, fijando la vista con tiernísimo afecto en un cuadro de la pasion de Jesucristo, y arrojando á su pecho un devoto Crucifijo que tenia en las manos, plácidamente espiró mientras los religiosos cantaban el Credo, segun el uso de su religion, siendo de cincuenta y nueve años de edad.

Beatificó á la sierva de Dios nuestro santísimo padre Pio VI, con breve de 13 de mayo de 1783, á cuyo efecto aprobó primero los dos milagros siguientes, obrados por Dios nuestro Señor por intercesion de su sierva.

El primero es el de la incorrupcion de su cuerpo, el que se mantuvo incorrupto desde el año 1624, en que la beata María Ana murió; hasta el año de 1731, no obstante de no haberse embalsamado, ni habérsele quitado las entrañas, las cuales junto con las otras partes del cuerpo, aun las mas sujetas á corrupcion, se conservaron enteras y húmedas, y la carne tambien se conservó como de persona viva; de tal modo, que comprimida fácilmente se restituía á su estado natural.

El segundo milagro fué de la instantánea y perfecta curacion de una perlesía que padecía un soldado de guardias españolas llamado Pedro Fernandez, quien tenia baldada la pierna izquierda y la parte inferior del muslo de la misma parte izquierda; é invocando á la sierva de Dios quedó repentina y perfectamente curado: sucedió este milagro á 1.º de junio de 1766.

A estos dos milagros aprobados por la sede apostólica añadiré lo que sucedió en el año 1783, cuando el eminentísimo señor arzobispo de Toledo, cardenal de la santa Iglesia, hizo la solemne traslacion del cuerpo de la beata de la caja y sepulcro en que estaba colocado, á la caja que el excelentísimo señor duque de Alba, patron de la religion, habia mandado labrar á este efecto. Pues cuando dicho sagrado cuerpo se sacó de la antigua caja para ponerlo en la nueva, todos los presentes, que eran en crecido número y de la primera distincion, vieron que aquel virginal cuerpo estaba íntegro é incorrupto en todas sus partes, y percibieron al mismo tiempo una fragancia muy suave que exhalaba; y como no cupiese en la caja nueva por no ser bastante larga, despues de varias tentativas determinaron doblarle las piernas, y para ejecutarlo mejor, un cirujano le hizo una incision mas abajo de la rodilla, é inmediatamente manó de la herida un humor sanguíneo, que corriendo por la pierna llegó hasta el te-

billo. Dispuso luego el mismo arzobispo que de una pantorrilla se cortase carne para distribuirla por reliquias entre los devotos de la beata; como en efecto de la carne de esta pantorrilla se cortó un buen pedazo para su santidad, y otro que aumentándolo Dios milagrosamente, se dividió en varias porciones, que respectivamente se regalaban al rey nuestro señor, al convento de Santa Bárbara, parroquia de Santiago, maestro general de la religion, postulador de la causa, eminentísimo señor arzobispo y sus vicarios generales, señores duque de Alba y conde de Altamira; y además se repartieron otros pedazos á distintas personas, las cuales subdividieron la parte que les habia tocado en otras partes, y para repartirlas entre los conventos de mercenarios y otras iglesias de su devocion. En todas estas divisiones se ha conservado la carne de la beata incorrupta, fresca y húmeda, de suerte, que ha manchado los papeles en que ha estado envuelta: así lo asegura en carta de 9 de marzo del corriente año el R. P. Fr. Antonio de la Santísima Trinidad, excomendador del mismo convento, quien presenció la referida solemne traslación, hallándose definidor general de la religion.

Escribió la beata María Ana una parte de su vida, algunos poemas devotos, y un crecido número de cartas dirigidas á diferentes personas, exhortándolas á la virtud y servicio de Dios nuestro Señor.

SAN ESTÉBAN, ABAD.—Inglaterra fué la patria de este santo, nacido de padres ilustres y ricos, cuya nobleza y riquezas heredó. No puso su corazón en los tesoros; su único deseo era ser útil á la Iglesia y al estado, á cuyo fin recibió una muy sólida educacion en un monasterio del condado de Dorset, cimentando en su corazón los principios de una verdadera piedad. Para perfeccionarse mas en la virtud hizo un viaje á Escocia, á París y luego á Roma con otro devoto compañero, ocupándose durante dicho viaje en rezar juntos el salterio en la meditacion de las eternas verdades, y en sus privadas oraciones. En Lyon oyó Estéban hablar de la aspeza y santidad del monasterio benedictino de Molesme, fundado en 1075 por san Roberto, en la diócesis de Langres; y prendado de la vida austera que practicaban los monges, resolvió quedarse en él, para consagrarse mas libremente á Dios. Los monges no dejaron de reconocer en Estéban gran fondo de piedad y virtud, por lo que fué elegido superior. Todos sus afanes fueron reparar las relajaciones de la antigua disciplina; mas, viendo no podia realizarlo segun sus deseos, se retiró con algunos monges á un punto llamado Cisteaux, cinco leguas distante de Dijon. Cedióles el terreno el vizconde de Beaune y Eudes, duque despues de Borgoña, quien hizo edificar una pequeña iglesia dedicada á Dios bajo el patrocinio de la Virgen Maria. Los monges se apresuraron á construir por sus propias manos un monasterio de madera, y haciendo de nuevo profesion de la regla de san Benito, se obligaron á observarla con toda exactitud. Hizose este solemne acto el año 1098, del que data la fundacion del orden Cisterciense. San Estéban, si bien fué el tercer abad de este monasterio, con todo ha sido siempre tenido como uno de sus principales fundadores. Fundó trece abadías, y vió con suma alegría fundadas cerca de ciento bajo la direccion de otros monges. Era tanta la virtud y prudencia de este santo, que san Bernardo, el papa Inocencio II y los reyes de Francia de

su tiempo se honraban con su amistad, siendo su guia y consultor en las mas arduas dificultades. Llegó á una edad muy avanzada, y murió el dia 28 de marzo del año 1134.

SANTA POTENCIANA, VIRGEN Y MÁRTIR.—La memoria de esta santa se celebra en el obispado de Jaen, pero ninguna noticia cierta se tiene de su patria ni de su vida. Sábese que el obispo de Jaen noticioso que en una ermita intitulada de los Santos, en las riberas del río Guadalquivir, habia un sepulcro en forma de túmulo algo elevado de la tierra, en el que estaban escritas unas letras que decian: «Aquí yace el cuerpo de santa Potenciana,» quiso inspeccionar por sí mismo lo contenido en aquel sepulcro, y mandándole abrir halló en él los huesos integros de un cuerpo humano, que despudieron al tiempo de la apertura una fragancia exquisita. El piadoso obispo hizo informacion judicial sobre el culto inmemorial tributado á la santa sobre la devocion que la profesaban los fieles, y acerca de los muchos milagros obrados por el Señor por su mediacion; y en vista de todo esto mandó en el dia 11 de mayo de 1636, que se incluyesen las venerables reliquias en una preciosa urna, y que se colocaran en la capilla que á espensas suyas hizo labrar en la dicha ermita, continuándose en adelante á darle el culto que hasta entonces le habian tributado los fieles.

SAN ROBERTO, ABAD Y CONFESOR.—Fué el primer abad del monasterio llamado la Casa de Dios, en la diócesis de Claramonte. Era hijo de Gerardo, descendiente de san Gerardo, baron de Aurillac. Habiendo hecho un viaje á Roma para satisfacer su devocion, se retiró despues con dos compañeros á la soledad, donde reedificó una iglesia y fundó un monasterio, con la aprobacion del obispo y del papa Leon IX. Dentro de poco tiempo vió juntarsele mas de doscientos religiosos de un extraordinario fervor, los cuales dirigió y gobernó con la prudencia de los santos, y murió el 24 de abril del año 1067 ó 1068.

SAN MAPÁLICO Y OTROS MUCHOS MÁRTIRES.—Eran africanos y vivian en una ciudad de África, cuando levantándose la persecucion contra la Iglesia en tiempo del emperador Decio, derramaron su sangre y alcanzaron la corona del martirio á fines del año 251.

SAN FORTUNATO Y SAN MARCIANO.—Solo se sabe de estos santos que fueron mártires; y aunque el Martirologio romano supone que padecieron en África, otros aseguran que murieron en Antioquia en los primeros siglos de la Iglesia.

SAN PEDRO, DIÁCONO, Y SAN HERMÓGENES, SU MINISTRO.—Murieron degollados en Antioquia, en tiempo del emperador Diocleciano, por no haber querido ofrecer incienso á las falsas divinidades.

SAN ELÍAS, PRESBITERO, SAN PABLO Y SAN ISIDORO, MONGES.—Entre la multitud de mártires que hizo en Córdoba de España la dominacion de los sarracenos, celebra la Iglesia en el dia de hoy la memoria de estos tres, de los cuales habla san Eulogio, testigo de vista en su martirio, con estas palabras: «Elías, presbitero, ya anciano, natural de Lusitania; con los monges Pablo é Isidoro, que estaban aun en la flor de la edad, fueron muertos por los sarracenos en odio á la religion de Jesucristo, en Córdoba, el dia 15 de las calendas de mayo del año 856.»

SAN PAUTAGATO, OBISPO.—Francés de nacion, muy cursado en las sagradas letras y de una virtud esclarecida, fué elevado á la silla episcopal de Viena, cuya iglesia go-

berno con santidad por espacio de cinco años, hasta su muerte, acaecida el año 340.

SAN INOCENCIO, OBISPO Y CONFESOR. — Nació en Tortona, y fué educado desde su infancia en las santas máximas del Evangelio. Durante los últimos años que precedieron á la paz de la Iglesia, dedicóse á visitar, consolar y fortalecer á los santos confesores que se preparaban para el martirio, y á enterrar sus cuerpos despues de su muerte. Dada la paz á los fieles por la conversion de Constantino, fué consagrado Inocencio obispo de su patria, y despues de un episcopado de veinte y ocho años, murió santamente en 350.

DÍA 18.

SAN PERFECTO, MÁRTIR CORDOBÉS. — Córdoba, ciudad real, como Toledo imperial, fué asiento y silla de los reyes africanos moros, luego que conquistaron á España. Habiendo pues reinado muchos reyes, que en esta celebre ciudad tuvieron su trono, y tenido diversos y sangrientos trances y batallas con los cristianos que habían quedado, vino á reinar Abderramen, tercero de este nombre, príncipe poderoso y cruel, cuanto enemigo del nombre cristiano. Los reyes sus antecesores habían promulgado un decreto y ley general por toda España (á ellos por nuestros pecados entonces sujeta), que todos los cristianos que quisiesen seguir y guardar su fé y religion cristiana, viviesen en ella y tuviesen sus iglesias, sacerdotes, monjes y monasterios, y usasen de todas las ceremonias eclesiásticas, con tal que todos fuesen sus súbditos y vasallos, y les pagasen sus tributos y feudos: y que en cuanto tocaba á la maldita secta y veneracion del falso profeta Mahoma (el mas dañoso y perverso hombre que ha habido en el mundo, perseguidor del cristianismo), se observasen dos cosas: la una, que no enseñasen á los moros la doctrina cristiana, ni les predicasen, ni dogmatizasen nuestra santa fé; y la otra, que cualquiera que naciese de padres moros, que hubiese de seguir y tener la secta de Mahoma; so pena lo uno y lo otro de la vida. En Toledo permanece hoy en su insigné catedral, para memoria perpetua, la capilla de los Mozárabes, que se decían así, *quasi mixti arabes*, á causa de que vivían los católicos por la promulgacion de las dichas leyes, tan conformes y mezclados con los árabes ó moros, que en su mayor mezcla (que era digno de tiernas lágrimas), en el templo y casa de María Santísima, sin pecado concebida, Virgen y Madre de Dios del Sagrario, les permitian tener capilla, en que dijese misas y celebrasen los divinos oficios: pacto con que se rindió á los bárbaros este incontrastable muro de la fé; y consuelo; si puede haber alguno entre las cadenas de un mísero cautiverio, que quedó á los toledanos valerosos, viendo que ya que perdian la libertad, á lo ménos no perdian del todo el refugio y amparo de la casa de María.

Muchos años pasaron que las dos referidas leyes, como eran ásperas y crueles contra los cristianos, no se ejecutaban: mas este rey de Córdoba ya nombrado, como era tan cruel enemigo de Dios y de su santo nombre, mandó que se ejecutasen con todo rigor; y por pequeñas ocasiones hacia que sus jueces procediesen contra los cristianos. Por este tiempo nació en la dicha ciudad de Córdoba el glorioso san Perfecto, perfecto en todo desde su niñez;

porque desde ella fué entregado por sus padres á los venerables y santos sacerdotes de la iglesia de san Acisclo, para que le enseñasen, como lo hicieron, todas buenas virtudes y letras humanas y divinas, en que salió tan docto y perfecto Perfecto, que era de todos la admiracion y veneracion. Hasta la lengua arábica supo con toda perfeccion: por lo cual los mas principales moros de la ciudad le estimaban, y de todos era conocido.

En esta iglesia pues, que era de canónigos reglares del gran padre y sol de la Iglesia san Agustín, pasó el glorioso san Perfecto su juventud y mocedad, y en ella vino á ser perfecto sacerdote y espejo de los mismos que le habían criado. Salió un dia de su iglesia y monasterio á la ciudad á tratar y proveer las cosas familiares y caseras de sus compañeros y suyas: unos moros principales lo vieron; y como lo conocian y sabian que era muy docto en los misterios de nuestra sagrada y católica religion, y asimismo entendia los ritos de su secta; llegaron á él y le rogaron les dijese amigablemente lo que sentia de la fé católica de Cristo y de su profeta Mahoma. San Perfecto les dijo excelentísimas y altas cosas de la potencia y divinidad de Cristo nuestro bien, y como era verdadero Dios y Hombre, y Señor de todas y sobre todas las cosas, bendito en todos los siglos: y añadió: De vuestro profeta bien os diria lo que sienten los católicos; mas no me atrevo por no molestaros. Pero si me prometeis y dais vuestra fé, satisfaré á vuestra pregunta, y os diré de qué manera es notado y estimado en el Evangelio, y en qué veneracion le tienen los cristianos.

Todos ellos, descosos de oirlo, le prometieron amistad y fidelidad; y así debajo de este seguro les dijo en lengua arábica: Ya el Evangelio santo habia dicho de vuestro falso profeta, que con su falsísima doctrina ha engañado á tantas gentes, estas formales palabras: «Muchos falsos profetas vendrán en mi nombre, y engañarán á muchos, y harán grandes milagros para que sean llevados al error, aun si puede ser, los escogidos de Dios.» Entended, pues, que entre los demás falsos profetas de quienes habla el Evangelio, salió este vuestro principal engañador, enseñado en las hechicerias y ejercicios del enemigo antiguo de los hombres, y engañado con las ficciones de los demonios, y muy dado á embaimientos, embustes y falsos ritos: el cual ha corrompido con su mortal veneno los corazones de los que eran dados poco á la virtud, y los ha sujetado y enredado en los lazos de la perdicion eterna. Por ser tal, ningun hombre discreto y espiritual lo cree, ni sigue con él á Satanás; con el cual ha de padecer eternamente los ásperos y horribles tormentos del infierno; y vosotros tambien habeis de ser con él abrasados, pues por seguirle quedais condenados á los fuegos eternos. Decidme: ¿cómo ha de ser reputado por profeta, ó por qué no ha de ser injuriado con la maldicion celestial, el que estando ciego de amores de la hermosura de Zaynab, mujer de su esclavo Zaid, con bárbara tirania se la quitó, nó con mas discrecion que si fuera un caballo ó un mulo, en los cuales no hay entendimiento? Despues cometió adulterio con ella, diciendo que lo hacia porque el ángel se lo habia así mandado. De aquí fué prosiguiendo el glorioso Perfecto, y les dijo muchas cosas de las sociedades y carnalidades que se mandan en la secta de Mahoma, y les declaró cuán falsa era su doctrina, y que era tal, que los hombres castos y virtuosos no la podían hablar ni oír. Y

al fin dijo: De esta manera el favorecedor de la suciedad y el entregado á los deleites carnales os dedicó á una perpetua lujuria y á un infierno de todos los vicios, en que sin remedio os habeis de condenar.»

Muy enojados quedaron los moros con san Perfecto por lo que les habia dicho, y quisieran ántes ser mudos y sordos, que haberle preguntado ni oido palabra: y por haberle dado seguro y licencia de hablar, no se atrevieron por entonces á hacerle algun mal; pero guardaron la mala voluntad que entonces contra él concibieron, para otra ocasion y tiempo oportuno que al fin hallaron. Fué el caso, que á pocos dias lo vieron salir de la iglesia, y al punto se dijeron unos á otros: Veis allí al que los dias pasados con temeridad y locura grande dijo contra nuestro gran profeta Mahoma (cante Dios sobre él y sálvelo) tantas injurias, que los oidos de ninguno de vosotros lo pudo sufrir. Tienen los moros por costumbre de saludar á su profeta cuando de él tratan, con estas palabras: *Zalla Allah Halla á navi v. a. Zallam*: que quiere decir, lo que los perros dijeron al nombrarle: «Cante Dios sobre él y sálvelo:» y en diciendo esto, fuéron con paso apresurado todos contra él, y lo prendieron y llevaron ante el gobernador de la ciudad con tanto impetu y furor, que no le dejaron tocar los pies en el suelo.

Luego que llegaron á la presencia del gobernador, le dijeron: Este que traemos á tu tribunal digno de todo respeto, sepa, señor, que ha blasfemado contra nuestro gran profeta, y dice mal de los que le veneran. Tú puedes saber y entender mejor qué castigo se le debe dar que refrene sus atrevimientos y resista su descomediamento. El gobernador que esto oyó, mandó meter al santo mártir en una mazmorra y que allí lo cargasen de prisiones; y no quiso conocer de su causa, ni darle muerte por entonces, porque celebraban una pascua y fiesta grande llena de abominaciones que tenían. San Perfecto entró con mucho gozo en la horrible cárcel, pareciéndole que le llevaban convidado á la comida que él mucho deseaba, que era á la vista de Dios. Allí comenzó de nuevo á ejercitarse en obras de religion y virtud: ayunaba, oraba, velaba y esforzabase con ánimo encendido y fervoroso á recibir el último trance de la muerte.

Pasaron algunos meses; y ya que los moros habian acabado sus ayunos y fiestas, resplandeció el día más glorioso para Perfecto; pues fué sacado de la cárcel y condenado á muerte de espada. Pronunciada que fué la sentencia, lo llevaron con grande algazara y fiesta fuera de la ciudad, pasado el puente del río Guadalquivir, á un lugar que ahora es arrabal de Córdoba y se llama «el Campo de la Verdad,» por los innumerables mártires que allí la confesaron y por ella murieron. El siervo de Dios iba muy alegre á morir por Cristo, y no cesaba de dar voces diciendo: De vuestro falso profeta dije mal, y ahora digo y publico á todos lo mismo: que fué un hombre de los demonios, peor que el mismo demonio, hechicero, adúltero y mentiroso, como lo tengo probado y confesado, y de nuevo lo afirmo y confieso; y os hago saber, que las profanidades de vuestra maldita secta son invenciones del demonio, y os protesto que juntamente con vuestro ciego capitán adalid, el falso Mahoma, habeis de padecer todos los tormentos del infierno si no abominais de él, y seguís á mi Señor y Redentor de todo el linaje humano, Jesucristo. Muchos de los moros que habian sa-

lido á verle y solemnizar la fiesta, unos por el río en barcos, otros por el puente, todos le oían con furor y rabia, pero se gozaban en ver que iba á morir y pagarlo todo; y mas gozosos quedaron, cuando á vista de todos el verdugo le cortó la cabeza, que dejó en tierra bañada en su misma sangre; pero su alma santísima voló al cielo á tomar posesion de la silla eterna de gloria y corona inmarcesible del martirio.

Luego que fué martirizado el glorioso santo, quiso Dios que entendiesen aquellos enemigos suyos su enojo; y así comenzó el castigo por dos de los mas principales moros de la ciudad; los cuales volviéndose á ella en un barco, con otros seis, se hundió el barco y los seis salieron á la orilla nadando con hartos trabajos; pero los dos principales se ahogaron, para que se cumpliese la Escritura que dice por Isaías: «Procederé contra los de poca religion por tu muerte, y á los ricos por tu sepultura.» Los cristianos que supieron su glorioso martirio, fuéron al campo de la Verdad, donde el santo cuerpo estaba, y tomándolo con toda veneracion, lo llevaron á su iglesia de San Acisclo, y allí lo sepultaron honoríficamente, con muchos cánticos y lágrimas tiernas, ofreciéndole al Señor aquel cruento sacrificio, que fué primicias de los martirios y muertes infinitas que despues sucedieron en aquella ciudad de Córdoba, en la persecucion de este perverso rey Abderramen y de su hijo Mahomad, por quienes Córdoba corrió arroyos de sangre inocente de mártires invictos y el cielo se gloribia en las palmas y coronas que tributaba á sus benditas almas. Padeció su martirio el glorioso san Perfecto dia viernes, á los 18 de abril del año del Señor de 830. Escribieron su vida y martirio san Eulogio mártir, en su memorial, lib. II, cap. 1; Ambrosio de Morales en sus Escolios, Usuardo este dia; el Martirologio romano, Baronio en sus anotaciones y en el tomo X de sus Anales, el año 830, y Sanctoro.

Son tantos los engaños, las suciedades y obscenidades de la diabólica secta del falso Mahoma, que todos aquellos que no quisieren vivir ciegos, como él vivió, las verán, y aun los mismos ciegos las ven: la desdicha es que se hallan tan bien en su ceguedad, que no quieren abrir los ojos. Muchos fueron los pecados de los católicos españoles, pues es sin duda que por ellos permitió Dios la bárbara invasion de los moros: bien lo ha llorado España: bien lo ha celebrado el cielo con tantos mártires, como en él se miran triunfantes; pero es cierto que habiendo venido á España, no tienen disculpa alguna los moros en su ceguedad; pues quiso Dios por este camino abrirles los ojos; ó sino consideren la luz que les dió tan clara el glorioso san Perfecto, perfecta fué la luz; pero si ellos cerraron mas y mas los ojos; ¿qué habia de hacer la luz, sino es irse á lucir ó resplandecer á la gloria, donde eternamente no se apagará? y los ciegos que por no ver, intentaron apagarla; el mismo Campo de la Verdad, por quien murió Perfecto, será testigo de su justa condenacion y las ondas del Guadalquivir un cristalino padron, á cuyo espejo miran siempre los mahometanos, en la muerte desdichada y violenta de aquellos dos principales moros, la eterna de todos ellos: y la mayor lástima es que no acaban de abrir los ojos: Dios por su infinita misericordia se los abra, y á todos nos dé su gloria. Amen.

SAN ELEUTERIO Y SANTA ANCIA, SU MADRE.—Nació Eleuterio en la ciudad de Roma y recibió de su buena

madre una instrucción cristiana, imbuyéndole las verdades infalibles de la fé; y aprovechó tanto en estos sentimientos, que jamás se apartó de ellos, ántes bien se esmeró en perfeccionar mas y mas su espíritu por medio de tan sublimes máximas. Dinaceno obispo de Ecasa, admirado de las prendas de que estaba adornado, se lo llevó consigo, ordenándole después de sacerdote. Sus virtudes progresaban á la par que sus talentos, y no ocultándose estos á los iliricos, lo eligieron obispo de Esclavonia. Marchaba Eleuterio á su silla, y como en esta ocasion el emperador Adriano habia pasado de Oriente á Roma, fué acusado al emperador de ser cristiano, por lo que conducido en su presencia, le hizo este ver que estaba en gran manera admirado de que descendiendo de la ilustre rama de los senadores romanos, no diese culto á los ídolos y profesase la religion cristiana. Mas el santo, que estaba profundamente convencido de la divinidad de la religion del Crucificado, le habló con toda la claridad y confianza de un hombre poseido del espíritu de Dios; de lo que irritado el emperador, mandó ponerle en unas parrillas hechas ascuas y arrojarle á un horno encendido. Ileso salió Eleuterio del voraz elemento, así es que fué amarrado á las colas de cuatro caballos indómitos para que fuera descuartizado; pero el Señor permitió saliera tambien victorioso de este segundo tormento. Viendo Adriano eran inútiles cuantos tormentos daban al santo, mandó fuese degollado junto con su madre. El martirio de estos dos santos fué durante el siglo segundo.

SAN APOLONIO, SENADOR ROMANO Y MARTÍR.—Vivia en el siglo II. Habia estudiado la filosofia de Platon, y como otros muchos de su secta, difundia entonces la doctrina de Jesucristo. Instruido Apolonio en el Evangelio, fué acusado por uno de sus esclavos de profesar el cristianismo. Fué citado delante del senado para responder á esta acusacion, lo cual efectuó con ánimo resuelto y singular valor, y leyó á la asamblea una excelente apologia que habia compuesto en defensa de la religion de Jesucristo. Bastó esto para merecerle la corona del martirio, pues se le cortó la cabeza en Roma en el año 186, en tiempo del emperador Cómodo.

SAN GALDINO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Milan, de la ilustrisima casa de los varones de La-Scala, famosa en la historia de Italia. Después de haberse preparado con los estudios eclesiásticos, con una admirable inocencia de costumbres y con la práctica de todas las virtudes cristianas, fué ordenado de sacerdote y llegó sucesivamente á ser arcediano y canciller de la iglesia de su patria. Los arzobispos Ribald y Hubert le confiaron parte de la administracion de su diócesis, que se hallaba entonces agitada por los enredos y confusion de la época. Por este tiempo marchó el emperador Barbaroja contra la ciudad de Milan, que pretendia el derecho exclusivo de elegir sus magistrados. Después de un sitio de seis meses, la obligó á rendirse á discrecion, y se entregó á todos los excesos de la mas cruel venganza; pues la ciudad fué destruida, y sus habitantes apenas pudieron escapar con vida. Huberto habia muerto en 1166, y Galdino, aunque ausente, fué unánimemente elegido para sucederle. El papa le consagró en persona, le creó cardenal y le nombró legado de la santa sede. En el desempeño de su ministerio llenó todos los deberes de un digno pastor, ocupándose particularmente en refutar y destruir los errores de los cataros,

especie de maniqueos, que se habian aprovechado de los trastornos ocasionados por la guerra para introducirse en la Lombardia. Coronado de merecimientos, murió Galdino en medio de su clero y de su pueblo, el dia 18 de abril del año 1176. Su muerte fué generalmente llorada, y se atestiguó su santidad por gran número de milagros.

EL BEATO AMIDEO, CONFESOR.—Fué uno de los siete fundadores del ilustre orden de los siervos de la Virgen María. Murió en el monte Senario de Toscana. (Véase el dia 11 de febrero.)

SAN COREBO, MÁRTIR.—Ignóranse todas las circunstancias de la vida y muerte de este santo, y solo sabemos por el Martirologio romano estas palabras. «En Mesina san Corebo gobernador, el cual habiéndole convertido á la fé san Eleuterio, fué degollado.»

SAN CALOCERO, MÁRTIR.—Fué convertido á la fé católica por los santos Faustino y Jovita, sus íntimos amigos y paisanos, y les siguió á la morada de los bienaventurados, alcanzando ántes acá en la tierra la gloria del martirio. Murió decapitado en Brescia durante el reinado del emperador Adriano, en el año 119.

DÍA 19.

SAN VICENTE DE COLIBRE, MÁRTIR.—En el principio del imperio de Diocleciano estaba en todo el mundo en tanta estimacion la fé y religion cristiana, que los mismos emperadores, aunque paganos, daban el gobierno de las provincias á los cristianos, y permitian en su favor, que sus mujeres, hijos y familias se sujetasen al yugo suavísimo de la fé de Jesucristo, y tratasen con toda seguridad de las cosas tocantes á su noble y santa profesion. Por muchas razones hacia esto; pero muy particularmente, porque hallaban en los cristianos tanta fidelidad para con los principes, cuanta nunca jamás experimentaron en los de alguna otra profesion: y por esto mismo los libraron de las molestias y persecuciones que padecian por el santísimo nombre de Cristo. En este tiempo hicieron á muchos cristianos grandes, y fueron de los mas favorecidos y estimados en el palacio del emperador, entre los cuales era aquel celebradísimo Doroteo, mayordomo mayor del emperador Diocleciano y de Maximiano su compañero en el imperio, al cual hicieron como presidente del consejo de estado, á quien pertenecia proveer los principales oficios y cargos de la república.

Conviene los historiadores, en que Diocleciano por espacio de diez y ocho años continuos se habia mostrado muy amoroso á los cristianos, por ventura con ánimo fingido y enderezado á reinar, como algunos quieren, viendo que Cantino con la ayuda de los soldados católicos ocupaba la Francia, y porque tenia necesidad de sus fuerzas contra los persianos, de los cuales triunfó gloriosamente el mismo año 18. Y como su mortal odio contra el nombre de Cristo estaba tanto tiempo hacia represado en su infame corazon; ahora que se vió triunfante y glorioso, reventó la balsa y salió de madre tan furiosa, que desde luego publicó guerra á sangre y fuego contra los cristianos, determinado con Maximiano, su compañero y otro tal como él á destruirlos y acabarlos del todo, en obsequio de sus falsos dioses.

Fué tan grande y cruel la persecucion de estos dos ti-

ranos contra los católicos; que á ningunos otros dieron ventaja en ser crueles. En cualquiera ciudad ó villa del imperio en las cárceles no se hallaban presos, ni otros delincuentes que cristianos, ni en las plazas otros ajusticiados ó muertos; y como España estaba sujeta al imperio, le cupo la mayor parte de esta cruel persecucion. En este tiempo, pues, había en Colibre, pueblo en la Cataluña cerca de Perpignan, un hombre muy católico, virtuoso y gran siervo de Dios, llamado Vicente: llegó á Colibre Daciano, general de España por los ya nombrados emperadores, y el primer católico que le presentaron fué Vicente: al cual en vano procuró apartar de la fé de Jesucristo, y atraer á la adoracion de sus falsos dioses, porque le halló siempre firme y constante, y al fin de varios tormentos, con que juzgó el tirano amedrentarlo, viendo que se cansaba en balde y que Vicente en el nombre traía escrito contra él el triunfo, palma y corona que eso es Vicente ó Vincente; le quitó la vida temporal que dió valerosamente Vicente al cuchillo, por confesar el nombre de Cristo, con que ganó la eterna, entregando su bendita alma en manos de su Criador, que colocándola en trono de gloria, le dió la corona que se ganó en el martirio. Padeció á los 19 de abril, por los años del Señor de 303. Escribieron su martirio Beda, Usuardo, Adon, Ambrosio de Morales en la Historia general de España, el padre Domenech en su Historia general de santos de Cataluña, Sanctoro, el Martirologio romano, Baronio en sus anotaciones y otros.

Fué tan cruel el odio de estos tiranos emperadores contra los cristianos, que no contentos con quitarles las vidas despues de bárbaros, cuanto inhumanos tormentos, hacian luego quemar cuantos escritos hallaban en poder de los cristianos que pudiesen dar fé y testimonio á los venideros de los santos mártires y sus hechos gloriosos, por lo cual, y descuido grande de nuestros antepasados, hay infinitos mártires gloriosos, de quienes ninguna noticia alcanzamos y de otros tan pocas, como se ve en la presente historia. No me admira que como el demonio sabe el provecho que se sigue á las almas de leer semejantes historias, y el daño que á él le viene, procura ocultarlas; pero no todas veces sale con su intento, ántes lo más ordinario en él es quedar burlado y abrasado siempre; y por donde intenta ocultarnos un Vicente mártir, queda vencido y rabiando; pues nos descubre muchos y gloriosos Vicentes, mártires, españoles: como son san Vicente, diácono de Zaragoza, mártir insigne; san Vicente de Ebroa, mártir glorioso en Avila, con santa Sabina y Cristeta hermanas; san Vicente, mártir de Gerona, con Oroncio y Victor; san Vicente, abad del monasterio de San Claudio, mártir célebre en tiempo de los godos, y otros muchísimos: con que el pobre diablo se quiebra los ojos en su dañado intento, y jamás lo consigue: vaya para quien es; y nosotros esperemos siempre vencerle, por la intercesion de tantos Vicentes, como le vencieron y triunfan gloriosos en el cielo, donde los veamos. Amen.

* LOS SANTOS HERMÓGENES, CAYO, ESPEDITO, ARISTÓNICO, RUFO Y GALATA, TODOS MÁRTIRES.—Estos santos sufrieron el martirio en Militina, ciudad de la Armenia, como se colige del Martirologio romano. No faltan escritores que suponen ser hermanos estos santos, y que fueron convertidos á la fé en aquellos tiempos en que predicando los apóstoles la religion de Jesucristo, destruian los ídolos y las

supersticiones gentílicas, y que acusados de ser cristianos, sufrieron la muerte. Algunos autores españoles y entre ellos Salazar, dicen, que Hermógenes era mago de profesion y que vivía en Jerusalem, en ocasion en que el apóstol Santiago regresó á la Judea viniendo de España, cuyo apóstol le convirtió á la fé, y le siguió despues hasta su muerte acompañando su cadáver á Compostela. Hermógenes, dice el citado Salazar, pasó á Italia á predicar la doctrina de Jesucristo, y ocupándose en tan santo ejercicio en la ciudad de Siracusa, sufrió el martirio en esta misma ciudad en la cruel persecucion que el impío Neron suscitó contra la Iglesia.

SAN TIMON, MÁRTIR.—Fué uno de los siete primeros diáconos ordenados por los apóstoles. Primeramente predicó en Berea, y despues esparciendo la semilla evangelica, llegó hasta Corinto, en donde, segun se dice, los judíos y los griegos le echaron en una hoguera, y habiendo salido ileso, le crucificaron y consumó el martirio.

SAN LEON, PAPA IX DE ESTE NOMBRE.—Antes de ser elevado al pontificado se llamaba Bruno, y fué hijo del conde Egisheim. Nació en Alsacia, el año 1002, y por su ciencia y sus virtudes fué elegido obispo de Toul, cuya iglesia dejó en 1049 para la de Roma. El emperador Enrique III, su primo, lo hizo elegir soberano pontífice en Worms por los obispos, los grandes del imperio y los legados de la Iglesia romana. Ya elegido papa contra su voluntad, partió para Roma en hábito de peregrino y no tomó posesion del pontificado hasta que las aclamaciones de alegría del pueblo romano le hubieron decidido á aceptar la tiara. El nuevo pontífice congregó concilios en Italia, en Francia y en Alemania, ya para remediar los males de la Iglesia, ya para introducir en ella muchos bienes. En 1050 celebró en Roma un concilio, en el cual fueron condenados los errores de Berengario sobre la Eucaristía. La simonía y concubinato eran á la sazón las dos más crueles plagas que afligian á la Iglesia; pero la severa vigilancia con que los soberanos pontífices las combatieron, prueba que el mal ni era general ni tolerado: Leon IX dió un decreto, en un concilio celebrado en Roma en 1051, en el cual se decía que las mujeres que dentro del recinto de los muros de Roma, se abandonasen á los eclesiásticos, serian en adelante adjudicadas al palacio de Letran como esclavas. Durante el pontificado de este santo papa se desarrolló el cisma de los griegos, cuyos fundamentos había echado anteriormente con sus escritos Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla. Leon refutó con solidez y sabiduria esos escritos, y publicó una bellisima apología de la disciplina observada por los latinos. En el año 1053 fué á Alemania, con el fin de obtener socorros contra los normandos, y efectivamente logró su objeto. En una batalla contra aquellos hombres aguerridos, fué el papa batido y hecho prisionero cerca de Benevento, que había sido cedida á la santa sede por Enrique III. Despues de un año de prision, sus vencedores le condujeron á Roma, y murió santamente el día 19 de abril del año 1054. Todo el tiempo de su cautiverio lo había pasado entregado á los ejercicios de la mas rigurosa penitencia, y ocupado en ilustrar á la Iglesia con algunos escritos.

SAN ELFEGO, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué hijo de nobles y virtuosos padres, y cuyas lágrimas y súplicas desatendió para renunciar al mundo y consagrarse enteramente á Dios.

Estuvo algunos años en el monasterio de Derherste , en el condado de Gloucester , y despues edificó para sí solo una celda en un lugar desierto de la abadía de Bath, donde se encerró desconocido de los hombres, pero bien conocido de Dios, por cuyo amor se habia hecho voluntario y gusto mártir de penitencia. El Señor quiso manifestar al mundo aquella estrella de santidad, y nuestro santo se vió obligado á tomar á su cargo la direccion de la abadía de Bath. En el año 984, vacando el obispado de Winchester, fué elegido para ocuparle san Elfego por divina inspiración. No tenia entonces mas que treinta años, pero su virtud y su prudencia eran tan grandes, que todos admiraban en él un modelo de pastores y un ejemplar de santos. En 1006 fué ascendido al arzobispado de Cantorbery , y aunque se obstinaba en no tomar sobre sus hombros semejante carga tuvo que ceder al fin á los mandatos de la santa sede. Habiendo ido á Roma á recibir el palio, celebró á su vuelta un gran concilio nacional en Oenham, en el año 1009, en el que fueron publicados varios cánones para la reforma de las costumbres y disciplina. San Elfego gobernó su rebaño con un celo y una caridad admirables, hasta que habiendo entrado los danos en Cantorbery, lo prendieron, y despues de hacerle sufrir crueles tormentos, le abrieron la cabeza con un alfange, el dia 19 de abril del año 1012, á los cincuenta y nueve de su edad. Su cuerpo fué recogido por los cristianos y enterrado despues solemnemente en la catedral de San Pablo de Lóndres, hasta que en 1023 fué trasladado á la de Cantorbery.

SAN URSMARO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Hainault, y se puede decir que desde la cuna fué creciendo modelo de todas las virtudes. Tomó el hábito monástico en la abadía de Lobes sobre el Sambre, en la diócesis de Cambray; y cuando san Laudin, su fundador, se retiró á una soledad mas estrecha, fué Ursmaro elegido su abad, en el año 686. Fundó varios monasterios y se ejercitaba en el oficio de la predicacion á los infieles, cuando fué consagrado obispo apostólico por divina revelacion. Murió de edad muy avanzada en su primitiva abadía de Lobes, el dia 18 de abril del año 713, y habiendo obrado muchos milagros en vida y despues de su muerte, fué colocado en el número de los santos.

SAN SÓCRATES Y SAN DIONISIO, MÁRTIRES.—Eran hictores romanos, y estando presenciando el martirio de otros santos en Pamfilia, confesaron á Jesucristo y murieron al momento atravesados de un lanzazo, en tiempo del emperador Antonino.

SAN PAFNUCIO, MÁRTIR.—Era griego y muy dado á la práctica de todas las virtudes. Habiendo ido á Jerusalem, alcanzó en esta ciudad la palma del martirio.

SAN CRESCENCIO, CONFESOR.—Ciudadano de Florencia, hijo de padres honrados y piadosos, que lo consagraron á Dios desde su niñez. San Zembio, obispo, le tomó bajo su direccion, y le confirmó el sagrado orden del subdiaconado, en cuyo desempeño se distinguió por su modestia, su celo y humildad. Murió en Florencia, ilustre en santidad y milagros, el dia 19 de abril del año 396.

SAN JORGE, OBISPO Y CONFESOR.—Esta santo se celebra en la Iglesia oriental, por el valor y perseverancia con que defendió el culto de las sagradas imágenes contra los herejes de su tiempo. Primeramente fué monge, y despues obispo de Antioquia; y murió desterrado de su silla

episcopal, por haberse negado á suscribir á las decisiones de un concilio de Constantinopla, en que se atacaba la veneracion de las imágenes.

DÍA 20.

SAN MARCELINO, OBISPO Y CONFESOR.—San Marcelino fué el primer obispo de la ciudad de Ebreduno sita en las montañas de los altos y nevados Alpes: vino por divina inspiracion y amonestacion del mismo Dios de la África acompañado de otros gloriosos santos llamados Vicente y Dominino, á los Alpes, donde predicando la divina palabra con fervor y espíritu del cielo, pudo tanto con aquellos pueblos galicanos, bárbaros hasta entonces, que á todos los redujo á la fé de Jesucristo, instruyéndolos en ella con suma caridad, piedad y amor de Dios y de las almas; y bautizando á todos sus moradores, vino á ser el primer obispo de su ciudad, ó pueblo principal que es Ebreduno; y tanta fué la semilla evangélica que allí sembró, y tanto lo que fructificó, que hasta hoy resplandece en los Alpes la doctrina de Marcelino. Fueron excelsas de este santo obispo las virtudes: los milagros que obró infinitos; y sobre todos uno, que hasta hoy permanece, en que se conoce lo sumo de su virtud y lo mucho que mereció con Dios su santo siervo. Este es el siguiente.

Edificó el santo obispo un bautisterio ó pila de bautismo, en que bautizar las muchas almas que él ganaba á Dios, y quitaba á Satanás de su infernal cadena; y Dios, que siempre es padre de piedad y misericordia, todos los sábados santos lo mostraba con su siervo Marcelino, llenando invisiblemente con la mano de su gran poder aquella pila sacra de agua, tan de repente, instantánea y milagrosamente, que toda la ciudad quedaba admirada y dando gracias á Dios por tan gran milagro. Permanecía el agua todos los siete dias de Pascua, que era el tiempo en que se bautizaban los catecúmenos; y estos pasados, milagrosamente volvía á quedar sin agua el bautisterio. Lo mas milagroso de este gran milagro obrado por Dios, atentos los méritos de su siervo san Marcelino, es, que no solo sucedía todos los años, viviendo él, sino es, lo que es mas de maravillar, y para dar infinitas gracias á Dios y á su siervo glorioso por quien le hace, que hasta hoy persevera; pues todos los años por el sábado santo se renueva este tan grande y perenne milagro, con admiracion del mundo todo y veneracion grande del pueblo católico. Al fin lleno de dias y virtudes, descansó en paz el glorioso obispo en su misma ciudad, donde fué sepultado y es venerado su santo cuerpo, haciendo cada dia nuestro Señor muchos milagros por su intercesion. Fué su glorioso tránsito á los 20 del mes de abril del año del Señor de 340, en tiempo del emperador Constancio. Celebra la Iglesia su fiesta este dia 20 de abril, y en Ebreduno es fiesta principalísima y muy solemne. Sus dos santos compañeros Vicente y Dominino se ejercitaron tambien en predicar la divina palabra; y habiendo hecho grande fruto, ganando muchas almas para el cielo, descansaron en paz en la ciudad de Clunes, donde fueron sepultados sus santos cuerpos. Escribieron la vida de san Marcelino, Beda, Usuardo, Adon, Pedro de Natalibus, lib. iv, cap. 69; Mombriocio, tomo ii; san Gregorio Turonense, lib. de Gloria Confesor., cap. 69; el Martirologio romano y Bérnonio en sus anotaciones.

Los milagros jamás los hace Dios sin causa; y aunque

sea verdad que el hacer su divina Majestad uno tan grande, como es el de la milagrosa agua del bautisterio de Ebreuno todos los años sin que jamás falte, haya algun escrupuloso que diga, cesó la causa, porque su Majestad le obraba en aquellos tiempos primeros; pues entonces era para bautizar á los recién convertidos á nuestra santa fé y animar á los que no lo estaban, para que á vista del milagro se convirtiesen, como lo hacian, todo lo cual ya hoy no sucede, y así que ya se hace sin causa alguna tan gran milagro; se debe advertir y responder al tal escrupuloso, que solo Dios que le obra como todos los demás, pues de todos es el autor y dueño, como el todo y solo poderoso, sabe si hay causa ó nó; y que la hay, pues su Majestad le obra, no es dable: cuál sea su Majestad la sabe y para sí la reserva. No obstante que puede ser la causa motiva, para manifestar (así se cree piadosamente) los méritos grandes y gloria de su siervo san Marcelino, y que vea el mundo todo, tienen cabida y poder con su divina Majestad los tales méritos para hacer un milagro eterno. Y si tanto puede con Dios el glorioso san Marcelino; ¿quién duda, que valiéndonos de su intercesion alcanzaremos de Dios cuanto le pidamos, como ceda en provecho de nuestras almas, y mayor honra y gloria de Dios?

* SANTA INÉS DE MONTE POLICIANO, VIRGEN.—Esta santa nació en una ciudad de la Toscana llamada Monte Policiano el año 1274, de padres distinguidos por su nobleza y bienes de fortuna, pero virtuosos. La criaron en la piedad y temor de Dios, y se anticipó tanto en ella la devoción á la razon, que apenas sabía hablar cuando decía ya el Ave Maria. Pasaba muchas horas de rodillas, y preguntándola qué hacia, contestaba: *Estoy rezando y aprendiendo la leccion*. Al paso que crecía en edad tambien crecía en virtud, por manera que á los cinco ó seis años decía que quería ser religiosa. Cuando cumplió los nueve años, sus padres la llevaron al monasterio de las Saquinas llamadas así por traer un escapulario de estopa grosera de la que se hacen los sacos. Puesta en aquella santa casa, fué luego Inés la admiracion de la comunidad toda por su humildad, mortificacion, fervor, tierna devoción, y sobre todo por su obediencia. Apenas tenia catorce años, cuando la comunidad le encargó el cuidado de lo temporal, desempeñando con acierto esta administracion; de modo que esto y la reputacion de su extraordinaria virtud privó de tan estimable religiosa al monasterio de Monte Policiano. Acabábase de fundar en Proceno un convento de religiosas, las que deseaban tener por prelada á Inés; mas como su corta edad era impedimento para ello, alcanzaron del papa Nicolao cuarto que se la diese por prelada, contando no mas que diez y ocho años. Los vecinos de Monte Policiano sintieron la gran pérdida de la santa; y viendo que ni las súplicas ni la autoridad de los prelados habian bastado para recobrar esta prenda, valiéronse de un piadoso artificio que les salió á medida de su deseo. Acordáronse los de Monte Policiano que Inés habia mostrado siendo aun muy niña, de que una casa de mujeres públicas que habia á la entrada de la ciudad se convirtiera en convento de penitencia, y se obligaron á ejecutar tan piadoso proyecto como viniese la misma santa á gobernar la casa. Obtenida la licencia para pasar Inés á hacer la nueva fundacion, muy pronto se formó una numerosa comunidad, insiguiendo la primitiva regla de san Agustin y segun el instituto de santo Domingo. El Señor favoreció á su sier-

va con diferentes apariciones de los ángeles, de santo Domingo, de san Francisco, de Maria Santísima, y del mismo Jesucristo, recibiendo, como es de pensar, gran copia de consuelos y dulzuras interiores. Consumida al rigor de sus grandes penitencias, y acercándose los últimos dias de su vida, se preparó con una oracion continua, y acercándose la última hora, y recibidos los sacramentos de la Iglesia, rindió dulcemente el espíritu en manos de su Criador el dia 20 de abril del año 1317 á los cuarenta y tres años de su edad.

SAN SULPICIO Y SAN SERVILIANO, MÁRTIRES.—Convertidos estos santos á la fé de Jesucristo por las exhortaciones y milagros de santa Domitilla virgen, y no queriendo sacrificar á los ídolos, fueron degollados en Roma, durante la persecucion del emperador Trajano, por orden de Arriano, prefecto de la ciudad.

LOS SANTOS VÍCTOR, ZÓTICO, ZENON, ACINDINO, CESAREO, SEVERIANO, CRISOFORO, TEONAS Y ANTONINO, MÁRTIRES.—Eran griegos y vivian en una ciudad de Grecia, cuando se promulgaron los edictos del emperador Diocleciano, mandando que todos los que no adorasen á los ídolos, fuesen sacrificados. Fueron pues presos y atormentados diferentes veces, hasta que habiendo provocado valerosamente el furor de sus jueces, fueron degollados y alcanzaron la corona del triunfo.

SAN TEODORO, CONFESOR.—Es llamado tambien Trichinas, á causa de los cilicios que llevaba continuamente puestos. Fué esclarecido en muchas virtudes y enriquecido con muchos dones, particularmente con el de arrojar los demonios. De su cuerpo salia despues de muerto un unguento que sanaba á los enfermos. Murió en Constantinopla, su patria, el año 300 poco mas ó ménos, y despues de algunos años sus reliquias fueron trasladadas á Portugal, en donde se veneran.

SAN TEÓTIMO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué obispo de la ciudad de Tomis en la Escitia, muy nutrido en todas las ciencias, de condicion tan blanda y suave, que los mismos bárbaros é infieles lo querian y respetaban. Con sus exhortaciones amansó la ferocidad de los hunos y ganó á muchos para la Iglesia. Los padres de su siglo hablan de este santo como de un apóstol y de una lumbrera de primera magnitud para el catolicismo. Sus milagros fueron innumerables y su muerte rodeada de todo el esplendor de la gloria celestial, aconteció pacíficamente á principios del siglo V.

SAN MARCIANO.—Solo sabemos de este santo, continuado en el Martirologio romano, que fué presbítero de la iglesia de Auxerre en Borgoña.

DIA 21.

SAN ANSELMO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació san Anselmo en la ciudad de Augusta, llamada Pretoria, que está en los confines de Piamonte y de Borgoña. Su padre se llamó Gundulfo, y fué longobardo de nacion: el cual, viviendo en Augusta, se casó con una matrona por nombre Ermentberga, de la cual tuvo á Anselmo. Eran los dos nobles y ricos; mas muy desemejantes en la vida y costumbres: porque el padre se daba mucho á sus gustos y entretenimientos, sin tener cuidado de su casa y familia: la mujer al contrario atendia al gobierno de su casa, y á las obras de virtud y piedad, en las cuales perseveró

hasta el fin de su vida, la cual acabó santamente. Pero fué nuestro Señor servido que Gundulfo, viéndose libre del vínculo del matrimonio, siendo ya de mucha edad, y cansado del mundo, le dejó, y se hizo monge, y en el monasterio dió su alma á Dios. Estos fueron los padres de Anselmo, que desde niño se dió al estudio de las buenas letras: y siendo de quince años, considerando los lazos y peligros que hay en todas las cosas del siglo, determinó renunciarlas, y acogerse al puerto seguro de la religion para salvarse. Pidió el hábito de monge á un abad, y no se le dió por temor de su padre. Tuvo una enfermedad peligrosa, y confirmóse mas en su buen propósito; pero despues que cobró salud, se entibió de aquel fervor, y con su edad de mozo, y riquezas, y regalos, y ruinosas compañías, y especialmente con la muerte de su madre, á quien tenia grande amor y respeto, soltó la rienda á sus gustos y apetitos, olvidado de su primera vocacion y espíritu, y aun del estudio de las ciencias, en las cuales ántes con diligencia se habia ocupado. Mas al mismo tiempo que Anselmo se dejaba llevar sin freno de sus gustos, nuestro Señor por su clemencia le miró con ojos de piedad, y permitió que su padre carnal se disgustase con él, de manera, que no le podia ver sin enojo y desabrimiento: y para aplacarle, ninguna cosa que Anselmo hiciese, era parte, ni la humildad y sujecion del hijo era bastante para dar satisfaccion al padre. Fué este enojo del padre tan continuo y tan terrible, que obligó á Anselmo, por excusar otros mayores inconvenientes, á dejarle, y partirse de su casa, por buscar fuera de ella la paz y quietud que en ella no hallaba. Partióse, pues, con un compañero, y gastó tres años loablemente en Borgoña, y en Francia, en los estudios. Supó que en un monasterio de san Benito, llamado Beco, de la provincia de Normandía, vivia un varon muy famoso en bondad y letras, que se decia Lanfranco, de nacion italiano, y de la ciudad de Pavia, al cual de varias partes del mundo concurrían muchos manebos, para ser de él enseñados, y cultivados con su doctrina. Movido Anselmo de la fama de tan notable varon, se fué á él, y le suplicó que le recibiese debajo de su magisterio, le admitiese á su familiaridad, y le enseñase como maestro á discípulo. Hizolo Lanfranco: y Anselmo, estimando en mucho el tenerle por maestro, atendía con gran vigilancia al estudio de las divinas Letras, sin perdonar á trabajo, ni fatiga: en las cuales hizo maravilloso progreso, y no ménos en la virtud, y deseo de la perfeccion: porque con la conversacion y familiaridad de su maestro, vino á revivir y reflorcer aquel deseo antiguo de dar libelo de repudio á todas las cosas de la tierra, y abrazarse con las del cielo, y consagrarse totalmente al servicio del Señor: verdad es que se halló muy perplejo y suspenso en el camino que habia de tomar: porque por una parte se inclinaba á vivir apartado y solitario, por darse más á la contemplacion: por otra le parecia mas seguro estar en monasterio debajo de la obediencia; y por otra dudaba, si por ser ya muerto su padre, y dejándole heredero de grande hacienda, seria mayor servicio de Dios el quedarse en el siglo, y dispensar á los pobres cada año la renta de ella. No quiso resolverse por sí Anselmo, por no errar: consultólo con Lanfranco, su maestro, declarándole llanamente todo lo que tenia en su corazon, y poniéndose en sus manos con grande resignacion de

seguir en todo su consejo. Mas tampoco quiso el maestro en cosa tan grave dar consejo á su discípulo; pero remitiólo á un venerable y santo varon, llamado Maurilio, arzobispo de Ruan, por cuya obediencia á la sazón se gobernaban los monasterios de san Benito de aquella provincia. Fueron los dos al santo prelado, y propusieronle la duda; y él aconsejó á Anselmo, que se abrazase con la profesion de monge, como la mas perfecta y mas segura. Bajó su cabeza Anselmo, y sujetó luego su cerviz al yugo del Señor, y tomó el hábito de monge en el mismo convento, donde Lanfranco era prior, y abad Herluino, persona muy estimada por sus raras virtudes, y por haber fundado á su costa aquel monasterio. Entró en él Anselmo, siendo ya de veinte y siete años, y dióse con tanto cuidado y atencion á imitar las virtudes de los otros monges, que en espacio de tres años vino él á ser dechado, y como un claro espejo de religion; de manera, que habiendo sido elegido Lanfranco por abad de otro convento, Anselmo fué puesto en su lugar por prior, con gran contento de los otros monges, y pesar suyo. Pero las ocupaciones del nuevo cargo no le estorbaban; que no se diese al estudio de su propia perfeccion, y á especular los altos méritos de la sagrada teología, y á escribir cuestiones profundas, que no se habian tratado hasta aquel tiempo. Para hacerlo mejor, ponía mas fuerza en la oracion, y en la pureza del corazon, y santa intencion de la gloria de Dios, y en el bien de sus prójimos, que en la intensa especulacion y curiosa y continua leccion de libros; y así nuestro Señor le alumbraba el entendimiento, y le declaraba con su luz, lo que sin ella no pudiera entender. Estuvo una vez muy dudoso y perplejo, pensando, en qué manera los profetas habian visto, no solamente las cosas presentes, sino tambien las pasadas; y por venir, y escritolas, y anunciándolas con tanta seguridad y firmeza. Estando, pues, una noche muy embebecido en esta duda, volvió los ojos desde su cama hácia la parte del dormitorio, y de la iglesia, y esclarecido con lumbre divina, vió claramente que algunos monges componian el altar: otros aparejaban en el coro los libros: otros encendían las velas; y que uno tocaba la campana, y luego todos los monges se levantaban de sus camas, para hallarse en el oficio divino: y con esta ilustracion del cielo entendió, cuán fácil cosa era á Dios nuestro Señor mostrar á los profetas en espíritu las cosas distantes; pues á él le habia sido concedido verlas con los ojos del cuerpo, no obstante las paredes y los otros impedimentos que habia de por medio, para no poderlas ver. Dióle á mas de esto el Señor una discrecion de espíritu tan delicada, y tan acertada, que penetraba facilmente las costumbres y las inclinaciones de cualquiera condicion de personas que trataban con él, hasta entender los mas intimos secretos del corazon; y juntamente descubria el origen y raiz de las virtudes y de los vicios, y enseñaba con preceptos, y con ejemplos maravillosos, cómo se habian de alcanzar las unas, y huir de los otros: y él correspondía á esta tan grande liberalidad del Señor con la debida gratitud, y prontitud de servirle, teniendo muy diligente custodia de sí mismo, guardándose de todo lo que le podia ser estorbo, ó hacerle indigno de tan altos y regalados favores. Dábase mucho al ayuno; y habia hecho un hábito en él tan grande, que ni tenia hambre, cuando dilatava la comida, ni gusto, cuando comia.

Dormía muy poco : gastaba todo el tiempo en el gobierno de su oficio , ó en consolar á los que venían á él afligidos , ó en la meditacion y oracion , ó en los estudios , componiendo y emendando algunos libros . Derramaba muchas lágrimas por sus culpas y por los pecados de los prójimos , y por las miserias de esta vida , y por el deseo encendido y ansia de la eterna que esperamos . Su caridad , prudencia y dulzura en el gobierno de su monasterio era admirable , especialmente para con los que ó no eran tan obedientes , ó estaban disgustados , por haberles pesado que Anselmo , que en comparacion de ellos era novicio en la religion , fuese prior y prelado . Con estos de tal manera peleaba el santo varon , que con su blandura vencía la dureza de sus corazones ; y con su humildad y modestia los rendía á su voluntad . Particularmente mostró esto , y el espíritu benigno y suave que el Señor le habia dado , con un monge mozo , llamado Osberno , que era muy hábil y de grande y vivo ingenio , pero inquieto , libre y maldiciente , y contrario al santo pastor . Ganóle con dulzura y regalo la voluntad : dábale mano para que se holgase y entretuyese ; y robóle de tal suerte el corazon , que despues fácilmente le redujo á todo lo que quiso , quitándole las licencias que le habia dado , y ajustando á la regla y observancia del convento , y emendando aquel mozo , que parecia incorregible , con sus santos consejos , y reformándole de tal manera , que parecia un dechado de toda virtud . Despues habiendo caido malo Osberno , le curó san Anselmo con maravilloso cuidado , dándole él por su mano de comer y de beber , y asistiéndole á su enfermedad con afecto de verdadero padre : y habiendo sido el Señor servido de cortarle el hilo de su vida , y llevarle para sí , el santo padre dijo misa por él cada dia todo el año siguiente ; y cuando él no podia , hacia que otro le supliese aquella falta ; y procuró que otros muchos siervos de Jesucristo diesen muchas misas por aquella alma que tanto le habia costado : dando en esto ejemplo á todos los superiores de las religiones , de cómo se han de haber en ganar y corregir á los inquietos , y curar á los enfermos , y rogar por los difuntos que están á su cargo . Y no fué menor ejemplo de su caridad , la que él usó con un viejo en la religion , pero mozo en la virtud , que por instigacion del demonio estaba muy tentado contra el santo prelado , y no le podia ver con buenos ojos , ni hablar bien de él . Cayó malo el pobre monge : y estando para morir , una noche comenzó á dar gritos y alaridos espantosos , porque le parecia que dos lobos cruels le abrazaban y le ahogaban . Entendió esto san Anselmo , y entró en la enfermería : hizo la señal de la cruz , diciendo : « En nombre del Padre , y del Hijo , y del Espíritu Santo ; » y luego el enfermo se sosegó y confesó , y dijo , que cuando Anselmo hizo la señal de la cruz , habia visto salir de su boca una como lanza de fuego , con la cual aquellos lobos espantosos habian huido : y el santo le confortó , y exhortó al dolor y arrepentimiento de sus pecados , y le confesó y le dió la absolucion , y le avisó que á la hora de nona daría su espíritu al Señor : y como el santo lo dijo , así fué , quedando todos muy edificados de su caridad , y maravillados de su espíritu y luz del cielo , que tenia . Esta misma benignidad mostraba el santo prelado en el cuidado de los enfermos , visitándolos á menudo , consolándolos , y recreándolos , y sirviéndolos el mismo muchas veces por

sus manos , y haciendo oficio , no solo de verdadero padre , sino tambien de madre dulcísima : y así acudían á él los monges en todas sus necesidades , con tan grande confianza , como un niño á su madre ; y esta confianza hacia que le descubriesen los secretos , pasiones y llagas de su corazon , y que el santo padre las curase con mucha facilidad ; porque sabia la raiz y causas de ellas : pues esta conjuncion de los miembros con cabeza , y buena correspondencia de los súbditos con su superior , es la salud y vida de la religion . Ocupábase de buena gana en cultivar los mancebos de mediana edad ; porque le parecia , que su trabajo era mas fructuoso , y que eran como una cera no dura , como los viejos , ni demasíadamente blanda , como los niños , sino en conveniente proporcion , y bien dispuesta para poderse en ella imprimir , y conservarse cualquiera cosa de virtud . Usábase en aquel tiempo criar en los monasterios de los monges hijos de caballeros y personas principales , ó para religiosos , ó para que crecidos en edad volvesen á sus casas , y fuesen aprovechados á la república . Vino , pues , un abad , que era tenido en grande opinion de santidad , á visitar un dia á san Anselmo : y tratando con él del gobierno de los monasterios , se comenzó á quejar mucho de la libertad y desobediencia de los mozos nobles , que tenia á su cargo , y á decir , que él de dia y de noche velaba sobre ellos , y los hacia azotar , y castigar severamente , y que cuanto mas los apretaba , tanto le parecia que se hacían peores , y mas incorregibles . Preguntóle Anselmo , ¿ cómo salían aquellos mozos , cuando eran grandes , y qué provecho sacaba de aquellos tantos azotes y castigos ? Respondió el abad , que comunmente salían groseros y bestiales . Aquí temó la mano el varon de Dios , y díjole que no le parecia aquel modo acertado : porque si se plantase en una huerta , dice , una noble planta , y se cercase al rededor de tal manera , que no pudiese crecer , ni extender sus ramas ; claro está que no medraria , ni creceria , ni daría fruto , por haberla cerrado tanto , y cómo ahogado . Pues lo mismo sucede en criar los mozos , que son como unas plantas nobles y delicadas : las cuales no se han de criar con espantos , amenazas , y azotes , sino con amor paternal , y con una suave y discreta libertad : porque cuando ellos no conocen , en los que los gobiernan , ni amor de padre , ni ternura de corazon , ni entrañas piadosas ; todo lo que se les dice , y se hace con ellos , piensan que nace de odio y aborrecimiento ; y cuanto mas crecen en la edad , tanto mas crece la sospecha y aversion contra sus maestros : porque siempre los miran como alguaciles , fiscales y verdugos . Finalmente enseñó san Anselmo al abad , que el buen gobernador ha de saber mezclar lo dulce con lo amargo , y la blandura con la severidad , y curar las llagas , no solamente con el vino , que escuece , sino tambien con el aceite , que desengona y ablanda : porque el pan duro , y la corteza , aunque es bueno para los que tienen buenos dientes ; no es manjar conveniente para los niños , que toman el pecho : y si el superior quiere llevar á todos por un rasero , y no tiene discrecion para distinguir las condiciones é inclinaciones de las personas que gobierna , necesariamente hará muchas faltas en su gobierno , y afligirá y echará á perder á muchos de sus súbditos .

Resplandeciendo , pues , san Anselmo con los rayos de tan excelentes y esclarecidas virtudes , se comenzó á

extender su fama en toda Normandía, Francia, Flandes é Inglaterra, de manera que muchos hombres nobles, letrados y cuerdos concurrían al monasterio, donde él era prelado, para recibir el hábito de la religion de su mano, y vivir debajo de su disciplina; y él era tan moderado y prudente, que nunca exhortaba á nadie, que se dedicase á nuestro Señor, mas en su monasterio que en otro; sino que queriendo ser religioso, y vivir en perfeccion, escogiese la religion, y el convento que mejor le estuviere; porque si despues se arrepintiese, no tuviese ocasion de murmurar y quejarse de él. De esta manera creció mucho en el número de muy buenos, y santos sugetos, y en posesiones y hacienda aquel monasterio Beccense: del cual habiendo muerto el abad Herluino, fué escogido por comun consentimiento Anselmo en su lugar, sin poderlo el resistir con ruegos, y con lágrimas y suspiros, y con echarse á los piés de los monges, suplicándoles por la pasion de Jesucristo, que no echasen sobre sus flacos hombros carga tan pesada: pero no pudiendo resistir, bajó la cabeza, entendiendo ser aquella la voluntad del Señor. Gobernó, siendo ya abad, aquel monasterio con maravillosa santidad y prudencia: y porque tenia en Inglaterra aquel convento muchas y ricas posesiones, tuvo necesidad san Anselmo de pasar á aquel reino, para ver aquella hacienda: lo cual él hizo de buena gana; porque su buen padre y maestro Lanfranco, por sus raras virtudes habia sido de abad codomense, asuinto al arzobispado cantuariense. Llegado á la isla de Inglaterra, fué recibido en todas partes con mucha fiesta y honra; y él se mostraba á todos afable y amoroso, acomodándose á la condicion de cada uno de los que trataba, en todo lo que podia sin pecado: y á este propósito solia decir el santo, que el que en todas las cosas, que puede, sin ofensa de nuestro Señor, procura dar gusto á los otros, y hacer la voluntad ajena; viene á merecer delante del Señor, que así como él se conformó con los otros en esta presente vida por amor de Dios; así en la otra el mismo Dios, y todas las cosas criadas le den gusto, y se conformen con él: y al contrario, el que por su gusto no da gusto á su hermano, merece, que le midan con la misma medida, con que él midió á otros. Entre los otros, que en Inglaterra reverenciaron y honraron al santo abad, fué uno el rey Guillermo el Conquistador, que por fuerza de armas la habia sojuzgado, y con ser tenido comunmente por hombre feroz y áspero, se mostraba muy benigno y humano á Anselmo; el cual, despues de haber estado en aquel reino el tiempo que fué menester, se volvió á Normandía á su convento. Muerto el rey, y habiéndole sucedido en el reino su hijo, que se llamaba Guillermo como el padre, ó Wilelmo, persona muy mal inclinada, y que parecia mas tirano, que no rey; porque pretendia oprimir al clero y á la religion, y usurpar los bienes de la Iglesia; queriendo algunos señores principales del reino irle á la mano, rogaron á san Anselmo que tornase á Inglaterra; para que con sus santas y prudentes amonestaciones detuviese al rey, y no corriese y se despenase, como caballo desbocado y sin freno: y el santo, movido de los ruegos de tantas y tan principales personas, y juzgando que Dios nuestro Señor seria servido de aquella jornada, pospuso su quietud al trabajo, y se puso en camino, y llegó á Inglaterra, donde fué recibido de todos con tan grande

honra; y el mismo rey le salió á recibir hasta la puerta de su palacio, y le dió secreta y grata audiencia; y despues habiendo caído malo el rey de una peligrosa enfermedad, avisado que la iglesia de Cantorbery estaba sin pastor, por haber muerto Lanfranco, su arzobispo, y maestro de san Anselmo; nombró al discípulo por sucesor de su maestro en la misma silla, y quiso que san Anselmo tuviese la misma dignidad, de la cual era sobre todos los otros merecedor, y tanto mas digno, cuanto él se tenia por mas indigno. Finalmente, fué constituido en aquella iglesia principal, y cabeza del reino de Inglaterra, con grande y extraordinaria repugnancia, y contradiccion suya; pero con no menor alegría y aplauso de todo el reino, y fué consagrado en su metrópoli á los 4 de diciembre por todos los obispos. Al principio mostrósele el rey Guillermo amigo y benévolo; porque esperaba, que el nuevo arzobispo le habia de hacer algun gran donativo; pero cuando entendió que Anselmo estaba lejos de darle la hacienda de los pobres, como era codicioso y avaro, desabrióse con él, así por esto, como porque las costumbres de los dos eran muy contrarias, y el arzobispo estaba siempre atento á cumplir las obligaciones de su oficio, y á mirar por el bien espiritual de sus ovejas, y por el reino; y el rey no tenia cuenta, sino con desollarle, y seguir sin rienda sus apetitos. Pasó tan adelante la indignacion del rey contra Anselmo, que sus lisonjeros y ministros, y otra mucha gente perdida le comenzaron á perseguir, y maltratar, y hacer agravios al clero y á las iglesias, sin poderlo el santo prelado resistir; porque los que lo hacían, estaban armados con la autoridad y potencia del rey: y aunque san Anselmo estaba aparejado para dar su sangre por la verdad, y por la defensa de la libertad eclesiástica; todavia juzgó, que era mejor por entonces desviarse, y salir de Inglaterra; porque con esto se aplacaría el rey, y cesaría aquella tempestad. Suplicó, pues, al rey, que le diese licencia para ir á Roma, por el palio, que se suele dar á los arzobispos, y recibirle de mano del sumo pontífice Urbano II, que á la sazón presidia en la silla de san Pedro. Turbóse el rey con esta demanda, y respondió que él era papa en su reino, y no conocía ni queria que se nombrase en él otro papa sino él. Alligióse sobre manera el varon de Dios: juntó á todos los obispos y abades, para reprimir y apagar aquella centella de fuego infernal, ántes que abrasase todo el reino, proponiéndoles el ánimo del rey, y la gravedad é importancia de aquel negocio; y halló los mas de los obispos inclinados á la voluntad del rey (¡tanto puede la lisonja y ambicion, y la potencia de un rey absoluto y furioso!), y que á voces decían, que era impío, y rebelde al rey y al reino, cualquiera que dijese, que en el reino de Inglaterra se habia de obedecer á otro, que al rey Guillermo, en las cosas eclesiásticas y temporales, de manera, que quitaron la obediencia al romano pontífice, negando el primado y suprema potestad que tiene sobre toda la Iglesia católica. Como vió esto el santo prelado, y que no podia contrastar con una tormenta tan horrible y espantosa, suplicó al rey que le diese licencia para salir del reino, é ir á Roma: y como el rey no se la quisiese dar, sino con condicion, que le desterrase del reino, y no volviese mas á él; habiendo exhortado á los monges, clérigos y pueblo con palabras graves, y amorosas á toda virtud,

se vistió de hábito de romero, y se partió, llorando y gimiendo todo el pueblo, y se embarcó en Douvres, y pasó á Francia, y llegó á León, donde fué muy bien recibido del arzobispo de aquella ciudad, y tenido en suma veneracion. Supo el papa Urbano lo que habia sucedido, y mandó á Anselmo que fuése á Roma, en donde fué honrado de toda la corte, y regalado, y acariciado del sumo pontífice, y alabado con tan graves y encarecidas palabras en presencia de los cardenales, y de otros señores de su corte, que Anselmo quedó confuso, sin poder alzar los ojos de pura vergüenza, juzgando, por su humildad, que era muy diferente en el alma y en los ojos del Señor, de lo que parecia de fuera. Detúyose san Anselmo algunos dias por orden del papa en un monasterio de la orden de san Benito, cerca de la ciudad de Capua, donde Dios nuestro Señor por sus oraciones sacó de una peña durisima una fuente de agua viva, que se llamó el pozo del obispo Cantuariense; y era de tanta virtud, que sanaba á los dolientes de calenturas, y otras enfermedades. Tambien se halló san Anselmo por mandado del papa en el concilio de Bari, y en él mostró su gran sabiduría y prudencia, especialmente en convencer á los griegos, y probar que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como de un principio: y en otro concilio que se celebró en Roma, ayudó á establecer las cosas graves é importantes que se decretaron en él. Finalmente, el sumo pontífice, de consentimiento de todos los prelados, con particular consolacion de Anselmo, fulminó sentencia de excomunion, tanto contra los legos, que osasen dar la investidura de los obispados, quanto contra los eclesiásticos, que de mano de los legos la recibiesen: y con esta resolucion, y con la bendicion de su santidad, se partió el varon de Dios de Roma para León de Francia, donde pensaba entretenerse con el arzobispo de León, perdida la esperanza de volver á Inglaterra, mientras que el rey Guillermo viviese. Mas estando allí ocupado en sus ordinarios ejercicios de virtud, y en ayudar al arzobispo, tuvo nueva que el rey Guillermo á los 2 de agosto, andando á caza, habia sido traspasado de una saeta por el corazón, y que luego habia espirado, y acabado su triste vida. No se puede creer el dolor que con esta nueva tuvo el santo prelado, y las lágrimas de amargura que derramó, diciendo, que de muy buena gana hubiera él dado su propia vida, por librar á su rey de un fin tan lastimoso y desdichado. Polidoro Virgilio en la vida de Guillermo dice, que un soldado francés, llamado Gualtero, le hirió, y hubo algunos señales y prodigios del cielo del castigo que el Señor le queria dar; y ántes que san Anselmo tuviese la nueva de su muerte, le dijo san Hugon, abad cluniacense, que el rey habia sido acusado delante del tribunal de Dios, y habia sido juzgado y condenado á fuego eterno; porque nuestro Señor, aunque permite que los malos reyes aflijan sus reinos, se sirve de ellos, como de ministros y verdugos de su justicia, á la postrera los castiga, y ejecuta en ellos su furor.

A Guillermo sucedió en el reino su hijo Enrico, primero de este nombre; el cual viendo que todo su reino estaba afligido por los desafueros y violencias de su padre, temiendo alguna rebelion por razon de estado, se mostró benigno y comenzó á deshacer los agravios que habia hecho su padre, y á honrar á los sacerdotes y á mirar por

las iglesias y á dar contento á todo el pueblo. Y como san Anselmo era varon de tan grande autoridad, procuró ganarle la voluntad, y rogarle que volviese á su reino; y lo mismo hicieron los señores y prelados principales de él, juzgando que con su presencia las cosas de aquel reino se asentarian. Pero cuando el rey entendió el decreto que el papa habia hecho en Roma, acerca de la provision ó investidura de los obispados, turbóse en gran manera y concibió extraño odio á san Anselmo y mandó confiscar los bienes de su arzobispado, y quiso que volviese á Roma á deshacer con el sumo pontífice Pascual II, que habia sucedido á Urbano II, lo que se habia hecho y decretado en el concilio de Roma; y como san Anselmo no quisiese venir en ello, ni tomar á su cargo cosa tan perjudicial á la libertad eclesiástica, alcanzó el rey de él, que á lo ménos fué con los embajadores que él enviaba á Roma á tratar de este negocio: y el santo prelado por excusar mayores males, se dejó persuadir y volvió á Roma, en donde fué recibido esta segunda vez del papa y de toda aquella ciudad con grande honra y respeto, como lo habia sido la primera; pero los embajadores, no pudiendo alcanzar del papa lo que pretendian, aunque le amenazaron y dijeron que el rey Enrico no consentiria ni obedeceria aquel decreto, aunque hubiese de perder el reino: y su santidad con gran valor respondió que él no consentiria cosa contra la libertad de la Iglesia, aunque por ello hubiese de perder la vida; y con esta resolucion despidió á los embajadores del rey: y aunque él estuvo tereco y bravo, y persiguió á san Anselmo algun tiempo; al cabo, tocándole Dios en el corazón, conoció su culpa, y bajó la cabeza y obedeció á la voluntad del papa, y dejó á la Iglesia lo que era suyo, y convirtió el odio que tenia á Anselmo en amor, y de allí adelante le favoreció con gran gusto y contento de todos los buenos de su reino; para que se vea, cuánto puede la constancia de los buenos prelados, cuando por servicio de Dios y sin pretension alguna de la tierra, defienden la autoridad de la Iglesia, y no se dejan llevar de lá corriente ni del deseo de dar gusto en las cosas injustas á los reyes. Y tambien se ve el favor que Dios nuestro Señor da á los mismos reyes, por el respeto que tienen á la Iglesia y á sus ministros, porque poco después que el rey Enrico se sujetó á la obediencia de la Iglesia, el Señor le sujetó sus enemigos, y le dió una ilustre victoria contra su hermano Roberto y su ejército, con lo cual quedó señor del ducado y provincia de Normandía: y en señal de agradecimiento hizo una dieta en Londres, en la cual con grandísima consolacion de Anselmo, que se halló en ella, y de todos los buenos, renunció la investidura de las iglesias, dejando libremente la disposicion de ellas al papa y á sus ministros, mostrándose en esto verdadero y obediente hijo de la santa sede apostólica. Estando pues, san Anselmo con mucha paz y quietud en su iglesia, y haciendo oficio de santo y vigilante pastor, cargado de años y trabajos y merecimientos, vino á tener muchas enfermedades, especialmente del estómago, y tanta flaqueza que no podia decir misa; y para poderla oír, se mandaba llevar cada dia á la iglesia, y esto era con mucho trabajo y dificultad. Luego conoció el santo que se acercaba el fin de su vida: y habiéndose armado con los santos sacramentos de la Iglesia, y dado la bendicion á los que estaban presentes, y suplicando á nuestro Señor que desde el cielo la diese al rey y á la

reina y á sus hijos y á todo el reino, y echado y tendido segun la piadosa costumbre de aquellos tiempos, sobre el cilicio y la ceniza, dió su bienaventurada alma al que para tanta gloria suya la habia criado, el miércoles santo al alba, á los 21 de abril del año de 1109, á los trece de su arzobispado y á los setenta y seis de su edad. Fué enterrado con gran solemnidad y no con ménos sentimiento de su iglesia y de todo el reino de Inglaterra, por haber perdido un padre, maestro y pastor tan santo, sabio, valeroso y venerable. Ilustró nuestro Señor á su siervo Anselmo con muchos milagros en vida y muerte. Estando orando de noche, fué visto cercado de una clarísima luz y todo resplandeciente. Un caballero nobilísimo, en los confines de Flandes, hallándose cargado de lepra y no ménos de tristeza, por verse de aquella manera, fué avisado una noche del cielo, que fuése al monasterio, donde san Anselmo era abad, y que bebiese del agua, en que el santo hubiese lavado sus manos despues de misa; porque con esto quedaría sano. Hizolo así, y luego cobró entera salud. Otro monge suyo que estaba muy doliente, rociándole el santo con un poco de agua bendita, incontinenti quedó del todo sano. Haciendo la señal de la cruz contra un gran fuego que se habia emprendido cerca de donde el santo estaba, luego cesó. Estando uno de sus monges muy afligido, tentado y confuso y sin remedio, por ver que no podia con medio humano salir de la angustia y agonía con que el demonio le apretaba y casi hacia desesperar, se fué á san Anselmo y díjole las ondas que combatian y ahogaban su corazón; y el santo con afecto amoroso y de padre, solamente le respondió estas palabras: «Dios te remedie;» y luego se serenó el monge, de manera que le parecía que no era él el que habia sido, sino otro. Otros muchos dolientes de calenturas y de otras graves enfermedades, que se encomendaron al santo, sanaron por sus oraciones, ó por comer algunas sobras de los manjares que habia comido. Tambien tuvo don de profecía; pero el mayor milagro de todos los que nuestro Señor hizo por san Anselmo, fué el mismo santo y su vida mas divina que humana. Escribió muchos y admirables libros, con los cuales enriqueció la Iglesia católica, y con singular ingenio, doctrina y don del cielo, juntó la sutileza y alteza de las cuestiones teológicas, con la devoción y dulzura y suavidad del espíritu, cuyo catálogo se puede ver en el principio de sus obras y en el abad Tritemio, que hablando de san Anselmo, dice de él estas palabras: «Fué varón en las divinas Escrituras eruditísimo, y en las seculares sobre todos los de su tiempo aventajado: en la vida y conversacion santísimo: en el alma devoto, en la lengua fecundo, en la obra eficaz, en el rostro parecía ángel, en el andar grave y en la vida ejemplar, continuo en el estudio de la sagrada Escritura, y adornado en todas las demás virtudes.»

La vida de san Anselmo escribió Edinero, que fué su familiar, y le acompañó en sus caminos y trabajos, en dos libros que refiere Surio en el segundo tomo; y tambien Edmundo, monge cantuariense, que añadió un tratado de las discordias que tuvo el santo con los reyes de Inglaterra. Hacen mencion de él Tritemio en el libro de los varones ilustres de la orden de san Benito, el autor de los escritores de Inglaterra, el Martirologio romano, Juan Molano en las anotaciones de Usuardo y otros muchos.

* SAN ANASTASIO, EL SINAITA, OBISPO Y PATRIARCA DE ANTIOQUÍA.—El monasterio del monte Sinaí fué por el espacio de muchos años la morada de este santo, cuyas virtudes edificaron sobremanera á todos sus monges. La Providencia permitió dejara su amada soledad para encargarse de la iglesia de Antioquia, de la que fué elegido patriarca, en cuya elevacion mostró tanto celo en defender los intereses de la religion, que intentó desterrarle de su diócesis el emperador Justiniano, por haberse opuesto Anastasio decididamente á conjurar el error de unos herejes llamados incorruptibles, quienes afirmaban que Jesucristo ántes de su resurreccion habia tenido una carne incorruptible y exenta de penar. Si bien la muerte impidió á Justiniano á desterrar á Anastasio, lo hizo con todo su sucesor Justino el jóven, el año 572, no siendo restituído á su silla hasta los años de 595 en el reinado de Mauricio. Murió este santo lleno de méritos y virtudes en Antioquia en 21 de abril del año 598.

SAN SIMEON, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué obispo de Seleucia y Clesifontes, y por órden de Sapor, rey de los persas, fué preso y cargado de cadenas presentado delante de los inicuos tribunales, porque no quería adorar al sol, y porque confesaba con libertad y constancia la fé de Jesucristo. Fué atormentado por largo tiempo en una estrecha prision con otros ciento, de los cuales unos eran obispos, otros presbíteros y otros clérigos de diferentes órdenes. Poco despues Ustazanes, criado del expresado rey, el cual habia ya flaqueado en la fé, y por las exhortaciones de san Simeon se habia reducido á la penitencia, fué por ello martirizado. Al dia siguiente, que era viernes santo, todos aquellos ciento, en presencia de Simeon, que exhortaba valerosamente al martirio á cada uno de ellos en particular, fueron degollados, y por último, degollaron tambien á Simeon. Con él fueron igualmente degollados los esclarecidos varones ABDECALA Y ANANIAS, que eran sus presbíteros: á PUSICIO, obrero mayor y arquitecto del rey, por haber confortado y animado á Ananias, que titubeaba, le rompieron el cuello por junto al gaznate, y sacándole por allí la lengua, padeció una cruel muerte, y despues martirizaron tambien á una hija suya consagrada á Dios. Sucedió esto el viernes santo, 31 de abril del año 349.

LOS SANTOS ARADOR PRESBITERO, FORTUNATO, FÉLIX, SILVIO Y VIDAL, TODOS MÁRTIRES.—En el siglo II del cristianismo estaban estos santos en Alejandría, y habiéndose publicado un edicto del emperador Trajano para que todos los súbditos del imperio ofreciesen incienso y adoracion á los dioses inmortales, se negaron aquellos á obedecer; y habiendo sido encarcelados, murieron atormentados dentro de su misma prision.

LOS SANTOS APOLO, ISACIO Y CROTATES, MÁRTIRES.—En los Bolandos se añade á estos santos, santa Alejandra, esposa del emperador Diocleciano, y se explica la causa de su martirio con estas palabras. Santa Alejandra emperatriz, esposa de Diocleciano, viendo un dia los horribles tormentos que se hacian padecer á cierto mártir, se llenó de tal modo de compasion y de horror, que quiso ver por sus propios ojos si aquel tan doloroso espectáculo se repetia con mucha frecuencia. Efectivamente, pudo luego enterarse por sí misma de aquellas bárbaras, sangrientas y multiplicadas ejecuciones, que tenian lugar todos los dias en la ciudad reina del mundo, y al mismo tiempo debió

convencerse que la virtud que sostenía á aquellos atletas en medio de tan atroces suplicios, era mas que humana. Tocada, pues, de la divina gracia, confesó públicamente al Dios de los cristianos, y manifestó deseos de alcanzar la gloria que aquellos esperaban. No se la hizo desear por mucho tiempo el furor de su marido: pues mandándola encerrar desde luego, se valió primero de las persuasiones y de los halagos; pero viendo que nada podia vencer su constancia, fué condenada á muerte y decapitada en la misma ciudad de Roma, el día 21 de abril del año 302. Siguiéronla poco despues en el martirio los santos Apolo, Isacio y Crotates, que eran de su servidumbre, y que viendo que su señora iba á derramar la sangre por Jesucristo, se presentaron espontáneamente al emperador, y tambien fueron degollados.

DÍA 22.

LOS SANTOS SOTER Y CAYO, PONTÍFICES Y MÁRTIRES.—San Soter, papa y mártir, fué natural de la ciudad de Fundi, que es en la provincia de la Campania en el reino de Nápoles. Fué hijo de Concordio y sucedió en el pontificado á Aniceto, y vivió en él nueve años y siete meses y veinte y un días, segun el libro de los pontífices, que anda en nombre de san Dámaso; y segun Platina, nueve años y tres meses y veinte y un días; aunque el cardenal Baronio no le da sino cuatro años, ménos once días, que es señal que no hay cosa cierta del tiempo de su pontificado, que fué siendo emperadores Marco Aurelio Antonino y Lucio Vero su hermano. Celebró tres veces órdenes en el mes de diciembre, y ordenó en ellas diez y ocho presbíteros, nueve diáconos y once obispos. Escribió dos epístolas decretales: la primera á los obispos de Campania, en la cual trata de la fé de Cristo; y otra para los obispos de Italia, en que manda que las monjas y vírgenes consagradas á Dios, no toquen los corporales y paños sagrados, ni ofrezcan incienso en el altar; y que el jueves santo todos se comulguen, sino fueren los que por sus culpas estuvieren excluidos; y declaró que no se debe guardar el juramento de cosa ilícita y mala. Finalmente derramó su sangre por el Señor, y fué coronado de martirio á los 22 de abril del año de 179 y fué sepultado en la Via Appia, en el cementerio de Calixto. A san Soter alaba mucho san Dionisio obispo de Corinto, en una epístola que escribió á los romanos, y dice de él que era muy benigno y limosnero, y que gastaba las riquezas de la Iglesia romana en socorrer y sustentar á los siervos de Dios, y en recoger y acariciar á los que venían á la sede apostólica, recibéndolos como padre suavísimo y exhortándolos á toda virtud.

En este mismo día celebra la Iglesia la fiesta de san Cayo, papa y mártir, el cual fué de Dalmacia. Su padre se llamó Cayo como él, y fué pariente del emperador Diocleciano; y huyendo de su rabia y crueldad, con que perseguia á los cristianos, estuvo escondido en algunas cuevas con Gabino su hermano y Susana, su sobrina y vírgen purísima; y finalmente fueron descubiertos y murieron por la fé todos tres, con grande fortaleza y constancia, en la persecucion del mismo emperador Diocleciano. Hizo Cayo un decreto, en que manda que el que ha de ser obispo, primero suba por los grados de ostiario ó portero, lector, exorcista, acólito, subdiácono, diácono y presbíte-

ro. Hizo cuatro veces órdenes por el mes de diciembre, y ordenó veinte y cinco presbíteros, ocho diáconos y cinco obispos. Tuvo el pontificado, segun Dámaso, once años, cuatro meses y doce días; y segun el cardenal Baronio, doce años, cuatro meses y cinco días. Escribió una epístola muy grave y digna de tan santo pontífice, de la Encarnacion del Verbo Eterno, llena de grande elocuencia. Fué martirizado el año del Señor de 296, á los 22 de abril, y en él celebra la Iglesia su fiesta. Fué su santo cuerpo sepultado en el cementerio de Calixto.

SAN APELES Y SAN LUCAS, MÁRTIRES.—Estos santos fueron de los primeros discípulos del Salvador, como se desprende del Martirologio romano; y el mismo apóstol san Pablo habla del primero en su carta á los romanos cuando dice: Salud á Apeles probado en Cristo. Ambos santos sufrieron el martirio en Smirna á últimos del primer siglo.

SAN EPIPODIO Y SAN ALEJANDRO, MÁRTIRES.—Fueron dos caballeros de la ciudad de Lyon; aunque el segundo griego de nacimiento. Ambos estaban en la flor de su edad, y desde el tiempo de sus primeros estudios les unia una estrecha amistad y amor decidido á las virtudes cristianas. Cuando en el año 127 sobrevino la persecucion del emperador Marco Aurelio, siguiendo el consejo del Salvador, se ocultaron estos santos huyendo del furor de los tiranos y salieron juntos de la ciudad á un lugar próximo, donde permanecieron escondidos por algun tiempo en casa de una pobre viuda cristiana. La fidelidad de la mujer y lo despreciable del lugar les aseguraron algun tanto; pero al fin fueron buscados con tanta diligencia, que llegaron á descubrirlos y prenderlos. Tres días despues fueron conducidos al tribunal del prefecto, donde habiéndose ambos confesado cristianos, los llevaron otra vez á la cárcel. Para precaver que el uno al otro se amigase, mandó el juez que los separasen; y llamando primero á Epipodio el menor de los dos, procuró conquistar su resolucion con caricias, promesas y motivos de placer; pero el santo contestó con energía que todo lo despreciaba por seguir á Jesucristo. Entonces le golpearon é hirieron en la boca; pero el mártir, aunque bañado en sangre, continuaba confesando su fé, hasta que despues de haberle estirado entre los palos del potro y de haberle despedazado los costados con garfios de hierro, fué decapitado. Dos días despues llamó el prefecto á Alejandro al tribunal, hizole presentes los tormentos de Epipodio y de otros cristianos, para obligarle con el terror al cumplimiento de lo que se le mandaba. El santo contestó con el mismo valor que su compañero, y poco despues fué clavado en cruz donde espiró. El martirio de estos santos se efectuó en Lyon, en el año 178. Sus cuerpos fueron de noche recogidos por los cristianos, y sepultados en una colina junto á la ciudad, en cuyo sitio se edificó despues un templo en su honor, que ha sido célebre por la multitud de milagros obrados en él.

SAN LEÓNIDES, MÁRTIR.—En el año 202 de Jesucristo, reinando el emperador Severo, se suscitó contra la Iglesia una persecucion que llenó el imperio de mártires, y especialmente el Egipto. Uno de los mas ilustres de la ciudad de Alejandría fué san Leónides, padre del grande y famoso Origenes. Era este el mayor de sus siete hijos, y tenia apenas diez y siete años, cuando el padre fué preso y condenado á muerte, si no ofrecia incienso á los ído-

los romanos. Orígenes, ardiendo en deseos de derramar también su sangre por la fe, y detenido en casa por las lágrimas y la astucia de su madre, escribió á su padre en prision una bellissima carta, animándole al martirio; y con efecto san Leónides fué decapitado por la fe, en el mismo año 202. El Martirologio romano y otros autores dicen, que este santo estaba revestido del carácter episcopal.

SAN TEODORO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué natural de Siceon en Galacia, y desde su infancia tan dado á la oracion, que cuando iba á la escuela, se privaba á veces de comer, por gastar en la iglesia el tiempo que le quedaba. Todas las horas de recreo las consagraba á ejercicios de piedad. Desde muy niño se encerró en una pequeña habitacion de la misma casa de sus padres; y despues en una cueva debajo de una capilla retirada, hasta que huyendo por último de allí, para excusar el aplauso, vivió en una desierta montaña. Fué ordenado de presbítero por el obispo de Anastasiópolis y fundó un gran monasterio cerca de una antigua capilla dedicada á san Jorge, del cual era sumamente devoto. En un viaje que hizo á Jerusalem, como otro Elías, obtuvo del cielo con sus oraciones una copiosa lluvia que pedía con suspiros en una lamentable sequedad. Formó muchos discipulos eminentes y erigió un monasterio magnífico en Siceon; pero él siempre permaneció en una cueva retirada. Cuando el conde Mauricio recibió el trono de Constantinopla, obligó á Teodoro á aceptar el arzobispado de Anastasiópolis, y fué consagrado en 382. Despues de diez años de pontificado, lo renunció y volvió á su amada soledad, en la cual murió el 22 de abril del año 613.

EL TRIUNFO DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES EN PERSIA.—Al año siguiente del martirio de Simcon, el 350, tambien en día de viernes santo, por orden de Sapor rey de Persia fueron degollados en todo su reino muchos cristianos, porque confesaban á Jesucristo. En esta sangrienta batalla contra la fe católica, fueron martirizados entre otros AZANES, eunuco muy favorecido del rey; MILES, obispo insignie en santidad y milagros; ACEPCIMAS, obispo, con su presbítero; SANTIAGO, AITALA y José tambien presbíteros; AZADANES y ABDIESO, diáconos, y otros muchos clérigos; MAREAS y BICOR, obispos, con otros veinte obispos, cerca de doscientos cincuenta clérigos y muchos monges y sagradas vírgenes, entre las que habia una hermana del obispo san Simeon, llamada TARBULA. A estas vírgenes las ataron á un palo, las aserraron por el medio, y las hicieron sufrir así una cruelísima muerte.

LOS SANTOS PARMENIO, HELIMENAS Y CRISOTELO, PRESBITEROS, LUCAS Y MUCIO, DIACONOS, TODOS MÁRTIRES EN PERSIA.—El martirio de estos santos puede verse en la vida de san Abdon y san Senen el día 30 de julio.

SAN LEON, OBISPO Y CONFESOR.—Fué admirable ejemplo de santidad desde su primera infancia, y sus virtudes acrecieron aun al encargarse del obispado de Sens, cuya iglesia gobernó por muchos años en santa paz y con noble celo por la salvacion de las almas. Unido en estrecha amistad con Childeberto rey de Francia, promovió los intereses de la casa de Dios, y á sus desvelos debió en gran parte la Iglesia galicana el esplendor en que se vió dentro de poco. Amado de cuantos tenian la dicha de conocerlo, de condicion apacible y de carácter suave, se atraía todos los corazones. El cielo favorecía con sus dones y por ellos

obraba de continuo muchos milagros. Su muerte fué gloriosa, y su sepultura visitada y honrada por una no interrumpida concurrencia de fieles, que aun en el día acuden allí á implorar los favores del cielo. Murió por los años de 540, y sus sagradas reliquias se conservan aun en la iglesia de los Santos Gervasio y Protasio de la ciudad de Sens.

DIA 23.

SAN JORGE, MÁRTIR.—Entre otras cosas con que los herejes han procurado obscurecer el resplandor de los santos y la gloria de la Iglesia católica, una ha sido escribir las vidas de algunos gloriosos mártires del Señor, mezclando en ellas tantas fábulas y cosas prodigiosas, que los que las leyesen, las tuviesen por increíbles y juzgasen que aquellos santos cuyas vidas leian, ni habian sido santos ni eran dignos de ser tenidos por tales.

Esto testificaba la sexta sínodo, que manda, que tales libros se quemen, y que no se publiquen ni lean. Esto mismo consta por el decreto que hizo san Gelasio, papa, de los libros apócrifos: de los cuales dice, que en la Iglesia romana no se lean por ser compuestos de herejes, y entre ellos pone el martirio de san Jorge, mártir, cuya vida aquí queremos escribir. De manera, que por aquel decreto de san Gelasio sabemos, que los herejes escribieron la vida y martirio de san Jorge, y que esta tal vida está vedada; aunque no sabemos qué vida es esta ni quién la escribió: y esta es la causa porque en el breviario romano reformado por Pio V, no se ponen lecciones particulares de san Jorge, ni se hace mencion de su vida y martirio, por no tener por seguro lo que se halla escrito de él, y desear la Iglesia romana huir, como de pestilencia, de cualquiera cosa que de mil leguas pueda oler á doctrina ó artificio de herejes.

Luis Lipomano, obispo de Verona, sacó á luz dos vidas de san Jorge mártir: la una, que hubo en Venecia escrita por Metafraste, y la otra de la librería de Grotta Ferrara, que es un monasterio de monges griegos de la orden de san Basilio, como cuatro leguas de Roma, escrita por Pasierata criado del mismo san Jorge: las cuales hizo traducir de griego en latin y las publicó, y dice, que no son estas vidas las que Gelasio papa reprobó, y que ántes están aprobadas con el testimonio de la Iglesia oriental, en la cual cada año se suelen leer compendiosamente, teniéndolas por verdaderas: y Surio tambien las pone en su segundo tomo de las vidas de los santos. Mas el cardenal Baronio examinando con la curiosidad y puntualidad que suele, estas vidas, no las tiene por tan legítimas y sinceras, que no haya en ellas algunas cosas pegadizas y añadidas é inciertas, que carecen de verdad, por lo cual hoy habia pensado dejar del todo la vida de san Jorge, y seguir en esto al breviario romano, por no poner cosa de los santos que no sea muy cierta y segura: mas despues me ha parecido que puedo seguir la censura y autoridad de dos varones tan graves como fueron Lipomano y Surio, tan beneméritos de la Iglesia católica; y así tomaré las vidas de san Jorge que ellos ponen, lo que me pareciere que es mas cierto y verificado; y dejando lo que al cardenal Baronio, y á mí tambien me parece que no tiene tanta probabilidad y fundamento de verdad.

Fué san Jorge natural de Capadocia, hijo de padres no-

bles y ricos, y desde su niñez criado en la religion cristiana; el cual siendo ya mozo y de muy gentil disposicion y grandes fuerzas, siguió la guerra, y por su gran valor le hicieron tribuno ó maestre de campo, en el ejército del emperador Diocleciano que honró mucho á san Jorge por sus grandes partes, no sabiendo que era cristiano, pensando servirse de él en cosas grandes y hazañosas. Sucedió, que queriendo el emperador perseguir á la Iglesia católica, y desarraigar, si pudiera, del mundo la fé de Jesucristo nuestro Redentor, para que floreciese mas el culto de sus falsos dioses, de los cuales engañado, creia que estaba colgada su felicidad y la majestad de su imperio; propuso á sus consejeros y ministró la voluntad que tenia de perseguir y acabar con atrocísimos tormentos á todos los cristianos que pudiese haber á las manos, pidiéndoles para esto su servicio y consejo. Y como la lisonja es tan poderosa y tan comun en los palacios de los principes, todos los circunstantes loaron y aprobaron la determinacion del emperador. Solo san Jorge que se halló presente, la repugnó como cosa injusta y contraria al culto del verdadero Dios, cuyo amor y religion tenia en su pecho aparejado á perder ántes la vida que apartarse un punto de ella. De las palabras que dijo san Jorge, conoció el emperador y todos los que le oyeron, que era cristiano, y procuraron desviarle de aquel propósito, poniéndole delante la flor de su juventud, su nobleza y riqueza y gallardía, los favores y mercedes que habia recibido del emperador, y las que en adelante podia recibir, y los daños que se le podian seguir no sacrificando á los dioses como Diocleciano se lo mandaba: mas el verdadero soldado de Cristo no se turbó ni enflaqueció, ántes volviéndose al emperador le dijo: Mejor seria, ó Diocleciano, que tú conocieses y adorases al verdadero Dios, y le ofrecieses sacrificio de alabanza; porque así te daria otro reino mas excelente que el que tienes al presente; porque este es frágil y caduco, y en un punto se acaba, y todo lo que hay en él, y por su misma naturaleza es breve y se desaparece entre las manos y no puede aprovechar al que le posee. Y teniendo yo este conocimiento y luz, no te canses, ó emperador, en persuadirme que deje á Dios verdadero; porque ni tus promesas me podrán ablandar, ni espantar tus amenazas. No se puede creer el enojo y saña con que el emperador luego le mandó prender y llevar á la cárcel y cargar de cadenas, y tendido en el suelo, echar sobre él una grande y pesada piedra. Al dia siguiente le volvieron á su tribunal, y despues de varias demandas y respuestas, le mandó atormentar con una rueda armada por todas partes de puntas aceradas que despedazaban las carnes del santo, en el cual tormento fué consolado con una voz del cielo que le dijo: Jorge, no temas, que yo estoy contigo; y de un varon resplandeciente y vestido de ropas blancas, que le apareció y le dió la mano y animó en sus penas. Algunos se convirtieron á la fé de Cristo nuestro Redentor por la constancia de san Jorge, y entre ellos dos pretores, varones de grande autoridad, que se llamaban Anatolio y Protolo, los cuales fueron descabezados por Cristo. Pero cuanto eran mayores los tormentos que daban al santo, tanto era mayor la paciencia y constancia con que los sufría, y la alegría de los cristianos y confusion de los gentiles, y el furor y rabia del emperador, que no sabia qué medio tomar para vencer al santo mártir que se mostraba invencible en tan exquisitos tormentos. Finalmente se re-

solvió á hablarle con blandura y rostro halagüeño, exhortándole á no ser tan obstinado y perder su gracia, y ofreciéndole grandes honras y beneficios si le obedecia como á padre: y el santo, para que mas se manifestase la virtud de Dios le dijo: Si quieres, emperador, vamos al templo y veamos á los dioses que vosotros adorais: y el emperador con gran regocijo, creyendo que Jorge se habia ya reconocido y trocado, mandó convocar al senado y pueblo para que fué al templo, y se hallasen presentes al sacrificio que Jorge habia de ofrecer. Entraron en el templo, y estando todos mirando al santo, él se llegó á la estatua de Apolo que allí estaba, y extendiendo la mano le dijo: ¿Quieres recibir sacrificio de mí como Dios? y diciendo esto hizo la señal de la cruz, y entonces el demonio que estaba en la estatua respondió: Yo no soy dios ni es dios otro alguno, sino solo el Dios que tú predicás. El santo dijo: Pues ¿cómo osais estar aquí en mi presencia, que conozco y adoro al verdadero Dios? En diciendo estas palabras, se oyó un alarido y ahullido triste y lloroso que salia como de la boca de aquellos ídolos, y todos ellos cayeron y se hicieron pedazos. Luego que los sacerdotes vieron esto, incitaron al pueblo, y echando mano del santo, le alaron y dieron muchos golpes, dando gritos y clamando al emperador, que les quitase aquel mago de delante, y le acabase la vida ántes que ellos perdiesen la suya por ver afrentados á sus dioses; y el emperador movido de las voces de los sacerdotes y de su propia fiereza é impiedad, y de un gran número de gentiles que se habian convertido á la fé de Cristo, por ver caidos y desmenuzados los ídolos con la virtud y oracion de san Jorge; le mandó degollar para que él no pasase adelante. Llevaron al santo al lugar del suplicio, y él rogó á los verdugos que le diesen un poco de espacio para hacer oracion; y habiéndosele concedido, puestos los ojos y levantadas las manos al cielo con una voz y suspiro entrañable que salia del corazon, oró de esta manera: Señor Dios mio, que sois ante todos los siglos, y me escogisteis para vos desde mi juventud, y sois la esperanza única y verdadera de los cristianos, y refugio seguro de vuestros siervos, y tesoro riquísimo y perpetuo de todos los que confian en vos, y haceis mercedes á los que os aman, aun ántes que os lo pidan; oidme, Señor: y pues por vuestra misericordia me habeis dado paciencia y fortaleza para padecer tantos tormentos, y confesar vuestro santro nombre, recibid ahora mi alma y colocadla en esas vuestras moradas eternas donde están vuestros escogidos. Perdonad á esta gente ciega lo que contra mí y contra los otros siervos vuestros han hecho, y dadles luz para que se conozcan y os conozcan, pues quereis que todos se salven: dad la mano á todos los que os invocan y os piden favor, y un temor santo y una caridad encendida, para que amándoos á vos sobre todas las cosas, imiten á los santos y sigan sus pisadas, y gocen con ellos de vos, cuyo es el reino y la gloria y toda la bienaventuranza. Acabada esta oracion, puesto de rodillas, extendió el cuello al cuchillo y murió en el Señor á los 23 de abril, imperando el sobredicho Diocleciano. Fué martirizado en Persia en la ciudad de Ciospoli; aunque otros dicen que fué en Armenia en la ciudad llamada Melitena. El martirio de san Jorge fué muy ilustre y muy celebrado en todas las iglesias de Oriente y Poniente, y los griegos por excelencia le llaman «el Mártir san Jorge.» San German, obispo de Paris, volviendo á la peregrinacion que hizo á Jerusa-

len, trajo el brazo de san Jorge que le habia dado el emperador Justiniano como un riquísimo tesoro, y colocó en París en la iglesia de San Vicente. En Roma se guarda la cabeza de san Jorge en la iglesia de su nombre, la cual puso allí Zacarías, papa, como se escribe en el libro de los romanos pontífices. San Gregorio papa reparó una iglesia del mismo santo mártir, como él mismo lo escribe en la epístola 58 del lib. 4.º, indic. 4.º. Otro brazo del mismo mártir fué llevado á Colonia, y por él hizo Dios muchos y grandes milagros, como se ve en los actos de san Annon, obispo de Colonia; y Gregorio, obispo de Turs, escribe tambien de sus reliquias y milagros, de *Gloria Martyrum*, cap. 101. Justiniano, emperador, hizo un templo suntuoso á san Jorge. Los reyes en sus batallas le tienen por particular abogado, y la Iglesia romana suele invocar á san Jorge, á san Sebastian y á san Mauricio, como especiales protectores contra los enemigos de la fé.

SAN ADALBERTO, OBISPO DE PRAGA Y MÁRTIR.—El glorioso obispo de Praga y fortísimo san Adalberto, nació en Bohemia de padres nobilísimos. Su padre era de sangre real y pariente del rey Enrique, y su madre asimismo fué ilustrísima señora, esclavona de nacion. Eran estos caballeros muy ricos y poderosos, y mucho mas dichosos por haberles dado Dios tal hijo; el cual siendo niño de pecho, estuvo para morir, y sus padres afligidos y llorosos, prometieron á Dios de hacerle clérigo si vivía; y encomendándole muy de veras á la sacratísima Virgen María, nuestra Señora, le pusieron debajo del altar. Oyó el Señor los ruegos de los padres de Adalberto, por intercesion de su bendita Madre, y dió salud al niño; y reconociéndole como dado de nuevo de su mano, le criaron con mayor cuidado para el mismo Señor. Siendo ya de edad para poder estudiar, le enviaron á Magdeburgo, donde tuvo excelentes maestros, y gastó nueve años en sus estudios con gran provecho por su raro ingenio y diligencia; y despues volvió á su patria, y como era mozo y le hervia la sangre, dábale á los gustos y entretenimientos de aquella edad; pero sucedió en este tiempo una cosa espantosa que le trocó y le hizo volver en sí. Murió el obispo de Bohemia miserablemente, dando alaridos y lastimosas voces, diciendo que los espíritus negros y malignos le arrebataban y llevaban al infierno. Estaban muchos presentes, cuando el triste obispo daba estas voces, y uno de ellos era Adalberto, que viendo lo que veia, y oyendo lo que oia, quedó asombrado y con determinacion de mudar de vida; y así lo hizo tan cumplidamente, que juntándose el clero y las cabezas del pueblo para elegir sucesor en lugar del obispo difunto, eligieron á Adalberto; y un demonio que atormentaba á un hombre apretándole allí para que saliese de él, respondió: ¿Para qué me afligis? ¿No me basta el trabajo y fatiga que tengo, por ver que hoy se ha hecho un obispo á quien temo mucho, y se llama Adalberto? Y con esto el demonio se fué y dejó al hombre sano.

En aquel punto que fué consagrado obispo, parece que cayó la bendicion del Señor sobre él, y que se vistió de su espíritu, y se mudó en otro varon. Comenzó luego á resplandecer con su vida y con la cura pastoral, y con la doctrina del cielo. De las rentas de la Iglesia hacia cuatro partes, una para los clérigos, otra para los pobres, la tercera para la fábrica de la misma iglesia, y para redimir cautivos, y la cuarta para su sustento y de sus ministros y familia. Ayunaba mucho y afligia su carne, y con las vigi-

lias sagradas, y continua y fervorosa oracion procuraba impetrar perdon del Señor de sus pecados y de los de su pueblo; el cual era muy vicioso y perverso, y por esto muy rebelde á la doctrina de su santo pastor. Tenian muchas mujeres y mezclábanse con las parientas, vendian por esclavos los cristianos á los judios, no tenian cuenta con la guarda de las fiestas ni con los ayunos, y los mismos clérigos, que habian de reformar á los demás, se casaban públicamente; y así viviendo con tales costumbres, cerraban los ojos á la luz, y los oidos á las voces del santo obispo, que les predicaba la verdad y reprendia sus caminos torcidos. Comenzaron pues á aborrecer á su pastor, y como enfermos frenéticos y furiosos á perseguirle: y él viendo que no los podia sanar ni aprovechar, determinó dejarlos y no cansarse en balde.

Partióse de su pueblo con intencion de ir á visitar los lugares sagrados de Jerusalem, y de camino á la santa ciudad de Roma, que es riquísima recámara y glorioso templo de tantos apóstoles y mártires. Llegó á Roma y cumplió en ella con su devocion, y tomando de allí el camino para Jerusalem, llegó al Monte Casino, y por consejo del abad y de algunos santos monges de aquella casa, dejó el intento que llevaba, y volvió á Roma, y tomó el hábito de san Benito en el monasterio de San Bonifacio con tan grande humildad y devocion, que él mismo olvidado de su dignidad, barria la cocina, lavaba los platos y se ocupaba en los mas viles oficios de la casa. Descubria sus tentaciones y pensamientos á su abad, preguntábale muchas cosas de la sagrada Escritura y de las virtudes y vicios, luchas y victorias espirituales; y en todo se habia como un mozo novicio que anhela á la perfeccion. En estos santos ejercicios estuvo cinco años en aquel monasterio; pero en este tiempo las ovejas que habia dejado, aunque roñosas y descarriadas, conocieron la falta que les hacia su buen pastor, y entendiendo donde estaba, enviaron á Roma por él, rogándole que volviese á la iglesia, prometiéndole la enmienda para adelante, y aunque se hizo muy de mal, bajó la cabeza al mandato del papa y al del abad que le mandaron volver á su obispado. Tornó á él, y al principio fué bien recibido del pueblo, y con muestras de contento y alegría, y de querer vivir bien en adelante: mas como no les salia del corazon, y la mala y antigua costumbre habia echado tan hondas raices, luego volvieron á sus malas mañas y á vivir como ántes vivian, sin que el santo obispo con sus consejos, amonestaciones y reprensiones, pudiese hacer mella en aquellos pechos duros y empedernidos. Con esto volvió á Roma para morar como monge en su monasterio; pues no podia hacer fruto con su ganado como pastor. Estando allí, sucedió, que el emperador Oton, tercero de este nombre, vino á Roma, y procuró que el papa mandase volver al santo obispo á su iglesia, y así lo mandó; aunque en secreto le dió licencia, que si sus ovejas no le creyesen ni se aprovecharan de su doctrina, pudiese ir á predicar la palabra de Dios á otras gentes incultas y bárbaras y sin conocimiento de Cristo. Con esta licencia que le dió el papa, salió Adalberto contento de Roma para su iglesia; pero de camino quiso visitar el cuerpo de san Martin en Turs, y el de san Dionisio Areopagita en París, y el de san Benito abad, que á la sazón estaba en el monasterio Floriacense en Francia, para alcanzar favor del Señor por medio de tan santos abogados. Despues fué á Polonia á ver al duque de Polonia (que

aun no habia rey) Boleslao, que era grande amigo y devoto suyo, y con su favor envió sus mensajeros á su iglesia, para que supiesen del pueblo si le querian recibir como á su padre y pastor. El pueblo recibió mal esta embajada, trató mal á los que la habían llevado, y respondió descortés y villanamente á la pregunta de su obispo; el cual se tuvo por desobligado de ir mas á ellos, y con la libertad que le habia dado el sumo pontífice, y con el deseo encendido que tenia del martirio, se resolvió á hacer otra jornada, y así habiendo primero estado en Hungría, y enseñado y confirmado en la fé á los húngaros, que poco ántes la habían recibido y alumbrado á los polacos con su vida y doctrina; determinó por cierta revelacion que tuvo, hacer lo mismo con los ruthenos; porque los pueblos de la provincia á la sazón eran gentiles, y el duque de Polonia Boleslao deseaba convertirlos á la fé de Cristo. Rogó á Adalberto que tomase esta empresa y que fué á predicarlos y alumbrarlos con la luz del Evangelio. No quiso el santo perder tan buena ocasión de derramar la sangre por el Señor. Tomó consigo por compañeros los que le pareció que eran mas valerosos y mas aparejados para aquella guerra; y habiendo primero estado de paso en Gnesna, ciudad principal de Polonia, y dicho allí misa y bautizado á muchos, se embarcó con sus compañeros para Prusia, á donde llegó y comenzó á desplegar los rayos de la luz que llevaba consigo, y á proponer á los paganos la vida y bienaventuranza que tenemos en Cristo nuestro Salvador: mas ellos como ciegos no pudieron ver la luz; ántes hicieron burla y escarnio del santo predicador, mandándole que saliese de su tierra, y despues arrepentidos de haberle dejado, echaron mano de él y de sus compañeros, y como á ladrones los ataron y aprisionaron; y llevando á la cumbre de un monte al santo obispo, le traspasaron con siete lanzas y despues le cortaron la cabeza, guardándola aparte de su cuerpo; porque esperaban venderla por mucho precio á Boleslao, por la gran devocion que tenia con el santo; y así lo hicieron, concertándose que les habia de dar tanta plata, ó como otros dicen, tanto oro cuanto pesase el cuerpo del santo; aunque por voluntad de Dios, cuando se vino á pesar pesó muy poco. Llevaron su sagrado cuerpo por orden del duque con gran solemnidad, y colocaronle primero en un monasterio Tremosnense, y de allí despues le trasladaron al templo principal de Gnesna, en donde ha resplandecido con muchos milagros, como tambien fué esclarecido en su vida; porque sanó á una mujer enferma de sus ojos, con solo poner en ellos sus manos. A otra que habia tres años que no habia podido comer bocado de pan, dándole el santo un pedazo de pan de su mano, y gustándolo, de allí adelante comió. Una vez yendo de camino á caballo, le pidió una pobre mujer limosna; y el santo no teniendo qué darle dijo, que no tenia allí nada, que al dia siguiente fué á la ciudad, que él la proveeria. Despues yéndose la mujer, la mandó llamar, y diciendo: ¿Qué sé yo, si seré vivo mañana? Y quitándose el manto que llevaba, se le dió á la pobre mujer. Otra vez dijo que parecia cosa honrosa y fácil de traer mitra pastoral en la cabeza, y báculo en la mano, y anillo en el dedo; pero que al tiempo de dar la cuenta al justo y riguroso juez, era muy dificultoso. La muerte de san Adalberto fué á los 23 de abril del año del Señor de 997. Hacen mencion de él el Martirologio romano y el de Beda, y el de Adon, y el breviario polaco, y el bienaventurado Pedro Damian, Sigisberto en

su crónica año de 994, Eneas Silvio, en la Historia de Bohemia, cap. 16, y Martin Cromero en la suya de Polonia libro III. El dia de su traslacion se celebra á los 20 de octubre, como dice el cardenal Baronio; y Martin Cromero escribe en su historia que Boleslao, duque de Polonia, dió al emperador Oton por preciosísimo tesoro un brazo de san Adalberto, el cual despues se llevó á Roma y se puso en la iglesia de San Bartolomé, y que el emperador en pago de este y otros buenos servicios, hizo rey á Boleslao y le mandó coronar; y que esto fué el año del Señor de 1001.

SAN GERARDO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació este santo en Colonia de una familia noble. A pesar de haber quedado huérfano desde muy niño, se aplicó al servicio de Dios llevando una vida penitente y mortificada. Ordenóse de sacerdote, y era tanta la fama de su piedad y sabiduría, que el año 963 fué nombrado obispo de Toul, dignidad que aceptó por obediencia. Sin embargo de que estaba elevado á esta dignidad, no por esto dejó su vida penitente y mortificada: las santas Escrituras, las vidas de los santos, eran sus continuas lecturas, las que meditaba mucho, especialmente en la noche. Estaba Gerardo dotado de un gran talento para la predicación, de la que sacaba abundantes frutos restituyendo á muchos pecadores del estado de la culpa al estado de la gracia. Despues de haber fundado varios monasterios y casas de retiro y oracion, pasó á Roma, y vuelto ya á su diócesis socorrió á los pobres durante el tiempo de una grande hambre y pestilencia. El emperador Oton segundo que conocia bien las bellas cualidades de Gerardo, encomendó á su inspeccion y cuidado todas las abadias del pais. Por medio de la mortificacion y demás virtudes, fomentaba en su alma la devocion, y despreciando de este modo cada dia mas y mas las cosas de la tierra, purificó su espíritu para unirse al Señor, hasta que este lo llamó al reino de la gloria á 23 de abril del año 994.

SAN FÉLIX, PRESBITERO, Y LOS SANTOS FORTUNATO Y AQUILLO, DIÁCONOS, TODOS MÁRTIRES.—Fueron enviados á Valence de Francia á predicar el Evangelio por orden de san Ireneo, obispo de Lyon; y habiendo convertido á la fé católica á la mayor parte de las gentes de aquella ciudad, fueron presos y puestos en la cárcel por mandato del capitán Cornelio. En ella fueron cruelmente atormentados, les azotaron, les rompieron las piernas atados á una rueda, á la cual daban vueltas con grande velocidad, y para aumentar sus suplicios, los pusieron en el potro y encendieron debajo una grande hoguera, cuyo humo les ahogaba, hasta que al fin les cortaron la cabeza, en la misma ciudad de Valence el año 212.

SAN MAXOLO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué de suma austeridad de vida, y además de poseer en alto grado todas las virtudes de un hombre de Dios, era enteramente dado á la penitencia y oracion. Fué obispo de Milan desde el año 409 al 424, y sus costumbres apostólicas fueron la admiracion de su siglo. Murió en paz entre sus ovejas, y su cuerpo fué sepultado en la iglesia de San Nazario de Milan.

SAN GREGORIO, ARZOBISPO DE GRANADA Y CONFESOR.—San Gregorio fué arzobispo (que ahora se intitula, y en-

tonces obispo) de la antigua y celebrada Ilíberis, que hoy es y se dice Granada, y según los más curiosos conjeturan, es Granada la vieja, que es hoy el fuerte de la Alhambra, en lo superior de la misma ciudad de Granada. Floreció en tiempo del emperador Constantino, y en nuestra España defendió la consubstancialidad del Padre y del Hijo en la Santísima Trinidad, contra Arrio y sus secuaces, que en aquel tiempo predicaban lo contrario. De toda España no se escribe haberse hallado obispo alguno en el concilio Niceno, sino fué Osio, obispo de Córdoba, el cual era muy familiar y querido del emperador Constantino Magno, y al principio fué de la parte de los católicos: mas después pervertido por Arrio, lo siguió y de muchas maneras persiguió la Iglesia: al fin se halló presente en el concilio que se hizo en Arimino, para derogar lo que en el Niceno tan docta y santamente se había determinado. De allí se vino á Córdoba, donde vivía con su pertinacia; y como ya los emperadores que á la sazón eran, fuesen de la secta arriana, tenía grandes poderes para hacer daño á los que católicamente defendían y sustentaban la consubstancialidad.

En este tiempo pues se hallaba en Córdoba el glorioso san Gregorio, y no quiso jamás comunicar con Osio, teniéndolo, como lo era, por hereje: de lo cual enojado Osio, dijo á Clementino, vicario del prefecto, que el emperador Constancio á la sazón tenía en aquella tierra, que lo desterrase. Clementino le dijo: No osaré yo desterrar á obispo alguno, si primero no le privas del obispado. Osio, que esto oyó no dudó deponerlo al instante: y viendo san Gregorio que quería pronunciar sentencia contra él, apeló al sumo sacerdote Cristo, y en altas voces, lleno de espíritu y de celo de la fé católica, dijo: «Cristo Dios y Señor, que has de venir á juzgar los vivos y los muertos, no consientas que hoy se pronuncie contra mí, tu mínimo y mas inútil siervo, esta sentencia, pues sabes Señor, que por la fé de tu sacratísimo nombre, teniéndome el vulgo por culpado, soy hecho hoy espectáculo de todos. Antes, Señor mío, te suplico que tú mismo juzgues hoy tu causa y tomes venganza de esta injuria. Nó como temeroso huyo, Señor, del destierro; pues por tu santo nombre ningún tormento me es grave; la misma muerte me será alegre y gozosa: mas deseo, Señor, que muestres venganza, solo á fin de que muchos viendo la y tocándola con los ojos, no se atrevan á prevaricar y apartarse de la santa Iglesia católica, tu amada esposa.»

Apenas acabó su oracion el santo, cuando aquel Señor, que si es padre de misericordias, también tiene por timbre glorioso y justo, ser Dios y Señor de las venganzas y justos castigos, envió el suyo sobre el apóstata y descomulgado Osio; pues vieron todos, que estando sentado en su silla como oficial del imperio, con determinacion de pronunciar la sentencia contra san Gregorio; al ir á abrir los labios para ello, cayó en tierra y espiró al punto sin poder decir Jesús; que no mereció acabar con tan divino nombre, quien le perseguía y tenía por enemigo, negándole la consubstancialidad con su Padre. Quedó feo como un demonio, y la boca vuelta al colodrillo, que daba horror mirarlo. Mas ¡qué mucho quedase tan feo un cuerpo, cuya alma estaba en el infierno! Todos quedaron maravillados de tan extraño caso, y Clementino tan asombrado, que aunque era juez, temiendo no viniese sobre él semejante castigo, se postró á los piés del bienaventurado san

Gregorio y le pidió le perdonase; pues había pecado con ignorancia, y no tanto por su albedrío y voluntad, cuanto por el mandato del malaventurado Osio. El santo se levantó con humildad y cariño, y le perdonó de muy buena voluntad, y pidió á Dios por él, á quien había hecho la ofensa. Con esto ni el glorioso santo huyó, ni fué desterrado; y de allí adelante todos le veneraron como á varón de Dios, y temían de juzgar mas contra él; y el bendito santo, escribiendo muchos libros en favor de la Iglesia y defendiéndola con escritos, obras y palabras, constante siempre en la fé católica, predicando la divina palabra, y enseñando y defendiendo la consubstancialidad del Padre y del Hijo contra los perversos arrianos; y al fin sirviendo en todo á Dios, pasó en paz de esta vida caduca y perecedera al descanso de la eterna, el mismo día que se celebra su fiesta, que es á 24 de abril por los años del Señor de 388. Escribieron su vida Usuardo; san Isidoro, arzobispo de Sevilla, en el libro de *Viris Illustr.*, cap. 1, in Osio; san Gregorio en el libro de *Scriptoribus Ecclesiast.*; Honorio Augustodorense, cap. 103; Marcelino, presbítero de Italia, en el libro á Teodosio, emperador; Sanctoro; el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones y en el tomo IV de sus Anales, á los años 371 y 388.

No parezca contrario á lo que enseña y manda Cristo, en la accion de pedir Gregorio venganza contra Osio, cuando lo que el divino Redentor de las almas enseña y manda es, que amemos á los enemigos, que los perdonemos y pidamos por ellos, haciéndoles todo bien; pues nada acredita mas la accion justa, santa y buena, y que en nada se oponia á Cristo Señor nuestro, que es ver la califica por tal su divina Majestad, ejecutando al instante lo que su fiel siervo y defensor de su santo nombre, Gregorio, le pedia. Fuera de que el santo ni le miró á Osio como enemigo suyo, ni pidió venganza de injuria alguna que á él le hiciese; miróle sí; como enemigo del mismo Cristo Señor nuestro: y así le pidió venganza de su injuria y causa propia. No siempre es bueno callar; que si lo fuera, no dijera el Espíritu Santo: «Tiempo hay de callar y tiempo de hablar.» Si á la sazón callara Gregorio, Osio le depusiera de su dignidad y le desterrara; y quedaba vanaglorioso y tan soberbio con la accion, que intentaria, como otro Luzbel, poner su silla sobre el mismo Dios, quitando á Cristo de su lugar; pues ya lo hacia quitándole y negándole la consubstancialidad con su eterno Padre; porque esto ¿qué era sino intentar derribarlo de su trono soberano? O de aquí se seguía necesariamente el cometer mas ó menos ofensas contra Dios, y tener su alma despues mas y mayores tormentos en el infierno. Digase, pues, también, que le hizo bien Gregorio; pues quien le libró de mayor mal, grande bien le hizo; y si á un hereje pertinaz, perdido, enemigo de Dios, en un instante hizo con su oracion tanto bien, que le libró de infinitos males que tendria y padeceria á mas de los que tiene y padece; ¿quién duda nos alcanzará á los amigos de Dios, valiéndose de su intercesion, muchos bienes? Que gocemos todos con él en la gloria. Amen.

SAN FIDEL DE SIGMARINGA, MÁRTIR.—Nació san Fidel en el año de 1577 en Sigmaringa, pequeña ciudad de la Suevia, en el obispado de Constancia, de padres nobles y católicos; siendo aun niño falleció su padre, llamado Juan de Regi, y su madre, llamada Genovefa Rosterberger, pasó á contraer segundo matrimonio: por esta causa que-

dó nuestro Fidel bajo el cuidado de un tutor que tuvo una solicitud muy especial de él, y le hizo instruir por medio de un virtuoso sacerdote, así en la piedad como en las letras, en las cuales con su vivo ingenio y mucha aplicación hizo extraordinarios progresos. Habiendo el santo concluido en su tierra los estudios de humanidad pasó á Friburgo, en cuya universidad estudió la filosofía y el derecho civil y canónico, consiguiendo el grado de doctor en ambas facultades, nó por formalidad de estilo, como demasadamente acaece á muchos, aunque estén desprovistos de ingenio y de ciencia, sino porque se habia hecho digno de este honor con su constante aplicación al estudio, y con los adelantamientos que en él habia hecho. En todo este tiempo se conservó Fidel exento de los vicios á que suele estar sujeta la incauta juventud, y á los cuales suele despenarse impelida ya del ardor de las pasiones, ya de los perversos ejemplos de los compañeros. Para preservarse de estos peligros era muy reservado en las conversaciones, huyendo las malas compañías y las ocasiones peligrosas. Todos los dias empleaba un poco de tiempo en la oracion y en la lectura de algun libro espiritual: frecuentaba los santos Sacramentos á lo ménos una vez al mes, á mas de las fiestas de la Virgen Santísima, de la cual era muy devoto, rezándola todos los dias su oficio divino y el santo rosario, y ayunando á pan y agua á su honor todos los sábados; y esta piadosa costumbre la observó con toda exactitud, aun en los muchos y largos viajes que hizo, como vamos á explicar.

En el año de 1604, tres jóvenes caballeros alemanes le pidieron quisiese acompañarles como amigo y como ayo, en un viaje que habian resuelto hacer por las principales ciudades de Alemania, Francia é Italia. San Fidel consintió con mucho gusto á esta propuesta, incitado del deseo de adquirir nuevos conocimientos. En este largo viaje empleó el espacio de seis años con reciproca satisfaccion suya y de sus nobles compañeros, hasta que en el año de 1610 cada uno se retiró á su país: pero Fidel no se retiró á Sigmaringa, sino á Villinga, donde por imperial decreto se habian transferido los tribunales y la universidad de Friburgo. Aquí volvió á tomar la profesion legal, y habiendo abierto estudio de abogado empezó á patrocinar las causas de los litigantes con mucho crédito, así por su doctrina, como por su conocida piedad. Pero dentro de poco se disgustó del tumulto del foro, y cavilaciones de los litigantes y de sus defensores, y temió mucho los peligros á que exponia su conciencia ejercitando la abogacia. Por eso renunciando la toga de abogado pensó abrazar un estado, en el cual con mayor seguridad pudiese trabajar para conseguir la eterna salvacion, que es el único negocio importante, al cual deben dirigirse todas las demás cosas de este mundo. Despues de haber hecho madura reflexion para conocer la divina voluntad, resolvió abrazar el estado religioso en la sagrada orden de los padres capuchinos, donde tenia mucho tiempo habia un hermano mayor que se ocupaba con mucho fruto en el ministerio de predicar la palabra de Dios. A este fin se presentó al provincial que residia en la ciudad de Friburgo, y le pidió con muchas súplicas le admitiese entre sus religiosos. El sabio provincial no desechó sus instancias, pero representándole los rigores y la vida penitente que se hace en la religion de los padres capuchinos, le aconsejó que tomase con mas madurez esta resolucion, y que esperase algun

espacio de tiempo ántes de ejecutarla. Oida esta respuesta, deseoso Fidel de dar una prueba nada equivocada de su constante voluntad de abandonar los negocios del siglo, abrazó el estado eclesiástico, y en pocas semanas, mediante un indulto de la sede apostólica, fué promovido á todas las órdenes y consagrado sacerdote.

Siendo pues sacerdote le fué mas fácil conseguir su intento de ser recibido en el sagrado orden de los capuchinos, de los cuales vistió en efecto el hábito á 4 de octubre, dia en que se celebra la fiesta de san Francisco, del año 1611; y en el mismo dia celebró su primera misa con gran concurso del pueblo, y entonces mudó el nombre de Marco que le habian puesto en el bautismo en el de Fidel, para manifestar con este nombre la fidelidad con que queria servir á Dios en la religion, ayudado de su divina gracia; por lo que en el frontispicio de todos sus libros se hallaban escritas estas palabras de la santa Escritura: *Esto fidelis usque ad mortem. et dabo tibi coronam vitæ*: Seas fiel hasta la muerte en el divino servicio, y te daré la corona de la vida eterna. Los hechos correspondieron perfectamente á las palabras; porque empezó y prosiguió constantemente con mucho fervor de espíritu el arduo camino de la perfeccion evangélica, hasta llegar al colmo de la caridad, derramando su sangre por la gloria de Dios y por la salud de las almas. Aunque hubiese entrado en la religion en la edad adelantada de treinta y cinco años, se amoldó desde luego á las costumbres de los capuchinos, y á las muchas mortificaciones en que especialmente suelen ejercitarse los nuevos religiosos. Era obedientísimo á sus superiores, humilde y manso con todos; amante del silencio, del recogimiento y de la oracion, en la cual fué muy favorecido de Dios; de modo que empleaba en este divino ejercicio con grande consuelo de su alma, todo el tiempo que le quedaba de las demás ocupaciones de la religion; y todos los dias á mas del oficio divino, rezaba el oficio de nuestra Señora y el del seráfico padre san Francisco. No dejó el demonio en paz á este siervo de Dios; ántes le acometió con varias y fuertes tentaciones, pretendiendo con ellas disgustarle del estado religioso y hacerle volver al siglo. Una de las mas particulares tentaciones con que le combatió, que era tanto mas peligrosa, cuanto iba cubierta con capa de virtud y de mayor bien, fué la de representarle que en el siglo y continuando la profesion de abogado podia hacer mas bien que en la religion, defendiendo los pleitos de los pobres, de las viudas y de los huérfanos, que suelen ser oprimidos de sus contrarios. Pero el santo, manifestando con sinceridad y sencillez esta tentacion á su director, consiguió de ella una completa victoria; por lo que concluido el año del noviciado, hizo la profesion con mucho júbilo de su corazón, y despues se aplicó con gran diligencia al estudio de la sagrada teología, en la cual salió muy docto y erudito.

Los superiores de la orden viendo al santo bien fundado en la virtud y en la doctrina, lo destinaron al ministerio de la predicacion del santo Evangelio; y el santo, por obedecer, discurrió por las principales ciudades de Alemania, predicando en todas partes con mucho fruto de sus oyentes la palabra de Dios, que solia anunciar con palabras sencillas y desnudas de adornos retóricos, pero con gran fuerza de espíritu y eficacia de razones, y de autoridades sacadas de la divina Escritura, y digeridas en la meditacion y oracion que tenia muy larga y fervorosa ántes de

subir al púlpito, pidiendo al Señor con mucha instancia la conversion de los pecadores; pues vivia intimamente persuadido, que la conversion de las almas no es obra de la diligencia humana, sino de la gracia divina, que se ha de pedir á Dios nuestro Señor con muchas súplicas é inescapables gemidos.

Atendia tambien al bien temporal de sus próximos: socorria las necesidades de los pobres con las limosnas que á este fin recogia de personas ricas y caritativas: visitaba los enfermos, les consolaba, les administraba los santos Sacramentos y los confortaba para el último paso, animándoles á esperar en la divina misericordia. Habiendo sido atacado el ejército austriaco, que estaba acuartelado en aquellas provincias de una enfermedad contagiosa de que morian sin remedio los soldados, san Fidel con su ardiente caridad, despreciando el peligro de morir les asistió intrépidamente en aquella necesidad, administrando los santos Sacramentos á los soldados enfermos, curándoles las llagas y dándoles de comer por su propia mano, y haciendo con ellos todos los oficios de un diligente y caritativo enfermero.

Siendo san Fidel tan caritativo con los extraños, cada uno puede discurrir cuán grande seria su caridad para con sus religiosos: los amaba á todos con un afecto el mas dulce y tierno: en los conventos, de que fué guardian, procuró conservar una exacta observancia de la regla, oponiéndose con firmeza á la introduccion de cualquiera abuso ó relajacion; y si hallaba en el convento alguna cosa que no fuese absolutamente necesaria, luego la echaba fuera como opuesta á la singular pobreza que profesa esta santa religion. Era con sus religiosos muy manso, humilde y amoroso; se compadecia de sus defectos, les socorria en sus necesidades, y procuraba conservar entre ellos la paz y la mutua union.

Sobre todo brillaba en nuestro santo un celo ardiente de la pureza de nuestra santa fé: velaba con indecible solitud que los herejes no inficionasen á los católicos con el contagio de la herejía, á cuyo fin descubria á los fieles los fraudes y maquinaciones de sus ministros: los confundia con sus discursos, y si esto no bastaba á contenerles, acudia con sus representaciones á los magistrados y aun á los príncipes, para que pusiesen freno á su licencia.

En la oracion, que tenia muy larga y fervorosa, pues solia perseverar en la iglesia en este santo ejercicio desde los maitines de media noche hasta el amanecer, pedia con mucha instancia dos cosas á Dios nuestro Señor: la primera, que no le dejase caer jamás en ningun pecado; y la segunda, que le hiciese la gracia de perder la vida en defensa de nuestra santa fé y en obsequio de la católica religion. Estas ansias de alcanzar la palma del martirio se le encendian mucho mas cuando celebraba el santo sacrificio de la misa, que era todos los dias; y Dios, que le habia dado aquellos ardientes deseos del martirio, le ofreció luego una ocasion oportuna en que pudiese satisfacerlos.

Habiendo el archiduque Leopoldo recobrado á fuerza de armas algunos valles del pais superior de los Grisones, los cuales, abrazando la herejía de Calvino, se habian separado de su dominio; deseó que se enviasen á estos valles algunos misioneros celosos, los cuales predicasen allí la fé católica, y redujesen á la grey de la Iglesia un increíble número de almas, infelizmente engañadas de las men-

tiras é imposturas de los predicadores calvinistas. Fueron elegidos para esta mision diez religiosos capuchinos, y con autoridad del sumo pontífice la congregacion de Propaganda Fide escogió por cabeza y prefecto de ella al glorioso san Fidel, como hombre apostólico, muy á propósito para convertir los herejes, así por la energía de su predicacion, como por la santidad de su vida. A fines pues del año 1621, se encaminó el santo al campo que la divina Providencia le habia señalado para combatir la herejía, y andando á pié con increíbles trabajos de lugar en lugar y de aldea en aldea, anunció á toda suerte de personas la palabra de Dios en publicos sermones y en conferencias particulares, y logró convertir felizmente á nuestra santa fé católica á muchos herejes, aun de los mas principales y mas nobles del pais. Los ministros de Calvino no pudiendo sufrir el invencible esfuerzo del siervo de Dios, y el verse abandonados de tantos, que á impulso de su celo renunciaban la herejía y volvia al gremio de la santa Iglesia, conmovieron contra él al pueblo que quedaba obstinado en sus errores, y le empeñaron al execrando delito de quitarle la vida. A este fin, fingiendo que querian convertirse á la verdadera religion, convidaron al santo que fuese á predicarles en la iglesia que en el lugar de Servis tenian los católicos; y aunque el santo tenia muchos fundamentos para sospechar el engaño, todavia aceptó el convite, dispuesto para derramar su sangre en defensa de nuestra santa fé. En efecto llegó al dicho lugar, se fué á la iglesia, donde dijo misa con increíble fervor: acabado el santo sacrificio subió al púlpito, y aunque halló en él un billete que decia: «Hoy predicarás y no mas,» con que se le intimaba la muerte, no dejó de predicar con el mismo espíritu y libertad que las otras veces; hasta que llenándose la iglesia de hombres armados, y habiendo uno de ellos disparado un fusil contra él, aunque no le tocó, conoció no obstante el santo que habia ya llegado el dia, que tanto tiempo habia deseado de derramar su sangre por la gloria de Dios y por la salud de sus hermanos: se lo que, lleno del deseo del martirio, bajó del púlpito, se arrodilló delante del altar mayor, donde encomendó su alma al Señor, y para que el pecado de los herejes que querian matarle no fuese tan grave, salió de la iglesia por una puerta que estaba al lado de ella, y al instante fué rodeado de los herejes, quienes como lobos rabiosos se le echaron encima; y con veinte y tres heridas le traspasaron el cuerpo y bárbaramente le mataron, mientras el santo, puesto de rodillas á imitacion del protomártir san Estéban, rogaba á Dios por su conversion. Acaeció el martirio de san Fidel á 24 de abril de 1622, hallándose el santo en la edad de cuarenta y cinco años. El Señor se dignó ilustrar sus reliquias con muchos milagros, las cuales, pasados seis meses de su martirio, del lugar de Sevis donde las habian sepultado, se llevaron con una solemnísimá procesion á la cercana ciudad de Coira. Habiéndose despues rebelado estos pueblos contra la casa de Austria, fué allá un ejército austriaco para sojuzgarles; y habiéndose trabado una sangrienta batalla entre los austriacos y los herejes, muchos soldados y el mismo general de los herejes, testigo nada sospechoso, declararon que durante la accion vieron á san Fidel en el aire, rodeado de inmensa luz, que con una espada en la mano les estaba amenazando: por lo que todos atribuyeron al patrocinio del santo la insigne victoria que consiguieron entonces los

austriacos. También fué muy célebre el milagro que obró el santo en el castillo de Mansfelt; porque habiéndose excitado allí un furioso incendio, y dándose los soldados por perdidos, por estar llenos de pólvora los almacenes del castillo, y abrasar el fuego el edificio del lado y el techo de los mismos almacenes de pólvora, invocaron con mucho fervor el socorro del santo para que no se volase el castillo y pereciesen todos en el estrago, y al instante se detuvo el fuego; y no obstante que de los maderos encendidos caían pavesas y pelotillas de fuego sobre la pólvora misma que estaba debajo, parte en barriles y parte en montones descubiertos, no la encendió ni hizo daño á la guarnición. Este insigne milagro fué el primero de los cuatro que aprobó la santa sede para su beatificación.

El segundo sucedió con una monja llamada Cecilia Nunsingerin: padecía esta religiosa muchos días habia una horrible inflamacion en uno de sus pechos, con sospecha de que no se le hubiese interiormente formado algun cáncer; pero habiéndose aplicado á la parte ofendida algunas reliquias de san Fidel, al momento quedó perfectamente sana y libre de todos sus males.

El tercero acaeció con un niño llamado Pablo Francisco Papsin, el cual habiendo padecido un humor maligno en uno de sus ojos desde los primeros días de su vida, habia quedado enteramente ciego de él y sin esperanza de recobrar la vista con el auxilio de la medicina: su madre lastimada de la enfermedad del hijo, hizo un voto á honor de san Fidel, y con esto el hijo recobró perfectamente en aquel ojo la vista que tenia perdida.

El cuarto sucedió con Gaspar Stigher, el cual habiendo padecido por espacio de cinco años agudos dolores en las espaldas, habia quedado reducido á un estado tan lastimoso, que casi no podia mover parte alguna de su cuerpo; pero habiéndose recomendado con mucho fervor al patrocinio de san Fidel, tocando el hierro de la lanza con la cual habia sido muerto, en el mismo momento quedó no solo perfectamente sano, sino tambien tan fuerte y robusto, que en el mismo dia andó libremente y trabajó de su oficio de labrador, y hallándose apto para las labores de mayor fatiga de este oficio, y que piden en consecuencia mayor robustez, la que conservó en adelante muy perfecta.

Continuando despues de la beatificación del glorioso san Fidel en obrar el Señor nuevos milagros por su intercesion, Benedicto XIV le canonizó solemnemente, habiendo á este fin aprobado los dos milagros siguientes.

El primero lo obró el Señor con Fr. Cándido de Milan, sacerdote capuchino, el cual habia padecido por diez años el accidente de epilepsia, y en el último año estuvo tan molestado de él, que apenas pasaba dia ni noche que no lo padeciese varias veces con mucha vehemencia, por cuya causa se le habia debilitado de tal modo el estómago, que no pudiendo retener el alimento quedó tan destituido de fuerzas, que postrado en la cama no podia llegar las manos á la boca para tomar el sustento. En este estado, habiendo implorado el auxilio del glorioso san Fidel y venerado con mucho fervor una imagen suya, con la cual le bendijo su confesor, al momento quedó perfectamente libre de todos sus males; de modo que levantándose inmediatamente de la cama, siguió el mismo dia toda la observancia del instituto, é hizo á pié muchas millas de camino, y conservó despues una salud tan robusta, que hacia

los oficios de mas peso del convento sin que jamás le repitiese el pasado accidente, ni la menor sombra de él.

El segundo acaeció con un muchacho llamado José Kizner, quien ántes de tener competente edad para andar por sus piés, fué acometido en las partes inferiores de su cuerpo de una cruel raquitis, la cual perseverándole por espacio de tres años, le habia debilitado tanto los muslos y los piés, que de ningun modo podia sustentarse con ellos; pero habiéndole su madre llevado al altar de san Fidel, al momento se le reforzaron de tal modo los muslos y los piés que arrojando las muletas con que se sustentaba, alegre y triunfante, caminando por sí mismo, se volvió á su casa y desde entonces gozó siempre del libre uso de sus muslos y piés.

* SAN MELITO, OBISPO Y CONFESOR.—Siendo este santo sacerdote, fué enviado á Inglaterra por el papa san Gregorio el año 601, como gefe de una segunda colonia de misioneros para ayudar á san Agustin, quien ordenó á Melito, obispo de Lóndres de cuya ciudad fué el primero. Mucho trabajó allí este santo, y muchas las conversiones que practicó; de modo que bautizó á Seberto su rey, y gran parte de la nacion, y contribuyó con su liberalidad, á empezar la construccion de la catedral de San Pablo en Torney, conocida ahora por Westminster. Nada interesaba mas á Melito que la religion; así es que para promover sus intereses hizo un viaje á Francia; y vuelto luego á las islas británicas fué trasladado á la silla de Cantorbery en 619. Obró varios milagros, librando por sus oraciones la ciudad de un furioso incendio. Murió en abril de 624.

SANTA BONA Y SANTA DODA, VIRGENES.—La primera era de la real sangre de Francia, muy próxima pariente del rey Dagoberto, y una de las damas principales de su corte. Por espacio de treinta años ilustró el mundo con sus virtudes, y despreciando todas las solicitudes para el matrimonio, se dedicó enteramente á Dios. Su hermano san Baudrico, que pocos años ántes habia edificado el monasterio de Montfaucon, que gobernaba como abad, mandó levantar otro en 639, para monjas, en los arrabales de Rheims. En este tomó santa Bona el hábito religioso, y á pesar de sus lágrimas y repugnancias, fue nombrada primera abadesa de esta casa. Su ejemplo conducia á sus hermanas religiosas al espíritu perfecto de la humildad, pobreza, mortificación y oracion, y murió en el año 673, dejando á su posteridad un don suave de santidad y de virtud, esparcido por toda la Francia. Sucedióle en el cargo su sobrina santa Doda, fiel imitadora de su espíritu y virtudes. Los cuerpos de ambas fueron despues trasladados á la abadía de San Pedro, dentro de la misma ciudad.

SAN SABAS, GODO, Y OTROS COMPAÑEROS SUYOS, TODOS MARTIRES.—Era al principio capitán de una compañía, y habiéndole acusado de que visitaba los cristianos que estaban en prision, puesto delante del juez confeso libremente á Jesucristo. Despues por orden del mismo juez aplicaron á su cuerpo hachas encendidas, y lo metieron en una caldera llena de pez hirviendo, de la cual salió milagrosamente sin recibir daño alguno. Con este portento se convirtieron á la fe setenta hombres, que manteniéndose constantes en confesar á Jesucristo, fueron degollados. San Sabas consumió luego su martirio ahogado en un rio cerca de Roma, el año 272.

SAN ALEJANDRO, MÁRTIR.—Durante la persecucion de

Antonino Vero, despues de haber sido preso, fué primero de tal modo azotado por la crueldad de sus verdugos que le quitaron la carne de encima de las costillas hasta que se veían las entrañas y todo el interior de su cuerpo. Por fin habiéndole crucificado, entregó su espíritu en Lion y con él fueron martirizados otros treinta y cuatro, cuya conmemoracion se celebra en otros dias.

LOS SANTOS EUSEBIO, NEON, LEONCIO, LONGINOS Y OTROS CUATRO, MARTIRES.—Murieron en tiempo del emperador Diocleciano, en la ciudad de Nicomedia, el año 303.

SAN HONORIO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació en Italia de noble estirpe, pues se cree descendia del emperador Constantino. Sus padres le proporcionaron cuanto podia exigir la nobleza de su cuna y la piedad de la familia, y el joven Honorio á quien Dios habia escogido para su fiel servidor, se aprovechó de todo con tanto fruto, que habiendo entrado al servicio de la Iglesia, fué muy pronto ordenado de sacerdote en Roma. Poco despues, para huir los aplausos y las tentaciones del mundo, se marchó secretamente á la Galia Cisalpina, y fijándose en una soledad cerca de Bressa, hizo por muchos años vida de ángel mas que de hombre. Aquí permaneció escondido, hasta que los pobres de la comarca, que alguna vez eran testigos de sus maravillas, lo revelaron al mundo; y hallándose vacante á la sazón la silla episcopal de Bressa, fué en seguida elegido y consagrado Honorio, con señales visibles de ser aquella la voluntad del cielo. Sus virtudes en el pontificado fueron inclitas y resplandecientes en sumo grado, y Dios lo llamó á sí el dia 24 de abril del año 386.

SAN EGBERTO, PRESBITERO.—Fué varon de admirable humildad y continencia, monje en el monasterio de san Columbano, en Hibernia, donde murió el 24 de abril, dia de Pascua, del año 729, despues de haber edificado á sus compañeros con la práctica de las mas eminentes virtudes.

DIA 25.

SAN MARCOS, EVANGELISTA Y MARTIR.—San Marcos, evangelista y mártir, fué hebreo de nacion, y como algunos autores escriben, de la tribu de Levi, y uno de los setenta discipulos del Señor, y compañero del apóstol san Pedro. Teofilato y Eutimio y Doroteo y otros autores modernos dicen que fué el mismo, que en los hechos apostólicos san Lucas llama Juan, por sobrenombre Marcos, hijo de María y primo de san Bernabé apóstol: el cual siguió algun tiempo á san Pablo y á san Bernabé: fué su compañero en la predicacion, y por cuya causa los dos se apartaron. Pero lo mas cierto es que hayan sido dos Marcos, el uno Juan Marcos primo de san Bernabé, y el otro san Marcos evangelista, de quien aquí hablamos; como se saca de muchos y gravísimos autores, y de san Basilio y de san Isidoro y de las mismas epístolas de san Pablo, y lo prueba el cardenal Baronio y los padres Alonso Salmeron, Roberto, Belarmino y Juan Maldonado, varones muy doctos y diligentes escritores de nuestra Compañia; y prueba, porque el nombre del evangelista fué Marcos, y el del otro Juan, y por sobrenombre Marcos, como lo notó Dionisio, obispo de Corinto: el primero fué uno de los setenta discipulos y el segundo no: el uno siguió y fué compañero de san Pedro y el otro de san Pablo: el evangelis-

ta vino á Roma con san Pedro, y escribió su Evangelio los doce ó quince años despues de la ascension de Cristo; el otro siguió á san Pablo y á san Bernabé, á los 18 años, despues que el Señor subió á los cielos, como se saca del libro de los Hechos apostólicos.

San Marcos, pues evangelista, cuya vida aquí escribimos, fué discípulo y tan querido de san Pedro, que le llama en sus epístolas hijo carísimo, y por su grande espíritu y gracia en el hablar, le tomó por intérprete, para que lo que decia en una lengua, lo declarase en otras á los que no lo entendian y explicase mas copiosamente los profundos misterios que en pocas palabras él predicaba, lo cual hacia san Marcos con maravilloso espíritu y don del cielo. Y como los fieles que por la predicacion de san Pedro se habian convertido en Roma, que eran muchos, deseaban tener por escrito, lo que de él habian oido de la vida de Cristo nuestro Señor, rogaron á san Marcos, que lo escribiese y él escribió su Evangelio de la manera que lo habia oido de san Pedro; y el santo apóstol lo aprobó, y con su autoridad lo confirmó y mandó que se leyese en la Iglesia. Este Evangelio, dice san Gerónimo que es como el Evangelio de san Mateo abreviado: porque lo que san Mateo escribe con mas palabras, san Marcos lo dice con menos; aunque algunas cosas cuenta san Marcos, que no se hallan en san Mateo y otras que san Mateo refiere brevemente, san Marcos las extiende mas. Despues que san Marcos estuvo algunos años en Roma y sirvió de intérprete, como habemos dicho á san Pedro; tomando la bendicion de su padre y maestro, por su orden se partió á Egipto, llevando consigo el Evangelio que habia escrito, para predicarle á aquellas gentes bárbaras y supersticiosas, y descubrir los primeros resplandores de la luz del cielo, á los que estaban en la sombra de la muerte y carecian del verdadero Dios y de su Hijo benditísimo Jesucristo. Predicó el Evangelio en Cirene y en Pentápoli y en algunas ciudades con gran fruto, alumbrando y trayendo á nuestra santa fé gran muchedumbre de ídólatras, con su vida, doctrina y muchos y grandes milagros que Dios obró por él. Vino á Alejandria, como á cabeza de toda aquella provincia y mas necesitada de esta luz divina, y donde resplandeció, como un nuevo sol que ilustra un lugar obscuro y caliginoso. Allí edificó una iglesia al Señor, con nombre de San Pedro su maestro que aun vivia; y por esta causa la Iglesia Alejandrina es patriarcal y la primera en dignidad, despues de la de Roma, como lo afirma Gelasio, papa. Fueron innumerables los que allí se convirtieron á la fé de Cristo, así de los judíos que moraban en aquellas partes, como de los mismos egipcios que en la guarda de su falsa religion fueron muy supersticiosos y tenaces, hasta dejar la vida, ántes que faltar un punto en el culto vano de sus dioses, que eran viles, sucios y ridiculos.

Pudo tanto el ejemplo de san Marcos, y consejos y doctrina, que muchos de los que se convirtieron por su predicacion, poblaron los montes y los desiertos de Egipto, y vivieron con tan extremada santidad, que no parecian hombres, sino ángeles vestidos de carne mortal. Daban lielo de repudio á todas las cosas de la tierra: huían del tráfico y conversacion de los hombres del siglo; vivian entre sí con gran paz y conformidad: no habia entre ellos pobre; porque á todos se daba lo que habian menester: ni rico; porque los que lo eran, dejaban sus riquezas para uso

de los demás, codiciando ser ricos de aquellos bienes que solo hartan y sosiegan y hacen bienaventurados á sus poseedores. Era grande su humildad, su modestia, su silencio, su oracion, el estudio de las divinas letras y la contemplacion perpetua de Dios, en la cual estaban tan absortos, que se les pasaba todo el dia sin comer, hasta puesto el sol, y lo que comian, era un poco de pan y sal, y los mas delicados y flacos, añadian por regalo la yerba del hisopo y bebían agua de las fuentes. Algunos estaban tres y otros cinco y seis dias sin comer, y cuando comian, era mas forzados de la necesidad del cuerpo que por gusto que tuviesen de aquel corruptible manjar; porque sus almas estaban hartas y siempre hambrientas del mantenimiento y pan divino. Sus vestidos eran llanos y simplicísimos, y solo para cubrir y defender el cuerpo de las injurias del calor y frio. Finalmente, la vida de estos bienaventurados discípulos de san Marcos era un retrato del cielo, y un traslado de la que enseñaron y plantaron los sagrados apóstoles en la primitiva Iglesia, cuando todos los fieles, como dice san Lucas, eran entre sí una alma y un corazon, y á cada uno se daba lo que pedia su necesidad. Escribe todo esto mas largamente Filon, hebreo de nacion y autor gravísimo de aquellos tiempos, y tan elocuente y elegante en el escribir, que le comparan á Platon, el cual viendo florecer tanto la Iglesia de Alejandria, plantada por san Marcos, y aquellos desiertos de Egipto convertidos en un paraíso de deleites, por las virtudes admirables de los nuevos cristianos, escribió un libro en su alabanza, como refiere Eusebio en su historia, y san Gerónimo hablando de Filon en el libro de los escritores eclesiásticos. No solamente los hombres vivían de la manera que habemos dicho; pero tambien muchas mujeres, doncellas, mozas y viejas, que venciendo la flaqueza mujeril, y triunfando de su propia carne, vivían como si no la tuvieran, en perfectísima castidad, consagrando sus almas y cuerpos á Dios.

No pudieron sufrir tanta luz los ojos flacos de los gentiles: antes cegándose mas con ella, y convirtiendo en ponzoña la medicina, viendo que su falsa religion se menoscababa, y el culto de sus dioses perecía; determinaron dar la muerte al que deseaba y procuraba darles verdadera vida, y matar á san Marcos como destruidor de sus templos y enemigo de sus dioses. Súpolo el santo evangelista, y previniéndose para lo que podia suceder, y para que faltando el no quedasen aquellas ovejas sin pastor, y el rebaño del Señor expuesto á los lobos sin defensa; ordenó por obispo y sucesor suyo á Aniano y á Malco, Sabino y Cerdon, sacerdotes, y otros siete diaconos y once ministros para servicio de la Iglesia; y dejándolos en Alejandria, volvió á Pentápoli, donde antes habia predicado. Allí estuvo dos años confirmando en la fe á los fieles, dándoles obispos y clérigos que los gobernasen y enseñasen, y haciendo en todo oficio de verdadero apóstol y pastor. Despues tornó á Alejandria y halló muy acrecentado el número de los cristianos con grande gozo de su santa alma; y como los gentiles supiesen que habia venido, queriendo ejecutar lo que antes habian determinado á los 24 de abril que era dia de domingo para los cristianos y para los gentiles de una fiesta, que los egipcios celebraban con gran solemnidad á su dios Serapis, hallando al santo evangelista diciendo misa, le prendieron, y echándole una soga á la garganta con estraña violencia y furor, le ar-

rastraron por las calles, despedazando sus carnes por los golpes que daba en las piedras, y vertiendo la sangre que salia por las muchas heridas de su santo cuerpo, y el bienaventurado san Marcos hacia gracias al Señor por la merced que le hacia en padecer por él. Echáronle en la cárcel aquella noche para tomar consejo sobre la muerte que le habian de dar; y á media noche, estando las puertas de la cárcel cerradas y las guardas en centinela, comenzó de repente á temblar la tierra, y bajó un ángel del cielo, y tocando á san Marcos le dijo: « Marcos, siervo de Dios, tu nombre está escrito en el libro de la vida, y tú eres contado en el número de los apóstoles y tu memoria vivirá para siempre, los ángeles recibirán tu espíritu en el cielo, y las reliquias de tu cuerpo serán honradas en la tierra. » Entonces el santo alzó las manos al cielo é hizo gracias al Señor por aquel favor, suplicándole humildemente que recibiese su alma en paz. Y para mostrar que oía su oracion, vino á él Jesucristo nuestro Redentor en la misma figura en que vivió en el mundo, y saludándole blandamente le dijo: Marcos, mi evangelista, la paz sea contigo, y él respondió: La paz sea con vos mi Señor Jesucristo. Venida la mañana le sacaron de la cárcel, y con la misma fiereza y bárbara crueldad que lo habian hecho el dia antes, le arrastraron de nuevo por lugares ásperos y fragosos, hasta que dió su espíritu al Señor. Quisieron los ministros de Satanás quemar aquel cuerpo sagrado, y comenzando á ponerlo por obra, por divina providencia se levantó súbitamente un torbellino y una tempestad tan horrible y espantosa, con tantos truenos y relámpagos, agua y piedra, que no pudieron ejecutar su mal intento, antes quedaron muchos muertos y cayeron muchos edificios; y despues los cristianos tomaron el cuerpo y le colocaron cantando himnos y salmos en un lugar decente y honroso, de donde despues fué traído á la ciudad de Venecia, y allí en un templo suntuosísimo que le edificó la señoría, es hoy dia reverenciado con grandísima veneracion, tomando aquella república por armas al leon de san Marcos, con aquellas palabras: *Pax tibi Marce, evangelista meus*, y el nombre de san Marcos por apellido de su república; porque en ella lo mismo es decir, san Marcos ordena ó manda, que decir, la república de Venecia ordena ó manda.

Fué el martirio de san Marcos á los 25 de abril, en que la Iglesia celebra su fiesta, y el octavo año del imperio de Neron, y á los sesenta y cuatro del nacimiento de Cristo, segun el cardenal Baronio, y segun Onufrio el de sesenta y tres.

Adviertase que algunos autores no ponen á san Marcos por mártir; porque san Gerónimo, Eusebio é Isidoro, hablando de él no dicen que lo fué; pero esto no es suficiente argumento para negarlo, y Gelasio papa, le pone entre los mártires en el decreto que hizo de los libros auténticos y apócrifos: y Niceforo en el libro II de su historia, capítulo 43; y Metafraste y Procopio que escribieron su vida, lo afirman y lo traen Lipomano y Surio, y estos siguen al cardenal Baronio y los autores modernos que escriben vidas de santos; y así lo pone el Martirologio romano este dia, y la misma Iglesia romana en el dia de san Marcos reza el oficio de los apóstoles y evangelistas, en el tiempo pascual, y en él las antifonas de mártir.

Este mismo dia de san Marcos celebra la Iglesia las letanias, que llaman mayores á diferencia de las otras menores, en que cada año se hace procesion general para dar

gracias á nuestro Señor, en comun por todos los beneficios que en él de su bendita mano habemos recibido, y suplicarle que los multiplique y nos dé salud, y los frutos de la tierra necesarios para la vida humana. El uso de estas letanias es muy antiguo y muy usado en la Iglesia católica, y san Gregorio, papa, hace mencion de él como de tal, exhortando á ejercitarle con gran devocion, como se ve al principio del segundo libro de su Registro. Y si alguno sautores escriben que san Gregorio instituyó las letanias mayores, no es porque él fuere el primero que las instituyó, sino porque ordenó que las que ántes se hacian, de allí adelante fuésen á la iglesia de San Pedro, como hoy día se usa en Roma, yendo la procesion desde San Marcos hasta San Pedro. Escriben de san Marcos san Gerónimo, de *Viris Illust.* capitulo 21; Dorot. in *lib. de Vitis Prophetarum, et Apostolorum*; Clement. Alejandr. lib. vi, *Hipót. thiposeon*; Euseb. *hist. lib. ii, cap. 16*, et *lib. iv, cap. 11*; Iren. *lib. v, cap. 8*; Nicéfor. *lib. ii, cap. 43*; san Isidoro *lib. de Vitis Sanctorum Patrum, cap. 83*; Beda, *Usuário y Adon* en sus martirologios.

SAN ANIANO, OBISPO.—Segun leemos en las acelas de san Marcos, fué este santo zapatero de profesion y vivia en Alejandria. Teniendo mala una mano, san Marcos se la curó cuando por vez primera fué á aquella ciudad. Fué uno de los primeros convertidos á la religion cristiana, y aprovechó tanto en virtud y letras, que san Marcos le nombró obispo de Alejandria en su ausencia, gobernando Aniano aquella diócesis cuatro años y meses. Murió este santo el año 86 de Jesucristo, á los 26 de noviembre. Hacen mencion honorifica de este santo, san Eusebio y san Epifanio refiriendonos este último, que en Alejandria hay una iglesia erigida en su honor.

LOS SANTOS MÁRTIRES EVADIO, HERMÓGENES Y CALIXTA.—Eran hermanos y vivian en Siracusa de Sicilia en tiempo de la predicacion de los apóstoles. Fueron instruidos y bautizados por uno de los discípulos del Salvador, y habiendo sido delatados al prefecto, se les quiso obligar á ofrecer incienso á los idolos; pero negándose á ello con valor, fueron condenados á muerte y ejecutados en la misma ciudad de su residencia, durante el siglo I.

SAN ESTÉBAN, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué prelado sabio y prudente, y tan celoso de la pureza de la disciplina católica, que habiendo padecido muchas persecuciones por parte de los herejes, que impugnaban el concilio de Calcedonia, al fin murió ahogado por ellos en el rio Orontes, en tiempo del emperador Zenon, el año 497. Gobernó la Iglesia de Antioquia en calidad de patriarca suyo, y la preservó durante su obispado, de toda pestilencia de error.

SAN FILON Y SAN AGATOPODIS, DIÁCONOS.—El primero fué de Cilicia, discípulo de san Ignacio, obispo, ordenado por él para que le ayudase en el ministerio de la predicacion. Despues se le juntó tambien Agatopodis, y ambos ayudaban en Antioquia al santo obispo en todas las cosas del ministerio sagrado, como lo testifica el mismo san Ignacio en sus cartas á los filipenses y tarsenses, añadiendo que habian padecido graves persecuciones por la fé, y que de todas las habia librado el Señor, reservándolos para mayores trabajos. San Agatopodis era natural de Galicia en España, y habia sido ordenado por el apóstol Santiago, al cual acompañó en su viaje de vuelta á Jerusalem. Los dos santos murieron en la misma ciudad de Antioquia, ilustres en fé y virtudes, durante el siglo II.

SAN ERMINIO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació de la estirpe de los Francos, á fines del siglo VII; y dotado de un talento poco comun, y de una aplicacion constante, se perfeccionó de tal modo en las sagradas Letras, que por sus virtudes y su saber, fué siendo aun muy jóven, la admiracion de sus contemporáneos. Sublimado al sacerdocio, y adelantando cada dia en virtud, trabó estrecha amistad con san Ursmaro, obispo y abad del célebre monasterio de Lobes, que estando próximo á morir, lo indicó para que se lo diesen por sucesor. Efectivamente, Erminio fué elegido y consagrado obispo de Lobes, y su dignidad, aumentando en él los cuidados, fué motivo tambien para que se acrecentasen todas sus virtudes. El cielo le concedió el don de profecía y de milagros: predijo las victorias de Carlos Martel, el desastroso fin de Ratbod, rey de los frisones, y la dominacion de Pepino sobre los francos. Por fin, despues de un pontificado ilustre en todo género de virtudes, amado, reverenciado y admirado de todos, previendo el dia de su muerte, y disponiéndose con santos y fervorosos ejercicios, descansó tranquilamente en el Señor el dia 25 de abril del año 737.

DIA 26.

SAN CLETO, PAPA Y MÁRTIR.—San Cleto, papa y mártir, fué natural de Roma, de noble y antiguo linaje, é hijo de Emiliano. Convirtióle san Pedro á la fé, ordenóle de obispo, y viéndole varon espiritual, prudente y celoso, y porque el santo apóstol estaba ocupado en predicar y enseñar al pueblo, y en otras cosas del gobierno universal de la Iglesia, y no podia acudir á todos los negocios que se le ofrecian, tomó por coadjutores á Lino dentro de la ciudad de Roma, y á Cleto fuera de ella: los cuales despues de la muerte de san Pedro, uno tras otro le sucedieron en el pontificado, primero Lino y despues Cleto, el cual gobernó la Iglesia santísima, imperando Vespasiano y Tito, su hijo, hasta que les sucedió Domiciano en el imperio, que fué viciosísimo, cruel y abominable emperador de las costumbres, muy diferente de Vespasiano su padre, y de Tito su hermano; porque á mas de las otras maldades que cometió, se hizo llamar dios y señor, y persiguió á los cristianos porque no lo reconocian por tal, y predicaban que no habia sino un Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra. En esta persecucion de Domiciano, que fué la segunda que padeció la Iglesia, entre otros santos mártires fué coronado san Cleto de martirio, á los 26 de abril del año del Señor de 93, habiendo tenido la silla apostólica doce años, siete meses y dos dias, segun Baronio, y segun el libro de los romanos pontífices doce años, un mes y once dias. Por orden que tuvo del apóstol san Pedro, distribuyó san Cleto la ciudad de Roma en veinte y cinco parroquias, y puso en cada una de ellas un presbítero que le gobernase y administrase los sacramentos. Fué el primero que en las letras apostólicas usó de aquellas palabras: *Salutem et apostolicam benedictionem*: de las cuales todos los otros pontífices, á imitacion de san Cleto, despues han usado. Sepultáronle junto al apóstol san Pedro. Celebra la Iglesia su fiesta el dia de su martirio.

SAN MARCELINO, PAPA Y MÁRTIR.—El mismo dia, á los 26 de abril, celebra la Iglesia el martirio de san Marcelino, papa y mártir, el cual fué natural de Roma, é hijo del prefecto, y sucedió en el pontificado á san Cayo, asimismo

papa y mártir, siendo emperadores Diocleciano y Maximiano, en cuyo tiempo se levantó la décima persecucion contra la Iglesia, que fué la mas brava y mas cruel de todas: porque habiéndose descurrido los cristianos con alguna paz que habian tenido, y alojado en la virtud, y dándose á muchos vicios, y especialmente los eclesiásticos, como dice Eusebio Cesariense, quiso Dios purificarlos con aquel azote, y limpiar el orin y la escoria con el fuego de esta persecucion, la cual fué tan horrible y espantosa, que en espacio de un mes padecieron por Cristo en diversas provincias mas de diez y siete mil mártires, con tan atroces y esquisitos tormentos, que solo el demonio los pudiera inventar: y en la provincia de Frigia pusieron los gentiles fuego á una ciudad entera, y quemaron á todos los que estaban en ella, hombres y mujeres, niños y niñas, porque eran cristianos; y en todas las provincias, ciudades, villas y aldeas del imperio, no se veian sino tormentos y muertes, y una carnicería y derramamiento de sangre de cristianos.

En este tiempo fué preso en Roma san Marcelino, y llevado al templo de los dioses para que sacrificase: y él, espantado de las amenazas, y vencido, como flaco, del temor de los tormentos, ofreció incienso á los falsos dioses, con grande llanto de los cristianos y alegría de los gentiles; de los cuales por esto fué puesto en libertad, creyendo que vencida la cabeza y capitán de los cristianos rendirian á los demás, y que harian las ovejas lo que habia hecho su pastor: mas sucedióles muy al contrario; porque fué tan grande el dolor y sentimiento que Marcelino tuvo de su pecado, que habiéndose juntado en la ciudad de Sinesa un concilio de trescientos obispos, aunque otros dicen de ciento y ochenta, para tratar lo que se habia de hacer en un caso tan nuevo y tan escandaloso, Marcelino entró en el vestido de cilicio y cubierto de ceniza; y con muchas lágrimas y sollozos pidió perdon de su culpa; y dijo que no era digno de ser contado en el número de los sacerdotes, ni de tener la silla apostólica: y todo el concilio respondió, que él era el supremo juez y vicario de Cristo en la tierra; á quien pertenecia juzgar á los demás, y no podia ser juzgado de nadie: que él mismo se juzgase y se diese la sentencia; que san Pedro tambien habia negado á Cristo, por flaqueza y vano temor, y despues con sus lágrimas habia alcanzado perdon.

Y Marcelino, movido del Señor y esforzado con su espíritu, corrido de sí mismo, se fué al emperador, y con palabras graves y severas le reprendió por la crueldad que usaba contra los cristianos, y por haberle sido ocasion de haber caido en aquel profundo abismo de maldad, ofreciéndose á todos los tormentos y suplicios que le quisiese dar, los cuales, dijo, recibiria muy de grado y por satisfacer por su pecado, y borrar con su sangre aquella mancha de tan grande culpa. Embravecióse sobremanera el emperador oyendo lo que Marcelino le decia; y arrebatado de saña y furor, le mandó luego degollar: y llevándole al martirio vió el santo pontífice á Marcelo, su presbítero, que despues le sucedió en el pontificado; y mandóle que en las cosas tocantes á la religion no obedeciese al emperador, y que no diese á su cuerpo sepultura, porque quien habia cometido cosa tan fea, como era el haber ofrecido incienso á los falsos dioses, no merecia ser sepultado. Cortáronle la cabeza, y con él á Claudio, Cirino y Antonino. Estuvieron los santos cuerpos de todos cuatro sin ser se-

pultados treinta y seis dias, por haberlo mandado así el emperador, y al cabo de ellos Marcelo los recogió, por revelacion que tuvo del apóstol san Pedro; y acompañado de sacerdotes y diáconos, cantando himnos y salmos, los sepultó en el cementerio de Priscila, en la via Salaria. Hizo Marcelino dos veces órdenes, y en ellas ordenó á cuatro presbíteros y cinco obispos. Tuvo la silla de san Pedro, segun Dámaso, nueve años y dos meses y diez y seis dias; y segun el cardenal Baronio, ocho años ménos siete dias. Hállanse dos epístolas de san Marcelino: en la una trata del misterio de la igualdad de las Personas de la Santísima Trinidad; en la segunda, que escribió á los obispos orientales, les exhorta á vivir cristianamente, y ejercitarse en obras de misericordia: Celebra la Iglesia la fiesta de san Marcelino el dia de su martirio, que fué á los 26 de abril, del año del Señor, segun Baronio, de 304.

NUESTRA SEÑORA DEL BUEN CONSEJO. — Con este nombre es invocada la Virgen santa en este dia en algunos puntos de la cristiandad.

SAN RICARIO, PRESBITERO Y CONFESOR. — Ponthieu, aldea de la Francia, fué la patria de este santo, que nació de padres muy pobres. Educáronle en el santo temor de Dios, y le ocuparon en los trabajos del campo; haciéndose Ricario muy agradable á Dios, porque santificaba su trabajo con las máximas religiosas y práctica de todas las virtudes. Pasando por su pais en cierta ocasion dos presbíteros irlandeses, hospedóles el santo en su casa, y ellos en cambio de la buena acogida que experimentaron, le enseñaron las máximas de la virtud perfecta, recomensando Dios tambien su caridad, hablándole interiormente al corazón. Mortificóse desde entonces en gran manera ayunando, contentándose con solo pan de cebada y agua. La oracion y meditacion de las eternas verdades era su ocupacion despues del trabajo, pasando en aquel santo ejercicio muchas horas de la noche. Deseoso de consagrarse al Señor en el ministerio santo, se preparó para recibir los sagrados órdenes, y cuando fué sacerdote, todo su celo era instruir y predicar á los fieles. Partió para Inglaterra, viviendo en compania de unos monjes, de quienes aprendió la perfeccion en la virtud, volviéndose despues á su patria para predicar la palabra de Dios. Muchas fueron las conversiones que hizo con sus discursos llenos de uncion, y hasta el mismo rey Dagoberto I se sintió conmovido al oírle. Recibió varios presentes Ricario de mano de Dagoberto, que empleó en alivio de los infelices, y en fundar dos monasterios. Vivió algunos años en los bosques y montañas de Gressy, siendo su único objeto la contemplacion. Su muerte fué por los años 645, siendo su cuerpo sepultado en el gran monasterio de Centula.

SAN CLARENCIO, OBISPO Y CONFESOR. — Fué el XXXI obispo de Viena, en Francia; promovió la celebracion de un concilio para contener los abusos que se iban introduciendo en la disciplina; asistió á varios sinodos nacionales, y entregó santa y pacíficamente su espíritu á Dios, por los años de 625.

SAN BASILIO, OBISPO Y MÁRTIR. — En tiempo del emperador Liciano fué este santo obispo de Amasea, en Capadocia, cuya Iglesia ilustró con sus altas virtudes. Cierto dia, una criada de la mujer del emperador, llamada Glafira, que huía para evitar las torpezas del emperador, llegó á Amasea, y presentándose al santo obispo pidióle proteccion y amparo. Concedióselo Basilio, y sabiéndolo el em-

perador mandó que ámbos fuesen conducidos á su presencia. En el camino Glafira se escapó; pero Basilio fué llevado á Nicomedia, donde interrogado por el mismo Licinio fué condenado á ser decapitado, el día 26 de abril del año 322. Su cuerpo y arrojado al mar, fué después hallado por Elpidiforo, que le dió honorífica sepultura.

SANTA EXUPERANCIA, VIRGEN.—Era natural de Troyes, en Francia, y derramó su sangre por la fé en la misma ciudad, durante la persecucion de Decio.

SAN LUCIDIO, OBISPO.—Uno de los primeros prelados de la iglesia de Verona, se distinguió por una gracia especial en predicar la palabra de Dios. Era muy instruido en las Letras sagradas y en algunas ciencias profanas, y por medio de su bondad y de la belleza con que iban sus discipulos engalanados, atraíase la atención hasta de sus mismos enemigos, y casi siempre trocaba sus corazones. Ignórase la época de su muerte, y solo se sabe que asistió al concilio de Sardis, celebrado en tiempo del papa Julio, el año 347.

SAN PEDRO, OBISPO Y MÁRTIR.—Entre los discipulos que trajo el apóstol Santiago para predicar la fé evangélica en España, uno de ellos fué san Pedro, á quien el mismo apóstol consagró obispo, destinándole para esparcir la religion de Jesucristo en Braga y en todo el reino de Portugal. Su predicacion iba muchas veces acompañada de ruidosos milagros, y un dia curó á la hija del rey de una enfermedad mortal que la afligia. Agradecida la madre de la enferma, y ambas ilustradas por la gracia del Espíritu Santo, recibieron el bautismo de mano del santo obispo, y se confesaron públicamente cristianas. Indignado el rey mandó que se diese muerte á Pedro; pero este, por inspiracion divina, habia huido de la ciudad, y sus verdugos no lograron alcanzarlo hasta el pueblo de Rates, y le cortaron la cabeza dentro de la misma iglesia.

DIA 27.

SAN ANASTASIO, PAPA.—El glorioso y santo padre Anastasio, primero de este nombre, fué de nacion romano: su padre se llamó Máximo. Fué elegido en sumo pontífice, imperando Graciano, y sucedió en la silla apostólica á san Ciricio. Tuvo el sumo pontificado trece años, diez meses y veinte y cinco dias. Constituyó que los sacerdotes no estuviesen sentados, sino en pié ó inclinados cuando se leyese ó cantase el Evangelio en la iglesia, y que ningun peregrino, mayormente si era transmarino, fuese admitido á la clerecía si no traía fé, de quien era, sellada y firmada de cinco obispos. Esto mandó por los maniqueos, que entonces eran muy estimados en Africa; y para corromper á los católicos enviaban muchos de los suyos á diversas partes, donde pudiesen sembrar sus herejías. Constituyó tambien, que los débiles ó mancos, ó cualesquiera otros que careciesen de algun miembro no fuesen clérigos. Consagró la iglesia llamada Crescentina, en la region segunda, en la via Mamertina. Hizo dos veces órdenes en el mes de diciembre, y ordenó en ellas ocho presbiteros, cinco diaconos y diez obispos: y habiendo servido al Señor fielmente, porque no fué digno el mundo de gozarlo mucho tiempo, como dice san Gerónimo, su contemporáneo, pues fué hecho pontífice por su gran santidad y pobreza apostólica, á los setenta años, y mas, de su edad, y tambien porque en su tiempo no viese

rendida á la siempre triunfante Roma, señora del mundo, pasó de esta presente vida á tomar posesion de la eterna, á los 27 de abril, por los años del Señor de 402, imperando el dicho Graciano, segun algunos; y segun otros, Arcadio y Honorio. Su santo cuerpo fué sepultado en el cementerio de San Pedro, junto al Oso Pileato, y estuvo por su muerte vaca la silla apostólica veinte y un dias. Escribieron la vida de san Anastasio Platina, Pedro de Natalibus, in *Cathal.*, lib. iv, cap. 92; Beda, Usuardo, Adon, san Gerónimo, *Epist.* 16, ad Principiam; san Agustin, *Epist.* 165; Próspero, in *Chronie.* lib. vii, cap. 9; Teodoro, lib. v, cap. 23; Sozomeno, lib. viii, cap. 24; Sanctoro, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo v de sus Anales, años 400, 401, 402.

—Qué de veces ha dejado Dios de castigar muchos y malos pecadores, por solo un justo á quien ama y quiere tanto su Majestad, que solo por no darle un disgusto y hacerle un agrado deja de castigarlos! Y si llegan las maldades de los hombres á ser tantas, que ya no puede dejar de enviarles el castigo, quitá de en medio al justo, y se lo lleva para sí, solo á fin de que no lo vea. Abunda la Escritura sagrada y divinas historias de ejemplos de lo dicho, y en la presente vida del glorioso san Anastasio tenemos á la vista uno bien raro. Habian llegado los pecados de los hombres ciudadanos de Roma, señora del mundo, á tal estado de malicia, que ya Dios determinó castigarlos, quitándoles el dominio, y haciéndoles de señores siervos de sus enemigos: suspendía el castigo, porque amaba á su vicario y gran siervo Anastasio; pero cuando ya su ira, digámoslo así, no pudo mas sufrirlos, por eso se resolvió á castigarlos; y para hacerlo, sin darle el menor pesar y sentimiento á su amado Anastasio, ¿qué hizo? Quitólo antes de en medio: llevólo á gozar de su gloria, y luego envió los godos para que castigasen á los romanos, ganándoles su ciudad, haciendo esclava á la señora del orbe, abrasándola, destruyéndola, y haciendo en ella á sus habitantes tal estrago, que si es compasion referirlo, ¿qué sería mirarlo? Pidamos todos á Dios nos libre de ofenderle, para que no irritesmos su divina justicia; y para conseguirlo será buen medio valernos de la intercesion de su vicario y amado siervo, el bendito san Anastasio, con quien le gocemos en la gloria. Amen.

SAN PEDRO ARMENGOL, MÁRTIR.—En la Guardia de los Prados, villa del arzobispado de Tarragona, nació Armengol, cuyo apellido hoy permanece en la muy ilustre casa de los barones de Rocafort, descendiente de la casa de los condes de Urgel, familia, aunque por sí muy noble, nobilísima por ilustrada con las reales ascendencias de los condes de Barcelona, y reyes de Francia, condes de Flandes, y reyes de Castilla y Aragon, gozando en su madre de igual nobleza. Hallóse en su nacimiento el venerable P. Fr. Bernardo Corbera, religioso de la Merced, y profetizó del recién nacido infante, diciendo á su padre: «A este niño un patíbulo ha de hacerle santo.» Pusieronle en el santo bautismo por nombre Pedro. Su crianza fué como de mayorazgo noble, rico y deseado. Su madre, que tiernamente le amaba, le dió con el alimento, virtudes: y para que desde luego fuese, como ella, devoto de María Santísima, sin pecado concebida, le repetía al pecho su dulcísimo nombre: con que en tiernos gorjeos, mucho antes que á su padre y madre, supo Armengol nombrar á María, regalándose con tan

suavísimo nombre; y cuando ya pudo extenderse á mas su halluciente lengua, fué á repetir tan continuamente la oracion del *Ave Maria*, que parecia no habia de saber articular otras palabras; porque á cualquiera cosa, que le dijese, respondia *Ave Maria*, prosiguiendo hasta acabar la oracion.

Murió su madre, dejándole en edad tierna; pero como lo dejó tan bien doctrinado; creció en él con la edad la devocion á la Virgen: con que no solo repetia la oracion, que aprendió á los pechos de su madre, sino estudiaba otras, que decirla, con ternura y amor: rezaba el rosario todos los dias; y ayunaba todas las vísperas de las festividades de esta Reina soberana. Aprendió á leer, escribir, y la lengua latina con gran facilidad. Frecuentaba el templo con gusto: atendia con devocion al santo sacrificio de la misa: y cuando ya tuvo edad para ello, confesaba y comulgaba con ternura, devocion y afecto grande. Era en fin modesto, afable, cortés, humilde y tan agradable á todos, que de todos tiernamente era amado.

¿Quién dijera que en tan buena educacion y costumbres, habian de imprimirse otras que fuesen menos loables? Pero cualquiera lo dirá que considerare la inestabilidad de nuestra flaca naturaleza, y con especialidad la de un niño, que es de cera, en quien hace impresion cualquier ejemplo. Túvole bueno Armengol en el ayo, y maestro, á quien le dejó encomendado su padre, cuando, despues de viudo, le llevó la obligacion de su sangre á asistir al rey en honrosos ejercicios, en que le empleaba. Pero (¡ó fuerza de las malas compañías, y cuántas torres de virtud has derribado!) dió Armengol en acompañarse, entrando en la juventud lozana, con hombres rufos, bravos y valientes, que viéndole de ánimo esforzado, y que jugaba con valor y destreza la espada, arrojaba con bizarría la barra, blandia con gala la hasta, corria, luchaba, saltaba y hacia mal á un caballo tan bien como el mas brioso caballero de su edad; todos venian á probar con él sus fuerzas, destreza y valor; y él á todos en todo vencía, hasta en las atenciones y urbanidad, con que los llevaba á su casa, los regalaba y asistia en cuanto deseaban; que siendo muchos muy gastadores de lo ajeno, y poco atentos, vino en breve tiempo á conocerse el menoscabo de la cuantiosa hacienda y patrimonio de Armengol; y no fué esta la mayor pérdida; que mayor, sin comparacion, fué la de sus virtuosísimas costumbres. Trocose al fin tanto con el ejemplo malo, que con facilidad pasó de virtuoso á desatento, de modesto á arrojado, de obediente á libre, de cortés y humilde á soberbio y vano. Parecieron al principio travesuras de la mocedad tantas desatenciones; mas presto llegaron á ser insultos: que quien empieza á despeñarse, no para hasta el profundo.

Como eran malas nuevas, presto corrieron, si no volaron, á los oidos de su padre las travesuras de Armengol, y como habia en su ausencia pasado su hijo de serafín á demonio: dió la vuelta á su casa; y bien informado de todo, estando á solas con su hijo, le dijo estas bien sentidas razones: ¿Qué desórdenes son los de vuestra vida, infeliz Pedro! Que no me atreva ya á llamaros hijo, viendo que degenerais de tal. ¿Pensais que el nacer noble es privilegio de vivir mal? No es sino regla de obrar bien; que quien nace noble, nace con muchas obligaciones; y el tenerlas es para cumplirlas. El valor de los que nacen

como vos, es para capitanear soldados; nó para acaudillar vagamundos. Si sois valiente, servid al rey en la guerra, y no le inquieteis sus vasallos en la paz. Ya entiendo aquella sentencia del santo Fr. Bernardo Corberá, con que os amenazó, recién nacido: que un patibulo afrentoso os haria santo, me dijo: lo del patibulo, creo; lo de santo, dudo. Tenga piedad de mí el cielo, y no vean mis ojos tal afrenta. Aquí atajó el llanto las voces; y Armengol, enternecido, confesó su culpa, y propuso la enmienda.

Con esto se despidió, y despidió cuantos amigos y malas compañías tenia dentro y fuera del lugar, dedicándose, por divertirse, á la caza: y aunque tambien en este ejercicio consumia grandes cantidades de su hacienda, todas las daba por bien empleadas el padre, pensando que con este precio compraba la quietud de su hijo. Pero engañóle su buen afecto; pues ántes de la caza nació su total ruina. Fué, pues, el caso que otro caballero, saliendo á caza un dia, dispuso la batida, ó tela, en el mismo sitio que Armengol, y echando un jabalí por su desgracia, tuvo fortuna Armengol de que acosado de los perros y cazadores, se le viniese el bruto á las manos, con que previniendo el venablo, le quitó la vida. ¡O qué fácil es, y cómo se viene á las manos la desgracia! Seguia la fierá el caballero que la descubrió primero; y hallándola muerta á los piés de Armengol, le dijo colérico: Solo vos os atrevierais á oponerse á mi fortuna y á mi gusto: este bruto que habeis muerto, le descubrió mi diligencia; pero ya sé que vuestros arrojados os hacen vano: yo soy tan bueno como vos, y no he de sufrir vuestras temeridades locas; que en vano teneis crédito de bizarro, si son asi vuestras proezas. Ni vuestra arrogancia, ni la ocasion da lugar á satisfacciones que pudiera daros, dijo Armengol; que en tales lances, el que se disculpa está cerca de ser cobarde; sacad la espada y vereis quién de los dos es el arrogante. Con la misma presteza que los dos midieron los aceros, acudieron á esparcirlos los criados y compañeros de una y otra parte; mas no hicieron las amistades, por estar muy á la vista el duelo.

Resolvió Armengol seguir la venganza á sangre y fuego; pero no resolvía el modo: porque desafiar á su contrario á singular batalla, le parecia poca sangre á su furor: pegar fuego á la casa, era corto incendio al Etna de su enojo; y solo se aplacaba, si resolvía acabar con todo el linaje de su enemigo. Para esta tan sangrienta determinacion juntó muchos foragidos que el miedo tenia ocultos, y se hizo capitán de tan infame turba. Enormes delitos trae consigo la vil ocupacion de un bandolero, salteador, ladron y homicida, y mas en el que, por ser capitán, no solo comete las culpas que ejecuta, sino es las que patrocina, manda, permite y aconseja. Tan grandes y tantos fueron los pecados de Armengol, que sin duda los callan las historias por muchos y enormes; aunque nó sé si aciertan en callarlos: pues cuanto mas se viera la porfia del delincuente en ofensas contra Dios, luciera mas su divina misericordia en los favores, con que le hizo santo.

Como padre, como justo y como noble, sentia Arnaldo los desafueros de su hijo; como padre, sentia perderle; como justo, el desprecio de la ley de Dios; y como noble, el borron infame de un bandolero, y el justo castigo que á semejantes delitos se sigue. Fuése, pues, á la corte, por

alejarse de tan tristes nuevas, como cada día llegaban á sus oídos, y ver si con el empleo del servicio del rey podía divertir tan enojosas penas. Pero habiendo de pasar el rey don Jaime de Valencia á Mompeller, fué forzoso limpiar los caminos de bandoleros; y como el rey tuviese toda confianza de la experiencia militar de Arnaldo, le fió esta empresa, que admitió gustoso por servir á su rey, y porque no se fiase á ministro ménos ejecutivo el justo castigo de su hijo. Tomó dos compañías de infantes, algunos caballos, y siguió el camino á encontrarse con los bandoleros. Despachó soldados por espías: y cebándoles la codicia, para prenderles la libertad, echó al camino dos acémilas cargadas ricamente, para que se divirtiesen con la presa y él pudiese embestirlos. Como lo trazó su idea, así le sucedió; porque los bandoleros dieron luego sobre las cargas, y sobre los bandoleros los soldados con tal valor en ellos, que fueron unos presos, otros muertos, y los mas heridos.

Trabados confusamente soldados y bandidos, dispuso el cielo misericordioso que los dos capitanes, padre é hijo, se encontrasen para lidiar entrambos. Pelearon valerosamente un rato, hasta que reconociendo Arnaldo, que su competidor le iba ganando lo alto del monte, para apelar á la fuga, le desafió á pelear desde mas cerca, dejando los caballos y midiendo en el suelo los aceros. Admitió Armengol con bizarría el desafío, y desmontando con lijereza, pisaron á un tiempo la tierra padre é hijo. No sé á qué impulso, sin duda oculto de la naturaleza, se detenían los golpes; pues tirándose con destreza y valor, ni habia acometimiento que no empezasen, ni herida que concluyesen. Mas batallaban en el pecho los afectos que en las manos las espadas. Gritaba la naturaleza en el pecho, y así rompiendo dificultades, prorumpió en los dulcísimos nombres de *hijo* y *padre*, si bien recataban las voces, del uno la severidad, del otro la vergüenza. Hicieron los ojos á este tiempo su oficio; los de Armengol llorando á los pies de su padre, y los de Arnaldo procurando retirar las lágrimas severo.

Entre gemidos alentó Armengol las voces; y convertido al cielo, dijo á su padre: Ya, señor y padre mio, permitid que así os llame, aunque no lo merezca; que os he menester piadoso, pues me confieso culpado; y teneis á vuestros pies un hijo que desconocidamente ingrato, os ha pagado en ofensas, cuanto os debió en beneficios. Confieso que troqué el ser de hombre en ser de fiera, cebado en crueldades y muertes; la educacion cristiana en relajacion viciosa; la nobleza ilustre en ocupacion infame de ladrón, homicida, salteador y bandolero: aquí me teneis á vuestras plantas: vuestra piedad invoce, para que perdonándome piadoso la vida, pueda buscar penitente y arrepentido el perdón de mis yerros: yo os ofrezco no daros mas disgustos, retirándome donde el mundo no sepa mas de mí: echadme vuestra benedicion y perdonadme; pues sois padre. Pero si porque os mirais juez, solo queis ostentar lo severo; prendedme enhorabuena, y muera yo en un cadalso: muerte afrentosa sea mi fin, como me la logre penitente. Enternecido el padre con tan humildes y bien sentidas razones, levantó al hijo del suelo á su pecho y á sus brazos con tiernos arroyos de lágrimas, que le embargaron las voces: y viendo que no habia testigos ni otro embarazo; pues los bandidos y soldados, huyendo unos y siguiendo otros al alcance, los

habian dejado solos en la pelea, resolvieron que Armengol pasase á Barcelona, donde viviese retirado, hasta que su padre con sus ruegos, merecimientos y servicios, pudiese alcanzar el perdón del rey: el cual fué fácil por disposicion del Altísimo, que le tenia á Armengol preparado el suplicio para que le coronase mártir, y nó para que le castigase malhechor.

Con brevedad llegó Armengol á Barcelona, donde estuvo muchos dias oculto, llorando sus culpas, sin querer dejarse ver, ni aun de sus nobles parentes, por considerarlos, quanto mas nobles, mas ofendidos de su infame vida: y era así; que cuanto estimaban su sangre por el lustre que les daba, aborrecian su persona por el borron y feo lunar que con su vida les habia causado. Al principio de su conversion era tan vehemente el dolor y conocimiento de sus enormes delitos, que á cada paso le parecia se abria la tierra y se le tragaba el infierno, y aun le parecia poco castigo. Sin cesar lloraba, sin cesar heria sus pechos, y sin cesar temia. Pero como se miraba de todos aborrecido, comenzó tambien á aborrecerse á sí, y nó ya con aquellos primeros fervores lloraba sus culpas, divertido en solo verse de todos mal visto. Pero ¡ó bondad de Dios inmensa! ¡O Señor! ¡y lo que haceis por ganar un alma! Apenas vió su piedad la de Armengol distraida, cuando con nuevos silbos volvió pastor divino á buscar la perdida oveja. Trájola á la iglesia del convento de la Merced, á tiempo que el bendito Fr. Bernardo Corbera, el que profetizó su martirio, estaba predicando penitencia y exhortando á los pecadores á la enmienda de sus vidas y temor de Dios: y como le hablaba Dios al alma, cuando el predicador al oído, despertó en un instante del letargo, en que adormecía; sintió dentro de sí un fiscal que le acusaba severo; y vuelto á su corazon, le decia: «¿Hasta cuándo, obstinado corazon, has de irritar la divina justicia? ¿Hasta cuándo has de abusar de la misericordia? ¿Hasta cuándo has de vivir en obscuras tinieblas? ¿Acaso piensas que haberte sufrido Dios, los delitos á millares, y librádote tantas veces del infierno, es para que solicites tu condenacion? Nó, corazon, nó, no seas ingrato: sé agradecido á un Dios tan liberal, que derramando sus misericordias, te llama para perdonarte; y siendo él ofendido, concierta las amistades. ¡O Dios amante! ¡O Dios misericordioso! ¡O Dios mio, que si no fuerais misericordioso y amante, no fuerais mio! Ya os busco: ya os solicito, y os quiero de todo corazon; mi alma toda se vuelve á vos: alumbradme, por quien sois, lo que tengo de obrar para agradaros. El primer paso para vos, bien sé que es una confesion verdadera, dolorosa y entera; ayudadme vos, padre de las luces, ilustrando mi alma, para que vea cómo son mis yerros, y los llore como merecen.» Hecha la propuesta confesion, lleno de dolor y lágrimas, despues de prevenido y diligente exámen, dió infinitas gracias al Señor, de que le habia puesto en estado de ser amigo suyo. Nuevo soldado ya en la milicia de Cristo, quiso tomar nuevo estado; y acordándose de su antigua, y para su mal, perdida devocion á la Reina de los ángeles, María Santísima, sin pecado concebida, viendo cuán bien le estaria tener de su parte tan divino abogado, instó con súplicas, ruegos y oraciones á la Madre de la gracia, fuese servida de alumbrarle, para no errar en una determinacion de que pendia su salud eterna. Oyóle la divina Señora, y entre

luces gloriosas se dejó ver de su siervo, y le dijo : que era gusto de su Hijo, dejase el siglo y se retirase á ser religioso de la Merced; y allí le seria protectora especial, como era singularmente madre de aquella religion. Absorto quedó Armengol, y como fuera de sí, con favor tan grande, y mucho mas, cuanto se consideraba indigno de él, por sus grandes culpas; pero considerando que eran grillos que le ponía la gran Madre de la misericordia, porque no le volviese ingrato otra vez la espalda, determinó luego obedecerla.

Partióse ansioso al convento de la Merced, centro de sus felicidades todas; pues en él nuevamente se habia convertido á Dios; en él habia purificado su alma, por medio de la confesion, y en él esperaba ser hijo de tan divina Madre, que lo es del mismo Dios. Saludó con suspiros y lágrimas los umbrales: y llegando á la presencia del venerable P. Fr. Guillen Bas, general de la religion y sucesor inmediato de san Pedro Nolasco, le declaró humilde su venida. Probó el venerable padre con algunas dilaciones su constancia y perseverancia virtuosa; la cual conocida bien, le vistió el sagrado hábito, con aprobacion y consentimiento de los demás religiosos, prometiéndose todos en el nuevo compañero un ejemplar de virtud y observancia. Divulgóse por Barcelona el suceso, con grande admiracion, por ser tan notoria la fama de los delitos de Armengol; pero fué causa tal mudanza de vida, de que muchos nobles relajados mudasen tambien la suya, y se dedicasen á servir á Dios en la religion, ganando Armengol trofeos tantos al principio de su conversion, que le asegurasen los infinitos que esperaba en el discurso y fin de su vida, volviendo á Dios, por cada alma que le quitó cuando fué bándolero, muchos millares siendo religioso.

Como habian sido raros sus delitos, buscó raros modos de satisfacerlos. Los ayunos eran tan continuos, que mas parece se sustentaba de la abstinencia, que de los manjares, que eran unas yerbas mal cocidas. Las lágrimas eran su alivio y continua tarea: la oracion de dia y noche: su dormir en tierra y muy poco: á la túnica de estameña, que por regla vestía, puso un cilicio por dentro disimuladamente, ciñéndola despues con una soga de esparto llena de nudos; y porque le pareció poco mortificado el cíngulo, trocó la soga con una cadena de hierro con que de dia se ceñía, y de noche tomaba rigurosísimas disciplinas. Su humildad era raro ejemplo á todos; porque á todos se humillaba. Al fin en todas las virtudes procuró adelantarse tanto, cuanto ántes lo habia hecho en los vicios: con que si en estos fué extremado, en aquellas salió extremadísimo. Conocieron los prelados las excesivas penitencias del novicio, en la palidez del rostro, cosa que no estaba en su mano ocultarla; que á poder, bien lo haria, por no verse en riesgo de que se las minorasen por obediencia, como lo hicieron: y siendo así que siempre halló en el gozo y prontitud la santa obediencia; en esta ocasion, si obedeció pronto, faltóle la alegría; porque cuando él deseaba aumentar rigores á sus penitencias, advertia se los minoraban piadosos; y sobre todo le mandaron tomar el alimento preciso, para que no desfalleciese. Al fin, por mucho que le minoraron las penitencias, como ellas eran tan excesivas, aun restaron muchas; porque se quedó con el cilicio perpetuo, con las disciplinas frecuentes, con las vigiliias de la noche,

con las lágrimas de sus ojos, y dolor de su corazon. Todos estos pactos sacó, con que obedeció humildemente resignado, en la relajacion de sus penitencias. ¡Cuáles y cuántas debian de ser ántes; pues despues de muy relajadas, quedaron tantas!

Cumplido el año de noviciado con estas tan raras mortificaciones y empleo de todas virtudes, hizo su profesion solemne en manos del mismo que le dió el hábito, creciendo, si ser podia, el fervor con las nuevas obligaciones. Profeso ya, le destinó la obediencia á pedir limosna para su santo instituto de redimir cautivos. La ciudad toda y sus mismos parientes le miraban ya con otros ojos; porque edificados de su rara mesura, humildad y modestia, convertian en respeto y veneracion los desprecios y baldones de ántes: con que creció á grandes sumas la limosna para la redencion, y de Armengol se aumentaba la humildad, al paso que la fama de sus virtudes. A este tiempo pasó á Murcia por redentor de cautivos el reverendísimo maestro general, que habia dado el hábito y profesion á Armengol; y viendo en él tanta virtud y ardientes deseos de poner en ejecucion el voto de redimir cautivos, determinó llevarle por su compañero. Obró en este tan piadoso y caritativo empleo á satisfaccion de la religion toda, y de sí mismo, que es el mayor encarecimiento, siendo tan ardientes sus deseos de servir en tan santa obra. Volvió en fin con doscientos y trece cautivos rescatados. Volvióronle otra vez á emplear en otra redencion, que se hizo en Granada, de donde volvió con otros doscientos y dos cautivos: y viendo en él tan grande talento y virtudes tantas, le mandaron ordenar los prelados. Obligóle la obediencia á lo que su grande humildad rehusaba; porque se juzgaba indignísimo del alto grado de sacerdote.

Ordenado ya, celebraba todos los dias el santo sacrificio de la misa, con tanto amor, ternura y lágrimas, que cuantos le miraban en el altar, se compungian doloridos, como si mirasen á Cristo crucificado; de suerte, que de oír misa salian los pecadores tan enmendados, como si salieran de oír un sermón de un predicador apostólico y santo. Tercera vez le eligió la religion por redentor, nombrándole caudillo de quince religiosos, que pasaron á Argel, no solo á rescatar los cuerpos de los cautivos, sino tambien las almas de los infieles, sembrando en ellas la divina semilla del Evangelio, que aunque no les hubiera dado mas fruto, que la conversion del rey Almohazen Mahomet, llamado, despues de cristiano y religioso mercenario, Fr. Pedro de Santa María, bastaba para que se diesen por satisfechos de lo mucho que en dicha mision y redencion padecieron. Adelantaron el rescate á trescientos cuarenta y seis cautivos: y no alcanzando el dinero, se hubieron de quedar en rehenes, yendo uno de los quince á llevar los cautivos. Luego que llegó con ellos, contó la determinacion, á que el zelo de Armengol habia empeñado á sus compañeros: cosa, que todos celebraron con lágrimas de ternura, amor y santa envidia. Como la accion era tan piadosa, brevemente juntaron de los fieles las cantidades que bastaron á rescatar los redentores y otros ciento y ochenta cautivos mas.

Al punto que llegó de Argel, le señaló la religion para ir á Bugía, dándole por compañero al P. Fr. Guillermo Florentino, varon de grande nobleza y mayor virtud. Con alegría y regocijo espiritual llegaron los dos á Bugía, y

rescataron ciento y diez y nueve cautivos, sin ofrecerse accidente que les embarazase el darse luego á la vela, para volverse á la patria; pero como Dios tenia allí dispuesto el teatro de sus glorias á Armengol, lo dispuso de otra suerte su alta providencia, haciendo llegase á su noticia la esclavitud de diez y ocho niños, que como inocentes corderillos estaban en poder de aquellos lobos, casi para ser despojos de Satanás, dejando la fé de Jesucristo, que profesaban, por la infame secta de Mahoma, movidos ya de los halagos, ya de los rigores y castigos, que en ellos ejecutaban aquellos bárbaros. Reconoció Armengol que este era el caso, en que habia prometido ofrecerse á las cadenas del cautiverio por el voto de su profesion; y así se ofreció luego por prenda, quedando en rehenes de mil escudos, en que concertó el rescate de los diez y ocho niños, con obligacion de que si al tiempo señalado no se entregaban los mil escudos, fuese preso y condenado á las penas que el rey quisiese.

Partió el compañero con los cautivos, y quedóse Armengol á padecer y á obrar prodigios de caridad, hallando en él comida los hambrientos, vestido los desnudos, salud los enfermos, consuelo los afligidos y haciendo con todos oficio de padre, hasta con los mismos infieles, y en especial con su rey: porque abrasándose el palacio, se cebó lo mas activo del incendio en su mismo cuarto, donde quedara reducido á pavesas, si no le valiera Armengol, mandando con fé viva al fuego, no abrasase aquel lugar; como lo hizo obedecer al instante, huyendo de allí y cebándose en otra parte, sin hacer daño á viviente alguno. Reconocido quedó el rey por entonces al beneficio milagroso; pero bárbaro se olvidó presto: convenia que Armengol padeciese por bienhechor, como su maestro Jesus. Predicaba sin cesar, reduciendo muchos de aquellos bárbaros á nuestra santa fé, porque al fervor de sus palabras y á vista de sus milagros, no podian resistirse, sino es los ingratos. Estos, al fin, volviéndose como frenéticos contra el médico, acometieron á herirle con crueles palos y azotes, sin atender á lo pactado en los concertos, y sin advertir cuántas veces y á cuántos habia sanado de diversas enfermedades, y librado de la opresion del demonio, por su virtud, y la de los santos exorcismos. Ocho meses le tuvieron en un calabozo, repitiendo todos los dias el duro castigo de palos y azotes; pero le reereaba el cielo con divinos favores, al paso que sus enemigos le herian y maltrataban.

Cansados ya de atormentarle los bárbaros, se querellaron al ingrato rey, de que eran engañados los dueños de los esclavos; porque habia pasado el término señalado, y no venian los mil escudos: por lo cual pedian la condenase á muerte, para satisfacer su venganza, ya que nó su codicia. Desconocido el rey á su bienhechor, cometió la causa al tribunal del divan, para que le sentenciase. No faltó, para prueba de la inocente verdad, quien defendiese á Armengol, aun entre infieles bárbaros, diciendo: que lo pactado en el concierto no era pena de muerte, en caso de faltar á su tiempo los mil escudos, sino solo de prision y cárcel. Convencido el divan, le sentenció solo á pena de cárcel; pero que le pasasen á otra mas estrecha, rigurosa y segura, porque no se les huyese. Sacaronle de una cárcel, para llevarlo á otra, arrastrándolo por las calles, acoceándolo, apaleándolo, azotándolo, mesándolo y escupiéndolo; y despues de sa-

ciado su furor y rabia, lo dejaron en otro calabozo mas obscuro y horrible. Solo y aherrojado en la mazmorra, comenzó, tierno y amoroso, estas dulces quejas: Dios mio, amor mio, dulcísimo Jesus, ¿cómo permitis que tan presto me dejen de atormentar? ¡O Señor, y qué sabrosos son los tormentos padecidos por vuestro amor! Si tan dulce es el padecer, y así sizonais el dolor, no me espanto le comuniquéis con tasa; que no merecen los hombres tan gran deleite y gloria. Alábenle, Señor, los serafines, y cumplan la cortedad de este miserable, que no sabe ser agradecido á un Dios, que tanto le debe. Dejaronle maliciosamente olvidado por muchos dias, sin darle el natural alimento, para que hiciese la necesidad lo que no habia hecho la justicia; pero piadoso el cielo, le sustentó por ministerio de ángeles. Juzgándole ya difunto, entraron un dia alegres al calabozo: pero hallándole vivo, quedaron asombrados; y pasado el embeleso, certificados bien de que vivia, sin saber cómo, volvieron de nuevo con mas furor y rabia, no solo á herirle y maltratarle, sino es á instar contra su vida, añadiendo en la acusacion, que le habian oido blasfemias contra su profeta Mahoma, despreciando su ley, y predicando la del Crucificado. Conviniéron todos, en que debia morir por sacrilego y sedicioso, sin que tuviese piedad la misericordia, donde peligraba la religion; y así fué en aquel tribunal injusto condenada la inocencia de Armengol á la afrentosa muerte de horca, sin admitir apelacion.

Notificáronle la cruel sentencia; si bien llegó tarde la noticia de los bárbaros: porque como la Reina de los ángeles sabia cuánto deseaba su hijo y fiel siervo esta alegre nueva, se la anticipó visiblemente á la misma hora que se pronunciaba la sentencia: favor, que supo de sus mismos labios; que aunque siempre observó perpetuo silencio en los inmensos que recibió del cielo, en esta ocasion, como rebosaba el gozo en su alma, no pudo contenerse, sin prorumpir, al ver los ministros de justicia: Amigos, ya sé que es mañana aquel dia dichoso, y de mí tan deseado; porque la Madre de Dios María santísima, sin pecado concebida, á quien venera hasta vuestra misma barbaridad infiel, se ha dignado de comunicar tan gran favor á su siervo, dejándose ver hermosamente apacible, con regocijo inmenso de mi alma. El ángel bendito de mi guarda tambien me anunció fortuna tanta. Solo falta que vosotros no dilateis la sentencia, si ya no me quereis dilatar el deseado martirio. Con esto se quedó esperando por instantes el dia, y acusando de perezosa y tarda la noche, porque le dilataba la gloria.

Cruel y bárbara turba de ministros llegó á la cárcel, luego que apuntó el dia; y salió el invictísimo mártir vestido de su propio hábito, atadas las manos, y en la garganta una soga, tirada de un verdugo. Al espectáculo lastimoso, ofrecieron mares de lágrimas los cautivos compasivos, viendo en aquel trance á su padre, maestro, compañero, amigo y consuelo. Pero él iba consolándolos con dulzura y predicando á los infieles. Divisó desde lejos el suplicio; y postrándose en tierra, saludó con ternura la horca, como otro Andrés apóstol la cruz, y prosiguió de rodillas todo el distrito, hasta llegar á ella. Al punto que subió la escala, apretándole el cordel á la garganta, le arrojó al aire el verdugo: con que lastimados los cautivos, cuanto gozosos los bárbaros, se volvieron á sus casas, dejándole por muerto.

Ocho días estuvo pendiente de la horca, sin permitir los bárbaros, por altísimas disposiciones, que se atreviese ninguno á bajarle de ella, para darle sepultura. A esta sazón llegó su santo compañero de Barcelona, donde se habia detenido, mas de lo que se juzgó, en recoger las limosnas, de que habian de darle los mil escudos, quizá porque Dios queria en esta tardanza mostrar sus maravillas. Llegó Fr. Guillermo; y sabiendo lo que pasaba, fué á darle la queja al rey, pero sin provecho: al fin alcanzó licencia para quitarle de la horca, y llevarse las santas reliquias. Tenian notado con admiracion las guardas, que no solo no habian sentido mal olor ó corrupcion en el cadáver, sino es una fragancia y suavidad celestial, y que su rostro daba indicios de estar vivo: del cual vió el compañero salir rayos de divina luz, y acercándose, le oyó, que decia: « Señor y amantísimo Dios mio, ó ¡ qué amable, qué dulce, qué suave sois para los que os gustan! ¿ Qué ha hecho este inútil siervo en agrado de vuestra divina Majestad, que así le honrais, favorecis y regalais, enviando del cielo á vuestra santísima Madre María en su asistencia, para defender su vida? Mucha alegría es la que comunica vuestra presencia, Virgen inmaculada, á este vuestro siervo. » Con estos divinos sentimientos se elevó su benditísima alma; y vuelto del raptó, dijo á su compañero: Légate, hermano carísimo, y bájame de este lugar; que quiere Dios que viva, para que cante sus maravillas perpetuamente: ayúdame á darle gracias; y saluda á su Madre santísima, que está presente, asistida de innumerable compañía de ángeles y vírgenes. Con humildad y reverencia se acercó Fr. Guillermo: y suspendiendo la justa admiracion, bajó de la horca, ayudado de otros, á su santo compañero.

Admirados de tan estupendo prodigio, se redujeron muchos de aquellos bárbaros á nuestra santa fé: con que dió infinitas gracias á Dios el santo mártir, por la nueva y milagrosa vida que Dios le habia dado, viendo que por ella le ganaba tantas almas. Dispusieron la vuelta para Barcelona, habiendo rescatado con los mil escudos otros veinte y seis cautivos, que por orden del rey y convenio les dieron los acreedores, que habian de recibirlos ántes, por haber faltado á los primeros pactos. Salieron de Bugía al puerto; y vuelto Armengol á la ciudad, exclamó así con espíritu profético: « Por esta puerta misma, ciudad infiel y tirana, y sin justicia, entrarán á dominarte los cristianos, y pagarás entonces tus crueldades y la incredulidad á las maravillas de Dios: » cuya profecía se cumplió en tiempo del emperador Carlos V, que puso ejército en el mismo lugar, donde estuvo la horca del santo mártir, y desde allí batió el muro, y rindió la ciudad. Con favorable viento llegó á Barcelona nuestro invictísimo mártir, commoviéndose toda la ciudad á ver un santo mártir vivo; y venerándole como á tal, lo acompañó desde el puerto casi toda la ciudad á colocarlo en su convento. Despedido el concurso, se siguieron los parabienes y santas alegrías de los religiosos, y porque todos deseaban saber el maravilloso suceso, y no lo pudieron conseguir con ruegos, pasó á mandarle el prelado, lo refiriese. No pudo resistirse á la obediencia; y así respondió humilde y modesto: La Virgen María, Madre de Dios y nuestra, pidió á su Hijo santísimo la conservación de mi vida: con que alcanzado el favor, la misma Reina soberana de los ángeles me tuvo en sus santísimas manos, para que con

el peso del cuerpo no me ahogase el cordel, de que estaba suspenso.

Aquí fueron tales los actos de humildad y dulzura, que sintió en su alma, al pronunciar estas palabras, que se elevó, arrebatado en el aire en un éxtasis glorioso. Estos éxtasis y arrobos eran tan frecuentes, que casi siempre estaba trasportado, y continuamente le asista la Virgen santísima, hablando y conversando con él en su celda tan recio, que muchas veces oian las voces los religiosos. Volvió á repetir Armengol, por mostrarse agradecido á tantos favores, ayunos, cilicios, disciplinas y penitencias tantas, que pensaria, quien le viesse, que era el mayor pecador del mundo, siendo tan glorioso santo. La obediencia le empleó en lo que mas deseaba su corazón, que era la conversion de las almas por medio de la predicacion de la divina palabra, con que hizo gran fruto en la Iglesia; porque como predicaba á Cristo crucificado, y muerto en un palo, el que habia sido tambien por él mismo martirizado en otro; de que le quedaron perpetuas señales, en el cuello torcido, y el color macilento y pálido; todos se compungian y lloraban sus pecados, de solo verle. Comunicóle Dios el don de profecía y hacer milagros continuos, en confirmacion de lo que predicaba, de suerte que él era todas las cosas para todos: pues los tristes hallaban en él consuelo, los afligidos alivio, los enfermos salud, los difuntos vida, y todos todo cuanto necesitaban. Con esto era aclamado universalmente por santo: y venian á verle infinitas gentes, teniéndose todos por muy dichosos en besarle el hábito, recibir su bendicion, ó solo verle. Estos aplausos le hicieron huir de Barcelona, confuso y avergonzado; con que se fué á vivir á su convento de nuestra Señora de los Prados. Salió á despedirse toda la ciudad al camino, con tan tiernas lágrimas y suspiros, que hubo menester Armengol toda su entereza para resistirse, y proseguir su viaje, en el cual le sucedieron prodigios. Uno, y el mas notado fué, que llegando al rio, que llaman Llobregat, se entró por él, andando sobre sus aguas, como por tierra firme; y estando en medio de su corriente, oyó tocar á las Avemarías en la iglesia de un lugar vecino. Tenia costumbre de hincarse de rodillas, para saludar á la Virgen María; y al ir á ejecutar su devocion, se dividieron las aguas, ofreciéndole alfombra las arenas enjutas; sin que se volviese á juntar la corriente, hasta que hubo acabado de rezar, y pasado á la otra parte. Con este tan maravilloso suceso creció tanto el crédito de su santidad, que al llegar al convento, lo recibieron los religiosos, como á un ángel venido del cielo.

Ocho años vivió en este convento la misma vida gloriosa, y casi bienaventurada, que vivió dos en Barcelona, despues de la vuelta de Bugía; porque todo era éxtasis, arrobos, favores del cielo, y continuos coloquios con la Virgen María. Deseaban los religiosos les dijese lo que pasaba en tan continuos raptos; y solo decia lo del apóstol: « Dios lo sabe: yo mismo no lo alcanzo. Solo sé, que es dichosísimo el hombre que padece por Cristo. » Con esto se elevaba su espíritu, y callaba. Viviendo vida tan santa, le previno Dios, para darle la posesion de la eterna, con una calentura y gravísima enfermedad, que á ella se siguió, y él llevó la paciencia de un Job. Pidió le diesen el Viático: habiéndole recibido con dulcísimas lágrimas, se quedó en un éxtasis misterioso. Volvió de él, profetizando

su muerte para el siguiente día, que se contaban 27 de abril: en el cual, habiendo recibido la extremaunción, dió su bendita alma, que voló al cielo, acompañada de la Reina de los ángeles, María, que habia bajado á asistir y hacer glorioso su tránsito. Luego que espiró, comenzó de nuevo á obrar prodigios, continuando los que obraba en vida. Tres hombres y cuatro mujeres, oprimidos de gravísimas enfermedades, fueron los que primero experimentaron el favor milagroso: á cuya fama se siguieron infinitos, y todos hallaron remedio á su mal. Despues en su sepulcro hallaban salud los enfermos, y vida los muertos, de que fueron testigos infinitas mortajas, piernas, brazos y tablas que adornaban su capilla: cuya memoria se perdió en un incendio, que el año de 1646 abrasó todo el templo de la Guardia, á donde por varios accidentes habia sido trasladado el santo cuerpo; asimismo se quemó un libro, en que para memoria perpetua se escribían los casi infinitos milagros que el santo obraba: por lo cual, y por dar fin con brevedad á tantas maravillas, que casi no le tienen, referiré solo alguno de los muchos, de que hay memorias despues de tantas pérdidas. Uno fué, que llegando el fuego en el sobredicho incendio á tocar la caja, en que estaban los huesos sagrados, quedaron las ascuas apagadas sobre el tafetan que la cubria, venerando voracidad tanta tan sagradas reliquias. Otro, que incluye en sí infinitos, hace Dios continuado por su siervo y mártir glorioso; y es, que siempre que hay falta de agua, con solo llevar en procesion la caja, en que están sus huesos santos desde la Guardia á la ermita, que ha quedado donde estaba el convento de nuestra Señora de los Prados; al punto experimentan el milagro, enviando Dios tanta abundancia de agua, que fertilizados los campos, y regocijados los ánimos de todos los de la comarca, rinden á Dios y al santo infinitas gracias, por la que por sus méritos é intercesion reciben. A mas de esto, en estas mismas ocasiones, en que sacan en procesion las santas reliquias, se ven otros patentes milagros de tullidos, que cobran piés; mancos y baldados, manos; ciegos, ojos; sordos, oídos; mudos, voz; y al fin todos sanan de todas enfermedades; hasta los muertos vuelven á la vida. Cesó; porque fuera nunca acabar. Fué el glorioso tránsito de nuestro insigne mártir el dicho día 27 de abril, el año de 1304 de nuestra redencion. Escribieron su vida y martirio Zumel in tract. de Vitis Patr. Ordin. de Merc.; Torres en su Agricultura del alma, tract. II, cap. 2; Salmeron en sus Recuerdos hist. recuer. IV; Ramon in Chronic., tom. I. lib. IV, cap. 21; Corbera in vit. Sancta Mariae de Cervellon, cap. 21; Carrillo en sus Anal. lib. V; Domenech en su Flores Sanctorum de Cataluña; Guimerá en su Historia del Puche, cap. XI; Vargas in Chronic., tom. I, lib. I, cap. 40, y otros muchos.

* SAN ANTIMO, OBISPO, Y OTROS MUCHOS MÁRTIRES. — Descubrióse en Nicomedia una conspiracion el año 303, cuyo objeto era asesinar al emperador Diocleciano que se hallaba en aquel punto; y deseando saber cuál era ó eran los delincuentes, consultaron los adivinos, y por el odio que profesaban á los cristianos hicieron recaer el crimen sobre ellos. Convencido el emperador de que era verdad cuanto decían los adivinos, mandó que todos los cristianos renunciasen la religion del Crucificado, ofreciesen incienso á los idolos, ó de nó, que fuesen pasados todos á cuchillo. Antimo era obispo de aquella ciudad; y como permaneciese fiel á la religion cristiana, sufrió el martirio, como tambien los demás cristianos; siendo afligidos con varios tormentos, unos abrasados vivos, otros ahogados en el mar, y otros, en fin, degollados.

LOS SANTOS CASTOR Y ESTEBAN, MÁRTIRES. — Sufrieron martirio en Tarso de Cilicia, durante la persecucion de Diocleciano. Ignoramos las particularidades de su vida, y de los suplicios con que fueron atormentados, por haberse perdido las actas de su martirio.

SAN TERTULIANO, OBISPO Y CONFESOR. — Fué el octavo obispo de Bolonia, cuya iglesia empezó á gobernar por los años 470. Edificó á siete mil pasos de la ciudad un célebre monasterio, llamado de Santa Elena, donde se observó por muchos siglos la primera disciplina de los monges. San Tertuliano murió en paz, despues de un pontificado bastante largo, aunque se ignora el año fijo de su muerte.

SAN TEÓFILO, OBISPO. — Ferraris en su catálogo de los santos de Italia, dice: que Teófilo gobernó la iglesia de Brescia entre Gaudencio y san Silvano, tambien obispos de la misma ciudad, y que por sus grandes virtudes mereció ser contado en el número de los santos. El tiempo preciso en que vivió, continúa el mismo escritor, y lo que hizo durante su vida, no ha llegado hasta nosotros. Solo, pues, sabemos, que floreció en el siglo V.

SAN JUAN, ABAD. — En tiempo del emperador Leon Isauro, vivia en Constantinopla en el monasterio de los Cataros un hombre venerable llamado Juan, que por su celo y su predicacion en defensa de las santas imágenes fué desterrado y perseguido atrocemente. Pero como continuase en su propósito, fué llamado á la presencia del emperador, y habiéndole este reconvenido por sus imprudencias, el santo echóle en cara con toda libertad su abominable pecado, y la impiedad de que se hacia reo. Al punto le golpearon los ojos con unas varas, y despues atado de manos y piés lo metieron en un calabozo, y estuvo así por espacio de diez y ocho meses, sufriendo toda clase de insultos y de miserias. Por fin, sacado de la cárcel, no queriendo ceder en su constante defensa del culto de las imágenes, lo mandaron otra vez al destierro en una isla, donde murió santa y gloriosamente al cabo de dos años y medio, el 813.

SANTA ZITA, VIRGEN. — Nació á principios del siglo XIII en Monsagrati, pequeño pueblo cerca de Luca en Italia. Criáronla sus padres en el temor de Dios, y se aprovechó con tanto fruto de sus lecciones, que aun de muy tierna edad era el embeleso de cuantos la conocian. A la edad de doce años entró al servicio de un caballero principal de Luca, y lejos de molestarla la asiduidad de tan humildes ocupaciones, encontraba con ellas la mayor gloria. Consideraba su trabajo como una ocupacion que Dios le habia señalado, y como parte de la penitencia que merecia por los pecados. Levantábase todas las mañanas algunas horas ántes que los demás de la familia, y empleaba en oracion una parte muy considerable del tiempo que otros gastan en el regalo del sueño. Todo el tiempo que le sobraba de sus obligaciones, que cumplia con suma exactitud, lo empleó siempre en prácticas piadosas. Sus virtudes tuvieron que sufrir muchos contratiempos en este mundo, porque Dios que la habia escogido para ser su esposa queria hacerla digna de él, dándole á beber el cáliz de la tribulacion. Sus amos la despreciaron, sus compañeras la calumniaron, sus parientes la abandonaron y la

persiguieron, hasta que al fin el Señor, que veía la santidad de su sierva, se dignó justificarla con todos, y hacerla amable á cuantos la veían. Siempre igual, siempre humilde y modesta, fué Zita un ejemplar de grandes virtudes en la condicion oscura á que el cielo la habia destinado. Siempre fué obediente á Dios y á toda clase de superiores: atrajo las bendiciones del cielo sobre cuantos la rodeaban; y en su última enfermedad, despues de haber profetizado claramente el día y la hora de su muerte, mostrándose mas alegre y mas gozosa que nunca, fué á unirse con su esposo celestial, á los 27 de abril del año 1272. Los milagros obrados junto á su sepulcro, y otros en favor de sus devotos, obligaron al papa Leon X á autorizar su culto, y colocarla en el catálogo de los santos.

SANTO TORIBIO, ARZOBISPO DE LIMA, EN EL REINO DEL PERÚ. — Su fiesta se celebra el 23 de mayo.

DIA 28.

SAN VITAL, MÁRTIR. — Entre los otros santos que derramaron su sangre por Cristo en la persecucion de Neron, uno fué, segun muchos autores, san Vital, caballero principal de Ravena y marido de santa Valeria, y padre de Gervasio y Protasio, que todos cuatro fueron ilustres mártires del Señor: aunque no falta quien diga, que no fueron tan antiguos, ni padecieron en aquella primera persecucion de Neron, sino despues, fundándolo en la relacion de Filipo, que por revelacion divina halló san Ambrosio con los cuerpos de san Gervasio y Protasio, y en otras conjeturas. El martirio, pues, de san Vital, de quien aquí escribimos, como se saca de san Ambrosio, de Pedro Damiano y de Gerónimo Rubeo, historiador de las cosas de Ravena, fué de esta manera. Habian preso los gentiles en Ravena á un cristiano llamado Ursicino, de profesion médico, y habiéndole dado muchos y atroces tormentos, los cuales él habia sufrido con grande constancia y fortaleza, ayudado de la gracia del Señor. Dieron sentencia de muerte contra él, y lleváronle al lugar del suplicio, para ejecutarla, y cortarle la cabeza. Cuando vió que se llegaba la última hora, y que el verdugo desenvainaba la espada y le vendaban los ojos, y que ya no faltaba sino recibir el golpe, comenzó, como hombre, á desmayar y á perder el vigor que ántes habia tenido, queriendo nuestro Señor mostrar en esto cuán fuerte es el hombre con su gracia, y cuán flaco de su cosecha, y dar ocasion con la flaqueza de Ursicino, para que Vital manifestase su fortaleza, y ambos fuesen gloriosos mártires; porque estando Ursicino ya casi rendido, y para adorar á los dioses falsos, Vital, que estaba presente á este espectáculo, compadeciéndose de él, y juzgando que le corria obligacion de socorrerle en aquel conflicto, alzó la voz, y públicamente le dijo: ¿Qué es esto, Ursicino? ¿Qué dudas? ¿Qué temes? Habiendo tú, como médico, dado salud á tantos enfermos, ¿ahora te dejas herir y no sabes curarte á tí mismo? Has padecido tantos y tan crueles tormentos, ¿y quieres ahora perder en un punto todo lo que has ganado, y derramar lo que has recogido? Acuérdate que con esta muerte que se acaba en un soplo, comprarás una vida bienaventurada que no tiene fin. Fueron de tanta eficacia las palabras de Vital, que detuvieron al que iba á caer, y le animaron de tal suerte, que con grande alegría y valor tendió el cuello al cuchillo, y murió por Cristo: y san Vital, no contento

de haber dado vida al alma de Ursicino, por dar honra á su cuerpo muerto, con gran celo y vigor le hurtó y lo sepultó. El juez, que se llamaba Paulino, visto lo que Vital habia dicho y hecho, entendiendo que era cristiano, lo amonestó blandamente que dejase la vana supersticion de los cristianos, y siguiese la antigua y verdadera religion de los romanos, porque de otra manera le castigaria. Burlóse Vital de las palabras de Paulino, diciéndole que mejor haria él en dejar de adorar los dioses que no sirven sino de nidos de malas sabandijas, en donde las arañas tejen sus telas y las lechuzas se acogen entre día; y adorar á Jesucristo, criador de los cielos y de la tierra. Mandóle el juez atormentar en el eculeo, donde fueron despedazadas sus carnes y descomentados sus miembros, y provocada su fé y paciencia: y como todo esto no bastase para trocarse y ablandar y rendir el pecho fuerte y esforzado de Vital, mandó Paulino que lo llevasen al mismo lugar donde habia sido ajusticiado Ursicino, y que hiciesen en él un hoyo muy grande, y no queriendo Vital adorar á los dioses le echasen vivo en ella y le hinchiesen de tierra y piedra para que allí muriese ahogado y sepultado, y con este género de martirio dió san Vital su alma á Dios. Esta sentencia de muerte dió Paulino contra Vital, á persuasion de un sacerdote de Apolo, en el cual luego que murió san Vital entró el demonio y le comenzó á atormentar tan terriblemente, que daba gritos y decia: Quémame, Vital: atormentásmeme, Vital: enciéndesme, Vital. Padeció este tormento siete días; y no pudiendo mas sufrir el fuego que le abrasaba, se echó en un rio y se ahogó, en pago del mal consejo que habia dado contra el santo: el cual, por el contrario, mereció morir por Cristo, por el buen consejo que habia dado á Ursicino, ayudándole á morir por el Señor. Celebra la Iglesia el día del martirio de san Vital á los 28 de abril, en que murió.

*** SAN PRUDENCIO, OBISPO.** — En Armentia, pueblo de la provincia de Álava, nació Prudencio, uno de los mas célebres obispos que han brillado en la Iglesia de España; de padres nobles y ricos. Criáronle estos segun el espíritu de la religion cristiana, imprimiendo sus máximas en su tierno corazon, á las que correspondió siempre con fidelidad. Solo contaba quince años cuando dejó la casa de sus padres, tomando su rumbo hácia el rio Duero; y dirigiéndose al desierto vivió nueve años en compania de Saturio, que hacia penitencia á la otra parte del rio Ebro. Por la muerte de este siervo de Dios, Prudencio se dirigió á Calahorra, donde predicó á los gentiles, y convirtió muchos á nuestra santa fé. La fama de su santidad y sabiduria volaba por todas partes; y á fin de huir el aplauso de las gentes se retiró á Tarazona, donde se agregó al sacristan de aquella iglesia para ayudarle en el ministerio. Fué nombrado arcediano de aquella iglesia, y cuando se hallaba ocupado en las funciones de su dignidad á satisfaccion del clero y pueblo, ocurrió la muerte del obispo de Tarazona, y Prudencio fué aclamado obispo de dicha iglesia por unánime consentimiento de todo el pueblo. Sanamente rigió la iglesia de Tarazona, sin omitir jamás medio alguno para procurar el bien espiritual y temporal de sus feligreses. Pasando en cierta ocasion á Osma para arreglar ciertas disensiones que mediaban entre el obispo y el clero, al entrar Prudencio en la ciudad, milagrosamente se tocaron todas las campanas. Cercano ya á la muerte, cuya hora supo, preguntó el arcediano Pelagio dónde elegia sepul-

tura, y le contestó: Pelagio, mi Señor Jesucristo sabe dónde mi cuerpo ha de ser sepultado; yo te ruego y mando que puesto mi cuerpo sobre la mula que he acostumbrado montar, le des sepultura donde ella pare. Así se hizo, en efecto, y su sepultura se construyó cerca de la villa de Arnedo. Ilustróle el Señor con muchos milagros, siendo su muerte á los 28 de abril del año 634.

SAN POLLION Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES.—En el año 304 de Jesucristo, el mismo día que llegó á la ciudad de Cibales, en Pannonia, fué preso Pollion, el primero de los lectores de aquella iglesia. Acusado de ser el mas impío de todos los cristianos, y el que hablaba de los dioses con mayor desprecio, fué presentado al gobernador, y despues de un largo interrogatorio le condenaron á ser quemado vivo. Inmediatamente fué ejecutada la sentencia á distancia de una milla de la ciudad, y con él padecieron martirio otros cristianos amigos suyos, muriendo todos el día 27 de abril del año 304.

SAN PATRICIO, OBISPO, SAN AGACIO, SAN MENANDRO Y SAN POLIENO, MÁRTIRES.—Estando en Bitinia el procónsul Julio, despues de haber sacrificado en la ciudad de Prusa al dios Esculapio, y sintiéndose restablecido de una larga enfermedad, se creyó deudor de aquella robustez á las falsas deidades. Con el objeto de corresponder á aquel beneficio resolvió obligar al obispo de dicha ciudad, san Patricio, á ofrecer sacrificio á los dioses. Negóse este con un valor desconocido hasta entonces al tirano, que despues de agotar con el santo las amenazas y los halagos, mandó que le metiesen en un caldero de agua hirviendo. Patricio estuvo mucho tiempo dentro de él; y como los tres niños de Babilonia, ningun daño produjo en él el fuego ni el agua. Enfurecido entonces el procónsul, mandó que le sacasen y le cortasen la cabeza, como así se hizo inmediatamente, alcanzando junto con él la gloria del martirio los santos Acacio, Menandro y Polieno, vecinos tambien de la ciudad de Prusa. No aparece en ninguna parte, durante qué persecucion se efectuó este martirio; pero por hallarse el nombre de estos santos en todos los Martirologios mas antiguos, se cree que fué en los primeros siglos de la Iglesia.

SANTA TEODORA Y SAN DÍDIMO, MÁRTIRES.—Los dos eran de Alejandria, y vivian en esta ciudad. Rehusando la primera sacrificar á los ídolos, fué puesta en lugar infame para ser violentada. Cuando iban á entrar una porcion de jóvenes impúdicos, el cielo volvió de repente por la pureza é integridad de su virgen, inspirando á san Dídimo, uno de los cristianos de la ciudad, que entrando en el lupanar cambió el vestido de la santa, y esta se escapó, librándose así de las deshonestidades que con ella se querian cometer. San Dídimo fué, por causa de esta accion, llevado al suplicio; y cuando ya iban á ejecutarle, se presentó santa Teodora, y disputándose ambos la victoria, la corona no fué dividida, sino puesta á cada uno entera sobre su cabeza. Los dos santos murieron degollados en la ciudad de Alejandria, el año 303.

SANTA VALERIA, ESPOSA DE VITAL.—Véase la vida de este santo en este mismo día.

SAN MARCOS, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué ordenado y consagrado obispo por el apóstol san Pedro, y el primero que predicó la fé á los equicolanos, pueblos de la Pulla. En la persecucion de Domiciano, siendo gobernador Máximo, recibió la corona del martirio, juntamente con dos pres-

biteros que habian sido presentados con él al juez, por los años de 82.

SAN PÁNFILO, OBISPO VALVENSE.—Ilustró toda la Italia con sus virtudes y sus trabajos; fué particularmente esclarecido por su gran caridad con los pobres y por sus muchos milagros. Trabajó asiduamente en impugnar los errores de los arrianos, y murió santamente en Corfú, el año 677. Su cuerpo está depositado en Sulmona.

LOS SANTOS AFRODISIO, CARALIPO, AGAPIO Y ECSEBIO, MÁRTIRES.—No se sabe otra cosa de estos santos, sino que los dos primeros eran presbiteros, el tercero lector, y el cuarto eunuco.

DIA 29.

SAN PEDRO, MÁRTIR.—San Pedro, mártir, espejo de santidad, ornamento de la sagrada orden de los predicadores, gloria de Italia y cuchillo de los herejes, nació en Verona, ciudad muy ilustre en la provincia de Lombardia. Sus padres fueron herejes maniqueos, los cuales herejes, como dice san Agustin, fueron hombres locos y soberbios, y en gran manera carnales y parleros, y tan desatinados, que enseñaban que si bien Dios es principio y autor de todas las cosas espirituales é invisibles; pero que de esto visible y corporal lo era el demonio, y él lo gobernaba como cosa propia. Mas Dios nuestro Señor, que de las espinas saca rosas, y agua de la peña, y fuego del pedernal, de tan ciegos padres sacó á san Pedro, mártir, para que fues luz de muchos, y alumbrase con los rayos de su santísima vida y doctrina á los mismos herejes que estaban en la sombra de la muerte. Desde las entrañas de su madre, parece que traia esculpido el amor de la fé católica, y el aborrecimiento de los herejes; y así, aunque sus padres procuraron que con la leche bebiese su ponzoña, nunca le pudieron inclinar con blanduras ni espantos, promesas ni amenazas, á cosa contraria á nuestra santa fé, ni que oyese sus abominaciones, ni tratase con los otros muchachos de aquella secta de perdicion. Una vez, siendo ya de siete años y aprendiendo á leer, á la hora que sueltan los muchachos de la escuela le encontró un tio suyo, hermano de su padre, grande hereje, y le preguntó qué era lo que habia aprendido; y el bendito niño le respondió que el Credo, y comenzó á decir: Creo en Dios Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra. Turbóse el tio, y díjole: Hijo, no pases mas adelante, que no has de decir Criador del cielo y de la tierra; porque estas cosas que vemos con los ojos y son tan malas, no las hizo Dios sino el mal demonio. Estuvo el niño porfiando con su tio, el católico con el hereje, y el inocente con el perverso, con tal teson, que bien se vió que era Dios el que hablaba por él, y lo que importa que los niños sean enseñados desde su tierna edad con sana doctrina y piedad; y lo que nuestro Señor para adelante se queria servir de él. Contó el tio á su hermano, padre de san Pedro, lo que habia pasado, y rogóle que le quitase de la escuela y no le dejase estudiar, porque temia que aquel muchacho habia de ser destruccion de su secta. El padre no hizo caso de los consejos de su hermano, juzgando que cuando su hijo fuese mayor, él le amoldaria y le haria á su mano; porque los altos fines que tiene Dios en sus obras ningun consejo humano los puede estorbar; y así, ni las persuasiones de su hermano, ni los miedos de lo que podia ser, fueron parte

para quitar al niño de la escuela, ni para que sus padres no le enviasen despues á estudiar á la insigne universidad de Bolonia, como convenia para los intentos de Dios.

En Bolonia no tuvo Pedro que batallar con los herejes, que ya dejaba vencidos en Verona; mas tuvo que pelear con otros enemigos mas porfiados y domésticos, que son los vicios blandos y sensuales que en los mozos hierven con la sangre, y los abrasan con un incendio peligroso y lastimoso, si el Señor con el rocío del cielo no templá y apaga aquellas llamas, como lo hizo con san Pedro, mártir, el cual, por mucho que fué combatido de su carne y de las malas compañías, que comunmente se pegan en las universidades, de gente libre y moza, conservó por la gracia del Señor entera y sin mancha su virginal pureza; y para guardarla mejor, viendo el peligro en que estaba, y las ondas tan temerosas con que por todas partes era combatido, se determinó á acogerse al puerto seguro de la religion. Estaba á la sazón en Bolonia el gran patriarca y fundador de la órden de predicadores, santo Domingo; y sus santos hijos resplandecian con nueva y admirable luz en el mundo. Aficionóse nuestro santo mozo á su santidad y raro ejemplo, y con deseo de imitarlos, pidió el hábito de su religion; y santo Domingo de su mano se le dió, y con él su bendicion, la cual confirmó Dios desde el cielo; porque no se puede facilmente decir el rico tesoro y excelente minero de virtudes, que luego que tomó el hábito descubrió el nuevo religioso. Llevaba tras sí los ojos de todo el monasterio con su humildad, y con una general mortificacion de todos sus afectos. Era inimicísimo de la ociosidad, porque ella lo es de la virtud: á todas horas estaba ocupado; ya leía, ya oraba, ya servía á los enfermos, ya barria, ya entendia en otros oficios mas bajos y viles, en los cuales muy de grado se ocupaba, no solamente el tiempo que fué novicio, sino tambien despues siendo ya antiguo en la religion. Su penitencia era increíble, y por ella una vez llegó á términos de perder la vida; porque de no comer se le vinieron á secar en la garganta las vias por donde pasa el manjar, y la boca se le cerró tan apretadamente, que con mucha fuerza é instrumentos de hierro no se la podian abrir para echarle alguna sustancia con que viviese: y aunque escapó de esta enfermedad, y de ahí adelante se moderó en estos excesos de abstinencia, la moderacion era bastante para contarse como rigor en cualquiera otra persona.

Dióse despues á sus estudios, y salió muy aprovechado en ellos, muy docto teólogo y muy sabio en las divinas Escrituras. Procuraba que no solamente su entendimiento quedase ilustrado con los resplandores de ella, pero mucho mas con los ardores inflamada su voluntad, y que lo que él aprendia fuese mas provechoso para su alma, que lo habia de ser para las de sus prójimos, y alcanzólo tan perfectamente, y fué tan extremada la pureza de su corazón, que nunca tuvo consentimiento de pecado mortal, como lo testificaron los padres que generalmente le habian confesado; de manera, que Fr. Pedro de Verona, que así se llamaba, ántes que recibiese la corona del martirio, era dechado de toda virtud en el monasterio, consigo riguroso, con los demás apacible, agradable á Dios, y muy regalado y favorecido de su bendita mano; porque muchas veces era visitado de los santos; y entre otras, un dia, estando en el convento de San Juan Bautista, junto á la ciudad de Como, le regaló el Señor con una

visita que le hicieron las bienaventuradas santa Inés, santa Catalina y santa Cecilia, las cuales, orando él en su celda con los afectos que solia, bajaron del cielo y trabaron con él pláticas celestiales, tan de propósito y en tan alta voz, que pasando por allí un fraile pensó que fuesen mujeres de la tierra, y escandalizado de que hubiesen entrado en el convento acusó al santo Fr. Pedro en público capitulo, como es el estilo antiguo de la órden, con el encarecimiento que aquel caso, si fuera verdad lo que él pensaba, merecia. El santo Fr. Pedro, por no excusarse ni descubrir los favores del cielo, no hizo mas para su defensa que postrarse en el suelo, y confesar que era gran pecador. Reprendióle ásperamente delante de todos el prior, creyendo que era verdad lo que contra él se habia dicho; pero entendiendo que habia sido mas por descuido que por malicia, no procedió al castigo riguroso de sus constituciones; mas para satisfacer al escándalo, le envió como preso al convento de Esí, en la Marca de Ancona: para que se vea cómo Dios nuestro Señor regala á sus siervos y los prueba, y cuán diferentes son sus juicios y los de los hombres, y la paciencia que los santos tienen en sus agravios é injurias, remitiéndolas con confianza y seguridad en las manos del que solo les puede librar de ellas; y cómo él al fin vuelve por los que confían en él, y manifiesta los dones que le hizo, con otros que les hace de nuevo; porque Fr. Pedro, despues que hubo obedecido y estado en penitencia, y afrentado muchos dias en aquel convento, con gran sufrimiento y humildad, esperando que Dios tomara la mano para su defensa, y declararia su inocencia; como Dios tardase, para afinarle y coronarle mas, comenzó á adigirse, como hombre, y á sentir su agravio; que el Señor no quiere á sus siervos insensibles como piedras, sino sufridos como hombres, y que pueda mas con ellos su ley que su propia deshonra; y un dia estando el santo preso en la iglesia muy congojado delante de un Crucifijo, comenzó á darle sus quejas blanda y amorosamente, como las de un buen hijo á su padre, y á decirle: ¡Cómo, Señor! ¿No sabeis vos mi inocencia? ¿Por el regalo que vos me hicisteis, he de ser yo culpado, afrentado y penitenciado? ¿Porque yo callo, no hablais vos, y al cabo de tantos meses no volveis por mí? Pues ¿por qué consentis que padezca yo tanto tiempo tan grande infamia sin culpa? A estas palabras tan tiernas respondió desde la cruz el Señor: Y yo, Pedro, ¿qué culpas cometí para ser enclavado en esta cruz? Aprende tú con mi ejemplo á tener paciencia en los trabajos que te vinieren; pues no se pueden comparar con los míos. Quedó el santo con estas palabras por una parte consolado y por otra confuso, pareciéndole que aquella tribulacion era nuevo favor de Dios; y deseando y pidiendo otras mayores para ser semejante á él, y beber del cáliz de su pasion con mas abundancia, no trocara ya aquella afrenta por todas las coronas y cetros reales. Con todo no quiso el Padre de las misericordias que pasasen los agravios de su siervo adelante; y callando el santo Fr. Pedro, descubrió su inocencia y santidad á los frailes de su primer convento, y desde aquella hora en él y en toda la órden quedó mas honrado que ántes lo habia sido, y su alma mas enriquecida de dones del Señor, y mas hábil para aprovechar á los prójimos, conforme al fin para que la órden se habia instituido.

Salió á la plaza á vista del mundo, para alumbrarle con la luz de su doctrina, y encenderle con el ejemplo de su

vida. Repartía el tiempo de manera que para los otros hubiese hartó, y para sí no faltase punto. Decía misa cada día, con gran devoción y sentimiento de los misterios de la muerte del Señor, que allí se representan. Ocupábase despues en predicar y confesar con gran sed del bien de las almas, y deseo de atraerlas al amor y temor santo del Señor. Tenía don del cielo para predicar, y no bastaban iglesias, ni calles, ni plazas, para la gente que concurría á oírle. Era estimado y reverenciado en toda Italia, como si fuera un apóstol, y señaladamente en Florencia, en la Romanía y en la Marca de Ancona; pero sobre todas las otras ciudades se aventajó la ciudad de Milan en la devoción y reverencia del santo, en donde mas ordinariamente solía predicar. Salíanle á recibir, cuando venía, con fiestas y regocijos públicos, y eran tantos los que cargaban sobre él, para besarle el hábito y la mano, que algunas veces le ponían la vida en aprieto, y fué necesario que hiciesen una literilla, y le llevasen en hombros á la iglesia, por defenderle del pueblo. Lo que principalmente trataba en sus sermones, era de la penitencia, y conocimiento, aborrecimiento y enmienda de los pecados; y siempre comenzaba su sermon con aquellas palabras de Jonás, profeta: *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur*: Pueblo mio, tú eres otra ciudad de Nínive; si no haces penitencia, presto verás tu ruina: el azote de Dios esta sobre tí: conviértete á él, y haz penitencia. El fruto de sus sermones era admirable: y porque muchos pecadores se convertían al Señor, y enmendaban sus vidas, muchos vicios se remediaban, y muchas obras de piedad se instituían en la república. Así como el santo predicador hacia cruda guerra al demonio con sus sermones; así el demonio se la hacia á él muy al descubierto. Predicando una vez en Florencia san Pedro en una plaza, y estando los oyentes en medio del sermon atentos y devotos, el demonio en figura de caballo negro y brioso tomó carrera hasta la boca de la dicha plaza, con tal impetu y furia, que parecia que habia de romper por medio del auditorio, y atropellar á los que allí estaban. Conoció el santo el ardid de Satanás: hizo presto la señal de la cruz; y luego desapareció aquella fantasma, sin ofender á nadie de cuantos allí estaban; y donde pensó el demonio ganar algo, quedó corrido, y la doctrina del santo mas acreditada, y mas estimada y venerada su persona.

Pero puesto caso que el fruto de los sermones de san Pedro fuese maravilloso y universal, en todos los que le oían; todavía era mas notable en las contiendas y disputas que tuvo con los herejes, y en las victorias que alcanzó de ellos: porque parece que nuestro Señor le habia escogido para martillo de ellos, y valeroso defensor de su santa fé, y para esto le habia dado desde su niñez aquel espíritu, y aborrecimiento de los herejes, que dijimos; el cual creció con la edad y con la doctrina y experiencia de los grandes é innumerables daños, que causaban en la república, y con el oficio de inquisidor que Inocencio IV le cometió en el estado de Milan, para que los castigase y persiguiese. Examinando una vez en Milan á un obispo hereje, delante de algunos obispos y personas religiosas, concurrió muy grande multitud de gente, así de católicos como de herejes, en una plaza de aquella ciudad. El exámen duraba mucho, y el sol era recisísimo, y se abrasaban todos de calor; y un hereje atrevido, ha-

ciendo burla del santo, le dijo: Acabad ya, hipócrita engañador, ó si eres tan santo, como este pueblo ciego piensa, alcanza de Dios que venga alguna nube, que haga aquí sombra, para que no perezcamos todos. San Pedro, movido con particular instinto del Señor, sin el cual no se pueden hacer semejantes cosas, se ofreció á hacerlo, si los herejes que estaban presentes, dejando sus tinieblas y errores, querían convertirse á la luz de la verdad católica; y aunque ellos no quisieron aceptar este partido, el santo suplicó á nuestro Señor, que para gloria suya, y confirmacion de su fé, y esfuerzo de los católicos, y confusion de los herejes, enviase una nube fresca, que defendiese toda aquella gente del sol: y hecha su oracion y la señal de la cruz, súbitamente se puso una nube entre el sol y el pueblo, y le hizo sombra, todo el tiempo que fué menester. Otra vez un gran capitán de la secta de los maniqueos, hombre de agudo ingenio, y sutil disputador, desafió delante del pueblo á disputar al santo Fr. Pedro, el cual aceptó, porque la gente no se escandalizase, y pensase que no osaba disputar con él. Comenzó el hereje á proponer sus argumentos y razones engañosas, con tanta agudeza y eficacia, que el siervo de Dios pidió término para responderle; y dándosele, se entró en una iglesia, que estaba allí cerca, á hacer oracion. Acabada su oracion, tornó á la disputa y dijo al hereje, que propusiese de nuevo sus argumentos, para que él pudiese responder á ellos. No pudo hablar palabra el hereje; porque Dios le habia quitado la habla, de manera, que ni por palabra, ni por señas, pudo decir cosa alguna, quedando los herejes confusos, y muchos de ellos á la fé católica convertidos. Otra vez convirtió á un hereje muy obstinado, que le desafiaba á disputar, y convirtióle con la oracion, que hizo por él, y mas con autoridad é imperio, que con argumentos y razones. Eran tantas las disputas y porfias de los herejes, que aunque siempre el santo salía de ellas vencedor, una vez el demonio tomó ocasion de tentarle en la fé: mas acogiéndose luego á la oracion delante de una imágen de nuestra Señora, oyó una voz que le dijo aquellas palabras, que Cristo nuestro Señor dijo al apóstol san Pedro: «Yo he rogado por tí, Pedro, que no falte tu fé; y tú confirmarás en ella á tus hermanos:» y así los confirmó el santo Fr. Pedro con su vida, con su doctrina, con sus sermones y con sus milagros, que fueron muchos y muy esclarecidos en vida, y despues de muerto, sanando á muchos enfermos de todas enfermedades, dando vista á los ciegos, habla á los mudos, salud á los cojos y mancos, vida á los muertos, y librando á muchos endemoniados: los cuales se podrán ver en Tomás de Lentin, patriarca de Jerusalem, contemporáneo de san Pedro, mártir, que escribió su vida; en san Antonino, arzobispo de Florencia; en la bula de su canonizacion, y en el P. Fr. Hernando del Castillo, en la historia que escribió de su orden. Algunos pocos referiré yo aquí por la doctrina, y enseñanza que de ellos podemos sacar.

Confesóse un mozo con san Pedro, mártir, y entre los otros pecados se acusó de haber puesto las manos en su propia madre, y dádola de coeces. El bienaventurado padre le afeó aquella culpa con tan encarecidas palabras, que el mozo quedó atónito, y ofreció cualquiera satisfaccion para remedio de su alma. No sé yo qué penitencia daros, dijo el santo, porque ninguna hay que se iguale á lo que habeis hecho. Mereciades tener cortado el pié, con

que heristeis á vuestra madre: aunque no os mando yo que lo hagais; sino digo lo que mereceis. Salió el mozo tan espantado y confuso, que se cortó el pié con una cuchilla de carnicero. Súpolo san Pedro, contra el cual, habiéndose divulgado lo que el desatinado mozo habia hecho, y la ocasion que habia tenido para hacerlo, el vulgo ladraba, acusándole de indiscreto y cruel. Mandó traer al monasterio al mozo, y el pié cortado por su parte, y tomándole, le juntó con la pierna; y suplicando á nuestro Señor que le sanase, con ella se pegó el pié, y se unió de tal manera, como si nunca hubiera sido cortado. Con este milagro conocieron todos el castigo que merece el hijo que no obedece á sus padres, y mucho mas el que se descompone, y pone las manos en ellos; y la santidad y merecimientos de Fr. Pedro, por el cual Dios nuestro Señor tan grandes cosas obraba. En un pago del territorio de Milan habia dos labradores, uno católico y otro hereje: el católico, cuando sembraba, encomendaba á Dios su sementera y la labor de su campo; y el hereje al demonio, porque le tenia por el hacedor y señor de estas cosas corporales y visibles. Súpolo san Pedro, y suplicó á nuestro Señor, que diese buena cosecha al labrador católico aquel año; y que el hereje no cogiese lo que habia sembrado, y su tierra se volviese estéril. Hizolo nuestro Señor, como su siervo se lo habia rogado; y el hereje con este milagro se convirtió á la fé católica, y renegó de aquella secta, que le habia privado del fruto de sus trabajos. En la ciudad de Ravena, la primera vez que el santo fué á predicar, en tiempo de gran frío y nieve, se acogió á la parroquia de San Juan, y estuvo aquella noche orando en ella; y aquella noche, encima del campanario de la misma iglesia, apareció una hacha grande ardiendo; y con ser mucho lo que nevaba, era mas lo que ella lucia. Viéronla muchos, y acudieron á la iglesia, y finalmente entendieron, que aquella luz del cielo descubria y mostraba al nuevo predicador, que les traia otra luz mas espiritual y divina; y así le oyeron y recibieron su doctrina, como venida del cielo. No podian sufrir los herejes, que un tan grande enemigo suyo resplandeciese con tantos y tan manifestos milagros; y para obscurecerlos y desacreditarlos, uno de ellos se fingió muy doliente de las enfermedades que no salen, como dicen, á la cara. Vino á san Pedro arrimado á un palo con grandes temblores y flaqueza, y rogóle que le sanase. Con el fingido enfermo venian otros herejes, para guardarle las espaldas, si el santo intentase curarle, para dar ellos testimonio, que no habia de qué; porque estaba bueno y sano, y de aquí publicar, que lo que se decía de los otros enfermos, que sanaba, debia ser falso y sin fundamento. Mas Dios, que castiga severamente tales desacatos, descubrió á su siervo las malas entrañas del hereje, y respondiéndole, que rogaba á Dios, que si fingia enfermedad, se la diese tal, cual convenia para su castigo: y así fué, que queriendo burlar al santo, quedó burlado, y la enfermedad, que al principio era burla, salió de veras, y le apretó tanto, que los médicos desconfiaron de su vida; y el pobre llamó al bienaventurado san Pedro, y confesó á voces su embuste, y le pidió perdón: y el santo le sanó en el cuerpo y el ánima, enseñándole la verdad de nuestra fé, y convirtiéndole á ella.

Tuvo don de profecía, y pronosticó muchas cosas ántes que sucediesen: las cuales se cumplieron de la misma

manera que el santo las dijo: especialmente se vió esto en su gloriosa muerte: la cual él mismo profetizó algunos dias ántes que muriese; y predicando en Milan, dijo á todo el auditorio, que él sabia que los herejes trataban de quitarle la vida, y que tenian ya desembolsado el dinero, y puesto en poder de los que le habian de matar, y que él estaba aparejado para morir por la fé que les estaba predicando: que no pensasen los herejes que por matarle se habian de librar de él; porque despues de muerto les haria mas brava guerra que ántes: lo cual se cumplió á la letra, muriendo de allí á catorce dias, despues que esto dijo, porque estando á la sazón el santo por prior en el convento de la ciudad de Como, y con cuartanas que le tenian bien apretado, ofreciéndosele necesidad de ir á Milan para cosas del santo oficio; partió de allí un sábado, vispera del domingo de Cuasimodo, aunque sabia las tramas de los herejes y el lazo que le tenian armado: pero era tan grande el zelo de la fé, y el deseo que tenia de morir por ella, que cuando en la misa alzaba la hostia consagrada, ó cuando la veia alzar, suplicaba á nuestro Señor, que no permitiese que muriese en cama, sino muerte violenta por su santa fé; y con este zelo y desseo, á los 3 de abril del año de 1252, partió para Milan enfermo y á pié, y tarde: y llegando él y su compañero Fr. Domingo cerca de un pueblo, que está á medio camino entre Como y Milan, que se llama Bardajina, salieron á él los salteadores que le aguardaban; y uno de ellos le dió una gran cuchillada en la cabeza, de la cual cayó el santo en tierra; y como mejor pudo, comenzó á decir el credo, y principalmente aquel artículo: « Criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles: » y mojó el dedo en la sangre, y con ella intentó escribir aquellas dos palabras: « Creo en Dios Padre; » y alzando los ojos al cielo, dijo las otras devotísimas, con que al Hijo de Dios se le arrancó el alma en la cruz: « En vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu. » Viendo el sayon que todavia se meneaba y tenia vida, le dió una puñalada por los pechos, que le atravesó el corazon, y quedó el cuerpo bañándose en su propia sangre, con grande alegría del alma que le dejaba, y en aquella hora subia al cielo á recibir las coronas de mártir, de doctor y de virgen. Hirieron tambien de muerte á su compañero: el cual dió voces, y á ellas acudió gente, y siguió y prendió aquella noche al salteador, que habia herido y muerto á san Pedro.

Divulgóse la muerte del santo mártir por toda aquella comarca con gran sentimiento de los católicos, y regocijo de los herejes. Vinieron sus frailes, y recogieron el bendito cuerpo, y aquella noche, por ser ya tarde, le pusieron en una iglesia de San Simpliciano, como el nuevo mártir lo habia dicho, cuando salió de Como; y al dia siguiente, á los 6 de abril, fué recibido en la ciudad de Milan con la mayor pompa y solemnidad, devocion y llanto que se pueden imaginar, y colocado en la iglesia de San Eustorgio, que es convento de los padres predicadores. Desde aquel punto quiso Dios ilustrarle con nuevos milagros y nuevas maravillas, y el mayor de todos, á mi ver, fué que los herejes, que estaban muy ufanos y como triunfando con la muerte del nuevo mártir, comenzaron á perder los bríos, y poco á poco se fueron mudando, y muchos de ellos, que eran cabezas y heresiarcas, se redujeron á nuestra santa fé católica; y los que se quedaban obstinados en su perfidia, andaban tan corridos, que no osaban salir en pu-

blico: para que se cumpliese lo que el santo mártir ántes habia dicho, que muerto les haria mas guerra que vivo: y entendamos las victorias de Dios, que cuando caen y mueren, levanta y corona á sus soldados. El matador del santo, que se llamaba Catino, escapándose de la justicia, huyó á la ciudad de Forlí, y estuvo para morir; y en saliendo de peligro, hizo voto de servir á la órden de santo Domingo toda su vida, en penitencia de su pecado, y tomó el hábito de religioso lego, y perseveró en él santamente, con mucha humildad y rigurosa vida. Esta fué otra victoria de san Pedro, mártir, y la venganza que tomó de su enemigo: para que nosotros le imitemos, y no desconfiemos de la penitencia de ningún pecador, por grande que sea.

Los milagros que Dios obró por san Pedro, mártir, despues de su muerte, son innumerables. Viéronse luces del cielo sobre su cuerpo. Las lámparas que traian para honrarle, ellas mismas se encendian milagrosamente. Un hereje, viendo al santo pintado con el puñal á los pechos, que le atravesaba el corazón, dijo: ¡Oh, si yo me hubiera hallado presente cuando mataron á este traidor, con qué fuerza le hiriera! Y luego quedó mudó: y reconociendo su pecado, por intercesion del santo sanó y se convirtió. Canonizó y puso en el número de los santos á san Pedro, mártir, el papa Inocencio, cuarto de este nombre, luego al año siguiente despues de la muerte, á los 24 de marzo, en el décimo de su pontificado; y en otra bula, que despachó dos años despues de haberle canonizado, alabando al santo, dice estas palabras: «¡O venerable varon y digno de ser alabado en todas partes con grandes loores! Este es reglá de religion, resplandor de virginidad, honra de las buenas costumbres, tesoro de sabiduria, rayo de la predicacion, ardor de la caridad, baluarte de la fé, monton de las gracias del cielo, espejo de la virtud y perfume oloroso de santidad. Este es temor y temblor de los herejes. En vida derribó su perfidia; y ahora despues de muerto los atierra y confunde. Este es la lumbrera resplandeciente del cielo, y heredero benemérito de aquel reino, ciudadano ilustre de los mártires, convidado glorioso de la mesa soberana y seguro poseedor de los bienes sempiternos.» Todas estas son palabras del sumo pontífice. Y el papa Sixto V, por una bula despachada del año de 1586, y en el primero de su pontificado, mandó que se rezase de san Pedro, mártir, á los 29 de abril, con solemnidad de *duplex* en toda la Iglesia católica. Aunque el santo murió á los 3 de abril, como se dijo; pero por estar aquellos dias ocupados comunmente en celebrar la pasion ó resurreccion del Señor, la santa Iglesia traspasó á los 29 de abril la fiesta de san Pedro, mártir. No quiero dejar de decir que el P. Fr. Hernando del Castillo, del cual principalmente se sacó esta vida, dice en el segundo libro de la historia de santo Domingo, que se tenia y tiene por particular devocion, donde se halla algun hueso ó reliquia de san Pedro, mártir, bañarla en agua y darla á beber á los enfermos; y que Dios nuestro Señor ha obrado y obra grandes milagros por él: y que el dia de su fiesta se bendicen en Milan unas palmas ó ramos de olivo que tienen grande virtud contra la tempestad de piedra, granizo y rayos; y pone las particulares oraciones, con que las dichas palmas ó ramos se suelen bendecir.

* SAN ROBERTO, ABAD Y FUNDADOR.—De Teodorico y Ermegarda, ilustres por su sangre y piedad, nació este

santo en Champaña por los años de 1018. A los quince años de edad vistió la cogulla de san Benito, en la abadia de Montier-la-Celle; y desde entonces no tuvo mas deseos que corresponder á la vocacion á que habia sido llamado, y llegó á un grado tal de perfeccion, que á pesar de sus pocos años fué nombrado prior, y á poco tiempo electo abad de San Miguel de Tonnerre. Por ciertos motivos pasó Roberto á vivir en un desierto llamado Colan, en compania de algunos anacoretas; mas luego á causa de lo enfermizo del punto, pasaron á la floresta de Molesme donde, edificadas algunas celdas de ramas de árboles, construyeron también un pequeño oratorio en honor de la Santísima Trinidad. Creció la fama de estos solitarios; así es que muchos religiosos aspirando á la perfeccion se unieron á Roberto, y entonces fué cuando tomó origen la reforma de la órden de san Benito. Veinte y un religiosos marcharon á establecerse en un sitio llamado Cisterium ó Cisseaux, bosque inhabitado y regado de un pequeño rio, á cinco leguas distante de Dijon, en la diócesis de Chalons. Roberto fué nombrado abad por el obispo de Chalons, y fué el primero de la tan célebre órden cisterciense. Los monges de Molesme alcanzaron del papa el que volviera Roberto á su monasterio, y en efecto así lo hizo, siendo también nombrado abad por el obispo de Langres, cuyo monasterio gobernó hasta su dichosa muerte. Murió Roberto á la edad de noventa y dos años, lleno de méritos y virtudes, cuyo sepulcro permitió Dios fuese honrado por muchos milagros, los que obligaron al papa Honorio III á inscribirle en el catálogo de los santos.

SAN HUGO, ABAD DE CLUNI.—Nació de los duques soberanos de Borgoña, y recibió su educacion bajo la tutela de su piadosa madre y de un tio suyo obispo de Auxerre. Desde su infancia fué muy dado á la oracion y meditacion, y su vida fué admirable, inocente y santa. Acostumbrado á mirar el mundo como un mar lleno de escollos, oyó hablar un dia de la maravillosa santidad de los monges de Cluni, gobernados por san Odilon; y sus deseos fueron tan vehementes, que en el mismo momento dejó su casa, fué á parar á aquel monasterio, y pidió humildemente su hábito. Tomóle, pues, é hizo su profesion en el año de 1039, teniendo apenas diez y seis años de edad. Sus extraordinarias y sublimes virtudes le granjearon desde luego el respeto y admiracion de cuantos lo veian, y á la edad de veinte y cinco años, por muerte de san Odilon, fué elegido abad, cuyo cargo desempeñó por espacio de sesenta años. En 29 de abril del año 1109, á los ochenta y cinco de su edad, pasó de esta vida á la eterna á recibir el premio de sus merecimientos. Doce despues de su muerte fué canonizado por el papa Calixto III, y el cielo obró por su intercesion gran número de portentos.

SAN TRIQUICO, DISCÍPULO DE SAN PABLO.—Fué natural de Asia, ignorándose si era judío ó gentil cuando se convirtió á la fé de Jesucristo. Aficionóse mucho al apóstol, el cual en sus cartas le llama querido hermano, ministro fiel del Señor y compañero de sus trabajos. San Pablo se servia de él para enviar sus cartas, y para dar avisos á las Iglesias. Tenia hecho propósito de enviarlo á la isla de Creta á reemplazar á Tito, y á la de Efeso en ausencia de Timoteo, para que gobernara estas Iglesias. No hay monumentos ciertos, por los cuales conste el ulterior paradero de Triquico: dicen unos que fué obispo de Chipre y que murió

en Paphos, otros que lo fué de Calcedonia, y algunos aseguran que no pasó del diaconato.

LOS SANTOS AGAPIO Y SECUNDINO, OBISPOS Y MÁRTIRES.—Estando estos santos en la ciudad de Cirta en Numidia, durante la persecucion de Valeriano, despues de haber sufrido un largo destierro en aquella ciudad, unieron al ilustre sacerdocio la gloria del martirio, muriendo atrozmente afligidos sus cuerpos con todo género de tormentos. Con ellos murieron tambien san Emiliano, soldado, las santas Tértula y Antonia, vírgenes, y otros muchos santos, sucediendo su muerte el año 259.

LOS SIETE LADRONES, MÁRTIRES.—Fueron no solamente ladrones famosos, sino tambien jefes de salteadores. Estando en la cárcel de Córcega detenidos por sus crímenes, habia en su compañía algunos cristianos presos por no querer obedecer á los sacrilegos edictos imperiales. Entre ellos estaba san Jason, que emprendió hacerles conocer las verdades de la fé; y efectivamente fué tan eficaz con ellos la gracia del Señor, que luego de ser bautizados, confesaron abiertamente á Jesucristo, por cuyo motivo fueron quemados vivos, consiguiendo así la corona del martirio, el año 100 de nuestra salud.

SAN PAULINO, OBISPO Y CONFESOR.—Nació este santo en Italia, y despues de haber pasado con grande aprovechamiento por todos los grados inferiores de la clerecía, fué elegido y consagrado obispo de Brescia. Su principal delicia era instruir á sus ovejas en la ciencia de salud; así se le veía continuamente viajar de un lado á otro de su dilatada diócesis, para predicar y confirmar á los pueblos con su palabra y su ejemplo. Despues de una vida ilustre en santidad y milagros, murió el año 427.

DIA 30.

SANTA CATALINA DE SENA, VÍRGEN.—La bienaventurada vírgen santa Catalina de Sena, esposa de Jesucristo, é hija del glorioso padre santo Domingo, y espejo de todas las religiosas que militan debajo de su bandera, nació en la ciudad de Sena, de la cual ella tomó el nombre. Su padre se llamó Diego, y su madre Lapa, personas virtuosas y de gente plebeya; mas que tenían bastantemente lo necesario para pasar la vida. Esmeróse mucho su madre en criar á sus pechos á Catalina, lo cual no habia podido hacer con los otros hijos; y así la cobró mayor amor, y ella desde niña salió tan agradable y graciosa, que se hacia amar de todos los que la trataban, y por maravilla la dejaban en casa de sus padres, porque cada uno la queria llevar á la suya, por el gusto que les daba con su amable y suave condicion. Luego comenzó á resplandecer en ella la gracia del Señor, y se conoció que desde el vientre de su madre la habia escogido para su singular esposa; porque apenas tenia cinco años cuando comenzó á rezar la salutacion del ángel á nuestra Señora, tan á menudo y con tanta devocion, que cuando subia ó bajaba alguna escalera se arrodillaba en cada escalon, y decia el Ave María. Siendo ya de seis años, yendo con un hermano suyo llamado Estéfano á casa de Buenaventura, otra hermana suya, volviendo á su casa vió sobre la iglesia de Santo Domingo un trono riquísimo y resplandeciente, y en él sentado á Jesucristo en traje de pontífice máximo, vestido de pontifical y con la tiara en la cabeza, y junto con él á san Pedro y san Pablo, y á san Juan Evangelista. Fijó la

bendita niña sus blandos ojos en Cristo, y el mismo Cristo la miró á ella con rostro alegre, y le echó su bendición; y ella quedó tan transportada, que su hermano no pudo hacerla volver en sí con las voces que le dió hasta que la asió y tiró fuertemente, que entonces despertó como de un profundo sueño, y dijo: ¡O hermano, si tú vieses lo que yo veo, nunca te querrias apartar de aquí! Volvió los ojos á aquella vision, pero ya habia desaparecido, y la niña comenzó á llorar amargamente de haberlos quitado de lo que le fuese posible. Dábase mucho á la oracion; era callada por estremo; quitaba parte de su comida ordinaria, y algunas niñas de su edad se le juntaban con deseo de oír sus dulces palabras, é imitar sus santas costumbres; y ella las enseñaba y se encerraba con ellas, y hacia que se disciplinasen en su compañía. Crecia en ella el deseo de imitar á los padres del yermo; y para esto un dia, tomando solamente un pan consigo, se fué de la ciudad, y se entró en una cueva que estaba en un despoblado. Púsose en oracion, y fué muy consolada del divino Espiritu, que interiormente la mandó volver á casa de sus padres, y así lo hizo. Siendo de siete años se encendió tanto en el amor de su esposo Jesucristo, y del deseo de consagrarle su alma pura y limpia, que hizo voto de perpetua virginidad, suplicando humildemente á la sacratísima Virgen nuestra Señora, que pues habia sido la primera entre todas las mujeres, que con voto consagró su virginidad á Dios, que se dignase de darle á su Hijo por esposo, porque ella le prometia de no admitir otro en todo el discurso de su vida. Hecho este voto, comenzó á inclinarse á ser religiosa; y si veia pasar por su casa algun religioso, especialmente de la órden de santo Domingo, era grande la alegría que recibia su alma, y como luego salia fuera y besaba con mucha humildad la tierra donde él habia puesto sus piés, creciendo en ella siempre el deseo de abrazar aquel instituto; porque aunque era muy devota de todos los santos, amaba con mas ternura á los que se habian empleado mas en ganar almas para Dios, como lo profesaba aquella santa religion; y tuvo varios pensamientos de buscar modos para vivir entre aquellos religiosos, siendo mujer, disimuladamente, solo para ayudar á las almas: tanto era el fuego del amor divino que de esta niña abrasaba su pecho; mas el Señor la divirtió de aquel propósito, y la adornó de tantas y tan excelentes virtudes, que sus hermanos se maravillaron, sus padres estaban atónitos, y todos los que la consideraban, suspensos.

Siendo ya de edad nuestra santa vírgen para casarse, trataron sus padres de darle marido, no sabiendo el voto de virginidad que ella habia hecho; mas la santa vírgen mostró mucho sentimiento que se tratase de ello, y disimulaba, porque por una parte tenia gran respeto y amor á sus padres y no los queria contristar, y por otra estaba resuelta á morir mil veces ántes que quebrantar la fé de su dulce esposo Jesucristo. Su hermana Buenaventura, que era casada, y muy amada de la santa vírgen, le aconsejó que aunque no se casase tomase hábito galano para mejor

disimular y dar contento á sus padres. Hizolo ella con esta intencion, y llorólo toda la vida con muchas lágrimas, juzgando que era grave pecado, y poco despues murió su hermana Buenaventura de parto, y se entendió que habia sido en castigo de haber aconsejado á su hermana que se engalanase; y santa Catalina tuvo revelacion que se salvó, despues de haber purgado sus pecados con recios tormentos en el purgatorio: tanto desagrada al Señor el estorbar á los que de veras le quieren servir, ó entibiarlos en sus santos propósitos. Apretábanla mucho sus padres en su casamiento, ya con regalos y blanduras, ya con malos tratamientos; y ella, viéndose muy congojada, inspirada del Señor, se cortó el cabello, que le tenia lindo por estremo, para que por este hecho se entendiese cuán determinada estaba de no casarse. Sintieron esto mucho sus padres, y comenzaron á perseguirla de palabra y de obra: y para traerla á su voluntad la mandaron ser cocinera en lugar de la criada, y servir en los mas viles y bajos oficios de casa. Todo lo hacia la santa doncella con maravillosa paz y alegría de su alma, labrando en su corazon una celda y secreto retraimiento, en el cual moraba siempre y conversaba con su dulcísimo Esposo, sin mostrar señal alguna de su turbacion y amargura. Pudo tanto su perseverancia, que todos conocieron que aquel negocio era de Dios, especialmente su padre, y se confirmó mucho en que su hija seguía la inspiracion é impulso del Espíritu Santo, porque un día vió sobre ella, estando orando en el rincón de un aposento, una paloma blanca, la cual luego desapareció; y así ordenó que dejasen á su hija, y que ninguno le fué á la mano, para que no siguiese la voluntad de Dios que la llamaba: con lo cual ella quedó muy consolada, y mucho mas con haberle aparecido santo Domingo, y ofreciéndole el hábito de las sorores de penitencia, y prometíndole que sin duda gozaria de él. Por lo cual le hizo muchas gracias: y habiendo ya desengañado á sus hermanos, comenzó á hacer una vida mas que humana. Buseó un pequeño aposento apartado para recogerse y hacer sus penitencias; dejó de comer carne, aunque pocas veces siendo niña la habia comido; bebia agua; apenas gustaba cosa cocida, y solamente comia un poco de pan y algunas yerbas crudas: y aun siendo ya de veinte años dejó de comer pan, no tomando para su sustento sino las yerbas. Su cama eran unas tablas; traía á la raiz de sus carnes una cadena de hierro, y apretábala tan fuertemente, que estaba abrazada con la misma carne. Venció el sueño de tal manera, que apenas dormia: disciplinábase tres veces al día con una cadena de hierro, para imitar á su padre santo Domingo, y cada disciplina duraba hora y media, corriendo arroyos de sangre de su cuerpo, queriendo con su sangre pagar al Señor la que él habia derramado por sus pecados en la cruz: y con estas penitencias tan extraordinarias vino á debilitar mucho su virginal cuerpo, y despues las acrecentó mas cuando tomó el hábito de santo Domingo: y pareciéndole que el nuevo hábito la obligaba á nueva perfeccion y mayor fervor, ella misma hablaba consigo, y decia: Acuérdate que este hábito negro y blanco te predica que seas muerta al mundo, y procures con grande estudio la pureza de tu alma. Para alcanzarla mejor, tres años estuvo sin hablar á nadie sino cuando confesaba. Estábase en una celda sin salir de ella, si no era para la iglesia. Las noches, cuando reposaban los frailes de Santo Domingo, á

los cuales llamaba sus hermanos, ella velaba en oracion y en alabanzas al Señor: y cuando entraban en el coro á cantar maitines, se ponía á reposar un poco sobre las tablas, teniendo á su cabecera un madero; porque con esto le parecia que dejaba quien en su lugar loase al Señor, el cual una vez le apareció y le enseñó todo lo que para el bien y direccion de su alma habia menester; y ella misma confesó que Cristo habia sido su maestro, ó inspirándole y apareciéndole, y enseñándole lo que habia de hacer.

Pero ¿quién podrá explicar las virtudes de esta castísima virgen? ¿Quién las tentaciones y aflicciones que padeció? ¿Quién los regalos y favores extraordinarios que le hizo el Señor? ¿Quién los milagros que obró para ella? ¿Quién el fruto que causó en el mundo con su santa vida, con su doctrina, trabajos y peregrinaciones? Son tan raras y tan excelentes las cosas de esta sagrada virgen, que parecen increíbles, y algunos las tendrian por tales, si los autores que las escriben, como testigos de vista, no fuesen gravísimos y dignos de todo crédito; y si la bondad y suavidad del Señor para con las almas puras y santas no fuese mayor que los hombres podemos entender. Diremos aquí en breve parte de lo mucho que se podría decir. Tratábala Jesucristo, su esposo, tan familiarmente; aparecíasele tan á menudo, ahora estuviese en oracion, ahora leyese ó meditase, velase ó durmiese, que parecia que siempre estaba con ella, y algunas veces estando ella hablando con otros la recreaba con su vista, de manera que ella con el corazon hablaba con Cristo, y con la lengua con los otros. Apareciósele una vez, estando en oracion, y díjole: ¿Sabes, hija, quién soy, y quién eres tú? Bienaventurada serás si lo sabes: yo soy el que soy, y tú eres la que no eres. Otra vez le dijo: Hija, piensa tú en mí, y yo pensaré y tendré cuidado siempre de tí. De estas palabras tan breves sacó grande doctrina santa Catalina; porque primeramente sacó la confianza que debemos tener de la Divina Providencia, y del cuidado paternal que tiene de los suyos Dios nuestro Señor, en lo próspero y en lo adverso, en la mar y en la tierra, en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte; y cuán descarnado debe estar el corazon del cristiano de todas las cosas de la tierra, y cuán arraigado en esta providencia de Dios para dejarse gobernar por ella, y tomar como de su mano los varios acaecimientos particulares y comunes que suceden: y así escribió un tratado admirable de la Providencia, en el cual dice que Cristo nuestro Señor le enseñó á fabricar en su alma un estrecho aposento de bóveda muy fuerte de la Divina Providencia, y estar siempre recogida en él, sin sacar pié ni mano de él; porque de esta suerte hallaria paz, quietud y sosiego perpetuo en su alma, y ninguna ola ni turbacion la sacaria de sí. Tambien sacó de esta doctrina su propio conocimiento para humillarse y confundirse por su nada, y para admirarse y elevarse y transportarse mas en el sumo bien, y sumirse y anegarse en aquel piélagó del ser inmenso de Dios y de sus infinitas perfecciones, para alabarle y servirle con mas encendidos deseos y afectos divinos, y conocer que todo lo que hacia por él era nada, y para tenerse por la mayor pecadora del mundo, por cualquiera falta que cometia por pequeña que fuese. Con esta doctrina iba cada día la santa creciendo en santidad; y el demonio, que sentia mucho verse vencer de una doncella tierna y deli-

cada, la comenzó á tentar y afligir sobremanera, pensando poder alcanzar victoria de la que estaba armada del espíritu del Señor y debajo de su amparo; el cual la previno y le mandó que se abrazase con la cruz, y tuviese lo dulce por amargo y lo amargo por dulce, y que se holgase con las tribulaciones: y ella lo hizo tan cumplidamente, que con ninguna cosa mas se deleitaba que con las penas, sin las cuales decia que le fuera muy cargosa esta vida; y que con ellas gustaba que se dilatase su gloria, porque sabia que tanto sería mayor, cuanto mayores fuesen sus aflicciones. Habiéndola, pues, el Señor armado de esta manera, permitió que los demonios la tentasen para manifestar mas su virtud; y así comenzaron á atormentarla con imaginaciones torpes, con sueños deshonestos, con representarle grandes fealdades y cosas que para su purísima alma eran mas horribles que la propia muerte. Ella, para desecharlas de sí, atormentaba su cuerpo, disciplinándose con su cadena de hierro, sin ponerse á palabras con el demonio, por saber que es tan envejecido en ruindades, que fácilmente engañará al que le diere oídos. Habiendo un día el demonio héchole guerra cruelísima, con representaciones de hombres y mujeres desnudos, que decian y hacian cosas muy abominables, y quedado vencido, le apareció Jesucristo; y ella, como quejándose amorosamente, le dijo: ¿Dónde habeis estado que así me dejasteis, ó Esposo mio? Contigo estaba, le dijo el Señor, Catalina, esposa mia. Pues ¿cómo estábades vos conmigo, teniendo yo tan malos pensamientos y tan torpes imaginaciones? ¿Deleitábase con ellos? le dijo Cristo. Antes, respondió la virgen, padecia terrible pena. Pues en esto estaba tu merecimiento y el fruto de tus peleas, las cuales estaba yo con gozo mirando, y dentro de tu corazón esforzándole; porque siente el que no consiente, y la pena que se recibe en desechar los malos pensamientos es señal que no hay culpa en el alma, que contra su voluntad los padece. Mucho tiempo fué afligida con estas representaciones feas, que para ella eran un infierno, permitiéndolo así nuestro Señor para mayor corona y gloria de la santa virgen, y confusion y quebranto de aquella infernal serpiente, que combatiéndola tantas veces y tanto tiempo, jamás la pudo derribar; ántes las mismas tentaciones y peleas le fueron ocasion de crecer mas en la virtud, y de mas glorioso triunfo. En este tiempo procuraba santa Catalina estar lo mas que podia en la iglesia; porque estando en ella, el demonio no tenia tanta fuerza para tentarla. Mas despues que el demonio en este género no la pudo vencer, ni hacer mella en aquel virginal y fuerte pecho, tomó otros caminos para afligirla, y hacerla perder la constancia en sus buenos propósitos, y la virtud de la paciencia. Para esto, habiendo la santa virgen tomado á su cargo de curar á una mujer viuda y vieja que tenia cancerado el pecho, y tan podrido que no habia quien pudiese sufrir el mal olor que salia de él, y sirviéndola ella con admirable caridad y alegría; viendo el demonio que no podia apartarla de aquella obra de tanta caridad, con todos los medios que habia tomado para ello, revistióse de la misma mujer, de tal manera, que convirtió en ponzoña la medicina y en espinas las rosas, y en odio y aborrecimiento la buena obra que de la santa virgen recibia; y pasó tan adelante su desatino, que publicó que santa Catalina era mujer liviana y deshonesta: y preguntada si era verdad, se ratificó en lo que habia dicho: mas la santa

no por eso se turbó, ni dejó de servir con mayor afecto y cuidado á la que estaba enferma, y mas en el alma que en el cuerpo, procurando con humildad y mansedumbre ablandar el corazón duro de aquella pobre mujer, y hacerla reconocer y llorar su pecado. A mas de esto acudió á su dulce Esposo con muchas lágrimas, para que él, que era testigo y autor de su limpieza, volviese por ella; y el Señor le apareció con dos coronas, una de oro finísimo y resplandeciente en la mano derecha, y otra de espinas en la izquierda; y díjole que escogiese cuál de aquellas coronas queria, y ella respondió: Señor, yo quiero en esta vida conformarme con vuestra pasión, y que mis deleites sean vuestras penas; y diciendo esto tomó con tanto fervor la corona de espinas de mano del Salvador, y púsose tan apretadamente en la cabeza, que luego sintió grandes dolores en ella. Mandóle el Señor que perseverase en servir á la enferma, porque él miraría por su honra y buena fama, como sucedió; porque la enferma reconoció su culpa y la santidad de Catalina con una vision que tuvo, en la cual se le representó la misma virgen llena de majestad y claridad; y confusa y avergonzada descubrió su pureza y lo que habia visto, y se desdijo de lo que habia dicho, confesando y pidiendo perdon de su pecado. De esta manera el demonio, que habia pretendido infamar á santa Catalina, y hacerle perder la paciencia y dejar la buena obra que habia comenzado, quedó corrido, aunque nó cansado de perseguirla; ántes buscó otra ocasion para afligirla de nuevo, y así fué. Entre los otros amorosos y devotos afectos que el Señor comunicó á esta virgen, fué una singular devocion al Santísimo Sacramento del altar, el cual era tan encendido y tan abrasado, que el día que no comulgaba parecia que habia de espirar; y en comulgando era tan sobreabundante la consolacion divina que recibia su alma, que de ella redundaba en el cuerpo, y le hacia vigoroso, sin tener necesidad de comer manjar corporal, ni poderle tomar sin pena. Tomó el demonio esta ocasion para afligir á la virgen, poniendo sospecha de engaño en lo que hacia, y engendrando escándalo y murmuracion entre la gente, no solamente comun, sino tambien entre la espiritual y devota, y en su mismo confesor, que á la sazón era Fr. Tomás, de la órden de santo Domingo, el cual la apretó para que comiese, tan fuertemente, que por obedecerle casi perdió la vida: y para quitar la ocasion de aquella admiracion y escándalo á los que murmuraban, se sentaba con los demás á la mesa, y procuraba pasar el zumo de alguna cosa; pero era siempre con tan grande pena y detrimento de su salud, que luego comenzaba á dar arcadas, y no se sosegaba hasta que lanzaba aquella poca sustancia que habia comido, tomando aquel tormento por satisfaccion de sus pecados, y alabando al Señor que por aquella manera los castigaba en esta vida, y no guardaba el castigo para la otra: y solia decir cuando iba á la mesa: Vamos á tomar el justo castigo de esta miserable pecadora. De esta tribulacion y persecucion tambien la libró nuestro Señor; porque sus mismos confesores conocieron que la santa virgen era guiada de Dios, y le mandaron que no se diese aquella violencia en el comer; y todos los que conocian su santidad quedaron maravillados, y alabaron al Señor por los modos tan raros y extraordinarios que usa con sus santos. Mas el demonio, con haber sido tantas veces vencido, no dejó de volver á nuevas batallas; ántes, permitiéndolo su

dulce esposo, convirtió contra ella su saña y furor, y atormentó el cuerpo flaco y debilitado de la virgen con tantas y tan crueles enfermedades y dolores, que apenas se pueden creer, sino de los que las vieron. No tenía sino la piel y los huesos, y no parecía sino un retrato vivo de la muerte. Aparecían en su cuerpo los cardenales, y las señales de los azotes y golpes que el demonio le daba. Echábala algunas veces en el fuego; y ella, sonriéndose, salía de él sin lesión alguna: de suerte, que nunca la pudo rendir, ántes con las penas crecía su fervor, como con el viento la llama; y cobrando fuerzas de la flaqueza, oraba mas y trabajaba mas, con grande admiracion de todos los que la veían: tanta era la fortaleza y virtud de su espíritu, y aquella paciencia invencible y perseverancia de que su esposo la habia armado.

Pues ¿qué diré de su perpetua mortificacion, y de los actos heroicos que hizo para vencerse, mas admirables que imitables? Una vez, curando aquella mujer que tenia el pecho cancerado, como dijimos, sintió un hedor intolerable que le turbó el estómago: y entendiendo que era tentacion del enemigo, que por aquel camino la queria apartar de su buena obra, enojándose consigo misma, decia: ¿Cómo así aborreces tú á tu hermana, comprada con la sangre de Cristo? ¿No puedes tú caer en esta ó en otra mas asquerosa enfermedad? Pues no será así: y juntando la boca y las narices á la llaga cancerada y podrida de la mujer, estuvo buen rato pegada con ella, hasta que conoció que la carne rebelde se habia sujetado al espíritu. Otra vez hizo otra cosa de mayor admiracion; porque habiendo sentido grande asco, viendo aquella misma llaga, la lavó y limpió, y cogió la materia en una escudilla, y con grande ardor de fé la bebió; y con esto cesó luego la tentacion, y confesó despues á Fr. Raimundo, su confesor, que en todos los dias de su vida no habia comido ni bebido cosa mas sabrosa: y luego la noche siguiente le apareció Cristo; y queriéndole pagar aquella gloriosa victoria, le descubrió la llaga de su sagrado costado, y le dió á beber de ella, regalando y recreando el alma de esta virgen, de manera que se derivó en el cuerpo aquel favor divino. Esto hacia la santa virgen consigo misma, y estos son los ejemplos que nos dejó de perfecta mortificacion, paciencia y mansedumbre. Mas no fueron ménos admirables los de su caridad para con sus prójimos, á los cuales miraba como un vivo retrato de Cristo, y los socorria y servia como al mismo Cristo. Pidió á su padre licencia para dar limosna á los pobres: dióselo el padre, y ella lo hacia con tan larga mano, que repartía con ellos todo cuanto podia, especialmente á los vergonzantes. Una vez estando su cuerpo hinchado, y con tanta flaqueza que apenas podia estar en pié, supo que una pobre viuda, cargada de hijos, estaba con mucha necesidad: suplicó al Señor que le diese fuerzas para remediarla; y levantándose muy de mañana, tomó un costal de trigo, y un jarro de vino y otro de aceite y otras cosas, que todas eran de mucho peso, y cargándose las como pudo, las llevó hasta la casa de la viuda, donde las dejó; y no pudiendo volver á su casa por el gran cansancio y flaqueza de su cuerpo, pidió al Señor que le diese fuerzas para volver: y así se las dió. Otra vez estando en la iglesia de Santo Domingo, pidiéndole un pobre limosna, le dió una cruz pequeña de plata que traía consigo (que otra cosa no tenia), y la noche siguiente le apareció Cristo y le mostró aquella cruz engastada en piedras

preciosas, y le prometió mostrarla en el dia del juicio en presencia de los ángeles y de los hombres. Otra vez volviendo de la iglesia á su casa se le puso delante Cristo en figura de un mozo pobre y peregrino, y pidióle que le diese una ropa: ella volvió á la iglesia y secretamente se quitó la saya interior que traía y se la dió al pobre, no sabiendo que era Cristo, el cual le pidió de nuevo que le diese alguna ropa de lino, y ella, mandándole que la siguiese, entró en su casa y se quitó la camisa que traía, y se la dió: y no contento con esto el pobre, le pidió para sí y para otro su compañero otros vestidos, los cuales la santa virgen no tenia ni podia dar, y por esto se congojó mucho; y la noche siguiente le apareció el mismo Señor en aquella figura de pobre, mostrándole la ropa, que le habia dado, resplandeciente, y prometiéndole que le daría una vestidura invisible, con la cual no sentiria frio el alma ni el cuerpo. Había en su casa una cuba de vino, de la cual la santa virgen daba á los pobres el vino que habian menester, y bebiendo de ella los de casa, duró el vino mucho mas tiempo de lo que pudiera durar si no se diera á los pobres. Pero esto era darles de la hacienda de sus padres; mayor limosna era servir á los mismos pobres enfermos y desamparados, como ella lo hacia. Había en Sena una pobre mujer que se llamaba Tecca, enferma y leprosa, y que por serlo no habia quién cuidase de ella, ántes la querian echar fuera de la ciudad: supolo santa Catalina; fué á ella, ofrecióle su servicio, y visitábala cada dia dos veces, mañana y tarde, y llevábale lo que habia menester. Con esta caridad la mujer, que habia de humillarse, se ensoberbeció, y en lugar de agradecer á la santa virgen la buena obra que de ella recibia, la comenzó á perseguir é injuriar, pidiendo por justicia lo que era gracia; para que entendamos lo que es el hombre y de qué barro somos compuestos, y los modos que tiene Dios para probar á sus santos. No se turbó nuestra Catalina, ni se entibió un punto en servir á la pobre enferma por su mala condicion é ingratitude; ántes de allí adelante la servia con mayor cuidado y alegría, procurando con caricias y regalos tenerla contenta. Y para que se viese mas la virtud y caridad de esta virgen, quiso Dios que se le pegase la lepra en una mano; pero ella no hizo caso de aquel mal, ni del peligro que habia que cundiese en el resto del cuerpo. Curóla hasta la muerte: lavóla, crubrióla, y por sus manos la enterró; y quedó sana del todo, y con las manos mas lindas que ántes.

Otra mujer llamada Palmerina, de la orden de la penitencia de santo Domingo, por instigacion del demonio tomó un odio tan terrible contra santa Catalina que no se puede creer; porque no la podia ver ni oír nombrar, y la mandó echar de su casa, sin quererle aplacar con ningún servicio que la virgen le hiciese, ni por las graves enfermedades y dolores que Dios le dió en castigo de su culpa; hasta que estando la desventurada mujer para morir, siempre obstinada y con aquella mala voluntad contra santa Catalina, ella se postró delante del acatamiento del Señor con tanto fervor y con tantas lágrimas, suplicándole por aquella alma, y diciéndole que no se levantaria de aquel lugar si no se compadecia de ella; y con esto fué oída: porque la mujer habiendo estado tres dias enagonía de la muerte, no pudo morir, hasta que tocándola el Señor y ablandándole el duro corazón, se reconoció y lloró su culpa, y recibidos los santos sacramentos dió su alma á Dios. Lo que le aconteció con esta mujer le aconteció también

con otras muchas personas que estaban en mal estado y se iban al infierno, y por sus oraciones se convirtieron y se salvaron; porque de ninguna cosa tenia mas sed que de la salvacion de las almas. Entre estas fué la de un hombre rico, ciudadano de Sena, por nombre Andrés, que era hombre perverso y desalmado y enemigo de Dios y de sus santos, de los que blasfemaba. Este estando para morir y no queriéndose confesar, ni oír cosa de su conciencia, por las lágrimas y oraciones de esta virgen volvió en sí, y confesóse é hizo su testamento y pasó de esta vida. Llevaban á justiciar á dos ladrones famosos é ibanlos atenaceando en un carro; y ellos en lugar de llorar sus pecados y tomar aquel suplicio para satisfaccion de ellos, iban como unos demonios renegando de Dios. Vióles santa Catalina en el carro, y una gran multitud de demonios que los iban atizando y provocando; y movida á compasion, pidió que la dejasen ir con ellos en el carro hasta la puerta de la ciudad, en donde por la oracion de la santa el Salvador apareció á los ladrones llagado y sangriento, convidándolos con admirable mansedumbre á penitencia, y prometiéndoles perdon si la hacian. Hiciéronla: confesáronse y lloraron sus pecados, protestando que merecian otros tormentos mayores por ellos; y alabando al Señor que habia usado de tanta misericordia y clemencia con los que tan poco la merecian. No fué de ménos maravilla, la conversion de otro ciudadano de Sena llamado Diego Tolomei, hombre fiero y cruel que habia muerto dos hombres y vivia como un pagano y queria estorbar que dos hermanas suyas no sirviesen á Dios en estado de perfeccion. Mas rogando la virgen por él, se convirtió con admiracion y espanto de todos los que le conocian. Otro tanto sucedió á otro que se llamaba Nanes, hombre perverso y enemigo de la paz y quietud, y que enredaba á toda la ciudad con pleitos y marañas. Habló la virgen y desemmarañóle; y de bravo leon le volvió manso cordero. Pero ¿quién podrá contar los pecadores obstinados que sacó de las puertas del infierno, y las personas sumidas en el abismo de sus miserias, que libró y trajo al menosprecio del mundo? Venian á verla innumerables gentes, hombres y mujeres; y con sola su vista se compungian, y con gran contricion y abundancia de lágrimas, se echaban á los pies del sacerdote para confesar sus pecados. De manera, que viendo esto el sumo pontífice Gregorio XI, dió al confesor de la virgen y á dos compañeros suyos, amplia facultad de oír de penitencia, y absolver á todos los que venian á ella y se querian confesar.

La que hacia esto que aquí queda referido con los extraños, no es maravilla que con los padres que la habian engendrado, usase de mayor caridad. Estando su padre muy malo de la enfermedad de que murió, la virgen suplicó á nuestro Señor, que si no le queria alargar la vida, le librase de las penas del purgatorio; porque ella las pagaria en esta vida. Oyóla el Señor: murió el padre; y en el mismo punto que su alma salió del cuerpo, dió á su hija un dolor gravísimo de ijada, del cual fué atormentada toda su vida. Su madre Lampa, que era buena mujer, pero simple y muy temerosa de morir, estando muy mala, no podia con paciencia oír hablar de la muerte. La santa suplicó á su Esposo, que no llevase á su madre hasta que estuviese mas conforme con su voluntad. Pero como la madre todavia estuviere fuertemente abrazada con esta vida, Cristo nuestro Señor mandó á santa Catalina que le

dijese, que pues entonces no queria morir, que le sucederian tantos trabajos, que vendria tiempo en que deseara la muerte. Finalmente vino á morir, y sin confesion; mas la santa hija lloró tanto por su madre delante del Señor, que la resucitó y vivió hasta los ochenta y nueve años de su edad, bien ejercitada y afligida por las calamidades que padecia, como su hija se lo habia dicho de parte del Señor.

Grandísimo fué el amor que esta santa virgen tuvo á los prójimos por amor de Cristo, en curarlos, convertirlos y sufrirlos, y el que mostró en vida y en muerte á sus padres. Pero ¿quién podrá declarar dignamente el amor tan encendido con que amó al mismo Cristo, su dulcísimo esposo y Señor? ¿Y los regalos y favores singulares con que él la ensalzó, y la hizo gloriosa y maravillosa en el mundo? Fué tan intenso y divino este amor de santa Catalina para con Jesucristo nuestro Salvador, que casi siempre estaba enferma, flaca y consumida de puro amor de su esposo; y ella misma decia á su confesor que sentia tan gran gozo en su alma, que se maravillaba que pudiese estar en su cuerpo; y que era tan excesivo el fuego que ardía en su pecho, que el fuego material le parecia frio; y una vez creció tanto, que vino á morir por la vehemencia de este amor; y en efecto, estuvo cuatro horas muerta, en las cuales vió cosas maravillosas de la gloria de los santos y de las penas del infierno y purgatorio. Pero quiso nuestro Señor, que tornase á vivir para declarar lo que habia visto, y ayudar á los justos con la esperanza del premio y divina retribucion, y espantar á los pecadores con el temor de la pena eterna y castigo. Y como ella era tan amorosa y tan fiel, así el Señor la abrazaba y acariciaba con extraordinarios favores: porque una vez le apareció Jesucristo con su bendita Madre y otros santos, y se desposó con ella con una manera maravillosa y singular. Visitábalas casi continuamente con grandísima familiaridad y ternura, y algunas veces traia consigo á la Virgen María, nuestra Señora, y otras á otros santos, aunque comunmente venia solo; y se paseaba con ella y rezaba los salmos; los cuales no sabiendo ántes leer la santa, milagrosamente los aprendió habiéndoselo suplicado á su Esposo.

Despues que bebió del costado de Cristo, como dijimos, quedó tan cautiva y presa de la dulzura de su Amado, que estaba siempre en una contemplacion altísima absorta, quedando la parte del alma sensitiva como destituida de sus acciones. Una vez haciendo oracion á su Esposo, y suplicándole que quitase de ella su corazon y la propia voluntad, le pareció que venia Cristo, y le abria el lado izquierdo y le sacaba el corazon y se iba con él; y aunque pareció esto á su confesor cosa increíble, porque ella decia que no tenia corazon; todavia lo que se siguió dió muestras de que fué verdad; porque de allí algunos dias, queriendo la virgen salir de una capilla de la iglesia de santo Domingo, le apareció el mismo Cristo resplandeciente, que traia en la mano un corazon colorado y muy hermoso, y llegándose á ella se lo puso en el mismo lado izquierdo, y le dijo: Hija mia Catalina, ya tienes por tu corazon el mio; y cerróle el costado: y para que se entendiese que no habia sido imaginacion, le quedó en el mismo lado la señal, la cual muchas veces vieron algunas de sus compañeras. Antes de esto, en su oracion solia decir á su esposo; Señor mio, yo os encomiendo mi corazon; y despues decia: Esposo mio, yo os encomiendo vuestro co-

razon. Los éxtasis que esta santa virgen tuvo, fueron tantos y tan continuos, y por tanto y tan largo tiempo algunos de ellos, que no se pueden con pocas palabras explicar. Estaba algunas veces levantada en el aire, y con todos los miembros tan yertos é inmóviles como si fuera muerta, sin sentir cosa alguna que se le hiciese, ni tormento que se le diese para hacerla volver en sí, y en una de ellas dictó aquel libro admirable de la Providencia que anda impreso; el cual escribió uno de sus escribientes, que se llamaba Estéban, y después se hizo fraile cartujo y fué prior de la cartuja de Pavía. Una vez acabando de comulgar en la capilla de Santa Cristina de la ciudad de Pisa, quedó arrobada y suspensa, y poco después se arrodilló, y extendió los brazos con un rostro esclarecido; pero yerta y cerrados los ojos estuvo así buen rato, hasta que cayó en el suelo como si hubiera sido herida de alguna herida mortal; y después que volvió en sí, declaró en secreto á su confesor, que Cristo nuestro Redentor le había impreso en aquel rapto las cinco llagas de su sagrado cuerpo, y que era tan grande el dolor que con ellas sentía, especialmente con la del costado, que le parecia imposible vivir si no se mitigaba: aunque, como dice san Antonino, arzobispo de Florencia, estas llagas fueron interiores y nó exteriores, porque ella misma se lo suplicó al Señor. Nunca acabaríamos, si quisiésemos referir aquí las otras gracias y prerogativas que el Señor concedió á esta preciosa virgen. Descubrióle la hermosura de las almas, y el amor con que Cristo las amó, y cuán bien empleado es cualquier trabajo que se emplea en su bien. Dióle un instinto maravilloso y una luz divina, con la cual penetraba los corazones de las personas con quienes trataba, y entendía el estado de sus conciencias, y si estaban en gracia de Dios ó en pecado, y como si leyera en los corazones, así sabía lo que había en ellos: y algunas veces venían algunas personas deshonestas á hablarla en hábito honesto, y con demostraciones y apariencias de siervas de Dios; y ella con aquella luz del cielo penetraba la fealdad de su alma, y les torcía el rostro y decía, que no podía sufrir el mal olor que salía de ella. Tuvo don de profecía, y tantas revelaciones é inteligencias celestiales cuando se comulgaba, que parecen increíbles. Tan devota era del santísimo Sacramento del altar, que el día que le recibía ó le veía, y lo que es mas, si veía algun sacerdote que hubiese celebrado aquel día, no podía tomar mantenimiento alguno corporal, y muchas veces veía en las manos del sacerdote, cuando tenía la sagrada hostia, un niño hermoso, otras un horno de fuego, otras sentía una fragancia y olor celestial; y siempre que veía ó recibía aquel pan de vida, era tan regalada su purísima alma con la presencia del Señor, que el corazón daba saltos de placer, y parece que quería reventar; y algunas veces con sus propias manos la comulgaba Jesucristo. Por donde hay menos que maravillarnos, que Dios nuestro Señor haya hecho muchos milagros por ella. Sanó á muchos enfermos; libró á los que estaban heridos de pestilencia: volvió á vida á los que estaban ya casi muertos: echó demonios de los cuerpos: con pocos panes dió de comer á muchos, y sobró de lo que les daba. Amasado pan de cierta harina podrida, la ayudó á amasar la Reina de los ángeles, nuestra Señora, y el pan salió tan lindo y sabroso, que fué cosa de maravillar; y por mas que le daba á los pobres, siempre quedaba pan en la cesta. De una cuba vacía salió vino perfectí-

simo para esta virgen. Alcanzó con sus oraciones vehementemente contrición y dolor de sus pecados á sus confesores Fr. Raimundo y Fr. Tomás, gran devoción y ternura, y para otros tantas misericordias del Señor, que parece que no le pedía cosa que no se la concediese. Pero el mayor milagro de todos los que Dios obró por esta santa virgen; es la misma virgen, en la cual hay tantos prodigios divinos, como en parte se ha visto en lo que aquí queda referido. En estos, á mi ver, no es el menor la sabiduría del cielo que Dios le infundió para hablar de Dios: lo cual hacia con tanta suavidad, gracia y eficacia, que estuviera cien dias y noches sin comer, ni dormir y sin cansarse, si hallara oyentes que la oyeran y entendieran.

Tambien se ve esta sabiduría del cielo en lo que nuestro Señor se sirvió de ella en cosas grandes y dificultosas de la pacificación y gobierno de la Iglesia; porque habiendo sucedido en su tiempo grandes turbaciones y discordias en la santa Iglesia por los pecados del mundo, y levantándose aquel lastimoso cisma, que duró tantos años en tiempo de Urbano VI; dos sumos pontífices, que fueron el mismo Urbano y Gregorio XI, su predecesor, se sirvieron de santa Catalina en negocios gravísimos, y la enviaron por embajadora suya: pusieron los capítulos de la paz en sus manos, y le mandaron que delante de los cardenales hablase, y los exhortase á la paz y concordia: lo cual ella hizo con admirable sabiduría, rara prudencia, humildad, modestia y eficacia; y por su mano se alcanzó en algunos negocios importantes lo que se podía desear. Con esta misma luz del cielo respondía esta virgen á muchas cuestiones delicadas y sutiles, que algunos doctores hinchados le proponían; y confundió, humilló y convirtió al Señor á otros, que la querían argüir y reprender, y escribió aquel maravilloso libro de la Providencia de Dios, que anda impreso, en el cual hay cosas altísimas para aprovechamiento de las almas que se dan al espíritu y al recogimiento interior. Escribió asimismo dos tomos de epístolas: el primero para papas, cardenales, obispos y prelados de la Iglesia, y personas eclesiásticas, que contiene ciento y cincuenta y cinco epístolas; y otro, en que hay ciento treinta y nueve, para reyes y príncipes, repúblicas y gente seglar: en las cuales epístolas se ve un espíritu divino y una ciencia, mas dada de Dios, que aprendida con estudio, y unos consejos tan prudentes y tan acertados, que bien parecen derivados de aquella fuente, que es suma sabiduría é increada verdad.

Finalmente, habiendo vivido treinta y tres años con la santidad de vida, edificación, admiración y fruto de la santa Iglesia, que habemos dicho, encendida del amor de su esposo, y deseosa de verse con él, cayó mala, y recibió los santos sacramentos con singular devoción y afecto, y llamando á sus hijas y compañeras, las exhortó á traspasar todo su amor en Cristo y entregarle de veras su corazón, sin que ninguna cosa de la tierra las embarazase, y á no juzgar mal de sus prójimos; y pidiéndoles perdón y la indulgencia plenaria que los sumos pontífices Gregorio XI y Urbano VI le habían concedido, estuvo en agonía y peló valerosamente con el demonio, y triunfó de él en muerte como lo habia hecho en vida. Entró las otras tentaciones que allí tuvo, fué una que el demonio le acusaba de vanagloria, y ella respondió con alegría: ¿Vanagloria? Siempre he procurado la verdadera gloria y alabanza de Dios todopoderoso. Y acabada aquella lucha, orando y hablando

amorosamente con su dulce esposo, y diciendo aquellas palabras: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu;» voló al cielo á los 29 de abril del año de 1380, y á la misma hora apareció á su padre espiritual Fr. Raimundo, que á la sazón estaba en Génova; el cual fué maestro general de la orden de santo Domingo, y escribió, como testigo de vista, la vida de santa Catalina; y de ella, y de lo que escribió el P. Fr. Estéban Conrado, prior de la cartuja de la ciudad de Pavía, que había sido escribiente de la santa virgen, y de la bula de su canonización del papa Pio II, se ha recopilado esta vida. Refiérela Fr. Laurencio Surio en el segundo tomo de las vidas de los santos. Murió santa Catalina en Roma: llevaron su sagrado cuerpo á la iglesia que llamaban de la Minerva, que es de los padres de santo Domingo; y fué tanto el concurso de todo el pueblo romano, y tantos los milagros que nuestro Señor obró por ella, que no se pudo enterrar su cuerpo hasta pasados tres dias. Y despues se continuaron y crecieron los milagros: y el papa Pio II, senés, la canonizó y puso en el catálogo de los santos el año de 1461, que fueron ochenta y uno despues de su glorioso tránsito. Y la santidad de Clemente VIII, en el breviario reformado, ha mandado hacer conmemoracion de santa Catalina de Sena á los 29 de abril, que es el dia en que murió, como dijimos, y en que la santa Iglesia celebra la fiesta de san Pedro, mártir, tambien de la orden de predicadores. Pues ¿quién no queda por una parte admirado y por otra compungido leyendo la vida de esta santa virgen? ¿Quién no alaba al Señor por haberla escogido para sí de tan tierna edad? ¿Por haberse desposado singularmente con ella? ¿Por haberla adornado de tantas y tan heroicas virtudes? ¿Por haberla regalado con tan extraños favores y dulzuras? ¿Por haberla dado á beber de su sagrado costado, é imprésole sus llagas, y trocádole el corazon, y comulgádola por sus manos? ¿Por haber ella confundido á los sabios del mundo, y dádonos á entender que la flaqueza mujeril, apoyada en Dios, es mas fuerte que la fortaleza de los hombres que confian en sí? ¿Qué gran confusion es para los tibios ver el fervor de esta purisima doncella y el incendio de amor que abrasaba su corazon! ¿Qué humildad tan profunda! ¿Qué paciencia tan rara! ¿Qué oracion tan absorta y tan continua! ¿Qué benignidad para con los pobres, qué caridad tan fina para con los que la perseguian, qué celo de la gloria de Dios, qué sed y ansia de la salud de las almas, qué mortificacion y victoria de sí misma! ¿Qué seguridad y eficacia de su oracion! ¿Qué enajenacion y apartamiento de todas las cosas de la tierra, y qué conversacion y participacion tan celestial! Imitemos todos los ejercicios de santa Catalina; y si no podemos llegar por nuestra miseria á la cumbre de santidad, á donde ella llegó, supliquemos al Señor que por su intercesion nos otorgue gracia, para componer nuestras vidas y ajustarlas con su santa ley.

* SAN PELEGRIN, CONFESOR.—Nació en Forli, ciudad de la Romania en Italia, el año 1263, de la noble familia de los Laciosos. Sus padres, en razon de ser hijo único, lo educaron en las ciencias al paso que en la piedad con grande esmero, y Pelegrin desplegó sus talentos, valor y fé, siendo muy devoto de la santísima Virgen Maria. Una guerra civil tenia por aquellos tiempos en conflicto á su patria, que dividida en dos bandos, de güelfos y gibelinos, se destruaban recíprocamente. Pelegrin tomó partido en uno de los dos bandos, peleando con valor y firmeza. La

funesta situacion en que se encontraba Forli afligia en gran manera el ánimo del sumo pontífice Martin IV, y á fin de terminar las disensiones envió á Felipe Benicio, general de la orden de los servitas. Apenas llegó á Forli, se valió de todo su celo para disponer los ánimos á la reconciliacion, y de tal manera lo logró, que los ciudadanos mandaron comisionados al pontífice para negociar la paz. A fin de omedrentarlos, el pontífice les negó la audiencia, lo que tenido por repulsa, unos querian someterse á la obediencia del pontífice, y otros querian echar de la ciudad á Felipe. Pelegrin era de estos últimos, y era tanta su fogosidad que llegó á insultar al siervo de Dios y darle un ignominioso bofetón. Léjos de airarse Felipe, oró por sus perseguidores, y en especial por Pelegrin, siendo tan eficaz su súplica, que trocado al momento, reconoció su culpa, se echó á los piés de Felipe, pidióle perdon de su falta, y pidió con grande empeño ser admitido en la religion de los siervos de Maria. Vistiósele el hábito de siervo de Maria, profesó luego, y la santidad de vida crecia en Pelegrin con los años de religion, siendo el modelo de los religiosos que vivian con él en Siena. Los ciudadanos de Forli pidieron se fundara en su ciudad un convento de la orden, y los superiores, accediendo á sus deseos, enviaron á Pelegrin. Muy bien recibido fué de sus compañeros, y despues de hecha la fundacion, con general aplauso se dedicó el santo en desterrar de sus compatriotas las reliquias de las pasadas discordias, transformando aquella ciudad en un pueblo religioso. Despues de ordenado de sacerdote, fué Pelegrin un dechado de virtud, sobresaliendo en humildad, pobreza, paciencia, y sobre todo en caridad para con los pobres, á quienes socorria en todas sus necesidades: por manera que en una ocasion en que el hambre assolaba el pais, se vió multiplicado aquel prodigio del Salvador en la multiplicacion de los panes, pues de un poco de trigo y unos cuantos panes, con solo echarles Pelegrin la bendicion bastaron para todos los pobres abundantemente. Persuadido de que solo la Cruz es la senda de la gloria, pedia de continuo á Dios nuevas mortificaciones, y envióle el Señor una llaga en la pierna, la que le causó tanto mal, que debian de hacerle la amputacion. Contento el santo al ver se le proporcionaba otro medio de sufrir por Dios, se preparaba para ello, cuando el Señor, que acude al socorro de sus escogidos, permitió que una imágen del Crucificado, que se hallaba pintada en la sala capitular, tomara cuerpo: y rodeado de resplandores celestiales, se desclava de la cruz, y aplicándole las manos á la fétida llaga, queda repentinamente curada. Agradecido Pelegrin á favor tan singular, acrecentó mas sus penitencias y devociones, hasta que por fin, llegando á la edad de ochenta años entregó su espíritu al Señor el dia primero de mayo del año 1344. Su cuerpo, despues de muerto, exhaló una fragancia celestial. Apenas se divulgó la noticia de su fallecimiento, acudieron los de Forli á venerarla, y el cielo dió á conocer la gloria de su siervo haciendo célebre su cuerpo con muchos milagros.

SAN MÁXIMO, MÁRTIR.—Era habitante del Asia, y comerciante de profesion. Habiendo formado Decio el impio, aunque vano designio, de extirpar la religion cristiana, publicó edictos en todo el imperio para obligar á todos á adorar al los idolos. Máximo se declaró cristiano sin precaucion alguna; y habiendo sido llevado á la presencia del procónsul, despues de un largo interrogatorio fué condenado á

ser apedreado de muerte, por desobediente á los edictos sagrados. Fué, pues, llevado por los verdugos fuera los muros de la ciudad de Efeso, y murió apedreado el día 14 de mayo del año 251.

SAN JAIME, SAN MARIANO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES.—Durante la persecucion de Valeriano, por los años 259, padecieron martirio estos dos santos en la ciudad de Lambesa en Numidia, siendo atormentados por los mas esquisitos suplicios que la ferocidad humana ha podido inventar. Jaime era diácono, y Mariano lector: ambos estaban unidos con los vínculos del parentesco; pero mas unidos aun con los lazos de la fé y la caridad, padecieron siempre juntos, y los dos merecieron que el cielo les favoreciese con divinas visiones y con el don de los portentos. Estuvieron mucho tiempo presos en las cárceles de Lambesa, y en ellas enfervorizaron tan singularmente á los demás confesores de Jesucristo que en ellas habia, que todos derramaron su sangre por la fé, y fueron compañeros de padecimientos y de la gloria celestial.

SAN ERCONVALDO, OBISPO DE LÓNDRES.—Fué príncipe de sangre real, hijo de Annás, rey de los estanglos. Joven aun, dejó su patria y se retiró á la soledad, donde fundó dos grandes monasterios, los cuales gobernó con admirable santidad, hasta que fué sacado de allí por el rey Sebba en el año de 675, y consagrado obispo de Lóndres. Desempeñó el cargo pastoral por espacio de once años, y murió gloriosamente en el Señor por el mes de abril del año 686. Su sepulcro fué famoso por los muchos milagros que obró el Señor en él, que no fueron mas que una continuacion de los que el santo habia obrado durante su vida en favor de los que imploraban su patrocinio.

SAN EUTROPIO, OBISPO Y MÁRTIR.—Fué consagrado obispo por el papa san Clemente, y habiendo predicado por mucho tiempo el Evangelio en Francia, por su constancia en confesar á Jesucristo consumó el martirio en Santonges, habiéndole roto la cabeza de un golpe. Fué el primer obispo de dicha ciudad de Santonges, y obró infinidad de conversiones.

LOS SANTOS AMADOR, PRESBITERO; PEDRO, MONGE; Y LUIS, MÁRTIRES.—Eran de la ciudad de Córdoba en España, é indignados por las profanaciones que en los lugares santos

cometian los mahometanos, se juntaron para predicar con fervor y eficacia el Evangelio á aquellos infieles. Apenas habian empezado su tarea, cogiéronles los árabes, y despues de hacerles sufrir muchos suplicios les cortaron la cabeza en Córdoba el día 30 de abril del año 835. Sus sagrados cuerpos fueron echados al rio; pero al dia siguiente aparecieron sobre la orilla, y habiéndolos recogido los cristianos les dieron honrosa sepultura.

SAN LORENZO, MÁRTIR.—Era sacerdote de la iglesia de Novara, aunque de origen español; y en una de las persecuciones que sufrió la Iglesia durante el siglo IV, fué martirizado en la misma ciudad, junto con unos niños que educaba. Ferrario dice que fué este santo muy celoso en la predicacion de la palabra de Dios, muy memorable por sus milagros, y que de su sepulcro, que está aun en Novara, sale una especie de licor, con cuyo contacto se curan los enfermos de sus dolencias.

SAN DONATO, OBISPO Y CONFESOR.—Bautizó al emperador Teodosio y á su hija, á los cuales habia instruido en la religion. Convirtió tambien á las principales familias de Constantinopla, y fué despues obispo de Euriampe, en el Epiro, en cuya ciudad habia una fuente, cuyas aguas mataban á los que las bebian. Llegóse el santo á la fuente, y á su aproximacion oyóse un gran trueno y de las aguas salió un enorme dragon, que con solo tocarle Donato, quedó muerto. En seguida bendijo el santo obispo las aguas, y lo que ántes causaba la muerte fué en adelante remedio para muchos males. Donato cumplió como verdadero sucesor de los apóstoles todos los deberes de su ministerio, y esclarecido en milagros, murió pacíficamente entre sus amadas ovejas el año 387.

SAN SEVERO, OBISPO Y CONFESOR.—Fué obispo de Nápoles en el siglo V. Es el taumaturgo de aquellos paises: entre otros muchos milagros, resucitó una vez á un muerto para convencer á un impostor que falsamente repelia unos créditos contra una pobre viuda y unos pupilos. Trabajó con mucho celo contra los arrianos, y sufrió por parte de estos herejes varias persecuciones.

SANTA SOFÍA, VIRGEN Y MÁRTIR.—Murió en Fermo, durante la persecucion de Diocleciano.

INDICE

DE LOS SANTOS CUYAS VIDAS SE CONTIENEN EN ESTE

TOMO PRIMERO.

Días.	Pág.	Días.	Pág.
	7	San Mávil, márt.	87
Prólogo de los Editores.	9	Los santos Aquilino, Gémino, Eugenio, Marciano, Quinto, Teodato y Trifón, mártis.	87
Id. de Ribadeneira.	13	San Gregorio, ob. y conf.	87
Tormentos de los mártires.	17	San Rigoberto, arz. y conf.	87
Vida de Cristo.	36	San Rumon, ob. y conf.	supl.
Pascua de Resurreccion	39	San Telesforo, papa y márt.	87
La Ascension.	43	San Simeon Estilita ó de la Columna, conf.	88
Pascua de Pentecostes.	33	San Eduardo, rey y conf.	91
La Santísima Trinidad.	63	La Conmemoracion de muchos santos mártires de la Tebaida.	91
Fiesta del Corpus.		Santa Sinclética, vírg.	91
Vida de la Santísima Virgen.		Santa Emiliانا, vírg.	93
ENERO.			
1 La Circuncision del Señor.	70	Santa Apolinaria, vírg.	93
El santísimo Nombre de Jesus.	72	6 La Epifanía del Señor, ó Adoracion de los Reyes.	93
San Fulgencio, ob. y conf.	74	San Andrés Corsino, ob. y conf.	98
San Odilon, ab. y conf.	78	Santa Maera, vírg y márt.	101
Santa Eufrosina, vírg.	80	La Conmemoracion de muchos santos mártires de África.	101
San Almaco ó Telémaco, márt.	82	San Melanio, ob. y conf.	101
Los treinta santos soldados mártires de Roma.	82	San Nilanmon, conf.	101
San Concordio, presb. y márt.	82	San Pedro, ab. y conf.	supl.
El beato Buenhijo, conf.	82	7 San Raimundo de Peñafort, conf.	101
San Justino, ob. y conf.	82	La vuelta del Niño Jesus de la tierra de Egipto.	106
San Magno, márt.	82	San Luciano, presb. y márt.	106
San Eugendo, ab. y conf.	82	San Clero, diác. y márt.	106
La deposicion de san Basilio, ob.	82	San Félix y san Genaro, mártis.	106
Santa Tanchea ó Taina, vírg.	supl.	San Julian, ob. y márt.	106
San Mochua ó Mocaño ó Cluano, ab. y conf.	supl.	San Canuto, rey y mártir.	106
San Mochua de Bella, ó Cronan, conf.	supl.	San Crispin, ob. y conf.	106
2 San Macario, ab. y conf.	82	San Niceto, ob. y conf.	106
La conmemoracion de muchos santos mártires que no quisieron entregar los escritos sagrados.	83	San Teodoro, mon.	106
San Isidoro, ob. y márt.	84	an Cedd, ob. y conf.	supl.
Los tres santos hermanos Argeo, Narciso y Marcelino, mártis.	84	Santa Kontigerna, viu.	supl.
San Martiniano ó Materniano, ob. y márt.	84	San Aldrico, ob. y conf.	supl.
San Isidoro, ob. y conf.	84	San Thillon ó Theau, presb. y conf.	supl.
San Sirdion ó Serapion IX, patr. y márt.	84	8 Santa Gudula, vírg.	106
San Adalardo ó Adelardo ó Alardo, ab. y conf.	supl.	San Lorenzo Justiniano, patr. y conf.	107
3 Santa Geneveva, vírg.	84	Los santos Luciano, Maximiano y Julian, mártires.	111
San Antero, papa y márt.	86	San Eugenio, ob. y márt.	111
San Pedro, márt.	86	Los santos Teófilo y Eladio, mártis.	111
Los santos Cirino, Primo y Teógenes mártis.	86	San Apolinar, ob. y conf.	111
San Gordio, cent. y márt.	86	San Severino, ob. y márt.	111
Los santos Zósimo y Atanasio, márt.	86	San Máximo, ob. y conf.	111
Los santos Teopento y Teonas, de Cilicia, mártis.	86	San Paciente, ob. y conf.	111
San Daniel, lev. y márt.	87	San Severino, ob. y conf.	112
San Florencio, ob. y márt.	87	Santa Pega, vírg.	supl.
San Lesmes, conf.	supl.	San Vulsino, ob. y conf.	supl.
4 San Tito, ob. y conf.	87	San Nathalan, ob. y conf.	supl.
Los santos mártires Prisco, presb., Priscilliano, lev., y Benita.	87	9 San Julian, santa Basiliisa, san Antonio, san Atanasio, san Celso y santa Marcionila, mártires.	112
Santa Dafrosa, mártir.	87	Santa Marciana, vírg. y márt.	116
Los santos Hermeto, Ageo y Cayo, mártis.	87	Los santos Vidal, Revocato y Fortunato, mártires.	116

Los santos Epicteto, Jucundo, Felix, Segundo, Vidal y otros siete, todos márt.	116	Los santos cuarenta y tres monges, márt. de Raiti.	134
San Pedro, ob. y conf.	116	San Dacio, arz. y conf.	134
San Marcelino, ob. y conf.	117	San Eufrasio, ob.	134
San Brithwaldo, arz. y conf.	supl.	San Julian Sabas, arz. y conf.	134
San Telan ó Toelan, ab. y conf.	supl.	Santa Macrina.	134
San Adrian, ab. y conf.	supl.	San Barbascemino, ob., y diez y seis cléri- gos, márt.	supl.
San Vanengo, conf.	supl.	13 San Pablo, primer ermitaño y conf.	134
10 San Marciano, presb. y conf.	117	San Macario, ab. y conf.	137
San Nicanor, diácono y márt.	117	San Mauro, ab. y conf.	138
San Agaton, papa y conf.	117	San Juan Calibita, conf.	142
San Guillermo, arz. y conf.	117	San Bonito, ob. y conf.	144
San Juan el Bueno, arz. y conf.	117	Los santos Habacuch y Miqueas, profs.	146
San Marciano, presb.	117	Santa Secundina, virg. y márt.	146
San Pedro Urséolo, mon. y conf.	117	San Elísio, márt.	146
San Pablo, primer ermitaño.	117	San Máximo, ob.	146
San Gonzalo de Amarante, conf.	118	San Isidoro, presb. y conf.	146
11 San Iligino, papa y márt.	118	San Main, ab. y conf.	supl.
San Teodosio, cenob. y conf.	118	San Isidoro de Sceta, erm. y conf.	supl.
San Salvio, márt.	122	Santa Ita ó Mida, virg. y aba.	supl.
Los santos Pedro, Severo y Leucio,	122	16 San Marcelo, papa y márt.	146
San Alejandro, ob. y márt.	122	Los santos Berardo, Vital, Pedro, Acursio, Adjuto y Oton, márt.	147
San Palemon, ab. y conf.	122	San Honorato, arz. y conf.	149
San Salvio, ob.	122	San Fulgencio, ob. y conf.	154
San Leucio, ob. y conf.	122	Santa Priscila ó Prisca.	155
San Anastasio, ab., y los nueve monges sus comps., confs.	122	San Ticiano, ob. y conf.	155
Santa Honorata, virg.	122	San Melas, ob. y conf.	155
San Egwino, ob. y conf.	supl.	San Furseo, ab. y conf.	155
12 San Nazario, conf.	122	San Honorato, ab. y conf.	155
Santa Taciana, márt.	123	San Enrique, erm. y conf.	supl.
San Sátiro, márt.	123	17 San Antonio, ab. y conf.	155
San Arcadio, márt.	123	Los santos hermanos Espeusipo, Eleusipo y Meleusipo, márt.	162
Los santos Zótico, Rogato, Modesto, Gástulo, y cuarenta comps. todos márt.	123	Los santos mártires Diodoro, presb., Mariano, diác. y sus comps.	162
Los santos Tigrio, presb., y Eutropio, lec., márt.	123	Los santos Antonio, Mérulo y Juan, mons. y comps.	162
San Zótico, márt.	123	28 San Sulpicio, el Piadoso ob. y conf.	162
El martirio de los cuarenta y dos monges de Efeso.	123	Santa Rosalina, virg.	162
San Juan, arz. y conf.	123	Santa Leonila, márt.	supl.
San Probo, ob. y conf.	123	Santa Milgetha, virg.	supl.
San Benito, ab. y conf.	123	San Nennio ó Nennidio, ab. y conf.	supl.
San Elrédo, ab. y conf.	supl.	18 La Cátedra de san Pedro en Roma.	162
13 San Hilario, ob. y conf.	123	Santa Prisca, virg. y márt.	164
Los santos cuarenta soldados, mártires de Roma.	126	Los santos Moseo y Ammonio, soldados y márt.	165
San Potito, márt.	126	San Volusiano, ob. y conf.	165
Los santos Hermilo y Estratónico, márt.	127	San Leobardo, mon. y conf.	165
Los santos Gumersindo y Servodeo, márt.	127	San Deicola, ab. y conf.	165
San Leoncio, ob. y conf.	127	Santa Liberala, virg.	165
San Agricio, ob. y conf.	127	San Atenógenes, antiguo teólogo y márt.	165
San Vivencio, conf.	127	San Pablo, y treinta y seis comps., márt.	supl.
Santa Glafira, virg.	127	San Ulfrido ó Wolfredo, ob. y márt.	supl.
La beata Verónica; virg.	127	19 Los santos Mario, Marta, Audifax y Abacú, márt.	166
San Kentigerno, ob. y conf.	supl.	San Canuto, rey y márt.	166
14 San Félix, presb. y conf.	127	San Germánico, márt.	169
El beato Bernardo de Corleon, conf.	130	Los santos Pablo, Geroncio, Genaro, Saturni- no, Suceso, Julio, Cafo, Pia y Germana, márt.	170
San Hilario, ob. y conf.	133		
San Malaquías, prof.	134		
Los santos treinta y ocho monges, mártires de Sinai.	134		

San Ponciano, márt.	170	San Julian, márt.	217
San Basiano, ob. y márt.	170	San Avito, márt.	217
San Wolstano, ob. y conf.	170	Los santos Dacio, Reatrio y sus compañeros,	217
San Enrique, arz. y márt.	supl.	márts.	217
San Blaithmaico, ab. y márt.	supl.	Los santos Dativo, Julian, Vicente y sus vein-	217
San Lomero ó Laubemaro, ab. y conf.	supl.	te y siete comps., márts.	217
20 San Fabian, papa y márt.	170	San Mauro, ab. y conf.	217
San Sebastian, márt.	171	San Vitaliano, papa y conf.	217
San Neófito, márt.	171	San Julian, ob. y conf.	217
San Mauro, ob. y conf.	171	28 San Cirilo Alejandrino, ob. y conf.	218
San Eutimio, ab. y conf.	174	San Julian ob. y conf.	219
San Techin, ab. y conf.	supl.	Santiago, erm. y conf.	222
21 Santa Inés, virgen y márt.	173	Santa Margarita, virg.	224
San Publio, ob. y márt.	178	San Valero ó Valerio, ob. y conf.	227
San Patroclo, márt.	178	La segunda Conmemoracion de santa Inés, virg.	227
San Epifanio, ob. y conf.	178	San Flaviano, márt.	227
San Meinardo, erm. y márt.	178	Los santos Tirso, Leucio y Calimico, márts.	227
San Fructuoso, ob., y los santos Augurio y En-	178	San Leonides, y sus comps., márts.	227
logio, diács., todos márts.	178	Los santos mártires de Alejandria.	227
San Vimino ó Viviano, ob. y conf.	supl.	San Juan, ab. y conf.	227
22 San Vicente, márt.	179	San Paulino, patr. y conf.	supl.
San Anastasio, márt.	181	San Glastian, ob. y conf.	supl.
San Gaudencio, ob. y conf.	183	29 San Francisco de Sales, ob. y conf.	227
Santo Domingo, ab. y conf.	183	San Valero, ob. y conf.	213
Los santos mártires Vicente, Oroncio y Victor.	183	Los santos Sarbelio y Barbea, su hermana,	213
23 San Ildefonso, arz. y conf.	183	márts.	213
Santa Emerenciana, virg. y márt.	186	San Constanzo, ob. y márt.	213
San Juan el Limosnero, patr. y conf.	186	San Sabiniiano, márt.	213
San Clemente, ob., y san Agatángelo, márts.	193	San Aquilino, presb. y márt.	213
San Raimundo de Peñafort.	193	Los santos Papias y Mauro, márts.	213
San Parmenas, diác. y márt.	193	San Sulpicio Severo, ob. y conf.	213
San Severiano y santa Aquila, su esposa, márt-	193	San Gildas el Sabio ó Badonico, ab. y conf.	supl.
res.	193	San Gildas el Albano ó Escocés, mon. y conf.	supl.
San Asela, márt.	193	30 Santa Martina, virg. y márt.	213
San Martirio, mon. y conf.	193	Los santos Vincencio, Oroncio y Victor, márts.	213
San Eusebio ab. y conf.	supl.	Santa Marcela, viu.	215
24 San Timoteo, ob. y márt.	193	San Félix I, papa y márt.	217
La Descension de nuestra Señora.	196	San Hipólito presb. y márt.	217
San Babilas, ob. y márt.	197	Santa Aldegunda, virg.	217
San Feliciano, ob. y márt.	197	San Barsimeo, ob. y márt.	217
Los santos Mardonio, Ausonio, Eugenio y Me-	197	Los santos Feliciano, Filapiano, y sus ciento-	217
telo, márts.	197	y veinte y cuatro comps., márts.	217
San Tirso y san Proyecto	197	San Barsen, ob. y conf.	217
San Zamas, ob. y conf.	197	San Alejandro, márt.	217
San Surano, ab. y conf.	197	San Matias, ob. y conf.	217
San Macedonio, anac. y conf.	supl.	San Armentario, ob.	217
San Cadoco ó Cadoc, ab. y conf.	supl.	Santa Sabina, márt.	217
25 La Conversion del apóstol san Pablo.	197	31 San Pedro Nolasco, patr. y fund.	217
San Ananias, márt.	201	La beata Jacinta, virg.	256
Los santos Juventino y Máximo, márts.	201	San Metrano, márt.	259
Los santos Proyecto y Marino, márts.	201	Los santos Ciro y Juan, márts.	260
Los santos Donato, Sabino y Agape, márts.	201	Los santos Saturnino, Tirso y Victor, márts.	260
San Bretannion, ob. y conf.	201	Los santos Tarsicio, Zótico, Chriaco y sus	260
San Popon, ab. y conf.	201	comps. márts.	260
San Apolo, ab. y conf.	supl.	Santa Trifena, márt.	260
San Publio, ab. y conf.	supl.	San Geminiano, ob. y conf.	260
26 San Policarpo, ob. y márt.	201	San Julio, presb. y conf.	260
Santa Paula, viu. y aba.	203	La beata Luisa Albertona, viu.	260
Santa Batilde, reina.	207	La Traslacion de san Marcos, evangelista.	260
San Teógenes, ob. y márt.	207	San Galdo ó Waldo, ob. y conf.	supl.
San Conon, ob. y conf.	supl.		
27 San Juan Crisóstomo, ob. y doc.	207		

FEBRERO.

1. San Eflen, diác. y conf. 260
 Santa Brigida de Escocia, vírg. 263
 San Ignacio, ob. y márt. 264
 San Pionio, presb. y márt. 267
 San Severo, ob. y conf. 267
 San Pablo, ob. y conf. 267
 San Cecilio, ob. y márt. 267
 La beata Veridiana, vírg. 268
 Santa Kinnia, vírg. *supl.*
 San Sigeberto, rey y conf. *supl.*
2. La Purificacion de la Virgen María, nuestra Señora, y la Presentacion de su precioso Hijo en el templo. 268
 San Aproniano, márt. 271
 San Cornelio, ceat. 271
 San Lorenzo, ob. y conf. 271
 Los santos Fortunato, Feliciano, Firmo, Cándido y comps., márt. 271
 San Flósculo, ob. y conf. 271
 3. San Blas, ob. y márt. 271
 El beato Nicolás de Longobardi, conf. 273
 San Celerino, diác., santa Celerina, su abuela, y sus tíos los santos Laurentino é Ignacio, todos márt. 277
 San Anscario, ob. y conf. 277
 Los santos Félix, Sinfonio, Hipólito y sus compañeros, márt. 277
 San Tigido y san Remedio, obs. 277
 Santa Wereburga, vírg. *supl.*
 Santa Margarita de Inglaterra, vírg. *supl.*
4. San Remberto, ob. y conf. 277
 San José de Leonisa, conf. 278
 Los santos Aquilino, Gémino, Gelasio, Magno y Donato, márt. 283
 San Eutiquio, márt. 283
 San Fileas, ob., y san Filoromo, trib., márt. 283
 San Aventino, conf. 283
 San Isidoro, mon. y conf. 283
 San Gilberto, conf. 283
 Santa Juana de Valois, reina. *supl.*
 San Modan, ab. y conf. *supl.*
5. Santa Agueda, vírg. y márt. 283
 Los veinte y seis mártires del Japon. 286
 La Conmemoracion de muchos santos mártires del Ponto. 296
 San Isidoro, márt. 297
 San Avito, ob. y conf. 297
 Los santos Genuino y Albino, obs. y conf. 297
 Santa Calamanda, vírg. y márt. 297
 Los santos mártires de la China. *supl.*
 Santa Alicia ó Adelaida, vírg. y aba. *supl.*
 San Abraham, ob. y márt. *supl.*
6. Santa Dorotea, vírg. y márt. 297
 El santísimo Misterio (en Cervera). 298
 San Silvano, ob. y márt. 298
 San Vedasto, ob. y conf. 298
 San Amando, ob. y conf. 299
 Los santos Teófilo, Saturnino y Revocada, mártires. 299
- San Antoliano, márt. 299
 San Guarino, ob. y conf. 299
 7. San Romualdo, ab. y conf. * 299
 San Moisen, anac., ob. y conf. 303
 San Teodoro, márt. 304
 San Ricardo, rey y conf. 303
 San Augulo, ob. y márt. 303
 San Aduco, márt. 303
 Santa Juliana, viu. 303
 San Tresano, presb. y conf. *supl.*
8. San Juan de Mata, conf. y fund. 306
 San Juvencio, ob. y conf. 306
 Santa Cointa, márt. 306
 Los santos monges del monasterio de Dio, mártires. 306
 La Conmemoracion de muchos santos mártires de Persia. 306
 San Estéban de Moreto, conf. y fund. 306
 San Pedro, card. y conf. 306
 Los santos Pablo, Lucio y Ciriaco, márt. 307
 Los santos Dionisio, Emiliano y Sebastian, mártires. 307
 San Honorato, ob. y conf. 307
 San Pablo, ob. y conf. 307
 San Cuthman, conf. *supl.*
9. Santa Apolonia, vírg. y márt. 307
 San Nicéforo, márt. 307
 San Alejandro, márt. 308
 San Alejandro y san Ammonio, márt. 308
 Los santos Primo y Donato, márt. 308
 San Ansberto, ob. y conf. 308
 San Sabino, ob. y conf. 308
 San Theliau, ob. y conf. *supl.*
 Santa Attracta ó Tarahata, vírg. *supl.*
 San Erhardo ó Eberhardo, ab. y conf. *supl.*
10. San Guillermo, erm. y conf. 308
 Santa Escolástica, vírg. 312
 Los santos Zótico, Ireneo, Jacinto y Amancio, mártires. 313
 Los diez santos soldados, mártires de Roma. 313
 Santa Sotera, vírg. y márt. 313
 San Silvano, ob. y conf. 313
 Santa Austreverta, vírg. 313
 San Erlulfo, ob. y márt. *supl.*
11. San Severino, ab. y conf. 313
 San Martiniano, erm. y conf. 314
 Los santos Saturnino, presb., Dativo, Félix, Ampilio y otros cuarenta y cuatro compañeros, mártires. 317
 La Conmemoracion de muchos santos mártires de Numidia. 317
 San Lucio, ob. y márt. 317
 San Desiderio, ob. y conf. 317
 San Calocero, ob. y conf. 317
 San Jonás, mon. y conf. 317
 San Lázaro, ob. y conf. 317
 San Castrense, ob. y conf. 317
 Los siete Siervos de María, funds. 318
12. Santa Eulalia, vírg. y márt. 318
 San Melecio, patr. y conf. 319
 San Damian, márt. 319
 Los santos Modesto y Julian, márt. 319

San Modesto, diác. y márt.	319	Los santos Donato, Secundiano y Rómulo, márt.	329
Los santos Modesto y Ammonio, márt.	319	tires.	329
San Antonio Cauleas, patr. y conf.	319	San Fintano, ab. y conf.	329
San Gaudencio, ob. y conf.	320	San Loman ó Luman, ob. y conf.	supl.
San Benito de Anian, ab. y conf.	supl.	18. San Simeon, ob. y márt.	329
13. Santa Catalina de Ricci, virg.	320	Los santos Máximo y Claudio, hermanos, y Pre-	
San Agabo, márt.	321	pedina, esposa de Claudio, con dos hijos,	
14. Santa Fusca, virg., y santa Maura, su nodriza,	321	Alejandro y Cucias, todos márt.	330
mártires.	321	Los santos Lucio, Silvano, Rútilo, Clásico, Se-	
San Polieuto, márt.	321	cundino, Frútulo y Máximo, márt.	330
San Gregorio II, papa y conf.	321	San Eladio, arz. y conf.	330
San Julian, márt.	322	San Flaviano, patr. y márt.	330
San Benigno, márt.	322	Los santos Leon y Paregorio, márt.	supl.
San Estéban, ob. y conf.	322	19. San Códrado, conf.	330
San Licinio, ob. y conf.	322	San Gavino, presb. y márt.	331
San Estéban, ab. y conf.	322	Los santos monges y otros comps. mártires de	
San Modomoc ó Domingo de Ossory, conf.	supl.	Palestina.	331
San Rogerio, ab. y conf.	supl.	Los santos Publio, Julian, Marcelo y otros nue-	
14. San Valentin, presb. y márt.	322	ve comps., márt.	331
El beato Juan Bautista de la Concepcion, con-		San Zambda ó Zabda ó Bazas, ob. y conf.	331
fesor y fundador.	323	San Auxibio, ob. y conf.	331
Los santos Vidal, Felícula y Zenon, márt.	323	San Mansueto, ob. y conf.	332
San Valentin, ob. y márt.	323	San Barbato, ob. y conf.	332
Los santos Próculo, Efebo y Apolonio, márt.	323	San Alvaro, márt.	332
Los santos Baso, Antonio y Protólico, márt.	323	San Alvaro de Córdoba, conf.	supl.
Los santos Cirion, presb., Basion, lec., Aga-		20. San Euquerio, ob. y conf.	332
ton, exor., y Moisés, márt.	323	San Leon, ob. y conf.	333
San Dionisio y san Ammonio, márt.	323	Los santos mártires de Tiro.	334
San Eleucadio, ob. y conf.	323	Los santos Tiranio, Silvano, Peleo y Nilo, obs.,	
San Ausencio, ab. y conf.	323	y Cenobio, presb., todos márt.	334
San Antonino, ab. y conf.	323	Los santos Potamio y Nemesio, márt.	344
San Maron, ab. y conf.	323	San Sadot, ob., y otros ciento veinte y ocho	
San Abraham, ob. y conf.	323	comps., márt.	334
San Conrano, ob. y conf.	323	San Eleuterio, ob. y márt.	334
15. Los santos Faustino y Jovita, márt.	323	San Eleuterio, patr. y conf.	334
San Craton, márt.	325	Santa Mildreda, virg. y aba.	supl.
Santa Agape, virg. y márt.	325	San Ulrico, presb. y conf.	supl.
Los santos Saturnino, Cástulo, Magno y Lucio,		21. San Simaco, papa y conf.	334
mártires.	325	San Félix, ob. y conf.	335
San Quinidio, ob. y conf.	325	Los setenta y nueve santos mártires de Sicilia.	335
San Decoroso, ob. y conf.	325	Los santos Verulo, Secundino, Siricio, Félix,	
San Severo, presb. y conf.	325	Sérvulo, Saturnino, Fortunato y otros diez y	
Santa Georgia, virg.	325	seis comps., márt.	335
San José, diác. y conf.	325	San Severiano, ob. y márt.	335
San Sigefredo ó Sigfredo, ob. y conf.	supl.	San Pedro Mavimeno, márt.	335
16. Santa Juliana, virg. y márt.	325	San Maximiano, ob. y conf.	335
San Onesimo, ob. y márt.	327	San Paterio, ob. y conf.	335
Los santos Isaiás, Elias, Jeremías, Samuel y Da-		San German ó Germano, ab., y san Randuto ó	
niel, márt.	327	Randoaldo, márt.	supl.
San Porfirio y san Seleuco, márt.	327	San Daniel, presb., y santa Verda, virg., márt.	supl.
San Gregorio X, papa y conf.	327	El beato Pipino de Landen, conf.	supl.
San Julian, ob. y márt.	327	22. La Cátedra de san Pedro en Antioquia.	335
San Faustino, ob. y conf.	327	San Papias, ob. y conf.	336
San Tancon ó Tatta, ob. y márt.	supl.	San Ariston, conf.	336
17. San Polieronio, mon. y conf.	328	La Conmemoracion de muchos santos mártires	
San Pedro Tomás, ob. y conf.	329	de Arabia.	336
San Julian, márt.	329	San Abilio, ob. y conf.	336
San Silvinó, ob. y conf.	329	San Pascasio, ob. y conf.	336
San Teóddo, el Viejo, márt.	329	San Talasio y san Linneo, conf.	supl.
San Alejo Falconeri, conf.	329	San Baradato, conf.	supl.
San Faustino y otros cuarenta y cuatro comps.,		23. San Sereno, márt.	336
márt.	329	Santa Marta, virg. y márt.	337

- Santa Margarita de Cortona, pen. 338
 San Pedro Damian, card. y conf. 310
 El Triunfo de los setenta y dos mártires de Sir-
 mio. 340
 San Policarpo, presb. y conf. 340
 San Lázaro, mon. y conf. 340
 San Félix, ob. y conf. 340
 San Florencio, conf. 340
 Santa Romana, vírg. 340
 Santa Milburga, vírg. 340
 El beato Dositeo, mon. y conf. *supl.*
 San Boisilo, mon. y conf. *supl.*
 24 San Matías, apóstol. 341
 Santa Primitiva, márt. 342
 San Sergio, mon. y márt. 342
 Los santos Montano, Lucio, Julian, Victórico,
 Flaviano, y sus compañeros márt. 342
 San Modesto, ob. y conf. 342
 San Pretextato, ob. y conf. 342
 San Eitelberto, rey y conf. 342
 La primera Invenzion de la cabeza de san Juan
 Bautista. 342
 San Letardo, ob. y conf. *supl.*
 El beato Roberto de Arbrissel, conf. *supl.*
 25 Los santos Victor, Victorino y demás comps.,
 márt. 342
 El beato Sebastian de Aparicio, conf. 343
 San Cesario, conf. 350
 San Félix, papa y conf. 350
 Los santos Donato, Justo, Irene, y compañeros
 márt. 350
 San Terasio, patr. y conf. 350
 San Avertano, conf. 351
 26 San Nestor, ob. y márt. 351
 Nuestra Señora de Guadalupe. 352
 San Alejandro, patr. y conf. 352
 San Porfirio, ob. y conf. 352
 Los santos Papias, Diodoro, Conon, y Claudia-
 no, márt. 353
 Los santos Fortunato, Félix, y otros compañe-
 ros, márt. 353
 San Faustiniano, ob. y conf. 353
 San Andrés, ob. y conf. 353
 San Victor, presb. y conf. 353
 27 San Leandro, arz. y conf. 353
 San Baldomero, subdiáco. y conf. 355
 San Julian, y san Euno, márt. 355
 San Besa, márt. 355
 Los santos Alejandro, Abundio, Antigono y For-
 tunato, márt. 355
 Los santos Basilio y Procopio, confs. 355
 San Talileo, anac. y conf. *supl.*
 San Alnoth, anac. y márt. *supl.*
 28 San Lupicino y san Roman, hermanos, abs. y
 confs. 355
 Los santos mártires de Alejandria. 359
 Los santos Macario, Rufino, Justo, y Teófilo,
 márt. 359
 Los santos Cereal, Púpulo, Cayo, Serapion,
 márt. 359
 La Traslacion del cuerpo de san Agustin. 359
 San Proterio, par. y márt. *supl.*
 San Oswaldo, ob. y conf. *supl.*
 San Severo, ob. y conf. *supl.*
- MARZO.
- 1 El santo Ángel de la Guardia. 359
 San Rosendo, ob. y conf. 362
 Santa Eudoxia, pen. y márt. 362
 La Conmemoracion de doscientos sesenta santos
 mártires de Roma. 363
 Los santos Leon, Donato, Abundiano, Nicéforo y
 otros nueve comps. márt. 363
 San Hermeto y san Adrian, márt. 363
 Santa Antonina, márt. 363
 San Suiberto, ob. y conf. 363
 San Albino, ob. y conf. 363
 San Siviardo, ab. y conf. 363
 San Herculano, ob. y márt. 363
 San David, arz. y conf. *supl.*
 San Monam, márt. *supl.*
 2 San Ceadá, ob. y conf. 363
 San Simplicio, papa y conf. 364
 La Conmemoracion de ochenta santos mártires
 de Campaña. 364
 La Conmemoracion de muchos santos márti-
 res de Roma. 364
 San Jovino y san Basileo, márt. 364
 Los santos Pablo, Heraclio, Secundila y Gena-
 ra, márt. 364
 San Lucio, ob., san Absalon y san Lorgio
 márt. 364
 San Marnan, ob. y conf. *supl.*
 San Cárlos el Bueno, márt. *supl.*
 San Jovino, ob. y conf. *supl.*
 3 San Hemeterio y san Celedonio, márt. 364
 Santa Conegunda, emp. y vírg. 365
 San Madi ó Medin, márt. 366
 San Marino, sold., y san Asterio, sen., márt. 366
 Los santos Félix, Lucielo, Fortunato, Marcia,
 y comps. márt. 367
 Los santos Cleónico, Eutropio y Basilio, sol-
 dados y márt. 367
 San Ticiano, ob. y conf. 367
 San Winwaloe ó Winwaloc, ab. y conf. *supl.*
 San Lamalisso, conf. *supl.*
 4 San Lucio, papa y márt. 367
 San Casimiro, conf. 367
 Los novecientos santos mártires de Roma. 369
 San Cayo Palatino, márt. 369
 San Adrian y sus veinte y tres comps., márt. 369
 Los santos Arquelao, Cirilo y Focio, márt. 369
 Los santos Basilio, Eugenio, Agatodoro, Elpi-
 dio, Eterio, Capiton, Efren, Nestor y Arca-
 dio, obs. y márt. 369
 San Adrian, ob. y márt. *supl.*
 San Focas, hort. y márt. 369
 El beato Nicolás Factor, conf. 370
 San Adrian, márt. 374
 Los santos Eusebio, Palatino y otros nueve
 comps., márt. 374
 San Teófilo, ob. y conf. 374
 San Gerasimo, anac. y conf. 375

San Kiaran ó Kenerino, ob. y conf.	supl.	San Fermin, ab. y conf.	414
San Rogerio, conf.	supl.	San Constantino, conf.	414
San Olegario, ob. y conf.	375	San Pedro, conf.	414
San Evagrio, ob. y conf.	377	San Sofronio, ob. y conf.	414
Santa Coleta, vírg.	377	San Eloy de Córdoba, presb. y márt.	supl.
Los santos Víctor, Victorino, Claudiano y Basa, márt.	377	San Engo, ob. y conf.	supl.
San Marciano, ob. y márt.	377	San Constantino, márt.	supl.
San Conon, márt.	377	12 San Gregorio, papa y doc.	414
La Conmemoracion de cuarenta y dos santos mártires de Siria.	377	San Mamiliano, márt.	425
San Basilio, ob. y conf.	377	San Pedro, márt.	425
San Grodegango, ob. y conf.	supl.	San Egdurio, presb., y otros siete compañeros, márt.	425
San Fridolino, ab. y conf.	supl.	San Teófanos, mon. y conf.	425
San Baldredo, ob. y conf.	supl.	San Bernardo, ob. y conf.	425
Las santas Kineburga, Kineswida, Kinedrida y Tibba, vírgs.	supl.	San Pablo, ob. y conf.	supl.
San Cadroas, mon. y conf.	supl.	13 Santa Eufrasia, ó Eufrosina, vírg.	425
7 Santo Tomás de Aquino, doc. y conf.	377	Los santos Macedonio, Patricia, su esposa, y Modesta, hija de ambos, todos márt.	428
Santa Perpetua y santa Felicitas, márt.	386	Los santos Teusetas y Horres, su hijo, Teodora, Ninfodora, Marcos y Arabia, márt.	428
San Equicio, ab. y conf.	386	San Sabino, márt.	428
San Eubulo, márt.	388	Santa Cristina, vírg. y márt.	428
San Teófilo, ob. y conf.	388	San Rodrigo, presb., y san Salomon, márt.	428
San Pablo, ob. y conf.	388	San Ansobino, ob. y conf.	428
San Gaudioso, ob. y conf.	388	San Nicéforo, patr. y conf.	428
San Pablo el Simple, anac. y conf.	388	Santa Kennocha, vírg.	supl.
8 San Julian, arz. y conf.	388	San Giraldo, ob. y conf.	supl.
San Juan de Dios, conf. y fund.	389	San Pulquerio, ab. y conf.	supl.
San Filemon y san Apolonio, diác., márt.	402	14 Santa Matilde, reina.	428
San Quintin, ob. y márt.	402	Santa Florentina, vírg.	431
San Poncio, diác.	402	Los cuarenta y siete santos mártires de Roma.	431
Los santos Cirilo, ob., Rogato, Félix, otro Rogato, Beata, Herenia, Felicitas, Urbano, Silvano y Manilo, márt.	402	San Pedro y san Afrodísio, márt.	431
San Félix, ob. y conf.	402	San Eutiquio y sus comps., márt.	431
San Duthako, ob. y conf.	supl.	Los dos santos monges martirizados por los longobardos.	432
San Senan, ob. y conf.	supl.	San Bonifacio, ob. y conf.	supl.
San Salmodio ó Saumay, anac. y conf.	supl.	15 San Longinos, sold. y márt.	432
9 San Gregorio Niceno, ob. y conf.	404	San Raimundo, conf. y fund.	433
Los santos cuarenta mártires de Sebaste.	404	Santa Madrona, vírg. y márt.	433
Santa Francisca Romana ó de Ponciani, viu.	406	San Aristóbulo, ob. y márt.	433
San Paciano, ob.	410	San Menigro, márt.	433
San Cirilo y san Metodio, obs. y conf.	410	San Nicandro, márt.	433
Santa Catalina de Bolonia, vírg.	410	Santa Leocricia, vírg. y márt.	433
10 Los santos Cuadrado, Cipriano, Dionisio, Aneto, Pablo y Crescencio, márt.	410	San Zacarias, papa y conf.	433
San Macario, ob. y conf.	411	San Probo, ob. y conf.	433
San Cayo y san Alejandro, márt.	412	San Especioso, mon. y conf.	433
Los cuarenta y dos santos márt. de Persia.	412	16 San Abraham, conf.	433
San Victor, márt.	412	San Heriberto, ob. y conf.	437
San Drotoveo, ab. y conf.	412	San Ciriacó, diác. y márt.	437
San Atalas, ab. y conf.	412	San Hilario, ob., y san Taciano, diác., márt.	437
San Mackessogo, ó Kessago, ob. y conf.	supl.	San Papas, márt.	437
11 San Eulogio, presb. y márt.	412	San Julian, márt.	437
Los santos Heraclio, Zósimo, Cándido, Piperrion y otros veinte comps. márt.	413	San Agapito, ob. y conf.	437
San Trófilo y san Talo, márt.	414	San Finian el Leproso, conf.	supl.
La Conmemoracion de muchos santos márt. de Antioquia.	414	17 San Patricio, ob. y conf.	437
San Gorgonio y san Firmo, márt.	414	San José de Arimatea, conf.	440
San Eutimio, ob. y márt.	414	La Conmemoracion de muchos santos márt. de Alejandria.	440
San Benito, arz. y conf.	414	San Pablo, márt.	440
		San Agricola, ob. y conf.	440
		Santa Gertrudis, vírg. y aba.	440
		San Teodoro y san Alejandro, márt.	440

- 18 El arcángel san Gabriel. 440
- 19 San Cirilo Jerosolimitano, ob. y conf. 441
- San Braulio, ob. y conf. 442
- El beato Salvador de Horta, conf. 443
- San Alejandro, ob. y márt. 444
- La Conmemoracion de diez mil santos márt. de Nicomedia. 444
- Los santos Trófilo y Eucarpio, márt. 444
- San Eduardo el Joven, rey y conf. 444
- San Frigidiano, ob. y conf. 444
- San Anselmo, ob. y conf. 444
- 19 San José, esposo de la Madre de Dios. 444
- Los santos Quinto, Quintilla, Cuartilla, Marcos y otros nueve comps., márt. 447
- San Pancario, márt. 448
- San Apolonio y san Leoncio, obs. y conf. 448
- Los santos Landoaldo, presb., y Amancio, diác., conf. 448
- San Juan, abad y conf. 448
- San Admundo, márt. 448 *supl.*
- 20 San Joaquin, padre de la Madre de Dios. 448
- San Niceto, ob. y conf. 449
- San Arquino, ob. y conf. 450
- Los santos Pablo, Cirilo, Eugenio, y otros cuatro comps., márt. 450
- Santa Fótima y sus dos hijos José y Victor, y los santos Sebastian, Anatolio, Pocio, Fótides, Paraseeves y Ciriaca, todos márt. 450
- Las santas Alejandra, Claudia, Eufrasia, Matrona, Juliana, Eufenia y Teodosia; y santa Derfuta y una hermana suya, todas márt. 459
- San Vulfrano, ob. y conf. 450
- San Cutberto, ob. y conf. 450
- 21 San Benito, ab. y conf. 450
- La Conmemoracion de muchos santos mártires de Alejandria. 456
- Los santos Filemon y Dominno, márt. 456
- San Birilo, ob. y conf. 456
- San Serapion, ob. y conf. 456
- San Lupicino, ab. y conf. 456
- San Serapion el Sindónita, conf. *supl.*
- San Serapion, ab. y conf. *supl.*
- San Endeo ó Enna, ab. y conf. *supl.*
- 22 Santa Lea, viu. 456
- Santa Catalina de Suecia, vírg. 457
- San Ambrosio de Sena, conf. 459
- San Pablo, ob. y conf. 459
- San Epafrodito, ob. y conf. 459
- San Saturnino y sus nueve comps., márt. 459
- Santa Calinica y santa Basilisa, márt. 459
- San Basilio, presb. y márt. 459
- San Octaviano, arced., y muchos miles de santos márt. de África. 459
- San Bienvenido, ob. y conf. 459
- 23 San Victoriano, y sus comps., márt. 460
- El beato José Oriol, presb. y conf. 460
- Santo Toribio, arz. y conf. 461
- San Fidel, san Félix y otros veinte comps. márt. 461
- San Nicon y otros noventa y nueve comps. márt. 461
- Los santos Dionisio, Pelayo y Aquila, Epacio y Teodosia, márt. 461
- San Teódulo, presb. y márt. 462
- San Julian. 462
- San Benito, mon. y conf. 462
- San Elewaldo, presb. y conf. *supl.*
- 24 San Simon, inocente y márt. 462
- San Agapito, ob. y márt. 463
- San Marcos y san Timoteo, márt. 463
- San Pimenio, presb. y márt. 463
- San Epimenio, presb. y márt. 463
- Los santos Timolao, Dionisio, otro Dionisio, Pausides, Rómulo, Alejandro, otro Alejandro y Agapio, márt. 463
- Los santos Rómulo, y Segundo, hermanos, márt. 463
- San Latino, ob. y conf. 463
- San Steleuco, conf. 463
- San Guillermo de Norwich, márt. *supl.*
- 25 La Anunciacion de nuestra Señora, y Encarnacion del Hijo de Dios. 463
- Los Dolores de nuestra Señora. 470
- San Quirino, márt. 476
- La Conmemoracion de doscientos sesenta y dos mártires de Roma. 476
- San Ireneo, ob. y márt. 476
- Santa Dula, vírg y márt. 476
- San Dimas, el buen ladrón. 476
- San Pelayo, ob. y conf. 476
- Los santos Baroncio y Desiderio, herms. y conf. 476
- San Ermelando, ab. y conf. 476
- San Cammino, ab. y conf. *supl.*
- 26 San Cástulo, márt. 476
- San Ludgerio, ob. y conf. 477
- San Teodoro, ob., san Ireneo, diác., y los santos Serapion y Ammonio, lecs., todos márt. 477
- Los santos Pedro, Marciano, Joviano, Teclas, Casiano, y otros comps., márt. 477
- San Montano, presb., y santa Máximo, márt. 477
- Los santos Cuadrado, Teodosio, Manuel y otros cuarenta comps., márt. 477
- San Eutiquio, subdiác. y márt. 477
- San Félix, ob. y conf. 477
- 27 San Isacio conf. 477
- San Juan, erm. y conf. 478
- San Ruperto, ob. y conf. 479
- San Alejandro, sold. y márt. 479
- San Fileto, sen., santa Lidia, su esposa, y los santos Macedon y Teoprépidés, sus hijos, todos márt. 479
- San Anfiloquio y san Cronidas, márt. 479
- Los santos Zanita, Lázaro, Marotas, Narsetés y otros cinco comps., márt. 479
- 28 San Esperanza, ab. y conf. 479
- San Sixto III, papa y conf. 480
- Los santos Prisco, Malco y Alejandro, márt. 480
- San Castor y san Doroteo, márt. 480
- Los santos Rogato, Suceso y otros diez y seis comps., márt. 480
- San Guntrano, rey y conf. 480
- 29 Los santos Jonás y Baraquiso, hermanos, márt. 480
- San Eustasio, ab. y conf. 482

San Cirilo, diac. y márt.	482
Los santos Armogasto, Máscula y Saturo, mártis.	482
Los santos Pastor, Victorino y otros siete comps. mártis.	483
San Segundo, márt.	483
San Gundleo, conf.	supl.
San Marcos, ob. y conf.	supl.
30 San Juan Climaco, ab. y conf.	483
San Quirino, trib. y márt.	484
Los santos Dominno, Victor y sus comps. mártis.	484
La Conmemoracion de muchos santos mártires de Constantinopla.	484
San Régulo, ob. y conf.	484
San Pastor, ob. y conf.	484
San Zósimo, ob. y conf.	484
San Clinio, conf.	484
31 Santa Balbina, vírg.	484
San Amós, prof.	484
El beato Amadeo, conf.	485
Los santos Teódulo, Anesio, Félix, Cornelia y sus comps., mártis.	485
San Benjamín, diác. y márt.	485
San Acacio ó Acafes, ob. y conf.	supl.
San Guido, conf.	supl.
ABRIL.	
1 San Hugon, ob. y conf.	485
San Venancio, ob. y márt.	488
Santa Teodora, márt.	488
San Víctor y san Estéban, márt.	488
San Quinciano y san Ireneo, mártis.	488
San Macario, conf.	488
San Valerico, ab. y conf.	489
San Meliton, ob. y conf.	supl.
San Gilberto, ob. y conf.	supl.
2 Santa María Egipcíaca, pen.	489
San Francisco de Paula, conf. y fund.	492
San Abundio, ob. y conf.	493
San Anfiano márt.	494
Santa Teodosia, vírg. y márt.	494
San Nicecio, ob. y conf.	494
San Urbano, ob. y conf.	494
El beato Constantino II, rey y conf.	494
Santa Ebba, aba., y suscomps., mártis.	supl.
Santa Bronacha, ó Bronnana, vírg. y aba.	supl.
3 Las santas Agape, Quionia, é Irene, hermanas, vírgs. y mártis.	494
San Niceto, ab. y conf.	495
San Pancracio, ob. y márt.	495
San Evagrio y san Benigno, márt.	496
San Ulpiano márt.	496
San Ricardo, ob. y conf.	496
Santa Burgundofora, vírg. y aba.	496
San Benito de Palermo, conf.	496
4 San Isidoro, arz. y conf.	496
San Platon, ab. y conf.	498
Los santos Agatópodis, diác., y Teódulo, lee., mártis.	498
San Ambrosio, ob. y conf.	498
San Zósimas, anac. y conf.	498
5 San Vicente Ferrer, conf.	498
Santa Irene, vírg.	507

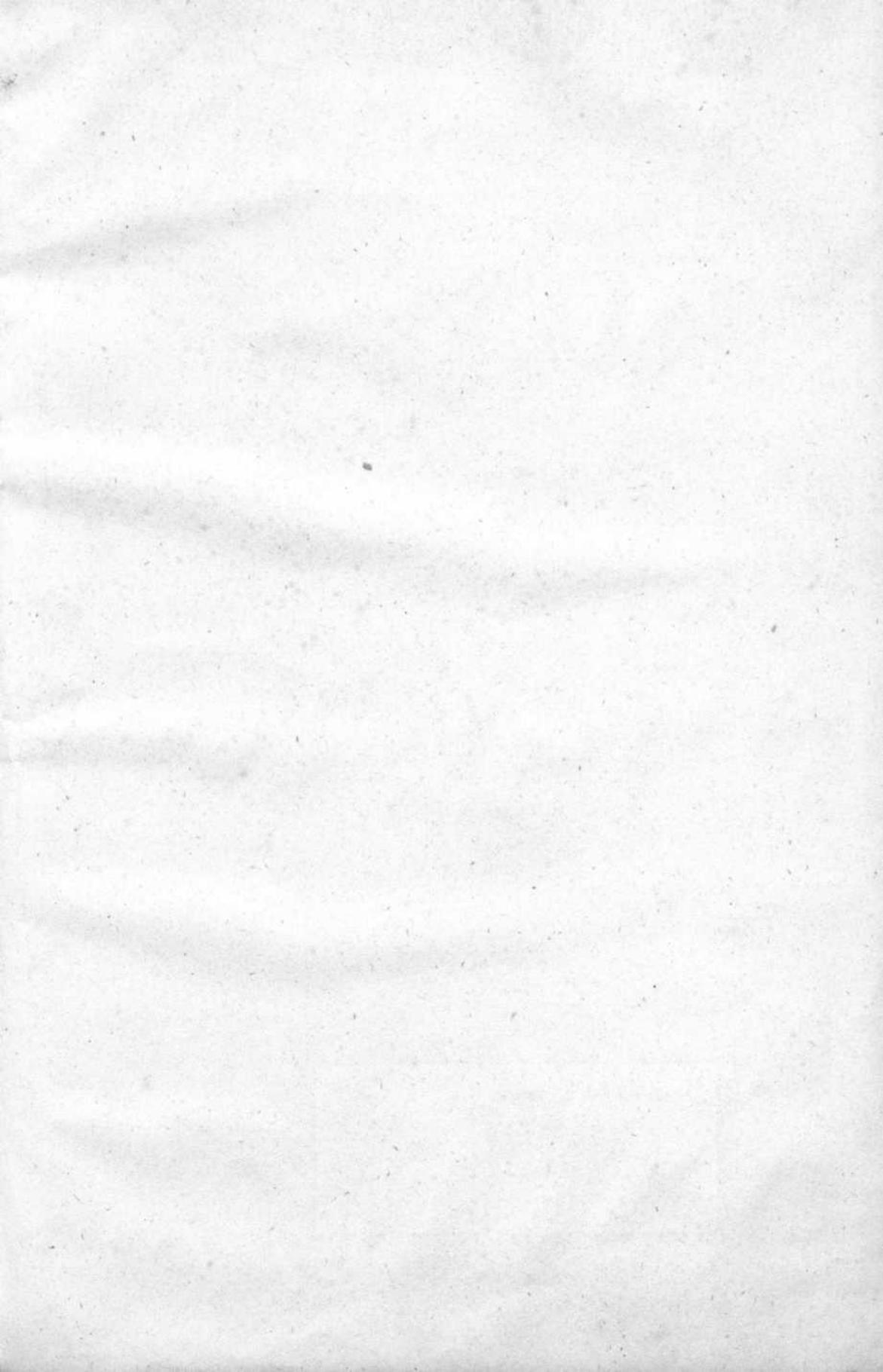
La Conmemoracion de cinco santas vírgenes, mártis. de Lesbos.	507
San Zenon, márt.	507
La Conmemoracion de gran número de santos mártires de África.	507
La beata Catalina Tomás, vírg.	507
San Giraldo, ab. y conf.	supl.
San Tigernach, ob. y conf.	supl.
San Becan, ab. y conf.	supl.
6 San Celestino, papa y conf.	508
San Timoteo y san Diógenes, mártis.	511
San Platónides y otros dos comps., mártis.	511
San Marcelino, márt.	511
San Sixto I, papa y márt.	511
La Conmemoracion de doscientos y veinte mártires de Habiad ó Habiabena, en Persia.	511
San Celso, arz. y conf.	511
San Guillermo, ob. y conf.	511
San Prudencio, ob. y conf.	supl.
7 San Caliope, márt., y su madre santa Teoclia.	511
San Epifanio, ob. y márt.	513
San Saturnino, ob. y conf.	513
La Conmemoracion de doscientos santos mártires de Sínope.	513
San Hegesipo, conf.	513
San Afraates, anac. y conf.	513
San Ciriaco, y otros diez comps., mártis.	513
San Peleusio, presb. y márt.	513
San Alberto, conf.	supl.
El beato Hermano José, conf.	supl.
San Finan, conf.	supl.
8 San Dionisio, ob. y conf.	513
Los santos Genaro, Máxima y Macaria, mártires.	514
Santa Concesa, márt.	514
San Amancio, ob. y conf.	514
San Redeuto, ob. y conf.	514
Los santos Erodion, Asinerito y Flegonte, obs. y mártis.	514
San Edesio, márt.	514
San Perpetuo, ob. y conf.	514
San Gualtero, ab. y conf.	514
San Alberto, patr. y conf.	515
San Alberto Magno, ob. y conf.	515
9 Santa Casilda, vírg.	515
Santa María Cleofé.	515
San Procoro, ob. y márt.	515
Los santos Demetrio, Conceso, Hilario y sus comps., mártis.	516
La Conmemoracion de siete santas vírgenes mártis. de Sirmio.	516
San Acacio ob. y conf.	516
San Marcelo, ob. y conf.	516
San Hugo, ob. y conf.	516
San Eupsiquio, márt.	516
Santa Valtrudis ó Vautrudis, vírg.	516
Los santos mártires Masilitanos.	516
La Traslacion del cuerpo de santa Mónica.	516
Los mártires de Persia.	supl.
San Dotton, ab. y conf.	supl.
10 San Terencio y sus comps., mártis.	516
San Ezequiel, prof.	518

- El Triunfo de muchos santos mártires de Roma. 318
- San Apolonio, presb., y otros cinco comps., mártis. 518
- San Macario, ob. y conf. 318
- San Bademo, ab. y márt. *supl.*
- La beata Mechtilde, vírg. y aba. *supl.*
- 11 San Leon I, papa y confesor. 518
- San Dominno, ob., y ocho solds., mártis. 520
- San Felipe, ob. y conf. 520
- San Eustorgio, presb. y márt. 521
- San Isaac, mon. y conf. 521
- San Barsanufio, anac. y conf. 521
- San Antipas, márt. 521
- San Guthlaco, erm. y conf. *supl.*
- San Maccái, ab. y conf. *supl.*
- San Aidon, ab. y conf. *supl.*
- 12 San Sabas, márt. 521
- San Victor, márt. 522
- San Julio I, papa y conf. 522
- Santa Visia, vírg. y márt. 522
- San Constantino, ob. y conf. 523
- San Damian, ob. y conf. 523
- San Zenon, obispo y conf. 523
- 13 San Hermenegildo, márt. 523
- San Justino el Filósofo, márt. 524
- Los santos Carpo, ob., Papilo, diác., Agatónico, su hermana, Agatodoro, su criado, y otros muchos comps., mártis. 525
- Los santos Máximo, Quintiliano y Dadas, mártires. 525
- San Urso, ob. y conf. 525
- San Ginoch, ob. y conf. *supl.*
- San Caradoc, presb. y conf. *supl.*
- 14 Los santos Valeriano, Tiburcio y Máximo, mártis. 526
- Santa Liduvina, vírg. 527
- San Pedro Gonzalez, ó san Telmo, conf. 529
- San Ardalion, márt. 532
- San Próculo, ob. y márt. 532
- Santa Dominna, vírg. y márt. 532
- Santa Tomaida, márt. 532
- San Lamberto, ob. y conf. 532
- San Fronton, ab. y conf. 532
- San Abundio, conf. 532
- Los santos Antonio, Juan y Eustaquio, mártis. *supl.*
- San Benito el menor, conf. *supl.*
- 15 Los santos Olimpías y Máximo, mártis. 532
- Las santas Basílica y Anastasia, vírgs. y mártires. 533
- San Benito, conf. 533
- Los santos Maron, Eutiques, Victorino y Flavia Domitila, mártis. 533
- San Eutiquio, márt. 533
- San Crescente, márt. 534
- San Teodoro, presb., y san Pausilipo, mártis. 534
- San Mundo, ab. y conf. *supl.*
- San Ruadhano, ab. y conf. *supl.*
- 16 Santa Engracia, vírg. y márt., y los diez y ocho mártires de Zaragoza. 534
- San Fructuoso, arz. y conf. 535
- Santo Toribio, ob. y conf. 537
- Los santos Optato, Lupercio, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Felix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemio y otros cuatro llamados Saturninos, mártis. 537
- San Cayo y san Cremencio, mártis. 537
- San Paterno, ob. y conf. 538
- San Dregon, conf. 538
- San Joaquin de Sena, conf. 538
- San Lamberto, márt. 538
- Los santos Calixto, Carisio y otros siete compañeros, mártis. 538
- San Mans ó Magno, ob. y márt. *supl.*
- 17 San Aniceto, papa y márt. 538
- La Beata María Ana de Jesus, vírg. 539
- San Estéban, ab. y conf. 542
- San Roberto, ab. y conf. 542
- San Mapálico, y otros muchos compañeros, mártis. 542
- San Fortunato y san Marciano, mártis. 542
- San Pedro, diác., y san Hermógenes, su ministro, mártis. 542
- San Elías, presb., y san Pablo y san Isidoro, mons., mártis. 542
- San Pantágato, ob. y conf. 542
- San Inocencio, ob. y conf. 543
- 18 San Perfecto, presb. y márt. 543
- San Eleuterio y santa Ancia, su madre, mártires. 544
- San Apolonio, sen. y márt. 545
- San Galdino, ob. y conf. 545
- El beato Amideo, conf. 545
- San Corebo, márt. 545
- San Calocero, márt. 545
- San Laseriano, ob. y conf. *supl.*
- 19 San Vicente de Colibre, márt. 545
- Los santos Hermógenes, Cayo, Espedito, Aristónico, Rufó y Gálata, mártis. 546
- San Timon, diác. y márt. 546
- San Leon IX, papa y conf. 546
- San Etfego, ob. y márt. 546
- San Ursnaro, ob. y conf. 547
- San Sócrates y san Dionisio, mártis. 547
- San Pafnucio, márt. 547
- San Crescencio, subdiác. y conf. 547
- San Jorge, ob. y conf. 547
- 20 San Marcelino, ob. y conf. 547
- Santa Inés, vírg. 548
- San Sulpicio y san Serviliano, mártis. 548
- Los santos Victor, Zótico, Zenon, Acindino, Cesáreo, Severiano, Crisóforo, Teonas y Antonino, mártis. 548
- San Teodoro, conf. 548
- San Teólamo, ob. y conf. 548
- San Marciano, presb. 548
- San Serf ó Servano, ob. y conf. *supl.*
- San Jaime de Esclavonia, conf. *supl.*
- 21 San Anselmo, ob. y conf. 548
- San Anastasio el Sinaíta, patr. y conf. 553
- San Simeon, ob. y márt. 553
- Los santos Arador, presb., Fortunato, Felix, Silvio y Vidal, todos mártis. 553
- Los santos Apolo, Isacio y Crotates, mártis. 553

San Anastasio, el menor, patr. y márt.	supl.	San Clarencio, ob. y conf.	566
San Beuno ó Beunor, ab. y conf.	supl.	San Basilio, ob. y mart.	566
San Eingan ó Eneon, conf.	supl.	Santa Exuperancia, virg. y mart.	567
San Malrubio, márt.	supl.	San Lucidio, ob. y conf.	567
22 Los santos Sotero y Cayo, papas y márt.	554	San Pedro, ob. y mart.	567
San Apeles y san Lúcas, márt.	554	San Pascasio Radberto, ab. y conf.	supl.
San Epipodio y san Alejandro, márt.	554	27 San Anastasio, papa y conf.	567
San Leónides, márt.	554	San Pedro Armengol, márt.	567
San Teodoro, ob. y conf.	553	San Antimo, ob., y otros muchos márt.	573
El Triunfo de muchos santos mártires de Persia.	555	Los santos Castor y Estéban, márt.	573
Los santos Parmenio, Helimenas y Crisotelo, presb., Lucas y Mucio, diács., todos mártires.	555	San Tertuliano, ob. y conf.	573
San Leon, presb. y conf.	555	San Teófilo, ob. y conf.	573
Santa Opportuna, virg. y aba.	supl.	San Juan, ab. y conf.	573
San Rufo ó Rufino, anac. y conf.	supl.	Santa Zita, virg.	573
23 San Jorge, márt.	555	28 San Vital, mart.	574
San Adalberto, ob. y mart.	557	San Prudencio, ob. y conf.	574
San Gerardo, ob. y conf.	558	San Polion y comps. márt.	575
San Félix, presb., y los santos Fortunato y Aquileo, diács., todos márt.	558	San Patricio, ob., san Acacio, san Menandro y san Polieno, márt.	575
San Marolo, ob. y conf.	558	Santa Teodora y san Didimo, márt.	575
San Ibar ó Ivor, ob. y conf.	supl.	Santa Valeria, esposa de san Vital, mart.	575
21 San Gregorio, arz. y conf.	558	San Marcos, ob. y mart.	575
San Fidel de Sigmaringa, márt.	559	San Pánfilo, ob. y conf.	575
San Melito, ob. y conf.	562	Los santos Afrosdisio, Caralipo, Agapio y Eusebio, márt.	575
Santa Bona y santa Doda, virgs.	562	San Cronan, ab. y conf.	supl.
San Sabas y sus comps., márt.	562	29 San Pedro, márt.	575
San Alejandro, márt.	562	San Roberto, ab. y fund.	579
Los santos Eusebio, Neon, Leoncio, Longinos y otros cuatro comps. márt.	563	San Ilugo, ab. y conf.	579
San Honorio, ob. y conf.	563	San Tiquico, conf.	579
San Egberto, mon. y conf.	563	Los santos Agapito y Secundino, obs. y márt.	580
25 San Marcos, evangelista y márt.	563	Los siete ladrones, márt.	580
San Aniano, ob. y conf.	565	San Paulino, ob. y conf.	580
Los santos Evodio, Hermógenes y Calixto, márt.	565	San Tiachua, mon. y conf.	supl.
San Estéban, ob. y márt.	565	30 Santa Catalina de Sena, virg.	580
San Filon, y san Agatópodis, diács. y conf.	565	San Pelegrin, conf.	586
San Erminio, ob. y conf.	565	San Máximo, márt.	586
San Macalio ó Macull, conf.	supl.	San Jaime, san Mariano y comps., márt.	587
San Febadio ó Fiari, ob. y conf.	supl.	San Erconvaldo, ob. y conf.	587
San Ivon ó Ivia, ob. y conf.	supl.	San Eutropio, ob. y márt.	587
San Kevio, ob. y conf.	supl.	Los santos Amador, presb., Pedro, mon., y Luis, márt.	587
26 San Cleto, papa y márt.	565	San Lorenzo, márt.	587
San Marcelino, papa y mart.	565	San Donato, ob. y conf.	587
Nuestra Señora del Buen Consejo.	566	San Severo, ob. y conf.	587
San Ricario, presb. y conf.	566	Santa Sofía, virg. y márt.	587
		San Adyutor, conf.	supl.

ERRATAS DE ESTE TOMO PRIMERO.

Pág.	Col.	Lín.	Dice:	Léase:
97	2	55	Sinlectia	Sinclética
102	1	51	Espensipo	Espeustipo
165	1	60	Ammonio	Ammonio
227	2	15	Galinico	Caluico
227	2	46	presbitera	abad y confesor
227	2	6	Sempronio	Sinfronio
227	2	22 y 23	Gémino	Genuino
308	2	16 y 21	Ausberto	Ansberto
322	1	46	Lucino	Lielino
323	1	62	Felicola	Felicula
335	2	48	Sirico	Siricio
342	2	59	Victorio	Victórico
342	2	33	Victoriano	Victorino
353	1	28	Conon	Conon
363	1	35	Erculiano	Herculano
364	2	38	Basites	Basileo
364	2	48	Asalon	Absalon
369	2	17	Euterio	Eterio
377	2	7	Victoriano	Victorino
377	2	26	Conon	Conon
388	2	7	Gaudioiro	Gaudioso
402	2	13	Silviano	Silvano
425	2	41	Maximiliano	Mamiliano
437	1	31	Ticiano	Taciano
459	2	24	Galinica	Calinica
461	2	62	Eparco	Eparquio
477	2	5	Ammonio	Ammonio
479	1	40	Amfioquio	Anfioquio
483	1	27	Barachiso	Baraquiso
484	2	1	Cinia	Cinio
494	1	53	Chionia	Quionia
515	2	3	Mercia	Macaria
532	2	20	Frontan,	Fronton
533	2	52	Eutiquio	Eutiques
533	2	52	Victoriano	Victorino
542	2	60	Pantagato	Pantátagato
553	2	37	Aquilo	Aquileo
553	2	59	Maxelo	Marolo
553	2	33	Evadio	Evodio
565	1	33	Calixta	Calixto
574	1	16	mayo	marzo
575	1	8 y 10	Pollion	Pollion



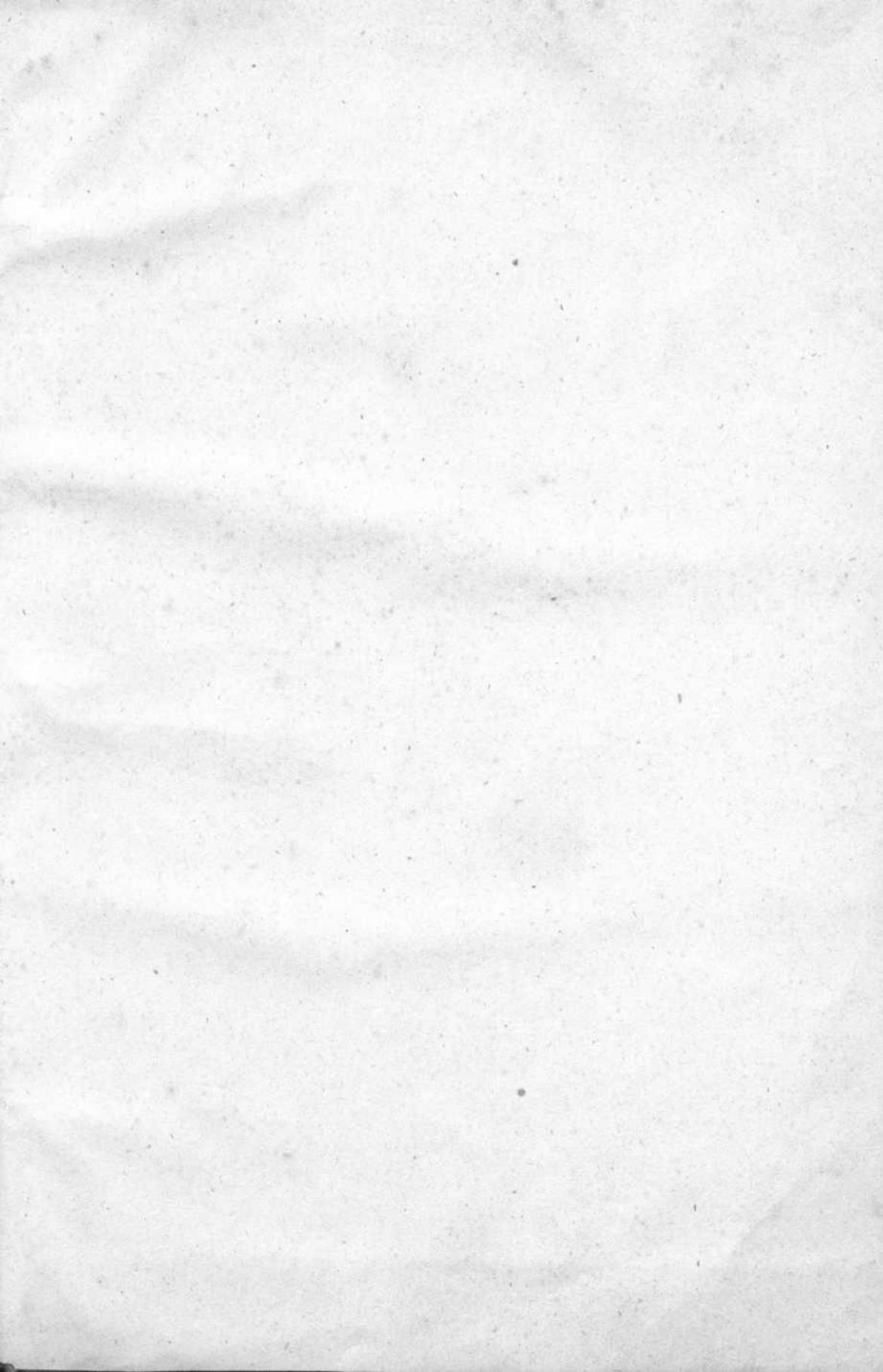
ERRATAS DE ESTE TOMO PRIMERO

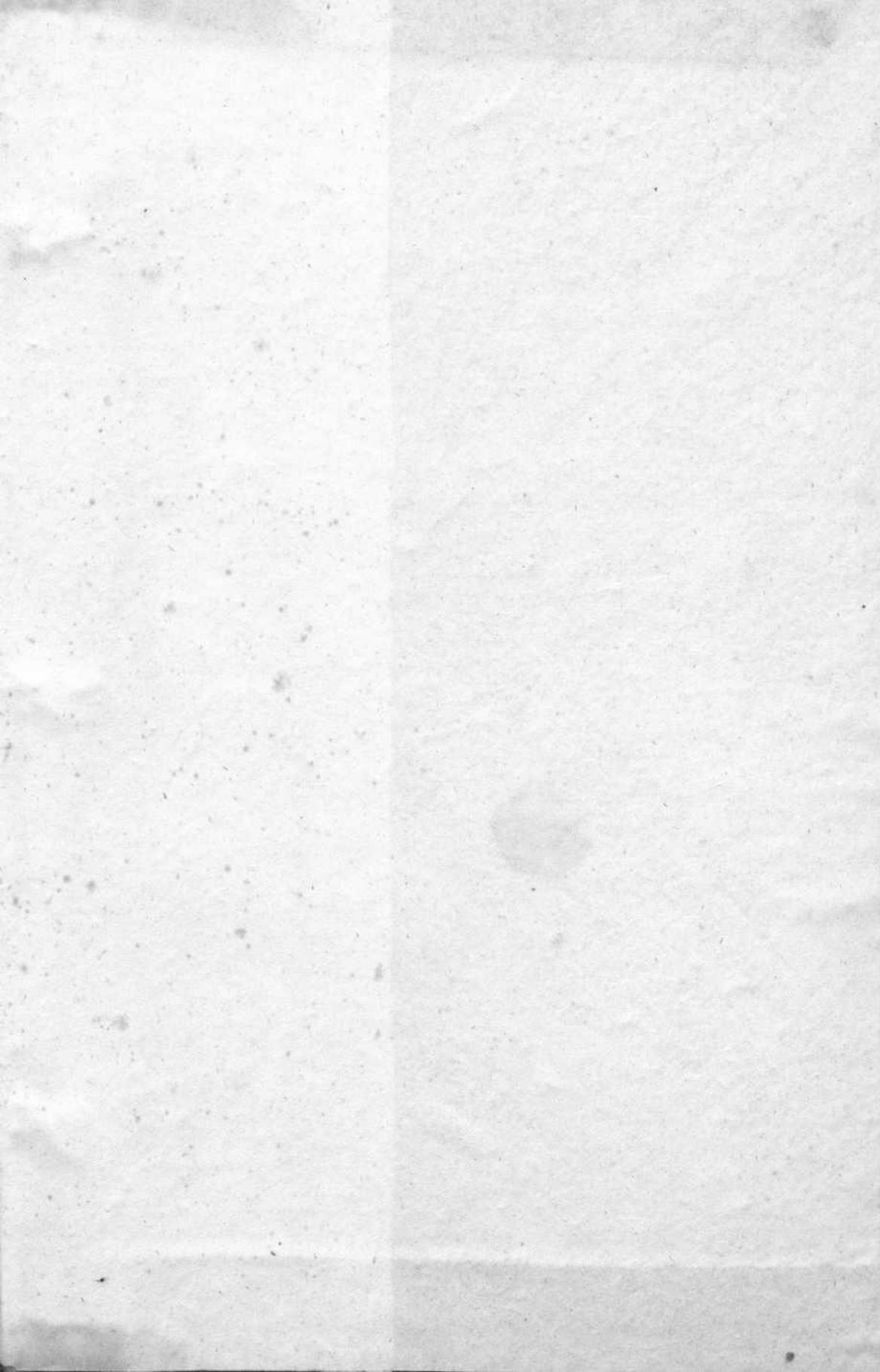
Capítulo	Página	Errata
1	15	...
2	25	...
3	35	...
4	45	...
5	55	...
6	65	...
7	75	...
8	85	...
9	95	...
10	105	...
11	115	...
12	125	...
13	135	...
14	145	...
15	155	...
16	165	...
17	175	...
18	185	...
19	195	...
20	205	...
21	215	...
22	225	...
23	235	...
24	245	...
25	255	...
26	265	...
27	275	...
28	285	...
29	295	...
30	305	...
31	315	...
32	325	...
33	335	...
34	345	...
35	355	...
36	365	...
37	375	...
38	385	...
39	395	...
40	405	...
41	415	...
42	425	...
43	435	...
44	445	...
45	455	...
46	465	...
47	475	...
48	485	...
49	495	...
50	505	...

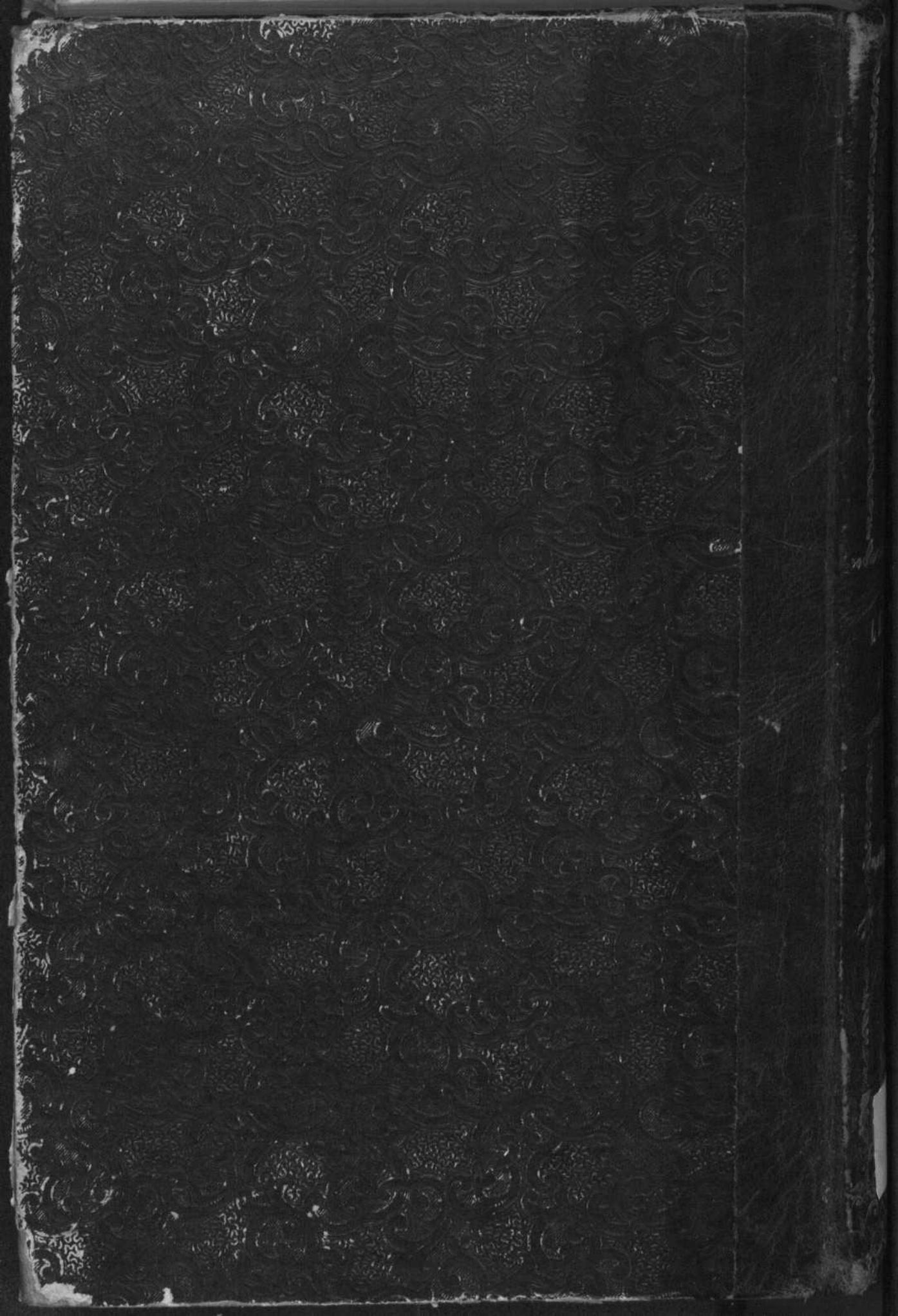
Biblioteca Pública de Valladolid



72014677 BPA 1838 (V.1)









LA
LEYENDA
DE ORO

BPA
1838